



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



ELIJAH CLARENCE HILLS • 1867-1932



ELIJAH CLARENCE HILLS was, from 1922 till his death, first a Professor of Spanish and then Professor of Romance Philology at the University of California. A native of Illinois, reared in Florida, he graduated from Cornell in 1892 and studied in Paris; he was successively professor in Rollins College, in Colorado College, librarian of the Hispanic Society of America, and head for romance languages at Indiana University. For his distinguished achievements in Spanish philology, he was made Knight Commander of the Royal Order of Queen Isabel.

In Professor Hills were combined vast and precise learning with extraordinary humanity. Though a grammarian and philologist, his teaching implied the great world. He had a talent for friendship; capable of the seclusions of the scholar and editor and born to an inviolable personal dignity, he possessed also an uncommon social charm which exercised itself in widening circles. His charity showed as kindness, deference, tolerance, the sharing of the possessions his long labors had accumulated. He was a wise collector of books, and specialized in Spanish lexicons. Mrs. Hills presented to the University of California his collection of books, one of which is here inscribed to his memory.



Sid 2
v. 63

BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑOLES.

(TOMO LXIII DE LA COLECCION).

BIBLIOTECA ESPAÑOLA
E HISPANO-AMERICANA DE

NOV 1 1882
SAN FRANCISCO.

1021
BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII.

COLECCION FORMADA É ILUSTRADA

POR EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,
DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO SEGUNDO.



MADRID,
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, 3.

1871.

E.C. Hills

70 .vnu
ABROUAD

DON TOMAS DE IRIARTE.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

PQ6171
A2B5
1452
v. 63

DE DON MARTIN FERNANDEZ NAVARRETE.

Nació en el puerto de Santa Cruz de la villa de Orotava, en la isla de Tenerife, á 18 de Setiembre de 1750. Sus padres fueron don Bernardo de Iriarte y doña Bárbara de las Nieves Hernandez de Oropesa.

A los diez años pasó á la villa de Orotava á estudiar la lengua latina bajo la enseñanza de su hermano fray Juan Tomas de Iriarte, de la órden de Predicadores, con quien adelantó tanto, que viniendo á España (á Madrid) á insinuacion de su tio don Juan de Iriarte, bibliotecario de S. M., partió de Santa Cruz á principios de 1664, y se despidió de su patria con unos disticos latinos, que no se creyó al pronto pudiesen ser de un jóven de tan corta edad.

Continuó en Madrid su educacion su tio don Juan de Iriarte, especialmente en la latinidad y humanidades; aunque tambien estudió las matemáticas, geografia, historia, fisica y las lenguas muertas, especialmente la inglesa, francesa é italiana. Así permaneció siete años en la enseñanza con su tio, y despues de la muerte de éste cuidó de la correccion é impresion de la *Gramática latina* en 1771, y de las obras sueltas que se publicaron en 1776.

Tuvo siempre mucha aficion á la música, y ya en Canarias tocaba varios instrumentos; pero en Madrid se perfeccionó con las lecciones de su amigo y maestro don Antonio Rodriguez de Ita.

Su aficion á la poesia le dictó, á los diez y ocho años de edad, la comedia *Hacer que hacemos*, que imprimió en 1770, con el anagrama de don Tirso Imareta. Entónces tradujo del frances para el teatro de los Sitios reales la comedia *El Filósofo casado*, *La Escocesa*, la tragedia *El Huérfano de la China* (1), y compuso ademas algunos dramas originales hasta 1773.

Por fallecimiento de su tio don Juan de Iriarte, le sucedió, en 1771, en el empleo de oficial traductor de la primera secretaría de Estado, que habia suplido en las enfermedades del tio, y asistió con el Marqués de los Llanos en las secretarías del Perú y de la Cámara de Aragon. Por este tiempo (1772) tuvo la comision de componer el *Mercurio histórico y político*, que mejoró mucho. Recibió de órden superior varios apéndices para una obra en defensa de Palafox. Escribió los versos latinos y castellanos al nacimiento del Infante, é institucion de la órden de Carlos III, en 1771. Entónces escribió *Los Literatos en cuaresma*, y várias poesias sueltas y epístolas á su amigo don José Cadalso.

En 1776 se le nombró archivero del Supremo Consejo de la Guerra, y al año siguiente publicó la traduccion del *Arte poética* de Horacio; pero habiéndola criticado Sedano, el colector del *canon español*, contestó Iriarte con el diálogo *Donde las dan las toman*, en 1778. Á principios de 1780 dió á luz el poema *La Música*. En 1782 publicó las *Fábulas literarias*, que fueron criticadas en el *Año erudito*, de Forner, al que contestó con un papel, *Para casos tales suelen tener maestros oficiales*. Amante de Virgilio, quiso ensayarse en un poema épico, y eligió la con-

1) Incluyó las traducciones de *El Filósofo casado* y *El Huérfano de la China* en la coleccion de obras. No incluyó *El Malgastador*, *La Escocesa*, *El Hombre*, *El Aprensivo*, *La Pupila jui-*

ciosa, *El Mercader de Smirna*, y otras comedias que tradujo, desde 1769 á 1772, para los teatros de los Sitios reales.

quista de México por Cortés; pero conociendo la dificultad, sustituyó la traducción de la *Eneida* de que publicó los cuatro primeros libros. Por orden del Conde de Floridablanca escribió la *Lección de instrucciones sobre la historia, la historia y la geografía*, para instrucción de los niños de las escuelas. En 1787 publicó la colección de sus obras en seis tomos, que después de su muerte se ha reimpresso en ocho, añadiendo en los dos últimos muchas obras inéditas: publicó allí *La Señorita mal criada*, *El Señorito mimado*, *El Dón de gentes*, comedias que compuso en diversos tiempos. La vida sedentaria le agravó su mal de gota, y murió de sus resultas el 17 de Setiembre de 1791, y al día siguiente se le enterró en la parroquia de San Juan.

Estando en Andalucía, en 1790, á restablecerse de sus males, escribió el monólogo *Guzmán el Bueno*, y en el *Corresponsal del Censor* se publicó su sátira en latin macarrónico contra el mal gusto de nuestras escuelas.

Tradujo con pureza y gracia *El nuevo Robinson*, de Campe, de que se han hecho varias ediciones.

Á LA MEMORIA DE DON TOMAS DE IRIARTE (1).

SONETO.

Venid á IRIARTE, la Envidia repetía,
Arrojando en la huesa el cuerpo helado,
Y con malvada planta y ceño airado
Hollaba sin cesar la losa fría.

El Tiempo, entonces, á la Furia impía
Se presenta, de plumas adornado,
Y la dice: «Tirana, no has triunfado
Sin que triunfe de mí tu alevosía.

»Si arrancaste su espíritu doliente
Con el filo fatal de la malicia,
No por eso el laurel has de llevarte;

»Pues mientras haya Historia que lo cuente,
Y el orbe literario haga justicia,
Tú la Envidia serás, y él será IRIARTE.»

DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(Sobre las *Fábulas* de IRIARTE, con motivo de un artículo de la *Década Filosófica*) (2).

Tradujo además la primera sátira de Horacio, catorce fábulas de Fedro y la *Poética* de Horacio. Esta *Poética* se publicó en 1777. El texto está reproducido; la poesía no. Sostuvo con este motivo una acerba polémica con Sedano. *La Paz y la Guerra*, romance heroico (1780); *Don ménos se piensa salta la liebre*, zarzuela en un acto, y varias obras críticas.

Un Mr. Lhomandie ha traducido en prosa francesa las fábulas literarias de DON TOMAS DE IRIARTE, y al leer el artículo que acerca de esta traducción se ha puesto en el número 24 de la *Década filosófica*, año 12, hemos visto unidos tantos errores al tono magistral y decisivo con que está escrito, que cremos deber detenernos algo en ellos para desagravio de nuestra literatura, y también para desengaño de algun incauto, á quien pueda inducir á error el crédito que justamente tiene adquirido aquel interesante periódico.

(1) Poco después del fallecimiento de DON TOMAS DE IRIARTE se recibió en Madrid, por el correo de Cádiz, este soneto, con una simple cubierta, sin expresarse el autor. Se publicó el soneto en el tomo VII de las *Obras de Iriarte*.

(2) Se publicó este juicio de Quintana en el tomo III de las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes* (1804).

«Todo el mundo sabe, dice Mr. O....., autor del referido artículo, cuán estéril es en el día la literatura española. La patria de Lope de Vega, Calderon, Cervantes, etc., parece enteramente exhausta de escritores, ó si los produce todavía, sus obras no pasan los Pirineos.» Que nuestra literatura es ménos rica actualmente que en tiempo de Lope de Vega y Cervantes es un hecho conocido, y que por su notoriedad no tiene necesidad de repetirse. Pero lo que manifiesta que el diarista habla á monton y sin estar enterado de las cosas, es la confusion que hace del tiempo en que IRIARTE publicó sus fábulas con la época actual. En aquélla la actividad literaria estaba demasiado animada entre nosotros para merecer el concepto de nulidad que nuestro crítico le atribuye. Es cierto que desde entónces se ha ido amortiguando cada vez más; y aunque no es ahora sazón de manifestar las causas de este fenómeno, no será inútil advertir que en el caso de explicarlas tendríamos que buscar una buena parte de ellas en casa de nuestros vecinos.

Sin embargo de esta decadencia, no dejan de cuando en cuando de salir producciones en que á talento igual se añade un gusto más sano en literatura que el que hubo en otros tiempos. Casi todas estas producciones han pasado los Pirineos, y algunas han ido, á las cuales los franceses nada tienen que oponer, aun cuando recurran á los tiempos de su mayor gloria. Mas, para no salir de IRIARTE, ¿por qué Mr. O..... no se ha tomado el trabajo de recorrer siquiera el periódico en que escribe? En uno de sus números hubiera visto una alegoría picante de aquel poeta, y en otro el juicio de la traduccion francesa de su poema didáctico *La Música*; juicio que de paso está hecho con otro tino y otros conocimientos que los que Mr. O..... manifiesta en su artículo presente. Mas *non omnia possumus omnes*.

Mr. O..... confiesa que no sabe el español; Mr. O..... sospecha que la traduccion de las fábulas es de alguno á quien han servido de tema para aprender nuestra lengua, ¡y Mr. O..... se cree juez competente para decidir de su mérito y para tacharlas de insulsas! ¿Qué diria, pues, nuestro crítico al ver á un español ignorante de la lengua francesa tachar de insípidas las inimitables fábulas de Lafontaine, porque las hallaba tales en una traduccion de un principiante?

«Mire V., señor sentenciador, le diria; Lafontaine tiene un carácter particular, que nosotros llamamos *naïveté*, el cual es intraducible; y á esta prenda eminente reúne un talento tan grande de pintar, y una gracia y facilidad tan amables en su versificacion y en su estilo, que serán siempre dificultosísimas de trasladarse con buen éxito á otra lengua, aunque se ponga á ello un poeta tan grande como él, mucho más tratándose de hacerse en prosa y por un aprendiz. Semejante ligereza, señor mio, es muy parecida á lo que nosotros llamamos charlataneria.»

Esta leccion seria dura, pero justa. Nosotros, pues, dirémos á Mr. O.....: «Aunque IRIARTE, como fabulista, está á una distancia inmensa de Lafontaine, tiene, sin embargo, dotes muy apreciiables para que nadie se permita hablar de él con esa severidad desdeñosa. Invencion ingeniosa las más veces, oportunidad en las aplicaciones, narracion despejada, lenguaje claro y puro. Es cierto que carece de la sencillez y del talento descriptivo que distinguen al Esopo frances; pero el carácter burlon y chistoso que manifiesta en estas composiciones, la viveza y propiedad de su diálogo interesan y agradan generalmente, hallándose tan lejos del vicio de la insulsez, que acaso da en el extremo opuesto de excesiva discrecion.

Es falso que todas estas fábulas hayan sido escritas con el objeto de zaherir á los escritores de quienes el autor estaba quejoso; pues, aunque algunas de ellas puedan tener aplicacion á sus querellas literarias, la mayor parte descubre la intencion general de dar consejos á los literatos principiantes bajo la forma de apólogos. Nosotros prescindimos de si éste es ó no un defecto tan esencial como el diarista pretende; pero es incontestable que las fábulas literarias no han dejado por eso de correr en boca de los literatos y de los que no lo son; que se aprenden con facilidad por los muchachos á quienes se dan á estudiar; que muchas de sus expresiones se han hecho proverbiales, y que se repiten con frecuencia las ediciones que se hacen de ellas. ¿Pueden acaso los franceses decir otro tanto de sus fabulistas posteriores á Lafontaine?

Florian, que entendia bien el español, y que debió en gran parte su reputacion literaria á imitaciones de nuestra literatura, hacia más justicia á las fábulas literarias. «Yo debo mucho, dice, á un español llamado IRIARTE, poeta muy estimable para mí, y de quien he tomado mis mejores apólogos.» El diarista, en vez de arrodarse con un voto tan preponderante, sale del paso en decir que Florian, exagerando así su obligacion, *hace honor á su carácter sin perjudicar á su talento; epigrama bonito, pero que nada prueba.*

Despues de indicar secamente el asunto y la moralidad de dos fábulas para demostracion de su insulsez, pasa nuestro critico á cotejar la de *El Volatin y su Maestro* con la imitacion de Florian; él se vale para este cotejo de la traduccion francesa, la cual es miserable; mas nosotros, para proceder con consecuencia, pondremos aquí el texto original de los dos poetas:

IRIARTE.

Mientras de un Volatin bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: «Vea usted, señor Maestro,
» Cuánto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo ó contrapeso;
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.
» ¿Á qué fin quiere usted que me sujete,
Si no me faltan fuerzas ni soltura?
¿Por ejemplo, este paso, esta postura
No la haré yo mejor sin el zoquete?
» Tenga usted cuenta... no es difícil... nada...»
Así decia, y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde... ¡Adios! ¿Qué es eso?
¿Qué ha de ser? una buena costalada.
«¡Lo que es auxilio juzgas embarazo,
Incauto jóven! (el Maestro dijo);
¿Huyes del arte y método? Pues, hijo,
No ha de ser éste el último porrazo.»

FLORIAN.

Sur la corde tendue un jeune Voltigeur
Apprenait à danser, et déjà son adresse,
Ses tours de force, sa souplesse,
Faisaient venir maint spectateur.
Sur son étroit chemin on le voit qui s'avance,
Le balancier en main, l'air libre, le corps droit,
Hardi, léger autant qu'adroit;
Il s'élève, descend, va, vient, plus haut s'élance,
Remonte, retombe en cadence;
Et semblable à certains oiseaux,
Qui rasent, en volant, la surface des eaux,
Son pied touche, sans qu'on le voie,
À la corde qui plie et dans l'air le renvoie.
Notre jeune danseur, tout fier de son talent,
Dit un jour: «À quoi bon ce balancier pesant,
Qui me fatigue et m'embarrasse?
Si je dansais sans lui, j'aurais bien plus de grâce,
De force et de légèreté.»
Ausitôt dit que fait. Le balancier jeté,
Notre étourdi chancelle, étend le bras, et tombe;
Il se cassa le nez, et tout le monde en rit.

Jeunes gens, jeunes gens, ne vous a-t-on pas dit
Que sans règle et sans frein tôt ou tard on succombe?
La vertu, la raison, les lois, l'autorité
Dans vos désirs fougueux vous causent quelque peine:
C'est le balancier qui vous gêne,
Mais qui fait votre sûreté.

«¡Qué sequedad en IRIARTE! exclama Mr. O..... ¡Qué gracia, al contrario, y qué facilidad en Florian! ¡Cuán poética es su descripcion de los movimientos del danzarin en la maroma! ¿Quién no estaria más satisfecho de imitar como el uno que de inventar como el otro? Y nosotros diremos, á nuestra vez: ¡Qué preocupacion, qué poco tino y qué poca justicia en este modo de juzgar! No hay duda en que los movimientos del danzarin estan pintados por Florian con gracia y con viveza, *sed nunc non erat his locus*; ¿qué añadiria Florian á su primera pintura si tratase de hacer la descripcion del maestro cuando así se entretiene con la del aprendiz? IRIARTE, cuyo objeto era manifestar la ignorancia y la impertinencia de éste, se detiene más en sus preguntas que en sus saltos; la disposicion y córtes de sus expresiones manifiestan la accion y los movimientos, y el desenlace pronto y repentino tiene así más vivacidad y más gracia. Pero esto no importa, y á pesar de la felicidad de la ocurrencia, de la oportunidad en la aplicacion, y de mérito de la conveniencia, IRIARTE es irremisiblemente condenado en el tribunal del diarista porque la imitacion de Florian es superior á la traduccion insulsa de la fábula que cita.

¿Ignora acaso Mr. O..... que nada hay más propio que una traduccion mal hecha, para hacer parecer insipidas estas composiciones tenues, cuyo mérito consiste más en la gracia del estilo y belleza de los pormenores que en la sustancia y fondo de las cosas? Cuando, en tiempo de Luis XIV, Perrault atacó á Píndaro y á Homero, todos los buenos criticos se indignaron de que no entendiéndolos, los juzgase por traducciones en que estaban desfigurados. Esto es lo que he hecho ahora Mr. O..... con nuestro escritor; y si bien IRIARTE no es acreedor á la misma venenacion que aquellos grandes modelos, tiene derecho, por lo ménos, á la misma justicia.

POESÍAS.

FÁBULAS LITERARIAS.

PRÓLOGO.

FÁBULA PRIMERA.

EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES.

(Ningún particular debe ofenderse de lo que se dice en común.)

Allá, en tiempo de entónces,
Y en tierras muy remotas,
Cuando hablaban los brutos
Su cierta jerigonza,
Notó el sabio Elefante
Que entre ellos era moda
Incurrir en abusos
Dignos de gran reforma.
Afeárselos quiere,
Y á este fin los convoca.
Hace una reverencia
Á todos con la trompa,
Y empieza á persuadirlos
En una arenga docta,
Que para aquel intento
Estudió de memoria.
Abominando estuvo
Por más de un cuarto de hora
Mil ridículas faltas,
Mil costumbres viciosas :
La nociva peresa,
La afectada bambolla,
La arrogante ignorancia,
La envidia maliciosa.
Gustosos en extremo,
Y abriendo tanta boca,
Sus consejos oían
Muchos de aquella tropa:
El Cordero inocente,
La siempre fiel Paloma,
El leal Perdiguero,
La Abeja artificiosa,
El Caballo obediente,
La Hormiga afanadora,
El hábil Jilguerrillo,
La simple Mariposa.
Pero del auditorio
Otra porción no corta,
Ofendida, no pudo
Sufrir tanta parola.
El Tigre, el rapaz Lobo
Contra el censor se enojan.
¡Qué de injurias vomita
La Sierpe venenosa !
Murmuran por lo bajo,
Zumbando en voces roncás,
El Zángano, la Avispa,
El Tábanos y la Mosca.
Sálense del concurso,
Por no escuchar sus glorias,
El Cigarrón dafnino,
La Oruga y la Langosta.
La Garduña se encoge,
Disimula la Zorra,
Y el insolente Mono
Hace de todo mofa.
Estaba el Elefante
Viéndolo con pachorra,
Y su razonamiento
Concluyó en esta forma :
« Á todos y á ninguno

Mis advertencias tocan :
Quien las siente, se culpa ;
El que no, que las oiga. »
Quien mis fábulas lea,
Sepa también que todas
Hablan á mil naciones,
No sólo á la española.
Ni de estos tiempos hablan,
Porque defectos notan
Que hubo en el mundo siempre,
Como los hay ahora.
Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

FÁBULA II.

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA.

(Se ha de considerar la calidad de la obra, y no el tiempo que se ha tardado en hacerla.)

Trabajando un Gusano su capullo,
La Araña, que tejía á toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa,
Muy propia de su orgullo :
« ¡ Qué dice de mi tela el seor gusano ?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada á mediodía.
Mire qué sutil es, mire qué bella..... »
El Gusano con sorna respondía :
« Usted tiene razón : así sale ella ! »

FÁBULA III.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

(Nunca una obra se acredita tanto de mala como cuando la aplauden los necios.)

Un Oso con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos piés.
Queriendo hacer de persona,
Dijo á una Mona : « ¡ Qué tal ? »
Era perita la Mona,
Y respondióle : « Muy mal. — »
« Yo creo, replicó el Oso,
Que me haces poco favor.
¡ Pues qué ! ¡ mi aire no es garboso ?
¡ No hago el paso con primor ? »
Estaba el Cerdo presente,
Y dijo : « Bravo, ¡ bien va !
Bailarín más excelente
No se ha visto ni verá. »
Echó el Oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademan modesto,
Hubo de exclamar así :
« Cuando me desaprobaba
La Mona, llegué á dudar ;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar. »
Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor :
Si el sabio no aprueba, ¡ malo !
Si el necio aplaude, ¡ peor !

FÁBULA IV.

LA ABEJA Y LOS ZÁNGANOS.

(Fácilmente se luce con citar y elogiar á los hombres grandes de la antigüedad; el merito está en imitarlos.)

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
Para disimular su inútil ocio;
Y por librarse de tan fea nota
A vista de los otros animales,
Aun el más perezoso y más idiota
Quería, bien ó mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro,
Y el enjambre inexperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro
Con acudir á una colmena vieja,
Y sacar el cadáver de una Abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa;
Hacerla, con la pompa más honrosa,
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanca cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
Que una Abeja les dijo por disipue:
«¿No trabajais más que eso? Pues, hermanos,
Jamás equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabriqué.»
¡Cuántos pasar por sabios han querido
Con citar á los muertos que lo han sido!
¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?

FÁBULA V.

LOS DOS LOROS Y LA COTORRA.

(Los que corrompen su idioma no tienen otro desquite que llamar *puristas* á los que le hablan con propiedad, como si el serlo fuera tacha.)

De Santo Domingo traje
Dos Loros una señora.
La isla en parte es francesa,
Y otra parte española.
Así, cada animalito
Hablabá distinto idioma.
Pusieronlos al balcon,
Y aquello era Babilonia.
De frances y castellano
Hicieron tal pepitoria,
Que al cabo ya no sabían
Hablar ni una lengua ni otra.
El frances del español
Tomó voces, aunque pocas;
El español al frances
Casi se las tomó todas.
Manda el ama separarlos;
Y el frances luego reforma
Las palabras que aprendió
De lengua que no es de moda.
El español, al contrario,
No olvida la jerigonza,
Y aun discurre que con ella
Ilustra su lengua propia.
Llegó á pedir en frances
Los garbanzos de la olla;
Y desde el balcon de enfrente
Una erudita Cotorra
La carcajada soltó,
Haciendo del Loro mofa.
El respondió solamente,
Como por tacha afrentosa:
Vos no sois que una PURISTA (1);
Y ella dijo: *A mucha honra.*
¡Vaya que los loros son
Lo mismo que las personas!

(1) Vos de que modernamente se valen los corruptores de nuestro idioma cuando pretenden ridiculizar á los que le hablan con pureza

FÁBULA VI.

EL MONO Y EL TITERETERO.

(Sin claridad no hay buena obra.)

El fidedigno padre Valdecebro,
Que en discurrir historias de animales
Se calentó el cerebro,
Pintándolos con pelos y señaes;
Que en estilo encumbrado y elocuente
Del unicornio cuenta maravillas
Y el ave-fénix cree á pié-juntillas
(No tengo bien presente
Si es en el libro octavo ó en el nono),
Refiere el caso de un famoso Mono.
Este, pues, que era diestro
En mil habilidades, y servía
A un gran titeretero, quiso un día,
Mientras estaba ausente su macastro,
Convidar diferentes animales
De aquellos más amigos,
A que fuesen testigos
De todas sus monadas principales.
Empezó por hacer la mortecina;
Después bailó en la cuerda á la arlequina,
Con el salto mortal y la campana,
Luego el despeñadero,
La espatarrada, vueltas de carnero,
Y al fin el ejercicio á la prusiana.
De éstas y de otras gracias hizo alarde,
Mas lo mejor faltaba todavía;
Pues imitando lo que su amo hacía,
Ofrecerles pensó, porque la tarde
Completa fuese y la función amena,
De la linterna mágica una escena.
Luego que la atención del auditorio
Con un preparatorio
Exordio concilió, según es uso,
Detras de aquella máquina se puso;
Y durante el manejo
De los vidrios pintados,
Fáciles de mover á todos lados,
Las diversas figuras
Iba explicando con locuaz despejo.
Estaba el cuarto á oscuras,
Cual se requiere en casos semejantes,
Y aunque los circunstantes
Observaban atentos,
Ninguno ver podía los portentos
Que con tanta parola y grave tono
Les anunciaba el ingenioso Mono.
Todos se confundían, sospechando
Que aquello era burlarse de la gente.
Estaba el Mono ya corrido, cuando
Entró maese Pedro de repente,
E informado del lance, entre severo
Y risueño le dijo: «¡Majadero!
¿De qué sirve tu charla sempiterna,
Si tienes apagada la linterna?»
Perdonadme, sutiles y altas Musas,
Las que haceis vanidad de ser confusas:
¿Os puedo yo decir con mejor modo
Que sin la claridad os falta todo?

FÁBULA VII.

LA CAMPANA Y EL ESQUILON.

(Con hablar poco y gravemente, logran muchos opinion de hombres grandes.)

En cierta catedral una Campana había,
Que sólo se tocaba algún solemne día.
Con el más recio són, con pausado compas,
Cuatro golpes, ó tres, solía dar no más.
Por esto, y ser mayor de la ordinaria marca,
Celebrada fué siempre en toda la comarca.
Tenía la ciudad en su jurisdicción
Una aldea infeliz de corta población,
Siendo su parroquial una pobre iglesita,
Con chico campanario, á modo de una ermita;
Y un rajado Esquilon, pendiente en medio de él,
Era allí quien hacía el principal papel.

A fin de que imitase aqueste campanario
Al de la catedral, dispuso el vecindario
Que despacio, y muy poco, el dichoso Esquilon
Se hubiese de tocar sólo en tal cual funcion.
Y pudo tanto aquello en la gente aldeana,
Que el Esquilon pasó por una gran campana.
Muy verosímil es, pues que la gravedad
Suple en muchos así por la capacidad.
Dignanse rara vez de despegar sus labios,
Y piensan que con esto imitan á los sabios.

FÁBULA VIII.

EL BURRO FLAUTISTA.

(Sin reglas del arte, el que en algo acierta, acierta por casualidad.)

Esta fabulilla, Salga bien ó mal, Me ha ocurrido ahora Por casualidad. Cerca de unos prados Que hay en mi lugar, Pasaba un Borrico Por casualidad. Una flauta en ellos Halló, que un sagal Se dejó olvidada Por casualidad. Acercóse á olerla El dicho animal,	Y dió un resoplido Por casualidad. En la flauta el aire Se hubo de colar, Y sonó la flauta Por casualidad. ¡Oh! dijo el Borrico: ¡Qué bien sé tocar! ¡Y dirán que es mala La música asnal! Sin reglas del arte, Borriquitos hay Que una vez aciertan Por casualidad.
---	---

FÁBULA IX.

LA HORMIGA Y LA PULGA.

(Para no alabar las obras buenas, algunos las suponen de fácil ejecución.)

Tienen algunos un gracioso modo
De aparentar que se lo saben todo;
Pues cuando oyen ó ven cualquiera cosa,
Por más nueva que sea y primorosa,
Muy trivial y muy fácil la suponen,
Y á tener que alabarla no se exponen.
Esta casta de gente
No se me ha de escapar, por vida mía,
Sin que lleve su fábula corriente,
Aunque gaste en hacerla todo un día.
A la Pulga la Hormiga refería
Lo mucho que se afana,
Y con qué industrias el sustento gana,
De qué suerte fabrica el hormiguero,
Cuál es la habitación, cuál el granero,
Cómo el grano acarrea,
Repartiendo entre todas la tarea;
Con otras menudencias muy curiosas,
Que pudieran pasar por fabulosas
Si diarias experiencias
No las acreditasen de evidencias.
A todas sus razones
Contestaba la Pulga, sin diciendo
Más que estas ó otras tales expresiones:
Pues ya... si... se supone... bien... lo entiendo...
Ya lo decía yo... sin duda... es claro...
Está visto: ¿tiene eso algo de raro?
La Hormiga, que salió de sus casillas
Al oír estas vanas respuestillas,
Dijo á la Pulga: «Amiga, pues yo quiero
Que venga usted conmigo al hormiguero.
Ya que con ese tono de maestra
Todo lo facilita y da por hecho,
Siquiera para muestra,
Ayúdenos en algo de provecho.»
La Pulga, dando un brinco muy ligera,
Respondió con grandísimo desuello:
«¡Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaría?
Todo es ponerse á ello...
Pero... tengo que hacer... Hasta otro día.»

FÁBULA X.

LA PARIETARIA Y EL TOMILLO.

(Nadie pretenda ser tenido por autor, sólo con poner un ligero prólogo ó algunas notas á libro ajeno.)

Yo lei, no sé dónde, que en la lengua herbolaria,
Saludando al Tomillo la hierba Parietaria,
Con socarronería le dijo de esta suerte:
«Dios te guarde, Tomillo: lástima me da verte;
Que aunque más oloroso que todas estas plantas,
Apénas medio palmo del suelo te levantas.»
El responde: «Querida, chico soy, pero crezco
Sin ayuda de nadie. Yo sí te compadezco;
Pues por más que presumas, ni medio palmo puedes
Medrar si no te arrimas á una de esas paredes.»
Cuando veo yo algunos que de otros escritores
A la sombra se arriman, y piensan ser autores
Con poner cuatro notas ó hacer un prologoillo,
Estoy por aplicarles lo que dijo el Tomillo.

FÁBULA XI.

LOS DOS CONEJOS.

(No debemos detenernos en cuestiones triviales, olvidando el asunto principal.)

Por entre unas matas,
Seguido de perros
(No diré corria),
Volaba un Conejo.
De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: «Tente,
Amigo; ¿qué es esto?»
«¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llego...
Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.
«Si (replica el otro),
Por allí los veo...
Pero no son galgos.
—¿Pues qué son? —Podencos.
«¿Qué? ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos,
Bien vistos los tengo.
«Son podencos: váyn,
Que no entiendes de eso.
—Son galgos te digo.
—Digo que podencos.»
En esta disputa,
Llegando los perros,
Pillan desnudados
A mis dos Conejos.
Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

FÁBULA XII.

LOS HUEVOS.

(No falta quien quiera pasar por autor original, cuando no hace más que repetir con corta diferencia lo que otros muchos han dicho.)

Más allá de las islas Filipinas
Hay una, que ni sé cómo se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cría, que ya el plato
Más comun y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó á componerlos de otros modos).
Luego de aquella tierra un habitante
Introdujo el comerlos estrellados.
¡Oh qué elogios se oyeron á porfía
De su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hacerlos escalados...

¡Pensamiento feliz! Otro, rellenos...
 ¡Ahora sí que están los huevos buenos!
 Uno despues inventa la tortilla,
 Y todos claman ya: «¡Qué maravilla!»
 No bien se pasó un año,
 Cuando otro dijo: «Sois unos petates;
 Yo los haré revueltos con tomates.»
 Y aquel guiso de huevos tan extraño,
 Con que toda la isla se alborota,
 Hubiera estado largo tiempo en uso,
 A no ser porque luego los compuso
 Un famoso extranjero á la *Hugonota*.
 Esto hicieron diversos cocineros;
 Pero ¡qué condimentos delicados
 No añadieron despues los reposteros!
 Moles, dobles, hilados,
 En caramelo, en leche,
 En sorbete, en compota, en escabeche.
 Al cabo todos eran inventores,
 Y los últimos huevos los mejores.
 Mas un prudente anciano
 Les dijo un día: «Pesumis en vano
 De esas composiciones peregrinas;
 ¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»
 ¡Tantos autores nuevos
 No se pudieran ir á gnisar huevos
 Más allá de las islas Filipinas?

FÁBULA XIII.

EL PATO Y LA SERPIENTE.

(Más vale saber una cosa bien que muchas mal.)

Á orillas de un estanque,
 Diciendo estaba un Pato:
 «¡Á qué animal dió el cielo
 Los dones que me ha dado?
 »Soy de agua, tierra y aire:
 Cuando de andar me causo,
 Si se me antoja, vuelo;
 Si se me antoja, nado.»
 Una Serpiente astuta,
 Que le estaba escuchando,
 Le llamó con un silbo,
 Y le dijo: «¡Seo guapo!
 »No hay que echar tantas plantas;
 Pues ni anda como el gamo,
 Ni vuela como el sacre,
 Ni nada como el barbo;
 »Y así tenga sabido
 Que lo importante y raro
 No es entender de todo,
 Sino ser diestro en algo.»

FÁBULA XIV.

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITA-SOL.

(También suele ser nulidad el no saber más que una cosa; extremo opuesto del defecto reprendido en la fábula antecedente.)

Si querer entender de todo
 Es ridícula presuncion,
 Servir sólo para una cosa
 Suele ser falta no menor.
 Sobre una mesa, cierto día,
 Dando estaba conversacion
 A un Abanico y á un Manguito
 Un Para-aguas ó Quita-sol;
 Y en la lengua que en otro tiempo
 Con la Olla el Caldero habló (1),
 Á sus dos compañeros dijo:
 «¡Oh qué buenas alhajas sois!
 Tú, Manguito, en invierno sirves;
 En verano vas á un rincón;
 Tú, Abanico, eres mueble inútil
 Cuando el frío sigue al calor.
 No sabéis salir de un oficio:
 Aprended de mí, pese á vos,

(1) Alude á la fábula que escribe Esopo del *Caldero y la Olla*, disculpándose con este ejemplo la impropiedad en que parece se incurrió haciendo hablar, no sólo á los animales, sino aún á las cosas inanimadas, como son el Manguito, el Abanico y el Quita-sol.

Que en el invierno soy Para-aguas,
 Y en el verano Quita-sol.»

FÁBULA XV.

LA RANA Y EL RENACUAJO.

(¡Qué despreciable es la poesía de mucha hojarasca!)

En la orilla del Tajo
 Hablaba con la Rana el Renacuajo,
 Alabando las hojas, la espesura
 De un gran cañaveral, y su verdura.
 Mas luego que del viento
 El ímpetu violento
 Una caña abatió, que cayó al río,
 En tono de leccion dijo la Rana:
 «Ven á verla, hijo mío;
 Por defuera muy tersa, muy lozana;
 Por dentro toda fofa, toda vana.»
 Si la Rana entendiera poesía,
 También de muchos versos lo diría.

FÁBULA XVI.

LA AVUTARDA.

(Muy ridículo papel hacen los plagiarios que escriben centoneas.)

De sus hijos la torpe Avutarda
 El pesado volar conocía,
 Des ando sacar una cría
 Más ligera, aunque fuese bastarda.
 A este fin muchos huevos robados,
 De alcotán, de jilguero y paloma,
 De pertriz y de tórtola, toma,
 Y en su nido los guarda mezclados.
 Largo tiempo se estuvo sobre ellos;
 Y aunque hueros salieron bastantes,
 Produjeron por fin los restantes
 Varias castas de pájaros bellos.
 La Avutarda mil aves convida
 Por lucirlo con cría tan nueva;
 Sus polluclos cada ave se lleva,
 Y hété aquí la Avutarda lucida.
 Los que andais empollando obras de otros,
 Sacad, pues, á volar vuestra cría.
 Ya dirá cada autor: «Esta es mía»;
 Y verémos qué os queda á vosotros.

FÁBULA XVII.

EL JILGUERO Y EL CISNE.

(Nada sirve la fama, si no corresponden las obras.)

«Calla, tú, pajarillo vocinglero
 (Dijo el Cisne al Jilguero):
 ¡A cantar me provocas, cuando sabes
 Que de mi voz la dulce melodía
 Nunca ha tenido igual entre las aves.»
 El Jilguero sus trinos repetía,
 Y el Cisne continuaba: «¡Qué insolencia!
 ¡Miren cómo me insulta el musiquillo!
 Si con soltar mi canto no le humillo,
 Dé muchas gracias á mi gran prudencia.
 — ¡Ojalá que cantáras!
 (Le respondió por fin el pajarillo);
 ¡Cuánto no admirarías
 Con las cadencias raras
 Que ninguno asegura haberte oído,
 Aunque logran más fama que las mías!.....»
 Quiso el Cisne cantar, y dió un graznido.
 ¡Gran cosa! ganar crédito sin ciencia,
 Y perderle en llegando á la experiencia.

FÁBULA XVIII.

EL CAMINANTE Y LA MULA DE ALQUILER.

(Los que empiezan elevando el estilo, se ven tal vez precisados á humillarle despues demasiado.)

Harta de paja y cebada
 Una Mula de alquiler
 Salía de la posada,

Y tanto empezó á correr,
Que apenas el caminante
La podía detener.
No dudo que en un instante
Su media jornada haria;
Pero algo más adelante
La falsa caballería
Ya iba retardando el paso.
«¡Si lo hará de picardía!.....
»Arre!.....; te paras!..... Acaso
Miriendo la espuela... Nada.
Mucho me temo un fracaso.
«Esta vara, que es delgada.....
Menos.... Pues este aguijón.....
Mas; si estará ya cansada?»
«Coces tira..... y mordiscón:
Se vuelve contra el jinete.....
¡Oh qué corcovo, qué envión!
Aunque las piernas aprieten.....
Ni por éas.....; Voto á quién!
Barrabas que la sujete.....
Por fin dió en tierra.....; Muy bien!
Y eres tú la que corrias!.....
¡Mal muermo te mate, amén!
No me fiaré en mis días
De mula que empiece haciendo
Semejantes valentías.
Después de este lance, en viendo
Que un autor ha principiado
Con altisonante estruendo,
Al punto digo: «¡Cuidado!
Tente, hombre! que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la mula de alquiler.»

FÁBULA XIX.

LA CABRA Y EL CABALLO.

(Hay malos escritores que se honraron fácilmente de lograr fama postuma cuando no han podido merecerla en vida.)

Estábase una Cabra muy atenta
Largo rato escuchando
De un acorde violín el eco blando.
Los pies se la bailaban, de contenta,
Y á cierto Jaco, que también suspensa
Casi olvidaba el pienso,
Dirigió de esta suerte la palabra:
«No oyes de aquellas cuerdas la armonía?
Pues sabe que son tripas de una Cabra
Que fué en un tiempo compañera mía.
Confío (¡dicha grande!) que algún día
No menos dulces trinos
Formarán mis sonoros intestinos.»
Volvióse el buen Rocín y respondióla:
«¿A fe que no resuenan esas cuerdas
Sino porque las hieren con las cerdas
Que sufrí me arrancasen de la cola.
Mi dolor me costó, pasé mi susto;
Pero, al fin, tengo el gusto
De ver que lucimiento
Debe á mi auxilio el músico instrumento.
Tú, que satisfacción igual esperas,
¿Cuándo la gozarás? Después que mueras.»
Así, ni más ni menos, porque en vida
No ha conseguido ver su obra aplaudida
Algun mal escritor, al juicio apela
De la posteridad, y se consuela.

FÁBULA XX.

LA ABEJA Y EL CUCILLO.

(La variedad es requisito indispensable en las obras de gusto.)

Saliendo del colmenar,
Dijo al Cucillo la Abeja:
«Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.
»No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú:
Cucú, cucú, y más cucú,
Y siempre una misma cosa.

«—; Te cansa mi canto igual?
(El Cucillo respondió):
Pues á fe que no hallo yo
Variedad en tu panal.
»Y pues que del propio modo
Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento,
En tí es viejísimo todo.»
A esto la Abeja replica:
«En obra de utilidad,
La falta de variedad
No es lo que más perjudica;
»Pero en obra destinada
Sólo al gusto y diversion,
Si no es varia la invencion,
Todo lo demas es nada.»

FÁBULA XXI.

EL RATON Y EL GATO.

(Alguno que ha alabado una obra ignorando quien es su autor, suele vituperarla despues que lo sabe.)

Tuvo Esopo famosas ocurrencias,
¡Qué invencion tan sencilla! ¡qué sentencias!...
He de poner, pues que la tengo á mano,
Una fábula suya en castellano.
«Cierta (dijo un Raton en su agujero),
No hay prenda más amable y estupenda
Que la fidelidad; por eso quiero
Tan de veras al perro perdiguero.»
Un Gato replicó: «Pues esa prenda
Yo la tengo tambien.....» Aquel se asusta
Mi buen Raton, se esconde,
Y, torciendo el hocico, le responde:
«¡Cómo! ¿la tienes tú!..... Ya no me gusta.»
La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece
Si ven que su contrario la merece.
¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
Puede ser que le agrade, y que le instruya.
— Es una maravilla;
Dijo Esopo una cosa como suya.
— Pues mire usted: Esopo no la ha escrito;
Salió de mi cabeza.—; Con que es tuya?
— Sí, señor erudito:
Ya que ántes tan feliz le parecia,
Critiquemela ahora porque es mía.

FÁBULA XXII.

LA LECHUZA.

Y

FÁBULA XXIII.

LOS PERROS Y EL TRAPERO.

(Atraverse á los autores muertos, y no á los vivos, no sólo es cobardía, sino traición.)

Cobardes son y traidores
Ciertos críticos, que esperan,
Para impugnar, á que muieran
Los infelices autores,
Porque vivos respondieran.
Un breve caso á este intento
Contaba una abuela mia.
Diz que un día en un convento
Entró una Lechuza..... miento,
Que no debió ser un día;
Fue, sin duda, estando el sol
Ya muy lejos del ocaso.....
Ella, en fin, encontró al paso
Una lámpara ó farol
(Que es lo mismo para el caso).
Y volviendo la trasera,
Exclamó de esta manera:
«Lámpara, ¡con qué delcíte
Te chupára yo el aceite,
Si tu luz no me ofendiera!
»Mas ya que ahora no puedo,
Porque estás bien atizada,

Si otra vez te hallo apagada,
Sabré, perdiéndote el miedo,
Darme una buena pañada.»

Aunque renieguen de mí
Los críticos de que trato,
Para darles un mal rato,
En otra fábula aquí
Tengo de hacer su retrato.

Estando pues un Trapero
Revolviendo un basurero,
Ladrábanle (como suelen
Cuando á tales hombres huelen)
Dos parientes del Cerbero.

Y díjoles un lebel:
«Dejad á ese perillan,
Que sabe quitar la piel
Cuando encuentra muerto un can,
Y cuando vivo, huye de él.»

FÁBULA XXIV.

EL PAPAGAYO, EL TORDO Y LA MARICA.

(Conviene estudiar los autores originales, y no los copiantes y malos traductores.)

Oyendo un Tordo hablar á un Papagayo,
Quiso que él, y no el hombre, le enseñara;
Y con solo un ensayo
Creyó tener pronunciación tan clara,
Que en ciertas ocasiones
A una Marica daba ya lecciones.
Así salió tan diestra la Marica
Como aquel que al estudio se dedica
Por copias y por malas traducciones.

FÁBULA XXV.

EL LOBO Y EL PASTOR.

(El libro que de suyo es malo, no deja de serlo porque tenga tal cual cosa buena.)

Cierto Lobo, hablando con cierto Pastor,
«Amigo (le dijo), yo no sé por qué
Me has mirado siempre con odio y horror.
Tienesme por malo; no lo soy á fe.

»Mi piel, en invierno, ¡qué abrigo no da!
Achaques humanos cura más de mil;
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que la piquen pulgas ni otro insecto vil.

»Mis uñas no truco por las del tejón,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes, ya sabes cuán útiles son,
Y á cuántos con mi unto he dado salud.»

El Pastor responde: «Perverso animal!
Maldígate el Cielo, maldígate, amén;
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hacer algún bien?»

Al diablo los doy
Tantos libros Lobos como corren hoy.

FÁBULA XXVI.

EL LEON Y EL ÁGUILA.

(Los que quieren hacer á dos partidos, suelen conseguir el desprecio de ambos.)

El Águila y el Leon
Gran conferencia tuvieron
Para arreglar entre sí
Ciertos puntos de gobierno.
Dió el Águila muchas quejas
Del murciélago, diciendo:
«¿Hasta cuándo este avechucho
Nos ha de traer revueltos?
Con mis pájaros se mezcla,
Dándose por uno de ellos;
Y alega varias razones,
Sobre todo la del vuelo.
Mas, si se le antoja, dice:
Hocico, y no pico, tengo.
¿Cómo ave queréis tratarme?
Pues cuadrúpedo me vuelvo.

Con mis vasallos murmura
De los brutos de tu imperio;
Y cuando con éstos vive,
Murmura también de aquéllos.

»— Está bien, dijo el Leon:

Yo te juro que en mis reinos
No éntre más.— Pues en los míos,
Respondió el Águila, ménos.»

Desde entónces solitario
Salir de noche le vemos;
Pues ni alados, ni patudos,
Quieren ya tal compañero.

Murciélagos literarios,
Que haceis á pluma y á pelo,
Si queréis vivir con todos,
Miraos en este espejo.

FÁBULA XXVII.

LA MONA.

(Hay trajes propios de algunas profesiones literarias, con los que aparentan muchos el talento que no tienen.)

Aunque se vista de seda
La Mona, Mona se queda.
El refran lo dice así;
Yo también lo diré aquí,
Y con eso lo verán
En fábula y en refran.

Un traje de colorines,
Como el de los matachines,
Cierta Mona se vistió;
Aunque más bien creo yo
Que su amo la vestiría,
Porque difícil sería
Que tela y sastre encontrase.
El refran lo dice: pase.

Viéndose ya tan galana,
Saltó por una ventana
Al tejado de un vecino,
Y de allí tomó el camino
Para volverse á Tetuan.
Esto no dice el refran,
Pero lo dice una historia
De que apenas hay memoria,
Por ser el autor muy raro
(Y poner el hecho en claro
No le habrá costado poco).

Él no supo, ni tampoco
He podido saber yo,
Si la Mona se embarcó,
O si rodeó tal vez
Por el istmo de Suez:
Lo que averiguado está
Es que por fin llegó allá.

Vióse la señora mia
En la amable compañía
De tanta mona desnuda;
Y cada cual la saluda
Como á un alto personaje,
Admirándose del traje,
Y suponiendo sería
Mucha la sabiduría,
Ingenio y tino mental
Del petimetre animal.

Opinan luego al instante,
Y *nemine discrepante*,
Que á la nueva compañera
La dirección se confiera
De cierta gran correría,
Con que buscar se debía
En aquel país tan vasto
La provision para el gasto
De toda la mona tropa.
(¡Lo que es tener buena ropa!)

La directora, marchando
Con las huéster de su mando,
Perdió, no sólo el camino,
Sino, lo que es más, el tino;
Y sus necias compañeras
Atravesaron laderas,
Bosques, valles, cerros, llanos,

Desiertos, rios, pantanos;
Y al cabo de la jornada
Ninguna dió palotada;
Y eso que en toda su vida
Hicieron otra salida
En que fuese el capitán
Más tieso ni más galán.
Por poco no queda mona
A vida con la intentona;
Y vieron por experiencia
Que la ropa no da ciencia.
Pero, sin ir á Tetuan,
También acá se hallarán
Monos que, aunque se vistan de estudiantes,
Se han de quedar lo mismo que eran ántes.

FÁBULA XXVIII.

EL ASNO Y SU AMO.

(Quien escribe para el público, y no escribe bien, no debe fundar su disculpa en el mal gusto del vulgo.)

«Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio:
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.»
De este modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes;
Y un taimado poeta que lo oía,
Le respondió en los términos siguientes:
«Al humilde Jumento
Su dueño daba paja, y le decía:
Toma, pues que con eso estás contento.
Dijolo tantas veces, que ya un día
Se enfadó el Asno, y replicó: Yo tomo
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,
¿Piensas que sólo de la paja gusto?
Dame grano, y verás si me lo como.»
Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano;
Pues si en dándole paja, come paja,
Siempre que la dan grano, come grano.

FÁBULA XXIX.

EL GOZQUE Y EL MACHO DE NORIA.

(Nadie emprenda obra superior á sus fuerzas.)

Bien habrá visto el lector,
En hostería ó convento,
Un artificioso invento
Para andar el asador.
Rueda de madera es
Con escalones, y un Perro,
Metido en aquel encierro,
Le da vueltas con los piés.
Parece que cierto Can,
Que la máquina movía,
Empezó á decir un día:
«Bien trabajo; y ¿qué me dan?
» ¿Cómo sudo, ay infeliz!
Y al cabo, por grande exceso,
Me arrojarán algún hueso
Que sobre de esa perdiz.
» Con mucha incomodidad
Aquí la vida se pasa:
Me iré, no sólo de casa,
Mas también de la ciudad.»
Apénas le dieron suelta,
Huyendo con diámulos,
Llegó al campo, en donde un Mulo
A una noria daba vuelta.
Y no le hubo visto bien,
Cuando dijo: «¿Quién va allá?
Parece que por acá
Asamos carne también.
» — No aso carne, que agua saco
(El Macho le respondió).
— Eso también lo haré yo
(Saltó el Can), aunque estoy flaco.
» Como esa rueda es mayor,
Algo más trabajaré.
¿Tanto pesa?..... Pues ¿y qué?

¿No ando la de mi asador?
» Me habrán de dar, sobre todo,
Más ración, tendré más gloria.....»
Entonces el de la noria
Le interrumpió de este modo:
«Que se vuelva le aconsejo
A voltear su asador,
Que esta empresa es superior
A las fuerzas de un Gozquejo.»
¡Miren el Mulo bellaco,
Y qué bien le replicó!
Lo mismo he leído yo
En un tal Horacio Flacco,
Que á un autor da por gran yerro
Cargar con lo que después
No podrá llevar: esto es,
Que no ande la noria el Perro.

FÁBULA XXX.

EL ERUDITO Y EL RATON.

(Hay casos en que es necesaria la crítica severa.)

En el cuarto de un célebre Erudito
Se hospedaba un Raton, ¡raton maldito!
Que no se alimentaba de otra cosa
Que de roerle siempre verso y prosa.
Ni de un gatazo el vigilante celo
Pudo llegarle al pelo,
Ni extrañas invenciones
De varias é ingeniosas ratoneras,
O el rejalar en dulces confecciones,
Curar lograron su incesante anhelo
De registrar las doctas papeleras,
Y acribillar las páginas enteras.
Quiso luego la trampa
Que el perseguido autor diese á la estampa
Sus obras de elocuencia y poesia;
Y aquel bicho travieso,
Si ántes lo manuscrito le roía,
Mucho mejor roía ya lo impreso.
«¿Qué desgracia la mía!
(El literato exclama): ya estoy harto
De escribir para gente roedora;
Y por no verme en esto, desde ahora
Papel blanco no más habrá en mi cuarto.
Yo haré que este desórden se corrija.....»
Pero sí; la traidora Sabandija,
Tan hecha á malas mañas, igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.
El Autor, aburrido,
Echa en la tinta dósis competente
De soliman molido:
Escribe (yo no sé si en prosa ó verso):
Devora, pues, el animal perverso,
Y revienta por fin..... «¡Feliz receta!
(Dijo entonces el crítico poeta):
Quien tanto roe, mire no le escriba
Con un poco de tinta corrosiva.»
Bien hace quien su crítica modera;
Pero usarla conviene más severa
Contra censura injusta y ofensiva,
Cuando no hablar con sincero denuedo
Poca rason arguye, ó mucho miedo.

FÁBULA XXXI.

LA ARDILLA Y EL CABALLO.

(Algunos emplean en obras frívolas tanto afán como otros en las importantes.)

Mirando estaba una Ardilla
A un generoso Alazan,
Que dócil á espuela y rienda,
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compas,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:
«Señor mío,
De ese brío,
Ligereza

Y destreza
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso más.
Yo soy viva,
Soy activa,
Me menea,
Me paseo,
Yo trabajo,
Subo y bajo,
No me estoy quieta jamás.»
El paso detiene entonces
El buen Potro, y muy formal,
En los términos siguientes
Respuesta á la Ardilla da :
«Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga),
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano;
Mas no en vano.
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño,
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.»
Con que algunos escritores
Ardillas también serán
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

FÁBULA XXXII.

EL GALAN Y LA DAMA.

(Cuando un autor ha llegado á ser famoso todo se le aplaude.)

Cierto Galan á quien París aclama
Petimetre del gusto más extraño,
Que cuarenta vestidos muda al año,
Y el oro y plata sin temor derrama,
Celebrando los días de su dama,
Unas hebillas estrenó de estafío,
Sólo para probar con este engaño
Lo seguro que estaba de su fama.
«¡Bella plata! ¡qué brillo tan hermoso!
(Dijo la dama): ¡viva el gusto y númen
Del Petimetre, en todo primoroso!»
Y ahora digo yo: llene un volúmen
De disparates un autor famoso,
Y si no le alabaren, que me emplumen.

FÁBULA XXXIII.

EL AVESTRUZ, EL DROMEDARIO Y LA ZORRA.

(También en la literatura suele dominar el espíritu de paisanaje.)

Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios
(Que también entre brutos hay tertulias),
Mil especies en ellas se tocaron.
Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado:
Este á la hormiga alaba, aquél al perro;
Quién á la Abeja, quién al Papagayo.
«No (dijo el Avestruz): en mi dictámen
No hay más bello animal que el Dromedario.»
El Dromedario dijo: «Yo confieso
Que solo el Avestruz es de mi agrado.»
Ninguno adivinó por qué motivo
Tan raro gusto acreditaban ambos.
¿Será porque los dos abultan mucho?
¿O por tener los dos los cuellos largos?
¿O porque el Avestruz es algo simple,
Y no muy advertido el Dromedario?
¿O bien porque son feos uno y otro?
¿O porque tienen en el pecho un callo?
O puede ser también..... «No es nada de eso
(La Zorra interrumpió); ya dí en el caso.
¿Sabéis por qué motivo el uno al otro

Tanto se alaban? Porque son paisanos» (1).

En efecto, ambos eran berberiscos;
Y no fué juicio, no, tan temerario
El de la Zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

FÁBULA XXXIV.

EL CUERVO Y EL PAVO.

(Cuando se trata de notar los defectos de una obra, no deben darse los personales de su autor.)

Pues, como digo, es el caso
(Y vaya de cuento)
Que á volar se desafiaron
Un Pavo y un Cuervo.
Al término señalado
Cuál llegó primero,
Considérelo quien de ambos
Haya visto el vuelo.
«Aguárdate (dijo el Pavo
Al cuervo de lejos):
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que eres negro y feo.
»Escucha: también reparo
(Le gritó más recio)
En que eres un pajarrao
De muy mal agüero.
»Quita allá, que me das asco,
Grandísimo puerco;
Sí, que tienes por regalo
Comer cuerpos muertos.
»—Todo eso no viene al caso
(Le responde el Cuervo),
Porque aquí sólo tratamos
De ver qué tal vuelo.»
Cuando en las obras del sabio
No encuentra defectos,
Contra la persona cargos
Suele hacer el necio.

FÁBULA XXXV.

LA ORUGA Y LA ZORRA.

(La literatura es la profesión en que más se verifica el proverbio: «¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio.»)

Si se acuerda el lector de la tertulia
En que, á presencia de animales varios,
La Zorra adivinó por qué se daban
Elogios avestruz y dromedario;
Sepa que en la mismísima tertulia
Un día se trataba del gusano,
Artífice ingenioso de la seda,
Y todos ponderaban su trabajo.
Para muestra presentan un capullo;
Examinanle, crecen los aplausos;
Y aun el topo, con todo que es un ciego,
Confesó que el capullo era un milagro.
Desde un rincón la Oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando
La labor admirable, friolera,
Y á sus elogiadores, mentecatos.
Preguntábanse, pues, unos á otros:
«¿Por qué este miserable gusarapo
El único ha de ser que vitupere
Lo que todos acordéis alabamos?»
Saltó la Zorra y dijo: «¡Pese á mi alma!
El motivo no puede estar más claro.
¿No sabéis, compañeros, que la Oruga
También labra capullos, aunque malos?
¡Laboriosos ingenios perseguidos!
¿Queréis un buen consejo? Pues, cuidado:
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
No hagáis más que contarles este caso.

(1) Amor patria valentior omnia. (Ovid., *Ex Ponto*, epist. lib. I.)

FÁBULA XXXVI.

LA COMPRA DEL AENO.

(A los que compran libros sólo por la encuadernación.)

Ayer por mi calle
Pasaba un Borrico,
El más adornado
Que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
Eran nuevecitos,
Con flecos de seda,
Rojos y amarillos.
Borlas y penacho
Llevaba el pollino,
Lazos, cascabeles
Y otros atavíos.
Y hechos á tijera
Con arte prolijo,
En pescuezo y anca
Dibujos muy lindos.
Parece que el dueño,
Que es, según me han dicho,
Un chalan gitano
De los más ladinos,
Vendió aquella alhaja
A un hombre sencillito;
Y añaden que al pobre
Le costó un sentido.
Volviendo á su casa,
Mostró á sus vecinos
La famosa compra;
Y uno de ellos dijo:
«Veamos, compadre,
Si este animalito
Tiene tan buen cuerpo
Como buen vestido.»
Empezó á quitarle
Todos los aliños,
Y bajo la albarda,
Al primer registro,
Le hallaron el lomo
Asaz mal-ferido,
Con seis mataduras
Y tres lobanillos,
Amén de dos grietas,
Y un tumor antiguo,
Que bajo la cincha
Estaba escondido.
«Burro (dijo el hombre)
Más que el Burro mismo
Soy yo, que me pago
De adornos postizos.»
A fe que este lance
No echaré en olvido,
Pues viene de molde
A un amigo mío,
El cual á buen precio
Ha comprado un libro
Bien encuadernado,
Que no vale un pito.

FÁBULA XXXVII.

EL BUEY Y LA CIGARRA.

(El envidioso es quien afea un pequeño descuido en una obra grande.)

Arando estaba el Buey; y á poco trecho,
La Cigarra, cantando, le decía:
«Ay, ay! qué surco tan torcido has hecho!»
«Yo él la respondió: «Señora mía,
Si no estuviera lo demás derecho,
Tú no conociera lo torcido.»
«Cae, pues, la haragana reparona;
Que á mi amo sirvo bien, y él me perdona
Entre tantos aciertos un descuido.»
«Miren quién hizo á quién cargo tan fútil!
Una Cigarra al animal más útil.
Mas ¿si me habrá entendido
El que á tachar se atreve
En obras grandes un defecto leve?

FÁBULA XXXVIII.

EL GUACAMAYO Y LA MARMOTA.

(Ordinariamente no es escritor de gran mérito el que hace venal el ingenio.)

Un pintado Guacamayo
Desde un mirador veía
Cómo un extranjero payo
(Que savoyano sería)
Por dinero una alimaña
Enseñaba, muy feota,
Dándola por cosa extraña;
Es á saber, la Marmota.
Salía de su cajón
Aquel ridículo bicho;
Y el ave desde el balcón
Le dijo: «¡Raro capricho!
«Siendo tú fea, ¡que así
Dinero por verte den,
Cuando siendo hermoso, aquí
Todos de balde me ven!
«Puede que seas, no obstante,
Algun precioso animal;
Mas yo tengo ya bastante
Con saber que eres venal.»
Oyendo esto un mal autor,
Se fué como avergonzado.—
¿Por qué?—Porque un impresor
Le tenía asalariado.

FÁBULA XXXIX.

EL RETRATO DE GOLILLA.

(El es vicioso al uso de voces extranjeras modernamente introducidas, también lo es, por el contrario, el de las anticuadas.)

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja;
Pero habrá quien piense que no habla castizo
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenerle con una conseja;
Y porque le traiga más contentamiento,
En su mismo estilo referiré intento,
Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.
No sin hartos celos un pintor de hogaño
Vía cómo ahora gran loa y valía
Alcanzan algunos retratos de antaño;
Y el no remedallos á mengua tenía:
Por ende, queriendo retratar un día
A cierto rico-home, señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daría.
Segundo Velázquez creyó ser con esto;
Y así que del rostro toda la semblanza
Hubo trasladado, golilla le ha puesto,
Y otros atavíos á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza,
El cual espantado fincó desdeque vido
Con añejas galas su cuerpo vestido,
Magüer que le plugo la faz abastanza.
Empero una traza le vino á las mientes
Con que al retratante dar su galardón.
Guardaba, heredadas de sus ascendientes,
Antiguas monedas en un viejo arcon.
Del Quinto Fernando muchas de ellas son,
Allende de algunas de Carlos Primero,
De entrambos Filipos Segundo y Tercero;
Y henchido de todas le endonó un bolson.
«Con estas monedas, ó siquier medallas
(El pintor le dice), si voy al mercado
Cuando me cumplieré mercar vituallas,
Tornaré á mi casa con un buen recado.
—¡Pardiez! (dijo el otro), ¡no me habeis pintado
En traje que un tiempo fué muy señorial,
Y agora le viste sólo un alguacil?
Cual me retratasteis, tal os he pagado.
«Llévao la tabla, y el mi corbatín
Píntadme al provio en vez de golilla;
Cambiadme esa espada en el mi espadín,
Y en la mi casaca trocad la ropilla;
Ca non habrá naide en toda la villa
Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto:

Vuestra paga entónces contaros-he presto
En buena moneda corriente en Castilla.
Ora pues, si á rias provoca la idea
Que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¡No hemos de reirnos siempre que chochea
Con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor;
Habla puro á costa de la claridad,
Y no halla voz baja para nuestra edad,
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

FÁBULA XL.

LOS DOS HUÉSPEDES.

(Las portadas ostentosas de los libros engañan mucho.)

Pasando por un pueblo
De la montaña,
Dos caballeros moscos
Buscan posada.
De dos vecinos
Reciben mil ofertas
Los dos amigos.
Porque á ninguno quieren
Hacer desaire,
En casa de uno y otro
Van á hospedarse.
De ambas mansiones
Cada Huésped la suya
A gusto escoge.
La que el uno prefiere
Tiene un gran patio
Y bello frontispicio,
Como un palacio:
Sobre la puerta
Su escudo de armas tiene,
Hecho de piedra.
La del otro la vista
No era tan grande;
Mas dentro no faltaba
Dónde alojarse;
Como que habia
Piezas de muy buen temple,
Claras y limpias.
Pero el otro palacio
Del frontispicio
Era, ademas de estrecho,
Oscuro y frio:
Mucha portada,
Y por dentro desvanes
A teja vana.
El que allí pasó un dia
Mal hospedado,
Contaba al compañero
El fuerte chasco;
Pero él le dijo:
«Otros chascos como ése
Dan muchos libros.»

FÁBULA XLI.

EL TÉ Y LA SALVIA.

(Algunos sólo aprecian la literatura extranjera, y no tienen la menor noticia de la de su nación.)

El Té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la Salvia en el camino.
Ella le dijo: «¿Adónde vas, compadre?
— Á Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.
— Yo (respondió la Salvia) voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina (1).
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamas he podido hacer fortuna.
— Anda con Dios. No perderás el viaje,
Pues no hay nacion alguna
Que á todo lo extranjero

(1) Los chinos estiman tanto la salvia, que por una caja de esta hierba suelen dar dos, y á veces tres, de té verde. Véase el *Diccionario de Historia natural*, de M. Valmont de Bomare, en el artículo *Sauge*.

No dé con gusto aplausos y dinero.»

La Salvia me perdone,
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defenderia lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio;
Y español que tal vez recitaria
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

FÁBULA XLII.

EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO.

(Por más ridículo que sea el estilo retumbante, siempre ha sido lo que le aplaudan, sólo por la razon de que se quedaba tendiendo.)

Ello es que hay animales muy científicos
En curarse con varios específicos,
Y en conservar su construccion orgánica,
Como hábiles que son en la botánica;
Pues conocen las hierbas diuréticas,
Catárticas, narcóticas, eméticas,
Febrifugas, estípticas, prolíficas,
Cefálicas tambien y sudoríficas.

En esto era gran práctico y teórico
Un Gato, pedantísimo retórico,
Que hablaba en un estilo tan enfático
Como el más estirado catedrático.
Yendo á caza de plantas salúferas,
Dijo á un lagarto: «¡Qué ansias tan mortíferas!
Quiero por mis turgencias semihidrópicas,
Chupar el zumo de hojas *heliotrópicas*.»

Atónito el Lagarto con lo exótico
De todo aquel preámbulo estrambótico,
No entendió más la frase macarrónica
Que si le hablasen lengua babilónica.
Pero notó que el charlatan ridículo,
De hojas de girasol llenó el ventrículo,
Y le dijo: «Ya, en fin, señor hidrópico,
He entendido lo que es zumo *heliotrópico*.»
¡Y no es bueno que un Grillo, oyendo el diálogo,
Aunque se fué en ayunas del catálogo
De términos tan raros y magníficos,
Hizo del Gato elogios honoríficos!!
Sí; que hay quien tiene la hinchazon por mérito
Y el hablar liso y llano por demérito.

Mas ya que esos amantes de hiperbólicas
Cláusulas y metáforas diabólicas,
De retumbantes voces el depósito
Apuran, aunque salga un despropósito,
Caiga sobre su estilo problemático
Este apólogo esdrújulo-enigmático.

FÁBULA XLIII.

LA MÚSICA DE LOS ANIMALES.

(Cuando se trabaja una obra entre muchos, cada uno quiere apropiársela si es buena, y echa la culpa á los otros si es mala.)

Atencion, noble auditorio,
Que la bandurria he templado,
Y han de dar gracias cuando oigan
La jácara que les canto.

En la corte del leon,
Dia de su cumpleaños,
Unos cuantos animales
Dispusieron un sarao;
Y para darle principio
Con el debido aparato,
Oyeron que una academia
De música era del caso.

Como en esto de elegir
Los papeles adecuados
No todas veces se tiene
El acierto necesario,
Ni hablaron del ruiseñor,
Ni del mirlo se acordaron,
Ni se trató de calandria,

De jilguero ni canario.
Menos hábiles cantores,
Aunque más determinados,
Se ofrecieron á tomar
La diversion á su cargo.

Antes de llegar la hora
Del canticio preparádo,
Cada músico decía:
«Ustedes verán qué rato!»
Y al fin la capilla junta
Se presenta en el estrado,
Compuesta de los siguientes
Diestrísimos operarios.
Los tiples eran dos grillos;
Rana y cigarra, contraltos;
Dos tábanos los tenores;
El cerdo y el burro, bajos.
Con qué agradable cadencia,
Con qué acento delicado
La música sonaria,
No es menester ponderarlo.
Baste decir que los más
Los orejas se taparon,
Y por respeto al leon,
Disimularon el chasco.

La rana por los semblantes
Bien conoció, sin embargo,
Que habian de ser muy pocas
Las palmadas y los bravos.
Salióse del corro y dijo:
«¿Cómo desentona el asno!»
Este replicó: «Los tiples
Si que están desentonados.—
Quien lo echa todo á perder
(Añadió un grillo chillando)
Es el cerdo. — Poco á poco
(Respondió luego el marrano);
Nadie desafina más
Que la cigarra, contralto. —
Tenga modo, y hable bien
(Saltó la cigarra); es falso;
Ecos tábanos tenores
Son los autores del daño.»
Cortó el leon la disputa,
Diciendo: «¡Grandes bellacos!
¡Antes de empezar la solfa,
No la estábais celebrando!
Cada uno para sí
Pretendia los aplausos,
Como que se debería
Todo el acierto á su canto.
Mas viendo ya que el concierto
Es un infierno abreviado,
Nadie quiere parte en él,
Y á los otros hace cargos.
Jamás volvais á ponerlos
En mi presencia: ¡mudaos!
Que si otra vez me cantais,
Tengo de hacer un estrago.»
Así permitiera el Cielo
Que sucediera otro tanto
Cuando, trabajando á escote
Fues escritores ó cuatro,
Cada cual quiere la gloria
Si es bueno el libro, ó mediano,
Y los compañeros tienen
La culpa si sale malo!

FÁBULA XLIV.

LA ESPADA Y EL ASADOR.

(Contra dos especies de malos traductores.)

Sirvió en muchos combates una espada
Fina, fina, cortante, bien templada,
La más famosa que salió de mano
De insigne fabricante toledano.
Fue pasando á poder de varios dueños,
Y auroso los sacó de mil empeños.
Vendióse en almonedas diferentes
Hasta que por extraños accidentes
Fino, en fin, á parar (¡quién lo diría!)

Á un oscuro rincon de una hostería,
Donde, cual mueble inútil arrimada,
Se tomaba de orin. Una criada,
Por mandado de su amo el posadero,
Que debía de ser gran majadero,
Se la llevó una vez á la cocina,
Atravesó con ella una gallina,
Y héteme un asador becho y derocho.
La que una espada fué de honra y provecho.

Mientras esto pasaba en la posada,
En la corte comprar quiso una espada
Cierta recién llegado forastero,
Transformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
Es la espada un adorno solamente,
Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Dijole que volviese al otro día.
Un asador que en su cocina habia
Luego desabasta, afila y acicala,
Y por espada de Tomas de Ayala
Al pobre forastero, que no entiende
De semejantes compras, se le vende;
Siendo tan picaron el espadero
Como fué mentecato el posadero.

Mas ¡de igual ignorancia ó picardía
Nuestra nacion quejarse no podria
Contra los traductores de dos clases,
Que infestada la tienen con sus frases!
Unos traducen obras celebradas,
Y en asadores vuelven las espadas;
Otros hay que traducen las peores,
Y venden por espadas asadores.

FÁBULA XLV.

LOS CUATRO LISIADOS.

(Las obras que un particular puede desempeñar por sí solo, no merecen se empleen en ellas el trabajo de muchos hombres.)

Un mudo á *nativitate*,
Y más sordo que una tapia,
Vino á tratar con un ciego
Cosas de poca importancia.

Hablaba el ciego por señas,
Que para el mudo eran claras;
Mas hizole otras el mudo,
Y él á oscuras se quedaba.

En este apuro, trajeron,
Para que los ayudara,
Á un camarada de entrambos,
Que era manco por desgracia.

Este las señas del mudo
Trasladaba con palabras,
Y por aquel medio el ciego
Del negocio se enteraba.

Por último resultó,
De conferencia tan rara,
Que era preciso escribir
Sobre el asunto una carta.

«Compañeros, saltó el manco,
Mi auxilio á tanto no alcanza;
Pero á escribirla vendrá
El domine, si le llaman.—

» ¡Qué ha de venir (dijo el ciego),
Si es cojo, que apenas anda?
Vamos, será menester
Ir á buscarle á su casa.»

Así lo hicieron; y al fin
El cojo escribe la carta;
Dictanla el ciego y el manco,
Y el mudo parte á llevarla.

Para el consabido asunto
Con dos personas sobraba;
Mas, como eran ellas tales,
Cuatro fueron necesarias.

Y á no ser porque há tan poco
Que en un lugar de la Alcarria
Acaeció esta aventura,
Testigos más de cien almas,
Bien pudiera sospecharse
Que estaba adrede inventada.

Por alguno que con ella
Quiso pintar lo que pasa
Cuando, juntándose muchos
En pandilla literaria,
Tienen que trabajar todos
Para una gran patarata.

FÁBULA XLVI.

EL POLLO Y LOS DOS GALLOS.

(No ha de considerarse en un autor la edad, sino el talento.)

Un Gallo, presumido
De luchador valiente,
Y un Pollo algo crecido,
No sé por qué accidente
Tuvieron sus palabras, de manera
Que armaron una brava pelotera.
Dióse el Pollo tal maña,
Que sacudió á mi Gallo lindamente,
Quedando ya por suya la campaña,
Y el vencido sultan de aquel scrrallo
Dijo, cuando el contrario no lo oía:
«¡Eh! con el tiempo no será mal Gallo:
El pobrecillo es mozo todavía.»
Jamás volvió á meterse con el Pollo;
Mas en otra ocasión, por cierto embrollo,
Teniendo un choque con un Gallo anciano,
Guerrero veterano,
Apénas le quedó pluma ni cresta:
Y dijo al retirarse de la fiesta:
«Si no mirára que es un pobre viejo...
Pero chochea y por piedad le dejo.»
Quien se meta en contienda,
Verbi-gracia de asunto literario,
A los años no atienda,
Sino á la habilidad de su adversario.

FÁBULA XLVII.

LA URRACA Y LA MONA.

(El verdadero caudal de erudición no consiste en hacinar muchas noticias, sino en recoger con elección las útiles y necesarias.)

A una Mona	Y otras muchas
Muy taimada	Zarandajas.
Dijo un día	«¿Qué tal? dijo;
Cierta Urraca:	Vaya, hermana,
«Si vinieras	¿No me envidias?
A mi estancia,	¿No se pasma?
¡Cuántas cosas	A fe que otra
Te enseñaral	De mi casta
Tú bien sabes	En riqu. za
Con qué maña	No me iguala.»
Robo y guardo	Nuestra Mona
Mil alhajas.	La miraba
Vén, si quieres,	Con un gesto
Y verás las	De bellaca;
Escondidas	Y al fin dijo:
Tras de una arca.»	«Patarata!
La otra dijo:	Has juntado
«Vaya en gracias;	Lindas maulas.
Y al paraje	Aquí tienes
La acompaña.	Quien te gana,
Fué sacando	Porque es útil
Boña Urraca	Lo que guarda.
Una liga	Si no, mira
Colorada,	Mis quijadas.
Un tontillo	Bajo de ellas,
De casaca,	Camarada,
Una hebilla,	Hay dos buches
Dos medallas,	O papadas,
La contera	Que se encogen
De una espada,	Y se ensanchan.
Medio peine,	Como aquello
Y una vaina	Que me basta,
De tijeras;	Y el sobrante
Una gasa,	Guardo en ambas
Un mal cabo	Para cuando
De navaja,	Me haga falta.
Tres clavijas	Tú amontonas
De guitarra,	Mentecata,

Trapos viejos,
Y morralla;
Mas yo, nueces,
Avelanas,
Dulces, carne
Y otras cuantas
Provisiones
Necesarias.»
Y esta Mona
Redomada

Habló sólo
Con la Urraca
Me parece
Que más habla
Con algunos,
Que hacen gale
De confusas
Misceláneas
Y farrago
Sin substancia.

FÁBULA XLVIII.

EL RUISEÑOR Y EL GORRIÓN.

(Nadie crea saber tanto, que no tenga más que aprender.)

Siguiendo el són del organillo un día,
Tomaba el ruiseñor lección de canto,
Y á la jaula llegándose entre tanto
El Gorrión parlero, así decía:
«¡Cuánto me maravillo
De ver que de ese modo
Un pájaro tan diestro
A un discípulo tiene por maestro!
Porque al fin lo que sabe el organillo
A tí lo debe todo.—
A pesar de eso (el Ruiseñor replica),
Si él aprendió de mí, yo de él aprendo.
A imitar mis caprichos él se aplica:
Yo los voy corrigiendo
Con arreglarme al arte que él enseña;
Y así pronto verás lo que adelanta
Un Ruiseñor que con escuela canta.»
¿De aprender se desdiseña
El literato grave?
Pues más debe estudiar el que más sabe!

FÁBULA XLIX.

EL JARDINERO Y SU AMO.

(La perfección de una obra consiste en la unión de lo útil y de lo agradable.)

En un jardín de flores
Había una gran fuente,
Cuyo pilon servía
De estanque á carpas, tencas y otros peces.
Únicamente al riego
El jardinero atiende,
De modo que entre tanto
Los peces agua en que vivir no tienen.
Viendo tal desgobierno,
Su amo le reprende;
Pues aunque quiere flores,
Regalarse con peces también quiere.
Y el rudo jardinero
Tan puntual le obedece,
Que las plantas no riega
Para que el agua del pilon no merma.
Al cabo de algun tiempo
El amo al jardín vuelve,
Halla secas las flores,
Y amostazado, dice de esta suerte:
«Hombre, no riegues tanto,
Que me quede sin peces;
Ni cuides tanto de ellos,
Que sin flores, gran bárbaro, me dejes.»
La máxima es trillada,
Mas repetirse debe:
Si al pleno acierto aspiras,
Une la utilidad con el deleite.

FÁBULA L.

LOS DOS TORDOS.

(No se han de apreciar los libros por su bulto ni por su tamaño)

Persuadia un tordo abuelo,
Lleno de años y prudencia,
A un tordo, su nietezuelo,
Mozo de poca experiencia,
A que, acelerando el vuelo,

Viniese con preferencia
Hacia una poblada viña
E hiciese allí su rapiña.
« Esa viña dónde está?
(Le pregunta el mozalvete),
¿Y qué fruto es el que da?
—Hoy te espera un gran banquete
(Dice el viejo), vén acá;
Aprende á vivir, pobrete.
Y no bien lo dijo, cuando
Las uvas le fué enseñando.

Al verlas saltó el rapaz:
«Y ésta es la fruta alabada
De un pájaro tan sagaz?
¿Qué chica! ¿qué desmedida!
¡Ea, vaya! es incapaz
Que eso pueda valer nada.
Yo tengo fruta mayor
En una huerta, y mejor.—
»Vámonos, dijo el anciano:
Aunque sé que más valdrá
De mis uvas solo un grano.»
A la huerta llegan ya;
Y el joven exclama ufano:
«¿Qué fruta! ¿qué gorda está!
¿No tiene excelente traza?...»
¿Y qué era? Una calabaza.
Que un tordo en aqueste engaño
Caiga, no lo dificulto,
Pero es mucho más extraño
Que hombre tenido por culto
Aprecie por el tamaño
Los libros, y por el bulto.
Grande es, si es buena, una obra;
Si es mala, toda ella sobra.

FÁBULA LI.

EL FABRICANTE DE GALONES Y LA ENCAJERA.

(Esta que sea buena la materia de un escrito; es menester
que también lo sea el modo de tratarla.)

Cerca de una Encajera
Vivia un Fabricante de galones.
«Vecina, ¿quién creyera
(Le dijo) que valiesen más doblones
De tu encaje tres varas
Que diez de un galon de oro de dos caras!—
»De que á tu mercancía
(Esto es lo que ella respondió al vecino)
Tanto exceda la mía,
Aunque en oro trabajas, y yo en lino,
No debes admirarte,
Pues más que la materia vale el arte.»
Quien desprecie el estilo,
Y diga que á las cosas sólo atiende,
Advierta que si el hilo
Más que el noble metal caro se vende,
También da la elegancia
Su principal valor á la substancia.

FÁBULA LII.

EL CAZADOR Y EL HURON.

(Que se aprovechan de las noticias de otros, y tienen
la ingratitude de no citarlos.)

Cargado de conejos,
Y muerto de calor,
Una tarde de lejos
Á su casa volvía un Cazador.
Encontró en el camino,
Muy cerca del lugar,
A un amigo y vecino,
Cuya fortuna le empezó á contar.
«Me afané todo el día
Le dijo; pero ¿qué!
¿mejor cacería
Lo he logrado, ni la lograré.
»Desde por la mañana
«cierto que sufrí
una buena solana;

II, PR.-XVIII.

Mas mira qué gazapos traigo aquí.

»Te digo y te repito,
Fuera de vanidad,
Que en todo este distrito
No hay cazador de más habilidad.»
Con el oído atento
Escuchaba un Huron
Este razonamiento,
Desde el corcho en que tiene su mansion.
Y el puntiagudo hocico
Sacando por la red,
Dijo á su amo: «Suplico
Dos palabritas, con perdon de usted.
»Vaya, ¿cuál de nosotros
Fué el que más trabajó?
¿Esos gazapos y otros
Quiénes los ha cazado sino yo?
»¡Patron! ¿tán poco valgo,
Que me tratan así?
Me parece que en algo
Bien se pudiera hacer mención de mí.»
Cualquiera pensaría
Que este aviso moral
Seguramente haría
Al Cazador gran fuerza; pues no hay tal.
Se quedó tan sereno
Como ingrato escritor
Que del auxilio ajeno
Se aprovecha, y no cita al bienhechor.

FÁBULA LIII.

EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO.

(Suelen ciertos autores sentar como principios infalibles del arte
aquello mismo que ellos practican.)

Habia en un corral un gallinero;
En este gallinero un Gallo habia;
Y detras del corral, en un chiquero,
Un Marrano gordísimo yacia.
Item más, se criaba allí un Cordero,
Todos ellos en buena compañía;
Y ¿quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales?
Pues (con perdon de ustedes) el Cochino
Dijo un día al Cordero: «¿Qué agradable,
Qué feliz, qué pacífico destino
Es el poder dormir! ¿Qué saludable!
Yo te aseguro, como soy gorrino,
Que no hay, en esta vida miserable,
Gusto como tenderse á la bartola,
Roncar bien y dejar rodar la bola.»
El Gallo por su parte al tal Cordero
Dijo en otra ocasion: «Mira, inocente,
Para estar sano, para andar ligero,
Es menester dormir muy parcamente.
El madrugar, en Julio ó en Febrero,
Con estrellas, es método prudente,
Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.»
Confuso, ambos dictámenes coteja
El simple Corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es más que aquello mismo á que se inclina.
Acá entre los autores ya es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina
Y gran regla, á la cual nos sujetamos,
Lo que en nuestros escritos practicamos.

FÁBULA LIV.

EL PEDERNAL Y EL ESILABON.

(La naturaleza y el arte han de ayudarse reciprocamente.)

Al eslabon de cruel
Trató el pedernal un día,
Porque á menudo le heria
Para sacar chispas de él.
Riñendo éste con aquél,
Al separarse los dos,
»Quedaos, dijo, con Dios,
¿Valeis vos algo sin mí?»

Y el otro responde: «Sí,
Lo que sin mí valeis vos.»
Este ejemplo material
Todo escritor considere,
Que el largo estudio no uniere
Al talento natural.
Ni da lumbré el pedernal
Sin auxilio de eslabon,
Ni hay buena disposicion
Que luzca faltando el arte.
Si obra cada cual aparte,
Ambos inútiles son.

FÁBULA LV.

EL JUEZ Y EL BANDOLERO.

(La costumbre inveterada no debe autorizar lo que la razon
condena.)

Prendieron por fortuna á un Bandolero,
A tiempo cabalmente
Que de vida y dinero
Estaba despojando á un inocente.
Hízole cargo el Juez de su delito;
Y él respondió: «Señor, d'ade chiquito
Fui gato algo feliz en raterías;
Luego hebillas, relojes, capas, cajas,
Espadines robé, y otras alhajas;
Después, ya entrado en dias,
Escale casas; y hoy, entre asesinos,
Soy saltador famoso de caminos.
Con que, vuesañoría no se espante
De que yo robe y mate á un caminante;
Porque este y otros daños
Los he estado yo haciendo cuarenta años.»
¡Al Bandolero culpan?
Pues ¡por ventura dan mejor salida
Los que, cuando disculpan
En las letras su error ó su mal gusto,
Alegan la costumbre envejecida
Contra el dictámen racional y justo!

FÁBULA LVI.

LA CRIADA Y LA ESCOBA.

(Hay correctores de obras ajenas, que añaden más errores
de los que corrigen.)

Cierta criada la casa barria
Con una escoba muy puerca y muy vieja.
«Reniego yo de la escoba (decía):
Con su basura y pedazos que deja
Por donde pasa,
Aun más ensucia que limpia la casa.»
Los remendones, que escritos ajenos
Corregir piensan, acaso de errores
Suelen dejarlos diez veces más llenos.....
Mas no haya miedo que de estos señores
Diga yo nada:
Que se lo diga por mí la criada.

FÁBULA LVII.

EL NATURALISTA Y LAS LAGARTIJAS.

(A ciertos libros se les hace demasiado favor en criticarlos.)

Vió en una huerta
Dos Lagartijas
Cierta curioso
Naturalista.
Cógelas ambas,
Y á toda prisa
Quiere hacer de ellas
Anatomía.
Ya me ha pillado
La más rolliza;
Miembro por miembro
Ya me la trinchó;
El microscopio
Luego le aplica.
Patatas y cola,
Pellejo y tripas,

Ojos y cuello,
Lomo y barriga,
Todo lo aparta,
Y lo examina.
Toma la pluma,
De nuevo mira,
Escribe un poco,
Recapacita.
Sus mamotretos
Después registra;
Vuelve á la propia
Carnicería.
Varios curiosos
De su pandilla
Entran á verle:
Dales noticia

De lo que observa;
Unos se abmiran,
Otros preguntan,
Otros cavilan.

Finalizada
La anatomía,
Cansóse el sabio
De Lagartija.
Soltó la otra,
Que estaba viva.
Ella se vuelve
A sus rendijas,
En donde hablando
Con sus vecinas,
Todo el suceso
Les participa.
«No hay que dudarlo,
No (las decía):
Con estos ojos
Lo vi yo misma.
Se ha estado el hombre
Todito un dia
Mirando el cuerpo
De nuestra amiga.
¡Y hay quien nos trate
De sabandijas!

¡Cómo se sufre
Tal injusticia,
Cuando tenemos
Cosas tan dignas
De contemplarse
Y andar escritas?
¡No hay que abatirse,
Noble cuadrilla!
Valemos mucho,
Por más que digan.»
¡Y querrán luego
Que no se engrían
Ciertos autores
De obras inicuas!
Los honra mucho
Quien los critica.
No seriamente,
Muy por encima,
Deben notarse
Sus tonterías;
Que hacer gran caso
De Lagartijas,
Es dar motivo
De que repitan:
«¡Valemos mucho,
Por más que digan!»

FÁBULA LVIII.

LA DISCORDIA DE LOS RELOJES.

(Los que piensan que con citar una autoridad, buena ó mala,
dan disculpados de cualquier yerro, no advierten que la verdad
puede ser más de una, aunque las opiniones sean muchas.)

Convidados estaban á un banquete
Diferentes amigos, y uno de ellos,
Que, faltando á la hora señalada,
Llegó despues de todos, pretendia
Disculpar su tardanza. «¡Qué disculpa
Nos podrás alegar?» (le replicaron).
El sacó su reloj, mostróle, y dijo:
«¡No ven ustedes cómo vengo á tiempo?
Las dos en punto son.—¡Qué disparate!
(Le respondieron); tu reloj atrasa
Más de tres cuartos de hora.—¡Pero, amigos!
(Exclamaba el tardío convidado)
¡Qué más puedo yo hacer que dar el texto?
Aquí está mi reloj..... Note el curioso
Que era este señor mio como algunos
Que un absurdo cometen, y se excusan
Con la primera autoridad que encuentran.
Pues, como iba diciendo de mi cuento,
Todos los circunstantes empezaron
A sacar sus relojes en apoyo
De la verdad. Entonces advirtieron
Que uno tenía el cuarto, otro la media,
Otro las dos y veinte y seis minutos,
Este catorce más, aquél diez menos:
No hubo dos que conformes estuvieran.

En fin, todo era dudas y cuestiones.
Pero á la astronomía cabalmente
Era el amo de casa aficionado;
Y consultando luego su infalible,
Arreglado á una exacta meridiana,
Halló que eran las tres y dos minutos,
Con lo cual puso fin á la contienda,
Y concluyó diciendo: «¡Caballeros!
Si contra la verdad piensan que vale
Citar autoridades y opiniones,
Para todo las hay; mas, por fortuna,
Ellas pueden ser muchas, y ella es una.»

FÁBULA LIX.

EL TOPO Y OTROS ANIMALES.

(Nadie confiesa su ignorancia, por más patente que ella sea.)

Ciertos animalitos,
Todos de cuatro piés,
A la gallina ciega
Jugaban una vez.
Un Perrillo, una Zorra

Y un Raton, que son tres;
Una Ardilla, una Liebre
Y un Mono, que son seis.

Este á todos vendaba
Los ojos, como que es
El que mejor se sabe
De las manos valer.

Oyó un Topo la bulla,
Y dijo: «Pues, pardiez,
Que voy allá, y en rueda
Me he de meter también.»

Pidió que le admitiesen;
Y el Mono, muy cortés,
Se lo otorgó (sin duda
Para hacer burla de él).

El Topo á cada paso
Daba veinte traspiés,
Porque tiene los ojos
Cubiertos de una piel;

Y á la primera vuelta,
Como era de creer,
Facilísimamente
Pillan á su merced.

De ser gallina ciega
Le tocaba la vez;
Y, quién mejor podía
Hacer este papel?

Pero él, con disimulo,
Por el bien parecer,
Dijo al Mono: «¿Qué hacemos?
Vaya, me venda usted!»
Si el que es ciego, y lo sabe,
Aparenta que ve,
¿Quién sabe que es idiota,
Confesará que lo es?

FÁBULA LX.

EL VOLATIN Y SU MAESTRO.

(En ninguna facultad puede adelantar el que no se sujeta á principios.)

Mientras de un Volatin bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: «Vea usted, señor Maestro,
»Cuánto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo ó contrapeso;
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.
»A qué fin quiere usted que me sujete,
Si no me faltan fuerzas ni soltura?
»Por ejemplo, este paso, esta postura
No la haré yo mejor sin el zoquete?
»Tenga usted cuenta..... No es difícil..... nada.....»
Así decía, y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde..... ¡Adios! ¿Qué es eso?
¿Qué ha de ser? una buena costalada.
»Lo que es auxilio juzgas embarazo,
Incauto joven! (el Maestro dijo):
¡Huyes del arte y método? ¡Pues, hijo,
No ha de ser éste el último porrazo!»

FÁBULA LXI.

EL SAPO Y EL MOCHUELO.

(Hay pocos que den sus obras á luz con aquella desconfianza y temor que debe tener todo escritor sensato.)

Escondido en el tronco de un árbol
Estaba un Mochuelo;
Y pasando no lejos un Sapo,
Le vió medio cuerpo.

«Ah de arriba, señor solitario!
Dijo el tal escuerzo:
Saque usted la cabeza, y veamos
Si es bonito ó feo.—

»No presumo de mozo gallardo,
Respondió el de adentro;
Y aun por eso á salir á lo claro
Apénas me atrevó;

Pero usted, que de día su garbo

Nos viene luciendo,
¿No estuviera mejor agachado
En otro agujero?»
¡Oh qué pocos autores tomamos
Este buen consejo!
Siempre damos á luz, aunque malo,
Cuanto componemos;
Y tal vez fuera bien sepultarlo;
Pero ¡ay, compañeros!
Más queremos ser públicos Sapos
Que ocultos Mochuelos.

FÁBULA LXII.

EL BURRO DEL ACEITEO.

(A los que juntan muchos libros, y ninguno leen.)

En cierta ocasion un cuero
Lleno de aceite llevaba
Un Borrico, que ayudaba
En su oficio á un Aceiteo.
A paso un poco ligero
De noche en su cuadra entraba,
Y de una puerta en la aldaba
Se dió el golpazo más fiero.
«¡Ay! clamó: ¡no es cosa dura
Que tanto aceite acarree,
Y tenga la cuadra oscura?»
Me temo que se mosquee
De este cuento quien procura
Juntar libros que no lee;
¿Se mosquea? Bien está;
Pero este tal, ¿por ventura
Mis fábulas leerá?

FÁBULA LXIII.

LA CONTIENDA DE LOS MOSQUITOS.

(Es igualmente injusta la preocupacion exclusiva á favor de la literatura antigua ó á favor de la moderna.)

Diabólica refriega
Dentro de una bodega
Se trabó entre infinitos
Bebedores Mosquitos.
(Pero extraño una cosa:
Que el buen Villaviciosa
No hiciese en su Mosquera
Mencion de esta pelea.)
Era el caso que muchos,
Expertos y machuchos,
Con teson defendian
Que ya no se cogian
Aquellos vinos puros,
Generosos, maduros,
Gustosos y fragantes,
Que se cogian antes.
En sentir de otros varios,
A esta opinion contrarios,
Los vinos excelentes
Eran los más recientes,
Y del opuesto bando
Se burlaban, culpando
Tales ponderaciones
Como declamaciones
De apasionados jueces,
Amigos de vejeces.
Al agudo zumbido
De uno y otro partido
Se hundía la bodega,
Cuando héteme que llega
Un anciano Mosquito,
Catador muy perito;
Y dice, echando un taco:
«Por vida del dios Baco.....!»
(Entre ellos ya se sabe
Que es juramento grave):
Donde yo estoy, ninguno
Daré más oportuno
Ni más fundado voto;
Cese ya el alboroto.
A fe de buen Navarro,

Que en tonel, bota ó jarro,
Barril, tinaja, ó cuba,
El jugo de la uva
Difícilmente evita
Mi cumplida visita;
Y en esto de catarle,
Distinguirle y juzgarle,
Puedo poner escuela
De Jerez á Tudela,
De Málaga á Peralta,
De Canarias á Malta,
De Oporto á Valdepeñas.
Sabed, por estas señas,
Que es un gran desatino
Pensar que todo vino
Que desde su cosecha
Cuenta larga la fecha,
Fué siempre aventajado.
Con el tiempo ha ganado
En bondad, no lo niego;
Pero si él desde luego
Mal vino hubiera sido,
Ya se hubiera torcido;
Y al fin también había,
Lo mismo que en el día,
En los siglos pasados,
Vinos avinagrados.
Al contrario, yo pruebo
A veces vino nuevo,
Que apostarlas pudiera
Al mejor de otra era.
Y si muchos agostos
Pasan por ciertos mostos
De los que hoy se reprueban,
Puede ser que los bebán
Por vinos exquisitos
Los futuros Mosquitos.
Basta ya de pendencia;
Y por final sentencia
El mal vino condeno,
Le chupo cuando es bueno,
Y jamás averiguo
Si es moderno ú antiguo.»
Mil doctos importunos,
Por lo antiguo los unos,
Otros por lo moderno,
Sigan litigio eterno.
Mi texto favorito
Será siempre el Mosquito.

FÁBULA LXIV.

LA RANA Y LA GALLINA.

(Al que trabaja algo, puede disimularse que lo pregone;
al que nada hace, debe callar.)

Desde su charco una parlera Rana
Oyó cacarear á una Gallina.
«Vaya (le dijo), no creyera, hermana,
Que fueras tan incómoda vecina.
Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?
— Nada, sino anunciar que pongo un huevo.
» — ¿Un huevo solo? ¿Y alborotas tanto!
— Un huevo solo; sí, señora mía.
Te espantas de eso, cuando no me espanto
De oírte cómo graznas noche y día?
» Yo, porque sirvo de algo, lo publico;
Tú, que de nada sirves, calla el pico.»

FÁBULA LXV.

EL ESCARABAJO.

(Lo delicado y ameno de las buenas letras no agrada á los que se
entregan al estudio de una erudición pesada y de mal gusto.)

Tengo para una fábula un asunto,
Que pudiera muy bien.... pero algún día
Suele no estar la musa muy en punto.
Esto es lo que hoy me pasa con la mía;
Y regalo el asunto á quien tuviere
Más despierta que yo la fantasía;
Porque esto de hacer fábulas requiere

Que se oculte en los versos el trabajo,
Lo cual no sale siempre que uno quiere.
Será, pues, un pequeño Escarabajo
El héroe de la fábula dichosa,
Porque conviene un héroe vil y bajo.
De este insecto refieren una cosa:
Que, comiendo cualquiera porquería,
Nunca pica las hojas de la rosa.
Aquí el autor con toda su energía
Irá explicando, como Dios le ayude,
Aquella extraordinaria antipatía.
La mollera es preciso que le sude
Para insertar después una advertencia
Con que entendamos á lo que esto alude;
Y según le dictare su prudencia,
Echará circunloquios y primores,
Con tal que diga en la final sentencia:
Que así como la reina de las flores
Al sucio Escarabajo desagrada,
Así también á góticos doctores
Toda invencion amena y delicada.

FÁBULA LXVI.

EL RICOTE ERUDITO.

(Descubrimiento útil para los que fundan su ciencia únicamente
en saber muchos títulos de libros.)

Hubo un Rico en Madrid (y aun dicen que era
Más necio que rico),
Cuya casa magnífica adornaban
Muebles exquisitos.

«¡Lástima que en vivienda tan preciosa
(Le dijo un amigo)
Falte una librería, bello adorno,
Útil y preciso!»

«Cierto, responde el otro. ¿Que esa idea
No me haya ocurrido?...
A tiempo estamos. El salón del norte
A este fin destino.

«Que venga el ebanista y haga estantes
Capaces, pulidos,
A toda costa. Luego trataremos
De comprar los libros.»

Ya tenemos estantes. «Pues ahora,
El buen hombre dijo,
¡Echame yo á buscar doce mil tomos!
¡No es mal ejercicio!

«Perderé la chabeta, saldrán caros,
Y es obra de un siglo...
Pero ¿no era mejor ponerlos todos
De cartón fingidos?

«Ya se ve. ¿Por qué no? Para estos casos
Tengo un pintorcillo
Que escriba buenos rótulos, é imite
Pasta y pergamino.»

Manos á la labor. Libros curiosos,
Modernos y antiguos,
Mandó pintar, y, á más de los impresos,
Varios manuscritos.

El bendito señor repasó tanto
Sus tomos postizos,
Que, aprendiendo los rótulos de muchos,
Se creyó erudito.

Pues ¿qué más quieren los que sólo estudian
Títulos de libros,
Si con fingirlos de cartón pintado
Les sirven lo mismo?

FÁBULA LXVII.

LA VÍBORA Y LA SANGUIJUELA.

(No confundamos la buena crítica con la mala.)

«Aunque las dos picamos (dijo un día
La Víbora á la simple Sanguijuela),
De tu boca reparo que se fia
El hombre, y de la mía se recela.»

La Chupona responde: «Ya, querida;
Mas no picamos de la misma suerte:
Yo, si pico á un enfermo, le doy vida;
Tú, picando al más sano, le das muerte.»

Vaya ahora de paso una advertencia:
Muchos censuran, sí, lector benigno;
Pero á fe que hay bastante diferencia
De un censor útil á un censor maligno.

GÉNEROS DE METRO

USADOS EN ESTAS FÁBULAS.

1. Alejandrinos de catorce sílabas. Fábula x.
2. Pareados de trece y de doce sílabas á la francesa. Fáb. VII.
3. Octavas de arte mayor. Fáb. XXXIX.
4. Endecasílabos agudos de arte mayor. Fáb. XXV.
5. Endecasílabos pareados. Fáb. XLIV.
6. Endecasílabos pareados esdrújulos. Fáb. XLII.
7. Soneto. Fáb. XXXII.
8. Tercetos. Fáb. LXV.
9. Octavas endecasílabas. Fáb. LIII.
10. Sextinas ó sextas rimas. Fáb. LXIV.
11. Cuartetos endecasílabos. Fáb. LX.
12. Serventios ó cuartetos endecasílabos con los consonantes alternados. Fáb. LXVII.
13. Silva. Fábulas II, IV, VI, IX, XII, XV, XVII, XIX, XXI, XXIV, XXVIII, XXX, XXXVII, XLI, XLVI, XLVIII y LV.
14. Endecasílabos con acento en la cuarta y séptima sílaba y pié quebrado. Fáb. LVI.
15. Romance heroico. Fábulas XXXIII y XXXV.
16. Endecasílabos sueltos. Fáb. LVIII.
17. Endecasílabos con quebrados de seis sílabas. Fábula LXVI.
18. Liras de seis versos. Fáb. LI.
19. Cuartetos dodecasílabos. Fáb. XVI.
20. Versos de diez sílabas y de seis, alternados, con dos asonantes. Fáb. LXI.
21. Romance en versos de nueve sílabas. Fáb. XIV.
22. Tercetos en versos de ocho sílabas. Fáb. XVIII.
23. Sonetillo con estrambote. Fáb. LXII.
24. Décimas. Fáb. LIV.
25. Octavas en versos de ocho sílabas. Fáb. L.
26. Quintillas. Fábulas XXII y XXIII.
27. Redondillas. Fábulas XX y XXIX.
28. Redondillas con los consonantes alternados. Fábulas III y XXXVIII.
29. Pareados de ocho sílabas. Fáb. XXVII.
30. Romance. Fábulas V, XXVI, XLIII y XLV.
31. Versos de ocho sílabas y de seis, alternados, con dos asonantes. Fáb. XXXIV.
32. Romance con quebrados de cuatro sílabas. Fábula XXXI.
33. Endechas de siete sílabas. Fábulas I, XIII y LIX.
34. Endechas reales. Fáb. XLIX.
35. Endechas reales con consonantes. Fáb. LII.
36. Pareados de siete sílabas. Fáb. LXIII.
37. Secuidillas. Fáb. XL.
38. Endechas de seis sílabas ó versos de redondilla menor. Fábulas VIII, XI y XXXVI.
39. Romancillo en versos de cinco sílabas. Fáb. LVII.
40. Romancillo en versos de cuatro sílabas. Fáb. XLVII.

FÁBULAS AÑADIDAS.

NOTA.

Entre la variedad de opúsculos, apuntamientos y proyectos de obras que DON TOMAS DE IRIARTE tenía meditados, y se han recogido á su fallecimiento, existe una copiosa serie de pensamientos, ideas y bosquejos para fábulas, principalmente literarias y críticas. Algunas dejó empezadas en verso, y algunas extendidas en prosa.

Sólo dos se han encontrado concluidas en metro: la primera contra los que afectadamente usan de pa-

labras anticuadas, vicio ya ridiculizado en la fábula XXXIX de *El Retrato de golilla*, y la segunda, compuesta en un intervalo de su última enfermedad, sobre la incertidumbre é insuficiencia del arte médica.

Para satisfacer los deseos de personas que se distinguen en el aprecio general que tan célebre ingenio debe á la nación, se añadirán aquí ambas fábulas, como también una de las que dejó bosquejadas y en prosa, y alude á la sátira ó libelo personal intitulado *El Asno erudito*, en que prorumpió la envidia literaria, descubriendo cuánto la irritaba el singular talento del autor de las fábulas literarias, y con que ademas quiso el propio compositor de aquel folleto despicarse de no haber logrado elogios, ántes mendigados por él, y no merecidos ni obtenidos, á favor de unos discursos que despues estampó, y han desaprobado igualmente escritores y críticos sensatos.

ADVERTENCIA.

Esta nota que precede se puso en la cuarta edicion de las fábulas. Ahora se añaden á las dos citadas, seis fábulas más, que se han encontrado al examinar, para la presente edicion de las obras de DON TOMAS DE IRIARTE, los borradores ó minutas que se han podido preservar de la mano infiel que distrajo y usurpó varios escritos originales del autor, pocos momentos despues de espirar.

FÁBULA PRIMERA.

EL RICACHO METIDO Á ARQUITECTO.

(Los que mezclan voces anticuadas con las de buen uso, para acreditarse de escribir bien el idioma, le escriben mal y se hacen ridiculos.)

Cierto Ricacho, labrando una casa
De arquitectura moderna y mezquina,
Desenterró de una antigua ruina,
Ya un capitel, ya un fragmento de basa,
Aquí un adorno y allá una cornisa,
Media pilastra y alguna repisa.
Oyó decir que eran restos preciosos
De la grandezza y del gusto romano,
Y que arquitectos de juicio muy sano,
Con imitarlos se hacian famosos.
Para adornar su infeliz edificio,
En él á trechos los fué repartiendo.
¡Lindo pegote! ¡gracioso remiendo!
Todos se rien del tal frontispicio,
Méenos un quidam que tiene unos léjos
Como de docto, y es tal su manía,
Que desentierra vocablos añejos
Para amasarlos con otros del día.

FÁBULA II.

EL MÉDICO, EL ENFERMO Y LA ENFERMEDAD.

(Lo que en medicina parece ciencia y acierto, suele ser efecto de pura casualidad.)

Batalla el enfermo	Sin haber certeza
Con la enfermedad,	De quién vencerá.
El por no morirse,	Un corto de vista,
Y ella por matar.	En extremo tal,
Su vigor apuran	Que apénas los bultos
A cual puede más,	Puede divisar,

Con un palo quiere
Ponerlos en paz:
Garrotazo viene,
Garrotazo va;
Si tal vez sacude
A la enfermedad,
Se acredita el ciego
De lince sagaz;
Mas si, por desgracia,
Al enfermo da,

El ciego no es ménos
Que un topo brutal.
¿Quién sabe cuál fuera
Mas temeridad,
Dejarlos matarse
O ir á meter paz?
Antes que te dejes
Sangrar ó purgar,
Esta es fabulilla
Muy medicinal.

FÁBULA III.

EL CANARIO Y EL GRAJO.

(El que para desacreditar á otro recurre á medios injustos, suele desacreditarse á sí propio.)

Hubo un Canario que, habiéndose esmerado en adelantar en su canto, logró divertirse con él á varios aficionados y empezó á tener aplauso. Un Ru'sñor extranjero, generalmente acreditado (1), hizo particulares elogios de él, animándole con su aprobacion.

Lo que el Canario ganó, así con este favorable voto, como con lo que procuró estudiar para hacerse digno de él, excitó la envidia de algunos pájaros. Entre éstos habia unos que tambien cantaban, bien ó mal, y justamente por ello le perseguian. Otros nada cantaban, y por lo mismo le cobraron odio. Al fin un Grajo, que no podia lucir por sí, quiso hacerse famoso con empezar á chillar públicamente entre las aves contra el Canario. No acertó á decir en qué cosa era defectuoso su canto; pero le pareció que para desacreditarle bastaba ridiculizarle el color de la pluma, la tierra en que habia nacido, etc., acusándole, sin pruebas, de cosas que nada tenían que ver con lo bueno ó malo de su canto. Hubo algunos pájaros de mala intencion que aprobaron y siguieron lo que dijo el Grajo.

Empeñóse éste en demostrar á todos que el que habian tenido hasta entónces por un Canario diestro en el canto, no era sino un borrico, y que lo que en él habia pasado por verdadera música era en la realidad un continuado rebuzno. «Cosa rara! decian algunos; el Canario rebuzna; el Canario es un borrico.» Extendióse entre los animales la fama de tan nueva maravilla, y vinieron á ver cómo un Canario se habia vuelto burro. El Canario, aburrido, no queria ya cantar; hasta que el Aguila, reina de las aves, le mandó que cantase para ver si en efecto rebuznaba ó no; porque, si acaso era verdad que rebuznaba, queria excluirle del número de sus vasallos los pájaros. Abrió el pico el Canario, y cantó á gusto de la mayor parte de los circunstantes. Entónces el Aguila, indignada de la calumnia que habia levantado el Grajo, suplicó á su señor, el dios Júpiter, que le castigase. Condescendió el dios, y dijo al Aguila que mandase cantar al Grajo. Pero cuando éste quiso echar la voz, empezó, por soberana permision, á rebuznar horrosamente. Riéronse todos los animales y dijeron: *Con razon se ha vuelto asno el que quiso hacer asno al Canario.*

FÁBULA IV.

EL GUACAMAYO Y EL TOPO.

(Por lo general pocas veces aprueban los autores las obras de los otros, por buenas que sean; pero lo hacen los inteligentes que no escriben.)

Mirándose al soslayo
Las alas y la cola un Guacamayo
Presumido, exclamó: «¡Por vida mia,
Que aun el Topo, con todo que es un ciego,
Negar que soy hermoso no podria!...»
Oyólo el Topo y dijo: «No lo niego;
Pero otros guacamayos por ventura
No te concederán esa hermosura.»

El favorable juicio
Se ha de esperar más bien de un hombre lego
Que de un hombre capaz, si es del oficio.

(1) El célebre Metastasio.

FÁBULA V.

EL CANARIO Y OTROS ANIMALES.

(Hay muchas obras excelentes que se miran con la mayor indiferencia.)

De su jaula un dia
Se escapó un Canario,
Que fama tenia
Por su canto vario.
«¡Con qué regocijo
Me andaré viajando,
Y haré alarde, dijo,
De mi acento blando!»
Vuela con soltura
Por bosques y prados,
Y el caudal apura
De dulces trinados.

Mas ¡ay! aunque inventa
El más suave paso,
No encuentra viviente
Que de él haga caso.

Una Mariposa
Le dice burlando:
«Yo de rosa en rosa
Dando vueltas ando.
» Serás ciertamente
Un músico tracio;
Pero busca oyente
Que esté más despacio.—
» Voy, dijo la Hormiga,
A buscar mi grano...
Mas usted prosiga,
Cantor soberano.»

La Raposa añade:
«Celebro que el canto
A todos agrade;
Pero yo entre tanto
» (Esto es lo primero)
Me voy acercando
Hacia un gallinero
Que me está esperando.—
» Yo, dijo un Palomo,
Ando enamorado,
Y así el vuelo tomo
Hasta aquel tejado.

» A mi palomita
Es ya necesario
Hacer mi visita;
Perdone el Canario.»
Gorjeando estuvo
El músico grato;
Mas apenas hubo
Quien le oyese un rato.
¡A cuántos autores
Sucede otro tanto!

FÁBULA VI.

EL MONO Y EL ELEFANTE.

(Muchos autores celebran solamente sus propias obras y las de sus amigos ó condiscipulos.)

A un congreso de varios animales
Con toda seriedad el Mono expuso.
Que, á imitacion del uso
Establecido entre hombres racionales,
Era vergüenza no tener historia,
Que, al referir su origen y sus hechos,
Instruirles pudiese y darles gloria.
Quedando satisfechos
De la propuesta idea,
El Mono se encargó de la tarea,
Y el rey Leon en pleno consistorio
Mandó se le asistiese puntualmente
Con una asignacion correspondiente,
Ademas de los gastos de escritorio.
Pide al ganso una pluma
El nuevo autor; emprende su faena,
Y desde luego en escribir se estrena
Una histórica suma,
Que sólo contenia los annales
Suyos y de los monos compañeros;

Mas pasando despues años enteros,
Nada habló de los otros animales,
Que esperaron en vano
Volver á ver más letra de su mano.
El Elefante, como sabio, un dia
Por tan grave omision cargos le hacia,
Y respondiéndole el Mono: «No te espantes;
Pues aun en esto á muchos hombres copio.
Obras prometo al público importantes,
Y al fin no escribo más que de mí propio.»

FÁBULA VII.

EL RIO TAJO, UNA FUENTE Y UN ARROYO.

(Los escritores senzanos, aunque se digan desatinos de sus obras, continúan trabajando.)

«En tu presencia, venerable rio
(Al Tajo de este modo habló una Fuente),
De un poeta me quejo amargamente,
Porque ha dicho (y no hay tal) que yo me rio.»
Un Arroyo añadió: «Si, padre mio;
Es una furia lo que ese hombre miente.
Yo voy á mi camino, no censuro,
Y con todo se empeña en que murmure.»
Dicen que el Tajo luégo
Así les respondió con gran sosiego:
«No tengo yo tambien oro en mi arena?
Pues ¡qué! de los poetas os espantan
Los falsos testimonios?... No os dá pena.
Mayores entre sí se los levantan.
Heid y murmurad enhorabuena.»

FÁBULA VIII.

EL CARACOL Y LOS GALÁPAGOS.

(Aunque se resuman varios sujetos para escribir una obra, si carecen de ciencia, tan despreciable saldrá como si la hubiese escrito un ignorante solo.)

Aunque no es bueno el todo
Si no lo son las partes,
Y vale poco el cuerpo
En que cada individuo poco vale,
Muchos que obras no estiman
De los particulares,
Si éstos las hacen juntos,
Con respeto los miran al instante.
Un Caracol terrestre,
Al caer de la tarde,
Saltó á tomar el fresco,
Y á un Galápago vió que iba de viaje.
«No se apresure, hermano»,
Le dijo por burlarse
Del paso que llevaba,
Añadiendo otras pullas bien picantes.
Diez Galápagos juntos
Topó más adelante,
Que de un pequeño charco
Pasaban á buscar otro más grande.
Y el Caracol entónces
Á cuadrilla tan grave
Dejó libre el camino,
Diciendo únicamente: «Ustedes pasen.»
Al Galápago solo
Tuvo por despreciable,
Pero á los diez unidos
Tuvo como á personas de carácter.

FÁBULA IX.

LA BERRUGA, EL LOBANILLO Y LA CORCOVA.

(De las obras de un mal poeta, la más reducida es la menos perjudicial.)

Cierto poeta
Que, por oficio,
En de aquellos
Cerebrillos
Que pueden

Ponerse en limpio
Ya en los teatros
Son aplandidos,
Trágicos dramas,
Comedias hizo,

Varios sainetes
De igual estilo.
Aunque pagado
De sus escritos,
Pidió, no obstante,
A un docto amigo
Que le dijera
Sin artificio
Cuál de su aprecio
Era más digno.
El le responde:
«Yo más me inclino
A los sainetes.—
¿Por qué motivo?—
Tenga paciencia;
Voy á decirlo...
Oigame un cuento
Nada prolijo.
» Una Berruga,
Un Lobanillo
Y una Corcova,
¡Miren qué triol
Sois todos tres, á la verdad,
Que bien puedes decir: *Del mal el ménos.*»

Dix que tenían
Cierta litigio
Sobre cuál de ellos
Era más lindo.
Doña Joroba,
Por lo crecido,
La primacia
Llevarse quiso.
Quiso, porque era
Don Lobanillo
Proporcionado,
Ser más pulido.
Mas la Berruga
Pidió lo mismo,
Porque su gracia
Fundaba en lo chico.
» Esta contienda
Oyó un perito;
Dióle gran risa,
Y al punto dijo:
¡Vaya, Berruga,
Que hablas con juicio!
Sois todos tres, á la verdad,
Que bien puedes decir: *Del mal el ménos.*»

EPÍSTOLAS EN VERSO.

EPÍSTOLA PRIMERA.

Escrita, en 11 de Noviembre de 1774, á don Josef Cadalso, á la sazón que éste se hallaba en Montijo, y enviábala al autor la fortuna de vivir en Madrid entre literatos.—Describe el estado de la literatura en esta corte.

Tú, que en ese rincón de Extremadura
Desterrado te ves, tan triste y solo,
Que ser habitador se te figura
Del Antártico polo,
Deja ya de envidiarme la ventura
De residir aquí, donde imaginas
Que vivo acompañado
De musas españolas y latinas,
Y donde piensas tú que en alto grado
Estiman al amante de las letras.
¡Qué mal, qué mal penetras,
Oh mi Dalmiro, el lamentable estado
De la sabiduría en esta corte,
Dos siglos há maestra de las ciencias,
Y en el nuestro aprendiz de las del Norte!
La causa de este mal, sus consecuencias
A referirte voy. Permite, amigo,
Que desahogue mi pesar contigo.
La mala educacion echó raíces.
Los niños que de escuela carcerieron
En sus primeros años infelices,
Ya son hombres idiotas, que subieron
A ocupar los empleos de importancia,
En que es leve defecto la ignorancia.
¡Quién te ha dicho que aquí desacredita
A un racional el ver que no ejercita
La parte intelectual de su individuo?
Comen, duermen, se adornan, se pascan,
Y del día el residuo
En total ocio ó en el juego emplean.
Gastan dinero, tren, tiempo en visitas,
Las paciencias de todos (que aun no bastan),
Y sólo sus potencias jamas gastan,
Que al morir se las dejan nuevécitas.
—¿Con que, se casa Julia?
—Y si Lisardo muere, ¿quién le hereda?
—Muy pobre estuvo anoche la tertulia.
—¡Bonito frac! ¿Es algodón ó seda?
—¿Qué has perdido?—Diez onzas de un envite.
—Aquel hombre riñó con la Fulana.
—¿Han mudado comedia? Si el convite
No se acaba muy tarde, irá mañana.—
Estos son sus discursos, sus idcas,
Sus artes y científicas tareas.

Isócrates y Euclides resuciten;
 Vengan Virgilio y Ciceron, reciten
 Graves sentencias, sólidas doctrinas;
 Solís y Garcilaso en las esquinas
 Fijen limada prosa y dulce verso;
 Corra el naturalista el universo,
 Afánese y adquiera
 Cuantas preciosidades y portentos
 Puede ofrecer naturaleza entera;
 Verán por galardón de sus talentos
 Que un jugador de manos, la gigante,
 Un pájaro de América ó del Norte,
 Una muchacha que en las tablas canta,
 Y otras inestanciales menudencias,
 Alborotan la corte,
 Surten de diversion las concurrencias,
 Y el libro bien escrito,
 Por más que en los carteles se señale
 Con la letra más gorda de la imprenta,
 Como á todo el lugar le importa un pito,
 Expuesto queda á perdurable venta.
 ¡Y pobre del autor que sobresale,
 Que si el injusto público le mienta,
 Ka para alzar contra su fama el grito!
 Primeramente nuestro bello idioma,
 Competidor del de la antigua Roma,
 Sujeto yace á dura servidumbre.
 Escribenle sin regla ni cuidado;
 Háblanle por costumbre;
 Sus delicados fueros no veneran;
 Nadie le estudia, todos le adulteran.
 Si alguno se ha esmerado
 En escribir pesando las dicciones,
 Despues de mil prolijas correcciones,
 La turba de lectores, indiscreta,
 Hace de la elegancia igual aprecio
 Que del peor estilo de gaceta.
 Ya se acabó aquel tiempo en que hubo necio
 Que pasaba las noches y los días
 Limando sordamente sus escritos,
 Fiel censor de retóricos delitos,
 Exacto en evitar cacofonías,
 Vocablos forasteros, redundancias,
 Frases impropias, malas concordancias.
 Hoy cada cual se explica como quiere:
 Si habla castizo ó no nadie lo inquiere.
 Escribir con borrones ya no es moda;
 ¡Nuevo y útil convenio,
 Que á todos los bolonios acomoda!
 Y los que se temian
 Como penosos partos del ingenio,
 Ahora son abortos repentinos.
 Los ásperos caminos
 Que antiguamente á pocos conducian
 Del remoto Parnaso á las alturas,
 Hoy se han vuelto llanuras,
 Por donde, sin peligros ni sudores,
 Se pasean serviles traductores.
 Ellos son, oh Dalmiro, los perversos
 Traidores al lenguaje de su tierra,
 Y que haciéndole están continua guerra.
 ¡Oh, quiera el justo Apolo
 (Pues se lo pido así en mis pobres versos)
 Que cuanto aquéllos en su vida escriban
 Quede, como archivado en protocolo,
 Del más necio librero en la trastienda;
 Que sólo de ello los gusanos vivan,
 Y eterno polvo empuerque tal hacienda,
 Que ni los confiteros la reciban,
 Ni áun merezca servir para cohetes
 O para alfombra en lóbregos retretes!
 Si, legos traductores,
 Cniga sobre vosotros mi anatema,
 Viciosos corruptores,
 Los que á la pura lengua castellana
 Pegasteis una gállica apostema,
 Que en su cuerpo no deja parte sana.
 Pero, amigo, si acaso el sufrimiento
 Te basta para oír cuál me lamento
 De nuestra erudición y su ruina,
 Sabe, pues, que el estudio indispensable
 De la noble y matriz lengua latina,

Confiado á una secta inexpugnable (1)
 De adustos preceptores,
 O de antiguos errores
 O de nuevas pasiones inducidos,
 Víctima es hoy de acérrimos partidos,
 Padeciendo el bien público entre tanto.
 Unos á la instruccion tomos dedican
 Que en número y volúmen dan espanto;
 La memoria del jóven mortifican,
 Su entendimiento ofuscan,
 La voluntad le cansan. Otros buscan
 Defectos que objetar á un arte breve,
 Metódico y cabal cuanto es posible,
 Que nuestra España debe
 Al que en un solo libro, en patrio idioma
 Y en verso inteligible,
 Que de memoria sin afán se toma,
 Dió, según orden justo, reglas fijas,
 Útilmente copiosas, no prolijas.
 Otros hasta la muerte son parciales
 De aquel arte confuso
 Que en las manos el domine les puso
 Cuando, á poder de fieros cardenales
 Y de recias palmetas, en sus mentes
 Introdujo gramáticos principios,
 Cortos, oscuros, falsos, imprudentes,
 Con duros versos y con flojos ripios.
 Y pues los libros del antiguo Lacio,
 Modelos de elocuencia y poesía,
 El filósofo Tulio, el cuerdo Horacio,
 Más se olvidan é ignoran cada día,
 ¡Bien haya el erudito que, si escribe,
 Da por prision á su obra el cartapacio,
 De donde no la saca mientras vive,
 Por no exponerla al triste menosprecio
 En que no incurre acaso la de un necio!
 Mas ¡si pretenderán los defensores
 De la antigua enseñanza madrileña
 Que donde, por gramática, se enseña
 No sé qué jerigonza y greguería,
 Monserga, guirigay ó algarabía,
 Sobresalgan poetas y oradores?
 ¡Ojalá no ofreciera el mismo templo
 De elocuencia infeliz más de un ejemplo!
 Pláticas oirán contra escofietas,
 Calzados, rascamones, manteletas,
 Retruécanos tal vez, tal vez consejos,
 De aquel lugar impropias, y con gritos
 Espantajo de niños y de viejas;
 Mas si una correccion de los delitos,
 Enérgica, fundada é instructiva,
 Con seriedad, con arte y persuasiva;
 Si un estilo oratorio digno y puro,
 Perceptible y no bajo,
 Culto sin ser oscuro,
 Quieren buscar, les costará trabajo.
 Son raros los que en púlpito ó en foro
 Guardan á la retórica el decoro.
 Pues ¡qué será si la atencion convierten
 A ese par de teatros que divierten
 Al matritense vulgo, y le habitan
 A falsa idea de lo que es un drama;
 Que en las rudas molleras perpetúan
 La no envidiable fama
 De absurdos é increíbles fabulones,
 En que el poeta con el arte juega
 A la gallina ciega,
 Y á tantas gira, dando tropezones?.....
 Mas perdona, Dalmiro,
 Si por mi ingenuo celo,
 Y por el compasivo desconsuelo
 Con que el atraso de las letras miro,
 Y el estrago infeliz que las espera,
 Esta epístola mia
 Casi en declamacion ya degenera.
 Y por más que te dé melancolía
 Carecer de este mundo literario,

(1) *Gens dura atque aspera cultus
 Debellanda tibi Latine est.*
 (VIRG., *Æneid.*, v. 730.)
 Con naci6n de un inculto y duro trato
 Has de lidiar en la region latina.

Yo la suerte contigo trocaría
Y en Montijo viviera solitario,
Donde tratara simples labradores,
Y no idiotas preciados de doctores.
Por fin, Dalmiro, hagamos un ajuste
(Y aunque es muy de temer que te disguste):
Si me envías un cándido ignorante,
Te regalo un fantástico pedante.

EPÍSTOLA II.

Escrita en 8 de Julio de 1777, al mismo don Josef Cadahalso, dedicándole la traducción del *Arte poética* de Horacio.

Recibe, oh buen Dalmiro, por tributo
Debido á tu amistad, ese volumen,
Código en que las leyes se resumen
Del crítico y poético instituto,
Y acógele benigno, como fruto
De un gran trabajo y de un escaso número.

Desde luego verás en su portada
Mucho renglón de letra floreada,
Con su poco de epigrafe latino
Del romano orador más estupendo,
Y en el folio vecino
Un discurso tremendo

Para los que blasfeman de quien hable
Contra libros del tiempo venerable.
Proseguirás leyendo

Versos á izquierda, versos á derecha,
Unos en un idioma ya perdido

Y otros en el que ya se va perdiendo,
Y encontrarás al fin larga cosecha
De necesarias notas,

Que serán á esta fecha
Fábulo de envidiosos ó de idiotas.

Pagué á los impresores sus propinas;
Salió el tomo anunciado en la *Gaceta*;
Vi mi nombre estampado en las esquinas;
Nada falta, la obra está completa.

«No, me dirás, te falta lo primero,
Y mereces dar vueltas á una noria,
Pues lo mejor dejaste en el tintero,
No queriendo poner dedicatoria.»

Mas referirte en confianza quiero
De serias reflexiones el conjunto
Que ántes hice á mis solas sobre el punto.
Ocurrióme buscar algún magnate

Que de mi traducción fuese padrino;
Pero dije después: ¡Qué desatino!

«Es, por ventura, Horacio un botarate,
Que escribe algún sainete chabacano

«Zarzuela de noches de verano,
Llena de impropiedades,

Indecencias, errores, necedades,
«Alguna tonadilla divertida,

En que cuente una cómica su vida?
«O el pobre traductor que con esmero

Interpretó la epístola *ad Pisones*,
Ha compuesto romances ó canciones,

Pintando á Costillares (1) y á Romero
Como los dos famosos campeones

Que más ilustran hoy el reino ibero?
No, no, por ningún caso;

Que si lo sabe Apolo justiciero,
Me cerrará la entrada del Parnaso.

Pensé luego si acaso
Fuera más justo consagrar mi escrito

Al gremio, presumido de erudito,
Que suele frecuentar las librerías;

Pero dije al instante: No en mis días.
«A quien perdona el numeroso bando

De los que, viendo libros por el forro,
Y tan sólo citando

Nombres y frontispicios,
Tienen paseado á veces todo un corro?

También alguno de ellos se figura

Que entre buenos patricios
Que aman la nacional literatura,
Hace honroso papel, porque deprime,
Como que ya del público es esclavo,
Al que por celo, y sin ganar ochavo,
Con otra aprobación su libro imprime.
Hablará en una tarde un tomo en folio,
Mayor que el *Diccionario de Nizolio*,
Y no escribe una página de octavo.

Y el otro, que pretende
Ganar la palma de escritor, emprende,

Salga melón ó salga calabaza,
Cualquier libro frances, y le disfrazo,
A costa de poquísimo trabajo,

En idioma genízaro y mestizo,
Diciendo á cada voz: Yo te bautizo
Con el agua del Tajo,

Por más que hayas nacido junto al Sena;
Y rabie Garcilaso enhorabuena,
Que si él hablaba lengua castellana,

Yo hablo la lengua que me da la gana.
No permitan las Musas que mi Horacio
Salga en dedicatoria ó en prefacio,

Implorando favores,
Elogio ó protección de estos señores.

Poco después se me ofreció la idea
De consagrar al matritense vulgo

Esta nueva tarca,
Que para bien del público divulgo,

Pues de aquel gran maestro los consejos
Remedio suelen ser de abusos viejos.

Creí que su lectura alcanzaría
A dar un susto á *Marta y Bayalardo*,
Que reinan en las tablas todavía;

Mas vi que la reforma está muy lejos,
Pues quiso mi fortuna que una tarde
Entrase en lo que llaman coliseo,
Donde ofrecen recreo

Que no fuera recreo en Berbería,
Ni en el siglo duodécimo lo fuera.

De dos ingenios era,
O de tres, la comedia que se hacia,

Y ot que en medio de ella un comediante
Dijo con seriedad: «Sepa el discreto
Que lo representado es de Morito,
Y sigue el otro autor de aquí adelante.»

Me confundo, me aturdo,
Quédome frío, sonrojado, absorto,

No del terrible absurdo,
Pues de un ingenio al arte no sujeto,

Más que un buen parto, espero yo un aborto,
Sino de la plebeya tolerancia,
Hija de una torpísima ignorancia.

Noté que con espíritu pacoato
Sus puestos conservó la gente toda.
Las palmadas irónicas de moda,
Que han sido sucesoras del silbato,

Yo no sé para cuándo se guardaban.
Ni yo vi en los semblantes

De los muchos y honrados circunstantes
Muestras de que tal vez se disgustaban.

Ni desde la tertulia á la luncta
Oí run-run que al bárbaro poeta

Condenase, ú al cómico insolente.
Y aqueste mismo vulgo que, indolente,

Con tan rara humildad todo esto aguanta,
Siéndole, al parecer, indiferente

Lo que se representa, ó bien se canta,
Con gran tesón, con fervoroso empeño,

Por esta ó por aquella comedianta
Se apasiona tal vez, se quita el sueño,

Disputa, se atormenta,
Se pica, se acalora y se impacienta.

«Nunca has pisado el suelo madrileño
Durante aquellos días

De la santa cuaresma,
En que se enganchan ambas compañías?

«No has visto cómo copian una resma
De listas, que contienen

Nombres, patrias y grados
De los farsantes que de fuera vienen,

Como de los que salen descartados,

(1) Costillares y Romero son los célebres toreros estoqueadores.
Cuando se escribió esta epístola y aún mucho tiempo después,
estaba la nación dividida en dos bandos, intitulados de *costillares*
y *romeristas*. En el día es inútil esta advertencia; pero será cu-
lta en los siglos venideros.

O de los que ajustados se mantienen?
 ¡ Con qué curiosidad, con cuánto anhelo,
 Con qué parcialidades y pendencias
 Andan todos en varias concurrencias
 Por aquel manuscrito al redopelo!
 El empeño es saber quién representa,
 Si la Anastasia queda cuarta ó quinta,
 Si será la Isabel sobresaliente,
 Si es dama la Violante ó la Jacinta;
 Pero ninguno averiguar intenta
 Si los dramas serán buenos ó malos,
 Ni si en los intervalos
 Han de ofrecer sainetes insolentes,
 Modelos de pacíficos maridos,
 De tunos y de pillos indecentes,
 O baile de candil que acabe en palos,
 Ni si saldrán vestidos
 Neron con su peluca y su cascaca,
 O con sus dos relojes doña Urraca.
 Lo mismo es esto que buscar violines,
 Un violon, contrabajo, clave y viola,
 Oboes ó flautas, trompas ó clarines
 Y timbales que metan batahola,
 Y cuando ya la orquesta se convoque,
 Música no tener para que toque,
 O tenerla tan mala y displicente,
 Que á los ratones de la casa ahuyente.
 Con un pueblo que sufre vicios tales,
 Aun cuando bien conoce el desatino,
 No es decente que el docto Venusino
 Malogre sus discursos racionales,
 Ni soy yo tan injusto, necio ó loco,
 Que pretenda tampoco
 Que á Horacio estudien los que nada leen,
 Y ménos en la tierra donde creen
 Que el arte y sus preceptos verdaderos
 Son invencion moderna de extranjerios.
 Fundado en estas sólidas razones,
 Y otras que no te explico
 Por evitar molestas digresiones,
 Mi tomo á poderosos no dedico,
 Ni á los que se intitulan literatos,
 Ni á espíritus plebeyos insensatos.
 Te le dedico á tí, Dalmiro amigo,
 Para que con Horacio, y áun conmigo,
 Juicioso te lamentos ó te rías
 Del buen gusto que reina en nuestros días.
 Cuando yo de este mundo al otro parta,
 Si vivo estás y mi recuerdo estimas,
 Mi traduccion te pido que reimprimas,
 Y por dedicatoria aquesta carta.

EPÍSTOLA III.

Escrita en 9 de Setiembre de 1777, respondiendo á un amigo que instaba al autor á que sacase á luz algunas composiciones.

La carta en que el proyecto me sugieres
 De dar á luz alguna obrilla mía,
 Que con benigno voto aprobar quieres,
 Llegó á mis manos, Fabio, el otro día,
 Cuando me levantaba cabalmente,
 No con el entusiasmo y alegría
 Que en ciertos ratos un poeta siente,
 Sino con mal humor, melancolía,
 Severo enojo y tedio impertinente.
 La imagen del descrédito, disgustos,
 Persecucion, abatimiento y sustos,
 Que un miserable autor aquí tolera,
 Se me ofreció tan viva á la memoria,
 Que empecé á discurrir de esta manera:
 O por el interes ó por la gloria
 Los ingenios se animan. Pero, en suma,
 ¡ Qué gloria, que interés nos da la pluma?
 A la verdad que á un mero literato
 Las letras solas no darán un plato,
 No digo de faisanes y compotas,
 Pero ni aún de sardinas ó bellotas.
 Si el infeliz no tiene
 Más facultades que las tres del alma,
 Ni más caudal que el de sabiduría,
 Beberá el agua clara de Hipocrene

En vez de chocolate y malvasía;
 Alguna burda enjalma
 Será su lecho blando,
 Y el cordellate apreciará algun día
 Como el paño mejor de San Fernando.
 Yo nunca he visto, en Dios y en mi conciencia,
 Las gratificaciones,
 Los distinguidos puestos, las pensiones
 Con que en este Madrid se diferencia
 El que decora á Tácito y Virgilio
 Del que masca el Breviario y el concilio.
 Veo, sí, con galonca, mesa y coche
 Al que firmar su nombre sabe apenas,
 Mientras alguno en útiles faenas
 A la luz de un candil pasa la noche,
 Rodeado de Servios y Macrobios,
 Vosios, Erasmos, Grevios y Gronovios.
 El menor mal del que á estudiar se inclina
 Es que, olvidando á Ciceron y Horacio,
 Logre la ocupacion de una oficina
 Y en dos horas farfalle un cartapacio.
 Trueque el estudio de artes y de idiomas
 Por aquellos científicos axiomas:
Con el fiscal, y pase á escribanta;
Pídase informe á la contaduría;
Unase al expediente;
Examinese si hay antecedente;
Acúsense el recibo,
Y entréguese los autos al archivo.
 Con esto un hombre, por lo ménos, pasa;
 Y si tanto le acosa el hado impío,
 Que, estando el siglo como está, se casa,
 Socorre á su vinda un monte-pío,
 Y de todas maneras, mejor dote
 La dará que un poeta, un tagarote.
 Los tesoros y dádivas que acopia
 Amaltea en su bella cornucopia
 No alcanzan á los súbditos de Apolo;
 No, con laureles se contentan sólo.
 ¡ Y en qué buena república hay oficio
 Que á los que le profesan no alimente
 Y les sirva de fondo vitalicio?
 Pero el decoro pide que no rente
 Al escritor ni un cuarto su ejercicio.
 Es arte liberal, noble tarea,
 Que ningún estipendio,
 Sino el de aplausos y de honor, codicia.
 Bien noble y liberal es la milicia,
 Y no hay, con todo, general que crea
 Que de su profesion es vilipendio
 Acudir muy puntual por su mesada,
 Aunque deje al morir virgen su espada.
 Ello es que en este suelo, en esta era,
 La difícil carrera
 De las letras humanas nada vale.
 Por más que el sabio desprenderse quiera
 Del oro vil, la cuenta no le sale;
 Pues tanto como al necio,
 De quien él suele hacer alto desprecio,
 Obliga á su merced la ley precisa
 De no vivir sin pan y sin camisa;
 Y la filosofía, que abundante
 Se ve de ideas y pomposos nombres,
 Limosna pide al fin, cual vergonzante,
 A la Pecunia, reina de los hombres.
 ¡ No la aconsejarán que tenga juicio,
 Que no sea tan vana y dominante,
 Y que tome otro oficio
 Antes que se le den en el Hospicio?
 Mas oigo á muchos ya, que me replican
 Que no todos los doctos son hambrientos,
 Pues varios hay que á trabajar se aplican
 Por la fama que adquieren sus talentos.
 ¡ Fama! ¡ Sonora voz, con que infinitos
 Se dejan engañar, creyendo existe!
 No la hallará en su vida el que se alistó
 Entre los matritenses eruditos.
 Lo regular será que se malquiste;
 Que antes que salga su obra de la prensa
 Ya se la estén mordiendo los malignos;
 Que le atribuyan cosas que no piensa;
 Que le apoden con términos indignos,

Y las calumnias, réplicas, libelos
Sean toda la gloria y recompensas
Que creyó merecer con sus desvelos.
—Martirio por la patria se padece.
—Es verdad si la patria lo agradece,
No cuando premia ociosos imperitos.
Muchos é injustos son, y el alboroto
De sus confusos gritos
No nos deja escuchar el cuerdo voto
De este á aquel censor que hace justicia
Sin lisonja, sin odio, sin malicia.

Habrà quien al oír tales lamentos
Diga: ¿Que estos señores literatos
Siempre hayan de quejarse descontentos!

¿Pretenden, por ventura,
Que en premio de sus útiles conatos
Les erijan estatuas á docenas?
Como lo acostumbró la antigua Atenas?
No siempre el siglo de un Augusto dura,
Ni nacen como quiera los Mecenas.
¿Es tal de los poetas la locura,
Que aun esperan, no obstante,
Que en los teatros el concurso todo,
Al escuchar sus versos, se levante
Con reverente admiracion, al modo
Que lo hizo (1) un día la romana gente
Cuando unos de Virgilio casualmente
Empezó á recitar un comediante?

—No, no aspiran á honor tan soberano.
Solo piden que un pueblo que dar quiso
Cinco mil pesos por un breve instante
En que salió, con superior permiso,
Al circo madrileño un feo enano,
Llevando á una gigante de la mano
Y á otro lado un hombron medio gigante,
Pague una vez quinientos, á lo ménos,
Por la edicion de un par de libros buenos.
Buenos digo, pues malos ya los paga;
Y á fe que hay de éstos una egipcia plaga,
Mientras que yacen en olvido injusto
Algunos pocos que dictó el buen gusto.
Antes de mucho, en las confiterías
Nos han de envolver chochos,
O en las botillerías
Han de cubrir los cestos de bizcochos
Con prosa de Saavedra y de Moncada.
No ha de haber droguería ni botica
En que toda vasija, grande ó chica,
No se guarde tapada
Con hoja en que está impreso
El dulce lamentar de dos pastores (2).

Así se animarán nuevos autores
A imprimir obras que vender al peso.

Pero tú me dirás: Enhorabuena,
No escribas por codicia pecuniaria,
Ni tampoco te dé la menor pena
Esa maledicencia literaria
Que todo, sin exámen, lo condena.
Escribe por el póstumo renombre
Que tendrás en los siglos venideros,
Trabaja sin aplausos ni dineros;
Que un día, al fin, te llamarán grande hombre.
Pero, Fabio, ese fruto

¿Quién le ha de recoger? ¿Mi calavera?

Y aunque pague honorífico tributo
A mis cenizas la nacion entera,
¿Es éste, por ventura, un lenitivo
De los males que paso mientras vivo?
Pregúntale á Cervantes qué provecho
Hoy goza como autor de *Don Quijote*;
Si está muy satisfecho

De que, celosa, una academia vote
Que aquella famosísima novela
Se imprima por *Ibarra* en papel fino
Y la encuaderne *Sancho* en tafete,
Y si esto le consuela

De haber sufrido un mísero destino,

Y haber muerto el pobrete
Acosado de críticas sangrientas,
Con que dieron sobre él plumas é imprentas.
Esas glorias tardías
(Aun cuando á merecerlas yo llegara)
Las trueco todas por pasar mis días
Sin que ninguno me eche nada en cara
Ni me adiján satíricas porfías.
El único partido y el más justo
Es renunciar al literario gremio,
No escribir ya por ambicion de premio,
No por gloria presente ni futura,
Sino por diversion, por mero gusto
Y evitando la pública censura.
Desde hoy, sin que la envidia me haga mella,
La vida pasaré quieta y segura;
Desde hoy (pues á la actual literatura
Domina aquí tan azarosa estrella)
He de olvidarla, aunque me llamen loco.
Ella en perderme perderá bien poco,
Yo pierdo ménos en perderla á ella.

De esta manera, Fabio, yo soltaba
La rienda á mis funestos pensamientos,
Lastimado de ver cuánto se agrava
El mal de la ignorancia por momentos.
No pude contenerme, y al instante
Un gran monton de libros que tenía
Sobre mi mesa, trasladé al estante,
Donde gocen perpétuas vacaciones
Entre arañas, polillas y ratones.
A la mano dejé sólo una *Gula*
De *Fbrasteros*, que me avise el día
En que obligado vivo
A revolver legajos de un archivo,
De cuya ocupacion más fruto saco
Que de ser traductor de Horacio Flaco.
Luego, bajo de llave, á una gabeta
Ciertas obrillas mías encomiendo,
De aquel tiempo en que estaba yo creyendo
Que no era desatino ser poeta;
Y al sepultarlas en eterno olvido,
Las pongo esta inscripcion: TIEMPO PERDIDO.
Rasgo despues tu carta, porque acaso
Los consejos que en ella me has escrito
Sobre que me entrometa en el Parnaso,
No me abran algun día el apetito
De hacer sudar, con bien inútil pena,
A los prensistas de mi amigo *Mena*.

Con tal resolucion quedé tranquilo.
Sali de los trabajos de estudiante,
Y así, de aquí adelante
Dormiré bien y criaré buen quillo,
Templaré la acrimonia de la bilis,
Dejaré ya que cante
El divino Maron á su Amarillis,
A su Dido, á su Enéas y á su Turno.
No me he de hablar ya más con Hobortelo,
Muratori, Escaligero y Minturno,
Que el arte enseñan del señor de Delo,
Y perderé una mano
Si más tocáre el forro á Quintiliano.
A bien que nada de esto es ya preciso
Para hacer mi papel en esta villa.
Yo me engalanaré como un Narciso,
Y por dos cuartos tomaré una silla
Del paseo del Prado,
Desde donde podré muy descansado,
Sin abrir libro que me dé jaqueca,
Sentencia pronunciar definitiva
Contra lo que otro escriba
Revolviendo la Régia Biblioteca.
De nuestros comediantes de ambos sexos
Aprenderé la lista de memoria,
Y aunque digan dislates inconexos,
Que hilvanó á toda prisá un mal poeta,
Nadie me ganará la palmatoria
En frecuentar los palcos y luneta.
Allí desde hoy con cara de baqueta
Oíré, sin tomarme pesadumbres,
La desvergüenza pública y notoria
De la escuela (que llaman) de costumbres,
En el siglo (que llaman) ilustrado,

(1) *Tuisti per populum, qui auditis in theatro versibus Virgilii,*
auti, ut dicitur, aliorum præsentem spectantemque Virgilium ceno-
trare, ut quædam Augustum. TACITUS (vel, ut alii malunt, QUIN-
tilianum. Dialogo de Oratoribus.
— *En el de Garcilaso.*

Y en una capital de un grande estado.
No perderé convite ni buroo;
Sabré muy por menor cuándo el paseo
De Atocha á San Isidro se transiere,
Cuándo el Retiro al rio se prefiere,
Cuándo toca al Canal su temporada,
Cuándo es á las Delicias la jornada;
No faltará en café, toros ni ferias,
Ni en la Puerta del Sol habrá corrillo
O tienda en que no logre yo cabida.
Iré á tertulias donde las materias
Más importantes sean el tresillo,
El mal tiempo, del prójimo la vida,
Los talcos y las borlas del peinado,
Y, en fin, seré un ocioso consumado.
Así me llamarán jovial, sociable,
Util, hábil, político y amable.
Ahora, Fabio, dime si esta fama
Llegaré á conseguir, y este sosiego,
Después que, avergonzado de ser lego,
Muchas horas de cama
Hurte para leer cualquier librote
De algun comentador desaforado,
O rascarme la frente y el cogote
Buscando consonante á California,
Y el verso que me salga mal forjado
Treinta veces volver á la bigornia,
Como lo dijo Horacio (1) en un tratado
Que no construye todo licenciado.
Tú, en fin, aprobarás que yo me exima
De trabajar sin especial infujo
En lo que mucho cuesta y no se estima.
Mi tal cual númen se metió cartujo,
Que esta literatura desanima,
Persigue, cansa, abate y atropella,
Y mi primer dictámen no revoco:
Ella en perderme perderá bien poco,
Yo pierdo ménos en perderla á ella.

EPÍSTOLA IV.

Escrita en 8 de Febrero de 1776.— Con ella dirige el autor algunas de sus poesías á un amigo que deseaba verlas.

Pues lo quieres y pides, te remito,
Fabio, esas castellanas poesías,
Que, confiadas sólo en que son mías,
Se precian de llevar buen sobrescrito,
Para que las disculpes ó las apruebe,
No el dictámen que des como erudito,
Sino el afecto que el autor te debe.

En pago de mis versos, solicito
Que hoy tu ingeniosa decision acuda
A sacarme, si es fácil, de una duda
Que há dias me persigue y la persigo,
Y la imaginacion me tiene inquieta;
Es á saber, amigo,
Si es un bien ó es un mal el ser poeta.
Yo, que lo dudo, mis razones tengo;
Oyélas, pues, y á tu sentir me avengo.

Por una parte, hay ratos en que alabo
Al piadoso destino,
Que en vez de hacerme esclavo
Del juego, ociosidad, infame vino
U otros excesos viles,
Quiso desde los años juveniles
Infundirme un espíritu coplero,
Que, aunque no me da fama ni dinero,
Me entretiene, deleita y satisface,
Y á mis solas me hace
Olvidar cuanto encierra el mundo entero.
No ignoro que la lista
De las útiles artes necesarias
Al intrínseco bien de los estados
No incluye las tareas de un versista;
Pero sé que las várias
Proezas de varones esforzados,
Los aciertos loables de un gobierno,
Y cuanto las naciones adelantan,

Queda en olvido eterno
Cuando líricos faltan que lo canten.
Los pueblos y los siglos que carecen
De heroicos poetas, asimismo
Carecen siempre, oh Fabio, de heroismo.
No dudes, no, que en todos los reinados,
Si las letras humanas no florecen,
Las demas ciencias y artes descaecen.
Y en donde los teatros son dechados
De buen gusto, decoro y recto juicio,
¡Cuán pleno beneficio
Difunde la elegante poesia!
Los hombres cuya gran sabiduria
Vive en la griega y la romana historia
Tuvieron por deleite, y áun por gloria,
Sujetar sus conceptos
Al yugo de los métricos preceptos.
Y omitiendo estos públicos loores,
Con que el arte de Apolo
Han celebrado ingenios superiores,
Contemplaré tan sólo
Aquel vario placer con que ameniza
El civil trato y sociedad privada.
El tierno corason á quien hechiza
Una beldad discreta y agraciada,
Su dicha en dulces versos encarece.
El que la ausencia sufre ó los rigores,
Su mal con tristes metros adornece.
Quien de las bellas artes los primorrs
Mira cual bienes de la humana vida,
Los pinta con poéticos colores;
Y aquel que amigos tiene ó bienhechores,
En sus rimas tal vez no los olvida.
¿Dónde hay gozo que iguale al de un poeta
Cuando acaba de hallar un consonante
Natural, adecuado y elegante,
Con que un sonoro verso se completa?
¡Qué vanidad en su interior se excita
Cuando con un pausado manoteo
Y voz declamatoria se recita
Para su propio y único recreo
Lo que sacar al público medita!
Si lo enseña á un curioso, y éste abona
Verso por verso con propicio voto,
¡Cuál se ensancha, cuál triunfa, cuál blasona!
Aunque entienda morir hambriento y roto,
No trueca en aquel punto su persona
Por la del más feliz, más regalado
Canónigo que tenga toda España,
Que coma, beba y duerma sosegado,
Y logre una ama fiel y nada uraña.
Pues ¡qué diré del júbilo que siento
El poeta que se halla, por fortuna,
En una alegre mesa, y de repente
Se explica en una décima oportuna,
Que suspende á la turba concurrente?
Los repetidos vivas y el ruido
Que hacen con los cuchillos en los platos
Los que el númen le aplauden, á su oído
Son mil veces más gratos
Que el acorde solfeo
De Febo, de Anfiton y el tracio Orfeo.
Estos, y muchos más, dichosos ratos
El poético oficio proporciona
Cuando benignamente nos corona
De verde lauro las calientes sienes.
Mas ya verás, oh Fabio, en un instante
Este lauro marchito;
Verás al infeliz versificante
(¡Tales son de la suerte los vaivenes!),
De su antigua pasion y error contrito,
En pésames trocar los parabienes.
Primeramente, amigo, el pobrecito
Tuvo en hacer sus versos gran trabajo.
Alguno de ellos hubo que le trajo
Tres dias mal comido y caviloso.
Buscó en su casa una remota pieza,
Y retiróse á ella silencioso.
Rasóse dos mil veces la cabeza,
Y tres mil se chupó los dos pulgares;
Escribió treinta versos regulares,
Doscientos malos y catorce buenos,

(1) HORAT., *Epist. ad Pis.*, vers. 441:

Et male formatos incudi reddere versus.

Y echó sus cien borrones á lo ménos.
Batalló contra un perro consonante
Que todo su concepto deslucía;
Desterró un epíteto redundante
Y enmendó una feroz cacofonía.
Item más, con bastante sentimiento
(¡Oh sacrificio raro é inhumano!),
Desperdió un famoso pensamiento,
Que aunque era agudo, enfático y galano,
Entonces no venía bien á cuento.

Traslada, en fin, la obra de su mano,
Entrégala á un amigo por fineza,
Y apenas éste á divulgarla empieza,
Cuando por las tertulias corren copias
Tan riciadas por bárbaros copiantes,
Que el autor, exornado con variantes,
Ya desconoce sus ideas propias.

Para mayor dolor, advierte luego
Que un idiota importuno,
Como si fueran copias de algun ciego,
Va á leerle sus versos en voz alta.
Testimonios levanta en cada uno,
Y sílaba ó dición siempre le falta.
Como niño de escuela deletrea;
El desgraciado autor está que salta,
Y entre tanto bosteza la asamblea.

Aun más que esto sucede en otra parte,
Donde habla un licenciado presumido
Como si hubiera comentado el arte
Del aplaudido Horacio
(Nombre que, ni aun citado, habrá leído
En nota marginal de algun prefacio);
Y creyendo que en críticas disputas
Convencen las razones descorteses,
Condema en dos palabras absolutas
El trabajo apreciable de dos meses.

Sólo con que un poeta dé por suya
Una verificada friolera,
Correrá luego alguna voz maligna
Que, sin más fundamento, le atribuya
Cualquier sátira indigna
Que perjudique á su intencion sincera,
O versos le prohijan, á lo ménos,
Que ni en un villancico fueran buenos.

¡Quieres que en nuestros dias
Haya necio librero
Que publique á su costa poesías
Para perder su tiempo y su dinero,
Mientras hay moralista que le paga
A los salmaticenses y á Larraga,
Aprendiz de letrado
Que le compra á Pichardo y á Salgado,
Y muchachos que rompen á millones
Perlaminos, Espejos y Catones,
O que en latinas aulas hacen uso
Del *Arte* que Nebrija no compuso?
Después, algunos ricos y magnates,
Que dar pudieran recompensa honrosa,
H y sólo piden que les hablen prosa,
Y á los poetas tienen por orates.
Las damas, que tampoco ya despuntan,
Como en siglos pasados, por discretas,
Si en el teatro público se juntan,
Aplauden, cuando más, al tramoyista,
Y en tal cual chulada del sainete,
Y sirve lo demás de sonsonete
Mientras están haciendo una conquista.
El actual abandono me contrista
De las dormidas musas castellanas;
Y en verdad, Fabio, que la vez que llevo
A una esquina ó portal en donde un ciego
Canta y vende sus copias chabacanas,
Cercado de vulgar y zafia gente,
Le quito mi sombrero reverente,
Diciéndole con suma cortesía:
Dios te conserve, insigne jacaero,
Que nos das testimonio verdadero
De que aun hay en España poesía.

Bienes y males he citado, amigo,
Que alcanzan á los hijos del Parnaso,
Y te figurarás los que no digo.
Resuelve, pues, en tan dudoso caso,

Ya que esperando tu respuesta quedo,
Si es justo se alce estatua á un buen poeta,
O al que se atreve á serlo se le meta
En la casa de locos de Toledo.

EPÍSTOLA V.

Escrita, en 28 de Noviembre de 1776, á don Josef Cadahatan.—Describe en ella la casa de la Academia de las tres Nobles Artes y Real Gabinete de Historia Natural.

Dalmiro amigo, que las artes amas,
Que en desseo del lustre de las ciencias
Y en celo del bien público te inflammas,
Si acaso aquella lira
Que en sublimes cadencias
Cantar supo excelencias
De los varones que la tierra admira,
Hoy, perzosa, de algun árbol pende,
Descuélgala, y emprende,
En tono más que nunca levantado,
El aplauso de un hecho con que extiende
Cárlas la fama de su gran reinado.

No propongo á tu númen un suceso
De aquellos que exagera
La pasión de una corte lisonjera,
O que tan sólo sirven de embalsco
Al ocio de una plebe novelera.
De aquellos es que ilustran y ennoblecen
Sólidamente á una nación entera;
De aquellos que merecen
Quedar siempre en los pechos bien nacidos
Con dignos caracteres esculpidos.

Ya los dos perniciosos adversarios
Con quienes un rey justo
Continuamente lidia,
La infame adulacion, la atroz envidia,
Serán, á su disgusto,
Del mérito rendidos tributarios,
Que de ambos monstruos las cervices huella.
Poco será cuanto pondere aquélla;
Cuanto ésta censurará será injusto.
Si; cuando Cárlas funda
En esta corte un célebre museo
De Historia Natural, que tanto abunda
De instruccion y recreo;
En donde á los ingenios estudiosos
Con método se ofrecen los curiosos
Productos, los secretos más profundos
De toda la feraz naturaleza,
Y en donde resplandee la riqueza
De una nación señora de dos mundos,
¡Cómo cabrá lisonja en la alabanza,
O ejercerá la envidia su venganza?
Tú, de Madrid há dias retirado,
Sediento de noticias memorables,
Acaso con tu agrado
Mi celo premiarás si te refiero
Con qué regio esplendor y sabio esmero
Llegan á efecto ideas tan loables.

Espacioso edificio
En la ancha calle de Alcalá se elige,
En cuyo frontispicio
Una portada dórica se erige.
Allí dispone el Rey que su academia,
La que profesa y premia
Tres nobles artes, su morada fija.
Allí tambien en la mansion más alta
El nuevo gabinete se coloca,
Y no en vano resalta
En letras de oro sobre blanca roca,
Ante el umbral, una inscripcion latina,
Que advierte se destina
Allí á Minerva duplicada estancia.
De su sentido es ésta la sustancia:
*Reunió Cárlas en comun provecho
Naturaleza y arte bajo un techo* (1).
De la mansion magnífica, oh Dalmiro,
Suspendo la pintura; que antes quiero

(1) *Carolus III., Rex, naturam et artem sub uno tecto in publicam utilitatem conuocauit. Anno MDCCCLXXV.*

Figurarme que soy un forastero
Que hoy por la vez primera
Los muros llega á ver de Buen-Retiro.
Ya desde luego admiro
La puerta suntuosa y duradera
Que, opuesta al Manzanares,
Conduce á la ciudad que baña Henáres.
A mi siniestra miro,
De una verja de hierro circundado
Con bella simetría,
Un ameno jardín, que por un lado
Para su entrada ofrece
Un pórtico de firme cantería;
Y mi deleite crece
Al paso que de allí desciendo al Prado,
Nuevo paseo, llano y anchuroso,
Donde con tren vistoso
El matritense pueblo se recrea.
A lo lejos campea
Ya la Aduana Real, fábrica altiva,
Que corona y remata
La vária perspectiva
De la grandiosa calle, cuyo espacio
En un suave declivio se dilata;
Ya el contiguo palacio
(Objeto á que mi canto se endereza),
Donde unidas habitan
Con la naturaleza
Las ingeniosas artes que la imitan.
Aun sin entrar en él, este conjunto
De hermosas vistas mi atención prepara,
Y la exterior magnificencia al punto
Los pródigos influjos me declara
Del autor á quien tanto bien se debe.
Ya me impaciento por llegar en breve
A aquel recinto en que el saber se hospeda,
Y en que la admiración saciarse pueda.
¡Oh, si fuera capaz mi tosco acento
De celebrar en dignas descripciones
O la extensión ó el gran repartimiento
De tantos académicos salones,
A diversas tareas destinados!
En uno (1) se congregan centenares
De jóvenes y niños, dedicados
A copiar los primeros ejemplares,
Elementos del arte del diseño.
En otro (2), los alumnos ya versados,
Con generoso empeño,
A una estatua rotocan,
Y la imitan en barro ó delinean.
En éste (3), los más hábiles de todos
Al natural expresan la figura
Del viviente desnudo, y su postura
Copian, siendo una misma en varios modos.
En aquél se desvelan arquitectos.
Más allá la sutil geometría,
Creadora de artífices perfectos,
Con la clara verdad sus mentes guía.
Colorido, ropajes y grabado
(Estudios cuya práctica varía),
Cada cual goza albergue separado.
Pues ¡qué diré del domicilio extenso (4),
Donde se junta el noble consistorio
Que á las artes preside, y del inmenso
Ambito (5) destinado al auditorio
Que asistir suele cuando honroso premio
La Academia reparte
A los que sobresalen en su gremio?
Quisiera aquí las glorias recordarte
Del útil cuerpo que fundó Fernando,
Y á quien Carlos da el sér; mas á otra parte
Ya tu curiosidad me está llamando,
Cuando así la retardo á escaseo,
La entrada al nuevo natural museo.
¡Ah! ¿dónde estoy? ¡oh dioses poderosos!
¡Si será algún paraje de la tierra
Este que aquí mi ojos examinan,

O bien uno de aquellos deliciosos
Que en poéticas raptos se imaginan?
Tanta preciosidad en él se encierra,
Tanto aseo y primor, esplendor tanto,
Esta pomposa imágen y este encanto
Que el alma siente y que la voz no expresa,
¿Puede haber sido hechura de mortales?
¡O bajasteis vosotros á esta empresa,
Digna de vuestras manos celestiales?
No, que para tal obra
Del gran monarca una palabra sobra.
Serénese mi espíritu agitado
Y absorto de esta nueva maravilla,
Para emprender la narración sencilla
Del tesoro que en ella está cifrado.
Tres salas desde luego se presentan,
Clarísimas, grandísimas, despejadas.
Sus paredes se ostentan
Vestidas y hasta el techo coronadas
De una serie simétrica de armarios,
Todos de preciosísima caoba,
Que, cual urnas ó bellos relicarios,
En diáfanos cristales
Depositatan alhajas naturales.
Parte de la atención despues me roba
De azul y blanco un alternado piso,
Que junta la hermosura á la limpieza,
Pareciendo que allí naturaleza,
Por un capricho de los suyos, quiso
Que la esmaltasen el bruñido suelo
Los dos colores que usa más el cielo.
De aquel lugar concurren al ornato
La materia y labor más exquisita;
Y si sólo el extrínseco aparato
Admiración excita,
¿Cuál será la que cause todo el lleno
De curiosos portentos y bellezas
Que logra acaudalar su íntimo seno?
Aquí, de sus riquezas
Pródigo el reino mineral se extiende.
La vista y el espíritu suspende
Con las diversidades, las rarezas
De sus tierras, arenas, piedras, sales,
De petrificaciones, de metales.
¿Qué espectáculo ofrecen tan distinto
La esmeralda, el diamante y el topacio,
El granate, el zafiro y el jacinto!
¿Como hermocean otro largo espacio
Agata, cornerina,
Lapis-lázuli, diápro, serpentina!
Entre los tersos jaspes ó ímortalas
Mármoles y alabastros, ¿cómo luce
El cúmulo de tantos que produce
España en sus entrañas maternales!
Luce también en ricos minerales
De hierro, plomo, estaño, cobre y oro,
Azogue y plata no inferior tesoro.
El reino vegetal más allá muestra
Cuantos productos liberal la diestra
De la naturaleza le concede,
Y cuantos en él puede
Cultivar el sudor é industria humana.
Su recinto se cubre y engalana
De apreciables maderas,
Raíces y cortezas superiores,
De hierbas españolas ó extranjeras,
De semillas, de granos y de flores,
De otras plantas terrestres ó marinas,
De singulares frutos, de resinas,
De bálsamos y gomas,
De perfumes, espíritus y aromas.
Pero ya en el distrito
Donde el reino animal tiene su asiento,
Miro abreviado el número infinito
De los diversos cntes animados,
A quienes da sustento
El sólido ó el líquido elemento.
La clase de cuadrúpedos se observa,
Que, en distintas posturas colocados,
Como vivos el arte allí conserva;
La vistosa caterva
De pájaros pintados,

(1) La sala de Principios.

(2) La sala del Modelo de yeso.

(3) La sala del Modelo vivo.

(4) La sala de las Juntas particulares.

(5) La sala de las Juntas públicas.

Admirables anfibios y pescados,
Entre varios insectos
Sobresalen los géneros selectos
De aladas mariposas,
Queriendo acaso competir con ellas,
En los matices y labores bellas,
De mil aves las plumas caprichosas.
Ya descubro la serie innumerable
De corales, de conchas y mariscos,
O del profundo mar ó de los riscos.
Advierto ya.... Pero ¡con qué osadía
Intenta penetrar mi fantasía
Por aquel laberinto inexplicable
De reptiles, volátiles, testáceos,
Fieras, bestias, polípodos, cetáceos?
Y tú también, sublime criatura,
En cuyas manos puso
El celestial Autor dominio y uso
De cuanto bien la tierra te procura,
¿Allí ves la estructura,
Los vicios, las miserias, los secretos
De tu máquina en monstruos y esqueletos,
Y el gabinete es libro en donde lees
Quién eres y lo mucho que posees.

Mas tú, Dalmiro, vuelve hacia otra parte
La consideracion; verás objetos
En que su esmero manifiesta el arte;
Los vestidos, los muebles y armaduras
De otros climas verás, de otras edades;
Los vasos, las mosaicas ciudades,
Los diseños, estampas y pinturas,
Los bustos de varones eminentes,
Y los bronceos eternos,
Las medallas, relieves y excelentes
Camafeos antiguos y modernos.

Aun más verás. De aquellas nueve salas
En que la historia natural domina,
Una (1) la docta Pálas
Para su estudio propio allí destina,
Donde insignes volúmenes franquean
De tan profunda ciencia la doctrina.
Ya el venturoso tiempo está cercano
En que los buenos españoles vean
Que de esta filosófica oficina
El amor de las ciencias se difunde
Y en la nacion rápidamente cunde.
No serán va al oído castellano
Nombres desconocidos litología,
Metalurgia, halotecnia, ornitología.
Ya para el nuevo gabinete ofrecen
Ambos mundos sus várias producciones....
¡Qué mucho, si á porfía con sus dones
Parece que los dioses le enriquecen?
Adornarle con aves peregrinas,
Como diosa del aire, quiere Juno;
Tribútale Neptuno
Sus raros peces y sus perlas finas;
Tétis añade conchas y corales;
La madre Vesta piedras especiales
Y los productos de sus ricas minas;
Yebo y Marte presentan sus metales,
Oro y hierro; Diana facilita
Las fieras de los bosques en que habita;
Cedenle Flora, Ceres y Amaltea
Cuanto el influjo de las tres procrea,
Y, sobre todo, el Júpiter hispano
Da sus luces y brazo soberano.

El fué quien tal intento
Promovió con sus dádivas reales;
El es de quien las ciencias naturales
Aun esperan más auge y ornamento,
Pues no será este docto gabinete
El único favor que le merezcan;
No, que su providencia las promete
Disponer ya un jardín donde florezcan;
Un gran jardín botánico, inmediato
A los jardines del monarca mismo.
Ni en la idea cabrán, ni en el guarismo,
Las plantas que aquel nuevo territorio
Producirá, obediente á su mandato.

Allí un laboratorio
De química igualmente se prepara,
Glorioso monumento
Que deja el tercer Cárlos del fomento
Con que las artes útiles ampara.

Ya inferirás, Dalmiro, mi contento;
Y pues que le reparto así contigo,
Ayúdame al aplauso de estos bienes,
Dame esta prueba del amor que tienes
A tu rey, á tu patria y á tu amigo.

EPÍSTOLA VI.

Escrita, en 10 de Marzo de 1777, á don Domingo de Iriarte,
durante su viaje á várias cortes extranjeras.

El que empieza á tocar un instrumento,
Con algunos preludios examina
Si andan los dedos, si la cuerda afina,
Y ántes da pax al arco ó toma aliento.
Si va á escribir el pendolista atento,
Corta y prueba la pluma, gruesa ó fina,
Y el guapo que á reñir se determina,
Tira estocadas, por ensayo, al viento.
El bailarín se pone en ejercicio,
Su arenga el orador lleva estudiada,
Baraja á solas el tabor por vicio.
Yo hago un soneto (aunque no valga nada)
Sólo para adiestrarme en el oficio
Y ver si está la musa bien templada.

Paréceme que sí, querido hermano,
Ya que Apolo no siempre es tan divino,
Que dictar quiera versos elegantes
Y dignos de tenerle por padrino,
Sino que se complace en ser humano,
Y prosa suele hablar con consonantes,
Sin furor ni entusiasmo de adivino,
Sujetando las alas al Pegaso,
Porque, en vez de volar, le lleve al paso.
Tú, que, olvidado ahora de esta corte,
Buscas las del Oriente y las del Norte,
Perdona si te envidio la gustosa
Curiosidad y el íntimo consuelo
De visitar el afamado suelo
De Tulio y de Maron patria dichosa,
Y patria á quien sirvieron Paulo Emilio (2),
Uno y otro Scipion, Mario y Atilio (3).
Largo fuera y ocioso recordarte
Los blasones y el lustre sin segundo
De esa que un tiempo fué la mejor parte
De Europa y la metrópoli del mundo.
Pídote sólo que en la *Esclida* leas
Cómo, al hallarse en el averno Encás,
Anquises le mostraba en profecía
Las almas de los inclitos varones
Que habian de llegar á ser un día
Honor de las itálicas regiones.
Hoy tú, más bien que el capitán troyano,
No en vaticinio, sino con tus ojos,
Ayudados de luces de la historia,
Admirar puedes la sublime gloria
Del imperio romano,
Que atestiguan reliquias y despojos.
Mas yo no puedo desde el clima hispano
Registrar la columna de Antonino,
El templo y obelisco Vaticano,
El Capitolio y monte Palatino.
No veo las basílicas, los puentes,
Las termas, arcos, puertas, mausoleos,
Acueductos, palacios, muros, fuentes,
Pórticos, plazas, circos, coliseos.
Veo, sí, los escritos inmortales
De los Tácitos, Livios, Cicerones;
Veo Plinios, Lucrecios, Juvenales;
Veo Augustos, Mecénas y Marones.
Con sus nombres el ánimo se exalta,
El heroísmo y pundonor se excita,
Y cuanto más aquel modelo imita

(2) El macedónico.

(3) Marco Atilio Régulo.

(1) La Herma del Gabinete.

Una nación, más ve cuánto la falta
Sólo para acercarse á tal grandiza,
Tal esplendor, poder, fama y riqueza.

Del benigno país que con su riesgo
El caudaloso Tiber fertiliza,
A la fría region pasarás luego
Por donde el gran Danubio se desliza.
Ceñida allí de una comarca amena
Verás la austríaca Viena,
Verás y admirarás al soberano
Benéfico, sagaz y belicoso,
Que, imitando al magnánimo prusiano,
Un ejército manda numeroso
De dóciles guerreros,
Intrépidos, robustos, escogidos,
A quienes como honrados compañeros
Trata, no como esclavos abatidos.
Verás la agricultura floreciente,
La pública instrucción adelantada,
Las artes propagadas de repente,
Y entre ellas promovida y estimada
Aquella con que Orfeo
Domó las fieras y paró el Leteo.
Todo el poder y efectos prodigiosos
Que cuentan de la música divina
La antigua historia griega y la latina,
No te parecerán ya fabulosos
Cuando de cerca aplaudas la arrogancia,
La expresión é ingeniosa consonancia
Con que hace hablar sus varias sinfonías
El músico mayor de nuestros días,
Háyden, aquel grande hombre,
A quien te pido abrazes en mi nombre.
Mas ya dejar te miro
Los confines germanos,
Y el político giro
Seguir hasta los últimos britanos.
Desde luego la corte populosa,
Cuyas murallas baña
La corriente anchurosa
Del Támesis, la imagen te presenta
De una nación en todo bien extraña;
Nación en otros siglos no opulenta,
Hoy feliz por su industria, y siempre exenta;
Nación tan liberal como ambiciosa,
Flemática y activa,
Ingenua, pero adusta,
Humana, pero altiva,
Y en la causa que abraza, ínicua ó justa,
Violenta defensora,
Del riesgo y del temor despreciadora.
Allí será preciso que te asombres
De ver (cual no habrás visto en parte alguna)
Obrar y hablar con libertad los hombres.
Admirarás la rápida fortuna
Que allí logra el valor y la elocuencia,
Sin que ni el oro ni la ilustre cuna
Roben el premio al mérito y la ciencia.
Advertirás el numeroso enjambre
De diligentes y hábiles isleños,
Que han procurado, del comercio dueños,
No conocer la ociosidad ni el hambre,
Ocupados en útiles inventos,
En fábricas, caminos, arsenales,
Escuelas, academias, hospitales,
Libros, experimentos
Y estudios de las artes liberales.
Allí sabrás, en fin, á cuánto alcanza
La sábia educación y el acertado
Método de patriótica enseñanza,
La privada ambición bien dirigida
Al público provecho del Estado,
La justa recompensa y acogida.
En que fundan las letras su esperanza,
Y el desvelo de un pródigo gobierno,
Que al bien aspira y á un renombre eterno.
Entre las reflexiones que te apunto
(Si no fuera un asunto
Superior á mis fuerzas), me alegraré
De poder explicarte
En digna descripción alguna parte
De aquel vário embeleso

Que te ofrece y prepara
La corte parisiense á tu regreso;
Culto emporio de Europa, que convida
Con nobles espectáculos, paseos,
Lucidas concurrencias y recreos,
Que hacen amable y cómoda la vida;
Siendo de los mayores y más gratos
Que proporciona aquella nueva Atenas,
Gozar la sociedad de literatos
Que con las ciencias útiles ó amenas
Ilustran su nación y las ajenas....
Pero yo, desde el centro solitario
Del estrecho rincón en que esto escribo,
Quitando el polvo al militar archivo,
Mal te explico, oh viajante secretario,
Lo que tú observarás prácticamente,
Y yo sólo por teórica percibo.
Signe, pues, con salud tu itinerario;
De lengua en lengua y de una en otra gento
Aprende á ser político eminente;
Adquiere enhorabuena cada día
Méritos é instrucción; que yo, entre tanto,
Conforme con la oscura medianía,
Del retiro y quietud elogios canto,
Diciendo como Séneca decía:
«En el despeñadero (1)
De la encumbrada corte permanezca
El que mando y honores apetezca;
Que yo la paz únicamente quiero.
Quiero en la soledad más escondida
Gozar los dulces bienes del reposo,
Y pasará mi silenciosa vida
Ignorada del noble y poderoso.
Cuando mi edad, sin fausto, sin estruendo,
Haya llegado al término que debe,
Aunque muera como uno de la plebe,
Tal vez anciano moriré; y entiendo
Que no persigue muerte á los nacidos
Más triste y más cruel que la de aquellos
Que son de todo el mundo conocidos,
Sin que á sí propios se conozcan ellos.»

EPÍSTOLA VII.

Escrita en 8 de Enero de 1776.—Describe el poeta á un amigo su vida semi-filosófica.

Amigo, mientras tú vives oculto
A orillas de *Siloca*, en esa aldea (2),
Cuyo nombre infeliz yo dificulto
Que en los mapas geográficos se lea;
Mientras, pisando ese terreno inculto,
En sátiro ó en fauno te conviertes,
Y las horas flemáticas diviertes
Sin otra compañía
Que la de tu violín y tu escopeta,
Tus libros y tu propia fantasía;
Vivo yo en medio de la corte inquieta,
Donde el tiempo nos falta para todo,
Aunque todos catamos tan de sobra.
¡Quieres que te diga cómo!—De este modo:
Por la mañana empicza la grande obra
De ensortijarnos los grasientos rizos,
Ya en forma de castañas ó chorizos,
O ya imitando mujerial coroza,
Para salir al público muy vanos
De que así nos remozga
La misma harina que nos vuelve canos.

- (1) *Sic quicumque volet potens
Aut culmine lubrico:
Me dulcis saturat quiete,
Obscuro positus loco,
Lent perfruar otio.
Nullis nota Quiritibus
Eas per tacitum suat.
Sic cum transierint mei
Nulla cum strepitu liex,
Plebeius moriar senex.
Illi mors gravis incubat,
Qui notus nimis omnibus
Ignotus moritur sibi.
(L. ANNAEUS SENECA, *Thyestis*, act. II.)*
- (2) *Fuentes-Claras*, en Aragón.

Signese el sempiterno cumplimiento
De precisas é inútiles visitas,
De molestos convites y de citas
Que prohíbe el oncenso mandamiento,
Y aun no bien digerido el alimento,
Nos llaman á un teatro, en que nos dicen
Dialates, necedades, fruslerías,
Que de una escuela pública deadicen,
O al paseo nos llevan otros días,
No para un ejercicio saludable,
Si para hacer trescientas cortesías,
Y metódicamente con los coches
Seguir cierto carril inalterable.

Procúrase después pasar las noches
En las tertulias, donde nada se hable
Que fatigue el ingenio ó el discurso,
Bastando que los miembros del concurso
Manejen con destreza,
Pagándolo su bolsa y su cabeza,
Y tal vez contra leyes reiteradas,
Cuarenta y ocho estampas mal pintadas.
Yo, cuando así se vive en el recinto
De esta imperial y coronada villa,
Voy, Fabio, por camino bien distinto
Del que la juventud por moda trilla,
O bien por ocio á maquinaal instinto.
Sin llegar mi retiro á ser desierto,
Me privo, me separo y excomulgo
De este comun sistema, y me divierto
Sólo en no divertirme como el vulgo.

Ahora cumplo la palabra, amigo,
Que te di de informarte
Del método de vida que aquí sigo,
Y que á la tuya se parece en parte.
Sabe, en primer lugar, que la morada
En que fijo mi quieta residencia,
Sin que pueda ostentar magnificencia,
Es alegre, está limpia y adornada,
Y ofrece una mediana conveniencia.
Sus paredes, en más de siete cuartos,
Se visten, no de rasos exquisitos,
Sino de muchos ingeniosos partos
De artifices peritos
En grabado y pintura, cuyo exámen
Puede causar deleite á cuantos amen
Las artes que el renombre se merecen
De bellas, porque todo lo embellecen.
Es de mi sala el principal ornato
Del sabio *Mengo* el célebre retrato;
Inestimable dón de este grande hombre,
Que con aquel pincel tan arrogante
Con que en Europa eternizó su nombre,
También ha eternizado su semblante,
Y al paso que á sí mismo se ha igualado
En su copia, á sí mismo se ha excedido.
Allí se ve cercado

De un conjunto copioso y escogido
De cuadros de *Vandick*, *Murillo*, *Góido*,
De *Cerezo*, *Jordan*, *Velazquez*, *Cano*,
Los dos *Ouellos*, *Vinci* y el *Tioiano*.
Sus obras lucen *Veronés*, *Correño*,
Pereda, *Peterneef*, *Salvator-Rosa*;
Luce el *Liseco* su idea caprichosa,
Y el *Greco* su estrambótico diseño.
Si á visitar mi albergue, por ventura,
Vinieras algun día,
Te podrán divertir la fantasía,
O en grabadas estampas ó en pintura,
Los retratos de insignes escritores,
Estatuarios, pintores,
Monarcas, generales
Y otros varones dignos de memoria;
Sucesos de la fábula é historia;
Pájaros, frutas, flores y animales;
Ya sangrientas refriegas,
Ya vistas de edificios, de ruínas,
De selvas, ríos y frondosas vegas,
Caerías, cabanías y marinas.
Conservo en mi mansion, por otra parte,
La biblioteca rara y numerosa
Que recogió, con elección curiosa,
El anciano *Iriarte*,

De quien, si no heredé doctrina y arte,
El amor á las Musas he heredado.
No encierra aquel estudio un agregado
De libros de trivial jurisprudencia,
Escolástica jerga ó medicina,
Que suelen encontrarse en cada esquina.
Encierra, sí, un tesoro de la ciencia
Que al humanista docto pertenece,
Que el ingenio deleita é ilumina,
Y no le abruma, ofusca y entorpece.
Junta las ediciones más correctas
De griegos y latinos oradores,
Y las obras selectas
De poetas también é historiadores;
Apreciables escritos castellanos,
Muchos de los que Francia ha producido,
Con algunos ingleses é italianos,
Y ofrece, á breve espacio reducido,
Lo mejor de la crítica y buen gusto;
Cuanto *Alejandro* protegió entre griegos,
Y entre romanos el feliz *Augusto*,
Los Médicis-famosos en Florencia,
Cuando á los pueblos todos, que eran ciegos,
Dieron luz en las doctas profesiones
Cárlas Quinto en España, y los Borbones,
Y en Francia del gran Luis la providencia,
De Francisco Primero á competencia.

Tú, que entre tus juiciosas distracciones
Das el primer lugar á la lectura,
En esta retirada librería
La diversion mayor tienes segura,
Donde tu ansioso númen hallaría
La erudicion de amenas facultades,
Ciencias de utilidad, antigüedades,
Manuscritos, estampas, diccionarios
Y artes para aprender idiomas varios.
Esta es mi habitacion, que facilita
Amistosa acogida y libre entrada
Al estudioso á quien la ciencia agrada,
Y al que en las bellas artes se ejercita.
Siempre hallarás mi estancia frecuentada,
O bien de aficionados,
O bien de profesores aplicados,
Dibujantes, amigos escritores,
Músicos, arquitectos, escultores.
Y yo, Fabio, entre tanto,
Si logro ociosas horas algun día,
Dedicado á la dulce poesía
(Ménos lisonjas), todo aquello canto
Que me dicta la libre fantasía.
La mañana que adusto me levanto,
Con la bilis revuelta y alterada,
En versos, que algun simple llama atroces,
Vitupero el abuso que me enfada,
Y la amarga verdad publico á voces.
Levántome otras veces muy sereno,
Y pintar quiero en metro más suave
Las delicias que ofrece el campo ameno,
Donde el agua susurra, trina el ave,
Y césped cria el húmedo terreno.
Otros días, de véras ó de fiesta,
En llanos versos á un amigo escribo
(Cual lo eres tú, de quien ausente vivo)
Familiares epístolas como ésta.

Mas ¡ay, que por mi culpa experimento
Las quebras del poético ejercicio!
Ya que Dios me conserva sano el juicio,
¿Por qué no vivo en paz? ¿por qué consiento
Que salgan estos frutos
De mi tímido y rudo entendimiento
A luz pública ó público suplicio?
Lectores hay malignos, los hay vanos,
Los hay despreciadores absolutos,
Del arte y del buen gusto Dioclecianos;
Y mejor confiara mis borrones,
De mi secreto cuarto en la clausura,
A los amigos sinceros y humanos
Que notan francamente imperfecciones,
Pero tambien alaban con misura
Los versos que hallan buenos ó medianos.
¡Oh inconsecuencia de la humana idea!
El que tranquilamente así discurre,

Luégo, arrastrado de la gloria, incurrir
En la debilidad que tanto afea.

Pero yo, al fin, me impongo una tarea,
A ratos divertida,
Que engaña los disgustos de la vida.
Sí, Fabio, que aunque médico es Apolo,
La dolencia poética no sana.

Ni cifo en ella mi deleite solo,
Porque frecuentemente
Me recrea la música, su hermana.
Noches hay en que se hallan congregados
Veinte, y acaso más, aficionados,
Que su parte ejecutan de repente.
Mi manejo ni es mucho ni muy poco,
Y entre ellos logra así lugar decente;
Pues cuando no violin, la viola toco;
La viola, que algún día
En nuestras academias de armonía
Tú solías tocar por instituto,
De la cual yo quedé tu sustituto.
Gozamos un depósito abundante
De la moderna música alemana,
Que en la parte sinfónica es constante
Arrebató la palma á la italiana.
Si alguno al contrapunto se dedica
Y cualquier obra suya manifiesta,
La aficionada orquesta
Se la prueba, examina y califica,
Y aun con benignidad los circunstantes
Oyen mis sinfonías concertantes.

Así pues, Fabio, el tiempo distribuyo
(Dando á la obligación primero el suyo)
Entre la poesía y la pintura,
La música y lectura.

Mas no imagines que por ellas huyo,
Cual misántropo raro y displicente,
De todo trato y sociedad de gente.
Amigos tengo algunos que visito;
Pero á número corto los limito,
Y de nadie me pago fácilmente,
Aunque es, al parecer, tan poco austera
Mi condicion, que trato con cualquiera.
Tú solo aquí me faltas; tú, que harías
Venturosos mis dias
Con tu apacible y estudioso genio,
Dando placer al corazon é ingenio.

EPÍSTOLA VIII.

El autor del Poema de la Música á su favorecedor el señor abate Metastasio, en respuesta á las honrosas expresiones con que éste aprobó aquella obra.

Apolo decretó que era preciso
Reprimir la osadía
Del español que quiso
Obligar á la noble poesía
A que explicase la virtud arcana
De la expresiva música, su hermana.
Cítóle un día en el sagrado monte,
Ante los jueces rectos
Horacio, Anacreonte,
Sófocles y Maron, que los defectos
Notasen del poético artificio,
Del buen gusto, del número y del juicio.
Presentándose humilde, ya temía
De Horacio la censura,
Que con la fantasía
Pretende se concilie la cordura,
Y aun contados lunares no perdona
Si no es perfecto el rostro y la persona (1).
Al tierno Anacreonte, cuya lira
Halagüeñas pasiones
Tan fácilmente inspira

- (1) *Verum ubi plura nitent in carminibus, non ego paucis offendar maculis.*.....
(*Epist. ad Pisonem*, v. 351.)

Horacio, no sólo juzga que los defectos, para que sean perdonables, han de ser pocos, sino que ha de haber muchos primores en el todo de la obra; y así abusan de este lugar de Horacio los que le citan para disculpar los defectos de una composición cuyas principales partes no son perfectas.

Hasta en los sensibles corazones,
Ni ménos delicado en el exámen,
Ni más benigno espera en el dictámen.

A Sófocles también es fuerza tema,
Pues no bien serán cuatro (2)
Los cantos del poema,
Cuando dicte preceptos al teatro,
Sin que presuma de escritor tan diestro,
Que confie agradar á tal maestro.

No se promete, en fin, piedad ni auxilio
De la musa divina
Que concedió á Virgilio
Amenizar la sólida doctrina,
Y apropiar con deleite y enseñanza
Urbano estilo á rústica labranza.

Mas cediendo á la ley que Febo impuso,
Ya empezaba Iriarte,
Perturbado, confuso,

A cantar *maravillas de aquel arte*
Que con vária expresion, grata al oído,
Mide y combina el tiempo y el sonido.

Cuando llegó, precipitando el vuelo,
Mercurio, soberano
Mensajero del cielo (3),
Y el cintio dios recibe de su mano
Breves renglones, que el fiel ministro
Traía de las márgenes del Istro.

Apénas ve la conocida letra,
El dulce recogijo
Que el pecho le penetra
Se asoma todo en el semblante, y dijo:
«Él es, sin duda, él es quien esto escribe:
¡Albricias, Musas! Metastasio vive.

» En vano por Europa ha divulgado
La fama novelera

Que ya el rigor del hado,
Cortando de sus dias la carrera,
A los Elisios trasladado habia
El alma grande, imagen de la mia.

» Su noble estilo es éste; en él se digna
De honrar con expresiones
De aprobacion benigna,
Uniendo á los elogios las razones,
El no común empeño del poeta,
Que al metro reglas músicas sujeta,

» Decidiendo el cantor de Demoofonte,
Cualquier duda es agravio.
De Horacio, Anacreonte,
Sófocles y Maron el voto sabio
En solo el suyo compendiar bien puede
Quien á ninguno de los cuatro cede.

» El copia tu sutil discernimiento
¡Oh venerable Horacio!

Y crítico talento.
Tu *Carta á los Pisones* (4) deja el Lacio
Para correr de nuevo el universo
Cuando él la ilustra con toscano verso.

» Ya ves ¡oh Anacreonte! cuál traslada
Su bien templada lira
La gracia delicada

Que en tus ondas suavísimas se admira.
Anciano como tú (5), sigue tu genio,
Y no envejece con la edad su ingenio.

» ¡Quién á imitar con más acierto llega
Los sublimes afectos
Que tú en la escena griega
¡Oh Sófocles! moviste! Los efectos
De sus dramas enérgicos refieran
Los que nunca sin él músicos fueran.

» Tú también, gran Virgilio, le infundiste

(2) El 4.º canto del Poema de la Música trata del origen y prognos del drama musical, haciendo crítica de los aciertos y de los abusos que en él se notan.

(3) Alude á la circunstancia de haber venido la carta del señor Metastasio por medio de don Domingo de Iriarte, entónces secretario de embajada en la corte de Viena.

(4) Metastasio compuso una traducción del *Arte poética* de Horacio, que después de su muerte se ha publicado en una edición de Viena.

(5) Anacreonte murió de 85 años, y no dejó de componer oda aún siendo tan viejo. Metastasio, casi con otra tanta edad, continuaba en cultivar la poesía.

Las más altas ideas

Cuando la amante triste (1)
Venga en sí propia la esquivar de Endes.
Felix como tu nimen es el suyo,
Y así tiene otro César como el tuyo.»
Diciendo el padre Apolo de esta suerte,
Hacia el poeta isleño
El rostro ya convierte,
Majestoso al paso que risueño.
Del insigne romano le presenta
La docta aprobacion, y así le alienta:
«Sigue, á despecho de envidiosa plebe,
En tu afan literario,
Pues basta que le apruebe
Quien de mi ciencia es hoy depositario.
Guarda este elogio, de amistad memoria,
Aun más que monumento de tu gloria.»

EPÍSTOLA IX.

Escrita, en 20 de Mayo de 1776, á una dama que preguntó al autor qué amigos tenía.

Preguntas qué amigos tengo,
Y esto incluye dos sentidos:
Si preguntas cuántos, pocos;
Si cuáles, voy á decirlo.
Amigo llamo, señora
(Sentemos este principio),
A quien me agrada y divierte;
Los demas no son amigos.
En esta suposicion,
El mayor amigo mio
Murió bien lejos de aquí
Habrá unos diez y ocho siglos.
Dáblele por nombre Horacio,
Y con ser un tiempo mismo,
Siendo filósofo, ingenio,
Y siendo poeta, juicio,
Fue maestro de buen gusto,
Y le estoy agradecido
De que para mi recreo
Me dejó escritos diez libros.
¡Oh, cómo sabe mostrarse,
Ya afectuoso con Virgilio,
Ya con su Augusto obsequioso,
Ya con su Glicera fino!
¡Cómo describe y corrige
De Roma antigua los vicios,
O afeándolos severo,
O riéndolos festivo!
¡Y cómo guía al poeta
Con documentos tan fijos,
Que es el apartarse de ellos
Acercarse al desvario!
Cobréle grande afición;
Conózcole por escrito
Y solamente de vista
Por medallones antiguos.
Ya que tratarle no puedo,
Llevo sus versos conmigo,
Y los que sé de memoria
Son mi deleite y mi auxilio.
Horacio es mi biblioteca;
Y encierran tanto sus libros,
Que cuanto más leo en ellos,
Menos creo haber leído.
Si al no arreglado teatro
Por casualidad asisto,
Mucho malo, poco bueno,
Gracias á Horacio, distingo.
No me divierto como otros,
Ni me entristezco ni rio:
Me quita Horacio un buen rato;
Mas no aplando un desatino.
Al orador sin ingenio,
Al envidioso erudito,

Al necio supersticioso,
Al ocioso presumido,
Y otros que en la sociedad
Son molestos individuos,
Ante el tribunal de Horacio
Acá en mi interior los cito.
No hay proceder en los hombres,
No hay pasion, yerro ú capricho,
Ni en mí pasa cosa alguna
De que en él no halle el aviso.
En artes, ciencias, costumbres,
Modo de pensar y estilo,
El enseña á preferir
Lo verdadero y sencillo.
Lo vulgar é inverosímil,
Lo afectado y mal fingido,
La hojarasca, la bambolla
Son sus grandes enemigos.
Cunden éstos como peste,
Y en contagio tan maligno
Es cada hoja de Horacio
Remedio y preservativo.

Mas, si este amigo murió,
Otro tengo, que, aunque vivo,
Está ausente, y le conosco
Tan sólo por el oído.
Háyden, músico aleman,
Compositor peregrino,
Con dulces ecos se lleva
Gran parte de mi cariño.
Su música, aunque le falte
De voz humana el auxilio,
Habla, expresa las pasiones,
Mueve el ánimo á su arbitrio.
Es pantomima sin gestos,
Pintura sin colorido,
Poética sin palabras
Y retórica con ritmo;
Que el instrumento á quien Háyden
Comunica su artificio,
Declama, recita, pinta,
Tiene alma, idea y sentido.
Si las diferentes voces
Corren por tonos distintos,
Si se alternan, si se imitan,
Si á un tiempo cantan lo mismo,
Si callan de golpe todas,
Si entran todas de improviso,
Si débiles van muriendo,
Si resucitan con brío,
Solas, juntas, prontas, tardas,
Todas por varios caminos
Excitan un mismo afecto,
Llevan un mismo designio.
O expresan gritos de furia,
O de amor tiernos suspiros,
O el llanto de la tristeza,
O el clamor del regocijo.
Su poderosa armonía
Ya llama el sueño tranquilo,
Ya alienta el valor marcial,
Ya incita al baile festivo.
No afecta su melodia
Estudiados gorgoritos,
Dificiles menudencias,
Todos adornos postizos,
Con que se finge grandioso
El canto pobre y mezquino,
Que olvida llegar al alma
Por engañar el oído.
El canto de Háyden es noble,
Es verdadero y sencillo,
Es juicioso, es perceptible,
Siempre vario, siempre rico.
En él nunca el auditorio
Se aburrirá de adivino,
Que, en vez del paso esperado,
Suele hallar el imprevisto....
Háyden amigo, perdona
Lo que de tu ingenio he dicho:
Para conocerte es poco,
Nada para quien te ha oído,

6. La *Diana abbandonata*, célebre ópera de Metastasio.

Y tú, benigna señora,
A quien mis versos dirijo,
Escucha cómo prosigue
La lista de mis amigos.
Muerto el uno, ausente el otro,
Tengo dos, como ya has visto;
Mas otro vivo y presente
La suerte me ha concedido.
Menga, el célebre sajón,
El Apéles de este siglo,
Con su amistad me envanece;
Yo en la mia le distingo.
Y no preguntes la causa,
Si de aquel pincel divino
Viste alguna vez tan sólo
Un leve rasgo, un descuido.
De mi justa inclinación
No es el único incentivo
Saber que Europa le ofrece
Aplausos tan merecidos.
El móvil de mi afición
Es el deleite, el hechizo
Con que sus obras me pagan
Lo mucho que las admiro.
Su imaginación fecunda,
Su diseño corregido,
Sus tintas inimitables,
Su carácter expresivo;
El conciliarse, obedientes
A su delicado tino,
Con el juicio y la verdad,
La novedad y el capricho;
Aquel transformarse en bulto
Lo que sólo es colorido,
Lucir la naturaleza,
Eclipsarse el artificio,
Todo tiene en sí un oculto
E inexplicable atractivo,
Tiene un no sé qué de encanto,
De misterio ó de prodigio.
Logra, en suma, reunir
Su gusto sólido y fino
Lo mejor de lo moderno
A todo lo bueno antiguo.
Si Hayden conociera á Menga,
Pronto se hicieran amigos,
Y Horacio lo fuera de ambos
Más que los tres lo son míos.
Pintor, músico y poeta
Observan en sus estilos
La misma buena elección,
El primor y arreglo mismo.
Ya conoces de qué especie
Son los amigos que elijo;
Los hábiles y estudiosos
Siempre por tales admito,
El matemático sabio,
El lógico reflexivo,
El útil naturalista,
El botánico instruido,
El orador elocuente,
El humanista erudito,
El que estatuas eterniza,
El que levanta edificios,
Todos merecen mi aprecio.
Mas no por eso hagas juicio
De que, si el talento aplaudo,
La hermosura desestimo.
Lo mejor del mundo es ella,
Según los sabios han dicho;
Lo mejor de ella eres tú:
Yo, sin ser sabio, lo digo.
Mi amigo es quien me divierte,
Señora, te lo repito;
Y ¡dichoso yo si aumentas
La lista de mis amigos!

EPÍSTOLA X.

Escrita en 18 de Agosto de 1773.

Anoche, querido Porcio,
Iba á responderte en verso,
Y ya empezaba mi pluma
A enarbolarse sin miedo,
Cuando un fracaso imprevisto
(Aun tengo el susto en el cuerpo),
Cuando un extrañío infortunio,
Cuando el más fatal agüero
De repente me dejó
Sin acción, habla ni aliento....
Mas ya que le recobré,
Voy á contarte el suceso.

Has de saber que siete años
He conservado un tintero,
El cual, hecho ya á mis mañas,
Me ha servido en mil empeños.
No era de plata ni bronce,
No era de estafío ni hierro,
Ni del material temible
A maridos y á toreros.
Era no más que de vidrio;
Pero tan sólido y recio,
Como que ya estaba á prueba
De golpes de majaderos,
Y casi petrificado
A fuerza de los tremendos
Insultos que resistió
En literarios encuentros.

En fin, yo con esta alhaja
Me hallaba ya tan contento,
Que sobre ella fundaría
Un mayorazgo á mis nietos.
Mas ¡oh deleznable suerte
De los humanos proyectos!
Cuando mi pluma se hundía
En el tenebroso hueco
Donde una media de un cura,
Hecha pequeños fragmentos,
Nadando estaba en más negras
Aguas que las del Leteo,
Vi que la cándida mano
De la musa á quien yo suelo
Invocar cuando no quieren
Los consonantes ser buenos,
Con un violento reves
Echó de la mesa al suelo
Aquel cristalino vaso,
Haciendo de él dos mil tiestos.

Aunque en mí la turbación
Era igual al sentimiento,
Preguntar pude á mi musa:
«Madrina mia, ¿qué es esto?
¿En qué pecó de mi pluma
El antiguo bebedero,
Para que así experimente
De tus iras los efectos?
¿Me he valido de él acaso
Para adular á algún necio,
Vituperar un buen libro
O lucir con el ajeno?
¿He escrito yo, por ventura,
Algun comedion de pueblo,
O en semigálico idioma
Traducciones he compuesto?
Pues ¡por qué....» Pero la musa
Se ausentó de mí, diciendo:
«No te conviene tener
Tintero enseñado á versos;
Y si á tu archivo te acoges,
Tintero hallarás eterno,
Que vale más que el de vidrio,
Y no da sustos al dueño.»

Bien me aconsejó la musa;
Pero es frágil, no la creo;
Que hoy me dicta este romance
La que ayer me dió el consejo.

EPÍSTOLA XI,

EN PROSA Y VERSO.

Escrita, en 20 de Octubre de 1777, á don Josef Cadahalso, reconociéndole sobre no haber dado respuesta á la dedicatoria (1) de la traducción del *Arte poético* de Horacio.

Imposible será, don Dalmiro, que aunque viva yo, sobre los veinte y siete años que tengo, todos los que basten para que en alguna de las *Gacetas* de Madrid del futuro año de 1860 se haga conmemoracion de mi avanzada edad y de mi muerte, olvide jamas la inaudita pieza que me habeis jugado. En verdad que no os creia capaz de echar al trezado la memoria de los vuestros amigos y servidores. Meted la mano en el pecho, y escudriñad vuestra conciencia, que la teneis harto puerca. Delito habeis cometido de tal manera contrario á las leyes de la amistad y á las de la literatura, que he resuelto acudir nada menos que al sólo del mismo dios de los poetas, y poner en sus manos un tremendo pedimento que contra vos tengo formado. Caritativamente os lo aviso en tiempo, para que os armeis de paciencia, y apereibais las disculpas que hayais de alegar quando de oficio se os dé puntual traslado de mi justísima demanda. Ella va en verso, porque de otro modo no me la admitirán en la tabla del consejo poético; y su expreso tenor de *verbo ad verbum* es, para servirlos, el siguiente:

En tu presencia, soberano Apolo,
Yo, poeta infeliz, parezco, y digo
Que no tiene ejemplar, de polo á polo,
La traicion que me ha hecho cierto amigo,
Ni en todo el protocolo
Del tribunal severo del Parnaso
Se hallará más atroz, más raro caso,
Ni más digno de un rígido castigo.

Yo, señor, dias há tuve el arrojo,
Si no lo has por enojo,
De trasladar á verso castellano,
Con estudio y afán más que mediano,
Durante el ocio de unas vacaciones,
La epístola de Horacio á los Pisonos;
Aquella que sujeta á reglas y arte
Los ingenios que aspiran á agradarte.
Publicóse el volumen, y á censura
Le envié de un tal Dalmiro,
Que á la sazón se hallaba en el retiro
De un misero lugar de Extremadura.
Aun hice más. Sabiendo que es un hombre
Que en esto de los versos tiene gusto,
Y en buenas letras adquirió renombre
(Pues confesar su habilidad es justo,
Aunque estoy ofendido
De que eche á sus amigos en olvido),
La atencion tuve, y áun diré la gloria,
De consagrarle el tomo referido
Con una muy cortés dedicatoria,
No en prosa llana, sino en poesia,
Y de verso mayor, por vida mia.

Tenia yo mis ciertas esperanzas,
No de obtener vulgares alabanzas
De aquellas que á un autor engordan poco,
Sino de que Dalmiro, que en la clase
De los senatos criticos coloco,
Con benigna respuesta me animase.
Pero ¡qué ingratitud! Haber dejado
Que el tercer mes se pase
Sin que su aprobacion ó desagrado
Llegasen á sacarme del cuidado!
¡Por qué no dijo en un renglon tan sólo:
«Eres buen traductor ó eres un bolof!»
Y si, por dicha, estaba más despaacio,
¡Qué le hubiera costado á mis deseos
Corresponder, diciendo sin rodeos:
«Aclaraste el espíritu de Horacio,
Arreglado al comentario más seguro,
O le dejaste en su latin oscuro,
Que es algo más que griego
Para cualquiera romancista lego
(Aunque haya dado un general repaso
Al español archivo del Parnaso)»?

Por tanto, Febo, tu justicia imploro.

Has que venga Dalmiro á tu presencia,
Y atendiendo á su falta y mi decoro,
Imponle la debida penitencia.
Y si mi corto mérito consigue
Que sea á gusto mio la sentencia,
Dígnate de firmar la que se sigue:
«Que convencido el reo,
Dé, sin plazo más largo
Que la inmediata vuelta del correo,
A la parte agraviada su descargo
En verso endecasílabo elegante,
Ligado con forzoso consonante.
Más: que en satisfaccion de sus delitos,
Escoja entre sus varios manuscritos
Alguno que imprimir, y le publique,
Sufriendo que la necia muchedumbre
De ociosos y satíricos censores
(Que son más en Madrid que los lectores)
Le persiga, calumnie y sacrifique,
Como lo tiene siempre de costumbre.
Item: que por un mes se mortifique
En escribir acrósticos y glosas,
Enigmas, laberintos y otras cosas,
Que salen mal ó bien, ó nunca salen,
Y, en suma, cuestan mucho y nada valen.
Y, como soy Apolo, le prometo
Que si en todo ú en parte
Se negare á cumplir este decreto,
Al punto pasará con el dios Marte
Mis oficios, á fin de que le tenga
De sargento mayor gran temporada,
Para que se entretenga
En las cuentas de paja y de cebada,
Sin que le quede un rato
En que tener con las mis Musas trato.»
Con esta saludable providencia
Descargáremos todos la conciencia;
Que es justicia que pido.
Madrid y Octubre veinte.—EL CONSABIDO.

Así que, señor mio, no os cogerá ya de nuevas el mercedo ramalazo que os amenaza si pronta y humildemente no tratáis de la enmienda que á vuestra desmesurada culpa corresponde, jurando por ese hábito que traéis al pecho de darme la más cumplida satisfaccion y solemne desagravio.

Y dado que por tamaño descomedimiento y nunca bien ponderada deslealtad, harto más digno os habeis mostrado de mi total olvido que de mi amigable correspondencia, quiero, no obstante, suavizaros la aspereza de esta mi reprension con daros parte del contenido de la adjunta epístola en verso (2), con cuya leyenda quizá podréis solazaros en algunas horas que tengais de vagar. El motivo de escribirla fué la instancia que un amigo me hizo sobre que diese á luz algunas obras mías. El tema ó argumento que en ella he pretendido probar es que, segun la presente condicion de las cosas en esta república literaria de Madrid, no debe ni puede salir á plaza el escritor que tenga pundonor y vergüenza. El tiempo en que la escribí fué un mal rato en que me dominaba la bilis y la hipocondría. El número que me la dictó fué la razon, apoyada de experiencias y desengaños. El estilo en que la compuse es (como lo echaréis de ver) el que provechosamente usa la sátira, confitandose las amargas verdades con las dulces chanzas; y, en fin, la entereza ó (si os place llamarla así) acrimonia con que alguna vez publico sin rebozo los deplorables abusos que conozco y no puedo enmendar, se me ha ido pegando, no sé cómo, desde que me he aficionado á los dos famosos predicadores de antaño, Horacio y Juvenal. Con rason podríais vos amonestarme sobre que me vaya á la mano en este peligroso empeño de escribir otras tales claridades como las que ellos libremente escribían; pero os hago sabidor de que si algunas veces fuera en mi mano, no caería en tan mala tentacion. Y sea prueba de ello lo que no há muchos dias respondí á un buen amigo mio que me preguntó á qué especie de poesia me inclinaba más señaladamente mi genio. Leed, por vida vuestra, si otra ocupacion más gustosa no os lo estorba, estos versos, en que con toda llaneza y lisura le expliqué lo que por mí pasa.

(1) En la epístola inserta en la pág. 26.

(2) En la contenida en la pág. 26.

¡Cuán dudoso, confuso y agitado
 Aquel jóven cavila
 Que gran tiempo vacila
 Para elegir ocupacion ó estado!
 Ve un canónigo rico y descansado,
 Y á la vida eclesiástica se inclina;
 Oye el tambor, y quiere ser soldado;
 Mira el caudal que un negociante hacina,
 Y piensa enriquecer por el atajo,
 Creyendo que el comercio es una mina.
 Nota que un jugador funda en su vicio,
 Al parecer, un simple beneficio,
 Y para ser feliz sin el trabajo
 A que obliga el bufete ó la oficina,
 Juzga que no hay más fácil ejercicio.
 Con esta situacion, amigo caro,
 Muchas veces la mía,
 En lo indecisa y tímida, comparo.
 Ya inferirás por qué, tú, que no ignoras
 Cuánto amo yo la grata poesía
 Por distraccion en mis ociosas horas.
 Hoy leo una cultísima elegía
 Del ingenioso Ovidio
 O del dulce Tibulo;
 Su fantasía, su expresion envidia,
 Y á escribir tiernos versos me estimulo.
 Leo mañana de Maron la *Éneida*
 O al gran cantor de Aquiles y Briseida,
 Y un noble impulso siento
 De probar atrevido
 La embocadura al épico instrumento.
 Luego, dando un repaso
 Al metro pastoril de Garcilaso,
 A las benignas Musas sólo pido
 Me ayuden á imitarle el blando acento.
 Aficionado, pues, de estilos varios,
 Mi vocacion poética no fijo,
 Y cediendo á dictámenes contrarios,
 Todos me agradan y ninguno elijo.
 Mas, por una experiencia que no miente,
 Y un exámen maduro de mi genio
 (Si es lícito que cuente
 En algo con las fuerzas de mi ingenio),
 Creo yo que á la sátira se adapta,
 Aunque más odios que alabanzas capta.
 Si hablára con el vulgo, y no contigo,
 Ni aun la palabra *ad tira* nombrára,
 Porque suele poner muy mala cara,
 Y temer como acérrimo enemigo
 Al que, escribiendo sátiras morales,
 Curar pretende envejecidos males.
 No distingue los útiles escritos
 Que las ridiculeces, los delitos,
 Los errores y abusos vituperan
 De los que con censuras personales
 En infames libelos degeneran.
 Yo, infeliz, me apliqué, por mis pecados,
 A estudiar los poéticos principios;
 Y aunque mis versos no parezcan buenos,
 Tres defectos evitan á lo ménos:
 Vocablos afectados,
 Inoportunos rípios
 Y galicismos nuevamente usados.
 Pero, que escriba de este ó de otro modo,
 Mi estudio, tal cual es, perdióse todo,
 Porque, al cabo, me veo en el apuro
 De propender á un delicado estilo,
 Que nunca puedo usar libre y tranquilo,
 Y en que tal vez el crédito aventuro....

Yo os comunicaré algun día, no solamente ciertas obznelas que, siguiendo esta manera satírica de escribir, he compuesto en mis ratos de ocio, sino tambien los demas versos que en otras ocasiones me habeis pedido, con tal que me deis en adelante pruebas de vuestro arrepentimiento y reformation de vida.

Contestadme, pese á vos y á vuestra pereza, y no deis lugar á otros procedimientos con que puedo escarmen-taros, y vengarme de la sinrazon y desaguisado que habeis cometido contra uno de vuestros más fieles camaradas, que las manos os besa, y os estima á pesar de vuestras fechorias, etc.

POEMAS VARIOS.

I.

Al nacimiento del infante don Carlos Clemente, y fundacion de la real orden de Carlos III, en 1771.—Versos latinos, con su traduccion castellana.

Regius, insignis, hispanus equester ordo sub Caroli III nomine ab eodem opt. rege institutus, in/antis Caroli natalium diem hominum memoria commendaturus.

Fallor, an aeris plaudens jam gloria pennis,
 Invisura tuas, insignis Iberia, sedes
 Advolat? Exuvias, ut quondam, induta cruentas,
 E castris non illa redit, nec funera jactans,
 Spectandam sese potius quam præbet amandam;
 Sed molle arridens, teneroque innexa decoram
 Flore comam, placide tibi pacis gaudet adepta
 Munera. Tu, magni fortunatissima Regis
 Imperio jam facta, tuis quem laudibus ultra
 Sperares cumulum, vel honori accedere honorem?
 Scilicet hoc decrat, LODOICA Uxore beatus
 Ut CAROLUS CAROLUS CAROLUS daret ipse Nepotem.

Fallaces valeant ludi. Nec circus inani
 Nunc fremitu reboet, nec luxuriosa pererrans
 Compita, vulgus iners aulaeis lumina pascit,
 Sulphureæ aut flammæ stupeat miracula, fumum.
 Insolita insuetam desposcit res sibi pempam:
 Dedecet immortale decus peritura voluptas;
 Quin majora bonus spectacula Posteritati
 Exhibet in memori PATRIÆ PATER, exhibet ultro.

Huc, agite, optato quas dira, Parentibus orbas,
 Sors prohibet victu, queis nobilibus emicat ætas,
 Ocius huc gressum certatim afferte Puellæ.
 Solatur, refovet, Genitoris plangere ademptos
 Rex vetat. Aspice ut vacuo quas ludicra fastu
 Læticia absorberet opes, has pectoris ille
 Indice munifici vultu profundat amico:
 Asserat ut vobis fortunam exinde feracis
 Connubii, Augustamque nova feliciter auctam
 Prole Domum exemplar Populis imitabile sistens,
 Prole nova pariter juveat florere Colonum,
 Et Dominatori Famulos generare futuro.

Ecce patens (ni fluxa oculos deludit imago)
 Campus adest. Illic juvenilia sponte soluti
 Corda joco, viridem stratis Sponsaque Maritique
 Accumbunt mensis super herbam, et rite jugales
 Concelebrant tædas. Hinc audio nonne repente
 NATI, PATRIS, AVI concordi nomina ovantum
 Ingeminata virum, media inter pocula, plausu?
 Ardua nonne poli ferit inde palatia clamor
 Fœminens, LODOICA sonans? Quid plura morabor?
Carpentanorum non *Mantua*, sed *genus* ipsum
 Consecrat *humanum* Regali festa *NEPOTI*.

Parte alia (Gentis summa hæc splendoris Iberæ)
 INFANTEM Rex ipse suis complexitur ulnis
 Egregium. Nec tunc puduit blanda oscula pulchris
 Infixisse genis; et quos mædificerat olli
 Successu gaudens animos, pietasque paterna,
 Despicens oculis sobolem, mox talia fatur:
 «O puer, Hesperis columen, coelestia dona,
 Deliciaque Domus! longinqua in sæcula nomen
 Usque tuum vivet: tua lux memorabilis esto
 Natalia. Pater exopto; Rex impero. Equestris
 En ego præclari nunc Conditor Ordinis adsum.
 Illum cognomen CAROLI, sine labe *MARIÆ*
 Præsidium, exornetque Crucis veneranda figura.
 VIRTUTI ET MERITO faveat: te prædictet ortum.»

TRADUCCION DEL POEMA ANTECEDENTE.

Real distinguida orden española de Carlos III, instituida por el Rey, nuestro señor, para perpetuar en la memoria de los hombres el felicísimo nacimiento del Infante,

¡No es aquélla la gloria, que, surcando
 La excelsa esfera con veloces alas,
 Se encamina á ser digna habitadora
 De tu region, oh esclarecida España?
 Hoy no la adornan, no, como otras veces,
 Los sangrientos despojos de batallas.

Ni orgullosa con muerres y destrozos,
Viene á ser admirada más que amada;
Antes bien halagüeña y blandamente
Enlazado el cabello de guirnaldas,
Llega á congratularte de los frutos
Que la serena paz en tí derrama.
Deudora tú de inmensos beneficios
Al imperio de un pródigo monarca,
Di, ¿qué colmo á tus dichas ó qué lauros
Añadir á tus lauros esperabas?
¡Venturosa nación! Únicamente
Faltaba ya que, en memorable alianza
Con LUISA unido un CARLOS, á otro CARLOS
En nieto CARLOS dar, en fin, lograra.

Callen superficiales regocijos.
Con ecos hoy de aclamaciones vanas
El circo no retumbe, ni por calles
Con exquisito lujo hermosadas
Pasmen la vista de la plebe ociosa
Matizados tapices, ricas galas,
O de ingeniosa pólvora prodigios,
Más fútiles que el humo que ella exhala.
Mal pueden concurrir pompas triviales
A celebrar fortuna tan extraña,
Ni unirse transitorias diversiones
Con el lustre inmortal que el reino gana.
Bien al contrario, la sabiduría,
La clemencia del PADRE de la PATRIA
A la posteridad, mayor, más justo,
Más durable espectáculo preparan.
¡Oh vosotras, doncellas, que nacisteis
Expuestas al rigor de suerte escasa,
Desconsoladas huérfanas, á quienes
La adulta edad á nuevo estado llamal
Venid, corred, que vuestro rey piadoso
Ya os abriga en su seno, ya os ampara,
Y quiere que, asistidas con sus dones,
De vuestros padres no lloreis la falta.
Mirad cómo, con rostro placentero,
Que da reales á una acción bizarra,
Los tesoros reparte entre vosotras
Que el fausto á pasatiempos destinaba;
Cómo de mil fecundos matrimonios
El más próspero logro os afianza,
Para que, si hoy acrecentada vemos
Un nueva prole su inclita prosemia,
También florezca en sus dominios todos
Nueva propagación, pues él lo manda,
Y al que ha de ser un día soberano
Nuevos vasallos desde ahora nazcan.
Un espacioso campo allí descubro
(Si fantástica idea no me engaña),
En donde rebotando de alegría
Los jóvenes esposos, las zagalas,
Y ocupando en tropel rústicas mesas,
Sobre la verde hierba colocadas,
Celebran la fortuna de sus bodas.
¡Buena ya otra cosa en la comarca
Que la unánime voz de los consortes
Que al HIJO, al PADRE y al ABUELO ensalzan?
Al mismo paso ¿no se puebla el aire
Del festivo rumor de desposadas
Que, confusas del bien que á LUISA deben,
De LUISA el adorado nombre aclaman?
Sepase de una vez (¿qué me detengo?)
Que no consagra Mantua Carpentana
Solemnes fiestas al real INFANTE;
Pero el género humano las consagra.
Por otra parte (y en aquesto solo
Van las glorias de España compendiadas),
Del niño hermoso en sus amantes brazos
Sostiene el mismo Rey la dulce carga.
En las tiernas mejillas de su NIETO
No se sonroja de imprimir la estampa
De los augustos labios, y con ojos
Que el gozo sin igual de la grande alma
Y la piedad paterna humedecían,
Contemplándole tierno, así le habla:
«Oh niño, soberano don del cielo,
De toda esta nación firme esperanza,
De mi casa delicias! Sí, tu nombre
Vivirá, te lo juro, edades largas,

Vivirá el feliz día en que has logrado
Ver la luz y al hesperio suelo darla.
Yo, padre, lo deseo; rey, lo mando.
Y para que los siglos más te aplaudan,
Instituyo, en memoria de esta dicha,
Una *Ilustre y Real Orden Hispana*.
Orden del TERCER CARLOS se apellide;
Protégela MARÍA Inmaculada,
Y de la Cruz la insignia venerable
Sea su distintivo, adorno y armas.
El galardón más noble y decoroso
A LA VIRTUD Y AL MÉRITO reparta;
Vaya, pues, pregonando al orbe entero
Que ha nacido un INFANTE á las Españas.»

II.

LA PAZ Y LA GUERRA.

Allegoría al feliz nacimiento del infante don Carlos Eusebio,
en 1780.

Al más oscuro y solitario bosque
De cuantos pueblan la frondosa orilla
Del lento Manzanares, retirada
La bienhechora PAZ, triste gemía;
Y largas horas en la inmóvil mano
Descansando la pálida mejilla,
Ni aun hallaba consuelo en la esperanza
De recobrar su libertad perdida.
Arrojado á sus pies, y ya marchito,
Yacía el ramo de la verde oliva;
Destrozadas yacían las guirnaldas
Con que á las artes coronaba un día,
Y el comercio, la noble agricultura,
Las doctas Musas y la industria activa
Testigos eran de su amargo llanto,
Que fieles á imitarle concurrían.

En esto, de la fama diligente
Se oyen los ecos, que, pidiendo albricias,
Publican haber dado al reino hesperio
Un feliz sucesor CARLOS y LUISA.

El cielo, que su luz tibia y escasa
Mostraba á la sazón en nuestro clima,
Empezó de repente á serenarse
Con nuevo resplandor, nueva alegría.

Restituyó á las aves dulce canto,
Delicioso verdor á las campiñas,
Y ya formaban en las frescas aguas
Festivos coros las silvestres ninfas.

Pero cuando la PAZ, recuperando,
A influjos de la próspera noticia,
El oprimido espíritu, trocaba
Los roncos ayes en sonoros vivas,
Hacia aquella mansion la fiera GUERRA
El arrogante paso precipita,
Y del morrión las enroscadas sierpes
Con silbos anunciaron su venida.

Aparécese, en fin. No muy distantes,
Como sus compañeras y ministras,
Vendada la fortuna y laureada
La inexorable muerte, la seguían.

Ella al estruendo del templado parche
Su lanza, en rojo humor medio teñida,
Blandió tres veces, y otras tres el bosque
Estremeció con la espantosa vista.

«¡Cómo (la dijo la tranquila diosa),
Cómo de tus insultos, de tus iras
No me defiende este secreto asilo
En que léjos de tí, ciega homicida,

»Vine á ocultar las lágrimas que vierto
Por mi plácido imperio que hoy arruinas?
Vuelve á las naves, á las tiendas vuelve,
Donde tus leyes rigurosa dictas.

»Ahora que, calmando mis pesares,
Concede á España la piedad divina
El don de aquel INFANTE deseado,
Que afianza sus glorias y las mías,

»Y en quien, á imitación del justo abuelo
Y de los tiernos padres, mis delicias
Quiero desde hoy cifrar, ¿tú distraerme
Intentas de aplaudir tan alta dicha? —

»Sí (replicó la furibunda GUERRA),

A estos confines esa nueva misma
Me llama, porque temo que fatales
Deben ser para mí tales premisas.
» Mientras yo, que de estragos sólo vivo,
Mis recursos empleo y tentativas
Para que tarde esta nación en verse
A su antigua quietud restituida,
» Logran de su monarca las virtudes
El mayor premio á que en la tierra aspiran;
Premio más dulce, más plausible y útil
Que todas mis victorias y conquistas.
» Pues ¡no ha de perturbarme aquel suceso
Que breve duracion me pronostica,
Y que de un quinto CARLOS en las sienes
Ya la corona castellana afirma?
» Porque Europa más tiempo no gozase
De los bienes que tú la facilitas,
Armé de mi furor á unos isleños
Que deben su poder á la codicia;
» Y cuando ella su escuela les negara,
En la de la ambicion aprenderian
A usurpar el dominio de los mares
Y no reconocer potencia amiga.
» Vana fué la clemencia que en el pecho
Del católico Príncipe infundias
Para que á mis rigores no expusiera
De sus leales súbditos las vidas.
» Si por guardar tus fueros, su cordura,
Celo, constancia y sólida justicia
A conciliar dos émulas naciones
Conatos reunieron á porfía,
» Ya el decoro real veo empuñado
En defender vastísimas provincias,
De pérdida invasion amenazadas,
Y ya en mis armas la razon se fia.
» Completo era mi júbilo si ahora,
De este imperio á los ruegos tan propicia,
La suma Providencia no le diese
Quien le anuncie la paz y en paz le rija.
» Presumo que influir al regío INFANTE
Tus lisonjeras máximas meditas,
Para que un día, como á nuevo Numa,
Sus futuros vasallos le bendigan;
» Pero, celosa yo de mis derechos,
He de inspirarle bélica osadía,
Porque bajo su mando estas regiones
De mí sangrienta saña no se eximan.»
El altivo discurso interrumpiendo
La apacible deidad, así replica:
«Suspende las injustas amenazas,
Del linaje mortal dura enemiga.
» No sin fundada causa recelaste
Que el presagio mayor de tu ruína
Es la propia fortuna, cuyo aplauso
Resuena en estas fértiles orillas.
» Y al modo que las nieblas del invierno
Ha disipado la estacion florida
Que el cielo, cual risueña precursora
Del natal venturoso, nos envia,
» Así debo esperar que un beneficio
Que España, á tu despecho, solemniza,
Pronto de tus malignas influencias
No ha de dejar en ella ni aun reliquias;
» Pues como patrocine mis designios
La eterna voluntad, de quien soy hija,
Verás abrir las puertas de mi templo,
Y culto en él me rendirás tú misma.
» Prosperarán las liberales artes,
Que hoy tu feroz aspecto desanima;
Enjuto el llanto ya, la agricultura
Renovará sus útiles fatigas,
» Y las alas que nacen al comercio
Tal vuelo cogerán, que no le siga
La nación que apropiarse, con tu auxilio,
El tráfico de todas solicita.
» Bien deseabas tú que careciese
El reino hispano de una prole digna,
Que con la herencia del paterno cetro
La herencia uniera de la gloria antigua.
» Así tu inquieto espíritu, sin duda,
Largos disturbios suscitar querria;
Pero no; cede al númen que ha dispuesto

Salgan erradas tus fatales miras.
» Cobrando aliento las postradas Musas,
Antes que los estragos que maquinas,
Los dones cantarán que en este suelo
Derramará mi proteccion benigna.
» Ni el estrépito horrible de tus armas
Las impide ensalzar con voz festiva
De LUISA el grato nombre, el de su esposo,
El respeto, el amor que ambos excitan.
» Tiernas la aclaman ya, no solamente
Madre de su prosapia esclarecida,
Sino madre tambien de inmensos pueblos,
Que hallar amparo en su bondad confían.
» Y del gallardo Príncipe loando
Las generosas prendas, vaticinan
Que en el augustó INFANTE lograremos
Admirarlas fielmente repetidas.
» Allá donde, á pesar de los piadosos
Votos de un rey benéfico, dominas,
Convertir debes el violento paso
Que á la cuna real en vano guias.
» El aire que súa ve la circunda,
Serenidad pacífica respira,
Sin que puedan bastar á inficionarle
Los hálitos dañosos que despidas.
» Bien al contrario, mi halagüeño influjo
Allí tendrá tan fácil acogida,
Que al niño tierno arrullaré en mis brazos,
Y seré yo quien á educarle asista,
» Para que sin tu ayuda, si es posible,
Su estado haga feliz con mi doctrina,
Y á ejemplo de su abuelo, te consienta
Sólo cuando razon y honor lo exijan.»
Aun más iba á decir; pero sus voces
Interrumpió con fuerza repentina
De lejano clarín el marcial eco.
Parte veloz la GUERRA enardecida.
En las Columnas de Hércules la aguardan;
Y entre tanto la PAZ su pena alivia,
Gustosa deja el retirado albergue,
Y al palacio de CARLOS se encamina.

III.

EL EGOISMO.

FANTASÍA POÉTICA (1).

Quieto silencio, plácido retiro
De la humilde morada en que contento
Con solitaria libertad respiro,
Olvidado del mundo turbulento;
Tinieblas de la noche perezoza,
Que inspiras interior recogimiento
Cuando el cansado espíritu reposa,
Llenadme el corazón y el pensamiento
De afectos y de ideas con que cante,
No para el vulgo débil é ignorante,
Sino para mí mismo,
Las causas y el poder del egoismo.
Húid de mí, falaces apariencias,
Que ocultais la verdad á los mortales;
Acudid, desengaños y experiencias,
Que distinguís los bienes y los males.
Y tú, fiel protectora, sabia guía,
Soberana, inmortal filosofía,
Concédeme tus luces entre tanto
Que yo, á despecho del maligno juicio,
Sólo de la virtud elogios canto,
Aunque aparente disculpar un vicio.
Aquel dulce amor propio, aquel deseo
De la vida, salud é independencia,
De la tranquilidad y conveniencia,
Del corporal y espiritual recreo;
El ansia de la gloria y del buen nombre,
El egoismo, poderoso agente,
Nace, vive y fallece con el hombre;

(1) Los versos que aquí se reúnen bajo el título de *Fantasia poética* se han entremetido de un poema filosófico-moral que el autor empezó á componer en el año de 1776, y que después no pudo continuar. No deben, pues, considerarse sino como primer ensayo y tentativa de una obra que meditaba escribir con mayor formalidad y extensión.

Y en la mínima acción indiferente,
Que parecer no suele interesada,
Se ve el hombre á sí mismo ántes que nada.
Por sí mismo medita, por sí siente,
Y todas las externas impresiones
Que obran en su individuo varían,
Según lo pide el tiempo y las pasiones,
Se trastornan, alteran, disminuyen,
Se debilitan, borran y destruyen.
Sólo en los hombres dura
La idea de su bien, firme y segura:
Se afanan por el bien, el bien esperan,
Y hasta el mal, por lograr el bien, toleran.

Aquel que en los estados
Se llama bien común, es solamente
Bien personal de muchos congregados,
Todos con su egoísmo diferente;
Y de intereses propios y privados
Se compone el gran todo
De interés general, no de otro modo
Que de arroyos se forma un gran torrente,
Siendo de cada arroyo una la fuente.
Así el cuerdo motor que un pueblo rige,
Si el interés de cada cual fomenta
Y al público provecho le dirige,
Las virtudes patrióticas alienta.....

El egoísmo incita á que los hombres
Procuren distinguirse por sus nombres,
Y cada cual conserve y ame el tuyo,
Sin quererle trocar por el ajeno.
Por él nació en el mundo el mío y suyo;
El mal hombre por él se cree bueno;
Por él ninguno afea sus pasiones
Ni reprueba sus obras ú opiniones,
Y el héroe que ostentó más patriotismo
Jamás ha hallado cosa como él mismo.

Diga el guerrero fuerte,
Que en las lides expone
Desnudo el pecho á la cercana muerte,
Si aquella misma gloria que antepone
A su conservación, es otra cosa
Que el ciego anhelo de ser más. ¿Quién osa
Arrostrar el peligro si no espera
Premio ú descanso al fin de su carrera?
Diga el sabio, afanado en su museo,
Quién le mueve á estudiar, sino el deseo
De deleitar su propia fantasía,
O la noble esperanza
De que otros le agradezcan algún día
Lo que haya trabajado en su enseñanza.

Diga, en fin, el ansioso negociante
Qué impulso le arrebató
Cuando confía al pelágo inconstante
La suspirada plata,
Fruto de sus desvelos y sudores,
Sino la confianza lisonjera
Y el maquina! apego
A ganancias mayores,
Con que tal vez adquiere
Crédito, bienestar, gusto y sosiego.
El mísero mortal de esta manera
Nunca de sí se olvida ni desprende,
Y de sí mismo hasta morir depende.....

Más tú, musa inexpertá y temeraria,
¿Dónde el osado vuelo precipitas?
Detente. ¿Así meditas
Ser de la humanidad átroz contraria?
Un sistema descubres pernicioso
Al bien universal de las naciones;
Sistema que afemina y deja ocioso
El valor de magnánimos varones,
Que entibia el celo de un sagaz gobierno,
Impide los progresos memorables
De artes y ciencias, y en olvido eterno
Sepulta las virtudes más loables.
El amor de la patria, el heroísmo,
¿Qué serán si domina el egoísmo?
¿Qué podrán la política, las leyes
Y el paternal cuidado de los reyes
Si se aplaude doctrina tan funesta?
¡Ah, musa, musa! ¿qué demencia es ésta?
¿No reconocen uno y otro polo

Por verdad inmutable y manifiesta
Que el hombre no nació para sí solo;
Que se distingue de los viles brutos
Porque pasa la vida
En sociedad, regida
Por útiles y cuerdos estatutos?
Pues si en tal sociedad los racionales
No se sirven y ayudan mutuamente,
Si sólo anhela cada cual ó siente
Sus propias dichas ó sus propios males,
¿Dónde está la honradez y la justicia?
¿Dónde la unión y lealtad patria?.....

Pero en este difícil laberinto
De opuestas reflexiones,
Que así confunden el humano instinto,
¿Un dédalo no habrá que nos dirija?
¿No habrá en esta contienda de opiniones
Una Astrea que dé sentencia fija?
El amor propio, si es posible, calle,
Y sólo sea la razón quien falle.

Una feliz nación que, gobernada
Por superiores sabios y celosos,
Diestra ya en manejar pluma y espada,
A sus competidores envidiosos
No sólo sabe hacerse respetable,
Mas también necesaria y estimable;
Que ve siempre arraigado y floreciente
El comercio, en que estraiba su opulencia;
Donde no hay poderoso que no ostente
Ser protector del arte y de la ciencia,
Y donde, si hay talento,
Industria, aplicación, inteligencia,
Hay premio, honor, emulación, fomento,
No, no merece que en su gremio exista
Ni tan sólo un inútil egoísta.

En ella sí que es afrentoso crimen
El de aquellos injustos, desleales,
Que, idolatrando su quietud, se eximen
De ayudar y servir á sus iguales.
No hay tiranos allí desapiadados,
Que abandonen, sofocquen, desestimen
Los ingenios recientes ó formados,
Que dieron ó prometen algún fruto.
Allí con esperanza y noble esmero
Se aplica cada cual á su instituto,
Desde el docto escritor al jornalero.
No es necesario allí que la riqueza
Se herede de los padres; que el que tiene
Invención, gusto, actividad, destreza,
Halla fortuna que á buscarle viene,
Poniéndole el favor y bien delante,
Y aun á quien repartió naturaleza
Espiritual ó corporal defecto,
También alcanza el favorable efecto
De un gobierno ilustrado y vigilante,
Que hasta en la más pueril manufactura
Durable subsistencia le asegura.

Si en nación semejante
No es justo profesar el egoísmo,
Ni halla el vasallo en él su conveniencia,
¿Hallala donde reina el despotismo
Y todo experimenta decadencia;
Donde no se aprovechan ni conocen
(Dejando á los extraños que los gocen)
Los arbitrios fecundos que en sí mismo
Para hacerse feliz tiene el Estado;
Donde el ocio es virtud, pues que se expone
A ser ó perseguido ó mal premiado
Quien útiles tareas se propone,
Y el que á nada se aplica y nada piensa
Logra la recompensa
De vivir más bienquisto y sosegado,
Esperando el aplauso más seguro.
Ser egoísta el hombre cuerdo debe
Donde, sin atender al bien futuro,
La juventud cual rústica se cria,
O su enseñanza radical se fia,
Como asunto bien leve,
Al método más falso, más oscuro,
Que á sostener se atreve
La ignorancia y su hermana la porfía;
Donde la exactitud, la fantasía,

Sábía demostracion, profundo juicio,
 Mero efecto parecen
 De un divertido y fútil ejercicio
 De traviesos ingenios,
 Que al impulso obedecen
 De sus inclinaciones y sus genios,
 Y no móvil activo,
 Perenne manantial, causa primera
 Del buen gobierno, general cultivo,
 Dicha y honor de una nacion entera;
 Y, en fin, donde faltando bizarria,
 Magnificencia y esplendor, se enfria
 La eficaz ambicion que el pecho inflama
 A emprender obras dignas de la fama.
 Allí sí que se llama afortunado
 El que á su bien particular aspira,
 Y de la ingrata patria se retira,
 Pensando en mejorar su propio estado,
 Ya que no acierta á mejorar el de ella.
 ¡Oh qué azarosa estrella
 Persigue á una nacion en cuyo seno
 Sólo se puede así vivir sereno!
 ¡Cuánto su estrago crece
 Cuando ya el egoismo se apetece
 Como preservativo en un contagio,
 O tabla deparada en un naufragio!....
 Mas ¡ea, musa mia! cobra aliento,
 Desecha los temores y las dudas,
 Y publique tu acento
 Verdades imparciales y desnudas.
 Dime en qué casos, dime en qué personas
 Reinar puede el sistema que pregona.
 Los que bienes ó males de un imperio
 Tienen como pendientes de su mano,
 Ejerciendo el difícil ministerio
 De dictar leyes al linaje humano,
 Sujetan á un estrecho cautiverio
 Sus intereses propios, y no en vano,
 Pues para siempre el soberano mismo
 A buen precio les compra el egoismo.
 El los busca y elige por amigos,
 El les da autoridad, los constituye
 Perpetuos consejeros y testigos
 De la justicia con que distribuye
 Nobles premios ó rígidos castigos;
 Con largos estipendios retribuye
 Su mérito, y los fastos de la historia
 Entre ministro y rey parten la gloria.
 No ha de tener quien manda ni áun pasiones,
 Siendo de su razon y afectos dueño;
 Ha de escuchar ajenas peticiones
 Y renunciar su personal empeño;
 Su cargo no permite distracciones,
 Ni casi otro descanso que el del sueño;
 Y de ser buen ministro tanto dista
 Cuanto se acerca á ser buen egoista....
 El cortesano vive por instantes,
 Vive estudiando siempre el artificio;
 Aparenta en un dia mil semblantes,
 Miserable esclavo del molesto oficio;
 Tolerando fiscales vigilantes,
 Hace de su quietud cruel sacrificio;
 No tiene idea ni conducta propia;
 Nunca por sí procede; observa y copia.
 Jamas ha de aplaudir lo que le agrada,
 Ni mostrar que es capaz de tener gusto;
 Tal vez ha de aprobar lo que le enfada,
 Y apoyar como lícito lo injusto;
 Por más que sienta su salud cansada,
 Hará esfuerzos de joven y robusto,
 Y procurando contentar á todos,
 Vivirá descontento de mil modos.
 Risueño ha de tratar á quien le ofende,
 Y recatarse de quien más le estima;
 Ha de fingir que ni siquiera atiende
 A lo que interiormente le lastima.
 ¿De émulos y envidiosos no depende?
 ¿No es fuerza adule, finja y se reprima?
 Pues ¿por qué causa de feliz blasona,
 Si lo ménos en él es su persona!....
 El noble que heredó del rico abuelo
 Fortuna en que fundar su conveniencia,

Puede ser egoista sin desvelo,
 Sin riesgo, sin afan ni dependencia;
 Mas no sabe lograr este consuelo,
 Porque no estudia la importante ciencia
 De estimar su poder, su suerte y grado,
 Y estar consigo mismo bien hallado.

Sólo una superior filosofía
 En las almas infunde esta firmeza;
 Pero si el esplendor de la hidalguía
 Ofuscan la ignorancia y la pereza,
 Si la fundamental sabiduría
 Se hermana rara vez con la riqueza,
 Sin duda es, en su dicha, el poderoso
 Quien más léjos está de ser dichoso....

El brillante galan y presumido,
 Que por hombre de mundo se autoriza,
 Depende de quien le hace su vestido,
 Como de quien le calza y quien le riza:
 Pende su bien del mínimo descuido
 Que el espejo imparcial le fiscaliza,
 Y dócil al capricho de la moda,
 Por hacerse agradable se incomoda.

Pendiente vive, áun más que de su ornato,
 De la tirana ley del cumplimento,
 Tal vez del juego, que le da mal trato,
 Tal vez de femenil entendimiento.
 Poniendo en divertirse gran conato,
 Halla, por diversion, desabrimiento,
 Y aunque ostenta vivir con egoismo,
 Vive con todos, no para sí mismo.

Pues ¿quién será egoísta, si no debe
 El ministro, no puede el cortesano,
 No sabe el rico, y el galan mundano
 Ni quiere, ni lo piensa, ni se atreve?
 ¿En quién será posible, disculpable
 O precisa esta secta impracticable?

—Sólo para vosotros se reserva,
 Desventurados hijos de Minerva;
 Para vosotros sólo,
 Tristes alumnos del discreto Apolo.
 Vosotros, que, elevando las ideas,
 Conocéis los principios y razones
 De la fatalidad de las naciones;
 Que de vuestros discursos y tareas
 Ni recompensa conseguís ni fruto,
 Y veis cómo al error pagan tributo
 Los mismos cuyo cargo
 Es libertar con bienhechora diestra
 Las ingeniosas letras del letargo
 En que las sepultó la incuria nuestra;
 Vosotros sí, que, pocos y abatidos,
 Cuando á tan grave mal tarda el remedio,
 Entregaros debéis á amargo tedio,
 Dando vuestros desvelos por perdidos.
 Si en vano á los científicos primores
 Consagrateis los años más floridos,
 Filósofos y sabios escritores,
 Retóricos, poetas y humanistas,
 Vivid ociosos ya, sed egoístas.

Y tú, musa infeliz, destroza presto
 Las cuerdas de tu lira, que pendiente
 Podrás dejar de algun ciprés funesto;
 Y á templarla no vuelvas hasta tanto
 Que otra ocasion más próspera te aliente
 A más festivo y decoroso canto,
 Cuando en el suelo hesperio
 Logren las ciencias renovar su imperio.

IV.

EL APRETON.

Poema joco-serio, escrito en el Molar, á 19 de Mayo de 1776 (1).

Cantaron mil ingenios inventores
 Empresas de valientes capitanes
 O amoríos de damas y galanes;

(1) Estaba el autor tomando las aguas medicinales del Molar, y habiéndose alejado un dia del pueblo, se halló en un sitio áspero y solitario. Allí le acometió una de aquellas urgencias que son consi-

Otras conversaciones de pastores,
Oya el cultivo de árboles y flores;
Unos, útiles fábulas morales;
Muchos, agudas sátiras cantaron,
Y otros, entre columnas teatrales,
Con las prestadas voces declamaron,
Ya el suceso festivo, ya el funesto.
Yo canto; mas no canto nada de esto,
Ni he de decir lo que es, pues con decillo
Pierde toda la gracia el cuentecillo.

Musas, pues hoy no hallais quien os invoque,
Y casi se os olvida ya el oficio,
Por ponerlos siquiera en ejercicio,
Algo de influjo espero que me toque;
Y en vez de estaros mano sobre mano,
Inspirad á un poeta chabacano.

Entre unos cerros ásperos, enfrente
Del camino llamado *de la Puente*,
Que va desde el Molar á Talamanca,
Paseo difícil, solitario, estrecho,
Que apenas deja trecho
A la pezuña asnal ó humana zanca,
Una mañana del templado Mayo
Caminaba un ocioso, sin destino,
Con sombrero chambergó, con un sayo,
Un baston cual bordon de peregrino,
Y atado atras el pelo, como un payo.

Iba ya en lo mejor de su paseo,
Cuando, sin más ni más, le sobrevino
Un apretón terrible,
Un insulto enemigo del aseo,
Urgencia y tentación irresistible,
Precisión cotidiana y repentina,
No de aquellas que un hombre presto aplaca
Con soltar un botón á la pretina,
Sino de aquellas en que no hay consuelo
Mientras el infeliz no desataca
Plenamente las bragas hasta el suelo.

Confuso y angustiado,
Allí suspende el paso el caminante,
Y tendiendo al instante
La vista por la falda del collado,
Ningun paraje ve proporcionado
Para cumplir tan necesario intento.
Alza las manos á la azul techumbre,
E invocando á las ninfas de la cumbre,
Así las ruega en lastimero acento :
« ¡ Oh driadas y oréadas piadosas,
Que habitais estas verdes soledades,
Sátiros, faunos y demas deidades,
Dueños de estas montañas escabrosas!
Así los moradores
De la empinada sierra de Buitrago
Os multipliquen aras y loores,
Que me saqueis de lance tan aciago.
Atendido al quejido
De aquesta apuradísima persona,
Que, como en vuestros montes no ha nacido,
Y se crió en la corte regalona,
No sabe despachar tal diligencia
Sino sentado á toda conveniencia.
¡ Oh! si por orden vuestra aquí naciera
(Ya que núnemes sois y obráis portentos)
Alguno de los frágiles asientos
De que abunda Alcorcon y Talavera!
No reparara entonces en que fuera
El barro tosco ú fino,
Ya blanco el baño, terso y cristalino,
Ya oscuro, ya verdoso,
O del redondo hueco en las orillas
Mal vidriado con orlas amarillas,
Que á fe que no sería escrupuloso. »
Así decía; y las silvestres diosas,
Apiadadas, sin duda, del fracaso,

Le guiaban el paso
Por medio de unas sendas peñascosas,
Hasta que descubrió la mejor silla,
Digna de un presidente de Castilla;
Digna..... ¡ qué digo! si en la urgencia rara
Ni por silla de un papa la trocará.

Llevaron por un barranco su vertiente
Dos pobres, pero limpios, arroynelos.
Que apenas (áun ya líquidos los hielos)
Aumentan á Jarama la corriente.
La tierra misma entre ellos forma un nicho
De los aires y lluvias resguardado,
Que la naturaleza, por capricho,
Fabricó en un terreno tan quebrado.
Dos lisas piedras de uno y otro lado
Ofrecen tal asiento,
Que está en el medio de la peña dura
Hecha como de intento
Una capaz y cómoda abertura.

No quedó más gozoso, más ufano
Colon la vez primera
Que avistó la ribera
Del nuevo continente americano,
Ni obtuvo mayor gloria el extremeño
Hernando al verse dueño
Del precioso tesoro mejicano,
Que este descubridor, cuando su acierto
Le llevó en tal borrasca á tan buen puerto.

Vosotras, ¡ oh sensibles criaturas!
Las que sabeis por ciencia y experiencia
Cuán dulce complacencia,
Después de tan molestas apreturas,
Es aflojar un hombre lo aflojable,
Considerad ¡ qué ansioso y diligente
Tomaría el paciente
Posesión del asilo incomparable!
Corre, se desabrocha, dicho y hecho,
Se remanga, se sienta..... ¡ Buen provecho!

Aquel asiento, que era juntamente
Poltrona, canapé, reclinatorio,
Nicho, púlpito y cátedra eminente,
También era azúte, observatorio,
Mirador y atalaya, desde donde
Se registraba un vasto territorio.
Allí, pues, á la vista no se esconde
Ni la antigua *Sansueña* (1).
Célebre por sus fértiles campiñas,
Ni el soto de *Silillos* con su acuña,
Ni *Arjeto*, *Fuente-el-Saz* y *Valdetorres*,
De mieses circundados y de viñas.
Y tú, Jarama altivo, que recorres
Tanta fecunda tierra,
Desde la fría sierra
Hasta aquellos jardines
En cuyos amenísimos confines
El nombre y el raudal te usurpa Tajo,
También allá descubres en lo bajo
Tu agua brillante cual brufida plata,
Bañando con reposo
El distrito frondoso
Que hasta *Tor-de-laguna* se dilata.

Por otra parte ostenta su aspereza
El monte de *Vellón* intransitable,
Y los cerros, cubiertos de maleza,
Ocultan en un valle extenso y llano
El *Molar* y la fuente saludable
A que dió nombre un toro,
Que fué descubridor de aquel tesoro,
Y con beber sus aguas quedó sano.

Mas, para qué es pintar lo que el lejano
Horizonte á los ojos representa,
Cuando en lo más cercano
Del natural asiento en que regenta
El ya desahogado caballero,
Un recreo no ménos placentero,
Donde quiera que mira, experimenta?
En todo aquel recinto delicioso
Cantuesos aromáticos florecen,
El romero oloroso
Y el menudo tomillo reverdecen,

(1) Talamanca.

rientes á la toma de las aguas, y buscando paraje proporcionado á las pronto alivio, encontró un asiento felizmente dispuesto por la naturaleza para tan indispensable operación.

Se hallaigo dió motivo al presente poema, en que la libertad versada al estilo burlesco ha servido de disculpa á lo frívolo del asunto, y en que la decencia de los términos ha disfrazado, en lo posible, las imágenes, que de otro modo parecerían repugnantes.
(Nota del Autor.)

Los rayos del hermano de Diana
No alteraban aún de la mañana
El apacible fresco, y entre tanto,
Cruzando por el aire en prontos vuelos,
Alternaban las aves dulce canto;
Y el ruido de entrambos arroyuelos,
Susurrando entre guijas, infundía
La interior y pacífica alegría
Que una campestre soledad ofrece
Cuando más melancólica parece.

¡Ah! no es posible, no, que un grave monje
En el escurialense monasterio
Se arrellane, se esponje,
Se abandone, recueste y regodee
Con tal prosopopeya y magisterio,
Cuando ocupa á sus solas y posee
Uno de los asientos celebrados
De aquellas necesarias, ostentosas,
Cómodas, separadas, anchurosas,
Cuya profundidad por todos lados
Baña el agua corriente,
Como el repantigado señor mío
Cuando goza y dispone á su albedrío
Del trono que adquirió tan felizmente.

Mas ya el sol, que, apuntando en el oriente,
Le alumbraba de cara, algo molesto,
Le obligaba á dejar el útil puesto;
Y él, haciéndole humilde cortesía,
Así con tierna voz se despedía:

«Lugar nada comun, antes bien raro,
Necesario lugar, lugar secreto.
Donde hallé receptáculo y amparo,
Quédate en paz, y á tu retiro quieto
Jamás se atreva el tiempo codicioso.
Lavente siempre el pie los riachuelos
De este monte fragoso;
Siempre alejen los cielos
De tí sus destructoras tempestades,
Y dures celebrado en las edades.»
Dijo; y sacando de la vaina el hierro,
Con la punta afilada,
En el tronco de un árbol de aquel cerro
La siguiente inscripción dejó grabada:
«Pasajero que vas por estas breñas,
Si acaso ves al célebre arquitecto,
Autor de las cloacas madrileñas,
Di que le está esperando entre estas peñas
El modelo de *Y griega* más perfecto.»

V.

VERSOS MACARRÓNICOS,

que, acompañados de la siguiente carta, se enviaron al *Corresponsal del Censor*, y que éste imprimió en su carta V, publicada en 6 de Julio de 1786.

AL CORRESPONSAL DEL CENSOR.

Muy señor mío: Cuando los eruditos claman sobre que está perdida en España la latinidad, debemos no tener ocultas las pocas obras que acreditan lo contrario. Tal es la elegante composicion poética que incluyo á vmd., y que, publicada, serviría de muestra de un latin clarísimo, que ya va escaseando un poco, y ofrecería al mismo tiempo una provechosa lección á los que, abandonando los estudios que dan honradamente de comer, se entregan á la estéril ocupacion de las ciencias exactas, de las humanidades y otras fútiles tareas recomendadas por los modernos. El latin que algunos han intentado ridiculizar, dándole el burlesco nombre de *macarrónico*, es el que siempre ha proporcionado honra y provecho á los que le poseemos, y esto basta para que contribuyamos á que no se pierda del todo. Haga vmd. esta buena obra, y cuente en el número de sus servidores á su mayor apasionado,

EL LIC. DUBON DE TESTA.

METRIFICATIO INVECTIVALIS CONTRA STUDIA MODERNORUM, AB EGREGIISIMO D. D. D. MATHIA DE RETIRO, GRÆCIS LATINITATE, ET EXAMINATA CADENTIA COMPOSITA: SUBTER QUI METRIFICATIONEM ALIQUAS ADVENTITIAS SUAS CRITICO-SERLATICAS AD CALCANUM PAGINARUM ADJECTIVAVIT TUCUS AD CUS, DISCIPULUS, ATQUE ADMIRATOR EJUS; QUI AUTEM IN 2^a EDITIONE SENALAVIT OMNES VERBOS CUM SUI ACCENTIBUS, AC TIS, GRAVIBUS ET CIRCUMFLEXIS, IN UTILITATEM MAGIS COMMUNEM EORUM QUI NON SAPIUNT LIBRUM QUINTUM DE QUANTITATE SYLLABARUM.

Ista liberálum ártium consecratio moléstos, verbos intempestivos, sibi placidos facit; et ideo non duces tes necessariá, quia supervácuá didicerunt.

(SÉNECA, *Epist.* 88, *ciudad de Mirabella de Polyanthes*, verbo *Disciplina*.)

- Quod Salamancaquis idioma retinbat in anilis,
Hoc me ajudabit, versus cum scribo Latinos,
Quos neque Alexander, nec Quintus Curtius ipse
Nunquam scribendi fuerunt vel fuisse capaces
5. In tota vita (*supple sua*). Et ecce comitans,
Doctores imitando graves, quibus incitata boria
Molleras hondas plenas speciebus adornat.
- O Hispani, Hispani! que vos locura moderna,
Que furibunda mania novos studiæ libretes
10. Incaprichavit! Sic vestras Francie testas
Offuscet miserabiliter, sopiatque dineros!
Numquid in his libris, pasta splendens politis,
Atque deauratis floribus, una Facultas
Illarum quas MAJORIS llamare solemus,
15. Apprendi poterit? numquid *Carrera* lucrosa
Logratur per eos? Cum foris pergaminarum,
In magno folio gemina scientia vivit,
Sicut in octavo moritur sapientia tota.
- Ista quid enefiat doctrina extranea vobis?
20. Enefiat *Lógica* sine *Barbara*, nec *Baralipon*.
Tam facilem claritatem, quod intellexerit illam
Unusquisque Sacristanus, vel et Monaguillus.
Enefiat *Physicam*, sed materialiter *et sic*.
Divertimentos buscat quos machina donat,
25. Experimentales ostentans mille tramojas.
Quomodo mille alias que fingunt T'itiriteri.
Et pesant aërem, et chispas de corpore sacant,
Et petra-inmane sciunt libram suspendere ferri.
Multaque futuris ejusdem, ejusdemque tenoris.
30. Enefiant uni *Naturales* (uti llamant)
Histórias: pelgas capiunt, sancasque pequesias,
Atque pilos contare volunt; et monstra videndo,
Aut esquelotos, boca pasmantur aperta.
Enefiant alij mixturas ingredientium,
35. Factas per *Chymicam* (melius dicébo *Chimicram*)
Taliter ut bastant gatuperia tam maledicta
Ad septemcentas simul appetare Boticas.
Quid sapiunt isti? Fannos, sedasque teflire,
Vel facere ex barro platos, vel vitrificare,
40. Quod magis est proprium officiorum mechanicorum.
O Deus! imprimitur libris farandula talis,
Tamquam si posset formaliter esse Facultas!
Quid non discunt? Imitare volando palomas
Cum turgente globo intendant; sed brachia, pernas,
45. Et cascos etiam sibi rumpunt, nube cadentes.
Jamque Volaverunt, Inventio Gallica vivat!
Sunt quidam fatui, quibus *Arts Botandria* servit
Ut pasmarotas faciant, multamque sachundam;
Et quia de porris sapiunt distinguere malvas.
50. Se credunt doctos. Verum o doctrina profunda,
Que solim consistit in arrancando raíces!
Sunt autem quidam studiantes *Astronomiam*,
Hoc est *Astrólogi*. Que gens temeraria! terram
Qui faciunt camminare, et solem stare quietum!
55. Et jam eclipsorum perdunt ecce timorem,
Atque cometarum, qui quando videntur in alto,
Barba, sive rabo, lampiti, sive rabones,
Magnos estragos amenasant semper in orbem.
Dant de *Agricultura* tractatus, quomodo si esset
60. *Arts nova* difficilis seminare, cavare et arare,
Atque ita Gasñanes consultant bibliothecas
Et cathedras commercij habent; ideoque baratum
Non vendunt pannum, sed desoliamur inique.
Hoc non obstat (o mores, o tempora!) turbam
65. Mercachiforum pretendunt nobilitare,
Et natos natorem, et qui nascuntur ab illis.
Ista Novatores inventavere Moderni,
Credentes nostris Majoribus esse magistros,
Qui jam materias, antiquo tempore, de omni
70. Scitibilibus aperuerunt. Sed sunt peccata minuta,
Que nihil importunt: passimus ad altera magna.
Cur grandem applausum nunc certe Littere habebunt
Que *Humdne*, aut *Bella* dicuntur? Necio quare.
Quomodocumque sit, *Humanistas* hos ego tales
75. Semper aborrezco cum toto corde animaque
Pridquam alios Sciolos, quos suprà jam nominavi.
Primos inter eos video campare *Poetas*,
Castam infernalem Scriptorum. Tempora perdunt

- Consonicos, sive asonicos basando vocáblos.
93. Et quid perditio? Ut faciant *Tragicidia* metra,
In quibus apprendunt homines mactare sisspos,
Sive bufonatas *Comedias*, et faramallas,
Aut inamorandi tretas, ut boda resultet.
Cum tr pils, xácaris, románcibus, atque sonétis
94. Parábbas confundat eos, qui semper in illis
Et qños faciunt tam soñm de Guapetonis,
De Pastorali vita cum mille patrális,
Vel de Mosibus, vel vino laticante.
Non, botaráti: non est vestra piética vena;
Vena est locorum: ergo potéstis adire Toléum.
95. Et quando in *Sátyras* prorumpitis? O petulantes!
Non est miráculum quód burlesum muna maligna
De omnibus assumptis faciat, fortémque rechiám,
Cum nos Doctóres boriátos non venerátis,
96. Dicendo quód non sápmus habiére Latinum,
Et stquam tres annos Nebrissae appéndimus Artem,
Et Platiqñas, et regias præteritúrum,
Inque aula argúmus semper currénte Latino.
97. Isti Humanistæ nos præciäre volébunt
A! quód præceptos studii Rhetoricórum?
98. Et tunc scribémus sermones sicuti Galli,
Ac dábimus gustum Auditoribus infatúatis,
Qui horribilem librum de *Protre Geróndio* alábant.
Ahi Deus à nobis tales apártet ideas!
99. Et qui blasphemant sic contra antiqñas statúas,
Ad nostras barbas non se defendere ponunt
Quod *Critica* est Ars per se? Sed verúntamen illa
Non est MAJOR adhuc est declarata Facultas:
Et miser nos, si talia declararétur!
100. Ad quales partes, in fine, restititur omnis
Humanistárum sapientia tam celebrata?
Rhetórica, et *Critica*, et *Grammatica*, *Versificatio*,
Historia, multasque *Noctas*, atque *Vídes*
Quotidie legere, et constanter in ungue tenére,
101. Et *Gazetorum* morralla, et *Mercuriorum*,
Sive Populótum, quos nascere mané vidémus,
Nocte sepultúntur. Sed quando triúmphat eórum
Charlatanális jactántia, vanaque semper
Intolerabilitas, est quando habiére coméntum
102. Multiloquas *Lingues*, quamquam sint Hereticórum,
Vel Paganórum.
Me quoque fastidit gens *Antiquaria* valde,
Que rúolos véteres legit, atque Nerónis ochavos,
Sive manuscriptos, quando est mala littera in illis
103. Cum garrapatis, tamquam Græcum, aut Arabescum.
Et patientiam habent studiandi *Mythologia*,
Que sunt *Historie* gentiles, magna Deórum
Peccata, et bene ridiculas incredulitátes.
In número illórum, qui in vanum multa labórant,
104. Ponit *Mathematicos*; quóniam *Humanística* secta,
In quantum ad deliria, eos comprehendere debet.
Non credunt in Aristótelem, nec dicere possunt
Unum *Erpe* in forma, pateádo, et voce sonóra,
Sicut accostábrat Schola nostra; sed omnia soñm
105. A ratióne probant, Auctóres despreciantes.
Atque essédo in totum argumentatió talis
Frigida, et obscura, et taciturna, recúrunt eórum
Est aliquas extrambóticas formáre figuras,
Tamquam infallibiles. Sed non replicátur ad illas?
106. Non: quis non sapiunt, uti nos *distinquere* semper,
Quando necesse foret *concedere*, sive *negare*.
Gens que compáso sic disputat, et sine lingua,
Nequiquam in grémium Doctórum intráre merescit.
Latis appóstitis, ó vos, qui futilitátes
107. Appéndendo Modernórum, extrahére solétis
Quód non dant vobis nec pesetas, nec honórem,
Noñte esse ásinos. Atténdite quómódo multi,
Qui solida et fundamentalia dógmata cursant,
Scripta voluminibus bené pinguibus, atque onerósis,
108. Utiles Officia exércent, et condecoráta,
Et, quamvis vos peset, habent, ac semper habébunt
Non soñm magnas rentas, sed glóriam et angem.
Hinc punctum pensáte bené; et, si póstea vultis,
Vos facite Astrónomos, Chymicos facite, aut Botánistas.
109. Experimentales Physicos, sive Agricoléntes,
Rhetóricos, Criticóque novos, etiáque Póetas.
Extrangerórum legitóte volúmina semper,
Ut peridat adhuc propter vos Patria nostra,
Et, si non Maurus, conquistet Gallicus illam.

NOTÆ CRITICO-SCHOLASTICÆ,

Que collocari debent al calceolum paginarum.

Metrificatio Invektivallis.—Bónitas, et veritas, et opportunitas hujus tituli sic probátur in forma syllogistica. Omne quod est compositum in versu, est *Metrificatió*; sed ista *Invectiva* est composita in versu: ergo est *Metrificatio*. Præterea: Omne quod effecitèr reprobátur, est *Invectiva*; sed ista *Metrificatio* cum effecitèr reprobátur: ergo est *Invectiva*. Finaliter: Illa dicitur

Invectiva, propriè loquendo, quæ impúgnat res vitiosas; sed ista *Metrificatio* impúgnat stúdia Modernórum, quæ sunt valde vitiosas: ergo, propriè loquendo, debet vocári *Invectiva*. Etiam defendémus more scholástico toties quóties necessárium fúerit, quód ista *Metrificatio* doctissimi Magistri mei est óptima, utilissima, et plausibilissima *ratio* objecti, et *ratio* subjecti; ex parte rei significáta, et ex modo significánda; in sensu composito, et in sensu diviso; et per se, et in se, et secundum se, et secundum quid, etc., cum aliis distinctionibus subtilissimis, quas Humanistæ Moderni non cognóscunt neque per forrum.

1. Quod *Salamangúinis*.—Hic pónitur *Salamánca* pro famosiori; et intelligitur de quibuscúmque Universitatibus, ubi loquitur lingua non minús Latin aquám illa in qua se explicábat ipse Aristóteles.

1. Retúmbat.—Vocábulum multó adæquátum, quando tractátur de strepitósa resonántia, quæ resultat ex máximis clamóribus, quibus omnes Universitatés sapientissimè utántur ad indagándam veritátem.

4. Fúerunt vel fúere.—Elegantissima fórmula cum duóbus verbis synónimis, et æqualiter significativis, ex quibus pius Lector potest eligere unum ad plácitum. *Fúerunt* et *fúere* hic sunt dissyllabi, vel per synæresim, vel per liquidatiónem, sicut practicátur in *Suetus*, *Suavis*, *Questus*, etc.

8. O *Hispáni*, *Hispáni*.—Vidétur mihi quód Magister meus egregiissimus voluit facere hic quamdam imitatiónem ex uno versículo, qui légitur aut in *Teréntio* de *Bello Jugurthino*, aut in Ciceróne in *Epistolis obscurorum Virórum* (quia de hoc non recórdor bené ad punctum fixum):

Ahi *Córidon*, *Córidon*, quæ te deméntia cepit!

Et similiter in certo libro, qui intitulátur *Gradus ad Parnassum*, legi álium versum dicéntem:

O miser! quæ tanta insánia, Cice!

23. Enseñat *Physicam*.—Secundúm consuetúdinem Majórum nostrórum, in *Physica* debémus metaphisicáre; sed Moderni introduxérunt nobis suam *Physicam* purè matérialem, quod repúgnat rectæ ratióni, hoc est, ratióni Peripateticórum, quæ est vera ratió; quóniam super illam fundáta est sublimita Scholástica, et per consequéntiam omnes Facultátes Majóres, in quarum número non debet intráre nec *Mathemática*, nec *Astronomía*, nec *Chymica*, nec *Botánica*, nec *Historia Naturalis*, nec aliæ inventiões hujus géneris, quæ inter Doctóres appellántur vulgariter *de moda*, et quæ appénduntur stúdio furtivo (id est per contrabándum) extra cursus Universitátis.

27. *Aërem*.—Illud a secundúm Ovidium longum est; sed Magister meus breviiavit, juxta illud: *Vocábulo rapuere*, etc. Fortè Ovidius non recordabátur de ista régula, quam necessariè légerat, quando studébat Latinitátem. Verúm in isto loco possumus légere *auram* pro *aërem*, et sic exhibimus de difficultáte.

28. Et *petra-imáne*.—Vocábulum purissimæ Latinitátis; quóniam *Magnes*, *magnétis* non est Latinum, sed Græcum, ut verificétur quod dictum est in Arte Nebrisensi: *Græcæque in ES prima, vel tercia*.

36. *Gatupéria*.—Vox magis significativa, quam *mozcolánca*; quamquam nec una, nec áltera reperiúntur in *Calopino de Salas*.

44. Cum turgente globo.—Id est *inflato*. De istis globis volatilibus vide *Gazetas* Matritenses, et Parisienses, et Londrenses, et Itálicas, et Turcas, et Americanas, et totius orbis terrárum; atque in Cornucópia Nicolái Perotti (pág. mihi 458) históriam curiosam de homine volánte, qui vocabátur nómine *Icarus*.

48. Multatque fuchéndam.—Dicitur quód in ipso Matrío jam defendúntur conclusiões publicæ de re *Botánica*, cum assisténtia personarum gravissimárum; unde colligitur quód contáctum studiórum modernórum incipit facere progréssus, atque usurpare honórem, qui soñm debétur Facultátibus Majóribus.

52. *Astronemiam*, hoc est *Astrólogi*.—Sunt álqui Moderni qui præténdunt distinguere *Astronemiam* ab *Astrólogia*; sed hæc distinctio debet esse sophistica, quia in Universitáte Salmanticensi Doctor Dóminus Dóminus Didacus de *Torres* appellabátur promiscuè *Astrólogus* vel *Astrónomus*, quod idem sonat. Itaque, quomocúmque

nominêtur talis sciëntia errônea, servit principaliter ad componendos Kalendários.

68. *Magnos extragos.*—Novi Astrólogi prætendunt liberâre nos a metu eclipsórum et cometârum, qui semper fuit metus valde salutâris; sed quantumvis per régulas Astrologicales probâre intêntant quòd debemus considerâre illos sine timóre neque tremóre, in vanum laborâverunt; quia in ómnibus Históriis Hispânicis leguntur exémpia innumerabilia de fatalitatibus per cometas et eclipses pronosticatís, et realiter verificatís; præsertim, et nominatim si post apparitióem alicujus Cometæ *Campána Belilla*; pulsabâtur per semetipsam. Cæterum argumenta que contrâ objectant isti incréduli et temerárii, fundantur super observatióibus *Telescopii*; sed hic *Telescopius* est Auctor damnâtus, sicut Galileus, Copernicus, et similes Astrólogi: ergo nulla est solútió.

66. *Et natos natórum, et qui nascóntur ab illis.*—Istum versum íntegrum copiávit Magister meus ex Pœta antiquissimo, de cujus nómine disputâtur inter Eruditos, quóniam uni apellant eum *Virgilium*, et álíi *Marónem*; sed meo vidéri vocabâtur *Ænéidos*; quia multa ópera ejus sunt rotulâta isto nómine, et quia Ovidius in libro de *Tristitia* dixit: *felix Ænéidos Auctor, quæ duo substantiva continuata significant quòd Auctor nominabâtur Ænéidos*.

80. *Tragicællia metra.*—Judiciosissimus Doctor facit hic enumerationem variórum génerum versificandi: videlicet, de *Tragedia*, in qua representantur homicidia scandalosa; de *Comedia*, in qua tractâtur de amoribus prophânis sub prætextu matrimonii; de *Pœmatibus* heróicis, in quibus laudantur Valentones, sicut *Achilles*, *Bernârdus del Cárpio*, *Franciscus Estéban*, etc.; de *Itucólica*, in qua vita infelicissima Pastórum depingitur tamquam invidiabilis, quod est mendacium clâssicum, vel (ut dicit Magister meus) *patraña*; et finaliter de *Odia*, in quibus celebrantur Mulieres, vel embriagatio, juxta malum exémpum cujusdam Anacreóntis.

88. *De Mozâbus.*—*Mozâbus*, et non *Mozis*; quia Dativus pluralis ex *Mozæ*, primæ Declinatióis non debet confundi cum Dativo ex *Mozus*, *Mozæ*, qui declinat per *Dominus*, *Dominæ*.

95. *Sipimus.*—*Illud* us longum est per certam licéntiam pœticam, quæ appellâtur *cæsura*.

97. *Et Platiquillas.*—Ad intelligentiam hujus textûs necesse est scâpere, quòd Latinitas crispa et Ciceroniâna, tamquam ista quæ scribit doctissimus Magister meus, non apprênditur cum solo Arte Nehrissensi, sed studiâdo *Platiquillas*, et reliquos *Commentârios*, quos vulgò nominamus *Quaternillos*, vel de *Genéribus*, et *Præteritis*, vel de *Oratióibus*, vel de *Syntâri*, vel de *Copia verbórum*, vel de *Syllabis*, etc., atque isti libelli componunt bibliothecam parvam portatilem, quæ in tribus annis non potest apprêndi memorialiter nisi ab illis qui habent bonam retentivam. Propter quod optasimè cantâvit quidam Pœta:

Tanta mollis erat Românam dicere linguam!

103. *De Fratre Gerúndio.*—Auctor istius libri, qui justissimè vocâtur hic *horribilis*, voluit ridere se de Prædicatôribus; sed credêbat miserâbilis Auctor quòd scribêbat inter Anglicos, vel Gállicos, vel Alemânos, qui sùfferant istas jocositates.

109. *Et miserus nos.*—Versus spondæicus, sicut cónvenit ad gravitatê sententiósam.

115. *Guzelârum morrálla.*—*Morrâlla* juxta Quintilianum idem valet quàm *farrago*, id est, bazófia literaria.

121. *Vel Paganórum.*—Iste versus mutilâtus est tamquam multi qui sunt in præcitâto Virgilio; et non erit Pœta temerárius qui velit conceldere eum, quóniam magis fáciie foret robâre Hérculi enchiríorram suam, quam contráfâcere unum versum, imitando stylum inimitâbilem Magistri mei.

126. *Mythologias.*—*Illud* y breve est; tamen Doctor irreprehensibilis allongâvit auctoritatê suâ, contra quam argumenta à ratióne nunquam valent: quia máxima ratió inter omnes ratiónes ratiocinâbiles ab ómnibus ratiocinântibus, non est tam ratiónalis sicut auctóritas cujuscúmque Dómini Doctóris qui auctorizâverit in scriptis, vel in fácie Universitatís, pro plenitudi-ne poténtiæ suæ auctorizati-væ ad plâcitum.

140. *Distinguere semper.*—Mathemátici, qui ignórantem syllogizândi, semper *negant*, vel *concedunt*, nunquam *distinguunt*, neque *subdistinguunt*; et sic gumenta eórum non possunt durâre unam horam, dimidiâ sicut argumente Scholástica: neque illi piunt implicâre subtiliter matérias, ut contrárius confundâtur, atque investigatió veritatís, in perpétuum tardêtur ad majórem glóriam Argumentántis.

159. *Conquistet Gállicus illum.*—Intelligitur quæ hæc *Conquista* non est matérialis et per arma, sed spiritualis et per libros. Deus liberet nos ab istis Corruptoribus; et restituat nobis antiquam formam discurret et disputândi de omni disputâbili, sed cum debita subdinatióne ad doctrinam immutâbilem venerândæ Universitatís, quæ nobis semper dedit, semper dat, ac semper dabit máximum créditum, et secúrum modum vendi. Hoc est objectum finále totius sapiéntiæ in miserâbili mundo; cætera sunt sômnia, fumus, pálephantâsma, bambólla et vânitates vanitatúum.

FINIS CORONAT OPUS.

VI.

LA FELICIDAD DE LA VIDA DEL CAMPO.

Égloga que en el año de 1780 obtuvo el *accesit* en el concurso de premios propuesto por la Real Academia Española.

Rure ego vicentem, tu dicis in urbe beatum.
(HORAT., eplst. XIV, lib. I.)

IDEA GENERAL DE LA ÉGLOGA.

SILENO, labrador rico de un pueblo cercano á la corte, medita venir á establecerse en ella con su familia vendiendo lo principal de su hacienda, y proponiéndose gozar una vida felicísima.

ALBANO, sujeto distinguido, que, desengañado ya de la corte, vive retirado en aquella aldea, disuade á SILENO, demostrándole el desacierto que va á cometer, cuyo fin le hace primero una pintura poética del campo y pasando despues á razones de evidencia física y moral le prueba las ventajas de la vida rústica, su dignidad; su importancia, ya sea respecto al ánimo, que en ninguna parte mejor que en el campo puede elevarse á la contemplación de las maravillas de la Omnipotencia ya sea respecto al cuerpo, que allí logra las más reales y cumplidas comodidades. Tales son la sanidad del mantenido, la tranquilidad del sueño, la saludable costumbre de gozar el fresco de la mañana, la natural robustez que de este método de vida resulta, la conveniencia y sencillez del vestido, la libertad y llaneza del trato el aprovechamiento que puede hacerse del tiempo, empleándole en las útiles obligaciones y tareas de la labor, y últimamente las diversiones con que se alivian los trabajos campestres. En cada uno de estos puntos se van contraponiendo los bienes de la aldea á las incomodidades de la ciudad. Conclúyese con un elogio de la estimacion y fomento que merecen los labradores á nuestro augusto Monarca, y de la providencia del libre comercio, que tanto debe favorecer á la industria y navegacion, refundiéndose en los agricultores gran parte de aquellas utilidades.

SILENO, convencido de las razones de ALBANO, desiste de su indiscreto designio, y se vuelve á la aldea, tan avergonzado de su error, como agradecido á los oportunos consejos de su prudente amigo (1).

ÉGLOGA.

ALBANO. — SILENO.

ALBANO.

¿Adónde presuroso te encaminas,
Sileo amigo? ¿Adónde? Aquesta senda
A ninguna heredad de las vecinas
Te puede conducir, sino á la corte.
Pues ¿cómo así te alajas de la hacienda,
En donde, al lado de tu fiel consorte,
Tan rico vives de campestres bienes,
Que á ningún labrador envidia tienes?
Yo te of celebrar no há muchos días

(1) Esta explicacion es del mismo Iriarte.

A quien trueca su rústica vivienda
 Por la ciudad poblada y bulliciosa,
 En que lograr felicidad creías.
 De esta idea engañosa
 Quizá preocupado el pensamiento,
 Tratas ya de cumplir tu vano intento.
 ¡Oh, salgan falsas las sospechas mías!

SILENO.

No son falsas, Albano;
 Y si de mi secreto
 Ser informado, como amigo, debes,
 Confiar debo yo que, como anciano
 Tan lleno de experiencias y discreto,
 Mi designio tal vez no desapruébes.
 ¡Ignoras tú del mísero aldeano
 Cuán penosa es la vida, cuán oscura?
 Quién le conoce, dime, quién le estima
 Después que, resistiendo
 A la intemperie del variable clima,
 Riega con su sudor la tierra dura,
 Y cuando espera frutos, el horrendo
 Estrépito del trueno le amedrenta,
 Amenazando estragos á las mieses,
 O el infeliz al cielo se lamenta
 De que, alterando el orden de los meses,
 A Cáncer da las lluvias del Acuario,
 Y el calor del León al Sagitario?
 ¿De qué le sirve que en pajiza choza,
 Con sus callosas manos fabricada,
 Busque abrigo en la rígida invernada,
 Si entre tanto la sólida techumbre
 Ampara al ciudadano cuando goza
 Mullido lecho de delgado lino,
 O encendida entre mármoles la lumbre
 Con encina, que debe á los robustos
 Brazos del despreciado campesino?
 Si, Albano; recibieron del destino,
 La aldea afanes, y la corte gustos.

ALBANO.

¿Con que tú de la corte á ser vecino
 Ibas resuelto ya, sin más demora?

SILENO.

Aunque ése, á la verdad, es mi proyecto,
 Tan pronto no podré llevarle á efecto;
 Mas la jornada sólo emprendo ahora
 Por buscar á quién venda
 Alguna parte de mi rica hacienda,
 Para quedar más libre y descansado;
 Y dejando al cuidado
 De un mayoral lo que conserve de ella,
 Dispondré mi partida,
 Y empezará mi dicha en el momento
 En que disfrute con mi esposa bella
 Un pueblo donde reina el lucimiento,
 La culta urbanidad y, en fin, la vida
 Comoda al mismo tiempo y divertida.

ALBANO.

¡Mancebo alucinado! si las raras
 Prendas que en tí juntó naturaleza,
 De honradez, de franqueza,
 Noble docilidad y luces claras,
 Interes no me diesen en tu suerte,
 Réplica de mi labio no escucháras,
 Ni ménos me empeñáras en convencerte
 De que en el campo la fortuna dejas
 Cuando para buscarla de él te alejas.
 Y puesto que consejo necesitas,
 Más que la aprobación que solicitas,
 Perdóname, Sileno,
 Si en este sitio ameno,
 Que con su blando asiento nos convida,
 Tu atención pido ahora,
 En tanto que sereno
 El rostro de la aurora
 Anuncia que de Febo la venida
 Acaso tardará más de una hora.

SILENO.

Suspender mi camino por un rato,
 Y á tus palabras dar propicio oído,
 Siempre fuera debido,
 Cuando tan útil no me fuera y grato;
 Porque si de mi intento me disuades,

Sé que ha de ser con sólidas verdades.
 Tú, que pasaste los floridos años
 De la espléndida corte en las delicias,
 Y que, gozando en ella dignidades,
 Adquiriste noticias
 Que llamar suelen tristes desencantos,
 Há tiempo que gustoso
 Buscaste por asilo
 La habitación humilde de esta aldea,
 En donde nunca ocioso,
 Pero siempre tranquilo,
 Todo te sobra y todo te recrea.
 Pues ¿quién sabrá como el prudente Albano
 Si el rústico es feliz, ó el ciudadano?

ALBANO.

Sólo decir sabré que, aunque rodea
 En cualquier condición á los mortales
 Tropel de ciertos ó aparentes males,
 Muchos de ellos ignora ó los olvida.
 El que amar sabe la campestre vida.
 Amala aquel á quien jamás parece
 Comun ó poco vario
 El hermoso espectáculo que ofrece
 Un verde y solitario
 Recinto que la pródiga Amalteas
 Con dones siempre nuevos enriquece,
 Antes bien sus sentidos lisonjea
 Tanta copia de objetos, que ya duda,
 Absorta su elección, á cuál acuda.
 Un deleite recibe cuando tiende
 La vista por las fértiles campiñas,
 O de olivos pobladas ó de viñas;
 Otro, cuando suspende
 Su atención en la márgen festonada
 Del arroyuelo manso,
 Que desciende á regar una cañada,
 Formando aquí un islote, allá un remanso,
 Y lavando en sus aguas cristalinas
 El musgo, el césped y menudas chinias.
 Otro placer le causa, bien distinto,
 Un cultivado huerto, en que florecen
 La delicada rosa y el jacinto,
 Y los jazmines entre murtas crecen,
 Mezclándose con salvias y alhelios,
 Blancos lirios, claveles carmesíes.
 Ni con igual especie de recreo
 La anchurosa alameda
 Ve retratada en el cercano río;
 O sale de aquel término sombrío,
 Alargando el paseo
 A la angosta vereda,
 Que apenas se descubre en el sembrado,
 Por partes matizado
 De rojas amapolas,
 Donde el paso le estorban las crecidas
 Mieses cuando, del céfiro impelidas,
 Al mar imitan en móviles olas.

No sea yo quien te hable;
 Hable ahora por mí la deleitable
 Estacion ¡oh Sileno! en que pretendes
 Abandonar este confin. Si atiendes,
 Ella misma, risueña, es quien te llama.

Mira cómo del alto Guadarrama
 Ya por toda la falda y asperezas,
 Entre los pinos y húmedas malezas,
 Dividido en arroyos, se derrama,
 Siguiendo un desigual despeñadero,
 El cúmulo de nieve
 Que endureció en la cumbre el frío Enero,
 Y el suave Abril líquida, mientras mueve
 El sol los ejes de oro
 Hacia la celestial mansion del Toro.
 Ya el pie de la montaña
 Y los profundos valles inmediatos,
 Que deslizado aquel torrente baña,
 Mostrándose á tal riesgo nada ingratos,
 Tienden aquí de verde hierba altombra;
 Allí visten sus árboles de ramas,
 Que más fresca y opaca den la sombra.
 Más allá los tomillos y retamas,
 Cantuesos y romeros,
 Por llanuras y oteros

Exhalan aromáticos olores.
 Los dulces ruiseñores,
 Que enmudeció el invierno riguroso,
 Repasan los gorjeos olvidados
 Del canto caprichoso,
 Y volando encontrados
 Del monte á la ribera,
 Se dicen y responden mutuamente
 Que ha vuelto la florida primavera.
 El corderillo suelto,
 Que retozando va por la pradera,
 También alegre siente
 Que la florida primavera ha vuelto.
 Y cuando las familias desamparan
 La estrecha habitación de las ciudades;
 Cuando buscan las verdes soledades,
 En que el cuerpo y el ánimo reparan,
 Olvidando el fastidio y servidumbre
 Que allá sufribles hizo la costumbre,
 ¡Tú, inadvertido, quieres,
 Donde otros dejan pena, hallar placeres?

SILENO.

Esas gratas imágenes, Albano,
 Que con metro sonoro
 El ingenioso coro
 De los poetas realzar procura,
 Pueden servir de pasatiempo vano
 A quien no se figura
 Que espiró la feliz edad del oro,
 En que del campo, fértil sin cultura,
 Se hallaba el hombre dueño
 Al despertar de un reposado sueño,
 Y, sin salir de incógnitas florestas,
 Pasaban con sus ninfas los pastores
 Enteros días en alegres fiestas,
 En versos, danzas, músicas y amores.
 Mas si tal vez la idea se complace,
 Distraída en ficciones hechiceras,
 Jamás el corazón se satisface
 Si delicias no goza verdaderas;
 Y de cuerdas razones
 Creí que tu consejo abundaría
 Antes que de pomposas descripciones,
 Hijas de la fecunda fantasía.

ALBANO.

No, Sileno; las gratas invenciones
 En que, á tu parecer, la poesía
 De la verdad los límites excede,
 Son débiles esfuerzos con que intenta
 Pintar milagros que pintar no puede:
 Adorna la verdad, mas no la aumenta.
 ¡Finge ó pondera acaso
 Cuando del claro sol nos representa
 El majestuoso aspecto en el ocaso?
 Describirá los bellos tornasoles
 Que le ocultan la faz, y que su ausencia
 Suplen con encendidos arboles?
 ¡Ni aquella inimitable diferencia
 De figuras que forman los celajes,
 Cuando con mil extraños maridajes
 De colores se esmalta el horizonte,
 Y de pálidos rayos alumbrado,
 Ya no parece verde el verde monte,
 Y el río, que era plata, ya es dorado?
 ¡Cabe ficción alguna,
 O es dable que exagere,
 Si retratar en sus pinturas quiere
 De una noche serena
 La apacible quietud, cuando la luna
 Su luz esparce en la comarca amena,
 Y, en medio del silencio, sólo suena,
 O de las aguas el susurro lento,
 O en las hojas silbando el manso viento?
 Pero ya que más serios y eficaces
 Argumentos deseas,
 Olvida estas ideas,
 Que abultadas supones ó falaces,
 Y las utilidades reflexiona
 Que tu rústico albergue proporciona.
 ¡No sientes cómo en él la omnipotencia
 Del soberano Autor del universo
 Respeto bien diverso

Y gratitud más tierna nos inspirá
 Que en las grandes ciudades? ¡Quién no admira
 La sabia providencia
 Con que envía alternadas estaciones,
 Que al curso de los astros obedientes
 Vegetales renuevan á millones,
 Ocultos minerales y vivientes?
 Elévate á las cumbres eminentes,
 Y desde allí, con delicioso arrobo,
 Un compendio verás de los portentos
 Que suministra el espacioso globo
 Al influjo de acordes elementos.
 Verás alegre el cielo y despejado,
 Y el terreno quebrado
 En colinas, barrancos y laderas,
 Como cuando en las eras,
 Puestas al desabrigo,
 A trechos te recogen las porciones
 Del abundante trigo,
 Y forman desiguales los montones.

De los ríos el curso tortuoso
 Considerar podrás, y sus orillas,
 Que el pasto á los rebaños dan sabroso;
 Los agitados vuelos
 De las infatigables avecillas,
 Que llevando el sustento á sus hijuelos,
 Vuelven alborozadas á los nidos,
 Entre las altas ramas escondidos.

No examines los árboles robustos
 Ni medianos arbustos
 Que en el espeso matorral divisan;
 Pero tan sólo observa
 La más menuda hierba
 De cuantas en la tierra incanto pisas,
 Y mira si es capaz de responderte
 El filósofo vano de qué suerte
 Nace, medra, retoña, y aunque muera,
 Deja ya bien crecida su heredera.
 Sabrá, para humillar nuestra arrogancia,
 La admirable estructura de la estancia
 Que la sagas hormiga
 Profundizando va desde el verano,
 Y en donde el rubio grano
 Sabe acopiar con próspera fatiga.
 Nada de esto contempla el ciudadano:

El que en el campo mora,
 Sin querer, lo contempla á cada hora.
 Mas si las conveniencias corporales
 Ir á gozar cumplidas te parece,
 Sabe que, á menos costa y más reales,
 Nuestra feliz campiña las ofrece.
 En ella ¡cuántas veces envidioso
 Advierte el opulento
 Que al manjar opulento y sustancioso,
 A la clara y benéfica bebida,
 Debemos alimento
 Que nos alarga la tranquila vida!
 Dejemos que sus viandas inficione
 Aquel arte exquisito
 Que á un breve gusto la salud pospone,
 Y las nuestras sazone
 El no comprado y dócil apetito.

Pues si ahora volvemos á la aldea,
 ¡Oh qué sencillo almuerzo nos preparan!
 Allí no se escasea

La nata que separan
 De la espumosa leche los vaqueros,
 Ni blanca miel de abejas, mantenidas
 Con la olorosa flor de los romeros,
 Ni fresas faltarán recién cogidas,
 Que una labradorella de quince años,
 Agradable y modesta,
 Traiga cubiertas de hoja en una cesta
 Con dibujos extraños,
 Que la tejó de mimbres su querido
 Para que su amistad no eche en olvido.

Y así como trocará el poderoso
 Por tan dulces regalos el banquete,
 Que quiere aparentar no le fastidia,
 Así también el plácido reposo
 De nuestro fácil sueño nos envidia.
 En vano se promete

Que fresca cerda ó esponjada pluma,
Y en el catre dorado,
Que con suaves espiritus perfuma,
Dobles cortinas y dosel bordado
Alejen de su inquieta fantasía
Los afanes inútiles del día;
Del día, que en su casa no ha empezado
Cuando en la nuestra ya la luz temprana
Ha entrado por las anchas aberturas
De la tosca ventana,
Conviniendo á gozar las auras puras
Con que alegra los campos la mañana.

Esta costumbre sola bastaría
Para que nunca la vejez tardía
En los membrudos cuerpos alterase
A la rústica gente
Aquel vigor entero
Que rara ves el ocio, compañero
De la elevada clase,
En los estrados habitar consiente.
Nota cómo la ilustre ciudadana,
Demostrando en el pálido semblante
Su-complexion malsana,
Y con el débil brazo ya cansado
De sostener al delicado infante
(Tanto como su madre delicado),
De la humilde serrana
Ante las puertas llega,
Y con firme esperanza se le entrega
De que, apartado del materno seno,
Hallará robustez en el ajeno.
No sin razon confía,
Pues si en un campo ameno
Vieron los padres del linaje humano
Por la primera vez la luz del día,
El que ha de vivir sano,
Si en el campo no nace, en él se cria.

Pero ya, ya concibo
Cuál ha podido ser el atractivo
Con que, sin duda, te prendió la corte,
El ostentoso porte,
La brillante apariencia de las galas,
Te habrán, Sileno mío, deslumbrado,
Y ser dichoso piensas, por ventura,
Si algun día te igualas
Con los que su deleite y su cuidado
Cifran en la superflua compostura,
Que á veces, más que adorna, desfigura.
Cuando el uso inconstante
Pasa ya de inventar á extravagante.
¡A qué desórden tu familia expones!
No, no permita el cielo que abandones,
Por la vana exterior magnificencia,
El traje en que lograron tus abuelos,
Con la comodidad, justa decencia.
Emplearon sus únicos desvelos
En criar buenos hijos, laboriosos
Y útiles á su patria, que, gustosos
Con el paterno oficio, no anhelasen
Ser á su cuna y suerte superiores,
Y de vivir mendigos se afrentasen,
No de morir honrados labradores.
Esta aldea fué siempre su morada;
Fué su vestido abrigo más que ornato,
Y si con su fortuna moderada
Comprado hubiesen, como tú lo intentas,
El desmedido lujo y aparato,
¿Podieras hoy gozar las propias rentas
De que abusar pretendes insensato?

La ociosidad, perenne incitadora
Del fausto inoportuno,
También ha sido principal autora
Del cumplimiento frívolo, importuno,
A quien aras el áulico dedica,
Y en ella sus dos bienes más preciosos,
La libertad y el tiempo, sacrifica.
No por eso los hombres
Más compasivos son ó generosos,
Ni la atención, la cortesana oferta,
De paraben y pésame los nombres
Son de cordial afecto prueba cierta.
Si por buscar más grata compañía

Ausentarte resuelves
De tu antiguo solar, y si algun día
A visitarle vuelves,
En nuestra poblacion el trato llano
Te agradará quizá por más seguro
Que el artificio del estilo urbano.
Entonces con verdad podrás decirme
Si allá el desinterés era más puro
O la amistad más firme,
Si hallaste el amor propio más modesto
O el cariño más sincero y honesto.
¿Osarás disculpar aquel enjambre
De vulgares bellezas,
De cuyo lado no se aparta el hambre,
Por más que las riquezas
De licenciosos jóvenes consumen?
Mientras ellas presumen
De infiel capricho y ciencia engañadora,
No advierten ellos mismos que han pagado
El color sonrosado
Del rostro cuya tez los enamora.

Aquí el candor amable se profesa;
Aquí, sin las nocivas distracciones
Con que la corte á muchos embelesa,
A las ocupaciones
Te puedes aplicar de la labranza,
En que tu bien y el de otros se afianza.
De árboles provechosos el plantío,
La poda, el regadío,
La cava, la vendimia, la matanza,
La siembra, siega y trilla, el esquileo,
Son cada cual un agradable empleo
Para quien reconoce el beneficio
Que debemos al rústico ejercicio.
Y al paso que la dulce complacencia
De recoger el fruto cosechado
Muy presto hará que entregues al olvido
Todo el molesto afán y diligencia
Que á profesion tan noble has consagrado,
Ufano quedarás de haber cumplido
La obligacion forrosa y primitiva
Que impuso el Criador á los mortales,
Y en que de una nacion la dicha estriba.

Atendiendo á la cría de animales,
Del hombre compañeros tan leales,
Breves momentos se te harán las horas,
Ya sea que visites las majadas
De zagalas que guardan tus manadas
De cabras trepadoras
O de mansas ovejas,
Defendidas de intrépidos mastines;
Ya que de las solícitas abejas
La ordenada república examines,
O desde el patio en que con arte domas
El brioso alazan, á la vivienda
Rubas de las domésticas palomas,
O que tu vigilancia, en fin, se extienda
A las bestias sufridas, miserables,
Que sin razon creemos despreciables.
Ni estos cuidados tengas por vileza,
Pues no blasona el mundo
De otra mayor riqueza
Que la que nace de un establo inmundo.

Y si, como continuas precisiões,
Aquellas económicas tareas
Te cansan; y desean
Con ellas alternar las diversiones,
Sin recurrir al pernicioso juego,
Con que allá en la ciudad el vicio gusta
De exponer los caudales y el sosiego
A los caprichos de la suerte injusta,
No son poco frecuentes
En los cercanos pueblos y cortijos
Los varios pasatiempos de inocentes
Bailes y regocijos,
Cuando ya con los dones del Agosto
Los graneros rebosan,
O en las henchidas cubas hierve el mosto;
Cuando los tiernos hijos
Nacen, ó cuando adultos se desposan;
Y entre tanto que al lado
De la liebre velos que han alcanzado,

Tus lebreles reposan,
Con el anzuelo al pes engañar puedes
En esa orilla fresca,
O al pájaro con redes
En aquella montaña,
Como que sólo son de casa ó pesca
Los artificios con que aquí se engaña.

Pero ya soy molesto, y la sombra
Tarde en este lugar nos hallaría,
Si inútil no creyera
Multiplicar loores
Del campo y sus ventajitas, en la era
Que á los agricultores
Apadrina, distingue y remunera.
¿Quién más benignamente sabe amarlos,
Quién con ansia mayor su bien promueve
Que el magnánimo Carlos,
A cuyo imperio el traficante debe
La libertad dichosa que algun día,
Léjos de conocerla por fomento,
Aun dudó si tal vez le convendría?
Hoy, con su estado el labrador contento,
Verá cómo á sus frutos
Valor aumenta el hábil fabricante,
Que á premiadas labores ya se anima,
Y libre de tributos
El diestro navegante,
En el remoto clima
De la industria las dádivas derrama,
Y de su rey benéfico la fama.....
¡Callas, Sileno amigo!
¿Habré empleado mi discurso en vano?
¿Tan poca es mi razón, que no consigo
Me digas á lo ménos.....

SILENO.

Callo, Albano,
Ya de agradecimiento,
Ya de justa vergüenza confundido.
Tu gran bondad, mi torpe engaño siento.
No sólo las delicias naturales
De la agreste mansion me has persuadido,
Sino también de la ciudad los males.
¡Ah, que, haciendo infelís á mi consorte,
Iba á serlo yo mismo, cautivado
En los dorados grillos de la corte!
Mil desengaños ella me daría
Si no me los hubiera anticipado
El favorable cielo, que te envía.
¡Con qué inútil deseo
Clamara por los bienes que hoy poseo!
Y ninguno mayor que el de tenerte
Por tan sincero amigo,
Que así me enseñas á estimar mi suerte.
Ya de aquí no prosigo;
Vuelvo á la aldea, sí, llevando impresas
Tus prudentes lecciones. Vén conmigo
A la humilde y pacífica morada,
En que, sin envidiar las ricas mesas,
Te daré el desayuno que te agrada
De leche, miel y fresas,
Y de la fría cueva reservada
Bebiendo alegres el licor precioso,
Que allí depositaron mis mayores,
Desearémos vida afortunada
Al monarca piadoso
Por quien felices son los labradores.

SONETOS.

¡Fresca arboleda del jardín sombrío,
Clara fuente, sonoras avellanas,
Verde prado, que esmaltas las orillas
Del celebrado y anchuroso río!
¡Grata aurora, que viertes el rocío
Por entre nubes rojas y amarillas,
Bello horizonte de lejanas villas,
Aura blanda, que templas el estío!

¡Oh soledad! quien puede te posea;
Que yo gozara en tu apacible seno
El placer que otros ánimos recrea,
Si tu silencio y tu retiro ameno
Más viva no ofrecieran á mi idea
La imagen de la ingrata por quien peno.

Tres potencias bien empleadas en un caballero de estos tiempos:

Levántome á las mil, como quien soy.
Me lavo. Que me vengan á afeitar.
Traigan el chocolate, y á peinar.
Un libro..... Ya lei. Basta por hoy.
Si me buscan, que digan que no estoy.....
Polvos..... Venga el vestido verdemar.....
¿Estará ya la misa en el altar!.....
¿Han puesto la berlina? Pues me voy.
Hice ya tres visitas. A comer.....
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí.....
Fongan el tiro. Al campo, y á correr.....
Ya doña Eulalia esperará por mí.....
Dió la una. A cenar, y á recoger.....
¿Y es éste un racional? — Dicen que sí.

Trabajos en que se ve el poeta por cansa de cierta Juana.

Pensando en Juana tomo siempre el sueño;
Juana mi reflexion de noche afana;
Pienso en Juana también por la mañana,
Y Juana á todas horas es mi dueño.
Juana me desapiña con su ceño;
Juana otras veces me parece humana;
Severo estoy, según me mira Juana;
Según me mira Juana, estoy risueño.
Sin Juana estoy y á Juana tengo al lado;
No es imperio el de Juana, es despotismo;
Juana es en mí un espíritu arrimado,
Y para Juana no hallo un exorcismo.....
¿Yes cómo este soneto está enjuanado?
— Pues aún más enjuanado estoy yo mismo.

Á la misma.

Si empieso á celebrar tus perfecciones,
Es un contento cuál me sopla el núnen;
Escribiré de versos un volumen,
Sin faltarme materia ni razones.
Si te pinto mi amor, mis aficiones,
Ya sea por extenso, ya en resumen,
Nunca los consonantes se consumen,
Antes me los tropiezo á puntillones.
Diré en estilo crespado, altisonante,
En metro pastoril ó en copla llana
Cuanto se me pasiere por delante;
Pero es lo malo que, en nombrando á Juana,
Lléveme Dios si encuentro consonante
Que la venga tan bien como *inhumana*.

Cumple el autor la palabra que dió de escribir un soneto á los ojos de Laura.

Un soneto á tus ojos, Laura mía?
¿No hay más que hacer sonetos, y á tus ojos?
— Serán los versos duros, serán flojos;
Pero á Laura mi afecto los envía.
¿Con que, ha de ser soneto? ¡Hay tal porfía!
— Tal que por estos súbitos arrojos
Se ven tantos poetas en sonrojos,
Que lo quiero dejar para otro día.
— Respondeste, Laura, que no importa un pito
Que no sea el soneto muy discreto,
Como hable de tus ojos infinito.
— ¡Sí! — Pues luego escribirle te prometo.
Allá voy..... ¿Para qué, si ya está escrito,
Laura mía, á tus ojos el soneto?

Al mismo asunto.

Si pudiese un curioso inteligente
De tus ojos hacer anatomía,
Alguna cosa en ellos hallaría
Que no tienen los ojos comunmente.

Ya miras recatada, ya insolente,
Con afabilidad, con tiranía;
A veces con ternura y picardía,
A veces distraída, indiferente.
Yo, poeta (aunque indigno), bien pudiera,
En aplauso y honor de ojos tan bellos,
Los versos que deseas presentarte;
Mas, pues son ojos que hablan á cualquiera,
Y á mí nada me dicen, vayan ellos
A surtirse de versos á otra parte.

A ti me quejo, Apolo justiciero,
De que nunca en mis versos fui dichoso:
Si sátiras escribo, me hago odioso,
Y si elogios, me llaman lisonjero.

Soy, si escribo de burlas, chocarrero;
Si por lo serio canto, soy un oso;
Si al laureo teatral aspiro ansioso,
Es mi censor cualquiera majadero.

Llevando yo al Parnaso esta querella,
Respondió Apolo: «Al que profesa mi arte
Persigue siempre esa infeliz estrella;
»Pero el mejor remedio quiero darte:
Canta las gracias de tu Orminta bella;
Tendrás á todo el mundo de tu parte.»

Imitación de Horacio, lib. iv, od. x.

O crudelis adhuc et Veneris muneribus potens, etc.

Fili, siempre cruel y envanecida,
Porque debiste á Vénus tantos dones,
La edad te cogerá desprevenida
Y el viento llevará tus presunciones.
Perderás la madeja que, esparcida
Al soplo de los céfuros, expones,
Y huirá de la tez envejecida
E- color que al de la rosa opones.
Entonces al espejo podrás verte,
Y exclamarás: «¿Por qué no pensaría,
Mientras hermosa fui, joven y fuerte,
»Como hoy pienso al perder mi lozanía?
O ¿por qué, cuando pienso de esta suerte,
La hermosura no tengo que tenía?»

Situación crítica de un poeta.

Ofréceme, tal vez, la fantasía
Un concepto feliz para un soneto;
Entre escribir ó no, discurro inquieto;
Siento en mí, ya valor, ya cobardía.
Resuélvome á erapezar; mas no querría
Que me engañase un ímpetu indiscreto;
Y teniendo á los críticos respeto,
Ya se acalora el númen, ya se enfria.
Batallo en mi interior, dudo y vacilo;
Me hace cosquillas, súfrolas un rato;
Escribo un poco, párome y cavilo.
¿Qué tentación! En vano la combato.
Y al fin, ¿qué haré? — Para quedar tranquilo,
Componer el soneto es más barato.

A un poeta que nunca había vino, y que escribió unos versos de estilo afectado y llenos de despropósitos.

Boto el velámen, gúmenas y entenas,
S- precipita el naufragante río,
Y susurrando fértil el navío,
Riega las espadañas y verbenas.
El rugir de las dulces filomenas
Defiende el prado del rigor del frío;
Cantan las fieras del confin sombrío,
Y los robles erizan las melenas....
Después de una solemne comilona,
En que hubo más peralta que Helicón,
Escribí yo este fiero desatino.
A mi casa volví, dormí la mona,
Y dije: «Yo conozco una persona
Que disparata más sin probar vino.»

A un poeta dramático.

El que de su quietud tanto se olvida,
Que entrega á bravo mar frágil navío;
El que en la guerra, por mostrar su brío,
Pone contra mil balas una vida;
Quien todo su caudal de un lance envida;
Quien no se agrime y se arriesga á un desafío;
Quien se expone al capricho ó al desvío
De una mujer hermosa y presumida;
El que sube á una cátedra sin ciencia,
Y el que al púlpito saca sus sermones
Fundando en su memoria su elocuencia,
Todos ellos de ti tomen lecciones
En materia de arrojo y de imprudencia,
Pues al teatro das composiciones.

Respuesta del autor á un curioso que le preguntó qué gusto hallaba en leer las *Soledades* de Góngora.

Si el hombre no sintiera picazonas,
El placer de rascarse no tendría;
Si hambre ó sed no sintiera, el agua fría
No anhelara, el buen vino, los jamones.
Porque hay sueño, le saben los colchones,
Y le sabe la lumbre si se enfria;
Sirvenle, pues, de gusto y alegría
Las que parecen duras precisiones.
Ama la libertad porque hay tiranos,
Y porque hay tanta fea, las belldades;
La verdad, porque trata cortesanos.
Yo (que todo me vuelvo claridades),
Por gustar más de versos virgilianos,
Leo las gongorinas *Soledades*.

A la general aceptación que logró en Madrid un elefante.

Si pudiera yo ser un Octaviano,
Que á mis plantas el orbe sometiera,
O el inmortal Virgilio, y compusiera
De la *Eneida* el poema soberano;
Si fuera yo Platon ó Quintiliano;
Si un Leibnitz, un Lineo, un Newton fuera;
Si el Copérnico fuese de esta era;
Si un Pergolese, un Garrick ó un Ticiano,
¿Sabes qué hiciera entonces? Renunciara
Glorias de armas y letras, y al instante
Con ambicioso empeño las trocará,
Porque de mi persona en adelante
Esta gran corte la mitad hablara
De lo que da que hablar el elefante.

Responde el autor á un amigo, que le instaba á que publicase algunas poesías compuestas en su juventud.

Aunque es verdad que he escrito algunos millos
De versos, si no buenos, tales cuales,
Líricos, amorosos, pastoriles,
Satíricos, dramáticos, morales,
¿Qué han pecado mis coplas juveniles,
Para que con trompetas y atabales,
Con pregonero y sendos alguaciles
Salgan por esas calles y portales?....
No, Fabio; las sepulta una gabela,
Donde el sol no las ve, ni yo tampoco;
Ni han de estamparme en pública tarjeta,
Pues temo al vulgo como niño al coco.
Déjame con mi vena de poeta,
Y no quieras que tenga la de loco.

Vióse un guerrero en lides y ruínas,
Páganle en fama, voz que lleva el viento;
Desvelóse un autor, y está contento
Sólo con ver su nombre en las esquinas.
Cede un indiano el fruto de las minas
Porque le den de conde el tratamiento;
Surca un viajero el pérfido elemento
Para decir: «Estuve en Filipinas.»
Sacrifica en palacio un cortésano
Su salud, libertad, descanso y rentas
Sólo porque le mire el soberano.

Así yo sufro amor, celos, afrentas;
Sirvo, pretendo, y tú, dueño tirano,
Con sola una mirada me contentas.

Dicho de un andalus.

Estando de una cruz al pié sentado
Un andalus, gran chusco, gran chancero,
En un hijo del Bétis caballero
Pasa un fidalgo portugues finchado.

Mira, á ley de cortés y bien criado,
Al andalus y quita el sombrero;
Este, correspondiendo al forastero,
Se quita la montera con agrado.

«No he vosé á quem fago a cortesia,
Mas á essa cruz», le dice el lusitano
Con bien inesperada altanería;

Y el andalus responde: «Calle, hermano,
Puez yo tampoco á usted ze la jacia;
A ese potrico zí, que es mi paizano.»

Dicho de una gallega.

Cierta gallega que en la corte estaba
Advirtió várias veces que decía,
Quién no con intencion, por cortesia,
Dominus tecum al que estornudaba.

Cuando de vuelta en su lugar se hallaba
(Donde era este latin algarabía),
A todo aquel que estornudar oía
Con el *Dominus tecum* saludaba.

Reparando expresion tan campanuda
Una vecina, en tono espantadizo
Preguntó: «¿Qué decís al que estornuda?»

Y ella, encogida de hombros, satisfizo:
«Allá en Madrid lo dicen, y, sin duda,
Eso debe aliviar el romadizo.»

Al excelentísimo señor don Francisco Pámaro, recién electo procurador de San Marcos, en Venecia (1).

Hoy que, excitando pública alegría,
Decoro añades al honroso puesto
Que exigir tu gran mérito podría
Si supiese dejar de ser modesto,

La humilde, la lejana musa mía
Anhelaba llegar al Adria presto,
Como si el débil eco que allá envía
Pudiese hacer tu honor más manifiesto.

Pero la dije: «Al númen de la historia
Toca del digno prócer el retrato:
No eres bastante á pregonar su gloria;

«Di sólo que tu dueño le fué grato,
Y que eternos conserva en la memoria
Su culto ingenio y su apacible trato.»

Epitafio á don Juan de Iriarte, tío del autor.

En paz descansa, ¡oh venerable anciano!
En paz, que falta al mundo que abandonas,
A recibir de estrellas las coronas,
No de hiedra ó laurel caduco y vano.

Tu memoria el Parnaso castellano
Repetirá con llanto en ambas zonas,
Pues al compas del patrio verso entonces

(1) Traducción del soneto antecedente, por el conde don Juan Bautista Conti.

*Peacro, in questo sì festoso giorno,
Che il meritato onor sublimi, e fragi,
Tanto sei di virtù d'incliti pregi
(Ben so che offendo tua modestia) adorno,
Vuol pur mia musa al tuo d'Adria soggiorno
Volar, non usa a dir d'omini aprigi:
Stolta che avien con voci umili di pregi
Per più il tuo nome risuonare intorno.
Ma le dissi: e Rendo a tal morto onore
La Dea, che le bell'opre orna d'istoria:
Che tu non giungi di sue lodi al segno.
» Dir nol potrai che di gratia e d'amore
Mi degno un tempo, e ch'io serbo memoria
Del tuo dolce costume e culto ingegno.»*

El metro (2) sulmonense y (3) mantuanense.

Y tú, que pisas, mudo pasajero,
Al dulce *Iriarte*, que descansa ahora
Sin ciega envidia, sabio verdadero,
Si el intenso dolor que yo recibo
Me quieres aliviar, muerto le llora;
Que tú le amaras si le vieras vivo.

Contra las dos comedias que en él se expresan.

¡Oh *Bodas de Camacho*! ¡Oh sin ventura,
Y misera y mezquina y malhadada
Fábula pastoral! ¡Ay me, cuitada,
Llena de languidez y de tristura!

¡Oh *Menestrales*! pieza insulsa y dura,
De invencion tabernaria y arrastrada,
Y de moral que ni á la plebe agrada,
Aun cuando ve que al noble se censura.

Gemelas sois. Por más que los briales
Aloe la *Prado*, y lusca en la opereta
La *Tródesillas*, fastidias iguales.

Patio, aposentos, gradas y luneta,
Éstos sí que son jueces imparciales,
Y no los que ofrecía la *Gaceta*.

Á LA PRINCESA, NUESTRA SEÑORA.

En que se critican las dos comedias de *Las Bodas de Camacho* y *Los Menestrales*.

Entraís, señora, en el octavo mes;
Y hay quien diga, sin ser profeta Amós,
Que por segunda vez pariréis dos;
¡Ay Luisa amable! Y aunque fueran tres.

Lo malo es que en un año, y aún despues,
Hablando de gemelos y de vos,
Lloverán en Madrid (librenos Dios)
Malditos versos, dignos de entremes.

Los jueces de la pompa teatral
Premiarán dos comedias: premien mil;
Pero mandad, señora, al tribunal
Que, aunque á escribirlas venga un albañil,
No haya más *Pastoril* ni *Pastoral*,
No haya más *Menestral* ni *Menestril*.

El padre de los dioses soberanos
Desde los estrellados pavimentos
Se burla de los cálculos é intentos
Que en la tierra meditan los humanos.

De los amantes ciegos y livianos
También desprecia Amor los juramentos,
Y les permite hacer ofrecimientos,
Para reirse de que salgan vanos.

Así, por más que Apolo en algun día
Me consintió jurar que en lo futuro
Los versos y la lira olvidaría,

Hoy á cantar de nuevo me aventuro;
Pero tus gracias canto, Orminta mía,
Y no temo ni siento ser perjuro.

Todo yo á tu dominio estoy sujeto,
Pero mi pensamiento, no, señora,
Pues aunque lo rehuses, él te adora,
Y te pierde á sus solas el respeto.

Contempla el rostro de su amado objeto,
Y aún le besa mil veces cada hora;
El goza las delicias que atesora
Bajo el blanco cendal el corvo peto.

También sin tu licencia ni tu agrado
Suele llegar al dulce complemento
De aquel bien que Amor niega á un desdichado;
Ni puedes castigar su atrevimiento.....

Pero ¡ah! bastante queda castigado
Con ser, al fin, no más que un pensamiento.

(2) De Ovidio.

(3) De Virgilio.

Reconciliación después de unos celos y un desmayo.

Acordarme no quiero, Orminta amada,
Del desmayo en que apenas pude verte
Cuando estaba la imagen de la muerte
En tu bello semblante retratada.

Olvido la sospecha mal fundada
Que contra mí forjó la adversa suerte,
Y el cargo por el débil, pero fuerte,
Cuando tierna le hacías, cuando airada.

Sólo me acuerdo, sí, de aquel abrazo
En que tu gracia vi restituida,
Y vi alargada á mi esperanza el plazo.

No quede cicatriz de tal herida;
Reine la paz; y en tan estrecho lazo,
Hallan muerte los celos, y yo vida.

Metídes Amor á boticario un día,
Bella Orminta, y compuso una receta
Para curar á un misero poeta
Que herido de sus flechas padecía.

Mezcló la leche, el néctar, la ambrosía,
La azucena, la rosa y la violeta,

El metal rubio del primer planeta,
El coral y las perlas que el mar cria.

Pero salió el remedio tan ardiente
Como la misma fragua de Vulcano;
Erró el traidor la dosis ciertamente;

Sobre todo de sal cargó la mano;
Enconóse la herida de repente,
Y no espero en mi vida verme sano.

Al ver yo mil poetas salameros
Que á sus damas llamaban serafines,
Claviles, azucenas y jazmines,
Diamantes, perlas, soles y luceros;

Al ver cómo sus versos lisonjeros
De nácares llenaban y carmines,
Los llamaba salvajes y rocines,
Los trataba de locos y embusteros.

Hoy Cupido esta burla vengar quiere
Mandando que de Orminta me apasione,
Y con las armas que yo herí me hiere.

Que hable yo igual idioma ya dispone;
Mas si hay quien mi flaqueza vitupere,
Amor, haz que de Orminta se aficione.

¡Valga el diablo esta murria con que lucho,
Que há días que me tiene medio lelo!
Suspiro, como mal, de noche velo,
Y, sin saber por qué, madrugo mucho.

Me están hablando á veces, y no escucho;
Ya soy de distracción lindo modelo;
La soledad es mi único consuelo;

Era alegre, y me he vuelto hombre machucho.
De este mal que me pone en tal cuidado
El origen no acierto, y áun le ignora

Un famoso doctor que hoy me ha pulsado.....
¡Burro de mí! Ya doy en ello ahora:

Te vi, y sin duda estoy enamorado.....
Soy un necio; perdóname, señora.

Eres, Juana, el imán del alma mía;
Eres el norte fijo de mi idea;

Ys excedes en encantos á Medea,
Ya tu hermosura á Venus desafia.

Eres clavel, jazmín, rosa, ambrosía,
Leche, néctar, almíbar y jalea;
Tigre, Nerona, atroz Pentestíl; a;
Cielo, lucero, sol, la noche, el día.

Aljófár eres tú de la mañana;
Un cesto de rubies y granates,

Nácar, nieve, alabastro, porcelana.....
Mas; ¿qué te estoy diciendo?..... Mil dialates,

Que á damas que no valen lo que Juana
Han dicho otros poetas botarates,

No hay gusto cumplido.

Ni siquiera un renglón ayer he escrito,
Que es para mí fortuna nunca vista;
Hice por la mañana la conquista
De una graciosa ninfa á quien visito.

Entre amigos comí con apetito;
Fui luego en un concierto violinista,
Y me aplaudieron como buen versista
En cierto conciliábulo erudito.

Divertíme en un baile, volví en coche,
Y el día se pasó como un instante.

¡Qué diversion tan vária, tan completa!

¡Qué vida tan feliz!..... Pero esta noche
Me quitó el sueño..... ¿Quién? Un consonante.
¡Oh desgraciada vida de un poeta!

Respuesta á un amigo que llamó al autor hombre feliz.

Sí, Fabio; logro aquí salud cumplida,
Comodidad, trabajo moderado,
Amigos que me tratan con agrado,
Y libertad, que es la segunda vida.

La poesía dulce me convida,
La música me ofrece un desenfado,
¿Qué placer la lectura me ha negado?

¿Qué pesar en el baile no se olvida?

Envidias por todo esto mi ventura.....

¡Qué mal te quieres, Fabio! Te aconsejo
No vuelvas á pensar en tal locura.

¡Ah! Si vieras las prendas y el gracejo
De cierta desdeñosa criatura,
¡Qué dieras por no estar en mi pellejo!

A una dama que hilaba en un torno.

Algun día será lienzo casero,
Bella hilandera, ese delgado lino,
Y en su vez le arrastrará el destino,
Ya trapo vil, á un sucio basurero.

Luego le sacará de allí un trapero
Para que hagan papel en un molino,
Y escribirá (si mal no lo adivino)
Algun poeta en él un libro entero.

Írá este libro á manos de algun bicho
Que á los poetas menosprecia y aja;

Y entónces su excelencia, por capricho,
Se limpiará con él la sala baja.....

Arrima el torno, y di que yo te he dicho
Que este premio dan hoy á quien trabaja.

La independencia.

Del oro, como muchos, no dependo,
Fabio, pues ni le guardo ni codicio;
Ni dependo jamás del vulgar juicio,
Pues dar á tus mis obras no pretendo.

Del sexo mujerial casi no pendo,
Pues amo por placer, no por oficio;
Y áun menos de la corte y su bullicio,
Pues de fingir y de adular no entiendo.

Solamente dependo de la muerte,
Ya que discuro no hay ni diligencia
Que de su despotismo nos liberte.

Mas la espero sin miedo y con paciencia,
Vivo sin desearla; y de esta suerte,
Amigo, se acabó la dependencia.

Descripción de la familia y tertulia de cierta casa de Madrid.

Es don Miguel tu caballero andante;
Tú eres, Ines, la misma Dulcinea;
Es tu criada Maritónes fea,
Y tienes un lacayo Rocinante.

Tu tío á Sancho Panza es semejante,
Tu paje es natural que el Rucio sea,
Y tengo á tu marido, acá en mi idea,
Por follón, malandrín y atroz gigante.

Un majillo con traza de barbero
Veo en tu casa, y asimiamo un cura;
Cervantes será yo, que lo refiero;

Y para más novela y aventura,
Tienes un mal-ferido caballero,
Que está haciendo á tus piés triste figura.

Dictado por el autor, ya postrado en cama, pocos días ántes de su fallecimiento.

Lamiendo reconoce el beneficio
El can más fiero al hombre que le halaga;
Yo, escritor, me desvelo por quien paga
O tarde, ó mal, ó nunca el buen servicio.
La envidia, la calumnia, el artificio,
Cuya influencia vil todo lo estraga,
Con más rabiosos dientes abren llaga
En quien abraza el literario oficio.
Así la fuerza corporal padece,
Falta paciencia, el ánimo decae;
Poca es la gloria, mucha la molestia;
El libro vive, y el autor perece.
Y ¡amar la ciencia tal provecho trae!.....
Pues doy gusto á Forner, y hágame bestia.

Inserto en una carta del autor á don Vicente de los Ríos.

Yace debajo de esta fría losa
Uno más frío que ella, el buen Sedano,
Que escribió un drama hebreo y castellano,
E ilustró (1) ajenos versos con su prosa.
Débenlo coleccion voluminosa.
No pocos héroes del Parnaso hispano,
Sin que le fuese el público á la mano,
Mientras de autores muertos hizo glosa.
Quiso hablar de uno vivo; y el pobrete
Llevó una tunda célebre, que acaso
No la esperaba tal de un moxalveta.
Murióse de resultados del fracaso,
Diciendo: «Nunca más, *Madrigaleto*.....»
¡Adios, décimo tomo del *Parnaso*!

EPIGRAMAS.

Vendíase en almoneda la librería de un bético, y opinó el autor que á las puertas de ella se pusiese esta inscripción.

De libros un gran caudal
Aquí un bético dejó.
No temais comprarlos, no,
Que no se les pegó el mal.

Entando el autor componiendo unos versos, le importunaban las campanas de una parroquia, y las dijo entonces:

Campanas, ¡oh si con vos
Cargara el diablo á dos manos!
Que matais á los cristianos
En són de alabar á Dios;
Cuatro sois, no una ni dos.
Vaya, callad, y entre tanto
Versos (con más dulces canto
Que el vuestro) en premio os haré.....
¿No callais?—Aguardaré
A hacerlos el Viernes Santo.

Á un viscaíno muy aprensivo, que pidió á su zapatero le tomase el pulso.

Fabio de cabalgadura
Ya con el renombre se alza,
Pues el mismo que le calza
Es el que también le cura.

(1) Mejor diría yo *oñeco*.

Á una dama que se peinaba á sí propia.

Ya nada he de pretender
Sino que tu peluquero
Un día se quiera hacer
Amigo de mi barbero (2).

Casado con tres mozas en Granada
Al mismo tiempo un pícaro vivía.
La justicia mandó que castigada
Fuese en un burro tal poligamia.
Por las calles la plebe lastimada
Preguntaba el delito, y él decía:
Señores, me han sacado á dar doscientos.....
—¿Por qué?— Por frecuentar los sacramentos.

Á una dama que se arrebolaba, y gustaba de acariciar perros falderos.

Niña, ¿por qué disfrasas
Tu color con pintura?
Y ¿por qué con ternura
Perros besas y abrasas?
Ya de tí me rechazas
Con tu gusto insensato;
Y es doble desacato
Que anden en tu palmito
La pata del perrito
Y la mano del gato.

Cierto verdugo formó
De trapos, paja y papel
Un hombre, ensayando en él
A un hijo que Dios le dió.
Mas el aprendiz clamó:
«Padre mío, yo no quiero
Oficio tan carnicero.»
Y el padre dijo: «¡Ah, bribón!
¿No es ésta tu vocación?.....
Yo te pondré á tabernero.»

Á una dama que se arrebolaba á sí propia.

Lisarda, cuantos pintores,
En su oficio consumados,
Consiguen ver celebrados
De su pincel los primores,
Ya te son muy inferiores,
Pues ninguno en arte tal
Posee el dón especial
Y habilidad superior
De ser á un tiempo *pintor*,
Retrato y *original*.

Críticas á cierto poeta que acostumbraba truncar en sus poesías el sentido de las expresiones, dividiendo entre el fin de un verso y principio del otro algunas dicciones que deben usarse siempre unidas.

Muchos dicen que, porque *al*
Verso siguiente va *con*
Las palabras de otro, *don*
Fulano pasa por *mal*
Versista; pero aun con *tal*
Error, cumple como *buen*
Poeta, pues poniendo *en*
Sus versos cabales *las*
Silabas, deja á otro *más*
Hábil colocarlas bien.

Á un célebre tocador de clarín.

Cuando disminuye ó crece
En ese clarín el viento,
Y cuando á tu docto aliento
Con tal dulzura obedece,
Uno de sus dos parcos

(2) El que escribió este epigrama se afeitaba á sí propio.

Que la Fama te prestó,
Diciendo: «No basto, no,
Para alabarte, y así,
Tú mismo alábate á tí,
Que lo harás mejor que yo.»

A don Josef Castellanos, sujeto habilitado en el difícil arte de remedar.

Con variedad tan ligera,
Moviendo ojos, lengua y manos,
No es un hombre Castellanos,
Es una nación entera.
Por su boca justo es quiera
La naturaleza hablar,
Pues su ingenio singular
Todo lo copia tan fiel,
Que imitando á todos él,
No hay quien le pueda imitar.

A un viscaíno, autor de unos malos versos castellanos en metro que él llamaba sáfico y adónico.

Por más que en metro latino
Voces castellanas usas,
No te permiten las Muses
Dejar de hablar viscaíno.
El rebuzno de pollino,
En que el verso se trocó
Que Safo en Grecia inventó,
Hizo que Apolo exclamase:
«Caballo en el Pindo (1), pase;
Pero ¡borrico! — Eso no.»

A una dama que padecía una fluxion á los ojos.—Redondilla compuesta de repente, con motivo de haber dicho á la señora uno de sus tertulianos que sentía mucho verla así.

Hoy tus ojos no están buenos,
Y hay quien dice que lo siente;
Yo no, porque, finalmente,
Son dos enemigos ménos.

Escribano, que inmediata
Tienes tu casa á un platero,
Pon en ella este letrero:
«Todos limpiamos la plata.»

Cierto escritor de sainetes
Dice que hace lo que sabe,
Y autores hay que aseguran
Que no sabe lo que hace.

A un viejo avasiento.

Haces muy bien en ser aprovechado;
Que con eso tendrás, cuando te mueras,
Un pedazo de pan asegurado.

En tus versos á Teodora,
Fabio, no has hecho muy mal
En llamarla *mi pastora*,
Porque la buena señora
Tiene la traza de tal.

Mahomed, yo te aseguro
Que en medio de estas querellas,
Si nos pides cien doncellas,
Nos vemos en un apuro.

Juguete, respondiendo con las mismas palabras de la pregunta.

He reñido á un hostelero.
¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?
— Porque donde, cuando como,
Sirven mal, me desespero.

POESÍAS VARIAS.

Definición del mal que llaman *asplia* (en inglés *spasm*).

Es el *asplia*, señora, una dolencia
Que de Inglaterra dicen que nos vino;
Es mal humor, manía, displicencia,
Es amar la aficción, perder el tino,
Aborrecer un hombre su existencia,
Renegar de su genio y su destino,
Y es, en fin, para hablarte sin rodeo,
Aquello que me da si no te veo.

PREGUNTAS SUELTAS.

¡Mujer, mujer! ¿qué más quieres de mí?
¿Quieres aborrecerme? — Eso haces ya.
¿Quieres mi corazón? — Ya te le di.
¿Quieres misa á tus manos? — ¡Ojalá!
¿Quieres versos? — Pues hételos aquí.
¿Quieres que no te vea? — Bien está.
Pues di, mujer, ¿qué más puedo hacer yo?
¿Olvidarte? ¡Ay, mis ojos! Eso no.

A la fortuna que logró el autor en que una dama le copiasse unos versos suyos.

DÉCIMA ENDECASILABA.

Del dios de los poetas soberano
Huyó la bella Dafne rigurosa;
Yo hallé Dafne más bella y más piadosa,
Siendo de Apolo un aprendiz mediano.
Hoy ella misma con su blanca mano
Se digna de escribir mi poesía,
Y el dios ser aprendiz desearia;
Que cuando logro yo dicha tan rara,
Mi lira por la suya no trocará,
Y él trocará su Dafne por la mía.

SILVA.

No bien nace la aurora,
Cuando mis amorosas inquietudes,
Que en siglos me convierten cada hora,
Para sufrir de nuevo ingratitudes
Me hacen dejar el lecho que aborresco.
Desde entonces al mal de que adolezco
Mi triste fantasía,
Cansada de buscar otros alivios,
Uno solo procura,
Cuando á exclamar me obliga: «¿Por ventura
Este que hoy amanece será el día
Que la tormenta trocará en bonanza?
¿No querrán todavía
Aquellos ojos que me miran tibios
Animar mi perdida confianza?»

Así busco á mi pena algun consuelo
Mientras el sol prosigue su carrera;
Pero despues que de la noche el velo
Las tierras ha enlutado,
Si examino mi estado,
Tan infelice soy como antes era.
¡Ah, beldad hechicera!
Dulce transformadora
De mi genio, costumbres, diversiones,
Tareas, complexion, inclinaciones!
Mi corazón, de que hoy eres señora,
Sólo al amor por tí ya se dedica,
Y sus pasiones todas sacrifica.

Permite que me acuerde
De cuando yo solía,
De pesares ajeno,
Ya reclinado sobre el césped verde
Que en sus orillas Manzanares cria,
Ya en el retiro ameno
Del soto, cuya entrada el sol ignora,
Con lira, á la verdad, poco sonora,
Cantar mis pobres versos, inspirados
De musa no discreta,

Pero fácil, alegre y sin cuidados....
 ¡Quién pudiera decir lo mismo ahora!
 —He renunciado el lauro de poeta,
 Que sólo mereciera si mis rimas
 A los remotos climas
 Pudiesen extender tu nombre y gloria.
 Reina, reina tú sola en mi memoria,
 Aunque las nueve Musas ya se olviden
 Por las tres Gracias, que hoy en tí residen.
 Acuérdomé también de que algún día
 El placer de la música armonía
 Ejerció en mis potencias tal imperio
 Y eficacia tan rara,
 Que, rendido á su grato cantiverio,
 Tal vez el arco con que toca Apolo
 Preferí al arco con que Amor dispara.
 Mas ya ni un tono solo
 Forma en las roncadas cuerdas
 El tardo impulso de las flojas cerdas,
 Que en lo tierno y quejoso de su acento
 No exprese tu rigor y mi tormento.

Propension me debía
 En otro tiempo de la esgrima el arte,
 Sirviéndome de guía
 Prudentes leyes del astuto juego,
 Con que adestraba Marte
 De la edad juvenil el brio ciego.
 Hoy la amada costumbre
 De empuñar el acero olvidaría,
 Si para merecer la recompensa
 De mi fiel servidumbre,
 Emplearle no logro en tu defensa.
 ¡Qué ha sido de aquel tiempo delicioso
 En que jamás la danza divertida
 A la tristeza permitió cabida
 Para turbar el plácido reposo
 De este pecho, que dudo ya si es mío?
 ¡No era yo el que en estrados,
 Donde cien hermosuras,
 Sus gracias ostentando y su atavío,
 Los sentidos dejaban encantados,
 Conté por la mayor de mis venturas
 Que me hallase bailando sin desmayo—
 De la aurora siguiente el primer rayo?
 Mas ya no hay para mí recreo alguno
 Que sin tí pueda serlo. ¡Oh, si quisiera
 El destino importuno
 Que, más benigna por un breve instante,
 Una mirada tuya resarciera
 Los tranquilos placeres que á tu amante
 En tiempo más dichoso han ofrecido
 Música, poesía, esgrima y danza!
 Duélete, pues, al ver cuál se eterniza
 Con tan vano deseo su esperanza;
 Contempla qué pasión le martiriza;
 Mira los bienes que por tí ha perdido,
 Y luego di si es digno de tu olvido.

EPÍSTOLA.

Respuesta del autor, en estilo familiar, á un caballero (1) que, sin descubrir su nombre, le había enviado desde Viena unos versos castellanos en elogio del poema de *La Música*, en los cuales fingía haber oído el juicio favorable que sobre él habían dado Apolo y las Musas.

Señor, sabio alemán desconocido,
 Que os dais á conocer ya demasiado
 Con versos de repente ó de pensado
 Que os descubren el número escondido,
 ¡Qué mala tentación os ha inducido
 A escribirme ingeniosas alabanzas,
 Con que en este país se me acrecienten
 Los envidiosos que mi dicha sienten?
 A fe que os saldrán caras vu stras chanzas,
 Porque os cabrá la competente parte
 En las censuras que se aguarda Iriarte.
 Ya les oigo que claman:
 «¡Quién le mete al de Viena

Adonde no le llaman,
 Juzgando versos de española vena
 Y haciéndolos también? ¡Vaya que es buena!
 ¡Que el bendito señor se satisfaga
 De un poema que acá nos empalaga,
 Nos degüella, nos pica y endemonia!
 Traiga, traiga el autor aprobaciones
 De Alemania, de Rusia, de Polonia;
 Ponga entre sus poéticos blasones
 Los elogios del mismo Metastasio;
 Resuciten Apéles y Parrasio
 Para inventar dibujos
 Que adornen la edición de su cuaderno,
 Y envanézcase, en fin, con los influjos
 Que entre serios cuidados del gobierno
 Un benigno Mecénas le dispensa;
 Que apenas salga su obra de la prensa,
 Ya se arrepentirá de la osadía
 De haber así tratado en poesía
 Un nuevo asunto de tan rara casta
 Que no le conocemos....

Mas conocemos al autor, y basta
 Para que sin piedad le critiquemos.»
 Vuestra intención aprecio, señor mío,
 Y de que honreis mis versos me glorio;
 Pero, á decir verdad, me compadezco
 De que expongais aquí vuestro buen nombre,
 Si no queréis pasar por un pobre hombre.
 En vez de los aplausos que merezco
 A vuestro ingenio y honrades germánica,
 Escribid una crítica *Sedánica*
 Que exagere y publique mis defectos,
 Y en Madrid ganaréis muchos afectos,
 Que tendrán vuestra pluma en gran estima,
 Y os darán gracias y dinero encima.

Un lance he de contaros á este intento,
 Que me hace presumir, con fundamento,
 Que sin duda las musas de Alemania
 Muy diferentes son de las de España.

Del turbio Manzanares en la orilla
 Rumiando estaba yo mis consonantes,
 Cuando por el camino de la villa
 Vi bajar nueve ninfas, con semblantes
 Poco apacibles por su adusto ceño,
 Desaliñadas y de mal pergeño.
 Según ciertas señales bien confusas,
 Me llegué á persuadir que eran las Musas;
 Y oí que de mí músico poema,
 Al uso madrileño

Hablaban, fulminándome anatema.

Una dijo con pronto desenfado:
 «¡Qué importará al Estado
 Esa ristra de versos jacareros
 Que tratan de enseñar á pitóferos?
 Toquen, con Barrabas, como supieren,
 O que no toquen, si tocar no quieren,
 Que así tendremos ese ruido ménos.»
 Otra luego añadió: «Malos ó buenos,
 Siempre tuvimos músicos de sobra,
 Sin que necesitasen de tal obra
 Con que hacerse peritos

En el arte de echar sus gorgoritos.»
 Cuál observó no ser de mi incumbencia
 Explicar los preceptos de una ciencia
 En que soy meramente aficionado;
 Cuál dijo que el poema era robado
 De Rameau, Dalambert, Rousseau, Tartini,
 O del padre Nasarre, ó de Martini;
 Otra clamó que el libro le ha engañado,
 Pues creyó que con él bien se podría,
 Sin andar á la escuela,
 Cantar una tirana (2) á la vihuela
 Tan bien como en cualquiera barbería;
 Y que al lado de un ciego se aprendía
 En un par de mañanas,
 Más que con el poema en diez semanas.
 Otra manifestó que un tanto cuanto
 Se la antojó leer del primer canto,
 Y que por poco pierde la chabeta;
 Porque aquello de gama, semitonos,

(1) El señor Bosarte, secretario de S. M., y de la Real Academia de San Fernando.

(2) Canción andaluz que hoy está muy en moda en Madrid.

Intervalos, posturas y tritonos,
Sólo era greguería,
Monserga, guirigay y algarabía,
Farándula, embolismo y quisicosa
Para la diversion de gente ociosa.
Estos, en suma, y otros muchos talca
Eran los pareceres
De aquellas impolíticas mujeres.
Con sudores mortales
Estaba yo escuchando
Sus rigurosas decisiones, cuando
Vi que se me acercaba el buen Apolo,
Y que muerto de risa me decía:
«¡Ah grandísimo bolo!
¿De qué te afliges, di? Yo juraría
Que de esas bachilleras haces caso,
Teniéndolas por musas del Parnaso.
Pues te equivocas miserabl mente;
Y de ese conciliábulo insolente,
Más que razones, oírás injurias.
No son las Musas, no; son las tres Furias,
Que abandonando la infernal estancia,
En las letras ejercen su fiera:za:
Viene en su compañía la *Ignorancia*,
La *Envidia*, la *Discordia*, la *Pereza*,
La *Falsedad* traidora
Y la *Parcialidad* adúladora.
Mira qué Musas éstas,
¿Qué amables, qué graciosas, qué modestas?
Pues, para tu consuelo,
Sábet que otras no hay en este suelo.
Pero no te dé pena;
Que, si de éstas no gustas,
En acudiendo á Viena
Las hallarás afables y más justas.»

LETRAS PARA MÚSICA.

LA DIVINA PROVIDENCIA.

Villancico compuesto sobre el mismo CXX, *Benedic, anima mea, Domino*, etc., y propuesto por asunto en la oposicion al magisterio de capilla de la catedral de Astorga, en 1781.

INTRODUCCION.

Aléntate, alma mia:
¿Qué dudas? ¿en qué piensas?
¿Por qué á tu Dios no alabas,
Soberano Hacedor de cielo y tierra? (1).
¿Podrás mirar las obras
Que anuncian su grandeza
Sin que tributes himnos
A su poder y eterna providencia? (2).
Aléntate, alma mia:
¿Qué dudas? ¿en qué piensas?
Al Dios supremo ensalza,
Que todo lo ha criado y lo conserva.

ESTRIBILLO.

¡Ah, Señor! que al acento imperioso
De tu voz, que cual trueno resuena (3),
El mar furioso brama
La dura tierra tiembla (4),
Las altas nubes huyen,
Los fuertes vientos vuelan.
¡Ah, Señor! que á una sola palabra,
A una sola mirada, una señal,
Ya dan riego las fuentes (5),

(1) *Benedic, anima mea, Domino.*

(2) *Domine, Deus meus, magnificatus es vehementer.*

(3) *Ab incruptione tua fugient: a voce tonitru tui formidabunt.*

(4) *Qui respicit terram, et facit eam tremere.*

(5) *Qui emittit fontes in convallibus.*

Ya las flores descuellan,
Ya los árboles crecen (6),
Ya las aves gorjean (7).
Porque tú, Dios benigno, lo quieres,
Y á tu mando obedece la tierra,
Los olivos, las mieses
A los hombres sustentan,
Y el licor generoso
De la vid los deleita (8).
Porque á todos alcancon los bienes
Que derrama tu pródiga diestra,
A ganados y peces
El pasto no escasea (9),
Ni al pajarillo el nido (10),
Ni el asilo á la fiera (11);
Porque tú, Dios benigno, lo quieres,
Y á tu mando obedece la tierra.

RECITADO.

¡Oh gran Dios! de este modo
Tu omnipotencia resplandece en todo (12).
Elévase las cumbres de los montes;
Humíllanse los valles y los prados (13);
Extiende el ancho mar sus horizontes,
Sin exceder sus límites usados (14).
La luna, que mudable nos parece,
Sus períodos guarda sin mudanza (15).
Cuando se oculta el sol, cuando aparece
Mide á compas seguro su tardanza (16).
Luego, en tanto que dura
El silencioso horror de noche obscura (17),
Buscando el alimento,
Del leon el cachorro ruge hambriento (18),
Y á conseguirle llega;
Que á nadie el Criador su amparo niega.

RONDÓ.

Siempre digno de alta gloria (19),
Viva y reine el sumo Dueño,
Cuyo nombre en mi memoria
Nunca borrar podrá
Ni el mortal sueño (20).
¡Oh qué muestra dan al mundo
De su gran sabiduría
Tierra, cielo y mar profundo! (21).
¡Oh qué muestra le da
La noche, el día!
Siempre digno de alta gloria, etc.
Quien jamas nos abandona,
Quien sus obras ama tanto,
Quien consuela, quien perdona,
No, no desdeñará
Mi humilde canto (22).
Siempre digno de alta gloria, etc.

(6) *Saturabuntur ligna camp.*

(7) *Super ea voluerit caeli habitabunt: de medio petrarum dabunt voces.*

(8) *Ut educas panem de terra, et vinum latifcet cor hominis.*

(9) *Et exhilares faciem in oleo, et panis cor hominis confirmat.*

(10) *Producers fenum jumentis.*

(11) *Illis passeris nidificabunt.*

(12) *Montes excelat cervis, petra refugium horinactis.*

(13) *Quam magnificata sunt opera tua, Domine.*

(14) *Ascendunt montes, et descendunt campi in locum quem fundas illis.*

(15) *Terminum posuisti, quem non transgredientur, neque convertentur operire terram.*

(16) *Fecit lunam in tempore.*

(17) *Sol cognovit occasum suum.*

(18) *Posuisti tenebras, et facta est nox.*

(19) *Catuli leonum rugientes, ut rapiant, et quaeram a Deo escam sibi.*

(20) *Sit gloria Domini in saeculum.*

(21) *Cantabo Domino in vita mea: psallam Deo meo quamdiu sum.*

(22) *Omnia in sapientia facisti: impleta est terra possessione tua.*

(23) *Succundum: sicut eloquium meum.*

ANACREÓNTICAS.

I.

Viéndome Cupido
Estar padeciendo
Por la bella Orminta
Sin fruto, sin premio,
Compasivo quiso,
Por extraño medio,
Aliviar mis penas
Un breve momento.
Cuando al sueño daba
Mis cansados miembros,
A una falsa imagen
Debí algun consuelo.
Soñé que mi esquivo,
Que mi hermoso dueño,
El dueño á quien siempre
Querré, quise y quiero,
No era de mil gracias
Perfecto modelo.
Ni en él advertía
Belleza ni ingenio.
Soñé que aquel rostro,
Que fué mi embeleso,
Sonrosado no era,
Ni rubio el cabello.
Soñé que sus labios
No eran tan bermejos,
Ni sus garzos ojos
Grandes y despiertos;
Que no era su risa
La risa de Venus,
Ni el eco de su habla
Grato y halagüeño.
Soñé que en el baile
Sus pies no eran diestros,
Que en nada tenían
Sus manos acierto,
Que no era su talle
Noble y bien dispuesto,
Ni su andar airoso,
Ni su trato ameno.
«¡Qué! (dije) ¡y es ésta
La que estoy queriendo?
Olvidarla es fácil
Y amarla era yerro.»
Al amor tirano
Despido contento;
Aplaudo mi dicha,
Y entónces despierto.
Mi engaño conozco,
Orminta, y ya quedo
Bien escarmentado
De creer en sueños.

II.

Cuando la tierra fría
Dé hospedaje á mi cuerpo,
¿Qué servirá que deje
Acá renombre eterno;
Que me erija un amigo
Sepulcral monumento;
Que me escriba la vida;
Que publique mis versos;
Que damas y galanes,
Niños, mozos y viejos
Me lean, y me lloren
Mis parientes y afectos?
Esta fama, esta gloria,
A que aspiran mil necios,
No me da, mientras vivo,
Vanidad ni consuelo.
No quiero yo otra fama,
Otra gloria no quiero,
Sino que se oiga en boca
De niños, mozos, viejos,
De damas y galanes,
De parientes y afectos:

DON TOMAS DE IRIARTE.

«Este hombre quiso á Laura,
Y Laura es quien le ha muerto.»

III.

Algun día, Lisarda,
Tuve, si bien me acuerdo,
Cinco sentidos míos;
Mas ya ninguno encuentro.
Los gustos que solia
Recibir yo por ellos,
Ni me parecen gustos,
Ni aun creo que los siento.
Cinco eran bien cabales.
Responde: ¿qué se han hecho?
Tú me los has robado;
Oye de qué lo infiero.

A mi vista agradables
Eran en otro tiempo
Lo frondoso de un bosque,
Lo florido de un huerto,
La hermosa perspectiva
De los azules cerros,
Las fértiles llanuras
Y el estrellado cielo.
No es ya para mis ojos
Deleite nada de esto,
Que sólo se deleitan
En ver los de su dueño.
¿Cuántas veces colmaron
Mi oído de contento
Con alternadas glosas,
Con trinos y gorjeos,
Al perenne susurro
De un arroyuelo inquieto,
Entre las altas ramas,
Los músicos jilgueros!
Mas ya, Lisarda mía,
Sólo á tu voz atiendo,
Cuando con una gracia,
Cuando con un acento
Que en el alma se interna,
Que excita mil afectos,
Dejas en mí indeleble
La impresion de tus ecos.

Delicias del olfato
En algun tiempo fueron
El jazmín y la rosa,
El florido romero.
Ya el olor de las flores
No me causa recreo,
Cuando no huelo aquellas
Que adornaron tu seno,
Aquellas que tú misma
Con semblante halagüeño
Permites que á mi mano
Pasen desde tu pecho.

Regalábase el gusto,
Bajo un parral espeso,
Con el fruto pendiente
De los verdes sarmientos.
Ya en verano saciaba
El paladar su anhelo
Con la fresa cogida
Del húmedo terreno,
O ya le recreaba
En el rígido invierno
El jugo que las uvas
Sazonadas rindieron.
Ningun manjar sabroso
Hoy, Lisarda, apetezco,
Sino aquellas finzas
Que de tu mano obtengo.
Ni el licor que da Baco
Ya con deleite pruebo
Sino en el mismo vidrio
En que tu labio has puesto.

En fin; Lisarda hermosa,
Porque veas si es cierto
Que ni un sentido sano
Has dejado en mi cuerpo,

Ya mi tacto, que nunca
Fué embotado ni lento,
Para tu sexo todo
Insensible se ha vuelto.
Sólo cuando tu mano
Con los hoyosos dedos.....
Mas ¿qué digo?— Perdonas,
Que me engañó el deseo.

IV.

La ocasion de obsequiarte
Divisé muy de lejos:
Bien digo yo que nunca
Tuve en amor acierto.
Córsete, señora,
El abanico al suelo;
Hallarse uno bien cerca,
Y echarse á tus pies luego;
Levantarle y ponerle
Con gozo y rendimiento
En esas bellas manos,
Valiendo algo el pretexto,
Es dicha para alguno
Que en amor tenga acierto,
No para mí, que en todo
Fatal suerte padezco,
Pues ni estuve tan cerca,
Ni me eché á tus pies luego,
Ni alzar el abanico
Permitió el breve tiempo,
Ni le puse en tus manos,
Ni me valió el pretexto.
Bien digo yo que nunca
Tuve en amor acierto.

V.

Para que mi alma sane
De la herida que en ella
Hizo el traidor Cupido
Con penetrante flecha,
Tú, que mi amor no entiendes,
Me recetas la ausencia,
Y el cómo he de ausentarme:
Es lo que no recetas.
Yo, que hallar no confío
Alivio en mi dolencia,
Temo que mi tormento
Más con la ausencia crezca.
¿Iré acaso á una quinta,
Iré á una bella aldea,
En que ostente sus dones
La fresca primavera?
Sí; pero allí los valles,
Los huertos, las riberas,
Los prados, los arroyos
Y las frondosas vegas
Serán fieles testigos
De mil raras tristezas,
Unas que llevo, y otras
Que, si allá voy, me esperan.
En la arena del río,
En las verdes cortezas
Escribiré aquel nombre
Que hoy olvidar quisiera.
Repitiéndole siempre
El oco de las selvas,
Hará que mi tormento
Más con la ausencia crezca.
Querrás que me acompañen
Libros de ingenio y ciencia,
Que en el discurso alivien
Lo que el corazón pena.
Sí; pero nada es fácil
Que yo, infelice, lea
Sino amorosos versos
De algun tierno poeta;
Y entónces los carinos,
Las dulzuras, las quejas

Harán que mi tormento
 Más con la ausencia crezca.
 ; Recurriré al deleite
 Que en sonoras cadencias
 La música divina
 Al oído franquca?
 Sí; pero en cada acento
 Que despidan las cuerdas
 Se oirá el llanto mío,
 Que ablandará las piedras,
 Y los pausados tonos
 De la armonía tierna
 Harán que mi tormento
 Más con la ausencia crezca.
 Ausencia es un castigo
 A que Amor nos condena:
 Si Amor me le enviare,
 En hora buena venga;
 Mas no quiero yo mismo
 Imponerme esta pena
 Para que mi tormento
 Más con la ausencia crezca.

VI.

Con motivo de otra que un poeta había escrito
 a una dama muy aficionada á dos pájaros
 canarios.

Las inocentes aves
 Que halagas y sustentas,
 Cuantos cariños logran,
 Tantos celos despiertan.
 Islas Afortunadas
 Llamen la patria de ellas,
 Y tú las haces dignas
 Del nombre de su tierra.
 No es mucho que un amante
 Que sabe, hermosa Celia,
 Lo que valen tus gracias
 Y tus caricias tiernas,
 Envidie los favores
 Que tan ingrata niegas
 A quien más los merece
 Porque más los aprecia.
 No es mucho si otras aves
 Que la fama celebra
 Quisieran ser canarios
 Sólo por ser de Celia.
 Aquel hermoso cisne
 Bajo cuya apariencia
 Júpiter mismo quiso
 Enamorar á Leda;
 Las palomas que á Vénus
 Por los aires pasean,
 Desde Amatunte á Páfos,
 Desde Chipre á Citera;
 El águila que á Jove
 El sacro rayo lleva,
 Y el pavón á quien Juno
 Honra con preferencia,
 Lo renunciarán todo
 Por gozar tus finezas;
 Que en deleite ganarán
 Y en honor no perdieran.
 Crezcan tus pajarillos,
 Y su música exceda
 A la música vana
 De suave filomena.
 Lo que en amor te deben,
 Lo que en halago y fiestas,
 Te paguen en aplausos
 De sonora cadencia.
 Paguen, sí, como suelen
 Los sensibles poetas,
 En acentos de Apolo
 De Cupido las deudas.
 Mas ¡ay, que el canto ronco
 De mi muesa, no diestra,
 En vano á sus gorjeos
 Hoy compararse intenta!

Ellos sí que merecen
 Que afable los atiendas;
 Ellos, y el cantor dulce
 Que envidió tus ternuras.
 Paréceme que escucho
 De su lira en las cuerdas
 Imitados los ecos
 Del verso, en que pondera
 El latino Catulo
 Las gracias y excelencias
 Del pájaro pulido
 Delicias de su Lesbía.
 Un poeta elegante
 Celia obtuvo como ella,
 Y aunque á sus dos canarios
 El tanta envidia tenga,
 Yo mucho más le envidio
 La dichosa licencia
 De ser nuevo Catulo
 De aquesta Lesbía nueva.

Definición de lo que modernamente se llama
 coqueta.

DÉCIMAS.

Es la coqueta mujer
 Que pasa alegre su vida,
 Procurando ser querida
 Y no pensando en querer.
 Si uno llega á pretender,
 Nunca de sí le rechaza,
 Pues sabe con linda traza,
 Dejando á todos iguales,
 Recibir los memoriales
 Y no proveer la plaza.
 Tan satisfecha y tan vana
 Como traviesa y burlona,
 Con el que más se aficióna
 Gusta de ser más tirana.
 Si la celan, está ufana;
 Si no la celan, mejor;
 Deden, ternura, furor,
 Tristeza y gozo aparenta;
 Cualquier papel representa
 En la comedia de amor.
 Su empeño es que este rival
 Dé malos ratos á aquél;
 Por atraer al infiel
 No hace caso del leal.
 De promesas liberal,
 De favores avarienta,
 Es deidad que se contenta
 Con el obsequio exterior,
 Y no atendiendo al valor
 De sus víctimas, las cuenta.
 Con ademanes falaces
 Saluda, conversa, gufiña;
 Finge en el aire una rífla
 Por gusto de hacer las paces.
 ¿De qué no serán capaces
 Su voz, su risa, su llanto?
 Ríndese un hombre á este encanto;
 Va á tocarla con un dedo,
 Y ella le responde: «Quédo,
 Que no lo dije por tanto.»

DÉCIMA DISPARATADA (I).

Tocando la lira Orfeo
 Y cantando Jeremías,
 Bailaban unas folías
 Los hijos del Cebedeo.

(1) Esta décima glosada, y las quintillas
 que se siguen, cayeron en gracia cuando se
 hicieron, casi de repente, en una tertulia de
 gente de buen humor, sólo con el fin de acu-
 mular los mayores despropósitos. Si algun
 adusto crítico se indignare de verlos impre-
 sos, sirvale de calmante aquella sentencia de
 Horacio: *Dulce est desipere in loco.*

En esto el dios Himeneo
 Llamó á la casta Susana,
 Que asomada á una ventana
 Se rascaba la mollera,
 Y la dijo: «¡Quién te viera
 Gran duquesa de Toscana!»

GLOSA.

Vino un día Menelao,
 Sobrino de Faraon,
 Conducido en un simon
 Hasta el puerto de Bilbao.
 Un plato de bacallao
 Le causó tal regodeo,
 Que á todos dijo en hebreo:
 «Vamos tomando café,
 Sin embargo de que esté
 Tocando la lira Orfeo.»
 Al oírlo doña Urraca,
 Noble infanta de Castilla,
 Se metió bajo la almilla
 Una cruz de Caravaca.
 Diéronla mucha matraca,
 Y ella dijo: «No en mis días,
 ¿Qué importa á las tres Marías
 Que esté, cuando yo lo mando,
 San Pascual Bailon llorando,
 Y cantando Jeremías?»
 Estaba allí Garibay,
 Y dijo al oído á Enéas:
 «Calla, tonto, no lo creas,
 Que todo esto es guirigay.»
 Con cascaca verdegay
 Se apareció Zacarías,
 Que al són de las letanías
 Vino cantando el cumbé,
 Y ellos en deshabillé
 Bailaban unas folías.
 Saltó el Virey del Perú,
 Y arrancando su meleta,
 Dijo, con la boca llena
 De turrón y de alajú:
 «¿Dónde está mi biricó?
 Mi sotana y mi manteo?
 Que me voy al jubileo
 A rezar por los difuntos,
 No sea que duerman juntos
 Los hijos del Cebedeo.»
 Acercóse por detrás
 El guardian de San Francisco,
 Hecho un fiero basilisco,
 Gritando: «Ya lo verás.»
 Púsole entonces Caifas
 Un semblante adusto y feo,
 Y amenazando á Morfeo
 Con un puñal de Albacete,
 Dijo: «¡Pues por qué se mete
 En esto el dios Himeneo?»
 Luego se apcó Neron
 De la burra de Balan,
 Y convidó al Tamorian
 A comer un salchichon.
 El otro, muy remolon,
 Respondió: «No tengo gana.»
 «Guárdelo para mañana»,
 Dijo la reina de Hungría;
 Y él, por tener compañía,
 Llamó á la casta Susana.
 Picada la gran Cenobia
 De desaire tan cruel,
 Dijo al inocente Abel:
 «Pues tengo de ser tu novia.»
 Desde Málaga á Segovia
 Navegaron por Guadiana,
 Y encontrando á la Sultana,
 La dicen, muertos de risa:
 «Más valiera estar en misa
 Que asomada á la ventana.»
 A la orilla del Leteo
 Se quedó la Emperatriz,
 Puesta la sobrepellis
 De san Carlos Borromeo.

Quiso ser su chichisveo
El dean de Talavera,
Que mandaba una galera
De Barbaroja el pirata;
Mas, sin oírle, la ingrata
Se rascaba la mollera.

Llegó entónces, por acaso,
El holandés Tito Livio,
Y leyó á santo Toribio
La *Jerusalén* del Taso.
No bien lo oyó Garcilaso,
Cuando, viendo en la escalera
A la Electriz de Baviera,
Que iba al golfo de Lepanto,
Le quiso quitar el manto,
Y la dijo: « ¿Quién te viera! »

Sixto Quinto y Cicerón,
Don Pelayo y san Crispín,
El arzobispo Turpin,
Motezuma y Calderón
Fueron todos de opinión
De que á la Samaritana,
Que fué vista de la aduana
En el concilio de Trento,
Se la eligiese al momento
Gran duquesa de Toscana.

QUINTILLAS DISPARATADAS.

En la *Historia* de Mariana
Refiere Virgilio un cuento
De una niña de Diana,
Que, por ser mala cristiana,
Fué metida en un convento.

Salíó Scipión Africano
A impugnar esta opinión,
Publicando en castellano
Una gran disertación
Sobre el caballo troyano;

En la cual se convencia
Que por razón natural,
Y según la anatomía,
No debe el cirio pascual
Ardor en la Epifanía.

Discordes los pareceres
De todos los literatos,
Al oráculo de Céreres
Preguntaron si Pilátos
Se casó con dos mujeres.

Respondió luego la diosa
Que proponerla acertijos
Era diligencia ociosa,
Sabiendo que siete hijos
Tuvo santa Sinfóroa.

Obscura fué la respuesta,
Y dijo el rey Baltasar:
« Pues, señores, ¿qué nos cuesta
Enviármelo á preguntar
Al Concejo de la Mesta? »

Congregóse el tribunal,
Y el rey Vamba, de golilla,
Con un texto de Marcial
Defendió que el Escorial
Es la octava maravilla;

Alegando por apoyo
De tan justo raciocinio,
Que el lance que llevó al hoyo
Al secretario Santoyo
Se halla prevenido en Plinio.

Teniéndolo por error,
Replicó don Josef Nebra,
Célebre compositor,
Que nunca estuvo en Ginebra
El diablo predicador;

Que era entenderlo al revés,
Pues con decreto severo
Mandó el parlamento inglés
Que nunca sin el cordero
Se pintase á santa Inés.

Y aun con mayor acrimonia
Probó el poeta Menandro
Que, aunque nació en Macedonia

El magnánimo Alejandro,
Fué colegial de Bolonia;

Al modo que Constantino,
Ya graduado en Alcalá
(Como observa Calepino),
Vió volver el agua en vino
En las bodas de Caná.

« Este (dijo) es mi sentir,
Salvo siempre el de la junta;
Y vivo está el Gran Visir,
Que, si álguien se lo pregunta,
No me dejará mentir. »

Armóse una sarracina
Cuando Séneca citó
Los *Anales de la China*,
Probando que en Jericó
Se habló lengua vizcaína;

Y que si plantó la vid
El patriarca Noé,
Por otra cosa no fué
Sino porque el rey David
Vió en el baño á Betsabé;

Que era un engaño evidente
De Mahoma en su *Alcorán*
Decir que el Gran Capitán
Era alférez ó teniente
Cuando le pintó Jordan;

Y, en fin, que por ningún caso
Se debía conceder
Que allá en el monte Parnaso
Tenga el caballo Pegaso
La cola de Lucifer.

Prevalció esta opinión;
Y el almirante Colón,

A la sazón presidente,
Luégo á fray Luis de León
Dictó el acuerdo siguiente:

« Hoy, á treinta de Febrero,
Fallaron sus señorías
Que es un hereje Lutero,
Por haber dicho que Ollas

No fué la patria de Homero;
» Y no obstante que Tarquino

Quiso engañar á Lucrecia,
Debió el César Antonino
No presentarse en Venecia
Con hábito de teatino;

» Pues, aunque fuese el Tostado
Obispo de Calahorra,
Bien pudo haber presenciado

El castigo del pecado
De Sodoma y de Gomorra; [Dido
» Que, aunque es muy cierto que

Visitó á don Pedro el Cruel,
Y que la hermosa Raquel

Jura haber visto á Cupido
A los pies de san Miguel,

» No por eso dejara
De ser igualmente cierto

Que un gran padre del desierto,
Por purgarse con maná,

Hubo de quedarse tuerto;
» Que, en vista de estas razones,
Deben los cuatro elementos

Y los dos santos varones
Ir montados en jumentos

A rezar las estaciones;
» Y que así Raimundo Lulio,

Arzobispo de Tesalia,
No deje que Marco Tulio,

Aun en el calor de Julio,
Beba en la fuente Castalia:

» Con cuya resolución,
Que archivada ha de quedar,
Se escriba luégo al Japon,

Para que venga Sansón
Al Campo de Gibraltar.

» Y por tanto, se decreta
Por siempre jamas, amén,
Que el laberinto de Creta
Sin licencia no se meta
En el portal de Belén. »

DÉCIMAS.

Con motivo de haber merecido en Madrid la
traordinaria atención y aplauso un elefante
en el año de 1778.

(Habla España.)

Algun día fui nación
Que de ciencias puse escucha;
Hoy desprecio cuanto huele
A trabajo y reflexión.
Un buen libro, una oración,
Una comedia elegante,
A moverme no es bastante.
Que esto pide ingenio culto.
Yo quiero cosas de bulto:
Verbigracia, el elefante.

Con motivo de la abundancia de copistas que
se dedicaron á celebrar al elefante.

Oración para todas las mañanas.

¡ Oh elefante singular!
¡ Cuántos bienes has causado!
Tú llenas de gente el prado;
Tú nos das que conversar;
Tú diviertes el lugar;
Tú le paseas con tren;
Pero es verdad que también
Con tu fama le sujetas
A una plaga de poetas
De que Dios nos libre. *Amén.*

A una señorita gallarda y gran cantora.

Prentension impertinente
Fué la de quien me pidió
Que en verso aplaudiese yo
Tu mérito de repente.
Me atrevo difícilmente
A emprenderlo de pensado;
Pues que libre y despejado
El discurso obrar no puede
Desde que el ánimo cede
A un amoroso cuidado.

No supe ahí, ni aun aquí
Eabré pintar tu hermosura,
Ni hacer puedo una pintura
De lo que pasó por mí.
En vez de pensar, sentí,
Quedé abortito, me turbé;
Ni supe lo que toqué,
Ni lo que hablaba sabía,
Porque una alma que fué mía
Al momento ajena fué.

Quise explicar la pasión
Que el incomparable hechizo
De tus bellos ojos hizo
En el más fiel corazón;
Mas distrajo mi atención
Con poder irresistible,
Aquella risa apacible,
Que mil deseos provoca,
Y entre los ojos y boca
Elegir no fué posible.

Cuando decirte quería
Que de esa gentil persona,
Griega ó romana matrona
No igualó la gallardía,
Tu sonora melodía
De un quinteto en las cadencias
Tanto embargó las potencias,
Que no me dejó lugar
Tu garganta, de pensar
En las demás excelencias.

Pero ¿qué? ¿Sólo enamora
Tu voz en el dulce canto?.....
Aun mayor es el encanto
Que hablando causas, señora.
Venturosos fué la hora
En que con admiración

De tu rara discrecion
Fui testigo, y de tu agrado;
Aunque el gusto me ha costado
No menos que una pasion.
Ella será, ciertamente,
La que por segunda vez
A los muros de Jerez
Me ha de llevar..... Mas detente,
¡Oh corason imprudente!
No eleves tanto las miras:
Reprimete; pues conspiras
A la ruina de tu dueño,
Cuando es tan arduo el empeño
A que sin mérito aspiras.
Mal celebra la voz mia
La dulzura de tu voz,
Que aun el pecho más feroz
Fácilmente ablandaría.
Dicen que la poesía
Es de la música hermana;
Mas esta opinion, por vana
Desde hoy condenarse puede,
Porque á todo verso excede
Tu música sobrehumana.

Carta lacónica.

Amigo y señor, salud.
Pongo en noticia de usted
Que me han hecho la merced
De robarme mi quietud.
Me han puesto en esclavitud
Los ojos de una beldad;
A obtener mi libertad
No basta ruego ni ardid;
Dios se lo pague. Madrid,
Hoy diez. Agur, y mandad.

Receta de un curandero.

¿Quereis lograr sanidad
De no sé qué mal que os quita,
Y no sé cómo os marchita
Del rostro el color? Tomad
No sé cuánta cantidad
De cierta raíz, juntando
No sé qué hierba, y echando,
Cuando al fuego lo hayais puesto,
Qué sé yo dónde todo esto;
Sanaréis yo no sé cuándo.

A una señora anciana que se pintaba mucho la cara.

Los años de edad que cuenta
La dicha, señora mia,
Veinte son al mediodia,
Y á media noche setenta.
Habrá como unos cuarenta
Que aborreció el agua clara;
Y ayer, con prisa tan rara
A recibirme salió,
Que olvidada se dejó
En el tocador la cara.

ROMANCE.

¿Una mala música que se dió en cierta plaza.
Componiase de una flauta, un salterio,
una trompa y timbales, y dióla un caballero
llamado Cafete.

Doña Trompa y don Salterio,
Hijos de patrias diversas,
Doña Flauta y don Timbales,
De muy desigual estera,
Segun la historia relata,
Se quisieron tan de veras,
Que de unirse en matrimonio

Les vino un día la idea.
Sus edades y costumbres,
A la verdad, no concuerdan;
Mas todo lo muda el trato,
Todo el amor lo sujeta.
Es doña Trompa mujer
Poco agradable de cerca,
Amarilla, jorobada,
Ronca por naturaleza.
Don Salterio es un muchacho
Que habla más que una docena,
Y con chillidos contrasta
De su esposa la ronquera.
Doña Flauta es tierna niña,
Suave, lisa, muy derecha,
Y con sus nueve agujeros,
Como los tiene cualquiera.
El áspero don Timbales,
Vicio criado entre bestias,
Sólo dos palabras gasta,
Y atruena el barrio con ellas.
De la música los cuatro
Han seguido la carrera,
Y á su amo Apolo pidieron
Para casarse licencia.
Viendo tan extrañas bodas,
No quiso éste concederla;
Pero ellos, sin hacer caso
De que el dios quiera ó no quiera,
Se desposaron anoche
En mitad de una plazuela,
Y llamaron á Cafete,
Que la bendicion les diera.

Circunstancias que ha de tener la que yo
tome por mujer.

Busco una ninfa no toska;
Y si es bonita, mejor;
Desembarazada, limpia,
Y garbosa sin ficcion;
De opinion acreditada,
Y de un delicado honor;
Que sepa amar la virtud,
Y al vicio tenga aversion;
Buena amiga y compaÑera,
Cuya conducta exterior
Ha de ser tal, que aun la apruebe
La envidia por precision.
Artes propias de su sexo
Ha de saber con primor,
Logrando en cualquier concurso
La pública aceptación;
Ni la quiero que enmudezca,
Ni que charle con furor;
Séria, sin parecer fria;
Franca, sin provocacion.
Prudente, agradable, cauta,
Con juicio y con pundonor,
La voluntad del consorte
Seguirá sin dilacion.
Siempre igual, siempre tranquilo
Ha de conservar su humor,
Aunque la vária fortuna
Haga cualquier mutacion.

En que se describe un ridículo baile casero.

Cierta dama, en cierta calle,
Cierta dia, á cierta hora,
Da cierto baile, que tiene
Cierta aire de sinagoga.
En cierto empeño me veo
De pintarle en ciertas coplas,
Que ayer, en cierta tertulia,
Pidieron ciertas personas.
Yo no les sabré decir
Si aquel es café, si es fonda,
Si es feria de algún lugar,
Si es Ginebra ó Babilonia.

En año de carestía
La reja de una tahona,
Y en vísperas de Difuntos
La puerta de una parroquia,
El patio de la comedia
Al dar palmadas de moda,
Y plaza de toros cuando
Piden perros diez mil bocas,
Todo es una niñería,
Comparado con la broma
De la que empezó academia
Y ha acabado trapisonda.
La casa en que se celebra
Tan solenne batahola
Se ha de ganar cuesta arriba,
Como se gana la gloria.
Su escala es la de Jacob,
Y en sus tramos, las señoras,
Si no han merendado abajo,
Tienen flatos y congojas.
Ni la Giralda en Sevilla,
Ni el Acueducto en Segovia,
Ni en San Lorenzo el cimborrio,
Tanto al cielo se remontan.
Más valdrá que en adelante
Con una garrucha y sogas
Desde la calle al balcon
Suba la gente en tramoya.
Arriba hallará una sala
Blanca como una paloma,
Sin cuadro, espejo ni mesa,
Araña, estera ni alfombra.
Cada silla es de un color,
Y todas ellas bien pocas;
Dichoso quien por asiento
Un palmo de suelo logra.
Primero que á encender lleguen
Luces en las cornucopias,
Se tropczarán las gentes
Como fantasmas ó sombras.
Yo dije al entrar allí:
«¿Es esta casa mortuoria,
Bóveda de San Ginés,
Cuarto de enfermo ó masmorra?»
Pero al empezar el baile
Fui distinguiendo las cofias
De los sombreros de pluma,
Y las pencas de las bolsas.
Este baile, del refresco
Ha desterrado la moda;
Que en él sujetan á dieta
Al que mejor salud gosa.
De andaluces y andaluzas
Vi una grey tan numerosa,
Que dudé si estaba en Cádiz
En medio de la *Recoba*.
Oí salameras voces
De veinte damas occeosas,
Las unas ya muy *gayinas*,
Y las otras aun muy *payas*.
Allí condes y marqueses
Vi con gentes de otra estofa,
Y personas conocidas
Con incógnitas personas.
Una dama se excusó
De asistir, diciendo pronta:
«Yo no gusto de ensalada,
Salpicon ni pepitoria.»
En seis varas de terreno
Quince parejas se ahogan,
Por una que no es figura,
Sino enigma ó paradoja.
En la fila de los hombres
Se colocan las señoras,
Y ellos bailan, sin saber
Qué compaña les toca.
Las cruces eran calvarios,
Las cadenas eran sogas,
Los paseos eran viajes,
Las ruedas eran de noria.
La música, de italiana
Sólo tenía una cosa,

Que es el ser hijo de Italia
El que de ella hizo la costa.
Mas aunque dos contrabajos,
Con diez violines, dos violas,
Oboes, flautas y clarines,
Timbales, cajas y trompas
Trajese el lindo del Conde,
La música fuera sorda,
Pues allí la confundieran
Voces ya agudas, ya broncas.
Entre las rectas patadas
Contra el compas de la solfa,
Sólo se escuchaban quejas
De vueltas y blondas rotas.
Y en fin, con tal pisoteo,
Pues allí la confundieran
Voces ya agudas, ya broncas.
Las damas que entrando allí
Lograron no salir cojas.

Con ocasión de unos versos presentados á una
dama por un mal poeta moderno.

Ninfas, las del Manzanares,
Las que estáis acostumbradas
A escuchar sonoros cisnes
Que en vuestras orillas cantan,
Salid, sacad las cabezas
De las cristalinas aguas,
Y atended de un nuevo Orfeo
Las métricas consonancias.
Todas callad, quietas todas:
Reine el silencio y la calma;
No mueva el céfiro inquieto
De los árboles las ramas;
Enmudezcan por ahora
De las aves las gargantas,
Suspenda el río su curso,
Y no me graznen las ranas.
Ya temple el cantor su lira,
Tose, escupe, y se prepara;
Allá va: silencio, alerta;
Que ya empieza la tonada....
Mas ¿qué es esto, ninfas? ¡Hola!
¿Dónde correis, insensatas?
¿Cómo? ¿os tapais los oídos?
¡Habrá insolencia más rara?
Digo, digo. ¿Qué? ¿no os gusta?
Aguardad, picaronazas,
Que no sabeis lo que es bueno....
Volved acá..... Sí: la espalda.
Oid al pobre poeta
A lo menos una estancia,
Siquiera porque hace elogios
De una dignísima dama;
Siquiera por los sudores,
Los desvelos y las ansias
Que le han costado los versos
En que la implora su gracia;
Siquiera porque es un joven
Que da buenas esperanzas,
Y porque es la vez primera
Que saca su ingenio á plaza.
¡Oh! ¿qué delicadas sois!
Disimulad una falta.
Pues ¿no aguantais que *Molina*
Haga traducciones malas?
¿No estáis sufriendo los versos
Que dice el doctor *Zobala*?
Pues ¿acaso son mejores
(Maldita sea vuestra alma)
Las relaciones del *Taca*
Y los sainetes de *Alcázar*?
Pues ¿qué os importa que sean
Las coplas cortas ó largas,
Ni que se midan los pies
Por varas ó por pulgadas,
Ni que anden allí revueltos
Versos de cuarenta castas,
Ovillejos, seguidillas,
Endechas, coplas ó octavas?.....
¡Oh ninfas! retroceded;

No seais tan inhumanas....
Mas ellas el paso aprietan,
Y ya ni vuelven la cara;
El céfiro mete ruido,
Las corrientes no se paran,
Los árboles se menean,
Porque no se les da nada;
Yo me desgajito en balde,
Las ranas gruñen y graznan,
Y el nuevo Orfeo se queda
Hecho todito una plasta.

Respuesta familiar á una epístola en verso
que don Nicolás Fernandez de Moratin es-
cribió á don Tomas de Iriarte en elogio del
diálogo joro-serio que éste publicó contra
el colector del *Parnaso español*.

Perdona, amigo Flumiso,
Perdona si te hablo claro,
Y si con una fraterna
Doy á tu epístola el pago.
Siempre juzgué que tenías
Un espíritu pacato,
Inocente, compasivo,
Y á la sátira contrario;
Mas hoy, que no solamente
Vienes en verso aprobando
Lo que yo en prosa escribí
Contra el misero Sedano,
Sino que afectando el tono
De Juvenal y de Horacio,
Quieres mullirle los huesos,
Que yacen casi enterrados,
Yo mismo *intrépido, crudo*
Y *riguroso* te llamo,
Y aun estoy por defender
A mi ofensor literario.
¿No le bastaba al pobiete
Que yo con pesada mano
Le sentase las costuras
De su vestido prestado;
Que el cordobés artillero,
La puntería asestando,
Se le acribillase todo
Con repetidos balazos;
Y en fin, que las mismas damas
Le corten en los estrados
Con sus agudas tijeras
Vestido más ajustado,
Sin que tú quieras ahora
Abrigarle con un sayo
O sobretodo de felpa,
Que le coge de alto abajo?
Ten caridad, por tu vida,
Y al dios Apolo pidamos
Que perdone los deslices
De un colector de farrago.
¿Es, por ventura, algun triunfo
De que blasonar podamos,
Hacer cargos al que apenas
Entiende los mismos cargos?
¿Pretendes que el infeliz
Vaya, al cabo de sus años,
A estudiar cómo se escriben
Con sus letras los vocablos?
¿Que á contar aprenda ahora,
Que ha vivido siglo y medio
En Granada un prebendado?
¿Que volviendo á *musa, musa*,
Repase hasta el libro cuarto,
Para no hacer oraciones
Con miembros cojos ó mancos?
¿Que á Rengifo y á Luzán
Lea también á su espacio,
Para conocer los versos
Que están cabales ó faltos?
Y en fin, que entre las noticias,
De que se halla tan escaso,
Sepa que líricas nunca
Las églogas se han llamado?

Si ignorase un zapatero
Las especies de zapatos
De dos costuras ó tres,
Escarpin ó abotinado,
Y la diferencia que hay
De las botas á los chanclos,
¿En su gremio le darian
Carta de exámen, ó palos?
Pues bien: aplica este ejemplo
A quien nos hace tan zafios,
Que distinguir la zampofia
De la lira no sepamos.
Sufré, amigo, con paciencia
Tan garrafales disparos,
Creyendo á su autor más digno
De compasion que de escarnio.
Yo le olvido y le perdono;
Que aunque soy tan agaviado,
Más lo ha sido la nacion,
Y hará, tal vez, otro tanto.
Aguardo tan solamente
Que el zurcidor del *Parnaso*
Me declare si Espinel
Fué buen traductor ó malo.
Si fué bueno, que responda
A cincuenta y más reparos,
Y que recoja las cartas
En que escribió lo contrario.
Si fué malo, que nos diga
Por qué le colmó de aplausos,
Y llena, por defenderle,
Ocho llanas de desbarros.
Mientras él, para salir
De este litigio tan arduo,
Busca por ese lugar
Alquilones abogados,
Quisiera yo que leyeses,
Para divertirme un rato,
Cierta crítica noticia,
Que estos dias ha estampado
El buen don Antonio Sancha,
Con el fin de ponderarnos
De los libros que él ha impreso
El mérito extraordinario.
La tal noticia extendió
Un escritor valenciano,
Que acertó en callar su nombre,
Y yo por su honor le callo.
Del *Parnaso* en los principios
Era socio de Sedano;
Y aunque muy pronto rifferon,
Para en uno son entrambos.
De la version de Espinel
Diz que los dos se prendaron;
De mancomun la eligieron,
Y se llevaron buen chasco.
Pero al fin, ya convertido
El valenciano asociado,
Del *Parnaso* dijo pestes,
Mi crítica celebrando.
Después lo pensó mejor;
Y sabiendo que en su mano
Estaba el aventurar
Su crédito literario,
En dar al *Parnaso* elogios
No tuvo el menor reparo,
Cuando á obsequios semejantes
Sancha no se muestra ingrato.
Así Dios te dé salud,
Que examines con cuidado
Los sofismas con que intenta
Deslumbrar á los incautos.
A pesar de la censura,
Que ha leído y ensalzado,
En que de tal coleccion
Al aire saque los trapos,
Pretende que al parnasista
Se le luce su trabajo;
Si esto crítica se llama,
Será buen crítico un payo.
Afirmelo en hora buena;
Mas por consecuencia saco

Que mi diálogo desde hoy
No habla sólo con Sedano;
Porque él y su compasero,
Aunque hayan descompadrado,
En la lógica, el buen gusto
Y el estilo son hermanos.
Fueron los dos para lustre
Del siglo décimo octavo,
Y dividían entre sí
Los dos cerros del Parnaso.
Esto, cállame corriente,
Fumiso amigo, he dictado,
Respondiendo á tus tercetos
En romance liso y llano;
Que no siempre el consonante
Ha de ser mi *amartelado*,
Como el célebre don Juan
Me lo achaca en su libraco.
Con estas chanceras copias
De serios versos descanso,
Mientras un largo poema
De *La Música* trabajo,
Que al público ha de salir,
Como dos y dos son cuatro,
Para que Sedano vea,
Y todos sus allegados,
Que por sus necios clamores
No me aturdo ni acobardo,
Y que voy á mi camino
Sin atender á espantajos.

Inserto en una carta del autor á su amigo
don Vicente de los Ríos, con fecha de 21
de Octubre de 1778.

Al piadosísimo Apolo,
Que es dios de la medicina,
Que me libre de la gota
He suplicado estos días.
No ha querido el dios que ceda
Enfermedad tan maligna;
Pero anoche le vi en sueños,
Y él que así me decía:
«Ciertos recopilador
Que aquí un *Parnaso* publica
(Aunque nadie le conoce
En el mio ni áun de vista),
Para que temple su humor,
Correctivo necesita;
Yo quiero que se le des
Con buena dósis de tinta.
Con que así, gota, y en casa;
Trabaja en obra tan pia;
Que después, yo te prometo
No tendrás gota en la vida.»

Cómo el poeta se quedó en blanco.

Una mañana de Agosto,
A su balcon asomada,
Un cuenco de fresca leche
La bella Anarda tomaba.
El cuenco era blanca china;
Blanca plata la cuchara;
Carne muy blanca la mano;
La leche casi tan blanca.
Quedé, con tanta blancura,
Más deslumbrado que estaba,
Porque hasta el traje la niña
Llevaba de blanca holanda.
Estábelame mirando;
En esto volvió la espalda,
Y más blanco que un papel
Me dejó la blanca Anarda.

A ninguno en este mundo
Es posible que sucedan
Las estráñas aventuras
Que pasan á los poetas.

¡Cómo se están calentando
Todo el día la mollera
En raras cavilaciones,
En fabulosas ideas!
¿Saben ustedes lo que hay?
Que sueñan después con ellas,
Y lo que han visto dormidos,
Como verdad nos lo cuentan.
Yo, pues, anoche soñé
Que me entraba por las puertas
Del imperio que Pluton
Y Proserpina gobiernan;
Y que en la gran muchedumbre
De aquellas almas perversas,
Que allí entre sierpes y furias
Sufren espantosas penas,
Vi un infernal personaje,
De catadura bien fea,
Al cual pregunté qué culpa
Le trajo á tan mala tierra.
«Aquí estoy (me respondió)
Por una gran friolera,
Y es el haber inventado
Las cotillas de las hembras. —
» ¡Qué! dije, ¡y ése es delito
Que tal castigo merezca?
Pues según eso, habrá aquí
Muchas modistas francasas.»
A esta sazón Radamanto,
Que en aquella mansion negra
Es el fiscal que á los reos
Acrimina sin clemencia,
Airado me replicó:

«¿Qué entiende de eso el babieca?
Sepa que este hombre ha inventado
La moda más.... Pero atienda.

«Es la dichosa cotilla
Gran mala, porque con ella
Os encajan á los hombres
Jorobados por derechos.

«Con ellas cuerpos garbosos
Que crió naturaleza
Ya parecen.... ¿Qué parecen?
Boca abajo una aceitera.

«Los vientres de vuestras madres
Tan tiranamente aprieta,
Que más mata por nacer
Que nacidos las viruelas.

«Y no tan sólo os oprime

En las entrañas maternas,
Sino que impide tal vez
Vuestra formación en ellas.

«¿Cuántas, cuántas maldiciones
Ha llevado la ballena,
De los amantes que buscan
Más blandura que dureza.

«Pues ¡por ventura las damas
Son algunas fortalezas,
Que sin estos parapetos
No aseguran su defensa?

«Digo: y ¡qué cosa tan mala

Es para dormir la siesta!

«Pues para doblarse ¡....! linda!

«Para bailar ¡....! ¡estupenda!

«Ah cotilla abominable!

«Oh! ¡Si ardiendo aquí estuvieras,

Como el inhumano autor

Que fabricó la primera!»

Así Radamanto dijo.

Yo, bajando la cabeza,

Le respondí: «Soy un bolo:

«Muera la cotilla, muera!»

Y desde entonces, en viendo

Que sale una invención nueva,

Digo: «No inventen cotillas,

Y que inventen lo que quieran!»

PRETENSION MODERADA.

Si no ajusto mal la cuenta,
Esquiva niña, yo advierto

Que hay en solo mi querer
Seis quereces á lo ménos.
Primero, querer de veras;
Segundo, querer sin premio;
Tercero, quererte sola;
Cuarto, quererte hace tiempo;
Quinto, querer desde el punto
En que vi tu rostro bello;
Sexto, querer sin temor
De que te olvide tan presto.
Con que así, mi niña esquiva,
Pues de seis modos te quiero,
Quíreme tú de uno sólo;
¿Y qué mucho harás en ello?

LA PRIMAVERA.

Tonadilla pastoril.

Ya alegra las campiñas
La fresca primavera;
El bosque y la pradera
Renuevan su verdor.

Con silbo de las ramas
Los árboles vecinos
Acompañan los trinos
Del dulce ruiseñor.

*Este es el tiempo, Silvio,
El tiempo del amor.*

Escucha cuál susurra
El arroyuelo manso;
Al sueño y al descanso
Convida su rumor.

¡Qué amena está la orilla!
¡Qué clara la corriente!
¡Cuándo exhaló el ambiente
Más delicioso olor?

*Este es el tiempo, Silvio,
El tiempo del amor.*

Más bella y más temprana
Alumbra ya la aurora;
El sol los campos dora
Con otro resplandor.

Desnúdanse los montes
Del duro y triste hielo,
Y vístese ya el cielo
De más vario color.

*Este es el tiempo, Silvio,
El tiempo del amor.*

Las aves se enamoran,
Los peces, los ganados,
Y áun se aman enlazados
El árbol y la flor.

Naturaleza toda,
Cobrando nueva vida,
Aplauda la venida
De Mayo bienhechor.

*Este es el tiempo, Silvio,
El tiempo del amor.*

RECITADO.

Amarilis hermosa así cantaba
En lo más retirado
De una selva sombría.
Silvio, que la escuchaba,
Fino y alborozado,
De esta suerte á sus ecos respondía.

No, no creas, mi pastora,
Que en la suave primavera
Mi ternura verdadera
Pueda acaso ser mayor:
Para mí, que te idolatro,
Siempre es tiempo del amor.

Cuando todo lo destruye
El invierno proceloso,
Cuando el cielo tenebroso
En la tierra infunde horror,
Para mí, que firme adoro,
Es el tiempo del amor.

La estación serena y bella
Que las frutas da y sazona,
Y de pámpano corona

Al feliz vendimiador,
Para mí, que por tí vivo,
Es el tiempo del amor.
 Cuando con las verdes plantas,
 Ya sedientas del rocío,
 Su rigor usa el estío,
 Con las mieses su favor,
Para mí, que por tí muero,
Es el tiempo del amor.

SEGUIDILLAS.

Amarilis y Silvio,
 ¡Qué de envidiosos
 Hoy quisieran amarse
 Como vosotros!
 Caprichos, celos,
 Sustos, desvelos,
 Rifas, mudanzas,
 Desconfianzas,
 Ficción y enojos,
 Son el amor de moda
 Que gozan otros.
 Vivid felices,
 Y felis tambien sea
 Quien os imite.
 Paz y alegría,
 Fiel simpatía,
 Quietud segura,
 Gusto y lisura,
 Amistad firme,
 Bienes son que otros buscan
 Y no consiguen.

EL LORITO.

Tonadilla.

INTRODUCCION.

Yo, señores,
 Algun día
 Me reía
 Del amor,
 De los hombres
 Me burlaba,
 Y gastaba
 Buen humor.
 Un lorito
 Que tenía
 Merecía
 Mi afición,
 Y en cuidarle
 Y halagarle
 Sólo hallaba
 Diversion.
 Pero tuvo el pobre loro
 Un galán competidor,
 Que envidioso se empeñaba
 En robarle mi favor.
 Logré un día la fortuna
 De llegar en ocasion
 Que el amante á mi lorito
 Le cantaba esta canción.
 Mas ¡con qué alma, con qué chiste!
 (Queriditos, atención!),
 Que el amante á mi lorito
 Le cantaba esta canción.

CANZONETA.

Ya que tu felis estrella
 De humana voz te dotó,
 Y ya que te envidio yo
 El hablar con tu ama bella,
Loro, loro,
Dila, dila que la adoro.
 Cuando en su brazo te posas,
 Cuando la pluma te sienta,
 Y buscando el piojo, tiento
 Con sus manos carifloas,
Loro, loro,
Dila, dila que la adoro.
 Con tu mal mi mal conviene,

Gracias al vendado Dios;
 Que ella es dueño de los dos,
 Y á los dos presos nos tiene.

Loro, loro,

Dila, dila que la adoro.

Desde aquel mismo instante
 (Confieso mi flaqueza)
 Yo no sé qué tristeza
 Me entró en el corazón.
 Tan distraída andaba,
 Que al lorito querido
 No daba, por olvido,
 Ni almuerzo ni lección.

Ya de la jaula

No le sacaba;

Ya la patita

No le pedía;

Cuando él me hablaba,

No respondía

(¡Caso bien raro!);

Me parecía

Que se explicaba

Mucho más claro,

Más expedito

El señorito

De la canción.

Él es ya el dueño

De mi albedrío,

Que todo el ceño,

Todo el desvío

Poco duró,

Y el señor mio

Logró su empeño,

Que al pobre loro

Le desbancó.

¡Qué fortuna, qué mudanza!
 Oigan todos (¡atención!)
 Si el amor toma venganza
 De quien ama lo que yo.

SEGUIDILLAS.

Cuando está un pecho esquivo
 Más descuidado,
 Cupidillo le arroja
 Mejor flechazo.
 ¡Ah!..... ¡Ah!..... que aquí le sienta!
 ¡Oh!..... ¡Oh!..... buen escarmiento
 Para la incauta niña
 Que tierna se encariña
 Con un perrito,
 Con un lorito,
 Con un monito
 O un pajarito!.....
 ¡Pobre inocente!
 Ya verá que no es esto
 Lo que amor quiere.
 Porque es seguro
 Que el amor siempre clama
 Por lo que es suyo.
 ¡Ah!..... ¡Ah!..... que aquí le sienta!
 ¡Oh!..... ¡Oh!..... buen escarmiento, etc.

LOS GUSTOS ESTRAGADOS.

Tonadilla.

Sobre gustos no hay disputa,
 Dice un adagio vulgar;
 Pero hay gustos estragados,
 Y los quiero disputar,
 Por ejemplo.....
 (¡Chito, chito!)
 Con licencia
 Del refrán,
 Perdonadme
 La insolencia,
 Si es delito
 Criticar:

Hay Adónis que se inclina
 A una Vénus caprichosa,
 Engañosa, desdefiosa,
 Que si ayer le miró fina,

Hoy le envía á pasar.

(¡No es verdad, señores míos

(¡No es verdad!),

Que este gusto es estragado

Y se puede disputar?

¡Niña hay tal, que se enamora

De un Narciso presumido,

Relamido, repulido,

Que su talle sólo adora,

Su peinado y su beldad.

(¡No es verdad, señores míos

(¡No es verdad!),

Que este gusto es estragado

Y se puede disputar?

Para mueble de su estrado

Habrà niña que prefiera

A un tronera, calavera,

Que es tener por arrimado

Un demonio familiar.

(¡No es verdad, señores míos

(¡No es verdad!),

Que este gusto es estragado

Y se puede disputar?

Hay quien por un tonto pene,

Y hay quien don Quijote sea

De una fea Dulcinea,

Y se alaba de que tiene

Delicado el paladar.

Pero oid, señores míos,

Escuchad,

Que el gusto más estragado

Es el que voy á pintar.

SEGUIDILLAS.

Las hermosuras graves

Y sobrehumanas

Son buenas para vistas

Y no tocadas.

Las niñas alegres,

Graciosas y francas

Son las que divierten

Y llegan al alma;

Que corren,

Que saltan,

Que rien,

Que parlan,

Que tocan,

Que bailan,

Que enredan,

Que cantan;

Pero aquellas deidades

Que apenas hablan,

Son buenas para vistas

Y no tocadas.

Quien no lo crea,

Que se arrime á hacer cocos

A alguna sèria.

Allá verá el tonto

La ganga que lleva;

Y si espera gustos,

Se queda por ésta.

Suplica,

Contempla,

Se pasma,

Se inquieta,

La busca,

La estrecha,

Suspira,

Se eleva;

Pero ella con mirarle

Fruncida y tiesa,

Le echa una jarra de agua

Por la cabeza.

CANCIÓN PRIMERA.

Habla un amante cansado de servir.

Ciego Amor, en tus cadenas

Nunca más me quiero ver,

Que eres pródigo en dar penas,

Muy avaro en dar placer.

De ti sólo un desengaño
Por favor hay que esperar;
Mas ya has hecho todo el daño
Cuando le llegas á dar.
A tu loca fantasía
Ya no he de rendirme, no;
Tú mandaste en mí algún día,
Pero hoy mando solo yo.

CANCIÓN SEGUNDA.

Respuesta de la dama, con los mismos
consonantes.

Del Amor en las cadenas
Nunca más te quieras ver,
Que, pues te asustan las penas,
Poco anhelas el placer.
No acobarda un desengaño
A aquel que sabe esperar,
Porque excede á todo el daño
El bien que le pueden dar.
Ay, tu loca fantasía
No dejes la empresa, no;
Que si el Amor manda un día,
Ni tú mandarás ni yo.

LETRA

para un dco italiano, imitada de Metastasio.

I.

Este es el duro instante
De la cruel partida:
¿Cómo podré, mi vida,
Vivir lejos de ti?
Otro bien no pretendo
Que vivir ya sufriendo.
Y ¿quién sabe si acaso
Te acordarás de mí?

II.

Aquel afecto tierno,
Felis en algun día,
Sólo á ti, prenda mía,
Sólo á ti le debí.
¿Dónde hallaré consuelo
Que premie mi desvelo?
Y ¿quién sabe si acaso
Te acordarás de mí?

III.

Mientras á tu presencia
Amor no me volviere,
No es fácil se modere
Mi ciego frenesí.
Guardaré la memoria
De mi pasada gloria;
Y ¿quién sabe si acaso
Te acordarás de mí?

IV.

Permite que en mi pena
Sólo un favor te pida:
Que cuando me despida
No olvides quién yo fui.
No podrá la distancia
Minorar mi constancia:
Y ¿quién sabe si acaso
Te acordarás de mí?

MODELO

Se propone á los Ingenios de Madrid para
hacer copias de pie quebrado, sobre el nue-
vo cartel de bragueros.

Como la mala semilla
Suele cundir en un prado,
Así este año han retoñado,
De esta coronada villa

II, Pá.-XVIII.

En cada esquina y rincón,
Por todos ocho cuarteles,
Los inmortales carteles
De la famosa invención
De bragueros.

Asunto será plausible
En la historia de esta corte,
El tornillo y el resorte,
Y la cintura flexible;
Pues, sin ser ponderación,
No escribí tanto el Tostado
Como avisos se han fijado
De la admirable invención
De bragueros.

No estábamos bien ahitos
De hernias, potras, quebraduras,
Y de diversas hechuras
Suspensorios infinitos,
Sin que, como excomunion,
El frances don Juan Menine
Un edicto nos fulmine
Con otra nueva invención
De bragueros.

Venise tan multiplicados
Del cartel los ejemplares,
Que las esquinas á pares
Los tienen por ambos lados;
Treinta y seis hay de monton
En la casa de correos;
Ni caminos ni paseos
Se libran de la invención
De bragueros.

Nos anuncia, entre otras cosas,
Dos elásticos bragueros,
Suaves, cómodos, ligeros,
Para hernias voluminosas;
De su configuración
Dos dibujos nos espeta,
Y, á más de esto, la *Gaceta*
Nos explica la invención
De bragueros.

No habrá potra tan cruel,
De cuantas cura el autor,
Que sea tal vez mayor
Que las letras del cartel;
Y el disforme papelon,
Puesto en la parte doliente,
Puede ahorrar al paciente
Del uso de la invención
De bragueros.

El que se hallare dotado
De poético talento,
Celebre el descubrimiento
En copias del pie quebrado;
Pero para su edicion
Imprentas no se hallarán,
Porque ocupadas están
Con la maldita invención
De bragueros.

REDONDILLAS.

Varios poetas de fama,
Solemnes enredadores,
Dicen que produce flores
Tierra que pisa una dama.

Mi jardín, lleno de arena,
Aunque tu pié no le pisa,
Produce la minutisa,
Con la rosa y la azucena.

Lilailas, entre otras plantas,
Há poco que producía;
Mas ¿quién lilailas envía
A dama que tiene tantas?

Y para que te envanezas,
La misma fuente se ríe
De que el jardín flores crie
Sin que tú le favorezcas.

Tuya es la culpa; y así
Vén á honrar este vergel,
Para que nazcan en él
Flores más dignas de tí.

LOGOGRIFO (1).

Soy una fruta agradable
A la vista y paladar,
Que tanto como el verano
Duro con dificultad.

Entre once letras que se hallan
En el nombre que me dan,
Tengo las cinco vocales,
Y repetida una más.

Restan cinco consonantes,
Y las debes combinar,
Para hallar más de cien cosas
Que en esta lista verás.

El tiempo en que al sol no vemos,
Y vemos su claridad,
Y aquel auxilio que tienen
Las aves para volar.

Nombres de dos reyes godos
Que empiezan por E y por A,
Y una cosa necesaria
Para jugar al billar.

Aquel santo que se piñta
Acompañado de un can,
Y el nombre de un gran privado
Que un rey mandó degollar.

Lo que cuelga á los pendones
Por adorno artificial,
Y lo que naturalmente
Cuelga á los brutos detras.

Un árbol, ó rojo ó blanco,
Que nace siempre en el mar,
Y aquello que de los peces
Es atractivo fatal.

Lo que despide el cañon,
Lo que sirve para hilar,
Cierta calzado de cuero,
Y el trasero (hablando mal).

Una cfila de bestias
Cuando unas tras otras van,
Y el instrumento que Orfeo
Supo con primor tocar.

La palabra que en el Credo
Suprimen de poco acá,
Y el baston que á los ancianos
Sirve de arrimo al andar.

La puerta por donde suele
Entrar un carro triunfal,
Y el preciso compañero
De las flechas y el carcaj.

Un fiero mal incurable,
Y otro aún más fiero y mortal;
El uno priva á los hombres,
El otro á los brutos da.

La ninfa que con Narciso
Siempre junta suele andar,
Y la pasión que se cuenta
Cuarto pecado mortal.

Aquel dios gordo que siempre

(1) Los *logogrifos*, que en España no son conocidos como los enigmas, se reducen á un conjunto de muchos enigmas particulares comprendidos en uno general. Combinando de varias maneras las letras que entran en la palabra que se propone como fundamento oculto del logogrifo, se forman varios vocablos menores, cada uno de los cuales se expone, disfrazado bajo un breve enigma; de suerte que, adivinados éstos, resulta la solución del enigma principal.

A la verdad no deja de ser ocupacion pueril la de componer *logogrifos*, en que el fruto no corresponde al trabajo que cuestan; y así éste se escribe únicamente para satisfacer la curiosidad de un sujeto que, con motivo de haber leído alguno de los que suelen publicarse en papeles periódicos franceses, deseó ver una muestra de lo que, á imitación de aquéllos, podía hacerse en nuestro idioma. Aun los lectores severos, que no buscan en los versos más que la solides, no están siempre de un mismo humor, y se emplean á veces en una obra de mero entretenimiento, cual es ésta.

Sentado en la cuba está;
 El mismo tonel, y un vino
 Suave por su flojedad.
 El sacerdote que al pueblo
 Dirige en lo espiritual;
 Y aquella ciudad de Italia,
 Patria de san Nicolas.
 Cinco nombres, que equivalen
 Con la mayor propiedad
 A pellejo y á peñasco,
 Bostro, zaranda y altar.
 Dos materias glutinosas
 Que en los sobrescritos hay,
 Y otra con que la madera
 Se suele siempre pegar.
 Aquello que por insignia
 Lleva al hombre el colegial,
 Y una faccion de la cara
 Sin la cual no se hablará.
 Cierta juego con figuras,
 Y el ganso la principal;
 Un mes de la primavera,
 Y un humor acre y mordaz.
 La pieza en que está la cama;
 Cierta rayado animal,
 Y lo que da la Cruzada
 Al que veinte y un cuartos da.
 Una santa fundadora;
 Y una poblada ciudad,
 Que rara vez se pronuncia
 Sin el epíteto *gran*.
 Un bajel bien conocido
 De mucha capacidad,
 Cierta rio de Aragon,
 Y dos suertes de metal.
 Un cúmulo grande de agua
 Que va corriendo hasta el mar;
 Un árbol duro, una fruta,
 Y el mismo árbol que la da.
 Dos parientes que tenemos
 Todos los hijos de Adán,
 Y dos signos, de los doce
 Que pasa el curso solar.
 La mujer por quien España
 Se perdió diez siglos há,
 Y la nacion que nos vino
 Por su causa á dominar.
 Dos animales que al hombre
 Son de mucha utilidad,
 Y otro, cuya grande astucia
 Nos fué tan perjudicial.
 Aquello por donde todos
 Empiezan á deletrear,
 Y el estudio en que se aprende
 Desde la latinidad.
 Lo que ántes de una comedia
 Se suele representar,
 Y el salto que el bailarín
 Da con arte y á compas.
 Cierta líquido ingrediente
 Que se usa para pintar,
 Y lo que dan los cristianos
 Al que agonizando está.
 Un famoso rey de Persia,
 El cual viajó sin cesar,
 Y un ídolo que adoraron
 Los del pueblo de Judá.
 Un divertido ejercicio,
 Que hace sudar á los más,

Y aquel efecto del fuego
 Que también hace sudar.
 Una parte de la boca;
 Y una cosa, sin la cual,
 Aunque coma, beba y duerma,
 Nadie se puede pasar.
 Una ciudad extremeña,
 Donde hay silla episcopal,
 Y otra del reino de Murcia
 Donde un canal se abrirá.
 Un ducado que en España
 Tiene gran fama y caudal,
 Y una provincia de Grecia
 Que hoy sujeta al turco está.
 La piedra á quien se comparan
 Los labios de una beldad,
 Y la fiera que dió á Remo
 Y Rómulo de mamar.
 El borrico á quien Cervantes
 Ha dado fama inmortal,
 Y aquel célebre caballo
 De Rui Diaz de Vivar.
 Una estrella cuyo brillo
 Excede al de las demas,
 Y el lugar adonde sólo
 Los predestinados van.
 El gremio de sacerdotes
 Secular ó regular,
 Y el paraje donde canta
 Toda una comunidad.
 Una gran punta de tierra
 Que se avista desde el mar,
 Y la arenosa llanura
 Que inmediata al mar está.
 La porcion de agua que él suele
 Amontonar y agitar;
 Un viento fresco apacible,
 Y cierta moneda usual.
 Una embarcacion pequeña
 Acabada en O á en A,
 Y aquel betun que en las navas
 Sirve mucho y huele mal.
 Un nombre bien conocido
 Que á Dios los árabes dan,
 Y el del justo á quien la vida
 Quitó Caín sin piedad.
 Lo que hay á orilla de un pozo
 En figura circular,
 Y lo que en cualquier cedazo
 En círculo también hay.
 Un número que no es nada
 Si despues de otro no está,
 Y dos voces de á dos letras
 Precisas para solear.
 Un amigo que aunque calla
 Útiles avisos da,
 Y el puesto en que él se está quieto
 Si no lo van á buscar.
 Un peso que consta de onzas;
 Un horno para la cal;
 Y el violín que los pastores
 Saben á veces rascar.
 Una madera preciosa
 Más que el cedro y el nogal,
 Y el instrumento que deben
 Los grabadores usar.
 Un accidente preciso
 Que en todas las cosas hay,
 Pero tal, que un hombre ciego

No lo entenderá jamás.
 Lo que se viste un lacayo;
 Lo más útil de un panal;
 Y, en fin, el color de pelo
 Que á Febo adorna la faz.
 Aunque más decir pudiera,
 No quiero decirte más,
 Lector; que, si no eres lerdo,
 Basta de señales ya.

SOLUCION DEL LOGOGRIFO ALBARICOQUE.

DE CUYAS LETRAS, COMBINADAS,
 SE COMPONEN LAS PALABRAS SIGUIENTES

Alba	Guro	Acuario	Clero
Ala	Roca	Caba	Coro
Eurico	Cara	Arabe	Cabo
Alarico	Criba	Buel	Ribera
Bola	Ara	Cabra	Ola
Roque	Oblea	Culebra	Aura
Albaro	Lacre	Abeco	Real
Borla	Cola	Aula	Barco
Rabo	Boca	Los	Barca
Coral	Boca	Cabriola	Brea
Cebo	Oca	Olio	Alá
Bala	Abril	Oleo	Abel
Rueca	Cólera	Ciro	Brocal
Abarca	Alcoba	Basal	Aro
Culo	Cebra	Baile	Cero
Recua	Bula	Calor	Re
Lira	Clara	Labio	La
Obra	Calro	Aire	Libro
Báculu	Urca	Coria	Libreria
Arco	Ebro	Lorca	Libra
Locura	Cobre	Alba	Calera
Rabia	Acero	Beocia	Rabel
Eco	Elo	Rubi	Caoba
Ira	Roble	Loba	Buril
Baco	Ciruela	Rucio	Color
Onba	Ciruelo	Babieca	Librea
Aloque	Abuela	Lucero	Cera
Cura	Abuelo	Cielo	Rubio
Bari	Libra		

LA BARCA DE SIMON (1).

Tuvo Simon una barca
 No más que de pescador,
 Y no más que como barca
 A sus hijos la dejó.
 Mas ellos tanto pescaron
 E hicieron tanto doblon,
 Que ya tuvieron á ménos
 No mandar buque mayor.
 La barca pasó á jabeque,
 Luégo á fragata pasó;
 De aquí á navio de guerra,
 Y asustó con su cañon.
 Mas ya roto y viejo el casco.
 De tormentas que sufrió,
 Se va pudriendo en el puerto;
 ¡Lo que va de ayer á hoy!
 Mil veces lo han carenado,
 Y al cabo será mejor
 Desecharle, y contentarnos
 Con la barca de Simon.

(1) Este apólogo no fué incluido en la coleccion de las *Obras de don Tomas de Iriarte* (1806). Diéronle á luz los señores Mendibil y Silveira en su *Biblioteca Selecta* (Bardena, 1819).

DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

ADVERTENCIA.

La vida de MELENDEZ, escrita con tanta exactitud como elegancia por don Manuel José Quintana, fué ya publicada, entre las obras de este ilustre escritor, en el tomo XIX de la BIBLIOTECA DE ACTORES ESPAÑOLES.

Nos limitamos, pues, ahora á reproducir aquí algunos juicios críticos y datos biográficos, los cuales completan el estudio que en el *Bosquejo histórico crítico* hemos hecho del poeta más esclarecido del reinado de Carlos III.

DE DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

Pocos poetas españoles han igualado, y poquísimos han excedido en fama á DON JUAN MELENDEZ VALDÉS, padre ó príncipe de la poesía castellana, restaurada á fines del siglo XVIII; bien que su nombre más celebridad y crédito ha tenido entre los propios que entre los extraños, habiendo florecido cabalmente cuando, decaída nuestra patria en poder y gloria, nuestra literatura apenas era conocida fuera de los ámbitos de España. Y aún en su misma tierra fué remontándose con lento vuelo MELENDEZ al superior concepto de que por algún tiempo disfrutó cuando sus discípulos consiguieron predominar en el campo de la poesía y en el de la crítica juntamente. Al cabo llegó á ser estimado en más que su valor verdadero, si bien su valor no era corto. Así fué que al haberse arrojado algún crítico, en días de nosotros no muy distantes, á dar un fallo sobre el mérito de sus obras, en el cual no las ensalzaba á bulto y con exceso, ni tampoco las deprimía, intentando, con seguir un término medio, quilatarlas y tasarlas, y poniéndolas entre las primeras de valor mediano y no más, causó escándalo y hasta indignación tanto atrevimiento.

Al cabo, rota la valla, se entró en el campo de la disputa, al cual, por desgracia, se echaron los contendientes, llevando uno de ellos, opuesta á la bandera de MELENDEZ la de Moratin; el hijo, en quien, como lírico, únicamente es de aplaudir lo correcto del estilo y dicción, no siendo por esto de extrañar lo que acaeció, y fué quedar por los melendiztas la victoria.

Los escritores del día presente suelen ignorar lo que pasaba cuando vivían sus padres, aunque algo, y tal vez mucho, sepan de los sucesos de épocas muy anteriores. Raros son quienes hoy lean las poesías de MELENDEZ; más escaso es todavía el número de los que saben de la crítica literaria según era en España en los últimos años del siglo próximo pasado ó en los primeros de este décimonono. Por eso vendrá bien aquí decir unas pocas palabras sobre los juicios críticos hechos entónces del mérito de MELENDEZ. Éste, en sus primeras contiendas literarias, tuvo por rival, entre otros, á don Tomas de Iriarte. Le venció, como es de suponer, y no supone mucho en honra del vencedor su victoria, siendo Iriarte uno de los escritores, aunque más correctos, más frios de cuantos en diversas edades y tierras han ejercitado su ingenio y manejado la pluma, y hasta por su prosa en extremo desmayado. Pero el vencido era hombre de no pocas letras, y escribió para probar que el triunfo le había sido arrebatado con injusticia, lo cual

no consiguió; pero, sí, demostró que en las obras de MELENDEZ habia faltas de exactitud en el lenguaje é ideas, y juntamente con afectacion de arcaismo, graves pecados contra la pureza de la diction castellana.

No obstante haber sido las dos primeras victorias importantes alcanzadas por MELENDEZ el predominio dado por la Real Academia Española á su égloga intitulada *Batilo* y los aplausos tributados á su oda *Á las Artes*, leida en la Real Academia de San Fernando, todavia, al salir á luz sus obras, los versos suyos que más se captaron la aprobacion universal fueron los cortos. Por sus anacreónticas le alabó el abate Andrés, cuya obra gozaba de grande aceptacion en aquel tiempo; por las mismas, y por sus letrillas y romances, le alababa el vulgo de lectores. Por sus versos cortos, asimismo, le celebró, si bien con frialdad y restricciones y mala voluntad evidente, el mal traductor del *Curso de Literatura* de Batteux, en los malos apéndices cosidos á su version; pero es de notar que el tal traductor, pobre critico por cierto, andaba entónces entre los desafectos á MELENDEZ, aborreciendo en él, más que á su persona, á las de ciertos prohombres de su escuela, señaladamente á Cienfuegos y Quintana.

Al reves el traductor de Blair, apandillado con éstos como traductor, si bien no tan malo cuanto era el de Batteux, malísimo tambien, pero superiorísimo á él como critico, aunque de la escuela clásico-francesa de su tiempo, prefirió en las poesías de MELENDEZ los versos largos á los cortos, y á todas las odas, la aquí citada, hecha en honra y loor de las nobles artes, y asimismo otra donde es celebrado el poeta Cadalso con el nombre de Dalmiro. Y de las anacreónticas del poeta de quien hablamos, dice en otra ocasion el mismo critico, no sin acierto, que más tienen de pastoriles que del género de poesia cuyo nombre llevan, si en vez de llamar anacreóntica á toda obrita compuesta en el metro usado por el poeta griego (1) ó por sus traductores al castellano, se da la calificacion de tal á composiciones conformes en su alma y tono á los cantos de Anacreonte mismo.

Cuando hablamos de juicios hechos del mérito poético de MELENDEZ, bien estará añadir, aunque haciéndolo se incurra en el pecado de digresion, que *Sismondí*, si elogia á este poeta, le califica poniéndolo junto con García de la Huerta y otros de mérito mediano. Algo mejor le trata Bouterweck, pero tampoco le da altos elogios, siendo natural que así hiciese quien, como casi todos los alemanes, sus paisanos, de nuestras poesías sólo conocen ó sólo celebran las antiguas, y de ellas lo que va más desviado de las estrechas reglas del clasicismo frances ó moderno.

Pero los apasionados á MELENDEZ por algun tiempo anduvieron como locos, dando rienda suelta á su pasion, en términos de poner á su poeta adorado sobre todos cuantos en cualquier tiempo compusieron ó han compuesto versos en la lengua castellana. Quién afirmaba ser él más pulido, limado y correcto en la versificacion que nuestros buenos poetas del siglo xvi ó del siguiente. Quién declaraba sus romances superiores á los de Góngora y Lope, y de otros contemporáneos ó predecesores, iguales á aquéllos en mérito, si no en nombradía. Quién le calificaba de poeta descriptivo en su género igual á los primeros del mundo todo. Y mezclando y confundiendo especies, se alababa en el restaurador de nuestra poesia, ó fundador de una escuela nueva en ella, el valor relativo revuelto con el absoluto, atendiendo á lo que se componia cuando él empezó á versificar, y sacando á plaza dislates de su mocedad primera, para contraponerlos á sus aciertos posteriores, y dar así á estos últimos mayor realce.

Lo que antecede se ha dicho de MELENDEZ. Ahora entra que el escritor de estos renglones dé sobre el mismo punto su parecer, sin pretender disculparse de la tacha de atrevido, ni dar á su juicio un precio superior al que le corresponde.

MELENDEZ no es de aquellos ingenios de primer orden, cuyo entendimiento y estro poético analizados dan por producto el descubrimiento de cierto carácter peculiar y distinto, como su-

(1) Sabido es que casi todos los versos de Anacreonte son heptasílabos. Así han acertado los traductores españoles al acercarse en sus versiones á la medida del original. Así el

Phœto de Cadmon diden

se expresa bien en

Quiero cantar de Cadmo

*Phœtis kerata Téuroit,
Natura al toro osmos.*

Véase la traduccion de don José del Castillo y Ayensa, en nuestro sentir superior á todas, donde, sin embargo, hay versos de más y menos de siete sílabas.

cede, no sólo á un Homero, á un Dante, á un Cervántes, á un Shakspeare; no sólo á ingenios inferiores á éstos, aunque altos, y más imitadores, como un Virgilio, un Tasso, un Milton, un Racine, sino hasta á autores de obras más ligeras, como un fray Luis de Leon ó un Garcilaso. El poeta moderno español cuyo mérito intenta este artículo calificar, es en sus ideas comun, aunque no de mal gusto; mero imitador, aunque acertado y de bríos; en suma, versificador de pensamientos, aunque no extravagantes, ordinarios. Sensibilidad tiene, sin duda, pero no profunda, y en gran parte nacida de la lectura, y como tal, algo pueril, algo violenta y con trazas de algo afectada. Sus campos huelen á la ciudad, y bien se ve ser sus pastores todos al modo de un don Gaspar de Jovellanos, disfrazado por el poeta, no obstante sus rizos y su toga, con el traje y nombre de mayoral Jovino (1). Aun cuando haya algo campestre en él, aunque se haya dicho con razon de una égloga suya que olía á tomillo, el tomillo parecia (si se nos permite esta expresion) como puesto ya en búcaro y cogido por mano ajena. *Batilo*, la mejor de sus églogas, es una repetición en versos lindos, fáciles por demas, fluidos, sonoros, de pensamientos comunes todos, y algunos de ellos falsos, sacados de las poesías bucólicas de todas las naciones y edades. Comparada esta composicion con el diálogo en versos duros y flojos, hecho por Iriarte en competencia y con igual título, parece un prodigio; porque en aquélla, si no hay poesía de invencion, la hay de estilo, y ésa buena, y en estotro no hay poesía de clase alguna. Pero aunque la buena poesía de invencion mal expresada valga poco, no vale mucho la feliz expresion de lugares comunes.

Las anacreónticas de MELENDEZ tienen bastantes perfecciones y primores. Sus cadencias deleitan, su facilidad asombra y satisface. Son, en verdad, ó repeticiones de pensamientos contenidos, ya en las odas de Horacio, ya en las églogas de varios poetas, ó ideas del autor comunes y vagas. Y por cierto, refiriéndonos al juicio inserto en la traduccion de Blair, aquí ya ántes citado, diremos que nada dista más de lo anacreóntico que lo pastoril. Si bien se mira lo que era Anacreonte, se ve haber sido por excelencia el poeta de la vida de las ciudades, de los convites, del regalo, de los amores sensuales y varios, de cuanto se aleja de la sencilla vida y puras costumbres campestres, y corresponde á un estado de sociedad adelantado, lujoso, muelle, corrompido. Si no recomienda el exceso, recomienda la gula y el vicio, y se deduce de su doctrina que hasta la templanza es un modo más exquisito de aprovechar el deleite. Á gozar, ó á lo ménos á sentir, y á cantar la hermosura de la naturaleza en los campos, y las sencillas y rústicas pasiones de quienes allí moran (en la primera de las cuales cosas, si algo se regala el cuerpo, se recrea y deleita algo más el alma), no era muy aficionado el poeta de Teos, si por sus obras ha de juzgarse. Como cantor de la sensualidad, disfrutaba en el lujo de los palacios; Horacio es, de todos los poetas, el que más se le asemeja. MELENDEZ, si alguna vez copia ó remeda los acentos de éstos, mezcla con las imitaciones otras pastoriles. Era, en verdad, el poeta español moderno bucólico por excelencia, siéndolo por aficion, y por aficion á las églogas más que á los mismos campos; pero era bucólico al gusto de su tiempo. Así son todos los hombres, todos, hasta los superiores; pero éstos, si por un lado obedecen á su siglo, por otro le dominan, se le adelantan, llegan á guiarle, y nuestro poeta de fines del siglo décimooctavo y principios del décionono, aunque fuese para mucho, no era para tanto. Florecia cuando cantaban y eran admirados Metastasio, Delille y Gesner, poetas desiguales en mérito, siendo el del primeramente citado muy superior al del segundo, y el de éste al del tercero; pero poetas entre los cuales hay alguna semejanza. Del primero tradujo algo, y en verdad con poco acierto; al tercero imitó más de una vez, igualándole ó excediéndole; del segundo nada tomó en particular, pero en general se le acercó mucho en el gusto, describiendo, como él, en demasia, y más que él, vagamente.

En los romances MELENDEZ es muy aventajado. Sus versos en ellos parece como que nacen con facilidad, y sin duda corren con fluidez, y como dulces y sonoros, deleitan sobremanera el oído. Sus imágenes son lindas, aunque comunes. Sus símiles son copiosos, aunque no siempre propios. En nervio de expresion y en el arte de describir sin muchos epítetos con claridad, de tal

(1) Bien es cierto que cometieron el mismo pecado buenos poetas antiguos, así de España como de otras naciones. El severo Duque de Alba es el pastor Albano en varias poesías castellanas anti-

guas. Pero esto nunca fué de buen gusto poético, y en el tiempo de MELENDEZ era peor, porque sobre lo malo suyo propio traía el inconveniente de lo gastado.

modo que un pintor puede sacar un cuadro con seguir al poeta, así como tambien en expresar los afectos sin palabrería se queda atras de los grandes poetas castellanos antiguos, que en este género hicieron tantas y tan preciosas composiciones. Sin duda es graciosa pintura la que sale del

Celebrarán nuestra gloria
Las avecillas cantando,
Murmurando el arroyuelo
Y balando los ganados.

Pero, en nuestro sentir, son pinturas de valor artístico harto más subido las conocidas de :

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut,
En la playa de Marbella,
Se quejaba al ronco són
Del remo y de la cadena.

Y

Batiéndole las ijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo flojas,
Porque corra y no se pare,
En una yegua tordilla,
Que tras de sí deja al aire,
Por la plaza de Molina
Entra diciendo al-alcaide:
«¡ Al arma capitanes », etc.

En las odas en verso largo MELENDEZ peca por palabrero. En ellas diserta á veces, y no mal; imita con frecuencia, y muy bien; se muestra feliz en la expresion, y pobre, y más que pobre poco poeta, en los pensamientos. Sin duda en su oda *Á las Artes* hay calor á veces, descripciones hechas con exactitud y valentía, y cierto sentir vivamente el efecto de la belleza de algunas obras del arte; sentir que se descubre, con mucha honra del autor, en la expresion, pues lo bien sentido rara vez deja de salir bien expresado. No así la oda *Á Dalmiro*, elogiada por el comunmente descontentadizo crítico en la traduccion de Blair, el cual, en el caso de que hablamos, peca, y gravemente, por el lado de la benignidad. Porque, cierto, al decir el poeta :

Mas ¿qué furor sagrado dentro el pecho
Se entró sin ser sentido,
Y en sobrehumano fuego me ha encendido?
Ya el orbe entero me parece estrecho,
Y mi voz más robusta
Al número del verso no se ajusta,

y al compararse con el sacerdote del dios de Delo, y contarnos que tiembla y siente furor, se ve que MELENDEZ finge, y finge mal, y buscando la sublimidad, tropieza con la ridiculez, porque semejante furia, sobre no ser verdadera, no vendría á cuento, ni lleva al autor á salirse del verso, pues sigue arreglándolos en estrofas regulares, y ademas porque para celebrar al estimable Caidal no podia un hombre de seso hacer tales extremos y locuras.

No hablemos, juzgando á MELENDEZ, de *La caída de Luzbel*, donde tan buen versificador no acertó siquiera á redondear las octavas (1). No digamos cosa alguna de *Las Bodas de Camacho*, de la cual obra, criticándola, remedó tan bien Iriarte el estilo en su soneto que empieza :

¡Ay Bodas de Camacho, ay sin ventura,
Y misera y mezquina y malhadada
Fábula pastoril! ¡Ay me, cuitada,
Llena de languidez y de tristura;

y de la que con no menos verdad afirmó, aludiendo á haber sido premiada entre otras en competencia por juicio de sujetos imparciales, segun ofreció la *Gaceta*, al proponer el certámen y ofrecer el premio,

Patio, aposentos, gradas y luneta,
Esos sí que son jueces imparciales,
Y no los que ofrecia la *Gaceta*.

(1) Decia un buen crítico, de las octavas de *La caída de Luzbel*, que tenían esquinas ó picos, en vez de ser redondas. En efecto, á las tales octavas falta

el no sé qué, el són particular que cada forma de versificación tiene.

Pero no insistimos en las faltas de estas composiciones, en las que no estriba la fama del autor, y faltas por otra parte confesadas por los lectores y críticos todos.

Nuestro intento, como va dicho, no es tratar á MELENDEZ como á enemigo, cebándonos en su fama. Hemos, si, querido dar á notar sus lunares al lado de sus perfecciones, procurando á un tiempo bajarle del alto lugar donde, en nuestro concepto, no merece estar colocado, y ponerle en otro, donde, visto por diferentes aspectos, todavía sea apreciado por su mérito no escaso, así absoluto como relativo.

Este último es grande. Cuando empezó MELENDEZ á componer era, en lo general, pésimo el gusto reinante en nuestra literatura, al cual pagó él mismo tributo en unas coplas hechas en su mocedad á un religioso que habia lucido en unas conclusiones. Basta citar el primer verso de las tales coplas, el cual era :

Reverendísimo asombro,

para venir en conocimiento de lo que valian la composicion y el autor. Bien es verdad que con MELENDEZ mozo coexistieron versificadores y aún poetas en quienes, si no abundaba el mérito poético, no faltaba correccion en el gusto. Escribia entónces Iriarte, igualmente falto de perfecciones y defectos de bulto. Escribia fray Diego Gonzalez en purísima diction, correcto estilo, y versos por lo comun fáciles y dulces, pero sin invencion ni brios; remedando asombrosamente á fray Luis de Leon, pero copiando sólo las formas, sin empaparse en el espíritu de tan gran modelo. Escribia García de la Huerta, remedando á Góngora y á los sectarios de éste, pero quedándose corto en la imitacion así de los primores como de las extravagancias. Escribia Moratin, el padre, con más dotes de poeta que los demas escritores aquí recién mencionados. Escribia, al fin, Jovellanos, en sus dos sátiras gran poeta, en sus demas obras en verso, frio y hasta flojo.

A todos eclipsó MELENDEZ, porque tenia más fuego, aún para imitar, que otro alguno de sus contemporáneos; porque tenia más valentia, si no más correccion en el estilo, que cualquiera de ellos; porque á los mejores excedia en facilidad y abundancia. Era su gusto el llamado clásico de su tiempo; una imitacion de tercera mano, mezclándose con ciertas ideas filosóficas, á la sazón dominantes, que si por una parte animaban, y renovaban, por otra, en grado mucho mayor, viciaban la poesía. Habia en MELENDEZ, para repetir ideas ajenas ó inventar las comunes, inteligencia del gusto de su tiempo, y la dosis suficiente de imaginacion y fuego para tomar de otros el espíritu más que las formas. De éstas tomó algunas á la poesía antigua castellana; pero no las tomó, como Gonzalez, remedando puntualmente, sino á un modo particular suyo, amalgamando lo copiado con algo nuevo, y asimilándolo á su propio ingenio y fantasia.

Así, no sólo sirvió MELENDEZ cuanto servir cabia á la causa de la buena poesía en su patria, adquiriendo justo tanto cuanto distinguido concepto entre sus contemporáneos, y siendo reputado el principe de ellos, sino que se granjeó un asiento preferente entre los líricos de segundo orden.

Poseia la gran dote de la expresion, alta donde quiera, más alta que para otras gentes, para los españoles, que con su lengua sonora y grandilocua están acostumbrados á estimar tanto cuanto la satisfaccion del entendimiento, el regalo del oído. Por eso MELENDEZ, traducido, parece poco, y leído en castellano todavía gusta, deleita, si bien hasta por lo sobrado dulce empalaga. Con esto y su abundancia de imágenes y de palabras, y su ternura en los afectos, bien puede afirmarse que, no obstante carocer de invencion y de valentía, y no obstante tener su sensibilidad mezcla de forzada, y aún de ser, sin él mismo conocerlo, falsa algunas veces, si MELENDEZ hubiese vivido en mejores tiempos, esto es, mucho ántes ó algo despues que vivió, habria sido superior á lo que vino á ser, imparcialmente juzgado.

Hoy (lo repetimos) es muy poco leído; pero ¿quién lo es en España, ahora, de cuantos no escriben en el día y para el día presente? Sin embargo, los principiantes de este nuestro tiempo, ya sean compositores, ya jueces de obras ajenas, ya intenten, como hacen muchos y han hecho otros con feliz fortuna, hermanar el talento de poetas con el juicio de críticos, deben leerle y hasta estudiarle. Más dirémos, y es que en algunos puntos es buen modelo, sobre todo para los autores de esta época, en la cual, si se versifica bien, suele haber gran descuido en lo tocante á la belleza y correccion de las formas; y si las de MELENDEZ distan mucho de ser perfectas, de toscas distan más todavía.

Al levantar la mano de este corto trabajo, escaso en valor, ocurre una idea á quien lo escribe, propenso por demas á escrúpulos y dudas.

Verdad es que tocando con mano osada á los ídolos, y más aún desnudándolos y examinándolos con prolijidad y notándoles sus imperfecciones, se acaba con la ilusion necesaria para el culto. Por eso habrá quien opine que en los renglones antecedentes el autor, si no adrede, por su poca maña, ha hecho cuanto cabe en lo posible para poner á MELENDEZ en descrédito sumo. Esta opinion, no siendo justa, puede no ser enteramente desacertada. Todos erramos, unos hablando ú obrando siempre como apasionados al elogiar ó vituperar, y otros queriendo ser en demasia imparciales, y logrando, en su manía y contra su propia voluntad, dejar vacilante la fe ajena, é ir ellos perdiendo cada vez más lo que les queda de propia.

DE DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

(Fragmento del Juicio crítico de Quintana como poeta lírico.)

Entre los poetas líricos que habia producido la especie de conmocion literaria del reinado de Carlos III, Quintana admiraba y veneraba por demas á MELENDEZ VALDÉS. No sólo aventajaba éste, á sus ojos, á los demas poetas de su tiempo, sino que le creia dotado de un estro de la más elevada y pura naturaleza. No titubeaba en afirmar que MELENDEZ « ha dejado muestras de alta magnificencia en la oda sublime (son sus propias palabras), y que sabe tomar alternativamente el tono de Pindaro, de Horacio, de Thompson y de Pope. »

Bien se ve que estas exageradas palabras están dictadas por la ternura del amigo y por el alucinamiento del discípulo. Quintana era tenaz en sus convicciones y en sus afectos; no sabía sentir á medias, y sus prevenciones, favorables ó adversas, se arraigaban en su alma con la fuerza de una pasion.

En el día la crítica es más exigente, y la opinion pública ménos contentadiza. MELENDEZ es ménos leido de lo que en realidad merece serlo: nadie, con justicia, puede negarle delicadeza, flexibilidad, gracia, fluidez, propiedad descriptiva; pero es preciso estar inspirado por la afectuosa parcialidad de Quintana para encontrar en sus versos emocion, entusiasmo, vuellos de fantasia, energía de expresion; una sola de aquellas dotes esenciales y características que llevan involuntariamente el pensamiento hácia las odas triunfales de Pindaro.

La verdad es, no obstante, que MELENDEZ, sin la vehemencia de Cienfuegos ni el brioso y natural desembarazo de don Nicolas Fernandez de Moratin, era el mejor poeta de aquellos tiempos. Pero, á pesar de la condescendiente admiracion que le profesaba Quintana, para éste no fué ni pudo ser modelo de su grandilocuencia, guía de su atrevido rumbo poético, y mucho ménos despertador de su númen altivo y vigoroso.

CASA DE MELENDEZ.

Hé aquí lo que dice de la morada de MELENDEZ, en Salamanca, su amigo y discípulo don José Somioza:

« Es muy singular y digno de la historia de la poesia que el dulce y anacreóntico MELENDEZ compusiese sus mejores versos en una casa de la estrecha calle de *Sordolodo*, en Salamanca; calle en que todos los vecinos eran herreros, cruzándose las chispas de las fraguas, y machacando dia y noche veinte mazos. Tal era la campestre perspectiva y los melodiosos ecos de que gozaba el cuarto de estudio del amable poeta, que llamaba él *la caverna de los ciclopes*. »

CARTAS INÉDITAS DE MELENDEZ VALDES Á JOVELLANOS.

Nos complacemos en dar á la estampa varias cartas autógrafas de MELENDEZ, que, movido por su acendrado amor á las letras, tuvo la bondad de franquearnos el difunto Marqués de Pidal. Todas ellas están dirigidas á don Gaspar Melchor de Jovellanos, y fueron escritas en los primeros años de la vida literaria de su autor. En España ha habido por lo comun lamentable descuido en la conservacion y publicacion de las cartas familiares de los varones esclarecidos, sin atender á que en estas manifestaciones intimas del alma suelen descubrirse los verdaderos impulsos morales que sirven de guia, de estímulo ó de estorbo al vuelo del entendimiento.

Las cartas que á continuacion publicamos, no solamente ponen de manifesto la razon de las tendencias poéticas de MELENDEZ y la hermosa amistad que le unia con Jovellanos, sino que dan asimismo clara idea de sus estudios y de la incertidumbre que por aquellos tiempos reinaba en las doctrinas literarias.

I.

Salamanca, y Agosto 3 de 1776.—Muy señor mio y de mi mayor veneracion: Esperando de correo en correo la *Didáctica* (1) que V. S. me anuncia en su postrera carta, y queriendo yo, por otra parte, ofrecer á V. S. algo de mi cosecha que acreditase la estimacion que hago de sus sabios avisos y la docilidad con que los ejecuto, me he ido deteniendo aún más que ya debiera en mi respuesta, casi olvidándome de demostrar á V. S. mi justo agradecimiento por los excesivos elogios con que se sirve honrarme; éstos son tales, que su misma grandeza me estorba, y la ignorancia mia se confunde entre ellos... Mas si no los admito por este término, los aprecio y apreciaré siempre como unas sencillas pruebas de la estimacion que he merecido á V. S. El juicio de ese caballero (2) es tambien muy benigno. Mi segundo soneto sólo puede pasar por una mediana composicion pastoril y nada más; pero, sea como fuere, este mismo juicio y esa misma suavidad en la critica me ha hecho copiar la docena y media que acompaña á ésta, y que son todos los que hasta ahora he hecho, de donde espero, si no una igual censura (porque ésta no me está á mí bien), á lo ménos otra ménos apasionada, y que diciéndome dónde yerro y dónde no, me enseñe y me corrija con sus avisos. La materia de ellos toda es de amor, por las mismas causas que V. S. me insinúa en su última carta. El ejemplo de nuestros poetas, la blandura y delicadeza de sentimientos, la facilidad en expresarlos, mi edad y otras mil cosas, me hicieron seguir este rumbo, y si á V. S. le pareciere ménos grave ó digno de una tal persona, perdóneme, y discúlpeme mi buen afecto.

Excitado de lo que V. S. me dice, he emprendido algunos ensayos de la traduccion de la inmortal *Iliada*, y ya ántes alguna vez habia probado esto mismo; pero conocí siempre lo poco que puedo adelantar; porque, supuestas las escrupulosas reglas del traducir que dan el obispo Huet, y el abate Rénier en su disertacion sobre Homero, y la dificultad en observirlas, el espíritu, la majestad y la magnificencia de las voces griegas dejan muy atras cuanto podamos explicar en nuestro castellano, y por mucho que el más diestro en las dos lenguas y con las mejores disposiciones de traductor trabaje y sude, quedará muy léjos de la grandeza de la obra. Las voces griegas compuestas no se pueden explicar sino por un grande rodeo, y los patronímicos y epítetos frecuentes, y que allí tienen una imponderable grandeza, no sé si suenan bien en nuestro idioma. Esto hace que precisamente se ha de extender la traduccion un tercio más que el original, como sucede á Gonzalo Perez en su *Ulixea*, y esto le hará perder mucho de su grandeza. Yo en lo que he trabajado, que será hasta trescientos versos, procuro cefirme cuanto puedo, y hasta ahora, con ser la version sobrado literal, calculado el aumento de los versos exámetros con respecto á nuestra rima, apenas habrá el ligero exceso de veinte versos. Espero que en todo este mes y el siguiente tendré acabado el primer libro (aunque ahora todo soy de Heinecio y de Cujacio), y si V. S. gusta verlo, lo remitiré para entónces. En lo demas no tiene V. S. que esperar de mí nada bueno; los poemas épicos, físicos ó morales piden mucha edad, más estudio y muchísimo genio, y yo nada tengo de esto, ni podré tenerlo jamas.

Estoy aprendiendo la lengua inglesa, y con un ahinco y teson indecible. La gramática de que me sirvo es la inglesa-francesa de M. Peyton; pero más que todo, me aprovecha el frecuente trato con dos irlandeses de este colegio, criados en Londres y que nada tienen del acento de Irlanda; ya traduzco alguna cosa y entiendo muy bien la pronunciacion y la algarabía de las letras. Dios quiera que algun dia pueda entablar una correspondencia inglesa con V. S. y mostrar en mi adelantamiento la estimacion que hago de sus avisos. Yo desde muy niño tuve á esta lengua y su literatura una inclinacion excesiva, y uno de los primeros libros que me pusieron en la mano, y aprendí de memoria, fué el de un inglés doctísimo. Al *Ensayo sobre el entendimiento humano* (3) debo y deberé toda mi vida lo poco que sepa discurrir. Sírvasse V. S. decirme los libros que más puedan aprovecharme, tanto poetas como de buena filosofia, derecho natural y política, pues en estos ramos de literatura he hecho y deseo hacer una buena parte de mi estudio.

Dé V. S. mil respetos de mi parte á este caballero que tanto me favorece con sus censuras, por no decir elogios, mientras yo ruego á Dios guarde la vida de V. S. los muchos años que deseo.—B. L. M. de V. S. su seguro servidor y afectísimo amigo, JUAN MELENDEZ VALDES.

(1) Esta *Didáctica* es la epístola de Jovellanos publicada en sus obras con este epígrafe: *Joviano á sus amigos de Salamanca.*

(2) Don Cándido María Trigueros.

(3) De Locke.

II.

Salamanca, 24 de Agosto de 1776.—Muy señor mio y de toda mi veneracion : El correo pasado no pudo dar á V. S. las debidas gracias por los dos cuadernos de poesías que se sirve remitirme, por estar sumamente ocupado y no haber sido mio en todo el día; comí fuera de casa, y me embarazaron la tarde y noche, ni tampoco pude abocarme con nuestro *Delio* (1) para que á lo ménos respondiera á V. S. : ya la hemos leído con indecible gusto, y aunque V. S. nos encarga que las juzguemos, nos confesamos desde luego de hombros débiles para tanta carga; yo á lo ménos, de un genio suave y bondadoso por naturaleza ademas de mis cortos años, que aún no llegan á los legales de la censura, apenas puedo advertir en las más de las obras los defectos que notan con tanta frecuencia los críticos desapiadados, y ántes presumo que serán ó mal gusto ó ignorancia mia que verdaderos yerros del autor; pero, no obstante eso, cuando las iba leyendo, hice algunas observaciones sobre el estilo, locucion y fondo de las piezas, conviniéndome en todo y caminando sobre el juicio que V. S. nos hace de ellas (2).

Las cantinelas anacreónticas me parecen muy largas y que pierden alguna cosa por la uniformidad de la asonancia, no muy escogida; el oído se cansa, y como el fondo de ellas es (á mi ver) uno, como que las recibe por una sola; parece que la naturaleza de estas composiciones es el que sean cortitas, porque no admiten las largas descripciones, ni las figuras, ni la gravedad frecuente de sentencias, ni los demas adornos que pueden sostenerlas; el mismo Anacreonte no fué tan feliz en la 53 por querer extenderse, y tuvo que dar alguna más fuerza á la pintura de su ausente para no decaer y mantenerse en ella. Al mismo tiempo me parecen más sátiras ó censuras que anacreónticas; los olores, las flores y los vinos de que están salpicadas son como piés ó estribillos para dilatarse en largos discursos de la ambicion, la vanidad, la soberbia, la avaricia y otros vicios: esto tampoco me parece ser muy del genio de Anacreonte, pues aunque censura y enseña mucho, como todos los antiguos, es de otra manera y como por incidencia y ligeramente, haciendo el principal intento en pintar sus amores y convites y beodeces. Yo en esta clase de composiciones quisiera que tan sólo siguiéramos á este buen viejo, pues es (á mi entender) el modelo mejor de la gracia, la soltura y la delicadeza del amor, los juegos y las risas. Villegas, que es, de los nuestros, el que mejor ha llegado á imitarle, le es muy inferior en las composiciones originales.

Pero volviendo á nuestro propósito, el estilo y la locucion no son muy castigados en las cantinelas anacreónticas, y padecen la inconsecuencia de unir las voces más modernas y de este siglo con las antiguas, y tan antiguas, que muchas de ellas son de un siglo anteriores al tiempo en que se nos supone haber florecido Melchor Diaz (3). Las voces *barragan, cata, en como, guarite, ver nelo, sendos, sandios, escombros, artera, gayo, arterías* (por astucias), *plañer, lueñe, empecer, mandra*, son un siglo antecedentes á Garcilaso, ni creo que Boscan, que usa más de estas voces antiguas, usase mucho de ellas; pues poniendo aquéllas y la nota del prólogo á par de las siguientes: *mosalbetes, embeleco, avechicho, picaruelo, espantajos, odiarlas, aspavientos, malas migas, festejo* y otras muchas de tantos modos de hablar vulgares, como v. g.: Sin tantas alharacas, sin tantos aspavientos, pescas de mosquitos, meter bulla; hacer pucheros, estoy que con un toro puedo apostar á rejo, sarnosos perros, besar con abispas, tener mala la testa, saltar y brincar, etc., etc., creo que no pueden hacer muy buen contraste; y despues de conocerse con evidencia la falsedad de la antigüedad que pretende fingir este poeta, dan á entender ser poco trabajadas, y un gusto sin tanta delicadeza como piden estas composiciones. Es cierto que el *Amor enamorado*, si no quisiera decirlo todo, y pintar de tantas maneras los temores de Corina y los dolores del Amor herido, sería de las mejores; pero esta misma abundancia la hace estéril, y no puede compararse con el mismo pensamiento, tratado ya en prosa por el señor de Montesquieu despues de su *Templo de Gnida*. Creo que habrá V. S. leído á este gran hombre aún en estos dos pasatiempos, y por tanto dejo de alabarlos. Es lástima que la *Efigie de los amores* tenga el verso

El grave porro seco.

La voz *porro* ó *porra* (que decimos hoy) es muy grosera; yo hubiera dicho *clava* y lo hubiera dispuesto de otro modo; pero la conclusion es feliz y muy digna del original. Mas ¿dónde voy yo con una crítica tan severa? Ni ¿qué soy yo para una tal censura? V. S. perdone este arrebatamiento á mi musa; porque el continuo estudio que he puesto por imitar en el modo posible al lírico de Teyo y su graciosísima candidez, me hacen parar, contra mi genio, aún en los más ligeros defectos de estas composiciones, confesando tambien que las mías no están aún libres de ellos, ni pueden sufrir una censura.

Convengo desde luego en que las traducciones son de la segunda clase, aunque entre todas se distingue mucho la de Lucano, y en ella el razonamiento de Labienio. La lamentacion de Adónis y la oda postrera son, á mi ver, del primer orden, aunque he notado en la lamentacion los siguientes versos poco armoniosos:

(1) Fray Diego Gonzalez.

(2) Se infiere de la carta misma que las poesías eran de Trigueros.
(3) Melchor Diaz de Toledo es el seudónimo que adoptó Trigueros cuando quiso hacer pasar sus poesías por obra de un poeta descon-

conocido del siglo XVI. Nadie cayó en el lazo, y lo poco que dice MELENDEZ demuestra cuán distante estaba Trigueros del talento de Chatterton y de Macpherson.

¡Ay! ¡ay de ti, Venus! finó el bello Adónis.....
 Y el eco altamente lo repite.....
 ¡Ay! ¡ay! así que vió y de su Adónis.....
 Ungüento, Adónis haya perecido.....
 Al muerto Adónis con sus alecitas.....
 El bello Adónis ha ya perecido.....

y algun otro. En la oda no me agrada el verso quinto de la primera estancia, ni el *ya lo dejo* con que concluye: quisiera yo que aún no tuvieran estas dos piezas estos ligeros defectillos; pero en medio de estas pequeñeces, que me he tomado la libertad de notar de paso, se halla en todas las piezas mucho furor poético, buen orden, claridad y el bello gusto de imitacion, con otros primores, que sólo se sienten y no pueden decirse, y es mucha lástima que la egloga del *Pañuelo* tenga la chuscada de *colmadito* (yo hubiera dicho *asaz colmado* ó bien *colmado*, ó muy *colmado*) y alguna otra voz ménos castigada y sencilla.

Pero pasando al poema de *La Reflexion* (1), convengo de la misma manera en que es algo difuso; en donde trata de la esencia de Dios está bastante largo, y con ménos palabras se pudiera decir lo mismo; mas donde sigue hablando de las sectas de los filósofos Platon, Aristóteles, Pitágoras, etc., me parece á mí que elevándose con un aire magistral en ocho ó diez versos, los pudiera confundir y estuviera mucho más hermoso. Yo no estoy por que el poeta lo diga todo; debe callar mucho y omitir, en cuanto sea posible, las ideas intermedias (como lo hacen Virgilio y Horacio), para que el ánimo sienta otro nuevo placer buscándolas, y como que él en semejantes lances se lisonjea de que el poeta lo ponga en obra y le deje algo que investigar y discurrir. Tambien es redundante donde habla de las ciencias, mostrando su necesidad para la reflexion, y á mí me parece que esto debiera tocarse muy de paso, porque nadie lo duda. La leccion es bastante buena, aunque tiene algunos defectillos, como las poesias antecedentes, y á la verdad que se echa en ella ménos aquella pureza y valentia de diction del *Epicteto* (2) de nuestro Quevedo, que es la obra didáctica que le asemeja en algo. Yo en las producciones del buen gusto señalo una medida para juzgarlas, y á proporcion que las demas se acercan á ella ó la exceden en algo, las hallo más ó ménos perfectas, así como á medida que una epopeya se asemeje más ó ménos á la *Enéida* y á la *Iliada*, será más ó ménos hermosa.

De las sentencias, la de que el alma obra siempre; que el bruto piensa, y que sólo la reflexion nos diferencia de él; y la de las semillas de las ciencias grabadas en la mente, donde parece que abraza las ideas inatas, no me toca juzgar. Mis cortos años, y mi ignorancia, y mis cortos estudios me oprimen y embarazan para este empleo, aunque la primera ya la ví bien tratada en una de las *Noches* del doctor Young. Pero en medio de todo esto, la moral y las doctrinas son excelentes, y reina en toda la pieza un aire magistral y mil hermosuras y salidas poéticas y llenas de calor y de genio. Déjeme llevar, contra el mio, del furor de las Musas, y de otro mayor gusto en cumplir el precepto de V. S. Mil expresiones de nuestro *Delio*, sumamente ocupado en cosas del oficio; ni advertí cuán difuso soy, y cuán lentamente y sin piedad censuro los lunares y manchas más pequeñas. V. S. perdóneme este arrebatamiento, y seguro de mi afecto, mande á este su finísimo apasionado y amigo.—B. L. M. de V. S. su mayor y más seguro afecto servidor, JUAN MELENDEZ VALDÉS.

III.

(MELENDEZ se olvidó de fechar esta carta. Puede conjeturarse que fué escrita en Salamanca, el año de 1777.)

Mi Jovino y muy señor mio: Las dos últimas cartas de V. S., que recibí ya en esta ciudad y en la misma noche del lunes pasado, que llegué á ella de Segovia, al paso que me consolaron, me costaron infinitas lágrimas; pero lágrimas de amistad y nacidas de la ternura de mi corazon á las expresiones de V. S. ¿Quién soy yo para que V. S. se interese tanto por mí y me ofrezca tanto como me ofrece? Yo me lleno de confusion al mirarme, y si los infelices títulos de huérfano, solo y desvalido no me sirven de recomendacion y mérito, nada hallo en mí que pueda mover á V. S. á tanto, tanto, si no es su buen natural y la ternura de su pecho; yo no sé cómo ni con qué términos dar á V. S. las gracias, y sólo quisiera estar á su lado para besarle mil veces las manos, para abrazarle mil veces y llorar junto á mi amigo, y verter en su seno lágrimas de reconocimiento y amor. Resérvome para otro correo dar á V. S. las gracias, pues en éste llevo ya once cartas, y algunas muy largas, y en tanto vuelvo á ofrecerme bajo la proteccion de V. S. y á acogerme á su amparo. Ahora más que nunca necesito de mis amigos, y de V. S. sobre todo. Tenga V. S. la molestia de dirigirme como cosa propia y como si fuera mi hermano mismo (3); que yo procuraré

(1) Es uno de los *Poemas filosóficos* de Trigueros.

(2) Aquí alude sin duda MELENDEZ á una de las traducciones de *Poemas y filósofos antiguos* hechas por Quevedo, que fué publicada en 1633 con este título: *Epicteto y Phocílides en español, con comentarios*.

(3) MELENDEZ acababa de perder en Segovia (el 4 de Junio de 1777) á su hermano don Estéban, ejemplar sacerdote, que era su único amparo en la tierra. Por eso busca en Jovellanos el carísimo amigo que ahora le falta.

A este don Estéban aludia fray Diego Gonzalez cuando en 6 de Mayo del mismo año (1777) escribía á Jovellanos las siguientes palabras:

«Aun se halla *Basilio* esperando en Segovia el fin de su pobre hermano..... Se me angustia el corazon cuando contemplo la perfecta semejanza de la complexion de *Basilio* con la de su hermano, y me duele mucho por aquel amable y precioso jóven. Le amo con entusiasmo.»

no desmerecer los cuidados de V. S. Otro correo me extenderé más, y mandaré, si está acabada, mi respuesta á la epístola consolatoria. En tanto, mil expresiones de nuestro fino *Delio*, y dándolas á V. S. de mi parte á *Mireo*, mande á este su fino y reconocido amigo é infeliz huérfano.—B. L. M. de V. S. su más reconocido amigo, JUAN MELENDEZ VALDÉS.

IV.

Salamanca, y Agosto 2 de 1777.—Mi finísimo amigo y señor: Los juiciosísimos cargos que V. S. me hace en su favorecida en orden al exceso de mi sentimiento, me dejan confundido y sumamente alentado; no puedo negar, con todo eso, que cuando la lei vertí infinitas lágrimas, y casi que no pude dormir en toda aquella noche; pero estas lágrimas fueron más de amistad y cariño hácia la persona de V. S., que no de sentimiento, al ver mi ningún mérito, mis pocos años, mi desamparo, y todo lo demas que hallo yo en mí cada vez que me miro, más digno de lástima y desprecio que no de estimacion, y ver, por otra parte la que V. S. hace de mí, y tanto, tanto como se interesa por mí y en mis desgracias, no puedo ménos de confundirme y repetir mil veces

Semper honos nomenque tuum laudesque manerunt.

Yo nada podré ser jamas, nada podré valer, y en nada podré distinguirme; pero si algo de esto hiciere la fortuna, á V. S. confesaré debérselo todo, porque desde hoy más V. S. ha de ser mi hermano, y me ha de dirigir y aconsejar como mi hermano mismo en medio de lo muchísimo que le amaba y lo recio del golpe no lo sentiré tanto con este alivio, y yo de mi parte prometo á V. S. no desmerecer, en cuanto me sea posible, este nuevo título de un amigo tal como V. S.

Convengo en lo mismo que V. S. en cuanto á las máximas y consolaciones filosóficas; todas son por lo comun bellísimas, todas muy acertadas y nacidas de la naturaleza misma de las cosas y de la vanidad de los bienes y males de este mundo. Yo hallo en todas ellas unas lumbraradas, digámoslo así, de aquella interior persuasion de todas las almas en orden á su eternidad y destierro en este mundo; pero al mismo tiempo las hallo insuficientes en la práctica, y creo, como V. S., que, en medio de sus reflexiones y sentencias, aquellos filósofos á *longue barbe* sentirian sus desgracias tanto y más que nosotros, que tenemos en nuestra santa religion unas consolaciones más seguras. Todas las razones de Séneca dealumbran al principio; pero haciendo un juicioso análisis, se ven muchas insuficientes, y que sus pruebas, bien examinadas, no corresponden á la firmeza que proponian; en todas ellas reina la imaginacion demasiado, como juzga Malebranche en el juicio de Séneca y Montaigne: por esto, como á V. S., me gusta más Epicteto y hallo sus reflexiones mucho más acomodadas. Cuando aprendia el griego, le traduje todo, y aun tuve despues ánimo de hacerlo con más cuidado para mi uso privado, con algunas ligeras notas; pero viendo despues la traduccion de mi paisano Francisco Santos, y otra del autor del *Teatro universal de la vida humana*, desistí de mi propósito, pareciéndome que nunca pudiera yo igualar al célebre Brocense: el que tambien me gusta mucho es Marimontel en su *Belisario*; los primeros capítulos son, á mi ver, capaces de hacer olvidar las mayores desgracias; lo he leído todo bastantes veces, pero cada vez con más gusto, y me sucede lo que á Saint Evremont con nuestro *Don Quijote*; pero en medio de todo esto, alguna vez respiro por la llaga, y la desgracia de mi hermano no hay forma de dejarle.

Doy á V. S. las gracias más sinceras por sus finísimos ofrecimientos, y me valdré de ellos cuando pueda ofrecérseme; los ofrecimientos de la amistad no son vanos, como los que dictan el cumplimiento y la ceremonia; de todos ellos escojo al presente la direccion y el que V. S. me mire como cosa propia y como mi mismo hermano, y en adelante el influjo y los amigos. Yo no tengo otros patronos que V. S. y el Obispo de Segovia, que se ha empeñado tambien en favorecerme; con estos dos lados, desde luego desecho de mí cualquier pensamiento de desamparo, y creeré siempre que nada me faltó para mis aumentos faltándome mi hermano; en lo demas, ¿quién más dichoso que yo en poder estar al lado de V. S. y testificarle á todas horas con mis obras mi íntimo amor y reconocimiento? ¿Cuánto aprendiera yo en las conversaciones con V. S.? ¿Cuánto adelantára con sus instrucciones? ¿Cuánto con sus consejos? Si estuviera en mi arbitrio y entera libertad, desde luego preferiria Sevilla á Salamanca, é iba á acabar mi carrera á esa universidad; pero no valiéndome de tanto como V. S. me promete, pues mi patrimonio, aunque pequeño, puede tirar hasta evacuar del todo mi carrera, y aunque conozco lo sincero del ofrecimiento, la ley misma de la amistad, que manda que nos valgamos del amigo en la necesidad, manda tambien que sin ella no abusemos de su confianza; prometo, no obstante eso, que cuando vaya á ver á mi hermana, iré á Sevilla tambien, á dar á V. S. un abrazo, y tener el gusto de que V. S. conozca de cerca en el pobre *Batilo* la sinceridad de su amor y sumo reconocimiento.

El señor Obispo de Segovia, á quien servia mi hermano de secretario, me ha cogido bajo su proteccion, y me ha distinguido mucho con sus favores. La bondad de su corazon, sus bellísimas partidas y la íntima amistad que profesaba al difunto, desde el tiempo de su diputacion en la corte, me hacen tener una entera confianza en su beneficencia; pero, no obstante eso, puede V. S. hacerme el gusto de escribirle recomen-

dándome : esto servirá de acreditarme mucho, porque en medio de mis pocos años verá que V. S. me distingue con su amistad y que yo procuro ganarme con mi reconocimiento unos tan distinguidos amigos. Creo que en acabando yo mi carrera, que será el año que viene ó principios del otro, querrá acaso darme cerca de sí algun honroso empleo, segun me ha dado á entender su confesor; yo en nada tendré más complacencia que en esto, aunque mi inclinacion al sacerdocio no sea la mayor; pero el hombre de bien, cuando no halla una oposicion manifiesta, debe todo sacrificarlo, áun sus inclinaciones mismas, al gusto y servicio de su bienhechor. Esto áun admite mucho tiempo, y si llegáre el caso, nada haré yo sin el consejo y parecer de V. S.

Nuestro dulce *Delio* (fray Diego Gonzalez), mil expresiones; le tenemos con una fluxion de muelas de algunos dias á esta parte, aunque ya más aliviado. Yo no me harto de amarlo cada vez más, ni creo pueda darse genio más digno de ser amado; si V. S. le viera, ¡qué blandura! ¡qué suavidad! ¡qué honradez! ¡qué amistad tan íntima al *señor de Sevilla*, como él dice de V. S.! Yo nada deseára más que el que llegásemos los tres á juntarnos, porque en V. S. veo otro *Delio*, y le contemplo de la misma manera: los dias se nos hicieran nada, y las noches más largas del invierno no nos fueran molestas, por nuestras amistosas conversaciones.

¿Por qué tanto miedo por la consolatoria (1), y tanta desconfianza en remitirla? ¿Ha de ser acaso todo acabado? Y en esta casta de escritos familiares, ¿no debe reinar un cierto desaliño, que los hace más apreciables? Las más de las epístolas de Horacio, no creo yo que hagan ventaja á la consolatoria, ni abunden de más oportunas y juiciosas reflexiones; el principio es bellissimo, y aunque mi súplica es bastante larga, me parece tejida de buenos pensamientos; algun otro verso no es tan fluido como los demas; pero en estos escritos, vuelvo á decir que debe reinar un cierto desaliño. Yo no sé cuándo podrá ir mi respuesta, porque apenas la tengo empezada, segun lo que tengo que estudiar y el método que me he propuesto; estos dos años que me faltan de universidad quisiera desprenderme enteramente de la hechicera poesia y darme enteramente á las dos jurisprudencias, y más á la de España. Yo no sé si podré conseguirlo, porque temo, si las deo, que se enojen las Musas, y avergonzadas huyan y me dejen. Otra vez hablaré á V. S. sobre esto, y del método que deba llevar en el estudio de la jurisprudencia patria.

Estoy copiando la *Paráfrasis de los Cantares*, y una oracion latina del célebre fray Luis de Leon. En estando acabadas las remitiré; entre tanto, quedo de V. S., rogando á Dios me guarde su vida los años que desea su finísimo amigo, Q. S. M. B., JUAN MILENDEZ VALDÉS.

Aun no hemos visto la traduccion de la *Poética* de Horacio; pero áun sin verla, convengo en el juicio de V. S. y en el desaliño de algunos versos, por otros que he visto del mismo autor (don Tomas de Iriarte), tambien desaliñados; yo la tengo encargada á un amigo de córte; pero áun no me la ha traído el ordinario, como ni tampoco la *Araucana* de esta impresion, que, segun he oído, es por suscripcion y será bellissima.

V.

Salamanca, y Octubre 18 de 1777.—Mi dulcísimo amigo y señor: La favorecida de V. S. me ha hecho sentir á un mismo tiempo las dos pasiones opuestas de gusto y sentimiento; ¿quién creyera que mi ilustrismo (2) podria sospecharme de la más ligera nota de vanidad, ó que hubiera quien me imputára un defecto tan opuesto á mi carácter y á la situacion de mi fortuna? Yo casi no dormí anoche, con este pensamiento, y no sé á qué atribuirlo, ni qué pensar; la fantasia me presenta mil cosas, que ninguna me satisface, y luego, si doy una vuelta á mí mismo, me hallo tan apartado de vano como el cielo de la tierra, y que acaso llega en mí la humildad civil hasta lo vergonzoso. En fin, mi amigo y señor mio, mis versos y mis cartas, si no deciden de mi carácter, mientras no tenga yo el gusto de que nos veamos, deberá á lo ménos esta aseveracion mia impedir que V. S. no me juzgue tambien de la misma manera. Yo quisiera extenderme aquí algo más, y que tratásemos otros puntos concernientes á eso; pero las ocupaciones del dia de San Lucas, inaugurales, y un claustro largo que me espera, me embarazarán todo el dia; pero en acabando de copiar y poner en limpio dos traducciones mias de dos idilios del sencillo Teócrito, y una docena de malas jácaras, primer fruto de mi musa cuando niña, anudaré el hilo roto, y proseguiré contando mis cosas al único en quien espero y sé que las oye con compasion y sin cansarse. Antes me liaonjeaba yo de tener dos finos protectores; hoy casi que mi desgracia me deja á V. S. solo. Pero V. S. sé que no ha de creer en su *Batilo* el espíritu que dicen las expresiones enfáticas de S. I.

Yo agradezco la confianza de V. S. en franquearme la respuesta, de que no abusaré sino para humillarme más y más, y acreditar con mis obras cuán lejos estoy de todo espíritu de vanidad, áun el más ligero. Estos son para mí unos lazos que cada vez me estrechan más y me unen á V. S., y á que en todo y por todo me dirija por sus dictámenes y acaso le moleste con mil impertinencias.

(1) Alude sin duda á una epístola consolatoria que le envió Jovellanos, con desconfianza de su buen desempeño.

(2) El Obispo de Segovia, protector de MILENDEZ, deseaba que

éste siguiera la carrera eclesiástica, y probablemente creía que el apartaban de ella impulsos de vanidad mundana.

Hemos recibido la traduccion del célebre *Paraiso perdido* (1), y hoy no hemos leído más que la mitad antes de las nueve. Nos ha llenado infinito. El espíritu seco del original lo explica grandemente, la frase es llena y grandilocua, y el verso majestuoso y claro; ¿quién creyera que el dulce mayoral *Jovino*, allá las orillas del Bétis, haría resonar otra vez la lira del cantor de la primera desobediencia, y volvería encender los volcanes del Homero inglés! Mi voto es el mismo que el de los señores de esa ciudad, y el mismo juzga *Delio*; pero, no obstante, cuanto notemos lo iremos apuntando, y acá, digámoslo así, le daremos otra lima en lo que alcanzare mi pequeñez, pues con la misma complacencia que le alabo, le no taré cualquier ligero defectillo que advierta, ya sea de asonancia, versificacion, etc. Creo que no harerl sería abusar de la confianza de V. S. y del santo nombre de la amistad.

Nuestro *Delio* está algo indispuerto, efecto de una cena mal digerida, y yo escribo por ambos, asegurando á V. S. de la finísima ley con que quedo rogando á Dios me guarde su vida muchos y felices años. Escribo despues de comer, y tengo la cabeza sumamente cargada. Por Dios, que V. S. no me juzgue con mi ilustrísimo, y mande á este su fino amigo, Q. S. M. B., JUAN MELENDEZ VALDÉS.

VI.

Salamanca, y Enero 2 de 1778.—Mi señor y querido amigo: Casi me avergüenzo de no poder contesta á V. S. ni escribir tirado; V. S., con muchos más negocios que yo y más ocupaciones, tiene tiempo para hacerlo, y yo ando siempre con excusas y alcanzado de instantes; mas, ello está dicho, yo me embarazo en nada, y á V. S. nada le embaraza ni puede detenerle; pero yo seré bueno, y en tanto podrá disculparmi mi estrecho amigo don José de Cadalso, que está en esa ciudad, aunque de paso para la córte, y á quien yo mismo escribo haga á V. S. una visita en mi nombre, y goce, con harta envidia mia, de lo que yo me quisiera gozar. Excuso anunciar á V. S. las bellísimas cualidades de este amigo, porque son mucho más de lo que yo puedo decir, por mucho que dijera; V. S. le tratará, y hallará en él una instruccion excelente y una condicion exquisita. ¡Cuánto envidia los buenos ratos que V. S. tendrá con él, y él recíprocamente con V. S.!

Nuestro *Delio* está fuera, en una granja ó lugarcillo de su comunidad, y no vendrá hasta despues de Reyes. ¡Qué Pascuas habrá tenido, con las aguas y el mal tiempo que ha hecho! El *Milton* va en buen estado, y cada vez se le lee con más gusto. Dese V. S. prisa á los demas libros; que yo me la daré tambien en leerlos y darles una mano. A Mireo (2) mis afectos; y poniendo palabra de emborrar en otra ocasion dos pliegos de papel, mande V. S. á este su fino y reconocido amigo, que ruega á Dios guarde su apreciable vida muchos años.—B. L. M. de V. S.—JUAN MELENDEZ VALDÉS.

VII.

Salamanca, y Enero 16 de 1778.—Mi muy amado amigo: Remito á V. S. esas bellas elegías, obra de un amigo y compañero mio en la carrera poética (3); á mí, si la amistad no me cubre los ojos, me han parecido y me parecen bien: su diction es pura, su versificacion armoniosa, su moral la de David y los profetas, y su majestad y el fondo de tristeza que reina en todas ellas, tan propia de la materia y del género elegíaco, que nada me parece más oportuno; acaso yo juzgue preocupado algunas cosas que he enmendado y añadido en ellas; y algunos pensamientos, como el de llamar dios al fuego en la primera, la prosopopeya de la ciudad al fin de la tercera, y algunos otros, harán que yo no note sus defectos y que todo lo reciba por bueno; V. S. con su exquisito gusto y delicado juicio las verá mejor, y me dirá sinceramente el grado de su mérito.

En la primera elegía debe suplirse despues del verso:

Para sus hijos cuán pesado y largo,

la estancia que va manuscrita en uno de los ejemplares, y fué forzoso suprimir por haber parecido muy dura al censor; enmendando tambien el verso último de la estancia siguiente:

No consiente el Señor exesos tantos,

sin interrogacion, para que una con los antecedentes, y haga el cabal sentido que debe hacer.

V. S. me ha lisonjeado mucho con la censura del *idilio*; aunque no hallo en él ciertamente motivos para tales encarecimientos, acaso, si tiene algo bueno, le soy deudor de ello á la amistad de V. S.: ella gobernaba mi pluma y animaba mi corazon. Celebro sobre todo el sufragio de esas damas, que son en las cosas de gusto los mejores jueces. Incluyo á V. S. esas dos composiciones, que se resienten, como todas las mías, de precipitadas; la oda fué efecto de una conversacion con el señor Magistral de esta iglesia, á quien ha gustado; pero á mí me agrada mucho más la cancion, á que dió motivo un desvelo mio de algunas noches, mientras estuve en Segovia el verano pasado. Yo no puedo ahora darme á composiciones largas y que pidan meditacion y estudio. Me llevan todo el dia y lo más de la noche las tareas de la cátedra,

(1) Alude á la traduccion del primer canto, hecha por Jovellanos.

(2) El padre Miras, Prior de agustinos en Sevilla.

(3) Iglesias.

las leyes y el cuidado de mi pupilo. No puedo ponderar á V. S. lo mucho que me gusta esto último, y cuánto me ha hecho meditar y leer sobre el punto de educacion; yo quisiera darle la mejor y acertar en todo, y esto mismo hace que nada me satisfaga ni contente; pero de esto quiero hablar con V. S. largamente en otra ocasion, comunicándole mis ideas.

He leído la *Raquel* de Huerta, y, hablando llanamente, no me agrada: el verso de romance endecasílabo jamas puede ser bueno para nada; la armonía que hace va ya, digámoslo así, muy arrastrada, y ni surte el efecto de la rima, ni tiene la grave majestad del verso suelto; además de esto, está llena de voces vulgares y carece del lenguaje y de la expresion de la naturaleza: la escena en que el Rey se aparta de Raquel no tiene comparacion con otra igual de la *Berenice* de Racine; Alfonso se explica con mucha bombolla, y son unas cuartetas muy torneadas las de su razonamiento sobre los cargos de la diadema; ni es tampoco comparable con otro que hay en una de las *Nises* (1); ¡qué ternura y qué afectos en la muerte de doña Ines! ¡Qué frialdad en la de Raquel! ¡Cuán dulcemente se queja aquélla, y con cuánta afectacion ésta! Finalmente, á mí me parecen mucho mejores las *Nises*, la *Ormesinda* y *Gusman el Bueno*, que no la *Raquel*, en medio de su nuevo sistema de tragedia.

En los caracteres tambien hay sus faltas. Hernan Garcia (si no me engaño, porque há ya más de quince dias que la lei, y no la tengo á mano) se muda enteramente desde el medio de la tragedia; pues proyectando con otro rico-home la muerte de la hebrea, al salir los diputados del pueblo, intenta disuadirlos y se transforma en otro. ¿Y por qué esto? Por un punto vano de honor, que hasta entónces nunca ha considerado. La casa del Rey está mal conducida, por ser inverosímil que en un dia de tantas turbaciones pensase en ella; á mí me parece que con un breve soliloquio, en que se le representase agitado, por una parte del honor y de sus obligaciones, y por la otra del amor, tendria esta accion una completa verosimilitud, pues no habia el menor inconveniente en que, por huir de sí mismo, y librarse de los remordimientos con que se le debia representar, tomase este partido. Siempre á las acciones debe dárseles una causa proporcionada.

Tampoco es verosímil el que, por no manchar los aceros en sangre hebrea, dejen los conjurados de matar á Raquel, y hagan que la asesine Ruben, dejándole sin castigo; ¿no entraron ambos en el proyecto de la conjuracion? ¿No se ha decretado en ella la muerte de ambos? ¿Era ménos culpable Ruben, para dejarlo vivo? ¿O era necesario para algo dilatarle la vida por algunos minutos, para que Alfonso empezase en él una venganza que tan presto acaba, pues repentinamente perdona á todos los conjurados, sólo porque se le presentan y le hablan cuatro palabras? Poco amor tenía Alfonso á la bella Raquel, pues tan presto se templea; su carácter era ciertamente el más pacífico, pues á vista de su dama muerta, su palacio profanado y su dignidad ultrajada con tal desacato, da lugar á las reflexiones tranquilas de un perdon general. *Batilo*, el más pacífico de todos los hombres, puesto en caso igual, hubiera hecho mil y mil desatinos. Pero basta de critica, que mi genio no es de poderla hacer. Estos defectos noté cuando lei la pieza, y ahora al escribir me han ido ocurriendo precipitadamente.

Dio llegó de su quinta anteanoche, y yo no pude acompañarle, aunque con harto dolor mio; mañana le tengo citado para que pruebe la cecina de Astúrias, por más ascos que ha hecho de ella.

Yo quisiera hablar largamente con V. S. sobre el acto que tengo pensado defender de humanidades, que es nada ménos que las cuatro poéticas de M. Batteux, y algunas otras cosas; pero ando tan alcanzado de tiempo, que no sé cuándo podrá ser. Ahora me han encargado una disertacion en defensa del lujo, para la sociedad vascongada. Yo me veo confuso por lo delicado de la materia, y porque no tengo el discurso sobre él de M. Hume, ni las reflexiones de M. Melon, ni ningun otro de los que tratan este punto como debe tratarse: yo lei en tiempos algo de esto; pero ¿ya dónde habrán ido mis especies? Tengo que trabajarlo todo de meditacion, valiéndome de las reglas generales, y nada más.

V. S. perdone los defectos de esta precipitadísima carta, y mande á su afectísimo amigo, Q. S. M. B.,

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.

VIII.

Salamanca, y Junio 12 de 1778.—Muy amado señor mio: Convengo enteramente en el juicio que V. S. ha formado de las endechas; yo en ellas quise salirme de mi esfera y torcer el verso anacreóntico á una cosa de que no es capaz; aquello mismo en versos largos tuviera más fuego, más sentimiento y más verdad: la filosofía no se aviene bien con los versos que dictaron las Gracias á Anacreonte, ni el giro que yo tomé, con el de mi corazón. Yo quise seguir en algo el vuelo del inimitable Young y aquel aire original inglés; pero esto no es para *Batilo*, por mucho que se esfuerce. El asonante es ciertamente lleno; pero esto no le quita el que sea triste, delicado y sensible: yo lo tengo por tal, y lo tuve cuando escribí á V. S. mi carta pasada; pero como yo queria más explicar lo horroroso que lo tierno, hallé, al leerlas, que afloraban algunas cuartetas, y de aquí todas mis quejas contra el asonante. Últimamente, el juicio de V. S.

(1) Alude Meléndez á las tragedias de Jerónimo Bermúdez, *Nise lastimosa* y *Nise laureada*.

es acertado, y *Batilo* confiesa llanamente que, á proposicion del trabajo, no le ha salido tan mal como posicion ninguna.

Ahí van las *Bodas de Camacho* (1). A nada más atribuya V. S. mi pereza en darlas á *Liseno* (2), que á haberseme antojado trabajarlas un verano para tener el gusto de presentarlas y consagrarlas al mayor *Jovino*. Luégo que las recibí, murió mi hermano, y todo aquel tiempo lo pasé yo bien mal, y el verano pasado me tuvo S. Ilma. (3) ocupado en arreglarle la librería y formarle un índice; con que hasta ahora no he tenido ni el tiempo ni la quietud suficiente para poderlo hacer. Ésta es obra para en un lugar trabajarla, viendo los mismos objetos que se han de describir, y releendo la *Aminta*, el *Pastor Fido*, los romances del Príncipe de Esquilache, y algunas de nuestras *Arcadias*, como la de *Lope*, las dos *Dianas* y los *Pastores de Henares*; de otra manera no saldrá, á mi ver, como debe salir, ni tendrá la sencillez y saber del campo que debe tener. El estilo sencillo es el más difícil de todos los estilos, porque á todos nos lo es mucho más el descender que el subir y remontarnos. La gracia, la propiedad, la viveza, *le charmant*, es más dificultoso que la majestad, la elevacion y las figuras fuertes; pero ¿á quién digo yo esto? A V. S. que lo sabe mucho mejor que yo. V. S., pues, tolere esta pereza, siquiera por la causa que la produjo y por el buen ánimo en que aún persevero de cantar las *Bodas de Camacho*, y consagrarlas al mismo que las ha compuesto, para cuyo fin me reservo una copia, con el permiso y licencia de V. S., cuya vida me guarden Dios los muchísimos años que deseo.—B. L. M. de V. S. su más fino amigo, JUAN MELENDEZ VALDÉS.

IX.

Segovia, y Julio 11 de 1778.—Muy amado señor mio:
¡Qué excelente obra la del Domat! (4). Yo no me harto de leerla, cada día con más gusto y provecho. Heinecio y él serán los civilistas que yo nunca dejaré de mi lado; por una especie de inclinacion y una noticia confusa de su mérito, tuve yo siempre (aunque sin efecto) deseos de comprarla, hasta que, con aviso de V. S., la hice venir de Madrid, que en Salamanca aún no se conocia, y desde entónces casi que no la dejo de la mano. El *delectus legum*, que trae á lo último, es un extracto del cuerpo del derecho de mucha utilidad, y que anima á leer las *Pandectas* seguidamente; su tratadito de las leyes, sus leyes civiles, su derecho público, todo, todo me encanta. Ojalá que dos ó tres años há la hubiera yo leído para desde entónces no haberla dejado de la mano; ¡cuánto más hubiera adelantado! Con la lectura de los libros buenos se ahorra mucho en el largo camino de las ciencias; nuestra desgracia es no tenerlos á la mano con tiempo; pero, pues he hablado de las leyes, nada me parece más propio y natural que el método que V. S. me dió en ambos derechos. Yo casi que lo he seguido en el civil, porque en el primer año de estudio, sin tener aún guía ni quién me dirigiese, pasé privadamente la *Filosofía moral y derecho natural* de Heinecio; luégo uní al estudio de su instituto el de las *Antigüedades* por el mismo, y el precioso tratado de los *Ritos romanos* de Neuport y las *Revoluciones romanas* de Vertot, juntando también la lección de *Historia del derecho civil* del mismo Heinecio. Esto fué en el verano, y en el curso siguiente, después de seguir estos estudios, pasé con Cadalso el *Derecho de gentes* de Vattel, y una buena parte del *Espíritu de las leyes*, sin que yo supiese entónces estaban estas dos excelentes obras separadas de nuestro comercio, así fui en adelante siguiendo siempre acomodándome y no dejando á Heinecio: si este grande hombre hubiera trabajado separadamente unos elementos del código, tuviéramos en él un sistema de leyes el más seguido, y un curso completo (aunque esta falta puede suplirla el Perez que estoy leyendo ahora); sus disertaciones y opúsculos son un tesoro de toda erudicion y del latin más puro: finalmente, él es tal, que me tiene hechizado y que con él no echaré ménos nada. Su excelente método ayuda mucho á esto: á mí me gustan infinito los autores metódicos y que busquen hasta las causas primeras de las cosas; yo tengo gusto de cuestiones, ni de excepciones, ni de casos particulares; yo quiero que me den los principios me pongan unos cimientos sólidos; que las conclusiones particulares yo me las sacaré, y me trabajaré el edificio.

En el derecho canónico aún soy muy principiante, y sólo á ratos perdidos (como dicen) he visto alguna cosa; esto no obstante, he pasado las *Instituciones* del Selvagio y sus *Antigüedades cristianas*, y he visto algo del *Derecho eclesiástico* de Van-Spen; la historia de Mr. Durand (5) la he leído también, y he leído releído los *Discursos sobre la historia eclesiástica* del abad Fleury. Éste es uno de aquellos pocos libros que cada día leo con más gusto y más utilidad; su estilo, su crítica, su reflexion, todo me gusta por el mismo; pero en queriendo Dios que salga del apuro del grado, me propondré un estudio metódico de esta facultad, uniendo el de la historia de la Iglesia, los concilios y las herejías, y notando los varios puntos de disciplina, todo por orden cronológico. A mí me gusta mucho estudiar de este modo, seguir una fac-

(1) Alude al plan de esta comedia, que le envió Jovellanos. Meléndez escribió más adelante sobre este plan, y alcanzó el premio ofrecido por la villa de Madrid.

(2) El padre Fernandez.

(3) Su protector, el Obispo de Segovia.

(4) Alude sin duda á las obras del sabio jurista francés Jean Domat, que fueron publicadas juntas en un tomo en París (París, 1717). Domat fué jansenista y muy amigo de Pascal.

(5) Habla sin duda de la obra del convencional francés P. Durand, impresa en 1769, con el título *Histoire du droit canonique*.

tal desde sus principios, y aprenderla por vía de historia, anotando su origen, sus progresos, variaciones y alteraciones, y las causas que las produjeron, hasta llegar al estado que tiene actualmente; acaso me engañaré en este método; pero yo en las leyes lo he seguido cuanto he podido, y gracias á Dios, no me pesa.

Notaré con piedra blanca estos mis primeros dias de Segovia por haber hallado en una librería unas *Pandectas* elzevirianas, la cosa más preciosa y acomodada que se pueda desear, en dos tomos en 8.º: la letra es sumamente clara, el papel exquisito, y toda ella como obra de los Elzevirios, y obra en que pusieron su mayor esmero. Desde ahora, para cuando Dios quiera que yo tenga el gusto de ver á V. S., las reservo á que ocupen, como cosa tan rara, un rinconcito de sus estantes.

Yo, despues de Domat y algo de Heinecio, me he traído la *República de los jurisconsultos* de Januario, el *Curso de bellas letras* de Batteux, las excelentes *Cartas de Clemente XIV* (1), el Tasso, las *Noches* de Young, y Horacio, y Homero, y las cartas de Plinio; preciosa compañía en que paso los ratos más deliciosos. La *República de los jurisconsultos* me agrada por extremo. ¡Qué ficción tan natural y bien seguida! ¡Qué latin tan puro! ¡Qué descripciones tan vivas! ¡Qué narraciones tan elegantes! ¡Qué episodios tan oportunos y qué crítica tan acendrada! Obra, al fin, de un jurisconsulto poeta. Cuando leí la burla que á Valla hizo Apuleyo, la pintura del aseo, la negligencia con que paca, la propiedad con que parece se le ve rebuznar, el aturdimiento de Valla, y las risas de sus discípulos, casi en media hora, malgrado mi natural seriedad, no pude detener la mia. Pues ¿qué el pasaje del jurisconsulto á la antigua, y la pintura que hace de él al principio? No puede darse cosa más graciosa. Supongo que V. S. habrá leído mucho tiempo há esta preciosa novela; pero si así no fuese, como á mí me habia sucedido hasta ahora, mándela V. S. traer luego al instante, y sus *Ferías autumnales* (hay edicion de todas sus obras hecha en Nápoles, el año de 67; dos tomos 8.º mayor), y empiece á leerla; que cuando la deje de la mano, yo la pagaré, como dicen.

V. S. me dirá que para qué me he traído la *Iliada*. Ni nombro á Homero; no haciendo nada de provecho, ni cumpliendo mi palabra dada. ¡Ay, amado señor mio! que es cosa pesadísima lo que me falta, y de que puede mi reputacion enteramente, digo el exámen de la Capilla, no porque yo tema mucho de mí, que gracias á Dios, he adelantado algo, sino porque los juicios y preocupaciones de los viejos son por sí de temer y de recelar siempre. En el año que viene saldrémos de este apuro, y entónces verá V. S. si el número de *Jovino* me anima, y el deseo de agradarle me enciende de manera, que

cante de Aquiles al Peleo

La perniciosa ira, que tan graves
Males trajo á los griegos, y echó al Orco
Muchas ánimas fuertes de los héroes
Que las aves y perros devoraron.

.....

Esta traduccion pide una aplicacion cuasi continua, y una leccion asidua de Homero, para coger, si es posible, su espíritu. Yo, embebido en el original, acaso haré algo; de otra manera no respondo de mi trabajo; pero esto pide una carta separadamente, en que yo informe á V. S. de todas mis miras y pensamientos.

He podido coger últimamente la oracion que me faltaba de fray Luis de Leon, y la tengo copiada para V. S. con las otras dos. ¡Cuánto trabajo me ha costado y qué solicitud! Al cabo no la hallé en la librería de la universidad ni en ninguna otra. Tenía el manuscrito un maestro de los agustinos, apasionadísimo de fray Luis, pero inflexible, por esto mismo, en soltar nada suyo, y ni el Prior ni ningun otro ha podido sacárselo: yo solo tuve la habilidad ó la fortuna de poder conseguir dejase ir mi escribiente á su celda para copiarla allí; todo mi trabajo lo doy por bien gastado; ya la tenemos. En ninguna otra parte se muestra más fuerte nuestro fray Luis, ni muestra más lo que era. ¡Qué invectiva contra los vicios de toda la provincia! ¡Qué latin! ¡Qué elocuencia! V. S. la verá, y juzgará mejor que yo su verdadero mérito y sus primores; mis cortas luces no me permiten más que admirarlo todo, y darme á conocer mi insuficiencia para juzgar una cosa tan grande.

Ayer visité al R. P. M. fray Antonio Jove, pariente de V. S.; díjele habia de escribir hoy, y encargóme mucho hiciese á V. S. presente su buen afecto, aun en medio de sus achaques; está el pobre casi baldado, y tan débil, que es una lástima; á mí me compadeció mucho; mi corazon, naturalmente sensible, se ha enternecido tanto con los golpes que ha llevado ya, que no ve sin conmoverse á un infeliz. Nuestra vida es un padecer continuado, á cada paso nos asaltan nuevas enfermedades, la mayor robustez es sólo una apariencia.

Nuestro dulce *Delio* predicó en dias pasados un sermon al Sacramento, cosa de su ingenio, muy delicada y muy devota; pero no ha habido forma de podérselo sacar para la prensa, ni los ruegos de sus amigos, ni las súplicas de los mayordomos han podido nada con él: yo le compuse con este motivo esa

(1) Nadie cree hoy fia en la autenticidad de estas cartas.

cancion (1), que sólo tiene bueno el afecto que la dictó. Mi musa ha desmayado; las bellas letras quieren un alma desocupada; las Musas huyen de los sujetos entregados á las ciencias abstractas; yo voy perdiendo el gusto, y las Musas me van dejando.

Dé V. S. un muy tierno abrazo de mi parte á nuestro buen *Mireo*; yo le debo una pintura del infeliz *Batilo*. Si no fuese delicada, será por lo ménos verdadera: yo le escribiré y le cumpliré lo que le he prometido.

S. Ilma. aún anda de visita, y creo no venga en algun tiempo. ¡Ay! Quiera Dios que él se desengañe en tratándose, de sus infundados temores.

La mano me pide que descanse; pero mi voluntad que no cese de rogar á Dios me guarde la vida de V. S. muchos años.— B. L. M. de V. S. su más fino amigo y mayor servidor, JUAN MELENDEZ VALDES

X.

Segovia, y Agosto 14 de 1778.—Sea mil veces enhorabuena, muy amado señor mio, por el nuevo ascenso de V. S. (2), y que éste sea un ligero descanso para mayor subida. Ya estaba el mérito desairado: bastantes años habia poseido Bétis la persona de V. S.; tiempo era ya de que la gozasen Manzanares y España. La corte es el centro de todo lo bueno, y ya de justicia debia V. S. lucir en ella sus prendas y su raro talento, y coger el fruto de sus trabajos; lo que resta es que veamos á V. S. cuanto ántes en el Consejo, en la Cámara, y más arriba en una secretaría de Estado. A mí no sé qué me da el corazon, que me parece ha de venir este dichoso tiempo, y creo que en las presentes circunstancias no pienso desvariado. Lo que sé decir á V. S. es que me ha regocijado tanto la noticia como si V. S. fuera mi mismo hermano; que cuando me la dijo S. Ilma. no cabia en mí de contento, y que he dado á Dios tan sinceras gracias como si yo mismo fuera el premiado: así se cumplirán mis deseos de abrazar á V. S. cuando venga á este sitio á dar las gracias á S. M. ¡Cuánto hablaremos, y cómo con estas conversaciones se ensanchará mi corazon, cuando sólo con la noticia ha tomado un vigor nuevo!

Ahí tiene V. S., por último, el *Milton* enmendado; pero ¿qué enmiendas lleva? Algunas palabras, y nada más, bien que esto no es culpa mia, sino del manuscrito, que tan poco trajo que limar. Yo de mi parte he puesto el cuidado posible, y esto mismo me ha hecho tal vez notar algunas cosas muy ligeras, que V. S. me disimulará, tomando de las apuntaciones aquello solo que guste. Las más de ellas son por huir de las asonancias, que á mí no me agradan en el verso suelto, y que procuro huir por todos los medios posibles; si á V. S. no le gustare tanta delicadeza, que yo mismo conozco ser demasiada, pues no hay cosa más frecuente en nuestros mejores autores, puede desde luego rebajar muchas de mis enmiendas, y tomar aquellas sólo que le parezca. Otras van tambien de alguna voz que he procurado suplir ó con otra más fuerte ó más acomodada, y en éstas confieso francamente que he sido algunas veces nimio: lo que resta es que V. S. me mande cuanto ántes el segundo canto, que yo procuraré no caer segunda vez en la culpa que V. S. me acaba de perdonar, y despacharlo sin perder un instante; pero ¿á qué recordar esto? Mejor es que lo callemos para siempre, pues yo mismo me avergüenzo cuando me acuerdo de mi falta, por más que fuese involuntaria.

No dí ciertamente el *Milton* al irlandés para que lo enmendase; porque ¿qué conocimiento pudiera tener un extranjero de nuestra lengua? Sino que, como notaba alguna variacion en la traduccion francesa y la de V. S., hacia que me volviera el original á nuestro castellano literalmente, para ir así cotejándole mejor. Éste fué el motivo de todo el enredo y de dejar yo el *Milton* en su cuarto al tiempo de su marcha; pero yo ni le dije el nombre de V. S., ni ménos le escojo por socio corrector. En este cotejo noté cuánto abusa el traductor frances, como todos los de esta nacion, de aquel pasaje de Ciceron: *Converti ex atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter se contrarias Eschinis Demostenisque; ne converti ut interpretes sed ut orator sententiis eisdem, et earum formis tanquam figuris; verbis ad nostram consuetudinem aptis, in quibus non verbum pro verbo necesse habuit reddere, sed genus omnium verborum, vinque servavi.*— A mí no me gusta tanta libertad como él usa, ni tanto abuso de esta licencia, y creo que con algun más trabajo pudiera ahorrar muchas, y no desfigurar tanto su produccion.

Tampoco Cadalso ha podido verlo, aunque yo lo hubiera deseado muy mucho, por su perfecto conocimiento de ambas lenguas y su crítica delicada. V. S. sabe bien que estas cosas, mientras más veces se examinan y por más personas, más enmendadas salen; pero como hubo este atraso de tantos meses, y él ha andado siempre en viajes sin paradero fijo, no he querido mandárselo porque no se atrasase más.

De las tres oraciones y la paráfrasis de los *Cantares*, nada quiero decir hasta otra ocasion, cuando ya V. S. las haya leído, para que juzgue con conocimiento de causa; de otra manera, faltariamos á la religion de los juicios; pero ¿qué he de decir yo, ó cómo me las he de haber con dos tan grandes hombres? El estilo de los *Cantares* huele, en medio de su antigüedad, á la rustiquez del original; pero me parece

(1) No se publicó esta cancion entre las obras de MELENDEZ. Empléase así:

Tal de la boca de ora.

(2) Alude á haber sido nombrado Jovellanos alcalde de Casa y Corte.

que aún pudiera ser más acabado, y así me han venido pensamientos de fundirle de nuevo y retocarle: la oracion del *Capítulo* es un volcan, y está llena de pedazos inimitables; especialmente siempre que habla de los vicios de la provincia y se levanta contra ellos, ¡qué celo descubre y qué alma tan grande! Pues ¿y el latin? Me parece leer á Ciceron contra Catilina: creo que V. S. será de este mismo dictámen, y gustará muchísimo de ella. Las otras dos son tambien muy buenas, aunque, á mi ver, no igualan la primera. V. S. tendrá que enmendar las muchas erratas que el copiante ha dejado, y yo, como mal ortógrafo, no habré advertido; algunos pasajes hay oscuros, pero éstos están de la misma manera en el manuscrito de donde se han copiado, y yo no me he atrevido á entrar en ellos la hoz crítica y andar con mudanzas y enmiendas. La oracion del *Capítulo* tiene dos ó tres confusísimos.

Remito tambien á V. S. esos dos ejemplares, que esperando esta proporcion de una carta abultada no le mandado hasta ahora. Éste es un juguete de escuela: el de papel es para el dulce Miras, á quien mandaré unos tercetos que tengo comenzados, juntos con mi retrato, en otra ocasion. Yo celebráre que ambos á dos fueran de un raso exquisito ú otra cosa más superior; pero las leyes suntuarias de la reforma de la universidad están hoy en todo el vigor de su primitiva constitucion, y ni aún tanto permiten. Más celebráre poder haber puesto el nombre de V. S. al frente en ellas, por tributo de mi amistad sincera. Fué forzoso otra cosa, y mi voluntad se quedó en deseos.

La cancion adjunta sobre el nuevo ascenso de V. S., conozco que no vale nada; pero, con todo eso, me atrevo á remitirla por primer testimonio de mi cansada musa: otra cosa tengo imaginada de más delicadeza; qué sé yo cuándo me hallaré con fuerzas para ella; las Musas me van dejando á toda prisa, y ahora, que más las he necesitado, se han burlado de mí y me han negado su asistencia y su influjo; pero yo me vengaré de ellas cuando llamen á mi imaginacion y quieran apartarme de los estudios serios.

Su sobrinito de V. S., don José María Cienfuegos, da á V. S. mil expresiones. Le vi ayer en el Alcázar, y me gusta mucho por su compostura y su formalidad en medio de ser tan niño: el otro día estuvo en mi cuarto y me demostró, que quise que no quise, un principio de geometría, aunque yo le decia que no entendia una palabra de sus líneas y su algarabía; pero él no lo creia, por haberle persuadido ántes lo contrario uno de casa. Propúeseme despues otro para que yo se lo demostrase, y yo efectivamente no entiendo una palabra: me reia infinito y lo hacia desesperar con esto. ¿Por qué V. S. no me habia dicho alguna cosa de que estaba aquí? ¡Qué! ¿no lo merecia mi amistad? Pero á fe que yo lo he descubierto, aunque por un acaso.

No atribuya V. S. á picardía del inocente *Delio* no haber mandado el sermón: ni yo lo pude leer, por no constar más que de apuntes confusísimos por el poco tiempo en que fué trabajado: lo que es menester es que V. S. le aguijonee para que lo ponga en limpio y lo podamos ver.—B. L. M. de V. S. en más afecto y reconocido amigo y seguro servidor, JUAN MELENDEZ VALDÉS.

XI.

Salamanca, y Noviembre 3 de 1778.—He venido á buen tiempo, pues vine al de la vacante de una cátedra de humanidades, que regentaba en sustitucion el maestro Alba, de los agustinos, y que la universidad ha proveído en mí de la misma manera. Su asignatura es de explicar á Horacio, y yo estoy contentísimo por repasar ahora, que no tengo ya cátedras, todo este lírico, y porque tambien es la sustitucion, contando, como cuento, con el favor de V. S., un escalon casi cierto de la propiedad. En este caso me daria á las Musas, si no enteramente, mucho más, y nuestros pensamientos sobre Homero podrian efectuarse mucho mejor. A mí su traduccion me intimida y me llena al mismo tiempo de una ambicion honrada. Pope en este verano me ha llenado de deseos de imitarle, y me ha puesto casi á punto de quemar todas mis poesías; he visto en él lo que tantas veces V. S. me ha predicado sobre el estilo amoroso: más valen cuatro versos suyos del *Ensayo sobre el hombre*, más enseñan y más alabanzas merecen, que todas mis composiciones: conozco, confieso, me duelo de ello, y así *paula majora canamus*.

Delio está leyendo el poema de las *Estaciones*, de Saint Lambert, que yo he traído de Segovia: á mí me ha gustado mucho. Hace en las notas y el prólogo una mencion muy honrosa de Thomson, y aún toma algunos versos suyos; pero en el plan de la obra son muy diferentes entre sí; el prólogo, que es un discurso sobre las poesías y estilo pastoril, me ha agradado tambien; en él alaba mucho las poesías de Gesnero como las más sencillas de todas las modernas. Yo no he visto nada de él, por lo que, si V. S. tiene algunas noticias más circunstanciadas, ó ha visto acaso sus églogas, estimaré mucho me diga su parecer y si juzga de ellas tan ventajosamente como el autor de las *Cuatro Estaciones*.

He traído tambien, y he leído este verano, las *Lusíadas* del Camoens y sus demas obras, y digan lo que quieran los críticos, las *Lusíadas* me han agradado mucho, aunque tambien, por otra parte, no hallo en ellas ni la fuerza de Ercilla, ni la alteza de Milton, ni la precision y la filosofia de la *Henriada*. Las letrillas y los sonetos del mismo Camoens sí que me embelesan, porque son tan dulces los pensamientos, la lengua tan suave, tan corrientes los versos, y los sentimientos tan naturales, que en algunos de ellos me

parece á mí ver la misma naturaleza y sentirla explicarse, por decirlo así, y que ni se pueda decir otra cosa, ni con otras expresiones ni palabras.

¿Tan embelesado está V. S. con la exposicion de los *Cantares*? ¿Tanto le enajena nuestro fray Luis

Pues á fe mia que las oraciones no han de haber á V. S. gustado ménos, especialmente la del *Capítulo provincial*, que está llena de cosas excelentes y de pedazos que pueden muy bien competir con los de mismo Tulio en sus declamaciones contra Catilina: éste es, á lo ménos, mi juicio en las muchas veces que la he leído. Dígame V. S. si tiene su exposicion latina de los *Cantares* y demas obras, que corren juntas en un volúmen en 4.º, para, si no, mandarlas con el ordinario, pues yo las tengo.

Vuelvo á repetir á V. S. mil y mil parabienes por su llegada á la corte, mientras quedo rogando á Dios me guarde su vida los años de mi deseo.—B. L. M. de V. S. su más fino amigo, JUAN MELENDEZ VALDÉS.

XII.

Salamanca, y Febrero 6 de 1779.—Muy amado señor mio: el P. Fr. Diego Morcillo, de San Felipe de Real, entregará á V. S. en mi nombre la *Exposicion de los Cantares* y demas obras latinas de nuestro fray Luis de Leon, que tanto tiempo há tengo prometidas á V. S.; y ojalá en este mismo punto fuera yo dueño de todos sus preciosísimos manuscritos, para poder de la misma manera tener el gusto de obsequiar con ellos á V. S.; pero escrito está que mis deseos serán siempre deseos, y mis gustos jamas cumplidos. Esta obra es tan exquisita como cuanto salió de su mano, y comparable al original castellano, de un latin purísimo y de una erudicion escogida. Yo he deseado siempre se hiciese una edicion de todas sus obras, así latinas como castellanas, valiéndose de los mismos manuscritos originales, que todos paran en este convento, el de Alcalá y el de esa corte de San Felipe, y escogiendo entre la multitud de sus poesias inéditas las que son verdaderamente suyas. La *Exposicion de Job*, obra tan preciosa como los mismos *Nombres de Cristo*, es lástima que esté aún inédita, por el ligerísimo inconveniente de tener ántes del comentario el texto traducido. Sus cuestiones y disertaciones son por lo regular expositivas, y todas muy curiosas, sin el vano aparato ni los sofismas de las escuelas. Entre los manuscritos de esta universidad hay tambien inédito un *Método de latinidad*, trabajado por él y por mi paisano el célebre Brocense, que, como todas las cosas buenas, tuvo la desgracia de ser reprobado en el claustro, y haberse despues sepultado en la oscuridad de un indigno olvido. ¡Cuánto hubieran ganado estos estudios con su ejecucion y observancia! ¡Cuánto las letras españolas! Acaso el buen gusto de las humanidades se hubiera por él conservado, y juntamente la pureza de las demas ciencias. Este solo testimonio bastaria hoy á la upiversidad; con este solo conservaria el honor y el grado distinguido que gozó en el siglo xvi, é iba ya perdiendo en los tiempos de este ilustre varon; pero ésta es la suerte de las cosas humanas, que pasan y se suceden y se suplantán las unas á las otras.

He leído hoy la impugnacion de D. Juan Bautista Muñoz al *Ensayo de educacion claustral*, del P. Pori, y aunque está tan sangrienta, me ha gustado mucho, por ser tan en honor de nuestra nacion. ¿Qué pensaria ó qué imaginaria su paternidad muy reverenda para meterse así á reformador y á dar leyes á una tierra extraña?

Estoy tambien leyendo las *Reflexiones críticas sobre la poesia y la pintura*, del abate Dubos (1), que me gustan muchísimo y juzgo escritas con gran juicio. A nosotros nos hace, á mi ver, mucha falta esta clase de escritos, que dan á un mismo tiempo las reglas del buen gusto, y forman el juicio con lo ajustado de sus reflexiones. Los franceses abundan en ellos, al paso que nosotros carecemos de todo.

Yo no sé cuándo podré hablar á la larga con V. S. de mi acto de humanidades y otras cosas de mi cátedra y mi pupilo; pero el papel se acaba y yo dejo la pluma para asegurar á V. S. que es su fino amigo mil veces más que ella puede encarecerlo, JUAN MELENDEZ VALDÉS.

XIII.

Salamanca, y Abril 27 de 1779.—Muy amado señor mio: No me quejaba yo en mi carta pasada de que V. S. no me hubiese respondido, sino que deseaba con ánsia saber de la salud de V. S. por las muchas enfermedades que ha habido en esa corte. Yo doy á V. S. mil gracias porque me librase de este cuidado, agradezco sumamente el mismo, y le satisfago, si es posible, con esa oda que compuse el mes pasado á los dias de una bella niña. No me juzgue V. S. por ella ya preso; desde el ensueño de las Sagas desperté enteramente, y puedo decir *Victus cum matre Cupido* (2).

Tenemos á nuestro dulce *Delio* secretario de provincia, que es lo que apetecia, y V. S. lo tendrá en Madrid cuanto ántes. El maestro Belza es prior de San Felipe, y el prior que acaba, provincial. El Capi-

(1) Fué diplomático distinguido, y secretario perpétuo de la Academia Francesa. Publicó las *Reflexiones críticas* en París, 1719.

(2) Alude á la epístola de *Jovino á sus amigos de Salamanca*, en la cual Jovellanos, fingiendo una vision de sagas ó hechiceras fati-

dicas, induce á MELENDEZ, á fray Diego Gonzalez y al padre Ferrnandes á no malgastar su inspiracion poética en amorosos devaneos.

tulo ha estado enredadísimo, y era digno asunto para una buena composicion. Delio tuvo el sermón de él, y he visto carta que decía: *Este hombre es divino: yo nada he oído tan excelente*. Él es para todo, y su entendimiento una mina escondida, capaz de producir las mayores y más abundantes riquezas; la lástima es que con que no tiene quietud se disculpa, y no toma con calor nada; pero de esto hablaré con V. S. más largamente cuando le tenga ahí.

Después del Robertson, acabo de leer una obra de Marmontel, cuyo título es *Los Incas, ó la destruccion del imperio del Perú*, especie de novela y poema épico, como las *Aventuras de Telémaco*; cosa como suya, de un estilo tan delicado como el de los cuentos, y llena de máximas y sentimientos de humanidad; pero que exagera con exceso nuestras crueldades, y apoya fuertemente la tolerancia. Yo esta clase de libros los leo con el mayor gusto, porque nada me embelesa tanto como las máximas de buena moral, y éstas mejor, esparcidas y como sembradas por una obra llena de imaginación y primores; pero es la lástima que este mismo gusto mío es á veces mi tormento, porque, ó me distraigo con el embeleso que percibo, ó por sacar después el tiempo que he empleado, me doy algunos ratos nada buenos.

Ya tenemos el *Tratado de educacion* de Locke, y acaso bien presto el *Emilio*.... (1).

Reciba V. S. la fina voluntad y los finos sentimientos con que quedo rogando á Dios me guarde la vida de V. S. muchos años.—B. L. M. de V. S. su más fino amigo, JUAN MELENDEZ VALDÉS.

XIV.

(Esta carta es de época muy posterior á todas las que preceden. La fecha no expresa el año.—Ya MELENDEZ no da tratamiento á Jovellanos. Éste se halla á la sazón en Asturias.)

Salamanca, 6 de Abril....—Mi dulcísimo Jovino: ¡Cuán agradable me hubiera sido ver al lado Vm. la deliciosa vega de Leon, observar sus bellezas, sus árboles, su río, sus ganados, y después llamar á las Musas y cantarla de consuno! Yo estoy condenado á una tierra árida y miserable, donde no se ven sino campos, llanuras y lugares casi destruidos, y paisanos abatidos y necesitados. La Castilla, la fértil Castilla, está abrumada de contribuciones, sin industria, sin artes, y poco más ó menos cual la tomarian nuestros abuelos de los Alíes y Almanzores. Casi todas nuestras provincias han adelantado; esta sola yace en un letargo profundo, sin dar un paso hácia su felicidad: su fertilidad misma aumenta la desidia de sus naturales, y parece que, contento con lo que casi espontáneamente les ofrece la naturaleza, nada más apetecen, nada más piensan que no puede adelantar. La miseria es la más peligrosa de las enfermedades; ella abate el ánimo, debilita el ingenio, resfría el talento de las invenciones, y degrada al hombre en todos sentidos. Estas y otras reflexiones venía yo haciendo en mi camino, viendo aquellas villas, tan célebres en otro tiempo y en nuestra historia, perdidas hoy ó medio destruidas. Simáncas, donde están depositadas todas las reliquias de nuestra venerable antigüedad y las glorias de nuestros mayores, es hoy un lugar infeliz, de poco más de cien vecinos, con una hermosa posición sobre el Duero, y una vega y términos tan fértiles, que nada más pudiera decaer; Tordesillas, morada en otro tiempo de reyes y prision de la infeliz doña Blanca, no tiene la cuarta parte de su antigua población y su grandeza. Vería Vm. en ella las casas de nuestros nobles, ó cerradas, ó mal conservadas; algunas de sus calles todas por tierra y todas llenas de miseria y desidia: otro tanto es Alaejos y lo demás hasta esta ciudad, excepto un poco Peñaranda, que hoy hace tal cual comercio, pero que con más de 400.000 rs. de impuestos no podrá sostenerse. Dichoso Vm., amigo mío, que logra ver en la dichosa Asturias población, tráfico, agricultura, industria y gentes pobres, pero que no gimen bajo el intolerable yugo de unas tasas tan insostenibles; pero mil veces más dichoso porque ha abrazado á su anciana madre, á sus dulces hermanos, á sus parientes, á sus antiguos amigos, entre las risas y las lágrimas del gozo y la alegría. ¡Cuáles habrán sido los sentimientos y las reflexiones de Vm. al lado de su querida madre, de una madre que no había visto tanto año! ¡há! ¡qué mirarla! ¡qué contemplarla! ¡qué repetir mil veces una misma cosa! ¡qué estar en un embeleso sin hablar tal vez nada! Las tertulias, las diversiones tumultuosas de la corte, sus placeres todos, ¿son comparables á un solo instante al lado de los autores de nuestros días? Yo no puedo ya disfrutar este instante; los míos están en mejor destino, y mi corazón con un vacío que nada puede llenar; ¡mil veces feliz Vm., que sobre todas sus buenas fortunas tiene también ésta, la mejor de ellas!

Supongo que Vm. dirá á su señora madre y á sus hermanos que tienen en Salamanca un amigo, que es de la familia de los Jovellanos, que dará su vida por Vm.; que le tiene en lugar de un padre y un hermano que perdió, y otras cosas como éstas: yo quiero que nuestra amistad quede en proverbio y que supla por el amor mismo.... Acaba de llegarme una visita que me sacará de casa: dejo la pluma: encargo á Vm. dé mil finísimos abrazos por Batilo al Sr. D. Francisco (2), y diga cuanto guste al *Señorito Gótico*, encargándole que me escriba, y Vm. igualmente, mi querido amigo, con todos los versos que haga.

Sea enhorabuena por el bello niño de *Almena la Bella* (3).—Finísimo siempre, BATILO.

(1) El *Emilio*, de Rousseau, había sido publicado diez y seis años antes.

(2) Nombre poético de una dama á quien Jovellanos celebró en sus versos.

(3) Hermano de don Gaspar Melchor de Jovellanos.

ADVERTENCIA

IMPRESA AL FRENTE DE LA EDICION DE VALLADOLID (1797).

Cuando di á luz, en el año de 1783, el primer tomo de esta coleccion de poesías, y anuncié el segundo como preparado para la prensa y próximo á publicarse, estaba bien léjos de pensar ni en la favorable acogida que deberian á la nacion mis primeros bosquejos, ni en las dilaciones que sufriria la edicion de mis demas obritas. Cediendo entónces al precepto imperioso de la amistad y á la voz de mi ilustre amigo el señor don Gaspar de Jovellanos, al cual, y al malogrado coronel don José Cadalso, reconozco deber mi aficion á las buenas letras, y el gusto que en ellas he adquirido, si tengo alguno, no pensé en otra cosa que en complacerle; estimando en nada la grande repugnancia que sentia en presentarme al público como autor y poeta.

Es cierto que desde mis más tiernos años el acaso, mi sensibilidad, la leccion de los buenos modelos, y qué sé yo si me atreva á decirlo, una inclinacion irresistible, me habian familiarizado con las Musas, haciéndome sentir su comercio encantador los más dulces consuelos ó alegrías en los dias de amargura y contento que alternan siempre en nuestra frágil existencia y llenan el circulo estrecho de la vida; que entónces, ó llorando con ellas, ó riendo con sus alegres ficciones, solia tomar la pluma y abandonarme á las impresiones que sentia y á las efusiones de mi corazón; y que de estos deliciosos pasatiempos habia resultado una coleccion de poesías, superior á lo que al escribir cada una pudiera yo pensar. Pero, obra todas ellas de un momento, efecto de circunstancias que pasaron con él, sin plan ni correccion, y sin otro objeto que el de distraerme en mis quebrantos ó aliviarme en la austeridad de mis estudios académicos, estaban muy léjos de aquella perfeccion á que es acreedor el público en cuántó se le ofrece, singularmente en las obras de agrado y pasatiempo. La mediania en ellas es ya un defecto, y si no las realzan tales hermosuras que embelesan al lector, y le lleven como mágicamente al pais de la ficcion y el engaño, caen bien presto en el olvido y la oscuridad, de que no debieron salir por honor de sus autores.

Pero el público vió, por fortuna, las mías con ojos indulgentes, aunque tal vez al principio zaheridas de algunos, áun no desengañados del mal gusto y la hinchazon que en el siglo pasado corrompió nuestra poesia, apartándola de las sencillas gracias con que la ataviáran en el anterior el tierno Garcilaso, el sublime Herrera, el delicado Luis de Leon y otros pocos ingenios que conocieron sus verdaderas bellezas; sin embargo, mis obrillas han corrido con aplauso en manos de todos, han sido buscadas no sin ahinco, y áun ¿me atreveré á decirlo? han ayudado acaso á formar el gusto de la juventud y hacerle amar la sencillez y la verdad, pues he visto, no en una sola coleccion de poesías impresas despues, adoptado mi lenguaje y varias imitaciones mías, sin que esto sea defraudar en lo más leve su verdadero mérito, ni acusar de plagio á sus autores.

Pudiera añadir que me he hallado, sin saber de dónde, con muchas cartas reconviéndome por mi tardanza, y exhortándome á que cumpliese al público mi palabra y acabase de darle lo que le tenia prometido. En suma, aunque parezca vanidad de autor, sé tambien que se han traducido en otras lenguas várias composiciones de mi primera coleccion, y que los diarios extranjeros han hablado de ella con aprecio.

Todo esto deberia haberme animado á continuar con más actividad en mis trabajos, imprimiendo mi segundo tomo, que de otro género más noble y elevado pudiera honrarme más á los ojos de todos que los juegos agradables del primero. Pero varios sucesos domésticos, que no pude entónces prever, y que al cabo, sin saber cómo, me han entrado en la ilustre y austera carrera de la magistratura, me han estorbado hasta ahora para poderlo ejecutar. Confieso tambien que no han tenido en ello poca parte mi natural desconfianza y la severidad de mi nuevo ministerio. Yo me he dicho más de una vez, luchando entre el deseo y el temor: ¿Cómo presentarse en el público un magistrado reimprimiendo los pasatiempos de su niñez, y publicando nuevos versos, que, aunque llenos de las verdades más importantes de la moral y filosofia, siempre al cabo lo son? Veia á la censura y á la malignidad desatadas contra mí, haciéndome cargo de una distraccion inocente, que jamas le ha robado ni un instante á las graves tareas de mi profesion, ni á la severidad de la justicia; pero que ellas sabrian, abultando, exagerar como mi única ocu-

pacion, olvidándome por ella de las más arduas obligaciones, para desacreditarme de este modo ante el público y la razon. ✓

Verdad es que casi todas mis poesías fueron obra de mis primeros años ó del tiempo en que regenté en Salamanca la cátedra de prima de humanidades; que las pocas trabajadas despues lo han sido precisamente en aquellos momentos que la mayor delicadeza da sin escrúpulo al ocio ó al recreo. Mas ¿qué importan estas reflexiones á la calumnia para morder y denigrar? Nada ciertamente; y aunque con dolor, me ha enseñado la experiencia propia que al que hizo una vez blanco de sus crueles tiros nada sabe disimularle. El retiro, el esparcimiento, el estudio, su interrupcion, la vida negociosa, la que no lo es, todo le viene igual para ejercitar su venenosa lengua y destruir al infeliz objeto de su odio; nada le importan ni la verdad, ni la mentira, ni la inocencia, ni el delito, como pueda llegar á sus fines criminales.

Estas tristes cuanto verdaderas reflexiones me han apartado muchas veces de cumplir mi antigua oferta y emprender la presente impresion; áun empezada ya, la han tenido en la prensa olvidada más de una vez, volviéndome á ella, para de nuevo abandonarla. Pero al cabo he tenido en ménos arrostrarlas todas, y oponerles una frente inocente y serena, que negarme por más tiempo á los ruegos de algunos buenos amigos, al deseo de otros, y á la utilidad que acaso podrán hallar los amantes del buen gusto en la edicion completa de mis obras que ahora les presento.

Hame tambien movido á ello el enfado de ver reimpresso mi primer tomo tres ó cuatro veces sin noticia mia, vendiéndose públicamente en casa de los herederos de don Joaquin Ibarra. El buen nombre de este famoso impresor, y su escrupulosa probidad, no eran acreedores á esta supercheria; para castigarla, inutilizando cuantos ejemplares tenga el que la hizo, he variado todo este tomo, aumentándolo casi una tercera parte, quitando y corrigiendo cuanto me ha parecido, y mejorándolo así notablemente.

Digan, pues, lo que quieran mis émulos, ó más bien los enemigos de las letras y el buen gusto, un magistrado aparece en el público imprimiendo sus versos, y osa declararse sin empaño autor de todos ellos, de los agradables; de los serios, de los amorosos, de los filosóficos y morales, oponiendo á la murmuracion y á la ignorancia estos mismos versos para vindicarse y defenderse, acompañados de la presente ilustracion y de los grandes nombres de Ciceron, de Plinio, Petrarca, Bembo, Querini, Addisson, Fenelon, Polignac, D'Aguesseau, Arias Montano, Luis de Leon, Rebolledo, Alfonso el Sabio, Urbano VIII, Federico de Prusia, y cien otros que supieron amar y cultivar las Musas entre la más profunda sabiduría y los más arduos negocios. ✓

Nuestra pereza, y qué sé yo si diga el haber querido dividir en partes aisladas el árbol de la sabiduría, cuyas ramas están enlazadas estrechamente, nos hacen mirar con malos ojos á los que se divagan un tanto de su profesion y sus estudios hácia cualesquiera otros. La antigüedad no lo juzgaba así; los grandes hombres que ella produjo supieron, para vergüenza nuestra, serlo todo, poetas, oradores, filósofos, políticos; en suma, literatos y hombres públicos; y si nosotros siguiésemos sus huellas, no aspirando á una profundidad las más veces inútil, lo seríamos tambien. Pero queremos desmenuzarlo todo, y entorpecemos nuestra razon, que bien formada llegaria sin fatiga al punto donde anhelamos elevarla, y aplicada á otros objetos, hallaria en todos ellos mil auxilios, de que carece entre su estéril abundancia.

En mis poesías agradables he procurado imitar á la naturaleza y hermosearla, siguiendo las huellas de la docta antigüedad, donde vemos á cada paso tan bellas y acabadas imágenes. Ésta es una ley, en las artes de imitacion, tan esencial como poco observada de nuestros poetas españoles, en donde al lado de una pintura, ó sublime ó graciosa, se suele hallar otra tan vulgar ó grosera, que le quita toda su belleza. Virgilio y Horacio no lo hicieron así, y si tal vez aquél es igual al grande Homero, lo es ciertamente por la delicadeza y cuidado en escoger y adornar sus imágenes.

En esta parte han sido mis guías el mismo Horacio, Ovidio, Tibulo, Propercio y el delicado Anacreonte. Formado con su leccion en mi niñez, y lleno de su espíritu y sus encantos, hallará el lector en mis composiciones seguidas con frecuencia sus brillantes huellas. ¡Ojalá pudiese yo comunicarle en mis versos el recreo y las delicias que he encontrado en los suyos! Mi alma, naturalmente tierna y amante de la soledad, los ha dejado no pocas veces casi con lágrimas, para convertirse donde la llamaba la dura obligacion. ✓

En las poesías filosóficas y morales he cuidado de explicarme con nobleza, y de usar un lenguaje digno de los grandes asuntos que he tratado.

Las verdades sublimes de la moral y de la religion merecian otro ingenio y entusiasmo que el mio. Pero ¿qué corazon será insensible á ellas, ó no se inflamará con su fuego celestial? La bondad de Dios, su benéfica providencia, el orden y armonia del universo, la inmensa variedad de seres que lo pueblan y hermocean, nos llaman poderosamente á la contemplacion y á estimar la dignidad de nuestro sér y el encanto celestial de la virtud. Así que, penetrado de estas grandes verdades, he procurado enunciarlas con toda la pompa del idioma, cuidando al mismo tiempo de hacerme entender y ser claro, y de huir de una ridícula hinchazon.

Ni tampoco he sido escrupuloso en usar de algunas voces y locuciones anticuadas, ya porque las he hallado más dulces, más sonoras ó más acomodadas para la belleza de mis versos, ya porque estoy persuadido de que contribuyen en gran manera á sostener la riqueza y noble majestad de nuestra lengua, adulterada malamente y afeada á cada paso con voces y frases de origen ilegítimo, que sin necesidad introducen en ella los que no la conocen. Copiosa, noble, clara, llena de dulzura y armonía, la haríamos igual á la griega y latina si trabajásemos en ella y nos esmerásemos en cultivarla.

Mas, poco acostumbrada hasta aquí á sujetarse á la filosofia ni á la concision de sus verdades, por rica y majestuosa que sea, se resiste á ello no pocas veces, y sólo probándolo se puede conocer la gran dificultad que causa haberla de aplicar á estos asuntos. Dése, pues, á mis composiciones el nombre de pruebas ó primeras tentativas, y sirvan de despertar nuestros buenos ingenios, para que con otro fuego, otros más nobles tonos, otra copia de doctrina, otras disposiciones, los abracen en toda su dignidad, poniendo nuestras musas al lado de las que inspiraron á Pope, Thomson, Young, Racine, Roucher, Saint-Lambert, Haller, Utx, Cramer y otros célebres modernos sus sublimes composiciones, donde la utilidad camina á par del deleite, y que son á un tiempo las delicias de los humanistas y filósofos.

Téngaseme á mí por un aficionado que señalo de léjos la senda que deben seguir un don Leandro Moratin, un don Nicasio Cienfuegos, un don Manuel Quintana y otros pocos jóvenes que serán la gloria de nuestro Parnaso y el encanto de toda la nacion. Amigo de los tres que he nombrado, y habiendo concurrido con mis avisos y exhortaciones á formar los dos últimos, no he podido resistirme al dulce placer de renovar aquí su memoria, sin disminuir por eso el mérito de otros que callo, ó sólo conozco por sus obras. Ciego apasionado de las letras y de cuantos las aman y cultivan, ni anhela mi corazon por injustas preferencias, ni conoce la funesta envidia, ni jamas le halló cerrado ningun jóven que ha querido buscarme ó consultarme. La república de las letras debe serlo de hermanos; en su extension inmensa todos pueden enriquecerse, y si sus miembros conocen un dia lo que verdaderamente les conviene, íntimamente unidos en trabajos y voluntades, adelantarán más en sus nobles empresas, y lograrán de todos el aprecio y el influjo que deben darles su instruccion y sus luces.

La Providencia me ha traído á una carrera negociosa y de continua accion, que me impide, si no hace imposible, consagrarme ya á los estudios que fueron un tiempo mis delicias. Cuando la obligacion habla, todo debe callar, inclinaciones, gustos, hasta el mismo entusiasmo de la gloria; pero si mis bosquejos, mi ejemplo, mis exhortaciones logran poner á otros en su difícil senda, y llevarlos hasta la cumbre de su templo, satisfecho y envanecido, complaciéndome en sus laureles cual si fuesen míos, repetiré entre mi mismo con la más pura alegría: «Yo concurrí á formarlos y mi patria me los debe en parte.»

Gozoso entre tan faustas esperanzas, me contento desde ahora con el nombre de amante de las buenas letras y las Musas, y este nombre no puede con justicia negárseme, porque ellas y las artes han hecho mi embeleso desde que sé pensar, y serán mi consuelo hasta en la última vejez.

Y ¿quién será insensible al lisonjero encanto de las buenas letras y las artes? ¿Es acaso su honesto recreo inútil, ó incompatible con la gravedad de otras tareas? Ellas forman el gusto, suavizan las costumbres, hacen deliciosa la vida, más agradable la amistad, perfeccionan la sociedad, estrechan sus vínculos entre los hombres, y los alivian y entretienen en sus ocupaciones y cuidados.

Nadie puede trabajar sin alguna distraccion, y ésta es una ley comun de la naturaleza para todos los vivientes. La tierra misma reposa despues de enriquecer al labrador que la cultiva, y

iente rendida y apurada cuando se la obliga á producir continuamente. El hombre no está libre de esta ley general, á pesar de su orgullo, y sus facultades acabarían bien presto si no alternase entre la fatiga y el descanso. Y ¿qué descanso más útil y agradable que el comercio con las Musas, cuyas halagüeñas ficciones saben cubrir de rosas las espinas y hacernos gustar lo amargo del precepto entre la ilusion de la armonía?

Sin pensarlo acabo de hacer la defensa de las buenas letras contra algunos que las miran con ceño y juzgan incompatible su aficion con los deberes de otras profesiones; gentes necias ó mal intencionadas, que, faltas de gusto ó de talento, murmuran de lo que no entienden, y quieren más seguir en su ignorancia que aplaudir en los otros las cualidades de que carecen.

Mas, volviendo á mis versos, he cuidado en todos ellos de corregirlos y elevarlos á aquel grado de perfeccion que me ha sido posible. He suprimido cuantos me han parecido indignos de la prensa, y cualquiera que registre bien mi coleccion conocerá sin dificultad cuán fácil me habria sido aumentarla con otro tanto; pero no lo mucho; lo bueno y escogido merece sólo aprecio. Confieso, sin embargo, que no todas las piezas tienen la misma lima, y que aun debieran haberse suprimido muchas más; en algunas no he podido, al ir á desecharlas, resistir la tentacion de ser mis primeras producciones, y en otras la de haberse compuesto en ocasiones que han dejado en mi corazon impresiones muy profundas.

Pudiera haber acompañado los versos filosóficos de algunas notas; pero el que los lea suplirá facilmente cuanto con ellas le comentára y explicára yo, ademas del gusto que se siente en representarse cualquiera por sí mismo toda la cadena de ideas que abrazaba el autor cuando escribia. No todo se ha de decir, y el quererlo decir todo es el medio más seguro de fastidiar.

Habiendo, por último, crecido más la coleccion de lo que me propuse al empezarla, y no siendo ya justo detener por más tiempo su publicacion, despues de tres años que está debajo de la prensa, reservo para en adelante la edicion de otras composiciones, que, sin comprometerme ahora, como lo hice en mi primera impresion, daré, sin embargo, á luz si la suerte de las presentes fuese cual me prometo, y me hace esperar el ahinco con que parece que se desean.

PRÓLOGO DEL AUTOR, ESCRITO EN NIMES.

Parece que la suerte se ha declarado siempre contra la edicion de estas mis poesías, queriéndome acaso apartar así de la tentacion de publicarlas. Detenida en prensa muchos meses la primera impresion, por haberse el manuscrito extraviado, y apuradas, á poco de su anuncio, las dos que se hicieron en Valladolid á un mismo tiempo el año de 1797; tratándose ya de otra tercera, tuve que dejar la corte precipitadamente y vivir retirado muchos años, sin que en ellos fuese posible emprender este trabajo tan agradable como útil, ni la prudencia y mi seguridad me impusiesen otra ley que la del silencio y el olvido, por si á su sombra lograba desarmar á la calumnia y el poder ensangrentado en mi daño.

Cuando cesó este estado, y yo y todos los buenos divisábamos la aurora de otro más feliz para la nacion y las letras en el reinado del señor Fernando VII, arrancándole de entre nosotros la más negra perfidia, nos arrojó en el mar turbulento de una revolucion, toda sangre y horrores, en que se abismaban la patria, las fortunas, las vidas de sus hijos; y yo mismo, á pesar de mis principios y deseos, mi plan ignorado de vida y mis resoluciones, me vi arrastrado y envuelto entre sus olas en el punto de perecer en la borrasca. La necesidad imperiosa y el derecho sagrado de la conservacion me han detenido en ella hasta su fin; pero en todos sus trances, ya entre el horror y peligrosa calma que un victorioso ejército á todos imponia, ó corriendo las penas y zozobras de una emigracion de casi tres años, mi corazon y mis anhelos ni han sido ni podrán ser otros que los del español más honrado, más fiel y más amante de su patria y sus reyes. En luces, instruccion y todo lo demas cederé sin dificultad el lugar á cualquiera; pero en estas virtudes jamas consentiré que otro se me anteponga, porque las he mamado con la leche, las consagró mi educacion, las he fortificado con mi reflexion y mis estudios, y hacen y harán constantes la parte más preciosa de mi triste existencia, y el solo patrimonio que me resta despues de treinta y cinco años de servicios á mi nacion, y el celo más ardiente por su felicidad.

Por fortuna, en esta emigracion, en que jamas pensé que pisaria otro suelo que el español, a pesar de mis inmensas pérdidas, traje conmigo, sin saberlo, los borradores de las más de las poesías con que va aumentada esta nueva edicion, y que el ocio y la necesidad de distraerme, y hacer así más llevaderos mi suerte y mis quebrantos, me han hecho corregir para darlas al público ménos imperfectas que al principio lo estaban. Pero (dígoles con dolor) tan deshecha y horrible tempestad, despues de haberme aniquilado con el robo y la llama cuanto tenía, y la biblioteca más escogida y vária que vi hasta ahora en ningun particular, en cuya formacion habia gastado gran parte de mi patrimonio y toda mi vida literaria, tambien acabó con las copias en limpio de mis mejores poesías en el género sublime y filosófico, un poema didáctico, *El Magistrado*, una traduccion muy adelantada de la *Eneida*, y otros trabajos en prosa sobre la legislacion, la economía civil, las leyes criminales, cárceles, mendiguez y casas de misericordia, que trataba de imprimir, y me hubieran sido de más honor, y al público de más provecho, que los versos y encantos de esta coleccion. Los frutos de diez y más años de aplicacion constante en mi retiro, de vigiliass continuas, y la meditacion más grave y detenida, todo desapareció y ha perecido para siempre, sin la esperanza aún más remota de poderlo ni descubrir ni recobrar. Mis libros, mis reflexiones y trabajos me han enseñado á llevar mis desgracias con un ánimo igual, sin abatirme ni desmayar en ellas, y si la lectura y el estudio no me pagasen hoy con este dulce premio, en nada ciertamente hubieran contribuido á mi felicidad y á mi aprovechamiento.

De los versos publicados ántes, he suprimido algunos, haciendo en los demas várias enmiendas, cual me ha parecido para mejorarlos. Á veces son éstas tan ligeras, que se cifran todas en la mudanza de una palabra, un giro, un consonante ú otra cosa tal para huir de algun defecto leve de estilo ó locucion; á veces son aumentos y mudanzas de estrofas en las composiciones, ó vueltas y correcciones de más bulto, que, en mi entender, les dan más alma y nueva perfeccion. En todas he usado de la libertad de dueño de mis versos; mis lectores, si quieren cotejarlos, juzgarán si se han hecho con gusto y con acierto.

Los ahora añadidos, casi otros tantos como los ántes publicados, van escogidos y castigados con la lima que me ha sido posible. Son de todos los géneros, desde la letrilla delicada y alegre hasta lo sublime de la oda y lo grave y severo de la epistola, porque en todos ellos me ha parecido hallar en mis borriones composiciones de algun precio, no indignas de la luz. Me hubiera sido fácil aumentar muchas más y hacer la coleccion más abultada, pero aún las publicadas son ya en demasia, y si de todas ellas, con lisonja del amor propio, pudiese yo esperar que sobrevivan célebres, y queden al Parnaso pocos centenares de versos, me tendré desde ahora por muy afortunado.

He cuidado de los romances, género de poesia todo nuestro, en que, siendo tan ricos y sonando tan gratos al oido español, apénas entre mil hallarémos alguno corriente y sin lunares feos. ¿Por qué no darle á esta composicion los mismos tonos y riqueza que á las de verso endecasílabo? ¿Por qué no aplicarla á todos los asuntos, aún los de más aliento y osadía? ¿Por qué no castigarla con esmero y hacer lucir en ella todas las galas y pompa de la lengua? Yo lo he intentado, no sé si con acierto; pero el camino es tan hermoso como vário y florido, y si los ingenios de mi patria lo quieren frecuentar y se convierten con ardor hácia este género, nuestro romance competirá algun dia con lo más elevado de la oda, más dulce y florido del idilio y de la anacreóntica, más severo y acre de la sátira, y acaso más grandioso y rotundo de la epopeya.

Tal vez se notará que en mis versos hablo mucho de mí: compuestos los más como distraccion de mis tareas, ó hijos de mis desgracias y mis penas para aliviarme en ellas de mis justos dolores, no es mucho que los pinte y acaso los pondere. He bebido mucho, sin merecerlo, en la amarga copa del dolor; mis años de sazón y de frutos, de utilidad y gloria, los sepultó la envidia en un retiro oscuro y una jubilacion; me he visto calumniado, perseguido, desterrado, confinado y aún crudamente preso en el abatimiento y la pobreza, en lugar de los premios á que mis méritos literarios, mi celo y mis servicios me debieran llevar, y por todo ello no debe ser extraño que sienta y que me queje. Los que han tenido la dicha de encontrar siempre con caminos llanos y floridos, pueden haberlos frecuentado sin fatiga y con júbilo: yo, desde que dejé la quietud de mi cátedra y mi universidad, no he hallado por doquiera sino cuestras, precipicios y abismos, en que me he visto ciego y despenado.

Ingrato seria si no me mostrase sensible á la buena acogida y los elogios que así de nacionales como extranjeros han seguido teniendo las últimas ediciones de mis versos. Sin haber yo dado

un paso para solicitarlo, se han celebrado con entusiasmo por los literatos españoles de mejor nota. Entre ellos, y recientemente, don Javier de Burgos, que hace hablar al culto y delicado Horacio en metro castellano con tanta elegancia, y acaso más espíritu, que él cantaba en latín; don Alberto Lista, sevillano, en quien veo renacida la musa del divino Herrera, y el ingenioso García Suelto, que tan bien hermana la citara de Apolo con la vara y profundos misterios de Esculapio; y todos tres me honran con llamarme su amigo y su maestro; me han dirigido en este mi destierro tres composiciones, que ellas solas bastarán á endulzarme sus horrores y á satisfacer la vanidad, si yo no viese bien mi medianía, ó ellas no fuesen hijas del entusiasmo y el cariño. Con cuánto gusto las copió yo aquí por sus bellezas, si la modestia no me lo estorbase!

Los papeles públicos extranjeros y las personas de mejor gusto han hablado en su tiempo con no menor aprecio. Los ex-jesuitas Andres, Masdeu y Arteaga; la *Década filosófica*, cuando se publicó la edicion de Valladolid; el *Mercurio extranjero* (1); monsieur Simonde de Sismondi, en su obra *De la literatura del Mediodía de la Europa* (2); pero, sobre todo, el sabio y erudito alemán Mr. Bouterweck, profesor de Gotinga, en su *Historia de la poesia y la elocuencia despues del siglo xiii* (3), dicen de mí lo que yo no merezco y me avergonzaria de referir. También se han traducido muchas composiciones en inglés, italiano y frances; aún se ha llegado en esta lengua á escribir una noticia de mi vida, tan inexacta como lisonjera, y se han impreso en París mis *Obras escogidas*, por los años de 1800, y en Parma, en 1812, segun que entónces se me notició y vi anunciado en un periódico de Milan, que hoy no tengo á la mano.

Todo esto me ha puesto en la grata precision de no admitir en mi nueva edicion composicion alguna que á mi parecer no lo merezca, corrigiéndolas todas más y más; porque el modo mejor de responder, así á los elogios como á las criticas, es el de esmerarse en los trabajos, fijos siempre los ojos en la posteridad, que nada disimula.

No, empero, quiero decir con esto que todas las composiciones son iguales, como ni en Virgilio lo son todas las églogas ó todos los libros de su divina *Eneida*, ni lo son las odas del ameno y escogido Horacio, ni lo es nada de cuanto los hombres ejecutan. Tiene cada cosa su mérito adecuado y su belleza, de los cuales nunca es dado pasar, y el autor que los conoce y los alcanza arribó al punto de la perfeccion. Yo no hice más, porque mis fuerzas no han llegado á más, y ya helaron los años mi genio y mi entusiasmo; amante de las musas españolas, he procurado ataviarlas acaso con más gusto y aliño que las hallé vestidas, y hacerlas hablar el lenguaje sublime de la moral y la filosofia; pero (lo vuelvo á repetir) nunca he pasado de un simple aficionado, llamado y ocupado siempre en cosas de más monta. Mi ardiente aficion al habla castellana, y la alta idea que de sus bellezas y número tengo formada, me hicieran trabajar muchas veces con un ardor y un estro que sin ellas nunca hubiera tenido; mas desde mis bosquejos á cuadros acabados, de lo que suena ahora á lo que puede y debe resonar un dia, ¡qué inmensa distancia no alcanzan á ver el gusto y la razon!

Juventud española, amante de tu patria y de las letras: á ti queda correr esta distancia y dar á nuestra lengua y poesia el brillo y majestad de que tan dignas son y están demandando de justicia. Ahí tienes un Pelayo, un Colon ó la conquista de Granada para la musa épica; argumento el primero en que pensé algun dia, embebecido por su interes y su grandeza, de que me retrajeron mis desgracias, y en que lloraré siempre no haberme ejercitado; ahí tienes en la historia cien hechos nacionales insignes y terribles para la tragedia, y nuestras extravagancias y ridiculos para la festiva Talía, con las voces más dulces, más llenas y sonoras para el canto y la ópera; cosas todas en que estamos tan faltos cuanto debiéramos ser ricos, y competir, si no vencer, lo más culto de Europa. Trabaja, pues, por tu gloria y la gloria nacional, que correrán á par, y déjame á mí la pequeña, pero dulce y tranquila, de haber empezado casi sin guía, haber ido adelante entre contradicciones y calumnias, y haber comprado, al fin, con mi reposo y mi

(1) *Mercur étranger, ou Annales de la littérature étrangère*, par messieurs Langles, Ginguéné, Amaury, Duval, etc., número 10, año 1813, páginas 203 á 213.

(2) Cap. xxxv, vol. iv, París, 1813. 4 vol. 8.º

(3) Göttingue, 1804, traducida al frances la par-

te de la literatura española, con el título de *Histoire de la littérature espagnole, traduite de l'allemand de Mr. Bouterweck, professeur à l'université de Göttingue*. París, 1812, 2 vol. 8.º, vol. II, páginas 241 á 244.

fortuna el placer inocente de querer en la mia renovar los sonos de las liras que pulsaron en tiempo tan delicadamente Garcilaso y Herrera, Villegas y Leon.

Pero si en estos sonos encuentran, por dicha, mis lectores una pequeña parte de los alivios, calma y el recreo que al repetirlos he probado yo; si les inspiran los gustos sencillos é inocentes del campo, la tranquilidad, la mediania; si los alejan de la ambicion funesta y la codicia, si hacen gratos su estado y sus hogares, y encienden en sus pechos el sagrado entusiasmo de admiracion á la naturaleza y amor á la patria y á la virtud; si imprimen en los jóvenes los sentimientos del buen gusto, las semillas del decir urbano, la agradable magia de la lengua y la dulce aplicacion á nuestras musas, inflamando ademas con sus cuadros y campestres escenas la imaginacion de los artistas para que nos repitan sus pinceles el siglo y los milagros de los Velázquez, Canos Juanes y Murillos, mis esperanzas quedarán satisfechas, mi amor á mi nacion recompensado, mis trabajos ya no lo serán.

Pudiera esta coleccion haberse impreso y publicado en Francia, y haberme sido entre sus literatos y los aficionados á nuestra frase y nuestras musas, que hoy no son pocos, de nombre de interes; alguno me lo propuso y alguno lo aconsejó; pero español por mis principios y todos mis deseos, he querido que mi patria tenga la primera, como un humilde feudo de mi amor los últimos frutos, sazoados ó ingratos, de la musa de un hijo, que, ofreciéndole fino cuanto le podido darle, de buen grado ansiára celebrarla con títulos y timbres más ilustres; pero que, en vanecido con sus glorias, ni pensó jamas ni hizo otra cosa que creyese menguarlas, ó manchar su nombre esclarecido.

Nîmes, en Francia, 16 de Octubre de 1815.

Por ser interesante para la historia literaria conocer la senda por donde caminaron, al dar los primeros pasos en su gloriosa carrera, los ingenios esclarecidos, publicamos en la presente coleccion algunas poesías inéditas de MELENDEZ, ensayos juveniles de escaso valer. Los más de ellos nos fueron comunicados por nuestro malogrado amigo don Eustaquio Fernandez de Navarrete, quien los encontró en la villa de Ábalos, entre los papeles de su ilustre abuelo don Martin.

Dos sólo de estas poesías no publicamos, á saber: una oda anacreóntica titulada *El Tocado*, que empieza así:

Sentada ante el espejo,
Ornaba Galatea
De sus blondos cabellos
Las delicadas hebras.....;

y una oda de *La Paloma de Filis*.

Dejóse llevar MELENDEZ con exceso del espíritu de la poesía erótica griega, que tomaba por modelo, y él mismo renunció sin duda á publicar estas composiciones, aunque escritas con gala y lozanía, por parecerle contrarias á la decencia que debe reinar en las letras de las sociedades cristianas.

Creemos oportuno reproducir en este lugar las siguientes observaciones, con las cuales nos envió el señor Fernandez de Navarrete varias poesías inéditas de MELENDEZ:

Remito á V. (escribia Navarrete al Colector de estas poesías) unos cuantos de los primeros ensayos de MELENDEZ, que, como V. verá, por lo mismo que están desprovistos de mérito literario, son curiosos. Parece imposible que quien en 1776, á la edad ya de veintidos años, escribia tan mal, careciendo de elocucion, de estilo y hasta de ideas, cuatro años despues compusiese la égloga *Batilo*, premiada por la Academia, y pudiese nunca arribar á hacer una oda como la de *Las Artes*. Así MELENDEZ es una prueba palpable de que no debe el escritor esperar todo de la naturaleza, sino que pueden mucho el arte y la aplicacion... Las varias composiciones que dirigió á Jovellanos mientras éste permaneció en Sevilla muestran el cariño reverencial que MELENDEZ le profesaba, y si no honran su talento poético, que aún permanecia como en embrión, hacen honor á su alma... Verá V. que de sus otras composiciones, el idilio *A la Amistad* es pe-

ado. *El Tocado*r debió desecharlo por lúbrico, y que las otras dos oditas, al estilo de fray Luis de Leon, son agradables.

Ahora voy á explicar á V. cómo paran en mi poder las obras inéditas de MELENDEZ, cuya copia le remito. Mi abuelo don Martin era intimo amigo de Jovellanos, no sólo por compañero de academias, sino porque, de guardia-marina, habia estado embarcado á las órdenes de un hermano de este último (Francisco de Paula). Copió algunas de entre sus papeles, valiéndose de su intimidad. Despues, cuando, en 1820, el Rey quiso honrar la memoria de MELENDEZ, haciendo una edicion de sus poesías, se fió este cuidado á don Martin, encargándole escribiese la Vida del poeta. Entónces tuvo en su poder otra multitud de papeles que para el objeto le entregó la viuda. Pero es lástima que, sin copiar casi ninguno, se los devolvió religiosamente. En una nota que conservó de los papeles devueltos se lee: *Várias anacreónticas, unas publicadas y otras no.*—*Un cuaderno de los romances dirigidos al señor Jovellanos.*—*Correspondencia con este señor.* Al cabo, despues de haber examinado los papeles, y formado un bosquejo para extender la Vida, no llegó á escribirla por venirse á Rioja al parto de su nuera, cuando nació el que escribe á V. estas líneas, y dejó la comision á Quintana, de quien es la Vida que va al frente de la linda edicion que se hizo entónces, en cuatro tomos, en la Imprenta Real.

Acerca de las correcciones infinitas que MELENDEZ hizo en sus obras, véase lo que decimos en la nota puesta al pié de la oda titulada *Los días de Filis*.

POESÍAS.

A MIS LECTORES.

No con mi blanda lira
Serán en ayes tristes
Lloradas las fortunas
De reyes infelices;
Ni el grito del soldado,
Perez en crudas lides;
O el trueno con que arroja
La bala el bronce horrible.
Yo tiemblo y me estremezco;
Que el númen no permite
Al labio temeroso
Canciones tan sublimes.
Muchacho soy, y quiero
Decir más apacibles
Querellas, y gozarme
Con danzas y convites.
En ellos coronado
De rosas y alhelies,
Entre risas y versos
Menudeo los brindis.
En coros las muchachas
Se juntan por oirme,
Y al punto mis cantares
Con nuevo ardor repiten;
Pues Baco y el de Vénus
Me dieron que felice
Celebre en dulces himnos
Sus glorias y festines.

ODAS ANACREÓNTICAS.

Et juvenus curas et libera vena.
HORAT.

ODA PRIMERA.

DE MIS CANTARES.

Tras una mariposa,
Cual zagalejo simple,
Corriendo por el valle,
La senda á perder vine.

Recostéme cansado,
Y un sueño tan felice
Me asaltó, que áun gozoso
Mi labio lo repite.

Cual otros dos zagales
De belleza increíble,
Baco y Amor se llegan
A mí con paso libre;
Amor un dulce tiro,
Riendo, me despide,
Y entrambas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.

Besáronme en la boca
Despues; y así apacibles,
Con voz muy más suave
Que el céfiro, me dicen:
«Tú de las roncás armas
Ni oiras el són terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.
»La paz y los amores
Te harán, Batilo, insigne;
Y de Cupido y Baco
Serás el blando cisne.»

ODA II.

EL AMOR MARIPOSA.

Viendo el Amor un día
Que mil lindas zagalas
Huían dél, medrosas
Por mirarle con armas,
Dicen que, de picado,
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo,
Como suya, extremada.
Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los piés ternezuelos
En patitas doradas.
¡Oh! ¡qué bien que parece!
¡Oh! ¡qué suelto que vaga,
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!
Ya en el valle se pierde,

Ya en una flor se pára,
Ya otra besa festivo,
Y otra ronda y halaga.
Las zagalas, al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa;
Otra en pos va corriendo,
Y otra simple le llama;
Despertando el bullicio
De tan loca algazara
En sus pechos incantos
La ternura más grata.
Ya que juntas las mira
Dando alegres risadas
Súbito Amor se muestra,
Y á todas las abraza.
Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardó el fementido,
Y así á todos alcanza.
Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere, y de un pecho
A herir otro se pasa.

ODA III.

Á UNA FUENTE.

¡Oh! ¡cómo en tus cristales,
Fuentecilla risueña,
Mi espíritu se goza,
Mis ojos se embelesan!
Tú de corriente pura,
Tú de inexhausta vena,
Trasparente te lanzas
De entre esa ruda peña,
Do á tus linfas fugaces
Salida hallando estrecha,
Murmullante te afanas
En romper sus cadenas;
Y bullendo y saltando,
Las menudas arenas

Afanosa divides,
Que tus pasos enfrenan.
Hasta que los hervores
Reposada sosiegas
En el verde remanso,
Que te labras tú misma.
Allí, aún más cristalina,
A un espejo semejas,
Do se miran las flores,
Que galanas te cercan.
Con su plácida sombra
Tu frescura conserva.
El nogal, que pomposo
De tu humor se alimenta;
Y en sus móviles hojas
El susurro remeda
De tus ondas volubles,
Que al bajar se atropellan.
En tí las avecillas
Su sed árida templan,
Sus plumas humedecen,
Jugando se recrean.

Cuando abrasado Sirio
Aflige más la tierra,
Y el Mediodía ardiente
Su faz al mundo ostenta,
En tí grata frescura
Y amable sueño encuentra
El laso caminante,
Que tu raudal anhela.
Su benigna corriente
El seno refrigera,
La salud fortifica,
Repara las dolencias.
En las almas alegres
El júbilo acrecienta,
Y al que llora angustiado
Le adormece las penas.
¡Oh! nunca, fuente clara,
Nunca menguados veas
Los copiosos cristales
Que tus márgenes llenan.
Nunca turbios la planta
Del ganado los vuelva,
Ni el pintado lagarto,
Ni la ondosa culebra.
Nunca pródiga ceses
En los giros y vueltas
Con que mansa discurre,
Fecundando la vega;
Mas alegre acompaña,
Murmullando parlara,
De mi lira los trinos,
De mi labio las letras.

ODA IV.

EL CONSEJO DEL AMOR.

Pensativo y lloroso,
Contemplando cuán tibia
Dorila mi amor oye,
Por hermosa y por niña,
Al margen de una fuente
Me asenté, cristalina,
Que un rosal adornaba
Con su pompa florida.
El voluble murmullo
De sus plácidas linfas
De mis penas agndas
Amainaba las iras,
Y en sus ondas rientes
Encantada la vista,
Invisibles, cual ellas,
Mis cuidados se huían;
Cuando en torno una rosa,
Que besar solicitaba,
Volar vi á un cefirillo
En ala fugitiva;
Y entre blandos susurros,
En voz dulce y sumisa
Entendí que á la bella

Carifoso decia:

«¿Dó, insensible, te vuelves?
¿Por qué, injusta, te privas,
En mis juegos vivaces,
De mil tiernas caricias?
»Mírame que rendido,
Cuando humillar podría
Con soplo despeñado
Tu presunción esquivar,
»Que te tornes te ruego,
Y á mis labios permítas
Que los ámbares gocen
Que en tus hojas abrigas.
»No temas, no, que ofendan
Con culpable osadía
Su rosicler hermoso,
Aunque blanda te rindas.
»Aun más fino que ardiente,
A nada más aspiran
Que á un inocente beso
Las esperanzas mías.
»Por tí dejé en el valle,
Por tí, beldad altiva,
Con vuelo desdeseoso,
Mil lindas florecitas.
»Tú sola me embebeces;
Tú sola», repetía
El céfiro; y más suelto
En torno de ella gira;
Cuando súbito noto
Que la rosa rendida
Le presenta su seno,
Y él cien besos le liba;
Con los cuales mimosa,
De aquí y de allá se agita,
Otros y otros buscando,
Que muy más la mecían.
Y en aquel mismo punto
Escuché que benigna
Nueva voz me alentaba,
Nuncio fiel de mis dichas.
No de tímido cesea:
Insta, anhela, suplica,
Cefirillo incesante,
De tu rosa Dorila.
Y en sus dulces canciones,
Delicada tu lira
Su tibieza y sus miedos
Cual la nieve derriñan.
Verás cómo á tus ansias
Cede al fin, y propicia
Las finezas atiende,
Por tí ciega suspira.
Apurando en mi copa
Las inmensas delicias
Que á mis más fieles guardo,
Que mi afecto le brinda.
Del Amor fué el consejo;
Y así luego entre risas
Vi á la esquivada en mis brazos,
Como mil rosas fina.

ODA V.

DE LA PRIMAVERA.

La blanda primavera
Derramando aparece
Sus tesoros y galas
Por prados y vergeles.
Despejado ya el cielo
De nubes inclementes,
Con luz cándida y pura
Rie á la tierra alegre.
El alba de azucenas,
Y de rosa las sienes
Se presenta ceñidas,
Sin que el cierzo las hiele.
De esplendores más rico
Descuella por oriente
En triunfo el sol, y á darle
La vida al mundo vuelve.

Medrosos de sus rayos,
Los vientos enmudecen,
Y el vago cefirillo
Bullendo les sucede;
El céfiro de aromas
Empapado, que mueven
En la nariz y el seno
Mil llamas y deleites.
Con su aliento en la sierra
Derretidas las nieves,
En sonoros arroyos
Salpicando descienden.
De hoja el árbol se viste,
Las laderas de verde,
Y en las vegas de flores
Ves un rico tapete.
Revolantes las aves
Por el aura enloquecen,
Regalando el oído
Con sus dulces motetes.
Y en los tiros sabrosos
Con que el ciego las hiebre,
Suspirando delicias,
Por el bosque se pierden.
Mientras que en la pradera,
Dóviles á sus leyes,
Pastores y zagalas
Festivas danzas tejen.
Y los tiernos cantares,
Y requiebros ardientes,
Y miradas y juegos,
Más y más los encienden.
¿Y nosotros, amigos,
Cuando todos los seres
De tan rígido invierno
Desquitarse parecen,
En silencio y en ocio
Dejarémos perdernos
Estos días, que el tiempo
Liberal nos concede?
Una vez que en sus alas
El fugaz se los lleve,
¿Podrá nadie arrancarlos
De la nada en que mueren?
Un instante, una sombra,
Que al mirar desaparece,
Nuestra misera vida
Para el júbilo tiene.
Ea pues á las copas,
Y en un grato banquete
Celebremos la vuelta
Del Abril floreciente.

ODA VI.

Á DORILA.

¡Cómo se van las horas,
Y tras ellas los días,
Y los floridos años
De nuestra frágil vida!
La vejez luego viene,
Del amor enemiga,
Y entre fúnebres sombras
La muerte se avicina,
Que escuálida y temblando,
Fea, informe, amarilla,
Nos aterra, y apaga
Nuestros fuegos y dichas.
El cuerpo se entorpece,
Los ayes nos fatigan,
Nos huyen los placeres,
Nos deja la alegría.
Si esto pues nos aguarda,
¿Para qué, mi Dorila,
Son los floridos años
De nuestra frágil vida?
Para juegos y bailes
Y cantares y risas
Nos los dieron los cielos,
Las Gracias los destinan.
Ven, ¡ay! ¿qué te detienes?

Vén, vén, paloma mía,
Debajo de estas parras,
Do iene el viento aspira (1),
Y entre brindis suaves
Y mimosas delicias (2),
De la niñez gocemos,
Pues vuelva tan aprisa.

ODA VII.

DE LO QUE ES AMOR.

Perisala, cuando niño,
Que era tener amores
Vivir en mil delicias,
Morar entre los dioses;
Mas luego, rapazuelo,
Por la cautivóme,
Muchacha de mis años,
Envidia de Dione,
Que inocente y sencilla
Como yo lo era entonces,
Fue á mis ruegos la nieve
Del verano á los soles.
Pero cuando aguardaba
No hallar ánsias ni voces
Que á la gloria alcanzasen
De una union tan conforme,
Cual de dos tortolitas
Que en sus ciegos hervores
Con sus ánsias y arrullos
Ensoberdecen el bosque,
Probé, desengañado,
Que amor todo es traiciones,
Y guerras y martirios,
Y penas y dolores.

ODA VIII.

Á LA AURORA.

Salud, riente Aurora,
Que entre arboles vienes
A abrir á un nuevo día
Las puertas del oriente;
Librando de las sombras
Con tu presencia alegre
Al mundo, que en sus grillos
La ciega noche tiene.
Salud, hija gloriosa
Del rubio sol, perenne
Venero á los mortales
De alivios y placeres.
Tú de eternas rosas
Ceñidas vas las sienes,
Mientras tu fresco seno
Flores y perlas llueve;
Tú de brillantes ojos,
Tu de serena frente,
Y en cuya boca manan
Risas y aromas siempre;
Cuando la hermosa lumbre
De Vénus desfallece,
De ópalo, nácar y oro
Velada, le sucedes;
Y el pabellon alzando
En que su faz envuelve
Tu padre el sol, sus huellas
Nuncia feliz precedes.
Tu manto purpurado
Onde al viento leve,
Y al par que se derrama
De las playas de Oriente,
Hinche el espacio inmenso,
Y de su grana y nieve
Las bóvedas eternas

Matiza y esclarece.
En cuanto alegre cruzas
Por sendas de claveles
Desde su excelsa cumbre
Al cárdeno Occidente,
El sol, que en pos te sigue,
Tus vivos rosicleres
Inflama, y retremblando,
Por verlos se detiene;
Hasta que entre sus llamas
Tú misma al fin te pierdes,
Y en su torrente inmenso
Envuelta desapareces;
Si no es que tan penada
De tu Titon te sientas,
Que por sus brazos dejas
Ya la mansion celeste.
Los céfros fugaces,
Que en un letargo muelle
Las flores en su seno
Rendidos guardar quieren,
Con tu calor se animan,
Las prestas alas tienden,
Y en delicioso juego
Las liban y las mecen;
De do á las aves corren,
Que aún en sus nidos duermen,
Con su vivaz susurro
Pugnando que despierten;
A darte, oh bella Aurora,
Los dulces parabienes,
Y henchir con su alborada
Las auras de deleite.
Tú en tanto más graciosa
En luz y en rayos creces,
Si el rostro afable inclinas
Cruzando al viento penden.
Las cristalinas aguas
Cual vivas flechas hieren,
Y hacen de bosque y prados
Más animado el verde.
A par que sus cogollos
Alzan las ricas mieses,
Y abriéndose las flores,
Sus ámbares te ofrecen;
Que á la nariz y al seno,
Y al labio que los bebe,
De su fragancia inundan,
Y á mil de licias mueven.
Y todo bulle y vive,
Y en regocijo hierve,
Rayando tú, que al mundo
La ansiada luz le vuelves.
Haz, ¡ay! purpúrea diosa,
Que como en faz riente
Un día fausto y puro
Benigna nos prometes;
Así en mi blando seno,
Sin ánsias que lo aquejen,
La paz y la inocencia
Por siempre unidas reinen.

ODA IX.

DE UN BAILE.

Ya torna Mayo alegre
Con sus serenos días,
Y del amor le siguen
Los juegos y la risa.
De ramo en ramo cantan
Las tiernas avecillas
El regalado fuego
Que el seno les agita;
Y el céfiro jugando,
Con mano abre lasciva
El seno de las flores,
Y á besos mil las liba.
Salid, salid, zagalas;
Mezclaos á la alegría
Comun en sueltos bailes
Y música festiva.

Venid, que el sol se esconde,
Las sombras más benignas
Dan al pudor un velo,
Y á amor nueva osadía.
¡Oh! ¡cuál el pecho salta!
¡Cuál en su gozo imita
Los tonos y compases
De vuestra voz divina!
Mis plantas y mis ojos
No hay paso que no finjan,
Cadena que no formen
Y rueda que no sigan.
Huye veloz burlando
Clori del fino Aminta;
Torna, se aparta, corre,
Y así al zagal convida.
¡Con qué expresion y juego
De tallo y brazos Silvia
En amable abandono
Su Palemon esquivar!
De Flora el tierno amante,
O la mariposilla,
La fresca yerbezuela
Con pié más tardo pisan,
Que ardiente Melibeo
A Celia solicita,
La apremia con halagos,
Y en torno de ella gira.
Pero Dorila, ¡oh cielos!
¡Quién vió tan peregrina
Gracia, viveza tanta?
¡Cuál sobre todas brilla!
¡Qué espalda tan airosa!
¡Qué cuello! ¡qué expresiva
Volverle un tanto sabe,
Si el rostro afable inclina!
¡Ay! ¡qué voluptuosos
Sus pasos! ¡cómo animan
Al más cobarde amante,
Y al más belado irritan!
Al premio, al dulce premio
Parece que le brindan,
De amor, cuando le ostantan
Un seno que palpita.
¡Cuán dócil es su planta!
¡Qué acorde á la medida
Va del compás! las Gracias
La aplauden y la guían;
Y ella de frescas rosas
La blonda sien ceñida,
Su ropa libra al viento,
Que un manso soplo agita.
Con timidez donosa
De Cloe simplecilla
Por los floridos labios
Vaga una afable risa.
A su zagal, incauta,
Con blandas carrerillas
Se llega, y vergonzosa
Al punto se retira.
Mas ved, ved el delirio
De Anarda en su atrevida
Soltura: ¡sus pasiones
Cuán bien con él nos pinta!
Sus ojos son centellas,
Con cuya llama activa
Arde en placer el pecho
De cuantos ¡ay! la miran.
Los piés, cual torbellino
De rapidez no vista,
Por todas partes vagan,
Y á Lícidas fatigan.
¡Qué dédalo amoroso!
¡Qué lazo aquel que unidas
Las manos con Menalca,
Formó amorosa Lidia!
¡Cuál andan! ¡cuál se enredan!
¡Cuán vivamente explican
Su fuego en los halagos,
Su calma en las delicias!
¡Oh pechos inocentes!
¡Oh union! ¡oh pas sencilla,

(1) En la primera edicion, en vez de este verso, hay este otro, más bello y natural:

Do el céfiro suspira.

(2) En la primera edicion:

Y entre puras delicias.

Que huyendo las ciudades,
El campo solo habitas!
¡Ah! ¡reina entre nosotros
Por siempre, amable hija
Del cielo, acompañada
Del gozo y la alegría!

ODA X.

DE LAS RIQUEZAS.

Ya de mis verdes años,
Como en alegre sueño,
Volaron diez y nueve,
Sin saber dónde fueron.
Yo los llamo afogado;
Mas pararlos no puedo,
Que cada vez más huyen,
Por mucho que les ruego;
Y todos los tesoros
Que guarda en sus mineros
La tierra, hacer no pueden
Que cesen un momento.
Pues lejos, ea, el oro:
¿Para qué el afán necio
De enriquecerse á costa
De la salud y el sueño?
Si más gozosa vida
Me diera á mí el dinero,
O con él las virtudes
Encerrara en mi pecho,
Buscáralo ¡ay! entonces
Con hidrópico anhelo;
Pero si esto no puede,
Para nada lo quiero.

ODA XI.

A UN RUISEÑOR.

¡Con qué alegres cantares,
Oh ruiñeñor, celebras
Tu dicha, y de tu amada
El tierno afán recreas!
Ella del blando nido
Te responde halagüeña
Con piadas suaves,
Y se angustia si cesas.
Las otras aves callan;
Y el eco tus querellas
Con voz aduladora
Repite por la selva;
Mientras el cefirillo;
De envidioso, te inquieta,
Las hojas agitando
Con ala más traviesa.
Tú cesas y te turbas:
Atento adonde suena
Te vuelves, y cobarde
De ramo en ramo vuelas.
Mas luego ya seguro,
Los silbos le remedas,
El triunfo solemnizas,
Y tornas á tus quejas.
Así la noche engañas,
Y el sol, cuando despierita,
Aun goza la armonía
De tu amorosa vela.
¡Oh avecilla felice!
¡Oh! ¡qué bien la fineza
De tu pecho encareces
Con tu voz lisonjeral
Ya pías cariñoso,
Ya mas alto gorjeas,
Ya al ardor que te agita,
Tu garganta enajenas.
¡Oh! no ceses, no ceses
En tan dulce tarea,
Que en delicias de oírte
Mi espíritu se anega.
Así el cielo tu nido
De asechanzas defiende,

Y tu amable consorte
Fiel por siempre te sea.
Yo también soy cautivo:
También yo, si tuviera
Tu piquito agradable,
Te diría mis penas;
Y en sencillos coloquios
Alternando las letras,
Tú cantarías tus glorias,
Y yo mi fe sincera;
Que los malignos hombres
Burlan de la inocencia,
Y expónese á su risa
Quien su dicha les cuenta.

ODA XII.

DE LOS LABIOS DE DORILA.

La rosa de Citéres,
Primicia del verano,
Delicia de los dioses
Y adorno de los campos;
Objeto del deseo
De las bellas, del llanto
Del alba feliz hija,
Del dulce Amor cuidado;
¡Oh! ¡cuán atras se queda
Si necio la comparo
En púrpura y fragancia,
Dorila, con tus labios!
Ora el virginal seno
Al soplo regalado
De aura vital despliegue
Del sol al primer rayo;
O inunde en grato aroma
Tu seno relevado,
Más feliz si tú inclinas
La nariz por gozarlo.

ODA XIII.

DE UNAS PALOMAS.

Un día que en la vega,
Bajo el nogal copado
Que da á su fuente sombra
Con los pomposos ramos,
Cantaba entretenido,
Con inocente labio,
De mi suerte la dicha,
Las delicias del campo,
Casi á mis pies, seguras
Se bañaban, jugando,
Las sencillas palomas
En un limpio remanso.
Su bullicio y arrullos,
Y sus besos y halagos
Me cayeron, absorto,
La lira de las manos.
Libre yo, y ellas libres,
Y uno así nuestro estado,
Por instantes se hacia
Mi embeleso más grato.
Una en medio las aguas,
Cual pequeñuelo barco,
Ufanándose riza
Su plumaje galano;
Otra fija, bebiendo,
Del vivo sol los rayos,
Y en el raudal se sume
Para templar su estrago;
Otra extiende las alas
Cual dos móviles brazos,
Y al corriente se entrega
Que la va en pos llevando;
Y otra en plácido giro,
Revolante en el llano,
Torna cien y cien veces
Del uno al otro lado;
Agitándose todas,
Y corriendo y saltando,

Y cruzando y tejiendo
Mil revueltas y lazos;
Cuando allá de las nubes,
Cual flamígero rayo,
Un milano sobre ellas
Precipitase aciago;
Que en sus uñas agudas,
Para bárbaro pasto
De sus pollos, ¡ay! roba
La más bella, inhumano;
Sin bastar á salvarla
En tan súbito caso,
De mis palmas y gritos
El estrépito vano.
Derramado y sin orden,
Con mortal sobresalto,
Del ladrón ominoso
Huye el tímido bando;
Y yo, el alma cubierta
De amargura y espanto,
Con la vista le sigo,
Con mi voz le amenazo.
¡Desvalida inocencia,
Siempre mísero blanco
Del poder fiero, siempre
De sus iras esquivo!

ODA XIV.

DE UN CONVITE.

Ved, amigos, cuál llega
Ya delicioso el Mayo,
En las plácidas alas
Del céfiro llevado.
Grata Flora en su obsequio
Le engalana los campos,
Mil flores por doquiera
Desparciendo su mano.
Cojamos las más lindas;
Y alegres emulando
Las risas y banquetes
Que libre canta Horacio,
De yedra coronadme,
Yo en torno haré otro tanto;
Y ornad copas y mesa
De pimpollos y ramos.
La rosa esté en los pechos
Del dulce Amor esclavos;
¿Y quién de sus arpones
Escapa en nuestros años?
La rosa que á Citéres
Su seno purpurado
Y del hijo á los besos
Su aroma debió grato.
Llevemos todos rosas,
Pues que todos amamos;
Y quien cuidados llora,
Por hoy les dé de mano.
Que yo, al ver cuál incanta
Dorila á cada paso
Me muestra que me adora,
Perdido la idolatro.
Aun niña y simplecilla,
Un día con mis labios
Comuniqué á los suyos
El fuego en que me abraso.
De entonces al mirarme,
De un vivo sonrosado
Animase, y su seno
Se eleva palpitando.
Aquí pues á la sombra
Del álamo copado,
Donde mil pajaritos
Crusan de ramo en ramo,
Y acaricianse tiernos,
Y gozan, y otros lazos
Para nuevas delicias
Escápanse volitarios;
De entre guijas y trébol
Con sus trémulos pasos

Murmullante el arroyo
Nos aduerme saltando;
La fiesta celebremos:
Del néctar perfumado
Que Jerez nos regala,
Brindemos y bebamos.
Misterioso el silencio
Cubriéndonos, despacio
Gocemos los manjares
Que el lujo ha preparado.
Paladéese el gusto,
Dilícioso el olfato
Regálese, y los ojos
Se ceben en mirarlos.
Bebamos otra copa;
Empiécela Menalio,
Y á un tiempo clamad todos:
«Honor, honor á Bacol!»

A cada nueva copla,
Los vivas y el aplauso,
Subiendo á las estrellas,
Responda un dulce trago;
Y otro y otros en torno,
Tocándonos los vasos,
Del viejo Valdepeñas,
Se sigan apiñados.

Así hasta media noche
Los brindis renovando,
Del sabroso banquete
Prolonguemos el plazo;
De do, medio beodos,
A sumirnos corramos
Del tranquilo Morfeo
En el muelle regazo.

Que las horas escapen
Fugaces y callando,
Y en pos nos precipita
Del tiempo el rudo brazo.
Ved, si no, cuál las rosas
Dan su vez al verano,
Y al Enero aterido
El otoño templado.

Nuestro cabello de oro,
De nieve harán los años,
Y nuestra alegre vida,
De duelos y quebrantos.
Entónces, ni los bailes,
Ni el vino más preciado,
Ni el rostro más travieso
Podrán regocijarnos.

Del día que nos rie
Gocemos, pues en vano
Será inquirir si un otro
Nos lucirá más claro.

ODA XV.

DE MIS NIÑECES.

Siendo yo niño tierno,
Con la niña Dorila
Me andaba por la selva
Cogiendo florecillas,
De que alegres guirnaldas,
Con gracia peregrina,
Para ambos coronarnos
Su mano disponía.

Así en niñeces tales
De juegos y delicias
Pasábamos felices
Las horas y los días.

Con ellos poco á poco
La edad corrió deprisa,
Y fué de la inocencia
Saltando la malicia.

Yo no sé; mas al verme
Dorila se reía;
Y á mi de sólo hablarla
También me daba risa.
Luego al darle flores
El pecho me latía;
Y á ella coronarme

II, Ps. XVIII.

Quedábase embebida.

Una tarde, tras esto
Vimos dos tortolitas
Que con trémulos picos
Se halagaban amigas.
Y de gozo y deleite,
Cola y alas caídas,
Centellantes sus ojos,
Desmayadas gemían.

Alentónos su ejemplo,
Y entre honestas caricias
Nos contamos turbados
Nuestras dulces fatigas;
Y en un punto, cual sombra
Voló de nuestra vista
La niñez; mas en torno
Nos dió el Amor sus dichas.

ODA XVI.

A UN PINTOR.

En esta breve tabla,
Discípulo de Apéles,
Cual yo te la pintaré,
Retrárame mi ausente.

Cual sale, cuando rie
La aurora por Oriente,
Tras sus mansas corderas
Al valle á entretenerse;
Sueltas las trenzas de oro,
Y al céfiro que leve
Licencioso volando,
Las ondea y revuelve.

Encima una guirnalda,
Cuyas rosas releven
El contraste agraciado
De las candidas sienes;

De do con aire hermoso
De sencillez alegre,
La tersa frente asome,
Cual plata reluciente.

Mas para que la gracia
Le des con que se tiende,
La fragante azucena
Te prestará su nieve.

Luego en las negras cejas
Tu habilidad ordene
La majestad del arco,
Que nace cuando llueve;

Y al traidor Cupidillo
Podrás también ponerme,
Que en medio esté asentado,
Y á todos vivas fleche.

Los ojos de paloma,
Que á su pichón se vuelve,
Rendida ya de amores,
Y un beso le promete.

De llama las pupilas,
Que bullan y se alegren;
Mil lindos amorcitos
Jugando en torno vuelen.

Y porque el fuego apague
Que sus rayos encienden,
La nariz proporcione
Tornátil y de nieve.

Tras esto entre los labios
Deshoja mil claveles,
Que nunca puedes darles
La púrpura que tienen.

Su boca...; pero aguarda:
Los pequeñuelos dientes
Haz de menudo aljófar,
Que unidos no discrepen.

Y dentro, si á ello alcanzas,
Cuando la lengua mueve,
Dulce un panal, que afuera
Destile hieblas mieles.

Como abejas las Gracias,
Que con susurro leve
Volando en el verano,
En torno van y vienen.

Dos virginales rosas
Las mejillas, cual suelen
Brillar cuando sus perlas
La aurora en ellas vierte.

Cargando todo aquesto
Con proporcion decente
Sobre el enhiesto cuello,
Que mil corales cerquen.

Los hombros déj se aparten;
Y en el hoyuelo empiece
El relevado pecho,
Tan albo, que embelese.

Pon al sediento labio
En sus pomas turgentes
Dos veneros del néctar
De la mansion celeste.

La vestidura airosa
De armiños esplendentes,
Los cabos arrastrando,
Que el valle reflorece.

Un leonado pellico
Por cima, y que le cuelguen
Cien trenzas de oro y seda,
Que su opulencia ostenten.

Pero ¡ah! cesa, profano;
Que las gracias ofendes
De mi ausente adorable
Con tus rudos pinceles.

Y yo á sus brazos corro,
Donde el Amor me ofrece
El premio de mis ansias
Y el colmo de sus bienas.

ODA XVII.

DÓNDE HALLÉ AL AMOR.

De mi donosa al lado,
Seguía, de amor ciego,
De sus amables ojos
El dulce movimiento,

Que ora en llamas vivaces
Centellaban inquietos,
Y cual rayos agudos
Traspasaban mi pecho;

Ora al paso á los míos
Salían halagüeños,
Mi espíritu inundando
De celestial contento;

Ora en giro voluble
Se perdían traviesos,
De mis fieles pupilas
Evitando el encuentro;

Ora hallarlas querían,
Y ora en lánguido fuego
Sobre mí se fijaban,
Desmayados y tiernos.

Entónces, ¡ay! entónces
Mi crédulo deseo
Ver pensó, deslumbrado,
Al niño Amor en ellos.

Y alentado del mismo,
Atrevido, sin seso,
Todo su númen quise
Trasladar á mi seno.

Empero mis amores,
Donosa sonriendo,
«¡Ay! dijo, no en mis ojos
Está el Amor, ¡oh necio!

«Sino en mi boca»; y blanda,
Los labios entreabiertos,
De célica armonía
Llenó su voz el viento.

Y al oír la encantado,
Corrí loco á su encuentro,
Y hallé al fin venturoso
Al rapaz ceguezuelo.

Halléle de sus trinos
En el alma embeleso,
Y en sus púrpúreos labios
Y aromático aliento.

Así, feliz de entónces,

En las poesías filosóficas y morales he cuidado de explicarme con nobleza, y de usar un lenguaje digno de los grandes asuntos que he tratado.

Las verdades sublimes de la moral y de la religion merecian otro ingenio y entusiasmo que el mio. Pero ¿qué corazon será insensible á ellas, ó no se inflamará con su fuego celestial? La bondad de Dios, su benéfica providencia, el órden y armonía del universo, la inmensa variedad de seres que lo pueblan y hermocean, nos llaman poderosamente á la contemplacion y á estimar la dignidad de nuestro sér y el encanto celestial de la virtud. Así que, penetrado de estas grandes verdades, he procurado enunciarlas con toda la pompa del idioma, cuidando al mismo tiempo de hacerme entender y ser claro, y de huir de una ridicula hinchazon.

✓ Ni tampoco he sido escrupuloso en usar de algunas voces y locuciones anticuadas, ya porque las he hallado más dulces, más sonoras ó más acomodadas para la belleza de mis versos, ya porque estoy persuadido de que contribuyen en gran manera á sostener la riqueza y noble majestad de nuestra lengua, adulterada malamente y afeada á cada paso con voces y frases de origen ilegítimo, que sin necesidad introducen en ella los que no la conocen. Copiosa, noble, clara, llena de dulzura y armonía, la haríamos igual á la griega y latina si trabajásemos en ella y nos esmerásemos en cultivarla.

Mas, poco acostumbrada hasta aquí á sujetarse á la filosofia ni á la concision de sus verdades, por rica y majestuosa que sea, se resiste á ello no pocas veces, y sólo probándolo se puede conocer la gran dificultad que causa haberla de aplicar á estos asuntos. Dése, pues, á mis composiciones el nombre de pruebas ó primeras tentativas, y sirvan de despertar nuestros buenos ingenios, para que con otro fuego, otros más nobles tonos, otra copia de doctrina, otras disposiciones, los abracen en toda su dignidad, poniendo nuestras musas al lado de las que inspiraron á ✓ Pope, Thomson, Young, Racine, Roucher, Saint-Lambert, Haller, Utx, Cramer y otros célebres modernos sus sublimes composiciones, donde la utilidad camina á par del deleite, y que son á un tiempo las delicias de los humanistas y filósofos.

Téngaseme á mi por un aficionado que señalo de lejos la senda que deben seguir un don Leandro Moratin, un don Nicasio Cienfuegos, un don Manuel Quintana y otros pocos jóvenes que serán la gloria de nuestro Parnaso y el encanto de toda la nacion. Amigo de los tres que he nombrado, y habiendo concurrido con mis avisos y exhortaciones á formar los dos últimos, no he podido resistirme al dulce placer de renovar aquí su memoria, sin disminuir por eso el mérito de otros que callo, ó sólo conozco por sus obras. Ciego apasionado de las letras y de cuantos las aman y cultivan, ni anhela mi corazon por injustas preferencias, ni conoce la funesta envidia, ✓ ni jamas le halló cerrado ningun jóven que ha querido buscarme ó consultarme. La república de las letras debe serlo de hermanos; en su extension inmensa todos pueden enriquecerse, y si sus miembros conocen un dia lo que verdaderamente les conviene, íntimamente unidos en trabajos y voluntades, adelantarán más en sus nobles empresas, y lograrán de todos el aprecio y el influjo que deben darles su instruccion y sus luces.

La Providencia me ha traído á una carrera negociosa y de continua accion, que me impide, si no hace imposible, consagrarme ya á los estudios que fueron un tiempo mis delicias. Cuando la obligacion habla, todo debe callar, inclinaciones, gustos, hasta el mismo entusiasmo de la gloria; pero si mis bosquejos, mi ejemplo, mis exhortaciones logran poner á otros en su difícil senda, y llevarlos hasta la cumbre de su templo, satisfecho y envanecido, complaciéndome en sus laureles cual si fuesen míos, repetiré entre mi mismo con la más pura alegría: «Yo concurri á formarlos y mi patria me los debe en parte.»

Gozoso entre tan faustas esperanzas, me contento desde ahora con el nombre de amante de las buenas letras y las Musas, y este nombre no puede con justicia negárseme, porque ellas y las artes han hecho mi embeleso desde que sé pensar, y serán mi consuelo hasta en la última vejez.

Y ¿quién será insensible al lisonjero encanto de las buenas letras y las artes? ¿Es acaso su honesto recreo inútil, ó incompatible con la gravedad de otras tareas? Ellas forman el gusto, suavizan las costumbres, hacen deliciosa la vida, más agradable la amistad, perfeccionan la sociedad, estrechan sus vínculos entre los hombres, y los alivian y entretienen en sus ocupaciones y cuidados.

Nadie puede trabajar sin alguna distraccion, y ésta es una ley comun de la naturaleza para todos los vivientes. La tierra misma reposa despues de enriquecer al labrador que la cultiva, y

iente rendida y apurada cuando se la obliga á producir continuamente. El hombre no está libre de esta ley general, á pesar de su orgullo, y sus facultades acabarían bien presto si no alternase entre la fatiga y el descanso. Y ¿qué descanso más útil y agradable que el comercio con las Musas, cuyas halagüeñas ficciones saben cubrir de rosas las espinas y hacernos gustar lo amargo del precepto entre la ilusion de la armonía?

Sin pensarlo acabo de hacer la defensa de las buenas letras contra algunos que las miran con ceño y juzgan incompatible su aficion con los deberes de otras profesiones; gentes necias ó mal intencionadas, que, faltas de gusto ó de talento, murmuran de lo que no entienden, y quieren más seguir en su ignorancia que aplaudir en los otros las cualidades de que carecen.

Mas, volviendo á mis versos, he cuidado en todos ellos de corregirlos y elevarlos á aquel grado de perfeccion que me ha sido posible. He suprimido cuantos me han parecido indignos de la prensa, y cualquiera que registre bien mi coleccion conocerá sin dificultad cuán fácil me habria sido aumentarla con otro tanto; pero no lo mucho; lo bueno y escogido merece sólo aprecio. Confieso, sin embargo, que no todas las piezas tienen la misma lima, y que aún debieran haberse suprimido muchas más; en algunas no he podido, al ir á desecharlas, resistir la tentacion de ser mis primeras producciones, y en otras la de haberse compuesto en ocasiones que han dejado en mi corazon impresiones muy profundas.

Pudiera haber acompañado los versos filosóficos de algunas notas; pero el que los lea suplirá fácilmente cuanto con ellas le comentará y explicará yo, ademas del gusto que se siente en representarse cualquiera por sí mismo toda la cadena de ideas que abrazaba el autor cuando escribía. No todo se ha de decir, y el quererlo decir todo es el medio más seguro de fastidiar.

Habiendo, por último, crecido más la coleccion de lo que me propuse al empezarla, y no siendo ya justo detener por más tiempo su publicacion, despues de tres años que está debajo de la prensa, reservo para en adelante la edicion de otras composiciones, que, sin comprometerme ahora, como lo hice en mi primera impresion, daré, sin embargo, á luz si la suerte de las presentes fuese cual me prometo, y me hace esperar el ahinco con que parece que se desean.

PRÓLOGO DEL AUTOR, ESCRITO EN NIMES.

Parece que la suerte se ha declarado siempre contra la edicion de estas mis poesías, queriéndome acaso apartar así de la tentacion de publicarlas. Detenida en prensa muchos meses la primera impresion, por haberse el manuscrito extraviado, y apuradas, á poco de su anuncio, las dos que se hicieron en Valladolid á un mismo tiempo el año de 1797; tratándose ya de otra tercera, tuve que dejar la corte precipitadamente y vivir retirado muchos años, sin que en ellos fuese posible emprender este trabajo tan agradable como útil, ni la prudencia y mi seguridad me impusiesen otra ley que la del silencio y el olvido, por si á su sombra lograba desarmar á la calumnia y el poder ensangrentado en mi daño.

Cuando cesó este estado, y yo y todos los buenos divisábamos la aurora de otro más feliz para la nacion y las letras en el reinado del señor Fernando VII, arrancándole de entre nosotros la más negra perfidia, nos arrojó en el mar turbulento de una revolucion, toda sangre y horrores, en que se abismaban la patria, las fortunas, las vidas de sus hijos; y yo mismo, á pesar de mis principios y deseos, mi plan ignorado de vida y mis resoluciones, me vi arrastrado y envuelto entre sus olas en el punto de perecer en la borrasca. La necesidad imperiosa y el derecho sagrado de la conservacion me han detenido en ella hasta su fin; pero en todos sus trances, ya entre el horror y peligrosa calma que un victorioso ejército á todos imponía, ó corriendo las penas y zozobras de una emigracion de casi tres años, mi corazon y mis anhelos ni han sido ni podrán ser otros que los del español más honrado, más fiel y más amante de su patria y sus reyes. En luces, instruccion y todo lo demas cederé sin dificultad el lugar á cualquiera; pero en estas virtudes jamás consentiré que otro se me anteponga, porque las he mamado con la leche, las consagró mi educacion, las he fortificado con mi reflexion y mis estudios, y hacen y harán constantes la parte más preciosa de mi triste existencia, y el solo patrimonio que me resta despues de treinta y cinco años de servicios á mi nacion, y el celo más ardiente por su felicidad.

Como él nazca á alumbrarme?

La luna está poblada...
Mas que tenga millares
De vivientes, pues que ellos
Ningun daño me hacen.

Quita allá las historias;
Que del Danubio al Ganges,
Furioso sus banderas
El macedon llevase,

¿Qué nos hará, Dorila,
Si por mucho que pasten,
Sobra á nuestras corderas
La mitad de este valle?

Pues si no á la justicia...
Venga un sorbo al instante,
Que en nombrando esta diosa
Me estremezco cobarde.

Los que estudian, padecen
Mil molestias y achaques,
Desvelados y tristes,
Silenciosos y graves.

¿Y qué sacan? mil dudas;
Y de éstas luego nacen
Otros nuevos desvelos,
Que otras dudas les traen.

Así pasan la vida
Vida cierto envidiable!
En disputas y en odios,
Sin jamas concertarse.

Dame vino, zagala;
Que como él no me falte,
No hayas miedo que cesen
Mis alegres cantares.

ODA XXVIII.

DE DORILA.

Al prado fué por flores
La muchacha Dorila,
Alegre como el Mayo,
Como las Gracias linda.

Tornó llorando á casa,
Turbada y pensativa,
Mal trenzado el cabello
Y la color perdida.

Pregúntala qué tiene,
Y ella llora afligida;
Háblanla, no responde;
Riñenla, no replica.

Pues ¿qué mal será el suyo?
Las señales indican
Que cuando fué por flores,
Perdió la que tenía.

ODA XXIX.

MIS ILUSIONES.

¡Cuán grata la memoria
Las horas fugitivas
Renueva, embelesada,
De mi niñez florida!

¡Con qué indecible encanto
Repaso aquellos días
De aéreas esperanzas,
De olvido y paz sencilla,

En que todo á mis ojos
Riente se ofrecía,
Pura siempre y sin nieblas
Del sol la luz benigna!

Aquellos en que al lado
De la sin par Dorila,
Con la feliz llaneza
Que la igualdad inspira,

Yo de su amor naciente
Las tímidas primicias,
Y ella el mío en los trinos
Gozaba de mi lira.

No trocando, dichoso,
Mi oscuridad tranquila
Por cuanto los mortales

Con más ardor codician,
Sin los cargos y penas
Que hoy mi espíritu abisman,
Sobrando á mis deseos

Mi humilde medianía;
Yo ciego la adoraba,
Y ella por mí perdida,
Con virginal ternura

Más ciega me quería;
Siguiendo mis pisadas,
Cual dulce tortolita,
Que de su fiel consorte

Ni un punto el lado olvida.
Amor nos dió sus fuegos,
Citéres sus delicias,
Nuestra inocencia amable

Descuido y alegría.
¡Oh tiempo afortunado!
¡Oh edad de amor y risas!
¡Sabrosas ilusiones,

Que aun la razon fascinan!
Cuando alegre os recuerdo,
Piensa el alma embebida
Que la corriente sube

Del río de la vida.
Y en un grato delirio,
Por su plácida orilla,
Toda juegos y bailes,

Toda aplausos y vivas,
Entre flores y sombras,
Cual un tiempo solía,
A mí aun niño me sueño,

Y á mi Dorila niña.
Y bebo y canto y rio,
Y en nueva lozanía
Los años desaparecen,

Que mi verdor marchitan.
El aire embalsamado,
Y la delicia misma
Respira alegre el seno,

Que respirar solía.
Y los dulces trasportes
Y encantos y alegrías
Que entónces me embriagaron,

La mente se imagina.
¡Feliz yo cuantas veces
Me ofrece compasiva
Las sombras mi memoria

De mis pasadas dichas!

ODA XXX.

DE LAS NAVIDADES.

Á JOVINO.

Pues vienen Navidades,
Cuidados abandona,
Y toma por un rato
La cítara sonora.

Cantarémos, Jovino,
Mientras que el Euro sopla
Con voces acordadas,
De Anacreon las odas;

O á par del dulce fuego,
Las fugitivas horas
Engañarémos juntos
En pláticas sabrosas.

Ellas van, y no vuelven
De las nocturnas sombras;
¡Por qué, pues, con desvelos
Hacerlas aun más cortas?

Yo vi en mi primavera
Mi barba vergonzosa,
Cual el dorado vello
Que el albérrigo brota;

Y en mis candidas sienes
El oro en hebras rojas,
Que ya los años tristes
Oscuras me las tornan.

Yo vi al Abril florido
Que el valle alegre borda,
Y al abradado Julio

Vi marchitar su alfombra.

Vino el óptimo Octubre,
Las uvas se sazonan,
Mas el Diciembre helado
Le arrebató su pompa.

Los días y los meses
Escapan como sombra,
Y á los meses los años
Suceden por la posta.

Así á la triste vida
Quitemos las zozobras
Con el dorado vino,
Que bulle ya en la copa.

¡Quién los cuidados tristes
Con él no desaloja,
Y al padre Baco canta
Y á Vénus cipriota?

Cifámonos las sienes
De hiedra vividora;
Brindemos, y aunque el Euro
Combata con el Boreas,

¡Qué á nosotros su silbo,
Si el pecho alegre goza
De Baco y sus ardores,
De Vénus y sus glorias?

Acuérdome una tarde,
Cuando Febo en las ondas
Bañaba, despeñado,
Su fulgida carroza,

Que yo al hogar cantaba
De mi inocente choza,
Mientras bailaban juntos
Zagales y pastoras,

De nuestro amor sencillo
La suerte venturosa;
Riquísimo tesoro,
Que en tí mi pecho goza;

Y haciendo por tu vida,
Que tanto á España importa,
Mil súplicas al cielo
Con voces fervorosas,

Cogi en la diestra mano,
Cogi la brindadora
Taza, y con sed amiga
Por tí la apuré toda.

Quedaron admirados
Zagales que blasonan
De báquicos furoros,
Al ver mi audacia loca;

Mas yo, tornando al punto,
Con sed aun más beoda,
Segunda vez libéla
Del néctar que la colma;

Cantando enardecido
Con lira sonora
Tu nombre y las amables
Virtudes que le adornan.

ODA XXXI.

Á LAS ABEJAS.

Solicitas abejas,
No en los tendidos valles
Más revoléis inquietas
Por vuestra miel suave.

No apureis de la rosa,
Cuando el rubio sol nace,
Las perlas de que el alba
Llenó su tierno cáliz.

Ni su albor puro sienta
La azucena fragante
Por vosotras ajado,
Si buscáis asahares.

Y el clavel oloroso
Para las bellas guarde
Su pompa, y con la nieve
De sus pechos contraste.

Mas los labios floridos
Asaltad, susurrantes,
De mi amada, y el néctar
Que destilan robadle.

Allí nardo, y aromas,
Y dulsor inefable,
Y líquido rocío
Hallaréis abundante.
Pero dad á los mios
Del felix robo parte,
Sin que á herirlos se atreva
Vuestro dardo punzante;
Que es su boca divina
Venero inagotable
De miel suave y pura,
De gracias celestiales.

ODA XXXII.

DEL VIVIR DE LAS FLORES.

¡Oh! ¡cómo, gayas flores,
En un momento os veo
Rotos ya los capullos,
Flotar libres al viento!
Anoche de su cárcel
En el círculo estrecho,
Sin belleza las hojas,
Sin ámbares el seno;
Y hoy erguidas y ufanas
A los ojos riendo,
Embriagais de delicias
La nariz y el deseo,
Esmaltando vistosas
De colores diversos
En un grato desorden
La frescura del suelo.
Ya en alfombra galana,
Ya por grupos espesos,
O entre el verde más lindas
De aquí y de allá saliendo;
Cien insectos alados
Van y vienen á un tiempo,
Y os adulan y mecen
En sus plácidos juegos.
Aquí la mariposa
Cesa, alegre, su vuelo,
Para ornaros, brillante,
Cuando os liba sus besos.
Las melifluas abejas,
Labrando allí en silencio,
El almíbar os roban
Con solícito anhelo.
Y allí el blando Favonio,
Derramado y travieso,
Si al pasar os inclina,
Os levanta volviendo.
A par que de las bojias
Benevolo el sol bello
Los matices anima
Con sus vivos reflejos;
Y vosotras, alzando
Más lozanas el cuello,
En un feudo de aromas
Le pagais de sus fuegos.
¡Ah! ¡por qué, amables flores,
Brillais sólo un momento,
De las dichas imagen
Y á las bellas ejemplo!
O naced más temprano,
O no acabeis tan luego,
Y dejadle á mis glorias
El pasar como un sueño.

ODA XXXIII.

DE UN CUPIDO.

Al partir y dejarla
Melrosa de mi olvido,
Me dió para memoria
Dorila un Cupidillo.
Diciéndome: «En mi seno
Ya queda, sagal mio,
Si tu imagen la llevas,
Por señor el dios mismo.

»Ten cuenta, puea, que el tuyo
Le guarde bien, y fino,
Por él sin cesar oigas
La voz de mi cariño.

»Que aunque cruel te alejas,
Con mi anhelar te sigo,
Y en cuantos pasos dieres
Siempre estaré contigo,
»Cual tú en toda mi alma,
Que este donoso niño
Sabrá tu fe guardarme,
Tornarte mis suspiros.»
Y de marfil labrado
Dióme un Amor tan lindo,
Que viéndole áun Citéres
Creyera ser su hijo.

Vendados los ojuelos,
Luego el cabello y rizo,
Las alitas doradas,
Y en la diestra sus tiros;
La aljaba al hombro bello
Y el arco suspendidos,
Que escarmentados temen
Los dioses del Olimpo;
Arterillo el semblante,
Cuan vivas y festivo,
Y así como temblando
Por su nudez de frio.
Yo, solícito, al verle
Tan risueño y benigno,
Los más dulces requiebros
Inocente le digo.

Y encantado en sus gracias,
Bondadoso y sencillo,
Cual un dije precioso
Le contemplo y admiro.

Ya le tomo en mis brazos,
Ya á mis labios le aplico,
Con mi aliento le templo
Y en mi pecho le abrigó.
Mas tornando á mirarle,
Con él juego y me río,
Y en mil besos y halagos
Las finezas repito;

Tras las cuales le vuelvo
De mi seno al sailo,
Do áun más tierno le guardo,
Más vivaz le acaricio,
Cuando súbito siento
Tan ardientes latidos,
Como cuando en el tuyo,
Dorila, me reclino.

¡Y qué fué? que en el hondo
Se me entró, el fementido,
Del corazon llagado,
Para más aún adligirlo.

ODA XXXIV.

Á BACO.

¡Honor, honor á Baco,
El padre de las risas,
De las picantes burlas,
De la amistad sencilla!

¡Honor, honor á Baco,
El dios de las provincias
Que el Málaga, el Tudela
Y el Valdepeñas crían!

El la jovial franqueza,
El la igualdad inspira,
Y en fraternales lazos
Los corazones liga.

¡Alas al genio ofrece,
Calor á la armonía,
Y á los claros poetas
Templo acorde la lira.

Sobre los pechos tristes
Derrama la alegría,
Y enjuga nuestros lloros
Con mano compasiva.
Con su licor divino

No hay duelo ni fatiga,
Que el ánimo desmayen,
Pesar que nos alija.

En la copa saltando,
De Jove la ambrosia
Semeja, y su fragancia
La aroma más subida.

Bebido, sus ardores
Dan al flaco osadía,
Revelan mil verdades,
Acaban con mil iras,
Vuelven largo al avaro,
La esperanza subliman,
Al plebeyo hacen grande,
Y altiveces humillan.

Cuando en triunfo glorioso
Sujetó el dios la India,
Tirso y copa las armas
Fueron de su conquista.

Al mismo amor con ellas
Avasalla, y sus viras
Más penetrantes hace,
Sus llamas más activas.

El así de Ariadna,
Exánime en la huida
De su alevé Tesco,
En Náxos triunfó un día,
Llorar viola, y dolíose,
Y en sus labios destila
Del licor que las mesas
Del cielo regocija.

La bella, á su dón grata,
Mírole enternecida,
Luego en sus llamas arde,
Y hoy con los astros brilla.

En hombros de sus faunos
Ved cuál la copa henchida
De jerezano néctar,
Regocijado mira.

Mal fija la guirnalda,
Ya trémula la vista,
A todos á que brinden
Solícito convida.

Los silencios beodos
Forman su compañía,
Sus bulliciosas danzas
Bacanales y ninfas.

«¡Honor, gritando todos,
Al dios de las vendimias!
¡Honor, honor á Baco,
El padre de las risas!»

ODA XXXV.

DE MIS DESEOS.

¡Qué te pide el poeta?
Dí, Apolo, ¡qué te pide,
Cuando derrama el vaso,
Cuando el himno repite?

No que le des riquezas,
Que necios le codicien,
Ni puestos encumbrados,
Que mil cuidados siguen.

No grandes posesiones,
Que abracen con sus lindes
Las fértiles dehesas
Que el Guadiana ciñe;

Ni ménos de la India
La concha y los marfiles,
Preciadas esmeraldas,
Lumbrosos amatistas.

Goce, goce en buen hora,
Sin que yo se lo envidie,
El rico sus tesoros,
Sus glorias el felice,

Y el mercader avaro,
Que entre escollos y sirtes
De oro vaga sediento,
Cuando la playa pisé,

Con perfumados vinos
Á sus amigos brinde

En la primera edición, en lugar de este verso, hay este otro:
 Que yo, en mi pobre estado,
 Y en mi llaneza humilde,
 Con poco estoy contento,
 Pues con poco se vive.
 Y así te ruego sólo
 Que en quietud apacible
 Inocentes y ledos
 Mis años se deslicen;
 Sin que á ninguno tema,
 Ni ajeno bien suspire,
 Ni la vejez cansada
 De mi lira me prive.

ODA XXXVI.

LAS AVES.

Dorila esquivo, tente,
 Y escucha los suspiros
 Que da la tortolilla,
 Llorando á su querido.
 Mira cómo en el árbol
 Más seco, ronco el pico,
 Sin luz el cuello hermoso,
 Los ojos descaídos,
 Se queda desmayada,
 Y al cielo compasivo
 Se vuelve, cual si diera
 El último quejido.
 Mirala, ya elevada,
 Ya inmóvil, ya al ruido
 Más leve atenta, que hace
 Del viento el raudó silbo.
 La muerte hirió á su esposo;
 Fiel ella á su cariño,
 Cierra el llagado pecho (1)
 De amor al dulce alivio.
 De chopo en chopo vaga,
 Buscando aquellos sitios
 Más lóbregos, que aumenten
 Su duelo y su martirio.
 ¡Oh tórtola infelice,
 Quitada! ¿qué delirio
 Te arrastra, qué aprovecha
 Tan ciego desvarío?
 ¡Por qué con roncós ayes
 Profanas el asilo
 De amor, de sólo suenan
 Sus delicados himnos?
 ¡Oh, que en tu mal te engañas!
 Te engañas! si el oído,
 Rebelde á los halagos,
 Cierras del nuevo amigo.
 Las otras aves mira,
 ¡Qué fáciles, qué vivos
 Son siempre sus placeres!
 ¡Qué amorosos sus píos!
 No buscan, no, las sombras:
 El valle más florido
 Sus dichas ve, y suspira (2)
 Con sus alegres trinos.
 Ya en una débil rama,
 Al impulso benigno
 Se mecen y recrean
 Del vago cefirillo;
 Ya la risueña fuente
 Las ve en afán prolijo
 Peinar sus bellas plumas
 Al rayo matutino;
 Ya en la yerba saltando
 Y en alegre bullicio
 El ánimo enajenan
 Con mil juegos festivos.

(1) En la primera edición, en lugar de este verso, hay este otro:

Le llora, y cierra el pecho.

(2) En la primera edición, en vez de suspira, resaca.

¡Felices avecillas!
 ¡Oh, cómo yo os envidio!
 ¡Oh, si tan dulce suerte
 Gozára el pecho mío!
 Un gusto, unos placeres,
 Un venturoso olvido
 De lo pasado; libres
 De envidias de partidos;
 Ni conocéis los celos,
 Ni el pundonor altivo;
 Vivir y amar compone
 Vuestro feliz destino.
 ¡Qué ejemplo, qué lecciones!
 ¡Serán, mi bien, contigo
 Inútiles? ¡tu pecho
 Será por siempre tibio?
 No, Dorila; en buen hora
 Siga en su duelo esquivo
 La tórtola, y tú imita
 Los tiernos pajarillos.

ODA XXXVII.

AL VIENTO.

Vén, plácido Favonio,
 Y agradable recrea
 Con soplo regalado
 Mi lánguida cabeza.
 Vén, oh vital aliento
 Del año, de la bella
 Aurora nuncio, esposo
 Del alma primavera;
 Vén ya, y entre las flores,
 Que tu llegada esperan,
 Ledo susurra y vaga,
 Y enamorado juega.
 Empápate en su seno
 De aromas y de esencias,
 Y adula mis sentidos,
 Solícito con ellas;
 O de este sauz pomposo
 Bate las hojas frescas
 Al ímpetu suave
 De tu ala lisonjera.
 Luégo á mi amable lira
 Más bullicioso llega,
 Y mil letrillas toca,
 Mecién-dote en sus cuerdas.
 No tardes, no; que crece
 Del crudo sol la fuerza,
 Y el ánimo desmaya
 Si tú el favor le niegas.
 Limpia, oficioso, limpia
 Con cariñosa diestra
 Mi ardiente sien, y en torno
 Con raudó giro vuela.
 Yo regaré tus plumas
 Con el alegre néctar
 Que da la vid, cantando
 Mi alivio y tu clemencia.
 Así el Abril te ría
 Continuo; así las tiernas
 Violas, cuando pases,
 Te besen halagüeñas;
 Así el rocío corra
 Cual lluvia por tu huella,
 Y en globos cristalinos
 Las rosas te lo ofrescan;
 Y así, cuando en mi lira
 Soplares, yo sobre ella
 A remedar me anime
 Tus silbos y tus quejas.

ODA XXXVIII.

DE LOS EMPLEOS.

¡Porque en ocio y olvido
 Vivo humilde en mi aldea,
 Demandais impacientes,
 Y aún culpais mi pereza!

Porque, amigos, los cargos,
 Mientras son de más cuenta,
 Más escollos ofrecen,
 Más cuidados engendran;
 Y abrumado y sumido
 En zozobras y velas,
 Para si nada vive
 Quien, iluso, los lleva.
 Blanco triste á la envidia,
 Que en herirle se ocea,
 Sus aciertos apoca,
 Sus deslices aumenta.
 Si á su sombra pudicse
 Yo la odiosa carrera
 Detener de los años,
 Que tan rápidos vuelan;
 Si una cana, una ruga
 En mi frente ó cabeza
 Esquivar bajo el solio
 De la rígida Astrea;
 A mi fe que no huiria,
 De cobarde, la empresa
 De trepar por sus gradas
 Do más alto se asienta,
 Y á mi rostro apropiando
 Su genial aspereza,
 De la lúgubre toga
 Mis espaldas cubricra;
 Mas si entónces ahogado,
 Y cual ciervo en cadena,
 Para el canto y la lira
 Ni un instante tuviera;
 Ni uno libre que darles,
 Ni á mi blanda terneza,
 Ni á los dulces amigos,
 Ni al placer y las bellas;
 Tropezando en las sombras
 De embrolladas sentencias,
 Que afirmándolo todo,
 Nada claro presentan;
 Allá vayan los cargos;
 Que más gratas me suenan
 Que los gritos del foro,
 De Anacreon las letras,
 Y mejor los avisos
 De la sábia Minerva
 Que las viles falsías
 Que la corte alimenta;
 Trasponiendo á su ocaso
 Así en paz mi inocencia
 Entre Baco y las Musas
 Y el rapas de Citera.

ODA XXXIX.

DEL VINO.

Todo á Baco, Dorila,
 Todo oficioso sirve:
 La tierra generosa
 Le sustenta las vides,
 El agua se las riega
 Con sus linfas sutiles,
 Y el céfiro templado
 Se las bulle apacible.
 Luégo el sol le sazona
 Los racimos felices,
 Que ya el néctar encierran
 Que hoy, saltando, nos ríe,
 Y en los hondos toneles
 Bien hervido recibe
 El color y el aroma,
 Que á oro y ámbar compiten.
 El néctar que nos salva
 De los desvelos tristes
 Con que negra la suerte
 Nuestro espíritu aflige.
 Y en el labio y los ojos
 Tal encanto perciben,
 Que ansiosos de gozario,
 Cautivos se le rinden.
 No, pues, necia, los tuyos

De la copa retires,
Delicia de los hombres,
Honor de los festines;
O si por azabos bebo,
No áun más necia te irrites;
Que hasta el amor se alegra
Con los sabrosos brindis.

ODA XL.

DE MI VIDA EN LA ALDEA.

Cuando á mi pobre aldea
Feliz escapar puedo,
Las penas y el bullicio
De la ciudad huyendo,
Alegre me parece
Que soy un hombre nuevo,
Y entónces solo vivo,
Y entónces solo pienso.
Las horas que insufribles
Allí me vuelve el tedio,
Aquí sobre mí vagan
Con pereoso vuelo.
Las noches que allá ocupan
La ociosidad y el juego,
Acá los dulces libros
Y el descansado sueño.
Despierto con el alba,
Trocando el muelle lecho
Por su vital ambiente,
Que me dilata el seno.

Me agrada de arreboles
Tocado ver el cielo
Cuando á ostentar empieza
Su clara lumbre Febo.

Me agrada, cuando brillan
Sobre el zenit sus fuegos,
Perderme entre las sombras
Del bosque más espeso.

Si lánguido se esconde,
Sus últimos reflejos
Ir del monte en la cima
Solicito siguiendo;

O si la noche tiende
Su manto de luceros,
Medir sus direcciones
Con ojos más atentos;

Volviéndome á mis libros,
Do atónito contemplo
La ley que portentosa
Gobierna el universo.

Desde ellos y la cumbre
De tantos pensamientos
Desciendo de mis gentes
Al rústico comercio,

Y con ellas tomando
En sus chanzas y empeños
La parte que me dejan,
Gozoso devaneo.

El uno de las mieses,
El otro del viñedo
Me informan, y me añaden
Las fábulas del pueblo.

Pondero sus consejas,
Recojo sus proverbios,
Sus dudas y disputas,
Cual árbitro, sentencio.

Mis votos se celebran,
Todos hablan á un tiempo;
La igualdad inocente
Rie en todos los pechos.

Llega luego el criado
Con el cántaro lleno,
Y la alegre muchacha
Con castañas y queso,
Y todo lo coronan
En fraternal contento
Las tazas, que se cruzan,
Del vino más afiejo.

Así mis faustos días,
De paz y dicha llenos,

Al gusto que los mide
Semejan un momento.

ODA XLI.

EL AMOR FUGITIVO.

Por morar en mi pecho
El traidor Cupidillo,
Del seno de su madre
Se ha escapado de Gnido.

Sus hermanos le lloran,
Y tres besos divinos
Dar promete Dione
Si le entregan el hijo.

Mil amantes le buscan;
Pero nadie ha podido
Saber, Dorila, en dónde
Se esconde el fugitivo.

¡Dárle yo á Cítères,
Lo dejaré en su asilo,
O iré á gozar el premio
De besos ofrecidos?

Tres de aquel néctar llenos,
Con que á su Adónis quiso
Comunicar un día
Las glorias del Olimpo.

¡Ay! tú, á quien por su madre
Tendrá el alado niño,
Dame dame un solo,
Y tómale, bien mío.

ODA XLII.

EL ABANICO.

¡Con qué indecible gracia,
Tan vana como fácil,
El voluble abanico,
Dorila, llevar sabes!

¡Con qué de movimientos
Has logrado apropiarte
A los juegos que enseña
De embelazar el arte!

Esta invención sencilla
Para agitar el aire,
Da, abriéndose, á tu mano
Bellísima el realce

De que sus largos dedos,
Plegándose silvas,
Con el mórbido brazo
Felizmente contrasten.

Este brazo enarcando,
Su contorno tornátil
Ostentas cuando al viento
Sobre tu rostro atraes.

Si rápido lo mueves,
Con los golpes que bates
Parece que tu seno
Relevas palpitante;

Si plácida lo llevas,
En las pausas que haces,
Que de amor te embebece
Dulcemente la imagen.

De tus pechos entónces,
En la calma en que yacas,
Medir los ojos pueden
El ámbito agradable.

Cuando con él intentas
La risita ocultarme
Que en tí alegre concita
Algun chiste picante,

Y en tu boca de rosa,
Desplegándola afable,
De las perlas que guarda
Revela los quilates;

Me incitas, cuidadoso,
Á ver por tu semblante
La impresion que te causan
Felices libertades.

Si el rostro, ruborosa,
Te cubres por mostrarme

Que en tu pecho, áun sencillo,
Pudor y amor combaten,
Al ardor que me agita
Nuevo pábulo añades

Con la débil defensa
Que me opones galante.
Al hombro golpecitos,
Con el gracioso donaire,

Con el dándome, dices:
«¿De qué tiemblas, cobarde?
»No es mi pecho tan crudo,
Que no pueda apiadarse,

Ni me hicieron los cielos
De inflexible diamante.
»Insta, ruega, demanda,
Sin temor de enojarme;

Que la roca más dura
Con teson se deshace.»
Al suelo, distraída,
Jugando se te cae,

Y es porque cien rendidos
Se inquieten por alzarle.
Tú, festiva, lo ríes,
Y una mirada amable

Es el premio dichoso
De tan dulces debates.
Mientras llamas de nuevo
Con medidos compases

Al fugas cefrillo
A tu seno anhelante,
En mis ansias y quejas,
Fingiendo no escucharme,

Con raudo movimiento
Lo cierras y lo abres;
Mas súbito rendida,
Batiéndolo incesante,

Me indicas, sin decirlo,
Las llamas que en tí arden.
Una vez que en tu seno
Maliciosa lo entraste,

Yo, suspirando, dije:
«¡Allí quisiera hallarme!»
Y otra vez ¡ay Dorila!
Que á mi rival hablaste

No sé qué, misteriosa,
Poniéndolo delante,
Lloréme ya perdido,
Creyéndote mudable,

Y ardiéndome el pecho
Con celos infernales.
Si quieres con alguno
Hacer la inexorable,

Le dice tu abanico:
«No más, necio, me canses.»
El á un tiempo te sirve
De que alejes y llares,

Favorable acaricies,
Y enojada amenazas.
Cerrado en tu alba mano,
Cetro es de amor brillante,

Ante el cual todos rinden
Gustoso vasallaje;
O bien pliega en tu seno
Con gracia inimitable

La mantilla, que tanto
Lucir hace tu talle.
A la frente lo subes,
A que artero señale

Los rizos que á su nieve
Dan un grato realce.
Lo bajas á los ojos,
Y en su denso celaje

Se eclipsan un momento
Sus llamas centellantes;
Porque logren lumbrosos,
De súbito al mostrarse,

Su triunfo más seguro,
Y como el rayo abrasen.
¡Ah, quién su ardor entónces
Resista, y qué de amantes,

Burlándose, embebecen
Sus niñas celestiales!

En todo eres, Dorila,
Donosa, á todo sabes
Llevar, sin advertirlo,
Tus gracias y tus sales.
¡Feliz mil y mil veces
Quien en union durable,
De tí correspondido,
Cual yo merece amarte!

ODA XLIII.

DE LA NOCHE.

¡Dó está, graciosa noche,
Tu triste faz, y el miedo
Que á los mortales causa
Tu lóbrego silencio?
Dó está el horror, el luto
Del delicado velo
Con que del sol nos cubres
El lánguido reflejo?
¡Cuán otra, cuán hermosa
Te miro yo, que huyendo
Del popular ruido,
La dulce paz deseo!
¡Tus sombras qué silaves,
Cuán puro es el contento
De las tranquilas horas
De tu dichoso imperio!
Ya estático, los ojos
Alzando, el alto cielo
Mi espíritu arrebató
En pos de sus luceros.
Ya en el vecino bosque
Los fijo, y con un tierno
Pavor sus negros chopos
En formas mil contemplo.
Ya me distraigo al silbo
Con que entre blando juego
Los más flexibles ramos
Agita manso el viento.
Su rueda plateada
La luna va subiendo
Por las opuestas cimas
Con plácido sosiego.
Ora una débil nube
Que le salió al encuentro,
De trasparente gasa
Le cubre el rostro bello;
Ora en su sálto augusto
Baña de luz el suelo,
Tranquila y apacible,
Como lo está mi pecho;
Ora finge en las ondas
Del líquido arroyuelo
Mil luces, que con ellas
Parecen ir corriendo.
El se apresura en tanto,
Y á regalado sueño
Los ojos solicita
Con un murmullo lento.
Las flores, de otra parte,
Un ámbar lisonjero
Derraman, y al sentido
Dan mil placeres nuevos.
¡Dó estás, viola amable,
Que con temor modesto
Sólo á la noche fías
Tu embalsamado seno?
¡Ay! ¡cómo en él se duerme
Con plácido meneo,
Ya de volar cansado,
El céfiro travieso!
Pero ¡qué voz silave,
En amoroso duelo,
Las sombras entenece
Con ayes halagüeños?
¡Oh ruiseñor cuitado!
Tu delicado acento,
Tus trinos melodiosos,
Tu revolver inquieto,
Me dicen los dolores

De tu sensible afecto.
¡Felicé tú, que sabes
Tan dulce encarecerlo!
¡Oh! goce yo contino,
Goce tu voz, y al eco
Me duerma de tus quejas,
Sin sustos ni recelos!

ODA XLIV.

EL PECHO CONSTANTE.

Combatida la encina
De huracanes terribles,
Inmóvil en su asiento,
Su estrépito resiste,
Por sus ásperas hojas,
Que sus alas oprimen,
Resonando los silbos
En quejido más triste.
Mas su ruda firmeza
Con el tronco compite,
Pues ni el choque las rompe,
Ni su empeño las rinde.
Y la copa ondeante,
Que á los cielos sublime
Sobre todos descuella,
Y á la selva preside,
Si en el hórrido choque
Se domeña flexible,
Pasa el ímpetu, y se alza
Más lozana y más firme.
Sin cuidarse las aves
Que allí plácidas viven,
Si por fuera los vientos
Entre sí airados riñen;
Que por último en calma,
Con susurro felice,
De mecer, revolando,
Sus cogollos la sirven.
Otro tanto el escollo
Que los piélagos cifien,
Y sus móviles golpes
Avanzado recibe.
Las negras tempestades,
La calma bonancible
De las olas turbando,
Con las nubes las miden;
De do, iguales á un monte,
Sobre él cayendo, gimen,
Y en su horrísono estruendo
Amenazan hundirle.
El, empero, inmutable,
Mientras más le persiguen
Los altísimos tumbos,
Más ufano se engríe;
Y ante el rígido ceño
De su frente invencible,
Sin ofensa las olas
Deshechas se dividen;
Que ya en cándida espuma
Se convierten, y humildes
Circundando sus plantas,
De su nieve lo visten;
Ya se tornan bramando
Por tentar nuevas lides,
Y él á nuevas victorias
Su dureza apercibe.
Hé aquí el pecho constante,
Que por más que se irriten
En su daño los hados,
No podrán sumergirle;
Encina en la firmeza
De sus hondas raíces,
Y á los golpes y agravios.
Cual la roca inflexible,
Sin que nada plebeyo
Ménos haga sus timbres;
Ni en sus labios la queja
Sus virtudes mancilla.

ODA XLV.

LOS RECUERDOS DE MI NIÑEZ.

Cual un claro arroyuelo,
Que con plácido giro
Por la vega entre flores
Se desliza tranquilo,
Tal de mi fácil vida
Los años fugitivos,
Entre risas y juegos,
Cual un sueño han huido.
Veces mil este sueño
Repaso embebecido,
Sin poder arrancarme
De su grato prestigio.
Doquier en ocio blando,
Y entre alegres amigos,
Pasatiempos y bailes,
Y banquetes y mimos;
Las rosas de Cítéres,
Con los dulces martirios
Del Vendado, y á veces
De Baco los delirios;
Esperanzas falaces,
Y brillantes castillos,
En el viento formados,
Por el viento abatidos;
Coronando las Musas
Los graves ejercicios
De Minerva, y el lauro
Con que se ornan sus hijos.
Aquí entre hojosas calles
Mil encantados sitios,
Que aduermen y enajenan
Por frescos y sombríos;
Mas allá en los pensiles
De la olorosa Gnido,
Del pudor y el deseo
Mezclados los suspiros;
Y allí de las delicias
Segando el ancho río,
Que brinda en sus cristales
De todo un grato olvido;
Con codiciosa vista
Su alegre margen sigo,
Y á sus falaces ondas
Sediento el labio aplico.
Voy á saciarme, y siento
Que súbito al oído
Me clama el desencanto
Con amoroso grito:
«¡Dónde vas, necio! ¿dónde
Tan ciego desvarío
Te arrastra, que á tus plantas
Esconde los peligros?
»Conten el loco empeño:
Ese ominoso brillo
Que áun te fascina, iluso,
Va á hundirte en el abismo.
»De tus felices años
Pasó el verdor florido;
Y las que entónces gracias,
Hoy se juzgarán vicios.
»Ya eres hombre, y conviene
Dorar, arrepentido,
Con virtudes y afanes
Los errores de niño.»
Yo cedo, y del corriente
Temblando me retiro;
Mas vueltos á él los ojos,
Aun suspirando digo:
«¡Por qué, oh naturaleza,
Si es el caer delito,
Tan llana haces la senda,
Tan dulce el precipicio?
¡Felices seres tantos,
Cuyo seguro instinto
Jamás sus pasos tuerce,
Jamás les fué nocivo!

ODA XLVI.

DEL MEJOR VINO.

Preciados son los vinos
Que en pródigo regalo
Dió á su feliz España,
Dorila, el padre Baco.
Uno el gusto y los ojos
Solicita saltando,
Si otro más los enciende
Con su punzante amargo.

Y el otro que á las bellas
Adula azucarado,
Al paladar endeble
Su ardor hace más grato.
Ornase cual la noche
De un velo, aquél, opaco,
Y éste fulgido brilla
Más que el oro en el vaso.

El Málaga es famoso,
Y á par que el jerezano,
La Nava y Alicante
Por siempre serán claros

Entre cuantos penetren
Los íntimos arcanos
Del dios, y sus misterios
Celebran con aplauso.

Pues qué diré, si osara
Nombrarte sólo tantos,
Cual célebres se cuecen
En términos extraños?

Todos me agradan, todos
En los pechos humanos
El libre gozo engendran,
Disipan los cuidados.

Pero aquel que tú libas,
Y humedece tus labios,
Aquél es á los míos
El más sabroso y sano.

ODA XLVII.

DE LA NIEVE.

Dame, Dorila, el vaso,
Lleno de dulce vino;
Que sólo en ver la nieve
Temblando estoy de frío.

Ella en sueltos vellones
Por el aire tranquilo
Desciende, y cubre el suelo
De fulgidos armiños.

¡Oh! ¡cómo el verla agrada
De esta choza al abrigo,
Deshecha en copos leves,
Bajar con lento giro!

Los árboles, del peso
Se inclinan oprimidos,
Y alcorza delicado
Parecen en el brillo.

Los valles y laderas,
De un velo cristalino
Cubiertos, disimulan
Su mustio desabrigo;

Mientras el arroyuelo,
Con nuevas aguas rico,
Saltando bullicioso,
Se burla de los grillos.

Sus surcos y trabajos
Ve el rústico perdidos,
Y triste no distingue
Su campo del vecino;

Las aves enmudecen,
Medrosas en el nido,
O buscan de los hombres
El mal seguro asilo;

Y el tímido rebaño
Con débiles balidos
Demanda su sustento,
Cerrado en el aprisco.

Pero la nieve crece,
Y en denso torbellino

ODAS ANACREÓNTICAS.

La agita con sus soplos
El aquilon maligno;
Las nubes se amontonan,
Y el cielo de improviso
Se entolda pavoroso
De un velo más sombrío.
Dejémosla que caiga,
Dorila; y bien bebidos
Burlemos sus rigores
Con nuevos regocijos.
Bebamos y cantemos;
Que ya el Abril florido
Vendrá en las blandas alas
Del céfiro benigno.

ODA XLVIII.

LOS HOYITOS.

¡Sabes, di, quién te hiciera,
Idolatrada mía,
Los graciosos hoyuelos
De tus frescas mejillas?

¡Esos hoyos que loco
Me vuelven; que convidan
Al deseo y al labio,
Cual copa de delicias?

Amor, Amor los hizo,
Cuando, al verte más linda
Que las Gracias, por ellas
Besarte quiso un día.

Mas tú, que fueras siempre,
Aun de inocente niña,
Del rapaz á los juegos
Insensible y esquivas,

La cabeza tornabas
Y sus besos huías;
Y él, doblando con esto
Más y más la porfía,

Apretó con las manos,
En su inquietud festiva,
La tez llena, suave;
Y así quedára humillada.

De entónces, como á centro
De la amable sonrisa,
En ellos mil vivaces
Cupidillos se anidan.

¡Ah! ¡si yo en uno de ellos
Trasformado... su fina
Púrpura no, no ajára
Con mis sueltas alitas.

Pero tú, aleve, ríes,
Y con la risa misma
Más donosos los haces,
Y mi sed más irritas.

ODA XLIX.

DE MI GUSTO.

Retórico molesto,
Deja de persuadirme
Que ocupe bien el tiempo,
Y á mi Dorila olvide;

Ni tú tampoco quieras
Con réplicas sutiles,
Del néctar de Lileo
Hacer que me desvíe;

Ni tú, que al feroz Marte
Muy más errado sigues,
Me angusties con pintarme
Lo horrendo de sus lides.

Empero habládme todos
De bailes y de brindis,
De juegos y de amores,
De olores y convites;

Que tras la edad florida
Corre la vejez triste;
Y ántes que llegue, quiero
Holgarme y divertirme.

ODA L.

LAS PENAS Y LOS GUSTOS
FORMAN, MEZCLADAS, LA TELA
DE LA VIDA.

En las vueltas fugaces
Que en su invisible vuelo
Sobre mi frente ha dado,
Marchitándola, el tiempo,

Siempre vi sucederse
Las penas y el contento,
Alternados la tela
De mis años tejiendo;

Sin lucirme ni un día,
Que por triste ó risucio,
Ni de bienes lo hallase,
Ni de lloros, exento.

Fui niño, y gocé alegre
De la niñez los juegos,
Que de un crudo pedante
Turbó el áspero ceño,

Cual con planta afanosa
Huye en alas del miedo
Un corro de aldeanas
De un fantástico espectro.

Si jóven, de Cupido
Ardí en los dulces fuegos,
Lloré á par los vaivenes
De mudanzas y celos;

Que en su copa engañosa
Siempre da el cegnezuolo,
Con el néctar de Jove,
De Cólclos los venenos.

Para mí de Minerva
Los afanes severos
Fueron, no una fatiga,
Sino un fácil recreo;

Pero al ver que mi frente
Se adornó con sus premios,
Me abrumaron los gritos
De un enjambre de necios.

Tomóme de la mano
La ambicion un momento,
Para darme sus penas
Por el brillo de un puesto;

Do por un nombre vano
Y un forzado respeto,
Mi noble independencia
Ferié á crudos desvelos.

En la corte dolosa
Vi al favor, que halagüeño
Con mil gratos delirios
Embragó mi deseo;

Mas de nubes y horrores
Vile en torno cubierto,
Su ominosa cadena
Degradando mi cuello.

Y en los altos banquetes,
Los brindis de Lileo,
Y del dios de la mesa
Los sabrosos misterios,

Alternar confundidos
Con los torvos recelos,
O gemir congojados
En los brazos del tedio.

Los cantos de las Musas,
Y el laurel con que Febo
Ennoblecía sus hijos
Y eterniza sus versos,

La quietud y el olvido
Anhelar en secreto,
De la envidia acosados
Y su fétido aliento;

La amistad sacrosanta,
Su inefable embeleso,
Al acibar unidos
De un fatal rompimiento;

De los hombres y el mundo
Bullicioso el comercio,
Una inútil fatiga,
Y á mil trances sujeto;

El engaño mafioso

Los modales fingiendo
Del sencillo agasajo
Y el encono del cielo.
Todo, en fin, como Jano,
Con dos varios aspectos,
La alegría en el uno,
Y en el otro los duelos.
Así, de escarmentado,
Mucho más que de cuerdo,
Este mar de la vida
Ya sin susto navego.
Tan cunto en la bonanza
De arrostrar rumbos nuevos,
Como en las tempestades
De ceder á vil miedo;
Siempre firme esperando
Que mudándose el tiempo,
Pare el claro en lluvioso,
Y el nublado en sereno.

ODA LI.

DE MIS VERSOS.

Dicen que alegre canto
Tan amorosos versos,
Cual nuestros viejos tristes
Nunca cantar supieron.
Pero yo, que sin sustos,
Pretensiones ni pleitos,
Vivo siempre entre danzas,
Retozando y bebiendo,
¿Puedo acaso afligirme?
¿Fueden mis dulces metros
No bullir en las llamas
De Cupido y Lico?
¿Por qué los que me culpan,
De vil codicia ciegos,
Inicuos atesoran,
Y gozan con recelo?
¿Por qué en fatal envidia
Hierven, y horror, sus pechos,
Cuando riente el mio
Nada en genial contento?
¿Por qué afanados velan,
Mientras que en paz yo duermo,
Tras el fugaz fantasma
De la ambición corriendo?
Bien por mí seguir puede
Cada cual su deseo;
Pero yo, antes que al oro,
A los brindis me atengo.
Y antes que á negras iras
O á deleznales puestos,
A delicias y gozos
Libre daré mi pecho.
Vengan, pues, vino y rosas;
Que mejor que no duelos
Son los sorbos sáves
Con que alegre enloquezo.
Así á Dorila dije,
Que festiva, al momento
Me dió llena otra copa,
Gustándola primero;
Y entre mimos y risas,
Con semblante halagüeño
Respondióme: «¿Qué temas
La grito de los viejos?
»Bebamos, si nos ríen,
Bebamos y bailemos;
Que de tus versos dulces
Yo sola juzgar debo.

ODA LII.

EL CONSEJO DE MINERVA.

Triste el Amor un día
Quejóse á Citera
De que el mundo sus aras,
Fementido, desdía.
«Ya, decía, no hieren

Mis aladas saetas,
Que un tiempo el mismo Jove
Temblaba por certeras.
»Todos, madre, las burlan,
Y con risa celebran
Los suspiros y ruegos
Y mimosas querellas,
»Con que ántes mil beldades,
De gracia y rubor llenas,
Y miles de amadores
Me ornaban sus ofrendas.
»Estos sólo, orgullosos,
Por más fáciles, piensan
En vulgares banquetes,
Fastidiando mi néctar.
»Y las necias muchachas,
Mariposas ligeras,
El valor no conocen
De una afable entereza;
»Ni el imperio que alcanza
Sobre el mismo que ruega,
La inocente repulsa,
Que á más ruegos empeña;
»O cuál dobla sus nudos
La rendida fineza,
Y mis triunfos sazona
La dulce resistencia.
»Los benignos desdenes,
La picante reserva,
Las tímidas miradas,
La virginal modestia,
»Como sueños se olvidan,
Y se siguen y precian
El antojo voluble,
La liviana franqueza.
»Con que en pos las dulzuras
Que mi copa presenta,
Corren siempre; y burladas,
Solo acibar encuentran.
»Cuál ilusos los hombres,
En su ardiente impaciencia,
Olvidando mi númen,
A su sombra se entregan.
»Y de tí luégo, injustos,
Todos, madre, se quejan;
Y en los brazos del tedio
De mi nombre blasfeman.»
Oyó al penado niño
La severa Minerva,
Que á Citeres rogaba
Que sus gracias le ceda,
Para hacer de las liras
De cien claros poetas
Más plácidos los sonos,
Inmortales las letras;
Y en voz dulce le dice:
«Haz que lleven tus flechas,
Si anhelas que tu imperio,
Rapaz, eterno sea,
»Entre las vivas llamas
Que tu aliento les presta,
Honor las de los hombres,
Pudor las de las bellas;
»Porque envuelva el decoro
Tus gustosas ofensas,
Y el rubor á la virgen,
Aun vencida, ennoblezca.
»Ellos entónces finos
Ansiarán tus cadenas,
Y en las suyas de flores
Gemirán fieles ellas.»
Dorila, en nuestros pechos
Amor hizo la prueba
Del celestial consejo
Que la diosa le dió.
Yo te amo cada día,
Mi bien, con más firmeza,
Y tú me correspondes
Más sencilla y más tierna.

ODA LIII.

EL NIDO DEL JILGUERO.

No hayas miedo que turbe,
Dichoso jilguero,
Mi sacrilega mano
La quietud de tu nido.
Vela en él cuidadoso,
Vela tus dulces hijos,
Con tu amada partiendo
Tan precioso destino.
Yo me enajeno al verte,
Bullicioso y festivo
Ir y volver en torno
Con solícitos giros:
Ya posarte de un lado,
Y en un grato delirio
Celebrar tus venturas
Con armónicos trinos;
Ya pando allegarte,
Por dividir más fino
Entre su madre y ellos
Los besos de tu pico;
O en la menuda hierba
Buscarles con ahinco
El goloso alimento
De algún leve granillo;
En contraste gracioso
Con su verde subido,
De tu lindo plumaje
Lo bayo (1) y amarillo.
Tu feliz compañera,
Más atenta en su alivio,
De su seno amoroso
Les da en tanto el abrigo;
Y acá y allá escuchando,
El más leve rírido
De un ramillo, una hoja,
Se le abulta un peligro;
Y cobarde y (2) ahincada,
Los estrecha consigo
Más y más, donde suena
Fijos vista y oído.
Vuelves tú, y se asegura,
Y en suavísimos plios
Las zozobras te cuenta,
Que su amor ha sentido.
Y los tiernos polluelos,
Abiertos los piquillos,
El tuyo solicitan
Con incesante grito;
Hasta que de tu seno
Les dispensas benigno
El sustento, calmando
Su voraz apetito;
Sin contarse un instante
En que ménos activo
Los descuide tu anhelo,
Ni ceseis en sus mimos.
¡Avecillas felices!
¿Con qué placer envidio
Vuestra union inocente,
La delicia en que os miro!
Vuestra viva impaciencia,
Y esos blandos suspiros,
Tantos queiebro y halagos
Sin cesar repetidos;
Todo, todo embriaga
De gozo el pecho mio,
Y en pos, loco, me arrastra
De mil dulces prestigios.
El cielo os libre, fausto,
Del gavilan maligno,
Como yo de los hombres

(1) En manuscritos del siglo XVIII dico, en vez de bayo, rojo, y parece más propio.

(2) MELENDEZ escribió así esta frase en un principio. Despues la substituyó con esta otra, *Con que tímida*, que nos parece ménos clara y natural.

Guardaré vuestro asilo;
Para serles ejemplo,
Con amor tan sencillo,
De paternal ternura,
De conyugal cariño.

ODA LIV.

EL CANTO DE LA ALONDRA.

¿Dónde estás, avecilla,
Que por más que en buscarte
Mis ojos por el viento
Solicitos se afanen,
Dar contigo no pueden,
Cuando tú te deshaces
En llenarlo armoniosa
De tus pios sùaves?
¿Dónde estás? ¿cómo el vuelo
Tanto, alondra, encumbraste,
Que la vista más lince
Desfallece en tu alcance?
Y tú el canto redoblas,
Y en más llenos compases
Ensordeces la esfera
Y enmudeces las aves.
Tu sola voz se escucha,
Que en trinos penetrantes
Desciende de do el alba
Las puertas al sol abre;
Su alegre mensajera
Con música incesante,
Del sueño en que se olvidan
Llamando á los mortales,
A que gocen y admiren
La pompa con que nace,
Y empieza entre arbores
Su trono de oro á alzarse.
Yo á todos me anticipo,
Y en este umbroso valle,
Durmiendo aún tú, ya miro
Si rayan sus celajes;
Que nunca el dios del sueño
Visita favorable
Los pechos que suspiran
En duelos y pesares.
Tú cantas, avecilla,
Y en quiebros agradables,
Del júbilo en que hierves,
Pareces darnos parte.
Al nuevo día aguardas,
Sin miedo de emplearle
Ni en cargos que te abrumen,
Ni en necios que te enfaden.
Siguiendo en tus gorjeos
Y trinos celestiales,
Hasta que el sol en brazos
Se apaga de la tarde.
Y siempre exenta y libre,
Doquiera que te place,
Discurres vagorosa
Con ala revolante.
Ya plácida te meces,
Ya rápida te abates,
Ya recta te sublimas,
Doblando tus cantares.
La vista que te sigue,
No alcanza ya á mirarte,
O un punto te divisa
Inmóvil en los aires.
¡Dichosa tú, á quien cupo
Tan libre ser, y sabes
Sin velas ni zozobras
Pacífica gozarle!
Yo, atado á un triste cargo,
Cual sirvo en dura cárcel,
No alcanzo de este suelo
Ni un punto á separarme.
Tus alas, tu soltura,
Tu independencia dame;
Yo iré donde á mi suerte
Jamas tu suerte iguale.

Tú cantas y te gozas,
Yo, envuelto en ansias graves,
Mis cantos en suspiros
Vi súbito tornarse.

Tú á la alma primavera,
Que el manto ya flotante
Despliega, y colma el mundo
De júbilo inefable,

Canora te anticipas,
Sintiendo ya inundarse
Tu seno en las delicias
De amor, esposa y madre.

Mientras yo sólo en ella
De mi existencia frágil
La débil llama tiemblo
Ir súbito á apagarse;

Apénas mal seguro
Del golpe inexorable
Que amaga de mis días
El delicado estambre,

Del fúnebre Aqueronte
Tocando ya la margen,
Do las pálidas sombras
Se espesan á millares,

Y al viejo triste ruegan
Que en su batel las pase
Allá do en uno iremos
Pequeñuelos y grandes,

Y do, ni por tesoros,
Ni por inclita sangre,
Ni omnipotente cetro,
Jamas se huyera nadie;

Sin que tus dulces trinos,
Alondra amada, basten
A desprender mi mente
De esta ominosa imagen.

Ufana tus venturas
Celebra, ¡oh feliz ave!
Que á mí no es dado ¡ay triste!
Sino llorar mis males.

ODA LV.

Á ANFRISO.

*Que ni la voz ni la lira son ya, por
mis años, á propósito para la poesía.*

No suena ya, no suena
Mi lira, dulce amigo,
Cual en los faustos días
De mi verdor florido.

La voz quebrada y débil
Ya los sublimes trinos
Del ruiseñor no alterna,
Ni sus dolientes pios.

Un tiempo, cuando el alba
Aun con dudoso brillo
Sembraba por los prados
Su aljófara cristalino,

En pos de sus fulgores
Me oyera el bosque umbrío
Con balbuciente labio
Llamar al sol divino.

Me oyera en la alborada,
De alegres pajarillos
Seguir con voz sùave
Su armónico bullicio.

Oyéranme las bellas
Más dulce y derretido
Pintar de sus encantos
La gloria y los peligros.

Y en unos lindos ojos
Gozándome cautivo,
Trocar, por apiadados,
Mis tonos en suspiros;

Suspiros que otra boca
Con mil donosos mimos
Tornar tal vez solía,
¡Yo estático de oírlos!

Luégo, en más altos modos,
Osé hasta el sacro Olimpo

Alzarme, y sus luceros
Cantar embebecido.

Cantar la inmensa lumbre
Y el alto señorío
Del claro sol, de Febe
Los rayos más benignos;

O por la humilde aldea
Y el cándido pellico,
Dejando de la corte
Los mágicos prestigios,

Se oyó por mí en el trono
Del labrador sencillo
La voz, de la indignancia
Los míseros gemidos.

Entonces, ¡ay! entonces
Con generoso ahínco
Tras el sublime lauro
Volaba, ¡oh caro Anfriso!

Y el estro irresistible
Sintiendo el pecho mío,
Los dedos á las cuerdas
Corrieron sin arbitrio;

Sus voces celestiales
Hirieron en mi oído,
Y el labio á la alabanza
Se abría y á los himnos.

¡Afortunado ensueño,
Que en humo se deshizo
Al despertar, y en vano
Que hoy torne solicito!

Brillaba mi cabello
Dorado, luengo y rizo,
Al viento entrelazado
De rosa y verde mirto;

Y en mis rientes ojos,
Ora á la luz caídos,
Bullía el vivaz fuego
De mi candor festivo.

Hoy escarchar mis sienes
De nieve al tiempo miro,
Las rugas por mi rostro
Sembrar con sopro impío;

Desfallecer mi aliento,
Y hasta en el genio mismo
Ejercitar odioso
Su funeral dominio.

Pasó mi primavera,
Pasó el ardiente estío,
Y á par de la esperanza,
Los sueños y delirios.

Veloz el blando otoño,
Cual raudo torbellino,
Que cuanto en torno alcanza,
Arrastra en pos consigo,

Huiráse muy más presto
Que el rayo fugitivo
Del sol, del mar sonante
Se apaga en los abismos.

Relámpago ominoso,
Que cruza de improviso,
Desvista y desaparece,
Envuelto en su humo mismo.

Ya ni mi labio al canto
Se presta, ni el hechizo
De la armonía al nùmen
Aguja entorpecido.

Muy más que de la nieve
Con los pesados grillos
Fencece inerte el grano
Del más preciado trigo.

Mi lira inútil yace,
Ni entre su horror sombrío
El genio de la noche
Desciende á mí propicio;

Cual antes me inspirára,
Trepando hasta el emporio
En alas de la gloria
Mi espíritu atrevido;

La calma y el silencio
En blanda paz conmigo
Me adnernen en los brazos
Del ocio y del retiro;

Gimiendo escarmentado,
Si con pesar tardío,
Del hado y de los hombres
Los criminales tiros.
Tal navegante cuerdo,
Tras riesgos infinitos,
Ganar dichoso alcanza
Del puerto el fausto asilo.
Tú, en tanto, á quien los años
Y el claro dios del Pindo
Adulan, y en sus redes
Prendió el alado niño,
Feliz mis huellas sigue,
Y en dón bien merecido
Recibe, Anfriso amado,
La lira de Batilo;
La lira que á los cisnes
De nuestros sacros ricas
Fué ejemplo á que cantasen
Con más acorde estilo.
Yo, en tus aplausos loco,
Mientras que al negro olvido
Me robas tú en tus versos,
Del mismo Apolo dignos (1),
Diré gozoso á todos:
«Si en tan excelso giro
Sobre los astros vaga,
Yo le mostré el camino.»

ODA LVI.

DESPUES DE UNA TEMPESTAD.

¡Oh, con cuánta delicia,
Pasada la tormenta,
En ver el horizonte
Mis ojos se recrean!
¡Con qué inquietud tan viva
Gozarlo todo anhelan,
Y su círculo inmenso
Atónitos rodean!
De encapotadas nubes
Allí un grupo semeja
De mal unidas rocas
Una empinada sierra;
Reclamando sus cimas
Las ardientes centellas,
Que, del sol con las sombras,
Más fúlgidas chispean;
Y á sus rayos huyendo,
Ya cual humo deshechas,
A lóbrego occidente
Presurosas las nieblas.
De otra parte el espacio
Tranquilo se despeja,
Y un azul más subido
A la vista presenta,
Que en su abismo engolfada,
Las bóvedas penetra
Donde suspensas giran
Sin cuento las estrellas.
El iris á lo léjos,
Cual una faja inmensa
De agraciados colores,
Une el cielo á la tierra.
Y la nariz y el labio
Estáticos alientan,
Embalsamado el aire
De olorosas esencias,
Que el corazon dilatan
Y le dan vida nueva,
Y en el pecho no cabe,
Y en delicias se anega.
Derrámase perdida
La vista, y por doquiera
Primores se le ofrecen,
Que muy más la enajenan.
Aquí cual una alfombra

(1) Una hermosa canción en mi elogio,
llamándome con laconja restaurador de la
poesía española

Se tiende la ancha vega,
Y allá el undoso Duero
Sus aguas atropella.
Los árboles más verdes
Su hermosa copa ondean,
Do bullendo sacude
Cefirillo mil perlas.
Las mieses más lozanas
Sus cogollos despliegan,
Y sobre ellos se asoman
Las espigas más llenas.
Reanimadas las flores,
Levantando la cabeza,
Matizando galanas
Los valles y laderas,
Do saltando y volando
Con alegre impaciencia,
Las parlerillas aves
Se revuelven entre ellas;
Y en sus plumas vistosas
Mil cambiantes reflejan
Al sol, que sin celajes
Ya el cielo enseña.
¡Oh cuán rico de luces,
Cual vencedor atleta,
Entre llamas divinas
Centellante se ostenta!
¡Cuál su fúlgido carro
Con sosegada rueda
Bajando va, y las aguas
Sus fuegos reverberan!
Las aves al mirarlo,
Desatando sus lenguas
En suavísimos trinos,
El oído embelesan;
Y la tierra y los cielos
Con igual complacencia
En sus rayos se animan
Y su triunfo celebran.
Todo, en fin, cuanto existe,
Y envolvió en sus tinieblas
El nublado, ya en calma
Al júbilo se entrega;
Mientras ciega mi mente
De ver tantas bellezas,
En lugar de cantarlas,
Ní á admirarlas acierta.

ODA LVII.

DE MI SUELTE.

Perseguido y hollado,
Blanco puesto á las iras
Del poder, y en los grillos
De pobreza enemiga;
En olvido y en ocio
Fugitivos se eclipsan
Estériles los años
De mi cansada vida;
Y el brillo de la gloria,
Que inflamarme solía,
Y allanar el deseo
Mil ilustres fatigas,
Despareció y ahogóse,
Cual se ahogaron mis dichas
En la fiera borrasca
Que anegó mi barquilla.
Pero en tantos reveses,
Aun las Musas benignas
A mi oreja se acercan,
Y sus cantos me inspiran;
Aun sus almos avisos
La sublime Sofía
Me dispensa, y sus voces
Mi bondad fortifican.
En sabrosas lecturas
Se me vuelan los días,
Sin formar una queja
Ni llorar una cuña.
La sencilla inocencia,
Que en mi seno se abriga,

Se acrisola en el fuego
Que el error ciego atiza.
Y adulándome grata
La jovial alegría,
Que cual Febo las nieblas,
Tal mis penas disipa,
Corre rápido el tiempo,
En que fiel la justicia
Mis trabajos consagre,
Su corona me ciña.
Con tan plácidos sueños,
Lleno de una delicia
Que jamás gosa el crimen,
Y á la virtud envidia;
Mientras que los amigos
Con su blanda acogida,
De mi crudo destierro
Los horrores mitigan;
No truco, pues, mi suerte
Con el necio que brilla,
De oro y vicios cubierto,
Del favor en la cima;
Que si á par nuestros pasos
A la tumba caminan,
Yo una senda de flores,
Y él la sigue de espinas.

ODA LVIII.

A LAS GRACIAS.

Si en mis sencillos versos,
¡Oh Gracias celestiales!
Vuestro mágico hechizo
Yo bosquejar lograse;
Si una fugas centella
De aquel fuego inefable
Que en vuestro rostro ríe
Y en vuestros ojos arde,
A mi lira le diese
Los trinos y compases,
Que estáticas se llevan
Tras sí las voluntades;
Y á mi voz la dulzura
Y el agrado, que valen
Cuántas flores y adornos
Prodigal al genio el arte;
Si le diese el halago,
La delicia, las sales,
La feliz elegancia,
La negligencia fácil,
Que en vuestra amable boca
Entre el néctar suave
Que destila corriendo,
Cual de un venero nacen,
¡Cuál en júbilo hirviera!
¡Cómo entonces radiante
Mi sien brillára, ungida
De rosas y azahares!
Y á un plácido abandono
Librándome, los aires
De gozo y armonía
Llenára en mis cantares!
Que vosotras ¡oh Gracias!
Con un mirar afable,
Un quiebro, un ay, que sola
Preciar la mente sabe,
Al pecho más de bronce,
De cera lo tornais,
Logrando que el más rudo
Más ciego os idolatre.
Y á la belleza misma
Sus más finos quilates
Gratas le dais, haciendo
Que vista y alma encanto.
Vuestra es de la zagala
La ingenuidad amable,
Y el no buscado esmero,
La sencillez picante.
Una flor que donosas
Le poneis, más realce
Da á su cabello de oro

Que un fúlgido diamante;
Y á una sonrisa leve
De tal magia animalis,
Que baceis que en mil delicias
Los pechos embriague.

Qual nada, sin vosotras,
Ni la hermosura vale,
Ni el más costoso adorno,
Ni el más esbelto tallo.

De Armida los pensiles,
Como ahogados les falte
Vuestra mano hechicera,
Ya ominosos desplacen.

Cuando ella no dirige
Al genio de las artes,
Sus más sublimes toques
Sin luz ni vida yacen.

Citères no es la diosa
Que en su nudez cobarde,
Sembrando ya mil risas,
De las espumas sale;

Ni Apolo el númen sacro
Que de Phiton triunfante
Con aire se sublima
Majestuoso y grande,

Y el verso más canoro,
Sin el subido esmalte,
La llama que invisibles
Vosotras le prestais,

Nunca será que el labio
De una bella lo cante,
Ni el gusto lo repita,
Ni venza las edades.

Vénus, la excelsa Vénus,
Si agradar quiere al padre
De los hombres y dioses,
Solicita al tocarse,

A su beldad celeste
Vuestra cintura añade,
De mimos y delicias
Tesoro inapreciable.

Preséntase, y su boca
Rosada no bien abre,
Ya Jove se embebece,
De amor los dioses arden;

Y en alegre murmullo
Resuenan, incesantes,
Del espléndido alcázar
Las bóvedas reales.

La virtud, Gracias puras,
La virtud que hace alarde
De hermanar con sus triunfos
El hombre á las deidades,

Os implora, benignas,
Y en sus rudos combates
Aun ansiosa procura
Con vosotras ornarse.

Y la verdad, en medio
De su fulgor brillante,
Risueña con vosotras
Se alía y se complace;

Porque su voz sagrada
Así los pechos halle
Más gratos, y sus fueros
Más dóciles acaten.

Pues ¿qué de la inocencia?
La candidez quitadle,
Y en ella á sus mejillas
Las rosas virginales;

Quitadle el embarazo,
Los tímidos celajes
En que el pudor se envuelve
Solicito en guardarse;

Las ansias, las zozobras
Con que anheloso bate
Su seno puro, tiembla,
Si tiene que mostrarse;

Y veréis cuál en humo
La ilusión se deshace,
Que á rendirle nos lleva
Tan dulce vasallaje.

Que á todo, á todo, diosas,

Vuestra presencia añade
Una aroma, un prestigio,
Y elegancia y donaire,

Que los ojos deslumbran,
Las almas satisfacen,
Y en vínculos de flores
Ciegas en pos las traen.

Curad, pues, que mis versos,
Si idólatra constante
Anhelé desde niño
Seros siempre agradable,

Por vuestros se distingan,
Que aunque el estro les falte,
Ya haréis, amables magas,
Que duren inmortales.

ODA LIX.

Á MI LIRA.

¡Será que salvar logren
Mi nombre del olvido,
Oh lira, de tus cuerdas
Los delicados trinos;

Y que el poeta amable
De Baco y de Cupido
Resuene con sus versos
En los lejanos siglos?

Si, que así lo afirmaron
Con acento benigno,
Cuando á las dos deidades
Me consagré de niño.

Dijéronme: «Tú canta,
Rapaz sensible y fino,
De mis llagados pechos
Las llamas y cariños;

»Y en las alegres mesas
Haz que mis dulces vinos
Agraden más al labio,
Célebres ya en tus himnos;

»Y verás cuál las gentes,
Con benévolo oído,
Te acogen por humilde,
Te imitan por sencillo;

»Cómo Febo y sus Musas
El lenguaje florido
De Villegas y Laso
Renuevan en tus trinos,

»Y en las alas del gusto,
Si hoy les dan grato abrigo
Las florecientes vegas
Del Tórmes cristalino,

»Por tu España discurren,
Y con vuelo atrevido,
El Pirene traspasan
Y el nevado Apenino;

»Sin cesar hasta donde
Con alto señorio
Méjico entre las aguas
Su trono fijó altivo;

»Y el felice limeño
Goza en su valle, unidos
Del Mayo entre las rosas,
Las mieses y racimos.

»Deja que otros se encumbren
Allá sobre el Olimpo,
Y hasta del sacro Jove
Indaguen los designios;

»Que la brillante gloria
Los lleve embebecidos
Tras el sublime lauro,
Sin miedo á sus peligros.

»Tú, apocado y humilde,
Prefiere en tus destinos
A las palmas guerreras
El pacífico olivo;

»Que risueñas las Gracias
De la olorosa Gnido
Te ofrecen ya las flores,
Y Citères sus mirtos.»

Dijeron las deidades:
Yo, fiel á sus avisos,

Jamas demandé, necio,
Del claro dios del Pindo
Las canciones que alegran

En su plectro divino
De los númenes sacros
Los banquetes festivos;
Ni de glorias ajenas

Envidioso enemigo,
Codicié sus aplausos
En mi oscuro retiro.
¡Ojalá que en su seno

Inocente y tranquilo,
Oh lira, salvar logres
Mi nombre del olvido!

ODA LX.

Á UN AMIGO, EN LAS NAVIDADES.

Templa el laud sonoro
Del lírico de Teyo,
Y un rato te retira

Del popular estruendo;
Cantarémos, amigo,
Con alternado acento,
En días tan alegres,

Sus delicados versos;
Sus versos, que del alma
Las penas y los duelos
Disipan, cual ahuyenta

Las nubes el sol bello.
Y el inocente gozo,
Las Gracias y el risueño
Placer nos acompañen,

Y enciendan nuestros pechos;
O en el hogar sentados,
Las Musas y Liéo
Nos diviertan, y burlen

Las furias del Enero.
¡Qué á nosotros la corte
Ni el mágico embeleso
De confusiones tantas,

Cual sigue el vulgo necio!
El sabio se retira,
Y admira dende lejos
Del mar alborotado

Las olas y el estruendo.
Gozoso en su fortuna,
Su rostro está sereno,
Sus manos inocentes,

Tranquilos van sus sueños;
Ni el oro le perturba,
Ni adula al favor ciego,
Ni teme, ni codicia.

Ni envidia, ni da celos.
Por eso entre sus viros,
Sus bailes y sus juegos,
De sabio dieron nombre

Los siglos á Anacréon;
Mientras el de Estagira,
Del Macedon maestro,
Con obras inmortales

No alcanzó á merecerlo.
La vida es solo un punto,
Las honras humo y viento,
Cuidados los tesoros,

Y sombra los contentos.
Feliz el sabio humilde,
Que en ocio vive, exento
De miedo y esperanzas,

Bastándose á sí mismo.
Un libro y un amigo
Pacífico y honesto
Le ocupan, le entretienen,

Y colman sus deseos.
Alegre el sol le nace;
De noche el firmamento
Consigno le enajena

En pos de sus luceros.
Sus horas deliciosas
Cual plácido arroyuelo
Se pierden, que entre flores

Con risa va corriendo.
¡Dichoso el tal mil veces!
Su inmóvil planta beso,
Pues supo así elevarse
Del miserable suelo.
Un tiempo á mi fortuna
Con rostro placentero
Tambien falaz me quiso
Contar entre sus siervos.
Llévome á que adorára
La imagen de su templo,
Y al ánimo inocente
Detuvo prisionero.
Mas luego el desengaño,
Bajando desde el cielo,
Me muestra sus ardides,
Y libra de su imperio.
De entónces, dulce amigo,
Seguro de más riesgos,
La humilde medianía
En blanda paz celebro.

LA INCONSTANCIA.

ODAS Á LISI.

ODA PRIMERA.

EL CÉFIRO.

¡Cuál vaga en la floresta
El céfiro suave!
¡Cuál con lascivo vuelo
Sus frescas alas bate;
Sus alas delicadas,
Que forman, al mirarse
Del sol en los reflejos,
Mil visos y cambiantes!
¡Cuál licencioso corre
De flor en flor, y afable
Con soplo delicioso
Las mece y se complace!
Ahora á un lirio llega,
Ahora el jazmín lame,
La madre selva agita,
Y á los tomillos parte;
Do entre mil amorcitos
Vuela y revuela fácil,
Y los besa y escapa
Con alegre donaire.
La tierna hierbezuela
Se estremece delante
De sus soplos sutiles,
Y en ondas mil se abate.
Él las mira y se rie,
Y el susurro que hacen
Le embelca, y atento
Se suspende á gozarle.
Luego rápido vuelvo,
Y alegre por los valles,
No hay planta que no toque,
Ni tallo que no halague.
Verásle ya en la cima
Del olmo entre las aves
Seguir con dulce silbo
Sus trinos y cantares,
Y en un punto en el suelo
Acá y allá tornarse
Con giro bullicioso,
Festivo y anhelante.
Verásle entre las rosas
Metido, salpicarse
Las plumas del rocío,
Que inquieto les esparce;
Verásle de sus hojas
Lascivo abrir el cáliz,
Y empaparse las alas
De su aroma fragante.

Batiendo del arroyo,
Con ellas, los cristales,
Verásle formar ledo
Mil ondas y celajes.
Parece, cuando vuela
Sobre ellos, que cobarde,
Las puntas ya mojadas,
No acierta á retirarse.
¡Pues qué, si al prado siente
Que las zagalas salen?
Verás á las más bellas
Mil vueltas y mil darle.
Ora entre sus cabellos
Se enreda y se retrae,
El seno les refresca,
Y ondéales el tallo.
Sube alegre á los ojos,
Y en sus rayos brillantes
Se mira y da mil vueltas,
Sin que la luz le abrase.
Por sus labios se mete,
Y al punto rauda sale;
Baja al pié, y se lo besa,
Y anda á un tiempo en mil partes.
Así el céfiro alegre,
Sin nada cautivarle,
De todo lo más bello
Felice gozar sabe.
Sus alas vagarosas
Con giros agradables
No hay flor que no sacudan,
Ni rosa que no abracen.
¡Ay Lisi! ejemplo toma
Del céfiro inconstante,
No con Aminta solo
Tu fino amor malgastes.

ODA II.

EL ARROYUELO.

¡Con cuán plácidas ondas
Te dealizas tranquilo,
Oh gracioso arroyuelo,
Por el valle florido!
¡Cómo tus claras linfas,
Libres ya de los grillos
Que les puso el Énero,
Me adulan el oído!
¡Cuál serpean y rien,
Y en su alegre bullicio
La fresca hierbezuela
Salpican de rocío!
Sus hojas delicadas
En tapete mullido
Ya se enlazan, y adornan
Tu agradable recinto;
Ya meciéndose ceden
Al impulso benigno
De tus pasos silaves,
Y remedan su giro;
O te besan, movidas
Del Favonio lascivo,
Mientras tú las abrazas
Con graciosos anillos.
De otra parte en un ramo
Tu armonioso rírido
Acompaña un jilguero
Con su canoro pico.
¡Arroyuelo felice!
¡Cómo á Lisi no has dicho
Que á ser mudable aprenda
De tus vagos caminos?
Tú con fáciles ondas,
Bullicioso y activo,
Tiendes por todo el valle
Tu dichoso dominio.
Ya entre juncos le escondes,
Ya con paso torcido,
Si una peña te estorba,
Salvas cauto el peligro;
Ya manso te adornoces,

Y los sauces vecinos
Retratas en las ondas
Con primor exquisito.
Tus arenas son oro,
Que bullendo continuo,
A la vista reflejan
Mis labores y visos.
En tu mansa corriente
Giran mil pececillos,
Que van, tornan y saltan
Con anhelo festivo.
Nace el sol, y se mira
En tu espejo sencillo,
Que le vuelve sus rayos
Muy más varios y vivos.
Tus espumas son perlas,
Que las rosas y lirios
De su márgen escarchan
En copiosos racimos.
Del Amor conducidas
Las zagalas, contigo
Consultan de sus gracias
El poder y atractivo.
Tú el cabello les rizas,
Tú en su seno divino
La flor pones, y adiestras
De sus ojos el brillo.
En tus plácidas ondas
Halla la sed alivio,
Distracción el que pena,
Y el feliz regocijo.
Yo las sigo, y parece
Que riéndose miro
La verdad y el contento
En su humor cristalino;
Que escapando á mis ojos
Y con plácido hechizo,
Al compás de sus ondas
Me adormece el sentido.
¡Oh dichoso arroyuelo!
Si de humilde principio,
Por tu inconstante curso
Llegares á ser río,
Si otro bosque, otras vegas,
De raudales más rico,
Con benéfica urna
Regares fugitivo,
¡Ay! di á mi Lisi, al paso,
Que en su firme capricho
No insista, y dale ejemplo
De mudanza y olvido.

ODA III.

LA MARIPOSA.

¡De dónde alegre vienes
Tan suelta y tan festiva,
Los valles alegrando,
Veloz mariposilla?
¡Por qué en sus lindas flores
No paras, y tranquila
De su púrpura gozas,
Sus aromas aspiras?
Mírote yo, ¡mi pecho
Sabe con cuánta envidia!
De una en otra saltando
Más presta que la vista.
Mírote que en mil vueltas
Las rondas y acaricias,
Llegas, las tocas, pasas,
Huyes, vuelves, las libas.
De tus alas entónces
La delicada y rica
Librea se despliega,
Y al sol opuesta brilla.
Tus plumas se dilatan,
Tu cuello ufano se hincha,
Tus cuernos y penacho
Se tienden y se rizan.
¡Qué visos y colores,
Que púrpura tan fina,

Qué nácar, azul y oro
Te adornan y matizan!
El sol, cuyos cambiantes
Te esmaltan y te animan,
Contigo te complace,
Y alegre en tí se mira.
Los céfiros te halagan,
Las rosas á porfía
Sus tiernas hojas abren,
Y amantes te convidan.
Tú, empero, bulliciosa,
Tan libre como esquiva,
Sus ámbares desdeñas,
Su seno desestimas.
Con todas te complaces,
Y suelta y atrevida,
Feliz de todas gozas,
Ninguna te cautiva.
Ya un lirio hermosos besas,
Ya inquieta solicitas
La coronilla, huyendo
Tras un jasmín perdida;
El fresco alhelí meces,
Á la azucena quitas
El oro puro, y saltas
Sobre una clavellina.
Vas luego al arroyuelo,
Y en sus plácidas linfas,
Posada sobre un ramo,
Te complaces y admiras.
Mas el viento te burla,
Y el ramillo retira,
O salpica tus alas
Si hácia el agua lo inclina.
Así huyendo medrosa
Te tiendes divertida
Lo largo de los valles,
Que Abril de flores pinta;
Ahora el vuelo abates,
Ahora en torno giras,
Ahora entre las hojas
Te pierdes fugitiva.
¡Felice mariposa!
Tú bebes de la risa
Del alba, y cada instante
Placeres mil varías.
Tú adornas el verano,
Tú á la vega florida
Llevas con tu inconstancia
El gozo y las delicias.
Mas ¡ay! mayores fueran
Mil veces aún más dichas,
Si fuese á tí en mudarse
Mi Lisis parecida.

ODA IV.

LA NATURALEZA.

No, Lisi, esa constancia
Con que al Amor pretendes
Mover á que la copa
Te brinde del deleite,
A enojos y fastidios
Te lleva. Los deadenes,
Muy más que á mí me afligen,
Tu crudo pecho ofenden.
Las risas, la alegría,
El gusto y los placeres
Las fáciles los gozan,
Y envidian las crueles.
Amor, como dios niño,
Es vivo, inquieto, alegre,
Y atrevido y artero,
Los peligros no teme.
De pecho en pecho vuela,
Y ora rinde un rebelde,
Ora un soberbio oprime,
Y ora un tibio enardece.
Así se goza y burla,
Y á un tiempo á todos prende;
De la inconstancia nace,

Y en la firmeza muere.
Ni el orden de las cosas
Inmóvil es, que siempre
Con sucesion siñave
El cielo nos las vuelve.
Tras la rosada aurora
Ya corre el sol fulgente,
Mientras su negro manto
La ciega noche tiende.
Sigue al nublado invierno
Plácido Abril, y cede
Julio al ópimo Octubre,
Corona de los meses.
Su aljófar cristalino
No sólo el alba llueve
Sobre la rosa, ó sola
Con el verano crece.
El valle, que cubierto
Se vió de escarcha y nieve,
Loco ya con sus flores,
Nos descubre la frente.
Los chopos que desnudos
Se quejan del Diciembre,
Y mustios y ateridos,
Los ojos nos ofenden,
Bien presto coronados
De pompa y hoja verde,
Nido á las dulces aves
En grata sombra ofrecen.
Su aroma la azucena
Á todos da; la fuente,
Liberal para todos,
Sus claras linfas vierte.
Ni la pródiga abeja
De una flor diligente
Liba su miel, que á todas
Los cálices les bebe.
¿Pues qué los pajarillos,
Cuando el amor los hiere?
De amada y lecho mudan
En sucesion perenne.
Del gusto sólo unidos,
Tan sólo por sus leyes
Se buscan ó se olvidan,
Sin celos ni esquivaces.
¿Qué libres, qué expresivos,
Cantando blandamente,
Sus fáciles delicias
Mi espíritu conmueven!
Hélos buscarse ahincados,
Hélos seguirse ardientes,
Hélos ceder al fuego
Que en sus entrañas hierve.
Y en un momento mismo,
¡Oh dichoso mil veces!
Aman, gozan, se dejan,
Y un nuevo amor emprenden.
¡Ay Lisi, esquivá Lisi!
Si ves su feliz suerte,
¿Por qué, cruel, por firme,
Mayor ventura pierdes?

LA PALOMA DE FÍLIS.

..... plaudentibus alia
Insequitur, tangi patiens, cavaque fovet
Laeta sinu, et blandas iterans gemitunda que-
[relas.

Fílis tiene una palomita, y con ella se goza y recrea. Vé aquí el motivo de estos juguetes, en que me he dilatado más que pensé. Pero la inocencia de Fílis y las gracias de su palomita no pueden pintarse brevemente. Acaso ésta será para algunos demasiado festiva y bulliciosa. Yo, que la he visto, les aseguro que ni

aun se dicen la mitad de sus cariños y donaires; muchos de ellos se escapan al pincel de la poesía, y á otros no puede darse la viveza ni el delicado colorido del natural. Quien no lo creyere, ni conoce á Fílis, ni sabe lo que son las palomas, ni lo que pueden en estas avecillas el amor y el agradecimiento.

ODA PRIMERA (1).

Otros cantan de Marte
Las lides y zozobras,
O del alegre Baco
Los festines y copas;
La sien otros ceñida
De jazmines y rosa (2),
Del amor los ardores,
Y de Vénus las glorias.
Pero yo sólo canto
Con citara sonora
De mi querida Fílis
La nevada paloma;
Su paloma, que bebe
Mil gracias de su boca,
Y en el hombro le arrulla,
Y en su falda reposa.

ODA II.

Donosa palomita,
Así tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso,
Que me digas, pues moras
De Fílis en el seno,
Si entre su nieve sientes
De amor el dulce fuego.
Dime, dime si gusta
Del néctar de Lico,
O si sus labios tocan
La copa con recclo.
Tú á sus gratos convites
Asistes, y á sus juegos,
En su seno te duermes,
Y respiras su aliento.
¿Se querella, turbada?
¿Suspira? ¿En el silencio
Del valle con frecuencia
Los ojos vuelve al cielo?
Cuando con blandas alas

(1) Entre los papeles de don Martín Fernandéz de Navarrete existen estas odas, tales cuales las escribió el autor en su mocedad. Están dedicadas á la señora Condesa del Montijo. Fílis se llamaba entonces Clóris. Hé aquí la dedicatoria, que es una graciosa anacreóntica, inédita:

La paloma de Clóris,
La inocente avecilla,
Con quien mi Clóris gusta
Mil juegos y delicias.
A vuestras plantas pide
Con voluntad rendida
Que le oigais sus arrullos
Y amorosas caricias.
Escuchadla, señora,
Que no fué más sencilla
La que un tiempo á Anacréon
De nuncio le servía;
Ni ménos gracia tiene
Que las de Vénus mismas,
Ni enamora y alegra
Con voz ménos festiva.
Mi Clóris cariñosa
Con su boca la cría,
En su falda la duerme,
Y en su seno la anida.

(2) De pámpanos y rosas. (Variante de los papeles de Navarrete.)

Te enlazas á su cuello,
Ave feliz, di, ¿sientes
Su corazón inquieto?
¡Ay! dímelo, paloma;
¡Así tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso!

ODA III.

Filis, ingrata Filis,
Tu paloma te enseña;
Ejemplo en ella toma
De amor y de inocencia.
Mira cómo á tu gusto
Responde, cómo deja
Gozosa, si la llamas,
Por tí sus compañeras.
¡Tu seno y tus halagos
Olvida, aunque severa
La arrojes de la falda,
Negándote á sus quejas?
No, Fili; que aún entonces,
Si intento detenerla,
Mi mano fiel esquivas,
Y á tí amorosa vuelas.
¡Con cuánto suave arrullo
Te abundas! ¿Cómo empleas
Solicita sus ruegos,
Y en giros mil te cerca.
¡Ah crédula avecilla!
En vano, en vano anhelas;
Que son para tu dueño
Agravió las finezas.
Pues ¿qué cuando en la palma
El trigo le presentas,
Y al punto de picarlo,
Burlándote le cierras?
¡Cuán poco del engaño,
Incauta, se recela,
Y pica, aunque vacía,
La mano que le muestras!
¡Qué fácil se entretiene!
Un beso le consuela;
Siempre festiva arrulla,
Siempre amorosa juega.
Su ejemplo, Filis, toma;
Pero conmigo empieza,
Y repítamos juntos
Lo que á su lado aprendas.

ODA IV.

No, no por inocente
Te me disculpes, Fili;
Que en los sencillos pechos
Más bien amor se imprime.
El con los años viene;
Tal algún tiempo viste
Huir del pichon bello
Tu palomita simple.
Pues mira ya cuál oye
Sus ansias apacible,
Y en el ardiente arrullo
Cómo con él compite.
Ya le llama si tarda,
Ya si vuela le sigue;
Ni sus tiernos halagos
Desdeñosa resiste.
Mira cómo se besan,
Cuál se dan y reciben
Mil lascivas picadas
En cariñosas lides.
El placer sus plumajes
Encrespa, el suelo miden,
Con la cola su cuello
Mil cambiantes despide.
Ya con rápido vuelo
Burlando se dividen,
Ya vuelven, ya imperioso

Su ardor los manda unirse.
¡Gozad, gozad mil veces
En lazada felice
Las delicias que guarda
Amor á quien le sirve!
Y tú, pues las palomas
Con su candor se rinden,
No, no por inocente
Te me disculpes, Fili.

ODA V.

Teniendo su paloma
Mi Fili sobre el haldá,
Miré á ver si sus pechos (1)
En el candor la igualan;
Y como están las rosas
Con su nieve mezcladas,
El lampo de las plumas
Al del seno aventaja.
Empero yo, con todo,
Cuántas palomas vagan
Por los vientos sutiles (2),
Por sus pomas dejara.

ODA VI.

¡Oh, con qué gracia, Filis,
Tu bella palomita,
Sensible á los halagos,
Te arrulla y acaricia!
¡Qué dócil si la llamas!
¡Qué suelta, qué festiva,
Volando y revolando,
Tu beso solicita!
Tú cantas, y á los trinos,
Está como embebida;
Si cesas, con su arrullo
Parece que te imita.
Luego á la falda vuela,
Do te contempla y mira,
Bullendo de contento
Sus amorosas niñas.
¡Pues si tus bellos labios
Con el manjar la brindan?...
Entonces, ¡ay! entonces
Si que el placer la anima.
Ya llega, ya se aparta,
Ya vuelve, ya lo pica,
Con sus trémulas alas
Mostrando su alegría.
Parece en aquel punto
Decir: ¡Oh, qué delicia
No acostumbrada goza,
Señora, el alma mía!
¡Qué es esto? ¡Tocar puede
Tu boca peregrina
Mi pico? ¡oh bien lograda
Cadena! ¡oh dulce vida!
Su arrullo, su plumaje,
Sus vueltas, todo indica
De su inocente pecho
La gratitud sencilla.
¡Ah! si así una paloma
Te es, Fili, agradecida,
Mi corazón amante,
Dime, mi bien, ¿qué haría?

- (1) Miré á ver si su pecho
A su blancura iguala;
Y como ella es trigüeña,
Y la avecilla es blanca,
La paloma á su pecho
En alburá aventaja. (*Variante*)
- (2) Por la región del viento,
Por su pecho dejara. (*Id.*)

ODA VII.

Simplecilla paloma,
Si la dicha inefable
De que tú feliz gozas,
Con Fili yo gozase;
No, no tan bullicioso
Vagára por los aires,
Ó necio dejaría
Su lado un solo instante.
¡Tú, incauta, otras palomas
Escuchas, y el amable
Seno do moras, huyes!
¡Oh simplecilla! ¿qué haces?
¿Es más un falso arrullo
Que Fili? ¡alejarte
No temes? ¡sus caricias
Olvidas ya, mudable!
¡Oh! vuelve al punto, vuelve,
Que en llanto se deshace;
Vuela á tu dueño, vuela,
Y el ala aprisa bate.
Verás cómo sus ojos
Se enjugan con mirarte;
Te halaga, y dan mil besos
Sus labios celestiales.

ODA VIII.

¡Para qué, insana, picas
El ramito de flores
Con que gusta mi Filis
Que su seno se adorne?
¡No ves, necia paloma,
Que en tus impíos furoros
Herir pueden su nieve
De tu pico los golpes?
¡Que sus frescos pimpollos,
Derramados sin orden,
Ambas turgentes pomas
Con sus hojas esconden,
Porque el gusto y los ojos,
Cuando felices logren
Descubrirlos, más ciegos
En su lampo se engolfen;
Y en un tronco ya unidos,
El val les cierran, donde
De Amor á guarecerse
Timido el pudor corre?
¡Y picándolo sigues,
Sin que ruegos ni voces,
Ni tus iras moderen,
Ni el ramito te estorbe?
Mira que en tu delirio
Lograrás que se enoje,
Y las gracias de Filis
Jamás á gozar tornes.
Si la envidia te punza,
Porque artera lo pone
Do tú anidar anhelas,
¡Ah simplecilla! entonces
Ya te hubiera lanzado
Mi amor, en sus hervores,
Del haldá que ahora ocupas,
De un bien que no conoces.

ODA IX.

Con su paloma estaba
Fili en alegre juego,
Y para que picase
Le presentaba el dedo.
Picábalo, y en pago
Le daba un dulce beso,
Y tras él más gozosa
La incitaba de nuevo.
Una vez la avecilla,
Creyendo ser lo mismo,
Con picada inocente
Hirióle el labio bello.

Enojé mi Filis
De tal atrevimiento,
Y echóla de su falda
Con ademan severo.
La palomita entónces
En mil ansias y extremos,
Demandaba rendida
El perdón de su yerro.
Con ala temerosa
Las manos de su dueño
Abraza, y gime, y vuela
De las manos al cuello.
Esquivábala Filis,
Y ella humilde entre el seno
Y el cordal que lo cubre
Escondiéndose de miedo.
¡Oh simplecilla! ¿qué haces?
Guárdate de ese fuego,
Que entre pellas de nieve
Tiene el amor cubierto.
Guárdate, y con arrullos
Y cariños más tiernos
Halagándola, cuida
De desarmar su ceño.
¡Ah Filis! si al mirarte
Enojada un momento,
Tal queda tu paloma,
¡Cuál estará mi pecho?
Y si ella perdón halla,
Mis encendidos ruegos
¿No han de lograr un día
Tu rostro ver sereno?

ODA X.

Suelta mi palomita,
Mas no me la detengas;
Suéltamela, tirano,
Verás cuál á mi vuela.
Dos noches há que falta,
Dos noches há que queda
Solo y desamparado
Mi palomar sin ella.
En tanto ni mis ojos
En lloro amargo cesan,
Ni el pecho en ansias tristes
Y lastimadas quejas (1).
Cien veces la he llamado,
Pensando que viniera,
Y he salido á buscarla
Veces mil á la selva.
Más ¿cómo venir puede,
Traidor, si tus cautelas
Allá, para acabarme,
La guardan prisionera?
¡Pues ahí suéltala al punto,
Y á compasión te muevan
Mis lágrimas, mis ruegos,
Mis lastimadas penas (2).
Verás cuál revolando
Se posa en mi cabeza,
Y luego al hombro baja,
Y arrulla y me consuela.

ODA XI.

Pues que de mi paloma
Las señas solicitas,
Bien puedes conocerla
Por éstas que te diga.
Es mansa y amorosa,
Es pequeñuela y viva,
Lleno y redondo el pecho,
Como la nieve misma (3).

- (1) Ni el pecho en sus angustias,
Ni el labio en sus ternuras. (*Variante.*)
(2) Mis ansias y mis penas. (*Id.*)
(3) Su albor la nieve misma. (*Id.*)

II, PB.-XVIII.

Las alas dilatadas,
La cola bien tendida,
Y al cuello mil cambiantes
De oro y nácar matizan.
Los bellos piés de rosa
En su inquietud indican
Y en las donosas vueltas,
Que ya el Amor la agita.
Los ojos son de fuego,
De llama las pupilas,
Que halagan amorosas,
Que bullen encendidas.
Parece, cuando arrulla,
Que dice mil caricias,
Y luego, cuando vuela,
Que ruega que la sigan.
El pico gruesezuelo,
Y en la nariz unidas
La púrpura y la nieve
Con mezcla la más fina.
¡Qué más!..... Pero ¡ay! al punto
Suéltamela, y festiva
Verás cuál en mi mano
El dulce grano pica.

ODA XII.

Entre tantos halagos
Y amorosos cariños
Como á tu palomita
Prodigarle te miro,
¿No hallarás ni uno solo
Para quien tan rendido
Obedece tus leyes,
Te idolatra tan fino?
Tú en el huida la pones,
Y con ruego benigno
Quejumbrosa la llamas,
De tu seno al abrigo.
Con tus labios de rosa
Solicitas su pico,
Repasando su pluma
Con tu rostro divino.
Y con besos tan llenos
Cual dar nunca te he visto,
Sus arrullos provocas,
Y su muerdo lascivo.
No hay favor ni requiebro
Que en tu loco delirio
No le digas amante,
No me inflame al oírlos.
¡Y yo, cruda, no alcanzo
Que á mis tiernos suspiros
Desarmados acaben
Tus celosos desvíos.
Pues pierde en tu paloma,
Por un ciego capricho,
Las gracias que no entienda,
Los besos que yo envidio;
Que Amor me hará justicia.....
Pero no, dueño mío,
Yo venganzas no busco,
Sino juegos y mimos.

ODA XIII.

No culpes, palomita,
Que de Filis ausente,
Como loco delirio,
Desfallecido pene.
Si las rápidas alas
Yo lográra que tienes,
No hayas miedo que triste
Ni azorado me vieses;
Pues con vuelo anheloso
Cortando el aura leve,
En su busca partiera,
Más fugaz que la mente,
Y á su lado gozara,
Venturoso y alegre,

De su boca y sus ojos
Las delicias y mieles.
Cual tú, feliz paloma,
Bulliciosa mil veces
Vas y tornas al nido
Que á tus hijos previenes,
Rendido le dijera
Los peligros que teme
Mi amor, y los cuidados
Que punzantes me hieren;
Y ella amante y sencilla,
Con la gracia celeste
Que la anima, mis penas
Convirtiera en placeres.
Esto fuera ¡oh paloma!
Si tus alas yo hubiese;
Pero ausente y sin ellas,
Mi vivir es la muerte.

ODA XIV.

Vé, donosa paloma,
Vuela á tu amable dueño;
Vuela, y dale el billete
Que á tu fineza entrego.
Con un listón de rosa
Le suspendo á tu cuello,
Guárte no se desprenda,
Con tú rápido vuelo.
En el fausto camino
Del gavilan artero
No ya grito te azore
Ni amedrenta el encuentro;
Que en tu vida y mi suerte
Vela el Amor y Venus,
Y tan altos patronos
Te aseguran de riesgo.
Parte, pues, palomita,
Tiende el ala al momento;
¡Quién, ave afortunada,
Cual tú pudieses hacerlo!
Vuela, y lleva á mi Filis
Esa prenda, que el fuego
Débilmente retrata,
Que arde en mí, de ella léjos;
Mas que, sincera y fina
Como mi noble pecho,
Merece que en el suyo
Le dé feliz asiento.
Dile en blandos arrullos
El dolor en que quedo,
Lo nada que conño,
Lo mucho que recelo;
Y si fiel te asegura
Ser injusto este miedo,
Vuelve al punto, que loco
Te aguardo con un beso.

ODA XV.

Palomita querida,
Que gimiendo halagüeña,
De tu fausto mensaje
Me das la enhorabuena;
Cesa en vuelos y arrullos,
Y oficiosa me entrega
De mi Fili adorada
La graciosa respuesta.
Que no injusto recelo
Su inmutable firmeza,
Y sencillo la adre
Sin zozobras ni quejas.
Cariñosa me escribe,
Y en fe de sus promesas,
De sus cadejos de oro
Me remite unas hebras.
¡Oh! mi boca las bese
Veces mil, débil muestra
De la inmensa delicia
Que mi pecho enajena;

Y en él luégo guardadas,
En tan bárbara ausencia
Confortadle, y alivio
Sed benigno en mis penas.
¡Riquísimos cabellos!
Que ni el sol ni la seda
En lo rubio os exceden,
En lo fino os semejan;
Del amor de mi Fili,
Si alguna duda necia
Mi espíritu aquejare,
Me seréis firme prueba.
Seréis de mi albedrío
Deliciosa cadena,
Que por siempre la estreche
Con mi amable hechicera;
Más y más confundiendo
Mi feliz existencia
Con la suya, y haciendo
De las dos una mesma.
Y tú, vén, palomita,
Y á mi boca te allega,
Que ya, no un beso, ciento,
Darte en premio desea.

ODA XVI.

No estés, simple paloma,
Con tu blanca ufana,
Ni con tus ojos bellos,
Si á Fili te comparas.
¡Con esa tez suave,
Cual rosa no tocada,
Del seno donde arrullas
Tu albor acaso iguala?
¡Lo muelle de tu pluma,
Con su blandura grata,
Qué vale, ó tus olores,
A par de tu fragancia?
Sus ojos ¡ay! tal lumbré,
Cuando en Oriente raya,
No arroja el sol, cual si ellos
Sus párpados levantan.
Las bulliciosas niñas,
En su amable inconstancia,
A mí me vuelven loco,
Y al mismo Amor abrasan.
Y ¡qué! ¡tienen los tuyos
Tal lumbré ni tal gracia?
Mayores son, más vivos,
Más luengas sus pestañas!
¡Oh! de competir deja
Con Fili, temeraria;
No acaso sus halagos
Acaben en venganzas.

ODA XVII.

Después que hubo gustado
De Fili la paloma
El regalado néctar
De sus labios de rosa,
La deja, y de un vuelito,
Al hombro se me posa,
Y de allí lo destila
Con su pico en mi boca.
Yo apurélo inocente,
Pero ¡ay! ella ¡traidora!
Me dió del Amor ciego
Mezclada tal ponzofia,
Que el pecho se me abraza
En ansias y zozobras,
Después que hubo gustado
De Fili la paloma.

ODA XVIII.

Graciosa palomita,
Ya licenciosa puedes

Empezar con tus juegos
Y picar libremente.
Ya te provoca Fili,
Ya en los brazos te mece,
Ya en su falda te pone,
Y el dedo te previene.
Pues pica lo primero
Su seno reverente,
Bien como el ara donde
Los cultos se le ofrecen.
Allí dispon tu nido;
¡Venturoso mil veces,
Que abrigo feliz hallas,
Do yo tantos desdenes!
Luégo amorosa bate,
Bate en él blandamente
Las alas, y á picarlo
De nuevo por mí vuelve.
Después el cuello airoso
Con un hoyuelo viene,
Cual es tu comedero
Para que en él te ceba.
Los delicados labios
Guárdate; no indecentes
Profanes, al herirlos,
Pensando son claveles.
Más blando, palomita;
Que Fili ya lo siente.
¡Ah simplecilla! ¡qué haces?
Que su carmin ofendes.
Pica ya las mejillas
Con golpes muy más leves;
Su bello sonrosado
No incanta las alteres.
Los ojos no los toques,
¡Oh cuitadilla! tante;
Que dos ardientes fraguas
En ellos Amor tiene.
¡Qué anhelas, temeraria?
¡Mis voces no te mueven?
¡Tu dafío no te asusta?
¡Su ardor no te detiene!
¡Oh felice paloma!
Pues Fili lo consiente,
Pica cuanto yo envidio,
Bulliciosa y alegre.

ODA XIX.

Parece, palomita,
Segun te miro atenta,
De mi labio á los trinos,
De mi lira á las cuerdas,
Que sus sonos envidias,
Y que fácil quisieras
Trocar tu alegre arrullo
Por mis blandas querellas.
¡Oh, si el Amor te oyese,
Y yo en cambio tuviera
Tu garganta y tu pico,
De mi lira y mis letras!
¡Si cual tú, de mi Fili
Amable confidente,
Inocente gozase
Sus sencillas finezas!
¡Qué feliz, cual te miro
Dar bullendo mil vueltas
Por su seno turgente,
Yo arrullando las dicar!
Y cual tú, cariñosa,
Tu piquito á su lengua
Juntar sabes, si gustas
Beber su dulce néctar,
Yo la mia, rendido,
Sin temor de ofenderla,
Con la suya, y mis labios
Con sus labios uniera!
Susurrándole tierno,
No me mires severa,
Que tu cara avecilla,
No mi amor, te lo ruega.

Y de tantos halagos
Como pierdes con ella,
Uno solo en alivio
De mis ansias emplea;
Uno solo, que temple
De mi pecho la hoguera,
Que burlándome atizan
Tus falaces promesas.
Pero amor ve ilusiones;
Y tú ¡oh paloma bella!
Jamás trocarás simple
Por tus dichas mis penas.

ODA XX.

Al baile de la aldea
Salió Fili un día,
Dejándose en la choza
Su bella palomita.
Ella entonces ¡oh extraña
Ternura! ¡oh peregrina
Fineza! echando ménos
Sus juegos y caricias,
Con amoroso arrullo
La llamaba asfígida,
Y de ver que no viene,
Más y más se lastima.
Ya escuchaba turbada,
Ya de nuevo gemia,
Ya en sus blandas querellas
Se quedaba embebida.
Para el valle volaba
Con inquieta fatiga,
Y desde allí á la choza
Sin consuelo volvía.
Dió por fin con su dueño,
Y de todos con risa,
Bate el ala, y al hombro
Se le posa festiva,
Do con voces suaves
Celebraba su dicha,
Hasta que, de cansada,
Se quedó adormecida.

ODA XXI.

Mira, Fili adorada,
Cuál tu linda paloma
Con su rico plumaje
Resplandece y se goza;
En sus ojos arteros
La llama abrasadora
Del Amor, y al deleite
Que en sus niñas retora;
Cuál en su blando arrullo
Ya suspira amorosa;
Ya á su pichon, cesando,
Mas penada provoca;
La gracia y señorío
Con que marcha pomposa,
Y ufánándose barre
La tierra con la cola;
Cuál refleja su cuello,
Cuando Febo lo dora,
Mil cambiantes vistosos,
Que de nuevo lo adornan;
Los vuelitos fugaces
Con que ora parte, y ora
En tu falda ó tu seno
Arrullando se posa,
¡Cuán donosa se bulle,
Y agitándose loca,
En sus vueltas y giros,
Sin cesar huye y torna.
Hoy es jóven, y brilla
Con las gracias hermosas
De la niñez, que pasan
En un punto cual sombra.
Vendrá un día en que sola,
Muda, helada, llorosa,

De bien tanto le queden
Las punzantes memorias.
De tu paloma ¡oh Filis!
Lección en tiempo toma,
Antes que al triste ocaso
Tu claro sol trasponga.

ODA XXII.

Pensando en tu paloma,
Me dió el Amor un sueño;
Dormime; atiende, Fili,
Lo que fingió el desco.
En su pichon trocado,
Por mis ardientes ruegos,
En ella no sé cómo
También te mudó el cielo.
Yo, al verte así, perdido,
Con mil donosos juegos
Y sentidos arrullos
Te rodeaba inquieto.
Ya la cola tendía,
Ya con un blando vuelo
Me alejaba, y con otro
Luego torné más tierno.
Tú me esquivabas cruda;
Pero de amor el fuego
Te hirió al fin, y sentiste
El dulce afán que siento.
Oficiosos entónce,
Para los albos huevos
Fabricamos un nido
Del más mullido heno.
Los cobijaste blanda;
Salieron los polluelos;
Y al mirarnos, mi Filis,
Renacido en ellos,
El alma se llagará
De otro más dulce afecto;
Y en celestial ternura
Transportados sin esco,
De nuestros tiernos hijos,
Con solícito anhelo,
Ni un instante apartamos
Nuestros unidos pechos.
A la par los cubrimos,
A la par el sustento
Les diéramos, lanzado
De nuestro mismo seno.
Por sus débiles vidas
Leve un soplo de viento
Nos turbára furiosos,
Volando á defenderlos.
Hasta que al fin, del nido
Mayorillos huyeron,
Y nosotros tornamos
A labrar nido nuevo.

ODA XXIII.

Inquieta palomita,
Que vuelas y revuelas
Desde el hombro de Filis
A su halda de azucenas;
Si yo la inmensa dicha
Que tú gozas, tuviera,
No de lugar mudára,
Ni fuera tan inquieta.
Mas desde el halda al seno
Solo un vuelito diera (1),
Y allí hallára descanso,
Y allí mi nido hiciera.

ODA XXIV.

¡Sabe, ¡oh palomita!
Sabes, di, lo que envidio!

(1) Un solo vuelo diera. (Variante.)

ODAS ANACREÓNTICAS.

Ea pues, si lo aciertas,
Tienes un beso mio.
¡Las ciencias! ¡oh inocente!
Las ciencias son delirios
De necios orgullosos,
Mal hallados consigo;
Prometen grandes cosas,
Y al cabo en tantos siglos
A ningún triste dieran
En su dolor alivio.
¡Y puestos! no los quiero;
Que son un precipicio,
Y aunque en cadena de oro,
Siempre estaré cautivo.
El hombre no me importa;
Por cierto que un sonido,
Que á veces no se alcanza
Después de mil peligros,
Merece estos afanes.
Inocente y tranquilo
Viva yo, y más que ignoren
Mi nombre mis vecinos.
Dirás que las riquezas....
¡Qué me presta su brillo,
Si gozo yo sin ellas
De cantares y vino?
El oro á quien lo tiene
Da sustos infinitos:
¡No valen más sin ellos
Pobreza y regocijo!
Pues ¿qué será? De Fili
Disfrutar los cariños,
Y como tú, quedarme
En su falda dormido.

ODA XXV.

¡Para qué, atrevidilla,
Me has robado esa rosa,
Y entre blandos arrullos
En el pico la tomas?
¡Embebece tus ojos
El carmin de sus hojas,
O tu nariz regala
Su delicado aroma!
¡Qué tienes tú, avecilla,
Con esa flor, la gloria
Del alegre verano,
Las delicias de Flora?
¡Esa flor, que amor quiere
Que sus gracias la pongan,
O en el seno nevado,
Donde él bulle y retoza;
O en un cabello de oro
Y en galana corona,
Que á par orne y releve
De sus rizos la pompa?
Cesa, pues, en tu juego,
Cesa, dulce paloma;
Y el dón dame que aguardo
Para mi Fili hermosa.
¡Pero oyendo su nombre,
Con amable zozobra
Te conmueves y gimes,
Y más hueca te entonas!
¡Y en su busca tendiendo
Las alas voladoras,
Vas ufana á ofrecerle
La rosa que me roba!
Ponla, ponla en su seno;
Y subiendo á la boca,
Con tu lindo piquito
De sus néctares goza.
Luego artera y festiva
Sobre sus albas pomas,
Tus alitas batiendo,
Sus delicias provoca.
Si anhelante la vieres,
Carifosa me nombra;
Quizá que en su embeleso
Mi nombre mejor oiga.

Y mejor, disfrazados
De tu arrullo á la sombra,
Mis fincas le suenen,
Mis suspiros acoja.
¡Cuál, palomita, envidio
La fortuna que logras,
Y seguirte en tus vuelos
Mi pasión ansia local!
¡Ay! el alma me llevas
Con mi flor venturosa:
Si en un beso te pagan,
Presta á dármele torna.

ODA XXVI.

Si yo trocar pudiera
Con mágicos hechizos
Mi sér, ó trasformarme
Segun el gusto mio,
Yo me mudára ¡oh Filis!
En tu paloma, y nido
Hiciera donde mora
Cautivo el albedrío.
El candor inocente
De mi pecho sencillo
En el tuyo ablandára
Los desdenes altivos.
Entónce ¡oh ventura
Inefable! ¡oh destino
De tu paloma! ¡oh suerte
Que mil veces envidio!
Yo me viera en tu falda,
Y al punto de un vuelito
A posar en tu seno
Me subiera atrevido.
En él ¡ay! me durmiera,
Las alas, por cubrirlo,
Tendiendo, cual si fuesen
Mis tiernos pichoncillos.
De allí las dos mejillas
Que Amor de rosas hizo,
Con el pico mil veces
Las hiriera atrevido.
Luego en el hombro puesto,
Con ardientes suspiros
El perdón ó la muerte
Te pidiera rendido;
Y al punto á los ojuelos
Volando, con mil giros
Alegres divirtiera
Mi ciego desvarío.
De tu purpúrea boca
Tomára con el pico
La ambrosía más pura,
De tus manos el trigo.
Tal vez tú me halagáras,
O al seno en mis deliquios
Me aplicáras y oyeras
Mi arrullo y mis quejidos.
¡Oh dicha imponderable!
¡Oh paloma! ¡oh carifio
Mal gastado! ¡quién fuera
Lo que necio imagino!

ODA XXVII (1).

Graciosa palomita,
Pues que licencia tienes
De picar á mi Filis
Festiva y blandamente,
¡Ay! picale en buen hora
Las perlas de sus dientes,
De su boca la rosa,
De su cuello la nieve,
Y en el seno la picas;
Mas al picar advierte
Que allí donde se queja,
Que más la piques quiere,

(1) Inédita.

ODA XXVIII (1).

¡Ay simple palomita!
 ¡Qué alegre estás y ufana
 De que mi bella Filis
 Te tenga sobre el haldas
 Desde ella te parece
 Que la altanera garza,
 Señora de los vientos,
 En dicha no te iguala.
 Mas tanto no te ufanes;
 Que de fortuna vária,
 Por cándida y sencilla,
 No estás, no, reservada.
 Vendrá tiempo que Filis
 Se enfade de tus gracias,
 Y llores haber sido
 Objeto á dicha tanta.

ODA XXIX (2).

«Vén, vén, simple avecilla,
 Vén al punto á mi falda;
 No con alegre vuelo
 Fatigues más tus alas.
 Ni en torno, cariñosa,
 Tan vagos giros hagas,
 Sino en plácido sueño
 Leda en ella descansa;
 Que más que no tus fiestas,
 Arrullos y algazara,
 Me cuesta de cuidados
 Si acaso el sol te daña.»
 Así mi Filis dijo,
 Y su paloma baja,
 Y arrulla y se adornece,
 Cual ella se lo manda.

ODA XXX (3).

Con esa misma lumbre
 Que tus ojuelos miran,
 A mí me das la muerte,
 Y á tu paloma vida.
 Tú á tu paloma colmas,
 Con ellos, de alegría,
 Y amor á mí por ellos
 Mil saetas me tira.
 Para ella de tus ojos
 Es la lumbre divina;
 Para mí tus desdenes
 Y del amor las iras.
 Así exclamo mil veces:
 «¡Quién fuera palomita!»
 Trocára ante tus ojos,
 Mis penas en delicias.

ODA XXXI.

Tranquilo con mi suerte,
 No envidio las riquezas,
 Ni envidio los placeres,
 Ni el mando, ni las ciencias.
 Sólo á tí, palomita,
 Te envidio, y en la tierra
 Tu suerte solamente
 Desvelos mil me cuesta.
 —Pues ¡qué suerte es la mía?
 —Que mi Filis te alienta
 Al fuego de su pecho,
 Y mil veces te besa.

(1) Inédita.

(2) Idem.

(3) Idem.

GALATEA

6

LA ILUSION DEL CANTO.

ODA PRIMERA.

EL CANTO.

¡Cuánto tu voz divina
 Me encanta! ¡en qué deliquio
 Mi espíritu fallece,
 Tan dulce con sus trinos!

Por ellos arrastrado,
 Sin poder resistirlo,
 Al piano, do despliegas
 Tu amable poderio;
 Mientras los albos dedos,
 Vagando en presto giro,
 Se pierden á la vista,
 Solicita en seguirlos;
 Cuando tú, Galatea,
 Repites los gemidos
 De Dido abandonada,
 Yo gimo á par contigo.

Cuando le das grandiosa
 A la voz mayor brillo,
 De Jove en los banquetes
 Minerva te imagino.

Infeliz Ariadna,
 Con penetrantes gritos
 Persigues á Teseo,
 Y al pérfido maldigo.
 Si á Angélica retratas,
 O el celoso delirio
 De Orlando, me estremece
 Tu enojo vengativo.

Si en pos el embeleso
 De dos amantes finos,
 O de una ausencia triste
 Los débiles martirios,
 Sensible representas,
 De la ficción me olvido,
 Y en su lugar me pongo,
 Y exhalo mil suspiros.
 En la falaz Armida,
 Al imperio divino
 De tu mágico canto,
 Cual Reinaldos te sigo.

Sollozas, y yo anhelo;
 Lloras, y en largos hilos
 Las lágrimas me corren;
 Te alegras, y yo rio.

Misera desfalleces,
 Y en tu silencio mismo
 Desfallezco, tus ayes
 Resonando en mi oído.

Si donosa te burlas
 Con juguetes festivos,
 Celebrándote todos,
 Yo enmudezco á su hechizo.

Amenazas airada,
 Y cobarde me afijo;
 Aplácaste, y aliento;
 Si te indignas, me irrita.

Siendo tal mi entusiasmo,
 Y el celestial prestigio
 Que al verte y escucharte
 Me embarga los sentidos,
 Que embriagado en su gloria
 Mi corazón sencillo
 (Perdona, Galatea),
 Exclamo sin arbitrio:

«¡Por qué, ay, volver no puedo
 Con mi boca, perdido,
 El placer á su boca,
 Que yo de ella recibo!»

ODA II.

LA SÚPLICA.

Amable Galatea,
 ¡Qué gracia inexplicable
 Se siente en tus acentos,
 Me eleva al escucharte!
 ¡De dó, hechicera, viene
 Que en trinos tan suaves
 Siempre medrosa dudes,
 Desfallecida clames!

¡Que busques en tus letras
 Las que mejor las artes
 Y las inmensas dichas
 Sepan de Amor pintarme!

Ya ni repite el piano
 La música brillante,
 Qué armónica igualará
 Los coros celestiales;

Ni tú, del estro llena
 Que veces mil probaste,
 Sublime te arrebatas,
 De Jove igual al ave,

Que en el inmenso espacio,
 Tendiendo sus reales
 Y voladoras alas,
 Se pierde de los aires.

Hoy todo amor tu canto,
 Blanda, halagüeña, fácil,
 Los quiebro son suspiros,
 Las fugas tristes ayes.

Te elevas con su nombre;
 Parece, al pronunciarle,
 Que en tu aquejado pecho
 Todas sus llamas arden;

Que en tu embeleso grato,
 De lo hondo del te sale,
 Buscando dónde logre
 Feliz depositarse.

Si un corazón por templo
 Sencillo y fiel buscase,
 Yo sé bien, Galatea,
 Dónde él pudiera hallarle;

Do el más ferviente culto,
 Más puro, más constante,
 Por siempre alcanzaria,
 Que en ser humano cabe.

¡Mas tú me miras triste,
 Suspiras, y cobarde,
 Ni música ni letra
 Seguir, turbada, sabes!

¡Qué! Si en su red dichosa
 Ya presa te debates,
 ¡Podrá de ser sensible
 Tu honor avergonzarse?

¡Es por ventura un yerro
 Sus ansias inefables
 Feliz sentir en uno
 Con un rendido amante;

Y en gozos y en deseos,
 Y fe y ternura iguales,
 En solo un ser dos almas
 En su éxtasi tornarse?

¡Ventura inconcebible,
 Y ante quien nada vale
 Cuanto soñarse puede
 De más glorioso y grandel!

No, dulce Galatea,
 Por más que lo disfraces,
 Ni es tu pecho de hielo,
 Ni extraña tú á mis males.

Cede, ¡ay! veraz, y blanda
 Mi ruego un sí te alcanza;
 Un sí, que el más dichoso
 Me hará de los mortales.

ODA III.

LA DECLARACION.

¡Será, mi bien, posible
 Que la delicia misma

Que yo en oírte siento,
Tú gozas con mi vista?
¡Que la emoción sabrosa
Que con tu voz divina
Causas en mí, te alcanza
Por dulce simpatía?

¡Que si á Ariadna finges,
O á la hechicera Armida,
Tus apenados ayes
A mí diriges fina;

Y en tus alegres cantos
Con tu favor me brindas,
Y en tus brillantes trinos
Mi tímidas animas?

Acordes con tus labios,
Tus ojos me lo indican,
Si crédulo el deseo
No sueña tanta dicha.

No sueña, Galatea,
No sueña; que expresiva
Tu voz y gesto y tono,
Que soy feliz publican.

Con un suspiro ardiente
Tú propia me lo afirmas;

¡Suspiro venturoso,
Que mi alma vivifica!

¡Que soy feliz tu labio,
Mirándome rendida,
Repite, y tierna estrechas
Tu mano con la mía!

¡Y débil el aliento,
De grana las mejillas,
La frente ruborosa

Sobre mi pecho inclinas!

No puedo á gloria tanta
Bastar: por siempre unidas,
Mi bien, nuestras dos almas
Para adorarse vivan;

Y en los floridos lazos
Con que el Amor las liga,
En voluntad concordese
Anhelen, gocen, giman;
Sin que jamás ni sombras
Ni duelos nos dividan,
De finos amadores
Emulación y envidia.

Yo te idolatro ciego;
Págame tú sencilla;
Feliz nuestro embeleso
Se aumente cada día;

Y más y más amantes,
La copa de delicias
Sedientos apuremos,
Que Vénus fiel nos brinda.

ODA IV.

MI EMBELESO.

Repite, Galatea,
Repite la cantata
En que el feliz delirio
De tu pasión declaras;

Y los trinos ardientes
Con que juras que me amas,
O los fiebles ayes
Que ocultándolo exhalas;

Aumentando tus ojos
Y halagüeñas miradas
El sublime embeleso
De tu dulce garganta.

Que sus vivas centellas
Me penetren el alma,
O en el cielo enclavados,
Con tu hechicera gracia

A una virgen semeja,
Que á sus mansiones claras
Entre ahincados suspiros
Extática se lanza.

Que tu rostro se anime
Con la inefable gracia
Del pudor y el deseo,

Que alternados te inflaman;

Y cediendo al impulso

Que á gozar te arroba,

Por pintarme más vivos

Tu cariño y tus ansias,

A mí un tanto te inclina,

Cual si ciega anhelaras

Redoblar las delicias

En que ya me embriagas.

Nada, en fin, Galatea,

Nada olvides, que valga

Para hacer de tu canto

Más completa la magia.

En mí, que embebecido

Te contemplo, no hay nada

Que el imperio no sienta

De tu voz soberana.

En tí sola el oído,

Las pasiones en calma,

Libertad y alma y vida

De tu lengua colgadas;

¡Mi sangre se enardece,

Trémulas mis palabras,

En una espesa nube

Los ojos se me apagan;

Y frenético el pecho,

Mientras más lo regalas

Con tus trinos sáves,

Más y más te idolatra.

ODA V.

MIS DESEOS.

¡Cuán dulce es, Galatea,
Nuestra ignorada suerte;

Y Amor, qué de embelesos

En ella nos ofrece!

¡Cómo embriagada el alma

De un éxtasi celeste,

Sólo feliz respira

Delicias y placeres!

¡Con qué emoción tan tierna

Mi labio una y mil veces

Te jura que te adora,

Fe eterna te promete!

Tú fina me respondes

Con votos más ardientes,

Y ciega, entre mis brazos

De amores desfalleces.

¡Cuánto, adorada, cuánto

Tus trinos me conmueven,

Me inflaman tus suspiros,

Tus ojos me enloquecen!

Tus ojos, que en mi pecho

Tan alto imperio tienen,

Que en sola una mirada

Se alegran ó entristecen.

Deja, pues, Galatea,

Que con aplauso suenen

Allá los que del mundo

Las glorias apeten.

Nosotros, en olvido

Del tiempo y de las gentes,

Tranquilos los favores

Gocemos de Cíteres.

Y lejos ya las nubes

Que á nuestra dicha ofenden,

El iris de tus gracias

Lumbroso se despliegue.

En el cefiundo invierno

Los vientos inclementes,

Bramando desalados,

Los montes estremecen;

La blanda primavera

La ansiada paz nos vuelve,

Y en calma bonancible

Su estrépito adormece.

Los días más tranquilos

Son siempre más alegres,

Venero inagotable

De gozos inocentes.

Faustos los nuestros rian,

Cual ora amando siempre;

El canto y dulces hablas

Sus prestas horas llenen;

Y loco y turbulento

Que el vulgo se despefie,

O la ambición hinchada

De sueños se alimente.

ODA VI.

EL CANTO SUPLIDO POR MIS VERSOS.

¡Oh, si feliz mi labio

Dulce seguir pudiera

Los suavísimos quiebros

De tu garganta bella!

¡Si el dios de la armonía,

Como me da las letras,

Sus tonos me inspirase,

Benévolo con ellas!

¡Cuán suelto, cuán ufano,

Divina Galatea,

Mi acento acompañara

Tu armónica cadencia;

Y unidas nuestras voces,

Cual nuestras almas tiernas,

Las auras sonarian

Nuestra ventura inmensa!

Si tú de amor gimiescas,

Con su abrasada flecha

Lligada, mis suspiros

Tus ayes repitieran.

Seguirte, aunque de lejos,

Oyérasme, halagüeña

Cantando tú las glorias

De la alma Citerca.

O si en alegres trinos

Parlara tu vihuela,

Pintase las delicias

Que nuestro sér anegan,

Mi vivo y alto acento

Subiera á las estrellas,

Porque ellas lo envidiasen,

El gozo que en mí reina;

Diciéndoles que nada

Al éxtasi asemeja

De nuestra unión dichosa,

Que haga el Amor eterna.

Y acordes nuestros labios

Con las sonoras cuerdas,

Tú el eco de mis ansias,

Yo el de las tuyas fuera.

Ya que este anhelo es vano,

Deja, adorada, deja

Que el grato objeto llenen

Mis versos de la lengua;

Y si en dolientes modos

Fina la tuya expresa

Que á mí el amor te liga

Con su feliz cadena,

Mi musa le responda,

Loca, embriagada, llena

De cuanto más ardiente

En su pasión se encuentra,

Que en este fausto nudo

Mi dicha está suprema,

Mil veces más subida

Que cuanto tu alma sienta.

ODA VII.

EL GABINETE.

¡Qué ardor hierve en mis venas!

¡Qué embriaguez! ¡qué delicia!

¡Y en qué fragante aroma

Se inunda el alma mía!

Este es de amor un templo:

Doquier torno la vista,

Mil gratas muestras hallo

Del núnem que lo habita.

Aquí el luciente espejo
Y el tocador, do unidas
Con el placer las Gracias,
Se esmeran en servirla,
Y do esmaltada de oro
La porcelana rica,
Del lujo preparados,
Perfumes mil le brinda;
Coronando su adorno
Dos fieles tortolitas,
Que entreabiertos los picos
Se besan y acarician.
Allí plumas y flores,
El prendido y la cinta
Que del cabello y frente
Vistosa en torno gira;
Y el velo que los rayos
Con que sus ojos brillan,
Doblándoles la gracia,
Emboza y debilita.
Del cuello allí las perlas,
Y allá el corsé se mira,
Y en él de su albo seno
La huella peregrina.
¡Besadla, amantes labios!...
¡Besadla!... mas tendida
La gasa que lo cubre,
Mis ojos allí fija.
¡Oh gasa!... ¡qué de veces!...
El piano... vén, querida;
Vén, llega, corre, vuélvete,
Y mi impaciencia alivia.
¡Oh! ¡cuánto en la tardanza
Padecí! ¡cuál palpita
Mi seno! ¡en qué zozobras
Mi espíritu vacila!
En todo, en todo te halla
Mi ardor... tu voz divina
Oigo feliz... mi boca
Tu sílabe aliento aspira.
Y el aura que te halaga
Con ala fugitiva,
De tus encantos llena,
Me abrasa y regocija.
Mas ¡si serán sus pasos!...
Sí, sí; la melodía
Ya de su labio oyendo,
Todo mi sér se agita.
Sigue en tus cantos, sigue;
Vuelve á sonar de Armida
Los menazantes gritos,
Las mágicas caricias.
Trine armonioso el piano,
Y á mi rogar benigna,
Cual ella por su amante,
Tú así por mí delira.
Clama, amenaza, gime,
Y en quiebros y ansias rica,
Haz que ardan nuestros pechos
En sus pasiones mismas;
Que tú cual ella anhelas,
Ciega de amor y de ira;
Y yo rendido y dócil
Tu altiva planta siga.
Y tú sosténme, ¡oh Venus!
Sosténme; que la vida
Entre éxtasis tan gratos,
Débil sin tí, peligras.

ODA VIII.

EL JILGUERO.

Encantada mi Erato
De mirar cómo ceden
A sus dedos fugaces
Las teclas obedientes,
Preludiaba en el piano
Mil graciosos juguetes,
Sin que el labio canoro
Sus compases siguiese.
Pero el lindo jilguero,

Que, entre doradas redes,
Sin cuidado y delicia,
Plácido á un lado pende,
Herido de los sonos,
Se sacude y conmueve,
Presta atento el oído,
Y vivaz enloquece,
Súbito desatando
Su piquito, que alegre
Las tocatas y juegos
Muy más dulce nos vuelve,
Redoblando donoso
Con su voz elocuente
Cuántos trinos y fugas
En la música advierte.
Galatea gozosa,
Para más encenderle,
Entre risas y mimos
Nuevos tonos le ofrece,
Y el colorín ufano
Los escucha y aprende,
Y con glosas más bellas
Nuestro oído embebece,
Sin cesar en los quiebros
Ni apurar sus motetes,
Que varia triunfante,
Y á sí mismo se excede.
Hasta que por seguirle
Dió muy bien de repente
De su acento á las auras
La armonía celeste;
Que colmando mi pecho
Del más puro deleite,
Impresión tan profunda
Causó en él y tan fuerte,
Que ya no fué posible,
Ni que el pico despliegue,
Ni una sola piada
Provocado volviese.
Y abatido y cobarde,
Pero atónito atiende,
Si la letra repite,
Si otra nueva previene.
Y ¡qué fué que la envidia
Le tomó, aunque inocente,
De que en música y trinos
Su señora le vence;
O gritó el respeto:
«Temerario, ¡qué quieres!»
Con la diosa del canto
Confundido enmudece.

ODA IX.

LA INCERTIDUMBRE.

¡Oh! ¡cuán hermosa al piano
Te ostentas, Galatea!
¡Cómo á par que el oído,
Tras tí los ojos llevas!
¡Con qué inefable gracia
Al preludiar despliegas
Tus manos enarcadas
Sobre las albas teclas!
¡Cómo los sueltos dedos
En el marfil se asientan,
Y en concertado giro
Van, vienen, saltan, ruedan!
Mientras con airo noble
Revuelves la cabeza,
Y al auditorio absorto,
Sublime enseñoreas,
En mil donosos rizados
La blonda cabellera,
Cual la alba y clara luna
Tu frente se despeja.
Los rutilantes ojos
Con timidez modesta
Parece que sus luces
Cobardes escasean;
Mas súbito animada
La celestial hoguera

De sus brillantes rayos,
No hay quien fijarlos pueda.
Tú, afable sobre todos,
De nuevo los rodeas,
Como agraciado queriendo
Los pechos que sujetas;
Y todos de tal dueño
El yugo dulce anhelan,
Y siervos venturosos,
Adoran sus cadenas.
Una sonrisa grata
Sobre tu rostro juega,
Y que ya el estro sientes,
En tu inquietud se muestra.
Abres en fin el labio:
¡Oh quién, mi bien, pudiera
Pintar cuál nos rojiza
Pintar cuál nos cadencia!
¡Cuánto agitado el pecho
Con tu reír se alegra,
Con tus suspiros gime,
Con tu trinar se eleva!
Muy lejos y eclipsado
Con su impresión se queda
Cual el ingenio un día
Fingió de las sirenas.
Estático el oído,
De gloria el alma llena,
Y el corazón parado
Aun á alentar se niega;
Mientras, ¡oh de tus voces
Irresistible fuerza!
Cual gustas nos inflammas,
Concitas ó serenass.
No hay cláusula que un dardo
Dulcísimo no sea,
Ni afecto, pausa ó fuga,
Que el seno no conmueva.
El tuyo turbulento
Retrata la tormenta
Que en lo interior te agita,
Y el canto ardiente expresa.
Un débil ¡ay! lo abate,
Un trino lo releva,
Y otro y otros más vivos
Su ondulacion aumentan.
La nieve de tu rostro,
La grana en que risueñas
Se tiñen tus mejillas,
Se inflaman y se alteran;
Tornátíl la garganta
Reluce muy más bella,
Del lleno que á su lampo
La firme vos te presta;
Y toda tú pareces
A Clio allá en las mesas
De Jove en lira de oro
Cantando su grandeza.
Galatea adorada,
Reina en el piano, reina,
Y con tu voz y gracias
Cautiva y embelesas.
Reina; que entre una y otras
El alma duda incierta
Cuál en tí es más sublime,
Tu labio ó tu belleza.
Te ve, y á la hermosura
La palma le presenta;
Te escucha, y á sus trinos
Absorta se la entrega.

ODA X.

EL CONSEJO.

No tan rápido el labio
De tono y letras trueque;
Ni así, hechicera amable,
Con mis afectos juegues.
Mírote yo en un punto,
Yá bulliciosa, alegre,
De la inconstancia el vuelo

Pintarme en tus motetes;
 Ya en derretido labio
 Sensible embobecerme
 Con las delicias puras
 De dos amantes fieles;
 Ya con ardiente grito,
 Colérica, demente,
 Colmar de imprecaciones
 A algun Teseo alevé;
 O ya en helado acento
 Hacer que el eco suene
 De la tibieza misma
 Los áridos placeres.
 El alma y el oído
 Seguir apenas pueden
 La ligereza suma
 Que en tus mudanzas tienes;
 Mudanzas que te pintan
 Muy más inquieta y leve
 Que las turbadas olas
 Que en medio el Ponto hierven;
 Más que el voluble soplo
 Con que fugas se pierde
 En su carrera el viento
 Por las floridas mieses;
 Más que del sol la llama
 Cuando en las aguas hiere,
 Y en rápidas centellas
 De aquí y de allá se vuelve.
 No, Galatea amable;
 Si en nuestros pechos quieres
 Que las pasiones ardan,
 Que con tu voz enciendes,
 Un tono y una letra
 Concorde dulcemente
 Con tu interior, retráteme
 Cuanto en el alma sientes.
 Deja esos vanos juegos,
 En que por mal se aprende
 A no sentir, á fuersas
 De andar mudando siempre.
 Y el corazón que ahora,
 Sobresaltado al verte,
 Tanto en el canto vaga,
 Lo mismo en tu amor teme,
 Podrá en quietud gloriosa
 Beber todo el deleite
 Del armonioso piano,
 De tu trinar celeste.
 Mira el brillante insecto
 Que en su inquietud perenne,
 Tocando flores tantas,
 Ninguna gozar puede;
 Y con su ejemplo cuerda,
 Si ser feliz pretendes,
 De la inconstancia loca
 Jamás ventura esperes.

ODA XI.

MIS RECELLOS.

¿Qué sombras oscurecen
 Tu plácido semblante?
 ¿Por qué elevada y triste
 No aciertas á mirarme?
 Mi lira y mis canciones,
 Mis juegos y donaires,
 Que un día al cielo alzabas,
 Ya tibia te despiden.
 Te busco, y tú me evitas;
 Penado voy á hablarte,
 Y airada no me escuchas,
 O en quejas te deshaces.
 Pretiendo verte á solas,
 Y siempre llevo tarde,
 De alguno acompañada,
 Que dobla mis pesares.
 Bien mío, ¿qué de veces
 Dolida me culpaste
 De que un momento solo
 Al plazo yo faltase!

Este fugaz momento,
 Que á un tibio nada vale,
 Decías, ¿qué de dichas
 Dar puede á dos amantes!
 Anhelo que me alegren
 Tus trinos celestiales;
 Y esquivo lo desdénas,
 O gimes tristes ayes.
 ¿Qué es esto, Galatea?
 ¿Por qué despegos tales,
 Y huir de quien te adora,
 Y á mi rogar negarte?
 ¿Tuvo jamás mi pecho
 Secreto que ocultase
 De tí, mi bien? El tuyo
 Sólo esconderlos sabe.
 Todo á los dos nos rie:
 A nuestro tierno enlace
 Aplauda Amor, sus auras
 Nos soplan favorables.
 Un velo misterioso
 De la calumnia infame
 Nos guarda, y más subidas
 Nuestras delicias hace.
 ¿Y aún dudas y recelas!
 ¿Y en tu callar constante,
 Inanimada estatua,
 Te gozas en mis males!
 Tú, que lo hallabas todo
 En tu pasión tan fácil,
 Y algun tiempo solías
 Por tímido burlarme,
 ¿De dónde estos cuidados,
 De dónde, amada, nacen?
 ¿Por qué de tan resuelta
 Te has vuelto tan cobarde?
 O ciertas son mis dudas,
 Que tiemblo, y tú combates,
 ¿Cruel! ó en afigirme
 Tan sólo te complacía.

ODA XII.

LA GUIRNALDA.

Mientras tú regalabas,
 Galatea, mi oído
 En tu armónico piano
 Con tus célicos trinos,
 Yo las flores más lindas
 Robé á este canastillo,
 Que el Amor á mi mano
 Presentara benigno,
 Y casando con arte
 Sus colores más finos,
 Ve la hermosa guirnalda
 Que feliz he tejido.
 Mira el jazmín cuál hace
 Los matices más vivos
 Del alhelí, y la rosa
 Cómo luce entre lirios.
 Sale el verde en los tallos,
 Relevando sombrío,
 Ya la anémone bella,
 Ya el clavel purpurino.
 Y entrelazada y rica
 De un amoroso mirto,
 De Cíteres y Flora
 Une á par los dominios.
 Mas si al gusto no alcanza,
 Ni al primor exquisito
 Que atesoran tus manos,
 Y en tus obras admiro,
 A lo ménos es muestra
 Del más tierno cariño
 Que abrigó amante pecho,
 Y por tal te la rindo.
 Deja, pues, que realce
 Su galano atavío
 De tu frente la nieve,
 De tus trenzas el brillo;
 Deja, deja que el labio,

Cuando de ella las cifo,
 Y al compas de tu acento
 Te repita sencillo:
 «A la diosa del canto,
 Cuyo canoro hechizo,
 Si allá dulces sonára,
 Conmoviera el Olimpo,
 En señal reverente
 Del éxtasi divino
 En que oyéndola caigo,
 Humilde la dedico.»

ODA XIII.

MIS SOSPECHAS.

¡Sí, cruda Galatea;
 Tu corazón inquieto
 Abriga en daño mío
 Algun infiel deseo.
 En vano me lo escondes:
 Tus trémulos acentos,
 Tu confusión, tus pasos,
 Todo lo está diciendo.
 No mis sospechas nacen
 De capillosos celos,
 Ni necio en mis visiones,
 Cual dices, devaneo.
 La música fué siempre
 Del alma un fiel espejo,
 Do involuntarios brillan
 Sus íntimos afectos.
 La tuya, que otras veces,
 Cual tu inocente seno,
 Mas plácida sonaba
 Que un líquido arroyuelo,
 Va en el florido prado
 Con susurrante juego,
 Del oído y los ojos
 Delicia y embeleso;
 Hoy misteriosa y vaga,
 Con sus falaces quiebros
 Me enseña que tus pasos
 Son, desleal, lo mismo.
 Que no es la ciega suerte
 Quien hace que sus ecos
 Reclamo sean seguro
 De ese rival que temo;
 De ese rival odioso,
 Que donde quier molesto
 Siguiéndonos, parece
 Ser sombra de tu cuerpo.
 ¡Cruel!... ¡si artificiosa
 Citándole!... ¡yo veo
 Las negras tempestades
 Amenazar de lejos.
 De mis ilusos ojos
 Se ha descorrido el velo,
 Y en mil y mil cuidados
 Se abisma el pensamiento.
 ¡Oh, quiera, Galatea,
 Quiera benigno el cielo
 Que de mi fiel cariño
 Puedan llamarse sueños;
 Y tú, riente y blanda,
 El iris scas sereno,
 Que en tan revueltas olas
 Me dé la paz que anhelo.

ODA XIV.

LA MÚSICA AFECTADA.

No culpes, Galatea,
 Si el pecho no responde
 Cual ántes al imperio
 De tus canoras voces;
 Si deslumbrado de ellas
 Y atónito las oye,
 Sin que suspire tierno,
 Ni de placer zozobre;
 Que al verlo así enredado,

Tu labio desconoce
Entre ese laberinto,
Que la verdad me esconde.
Ya en vez de aquellos dulces
Cuanto sencillos sonos,
Que fáciles pintaban
Tus gozos y temores;
De aquellos blandos ayes,
Suavísimos arpones,
Que traspasar pudieran
Un corazón de bronce;
Diffícil y estudiada
Lucirme te propones,
Profusa en tus gorjeos,
Del arte los primores.
El los admire; y deja
Que yo incómodo note
Que así para perderte
La vanidad te adorne;
Cual cortesana altiva,
Que por brillar escoge
Las galas que la afean,
En vez de lindas flores,
Que agraciaban las zagalas,
Y en su sencillo porte,
En las almas despiertan
Tan plácidos amores.
Clara, fácil y pura
La voz de las pasiones,
Ora vehementes truenen,
Ora apenas lloren.
Solo un sollozo, un grito,
Un débil ¡ay! nos rompe,
De ellas lanzado, el pecho,
Y en ansias mil lo pone;
Cual el pio doliente
Que en la lóbrega noche
Solitaria despide
Filomena en el bosque.
Hasta el silencio mismo
A que el dolor se acoge,
Cuando el cruel despecho
Sin compasión la roe,
Muy más al alma dice
Que ese oropel informe
Que en tu voluble labio
Cual un torrente corre;
Ese tropel de quiebro,
Que mi atención absorbe,
Para ofuscarla, estéril
En dulces emociones,
Si, pues, cual veces tantas,
Buscas que el seno acorde
Con tus acentos ría,
Suspire, anhele, gce,
Vuélvete, Galatea,
A mi súplica dócil,
La sencillez amable
Que me hechizaba entonces.

ODA XV.

LA RECONVENCION.

¡Qué mal tus juramentos
Y el entusiasmo ardiente,
Con que un amor constante
Falaz probarme quieras,
Con tus volubles pasos,
Con el fatal billete,
Con todo cuanto miro,
Galatea, conviene!
En vano, en vano intentas
Las nubes deshacerme,
Que tu decoro manchan,
Mis glorias oscurecen.
Las que tú sombras llamas,
Son mu:stras evidentes
De mi abandono injusto,
De tu inconstancia aleva.
De mi rival dichoso
Yo vi la altiva frente

Ornar de Amor el mirto,
Las rosas de Cíteres.
Te vi por inflamarle
Solicita prenderte,
Y al valle como loca
Salir por sólo verle.
Ciervilla apasionada,
Que en su furor vehemente
Corre el monte, y bramando,
Los aires ensordece.
Y vite, al encontrarle,
Perdida embebecerte,
Intérpretes los ojos
De tu pasión demente;
Con sus miradas tiernas
Las tuyas entenderse;
Con él gastar mil sales,
Conmigo mil desdenes.
En los canoros trinos,
Que al hielo mismo encienden,
Te oí por él las ansias,
Que yo escuché otras veces.
Y en tu nevado seno,
¡Oh nunca yo lo viese!
De su delirio insano
Las señas aún recientes.
¡Y eres, ay, fementida,
La que jurarme sueles
Que triunfará tu llama
Del tiempo y de la muerte!
¡La que por mí en tus cantos
Dudas, recelas, temes,
O en flébiles sollozos
Penada desfalleces!
Injusta Galatea,
No más, no más intentes
Con lágrimas y excusas
Falaz entretenerme.
No más, no más perjura,
Me tiendas ya tus redes;
Los rayos de tus ojos
Por falsos no me hieren.
Cesó el encanto, Armida,
En vano por prenderme,
Artera, en tu regazo
Delicias mil me ofreces;
Tus labios y tus ojos
Fascinan dulcemente;
Cuanto los dos afirman,
Tu pecho lo desmiente.
Conozco tu inconstancia;
Conozco que no puedes
Guardar ni un solo día
Lo que falaz prometes.
No, pues, tu voz profane
Amores que no tienes,
Ni a quien te amó tan fino,
Mas, bárbara, atormentes.
Que el plazo no está lejos,
Si el cielo no pretende
Cual tú burlarme injusto,
En que el Amor me vengue;
En que tu impuro incienso
Su indignación desdeñe,
De su feliz morada
Te arroje para siempre;
Y tú el desprecio llores
Del mismo que hoy prefieres,
Lo nada que en él ganas,
Lo mucho que en mí pierdes.

ODA XVI.

EL ROMPIMIENTO.

¡Ves fósforo radiante
Que en el cielo tranquilo
Se enciende, corre y muere
En un momento mismo?
Tal s, oh Galatea,
Por tu inconstancia, han sido
Mis aparentes dichas,

Nuestro fugas carífo.
Inopinado al soplo
Prendiéndose de un suspiro,
Que a tus dolientes ayes
Exhaló el pecho mío.
Corrió vivaz la llama
Por todos los delirios
Que en su embeleso sueña
Amor correspondido.
Faltó por tus mudanzas
El pábulo a su brillo,
Y súbito entre sombras
Hundióse en el olvido.
Con él de tu garganta
Cesó el fatal prestigio;
Y amor que encendió el viento,
Cual viento se deshizo.
Quédate, pues, voltaria;
Tus melodiosos trinos
A otro prendan que llore,
Mientras yo libre río.

LETRILLAS.

LETRILLA PRIMERA.

EL AMANTE TÍMIDO.

*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
En la pena aguda,
Que me hace sufrir
El Amor tirano
Desde que te vi,
Mil veces su alivio
Te voy a pedir,
Y luego, aldeana,
Que llevo ante tí,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
Las voces me faltan,
Y mi frenesí
Con miseros ayes
Las cuida supir;
Pero el dios que aleva
Se burla de mí,
Cuanto ansio más tierno
Mis labios abrir,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
Sus fuegos entónces
Empieza a sentir
Tan vivos el alma,
Que pienso morir;
Mis lágrimas corren,
Mi agudo gemir
Tu pecho sensible
Conmueve; y al fin,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
No lo sé, temblando,
Si por descubrir
Con loca esperanza
Mi amor infeliz,
Tu lado por siempre
Tendré ya que huir,
Sellándome el miedo
La boca; y así,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
¡Ay! ¡si tú, adorada,
Pudi ras oír
Mis hondos suspiros!
Yo fuera feliz;
Yo, Filia, lo fuera,
Mas ¡triste de mí!
Que tímido al verte
Burlarme y reir,

*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*

LETRILLA II.

A UNOS LINDOS OJOS.

*Tus lindos ojuelos (1)
Me matan de amor.*

Ora vagos giren,
O párense atentos (2),
O miren exentos,
O lánguidos miren,
O injustos se airen
Culpando mi ardor,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*

Si al fanal del día
Emulando ardientes,
Alentan clementes
La esperanza mía,
Y en su halago fía
Mi crédulo error,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*

Si evitan, arteros,
Encontrar los míos,
Sus falsos desvíos
Me son lisonjeros.
Negándome fieros
Su dulce favor,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*

Los cierras burlando,
Y ya no hay amores,
Sus flechas y ardores
Tu juego apagando:
Yo entónces, temblando,
Clamo en tanto horror:
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*

Los abres riente,
Y el amor renace,
Y en gozar se place
De su nuevo oriente;
Cantando demento
Yo al ver su fulgor:
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*

Tórnalos, te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado
De mirar su fuego.
¡Ay! tórnalos luego;
No con más rigor
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor (3).*

LETRILLA III.

LA GUIRNALDA.

*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.
De las tiernas flores
Que da mi vergel,*

(1) Tus ojuelos, niña. (Variante.)

(2) O fíjense atentos. (Id.)

(3) En un principio tenía esta letrilla sólo tres estrofas. Después MILENDEZ, al corregir sus obras, suprimió una de las estrofas, la siguiente, que no vale ménos que las añadidas:

Si se alzan al cielo,
Llenos de temores;
Si alegran las flores,
Tornados al suelo,
O abaten el vuelo
De mi ciego error,
Siempre, niña hermosa,
Me matan de amor.

LETRILLAS.

Cuantas vi más lindas
Con afán busqué;
Y aún entre ellas quise
De nuevo escoger
Las que entrelazadas
Formasen más bien
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*

Los ricos matices
Que vario el pincel,
En ellas, de Flora,
Sabe disponer,
Del gusto guiado,
Tan felis casé,
Que es gozo y envidia
De cuantos la ven,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*

Sentí al acabarla
Tan dulce placer,
Que al niño vendido
La quise ofrecer.

«No, luego me dije,
Que es falso y cruel;
Y de la inocencia
Premio debe ser
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*

Allá en sus pensiles
El puede coger
Guirnaldas, que cifian
Su pérdida sien;

Miéntras mi respeto
Consagra á los pies
Del decoro amable,
Del recato fiel,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*

No la esquivé, niña,
Tu áspero desden,
O bajas los ojos
Con más timidez;
Ni en tanta vergüenza
Te mire yo arder,
Que vengas tu rostro,
Por su rosicler,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*

Sobre tu cabello
Déjala poner;
Que en dón tan humilde
Nada hay que temer.
Verás cuál se luce
Con su blonda red,
Y de tu alba frente
Con la hermosa tez,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*

Las flores son galas
De la sencillez;
Tu beldad sencilla
Digna de ellas es;
Dignas tus virtudes
De más alto bien.
Admite, pues, niña,
Admite cortés
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*

Y ¡ojalá te mire
Tanto florecer,
Que eternos loores
Los siglos te den!
¡Ojalá á tu mando
Las dichas estén!
Cual ora por feudo
De tus gracias ves
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel!*

LETRILLA IV.

LA LIBERTAD Á LICE.

Traducción del Metastasio.

Merced á tus traiciones,
Al fin respiro, Lice,
Al fin de un infelice
El cielo hubo piedad;
Ya rotas las prisiones,
Libre está el alma mía;
No sueño, no, este día
Mi dulce libertad.

Cesó la antigua llama,
Y tranquilo y exento,
Ni aún un despique siento
Do se disfraza amor.

No el rostro se me inflama
Si oigo tal vez nombrarte;
El pecho no, al mirarte,
Palpita de temor.

Duermo en paz, y no creo
Tu imagen ver presente,
Ni al despertar, la mente
Se empieza en tí á gozar.
Léjos de tí me veo,
Y quieto estoy de grado;
Que nada en mí ha quedado (4),
Ni gusto ni pesar.

Si hablo en tus perfecciones,
No enternecerme siento,
Si mis delirios cuento,
Ni aún indignarme sé.

Delante té me pones,
Y ya no estoy turbado;
En paz, con mi engañado
Rival, de tí hablaré.

Mírame en rostro fiero,
Háblame en faz humana;
Tu altanería es vana,
Y es vano tu favor;

Que en mí el mandar primero
Perdió tu hablar divino,
Tus ojos no el camino
Saben del corazón.

Lo que me place ó enfada,
Si estoy alegre ó triste,
No en ser tu dón consiate,
Ni culpa tuya es;

Que ya sin tí me agrada
El prado y selva hojosa;
Toda estancia enojosa
Me cansa, aunque allí estés.

Mira si soy sincero:
Aun me pareces bella,
Pero no, Lice, aquella
Que parangon no ha;

Y (no por verdadero
Te ofenda) algun defecto
Noto en tu lindo aspecto,
Que tuve por beldad.

Al romper las cadenas
(Dígoles sonrojado),
Mi corazón llagado
Romper se vió y morir;

Mas por salir de penas,
Y de opresión librarse,
En fin, por rescatarse,
¡Qué no es dado sufrir!

El colorín, trabado
Tal vez en blanda liga,
La pluma, en su fatiga,
Deja por escapar;

Mas presto matizado
Se ve de pluma nueva,
Ni, cauto con tal prueba,
Le tornan á engañar.

(4) En lugar de este verso y del anterior, escribió MILENDEZ en un principio estos otros:

Sin que de tí haga cuenta;
Cerca estoy sin que sienta.

Sé que aún no crees extinto
Aquel mi ardor primero,
Porque callar no quiero,
Y del hablando esté;
Sólo el natal instinto
Me aguija á hacerlo, Lío,
Con que cualquiera dice
Los riesgos que sufrió.
Pasadas iras cuento
Tras tanto ensayo fiero;
De la herida el guerrero
Muestra así la señal.
Así muestra contento,
Cautivo que de penas
Escapó, las cadenas
Que arrastró por su mal.

Hablo, mas sólo hablando
Satisfacerme curo;
Hablo, mas no procuro
Que crédito me dea.

Hablo, mas no demando,
Si apruebas mis razones,
Si á hablar de mí te pones,
Que tan tranquila estés.

Yo pierdo una inconstante,
Tú un corazon sincero;
Y no sé cuál primero
Se deba consolar.

Sé que un tan fiel amante
No le hallarás, traidora;
Mas otra engañadora
Bien fácil es de hallar.

LETRILLA V.

REGALANDO UNOS DULCES Á UNA
SEÑORITA DE POCOS AÑOS.

A la más dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia

La margen pisan;

A la preciosa

Y amable Silvia,

Un dulce mimo

Mi afecto envía.

A la que, artera,

Vivas, festiva,

Puede á las Gracias

Causar envidia;

Cuya persona,

Toda es delicada,

Toda en su trato

Sales y almibar.

La que asucena

Pura, sencilla,

Sin gemir hace

Que tantos giman;

Y en su inocencia

Donoce y linda,

Arrastra esclavos

Cuantos la miran.

Cuyos ojuelos

La bondad misma

Son, y la boca

Fuente de risas;

Mientras en su seno

Reinan unidas

La atención grata,

La amistad fina;

Seno, á quien nada

Bajo mancilla

De almos afectos

Felice mina.

¡Oh! en paz gloriosa

Por siempre vivas,

Sin que te anublen

Duelos ni cuitas;

Todo te halague,

Todo te ria;

La suerte en todo

Ciega te sirva,

Ni en tus hervores
Nunca despidas
Otros suspiros
Que de alegría,
Nunca; y el cielo,
Cual con benigna
Lumbre á la tierra
Plácido mira,
Así riente,
La edad florida
Regale, adule,
Colme de dichas
A la más dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La margen pisan.

LETRILLA VI.

LA FLOR DEL ZURGUEN (1).

Parad, airecillos,
Y el ala encoged;
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.

Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Do del sol se guarde
La flor del Zurguen.

Parad, airecillos,
Parad, y veréis
A aquella que, ciego
De amor, os cantó;

A aquella que aflige
Mi pecho cruel,
La gloria del Tórmes,
La flor del Zurguen.

Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas;
Y atónitos ved

Do artero Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
La flor del Zurguen.

Volad á los valles;
Veloces traed
La esencia más pura
Que sus flores den.

Veréis, cefirillos,
Con cuánto placer
Respira su aroma
La flor del Zurguen.

Soplado ese vicio,
Sopladlo, y veré
Cuál late y se agita
Su seno con él;

El seno turgente,
Do tanta esquivas
Abriga en mi daño
La flor del Zurguen.

¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!

Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es!
Que es cruda, cual bella,
La flor del Zurguen.

La ruego, y mis ansias
Altiya no cree;
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.

Decidme, airecillos,
Decidme, ¡qué haré
Para que me escuche
La flor del Zurguen?

Vosotros, felices,
Con vuelo cortés
Llegad, y besadle
Por mí el albo pié.
Llegad, y al oído
Decidle mi fe;
Quizá os oiga afable
La flor del Zurguen.
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa
Su altivo desden.
Llegad, y piadosos,
De un triste os doled;
Así os dé su seno
La flor del Zurguen.

LETRILLA VII.

FILIS CANTANDO.

Venid, avocillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Venid; de sus labios,
Do la suavidad
Suspira entre rosas
Y miel y azahar,

La alegre alborada
Canoras llevad,
Para cuando el día
Comience á rayar.

Venid, avocillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Con vuestros piquitos
Dulces remedad
Sus juegos alegres,
Su tono y compas;

Las fugas y vueltas
Con que enajenar
De amor logra á cuantos
Oyéndola están.

Venid, avocillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Seguid su elevado
Y ardiente trinar,
O el desfallecido
Blando suspirar;

Que el alma penetra
De dulzura tal,
Que en pos de sus ayes
Se quiere exhalar.

Venid, avocillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Yo, que lo he sentido,
No alcanzo á explicar
Cuál mueve y encanta
Su voz celestial.

Venidlo, vosotras,
Venidlo á probar,
Por más que su gracia
Tengais que envidiar.

Venid, avocillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Venid, parlerillas;
No dejéis pasar
La ocasión dichosa,
Pues cantando está.

Venid revolando;
Que no ha de ocaer
Su voz regalada
Con vuestro llegar.

Venid, avocillas,

(1) Así llamaba el autor á una niña muy bella, del nombre de un valle cercano á Salamanca.

*Venid á tomar
De mi zagaleta
Lección de cantar.*

LETRILLA VIII.

LA ROSA.

*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

La rosa primera
Que de mi jardín,
Llorándolo Flora,
Hoy, Filis, cogí,
Y Amor, á mi ruego,
Crió para tí,
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

Ella el suyo hermoso
Acaba de abrir,
Del céfiro blando
Al soplo sutil;
Y en otro de nieve
Anhela morir;
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

Su aroma fragante
Puede competir
Con cantos de Gnido
Exhala el penall;
Su púrpura excede
Al vivo carmin;
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

La altiva azucena,
El albo jasmín,
El clavel pomposo
Y el fresco albellí,
Párlas á mi rosa
Le deben rendir;
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

Si Vénus la viera,
Como yo la vi,
Entre cien pimpollos
Flotante lucir,
Quisírala al punto
Solo para sí;
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

Quisieran las Grácias,
En donosa lid,
El prez de gozarla
Con Vénus partir,
Y adornar con ella
Su pecho gentil;
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

Déjala, y permite
Que á mi rosa unir
Mil dulces suspiros
Pueda, y ansias mil;
Quizá así más grata
Los gustes de oír.
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

Vé, flor venturosa,
Y á mi amada di
Cuán penado envidio
Tu glorioso fin;
Por él yo trocaré
Mi triste vivir.
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

Has lenguas tus bojas
Y clamen por mí,
Clamen hasta verla
Arder y gemir,
Robando á su boca
Dulcísimo un sí.
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

LETRILLAS.

Si alcanzases, rosa,
Como yo á sentir,
¡Oh! ¡cuál te mecieras
De aquí para allí,
Sus globos de nieve
Ansiando cubrir!
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

Si yo en tí pudiese
Mi ser convertir,
Sobre ellos mis labios
Lograra imprimir.
¡Ay Filis! que sólo
Me es dado decir:
*Deja que en tu seno
La ponga feliz.*

LETRILLA IX.

EL DESPECHO.

Sal ¡ay! del pecho mío,
Sal luego, amor tirano,
Y apaga el fuego insano
Que abrasa el corazón.

Bastante el albedrío
Lloró sus crudas penas,
Esclavo en las cadenas
Que hoy rompe la razón.

No más á una inhumana
Seguir perdido y ciego,
Ni con humilde ruego
Quererla convencer.

Con su beldad ufana,
Allá se goce altiva;
Que á mí no me cautiva
Quien me hace padecer.

Dos años la he servido,
Y en ello ¡qué he ganado!
Llorar abandonado,
Pesares mil sufrir.

¡Oh tiempo mal perdido!
¡Oh agravios! ¡oh traiciones!
¡En tantas sinrazones
Cómo podré vivir!

Pensaba yo que un día,
Favorecido amante,
Por mi pasión constante
Me coronara Amor;

Y ardiente en mi porfía,
Contento en el desprecio,
Pensaba yo... ¡qué necio
Juzgó mi ciego error!

Mis ansias por agravios
Suenan en sus oídos;
Los miseros gemidos
Irritan su esquivéz.

Así mis tristes labios,
No osando ya quejarse,
Ni aún pueden aliviaras
Nombrándola una vez.

La busco, y tras su planta
Corriendo voy; mas ella
Me evita, y ni su huella
Logra mi fe adorar;

Que con fiera tanta
Llegó ya á aborrecerme,
Que el rostro, por no verme,
Ni aún quiere á mí tornar.

¡Ingrata! ¡fementida!
Prosigue en tus rigores,
O añade otros mayores
Con bárbaro placer.

Sigue, que ya extinguida
La hoguera en que penaba,
Do el alma se abrasaba,
Quiero en venganza ver.

Mas no, mi dulce dueño;
Cese el desden impío,
Cese, y del amor mío
Déjate ya servir.

Y quien tu antiguo cefío

Lloró, sagala hermosa,
Merezca que amorosa
Le empieces á seguir.

LETRILLA X.

EL RICITO.

*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

Cadejito de oro,
Que debo á mi bien,
A calmar si suave
En mi pecho vén
De ausencia tan triste
La pena cruel,
*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

Su fina memoria,
Que mis ansias ve,
Por premio te envía
De mi tierna fe;

Y en tí á par la suya
Me quiere ofrecer,
*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

Mi amor la recibe,
Y espera que fiel,
No olvide los votos
Que allá le escuché,

Cual yo aquí su esclavo
Por siempre seré,
*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

Yo te vi algún día,
¡Oh! ¡cuál lo envidié!
Suelto, de su frente
La nieve envolver,

O en feliz contraste
Con su rubia sien,
*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

Y tus blondas sedas
Vi á Amor extender;
Así á sus ojuelos
Un velo tejer,

Y artero y festivo
Cubrirse con él,
*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

Mas fúlgido entonces,
Y en todo tu prez,
Al oro de Tívar
Te ví oscurecer;

Y yo, entre tus hebras
Cautivo, exclamé:
*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

Si mil libertades
Se van á perder
En tu laberinto,
La mía ¡por qué

Tan noble osadía
No habrá de tener!
*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

Hoy quiere tu dueño,
Mudado tu ser,
Que en tí asegurada
Mi ventura esté.

Vén, pues, de mi pecho
Al firme joyel,
*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

Vén, y mi esperanza
Benigno sosten;
Que yo con mi lira
Tan claro te haré,

Que los astros mismos
Un lugar te den,
*Ricito donoso,
De amor dulces red.*

LETRILLA XI.

LA RESOLUCION.

Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.
 Por selva y prado
 Mi dulce amor
 Me sigue, hablando
 De su dolor.
 Suspira y llora,
 ¡Ay! ¡seré yo
Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor?
 En blando alivio,
 Solo un favor
 Me ruega humilde;
 ¿Se lo hará? No.
 No; que me manda
 Ser el honor
Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.
 ¡Honor tirano!
 Que á la razon
 Bárbaro oprimes,
 ¿Quién te inventó?
 ¿Por qué me ordenas
 Ser con Damon,
Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor?
 ¿Por qué al más fino
 Gentil pastor,
 Por qué negarle
 Tan fácil don,
 Ni ser, injusta,
 Si él me prendó,
Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor?
 Yo bien lo hiciera,
 Mas otra voz,
 «Huye, me clama,
 Tal sinrazon;
 »Ni el gusto feries
 A un vil temor,
Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.
 «Mira que el día
 Vuela veloz,
 Y el que le sigue
 Nunca es mejor.
 »Mañana es tarde;
 Cesa en tu error,
Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.
 «La beldad pasa;
 Coge su flor,
 Que en un momento
 La agosta el sol;
 »Y en vano entonces
 Serás ¡qué horror!
Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.
 «Túrbome y dudo,
 Y en dulce union,
 A amar me inclino
 A quien me amó,
 Sin que á ser baste
 Ya mi rigor,
Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.
 Antes le entrego
 Mi corazon,
 Cual fino el suyo
 Se me rindió;
 Siendo, en tan grata
 Transformacion,
Nieve á su llanto,
Cora á su ardor.

LETRILLA XII.

LA FLOR DEL ZURGUEN.

Aves que canoras
 Venis á ofrecer
 La alborada al día
 Que empieza á nacer,
 Si áun dulces trinais
 Por ver á mi bien,
 Callad, que ya sale
La flor del Zurguen.
 Si ansiáis de sus gracias
 Las señas tener,
 Callad, parlerillas,
 Que yo os las diré;
 Que en el alma impresas
 Las llevo tan bien,
 Cual tenga las mias
La flor del Zurguen.
 Su rostro la gloria,
 La nieve su tez,
 Sus risas el alba,
 Su lengua la miel,
 Y el turgente seno
 De Amor el vergel,
 Donde con él juega
La flor del Zurguen.
 Sobre él la donosa
 Prendiera un joyel,
 Do heridos dos pechos
 De amores pinté;
 Un lazo los une
 De rosa y clavel;
 Y en torno esta letra:
La flor del Zurguen.
 Sin que yo la llame,
 Blando ya el desden,
 Cual suelta corcilla
 Me sale aquí á ver;
 Y cual fiel paloma
 Tras su pichon fiel,
 Así á mi voz corre
La flor del Zurguen.
 Conmigo á este valle
 La saco á aprender,
 De amor en el arte,
 Leccion de querer;
 Y ya á todas pasa
 En ménos de un mes;
 ¿Tanto ingenio tiene
La flor del Zurguen!
 Cuidado, avecitas,
 Que nadie á entender
 Los misterios llegue
 Que yo la enseñé;
 Si cual niña simple,
 La vierais tal vez
 Que amable os los fia
La flor del Zurguen.
 Callad la inocencia
 Y el vivo placer
 Que á par en su rostro
 Riendo se ven,
 Cuando, en dulce premio
 De mi tierna fe,
 Me mira y suspira
La flor del Zurguen.
 Y yo, muy más loco,
 Al verla temer
 Y ansiar, y en mis llamas,
 Negándolo, arder;
 Templar en su seno,
 Procuro, la sed
 Que enciende en el mio
La flor del Zurguen.
 Mas vedla cuál llega;
 Yo, ciego, no sé,
 Al ver su donaire,
 Qué decir ni hacer.
 Trinadle vosotras
 Por mí el parabien,

Y suene hasta el cielo
La flor del Zurguen.

LETRILLA XIII.

EL LUNARCITO.

La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 ¿De dónde, donosa,
 El lindo lunar
 Que sobre tu seno
 Se vino á posar?
 ¿Cómo, di, la nieve
 Lleva mancha tal?
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 ¿Qué tienen las sombras
 Con la claridad,
 Ni un oscuro punto
 Con la alba canal,
 Que un val de azucenas
 Hiende por mitad?
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 Premiando sus hojas
 El ciego rapaz,
 Por juego un granate
 Fué entre ellas á echar;
 Mirólo y rióse,
 Y dijo vivas:
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 En él sus sactas
 Se puso á probar,
 Mas nunca lo hallára
 Su punta fatal.
 Y diz que, picado,
 Se le oyó gritar:
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 Entonces su madre
 La parda seña
 Por término puso
 De gracia y beldad,
 Do clama el deseo,
 Al verse estrellar:
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 Estrellase y mira,
 Y torna á mirar,
 Mientras el pensamiento
 Mil vueltas le da;
 Iluso, perdido,
 Ansiando encontrar
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 Cuando tú lo cubres
 De un albo cendal,
 Por sus leves hilos
 Se pugna escapar.
 ¿Señuelo del gusto!
 ¡Dulcísimo iman!
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 Turgente tu seno
 Se ve palpar,
 Y á su blando impulso
 El viene y él va;
 Diciéndome mudo
 Con cada compas:
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 Semeja una rosa,
 Que en medio el cristal
 De un limpio arroyuelo
 Mecándose está.
 Oclamando yo al verle
 Subir y bajar:
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?
 ¡Mi bien! si alcanzases

LETRILLAS.

125

La llaga mortal
Que tu lunarcito
Me pudo causar,
No así preguntáras,
Burlando mi mal :
La noche y el día
¿Qué tienen de igual?

LETRILLA XIV.

LA DESPEDIDA.

Adios, mi dulce vida,
Fili, adios; que el hado
Mi fin ha decretado,
Y es fuerza ya partir.
Adios..... ¡oh despedida!
Oh crudo, amargo instante!
Adios..... ¡mi pecho amante
Podrá sin tí vivir?
Sin esos lindos ojos,
Sin esa amable boca,
Que al mismo amor provoca,
¿Que dicha podré hallar?
Solo angustias y enojos,
Dudas, llantos y celos.
Ay Fili, ¿qué consuelos
Para mi ardor templar!
Acordáreme en vano
De aquel felice día
Que te juraste mía,
Que te ofrecí mi fe;
Y en mi delirio insano,
A tí tornando fino,
Mil veces el camino
Perderá incierto el pié.
De tu habla deliciosa
El celestial sonido
Conservará mi oído
Para mayor dolor;
Tu imagen engañosa
Creeré tener al lado;
A asirla iré, y burlado,
Maldeciré mi error.
Saldrá la fresca aurora
A recordarme aquella
Do á solas, muy más bella,
Te me dejaste ver.
Vendrá la noche: ahora
Libre, diré, le hablaba;
Ahora el amor nos daba
La copa del placer.
Cual colorín cautivo,
Luchando noche y día,
La jaula abrir porfía,
Y el hierro quebrantar;
Así ¡dolor esquivo!
Daré mi pensamiento
De tormento en tormento,
Sin un punto parar.
Te seguiré celosa,
Te temeré enojada,
Te rogaré olvidada,
Te amansaré cruel;
O blanda y amorosa,
Con plácidas orejas
Oirás, tal vez, mis quejas,
Tan bella como fiel.
Ora estés mansa ó cruda,
Dudes, temas, receles,
Por mi salud anheles,
O desdénas mi amor;
Todo en mi pena aguda
Me angustiará; tu olvido
Por cierto, por fingido
¡Ay Fili! tu favor.
¡Más tú, mi bien, llorosa!
Tú triste! tú abatida!
Si estás así, mi vida,
¿Cuál mi dolor será?
Adios, adios; piadosa
Te acuerda que un mar hecho

Me parto..... que mi pecho
Jamás te olvidará.

LETRILLA XV.

EN UN CONVITE DE AMISTAD.

*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
Amigos, bebamos,
Y en dulce alegría
Perdamos el día:
La copa empinad.
¿En qué nos paramos?
La ronda empeceemos,
Y á un tiempo brindemos
Por nuestra amistad.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
¡Oh qué bien que sabe!
Otro vaso venga:
Cada cual sostenga
Su parte en beber.
Y quien quiera alabe
De Amor el destino;
Yo tengo en el vino
Todo mi placer.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
¡Oh vino precioso!
¿Cómo estás riendo,
Saltando, bullando!
¿Quién no te amará?
Tu olor delicioso,
Color escrosado,
Sabor delicado,
¿Qué no rendirá?
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
Amor da mil sustos,
Ansias y dolores;
Cójale otro sus flores,
Cójales por mí;
Que yo mis disgustos
Templaré bebiendo,
Oh Baco! y diciendo
Mil glorias de tí.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
Tú al Indo venciste;
Tú los tigres fieros
Cual mansos corderos
Pudiste ayuntar.
Tú el vino nos diste;
El vino, que sabe
La pena más grave
En gozo tornar.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
Venga, venga el vaso,
Que un sorbo otro llama;
Mi pecho se inflama,
Y muero de sed.
Nadie sea escaso,
Ni aunque esté caído,
Se dé por rendido:
Amigos, bebed.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,*

*Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*

LETRILLA XVI.

EL VINO Y LA AMISTAD SUAVIZAN LOS MÁS GRAVES TRABAJOS.

*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
¡Oh socios amados!
Que en tanta agonía
La fortuna impía
Combatiendo ve;
Jamás degradados,
Adore inclinada
Nuestra frente honrada
Su orgulloso pié.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
Ella se complace
En hollar odiosa
La virtud gloriosa
Y el sagrado honor;
Pero inútil hace
El justo su empeño,
Y con alto ceño
Burla su furor.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
La batida nave
De borrasca fiera
Se pierde velera
Por el ancho mar;
Y cuando más grave
Su riesgo aparece,
El sol que amanece
La sale á salvar.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
Dejad que ora truene
La calumnia infame,
Que cuanto ella trame
Sin fruto ha de ser:
Que el vulgo resuene,
Que el error se agite,
Que el celo se irrite,
Nada hay que temer.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
Clamarán que huimos
Nuestra dulce España:
Su bárbara saña
Debimos huir.
Sus puñales vimos;
Y España, en tal duelo,
Cual madre, á otro suelo
Nos hizo partir.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
Desde el doloridos
Nuestros ojos miran,
Do fieles suspiran
Las almas tornar;
Y en tiernos gemidos
La lengua apenada
¡Ay patria adorada!
Clama sin cesar.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;*

*Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*

Volveréis, amigos,
A sus sacros larcs,
De indignos pesares
Libre el corazón.

Sagrados testigos (1)
De nuestra justicia,
Contra vil malicia,
Dios y la razón.

Al viento las penas:

*Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*

Su favor divino
Tornará el reposo,
Y al nublado odioso
Seguirá la luz.

Tal sol matutino,
Que hermoso se ostenta,
De la noche ahuyenta
El negro capus (2).

Al viento las penas:

*Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*

En hermandad santa,
En tanto, los pechos
Ligad con estrechos
Vínculos de amor.

Baco á dicha tanta
Aplauda riente,
Y otra copa aumente
Su plácido ardor.

Al viento las penas:

*Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*

Amigos queridos,
Desde estos mis brazos
En mutuos abrazos
A uniros corred.

De la mano asidos,
Juradme y juremos
Que hermanos serémos,
Y á un tiempo bebed.

Al viento las penas:

*Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*

CANTATA

en la solemne entrada del rey, nuestro señor,
don Fernando VII, en Madrid, disuelto y
abolido el gobierno de las Cortes (1814).

*Cayó el loco bando.
Ya fausto en Madrid
Gobierna Fernando:
Que viva, decid.
Entronóse ufana*

(1) Así escribió MELENDEZ en un principio.
Después corrigió este verso, y puso *angustios
testigos*, sin echar de ver el efecto antitético
que producen las sílabas seguidas *tee-
tee-ti*.

(2) En vez de estas dos cuartetos, escribió
MELENDEZ, en un principio, estas otras:

A su acento angustio
Daré grato oído
Quien tanto ha sufrido
Del bado cruel.
Su corazón justo
Y amable dulzura,
De nuestra ventura
Son garante fiel.

Esta variante consta en un manuscrito de
colección del señor don Aureliano Fernan-
des-Guerra.

La facción alevé,
Que el nombre se atreve
De España á usurpar;
Y gritando, insana,
Falaz patriotismo,
Hasta el hondo abismo
Nos quiso arrastrar.

Cayó, etc.

Sus bárbaras voces
Guerra infiel resuenan,
Sus ministros llenan
Los pechos de horror.
Sus diestras feroces
Vibran los puñales;
Tiemblan los leales,
Y gime el honor.

Cayó, etc.

Contra el suspirado
De su noble España,
Su impotente saña
Osó contender.
«Yo el cetro le he dado;
Que yo hago los reyes.
O jure mis leyes,
O rey no ha de ser.»

Cayó, etc.

Así, en su locura,
Rebelde clamaba,
Y el monstruo ostentaba
Que insana abortó (3).

Mostróse, ¡oh ventura!

Mostróse Fernando,
Y el pérfido bando
Por tierra cayó.

Cayó, etc.

Cual si el dios del día
Por el claro oriente
Desplega fulgente
Su pompa real,

La noche sombría
Recoge su velo,
Y huye en presto vuelo
La sombra fatal.

Cayó, etc.

Tal, y más brillante,
Fernando aparece,
Y España enloquece,
Que en salvo lo ve.

Su angustio semblante
Del sol fué la llama;
La orgullosa trama,
La vil sombra fué.

Cayó, etc.

Con tan feliz bado
Llega, almo lucero;
Vuelve al trono ibero
Su antiguo esplendor.

Ve un pueblo exhalado
Que en triunfo te lleva-(4),
Que al cielo te eleva
Con gritos de amor.

Cayó, etc.

La virgen hermosa,
Jóvenes y ancianos,
Levantán sus manos
Clamando por tí.

La vista amorosa
De un padre perdido,
Al hijo querido
Le saca de sí.

Cayó, etc.

Tú, provido en tanto,
Sus dichas procura,
Y el bien asegura
Con firme poder.

Abriqué tu manto
La hollada justicia;
Tiemble la malicia,

Dejándote var.

Cayó, etc.

La edad celebrada
De Saturno y Rea
Tu reinado sea,
Reinado de paz.

Gócese hermanada
La España á tu trono,
Y esconda el encono
Su livida fasa.

Cayó, etc.

¡Me engaño!.... ¡Del cielo
Las sillas dejando,
Al santo Fernando
Bajar no se ve....!

Sigue al real abuelo,
Que con grata diestra
La senda te muestra,
Do tan grande fué.

Cayó, etc.

Entre glorias tantas,
No olvides, clemente,
De un pueblo inocente
El justo dolor.

Cual hijos, tus plantas
Abrazar descan;
En tus ojos vean
De un padre el amor.

Cayó, etc.

Mientras que el destino
Nos vuelve este día,
Tan fausta alegría
Felices gozad.

Del néctar divino
Las copas llenemos;
Por el Rey brindemos;
Su triunfo cantad.

Cayó, etc.

IDILIOS.

IDILIO PRIMERO.

LOS INOCENTES.

Allí está la gruta
Del alevé Amor;
Huyamos, zagala,
Las iras del dios.

Su lóbrega boca
Me llena de horror;
Si es esto la entrada,
¿Qué hará su interior?

Los negros cuidados,
El flaco temor,
Los celos insomnes,
El ciego furor

La moran, y afligen
Con impio rigor
Los tristes que en ella
Su engaño encerró.

Huyamos, huyamos
Con planta veloz;
Si más lo tardares,
Ya no es de sazón.

Mira que sus redes
Nos tiende el traidor,
Y sólo quien huye,
Burlarle logró.

Falaz como artero,
Si escuchas su voz,
Tú serás su esclava,
Pero muy más yo.

Lanzarnos ha ciegos,
Con impetu atroz,
Por sendas que falso
De flores sembró,

A un bosque sombrío,

(3) La constitución anárquica de Cádiz.
(Nota de MELENDEZ.)

(4) Así entró el Rey en Madrid. (Id.)

Do en dura prision
Sin fin penarémós
En llanto y dolor.
Este aciago bosque
Lo finge el error
Un val de delicias,
Que nadie apuró.
Las risas alegres,
Timido el pudor,
Las vivas ternezas
Y el grato favor,
Diz que lo habitaron
En célica union,
Cuando en su inocencia
El mundo vivió;
El Amor infante;
Sin flechas ni arpon,
En nuestras cabañas
Triscando rió,
Y la hermosa vírgen
No se avergonzó
De hallarse á los ojos,
Desnuda, del sol.
Si tal fué aquél tiempo,
Ya todo acabó.
Y el amor del dia
No es, niña, este amor.
No en cosas que fueron,
Ni en una ilusion,
Jamás la cordura
Sus dichas cifró;
Que el agua más fria
La sed no apagó,
Si al labio tocarla
Ya randa pasó.
Pero ¡tú suspiras!
¿Qué grata emocion
Tus mejillas tñe
De un vivo rubor?
¿Por qué esa faz bella,
Que al alba nubló,
Inclinas al suelo
Cual lánguida flor?
¡Dulcísima amiga!
Ya el alma sintió,
Simpática, el fuego
Que á tí te inflamó;
Y súbito noto
Que á mi corazón
Agita y regala
Su blando calor;
Probando, al mirarte,
Un gozo mayor,
Y al tocar tu mano,
Más grato temblor.
¿Si será que amemos,
Y el pérfido dios
Ya sus rudos grillos
Palaz nos echó?
No, no, que, por graves,
Insufribles son,
Y jamás mi planta
Más suelta voló.
El lágrimas cría,
Y nunca brilló
En tus lindos ojos
Tan vivo fulgor;
Y en vez de sus quejas
Y triste clamor,
Nunca á mí tan dulce
Tu labio sonó.
Nada, pues, temamos;
Que es muy superior
De Amor á los fuegos
Nuestra inclinacion.
Ingenua y sencilla,
La austera razon
Sus pasos regula,
La guarda el honor;
Ni en nada semeja
Su plácido ardor
A la ardiente llama

Que el ciego sopló;
Esa llama odiosa,
Que impía, feroz,
Los hombres y el mundo
Fatal devoró.—
Así hablaba un dia,
Lleno de candor,
A una niña amable
Un simple pastor.
Ella, muy más simple,
Con nuevo teson,
Que nunca amaria,
Resuelta juró;
Y ya, en su inocencia,
Se hallaban los dos
Perdidos de amores,
Diciendo que no.

IDILIO II.

LA CORDERITA.

Corderita mía,
Hoy llevarte quiero
A la amable Filis
En rendido feudo.
¡Oh! ¡con cuánta envidia
Tu destino veo,
Y partir contigo
Tal dicha apetezco!
Tú vas, inocente,
A ser con tus juegos,
De otra inocentilla
Felix embeleso.
Seguirás sus pasos,
Ya con sus corderos
Al valle descienda,
Ya trepe al otero.
Tus blandos balidos
Serán dulces ecos;
Que al placer despierten
Su adormido pecho.
¡Cuál tus carreritas
Y brincos ligeros
Colmarán de gozo
Sus lindos ojuelos;
A donosas risas
Sin cesar moviendo
Su espíritu amable,
Sus labios parleros!
Mas tierno otras veces
Ansará tu afecto,
Lamiendo su mano,
Mostrarle tu celo,
Por su parda saya,
Con vivaz esfuerzo,
Tu vellon nevado
Pasando y volviendo.
Y á su lado siempre,
De tan alto dueño
Gozarás los mimos,
Oírás los requiebros.
Llamaráte amiga,
De ternura ejemplo,
De candor dechado,
De gracias modelo.
O si acaso artera
Tras algun romero,
Fugaz te guareces
Porque te eche menos,
Corriendo y balando
Al sonar su acento,
Con nuevas caricias
Calmarás su duelo,
Tomando riente,
De tu amor en premio,
La sal de su palma
Y el pan de sus dedos.
De mí lo aprendiste,
Y á saber cogerlo
De mi zurruncito
Con goloso empuño.

O si fausta logras
De Amor el momento,
Tendrás de sus labios
Algun dulce beso;
Beso que á mí fuera
De júbilo inmenso;
Que tú no codicias,
Y fiel yo merezco.
Así te engalanan,
Doblando tu aseo,
Mi mano oficiosa,
Mi ardiente desvelo;
La sonora esquila
Ligada suspendo
De un collar de grana
A tu dócil cuello.
Tu vellon nevado,
De ricitos lleno,
Cual de blonda seda,
Cuidadoso peino;
Y de alegres lazos
Sembrándolo lúego,
A tus orejitas
Dobles las prevengo.
Tus clementes ojos,
Que me están diciendo
El placer que sientas,
Mirándome tiernos,
Mi amorosa mano,
Con este albo lienzo
Limpiándolos, cuida
Que luzcan más bellos.
Y en fin, de una trenza
De flores rodeo
Tu lomo, y atada
Con otra, te llevo.
Ya estás, dije mío,
Si no cual yo anhele,
Mas tal como alcanza
Mi prolijo esmero.
Tu balar sítiave,
Tu bullir travieso,
Sencillos publican
Tu puro contento;
Y al verte galana,
Con locos extremos,
Cual hembra, procuras
Lacir tus arreos.
Corderita, vamos,
Sús, corramos presto,
Tú á servir á Filis,
Yo á hacerle mi obsequio.
Empero si tierna
Te estrecha en su seno
Cuando tus caricias
Le vuelvan el seso,
Cuenta que le digas:
*El bien que poseo,
Gozarlo debiera
Quien te adora ciego.*

IDILIO III.

LA AUSENCIA.

Del cárdeno cielo
Las sombras ahuyenta
Rosada la aurora,
Riendo á la tierra;
Y Filis, llagada
Del mal de la ausencia,
De Otea los valles
En lágrimas riega.
Tierna clavellina,
Cuando apenas cuenta
Diez y siete abriles,
Inocente y bella,
En soledad triste
Su zagal la deja,
Que del claro Tórmea
Se pasó al Eresma.
Un mayoral rico

Allá diz que intenta
Guardarlo, y que Filis
Por siempre lo pierda.
Quien á ajeno gusto
Sujetó su estrella,
Engañase necio
Si libre se piensa.
La vez belada
Con rigor condena
Las lozanas flores
De la primavera.
La infelice Filis
Se imagina eternas
Las horas; que tardan
De su bien las nuevas.
«¡Ay! dice (y al cielo
Los ojos eleva;
Sus ojos cubiertos
De horror y tristeza).
»¡Ay! cuánto me aguarda
De duelos y quejas!
En sólo pensarlo
Mi pecho se huela.
»Tórtola viuda,
Solitaria yedra,
Sin mi olmo frondoso,
Que en pie me sostenga,
»¿Qué haré, cuitadilla?
O dó iré, que pueda
Vivir sin su arrimo,
Tan niña y tan tierna?
»¡Folices vosotras,
Mis mansas corderas,
Que ni celos hieren,
Ni agravios aquejan!
»¡Con cuánta alegría
Mis ojos os vieran
Pacer de este prado,
Golosas, la yerba;
»O á la mano amiga,
Que sal es presenta,
Veniros, y hacerme,
Baland, mil fiestas!
»Y tú, fiel cachorro,
Qué saltos y vueltas
No dieras, siguiendo
De mi bien las huellas,
»Cuando él por hablarme,
Cantándome letras
De dulces amores,
Saliera al Otea!
»Hoy todo ha mudado:
Del calor la fuerza
Los valles agosta,
Las fuentes deseca.
»¡A este pecho triste,
Con mayor violencia
Abrasa de olvido
La ardiente saeta!
»Aquí donde lloro,
Aquí en esta vega
Nos vimos y amamos
Por la vez primera.
»Todo fué en un punto,
Cual súbito vuela
La llama del rayo,
Y el árbol humea.
»Corderitas mías,
¿Quién ¡ay! me dijera
Que viento serian
Sus locas finezas?
»Juramentos tantos
Y ahincadas promesas,
Si hay fe entre los hombres,
¿Por qué se me niegan?
»¡Amor! tú me escuchas,
Y tú los oyeras;
Sea tuyo el castigo,
Cual tuya es la ofensa.
»¡Oh! nunca tuviese
Yo vuestra inocencia;
Nunca, oh corderitas,

Le escuchára necia.
»Cual de áspid huyendo
Su vos lisonjera,
Sus ayes falaces,
Sus blandas endechas;
»Y en llanto mis ojos
Cegar no se vieran,
Ni en hondos suspiros
Doliente la lengua.
»Quien en hombres fia,
Haz cuenta que siembra
En las duras rocas
O en la ardiente arena;
»Que en vez de ventura
Recoge vergüenza,
Y en vez de alegrías,
Cuidados y penas.
»Llorad, ojos míos,
Pues fué culpa vuestra
Jugar bulliciosos,
Mirar sin cautela.
»Volad, mis suspiros;
Sentidas querellas,
Volad do mi aleve
Riendo os espera.
»Sigaos mi pecho,
Ardiente centella,
Que el suyo de bronce
Derrita cual cera.
»Y vosotros, hijos
De mi pasión ciega,
Finos sentimientos,
Sencillas ternezas,
»Partid de mi labio,
Volad á la oreja
Del que os llamó dulces
Más que miel hiblea.
»Decidle mis ansias,
Decidle cuál queda,
Do penada y triste,
Su fiel sagaleja.
»Humildes rogadle,
Rogadle que vuelva,
Si aleve no gusta
Que misera muera.
»Decidle.... Mas nada,
Si otros desdeña,
Le digais; y nada,
Si de mí se acuerda.

IDILIO IV.

EL OYUELO EN LA BARBA.

La mi queridita
Una cárcel tiene
En su rostro bello,
Donde á todos prende.
Esta feliz cárcel,
Un hoyuelo es breve,
Que su linda barba
Tan gracioso hiende,
Que cuantos lo miran,
Sin arbitrio sienten
Que en él sus deseos
Sepultarse quieren.
Cautivos los míos,
Ni anhelan, ni pueden
Pasar de su encierro
El círculo leve.
Que allí en la bonanza
Tranquilos se aduermen,
»Alzados los vientos,
En paz se guarecen;
Y locos, perdidos
En su feliz suerte,
»Hoyuelo precioso!
Suspiran mil veces.
Tú en ambito estrecho
A la concha excedes,
Do cuaja la aurora
La perla de Oriente;

Y á mil Capidillos
Grato nido ofrece,
De do arteros parten,
Van, revuelan, vuelven.
¡Riquísima copa
De dulces placeres,
Que Amor al desao
Dadivoso ofrece!
Las Gracias te envidian,
Y al reirse alegre,
Tu donoso juego
Codicia Citéres;
El juego voluble
Con que, ora te cierras,
Ora te dilates,
Más lindo apareces.
En tí embebecidos
Los ojos se pierden,
Se abismen las almas,
Los pechos se encienden.
¡Regalado hechizo!
Quien te ve, enloquece;
Quien feliz te gosa,
De delicias muere.

IDILIO V.

LA VUELTA.

Zagal de mi vida,
Que á mi amante cuello
Afanoso corres,
De sudor cubierto;
Suspirado mío,
Gracioso embeleso,
Do abismadas siempre
Las potencias llevo;
Norte que arrebatas
Mi fiel pensamiento,
Más claro y seguro
Que el que arde en el cielo;
Mi sola delicia,
Mi amable hechicero,
Con cuyos prestigios
Deliro sin seso;
Ya fina te logro,
Ya en salvo te veo,
Y tuya, y tú mío,
Por siempre serémos.
Y te hablo y escucho,
Y al lado te tengo,
Y en firme lazada
Conmigo te estrecho.
En tanta delicia,
Tan vivo mi seno
Palpita, que apénas
Me alcanza el aliento.
Y el corazón triste,
Que viéndote lejos,
Cubierto, gemia,
De horrores y duelo;
En lágrimas dulces
Y en ayes de fuego,
Parece que anhela
Salirse del pecho.
¡Oh! limpien mis manos,
Hermoso lucero,
Las nieblas que empañan
Tus claros reflejos;
Y en tu rubia frente
Enjugué este lienzo
El sudor, que undoso
La mancha, corriendo,
»Venturoso punto!
¡Plácidos momentos,
Que al ánimo absorto
Semejan un sueño!
¡Oh! siempre, sí, siempre
Sus gratos recuerdos
En entrambos duren,
Cual mi amor eterno.
Y un día tan fausto,

Día de contento,
De puras delicias,
De gosos inmensos,
Consagrado quede
Al Amor y Venus,
Célebre en los fastos
De su alegre reino.
Huyó de las sombras
El lóbrego ceño,
Y mi sol renace
Más lumbroso y bello.
Calmó la borrasca,
Callaron los vientos,
Y en paz y delicias
Aduérmase el suelo.
Los hielos y horrores
Del áspero invierno
Son flores y aromas,
Y muelle sosiego.
Gocemos, bien mío,
Unidos gocemos
De tanta ventura,
Tras tan graves riesgos.
Mis tiernos suspiros
Y ahincados lamentos,
En vivas alegres
Nos vuelvan los ecos;
Y el sol más benigno,
Y el aire más fresco,
Más plácido el valle,
Y el cielo más ledo,
Celebren, acordes
Con mis sentimientos,
La gloria á que en verte,
Cual loca, me entrego.
Perderte he temido;
Temblé, lo confieso,
Que al fin no cedieses
A un bárbaro empeño.
Perdona, perdona
Benigno el exceso
De mi amor, las dudas
De que hoy me avergüenzo.
¡Yo pude formarlas!....
Sí, adorado dueño;
Que el amor ausente
Dos veces es ciego.
Un pecho apenado
Figúrase, necio,
Doquiera peligros
Y dudas y miedos.
Seguid en el mío,
Mis dulces recelos,
Los tibios no temen;
¡Infelices ellos!
Tú, hermoso pimpollo,
Repíte de nuevo,
Repíte á esta triste
Tu fiel juramento.
Enemigos tantos
Batiéndote fieros;
Tiembo á mi desdicha,
Si en ti nada temo.
Cielos, pues, y tierra,
Oid en silencio,
Y afirmad los votos
Que entrambos hacemos.
Si yo te faltáre,
Fáltenme primero
La luz que me alumbra
Y el aire que aliento;
Y mi nombre odioso,
De infamia y desprecio,
Para todos suene
Cual fúnebre agüero.
Recibe mi mano,
Y en ella el imperio
Que sobre mí toda
Por siempre te entrego.
Mas si tú me olvidas....
Proseguir no puedo....
Pensándolo solo,

II, PA.-XVIII.

De horror me estremezco.
No, mi idolatrado,
No, y único ejemplo
De firmeza, al mundo
A amar enseñemos.
Tú serás por siempre,
Tú serás el centro
Do faustos caminen
Mis votos y anhelos;
Tú el ídolo mío
Y el gozo supremo,
Y el mar de delicias
Do loca me anego;
Tú en las tempestades
Que áun mísera tiemblo,
El sol de bonanza
Y el iris sereno,
Y el luciente polo,
Do los ojos vueltos,
Lleve yo segura
Mi barquilla al puerto;
Vida que me anime,
Sér de mi sér mesme,
Y cuanto en amores
Se halláre más tierno....
Proseguir no pudo;
Que ya sus ojuelos
Al zagal no vian,
De lágrimas llenos.
Y él también, llorando,
Con un dulce beso
A sus ánsias puso
Finísimo el sello.

IDILIO VI.

LA PRIMAVERA.

Ya la primavera
Tranquila y riante
Del tiempo en los brazos
Asomando viene,
Y al mundo, que en grillos
De hielos y nieves
Tuvo el crudo invierno,
La esperanza vuelve;
La dulce esperanza
De que Mayo alegre
Lo colme de rosas,
Y el Julio de mieses.
El blando Favonio,
Que llegar la siente,
Con grato susurro
Las alas extiende;
Y en torno vagando,
Su manto esplendente
Por el éter puro
Fugaz desenvuelve.
Del cándido seno
Con su soplo llueven
Sin cuento las flores,
Que el suelo enriquecen;
El suelo alfombrado
De un plácido verde,
Que el alma y los ojos
A par embebece;
Y en silbos suaves,
Gárrulo y bullente,
Despierta en sus nidos
Las aves que duermen.
Sus picos canoros
Acordes ofrecen
Mil trinos al alba,
Que á abrir se previene
Las rosadas puertas
Del fúlgido oriente
Al sol, que entre albores
Galan amanece.
Su augusto semblante,
Su rayo clemente,
Del yerto Fuenfria
Los hielos disuelven;

Que ábito vueltos
En raudos torrentes,
De su excelsa cumbre
Ruidosos descienden;
Del húmedo valle
La pompa mantienen,
Y al cabo en sus flores
Segando se pierden.
Cual claros espejos,
Risueñas las fuentes
En vena más rica
Limpísimas crecen;
Y en hilos de plata
Su humor se desprende,
Que en blando murmullo
El ánimo aduerme.
El mundo se anima;
Cuanto vive y siente,
Cual de un hondo sueño
Despierta y se mueve.
Las selvas que el cierzo
Desnudó en Noviembre,
De yemas pobladas
Sus ramas ya ofrecen;
Do mal contenidas
Las hojas nacientes,
Sus rudos capullos
A abrirse compelen;
Y al trépido rayo
Con que el sol las hierre,
Tienden sus cogollos,
Y el viento los mece.
Entre ellos, las aves,
Cruzando frecuentes,
Con rápidos giros
Van, huyen y vuelven.
Mientras Filomena
Mi pecho enternece,
Lanzando angustiada
Sus ayes dolientes
Ayes que un silencio
Lágrubre suspende,
Y hace que en mi oído
Más tiernos resuenen.
No ya en sus guaridas
El hielo entorpece,
Ni nublada la lluvia
Los brutos detiene;
Que vagos y libres
Doquier aparecen,
Y en bosques y valles
Su dominio ejercen.
Con saltos veloces
El corzo allá tuerce,
Y allí áun de su sombra
Se asusta la liebre.
A un soplo el conejo
Se arrisca y detiene,
Y á uno y otro lado
Vivas se revuelve;
A par que en la vega
Tranquilas se tienden
La cabra golosa,
La oveja paciente;
Y todo es delicias,
Y todo se enciende
De amor en las llamas,
O gime en sus redes.
¡Amor, nueva vida
De todos los seres!
Tú en la primavera
Les dictas tus leyes,
Del solío oloroso
De rosa y claveles,
Que Flora á tu númen
Galana entreteje.
Tus flechas certeras,
Tu grito potente
A todos alcanzan,
Por todos se atiende.
Hasta en los abismos
Y en los mudos peces

Sus ecos resuenan,
Su chispa se prende;
Que el mundo poblando
De nuevos vivientes,
Hacen que tu imperio
Sin fin se renueve.

Ya el trino más dulce,
Del ave, parece,
Más placido el vuelo,
Sus juegos más muelles;
La voz de los brutos
Más llena y ferviente,
Su marcha más presta,
Su anhelo más fuerte.

El león amante
Rugiendo estremece
Los anchos desiertos
Del Africa ardiente.
El oso, aunque rudo,
Su cetro obedece,
Que dóciles torna
Los tigres crueles.

Su veneno el potro
Con las auras bebe;
Las ondosas crines
Sacude demente;
Bate el duro suelo,
Fogoso se mueve,
Y hace que los montes
Sus relinchos llenen.

Del pasto olvidado,
De amor se enfurece
En pos de la novilla
El toro valiente;

Y al rival que el triunfo
Disputarle quiere,
Con botes tremendos
Celoso acomete;

Ahuyéntalo, y solo
Los premios obtiene,
Que en roncós mugidos
Feroz engrandece.

Su estrépito templan
Los dulces pasteles
De cien pastorcillos,
Que el valle conmueven;

Y á su antigua llama
Las zagalas fieles,
Sus cantos repiten
Con nuevos motetes.

El bosque enramado,
Do el ciego mantiene
Para sus misterios
Callados retretes,

Que ocultos y umbrosos
Anhelan y temen
El pudor cobarde
Y el deseo ardiente,

De amantes felices
Ya rinde desdenes,
Ya audacias alienta,
Ya triunfos entiende.

¡Dulcísimos triunfos!
Que de un velo envuelve,
Y el recato esconde
Del mismo que vence.

¡Oh repuestos valles!
¡Ladera pendiente!
¡Altísima sierra,
Que las nubes hiendes!

¡Oh! ¡cómo al miraros
Ora florecientes,
Los ojos se gozan
Y el pecho enloquece!

Las auras se inundan
De suaves pebetes;
Con toda su gloria
Ya el sol resplandece;

Y tierras y cielos,
Del año naciente
La pompa celebran,
Y en júbilo hierven,

Mientras que á la luna,
En pos de Cítères,
Sus danzas ligeras
Las ninfas previenen;

Do, porque sin armas
Nada del recelen,
Nudo amor, cual niño
Vivas, se entromete.

Tú, oh raudal de vida,
Primavera, eres
Quien nos das de Flora
Tan gratos presentes.

Ella te engalana
De rosas las sienes,
Y el manto te viste
Que ostentas fiúente;

Y en colores rico,
Vário en accidentes,
Su genio imagina,
Tocan sus pinceles.

Tú al hórrido invierno
Las furias contienen,
Y en hierbas y flores
Sus hielos disueltas.

Tú al rico verano
Benigna precedes;
Sus espigas de oro
De tu mano él tiene.

A Octubre en tus gomas
Sus frutas le ofreces,
Y al cándido Baco
Llenas los toneles.

El blando sosiego,
Los cantos alegres,
Las risas ligeras,
Los gratos banquetes,

El séquito amable
Te cercan rientes,
Colmando los pechos
De dulces placeres.

¡Oh! ¡el rápido vuelo
Modera indulgente,
Y ansioso me deja
Gozar tantos bienes!

Mas ¡ay! que al cantarte,
Fugaz despáreces,
Más vaga que el viento,
Cual los sueños leve;

Y cuando en seguirte
Se afana la mente,
De Sirio en las llamas
Lánguida falleces.

IDILIO VII (1).

Á LA AMISTAD.

En medio de las sombras,
Que con silencio frío
Escuchan compasivas
Sus ayes y gemidos,

Así llorando estaba
El infeliz Batilo
La falta dolorosa
De todos sus amigos.

La luna plateada
Con resplandor benigno
Bañaba de sus luces
Los orbes de safiros;

Y las menores lumbres,
Con desmayados brillos,
Perdíanse á los ojos
Que observan sus caminos.

El céfiro halagüeño
Parece que dormido
Pasaba por las flores,
Según sus blandos silbos;

Naturaleza muda
Del movimiento activo
Descansa, que el Excelso

(1) Inédito.

Le puso en un principio.

El solo en cuyos ojos,
Aun como breve alivio,
El sueño regalado
No espasó su rocío,

Después de un largo llanto,
Ahogadas con suspiros,
Así lanzó estas quejas
Del pecho dolorido:

«Lumbreras celestiales,
Cercos de estrellas fijos,
Moradas solitarias,
Silencio no rompido,

»En vuestra larga vela,
Turbada de gemidos,
Tan triste compañero
Por caso habeis tenido?

»Y vos, piadosas sombras,
Decídmelo si habeis visto
Dolor en pecho humano
Que iguale al dolor mío.

»Todo en reposo dulce
Descansa adormecido;
Mas, aunque todo cesa,
No cesan mis martirios;

»Que el sueño vuela lejos
De donde oyó gemidos,
Y al triste que le implora
Se niega fugitivo.

»Los venturosos busca,
Y en los palacios ricos
Derrama sus vapores
En lechos bien mullidos.

»Las músicas le agradan,
Y estrépitos festivos;
Que no los ayes tristes
Que lanzo de continuo.

»Horror me causa el verme,
No es vida la que vivo;
Mi suerte venturosa
Cual sombra se deshizo.

»Tal la grosera mano
Del labrador impío
En el ameno valle
Corta el morado lirio;

»El ámbar, con que paga
Tributo al que le hizo,
De las quebradas hojas
No vuela ya al empuje;

»Su pompa desfallece,
Y hallándolo marchito,
La mano que lo corta,
Lo arroja en el egido.

»¿Adó volverme puedo?
Pues lejos ¡ay! me miro
De mis amigos fieles,
Tan solo y abatido,

»Que ya sus dulces voces
No escuchan mis oídos,
Ni ya estrechar me es dado
Sus labios con los míos.

»¿A quién podré acogerme?
¿De quién seré atendido?
O ¿a quién pedir consuelo
Podré de mi destino?

»Para dejarlos luego,
¿Quién, infeliz, me dijo
Que yo me los hiciese
Mitades de mí mismo?

»¿Qué gozo el de las almas
Que la amistad ha unido!
¿Felicidad celeste,
De todo bien principio!

»El hombre miserable,
Continuo de peligros
Cercado, necesita
Consolador y arrimo.

»Los bienes son entonces
Más dulces y cumplidos,
Y á los acerbos males
Espera presto alivio.

»Ternuras celestiales

A un pecho condolido,
 ¿Qué bálsamo repara
 Tan presto los sentidos?
 «Coloquios agradables,
 Mil veces repetidos,
 Do la virtud se salva
 Del pestilente vicio;
 »Coloquios donde el alma,
 Sin dolo ni artificio,
 Parece que se sale
 A unir con el amigo,
 »De la amistad sois fruto!.....
 Los pechos corrompidos
 Su santo honor infaman,
 Aun de nombrarla indignos.
 »Lejos de aquí, profanos;
 Que el númen encendido
 Hoy canta sus loores
 Con no vulgar estilo.
 »Baja del claro cielo
 Con celestiales visos,
 Alma virtud, y hermana
 Los hombres divididos.
 »Quien amistad quisiera,
 Consulte bien consigo,
 Si halla capaz su pecho
 De sus sagrados ritos.
 »Su honor es sacrosanto;
 Feliz el que propicio
 Su númen idolatra
 Y está á su ley sumiso.
 »Mas tristes ¡ay! de aquellos
 Que viven escondidos,
 Cual bárbaros salvajes,
 En ásperos retiros;
 »Inútilmente sabios,
 ¿Cuál de su afán prolijo
 El fruto será? ¡Oh necios!
 Dejad tal desvarío.
 »Nunca el diamante bruto
 Dió sus hermosos brillos;
 ¿El oro en el minero
 Qué fruto da? decidlo.
 »Si al cuerpo fatigado
 Repara el ejercicio,
 ¿Al alma ha de negarse
 Tan celestial alivio?
 »Probad, probad ansiosos
 Los sentimientos finos
 De la amistad, gozando
 De su calor benigno.
 »Que el néctar que la abeja
 Liva con dulce pico,
 En el florido valle,
 Del cardeno jacinto,
 »Comparsacion no tiene
 Con el dulzor divino
 Que dos amigos gozan
 De corazón sencillo,
 »Cuando á la par sentados
 Con simple desaliño,

Cuanto en su pecho esconden
 Se dicen sin testigos.
 »Sus almas se dilatan
 Como en Abril florido
 Abre el clavel las hojas
 Al rayo matutino.
 »Agora al bien alegres,
 Y al mal entristecidos,
 A una alma virtuosa
 ¿Qué gusto será oírlos?
 »Si hasta las rudas fieras,
 Con su confuso instinto,
 De la amistad conocen
 El inefable hechizo;
 »El hombre, que en sí lleva
 Un sér que formar quiso
 El Dios de lo creado
 Semejante á sí mismo,
 »Resistirá á sus leyes,
 Y juzgará enemigos
 Los hombres, sus hermanos,
 Para su bien nacidos?
 »Por qué naturaleza
 Tan su igual nos hizo,
 Y en nuestros labios siembra
 Dón de palabra rico?
 »Por qué nos dió el sensible
 Pecho? ¿por qué el activo
 Calor, que al alma inflama
 Del padre para el hijo,
 »Si nuestro hermano vemos
 Con corazón tranquilo,
 Y con rudez grosera
 Su sociedad huimos?
 »Tú sola, amistad santa,
 Formas el indiviso
 Lazo que al hombre liga
 Del Orinoco al Indo;
 »Tú unir supiste, sola,
 En murados recintos
 Los mortales primeros,
 Cual fieras esparcidas.
 »Por tí en las anchas plazas
 Suena el rumor festivo,
 Y en ocio y paz descansa
 El vulgo movedizo;
 »Y á mí gustar hiciste
 Placeres no sabidos,
 Más que la miel sabrosos,
 Libada del tomillo;
 »Mas ¡ay! que ora sus dejos
 Son de amargor prolijo,
 Y á tanto bien suceden
 Dolores infinitos.
 »Qué suerte tan dichosa,
 Gozar de un buen amigo,
 Y echarse entre sus brazos
 Como en sagrado asilo!
 »Pero ¡qué desgraciada
 Mirarse de improviso,
 No de uno, mas de todos

A un tiempo dividido!
 »Oli nombres, dulces nombres,
 En mi pecho escultidos!
 ¡Oh mi Delio! ¡oh Menalio!
 ¡Oh tú, mi gran Jovino!
 »En la callada noche
 Con lamentable grito
 Vuestros sagrados nombres
 Mil veces ¡ay! repito.
 »El eco me acompaña,
 Que en sonos bien distintos
 Por todos estos valles
 Resuena dividido.
 »Y el agitado pecho,
 Los ayes, al oírlo,
 Con desmayadas voces
 Renueva en su martirio.
 »Las sombras, que dilatan
 Su augusto señorío
 Por el inmenso espacio
 Que deja el sol vacío;
 »Y este silencio triste,
 Apenas interrumpido
 Del ruiseñor, que entona
 Armoniosos trinos;
 »Donde el callado soplo
 Del viento, y el ruido
 Que forma la corriente
 Del Tórnes cristalino,
 »Al ánimo agitado
 Trasladan al antiguo
 Primer cáis, y lo llenan
 De su pavor sombrío;
 »Son ¡ay! imagen débil
 De mi dolor, ¡oh amigos!
 ¡Oh nombres que mil veces,
 Llorando, al eco digo!
 »Qué gloria el poseeros!
 Empero ¡qué suplicio
 No veros para un pecho
 De todo bien vacío!
 »En nada me consuelo;
 Que todo cuanto miro,
 Bien lejos de aliviarme,
 Me dobla mis delirios.
 »El bien huyó cual sombra,
 Y al borde de un abismo
 De males insondable,
 Me encuentro de improviso.
 »Excelso Dios! ¿quién puede
 Valerme en tal conflicto?
 ¿Quién á mi triste ruego
 Se mostrará inovido?
 »Santa amistad! tú sola,
 Con bálsamo divino,
 Repara las heridas
 Del ánimo abatido,
 »Y con benigna mano
 Tocando el pecho mío,
 Aplaca en él, aplaca
 Tan recios torbellinos.»

EL VAQUERO,
IDILIO DE TEÓCRITO.
TRADUCCION (1).

ARGUMENTO.

Vino á la ciudad un pastor tenido entre sus aldeanos por muy hermoso; donde, como viese una ciudadana, herido de su no vista hermosura, se llegó á ella, queriendo jugar con ella y besarla, al modo de los rústicos; ella, desafiando su hábito y groseras costumbres, lo arrojó de sí. Quéjase, pues, el desdichado, en este idilio, de su grande afrenta, y de la vanidad y soberbia de la ciudadana, refiriendo al fin el ejemplo de varias deidades que amaron á los pastores.

Queriendo yo besarla dulcemente,
 Cúnic me burló, y me baldonando,
 «Vete, vete, me dijo; ¡tú me quieres,

Eunica •
 Eunica

Desdichado, besar, siendo un vaquero?
 Besar no sé yo al modo de los rústicos,
 Sino oprimir los labios ciudadanos.
 Nunca tú besarás mi hermosa boca
 Ni aun en sueños; ¡cuál hablas! ¡qué figura!
 ¡Cuán rústico que juegas! ¡qué donoso
 Razonar! ¡qué palabras tan suaves!
 ¡Qué linda barba tienes, y qué hermosa
 Cabellera! tus labios son de enfermo,
 Tus manos están negras, y aun mal huelen.
 Huye al punto de mí, no me contagies.»
 Esto diciendo, se escupió en el seno
 Tres veces, y miróme de continuo
 De la cabeza hasta los pies, hablando
 Allí entre dientes, y con malos ojos
 Me miraba, alegrándose en extremo
 Con su hermosura; y con la boca henchida
 De risa, me mofó con insolencia.
 A mí al punto exaltóse me la sangre,

Y se encendió, con el dolor, mi cuerpo,
Cual la rosa lo está con el rocío.
Mas ella de verdad fué y dejóme;
Y yo aún llevo el enojo dentro el pecho,
Porque, siendo tan puesto y tan gracioso,
Una fea ramera me burlase.
Así, pastores, la verdad decidme:
¿No soy hermoso yo? ¿me hizo acaso
De súbito algún dios otro del que era?
Porque antes, de verdad, yo florecía
Con agradable forma, cual del tronco
Al rededor la yedra, y adornaba
Mi barba; y mis cabellos, como el apio,
En torno se esparcían de mis sienes;
Y la mi frente cándida lucía
Sobre mis negras cejas, y los ojos
Muy más donosos eran y agraciados
Que no los de Minerva, y la mi boca
Más dulce que la leche ya cuajada,
Y de ella me salía muy más dulce
La voz que los panales. Pues mi canto
También es dulce; y con la avena entono,
Y con caña y con pluma y flauta izquierda;
Y todas las mujeres en los montes

Dicen que soy hermoso, y todas me aman.
Sólo las ciudadanas no me amaron,
Pero por ser vaquero me desdían;
Ni jamás oyen que el hermoso Baco
Una novilla apacentó en las selvas,
Ni saben que perdida anduvo Vénus
De amores de un vaquero, y en los montes
Le acompañó de Frigia, y que á su Adónis
Amó en las selvas, y lloró en ellas.
Pues Endimion, ¿quién fué? ¿no fué un vaquero,
Al cual, apacentando su ganado,
No obstante amó la luna, y con él vino,
Bajando desde el cielo al monte Lamio,
Y durmió del zagal en compañía?
Un vaquero también tú, Rhea, lloras;
Y tú, Jove, ¿perdido no anduviste
Por un muchacho, aunque zagal de bueyes?
Cunica, empero, sola no se digna
De querer á un vaquero, y más ser quiere
Que Cibéles, que Vénus y la Luna.
Así en lo venidero ni en el monte
Vénus, ni en la ciudad, á aquel tu amado
Quieras; mas sola por la noche duerme.

ROMANCES.

NOTA DEL AUTOR.

Varias consideraciones, que ya han con-
sido, detuvieron hasta ahora la impresión de
muchos de estos romances, compuestos en
los primeros años del autor. Los publicados
antes se han procurado poner íntegros, ó
corregir con más detención que lo estaban,
dándoles á todos el tono y el gusto de esta
composición verdaderamente nacional y en
que tanto abundamos, tan conforme con la
soltura y la facilidad del habla castellana,
como con nuestro genio y poesía.

DEDICATORIA Á UNA SEÑORA.

Oye, señora, benigna
Los inocentes cantares
Que del Tórmes en la vega
Dicta amor á sus zagales;
Los cantares que algún día,
Exhalando tiernos ayes,
Tal vez las serranas bellas
Oyeron con rostro afable.
En la primavera alegre
De mis años, con suave
Caramillo y blandos tonos
Los canté por estos valles;
Cuando el bozo delicado
Aun no empezaba á apuntarme,
Ni el ánimo me affigian
Los sabios con sus verdades.
La dulce naturaleza,
Como cariñosa madre,
Despertó mi helado pecho,
Y el amor me hizo quejarme.
Entónces, ¿quién unos días
Volviera tan agradables!
Vi la fuerza encantadora
De unos ojos celestiales,
El iman irresistible
De un halagüeño semblante
Y las delicias de un habla
Toda mieles y azahares;
Y embebecido y colgado
De sus gracias y donaires,
Recibí la ley rendido,
Y temí el rigor, cobarde.
Yo adoré y gocé venturas,
O lloré agudos pesares.
¿Es acaso amar delito?
¿Quién no será del culpable!
¿Quién en la feliz aurora

De una edad crédula y fácil,
Cuando todo al gusto ríe,
Y el seno en júbilos arde,
No cedió al plácido aliento
Que bonancible á engolfarse
Por el sossegado golfo
Lleva su inexperta nave!
Después los años severos,
Sufridos ya los embates
Por desconocidos rumbos
De mil fieros huracanes,
Aherrojándome imperiosos
Con sus cadenas fatales,
En voz triste y faz ceñuda
Mandaron que atras tornase.
¿Ay qué barbaras contiendas!
¿Oh qué encendidos combates!
¿Por qué, para obedecerlos,
Blando amor, debí dejarte!
Hicelo al fin, y aún ansiando
Volver iluso á embarcarme,
Por la paz de las cabañas
Troqué los revueltos mares.
Quedáronme de mis yerros
Estas quejas lamentables,
Que á besar tus piés dichosas
Vuelan hoy al Manzanares.
Ellas en más claros días
Templaron mis crudos males,
Y aún ahora en blando alivio
Me ordena amor que las cante.
Oyélas, pues, y no temas,
No temas que ellas te engañen;
Que amor no finge en el campo
Como finge en las ciudades.

ROMANCE PRIMERO.

ROSANA EN LOS FUEGOS.

Del sol llevaba la lumbre,
Y la alegría del alba,
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos
Salió, la fista de Pascua,
Para abrasar todo el valle
En mil amorosas ansias.
La primavera florece
Donde las huellas estampa (1);

(1) En lugar de este verso, dice la primera
edición:

Do la huella breve estampa.

Y donde se vuelve (2), rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia
Y mansamente la halaga,
Los Cupidos la rodean
Y las Gracias la acompañan.
Y ella, así como en el valle
Descuella la altiva palma,
Cuando sus verdes pimpollos
Hasta las nubes levanta,
O cual vid de fruto llena,
Que con el olmo se abraza,
Y sus vástagos extiende
Al arbitrio de las ramas;
Así entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Sobresaliendo entre todas,
Cual fresca rosa entre zarzas;
O como cándida perla
Que artifice diestro engasta
Entre encendidos corales,
Porque más luzcan sus aguas (3).
Todos los ojos se lleva
Tras sí, todo lo avasalla:
De amor mata á los pastores,
Y de envidia á las zagales;
Tal, que oyéndola, corridas,
Tan altamente aclamada,
Por no sufrirlo se alejan
Amarilis y su hermana (4).
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas;
Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
¿Qué de suspiros se escuchan!
¿Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire
Y no enloquezca (5) en loarla.
Cuál absorto la contempla
Y á la aurora la compara,
Cuando más alegre sale
Y el cielo en albores baña;
Quién al fresco y verde aliso,
Que al pié de corriente mansa
Cuando más pomposas hojas
En sus cristales retrata;
Cuál á la luna, si ostenta,
De luceros coronada,
(2) Donde amable mira. (Variante.)
(3) Esta cuarteta fué añadida por MELEN-
DEZ cuando corrigió sus poesías.
(4) Cuarteta añadida por MELENDEZ.
(5) Y no se emere. (Variante.)

Venciendo las altas cumbres,
Llena su esfera de plata (1);
Otros pasmados la miran
Y mudamente la alaban,
Y mientras más la contemplan,
Muy más hermosa la hallan;
Que es como el cielo su rostro,
Cuando en una noche clara
Con su ejército de estrellas
Brilla y los ojos encanta;

O el sol que alzándose corre
Tras de la rubia mañana,
Y de su gloria en el lleno,
Todos sus fuegos derrama;
Que tan radiante deslumbra,
Que sin acción deja el alma,
Y más el corazón goza,
Cuanto más el labio calla (2).
¡Oh qué de celos se encienden,
Y ansias y zozobras causa
En las serranas del Tórmes
Su perfección sobrehumana!

Las más hermosas la temen,
Mas sin osar murmurarla;
Que, como el oro más puro,
No sufre una leve mancha.
¡Bien haya tu gentileza,
Otra y mil veces bien haya,
Y abraza la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana!

Toda, toda eres perfecta,
Toda eres donaire y gracia;
El amor vive en tus ojos
Y la gloria está en tu cara;

En esa cara hechicera,
Do toda su luz cifrada
Puso Venus misma, y ciego
En pos de sí me arrebató (3).
La libertad me has robado;
Yo la doy por bien robada,
Y mi vida y mi ser todo,
Que ahincados se te consagran (4).

No el dón por pobre desdén,
Que aun las deidades más altas
A zagales, cual yo humildes,
Un tiempo acogieron gratas;
Y mezclando sus ternesas
Con sus rústicas palabras,
No, aunque diosas, esquivaron
Sus amorosas demandas.
Su feliz ejemplo sigue,

(1) Así escribió MELENDEZ en un principio esta cuarteta y la anterior:

Cual al fresco y verde aliso,
Plantado al margen del agua,
Cuando más pomposo en hojas
En su cristal se retrata;
Cual á la luna, si muestra
Llena su esfera de plata
Y asoma por los collados,
De inocuos coronada;

Las enmiendas de MELENDEZ, esta vez, como otras muchas, dañan á sus versos. La primera cuarteta en su forma primitiva tiene un sentido gramatical más claro y más correcto. El estilo de la segunda, de sencillo y natural, se torna, con las enmiendas, premioso y afectado.

Sólo por vía de ejemplo citamos algunas variantes. Las correcciones de MELENDEZ son infinitas. Señalarlas todas sería tarea por demás penosa y desahogada.

(2) Esta cuarteta y la anterior fueron añadidas por MELENDEZ.

(3) Cuarteta añadida por MELENDEZ.

(4) Este verso y el anterior fueron escritos para reemplazar estos otros:

Mas recibe el dón benigna
Que mi humildad le conagra.

Pues que en beldad las iguales;
Cual yo á todos los excedo
En lo fino de mi llama (5).—

Así un zagal le decía
Con razones mal formadas,
Que salió libre á los fuegos,
Y volvió cautivo á casa.
De entonces, penado y triste
El día á sus puertas le halla;
Ayer le cantó esta letra,
Echándole la alborada:

*Linda zagaleja,
De cuerpo gentil,
Muestrame de amores
Desde que te vi.*

Tu tallo, tu asco,
Tu gala y donaire,
Tus dones no tienen
Igual en el valle.

Del cielo son ellos,
Y tú un serafín;
Muestrame de amores
Desde que te vi.

De amores me muero,
Sin que nada alcance
A darme la vida,
Que allá me llevaste,
Si no te condues,
Benigna, de mí;
Que muero de amores
Desde que te vi.

ROMANCE II.

EN UNAS BODAS DESGRACIADAS.

No por mí, bella aldeana,
Aunque sé bien cuánto pierdo;
Por tí sola me lastima
Que te cases con un necio.

Tan discreta cortésia,
Tan gentil aire y asco,
Quien los merezca los goce,
Y alcancen más digno dueño;
Que si es la desdicha estrella
De la beldad, aunque el cielo
No te hiciera tan hermosa,
Ganaras mucho en no serlo;

Y hoy, dueña de tu albedrío,
Gozaras el bien supremo
De querer y ser querida
Por tu gusto, y no el ajeno (6).
¡Qué valen los rizos de oro,
Ni los alegres ojuelos,
El carmesí de los labios,
Ni lo nevado del seno?

¡Qué el agasajo apacible
Y eso hablar tan halagüeño,
Que la libertad cautiva
Y embebece el pensamiento,
Si tan celestiales dones
Los ha de ajar un Fileno?
Para tan mal emplearlos,
Valiera más no tenerlos;

Que mejor yace el diamante
Sumido en su tosco seno
Que no en la mano villana,
Que no alcanza su alto precio;
Y el clavel más bien flotando
Luce en el vástago tierno,
Que deshojado y sin vida
En fino búcaro puesto;

Y más bien el jilguerrillo
Se goza en dulces gorjeos,
Volando de rama en rama,
Que en dorada jaula preso.
Si por ganadero rico
Con él te casan tus deudos,

(5) Estas tres últimas cuartetas fueron añadidas por MELENDEZ.

(6) Cuarteta añadida por MELENDEZ.

Diles tú que no hay riquezas
Donde se echa el gusto ménos;
Donde, en vez de un rostro afable
Y el solícito desvelo
Con que el fino amor previene
De la amada los deseos,

Te abrumarán noche y día,
En un porvenir eterno,
La dureza de las rocas,
De la noche el fiero ceño.

De las bodas el bullicio,
Y sus galas y festejos,
Son cual la miel más suave
En un paladar enfermo;
Lucimiento á la riqueza,
De la ociosidad recreo,
Fastidio de los velados,
Y de la envidia alimento (7).

Acabarán, y tú, triste
Con el duro lazo al cuello,
Llorarás tarde, y en vano
Sentirás del yugo el peso;
Yugo que, leve y de flores
Cuando amor lo echa risueño,
De bronce abruma insufrible,
Si interés lo anuda ciego (8).

¡Ay zagala! por tu vida
No tengas tan mal empleo:
Lastima ten de tí misma,
Si yo no te la merezco.

ROMANCE III.

EL ÁRBOL CAÍDO.

Álamo hermoso, ¡tu pompa
Dónde está? ¡dó de tus ramas
La grata sombra, el susurro
De tus hojas plateadas?

¡Dónde tus vástagos bellos,
Y la brillantéz lozana
De tantos frescos pimpollos
Que en derredor derramabas?
Feliz naciste á la orilla
De este arroyuelo; tu planta
Besó humilde, y de su aljófár
Rico feudo te pagaba.

Creciendo con él, al cielo
Se alzó tu corona ufana;
Rey del valle, en tí las aves
Sus blandos nidos labraban.

Por asilo te tomaron
De su amor; y cuando el alba
Abre las puertas al día
Entre arreboles y nácar,
Aclamándole gozosas
En mil canciones, llamaban
A partir en tí sus fuegos
Las inocentes zagalas;

Que en torno tu inmensa copa
Con bulliciosa algazara
Vió aun de la tarde el lucero
En juegos y alegres danzas.

Cuando en los floridos meses
Se abre, al placer reanimada,
Naturaleza, y los pechos
En sus delicias inflama,

Tú fuiste el centro dichoso,
Do de toda la comarca
Los amantes se citaron
A sus celestiales hablas.

Los viste penar, los viste
Gemir entre ardientes ansias,
Y envolviste sus suspiros
En sombras al pudor gratas.
El segador anhelante
En tí en la siesta abrasada
Llamó al sueño, que en sus brazos

(7) Esta cuarteta y las tres anteriores fueron añadidas por MELENDEZ.

(8) También fue añadida esta cuarteta.

Calmo su congoja amarga;

Y con tu vital frescura
Tornó á herir la miés dorada,
Reanimado y ya teniendo
Su fatiga por liviana.

Después con tus secas hojas
Al crudo Enero... la llama
Te tocó del rayo, y yaces
Triste ejemplo de su saña.

Cual con segur por el tronco
Roto, la pomposa gala
De tus ramas en voluble
Pirámide al cielo alzadas,

El animado murmullo
De tus hojas, cuando el ala
Del céfiro las bullia,
Y el sentido enajenaba,

Tu ufanía, el verdor tierno
De tu corteza entallada
De mil símbolos sencillos,
Todo en un punto acabará;

Y hollado, horroroso, yerto,
Sólo eres ya, en tu desgracia,
Blanco infeliz de la piedra
Que ruda mano dispara;

Estorbo y baldon del prado,
Que cual ominosa carga,
Tu largo ramaje abruma,
El mirarte sólo espanta.

Tu encuentro el ganado evita,
Sobre ti las aves pasan
Azoradas, los pastores
Huyen con medrosa planta;

Siéndoles siniestro agüero

Aun ver cabe ti parada

La fugitiva cordera,

Que por perdida lloraban.

Sólo en su orfandad doliente

La tórtola solitaria

Te busca, y piadoso alivio

La suya en tu suerte halla.

En ti llora, y en su arrullo

Se queda como elevada,

Y el eco sus ansias vuelve

De la vecina montaña;

El eco, que lastimero

Por el valle las propaga,

Do sólo orfandad y muerte

Sueñan las llorosas auroras;

Mientras al pecho palpitante

Parece que una voz clama

De tu tronco: «¡Qué es la vida,

Si los árboles acaban!»

ROMANCE IV.

LA DECLARACION.

Si tu gusto favorece,
Zagaleja, mis deseos,
Tú serás mi eterna llama,
Y yo la envidia del pueblo.

Ocho meses te he seguido,
Fino amándote en secreto,
Por tus injustos desdenes,
Y con temor de tus deudos.

Las ansias y los suspiros
Que debes á mi silencio,
Sábelo Amor solamente,
O mi pecho, que es lo mismo.

¡Qué de noches á tus rejas
Los centellantes luceros,
Y de las aves, al alba,
Me encontraron los gorjeos!

Mas nunca bien ocultarse
Pueden el querer y el fuego,
Pues ya todos en tu casa
Saben del mal que adolezco.

Necedad es la porfía
De callar más mis intentos;
Que nunca ganó el cobarde,
De amor en el dulce juego.

Ayer me dijo Belarda

Que si la calle paseo,

Tu madre misma se rie,

Y aprueba mi galanteo;

Que tu padre bien me quiere,

Y que á tus hermanas debo

Voluntad y fino agrado;

¡Ay! toma en ellas ejemplo.

Yo, zagaleja, te adoro;

Que en la noche de los fuegos

Te consagré mi albedrío;

Perdona el atrevimiento.

Mas no, esquivá, no desdices,

Por la humildad del sujeto,

Un pecho tierno y sencillo,

Esclavo de tus ojuelos;

Que en el dón que ofrece el pobre,

No debe mirarse al precio,

Si la voluntad lo ensalza,

Y lo hidalgo del afecto.

Mil y mil almas te diera,

Si yo fuera de ellas dueño;

Una te doy que me cupo;

No merezca tu desprecio;

Que ni más fiel ni más pura

Cabe en amoroso pecho,

Ni corazon más leal,

O rendido á tus preceptos.

ROMANCE V.

EL NIÑO DORMIDO.

Bajo el álamo que hojoso

Cubre con su pompa umbría

La pacífica chocilla

Del enamorado Aminta,

El y la sensible Lisi

En plácido sueño un día

Vieron al hermoso niño

Que es su gloria y sus delicias.

La faz graciosa inclinada

Del un lado, las mejillas

Bien cual dos rosas fragantes,

Por el calor encendidas;

Como bañada la boca

En una grata sonrisa,

Y sobre el pecho nevado

Dobladas las manecitas.

Los brazos entrelazados

Aminta y Lisi, una misma

La acción, los rostros unidos,

Y fija en su amor la vista;

Por no turbar su reposo,

Ni á respirar se atrevían,

Embebecidos gozando

De su beldad peregrina.

«¡Ay! dijo la amable Lisi,

Suspirando enternecida,

¡Cuánto en sus felices sueños

Es la inocencia tranquila!

«¡Cómo la paz la acompaña!

«¡Cómo el contento la anima,

Y con su risa los cielos

Benévolos la acarician!

«Goza, dulce esposo, goza,

Como tu Lisi querida,

Mirando el clavel hermoso

Que mi fino amor te cria.

«Goza, y si es posible, el lazo

Que afortunados nos liga,

Contemplándolo se estreche,

Y en él crízan nuestras dichas.

«¡Ve con qué indecible gracia

Aun dormido está! ¡qué linda

Su frente aparece, orlada

De su cabellera riza!

«¡Cuántos abiertos los ojos

Como dos luceros brillan,

Y aun entre sueños parece

Que cariñosos nos miran!

«El alhelí más florido,

La más fresca clavellina,

La más hermosa azucena,

La rosa que ámbar espira,

«Nada son con nuestro amado;

Mayor es su lozanía,

Sus gracias más acabadas,

Mas su belleza divina.

«Su rostro es la misma gloria;

La paz, el gozo, la risa,

La candidez, la inocencia

Se unen en él á porfía.

«¡Oh rostro, en que venturosos

Todos mis gustos se cifran!

«¡Oh sol! ¡oh adorado hijo,

Mi embeleso y mi alegría!

«¡Feliz descansa, y tu sueño

Disfruta en calma benigna,

Que solicita en tu guarda

Veja la ternura mía;

«Cual la cándida paloma

Sus pichoncitos abriga,

Y de su seno amoroso

Los sustenta y vivifica,

«Descansa, vástago tierno,

Que bajo la sombra amiga

De mis cuidados florece,

Para hacer mi gloria un día;

«Descansa, y que tu reposo,

Tus sueños, tu amable vida,

Los ángeles, tus hermanos,

Velando en torno, bendigan.

«Álamo feliz, tus ramas

Sobre él blandamente inclina,

Y con tus sonantes hojas

Oficioos le cobija.

«Trinad, oh canoras aves,

Con más dulce melodía

Para no turbar su sueño,

Y á verle llegad festivas.

«Tú, agradablecefrillo,

Haz á mi bien compañía,

Y en su congojada frente

Plácido el sudor mitiga.

«¡Ci los! una madre os ruega;

En vuestra bondad propicia

Acoged mi hijo querido,

Y honrado y dichoso viva.

«Haced, haced que en su seno

A una desuellén unidas

La caridad oficiosa,

La piedad y la justicia;

«Incesantes del brotando,

Como de una vna riega,

«Cuanto de noble y de grande

Más la humanidad sublima.

«Y tú, idolatrado esposo,

Ve en nuestro hechizo dormida

A la inocencia, que apenas

En su placidez respira;

«Ve al lustre de nuestros años

En su juventud florida,

A nuestro arrimo y consuelo

En la ancianidad tardía;

«Ve al serafín, al lucero

Más radiante...» Una ramita,

Al soplo vltor del viento

Del álamo desprendida,

Cryendo en la faz del niño,

Nul lo á los padres su dicha;

Que á un tiempo, al verle despierto

Y que asustadillo grita,

«¡Ay hijo adorado!», exclaman,

Y sobre él con mil caricias,

Para acallarle, en sus brazos

Riendo se precipitan.

ROMANCE VI.

EL AMANTE CRÉDULO.

Para las fiestas de Mayo
Prometió la bella Fili

Sus favores á un zagal
Que importuno la persigue.

Huye á sus ruegos, en tanto,
Con engañosos melindres,
Y mil palabras le empeña,
Para ninguna cumplirle.

Loco el zagal en sus ansias,
Tan crédulo como simple,
Las gracias de la pastora
Como finezas recibe.

Toda la aldea es donaire,
Todos de Pascual se rien;
El solo se goza ufano
De las burlas que le dicen.

«Oh, bien haya su inocencia,
Y más el despejo libre
De la sutil zagaleja,
Que tan bien un amor angel!

Pascual cuenta los instantes,
Y la tardanza maldice
De los días que se duermen
Del Abril en los pensiles.

Solo Anton, que en crudos celos
Arie, para divertirse,
A cada paso esta letra
Al loco amante repite:

«Vendrá Mayo, zagal necio,
Y con sus fiestas vendrá
Tu desengaño y desprecio,
Y la risa del lugar.

«Los días que confiado
Quieres ora adelantar,
Un tiempo te ha de pesar
Que hayan tan presto llegado.

«Déjalos, Pascual, estar,
Y no te anticipes, necio,
Tu desengaño, un desprecio
Y la risa del lugar.

ROMANCE VII.

LA GRUTA DEL AMOR.

Ésta es, adorada Clori,
La gruta donde, guiados
Del dulce amor, en sus aras
Eterna fe nos juramos.

Aquí fué do, derretido
En mil ardientes halagos,
Premiando ahincado tus plantas,
Y tu timidez culpando,

Me inspiró el dios tal fineza,
Que tú al corazón mi mano
Llevando, «Tuyo es», dijiste,
Y en vano ¡infeliz! lo calló.

Tus bellos ojos al vuelo
En lágrimas se arrasaron,
Y una fuerza irresistible
Te precipitó en mis brazos,

«¡Llamando: «En tanta ruina,
Mi honor solo al tuyo encargo!»;
Y de rubor, contra el mio
Tu ardiente rostro ocultando,

Yo á mi palpitante seno
En indisoluble lazo
Feliz te estreché y más fino
Torné á jurarme tu esclavo.

«¿Qué momento aquél, oh amada!
¿Cómo inflexible el recato
Le disputó á la ternura
Aun el favor más escaso!

Hasta que, sobreecogidos
De un inexplicable encanto,
Débiles ya á gloria tanta,
Sin acuerdo y mudos ambos,

Ni tú más que anhelar tierna,
Ni más yo que enajenado,
Gozar mi inefable dicha
Pudimos un largo espacio.

Suspiraste al fin, diciendo:
«¡Ves cuán fina te idolatro,
Zagal querido, y cuán ciega

Tus dulces éxtasis partol

«Todo por tí lo abandono,
Y de hoy señor te declaro
De una vida ya no mía,
Que á amor y á tí la consagro.

«¿Qué infeliz fuera tu Clori,
Si ser pudiese que ingrato!...
No la gloria en que me anego
Mengüen ya recelos vanos.

«Serás tan constante y fino,
Cuán constante y fino te amo,
Y tu fe sencilla y pura,
Pues con otra igual te pago?»

Serélo, Clori adorada,
Serélo; y si infiel te faltó,
Antes fálteme la vida,
O me abrase justo un rayo.

Serélo, pues ya dichoso
Sólo un sér con tu sér hago,
Y en este nudo inefable
Todas mis delicias hallo.

No temas, no temas, Clori;
Ve el sol cuán lumbroso y claro
Se encumbra y al mundo rie,
Nuestra union solemnizando;

Ve hervir todo cuanto existe
De amor en el fuego santo,
Las plantas arder, heridos
Gemir de su presto dardo,

Brutos y aves, halagarse
Rendidos, fáciles, mansos,
Y union, y union en mil gritos
Sonar por el aire vago.

La nuestra, pues, estrechemos
Aun más, si más nos es dado;
Y crezca sin fin la llama
En que ardes tú, y yo me abraso.

Crezca esta llama, bien mio;
No haya en tus éxtasis plazo,
Ni más que un solo deseo
De gozar anime á entrambos.

Todo á hacerlo nos convida;
Ve allí dónde solitario
Me hallaste, por tus desvíos,
Sumido en dolor y llanto;

Allá, cuál nuestra ventura,
Pomposo y florido el árbol,
Do á hablarnos la vez primera
Nos llevó un feliz acaso;

Y aquí el venturoso césped
Do entre mimos y regalos,
A acordar nuestros amores,
Blanda tú ya, nos sentamos;

Do de las fragantes rosas
Que yo traje á tu regazo,
Cefi con una guirnalda
Tu pelo rubio y dorado;

Diciéndote: «En ámbra, Clori,
No es á la nariz tan grato
Como el que tu aliento exhala,
Y aspira feliz mi labio.»

Mas, risueña tú á mi frente
La guirnalda trasladando,
«Gáldon, clamaste, sea
De un hablar tan cortesano.»

Y de un rosicler más vivo
Tus mejillas se animaron,
Nublando el rubor tus ojos
Con un lánguido desmayo,

En que tu seno turgente,
Bullendo más concitado,
Parecía en sus latidos
Decirme: «En delicias ardo.»

Yo, aun tu ternura excediendo,
Como en un glorioso pasmo,
Me entregaba á mil delirios,
Gozándome en tu embarazo;

A par que sus leves alas
Batiendo el céfiro blando,
Y soltándose las aves
En el más canoro aplauso,

A nuestra llama aclamaban,

Y del aire el ancho espacio
Se llenó de nuestra gloria

Con su júbilo y sus cantos.
¡Ay Clori! que eterna dure,

Que jamas, jamas aciagos
Ni recelos la mancillen,
Ni se mengüe con los años;
Mas de celestial fineza

Inimitable dechado
A los amantes más fieles,
Y envidia y honor seamos.

«Si», dijo Clori, tan tierna
Como en aquel primer rapto
De su pasión, y un suspiro
Fué á nuevas dichas presagio;

Un suspiro, que en mi pecho
Dulcísimo resonando,
En él todas las delicias
Trasladó de Gnido y Páfos.

Las ninfas, aunque envidiosas
De deliquio y amor tamos,
Himeneo desde el bosque
Con alegre voz cantaron;

Y el cielo en más grata lumbro,
Más florecidos los campos,
Las auras con más aromas,
Los árboles más lozanos,

Y todo con nueva vida
Se ostentó para adularnos;
Un templo de amor la gruta,
Nuestra fe un puro holocausto.

Así célebre de entónces,
Del hecho el nombre tomando,
La gruta de Amor se llama
Por naturales y extraños.

ROMANCE VIII.

LA LLUVIA.

Bien venida ¡oh lluvia! seas
A refrescar nuestros valles,
Y á traernos la abundancia
Con tu rocío agradable.

Bien vengas á dar la vida
A las flores, que fragantes,
Para mejor recibirte,
Rompen ya su tierno cáliz;

Do á sus galanos colores,
En primoroso contraste,
Tus perlas, del sol heridas,
Brillan cual ricos diamantes.

Bien vengas, alegres aguas,
Fausto alivio del cobarde
Labrador, que ya temia
Malogrados sus afanes.

Bajad, bajad; que la tierra
Su agostado seno os abre,
Do os aguardan mil semillas
Para al punto fecundarse.

Bajad, y del mustio prado
Vuestro humor la sed apague,
Y su lánguida verdura
Reanimada se levante;

Tejiendo un muelle tapete,
Cuyo hermoso verde manchen
Los más vistosos matices
Como en agraciado esmalte.

Bajad, bajad en las alas
Del vago viento; empapadle
En frescura deleitosa,
Y el pecho lo aspire fácil.

Bajad; ¡oh, cómo al oído
Encanta el ruido silabe
Que entre las trémulas hojas,
Cayendo, las gotas hacan!

Las que al río hundosas corren,
Agitando sus cristales
En sueltos círculos, turban
De los árboles la imagen;

Que en su raudal retratados,

Más lozano su follaje,
Y erguidos ven sus cogollos,
Y su verde más brillante.
Saltando de rama en rama,
Regocijadas las aves,
Del líquido humor se burlan
Con su pomposo plumaje;
Y á las desmayadas vegas
En bulliciosos cantares
Su salud faustas anuncian,
Y algres las alas baten.
El pastor el vellón mira
Del corderillo escarcharse
De aljófara, que al moverse,
Invisibles se deshacen,
Mientras él se goza y salta,
Y con balidos amables
Bendice al cielo, y ansioso
La mojada yerba padece.
El viento plácido aspira,
Y viendo cuán manso cae
En sus campos el rocío,
El labrador se complace,
Gozando ya de las mieses
Su corazón anhelante,
Que colmarán sus graneros,
Cuando el Can al mundo abraza.
El bosque empapado humea,
De aromas se inunda el aire,
Y aparecen las espigas,
Floreciendo los frutales.
En medio el sol de las nubes,
Su frente alzando radiante,
De oro y de púrpura al iris
Pinta entre gayos celajes;
El, tendiéndose vistoso,
Sus inmensos brazos abre,
Y en arco lumbroso al ciclo
Da un magnífico realce.
La naturaleza toda
Se agita, anima, renace
Más gallarda, ¡oh vital lluvia!
Con tus ondas saludables.
Vén pues, ¡oh! vén, y contigo
La fausta abundancia trae,
Que de frutos coronada,
Regocije á los mortales.

ROMANCE IX.

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

Madrugada de San Juan,
Por el prado de la aldea
A celebrarla se salen
Pastores y zagalejas.
Bailándolas ellos vienen
Con mil mudanzas y vueltas,
Y cantando mil tonadas
Del dulce amor vienen ellos.
Unos el suyo encarecen
En bien sentidas ternezas,
Y otros con agudas chanzas
Bulliciosos las alegran.
Los que son más entendidos,
Cortezanos les presentan
La mano para apoyarse,
Con delicada fineza.
No hay corazón que esté triste,
Ni voluntad que esté exenta;
Todo es amor el valle,
Los zagales todo fiesta.
Cuál saltando se adelanta,
Cuál burlando atrás se queda,
Y cuál en medio de todas
Repica la pandereta.
El crótalo y tamborino
Con la alegre flauta alternan,
Y el regocijo y los vivas
Suben hasta las estrellas.
Unos de trébol y flores

Y misteriosa verbena (1)
Sus candidas sienes ciñen,
Matizan sus rubias trenzas.
Otros por detras sus ojos
Con un lienzo, arteros, vendan,
Y del juego alegres ríen
Si con el engaño aciertan;
Y otros de menuda juncia
Tejiendo blandas cadenas,
Hacen como que las prenden,
Y en sus lazos más se enredan.
Aquél deshojando rosas,
En el seno se las echa,
Y aquél en el suyo guarda
Las que á su nariz acercan.
Cuáles, alzando los ramos,
En triunfo de amor las llevan,
Y cuáles, porque los pisen,
De ellos el camino sicmbran.
Así llegan á la fuente
Que el gran álamo hermosea
Con su pomposo ramaje,
Do en alegre paz se asientan.
El gusto y júbilo crecen,
La risa y el placer vuelan
De boca en boca, y más vivos
Canto y danzas se renuevan.
La aurora, de su albo seno
Rosas derramando y perlas,
Cede el ciclo al sol, que asoma
Y se pára y las contempla;
Y en medio su trono de oro,
Por las lucientes esferas
Ostentando de sus llamas
La inagotable riqueza,
Este día más hermoso
Parece que da á la tierra
Más rica luz y á las flores
Alegria y vida nueva.
Con la fiesta y el bullicio
Las avecillas despiertan,
Pueblan y animan los aires,
Y la nueva luz celebran.
Todo, en fin, se goza y ríe;
Fuentes, árboles, praderas,
Selváticos brutos, hombres,
El júbilo en todos reina.
Libre en tanto el amor vaga,
Nadie sus tiros recela;
El campo, el día, la hora,
Todo la ilusión aumenta.
Todo encanta los sentidos;
Por una llanada inmensa
Vaga la vista, las aves
Con sus trinos embellean.
Entre el grato cefirillo
El labio aromas alienta,
El tacto en delicias nada,
Y el pecho inflamado anhela;
Gratamente así corriendo
Por las agitadas venas,
Del placer la suave llama,
Que á todos arrastra y ciega.
La ocasión brinda al desco,
Las miradas son más tiernas,
Los requiebros más ardientes,
Más traviesa la agudeza.
Nadie desairado llora,
Ni enojar amando tiembla;
El baile mismo autoriza
Mil cariñosas licencias.
Quién rendido se declara,
Quién tierno la mano premia
De su amada, y quién la roba

(1) Era uso antiguo de los más de los pueblos el salir al campo las gentes la mañana de San Juan, cantando y bailando, á cojer el trébol y la verbena, á que atribuían, crédulos, varias virtudes y misterios. Aun hoy se va, en Madrid, en este día, á comprar las yerbas á los portales y plazuela de Santa Cruz, resto, sin duda, de aquel estilo.

Un beso al dar una vuelta;
Bezo de que no se ofende
La zagala más severa,
Pues fueran culpa este día
El rigor ó la tibieza.
Todos arden y suspiran,
Todo se aplaude y festeja;
La timidez es osada,
Menos cauta la modestia.
Y entre tantos regocijos,
Un pastor, á quien las nuevas
De su dulce bien faltaban,
Cantó, angustiado, esta letra:
«Ya no hay, zagales, amor,
Que lo acabara el olvido;
Nada de Fili he sabido,
Y tiemblo su disfavor;
Ausente estoy, fui querido;
¡Ved si es justo mi dolor!»
«También yo un tiempo dichoso
Cual ora os gozaba, me vi,
Y en mi embeleso amoroso
Alegre canté y reí
A par de mi dueño hermoso.
»Después que dejé su lado
Perdí la dicha y el gusto:
Y hoy con más grave cuidado,
Al ver su silencio injusto,
Sólo exclamo desolado:
»Ya no hay, zagales, amor,
Que lo acabara el olvido;
Nada de Fili he sabido,
Y tiemblo su disfavor;
Ausente estoy, fui querido;
¡Ved si es justo mi dolor!»

ROMANCE X.

DE LAS DICHAS DEL AMOR.

No juzgues, bella aldeana,
Que es, por niño, á Amor difícil
Cautivar un albedrio,
Y á si en dulce lazo unirle;
No que á su imperio dichoso
Quien gusta indócil resiste,
O que hay, cuando el arco flecha,
Destreza que el tiro evite;
Que en la corte y en los campos
Incontrastable preside,
Y así al guerrero avasalla
Como al zagalejo humilde.
Hace al más rústico, urbano,
Audaz la tímida virgen,
Y hasta el ancianoseudo
Por él las canas se tiñen.
Bien que en unos lindos ojos,
Y en un seno de jazmín,
Y unas mejillas de rosa
Toda su fuerza consiste.
Así alegre y bullicioso,
No, engañada, te imagines
Que en las lágrimas se goza
Ni con los suspiros ríe;
Que educado por las Gracias,
Gusta que bailen y trisquen,
Y que canten y festejen,
Cuantos sus banderas siguen;
Ya en la pacífica Idalia,
Ya de Gnido en los pensiles,
Grata los éntre su madre,
Ya en sus aras sacrificuen.
El camino de su templo,
La senda que dél dirige
Al bosque de las delicias
Sus ahijados más felices,
No por ásperos los tengas,
Ni los juzgues imposibles;
Que son llanos y de rosas
Poblados, y de alhelies;
Ni menos pienses, cobarde,
Que su fuego el alma afige,

De sus blandas heridas,
Que ningún remedio admiten.
Su fuego un ardor suave,
Sus llagas son apacibles,
Y ves puntas las flechas,
Que su dulce nombre imprimen.
Y esos hierros con que oprime
Sus venturosos esclavos,
Que tú llamas infelices;
Es un celestial alcázar,
Don le gozan los que viven,
E vez de encierros y grillos,
De contentos indecibles.
Siempre entre mirtos y acacias,
En un templo bonancible,
Como el ambiente de aromas,
Los ramos de colorines,
Que revolando anhelosos,
A las queridas persiguen,
A par que en sus dulces trinos,
«Amor, sólo amor», repiten.
Allí embebidas las almas,
Y en esperanzas que figen,
Ya en destienes que contrastan,
Ya en favores que consiguen,
En un ora, ora suspiran,
Ora blandamente gimen,
Ora ora, ora se quejan,
Ora al amado se rinden.
Sus palabras son caricias,
Sus risas serenos íris,
Y el despojo y los rigores
Ocasión á nuevas lides.
Fragua feliz los recelos,
El amor ya tibio se avive,
Y los piques y mudanzas,
Del otro nuevo amor origen.
Su favor es blanda llama
Que el alma se derriete,
Pasatiempo los cuidados,
Y la timidez melindre.
¡Felices mil y mil veces
Las que en su poder suspiran,
Las que sus cadenas llevan
Y las que su ley reciben!
¡Y yo aún más feliz, bien mío,
Si á mi ruego al fin sensible,
Una hechicera mirada,
«Oya y no temas», me dice!

ROMANCE XI. ✓

Á FILIS, RECIEN CASADA.

Llegó en fin el fausto día
Que tanto Celio anhelaba,
Que cien envidiosos lloran,
Y que mi amistad aclama.
Ya eres su esposa, y tú cuello
Sufrir dócil la lazada
En que, para siempre unidas,
La suya y tu vida se atan.
De flores será olorosa
Si la dos sabeis llevarla,
Cual de punzantes espinas
Si la discordia os separa.
Cuida, pues, amable Fili,
De que cada vez más grata
Al feliz velado sea.
Por tu dulzura y tus gracias;
Cuida que el peso no sienta,
Y que una tierna mirada
Del esposo en cada hora
El amante fiel te baga.
Bien, Fili, lograrlo puedes,
Si la ilusión regalada
Que hoy le embelesa, procuras
Que el tiempo no la deshaga.
Ni mimosa le empalague,
Ni con melindres de casta
Marchites, por tus desvíos,
La flor de sus dulces ansias.

Sé placida á sus amores;
Mas gratamente velada
De un rubor tímido á veces,
Feria tus finzas cara;
Que por vulgar no se precia,
Aunque riquísima, el agua,
Y al claro sol el diamante
Por lo raro se compara.
Ni le des ni pidas celos;
Celos que pedidos cansan,
Y dados... Te ofendería.
Si más de este achaque hablara.
Los donosos devaneos
Acabaron ya, cual vagas
Pasan las nubes de estío,
Que sin lluvia el campo engañan.
Acabaron, bella Fili,
Las citas á la ventana,
Los empeños en el baile,
Las músicas y enramadas,
Y aquel tu bullir travieso,
Que te dió entre las zagalas
El renombre de festiva,
De decidora la palma.
Lo que en la alegre soltera
Se ríe como una gracia,
Por liviandad se censura
En la severa casada.
Hoy un nuevo amor empiezas,
Cuya deliciosa llama
Otros frutos ha de darte,
Y otra más ilustre fama.
Tu esposo, y tu esposo solo,
Goce de tu vida y alma,
Al par que de entrambas suyas
Tú eres feliz soberana.
Un querer, un gusto, un lecho
Comun os sea; en su cara
Te mirará como espejo,
Y tu genio al suyo iguala.
A veces á sus antojos
Tu razón dobla; que es gala
Del amor mandar sirviendo,
Y al que se humilla le ensalzan.
Sé con cuantos te rodean,
De trato y condicion blanda;
Que el rigor enojos cria,
Y mal oye quien mal habla.
Solicita con tu esposo,
Y desvelada en tu casa,
Cual madre todos te miren,
Tus doncellas como hermana.
Pero á par cuida prudente,
Pues su señora te llamas,
No tan alto nombre pierdas,
Si encubriéndolas te guardan.
Alégrate sin rebazo,
Y tréce en el baile y canta;
Que la virtud nunca estuvo
Con la risa mal hallada;
Y huye, indulgente y benigna,
La severidad ingrata,
Que á la par que humilla, ofende,
Y el fuego de amor apaga;
Viendo en el mar de la vida
Cuál á un rayo de bonanza,
Que fugaz vuela, horrorosas
Ya mil nubes amenazan.
Sin afectar presunciones
Ni en cada día una gala,
Conservar ese limpio esmero
Con que á todos nos encantas.
Cuida de tí por tu amado,
Y hazte á sus ojos tan varía,
Que cual ora ilusos, te hallen
Cada vez más extremada.
Mira que el querer se entibia,
Que el ciego embeleso pasa,
Que desplace el desaliño,
Y lo gozado empalaga.
Serás madre, bella Fili,
Serás madre, y hechizada

Recibirás en tus brazos
La mitad de tus entrañas.
¡Oh, en qué afectos, al oírlo,
Tu amante seno se inflama,
Viéndote fecunda oliva,
De pimpollos enramada!
Serás madre, y de tu esposo
Crecer sentirás la llama,
Reflorece las finzas,
Sellarse la confianza.
Sobre él sentarás segura
Tu amable imperio, y ufana
Brillarás cual entre albores
Se ostenta risueña el alba.
Crecerán tus dulces hijos,
Y en ellos tus esperanzas,
Cual mata de clavellinas
Plantada al margen del agua.
Tú, velando noche y día
Felizmente en su crianza,
En delicias celestiales
Te sentirás inundada;
Y serás, Fili, en el mundo
Cual tortola solitaria,
Que en su nido y en su amado
Todas sus venturas halla.
En tu regazo dormidos,
Colgados de tu garganta,
Verás con qué de caricias
Tu ardiente cariffo pagan.
A tu voz, cual los polluelos
Que su madre en torno llama,
Correrán de gozo llenos,
Siguiéndolos tus miradas;
Mientras el feliz esposo
Ya sus brazos les prepara,
Y entre su querida y ellos
Su corazón se derrama;
Gozando tú embebecida
Cual nuevas las vivas ansias
De su tierna fe, la gloria
De ver cuán penado os ama.
¡Oh qué de premios y dichas
Fausto el cielo te depara!
¡Qué de contentos y amores
De pureza inmaculada!
¡Qué porvenir tan glorioso!
¡Qué deliciosa fragancia
De virtudes! ¡Qué de bienes,
Esposa y madre, te aguardan!
Disfrútalos, Fili bella,
Y las prendas que te ensalzan
Admire yo, si es posible,
En tus hijuelos copiadas.
Disfrútalos, y la dicha
Sé por siempre de tu casa,
El lustre de nuestra aldea,
Y de todos la alabanza.—
Como paraben de boda
Estos versos le cantaba
Un zagal, que fué su amante,
A Fili, recién casada;
Cuando de repente al triste
Tan al vivo se retratan
Los dolorosos recuerdos
De sus dichas malogradas,
Que en su deliciosa imagen
Como embebecida el alma,
Ni ya al rabel armonía,
Ni al labio le da palabras;
Y angustiado, aborto y mudo,
A pesar de su constancia,
La que empezó enhorabuena,
Si no cesa, en llanto acaba.

ROMANCE XII.

LOS DÍAS DE SILVIA.

A la excelentísima señora Duquesa de Alba.

Si á los cándidos impulsos
Que mi corazón abriga,

Mostrar toda su fineza
 Hoy dejase, amable Silvia,
 Cual disparados hervores
 De mi ardiente fantasía,
 La tibieza los burlara,
 Murmurándolos la envidia.
 Mas quien intimo supiese
 La sencillez de mi fina
 Voluntad, los dulces lazos
 Que al Duque y á tí me ligan;
 Lazos que á los dos me estrechan
 Con violencia tal, que unidas
 En una sola tres almas,
 Vuestra ventura es la mía;
 Ni culpára mi entusiasmo,
 Ni llamára encarecida
 Una afición, que hará siempre
 Mi embeleso y mis delicias.
 Dijera, sí, que la pluma
 Por el papel corre tibia,
 Ni alcanza á pintar la lengua
 Cuanto el corazón le dicta;
 Este corazón que anhela
 Por que goces aún más días
 Que alza luceros la noche,
 Y el Mayo rosas matiza;
 Más que el abrasado Julio
 Lleva de rubias espigas,
 Que la belleza de ardores,
 De gozos el amor cria.
 Y cual plácido arroyuelo
 Que por la vega florida,
 Salpicándola de aljófar,
 Mansamente se desliza,
 Tal tus años lentos giren
 En serie no interrumpida
 De bien logrados deseos,
 De inefables alegrías.
 Por siempre en verdor lozano,
 Del tiempo la mano impla
 Jamas tu cabello ultraje,
 Ni mancille tus mejillas;
 O esos tan lumbrosos ojos,
 Y á esa boca toda risas,
 Con las lágrimas se anublen,
 Dolientes ayes aflijan,
 Sino que hechiceros ardan
 Cual ora amor los atiza,
 Y ella de cuantos la escuchen,
 Las voluntades te rinda.
 Jamas de amargos cuidados
 Tu sensible pecho gima,
 Ni la inquietud ó el desvelo
 Tu blando sueño persigan;
 Mas bien con plácida mano
 Fortuna tus pasos rija,
 Y por donde quier que fueres,
 Contigo lleves la dicha.
 Brillando cual la alba luna,
 Cuya claridad benigna
 A los alegres encanta
 Y á los míseros alivia;
 O como el astro de Vénus,
 Cuando á la aurora convida
 A que abra al día las puertas,
 Y ahuyente la noche umbría.
 Envidiada, mas sin queja,
 Todos te busquen y sirvan,
 Los hombres cual su señora,
 Las mujeres por amiga;
 Y encantados dulcemente
 De las gracias con que brillas,
 De tu lengua estén colgados,
 Que miel y ámbares destila.
 Tus saladas agudezas
 Y tu urbanidad festiva
 El ingenio las aplauda,
 La emulación las repita;
 Corriendo de boca en boca
 Por siempre esa vena rica
 De donaires, que en la tuya
 Inagotable se admira.

Respete tu genio amable
 Hasta la calumnia misma;
 La envidia, al ver tu talento,
 Enmudezca, confundida.
 Enmudezca cual las aves,
 Cuando suavísimo trina
 El ruiseñor solitario,
 Oyéndole embobecidas.
 Y tú, Silvia, sobre todos,
 Cual rauda el águila altiva
 Se encumbra, tu vuelo elevas,
 Y todos tu ley reciban.
 Sean tus inmensas riquezas
 Patrimonio á la desdicha,
 Tu excelso nombre un sagrado
 Contra la suerte enemiga.
 Adúlete la esperanza,
 Abráctete la sencilla
 Blanda paz, risueño el gozo
 Más y más sin fin te siga.
 Así ejemplo á las edades
 De virtudes peregrinas,
 Tus discreciones se aprendan,
 Cual tu bondad se bendiga.
 Favorable, en fin, el cielo
 A cuanto amistad me inspira,
 En su seno, y en los brazos
 Del amor, mil años vivas.

ROMANCE XIII.

LA ZAGALA DESDEÑOSA.

Si me quieres, como dices,
 Deja el desden, zagaleja;
 Que nunca bien Hermanaron
 El amor y la aspereza.
 Opon cruda los desdeños,
 Si otro zagal te festeja;
 Que escuchar á dos á un tiempo,
 Es hacer á ambos ofensa.
 Uno sea el escogido;
 Mas cuando feliz lo sea,
 Goza en paz de su ternura,
 Y él en libertad te quiera;
 Y celébrete entre todas,
 Y en derretidas fincas,
 Pagándole tú benigna,
 Su llama exhalar se pueda.
 Que en el amor los rigores
 Son cual hielo en primavera,
 Que al Mayo roba sus galas,
 Y á los ganados la hierba;
 Y el favor plácida lluvia,
 Con que Abril al campo alegra,
 Que hace florecer los valles,
 Y espirar la sementera.
 Favorece, y no desdeñes;
 Que no toda la belleza
 Está en unos lindos ojos
 O en una dorada trenza.
 La beldad erguida y vana
 Es bien cual pomposa yedra,
 Que alegres todos la miran,
 Pero ninguno la aprecia;
 Mas al agasajo unida,
 Cual vid de racimos llena,
 A cuya sombra apacible
 Gozosos todos se sientan;
 Y cuyos vástagos verdes,
 Cuando en el olmo se enredan,
 Lo realzan con sus hojas,
 Con sus abrazos lo estrechan.
 Flor de un día es la hermosura,
 Y el tiempo tras sí la lleva;
 Y si en mis palabras dudas,
 Toma una lección en Celia.
 Celia, la célebre un día
 Por su beldad hechicera,
 Que despreció á mil rendidos,
 Cuanto envanecida, necia;
 Y hoy, ultraje de los años,

Busca, en sus ardoras cicga,
 Quién la sirva, y todos huyen;
 Quién la mire, y no lo encuentra.
 Voló, con su nieve y rosa,
 De sus ojos la viveza,
 Y arrugada y sola y triste,
 A un seco rosál semeja.
 Sólo la bondad sencilla,
 Que cariñosa, aunque honesta,
 Oye á su zagal querido,
 Y lo corresponde tierna;
 La que con sus gracias ric,
 Y con él baila en la fiesta,
 Y en el seno pon sus flores,
 Y con otras su amor premia;
 La que viendo en él su esposo,
 Ni se esquivo ni avergüenza
 De que á ella todos por suya,
 Y á él por su amante los tengan.
 Esta siempre como el alba
 Brillando en su luz primera,
 A cuantos la ven rendidos
 Guarda en su dulce cadena.
 Los años no la oscurecen,
 Ni los cuidados la aquejan;
 La emulación la perdona,
 Y la envidia la respeta;
 Siendo, aunque en edad tardía,
 Su agrado y felices prendas
 Delicia de los zagales,
 Como encanto de las bellas.
 Sé, pues, afable, Amarilis,
 Cesa en los desdeños, cesa;
 Que en tu júbilo y donaires
 Bien ese rigor no suena;
 Ni te formaron los ciclos
 Así extremada y perfecta
 Para que tan altos dones
 Más ramente se pierdan.
 Sé afable con quien te adora,
 Y verás toda la aldea,
 Y ora tu altivez murmura,
 Celebrar tu gentiliza.—
 Así cantaba Belardo,
 De una zagala á las puertas;
 Y ella, asomándose airada,
 Que calle y parta le ordena.

ROMANCE XIV.

LOS SUSPIROS DE UN AUSENTE.

Tras aquel ceñudo monte
 Que á las estrellas levanta
 Su erguida frente, de nubes
 Y de nieves coronada,
 Está la mansion dichosa
 De mi Clori, la zagala
 Que es gloria de estas riberas
 Y embeleso de las Gracias.
 Fina el alma me lo anuncia,
 Pues no cabiendo, agitada,
 Ya en mi lastimado pecho,
 En tiernos ayes se exhala.
 Con violencia irresistible
 De la otra parte se lanzan
 De la alta cima mis ojos,
 O el duro monte traspasan.
 Mil cuidados van con ellos,
 Penas mil y quejas vanas,
 Y mil finezas y ardores...
 ¡Ay, que la ilusión me engaña!
 Yo aquí en soledad me aflijo,
 De la otra parte mi amada,
 Opuesta á nuestros deseos
 Esta invencible muralla.
 ¡Fiero monte! tú me privas
 Volar adonde me arrastra
 Mi dulce amor... ni aun me dejas
 Ver su pacífica estancia.
 La estancia que fué algun día,
 En mi suerte afortunada,

Confidente de mis glorias,
 Testigo fiel de mis ansias.
 Allá estático la busco,
 Y en su impaciencia de hallarla,
 La vista allí se la finge,
 Y allí corren vida y alma

En pos de Clori... ¡Bien mío!
 Sólo a tu nombre en mil llamas
 Arde el pecho, mi sér todo
 En gozo y delicias nada.
 ¡Clori! Clori! ¡quién me diese
 Esa importuna distancia
 Traspasar veloz! ¡quién ciego
 Precipitarme á tus plantas!

¡Estrecharte entre mis brazos,
 Y así en sorpresa tan grata
 Ver tu tímida inocencia
 Cual con tu pasión luchaba;
 Y las lágrimas de gozo
 Con que tu seno idundaras,

Mezclándolas con las mías,
 En mis ayes inflamárlas!
 ¡Qué tierna te oyes á solas
 Por mi anhelar, y en tu cara,
 Ya la inquietud retratarse,
 Ya plácida la esperanza!

¡Ya de un infeliz dolerte,
 Que en su soledad amarga
 Mil y mil veces sirva seso
 Nombra á su Clori adorada!
 ¡Clori mi labio articula,
 ¡Clori lisonjera el aura,
 Y Clori el eco repite
 Por la selva solitaria;

Y mi Clori no me escucha...
 Monte fiero de tu falda
 Hasta tu cumbre te acose
 La esterilidad infanta;

Ni á tus árboles el Mayo
 Vista jamás de sus galas,
 Ni tus desnudas laderas
 De flores y de esmeralda;

Tus arroyuelos no corran;
 Los veneros que brotaban,
 Ballando tus ricas fuentes,
 Cierren sus venas de plata;

Las aves de tí se alejen,
 Ni entre tus áridas ramas,
 O al tierno amor sacrificuen,
 O sus blandos nidos hagan;

Ni, en fin, los amantes fieles
 Honren tus sombras ingratas,
 Buscándolas por terceras
 De sus finas confianzas.

Esto sea, odioso monte,
 Pues con aspereza tanta
 Te opones á mi ventura,
 Mi ardiente pasión contrastas.

Ver, si no, á mi luz me deja;
 Deja á mi ligera planta
 Doblar tu escarpada cumbre,
 Volar hasta su cabaña;

Sorprenderla en su retiro,
 Feliz un instante hablarla,
 Y allí lanzar sus zozobras
 Y alentar sus esperanzas,
 Clamándole: «¡Vida mía,
 Manténme la fe jurada,
 Y otra y mil veces recibe
 La que mi pecho te guarda;

«¡que nuestro amor venciendo
 Háitos, tiempos y distancias,
 De firmeza ejemplo sea
 Hasta en la edad más lojana!»
 Da ¡oh monte! este corto alivio
 A mis súplicas ahincadas,
 O al solícito deseo
 De mi Clori, que me aguarda.

Y si el ruego y la inocencia
 El duro mármol ablandan,
 Cele, ¡oh! cede á su ternura,
 Y sus lágrimas acalla;

Y sus lluvias te dé el cielo,
 Y eternas duren tus hayas,
 Y huya el ardiente solano
 De tus umbrosas moradas.
 ¡Ah! ¡si yo al menos tuviera,
 Pues que su aspereza clama
 Sin fruto mi amor, del viento
 O de las aves las alas!

Mas rápido que la mente,
 Clori mía, á tí volará;
 Viera si de mí te acuerdas,
 Y viera cuán fina me amas;
 Y si mis ternezas partes,
 Y si mis zozobras pagas;

Si enajenada me buscas,
 Si como loca me llamas;
 Y en nudo estrecho enredado
 De tu nevada garganta,
 Con ardiente sed bebiera
 Tus lágrimas regaladas;

Arrastrárate á mi pecho,
 Y allí, en mi pasión ufana,
 En tí, Clori, mi sér todo,
 Y el tuyo en mí trasladará;
 Movierante mis gemidos,
 Callaránte mis palabras,

Y envidiara el amor mismo
 Nuestras celestiales ansias.
 Así deshechas las dudas
 Que ausente de tí me asaltan,
 Tú ardieras en mi fineza,
 Yo me embriagara en tus gracias.

¡Quién esto, mi bien, hiciese!...
 ¡Ay! una sola mirada,
 Una lágrima, un suspiro,
 Todas mis dichas colmára.

ROMANCE XV.

LOS SEGADORES.

Segadores, á las mieses;
 Que ya la rubia mañana
 Abre sus rosadas puertas
 Al sol que de Oriente se alza.

Un vientecillo agradable
 Sigue su brillante marcha,
 Meciendo en volubles ondas
 Del pan las débiles cañas.

¡Ved cómo se pierde entre ellas!
 ¡Ved cuán susurrante vaga!
 Ora carga y las inclina,
 Ora raudo las levanta.

Los desfallecidos pechos
 Su vital soplo repara,
 Y al trabajo interrumpido
 Con nuevo vigor nos llama;

A par que las avecillas,
 No bien despiertas, el alba
 Saludan con mil gorjeos,
 Trinándole la alborada;

Y huyen las lóbregas sombras,
 Y el horizonte se inflama,
 Y el luminar de los cielos
 En su inmenso ardor nos baña.

A las hoces, pues, amigos;
 Que el tiempo veloz se pasa,
 Y miles de espigas de oro
 Nos provocan sasonadas.

De ellas la frente ceñida,
 Nos sonríe la abundancia,
 Para henchir nuestros graneros
 Y colmar nuestra esperanza.

Vedlas en qué remolinos
 De aquí y de allá se esparraman,
 Moviendo turbulenta,
 Como la mar por las playas;

Haciendo en pos una pausa,
 Toman rápidas á alzar,
 Y á ondear muy más livianas.

No, pues, tan rico tesoro
 La pereza desmayada
 O la ingrátud lo pierdan;
 Seguid alegres mis plantas.

Seguidas; de un pobre anciano
 Ved cómo las manos flacas
 Os dan del trabajo ejemplo,
 Y á las vuestras se adelantan.

Cuando fui mozo, ninguno
 Logró sacarme ventaja
 Ni en el afán de una siega,
 Ni con el bieldo en la parva;

Mas hoy los años me encorvan,
 Y así las fuerzas desmayan
 Cual la pajilla voluble,
 Que el viento á su antojo arrastra.

Sís, pues; empezad festivos
 De la siega la tonada,
 Que vago nos vuelva el eco
 Desde la opuesta montaña;

O en acento más sublime
 Y con voces alternadas,
 De la honrosa agricultura
 Resonad las alabanzas;

Santificada en Isidro,
 Gloriosa en el godo Wamba,
 Y allá en eden por Dios mismo
 Al hombre aun sin culpa dada.

El vicio es llamado y triste,
 La inocencia ríe y canta,
 Y el trabajo es pasatiempo,
 Cuando el placer lo acompaña.

¡Oh! ¡cómo aquél nos alegra,
 Si la bendición alcanza
 Del cielo, que sus larguezas
 Ora por doquier derrama!

¡Cómo el corazón se goza
 Recordando las escarchas
 Y aguaceros con que Enero
 El ancho suelo inundaba!

Aquellos hielos y lluvias
 Son las selvas erizadas
 Que hoy veis de doradas mieses,
 Y un Dios bueno nos regala.

Este es el orden que puso
 Con su omnipotencia sabia
 Al tiempo, que raudo vuela
 Con igualdad siempre varia.

Así el sustento atesora
 De esa infinidad que vaga
 De vivientes por la tierra,
 O tiende al viento las alas.

Todos á su Providencia
 Cual menesterosos claman,
 Y en sus manos paternales
 Piedad y alimento hallan.

Hallelo el pobre en las vuestras;
 Si de ellas tal vez se escapa
 Quebrada la rica espiga,
 Guardaros bien de apañarla.

Naturaleza prepara;
 Cuando la veis que, riente,
 De gavillas circundada
 Y de riquísimas frutas,
 En comun á todos llama,
 O por árida codicia,
 O por vil desconfianza,
 En nos solos vinculemos
 Los tesoros de sus gracias.
 De ellos vive el ave, y parte
 La hormiga en sus trojes guarda;
 Téngala también el pobre,
 Que humilde nos la demanda;
 Y lleve con su hacecillo,
 Cual si un tesoro llevara,
 El consuelo y la alegría
 A su misera morada,
 Donde postrados acaso
 Sobre otras miserias pajas
 Ya sus pequeñuelos hijos,
 Deh ambre transidos le aguardan.
 Así al buen Dios imitamos,
 Que nos da con mano franca;
 Agradarle abrir las nuestras,
 Y enojarle es el cerrarlás.
 Abridlas pues, y sus dones
 Entre todos se repartan;
 Que El los da á todos, y á todos
 Su inefable amor abraza.—
 Esto Plácido decía
 A la puerta de su granja,
 En medio sus segadores,
 Que como á padre le acatan;
 Plácido, en cuyo semblante
 La inocencia de su alma
 Y el respeto impresos brillan
 En sus venerables canas.
 Alzando las corvas hoces
 Con bulliciosa algazara,
 Todos al anciano siguen,
 Y él alegre les gritaba:
 «Segadores, á las mieses;
 Que ya la rubia mañana
 Abre sus rosadas puertas
 Al sol que de Oriente se alza.»

ROMANCE XVI.

EL CONVITE.

Por entre la verde hierba
 Baja un arroyuelo al prado,
 Orlando de espuma y nácar
 Las flores que encuentra al paso.
 ¡En cuántos cercos se pierde!
 Ora va risueño y manso,
 Y ora hace un blando susurro,
 Las guijas atropellando.
 Limpísimos sus raudales
 Semejan al aire vano,
 Que transparente nos muestra
 Los términos más lejanos.
 La arena en el fondo bulle;
 La arena, que entre sus granos
 Esconde el oro más puro
 Que da el celebrado Tajo;
 Y resbalándose en ondas,
 Cual las que de grado en grado
 Forman las fáciles aguas,
 Remeda su curso vago.
 Luego el veloz paso enfrena,
 Y en el mullido regazo
 De la espada y el trébol,
 Que riega abundoso y claro,
 Hasta su murmullo calla;
 Y parece que cansado
 De tanto correr, se duerme
 En un plácido remanso,
 Do se ven los pececillos,
 Ora rápidos vagando,
 Ir y revolver mil veces
 Por el cristalino lago;

Y ora en más alegre juego
 Con devalido conato
 Lanzarse, y sonando hundirse
 En las olas con sus saltos.
 Los árboles de la orilla,
 En su espejo retratados,
 Dos veces la vista alegran
 Con la pompa de sus ramos.
 Sobre ellos los pajaritos
 Bullen en júbilo y canto,
 O entre sus vástagos corren
 Lascivos y alborotados.
 Aquí el ruiseñor canoro,
 Al cielo su duelo alzando,
 Con los trinos embebece
 De su melodioso llanto;
 Y allí, premiándola tierno
 Con mil piadas y halagos,
 Ardiente en pos de su amiga,
 Sale un colorin volando.
 Allí la tórtola gime,
 Y al arrullo solitario
 Rendida su fiel consorte,
 Le vuelve un quejido blando.
 Solicitas las abejas,
 En un tomillar cercano
 Con dulce trompa susurran
 Entre violas y amaranos;
 Mientras en la opucata ladera,
 Satisfechos ya del pasto,
 Al frescor de su enramada
 Se reposan los rebañicos;
 Y el valle en delicias arde;
 Y en ventura y gozo tanto,
 Sólo amor el pecho siente,
 Y de amor suspira el labio.
 Ven, pues, á la grata sombra
 Del álamo consagrado,
 Zagala hermosa, á tu nombre
 Desde que en él nos hablamos;
 Y en cuya limpia corteza,
 Ceñidas de un verde lauro,
 Grábé atentos nuestras cifras,
 Del amor mismo guiado.
 Anúdalas ¡ay! por siempre,
 Y en indisoluble lazo,
 Florido un mirto, y en torno:
 «De Clori dichoso esclavo.»

Sús, pues; ¡qué nos detenemos!
 Ven á su fresco descanso;
 Que ya del sol y tus ojos
 No puedo llevar los rayos.
 Ven, y á mis ruegos te inclina;
 Dame donosa la mano;
 Que bien este don merece
 Quien su corazón te ha dado;
 Quien meses tantos de ausencia
 Sufrió infeliz, suspirando
 Por este lumbroso día,
 Término á mis ansias grato;
 En que en brazos del deseo
 Los dulcísimos regalos
 Disfrute, con que me brindan
 Tu ternura y tus encantos.
 ¡Oh! ¡cuál tus miradas brillan!
 ¡Cuán lánguidos son tus pasos!
 ¡Y en tu acento y en ti toda
 Qué nuevas delicias hallo!
 Ven, vén, adorada Clori:
 Un instante no perdamos;
 Que amor nos rie, y propicio
 Tiende el misterio su manto.
 Celebrarán nuestra gloria
 Las avecillas cantando,
 Murmurando el arroyuelo,
 Y balando los ganados.

ROMANCE XVII.

EL VELO.

Quita, aparta, Clori mía;
 Quitate ese odioso velo,

Que los rayos oscurece
 De tus ojos hechiceros.
 Deja que la lisa frente
 Luzca en todo su despejo,
 De los rizos coronada
 De ese tu rubio cabello;
 Que tu boca y tus mejillas,
 Y tu garganta y tu seno,
 A par que arrastren mis ojos,
 Electricen el deseo;
 Que esa flor de colorido
 De rosa y jazmin deshechos,
 Y tantas gracias y dotes
 Que te dió prodigo el cielo,
 Brillen en toda su gloria,
 Y hagan el felis empleo,
 Sin esa importuna nube,
 De mil corazones tiernos.
 ¿Los tienes para ocultarlos?
 ¿No ves cuál ostenta Febo
 Su luz profusa, y la noche
 Miles de ardientes luceros?
 Ni la noche ni el sol hacen
 De su hermosura un misterio,
 Ni de su oriente la perla,
 Ni el diamante de sus fuegos.
 Todo, todo cuanto existe,
 Mientras más gracioso y bello,
 Quiere amor, el cielo ordena
 Que brille cual brilla él mismo,
 En muestra de su grandeza,
 Y ornato rico del suelo,
 Y ocupacion de la mente,
 Y de los ojos recreo.
 Deja, pues, embozos tales
 A la inquietud de los celos
 O á la beldad que ya sufre
 La cruda mano del tiempo.
 Tú, empero, que airosa creces,
 De perfecciones modelo,
 Como la temprana rosa
 En medio un pensil ameno;
 Tú, que cual la blanca luna,
 De las estrellas en medio,
 Esclarece el bajo mundo
 Y hermosea el firmamento;
 Así, cuando te presentas
 De tus gracias en el lleno,
 Eres, mi bien, de estos valles
 La delicia y el contento.
 ¿A qué negarte á los ojos,
 Que en su cariñoso anhelo,
 Gozar quieren cuanto admira
 De bello en tí el pensamiento?
 Si es arte, para que oculto
 Haga el delicioso empeno
 De hallar en los corazones
 Más poderoso su efecto;
 A vulgares hermosuras
 Deja ese falaz manejo,
 De que el desengaño rie,
 Si hace ilusion un momento.
 Deja á esas flores sin vida,
 Para embelesar á necios,
 Que ostenten lo que no tienen,
 Diafracen lo que perdieron.
 Tiendan ellas, porque vistos
 Pierden su rostro y su cuello,
 El velo hasta la cintura,
 Y esconden su árido pecho.
 Guarden de la luz sus ojos,
 Por si en su ingenioso juego
 Crece por la gasa el brillo
 De sus lánguidos reflejos;
 Y á esfuerzos de un vil engaño
 Hagan, en fin, que de léjos,
 De su hermosura se luzcan
 Los desmoronados restos.
 No tú, que por tus donaires,
 Y tu mirar halagüeño,
 Y tu bullicio y delicias,
 Y tus sales y tu ingenio,

Esas formas de una diosa,
 De aire noble y esbelto
 De tu cabeza, esos pasos
 Que envidia la misma Vénus;
 Igual en los corazones
 Mantienes tu dulce imperio,
 Martirio de las hermosas,
 De los hombres embeleso.—
 Así yo á Clori rogaba;
 Y ella, donosa riendo,
 Abrazando su fiel diestra,
 El velo á mi ardor molesto.
 Y ya tus gustos cumplidos
 Tees, mi querido dueño,
 Te gozate en mis ojos,
 Que mi alma toda está en ellos.
 «Vélos, y hallarás tu imagen,
 Que del corazón saliendo,
 Te sabe, y contarte puede,
 Las más íntimos secretos.»
 Tu en mi impaciente delirio
 Embebecido, sin seso
 Erellos, y ellos se clavan
 En mi lánguidos y tiernos.
 Las delicias inefables
 Que á aquel instante siguieron,
 No es posible, amor las diga,
 Que yo á explicarlas no acierto.

ROMANCE XVIII.

CLORI ENFERMA.

«Con qué dolor, Clori mía,
 Mi cariño fiel te deja!
 Cuanto recela y se affige,
 Y el decirte adios le cuesta!
 Tú padeces, y yo, esclavo
 De una bárbara decencia,
 Apenas preguntar oso
 Si el agudo mal se templa.
 Pero en tu mirar doliente
 El corazón me penetras;
 Me lo dividen tus ayes,
 Y tu silencio me hiela;
 Tanto, que el dolor partiendo
 Contigo mi amor, apenas
 Mi mano, si te levantas,
 Tembla en tu auxilio llega.
 Vaste al lecho, y abatido
 Te abandono á tus doncellas.
 ¡Ay! ¡por qué el cuerpo se aparta
 De do vida y alma quedan?
 ¿Por qué, mi bien, esta noche,
 Sentado á tu cabecera,
 No he de velar y alentarte?
 ¿No aliviaré tu tristeza?
 ¿Con qué piedad guardaria
 Tu reposo! ¡con qué tiernas
 Dulces pláticas cuidara
 Tu vigilia hacer ligera!
 ¿Qué atenciones, cuánto esmero
 No empleara, á todo atenta
 Con solicitud dichosa,
 Mi entrañable diligencia!
 ¿Qué palabras, qué consuelos
 Te diría! ¡en qué finezas
 A un ay tan sólo, en tu alivio
 Se desharía mi lengua!
 Pero no, el dolor agudo
 No te aquejara; tus penas
 Templara el cielo á mi ruego,
 Y acabara la dolencia;
 El médico amor sería,
 Con lágrimas, mi ternera,
 El fuego apagando que arde
 En tu seno y te atormenta.
 Tal vez sobre el pecho mío
 Puesta la hermosa cabeza,
 Tus ojos corrara el sueño
 Con blandas adormideras;
 Y el corazón palpitando

Con carga tan halagüeña,
 Ni áun respirar osaria,
 Receloso de perderla.
 Solicito el aire mismo
 Tu amable delicadeza
 Guardara, y su soplo mudo
 Su velo insensible fuera;
 Despertaras, y mis brazos
 En agradable sorpresa
 Te estrecharán, y los tuyos
 Mi cuello tiernos ciñeran.
 No el dolor, Clori adorada,
 No turbaria.... ¡Cuál sueña
 Amor! Tú sola, yo lejos,
 ¿Quién oirá, mi bien, tus quejas?

ROMANCE XIX.

EL COLORIN DE FÍLIS.

Miraba Fílis un día
 Entre las doradas redes
 De la jaula, por romperlas
 Su colorin impaciente;
 Fílis, que amable y sencilla,
 Desde niña gustó siempre
 De avecitas, y en sus juegos
 Aun casada se entretiene;
 Miraba al pobre cautivo
 Llorar su mísera suerte
 Con los pios más agudos
 Y los trinos más dolientes;
 Morder el sonoro alambre,
 Y de alto abajo correrle,
 Pugnando su débil pico
 Si los hilos doblar puede;
 Sacudirlo enardecido,
 De un lado y otro volverse,
 Y avanzar cabeza y cuello
 Por la abertura más leve;
 Descansar luego un instante;
 Y con ímpetu más fuerte
 Saltar, volar, agitarse,
 Y hácia sí airado atraerle;
 Tal, que en su empeño y delirio,
 Con uña y pico inclementes
 Batiendo la jaula entera,
 A su esfuerzo la estremece.
 «¡Ay! dijo la bella Fílis
 (Y suspiró dulcemente),
 ¿Qué mal, jilguerito, pagas
 Lo mucho que á mi amor debes!
 ¿Qué mal tan sañosa furia
 Con tu placidez se aviene,
 Con tu delicia esos ayes,
 Que agudos mi pecho hieren!
 Mas, pues entre grillos penas,
 Por fina que te festeje,
 No hayas miedo que te culpe
 Tu esquivar ni tus desdenes;
 Que me olvide de tus gracias,
 Ni tu ingratitud increpe,
 Ni tu cólera castigue,
 Ni de mi lado te aleje.
 ¿Qué sirve que en tu carifio
 Solicita me desvele,
 Que la comida te ponga,
 Que el bebedero te llene,
 Que dadivosa mi mano
 Regalos mil te presente,
 Ni mi dedo te acaricie,
 Ni con mi boca te bese?
 ¿Qué sirve que mis finezas
 Tus donceuras celebren,
 Ni en tus suavísimos trinos
 Embebecida me lleves;
 Pues encerrado y esclavo,
 Sin esperanza de verte
 Jamas con tu dulce amiga,
 No es posible estar alegre?
 No es posible, ave querida,
 Por más que en fingir te esfuerces,

Que no maldigas la mano
 Que así entre hierros te tiene;
 »Y en cada mimo encubierto
 Algun lazo no receles,
 Con que tu bárbaro encierro
 Más ominoso te estreche;
 »Que de todo cautelosos
 La injusticia al fin nos vuelve,
 Y á los ojos que así miran,
 La amistad misma es aleva.
 »Yo también cautiva lloro;
 Y aunque de rosa y claveles
 Es mi cadena, en su peso
 El corazón desfallece.
 »Huérfana y en tiernos años,
 Que áun no cumplí diez y siete,
 Abandoné mi albedrío
 Al gusto de mis parientes.
 »Cúpome un amable dueño,
 Que galan me favorece,
 Cual amigo me respeta
 Y como hermano me quiere;
 »Pero, aunque humilde me sirva,
 Y por gran dicha celebre
 Que su señora me llame,
 Ni me engaña ni envanece;
 »Que yo también, jilguerito,
 Me valgo de estos juguetes
 Cuando con graciosos queibros
 Armonioso me enloqueces;
 »También hijito te llamo
 Si á mi voz pido vienes,
 Y tus alitas me halagan
 Y tu piquito me muerde.
 »Y áun más que tú ardiente y tierna,
 Tomándote blandamente,
 Te estrecho contra mi seno,
 Te beso mil y mil veces;
 »Y nada ya dulce hallando
 Con que me fe encareceste,
 ¡Ay, clamo, si con mis besos
 Mi vida darte pudiese!
 »Otro tanto hace mi dueño
 Cuando mi amor le enloquece,
 Que no hay fineza que olvide,
 Ni obsequio á que no se preste.
 »El pasatiempos me busca,
 Oros y galas me ofrece,
 Y en su casa y su albedrío
 Mis voluntades son leyes;
 »Pero en medio este embeleso,
 Una voz mi pecho siente
 Acá interior, que me dice:
 Nada á una esclava divierte.
 »Este pensamiento amargo
 Mancilla todos sus bienes,
 Y bien cual aciaga sombra
 Mi corazón oscurece;
 »Así como mis cariños
 Tú, avecilla, pagar sueles
 Con un pío, en que me incorpas
 La soledad en que muera.
 »Aun ahora elevada y triste
 Con un suspiro elocuente
 La libertad me demandas,
 Y á volar las alas tiendes.
 »No las tenderás en vano;
 Que el corazón me enternece
 Tu expresión y tus quejidos;
 Y así, en paz donoso véte,
 »Véte en paz (la jaula abriendo
 Dijo Fílis); no te niegue
 Mi amor lo que tanto anhelas,
 Y tan fácil darte puede.
 »Véte en paz, colorin mío,
 Pues esclavo de las leyes
 Que á mí bárbaras me ligan,
 En tu inocencia no eres.
 »Véte, y venturoso goza
 La libertad que ya tienes,
 Y que yo alcanzar no puedo
 Sino ¡ay triste con la muerte.»

Soltóle, voló, y el llanto
 Brotó involuntariamente
 De sus ojos, que se anegaban
 Con las lágrimas que llueven;
 Y mirando á su avechilla,
 Que ya en los aires se pierde,
 Con un suspiro que lanza,
 Seguirle ilusa pretende.

ROMANCE XX.

EL CARÍÑO PATERNAL.

No embaraces, dulce amiga,
 El grato anhelo del niño;
 Deja que donoso pase
 De tus brazos á los míos.

Mira en sus blandos gorjeos
 Y en su incesante bullicio,
 Cuál su tierno amor explica,
 Gozándose en mis cariños.
 El villillo los entiende;
 Y en oyendo, «dulces hechizo,
 Vén de tu padre á los brazos»,
 Se pierde en alegres brincos.

Aun ahora mismo riendo,
 No admiras cuán expresivo,
 Presentándose los suyos,
 Se impacienta por cumplirlo?

Déjalo pues, Lisi amada;
 Da benévola este alivio
 A la ternura de un padre
 Y á los ruegos de un amigo.

Ambos su encanto gocemos;
 Gocémosle, que uno mismo
 Es nuestro interés, las mismas
 Ansias al verle sentimos.

Fausto fruto de los fuegos
 Que el casto amor ha encendido
 En nuestros pechos, pimpollo
 Que florece á nuestro abrigo;

No la delicia me niegues
 De que entre besos y mimos
 Yo le festeje en mis brazos,
 Y él me acaricie festivo;

La delicia de en mi seno
 Regalarle adormecido,
 Y bullirle y sustentarle,
 Cual veces tantas te envidio.

Cédeme pues, blanda Lisi,
 Por ora este dulce oficio,
 Que así la feliz tarea
 Iguales los dos partimos.

No más lo tardes avara,
 Si por un ciego capricho
 No siente ya de su padre
 Celos tu amor con el hijo.

Pues no, que ese sol hermoso
 Tiene por mitad su brillo
 De ambos, Lisi, y en su oriente
 Los dos á par revivimos.

Una flor es que al desvelo
 Y al amor que ardiente y fino
 Nos liga, su pompa un día
 Deberá, y su ámbar subido.

Un otro los dos, un centro
 Do se unen nuestros destinos;
 Tú hallas á tu fiel Aminta,
 Yo á mi amable Lisi admiro.

Tú le llevaste en tu seno,
 Y con un blando suspiro
 Clamaste, al nacer: «¡Oh esposo!
 Recibe tu hijo querido.»

Estrechéle yo en mis brazos;
 Y bañándole en benigno
 Feliz llanto, pecho y vida
 Sentí con él divididos.

Y hoy á estos brazos le niegas.....!
 No deben partir contigo,
 Si es un gusto, el que tú gozas,
 Y si es carga, ser tu alivio?

¡Carga, idolatrada Lisi!
 ¡Carga! el serafín más lindo,
 Que en sus graciosos fulgores
 Semeja al sol matutino,

Semeja á la misma gloria,
 Y en quien tú y yo embebecidos,
 Parece que nuestras almas
 Con la suya confundimos;

Que ciegos, en él hacemos,
 En nuestro amante delirio,
 Un sér único, en su pecho
 Nuestros pechos derretidos.

Cuando aplicándolo al tuyo,
 Y él premiándolo arterillo,
 Como que apurar anhela
 Su néctar más exquisito.

Los dos en grato embeleso
 Su empeño infantil reimos;
 El, viéndolo, el pecho deja,
 Y entre gozos y cariños,

Soltándose en mil donaires,
 Ambos brácitos tendidos,
 Consigo amoroso, anhela
 En uno á los dos unirnos.

Yo cedo á su blando impulso;
 Pero al allegarme, asido
 Ya le torno á ver del pecho,
 Y el juego inocente río.

Otras veces más donoso
 Pone su rostro divino,
 De nuestros felices labios
 Ansiando un tierno besito;

Y al recibirlo, los suyos,
 Con mil risas prevenidos,
 Otro nos vuelven, tan dulce
 Cual lo diera el Amor mismo.

Otras cual loco voceas,
 Se agita, salta, y esquivo
 Escápase de tus brazos,
 Para venirse conmigo.

Tal ora lo ves, que apenas
 En ellos puedes sufrirlo;
 Y mientras más lo retiras,
 Más crece su ardiente ahinco.

Pues déjalo, idolatrado;
 No tu amor necio exclusivo
 Lo atormenta más; mis brazos
 Tendidos vé á recibirlo.

En ellos más bien á amarme
 Aprenderá, y divertido
 Con mis caricias, más dulce
 Le sonará el nombre de hijo.

¡Hijo adorado y hermoso,
 En quien mis venturas cifro,
 Esperanza de mi vida,
 De mi ancianidad alivio.

De tus venturosos padres
 Embeleso peregrino,
 Luz, clavel, fausto renuevo
 De nuestros años floridos!

Vén, mi bien, vén á alegrarme,
 Gózate en el seno mío,
 Pues que sólo, enamorado,
 Para tí y tu madre vivo.—

Lisi, la sensible Lisi,
 No pudo más resistirlo,
 Y dándole ardiente un beso
 Del almíbar más subido,

«Cesen tus ansias quejas
 Y tu inquietud y martirio,
 Y no enojoso acrimines
 Lo que pasatiempo ha sido.

«Cesen, donosa riendo,
 A su fiel Aminta dijo;
 Y toma la rica joya
 De tu amor tierno y sencillo.

«Un juego fué, dulce esposo,
 Negártelo, no un desvío;
 Toma, que con él mi vida
 En tus brazos deposito.»

Cogió el padre el feliz peso,
 Miró á Lisi enternecido,

Y en suave llanto sus ojos
 Se arrasaron sin sentirlo.

ROMANCE XXI.

DE LA NOCHE DE LOS FUEGOS

Nunca yo hallado te hubiera,
 Ni la noche de los fuegos
 Nunca tú, por mi ventura,
 Salieras, Rosana, á verlos;

Y hoy mi infelice cuidado
 No ardiera en ciegos deseos,
 Ni mi labio en mil suspiros,
 Ni en tiernas ansias el viento;

Que amor, si esperanza falta,
 Sólo es un loco despecho,
 La solicitud martirio,
 Y agonía los desvelos.

Vite afortunado entonces,
 Un acaso fué el encuentro;
 Mas el verte y adorarte
 Todo fué un instante mismo;

Cual son en la parda nube
 En un punto rayo y trueno,
 Y glorioso el sol inunda
 De un mar de luz tierra y cielos.

Tan bella en el llano estabas,
 Cual en un vergel ameno
 Crece el alto cinamomo,
 De flores y hoja cubierto;

Tal cual fresca clavellina
 Despliega el virginal seno,
 Salpicada de rocío,
 Y en ámbares baña el suelo;

Tal cual la rubia mañana
 Entre purpúreos reflejos
 Abre las puertas al día,
 Y en pos marcha del lucero.

Yo te rendí el albedrío,
 ¡Pude, bien mío, no hacerlo,
 Siendo tan bella, y mis ojos
 Estándote ¡ay de mí! viendo!

¡Quién de tu voz al prestigio,
 De tus miradas al juego,
 A la gracia de tus pasos
 Y á las sales de tu ingenio,

Esclavo no su humillára,
 Por más que con loco empeño
 A su magia irresistible
 Pusiese un pecho de acero?

O ¡quién no ofreció á tus plantas,
 Feliz en su rendimiento,
 Alma y libertad y vida,
 Haciéndote de ellas dueño?

¡Por qué á los fuegos saliste?
 ¡Por qué yo estuve ciego?
 ¡Acaso adorarte es culpa,
 O acaso en servir te ofendo?

¡Quién puso tal ley? Mal haya,
 Mal haya el alma de hielo
 Que así pensó, profanando
 De amor los dulces misterios;

Mal el que tirano intenta
 Ahogar su plácido incendio,
 Y que el suspirar no sea
 De la edad florida empleo.

No, el amor no es un delito,
 Sino un suavísimo feudo
 Que grata naturaleza
 Pone á los sensibles pechos.

Yo lo pago, y fiel te adoro;
 Benigna á mi ahincado ruego,
 No á su yugo, que es de flores,
 Huyas indócil el cuello.

Cede, adorada, á este yugo,
 Que sustenta el universo,
 Y á que dóciles un día
 Los númenes se rindieron.

Verás cómo siempre vivo
 Un purísimo venero
 De delicias inefables

En tu labio sediento ;
Cuán fino tu seno hierve
En regalados afectos,
Laboca en cantos y risas,
El alma en dichas y anhelos ;
Y en el fuego de sus aras
Mas y más sin fin ardemos,
Para gozar y adorarnos,
Como felices viviendo.
Así sin duelos ni afanes
En su glorioso cetro
Infamaremos, vida mia,
De la fortuna y el tiempo.

ROMANCE XXII.

LA HERMOSURA DEL ALMA JAMAS
SE ACABA, Y ES LA MEJOR BELLEZA.

No me rindieron, bien mio,
Ni tus ojuelos alegres,
Que con su juego me encantan
Y al amor mismo enloquecen ;
No el frescor de tus mejillas,
Ni el de la gran y nieve,
Como dos tempranas rosas
Que al sol modestas se encienden ;
No la nariz agraciada,
Ni la llena y blanca frente,
Ni tu boca, muy más dulce
Que son del Híbla las mielces ;
La bien torneada garganta,
Que gracias tantas sostiene,
Y ese seno de jazmines,
Ni el de mi anhelo ardiente ;
Ese seno, Clori mia,
Que para mejor perderme,
A par de tu suave aliento
Añade amor blandamente ;
Dónde ya artero se esconde,
Por que el cuidado lo encuentre,
Y ya entre dos azucenas,
Causado de herir, se aduerme ;
Bello son, y solicitan
El deseo á mil placeres ;
Mas como no me han forzado
A que tu cautivo fuese ;
Que ya en cien otras hermosas,
Por mil trances diferentes,
Entre el bullicio y las llamas
De mis alegres niñeces,
Por favorecido suyo
Me tendió el ciego estas redes,
Sin que en sus lazos falaces
Tan fácil cual hoy cayese.
Otros más excelsos dotes
Me obligaron á quererte,
Y otras gracias más divinas,
Que el amor vulgar no entiende.
Gracias, Clori idolatrada,
Que sin cesar reflorescen,
Y sólo el alma las goza,
Cual ella sola las siente.
Ella sola, y su fragancia,
Que á rosas y ámbares vence,
En el seno que la aspira,
Eternas delicias mueve.
Así en la comun belleza,
Que con su esplendor luciente
Y el agrado de sus formas
Los sentidos embebece,
Mi corazón mal contento
Y la razón impaciente
Un alma ansiaban ; la hallaron,
Y serán sus siervos fieles.
Que los encantos del cuerpo
Son vanos frágiles bienes,
Flor de un día, que á la tarde
Su pompa y matices pierde ;
Llama que brilla un momento ;
Que luego eclipsada muere,
Y al resplandor con que alumbra,

Sombras y dolor suceden.
Un soplo, un sol la mancillan,
O anubla el tiempo alevé,
Pero del alma los dones
Cual ella jamas fenecen.
Jamás tu amable inocencia,
Tu dulzor, y esa clemente
Ternura, que abierto al triste
Continuo tu pecho tiene ;
Ese pecho tan sensible,
Donde amor rendido aprende
A saber amar, y el mundo
Ni conoce ni merece.
En su prez inestimable,
Dejarán, mi bien, de hacirme
La impresión encantadora
Con que hoy todo me conmueven.
No, jamas la llama pura
De amistad en que te excedes
A ti misma, previniendo
Cuanto el deseo ansiar puede ;
Ese solcito anhelo,
Que siempre exhalado viene
A alzar con pródiga mano
La humanidad indigente ;
Y ese tu pensar divino,
En que, oyéndote, mil veces
Estática queda el alma,
Como si á un ángel oyese ;
O ese encanto delicioso
Con que delicada ejerces,
Sin ofender, el imperio
Que sobre todos te adquieres ;
Ni tu sencillez donosa,
Y esa modestia celeste,
Que amando, adorada, tanto,
Nada á permitir se atreve ;
Sentirán la acción del tiempo ;
Siempre en juventud perene,
Siempre ocupación dichosa
De mi pecho y de mi mente,
Que olvidando en tí lo humano,
Te hallarán graciosos siempre,
Celestial, amable y digna
De los cultos que hoy te ofrecen.
Así, aunque la edad caduca
Llegue á escarchar nuestras sienas,
Aun amaremos ; que el alma,
Clori, jamas envejece.

ROMANCE XXIII.

LA ZAGALA PENSATIVA.

¿Tú triste, serrana bella ?
¿Tus ojuelos cristalinos,
De llorar, mi bien, turbados ?
¿Sin luz su amoroso brillo ?
¿Tu rostro ajado ? ¿el gracioso
Color de rosa marchito
En tus mejillas ? ¿tu pecho
Lanzar ardientes suspiros ?
¿Tú elevada y silenciosa ?
¿Tú de tu zagal querido
El lado esquivar tres días ?
¿Por qué tan crudo desvío ?
¿Es éste el amor eterno ?
¿Este el premio á mis martirios,
Y la fe jurada ? ¿Injusta !
¿Me abandonas ? ¿soy perdido ?
¿Qué niebla á tu luz se opone ?
Por el corazón más fino
Que el niño alado hasta ahora
Hirió con sus dulces tiros ;
Por un alma en que dominas
Cual señora, te suplico
Me digas tu mal, ó acabes,
Cruel, de una vez conmigo.
Vivir no puedo en más dudas ;
Cuanto tristes devorados
Teme mi desdicha, todos
Presentes ahora los miro.

Todos á azorarme vienen ;
Y desolado el juicio,
Sin osar fijarse, vaga
De uno en otro mal perdido ;
Cual un misero forzado,
Que ansiando romper sus grillos,
Mientras más sin fruto lidia,
Mayor es su necio ahinco (1).
Ya tu helada indiferencia
Me hace temblar, ya el antiguo
Ceño implacable, por otro
Ya mi amor lloro en olvido ;
Y abandonado.... ¿ Dejaré
Su fe ! ¿ su labio sencillo
Torpe mentir ! Léjos, léjos
De mí, pensamiento indigno.
Léjos de mí ; y tú, perdona,
Perdona al ciego delirio
Que me arrastra ; ¿ oh, si algún día
Mi llama hubieses creído !
¿ Qué feliz, cuán sin zozobra
Gozará el premio, contigo,
De mi afán ! Ya no hay remedio ;
Tú, alevé, tú lo has querido ;
Y yo, víctima infelice
De un error, en un abismo
De males sumido, al cielo
Clamo en vano por alivio.
¿ Causa infeliz de estos males !
Por tu obstinado capricho
Feneció nuestra ventura,
Y hoy los dos á par gemimos (2) ;
Yendo los ojos ventados
Por un ciego laberinto,
Do es tan vana la salida,
Cuán mortales los peligros (3).
Mi estado mira, y piadosa
Dúelete dél ; no mi esquivo
Tormento, inhumana, dobles
Con tu silencio, bien mio.
¿ Qué te aqueja ? ¿ qué padecemos ?
Yo en tu seno deposité
Mis crudas penas ; pues ¿ cómo
No te merezco lo mismo ?
¿ Puede haber ningún misterio
Entre dos que tan unidos
Estrecha amor ? ¿ tus pesarcas
Son de mis males distintos ?
Unos mismos son, amada,
Cual lo son nuestros destinos,
Ya implacable nos aflija,
Ya el dios nos ría benigno.
Tú misma, entre sus trasportes,
Veces mil fina lo has dicho,
Ahincada poniendo al cielo
De tu verdad por testigo.
¿ Y hoy, bárbara, los separas !
¿ Y así, en tu silencio impio
Obstinándote, los ruegos
Huyes de tu triste amigo !
¿ Y te complaces en verme
Dudoso, ahogado, sombrío,
Sospechar, temblar doquiera
Desastres ó precipicios !.... (4).
Mi ardor, mis furoros sabes,
Y á todo estoy decidido,
Ménos á olvidarte ; ciego
Será á tu voz mi albedrío (5).

(1) Esta cuarteta fué añadida por MELÉNDEZ.

(2) Idem.

(3) Idem.

(4) Esta cuarteta y las cuatro anteriores fueron añadidas.

(5) Será á todo mi albedrío. (Variancia.)

Esta es una de las ocasiones en que el afán de enmendar su texto primitivo extravió á MELÉNDEZ. Ya que corrigió, debió hacer la corrección completa, y no incurrir en esta impropia locución : *ciego á tu voz*. En vez de *ciego*, debió poner *sordo*.

ROMANCE XXIV.

LA VUELTA DEL COLORÍN.

«¿Qué es esto, colorín mío,
Revolando á mis ventanas,
Cuando yo te suponía
Unido ya con tu amada;
»Cuando en el umbroso bosque,
Saltando de rama en rama,
Debieras en dulces trinos
Día y noche requiebrarla;
»Cuando con ala incansable
Y en deliciosa inconstancia,
De la libertad pudieras
Gozar que tanto anhelabas?
»¿Qué es esto, necia avecilla?
Dijo Fili una mañana
Que vió, al abrir sus balcones,
Que su colorín la aguarda.
»¿Qué es esto, avecilla necia?
Tan presto tu bien te cansa,
Que ya ¡infeliz! echas menos
La esclavitud de la jaula?
»Te agrada el afán inútil
De arañar con cruda garra
Y morder con fiero pico
Los alambres de tu guarda?
»Y éste era el empeño ardiente
Con que en romperlos pugnabas,
Y éstos tus tiernos suspiros,
Tu soledad y tus ansias!
»Valen más doradas redes
Y el encierro de una sala,
Que cruzar suelto y ufano
Desde el prado á la enramada?
»Posarse allí, bullicioso,
En la ramilla, que vaga
Tiembla á tu peso, se inclina,
Y alzándose tú, se alza?
»Concertar el lindo pecho,
Acomodando con gracia
Las plumas que el vivo soplo
Del cejillero rizará?
»Volar al pensil vecino,
Y compitiendo en la gala
De tus subidos matices
Con sus flores más lozanas,
»Buscar la rosa más bella,
Y gozar feliz del ámbar
Que exhalan sus frescas hojas,
Librándolas sin ajarla?
»Valen más mis cariños
Que las ardientes pías
De tu querida, ó mis besos
Que los que su amor te guarda?
»No es mejor en limpia fuente
Bañarse y beber sus aguas,
Que en estrecho bebedero,
Ni tan risueñas ni claras?
»Y mejor con sutil pico
Buscar mil sabrosas granas,
Que el cebo y golosos mimos
Con que mi amor te regala?
»Allí entre flores y aromas,
Al rayar riendo el alba,
Con deliciosos motetes
Darle grato la alborada?
»Allí, de tu gusto dueño,
Cantar con libre garganta,
Y querer con libre pecho,
Y volar con libres alas?
»Y en pos de tu alegre amiga,
Que en tus suspiros se inflama,
Del valle al plácido nido
Esposo feliz llevarla?
»Amado colorín mío,
¿No es esto mejor? ¡Iguala
A tan fausta independencia
Esta sujeción amarga!
»Esta sujeción, que al tiempo
Su rueda abrumando pára,
Y siempre y siempre la misma,

A la eternidad retrata.
»Y áun cariñoso me pías!
Y solicito te afanas!
Y revolando me pides
Que presta el encierro te abra!...
»¡Oh! ¡cuánto, cuánto me enseñas!
»Cuánto, donoso, me hablas
Con los sentidos gorjeos
Con que á mis balcones llamas!
»Tu lección y ejemplo sigo,
Avecilla afortunada,
Más que tu dueño discreta,
En tu feliz ignorancia.
»Cesó mi necio delirio;
Tu empeño me desengaña
De las torres que en el viento
Mi vanidad encumbraba.
»Y el tedio se hundió con ellas,
Con que esquivé la fragancia
De las rosas, que florecen
Doquiera bajo mi planta.
»Tú vuelves, ave querida,
A la mano que te halaga,
Al dueño que te requiebra
Y á la amiga que te ampara.
»Tú vuelves, de agradecida;
Tú vuelves, porque criada
Entre cariños y besos,
En ellos tus dichas hallas.
»También yo hallaré las mías
En querer con vida y alma,
Esclava feliz, al dueño
Que con alma y vida me ama.
»Yo le pagaré, avecilla,
Yo le pagaré, afanada
Noche y día en su regalo,
Las finezas de su llama,
»Como tú, loca en tus juegos,
Con ellos mi afecto pagas,
Y en suavisimas canciones
A mi voz sola te exhalas.
»Tú á mi lado hallas tu gloria,
Y abandonas, por gozarla,
Libertad, nido y querida,
Y porque te encierre clamas.
»Yo, sin tantos sacrificios,
En la inefable lazada
Que con mi esposo me liga,
Vincularé mi esperanza.
»Centro á mis finos deseos,
Él será la lumbre clara
Que mis ojos ilumine,
Que dirija mis pisadas.
»Y así en su seno aliviando
La libertad que me cansa,
Gozar sabré las delicias
Que esquivé insensible y vana.
»Vén, pues, colorín precioso;
Vén, que la prision te aguarda;
Y yo con dulce desvelo
Cuidaré hacértela grata.
»Los dos serémos felices,
Tú en tu pacífica estancia,
Y yo en servir á mi amado,
Y en celebrarte sus gracias.»
El colorín cariñoso,
Batiendo alegre las alas,
Voló á la jaula, y su suerte
Con mil trinos ponderaba;
Y Fili, la tierna Fili,
Corrió á su esposo exhalada
A jurarse entre sus brazos
Su dichosísima esclava.

ROMANCE XXV.

LA VISITA DE MI AMIGA.

Permite, insensible amiga,
Que en mis amargos pesares
La injusta ley que me has puesto,
Una sola vez quebrante.

He callado; y no, no puedes,
No puedes, criol, quejarte
De que mi labio importuno
Con mis lástimas te cansé.
»Guárdalas el hondo pecho;
Y áun tímido de enojarte,
Hasta sus tristes suapiros
Mudos vuelan por el aire.
»Mas de esta feliz mañana
Otro soy ya; no me caben
En el corazón las ansias,
Y vado es forzoso darte.
»Tú en mi casa! ¡tú en mi cuart!
Y entretenida y afable,
Gozando en él los primores
Del buril y de las artes!
»Tú de Angélica aplaudirme
El encanto inexplicable
Con que á su Medoro mira,
Cede y en sus brazos cae!
»Aquel suspiro de fuego
Que parece ir á exhalar
De su boca, el suave anhelo
De su pecho palpitante!
»El delirio con que estrecha
Su cuello, y á sí lo atrae,
Y el ardor que la devora,
Se esfuerza en comunicarle!
»La expresión del feliz moro,
Que ya sus éxtasis parte!
»Su ahincado mirar, do brillan
Amor y placer triunfantes!
»Y tú, con labio áun más tierno,
Tú, Fili, á par celebrarme
De la infeliz Eloisa
La desfallecida imagen!
»Aquellas lágrimas bellas,
Que cual perlas sobresalen
Por sus pálidas mejillas,
Que dos rosas fueron antes!
»Aquellos ojos divinos,
Que amor desolado abate,
Un amor que áun quiere al cielo
Su esposa, insano, robarle!
»Mientras ella en él los fija
Con todo el fervor de un ángel,
El sacrificio ofreciendo
De sus horribles desastres!
»Y por su cárdena boca,
Que agudo el dolor contrae,
En pos su Abelardo, el alma
Involuntaria se sale!
»Esto encarecer!... ¡Oh cuántos,
Oh cuántos en un instante
De encontrados pensamientos
Con tu embeleso alentaste!
»Los vientos, que las borrascas
Consigo bramando traen,
Y la quieta mar encrespan
En rápidos huracanes,
»Menos turbulentos lillian,
Que en mi corazón amante
Mil infelices cuidados
De entonces acá combaten;
»Sin que haya un veloz momento
En que su furor se calme,
En que la razón se escuche,
Ni amor frenético calle;
»Siempre en la idea indecible,
Cual si ora grata me hablases,
La languidez de tu acento,
La expresión de tu semblante.
»Posible será que ceda
Tu injusticia? ¡que á mirarme
Como á tu Medoro vuelvas,
Y mi Angélica te llame!
»Que las delicias renueves
Con que algún día, galante,
Cual Eloisa en sus fugas,
Mi loca pasión premiaste?
»Acuerda, acuerda estos días
De gloria y bien inefables,

Es que tus dulces suspiros
Con mis suspiros mezclaste,
Cuando, ante la faz del cielo,
En fe y en ternura iguales,
Nos juramos, cruda Filis,
Tu er mia, yo adorarte;
Estrechándote en mi seno,
Que aun ahora hablando me late,
Y no pudiendo tú fina
De mis brazos arrancarte...
No; en tu helada indiferencia
Fueció el sentir; ni sabes
En mi ardiente fantasía
Cuanto una mirada vale.
No sabes con qué delirio
A mil sueños celestiales
Me abandono y el deseo
Las imposibles combate.

Mas ¿por qué estos imposibles?
Tú son, que el fatal arte
De hacerme infelice,
Y a mí, bárbara, acabarme.
No los hay para quien ama;
Para dos que tan constantes
Sufren, merecen, anhelan,
Y en las mismas llamas arden...
Yo sueño, y amor me burla;
De ilusiones agradables
Falsa llena, en mi cuarto
A tu lado vuelvo á hallarme.
Dime, mi bien, no me viste
Embebecido, cobarde,
Turbado, dudoso, inquieto,
Usando apenas hablarte?

No viste en mi triste rostro
Las dolorosas señales
De mi abandono? ¿no oíste
Decirte entre tiernos ayes:
«Esta casa, su fiel dueño
Tú son?» ¡Oh qué de males
Con tus celos indiscretos
Atí á par que á mí causaste!

Hoy, en ella soberana,
Bajo tu imperio suave
Fuera mi gloria, rendido
Como señora adorarte;
Recibir las dulces leyes
Que tu labio me dictase,
Y mirándome en tus ojos,
Solo en tu culto emplearme;
Haciendo así la cadena
Que unió nuestras voluntades,
Y hoy tu impía mano destroza,
De aroma y resaca inmortales.

¡Ay Filis! Esta cadena,
Por desdén tu escucharme,
En mi bárbaro despecho,
Sin un dogal que me acabe.
Contempla, criuel, la obra
De tu altivez, y si valen
Ruegos en tí, no mis penas
Dobles con nuevos ultrajes;

Que aún la esperanza... ¡Oh si un
Veo injusta, el horrible trance [día!...
En que me has puesto; el bien veo,
Y ni aún puedo desearle.—
Filis más sufrir no pudo
Que así su amor la increpase,
Pues aunque severa le huye,
Jamás dejará de amarle.
Suspiró profundamente,
Y el sonrosado semblante
Fueció sobre su seno,
Sin atreverse á mirarle.

El dichoso, que á sus ansias
La alcanzó tan favorable,
Entre sus brazos la estrecha,
Y exclamando: «¡Amor, triunfaste!

«Tú serás mi eterno empleo,
Tú mi delicia inefable,
Mi vida y mi gloria, y cuanto
De más tierno en amor cabe;
«Que, pues él feliz nos une
Tras tamañas tempestades,
Y haber de su amargo acibar
Mi labio apurado el cáliz,
«¿Qué fuerza, adorada mia,
Qué fuerza será bastante
Ni á arrancarte de mi pecho,
Ni á que tú dejes de amarme?—
«Nada, la sensible Filis,
Nada», responde anhelante;
Y en lágrimas de ternura,
Cual nieve al sol, se deshace.

ROMANCE XXVI.

LA INJUSTA DESCONFIANZA.

Basta de enojoso ceño;
No dudes de mi cariño;
Que te agravia y me ofendes
Con tus desvelos, bien mio.
¡Yo faltar á mis promesas!
¡Yo indiferente! ¡yo tibio!
¡Desdeñar tu amable lado!
¡Llamarme, y haberte huido!
¡Yo, que, ciega mariposa,
Con más bulliciosos giros
Que ella la luz do fenecía,
Rondo tus ojos divinos!
¡Yo, que, cuando léjos peno,
Filis, de tí, sin sentido,
Cual si presente me oyeras,
Tu dulce nombre repito!

No, donosa; nada temas
De un corazón que sencillo
Te idolatra y es tu esclavo
Por elección y destino.
La constancia fué su gloria;
Y orgulloso hoy en sus grillos,
Nombre, libertad, fortuna,
Todo á tus pies lo ha rendido;
Y por tí sola, de todos
Olvidado en su retiro,
No demanda en tantos suyos
Ni el más leve sacrificio.

¡No lo ves, celosa mía!
No ves con qué ciego ahínco,
Gozoso, en obedecerte
Todas mis venturas cifro?
¡Hay gusto tuyo, hay deseo
Que no halles siempre cumplido,
Ni paso en mí, que no sea
Del amante más sumiso?
Siempre en tí y de tí pendiente,
Y ora como en el principio,
De tus ojos recibiendo
La ley que inviolable sigo.

Escogite por señora,
Y entre mil tiernos suspiros
Eterna fe me has jurado;
Yo alma y vida te di fino.
Nuestros labios carifosos,
Los votos con los gemidos
Mezclando, que sólo hacemos
Ya un sér, mil veces se han dicho;

Y crecer sintiendo ardientes
Su embeleso y desvarío,
Estáticos nuestros pechos
Mil veces más se han unido.
¡Qué momento, Filis mía!
¡Qué abandono! ¡con qué hechizo
Contemplándome exclamabas:
«Tuya soy, y tú eres mío!»
Y en ello cuantas venturas
El afán más exquisito
Con delicia soñar puede,
Y aún más, si es posible, miro.»
¡Quiénes, adorada, entonces

Más felices! uno mismo
El querer, gozar, y cuanto
Puede embargar los sentidos.
¡Y aún dudas y te desvelas!
¡Y víctima de un capricho
Te atormentas! O amas poco,
O yo soy de amarte indigno.
¡Qué! ¿te has trocado de aquella
Que tantas veces me ha visto
Suspirar loco á sus plantas,
De la ira al dulce trino?
¡Quién osará, amada mia,
Ni de tu beldad el brillo,
Ni contrastar de tus ojos
El encanto peregrino?
¡Quién apagar en mi pecho
El volcán que hierve activo,
Ni la impresion indeleble
Turbar que en mí tu amor hizo?
¡Quién de aquel, entre mil ayes,
«Triunfaste al fin; ya me rindes»,
En mi oído y mi memoria
Jamás borrará el sonido;
De tierno y tímido llanto
Llenos y en el suelo fijos
Tus ojos, feliz trofeo
De un rigor aún mal vencido?
Cesa pues, cesa en tus quejas;
Caiga ya ese ceño umbrío,
Y alegre en tu rostro ría
De sus gracias el bullicio.
Cesa, cesa, y más amemos;
Crecza el celestial prestigio
Que nos ciega, nuestro fuego
Arda cada vez más vivo.

Amemos y amemos siempre,
Sin que celos ni desvíos
A turbar amargos vengán
Las delicias que sentimos;
Delicias inexplicables,
En que ufanos y enorgulidos
Al amor mismo enseñamos
Con nuestros dulces delirios.
Mundo y hombres olvidemos;
Que así más y más perdidos,
Vivirás para mí solo,
Como yo para tí vivo.

ROMANCE XXVII.

EL OTOÑO DE LA VIDA.

A mi amigo don Manuel María Cam-
bronero, del Consejo de S. M.

¡Ves cuán benigno el otoño,
Fábilo, á nuestros ojos ríe!
¡Con qué majestad tranquila
Sus horas el sol preside!
¡Cuán plácidas son las noches;
Y hermosa alzando entre miles
De soles Febe su carro,
Con el día en luz compiten!
¡Ves cuán profuso sus dones
Nos ostenta! ¡qué sutiles
Las auras bullen, las vegas
De nuevas galas se visten!
¡En los árboles mecerse
La verde pera, en las vides
La uva de oro, con que Baco
Lagares y cubas hinchel!
La abundancia por doquiera,
Y en deliciosos convites
La alma paz, que á la esperanza
Colmada riendo sigue!

Nada en vanas apariencias
Ni en melindrosos matices
De flores, que un día apenas
Al rayo del sol resisten.
El hombre respira y goza;
Donde quier se torne ó mire,
Hallará un bien, un alivio
A las penas que le afligen.

Trabaja el áspero invierno,
Y á par que él domina horrible
Entre nieves y aguaceros,
Su esteva encorvado oprime.

En la estación de las flores
Con nuevo anhelo repite
La labor, y en sus barbechos
Más honda la reja imprime.

Luego cuando el Can fogoso
Sus vivas llamas despidió
Sobre la agostada tierra,
Que ahogándose en ellas gime,

El en medio de sus mieses
Contrasta con pecho firme
La congojosa agonía,
Y el trillo y bieldo apercebe.

Hoy goza; sus largos dones
Grato el otoño le rinde,
Y su afán galardinando,
Su sien de pámpanos cife.

Los árboles le dan sombras,
Los céfros apacibles
Frescura, embeleso el cielo,
Frutos la tierra felices.

Así es, Fabio, nuestra vida;
De su otoño bonancible
Son los rápidos instantes
Los únicos que se vive.

Sólo en ellos siente el hombre
Su noble sér, y el sublime
Dón de la razón divina
Todo su esplendor recibe.

Este dón, de infaustas nieblas
Lleno en los años viriles,
Que en la ancianidad se apaga,
Y la niñez no apercebe;

Las enconadas pasiones,
Que en ímpetu irresistible
Su pecho hasta allí agitaban,
Ya en plácida unión le asisten;

Despertando en él honrosas
Aquel fuego que invisible
Yacía, y con que á la gloria
Y á la humanidad se sirve;

Aquel que de monstruos fieros
Purgó el mundo con Alcides,
Dió á Grecia leyes, y alienta
De Helicon los claros cisnes.

Entonces al cielo inmenso
Se encumbra, los pasos mide
De los astros, y adivina
Las órbitas que describen;

Sigue en su carro á la luna;
De ella y del sol los eclipses,
O la vuelta de un cometa
Tras largos siglos predice.

Baja observador al suelo;
Del átomo imperceptible
Del Ande á la excelsa cumbre
Corre con ojos de lince;

Cálase al abismo oscuro:
Ve al oro entre escorias viles,
Informe roca al diamante,
Aun en masa al amatiste;

Y admirando el vivo anhelo
Que arrastra imperioso á unirse,
Perfeccionándose á cuanto
Doquier la mente concibe,

Calcula, pesa, compara,
Y en su tesón invencible
Halla al fin las altas leyes
Con que sér tanto se rige.

Búscalas luego en el hombre,
Sonda las causas, los fines
De sus obras, y ¡qué encuentra,
Fabio! Abismos infelices;

A la honradez en las pajas,
Sobre pluma á la molición,
Y al orgullo que en los brazos
De la opulencia se engríe;

En triunfo al error y al vicio,
Al favor inaccesible,

Y al ciego interés hollando
A la verdad, que proscribió.

¡Oh! ¡dichoso quien, del cielo,
Cual tú, alumbrado, consigies
De virtud la fausta senda
Seguir, de quimera libre!

¡Dichoso el que en el otoño
De sus días se redime
De la ley común, y goza
Dulce paz en vida simple!

En la alegre primavera
Todo es galas y pensiles,
Todo músicas y ardores,
Con que el alma se derrite;

Sólo se respira y siente
El placer; sólo se existe
Para querer, en delicias
Nada el pecho, el labio ríe;

De ilusión vaga el deseo
En ilusión, insensible
Al pesar que á las espaldas
Arroja, aunque airado grite.

¡Loca edad, en que sin norte
Se pierde el débil caquife
De la vida en rumbos ciegos,
Siempre amenazando hundirse!

Sucede el fogoso estío;
La ambición punza insufrible
Al corazón, la codicia
Lo sume en ansias ruines,

Para que con su tesoro
Su fin trágico anticipe,
O con diez llaves cerrado,
Del sueño y la paz le prive,

Si, embriagado en loco orgullo,
En bandos no lo dividen
Y partes mil, odios, celos,
Temores, envidia triste.

Con tan ásperos verdugos
El ciego interés dirige
Sus pasos; torres de viento,
Crédulo el error le finge;

Tras un fantasma engañoso,
Que al lograrlo se apercebe
Amargo ya, un otro anhela,
Que sin fin le descarríe;

Alcánzalo, y se fastidia;
Y en su ansiar incorregible,
Entre el tedio y el deseo,
Su cuitado sér maldice.

Por fin el plácido otoño
Viene á calmar estas lides,
Siendo en tan recias borrascas
De serenidad el iris.

Viene de frutos colmado;
Los desengaños le siguen,
Caen las hinchadas pasiones,
Y la razón logra oír.

Igual al fanal del día
Cuando en el cenit sublime
Deshace la opaca nube,
Que el paso á su llama impide;

Y á su luz, en grata calma
A un tiempo se burla y gime
De tan inútil zozobra;

Y el yerro al aviso sirve;
Cual convaleciente aún débil,
Que en gesto y acento tristes
Su congojosa dolencia

Alegre á todos repite;
O navegante en el puerto,
Libre de naufragas sirtes,
Temblando, sus largos rumbos

Y tempestades describe.
Nuestro otoño, pues, gozemos,
Fabio mío, en paz felice;
Que el tiempo vuela, la vida

Es un vapor insensible,
Y así pasa; el yerto invierno
Al blando otoño persigue,
Y en pos la muerte y la tumba

Serán nuestro eterno eclipse.

ROMANCE XXVIII.

ELISA ENVIDIOSA.

Si tan niña te casaron,
¡Por qué murmuras, Elisa,
Que las solteras se lleven
Los galanes de la villa?

¡A qué culpar sus donaires,
Y en tus disparadas iras,
Ni aún perdonarles las gracias
Con que su inocencia brilla?

¡En qué te ofenden las flores
Que su cabello matizan,
De su seno los joyeles,
De sus dedos las sortijas?

¡En qué el donoso bullicio
De su juventud festiva,
Ni el embelco en que gozan
Del dulce amor las primicias?

En buen hora se engalanen,
Y con atención prolija
Cuiden de realizar el lustre
De su beldad peregrina.

Cifia el aljófar su cuello,
Y trasparente á la vista,
Velen su pecho las gasas,
Que leve un soplillo agita;

Den á su mirar más fuego,
Más frescor á sus mejillas,
Y premiándolo, á su talle
Más soltura y gallardía.

No esta delicia les vedes,
Ni con tus quejas y envidias,
O sus triunfos solemnicos,
O publiques tu desdicha.

Déjalas ir á los bailes,
Deja que canten y ríen,
Cual tú, enojosa, lo hicieras,
Si hoy no vivieras cautiva;

Hicieraslo, como sabes
Que te holgarás siendo niña,
Y que en danzar y prenderte
La palma entónces tenías.

Si feliz no te olvidaste
De las músicas y citas
Que alcanzó más de un dichoso,
Notándolo tus vecinas;

Todo sin cuidado entónces,
Y tú inocente y sencilla,
Era un pasatiempo alegre
Cuanto ora llamas malicia.

Quejate, pues, de tu estrella;
No nuestras fiestas impidas,
O pensaré que son celos
Tan enfadosa porfía.

¡Qué te importa que Belarda
Dé á su zagal una cinta;
Que Silvio y Enarda se hablen,
Ni celosa esté Belinda?

Delio apagará su enojo,
Y los celos serán risas,
Como á las nubes de Mayo
Sigue la lluvia tranquila;

Que tú también de este achaque
Otro tiempo adolecías,
Y curáballo tu esposo,
Y tú le amabas más fina.

Deja, en fin, culpas y duelos
Por sus paces ó sus riñas;
Que asienta mal en tu rostro
El ceño con que nos miras;

Y el cuento serás del valle,
Si, cansada en su alegría,
En dar consejos te empeñas,
Sin que nadie te los pida.

Que si á todos enamora
La modestia que es benigna,
Cuando es importuna, enfada,
Y con altivez irrita;

Cual la mesura y los velos
De la viudez dolorida,
Si al baile van melindrosos,

Todo su placer mancillan.
 Ama sensible á tu Albano,
 Pues lo tienes de por vida,
 Y desvelada en servirle,
 A sus gustos te anticipa.
 Parte con él tus finezas,
 Fiel esposa y dulce amiga,
 Aun más que en tus largos bienes,
 En bondad y gracias rica.
 Ocupada en tus hijuelos
 Con solicitud activa,
 Cual diligente hortelana
 Con dos tiernas clavellinas,
 Sus débiles pasos rige,
 Goza feliz sus caricias,
 Y en su amor y su cuidado
 Todos tus encantos cifra.
 Y dejando á las zagalas
 Bien querer y que las sirvan,
 En esos necios afanes
 Con que en vano te fatigas,
 A ellos y al padre dichoso
 Consagra alegre tus dias,
 En la afortunada suerte
 Con que los cielos te miman.
 Que si él es grato á tus ojos,
 Cuanto tú á los suyos linda,
 Por más que anhelar no tienes,
 Lastimada casadilla.

ROMANCE XXIX.

LA MAÑANA.

Dejad el nido, avecillas,
 Y con mil cantos alegres
 Saludad al nuevo día
 Que asoma por el Oriente,
 De do en vuelo despeñado
 La ciega noche desciende,
 Opuesta al sol, que en su alcance
 Su lumbroso tren previene;
 Y semejando una hoguera
 Que en inmensas llamas hierve,
 Alla al confin por do asoma
 Del cielo, en ellas lo enciende.
 ¡Oh qué celajes y albores!
 Qué de ráfagas lucientes
 Con sus rayos los alumbran,
 Y de oro los enriquecen!
 El, como en triunfo glorioso,
 Se rápida marcha emprende,
 De animada luz dorando
 De los montes la alta frente;
 Mientras que los hondos valles
 Muy más lóbregos se ofrecen,
 Cual si otra noche en sus sombras
 De nuevo los envolviese.
 De Titon la esposa bella
 Quedándose fiente
 Llamo el regazo de flores,
 De rosa orladas las sienes,
 Libra al céfiro su manto,
 Que veloz lo desenvuelve,
 Mezclando en el horizonte
 La púrpura con la nieve;
 Y luego, galán, vagando
 Entre las flores se pierde,
 El rocío les sacude,
 Y sus frescas hojas mece.
 Ellas fragantes perfumes
 En oblacion reverente
 Tributan al sol, que á darles
 Vida con sus llamas vuelve.
 ¡Oh! ¡qué bálsamo! ¡qué olores!
 Qué delicia el alma siente
 Al respirarlos! del pecho
 Absorta exhalar se quiere.
 En tanto de las tinieblas
 Los restos se desvanecen
 Entre la luz, que en raudales
 De los cielos se desprende.

Todo con ella del sueño
 Sale y se rejuvenece,
 Cual si del mundo este día
 La feliz aurora fuese;
 Y todo la atención llama,
 Y bulle en gozo y deleite,
 De embecoso en embecoso
 Llevándola dulcemente.
 La vista vaga perdida;
 Aquí una flor la entretiene,
 Que de luz mil visos hace
 Con sus perlas transparentes;
 Sobre las mieses lozanas
 Allí en tal copia las vierte
 Grata el alba, que sus hojas
 Ya contenerlas no pueden,
 Corriendo en líquidos hilos,
 Que los surcos humedecen,
 Para que así sus cogollos
 Con más pompa al sol desplieguen;
 Y allá el placido arroyuelo,
 Cuyas claras líneas mueve
 El viento en fáciles ondas,
 Apenas correr se advierte.
 Más allá el undoso río
 Por la ancha vega se tiende
 Con majestad sosogada,
 Y cual cristal resplandece.
 El bosque umbroso á lo lejos
 La vista inquieta detiene,
 Y entre nieblas delicadas
 Cual humo desaparece
 Por ese inmenso horizonte,
 Que en un pabellon luciente
 Arqueándose, los ojos
 Atónitos embebece.
 El vivo matiz del campo,
 Este cielo que se extiende
 Sereno y puro, estos rayos
 De luz, el tranquilo ambiente,
 Este tumulto, este gozo
 Que universal antecede
 Al trinar el himno al día
 Reanimados los vivientes;
 Este delirio de voces
 Que en su estrépito ensordecen,
 Tantos pios de las aves,
 Tantos cánticos fervientes;
 Este hervor inexplicable,
 Este bullir y moverse
 En inefable delicia
 Una infinidad de seres,
 De la hierbecilla humilde
 Al roble más eminente,
 Del insecto al ave osada
 Que al sol su vuelo alzar quiere;
 ¡Oh! ¡cómo me encanta! ¡oh! ¡cómo
 Mi pecho late y se enciende,
 Y en la comun alegría
 Regocijado enloquece!
 La mensajera del alba,
 La alondra, mil parabienes
 Le rinde, y tan alto vuela,
 Que ya los ojos la pierden.
 Tras sus nevados corderos
 El pastor cantando viene
 Sus amores por el valle,
 Y al rayo del sol se vuelve.
 El labrador cuidadoso
 Unece en el yugo sus bueyes,
 Con blanda oficiosa mano
 Limpiándoles la ancha frente.
 El humo en las caserías
 En volubiles ondas crece,
 Y á par que en el aire sube,
 Se deshace en sombras leves;
 Y la atmósfera más pura,
 Y los árboles más verdes,
 Y más lozano está el valle,
 Y más víciosas las mieses.
 ¡Qué hermosa es, amable Silvia,
 La mañana! ¡cuánto tiene

Que admirar! ¡en sus primores
 Cómo el alma se conmueve!
 Deja el lecho, y vén al campo,
 Que fausto á tu seno ofrece
 Su aroma y flores, y juntos
 Gocemos tantos placeres.

ROMANCE XXX.

DE UNA AUSENCIA.

¡Qué sirve que viva ausente,
 Si con el alma te veo,
 Zagala hermosa del Tórmes
 Y te adora el pensamiento?
 ¡Qué sirve que ausente viva,
 Si un amor fino y honesto
 Bien así en la ausencia crece
 Cual con seca leña el fuego?
 Nunca está lejos quien ama,
 Aunque tenga un mundo en medio;
 Para el gusto no hay distancias,
 Ni violencias para el pecho.
 Sólo, zagala, el que olvida,
 Se dice bien que está lejos;
 Que yo donde quier que fuere,
 En mi corazón te llevo.
 Cual inseparable marcha
 En pos la sombra del cuerpo,
 Y vivo el fuego se esconde
 Del pederal en el seno;
 Así el esperar me anima,
 Y en memorias me entretengo,
 Sin que en estos tristes valles
 Nada encuentre de recreo;
 Sin alivio las zagalas,
 De altivo y áspero ceño,
 Cuanto aquí miro, bien mío,
 Me parece tosco y feo,
 Mis locas ansias se pierden,
 Los ayes los lleva el viento,
 Mis lágrimas el Eresma,
 Y el alba los dulces sueños.
 En ellos ¡ay! ¡qué de noches
 Me hallará á tus plantas puesto,
 Tal vez airada conmigo,
 Tal condolidá á mis ruegos!
 Y al despertar, ¡qué de veces,
 Como burlado me siento,
 Llamándote cual si oyeras,
 Bañé en lloro amargo el lecho!
 Más quisiera yo las noches,
 Cuando entre escarchas y hielos
 Quejándome de tu olvido
 Me halló del alba el lucero;
 Las noches en que llorando
 No merecidos desprecios,
 De mi citara los trinos
 Oyó conmovido el cielo,
 Más que no estas noches tristes
 De luto y dolor eterno,
 En que á solas me consumo,
 Y maldigo mis deseos.
 ¡Pues aquí, vida mía,
 Cuando ya mis dulces versos
 Sonar pudieron felices,
 De gozo y finezas llenos;
 Y tú, inflamada al oírlos,
 Dándote el amor su velo,
 A tus ventanas salías
 Con silencioso misterio,
 Para entender más de cerca
 Los cariñosos requiebros,
 Y unir tus tímidas ansias
 Con mis ardientes afectos?
 Nada alcanzará á borrarlas
 De un alma de que eres dueño;
 De un alma dende por siempre
 Scrá, y único, tu imperio.
 Ni por más que en mi desdicha
 Se conjure el universo,
 Dejarás de hacer, bien mío,

Mi delicia y mi embeleso.
 ¡Ay! ¡cuándo diré á tus rejas,
 Como cantaba algun tiempo,
 Ciego de amor y esperanzas,
 Que cual humo se han deshecho:
 «Nunca yo hallado te hubiera;
 Ni la noche de los fuegos
 Nunca tú, por mi ventura,
 Salieras, Rosana, á verlos!»
 Cuando...—Aquí llegaba un triste,
 A quien del Tórmes trajeron
 Al Eresma desterrado
 La envidia, el odio y los celos.
 Los compasivos zagales,
 Que sus gemidos oyeron,
 Consuélanle, y él responde
 Que á un ausente no hay consuelo.

ROMANCE XXXI.

EL CONSEJO DE JACINTA.

Con Pascuala Gil se casa,
 Y á la linda Fili olvida;
 Lo que en la zagala es luto,
 Será en Lucindo alegría.
 Sirviéndola Lucindo un tiempo;
 Pero el engaño y la envidia,
 Cual nube al sol contrapuesta,
 Así eclipsaron sus dichas.
 Un chismoso de la aldea
 Fingió agravios y malicias,
 Que á la sombra se abultaron
 Del acaso y la mentira.
 El zagal, que no debiera,
 Despreciólos, en su fina
 Voluntad asegurado,
 Y en su inocencia sencilla;
 Pero lastimóse Fili,
 Que es sensible cuanto linda,
 Y sin desdenes ni quejas
 Dejó á Lucindo, ofendida.
 Luego á Gil quiso, en desquite,
 Si es amor una porfía,
 O si jamas un cuidado
 Con un disgusto se alivia.
 Lucindo llora el olvido,
 Y en vano ruega y suspira;
 Que donde el engaño adula,
 Nunca la verdad se estima.
 ¡Oh! ¡qué de veces el triste
 Buscó fino á su querida,
 Y con mil rendidas ansias
 Amainar tentó sus iras!
 A sus plantas ¡qué de veces
 Sus verdades ratifica,
 Confunde apariencias vanas,
 Injustos celos disipa!
 Mas Fili, en su enojo ciega,
 Cuanto el zagal más la obliga,
 Más ciertos da sus agravios,
 Y huye más y más su vista.
 Bien haya Gil, que por necio
 La saca de esta agonía,
 Y libra cortés á entrambos
 De un martirio de por vida.
 La niña el desaire siente,
 Y entre agraviada y corrida,
 Por Gil, la boda y sus piques
 Es la cancion de la villa.
 Pero ella á Lucindo quiere,
 Él la adora y la suplica,
 Y así del otro el devaio
 Será el tris de sus riñas.
 Todos así lo murmuran;
 Y ya en el baile Jacinta,
 Viéndola tan triste y sola,
 Le cantaba el otro día:
 «Zagala del Tórmes,
 Deja de llorar;
 Que Lucindo vuelve,
 Si Gil se te va.

» Porque Gil se casa,
 No tan boba seas,
 Que tú el tiempo llores,
 Que él rie y se alegra.
 Ejemplo en él toma,
 Y olvidale á par;
 Que Lucindo vuelve,
 Si Gil se te va.
 » Lo que Gil se pierde
 Lucindo lo gane,
 Puesto que en el trueque
 Bien librada sales;
 Y pues es tan necio,
 No le llores más;
 Que Lucindo vuelve,
 Si Gil se te va.»

ROMANCE XXXII.

LA TERNURA MATERNA.

¡Oh! ¡cómo me encanta, Fili,
 Gozar del juego inocente
 Con que entre risas te halaga
 El ángel que al pecho tienes!
 ¡Cuál con sus tiernas manitas
 Te lo bate, y las extiende
 Hasta tus frescas mejillas,
 Hundiéndolas suavemente!
 Luego la cabeza esconde,
 Y hace cómo que se duerme,
 Y entre mil gozos y mimos
 Entre tus brazos se mece;
 Mas al punto el taimadillo,
 De su quietud impaciente,
 Con nuevas fiestas y risas
 Salta y de tu cuello pende.
 Tú con miradas de madre
 Lo contemplas, y le vuelves
 Por cada caricia un beso,
 Que á nuevos juegos le mueve.
 Rien la dulzura y gracia
 En sus ojuelos alegres,
 En su boca los gorjeos,
 La candidez en su frente.
 No hay en torno los donaires
 Con que inquieto te entretiene,
 Ternura que no le grites,
 Ni bendicion que no le echas.
 Clavel, lumbroso diamante,
 Perla de subido Oriente,
 Cielo, sol, ángel, lucero,
 Todo aun poco te parece;
 Y en el suavísimo encanto
 En que viéndolo te embebes,
 Por tus ojos á su pecho
 Volársete el alma quiere.
 Yo, mudo y enajenado,
 Siento el mio blandamente
 Latirme, y parto contigo
 Tan sobrehumanos placeres.
 ¡Dichosa Fili! tú gozas
 Cuanto bien gozarse puede;
 Tu seno nada en delicias,
 Tu rostro en gloria y delcote
 Puro, angélico, sublime;
 No el grosero que se bebe
 Del vicio en la amarga copa,
 Que llanto y dolor previene.
 ¡Ves cuánto la virtud vale!
 ¡Cuál sus encantos conmueven
 El alma, y de madre tierna
 Son los éxtasis celestes!
 ¡Lo ves, Fili! fausta sigue,
 Y en gozos y afectos crece;
 Da otro beso á tus amores,
 Y otro y otro aun más ardientes.
 Él los busca, y te provoca
 Con sus donosos jugueteos;
 Te mira, y se oculta y rie,
 Y en gorjeos enloquece.
 Con estas gracias empieza,

Y feliz la llama prende
 Que en lazada deliciosa
 Os ha de atar para siempre,
 De ora haciendo que dos pechos
 Con sola una vida alienten,
 Y en ver y en querer conformes,
 Su union más y más se estreche.
 Hoy el pequenuelo infante
 Que es hijo á tu pecho siente;
 Y este amor, sin conocerlo,
 Lo mama en tu dulce leche;
 Este amor santo, que un día,
 Como el árbol que se extiende
 Rico en sazonados frutos,
 Cruceará, y dárteles debe.
 Y tu descanso y delicia,
 Llento de bondad y bienes,
 Gloriosos hará tus años,
 Tan tierno como obediente.
 Cuanto hoy por su débil vida
 Tu seno en afectos hierva,
 Tanto y más y más de obsequios
 Verásle en torno volverte.
 Verásle, madre dichosa,
 Cuando sus gracias desplieguen
 Adelantados los días,
 Como él las luce inocente;
 ¡Cuál solícito pregunta,
 De tus avisos aprende,
 Y tus virtudes remedá,
 Y su razon se esclarece.
 De ora un enjambre de nietos,
 Lindos cual él te previene,
 En cuyas vidas la tuya
 Con nuevo verdor florece;
 Y en cuyas ilustres prendas
 Correrán de gente en gente
 Las que en riquísima mina
 Tu corazon ennoblecen.
 De ese tu rubio cabello
 Se ajará el oro fulgente,
 Arando la arruga fea
 La fresca tez de tus sienes;
 Y entónces de nuevo en ellos
 Vivirás, cual en Oriente
 Dix que entre aromas renace
 De sus cenizas el fénix.
 Hoy siembras, Fili, y el llanto
 Que tan delicioso viertes,
 Es un plácido rocío,
 Que los frutos desenvuelve.
 Siembras, y con grato indujo
 De esa tu feliz simiente
 Sazonará el sol un día
 En abundancia las mieses.
 Siembras, y abrisse en su seno
 Verás, Fili, en plazo breve
 Las rosas de su inocencia,
 Y de tu amor los claveles.
 Riega oficiosa la planta,
 Y en solicitud perenne
 Del fogoso Can la libra,
 Y los hielos de un Diciembre.
 Vela en su amparo, y ten cuenta,
 Si algun ramito se tuerce,
 Que la razon lo dirija,
 Y no el carifio te ciegue;
 Que así pomposa y lozana
 El cielo hará que descuelle
 Sobre cuantas hermocean
 Los más floridos vergeles;
 Y que en pos de su fragancia,
 Felice á todos se lleve,
 Porque tu nombre y tu gloria
 Con los suyos se acrecienten.—
 Así yo á Fili hablaba,
 Que no á mí, á su hijuelo atiende;
 Estréchalo en su albo seno,
 Y él mamando se adormece.
 Fili ni aun respirar osa,
 Porque su amor no despierte,
 Y con languidez suave

Viéndolo, se enterece.

Esposa y madre, en su rostro
de amor y amor santamente
Están unidos, y un ángel
En mis ojos parece,
En lágrimas inundados
En un punto; y reverente
Aunque hermosa, no vi en Filis
L. Filis de mis niñeces.

ROMANCE XXXIII.

ACSENTE DE CLORI, SU AMOR
SÓLO ES MI ESTUDIO.

Qué me aprovechan los libros!
Qué en mi triste aposento
Vivo como en cárcel dura
Enrojado siempre entre ellos!
Mis ojos sus líneas corren,
En oficioso desvelo
El labio terco repite
Las verdades y preceptos;
Mientras la mente embebida,
En mío, en mil devaneos,
Vuela mi conato, y vuela
A buscar más noble objeto.
La imaginación fogosa
De deliciosos embecos
De mis pasadas venturas
Hermosa los recuerdos;
Y en sus vagarosas alas,
Como en un alegre ensueño,
Tras lo que perdido anhelaba
Lanzándose el pensamiento,
En el solitario bosque
Ora á tu lado me encuentro
De aquel jardín, confidente
De nuestros dulces secretos:
Desde huyendo veces tantas
Un inocente misterio
De la calumnia los tiros,
Los ojos de un vulgo necio,
Emboscados, como solos
En medio del universo,
Nos cogió espirando el día,
Clori, envidioso el lucero,
El pecho en rendidos ayes,
El labio en finos requiebros;
Y amor plácido sellando
Nuestros fieles juramentos.
Ora inflamando mi nimen
Al brillo de tus ojuelos,
Mil ternezas me imagino
Cantarte en mis dulces versos;
Que, cual mi pecho sencillas,
Como mi llaneza tersos,
En tu delicada lengua
Adquieren más alto precio.
Ora que en Fedra templamos
De amor los horribles fogos,
O en tu seno, triste Zaida,
De tu Orosman el acero;
Y ora que en la amable Julia
Sus derretidos conceptos,
En su lección encantados,
Confundimos con los nuestros;
Con solícita fineza
Continuo buscando aquellos
Que á nuestra inefable llama
Semejan, bien que de léjos.
Tal vez recuerdo, infelice,
También nuestro adiós postrero,
En el sofá desmayada,
Y yo á tus pies en silencio;
Sonando la fatal hora,
Sin poder yo, en mi despecho,
Ni huir del mandato odioso,
Ni á tí dejarte muriendo;
Partiendo en fin; y á tus brazos
Y á decirte adiós de nuevo
Loco tornando, abismada

Tú en dolor, yo sin aliento.

O ya en éxtasi más grato
Doy nuevas alas al tiempo,
Y rayando el fausto día
De volver, mi bien, á vernos,
Traspaso los altos montes,
Que alzada su frente al cielo,
Hasta el paso cerrar quieren
A mis ardientes deseos.
Desde su enriscada cumbre
Vislumbrar en sombras creo
La corte ya; el ánsia crece,
Y dejando atrás el viento,
Agujo el correr, la rueda
Gime en su rápido vuelo,
Grita el mayoral, y el tiro,
De polvo y sudor cubierto,
Entra en fin por la ancha calle,
A quien la imperial Toledo
Da nombre, á tu casa corro,
Y el callado umbral penetro.
Llego á tu dichosa estancia;
Encuéntrote sola, y ciego
A tus pies me precipito,
Y los baño en llanto tierno.

Tú, lanzando un grito alegre
De sorpresa y de contento,
«¡Es posible, amado, exclamas,
Que abrazarte otra vez puedo!...»
Y ahincadas tus manos tienes;
Tus manos, en que mil besos
Estampo yo; tú suspiras,
Y el placer... sobre tu seno...
Embriagadas, confundidas
Las almas... yo te sostengo
Desfallecida en mis brazos...
Y en los tuyos desfallezco...
¡Clori! la mente delira;
Yo en fijarla en lo que leo
Me afano, su error acuso,
Y al libro obstinado vuelvo;
Empeñándome, estudioso,
En buscar con nuevo anhelo
En la luz de sus doctrinas
A mi mal algún remedio.
Empero todo es en vano;
Y por más que atarla quiero,
Sin saber cómo, ocupada
De tí siempre la sorprendo.
Ríñola; pero replica
Que tú sola eres su empleo;
Y así en tu amor y mis penas
Continuo que estudiar tengo.

ROMANCE XXXIV.

LA TARDE.

Ya el Héspero delicioso,
Entre nubes agradables,
Cual precursor de la noche,
Por el Occidente sale;
Desde allí, con su alma brillo
Deshaciendo mil celajes,
A los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante.
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles,
Y sobre la mustia hierba
Su fresco rocío esparcen.
Su corona alzan las flores,
Y de un aroma silave,
Despidiéndose del día,
Embalsaman todo el aire.
El sol afeitado vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten,
Al morir, su angusta imagen;
Símil á un globo de fuego
Que en vivas centellas arde,
Y en la bóveda parece
Del firmamento enclavarse,

Él de su altísima cumbre (1)

Veloz se despeña, y cae
Del Océano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.
¡Oh! ¡qué visos! ¡qué colores!
¡Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran de todas partes!
Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono, y mudables,
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
Los reverberan las aguas,
Y parece que retrae
Indeciso el sol sus pasos,
Y en mirarlos se complace.
Luego vuelve, huye y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte,
Como un cendal delicado,
Que en su ámbito inmensurable,
En un momento extendido,
Veloz al suelo se abate,
A que en tan rápida fuga
Su vislumbre centellante,
Envuelto en débiles nieblas,
Ya sin pábulo desmaye.
Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves,
Cual al seno de una peña,
Cual á lo hojoso de un saúce;
Y á sus guaridas los toscos
Selváticos animales,
Temblando al sentir la noche,
Se precipitan cobardes.
Suelta el arador (2) sus bueyes;
Y entre sencillos afanes,
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales;
Suena un confuso balido,
Gimiendo que los separen
Del dulce pasto, y las crías
Corren, llamando á sus madres.
Léjos las chozas humean,
Y los montes más distantes
Con las sombras se confunden,
Que sus altas cimas hacen.
De ellas á la excelsa cañera
Acomando desiguales
Estas sombras en un velo
A la vista impenetrable,
El universo parece
Que, de su acción incesante
Cansado, el reposo anhela,
Y al sueño va á abandonarse.
Todo es paz, silencio todo,
Todo en estas soledades
Me conmueve, y hace dulce
La memoria de mis males.
El verde oscuro del prado,
La niebla que en ondas se abre
Allá sobre el hondo río (3),
Los árboles de su margen,
Su deleitosa frescura,
Los vientecllos que baten
Entre las flores las alas,
Y sus esencias me traen,
Me enajenan y me olvidan
De las odiosas ciudades
Y de sus tristes jardines,
Hijos míseros del arte.
Liberal naturaleza (4),

(1) De la alta cima del cielo.

Así decía la primera edición.

(2) Labrador en la primera edición.

(3) En lugar de este verso y el anterior,
escribió MELÉNDEZ en un principio:

La niebla que undosa á alzarse
Empieza del hondo río.

(4) Rica la naturaleza. (Variante.)

Porque mi pecho se sacie,
Me brinda con mil placeres
En su copa inagotable.

Yo me abandono á su impulso;
Dudosos los pies no saben
Dó se vuelven, dó caminan,
Dó se apresuran, dó paren.

Cruzo la tendida vega
Con inquietud anhelante
Por si en la fatiga logro
Que mi espíritu se calme;

Mis pasos se precipitan;
Mas nada en mi alivio vale,
Que agigantadas las sombras
Me siguen para aterrarme.

Trepo, huyéndolas, la cima,
Y al ver sus riscos salvajes,
«¡Ay! exclamo, ¡quién, cual ellos,
Insensible se tornase!»

Bajo del collado al río,
Y entre las lóbregas calles
De altos árboles, el pecho
Más pavoroso me late (1).

Miro las tajadas rocas,
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar oscuros
Sus cristalinos raudales.

Liéname de horror sus sombras,
Y el ronco fragoso embate
De las aguas, más profundo
Hace este horror, y más grave.

Así, azorado y medroso,
Al cielo empiezo á quejarme
De mis amargas desdichas,
Y á lanzar dolientes ayes;

Mientras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y el manto la noche tiende,
Que el crepúsculo deshace (2).

ROMANCE XXXV.

LOS ARADORES.

¡Oh! ¡qué bien ante mis ojos
Por la ladera pendiente,
Sobre la esteva encorvados,
Los aradores parecen!

¡Cómo la luciente reja
Se imprime profundamente,
Cuando en prolongados surcos
El tendido campo hienden!

Con lentitud fatigosa
Los animales pacientes,
La dura cerviz alzada,
Tiran del arado fuerte.

Animales con su grito,
Y con su aguijón los hiere
El toseco gañan, que en medio
Su fatiga canta alegre.

La letra y pausado tono
Con las medidas convienen
Del cansado lento paso
Que asientan los tardos bueyes.

Ellos, las anchas narices
Abren á su aliento ardiente,
Que por la frente rugosa
El hielو en aljófar vuelve;

Y el gañan aguija y canta,
Y el sol que alzándose viene,
Con sus vivílicos rayos
Le calienta y esclarea.

¡Invierno! ¡invierno! aunque triste,
Aun conservas tus placeres,

Y entre tus lluvias y vientos
Halla ocupación la mente.

Aun agrada ver el campo
Todo alfombrado de nieve,
En cuyo cándido velo
Sus rayos el sol refleja.

Aun agrada con la vista
Por sus abismos perderse,
Yerta la naturaleza
Y en un silencio elocuente;

Sin que halle el mayor cuidado
Ni el lindero de la suerte,
Ni sus desiguales surcos,
Ni la mies que oculta crece.

De los árboles las ramas,
Al peso encorvadas, ceden,
Y á la tierra fuerzas piden
Para poder sostenerse.

La sierra con su albo manto
Una muralla esplendente,
Que une el suelo al firmamento,
Allá á lo lejos ofrece;

Mientras en las hondas gargantas
Despeñados los torrentes,
La imaginación asustan,
Cuan to el oído ensordecen;

Y en quietud descansa el mundo,
Y callado el viento duerme,
Y en el redil el ganado,
Y el buey gime en el pesebre.

¡Pues qué, cuando de las nubes
Retumbando se desprenden
Los aguaceros, y el día
Ahogado entre sombras muere,

Y con estrépito inmenso
Cenagosos se embravecen
Fuera de madre los ríos,
Batiendo diques y puentes!

Crece el diluvio; anegadas
Las llanuras desaparecen,
Y árboles y chozas tiemblan
Del viento el furor vehemente,

Que arrebatando las nubes,
Cual sierras de niebla leve,
De aquí allá en rápido soplo,
En formas mil las revuelve;

Y el imperio de las sombras,
Y los vendavales crecen;
Y el hombre, atónito y mudo,
Palpita de horror y teme.

O bien la helada punzante
La tierra en mármol convierte,
Y al hogar en ocio ingrato
El gañan las horas pierde.

Cubiertos de blanca escarcha,
Como de marfil parecen
Los árboles ateridos,
Y de alabastro la fuente.

Sonoro y rígido el prado
La planta, hollado, repele;
Y doquier el dios del hielo
Su sañudo mando ejerce;

Hasta que el suave favonio
Vuela, y el vital ambiente
Con su plácida templanza
Tan duros grillos disuelve.

El día rápido vuela;
No asoma el sol por Oriente,
Cuando sin luz al ocaso
Precipitado descende;

Porque la noche sus velos
Sobre la tierra despliegue,
De los fantasmas seguida
Que en ella el vulgo ver suele.

Así el invierno ceñudo
Reina con cetro inclemente,
Y entre escarchas y aguaceros
Y nieve y nubes se envuelve.

¡Y de dónde estos horrores,
Este trastorno aparente,
Que en Enero su fin halla,
Y que ya empezó el Noviembre?

Del orden con que los tiempos
Alternados se suceden,
Durando naturaleza
La misma y mudable siempre.

Estos hielos erizados,
Estas lluvias, estas nieves,
Y nieblas y roncós vientos,
Que hoy el ánimo estremecen,

Serán las flores del Mayo,
Serán de Julio las mieses,
Y las perfumadas frutas
Con que Octubre se enriquece.

Hoy el arador se afana,
Y en cada surco que mueve,
Miles encierra de espigas
Para los futuros meses,

Misteriosamente ocultas
En esos granos, que extiende
Doquier liberal su mano,
Y en los terrones se pierden.

Ved cuál, fecunda la tierra,
Sus gérmenes desenvuelve
Para abrirnos sus tesoros
Profusa y risueñamente.

Ved cómo ya retoñando
La rompe la hojilla débil,
Y como el rojo sombrío
Realza su intenso verde;

Verde que el tostado Julio
En oro convertir debe,
Y en una selva de espigas
Esos cogollos naciesen.

Trabaja, arador, trabaja
Con ánimo y pecho fuerte,
Ya en tu esperanza embriagado
Del verano en las mercedes.

Cumple tu noble destino,
Y haz, cantando, tu afán leve,
Mientras insufrible abruma
El fastidio al ocio muelle,

Que entre la pluma y la holanda
Sumido en sueño y placeres,
Jamás vió del sol la pompa
Cuando lumbroso amanece;

Jamás gozó con el alba
Del campo el plácido ambiente,
De la matinal alondra
Los trinos vivos y alegres.

Trabaja, y fía á tu madre
La prolífica simiente,
Por cuyo felice cambio
La abundancia te prometes;

Que ella te dará profusa
Con que tu seno se acoquite,
Se alimenten tus deseos,
Tu sudor se remunere;

Puesto que en él y tus brazos,
Honrado, la fausta suerte
Vinculas de tu familia,
Y libre en tus campos eres.

Tu esposa al hogar humilde,
Apacible te previene
Sobria mesa, grato lecho,
Y carifio y fe perennes;

Que oficioso compaña
De tus gozos y quehaceres,
Su ternura cada día
Con su diligencia crece;

Y tus pequeños hijos,
Anhelándote impacientes,
Corren al umbral, te llaman,
Y tiemblan si te detienes.

Llegas, y en torno apiñados
Halagándote, enloquecen;
La mano el uno te toma,
De tu cuello el otro pende;

Tu amada al paternal beso
Desde sus brazos te ofrece
El que entre su seno abriga,
Y alimenta con su leche;

Que en sus fiestas y gorjeos
Pagarte abincado parece

(1) Lleno de pavor me late. (Variante.)

(2) MELENDEZ corrigió poco este celebrado romance; pero añadió en él once cuartetos: 2.º, 6.º, 12.º, 13.º, 15.º, 17.º, 19.º, 27.º, 28.º, 29.º, 32.º. Las más de ellas sólo sirven para desleír las ideas, y creemos que dañan al romance primitivo, escrito con mayor sobriedad y lozanía.

Del pan que ya le preparas
De los surcos donde vienes.

Y la ahijada el mayorcillo
Como en triunfo llevar quiere;
La madre el empeño ríe,
Tú, animándole alegre,
Te imaginas ver los juegos
Con que en tus faustas niñeces
A tu padre entretenías,
Cual tu hijuelo hoy te entretiene.

Andiéndolo el hogar te espera,
Que con su calor clemente
Lanzará el hielo y cansancio
Que tus miembros entorpecen;
Y luego, aunque en pobre lecho,
Mientras que plácido duermes,
La alma paz y la inocencia
Velarán por defenderte;

Hasta que el naciente día
Con sus rayos te despierte,
Y á empuñar tornes la esteva
Vá regir tus mansos bueyes.
Vida ignorada y dichosa!
Que ni alcanza ni merece
Oír de las ciegas pasiones
El odioso imperio siente.

Vida angelical y pura!
En que con su Dios se entiende
Sencillo el mortal, y le halla
Doquier pródigo y presente;

A quien el poder perdona,
Que los mentirosos bienes
De la ambición tiene en nada,
Cuanto ignora sus reveses.

Vida de fácil llaneza,
De libertad inocente,
En que dueño de sí el hombre,
Sin orgullo se ennoblee;

En que la salud abunda,
En que el trabajo divierte,
El tedio se desconoce,
Y entrada el vicio no tiene;

Y en que un día y otro día
Pacíficos se suceden,
Cual aguas de un manso río,
Riñeñas é iguales siempre.

¡Oh! ¡quién gozarte alcanzará!
¡Oh! ¡quién tras tantos vaivenes
De la inclemente fortuna,
Un pobre arador viviese!

Uno cual estos que veo,
Que ni codician, ni temen,
Ni esclavitud los humilla,
Ni la vanidad los pierde;
Lejos de la envidia torpe
Y de la calumnia aleve,
Hasta que á mi aliento frágil
Cortase el hilo la muerte.

ROMANCE XXXVI.

EL ZAGAL APASIONADO.

¡Oh! ¡qué mal se posa el sueño
Sobre ojos que el amor abre,
Ni con sus dulces cuidados
Su grata calma hizo paces!

Las dos sueñan; y rendidos
De sus amargos afanes,
A un pacífico letargo
Se abandonan los mortales (1).

Yo solo velo, bien mío,
Y en ocupación sálve,
Con tu cariño y mis penas
Regalo mi pecho amante;
Yendo y tornando el deseo,
Sin que ni un momento pare,
Hasta el lecho silencioso,
Do en plácido sueño yaces;

(1) En un plácido letargo
Todos los vientos yacen. (Variante.)

Do en libre y feliz sultura
Las formas inimitables
De tu belleza sin velo
Logran todo su realce.

¡Oh! ¡qué de gozos y bienes
De allá en su ilusión me trae!
¡Qué de esperanzas me adula!
Y ¡qué de estorbos deshace! (2).

Si los reyes de la tierra
Fusieran en este instante
Su cetro á mis pies en cambio
La gloria que en tí me cabe (3),
¡Qué ufano los desdefiara
Mi corazón! pues ¡qué valen
Su oro y pompa y señorio,
Con mi embeleso inefable?

Tú lo di, ¡oh luna! que atiendes
Mis finezas; tú, que sabes
De este corazón las ansias,
Y cuán tierno ora me late.

Dilo tú, que en tus amores
Ciega un tiempo, abandonaste
Por tu pastor dormido
Las esferas celestiales,

Y entre las sombras marchando
Con planta y pecho anhelante,
Estática y silenciosa
Descansabas con mirarle;

Hasta que en tu ardiente seno,
Premiándolo, con mil ayes
Tímido el suyo alentabas
A que más y más gozase.

Dilo pues, hermosa luna,
¡Así en tus visitas hallos
A tu Endimion venturoso
Cada noche más galante!

Inmóvil, los ojos fijos
Sobre tu albergue: enviadle,
Clamo á los cielos, los sueños
Más ligeros y agradables.

Volad, frescos cefirillos,
Volad, y batid el aire,
Que fácil su labio aspire,
Porque más grata descanse;

Colmad de suaves esencias
Su estancia; flor en los valles
No abra el cáliz, que en tributo
De mi Clori no se exhale.

La armoniosa filomena,
Cuyo pico lamentable
Trina en el bosque, á su oído
Hoy no ensaye otros cantares (4)

Que los que en quiebros canoros
Su imaginación halaguen,
Dén pábulo á su ternura,
Y su corazón inflamen.

Y tú, en solícito anhelo,
Los sueños más deleitables,
Amor, á su mente ofrece,
Con que se goce y regale;

Haz que trisque con las Gracias,
Haz que su hermana la llamen,
Y que de rosa y jazmines
Cifien su sien y la abracen.

Entre sus albas corderas
Salga á la vega, un enjambre
De cupidillos la siga,
Y adórenla los zagales;

(2) Así escribió MELLENDEZ en un principio esta cuarteta:

¡Oh, qué de cosas á un tiempo
La imaginación me trae!
¡Qué de venturas me finge,
Y qué de estorbos deshace!

(3) De mi dulce amor, ¡qué fácil. (Variante.)
(4) Estos tres versos se escribieron primero así:

Que en su trinar lamentable
Encanta el bosque, á su oído
Repita dulce sus ayes.

O aplaudida aun de las bellas,
Luzca gallarda en el baile,
Rindiendo á cuantos la miren
Con sus pasos y su talle.

Entonces ¡oh Amor! presenta
Propicio mi fiel imagen
A sus pies, besando tierno
Las breves huellas que estampen.

Mi finca le recuerda;
Dile, dile de mi parte
Que duerma en paz, pues yo velo,
Y mi fe la guardia le hace;

Dile mis blandos suspiros,
Y el éxtasi inexplicable
En que me ves, este lloro
Que del corazón me sale;

Este aquí presente verla,
Y como presente hablarle,
Y en mis cariños perderme,
Y en sus gracias embriagarme...

¡Dichosa holanda, dichosa
Veces mill! ¡oh! ¡quién lograra
Gozar lo que avara gozas,
Saber cuanto feliz sabes!

¡Oh! ¡quién lograra... En mis venas
Todo el fuego de amor arde,
Un dulce temblor me agita,
Plácido el seno me late.

La voz me falta... á mis ojos
Ven, grato sueño, ven fácil;
Y haz que el delirio que siento,
Entre tus brazos se calme (5).

ROMANCE XXXVII.

LA LIBERTAD.

Ve, Delio, con qué delicia,
Con qué agradable bullicio
Ese ruiseñor canoro
Se goza en el bosque umbrío.

Cuál salta de ramo en ramo,
Cuál en su alegre delirio
Va, y vuelve, y huye, y se pierde
Entre el verde laberinto.

Al impulso de sus alas
Y su revolar festivo,
Conmoviéndose, las hojas
Bullen en grato ruido;

Y corriendo de su seno
Aljofarado el rocío,
Como una lluvia de perlas
Parece del sol al brillo.

Ve con qué indecible gozo
Abre y cierra el dócil pico,
Y en su floreó siáve
Se queda como embebido;

Engolfándose sin duda
Allá en repasar consigo
Algun gravísimo trance,
En que el infeliz se ha visto;

Hasta que saltando el lleno
De sus melodiosos trinos,
Su primor nos ensordece
Sabrosamente el oído;

Tan vario como sublime
En los quiebros infinitos,
Con que explica de su pecho
Los arrebatos más vivos.

Todo enmudece y le escucha;
Sólo á su armónico silbo
La alondra allá de las nubes
Responde en agudos píos;

Píos que dilata el eco,
Y él, más ardiente al oírlos,
Hasta rendirla redobla
Sus trasapantes suspiros,
Que sin fin el viento hinchado

(5) MELLENDEZ añadió á este romance, al corregirlo, las cuartetas 4.ª, 5.ª, 10.ª, 11.ª, 12.ª, 13.ª, 18.ª, 22.ª, 25.ª y 26.ª

Cada vez más peregrinos
Alza el júbilo en sus alas
A las cumbres del Olimpo;
Y el valle todo es delicia,
Y armonía el cefirillo,
Vivas de triunfo las aves,
Y embeleso los sentidos.
Pues tantas salvas y cantos
Obra son, Delio querido,
De la libertad felice
Que ha logrado el pajarillo;
Cual rota la odiosa valla
Que embarazó su camino,
Se derrama el arroyuelo
Por todo un valle florido,
Y bullendo entre las guijas,
O durmiéndose tranquilo,
Es del ánimo y los ojos
Distraccion y regocijo.
Yacia el misero esclavo
Entre los dorados hilos
Y el encierro de una jaula,
Pendiente de ajeno arbitrio.
Solitario y triste en ella,
Sin hermosura ni aliño,
Siempre el alma en sus amores,
Siempre azorado y esquivo,
Acordando aquellas horas
Cuando en el sagrado asilo
De su nido acompañaba
A su esposa y dulces hijos,
O asentado en algun ramo
Orillas del manso río,
El murmullo de sus ondas
Remedaba entretenido.
En vano sobre él el tiempo,
Para olvidarle benigno
De su esclavitud odiosa,
Tornaba en plácido giro
Del Mayo las lindas flores,
La rubia mies del estío,
O del cosegado Octubre
La frescura y los racimos;
Pues siempre en su estrecha cárcel,
Mordiéndose infeliz los grillos,
Lloraba sus desventuras
Sin mejorar su destino;
Cuando un acaso dichoso,
O el cielo apiadado, quiso
Que á su libre ser volviese,
Y á morar su antiguo nido;
Y así bullicioso y loco,
Y en movimiento continuo,
Salta y bulle, y trisca y canta,
Todo júbilo y cariños.
Otro tanto me sucede
Después que exento me miro,
Y que lancé de mi cuello
El yugo de amor indigno.
Que señor de mis deseos,
Y en gloriosa paz conmigo,
Sin comprar un gozo alevé
Con un siglo de martirios,
Siempre el sol claro me luce,
Siempre alegre canto y río,
Llenando mis faustos días
Las Musas y mis amigos.

ROMANCE XXXVIII.

LAS VENDIMIAS.

Ya dió alegre el fresco otoño
La señal de la vendimia,
Y su voz redobla el eco
Por los valles y colinas.
Del peso dulce y opimo
De sus racimos vencida,
Al suelo la vid pomposa
La frente encorvada inclina;
Y entre el desmayado verde
Que su follaje mancilla,

Cual encoendidos topacios
Las doradas uvas brillan;
O como el negro azabache
Que á la noche desafia,
Apiñándose, el deseo
A su robo solicitan.
Alzándose el sol radiante
En brazos del nuevo día,
De Baco los largos dones
A recoger nos convida.
Las cestas, pues, se preparen,
Ordénense las cuadrillas,
Y al campo salid gritando:
«Honor al dios de las viñas.»
No haya escondido racimo
Que se escape á vuestra vista,
Que no corte vuestra mano,
Y el cuévano no reciba.
Dadme una cesta, muchachas;
Que quiero en tanta alegría
Compañero ser dichoso
De vuestra dulce fatiga;
Y allá en las tristes ciudades
Dejad que anhelantes giman,
Revueltos en mil cuidados,
Los necios que las habitan;
Que yo en los campos me gozo
Y en su soledad tranquila,
Y el afán de sus labores
El pecho me vivifica.
¡Oh! ¡cómo á la par por todos
Vueñan el gozo y la risa,
Y las traviesas tonadas
Nos entretienen y animan!
Hinchendo el plácido viento
Su estrépito y gritería,
Que á los más tibios inflaman,
Y el desahogo autorizan.
Ved cómo Felicio el lado
Buscó de su amada Silvia,
Y los racimos le toma,
Y en el trabajo la alivia;
Mientras entre Arcadio y Delio
Se turba Nise indecisa,
Y á sus chanzas y cantares
Enmudece, como niña.
Daliso allí más osado
Corre tras Filis la linda,
La de los divinos ojos,
Y de voz muy más divina;
Y tomándola en sus brazos,
Por más que resiste y lidia,
Con el mosto de un racimo
Le regó frente y mejillas;
Y Enarda la bulliciosa
Allá con sutil malicia
Para su cesta se lleva
Cuanto á la de Silvio quita.
Todo es obra de las copas
Que Baco jovial nos brinda,
Y en placer nos enloquecen,
Y al amor dan osadía.
¡Llor al dios, que en su triunfo
Nos trajo allá de la India
Con la vid el suave néctar
Que sus racimos destilan!
¡Al de juventud perenne,
Que en faz risueña y benigna
Ora estos dulces racimos
Tan liberal nos prodigal
Seguid, seguid bulliciosos
Con solícita agonía;
Que el júbilo bien no hermana
Con la flojedad indigna.
Ved por las cumbres del cielo
Cuál alzándose camina
Rápido el sol, y sus pasos
Culparán nuestra desidia;
Que él también reina en las vides,
Fausto los racimos cria,
Y hoy lo acedo de sus granos
Torna en delicioso almibar,

Pero con nueva algazara
Los victores se repitan,
Que el carro en triunfo á la aldea
Lleva las uvas cogidas.
Cúbrenlo á trechos, colgando,
Cual vencedoras insignias,
Los vástagos más frondosos,
Que el viento ondeando agita;
Y su próspera llegada
Con su bullicio anticipa
Un tropel de alegres niños,
Que en torno corriendo gritan.
Recibelas la ancha troje,
Que las macera y envía
Do el lagarero enmostado
Con membrudo pié las pisa;
Y remedando al beodo,
Que ya en sus pasos vacila,
Ora titubeando marcha,
Ora sobre un pié se libra,
Y ora al monton mal bollado
La altiva frente domina,
Carga, lo derrama, y vuelve,
Y se hunde hasta la rodilla.
Rueda el tórculo gimiendo,
Y con inmensa ruina
Desciende el molar enorme,
En que su presión estriba.
Corre en arroyos el mosto;
Y Baco, la sien ceñida
De las hojas de sus parras,
Desde una cuba lo mira.
Los silenos de su córte
En torno danzando giran,
Del licor sus tazas llenan,
Y beben y al dios lo liban;
Licor hoy de áspero gusto,
Mas que, hervido, será un día,
Más bien que el néctar de Jove,
El bálsamo de la vida;
El que alegre en los banquetes,
Dé al amor nuevas delicias,
Abra al misterio los labios,
Y en placer torne las iras.
Y él corre, y corre espumoso
Hasta las hondas vasijas,
Y en ellas, cual un torrente,
Sonando se precipita.
Todos palmean y á gritos
Aplauden á su cascida;
La taza en las manos rueda,
Y á dulce delirio incita;
Quién canta, ó quién loco rie,
Balbuciente aquél se explica,
Y hundirsele aquél la tierra
Siente, y se afana en asirla.
Uno en fraternal abrazo
Va, y con su rival se liga,
Y otro, al beber, con el mosto
Barba y pecho se rocía,
Y todo estrépito loco,
Todo algazara festiva,
Muy más fervientes con ellos
Los brándis se multiplican.
Así triunfa el dios del vino,
Así su inmortal bebida
Borra los cuidados tristes,
Los ánimos regocija.
En tanto del negro ocaso
Desciende la noche umbría,
Y su manto de luceros
Tiende á la atónita vista;
Abrese la alegre danza,
Vivo el cóctalo repica,
Y el ruidoso tamborino
Un nuevo delirio inspira.
Los jóvenes con mil pruebas
De destreza y gallardía
Ante sus bellas se ufanan,
Sus lentos pasos aguijan.
¡Oh! ¡qué mudanzas y vueltas!
¡Con qué donaire y medida

Eate la planta la tierra,
 Los brazos se abren y animan!
 Delio á Nise estrecha ardiente,
 Silvia á Felicio va unida,
 Deliso á Filis rodea,
 Y con Silvio Enarda trisca.
 Todos aplauden y gozan,
 Todos bullen á porfía,
 Y en el calor con que Baco
 Las llamas de amor atiza,
 No hay quien baile indiferente,
 Ni vendimiadora esquivia,
 Alternando con las danzas
 Los brindis y ardientes vivas.
 Así el cansancio en los brazos
 Del regocijo se olvida,
 Y alegres nos ve la aurora
 Correr de nuevo á las viñas,
 A seguir con las tonadas
 La labor entretenida.
 Que huya el sol, cesa; y la noche
 Con otro baile disipa.—
 Cuando yo estos dulces versos
 Cantaba á mi fácil lira,
 En el ocio de mi aldea
 En gloriosas paz vivia;
 Fementido luego el hado
 Me arrastró á las grandes villas,
 Vila corte, y perdí en ella
 Quanto bien ántes tenía.
 Y así abrumado de afanes,
 Siempre en duelos y agonías,
 «¡Quién, exclamé, se volviése
 Á su aldea y sus vendimias!»

ROMANCE XXXIX.

EL NAUFRAGO.

¡Cuándo, inconstante fortuna,
 Dejarás de perseguirme,
 Ni será blanco á tus tiros
 Mi corazón infelice?
 «No eran ya, dime, sobradas
 Tantas marañas y ardidés,
 Y las traiciones y males
 Que hasta aquí, cruel, me hiciste?
 Desde los pasos primeros
 Que dió en la senda difícil
 De la vida mi inocencia,
 Siempre enconada me adigés;
 Siempre, cuando más lumbroso
 Y en calma más bonancible
 A resplandecer un día
 Empezó á mis ojos tristes,
 Burlando al ciego deseo,
 Se alzaron á sumergirle
 En larga y lóbrega noche
 Cien tempestades horribles.
 Sembré trigo, y cogí abrojos;
 La vida ignorada y libre
 Que mi corazón ansiaba,
 Llegó un instante á reirme.
 ¡Cuán rápido fué este instante!
 Tú en él mis venturas viste,
 Y en tus redes engañosas
 Envolviéndome invisible,
 Me arrastraste al mar onduoso,
 A arrostrar las fieras lides
 De los enconados vientos
 Entre Escilas y Caribdis.
 «¿Cómo escapar del naufragio
 Pudiera mi leño humilde,
 O en las despeñadas olas
 Vagar, y en ellas no hundirse?
 Fué mi salud una playa,
 Do á la envidia inaccesible,
 De la bondad en el seno
 Viví tranquilo y felice;
 Do rotos los crudos lazos
 Con que atado ántes me vides,
 Libre ante la faz del cielo

Pude, y honrado, decirme.
 Tan alto bien, cual los sueños
 Que en los aéreos pensiles
 De la ilusión embriagada
 La imaginación concibe,
 Voló fugitiva sombra;
 Cuando á mí airada volviste
 Fortuna, y con férreo brazo
 Precipitando mi esquife
 De nuevo al agua, «La muerte,
 La muerte, si lo resistes,
 Te aguarda cierta», gritaste;
 Y yo en medio un mar sentíme.
 Pero ¡qué mar! ¡qué borrascas
 Y huracanes tan terribles!
 ¡Qué vértigos! ¡qué á los cielos
 Sus rizas olas subirse,
 Y luego en inmensos tumbos
 De violencia irresistible
 Estrellarse entre las rocas,
 A tal impetu mal firmes!
 Velada la lumbre clara
 Del polo en un denso eclipse,
 Perdido el rumbo, y sin puertos
 Donde naufragos se abriguen,
 Yo vi cien famosas naves
 Sin piloto que las guie,
 Rotos ya timon y quilla,
 De repente ¡oh pavor! hendirse;
 Y vi sus ricos despojos
 Entre cenagosas sirtes
 Encallar, y con sus dueños
 En los abismos sumirse.
 Doquier la espantable muerte
 El viento á sus iras sirve,
 Su brazo hiere incansable,
 El golfo en sangre se tinte;
 Cual nada y se agita en vano,
 Cual pugna á una vela asirse,
 A uno la ola hunde cayendo,
 Y otro se salva entre miles.
 Yo en la agonía, y temblando
 Irme cada instante á pique,
 Clamé fervoroso al cielo,
 Y el cielo se dignó oirme;
 Que á la bondad jamás deja
 Que desvalida suspire,
 Y al que rendido le implora,
 Siempre benévolo asiste.
 Al fin quebrantado y laso
 A tu ribera acogíme,
 ¡Oh Garona! do en mis males,
 Hacer una tregua quise.
 ¡Ay! en peregrinas playas
 Ninguno sus dichas cifre;
 La desgracia es azarosa,
 Y del pobre todos rien.
 Naufrago, extranjero, errante,
 Ni un pecho hallé que sensible
 Ni una lágrima vertiese
 Sobre el dolor que me oprime;
 Ni uno que enjugase al ménos
 Las que derramaba tristes,
 Ni uno, en fin, con quien el mio
 Lograra amoroso abrigarse.
 Así desdefioso, helado,
 Cuando todo cuanto existe,
 Renace en vitales llamas,
 Me es su delicia insufrible.
 En vano ya primavera
 De luz y de flores cifre
 Su sien purpúrea, y del año
 A los destinos preside;
 Sus aromas deliciosos,
 Los riquísimos matices
 Con que engalana la tierra,
 Que de verde y gualda viste,
 Me son de mortal zozobra,
 Pintándome otros países,
 Y otros tan prósperos días,
 Cual son éstos infelices.
 Todo me abruma y desplace;

En mil inventos sublimes
 Que un tiempo indagar ansiara,
 Nada hay que mi anhelo excite.
 Mi lira, á la mano indócil,
 Pulsada, el són no repite,
 Aunque sus himnos canoros
 El mismo Apolo la inspire;
 Y el ardor con que en las alas
 Del genio hasta los confines
 Me alcé del inmenso cielo,
 En sueño eterno se extingue.
 Mis ojos, bien como al polo
 Fijo el iman se dirige,
 Así hacia España se vuelven,
 Y aún verla ilusos se figuran.
 Allí el nevado Moncayo
 Con las estrellas se mide,
 Y allá el yerto Guadarrama
 Las dos Castillas divide;
 Derrámase ondoso el Bétis
 Regando allá sus pensiles;
 Y allí el Tajo á su alto dueño
 En feudo su oro le rinde;
 En Madrid el regío alcázar,
 Descollándose, preside
 A cien fábricas, y todas
 Acatan su planta humildes.
 ¡Ay! este embeleso insano
 Ya llega tan vivo á herirme,
 Que el llanto mis ojos ciega,
 Y es fuerza que los retire.
 Así de esperanzas sólo
 Mi llagado pecho vive,
 Sin que haya ni un breve instante
 Que de tí, España, me olvide.
 ¡Dulce patria! mientras llevo
 Contigo dichoso á unirme,
 Mis encendidos suspiros
 Como de un hijo recibe.
 Mi corazón vuela entre ellos,
 Que por honrado y por firme
 Tu amparo y favor mercede,
 Y con el más fiel compite.
 Tú eres todo á mis deseos;
 Tú, si enconos me persiguen,
 Tú, si envidias me oscurecen,
 Todas mis penas redimes.
 Tu amor en mis venas hierve,
 Y con tus gloriosos timbres
 Me gozaré envanecido,
 Mientras el seno me palpita.
 Necesidad imperiosa
 Me echó de tí; bien lo gime
 Mi bondad, y esta memoria
 De dogal atroz me sirve.
 Mira, pues, cual madre tierna
 Una desgracia imposible
 De contrastar, y en tus ojos
 De mi paz mire yo el iris.
 Caiga la discordia impía;
 No más en tu seno atices
 Su volcán, y hunda el averno
 Odios y memorias viles.
 Húndalos, y de tus hijos
 No más, ilusa, te privas,
 No más sus votos desdefies,
 No más la virtud mancilles.
 ¡Oh! ¡cuándo este ansiado día,
 Que con mil lágrimas pide
 Mi dolor al justo cielo,
 Fausto empezará á lucirme!
 ¡Cuándo en tu placida orilla,
 Que ora Abril de flores viste,
 Podrá, humilde Manzanares,
 Volver mi cítara á oírse!
 ¡Y mis lágrimas de gozo
 Se unirán con tus sutiles
 Claras linfas, y mis cantos
 Con tu murmullo apacible;
 A par que de mis naufragios,
 Cual otro sufrido Ulises,
 Las lamentables historias

Repita seguro y libre!
 ¡Cuándo en mis estrechos lares,
 Que hoy en soledad se afigen
 Sin su dueño, salvo y ledo
 Tornarán á recibirle,
 Donde en venturoso olvido
 Reine y en pobreza humilde,
 Sin que ni celos ni enconos
 Contra su bondad conspiren!
 ¡Al ver mis dulces amigos,
 ¡Ay! será que fino á unirse
 Mi pecho á su pecho llegue,
 Y su ardor les comuniqué,
 Hallando en sus tiernos brazos,
 A mi eterno amor sensibles,
 Un puerto, do al fin gozoso
 Por siempre y en paz respire!
 ¡Cuándo, cuándo, patria mia,
 Lograré feliz decirte:
 Ya te abrazo; el noble feudo,
 Grata, de mi amor admito!
 Admitelo, y con tu nombre
 Mi nombre orgulloso brille,
 Y con tu vida mi vida
 Por siempre se identifique;
 Que jamás ni fuerza humana
 De ti podrá dividirme,
 Ni hasta el último suspiro
 Cesará fiel de servirte;
 Siendo en él mi anhelo ardiente
 Que con gloria inmarcesible
 Brilles así entre los pueblos,
 Y el cetro, augusta, sublimes,
 Cual el sol, padre del día,
 Cuando descollando ríe
 Por Oriente, que los astros
 Se hunden ante él invisibles. [gracias
 ¡Cuándo... — Un náufrago, en des-
 Muy más que en cantar insigne,
 Así hablaba con su patria,
 Cual si ella cuidase oírle!
 De repente mil recuerdos
 El corazón le comprimen;
 Su lengua el dolor le anuda,
 Sus quejas el llanto impide;
 Y á España vueltos los ojos,
 ¡Ay amada España! dice;
 El eco en torno vagando,
 ¡España! ¡España! repite.

ROMANCE XL.

LOS SUSPIROS DE UN PROSCRITO.

Era la noche, y la luna
 Su carro al cenit subía,
 El adormecido mundo
 Bañando en su luz benigna.
 Todo sin acción callaba;
 Su ala, apenas fugitiva,
 Movía el blando favonio,
 Bullendo en la selva umbría;
 O algún ave solitaria
 Gritando desfavorida,
 El imperio de las sombras
 Más melancólico hacía,
 Del fúnebre aciago canto
 Las cláusulas repetidas
 En la voz del eco triste
 Por las opuestas colinas;
 Cuando un infeliz proscrito,
 A quien sus cuidados privan
 Del sueño, que á los dichosos
 Sólo placido visita,
 Sobre una escarpada roca,
 Que el horizonte domina,
 Y libre á los ojos deja
 El paso á las dos Castillas,
 Pensando en las dulces prendas
 De su amor y sus delicias,
 Bañado en lágrimas tristes,
 Así angustiado decía:

«Volad, dolientes suspiros,
 Hasta mi esposa querida,
 Muy más que yo afortunados,
 Y llevadle el alma mía;
 »Llevadle de este infelice
 Las lágrimas encendidas,
 Y la indeleble memoria
 De vuestras pasadas dichas.
 »Id, suspiros, y llevadle
 La fe inalterable y fina
 De un esposo que la adora,
 Y vive porque ella viva.
 »Id, volad, suspiros míos,
 Y á mi idolatrada hija
 Llevad el dulce besillo
 Que un tiempo darle solía.
 »¡Ah! ya no; que blanco triste
 Del encono y la mentira,
 Padre infeliz, ver no puedo
 Ni sus juegos ni sus risas;
 »No gozar de su semblante
 La sencillez expresiva,
 Ni una gracia, un solo halago
 De cuantos loco le oía;
 »Ya si entre amables gorjeos
 Tendidas las manecitas,
 Que en mis brazos la tomase
 Solicitaba festiva;
 »Ya si en mis tiernos cariños
 Las bulliciosas pupilas
 De sus ojuelos de gloria
 Se gozaban, en mí fijas;
 »O si de su hermosa madre
 En el seno adormecida,
 Aun en su feliz reposo
 A nuestro amor sonreía.
 »Oh Dios! todo ha fenecido;
 Todo una estrella maligna,
 Todo lo trocó en las furias
 Que hoy mi espíritu atosigan;
 »Que en un horroroso caos
 Envolviéndolo, me abisman;
 Y á mil altas esperanzas
 Por siempre el verdor marchitan.
 »¡Cuitado! rotos los lazos
 Que con la patria me ligan,
 Mi honor y pobre fortuna
 A merced de la malicia,
 »Errante, en suelo extranjero,
 En olvido á mi familia,
 Y á mis amigos falaces
 Ocasión de burla impía,
 »¿Qué por apurar me queda?
 Ni en tal colmo de desdichas,
 ¿Dónde hallar quien de mis hados
 Benigno temple las iras?
 »Sólo tú, adorada esposa,
 Tú eres sólo quien mitiga
 Con ese tesón mis males,
 Y con tu virtud me animas.
 »Tú, en cuya bondad me apoyo,
 Que angelical dulcificas,
 Con tus cartas, de mis ansias
 El intensísimo acibar.
 »Así, la infeliz memoria
 Clavada en tí noche y día,
 En este abismo espantoso
 Aguantar puedo la vida.
 »¡Vida...! No así, esposa, llames
 La lentitud infinita
 Con que sobre mi existencia
 Aherrojado el tiempo gira;
 »Este cavilar eterno,
 Este sin hallar salida,
 Vagar en la incertidumbre
 Más dolorosa y sombría;
 »Hundiéndose así los meses,
 Siempre en la misma fatiga
 De ansiar un fin que no llega,
 Y en que el ánimo agoniza.
 »¡Oh horror! ¡oh ultraje! ¡oh despe-
 Las lágrimas mis mejillas [cho!

Cual de dos fuentes inundan,
 Y el seno ahogado palpita.
 »Todo mi ser se estremece,
 Y hasta mi existencia misma
 Me horroriza al echar ménos
 Mi entrañable compañía.
 »Yo no las veré...! ¡por siempre
 Sin su amor y sus caricias,
 Hasta que la cruda Parca
 Mi lazo mortal divida!
 »Sin tener ¡oh desconsuelo!
 Tal vez ni una mano amiga
 Que mis apagados ojos
 Cierre en mi última agonía;
 »Ni quien en la humilde tumba
 Con entrañas compasivas
 Algunas lágrimas vierta,
 Y el eterno adiós me diga.
 »Y ellas en su inmenso duelo
 Vagarán llorando, heridas
 Del grito y los rudos golpes
 Que contra mí el odio vibra;
 »Pobres, miseras, holladas,
 Demandando á la codicia
 El pan de dolores lleno,
 Que la indigencia mendiga....
 »¡Ay! guardad, queridas preñadas,
 Con religión santa y pia
 De un padre y un fino esposo
 Los ayes que hoy os envía;
 »Guardad, ídolos del alma,
 La que, entre ellos confundida,
 Para vos exhala ardiente,
 Y allá unánimes partidía.
 »Vendrá un tiempo en que estas sin-
 En vuestra orfandad esquivas
 Recuerdos mil renovando,
 De consuelo y paz os sirvan.
 »Cuando yo en eterno sueño
 Descanse en la tumba fría,
 Do se extinguirán las teas
 Que hoy ciego el error agita:
 »Que allí la envidia no muera,
 El engaño no alucina;
 Ni con su tóxico abrasa
 La calumnia fermentida.
 »¡Infelices! ¡por qué estrella
 Se ve con mi suerte unida
 Vuestra suerte, y á los ciclos
 Un amor tan santo irrita?
 »¡Dichosas sin mí vosotras;
 Yo sin las dos me reiría
 De cuantos con necio encono
 En mi perdición conspiran.
 »Los hombres herirme pueden;
 Pero mi honor sin mancilla
 Brillará como el sol claro
 Cuando un instante se eclipsa,
 »Que luégo muy más lumbroso,
 Su frente alzando divina,
 Las niebles que le oscurecen
 Al abismo precipita.
 »Vendrá un día en que imparciales
 La razón y la justicia
 Me honrarán, cual hoy me infaman
 La impostura y la perfidia;
 »En que los gritos falaces
 Con que hoy el vulgo alucinan,
 La verdad los enmudezca,
 La religión los proscrición,
 »Adornando el triunfal lauro
 La frente que ora abatida,
 Cual marchita flor, apenas
 En su oprobio al cielo mira.
 »¡Oprobio!.... no, amada esposa,
 El oprobio es la injusticia;
 La virtud es noble y fuerte;
 El delito solo humilla.
 »¡Ay! ¡si yo verte alcanzase!
 Si en mi proscrición indigna
 Me diesen gozar tu lado
 Y el de esa adorable nifia!

«Si yo vuestro llanto triste,
Que mis ojos destilan
Espegaseis vos, en uno
Vuestras lástimas fundidas,
Como tres débiles plantas
Que abrazándose se afirman
En recios vendavales
Entre las bárbaras iras!
«Mi ansiar fuera entónces ménos;
Mas lejos de vuestra vista
Hay mal que el alma no tiembla
Y tantos fiel imagina;
«Yendo en alas del cuidado
Incesante corrida,
Bunde el amor y el deseo
Y bien y su gloria cifran.
«Allí, prendas adoradas,
Os digo, os hablo, y perdidas
Vendados por mí, con vos lloro
En vuestra inmensa ruina.
«Apoyadas en mi seno,
En el vuestro se reclina
El dolor, en uno unidos,
Y al lo están las almas mismas;
«Y así vuestros blandos ayes
Mi labio anheloso aspira,
Y vuestro llanto y mi llanto
En uno se identifican.
«O bien ya plácido el cielo,
Los pesares se me olvidan,
Gozo mis ansias se vuelven,
Mis lágrimas dulce risa;
«Soñándome que el encono
Y la calumnia homicida
Pasechos, sus impías tramas
Ya la verdad ilumina.
«Y volando á vuestros brazos,
En celestial alegría
Me anego yo, entre los mios
Os perdeis en mis caricias;
«Y en pos me aclaman los buenos,
Y mis méritos se estiman,
Torna la patria me abraza,
Y mis amigos me abrigan.....
«Pero ¡qué miserables quejas,
Qué plegarias doloridas
Mi oído afligen.....! ¡qué sombras
Llorosas á mí se inclinan!
«Desaliñado el cabello
Y las ropas mal ceñidas,
Sin aliento, en las tinieblas
Su planta débil vacila.
«¡A gemir tornan de nuevo.....!
Mi azorada fantasía
Me finge las formas tristes
De mi esposa y de mi Elisa;
«Las formas, ¡ah! no las gracias
Que un tiempo me embebecían,
De la madre el gentil talle,
Tu inocencia, infeliz hija.
«Ellas son..... ellas son..... ¡cielos!
Ya vuestra piedad benigna
Oyó mis fervientes ansias,
Y mis dolores se alivian.
«Venid, venid á mis brazos,
Hija, esposa, fiel amiga;
Llegad, amparo y consuelo
Y mitad del alma mia.
«Ya soy feliz con vosotras;
Abrazadme, y que indivisas
Nuestra vida y nuestra suerte,
Unas por siempre se digan.
«Aquí será nuestra patria;
Lejos aquí de la envidia,
Un nuevo eden plantaremos
Para los tres, de delicias;
«Un eden do, inaccesibles
A las viles arterias
De la traición, al engaño,
Que cuando halaga, asesina,
«Respiremos ya dichosos,
En inefable armonía

La inocencia y paz gocemos,
De que los hombres nos privan.»
Acercábanse las sombras,
Y él, ambas manos tendidas,
A abrazarlas cariñoso
Recibiéndolas corria;
Empero al querer tocarlas,
Pavoroso el viento silba,
Las sombras desaparecen
Y la ilusión se disipa.
Cayó desmayado; el alba
Sumido en su inmensa cuita
Le halló otro día, en su llanto
Bañándole enternecida;
Mas vuelto en sí con sus fuegos,
La vista en el cielo fija,
Y de nuevo «Ay dulce esposa.....!
¡Ay hija infeliz!», suspira.

ROMANCE XLI.

MIS DESENGAÑOS.

Un tiempo en las dulces redes
Del amor viví cautivo;
Canté alegre su embeleso,
Lloré celos y desvíos.
Las halagüeñas miradas
De unos ojos, que festivos,
Cuanto miraban rendían
Con su donaire y su brillo;
A mí ciego me trajeron,
Gozando en ellas los mios
Gloria tal, que aún me enloquece
Cuando á solas la imagino.
Luego un habla y una boca
Tan linda, de tal hechizo,
A tan altos pensamientos,
Y á un talento tan divino
Se unieron, que cuanto cabe
En delicias y martirios,
Sufrir pude desdénado,
Disfruté favorecido.
Sueño fugaz mis nifeces,
A sus ardientes delirios
La austera razón opuso
Sus celestiales avisos.
Lloré y dolíme, y ansioso
De otros bienes, con altivo
Pensamiento, de las ciencias
Sondar osé los abismos.
La angusta filosofía,
Sus tesoros peregrinos
Ostentando ante mis ojos,
Me arrebató embebecido.
Una flor, un vil insecto,
El pintado pajarillo,
La planta, el viento, la lluvia,
Del trueno el ronco ruido,
Cuando espantosa la nube
Desgarrándose, del vivo
Relámpago nos deslumbró
El rápido ardiente giro;
El murmulante arroyuelo,
Que saltando fugitivo
Entre guijuelas y flores,
Va á perderse en el gran río;
Mientras él sus ricas ondas
Rueda con pasos torcidos,
Regando cien largas vegas,
Otro siempre, y siempre el mismo,
Fueron mi incesante estudio;
Vióme entre su horror tranquilo
La noche, me halló la aurora
Mudo, estático en mis libros,
O bien con alas del fuego
Perderme en vuelo atrevido
De la nada y del espacio
Por el inmenso vacío,
Hasta topar con el trono
Que en las cumbres del Olimpo
Asentó aquel que modera

La eternidad y los siglos.
Y ¿con qué fruto? A las gratas
Ilusiones que de niño
Me embriagaban, sucedieron
Mil téticos desvarios.
Dudar, cavilar, y nada
De cierto; vago, perdido
De encontradas opiniones
Por un ciego laberinto,
Sin alcanzar quien me diese
De Ariadna el feliz hilo
Para seguirle, ó me alzase,
Natura, tu velo umbrío.
Quise apurar de los seres
Las esencias, el destino
Que á ella señalarles plugo
En este todo infinito;
De dó su hoguera alimenta
El claro sol; qué principio
Dispara el plácido viento
En rápidos torbellinos;
Por qué el Océano inmenso
Va, y huye, y torna, impelido
De una ley siempre constante,
De la playa á sus dominios;
Por qué..... Vendados los ojos
Corrí, cual, errado el tino,
Da el viandante en negra noche
De uno en otro precipicio.
Entónces mi hidalgo seno
La ambición de mil prestigios
Llenó, arrastróme á la corte,
Y engolfóme en sus peligros.
¡Oh qué días! ¡qué zozobras!
Siempre del ajeno arbitrio
Colgado, ahorrado siempre
Cual vil esclavo entre grillos;
De crímenes rodeado,
Con labio y ceño sombríos,
Aunque lo llorase el alma,
Implorando su castigo;
Y de ellos y la inocencia
Oyendo el lloroso grito,
El crujiir de las cadenas,
Y del hambre los suspiros;
Ir, volver, buscando ansioso
La dulce paz, el desvío
De un cargo en que ahogarme tiem-
Aun hoy, que lejos lo miro. [blo,
Llamábame con la aurora
Ya su enojoso ejercicio;
Era la noche y gemía
Del arduo peso oprimido.
Jamás á las dulces Musas
Debí entónces ni un alivio,
O á la celestial Sofía
Una mirada, un cariño.
¡Horas que perdidas lloro;
Que á mi espíritu habeis sido
Tósigo y dogal de muerte,
Jamás volvais á affigirlos!
Quien quiera puestos y córte,
Por mí los goce; á los tiros
De la envidia oponga el pecho,
Y llóre mientras yo río.
¡Yo reir! no; que si el cielo
Me salvó por un prodigio,
Llevando á seguro puerto
Mi zozobante barquillo,
No, empero, fui más dichoso,
Cuando ¡oh dolor! combatido
De la más fiera borrasca,
Apénas hallé un amigo.
Sufrílla callado y solo,
Y en su bárbaro conficto
Llegó el santo desengaño
A alumbrarme, aunque tardío.
Un fatal velo á mis ojos
Se descorrió; en mi retiro
Solicito estudié al hombre,
Y lloré habiéndole visto.
Lloré y suspiré, aunque en vano,

Tras un error que benigno
Me aduló, sombra engañosa,
Que un rayo de luz deshizo.
Sensible, indulgente y bueno,
Juzgándolo por mi mismo
Lo creyera, y con los tristes
Oficioso y compasivo;
Y no hallé en él sino engaño,
Dureza, odioso egoísmo,
En el labio las virtudes,
Y en el corazón los vicios;
Llorando, pérdida hiena,
Para devorar impío
Al infeliz que á acorrerle
Crédulo á sus lloros vino.
¡Cuánto he trabajado, cuánto,
Por salvarle, y ha gemido
Mi razón, siempre ocupada
En dorar sus extravíos!
¡Extravíos! aún ahora
Ilusarme solícito,
Y á la luz cierro los ojos,
Y á la verdad el oído.
¡Oh verdad, verdad! ¡qué amarga
Me affige! mi ardiente ahínco
Del bien déjame piadosa,
Gozaré cuanto imagino;
Déjame idólatra ciego
De este bien, que en sus caminos
Honre al mortal, y lo vea
Cual su Autor formarlo quiso.
Quien quiera mi engaño ría,
Mientras yo, en él embebido,
La virtud adoro, y corro
Tras su celestial hechizo.
Mi ilusión es un consuelo,
El desengaño un martirio;
Más quiero soñar virtudes
Que ver y llorar delitos.
Ni busco ni huyo los hombres,
Pero mi trato es conmigo;
Que un Dios y sus pensamientos
Bastan á un arrepentido.
Con ellos solo en los campos
Soy hombre y libre respiro;
Y alzándome á un cielo inmenso,
De otras grandezas me río.
Tranquilo y en paz con todo,
Ni ajenas glorias envidio,
Ni celos doy con mi suerte,
Ni de ofensa á nadie sirvo.
Trabajo en hacermelo bueno,
Busco en ánimo sencillo
La verdad, y para hallarla
Naturaleza es mi libro.
Ella es la regla segura
Que en mi humilde vida sigo;
Y á su voz dócil, mis votos
Y necesidades mido.
Sus galas me dan los valles,
El bosque encantados sitios,
Las aves canoro aplauso,
Mi estrecha casilla abrigo.
Así del ocio y los años
Burlando el cansado hastío,
Ovidado y muerto en éste,
Un mundo mejor habito.

DOÑA ELVIRA.

ROMANCE PRIMERO.

No sé qué grave desdicha
Me pronostican los cielos,
Que desplomados parecen
De sus quiciales eternos.
Ensangrentada la luna
No alumbra, amedrenta al suelo,
Si las tinieblas no ahogan

Sus desmayados reflejos.
En guerra horrible combaten
Embravecidos los vientos,
Llenando su agudo silbo
De pavor mi helado seno.
Atrúena el hojoso bosque,
Y parece que allá lejos,
Llevados sobre las nubes,
Gimen mil lúgubres genios.
Hados, ¡qué queréis decirme?
¡O qué amenaza este estruendo,
Este confuso desorden
Que en naturaleza veo!—
Así hablaba doña Elvira,
Encerrada en su aposento,
Cuando la callada noche
El mundo sepulta en sueño.
Ella vela; sus cuidados
No permiten que un momento
Halle el ansiado reposo,
Cierre sus ojos Morfeo.
Doña Elvira, que viuda
Del comendador don Tello,
Señor de Herrera y las Navas,
Castellano de Toledo,
Bajo un sencillito tocado
Cubierto el rubio cabello,
Sin sus oros la garganta,
Y el monjil y saya negros,
En soledad y retiro,
Sumida en dolor inmenso,
Diez años há que le llora
Como le lloró el primero.
En vano el Abril florido,
Lanzando al áspero invierno,
Rie á la tierra y la alfombra
De galas y verdor nuevos;
En vano el plácido Octubre,
Renovando los misterios
De Baco, tras Sirio ardiente
Se ostenta de frutas lleno;
Ella, insensible á sus dones,
Llora siempre en el silencio
De la noche y cuando al mundo
Alegra lumbroso Febo.
Era don Tello esforzado,
Tuvo el renombre de Bueno,
Murió en la toma de Alhama,
De heridas y honor cubierto.
Un hijo solo fué el fruto
De su amor fino y honesto,
Como su padre valiente,
Como doña Elvira bello;
Que también contra los moros,
Cual mil famosos guerreros,
Doncel de Isabel, la sirve
En el granadino cerco;
Mientras la penada madre,
Entre zozobras y miedos,
Cuanto por su padre un día,
Hoy tiembla por el mancebo,
Si bien gallardo y membrudo,
Cual jóven, aún poco diestro,
En repararse asaltado,
Ni en herir acometiendo.
«¡Si será, clamaba Elvira,
Que en su juvenil denuedo,
El hijo de mis entrañas
Hoy me las parta de nuevo?
»Yo le miro enardecido
Picar el bridon soberbio,
Y el primero en la batalla
Correr al mayor empuje;
»Entrarse, la lanza en ristre,
De los bárbaros en medio,
Por ganar una bandera
O algún noble prisionero
»Que presentar en la corte
De la Reina, como hacerlo
Mi inclito esposo solía.....
¡Oh dolorosos recuerdos!
»Madre desolada y triste!

¡Hijo infeliz! ¡cuánto tiemblo
Por tí de Muza los botes,
De Alhijar el crudo acero!
»Cuánto que ciego, olvidado
De mi amor y mis consejos,
Con un desastre consumes
Mi viudez y desconsuelo!
»¡Ah, si de tu ilustre padre,
Como tienes el esfuerzo,
La prudencia te adornara,
Mis cuidados fueran menos!.....
»Guardad, bárbaros; no alevos,
Si estáis de sangre sedientos,
Probeis vuestros fuertes brazos
Contra ese pimpollo tierno.
»¡Tantos le asaltáis, cobardes,
Y seguros de vencerlo,
Correis cual hambrientos lobos
A un inocente cordero!
»Cual buenos, solos buscadle,
Y el brazo y heroico aliento
Veréis en él, del que tanto
Temblabais, grande don Tello;
»O mejor con el Maestre
O con el Córdoba fiero
Medíos, que á todos llama,
Su horrible lanza blandiendo.
»Perdonad mi hijo querido:
¡Así hallen siempre los vuestros
Ventura y prez en las lides,
Honras y amor con el pueblo!
»Hijo amado! ¡qué de angustias
Me cuestas!.....» En su desvelo,
De repente de la almohada
Alzándose sin sosiego,
Corre al balcón, y escuchando
Exclama: «¡Si el escudero
Vendrá, que partió á informarse
De su salud y sus riesgos!
»Tráeme fiel las faustas nuevas
Que madre tierna deseo,
Y tendrás un premio digno
De tu lealtad y tu celo.....
»Pero ¡qué estrépito se oye!
No hay dudar!..... pasos sienten;
La marcha de algún jinete
Repite sonoro el eco.
»Cuán silencioso camina!
Percibir apenas puedo
El batir del duro casco
Sobre el pedregoso suelo.
»Si será que así á deshoras
Venga alguno de mis deudos
A anunciarme las desdichas
Que continuo estoy temiendo?
»Madre infeliz! ¡venturosa
La que jamás logró serlo!
No cual yo, que al ciclo airado
Ablandé con votos necios.
»Ella no verá sus hijos
Atravesados los pechos
De mora lanza, y segados
En su flor cual débil heno.
»No en las andas funerales
Extendidos, ni cubierto
De negros paños, y en torno
Los militares trofeos,
»Verá su féretro alzarse,
Y en un silencioso duelo
A cien caballeros nobles,
De sus armas compañeros.
»No llorará como lloro,
Ni tendrá en un hilo puesto
Su vivir, temblando siempre
¡Cuitada! un desastre nuevo,
»Cavilaciones tardías!.....
»Por qué, por qué su ardor ciego
No contrasté cuando pude?
»Por qué me doblé á sus ruegos?
»Por qué le dejé á las lides
Partir tan niño? ¡Mi seno
Desnudo, mis tristes lloros

No pudieran detenerlo?

«Sobre el umbral de rodillas
Una madre..... Léjos, léjos
Lengua tal, oprobio tanto
De una Guzman y Pacheco;
«Léjos de la sangre clara
Que al Moro el puñal sangriento
Tubo contra el hijo amado
De Tarifa en el asedio.

«Cuál se hablaría en la corte
De Isabel! y qué denuestos
Los ricos hombres no harían
Al hijo y la madre á un tiempo!
«Honor, honor castellano!
«Inclito esposo, modelo
De valor y altas virtudes
A cristianos caballeros!

«Ve desde el cielo á tu hijo,
Que tras tu glorioso ejemplo,
Madre infeliz, viuda triste,
Víctima á la patria ofrezco.

«Tiéndele los nobles brazos,
Séuro que por sus hechos
No mancillará las glorias
De sus heroicos abuelos;

«Tiéndelos, amado esposo,
Unido á tí en nudo estrecho,
Parte con él tus laureles,
Y goza lo que yo pierdo.»

De improviso ave nocturna,
Lanzando un grito funesto,
Se oyó, y batiendo las alas,
Voló con mortal agüero;

Y una z gigantada sombra,
Cual un pavoroso espectro,
Cruzó delante sus ojos,
De horror y lágrimas llenos.

«Elvira, la triste Elvira,
Aterrada y sin aliento,
Cayó sobre su almohada,
Gritando: «Yo descalabrezco.»

ROMANCE II.

Yace la infeliz Elvira
Tan atónita en su estrado,
Que ni aun aliento le queda
Para clamar por amparo;

Despavoridos los ojos
En el balcon, y temblando
Que el ave el grito repita,
De sus desdichas presagio.

Procura alzarse, y no puede;
Tienta gritar, y es en vano;
Que la congoja y el miedo
Le ligan fuerzas y labio.

Así la encontró la aurora,
Anegada en lloro amargo,
Cuando ella flores y perlas
Derrama de su regazo.

Zaida, su esclava querida,
En angustia y duelo tanto,
Fue, de todas sus doncellas,
La sola que halló á su lado;

Zaida, que aun niña en la corte
Que baña el Genil y el Darro,
Con su virginal belleza
Hizo á mil libras esclavos;

La que en su donaire y gracias
De la Alhambra en los sarao
Despertó tantas envidias
Como dió vueltas danzando;

Abencerraje y Vanegas,
Nombres cuyo lustre raro
Al sol empaña, y columnas
Son del pueblo y del Estado.

Cautiva la hizo don Tello,
Y Elvira, en felice cambio,
Por endulzar su desgracia,
Le dió de amiga la mano.

Esta, que al alba antecede,

Para sentir sus agravios,
Que nada en cautivos nobles
Es poderoso á olvidarlos;
Si ya en secreto no llora,

El tierno pecho llagado
De abrasado amor, al mismo
Que la madre está llorando.
Desvelada la echó ménos,

Y solicita en su hallazgo,
Topóla en su estancia triste,
Vuelta apenas del desmayo.
«¿Qué teneis, señora mia?

«Por qué en lágrimas bañados,
No me miran vuestros ojos
Cuando cariñosa os hablo?
«¿Qué teneis! clamaba Zaida;

«¿Qué suspiros tan ahincados
Son esos, y esos gemidos
Con que pareccis ahogaros?
«Por qué conmovido el pecho

Os bate así? ¡por qué helado
Lo siento, y vos tan parada,
Que me semejais de mármol?
«Alzad, señora, del suelo,

Y en mi seno reclinados;
Que ni él será, ni mi vida,
De vuestro amor digno pago.
«Dejad las ansias y duelos

A esta infeliz, que sus hados
A eterno dolor condenan
En su verdor más lozano.
«Pero vos, dulce señora,

Entre honores y regalos,
¿Por qué ese horror en el rostro,
Y esa zozobra y espanto?
«Elvira, á la voz de Zaida,

Abrió, como despertando,
Sus ojos, que otra vez miran
Hacia el balcon azorados;
Y viéndolo que Zaida llora,

Torna al dolorido llanto;
Y «¿Ay madre desventurada!
«Clamaba de cuando en cuando.
«¿Ave enemiga y funesta!

«Sombra fatal!... ¡Cielo santo,
Herid, herid á la madre,
Y perdonad mi hijo amado!»
Sus doncellas y sus dueñas

Alborótanse entre tanto,
Y despavoridas corren,
Por su señora clamando.
Llegan, y al verla cuál yace

Como el lirio de los prados,
Que ajó el áspero granizo,
Roto su frondoso tallo,
Atónitas la contemplan,

Y sin osar demandarlo,
No temen ya, cierto miran
Algun lamentable caso.
Todas suspiran cual ella;

Venla llorar, y anegado
Su rostro en lágrimas tristes,
Conmueven todo el palacio.
Así estaba entre zozobras

Aquel afligido bando
De palomas inocentes,
En ansias y sobresaltos,
Cuando á más amedrentarlas

Un ruido de caballos
Se oyó, y en la sala vieron
Al escudero y don Sancho.
Don Sancho, padre de Elvira,

El más respetable anciano
De cuantos de Calatrava
Visten el glorioso manto;
Terror un tiempo del moro,

Lleno de méritos y años,
Y en su encomienda y retiro
Hoy de míseros amparo.
Llegó el noble caballero

Silencioso y mesurado,
Del escudero asistido

En sus vacilantes pasos;
Grave y plácido el semblante,
Serenidad afectando,
Pero en el suelo los ojos

Y de lágrimas preñados,
«Elvira al ver á su padre,
«Mi gozo, exclamó, el encanto
De mi vida finó! ¡ay triste!

De Santa Fe en el rebato...»
Quiso proseguir, y un nudo
El dolor echó á su labio,
Y en los brazos de su Zaida

Volvió á tomarla el desmayo.
El noble anciano en su apoyo
Tendió los trémulos brazos;
Con sus ruegos la conforta,

Regalanla sus cuidados;
Y Zaida cuasi sin vida,
Trémula toda, y ahogado
El pecho en ansias mortales,

La está infeliz sustentando,
Mientras las fieles doncellas,
En duelo y horror tamaño,
A los pies de su señora

Se precipitan gritando:
«¿Ay desventurada Elvira!
«¿Ay malogrado Fernando!»
«¿Ay! ¡ay, Fernando!, retumban

Los artesones dorados.
Volvió en fin Elvira triste
De su profundo letargo;
Y «¿Ay padre, otra vez exclama,

Ya acabó mi hijo adorado!
«Su sombra, su infausta sombra,
Y de un ave el grito aciago
Nuncios á esta infeliz fueron

De tan pavoroso estrago!—
«¿Qué es esto, señora! ¿cuando
Ni la constancia en tu pecho,
Ni la religion faltaron?

«¿Cuándo, cuándo esperé verte,
Cual hoy sin mesura te hallo,
Sin escuchar mis avisos,
Ni hacer de mis ruegos caso?

«Niña perdiste á don Tello,
Y fué inmenso tu quebranto;
Pero jamas, hija mia,
Te abatieras á este grado.

«Sí, murió...» A esta voz terrible,
A Zaida se le nublaron
Los ojos, y un grito agudo
Su amor lanzó involuntario.

«Sí, murió (don Sancho sigue
Con tono grave y posado);
En el cielo está, señora,
Su buen padre acompañando;

«Mártir ilustre y dichoso,
De glorias brilla colmado;
«Dírame esta suerte el cielo
Por premio de mis trabajos!

«Pagó esforzado á la patria
La deuda que un pecho hidalgo
Desde que nace le debe,
Que sus mayores pagaron.

«Sintió de su heroica sangre
El noble ardor, y emulando
De sus ínclitos abuelos
Los fechos más señalados,

«En su juventud florida
Sus sienes ciñó del lauro
Que tantos años y lides
Costaron á Tello y Sancho.

«Su noble tío el Maestre,
De haberle por deudo ufano,
La roja cruz y la espada
Le colocó de Santiago.

«Isabel su fin glorioso
Honró con su régio llanto,
Si antes sus altas proezas
Celebraba con aplauso.

«Y tú lloras sin consuelo!

¡Tú lloras porque bizarro
Siguió á tu Tello, que siempre
Le ofrecimos por dechado!
»No fué así doña María,
Emula y mujer del bravo
Guzmán el Bueno, y hoy honra
De nuestro linaje claro.
»Si cobarde y vil se hubiese
De la batalla fugado,
Entonces sí, hija querida,
Que debiéramos llorarle.
»Entonces sí que el encuentro
De los buenos esquivando,
Andar debiéramos siempre
El rostro en tierra inclinado.
»Hoy no, que en las lenguas sueña
De todos; que fiel retrato
De sus mayores, cual ellos,
Del honor murió en el campo.
»Oye á su fiel escudero,
Y verás cómo envidiado,
No plañido, sernos debe
De su sol el noble ocaso.
»Hija adorada y llorosa!
Ya basta del libre vado
Que á tu sentimiento dieras,
Y es del honor moderarlo.
»Cesen, pues, los ayes tristes
Y ese tu gemir insano,
Ni más me afijas, de un padre
Las suplicas desdeñando.»
Elvira, á este dulce nombre,
Dió á su ahogo un breve plazo;
Y apoyándose en su Zaida,
Fué humilde á besar su mano.
Solicito alzóla el viejo
Con un amoroso abrazo;
Todos en silencio triste
Al escudero escuchando (1).

ALARMA ESPAÑOLA.

ROMANCE QUE EL DOCTOR DON JUAN
MELENDEZ VALDES DIRIGE Á UN
AMIGO SUYO.

Al arma, al arma, españoles,
Que nuestro buen rey Fernando,
Victima de una perfidia,
En Francia suspira esclavo.
En su bondad inocente,
Como verdad los halagos
Creó de un alevé amigo,
Y corrió inerme á sus brazos.
¡Oh, si los ardientes ruegos
De tantos fieles vasallos
Oyerá ni él gemiría,
Ni yo os llamára á vengarle.
Pero era joven y bueno,
Y en su corazón honrado
Desechó cual imposibles
Sospechas de un doble trato.
Era rey, nieto de reyes;
Como tal, por sacrosanto
Tuvo el seguro ofrecido
Por otro rey su aliado.
Este seguro, españoles,
Que áun entre el cafre inhumano
Fué firme, inviolable siempre,
Sólo á un buen rey ha faltado.
El ocioso convite
Fué, para prenderle, un lazo;
Y echóle la vil cadena
Con el beso y los abrazos.
Cadena que arrastra el triste
Sólo porque le adoramos,
Y de su cuello inocente
Al nuestro está amenazando.

(1) El autor había continuado este suceso en otro romance, que se extravió despues de su fallecimiento.

Y en paz sufrirlo podemos?
Y el acero toledano
No esgrimimos? ¡Nuestros nombres
Mancillará oprobrio tanto?
¿Dónde están los nobles hijos
Que á Valencia han libertado?
¡Estos, Jaime, son tus nietos?
¡Son éstos tus valencianos?
Al arma, al arma, españoles;
La patria os llama; corramos
Al arma á vengarla fieles,
O como buenos muramos.
No á crédulas esperanzas
El pecho abrais; en tardando
Todo es perdido, y los grillos...
¡Oh baldón! ¡pude nombrarlos!
Grillos y duras esposas
Nos aguardan; nuestras manos
Las llevarán, y mendigos
Viviremos é infamados.
Ved, si no, la triste Italia,
Y allá en Roma, al Pastor santo,
Hecho el indigno juguete
Del mismo que tanto ha honrado.
Ved al holandés sufrido,
La Prusia, el rudo polaco,
El noble alemán; de sangre
La Europa entera hecha un lago.
Creó sus dobles promesas
Ciego el portugués, y, á saco
Dadas sus ricas ciudades,
Maldiciendo está su engaño.
Por la ambición de uno solo
El mundo gime; los campos,
Los talleres, la oficiosa
Industria, todo asolado,
Seremos lo que son ellos,
Viles, míseros esclavos,
Y nuestras hijas y esposas
Servirán á su regalo.
Nuestros venerables usos,
Nuestras leyes, el sagrado
Culto y fe de nuestros padres
Veránse por tierra hollados.
Estas leyes y este culto,
De que tanto nos preciamos,
En que dichosos nacemos,
Que con la leche mamamos,
Acabarán como un día
Allá en los tiempos infaustos
De Witiza y de Rodrigo
Miseramente acabaron.
Y lo sufrirán los nietos
De los que ochocientos años
Combatiendo contra el moro,
Al Africa al fin lo echaron?
¿Los que heroica frente hicieron
Al invencible romano,
Y con Sagunto y Numancia
Indomables se abrasaron?
No, tanta mengua no cabe
En pecho español; volvamos
La vista á nuestros abuelos,
Y cuidemos de imitarlos.
Un ejército no es nada
Contra un pueblo que, ligado
En nudo fiel, sus hogares
Defiende, á todo arrestado.
Diez millones de españoles
No son, no queriendo, esclavos;
Sientan los bravos de Jena
La fuerza de vuestros brazos.
Sientan que áun arde en los pechos
Aquel glorioso entusiasmo
Que un traidor entibiar pudo,
Pero no pudo apagarlo.
¡Esas lucientes corazas,
Esos sables, esos cascos
Que llevan, son de otro temple
Que fueron los africanos?
Los vencisteis porque libres
Quisisteis morir; hagamos

Hoy lo mismo, y la victoria
Nos cefirá con sus lazos.
La patria os llama y el Rey;
Corred, corred á librarlo
De los grillos; arma suenen
El Ebro, el Turia y el Tajo.
Todo suene al arma, y todos,
Del niño al trémulo anciano,
Soldados, la vida demos
Como buenos por entrambos.—
De Madrid así en la plaza
Cantaba un fiel valenciano,
Y «Al arma, al arma, decia,
Por nuestro buen rey Fernando.»

ALARMA SEGUNDA.

Á LAS TROPAS ESPAÑOLAS.

¿Dónde estáis, valientes hijos
De la victoria y la patria?
¿Vuestra religion se entibia?
¿Vuestro corazón desmaya?
Generales, que á las lides,
Compafieros de sus armas,
Llevándolos, de la gloria
Gozaís ya de sus hazafias,
¿Por qué en la mitad del triunfo
Bajáis la tajante espada,
El atambor no retumba,
Y el bronce ardiente descansa?
Corre audaz nuestro enemigo,
Libre en su bárbara saña,
Del Ebro las anchas vegas,
Sus felices campos tala.
Nada, ominoso, perdona;
Hiere, oprime, fuerza, mata,
Y á fuego y á sangre lleva
Del palacio á la cabaña.
Ni al trémulo helado anciano
Librarle pueden sus canas,
Ni á la tímida doncella
Su belleza y sus plegarias.
De los brazos de la madre
Desapavorida la arranca
Su brutal furor... ¡Oh cielos!
¡Salvad su inculpable infamia!
¡Ay, que feroz la atropella,
Lucha en vano, en vano clama,
Y espira en los torpes brazos
Que tan vilmente la ultrajan!
Cae moribunda la madre
Con la infeliz, y de rabia
Ciego el padre, en la impia turba
Su afrenta, matando, lava.
Pero al fin sucumbe y muere,
Y el bárbaro en furia insana
Triunfa impune, y hasta el templo
Corre y nefario lo allana.
Nuestro Dios ved por el suelo.
¡Con qué sacrilega audacia
Lo escupe su inmundada boca,
Lo conculca su vil plantal!
Y en su ansia de vino y oro,
Robando el cáliz del ara,
Lo hace copa de sus brindis,
Y sus torpes triunfos canta.
Soldados, en estos triunfos
Mirad nuestra eterna mancha,
Si dejáis ¡indigna mengua!
Que uno solo vuelva á Francia.
Que sus cánticos alevés
Sean el grito de venganza,
Que os haga correr al puesto
De patria y honor os llaman.
Incultos aragoneses,
¿De qué os sirvió tanta hazafia,
Tanto sudor y fatiga,
Tanta sangre derramada?
¿De qué los velludos pechos
Oponer á tantas balas,
Ni á vuestras nobles matronas

Valor tanto en tantas gracias,
 Si los que de luto y sangre
 Y lágrimas vuestras casas
 llenaron, por deteneros,
 ¿cómo al fin se escapan?
 ¡Gloriosos hijos del Bétis,
 No con Bailén sólo acaban
 Los vándalos que asolaron
 vuestras vegas afamadas;
 Aun respiran más bandidos,
 Que mientras el Ebro arrasan,
 incendiando su infame acero,
 os torva vista os amagan.
 ¡Vosotros que al claro Turia
 Reáis las plácidas aguas,
 Esforzados valencianos,
 Corred del viento en las alas:
 Corred orillas del Ebro
 A repetir las hazañas
 De Valencia en los muros
 El bando está la fama.
 Bailén y Valencia sean
 Del vil francés os aguarda;
 En la oprimida Rioja,
 Allí está el honor de España.
 Allí laureles ó grillos;
 Soldados, al arma, al arma,
 Y á ceñiros los laureles,
 Pues está la suerte echada.
 Si tardais más, el tirano
 Que huella con dura planta
 La desventurada Europa

Del polo á la triste Italia,
 ¡Ay qué de estragos y muertes,
 Y qué de horrores y llamas,
 En su cólera implacable,
 Para acabarnos preparar!
 Sus victorias se eclipsaron
 Por vuestra heroica constancia;
 Y los de Marengo y Ulma,
 Con sus yelmos y corazas
 Huyen y medrosos tiemblan.
 Y cual tímida manada
 De corderos se retiran
 Al crujir de vuestras armas.
 El lo ve, y en su hondo pecho,
 Que siente toda la infamia
 De su negra alevosía,
 Se agita á horribles venganzas.
 Como el tigre en el desierto,
 Que el hambre y la sed abrasan,
 Sobre la incauta corcilla
 Se arroja y la despedaza,
 Vendrá, y traerá sus legiones,
 Que oprimen la Scitia helada,
 Ofreciendo á su codicia
 Por cebo montes de plata.
 Vendrá, y lloraréis de nuevo
 Las ciudades asoladas,
 Talados campos y mieses,
 Vuestras madres degolladas.
 Manchado con brutal furia
 El honor de vuestras casas,
 Y entre hierros vuestros hijos
 Ir como esclavos á Francia.

No espereis, no, que él deponga
 Sus odios; las negras almas
 No vuelven atrás del crimen,
 Y como empiezan acaban.
 Soldados, ved nuestra suerte;
 Ya la cadena pesada
 Suena en su mano, y con ella
 Fiero á su carro nos ata.
 Ya llega, y los pueblos arden,
 Cual si un torrente de lava
 Los abismase, y la tierra
 En sangre humea inundada.
 ¡No, soldados! ¡no, españoles!
 ¡No, Dios bueno! tal infamia
 Y abominación impía
 Sobre nosotros no caiga.
 Corred, hijos de la gloria,
 Corred, que el clarín os llama
 A salvar nuestros hogares,
 La religión y la patria.
 Vil el perczoso sea,
 Vil el que vuelva la espalda,
 Yo mismo animoso os sigo,
 Y opondré el pecho á las balas.
 Partamos, que Dios nos guíe,
 Pues es tan suya la causa,
 Alzando el pendón glorioso
 Que nuestros padres llevaban,
 Allí cuando al moro fiero
 En el Salado y las Navas
 La bárbara frente hollaron
 Para eterno honor de España.

SONETOS.

AL SEÑOR DON GASPARD DE JOVELLANOS, DEL CONSEJO
 DE SU MAJESTAD, OIDOR EN LA REAL AUDIENCIA
 DE SEVILLA (1).

Las blandas quejas de mi dulce lira,
 Mil lágrimas, suspiros y dolores
 Me agrada renovar, pues sus rigores
 Piadoso el cielo por mi bien retira.
 El dichoso zagal que tierno admira
 Su linda zagaleja entre las flores,
 Y de su llama goza y sus favores,
 Alegre cante lo que amor le inspira.
 Yo lloro solo de mi Fili airada
 El altivo desden con triste canto,
 Que el eco lleve al mayoral Jovino;
 Alternando con cítara dorada,
 Ya en blando verso ó dolorido llanto,
 Las dulces ansias de un amor divino.

SONETO PRIMERO.

EL DESPECHO.

Los ojos tristes, de llorar cansados,
 Alzando al cielo, su clemencia imploro;
 Mas vuelven luego al encendido lloro,
 Que el grave peso no los sufre alzados;
 Mil dolorosos ayes desdichados
 Son ¡ay! trasunto de la luz que adoro;
 Y ni me alivia el día, ni mejor
 Con la callada noche mis cuidados.
 Huyo á la soledad, y va conmigo
 Oculto el mal, y nada me recrea;
 En la ciudad en lágrimas me anego;
 Aborrezco mi ser; y aunque maldigo
 La vida, temo que la muerte aún sea
 Remedio débil para tanto fuego.

SONETO II.

EL PRONÓSTICO.

No en vano, desdeñosa, su luz pura
 Ha el cielo á tus ojuelos trasladado,
 Y ornó de oro el cabello ensortijado,
 Y dió á tu frente gracia y hermosura.
 Esa rosada boca con ternura
 Suspirará; tu seno regalado
 De blando fuego bullirá agitado,
 Y el rostro volverás con más dulzura,
 Tírsi, el felice Tírsi tus favores
 Cogerá, altiva Clori, su desseo
 Coronando en el tálamo dichoso.
 Los cupidillos verterán mil flores,
 Llamando en suaves himnos á Himeneo,
 Y Amor su beso le dará gozoso,

SONETO III.

EL PENSAMIENTO.

Cual suele abeja inquieta, revolando
 Por florido pensil entre mil rosas,
 Hasta venir á hallar las más hermosas,
 Andar con dulce trompa susurrando;
 Mas luego que las ve, con vuelo blando
 Baja, y bate las alas vagorosas,
 Y en medio de sus hojas olorosas
 El delicado aroma está gozando;
 Así, mi bien, el pensamiento mío
 Con dichosa zozobra, por hallarte,
 Vagaba, de amor libre, por el suelo;
 Pero te vi, rendime, y mi albedrío,
 Abrasado en tu luz, goza, al mirarte,
 Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

SONETO IV.

LAS ARTES DEL AMOR.

Quiso el amor que el corazón helado
 De Nise ardiese, y le lanzó una flecha;
 Mas dió al punto á sus pies, mil partes hecha,
 Contra su seno, de pudor murado,

(1) El autor dedicó estos sonetos á su amigo, el año de 1776, á expresión de cinco, añadidos en esta edición.

Solicítala en oro trasformado,
Y al vil metal con altívez desecha;
Busca al vano favor; no le aprovecha,
Quedando en pruebas mil siempre burlado.
Válese al fin de Tirsi, que la adora;
Llama al tierno Himeneo, y oficioso,
De la mano la arrastra al nupcial lecho.
Victoria canta el dios; de la pastora
Cesa el desden, y en llanto delicioso,
Cual nieve al sol, se le derrite el pecho.

SONETO V.

LA PALOMA.

Suelta mi palomita pequeñuela,
Y déjamela libre, ladrón fiero;
Suéltamela, pues ves cuánto la quiero,
Y mi dolor con ella se consuela.
Tú allá me la entretienes con cautela;
Dos noches no ha venido, aunque la espero.
¡Ay! si ésta se detiene, cierto muero;
Suéltala, ¡oh crudo! y tú verás cuál vuela.
Si señas quieres, el color de nieve,
Manchadas las alitas, amorosa
La vista, y el arrullo soberano,
Lumbroso el cuello, y el piquito breve....
Mas suéltala y verás la bulliciosa
Cuál viene y pica de mi palma el grano.

SONETO VI.

LAS ILUSIONES DE LA AUSENCIA.

Ora pienso yo ver á mi señora
De donosa aldeana, y que el cabello
Libre le vaga por el albo cuello,
Cantando alegre al despertar la aurora;
Ya en pellico y cayada de pastora
Los corderillos guía, y suelta al vello
Por el prado brincar, corre en pos de ellos;
Ya en ocio blando en la cabafia mora.
Tierna ora rie, y va cogiendo flores;
A caza ora tras ella el monte sigo,
Y bailar en la fiesta ora la veo.
Así ausente me alivio en mis dolores;
Y aunque sueño de amor es cuanto digo,
El alma siente un celestial recreo.

SONETO VII.

EL RUEGO Y LA CRUELDAD.

Huyes, Cínaris bella y desdefiosa,
De mil dulces palabras olvidada,
Ni vuelves hácia mí la faz rosada,
Ni mi voz oyes por correr furiosa.
¡Ah! tente, tente, á mi dolor piadosa;
Tente, y yo callaré; no tu nevada
Planta la selva hiera enmarañada,
Cual la de Vénus cuando erró llorosa,
Ni aun respirar ya puedes, de rendida.
Vuelve... ¡ay! ¡ay! vuelve... mas, ¡dolor agudo!
Que por mejor correr suelta el cayado.
Vuelve... — dijo Damon; pero no oída
De la ingrata su voz, seguir no pudo,
En encendidas lágrimas bañado.

SONETO VIII.

EL DESEO Y LA DESCONFIANZA.

¡Oh, si el dolor que siento se acabára,
Y el bien que tanto anhelo se cumpliese!
¡Cómo, por desdichado que ora fuese,
La más alta ventura no envidiára!
Con la esperanza sola me aliviára;
Y por mucho que en tanto padeciese,
El gozo de que el mal su fin tuviese,
Lo amargo de la pena al fin templára.
Por un instante de placer que hubiera,
Con júbilo mis ansias sufriría,

Ni en su eterno durar desfalleciera.
Pero si es tal la desventura mía,
Que huyendo el bien, el daño persevera,
¡Qué aguardar puedo en mi letal porfía!

SONETO IX.

EL PROPÓSITO INÚTIL.

Tiempo, adorada, fué cuando abrazado
Al fuego de tus lumbres celestiales,
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado...
¡Qué de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales,
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desden helado!
Pasó aquel tiempo, mas la viva llama
De mi fiel pecho inextinguible dura,
Y hablar no puedo aunque morir me veo.
Huyo, y muy más mi corason se inflama;
Juro olvidarte, y crece mi ternura,
Y siempre á la razón vence el deseo.

SONETO X.

LA ESQUIVEZ VENCIDA.

No temas, simplecilla; del dichoso
Galan pastor no tardes la ventura;
Apenado á ti corre; su ternura
Premio al fin balle, y su anhelo reposo.
De rosa en la coyunda el cuello hermoso
Pon al yugo feliz; la copa apura
Que amor te brinda; y de triunfar segura,
Entra en lides sávae con tu esposo.
¡La vista torna! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida, y culpas sus ardoras,
En rubor virginal la faz tefida!
Mas Vénus... Vénus... su genial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Filis coge y la esquivas olvida.

SONETO XI.

LAS ARMAS DEL AMOR.

De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;
De tus lindos ojos, para herirme,
Las flechas y la llama abrasadora.
Tu dulce boca, que el carmin colora,
Su púrpura le dió para rendirme;
Tus manos, si al encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.
Tu voz sáve, tu desden fingido
Y el albo seno, do el placer se anida,
Pábulos añaden al ardor primero.
Amor con tales armas me ha rendido;
¡Ay armas celestiales! ¡ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

SONETO XII.

LA HUMILDE RECONVENCIÓN.

Dame, traidor Aminta, y jamás sea
Tu cándida Amarilli desdefiosa,
La guirnalda de flores olorosa
Que á mis sienes ciñó la tierna Aloca.
¡Ay! dámela, criuel; y si aun desea
Tomar venganza tu pasión celosa,
Hé aquí de mi manada una amorosa
Cordera; en torno fenecer la vea.
¡Ay! dámela, no tardes, que el precioso
Cabello ornó de la pastora mía,
Muy más que el oro del Ofir luciente,
Cuando cantando en ademán gracioso
Y halagüeño mirar, merced un día
Cefir con ella su serena frente,

SONETO XIII.

LA RESIGNACION AMOROSA.

¿Qué quieras, crudo amor? Deja al cansado
 Animo respirar solo un momento;
 Baste el veneno en que abrasarme sienta,
 Y el dardo agudo al corazon clavado.
 Ni duermo, ni reposo; y de mi lado
 Cual sombra huye el placer; ¡ah! ¡qué lamento
 Suena en mi triste oído! De tormento
 Basta, amor, basta, pues de mí has triunfado.—
 Le ruego así; y á mi dolor movido,
 Él me muestra la lumbré por que muero,
 Puro rayo de angélica hermosura;
 Yo me postro á adorarla, y encendido
 En fuego celestial, penar más quiero,
 Y morir pido como gran ventura.

SONETO XIV.

EL BUEGO ENCARECIDO.

Deja ya la cabafia, mi pastora;
 Déjala, mi regalo y gloria mia;
 Vén, que ya en el Oriente raya el día,
 Y el sol las cumbres de los montes dora.
 Vén, y al humilde pecho que te adora,
 Torna con tu presencia la alegría.
 ¡Ay! que tardas, y el alma desconfia;
 ¡Ay! vén, y alivia mi penar, señora.
 Tejida una guirnalda de mil flores
 Y una fragante delicada rosa
 Te tengo, Filis, ya para en llegando.
 Daréteas cantando mil amores,
 Daréteas, mi bien; y tú amorosa
 Un beso me darás sabroso y blando.

SONETO XV.

LOS TRISTES RECUERDOS.

En este valle, do sin seso ahora
 En muda soledad tu malhadado
 Nombre ¡ay Fili! repito, afortunado
 Decirte oí: «Mi corazon te adora.»
 Junto á este arroyo, que tu muerte llora,
 Te hallé cogiendo flores; y turbado
 La guirnalda nupcial en tu dorado
 Cabello puse, y te juré señora.
 Allí nos reveló sus deliciosos
 Misterios la alma Vénus, la sagrada
 Tea encendiendo plácido Himeneo.
 ¡Ay, dejadme recuerdos dolorosos!
 Mi Fili al claro Olimpo fué robada,
 Y yo en mil ansias fenecer me veo.

SONETO XVI.

LA FUGA INÚTIL.

Timido corso, de críel acero
 El regalado pecho traspasado,
 Ya el seno de la hierba emponzoñado,
 Por demas huye del veloz montero;
 En vano busca el agua y el ligero
 Cuerpo revuelve hácia el doliente lado;
 Cayó y se agita, y lanza congojado
 La vida en un bramido lastimero.
 Así la flecha al corazon clavada,
 Huyó en vano la muerte, revolviendo
 El ánima á mil partes dolorida;
 Crece el veneno, y de la sangre helada
 Se va el herido corazon cubriendo,
 Y el fin se llega de mi triste vida.

SONETO XVII.

EN UNAS BODAS.

Hé aquí el lecho nupcial; ¡tiembles, amada,
 Y para tí le ornó, de gozo llena
 Tu tierna madre? El corazon serena,

II. Ps.-XVIII.

Y de santo pudor sube á él velada.
 Tambien yo, como tú, temí engañada
 Doblar el cuello á la feliz cadena;
 Cedió y dichosa fui; tu esposo pena,
 Llega, y colma su suerte afortunada.
 Veo asomar al himeneo santo,
 Que fausta ya Fecundidad te mira,
 Y en maternal amor arder tu pecho.
 Llega.... La virgen, entre risa y llanto,
 Ansia y teme; la madre se retira,
 Y corre honestidad el nupcial lecho.

SONETO XVIII.

EL REMORDIMIENTO.

Perdona, bella Cintia, al pecho mio,
 Si evita cauto tu adorable llama;
 Que Fili solo su fineza inflama,
 Y él la idolatra aun en el mármol frio.
 Si amarte intento, del silencio umbrío
 Su voz infausta por venganza clama:
 «¡Así, me dice, ¡oh perdido! se ama?
 ¡Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impío!
 »Vuélveme á mi inocencia y á mi pura
 Candidez virginal; tú de mi pecho
 ¡Alevel! ¡alevel! has la virtud lanzado.
 »Vuélveme á mi virtud...» Su sombra oscura
 Me sigue así; y en lágrimas deshecho,
 Me hallo en el duro suelo desmayado.

SONETO XIX.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON EUGENIO DE LLAGUNO, HABIÉNDOLE NOMBRADO EL REY CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ÓRDEN DE CARLOS TERCERO.

Alivia el peso, soberana Astrea;
 Déjame un hora de feliz reposo;
 El crudo afán de tu servicio honroso
 Ceda una vez á más feliz tarea.
 Santa amistad en celebrar se emplea
 Del claro Elpino galardón glorioso,
 Merced justa de un rey que poderoso
 Su mérito y saber honrar desea.
 Vosotras, Musas, si á mi ruego un día
 Cedisteis gratas, y mi tierno acento
 Oyó afable por vos mi dulce Elpino,
 Prestas volad, decidme mi alegría,
 Del pueblo hispano el general contento,
 De la virtud el júbilo divino.

ELEGÍAS.

ELEGÍA PRIMERA.

EN UN EMPLEO TEMERARIO.

Amor, desdenes, ira, y todo junto,
 El poder de la envidia y de los celos,
 Se han unido en mi daño á un solo punto.
 La medrosa inquietud con mil desvelos
 Cubre mi infeliz pecho de amargura;
 Doy lástima á la tierra y á los cielos.
 Yo vi en mi daño una doncella pura,
 Término de beldad, y con mil dones
 Que exceden toda humana criatura,
 Sus ojos son de fuego; sus razones
 Hacen al que las oye temblar luego,
 Y encanta en su saber los corazones.
 Yo la miré, y temí, y un blando fuego
 Sentí que por mis venas discurría,
 Y á todo lo demas halléme ciego.
 Volvíome tristeza la alegría,
 La paz del corazon tormenta brava,
 Y oscuridad infausta el albo día.
 Nunca, empero, del daño me apartaba;
 Mas ántes vanamente confiado,
 Del puerto al ancho mar me abandonaba.

Ni de nubes el cielo encapotado,
 Ni de las roncadas olas el bramido,
 Ni el aquilon por ellas despeñado,
 Ni la negra tiniebla, ni el gemido
 De los que anega el mar, ni de mi leño
 El crujir, ni el camino no sabido,
 Bastaron á apartarme del empeño,
 Ni á volverme al lugar do me alejaba;
 Que amor me arrebató á mi despeño.
 La orilla con los huesos blanqueaba
 De muchos que perdieron ya la vida,
 Y otros el viento por la mar llevaba.
 Yo alegre en tanto, en rápida corrida
 Las olas iba de la mar cortando,
 De la mar, en mi daño embravecida;
 Y en necio error, en el amor fiando,
 Que calmase aguardaba la tormenta,
 Así á solas conmigo razonando:
 «¡Oh flaco corazón! ¿qué te amedrenta?
 ¿Qué recelas, cobarde, ó qué te espanta,
 Si un Dios tu vela y tu esperanza alienta?
 » Pretendes por ventura gloria tanta
 Sin peligro alcanzar? ¡Ay! que la gloria
 Es sólo del que al riesgo se adelanta,
 » Y aquel solo es el digno de memoria,
 Que trepa á la difícil asperesa,
 Do eterna hará la fama su victoria.
 » No ves, no ves, cuitado, tu bajesa,
 Pues alza ya los ojos á la cumbre
 De aquella sobrehumana gentileza?
 » ¡Oh beldad celestial! ¡oh gloria! ¡oh lumbre!
 ¡Oh angélico semblante! ¡eterno día!
 Tu esplendor fausto mi tiniebla alumbra.
 » Tú mi norte serás, serás mi guía;
 Tú eres mi estrella, tú mi aurora hermosa;
 Tuya es mi libertad y el alma mía.
 » A tí corre mi nave presurosa,
 Tú la encamina al puerto deseado,
 Y á mí vuelve los ojos amorosa.
 Tal la ruego; y al mar abandonado,
 Parécenme sus olas más serenas,
 Y dolido el amor de mi cuidado.
 A tí el veneno corre por las venas
 Y en un ardor dulcísimo me abraso,
 Que revuelve en su llama amargas penas.
 » Diré ¡cuitado! lo que entónces paso,
 Ni el infierno y la gloria que en mí siento?
 Aun con cien lenguas me quedará escaso.
 Cual Tántalo, entre el agua estoy sediento,
 En el medio del fuego estoy helado,
 Y á un tiempo alegre río y me lamento.
 Estoy contra mí propio conjurado,
 Y quiero y aborrezco en solo un punto,
 Y vivo y muero en tan fatal cuidado.
 Siento placer y pena todo junto;
 A mi adorada busco, y si la veo,
 Me quedo, en mi dolor, como difunto.
 » Gloria inmortal del fortunado empleo
 Que en ciego afán codicia mi ternura!
 ¡Oh, cuál en tí me afijo y me recreo!
 » Quién digno se hallará de tal ventura?
 » A quién, divino amor, á quién espera
 El premio de su angélica hermosura?
 » ¡Oh, si ganarle yo posible fuera!
 Suerte mayor no anhela mi deseo;
 Y despues, si así place, al punto muera.
 Mas ¡miser de mí, que devaneo,
 Y alcanzarla presumo locamente,
 » Ay, y su altura y mi humildad no veo!
 Cual fábula será de gente en gente,
 Y el nombre infausto quedará en el mundo
 De mi temeridad y amor ardiente.
 » Ciego, dañoso error! ¿en qué me fundo,
 Que á la altísima cumbre de su gloria
 Así aspiro á subir desde el profundo?
 » ¡Oh caso digno de fatal memoria!
 Yo lo alcanzo, señora, lastimado,
 Pero amor lleva siempre la victoria.
 Yo sé que cual gigante despeñado
 Será al fin, ó cual ícaro atrevido,
 En medio el hondo mar precipitado.
 Sé que el ciego me arrastra embebecido

Donde pueda acabarme; sé mi engaño,
 Y cuán alto mi error haya crecido;
 Y el origen fatal de tanto daño
 Sé para más dolor; y sé la llama
 Donde ardi incauto para mal tamaño;
 Y sé cómo el tirano á sí me llama,
 Y á mi rota barquilla en nada ayuda
 Contra el ventoso mar que hinchado brama;
 Todo lo sé, señora; mas no muda
 Su voto amor, ni yo tornar pudiera,
 Pues ya áun me veda que al remedio acuda.
 » ¡Y qué gloria mayor, puesto que muera,
 Qué fenecer por vos? ¡quién lo alcanzará?
 » ¡Ay si el crudo me oyese, y luego fuera!
 Mi fatal caso al ménos lastimara
 Un pecho en su crudeza empedernido,
 Y áun piadoso quizá mi fin llorara.
 Con esto, del camino no sabido
 Pisara yo la senda confiado,
 Y ni sombra temiera, ni alarido.
 Mas ¡ay misero! ¡ay triste! que el airado
 Mar se embravece y amenaza al suelo;
 Y á su furia el amor me ha abandonado.
 Los vientos silban, se oscurece el cielo,
 Cruje frágil el leño, y donde miro,
 Encuentro de la noche el negro velo.
 Me quejo, gimo y por demas suspiro;
 La muerte á todos lados me salta,
 Y mi barca infeliz perdió ya el giro.
 Tal merece quien tanto devanea,
 Y á imposibles osado se aventura;
 Si por su daño alguno los desea,
 Sírvale de escarmiento mi locura.

ELEGÍA II.

EN LA MUERTE DE FILIS (1).

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mío,
 Y al labio salga en dolorido acento
 La aguda pena en que morir porfio.
 Con lastimeros ayes gima el viento,
 Y entre suspiros y mortal quebranto
 La falta de la voz supla el lamento.
 Ciegos los ojos con su amargo llanto,
 Léjos de la alma luz, siempre en oscura
 Noche, fenezcan en desastre tanto.
 Truéqueseme la dicha en desventura,
 Ni jamás bien alguno esperar pueda,
 Pues me robó la muerte mi luz pura.
 » ¡Filis! ¡amada Filis! ¡ay! ¿qué queda
 Ya á mí dolor? ¿faltaste, mi señora?
 » ¡Cómo la voz el sentimiento veda!
 Allí volaste al cielo á ser aurora,
 Dejando en llanto y sempiterno olvido
 Esta alma triste, que tu ausencia llora.
 » ¡Qué! ¡ni mi dulce amor te ha detenido,
 Ni la amarga orfandad en que me dejas?
 » ¡Tan mal, querida Fili, te he servido?
 » ¡Así de este infeliz, así te alejas?
 Vuelve, adorada, vuelve á consolarme;
 No más desdén mis dolientes quejas.
 Pero tú no pudiste abandonarme;
 El golpe de la muerte, el golpe fiero
 Sólo de tí, mi bien, logró apartarme.
 » ¡Oh muerte! ¡muerte! ¡oh golpe lastimero!
 » ¡Ay! ¿sabes, despiadada, lo que hiciste.....?
 De todos tus delitos el postrero.
 » A quién con mano bárbara rompiste
 El feliz hilo de la tierna vida,
 Y en el sepulcro despiadada hundiste?
 » ¡A Filis! ¡á mi Filis! ¡mi querida,
 Mi inocente sagala! Su ternura
 » En qué ofenderte pudo, fementida?
 » ¡No te movió su angélica hermosura

(1) «Tengo sobre la mesa una larga elegía de Batilo á la muerte de otra Filis, niña del Manzanares. Está llena de furor poético y de la dulzura genial de este precioso jóven, en cuyo elogio compuso aquel deliciosísimo militar (Cadalso) una hermosa canción.»
 (Carta de fray Diego Gonzales al padre Miguel de Miras, escrita en Febrero de 1776. Autógrafo de la colección del Marqués de Pidal.)

A que no mancillases insolente
 Tan delicada flor en su alba pura?
 Jamás yo te creí tan inculente;
 Mas este golpe, golpe lamentable,
 ¡Oh cuán á costa mía me despierte!
 ¡Oh dura mano! ¡oh bárbara, implacable!
 ¡A quién, clamo sin fin, tu saña fiera
 Hirió con su guadaña abominable?
 ¡A Filia! ¡á mi Filia.....! ¡y esto espera
 A inocencia y amor, mientras riendo
 Eterno un siglo la maldad prospera!
 Huye, inhumana, al Tártaro tremendo;
 Y en sus abismos húndete entre horrores,
 Húndete, oh monstruo, tus hazafías viendo.....
 Deliro en mi pasión, y mis dolores
 Crecen, inmensos como el mar; ¡cuitado!
 ¡Qué he de hacer sin mi bien, sin mis amores?
 ¡Que ya no gozaré su alegre lado!
 ¡Ni oiré más sus suavísimas razones!
 ¡Ni he de ver de su rostro el tierno agrado!
 ¡Sus ojuelos, imán de corazones,
 Aquellos ojos cuya lumbré clara
 Tras sí arrastraron tantas atenciones!
 ¡Y aquel cuello, aquel talle, aquella rara
 Gracia que en noche eterna se oscurece!
 ¡Ay muerte dura, de mí bien avara!
 Lloro, y llorando mi tormento crece;
 Pero ¡qué mucho, si en mi acerba pena
 Todo el orbe dolido se estremece!
 Con horrisono silbo el aire suena,
 Ni el agua corre ya como solía,
 Ni la tierra es fructífera ni amena;
 Ni arrebolado asoma el alba día,
 Ni en la cima es del cielo el sol fulgente,
 Ni la luna en la noche húmida y fría,
 El Tórmes el raudal de su corriente
 Detiene por seguir mi amargo llanto,
 De cipres coronada la anchura frente;
 Con lúgubre aparato y triste canto
 De sus ninfas el coro le rodea;
 ¡Ay cuál doblan sus voces mi quebranto!
 No ya el nácar sus cuellos hermosea,
 Ni sembrado de perlas y corales
 Su cabello en los hombros libre ondea.
 Mustio taray y tocas funerales
 Hoy visten todas por la Filia mía,
 De su agudo pesar ciertas señales.
 ¡Oh! cuál con ellas yo la vi algún día
 Del seco Agosto en la enojosa llama
 Triscar alegre en la corriente fría!
 Hoy en llanto su pecho se derrama,
 Y con doliente lúgubre alarido,
 Cual si la oyese, cada cual la llama.
 El raudal Tórmes con mortal quejido
 También las acompaña, y su lamento
 Merece de Neptuno ser oído;
 Neptuno, el que del húmido elemento
 Modera la soberbia impetiosa,
 Ocupando entre dioses alto asiento;
 El que con voz y diestra poderosa,
 Con su tridente en carro de corales,
 Alza ó calma su furia sonora,
 Retrajo el curso á repetir mis males,
 Y en ronco són los horribles tritones
 Dieron de su dolor ciertas señales (1).
 Del húmido palacio los salones
 Retumbaron con fúnebres gemidos,
 Y temblaron columnas y artesones.
 Las focas y delfines doloridos
 En rumbo incierto tras su dios vagaban,
 De tan nuevos prodigios aturridos;
 Y como que asombrados, preguntaban:
 «¿Qué horror es éste y doloroso estruendo?»

Y los míseros llantos remedaban,
 Las colas escamosas revolviendo,
 Y en las cerúleas ondas excitando
 Desapacible són, ronco y horrendo.
 Por las vecinas playas lamentando,
 Sonaban de otra parte los zagales
 En tristes coros el desastre infando.
 Mas ¡ay! ¡ay! que sus cantos á mis males
 En nada alivio dan; mas ántes crecen
 En mis ojos dos fuentes inmortales;
 Que si ya, gloria mía, no merecen
 Estar colgados de tu faz suave,
 Mejor en ciego llanto así fenecen.
 ¡Oh dolor sobre todos el más grave!
 ¡Oh sombra! ¡oh fugas bien! ¡incierta vida!
 Quien en tí se confía, poco sabe;
 Apenas apareces, ya eres ida,
 Dejando la esperanza en tí fundada
 Cual mustia flor del vástago partida.
 ¡Quién pudiera decirme que mi amada,
 Mi tierna palomita, de repente
 Así del seno me sería robada,
 Cuando á aguardarla fui junto á la fuente,
 La tarde ántes del aciago día,
 En la margen del Tórmes trasparente?
 ¡Cómo me recibí! ¡con qué alegría,
 De mí burlando, mi temor culpaba,
 Y fiel su eterna llama me ofrecía!
 ¡Con qué halagüeños ojos me miraba,
 Y con cuántos dulcísimos favores
 Mis dudas, mis zozobras alentaba!
 ¡Oh mi acabado bien! ¡oh mis amores!
 ¡Quién entónces creyera tal fracaso,
 Ni tras ventura tal estos dolores!
 Riéndote la vida al primer paso,
 ¡Quién recelára que su luz temprana
 Corriera así tan súbito á su ocaso!
 Contino, Filia, de mis ojos mana
 Un mar de ardiente lloro, ¡ay sin ventura!
 Aciago fruto en mi esperanza vana.
 Su eterna ausencia mi dolor apura;
 Y el no haberla ¡ay de mí! jamás pensado,
 Dobla al mísero pecho la amargura.
 Bien debí, puesto que me vi encumbrado
 A lo sumo del bien que en hombre cabe,
 Temblar el triste fin en que he parado.
 Pero ¡quién con amor temerlo sabe,
 Ni entónces hace del agüero cuenta,
 Ni del buho que suena aciago y grave?
 En vano desde el roble en que se asienta,
 Anuncia la corneja el caso triste,
 Que á un pecho con pasión nada amedrenta.
 ¡Tú, Batilo infeliz! volar la viste
 La noche en que enfermo tú Fili amada,
 Y su fúnebre voz seguro oíste.
 Acuérdomé también que á la alborada,
 Dejando ya paciéndome mi ganado,
 A hablarla fuera en su feliz majada,
 Y vi un lobo feroz haber robado
 Una mansa cordera, blanca y bella,
 Que devoraba sobre el fresco prado.
 Corrí, compadecido, á socorrerla;
 Y súbito..... á mis ojos..... ¡qué portentoso!
 En humo denso se me huyó con ella.
 Yo hasta aquel punto de temor exento,
 Del espantable caso sorprendido,
 Caí sobre la hierba sin aliento.
 ¡Oh qué de tiempo estuve allí tendido!
 Y cuando, ya en mi acuerdo, hube tornado
 ¡Ay! á llorar en tanto mal sumido,
 Sin poder proseguir lo comenzado,
 Y atónito de ver prodigios tales,
 Volví, lleno de horror, á mi ganado.
 Allí luego encontre nuevas señales
 Que algún terrible caso me anunciaban,
 Agüeros ciertos de mis crudos males.
 Mis mansas ovejillas se espantaban,
 Y cual si las siguiera un lobo fiero,
 Girando en torno del redil, balaban.
 A un lado oí quejido lastimero;
 A examinarlo oí..... y de repente.....
 ¡Callarélo, ó diré tan triste agüero!

(1) Este verso es muy semejante á este otro de uno de los tercetos anteriores:

De su agudo pesar ciertas señales.

La patente que MILLERAN escribía con fatiga y sin espontaneidad estas elegías, en las cuales un sentimentalismo falso, amanerado y palabrero reemplaza, por lo común, la expresión sincera del dolor verdadero.

Vi dividida por agudo diente
La corderita á Filis prometida,
Que mi mano cuidaba diligente.
Al pié de ella la madre dolorida
Con débiles balidos la lloraba,
Queriendo con su aliento áun darle vida.
Entonces yo sentí que me apretaba
El corazón un miedo desusado.
Y trémulo mil males me anunciaba.
¡Oh mi Fili! ¡oh mi bien! ¡oh desgraciado!
¿Qué pudieron decirme estos agüeros?
¿Que era ya de tu vida el fin llegado?
¿Que esto anunciaban los prodigios fieros,
Y esto la triste ave y la cordera?
¡Ay, acabados gustos verdaderos!
¡Vida fugaz, cual sombra pasajera!
Ya á la mía no queda sino llanto,
Prueba áun bien débil de mi fe sincera.
Orecerá inmenso mi mortal quebranto,
Hasta que huyendo este nublado suelo,
En lazo á tí me una eterno y santo.
Ni ¡oh mi lus! pienses que jamas consuelo
Hallar podrá mi espíritu abatido;
Que en tí el bien me dejó con presto vuelo.
Y en lágrimas y penas semergido,
Tú imagen sola, cada vez más viva,
Mi pecho ocupa, de su amor herido.
La horrible Parca, que de tí me priva,
La ansia no apagará con que él la adora,
Que su llama en tu falta más se aviva,
Y acuerda al alma triste en cada hora
Tu dulcísimo amor, tu fe sincera;
¡Ay cuál padezco, y se me parte ahora!
La tierna débil voz, la voz postrera
Que en tu labio sonó ya moribundo,
Jamás podré olvidarla, aunque yo muera.
Pues ¡qué si el espectáculo profundo
Se me presenta de tu muerte acagala!
En un mar de mis lágrimas me inundo.
Deja, mi amor, que en ellas me deshaga,
Y que en largos suspiros exhalado,
Mi espíritu á sus ansias satisfaga.
Páreceme mirarte en el cuitado
Trance de la postrera despedida,
Débil la voz, el rostro demudado,
Del todo casi ya desfallecida,
Fijos en mí con gesto lastimero
Los ojos, y su luz oscurecida,
Diciéndome: **BATILO, YO ME MUERO;**
Y al quererme abrazar áun débilmente,
En mi boca lanzando el *ay* postrero.
¡Oh dolor! ¡cuánto estabas diferente
De aquella que ántes por tus gracias fuiste
El milagro de amor más reverente!
¡Oh, no me aflijas más, memoria triste!
Deja, deja acabarme en mi amargura;
Yo iré presto, mi bien, do tú subiste.
Mi fe, mi firme fe te lo asegura
No puedo ya vivir de tí apartado,
Que el ansia de te ver mi vida apura.
Entonces de temores sosegado,
En lazo ardiente, casto, verdadero,
Por siempre á tí me gozaré ayuntado.
¡Ay! ¡qué en la tierra, miserable, espero!
Muerte cruel, tan pronta con mi amada,
En mí ejecuta, en mí, tu golpe fiero!
Arráncame esta vida quebrantada;
Llévame con mi Filis al sosiego
De que el ánima está necesitada.
Muévante, oh cruda, mi infelice ruego,
La vida que aquí paso dolorosa,
Y el largo llanto con que el campo riego.
No pienses, no, mostrarte rigurosa,
Mi pecho hiriendo, en ansias abismado,
Que ántes serás en tu rigor piadosa;
Pues yo, de alivio ya desesperado,
Ni curo tener cuenta con mi vida,
Ni un breve alivio á mi infeliz cuidado.
Mis lágrimas son siempre sin medida,
Y en los suspiros con que canso al cielo,
El alma se me arranca dolorida;
Ni para alimentarme hallo consuelo,

Ni es otra mi bebida que mi llanto,
Ni del sueño me alivia el vago vuelo;
Pues cuando al fin, rendido en mi quebranto,
Entre sus blandas alas me adormece,
Despavorido al punto me levanto;
Que mi sombras tristísimas me ofrece,
Tendiendo yo la mano, arrebatado,
Al bien que niebla vana desaparece.
Tal es de mi vivir el triste estado;
Huyendo en torva faz siempre las gentes,
Y de ellas por sin seso baldonado;
Sólo en mis ovejillas inocentes
Compasión halla mi amoroso anhelo,
Si es que cabe en mis ansias inclementes.
Ellas solas me siguen en mi duelo,
Y en torno rodeándome apiñadas,
Doblan con su balar mi desconuelo.
Las que tuve á mi Filis destinadas,
Todas, sin quedar una, han fenecido;
¡Ay corderas cual ella desgraciadas!
A las otras el prado florecido
Jamás mueve á pacer, aunque acabando
Las miro con tristísimo balido.
Aquí las tiernas crías van quedando,
Las madres allí caen sin aliento,
Todas en cuanto mueren suspirando;
Mientras Melampo fiel su sentimiento
Me muestra lastimado en ronco aullido,
Los pies me lame, y me contempla atento.
O ya el camino corre conocido
Que á la majada de mi Filis guía;
Torna, se pára, y cae sin sentido.
Su compasión enciende el alma mía;
¡Oh! fenezca esta vida desastrada,
Que de ir á acompañarte me desvia.
¡Oh mi bien! ¡mis amores! ¡oh eclipsada
Lumbre de estos mis ojos! ¡mi consuelo!
¡Rosa en Abril florido marchitada!
Llévame donde estás con presto vuelo;
Acabe, acabe mi mortal quebranto,
Y allá te abraza en el sereno cielo.
Pídeselo con ruego y tierno llanto
A aquel que inmóvil ve desde su altura
Mi firme amor y mi deseo santo.
Entonces si que libre de amargura,
Mi alegre suerte con la tuya uniendo,
Gozaré el lleno bien que acá me apura.
Entonces si que el alma, en tí viviendo,
Se adormirá feliz en paz gloriosa,
Sus finas ansias coronadas viendo;
Y con habla dulcísima y sabrosa,
Conversando contigo mano á mano,
Podrá llamarse sin temor dichosa.
¡Qué! ¡no te mueve mi dolor insano?
¿De tu Batilo, Filis, ya te olvidas?
¿Su voz desdeñas? ¿su clamar es vano?
¿Dó están las voluntades tan unidas?
¿Dó están?... Mas no se cuida allá en el cielo
De las cosas viviendo prometidas;
Y ya en paz alma, roto el mortal velo,
De un infeliz en su dolor perdido
Tú las ansias no ves ni el desconuelo;
Mientras sobre tu losa aquí tendido
Yo besándola estoy sin apartarme,
Ni templar ¡ay! el mísero gemido,
Hasta que mi dolor llegue á acabarme,
Y suba, en vuelo alegre arrebatado,
Donde pueda por siempre á tí juntarme,
Y gozar tu semblante regalado.

EPITAFIO DEL SEPULCRO DE FILIS.

La gracia, la virtud y la belleza,
La fe y el corazón más inocente,
Y el milagro más raro de ternera
Que amor hará sonar de gente en gente,
Yacen debajo de esta triste losa,
Do la sombra de Fili en paz reposa.
**SONETO RENUNCIANDO Á LA POESÍA DESPUES
DE LA MUERTE DE FILIS.**
Quédate á Dios, pendiente de este pino,
Sin defensa del tiempo á los rigores,

Citara en que canté de mis amores
Las gracias y el ingenio peregrino.
Guárdala, oh tronco, qué honras el camino,
Por muestra de la fe de dos pastores,
Do puedan cortesanos amadores
Tomar lecciones de un amor divino.
Mientras la oyó viviendo mi señora,
Con cuerdas de oro resonar solía,
Y fieras crudas amansó su canto;
Ya que el alma feliz los cielos mora,
Y en esta tumba su ceniza fría,
Cesen los versos, y principie el llanto.

ELEGÍA III.

LA PARTIDA.

En fin voy á partir, bárbara amiga,
Voy á partir, y me abandono ciego
A tu imperiosa voluntad. Lo mandas;
Ni sé, ni puedo resistir; adoro
La mano que me hiere, y beso humilde
El dogal inhumano que me ahoga.
No temas ya las sombras que te asustan,
Las vanas sombras que te abulta el miedo
Cual fantasmas horribles, á la clara
Luz de tu honor y tu virtud opuestas,
Que nacer sólo hicieran..... En mi labio
La queja bien no está; gima y suspire;
No á culpar tu rigor de los instantes
Del más ardiente amor tal vez postreros,
Tú, de tí misma juez, mis ansias juzga;
Mi dolor justifica, á mí no es dado
Sino partir. ¡Oh Dios! ¡de mí inefable
Felicidad huir! ¡en mis oídos
No sonará su voz! ¡no las ternezas
De su ardiente pasión! ¡mis ojos tristes
No la verán, no buscarán los suyos,
Y en ellos su alegría y su ventura!
No sentiré su delicada mano
Dulcemente tal vez premiar la mía,
Yo estático de amor..... ¡Bárbara! ¡injusta!
¿Qué pretendes hacer? ¿qué placer cabe
En afigir al mismo á quien adoras,
Que te idolatra ciego? No, no es tuyo
Este exceso de horror: tu blando pecho,
De dulzura y piedad á par formado,
No inhumano bastará á concebirlo.
Tu amable boca, el órgano siave
De amor, que sólo articular palabras
De alegría y consuelo ántes supiera,
No lo alcanzá á mandar. Si; te conozco,
Te justifico, y las congojas veo
De tu inocente corazón..... Mi vida,
Mi esperanza, mi bien, ¡ah! ve el abismo
Do vamos á caer; que te fascinas;
Que no conoces el horrible trance
En que vas á quedar, que á mí me aguarda
Con tan amarga arrebatada ausencia.
No lo conoces, deslumbrada; en vano,
Tranquila ya, despavorida y sola
Me llamarás con doloridos ayes.
Habré partido yo; y el rechinido
Del eje, el grito del zagal, el bronco
Confuso són de las volantes ruedas,
A herir tu oído y afigir tu pecho
De un tardío pesar irán agudos.
Yo entre tanto abatido, desolado,
A tu estancia feliz vueltos los ojos,
Mis ojos ciegos en su llanto ardiente,
Te diré adios, y besaré con ellos
Las dichosas paredes que te guardan,
Mis fenecidas glorias repasando,
Y mis presentes invencibles males.
¡Ay! ¡dó, si un paso das, donde no encuentres
De nuestro tierno amor mil dulces muestras?
Entra aquí, corre allá, pasa á otra estancia;
Aquí, ellas te dirán, se postró humilde
A tus pies, y la mano allí le diste;
Allá, loco en su ardor, corrió á tu encuentro;
Y allí le viste en lágrimas bañado,
En lágrimas de amor; con mil ternezas

Más allá fino te ofreció su llama;
Y al cielo hizo testigo, y los luceros,
De su lazada eterna, indisoluble,
En la noche feliz..... Sedlo, fulgentes
Antorchas del Olimpo, y tú, callada
Luna, que atiendes mis sentidas quejas,
Y ántes mi gloria y sus finezas viste,
Sedlo; y benignas en mi amarga suerte
Ved á mi amada, vedla, y recordadle
Su santo indisoluble juramento.
Vedla, y gozad de su donosa vista,
De las sencillas animadas gracias
De su semblante. ¡Oh Dios! yo afortunado
Las gozaba también; su voz oía,
Su voz encantadora, que elevada
Lleva el alma tras sí; su voz, que sabe
Hacer dulce hasta el no, gratas las quejas.
¡Oh, qué de veces de sus tiernos labios
Me enajenó la plácida sonrisa,
Las vivas sales y hechiceras gracias!
¡Oh qué de tardes, de agradables horas
De nuestra dicha hablando, instantes breves
Se nos huyeran! ¡qué de ardientes votos!
¡Qué de suspiros y esperanzas dulces
Crédulas nuestras almas concibieron,
Y el cielo hoy en su cólera condena!
¡Qué proyectos formáramos.....! Mi vida,
Mi delicia, mi amor, mi bien, señora,
Amiga, hermana, esposa, ¡oh si yo hallára
Otro nombre aún más dulce! ¿qué pretendes?
¿Sabes dó quieres despeñarme? Espéra,
Aguarda pocos días; no me ahogues;
Después yo mismo partiré; tú nada
Tendrás que hacer ni que mandar; humilde
Correré á mi destierro y resignado.
Mas ora, ¡irme! ¡dejarte! Si me amas,
¿Por qué me echas de tí, bárbara amiga?.....
Ya lo veo, te canso; cuidadosa
Conmigo evitas el secreto; me huyes;
Sola te asustas y de todo tiembles.
Tu lengua se tropieza balbuciente,
Y embarazada estás cuando me miras.
Si yo te miro, desmayada tornas
La faz, y alguna lágrima..... ¡oh martirio!
Yo me acuerdo de un tiempo en que tus ojos
Otros, ¡ay! otros eran; me buscaban,
Y en su mirar y regaladas burlas
Alentaban mis tímidos deseos.
¿Te has olvidado de la selva hojosa,
Do huyendo veces tantas del bullicio,
En sus oscuras solitarias calles
Buscamos un asilo misterioso,
Do alentar libres de mordaz censura?
¿Qué sitio no oyó allí nuestras ternezas?
¿No ardió con nuestra llama? Al lugar corre
Do reposar solíamos, y escucha
Tu blando corazón; si él mis suspiros
Se atreve á condenar, dócil al punto
Cedo á tu imperio, y parto. Pero en vano
Te reconvengo: yo te canso; acaba
De arrojarme de tí, críel..... Perdona,
Perdona á mi delirio: de rodillas
Tus pies abrazo y tu piedad imploro.
¡Yo acusar tu fineza!..... Yo cansarte,
A tí, que me idolatras..... no: la pluma
Se deslizó; mis lágrimas lo borren.
¡Oh Dios! yo la he ultrajado: esto restaba
A mi inmenso dolor. Mi bien, señora,
Dispon, ordena, manda: te obedezco;
Sé que me adoras; no lo dudo: humilde
Me resigno á tu arbitrio..... El coche se oye,
Y del sonante látigo el chasquido,
El ronco estruendo, el retifir agudo
Viene á colmar la turbación horrible
De mi agitado corazón..... Se acerca
Velos y pára: te obedezco y parto.
Adios, amada, adios..... el llanto acabe;
Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

ELEGÍA IV.
EL RETRATO.

¡Si es él, Amor! ¡qué trémula la mano
Rompe el último nudo! me lo anuncia
Con zozobra feliz saltando el pecho.
No, no puedo dudarlo: el importuno
Velo cayó: tu celestial imagen,
Tu suspirado don..... mi amante boca
Con mil ardientes besos, mi llagado.
Mi triste corazón con mil suspiros,
Ambos á par lo adoren, y el tributo
Primero dente de mi tierno pecho.
¡Milagro del pincel, amable copia
Del más amable objeto! ciego torno
A besarte otra vez; ojos, gozadla;
Sáciate, corazón..... no estás ausente.
Ingenioso su amor buscarte supo,
Supo templar de su cruel imperio
El áspero rigor, y fino hallarte.
De tu ternura celestial, oh amada,
Oh mitad de mi vida, tal milagro
De cariño esperaba mi deseo;
Llegó, y puedo contigo consolarme,
En mi inmenso penar gemir contigo,
Y en tu seno lanzar la ardiente vena
De lágrimas que inundan mis mejillas
En tan mortal insoportable ausencia.
Sí, amada, ya te tengo: ya en mi pecho
Fino te estrecharé; mis tristes ojos
Te ven, el fuego de los tuyos sienten,
Y mis manos te tocan, y mis labios
Pueden saciarse de oprimirte finos,
Y mis suspiros animarte, y toda
Inundarte en mis lágrimas ardientes.
Las sientes, ¿y no lloras? ¡a mis ayes
Dolientes, ¡ay! los tuyos no responden,
Y á mis quejas y míseros gemidos!
A tí me vuelvo desolado, te hablo,
¿Y muda está tu cariñosa lengua?
Clori, Clori, mi bien..... ¡Loco deseo!
¡Fantástica ilusión!..... A sombras vanas,
A un mentido color prestar quería
La vida, el fuego, la expresión, las sales
Que al prototipo celestial animan.
¡Oh, cómo, cómo en este punto siento
De mi suerte el horror, el hondo abismo,
De sepultado y sin consuelo lloro!
¡Ausencia! ¡ausencia! arráncame la vida;
No de ilusión en ilusión me lleves;
Un breve plazo tus dolores templas,
Y tornas luego, y más cruel divides
En partes mil mi lastimado pecho.
¡Ay! un instante en mi ilusión creía,
Mirando absorto el celestial trasunto,
Que mis ternezas, mis sentidos ayes
Halagüeña escuchabas; que tus labios
Se desplegaban en amable risa;
Que al esplendor del animado fuego
En que tus ojos agraciados lucen,
La llama se alentaba de los míos;
Y que amor coloraba tus mejillas,
Dulce sefínelo á mi sedienta boca;
O el elástico seno conturbaba
En grata ondulación..... Me precipito
Frenético en mi error..... Clori, tú imagen
Helada me recibe; no, no siento
Así cual tú..... el encanto lisonjero
Se desvanece, y á una sombra abrazo,
Muda y sin alma, y una sombra oprimo,
Y una sombra acaricio, y mil fincasas
Loco le digo, y que responda anhele.
¡Ay! eres tú, adorada, ¿y callas tibia,
Y á mi llanto tus lágrimas no corren?
¡Por qué insensible á mis cariños eres,
Y eres de nieve al fuego en que me abrazo?
¡Por qué en los ojos la inquietud graciosa,
El vivas sentimiento, la ternura,
El delicioso hechizo hallar no puedo,
Que en los tuyos de amores me embriagan?
Háblame, idolatrada, ó no me burles,
Cual si á abusar fueras cariñosa el labio;

O en su mirar donoso tus pupilas
Se animen, ó falaces no remedan
Otras, do Amor su trono soberano
Sentó, y se gozan las sencillas Gracias.
No tu nevado torneado cuello
Inmóvil yacsa; vuélvase y reclíne
En mi seno amoroso esa cabeza
Que enhiesto apoya, y gócame dichoso
Cual veces tantas en su dulce peso.
Sienta tu pecho; á la ternura se abra;
Abrase al blando amor, y arda y palpíte,
Y en plácida efusión al pecho mío
Haga correr el celestial encanto
De su angelica llama, de los puros
Afectos más que humanos que en él abriga;
O el lácteo pecho de mi bien no mienta,
Do todo es suave amor, dulzura todo,
Sencillas tierna y cariñosas ansias,
Placer, trasportes, éxtasis, delicias.
No la alba mano el abanico agite
En juego inútil, ó mi dócil cuello
En torno cifra en lazo venturoso;
Indisoluble lazo en que afudára
Nuestras almas el cielo para siempre;
O cual un tiempo cariñosa oprima
Mi palpitante corazón, y sienta
El fuego asolador que le consume.
¡Ah mano! ¡hermosa mano! el pincel rudo
Trasladar quiso en vano tus contornos,
Tu gracia, tu candor..... De mármol era
Si viéndola el artista..... No, profano;
Mis labios sólo tributaria deben,
En su delirio idolátras, el culto
Que le ha votado amor; tu nieve y rosa
La manchan, no la tocan: ¡ay! ¡qué digo!
La menor de sus partes puede acaso
Remedar el pincel? Débil el arte,
¿No cede á empresa tanta y se confunde?
¡Eas cejas sin alma, es esa frente
La tuya, Clori mía! ¡son tus labios
Festivos, purpurantes, halagüeños,
Estos labios helados! ¡las mejillas
Son la leche y carmin en deliciosas
Mezcla deshechos, como tú los llevas
En tus llenas mejillas sonrosadas!
¿Y tu seno y tu tes, y el suave agrado
De tu semblante, y la donosa gracia
De tus razones.....? ¡qué violenta hoguera
Circula por mis venas.....! ¡qué suspiros
Se exhalan, sin sentirlo, de mi pecho!
¡Cómo agitado el corazón palpita!
Con frenética sed me precipito
Sobre tu imagen muda..... Irresistible
La mágica virtud de tu presencia
Me arrastra..... desfallacen mis rodillas.....
Cubren mil sombras mis llorosos ojos.....
Un ardor..... un ardor..... mi bien, mi gloria,
Clori, amor, vida, esposa, ¡oh si pudiese
Llegar á tí la conmoción que siento,
Y este torrente de delicias puras
En que sin seso en mi ilusión me inundo!
¡Si á tí alcanzasen mis dolientes ansias,
Mis sollozos, mis ayes, los furoros
De mi delirio infausto! ¡si escuchases
La inmensa copia de ternezas que hablo
A tu divina imagen.....! Tus mejillas
Y tu frente y tus ojos y tu boca,
Y cuello y pecho, y toda tú abrasada
Al fuego de mis ayes encendidos,
Y en mi llanto inundada te hallarías.....
¡Por qué estos cultos á una imagen muda
Se habrán de tributar? Vén, vén, amada,
A recibirlos, vén en los trasportes
Del más violento amor; no se profanen
En una helada inanimada sombra;
Vén luego, vén, y unámonos por siempre,
O á mí me deja en tus amantes brazos
Fino volar, y colma mi ventura.
Una palabra, una palabra sola.....
Dila, y feliz recibirá los cultos
Que idolátra tributo á tu retrato.
El entre tanto sobre el pecho mío

Será alivio á mis penas, compañero
De mi destierro, inapreciable joya
De tu firmeza; y suplirá ¡ay! en vano
De su divino original la ausencia.

SILVAS.

SILVA PRIMERA.

EL PALOMILLO (1).

¡Ay, cómo el palomillo enamorado,
Del dulce amor tocado,
Corre tras su paloma,
Y con giros amantes la rodea!
Cómo el triste rastrea,
Cómo pára y asoma,
Y en lascivos arrullos susurrante,
Ya la sigue constante,
Ya pára, suspendido,
Ya torna á su quejido,
Ya vuelve á las caricias,
Prometiendo de amor dulces delicias.
Entre arrullos suaves
Llámala, y porque tarda, en penas graves
Furioso en torno de ella da mil vueltas,
Las esplendentes plumas desenvueltas
Del cuello luminoso y matizado,
Las blandas alas sueltas,
Los rutilantes ojos encendidos,
Embistela, de amor arrebatado,
Con mil tiernos quejidos.

Mas la paloma esquivale le resiste;
Él vuelve, no desiste,
Y amante la rodea,
Arrulla, y con su arrullo la recrea,
Desplegadas las alas la arremete,
La cola barre el suelo,
Da al rededor un vuelo,
Y de nuevo victoria se promete.

Cuando el amor á la paloma tira
Una encendida vira,
Ella el golpe en el pecho siente luego,
Y arde en lascivo fuego,
Que á la garganta suave
Sale en acento grave.

No ya del palomillo se desvia,
Por mucho que él porfia;
Mas se pára y le llama
A que apague aquel fuego;
El corre al dulce ruego,
Ardiendo en igual llama,
Y sin más detenerse,
Por los picos unidos
El tierno corazón quieren beberse,
Y luego, desprendidos,
Gozan con mil caricias
Los gustos del amor y sus delicias.

SILVA II.

EL SUSPIRO.

Fany, Fany, ¿qué es esto? ¿tú suspiras!
Tú en quejidos dolientes
Tornas la voz graciosa,
Delicia de mi ser, gozo del suelo!
Tú al cielo triste y desolada miras,
Y consternada, misera, llorosa,
En ayes más ardientes
Te vuelves á angustiar! ¿La calma pura
De tu pecho dó está? ¿Quién su ventura,

Su grato olvido, su quietud gloriosa.
Pudo anublaros? ¿quién.....? Benigno el cielo
Nos ríe idolatrada,
Y en fausta union dulcísima lazada,
Que apuremos Cíteres las delicias
De su imperio nos da. Nuestra fineza,
Nuestro embeleso y votos y caricias,
Pueden, Fany, crecer? ¿Más mi ternesa
Ser puede? ¿más la llama
Que mi fiel pecho, que tu pecho inflama?
Y suspiras, mi bien! ¡oh, que no sabes
Cuánto al Amor desconocida ofendes!
¿Cuál con un ay me enciendes!
¿Cuál me afliges, cruel! cada suspiro
Loco me vuelve, el corazón me abrasa;
Cada mirada el alma me traspasa,
Y en cada ¡ay! tuyo fenecer me miro.
Sí, Fany, sí; que el aura deliciosa,
Agradable, tierna, placida, que un día
Entre aromas y néctares silaves
Tu apasionado seno despedía,
Y mi boca tal vez robó dichosa
Los suspiros ardientes,
Los gratísimos ayes que apenada
Tu lengua regalada
En los trasportes del amor más fino,
Sonaba, herida de su ardor divino;
Hoy de las penas, de las ansias graves,
De las zozobras que en el alma sientes,
Son efecto infeliz..... ¡Desventurado!
Ni aun ya dudarlo á mi dolor es dado.
Tus ojos, tu tristeza, tu caído
Semblante, de llorar desfallecido,
Tu débil anhelar, ese quedarse
Cual muda estatua, y súbito inflamarse
Cual la grana más viva;
Ese buscarme y evitarme esquivar,
Obstinada en callar, todo descubre
El mal agudo que tu pecho encubre,
Que sus ternesas ominoso impide,
Y en partos mil, hidiendo, lo divide.
¿De dó, empero, este mal? ¿qué te desvela?
¿Qué tiembla ya el honor, ni qué recela,
Cuando á la sombra de mordaz censura,
El aura del amor más blanda aspira
A nuestra feliz llama,
La luz sucede á la tiniebla oscura
Y el cielo eterno bien nos asegura?
¿Merecerá tu ira
La fe constante que mi pecho inflama,
Y absorto en tí, de todo me enajena?
¿Te cansan ya la celestial cadena
Con que un tiempo se unieron
Nuestras dos almas, y felices fueron,
Los dulces himnos que en ternura iguales
Con los del Teyo, armónica mi lira
Modular sabe, porque Amor la inspira,
Y á los dioses te allegan inmortales?
¡Ay! no; perdón, amada,
Perdona al dolor mío
Blasfemia tal, tan ciego desvarío,
Y á tu alma torne la quietud robada.
No más tu pecho dolorido gima,
No más el mío oyéndolo se oprima;
No más..... ¡Pero de nuevo,
Cuanto más fino á consolarte pruebo,
Vuelves á suspirar sólo al mirarme!.....
De una vez, cruda, acaba de matarme.
Mas deja en tanto al labio apasionado
Que tu suspiro celestial aliente;
Benigna deja que en el hondo seno
Lo ponga reverente,
De mil y mil que exhalo, acompañado.
¡Oh corazón de sus encantos lleno!
Recíbelo feliz, y en el glorioso
Trono do reina mi Fany querida,
Do agradable leyes le prescribe,
Y á par tus votos sin cesar recibe,
Ponle; y por siempre tu sin par fineza,
Tu lealtad y desvelo cariñoso,
Tu ciego ardor, tu voluntad rendida,
Tu pura fe, tu natural llaneza,

(1) Esta silva no fué publicada en las obras de MILENDEZ.
Se imprime ahora, tomando por original una copia que envió fray
Diego Gonzales á fray Miguel de Miras, con estas palabras:
«Creo que no dejará de gustar en Sevilla *El Palomillo*, el cual, si
se llama y acaba un poco más, pudiera tal vez competir con *El
Fajerillo*, de Villagras.»

Y cuanto haya en amor de más divino,
 Ante él lo ofrece en holocausto digno,
 Y tú calma, mi bien, tan cruda pena;
 Ría en sus gracias tu beldad serena.
 Alienta, alienta, y mi dolor no agraves;
 Alienta, y no la gloria
 En que inundarme afortunado siento,
 Destruyas, ó el futuro sentimiento
 Despiertes hoy, aleve,
 En mi exaltada, mi vivas memoria.
 En las desdichas que amagarnos sabes,
 Deja este espacio breve,
 Déjalo, Fany, á mi fugas ventura,
 Y goce yo sin nieblas tu hermosura.
 Gócela fino; á mi cariño deja
 Crédulo abandonarse á los suaves
 Inefables encantos
 Con que el deseo lisonjero aleja
 El fatal plazo de dolor y llantos,
 Y ardiente apure mi felice boca
 El dulce cáliz que su sed provoca.
 No en mi ilusión me asijas, que inhumana
 Vendrá ¡oh dolor! la ausencia;
 La ausencia, Fany, cuyo espectro odioso
 Contino asusta á nuestro amor dichoso,
 A ejecutar bien presto
 Del hado en mí la bárbara sentencia,
 Y en sañudo ademán, torvo semblante
 Con violencia tirana,
 Voz imperiosa y diestra menasante,
 Léjos de tí me arrastrará..... ¡Funesto
 Recuerdo, trance horrible, Fany mía,
 Que yo haya de partir; que mi ventura,
 Tan dulce union, tan íntimos amores,
 Tan claro día, tan divinas flores,
 Hayan de fenecer! ¡ay! aquel día,
 Día de duelo y luto y amargura,
 Tú llorarás también; con tus piégarías
 Las raudas horas á mi bien contrarias
 Anhelarás parar; bárbaro, impío
 Al cielo llamarás; del cuello mío
 Queriendo en vano desatar tus brazos,
 Perdida huir mis últimos abrazos.
 Y solitaria, misera, cuidosa,
 Vagarás por la estancia pavorosa
 Con planta vacilante,
 Espíritu azorado y vista errante,
 Llamando en débil voz, en grito triste,
 Al que no há nada á tus rodillas viste,
 Ciego en su amor, perdido, enajenado,
 La cabeza en tñ seno reclinada,
 Cantar apasionado
 Su eterna fe, tu llama regalada;
 Y entonces abismado, confundido,
 Misero, desolado, sin sentido,
 Pedirá en vano, anhelará la muerte,
 Cual blando alivio á su infelice suerte.
 Los ayes, pucs, el suspirar quejoso
 Con que afliges mi pecho,
 A otros suspiros y rozobras hecho
 En los delirios de un amor dichoso,
 Déjalos, Fany, á la ominosa hora
 Del adios triste que á la par tememos;
 Y hoy en delicias crédulos gocemos
 Del fugas rayo que áun los montes dora.

SILVA III.

FANY ENOJADA.

¡Será posible, idolatrado dueño,
 Que contra un inocente
 Dure en tí siempre el implacable ceño?
 Mírote y tiemblo; ardiente solícito
 Tu gracia, y me baldonas inclemente.
 Callo, y tu lado respetuoso evito,
 Y huyendo, injusta, á mi pesar te irrita.
 Vuelvo, y te agitas más; ¡en cuántas iras
 Arden tus lindos ojos si me miras!
 ¡Por qué tanto rigor, tan fiero encono?
 ¡Por qué, Fany adorada,
 Tras ruegos tales desdeñarme airada,

Con gesto tal y tan amargo tono?
 ¡Me cesarás de amar? ¡Los celestiales
 Juramentos que hiciste,
 Los que á mi labio apasionado oiste,
 Si en fe más puros, en delirio iguales,
 Se pueden quebrantar? ¡El dulce encanto
 De tus tiernas caricias
 Se acaba para mí! ¡Serán mis males
 Con tu rigor eternos,
 Y eterno mi llorar tus injusticias!
 Duélete ¡oh crudal! de mi amargo llanto;
 Duélete, y carifosa
 Vuelvan tus ojos á mirarme tiernos,
 Tu suave boca á articular donosa
 El idioma de amor; finos tus brazos
 Cifñan mi cuello en deliciosos lazos,
 Tu pecho celestial abraze el mío,
 Y acabe, acabe, ese rigor impío.
 Acabe ya, que la implacable saña
 Ni al tierno Amor, ni á Ciprida conviene;
 Todo en el mundo sus mudanzas tiene,
 Y encono tanto á tu hermosura daña.
 Te idolatro, y mis dudas
 Son nobles hijas del amor más fino,
 De este amor puro, celestial, supremo,
 Que hará por siempre mi feliz destino,
 Y así perderte á cada punto temo.
 Si tú, mi bien, amases
 Cual yo sin seso tu beldad adoro;
 Si tu pecho inclemente
 Sentir pudiera mi pasión ardiente,
 Y cual misero peno, tú pensases,
 La gracia hicieras que rendido imploro.
 Benigna disculpáras
 Mi enojo ciego, mi furor demente,
 Mi error celoso y las palabras rudas,
 Que á tu dulzura angelical compáras,
 Y que en mi oído sin cesar sonando,
 Flechas semejan rápidas, agudas,
 Que impía disparas á mi pecho triste;
 Y por mi llanto mi dolor jugando,
 Por este llanto ciego
 Con que hoy tus plantas dolorido riego,
 Y ántes de gozo derramar me viste;
 En lugar de asperas,
 Y ese tu ceño indómito, ominoso,
 Que indigno anubla tu semblante hermoso,
 Solícita dobláras tus finasas
 Y amorosos consuelos.
 Feliz castigo en mis soñados celos.
 Pero tú, Fany fiera,
 Tú anhelas sólo que en mis ánimas muera
 Y así en ellas te gozas de mirarme,
 Burlándote, críel, de mi tormento,
 Y yo infeliz sin fruto me lamento.....
 Perdon, perdon, ó acaba de matarme.
 Si horripilante tormenta
 Cubre en tiniebla el día,
 La luz y la alegría
 Vuelve riñente el sol.
 Mírete yo contenta,
 Caiga tu ceño oscuro,
 Y alentaré seguro
 Mi afortunado amor.

SILVA IV.

EL CUMPLEAÑOS DE FANY, HABIENDO DE DEJARLA
 DENTRO DE BREVES DIAS.

Ya entre arreboles la risueña aurora
 Cielos y tierra de su albor colora;
 De nuevas flores se engalana el prado,
 Y el viento bulle, en ámbares bañado.
 Fany, amable Fany, en rauda vuelo
 Fausto nos vuelve el cielo
 De tu feliz natal el claro día.
 Las aves en acorde melodía
 Proclamándolo van..... ¡Oyes, amada,
 Sus trinos armoniosos,
 De tu nombre los vivas deliciosos?
 Tus años son, ¡oh suerte afortunada!

Tus años, de tu vida
El oriente feliz. Fany querida,
Loco de gozo, embebecido todo,
Mi fina llama, mi sin par ternura,
Por más que encarecértelo procura
Mi cariñoso labio, no hallan modo
Como este día celebrar; quisiera
Que tu pecho inundar dado me fuera
Del júbilo, mi bien, que inunda el mío,
Y embriagarlo en su angélico contento.

Tierno quisiera el fugitivo plazo
Que el cielo ¡oh cara! me destina pío,
Al de tu vida unir, unir mi aliento
Y en delicioso indisoluble lazo
Hacer que por entrambos tú aspirases,
Y, yo acabando, de mí ser gozases.

Entonces ¡ay! en mi delirio ardiente,
Reclinado en tu seno blandamente,
¡Cuán alegre muriera,
Y a vida más feliz en ti naciera!

Fin tan delicioso,
De tí acariciado,
No, dueño adorado,
No fuera morir.

Éxtasis glorioso
De dulces amores
Fuera en mil ardores
Por siempre vivir.

Esta cadena misteriosa que une
Nuestras almas amantes,
Más cada vez en su pasión constantes,
Que de ambas con suavísima armonía
En solo un punto el anhelar reúne,
Y un solo pensamiento,
Siempre á mi gusto tú, yo al tuyo atento,
Su firme nudo aún más estrecharía,
Y un solo ser de nuestro ser haría.

Nuestros dos pechos, sin jamás saciarse,
Amarán siempre para más amarse.
Feliz sintiera cuanto tú gustaras;
Con tus suaves afectos mi ternura
Natural excitaras;
Néctar fuera en mis labios tu dulzura,
Despertaran mis llamas tus ardores,
Tu timidez amable mis temores,
Y venturoso fuera en tu ventura.

Unida á la planta
Que fiel la sustenta,
La hiedra alimenta
Su humilde raíz;
Y ufana levanta
Sus tiernos pimpollos
Hasta los cogollos
Del árbol feliz.

Yo dejara de ser, pero en la vida
De mi Fany querida
Tornara á florecer: ¡oh, si me oyese
El cielo, y luego mi querer cumpliera!
¡Qué en vano, idolatrada, la asperesa
De la suerte envidiosa

Atribulara entonces mi fineza,
Ni en medio mi delirio apasionado
Me vieras siempre en dudas abismado!
¡Qué en vano, ay triste, la memoria odiosa
De tener que, ausentándome, dejarte,
Y á un bárbaro opresor abandonarte,
Atosigara mi doliente seno,

Aun en tus brazos de zozobras lleno!
¡Qué en vano, en fin, el ansia de perderte,
Muy más amarga que la misma muerte,
Hoy á anublarme en mi gozar vendría,
Ni el vuelo á mi esperanza cortaría!

¡Quién te arrancara
Del lado mío,
De tu albedrío
Fiero opresor?

¡Quién me privara
De las delicias
Que en tus caricias
Me brinda Amor?

Un ser con tu ser hecho,
Y en nudo celestial á tí ayuntado,

Nudo de amor, dulcísimo y estrecho,
Tú aspiraras mi alicuto apasionado;
Yo inflamara tu angélica ternura,
Y embebecido, loco en mi ventura,
Cuanto ansio ciego sin cesar gozando,
Feliz mi llama se alentara amando;
Y cuanto más ardiera, más gozara,
Y gozando sin fin, sin fin ansiara;
Ni nada, dulce bien, nada temiera.

Cuando ora acaso en la celeste esfera
El sol no acabará su presto giro,
Y léjos de tí.... ¡oh Dios.....! perdon, amada;
Permite á mi dolor solo un suspiro,
Y años mil te haga el cielo afortunada.

Sobre tu amable vida
Plácido el tiempo gire;
De la vejez retire
Léjos de tí el horror.
Siempre en niñez florida
Brillar tus gracias veas;
Siempre adorada seas,
Siempre pagues mi amor.

SILVA V.

Á LAS MUSAS.

Perdon, amables Musas; ya rendido
Vuelvo á implorar vuestro favor; el fuego
Gratas me dad con que cantaba un día
Las dulces ansias del amor más ciego,
O de la ninfa mia
Las gratas burlas, el desden fingido,
Y aquel huir para rendirse luego.
El entusiasmo ardiente
Dadme en que ya pintaba
La florida beldad del fresco prado,
La calma ya en que el ánimo embargaba
El escuadrón fulgente
Que en la noche serena
El ancho cielo de diamantes llena,
Deslizándose en tanto fugitivas
Las horas, y la cándida mañana
Sembrando el paso de arbol y grana
A Febo luminoso.

¡Ah Musas! ¡qué gozoso
Las canciones festivas
De las aves armónico siguiera,
Saludando su luz el labio mío!
Ora mirando el plateado río
Segar ondisonante en la ladera;
Ora en la siesta ardiente
Bajo la sombra hojosa
De algún árbol altísimo copado
Al raudal puro de risueña fuente,
Gozando en paz el soplo regalado
Del manso viento en las volubles ramas.
Ni allí loca ambición en peligrosos,
Falaces sueños embriagó el deseo;
Ni sus voraces llamas
Sopló en el corazón el odio insano;
O en medio de desvelos congojosos
Insomne se azoró la vil codicia,
Cubriendo su oro con la yerta mano.
Miró el más alto empleo
El alma sin envidia; los umbrales
Del magnate ignoró, y á la malicia
Jamás expuso su veraz franqueza.
De rústicos zagales
La inocente llaneza
Y sus sencillos juegos y alegría,
De cuidados exento,
Venturoso gozó, y el alma mia
Entró á la parte en su hermanal contento,
La hermosa juventud me sonreía,
Y de fugaces flores
Ornaba entonces mis tranquilas sienes,
Mientras el ardiente Baco me brindaba
Con sus dulces favores,
Y de natura al maternal acento
El corazón sensible
En calma bonancible.

Y en comun gozo y en comunes bienes,
De eterna bienandanza me saciaba.
¡Días alegres, de esperanza henchidos,
De ventura inmortal; amables juegos
De la niñez! ¡Memoria,
Grata memoria de los dulces fuegos
De amor! ¿dónde soisidos?
Decidme, Musas, ¿quién ajó su gloria?
Huyó niñez con ignorado vuelo,
Y en el abismo hundió de lo pasado
El risueño placer. ¡Desventurado!
En ruego inútil importuno al cielo,
Y que torne le imploro
La amable inexperiencia, la alegría,
El ingenuo candor, la paz dichosa
Que ornaron ¡ay! mi primavera hermosa;
Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.
La edad, la triste edad del alma mia
Lanzó tan hechicera
Magia, y á mil cuidados
Me condenó por siempre en faz severa.
Crudo decreto de malignos hados
Dióme de Témis la inflexible vara,
Y que mi blando pecho
Los yerros castigara
Del delincuente, pero hermano mio,
Astrea me ordenó; mi alegre frente
De torvo ceño oscureció inclemente,
Y de lúgubres ropas me vistiera.
Yo, mudo, mas deshecho
En llanto triste, su decreto impló
Obedecí temblando,
Y subí al sólio, y de la acerba diosa
Las leyes pronuncié con voz medrosa.
¡Oh quién entonces el poder tuviera,
Musas, de resistir! ¡Quién me volviese
Mi oscura medianía,
El deleite, el reir, el ocio blando
Que imprudente perdí! ¡Quién convirtiese
Mi toga en un pellico, la armonía
Tornando á mi rabel con que sonaba
En las vegas de Otea (1)
De mis floridos años los ardores,
Y de Arcadio la voz le acompañaba,
Bailando en torno alegres los pastores!
El que insano desea
El encumbrado puesto,
Goce en buen hora su esplendor funesto.
Yo viva humilde, oscuro,
De envidia vil, de adulacion seguro,
Entre el pellico y el honroso arado,
Y de fáciles bienes abastado,
En salud firme el cuerpo, sana el alma
De pasiones fatales,
Entre otros mis iguales,
En reciproco amor, entre officiosos
Consuelos, feliz muera
En venturosa calma,
Mi honrada probidad dejando al suelo,
Sin que otro nombre en rótulos pomposos
Mi losa al tiempo guarde lisonjera.
Pero ¡ah Musas! que el cielo
Por siempre me cerró la florecida
Senda del bien, y á la cadena dura
De insoportable obligacion atando
Mi congojada vida,
Alguna vez llorando
Pudo sólo engañar mi desventura
Con vuestra voz y mágicos encantos,
Alguna vez en el silencio amigo
De la noche callada
Puedo en sentidos cantos
Adormir mi dolor, y al crudo cielo
Hago de ellos testigo,
Y en las memorias de mis dichas velo,
Musas, alguna vez; pues luego airada
Témis me increpa, y de pavor temblando
Callo, y su imperio irresistible sigo,
Su augusto trono en lágrimas bañando.
Musas, amables Musas, de mis penas,

Benignas os doled; vuestra armonía
Temple el són de las bárbaras cadenas
Que arrastro miserable noche y día.

SILVA VI.

AL CÉFIRO, DURMIENDO CLÓRIS.

Bate las sueltas alas amorosas,
Cefirillo suave, silencioso;
No de mi Clori el sueño regalado
Ofendas importuno; al fresco prado
Tórnate, y á las rosas
Tórnate, cefirillo bullicioso,
Y de su cáliz goza y sus olores.
A mi Clori perdona; tus favores,
Tu lisonjero aliento le escasea,
Y huye léjos del labio adormecido.
No agraves, no, atrevido,
Su reposo felice,
Que Amor quizá en su idea
Me retrata esta vez, quizá le ofrece
Mi fe pura, y le dice:
«Duélete ¡oh desdefiosa!
De tan fina pasión»; y con su fuego
Su tímida modestia desvanece,
Tornándola sensible y carifiosa.
¡Oh! mi ventura no interrumpas ciego;
Yo no sé qué, latíendome gozoso,
Me anuncia el corazón al contemplarla.
Déjame ser en sueños venturoso,
Y escapa léjos á jugar al prado,
O respetuoso pósate á su lado.
Empero, ya, travieso, por besarla
Una rosa doblaste,
Y vivaz en sus hojas te ocultaste.
De nuevo tornas y la rosa inclinas,
Y con vuelo festivo,
Bullicioso y lascivo,
La meces y á su pecho te avecinas.
¡Oh, que mi ardor provocas
Cada vez que lo tocas!
¡Oh, que tal vez ese cogollo esconde
Letal punzante espina, que su nieve
Hiera con golpe alevé!
Cesa y benigno á mi rogar responde;
Cesa, céfiro manso,
Y siga Clori en plácido descanso.
Cesa, y á tu deseo
Corresponda tu ninfa agradecida
En fácil himeneo.
¡Oh nuncio del verano deleitoso!
Tú, que en móviles alas vagoroso,
De las flores galan, del prado vida,
Vas dulce susurrando,
Con delicado soplo derramando
Mil fragrantes esencias, ¡ay! no toques
Esta vez á mi Clori, no provoques,
Cefirillo atrevido,
Con tu aroma su aliento;
Guarda, que Amor con ella se ha dormido.
Mas ¡ay! ¿con qué contento
Parece que se rie y que me llama!
Su boca se despliega,
Y su semblante celestial se inflama,
Como la rosa pura
Que bañada en aljófares florece,
Emulando del alba la hermosura.
Llega festivo, llega
A sus párpados bellos,
Y con ala traviesa, carifioso,
Asentándote en ellos,
Apacible los mece,
Que otra vez rie, y su alegría crece.
¡Ay! agítala, llega, y tan dichoso
Momento no perdamos, cefirillo;
Que Amor me llama y su favor me envía.
Acorre, vuela, y tu fugaz sopillo
Al logro ayude de la dicha mia.

(1) Sitio ameno, muy inmediato á Salamanca.

SILVA VII.

LAS FLORES.

Naced, vistosas flores,
 Ornad el suelo que lloró desnudo
 So el cetro helado del invierno rudo,
 Con los vivos colores
 En que matiza vuestro fresco seno
 Rica naturaleza.
 Ya rie Mayo, y céfiro sereno
 Con deliciosos besos solicita
 Vuestra sin par belleza,
 Y el rudo broche á los capullos quita.
 Pareced, pareced, ¡oh del verano
 Hijas y la alma Flora!
 Y al nacarado llanto de la aurora
 Abrid el cáliz virginal; ya siento,
 Ya siento en vuestro aroma soberano,
 Divinas flores, empapado el viento,
 Y aspira la nariz y el pecho alienta
 Los ámbares que el prado les presenta
 Doquiera liberal. ¡Oh! ¡qué infinita
 Profusión de colores
 La embebecida vista solicita!
 ¿Qué magia, qué primores
 De subido matiz, que anhela en vano
 Al lienzo trasladar pincel liviano!
 Con el arte natura
 A formaros en una concurrieron,
 Galanas flores, y á la par os dieron
 Sus gracias y hermosura.
 Mas ¡ah! que acaso un día
 Acaba tan pomposa losanía,
 Imágen cierta de la suerte humana.
 Empero, más dichosas,
 Si os roba, flores, el ferviente estío,
 Mayo os levanta del sepulcro umbrío,
 Y á brillar otra vez naceis hermosas.
 Así ¡oh jazmin! tu nieve
 Ya á lucir torna, aunque en espacio breve,
 Entre el verde agradable de tus ramas,
 Y con tu olor subido
 Parece que amoroso,
 A las zagalas que te corten clamas
 Para enlazar sus sienes venturoso.
 Mientra el clavel en púrpura teñido
 En el flexible vástago se mece,
 Y oficioso desvelo á la belleza,
 A Flora y al Amor un trono ofrece
 En su globo encendido,
 Hasta que trasladado
 A algun pecho nevado,
 Mustio sobre él desmaya la cabeza,
 Y el cerco encoge de su pompa hojosa,
 Y la humilde violeta, vergonzosa,
 Por los valles perdida,
 Su modesta beldad ceca encogida;
 Mas el ámbar fragante
 Que le roba fugas, mil vueltas dando,
 El aura susurrante,
 En él sus vagas alas empapando,
 Descubre fiel dó esconde su belleza.
 Orgulloso levanta la cabeza,
 Y la vista arrebatada
 Entre el vulgo de flores olorosas
 El tulipán, honor de los vergeles;
 Y en galas emulando á los claveles,
 Con fajas mil vistosas,
 De su viva escarlata
 Recama la riquísima librea.
 Pero ¡ah! que en mano avara le escasea
 Cruda Flora su incienso delicioso;
 Y solo así á la vista luce hermoso.
 No tú, Azucena virginal, vestida
 Del manto de inocencia en nieve pura,
 Y el cáliz de oro fino recamado;
 No tú, que en el aroma más preciado
 Bañando afortunada tu hermosura,
 A par los ojos y el sentido encantas.
 De los toques mecida
 De mil lindos amores,
 Que vivaces codician tus favores,

¡Oh! ¡cómo entre sus brazos te levantas!
 ¡Cómo brilla del sol al rayo ardiente
 Tu corona esplendente,
 Y cuál en torno cariñosas vuelan
 Cien mariposas, y en besarte anhelan!
 Tuyo, tuyo sería
 ¡Oh azucena! el imperio sin la rosa,
 De Flora honor, delicia del verano,
 Que en fugas plazo, de belleza breve,
 Su cáliz abre al apuntar el día,
 Y en púrpura bañada, el soberano
 Cerco levanta de la frente hermosa;
 Su aljófár nacarado el alba llueve
 En su seno divino;
 Febo la enciende con benigna llama,
 Y le dió Citeres
 Su sangre celestial, cuando afligida
 Del bello Adónis la espirante vida,
 Que en débil voz la llama,
 Quiso acorrer, y del fatal espino
 Ofendida ¡oh dolor! la planta bella,
 De púrpura tiñó la infeliz huella.
 Codiciala Cupido
 Entre las flores por la más preciada,
 Y la nupcial guirnalda que cifiera
 A su Psiquis amada,
 De rosas fué de su pensil de Gnido,
 Y el tálamo feliz también de rosa,
 Donde triunfó y gozó, cuando abrasado
 En su llama dichosa,
 Tierno exclamó en sus brazos desmayado:
 «¡Hoy, bella Psiquis, por la vez primera
 Siento que el dios de las delicias era!
 ¡Oh reina de las flores,
 Gloria del Mayo, venturoso fruto
 Del llanto de la aurora!
 ¡Salve, rosa divina!
 Salve, y vé, llega á mi gentil pastora
 A rendirle el tributo
 De tus suaves olores,
 Y humilde á su beldad la frente inclina.
 ¡Salve, divina rosa!
 Salve, y deja que viéndote en su pecho
 Morar ufana, y por su nieve pura
 Tus frescas hojas derramar segura,
 Loco envidie tu suerte venturosa,
 Y anhele, en tí trocado,
 Sobre él morir; en ámbares deshecho,
 Me aspirará su labio regalado.»

SILVA VIII.

EL SUEÑO.

¡Por qué en tanta alegría
 Se inunda mi semblante,
 Y enajenado el ánimo se goza,
 Curiosa me demandas, Fili mia?
 Hállote, y al instante
 Mi corazón palpita y se alborozaba,
 Y río si te miro,
 Y no de pena, de placer suspiro.
 Un sueño, un sueño solo mi contento
 Causa, Fili adorada;
 Oyelo, y goza el júbilo que siento.
 En la fresea enramada,
 Cual solemos, triscando,
 Y riendo y burlando,
 Soñé feliz que estábamos un día;
 De lindas flores á tu sien tejía,
 Y amáracos olorosos,
 Yo una guirnalda bella;
 Mas tú, cuando oficioso
 Cefirtela intenté me la robaste,
 Y una cinta con ella
 Flexible haciendo, blandamente ataste
 Mis dos manos. «Estrecha, Fili, estrecha,
 Dije, el nudo primero,
 Y otro, y otro tras él, y otro me echa;
 Que á gloria tengo el ser tu prisionero.»
 Luego viendo una rosa
 En medio el valle descollar hermosa

Sobre todas las flores,
De los besos del céfiro halagada,
A cortarla corri. «¡Flor venturosa,
La dije, el lácteo seno de mi amada
De tu frescura goce y tus olores!»
Y en él la puse, lleno de ternura.
Mi rosa pareció más encendida,
Y su nieve más pura
Contrapuesta á la púrpura subida.
Tú al punto la tomaste,
Y no sin vanidad ¡ay! la llegaste
Al carmin vivo de tus labios bellos;
Y besándola, de ellos
A los mios, riendo, la pasáras.
El alma toda, apenas los tocáras,
El alma toda, á recoger tu beso,
Sobre la rosa se lanzó anhelante,
Y por uno, sin seso,
Su tierno cáliz te torné abrasado
Con mil y mil en mi pasión amante.
En tales burlas por el fresco prado
Vagando alegres fuimos,
Cantando mil tonadas,
O remedando en voces acordadas,
Ya el trino delicado á los jilgueros,
Ya el plácido balar de los oorderos,
Cuando á Lícidas vimos,
Que á nosotros venía
Cual suele en torva faz, osco y celoso;
De súbito nublóse tu alegría,
Bien como flor cortada,
Cuya mustia beldad cae desmayada,
Y con labio medroso,
«Huyamos, me dijiste;
¡Zagal tan necio y tan odioso viste!
Yo te idodatro, y quiere
Que oiga su amor y alivie su cuidado,
Y así me sigue cual si sombra fuera.
¡Ay zagal! aquí estás; en vano espera.»
Y fiel mi mano al corazón llevaste,
Sobre él la puse, y fino palpitaba,
Y el mio de placer mil vuelcos daba.
Así en trisca inocente,
Sin sentirlo llegamos á la fuente,
Que en torno enrama el álamo pomposo.
«Aquí evitemos la abrasada siesta,
Dijiste, pues á plácido reposo
Su sombra brinda, y brinda la floresta;
Y te asentaste en la mullida grama.
Yo, cariñoso, me senté á tu lado,
Y en torno se derrama,
Con el tuyo paciendo, mi ganado
Por la fresca pradera.
El albo vellocino á la cordera
Que en grato dón por el rabel me dista,
A rizar officiosa te pusiste,
Y yo en tanto escribía
Tu nombre venturoso
En la lisa corteza,
Y así, apenado, al álamo decía:
«Crece, tronco dichoso,
Crece, y el nombre de mi Fili amada
Crezca á la par contigo,
Y á par también su amor y su firmeza;
Y sé á los cielos de mi fe testigo.
De hoy más por los pastores
Se escogerá tu sombra regalada
Cuando traten en pláticas de amores,
O al viento envíen sus dolientes quejas.
Sus inocentes danzas
Tendrán en tí las lindas zagalejas,
Y anidarán los dulces ruiseñores;
Ni sufrirás del tiempo las mudanzas,
De tus sonantes hojas despojado,
Ya con su nombre á Fili consagrado.
Tú, que fina escuchaste
Mi apasionado ruego,
Cariñosa tomaste
La aguda punta, y escribiste luégo
Tras *Fili*, «de *Damon*», y por adorno,
De mirto una lazada,
Que los dos nombres estrechaba en torno,

Y tierna me miraste; ¡oh qué mirada!
De ella alentado, mis felices brazos
A tu cuello de nieve
Lanzándose amorosos..... Un ruido
Suená á la espalda y la enramada mueve.
Tú, esquivá, evitas los ardientes lazos;
Yo miro airado, y Lícida escondido
Torvo acechaba nuestra dulce llama;
Su odiosa vista en cólera me inflama,
Detiéneme tu brazo cariñoso;
Lícidas huye con fugaz carrera.
Despierto, y en mi sueño venturoso
Fué «Fili de Damon» tu voz postrera.

SILVA IX.

LOS RECUERDOS TRISTES.

¡Ah Clori! se anublaron
Los días del placer; nuestra ventura
Pasó, pasó dejando en la memoria
Sólo tristes recuerdos y amargura.
Sombra fugaz volaron
Las horas fugitivas de mi gloria,
Muy más que el ave que ni rastro deja
Cuando hasta el cielo rápida se aleja.
Vuelvo atrás, y el deseo
Engañador te finge cuál un día
Nos viera amor, de sus ardientes flechas
Nuestras dos almas, para en uno hechas,
Gozándose llagadas, ¿térzados
Del comercio importuno
Y á su imperio feliz abandonados;
Ya en la alameda hojosa, en el recreo
De un paseo inocente;
Ya en tu albergue glorioso, do ninguno,
Triste censor de nuestras ansias puras,
Ni tus palabras mágicas oía,
Ni de mi loca lengua las ternuras,
Ni los suspiros de mi amor ferviente.
Solo el cielo nos viera,
Y sus puras antorchas rutilantes,
Y al cielo, enajenado, yo pedía
Que en sus claras mansiones
Mis votos y tus votos recibiera,
Y en mis brazos amantes,
Más fino, y tú más tierna, te estrechaba;
Y así testigos mi delirio hacia
De mi inmensa ventura,
Ya la lumbre de amor, ya los triones,
Mientras ardía y gozaba,
Y tornaba á gozar y más ardía.
¿Te acuerdas, adorada, la ternura
Con que anublando ya la imagen triste
De mi ausencia el placer, tu me dijiste:
«¡Oh importuno! olvidemos
Momento tan fatal; ora gocemos,
Gocemos otra vez. ¡Ah! ¿qué se hiciera
De aquella noche en que, el desden rendido,
Prorumpiste llorando: «Eres querido;
Tuya soy, tuya»? ¡Oh noche! si olvidarme
De tí puedo, mi pecho al gozo muera; ¡
Clori deje de amarme.
Divididos apenas
Del blondó estío en los ardientes días,
Si el momentáneo trance se llegaba
De alejarme de tí, ¡cuál te affigias!
¿Cómo yo me apartaba! ¡ay horas llenas,
Horas llenas de gloria y de ventura!
¡Horas que en vano detener procura
Mi insano amor! ¿dó estáis? ¿ó qué se ha hecho
De aquel hallarme á su adorable lado,
Y á sus plantas postrado,
En ansias mil deshecho?
Ya embriagado el oído
En su voz celestial, que el alma eleva,
Y do le agrada estática la lleva;
Ya ciego, arrebatado, sin sentido
A los rayos lumbrosos
De sus ojos, vivos, cariñosos;
Ya plácido gozando la alegría
De su amable semblante,

Do reinan sencillas y cortés
Y angélica inocencia; el albo seno,
De honestidad y de ternura lleno,
Bajo la sutil gasa palpitante,
Mientras furtivo mi mirar seguía
Su movimiento blando,
Mi fiel imagen dentro contemplando;
Clori, esta imagen indeleble sea,
A pesar de la suerte
Que agostará nuestro florido suelo.
Idólatra en tu fe, constante vea
Arder hasta la muerte
La fiel llama que en ti me envidia el cielo.
O si débil acaso..... Clori mía,
Sin que dejes de amarme,
En tus brazos, iluso en mi alegría,
Hoy acabe, si un día has de olvidarme.

SILVA X.

EL LECHO DE FILIS.

¿Dó me conduce amor? ¿dó, inadvertido,
En soñadas venturas embebido,
Llegué con planta osada?
Esta es la alcoba de mi Fili amada.
Aquél su lecho, aquél; allí reposa;
Allí su cuerpo delicado, hermoso,
En blanda paz se entrega
Al sueño más suave; esta dichosa
Holanda la recibe; llega, llega
Con paso respetuoso,
¡Oh deseo feliz! llega, y suspira
Sobre el lecho de Fili; y silencioso,
Si en él descansa, al punto te retira.
Retírate; no acaso á despertarla,
En tu ardor impaciente,
Te atreves por tu mal; huye prudente,
Huye de riesgo tal, y ni á mirarla
Pararte quieras por estar dormida,
Que aun corre riesgo, si la ves, tu vida.
Pero solo está el lecho; ¡afortunado
Lecho, salve mil veces,
Pues que gozar mereces
De su esquivada beldad! ¡salve, nevado
Lecho, y consiente que mi fina boca
La holandesa estreche que felice toca
Los miembros bellos de mi Fili amada!
Su deliciosa huella señalada
En ti, lecho felice,
«Aquí posó dormida
La rubia frente», á mi deseo dice;
Allí tendió hacia mí su brazo hermoso,
Del delirio de un sueño conmovida;
Y aquí asentó su seno delicioso.
¡Oh salve veces mil, y el atrevido
Tiempo no te consuma,
Dichoso lecho, del amor mullido!
Siempre en torno de ti las gracias velen;
Los sueños lisonjeros,
Cuando mi Fili tu suave pluma
Busque, sobre ella cariñosos vuelen;
En sus alas los céfiro ligeros
Todo el ámbar le ofrezcan de las flores;
Y mi forma tomando
El placer, en su seno mil ardores,
Gozos mil nueva, su desden domando,
¡Salve, lecho feliz, que solo sabes
Misterios tan suaves!
Tú, si su seno cándido palpita,
Le sientes palpar; tú, si se queja;
Tú, si el placer la agita,
Y embriagada le deja
Fingirse mil venturas,
Todo lo entiendes, lecho regalado,
Todo lo entiendes, con envidia mía.
Sus ansias inefables, sus ternuras,
Sus gozos, sus desvelos,
Su tímida modestia, sus recelos,
En el silencio de la noche amado,
Patentes á ti solo, con el día
Para mí desaparecen,

Y cual la niebla al sol se desvanecen.
¡Oh lecho, feliz lecho, cuál suspiro
Cuando tu suerte y mis zozobras miro!
Si en ti el reposo habita,
¿De dó, lecho feliz, viene la llama
Que en delicias me inflama?
¿La grata turbación que el pecho agita?
¡Ah lecho afortunado!
Tú de mi bien en tu quietud recibes
El llanto aljofarado;
Si lastimada llora, tú percibes,
Tú solo en sus amores confidente,
Su delicada voz. ¿Mis ansias siente?
¿Se angustia como yo? ¿teme? ¿recela?
¿Duda si en verla tardo y se desvela?
¡Ay! tú lo sabes; dímelos te ruego,
Y templa de una vez mi temor ciego;
Templalo, dulce lecho.....—Así decía
El ardiente Damon, sin que pensase
Que Filis le atendía,
A otra parte del lecho retirada.
La bella zagaleja, lastimada
De que tanto pensase,
Salió presta de donde se escondía.
Damon se turba, y Filis cariñosa
Se rie dulcemente y le asegura;
Mudando la serrana desdenosa
Su rigor desde entonces en blandura.

SILVA XI.

MI VUELTA AL CAMPO.

Ya vuelvo á tí, pacífico retiro;
Altas colinas, valle silencioso,
Término á mis deseos,
Faustos me recibid; dadme el reposo
Por que en vano suspiro
Entre el tumulto y tristes devaneos
De la corte engañosa.
Con vuestra sombra amiga
Mi inocencia cubrid, y en paz dichosa
Dadme esperar el golpe doloroso
De la Parca enemiga,
Que lento alcance á mi vejez cansada,
Cual de otoño templado
En deleitosa tarde, desmayada
Huye su luz del cárdeno occidente
El rubio sol con paso sosegado.
¡Oh cómo, vegas plácidas, ya siente
Vuestro influjo feliz el alma mial!
Os tengo, os gozaré; con libre planta
Discurriré por vos; veré la aurora,
Bañada en perlas que riendo llora,
Púrpura abrir la puerta al nuevo día,
Su dudoso esplendor vago esmaltando
Del monte, que á las nubes se adelanta,
La opuesta negra cumbre;
Del sol naciente la benigna lumbre
Veré alentar, vivificar el suelo,
Que en nublados vapores
Adormeciera de la noche el hielo;
Del aura matinal el soplo blando,
De vida henchido y olorosas flores,
Aspiraré gozoso;
El himno de alborada bullicioso
Oiré á las sueltas aves,
Estático en sus cánticos suaves;
Y mi vista encantada,
Libre vagando en inquietud curiosa
Por la inmensa llanada,
Aquí verá los fértiles sembrados
Ceder en ondas fáciles al viento,
De sus plácidas alas regalados;
Sobre la esteva honrada
Allí cantar al arador contento
En la esperanza de la mies futura;
Alegre en su inocencia y su ventura,
Mas allá un pastorcillo
Lento guiar sus cándidas corderas
A las frescas praderas,
Tafiendo el concertado caramillo;

Y el río ondisonante,
Entre copados árboles torciendo,
Engañar en su fuga circulante
Los ojos que sus pasos van siguiendo,
Lento aquí sobre un lecho de verdura,
Allí celando su corriente pura;
Cerrando el horizonte
El bosque impenetrable y árduo monte.
¡Oh vidual! ¡oh bienhadada
Situación! ¡oh mortales
Desdeñados y oscuros! ¡oh ignorada
Felicidad, alivio de mis males!
¡Cuándo por siempre en vuestro dulce abrigo
Los graves hierros que aherrojada siento,
El alma romperá! ¡cuando el amigo
De la naturaleza
Fijará en medio de ella su morada,
Para admirar contino su belleza,
Y celebrarla en su entusiasmo ardiente!
Otros gustos entonces, otros cuidados
Mas gratos llenarán mis faustos días;
De mis rústicas manos cultivados
Los campos que labraron mis abuelos,
Las esperanzas mías
Colmarán y mis prósperos desvelos;
Mi huerta abandonada,
Que apenas ora del colono siente
En su seno la azada,
De hortaliza sabrosa
Verá poblar sus niveladas eras;
Mi mano diligente
Apoyará oficiosa,
Ya el vástago á la vid, ya la caída
Rama al frutal, que al paladar convida,
Doblada al peso de doradas peras;
Verá me mi ganado
A su salud, á su custodia atento,
Solicito contarle, cuando lento
Torna al redil de su pacer sabroso;
O en ocio afortunado,
Mientras su ardiente faz el sol inclina,
Solitario filósofo, el umbroso
Bosque, en la mano un libro, discurriendo,
Llenar mi pecho de tu luz divina,
Angélica verdad, las celestiales
Sagradas voces respetoso oyendo,
Que en himnos inmortales,
En medio de las selvas silenciosas,
Do segura reposas,
Al sencillo mortal para consuelo
Tal vez dictaste del lloroso suelo.
De las aves el trino melodioso
Allí mi dulce voz despertaría;
Y armónica á las suyas se uniría,
Cantando solo el campo y mi ventura;
Allí del campo hablaría
Con el pobre colono; y en las penas
De su estado afanoso,
Con blandas voces de consuelo llenas,
Humano le alentaría;
O bien sentado á la corriente pura,
Viva, fresca, esplendente,
Del plácido arroyuelo, bullicioso,
Que entre guijuelas huye fugitivo,
Si del vicio tal vez la imagen fiera
Mi memoria afligiera,
El ánimo doliente
Se conhortaría en su dolor esquivo;
Y en sus rápidas linfas contemplando
De la vida fugaz el presto vuelo,
Calmara el triste anhelo
De la loca ambición y ciego mando.
Imagen ¡oh arroyuelo!
Del tiempo volador y de la nada
De nuestras mundanales alegrías,
Una de otra apremiada,
Tus ondas al nacer se desvanecen,
Y en rauda curso en el vecino río
Tu nombre y tus cristales desaparecen.
Así se abisman nuestros breves días
En la noche del tiempo; así la gloria,
El alto poderío,

La ominosa riqueza,
Y lumbre de belleza,
Do ciega corre juventud liviana,
Pasas cual sombra vana,
Sólo dolor dejando en la memoria.
¡Oh cuántas veces mi azorada mente
En tu margen florida,
Contemplando tu rápida corriente,
Lloré el destino de mi frágil vida!
¡Cuántas en paz sabrosa
Interrumpí tu plácido rívido
Con mi voz ¡oh arroyuelo! dolorosa,
Y en dulces pensamientos embebido,
A tu corriente pura
Las lágrimas mezclé de mi ternura!
¡Cuántas, cuántas me viste
Querer de tí apenado separarme,
Y moviendo la planta perezosa,
Cien veces revolver la vista triste
Hacia tí al alejarme,
Oyendo tu murmullo regalado,
Y exelamar conmovido
Con balbuciente acento:
«¡Aquí moran la dicha y el contento!
¡Oh campo! ¡oh soledad! ¡oh grato olvido!
¡Oh libertad feliz! ¡oh afortunado
El que por tí de léjos no suspira,
Mas trocando tu plácida llaneza
Por la odiosa grandeza,
Por siempre á tu sagrado se retira!
¡Afortunado el que en humilde choza
Mora en los campos, en seguir se goza
Los rústicos trabajos, compañeros
De virtud é inocencia,
Y salvar logra con felis prudencia
Del mar su barca y huracanes fieros!»

ÉGLOGAS.

ÉGLOGA PRIMERA (1).

BATILLO, ARCADIO, PONTA.

BATILLO.

Paced, mansas ovejas,
La hierba alfofarada,
Que el nuevo día con su lumbre dora,
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las parlerillas aves á la aurora.
La cabra trepadora
Ya suelta se encarama
Por la áspera ladera;
De esta alegre pradera
Paced vosotras la menuda grama;
Paced, ovejas mías,
Pues de Abril tornan los felices días.
Corónase la tierra
De verdor y hermosura,
Y aparecen de nuevo ya las flores;
Líquida, de la sierra
Corre la nieve pura,
Y vuelven á sus juegos los pastores.
Todo el campo es amor;
Retoñan los tomillos,
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos,
Y el arroyuelo esmalta
De plata el valle, do sonando salta.
Así cual es sabroso,
Después de noche triste,
El rocío del alba al mustio prado,

(1) Esta égloga en alabanza de la vida del campo fué premiada por la Academia Española, en junta que celebró el 18 de Marzo de 1780.

O cual, tras enojoso
 Invierno, el mundo viste
 De gala el sol, gozándose el ganado;
 Así cual al cansado
 Pastor que tras hambriento
 Lobo corrió, es la fuente;
 Tras el Marzo inclemente,
 Tal es á mí del céfiro el aliento;
 Y cual á abeja rosa,
 Del campo así la vida deliciosa.
 Apenas ha nacido
 El día en los oteros,
 De arreboles el cielo matizando,
 Por el alegre egido
 Saco ya mis corderos,
 Y alegres los cabritos van saltando.
 Mientras el sol se va alzando,
 Mil celosas porfías
 A la sombra en reposo
 Separo, si celoso
 Mi manso está por las corderas mías;
 Y si la noche viene,
 El estrellado cielo me entretiene.
 Mas por aquella loma,
 Con sosegada planta,
 Al viento dando el pastoril acento,
 El dulce Arcadio asoma;
 Su armoniosa garganta
 ¡Cuán acordada sigue al instrumento!
 También canta contento
 De la estación florida.
 Para en torno seguirle,
 Corro de cerca á oírle;
 Algo acaso dirá de mi querida,
 O la nueva tonada
 Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¡Quién, viendo la hermosura
 De esta tendida vega,
 Y el brillo y resplandores del rocío,
 Los brincos, la saltura
 Con que el ganado juega,
 Y el soto léjos, plácido y sombrío,
 El noble señorío
 Con que el claro sol nace,
 Las nieblas recogerse,
 En ondas mil la hierba estremecerse,
 Y los hilos de luz que el aire hace;
 Tierno latirle el seno
 No siente, y de placer su ánimo lleno?
 Doquiera es primavera,
 Que Abril vertiendo viene
 Nuevas galas y espíritu oloroso;
 La novilla doquiera
 Sobrado el pasto tiene
 En tierna hierba de pacer sabroso,
 El pastor en reposo,
 Ya libre sus tonadas
 Puede cantar tendido,
 Viendo su hato querido
 Lento buscar las sombras regaladas,
 Y pueden las pastoras
 Bailar alegres las ociosas horas.
 No á mi gusto sea dado
 Riquezas enojosas,
 Ni el oro que cuidados da sin cuento;
 No el ir embarazado
 Entre galas pomposas,
 Ni corriendo vencer al raudo viento;
 Mas sí cantar contento,
 Sentado á par mi Elisa,
 Viendo desde esta altura
 Del valle la verdura,
 Y de mi dulce bien la dulce risa,
 Y mis vacas pastando,
 Y el manso río entre árboles vagando.
 Pero aquel que allí veo
 Que por el prado viene,
 ¿No es Batilo el zagal? tan de mañana
 ¡Cuán bien á mi deseo
 La suerte lo previene!

Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
 De tu cantar divino
 Guarde del lobo odioso;
 Y sigue en tan sabroso
 Tono, hechizo del valle y de amor digno;
 Que el ganado alborozado,
 Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú más ántes al viento
 Suelta esa voz suave
 Que á todas las zagalas enamora,
 Tafiendo el instrumento
 Que el desden vencer sabe,
 Y ablandar como cera á tu pastora;
 Y la letra sonora
 Cántame que le hiciste,
 Cuando te dió el cayado
 Por el manso peinado,
 Que con lazos y esquila le ofreciste;
 O bien la otra tonada
 De la vida del campo descansada.
 Premio será á tu canto
 Este rabel, que un día
 Me dió en prenda de amor el sabio Elpino;
 Y en él con primor tanto
 Pintó la selva umbría,
 Que muestra bien su ingenio peregrino.
 Del Tórmes cristalino
 Formó en él la corriente,
 Que ir riendo dijeras,
 Lo largo en sus praderas
 Vagando los rebaños mansamente;
 Y la ciudad de léjos,
 Del sol como dorada á los reflejos.
 A un álamo arrimado,
 Alegre un zagal canta,
 Mientras su amada flores va cogiendo;
 Por el opuesto lado
 Un mastin se adelanta,
 Y á otra zagala fiestas viene haciendo;
 Todo lo que está viendo
 Léjos un ciudadano,
 El semblante afligido,
 Y en cuidados sumido,
 Haciéndole á otro señas con la mano
 Que al umbral de una choza
 Rie entre los pastores, y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
 Una flauta preciada,
 Labrada de su mano diestramente;
 Tan guardada la tuve,
 Que jamás fué tocada;
 Pero mi amor en dártela consiente.
 Los valles y la fuente
 Puso en ella de Otea;
 De vida el llano ameno
 Como por Mayo lleno;
 Un muchacho en el cerro pastores,
 Y el rabel otro toca,
 Y á contender cantando le provoca.
 De flores coronadas,
 Más lindas que las flores,
 Suelto el cabello al céfiro liviano,
 Van bailando enlazadas,
 Causando mil ardores,
 Las zagalejas en el verde llano;
 A un lado está un anciano
 Que la flauta les toca,
 Y algunas ciudadanas
 Mirándolas ufanas,
 Y cómo que la envidia las provoca
 Con regocijo tanto.
 Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso

Balido de la oveja,
Y la teta al hambriento corderuelo;
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el mullido suelo;
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado,
Y á pastor peregrino
Descanso en su camino;
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.
Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo,
O en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Los ganados paciendos;
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil cuadrillas;
Y gocen del tropel y el alboroto,
Otros, de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.
¿Dónde las dulces horas,
De júbilo y paz lloas,
Más lentas corren ni con más reposo?
¿Quién rayar las auroras,
Como el zagal, serenas
Ve, ni del sol el trasponer hermoso?
¡Cuidado venturoso!
¡Mil veces descansada
Pajiza choza mía!
Ni yo te dejaría
Si toda una ciudad me fuera dada;
Pues sólo en tí poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.
¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados
Que engendran el poder y los honores?
Mejor es ver el cielo
Que no techos pintados;
Mejor que las alfombras, nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabafia,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frío;
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de Enero,
Lumbre para bailar un roble entero.
Aquí en la verde grama
Oiga yo en paz gloriosa
El lento susurrar de este arroyuelo;
Aquí evite la llama,
Cabe mi Elisa hermosa,
Del sol subido á la mitad del cielo;
Y su dorado pelo
Orne de florecillas,
O teja en su regazo
De ellas guirnalda ó lazo;
Y arrúllenme las blandas tortelillas,
Cuando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATIOLO.

Y á mí leche sobrada
Me da, y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado;
Mis colmenas, labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos;
Y deja á los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enajena.
Más bienes no deseo,
Ni quiero más fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.

En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna
Que huya de mis cariños desdeñosa.
Su guirnalda de rosa
Me dió ayer Galatea,
Filiis este cayado,
Y este zurrón leonado
La niña Silvia, que mi amor desea;
Mas yo á Filena quiero;
Ella me paga y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos,
Con su ingenio divino
¡Qué cosas no decía,
Después, de los arteros ciudadanos!
Aun á los más ancianos,
Si te acuerdas, pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos.
Yo, zagalejo entónces, le escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.
El semblante sereno,
Y el corazon roído,
Cual es el fruto de silvestre higuera;
Miel envuelta en veneno
Su razonar fingido;
Pechos lisiados de la envidia fiera;
Hijos que desespera
La vida de sus padres;
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres;
Esto contaba Elpino
De la ciudad, después que al campo vino.

BATIOLO.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fué á la guerra
Y vió las tierras donde muere el día,
Que en nada semejaba
El río de esta sierra
Al mar soberbio, que pavor ponía.
Me acuerdo que decía
Que del viento irritado,
Bramaba en són horrendo,
Con las olas queriendo
Estrellarse en el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como á las enramadas nuestros ríos.
Que entonce el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cñita,
Cual si débil balido
De herida oveja oistes,
O choto que su madre solicita.
¡Oh ceguedad maldita,
Fiar vida y ventura
A una tabla liviana!
Mejor es la galana
Vega, Arcadio, con planta hollar segura,
Tras mis manas corderas,
Que el ver navíos ni borrascas fieras.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver más que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro río.
Aquí no lobo fiero
Nos trae alborotados,
Ni nos daña el calor ó hiela el frío.
No ajeno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en union perfeta,
Y el sol y helado cierzo
Nos dan salud y varonil esfuerzo.
Todo es amor sabroso,

Alegría y hartura,
Y descanso seguro y regalado.
Ni el pastor envidioso
Murmura la ventura
Del otro á quien da el cielo más ganado;
Ni el mayoral honrado
Burla al zagal sencillo,
Ni con doblez le trata;
Ni su seno recata
La amada de su tierno pastorcillo;
Que el amante y la fuente
Gozan de su belleza libremente.

Como las ciudadanas,
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y candidas pastoras;
Ni en su beldad livianas,
Nuestro querer desdeñan,
O mudan de amador á todas horas.
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena á mi oído,
Y que el ronco alarido
De sus plazas, la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

BATIOLO.

¡Oh soledad gloriosa!
¡Oh valle! ¡oh bosque umbrío!
¡Oh selva entrelazada! ¡oh limpia fuente!
¡Oh vida venturosa!
¡Serenos y claro río,
Que por los sauces corras mansamente!
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura
Y feliz armonía
Del uno al otro día.
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales,
Pastores, ganaderos y zagales.
El cielo despejado,
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,
Y plácido sonido
Que del céfiro forma el blando aliento;
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspensión á el alma deja,
Y á sueño descansado
Brinda la hierba del mullido prado.
No aquí esperanza ó miedo,
Las tramas y falsías
Que saben los soberbios ciudadanos.
El pastorcillo ledo
En paz goza sus días,
Sin entregarse á pensamientos vanos.
Los cielos soberanos
Bendicen su majada,
Y él con sencillez celo
Da bendición al cielo,
Tal vez acompañando la alborada
Con que en el campo adora
El coro de las aves á la aurora.
Sin recelo ni susto
Los términos pasea
De las cabañas que nacer le vieron,
Y ora aparta con gusto
La cabra en su pelea,
O ve dó los jilgueros nido hicieron;
Si al lagarto sintieron
Sus tiernos corderillos,
Rie cuál se espantaron,
Corrieron ó balaron;
Ora al yugo acostumbra los novillos;
Ora fruta ó flor nueva
En dón alegre á su zagala lleva.
Con las serranas viene
A triscar por el prado
Y enguinalda la sien de frescas flores;

II. Pa.-XVIII.

Ni entónces libre tiene
Su pecho otro cuidado,
Que cantarles ufano mil amores.
Mejor son sus favores
Que la villa y sus tristes
Cuidados y ruidos;
Pues no en tales gemidos
Dos tortolillas querellarse vistes,
Cual canta en voz sonora
De amor un zagalejo á su pastora.
La fruta sazónada
¡Con cuál dulce fatiga
De la rama se corta! ¡cuán gustoso
Es ver la acongojada
Lucha en la blanda liga
Del verdicillo ó colorín vistoso!
¡Cuán grato el armonioso
Susurrar y el desvelo
De abeja entre las rosas!
¡O ver las mariposas
De flor en flor pasar con presto vuelo!
¡O mirar la paloma
Bañarse alegre cuando el alba asoma!

Así Tirsi decía
Que la primera gente,
Como ahora vivimos los pastores,
Por los campos vivía
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el río;
Cuando del señorío
Los términos la linde aún no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.
Y cierto ¡cuántas veces
Los más altos señores
Vienen á nuestras pobres caserías
Sin pompa ni altiveces,
A gozar los favores
Del campo y sus sencillas alegrías?
Las rústicas porfías
Que los zagales tienen,
Miran embelesados,
Y en seguir los ganados
Por los tendidos valles se entretienen,
O de bailar se gozan,
Y al són de nuestras flautas se alborozan.
Aquí Delio y Elpino
Moraron, y el famoso
Que dijo de las magas el encanto
Con su verso divino
Junto al Bétis undoso;
Y aquí Albano entonó su dulce canto,
¡Oh grata vida! ¡oh cuánto
Me gozo en tí seguro!
De flores coronado,
Y al cielo el rostro alzado,
Este vaso de leche alegre apuro;
Bebe, Arcadio, y gocemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada
De paloma rendida
Es al tierno pichon que la enamora;
Cual hiedra enmarañada
Que á reposar convida,
Y cual agrada el baile á la pastora;
Tal tu canción sonora
Es, zagal, á mi oído;
Ni así es el prado ameno
De grata hierba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Cual me encanta tu música extremada.

BATIOLO.

No el lirio comparado
Con zarza montuosa
Ser debe, ó con el cardo la azucena.

Ni así aquel desagrado
Y altivos enojosa
De las de la ciudad, con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdefiaron
Allá en su plaza un día;
Yo sus burlas reía,
Y ellas de mis desprecios se enojaron.
Volvíme á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fui compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta había;
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Así Elisa entre todas relucía.
¡Cuán bella parecía,
Zagal! sus lindos ojos
Mil pechos abrasaron,
Envidias mil causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mío,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATOLO.

Los surcos las labradas
Laderas hermocean,
Y del olmo la vid es ornamento;
Las pomos saxonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento,
Al bosque el manso viento;
Tú á todo nuestro prado
Le das, Filena mía,
La risa y alegría;
Al sentirte venir, bala el ganado,
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mugidora
Tanto en la ceta agrada
A enamorado cándido novillo,
O á la liebre el tomillo,
Cual á Elisa es sabrosa
Pradera y selva umbría.
Con menos agonía
Huye del gavilán la garza airosa,
Que Elisa desalada
Corre de la ciudad á su majada.

BATOLO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto,
Para llevarlo en dón á sus amores;
Yo para tí lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogí con ambos ruiseflores.
¡Ay, si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre á tu lado,
O en colorín mudado,
Continuo mis ardores te cantara,
O hecho flor me cortases,
Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber porfía
Con jilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne extremado
En dulce melodía
Puede ser abubilla comparada,
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡Oh fuente! ¡oh valle! ¡oh prado!
¡Oh apacible ganado!

Si el canto de Batilo es más subido
Que el de los ruiseflores,
Grata escuche Filena sus amores.

BATOLO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y en su arrullo la tórtola llorosa;
El ciervo en selva umbría
Con su par se alborozaba,
Y con el agua el ánade pomposo.
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora;
Ella con sus corderas,
Y éstas en las laderas,
Cuando de nueva luz el sol las dora;
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Así loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos;
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus ganadillos;
Y yo, que logré oídos
Detras de una haya umbría,
Con ellos comparado,
Maldije de mi estado.
De entonces la ciudad me fué enojosa,
Y mil alegres días
Gozo en sus venturosas caserías.

EGLOGA II.

AMINTA.

A Aminta y Lisis en union dichosa
Amor unido había;
El casto amor, de la inocencia hermano.
Lisi cual fresca purpurante rosa,
Que abre su cáliz virginal del día
Al suave aliento, por Aminta ardía;
Y él celebraba ufano
En tierno acento su zagala bella.
El fugaz eco plácido llevaba
Su constante ternura
A su querida, cuando léjos de ella
Su cándido ganado apacentaba.
Eran dos niños, por comun ventura,
Ya dulce fruto de sus castos fuegos,
Así blondos y hermosos,
Cual entre las zagalas bulliciosos,
Sin venda ni arco, en infantiles juegos,
Porque esquivas sus llamas no recelen,
Suellos los amorcitos vagar suelen
Cuando las danzas del Abril florido.
En ellos y en su Lisi embebido,
Del pasto alegre del vicioso prado
Aminta revolvía
A su feliz cabaña su ganado,
Y el sol laso entre nieblas se perdía,
Cuando asomar por el opuesto egido
Los vió el padre feliz; ¡oh qué alegría
Con su vista sintió! ¡cómo su pecho
En plácida zozobra palpitaba,
Cual nieve al sol en blando amor deshecho!
En lágrimas bañado los miraba,
Y luego al cielo en gratitud ferviente;
Y así cantó con labio balbuciente.

AMINTA.

¡Oh mis lindos amores!
¡Mitad del alma mía!
¡De vuestra madre bella fiel traslado!
Creced, tempranas flores,
De gloria y alegría
Colmando á vuestro padre afortunado;
Y cual risa del prado
Es el fresco rocío,

Dulce júbilo sed del pecho mío.
 ¡ Ah, con qué gozo veo
 Plácidos ir girando
 En lenta paz mis años bonanzosos,
 Cuando en feliz recreo
 De mi cuello colgando
 Inocentes reís, ó bulliciosos
 En juegos mil donosos
 Triscáis por la floresta
 Tras los cabritos en alegre fiesta !
 El colorín pintado,
 Que en la ramilla hojosa
 Se mece, y blando sus cuidados trina;
 El vuelo delicado
 Con que la mariposa
 De flor en flor, besándolas, camina;
 La alondra, que vecina
 Al cielo se levanta;
 Todo os es nuevo y vuestro pecho encanta.
 En vuestra faz de rosa
 Ríe el gozo inocente,
 Y en los vivaces ojos la alegría;
 Vuestra boca graciosa
 Y la alba tersa frente
 Son un retrato de la Lisi mía.
 La blanda melodía
 De vuestra voz remeda
 La suya, pero en mucho atrás se queda.
 ¡ Y el candor soberano
 De su pecho divino !
 ¡ Y su piedad, con todos oficiosa !
 Yo ví su blanca mano
 Del mísero Felino
 Socorrer la indigencia rigurosa.
 Clori en su congijosa
 Suerte llorar la viera,
 De su amarga orfandad fiel compañera.
 «Sola estás; mas el cielo,
 Si te roba, exclamaba,
 La cara madre, te dará una amiga»;
 Y á la triste en su duelo
 Sollozando alentaba.
 Clori la abraza en su cruel fatiga,
 Y sus ansias mitiga
 En su seno clemente;
 Yo al verlo me inundaba en lloro ardiente.
 De entónces más perdido
 La adoré, y ciego amante
 Sus pisadas seguí por selva y prado.
 Así en el ancho egido,
 Con balido anhelante,
 Corre á su madre el recental nevado.
 Oyó, en fin, mi cuidado,
 Y mi feliz porfía
 Coronando, su mano unió á la mía.
 Vosotros, mis amores,
 Sois el fruto precioso
 Del dulce nudo y bendición del cielo,
 De mil suaves ardores
 Galardon venturoso,
 De nuestras ansias plácido consuelo;
 Rennevos que el desvelo
 De mi cariño cria,
 Para gozarme con su pompa un día.
 Creceáis, y mi mano
 Os cubrirá oficiosa,
 Cual tiernas plantas, de la escarcha cruda.
 El cielo soberano
 Con bendición gloriosa
 Hará que el fruto á la esperanza acuda;
 Y deleitosa ayuda
 En la vejez cansada
 A mi seréis, y á vuestra madre amada.
 Entónces nuestra frente
 El tiempo habrá surcado
 De tristes rugas, el vigor perdido;
 Tal el astro luciente
 Se acerca sosegado
 Al occidente, en llamas encendido.
 Pero habrémos vivido,
 Y hombres os gozaremos;
 Y en vosotros de nuevo viviremos.

El ganado, que ahora
 Mi blando imperio siente,
 El vuestro sentirá; y en estos prados
 Os topará la aurora
 Tañendo alegremente
 Mi flauta y caramillo concertados.
 Los tonos regalados
 Que ora á cantar me atrevo,
 Hará más dulces vuestro aliento nuevo.
 En humilde pobreza,
 Mas en paz y ocio blando,
 Luégo mi Lisi y yo reposaremos.
 Sobre vuestra ternura
 Nuestra suerte librando,
 A vuestra fausta sombra nos pondremos.
 Plácidos gozaremos
 Su celestial frescura,
 Y os colmarán los cielos de ventura.
 Porque el hijo piadoso
 Es de ellos alegría,
 Y habitará la dicha su cabaña;
 Pasto el valle abundoso
 Siempre á su aprisco cria;
 Ni el lobo fiero á sus corderas daña;
 Nunca el año le engaña,
 Y en su trono propicio
 Acoge Dios su humilde sacrificio.
 A sus dulces desvelos
 Ríe blanda su esposa,
 Corona de su amor y su ventura;
 Y de hermosos hijuelos,
 Cual oliva viciosa,
 Le cerca, y en servirle se apresura;
 De inefable ternura
 Inundado su seno,
 Cien nietos le acarician, de años lleno.
 ¡ Oh mis hijos amados !
 Sed buenos, y el rocío
 Vendrá del cielo en lluvia nacarada
 Sobre vuestros sembrados;
 Os dará leche el río,
 Y miel la añosa encina regalada;
 Vuestra frente nevada
 Lucirá largos días;
 ¡ Ay ! ¡ oiga el cielo las plegarias mías !—
 Con delicado acento
 Así Aminta cantaba,
 Bañado el rostro en delicioso llanto,
 Y el feliz pecho en celestial contento;
 Y con planta amorosa
 A sus dulces hijuelos se acercaba.
 Llegó do estaban, y cesó su canto;
 Que con burla donosa
 Uno el cayado jugueteo le quita,
 Y el balante ganado ufano rige,
 Que al redil conocido se dirige;
 Mientra el más pequeñuelo se desquita
 Con mil juegos graciosos,
 Sonar queriendo con la tierna boca
 La dulce flauta que su padre toca;
 Y de Aminta en los brazos carifiosos
 Llegando á la alquería,
 Caen las sombras y fallece el día.

ÉGLOGA III.

MIRTILO Y SILVIO.

SILVIO.

¡ Dónde, Mirtilo amado,
 Tan cuidadoso, tan veloz caminas?
 ¡ Dónde, el caro redil abandonado?

MIRTILO.

A ofrecer estas frescas clavellinas
 A mi gentil zagala, Silvio mío,
 Que cogí en el vergel; áun salpicadas
 Ve en líquido rocío
 Sus tiernas hojas; pero muy más bellas
 Sus mejillas rosadas
 Son, y su boca más fragante que ellas.

Voy, Silvio, pues; ¡el pecho se alborozal
Y en la feliz ventana de su choza
En un ramo donoso
Las dispongo, y retírome de un lado
Con paso respetoso.
Luego al rabel le canto apasionado
La amorosa tonada
Que entre todas las mías más le agrada,
Porque me sienta allí; la zagaleja,
De timidez y gozo palpitando,
El blando l. cho silenciosa deja,
Y asómase á cacuchar; mira el fragante
Vistoso ramo que feliz le ofrece
Mi desvelo constante;
Tómalo y rie; á la nariz hermosa
Lo llega, y en su aroma regalado,
Pensando en su Mirtilo cariñosa,
Absorta se embebece.
Yo envidiando mi ramo afortunado.

SILVIO.

¡Zagal feliz! que de placer suspiras,
Mientras las tristes iras
Yo sin ventura lloro
De Amarilis cruel, de linda boca,
Ojos vivaces y cabello de oro,
Que parte en rizos por el cuello tiende,
Parte entre rosas agraciada prende,
Mas rebelde al amor, cual dura roca.
Así, pues, te dé blanda Galatea
Los dulces premios que tu fe desea,
Que me cantes te ruego esa tonada,
Que cual tuya será tierna y suave.

MIRTILLO.

Harélo, Silvio amado,
Así porque no sabe
Mi sencilla afición negarte nada,
Como por ocuparme afortunado
En Galatea y mi sabrosa pena.
La noche va tornando silenciosa,
Y la alba luna, que en el alto cielo
Su carro guía en majestad serena,
Con su cándida luz bañando el suelo,
Despiertan la gloriosa
Llama de amor, mi espíritu conmueven,
Y el labio y el rabel al canto mueven.
Oye, pues, Silvio: la zagala mía
Un clavel oloroso
Puesto galanamente
En el baile llevaba;
Viólo mi loco amor, y así decía,
Mientras él insensible el cerco hermoso
De sus purpúreas hojas levantaba
Sobre su seno cándido y turgente:

«¡Oh, si yo feliz fuera
Esc clavel fragante,
Donosa Galatea,
Que ufana al seno traes,
¡Cuán fino y cariñoso
Su nieve palpitante
Delicioso empapára
En mi aliento suave!
Sobre él las hojas tiernas
¡Oh dicha imponderable!
Tendiera, y sin zozobra
Lograra, en fin, gozarle.
Viera si su alba esfera
De rosas y azahares
Hizo Amor, ó de nieve
Mezclada con su sangre;
La fuerza que lo agita
Cuando turbado late,
Y el valle de jazmines
Que forma, dónde sale;
De dó el olor subido
Le viene, y qué contraste
Con sus turgentes globos
La lisa tabla hace;
Viera si el breve hoyuelo
De do esta tabla parte,
Es lecho de azucenas,

Do Amor dormido yace;
Pues si á gozar el ámbar
De mi encendido cáliz
Tal vez la nariz bella
Inclináras afable,
¡Oh y cuál lo dilatára!
¡Cuán tierno, cuán amante
El tuyo inundaría
De gozos celestiales!
Y con tu aliento unido
Me deslizará fácil
Por él hasta que ardieras
Del fuego que en mí arde.
Bebiera tus suspiros;
Mis encendidos ayes
Envueltos en aromas
Bebieras tú anhelante.
Mas ¡ah! que helada y muerta
Gozar la flor no sabe
Bien tanto, y en mil ansias
Mi pecho se deshace.
Clavel, oh amor, me torna,
O cefirillo amable,
Y siempre á mi bien siga,
Y en mi ámbar la embriaguez.»

Ya Mirtilo callaba,
Y aún Silvio embebecido,
Sin sentirlo, prestaba
Al eco tierno un silencioso oído.
Volvió en fin, y le dice: «El bullicioso
Curso del arroyuelo,
Y del favonio el susurrante vuelo,
No igualan con tu voz, zagal dichoso.
Dulce al labio es la miel, y la mirada
Tierna de una pastora
Dulce al zagal que fino la enamora;
Pero muy más el ánimo recrea
Tu amorosa tonada.
Toma, toma por ella esta cayada,
Que entallé diestro de arrayan y flores;
Tan fácil premio mi amistad desea
A tus tiernos ardores.»
Recibióla Mirtilo, y más contento
Que el ciervecillo jugueteo y exento
Brinca en pos de su madre en la pradera,
A poner fino el ramo afortunado
Vuela en planta ligera,
A la ventana de su dueño amado.

ÉGLOGA IV (1).

JOVINO, BATILO.

POETA.

La luna plateada,
Mirándose en el Bétis sosegado,
Y la noche enlutada,
A Febo han ahuyentado,
Cuando Batilo el ható conducía
Por una estrecha vía,
Y á su amado Jovino va buscando,
Al són de su rabel así cantando:

BATILO.

¡Oh querido Jovino,
Que á Orfeo iguales en tañer la lira,
Y tu cantar divino
Las deidades admira!
Oye de tu Batilo los clamores;
Los acentos cantores
Lleven á tus oídos su llegada,
Cerca de tu chocilla y tu morada.

POETA.

Jovino, pues, sentado
A la entrada le espera; mas sacando

(1) Inédita. Esta égloga, que conservaba entre sus papeles el señor don Martín Fernández de Navarrete, vale muy poco. Es un pobre ensayo de la mocedad. MELENDEZ la escribió á los veinte años. La publicamos por ser suya, y para que pueda formarse idea de los rápidos adelantos que hizo después en la poesía.

Su instrumento pintado,
Ansina fué cantando:

JOVINO.

Oh Batilo! la miel más regalada
De la abeja, pastada
Con tomillo de Hiblea ó de amaranto,
No me es tan dulce á mí como tu canto.
Tú á Vénus amorosa,
Que danzas guía con sus tres criadas,
Con tu voz deleitosa
Las tienes encantadas,
Y los cyclopes fieros martillando
Te van acompañando;
Entre tanto Vulcano diligente
Por oírte sale de la fragua ardiente.

POETA.

A la sombra de un pino
Se juntan, sus fortunas alabando.
Dió principio Jovino,
Batilo fué alternando;
Y olvidados del sueño y sus delicias,
Del campo las primicias
Con los dones de Cérés ensalzaban,
Y al són de su rabel así cantaban:

JOVINO.

El Bétis caudaloso
Corre pausadamente murmurando
Por el bosque frondoso,
Y se están ensayando
Las aves á cantar de mil maneras,
Y en las verdes laderas
Brinca alegre la cabra trepadora,
Cuando Febo las cumbres con luz dora.

BATILO.

Un pausado arroyuelo
Hace mil juegos en el verde prado,
Creciendo con el hielo
Del monte desatado;
El riega de las ramas agobiadas
Las frutas maduras,
Y allí, junto á la sombra más amena,
La dulce flauta el pastorcillo suena.

JOVINO.

Ya el jabalí cerdoso
En las redes con perros enredamos;
Ya del corzo temoso
Los cuernos consagramos
A Diana en su templo laqueado;
Y ya con el arado
El sulco hendemos en la dura tierra,
Sin que ningún cuidado nos dé guerra.

BATILO.

O ya al olmo crecido
Rodeamos la yedra cariñosa,
Y en el campo florido
Con la liga engañosa,
A la agorera grulla delicada,
O la perdiz pintada
Sujetamos contentos y gozosos,
Libres de los cuidados afanosos.

JOVINO.

También cuando el verano
Saca su coronada frente afuera,
Con nuestra propia mano
Arrancamos la pera,
Y nuestras ovejuelas ordeñamos
Entre los verdes ramos;
Y á la hora de sicata convidando,
La abeja está en las flores susurrando.

BATILO.

A todo nuestro canto
Los allegados montes dan oídos;
Somos con otro tanto
De ellos correspondidos;

Aquí pasan las náyades graciosas,
Y estas selvas hermosas
Para su habitación han escogido:
¡Tanto les preocupan el sentido!

JOVINO.

Ahora la perdida
Hoja recobra el bosque más frondoso,
El aire inspira vida,
La selva deliciosa
Otra vez verde avena ha producido,
Y en el árbol crecido
Las ramas otra vez han retoñado,
Que el podador con su hoz había cortado.

BATILO.

El céfiro amoroso
En estas selvas reina suavemente,
Y el Bétis caudaloso
Se mueve lentamente;
Ya el prado lleva yedra trepadora,
Y el lilio que enamora
Con las rosas y el trébol verde-oscuro,
Y en la vid el racimo ya maduro.

JOVINO.

Ya es tiempo que ciñamos
La frente con coronas olorosas,
Y que el laurel cojamos
Con las nevadas rosas;
La casia, la viola y lirios buenos
Con acantos amenos,
Azucenas, jazmin, con clavellinas,
Tomillo y otras hierbas muy divinas.

BATILO.

Aquí la fuente fría
Enriquece los campos deleitosos,
Y tempera del día
Los ardores fogosos.
La nieve, con los soles derretida,
Con horrenda caída
Baja de las montañas presurosa.
¡Oh feliz vida! ¡vida deleitosa!

POETA.

Los pastores dichosos
De este modo acabaron sus loores,
Celebrando gozosos
De Cérés los primores.
Tú, mi flauta, colgada de este pino,
Su voz y són divino
Admira, pregonando su alegría,
Y en aquesto se emplea noche y día.

ÉGLOGA V.

EL ZAGAL DEL TÓRMES.

Fértiles prados, cristalina fuente,
Bullicioso arroyuelo, que saltando
De su puro raudal plácido vagas
Entre espadañas y oloroso trébol;
Y tú, álamo copado, en cuya sombra
Las zagalejas del ardiente estío
Las horas pasan en feliz reposo,
Adios quedad; vuestro zagal os deja;
Que allí del Ebro á los lejanos valles
Fiero le arrastra su cruel destino,
Su destino cruel, no su deseo.
Ya más ¡oh Tórmes! tu corriente pura
Sus ojos no verán; no sus corderas
Te gustarán, ni los viciosos pastos
De tus riberas gozarán felices;
No más de Otea las alegres sombras,
No más las risas y sencillos juegos,
Pláticas gratas y canciones tiernas
De la dulce amistad. Aquí han corrido,
Cual estas lentas cristalinas aguas
Riendo giran con iguales pasos,
De mi florida edad los claros días.
De las dehesas del templado extremo

Vine extraño zagal á estas riberas,
 Cuando mi barba del naciente bozo
 Apenas se cubría; y en las ramas
 De los menores árboles los nidos
 Pudo alcanzar mi ternezuela mano,
 De los dulces pintados colorines.
 Aquí á sonar mi caramillo alegre
 Me enseñó amor, y el inocente pecho
 Palpitando sentí la vez primera.
 Aquí le vi temer, y á la esperanza
 Crédulo dilatarse, cual fragantes
 A los sopillos del favonio tienden
 Sus tiernas galas las pintadas flores,
 Cuando en Mayo benigno el sol les rie.
 Con planta incierta discurriendo ocioso,
 En inocencia y paz, libre y seguro
 Cantar me oísteis, y volver mis trinos
 Parlero el monte en agradable juego.
 Llevar me visteis mi feliz ganado
 Del valle al soto, y desde el soto al río.
 Bañado en gozo, cuando el sol hería
 Mi leda faz con su naciente llama,
 En dulce caramillo y voz suave
 Su lumbré celebraba y mi ventura.
 Mis ovejillas del caliente aprisco
 Saltando huían con balido alegre,
 Seguidas de sus cándidos hijuelos,
 Al conocido valle, do seguras
 Se derramaban; y ladrando en torno
 Mi perro fiel con ellas retozaba.
 Otros zagales á los mismos pastos
 Sus corderos solícitos traían,
 A par brindados de la hierba y flores;
 Y juntos, bajo el álamo que cubre
 Con sombra amiga y susurrantes hojas
 La clara fuente, en pastoriles juegos
 Nos viera el sol en su dorado giro
 Perder contentos las ardientes horas,
 Que en torno de él fugaces revolaban.
 Viónos la noche y el brillante coro
 De sus luceros repetir los juegos
 Entre las sombras del callado bosque;
 Y á mí embargado en contemplar el giro
 De tanta luz, ó la voluble rueda
 Con que del año la beldad graciosa
 Ornan del crudo Enero el torvo ceño,
 Del Mayo alegre las divinas flores,
 Las ricas mieses del ardiente estío
 Y de olorosas frutas coronado
 El otoño feliz; las maravillas
 Cantar de Dios con labio balbuciente,
 En tierno gozo palpitando el pecho,
 Y sonando otra voz muy más canora
 Que de humilde pastor, mi dulce flauta.
 ¡Delicia celestial, ante quien bajo
 Es cuanto precia el cortesano luto,
 De oro, de mando ó deleznable gloria!
 No allí á nublir tan inocente gozo
 El pálido temor, no los cuidados
 Solícitos vinieran, ó la envidia,
 Sesga mirando, su cruel ponzoña
 Pudo sembrar en nuestros llanos pechos.
 Todo fué gozo y paz, todo suave,
 Santa amistad y llena bienandanza.
 En plácida igualdad, muy más seguros
 Que los altos señores, nunca el día
 Nos rayó triste, ni la blanca luna
 Salió á bañar con su argentada lumbré
 Nuestra llorosa faz, cual allí cuentan
 Que en las ciudades y soberbias córtes
 La noche entera en míseros cuidados
 Los ciudadanos desvelados lloran.
 ¡Tanto bien acabó! Como deshace
 Del año la beldad crudo granizo,
 Que airada lanza tempestuosa nube,
 Y la dorada mies, del manso viento
 Antes movida en bulliciosas olas,
 Ya entre sus largos surcos desgranada,
 Del triste labrador la vista ofende,
 Así el hado marchita mi ventura,
 Así á dar fin á mi apenada vida
 A tan lejanos términos me lleva,

¡Ay! ¿para qué? De mis fugaces años
 A más nunca tornar, desaparecieron
 Los más serenos ya, y acaso á hundirse
 Los que me esperan de dolor, conmigo
 Corren infaustos en la tumba fría.
 Pasó cual sombra mi niñez amable,
 Y á par con ella sus alegres juegos.
 Relámpago fugaz en pos siguióla
 La ardiente juventud; danzas, amores,
 Cantares, risas, doloridas ansias,
 Dulces zozobras, veladoras celos,
 Paces, conciertos agradables, todo
 Desapareció también; y el sol me viera,
 Entre rosas abriendo á la galana
 Primavera las puertas celestiales,
 Seis lustros ya sus bienhechores rayos
 Mirar contento con serenos ojos.
 ¡Y ora habré de dejar estas riberas,
 Donde vivo feliz! ¡y estos oteros,
 Este valle, este río, en libre planta,
 Cantando, veces tantas de mí hollados,
 No veré más! ¡y mis amigos fieles!
 ¡Y mis amigos! ¡oh dolor! Con ellos
 Aquí me gozo y canto; aquí esperaba
 El trance incierto de mis breves días,
 Y que cerrasen mis nublados ojos
 Con oficiosa mano; ¡á qué otros bienes,
 Otras riquezas y cansados puestos?
 ¡A qué buscar en términos distantes
 La dicha que me guardan estas vegas
 Y estas praderas y enramadas sombras!
 Mi choza humilde á mi llaneza basta,
 Y este escaso ganado á mi deseo.
 Téngase allá la pálida codicia
 Su inútil oro, y la ambición sus honras;
 Que igual alumbró el sol al alto pino
 Y al tierno arbusto que á sus plantas nace.
 Mas ya partir es fuerza. Bosque hojoso,
 Floridos llanos, cristalino Tórmes,
 Quedad por siempre adios; dulces amigos,
 Adios quedad, adios; y tú indeleble
 Conserva, árbol pomposo, la memoria
 Que impresa dejó en tu robusto tronco,
 Y sus letras en lágrimas bañadas:
 «Aquí Batilo fué feliz, sus hados
 Le conducen del Ebro á la corriente;
 Pastores de este suelo afortunados,
 Nunca olvideis vuestro zagal ausente.»
 Id, ovejillas, id; y tan dichosas
 Sed del gran río en los lejanos valles,
 Cual del plácido Tórmes lo habeis sido,
 Con vuestro humilde dueño, en las orillas;
 Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

ODAS.

ODA PRIMERA.

LA VISION DE AMOR.

Por un prado florido
 Iba yo en compañía
 De la zagala mia,
 Ocioso y distraído,
 Do suelta el alma de pasiones graves,
 Con mi fácil rabel seguir curaba
 Del viento el silbo, el trino de las aves,
 O el bé que á mis corderas escuchaba;
 Y en gozo rebotaba
 Mi infantil pecho; que á un zagal divierte
 Cuanto en los campos de gracioso advierte (1);

(1) Así escribió MELENDEZ toda esta estrofa en un principio:

Por un florido prado
 Iba yo en compañía
 De la zagala mia
 Contento y descurrido.
 El alma suelta de pasiones graves,
 Con mi dulce rabel seguir curaba,

Cuando en fas placentera,
Cuanto en bullir donosa,
Vi á una doncella hermosa,
Que nunca visto hubiera (1).
«La Musa, dijo, soy de los amores;
Nada, simple zagal, nada receles;
Y pues ves en suavísimos ardores
Los hombres y aves, brutos y vergeles,
No cantes ya, cual sueles,
Esa rusticidad de la natura,
Que bien mayor mi númen te asegura.

«Dócil oye mis voces;
Sigue el comun ejemplo,
Ven de Vénus al templo,
Ven con plantas veloces;
Que allí es par todo y célicas delicias.
Sobre el ara feliz tu blando seno,
Cual rosa virginal que á las caricias
Se abre alegre del céfiro sereno,
De otros encantos lleno,
La vivas llama del placer aspire,
Y de amor solo tu rabel suspire (2).

«Di en él de tu zagala
La esplendente belleza,
Su noble gentileza,
Su enhiesto cuello y gala.
La luz divina de sus ojos bellos,
Su dulce hablar y angelical agrado
Estro den á tu vos, y suenen ellos
Y su nombre por todos celebrado.
De rosas coronado,
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.

«En estos frescos valles
El ánimo se encanta;
Corra feliz tu planta
Sus deliciosas calles;
Que aquí alzó Vénus su dichoso imperio.
Ve allí nudas triscar sus ninfas bellas,
Y allá en brazos de amor y del misterio
Dulces gemir las tímidas doncellas (3).
Sigue alegre sus huellas;
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.

«Mira allí prevenidas
Entre parras espesas
Cien opiparas mesas,
De amorcitos servidas,
Do riuñeño el placer insta á sentarse.
Al Teyo mira, que el festin orando (4),
Ya empieza con los brindis á turbarse,
Y entre lindas rapasas retozando,
Te está dulce cantando;
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.

«Corre, joven dichoso;
Que el anciano te llama,
Y con su copa inflama
Tu pecho aún desdofioso.
Allá otros niños bellos al Parnaso
Suben, do á Cintio Vénus los entrega,
Cual Tibulo, Villégas, Garcilaso,
Y alegre el niño Amor entre ellos juega.
Ea, al coro te agrega;
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,

Ya el trino de las aves,
Ya el bes que á mis oíderas escuchaba,
Y así me delectaba,
Porque á un tierno muchacho le divierte
Cualquier belleza que en el campo advierte.

(1) Variante de estos cuatro versos:

Vi que hacía mi venia
Una doncella, hermosa
Cual purpurante rosa,
Que nunca visto había.

(2) Esta estrofa fué añadida por el autor.

(3) Variante:

Do á alegre triaca incitan amorosas,
En tallo afroso, cándidas doncellas.

(4) Variante:

Acorriendo en vos do orando.

Brazo con brazo á tu zagala asido.
«Oye bullir sonantes
Las melifinas abejas
Oye arrullar sus quejas
Cien tórtolas amantes;
Y allí bajo una yedra enmarañada
Gemir dos venturosos amadores,
La sien de mirto y rosa entrelazada,
Y á Vénus derramar sobre ellos flores.
Aquí, que es todo ardor,
Sigue tierno zagal, sigue á Cupido,
Brazo con brazo á tu zagala asido.»
Dijo Erato amorosa;
Y en una vega amena,
De aves parleras llena,
Dejónos misteriosa;
Y yo y mi zagaleja nos entramos
En una gruta retirada, umbría,
Y quién más pudo arder allí probamos,
Y ella mi amor, y el suyo yo vencia.
Desde tan fausto día
Sigo, siervo feliz, sigo á Cupido,
Brazo con brazo á mi zagala asido.

ODA II.

LOS DIAS DE FÍLIS, AL ENTRAR LA PRIMAVERA.

Del céfiro en las alas conducida,
Por la radiante esfera
Baja, de rosas mil la sien ceñida,
La alegre primavera (5);
Y el mustio prado, que el helado invierno
Cubrió de luto triste,
Al vital soplo de su labio tierno,
De hierba y flor se viste.
Las aves en los árboles cantando,
Su venida celebran;
Brotan las fuentes, y su hervor doblando,
Entre guijas se quiebran;

(5) Sabido es que MELÉNDEZ corrigió nimiamente sus poesías cuando ya su imaginación había perdido la lozanía de la juventud. El cínzel del filólogo destruyó muchas veces las bellezas del poeta. Nosotros hemos respetado las correcciones del autor, de las cuales se manifiesta muy pagado en el prólogo que escribió en Nîmes, el año de 1815. Pero no podemos dejar de advertir que no siempre sus enmiendas fueron afortunadas. Para convencerse de ello basta comparar las diferentes ediciones.

La presente oda es una de las más alteradas. Las estrofas 1.^a, 3.^a, 8.^a, 15.^a y 18.^a, por ejemplo, fueron al principio escritas, según vemos en un manuscrito auténtico, de esta manera:

En las alas del céfiro llevada
Por la radiante esfera,
Baja, de frescas flores coronada,
La alegre primavera.
Las aves en los árboles cantando,
Su venida celebran,
Y el hielo, los arroyos desatando,
Entre guijas se quiebran.
Las plantas á su vista reverdecen,
Y los arroyos saltan
Por los amenos valles que florecen,
Y de aljófár se esmaltan.
¡Qué inocente rubor, si se alborosa,
Y si ornándose apura
Ufana el arte, y se contempla y goza
Su angélica hermosura!
En vano el cielo tu beldad no cris;
Y aunque el rostro colores,
El áspero desden verás un día
Trocaras en mil ardores.

Todo esto es más lozano y espontáneo que lo que MELÉNDEZ prefirió al corregir el texto primitivo. Las fuentes que doblan su hervor, y los tallos que ondeando mecen, son meros rípios, en que se traducen la afectación y la fatiga.

MELÉNDEZ no corrigió sus versos una sola vez, sino varias. Sirva de ejemplo la tercera de las estrofas citadas, que en la edición de Valladolid (1797) está escrita como sigue:

Las plantas á su vista reverdecen,
Y los arroyos saltan;
Sus largas vegas en verdura crecen
Y en su aljófár se esmaltan.

Y por doquier un celestial aliento
De vida se derrama,
Que en dulce amor, en plácido contento
Al universo inflama.

Mas sale Fili en el glorioso día
Que años cumple graciosa (1);
Sale, y más rosas tras su planta cria
Que primavera hermosa.

La venturosa tierra, que animarse
Por su beldad divina,
Y de insólita pompa siente ornarse,
Humilde se le inclina;

Y del aroma y las delicias lleno
Que aspiró de las flores,
Hinchendo el viento de placer su seno,
La embalsama en olores.

Las plantas á su vista reverdecen,
Los arroyuelos saltan
Entre los tallos, que ondeando mecen
Y en su aljófár esmaltan.

Las dulces y parleras avecillas
Le dan en voz canora,
Con sus picos haciendo maravillas,
Más trinos que á la aurora;
Y uniendo de sus tonos no aprendidos
La música extremada,
Le echan, dejando los calientes nidos,
Otra nueva alborada.

«Salve, le dicen, copia peregrina

De la beldad eterna;

Salve, virginal rosa y clavellina;

Salve, azucena tierna,

»Salve, y al bajo mundo de tus dones
Liberal enriquece.

¡Ay! ¡qué lazo á los tiernos corazones
Y á tu hermosura ofrece!

»¡Qué gracia celestial en tu semblante!
¡Qué almíbar en tu boca!

De tus labios la rosa purpurante,

¡Qué de gozos provoca!

»Amor, riente amor desde tus ojos

Flecha su arpon ardiente,

Y mil fieles cautivos por despojos

Te ofrece reverente.

»¡Oh! ¡qué grato rubor si se alborosa!

¡Con qué embeleso apura

Su adorno al gusto, y al cristal se goza

Riente su hermosura!

»¡Para qué bello jóven venturoso,

Alma Vénus, preparas

La víctima sin par? ¡quién anheloso

La ofrecerá en tus aras?

»¡A quién, Dione hermosa, has acordado

Tal premio? ó ¡quién es digno

De ver tu pecho, de su ardor tocado,

Lucero peregrino?

»Que en vano el cielo tu beldad no cria,

Y aunque el rostro colores,

Tu cuello á amor se doblará algún día,

Y ansiarás sus favores.»

Así las avecillas van cantando

Con bullicioso acento,

Y un *viva Fili* al Olimpo alzando,

Se esparcen por el viento.

ODA III.

EL SUFRIMIENTO HACE LOS MALES LLEVADEROS.

No porque congojoso

Al sordo cielo en tus angustias mires,

O abatido y lloroso

Sobre tu mal suspires,

Lucio, á templarlo querellando aspiras.

Que en orden inmutable

Los casos ruedan de la vida humana;

Y el hado inexorable

Ya tiene decidida

Tu fausto vuelo ó tu infeliz caída.

Cuanto en contrario obrares,

(1) En la edición de Valladolid: *que años cumple dichosa*.

Es cual si, opuesto á un rápido torrente,
Nadando te obstinares
Contrastar su corriente,
O herir los cielos con tu altiva frente.

Afanarás te en vano,

Y el término infeliz de tu porfía

Será, con necia mano

Dar á la suerte impía

Más poder sobre tí que ántes tenía,

Cual con la misma fuerza

Con que, en su rabia, al gladiador que osado

Le hirió, alcanzar se esfuerza,

De su estoque acerado

Cae el toro á sus piés atravesado.

Cede al impetu fiero,

Y calla y sufre cual sufrir conviene;

Que así un pecho severo,

O el nublado previene

Que horrisono sobre él tronando viene,

O con frente serena

Del rayo ve devastador las iras:

Tal de calma y luz llena,

Jamas, Febe, retiras

Tu faz del cielo que entoldado miras;

Sino que hermosa subes

Tu carro por el alto firmamento,

Dejando atrás las nubes.

Del más rudo tormento

Remedio es celestial el sufrimiento.

ODA IV.

AL AMOR, CONFESÁNDOSE VENCIDO.

¡Qué más quieres, amor? ya estoy rendido;

Ya el pecho indócil, de tu arpon llagado,

Humilde implora tu favor sagrado;

Tu esclavo soy, si tu enemigo he sido

Con furor obstinado.

Mi diestra débil ya dejó, vencida,

Las inútiles armas por seguirte.

¡Oh! ¡qué demencia ha sido el resistirte!

Ya lo conozco, ya; desde hoy mi vida

Consagraré á servirte.

No habrá ni un pensamiento ni un deseo

Que tú no inspires en el pecho mío.

Como supremo rey de mi albedrío,

Tuya es su dirección, tuyo su empleo,

Tuyo su señorío;

Y el estro tuyo, y el trinar silabe

Que á mi labio feliz la musa inspira,

Mi dulce verso sólo amor suspira,

Cual tierno el corazón sólo amar sabe,

Y amor cantar mi lira.

Si colmar de una vez mis votos quieres,

Víbrame, amor, áun más ardientes flechas,

Y en tus cárceles gima más estrechas,

Al pié los grillos, grillos de placeres,

Que á tus más fieles echas.

Sólo á la ninfa de que te has valido

Para rendirme con su vista hermosa,

Haz que me alivie en la prisión dichosa,

Haz me regale el corazón herido,

Mirándome graciosa (2).

ODA V.

Á DON SALVADOR DE MENA, EN UN INFORTUNIO.

Nada por siempre dura;

Succede al bien el mal, al albo día

Sigue la noche oscura,

Y el llanto y la alegría

En un vaso nos da la suerte impía.

Trucea el árbol sus flores

Para el otoño en frutos, ya temblando

Del cierzo los rigores,

Que aterido volando

Vendrá, tristeza y luto derramando.

(2) Variante:

Mirándome amorosa.

Y desnuda y helada
 Aun su cima los ojos desalienta,
 La hoja en torno sembrada,
 Cuando al invierno ahuyenta
 Abril, y nuevas galas le presenta.
 Se alza el sol con su pura
 Llama á dar vida y fecundar el suelo;
 Pero al punto la oscura
 Tempestad cubre el cielo,
 Y de su luz nos priva y su consuelo.
 ¿Qué día el más clemente
 Resplandeció sin nube? ¿quién contarse
 Feliz eternamente
 Pudo? ¿quién angustiarse
 En perenne dolor sin consolarse?
 Todo se vuelve y muda;
 Si hoy los bienes me roba, si tropieza
 En mí la suerte cruda,
 Las Musas su riqueza
 Guardar saben en mísera pobreza.
 Los bienes verdaderos,
 Salud, fe, libertad, paz inocente,
 Ni á puestos lisonjeros,
 Ni del metal luciente
 Siguen, Menalio, la fugaz corriente.
 Fuera yo un César, fuera
 El opulento Crespo; ¿acaso iría
 Mayor, si me midiera?
 Mi ánimo sólo haría
 La pequeñez ó la grandeza mía.
 De mi débil gemido
 No, amigo, no serás importunado;
 Pues hoy yace abatido
 Lo que ayer fué encumbrado,
 Y á alzarse torna, para ser hollado.
 Vuela el astro del día
 Con la noche á otros climas, mas la aurora
 Nos vuelve su alegría;
 Y fortuna en un hora
 Corre á entronar al que abismado llora.
 Si hoy me es el hado esquivo,
 Mañana favorable podrá serme;
 Y pues que áun feliz vivo
 En tu pecho, ofenderme
 No podrá, ni á sus piés rendido verme (1).

ODA VI.

DE LA INCONSTANCIA DE LA SUELTE.

¡Ves, oh dichoso Lícidas, el cielo
 Brillar en pura lumbre,
 Y el sol sublime en la celeste cumbre
 Animar todo el suelo?
 ¡La risa de las flores y el pomposo
 Verdor del fresco prado,
 Bullir lascivo el céfiro, el ganado
 Ir paciendo gozoso?
 ¡Cómo los altos árboles se mecen,
 Y entre el blando sonido,
 Los coros de las aves, que el oído
 Y el ánimo adormecen?
 ¡Cómo el arroyo se desliza y salta,
 Y al salpicar las flores,
 Su grata variedad y sus colores
 De perlas mil esmalta?
 ¡Ay! tiembla, tiembla que fatal un hora
 Sople el cierzo inclemente,
 Revuelva el cielo, anuble el sol fulgente,
 Y su honor lleve á Flora;
 Las hojas de los árboles sacuda
 Y esparza por la vega;
 Pare al arroyo que fugas la riega,
 Y al ave deje muda.
 Así ominosa la inconstante suerte

(1) Variante de esta última estrofa:

Si me es esquivo el hado,
 Mañana favorable podrá serme;
 Y pues no me ha robado
 Tu pecho, ni ofenderme
 Podrá, ni logrará rendido verme.

A su antojo varía
 La faz del universo en solo un día,
 Y en mal el bien convierte.
 Ella derroca el cedro más altivo,
 Estremece al tirano,
 Da la púrpura á un mísero villano,
 Y hace á un rey su cautivo.
 La negra ingratitud, la desabrida
 Dureza la acompaña,
 La vil doblez, que á la bondad engaña,
 Y la insolencia erguida.
 Evita, paca, un lamentable caso;
 Súfrela inexorable;
 Si la diestra te ofrece favorable,
 Modera, cuerdo, el paso;
 Y no á un dudoso piélagos te entregues,
 Marinero inexperto;
 O infeliz llorarás, sin luz ni puerto,
 Cuando en su horror te anegues (2).
 Un tiempo yo la ví también contenta
 Y con rostro sereno;
 Engañóme cruel. Del daño ajeno,
 Lícidas, escarmienta.

ODA VII.

DE LA VOZ DE FÍLIS.

Amable lira mía,
 Canta, acorde mi llama deliciosa,
 La dulce melodía,
 La gracia sonora
 De la ninfa más bella y desdénosa.
 ¡Ay! canta, si te es dado
 Sus loores cantar como es debido,
 El suspiro apenado
 Que arrebató á mi oído,
 Y en la gloria me tuvo embebecido.
 O el brío y ligereza
 Con que los albos dedos gobernaba,
 Y la gentil destreza
 Con que el clave tocaba,
 Y con su amable voz lo acompañaba.
 Su amable voz, que suena
 Cual la de los pardillos más canoros;
 Y el alma así enajena
 Con sus trinos sonoros,
 Cual suele amor en sus sílvas coros,
 Mudando blandamente
 A su placer el ánimo encantado,
 El ánimo que siente
 Todo su ardor mezclado
 Con el gemir ardiente, apasionado.
 Sigue, empero, embevido
 El mágico compás del són sabroso,
 Mientras por el oído
 Con ardid engañoso
 El ciego rey le roba su reposo.
 Y la herida sintiendo,
 Y el volcán que la grata melodía
 Va en el pecho prendiendo,
 Oye aún con alegría
 El suave hechizo que sus penas cria.
 Oye el labio que suena
 En feliz consonancia al instrumento;
 Y estático en cadena
 Detiene al pensamiento,
 Dudoso entre la pena y el contento.
 Pero ¿quién podrá tanto,
 O cuál lira será la celebrada,
 Que á seguirte en su canto
 Llegue, lengua adorada,
 Si el mismo Apolo no la da templada?
 ¿Quién podrá dignamente
 Ese dón ponderar, ¡oh voz sonora!
 Que al alma blandamente
 Rinde, embarga, enamora,
 Y áun haciéndola esclava la mejora?
 ¡Oh voz! ¡oh voz graciosa!
 ¡Vos que todo me lleva enajenado!

(2) Estas cuatro últimas estrofas fueron añadidas por MELÉNDEZ.

¡Oh garganta armoniosa,
Pecho tierno y nevado,
De do tono tan blando ha resonado!
Tú solamente puedes
Tu dulzura cantar como es debido,
Que á las Gracias excedes
Feliz, y á quien ha sido
Tan claro don del cielo concedido.
Y pues tú solamente
Puedes bien celebrarte, ¡ay voz sonora!
Suenen de gente en gente
Tus trinos, mi señora,
Y coean ya las salvas á la aurora.
Ni los sueltos pardillos
Que van la aura purísima surcando,
Abrañ más sus piquillos
Mientras estés cantando,
Y tu humilde zagal te esté escuchando.

ODA VIII.

Á LISI: QUE SIEMPRE SE HA DE AMAR

La primavera derramando flores,
El cáñamo bullendo licencioso,
Y el trino de las aves sonoros
Nos brindan á dulcísimos amores
En lazo delicioso.
Viene el verano, y la insufrible llama
Agosta de su aliento congojado
Arboles, plantas, flores, hierba y prado;
Todo cede á su ardor; sólo quien ama
Lo arrostra sin cuidado.
El amarillo otoño asoma luego,
De frutas, yedra y pámpanos ceñido;
La luz febea, su vigor perdido,
Se encoige, mientras amor dobla su fuego
Blando y apetecido.
Y en el ceñudo invierno, cuando atruena
Más ronco el aquilon tempestuoso,
Entre lluvias y nieves, en reposo
Canta su ardor, y rie en su cadena
El amador dichoso.
Que así plácido amor sabe del año
Las estaciones, si gozarlos quieres,
Colmar, Lisi, de encantos y placeres.
¡Ay! cógelos, simplilla; ve tu engaño,
Y á la vejez no esperes.

ODA IX.

Á LA FORTUNA.

Cruda fortuna, que voluble llevas
Por casos tantos mi inocente vida,
De horribas olas agitada siempre,
Nunca sumida;
Tú, que de espigas y dolor eterno
Pérdida colmas con acerba mano
Tus vanos gozos, de la mente ciega
Sueño liviano;
Aunque, sañosa, de tiniebla cubras
Lóbrega el cielo, que en humilde ruego
Férvido imploro, por huir tu odioso
Bárbaro juego;
Aunque el asilo de mi hogar me robes,
Aunque me arrastres ominosa y fiera
Desde los campos de la dulce patria,
Donde ligera
Tu undosa vena con alegre curso,
Ancho Garona, se desliza, y pura
Riega los valles, que de mieses orna
Rica natura;
Y solo y pobre en peregrino suelo
Mi labio el cáliz apurado lleve
Con que á la envidia la calumnia unida
Me infama aleve;
Nunca rendido mi inocente pecho,
Nunca menguado mi valor aguardes,
Ni que mi plectro varonil querellas
Gima cobardes.
Como afirmado en su robusto tronco,

Añoso roble en elevada sierra,
Inmóvil burla del alado viento

La horrida guerra.
El justo, firme en su opinion, seguro
De su conciencia, reirá á la suerte.
Miedo, amenaza inútiles asaltan
Su ánimo fuerte.
Ponme, Fortuna, do en eterna nieve
Gime abismado el aterido mundo,
Que en noche envuelto nebulosa y sueño
Yace profundo;
Ponme do Febo su fogoso carro
Sin cesar rueda por el ancho cielo,
Do sirio ardiente la arenosa tierra
Cubre de duelo.
Siempre tranquilo, moderado siempre,
Con igual frente me verás, ¡oh cruda!
Sin que provoque tu rigor, ni á viles
Lloros acuda.

ODÁ X.

AL SEÑOR DON GASPAR DE JOVELLANOS, OIDOR DE
LA REAL AUDIENCIA DE SEVILLA, Y NOMBRADO
ALCALDE DE CÔRTE (1).

Mis ruegos encendidos
Bendijo el santo cielo,
Que ya en alzar tu mérito tardaba,
Y benignos oídos
Dió al incesante anhelo
Con que la amistad santa le imploraba.
La España se quejaba
De ver ¡oh gran Jovino!
Que sólo el Beti undoso
Gozase tan precioso
Tesoro, y conmovida con benino
Celo, así iba rogando,
Las manos, congojosa, en alto alzando:
«¡Cuándo será que pueda
Tu nombre esclarecido
Gloria dar á Madrid y sus doseles,
Y en la sublime rueda
Te vea yo ingerido,
Aunque más tú por no subirla anheles!
Fortuna, si es que sueles
A la virtud, tan rara
Ya en el linaje humano,
Prestar tal vez la mano,
De tus más ricos dones me prepara,
Porque hoy el mundo ves
Premiado el hijo de la santa Astrea,
»Y la Sabiduría,
Con el crinado Febo,
Lleven también la gloria que ganaron;
Darles quiero un buen día,
Pues tanto en sí les debo,
Que ellos tu docto pecho alimentaron,
Mi amado, y le colmaron
Del celestial tesoro
De tu divina lumbre,
Sobre humana costumbre.»
Así clamaba España en tierno lloro;
Su ruego fué admitido,
Y tú á Madrid, señor, restituido.
Y las ninfas hermosas
Que moran las corrientes
Del real Manzanares, conmovidas,
Sus alcobas umbrosas
Dejan, y alegres fuentes,
De perlas, nácar y coral ceñidas,
Apénas son oídas
Nuevas tan deseadas;
El viejo Manzanares
Ofrece en sus altares
A Neptuno mil víctimas sagradas,
Esperando que un día
Tu voz suspenda su corriente fria.
Mientras por otro lado

(1) Inédita. Copiada del original enviado por MELENDEZ al señor Jovellanos. (Nota de don Martín F. de Navarrete.)

Bétis el caudaloso,
Escondido en sus lóbregas alcobas,
En su urna reclinado,
Dolorido y lloroso
El cerco rompe de sus verdes ovas,
Pues tú, Henares, le robas
Del malhadado suelo
Su blason más subido,
Y acuérdate afligido
El tiempo alegre, en que benigno el cielo
Le pasó de tu orilla
A darle leyes en la gran Sevilla.
Mas la sonora Fama,
El raudo vuelo alzando
Por la region diáfana del viento,
La nueva alegre aclama,
Tu nombre dilatando
Con clara voz y regalado acento,
Y con sus lenguas ciento
Cantando, así empezará
Con dulce melodía:
«Ya vino aquel gran día
Que tanto al suelo hispano deseára
Mi amor, y unidos veo
Apolo y Témis en tan alto empleo.
»Eterna primavera
Vuelve en él, y el dorado
Siglo lleno de bienes celestiales.
Tú ¡oh miserable! espera,
Que ya eres amparado,
Y á cesar van ¡oh huérfano! tus males.
Llegad á sus umbrales,
Llegad, ¡oh desvalidos!
Veréis el tierno pecho,
De blanda cera hecho,
Bomper á vuestra vista en mil gemidos;
Mas vosotros, malvados,
Huid sus ojos celosos y enojados.
»La paz y la justicia
Con la equidad sagrada
Jamás fueron en lazo tan estrecho
Juntas; ya la malicia
Su reino desampara,
Y vuelve á la ignorancia su derecho;
El cielo satisfecho
Con venturoso hado
Bendice tus acciones,
Colmando de sus dones
La tierra miserable, y mal su grado,
Pues á alzarse empezará,
Asiento muy más alto te prepara.
»Los dioses inmortales
Luégo de sus tesoros
Te colman otra vez con larga mano;
Apolo celestiales
Palabras y sonoros
Númenes, y Minerva un sobrehumano
Candor te da, y el cano
Dón de recto consejo
Y discreta prudencia,
Poder Jove y clemencia,
Mercurio habilidad en el manejo,
Y á su rueda importuna
Benigna pone un clavo la Fortuna.»
Esta vision gloriosa
A mis ojos gozosos
En un sueño mostró la Amistad santa;
Las aves su armoniosa
Voz soltaron, vistosos
Coros formando con alegre planta
Las ninfas, y entre tanta
Maravilla, en el cielo
Corrió un fulgor divino,
El agüero aprobando;
Yo desperté, y alzando
Las manos, dije entonces: «¡Oh gran Jovino!
Mírete yo algún día
Regir la vasta hispana monarquía.»

ODA XI.

AL CAPITAN DON JOSÉ CADALSO, DE LA DULZURA
DE SUS VERSOS SÁFICOS.

Dulce Dalmiro, cuando á Filis suena
Tu delicada lira,
El río, por oírte, el curso enfrena,
Y el mar templó su ira.
Alzan las ninfas su nevada frente,
Coronada de flores,
Suelta Neptuno el húmido tridente,
Absorto en tus amores.
Del céfiro en los brazos calma el vuelo
El ábrego irritado,
Y el verdor torna al agostado suelo
Tu acento regalado (1).
Desde el Olimpo baja Citerea,
Tanto con él se agrada,
Y en sus canoros trinos se recrea,
De Mavorte olvidada.
Siguen tus blandos ayes arrullando
Sus cándidas palomas,
Sus Cupidos contino derramando
Sobre tí mil aromas,
Y otros tan fino amar tiernos oyendo,
Una guirnalda bella
De mirto y rosas y laurel tejiendo,
Ornan su sien con ella (2).
Las vagarosas parlerillas aves,
Que ven la cipria diosa,
Aclaman con mil cánticos silaves
Su llegada dichosa,
Y en dulcísimos tonos no aprendidos
Le dan la bienvenida;
Mas de tu lira oyendo los sonidos,
Calla su voz vencida;
O Filomena sólo, que enardece
Tan celestial encanto,
En blandos píos remedar parece
Las gracias de tu canto (3);
Mientras que de Dione los loores
Renovando divinos,
La imploras favorable en tus amores
Con mil sáficos himnos,
Que muy más dulces que la miel más pura,
Que el aroma agradables,
Sólo respiran plácida blandura,
Sólo afectos amables,
Delicias sólo, y embeleso y gloria,
Y paz y eterna calma,
Bien que de Fili la llorosa historia
Renuevan en el alma,
Y aquel brillar cual fósforo esplendente,
Que raudo cruza el cielo,
Para hundirse en el lóbrego Occidente,
Dejando en luto el suelo (4).
Todo oyéndote calla; tu voz suena,
Y el concento armonioso
Puebla el aire y el ánimo enajena
En éxtasi amoroso.
No cese, pues, poeta soberano,
Són tan claro y subido;
Goza el sublime dón, que en larga mano
Te dan Febo y Cupido.
Gózale; y en mi oreja siempre suene
Tu derretido acento (5),
Que de ternura celestial me llene,
Y de inmortal contento.

(1) Esta estrofa fué escrita en un principio así:

Los horribles vientos se adormecen,
Bulle el céfiro blando,
Y los marchitos prados reverdecen
Mientras tú vas cantando.

(2) Estrofa añadida.

(3) Estrofa añadida.

(4) Esta estrofa y las dos anteriores fueron añadidas.

(5) En un principio escribí MELENDEZ:

Tu apasionado acento.

ODA XII.

LA RECONCILIACION.

LIDIA.

Ingrato, cuando á hablarme
 Á mi choza de noche te llegabas,
 ¡Cómo para ablandarme
 Al umbral te postrabas,
 Y en dolorido llanto lo regabas!

FILENO.

Ingrata, cuando á verme
 Á la huerta del álamo salías,
 ¡Cuál ¡ay! por encenderme,
 Donosa te prendías,
 Y extremos mil de apasionada hacías! (1).

LIDIA.

Pues qué! ¿cuando halagüeño
 Á la sombra del álamo dijiste:
 «Tú eres, mi Lidia, el dueño
 De esta alma que rendiste»,
 Y al yo probar huir me detuviste? (2).

FILENO.

Pues qué! ¿cuando celosa
 En la vega afligido me topaste,
 Y al verme así, amorosa,
 Por detras te acercaste
 Y en tus cándidos brazos me enredaste?

LIDIA.

¡Y cuando tú, engañoso,
 Me importunabas que la choza abriera,
 Jurándote mi esposo?
 ¡Qué empeños no me hiciera
 Tu labio infiel porque á tu ardor cediera!

FILENO.

¡Y cuando tú enviabas
 Con Lálagé á avisar que allá tornase,
 Tierna no me ordenabas
 Que hasta el alba aguardase,
 Clamando al alba que en salir tardase?

LIDIA.

Calla, pastor aleve;
 Calla, que por Dorila me has dejado,
 Y más que el viento leve,
 El voto has quebrantado,
 Que mi alma fina imaginó sagrado.

FILENO.

Calla, falaz pastora,
 Que das tu fe por Lúcidá al olvido,
 Y voluble y traidora,
 El voto no has cumplido
 Con que á tí me juzgué por siempre unido.

LIDIA.

Pues ¡ay! celoso mío,
 Calma tu ceño, cálmalo, y entremos
 Por este bosque umbrío,
 Do piques olvidemos,
 Y al dulce amor y nuestra union cantemos (3).

(1) Variante de estos dos últimos versos:

De rosas me ceñías,
 Y mil extremos cariflores hacías.

(2) Variante:

Y al yo querer huir me detuviste?

(3) MELENDEZ escribió en un principio, con no ménos naturalidad y con mayor corrección, esta estrofa, evitando la impropia frase *calma tu ceño*. Así decía:

Pues ¡ay! amado mío,
 Tus vaños celos calma: vén, y entremos
 Por este bosque umbrío,
 Do quejas olvidemos,
 Y á par alegres nuestro amor cantemos.

FILENO.

Pues canta, Lidia bella,
 Y aves y vientos párense á escucharte.
 Vén; con tus brazos sella
 La fe con que agradarte
 Y nombre anhelo entre las bellas darte.

ODA XIII.

EL MEDIODIA.

Velado el sol en esplendor fulgente
 En las cumbres del cielo,
 Lanza derecho ya su rayo ardiente
 Al congojado suelo,
 Y al mediodía rutilante ordena
 Que tu rostro inflamado
 Muestre á la tierra, que á sufrir condena
 Su dominio cansado.

El viento el ala fatigada encoge
 Y en silencio reposa,
 Y el pueblo de las aves se recoge
 A la alameda umbrosa;

Cantando ufano en dulce caramillo
 Su zagaleja amada,
 R trae su ganado el pastorcillo
 A una fresca enramada,
 Do juntos ya zagales y pastoras,
 En regocijo y fiesta
 Pierden alegres las ociosas horas
 De la abrasada siesta,

Mientras en sudor el cazador bañado,
 Bajo un roble frondoso,
 Su perro fiel por centinela al lado,
 Se abandona al reposo,

Y más y más ardiente centellea
 En el cenit sublime
 La hoguera que los cielos señorea,
 Y el bajo mundo oprime (4).

Todo es silencio y paz. ¡Con qué alegría,
 Reclinado en la grama,
 Respira el pecho! Por la vega umbría
 La mente se derrama,

O los ojos alzando embebecido
 A la esplendente esfera,
 Seguir anhelo, en su extension perdido
 Del sol la ardua carrera.

Deslúbrame su llama asoladora,
 Y entre su gloria ciego,
 Torno á humillar la vista observadora
 Para templar su fuego (5).

Las pródigas abejas me ensordecen
 Con su susurro blando (6),
 Y las tórtolas fieles me enternecen,
 Dolientes arrullando.

Lanza á la par sensible filomena
 Su melodioso trino,
 Y con su amor el ánimo enajena,
 Y suspirar divino.

Serpea entre la hierba el arroyuelo,
 En cuya linfa pura
 Mezclado resplandece el claro cielo
 Con la grata verdura.

Del álamo las hojas plateadas
 Mece adormido el viento,
 Y en las trémulas ondas retratadas
 Siguen su movimiento.

¡Cómo á lo lejos su enriscada cumbre
 Descuella la alta sierra,
 Que recamada de fulgente lumbre
 El horizonte cierra! (7).

Estos largos collados, estos valles
 Pintados de mil flores,

(4) Estrofa añadida.

(5) Esta y la anterior estrofa añadidas.

(6) Variante:

Con un susurro blando.

(7) Estrofa añadida.

Esta fresca (1) alameda, en cuyas calles
Quiebra el sol sus ardores;

El vago (2) enmarañado bosquillo,
Do casi se oscurece
La ciudad, que, del día al áureo brillo,
Cual de cristal parece;

Estas lóbregas grutas.... ¡oh sagrado
Retiro deleitoso!

En tí solo mi espíritu aquejado

Halla calma y reposo;

Tú me das libertad, tú mil sùaves

Placeres me presentas,
Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.

Mi alma sensible y dulce en ver se goza

Una flor, una planta,

El suelto cabritillo que retoza,

La avecilla que canta.

La lluvia, el sol, el ondeante (3) viento,

La nieve, el hielo, el frío,

Todo embriaga en celestial contento

El tierno pecho mío,

Y en tu abismo, inmortal naturaleza,

Olvidado y seguro,

Tu augusta majestad y tu belleza

Feliz cantar procuro;

La lira hinchando en mi delirio ardiente

Los cielos de armonía,

Y siguiendo el riquísimo torrente

Audas la lengua mía (4).

ODA XIV.

A MI AMIGO DON MANUEL LORIERI, EN SUS DÍAS.

Desdeña, Anfriso, del Enero triste

Las rudas furias y aterido ceño;

Su cana faz, su nebulosa vista

Plácido mira.

Turbe su soplo por el yermo monte

Los chopos altos, á la fuente pare

Su giro, y hiele el delicioso pico

De filomena;

Tú no receles; en el hondo vaso

El vino corra y el hogar se cebe,

Y entre mil vivas con el dulce padre

Y los amigos,

El día pierde que saliste fausto

A la luz alma del alegre cielo,

Que puro siempre y apacible luzca

Para la tierra.

Léjos el llanto y veladora cuita

El día claro de mi tierno amigo;

Sólo las gracias, el amable gozo

Plácido reine.

Vuele la risa cariñosa, llena

Ruede la copa con alegre canto:

Que eco vagando por el alto techo,

Grato repita:

«Vive feliz, ¡oh de mi pecho amante

Parte dichosa, de Batilo gloria!

Vive, mi Anfriso, y la voluble suerte

Ciega te sirva.»

ODA XV.

A JOVINO, EL DÍA DE SUS AÑOS (5).

Deja, dulce Jovino,

El popular aplauso, retirado

Connigo, do el divino

(1) Variante: Esta hojosa.....

(2) Variante: El denso.....

(3) Variante: el murmurante.....

(4) Estrofa añadida.

(5) Me parece compuesto muchos versos para celebrar á Jovella-
no, pero lo más en las ediciones que hizo de sus poesías, por
ser juzgarlos dignos de aquel insigne personaje. ¿Cómo fué más in-

Apolo al concertado

Plectro te canta tu dichoso hado.

Y escúchale cuál suena,

El luciente cabello desparcido

Por la frente serena,

Y á su trinar subido

El Manzanarcs queda embebecido.

El canta cómo fuiste,

Al nacer, de sus Musas regalado,

Y cómo mereciste

Ser por él doctrinado

En pulsar diestro su laud dorado.

Y canta los favores

Que los cielos te hicieran, el lustroso

Nombre de tus mayores,

Y entre ellos cuán glorioso

Crece el tuyo, y descuella cual frondoso

Alamo, que, al corriente

De las aguas tendiéndose, levanta

Sobre todos la frente,

Y luego el són quebranta,

Y el triste lamentar del Bétis canta.

Cuando tú por la orilla

Del claro Manzanarcs le dejaste,

¡Ah, cuánta pastorcilla,

Partiéndote, apenaste,

Y á los zagales qué dolor causaste!

«¡Oh Jovino felice!

¡Oh por siempre sereno, fausto día!

La voz alzando, dice:

¡Vive, vive, alegría

Del suelo ibero y esperanza mía!

»¡Oh! vive afortunado,

Que el cielo te concede, dadivoso,

Larga edad. El sagrado

Plectro cesa, y lumbroso

Se ostenta el dios de su cantar gozoso.»

ODA XVI.

EN LA MUERTE DE FILIS.

Cruel memoria, de acordarme deja

La gracia celestial de aquellos ojos,

Que al afligido pecho un tiempo dieron

Serenidad y vida.

¿Qué vale que fantástica retrates

Los delicados labios, do entre rosas

Amor adormecido reposaba,

Y el razonar divino?

El donaire, la gracia, el delicioso

Hechizo de su voz, el albo cuello

Y aquellas hebras do viví cautivo,

Y al oro deslucian;

Todo la muerte lo acabó, nublando

La tierra, Fili, que en gozarte ufana,

Mientras la hollaste con tu planta bella

Semejó al claro cielo;

Mas hora yerta, mustia, en ciega noche

Sepultada y en luto sempiterno,

Sólo se queja de su triste muerte

Con lastimeras ansias.

«¿Dónde está, dice, la real presencia

De la divina Fili? ¡el manso halago

Y el brillar de sus niñas celestiales

Dónde se ha oscurecido?»

¿Cuándo no anticipó la primavera,

Saliendo al valle, y el estío ardiente

dulgente con la presente oda, que no es superior á las composicio-
nes desechadas? Aunque escrita algunos años despues que las otras,
no hay en ella un solo pensamiento adecuado á la noble é impo-
nente figura de Jovellanos. Habia pasado éste de Sevilla á Madrid,
promovido de oidor que era de la audiencia de Sevilla, al cargo de
alcalde de Casa y Corte. A este cambio de residencia alude la, aun
más que insulsa, ridicula estrofa:

Cuando tú por la orilla
Del claro Manzanarcs le dejaste (al Bétis),
¡Ah, cuánta pastorcilla,
Partiéndote, apenaste!
Y á los zagales ¡qué dolor causaste!

¿No habia ideas más propias y elevadas para enlazar al literato
eminente, al profundo estadista, al grave magistrado?

No templó afile con la nieve pura
De su turgente seno?
El céfiro jugando bullicioso
Entre sus labios, ó besando amante
Las flores, que tocándolas se abrian
A ofrecerle su aroma.
¡Ay! danos, muerte cruda, el malogrado
Pimpollo que agostaste; restituye
Su milagro al amor, y su tesoro
A la angustiada tierra.
Divina Fili, si mi ruego humilde
Algo alcanza contigo, desde el cielo
Tus ojos á mis lágrimas inclina,
Y templa mi quebranto.

ODA XVII.

HIMNO Á VÉNUS. (Traducido.)

Desciende del Olimpo, alma Citéres,
Madre de amor hermosa;
Brotarán en mi pecho mil placeres
Con tu vista dichosa.
Crecerá la delicia y la alegría
En que por tí me veo,
Y colmará feliz el alma mía
Su encendido deseo;
Su deseo Dione, que apenado
Sólo á tu núnem clama,
Y de amor lleno y de temor sagrado,
Dulce madre te llama.
Vén, ¡oh de Gnido y Páfos protectora!
Que un pueblo de amadores
Tu auxilio celestial ferviente implora,
Cantando tus loores;
Y espera, el seno en júbilo saltando,
Que entre aromas suaves
Sobre el fúlgido carro que tirando
Van tus cándidas aves,
Bajas á tu áureo templo, do en sus aras
Cuando parado hubieras,
De gloria al mundo con tu luz colmáras,
Y cerno bien nos diéras.
De las mansiones del radiante cielo
El deleite inefable
Con tu dulce mirar gozará el suelo
Y tu sonrisa amable.
Logrando que en un éxtasis glorioso
Tu núnem lo adurmiese,
Que en primavera perennal dichoso
Para tí floreciese.
¡Para tí, oh regocijo y hermosura
Del estrellado asiento!
Do la esperanza inmarcesible dura,
Y es sin fin el contento (1).

ODA XVIII.

LA AURORA BOREAL.

No tiembles, Lice, ni los ojos bellos
De objeto tanto atónita retires;
Perdone á tu mejilla
El miedo que su púrpura mancilla.
¡Viste no há nada la brillante llama
Morir del sol, que lánguido su carro
Deslizó al mar undoso?
Hélo pues torna su esplendor glorioso.
Esas ardientes flechas, esa hoguera,
Viva, agitada, que en su lumbre inflama
Del aire el gran vacío,
Rompiendo de la niebla el cerco umbrío;
Tantos grupos y piélagos de fuego
Que hirviendo bullen; la riqueza suma
De matices y albos,

Que del iris apocan los primores,
Son otra nueva aurora, que del polo
Corriendo boreal, con sus reflejos
El horizonte dora,
Cual la que al día en su nacer colora.
Allá en su natal suelo y su infinita
Copia de luz, si rozagante tiende
La undosa vestidura,
Suple del sol la pompa y la hermosura.
Viérasla allí de mil y mil maneras
El cielo esclarecer; ora lanzarse
En rápido torrente,
Ora alzar leda la rosada frente,
Ora el oro del fúlgido topacio
Mentir sus llamas ó el azul más puro,
Y ora de la mañana
El claro albor y la encendida grana;
Si no se agita en turbulentos rayos,
Que aquí y allá flamígeros discurren,
Ahogando'sus centellas
El fuego brillador de las estrellas,
O en arco inmenso se derrama, y sube
Hasta el cenit, do pródiga sembrando
Su inexhausto tesoro,
Tremola ufana su estandarte de oro,
Que el Lapon rudo extático contempla,
Ó á su pródiga luz atento, vaca
A sus pobres afanes,
Y acota entre ella á sus paternos manes (2).
Así el imperio de la noche vence,
Que aquellas playas desoladas cubre,
Llenando de alegría
Su eterno hielo y su tiniebla umbría;
Hija del sol, cual la que alegre ríe
Para nosotros en el rubio oriente,
Recamada de albos,
Bañando en perlas las dormidas flores,
Del caro padre el rutilante carro,
Purpúreo manto y túnica vistosa
Agraciada recibe,
Y de su llama y sus favores vive.
Así la nuestra, al empujar fogoso
El mismo sol su plácida carrera
Le antecede lumbrosa,
La sien ceñida de jazmin y rosa.
No temas, pues, sus ráfagas ardientes,
Ni rayos tantos ni vistosos juegos
Como en sus pasos forma,
Ni si en mil modos su beldad trasforma.
La misma siempre en apariencia vária,
Si la ignorancia la tembló algun día,
Y amenazó esplendente
Del tirano cruel la torva frente;
Hoy la verdad en colocar se place
Su núnem claro en el radiante trono,
Donde inocente brille,
Y nada aciago su fulgor mancille;
Rigiendo augusta con luciente cetro
El yerto polo y páramos sombríos,
Do en toda su grandeza
Su majestad se ostenta y su belleza.
Goza, pues, Lice, sin zozobra goza
Del vistoso espectáculo que ofrece
Un nuevo día al suelo,
Ardiendo hermoso el ámbito del cielo.

ODA XIX.

AL MAESTRO FRAY DIEGO GONZALEZ, QUE SE MUESTRE IGUAL EN LA DESGRACIA.

No con misero llanto
Aumentes tu penar, ni á la memoria
Traigas los días de voluble gloria
Que te robó fortuna,
Si crecer tu quebranto
En la queja importuna
No anhelas sin provecho,

(1) En un principio MELENDEZ escribió así esta estrofa:

Bajando tú, delicia y hermosura
De la mansion eterna,
Do la esperanza inmarcesible dura,
Do es la paz sempiterna.

(2) Paternos manes, las almas de sus padres; creencia común á los pueblos del Norte, que entre el brillo y las luces de este mundo se imaginaban ver á los genios del país y las almas de sus mayores.

Cerrando al bien el obstinado pecho.
 Siente, Delio, que moras
 El reino del dolor, do nada puro
 Es dado ver, ni de temor seguro
 El contento se asienta,
 Y acaso mientras lloras,
 Ya blando el cielo alienta
 Tu seno, y la alegría
 En copa de oro liberal te envía.
 Cuanto es so el claro cielo,
 El bien envuelve con el mal mezclado,
 Y cuando el mal el ánimo ha llagado,
 Luego el bien le sucede;
 Así el lúgubre velo
 Descorre, á par que cede
 Al sol la noche oscura,
 Con sus dedos de rosa el alba pura.
 Verás que tempestuosa (1)
 Tiniebla envuelve el día, y el luciente
 Relámpago cruzar la nube ardiente.
 La ronca voz del trueno
 Sonar majestitiosa,
 Y temblar, de horror lleno,
 El rústico, inundados
 Entre lluvia y granizo sus sembrados,
 Y los vientos veloces
 Robar las nubes de la etérea playa
 Verás; el iris que purpúreo raya,
 Del pueblo alado mueve
 Las armónicas voces,
 Y el labrador se atreve
 A contar por segura
 Ya la esperanza de la miés futura.
 Así lo ordena el cielo;
 Así van lo liviano con lo grave
 Enlazados, y lo áspero y suave
 En perenne armonía,
 Y el lloro y el desvelo
 Tras la vana alegría
 Con ala infausta vuela,
 Cuando esperanza ménos lo recela.
 Quien vive prevenido
 Ríe á la suerte, el pecho sosegado;
 Cantando va, del mar alborotado
 Entre el bramar horrendo,
 Y de Marte al ruido
 Y funeral estruendo
 Canta, ó cuando el tirano
 A su cuello amenaza en impía mano.
 Mas si en pos fausta aspira
 Fortuna, y le sublima en su engañosa
 Tornátil rueda, confiar no osa;
 Antes teme prudente
 Que torva ya le mira
 Desgracia; y diligente
 La frágil vela coge,
 Echa el ancla, y al puerto se recoge;
 A que pase esperando
 La ola bramante, y calme bonanzoso
 Febo la mar; mas si en letal reposo
 Le aduerme la ventura,
 El huracán soplando
 Le arrastra en su locura,
 A do en tiniebla ciega,
 Por más que clame, el piélagos le anega.

ODA XX.

EL NACIMIENTO DE JOVINO.

Id, oh cantares míos, en las alas
 De la fiel amistad, y de Jovino
 Celebrad la alegría
 En su feliz y bienhadado día.
 Id al dulce Jovino, á vuestro númen;
 Id, y dad el tributo de alabanza
 A su nombre glorioso,
 Pues su amor solo os inspiró oficioso.
 ¡Qué cosa más suave y deliciosa

Que este tributo! ¡qué para la tierra
 De más prez y contento
 Que de un hombre de bien el nacimiento!
 Nace un héroe, y medrosa se estremece
 La tierna humanidad sobre una vida
 Que del linaje humano
 Destruirá la mitad con cruda mano.
 El envidioso nace, y mira al punto
 Al astro de la luz con torvo ceño,
 Sólo porque derrama
 Sobre sus padres su benigna llama.
 Nace un malvado, y á su vista el vicio
 Bate las palmas, y gozoso rie
 Viendo el nuevo aliado
 Que en su cólera el cielo le ha otorgado.
 Empero, hombre de bien Jovino nace,
 Y á su cuna corriendo las virtudes,
 En sus brazos le mecen,
 Y en su amable sonrisa se embebecen.
 Naturaleza, al verse ennoblecida,
 Se regocija, y mil alegres himnos
 Los ángeles cantando,
 Sus venideras dichas van contando.
 «Su vida, dicen, correrá apacible,
 Bien cual sereno el sol brilla en un día
 De alegre primavera
 Por la traquila purpurante esfera.
 »Será, de niño, de sus padres gozo;
 Despues creciendo, de su patria gloria,
 Y de premios colmado,
 De sus émulos mismos ensalzado;
 »Detendrá la vejez, por contemplarle,
 Su lento paso, y lucirán sus canas
 Como la luna hermosa
 En medio de la noche silenciosa.
 »Respetará la muerte su inocencia,
 Y en un plácido sueño á las alturas
 Subirá de la gloria,
 Dejando al mundo eterna su memoria.
 »Será allí recibido con canciones
 De gozo celestial; su acorde lira,
 A los coros divinos
 Por siempre unida, seguirá sus trinos.
 »Ni la calumnia ni la envidia fea
 Lo mancharon viviendo; en su tranquila
 Muerte los tristes claman,
 Y dulce padre y protector le llaman.
 »La indulgente amistad moró en su seno,
 La piedad en sus manos dadivosas,
 Y en su rostro el gracioso
 Aire de la virtud y su reposo.»
 ¡Oh mil veces felice quien merece
 Loores tales! ¡Oh sin par Jovino,
 A quien naciendo, el cielo
 Dió liberal en joya rica al suelo!
 Vive, y en dotes y en aplausos crece;
 Que de mi mnsa ocupacion gustosa
 Será, Jovino, en tanto,
 Decir tu nombre en regalado canto.

ODA XXI.

A LA ESPERANZA.

Esperanza solícita, á mi ruego
 Vén, aligera mi afanosa carga;
 Vén, que abismado el ánimo fallece
 Con pena tanta.
 No me abandones á mi suerte cruda;
 Déjame al ménos que me adule el aura
 Con que á los tristes su dolor agudo
 Leda regalas.
 Lóbrega noche, pavoroso trueno,
 De airado rayo agitadora llama,
 Ruedan en torno de mi triste frente,
 De horror helada.
 Donde los ojos dolorido torno,
 Cien furias hallo que gritando claman:
 «Caiga y hollemos su abatido cuello.»
 ¡Bárbara saña!
 Vén, y disipa el ominoso bando,
 Hija del cielo; tu presencia grata

(1) Tempestuosa había escrito MELANDEZ cuando imprimió por primera vez esta bellísima estrofa.

Torne al herido desolado pecho,
Torne la calma.
Tú, que benigna al arador avaro
Sobre la esteva en su labor halagas
Con la esperanza de la miés, que opima
Julio le guarda;
Tú, que al osado marinero alientas
Cuando, asaltado, en la voluble barca,
De hórridos vientos y revueltas olas,
Miseró clama;
Al que agoniza en solitario lecho,
Entre las sombras de la triste Parca,
Aun le confortas amorosa, y nunca
Dél te separas.
Todo lo endulzas favorable y cubres
De un velo grato que enajena el alma,
Que hace la copa de la vida al hombre
Menos amarga.
Tal como el brillo de la blanca luna,
Deshecho el ceño de la noche opaca,
Del caminante el abatido aliento
Fausta levanta.
Madre del gozo, cariñosa amiga,
Siempre constante, deliciosa maga,
En cuyos brazos inefable alivio
Las penas hallan;
Plácida corre á mi lloroso ruego,
Y aplica presta á la profunda llaga
Que en lo más vivo de mi sér penetra,
Blanda triaca.
Dame tocar al más humilde puerto;
Dame alentar en su dichosa playa;
Goce á su ocaso mi agitada vida
Paz y bonanza.

ODA XXII.

FÍLIS RENDIDA.

Alado dios de Gnido,
Amor, mi gloria, celestial delicia,
Ya el ánimo afligido
Mereció hallar á tu deidad propicia.
Ya el laurel victorioso
Logré, y los premios que anheló el deseo.
Dulce amor, ¡qué dichoso
Es el estado en que por tí me veo!
De mi Fili adorada
La timidez domaste y los rigores,
Y en mi llama inflamada
Pagó mi suspirar con mil favores.
Sus ojuelos divinos,
Que envidia el sol en su lumbroso oriente,
Me halagaron benignos.
¡Ay mirar vivo, regalado, ardiente!
De su boca ¡qué perlas
Dulce riendo á mi rogar saltaron!
Loco corrí á cogerlas,
Y en néctares mis labios se inundaron (1).
Su mejilla de rosa
Miré inflamarse á mi feliz porfía,
Más fresca y olorosa
Que cuantas Gnido en sus pensiles cria;
Después, ¡oh! ¡quién pudiera
Fiel retratar mi celestial ventura,
Las finezas que oyera,
Mi ciego ardor, su virginal ternura!
Con su más rico lazo (2),
Colmándonos amor de sus placeres,
Nos unió; en su regazo,
Un beso, mil nos dió grata Citéres.
Y con amiga diestra
La copa de su néctar más precioso

(1) Más poética y natural es esta estrofa tal como MELENDEZ la escribió en un principio:

Con su boca de perlas
¡Qué palabras tan tiernas me decía!
Loco corrí á cogerlas,
Y del néctar bebí que ella vertía.

(2) Variante:

Con delicioso lazo.....

Brindándonos, nos muestra
La senda á un bosque retirado umbroso,
Do nuestros finos pechos
En llama ardieron súbito más viva,
Cual cera al sol deshechos,
Ni yo cobarde ni mi Fili esquivaba.
En torno revolante
Coro de amores con alegre juego
Y bullicio incesante
A una alentaba nuestro dulce fuego (3);
Y las Gracias risueñas
Sobre mi Fili rosas derramaban;
Y aplaudiendo halagüefas,
«Vén, Himenco, vén, dulces clamaban;
»Vén fausto al delicioso
Vínculo del amor y la belleza,
Y al triunfo más glorioso
Sobre el desden de la sin par fineza.
»Vén, y al zagal que ahora
Tan alto bien por su firmeza alcanza,
Estreche su pastora,
Y eterna flor corone su esperanza.
»Vén, que sólo á tí es dado
Confirmar en la paz que han recibido,
Los que en uno han juntado
Propicia Vénus y el rapas Cupido.»

ODA XXIII.

SEGUNDOS DIAS DE FÍLIS.

¡Qué dulcísimo canto el aire llena!
¡Qué aplauso, qué armonía
Embebecido el ánimo enajena
En tan alegre día!
¡Qué espléndido fulgor! ¡qué viva llama
En su carroza de oro
Con mano liberal el sol derrama
De su inmenso tesoro!
Lleno favonio de ámbares siáves
Regala los oídos,
Y el estrépito y trino de las aves
Encantan los sentidos.
Rie ufana la tierra, y reanimada
De galas se matiza;
La nieve en arroyuelos desatada
Sonante se desliza,
Que en purísimo aljófara por los valles (4)
Con vistosos colores
Forman mil giros y galanas calles,
Jugando con las flores.
Todo, inocente, angélica belleza,
Se debe á tu luz pura,
Que á adornar basta la naturaleza
De no vista hermosura.
La tuya en su donaire peregrina
Nos trae la primavera,
Su júbilo y sus rosas, la divina
Luz de la cuarta esfera.
De tus años el círculo dichoso,
Esta riente aurora,
Cual tras lóbrega noche se alza hermoso,
Y el sol los cielos dora,
Vivifico tornando en cuanto existe,
El lustre antes perdido,
De lozano verdor las selvas viste,
De hierba el ancho egido;
Así vuelven las Gracias y el contento
A la dichosa vega,
Que en raudal puro susurrando lento
Undoso el Tormes riega.
Sus zagalejas en vistosas danzas,
Con bullicioso canto
Dicen de tu beldad las alabanzas,
Su irresistible encanto;
Y los tiernos amantes pastorcillos,
Las salvas reptiendo,
Al compás sus acordes caramillos

(3) Añadidas esta y las otras dos estrofas anteriores.

(4) Variante:

Y cual sierpes de nácara por los valles.....

Sus letras van siguiendo.

«Feliz, claman, feliz tan albo día,
Y hermoso y puro brille;
Jamás lo desaparezca la alegría,
Ni lloro lo mancille.

«Como fausto por siempre señalado
Quede de gente en gente,
Pues lo has, Filis divina, consagrado
Con tu primer oriente.

«Angélica beldad, del alto cielo
Cual joya acá enviada
Para gozo y honor del triste suelo
Mientras allá seas tornada;

«Idolo celestial de los zagales,
Adorable hechicera,
Causa feliz de mil sabrosos males,
Gloria de esta ribera (1),
«Crece, temprana flor, en gracias crece
Y en virtud te adelanta,
Cual palma excelsa que en el val florece,
Y al cielo se levanta.

«Crece, y cual pomo que de rosas lleno
Puebla el aire de olores,
Así tus ojos, tu sensible seno
Derramen siempre amores (2).

«Por tí goza la tierra venturosa
Pompa, flores, verdura,
Y cándida verdad y gloriosa
Fe de inocencia pura.

«Feliz el que á servirme consagrare
Su bien lograda vida.
Y tu hablar dulce y tu reír gozará,
Que á juegos mil convida.

«Pero feliz sin par quien mereciere
Fijarte, y á tí unido,
Tu seno de jazmín latir sintiere,
De su amor derretido» (3).

Así los coros y el aplauso suena
Que á mi Filis aclama,
Y el cielo en luz más fúlgida y serena
En su loor se inflama.

ODA XXIV.

Á LA MAÑANA, EN MI DESAMPARO Y ORFANDAD.

Entre nubes de nácar la mañana,
De aljófares regando el mustio suelo,
Asoma por oriente;
Las mejillas de grana,
De luz candente el trasparente velo,
Y muy más pura que el jazmín la frente.
Con su albor no consiente
Que de la opaca noche al triste manto,
Ni su escuadra de fúlgidos luceros
La tierra envuelva en ceguedad y espanto;
Mas con pasos ligeros,
La luz divina y pura dilatando,
Los va al ocaso umbrífero lanzando (4).

Y en el diáfano cielo coronada,
De rutilantes rayos vencedora,
Se desliza corriendo;
Con la llama rosada
Que en torno lanza, el bajo mundo dora,
A cada cosa su color volviendo.
El campo recogiendo
El alegre rocío, de las flores
Del hielo de la noche desmayadas,
Tributa al alma cielo mil olores;
Las aves acordadas
El cántico le entonan variado,
Que su eterno Hacedor les ha enseñado.
En el egido el labrador en tanto,
Los vigorosos brazos sacudiendo,
A su afán se dispone;

Y entre sencillo canto,
Ora el ferrado trillo revolviendo,
Las granadas espigas descomponen;
O en alto montón pone
La mies dorada que á sus trojes lleve;
O en presto giro la levanta al viento,
Que el grano purgue de la arista leve,
Con su suerte contento;
Mientras los turbulentos ciudadanos
Libres se entregan á ciudades vanas.
Yo sólo, ¡miserable! á quien el cielo
Tan gravemente aflige, con la aurora
No siento ¡ay! alegría,
Sino más desconsuelo.
Que en la callada noche al menos llora
Sola su inmenso mal el alma mía;
Atendiéndome pia
La luna los gemidos lastimeros;
Que á un misero la luz siempre fué odiosa,
Vuelve, pues, rodeada de luceros,
¡Oh noche pavorosa!
Que el mundo corrompido ¡ay! no merece
Le cuente un infeliz lo que él padece.
Tú con tu manto fúnebre, sembrado
De brillantes antorchas, entretienes
Los ojos cuidadosos;
Y al mundo fatigado
En alto sueño silenciosa tienes;
Mientras velan los pechos amorosos,
Los tristes, sólo, ansiosos,
Cual estoy yo, de lágrimas y quejas,
Para mejor llorar te solicitan,
Y cuando en blanda soledad los dejas,
Sus ansias depositan
En tí, ¡oh piadosa noche! y sus gemidos
De Dios tal vez merecen ser oídos.
Que tú en tus negras alas los levantas,
Y con clemente arrebatado vuelo
Vas, y ante el sólio santo
Las rindes á sus plantas;
De allí trayendo un celestial consuelo,
Que ledo temple el más amargo llanto.
Aunque el fiero quebranto
Que este mi tierno corazón devora,
Por más que entre mil ansias te lo cuento,
Por más que el cielo mi dolor implora,
No amaina, no, el tormento;
Ni yo ¡ay! puedo cesar en mi gemido,
Huérfano, joven, solo y desvalido.
Mientras tú, amiga noche, los mortales
Regalas con el bálsamo precioso
De tu silabe sueño,
Yo corro de mis males
La lamentable suma, y congojoso
De miseria en miseria me despeño,
Cual el que en triste ensueño
De alta cima rodando el suelo baja.
Así en mis secos párpados desiertos
Su amoroso rocío jamás cuaja;
Que en mis ojos, de lágrimas cubiertos,
Quiérote empero más ¡oh noche umbría!
Que la enojosa luz del triste día.

ODA XXV.

EN LA MUERTE DE NISE.

¿Qué són tan triste lastimó mi oído?
¿Qué antorchas melancólicas, qué lutos,
Qué cánticos dolientes,
Qué lloro es éste, qué tropel de gentes?
¡Ay! ¡ay! la pompa fúnebre de Nise,
De la inocente Nise, que á la vida
Robó en su albor primero
De la Parca cruel el golpe fiero.
Cuando empezaba florcilla tierna
Su aroma á derramar, y el alma pura
A la impresión abría
Primera del placer, que le reía;
Cuando orgulloso en poseerla el mundo,
Preparándola cultos, la fortuna
Más dulce la adulaba,

(1) Estrofa añadida.

(2) Estrofa añadida.

(3) Estrofa añadida.

(4) Así escribió Méndez este verso en un principio:

Al apartado mar los va lanzando.

Y el tálamo nupcial fausta le ornaba;
 Cuando sus gracias, su sensible pecho,
 Su amable sencillez... la muerte impía
 ¡Ay! presa en ella hizo,
 Y en polvo y humo todo se deshizo.
 No há nada yo la vi con planta airosa
 La tierra despreciar; yo vi sus ojos
 Arteros, rutilantes,
 Y en sus labios las risas revolantes.
 La vi de la discreta Galatea
 Al lado en la carroza, mil cautivos
 Hacerse; ¡oh! ¡qué donoso
 Semblante! ¡qué agasajo tan gracioso!
 ¡Ilusion triste de la ciega mente!
 ¿Qué fué de todo ya? ¡quién te dijera
 ¡Oh Nise! en aquel día
 Que la tumba á tus piés el hado abría?
 ¿Quién que á tus padres de perenne duelo
 Causa infausta crecias? ¡ni á mi musa,
 Que cuando te cantase,
 Tus exequias llorando celebrase?
 Mas no, llorar no debe; venturosa,
 Rápida pasajera en plazo breve,
 La orilla abandonada,
 En blanda paz acabas la jornada.
 Hallaste amargo de la vida el cáliz;
 Y dél huyendo el inocente labio,
 Más beber no quisiste;
 Y azorada en la tumba te escondiste.
 Tu alma feliz, sin conocer del mundo
 Los lazos, las traiciones, voló al cielo,
 Do, como virgen pura,
 De eternal palma goza ya segura;
 Y entre mil celestiales compañeras,
 Los conciertos armónicos siguiendo,
 Coronada de flores,
 Rinde al Señor altísimos loores.
 ¡Nise! reposa en paz; mas si á la gloria,
 Do ries, suben mundanales ansias,
 Blanda oye estos gemidos,
 Por toda alma sensible á tí debidos.

ODA XXVI.

AL CAPITAN DON JOSÉ CADALSO, DE LA SUBLIMIDAD
 DE SUS DOS ODAS Á MORATÍN.

De pompa, majestad y gloria llena,
 Baja, sonora Clio,
 Y heroico aliento inspira al pecho mío
 Con fausto soplo y redundante vena (1)
 Para que cante osado
 El verso de Dalmiro arrebatado.
 Arrebatado al esplendente cielo
 Y á los dioses, que atentos
 A lo sublime están de sus acentos,
 Dicha tal envidiando al bajo suelo,
 Que goza en el poeta
 Su gloria, su delicia y paz completa.
 Y las fúlgidas mesas olvidando,
 Que Jove presidia,
 El néctar abandonan y ambrosía,
 Bajando todos de tropel volando;
 Y aun Jove, al verse solo,
 También se inclina desde el alto polo,
 A gozar trasportados los loores
 Que de Moratín (2) canta
 El que al divino Herrera se adelanta;
 Y tal vez algun dios de los menores,
 Cual Bacante furiosa,
 La citara acompaña sonora.
 Mas ¡qué sacro furor hierve en mi pecho,
 Que entró sin ser sentido,
 Y en sobrehumano fuego me ha encendido?
 Ya el orbe inmenso me parece estrecho,
 Y mi voz, más robusta,
 Al número del verso no se ajusta.

(1) Variante :
 abundante vena.

(2) Don Nicolas Fernandez de Moratín, insigne poeta y amigo
 suyo.

Cual suele el sacerdote arrebatado
 Del claro dios de Delo
 Mirar con faz ardiente tierra y cielo,
 Y el pecho y el cabello levantado,
 Con sus voces espanta,
 La tripode opriniendo con la planta;
 Así yo tiemblo, y el furor que siento,
 Me inspira que le cante,
 No blandiendo el acero centellante,
 La roja cruz al pecho que ardimiento
 Da al pundonor hispano,
 Huyendo al verla el bárbaro africano;
 No en el caballo que del dueño siente
 El poderoso mando,
 Tascando espumas y relinchos dando;
 Y el casco bato y gózase impaciente,
 Cuando al són de las trompas
 Su escuadron rige entre marciales pompas.
 Mas, sí, pulsando la grandiosa lira
 Con el marfil agudo,
 Que hombres y fieras domesticar bien pudo;
 O cuando en ayos flébiles suspira,
 Tu muerte, Filis, llora,
 Y al sordo cielo en tu favor implora.
 Al sordo cielo, que ordenado hubiera
 Que el vil suelo dejases,
 Y á su alto asiento exhalacion volases;
 Planta fugaz de efimera carrera,
 Que con el sol florece,
 Y con su ocaso lánguida fenece.
 Cefida de laurel la sien gloriosa,
 Que Febo agradecido,
 Sirviéndole las Musas, ha tejido;
 Y á la alma Venus de mirar graciosa,
 Que con divina mano
 Un mirto enlaza al lauro soberano;
 Con los dioses menores que le cercan,
 Y él trinando entre todos
 Con blando acento y lamentables modos.
 Atónitos algunos no se acercan,
 O en planta van callada,
 Por no turbar su música extremada.
 ¿Cuál claro vate por el ancho mundo
 Feliz lograra tanto?
 ¿Cuál pudo de los dioses ser encanto,
 No ya de los del tártaro profundo,
 Sino de las mansiones
 Do suben poco ínclitos varones?
 Orfeo y Anfion, tanto ensalzados,
 Que en dulce són llevaban
 Hombres, fieras y aun riscos do gustaban,
 Y el que los hondos piélagos alzados (3)
 Calmó con blando acento,
 Y la vida salvó por su instrumento;
 La citara de Pindaro divino,
 Y la trompa de Homero,
 Y el claro cisne que cantó guerrero
 Las armas y el varon que á Italia vino,
 Atónitos atiendan,
 Y á herir, Dalmiro, el plectro de tí aprendan.
 Las dulces moradoras de Hipocrene
 No con labio canoro
 Unicas sigan tu vihuela de oro,
 Cuando su trino, rubio Cintio, llene
 Los cielos de alegría,
 Pues ya un mortal semeja su armonía.
 Y tú, salve, poeta soberano,
 Y con nueva corona
 Tu frente se orne, ¡oh gloria de Helicon!
 La patria te la ponga por su mano,
 Y en su amor tú encendido,
 Con tus versos la libres del olvido.
 Salve ¡oh Dalmiro! salve, y venturoso,
 De mil varones claros
 Las ínclitas virtudes y hechos raros

(3) Así escribió MELENDEZ estos cuatro versos en un principio:

Orfeo y Anfion tanto ensalzados,
 Que al dulce són movían
 Hombres, fieras y montes do querían,
 Y el que los hondos mares alterados....

Sublime canta en verso numeroso (1);
Tu fama hinchendo el suelo,
Rauda se encumbra al estrellado cielo.

ODA XXVII.

EN UNA SALIDA DE LA CÔRTE.

¡Oh! ¡con qué silbos resonando affige
El aquilon mi oído! en negras nubes
Encapotado el cielo,
El rápido huracán revuelve el suelo.
El blando otoño se amedrenta y cede
Al invierno sañudo, que entre nieblas
Alza su frente umbría
Por la enriecada cumbre del Fuenfria.
Cesan mudas las aves, largas lluvias
Inundan los collados, á un torrente
Otro torrente oprime,
Y el lento buey con el arado gime.
Oigo tu voz, Minerva; ya me ordenas
La corte abandonar por el retiro
Pacífico y el coro
De divinos poetas. El canoro
Cisne de Mantua y el amable Teyo,
La dulce abeja del ameno Tibur,
Laso y el culto Herrera
Del Tórnes á la plácida ribera
Me arrastran; y tú, en lauro coronado,
¡Oh gran Leon! que tu laud hiriendo,
Tierno en el bosque umbrío
Frenaste el curso al despeñado río.
La falsa corte y novelero vulgo
Desdeña el númen; los tendidos valles
Y el silencio le agrada,
Y la altísima sierra al cielo alzada.
En ocio y paz de la verdad atiende
Allí la angusta voz, el alma dócil
Su clara luz recibe,
Huye el error, y la virtud revive.
Y al cielo alzados los clementes ojos,
Le señala con la mano la árdua cumbre
Do la gloria se asienta,
Y á su lauro inmortal el pecho alienta.
Con vuestra llama inflammaré mi aliento,
¡Oh blandos cisnes de Helicon! y alegre
Burlaré del oscuro
Pluvioso Enero en el hogar seguro;
Que también algún día silbó el noto
Sobre vuestras cabezas; y aterido
También quiso el invierno
El eco helar de vuestro labio tierno.
¡Ay! ¡qué dura en el mundo! al albo día
La noche apremia; desaparece el año;
Y juventud graciosa
Cede fugaz á la vejez rugosa.
¡A qué afanar para un instante solo?
Ya me acecha la muerte; y ni los ruegos
Enternecen la cruda,
Ni hay escapar de su guadaña aguda.
Ella herirá, y en el sepulcro umbrío
Polvo y nada entraré; sin que más deje,
¡Oh amargo desconsuelo!
Que un nombre vano y lágrimas al suelo.

ODA XXVIII.

AL OTOÑO.

Fugaz otoño, tente,
Que embriagada en placer el alma mía
Con tu favor se siente;
Y en su dulce alegría,
Porque atras tornes, votos mil te envía.
Tente; deja que goce
Tu plácida beldad feliz el suelo,
Y el hombre se alboroce,
Viendo cuál colma el cielo

Con tu abundancia opima su desvelo.

No atiendas, ¡oh corona
Deliciosa del año, eterno esposo
De la amable Pomona!
No atiendas desdefioso
El ruego de los hombres fervoroso.
Por tí la selva y prado
De hojas viste y de flores primavera;
Y en estío abrasado
Con más árdua carrera
Se pierde el día en la luciente esfera.
Todas las estaciones
Te sirven á porfía; y dadivosa,
Desparciendo sus dones,
Tu mano con vistosa
Profusión orna el mundo cariñosa.
Yo cantaré tus bienes,
Padre de la abundancia, coronado
De pámpanos las sienas,
Entre parras sentado
Al rayo bienhechor del sol templado;
Ocioso, en paz suave,
De vil adulación libre el oído,
Lejos la rota nave
Del golfo embravecido,
Y en tu belleza el ánimo embebido.
¡Qué perfumes, qué olores
Lleva el aura en sus alas! ¡qué verdura
Es ésta y tiernas flores!
¡Qué rica vestidura
Cubre súbito el suelo de hermosa?
Doquier me torno, veo
Mil delicados frutos; la granada
Brinda hermosa al desco,
Y en la rama colgada,
Mece el viento la poma sazónada.
Los huertos, las laderas
Brillan en mil colores á porfía;
Las aves lionjeras
Hinchen con su armonía
De deleite los pechos y alegría.
El rústico inocente
De su sudor el fruto con usura
Recoge diligente;
Y ponderar procura
Con sencillas palabras su ventura;
O en más altas canciones
Tus dones, rico otoño, alegre dice;
Los celestiales dones
Con que le haces felice,
Y en su grato entusiasmo te bendice.
Que tú su pecho llenas
De gozo y confianza; y al futuro
Arado y á las penas
Del ejercicio duro
Le haces volar en corazón seguro.
A ti solo armoniosa
Mi lira ensalzaré; no los ardores
Del Leon, ó la ociosa
Estación de las flores,
Ni del sañudo invierno los rigores.
Ensalzaré cantando
Tu belleza, tu calma, tu frescura;
Mientras su hervor templando,
Deja el sol que segura
Trisque y vague en el prado la hermosura.
Arrebolado el cielo,
La atmósfera tranquila, manso el río,
Del viento el leve vuelo
Y el soto verde umbrío
Saltar hacen de gozo al pecho mio.
Mas ¡qué insanos clamores!
¡Qué algazara de súbito ha sonado!
Ya de vendimiadores
Las lomas se han poblado,
Y el dios del vino la señal ha dado.
Remuévense las cubas;
Entre confusas voces y tonadas,
Las sazónadas uvas
Del vástago cortadas,
Danzando son del pisador holladas,
El tórculo resuena;

(1) Trataba de celebrar á los varones más ilustres de España, así
en armas como en letras, imitando á Lope de Vega en su *Laurel*
de Apolo.

En purpúreos arroyos espumante
 El mosto el lagar llena,
 Y con grita triunfante
 Corre en torno y lo aplaude el tierno infante.
 Todo es risas y gozo;
 La sencilla rapaza á su querido
 Halaga sin rebozo,
 O con desden fingido
 Sus brazos huye, y déjale corrido.
 La cándida alegría
 Vaga de pecho en pecho, celebrado
 En corcos á porfía
 El néctar regalado
 En que el tierno racimo se ha tornado.
 Vén, pues, ¡oh dios del vino!
 Vén, que todos te llaman calurosos
 Con tu licor divino;
 Y rige sus dudosos
 Pasos y sus cantares silenciosos.
 Vén, que ya de occidente
 Silban las tempestades, y ya el cielo,
 De tiniebla inclemente
 Cubierto, el desconsuelo
 Del aterido invierno anuncia al suelo.

ODA XXIX.

QUE ES LOCURA ENGOLFARSE EN PROYECTOS Y EMPRESAS DESMEDIDAS, SIENDO LA VIDA TAN BREVE Y TAN INCIERTA.

Huye, Licio, la vida;
 Huye fugaz cual rápida saeta
 Del arco despedida,
 Cual fulgido cometa
 Que al ciego vulgo pavoroso inquieta.
 Ensueño desaparece,
 Niebla del sol al rayo se derrama,
 Sombra se desvanece,
 Y espira débil llama,
 Que apaga un soplo, si otro soplo inflama.
 ¡Qué fué de los pasados
 Hervores del amor? ¡de la alegría
 Y cantos regalados,
 Y ufana lozanía,
 En que tu seno y juventud bullía?
 Nada quedó; la rosa,
 Que un día cuenta en su vital carrera,
 Renace más hermosa
 Cuando la primavera
 Rie purpúrea en la celeste cañera.
 El bosque á quien impio
 Abrego roba su gentil belleza,
 Con nuevo señorio
 La entoldada cabeza
 Levanta, y á brillar con Mayo empieza;
 Grato asilo á las aves,
 Que en su verde follaje, en voz canora
 Trinando van suaves,
 Y en sombra bienhechora
 Brinda al cansancio que á Morfeo implora.
 Sólo el vital aliento
 Pasa, y no tornará; tu clara mente,
 Y este mi llano acento
 Por siempre al inclemente
 Orco irán, que á los pies temblar se siente.
 El su boca insaciable
 Abre inmenso, y sepulta en sus horrores,
 A par del miserable,
 Del mundo á los señores,
 Y al seno virginal bullendo amores.
 Recoge, pues, el vuelo;
 De árboles tanta copia derramada
 Con que abrumas el suelo;
 La casa alta, labrada,
 De mármoles lustrados adornada;
 La extranjera vajilla,
 Tanto milagro del pincel y tanta
 Costosa maravilla,
 Que los ojos encanta,
 Y en que á natura el arte se adelanta;
 Todo, cuando ominoso

Te hunda en la tumba inexorable el hado,
 Lo dejarás lloroso,
 Sólo ¡ay desventurado!
 De un lienzo vil tu cuerpo rodeado.
 Sin que en tu inmenso duelo,
 Ni el alto grado do te alzó la suerte,
 Ni tanto claro abuelo
 Basten á guarecerte
 Del dardo inevitable de la muerte;
 Entrando en pos, gozosa,
 La mano á derramar de un heredero
 Cuanto hoy junta afanosa
 De alhajas y dinero
 La tuya, en feudo grave al mundo entero.
 ¡Y aún te agitas y sudas,
 Y en negocios te engolfas noche y día,
 Planes, empresas mudas,
 Y en eterna agonía
 De inerte culpas la prudencia mia!
 Mejor será que imites
 Esta feliz prudencia; en lo presente
 La esperanza límites,
 Y cedas al torrente
 Que nos arrastra, como yo paciente.
 Un velo denso, oscuro,
 Que en vista humana traspasar no cabe,
 Envuelve lo futuro;
 Y el cielo en triple llave
 Lo guarda, que abrir solo el tiempo saba.
 Así, pues, sin ruidos
 Días y casos presurosos vuelen,
 Tú en pacífico olvido;
 Y otros teman y anhelan,
 O en la corte falaz miseros velen.
 Minerva nos convida,
 Dándonos la amistad su dulce abrazo;
 Sin duelo de la vida
 Llegarse el fatal plazo
 Miremos, Licio, en su genial regaso.

ODA XXX.

CONSEJOS Y ESPERANZAS DE MI GENIO
 EN LOS DESASTRES DE MI PATRIA.

Tus alas de oro, de felice vuelo,
 Dame, ¡oh genio divino!
 A quien impuso favorable el cielo
 Velar en mi destino.
 Huiré veloz de esta llorosa tierra
 A otra region más pura,
 Do libre y lejos tan infanda guerra,
 Respire en paz segura.
 Doquier incendios, crímenes, gemidos,
 Sangre, y muertes, y horrores,
 Y tigres miro, sin piedad ni oídos
 Al ruego y los clamores.
 ¡Execrable maldad! ciego el ibero
 De un furor inhumano,
 Fulmina impio el reluciente acero
 Contra su propio hermano.
 Sopla la inmensa llama, en fax aleve,
 La anarquía orgullosa,
 Y el sello forja que su frente lleve
 De servidumbre odiosa;
 Aguijando con fiera gritería
 Del vulgo atroz la saña.
 ¡Será ¡ay! que llegue el postrimero día
 A la infeliz España,
 Así dispuesto, por ejemplo al mundo
 Y á todas las edades,
 Del cielo, airado, en su saber profundo,
 Contra nuestras maldades?
 ¡Y su nombre, otro tiempo tan temido,
 Y su prez y alta gloria,
 Blason tanto y afan esclarecido,
 Que engrandece la historia
 De nuestros padres, y felix la fama
 De las puertas de Oriente
 Con su trompa inmortal volando aclama
 Al lóbrego Occidente,
 Al hondo olvido irán por la baja

De sus degenerados

Bastardos nietos, en la vil pobreza
Y el oprobio abismados?

¡Y á ultraje tanto á la enemiga suerte,
En su encono inflexible,
Guardarme plugo, sin ahogar la muerte
Mi corazón sensible!

Tus alas, paraninfo, vagarosas
Dame, dame benigno;
A las esferas treparé lumbrosas,
Y huiré este suelo indigno,
Donde al delito entronizado veo,
La virtud lacerada,
La verdad santa del error trofeo,
Y la inocencia hollada.

O vide, ó parecióme que á mi anhelo
Mi genio condolido,
Bando bajando del excelso cielo,
Así sonó en mi oído:

«Firme sosten y con serena frente;
Que nunca al pecho entero
Hundió la tempestad; pasa el torrente,
Y él se alza muy más fiero.

«Seguirá el sol tras la tiniebla oscura,
Y á la discordia que ora
Trastorna el mundo, y tu constancia apura,
La paz consoladora.

«Héla cual iris asomar radiante,
Y á su luz las naciones
Al fausto cielo en júbilo incesante
Colmar de bendiciones.

«Vuelto el ibero de su error impío,
Y en el hogar colgado
El acero fatal, su ceño umbrío
Verá en amor tornado;

«Con lazo firme y fraternal unirse
Su juventud lozana,
Y á una todos con lágrimas reirse
De esta cólera insana.

«Plácidos días de inmortal contento
Correrán y reposo,
Cual en pos del invierno turbulento
Asoma Abril hermoso.

«Y de su helado sueño despertando,
Parece que revive
El ancho suelo con su aliento blando,
Y un nuevo sér recibe.

«Tú el choque, en tanto, con inmóvil planta
Resiste del destino,
Que así las olas horribles quebranta
Escollo al mar vecino.

«Ruedan en tumbos mil, con rabia fiera
Su erguida frente hieren;
Instant, batenlo, tornan, y en ligera
Niebla deshechas mueren.

«Tu asilo sea tu constante pecho,
Inaccesible muro
Al miedo, al interés, á un vil despecho;
Y allí espera seguro,

«Mientras el cielo plácido se ostenta,
Y un viento más sùave
Lleva al puerto, en tan áspera tormenta,
La malparada nave.»

Dijo, y desapareció..... Tu aviso santo
Dócil y humilde sigo.
¡Oh genio celestial! séme tú en tanto
Guarda y potente abriga.

ODA XXXI.

¡MI AMIGO DON MANUEL MARÍA CAMBRONERO, POR
SU SENSIBILIDAD Y SU AMOR Á LA PATRIA. ESCRITA
EN DICIEMBRE DE 1818.

¡Oh, qué dón tan funesto
Es, Fabio mío, un corazón sensible,
Cual débil muro puesto
De un mar airado al ímpetu terrible.

Siempre inerme y desnudo
Al punzante dolor, mal reparado
Contra su dardo agudo,
Va quien lo abriga, sin cesar llagado;

Pues cual vivaz espejo,
Que cuantas formas fúlgido recibe
Nos presenta en reflejo,
En él grabado el mal ajeno vive.

Tierno padre y esposo,
Por su grey cara provído se azora;
Hijo humilde y cuidadoso,
Sus canos padres padeciendo adora.

De cuantos seres ama
La aciaga suerte el ánimo le oprime;
Por su patria se inflama
De santo amor, y en sus angustias gime.

Hombre, ve esclavo al mundo
Del error y la odiosa tiranía,
Y en su duelo profundo,
Sin la virtud su sér maldeciría.

Sufren el bruto, el ave
Del aterido invierno la aspereza,
Y á sus ansias no sabe
Solicita negarse su terneza.

Cuantos objetos mira,
Tantos le llevan desvelado el pecho,
Y por todos suspira
Y anhela y tiembla, en lágrimas deshecho.

Bien cual tú, Fabio mío,
Cuyo sensible corazón padece
Por cuanto el hado impío
Ora aciaga á nuestra patria ofrece.

Veala, su paz perdida,
Su augusto nombre y su blason ajado,
Y con tu propia vida
Tornarle ansiáras su esplendor pasado.

De mil hijos que anhelan
Servirla fieles, y de sí aún separa,
Las cuitas te desvelan,
Y del tuyo su bien tu amor comprara.

Del encono ominoso
Que en ella atiza la discordia impía,
El término azaroso
Tu seno abisma en mísera agonía,

Y allá en tu clara mente
No hay mal que sufra, que infeliz la amague,
Por que tu amor ferviente
No gima, y feudo en lágrimas le pague.

Ella podrá, engañada,
Lanzarnos, Fabio, de su amado seno,
Nuestra fortuna hollada,
De oprobio el nombre y de calumnias lleno.

Podrá hacer que bebamos
El cáliz hasta el fin de la amargura;
Que míseros gimamos
En orfandad y en indigencia dura;

Mas hacer jamás puede
Que nuestro honrado pecho la desame;
Ni aunque el suelo nos veda,
Que madre el labio sin cesar la llame.

Madre que ilusa ó ciega
La espalda vuelve á nuestro justo ruego;
Y á escucharnos se niega
Cuanto es más puro nuestro noble fuego;

Empero, en quien perdidos
Los ojos fijáremos espirando,
Más y más á ella unidos,
En trance tal aún su ventura ansiando.

ODA XXXII.

QUE LA FELICIDAD ESTÁ EN NOSOTROS MISMOS.

No es, Julio, la riqueza
El oro amontonado,
Ni huye la dicha de un humilde estado;
La dicha, amiga aún de la vil pobreza.

Ten acorde á tu suerte
Sin cesar el deseo;
Frena un ciego anhelar, el devaneo
Que en la nada hundirá luego la muerte;

Y alegre y venturoso
Adularán tu seno,
Ora de nubes y zozobras lleno,
La blanda paz, el celestial reposo,

Providenta natura

Para tu bien presenta
 Doquier placeres fáciles, y ostenta
 Tierna madre á tus ojos su hermosura.
 Escoge: un claro día,
 El sol que con su llama
 Señor del cielo el universo inflama,
 Y la beldad le torna y la alegría;
 El viento que bullente
 Jugando entre las flores,
 Regala tu nariz con sus olores,
 Y el pecho te dilata dulcemente;
 Las flores que embelesan
 Con sus galas vistosas,
 Las abejas volando entre las rosas,
 Que, abrazados sus vástagos, se besan;
 El incessante trino
 Con que avecilla tanta
 Su gozo explica, sus amores canta;
 De Filomena el suspirar divino,
 Y hasta en la noche oscura
 El sinfin que en su velo
 Arde de luces y tachona el cielo,
 Del sol mismo emulando la hermosura;
 Si bien sabes mirarlo,
 Todo alegrarte puede,
 Que á todos y sin precio se concede,
 Porque todos á par puedan gozarlo.
 Ni hay alfombradas salas
 O riquezas igualcas,
 Ni llegan los alcázares reales
 A pompa tanta y naturales galas,
 O más grato embebece
 Un armónico coro,
 Que el arroyuelo de cristal sonoro
 Que serpando el ánimo adormece;
 Salta y ríe, y la vista
 Con mágico atractivo
 Deslumbra y fija; en su bullir festivo,
 ¿Qué pecho habrá que al júbilo resista?
 El llanto mismo, el llanto
 En que un llagado pecho
 Prorrumpe á veces, ¡oh dolor! deshecho,
 Aun tiene su placer y es un encanto.
 El alma que oprimida
 Siente ahogarse en su pena,
 Con sus lágrimas dulces se serena,
 Y entre ellas torna á recobrar la vida.
 Bien como el caminante
 Que en medio la ágría cuesta
 Aliento toma, y á doblar se apresta
 Su cima, que enriacada ve delante.
 Veces mil, Julio mío,
 Lo llevo así probado.
 Triste ¡ay! de aquel á quien maligno el hado
 Abisma en un dolor mudo y sombrío,
 Que siempre, siempre al cielo
 Torvo hallará y sañudo,
 Ni jamás del dolor el dardo agudo
 De su pecho arrancar verá al consuelo.
 No, pues, necio, te exhalas
 En quejas ominosas;
 Que nosotros labramos, no las cosas,
 Si bien lo estimas, nuestros crudos males.

ODA XXXIII.

QUE NO SON FLAQUEZA LA TERNURA Y EL LLANTO.

¿Te admiras de que llore;
 De que mi blando pecho
 Brote en lluvia de lágrimas deshecho,
 Y al santo cielo tan ferviente imploro?
 No femenil flaqueza
 Ni torpe cobardía
 Causa á mi lloro son; que el alma mía
 Sabe sufrir con rígida entereza.
 Y ya un tiempo pudiste
 Impávida en los males
 Notar mi frente igual; ¿viste señales
 De miedo en mí, ni lamentar me oíste?
 Hoy por doquier que miro,
 En eterna amargura

Hallo al mortal gemir; de mi ternura
 Mi llanto nace, y por su mal suspiro;
 Que un dulce sentimiento
 Uniéndome á sus penas,
 Me veda ya el mirárlas como ajenas,
 Y hombre, los males de los hombres siento.
 Y ¡qué! tú no has probado
 El placer delicioso
 De llorar, Julio, alguna vez? ¿Lumbroso
 Te rió siempre el cielo y despejado?
 ¿Grata siempre tu amante
 Oyó tu fe amorosa?
 ¿Nunca esquivas te huyó, nunca celosa,
 Nunca por otro te dejó, inconstante?
 ¿Siempre á tu fino amigo
 Miró fausta su estrella?
 ¿No hirió tu oído su infeliz querella,
 Ni un desgraciado mendigó tu abrigo?
 ¿No viste en triste duelo
 Tus padres venerandos,
 Ni en los horrores de la guerra infandos
 Taladas mieses, devastado el suelo?
 ¡Miseró tú, si entonces,
 Seco el raudal torrente
 Que ora inunda mi faz, de yerta frente
 Fuiste á mal tanto, y corason de bronce;
 Pero tu pecho es bueno,
 Y con dolerte sabes;
 No, pues, de ver al infeliz te alabas
 Con ojo enjuto y ánimo sereno.
 A mí no es concedido
 Frenar, amigo, el llanto
 En su suerte fatal, sensible tanto
 Cuanto he casos más ásperos sufrido;
 Y el que olvidado gime,
 O en destierro ominoso,
 O á la calumnia y á la envidia odioso,
 Tiembra al poder que bárbaro le oprime,
 Siempre mi pecho abierto
 Hallarán á su pena,
 Siempre mi lengua de consuelos llena,
 Y mi rostro de lágrimas cubierto.
 Otro aplaude en buen hora
 Su firmeza insensible,
 Y roca, á la piedad inaccesible,
 Ria al que triste con el triste llora;
 Que yo obligado al cielo
 Del dón de mi ternura,
 Si no alcanzo á aliviar la desventura,
 De llorar logro el celestial consuelo.

ODA XXXIV.

Á MIS LIBROS.

Fausto consuelo de mi triste vida,
 Donde continuo á sus afanes hallo
 Blandos alivios, que la calma tornan
 Plácida al alma;
 Rico tesoro, deliciosa vena
 Do puros manan, cual el almo rayo
 Que Febo lanza, esclareciendo el orbe
 Santos avisos;
 Donde Minerva providente cula
 Sus maravillas, monumento ilustre
 Del genio excelso que feliz me anima,
 Libros amados.
 Do de los siglos la fugaz imágen,
 Donde, natura, tu opulenta suma,
 Del seno humano el laberinto ciego
 Quieto medito.
 Nunca dejéis de iluminarme, nunca
 En mi cansada soledad de serme
 Útil empeño, pasatiempo dulce,
 Séquito grato.
 Vuestro comercio el ánimo regala,
 Vuestra doctrina el corason eleva,
 Vuestra dulzura oídica el oído
 Mágica aduerme;
 Cual reverdece la sonante lluvia
 Al seco prado, y regocija alegre
 La árida tierra, que su seno le abre,

Madre fecunda.

Por vos escucho en el aonio cisme
La voz ardiente y cólera de Ayace,
Los trinos dulces que el amor te dicta,
Cándido Teyo.

Por vos admiro de Platon divino
La clara lumbre, y si ta mente alada,
Sublime Newton, al Olimpo vuela,
Rauda te sigo.

En la tribuna el elocuente labio
Del claro Tulio atónito celebro;
Con Dido infausta dolorido lloro
Sobre la hoguera.

Sigo la abeja, que libando flores
Ronda los valles del ameno Tibur,
Y oigo los ecos repetir tus ansias,
Dulce Salicio (1).

Viéndome así del universo mundo
Noble habitante, en delicioso lazo
Con las edades que en el hondo abismo
Son de la nada.

Nunca preciados, do la suerte ¡oh libros!
Lleve mi vida, cesaréis de serme,
Ora me encubre favorable, y ora
Fiera me abata;

Bien me revuelva en tráfigos civiles,
Bien de los campos á la paz me torne,
Siempre maestros de mi vida, siempre
Fieles amigos.

ODA XXXV (2).

Almas sublimes, cuyo afán dichoso
Llegó do de belleza
Los tesoros guardó naturaleza,
De vuestro genio ardiente en tan gozoso
Y afortunado día

Mi espíritu llenad, á la alegría
Venid universal, y su memoria
Consagrad en el templo de la gloria.

La paz, la dulce paz del alto cielo
Bajó á la humilde tierra
Y ahuyentó los furores de la guerra;
Cual el sol, rey del día, el denso velo
Rompe de nube oscura,
Y el orbe llena de su lumbre pura,
En las cumbres del cielo sublimado
De inaccesible resplandor cercado.

La paz, la dulce paz ha descendido
A reparar los males
Que lloraban los miseros mortales,
A nuestras tiernas súplicas su oído
Concediendo apiadado,
Y en cuna de oro y de marfil labrada
Bajando en rico dón á los iberos
Campos desde la gloria dos luceros.

Dos cándidos luceros, dos hermosos
Infantes, que algun día
Su consuelo serán y su alegría.
Del helado Fuenfría los umbrosos
Valles, con grato estruendo,
«Dos cándidos luceros» van diciendo;
Oyelo Guadarrama y se alborozó,
Y el aura, repitiéndolo, se goza.

A los climas opuestos voladora
La fama alegre lleva
Tan agradable no esperada nueva.
Desde el poniente al reino de la aurora
Se oye en dulce ruido:
«Dos cándidos luceros han nacido.»
La paz, sólo la paz los aires llena,
Y «Carlos y Felipe» el eco suena.
¡Carlos! ¡Felipe! nombres deliciosos

Á las iberias gentes,
Que el cielo dió á sus súplicas ardientes.
¡Vivid, creced y dominad gloriosos!
Ya las guerras cesaron,
Y mil himnos de gozo resonaron.
¡Creced, niños reales,
Creced; del mundo cesarán los males!

La tierra os reverencia, enmudecida,
Y os ofrece sus flores,
Sus bálsamos el Asia, y sus olores
Y sus palmas el Africa rendida,
América tesoros,
Y Europa de poetas dulces coros,
Que del misero suelo
Os alzan á la bóveda del cielo.

El Héspero feliz gozará un día,
Por vosotros tornada
En su puro candor la edad dorada.
¡Cumplid, cielos, tan fausta profecía!
¡Cumplidla, y que á su lado
El bélico furor yacza aherrrojado,
Y la industria florezca,
Reine la paz y la justicia crezca!

Y tú, ilustre Academia, que inmortales
Con tus doctos pinceles
Los inclitos varones hacer sueles,
Anima de colores celestiales
El lienzo en honra suya,
Y en mármoles que el tiempo no destruya
Haz que un nuevo Lysipo
Nos eternice á Carlos y Filipo.

La patria lo demanda, y en tí espera
Que presto renacidos
Los nombres le darás esclarecidos
De Velazquez, Murillo, Cano, Herrera.
La juventud gozosa
Que acabas de premiar, ya codiciosa
Los imita y los sigue.

¡Oh si vencerlos con su ardor consigues!
Entónces, ¡oh Academia! sublimada
En gloria al alto cielo,
De ilustres hijos cubrirás el suelo,
Y á la edad llevarás más apartada,
Por su pincel divino,
El natalicio augusto y peregrino,
Causa de nuestro gozo,
Y al real abuelo lleno de alborozo.
Ante las aras te pondrás postrado,
Y el semblante encendido
Cual en ferviente súplica embebido,
En un grupo de nubes nacarado
Dos infantes reales
Le ofrecerá la paz en todo iguales,
Y él ledo los reciba,
Clamando un pueblo inmenso ¡Viva! ¡Viva!

EPÍSTOLAS.

EPÍSTOLA PRIMERA.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRÍNCIPE DE LA PAZ,
EXHORTANDO A SU EXCELENCIA Á QUE EN LA PAZ
CONTINÚE SU PROTECCIÓN Á LAS CIENCIAS Y LAS
ARTES.

En alas de la pública alegría
Por la anhelada paz, de gozo llena,
A vos llega feliz la musa mia.

Disculpadla, señor, si acaso ajena
De un delicado acento cortesano,
Ruda os saluda, si de afecto llena.

Benigno sois, y miraréis humano
Á quien sólo agradaos fiel procura,
Y en vuestro nombre se complace ufano.

Del congojoso mando en la amargura,
Las dulces Musas que atendais os deban
Alguna vez su armónica dulzura;

Las celestiales Musas, que nos llevan,

(1) El dulcísimo poeta Garcilaso.

(2) Esta oda fué leída por MELLENDEZ en el acto de la distribución de premios de la Academia de San Fernando, en 1784. — Más que á las artes, está dedicada la oda á celebrar la paz con Inglaterra y el nacimiento de los infantes gemelos; acontecimientos que cantaron entónces casi todos los poetas de España. Esta composición no fué publicada en las *Poesías* del autor.

En mil nobles ficciones embebidos,
Al alto cielo, si su canto elevan,
O halagándonos blandos los oídos,
Saben la vida ornar de alegres flores,
Y hacer gratos del triste los gemidos.
Magas divinas, que colmar de honores
Pueden á un tiempo á quien su plectro suena
Y á sus tonos responde con favores.
Así dura inmortal, de olvido ajena,
La memoria de Augusto y su valido,
Y el nombre Mediceo el orbe llena.
Llamadlas, pues, al premio merecido,
Y que las bellas artes reanimadas
Salgan también de su infeliz olvido;
Vedlas ir desvalidas, desoladas,
Demandando el amparo con que un día
De gloria se gozaron coronadas.
Dádselo vos, y todas á porfía
Vuestro alto nombre por el patrio suelo
Celebrarán en himnos de alegría.
El cincel, el buril con noble anhelo
Al bronce vida den y al mármol rudo,
Y el compas mida el ámbito del cielo.
Aun más que protector, sed firme escudo
De cuantos sigan, príncipe, sus huellas;
Que el ingenio sin vos se encoge mudo.
Un tiempo fué feliz que á las estrellas,
En sus brillantes alas sublimado,
Pudo inflamarse entre sus luces bellas,
Y allí tal vez de la deidad tocado,
Imaginó, creó, y osadamente
Logró seguirla en su inmortal traslado;
Atinando la ley con que la ardiente
Llama del sol á Júpiter camina,
Y alza la luna su nevada frente,
O al suelo de la esfera cristalina
Bajando, al hombre en su extension perdido,
De las ciencias mostró la luz divina.
Mas hoy misero yace, y oprimido
Del error gime y tiembla, que orgulloso
Mofándole camina el cuello erguido.
No lo sufraís, señor; mas, poderoso,
El monstruo derrocad que guerra impía
A la santa verdad mueve envidioso.
En la España feliz su fausto día
Lucirá puro, cual el orbe llena
De vida el rubio sol y de alegría.
Es la civil prudencia una cadena,
Que enlazada en mil modos altamente,
El seso más profundo abarca apena;
La antorcha de las ciencias esplendente
Por ella entre arduos riesgos nos dirige
Del comun bien á la dichosa fuente.
Del prudente varón la mente rige
Solleita en pos dél, y en su carrera
Hace que el pie jamás dudoso fije;
Que atienda dócil la verdad severa,
Y ansiando aplausos de la dulce fama,
Al grito ría de la envidia fiera.
Adiéstrale á calmar la infausta llama
De las pasiones, ó servir las hace
Del pueblo al bien, que su veneno inflama.
De adulacion la máscara deshace,
El pecho humano á conocer le enseña,
Y con la paz y la virtud se place.
Quien sus avisos útiles desdén,
Juguete de la suerte desgraciado,
En mil tristes errores se despeña;
Mientras quien, como vos, arde abrasado
En su amor puro, y el oído inclina
De su labio al concento regalado;
En la llorosa tierra la divina
Esencia semejando, venturoso
Sobre las almas por su bien domina;
Y cual se rige en orden misterioso
Este inmenso universo, y blandamente
Se acuerda y gira en círculo armonioso;
La florida estacion, el Can luciente,
La escarcha ruda del Enero umbrío,
El rápido huracan, el rayo ardiente,
La grata lluvia, el líquido rocío,
Todo concurre á la comun ventura,

Y ostenta del gran Sér el poderío.
Así un sabio ministro el bien procura
Universal al pueblo confiado
A sus luces y pródiga ternura.
Todo á este bien dirígelo acertado;
Sabe aun del mismo mal sacar provecho,
Mientras el pueblo que rige, afortunado,
Le aclama padre, en lágrimas deshecho.

EPÍSTOLA II.

AL SEÑOR DON GASPARE DE JOVELLANOS, DEDICÁNDOLE EL PRIMER TOMO DE POESÍAS, EN EL AÑO DE 1785.

A tí, querido amigo, las primicias
Ofrece de su voz mi blanda musa,
En prenda cierta de su amor sencillo.
A tí ofrece sus versos, dulce fruto
De la alegre nifia, juegos amables
Que en las orillas del undoso Tórmes
Canté algun día entre Dorila y Filis
Para templar mi llama, y sus oídos
Regalar con la placida armonía.

A tí, querido amigo, los consagra
Cual suele al padre el inocente hijuelo
Con los dones brindar, que su oficioso
Afecto le procura. Tú alentaste
Mis primeros conatos, y el camino
Me descubriste en que marchar debía.
El ardiente Tibulo, el delicado
Anacreon y Horacio á la difícil
Cumbre treparon por aquí. «Sus huellas
Sigue, dijiste; síguelas sin miedo,
Que Amor y Febo al término te aguardan
Para ceñir tu sien de lauro y rosas.»
Quise empezar, y tú con diestra mano
El templado laud poniendo al pecho,
Mil armónicos sonos repetías,
Enseñándome á herir las dulces cuerdas,
O si tal vez, cobarde, reelaba,
Tornar me hiciste á la labor difícil
Con poderoso ruego. A tí debidos
Los frutos son de mi sudor; tú solo
Puedes ser su defensa y firme amparo.

Otros, Jovino, cantarán la gloria
De los guerreros; el sangriento choque
De dos fieros ejércitos, los valles
De sangre y de cadáveres cubiertos,
Y la desolacion siguiendo el carro
De la infausta victoria; horrendas, tristes
Escenas de locura, que asustada
Mira la humanidad. Otros el vicio
Hiriendo con su azote, harán que el hombre
De sí mismo se ría, ó bien al cielo
Su tono alzando, explicarán las leyes
Con que en torno del sol la tierra gira,
Quién la luz lleva hasta Saturno, ó cómo
Del desórden tal vez el órden nace,
Y este gran todo invariable existe.

Mi pacífica musa, no ambiciosa
Se atreve á tanto: el delicado trino
De un colorín, el discurrir suave
De un arroyuelo entre pintadas flores,
De la traviesa mariposa el vuelo,
Y una mirada de Dorila ó Filis,
Un favor, un desden su vos incitan,
Y reclinado en la mullida hierba,
Tranquilo ensayo mil alegres tonos,
Que el valle escucha y que remeda el eco.
Tú mientras tanto al tribunal augusto
Subes, Jovino, y desde el alto escaño,
Órgano de la ley, sus infalibles
Óráculos anuncias, á tu diestra
Gozosa la Justicia los atiende,
Y á los pueblos la Fama los pregonas.
La santa humanidad y el amor patrio
Tu pecho encienden y tus pasos guían,
Y como activo el fuego su ardor presta
A cuanto toca, el duro bronce ablanda,
Y todo en sí lo vuelve; así tu celo,
De tan clara virtud y amor guiado,

Por los sabios liceos se difunde;
 La feliz llama en sus alumnos prende,
 Y Madrid goza los opimos frutos
 De tu constante afán. ¡Oh, qué de veces
 Mi blando corazón has encendido,
 Jovino, en él, y en lágrimas de gozo
 Nuestras pláticas dulces fenecieron!
 ¡Qué de veces también en el retiro
 Pacífico las horas del silencio
 A Minerva ofrecimos, y la diosa
 Nuestra voz escuchó! Las fugitivas
 Horas se desalibaban, y embebidos
 El alba con el libro aún nos hallaba.
 Pues ¡qué! si huyendo del bullicio insano
 En el real jardín..... ¡Adónde, adónde
 Habiéis ido, momentos deliciosos!
 ¡Disputas agradables, dó habéis ido!
 Tú me llevaste de Minerva al templo,
 Tú me llevaste, y mi pensar, mis lúes,
 Mi entusiasmo, mi lira, todo es tuyo.
 Borra, tilda, corrige, perfecciona
 Lo que empezaste, y de una vez se sepa
 Que tú has sido mi núnen, ¡oh Jovino!
 Y que hijos son de tu amistad mis versos.
 ¡Oh, cuán alegre el corazón publica
 Esta dulce verdad; cómo se goza
 Mi tierna gratitud en confesarla!
 Sí; tú volviste á mí, cuando ignorado
 Yacía y sin vigor en noche oscura
 Mi inculto núnen, los clementes ojos,
 Con que las artes y el ingenio animas;
 Tú extendiste la mano generosa
 Para alzarne á la luz, y mi maestro
 Y mi amigo y mi padre ser quisiste.
 Yo desde entonces, cual la tierna planta
 Del hortelano á los desvelos crece,
 Fruto de su cultivo y sus tareas,
 A sentir, á pensar, por tí enseñado,
 Obra soy tuya y de tu noble ejemplo,
 Y tuyos son mi nombre y mis laureles.
 Si oso trepar al templo de la Gloria
 Con generoso ardor, si repetidos
 Son de mi lira los acordes tonos
 Por nuestros descendientes, ¡cuán silave
 Mi gratitud ha de sonar entre ellos!
 ¡Oh alegre día, oh venturoso punto
 Aquel en que se unieron nuestras almas
 En tan estrecho y delicioso lazo!
 Un pensar, un querer, un gusto, un genio,
 Una ternura igual, un modo mismo
 De ver y de sentir, todo pedía
 Esta union, ¡oh Jovino! todo dobla
 Cada día su encanto, y la hará eterna.
 ¡Indulgente amistad, placer divino,
 Remedio acá en la tierra de la pura
 Felicidad de los celestes coros,
 Fuente de todo bien, apoyo firme
 De la santa virtud! tú sola puedes
 Amable hacer la vida, y deliciosa
 Nuestra existencia triste; vén, inflama
 A Batilo y su amigo, y que los hombres
 De tí tomen ejemplo en ellos solos.
 Tú mis versos dictaste, tú me inspiras,
 Y hoy al dulce Jovino los ofreces;
 Tú los conserva favorable y guarda
 A los lejanos siglos, porque sean
 Muestra de tu poder, y á los mortales
 Nuestros nombres y amor eternos digan.

EPÍSTOLA III.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON EUGENIO DE LLAGUNO
 Y AMBROLA, EN SU ELEVACION AL MINISTERIO DE
 GRACIA Y JUSTICIA.

En fin mis votos el benigno cielo
 Oyó, querido Elpino, y sus anuncios
 Felices mi amistad colimados goza.
 Te ve en la cima del poder, al lado
 Del trono, moderar de la alma Témis
 Las sacrosantas riendas, de la patria,
 De la virtud, el mérito y las letras

En comun beneficio; la alegría
 Oye del pueblo al repetir tu nombre,
 Tu modesta virtud, tu celo ardiente;
 Y en su entusiasmo á las amigas Musas
 Ve, coronadas de laurel sagrado,
 Cual suyo celebrar tan fausto día;
 Apolo en medio á su vihuela de oro
 Cantando en voz divina tus loores;
 Tus loores, Elpino; de las letras
 El imperio feliz, de la justicia,
 De la blanda equidad, de las virtudes.
 Sí, amigo; amaneciós claro un día;
 Amaneció á la patria, que gozosa
 De tí anhela su gloria y su ventura.
 No ya excusarse tu modestia puede,
 Ni de tu pecho al generoso impulso
 Negarte es dado; óyela, y mil hijos,
 Cuyo celo y saber su cetro tornen
 A su antiguo esplendor, dale oficioso.
 Tú los conoces, y á crearlos bastas,
 Cual el ardiente sol abre fecundo
 El seno en Mayo á mil alegres flores.
 Tu genio, tus avisos celestiales,
 Tu ejemplo los formó; tras tí treparon
 Al despeñado templo de las Musas;
 De tí oyeran del Pórtico y Liceo
 Los nombres venerandos, y les diste
 Que dóciles gustasen las lecciones
 Del morador de Tüsculo elocuente.
 Tú de la musa de la historia amantes
 Los hiciste también, y ante los ojos
 De la olvidada Iberia les pusí ras
 Con docto afán los polvorosos fastos.
 Las artes hechiceras con el dedo
 Les señalaste, y los encantos nobles
 Del cincel, del buril, del engafoso
 Animado pincel por tí preciáran.
 Cortesano, filósofo, ministro,
 Á un tiempo todo, y para todos fuiste.
 ¡Quién, si no, te buscó, quién á tu lado,
 Si te escuchó feliz (siempre en la dicha
 Hallándote ocupado de los pueblos,
 O en útil ocio con las dulces Musas),
 No se inflamó en anhelo generoso
 Por trepar á la cumbre do Sofia
 Y alma virtud inaccesibles guardan
 A los vulgares ojos sus misterios?
 O ¡quién gozó cual yo de esta ventura?
 Tierno muchacho, en su divina llama
 Tocado el pecho, te busqué, y tú, blando,
 A mi rudeza descender quisiste,
 Y con diestra oficiosa mis dudosos
 Pasos guiar en la difícil senda,
 Ora alentando mi cobarde musa,
 Ora su voz formando á la armonía
 Del hispano laud, tan bien pulsado
 Del dulce Lazo y el divino Herrera;
 Y ora inflamando el desmayado aliento
 Con el laurel de inmarcesible gloria,
 Que en la remota edad por premio justo
 Guardado á auhelo tanto me mostrabas.
 ¡Con qué tornar mi gratitud sencilla
 Podrá tales oficios? ¡Dónde voces
 Hallar que llenen los afectos tiernos
 De mi inflamado corazón? Amigo,
 Querido amigo, generoso padre,
 No tu modestia mi entusiasmo culpe;
 Permíteme gloriar, cantar me deja
 Tu sencilla bondad; sepan los hombres
 Que te has dignado de llamarme amigo
 Y dirigir mis juveniles pasos;
 Que virtud y saber de tí aprendiera.
 ¡Oh! déte el cielo el galardón debido
 Á tu indulgente humanidad; que amado
 De tus señores y los hombres seas;
 Que tu nombre en los siglos con los nombres
 De Aristides y Sócrates divinos
 En uno se venere, y fausto corra
 De boca en boca y de uno en otro pueblo.
 Ministro de la paz, déte que goces
 De tu amor patrio los opimos frutos
 En colmada sazon; por tí animado

Brille el hispano ingenio, cuanto brilla
Puro el sol en la bóveda esplendente.
¡Qué inmensa perspectiva ante tus ojos
De dulce gloria desplegar veo!
¿Dónde volverlos, que extender no puedas
Tu generosa mano? La española
Juventud llora, en su rudez sumida,
Y la llama feliz que en ella el cielo
Grato encendió, sin pábulo se extingue.
Dale maestros que sus tiernas almas
Formen á la virtud y al amor patrio.
¡Ah, cuánto, cuánto bien se libra en ellas!
Las casas del saber, tristes reliquias
De la gótica edad, mal sustentadas
En la inconstancia de las nuevas leyes
Con que en vano apoyadas titubean,
Piden alta atención. Crea de nuevo
Sus venerandas aulas; nada, nada
Harás sólido en ellas, si mantienes
Una columna, un pedestal, un arco
De esa su antigua gótica rudeza.

Torna después los penetrantes ojos
Á los templos de Témis, y si en ellos
Vieres acaso la ignorancia intrusa
Por el ciego favor, si el celo tibio,
Si desmayada la virtud los labios
No osaren desplegar, en vil ultraje
El ignorante de rubor cubierto
Caiga, y tú, Elpino, de la santa Astrea
Ministro incorruptible, cabe el trono,
Sé apoyo firme de la toga hispana.

Dale, y á tí y á sus amigos caros,
Y al carpentano suelo, aquel que en noble
Santo ardor encendido noche y día
Trabaja por la patria, raro ejemplo
De la alta virtud y de saber profundo.
¡Pueda abrazarle yo; goce estrecharle
Luego, luego en mi seno, y de sus brazos
A los tuyos lanzarme, Elpino mío,
Extático de gozo al verme en medio
De mis más caras prendas! No, no tardes
El fausto plazo de tan claro día;
Débate mi amistad tan suspirada
Justa demanda, y subiré tu nombre
De nuevo, dulce amigo, al alto cielo.
Tú le conoces, y en sus hombros puedes
No leve parte de la enorme carga
Librar seguro en que oprimido gimes.

Miéntas tu celo y tu atención imploran
Los ministros del templo y la inefable
Divina religion. ¡Oh, cuánto, cuánto
Aquí hallarás también!... pero su augusto
Velo no es dado levantar; tú solo
Con respetosa diestra alzarlo puedes,
Y entrar con pié seguro al santuario.

Ve en él gemir al misero colono,
Y al comun padre demandar rendido
El pan, querido amigo, que tú puedes
Darle, de Dios imagen en el suelo.
Ve su pálida faz; llorar en torno
Ve á sus hijuelos y á su casta esposa.
La carga ve con que espirando anhela;
Miseria carga, que la suerte inicua
Echó sobre sus hombros infelices,
Mientras el magnate con desden soberbio
Ríe, insensible á su indigencia, y nada
En lujo escandaloso y feos vicios.

Elpino, aquí tu caridad invoco,
Tu generoso corazón; sus ayes
Recoge fiel, sus lágrimas honradas,
Sus justas quejas, y el clemente pecho
Por tí conmuevan del piadoso Cárlos.
Su hollada profesión es la primera,
La más noble, más útil; de ti clama
Luces y protección; la valedora
Mano le tiende y sus plegarias oye.
No, ya no es dado recelar; la santa
Humanidad, la religion, las leyes,
El honor, la verdad, todos te imponen
Tan alta obligación; habla, importuna,
Clama, y débete el pobre su sustento;
Labren tus velas su dichoso alivio,

Y tus decretos la abundancia lleven
A las provincias, que tu nombre adoren.

Hélas, hélas, á tí vueltos los ojos,
Humildes demandarte su anhelada
Felicidad, á su plegaria unido
El indio vago en los inmensos climas
De la ignorada América; tu ingenio
Su tibiez mueva, su pereza aguije,
Alumbre su ignorancia, poderoso
Débiles las ampare, y feliz llene
De espíritu de vida entrambos mundos.

Renazca en ellos la virtud amable,
El candor inocente y fe sencilla
De las costumbres sobre el firme apoyo.
Ellas de nuestros padres bienhadados
La herencia afortunada un día hicieron,
Del honrado español fueron la gloria.
Consumiolas el tiempo; empresa tuya
Es darles hoy su antiguo poderío
Y despertar las perezosas almas
Que en sueño indigno y en olvido yacen.
¡Pues qué es ¡ah! de las leyes el imperio,
Qué de las armas la funesta gloria,
La opulencia, el poder, la ciencia, el oro,
Sin las costumbres? Enojosa llama,
Que brilla devastando, y luego muere.
Costumbres, pues, costumbres; y á su sombra
Florecerán las leyes olvidadas,
Y ellas solas harán felice al pueblo.

¡Cuánto de tí no espera! ¡qué no puedes
Hacer al lado del excelso amigo,
Cuya feliz prudencia acompañando
Tu integra fe, tu celo generoso,
Juntos marcharais ya con firme planta
Del aula en los difíciles senderos!
Su noble corazón, exento y puro
De plebeyas pasiones, mas de gloria
Lleno y amor al bien, libre contigo
La ventura comun, y unidos siempre
En santa y útil amistad, que tornen
Haced, amigo, los dorados días
Que al suelo hispano mi esperanza anhela.

EPÍSTOLA IV.

Á UN MINISTRO, SOBRE LA BENEFICENCIA.

¡Cómo humilde rendir podrá mi musa
Las gracias merecidas al desvelo
Con que tu tierno corazón acoge
La virtud infeliz al ruego mío?
¿Dó acentos hallaré que á mi oficiosa
Gratitud correspondan, dó palabras
Que al vivo, amigo, repetirte puedan
Las bendiciones justas con que al cielo
Sube tu humanidad una inocente,
Miseria, desvalida, mas felice
Ya en la esperanza, con tu sombra illustre?
No, mi musa no basta, y tu sencilla
Modesta probidad huye el aplauso,
Contenta sólo en bien hacer, ni ménos
La mano presta ofrece al desvalido,
Que cuidadosa retirarla sabe
Para occultar, sagaz, el beneficio.

Amigo, tu bondad tu premio sea;
Ella te haga gustar de aquel secreto
Vivo placer que la acompaña siempre,
Tu espíritu inundado del más puro
Dulce contento en las calladas horas,
Cuando las almas insensibles oyen
Entre las sombras de la noche triste
La olvidada piedad que las acusa,
Y sus helados pechos estremecen.
Ella tu premio sea; en tus oídos
Sin cesar clame, y poderosa te haga
Poner fin á la empresa generosa,
Dando sustento y pan á la vitda,
Al orfánico tierno y desvalido,
Que á tí convierten sus llorosos ojos.
¡Oh! ponte en medio de ellos, si lo puedo
Tu ternura llevar: ve su cuitada
Soledad indigente, ve sus manos,

Sus inocentes manos extendidas
Hacia tí, amparo suyo, sombra suya;
Ve sus tristes semblantes, sus gemidos,
Y la alegre esperanza que al mirarte
Baja y conforta sus llagados pechos.
¡Oh dulce, oh celestial beneficencia!
Virtud que abarca las virtudes todas,
Tan rico dón, cuan poco conocido,
Tú, que al débil mortal con Dios semejas,
Cuya esencia es bondad, de cuyas manos
Contino dones mil al mundo bajan.
¡Dichoso aquel que ejercitarte puede,
Sus lágrimas cortando al afligido,
Y en diestra amiga al abatido alzando,
Del comun Padre imagen en el suelo!
Tú, ilustre amigo, mis deseos sabes;
Tú, mi amor á la dulce medianía,
Do en ocio blando, en plácido retiro,
Gozo el favor de las benignas Musas,
Léjos de la ambicion y el engañoso
Mar de las pretensiones, do á la orilla
En tabla débil por milagro escapa
Algun afortunado, y mil xozobran
En inútil leccion; por nada, empero,
Anhelo alguna vez en la alta cumbre
Mirarme del favor, cual tú te miras,
Sino por enjugar con blanda mano
Su amargo lloro al pobre, y extenderla
Al mérito modesto y desvalido.
Mi tierno pecho á resistir no alcanza
Tan grata tentacion; él fué formado
Para amar y hacer bien, y una corona
Tiene en menos que hacer un beneficio.

Mil veces tú dichoso, que los puedes
Con larga mano dispensar, y al trono
Subir haces la voz de la miseria,
Gozando cada instante el placer puro,
El íntimo placer de que te miren
Como un padre comun los desvalidos.

No basta, no, ser justo. El juez severo
Que, la vara de hierro alzada siempre
Contra el delito, inexorable el rostro,
Jamás sintió la compasion llorosa
Llenar de turbacion su helado pecho,
Al ver de un reo el pálido semblante,
Y oír el ronco són de las cadenas,
Odioso debe ser. El sabio triste,
Que en áridos problemas engolfado,
Por no aquejar su espritu insensible
Cierra los ojos, y la espalda torna
Al infeliz que á su dureza clama,
Odioso debe ser. Serlo aún más debe
El héroe sanguinario, que se place
Entre el horror de las infaustas guerras,
Sus feas muertes y alaridos tristes,
La sangre, el polvo y el tronante bronco
Tras un vano laurel. Aquel que sabe
Llorar con el que llora, condolerse
De su suerte cruel, con sus consejos
Hacerle llevaderos sus rigores,
Testificarle la amistad más viva,
En su seno acogerle compasivo,
Buscarle, hacerle sombra, y en su amparo
Solicito ocuparse; aquéste solo
Es de todos amado; su memoria
Con bendiciones mil corre en las gentes;
Brilla inmortal su gloria; de la tierra
Es delicia y honor, y viva imagen
De la Divinidad entre los hombres.
Así el astro del día sus tesoros
Derrama liberal, el aura pura
Esclara, la tierra vivifica,
Templa los hondos mares, y es fecundo
Beneficio motor del universo.

Mostrarse indiferente á las desdichas,
Doblarlas es, y hacer un beneficio,
De aquel que lo recibe hacerse dueño.
Lo que sólo da el hombre, aquello guarda,
Y ni muerte ó fortuna se lo roba.
Salgamos de nosotros; extendamos
A todos nuestro amor, y la suprema
Bienandanza á morar, del alto empyreo,

Al suelo bajará, de angustias lleno.
¡Ah! ¿cómo puede ser que en faz serena
Ni enjutos ojos el magnate mire
Penar al indigente? El tigre fiero,
Si al tigre ve sufrir, manso se duele;
¡Y el hombre es insensible á la miseria!
¡Y en el lujo dormido, al pobre olvida!

Nuestros días fugaces, sabio amigo,
De amargos ayes, de cuidados llenos,
Cual hermanos vivamos. Con la carga
De nuestros males encorvados vamos
Por la difícil senda de la vida;
Aliviémonos, pues; al que padece
Redimamos del peso; un infelice
Es un justo acreedor á nuestro auxilio.
A un pecho noble y generoso basta
Ser hombre y desgraciado. ¿Quién no debe
Temer continuo la cruel desdicha,
Querido amigo? ¿Quién vivió hasta ahora
Sin conocer las lágrimas? Mil fieros
Enemigos acechan nuestros días,
Y el hombre á padecer nace en la tierra.

Ley es sagrada remediar sus males
Segun nuestro poder, y al que en la cumbre
Coloca Dios del mando, allí le pone
Para que en él el triste halle su alivio,
El pobre amparo, el mérito un patrono.
Prosigue, pues, tu empresa generosa,
¡Oh dulce amigo! acábala, y mis voces
Olvidadas no sean, con los graves
Cuidados que te abrumen noche y día.
Oye á tu alma sensible; da á la patria
Una familia, y sé segundo padre
De un huérfano infeliz; ambos deudores
Le somos, y á la madre desgraciada,
Tú piadoso favor, y yo mis ruegos
Le debo encarecidos. ¡Oh, lograsen
La suerte favorable cabe el trono,
Que á tu benigno corazón merecen!

EPÍSTOLA V.

AL DOCTOR DON GASPARE GONZALEZ DE CANDAMO,
CATEDRÁTICO DE LENGUA HEBREA DE LA UNIVER-
SIDAD DE SALAM NCA, EN SU PARTIDA Á AMÉRICA,
DE CANÓNIGO DE GUADALAJARA DE MÉJICO.

¡Huyes, ¡ay! huyes mis amantes brazos,
Dulce Candamo, y entre el indio rudo,
En sus inmensos solitarios bosques,
Corres á hallar la dicha que en el seno,
En el fiel seno de tu tierno amigo
El cielo y la amistad te guardan sólo?
Surta en el puerto la atrevida nave,
Ya las velas fugaces libra inquieta
A los alados vientos; ya impaciente
Clama la chusma por levar el ancla;
Lévala; ciega, entre confusas voces,
Salvas y vivas, á la mar se arroja.

¡Oh! tente, tente, navicilla frágil,
¿Dó te abandonas?... Despeñado noto,
Mira cuál corre la llanura inmensa
Del antiguo Océano, infausto padre
De borrascas y míseros naufragios.
Los ciegos vados, los escollos tristes,
Las negras nubes sobre tí apiñadas,
Y tanto monstruo que las aguas cria,
Miedo y horror al ánimo y los ojos,
Mira desventurada; cauta el puerto
Torna á ganar, y deja de mi amigo
La venturosa carga. Amigo, vuelve,
Vuelve á mis brazos, y con blanda mano
Mis dolorosas lágrimas enjuga.
Tu ciego arrojo á mi sensible pecho
Se las hace verter.... ¡y más contigo
Podrán las leyes de un respeto injusto,
La opinion ciega, el pundonor vidrioso,
Que la ley santa de amistad? No tienes
Aquí cuanto te debe hacer felice?
Tus hermanas, tu amigo.... ¡y de ellos huyes,
Y entre bárbaros dicha hallar esperas?
No, ingrato, no; la sólida ventura

Sólo mora en las almas inocentes
Que une amistad con su sagrado lazo;
Sólo esta llama celestial los pechos
Hinche de verdaderas alegrías
Y de eterno placer, que en sombra triste
Jamás se anubla de pesar tardío.
Léjos del ciego mundanal tumulto,
Tesoros, honras, dignidades, todo
Extraño le es y con desden lo mira.
¡Aquellas dulces pláticas, aquellas
Íntimas confianzas en que á un tiempo
Nuestra razon con la verdad se ornaba,
Y el pecho en entusiasmo generoso,
Por la santa virtud movido, ardía;
Tantos plácidos dias discurriendo
Del hombre y su alto sér, del laberinto
Oscuro de su pecho y sus pasiones;
Las horas que asentados nos burlaban,
En rauda vuelo huyéndose fugaces,
Ya de un arroyo al márgen, ya perdidos
Por estos largos valles; aquel fuego
Con que tú orabas en favor del pobre,
Victima triste de enemigos hados,
Y escuchándote yo, bañadas vieras
Mis mejillas en lágrimas; las gratas
Disputas nuestras, depurando el oro
De la verdad de las escorias viles
Con que el error y el interés la ofuscan;
Los heroicos propósitos, mil veces
Renovados, de amarla sobre todo;
Las útiles lecturas, los festivos
Y sazonados chistes..... tantas, tantas
Celestiales delicias en mis brazos
Detenerte no pueden, ó es que esperas
Hallar acaso en los remotos climas
Otro amigo, otro pecho como el mio?
¡Ah! que ciego te engañas; ¡ah! que triste,
Solo, aburrido, despedido un día,
En tu abandono y tu dolor perdido,
Me has de llamar, y los turbados ojos,
Turbados de llorar, hácia estos valles
Volverás, que ora ¡oh misero! abandonas.
Sí, sí, los volverás, y en ruego inútil
Demandarás el olvidado nombre,
Mis cariños, mis brazos.....; mas ¡qué digo?
Yo le ruego; y la nave ya ligera
Con seago vuelo por el mar cerdele,
Atras dejando la galáica playa,
Hiende las olas espumosas, y huye
Como el viento veloz. Querido amigo,
Mitad del alma mia, compañero
De mi florida juventud, amparo,
Consuelo de mis penas, de virtudes
Y de bondad tesoro inagotable,
Y archivo fiel de mis secretos tristes,
Va en paz, navega en paz; pródigo el cielo
Sobre tí vele, y tus preciosos dias
Fausto conserve para alivio mio.
Consérvelos el cielo, y de su trono
El Dios clemente que en tu pecho puso
El heroico propósito, y te arranca
De la querida patria y mi fiel seno,
Por mil afanes y peligros rudos
Alegre sus delicias conmutando,
Con mano poderosa te sostenga,
Salvo, del mar en el inmenso abismo.
A tu benigno omnipotente imperio
Los raudos vientos su furor enfrenen,
Y aquellos sólo blandamente soplen
Que al puerto afortunado te encaminen;
Cual corre al grato albergue la paloma,
Buscando fiel su nido y sus hijuelos.
El puede, y yo le ruego fervoroso.
No mis ardientes súplicas, nacidas
De inocente amistad, de fe sincera,
Vanás ¡ah! no han de ser, que Dios atiende
Grato al que ruega por el dulce amigo,
Y ante su trono subirán mis voces
Cual el fragante aroma de las aras
En sacrificio acepto. Y tú, que llevas
En mi amigo esta vez, vasto Océano,
Mi vida y la mitad del alma mia

Librada á tus abismos, las sonantes
Alzadas olas calma por do fuere
La frágil navicilla que conduce
Tan sagrado depósito á las playas
Del opulento mejicano imperio.
¡Oh padre venerando! ayuda fácil
Su arduo camino; mis plegarias oye,
Y léjos dél la tempestad ahuyenta.
Yo, agradecido, con sonante lira
Te cantaré por siempre de los mares
Supremo rey, y en himnos reverentes
Subiré á las estrellas tus loores.
Favorable le ampara; que no loca
Presuncion, ni osadía temeraria,
O ciega sed de atesorar, mas sólo
La tierna humanidad, el vivo anhelo
De conocer al hombre en los distintos
Climas do sabio su Hacedor le puso,
Y de ilustrarle el celo generoso,
A tan remotas tierras le arrebatan.
¡Tierras dichosas, que esperais gozarle,
Cuál os envidio, cuánto, y qué tesoro
En él os va de probidad sencilla!
¡Ah! ¡por qué este tesoro á mí se roba?
¡Ah! si unidos alientan nuestros pechos,
¡Por qué mares inmensos nos separan?
¡Cómo, querido amigo, al lado tuyo
Participé no soy de tus fortunas?
¡Por qué, por qué mi espíritu angustiado
Su inmenso mal no ha de llorar contigo?
¡Por qué contigo no verán mis ojos,
No estudiarán ese ignorado mundo,
Tantas incultas, peregrinas gentes?
¡Oh, á tu mente curiosa qué de objetos
Van á ostentarse, cuánta maravilla
A ese tu genio observador aguarde!
Otro cielo, otra tierra, otros vivientes,
Plantas, árboles, rios, montes, brutos,
Insectos, piedras, minerales, todo,
Todo nuevo y extraño; ¡cuán opimos,
Cuán ricos frutos cogerá tu ingenio!
Tu ingenio, conducido á la luz clara
De la verdad en su sagaz exámen.
Sacia la ardiente sed: admira, estudia
La gran naturaleza, y con divina
Mente su inmensidad, feliz abarca;
Sus vínculos descubre, y un hallazgo
Sea cada paso que en sus reinos dices.
Mientras yo, ¡ay Dios! en mi dolor profundo
Perdido y solo, de esperar cansado,
Cansado de sufrir, victima triste
De mil ciegas pasiones, estos valles
Vago sin seao, y despedido imploro
La muerte, con los tristes peregrinos.
¡Ay! de tí léjos, fiel amigo, ¡dónde
Podrá alivio encontrar el alma mia?
¡Dónde aquel celo de mi bien, aquellos
Saludables avisos, que templaban,
Cual un divino bálsamo, las penas
De mi pecho, hallaré?..... Mudo y lloroso,
Solitario, aburrido, los felices
Lugares correré donde solias
Mi gozo hacer un tiempo y mi ventura.
Iré al aula, á tu estancia; el nombre tuyo
Repetiré llamándote, y mi anhelo
Sólo hallará por tí dolor y llanto.
¡Ay, en qué amarga soledad me dejas!
¡Ay, qué tierra, qué hombres! La calumnia,
La vil calumnia, el odio, la execrable
Envidia, el celo falso, la ignorancia
Han hecho aquí, lo sabes, su manida,
Y contra mí, infeliz, se han conjurado.
¡Podré ¡oh dolor! entre enemigos tales
Morar seguro sin tu amiga sombra?
¡Podré un mínimo punto haber reposo,
Gozar un solo instante de alegría?
Dichoso tú, que su letal veneno
Logras seguro huir, y entre inocentes
Semibárbaros hombres las virtudes
Hallarás abrigadas, que llorosas,
De este suelo fatal allá volaron.
Disfruta, amigo, sus sencillos pechos;

Bendice, alienta su bondad selvaje,
Preciosa mucho más que la cultura
Infauta, que corrompe nuestros climas
Con brillo y apariencias seductoras.
¡ Oh, quién pudiera sepultarse entre ellos !
¡ Quién abrazar su desnudez alegre,
De sí lanzando los odiosos grillos
Con que el error y el interés le ataron !
Entonces la alma paz, el fausto gozo,
El sosiego inocente, el sueño blando
Y la quietud, de mí tan suspirada,
Que hoy de mi seno amedrentados huyen,
A morarle por siempre tornarían.

Tú esta ventura logras; tú, felice
En medio de ellos, gozarás seguro
Los más plácidos días.... Ve sus almas,
Su inocencia, el reposo afortunado
Que les dan su ignorancia y su pobreza.
Velos reir, y envidia su ventura;
Léjos de la ambición, de la avaricia,
De la envidia cruel, en sus semblantes
Sus almas nuevas se retratan siempre.
Naturalza sus deseos mide,
La hambre el sustento, su fatiga el sueño.
Su pecho sólo á la virtud los mueve,
La tierna compasión es su maestra,
Y una innata bondad de ley les sirve.
La paz, lo necesario, el grato alivio
De una consorte tímida y sencilla,
Una choza, una red, un arco rudo,
Tales son sus anhelos; esto sólo
Basta á colmar sus inocentes pechos.
¡ Afortunados ellos muchas veces !
¡ Afortunado tú, que entre ellos moras !

Mas ¡ ay ! si vieres al odioso fraude,
Al impio despotismo, el brazo alzado,
Sus días affigir, si á almas de hierro
De su incauta bondad abusar vieseas,
Y expilar (1) inhumanas su miseria,
Oponte denodado á estos furoros.
Opon, amigo, el pecho firme; clama,
Increpa sin pavor, insta, importuna,
Y tu elocuente voz suba hasta el trono
Del justo, el bueno, del clemente Carlos.
Ministro eres de paz; á tí encomienda
El sumo Dios la humanidad hollada.
Ceda todo á este empleo generoso:
Quietud, saber....., hasta la vida misma;
Que ya pródigo el cielo la corona
Teje á tu sien de inmarcesibles flores,
Y despues que hayas sido entre esos pueblos
Claro ejemplo de todas las virtudes,
Te ha de tornar á mis amigos brazos,
Do bajo un mismo techo, venturosos,
Juntos gocemos nuestros breves días,
Y en un sepulcro mismo, inseparables,
Juntos tambien reposen nuestros huesos.
Adios, Candamo, adios; la amistad santa
Distancias no conoce, y de los mares
Y del tiempo á pesar, tuya es mi vida.....
Adios, adios..... ¡ Amarga despedida !

EPÍSTOLA VI.

EL FILÓSOFO EN EL CAMPO.

Bajo una erguida populosa encina,
Cuya ancha copa en torno me defiende
De la ardiente canícula, que ahora
Con rayo abrasador angustia el mundo,
Tu oscuro amigo, Fabio, te saluda.
Mientras tú en el guardado gabinete,
A par del feble ocioso cortesano,
Sobre el muelle sofá tendido yaces,
Y hasta para alentar vigor os falta,
Yo en estos campos, por el sol tostado,
Lo afronto sin temor, sudo y anhelo;
Y el soplo mismo que me abraza ardiente,
En plácido frescor mis miembros baña.
Miro y contemplo los trabajos duros

Del triste labrador, su suerte esquivo,
Su miseria, sus lástimas, y aprendo
Entre los infelices á ser hombre.

¡ Ay Fabio, Fabio ! en las doradas salas,
Entre el brocado y colgaduras ricas,
El pié hollando entallados pavimentos,
¡ Qué mal al pobre el cortesano juzga !
¡ Qué mal en torno á la opulenta mesa,
Cubierta de mortíferos manjares,
Cebo á la gula y la lascivia ardiente,
Del infeliz se escuchan los clamores !
El carece de pan; cércale hambriento
El largo enjambre de sus tristes hijos,
Escualidos, sumidos en miseria,
Y acaso acaba su doliente esposa
De dar ¡ ay ! á la patria otro infeliz,
Victima ya de entónces destinada
A la indigencia, y del oprobio siervo;
Y allá en la corte, en lujo escandaloso
Nadando, en tanto el sibarita rie
Entre perfumes y festivos brindis,
Y con su risa á su desdicha insulta.

Insensibles nos hace la opulencia,
Insensibles nos hace. Ese bullicio,
Ese continuo discurrir veloces
Mil doradas carrozas, paseando
Los vicios todos por las anchas calles;
Esas empenachadas cortesanas,
Brillantes en el oro y pedrería
Del cabello á los piés; esos teatros,
De lujo y de maldades docta escuela,
Do un ocioso indolente á llorar corre
Con Andrómaca ó Zaida, mientras sordo
Al anciano infeliz vuelve la espalda,
Que á sus umbrales su dureza implora;
Esos palacios y preciosos muebles,
Que porque más y más se infla el orgullo,
Labró prolijo el industrioso chino;
Ese incesante hablar de oro y grandezas,
Ese anhelo pueril por los más viles
Despreciables objetos, nuestros pechos
De diamante tornaron; nos fascinan,
Nos embebecen, y olvidar nos hacen
Nuestro comun origen y miserias.
Hombres, ¡ ay ! hombres, Fabio amigo, somos,
- Vil polvo, sombra, nada; y engreídos
Cual el pavon en su soberbia rueda,
Deidades soberanas nos creemos.

¡ Qué hay, nos grita el orgullo, entre el colono,
De comun, y el señor ? ¡ Tu generosa
Antigua sangre, que se pierde oscura
Allá en la edad dudosa del gran Nino,
Y de héroe en héroe hasta tus venas corre,
De un rústico á la sangre igual sería ?
El potentado distinguirse debe
Del tostado arador, pródigo el cielo
Así lo ha decretado, dando al uno
El arte de gozar, y un pecho al otro
Llevador del trabajo; su vil frente
Del alba matinal á las estrellas
En amargo sudor los surcos bañe,
Y exhausto espire, á su señor sirviendo;
Mientras él coge venturoso el fruto
De tan improbo afán, y uno devora
La sustancia de mil. ¡ Oh, cuánto, cuánto
El pecho se hincha con tan vil lenguaje !
Por más que grite la razon severa,
Y la cuna y la tumba nos recuerde,
Con que justa natura nos iguala.

No, Fabio amado, no; por estos campos
La corte olvida; vén y aprende en ellos,
Aprende la virtud. Aquí, en su augusta
Amable sencillez, entre las pajas,
Entre el pellico y el honroso arado
Se ha escogido un asilo, compañera
De la sublime soledad; la corte
Las puertas le cerró; cuando entre muros
Y fuertes torreones y hondas fosas,
De los fáciles bienes ya cansados
Que en mano liberal su Autor les diera,
Los hombres se encerraron imprudentes,
La primitiva candidez perdiendo,

(1) Del verbo *latino* *expilare*, robar, despojar

En su abandono triste religiosas
 En sus chozas pajizas la abrigaron
 Las humildes aldeas, y de entonces
 Con simples cultos fieles la idolatran.
 Aquí los dulces, los sagrados nombres
 De esposo, padres, hijos, de otro modo
 Pronuncia el labio y suenan al oído.
 Del entrañable amor seguidos siempre,
 Y del tierno respeto, no tu vista
 Ofenderá la escandalosa imagen
 Del padre injusto que la amable virgen
 Hostia infeliz arrastra al santuario,
 Y al sumo Dios á su pesar consagra,
 Por correr libre del burdel al juego,
 No la del hijo indigno que pleitea
 Contra el autor de sus culpables días
 Por el ciego interés; no la del torpe
 Impudente adulterio en la casada
 Que en venta al Prado sale, convidando
 Con su mirar y quiebros licenciosos
 La loca juventud, y al vil lacayo,
 Si el amante tardó, se prostituye;
 No la del impío abominable nieto
 Que cuenta del abuelo venerable
 Los lentos días, y al sepulcro quiere
 Llevarlo en cambio de su rica herencia;
 Del publicano el corazón de bronce
 En la comun miseria, de la insana
 Disipación las dádivas, y el precio
 De una ciudad en distracciones viles;
 Ni, en fin, de la belleza melindrosa,
 Que jamás pudo ver sin desmayarse
 De un gusanillo las mortales ansias,
 Empero hasta el patíbulo sangriento
 Corre, y con faz enjuta y firmes ojos
 Mira el trágico fin del delincuente,
 Lúvida faz y horribles convulsiones,
 Quizá comprando este placer impío,
 La atroz curiosidad te dará en rostro.
 Otras, otras imágenes tu pecho
 Conmoverán, á la virtud nacido.
 Verás la madre al pequeñuelo infante
 Tierna oprimir en sus honestos brazos,
 Mientras oficiosa por la casa corre,
 Siempre ocupada en rústicas tareas,
 Ayuda, no ruina del marido;
 El cariño verás con que le ofrece
 Sus llenos pechos, de salud y vida
 Ríco venero; jugueteo el niño
 Ríe, y la halaga con la débil mano,
 Y ella enloquece en fiestas cariñosas.
 La adulta prole en torno le acompaña,
 Libre, robusta, de contento llena,
 O empezando á ser útil, parte en todo
 Tomar anhela, y gózase ayudando
 Con manecillas débiles sus obras.
 En el vecino prado brincan, corren,
 Juegan y gritan un tropel de niños
 Al raso cielo en su agradable trisca,
 A una pintados en los rostros bellos
 El rostro y las pasiones inocentes,
 Y la salud en sus mejillas rubias.
 Léjos, del segador el canto suena
 Entre el blando balido del rebaño
 Que el pastor guía á la apacible sombra,
 Y el sol sublime en el cenit señala
 El tiempo del reposo; á casa vuelve,
 Bañado en sudor útil, el marido
 De la era polvorosa; la familia
 Se asienta en torno de la humilde mesa.
 ¡Oh, si tan pobre no la hiciese el yugo
 De un mayordomo bárbaro, insensible!
 Mas, expilada de su mano avara,
 De Tántalo el suplicio verdadero
 Aquí, Fabio, verías; los montones
 De mies dorada en frente están mirando,
 Premio que el cielo á su afanar dispensa,
 Y hasta de pan los miseros carecen.
 Pero, ¡oh buen Dios! del rico con oprobrio,
 Su corazón en reverentes himnos
 Gracias te da por tan escasos dones,
 Y en tu entrañable amor constante fía.

Y mientras charlan corrompidos sabios
 De tí, Señor, para ultrajarte, ó necios,
 Tu inescrutable sér definir osan
 En aulas vocingleras, él contempla
 La hoguera inmensa de ese sol, tu imagen,
 Del vago cielo en la extensión se pierde,
 Siente el aura bullir, que de sus miembros
 El fuego templado y el sudor copioso,
 Goza del agua el refrigerio grato,
 Del árbol que plantó la sombra amiga,
 Ve de su padre las nevadas canas,
 Su casta esposa, sus queridos hijos,
 Y en todo, en todo con silencio humilde
 Te conoce, te adora religioso.

¡Y éstos miramos con desden? ¡La clase
 Primera del Estado, la más útil,
 La más honrada, el santuario augusto
 De la virtud y la inocencia hollamos?
 Y, para qué? Para exponer tranquilos
 De una carta al azar ¡oh noble empleo
 Del tiempo y la riqueza! lo que haría
 Próvido heredamiento á cien hogares;
 Para premiar la audacia temeraria
 Del rudo gladiador, que á sus pies deja
 El útil animal que el corvo arado
 Para sí nos demanda; los mentidos
 Halagos con que artera al duro lecho,
 Desde sus brazos, del dolor nos lanza
 Una impudente cortesana; el raro
 Saber de un peluquero, que elevando
 De gasas y plumaje una alta torre
 Sobre nuestras cabezas, las rizadas
 Hebras de oro en que ornó naturaleza
 A la beldad, afea y desfigura
 Con su indecente y asquerosa mano.
 ¡Oh oprobrio! ¡oh villipendio! La matrona,
 La casta virgen, la viuda honrada
 Ponerse pueden al lascivo ultraje,
 A los toques de un hombre! ¡Esto toleran
 Maridos castellanos! El ministro
 De tan fea indecencia por las calles,
 En brillante carroza y como en triunfo,
 Atropellando al venerable anciano,
 Al sacerdote, al militar valiente,
 Que el pecho ornado con la cruz gloriosa
 Del Patron de la patria, á pie camina?
 Huye, Fabio, esa peste. ¡En tus oídos
 De la indigencia misera no suena
 El suspirar profundo, que hasta el trono
 Sube del sumo Dios! ¡Su justo azote
 Amenazar no ves! ¡No ves la trampa,
 El fraude, la bajera, la insaciable
 Disipación, el deshonor lanzarlos
 En el abismo del oprobrio, donde
 Mendingarán sus nietos infelices,
 Con los mismos que hoy huellan confundidos?
 Húyelos, Fabio; vén, y estudia dócil
 Conmigo las virtudes de estos hombres
 No conocidos en la corte. Admira,
 Admira su bondad; ve cuál su boca,
 Llana y veraz como su honrado pecho,
 Sin velo, sin disfraz, celebra, increpa
 Lo que aplaudirse ó condenarse debe.
 Mira su humanidad, apresurada,
 Al que sufre acorrer; de boca en boca
 Oírás volar ¡oh Fabio! por la corte
 Esta voz celestial; mas no, imprudente,
 En las almas la busques, ni, entre el rico
 Brocado, blando abrigo al infelice.
 Sólo los que lo son, sólo en los campos
 Los miserables condolerse saben,
 Y dar su pan al huérfano indigente.
 Goza de sus sencillas afecciones
 El plácido dulzor, el tierno encanto;
 Ve su inocente amor con qué energía,
 Con qué verdad en rústicos conceptos
 Pinta sus ansias á la amable virgen,
 Que en mutua llama honesta le responde,
 El bello rostro en púrpura teñido;
 Y bien presto ante el ara el yugo santo
 El nudo estrechará, que allá forjában
 Vanidad ó ambición, y aquí la dulce

Naturaleza, el trato y la secreta
Simpática virtud que unió sus almas.
Sus amistades ve; desatendida
En las altas ciudades, do enmudece
Su lengua el interes; sólo del rudo
Labio del labrador oírás las voces
De esta santa virtud, gozarás pura
Sólo en su seno su celeste llama.

Admira su paciente sufrimiento,
Ó más bien llora, viéndolos desnudos,
Escualidos, hambrientos, encorvados,
Lanzando ya el suspiro postrimero
Bajo la inmensa carga que en sus hombros
Puso la suerte. El infeliz navega,
Deja su hogar, y afronta las borrascas
Del inmenso Océano, porque el lujo
Sirva á tu gula, y su soberbio hastío,
El café que da Moca perfumado
O la canela de Ceilan. La guerra
Sopla en las almas su infernal veneno,
Y en insano furor las córtas arden;
Desde su esteva el labrador paciente,
Llorando en torno la infeliz familia,
Corre á la muerte, y en sus duros brazos
Se libra de la patria la defensa.
Su mano apoya el anhelante fisco;
La aciaga mole de tributos carga
Sobre su cerviz ruda, y el tesoro
Del Estado hinche de oro la miseria.

Ese sudor amargo con que inunda
Los largos surcos que su arado forma,
Es la dorada espiga que alimenta,
Fabio, del cortesano el ocio muelle.
Sin ella el hambre pálida..... ¡Y osamos
Desestimarlos? Al robusto seno
De la fresca aldeana confiamos
Nuestros débiles hijos, porque el dulce
Néctar y la salud felices hallen,
De que los privan nuestros feos vicios.
¡Y por vil la tenemos? ¡Al membrudo
Que nos defiende injustos desdeñamos?
Sus útiles fatigas nos sustentan,
¡Y en digna gratitud con pié orgulloso
Hollamos su miseria, porque al pecho
La roja cinta ó la brillante placa
Y el ducal manto para el ciego vulgo
Con la clara Excelencia nos señalen?
¡Qué valen tantas raras invenciones
De nuestro insano orgullo, comparadas
Con el monton de sazonadas mieses
Que crió el labrador? Débiles niños,
Fináramos bien presto en hambre y lloro
Sin el auxilio de sus fuertes brazos.

EPÍSTOLA VII.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRÍNCIPE DE LA PAZ,
CON MOTIVO DE SU CARTA PATRIÓTICA Á LOS
OBISPOS DE ESPAÑA, RECOMENDÁNDOLES EL NUEVO
Semanario de Agricultura.

¡Qué ven mis ojos! ¡al angusto Carlos,
Á vos, señor, desde su trono excelso,
Del desvalido labrador la suerte
Con lágrimas mirar, y hasta lá esteva
Bajando honrada, en su feliz alivio
Con atencion solícita ocuparos!
Que á la ignorancia desidiosa os veo
Querer lanzar de los humildes laras,
Do abrigada hasta aquí, tantas fatigas,
Desvelos tantos disipando ciega,
Sus infelices víctimas arrastra
De la indigencia al criminal abismo!
Ya á vuestro mando poderoso corren
Las luces, la enseñanza; tiembla y gime
Azorado el error; de espigas de oro
La madre España coronada, encumbra
Su frente venerable, y, cual un tiempo,
Sobre el orbe domina triunfadora.
Gozad, señor, de la sublime vista
De tan gloriosa perspectiva; afable
Tended los ojos, contemplad el pueblo,

El pueblo inmenso, que encorvado gime,
Con sus afanes y sudor creando,
Tutelar númen, las doradas mieses
En que el Estado su sustento libra.
Miradlo, cillo celebrar gozoso
El día que le daís; alzar las manos
A vos y al trono, y demandar al cielo
Para Carlos y vos sus bendiciones.

Seguid, seguid, y nuevo Triptolemo,
Sed el amigo, el protector, el padre
Del colono infeliz; raye la aurora
De su consuelo, y en su hogar sobrado
Por vos ria el que á todos nos sustenta.
Alguna vez con pecho generoso
La grandeza olvidad, dejad la corte
Y el fausto seductor, y á él descendiendo,
Ved y llorad. En miserables pajas
Sumida yace la virtud; fallece
El padre de familias, que al Estado
Enriqueció con un enjambre de hijos;
Gime entre andrajos la inocente virgen,
Por su indigna nudez culpando al cielo;
O el infante infeliz transido pende
Del seno exhausto de la triste madre.
Las lágrimas, los ayes desvalidos
Calmad, humano, en la infeliz familia;
Y vedla en su indigencia aún celebrando
A su buen rey, en su defensa alegre
Ansia verter su sangre generosa;
Vedla humilde adorar la inescrutable
Providencia, y con frente resignada,
Religiosa en su mísero destino,
Besar la mano celestial que oprime
Tan ruda su cerviz, y le convierte
El pan que coge en ásperos abrojos.

Comparad justo, comparad entónces
Su honradez, su caudor, su sufridora
Paciencia, su bondad, con el orgullo
Del indolente y rico ciudadano.
Aquél afana, suda, se desvela
Del alba rubia al véspero luciente;
Sufrir la escarcha rígida, las llamas
del Can abrasador, la lluvia, el viento;
Cria, no goza; y sin quejarse deja
Que el pan mil veces le arrebate el vicio,
Y el otro, rico, cómodo, abundoso
De regalo y placer, en el teatro,
En el ancho paseo, en el desórden
Del criminal festín, siempre al abrigo
Del sol, del hielo, con soberbia frente
Censura, increpa, desconoce ciego
La mano que le libra su ventura;
Y oído acaso..... el ocio y el regalo
Le hacen ingrato, desdeñoso, injusto;
Y su honradez al labrador, paciente.
¡Qué sería, señor, si al cielo alzara
La frente más holgado? ¡si sobre ella
La palidez, el escualor, el triste
Timido abatimiento no afeasen
Indignos su virtud? ¡qué si arrastrando,
Cual siervo fiel, de la pobreza amarga
No llevase doquier los rudos grillos?

Rompedlos vos, y le veréis qué alegre
Corre á la esteva y al afán; qué tierno
La mano besa que su bien procura.
Instruidle, alentadle, y la abundancia
Sus trojes colmará; nuevas semillas,
Nuevos abonos, instrumentos nuevos
A servirle vendrán; las misteriosas
Ciencias el pan le pagarán que cria
Para el sustento de sus nobles hijos.
No será, no, la profesion primera
Del hombre y la más santa, que honró un día
Inclitos consulares y altos reyes,
Y aún sonar pudo en el divino labio
Del sumo Autor en el eden dichoso,
Ruda y mofada en su ignorancia ciega.

Los anchos llanos de Castilla, ora
Desnudos, yermos, áridos, que claman
Por frescura y verdor, verán sus rios
Útiles derramarse en mil sonantes
Risueños cauces, á llevar la vida

Por sus sedientas abrasadas vegas.
Desplegará sus gérmenes fecundos
La tierra, y alzarán su frente hermosa
Mil verdes troncos, su nudez cubriendo.
La Bética será, cual fuera un día
Entre la docta antigüedad, el suelo
Donde los dioses los Eliseos campos
Plantaron, premio á las ilustres almas;
Mieses, ganados, perfumadas frutas
Doquier, y paz, y cándida alegría;
Volveránse un jardín los agrios montes;
Todo se animará; sobre la patria
Sus faustas alas tenderá la alegre
Prosperidad, y al indio en largos rios
La industria llevará nuestras riquezas.

El labrador, que por instinto es bueno,
Lo será por razon, y el vicio en vano
Querrá doblar su corazon sencillo.
Será su religion más ilustrada;
Y el que ora bajo el esplendente cielo,
Abrumado de afán, siente y no admira,
Cual el bucy lento que su arado arrastra,
El activo poder que le circunda
De su Hacedor, la diestra protectora
Ostentada doquier, ya en el milagro
De la germinacion, ya de las flores
En el ámbar vital, ó el raudal viento
En el Enero rígido, en la calma
Del fresco otoño, en la sonante lluvia,
En la nieve fecunda; en todo, en todo
Podrá, instruido, levantar la frente,
Llena de gozo, á su inefable Dueño;
Ver en sus obras su bondad inmensa,
Y en ellas adorarle religioso;
Ora su mano pródiga á sus campos
Envíe la abundancia, y los corone
Su bendicion de sezonadas mieses;
Ora le agrade retirarla, y mande
Al hielo, al viento, al áspero granizo
Talarlos ¡ay! con ominoso vuelo.

¡Gran Dios! ¡qué perspectiva tan sublime
Para un alma sensible y generosa!
¡Con qué ternura extática se place
Mi musa en ella, y se adelanta alegre
En los dias de gloria de mi patria!
¡Cuán dulces bendiciones! ¡qué loores
Os guardan ya sus venideros hijos!
Traspassad con la mente el tardo tiempo;
Vedlos por vos sobrados, virtuosos,
Hombres, no esclavos ya de una grosera
Rudez indigna ó de miseria infausta.
Ved el plantel de vigorosos brazos
Que en torno de ellos la abundancia cria,
Fruto feliz de vuestro celo ardiente;
Gozaos en ellos cual su tierno padre;
Oid en sus labios vuestro fausto nombre;
Y á la vejez, que al escucharlo, al cielo
Los ojos alza en júbilo inundados.
Ved y gozad, si en los presentes males
Llorásteis hasta aquí; y abrid el seno,
Con tantas dichas, al placer más puro.

Sed en el alma labrador..... La mia
Se arrebató, señor; habla del campo,
Del colono infeliz; criado entre ellos,
Jamás pudo sin lágrimas su suerte,
Sus ansias ver mi corazon sensible.
Fueron mis padres, mis mayores fueron
Todos agricultores; de mi vida
Vi la aurora en los campos; el arado,
El rudo apero, la balante oveja,
El asno sufridor, el bucy tardío,
Gavillas, parvas, los alegres juegos
Fueron la dicha de mi edad primera.
Vos lo sabeis; nuestra provincia ilustre
Héroes y labradores sólo cria.
De sus arados á triunfar corrieron
Del Nuevo-Mundo las sublimes almas
De Pizarro y Cortés, y con su gloria
Dejaron muda, atónita la tierra.
Al forzado extremeño habréis mirado
Más de una vez sobre el monton de mieses
Burlar de Sirio abrasador los fuegos,

Lanzando al viento los trillados granos
Con el dentado bieldo, ó de la aurora
Los rayos aguardar sobre la esteva.
Pues extremeño sois, sed el patrono,
El padre sed del labrador; los pasos
De los buenos seguid. Pero ¡ah! no basta
Que le instruyais, que á socorrerle vengan,
A vuestra voz, mil útiles doctrinas.
Doquier se vuelve entre cadenas graves,
Sin accion ve sus miembros vigorosos.
Parece que la suerte un muro ha alzado
De bronco entre él y el bien; trabaja y suda,
Y en vano anhela despedir el yugo,
El grave yugo que su cuello oprime.

Busca la tierra do afanoso pueda
Sus brazos emplear, y ansia, llorando,
La dulce propiedad, que una ominosa
Vinculacion por siempre le arrebató.
No tiene un palmo do labrar, y en torno
Leguas mira de inútiles baldíos.
Abierta su heredad, pídele en vano
Los frutos en sazon, y está con ellos
Brindando al bucy y á la golosa oveja.
Perderse ve las sonoras linfas
Del claro arroyo, y fecundar no puede
Sus secos campos con su grato riego.
Aialado en su hogar pobre, le circundan
Sendas impracticables; el altivo
Inútil ciudadano le desdefía.
Sus hombros llevan la pesada carga
De los tributos; el honor, los premios
Al artesano, al fabricante buscan,
Mientras él yace en infeliz olvido.
Si la guerra fatal sus impías teas
Enciende, él corre á defender la patria,
Y mil y miles tan glorioso empleo
Logran huir á la cobarde sombra
De una odiosa exencion; obras, gabelas,
Duros bagajes..... abrumado siempre,
Hollado, perseguido, en vano, en vano
Su dicha anhelaréis, si tantos grillos
Dejaís, señor, á sus honradas plantas.
Sin fruto le instruí, el denso velo
Mejor le está de su rudez grosera.
En su ignorancia estúpida no siente
La mitad de su mal; le abris los ojos
Para hacerle más misero, y que llore
De su destino la desdicha inmensa.

Volvedla, humano, en plácida ventura,
Alzando del buen rey al blando oído
Su justo llanto, su ferviente ruego.
Cortad, rompéd con diestra valedora
El tronco del error; y amigo, padre
Del campo y la labor, un haz de espigas
Cima gloriosa en vuestras armas sea.

EPÍSTOLA VIII.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON GASPÁR MELCHOR
DE JOVELLANOS, EN SU FELIZ ELEVACION AL MI-
NISTERIO UNIVERSAL DE GRACIA Y JUSTICIA.

¡Dejaré yo que pródiga la fama
Cante tus glorias, y que el himno suene
De gozo universal, callando en tanto
Mi tierno amor su júbilo inefable?
JOVINO, no; si atónito hasta ahora
No supo más mi corazon sensible
Que en tí embeberse, en lágrimas bañada
La cariñosa faz; lágrimas dulces,
Que brota el alma en su alegría inmensa,
Ya no puedo callar; siento oprimido
El pecho de placer, trémulo el labio
Hablar anhela, y repetir los vivas,
Los faustos vivas de los buenos quiere.
Sí, mi Jovino; por doquier tu nombre
Resuena en gritos de contento; todos,
Todos te aclaman, las amables Musas,
La ardiente juventud, la reposada
Cobarde ancianidad, el desvalido
Y honrado labrador, en su industrioso
Taller el menestral..... yo afortunado

Los oigo, animo, y gózome en tu gloria,
Y lloro de placer, y gozo y lloro.

¡Gloria! ¡felicidad! Jovino amado,
Dulce amigo, mitad del alma mía,
Al fin te miro do anhelaba; fueron
Agradables mis súplicas..... huyera
La niebla vil que tu virtud sublime
Mancillar intentó; cual la deshace
El dios del día del senit, do brilla,
Rico de luz, en el inmenso espacio,
Tú la ahuyentaste así. Carlos te llama,
Te acoge afable cabe sí, te entrega
De la alma Témis el imperio, y quiere
Que tú su reino á sus hispanos tornes.
Reino de paz y de abundancia, y dulce
Holganza y hermandad..... Jovino mío,
¡Gloria! ¡felicidad!..... sí, volverásle
Este reino del bien; tu celo ardiente,
Tu patriotismo, tu saber profundo,
Tu afable probidad lábrénle á una.

Todos lo anhelan de tu justa diestra;

La humanidad, la lacerada patria
Con lágrimas te muestran sus amados
Hijos; y todos hácia ti convierten
Los solícitos ojos, de inefables
Esperanzas del bien las almas llenas.
Vélos, vélos, Jovino, en estos días
De alegría inmortal, vélos llamarte
Padre, reparador; vélos, y goza
El sublime espectáculo de un pueblo,
Un pueblo inmenso y bueno, que en ti espera.

«Cayó del mal el ominoso cetro,
Clama, y el brazo asolador; radiante
Se ostente la verdad, si antes temblando
Ante el hinchado error enmudecía.
Fué, fué á sus ojos un atroz delito
Buscarla, amarla, en su beldad augusta
Embragarse feliz, la infame tropa
Que insana la insultó, como ante el viento
Huye el vil polvo, se disipe, y llóre
Su acabado favor; Jovino el mando
Tiene, los hijos de Minerva alienten.

«Aliente la virtud; tímida un día,
Si osó al aula llegar, tornó llorosa,
Desatendida, desdeñada, en tierra
Su helada faz, y del favor hollada;
Mas ya le tiende la oficiosa mano
Su ardiente adorador, y el merecido
Lauro decora sus brillantes sienes.

«La misma mano cariflora enjuga
El sudor noble al arador, y aguija
Su ardiente afán; y la esperanza ríe,
De espigas de oro coronada, á entrambos.
No ya taladas llorará sus mieses,
Ni el ancho río los sedientos surcos
Verán correr inútil, su rocío
Al sordo cielo demandando en vano.
Vuelve á los campos la olvidada Témis
Y la igualdad feliz; en pos le rien
La oficiosa hermandad y los deleites
Del conyugal amor, de atroz miseria
Hoy cuasi extinta su celeste llama.
Su habitador de sus pajizos lares
Seguro goce ya, y alce la frente
Al cielo sin rubor; ama Jovino
Los campos y el arado; á vuestro númen
Corred, colonos, y aclamad su nombre.»

Así la voz del bullicioso pueblo;
Y á su anhelante ardor negarte osáras,
Sorda la oreja al ruego fervoroso
De la querida desolada patria?
Y al yugo hurtabas la cerviz robusta?
O de trepar á la elevada cumbre,
Donde la gloria á coronar te lleva
Tu carrera inmortal, cobarde huías?

Vilo, sí, yo lo vi (!); pueblós, sabedlo,
Y acatad la virtud; yo vi á Jovino
Triste, abatido, desolado, al mando
Ir muy más lento que á Gijón le viera

Trocar un día por la corte. Nunca
Más grande lo admiré; por sus mejillas
De la virtud las lágrimas corriendo,
Yo atónito y lloroso le alentaba.
Callaba, y yo también; si revolvía
A su albergue de paz los turbios ojos,
«De tí me arrancan, suspiraba, ¡ay horas
De delicia inmortal, do en el silencio
Apuré ansioso las sublimes fuentes
Del humano saber! ¡Queridos hijos
De mi incesante afán! por mí guiados
Al templo augusto que á natura alzára
Mi constancia y mi amor, do inmensa ostenta
Su profusión y altísimos misterios,
Más vuestro padre no os verá; felices
Guardad su amor y eterna remembranza»;
Y tornaba á exclamar..... Yo enmudecía,
No osando hablarle en su dolor profundo,
Y el coche en tanto rápido volaba.

No, no era hijo de un cobarde miedo
Tan solícito ansiar; horribles via
Los torpes monstruos que contino asaltan
Al cansado poder, la ímpia calumnia,
La adusta envidia, el recelar insomne,
La negra ingratitud, que á los umbrals
Del aula espían fieros su inocencia.
El muro via, que á la sombra alzára
De un falaz bien el interés mafioso,
Firme, altísimo, inmenso, que su brazo
Debe por tierra echar la incorruptible
Posteridad, sus hechos reseñando,
Y mil escollos y vadosas sirtes,
Do acaso zozobrar su heroico celo.
¡Ah, lo que emprende y lo que deja! cuanto
De un alma, al soplo de ambición helada,
Puede la dicha hacer! En su retiro
Brillaba augusto como el sol; no el fausto,
No grandeza ó poder, su excelsa mente,
Su oficiosa virtud eran Jovino.

¡Inefable virtud, sagrada hoguera,
Que al hombre haces un dios, y ante tu trono,
Cuando su pecho, omnipotente, inflamas,
Haces que ofrezca en sacrificio alegre
Reposo y vida, y cuanto abarca inmenso
En la tierra su amor, de almas sublimes
Consuelo, encanto, anhelo, númen, todo!
Hablaste, y dócil se rindió mi amigo,
Y á tu imperio obediente, á hacer dichosos
Corrió, infeliz en la comun ventura.
¡Infeliz! no; tus gozos inefables
Sacian el corazón; doquier te ostentas,
Ríe altísima paz, se oye el sublime
Grito inmortal de la conciencia pura,
Y los siglos sin fin que en rauda giro
Eterno el nombre de tus hijos sueñan.
Entre ellos brillará, Jovino, el tuyo,
Y de uno en otro crecerá su gloria.
La humanidad y tus canoras musas
Suyo le aclamarán; dirán que diste
Grandes ejemplos y que empresas grandes
Consumaste feliz; la encantadora
Arte de Apéles lo dirá, el sonoro
Cinzel y el genio del grandioso Herrera,
Y el ancho Bétis, y Madrid, y el suelo
De tu caro Gijón, la antigua cuna
Del cetro hispano, en sus ríscosas cimas,
Sobre las nubes, de tu planta holladas,
Infatigable para el bien; diránlo
Cuántos ríges en paz, mansa y sílave,
Cual la altísima mano que sustenta
El orbe, y sabe, pródiga, invisible,
Llevarlo siempre al bien; tú así en el mando
Afable ordenarás; verán los hombres
Que no es yugo la ley; que es dulce nudo
De feliz libertad y paz y holganza.

Veránlo; y yo les clamaré, inflamado
De un fuego celestial, fuego en que arden
Nuestros dos pechos, inmortal ejemplo
De fino amor y fraternal ternura:
«Este es mi amigo, y me crió, y su labio
Me enseñó la virtud, y al lado suyo
A ser bueno aprendí, y amar los hombres»

(1) Apenas supe la elevación de mi amigo, corrí á encontrarle y á abrazarle hasta más arriba de León.

Él en mi seno el delicioso anhelo
 Prendió y la sed del bien, y él me decía
 Que una lágrima es más sobre las penas
 Del infeliz vertida, que oro y mando,
 Y cuanto excelso prez el mundo adora.
 Lloré y gocé con él; juntos nos vieron
 Las prestas horas revolver tranquilos
 Los sagrados depósitos do encierra
 Minerva sus riquísimos tesoros,
 Fastos sublimes de la mente humana,
 Y apuréis con él; al templo augusto
 Él me introdujo de la santa Témis,
 Y débole su amor, y cuanto abriga
 Sentir sublime el corazón le debo.»
 ¡Gloria, felicidad, Jovino amado,
 Y eterna gratitud !..... Pueblos, conmigo
 Venid, uníos, y que el himno suene
 De perdurable honor; que extienda el eco
 Al Zemblo helado, y donde nace el día,
 Y el ancho espacio de los cielos llene.
 Tú en tanto afana, lidia, vence, ahuyenta
 El fatal genio que su trono infausto
 En la patria asentó; caiga el coloso
 Del error de una vez, alzando al cielo
 Libre el ingenio sus brillantes alas.
 Un hombre sea el morador del campo;
 No los alumnos de Minerva lloren
 Entronizada á la ignorancia altiva,
 Ni cabe el rico la inocencia tiembla.
 Justa la ley al desvalido atiende,
 Inalterable, igual, sublime imagen
 De la divinidad, y afable ría
 La confianza en los hispanos pechos.
 Has su ventura así; lábrala cuanto
 Te consume su amor, siempre embargada
 La excelsa mente en inefables gozos;
 Gozos sublimes, que sin fin florecen,
 Que en vano hiere calumniosa envidia,
 Fortuna acata, de los siglos triunfan,
 Y eterno lauro á la virtud ostentan.
 Del individuo librase en la dicha
 Del todo el bien, y al universo entero
 La inocencia infeliz, de duelo llena.
 Con tan estrecho vínculo se afiude
 El linaje humanal. — Así inflamado,
 Tú me decías, y en mi blando seno
 Tu heroico afán solicito inspirabas.
 Llegó el día feliz; dase á tu diestra
 Válida obrar cuanto enseñó tu labio;
 A tu ingenio asentar el gran sistema
 Que dió á los campos tu saber profundo;
 Y á tu pecho filántropo embriagarse
 En la dicha común, pródigo haciendo
 Que do el mal antes, bienes mil florezcan.
 Si; florezcan por tí, cual en los días
 De Mayo el suelo de la blanda llama
 Regalado del sol, llama fecunda,
 Benéfica, vital, y hasta el remoto
 Manilo de tu amor los dones lleguen.
 Y gratos él, de América los hijos,
 Y los dichosos de tu cara Iberia,
 Artistas, sabios, labradores, cuantos
 En ella precian, y en el ancho mundo,
 Las letras, la virtud, el alma fuego
 De la amistad, y un corazón sencillo,
 La ansia noble del bien, y la indulgente
 Solicita bondad; todos te aclamen;
 Eterna admiración á todos seas;
 Tu claro nombre en sus idiomas suene,
 Y á mi entusiasmo y mi ternura unidos,
 Cuando tu mando alegres recordemos,
 Tu fausto mando, el grito fervoroso,
 En júbilo inefable enajenados,
 ¡Gloria! ¡felicidad!», por siempre sea.

EPÍSTOLA IX.

AL DOCTOR DON PLÁCIDO UGENA, FERRENDADO DE LA IGLESIA CATEDRAL DE VALLADOLID, SOBRE NO ATREVERME Á ESCRIBIR EL POEMA ÉPICO DE PELAYO.

No, Ugena mío, con rugosa frente
 Más censura mi musa silenciosa;
 No perezoso, llámame prudente.
 Quisieras que con trompa sonora
 Ahora cantara, cual ansie algún día,
 Del gran Pelayo la virtud gloriosa,
 Y el brazo que á la goda monarquía,
 Por tierra hollado el arrogante moro,
 Rompió la vil cadena en que gemía.
 Digno argumento del silencio coro,
 De invencible constancia, de altos hechos
 Y patrio honor riquísimo tesoro.
 Llano Gijón, los bárbaros deshechos,
 Los dardos vueltos en la horrenda cueva
 A herir ¡oh pasmo! sus infieles pechos,
 Un monte desplomarse sobre el Deva,
 Y el hondo valle y despeñado río,
 Que armas y huesos aún rodando lleva,
 Otro sonoro plectro, Ugena mío,
 Piden que iguale á la materia el canto;
 Que yo mi paz de mi silencio fio.
 Tú me conoces bien, tú sabes cuánto
 Inflamó el número la inmortal memoria
 De tantas lides, de prodigio tanto;
 Cuál de la patria la sublime historia,
 El nombre augusto al corazón tocaba,
 Hirviendo en gozo al contemplar su gloria.
 ¡Oh memoria! ¡oh dolor! ya me acechaba
 La vil calumnia, y con su torpe aliento
 La alma verdad y mi candor manchaba.
 Indignéme en su insano atrevimiento,
 Indignéme y gemí, y arrebatado
 Me vi al furor de un huracán violento.
 Sin nombre, sin hogar, proscrito, hollado
 Me viste; empero, en sufrimiento honroso
 Inmóvil, en Dios y en mi virtud fiado.
 ¡Quién del trueno al estruendo pavoroso
 No desmayó! De tal horror teatigo,
 ¡Quién por sí no tembló y huyó medroso!
 Tú y otros raros cariñosos abrigó
 Me disteis sólo, la clemente mano
 Tendiendo, do apoyarse, al triste amigo.
 ¡Honor á la amistad, al soberano
 Feliz venero de inmortal ventura,
 Que ennoblece y consuela al ser humano!
 Pasó el nublado asolador; mas dura,
 Aun viva dura en la azorada mente
 La infausta imagen de su sombra oscura.
 ¡Oh si pudiese hablar! ¡oh si patente
 Poner la iniquidad, rompiendo el velo
 De horror, do esconde su ominosa frente!
 Que al fin, pródigo y justo, al santo cielo
 Plugo amparar á la bondad hollada,
 Tornando en bien mi amargo desconuelo.
 Una mano sagaz, cuanto ignorada,
 Ya en mi poder los monumentos puso,
 Blason de mi inocencia inmaculada.
 Todo lo hallé feliz; ni es ya confuso
 El crimen para mí; la trama infame,
 La mano se que en sombras la dispuso.
 No, empero, aguardes que indignado clame;
 No, aunque holladas vilmente, que en mi ayuda
 La religión y la justicia llame.
 Pasó el tiempo, mi conciencia es muda,
 Mi ajado pundonor nada apetece,
 Y en su paciencia mi bondad se escuda.
 Fortuna en vano su favor me ofrece;
 Quiero, ignorado, en plácido sosiego,
 Mientras voluble á miles embebece,
 Gozar mi noble ser, sin que ni el ciego
 Favor me deba, ó la ambición cuidosa,
 Ni justa queja, ni oficioso ruego.
 ¡Cuán bien, amigo, oscuro se reposa!
 ¡Cuán bien del yugo de afanoso mando
 Vaga exenta y feliz la mente ociosa!
 Y del saber humano contemplando

El tesoro inmortal, que del olvido
 Fué en cien siglos el genio acrisolando;
 Ya sobre el sol con cálculo atrevido,
 El vuelo de un cometa persiguiendo
 En los espacios de la luz perdido;
 Ya edades y naciones recorriendo,
 Con noble ardor en la vivaz memoria
 Mil útiles avisos imprimiendo;
 Riendo ya los hijos de la gloria,
 O repasando en reflexion severa
 De errores mil la lamentable historia.
 Atesore por mí, mande quien quiera;
 Con que en grata inocente medianía
 Yo arribe al puerto en mi fugaz carrera.
 Pasamos vaga sombra en breve día,
 Y aun ciegos anhelamos; ¡oh culpable
 Hidrópico furor, necia agonía!
 Pueda yo, el vuelo alzando á la inmutable
 Fuente del bien, en su corriente pura
 Abogar la sed del ánimo insaciable,
 Y embriagado áun beber de la impostura
 Mi bondad pueda, y del letal encono
 Los fieros golpes contrastar segura.
 De hueca vanidad el necio entono,
 De ambicion loca, ó de servil bajesa
 La frente vil, el humillante tono
 Desdénse cruda en su veraz llaneza,
 Y lejos de adular al vulgo insano,
 Preciando noble de mí ser la alteza,
 Pueda reir al impetu liviano
 Con que ciego el poder al uno eleva,
 Y al otro abate con airada mano;
 Y yuyendo alegre tan amarga prueba,
 Mi mente ejerza el celestia! empleo
 Que anhela el gusto y la razon aprueba.
 Logre de un huerto el plácido recreo,
 El grato halago de alameda umbría,
 De fresco viento el delicioso oreo;
 Do el fácil giro, la corriente fria
 De un arroyuelo murmurante y puro
 Vista y pecho me colmen de alegría.
 Y en grata soledad, libre y oscuro,
 Una casilla cómoda, aunque breve,
 Asilo ofrezca á mi humildad seguro,
 Do al fuego el ceño del invierno lleve,
 Me goce en Mayo, el inflamado estío
 Huya, aspire de Octubre el aura leve,
 Y allí los cisnes de Castalia rio,
 El cano Homero, el culto Mantliano,
 Y el del perdido eden cantor sombrío (1);
 Horacio, amable siempre, siempre humano,
 El que ¡oh Delia! en tus ojos se abrasaba,
 Y el que oyó el Jeta rígido inhumano (2),
 El que tu amor frenético pintaba,
 Fedra infeliz (3), ó la clemencia angusta
 Que á Cina criminal su diestra daba (4),
 O el que en Alcira á la opresion injusta,
 Vengando en César á la audaz grandeza,
 Y en su Mahoma al fanatismo asusta (5);
 Del dulce Laso la feliz llaneza,
 Del grave Herrera la sonante lira,
 Del gran Leon el gusto y la belleza,
 Vengan, y cuantos Cintio afable inspira,
 A acordar con sus números rientes
 Los trinos que mi citará suspira.
 Mi espíritu arrebatén elocuentes
 El genio ardiente que arredró al malvado
 Catilina en sus furias inclementes;
 Del gran Benigno (6) el labio, que inspirado,
 La nada muestra de su orgullo ciego
 Al poder sobre el trono sublimado;
 Del cisne de Cambray el suave fuego, *fin de la*
 Y tu voz ¡oh Granada! fervorosa,
 Que alza al trono de Dios mi humilde ruego.
 Lleve tras ellos mi razon medrosa
 Á tus pies, inmortal filosofia,

Del gran Bacon la antorcha luminosa;
 Profundo Newton me dirá quién guía,
 Cual ordenado ejército, á sol tanto,
 Rodando, inmenso, en la region vacía.
 Buffon, natura, tu sublime manto
 A alzar me enseña, y á inflamar mi seno
 Platon, de la virtud al nombre santo.
 De vicios á Neron y horrores lleno,
 En Tácito temblar despavorido
 Mire, y morir á Séneca sereno.
 Oiga en Livio del foro el gran ruido,
 La voz de Bruto, que venganza clama,
 O de Virginia el último gemido,
 Y arder á Roma en la gloriosa llama
 De patriotismo y libertad, que activa
 Mi sangre agita, y su desmayo inflama.
 Tanta es de la palabra fugitiva
 La mágica virtud, cuando imperioso
 La inspira el genio, la pasion la aviva.
 Así ocupado, viviré gozoso,
 Sin que del ocio el insufrible hastío
 Mi espíritu atosigne congojoso.
 Cual sueño en tanto de la vida el rio
 Se huye fugaz, y hundirse resignado
 En el contemlo de mi aliento el brio.
 De la dura desgracia así enseñado,
 Me hago mejor, como la encina añosa
 Al hierro, el oro al fuego depurado.
 Desapareció la juventud fogosa,
 Y en pos de obrar el turbulento anhelo,
 Y de gloria la llama generosa.
 Ya de la edad el perezoso hielo
 Mi frente amaga, á decorarla empieza
 La nieve, y miro con desden el sucio.
 Téngase, pues, su brillo y su nobleza
 Orgulloso el favor; llene engreida
 El mundo la ambicion de su grandeza.
 Gima en medio su espléndida comida
 La opulencia infeliz; pierda insaciable
 La gula en cila la salud, la vida;
 Mientras yo, Ugena mio, inalterable
 Mi suerte ordeno; silencioso adoro
 La alma virtud en su candor amable,
 Y mil altas verdades atesoro,
 Ya que no es dado el revocar los años,
 Los locos años que perdidos lloro.
 ¡Ah si pudiera ser! ¡oh si los daños
 Ora en ellos borrar que amargos veo,
 A la luz de mis cuerdos desengaños!
 Otro fuera, ¡oh dolor! otro su empleo.
 Sola ¡oh sublime celestia! Sofia!
 De inmenso bien llenáras mi desco;
 Y mientras uno en misera agonía
 Gimiera de medrar, ó tras liviana
 Beldad otro en amor sin seso ardía,
 A otro agitára la codicia insana,
 Corriera aquél al funeral estruendo
 De Marte, y éste tras el aura vana;
 Yo escarmentado, de la playa viendo
 Ya el Ponto hervir en furia borrascosa,
 Su falaz calma sin cesar perdiendo,
 Y al vendaval con ala pavorosa
 Cubrir, volando, de tiniebla oscura
 Del desmayado sol la faz lumbrosa,
 A par que el hombre en su fatal locura
 Ciego en los grillos del error se agita,
 Perdiendo entre ellos su fugaz ventura,
 Y mientras más la tempestad concita
 El turbulento mar, más sin sentido,
 En medio su furor se precipita;
 En suave paz, en inocente olvido
 Sólo en atar de la razon cuidára
 Al útil yugo el corazón rendido;
 Lo necesario sin afan buscára,
 Nunca al ajeno bien contrario hiciera
 El bien sencillo que dichoso ansiára;
 Inmóvil al mal, al aura lisonjera
 Que el cielo á veces favorable envía,
 El ciego porvenir igual me viera;
 Con solicito afán la noche, el día,
 Para elevarme hasta su excelso Dueño,
 Su obra inmensa sagas estudiára,

(1) Milton.
 (2) Ovidio.
 (3) Racine.
 (4) Corneille.
 (5) Voltaire.
 (6) Boissier.

Y sin temblar del poderoso el ceño,
Tras el fausto correr, ó fascinado
Comprar un nombre con mi dulce sueño.
Tan seguro y veraz cuanto ignorado,
Siempre mi rostro el sol viera gozoso,
Ni de nadie envidioso ni envidiado;
Que aquel, Ugena mio, es más dichoso
Que más oscuro en su rincón se encierra;
Y el oro y todo el mando de la tierra
Ni un día valen de feliz reposo.

EPÍSTOLA X.

LA MENDIGUEZ.

No en balde, no, si el infeliz gemido
De la indigencia desvalida alzaba,
Príncipe, á vos para su bien fiaba
Entre el séquito y boato cort sano
Encontrar siempre un favorable oído,
Presto á tender la valedora mano,
Presto á enjugar las lágrimas que vierte
La triste humanidad; de la ominosa
Vil mendiguez, y de la horrible muerte
Que ya sus frentes pálidas cubría,
Mis niños redimís, fijais su suerte,
Y en vez del vicio y la vagancia odiosa
En que su infancia misera gemía,
Nueva vida le dais; vida que un día,
Útil, honrada, laboriosa, el cielo
Fausto bendecirá, y el patrio suelo
Sobre el rico telar verá empleada.

En vano al hambre ya su desolada
Orfandad temblará, ni el inocente
Cuello abrumado con el yugo odioso
De un misero abandono, los umbrales
Del rico, aún más que su indolente oreja,
Conmoverán en tono doloroso.

Léjos de oprobio vil, de amarga queja,
Del ocio torpe y sus horribles males,
En el sudor que inundará su frente,
Y en el salario de sus diestras manos,
Colmándolos la industria de sus dones,
Su vida librarán y su ventura,
Y hombres serán de hoy más y ciudadanos.

Afable recibid de su ternura
Las lágrimas, señor, las bendiciones
De su inocente gratitud, mezcladas
Con las sencillas que mi afecto os debe.
Bendiciones de amor, no inficionadas
Del interés ó la lisonja fea,
Plácida á vos la caridad las lleve;
Y ella sola á bien tanto el premio sea.
Ella os inunde el bondadoso seno
Del júbilo inefable que consigo
Trae la dulce piedad; dar blando abrigo
Al desvalido, y de ternura lleno,
Mezclar al suyo el delicioso llanto
De un solícito amor, ¡celeste encanto!
¡Sólido bien divino, inmarcesible!
Que en vano anhela el feble sibarita,
En vano el hielo y las entrañas duras
Del egoísta bárbaro, insensible,
Y siempre igual en sus delicias puras
El gozo eterno del Olimpo imita.

¡Ah! ¡qué á su lado son cuantas el oro
Da de ilusiones, ni el inquieto anhelo
De la hinchada ambición, cuantos la tierra
Prodiga dones, ó su seno encierra,
Cebo infeliz del humano desvelo?
De delicias riquísimo tesoro,
Jamás se agotará; nunca su hastío,
Nunca de tibia indiferencia el hielo
Ahogan el pecho en inacción amarga.
Entre el silencio de la noche umbría,
Las puntas del dolor, la odiosa carga
Del grave mando que sus ansias ceba,
Y el crudo afán del velador cuidado,
Su recuerdo feliz plácido vuela
Acariciando al corazón penado;
Bálsamo de salud sus llagas cura,
Y alivio y paz y sueño nos procura.

En él veréis mil niños inocentes,
Príncipe, alguna vez en su asqueroso
Pálido horror, de fetidez cubiertos,
Quebrando el pecho en su gemir dolientes,
Sólo en andrajos míseros envueltos,
Sin pan ni abrigo; oprobio vergonzoso
Del sér humano, y de la patria afrenta,
Que por sus hijos ¡oh dolor! los cuenta.
Y en torno luego de ignominia tanta
Redimidos por vos, en el semblante
El vivaz gozo y la salud radiante,
Triscando alegres con ligera planta,
Y al obrador llevados por la santa
Humanidad del templo, en su contino
Preciado afán enriqueciendo el suelo,
Que su tumba infeliz sin vos sería,
Bendecir gratos el dichoso día
En que á su voz os condeleis benigno,
Trocando en tanto bien su amargo duelo.

Hoy para un nuevo sér de vuestra mano,
En faz alegre y oficioso anhelo,
La patria en su regazo los recibe.
Hoy gozosa en sus fastos los escribe,
De vuestro celo generoso, humano,
Señor, por hijos; ¡oh, feliz si viera
Cumplirle un día favorable cuanto
La fama anuncia y la razón espera!
Estos asilos pródigos, que el santo
Fervor del bien á la vagancia opone,
Que á la indigencia humilde, desvalida,
Refugio son, y la vejez helada
Implora en el ocaso de la vida,
Puertos sagrados do en salud se pone
La misera orfandad, abandonada
A los acasos de la suerte inciertos,
De la alma religion santificados,
Que es toda amor como su Autor divino;
Por vos, sólo por vos, lógrense abiertos;
Y, al saber cuerdo y la virtud fiados,
Llenen al fin su altísimo destino.

¡Oh cuán alegre España aplaudiría,
Príncipe, á tanto bien! ¡Cómo el deseo
Lo que ahora anhela entonces gozaría!
Próvido acelerad tan fausto día,
Y al ocio dad y á la indigencia empleo;
Dádselo; ved cómo doquier se ofrece
Cubierto el vicio de infeliz laceria,
Y erigiendo en virtud su oprobio mismo,
Osado vaga, y se derrama y crece
Impune, embrutecido en su miseria,
Corrompe el pueblo, la nación infama,
Abriéndole á sus plantas el abismo.

Ella, señor, á su socorro os llama,
Su nombre angusto vuestro celo inflame,
Miren mis ojos la vagancia infame
Proscrita de una vez; libre se vea
De tan hórrida plaga el suelo hispano;
Vil el mendigo por sus vicios sea;
Su suerte odiada, y de piedad indigna;
Y al que es baldón no se le llame hermano.
Contra tal peste fervorosa trueque
La religion, y su contagio enfrene;
Sancione, en fin, la caridad divina
Tan sagrada verdad, y en una mano
La vara.... y otra el pan, severa ahuyente,
A par que al pobre verdadero aliente,
Al que en su gesto y flébil alarido,
Sucio, flaco, asqueroso, á un palo asido,
¡Oh descuido, oh vil mengua, oh desventura!
Vincula de sus vicios el sustento.
No su indigno gritar hiera mi oído,
Ni espectro tal á mis umbrales mire.
Cuenta yo, cuenta mi salud segura,
No en mi propio hogar incauto aspire
La fatal fiebre con su torpe aliento.

El celo y la piedad á ambos retire
De la vista común; á ambos reciba,
Si no el taller, el afanoso arado;
Su pecho inflame la ganancia activa,
Y cada cual solícito, aplicado,
De su noble jornal cual hombre viva,
El celo y la piedad, que en oficiosas

Santa hermandad los generosos pechos
A empresa apellidados tan gloriosa,
De patriotismo en vínculos estrechos
Unir sabrán, su llama difundida
Del sólio excelso hasta la humilde aldea;
Y una la acción y el fin, los medios unos,
Darle al público amor sublime vida;
Al mal doquier remedios oportunos,
Y harán que obra tan ardua fácil sea.
Y por qué no lo harán? Podrá el tardío
Bátavo, allá en su suelo pantanoso,
El anglo odiado con su cielo umbrío,
O el áspero alemán lo que ¡ay! en vano
El genio nacional ansie afanoso?
Menos grande será, menos humano?
Ellos tendrán asilos, do segura
Labor se apreste á la indigente mano,
Do la doncella misera, inocente,
Gane en su noble dote su ventura,
Do cierto abrigo á su flaqueza cuente
La edad caduca y la niñez cuitada,
Do del saber y la piedad guiada,
La aplicación se instruya, y la pereza
Tiemble del crudo azote la aspereza?
Tendránlos, ¿y acá no?... ¿qué estrella impía
Nos domina, señor? ¿dó está el sagrado
Amor del bien y la virtud? ¿qué fuera
Del noble y gran carácter, algún día
Digno blason del español honrado?
Su llama generosa ¿qué se hiciera,
O cual soplo en las almas le ha apagado?
De vos, sólo de vos remedio espera
La congojada patria en tan continos
Desoladores males cual la oprimen,
En vos la suma está de sus destinos.
En hambre y muertes las provincias gimen,
Ahogadas en amargo desaliento,
Y el anglo avaro ¡oh ultraje! en impía guerra,
Cual vil pirata nuestros puertos cierra,
Déspota infiel del líquido elemento.
Yace el antiguo honor en sombra oscura,
Y del estado la inclita grandeza;
Gloria, genio, esplendor, poder, riqueza,
Todo pasó, y en pos nuestra ventura.
Doquiera el dios del mal su cetro extiende,
Cetro de llanto y amargura y duelo,
Mientras la infame mendiguez segura,
De su peste inundando el ancho suelo,
Bajo sus alas fúnebres se tiende
Cual torrente sin límites, y osada,
Luto, horrores y vicios nos presenta,
Firme, firme oponed la diestra airada,
Y acabe, en fin, proscrita y encerrada.
Medios la patria os prestará abundantes,
Toson en torno y voluntad constantes
Vos consagradle, y redimid su afrenta.
Nuevo atlante seréis, que en hombros lleve
Su suerte incierta y nuestro mal repare,
Que la orfandad y la indigencia ampare,
Y el ser humano á su nobleza eleve.

EPÍSTOLA XL

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ, SIENDO MINISTRO
DE ESTADO, SOBRE LA CALUMNIA.

En el silencio de la noche, cuando
En profunda quietud el ancho mundo
Sumido yace entre su manto umbrío,
Huye azorado de mis tristes ojos,
Señor, el sueño plácido, acosado
Del monstruo horrible de la atroz calumnia.
Ella silbando furibunda anhela,
Su ponzoña fatal vertiendo en torno,
Cubrir de sombras mi inocencia inerme;
Abulta, finge, infama, y á vos osa
Llegar, príncipe amado, por lanzarme
De vuestro noble generoso pecho.

Brama, y ya corren á su infausto grito
El falso celo y la ignorancia ruda,
Que en vagos ecos su clamor repiten;
Baten las palmas, y á fantasmas vanos

Dar saben forma y menazante ceño.
Su pérdida piedad con voz aguda
Veloz los lleva de uno en otro oído,
Y en todos ¡ah! con misteriosas voces
Mañosos siembran el infiel recelo.
Llaman delito mi franqueza honrada;
Mi amor del bien, delirio; mi constante,
Inviolable lealtad.... De horror, la pluma
De la trémula mano se desliza;
Un sudor frío por mis miembros corre,
Y mi ser todo desfallece y tiembla
De noble indignación á ultraje tanto;
Sufrir no puede un alma generosa
Tan infaustas ideas, ni á alentarme
Mi celo fiel ó mi inocencia bastan,
Ni tus avisos, ¡oh sublime hija
Del cielo! alma virtud consoladora.

Veo, señor, entre dudosas nieblas
Vacilar vuestro espíritu; los gritos
Del error oigo; á la funesta envidia
Sesga mirarme, y retorcer las manos
Lívidas, yertas, sus horribles furias
Llamando contra mí, y al justo cielo
Llorando clamo en doloridas voces.
Será, le digo, la virtud hollada
Siempre de la maldad? ¿su infausto trono
Sobre mi patria asentará por siempre
El ominoso error en que sumida
Gimí, juguete vil de sombras vanas?
Ni á derrocarlo de su asiento umbrío
Bastará el celo, el poderoso brazo
Del ministro feliz, que ardiente anhela
Del desmayado ingenio la divina
Llama prender en ella, cual su lumbre
El sol desaparece en el inmenso cielo?
Cuanto en pos de esta divina llama
Osen correr con planta generosa,
Del común bien el ánimo inflamado,
Beberán tristes el amargo cáliz
De la persecución? ¿los pensamientos
Se tildarán del que afanoso emprende
De la verdad la ruda áspera senda.
O trepar de la gloria á la alta cumbre?
Y el que su honor mancilla, en ocio infame
Sumido, inútil, ignorante, oscuro,
De olvido sólo y de desprecio digno,
Con frente erguida, de impudencia armado,
Osará demandar el alto premio
Debido á la virtud, que él asesina?

¿Qué es esto, justo Dios? Allí entre grillos
Á España torna, por el mar cerúleo,
El que del mundo el ámbito doblando,
Logró añadir la América ignorada
De Castilla al blason. El que á sus reyes
Dio de la rica Nápoles el cetro,
Si, en la gloria, inmortal, gime acosado
De la calumnia y de la negra envidia.
Allá, doblando el áspero Pireneo,
Escapa apenas del hispano suelo
El que en trueque feliz sus ágras sierras,
Antes sólo mansion de fieras bravas,
Supo en pensiles convertir, do opima
Rie Pomona y la dorada Cérés,
Mientras muere el pacífico Enseñada
Desdeñado en Medina, y su suspiro
Ultimo es por el bien que ardiente anhela.
Allí, apartado de los hombres, gime
En Bâtres Cabarrus, y el noble fuego
Siente apagarse de su excelsa mente.
A par que tú, Jovino, gloria mia,
Honor ilustre de la toga hispana,
De patriotismo y de amistad dechado,
Ves anublada tu virtud sublime;
La envidia vil y la ignorancia ruda
Se armaron contra tí; pero tu nombre
Fausto crece en tu plácido retiro;
Y aquí, malgrado que en su diestra lleva
La suma del poder, miro del dardo
También herido de la atroz calumnia
De mi príncipe el seno; da á los pueblos
La dulce paz por que llorando anhelan,
Y esta dichosa paz es un delito,

Que estúpida le increpa la ignorancia.
De la nación la dignidad sostiene,
Que el ídolo falaz burlar quería,
Y es otro crimen su constancia noble.
Tienta ilustrado que recobre el César
La parte del poder, que en siglos rudos
De densas nieblas le robó insidiosa
Extraña mano, á su interés atenta;
Téntalo sólo, y la calumnia clama
« Impiedad, impiedad », con grito horrible.
¡ Oh alevé voz ! ¡ Oh pérfida calumnia !
¡ Qué es esto, santo Dios ! ¡ jamás ni un paso
Podrá darse hácia el bien, sin que un delito
Sea en los ecos de su lengua infame ?
¡ Serán la luz y la virtud opuestas ?
El que trabaja y se desvela, y ansia
El bien, recto en sus obras, delincuente
En sus pasos será ? Yo en mi llaneza,
En mi simple bondad, en el olvido
De mi oscuro rincón, ¡ también gimiendo,
Y herido y acosado, y hasta el trono
Alzando su clamor la negra envidia ?
¡ Qué es esto, justo Dios ! ¡ Dónde, indignado,
Los hijos llevas de tu amada España ?
¡ Qué horrible abismo ante los pies les abres !
¡ Por qué destierras de sus nobles pechos
La amistad, la virtud ? ¡ por qué enemigos
Los haces, y arman sus honrados brazos
En mutua destrucción ? Mi ruego humilde
Fué atendido, señor; ante mis ojos
Un resplandor desde el excelsio cielo
Parecióme bañar mi humilde estancia,
El aire rutilar más claro y puro,
Y una divina voz que, poderosa,
« Sigue, clamó, no temas; sigue y lidia;
Que el día llega de la luz; la patria
Mira á lo lejos hácia ti las manos
Tender, y el lauro, plácida, ofrecerte.
Tiempo será que tu inocencia brille
Pura así como el sol; que tus anhelos,
A término felice al fin llevados,
La ansiada gloria de tu patria vean,
Y de las ciencias el augusto imperio,
Derrocado el error al reino oscuro. »
Yo, embebecido en la vision divina,
Alcé los ojos, que hasta allí caídos
El dolor y las lágrimas tuvieron,
Y os vi, señor, con plácida sonrisa
Oír mis voces y alentar mis penas;
Bien como cuando de la vil calumnia
Quejándome ante vos, en vuestro seno,
De bondad lleno y de indulgencia afable,
Depositaba mis dolientes ansias.
Tal os viera, señor; así de entonces
Tranquilo aliento, y su clamor inano
Alzará contra mí la envidia en vano.

EPÍSTOLA XIII.

BATILO Á SU AMADO JOVINO (1).

Deja el mísero llanto y largos ayes
Y blando suspirar á las mujeres,
Y aunque de tierno pecho, no desmayes,
Ni así con encontrados pareceres
Revuelvas en la mente acongojada,
Bétis, su alegre orilla y sus placeres.
La memoria continuo porfiada
Nos presenta las cosas que ya fueron,
Y cuanto más nos duele, más se agrada;
Mas tú, señor, á quien los dioses dieron
Con larga mano de sus claros dones,
A quien tan acabado en todo hicieron,
¡ Arrastrarás los graves eslabones
Que el ignorante vulgo arrastrar suele,
Cerrado de Minerva á las razones ?
Si Sevilla en el ánimo te duele,
De Madrid el bullicio regalado
La fiebre temple y tu dolor consuele.
Pero ¡ de mis amigos separado !....

Puesto en el cabo estoy; ellos lo mismo
Te amarán que en el Bétis te han amado.

Este mi nuevo empleo es un abismo,
Y sus obligaciones contempladas
Son tantas, que no caben en guarismo.

Tener todas las horas ocupadas,
Ora en el tribunal, ora en juicio,
Y rondar en las noches más heladas;
Negarme á la piedad en perjuicio
De la santa justicia..... ¡ duro encargo,
Pesada sujecion, gravoso oficio !

Pudiera hacer catálogo más largo
En contra de los bienes que en sí tiene,
Y comparar la data con el cargo;

Pero ahora tan largo no conviene
Los vuelos extender; quizá algún día.....
Si con su ayuda Apolo me sostiene;

Mas no me negarás cuánta alegría
Un corazon resiente virtuoso
Por tener así lleno todo el día.

Del mismo trabajar sale gozoso,
Cuando el que en ocio vive, ó más bien muere,
Llega á hacerse á sí mismo fastidioso.

¡ Oh venturoso el hombre que pudiere
Continuo trabajar ! que á sus aidabas
Ni el vicio tocará ni los placeres.

Tú en tus disgustos el afán te agravas,
Jamás su carga siente alegre el pecho,
Ni preso estás si la prision alabas.

En la orilla del Bétis no te han hecho
Mil amigos sencillos y leales
Tu blando trato y tu inocente pecho ?

Pues harante en Madrid ora otros tales;
¡ Quién tratarte podrá que no lo sea ?
Y saldrás ganancioso de tus males.

Así mi fino amor te lo desea,
Hasta que en alto tribunal sentado
Con mis alegres ojos yo te vea,
Cual Jove, de los pueblos adorado.

EPÍSTOLA XIII.

Á JOVINO, EN SUS DÍAS (2).

Hoy, pues, ¡ oh gran Jovino ! que tu día
Nos vuelve, con el año, el triste Enero,
Démole todo al gusto y la alegría.

Arrímese la toga, y el sev ro
Ejercicio del foro el paso ceda
Al canto de las Musas lisonjero.

Sobrado tiempo á los cuidados queda,
Ni siempre con su vuelta han de aquejarnos
Como aqueja á Ixion la triste rueda.

Tiempo ha de haber en que al descanso darnos
Podamos algún rato libremente,
Y en inocentes gustos recrearnos.

El espíritu humano no consiente
Que en continuos afanes lo ocupemos;
Que es muy estrecho, y la fatiga siente.

Así en ocio tranquilo celebremos
Con la pascua tus años, y un tal día
Con blanca piedrecuela lo notemos.

¡ Oh si pudiera ser, con qué alegría
Y en cuán sencilla fe lo festejara
A tu lado, señor, la amistad mia !

Como el dulce Mireo (3) sazónara
El tiempo con Trudina y sus amores,
Aunque Delio (4) severo lo notara.

Yo detuviera el paso á mis dolores,
Y dándome su humor el buen Lico,
Tambien vertiera alegre algunas flores.

Paréceme esta vez que ya me veo
Con la copa en la mano; ¡ oh, y cómo ocea
Con su color dorado mi deseo !

Delio cuanto á los labios se la lleva,
La deja ya con gesto melindroso;
Dame acá, Delio, y déjame que beba;

(2) Inédita.

(3) Fray Miguel de Miras, amigo de Jovellanos, residente en Sevilla.

(4) Fray Diego Gonzalez.

(1) Inédita.

Que enloquecer en día tan glorioso,
Antes que no á locura y desvario,
Yo me lo tengo como á caso honroso.
Luego el cáliz me diera un nuevo brio,
Y, aunque con voces trémulas, cantára
Tus loores, señor, el plectro mio.
¡Oh venturoso aquel á quien ampara
Apolo, y que benigno le concede
De Aganipe beber la linfa clara!
Que el tiempo entretener continuo puede,
Y ei convite alegrar, sin que ninguno
Ni su voz huya ni sus cantos vede;
Y ¡ay del que de las Musas siendo aluno,
Ya cual cansado asnillo cede al peso
De un dédalo de leyes importuno!
Cada vez que esto pienso, pierdo el seso;
¡Oh dura esclavitud do el albedrio
Llora cansado, y se lamenta preso!
Si yo tuviera tiempo y fuera mio,
Y el trato de ignorantes no me hiciera
Zonzo el entendimiento, el númen frio,
Quizá á cantar de nuevo me encendiera,
Y el Tórmes con tu voz resonara,
Cual un tiempo del Ebro la ribera,
Cuando el otro las fieras conmovia
Y las peñas y chopos levantados
Al canto de la lira entretenia.
Que al mundo por los dioses fueron dados
Los números divinos porque hiciesen
Estos y otros milagros señalados;
Ni pienses tú, señor, que me encendiesen
Los que benigno inflama el alma Febo,
O que sus dulces voces me venciesen;
Que me diera amistad su blando cebo;
La sencilla amistad, porque cantára
Con sonora voz y aliento nuevo;
Luego, porque la voz mejor sonára,
El néctar jerezano al pecho diera
Calor, con que la musa se inflamára;
Y algo tambien de Ciparis dijera
Por darse á conocer la ninfa mia,
Aunque el fuego apagado se encendiera.
Mas ¡dónde va á parar mi fantasía!
Detenerla no puedo; que enloquece
Sólo con la memoria de un tal día.
Pues gózalo feliz, cual apetece
Mi fina voluntad, ya que á tu lado
Mi amor solemnizarlo no merece.
Diciembre y veinte y tres. — TU FIEL ORILADO.
(1776.)

ODAS FILOSÓFICAS Y SAGRADAS.

ODA PRIMERA (1).

RESPUESTA Á LA *Vida de Jovino* POR EL ZAGAL Ba-
tito, CON ALGUNA NOTICIA DE LA SUYA.

La historia de Jovino,
Y el aurífero verso tan sonoro,
Que Anacreon divino

(1) Inédita. Esta oda es contestacion á la *Historia de Jovino*, idilio de Jovellanos, impreso en la página 6 del tomo XLVI de la presente BIBLIOTECA. La oda fué enviada á Jovellanos, que se hallaba de oidor en Sevilla, con la siguiente carta, la primera que, sin conocerle, le escribió MULENDEZ. Tenia éste á la sazón 23 años.

Salamanca, 30 de Marzo de 1776.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Si las musas salmantinas no tuvieran una justa vergüenza de parecer ante las hispalenses, yo osaria remitir á V. S. alguna composicion ménos imperfecta que las que producía este desamparado terreno ántes de la venida de *Dalmiro* (Caldesi). Este ingenio, á todas luces grande, me animó á la poesia, y á él debo el tal cual gusto que tengo en ella; y sería en mí una culpable deslealtad no pagar con algun elogio á quien le alaba tanto como V. S., y merece ser alabado tan dignamente. La majestad, la pureza del estilo, el entusiasmo, la armonia, y todo lo demás que compone la buena poesia, y se halla tan bien en el idilio *Vida de Jovino*, me hizo desde luego formar un gran concepto del autor y de su delicado gusto: el padre prior de este convento de Agustinos

Justamente envidiára, canta agora,
Humilde musa, si con plectro de oro
Te favorece Apolo. Empresa tanta
No tu vuelo acobarde, que deudora
Le eres de esos loores,
Pues él en muy mayores
El nombre ilustre de Dalmiro canta.
El nombre de Dalmiro,
A quien tú debes que el ardor timbreo
En humilde retiro
Te tocasse benigno; y la corriente
Del diáfano Famiro con deseo
Bobida, ¡oh gran Jovino! y tú no agora
Me desdées cantando, mas consiente
Que por mí sea llevado
Con vuelo arrebatado
Del crucero polar hasta la aurora;
Y á mí *Thémis* severa
Tambien plugo mandarme con ley dura;
Mas feliz si pudiera
En el hondo del pecho áun ser tocado
Del apolíneo ardor.... ¡Ay, tal ventura
Guardárase á tí solo! y nunca, ingrata
La diosa á tu querer, fuéte acordado
Cantar en digno empleo
A Delio y á Mireo,
Con grandilocuo verso, que arrebatá
El animo; y no en vano
Minerva te llamó do el claro Henares
Corre, en cabellos cano
(De la gran Maderit, que en raudo giro
Plácido lame el sacro Manzanares
No léjos), y la diosa allí asentada
Preside en alto sòlio; del retiro
Se huyó de esta ribera....
¡Ay cuán culta ántes era!
Por cien bárbaras lenguas baldonada.
Por tanto á tí fué dado (2),
Con cítara que envidia el tracio Orfeo,
El humilde cayado
Y las gracias de Theyo y de Thalia.
Melpomene al coturno Sofocleo
Te levantó despues, y al régio ornato.
¡Guay, pensábalo necio yo algun día!
Pero ya sólo amores
Canto humilde entre flores,
Y tiemblo del escénico aparato.
Mas no fué dado á todos
La máscara falaz ó el siervo astuto,
Ni el que con altos modos
Ornasen la virtud ó el escarmiento
De negras tocas y sangriento luto;
Que supera la empresa los deseos.
Tú sí, cual la *Direca* al firmamento
Ave andaz se levanta,
Bastas á empresa tanta,
Descendido de claros semideos.
De semideos claros,
Do va el violento Pílas defendiendo
Los que un tiempo reparos
Fueron del moro audaz; pero ¡oh memoria!
No vayas tantas cosas recorriendo,
Que exceden tu poder, y áun el de todos,
Y yo tambien, señor, ¡oh grande gloria!

(fray Diego Gonzales), que me favorece con su amistad, y á quien debí el gusto de verlo, me lo adelantó con las noticias de V. S. y de sus amables calidades; y esto, junto al amor que profeso á este bello ramo de la literatura, y á los que lo cultivan felizmente, me hizo emprender la cancion (oda) que dirijo á V. S. Bien conosco su corto mérito y cuánto le falta para el grado de perfeccion á que llega el idilio; pero la recomendacion del buen afecto de su autor, si no basta del todo á disculparla, podrá hacer tolerables los defectos de ménos bulto, y la osadía con que se ha atrevido á molestar á V. S. Sirvase V. S. ponerle en el número de sus apasionados; y, si sus graves ocupaciones se lo permiten, mantener alguna correspondencia con las musas salmantinas y hacerlas partícipes de algunas producciones. Estas lo desean con ansia, y lo tendrán á singular favor, y yo el que V. S. me cuente entre sus más afectos, y me mande en cosas de su gusto. — Besa las manos de V. S. su más apasionado servidor, JUAN MULENDEZ VALDE.

(Papeles autógrafos de las colecciones de los señores don Martin Fernandez de Navarrete y Marqués de Pidal.)

(2) La gramática pida fueron dados,

Aunque en no digna casera,
Si en mí no degenera,
Algo debo á la sangre de los godos.
Batilo me llamaron,
De Balto, grande nombre, y deliciosas
Las ninfas me criaron
Do el ancho Guadiana sonoro
Se despeña hácia el mar con espumosas
Ondas, y á *Maderit* fuera llevado;
En la pueril edad osé amoroso
Cantar allí á *Filena*;
Después ¡oh grande pena!
Vine á este suelo tosco ¡ay! desterrado.
Feliz la hermosura,
Que en lampo de belleza irresistible
Cuanto tuvo natura
Con tu amor, ¡gran *Jovino*! le fué dado.
Ni la madre de *Lino* vió aseguible
Tal prez, ni *Caliope* tan subido
Cantar oyó jamás cuando el dorado
Plectro *Febo* trinaba,
Y á *Olimpo* la ensalzaba,
De su belleza y de su amor perdido.
Del hidaspe *Niseo*
Tu nombre en raudó vuelo á la Sonora
Intacta llevar veo,
Anarda, y tu valor, ¡oh gran ventura!
Y al *lucífero* reino de la aurora,
Merced al verso aonio, y al divino
Saber que cautivó tu hermosura;
Pero ¡oh en belleza rara!
No ocupes, siempre avara,
El sonoro cantar del gran *Jovino*;
Mas da á su númen sacro
Responder el humilde que me inflama.
No ofende al simulacro
Quien no siempre quemando odor sabeo,
Le adora humilde, y si en sonante llama
Arde su corazón, ¡oh excelsa gloria!
¿Qué más podrá bastar á tu deseo?
Deja, deja entre tanto
Al gran varón que canto,
Responder del amigo á la memoria.
Descenderá del cielo
La sagrada amistad en carro de oro;
¡Oh celestial consuelo!
Y unirán las palmas con divino
Vínculo; de virtudes largo coro
Henchirá nuestros pechos, y en *Mirco*,
Y en *Batilo*, y en *Delio* con *Jovino*,
Veránse ahora en su templo,
Con nuevo y digno ejemplo,
Cástor y *Pólux*, *Piritóo* y *Teaco*.

ODA II.

EL INVIERNO ES EL TIEMPO DE LA MEDITACION.

Salud, lúgubres días; horribrosos
Aquilones, salud. El triste invierno,
En ceñudo semblante
Y entre velos nublosos,
Ya el mundo rinde á su áspero gobierno
Con mano asoladora: el sol radiante
Del hielo penetrante
Huye, que embarga con su punta aguda
A mis nervios la acción, mientras la tierra
Yerta enmudece, y déjala desnuda
Del cierzo alado la implacable guerra.
Falsos deseos, júbilos mentidos,
Léjos, léjos de mí: cansada el alma
De ansiosos días tantos,
Entre dolor perdidos,
Halló al cabo feliz su dulce calma.
A la penada queja y largos llantos
Los olvidados cantos
Suceden, y la mente, que no via
Sino sueños fantásticos, ahincada
Corre á tí, oh celestial filosofía,
Y en el retiro y soledad se agrada.
¡Ah! ¡Cómo en paz, ya rotas las cadenas,
De mi estancia solcito contemplo

Los miseros mortales,
Y sus gozos y penas!
Quién tropa, insano, de la gloria al templo,
Quién guarda en su tesoro eternos males;
Con ansias infernales
Quién ve á su hermano y su felice suerte,
Y entre páfidos brazos le acaricia;
O en el lazo fatal cae de la muerte,
Que en doble faz le tiende la malicia.
• Pocos, sí, pocos, oh virtud gloriosa,
Siguen la áspera senda que á la cumbre
De tu alto templo guía.
Siempre la faz llorosa,
Y el alma en congojosa pesadumbre,
Ciegos hollar con misera porfía
Queremos la ancha vía
Del engaño falaz; allí anhelamos
Hallar el almo bien á que nacemos,
Y al ver que espinas solas abrazamos,
En inútiles quejas nos perdemos.
El tiempo, en tanto, en vuelo arrebatado,
Sobre nuestras cabezas precipita
Los años, y de nieve
Su cabello dorado
Cubre implacable, y el vigor marchita
• Con que á brillar un día la flor breve
De juventud se atreve.
La muerte en pos, la muerte en su ominoso
Fúnebre manto la vejez helada
Envuelve, y al sepulcro pavoroso
Se despeña con ella despiadada.
Así el hombre infeliz, que en loco anhelo
Rey de la tierra se creyó, fenecce:
En un fugaz instante,
El que el inmenso cielo
Cruzó en alas de fuego, desaparece
Cual relámpago súbito, brillante,
Que al triste caminante
Deslumbra á un tiempo, y en tinieblas deja.
Un día, un hora, un punto que ha alentado
Del raudal de la vida, ya se aleja,
Y corre hácia la nada, arrebatado.
Mas ¡qué mucho, si en torno de esta nada
Todos los seres giran! Todos nacen
Para morir; un día
De existencia prestada
Duran, y á otros ya lugar les hacen.
Sigue al sol rubio la tiniebla fría;
En pos la lozanía
De genial primavera el inflamado
Julio, asolando sus divinas flores,
Y al rico Octubre, de uvas coronado,
Tus vientos, oh Diciembre, bramadores,
Que despeñados con rabiosa saña,
En silbo horrible derrocar intentan
De su asiento inmutable
La enriscada montaña,
Y entre sus robles su furor ostentan.
• Gime el desnudo bosque al implacable
Choque, y vuelve espantable
El eco triste el desigual estruendo,
Dudando el alma, de congojas llena,
Tanto desastre y confusion sintiendo,
Si el dios del mal el mundo desordena;
Porque todo fallece, y desolado,
Sin vida ni acción yace. Aquel hojoso
Árbol, que ántes al cielo,
De verdor coronado,
Se elevaba en pirámide pomposo,
Hoy ve aterido en lastimado duelo
Sus galas por el suelo.
Las fértiles llanuras, de doradas
Mieses ántes cubiertas, desaparecen,
En abismos de lluvias inundadas,
Con que soberbios los torrentes crecen.
Los animales tímidos, huyendo,
Bucan las hondas grutas: yace el mundo
En silencio medroso,
Y con chillido horrendo
Sólo algún ave fúnebre el profundo
Duelo interrumpe y eternal reposo.
El cielo que lumbroso

Estática la mente entretenía,
Entre importunas nieblas encerrado,
Niega su albor al desmayado día,
De nubes en la noche empavesado.
¡Qué es esto, santo Dios! ¡Tu protectora
Diestra apartas del orbe, ó su ruina
Anticipar intentas!
¡La raza pecadora
Agotar pudo tu bondad divina!
¡Así solo apiadado la amedrentas,
O tu poder ostentas
A su azorada vista, tú, que puedes
A los astros sin fin que el cielo giran,
Por su nombre llamar, y al sol concedes
Su trono de oro, si ellos se retiran.
Mas no, padre solícito; yo admiro
Tu infinita bondad; de este desorden
De la naturaleza,
Del alternado giro
Del tiempo volador nacer el orden
Haces del universo y la belleza.
De tu saber la alteza
Lo quise así mandar; siempre florido,
No á sus seres sin número daría
Sustento el suelo; en nieves sumergido,
La vital llama al fin se apagaría.
Esta costante variedad sustenta
Tu gran obra, Señor, la lluvia, el hielo,
El ardor congojoso
Con que el Can desalienta
La tierra, del favonio el suave vuelo,
Y del trueno el estruendo pavoroso,
De un modo portentoso
Todos al bien concurren; tú has podido
Sabio acordarlos, y en vigor perenne,
De implacables contrarios combatido,
Eterno empero el orbe se mantiene.
Tú, tú á ordenar bastaste que el ligero
Viento que hiere, horrissono volando,
Mi tranquila morada,
Y el undoso aguacero
Que baja entre él, las tierras anegando,
Al Julio adornen de su mies dorada.
Así su saña airada
Grato el oído atiende y en sublime
Meditación el ánimo embebido,
A par que el huracán fragoso gime,
Se inunda el pecho en gozo más cumplido.
Tu rayo, celestial filosofía,
Me alumbra en el abismo misterioso
De maravilla tanta:
Muéstrame la armonía
De este gran todo, y su orden milagroso;
Y plácido en tus alas me levanta
Do estática se encanta
La inquieta vista en el inmenso cielo:
Allí, en su luz clarísima embriagado,
Hallaré el bien que en el lloroso suelo
Busqué, ciego, de sombras fascinado.

ODA III.

A UN LUCERO.

¡Con qué placer te contemplo,
Desde mi estancia tranquila,
Oh hermosísimo lucero,
Que sobre mi frente brillas!
¡Cómo en tu animada lumbre
Parece que de tí envías
Incesante mil centellas
Con que más y más te avivas!
¡Cómo en la lóbrega noche
Con dulce violencia fijas
En tí extáticos los ojos,
Y con tu fulgor me hechizas!
Arde, pues, arde, y vistoso
Haz mi inocente delicia,
Ejercicio de la mente
Y ocupación de la vista.
Arde, y con tus alas de oro,
En incansable fatiga,

Cruza, antes que el alba asome,
Esa bóveda infinita.
Arde, y entre tantos miles
En que atónito vacila
El espíritu, y por ella
En rápido vuelo giran,
Galan descuella, y preside
Por tu beldad peregrina,
Cual los astros señorea
El sol en mitad del día.
¡Oh! ¡Con qué inexhaustos fuegos
Brillan todos! ¡Cuánto es rica
La vena de luz que ceba
Sus llamas y los ánima!
¡Por qué enmarañados rumbos,
Y en órbitas cuán distintas
Hacen sus largos caminos,
Van, vuelven, nacen, se eclipsan!
Pero sin jamás tocarse,
Siempre en acorde medida
Desde que fué el tiempo, siempre
Llevando las mismas vías.
Los sabios, que desde entonces
Con solicitud prolifa
Los contemplan, embriagados
En su belleza divina,
Como el celebrado Atlante,
Que la fábula nos pinta,
Con sus hombros sustentando
Las esferas cristalinas,
Así en ellos, siempre fijos,
Llegaron con atrevida
Profunda mente á alcanzarlos
En la inmensidad do huían;
Marcándoles con el dedo
¡Oh pasmo! las sendas mismas
Que alumbra, desde que el soplo
Les dió del Eterno vida.
Entonces al Can dijeron:
«Tú serás quien la agonía
Del estío al mundo agrave,
Y al seco Agosto presida.
»Y tú, al lucero del alba,
Quien amante al sol persiga,
Ya á la tierra en faz riñente
Anunciando su venida.
»O bien, héspero radiante,
Si él laso al mar se retira,
Tornad, clamando á los astros,
Que ya las sombras dominan.
»Tú, Oríon tempestuoso,
Quien las rápidas corridas
De los animosos vientos
Y del mar nuevas las iras.
»Y vos, plácidos hermanos (1),
Cual la aurora matutina
La delicia es de los cielos
Y del campo fausta risa,
»Seréis los que las amainen,
Y en paz cureis que adormidas,
De asustar dejen la tierra,
Y amenazaros impías.»
Los de las plagas cóas,
Los que el polo cerca mira,
Y los que la lente apenas
Por altísimos divisa,
Todos estudiados fueron;
Y sus órbitas descritas,
Y señalados los puntos
En que ascienden ó declinan.
¡Oh inconcebible delirio!
Súbito la esfera henchida
De dioses, que allí forjara
La ignorancia ó la mentira,
Adoró el hombre á una estrella,
Fué de un cometa maligna
La llama, y tembló su suerte
La tierra en el cielo escrita.
Luego, á un ángel semejante,
Sentó un mortal (2) en su silla,

(1) Cástor y Pólux.

(2) Copérnico.

Inmóvil al sol, que en torno
 Rodar sus planetas mira;
 Y ya en verdad rey del cielo,
 Vió cabe sus piés rendidas
 Acatarle mil estrellas,
 Que su fausta luz mendigan.
 Empero el divino Newton,
 Newton fué quien á las cimas
 Alzándose del empíreo,
 Do el gran Sér más alto habita,
 De El mismo aprendió felice
 La admirable ley que liga
 Al universo, sus fuerzas
 En nudo eterno equilibra,
 Y hace en el éter inmenso,
 Do sol tanto precipita,
 Que, pugnando siempre huirlo,
 Siempre un rumbo mismo sigan.
 Los ángeles se pasmaron
 De que humana osadía
 Llegase do ellos apénas
 Con arduo afán se subliman,
 Y el inapeable coro
 De estrellas, cuya benigna
 Fúlgida llama en su duelo
 Agracia á la noche umbría,
 Ya descifrado á los hombres,
 De beldad más peregrina
 Fué á sus ojos, que en pos de ellas
 En su etéreo albor se abisman.
 ¡ Oh, si con iguales alas
 Al ansia en que ora se agita,
 Sobre vosotras lograrse
 Alzarse mi mente altiva!
 ¡ Con qué indecible embeleso
 En vuestra luz embebida,
 La sed en que se consume
 Saciar feliz lograria!
 ¡Cuál es vuestro sér? ¡ En dónde
 Arde la inexhausta mina
 Que os inflama? ¡ Qué es un fuego
 Que los siglos no amortiguan?
 ¡ Sois los soles de otras tierras,
 Do en más plácida armonía
 Que aquí, sus débiles hijos
 Viven sin odios ni envidias?
 ¡ Por qué en tan distintos rumbos
 Todas girais? ¡ Por qué, unidas
 Como un ejército inmenso,
 No formais sola una línea?
 ¡ Por qué.....? La mente se ahoga,
 Y á par que atónita admira,
 Mas y más que admirar halla,
 Y más cuanto más medita.
 ¡ Pero mi lucero hermoso
 Dónde está? ¡ De su encendida
 Vivaz llama qué se hiciera?
 ¡ Quién ¡ay! de mi amor me priva?
 Mientras yo el feudo á sol tanto
 De admiracion le rendia,
 De sus celestiales huellas
 Toda el alma suspendida,
 El se hundió en las negras sombras,
 Y fué á brillar á otros climas,
 Hasta que, en su manto envuelto,
 Lo torne la noche amiga.
 Así las dichas del mundo,
 Leve un soplo las mancilla,
 O sombra fugaz volaron,
 Crédulos corriendo á saliras.

ODA IV.

LA PRESENCIA DE DIOS.

Doquiera que los ojos
 Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
 Allí ¡ gran Dios! presente
 Atónito mi espíritu te siente.
 Allí estás, y llenando
 La inmensa creación, so el alto empíreo,
 Velado en luz, te asientas

Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
 La humilde hierbecilla
 Que huelle, el monte que de eterna nieve
 Cubierto se levanta,
 Y esconde en el abismo su honda planta;
 El aura que en las hojas
 Con leve pluma susurrante juega,
 Y el sol que en la alta cima,
 Del cielo ardiendo el universo anima,
 Me claman que en la llama
 Brillas del sol, que sobre el rauda viente
 Con ala voladora
 Cruzas del Occidente hasta la aurora,
 Y que el monte encumbrado
 Te ofrece un trono en su elevada cima:
 La hierbecilla crece
 Por tu soplo vivífico, y florece.
 Tu inmensidad lo llena
 Todo, Señor, y más; del invisible
 Insecto al elefante,
 Del átomo al cometa rutilante.
 Tú á la tiniebla oscura
 Das su pardo capus, y el sutil velo
 A la alegre mañana,
 Sus huellas matizando de oro y grana;
 Y cuando primavera
 Desciende al ancho mundo, afable ríes
 Entre sus gayas flores,
 Y te aspiras en sus plácidos olores.
 Y cuando el inflamado
 Sirio más arde en congojosos fuegos,
 Tú las llenas espigas
 Volando mueves, y su ardor mitigas.
 Si entonces al bosque umbrío
 Corro, en su sombra estás, y allí atesoras
 El frescor regalado,
 Blando alivio á mi espíritu cansado.
 Un religioso miedo
 Mi pecho turba, y una voz me grita:
 « En este misterioso
 Silencio mora; adórale humildeoso. »
 Pero á par en las ondas
 Te hallo del hondo mar, los vientos llamas,
 Y á su saña lo entregas,
 O, si te place, su furor sosiegas.
 Por doquiera infinito
 Te encuentro, y siento en el florido prado,
 Y en el luciente velo
 Con que tu umbrosa noche entolda el cielo;
 Que del átomo eres
 El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
 Que en el vil lodo mora,
 Y del ángel puro que tu lumbre adora.
 Igual sus himnos oyes,
 Y oyes mi humilde voz, de la cordera
 El plácido balido,
 Y del león el hórrido rugido;
 Y á todos dadivoso
 Acorres, Dios inmenso, en todas partes
 Y por siempre presente;
 ¡ Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.
 Oyele blando, y mira
 Mi deleznable sér: dignos mis pasos
 De tu presencia sean,
 Y doquier tu deidad mis ojos vean.
 Hínche el corazón mío
 De un ardor celestial, que á cuanto existe
 Como tú se derrame,
 Y ¡ oh Dios de amor! en tu universo te ame.
 Todos tus hijos somos;
 El tártaro, el lapón, el indio rudo,
 El tostado africano
 Es un hombre, es tu imagen y es mi hermano.

ODA V.

Á LA VERDAD.

Vén, mueve el labio mío,
 Angélica verdad, prole dichosa
 Del alto cielo, y con tu luz gloriosa
 Mi espíritu ilumina;

Huya el error impío,
Huya á tu voz divina,
Cual se despeña la tiniebla oscura
Del albo día ante la llama pura.
No desdénas mi ruego,
Que hasta aquí siempre cariñosa oíste,
Tú, que mi número soberano fuiste
Y encanto delicioso,
Que deslumbrado y ciego,
Se lanza presuroso
Del pestilente vicio en la ancha vía,
El mortal triste á quien tu luz no guía;
Mas aquel que clemente
Miras con blanda faz, en su belleza
Absorto, alzarle á tu inefable alteza
Ansia con feliz vuelo;
Y hollando osadamente
Cuanto el misero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusión rie y tu deidad adora.
Tu deidad, que tremenda
La mente turba del feroz tirano,
Y hace que el grito que su orgullo insano
Arranca al oprimido,
Despavorida atiende
Su oreja entre el lucido
Estrepito en que el aula le adormece,
Y un vil incienso por doquier le ofrece;
Mientras con amorosa
Plácida diestra de los tristes ojos
Limpia el llanto, y calma los enojos
Del infeliz opreso,
Aliviando oficiosa
El rudo indigno peso
Que oprimir puede la inocente planta,
Que á Dios su ánimo libre se levanta.
Ven, pues, ¡oh deidad bella!
Fácil descende del excelso cielo,
Do te acogiste, abandonando el suelo,
Con vicios mil manchado,
Y cual radiante estrella
Conduce al engañado
Mortal; tu luz su espíritu ilumine,
Y el orbe entero á tu fulgor se incline.
Yo, en tu gloria embebido,
Siempre te aclamaré con frente osada,
Y á tu culto la lengua consagrada,
En mi constante seno
Un templo te he erigido,
Do, de tu número lleno,
Te adoro, alma verdad, libre, si oscuro,
Mas de vil miedo y de ambición seguro.
Por tí cuanto en su inestable
Inmensidad el universo ostenta,
O el Altísimo en gloria se presenta,
Como posible existe,
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuiste
A cuya norma celestial redujo
Cuanto despues su infinidad produjo.
Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo rápido, inconstante,
Mientras se pierde el orbe en incesante
Deleznable ruína,
Por tí propia existiendo
Ante tu luz divina,
Al sistema falaz el velo alzado,
Y al error ves cual niebla disipado.
Y centro irresistible
Del humanal desco, cuanto hallara
Sagaz en la ancha tierra y en la clara
Region del alto cielo
Su tesoro invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe; ¡oh pura luz! con que la mente
Te busca inquieta y tus encantos siente.
En ellos embebido,
A Siracusa el griego, á saco entrada,
No ve, y herido de la atroz espada,
Da su vida gloriosa;
Y el gran Newton, subido
A la mansion lumbrosa,

Cual genio alado tras los astros vuela,
Y al mundo absorto la atracción revela.
¡Oh augusta firme amiga
De la excelsa virtud! Tú al sabio oscuro,
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga;
Sus venerandas sienes
De inmortal lauro ciñes, y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria;
O si el triste nublado
De la persecución horrible truena,
Tú le confortas, y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado,
Contra el embravecido,
O á la infame venganza, que maquina
En las tinieblas su fatal ruína.

Así en plácida frente
Pudo el divino Sócrates mostrarse
Al frenético pueblo, y entregarse
A sus perseguidores;
Que la copa, inclemente,
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste,
Y en néctar la cicuta convertiste.
Mártir el generoso
De tu excelsa deidad, así decía,
El tósigo mirando: «Vendrá un día
Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso,
Y la verdad se vea,
Con el gran Dios, de todos acatada,
La vil superstición por tierra hollada.
» Del punto que propuse
Impávido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su impio acero
Vé con diestra ominosa.
A morir me dispuse
En la empresa gloriosa;
Dócil, mas firme abrazo las cadenas
Con que hoy me oprime la engañada Atenas.
» Si Anito me persigue,
Le perdono, y al crédulo Areopago,
Y muriendo, á la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigue
Su prezo, el cáliz bebo
Con que me brinda el fanatismo impío,
Y ¡oh Sér eterno! en tu bondad confío.»

Así dijera el sabio,
Y el tósigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Fedon; Cébes y Crito
Con desmayado labio
Gimen; al vil Melito
Critóbulo maldice, ciego de ira,
Y él en los brazos de Platon espira,
Cual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas, recamadas
De sus rubios ardores,
El sol resplandeciente;
En pálidos fulgores
Fallece el día, y su enlutado velo
La noche tiende por el ancho cielo.

ODA VI.

LA GLORIA DE LAS ARTES (1).

¡Adónde, incauto, desde el ancho vega
Del claro Tórmea, que con onda pura
Y paso sosegado
De Otea el valle fertiliza y riega,
Hoy el número procura
Su vuelo levantar? ¡De qué sagrado
Espíritu inflamado,

(1) Esta oda fué recitada en la junta pública que celebró la Real Academia de San Fernando, el día 14 de Julio de 1781, para la distribución de premios generales de Pintura, Escultura y Arquitectura.

Dejando ya á los tímidos pastores
El humilde rabel, canta atrevido
La gloria de las artes, sus primores,
Y de la patria el nombre esclarecido?

Cual el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido, en la vacía
Region desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guía,
Y ora vaga atrevida, ora medrosa,
Ora más orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta,
Tronar siente á sus pies la nube oscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura.

Entonces el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late;
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido;
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento,
Y en su heroico ardimiento
La vista vuelve, á contemplar se para
La baja tierra, y con acentos graves,
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves.

Yo así saliendo de mi humilde suelo
En día tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,

✓ Dudo, temo, me inflamo y alzo el vuelo,
Do el afán generoso
Al premio corre y palma afortunada;
Palma que colocada
Al pie de la verdad y la belleza,
Quien, de divino genio conducido,
Consigue arrebatarla, á ser empícea
En fama claro, y libre ya de olvido;
Al modo que en la olímpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñía
Del inclito laurel, y su memoria
Eterna despues era.
Mas tú la voz y plácida armonía,
Noble Academia, guía,
Mi verso al cielo cristalino alzando;
¡Felice yo si tu favor consigo,
Y el dulce plectro de marfil sonando,
Las Artes canto tras mi dulce amigo! (1).

Desde estos lares, su palacio augusto,
Cual vivaz fénix renacer las veo
Del hondo y largo olvido
En que la Iberia con desden injusto
Vió un tiempo su alto empleo.
¡Oh nombre de Borbon esclarecido!
A ti fué concedido
Las artes restaurar; con tus favores
A nueva gloria y esplendor tornaron;
La fama resonó de tus loores,
Y los cisnes de Mantua las cantaron.
Ellas alegres, en union amiga,
La frente levantaron con ardiente
Afan, hasta encumbrarse
A la ideal belleza. A su fatiga
Cede el bronce obediente,
Y el mármol del cincel siente animarse;
Tus seres mejorarse,
¡Oh natura! en el lienzo trasladados
El carmin puro de la fresca rosa,
Los matices del iris variados,
El triste lirio y la azucena hermosa.
¡Oh divina pintura, ilusion grata
De los ojos y el alma! De qué vena
Sacas el colorido,
Que al alba el velo cándido retrata,
Cuando asoma serena
Por el Oriente, en rayos encendido?
¡Cómo el cristal bruñido
Finges de la risueña fuentequilla,

De los alegres prados la verdura,
Tanta vária y fragante florecilla,
El rutilante sol, la nube oscura?

¡Cómo en un plano inmensos horizontes,
La atmósfera bañada de alba lumbre,
Seren y puro el cielo,
La sombra oscura de los pardos montes,
Nevada la alta cumbre,
La angusta noche y su estrellado velo,
Del ave el raudo vuelo,
El ambiente, la niebla, el polvo leve,
Tu mágico poder tan bien remeda,
Que á competir con la verdad se atreve,
Y el alma enajenada en ellos queda?

Tú, de la dulce poesía hermana,
Cual ella el pecho blandamente agitas,
Y en amoroso fuego
Con tu expresion y gracia soberana
Le enciendes ó le excitas
A tierna compasion, á rencor ciego,
A desmayado ruego
Y amargo lloro. ¡Oh Sanzio! ¡oh tu admirable
Pincel cuál ha mi espíritu movido!
¡Oh, al contemplar tu Virgen adorable
En su extremo dolor (2), cuánto he gemido!

La dolorida Madre, arrodillada,
Piedad pide á los bárbaros sayones
Para el Hijo postrado.
Su rostro está cual la azucena ajada;
Sus humildes razones
Resuenan en mi oído. ¡Ay, cuán sagrado
Aspecto, aunque ultrajado,
El del Hijo de Dios! ¡Cuál la ternura
De Magdalena y Juan! ¡Cuál la fiera
Del que herirte, oh Jesus, brutal procura,
Y en tu celestial mano, ¡qué belleza!

¡Oh pinceles, oh alteza peregrina
Del grande Rafael! ¡Oh bienhadada
Edad, en que hasta el cielo
En alas del ingenio la divina
Invencion se vió alzada,
Cuando su alma sublime el denso velo
Corrió con noble anhelo
De la naturaleza, y vió pasmado
El hombre ante su ojos, reverente,
El universo estar, y hermoseado
De su mano salir y augusta mente!

• Admira ¡oh hombre! tu grandeza; admira
Tu espíritu creador, y á la estrellada
Mansion vuela seguro,
Donde tu aliento celestial suspira.
La mente allí inflamada
Cruza con presto giro del Arturo
A do tiene el sol puro
Su rutilante trono, y con brioso
Pincel, guiado de furor divino,
Copia el concento raudo y armonioso
Con que se vuelve el orbe cristalino.

Que no tú sola ¡oh música! el ruido
Finges del arroyuelo trasparente,
O imitas las undosas
Corrientes de la mar, ó el alarido
Del soldado valiente
En las lides de Marte sanguinosas.
No ménos pavorosas,
¡Oh fiero Julio! en tu batalla (3) siento
Crujir las roncadas armas y la fiera
Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,
Que si en el medio de su horror me viera.

¡Pues qué, si entre los vientos bramadores
Nave, de airadas olas combatida,
Diestro pincel me ofrece?
Yo escucho el alarido y los clamores
De la chusma afligida;
Y si de Dios los cielos estremee
El carro, y se enardece
Su cólera, y el trueno en són horrendo
Retumba por la nube pavorosa,

(1) El señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, académico de honor, que acababa de pronunciar una elocuente oración sobre las artes.

(2) El bellísimo cuadro de Rafael, llamado comunmente *El Pasmo de Sicilia*, y con más propiedad *El extremo Dolor*.

(3) Célebre cuadro de la batalla de Majencto, dibujado por el gran Rafael, y pintado por Julio Romano, su discípulo.

De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresion medrosa.

Pero el mármol se anima, del agudo
Cinzel herido, y á mis ojos veo

A Laócon (1), cercado

De silbadoras sierpes; en su crudo

Dolor escuchar creo

Los gemidos del pecho congojado,

Y el aspirar alzado.

Los horribos dragones con fúdosos

Cercos le estrechan, y su mano fuerte

En vano de sus cuerpos sanguinosos

Librarse anhela, y redimir la muerte.

¡Mira cómo, en su angustia, el sufrimiento

Los músculos abulta, y cuál violenta

Los nervios extendidos!

¡Cuál sume el vientre el comprimido aliento

Y la ancha espalda aumenta!

Y en el cielo los ojos doloridos,

Por sus hijos queridos,

¡Ay, cuán tarde su auxilio está implorando!

En tan terrible afán, aun la ternura

Sobre el semblante paternal mostrando,

Cuál débil luz por entre niebla oscura.

Ellos, á él vueltos con la faz llorosa

Y débil gesto, al miserable llaman

En quejido doliente,

Rodeados de lazada ponzoñosa.

¡Oh cuán en vano claman!

¡Oh cómo el padre por los tristes siente!

¡Y cuál muestra en su frente

La fortaleza y el dolor luchando,

Y con las sierpes en batalla fiera,

Sus vigorosos muslos agitando,

Los fuertes lazos sacudir quisiera!

Mientras en Apolo (2) la beldad divina

Se ve grata animar un cuerpo hermoso,

Do la flaqueza humana

Jamas cabida halló. Su peregrina

Forma, y el vigoroso

Talle en la flor de juventud lozana,

Su vista alta y ufana,

De noble orgullo y menosprecio llena,

El triunfo y el esfuerzo sobrehumano

Muestran del dios, que en actitud serena

Tiende la firme omnipotente mano.

Parce en la soberbia excelsa frente

Lleno de complacencia victoriosa

Y de dulce contento,

Cual si el coro de Musas blandamente

Le halagará; la hermosa

Naris hinchada del altivo aliento;

Libre el pié en firme asiento,

Ostentando gallarda gentileza,

Y como que de vida se derrama

Un soplo celestial por su belleza,

Que alienta el mármol y su hielo inflama.

Ni el lugar merecido á ti ¡oh divina

Vénus! (3) tampoco faltará en mi canto.

¡Ay! ¡dó fuiste formada!

¡Quién ideó tu gracia peregrina!

Tu tierno y dulce encanto

El ánimo enajena en regalada

Suspension; tu delgada

Tez excede á la cándida azucena

Cuando acaba de abrir; tu cuello erguido

Al labrado marfil; la alta y serena.

Frente al sol claro en el zénit subido.

¡Oh reina de las gracias, blanda diosa

De la paz y el contento, apasionada

Madre del niño alado!

Tus soberanos ojos de amorosa

Ternura, tu preciada

Boca, do ris el beso delicado,

Tu donaire, tu agrado,

Tu suave expresion, tus formas bellas

Del suelo me enajenan, yo me olvido,
Y de cinzel en tí no hallando huellas,
Aborto caigo ante tus piés rendido.

Tan divinos modelos noche y día

Contempla atenta, ¡oh juventud hispana!

Y el pecho así excitado,

La senda estrecha que á la gloria guía

Emprende alegre, ufana.

El genio creador vaya á tu lado;

Aquel que, al cielo alzado,

Huye lo popular, cual garza hermosa

Cuando del suelo rápida se aleja,

Al firmamento se levanta airosa,

Y el vulgo de las aves atras deja.

¡Oh venturoso el que en las artes siente

Propicio al cielo, que al nacer le infunde

Su vivifica llama!

Dadme, Musas, guirnalda floreciente,

Que su frente circunde;

Mientras el pecho latándole se inflama

De noble ardor, exclama

Desvelado en su afán, no halla reposo

Al inquieto furor, teme, suspira,

De un númen lleno, y con pincel fogoso

Odio, miedo, terror y amor me inspira.

Quizá algun jóven, al mirar la gloria

De tan augusto día, y de mi canto

Quizá tambien herido,

Se excita ya á la próxima victoria;

No la duda, y en llanto

Se baña de placer. ¡Oh esclarecido

Premio, muy más subido

Que el tesoro más rico! Quien merece

Que tú le enjagues el sudor dichoso,

Immortal vuela por el orbe y crece

En cada edad con nombre más famoso.

Así Fidias, Lisipo, Apéles viven

En eterna memoria; así la rara

Fama de Zéuxis dura,

Y el grande Urbino y Micael reciben,

Cual ellos, honra clara;

Ni á ti ¡oh Velazquez! en tiniebla oscura

Sumió la muerte dura.

Sus huellas, noble juventud, sus huellas

Sigue, imítalos, insta, y denodada

Hiere con alta frente las estrellas,

En sus divinas obras inflamada.

Mas de las Musas y el crinado Apolo

Oye tambien la celestial doctrina,

Que á Fidias dió el modelo

El cantor frigio, del que el alto polo

Conturba, su divina

Frente moviendo, y estremece el suelo;

Y no en torpe desvelo

Al vicio el pincel des; la virtud santa,

Oh artistas, retratad, y disfamado

El vicio huirá con vergonzosa planta,

Cual sombra triste al resplandor sagrado.

Y los que de la noble arquitectura

La ardua senda seguís, los cuidadosos

Ojos volved contino

A la angusta grandeza y hermosa

De los restos preciosos

Que del griego poder y del latino

Guardar plugo al destino.

Allí estudiad la majestad suntuosa,

Sólida proporcion, sencilla idea

Que á Herrera hicieron claro, y su dichosa

Edad de nuevo amanecer se vea.

Mas tú, en quien Carlos de la patria fia

La suerte y el honor, ¡oh esclarecido

Conde! escucha officioso

Lo que me inspira el cielo en este día.

Si de tí protegido

Sigue el genio español, si el lauro honroso,

En su afán generoso,

Galardon fuere que al artista anime,

Ni envidiaremos la *Piedad toscana* (4),

(1) El grupo de Laoconte, obra admirable del arte griego.

(2) El Apolo de Belvedere, la más sublime obra ideal que nos ha quedado de la antigüedad.

(3) La Venus de Médicis, una de las más bellas y graciosas estatuas de la antigüedad.

(4) Insigne grupo de Maria Santísima, con su Hijo difunto en los brazos, ejecutado por Miguel Ángel, príncipe de la escuela florentina.

Ni tus *estancias* (1), Rafael sublime,
Ni la soberbia mole vaticana.
Felix entonces el pincel ibero,
Del gran Carlos la imagen gloriosa
Copiará reverente,
Y al príncipe brillando cual lucero,
A par su augusta esposa.
Brille el valor impreso en su alta frente,
Y el consejo prudente;
Las gracias todas en la amable Luisa,
Y en el real pimpollo ¡ay! el consuelo
De dos mundos, la paz y tierna risa,
Con que recrea al venerable abuelo.

ODA VII.

DE LA VERDADERA PAZ.

Al maestro fray Diego Gonzales.

Dello, cuantos el cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando,
Y á Dios la están contino demandando.
Las manos extendidas
En su hogar pobre el labrador la implora,
Y entre las combatidas
Olas de la sonora
Mar, la demanda el mercader que llora.
¡Por qué el feroz soldado,
Rompiendo el fuerte muro, á muerte dura
Pone su pecho osado?
¡Ay Delfo! así asegura
El ocio blando que la paz procura.
Todos la paz desean,
Todos se afanan en buscarla, y gimen;
Mas, por artes que emplean,
Las ansias no redimen
Que el apenado corazon comprimen.
Porque no el verdadero
Descanso hallarse puede, ni en el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarín, causa de lloro;
Sino sólo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,
Que ni bienes mayores
Anhela, ni del aula los favores;
Mas consigo contenta
En grata y no envidiada medianía,
A su deber atenta,
Sólo en el Señor fía,
Y veces mil le ensalza cada día.
Ya si de nieve y grana
Pintando asoma el sonrosado Oriente
La risueña mañana;
Ya si en su trono ardiente
Se ostenta el sol en el zenit fulgente;
O ya si el velo umbroso
Corre la augusta noche, y al rendido
Mundo llama al reposo,
Y el escudron lucido
De estrellas lleva el ánimo embebido,
Ensalzado, y le entona
Humilde en feudo el cántico agradable
Que su bondad pregoná,
Su ley santa, inefable,
Con faz, obedeciendo, inalterable.
¡Oh vida, oh sazonado
Fruto de la virtud, de la del cielo
Remedio acá empezado!
¡Cuándo el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo!
¡Cuándo será que deje
El aspirar, temer y el congojoso
Mandar, ó que se aleje
Del oro, á su reposo
Muy más letal que el áspid ponzofioso!

Entonces tornaría
Al lagrimoso suelo la sagrada
Alma paz, y sería
Tan fácil, Delio, hallada,
Cuan ora es ¡ay! en vano procurada.

ODA VIII.

AL SÉR INCOMPREENSIBLE DE DIOS.

¡Primero, eterno Sér, incomprensible,
Patente y escondido,
Aunque velado en gloria inmarcesible,
De todos conocido;
Santo Jehová, cuya divina esencia
Adoro, mas no entiendo,
Cuando su influjo y celestial presencia
Dichoso estoy sintiendo;
En quien existe todo, en quien respira,
Fuerza y virtud recibe;
El ave vuela, el pez las aguas gira,
Y el hombre entiende y vive!
Mientras más te contemplo y con más ansia
Te sigo, más te alejas,
Y tu bondad inmensa y mi ignorancia
Tan sólo ver me dejás.
Mas, ¿cómo, si los cielos de los cielos
No bastan á encerrarte,
De mi flaca razón los tardos vuelos
Llegarán á alcanzarte?
Ella se pierde en el excelso abismo
De tu lumbré esplendente,
Y te adora, Señor, por esto mismo,
Más ciega y reverente;
Pues si le fuera comprenderte dado,
Igual á tí sería;
El cetro te quitára, y mal tu grado,
Tu trono ocuparía;
Pero tú, Señor Dios, vences mi ciencia,
Que eternos siglos vives,
Y el primero y el último en esencia,
De nadie ley recibes;
Tú, que mueves los cielos, y al profundo
Mar lindé señalaste,
Y con columnas de diamante al mundo
Poderoso afirmaste.
Tu sólio es el empíreo, y de tus leves
Piés alfombra la tierra,
Y hasta el abismo á descender te atreves,
Y ves cuanto en sí encierra;
De do sobre tus tronos te sublimas,
Y velado en luz pura,
Del orgullo del hombre te lastimas,
Burlando su locura.
Pues siendo tú mayor que el ancho cielo
Y que el mar insondable,
Y ante quien nada es, remonta el vuelo
A tu faz adorable;
Cuando los serafines, acatando,
Señor, tu inmensa alteza,
Los rostros con las alas ocultando,
Publican su bajeza.
¡Oh riqueza eterna! ¡oh inmenso abismo!
¡Oh sér, oh luz sagrada!
Tan sólo comprendida de tí mismo,
Y á mí anheló eclipsada.
¡Quién eres? ¡dónde estás? ¡no me respondes!
Préstame tus ligeras
Alas, y treparé donde te escondes
En las claras esferas.
Más que el viento veloz, al proceloso
Orion, á la aurora,
Al aquilon, al austro sin reposo
Demandaré en una hora.
Demandaré..., destierra la osadía
De querer comprenderte
De mí ¡gran Dios! hasta que el alma mía
Llegue en tu gloria á verte;
Que no es del lodo humilde en cuanto vive,
Tanto alzar del suelo,
Ni con débiles ojos se percibe
La inmensa luz del cielo.

(1) Salas del Vaticano, pintadas por el gran Rafael, y bien conocidas de los profesores y aficionados á las artes.

Ella me ofusca, mas del vil gusano
Del sol al carro ardiente,
Todo tu sér me anuncia soberano
Con lenguaje elocuente.

Yo lo toco, lo siento, y cuidadoso
En la planta lo admiro,
Lo bendigo en el bruto, respetoso,
Lo aliento, si respiro;

Pero si, osada, á su inefable altura,
Absorta en su belleza,
La curiosa razon trepar procura
Por la naturaleza,

Ella misma me grita: «¡Oh ciego, tente
En tu afán importuno;
Que entrar en su sagrario no consiente
El Excelso á ninguno.»

Los objetos más claros se me mudan,
Y al revés se me tornan;
De todo mis nublados ojos dudan,
Y todo lo trastornan;

Que el que arder hace al sol, su lumbré ciega;

Y una voz en mi oído,
«Contempla, dice, adora, admira y ruega,
Y gozame escondido.»

Yo, así abismado en tanta maravilla,
Con miedo reverente
Ceso, y humilde inclino la rodilla
Y la devota frente.

ODA IX.

LA NOCHE Y LA SOLEDAD (1).

Al señor don Gaspar de Jovellanos, del Consejo de las Órdenes.

Vén, dulce soledad, y al alma mia
Libra del mar horrisono, agitado,
Del mundo corrompido,
Y benigna la paz y la alegría
Vuelve al doliente corazón llagado;
Vén, levanta mi espíritu abatido;
El venero crecido
Modera de las lágrimas que lloro,
Y á tus quietas mansiones me transporta.
Tu favor celestial humilde imploro;
Vén, á un triste conforta,
Sublime soledad, y libre sea
Del confuso tropel que me rodea.

¡Ay! ¡por qué así agitarse el hombre insano,
Y viendo ya á los pies ¡oh ciego! abierto
El sepulcro, gozarte?

Pon, pon freno á la risa, polvo vano,
Calma de tu anhelar el desconcierto,
Y entra en tu corazón á contemplarte.
¡Qué ves para gloriarte?

¡Qué ves dentro de tí? Vuelve los ojos
A tus míseros días; de tus gustos
La flor huyó, quedaron los abrojos
Como castigos justos,
Y fugaces las horas se volaron.....

¡Qué poder tornará las que pasaron?
Tú, angusta soledad, al alma llenas
De otra sublime luz; tú la separas
Del placer pestilente,

Y mientras en silencio la enajenas,
A la virtud el ánimo preparas,
Y á la verdad inclinas trasparente
Del cielo refulgente,
Haciendo que nos abra el hondo abismo,
Do esconde sus tesoros celestiales.

El hombre iluminado ve en sí mismo
Las señas inmortales,
Merced á tu favor, de su grandesa,
Del mundo vil hollando la bajeza.

La mente, sin los lazos que detienen
Su generoso ardor (2), en rauda vuelo
Las vagas nubes pasa,
Llegando á do su trono alzado tienen

Al inmenso Hacedor (3) los altos cielos,
Y á su divina norma se compasa;
De su lumbré sin tasa
Gozosa se alimenta y satíaface.

El fuego celestial con que se atreve
A las grandes empresas, cuanto hace
Bueno el hombre, lo debe,
Oh soledad, á tu silencio angusto,

Donde Dios habla, y se descubre al justo.

Mas los hombres, que ilusos no perciben
Su misteriosa voz, cuyos oídos
A la verdad cerrados,

Y al error son patentes, así viven
Del mundo en el estrépito metidos,
Cual en galera míseros forrados;
Siervos aherrojados

Al antojo liviano y las pasiones,
Sorpréndelos de súbito la muerte.

El sabio, sólo el sabio las prisiones
Rompe con mano fuerte;

Intrepido de todo se retira,

Y de la playa la borrasca mira.

Entónces, adormido en paz gloriosa,

Pesa con lo pasado lo presente,

Con remontado vuelo (4)

Al ciego porvenir lanzarse osa,

Y eleva á las estrellas la ardua frente.

¡Puede á tu sér (5), nacido para el cielo,
Embebecer el suelo?

¡Puede á un alma inmortal, con quien son nada

Esos soles y globos cristalinos,

Tener el bajo suelo así apegada,

O en juguetes mesquinos

Ocuparte, olvidando el alto grado

A que el gran Sér al hombre ha sublimado?

Ves las esferas de eternal ventura,

Reales mansiones del Señor, labradas

Por su poder divino,

Del sinfín de luceros la hermosura,

Todos girando en órbitas variadas;

Alzándose en el éter cristalino

La luna, que el benigno

Rayo de su alba luz al mundo envía

Las pardas sombras y su horror sagrado (6);

Del fugaz viento por la selva umbría

El són dulce, acordado;

¡Qué son los pasatiempos do te encantas,

A par ¡oh ciego! de grandezas tantas?

Tú, espíritu sublime, que metido

Del mundo en el estrépito, suspiras

Por el retiro al cielo,

Del sér humano para honor nacido;

Tú, que los yerros de los hombres miras,

Y á Témis templas el ardiente celo

Con que hiere en el suelo,

Do cual genio benéfico defiendes

Al huérfano y viúda miserables;

Si desde el foro mi cantar entiendes,

Los tonos lamentables

Mira en plácida faz, dulce Jovino,

Si de honor tanto humilde verso es digno.

La amistad me lo inspira; y pues conoces

El valor de las lágrimas, y sabes

Con tu divino canto

Mitigar mi dolor, las tiernas voces

Oye; que el pecho en sus tormentas graves

Sólo halla alivio en el amargo llanto.

El celestial encanto

De la dulce armonía que pusieron

Los cielos en mis labios, y mesquinos

Engaños hasta aquí absorto tuvieron,

Los avisos divinos

(3) Variante:

A su inefable Autor....

(4) Variante:

Y, con sublime vuelo,

(5) Variante:

¡Puede al hombre....

(6) Variante:

Y de las sombras el horror sagrado;

(1) Primera composición filosófica del autor. La envió á Jovellanos con una carta escrita el 17 de Julio de 1779.

(2) Variante:

Fresco su hidalgo ardor....

Oye de la verdad; los lázos deja;
 La virtud canta, y de tu error te queja.
 ¿Cuándo el día será, luciente y puro,
 Que en suave soledad contigo unido,
 El ánimo cuidadoso
 Pueda enjugar sus lágrimas seguro,
 Do en el bosque más solo y escondido,
 Libres, y al pie del árbol más frondoso,
 En celestial reposo
 Tan sublimes verdades contemplemos?
 Acelerad ¡oh cielos! tales días,
 Y la cítara fúnebre templemos,
 Oh Young, que tú tafías
 Cuando en las rocas de Albion llorabas,
 Y á Narcísas á la muerte demandabas.
 ¿Por qué delitos tantos? ¿Por qué holladas
 Las leyes de los cielos descendidas,
 Los lechos conculcados (1),
 Los conyugales lechos, y empapadas
 De humana sangre manos homicidas,
 Los padres por sus hijos ultrajados,
 Los templos profanados?
 ¿Quién, nuevo Catilina, quién, demente,
 Contra la patria armó tu inicua mano?
 El soplo del ejemplo pestilente
 Corrompe el sér humano;
 Pero, ¿de dónde los ejemplos nacen?
 ¡Ay! de las juntas que los hombres hacen.
 El vicio, sagacísimo guerrero,
 Asalta el corazon, que embelesado,
 Ni aun acercarle siente;
 Adúlteros el mundo lisonjero,
 El deleite con soplo envenenado
 Nos adormece, y de la sed ardiente,
 Que hartura no consiente,
 El avaro nos toca. ¿Quién holgará
 Pudo en loco festín, que entre el lucido
 Estrépito saliera sin mancharse?
 Y el falaz gozo ido,
 ¿Quién halla el alma sosegada y pura,
 Y la conciencia de aflicción segura?
 La cándida virtud, cual pura rosa
 Que al rayo de la aurora la cabeza
 Levanta aljofarada,
 Da á solas su fragancia deliciosa.
 Un soplo ajó su virginal belleza.
 A veces, sin cuidado, una mirada
 Encendió la dañada
 Hoguera del amor; tal vez el ciego
 Rencor nació por un enojo breve,
 Y una ciudad devora con su fuego.
 Del mal la causa es leve,
 Y de sus flechas pérfido el amago,
 Cuanto crudo y sin límites su estrago.
 Retiro celestial, tú, ¡oh dulce puerto!
 Do exhalado se acoge el pecho mío,
 De los hombres huyendo,
 De tanto mal me pones á cubierto;
 A tí, seguro, mi dolor confío,
 Con mis ansias al cielo conmoviendo.
 ¿Qué lágrimas corriendo
 Por mis mejillas van? ¿Por qué agitado
 Me late el corazon, enternecido
 En los males del hombre malhadado?
 ¡Oh asilo apetecido!
 ¡Oh soledad, que en mi dolor imploro,
 Benigna acoge el encendido lloro!
 En estas horas, que del raso cielo
 Tanto fulgido sol vela, guardando
 Al mundo adormecido,
 Cubiertos vagan del nocturno velo,
 A la virtud los malos acechando;
 Tú, de tu solío, que los ves, brufido,
 ¿Dónde ¡oh luna! te has ido?
 ¿Huyes, de maldad tanta horrorizada?
 ¿Tu faz (2) pálida escondes?... ¡Oh malvados!
 Rubor, rubor os dé su luz sagrada;

(1) Variante :
 Y los lechos violados,

(2) Variante :
 Tu luz...

Ved que por vos manchados (3)
 Los orbes puros que el Excelso habita,
 Su diestra santa á su pesar se irrita (4).
 El justo, en tanto, reverente alzando
 Las inocentes manos, engrandece
 La inmensa omnipotencia,
 Su enojo con mil lágrimas templando,
 Y cuanto al vano mundo desaparece,
 Tanto más cerca siente su presencia.
 ¡ Los cielos..., la conciencia!....
 ¡Qué angustos compañeros, qué sagradas
 Verdades mostrarán á la alma mía,
 Ahora que estas aguas despeñadas
 Y la acorde armonía
 Del triste ruiseñor al manso viento
 Despiertan mi adormido pensamiento!
 ¿Quién puede ver el cielo tachonado
 De lumbre tanta, y la beldad gloriosa
 De la noche serena,
 El arboleda umbrosa, el concitado
 Batir de la corriente procelosa,
 Que allá á lo léjos pavoroso suena,
 Y este valle, do appena
 El rayo de la luna pasar puede,
 Que alegre el seno palpar no sienta,
 Y en suavisimos éxtasis no quede?
 El alma descontenta,
 Divina soledad, por tí suspira,
 Do, atónita, al gran Sér doquier admira.
 Yo, apenas entro en tu recinto umbroso,
 Siento el ánimo libre y descargado
 Del peso que me abruma;
 Todo ardiendo en un fuego generoso,
 A seguir la virtud me atrevo, osado.
 El liviano contento ¡qué es, en suma,
 Sino viento y espuma!
 Si en la tierra se fija el pensamiento,
 ¿Cuánto, en el mal feraz, en bien mesquina,
 Para volar al cielo tendrá aliento?
 ¡Ay! la virtud divina,
 Que del vil suelo excelso le levanta,
 Sólo la debe á tí, soledad santa.
 Los hombres, siempre en la maldad osados,
 Del Señor los altísimos decretos,
 Sacrilegos burlarán,
 Y á sueño vergonzoso el día dados,
 En las tinieblas fúnebres inquietos,
 Todo á su libre antojo lo trocarán.
 Mas, ¿por qué tanto osarán?
 ¿Qué furor los tomó? Siendo el traslado
 Mejor la noche del poder eterno,
 Do el malo entre las sombras ve, azorado,
 Casi abierto el averno,
 Y el impio á Dios descubre confundido,
 Y ante él se humilla, de su error corrido.
 No así los solitarios que guardaban
 En otra edad las selvas pavorosas
 En olvido dichoso,
 Las silenciosas horas ocupaban
 En delitos ó en pláticas ociosas;
 Mas ántes, embriagados en sabroso
 Dulcísimo reposo,
 Al comun Padre ardientes sublimando
 Entre inefables éxtasis la mente,
 Su celestial imágen contemplando
 En tanto sol luciente,
 Como la alteza soberana muestra
 De su bondad y omnipotente diestra,
 De noche el Señor reina: los horrores
 De su lumbrosa faz sirven de velo
 Al Todopoderoso,
 Do más bien que del sol en los fulgores,
 Al alma alumbraba el vagaroso cielo.
 Su silencio tranquilo y misterioso
 Da á la mente el reposo,
 Que le roba la luz del albo día.

(3) Variante de este verso y del anterior :
 ¡Rubor, rubor os ponga su sagrada
 Vista! ¡Oh! que son manchados

(4) Variante :
 Y su diestra santísima se irrita.

El estrépito y vanos menesteres,
Las inútiles hablas, la alegría
Y vedados placeres
Del dulce meditar el alma alejan,
Y en triste error y ceguedad la dejan.
¡Oh noche! ¡oh soledad! en vuestro seno
Sólo hallo el bien, y en libertad me miro.
Entonces las pasiones
Fuerden su fuerza, el corason sereno;
Y al cielo atento, tras sus astros giro,
O á la razon nivelo mis acciones,
O en mil contemplaciones
Útilmente me ocupo, y, desprendido
De los lazos del cuerpo, me levanto
Al supremo Hacedor: ante Él rendido,
Sus maravillas canto,
Y con los piés hollando lo terreno,
Con Él me gozo, alivio y enajeno.
¿Cómo, pues, insensato el hombre te huye,
Divina soledad! ¿Cómo lamenta
Su venturosa suerte,
Si en tu seno se ve, y al cielo arguye?
¿Por qué en miserias sombras se contenta?
¿Le robarán los hombres á la muerte?
¿Su golpe es ménos fuerte
Si en descuido le hiere? Los agudos
Pesares, la miseria, los dolores,
¿No le amenazan sin cesar, sañudos,
Aunque duerma entre flores?
Y el hombre triste, á padecer nacido,
¿Reposar osa en tan letal olvido?
¿No ha de verle el sepulcro pavoroso,
En ciega noche y soledad, comida
De fétidos gusanos,
Hasta que agrade al Todopoderoso
Con su imperiosa voz darle otra vida.
Alzándole del polvo con sus manos?
¿Beldad y años lozanos
No han de parar en esto? ¡Ay, qué insufrible
Te será aquel estado, si no sabes
Vivir en soledad! ¡Ay, cuán terrible
Ver que en ansias tan graves
Sólo te hace otro polvo compañía!.....
Se estremece en pensarlo el alma mía.
Tú, dulce amigo, que el valor conoces
De la meditacion, y el alma cuánto
Con el retiro gana,
Ven, y esquivadas turbulentas voces,
Al cuidado civil te roba, en tanto
Que el sonrosado manto de oro y grana
Desplega la mañana,
Y con Young silenciosos nos entremos
En blanda paz por estas soledades,
Do en sus noches sublimes meditamos
Mil divinas verdades,
Y á su voz lamentable enternecidos,
Respiramos sus lúgubres gemidos.

ODA X (1).

Á DON ANTONIO TAVIRA.

El fausto, la grandesa,
El poderoso mando y cuanto ha hecho
Del oro la largueza,
Todo le viene estrecho
A un claro, generoso y alto pecho.
Todo lo estima en nada,
Fausto, riquezas, poderoso mando,
De la fortuna errada
Las suertes contemplando,
Y el bajo suelo con desden mirando.
La virtud sola puede
Al ánimo cortar el alto vuelo,
Si tal vez le concede
El favorable cielo
Gozar de la amistad aquí en el suelo.
La amistad, sazonado
Fruto de la virtud, y dón precioso
Que al hombre malhadado

Llovió el cielo amoroso,
Y más rica que el oro más precioso.
Sí, dulcísimo amigo,
La amistad es la joya más subida;
Yo la gozo contigo.
Mi alma á la tuya unida,
Jamás fué tan feliz mi triste vida.
Contigo el pecho mio
Descansa enajenado; tú entretienes
Gustoso al albedrío,
Mi esperanza mantienes
Y en mi sér y mi vida parte tienes.
Por tí yo gozo el lado
De aquel varon en que el hispano suelo
Tiene su bien cifrado,
Cuyo encendido celo
Ha roto á la ignorancia el torpe velo,
Y á quien, agradecidas
Las españolas musas, que en olvido
Yacian oscurecidas,
Harán que engrandecido
Vuele al cielo su nombre esclarecido.
Tú el lado venturoso
Me das de tus amigos; tú fomentas
Su afecto generoso;
Y mi cantar alientas,
Y de mi humilde musa á todos cuentas.
La fe más tierna y pura,
La más sencilla fe y agradecida,
Voluntad más segura,
A tí por mí es debida;
Tan grato empleo ocupará mi vida.
Tú tendrás en mi pecho
El lugar que mereces, y en mi canto
Será, aunque á tu despecho,
Este sabroso canto
Célebre, de la envidia con espanto.

ODA XI.

AL DOCTOR DON ANTONIO TAVIRA, CAPELLAN DE HONOR DE SU MAJESTAD, EN LA MUERTE DE UNA HERMANA.

¡Ay, con qué voces en tu amargo duelo
Alentarte podré! ¡Dónde palabras
Hallará de consuelo
Mi musa dolorida
Para tan cruda herida!
De pena mudo, en lágrimas bañado,
Y el pecho en mil sollozos oprimido,
Tú ruegas, angustiado,
A la muerte inhumana
Por la inocente hermana;
Por tu hermana, tu amor, mitad preciosa
Del alma tuya, sin sazon perdida,
Cual delicada rosa,
Que se agosta y fenece
El día en que florece.
¡Ay! calma en vano tu dolor profundo;
Sp candor, su inocencia, sus virtudes
No eran, no, para el mundo,
Donde fugas un hora
Brilló cual pura aurora.
Es campo de milicia el suelo triste;
Ella ganó la palma en breves dias,
Y en la gloria, do asiste,
La goza ya segura
En eternal ventura.
Deja, pues, de llorar y enternecerte,
Ni en su angélico gozo te conduelas,
Que es de Dios oponerte
A la ley adorable
Con voluntad culpable.
El alargó la diestra cariñosa
Para darle su herencia inmarcesible
En la mansion dichosa,
Do nunca fuera oído
Ni queja ni alarido.
¡Y tú, que sus consejos con rendida
Frente hasta aquí, Tavira, has adorado,
Gimes hoy sin medida!

¡Oh! léjos tal locura,
Léjos de tu cordura.
Justo es en golpe tal el desconsuelo;
Mas pon los ojos en la dulce hermana,
Coronada en el cielo,
Y en regocigo santo
Se tornará tu llanto.

ODA XII.

VANIDAD DE LAS QUEJAS DEL HOMBRE CONTRA
SU HACEDOR.

Al excelentísimo señor Felipe Palafox y Portocarrero,
conde del Montijo.

¡Es el orgullo, es la razón quejosa
La que airada se vuelve y cuenta pide
Al Hacedor divino
De esta fábrica hermosa,
Y la grandeza de sus obras mide?
En este todo inmenso y peregrino,
¿Por qué el grado más digno
Al linaje del hombre no fué dado?
¿Por qué fué echado en el humilde suelo?
¿No es rey universal de lo criado?
Pues suba y more el cristalino cielo.
¡La luna plateada para él solo
No recibe la luz que al suelo envía?
¡Las fulgentes estrellas
Del uno al otro polo
Sus esclavas no son, y al albo día
Por él no bañan con sus luces bellas
El sol, cuando huyen ellas?
Una, pues, una su grandeza cuanto
Llevan los seres todos repartido;
Sus quejas cesen y su justo llanto,
Y sea en el mundo cual señor servido. —

El hombre osado en su soberbio pecho
Se queja así de Dios, y romper quiere,
Vasallo rebelado,
Aquel vínculo estrecho
Que cada parte á su lugar refiere,
Y ata y sostiene cuanto está creado.
«Yo fui, dice, formado
Por término de todo; el fin primero
Del universo soy; á mí es debida
La luz del sol, el brillo del lucero,
Y la tierra, de hierba y flor vestida.»
Y no se debe al ave el rauda viento,
Presa al lobo rapaz, pasto á la oveja,
Lluvias al verde prado?
¿El líquido elemento
Al pez no se le debe? ¿Dónde deja
El Hacedor ni un átomo olvidado?
Todo está colocado
Cual debe en su gran obra, y nada puede
Del círculo salir que le ha cabido,
Sin que en desórden ciego al punto quede,
Pues todo en ella mueve y es movido.

No, excelso Palafox; si el hombre osa (1)
Á el ángel emular, cuando quisiera
Llenar más alto grado,
La soberbia orgullosa
Habla en su corazón, no la severa
Razon con que por Dios fué sublimado.
Por el primer pecado
Su pecho está en dos bandos dividido;
El apetito arrastra por la tierra,
Cual humilde reptil, y el atrevido
Animo al cielo mismo pone guerra.
La modesta razon no encumbra el vuelo,
Sino hácia sí se vuelve, y asombrada
Ve la inmensa cadena
Que ata el abismo al cielo.
Del infinito en medio y de la nada,
¿Qué es el hombre ignorante? ¿quién serena
Las borrascas ó enfrena
Los bravos huracanes? ¿A las aves

Quién enseña á surcar el vago viento,
Y á sus lenguas los cánticos silaves,
O quién dió al árbol hojas y alimento?

Entonces, cuando el hombre alcanzar pueda
Qué es la hoguera del sol, de dónde viene
La lluvia y el rocío,
Qué fuerza impele á la celeste rueda,
Dónde suspenso el universo tiene
De Dios el infinito poderío,
Podrá, en su orgullo impío,
A los seres decir: «A tí te toca
Llenar este lugar, á tí este grado»,
Y así adular á su soberbia loca,
En el centro de todos colocado.

Mas no tanto: si el siervo los secretos
Ve del señor, ó si el vasallo sabe
Qué sistemas medita
Y angrados decretos
El rey en su hondo seno; si en tí cabe
Sondar cómo tu cólera se irrita,
¡Oh ciego! y quién la excita,
Quién á tu sangre por las venas mueve,
Por qué causa la piedra al centro baja,
Por qué es líquida el agua, el viento leve,
En tachar necio á su Hacedor trabaja.

¡Hijo del polvo, si elevarla osas,
Alza la vista al cielo, y vé la esfera
De estrellas tachonada,
Todas á par hermosas!
¿Es sólo para tí tanta lumbrera?
Acaso cada cual será empleada
En bañar con dorada
Llama, como acá el sol, otro gran suelo;
Y los que el globo de Saturno moran
Tan léjos como tú miran el cielo,
Y que tú habitas este punto ignoran.

Los ojos vuelve hácia la baja tierra,
Y á sus vivientes llega á tu despecho;
El más imperceptible
Mil otros en sí encierra.
¡Del mosquito sutil qué inmenso trecho
Al que apenas la lente hace visible!
Y acaso no es posible
Descender aun de aquél? Pues él contiene
Dentro en sí otros, que á vivir dispone;
Cada cual movimiento y partes tiene,
Y cada parte de otras se compone.

El hombre comparado, generoso
Amigo, al universo, es cual el punto
Con la tendida esfera,
O un ola al mar undoso.
Su saber es que empieza y muere junto,
Y ménos que un instante su carrera.
Mas años mil viviera,
Jamás otros misterios sondaría.
Las cosas todas en la nada nacen
Y en lo infinito paran; quien las cria
Contará sólo los guarismos que hacen.

Hombre mortal, escucha, al órden mira
De todo; el órden es la ley primera

Del ciclo soberano.
La inmensidad admira
Del universo, y gózate en tu esfera,
Que tu felicidad está en tu mano;
Deja de anhelar, vano,
Por el lugar del ángel; á él subiendo,
También al tuyo el bruto ascendería,
La planta el animal fuera impeliendo,
Y del órden por tí todo saldría.

La Providencia es justa: á tí te ha dado
En suerte la virtud, y al tosco bruto
El deleite grosero.

No estés, no, mal hallado
Con la augusta virtud: su dulce fruto
Es del alma la paz, y el verdadero
Gozo su compañero,
Que nada acá en la tierra darte puede.
Y qué en ella á los cielos comparable
Merece ser al justo? ¿quién le excede,
O es hechura de Dios más admirable?

La grande ley que vivifica todo
Es el comun amor; ama á tu hermano,

(1) Primero dedicó MELENDEZ esta oda á Jovellanos, y, en lugar de este verso, decía:

No, grau Jovino; cuando el hombre osa.

Ama á la patria y ama
 Todo el mundo, de modo
 Que antepongas al Dueño soberano,
 Que bienes tantos sobre tí derrama.
 Si este ardor bien te inflama,
 Ora en la tierra mores largos dias,
 O en flor te anuble un ábrego enojoso,
 No temas las mortales agonías,
 Que como justo acabarás gozoso.
 Así naturaleza al hombre dice,
 Y la blanda esperanza hasta él desciende,
 Que le conforta el pecho,
 Y él con ella es felice.
 Mas si su osada vanidad entiende,
 Le deja, en sus sistemas satisfecho,
 Trabajar sin provecho.
 Su presuncion con risa mira el cielo,
 Y él, nunca en su locura bien hallado,
 Mientras anhela el bien con más desvelo,
 Más parece que el bien huye su lado.

ODA XIII.

LA TEMPESTAD.

¡Oyes, oyes el ruido
 Del aquilon, que en la selva,
 Entre los alzados robles
 Con rápidas alas vuela?
 ¡Oh cuál silba! cómo agita
 Las ramas! Sus hojas tiernas
 En torbellinos violentos
 Desparece con rabia fiera.
 Una nube le acompaña
 De negro polvo; la niebla
 Se lanza en un mar undoso,
 Del cóncavo de las peñas,
 Y cubre el cielo. La llama
 Del sol desaparece envuelta
 En caliginosas nubes,
 Y la noche á reinar entra.
 Las aves huyen mudrosas;
 De espanto, inmóvil se queda
 El tardo buey, y el establo,
 Azorado, á hallar no acierta.
 Crece el huracan; del trueno
 La imperiosa voz resuena,
 Que el Omnipotente anuncia
 A la congojada tierra.
 Ya llega; otra vez horrible
 El trueno la voz aumenta,
 Y los relámpagos hacen
 Del cielo una inmensa hoguera.
 ¡Señor! ¡Señor! compasivo
 Mi albergue mira; tu diestra
 No lo aniquile; perdona
 A un sér que te adora y tiembla.
 Tú eres, Señor; te descubro
 Entre el manto de tinieblas
 Con que, misterioso, al mundo
 Tu faz y tu gloria velas.
 Tú cres, Señor; poderoso
 Sobre los vientos te llevan
 Tus ángeles; de tu carro
 Retumba la ronca rueda:
 Tu carro es de fuego.—El trueno,
 El trueno otra vez; se acerca
 El Señor; su trono en medio
 De la tempestad asienta.
 La desolacion le sigue,
 Y el rayo su voz espera,
 Prestas las alas; lo manda,
 Y el monte, abrasado, humea.
 Arden las nubes, veloces
 Los relámpagos serpean
 Del Eterno en torno. Impíos,
 ¡Ay! temblad, que Jehová llega.
 «Jehová», la cóncava nube
 Retumba, las hondas vagas,
 «Jehová», sonoras responden,
 «Jehová», las altas esferas.
 Despavorido, al estruendo,

El libertino despierta,
 Y confundido el ateo,
 Su inefable sér confiesa.
 De miedo y horror transidos
 Al Dios que insultaron ruegan,
 Temblando, y ante sus iras
 Aniquilarse quisieran.
 El, entre tanto, imperioso
 Domina; la frente excelsa
 Mueve; la tormenta crece,
 Y los montes titubean.
 Llama el áspero granizo,
 Y que anonade le ordena
 De la vid el dulce fruto,
 Y las ricas sementeras.
 Lo obedece, y con funesto
 Estrépito se despeña
 Al bajo suelo, y lo tala.
 ¡Señor! tus iras modera.
 Mira al labrador, que inmóvil
 De espanto, la obra contempla
 De tu poder; sus hijos
 Y su esposa le rodean.
 Todos lloran, todos tienden
 A tí las manos, y esperan
 El pan de Tí, que hoy les robas.
 ¡Buen Dios! ¿dó está tu clemencia?
 ¡Vienes á asolarnos! ¡vienes
 A mover al hombre guerra!
 ¿No hay un justo que te implore,
 O á las súplicas te niegas?
 Tú, en quien un padre oficioso
 Hasta el vil insecto encuentra,
 Que á millones de vivientes
 Abres la mano y sustentas,
 ¡Olvidas hoy á tus hijos,
 O dejarás que perezca
 Sin pan el pobre? Tus iras
 Ya desarma la inocencia.
 Del justo el humilde ruego
 Prevalció; Jehová reina
 Sobre el trueno, su alto cetro
 Pasó sobre mi cabeza.
 Ledo pasó; yo, asombrado,
 No osé alzar la frente. ¡Oh deja,
 Señor, que humilde en el polvo
 Adore tu providencia;
 Que ya la benigna lluvia
 De tu bendición recrea
 La árida tierra; ya baja,
 Y blanda el aura refresca.
 Con júbilo la reciben
 Las aves, y en dulces lenguas,
 Por el mundo agradecido
 Tu inmensa bondad celebran.
 Pasó el nublado; la mano
 Del Señor la ardiente fuerza
 Del rayo imperiosa calma;
 Y el viento y el trueno arredra.
 Quiérello, y las torvas nubes
 Bajo sus piés se congregan;
 Mándalo, y rápidas parten
 De su trono mil centellas.
 Oyónos, y á la montaña
 La tempestad voló presta.
 ¿No veis el hórrido estruendo,
 Y cuál el bosque se anega?
 Ya, Padre, ya nos indultas,
 Y el iris de paz nos muestras,
 En señal de la alianza
 Que has jurado con la tierra.
 Al cielo el Excelso torna.
 Mortales, su omnipotencia
 Cantad, y que el universo
 Un himno á su gloria sea.

ODA XIV.

LA TRIBULACION.

¡Por qué, por qué me dejas?
 Señor, Dios mío, Padre, vuelve y mira;

De mis ardientes quejas
 Tu bondad se retira?
 ¿Tú ceas, y mi labio á tí suspira?
 De tu nombre en la gloria
 Los miseros fiaron; tú les diste
 Del opresor victoria;
 Sus plegarias oíste,
 Y su esperanza y su salud cumpliste.
 La muerte y sus dolores
 Rompen mi corazón; en mis oídos
 Suenan ya los clamores
 De los apercebidos
 Monstruos á devorarme, y sus bramidos.
 A las fauces pegada
 Mi lengua está, y al polvo me ha lanzado
 Del olvido tu airada
 Diestra; en torno he mirado,
 Y el mar de la aflicción me ha circundado.
 Mi pecho, como cera,
 De dolor se liquida y desfallece;
 Cual la llama ligera
 Muy más mi angustia crece,
 Y aguija el enemigo y me estremece.
 Gusano soy, no hombre,
 Oprobio de los hombres y su ira;
 Sin que mi mal le asombre,
 Me mofa quien me mira,
 Y mueve la cabeza y se retira.
 A voces dicen: «Venga
 El Dios, venga, en que espera neclamente,
 Su brazo le sostenga,
 O en su solío fulgente
 De gloria cifa su abatida frente.
 »Entonces acatarémos
 Su misera orfandad y su inocencia;
 En tanto devoremos
 Su pan, y la clemencia
 De ese su Dios sustente su indigencia.»
 Mas tú sobre las alas
 De querubines vas; los montes toca
 Tu dedo, y los igualas
 Con los valles; tu boca
 Sopló, y en polvo vuela la ardua roca.
 Cual madre compasiva,
 En mi débil infancia me has guiado;
 Contra la suerte esquivas
 En hombros me has tomado,
 Y siempre entre tus alas me has guardado.
 Solo soy, y tú fuiste
 Mi padre; enfermo te imploré en el lecho,
 Y salud me trajiste.
 ¡Ay! vén, cubre mi pecho,
 Que blanco todos de tu saña han hecho.
 Vén, corre poderoso;
 Confúndelos, Señor; no más dilates
 El brazo victorioso
 Con que fuerte combates
 Y los cedros altísimos abates.
 Corre, corre, que crece
 Cual ola de la mar el dolor mío,
 Y á mis pies se estremece
 El averno sombrío;
 Vén, Señor, llega, que en tu diestra flo,

ODA XV.

AL SOL.

Salud, ¡oh sol glorioso!
 Adorno de los cielos y hermosura,
 Fecundo padre de la lumbre pura;
 ¡Oh rey! ¡oh dios del día!
 Salud: tu luminoso
 Rápido carro guía
 Por el inmenso cielo,
 Hinchendo de tu gloria al bajo suelo.
 Ya velado en vistosos
 Albores alzas la divina frente,
 Y las cándidas horas tu fulgente
 Corte alegres componen.
 Tus caballos fogosos
 A correr se disponen

Por la rosada esfera
 Su inmensurable, solita carrera.
 Te sonríe la aurora,
 Y tus pasos precede, coronada
 De luz, de grana y oro recamada,
 Pliega su negro manto
 La noche veladora;
 Rompen en dulce canto
 Las aves; cuanto alienta,
 Saltando de placer, tu pompa aumenta.
 Todo, todo renace
 Del fúnebre letargo en que envolvía
 La inmensa creación la noche fría.
 La fuente se deshíela,
 Suelto el ganado paco,
 Libre el insecto vuela,
 Y el hombre se levanta
 Extático á admirar belleza tanta.
 Mientras tú, derramando
 Tus vivísimos fuegos, las ricas
 Montañas, las llanadas deliciosas,
 Y el ancho mar sonante
 Vas feliz colorando;
 Ni es el cielo bastante
 A tu carrera ardiente
 De las puertas del alba hasta occidente;
 Que en tu luz regalada,
 Mas que el rayo veloz, todo lo inundas,
 Y en alas de oro rápido circundas
 El ámbito del suelo;
 El Africa tostada,
 Las regiones del hielo
 Y el Indo celebrado
 Son un punto en tu círculo dorado.
 ¡Oh, cuál vas! ¡cuán gloriosa
 Del cielo la alta cima enseñas,
 Lumbra eterna, y con tu ardor recreas!
 Cuanto vida y sér tiene!
 Su ancho gremio amorosa
 La tierra te previene;
 Sus gérmenes fecundas,
 Y en vivas flores súbito la inundas.
 En la rauda corriente
 Del Océano, en conyugales llamas
 Los monstruos feos de su abismo inflamas,
 Por la leona fiera
 Arde el león rugiente;
 Su pena lisonjera
 Canta el ave, y sonando
 El insecto á su amada va buscando.
 ¡Oh padre! ¡oh rey eterno
 De la naturaleza! á tí la rosa,
 Gloria del campo, del favonio esposa,
 Debe aroma y colores,
 Y su racimo tierno
 La vid, y sus colores
 Y almíbar tanta fruta,
 Que en feudo el rico otoño te tributa.
 Y á tí del caos umbrío
 Debíó el salir la tierra tan hermosa,
 Y debíó el agua su corriente undosa,
 Y en luz resplandeciente
 Brillar el aire frío,
 Cuando naciste ardiente
 Del tiempo el primer día,
 ¡Oh de los astros gloria y alegría!
 Que tú en profusa mano
 Tus celestiales y fecundas llamas,
 Fuente de vida, por doquier derramas,
 Con que súbito el suelo,
 El inmenso Océano
 Y el transparente cielo
 Respiran; todo vive,
 Y nuevos seres sin cesar recibes.
 Pródigo así reparas
 De la insaciable muerte los horrores;
 Las víctimas que lanzan sus furores
 En la región sombría,
 Por tí á las luces claras
 Tornan del almo día,
 Y en sucesión segura,
 De la vida el raudal eterno dura

Si mueves la flamante
 Cabeza, ya en la nube el rayo ardiente
 Se enciende, horror al alma delincuente;
 El pavoroso trueno
 Retumba horribilmente,
 Y de congoja lleno,
 Tiembla el mundo, vecina
 Entre agnáculos su eterna ruina.
 Y si en serena lumbre
 Arder velado quieres, en reposo
 Se aduerme el universo venturoso,
 Y el suelo reflorece.
 La inmensa muchedumbre
 Ante ti desaparece
 De astros en la alta esfera,
 Donde arde sólo tu inexhausta hoguera,
 De ella la lumbre pura
 Toma, que al mundo plácida derrama,
 La luna, y Vénus su brillante llama;
 Mas tu beldad gloriosa
 No retires; oscura
 La luna alzar no osa
 Su faz, y en hondo olvido
 Caer Vénus, cual si nunca hubiera sido.
 Pero, ya fatigado,
 En el mar precipitas de Occidente
 Tus flamígeras ruedas. ¡Cuál tu frente
 Se corona de rosas!
 ¡Qué velo nacarado!
 ¡Qué ráfagas vistosas
 De viva luz recaman
 El tendido horizonte, el mar inflaman!
 La vista embebecida
 Puede mirar la desmayada lumbre
 De tu inclinado disco; la ardua cumbre
 De la opuesta montaña
 La refleja encendida,
 Y en púrpura se baña,
 Mientras la sombra oscura
 Cubriendo cae del mundo la hermosura,
 ¡Qué magia, qué ostentosas
 Decoraciones, qué agradados juegos
 Hacen de quiera tus volubles fuegos!
 El agua, de ellos llena,
 Arde en llamas vistosas,
 Y en su calma serena,
 Pinta; ¡oh pasmo! el instante
 Do al polo opuesto te hundes centellante,
 ¡Adios, inmensa fuente
 De luz, astro divino; adios, hermoso
 Rey de los cielos, símbolo glorioso
 Del Excelso! y si ruego
 A ti alcanza ferviente,
 Cantando tu almo fuego
 Me halle la muerte impía
 A un postrer rayo de tu alegre día.

ODA XVI.

LA NOCHE DE INVIERNO.

«¡Oh cuán hórridos chocan
 Los vientos! ¡oh qué silbos,
 Que cielo y tierra turban
 Con soplo embravecido!
 Las nubes concitadas
 Despiden largos rios,
 Y aumentan, pavorosas,
 El miedo y el conflicto.
 La luna en su albo trono
 Con desmayado brillo
 Preside á las tinieblas
 En medio de su giro,
 Y las menores lumbres,
 El resplandor perdido,
 Se esconden á los ojos
 Que observan sus caminos.
 Del Tórres suena léjos
 El desigual ruido
 Que forman las corrientes
 Batiendo con los riscos.
 ¡Oh invierno! ¡Oh noche triste!

¡Cuán grato á mi tranquilo
 Pecho es tu horror! ¡Tu estruendo
 Cuán plácido á mi oído!
 Así en el alta roca,
 Cantando el pastorcillo,
 Del mar alborotado
 Contempla los peligros.
 Tu confusion medrosa
 Me eleva hasta el divino
 Sér, adorando humilde
 Su inmenso poderio;
 Y ante él, absorto y ciego,
 Me anego en los abismos
 De gloria, que circundan
 Su sòlio en el empero.
 Su sòlio, desde donde
 Señala los lucidos
 Pasos al sol, y encierra
 La mar en sus dominios.
 ¡Oh Sér inmenso! ¡oh causa
 Primera! ¡dónde, altivo,
 Con vuelo temerario,
 Me lleva mi delirio!
 ¡Señor! ¡quién sois! ¡quién puso
 Sobre un eterno quicio
 Con mano omnipotente
 Los orbes de zafiro!
 ¡Quién dijo á las tinieblas:
 «Tened en señorío
 La noche», y vistió al alba
 De rosa y manto rico!
 ¡Quién suelta de los vientos
 La furia, ó llevar quiso
 Las aguas en sus hombros
 Del aire al gran vacío!
 ¡Oh Providencia! ¡oh mano
 Súave! ¡oh Dios benigno!
 ¡Oh Padre! ¡dó no llegan
 Tus ansias con tus hijos?
 Yo veo en estas aguas
 La mies del blondo estío,
 De Abril las gayas flores,
 De Octubre los racimos.
 Yo veo de los seres
 En número infinito
 La vida y el sustento
 En ellas escondido.
 Yo veo..... No sé cómo,
 Dios bueno, los prodigios
 De tu saber explique
 Mi pecho enternecido.
 Cual concha nacarada,
 Que abierta al matutino
 Albor, convierte en perlas
 El cándido rocío,
 La tierra el ancho gremio
 Prestando al cristalino
 Humor, con él fecunda
 Sus gérmenes activos,
 Y un día el hombre ingrato
 Con dulce regocijo
 Las gotas de estas aguas
 Trocadas verá en trigo.
 Verá el pastor que el prado
 Da hierbas al aprisco,
 Saltando en pos sus madres
 Los sueltos corderillos,
 Y en las labradas vegas
 Tenderse manso el río,
 Los surcos fecundando
 Con paso retorcido;
 Los vientos en sus alas,
 Cual ave que en el pico
 El grano á sus polluelos
 Alegre lleva al nido,
 Tal prósperos extienden
 A términos distintos
 Las fértiles semillas
 Con soplo repetido.
 Las plantas fortifican
 En recio torbellino,
 Del aire desterrando

Los hálitos nocivos,
Y en la cansada tierra
Renuevan el perdido
Vigor, porque tributo
Nos rinda más opimo.
¡Oh de Dios inefable
Bondad! ¡Oh altos designios,
Qué inmensos bienes causan
Por medios no sabidos!
Doquiera que los ojos
Vuelvo, Señor, yo admiro
Tu mano derramando
Perennes beneficios.
¡Ay! siéntalos mi pecho
Por siempre, y embebido
En ellos, te tribute
Mi labio alegres himnos.

ODA XVII.

EN LA ELEVACION DE UN AMIGO.

Rápida vuela por el aura leve,
Musa feliz, hasta el ilustre amigo
En el glorioso día
Que ya predijo fiel la amistad mía.
Alza tu voz en lisonjero aplauso
De alegres vivas, que la fama lleve
Por todo el ancho suelo,
Y encumbre presta al rutilante cielo.
Este es el día de las Musas, ésta
La fausta aurora de su triunfo. Apolo
Ve su hijo coronado,
Y la virtud y el mérito ensalzado
Sobre las alas de la dulce gloria
Por el honor, de generosas almas
Anhelo esclarecido,
Y entre trabajos mil, tarde obtenido.
Mas ¿qué mi pecho atónito me dice
De tus hados, amigo? No, no es éste
El galardón postrero,
Si el cielo no me burla lisonjero.
Mayor orden de cosas te destina
Para bien de la Hesperia, nuevas honras
Previene á tus sudores,
Y de Carlos más íntimos favores.
Que no fortuna á la virtud contraria
Siempre ha de hollar, ó la voluble mano
Dará su arbitrio ciego
A la sangre, al favor ó indigno ruego.
Otra es la edad feliz del rey clemente
Que en cetro justo y potestad nos rige,
Por quien la horrible guerra
Brama ahrojada, y duerme en paz la tierra.
El ve tus claros méritos, la angustia
Prudencia de tu mente y fe sencilla,
Y ese tu honesto seno,
De amor del bien y de la patria lleno;
Y cabe si te llamará algún día,
¡Día feliz! y partirá contigo
Los cuidados profundos
Y afán inmenso de regir dos mundos.
Henchirá entonces la virtud la tierra,
Cual el sol rubio con sus rayos de oro,
Cuando entre nieve y rosa
Las puertas abre al día el alba hermosa.
Illoverá el cielo de sus almos dones
Con mano larga, y volará atendido
El genio tras tus huellas
Con sus alas de fuego á las estrellas.
Verá el colono la abundancia opima
Carifosa reírle, en rubias mieses
La frente coronada,
Y el poder su cerviz verá quebrada.
De nuestros padres las costumbres rudas
Renacerán, la probidad austera,
Jamás de oro vencida,
Y aquel su honor más caro que la vida.
Sí, amigo, sí; mis codiciosos ojos
Esto verán cuando en la cima toques
Del mando afortunado;
¡Vén luego, vén, oh tiempo suspirado!

Vén; y tú, España, de esperanzas llena
Tu seno agosto, y, en alegre pompa,
Del amigo dichoso
Las glorias canta y hado venturoso.

ODA XVIII.

Á LAS ESTRELLAS.

¿Dó estoy? ¿qué presto vuelo
De alada inteligencia me levanta
Desde la tierra vil á los reales
Alcázares del cielo?
Parad, soles ardientes,
Lámparas eternas,
Que huis girando en ligereza tanta;
Las alas esplendentes
Coged, coged, y en vuestra luz gloriosa
Abismese mi vista venturosa.
Por doquiera fulgores
Y viva acción y presto movimiento.
El Dios del universo aquí ha sentado
Su corte entre esplendores;
Del infinito coro
De ángeles acatado,
Grato aquí escucha el celestial concento
De sus laudes de oro,
Cual alma celestial el orbe alienta,
Y en sola una mirada lo sustenta.
¿Qué es de la tierra oscura,
Este átomo de polvo que, orgulloso,
Devastándolo, agita el hombre insano
¡Ay! ora en guerra dura?
Despareció, y perdido
Su sol con ella, en vano
Ansia el ánimo hallarlo cuidadoso
Entre tanto encendido
Fanal, ni á sus planetas; allí estaba
La blanca luna, y Marte allí tornaba.
Sobre ellos sublimado,
Corro en la inmensidad; la lira ardiente,
El Orion, las Pléyadas lluviosas,
Y á tí, oh Sirio, inflamado
En viva hermosa lumbre,
Dejo atrás, y las Osas.
Sobre el fanal del polo refulgente,
Del empíreo á la cumbre
Trepo; la mente aun más allá se lanza,
Y de la creación el fin alcanza.
¿Qué digo el fin?... Empieza
Otro y otro sistema, y otros cielos
Y otros soles y globos cristalinos
De indecible belleza.
¿Qué serafín glorioso
En sus vagos caminos
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?
Mi espíritu congojoso
Por doquier halla más, si más desea,
Y el infinito en torno le rodea.
Sí, sí; que la inefable
Diestra del Hacedor no se limita,
Cual la mente humana, á cerco breve.
El mar ancho, insondable,
Tan nada le ha costado
Cual la arenilla leve;
Lo propio un claro sol, que esa infinita
Multitud que ha sembrado
Como el polvo en el ancho firmamento,
Y hoy de nuevo encender miles sin cuento.
Ante él, como la nada,
Así es la creación, menos que un puro
Rayo solar á su orbe luminoso;
Ni en su mente sagrada
Hay hasta aquí; su diestra
Jamás yace en reposo;
Del punto que animando el caos oscuro,
En soberana muestra
De su alto mando, le intimó: *señece*,
Ya esta anchura, inmensa bóveda aparece.
¡Ojalá en ella, unido
A algún cometa ardiente, su carrera
Rápida, inmensurable acompañara!

En el éter perdido,
Curioso indagarla
Tanta y tanta luz clara.
Ya en su giro cien siglos me escondiera,
Ya cabe el sol vería
De dó su llama sempiterna viene;
Qué brazo así colgado le sostiene;
Qué es el opaco anillo
Del belado Saturno, y si al radiante
Júpiter los satélites aumentan
Su benéfico brillo;
En la cándida zona
Cuántos soles se cuentan;
Cuántos en el zodiaco centellante;
Quién puso la Corona
Do está, y la Hidra y el Centauro fiero;
Dó la Andrómeda brilla, y dó el Boyero.
Y á todos demandára
Por su infinito Autor; dónde asentado
Entre esplendores y eternal ventura,
Su excelso trono alzára;
Por cuál feliz camino
La humilde criatura
Puede trepar á su inefable estado;
Dó su confin divino
Toca, y qué sol le alumbró; ó dónde dijo:
« De mis obras el término aquí fijo.
» Cosemos: éste sea,
Postrar lucero, el valladar lumbroso
A la gran obra que yacía acordada
En mi inefable idea;
Columna majestuosa
Entre el sér y la nada,
Alzada por mi brazo poderoso.
Mi bondad ve gozosa
Del postrar mundo al átomo primero,
Y en todo brilla, y mi supremo esmero.»
Decid, pues, encendidos
Globos, que ardeis sin número; fanales,
Que ornais el manto de la noche umbría,
Los hombres embebidos
Alzando hasta la altura
Del Sér grande que os guía
Rodando en esas plagas eternas;
Vosotros que segura
Sonda al sabio mostrais, que os mira atento
Por el tendido líquido elemento;
O en voluble semblante
Dierais al labrador en la apartada
Eriad lecciones, como fiel partiese
Su trabajo incansante,
Y la rauda prestesa
De los tiempos midiese;
Decid, globos, decid, ¿dónde le agrada
De su faz la belleza
Mostrar á este gran Sér? ¿Dónde mi anhelo
La verá, de su gloria caído el velo?
Buscárale cuido
Por todo el ancho mundo, á la indistinta
Variedad de los seres, demandando
Por su Hacedor glorioso.
El insecto brillante
Me responde, sonando:
« El que da oro y asal mis alas pinta
Está más adelante »
« Está más adelante », me responde
La garza, que en la nube audaz se esconde.
Y la mar procelosa,
« Más adelante », retumbando suena,
Y el fiero Leviatan en su hondo abismo;
En la aura vagarosa
Trinando, al pueblo alado
Decir oigo lo mismo,
Y el rayo asolador que el mundo llena,
En su vuelo inflamado
De horror y pánico, « más allá, me clama,
Mora el que enciende mi sonante llama. »
¿Dónde, soles gloriosos,
Está este más allá, que nunca veo?
¿Jamás ni un alma vencerá atrevida
Los lindes misteriosos
De este imperio inefable,

Por más que enardecida
Avance en su solícito deseo?
¡Ah! siempre inmensurable
Al hombre agobiará naturaleza,
Abismado en su mísera baja.
Siempre, lumbres sagradas,
Vosotras arderéis; en pos la mente
Vuestro áurco giro seguirá afanosa
Con alas desmayadas,
Y caerá sin aliento.
La noche misteriosa
Colgará con su velo refulgente
El ancho firmamento,
Y yo, en mi amable error luégo embriagado,
Tornaré inquieto á mi feliz cuidado.

ODA XIX.

EL DESEO DE GLORIA EN LOS PROFESORES DE LAS ARTES (1).

Dón grande es la alta fama,
Íncrito premio de virtud, que al cielo
Encumbra, envuelto en nube voladora,
Desde el afán del circo polvoroso
Al atleta dichoso,
Que arrebató la oliva triunfadora.
O ya á la muerte, ardiendo en noble anhelo,
Entre el plomo tronante, entre la llama,
Al ciudadano aclama
Que impávido obedece á su mandato,
Por la brecha trepando con pié osado;
De agudas picas una selva espesa
A su pecho se opone,
Mientras, en glorioso fin de la ardua empresa,
Su heroica diestra denodada pone
El vencedor pendon firme en el muro,
Y el fruto coge de su afán seguro.
Desde la popa hincharse
Ve el ínclito Colon la onda enemiga;
El trueno retumbar; la quilla incierta
Vagar, llevada á la merced del viento;
La chusma sin aliento,
Y una honda sima hasta el abismo abierta;
¡Vil galardón á su inmortal fatiga!
Pero él en tanto escribe sin turbarse
La ínclita acción: «Hallarse
Podrá un día, exclamando, tan preciado
Depósito, y mi nombre celebrado
De la fama será.» Quiso, benigno,
Darle la mano el cielo;
Y entre las ondas plácido camino
Abrirle fausto hasta el hispano suelo.
El hombre, por su arrojo sin segundo,
Goza doblado el ámbito del mundo.

La fama á tanto alienta:
Ella al alma feliz que en luces nace
Rica, del bajo vulgo la retira
Al templo do Sofia es adorada,
Y en su luz embriagada
Sus inmensos tesoros muda admira.
¡Qué vigilia! ¡qué afán le satisface,
O en qué invención su anhelo se contenta!
Todo lo ansia sedienta,
A par que alcanza más; la noche, el día,
Son breves á su ardor. Sólo ella guía
Del mando en el sendero peligroso
Al varón que eminente,
Mientras el vil ocio duerme perezoso,
Busca profundo y forma en su alta mente
Leyes que hagan el mundo afortunado,
Fruto de su vigilia y su cuidado.
Mas la gloria lo ordena;
La gloria, de almas grandes alimento,
Que á la virtud divina confiada,
Peligros y sudores desestima.
Esta llama, que anima
El frágil mortal pecho, denodada,

(1) Leyóse esta oda, el día 14 de Julio de 1787, en la junta general de la Real Academia de San Fernando para la distribución de premios de pintura, escultura y arquitectura.

Todo lo emprende y tiente; ¡ á su ardimiento
 Qué puede huir! la inmensidad terrena
 El corazon no llena,
 Que aún es su ámbito al hombre espacio breve
 Y en su mente sublime á más se atreve.
 Ya el águila caudal suelto le mira
 Partir su señorío,
 Cuando en los aires se remonta y gira;
 Baja aligero el rayo á su albedrío,
 Y el rauda Sena aún se paró asustado,
 De hispano enjuto pié viéndose hollado.

¡ Oh de ingenio divino
 Sumo poder! la mente creadora,
 Emula del gran Sér que le dió vida,
 Hasta las obras enmendar desea
 De su alta, excelsa idea.
 Así en la llana tabla colorida
 Nuevos seres engendra, y los mejora
 De diestra mano el toque peregrino.
 Así en felix destino
 El dibujo halló Ardices contornado,
 El color Polignoto variado,
 Las líneas otro, y otro los pinceles.
 La sábia perspectiva
 Los cuerpos ordenó, dejando á Apéles
 La gracia celestial, nunca más viva
 Que al admirarla Grecia compendiada
 En su *coa doidad*, aún no acabada.

Al arte engañadora
 ¡ Qué entónces resistió! Duda la mano,
 Sombras palpando, si la vista ó ella
 Es la burlada, y torna y se asegura.
 Una inmensa llanura
 Encierra espacio breve, y por corrella
 La planta anhela con ardor liviano;
 De Helena infiel la sombra me enamora,
 Y aún tierno el pecho llora,
 Dido infeliz, tu trance doloroso,
 Viendo extático un lienzo mentiroso (1).
 ¡ Oh mágico poder! el delicado
 Botón, la horrida nube,
 La vaga luz, el verde variado,
 El ave que volando al cielo sube,
 Sólo unas líneas son, y al pensamiento,
 Cual la misma verdad, llevan contento.

Ni los más escondidos
 Movimientos del alma y sus pasiones
 Pueden el reino huir de los pinceles.
 Sorpréndelos el arte; indaga el pecho,
 Y vélo un volcan hecho
 De turbados deseos, que los fieles
 Matices le trasladan. Las razones
 Del Itacense escuchan los oídos,
 Yelmo y paves brufidos,
 Y el asta del gran hijo de Peleo
 Al griego demandando (2). El genio veo,
 El ateniense genio, vário, airado,
 Feros, fugas, injusto,
 Clemente, compasivo y elevado
 A un tiempo todo (3), y al mirar me asusto
 La faz de la impia Guerra, que indignada,
 Al carro, brama, de Alejandro atada (4).

Tanto el deseo alcanza
 De fama eterna, si su llama prende
 En un pecho mortal. Ella al divino
 Apéles lleva á Bódas, de sus lares,
 Por los tendidos mares;
 Tiene años siete en un afan contino
 De Yaliso al autor; el genio enciende
 De Rafael, y el cetro le afianza,
 Con eterna alabanza,
 De la pintura en su *Tudor* pasmoso;
 Várgas, Céspedes, Juanes el reposo
 Pierden por ella, el Lacio discurriendo;
 Y tú, Mengs sobrehumano,
 Tú, malogrado Mengs, en ella ardiendo,

- (1) La Muerte de Dido, célebre cuadro del Guido.
 (2) Célebre cuadro de Timántes, en que venció á Parrasio.
 (3) Cuadro de Parrasio, de que hace memoria Plinio, como ingenioso.
 (4) Excelente obra de Apéles, consagrada por Augusto en su foro, de donde tomó Virgilio su sublime descripción del *Furor bélico*,

Los pinceles no sueltas de la mano;
 Ve tus divinas tablas envidiosas
 Natura, y tu alma grande aún no reposa.
 Pero ¡ oh memoria aciaga!
 El muere, y en su tumba el genio helado
 De la pintura yace. La hechicera
 Gracia, la ideal belleza, la ingeniosa
 Composición, la hermosa
 Verdad del colorido, la ligera
 Expresión, el dibujo delicado.....
 ¡ Ah! ¡ dónde triste mi memoria vaga!
 Deja que satisfaga,
 Noble Academia, á mi dolor; de flores
 Sembrad la losa fria; estos honores
 Son al *pintor filósofo* (5) debidos,
 Al émulo de Apéles.
 Y tú, insigne Carmona, repetidos
 En el cobre nos das de sus pinceles
 Los milagros; que ¡ oh cuánta, oh cuánta gloria
 Guarda el tiempo á la suya y tu memoria!

Mas yo del mármol mudo,
 Del mármol espirante arrebatado,
 Dó volverme no sé. Por cualquier parte
 Un ntimen halla atónito el deseo;
 Aquí extasiado veo
 Que al mismo Amor amor infunde el arte (6).
 Allí del fiero atleta
 Huyó (7), y siento acullá que al golpe rudo
 El gladiador forzado
 Caé, agoniza, y lanza por la herida,
 Envuelta en sangre, la infelice vida (8);
 Quiero ahuyentar el ave que arrebató
 Al barragan troyano (9);
 Por el dolor que á Niobe maltrata
 Tierno se agita el corazon liviano (10),
 Y en él, cual cera, cada bulto imprime
 El mismo afecto que falas exprime.

Emula y compañera
 Del mágico pincel, tú en el grosero
 Mármol, con mano diestra, vas buscando
 La divina beldad, que en sí tenía;
 Tú á su materia fria
 Dar sabes vida y movimiento blando,
 Y haces eterno al inclito guerrero.
 Ann de Antonino al sucesor venera
 Presente Roma (11); aún fiera
 La faz del Macedon reina entallada.
 Y tú en inmensas fábricas osada,
 Con arcos y palacios suntuosos
 También ¡ oh Arquitectura!
 Sabes eternizar; siempre famosos
 Serán Delfos y el Faro; intacta dura
 De Artemisa la fama, y de Palmira (12)
 La opulenta grandezza el mundo admira.

¡ Oh corte suntuosa!
 ¡ Oh muestra eterna del poder humano!
 ¡ De la inclita Zenobia augusta silla!
 ¡ A quién estrago tanto no estremece!
 Quién ¡ ay! no se enternece
 Al ver el templo inmenso, maravilla
 Del arte, desiado, al verde llano
 Igual ya la muralla portentosa,
 La selva vasta hermosa
 De columnas del tiempo destrozada,
 Believe tanto é inscripcion hollada!
 Entre escombros y mármoles, los valles
 Solitarios la mente
 Finge, asorada, dilatadas calles;
 Oye el ruido y voces de la gente,
 Y á mil sombras gritar: « ¡ Ay, ay Palmira! »,
 Y entre miedo y horror también suspira.
 Páese triste el ganado
 Los soberbios salones; son sarzales

- (5) Mengs.
 (6) El bellissimo Cupido de la Academia.
 (7) El atleta combatiendo; obra excelente.
 (8) El gladiador moribundo; estatua sublime.
 (9) El hermoso Ganímédes.
 (10) El grupo de la Niobe, lleno de expresion y bello.
 (11) La indigne estatua ecuestre de Marco Aurelio.
 (12) Las inmensas ruinas de Palmira aún son hoy el asombro y la lástima de cuantos viajeros las visitan.

Los pavimentos; do el poder moraba,
La misera indigencia habita ahora.
¡La mano asoladora
Del implacable tiempo qué no acaba?
Así del régio alcázar las señales
Irritan el dolor, y el destrozado
Obelisco sagrado,
Y el pórtico y excelsos capiteles,
Que á inmenso afán pulieron los cincoselas,
Pero en tanta reliquia venerable
Escrita está la gloria
Del asiano esplendor, siempre durable,
Y de Zenobia la inclita memoria;
Y así ¡oh Carlos! tu nombre esclarecido
Fábrica tanta librerá de olvido.
¡Oh pío, felix, justo!
¡Oh comun padre! ¡oh triunfador amigo
Y amparo de las artes generoso,
Benigno Carlos, tu real largueza
Las sublimó á la alteza
En que hoy las mira el español dichoso!
Desde tu excelsa trono el blando abrigo
¡Oh! síguete indulgente, y deja, augusto,
Deja acercar sin susto
A tus plantas mi musa, y reverente
Ceñir de lauro tu sagrada frente.
Deja á las artes, al hispano anhelo
Gozar tu descada
Forma en estatuas mil; da este consuelo
A tus hijos; tu corte decorada
Del domador de Nápoles se vea;
¡Oh! ¡alcáncelo mi ruego, y luego sea!
Y tú, que con él partes
Los inmensos cuidados, embebido
En la comun salud, también patrono
De las Musas, munífico Mecénas,
Las congojosas penas
Depon del mando, y oficioso al trono
Sube el ferviente voto repetido,
Que hacen conmigo tus amigas artes.
Tú, que aquí les repartes
Mil dones liberal, también al lado
Del tercer Carlos te verás copiado,
Ya en fas benigna y mano carifiosa
Dando á esta turba ardiente
De jóvenes la palma gloriosa,
Ya oyendo al artesano diligente,
O ya al triste colono el yugo grave
Legislador tornando más suave.

ODA XX.

PROSPERIDAD APARENTE DE LOS MALOS.

En medio de su gloria, así decía
El pecador: « En vano
Tender puede el Señor su débil mano
Sobre la suerte mia.
» A las nubes mi frente se levanta
Y en el cielo se esconde.
¿Dónde está el justo? ¡las promesas dónde
Del Dios que humilde canta?
» Hiel es su pan, y miel es mi comida,
Y espinas son su lecho;
Con su inútil virtud, qué fruto ha hecho?
Insidiemos su vida.
» A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades,
Y ellos mi inclita fama á las edades
Lleven más apartadas;
» Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Sólo el del poderoso va creciendo
Y á las estrellas sube.
» Caiga, caiga en mis redes su simpleza.»
El habló; yo pasaba;
Mas al tornar, por verle, la cabeza,
Ya no hallé donde estaba.
Su gloria se deshizo, sus tesoros
Carbonos se volvieron,
Sus hijos al abismo descendieron,
Sus risas fueron lloros,

La confusion y el panto en su alegría
Los pasos le tomaron,
Y entre los lazos mismos le enredaron
Que al bueno prevenia.
Del injusto opresor ésta es la suerte;
No brillará su fuego;
Y andará entre tinieblas como ciego,
Sin que á salvarse acierte.
La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho,
Contino un áspid le devora el pecho,
Contino vive en sustos.
Amanece, y la luz le da temores;
La noche en sombras crece,
Y, á solas, del averno le parece
Sentir ya los horrores.
Dará, huyendo del fuego, en las espadas;
El Señor le hará guerra;
Y caerán sus maldades á la tierra,
Del cielo reveladas.
Porque del bien se apoderó, inhumano,
Del huérfano y viúda,
Le roerá las entrañas hambre aguda,
Y huirá el pan de su mano.
Su edad será marchita como el heno,
Su juventud florida
Caerá, cual rosa del granizo herida,
En medio el valle ameno.
Tal es, gran Dios, del pecador la suerte.
Pero al justo que fia
En tu promesa y por tu ley se guia,
Jamás llega la muerte.
Sus años correrán cual bullicioso
Arroyo en verde prado,
Y cual Fresno á sus márgenes plantado,
Se extenderá dichoso.

ODA XXI.

INMENSIIDAD DE LA NATURALEZA, Y BONDAD
INEFABLE DE SU AUTOR.

¡Oh gran naturaleza,
Cuán magnífica eres!
¿Cuánto el Señor te enriqueció de seres
En profusa largueza!
Del musgo humilde al álamo encumbrado,
Del mínimo arador al elefante,
Del polvo vil, hollado,
Del sol al globo inmenso rutilante;
¿Que espíritu bastante
Será á contar los hijos que en perenne
Verdor tu seno pródigo mantiene?
Pues ¿qué de ese glorioso
Ejército sin cuento,
Que en viva luz y acorde movimiento
La noche orna vistoso?
¿De esos cometas por la inmensa esfera
Perdidos en la fuga arrebatada
De su vaga carrera?
¿Y esa gran zona, en cuya luz nevada
La mente enajenada,
Cual la arena del mar, así apifiados
Los soles ve? ¿de quién serán contados?
Del Exocelso tan sólo;
De aquel que en valedora
Diestra, sabio, encerró la mar sonora,
Y en uno y otro polo
Asentó los firmamentos quiciales
Do eterno rueda el orbe y se sustenta;
Del que los perenales
Veneros de las fuentes alimenta,
Y vuelve y tiene cuenta
Del polluelo del águila en su nido,
Y el pez al hondo piélago sumido.
Aquel á cuyo acento
Salieron de la nada,
Y que sustenta, pródigo, alentada
Con su alto mandamiento,
Esta máquina inmensa; á cuyo ardiente
Soplo reparador, naturaleza
Fecundo el gremio siente,

Y el valle se orna en su fugaz belleza,
Mientras en ruda firmeza
Asienta el monte con su excelsa mano;
Si no, cayera sobre el verde llano.
El, de alta ciencia lleno,
Grande en poder, de vida
Fuente eterna, lo quiso, y sin medida
Los seres de su seno
Se lanzaron al punto; el gran vacío
Inundó, presurosa,
La luz; el sol, con noble señorío,
Se alzó del caos umbrío,
Del pueblo alado á ver la aura serena
Y la ancha tierra, de vivientes llena.
Entonces de sus flores
Galanas se vistieron
Las vegas, y los árboles sintieron
Entre suaves olores
El peso de su fruta perfumada,
Riqueza todo y profusion dichosa;
La tierra coronada
De hierba y mies, que en ala cariñosa
Con inquietud gozosa,
Nuevo en volar, el céfiro movía,
La bondad suma del Señor decía.
Su bondad, que, velando
Cual madre diligente
Sus amados hijuelos, blandamente
Lo va todo acordando
Con grata variedad; ella señala,
Natura inmensa, el grado más cumplido
En tu inefable escala
A tanto sér, del serafín lucido,
¡Oh portento! encendido (1)
En sacrosanto amor, á la baja
Del primer punto, que en la nada empieza.
¡Qué mente esta armoniosa
Proporcion y acabados
Contrastes, á un gran fin siempre ordenados,
En su serie asombrosa
Correrá! Formas, movimientos, vidas (2),
Especies, climas, estación, terreno,
Todo en las más subidas
Felices consonancias. ¡Oh Dios bueno!
¡Dios de consejo lleno,
Y altísimo en poder! en cuanto obráras,
En todo, sabio, lo mejor buscarás.
A tu obra convenia
La luz, y de una amable
Sonrisa de tu faz clara, inefable,
Procedió luego el día.
En pos el manto lóbrego medroso
De la noche callada
Debió adormirla en plácido reposo;
Y de soles sin fin súbito ornada,
La luna plateada
Nació, á empezar su giro refulgente,
Del ceño augusto de tu excelsa frente.
El tiempo á tu imperiosa
Voz su curso modera.
Hablas, y rie en la luciente esfera
La primavera hermosa,
De do, en alas del céfiro templado,
Baja á la tierra y pueblala de flores.
El trino regalado
De las aves, sus plácidos amores,
Del viento los olores,
Y un soplo celestial de nueva vida
El universo á júbilo convida.
Si al estío inflamado
Llamas, y él respetoso
A sazonar el pan que dadivoso
Al hombre has preparado,
Corre á tu imperio tras el Can luciente,
Tu gloria el mundo ve, de pasmo lleno,

(1) Variante de este verso y del anterior :

¡Oh pasmo! á tanto sér, desde el lucido
Serafín, encendido

(2) Variante de este verso y del anterior :

Correrá en su asombrosa
Sucesión! Formas, movimientos, vidas,

Ya en el solano ardiente,
Ya en el fragor horriblo del trueno,
Ya en el cristal sereno
Del esgo rio, en cuya linfa pura
Libra el valle su plácida frescura.
Tu bondad resplandece
En el opimo Octubre,
Y la ancha tierra de sus dones cubre.
¡Oh cuán rica aparece
En él la creación! Tus bendiciones
Los frutos son, los frutos regalados
Con que la mesa pones,
Do tus hijos sin número llamados,
En comun sustentados,
Cantan tu mano larga bienhechora
Del pardo ocaso al reino de la aurora.
¡Pues qué, cuando volando
Sobre hórridas tormentas
Tu excelsa trono entre las nubes sientas,
Y el invierno velando
Su helada faz en majestad umbría,
Oye tu voz y el aguacero crece,
Y la tiniebla el día
Roba, y fragoso el viento se embravece?
Ante Ti se estremece
Turbado el orbe; atónito te adora,
Y tu clemencia y tu bondad implora,
Mientras en tu inmensa alteza,
De paz una mirada
Lanzando, en ella gózase apoyada
La gran naturaleza,
Y el coro fiel de espíritus gloriosos,
Que en eterna alegría
Tu lumbré acata, en trinos armoniosos
Los himnos misteriosos
Sigue, que el universo reanimado
Suená á tu ardiente paternal cuidado.
De él la dichosa llama
De inefable amor viene,
Que á cuanto existe encadenado tiene,
Y vivifica inflama
Del globo luminoso inmensurable,
Que un punto luce en el inmenso cielo,
Al átomo impalpable
Del gusano que arrastra por el suelo,
Al ave que su vuelo
Sobre las nubes vagarosas tiende,
Y ve dó el rayo asolador se enciende.
Y déi tanta armonía,
Tanta union soberana,
Que no alcanza á sondar la mente humana,
La sombra al claro día
Se opone; y de su acuerdo misterioso,
En blando alivio al lasso mundo viene
Tras la acción el reposo.
El líquido elemento opuesta tiene
La tierra, y en perenne
Dulce acuerdo en amantes y en amados,
Duran los entes todos separados.
Así elevada, umbrosa,
La encina ve á su planta
Que el humilde junquillo se levanta
Bajo su pompa hojosa;
Sobre la flor la mariposa vuela,
Do el tardo insecto reposado yace;
La tortolilla anhela
La soledad, y Progne se complace
Si el blando nido hace
Entre los hombres, y á su mano impía
El seno inerte y los hijuelos fia.
Y en union todos viven,
Y gózanse y se aman;
A tu bondad menesterosos claman,
Y de ella el bien reciben.
Las tinieblas, la luz, el sol dorado,
El ancho mar, abismo de portentos,
El monte al cielo alzado,
El hondo valle, los alados vientos
En místicos concientos
Tu excelsa nombre humildes glorifican,
Y en himnos mil su gratitud publican,
¡Y el hombre, embrutecido,

O en su furor demente,
Osa acusarte, y tu bondad no sientel.....
Abre, Padre querido,
Su labio á la alabanza, y todo cante
En éxtasis de júbilo en el suelo
Tu amor, y lo levante
Sobre la inmensa bóveda del cielo.
Todo en rendido anhelo,
Todo, Señor, del austro á los triones,
Besuene de este amor las bendiciones.

ODA XXII.

EL HOMBRE IMPERFECTO Á SU PERFECTÍSIMO AUTOR.

Señor, á cuyos dias son los siglos
Instantes fugitivos: Sé: eterno,
Torna á mí tu clemencia,
Pues huye, vana sombra, mi existencia.
Tú, que hinchas con tu espíritu inefable
El universo y más; Sé: infinito,
Mirame en faz pacible,
Pues soy ménos que un átomo invisible.
Tú, en cuya diestra excelsa valedora
El cielo firme se sustenta, oh Fuerte,
Pues sabes del sér mío
La vil flaqueza, me defiende pío.
Tú, que la inmensa creación alientas,
Oh fuente de la vida indefectible,
Oye mi voz rendida,
Pues es muerte ante Ti mi triste vida.
Tú, que ves cuanto ha sido en tu honda mente,
Cuanto es, cuanto será, saber inmenso,
Tu eterna luz imploro,
Pues en sombras de error perdido llo-ro.
Tú, que allá sobre el cielo el trono santo
En luz gloriosa asientas, oh Inmutable,
Con tu eternal firmeza
Sosten, Señor, mi instable ligereza.
Tú, que si el brazo apartas, al abismo
Los astros ves caer, oh Omnipotente,
Pues yo no puedo nada,
De mi miseria duelete extremada.
Tú, á cuya mano por sustento vuela
El pajarillo, oh Bienhechor, oh Padre,
Tus dones con largueza
Derrama en mí, que todo soy pobreza.
Sér eterno, infinito, fuerte, vida,
Sabio, inmutable, poderoso, Padre,
Desde tu inmensa altura
No te olvides de mí, pues soy tu hechura.

ODA XXIII.

EL FANATISMO.

Tronó, indignado, el cielo,
Y sus polos altísimos temblaron
Contra el ciego mortal, que en torpe rito
Mancillára en el suelo
La imagen soberana
De su Autor infinito;
Al Dios del universo abandonaron
Sus hijos por la vana
Deidad que, impíos, de su mano hicieran,
Y nuevos cultos crédulos le dieran.
Aquí acatar se via
La piedra bruta, mientras allá, abrazado
Entre los brazos del helado viejo,
El infante gemia.
En el remoto Nilo,
Con infame cortejo,
Iba, y danzas y cánticos, llevado,
El feroz cocodrilo,
Y la casta matrona incienso daba
Al adulterio, que su pecho odiaba.
Tronó el cielo en oscura
Noche y en tempestad hórrida y fiera,
Y á la tierra el sangriento fanatismo
Lanzó en su desventura.
Las cadenas crujieron

Del pavoroso abismo;
Tembló llorosa la verdad sincera;
Los justos se escondieron,
Triunfando, en tanto, en júbilo indecente
El fraude oscuro y la ambición ardiente.
El monstruo cae, y llama
Al cielo y al error, sopla en su seno,
Y á ambos al punto en bárbaros furores
Su torpe aliento inflama.
La tierra, ardiendo en ira,
Se agita á sus clamores;
Iluso el hombre, y de su peste lleno,
Guerra y sangre respira,
Y envuelta en una nube tenebrosa,
O no habla la razón, ó habla medrosa.
Y él va, y crece, y se extiende
Del suelo en la ancha faz, los altos cielos
Su frente toca, la soberbia planta
Al abismo descende,
Con su cetro pesado
Los imperios quebranta;
De pálidos espectros, de recelos
Y llamas rodando,
El orbe, cual un dios, ciego le implora,
Y sus leyes de sangre, humilde adora.

Entónces fuera cuando
Aquí á un iluso éxtático se via,
Vuelta la inmóvil faz al rubio oriente,
Su tardo dios llamando;
En sangre allí teñido,
Al bonzo penitente;
Sumido á aquél en una gruta umbría,
Y el rostro enfurecido,
Señalar otro al vulgo fascinado
Lo futuro, en la tripode sentado.
Doquier un nuevo rito,
Y un presagio fatal, que horrible llena
La tierra de mil pánicos terrores.
Confundido el delito
Con la virtud gloriosa;
Coronada de flores
La infeliz virgen, que á morir condena
La cazadora diosa,
Y en medio un pueblo, que su cielo admira,
La indiana alegre en la inflamada pira.
Así el monstruo, batiendo
Las rudas palmas en su trono umbroso;
Ríge, insolente, al orbe consternado (1);
Cual con fragor tremendo
Su hondo seno estremece
El Vesubio inflamado,
El cielo envuelto en humo pavoroso
Su alba faz oscurece,
Y cubre un ancho mar de ardiente lava
El rico suelo do Pompeya estaba.

De puñales sangrientos
Armó de sus ministros, y lucientes
Hachas, la diestra fiel; ellos clamaron,
Y los pueblos atentos
A sus horribles voces
Corriendo van; temblaron
Los infelices reyes, impotentes
A sus furias atroces,
Y ¡ay! en nombre de Dios, gimió la tierra
En odio infando, en execrable guerra.
Cada cual le ve ciego
En su delirio atroz; oír le parece
Su omnipotente voz, y armar su mano
Siente del crudo fuego
De su ira justiciera.
Del hermano el hermano,
Del hijo el padre víctima perece,
Y en la encendida hoguera
Lanza el esposo á la inocente esposa;
Ni un ¡ay! su alma feroz despedir osa.
¿Qué es esto, Autor eterno
Del triste mundo? ¿Tu sublime nombre
Que en él se ultraje á moderar no alcanzas?

(1) Variante de este verso y del anterior:

Las insolentes palmas, en su umbroso
Trono domina el orbe consternado;

Desdeñas el gobierno
 Ya de sus criaturas,
 Y á infelices venganzas
 Y á sangre y muerte has destinado el hombre?
 ¡O en tantas desventuras,
 Sin que haya un coto á su dominio odioso,
 Satan por siempre triunfará orgulloso?
 Vuelve, y á tu divina
 Nuda verdad en su pureza ostenta
 Al pavorido suelo; el asorado
 Mortal su luz benigna
 Goce, y ledo respire;
 No tiemble desmayado,
 No tiemble, no, tu cólera sangrienta
 Cuando tu cielo mire.
 Dios del bien, vuelve, y al averno oscuro
 Derroca, omnipotente, el monstruo impuro.
 ¡Ay! que toma la insana
 Ambición su disfras, y ardiente irrita
 Su rabia asoladora y sus furoros.
 La cuadrilla inhumana
 ¡Cuál vaga! ¡qué encendido
 El rostro y qué clamores!
 ¡Cómo á abrasar, á devastar se incita!
 Y en tremendo ruido
 Corre, vibrando la sonante llama,
 Y al Dios de paz en sus horrores llama.
 Vedla, vedla regida
 Del fiero Mahomet, cual un torrente
 Que ondisonante la anchurosa tierra
 Devasta sumergida,
 De la Arabia abrasada,
 Con la llorosa guerra,
 Precipitarse en el tranquilo Oriente,
 En la diestra la espada,
 Y el *Alcoran* en la siniestra alzando,
Muere ó crece, frenética clamando.
 De allí, de luto llena
 El África infeliz, y tu luz clara
 En su ira ardiente, ¡oh España! ¡oh patria mia!
 A esclavitud condena.
 El trono, de oro hecho
 Y rica pedrería,
 Que opulenta Toledo un tiempo alzára,
 En polvo cae deshecho.
 Alcazares, ciudades, templos, todo
 Se hunde, ¡oh dolor! con el poder del godo.
 El de Ismael domina
 Del Indo al mar Cantábrico, y la mora
 Llama en el ancho suelo arde ligera.
 En medio la ruina
 Del orbe amedrentado,
 La ominosa bandera
 Se encumbra de la luna triunfadora,
 Y ¡ay! en tigre mudado,
 Ciego el califa, en su sangriento celo,
 Despuella el mundo por vengar el cielo.
 Súbito en niebla oscura
 Sumir se vió la tierra desolada (1),
 Y el genio y las virtudes se apagaron;
 Su divina hermosura
 Las ciencias congojosas
 Entre sombras lloraron
 A manos del error vilmente ajada,
 Y de mil pavorosas
 Supersticiones la conciencia llena,
 Se dobló el hombre su infeliz cadena.

ODA XXIV.

EL PASO DEL MAR ROJO (2).

Traducción de la *Vulgata*.

Cantemos al Señor, que engrandecido
 Gloriosamente ha sido,
 Y al mar lanzó caballo y caballero.

(1) Variante de este verso y del anterior :

De repente una oscura

Niebla inundó la tierra desolada,

(2) Esta oda demuestra con cuán poca fortuna imitaba MELENDEZ á los poetas castellanos del siglo de oro. Aquí no se traduce ni

Mi fuerza y mi alabanza el Señor fuera,
 Y mi salud se hiciera;
 Mi Dios es, gloríarélo;
 Dios de mis padres fué, y ensalsarélo.
 Apareció el Señor como un guerrero.
 El potente es nombrado;
 De Faraon los carros y escuadrones
 Ha en el mar derrocado,
 Y en sus rápidas ondas sepultado
 Sus más fuertes varones.
 Abismos los cubrieron,
 Y al profundo cual piedra descendieron.
 Con valerosa muestra
 Magnificada ha sido,
 Señor, tu fuerte diestra;
 Señor, tu diestra al enemigo ha herido.
 Con tu gloria infinita despeñaste
 Tus contrarios; tus iras enviaste,
 Que como paja así los devorarán.
 De tu furor al soplo se juntarán
 Las aguas, las corrientes se frenaron,
 Y del mar los abismos se estancaron.
 El enemigo dijo: «Seguirélos,
 Partiré sus despojos, cogerélos,
 Demudaré mi espada,
 Herirélos mis manos, y saciada
 Se verá el alma mia.»
 Tu espíritu sopló, y el mar cubriólos,
 Y la corriente rápida sorbiólos,
 Como á plomo pesado.
 ¡Cuál, Señor, de los fuertes comparado
 Puede á tí ser! ¡ó tienes semejanza
 En cantidad brillante,
 Tan laudable y tremendo,
 Maravillas haciendo?
 La tu mano extendiste;
 La tierra hálos tragado.
 Caudillo al pueblo fuiste
 Por tu misericordia rescatado,
 Y con tu poderío
 A tu morada santa lo has llevado.
 Los pueblos lo supieron,
 Y en ira se encendieron.
 Al filisteo impío
 Dolores penetraron.
 Los principes de Edon se conturbaron,
 Los fuertes de Moab se estremecieron,
 Y los que habitan en Canaan se helaron.
 Sobre ellos el espanto
 Caiga y pavor de muerte,
 En la grandeza de tu brazo fuerte,
 Queden cual piedra inmóviles, en cuanto
 Tu pueblo haya salido;
 Pueblo que tú, Señor, has poseído.
 De tu herencia en el monte has de ponerlo,
 Señor, y establecerlo,
 Firmísima morada que has obrado,
 Santuario que han tus manos afirmado.
 Del Señor será eterno
 Y mucho más el reino,
 Pues cuando con sus carros se metiera
 Y su caballería
 En el mar Faraon, él revoliera
 Sobre ellos la corriente;
 Mientras á plé, enjuto y sosegadamente,
 Su camino Israel por medio hacia.

ODA XXV.

Á LA LUNA.

Deten el presto vuelo
 De tu brillante carro luminoso,
 ¡Oh luna celestial! deja á un lloroso
 Mortal que lastimado
 Te contempla en el suelo,

un asomo de la entonación de Herrera. Tampoco era feliz cuando intentaba imitar á Garcilaso, con el cual tenía mayor afinidad. De ello da indicio la oda titulada *El Desden injusto*, que el mismo MELENDEZ suprimió, con sano acuerdo, en la colección de sus *Poesías*. Nosotros ahora respetamos su decisión.

En tu rostro nevado
 Gosarse, y tu alba lumbre
 Posada ver del cielo en la alta cumbre.
 Déjame ¡oh luna bella!
 Que con ojos extáticos te mire,
 Y al verte torne, y en mi mal respire.
 Y mientras en pos la mente
 Va de tu excelsa huella,
 Cante yo, balbuciente,
 Tu majestad gloriosa,
 Plácida reina de la noche umbrosa.
 Ella su pavonado
 Fúnebre manto por la inmensa esfera,
 Volando en torno, desplegó ligera,
 Con rica bordadura
 De luceros ornado,
 Y en majestad oscura
 Lanzando al rubio día,
 Con negro cetro al mundo presidía.
 Todo al caos pavoroso
 Semejaba tornar, todo callaba.
 Su movimiento rápido paraba
 La gran naturaleza;
 Con un velo nublado
 La divina belleza
 Del orbe confundida,
 Y entre el horror su inmensidad perdida.
 Cuando tú, levantando
 La frente clara por las altas cimas,
 En tu trono de nácar te sublimas
 Con marcha reposada,
 Y el velo desgarrando
 De la esfera estrellada,
 Las tinieblas ahuyentas,
 Y el bajo suelo á par plácida alientas.
 ¡Oh con cuánta alegría
 Se baña el cielo en tu esplendor sereno!
 ¡Oh cuál renace el universo, lleno
 De tu argentada llama,
 Del duelo en que yacía!
 ¡Cuán presta se derrama
 Por el ancho horizonte,
 Inunda el valle y esclarece el monte!
 En el vecino río,
 Que seaga ondisonante en la pradera,
 Saltando entre sus ondas va ligera.
 En centellantes fuegos
 Entre el bosque sombrío
 Brilla y graciosos juegos,
 Y la vista engañando,
 Se pierde al fin, mil llamas reflejando.
 Tú sigues, coronada
 De puros rayos la nevada frente,
 Y con la undosa túnica esplendente
 El ancho cielo llenas,
 En torno acompañada
 De las horas serenas
 Y tanta estrella hermosa,
 Que humilde acata tu deidad gloriosa.
 Vas con excelsa lumbre,
 Que el sol, tu hermano, de su trono de oro
 Te presta grato; del fulgente coro
 Las llamas oscureces,
 Y sola en la alta cumbre
 De los cielos pareces,
 Do tu beldad divina
 Sobre la inmensa creación domina.
 Así en vuelo incesante
 Te arrastra en pos de sí la tierra oscura.
 Ya lleno el ancho disco de luz pura,
 Al sol rojo sucedes;
 Ya cual línea radiante
 Empiezas; ya precedes
 Al alba, circundada
 De soles, que ornán tu beldad menguada.
 Y siempre saludable
 Al bajo mundo, en movimiento blando,
 Tus rayos van la atmósfera agitando;
 Hasta el profundo seno
 Del mar vasto, insondable
 Su ardor baja, y él lleno
 Se derrama en la arena,

Y luego vuelve, y su correr enfrena,
 Cuanto las aguas claras,
 Cuanto la tierra pródiga sustenta,
 Y el aura leve de vivientes cuenta,
 Todo, luna, te adora;
 Tú las selvas amparas,
 Tú engalanas á Flora,
 Y tú, en grato rocío,
 Su blonda mies azonas al estío.
 ¡Oh! ¡sin tí qué sería
 Del suelo, en negras sombras sepultado,
 Las largas noches del invierno helado?
 ¡Y qué, cuando el Can arde,
 A un inflamado día
 Muy más sigue la tarde,
 El mundo desfallece,
 Y la congoja abrasadora crece?
 Mas, llena de ternura
 Tu deidad sale, y la tiniebla espesa,
 Oh Enero triste, de tus noches cesa.
 Vese el hielo punzante
 Entre la lumbre pura
 Revolar centellante,
 Y en calma venturosa
 El orbe yerto de su horror reposa.
 O si en voluptuosos
 Rayos de Sirio el triste desaliento
 Calmar te place, bullicioso el viento
 Te sigue, y de la tierra
 Con soplos vagarosos
 La congoja destierra,
 Do el mortal, alentado,
 Respira y goza en tu fulgor bañado.
 Entonces todo vive;
 Tu luz, luna, tu luz clara y suave
 Tornar en día las tinieblas sabe.
 Entre la sombra oscura
 El soto la recibe,
 Gosa de la verdura
 La vista, y fugitiva
 Se pierde en una inmensa perspectiva.
 ¡Oh del cielo señora,
 Del dios del día venturosa hermana,
 De los brillantes astros soberana!
 A tí en triste gemido
 En alta mar implora
 El naufrago perdido,
 Y á tí goso mira
 El caminante, y por tu luz suspira.
 El congojado pecho
 Te adora humilde; su aflicción te cuenta,
 Y en muda soledad contigo alienta,
 Cuando con vos doliente,
 En lágrimas deshecho,
 Se lastima; y clemente,
 Para templar su duelo,
 Tus ruedas paras en el alto cielo.
 En lecho de dolores
 Por tí el enfermo desvelado clama,
 Y el ferviente amador también te llama,
 Ya en la inmensa ventura
 De sus ciegos favores,
 Ya en su triste amargura,
 Si gime abandonado,
 O arde su pecho en infeliz cuidado.
 Y á todos, officios,
 Acorrer sabes y amainar sus penas,
 Y de esperanzas y dulzuras llenas
 Los míseros mortales.
 ¡Consoladora diosa,
 Luna, calma mis males!
 Y vuelve al alma mía
 La paz, la blanda paz que antes tenía.
 ¡Horrisona tormenta
 Brama; la envidia de su atroz veneno
 Hiciera blanco mi inocente seno;
 La calumnia me infama,
 El poder me amedrenta,
 Sopla el odio la llama,
 Y en mi duelo profundo,
 Tú sola me oyes en el ancho mundo,
 Sola tú; mas ¡qué miro!

Una nube fatal salióte al paso,
Te envuelve en sus tinieblas, y al ocase
Arrastra tu luz pura.
Cesa el brillante giro,
Cesa, y no tu hermosura
Así infamarse quiera;
Y tú, nube criel, huye ligera.
Te hundiste ya, y perdiste
Entre su horror el orbe se oscurece,
Y el luto infansto y la tiniebla crece;
¡Ah beldad desgraciada!
También fugaz mi vida
Brilló, y fué sombra y nada;
Tú, empero, á rayar tornas,
Y de luz nueva el universo adornas.

ODA XXVI.

Á MI MUSA.

Consuelos de un inocente encerrado en una estrecha prision.

Hasta en los grillos venturoso siento
Tu grata inspiracion; el pecho mío,
Mi triste pensamiento
Te reconocen ya, y entre el medroso
Són de los hierros y el clamor lloroso
De miserable tanto, al hado impío,
Que mi inocencia oprime,
Contrasta el alma y mi prision redime.
Tú, musa, favorable darme sabes
Consuelos y vigor, con tu armonía
Los tormentos más graves,
Cual brilla el sol tras hórrido nublado
Ledo amainando el piélago agitado,
Se truecan en pacífica alegría,
Y de mi encierro oscuro
Discurro libre por el aire puro.
Libre discurro y libre me imagino,
Libre soy, libre soy, pues cuando atada
A arbitrio del destino,
De mí sé gime la porcion grosera,
Con rauda vuelo por la inmensa esfera
Huyéndose fugaz la mente alada,
Hasta el empíreo cielo
Osa encumbrarse en un dichoso anhelo;
Do del bien sumo en la perenne fuente
Sacio la hidalga sed, y en un tesoro
De consuelos se siente
La razon abismar. Allí gloriosa
La verdad rie en su nudez hermosa,
La oficiosa piedad enjuga el lloro
Del misero oprimido,
Y humanidad abraza al desvalido.
Uno mismo el lugar, igual la suerte
Del siervo vil y el sátrapa orgulloso,
Y en la llorosa muerte
El olvido final; en el de hermanos
Vuelos del mundo ya los nombres vanos,
Y más claro ¡oh virtud! que el poderoso,
El que osó en la bajeza
Siempre adorar tu virginal pureza.
O bien de eterna paz en claro asiento,
Serie de héroes mirando peregrina,
No aquellos que sangriento
Marte corona, y cuyo imperio aciago
Fué azote á la equidad, del mundo estrago;
Genios de maldicion, su luz divina
Hiere el alma y la inflama,
Su nombre adora, y semideos los llama.
Allí, en sacro laurel la sien ceñida,
Brillan los que á su patria, en amor santo,
Prodigaron la vida;
Los que las artes útiles hallaron,
Al hombre rudo en sociedad juntaron,
O de Apolo al laud, con dulce canto,
Religioso le hicieron,
Y alivio grato á sus fatigas dieron.
Radiantes ora, y númenes divinos,
De las playas de luz que faustos moran,
Mirando los destinos
Del sér humano, y con clementes ojos
Condoliendo sus lástimas y enojos;

Mientras mil tristes su favor imploran,
Por norte los eligen,
Y á su norma feliz sus pasos rigen.

Y allí también resplandeciente y pura
Alzan su frente á par los que en la tierra
El cáliz de amargura
Bebieron en la afrenta y las prisiones,
Ora en paz del encono y los baldones
Con que el mundo les hizo cruda guerra,
Cuando viviendo un día
Con su ciencia y virtud se engrandecía.
Sublimes genios, almas venturosas,
Salud, gloria inmortal del nombre humano,
Que en ansias generosas
Del comun bien vuestra delicia hicistes,
Y astros de luz para la tierra fuistes.
¡Quién en sí vuestro esfuerzo soberano
No siente cuando os mira?

Y ¡quién por emularlos no suspira
Con frente y pecho igual, si el vulgo necio
Su honor mancilla ó su virtud abate!
Generoso desprecio,
Que al justo estima su altivez liviana.
¡Qué no sufristeis vos de su ira insana,
Héroes sin par, en criminal combate,
Acosados, proscritos,
Y viendo ¡oh horror! en triunfo los delitos!
¡Serán algo mis penas con los rudos
Trabajos vuestros? Con agudo diente
Y alaridos sañudos
La atroz calumnia os atacó viviendo,
Entre los grillos y su ronco estruendo
Pobrcza amarga os afigió inclemente,
Y delito á la lengua,
Y fué á la patria vuestro nombre mengua.

Aun de los brazos la amistad benignos
Os arrojó criel; visteis volveros
Cien amigos indignos
La espalda con desden, sorda la oreja
Y helado el pecho á vuestra amarga queja,
Con bárbara impiedad desconoceros,
Y aun al vulgo adunarse,
Y en la vil delacion torpes gloriarse.
Firmes, empero, cual la añosa encina
Inmóvil al soplo de aquilon violento,
O roca al mar vecina,
Que olas ve inmensas á sus piés romperse
Y en tumbos de alba espuma deshacerse,
Os contempló el gran Sér de su alto asiento,
Impávido el semblante,
Y el pecho, á la desgracia, de diamante.
Y de su seno celestial lanzando
Un rayo de dulcísimo consuelo,
Contra el inicuo bando
Sostuvo vuestro esfuerzo generoso,
Dejándoos ver el galardón dichoso
Que allá os guardaba en el excelso cielo,
Do la virtud segura
Rie á los silbos de la envidia impura.

Ligur insigne que al antiguo mundo,
Inmensos mares sojuzgando osado
Con tu genio profundo,
Otro mundo añadiste y otros hombres
De extralías leyes, peregrinos nombres;
Tú volviste, cual siervo, encadenado,
Emulos te oprimieron,
Y al sepulcro los grillos te signieron (1).
Tú de alta trompa y tajadora espada
Los arrastraste ¡oh Cámoens! (2). Tú, festivo

(1) El inmortal Cristóbal Colon fué enviado á España por el infante Bobadilla, cargado de prisiones, desde el Nuevo-Mundo, que acababa de descubrir. Los Reyes Católicos, Fernando é Isabel, justos apreciadores de sus grandes servicios, cuidaron mucho de reparar este atentado, colmándolo de honores. Pero el Almirante, indignado altamente del ultraje, conservó siempre sus honrosos grillos, se mandó enterrar con ellos, y quiso que le acompañasen hasta el sepulcro. (Nota de MELENDEZ.)

(2) Luis de Cámoens, autor de las *Lusiadas*, epopeya con que se honra la nación portuguesa, estuvo injustamente preso en la India, donde le llevaron su valor, por celos y envidias de sus compatriotas. Dicen que en un naufragio salvó su poema en una mano, nadando con la otra: murió después, indigente, en un hospital de Lisboa, y

Quevedo, en olvidada
Y hórrida cárcel, como yo, penaste,
De tú ¡oh baldón! tus llagas te curaste (1).
Y tú, aliviando el padecer esquivo,
Leon, la lira de oro
Bañabas, en tu encierro, en largo lloro (2).
A él debieron tu fábula sublime
Las Musas ¡gran Cervantes! El destino
Que inocente te oprime,
Fue inspirarte tan alegres sales?
Bienhechor de los hombres, de tus males
Corrió de gracias el raudal divino,
Que á todos entretiene;
En el mundo tu ejemplo igual no tiene (3).
Y otros, y otros sin fin, que hoy en honrosa
Celebridad volais de gente en gente.
¡Raza de héroes gloriosa!
La verdad nos mostró con su luz clara
De vuestras vidas la inocencia rara;
La tierra os da tributo reverente,
Mansion el alto cielo,
Y aquí sois mi esperanza y mi consuelo.
Musa, no ceses, y en mi mente fija
Tu doctrina inmortal; de la memoria,
Tú, que eres feliz hija,
Grata me cuenta las ilustres penas
De cuantos el oprobio y las cadenas,
Justa, en sus fastos consagró la historia;
Suba yo con su ejemplo,
Por la paciencia, de virtud al templo.

ODA XXVII.

EN LA DESGRACIADA MUERTE DEL CORONEL DON
JOSÉ CADALSO, MI MAESTRO Y TIERNO AMIGO,
QUE ACABÓ DE UN GOLPE DE GRANADA EN EL
SITIO DE GIBRALTAR.

¡Silencio augusto, bosques pavorosos,
Profundos valles, soledad sombría,
Altas desnudas rocas,
Que sólo precipicios horrorosos
Mostrais á mi azorada fantasía!
Tú, que mis ojos á llorar provocas,
Y al hondo abismo tocas,
Rodando, oh fuente, de la excelsa cumbre;
Marchitos troncos, que la edad primera
Visteis del tiempo, y á la dulce lumbre,
Con frente altiva y fiera,
De la alba luna, que esclarece el mundo,
Cerrais la entrada en mi dolor profundo;
¡Vuestra más triste y fúnebre morada
Dó está, y el laberinto más umbrío,
Do mi melancolía,
Del silencio y el duelo acompañada,
Se pierda libre? El sentimiento mío
Huye la luz del enojoso día
Y el canto y la alegría,
Cual ave de la noche el sol dorado.
Sólo este valle lóbrego y medroso,
De riscos y altos árboles cercado,
Que en eco lastimoso

El nombre infausto de mi amigo suena,
Mi pecho adula y su dolor serena.
Aquí algún tiempo en pláticas sabrosas
De Sirio el fuego asolador burlamos;
Aquí á su lira de oro,
Y en sus alas alzándole fogosas
La inspiración, sus hijos le escuchamos
De los luceros el brillante coro
Con su cantar sonoro
Cual un dios suspende; y aquí elevaba
Mi tierno númen á la inmensa alteza
De su inefable Autor, ó me enseñaba
A domar la aspezeza
De la virtud con esforzado aliento.....
¡Cuánto, ¡aymél cuánto estas memorias siento!
Ya todo feneció; la mano dura
De la muerte crüel, aquella mano
Que de sangre sedienta
Postra el poder, la fuerza, la hermosura,
Cual débil heno el áspero solano,
Sólo en duelos y lágrimas contenta,
Le arrebató violenta
A su negra mansion, y allí cerrado
Con llave de diamante, la espantosa
Eternidad le guarda aprisionado
En noche tenebrosa.
Para él los seres todos fenecieron,
Y fugaz sombra ante sus ojos fueron.
¡Terrible eternidad! ¡vasto océano,
Donde todo se pierde! ¡qué es la vida,
Contigo comparada?
¡Dó no alcanzó tu asoladora mano?
Naturaleza ante tus pies rendida
Al abismo insondable de la nada
Desciende despeñada
Por tu inmenso poder, del sol divino
Apagada la luz, y ese cincuento
De astros, al cielo adorno peregrino,
Ciegos en un momento.
¡Y aún llega al hombre, al polvo deleznable
Tu ansia de aniquilar jamas saciable!
¡Pudo el amable, el plácido Dalmiro
Tus iras encender? El virtuoso,
El bueno ¡en qué ofendía,
Para ser blanco al ominoso tiro?
¡Oh mi Dalmiro! ¡oh nombre doloroso,
Cuanto un tiempo de gloria al alma mía!
¡Deten la acción impla,
Oh muerte, oh cruda muerte!..... El golpe parta,
Retiembla el suelo al hórrido estampido,
Y nada en tu furor basta á apiadarte.
¡Ay! yo le veo tendido,
Fiero, espantable en la abrasada arena,
Y un grito de dolor el campo atruena.
¡Imágen cara! ¡idolatrado amigo!
¡Dalmiro, mi Dalmiro! ¡sombra fría!
Aguarda, espera, tente,
Tu cuerpo abrazaré, le daré abrigo,
Te prestaré mi aliento, el alma mía,
Dividida en los dos, tu seno aliente.....
¡Imaginar demente!
¡Vana ilusión!..... mis ruegos, mis clamores
Ni al cielo ablandan, ni Dalmiro escucha,
Que en el trance final con los rigores
De la atroz muerte lucha.
Y á mí, tornando el rostro desmayado,
Ansia á llamarme, y siente el labio helado.
No, jamas esa imágen desastrosa
Mi mente olvidará, ni el lastimoso
Espectáculo horrendo
De herirme acabará. La quebrantada
Frente y trémulos ojos, el hondoso
Río de hervidora sangre el lago hinchendo
Viendo estoy, el estruendo
Oigo del bronce atroz, y ¡ay! del herido
Tronco la gran ruína y convulsiones
Con que en tierra se vuelve sin sentido,
Los ayes, las razones
No pronunciadas, y el tender la mano,
Favor á todos demandando en vano.
¡Miseró! Contra el golpe irresistible
Del infernal obús, tus peregrinas

hoy es la gloria del Parnaso y las musas lusitanas. (Nota de MELENDEZ.)

(1) En la del convento de San Marcos de Leon, como caballero del orden militar de Santiago. Allí sufrió Quevedo, víctima de la envidia y la calumnia, una prision de muchos años, llegando en ella á tal extremo de miseria, que pedía de limosna una camisa, y tuvo que curarse por sí mismo, y canterizarse, unas llagas, nacidas de la excesiva humedad del encierro en que estaba sepultado. (Nota de MELENDEZ.)

(2) El célebre poeta fray Luis de Leon, encerrado por más de cincuenta años en la cárcel de la Inquisición de Valladolid, donde padeció (como él se explica) inefables trabajos; compuso en ella muchas de sus obras y poemas, y salió al cabo, declarado por inocente y vuelta á sus honores. (Nota de MELENDEZ.)

(3) Todos saben que nuestro insigne Don Quijote se concibió y cumpió en una cárcel de la Mancha, donde estuvo preso su pobre y desgraciado autor, que, perseguido siempre de la adversa fortuna, final jugado de sus contraportunos, murió en Madrid, tan indigente como hoy es celebrado. Es cosa inconcebible que la obra tan entretida y alegre, toda sales y gracias, se pudiese escribir entre las penalidades y el horror de una cárcel, y por un ingenio lastimoso. (Nota de MELENDEZ.)

Virtudes qué valieron?
 El alto pecho, el ánimo invencible,
 El profundo consejo, y las divinas
 Luces, que aplausos tantos le trajeron;
 Las sales que corrieron
 De su labio feliz, la voz sagrada,
 Órgano de las Musas, con su muerte
 Hoy llorosas y mudas, nada, nada
 ¡Desapiadada suerte!
 A salvarle alcanzó, de tanta gloria
 Durando sólo la infeliz memoria;
 Durando sólo para infando duelo,
 Y objeto triste de dolor y espanto.
 Extranjero en la tierra
 Yo al gozo y á la paz, culpando al cielo,
 Siempre en suspiros y bañado en llanto,
 Ya si la lumbre matinal destierra
 Y el negro ocaso encierra
 A la azarosa noche, ya si el día
 Torna á apagar su rayo postrimero,
 Y se hunde el mundo en la tiniebla fría,
 Imágen del primero
 Desierto caós, do vagó perdido
 En hondo sueño y sempiterno olvido.
 Y nunca, nunca mi doliente queja
 Término alcanzará; ni el malogrado,
 Porque le llame tierno,
 Grato cual ántes prestará su oreja,
 Mis lágrimas verá ni mi cuidado.
 Tinieblas, soledad, silencio eterno,
 Y un insondable averno
 Nos separaron ya; muy más distantes,
 Sin cuento más que el que felice mora
 Las playas de la aurora rutilantes,
 Y el que aterido llora,
 Del polo, ansiando, entre la inmensa nieve,
 Del sol un rayo, aunque apocado y breve.
 ¡Oh fatal Calpe! ¡Oh rocas, que risadas
 Subís al cielo la sañosa frente,
 Gratas tanto al abrigo
 De la altiva Albión, cuanto infamadas
 Por ominosas á la hispana gente!
 Desde la edad del infeliz Rodrigo,
 Siempre halló el enemigo
 En vosotras favor, gosando abierto
 Sus fuertes naos y cargadas flotas
 ¡Oh vil traicion! ¡vuestro seguro puerto.
 Siempre sus hacedas rotas,
 Mi patria, en luto envuelta, vió perdida
 A vuestros piés su juventud florida.
 Y ora á los canos padres ¡qué desvelos
 Y honroso afán! ¡qué lágrimas no oprimen
 Las madres castellanas!
 ¡Cuál abismadas en amargos duelos
 Por sus amados las doncellas gimen!
 Llegando á las provincias más lejanas
 Las nuevas inhumanas
 De cuantos siega en vos la muerte implía.
 Guardad, guardad, guerreros; no flados
 Corraís, en vuestra impávida osadía,
 A escalar, malhadados,
 Tanto y tanto cañon, que hórrido atruena,
 O á España dejaréis de lutos llena..... (1).

ODA XXVIII.

AFECTOS Y DESEOS DE UN ESPAÑOL AL VOLVER
Á SU PATRIA.

Benigno, en fin, el cielo
 Mis suspiros oyó; raya fulgente
 El día que mi anhelo
 Ansíó tan impaciente,
 Que en ruegos tantos le imploré ferviente.
 Los huracanes fieros

(1) Una enfermedad del autor le estorbó continuar, sin que después le fuese posible ni volver á tomar la serie de imágenes y pensamientos en que hervía su imaginación, ni ponerse en el grado de sentimiento y de calor en que se hallaba al empezar su oda, que ahora se publica tal como quedó entonces, en memoria y justo tributo de la amistad y la ternura que unieron á MELENDEZ con su desgraciado amigo

Y las hórridas nubes que amagaron
 Inmensos aguaceros,
 Al rayo se ahuyentaron
 De un claro sol, y el éter despejaron.
 La discordia ominosa
 Ya en su cólera odiosa
 Sus teas apagó, y ahogóse el fuego.
 Soplabá el error ciego,
 Y el esplendor, el júbilo, el sosiego
 Te robó, patria mía,
 ¡Oh dulce patria! cuyo nombre santo
 Confunde hoy mi alegría
 Con el plácido llanto
 En que me anego, si tus dichas canto.
 Ya en perenne bonanza
 Tus días correrán; podrás segura
 Reír á la esperanza,
 Y á tu augusta hermosura
 Y á tu gloria volver y tu ventura.
 Abriste, madre tierna,
 Tu seno al fin á tus dolientes hijos,
 Que en orfandad eterna,
 Tras males tan prolijos,
 Penaban, siempre en tí sus ojos fijos.
 Lo abriste, y obedientes,
 Finos, leales á lanzarse vuelan
 En tus brazos clementes,
 Tu fausto amor anhelan,
 Y en alcanzarlo ahincados se desvelan.
 Todos en uno unidos,
 Todos en santa paz, todos hermanos,
 Léjos ya los partidos,
 Léjos los hombres vanos,
 Que enconos atisaron tan insanos.
 Así, españoles todos
 (Lo fuimos siempre en el amor, lo fuimos,
 Bien que en diversos modos),
 Allí do á España vimos,
 Allí á salvarla crédulos corrimos.
 Sobre tus aras santas
 Serlo sin fin juremos, y postrados
 De nuevo ante tus plantas,
 Más y más inflamados,
 Vínculos estrechemos tan sagrados.
 Tal ¡oh patria! lo juro
 Con inviolable fe, si el noble celo
 De un español oscuro
 A él puede de consuelo,
 Y acepto ser en su verdad al cielo.
 Españoles, juradlo;
 Juradlo todos á la par; contino,
 Contino renovadlo,
 Uno el sér y el destino,
 Y el nombre nuestro, y su blason divino.
 Deja, oh patria querida,
 Este grito á mi amor; da á mi ternura
 Que anhele, embebecida,
 Que en gloria y en ventura
 Por siempre brilles con la luz más pura.
 Léjos de tí la llama
 De mi fe se avivó, cual se renueva
 Más y más en quien ama,
 Y el hado ausente lleva
 La hoguera dulce en que sus ansias prueba.
 ¡Oh cuánta vez iluso,
 Con presto vuelo de este amor llevada,
 En la cumbre me puso
 Del Pirene elevada,
 Mi fogosa ambicion en tí embriagada!
 Gozosa allí en mirarte
 Y en llamarme hijo tuyo, me fingía
 Tiernamente abrasarte,
 Y en mi dulce agonía,
 Tu nombre apenas pronunciar podía.
 Pero ¡ay! ¡qué de dolores
 Me has causado á la par! ¡cuánto he gemido
 Viendo entre mil horrores
 Tu suelo destruido,
 Tu yermo suelo en soledad sumido.
 ¡Del extranjero odioso
 Hollada tu beldad, la vil pobreza
 Con su vuelo ominoso

Nublando tu belleza,
 Tú derrocada en tu heredada alteza!
 Tus voces escuchaba;
 Tu hondo gemir y dolorido llanto
 Mi seno desgarraba,
 Y aun ahora con espanto
 Oigo el eco sonar de tu quebranto.
 Aun ahora el rayo augusto
 De tu luz tibio y pálido lo veo,
 Y tu inmenso disgusto
 Sobre tu frente leo,
 Tu manto ajado y tu divino arreo.
 Y ¡oh madre! el pecho mio
 (Bien, bien mi amor llamártelo merece)
 Con tu dolor impio
 Misero desfallece,
 Y el llanto mis mejillas humedece.
 Españoles, hermanos,
 Sús; á acorrerla rápidos volemos;
 Sus trances inhumanos
 Solícitos calmemos,
 Y á sustentarla en su penar volemos.
 En uno en sus amores
 Con el jóven real, que al cetro de oro
 Tornó de sus mayores
 Riquísimo tesoro,
 Si ántes asunto de perenne lloro.
 Vuelva la agricultura
 Sus campos á animar; torne el ganado
 A holgarse en la verdura
 Del ya seguro prado,
 Y su hogar sea al labrador sagrado.
 La industria destruida
 De esta guerra letal al soplo ardiente,
 Descollando florida,
 El comercio alimiente,
 Y alce el saber su desmayada frente.
 Nuevos cultos reciba
 La olvidada justicia; de las canas
 La majestad reviva,
 Reinando soberanas
 Por su pudor las fемbras castellanas.
 Reparados los templos,
 Ferviente al cielo la piedad se eleve;
 Mil sublimes ejemplos
 La moral nos renueve,
 Y el patriotismo á la virtud nos lleve.
 No haya, oh españoles, nada,
 Nada que olvide nuestro ardiente celo;
 Que á todos va fiada
 La empresa por el cielo,
 Y España gime en ominoso duelo.
 Será nuestra memoria
 Con alto nombre entre las gentes clara,
 Y oficiosa la gloria,
 Ya de belleza rara
 Su inmortal lauro á nuestra sien prepara.
 Las huellas, pues, sigamos
 De nuestros padres, do sin fin verémos,
 Porque dignos vivamos
 Del nombre que tenemos,
 Los nobles hechos que emular debemos.—
 Tras su largo camino,
 El patrio suelo hollando, así decia
 Misero un peregrino,
 Y el júbilo en que hervia,
 Para seguir, su lengua enmudecia.

ODA XXIX.

A MI PATRIA, EN SUS DISCORDIAS CIVILES.

¡Cuándo el cielo piadoso
 Te dará fausta paz, ¡oh patria mia!
 Y roto el cetro odioso
 De la discordia impia,
 Beirá en tu angusto seno la alegría?
 Tus hijos desplazados
 Alzaronse en tu mal por destrozarte;
 Cuando en uno acordados,
 Correrán á abrazarte,

II, Pá. XVIII.

Y en tu acerbo dolor á confortarte?
 ¡Misera! ¡dó los ojos
 Vueltas, sin ver allí tu inmenso duelo!
 Estériles abrojos
 Cubren el yermo suelo,
 Que ántes de espigas de oro pobló el cielo.
 La llama asoladora,
 Igualando el palacio y la cabafia,
 Tus entrañas devora,
 Y en su implacable saña,
 En lloro y sangre tus provincias bafia.
 ¡Y tú el delirio alientas
 Contra tí de tus gentes, y en su seno
 Los odios alimentas,
 Y del mortal veneno
 Tú propia el cáliz les presentas lleno?
 ¡Dó vas ó qué pretendes?
 ¡Qué furor te arrebató! ¡cuánta hoguera
 ¡Ay! en tu estrago enciendes!
 ¡Ay! cuál la ntroz Megera
 Te aguija, impia, en tu infeliz carrera!
 ¡Y con gesto espantable,
 De su crin las culebras desprendiendo,
 Con su diestra implacable
 Sobre tí, en sön horrendo,
 Está sus alas fúnebres batiendo!
 Sus alas, que concitan
 Á mil y miles en delirio insano,
 Y pavorosos gritan:
 «Hiera el hierro inhumano,
 El hacha tale de la cumbre al llano;
 »No haya paz ni acomodo,
 El fatal bronce sin descanso truene,
 Y asolándolo todo,
 Con sus destrozos llene
 El hondo abismo, que bramando suene.....»
 Caiga, patria querida,
 Caiga tanto furor; cobre el arado
 El hierro que homicida
 La cólera ha afilado,
 Y va en tu noble sangre mancillado;
 Hermanos nos herimos,
 Y viuda, impíos, nuestra madre hacemos;
 Bajo un cielo vivimos
 Y unas aguas bebemos,
 Y á emponzoñarnos, bárbaros, corremos.
 Angeles, que de España
 Fieles guardais la inmarcesible gloria,
 Ahogad tan fiera saña,
 Robad á la memoria
 De horrores tantos la llorosa historia.
 No dure ni en la pluma
 Ni en el labio tan bárbara ruína,
 Jamas finible suma
 De estragos, do mezquina
 La patria á hundirse rápida camina.
 ¡Ay! ¡qué playa ni gente
 De lucha tal ignora los furoros,
 Y el delirio inclemente,
 Y los ciegos rencores
 Con que, ilusos, doblamos sus errores!
 Bastante á nuestros nietos
 De lágrimas y amargos funerales,
 Espantables objetos,
 Memorias inmortales
 Dejamos ya de nuestros largos males,
 Hasta allá do entre el hielo
 El rudo escita desterrado mora,
 Se oyen con grave duelo,
 Y el reino de la aurora
 La gran caída congojado llora;
 Y todos, del divino
 Indomable valor que nos inflama
 Pasmados, el destino
 Maldicen, y la trama
 Que atizar pudo tan infanda llama.
 Ella en la tumba ha hundido
 Una generacion; tanta grandesa
 Cual sombra ha fenecido;
 La española riqueza
 Cebo fué del soldado á la feresa.
 Nada, nada quedara

Del antiguo esplendor.... ¡Y aún ciega gritas!
 ¡Y el puñal se prepara!
 ¡Y las teas agitas!
 ¡Y á estragos nuevos el rencor concitas!
 ¡Infeliz! ¡En qué horrendo
 Abismo gemirás precipitada
 Con funeral estruendo!
 Despues yerma, menguada,
 Tu error maldecirás desengañada.
 Demandarás tus hijos,
 Y ¡ay! «Pecieron, sonará en respuesta,
 Los ojos en tí fijos,
 En su ausencia funesta.»
 ¡Cuánto ¡ay! tu engaño de virtud te cuesta!
 ¡Oh! luzca el fausto día,
 ¡Oh! luzca, al fin, en que la paz gloriosa
 Te abraza, oh patria mía;
 En calma deliciosa
 Torne el cielo tu cólera ominosa;
 Y en tu amor inflamados,
 Cual hijos á tus plantas nos postremos;
 De errores olvidados,
 Hermanos nos amemos,
 Y en tu seno felices descansemos.

ODA XXX.

Á MI MUSA.

No en tan curioso anhelo,
 Más, musa mía, derramada vuela
 Por el inmenso cielo,
 Ni el abismo del Sér sonar anheles;
 Del gran Sér, que en su mano
 Sustenta el universo; tú has corrido
 Del átomo liviano
 Al último lucero que encendido
 Cabe su trono brilla,
 Y del vil gusanillo hasta el ardiente
 Serafín, que se humilla,
 Temblando ante su faz omnipotente.
 ¡Qué has visto? Te perdieras
 En tanta inmensidad, y nada, nada,
 Musa, alcanzar pudieras;
 Cuerda, pues, coge el ala despeñada.
 Seguir deja, y adora
 Las leyes que á la máquina infinita
 Puso la protectora
 Deidad que por el éter precipita
 Su giro, y la sostiene
 Con valedora accion. En su hondo seno
 Todo su lugar tiene,
 Y el universo dura, de órden lleno.
 Orden que á par se ostenta
 En el bullir del cefirillo blando
 Que en la horrible tormenta
 Que brama, el hondo mar al cielo alzando.
 Arder ve á la abrasada
 Cápula, y del mundo el desaliento,
 Y ve en su miés dorada
 A un tiempo dél el pródigo sustento.
 Ve al día rutilante,
 Cuanto existe mover; el ave vuela,
 Gira la bestia errante,
 Y en rudo afán el hombre se desvela.
 Pero la pavorosa
 Noche su velo en pos tiende lucido,
 Y ya el suelo reposa,
 Y el vigor cobra con la accion perdido.
 Sabio así lo dispuso
 El grande Ordenador; cuanto ha creado,
 Todo en orden lo puso;
 Nunca ¡oh! nunca él por tí gima alterado.
 Por ley sentó primera
 El bien universal; en él te aplice;
 Ley dulce, lisonjera,
 Que una familia á cuanto existe hace.
 Cuando amorosa un alma
 La inmensidad abarca de los seres,
 Gusta en gloriosa calma
 Del cielo anticipados los placeres,
 ¡Gimes en vida oscura,

En soledad y olvido? ¡Error insano!
 Ve en cada criatura
 Un hijo de tu Autor, goza un hermano.
 Sus arcángeles puros,
 Cercándote, el bien que obras están viendo,
 De los lazos oscuros
 Que el vicio armó tus pasos defendiendo;
 Y aún á su lado un día,
 Sublime sobre el sol, si el órden amas,
 La eterna compañía
 Podrás gozar de cuanto bueno hoy llamas.
 ¡Allí la sed ardiente
 Del bien apagarás que ora te apura,
 Cabe la misma fuente
 Do, el raudal brota de eternal ventura.
 Abrete, pues, gozosa
 A un inmenso esperar, cuanto recoges
 Tu ardor en la llorosa
 Tierra; ni combatida te ascondeja.
 Si el vil supersticioso
 Te roe atroz con viperino diente,
 De su trono lumbroso
 Dios ve tu pecho, y lo verá inocente.
 Débil, mas fiel siguiendo
 Su dulce ley de amor, tierna le amas,
 Y, por su error gimiendo,
 A tu enemigo mismo hermano llamas;
 Cual de su excelsa altura
 El gozar hace pródigo, inefable,
 Del sol la llama pura
 A par al inocente y al culpable,
 Y sin número dones
 Al suelo llueven de su larga diestra,
 Eternas bendiciones
 Con que su amor al universo muestra.
 Él te ve, musa, y esto
 Baste á tu dulce paz, firme confía;
 Quien en la lid te ha puesto,
 Tu sien de eterno lauro ornará un día.

ODA XXXI.

LA MEDITACION.

Huye, pensamiento mio,
 Huye el afanoso estruendo
 De la ciudad y los hombres,
 Y haz de tí mismo un desierto.
 ¡Qué hallas, díme, en sus caminos,
 Sino zozobras y duelos,
 Y enconos y envidias viles,
 Tras miseros devaneos?
 Al uno la sed del oro
 Engolfa en mares inmensos,
 Y otro tras un nombre vano
 Pierde la quietud y el sueño;
 A aquél la guerra embriaga,
 Y en el estrépito horrendo
 Del mortal cañon y el parche
 Colocó su bien supremo;
 A éste en pos lleva el deleite,
 A otro un ominoso empleo,
 Y al otro el aura voluble
 Del favor le tiene ciego.
 Dejémoslos que deliren,
 Y de sus errores léjos,
 Para nosotros vivamos
 En soledad y sosiego.
 ¡No vale más, estudioso,
 Gozar en libre comercio
 De esa infinidad de seres
 Que en sí encierra el universo?
 ¡Correr con ánsia dichosa
 Desde la tierra á los cielos,
 Descender al hondo abismo,
 Volar sobre el raudal viento,
 Y preguntarle á todos
 Qué son, dó vienen, qué fueron,
 Quién, ordenador y grande,
 «Tal, les dijo, es vuestro puesto,
 »Tales leyes os conservan,
 Y con tales encadenó

Ese cincuenta de soles,
Que enciende eficaz mi aliento,
»Del inmensurable espacio
Velocísimos corriendo
Las sendas que les marcara
Con mi omnipotente dedo?»
»No vale más, alma mía,
Ofrecer tu humilde incienso
A un Dios que á un mortal? ¡la gloria
No vale más que el vil saelo,
Y exhalar tus hondos ayes
En el dulcísimo seno
De tu Hacedor, que, importuna,
Cansar al poder con ellos?
Despréndete, pues, del lodo,
Despréndete, y al Excelso
Por el éter infinito
Trepas con alas de fuego.
Salud, purísimos seres,
Que, de inefable amor llenos,
Ante su sagrario el himno
De loor trinais eterno,
Entre extáticos ardores
Y humos de un aroma etéreo,
Rindiéndole el feudo antiguo,
Siempre á vuestras arpas nuevo.
Recibid en vuestros coros,
Recibid á un compañero,
Si del polvo la base
Puede de vosotros serlo.
»Oh quién el fervor me diese,
Y el santísimo embeleso
Con que vos servís! ¡quién, limpio
De mundanales afectos,
Postrar pudiera su frente
Bajo el altísimo asiento
Del gran Sér! ¡quién de su gloria,
Temblando, besar el velo,
Y con sus nublados ojos
Llevar, débil, no pudiendo
Luz tanta, precipitarse
Entre ella atónito y ciego,
Clamándole: «Un vil gusano
Os adora fiel; mi ruego
No desdeñéis; ved la nada
Cabe vos, padre, Dios bueno!
»Vedla, y dad placido oído
A mis ayes lastimeros,
Lanzándome una mirada
Que avive mi desaliento.
»Una mirada de aquellas
En que cual Señor supremo
Sustentais el bajo mundo,
Y de gracia henchís los cielos.
»Y de allá do entre esplendores
De gloria os gozáis cubierto,
Tended la clemente mano
Al abismo en que me veo,
»Y alzádmel del amoroso.
Cual, del gavilán huyendo,
El ave al callado asilo
De su nido aguija el vuelo,
»Así yo ahincado me arrojo
En vuestro adorable gremio,
Y en él mis delicias hallo,
Y en él mi esperanza aliento.
»Me desdeñaréis, Dios mío?
»Será que el mísero feudo
De mi gratitud rendida
Os pueda encontrar severo?
»Lanzaréis de vuestra casa
Por vil al humilde siervo,
Y las lágrimas de un hijo
Las veréis, Señor, con oño?
»No, no, que sois el amigo,
El protector, el consuelo,
El padre, el Dios del que gime
En orfandad y desprecio;
»Del que acosado del mundo,
Y blanco á sus tiros puesto,
Sólo en su amargura vive,
De un pan de lágrimas lleno.

»Vos le alzais en vuestros brazos,
Y con solícito empeño
En sus desmayados ojos
Enjugais el llanto tierno,
»Y la calma bonancible
Tornais á su triste pecho,
Y en gozo trocáis sus penas,
Y en paz su desasosiego.
»Iris, que aplacais benigno
Con vuestro gracioso aspecto
Las horribas tempestades
Y los vendavales fieros;
»Apareceis, y en un punto
Vientos, olas, aguaceros,
Todo atónito enmudece,
Todo os adora en silencio.
»Yo os adoro á par, mis ojos
Fuentes de lágrimas hechos,
La lengua os canta y bendice
Con balbucientes afectos,
»Que la piedad fervorosa,
El alma exhalada entre ellos,
El alma toda, recoge
Con blando oficioso anhelo;
»Mientras el corazón, llagado
De amor y santo respeto,
Ante Vos, cual grata nube,
Arde, de fragante incienso;
»Y asombrado, embebecido
Por doquiera que me vuelvo,
Amoroso Padre os hallo,
Y Dios grande os reverencio;
»Que doquiera de vuestra gloria
Inagotable el proceso
Se ostenta, de vuestro brazo
Se palpa un nuevo portento.
»Esas bóvedas inmensas
Ese sinfin de luceros
Que sobre mi frente brillan,
Siglos y siglos ardiendo,
»Y pregonando, aunque mudos,
En el orden estupendo
Con que misteriosos ruedan,
La mano que los ha puesto;
»La tierra, abreviado punto,
De seres tantos cubierto,
Que de Vos sólo reciben
Orden, sér, vida y sustento;
»Y do en giro invariable,
Rauda, en comun bien, el tiempo
Alterna del Can las llamas
Con los erizados hielos,
»Sembrando doquier profuso
Los tesoros, que del seno
De vuestro amor inefable
Recoge en alivio nuestro.
»Es: crecer cuanto vive,
Y el insondable misterio
De encerrarse en uno solo
Millones de seres nuevos.
»El mar, el mar, que halla dócil
Obedeciendo el imperio
De vuestra voz poderosa,
En cada arenilla un freno,
»Ora en sus rabiosos tumbos
Asaltar tiente, soberbio,
Las estrellas, y los montes
Batá con impetu horrendo;
»Ora placido y callado
Semeje á un inmenso espejo,
En que los cielos se pintan
Y arde y se goza el sol bello;
»Esas pavorosas nubes,
En que retumbando el trueno
Y el alado ardiente rayo,
Me llenan de pánico y miedo;
»La nieve, el hielo, la lluvia,
Que, en largos ríos corriendo,
Vuelve á la mar los tesoros
Que el sol le robó y los vientos;
»Yo mismo, abreviado mundo,
Donde, en felice compendio

De vuestro universo, unidas
Las leyes todas encuentro;
»Que, cual la hierba que piso,
Me nutro y me desvuelvo,
Respiro á par del gusano,
Y como el ángel entiendo;
»Yo, que en mí el fuego divino
De la virtud hervir siento,
Y con vos por ella unirme
Desde mí nada merezco.

»Todo á una vos os proclama,
Todo, por su inmenso Dueño,
Hacedor omnipotente
Y Conservador supremo.

Alienta, espíritu mío,
Alienta, y con noble empeño,
Del Ser por la inmensa escala,
De este Ser llégate al centro.

Llega, llega confiado;
Que ese generoso esfuerzo
Que en tí sientes, no es del lodo
Ni de un instinto grosero.

Tu ambición es más sublime:
El polvo, apegado al suelo,
Jamás, jamás se desprende
De su miserable cieno.

Tú eres inmortal: la llama
De tu alado pensamiento
Arderá siempre, aunque acabe
Ese pábulo terreno,

Do sus brillos se oscurecen,
Como al tajador acero
La vaina guarda, y se esconde
En el pedernal el fuego.

Arderá; y feliz un día,
De los ángeles en medio
Te sentarás, con sus himnos
Meciendo tus ayes tiernos;

Y llamándoles hermanos,
Y el vestido recibiendo
De inmaculada blancura,
Con que te ornará el Excelso.

Toma, pues, las prestas alas
Del querubín; como estrecho,
El bajo mundo abandona,
Y trepa cielos y cielos.

Trepalos, y venturoso
Al inexhausto venero
De la verdad pon el labio,
Y bebe, bebe sediento,

Raudal de inmensa dulzura,
Donde jamás satisfecho,
Más ansia, cuanto más goza,
De amor llagado el deseo.

Allí embriagado en delicias,
Verás con desden y tedio
Cuanto hasta aquí tus sentidos
Fascinó y preciabas necio;

Que allí la ilusión fenecer,
Allí el bien es siempre el meamo,
Inmarcesibles las flores
Y perenne el embeleso.

Vuela, pues, vuela afanoso,
Redobla tu heroico anhelo:
La distancia es infinita,
Pero infinito es el premio.

La fe por seguro incendio
Y en el suavísimo incendio
De la caridad más viva
Cual fino amador deshecho,

Por la airada mar del mundo,
Entre huracanes y riegos,
Conduzcate la esperanza
De eterna ventura al puerto.

ODA XXXII.

LOS CONSUELOS DE LA VIRTUD.

No es sueño, no ilusión: las arpas de oro
Con su armónico trino
Me elevan de los ángeles; divino,

Divino es el concerto;
La cañera se abre al rozagante coro,
Y una fragancia siento,
Con que nada sería

Cuanta goma y copal Arabia cria.
No cesais, parainfios celestiales,
Vuestro inefable canto,

Que ledo acalle mi perenne llanto.
Solo, el solo á ser basta
Salud segura en los horribles males
Con que el mundo contrasta

A un misero inocente,
Blanco á sus tiros y furor demente.
No de tal modo la impotente saña

Así apocado llores,
Ni á seco tronco le demandas flores;
Y alza ¡oh ciegos! los ojos
A ese inmenso esplendor que el cielo baña,

Que allí de tus enojos,
Allí mora el consuelo;
Sombra y nada los júbilos del suelo.

Sombra y nada, que leve un soplo eleva
Del menor vienteillo;
Y otro que sigue, róbales el brillo,
Y espuma se deshacen.

Mancillalos la edad, y en pos los lleva,
Con el uso despiacen,
Y el hastío sus rosas
Torna al cabo en espinas dolorosas.

Espera, pues, en tu bondad seguro;
Que al fin pura y triunfante
Saldrá, y hermosa como el sol radiante.
Tu Hacedor soberano,

Que justo sonda el laberinto oscuro
Del corazón humano,
Tus ansias compadece,
Y ya su sombra tutelar te ofrece.

La virtud brilla con su propia lumbré:
Ni como el vil deleite,
Bella se ostenta de mentido afeite,
Mientras con firme planta

De mortal gloria á la sublime cumbre
Modesta se adelanta,
La alcanza vencedora,
Y el vicio mismo á su pesar la adora.

Dios, el Dios que en su diestra omnipotente
La creación sustenta,
Con su soplo vivifico la alienta,
Y á su ángel dió el destino

De la justicia, que, doquier presente,
Con su escudo divino
La cubra, ante quien vano
Cae de los hombres el orgullo insano.

Ara es de Dios el corazón del bueno
De do al cielo, incesante,
La nube de su amor sube fragante.
La paz y la divina

Ferviente caridad, de gozos lleno,
A sus piés le avecina,
Y allí sacia ¡oh ventura!
Su ansia del bien cabe su fuente pura.

Con santa envidia su inefable suerte
Absortos consideran
Los serafines, que abrazarle esperan.
¡Y qué entonces la impía

Persecución, la infamia, ni la muerte!
Nube que en medio el día
Al sol loca se opone,
Que en fugaz niebla á su fulgor traspone.

Las lágrimas que ansiado á veces llora
Son de la primavera
Grata lluvia, que esmalta la pradera
De mil galanas flores.

La piedad que su aljófara atesora,
Entre santos fervores
Por feudo las ofrece,
Y una mirada á su Señor merece.

Las torvas nubes que del bajo suelo
Se alzan, en toldo oscuro,
Viles á mancillar su lampo puro,
Entre el grito ominoso
De la maldad y su impotente anhelo,

Hacen que más lumbroso
 Con las pruebas se torne
 El lauro augusto que su frente adorne.
 Muere en la paz que la virtud da sola:
 Todo cabe él se affige;
 Y él ledo al ángel que sus pasos rige,
 Ve ya como á un hermano,
 Presto á cefirle la inmortal estola
 Que el Dueño soberano
 A los suyos prepara,
 Y él en lid tanta triunfador ganára.
 Los alcázares suenan estrellados,
 Y de oro los quiciales,
 Abriéndose las puertas eternas
 A recibir al justo;
 Mientra un coro de espíritus alados
 Trina el cántico augusto,
 Con que á la compañía
 Se aduna celestial desde aquel día.
 Vén, vén feliz, tú, que del ciego mundo
 Ya los grillos rompiste,
 Y ángel al centro de tu sér volviste;
 Tú, en quien halló un amigo
 Siempre el opaco en su gemir profundo,
 El indigente abrigo,
 Y, en su soledad cruda,
 Padre el pupilo, amparo la viúda;
 Tú, en quien ardió con llama inextinguible
 La caridad suave,
 Que amar y perdonar tan sólo sabe;
 A par que la justicia
 Contra el crimen tronar te vió inflexible,
 De bronce la malicia,
 La flaqueza indulgente,
 Los hombres grato, la amistad ferviente;
 Vén á coger, afortunado, el fruto
 De tus largos sudores;
 Vén á gozar las eternas flores
 Que anheló tu esperanza;
 A dar vén el dulcísimo tributo
 De inefable alabanza
 Al que en su inmenso seno
 Padre hoy te inclina, de ternura lleno.
 Aquí todo es solaz, todo alegría,
 Todo inmortal dulzura,
 Todo consuelo y paz, todo ventura.
 Eterno resplandece
 Sin niebla y claro el sol, plácido el día,
 Con rosas mil florece
 Perennial primavera,
 Sin fin bullendo en aura lisonjera.
 Y sobre nubes de esplendor divino
 El Señor asentado,
 El himno entiende de eternal agrado,
 Que sus loores suena.
 Vén, entra, llega á tan feliz destino;
 Corre á la inmensa vena
 Del río de la vida,
 Y al mundo en su raudal por siempre olvida.
 Luego con cuanto un tiempo honrara el suelo
 En sociedad amante,
 De rosas y laurel la sien radiante,
 Se estrecha venturoso,
 Goza, y renace sin cesar su anhelo,
 Y á gozar vuelve ansioso;
 Ni mente humana llega
 Al bien inmenso en que feliz se anega.
 ¡Y gemirás porque un espacio breve
 Penes ora entre grillos,
 Sandio anhelando los falaces brillos
 De un mundo injusto y loco?
 ¡Tan poco ¡oh ciego! la virtud te debe,
 Y su esplendor tan poco?
 ¡O igual se te presenta
 Al gozo eterno el que un instante cuenta!
 No así, no así: tu lacerado pecho
 Abre, ensancha á la rara
 Suerte feliz que el cielo te prepara:
 Que el premio solo sigue
 Al que lidió y venció, y hollar derecho
 La ardua senda consigue,
 Que lleva hasta la cumbre,

Do arde de gloria la inexhausta lumbre.
 ¡Cesais, oh santos ángeles.....! seguro
 Ya por vos, no suspiro,
 Y en manos del gran Sér mi suerte miro;
 Mientras con pecho entero
 La amarga copa del dolor apuro,
 Y constante prefiero
 La virtud indigente
 Al vicio entre la púrpura fulgente.

ODA XXXIII.

LA CREACION, Ó LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

¡Dónde la mente en tus etéreas alas
 Se encumbra, el viento impávida surcando,
 Inspiración divina!....
 Ya las nubes hollando,
 Al valle el monte excelso ante ella iguales,
 Ya el sol contigo altísima domina.
 A Urano, ese invisible
 Lucero, y cuanto por la inmensa esfera
 Arde sol claro al lente inaccesible,
 Atras los deja en su fugaz carrera,
 Hasta tocar los últimos confines
 Del reino de la luz, donde velado
 En majestad gloriosa,
 Yace el Señor sentado
 En trono de inflamados serafines.
 Allí en gozo inefable asistir oía
 Al solemne momento,
 Cuando imperioso le intimó á la nada:
 Acaba; y á su excelso mandamiento,
 Esta máquina inmensa fué ordenada.
 Ostentar quiso de su augusta mano
 La infinita virtud, el inefable
 Saber de su honda mente,
 Y allá en su perdurable
 Quietud contempla el tipo soberano
 Del universo su bondad clemente.
 ¡Cuánto plan en un punto
 Anhela su elección! Este prefere
 De su insondable amor feliz trasunto,
 Do en larga vena derramarlo quiere.
 Súbito en vuelo rápido se lleva
 Sobre el abismo solitario, ansioso
 De trazar obra tanta,
 Y en torno el caos medroso
 El muro eterno con su vista eleva
 Fijo á la creación. La escuadra santa
 De espíritus, que dichosa
 Acata su deidad, enmudecía
 Atónita ante el trono y respetosa,
 Cuando en potente voz Jehová decía:
Que la luz sea; y de arboles llena
 Resplandeció la luz, saltó exhalada
 De entre aquel yermo oscuro
 Una llama dorada,
 Que inundó en rauda transparente vena
 De la lóbrega noche el reino impuro.
 Los gérmenes primos
 Por la fecunda voz á unirse empiezan,
 Ciegos girando en vértices ligeros,
 Que en su incesante vuelo se tropiezan.
 Y alzándose entre etéreos resplandores
 Un pabellón magnífico, suspenso
 A la voz soberana
 Por el ámbito inmenso,
 Ornólo de vivísimos fulgores.
 La esmeralda, el azul, el oro y grana,
 Mezclados altamente,
 Tejen sus ricos transparentes velos;
 Y arde en vistosos fósforos lucientes
 La infinitad, do rodarán los cielos.
 Ya al feliz mando del Autor divino
 La hermosa luz existe, noble muestra,
 Espléndido portento
 De su sagrada diestra,
 Si material, de altísimo destino,
 Pues las mansiones de inmortal contento
 Orna, do El mismo mora.
 Resuena en inefable melodía

El angélico coro, y fiel le adora;
 El cesa, y hubo fin aquel gran día.
 Con él, súbito el tiempo, que en olvido
 Yacía y sueño eterno, despertando,
 Asíó su rueda instable,
 Y el vuelo desplegando,
 Vió ya á sus piés cuanto será, rendido.
 Cesó la eternidad inmensurable,
 Que su diestra imperiosa
 En sombra y luz su duracion divide;
 Y hundiéndose en la nada silenciosa,
 El fogaz curso de los seres mide.
 La luz, empero, el término no fuera
 De la virtud vivifica infinita;
 Ni el celestial venero
 A tan nada limita
 De su amor el Señor, y aunque igual viera
 La flor del valle, el brillo del lucero,
 Del ave el matutino
 Canto, y del serafín, que en llama pura
 Arde de amor, el inefable trino,
 En sí gozando su eternal ventura;
 Vuelve, y hallando en su divino seno
 Sér tanto que su voz ansia obediente,
Las aguas se dividen,
 Ordena omnipotente,
Y el firmamento extiéndase sereno.
 Las rápidas corrientes se retiran
 Sobre el cielo lumbrisco,
 En torno en ancha bóveda afirmado,
 Muro inmenso al abismo proceloso,
 Del Eterno á la voz súbito alzado.
 Inmenso muro en su labor divina,
 De su largueza y su poder trasunto,
 Do alzará su morada.
 ¡Qué armonioso conjunto
 De eterno albor que en torno lo ilumina,
 Orden, belleza vária y extremada!
 Cuanto encumbrarse puede
 Mente humanal, ó de mayor riqueza
 Ideal feliz á el ángel se concede,
 Nada es con su magnífica grandeza.
 Sienta en medio su trono; y ¡oh consuelo!
 Bienes allí sin número atesora
 Su inefable clemencia.
 La piedad que le implora,
 Tierna á él se vuelve en su ferviente anhelo,
 Y á él se acoge exhalada la inocencia.
 Ve el Señor complacido
 Por alfombra á sus piés el firmamento,
 Más que el oro purísimo lucido,
 Y á mandar torna en divinal acento:
Las aguas se unan, que á la tierra impiden
Aparecer. En tumbos espumantes
 Por entre el aire vano
 Las hondas resonantes
 Dóciles parten, rápidas dividen
 Su inmensa madre con furor insano.
 Ya hay mar: rugie y se humilla
 Rendido ante el Señor, y en grato estruendo
 Su gloria anuncia, y nacarado brilla
 De ola en ola su nombre repitiendo.
 En su incesante anchísima carrera
 Con misterioso círculo del nacen
 Ya los eternos rios,
 Y á él vueltos se deshacen.
 Tiéndese el Indo en su felis ribera;
 Reina inmenso entre páramos sombríos
 El Amazona undoso;
 Nilo en sus aguas la abundancia lleva;
 Y el Rin, que hoy guarda al batavo industrioso,
 Del Ponto inmenso las corrientes ceba.
 El rueda en su hondo abismo y se conmueve:
 Llega, huye, torna, apartase; y bramando,
 De hórridos vientos lleno,
 Las rocas desgarrando,
 Ya el cielo en sierras de agua á herir se atreve,
 Ya su azul pinta plácido en su seno.
 ¡Oh pasmol en leve arena
 Por siempre atada la voluble planta,
 Hirviendo entre alba espuma, el paso enfrena,
 Y hermosa ante él la tierra se adelanta.

Cual de inocencia y roseicler teñida,
 En su fiesta nupcial brilla esplendente
 La virginal belleza,
 Alzan su angusta frente
 Los altos montes enriscada, erguida,
 Rudas columnas de eternal firmeza
 Contra los elementos
 Que el tiempo asolador en vano ofende;
 Y en paz segura de fragosos vientos
 El ancho valle entre sus piés se tiende.
 Allí abreviados en la mina oscura
 Siglos de ardua labor, fúlgido crece
 El oro en vena rica;
 Sus brillos esclarece
 El hermoso diamante, y la luz pura
 Ya en prismas mil, aun tocos, multiplica.
 La faz de ella inundada,
 La hora á la tierra de animarse llega,
 Y en su calor prolífico empapada,
 Fecunda brota, y su vigor despliega.
 El bosque sacudió la cima hojosa
 De sus excelsoos hijos; los collados
 De hierba se matizan;
 Los árboles, cargados
 De flor á un tiempo y fruta deliciosa,
 La mano que los viste solemnizan;
 Y tú, oh rosa, rompiste
 Tu cálix virginal, y los favores
 Del nuevo vivaz céfiro sentiste,
 Bafiándolo en balsámicos olores.
 Ufana en sus racimos deleitosos
 La vid los largos vástagos derrama,
 Ya el néctar preparando
 Que en gozo el pecho inflama;
 Y los pensiles de Pancaya umbrosos,
 Al firmamento en galas emulando,
 Exhalan una nube
 De cterea suavidad, feudo agradable,
 Que el ángel de Sabá volando sube (1),
 Y aceptó en faz de amor el Inefable;
 Mientras siguiendo plácido decia:
Reinen en las altísimas esferas
Los astros esplendentes,
Y en sus vagas carreras
Firmen la umbrosa noche, el claro día,
Y tiempos y estaciones diferentes.
 Súbito, á la imperiosa
 Voz de Jehová, los astros se inflamaron,
 Y á dar su vuelta eterna, silenciosa,
 Cual ordenado ejército, empezaron.
 Tú entonces, claro Eridano (2), vertiste
 Tu luz en urnas de oro; sus divinos
 Fuegos prender sintieron
 Los soles matutinos,
 Y tú, Aquilon, los tuyos recibiste;
 A sus inmensas órbitas corrieron
 Los cometas brillantes,
 Y en su inmóvil quicial el polo viera
 Miles en derredor de astros brillantes,
 Que contar sólo su Hacedor pudiera.
 Las Osas, el Dragon, el Cancro fiero,
 El lóbrago Orion, ese lumbrisco
 Largo surco nevado,
 Cintio del ciclo hermoso (3),
 Y cuanto esmalta fúlgido lucero
 El manto de la noche pavonado,
 A una voz fué; con ella
 Poblóse de esplendor el gran vacío;
 Y en pos del alba y su riente estrella
 Se ostentó el sol en noble señorío.
 Salve, ignífero sol, fuente abundosa
 De sempiterna luz, del rubio día
 Padre, señor del cielo;
 Tú, que hinchas de alegría
 Su ámbito inmenso, y con tu faz gloriosa
 Fecundas créador el bajo suelo;
 De tu Hacedor divino

(1) Según la opinion que da á cada region, reino ó provincia, por custodio ó protector un ángel.

(2) La constelacion de este nombre.

(3) La Via Láctea.

Lumbroso trono en la fulgente altara,
Salve, y su brillo apaguen peregrino
Los astros todos con tu lumbré pura.
Salve, y pródigo inunda en suave llama
Tu hermana celestial, que en paso lento
Ya en el zenit domina,
Y al mundo soñoliento
De su alor rueda tu esplendor derrama.
¡Deidad siempre á los míseros benigna!
¡Luna consoladora!
De tu lóbrega noche el manto extiende
Ante quien de ella te aclamó señora,
Y á un tiempo tanto sol profuso enciende.
Pero ¡ah! que El vuelve á su inefable mando:
Silencio, astros lucientes.—*El profundo*
Golfo animado sienta,
Dando do el fecundo
Cuanto ave el aire diáfano cortando,
Cuanto pez raro en sus abismos cuenta.—
De escama aquél brufida
Deslizase fugaz; cuál perseguido
Se arrastra, incierto de su nueva vida;
Cuál á la prosa lánzase furioso.
Y á par que inmóvil en las ciegas rocas
El trémato falaz (1) su presto fuego
Eléctrico despide,
En incesante juego
Salta el rebaño de las mansas focas.
Crusa el salmon, y el piélagos divide
Tras la dulce corriente,
Do en paz deponga sus fecundas ovas;
Y un vulgo inmenso espárcese impaciente
A morar libre entre cerdúleas tobas.
Vió el glacial polo á la ballena fiera,
Señora de las olas, cual un día
La Grecia fabulosa
Su Délos ir decía
Sobre el piélagos Egeo, y la ligera
Dorada anteceder la onda espumosa.
Al tiburón alevé
Con el manso delfín; al ave iguales,
Vagar sus hijos por el viento leve (2),
Y á mil gozarse en selvas de corales.
Selvas que, ornando de purpúras alfombra
Las llanuras del mar, en su galana
Espesura repiten
La alta tierra, lozana
Con bosques, prados y agradable sombra.
En formas y matiz allí compiten
Sin cuento los vivientes,
En paz rodando su crustáceo manto;
Y feliz cuaja en perlas esplendentes,
La ostra, del alba el cristalino llanto.
Todo es vida y acción; por los menores
Rios revuelven con fugaz presura
Sus nadantes hijuelos,
Mientras el aura pura
Se ve inundar de alados pobladores.
Alzase audaz el águila á los cielos,
Do al sol sus ojos prueba,
Del pueblo volador reina se aclama,
A una altísima roca el nido lleva,
Y en fiero canto á su consorte llama.
Allí el pavón de su lumbrosa cola,
Tornasolada de esmeraldas y oro,
La rueda ufano tiende;
Y alegre su canoro
Pico soltando por los vientos sola
La alondra, cual un punto inmóvil, pende.
Desplega arrebatada
Sus alas la fragata vagarosa (3),
Y pule al sol el ave celebrada
De Eden las sedas de su pluma hermosa (4).

Miles se pierden por el bosque espeso,
Y al ciego encanto del amor se entregan,
O en los floridos prados
Van, vuelven, saltan, juegan,
Cuanto gime en dulcísimo embeleso
Sus ayes filomena lastimados,
Seaga el ciané pompudo
Con alto cuello por el ancho río,
Y el pavoroso buho en grito agudo
Suspira ya por el silencio umbrío.
Y todo el pueblo aligero vagando
Se extiende, y goza de su nueva vida;
Y en canora garganta
Con salva repetida
De valle en valle el eco resonando,
Su divino Hacedor alegre canta.
Con paternal ternura
El los oye y bendice; en arpas de oro
Himnos trinando de inmortal dulzura
De querubines el radiante coro.
Vivifica entre tanto su voz suena:
¡Sús, bestias de la tierra! Y de repente
Animándose, lanza
De sí cuanto viviente
Su faz no bien sabida alegre llena.
De las selvas el rey feroz se avanza,
El cuello vedijoso
Con orgullosa pompa sacudiendo,
Y de Eden por el valle deleitoso
Pausado gira, y horrible rugiendo.
Un collado cabe el sienté y se agita,
Y hélo súbito vuelto un elefante;
Bullicioso su brío
Muestra el potro en sonante
Casco, y rápido el paso precipita;
Anhela el ciervo por el bosque umbrío,
La cabeza ramosa
Alzando al cielo; mansa la cordera
Bala y pace; la liebre recelosa
Párase, acecha, escucha en la pradera.
Vagan por ella en muchedumbre inmensa
Las bestias cuantas son, áun de su instinto,
Cual despues, ¡ay! no esclavas;
Y aunque en breve recinto
Cabra y lobo hermanados, sin ofensa
Juegan, en grata union mansas con bravas.
Todas ¡oh malogrado
Tiempo! ¡suerte feliz! ¡santa armonía!
En paz gozando del glorioso estado
En que inocente el mundo se adormía.
Así impaciente con su frente ruda
Por juego el bravo toro el aire hiere;
Sin daño el tigre fiero
Sus garras probar quiere;
Brama el rinoceronte en voz sañuda,
Y tras la pista el can crusa ligero;
Mientras con la cabeza
Las copas de los árboles tocando,
Entre ellas con gallarda ligereza
La pintada girafa (5) huye saltando.
Cuanto vive y alienta del florido
Mas hondo valle hasta la cima helada
Del Ande, que en el cielo
Desaparece encumbrada,
Todo, todo el vivir ha recibido
De Jehová, que lo esparce por el suelo
Con diestra valedora.
Los hijos de la tierra en grato acento
Del aquilon lo anuncian á la aurora,
Jehová, gloria á Jehová, sonando el viento.
Cuando hubo un gran silencio, misterioso
Su obra mayor el Hacedor ordena;
Cielo y tierra asombrados
Escuchaban; se llena
Atónito de un pasmo respetuoso
El bando fiel de espíritus alados,
Y todo enmudecía.

(1) La tremieiga, especie de raya, cuyas emanaciones eléctricas adormecen cuanto se les acerca. (Opplan., *Alleg.*, lib. II, v. 26.)

(2) Los peces volantes que se hallan, así en nuestros mares como en los del Ecuador: la *golondrina del mar*, el *mitano marino*, etc.

(3) Ave, de vuelo tan rápido como incansable, que suele hallarse por los navegantes á 200 leguas de la tierra, adonde vuelve á reposarse y dormir.

(4) El pájaro del sol, del paraiso, la *manucodiata*, el *ave de Dios*, de la cual se han contado mil fábulas. Sus colores son muy vis-

tosos, y sus plumas, cubiertas de unos hilos como de seda delicada, muy buscadas en la India y de gran precio.

(5) El más alto, gallardo y bien manchado de los cuadrúpedos cuya estatura pasa de 18 pies.

Jehová entonces, *al hombre*, en su hondo seno,
A imagen nuestra hagamos, se decía,
 Y el barro el hombre fué de beldad lleno;
 Ardua labor, de perfeccion sublime,
 Con que inefable su universo sella.
 En su saber profundo,
 Complaciéndose en ella,
 Su aliento celestial vida le imprime,
 Y aclámale señor del ancho mundo.
 Ya en él hay ¡oh portentoso!
 Quien del clavel los ámbares aspire,
 Oiga al ave su armónico concento,
 Y la hoguera del sol absorto admire.
 Hay quien feliz del acabado enlace
 De la divina creación anhele
 Sondar las perfecciones;
 Quien los cielos nivele;
 Quien, aunque inmenso, al universo abrace,
 Y en prez alcance de tan altos dones.
 Que hasta allí todo mudo,
 Ciego, insensible á maravilla tanta,
 Giró en las sombras de un instinto rudo:
 Él solo á lo infinito se levanta.
 ¡Qué augusta majestad! ¡Qué gentileza!
 ¡Qué acuerdo en movimientos y figura!
 ¡Qué gracia encantadora!
 Si: todo le asegura
 Que es para el infinito. Su belleza
 Cuanto doquier hay bello, en sí atesora.
 Albo trono la frente
 De inocente candor, excelso mira
 Con faz al cielo plácida, riente,
 Y del vago horizonte en torno gira.
 Desplégase la rosa delicada
 En su risueña boca, que sentido
 Dar sabe al aura leve,
 El material sonido
 Fácil tornando en plática ordenada,
 Que útil enseña, apasionada mueve;
 Los ojos retratando
 Fiel, vivo espejo, do se pinta el alma,
 Ya su ternura ó su dolor llorando,
 Ya en más benigna luz su al-gre calma;
 Mientras la mente con el ángel vuella,
 Y á su inmenso Hacedor alzarse osa,
 Y del brillo encantado
 De la virtud gloriosa,
 Otra patria mejor gozoso anhele.
 A su inefable posesion llamado,
 Allí en dulce fatiga
 Lánzase en alas de oro la esperanza;
 Nada su sér y noble ansiar mitiga;
 Ni el mismo Eden á que la olvide alcanza.
 Eden feliz, que la atención divina
 Le plantó liberal, de almo reposo
 Fausta mansion, que encierra
 Cuanto más deleitoso
 Hubo, y de encanto y pompa peregrina,
 Rico vergel del Dueño de la tierra,
 ¡Qué de fuentes y flores,
 Qué de frutas suavisimas guardabas!
 En tus vitales céfiros ¡qué olores,
 Qué amable sombra á la inocencia dabas!
 Allí floridas las alegres sienas
 De eterna juventud, gozar debía,
 Sin penas ni desvelo,
 Santísima alegría;
 Bosquejo fiel de los inmensos bienes
 Que en perenne raudal le guarda el cielo,
 Cuando en nueva dulzura
 Súbito se inundó, viendo á la amable
 Eva á su lado, que inocente y puta
 Formó de él en su ayuda el inefable,
 Hermosísimo dón, milagro raro
 De gracia y perfeccion, do resplandece
 Muy más la excelsa idea:
 Mira tierna, y parece
 Que en sus ojos se anima un sol más claro.
 Su aliento, cual el céfiro, recrea:
 Si ríe, la mañana
 Nace en su frente y sus mejillas dora;
 Marcha, y se inclina á su esbeltez lozana

La alta palma, del Líbano señora.
 De los vivientes el inmenso bando
 Por reina la aclamó, mientras en la cumbre
 Del cielo respetuoso
 El sol de su áurea lumbre
 Sus miembros va castísimos bañando.
 Gratamente á su rayo delicioso
 Su cuerpo se estremece;
 La embriaga su nariz de ámbar suave;
 Ve absorta el cielo; el trino la embebeco
 Del colorín, y dó atender no sabe.
 Que ya en su seno la celeste llama
 De afectos mil purísimos se enciende;
 Ya sensible palpita;
 Admira, y se sorprende;
 Vese tan bella, y carifiosa se ama,
 Y entre donosa timidez se agita.
 La mano á una flor llega,
 Y á cortarla, dudosa, aún no se atreve;
 La encanta el ave que volando juega,
 Y ansia seguirla por el aura leve.
 El comun padre extático la admira,
 Y Eva se inunda en virginal ternura.
 Desciende el amor santo
 De la estrellada altura,
 Y en mutuo amor su corazón suspira,
 Ya en lazo atados de divino encanto.
 «¡Sér de mí sér querido!
 Adán exclama: en tu inocencia hermosa
 Hallo el bien sumo al embeleso unido»;
 Y ella en su seno inclínase amorosa.
 ¡Oh sombras! ¡oh bien fugas! ¡fatal deseo
 De vedado saber! La compañera
 De tan alto destino
 Cayó en el mal ligera,
 Sedujo al infeliz.... ¡Cielos! ¡qué veo!
 En faz sañuda un querubín divino,
 Y espavida centellante,
 Les cierra el santo Eden; la pena aguda
 De Adán anubla el varonil semblante,
 Y Eva á su lado va llorosa y muda.
 Huyen los brutos su dañado imperio;
 Sorda la tierra su favor les niega;
 Y su frente culpable
 Hierne la muerte ciega....
 ¡Oh culpa felicísima! ¡oh misterio!
 ¡Victima! ¡redención! ¡precio inefable!
 Ya es gloria la caída.
 Llover el claro empuje al Decado
 Miro, á su mismo Autor mi carne unida,
 Y al polvo sobre el ángel sublimado.
 ¡Lenguas del universo, criaturas
 De Dios, almos espiritus! cantemos
 Bondad tan infinita;
 Y el loor que le demos,
 Suba cual grato incienso á las alturas,
 Do en pura luz inaccesible habita
 Su celestial grandeza.
 Ordenador de mundos soberano,
 En cuanto obró de tu saber la alteza,
 Brilla en gracias magnífica tu mano.
 Tus obras son, cual tuyas, acabadas,
 Buenas, prósidas, sabias, y te admiro
 Doquier omnipotente.
 Sobre los cielos giro,
 Cruzo del mar las bóvedas saladas,
 De las heladas zonas á la ardiente;
 Y todo es un portentoso.
 ¡Sublime creación! al bosquejarte,
 Falta al númen atónito el aliento:
 Jamás la mente acaba de admirarte.

ODA (1).

Á DELIO (FRAY DIEGO GONZÁLEZ), POR SU EXCELENTE Y DEVOTÍSIMO SERMON DEL SACRAMENTO.

Tal, más rico que el oro,
 Del pecho de Crisóstomo salía

(1) Inédita. Se ha copiado del original de MELENDEZ, que paraba entre los papeles del padre fray Juan Fernandez de Rojas, agust-

El celestial tesoro
De la sabiduría,
Y de su dulce boca miel corría,
Cuando á su grey dichosa
El pan de la palabra esparramaba,
Y de la peligrosa
Hierba la separaba,
Y á los pastos de gloria la guiaba;
¡Cuál tu hablar peregrino,
Delio, con fervoroso y santo intento
Nos llevó hasta el divino
Amor, que el Sacramento
Humilla á jamas visto abatimiento!
El velo descorriste
Que nuestra flaca vista detenía,
Y al ojo nos pusiste
Lo que la fe sentía,
Mas que el dañado corazon no vía.
Y ora tu fervorosa
Voz nuestro tibio pecho lastimára;
Ora, más amorosa,
Su flaqueza alentára,
Y en pos de sí á la gloria nos guiára;
Siempre la atenta oveja
Con el sabroso estilo suspendida,
Ni al desden ni á la queja
Dió lugar, embebida
En tu alto razonar del Pan de vida.
¡Ay, si nos fuera dado
Entónces ver tu corazon sensible,
En su amor abrasado,
Desdeñar lo visible,
Volando hasta su trono inaccesible,
Y, en el gemir postrado,
La ceguedad del mundo y sus errores,
Cómo, áun mal de su grado,
Con tan santos amores
Brotára vuestro pecho en mil ardores!
El tibio confundido,
Tocado de la llama se alentára;
Volviera el descreído,
Y el mundo abandonára
Quien por él vuelve hasta á su Dios la cara.
Pues no de otra manera
Que la viva centella, que, cayendo,
Cuanto halla de carrera
Deshace y va rompiendo,
Tu voz fué nuestros pechos encendiendo.
¡Oh! de continuo suene
Tu acento en mis orejas, Delio amado,
Que á par que me enajene,
Rompa el yugo pesado
Do áun gime este mi pecho, mal su grado.
Taparé á las livianas
Palabras de los hombres el oído,
Y á sus promesas vanas,
Por poder desprendido
Seguir tus huellas, de tu ardor movido.

ELEGÍAS.

ELEGÍA PRIMERA.

EL DELEITE Y LA VIRTUD.

¡Oh loca ceguedad! ¡será que rompa
Las cadenas que me atan con la tierra,
O dejaré que el ocio me corrompa?
¡Rebelarme al vicio, y cruda guerra
Le haré con firme pecho, ó comunero
Con el vulgo seré, que siempre yerra?
¡Osaré declararme compañero
Del bando vencedor, que heroico pisa
De la virtud el áspero sendero?

siano, quien, como editor de las obras del maestro Gonzales, dió en las *Fétices* de su vida algunas ideas del mérito de esta canción de Meléndez, que no se halla entre sus obras publicadas.— Esta nota y la oda existen, de letra de don Martín Fernandez de Navarrete, entre los papeles de este ilustre escritor que posee su familia.

¡Seré del pueblo la canción y risa,
O, su malsana vanidad siguiendo,
Correré á mi despeño áun más aprisa?
Las altísimas cumbres que estoy viendo,
Van del honor al templo..... Allí me llama,
Allí el deleite plácido riendo.
Sus vinos, cebo al paladar, derrama
En transparentes copas, con su fuego
El ya movido corazon me inflama.
¡A quién no arrastrarán el blando ruego,
La música y balsámicos olores,
Y de tanto amador la trisca y juego?
Toda es gala la tierra y lindas flores,
Del céfiro adormece el manso aliento,
Los trinos de las aves son amores.
Irme mal grado yo tras ellas sienta;
La razon me detiene; el apetito
Aguija, y corre más velos que el viento.
«¡Será, me dice, disfrutar, delito,
Los frescos valles que á la vista tienes,
O yerro entrar en tan felis distrito?
» ¡No ves los lisonjeros parabienes,
Con que la alegre turba solícita
Que á gozar corras sus inmensos bienes?
» Naturaleza pródiga te incita,
Y su abundante mesa te prepara;
¡Sordo serás cuando placer te grita?
» Escúchala; y no necio, tan avara
La juzgues con el hombre, que ha criado,
A que sus domes como rey gozará.
» El pesar sigue al gozo, el abrasado
Estío á la apacible primavera,
Y al abundante otoño el cierzo helado.
» El tiempo vuela, la ocasion no espera;
Goza tu edad losana, y los oídos
Tapa y no escuches la razon severa.
» Corre, corre estos prados, que floridos,
Son viva imagen de tus verdes años,
Y á la vejez remite los gemidos.»
Así me disimula sus engaños
Con halagüeña voz; así procura
Ciego arrastrarme á sempiternos daños.
Mas luego la razon, que á su luz pura
Del ánimo la niebla desvanece,
De la virtud me muestra la hermosura.
Ella, dolida de mi error, me ofrece
Su diestra celestial, y la gloriosa
Palma me ostenta que jamas perece.
«¡Qué los placeres son, con amorosa
Boca me acusa, y el fugaz contento,
Sino, envuelta en espinas, frágil rosa,
» Que apenas abre entre fragante aliento
De suave aroma el seno delicado,
La agosta el sol ó la deshoja el viento?
» Evita, evita el lazo do enredado
Vas misero á caer, y la engañada
Tropa desdeña y su falas cuidado.
» Presto verás cuál la vejez helada
Trueca tu risa en lágrimas, y en mudo
Silencio el canto y música acordada.
» El pesar y el temor con diente agudo
Su infeliz pecho romperán, las flores
Lozanas vueltas en invierno crudo.
» Y en pos la enfermedad y los dolores
A aquejarlos vendrán con mil insanos
Recuerdos y fantásticos pavores.
» Hasta el sepulcro tenderán las manos,
Buscando asilo entre su horror; ¡ay! huye,
Huye, y no atiendas los clamores vanos.
» No los atiendas, necio. — Así me arguye;
Y la razon con su favor deshace
El ciego ardor que el corazon destruye.
Y yo, como el enfermo á quien desplace
En fiebre ardiente amarga medicina,
Y odioso el que la sirve se le hace,
Así de la razon la luz divina
No puedo resistir, mirar no osando
La virtud en su alteza peregrina;
Y en encendidas lágrimas bañando
Las pálidas mejillas, aún suspiro
Por el mentido bien que voy dejando:
¡Tan dulce es la prision en que me miro!

ELEGÍA II.

EL MELANCÓLICO, Á JOVINO.

Cuando la sombra fúnebre y el luto
De la lóbrega noche el mundo envuelven
En silencio y horror; cuando en tranquilo
Reposo los mortales las delicias
Gustan de un blando saludable sueño;
Tu amigo solo, en lágrimas bañado,
Vela, Jovino, y al dudoso brillo
De una cansada luz, en tristes ayes,
Contigo alivia su dolor profundo.

¡Ah! ¡cuán distinto en los fugaces días
De sus venturas y soñada gloria
Con grata voz tu oído regalaba,
Cuando ufano y alegre, seducido
De crédula esperanza al fausto soplo,
Sus ansias, sus delicias, sus deseos
Depositaba en tu amistad paciente,
Burlando sus avisos saludables!
Huyeron presto como frágil sombra,
Huyeron estos días, y al abismo
De la desdicha el misero ha bajado.

Tú me juzgas feliz.... ¡Oh si pudieras
Ver de mi pecho la profunda llaga,
Que va sangre vertiendo noche y día!
¡Oh si del vivo, del letal veneno,
Que en silencio le abrasa, los horrores,
La fuerza conocieras! ¡Ay Jovino!
¡Ay amigo! ¡ay de mí! Tú solo á un triste,
Leal confidente en su miseria extrema,
Eres salud y suspirado puerto.
En tu fiel seno, de bondad dechado,
Mis infelices lágrimas se vierten,
Y mis querellas sin temor piadoso
Las oye, y mezcla con mi llanto el tuyo.
Ten lástima de mí: tú solo existes,
Tú solo para mí en el universo.
Doquiera vuelvo los nublados ojos,
Nada miro, nada hallo que me cause
Sino agudo dolor ó tedio amargo.
Naturaliza, en su hermosura vária,
Parece que á mi vista en luto triste
Se envuelve umbría, y que sus leycs rotas,
Todo se precipita al caos antiguo.

Si, amigo, si: mi espíritu, insensible
Del vivaz gozo á la impresion sñave,
Todo lo anubia en su tristeza oscura,
Materia en todo á más dolor hallando,
Y á este fastidio universal que encuentra
En todo el corazon perenne causa.
La rubia aurora entre rosadas nubes
Plácida asoma su risueña frente,
Llamando al día; y desvelado me oye
Su luz modesta, maldecir los trinos
Con que las dulces aves la alborean,
Turbando mis lamentos importunos.
El sol, velando en centellantes fuegos
Su inaccesible majestad, preside
Cual rey al universo, esclarecido
De un mar de luz que de su trono corre.
Yo, empero, huyendo dél, sin cesar llamo
La negra noche, y á sus brillos cierro
Mis lagrimosos fatigados ojos.
La noche melancólica al fin llega,
Tanto anhelsada; á lloro más ardiente,
A más gemidos su quietud me irrita.
Busco angustiado el sueño; de mí huye
Despavorido, y en vigilia odiosa
Me ve desfallecer un nuevo día,
Por él clamando detestar la noche.

Así tu amigo vive: en dolor tanto,
Jovino, el infelice, de tí léjos,
Léjos de todo bien, sumido yace.
¡Ay! ¡dónde alivio encontraré á mis penas!
¡Quién pondrá fin á mis extremas ansias,
O me dará que en el sepulcro goce
De un reposo y olvido sempiternos?...
Todo, todo me deja y abandona.
La muerte imploro, y á mi voz la muerte
Cierra dura el oído; la paz llamo,
La suspirada paz, que ponga al ménos

Alguna leve tregua á las fatigas
En que el llagado corazon guerrea:
Con fervorosa voz en ruego humilde
Alzo al cielo las manos; sordo se hace
El cielo á mi clamor; la paz que busco,
Es guerra y turbacion al pecho mio.

Así huyendo de todos, sin destino,
Perdido, extraviado, con pié incierto,
Sin seso corro estos medrosos valles;
Ciego, insensible á las bellezas que ora
Al ánimo doquiera reflexivo
Natura ofrece en su estacion más rica.
Un tiempo fué que, de entusiasmo lleno,
Yo las pude admirar, y en dulces cantos
De gratitud holgaba celebrarlas,
Entre éxtasis de gozo, el labio mio.
¡Oh cómo entonces las opimas mieses,
Que de dorada arista defendidas,
En su llena sazón ceden al golpe
Del abrasado segador! ¡oh cómo
La ronca voz, los cánticos sencillos
Con que su afán el labrador engaña,
Entre sudor y polvo revolviendo
El rico grano en las tendidas eras,
Mi espíritu inundarán de alegría!
Los recamados centellantes rayos
De la fresca mañana, los tesoros
De llama inmensos que en su trono ostenta
Majestuoso el sol, de la tranquila
Nevada luna el silencioso paso,
Tanta luz como esmalta el velo hermoso
Con que en sombras la noche envuelve el mundo,
Melancólicas sombras, jamas fueran
Vistas de mí, sin bendecir humilde
La mano liberal que omnipotente
De sí tan rica muestra hacernos sabe;
Jamás lo fueran sin sentir batiendo
Mi corazon en celestial zozobra.

Tú lo has visto, Jovino; en mi entusiasmo
Perdido, dulcemente fugitivas
Volárame las horas.... Todo, todo
Se trocó á un infeliz: mi triste musa
No sabe ya sino lanzar suspiros,
Ni saben ya sino llorar mis ojos,
Ni más que padecer mi tierno pecho.
En él su hórrido trono alzó la oscura
Melancolía, y su mansion hicieran
Las penas veladoras, los gemidos,
La agonía, el pesar, la queja amarga,
Y cuanto monstruo en su delirio infausto
La azorada razon abortar puede.

¡Ay! ¡si me viesen elevado y triste,
Inundando mis lágrimas el suelo,
En él los ojos, como fria estatua
Inmóvil y en mis penas embargado,
De abandono y dolor imagen muda!
¡Ay! ¡si me viesen ¡ay! en las tinieblas
Con fugas planta discurrir perdido,
Bañado en sudor frio, de mí propio
Huyendo, y de fantasmas mil cercado!

¡Ay! ¡si pudieses ver.... el devaneo
De mi ciega razon, tantos combates,
Tanto caer, y levantarme tanto:
Temer, dudar, y de mi vil flaqueza
Indignarme afrontado, en vivas llamas
Ardiendo el corazon al tiempo mismol
¡Hacer al cielo mil fervientes votos,
Y al punto traspasarlos.... el deseo....
La pasion, la razon ya vencedoras....
Ya vencidas huir!.... Vén, dulce amigo,
Consolador y amparo; vén y alienta
A este infeliz, que tu favor implora.
Extiende á mí la compasiva mano,
Y tu alto imperio á domeñar me enséñe
La rebelde razon; en mis austeros
Deberes me asegura en la escabrosa
Difícil senda que temblando sigo.
La virtud celestial y la inocencia
Llorando huyeran de mi pecho triste,
Y en pos de ellas la paz; tú concíliame
Con ellas puedes, y salvarme puedes.
No tardes, vén, y poderoso templa

Tan insano furor; ampara, ampara
A un desdichado que al abismo, que huye,
Se ve arrastrar por invencible impulso,
Y abrasado en angustias criminales,
Su corazón por la virtud suspira.

ELEGÍA III.

DE MI VIDA.

¿Dónde hallar podré paz? El pecho mío
¿Cómo alivio tendrá? ¿De mi deseo
Quién bastará á templar el desvarío?
Cuanto imagino, cuanto entiendo y veo,
Todo enciende mi mal, todo alimenta
Mi furor en su ciego devaneo.
Se alza espléndido el sol, y el mundo alienta,
De vida y acción lleno; á mi enojosa
Brilla su luz, y mi dolor fomenta.
Corre el velo la noche pavorosa,
Bañando en alto sueño á los mortales,
Y en plácida quietud todo reposa.
Yo solo en vela, en ansias infernales
Gimo y el llanto mis mejillas ara,
Y al cielo envío mis eternos males.
¡Ay! ¡la suerte enemiga cuán avara
Desde la cuna se ostentó conmigo!
Jamás el bien busqué, que el mal no hallara.
En cuidada orfandad, niño, de abrigo
Falto, solo en el mundo, quien me hiciese
No hallé un halago ó me abrazase amigo.
¿Justicia pudo ser que así naciese
Para ser infeliz? ¿que de mi seno
Nunca el gozo señor ni un punto fuese?
¿Nacen los hombres á pensar? ¿ajeno
Es el bien de la tierra? ¿ó me castigas
A mí tan sólo, Dios clemente y bueno?
Perdona mi impaciencia, si me obligas
A tan miserables quejas: ¿por qué el crudo
Dolor en breve punto no mitigas?
¿Por qué, por qué me hieres tan sañudo?
¿Quieres, justo Hacedor, romper tu hechura?
¿El polvo, ¡ay Padre! en qué ofenderte pudo?
Da paz á este mi pecho; de la oscura
Tiniebla en que mis pies envueltos veo,
Llévame por tu diestra á la luz pura.
El iluso y frenético deseo
Rige, Señor, con valedora mano,
Y has la santa virtud mi eterno empleo.
Yo de mí nada puedo; que liviano,
Si asirle quiero, escapa; si frenarle,
De mí flaco poder se burla insano.
¿Cuántas, oh, cuántas veces arrancarle
Del abismo do está! ¿cuántas del puro,
Del casto bien propuse enamorarme!
¿Oh si alcanzase en soledad seguro
Vivir al ménos! exclamé llorando;
Mi estado fuera entonces ménos duro.
Ferviente hasta el gran Ser la mente alzando,
La quieta noche, el turbulento día
Pasara yo sus obras contemplando.
Con el alba la célica armonía
De las aves del sueño me llamará,
Y á las suyas mi lengua se uniría
A adorar su bondad; cuando vibrara
Mas sus fuegos el sol, del bosque hojoso
La sombra misteriosa me guardara.
Si tu penden la noche silenciosa
Alzara, y en su trono la alba luna
Bañara el mundo en esplendor gracioso,
Yo sus pasos siguiendo de una en una
Recordara, seguro de más daños,
Las vueltas que en mí usara la fortuna.
Allí alegre riera sus engaños,
Su falaz ofrecer, el devaneo
De mis perdidos juveniles años.
Amé, y hallé dolor; volví el deseo
A las ciencias, creyendo que serían
Al alma enferma saludable empleo;
Las ciencias me burlaron, me ofrecían
Remedios que mis llagas irritaban,
Y á la hidalga rason grillos ponían.

Dejélas, y corrí do me llamaban
La oficiosa ambición y los honores
Entre mil que sus premios anhelaban.
Mas fastidiéme al punto, y á las flores
Me torné del placer tras un mentido
Bien, que á mi pecho causa mil dolores.
¡Oh! ¡hubiese siempre en soledad vivido!
Siempre del mundo al ídolo cerrado
Los ojos, y á su voz mi incauto oído!
Y hubiera tantas ansias excusado,
Tanto miedo y vergüenza y cruda pena,
Vigilia tanta en lágrimas bañado.
Pero el cielo parece que condena
Los hombres al error, y que se place
En que arrastren del vicio la cadena.
Nunca el seguro bien nos satisface:
El placer nos fascina; la paz santa
Morada nunca entre sus flores hace.
¿Quién hay que huelle con segura planta
La ardua senda del bien? ¿y quién, perdida,
La torna á hallar, y en ella se adelanta?
Toda es escollos nuestra frágil vida:
Tiende el vicio la red, y la dañosa
Ocasión por mil artes nos convida.
El deseco es osado cuan medrosa
Y flaca la rason. A quién el oro,
A quién mirada encanta carifiosa;
Otro al són corre del clarín sonoro,
Tras la gloria fatal, y en grato acento
Le suena el bronco horrible, el triste lloro.
Aquél con impía audacia al elemento
Voluble se abandona en frágil nave,
Y los monstruos del mar mira contento.
Nadie se rige por rason, ni sabe
Qué codicia, qué treme, qué desea,
Cuál cosa vitupere y cuál alabe.
Así el hombre infeliz devanea,
Sin que jamás el justo medio acierte;
Y el mal de todos lados le rodea,
Hasta que da por término en la muerte.

ELEGÍA IV.

DE LAS MISERIAS HUMANAS.

¿Con qué silencio y majestad caminas
Deidad augusta de la noche umbrosa,
Y en la alta esfera plácida dominas!
Llena de suave albor tu faz graciosa,
Ver no deja el ejército de estrellas
Que sigue fiel tu marcha perezosa,
Mientras el carro de cristal entre ellas
Rigiendo excelsa vas, y el hondo suelo
Ornas y alumbra con tus luces bellas.
Salve, oh brillante emperatriz del cielo
Y reina de los astros; salve, hermana
Del almo sol, de miseros consuelo.
A tí me acojo en la tormenta insana
Que me abisma infeliz; á tí, que amiga
Oírme sabes y acorrerme humana.
Que en tí, de alivio cierto, su fatiga
Descarga el triste, y el que en grillos llora,
Con tu presencia su penar mitiga.
Perdido el rumbo, el naufrago te implora
Contra la tempestad en noche oscura,
Y el solitario tu deidad adora.
Y á todos tu solicita ternura
Acoge y cura su llagado seno,
Lanzando de sus rostros la amargura.
¡Luna! ¡piadosa luna! ¡cuánto peno!
No, jamás otro en tu carrera viste,
A otro infeliz cual yo de angustias lleno.
Un tiempo en lira de marfil me oíste
Cantar insano mi fugaz ventura,
Y envidia acaso de un mortal tuviste.
¡Oh! ¡cómo iluso en juvenil locura
El mundo ante mis ojos parecía
Risueño y de la vida el aura pura!
Crédulo yo á los hombres ofrecía
Mi llano, inerte seno; entre sus manos
Cual simple corderillo me metía.
Ingenuos siempre, fáciles, humanos,

Y la alma pas pintada en el semblante,
 Hermanos los creí, y hallé tiranos.
 De oído sordo y pecho de diamante,
 Cuando en su amparo el infeliz los llama,
 Y en solo el mal su corazón constante.
 A quién ciego furor el pecho inflama,
 Quién en muelle placer se aduerme ciego,
 Y quién en ira otros sangriento brama.
 Sopla la envidia su dañado fuego,
 Mientras de oír, hinchada, se desdora
 La vanidad de la indigencia el ruego.
 ¡Ay! ¡ay de aquel que abandonado llora,
 Y vil ultraje de enemigos dados,
 Crédulo en ellos fía sólo un hora!
 Burlado gemirá, cual disipados
 Al puro rayo del naciente día
 Los palacios del sueño fabricados.
 El que iluso en su ardiente fantasía,
 Cuanto anheló gozaba, congojoso
 Maldice, despertando, su alegría;
 Apénase burlado, y sin reposo
 Del bien soñado, que cual sombra vana
 Huye, en pos corre, y llámale lloroso.
 Cada cual sólo en adorar se afana
 El ídolo que alzó su devaneo,
 Y al cielo su afición lo encumbra insana.
 ¿Quién hace, quién, de la virtud su empleo?
 ¿Quién busca osado la verdad divina
 O al aura del favor cierra el deseo?
 Llorosa al suelo la inocencia inclina
 Su lastimada faz, y tiembla y gime,
 Y el vicio erguido por doquier camina.
 Fiero el poder con ruda planta oprime
 La sencilla bondad, que desolada,
 Ni aún huyendo su vida al fin redime.
 La lumbré del saber yace eclipsada
 En brazos del error, que omnipotente
 Oprime la ancha tierra sojuzgada.
 Y el mortal ciego, cuya excelsa mente
 Sublimarse debiera en rauda vuelo
 Sobre el trono del sol resplandeciente,
 Y allí fijar en el confín del cielo
 Su mansion inmortal, siempre en llorosa
 Pena, en misero afán gime en el suelo.
 Gime, y adoración rinde afrentosa
 A otro mortal cual él; ó si se aira,
 Mudo, asorado, ni aún quejarse osa.
 Muy más que si en su cólera le mira
 Indignado el Señor, cuando su mano
 Vibra el rayo, ministro de su ira;
 El rápido huracán con vuelo insano
 Traetorna el bajo mundo, y de la tierra
 El robe erguido precipita al llano.
 Yo vi correr la asoladora guerra
 Por la Europa infeliz, á su bramido
 Gemir el cielo, retremblar la tierra;
 Y un pálido esqueleto, sostenido
 Sobre ella y sobre el mar, con mano airada
 Miles hundir en el eterno olvido;
 El fuego asolador la mies dorada
 Aniquilar, la mies, ¡oh sálva impía!
 Del dueño inerme en lágrimas regada;
 Y á un pueblo en solo el círculo de un día
 Desaparecer de sobre el triste suelo,
 Que el temblon viejo y la niñez huía.
 En tal devastación ciego el anhelo
 Del humano orgullo complacerse,
 Y en locos himnos insultar al cielo.
 Tanto el hombre infeliz embrutecerse
 Puede, ¡oh dolor! el hombre, que debiera
 De una gota de sangre estremecerse;
 Y en fraternal unión en tanta fiera
 Peste como su sér misero amaga,
 Tierno acorrer en su fugaz carrera.
 Si como atiende la ilusión aciaga
 De la pasión que su razón fascina,
 Y el blando fuego de su seno apaga,
 Dócil supiese oír su voz divina;
 Su voz, que entonces incorruptible suena,
 Y á la mansa piedad siempre le inclina.
 El daño universal mi propia pena
 Me hizo, ¡luna, olvidar: miro á mi hermano,

Al hombre miro en infeliz cadena,
 Y aunque grave mi mal, ya me es liviano.

ELEGÍA V.

MIS COMBATES.

¡Qué sedición, oh cielos, en mí siento,
 Que en contrapuestos bandos dividido,
 Lucha en contra de sí mi pensamiento!
 Ora fiasco el espíritu y rendido,
 La espalda vuelve y parecer no osa;
 Ora carga triunfante y atrevido.
 La razón huye tímida y medrosa;
 Sigue el sentimiento denodado,
 Y cual hambriento lobo, así la acosa.
 El confuso tropel, el lastimado
 Alarido, la queja y vocería
 Tiene al cobarde corazón helado.
 Gruesa niebla á mis ojos roba el día,
 Y en tinieblas me deja y sin consuelo,
 Llorando de la muerte en la agonía.
 Una parte de mí se encumbra al cielo,
 Otra entre crudos hierros gime, atada
 Al triste, oscuro, malhadado suelo.
 Busco en vano la paz en la sagrada
 Lumbré del albo día, y el sombrío
 Fúnebre imperio de la noche belada
 No es poderoso á dar al pecho mío
 La tregua más liviana, ó de mis ojos
 ¡Ay! moderna de lágrimas el río.
 ¿Qué causa he sido yo de estos enojos?
 ¿No recelé y temí, y al escarmiento
 Dí ya, en mi error, los últimos despojos?
 ¿No resolví con generoso aliento
 Jamas, jamas rendirme! pues ¡qué guerra,
 Qué cruda guerra ¡cielos! en mí siento!
 ¿A qué ignorado clima de la tierra,
 Para librarme, huiré, si el enemigo
 Dentro en el corazón la carga cierra?
 ¿Por qué paz ¡ay! no he de tener conmigo?
 ¿No será en sus locuras ya templado
 De la virtud el sentimiento amigo?
 ¿Qué es el hombre infeliz, si, contrastado
 Siempre de la ocasión ó del deseo,
 Una vez entre mil es coronado?
 ¿Será de la razón el noble empleo
 Vencida ser del polvo?... Ensalce ahora,
 Ensalce aquel divino, excelso arreo
 Con que las ciencias todas atesora,
 Y con alas de fuego se levanta
 Sobre el inmenso espacio que el sol dora.
 Fuérale más seguir la virtud santa,
 Que ante el vicio llorando estar rendida,
 Y besar, sierva vil, su inmunda planta.
 El eterno Saber no nos dió vida
 Para el cielo medir ó el mar salado,
 Sino para á él labrarnos la subida.
 Y el hombre, en el error enajenado,
 Clama llorando lejos del camino,
 Cual barco de las olas azotado,
 Que sin timón ni velas, al continuo
 Batir de horriblos vientos, va ligero
 A fenecer en misero destino.
 Un mentido placer, un lisonjero
 Halago de la suerte, el vil encanto
 Del ocio, un nombre vano y pasajero,
 Le tendrán siempre con desden ó llanto;
 Y la angusta virtud ni una mirada
 Podrá deberle entre desvelo tanto!
 ¡Ay! la frente serena y elevada,
 La gallarda estatura, el alto pecho;
 De tan excelso espíritu morada,
 ¿Dicen acaso al hombre que fué hecho
 Para este suelo humilde, deleznable,
 Do apenas se halla el bruto satisfecho?
 ¡Hombre! ¡sér inmortal! ¡tan despreciable
 Quieres hacerte! el corazón levanta,
 Y sé una vez en tu ambición laudable.
 Lo que más ciego anhelas, lo que encanta
 Tus fascinados ojos, ¡cuán mezquino
 Es mirado á tu luz, oh virtud santa!

Esa bóveda inmensa, do el divino
 Poder sembró los astros, el lumbroso
 Sol en su trono, el rápido camino
 Que hace en torno la tierra, el pavoroso
 Abismo, y cuanto puede de la nada
 sacar de Dios el brazo poderoso,
 ¿No lo abarcas con sola una mirada
 De la presta y ardiente fantasía,
 Y te creas mil mundos, si te agrada?
 ¿Y en la tierra tu fin y tu alegría
 Fijas, partiendo con el vil gusano
 La suerte de gozarla un solo día!
 Puedes al querubín llamar hermano,
 Y á las arpas angélicas unido,
 Seguir feliz el coro soberano
 Con que, ante el trono del Señor rendido,
 El pueblo celestial alegre suena
 En himno de loor no interrumpido;
 ¿Y el oro te dealumbra y enajena,
 O por el mando y el favor suspiras,
 Y del placer arrastras la cadenal
 Corre con mente alada cuanto miras,
 Esos globos de luz que en la callada
 Noche en sus orbes rápidos admiras;
 El ancho mar, do en vano, fatigada,
 La vista busca un término; la tierra,
 De tanto bruto y árboles poblada;
 Las vaporosas nubes, do se encierra
 La grata, fértil lluvia entre el ligero
 Rayo, que al mundo en su fragor aterra;
 Del supremo poder el lisonjero
 Encanto; y luego finge en tu albedrío
 Otros mundos, y en todos sé el primero;
 Y amontona con ciego deavario
 Los bienes á los bienes, que lloroso
 Has de hallar siempre el corazon vacío.
 ¿No es inferior el oro al luminoso
 Sol, que lo forja con su vista ardiente,
 De la tierra en el seno tenebroso?
 ¿No es ménos el placer que el indecente
 Ídolo que te arrastra, y la fortuna
 Que el gran pueblo á quien sirves reverente!
 ¿Y acaso de estas cosas puede alguna
 Con tu divino espíritu igualarse,
 Que brilla ya inmortal desde la cuna?
 ¿Un inmundo carbon podrá preciarse
 Cual el claro crisólito, y al cielo
 El vil lodo que huellas, compararse?
 Pues ménos, ménos es el ancho velo
 Contigo de su bóveda sagrada,
 Con cuanto cubre en el humilde suelo.
 Tiempo vendrá que al seno de la nada,
 La cadena del sér por Dios rompida,
 Caiga naturaleza despeñada.
 Fenecearán los astros, desunida
 Su masa de cristal; en el medroso
 Cáos la tierra vagará perdida;
 Y el luminar del día del reposo
 Saldrá de tantos siglos, impelido
 Del brazo de un arcángel glorioso.
 Mas tu sér inmortal, al alarido
 Y universal ruína preservado,
 Brillará á par del querubín lucido.
 La eternidad le abrazará; y pasmado
 Verá siglos á siglos sucederse,
 Más y más que olas lleva el mar airado.
 ¿En qué, entonces, podrá reconocerse
 Este barro caduco, ahora expuesto,
 Cual humo á un débil soplo, á deshacerse?
 ¡Oh eternidad! ¡eternidad! ¡cuán presto
 Mi espíritu en tu morada tenebrosa
 Entrará, sin que aún nada haya dispuesto!
 ¿Acaso en plazo breve la medrosa
 Campana sonará! ¿Qué es ¡ay! la vida,
 Sino nave en las aguas presurosas?
 ¿Dó están los años de la edad florida?
 ¿Dónde el reír, el embeleso insano
 De los placeres? ¡ilusión mental!
 Todo pasó: la acoladora mano
 Del tiempo en el abismo de la nada
 Lo despeñó con ímpetu inhumano.
 Quanto fué feneció: la delicada

Beldad que ayer idolatré perdido,
 Hoy sin luz yace, del solamo ajada.
 Al que de un pueblo ante sus piés rendido
 Ví aclamado, en la casa de la muerte
 Le hallo ya entre sus siervos confundido.
 Al que oí con envidia de tan fuerte
 Jactarse, un soplo de ligero viento
 Súbito en polvo su vigor convierte.
 El sabio que con alto entendimiento
 Señalaba al cometa su ardua vía,
 Cual él se esconde, si brilló un momento.
 Y el que en sus cofres encerrar quería
 Todo el oro fatal del rubio Oriente,
 Desnudo baja á la region sombría.
 Perecen los imperios: grave siente
 El peso del arado el ancho suelo,
 Do la gran Troya se asentó pot-nte.
 Desierto triste, la ciudad de Belo
 De fieras es guarida: en la memoria
 Esparta dura para eterno duelo.
 ¿Dó blason tanto y célebre victoria,
 Dó se han hundido? ¡oh suerte miserable
 Del sér humano! ¡oh frágil, fugaz gloria!
 ¡Alma inmortal! ¿qué es esto? ¡en qué durable
 Ventura anhelas! ¡la esperanza vana
 Limitas ciega al barro deleznable!
 Hija del cielo, ¿tras el vicio, insana,
 Así te prostituyes?... El camino
 Emprende de tu patria soberana.
 Empréndele, no tardes; tu destino
 Es la virtud aquí, y en las mansiones
 De gloria el premio á tus victorias digno.
 No jactes, no, tu sér, si las pasiones
 Te han degradado: ¡el mundo te recrea!
 Bestia te torna, olvida tus blasones.
 Un alma que se afana, que se emplea
 En nada de la tierra, es un lucero
 Caído del cielo al lodo que le afea.
 La virtud, la virtud: éste el primero
 De tus conatos sea, de tu mente
 Estudio, de tu pecho afán sincero,
 De tu felicidad perenne fuente.

ELEGÍA VI.

LA VIRTUD. EN LA TEMPRANA Y DOLOROSA MUERTE
 DE UN HOMBRE DE BIEN.

Virtud, alma virtud, don inefable,
 Que Dios al hombre en su bondad envía,
 Y al puro serafín gloriosa igualas
 Su humilde y flaco sér, mis ruegos oye:
 Llena mi pecho de tu excelsio fuego,
 Y mis pasos sostén. Por tí respiro,
 Por tí soy libre, y traspasar nie es dado
 Muy más presto que el águila las cimas
 Del claro empireo, hasta llegar felice
 A la altísima corte del Eterno.
 Canto, y mi voz tus alabanzas suena,
 Y el coro de los ángeles sus himnos
 Une á los míos, y al Señor loamos.
 Ceaso, y callando el ánimo te goza.
 Suspiro tierno, y la oración ferviente
 Con presto vuelo extática sublima
 Mis blandos ayes al excelsio trono.
 Cuando más grato el Inefable escucha
 Con solícito amor las ansias tristes
 Del polvo vil, que su bondad implora,
 O gimo y lloro del ansiar continuo,
 Y entre mil sombras de mentidos bienes
 Errar perdidos los mortales ciegos.
 ¡Oh! ¡cuántos días mi esperanza anduvo
 Colgada de un cabello! ¡cuántos, cuántos,
 Cubierto el pecho de horrosas nubes,
 Temblé del trueno el pavoroso estruendo,
 Y el rayo asolador mi frente hería!
 Busqué la dicha, y abracé un fantasma;
 Torné á buscar, y hallé miserias penas;
 Y gemí triste de mi hallazgo infausto,
 Aquí y allí, como la arista leve,
 Entre el temor y la inquietud perdido.
 Tú lo has visto, Faní, sublime amigo

De la virtud, idólatra de cuanto
Honesto y bueno las delicias hace
De las almas sensibles, cuyo seno
Vence en candor á la brillante aurora,
Vence á la nieve immaculada, siempre
Del pobre abierto al clamoroso labio,
Y del triste á las lágrimas amargas.
Tú lo has visto, Fani! ¡miseros días
De horror y luto, y de zozobra y llanto!
Que ya pasaron, y á mis ojos lucen
Otros más claros de inefable calma,
De constante placer, jamás habidos
Del que á la tierra vil la mente apegó.
Tu oficiosa amistad sostuvo entonces
Mi desaliento, y cual benigna lluvia
De primavera tus palabras fueron
Al agostado corazón, que aromas
Y flores goza do llevará abrojos.
Quisolo el cielo, y á curar mis llagas,
Y á sustentarme con potente diestra
Plácida la virtud corrió á mi ruego.

Ella, que al sabio á la region sublima
De quietud eternal, donde no alcanzan
Ni los cuidados, ni las torvas nubes
En que gemimos en la tierra oscura,
Batidos siempre de sañudos vientos.
Igual su pecho sin zozobra mira
Rodar los días, y al profundo abismo
Hundirse del no ser, en sombra y humo
Vidas, triunfos, blasones disipando.
La paz le rie afable, la sencilla,
Sublime paz del bien obrar: sus plantas,
Mas que á altísima roca el mar soberbio,
Baten en vano las alzadas olas
De las pasiones: inmutable espera,
A el alma cielo fuertemente asido,
Y del Eterno en el inmenso seno
Arrojándose fiel, cual hijo amado
Goza feliz sus pródigas caricias.

El solo, él solo en inexhausta fuente
Sabe embriagarse de delicias puras,
De verdaderos gozos; sombra y nada
Los gozos son del turbulento mundo.
Siempre el cuidado, la inquietud medrosa,
La inconstancia fatal el alma afligen,
Y al fin la risa en lágrimas convierten.
Anhela hoy loca, y exhalada vuela
Tras lo que al punto insipido le cansa;
Lánzase ciega á asir la rosa, y gime
No hallando en ella sino agudas puntas,
Que mil y mil el corazón le hieren.
Y cual las flores fúnebres, que exhalan
Un cansado fétor, si en ricos tintes
Brillan, engaño á los incautos ojos,
Tal en mil formas al deseo iluso
El contento falaz su imagen vana
Muestra, encubriendo la fatal ponzoña.

No así, virtud, tus inefables gozos;
Eternos como tú, siempre son nuevos.
Sobre la impura atmósfera encumbrados
De las pasiones y el voluble antojo,
El alma siempre regalarse puede
En su inmortal dulzor, y siempre gratos,
Tiempo, penas, hastío, nada el gusto
Del sabio apaga que á gozarios llega.
Su ilustrada razon tranquila rige
Su vida igual, y su conciencia llama
De la noche en el fúnebre silencio,
En que su voz más imperiosa truena,
Sus pensamientos á imparcial exámen.
Mira un deseo; y si traspasa indócil
El alto valladar con que el Excelso
Próvido encierra su vagar liviano,
Al punto en pos lanzándose, las alas
Le rompe locas, y en el cerco estrecho
De su inefable ley torna á encerrarle.

Ante él sin fruto su engañosa rueda
Fiende la vanidad, que al cielo encumbra
La frente necia, y en el lodo hundida
Lleva en el suelo la disforme planta.
Sin fruto ostenta sus cadenas de oro
El funesto poder; más soberano

Que los que el mundo silencioso adora
En sus brillantes y caducas sillas,
Sobre sí mismo reina: los sentidos,
El corazón sus leyes obedecen;
Y mientras ve la adulación astuta,
La mentira, el error, que en torno espian
Las coronadas frentes, mil fatales
Sútiles lazos á sus pies tendiendo,
El recogido y en silencio escucha
La augusta voz de la verdad divina,
Y corre en pos de su brillante antorcha,
Que fiel le guía al paraíso eterno.

Mira á esta luz cuánto liviano el mundo
Más precia, y rie en sus juicios vanos.
Ve en la beldad un fósforo agradable
Que, al quererle tocar, se apaga, y deja
Sólo dolor y funerales sombras.
En las grandezas un fantasma de humo
Formado y nombres bárbaros, que esconde
Dudoso el tiempo, en la ambición funesta,
De la infeliz humanidad el duelo,
Y al orbe en sangre y lágrimas bañado;
Y en la elación el impotente ahínco
Del pigmeo que alzándose, la helada
Cima del Atlas igualar pretende.

Su mente alada generosa vuela
Sobre soles y soles, que sin cuento
Rodando pueblan el inmenso espacio.
Dios solo para su carrera ardiente:
Velo, y se postra ante el excelso trono,
Y allí, en deleite altísimo embriagado,
Le adora y goza, y en su luz se anega,
Mientras su seno en lágrimas se inunda
De etérea suavidad, que en largo río
Plácidos brotan sus felices ojos.
O si tal vez hacia la tierra triste
De allá los vuelve, con desden burlando
Su inmensa pequeñez, ¿dó está, pregunta,
Dó está la Europa? ¡los imperios dónde,
Que así ciegan los misereros mortales!
Dios y su pecho ocupación le prestan
Larga y sabrosa; y la virtud benigna
Despierta en él mil altos pensamientos.

Contino en ellos embebido, aprende
Su nobleza á preciar: obra extremada
Del gran Dios, hijo suyo y heredero
Del reino eterno de la luz, hermano
Feliz del ángel, su nobleza es ésta,
Éstos sus timbres y ascendencia augusta.
De ella glorioso las congojas tristes
Tu pecho ignora de la torva envidia;
Ama tierno á su hermano, y en sus bienem
Se abre sensible al inocente gozo,
Cual al rayo solar fragante rosa.

Buen padre, amigo fiel, buen ciudadano,
Cuántos su lado afortunados ciñen,
Cuántos su claro nombre lejos oyen,
Todos cual númen tutelar le adoran.
Inclina reverente el vicio mismo
La frente ante sus pies; y si en su altura
Osa mirarle, atónito enmudece.
El entre tanto en afecciones tiernas,
Inmenso cual su Autor, á cuanto existe
Se derrama solícito, inflamado
De esta llama de amor, que eterna arde
Por la infinita creación, dichosa
Cadena que al gran Ser la nada enlaza;
Corre sus milagrosos eslabones
Del polvo al querubín, y en todos viende
El propio bien en el común librado,
Más y más vivos sus afectos arden.

Perseguirle con sus negras teas
La atroz venganza, la calumnia aleva.
Le lanzará sus invisibles dardos,
O la injusticia de su hogar sañuda
Le arrojará, sin que el enojo un punto
Nuble su corazón, que vuelto al cielo,
«Mi amigo, exclama, es Dios», y alegre rie.
Plácida acaso le pondrá la suerte
Sobre su instable rueda; los honores
Coronarán su mérito sublime,
Y el bajo orgullo encontrará cerrado

Siempre su pecho; regirá un imperio,
Y gemirá en la púrpura importuna
Por el retiro y su feliz lianeza;
Mientras, á Dios casi igual, pródigo entiende
En la dicha del último vasallo.

Su continente es firme: débil caña,
Bulle el vicioso al impetu del viento,
Que va, dóblase, y vuelve en giros vagos.
No el justo así, mas cual robusta encina
Dilata firme sus pomposas ramas,
Y en vano el huracán su planta bate.
Pálida enfermedad, vejez caduca,
Nada le turbará: la muerte llega,
Y cual su amiga placido la abraza.
«Lidié, canta, y venci: la mano beso
Que á sí me llama.» La virtud sostiene
Su cuello, en la ardua lid desfallecido,
Y el claro empuje á recibirle se abre.

Fant, así vive el virtuoso y muere;
Así brilló tu malogrado esposo,
Tu Belardo infeliz, mi noble amigo,
Mi protector, mi padre. Su nobleza
Fue sola su virtud, no de su cana
El excelso esplendor, los largos bienes.
Amó, viviendo, el bien; amó los hombres,
Y en ellos al gran Ser con tierno pecho.
La hora sonó; y asido al hilo de oro
De esperanza inmortal, por siempre á unirse,
Cual á la palma generoso atleta,
Voló seguro á su Hacedor inmenso.
Todos lloraron en su muerte: él solo
La vió el dardo lanzar con faz serena,
De tí cercado y de sus dulces hijos,
Y alentó afable vuestro amargo duelo.
Su vida un día fué cándido y puro;
Su fin, cual sol que en el cerúleo ocaso
Se hunde, de llamas y arboles lleno.

DISCURSOS.

DISCURSO PRIMERO.

LA DESPEDIDA DEL ANCIANO (1).

Por un valle solitario,
Poblado de espesas hayas,
Que á la silenciosa luna
Cierran el paso, enramadas,
Un anciano venerable,
A quien de la dulce patria
Echan el odio y la envidia,
Con inciertos pasos vaga.
De cuando en cuando los ojos
Vuelve hácia atrás y se para,
Y ahogárase el pecho siente
Con mil memorias aciagas.
«¡Oh! ¡quiera el cielo benigno,
En voz dolorida exclama,
Que sobre tí, patria ciega,
Mi persecucion no caiga!
Tú te ofendes de los buenos;
Y de tus hijos madrastra,
Sus virtudes con oprobios,
Con grillos sus luces pagas.
Si la calumnia apadrinas,
La desidia y la ignorancia,
¿Dónde los varones sabios
Podrás hallar que hoy te faltan?
La verdad ser gusta libre,
Y con el honor se inflama;
El no preciarla la ahuyenta,
Las cárceles la degradan.
Nunca el saber fué dañoso,
Ni nunca ser supo esclava
La virtud. Si ciudadanos
Quieres, eleva las almas;

¡Qué carrera tan inmensa
Se te descubrió labranza,
Poblacion, letras, costumbres,
Todo tu atencion aguarda.
Aduladores te pierden,
Que tus dolencias regalan.
Cierra el pecho á sus consejos
Y el oído á sus falacias;
Las virtudes son severas,
Y la verdad es amarga;
Quien te la dice, te aprecia,
Y quien te adula, te agravia.
Contempla la edad augusta,
Cuando en tu seno brillaban
Mil héroes, dichosa envidia
De las naciones extrañas;
Siglo de oro de tus glorias,
En que á la tierra humillada
Enseñoreaste á un tiempo
Con las letras y las armas.
¡Qué se hiciera de tus timbres?
De la sangre derramada
De tus valerosos hijos,
¡Cuál fruto, dime, sacaras?
¡Por qué al ménos no los premias,
Y su virtud no consagras
En honrosas inscripciones
Y en inmortales estatuas?
A tu juventud presentas,
Cuando aún no sabe imitarlas,
Las venganzas y adulterios
De las deidades paganas;
Y un Pelayo, y un Ramiro,
Y otros mil que con su lanza
Quebrantaron las cadenas
Do gemias alherrojada,
En olvido sempiterno
Será que sumidos yazgan?
¡Oh mengua! ¡oh descuido! ¡oh siglo!
¡Cuán mal el mérito ensalzas!
Vieran sus débiles nietos
En sus venerables canas
Las virtudes, que les dieron
Nombre eterno, retratadas.
En esto, en esto debieras
Gastar los montes de plata
Que de las remotas Indias
Traen las flotas á tus playas.
El labrador, descendiente
De aquellos que por su espada
Te las dieron, con gemidos
Tristes el pan te demanda.
Su miserable familia
Por lecho tiene unas pajas,
Y tú en locas vanidades
Sumas inmensas derramas?
¡Guárte, que á tu fin caminas!
El velo fatal arranca
De tus ojos, y contempla,
Contempla ¡infeliz! tus llagas.
Esos superfluos tocados,
Esos airones y gasas
Que te ofrece el extranjero,
Venenos son que te acaban.
Con la virtud de tus hijos
Los compras; tus recatadas
Antiguas fémbras ¡oh tiempos!
Del vicio mismo hoy se jactan.
Míralas la frente erguida,
Que altaneras y livianas,
Cual vano pavon provocan
La juventud castellana.
Un tiempo fué, cuando apenas
En lo interior de su casa
Como deidad la matrona
A sus deudos se mostrara.
Las labores y los hijos
Entre dueñas y criadas,
Del alba á la media noche,
Santamente la ocupaban;
Y hoy, del adúltero al lado,
Sin seso calles y plazas

(1) Este discurso se imprimió, por primera vez, en el número 154 de El Censor.

Corre impudente, y abona
 Las más viles cortesanas.
 Ve tus jóvenes perdidos,
 Y díle á su degradada
 Naturaleza que al Moro
 A la Libia volver haga.
 Sus rizadas trenzas mira,
 Entre polvos y fragancia,
 Mentir del sesudo anciano
 La cabellera nevada,
 Cuando del femenil sexo
 Usurpan dijes y galas,
 Y de fatiga incapaces,
 Un sol, un soplo los aja.
 ¿Dó están los brazos velludos,
 De cuyo esfuerzo tembláran
 Un tiempo la Holanda indócil
 Y la discordie Alemania?
 ¿Dónde aquellos altos pechos,
 Que en las Cortes de la patria
 Su dignidad sostenían
 Y sus sanciones dictaban?
 ¿Dónde aquellos de virtudes
 Dechado augusto, en la Italia
 Elocuentes defensoras
 De las vacilantes aras?
 ¿Dónde el candor castellano,
 La parsimonia, la llana
 Fe, que entre todos los pueblos
 Al español señalaban?
 Faltó el entusiasmo honroso;
 La generosa crianza
 Faltó, que un héroe algun día
 De cada hidalgo formara.
 El hijo del padre al lado
 Aprendió de sus palabras
 La prudencia, y de su diestra
 El manejo de las armas.
 Regir un bridon indócil
 Supo, la cota acerada
 Sufrir, y de sus vasallos
 Responder á las demandas.
 Vivió en sus campos entre ellos,
 Vió del cultivo las ansias,
 Y apreciar supo la espiga
 En triste sudor regada.
 Ni se desdendió á su mesa
 De admitirlos, que á la usanza
 Española los aliños
 Peregrinos ignorára.
 Con ellos partió sus bienes;
 Entró á la humilde cabaña
 Del pobre, y trató las bodas
 De la inocente aldeana.
 Mas hoy todo se ha trocado:
 Las ciudades desoladas
 Por su nobleza preguntan,
 Por sus ricos-hombres claman,
 Mientras ellos en la corte,
 En juegos, banquetes, damas,
 El oro de sus estados
 Con ciego furor malgastan;
 Y el labrador indigente
 Sólo llorando en la parva
 Ve el trigo, que un mayordomo
 Inhumano le arrebató.
 ¿Son para aquesto señores?
 ¿Para esto vela y afana
 El infelice colono,
 Expuesto al sol y la escarcha?
 Mejor, sí, mejor sus canes
 Y las bestias en sus cuadras
 Están. ¡Justo Dios! ¿son éstas,
 Son éstas tus leyes santas?
 ¿Destinaste á esclavos viles
 A los pobres? ¿de otra masa
 Es el noble que el plebeyo?
 ¿Tu ley á todos no iguala?
 ¿No somos todos tus hijos?
 ¿Y esto ves, y fácil callas?
 ¿Y contra el déspota injusto
 Tu diestra al débil no ampara?

¡Ah! sepan que con sus timbres
 Y sus carrozas doradas
 La virtud los aborrece
 Y la razon los infama.
 Sólo es noble ante sus ojos
 El que es útil y trabaja,
 Y en el sudor de su frente
 Su honroso sustento gana.
 Ella busca, y se complace
 Del artesano en la bollada
 Familia, y sus crudas penas
 Con gemidos acompaña.
 Allí el triste se conduce
 Del triste, y con mano blanda
 Le da el alivio, que el rico
 En faz cruda le negará.
 Allí encuentra las virtudes,
 Allí la mujer es casta,
 Y los obedientes hijos
 Cual un Dios al padre acatan;
 Mientras en los altos techos
 La discordia su impia rabia
 Sopla, y tras la vil codicia
 A todos los vicios llama.
 La madre al hijuelo tierno
 Echa del pecho inhumana,
 Partiendo su nombre augusto
 Con la triste mercenaria.
 En vano las vivas fuentes
 Del dulce néctar la sábia
 Providencia le abre; en vano
 La enfermedad le amenasa.
 Otros gustos la entretienen:
 Salga el tierno infante, salga;
 Que sus débiles gemidos
 Los adúlteros espantan.
 ¡Ministros de Dios! ¿qué es esto?
 ¿Cómo no clamais? ¡La espada
 Del anatema terrible
 Por qué ha de estar en la vaina?
 Ciérrese, ciérrese el templo,
 Nótese de eterna infamia
 A quien cierra á un inocente,
 Insensible, las entrañas.
 De aquí el mal, la peste toda
 De las familias, que abraza
 El cuerpo entero, y anuncia
 La ruina más infausta.
 El padre busca otros lechos,
 El hermano de la hermana
 No es conocido, y la madre
 Es para entrambos extraña.
 El ciego interes completa
 La desunion; él consagra
 A Dios la virgen, ó al necio
 Vicioso y rico la enlaza.
 Llore la infelice, llore,
 Y, víctima desdichada,
 El cuello al yugo someta,
 Que cual dogal ha de ahogarla.
 Llore, llore; que al hermano
 La ley de su alta prosapia
 Pasó las rentas, y á ella
 La destinó á ser esclava.
 ¡Justo Carlos! ¿á tu trono
 Sus vivas quejas no alcanzan?
 Si les prestas blando oído,
 ¿Por qué el remedio nos tardas?
 ¿Por qué estos bárbaros usos,
 Que á naturaleza ultrajan,
 Y á los que ella iguales hizo,
 Tus leyes no los igualan?
 ¡Oh intercal! tú solo eras,
 Tú, de tantos males causa,
 Y en su cólera los cielos
 En los pechos te sembráran.
 Tú forjaste las cadenas
 Del hombre; inhumano armas
 Contra el padre al hijo, y soplas
 De la sedición la llama.
 Tú del mérito modesto
 Mofas; al ruin ensalzas,

Y de la verdad divina
 El labio angélico callas.
 Tú al avaro mercadante,
 Sin que muerte ni borrascas
 Pavor en su pecho infundan,
 Al vasto Océano lanzas.
 Tú de dañosas presecas
 Su nave en las islas cargas,
 Y con ellas, rica en vicios,
 Tornas con su peste á España.
 ¡Ay! que á las orillas llega,
 Y en ellas suelta entre salvas
 Su ponzoña! ¡ay! que la plebe
 Bate, viéndola, las palmas!
 Corred, corred, ciudadanos!
 Hundid en las ondas bravas
 Esos aromas y joyas,
 Que lloros mil os preparan.
 Perezcan por siempre en ellas,
 Y eterno anatema caiga
 Sobre el que á fiar tornare
 Su vida á una frágil tabla.
 Mas tú, siglo corrompido,
 Que hasta los cielos levantas
 Este interes, y lo adoras,
 La frente en tierra inclinada,
 ¿Tu instruccion es ésta? ¿el fruto
 Este de tus luces sábias?
 ¡Oh ciegos! el abismo mira
 Que bajo los pies te labras.
 Imagina, inventa medios
 De agotar toda la plata
 De las minas; con tus naos
 Inmensos piélagos pasa.
 Los talleres multiplica;
 Manchen la cándida lana
 Ricos tintes; el capullo
 Con prolijo afán trabaja.
 Sustituye cada hora
 Trajes á trajes, que ufana
 La beldad vista en oprobio
 De su inocencia y sus gracias.
 Pon premios á quien descubra
 Un placer nuevo; proclama
 Su fatal nombre, y altares
 Al lujo execrable alza.
 El oro tu afán, el oro
 Sólo tu afán sea; nada
 Sino oro suene; él la guerra
 Sople, la dulce paz haga.
 Al taller tus hijos lleve;
 De la tierra en las moradas
 Hondas los suma; corone
 Sus más heroicas hazañas.
 Mas entre ellos ciudadanos
 No busques, que sobre el ara
 De la patria á morir corran
 Con voluntad denodada;
 No el pudor busques antiguo,
 No el candor en las palabras,
 Ni en sus corrompidos pechos
 La inocencia, la paz alma.
 El diafraz de las virtudes,
 Un honor ciego, una falsa
 Probidad, la vil lisonja,
 La sencillez afectada,
 La astuciaalzada en prudencia,
 Las ceremonias en franca
 Amistad, de Dios el nombre
 Mofado con impia audacia:
 Hé aquí los letales frutos
 De la riqueza; á esto arrastra
 Al corazon el culpable
 Ciego ardor de atesorarias.
 Súfalaz brillo los pechos
 Fascina; del alto alcázar
 A la choza humilde á todos
 Devora su sed insana.
 Todo es ménos que ellas: letas,
 Virtud, ascendencia clara,
 Mérito, honor, nobles hechos,
 Todo humilde las acata.

II, Ps, XVIII,

Las leyes yacen; sucede
 Al amor del bien la helada
 Indiferencia; en la sangre
 Del pobre el rico se baña.
 Los estados no se precian
 Por razon; quien más estafa,
 Es más honrado; la esteva
 El labrador desampara;
 Vuela á la corte, y vilmente
 La libertad aldeana
 Vende al rico, y sus virtudes
 Con todos los vicios mancha.
 El maestro de ellos bien presto,
 Mil familias asoladas
 Con su industria pestilente,
 En oro y grandezas nada.
 Elévase y tiraniza;
 Funda un estado, y traspassa
 Con él sus pérdidas artes
 A su progenie bastarda.
 Las fortunas son de un dia;
 El que es hoy señor, mañana
 Mendiga; nada hay estable;
 Todos trapecan y engañan.
 En medio en su trono de oro
 La opulencia atroz, con vara
 De hierro y sañuda frente,
 Al pueblo agobia tirana.
 Y tras ella, sí, tras ella.....
 ¡Ah España infeliz!..... en agua
 Mi faz se inunda en tan cruda
 Memoria, y la voz me falta.
 ¡Dios bueno! los ojos torna
 Compasivo á mi plegaria,
 Y echa de mi patria léjos
 Los desastres que la amagan.
 Y vosotros, castellanos,
 ¡Ann hay tiempo; las infaustas
 Riquezas rendid gozosos
 A la virtud sacrosanta.
 Tantos inclitos abuelos
 Recordad; no hagais que baja
 Su progenie sierva sea
 De superfluidades vanas.
 Tengan vuestros enemigos
 Su fatal lujo; mas haya
 Honradez y ciudadanos,
 Cual hubo un tiempo en España.—
 Así el anciano decia
 Entre lágrimas canasas;
 Y triste á caminar vuelve,
 Viendo que rie ya el alba.

DISCURSO II.

EL HOMBRE FUÉ CRIADO PARA LA VIRTUD, Y SÓLO
 HALLA SU FELICIDAD EN PRACTICARLA.

¡Nació, Amintas, el hombre
 Para correr tras la apariencia vana,
 Cual bestia, del placer! ¡ó en sed insana
 Por las riquezas miserables ardiendo
 Del alto Potosí, sin que le asombre
 El inmenso Océano,
 Turbará en frágil pino
 La paz del inocente americano?
 El roto muro impávido venciendo,
 Cubierto el pecho fuerte
 De acero y saña, ¡afrentará la muerte
 Con faz leda, el camino
 Creyéndola, engañado,
 De una gloria sin fin! ¡abandonado
 Al ocio muelle, en torpe indiferencia
 De su alto sér, de su destino augusto,
 Su frágil existencia
 Dejará fenecer en sueño injusto?
 Ésta llama divina,
 Pura, inmortal, que en nuestro pecho arde,
 Del supremo Hacedor plácido aliento,
 Tampoco al vano alarde
 De congijosa ciencia se destina.
 Bien puede con osado pensamiento,

17

De tanto sol luciente
 Como ornando su velo trasparente
 Gira en la noche lúgubre callada,
 Medir el velocísimo camino
 Solicito el mortal; del más vecino
 Planeta al más lejano
 Pesar la mole inmensa; separada
 Ver la luz en el prisma, ó de liviano
 Ardor herido por el aura leve,
 Trepar do apenas el águila se atreve;
 Puede al lóbrego abismo de la tierra
 Calarse; y cuidadoso,
 Cuanto ser raro y misterioso encierra
 Su ancho seno explorar; de las edades
 Con ardor fastidioso
 Los fastos revolver, vicios, maldades,
 Errores mil entronizados viendo;
 Y á ti, santa virtud, siempre oprimida,
 Pobre, ajada, llorosa,
 O bien al pueblo indómito rigiendo
 En vela triste, en inquietud medrosa,
 De su arbitrio la vida
 De miles ver colgada;
 ¿Qué es tanto afán al cabo? Amigo, nada.
 No; la angusta grandeza
 Del hombre no se debe
 Fijar sobre apariencias exteriores,
 Que á par del justo el delincuente lleve.
 Si, iluso, de la tierra en la bajeza
 Se anonada su espíritu, mejores
 Las bestias son; y el Padre soberano,
 Avaro con la muestra milagrosa
 Que en su excelso consejo producía
 A su imagen gloriosa,
 Y á quien rey sumo de la tierra hacia,
 Pródigo en su bondad abrió la mano
 Para dotarlas, sometiendo injusto
 A los medios el fin. Jamás se daña
 El bruto en sus deseos,
 Ó vanidad, ó misérrimos empleos
 Le acibaran el gusto;
 El hombre sólo en su anhelar se engaña.
 A fin más alto el Númen le destina,
 La virtud celestial es su nobleza,
 El lodo vil por ella se avecina
 A su inefable Autor; su inmensa alteza
 Participa dichoso;
 Y al ángel casi igual, con planta pura,
 Entre sus coros de laurel glorioso
 Ceñida en torno la serena frente,
 El alcázar de estrellas esplendente
 En eterna ventura
 Sublime hollará un día.
 ¿Y habrá quien tenga en misera agonía
 Su pecho? ¿habrá quien vele,
 Y por el cetro ó por el fausto anhele?
 ¡El heredero, el morador del cielo,
 De allá al reino del llanto desterrado,
 De su alma patria, de su ser se olvida?
 ¡El angusto traslado
 Del Dios del universo no alza el vuelo
 A contemplarle, en la apariencia vana
 Fascinado del bien? ¡Con sed ardiente
 De ser feliz, de la insondable fuente
 Huye de eterna beatitud? ¡Oh insana,
 Culpable ceguedad! gime sumida
 Del vicio, el alma, en el infame lodo,
 Y su nobleza ilusa,
 Méenos en lo que debe, busca en todo:
 Búrlase, y luego á su Hacedor acusa.
 Mas ¿qué? ¡tus graves yerros, sér liviano,
 Harán trocar el orden soberano
 Que dió el gran Sér á su acabada obra?
 No, no; ni en ella tu locura sobra.
 Todo en orden está; sólo tu pecho
 Trastornarlo sacrilego porfía,
 Cuando una fragua de pasiones hecho,
 Anhele, teme, espera, desconfía.
 De no meditar nace
 Nuestro misero estado. La alta mente,
 A quien se dió pesar con ley severa
 El bien y el mal, ó soñolienta yace,

Ó en fútiles objetos se derrama,
 Ó del placer llevada suavemente
 Del aura lisonjera,
 En su imagen falaz ciega se inflama;
 El bien mentido cual verdad recibe.
 Y de esperanzas y de sombras vive.
 A la llorosa puerta de la vida
 Nos acecha el error, con faz doblada
 Riendo adulator, en aparente
 Mentida luz su túnica esplendente;
 Y una ancha senda, de otros mil hollada,
 Con la siniestra mano señalando,
 De su diestra fatal la nuestra asiendo,
 A ir en pos de la turba nos convida.
 Luego el vicio nos hacen,
 El pecho inocentillo al mal torciendo,
 Entre la leche y el arrullo blando
 Nuestros padres beber, y se complacen
 Si en ellos el hijuelo los remeda.
 Vanidad loca, envidia pestilente
 De su labio imprudente
 Oye el niño, y estudia cuidadoso,
 Sin saberlo, á ser vano y envidioso.
 Viene el maestro, y en borrar se afana
 Si del primer candor aún algo queda,
 Y aplausos coge por su ciencia vana.
 De voces sin sentido
 Del viejo Lacio nuestra mente abruma,
 Y de autores haciendo larga suma,
 En su estéril saber desvanecido,
 Grita, contiendo, opina,
 De ignorados errores nos instruye,
 Nada edifica, cuanto más destruye:
 ¡Oh instruccion saludable y peregrina!
 La sociedad, fecunda engendradora
 De culpas, de su mano nos recibe,
 Y el veneno mortífero nos dora
 Con ilustres ejemplos.
 En trono de oro al vicio nos presenta,
 Que jactancioso sus victorias cuenta
 De la inocencia ó la virtud mofada;
 Consagra el interes; erige templos
 Al placer indecente;
 Y por ley el delito nos prescribe
 Con firme voz de miles aclamada.
 Gritan, luego, irritadas altamente,
 Las infaustas pasiones, cual rabiosas
 Opuestos huracanes,
 Del mar en las llanuras despeñados;
 Y el triste pecho en miseros cuidados
 Dividen, y en anhelos congojosos.
 Crece la edad, y crecen los afanes:
 Trepar es fuerza á la escarpada cumbre
 Del fastidioso deleznable mando,
 Y fuerza atesorar, por más que gima
 El infelice que el hogar me cede.
 Quede la tierra, quede
 De miles de cadáveres sembrada,
 Y brille de laurel mi frente ornada.
 ¡Oh! ¡con qué ciega furia se desvela!
 ¡Cuál trabaja en su daño el miserable
 Mortal! Cuanto suspira, cuanto anhele,
 Cuanto á gozar llegó tras mil sudores,
 Para su mal lo quiere.
 Espinas en su seno son las flores;
 Un instante agradable
 De fugitivo día
 Luengos años le cuesta de agonía,
 Si de sus vicios víctima no muere.
 Del deseo al dolor, de otro deseo
 A otro nuevo dolor sin cesar veo
 Correr al hombre triste,
 Sin que de tanto error, de tanto daño
 Le corrija jamás un desengaño.
 ¿En qué desorden tal, en qué consiste?
 ¡El cielo en verle misero se place,
 O libre sólo para el vicio nace?
 Siguen los seres todos el camino
 Por el dedo divino
 Del Hacedor marcado. En rauda vuelo
 Rodea la tierra al luminar del día
 Con ley igual por la region vacía.

Miles de soles el inmenso cielo
 Sin tropesarse cruzan; crece hojoso
 Con ornato florido y verde pompa
 El árbol en el valle; y sabe diestro
 Su alimento escoger, sin que le engañe
 Un jugo extraño: en giro bullicioso
 La ataja sin maestro
 Juega en el prado, y con la débil trompa
 También sabe libar sus dulces mieles,
 Sin que la flor más delicada dañe.
 Las avецillas fieles
 De amor al blando impulso, cuando llega
 El ordenado plazo,
 Unirse saben en felice lazo;
 Y cuando al aire tímido se entrega
 De su ternura el fruto, ya instruido
 De cuanto saber debe, surca el viento;
 ¡Y sólo el racional, siempre perdido,
 Cual ciego entre tinieblas, irá á tientos!
 El solo, esclavo de fantasmas vanos,
 De funestos errores
 Que abortó el interés, siempre en temores,
 Sus sueños mismos adorando insanos,
 Dará en la tumba con su triste vida,
 Contando en cada paso una caída;
 ¡El fugaz punto que infeliz alienta,
 El solo, el solo en cólera sangrienta,
 En torpe gula, en avaricia infame,
 En hinchada altives y envidia triste
 Gemirá ahorrado,
 Por más que austera la razón le clame?
 ¡En qué trastorno tal, en qué consiste?
 Tú, Amintas estudioso, que apartado
 Del liviano furor con que la corte
 Ora se agita, en meditar te empleas
 Tranquilo el ser humano al cierto norte
 De la alma celestial filosofía,
 Y á un tiempo te lastimas y recreas
 Con su inconstancia y ceguera, ¡cuál, dime,
 Del abismo de penas en que gime,
 La causa puede ser? ¡qué estrella impía
 Su suerte va de la llorosa cupa
 Hasta el sepulcro misero riendo?
 ¡Por qué el mal sigue siempre, el bien queriendo?
 En vano acusa la cruel fortuna,
 Hacer pretende cómplices en vano
 El hombre de su suerte á las estrellas.
 El grande Ordenador dejó en su mano
 El bien y el mal: las buellas,
 Cual el alado poblador del viento,
 Que en él se pierde á su placer exento,
 Torna libre doquiera que le agrada;
 Y si triunfante ríe el apetito,
 Y gime la razón abandonada,
 Suyo ha sido el querer, suyo el delito.
 No infame, pues, á la verdad, si yerra;
 Si en pago de una osada confianza
 Se ve del mar sorbido con la nave,
 Que fué ocasión á su desdicha grave;
 Si á desastrosa guerra
 Le arrebató la voz de la venganza,
 O si en lecho de espinas los ardores
 De un loco amor espía entre dolores.
 Presta, iluso mortal, presta el oído,
 Si de verdad anhelas ser dichoso,
 De la razón al grito repetido,
 Y sus avisos sigue religioso;
 Firme le cierra al seductor acento
 De las pasiones, ni el antojo vano
 Tu pecho agite en soplo turbulento,
 O des la rienda á un desear insano.
 En tu fugaz carrera
 Deja al cuidado de tu Autor divino,
 Pues él solo lo alcanza, tu destino,
 Y de su diestra tu ventura espera.
 No á ajena potestad tu suerte fies,
 Ni del vicio en las sendas te desvies,
 Porque no gozarás ni el alto empleo,
 Ni el fresco rosicler de la hermosura,
 Tras quien tan loca tu pasión se afana,
 Si lidia en ciega guerra tu deseo;
 Que á la rosa más pura,

De su ámbar dulce y delicada grana
 Privar el delito, y pavoroso abismo
 Hacer puede de horror al cielo mismo.

Entra, pues, entra en tí: con detenida
 Observación estudia á la lumbre
 De la angusta verdad, y cuando aprende
 Los altos fines de tu presta vida,
 Que quien su pecho enciende,
 Quien su divino ser, no la grandeza,
 Siervo de vil costumbre,
 Fija en el bajo, miserable suelo,
 Ni á los pies gime de la infiel belleza,
 Y libre en el oprobio y las prisiones,
 Con frente excelsa en contemplar se place
 Su faz torva al tirano sin recelo,
 Por más que muerte indigna le amenace.

Rico en sublimes dones,
 Del Padre soberano
 La omnipotencia sábia
 Te dió á la comun luz; cuanto debiera
 Para hacerte feliz, tanto pusiera,
 Pródigo en sus bondades, á tu mano.
 Tu labio querellándose le agravia
 Con necedad sacrilega, y pidiendo
 Al ser tuyo atributos no debidos,
 La severa razón desatendiendo,
 Se fatiga en inútiles gemidos.

A esta razón divina ¡qué prefieres
 De cuanto el cielo inmensurable encierra,
 Y la ancha faz adorna de la tierra?
 ¡Todo á tu bien con ella no refieres?
 ¡Su luz hasta el gran Ser no te encamina,
 De ente tanto la escala peregrina
 Siguiendo? ¡no le ves en el lumbroso,
 Ardiente sol sentado,
 De la nube en el rayo arrebatado,
 De la noche en el velo misterioso?

Cultiva, pues, esta razón, si anhelas
 Al verdadero bien; á su luz pura
 Solicito nivela tus acciones,
 Y la ardua senda de virtud emprende;
 Que en tu esfuerzo se libra tu ventura.
 La pompa por que insano te desvelas,
 Generoso abandona; y cuando entiendo
 Que el grande, siervo vil de las pasiones,
 Por más que en su palacio suntuoso,
 Do inmensas sumas su fastidio encierra,
 El oro le dealumbra, y lisonjero
 Aparato de tímidos clientes,
 Inútil á la tierra,
 Si la verdad lo juzga, es el postrero
 De todos los vivientes;
 Y el pobre, cuanto oscuro virtuoso,
 Que el pan divide, en su sudor regado,
 En mesa humilde á un escuadrón de hijuelos,
 De misera fortuna ultraje triste,
 Honor del ser humano, y de los cielos
 Por los ángeles mismos acatado,
 Con ellos en dichosa compañía,
 Por más, Aminta, que en la tierra asiste,
 Goza del claro empirio la alegría.

DISCURSO III.

ÓRDEN DEL UNIVERSO, Y CADENA ADMIRABLE
 DE SUS SERES: DEDICADO Á JOVELLANOS.

¡Desfallece mi espíritu, la alteza
 De tu ordenada fábrica admirando,
 Oh insapeable (1), oh gran naturaleza!
 Los ojos subo al cielo, y centellando (2)
 Soles sin cuento en troncos de oro veo
 Sobre mi frente atónita girando.
 Loco anhela alcanzarlos el deseo,
 Sus pasos acordar, hallar curioso
 Su final causa y soberano empleo.
 Afánase sin fruto; y silencioso
 Sólo adora al gran Ser que bastó á echarlos,
 Cual polvo, en el espacio luminoso.

(1) Variante: *inconcebible*.

(2) Variante: *ruñiendo*.

Su excelsa diestra alcanzará á pesarlos,
 Su dedo á demarcarles el camino,
 Y su inmenso saber podrá contarlos.
 ¡Sirio! ¡brillante Sirio! ¡más vecino
 Cómo no estás á mí! ¡por qué no siento,
 Cual el del sol, tu resplandor benigno?
 Y tú, sol, rey del día, ¿dó alimento
 Para tu luz recibes? ¡quién, di, guía
 La tierra en torno de tu inmóvil asiento?
 La blanca luna en la tiniebla fría
 Rige su rueda, en esplendor velada,
 ¿Cual diosa angusta de la noche umbría.
 ¡Oh! ¡cuál va silenciosa! ¡cuán callada.
 Con cetro igual la esfera enseño, sea,
 Aunque á la negra tierra torne atada!
 Vénus allí graciosa se pasca,
 Y á distancia sin fin entre sus lunas
 Tibio el ceno Saturno centellea.
 ¿A qué le alumbran cinco? ¡acaso algunas
 Vanas le son? ¡á tu pausado giro
 Por qué siempre, astro infante, las adunas?
 Mientras más lo medito, más me admiro:
 La mente en calcular se desvanece,
 Y entre horror santo ciego me retiro.
 Mas todo hubo su fin, do resplandece,
 Jovino, sabio el Nímen; concertado
 Todo está: el orbe una cadena ofrece
 De inmensos eslabones al callado
 Meditador; estúdiala y humilla
 La frente ante el Señor que la ha formado.
 Ni en el átomo tenue menos brilla
 Que en el disco del sol; si más subieres,
 Tu pismo crecerá en su maravilla.
 Doquier te vuelvas, por doquier que fueres,
 Un órden has de hallar; pero abarcarle
 Jamas, jamas con la razón esperes.
 Acuérdomé que el cielo (áun no mirarle
 Supiera bien, ni, en mi pueril rudeza,
 Con la atención de un sabio contemplarle)
 Un tiempo me elevaba en su belleza,
 Y las horas absorta entretenía
 Del alma alada la fugaz viveza.
 ¡Cuán ledo en medio de la noche umbría,
 Sobre la muella hierba reclinado,
 Sus lámparas sin fin contar quería!
 Por el éter inmenso extraviado,
 De astro en astro vagando, aquél forjaba
 Mayor, el otro en luz más apagado.
 Las tiernas flores que mi cuerpo hollaba,
 En ámbra me inundaban delicioso;
 De lejos triste el ruiseñor trataba,
 La soledad angusta, el misterioso
 Silencio, las tinieblas, el ruido
 Del aura blanda por el bosque hojoso
 Me llevaban en éxtasi embebido,
 Y un supremo poder engrandecía
 Mi espíritu, del vil lodo desprendido.
 En medio yo impaciente me decía:
 «¿Que no haya de alcanzar cómo á moverse
 Bastan, qué reglas guardan, quién los guía?
 ¡Señor! ¡Señor!...» La esfera esclarecerse
 Sentí, y alada inteligencia pura
 A mis curiosos ojos vi ofrecerse.
 Con un cendal de celestial blancura
 Los tocó; y sonriendo cariñosa,
 Mi helado pecho plácida asegura.
 «Alza, dijo, á la bóveda lumbrosa
 La vista, y los milagros considera,
 Do se extremó la diestra poderosa.»
 Alcéla, y ver logré la inmensa esfera,
 Y el paso de las lumbres eternas
 En su perenne rápida carrera.
 ¡Qué de globos ardientes! ¡qué raudales!
 ¡Qué océanos de luz! ¡qué de ostentosos
 Soles, del claro empuje altos fanales!
 De maravilla tanta codiciosos,
 Mis atónitos ojos se perdían
 Del espacio en los términos dudosos.
 Mas alcanzar, aún ciegos, no podían
 Por qué en órbita tanta diferente
 Tan desiguales todos discurrían.
 Tocó otra vez mi vista su clemente

Divina diestra, y «Considera, oh ciego,
 Tornó á decir, la bóveda esplendente;
 »Que el Excelso atendió tu humilde ruego,
 Y en este punto el velo ha levantado,
 Y envuelta desaparece en santo fuego.»
 Yo vi entónces el cielo encadenado,
 Y alcancé computar por qué camina
 En torno el sol Saturno tan pausado.
 ¡Oh atracción! ¡oh lazada peregrina,
 Con que la inmensa creación aprieta
 Del sumo Dios la voluntad divina!
 Tú del crinado, rápido cometa
 Al átomo sutil el móvil eres,
 La ley que, firme, ser á ser sujeta.
 Recorre el globo: ¡al cielo volar quieres?
 Tropa, pues; sonda el mar; la mente activa
 Cala al abismo de ignorados seres.
 La hallarás siempre estar obrando viva,
 La atmósfera apremiar, llevar riendo
 El aura por los valles fugitiva.
 Los ciegos senos de la tierra hundiendo,
 Labrar lagos anchísimos; las fuentes
 De los eternos ríos disponiendo;
 Y con brazos tajando omnipotentes
 Rocas y abismos, pródigo camino
 Dispensar á sus rápidas corrientes,
 Hacer que suba en modo peregrino
 La savia, erguido roble, á tu corona,
 Y alzar su helada frente al Apenino.
 Muy más activa en la abrasada zona,
 La espalda al mar ondisono agitando,
 En grillos de arenillas lo aprisiona.
 El trono al sol asienta descansando
 En sus planetas, y ellos en él á una
 La más subida proporción guardando.
 Mientras de otro sistema éste es columna,
 Y firme á un tiempo en otro se sostiene,
 Y otro sobre otro sin mudanza alguna;
 Hasta llegar al Nímen de quien tiene
 Su ser el universo, y la balanza
 En su potente diestra igual mantiene.
 ¡Oh inmensa sucesión, á que no alcanza
 Saber mortal! ¡oh variedad estable,
 Grande aliento á la tímida esperanza!
 Sí, sí, Jovino; el Bueno, el Inmutable,
 El Poderoso, el Sabio, cuanto hiciera,
 Lo enlazó en nudo y órden inefable.
 Todo es unión, la parte más ligera
 De impalpable materia al sol luciente
 Sostiene y carga en su inexhausta hoguera.
 Nada hay que no sea efecto, y juntamente
 Causa no sea; igual el vil insecto
 Cabe el gran dueño al querubín ferviente.
 En su inmenso saber no hay más perfecto;
 Vió, quiso, obró; y á cada ser ha dado
 Virtud con relación á su alto objeto.
 Esas mínimas formas que ha creado,
 Al parecer sin fin, ruedas son leves
 Que altamente en las otras ha engastado.
 Tal en lago sereno cercos breves
 Forma al caer la piedra: van creciendo,
 Y atónito á contarlos no te atreves.
 Quita la más sutil; y estoy temiendo
 Ya el todo en desunión: una le aumenta,
 Y un órden diferente voy sintiendo.
 Esa que en nada tu ignorancia cuenta,
 En nudo firme á otra mayor se unia;
 Y otra áun mayor sobre las dos se asienta.
 ¡Qué! ¡el granillo de arena que corría
 No há nada en el torrente cristalino,
 De sus ondas á arbitrio, un fin tendría?
 ¡Solo tampoco está? No: del vecino
 Monte al llano bajó; si él no existiera,
 Tampoco el monte, ni el favor benigno
 Que útil dispensa á una provincia entera
 Con la nevada frente y fértil río,
 Que del nace sesgando en la pradera.
 Cuando las aguas que el Diciembre frío
 Tornó en blancos vellones, más clemente
 Desata Abril en líquido rocío,
 El bullendo entre peñas mansamente,
 Se apresura por dar frescor y vida

Sabios gritar, escuelas reñir veo;
Y tercios, no entendiéndose, impugnarse.
La causa ocasional colma el deseo
Del uno; la armonía á aquél agrada,
Y otro al físico influjo da este empico.
Natura en tanto, en majestad velada,
Sigue en nuevos milagros, y escarnece
Del saber vano la arrogancia hinchada.
Uno es el hombre; pero ¡cuál le ofrece
El Senegal ardiente, el bezo alsado,
Llana la faz, que al ébano oscurece!
¿Qué hay entre este común y el bien formado
Rubio alemán? El patagón compra
Al samojeño torpe y abreviado.
Ve el feo albino, y la belleza rara
Que á un vil serrallo en tráfico afrentoso
Vende en Bizancio la Georgia avara.
Del hotentote indócil, asqueroso,
Pasa al francés social y delicado,
Del indio inerte al bávaro industrioso.
¿Qué extraña variedad! ¿dónde ha empezado?
¿Cuántas sus formas son? ¿dónde natura
Pone el primero, fija el postrer grado?
Corre de pueblo en pueblo; la estatura,
Color, aspecto, voz, uno se ofrece;
Y hallar vienes al fin otra figura.
El mismo el tipo, sí; mas ¡lo parece
Al que á un tiempo sagaz el hombre mira
Que bajo el polo y cabe el Ganges crece!
Aun más extraña variedad se admira
En la forma mental. ¡Oh! ¡qué desprecio!
¡Oh! ¡qué respeto celestial me inspira!
Contemplo al gran Newton, y no hallo precio
Para la humanidad; torno la mente
Al rudo Huron, y aun más la menosprecio.
De la patria en el ara heroicamente
Se ofrece el gran Leonidas; Catilina
Corre á incendiarla, en su furor demente.
Sustituyó Lucrecia á Mesalina;
Y á Tito, las delicias de la tierra,
El monstruo parricida de Agripina.
Aquí el hombre en sus cálculos encierra
La fuga del cometa en el vacío;
Y contando allí seis, perdido yerra.
Mientras en el mármol rudo el poderío
Sentir del pitio númen me parece,
Éxtático en su angusto señorío;
El africano estúpido me ofrece
De informe todo la deidad más fea,
Y en su arte igual á Fídias se envanece.
Un fútil vidrio al iroqués recrea,
Si absorto Galileo en su ingeniosa
Lente, en el cielo inmenso se pasea.
Ora en paz blanda, en sociedad dichosa,
Este sér libre, de común concierto,
Rinde á la ley su independencia odiosa;
Negándose ora al yugo, con pié incierto
Vaga en las anchas selvas, y de un oso
A distinguirle en su rudes no acierto.
Ya la diestra bendice religioso
Que ordenó el universo, allá elevado
Do alzó el Señor su trono misterioso;
Y corre, de su lumbré encaminado,
Cual fijo norte al lauro inmarcesible,
Que en el eden eterno le ha plantado.
Ya sumido en tiniebla inconcebible,
Doblando la vil fas al bajo suelo,
Al grito de su sér, sordo, insensible,
El Dios que le pregonan tierra y cielo,

Desconoce, ¡oh dolor! ¡y cuál la fiera
La fatal hora afronta sin recelo!
¿Es éste el hombre mismo? ¡tu severa
Profunda reflexion, al contemplarle
Tan desigual, tan vário, lo dijera?
Hé aquí el órden, Jovino: el que al formarla
Rey le alzó de la tierra en su nobleza,
Sabio acordó á sus climas apropiarle:
Perfecto aquí, del polo en la aspereza
Lo vistió su rudes, en el ferviente
Congo la tiene con que el sol le atesa.
El mismo siempre, y siempre diferente:
Del placer y el dolor á par movido,
El bien ansia, y á obrarlo es impotente.
Compasivo en su sér corre á un gemido;
Culpado tiembla, y con severo acento
La olvidada rason truena en su oído.
Este es el hombre, en su inmortal aliento
Imágen de su Autor, que la estructura
Del orbe abarca en su hondo pensamiento.
¿Y quién desde él la inmensurable altura
Que corre hasta el gran Sér, trepará osado,
Y de una en otra inteligencia pura?
¿Quién desde la inferior al abrasado
Más alto serafín las perfecciones
Intermedias dirá?... ¡quién lo ha tentado!
Un santo velo sus sublimes dones
Envuelve misterioso á nuestra mente,
Ciega en mil insondables opiniones.
Mas iguales no son, ¡quien diferente
Formó un átomo y otro, recogiera
Con el ángel su diestra omnipotente!
Acaso alguno absorto considera
¡Suerte inefable! del Señor el seno,
Y en él la creación abarca entera.
Otro tal vez, de encogimiento lleno,
Ménos verá su desigual ventura,
En paz eterna, de zozobra ajeno;
O á par que otro de un mundo se apresura
La suerte á moderar, otro al destino
De mil puede regir en paz segura.
Todos cantando en arpas de oro el trino
Con que al Santo de santos, de esplendores
Velado, acata el escudron divino;
Bebiendo entre purísimos amores
De eternal vida en la inexhausta fuente,
Sin ver jamás templados los ardores.
¡Oh dicha! ¡oh pasmo! ¡oh diestra omnipotente!
¿Quién bastará á ensalzarte! ¿quién la altura
Jamás vió de tus obras dignamente?
¿Quién ¡oh! de tanta, tan distinta pieza
Sintió la proporción? ¿quién la armonía
De sér tanto, sus fines, su belleza?
Me confundo, me abismo: el alma mía
Se pierde, una flor sola contemplando,
Una de cuantas Mayo alegre cria.
¿Qué será, qué, si al cielo el vuelo alzando,
Ve tanto sol y mundo allá esparcido
Sobre un centro común sin fin girando;
Y éste y ellos, y todo dirigido
Por una sola ley, y acaso en ellos
Millones de entes.... ¿dónde voy perdido?
Mas ¿qué? ¡el gran Sér no es poderoso á hacellos?
¿Es de su saber sumo acaso indigno?
¿A qué ese cuento de luceros bellos?
¿Sólo á la tierra dón tan peregrino,
Inexhausto fulgor!.... Pues que no alcanza,
Jovino, la rason su alto destino,
Ansíales otro al ménos la esperanza.

DON JUAN PABLO FORNER.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Si aquellos hombres cuya vida ha sido consagrada constantemente al bien del país en que han nacido, y cuyas glorias y riqueza han tratado de promover, son dignos por estos títulos del aprecio de sus conciudadanos, y de llevar un nombre célebre, que sea al ménos la miserable recompensa de sus tareas y afanes, ninguno más acreedor á este aprecio y á esta celebridad que el distinguido literato DON JUAN PABLO FORNER. A sus grandes méritos literarios reunia la integridad del magistrado, la buena fe del ciudadano y el entrañable amor á la patria. No es mi ánimo hacer aquí una apología de sus obras; el público podrá juzgarlas mejor que yo: no trato tampoco de hacer el elogio del autor, porque otra pluma sobradamente célebre y elocuente lo ha hecho con todo el saber y elegancia que eran de esperar de su buen juicio y capacidad (1). Me concretaré á dar una breve noticia de la vida y escritos de este varon eminente, tomada de las luces que me han suministrado sus manuscritos, y de algunas biografías que de él se han publicado.

DON JUAN BAPTISTA PABLO FORNER nació en la ciudad de Mérida, segun consta de su partida de bautismo, á veintitres dias del mes de Febrero de 1756. Fueron sus padres don Agustin Francisco Forner y Segarra, natural de Vinaroz, en el reino de Valencia, y doña Manuela Piquer y Zaragoza, sobrina del célebre don Andres Piquer, y natural de Madrid. La Academia de la Historia es deudora á dicho don Francisco Forner de algunos trabajos numismáticos que le suministró desde Mérida y desde otros pueblos de Extremadura, así como tambien de una historia y antigüedades de Mérida, que su hijo presentó despues á dicha Academia.

Nacido de un padre tan amante de las letras y de los estudios, excusado es decir que la educacion de FORNER fué en extremo sobresaliente, no desmintiendo él nunca las esperanzas que de sus talentos se habian todos prometido. Pasó los primeros años de su infancia literaria al lado de su tio don Andres Piquer, bajo cuya buena direccion hizo notables adelantos en las humanidades y lenguas, en los siete años que las estudió en el aula de don Francisco Torrecilla. A la edad de catorce años lo enviaron sus padres á la universidad de Salamanca á estudiar filosofia, con el objeto de que se dedicase á la carrera de la jurisprudencia; los laureles ganados en el aula de Torrecilla fueron aumentados con los que ganó en las nuevas cátedras á que asistia; y en los nueve años que cursó en dicha universidad, lució extraordinariamente sus talentos y aplicacion en los diferentes actos que exigia la carrera á que se habia dedicado, y que en la universidad de Salamanca eran célebres, por el rigor que en ellos habia. Allí cultivó la amistad de todos los jóvenes que en aquella época estudiaban en ella, y que despues tantas glorias científicas y literarias han dado á España.

Aunque sus principales estudios eran los de filosofia y jurisprudencia, no dejaba de asistir á la clase de literatura, á la cual fué siempre tan inclinado; concurría tambien á la clase de griego, que explicaba el maestro Zamora, y á la que asistian con él Iglesias, Melendez, Estala y otros; llegando á poseer admirablemente esta lengua, así como el hebreo y el latin. Su gusto por la poesia empezó tambien á desarrollarse con el trato de unos jóvenes tan aplicados y tan amantes de nuestra literatura, y aún se encuentran entre sus papeles algunos de sus primeros trabajos, en los que ya se descubre su feliz disposicion para este género de letras.

(1) Elogio de DON JUAN PABLO FORNER, leído en la Academia de Derecho Español, de Madrid; por

el académico don Joaquin Maria Sotelo en 1797, á impreso de órden de la misma en 1798.

En el año de 1782, siendo aún estudiante en dicha universidad, recibió el premio de la Academia Española su *Sátira contra los abusos introducidos en la poesía castellana*; premio que halagó mucho su amor propio, y le dió fuerzas para emprender otros nuevos trabajos. A los veintidos años de edad, habiendo concluido su carrera de jurisprudencia, vino á Madrid, donde estuvo practicando algun tiempo en el bufete de D. Miguel Sarralde, fiscal que fué despues en la audiencia de Barcelona; y habiendo ganado un curso de derecho natural en los Estudios de San Isidro, fué admitido en el Colegio de Abogados de esta córte en 28 de Agosto de 1783. En 19 de Abril de 1784 fué nombrado abogado honorario de la casa de Altamira, con una pension de 10.000 reales anuales, y, poco despues, historiador de la misma casa.

Desde el año 1783, en que vino á Madrid, hasta el de 1790, en que marchó á servir la fiscalia de la audiencia de Sevilla, sostuvo diferentes debates científicos y literarios, por medio de la prensa, contra don Tomas de Iriarte, don Francisco Sanchez Barbero, don Vicente García de la Huerta, don Cándido Maria Trigueros y otros. Fué el primero de estos papeles la *Fábula del Asno erudito*, que escribió contra Iriarte, y á la que contestó éste con el papel *Para casos tales, suelen tener los maestros oficiales*. Siguióse á éstos la *Carta de Paracuellos*, escrita por don Francisco Sanchez contra FORNER, y la de *Bartolo*, de éste contra aquél; la *Carta de don Antonio Varas, sobre la Riada de Trigueros*, el *Suplemento al artículo Trigueros de la Biblioteca del doctor Guarinos*, las *Reflexiones sobre la leccion crítica de Huerta*, la *Historia de los gramáticos chinos*, que no llegó á imprimirse, y otros varios. En todos estos folletos mostró FORNER su genio acre en materias literarias, al mismo tiempo que su buen talento y capacidad: tal vez estos pasatiempos le hicieron adquirir el aplomo y verdad que se nota en sus composiciones; porque, precisado á hablar con sus enemigos, se veia en la necesidad de escribir con mucho tino y prudencia. Esta época es, sin embargo, la más lamentable de la vida del autor, porque, con menoscabo de la literatura, disipó sus conocimientos en empresas fútiles y despreciables, abandonando el vasto y hermoso campo del saber sin jactancia, y de las empresas grandes y provechosas. Llegó á tanto el escándalo de estas reyertas, que con mengua del saber se sostenian, que por Real decreto de 1785 se prohibió á FORNER publicar nada sin expresa autorizacion Real, aconsejándole al mismo tiempo en el decreto se dedicase á empresas más dignas de su talento y más útiles á las letras. Concluyéronse, con efecto, estas diatribas, y empezaron las plumas de tan buenos ingenios á crear obras dignas de sus nombres y del de la nacion que les habia dado el sér. Por este tiempo escribió FORNER su *Discurso sobre la historia de España*, obra en que da á conocer sus profundos conocimientos en la historia de nuestra nacion, y su exacto juicio y excelente crítica. Por orden del Gobierno censuró tambien, en 1788, y puso infinidad de notas á la *Historia universal* que habia escrito el jesuita don Tomas Borrego. Fué tan apreciado este trabajo por el Gobierno, que le señaló una pension de 6.000 reales, debiendo á él tambien su nombramiento de fiscal del crimen en la audiencia de Sevilla. Esta es una de las obras más apreciables del autor, por haber empleado en ella mucho tiempo, profundos conocimientos, pura diction y elegante y castizo lenguaje.

Otra obra tenia ya concluida por este tiempo, que nos da á conocer sus profundos estudios filosóficos y su conocimiento de las lenguas griega y latina; á saber: *Los Discursos filosóficos sobre el hombre*, en que el autor trató de conciliar la aridez filosófica con la armonia y gala poéticas, facilitando así el estudio de la filosofia, y haciéndole más agradable. De esta obra se escribió un elogio en el *Diario de Buillon*, en el que, despues de examinarla minuciosamente, concluyen tributando al autor las alabanzas que por ella merecia. Tambien publicó en 1787 la *Oracion apologética por la España y su mérito literario*, á cuya obra dió motivo el discurso pronunciado por el abate Denina en la Academia de Ciencias de Berlin, sobre esta proposicion de la nueva Enciclopedia: *¿Qué se debe á España? (Que doit-on à l'Espagne?.... El depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?)* En esta obra trató FORNER, valiéndose de las palabras é ideas de un autor extranjero, de hacer ver á las naciones la influencia que habia tenido España en los adelantos y prosperidad de las ciencias, las artes y la literatura; pensamiento sumamente patriótico, y que el autor desempeñó con todo el saber y energia que eran necesarios. Recibió tambien por esto, de orden del Rey, otra pension de 6.000 reales. Pero en todas estas obras que escribió y publicó durante los primeros años que estuvo en Madrid, en medio de sus buenos y profundos pensamientos, en medio de las doctrinas excelentes que se notan en ellas, deja verse cierto desaliño y dureza en el lenguaje. Salido apenas de la universidad de Salaman-

ca, poseía, sí, buenos conocimientos, pero su lenguaje era poco armonioso y dulce. En las obras que escribió despues, singularmente en las que escribió en Sevilla, se advierten ya mayor gracia, mayor soltura y desembarazo, y sobre todo, gusto y armonía en los versos, y un cierto sabor al estilo y lenguaje de los mejores poetas de la escuela sevillana, á los que sin duda estudió mucho en los seis años que estuvo sirviendo la fiscalía de aquella audiencia.

Al año de estar en Sevilla, es decir, en 1791, casó con doña María del Carmen Carassa, natural de dicha ciudad, señora de bellissimo trato y de distinguida familia. En este tiempo perteneció á diferentes sociedades científicas y literarias de Sevilla; fué director de la de Amigos del Pais, donde leyó varios discursos; la de Buenas Letras le admitió en su seno y le nombró juez de las composiciones presentadas á los certámenes; finalmente, las de Derecho Canónico é Historia eclesiástica le recibieron sin haberlo él solicitado. Por su celo é influjo se estableció el teatro en Sevilla, haciendo venir la compañía que se hallaba en Cádiz, y de la cual era empresario un tal Lázaro Calderi, á quien favoreció y protegió, componiendo tambien algunas *loas* para que en el teatro se ejecutasen. No le faltaron enemigos que afeasen su conducta, y que, so color de religion, quisiesen convencer al público de lo perniciosa que era la escena á las costumbres; pero FORNER, constante en su propósito, hizo ejecutar en el teatro, y despues publicar, algunas de sus *loas*, con el objeto de que las personas sensatas se convenciesen de lo útil de un establecimiento que, proporcionando al público una diversion honesta, pacífica y racional, le apartaba al mismo tiempo de la senda de los vicios y de la corrupcion. Puede citarse, entre otras, la que publicó en 1795, precedida de un prólogo en forma de carta, en el que, rebatiendo las erróneas opiniones de sus detractores, logra patentizar el estado de ignorancia en que se hallaba por aquel tiempo el pueblo sevillano, y la necesidad que tenía de un recreo de esta clase, que ilustrase y perfeccionase su razon, haciéndola salir del estado de preocupacion é ignorancia en que se hallaba sumergida. Combatianle principalmente como irreligioso, y con este motivo escribió un folleto, titulado *Preservativo contra el ateismo*, á fin de dar á conocer á todos la pureza de su conducta, su amor á la religion, y los errores y preocupaciones en que querian envolverlos cuatro teólogos farraguitas.

Escribió otros muchos folletos, entre ellos *La Corneja sin plumas*, que publicó en 1795, y otros varios que sería prolijo enumerar. Cultivó allí la amistad de los distinguidos literatos Arjona, Sotelo, Navarrete y otros, habiendo tambien tenido el gusto de conocer y admirar al elegante escritor frances, el caballero Florian, al que debió muchos obsequios, y una opinion superior á la que de sus talentos se tenía entre sus conciudadanos. Suministróle FORNER infinidad de noticias para sus obras, y no queriendo Florian parecer ingrato á estos favores, consagró á la amistad de FORNER esta nota, que se halla en su famoso poema *Gonzalve de Cordoue* (1): «J'ai encore trouvé des détails sur les Grenadins dans un immense recueil d'anciennes romances castillanes, intitulé *Romancero general*, dont je parle dans ce précis. Mais c'est à un littérateur espagnol que j'ai les plus grandes obligations. DON JUAN PABLO FORNER, fiscal de sa Majesté Catholique à l'audience de Séville, et aussi distingué par son érudition que par son talent pour la poésie, a bien voulu m'indiquer les sources où je pouvois puiser, et m'a fourni plusieurs mémoires. Je me plais à publier ma reconnaissance pour DON JUAN PABLO FORNER, qui, me faisant riche de ses lumières, m'a épargné beaucoup de fautes par ses conseils.»

Esta amistad de FORNER con el caballero Florian duró mucho tiempo, y en las cartas que se escribian se mostraban mutuamente el aprecio que hacian uno de otro; comunicábanse frecuentemente noticias y datos para las obras que emprendian, no teniendo reparo ninguno de ellos en confesar su ignorancia en aquellos puntos que consultaban. En medio de tantas satisfacciones como las que le proporcionaba el trato y amistad de tan buenos amigos, FORNER no gozaba felicidad; su destino de fiscal le hacia llevar una vida penosa y fatigada; su alma sensible no podia conformarse con el destino de *delator* de las miserias de los hombres; en la mayor parte de sus composiciones se deja ver el disgusto con que servía dicho cargo de fiscal, y en una carta á un amigo suyo se leen estos versos:

Por fin, del grande imperio de los vicios
Soy como el sacerdote en esta tierra,
Que conduce al altar los sacrificios.

(1) *Précis historique sur les maures d'Espagne*, nota 3.ª, § 2.

¡ Oh ! quién pudiera de su infausta guerra
Desviar la atencion, y á los mortales
Negar lo que de sí el oficio encierra.

Fué tambien de los primeros que criticaron el ridículo adorno de los pelucones en los magistrados, como se ve en su soneto *A un peluquero*, y en algunas otras de sus composiciones inéditas, y jamas pudo sufrir, como magistrado y jurisconsulto, el estilo salvaje y montaraz de los oradores forenses de su tiempo. En su sátira titulada *Exequias de la lengua castellana* critica mucho el lenguaje grosero y tosco de los que, como él dice, *ni peinaban sus discursos ni sus cabellos*.

No descansaba un momento para promover la felicidad de su patria; y con el objeto de socorrer la indigencia en que se hallaba por aquel tiempo Sevilla, formó el plan de una sociedad caritativa ó de socorros, parecida á las que hoy existen en algunos puntos de la Peninsula. Esta sociedad no pudo establecerse por haber tenido que dejar á Sevilla, habiendo ascendido á fiscal del Supremo Consejo. Dejó, pues, en 24 de Julio de 1796, la ciudad que habia sido sus delicias, con sentimiento suyo y de sus muchos amigos; y aquella poblacion ha recordado más de una vez los muchos favores que debió á la munificencia y patriotismo de un varon tan esclarecido: única recompensa que suelen tener los hombres grandes y benéficos, pero suficiente para el que abriga un corazon magnánimo y justo.

Apénas llegó á Madrid, fué admitido como socio de mérito en la Academia de Derecho Español, y á poco recibió el premio en dicha Academia su *Plan sobre unas instituciones de derecho español*. Consistia el premio en una medalla de oro, de tres onzas de peso, que la Academia habia hecho acuñar con este objeto. Esta obra fué la que más trabajó el autor, porque en ella aventuraba su opinion literaria y su importancia como letrado; nótese en ella, no sólo un estudio profundo y detenido de nuestros escritores de derecho, sino un estudio filosófico y razonado de las ideas de estos mismos autores, comparadas con el estado de la civilizacion en aquella época y con el de los progresos científicos de las naciones más ilustradas. Sus amigos y coacadémicos, Campománes, Lerena, Sotelo, etc., hicieron justicia á su mérito, y despues del premio recibido, le nombró la Academia presidente para el año de 1797. Su muerte, acaecida en este mismo año (1), privó á aquella academia de un presidente justo, sábio é ilustrado, y á la patria de un hijo que tantos laureles le habia conquistado en la corta carrera de su existencia, y del que debia prometerse muchos y grandes trabajos.

Dejó á su viuda tres hijos, don Antonio Agustin, don Fernando María y don Manuel Luis; los dos primeros murieron bastante jóvenes, y el último falleció, há no pocos años, á los treinta y ocho de edad.

Las obras de este célebre escritor apénas existen ya, y á no ser por la feliz casualidad de venir á nuestras manos la mayor parte de sus manuscritos, y algunas de sus obras impresas en España y Francia, nos veriamos privados hasta de su memoria. Sólo se conservaba hace algunos años un manuscrito completo de ellas, que el autor regaló al Príncipe de la Paz, y que en la confiscacion de su libreria pudo ocultar un amante de las letras; pero todos nuestros esfuerzos para encontrarlas han sido inútiles: sin duda las ha destruido el tiempo, ó la mano de algun ignorante, que es aún más temible (2).

Hé aquí en pocas palabras la vida de este eminente escritor, que tantas glorias proporcionó á España, y cuyo nombre apénas será ya conocido de un corto número de españoles. La Academia de Derecho Español, que supo apreciar sus buenas prendas, encomendó su elogio al distinguido jurisconsulto don Joaquin María Sotelo, y éste, cumpliendo con los deberes de la amistad y con los deseos de la Academia, nos dejó en su elogio un retrato fiel de FORNER y una completa y exacta noticia de sus obras. La muerte reciente de FORNER, la amistad estrecha que los habia

(1) El 17 de Marzo. Fué enterrado en Santa Cruz.

(2) Este ejemplar manuscrito de las *Obras de FORNER*, cuya pérdida lamenta el autor de la presente noticia biográfica, existe por fortuna. Fué adquirido, há poco más de veinte años, por la Biblioteca Nacional. No es autógrafo; pero, como regalo destinado al Príncipe de la Paz, está gallar-

damente escrito y bien encuadernado. Consta de seis tomos en folio. Cada tomo tiene su índice correspondiente, y entre todos los índices componen nueve hojas. Ademas hay un tomo séptimo, más abultado que los otros, que contiene una *noticia del autor*, y otro escrito, que sirve de introduccion á las *Exequias de la lengua castellana*, obra que ocupa el restodel volúmen. (*Notas del Colector.*)

unido, y el profundo respeto que profesaba á sus talentos, le hicieron prorumpir en acentos, cuyo eco ha llegado hasta nosotros para hacernos sentir con amargura la temprana muerte de un hombre que pudiera haber dado mayores frutos á nuestra patria. Justos elogios, debidos á las virtudes y al saber de este célebre español, tan digno del aprecio público como lo son hoy sus amigos y contemporáneos Meléndez, Moratin, Iglesias, Jovellanos, Estala y otras gloriosas lumbreras de la España del siglo XVIII.

LUIS VILLANUEVA.

CATÁLOGO DE MIS OBRAS (1).

IMPRESAS.

1. EL AÑO ERUDITO, á nombre de *Pablo Segarra*.
2. Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana, premiada por la Academia Española.
3. Oración inaugural para la apertura de la escuela de química.
4. Reflexiones sobre la lección crítica de Hucita, á nombre de *Tomé Cocial*.
5. Discursos filosóficos sobre el hombre.
6. Oración apologética por la España y su mérito literario.
7. Pasatiempo en defensa de la oración apologética.
8. Carta de don Antonio Varas sobre la Riada de Trigueros.
9. Carta de Bartolo, sobrino de don Fernando Perez, á nombre de *Pablo Ignocasto*.
10. Suplemento al artículo *Trigueros* de la biblioteca del doctor *Guarinos*.
11. Demostraciones palmarias de que el *Censor*, su *Corresponsal*, etc., son inútiles y perjudiciales, á nombre del bachiller *Regañadientes*.
12. Diálogo entre el *Censor* y el *Apologista universal*.
13. Historia de las aguas de Solan de Cabras.
14. Traducción de las declamaciones de Menkenio contra la charlatanería de los eruditos.
15. Defensa legal por el Marqués de Astorga en el pleito contra Motezuma sobre el señorío de Atrisco.
16. La Corneja sin plumas (2).
17. Preservativo contra el ateísmo.
18. Discurso sobre el amor de la patria; leído en la Sociedad de Sevilla, año de 1794.

NO IMPRESAS.

1. Nuevas consideraciones sobre la perplejidad de la tortura.
2. Plan de unas instituciones de derecho español, que premió la Academia de Derecho español de esta corte.
3. Exequias de la lengua castellana.
4. Los gramáticos, ó historia chinesca.
5. Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España.
6. Observaciones y cotejo de las églogas que premió la Academia Española (3). Se me ha perdido este MS.
7. Censura de la historia universal de don Tomas Borrego.
8. Discurso sobre el origen y progresos del mal gusto en la literatura.
9. El Filósofo enamorado, comedia.

Son tambien mias:

1. La dedicatoria que se puso en la última edición de las *Virtudes de un príncipe*, del Padre Rivadeneira.
2. La dedicatoria ó introducción á la obra de Fos, sobre dar aguas á los tejidos de seda.
3. Varias poesías del *Diario de las musas*, señaladamente la oda de Horacio que empieza *Pues presa de la muerte*; una canción que empieza *No me aqueja fortuna*, etc.
4. El prólogo ó introducción que se puso á una obra que empezó á salir, en que se recogían los pensamientos de nuestros poetas cómicos.
5. En el *Diario de las Musas* hay tambien una invención mia con el título de *La Farsa de los filósofos*; y dos diálogos, uno entre un *pretendiente* y un *charlatan*, y otro entre un *bachiller* y un *moderno*.

Este catálogo de FOMERA es incompleto. Escribió otras muchas obras, sin contar las poesías líricas. Citarémos, entre ellas:

La Paz, canto heroico en octavas (1796).

Introducción á los para la apertura del teatro de Sevilla, con una carta, que sirve de prólogo. La loa se publicó, pero no el prólogo verdadero.

Discurso sobre la poesía dramática, publicado en la edición que hizo FOMER de su comedia *El Filósofo enamorado*, en 1796.

La Cautiva, comedia.

Los falsos Filósofos, comedia.

Las Vestales, tragedia.

La Pedantomaquia, poema burlesco.

El Buen Gusto, poema.

Para mayor esclarecimiento bibliográfico de las obras de FOMER publicamos á continuación las siguientes noticias y extractos hallados entre los papeles de don Bartolomé José Gallardo.

(1) Existe de mano del autor entre sus papeles.

(2) Se publicó en el Puerto de Santa-María en 1795.

(3) Eran éstas la titulada *Batilo*, que escribió Meléndez, y la titulada *Albano*, que compuso Iriarte.

ÍNDICE GENERAL

DE LOS PAPELES INÉDITOS DE DON JUAN PABLO FORNER.

Tomo primero.

Observaciones sobre la historia universal sacro-profana, escrita por don Tomas Borrego, presbítero.

Tomo II.

Prólogo á la fábula original del <i>Aseo erudito</i> , pág. Cotejo de las églogas premiadas por la Real Academia.	14
<i>Los Gramáticos</i> , historia chinesca.	25
Representación á S. M., por don Bernardo y don T. Iriarte.	108
Representación al Conde de Floridablanca.	297
Id. á S. M.. . . .	303
Varias cartas á don Eugenio Llaguno, oficial de la Secretaría de Estado.	315
Fragmentos del <i>Expediente</i> que se formó por la solicitud de Forner, insistiendo en la publicación de <i>Los Gramáticos</i>	320
	333

Tomo III.

Prólogo.	1
Soneto: Única infelicidad de España.	11
Carta familiar á Lelio.	12
Carta de Marcial á don Fermín Laviano.	24
Carta del Tonto de la Duquesa de Alba á un amigo suyo de América.	36
Soneto: Dichas de España.	61
Id. contra los copleros comparadores.	62
Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana.	63
Sátira contra la literatura del tiempo presente.	126
Oda á don Pedro Estala.	181
Silva á Lucinda en fin del año.	190
Romance amoroso.	196
Romance al Excmo. Sr. Conde de Floridablanca.	207
Romance al Excmo. Sr. Príncipe de la Paz.	220
Epístola al Excmo Sr. D. Pedro Llaguno.	240
Romance contra Antítoro de Arcadia (segunda parte) (1).	251
Letrilla á Filis, teniendo enferma la garganta.	306
Silva leída en la escuela de química.	311
Oda á su amigo don Pedro de Estala.	320
Id. á un caballo del Excmo. Sr. Príncipe.	326
Romance contra Ayala y Huerta.	334
Id. á una dama.	338

EPIGRAMAS.

1.º Pequeñes de las grandezas humanas.	341
2.º Utilidad de los afanes de los hombres.	342
3.º Á una inundación del Guadalquivir.	343
4.º La necesidad carece de ley.	344
5.º Medio para escudarse contra envidia.	345
6.º La ciencia útil.	346
7.º El triste pronóstico.	347
8.º El epitafio.	348

(1) Huerta. Entre los Puertos de Roma se llamaba Antítoro, y entre los Arcades, *Alatidlo Delada*. En el tomo III de las Obras manuscritas de Forner, existentes en la Biblioteca Nacional, se halla la *Nueva relación y curioso romance en que cuenta muy á la larga cómo el valiente caballero Antítoro de Arcadia venció por sí y ante sí á un*

9.º Un magistrado pide á un peluquero que le ayude á administrar justicia.	353
10.º Á la muerte de Luis XVI en Francia.	354
11.º Á la guerra del año 1793.	355
12.º Epitafio.	356
13.º El servicio inútil.	358
14.º Á un rayo que mató á un burro.	359
15.º Á un poeta manchego.	360
16.º	361
17.º	362
18.º La justa economía.	363
19.º	364
20.º Á un devoto.	365
21.º La fácil caridad.	366
22.º	367
23.º	368
24.º Al peluquero de Nifo.	369
25.º Al ídolo del vulgo.	370

Tomo IV.

Preámbulo al discurso sobre la tortura.	1
Nuevas consideraciones sobre la perplejidad de la tortura.	2
Nota á dicha obra.	109
Discursos sobre el modo de formar unas instituciones del derecho de España.	149
Parte primera.	163
Parte segunda.	266
Notas á dicha obra.	344

Tomo V.

Introducción ó loa que se recitó en el teatro de Sevilla, con una carta que le sirve de prólogo.	2
Loa á la apertura del teatro de Sevilla.	26
Respuesta á la carta de Juan Perote.	56
Carta dirigida á un vecino de Cádiz sobre otra de un literato de Sevilla.	82
Respuesta á los desengaños útiles y avisos importantes del literato de Écija.	108
Prólogo al público sevillano.	154
Diálogo entre don Silvestre, don Crisóstomo y don Plácido.	180
Carta de don Antonio Varas (nombre que usó Forner) al autor de la <i>Riada</i> , sobre la composición de este poema.	254
Suplemento al artículo de Trigueros comprendido en el tomo sexto del <i>Ensayo de una biblioteca del reinado del Sr. Carlos III</i> , por el doctor Guarinos.	302

Tomo VI.

Plan del modo de escribir la <i>Historia de España</i>	1
<i>Fé de erratas</i> del Prólogo del <i>Teatro español</i> que ha publicado don Vicente García de la Huerta.	127
Lista puntual de los errores de que está atiborrada la primera carta de las que el español de	

ejército entero de follores trasquinalcos. Está dividida en dos partes: la 1.ª es la misma que se halla impresa entre las obras de Jovellanos en el tomo XLVI de la presente BIBLIOTECA; la 2.ª es un todo diferente de la allí publicada también como de Jovellanos.

(Nota del Colector.)

París ha escrito contra la <i>Oraçion apologética</i> ..	196
Carta en defensa de la comedia <i>El Viejo y la Niña</i> .	252
Carta á don Ignacio Lopez de Ayala, sobre haberle desaprobado su drama <i>La Cautiva española</i> ...	276
Representacion al Consejo de Castilla sobre el establecimiento del teatro del Puerto de Santa María.	317

Contestacion acerca de la comedia <i>El Filósofo enamorado</i> ..	341
---	-----

Tomo VII.

Noticia del autor y razon de la obra; <i>papel que antecede á las</i>
<i>Enequias de la lengua castellana, sátira menipea.</i>

EXTRACTOS Y APUNTES AUTÓGRAFOS DE GALLARDO.

I.

Fe de erratas del Prólogo del *Teatro Español*, que ha publicado don Vicente García de la Huerta.

El inmortal *Prólogo* que ha antepuesto á su *Teatro Español* el señor don Vicente García de la Huerta, es sin duda la obra más original, más grande y más estu-
penda que ha dado de sí cerebro español desde que hay prologuistas en la Península.

No puede haber *gracia* en la algarabía, ni hay *opor-
tunidad* en lo que, quitado, no hace falta, cual es el
escolasticismo en las conversaciones de amor (fól. 195).

El tal admirable *Prólogo*..... es ya la comun lectura de todos los hombres de gusto; y sus gracias finísimas, donaires imprevistos, elegancia y gracias inimitables, han logrado arrancar de las manos de todos la insípida y *soporosa* historia de *Don Quijote*; aquella historia hija de la maledicencia de un *inimico satirico, denigrador, envidioso y enemigo del mérito ajeno*, que se escribió para satisfacer *despiques personales*, y en que se tropiezan *contradicciones é inconsecuencias pueriles*, muy propias de un autor que no tuvo la alta ciencia de ser im-
presor de comedias y escritor de prólogos furibundos.

No hay ángulo, no hay escondrijo en el universo, en que no ande el admirable Prólogo de mano en mano, ya haciendo reir á los niños, ya suscitando las carcajadas de los adultos, ya siendo materia de diversion á los jóvenes, de *honorosa* conversacion á los viejos, de algarabía á los pajes, de pasatiempo á los mozos de mulas, y (¿qué más puede llegar?) hasta los ciegos de esquina le lean con un placer imponderable, y han tomado sus gallardas frases y expresiones magníficas, ya para modelo de sus *romances y jácaras*, ya de sus piadosas y compunjas *oraciones*.

Y ¡con cuánta razon! (sí), ¡con cuánta razon! Porque, en efecto, parangonando la risible historia de *Don Quijote* con el augusto *Prólogo* del *Teatro Español* con (sic) *H.* (sic = Huerta), ¿qué ciego habrá, que no vea la notabilísima diferencia?

El admirable *Prólogo* trata del origen de los *Chorizos* y los *Polacos*, asunto arduo y profundo, y de tanta utilidad, como se ve, para la nacion.—El pueril *Quijote* trata sólo de mejorar á los hombres en su entendimiento y voluntad; materia, como se deja advertir, de poquísima importancia, y de uso hasta estéril y diminuto.

El divino *Prólogo* persuade, para beneficio de la humanidad y general instruccion del género humano, que los franceses no han escrito comedias de provecho.—El profano *Quijote* predica y ensalza la virtud y verdad, haciéndolas amables; asunto que tiene poca conexion con el interes de la vida humana.

El soberano *Prólogo* desempeña cumplidamente to-

das las leyes que piden las fábulas que labra la imaginacion para enseañanza de los hombres:—invencion, verosimilitud, orden, enlace, propiedad, energia, pureza, elegancia, gracia, novedad, imitacion perfecta de la naturaleza.—El abatido *Quijote* es un tejido de palabrotas sesquipedales, retazos de querellas mezcladas con imputaciones frívolas, frases de retumbo, investigaciones pueriles, *crasitudes, impuntualidades, odiosidades y livores*.

En suma, entre el sin par *Prólogo*, escrito para ofuscar la gloria de todos los escritores presentes, y el trivialísimo *Quijote*, compuesto sólo para dar materia á inmortales *Lecciones críticas*, hay tanta y tan enorme diversidad, cuanta es la que se puede establecer entre las excelentes producciones que nos quedan del Zóilo, y la ridícula poesia del nunca hasta ahora bastante despreciado Homero.....

Mi objeto es castigar los descuidos del molde del *Prólogo*, para excusar á los lectores perezosos la molestia de anotarlos á las márgenes, dándoselos unidos y en la misma forma y tamaño de impresion, para que por via de *Suplemento* pueda colocarse á la frente del *primer tomo*.

Faltaba sólo esta menuda ilustracion para el complemento de la grande obra; y teniendo en consideracion que esta materialidad del corregir no se aviene bien con los vuelos abstractos, rápidos y criadores del entendimiento del célebre *teatrista*; y yo, que soy una humilde y miserable criatura, he querido contribuir en esto á su trabajo, y acabar de llenar así el colmo de sus glorias.—Vengamos á nuestra tarea.

Desde la página primera hasta la CCVI inclusive bórrese todo lo que hay desde las palabras *Mi hermano don Pedro* hasta la palabra *patriotismo*, y póngase en su lugar otro Prólogo escrito en lenguaje castizo.

Como en todo el mundo se habla *algarabía*, y el claro *teatrista* destinó su *Prólogo* para que su lectura se sustituyese en todas las naciones á la del *Quijote*, sin duda tuvo por conveniente usar de un lenguaje que se entendiese en todas partes, ménos en España.

El señor Huerta y el vulgo están en la persuasion de que el *Dóminos Lúcas*, de Cañizares, es una comedia excelente y digna de colocarse en una coleccion que va á demostrar muchos primores teatrales. Pero ¿en qué está (dicen) la excelencia de esta comedia? ¿Por qué tener por gracias los absurdos que se hacen decir voluntariamente á un insensato?—Alabar el corason de un hombre disparatado y estrafalario, que no tiene más fin que el de hacer reir con disparates que se le aplican de propósito y de caso pensado para despertar las carcajadas;—creer que los delirios y extravagancias son materias convenientes para la verdadera comedia;—y hallar *gracia y finas sales* en los desvarios de un salvaje enorme, en

dar lugar á que nos confirmemos en nuestro engaño, y es adular en propios términos la vana inclinación de preferir muchas cosas, por nuestras, á la razón, al gusto y á la verdad. Ni lea hace mella la réplica (¡tan empedernidos son de mollera!) de que vale más ser autor del *Dómine Lucas* que de veinte críticas contra él, porque están en la endiablada y abominable persuasión de que hay hombres que harían cada mes cuatro *Dómine Lucases*, sin grandes viglias y meditaciones, sólo con que quisieran resolverse á delirar de propósito, y no se avergonzasen de entrar á hacer número con los comicastro y ganapanes teatrales.

Esto, pues, echan ménos en una coleccion destinada á la manifestacion de nuestras excelencias dramáticas.

Á la verdad, tan malignas habillitas de estos perversos críticos, nacidas sin duda de la envidia y pesar con que miran las glorias del célebre teatrista, podrían hacer creer á los inocentes y cándidos que el solemne *Prólogo* es todo una errata desde la primera hasta la última letra, pues nada dice de lo que debía decir.

Pero ¡quién la mete á la envidia en juzgar obras tan libres de que su malevolencia pueda hincar en ellas el diente? El señor Huerta escribió su *Prólogo*, y esto basta para que le respetemos. ¿Qué es respetar? Le incensamos, le convertamos en luminarias, si es menester, venerándole como á fruto de la única pluma impecable que hoy se conoce. Bastará que se tenga por errata en él todo lo que sea impertinente, pesado, pueril y extravagante, introducido por descuido de los impresores; frioleras que están introducidas, como ya dije, desde la página primera hasta la CXXI inclusive.

Pág. LXVIII, lín. 8.º sig.—Ni se detuvo (el colector del *Teatro Español*) en dar la calificación de ignorantes á los españoles en un tiempo en que su instruccion tocó el punto que no ha alcanzado nacion alguna.

España agradece la caridad, y estima la defensa; mas por mí la cuenta, si admite el paralelo.

Cada nacion ha sobresalido en ciertas ciencias y artes, y las ha adelantado, sea por inclinacion, sea por juicio, índole ó humor nacional. Ninguna nacion puede jactarse de que ha sobresalido igualmente en todas, ni ninguna puede ni debe ponerse sobre las demas tan absoluta é indefinidamente. Estamos hartos de oír que hemos sabido. Lo que nos importa es ser lo que fuimos, y sobre esto algo más todavía.

Puede, pues, omitirse esta expresion, y poner en su lugar algunos medios fáciles y practicables para que España dé de sí Vives, Agustines, Montanos, Brocenses, Marianas, Vallés, etc., y le estará muy agradecida al que lo ejecute.

Pág. 76, lín. 10.—En las composiciones (españolas), si hay defectos, son ciertamente muy fáciles de corregir con las reglas del arte, sabidas por cualquiera que las estudia.

Disparate. No todo el que sabe las reglas del arte evita los defectos. Por esta regla podrían ser iguales *Valladares* y Eurípides, *Monzín* y Terencio.—Algo más que las reglas del arte es menester para hacer excelentes dramáticos, y la regularidad sola no constituye más mérito que el que tiene un cadáver íntegro. Ni los defectos innumerables de nuestros dramas son fáciles de corregir con las reglas. ¿Con qué reglas se podrán corregir *Los Sielos Durmientes*, *Los Doce Pares de Francia*, *El Castillo de Lindabridis*, y otras infinitas, cuya fábula consiste esencialmente en el desarreglo? ¿Qué arte hay que pueda hacer el milagro de poner en orden los despropósitos?

El ridículo interpolador del divino *Prólogo* debió de

creer que escribía para los *Iroquezes*. Léjos de tan grande obra estas proposiciones espúreas, que bastan solas para degradarla.

Pág. 76.—Pero si por las relaciones pomposas y empunadas (que critica Huerta en *Racine*) se ha de juzgar de lo comun ó sublime del ingenio de los dramáticos, ¿en cuál nicho colocaremos á *Calderon*,—en cuál á *Moreto*, á *Cañizares*, á *Solís*? ¡Carecen estos buenos hombres de relaciones hinchadas y retumbantes? Esta casta de relaciones no prueba que el ingenio del que las escribe sea comun, sino que el escritor usa mal de su ingenio; y para eso se valió *Cadalso* de la tal relacion (de la *Fedra* en sus *Eruditos á la violeta*), no para abatir el talento de *Racine*, como con perversa lógica lo hace el ridículo interpolador del *Prólogo*.

Pág. 156, lín. 16.—No extrañaré yo que tanto estas noticias, cuanto otras no ménos ridículas y faltas de verdad se enviasen á Voltaire de España. Ni sería la mayor temeridad sospechar que el autor de ellas fuese el mismo que cometió la bajeza y alevosía, etc.

Esta cláusula no tiene más que un ligerísimo defectillo, y es el de oponerse directamente á esta otra de la pág. 88, lín. 12: «Pues no es creible que *Mayans* incurriese en los absurdos que se hallan en una *Disertacion* del comentador sobre la expresada comedia. En esta vida todo es verdad y todo mentira.

Estos absurdos de que se habla aquí, son los que se impugna pesadísima y fastidiosamente en la friolera de 74 páginas, que hacen cerca de la mitad del *Prólogo*, y los mismísimos sobre que recae el fallo de que se le enviaron á Voltaire de España.

Mayans fué el que los envió. No es creible, segun una cláusula, que éste incurriese en tales absurdos.

No era, segun otra, la mayor temeridad sospechar que fué *Mayans* el autor de ellos.

¿En qué quedamos, señor *Prólogo*?

Aquí se ve manifestamente que ha habido mano interpoladora; porque, ¡quién ha de atribuir contradiccion tan ridícula al exactísimo Colector del *Teatro*?

Bórrese la cláusula de la pág. 157, y redúzcanse á cuatro y media las 68 páginas que la anteceden, etc., etc.

II.

(CONTRA FORNER.)

Notas marginales á la *Carta proemial* y á la *Loa* escrita por el señor don Juan Pablo, conocido por El Apóstol del Teatro; á la que da el nombre de modesta, sólida, piadosa, circunspecta y caritativa. MS. en 4.º, 7 fojas.

Empieza:

En la empuñadura del título de ella estampa: «Carta escrita por un literato (no sevillano)», al mismo tiempo que propone la moderacion y buena crianza en sus obras.

Hablando con desprecio de las obras de Forner, dice que son «*El Año Erudito* y la *Gramática de los chinos*, dos libelos infamatorios contra unos hombres de honor y de juicio que jamas lo habian tomado en boca, que se prohibieron y quemaron por el Gobierno; la *Cachetina de los literatos* (1), bufonada y chocarrería propia de una taberna; la *Corneja sin plumas*, en que llena de injurias á un oficial de marina de crédito literario, porque en una conversacion privada con sus amigos

(1) Parece que fueron dos clérigos, uno de ellos catedrático.

había manifestado que en la corte conocían todos el poco juicio y saber del señor don Juan.»

Llegó (Forner á Sevilla) á esta ciudad, miserable á servir su empleo, halló la acogida y hospitalidad más humana; aún le prestó 200 doblones generosamente un caballero cuya casa frecuentaba; se retiró de ella, y le puso un papel diciéndole lo estimaba mucho; que era muy hombre de bien, pero que tenía en su semblante una cosa que le fastidiaba y no lo podía sufrir.

No habrá una persona con dos dedos de frente que no diga que lo más á que alcanza el teatro es á hacer los pueblos más civiles; pero más virtuosos, lo tendrá por un sueño. Pág. 1.^a

(Bibl. Col. Varios, t. XXXIX.)

III.

FORNER (DON JUAN PABLO).

ARTE POÉTICA DE HORACIO, TRADUCIDA POR DON JUAN PABLO FORNER: SACADA DEL BORRADOR.

Tengo á la vista una copia que se lee en el tomo II de *Traducciones de Horacio*, recogidas (creo) por don Juan Tineo, las cuales obran en la librería que fué del difunto don Manuel Gámez, señaladas en el catálogo con los números 1.028 y 29.

Ocupa 12 hojas en 4.^o, de unos 42 versos cada una.

Empieza:

«Si algun pintor á una cabeza humana
Pegára un cuello de caballo, y luego,
Oponiendo entre sí diversos miembros
De animales diversos, repartiése
Várias plumas en ellos, y ordenase
El todo de su lienzo de manera
Que una hermosa mujer representase
La parte superior, y á dar viniese
La inferior torpemente en un pes negro;
Decid, si esta pintura os enseñasen,
¿Pudierais contener la risa al verla?—
Cierto que no; pues ahora creed, Pisonca,
Que esta pintura es un retrato vivo
Del libro en que se tratan cosas vanas,
Sin guardar entre sí mejor concierto
Que el que suelen guardar en sus delirios
Los que enfermos están, pues nunca en ellos
El fin con el principio corresponde»; etc.

TRADUCCIONES DE HORACIO EN VERSO CASTELLANO.

MS. en 4.^o, dos tomos pasta.

Esta coleccion, hecha (creo) por don Juan Tineo, existe en la biblioteca del difunto don Manuel Gámez, señalada con los números 1.027 y 28.

(Madrid, 8 de Enero de 1836.)

Al frente del tomo I pone el colector este catálogo.

TRADUCTORES DE HORACIO EN VERSO CASTELLANO
QUE COMPONEN ESTA COLECCION.

«Anónimo, traductor de todo Horacio.

Don Estéban Manuel de Villegas.

Don Josef Morell.

Fray Luis de Leon.

Francisco Sanchez.

Don Juan de Almeida.

Don Alonso de Espinosa.

Fernando de Herrera.

Diego Giron.

Vicente Espinel.

Don Luis Zapata.

Licenciado Luis Martinez de la Plaza.

Licenciado Bartolomé Martinez.

Licenciado J. de Aguilar.

Incierito (es Pedro de Espinosa).

Don Diego Ponce de Leon.

J. de Morales.

Licenciado J. de la Llana.

Licenciado don Diego Ponce de Leon.

Diego de Mendoza.

Licenciado Pedro Soto de Rojas.

Lupercio Leonardo de Argensola.

Bartolomé Lupercio de Argensola.

Don Francisso de Quevedo.

Jorge Dantisco, manuscrito anónimo.

Maestro Alonso Cano de Urreta.

Incierito (MSS. M 82).

Cristóbal de Mesa.

Don Juan de Jáuregui.

Don Francisco de Borja.

Francisco Cascales.

Don Jerónimo de Porras.

Incierito (tomo IX del *Parnaso*).

Don Nicolas Fernandez de Moratin.

Don J. B. M.

Don Tomas de Iriarte.

Don J. P. Forner.

Don Leandro Moratin.

Incierito (Diario de las Musas).

D....

TRADUCTORES DE HORACIO EN VERSO CASTELLANO
QUE AÚN NO HE PODIDO VER.

Traductor de todo el *Horacio* en verso español (en romances, endechas, etc.).

Don Diego de Mendoza.

Don Seb. de Covarrubias Orozco.

Licenciado J. de Valdés y Melendez.

Mateo Aleman.

Don Agustin de Montiano.

Don Fr. V. B. (oda 14, l. 1.^o).

D. Cándido María Trigueros.

Don F. M. (oda 14, l. 1.^o).

Todo el Horacio; manuscrito en Barcelona.

Añade á *Cienfuegos*, de quien pone la oda 5.^a, l. 3.^o, que se imprimió en el *Diario de Madrid*, 9 Enero 1795; y su crítica 21, 22, 23; la defensa 29 y siguientes.

It. oda 16, l. 3.^o, original de *Santibañez*.

Oda 8.^a, l. 3.^o, original de *Esquerro*.

ADICION DEL COLECTOR.

A estos traductores de Horacio, mencionados en los papeles de Gallardo, no podemos menos de agregar los siguientes:

Don Francisco Martinez de la Rosa.

Don Javier de Burgos, y

Don Juan Gualberto Gonzalez.

Este tradujo la *Poética* y algunas odas. En el prólogo dice así: «De la *Epístola á los Pisones* se cuentan ya publicadas no menos que siete traducciones en verso: la de

»Espinell.

»El Padre Morell.

»Luis de Zapata.

»El Padre Losano (en romance octosílabo).

»Iriarte.

»Burgos.

»Martinez de la Rosa.

» He visto manuscritas, ademas, en la curiosa biblioteca del difunto consejero de Estado don Fernando Laserna, la de don Tomas Tamayo de Vargas, y la que me dijo ser de un jesuita, con todas las poesías de Horacio; y últimamente, la de un autor desconocido, que en la suya se propuso demostrar que el castellano es aún más conciso que el latin; y en efecto, tradujo en 595 endecasílabos los 476 exámetros de Horacio, cuyas sílabas, que tuvo la prudencia de contar, y ascienden á 7.051, resultan 406 más que las de su traduccion.»

Nos parece oportuno dar aquí noticia de un manuscrito de traductores de Horacio que posee el señor don Pascual de Gayángo.

HORACIO ESPAÑOL EN VERSO.

Contiene muchas traducciones, y algunas imitaciones de varias poesías de Horacio:

- 7 por el Licenciado Bartolomé Martínez.
- 27 por el Maestro Fray Luis de Leon.
- 2 por don Juan de Jáuregui y Aguilar (éstas y las de Fray Luis de Leon son las mejores).
- 50 por don Estéban Manuel de Villegas.
- 17 por don Agustín Montiano y Luyando.

- 1 por el Licenciado Juan de Aguilar.
- 2 por el Licenciado don Diego Ponce de Leon y Guzman.

- 1 por don Diego de Mendoza.
- 5 por Lupericio Leonardo de Argensola.
- 2 por un anónimo.
- 1 por el Licenciado Juan de la Llana.
- 4 por Bartolomé Leonardo de Argensola.
- 2 por Luis Martin.
- 1 por Juan de Morales.
- 1 por Vicente Espinel.

Contiene igualmente este códice las siguientes traducciones:—en romance, el *Remedio amoris*, de Ovidio, por don Luis Carrillo; la elegía III, lib. 2.º, de Tibulo, por el maestro fray Luis de Leon.

— Dos odas de Anacreonte, por don Estéban Manuel de Villegas.

— El epigrama CXI de Ansonio, una Paráfrasis del salmo *Super flumina Babylonis*, y una Exposición del salmo *In exitu Israel de Egipto*, por don Juan de Jáuregui.

— La oda primera de Píndaro (anónimo).

— Varios epigramas de Marcial, por Bartolomé Leonardo de Argensola.

ELOGIO DEL SEÑOR DON JUAN PABLO FORNER,

FISCAL DEL REAL Y SUPLENTE CONSEJO DE CASTILLA Y PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA DE DERECHO ESPAÑOL Y PÚBLICO DE ESTA CORTE; LEIDO EN LA JUNTA GENERAL EXTRAORDINARIA DE DICHO CUERPO EL DIA 23 DE MAYO DE 1797,

POR DON JOAQUIN MARIA SOTELO,

SU INDIVIDUO, Y COLEGIAL DEL MAYOR DE SANTA MARÍA DE JESUS DE LA CIUDAD DE SEVILLA (1).

Ac ne illud quidem vereor ne gratus, ingratusve videar prout satis, aut parum dixeró. Animadverto enim etiam Deos ipsos non tam accuratis adstantium precibus, quam innocentia et sanctitate letari, gratioremque estimari qui debetis eorum puram castamque mentem, quam qui meditantur cœcumen intulerit.
(PLIN., in Panegy. Trajan.)

SEÑORES:

No en vano la mayor parte de las naciones cultas ha canonizado el uso de consagrar elogios fúnebres á la ilustre memoria de aquellos ciudadanos beneméritos, cuyos talentos y virtudes civiles han aumentado el esplendor y gloria de su patria; porque, por más rectas que hayan sido las ideas de los hombres sobre la verdadera esencia de la sabiduría; por más solemnes y respetuosos homenajes que hayan fingido tributar á su sagrado nombre, y por más que la hayan considerado como el único apoyo de la prosperidad pública, raras veces han juzgado con imparcialidad sobre el mérito de sus contemporáneos. La envidia y la lisonja han hecho inclinar regularmente la fiel balanza de la justicia, y tal vez han osado arrebatar con mano sacrilega las coronas de las sienes del varon sabio para ceñir la estólida y orgullosa frente del ignorante. La implacable envidia, infamando ó deprimiendo los inmortales nombres de los héroes, y la supersticiosa adulacion, eternizando en mármoles y bronce los monumentos vergonzosos de la humana insen-

(1) Publicamos el presente Elogio por las muchas y seguras noticias que contiene acerca de la vida de FORNER, y tambien porque el criterio aquí empleado por el señor Sotelo, contemporáneo de aquel ilustre escritor, y una de las personas más

competentes é ilustradas de su época, contribuye á apreciar debidamente el carácter de la cultura española en aquel período de lucha y de transformacion moral.

zatez, hubieran ya hace muchos siglos trastornado, y aún confundido torpemente todas las ideas de la filosofía, si la prudente é imparcial posteridad no hubiera revocado sus injustos decretos. La posteridad es el único tribunal capaz de discernir el verdadero mérito de los sabios; porque es el único en que las pasiones enmudecen, en que sólo se escucha el puro y sencillo idioma de la razón, y en que la verdad comparece desnuda de todas las engañosas apariencias con que suelen desfigurarla el interés y la maledicencia. La gloria de nuestros pasados no excita jamás nuestra envidia, porque no puede disminuir la nuestra; pero la sabiduría de los que viven con nosotros descubre nuestra ignorancia, su mérito oscurece el nuestro, la estimación pública de que gozan abate nuestra altivez, y los elogios que se granjean á costa de afanosas y útiles tareas, encienden en nuestros pechos la emulación, los celos, la envidia, y tal vez el odio cruel y rencoroso. ¡Tal es, señores, la común suerte de los filósofos! Suerte en verdad injusta y desgraciada, pero confirmada constantemente en los anales de la malignidad humana, y que es como una natural consecuencia de la veneración que el público le tributa; porque ni la perfidia hubiera calumniado al inocente Sócrates, si Atenas no hubiera respetado el nombre de filósofo, ni la envidia hubiera perseguido al inmortal Cervantes, si el título de sabio hubiese sido ignominioso ó despreciable entre los españoles.

Mas como la posteridad no puede honrar las cenizas de los varones ilustres, ni introducirlos en el augusto templo de la fama sin tener exactos testimonios de su vida civil y literaria, y éstos no puede nadie comunicarlos con más puntualidad que aquellos mismos que los han presenciado, de aquí es que los hombres han creído satisfacer á una de las más importantes obligaciones de la humanidad y de la gratitud, trasladando á las edades futuras la historia de aquellos eminentes ciudadanos á quienes han sobrevivido.

Tal debió ser el origen de los elogios póstumos, y tal es sin duda la causa que anima á V. S. Ilma. para publicar hoy por el débil órgano de mi voz las alabanzas del SEÑOR DON JUAN PABLO FORNER, nuestro compañero y presidente.

Sólo el estrecho vínculo de amistad que á ambos nos unia ha podido hacerme digno de una confianza tan honrosa, de la cual abusaría yo indignamente si, valiéndome de la exageración y de los falsos ornatos de una elocuencia frívola y pomposa, que tanto ha desacreditado este linaje de escritos, intentase ántes formar un poema que una historia fiel, sencilla é imparcial de su literatura y sus virtudes civiles. Sé muy bien que elogiando á un amigo virtuoso, no debo profanar este sagrado nombre, disfrazando con él la superchería ni la lisonja; que elogiando á un filósofo, debo servirme del modesto idioma de la filosofía; y que, en fin, elogiándole ante un congreso de sabios, no debo usar del artificioso lenguaje de los sofistas.

Nació el SEÑOR DON JUAN PABLO FORNER (1) en la ciudad de Mérida, provincia de Extremadura, por los años de 1756; y la Providencia, que lo había elegido para que cultivase las letras y contribuyese con sus luces á la ilustración de su patria, le concedió también el señalado beneficio de hacerle hijo de un padre sabio. La afinidad y el íntimo trato que había éste conservado por muchos años con don Andres Piquer, protomédico de Castilla y célebre literato de aquellos tiempos, le inspiraron un ardiente amor á la filosofía, un delicado gusto en el estudio de las ciencias y una profunda instrucción, no sólo en la que principalmente profesaba, sino en todos los ramos de las bellas letras (2). El talento que FORNER descubrió desde su edad primera le estimuló á cuidar con mayor esmero de la educación de un hijo á quien amaba con la mayor ternura, y en el que estaban cifradas todas las esperanzas de su familia. Púsole desde luego en las manos libros escogidos que ilustrasen su entendimiento y derramasen en él las fecundas semillas de la verdadera sabiduría; y los rápidos y extraordinarios progresos que hizo en las humanidades fueron el primer fruto de estos sólidos principios que había recibido desde su niñez en la casa de sus pa-

(1) En 17 de Febrero. Fueron sus padres don Francisco Forner y Segarra, natural de la villa de Baroz, en el reino de Valencia, y doña Manuela Piquer, sobrina del célebre don Andres Piquer.

(2) Fué don Francisco Forner discípulo de Piquer en la universidad de Valencia, y este sabio le inspiró los principios del buen gusto y la afición al estudio de la medicina, filosofía, humanidades y be-

llas letras. Fué muy particularmente inclinado á la investigación de las antigüedades históricas, inscripciones, medallas y monumentos antiguos. Dejó escrita una obra sobre las antigüedades de Mérida, la cual, después de su muerte, refundió su hijo don JUAN PABLO, mejorando notablemente su estilo. Creo que esta obra se presentó á la Academia de la Historia y que permanece allí.

dres (1). Trasladado despues á la universidad de Salamanca, se consagró al estudio de la filosofía y jurisprudencia, aplicándose al mismo tiempo á la lengua griega y á la lectura de sus autores clásicos, en los cuales empezó á adquirir la inmensa erudicion que tanto acreditó despues en todos sus escritos; pero esta erudicion no se ceñia únicamente á la estéril noticia de los hechos, sino que estaba acompañada de una crítica fina y de un exquisito discernimiento, cuyos elementos aprendia en los preciosos libros de Vives y de Bacon, en quienes encontraba siempre su profundo ingenio nuevas verdades que meditar y nuevos motivos para discurrir. Persuadido de que éstos eran los verdaderos catecismos del buen gusto, y los principales oráculos que debia consultar todo el que se dedicase á la profesion literaria, los leia y los meditaba continuamente, bien así como Demóstenes copiaba muchas veces la inmortal historia de Tucydides, deseoso de imitar sus admirables bellezas (2).

Residia por este tiempo en Salamanca el célebre don José Cadalso, el cual, celoso del esplendor y lustre de las musas españolas, y notando las elevadas luces de FORNER, y la vehemente aficion que manifestaba al divino arte de la poesia, se esmeró en allanarle las dificiles sendas del Parnaso, y en formar con sus sabios documentos nuevos Argensolas, Villegas y Garcilasos, que pudiesen merecer en adelante el honor tributado á los antiguos (3). Produjeron en FORNER estas doctas lecciones el efecto deseado, y comenzó á manifestar muy en breve su gran talento poético, principalmente para el género satírico, en várias poesias ligeras que escribió en la misma ciudad de Salamanca, y despues en la de Toledo, en cuya universidad concluyó su carrera y recibió los grados en derecho civil; y habiendo venido inmediatamente á Madrid con el designio de practicar la abogacia, lejos de haberse disipado su espíritu entre los halagüenos atractivos de una corte deliciosa, se entregó con mayor aplicacion al cultivo de las letras, aprovechándose de la biblioteca copiosa y exquisita que habia formado su tio don Andres Piquer, y despreciando todos los placeres, ménos el de los libros, y el que le resultaba de la íntima familiaridad y comunicacion con un escaso número de amigos, con quienes lo unia estrechamente la semejanza de estudios, de ideas y de carácter (4). Este método de vida verdaderamente filosófico lo tenía separado del bullicio y de la sociedad, y enteramente ignorado de todos; y habria permanecido quizá por muchos años en esta oscuridad, si no hubiera dado á conocer su mérito en una pequeña obra que escribió contra los pedantes y ridiculos dictadores de la república de las letras, que, destituidos de los conocimientos necesarios para ejercer dignamente el magisterio de la literatura, pervertian las ideas del buen gusto, afeaban la hermosura de nuestro idioma, y desfiguraban con su frialdad insípida el genio y lenguaje sagrado de la poesia, captando los aplausos y la estólida admiracion del vulgo con una erudicion fastuosa, frivola y superficial. Todo el que esté informado de los motivos que estimularon á FORNER para escribir esta sátira, y del estado que entónces tenia nuestra literatura, reconocerá fácilmente la justicia con que persiguió los intolerables vicios que la contaminaban, y la exactitud y propiedad con que los pintó; y si el colorido fué demasiado fuerte, si se equivocó en la eleccion de los originales que debia copiar, y si, en fin, no manejó el pincel con la maestría y delicadeza propias de un artífice consumado, debe lo uno atribuirse á la vehemencia y fogosidad de su imaginacion, y lo otro á la imprudencia casi inseparable de la juventud. El mismo hizo esta sencilla confesion en su edad madura (5), y yo faltaria á las leyes de historiador y al respeto que debo á su memoria, si os ocultase este evidente testimonio de su modestia y de su sinceridad. Pero ¿acaso no deben perdonarse estos defectos á la obra primera de un jóven, en la cual brillan la jocosidad, la ironía y aquella sal picante propia de este género de escritos, en que se halla pureza en el lenguaje, sencillez y gracia en el estilo, expresion y pro-

(1) Estudió la lengua latina y los elementos de la elocuencia y poesia en Madrid, bajo la enseñanza de don Francisco Torrecilla, á quien eligió su padre para este encargo, como al mejor profesor que se conocia por entónces.

(2) Cualquiera que tratase á FORNER íntimamente, conoceria el aprecio que hacia de estos dos sabios, y la frecuencia con que leia y estudiaba sus obras. En el prólogo de las *Esequias de la lengua castellana*, que escribió poco tiempo ántes de su muerte, con el título de *Vida del licenciado Paulo*

Ignocasto, confiesa que les era deudor de todo cuanto sabia.

(3) Fueron tambien discípulos de Cadalso don Juan Melendez Valdes y don José Iglesias.

(4) De esta tenaz aplicacion de FORNER es un testigo muy auténtico su tio don Juan Crisóstomo Piquer, en cuya casa y compañía vivió desde el año de 1779 hasta el de 83.

(5) Esta confesion se halla en el citado prólogo de las *Esequias de la lengua castellana*.

piedad en las imágenes, novedad en la invencion, y aquel espíritu ó alma poética que caracteriza á los verdaderos discípulos de las musas? Si hay, por ventura, algun censor tan austero, que juzgue así de ella, no dejará, con todo eso, de hacer justicia á la sátira que escribió por aquel mismo tiempo contra los vicios introducidos en la poesía castellana.

En ella manifiesta « que la decadencia de nuestra poesía nace del poco aprecio que gozan sus profesores, recompensados rara vez con otra cosa que con aplausos vanos y estériles; de la malignidad de los poetas que abusan de este arte divino para solemnizar los vicios más execrables y dar á las pasiones nuevos alicientes con la armonía de los números y la suavidad del lenguaje, y de la estolidez de los versificadores que atropellan las leyes naturales de la belleza, afean la hermosura del idioma, corrompen las ideas del buen gusto, y tal vez vician la moral de los pueblos, siempre dóciles á imitar los ejemplos que se les proponen: ridiculiza con chistoso donaire la hinchazón y oscuridad del estilo, el uso destemplado de las metáforas, la sutileza pueril y afectada sublimidad de los pensamientos; satiriza con agudeza á la miserable turba de plagiaros, que, destituidos de viveza, fecundidad é invencion, sólo se ocupan en copiar servilmente las obras ajenas, desnudándolas las más veces de la gallardía y gentileza que sacaron de las manos de sus autores; con este motivo enseña las reglas de la buena imitacion, y propone los modelos que deben seguir todos los imitadores sabios; discierne con una critica juiciosa y exquisita las bellezas, los defectos y los vicios de nuestros principales poetas; impugna con una ironía fina y delicada á los abates Tiraboschi, Betinelli y Quadrio, que tan injustamente han exagerado nuestra ignorancia..... » Pero yo me dilato demasiado en recomendar el mérito de una obra premiada por la Real Academia Española, y preferida á otra que escribió sobre el mismo asunto el *Molière* de nuestro siglo. Dos elogios, en verdad, muy superiores á todos los que yo pudiera tributarle (1).

Esta fué la época en que el mérito literario de FORNER empezó á ser reconocido en la corte, y á granjearse el aprecio y estimacion de todos los jóvenes instruidos de aquel tiempo. Pero ni estos aplausos, ni la honrosa corona que acababa de recibir de mano de unos jueces ilustrados é imparciales, produjeron en su corazon aquel engreimiento y altanería que más de una vez han impedido los progresos literarios de algunos jóvenes, y han frustrado las halagüeñas esperanzas que habia formado el público de sus talentos. No habia recibido FORNER de la naturaleza un espíritu tan mezquino y limitado, que se dejase embelesar con estas lisonjeras aclamaciones, ni que pensase que lo sabía todo porque sabía algo. Consideraba el inmenso espacio que debe correr el hombre ántes de pisar los umbrales de la sabiduría, el tenaz y penoso trabajo que cuesta aspirar á la perfeccion en cualquier ramo de la literatura, y la solidez y profundidad que deben caracterizar á un verdadero sabio, y distinguirlo de un sofista frívolo y superficial; y estas consideraciones avivaban sus deseos de saber, y estimulaban su aplicacion. Su genio filosófico y meditador le inclinaba naturalmente al estudio de aquella filosofía sublime que enseña al hombre á conocerse á si mismo, y el alto fin á que fué destinado; y desde este tiempo resolvió entregarse á él, con tanto mayor teson, cuanto conocia su absoluta necesidad para cultivar con fruto las letras humanas y la jurisprudencia, á que se habia consagrado por eleccion desde sus primeros años. Sabía que el que no estudia profundamente las relaciones que ligan al hombre consigo mismo, con la primera causa de quien depende, y con todos los seres que le rodean, jamas podrá usar rectamente de ellos, ni satisfacer sus deseos, ni conseguir la felicidad á que aspira; sabía que sin estos conocimientos, ni el poeta puede deleitar, ni el historiador instruir, ni el orador mover, ni el político fomentar la prosperidad pública, ni el legislador dictar buenas leyes, ni el ciudadano observarlas, ni el magistrado hacer de ellas una justa aplicacion, ni el hombre, en fin, desempeñar las augustas obligaciones en que lo constituye la misma alteza y dignidad de su sér; y penetrado de estas ideas, se dedicó á un estudio intenso, metódico y continuado de los filósofos más celebres. Leyó atentamente sus libros, investigó el origen de sus opiniones, analizó sus sistemas, examinó sus principios, observó sus efectos sobre la felicidad física y espiritual de los hombres,

(1) Don Leandro Moratin escribió sobre este mismo argumento otra sátira, á la cual se le adjudicó *accessit*. Moratin aprobó el juicio de la Academia y procuró conocer á FORNER, el cual, leyendo la sátira de Moratin, la prefirió á la suya, y por medio de

don Pedro Estala, amigo de entrambos, comenzaron á tratarse, y se conservaron despues una amistad estrecha, sencilla y sin rivalidad, como lo hacen siempre los hombres de verdadero mérito.

meditó, comparó y dedujo de todos ellos una multitud de consecuencias luminosas é importantes al linaje humano. Meditó las inalterables leyes dictadas al hombre por la razon para conservarse y perfeccionarse en el órden de su sér, comparó las acciones humanas con estas leyes, y notando entre ellas una contradiccion casi universal, dedujo la corrupcion de nuestro entendimiento. Meditó los extravagantes delirios que bajo el especioso nombre de sistemas han forjado los hombres en toda la serie de los siglos para explicar la esencia del Ente supremo y fijar el culto que debe tributársele; comparólas entre sí, y no hallando en todas ellas más que un tenebroso laberinto de opiniones inciertas y ridiculas, dedujo la debilidad y flaqueza de la razon humana para conocer por sí sola la naturaleza de Dios y el modo con que debe adorarlo. Contempló la inmensa cadena de los seres criados, observó que todos ellos contribuian á la existencia del hombre, al paso que no necesitaban del hombre para existir; y de aquí infirió que el hombre no forma una parte ó eslabon de esta cadena, sino que es un ente sometido á otro órden distinto, y destinado para otro fin. Reflexionó que éste no podia ser la conservacion de su existencia puramente fisica, puesto que las cualidades espirituales de que está dotado, y las operaciones intelectuales de que es capaz, no son necesarias para vivir, y dedujo como una consecuencia necesaria que este fin debía durar más allá de la vida.

Estos son, señores, los cuatro puntos cardinales establecidos en los *Discursos filosóficos*, de cuyo mérito no puede juzgarse con rectitud sin meditarlos profundamente y cotejarlos con los ingeniosos sistemas de algunos insignes metafísicos que han precedido á FORNER en la averiguacion y demostracion de las mismas verdades. Este exámen comparativo nos descubriría claramente su mayor conformidad con los principios de la razon humana, iluminada con la revelacion y sujeta á la religion divina que profesamos. La enumeracion de los errores en que han incurrido sobre esta materia los filósofos más célebres, nos persuadiría la enorme dificultad de explicar con una serie de raciocinios exactos y conexos los misterios más impenetrables de la racionalidad; y, en fin, los elogios pródigamente tributados á Pope, Locke y Leibnitz quizá nos estimularian á apreciar dignamente una obra de cuya doctrina jamas podrán deducirse consecuencias probables contra la esencia é inmortalidad del alma, ni contra la infinita sabiduria del Ente supremo, ni contra la libertad del hombre, como se han deducido efectivamente del *Optimismo* del primero, del *Orígen de los conocimientos humanos* del segundo, y de la *Armonia y necesidad hipotética* del tercero.

Este sería, sin duda, el medio más fácil y oportuno de analizar una obra de esta especie, y de daros una cabal idea de su mérito; y éste adoptaría yo gustosamente, si no lo considerara incompatible con las leyes de un elogio, cuya extension debe ceñirse á límites muy estrechos; y ved aquí tambien el único motivo que ha podido determinarme á presentaros, en vez de un extracto fiel y circunstanciado de toda su doctrina, un índice sucinto de las principales proposiciones que en ella se demuestran, el cual, sin embargo, suministra luces suficientes para formar juicio de su solidez y de su importancia; porque, ¿cómo podrán carecer de solidez unos discursos que por una continuada serie de consecuencias legítimamente deducidas nos conducen al conocimiento de ciertas verdades, conformes á la recta razon y á las inalterables leyes de la humanidad? Ó ¿cómo podrá dudarse de su importancia considerando que el fin á que se dirigen es rebatir fundamentalmente los abominables errores de los sofistas de nuestro siglo, cuyos perniciosos efectos lloran igualmente la religion y la sociedad? La existencia de un Sér supremo, la moralidad intrínseca de las acciones, la espiritualidad é inmortalidad del alma, la libertad de nuestro albedrío, y otra multitud de principios en que estriba la esencia de la religion, y descansa la prosperidad pública de los estados, han sido ferozmente combatidos por los audaces patriarcas de la moderna sofisteria; y sus dogmas, adoptados y canonizados por el vano espíritu de singularidad y por la incauta sencillez, han roto el freno de las pasiones, sofocado el gérmen de la virtud, desatado los vinculos de la sociedad, debilitado el poder de las leyes, degradado al hombre á la miserable condicion de una máquina, y regenerado, en fin, en nuestra desgraciada edad todas las execrables opiniones que arruinaron la libertad de Grecia y aceleraron la decadencia de Roma (1). Y ¿en qué objeto

(1) Que las opiniones impías introducidas en Grecia desde el tiempo de la guerra del Peloponeso, y en Roma hácia el fin de la república, contribuyeron á la decadencia de estos dos pueblos, es cosa bien

sabida de todos los instruidos en su historia, y si se desean demostraciones filosóficas de esta verdad, basta leer las consideraciones sobre los griegos y romanos del célebre Mably, su obrita intitulada *Con-*

más importante podía emplear sus luces y su elocuencia un verdadero sabio, que en rebatir vigorosamente estos impíos sistemas, tanto más perjudiciales cuanto más disfrazados con el sagrado nombre de la filosofía? Éste fué, en efecto, el fin que FORNER se propuso, y el que desempeñó por los medios más oportunos que puede dictar la prudencia humana. Sabía que para conseguir un completo triunfo sobre los falsos filósofos no bastaba impugnar sus doctrinas, sino que era necesario descubrir la sagacidad y artificio con que habian deslumbrado al ciego y estólido rebaño de sus sectarios, y captar la atencion y benevolencia de éstos por los mismos medios de que habian usado los astutos corifeos de la impiedad; sabía que éstos habian hecho respetables sus ridículos sueños, representándolos como decisiones infalibles de la razon; que habian excitado la curiosidad y admiracion del vulgo con el nombre de novedad, y que habian seducido á los lectores sencillos, ya con una elocuencia fastuosa y enfática, ya con una fingida austeridad filosófica, y ya con las gracias de la ironía, de la sátira y de la jocosidad; y queriendo vencerlos y destruirlos con sus propias armas, demostró la debilidad de la razon humana con argumentos dictados por la razon misma, manifestó que los sistemas de cuya invencion y novedad tanto se gloriaban Voltaire, Collins, Le Mettrie y Helvetius, habian sido establecidos muchos siglos ántes por los platónicos, epicúreos, estoicos y cirenaicos; y en fin, templó la aridez de unos discursos metafísicos, reuniendo á la profundidad y solidez de los racionios la pureza, cultura y amenidad del estilo, la suavidad y armonía poética, la energía de la expresion, la belleza de las imágenes y la erudicion más copiosa y exquisita. Quizá algunos críticos más delicados ó ménos indulgentes desearian hallar en esta obra verdades nuevas, y mayor claridad y enlace en las ideas; pero deberán éstos advertir que, ademas de que el autor no se propuso formar un perfecto sistema (1), el método exacto y rigurosamente matemático hubiera sido fastidioso, y quizá ajeno de la índole y naturaleza de una obra poética; que la oscuridad no es siempre un defecto del que habla, sino que consiste muchas veces en la misma profundidad de los pensamientos, y en la poca atencion con que se meditan; y últimamente, que ni el mérito literario de las obras está únicamente cifrado en la novedad de sus argumentos, ni la corrupcion moral de los hombres depende de la ignorancia de verdades desconocidas. Mas entre tanto nosotros apreciaremos con imparcialidad el mérito de un filósofo que consagró el primer fruto de sus meditaciones á la defensa de la religion y de la virtud, y recompensaremos con los más solemnes testimonios de agradecimiento su celo y amor ilustrado hácia la patria, á quien no sólo procuró preservar de los errores opuestos á su sólida felicidad, sino vengarla también de las atroces y no merecidas injurias con que osaban calumniarla los extranjeros.

Envidiosos éstos de nuestro mérito literario, y quizá ignorantes de los gloriosos monumentos

versaciones de Focion, y el discurso de Montesquieu sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos.

(1) Dureza, oscuridad y falta de método son los tres defectos que vulgarmente notan en esta obra sus delicados censores. Cualquiera que compare á FORNER con los Argensolas, y lo que es más, con Horacio y Juvenal, si no tiene el paladar muy estragado, percibirá sin duda el mismo sabor; porque cualquiera obra llena de alusiones y racionios profundos ha de tener forzosamente cierta oscuridad, y el verso dirigido á reprender, cierta dureza acre; pues una reprension hecha en versos blandos y halagüeños sería más propia de una dama contra las tibiezas de su amante que de un filósofo contra los vicios y excesos de la humanidad. FORNER habia estudiado los mejores modelos, y puso un particular estudio en imitar también esta parte de sus bellezas. Así es que en otras poesías suyas, que no tienen alusion á los desórdenes humanos, no se halla más dureza ni oscuridad que el estar escritas en lenguaje poético español, y por lo mismo ménos claro que las prosas rimadas de nuestros mezuquinos versificado-

res. En fin, yo no tendré grande dificultad en conceder que en las obras de FORNER se encuentra siempre alguna dureza; pero es necesario que adviertan los émulo de su mérito que hay cierta dureza noble, como la de Bossuet, la de Horacio, y mucho más la de Tácito, que no es tanto un defecto cuanto un particular carácter del escritor. En los discursos filosóficos escritos por FORNER en los primeros años de su juventud resalta este carácter suyo, y ya casi degenera en un defecto, aunque no tan grande como se pondera; pues siendo la materia de estos discursos impropia para la poesía, es muy bastante el adorno poético con que está tratada.

En cuanto al método exacto que echan de ménos sus censores, yo no sé que éste se haya contado jamas entre las calidades de una obra didascálica poética; y mucho ménos cuando el autor no intenta formar un sistema ó cuerpo completo de doctrina, sino una coleccion de varias ideas, como lo hizo san Clemente Alejandrino en sus *Stromas*, y otros infinitos escritores de esta clase. Éste fué sólo el ánimo de FORNER, como expresamente lo advirtió en el prólogo de esta obra.

que lo justifican, y que nuestra indolencia tal vez ha dejado sepultar bajo el polvo de las bibliotecas y oscurecer en las densas tinieblas de la antigüedad, nos despreciaban como hundidos en una profunda barbarie, y casi enteramente despojados del noble atributo de la racionalidad. El clima de España inspiraba, según ellos, á sus naturales una inclinación irresistible á las sutilezas y frivolidades (1). «El español estaba privado de la facultad de leer y pensar (2), y la docta Europa no debía á esta nación estólida más beneficio que el de haber corrompido en todos tiempos su buen gusto y su cultura» (3). Tales eran las injustas acriminaciones con que nos maltrataban aquellos sublimes genios destinados por la Providencia á desengañar al linaje humano de los lastimosos errores en que yace sumergido; aquellos historiadores imparciales, dedicados á trasladar á las edades futuras una memoria fiel del origen, progresos y decadencia de las letras, y aquellos profundos filósofos que para bien de la humanidad reunían en una sola obra los principios y descubrimientos más importantes de todas las ciencias y de todas las artes; y tales fueron los motivos que estimularon, no sólo á los españoles celosos del honor de su patria, sino aún á los extranjeros doctos y desprocurados, á tomar á su cargo la defensa de una nación sabia y benemérita en todos tiempos de la república literaria. Las alabanzas de España, pronunciadas por la boca de un ilustre italiano (4), resonaban en una de las academias más célebres de Europa, mientras que nuestros ciudadanos convencían con sólidos argumentos la ignorancia y maledicencia de sus calumniadores. Pero todos estos esfuerzos generosos no habían producido el efecto deseado. La Europa continuaba despreciándonos, y aún algunos españoles apoyaban sus acusaciones y exageraban nuestra idiotez. No eran, probablemente, la ignorancia ni la malignidad las que mantenían esta grosera preocupacion; porque ni podían ignorarse las pruebas evidentes y demostrativas alegadas tantas veces á la faz del universo, ni la envidia parece que podía llegar hasta el vergonzoso extremo de ofuscar la verdad por sostener una infame impostura ó un ridículo capricho. Las falsas ideas que tiene el vulgo de los literatos de la dignidad de las ciencias y de su mérito relativo, eran quizá el origen de este error. FORNER lo medita, y penetrado de los más tiernos sentimientos de patriotismo, emprende la *Apología de la nación* de un modo filosófico y desusado hasta entonces en este linaje de escritos, pero absolutamente necesario para manifestar las obligaciones que debía la república de las letras á los progresos científicos de España, y confundir á sus más impudentes enemigos; porque el que no conoce el destino de las ciencias jamás podrá juzgar rectamente de su mérito. «Los políticos griegos (dice Montesquieu) (5) apreciaban la virtud porque la reconocían como el principal fundamento de la prosperidad pública; y los modernos la desprecian, creyendo que las manufacturas, el comercio, las rentas públicas y el lujo son las únicas fuentes de que pueden derivarse las riquezas y felicidad de las naciones.» Y ¿es acaso la política la única profesion en que se han introducido estas falsas ideas? FORNER comparó la opinion casi universal de los hombres acerca del mérito y aprecio relativo de las ciencias con las leyes dictadas por la razón, y demostró por este medio que el error notado por Montesquieu en la política era trascendental á las demás facultades, y había sido la causa del descrédito literario de nuestra nación.

Las ciencias, sin duda, deben ser apreciadas por la utilidad de sus fines y por su mayor ó menor conexión con los destinos del hombre, los cuales se deducen de la naturaleza de las dos sustancias de que éste se compone, ó lo que es lo mismo, de las inclinaciones necesarias é irresistibles que le inspiran estas dos sustancias. El hombre, considerado como ente puramente físico, apetece vivamente su conservación; considerado como ente racional, reconoce un Sér supremo, que le ha criado, contempla la grandeza de este beneficio y desea expresarle su gratitud; aspira constantemente á su mayor perfección, siente en su ánimo una propensión vehemente á la sociabilidad, y encuentra un dulce placer en la comunicación con sus semejantes. Su voluntad quiere satisfacer todas estas inclinaciones, y su entendimiento medita los medios más oportunos para conseguirlo; pero siendo su entendimiento esencialmente limitado y su voluntad esencialmente libre, cayó el primero en errores groseros y la segunda se apartó muchas veces de los rectos dictámenes del entendimiento. Para rectificar estos errores y evitar los

(1) Betinelli.

(2) Voltaire.

(3) Masson y Tiraboschi.

(4) El abate Denina pronunció en la academia de

Berlín la apología de España, impresa al fin de la de FORNER.

(5) Libro III, capítulo III de *L'esprit des lois*.

desórdenes de la voluntad fueron necesarios ciertos auxilios, de los cuales unos fueron inventados por los hombres mismos y otros dictados por la sabiduría de su Hacedor. Dictóles Dios todos los que contribuyen directamente á su felicidad espiritual, ya por la natural insuficiencia de los hombres para conocerlos perfectamente por sí solos, ya por no dejarlos abandonados á la debilidad de sus luces en una materia tan importante; pero dejóles la invencion de aquellos que principalmente se dirigen á su felicidad temporal. Estos auxilios son los que se llaman ciencias, esto es, colecciones de reglas, ó dictadas por Dios, ó establecidas por los hombres, y deducidas de la experiencia y de la meditacion, á las cuales deben conformar sus acciones para conseguir sus fines. Las primeras se llaman divinas, las cuales, en cuanto nos enseñan la naturaleza y atributos de Dios, se dicen dogmáticas, y en cuanto nos manifiestan su voluntad en órden á nuestras operaciones, se nombran morales. Las segundas se llaman ciencias humanas, y se dividen segun la diversidad de objetos que se proponen. La medicina se dirige á curar y precaver las dolencias; las artes primitivas á satisfacer las necesidades del frio, del hambre y de la sed; las leyes civiles á establecer la seguridad entre los miembros de una misma república; la política á aumentar su felicidad y verdadera riqueza; la náutica y el comercio á enlazar á los hombres con los suaves vínculos de la amistad recíproca; el derecho de gentes á conservar la justicia y la tranquilidad entre las comunidades civiles; el arte militar á defenderse de sus mutuos insultos; las artes de imitacion á suavizar los trabajos de la vida, elevar las ideas del hombre é inspirarle el amor á lo justo por medio del deleite; y en fin, la dialéctica á guiar su entendimiento y enseñarle á discurrir con exactitud y solidez. Estas son las ciencias verdaderamente útiles al hombre, y á cuyo conocimiento debería haberse limitado; pero la vana curiosidad y el insano deseo de comprender los misterios más impenetrables, y adivinar las obras más ocultas de la naturaleza le han hecho malgastar su inteligencia y divertirla á unas especulaciones, no sólo estériles, sino perjudiciales; estériles, porque no contribuyen á su felicidad y conservacion en el órden de su sér; y perjudiciales, porque distraen su atencion de los objetos provechosos, y le hacen preferir la pompa y magnificencia de las opiniones á la saludable frugalidad de las ciencias. Ya hace muchos siglos que los filósofos más eminentes atribuian á esta causa el atraso de la moral (1); pero ni sus documentos, ni el celo ilustrado de otros sabios que les han sucedido, ni, lo que es más, las leyes de la razon han podido hasta ahora reducir al hombre al verdadero camino, ni rectificar sus ideas sobre el mérito relativo de las ciencias, y el aprecio que se les debe. En los siglos modernos, como en los antiguos, se ha aplaudido más un sistema ingenioso que una verdad sencilla, y las alabanzas de los Descartes han resonado siempre en toda la república de las letras, mientras que los Vives han sido despreciados ó desconocidos dentro de su misma patria.

A pesar, no obstante, de tan obstinada preocupacion, un justo estimador de las ciencias respetará siempre aquella nacion que más haya cultivado las necesarias y útiles al linaje humano, y las haya reducido á sus verdaderos limites. Y ¿quién osará disputar á España esta gloriosa preferencia? Español fué San Isidoro, que en medio de la oscuridad de los siglos bárbaros supo unir el estudio de las ciencias al celo fervoroso por la religion; español fué Cano, que descubriendo y ordenando una tóptica teológica, regeneró la más sublime de todas las profesiones; español fué Vives, que enseñó al hombre los fundamentos de su inclinacion al culto, y las razones filosóficas que acreditan la certidumbre de la fe cristiana; españoles Cisneros y Arias Montano, cuyas políglotas contienen un portentoso monumento de su profunda instruccion en las sagradas letras y en los idiomas orientales; y españoles fueron todos aquellos eminentes varones que excitaron la admiracion de Europa en la augusta asamblea de Trento. El primer tratado completo de *Moral cristiana* fué obra de un dominicano español; y Rodriguez, Molina y Granada son los originales que han copiado los más célebres moralistas de todo el orbe católico. Raimundo de Peñafort perfeccionó el código eclesiástico; Alfonso de Castilla y Jaime de Aragon restablecieron en Europa la ciencia legal, y formaron dos códigos de leyes admirables á toda la posteridad; Nebrija restauró el estudio del Derecho romano, y abrió el camino allanado despues por el inmortal Arzobispo de Tarragona; Fernando el Católico inventó el sistema de la milicia nacional, y formó una multitud de establecimientos más útiles al estado social que á su reino mismo; Baltasar de Ayala dió á Grocio la primera idea de su obra sobre el derecho de la guerra, y de él y de los

(1) Sócrates, cuyas palabras refiere Jenofonte, libro IV, *Memorab.*, cap. IV, y Ciceron, *Tusculanae quest.*, libro III, capítulo I.

teólogos españoles entresacó este sabio holandés todos los materiales del primer código universal de las naciones: á los españoles se debieron los adelantamientos que hizo el arte de la guerra en el siglo xvi, y la táctica militar se enseñó en sus universidades ántes que en ninguna academia de Europa; las escuelas de Granada, Córdoba y Sevilla comunicaron á las demás naciones, en el siglo xi, los elementos de las matemáticas, química, medicina, astronomía, botánica y demás ciencias naturales; los dos Pedros Hispanos restituyeron la dialéctica á su primitivo sér, desnudándola de las pueriles sutilezas con que la había corrompido el frenesí de los comentadores; Victoria, Soto, Valencia y el restante escuadrón de ilustres escolásticos convirtió esta profesión, entonces semibárbara, en una ciencia sólida y reducida á principios ciertos; los maestros públicos de España enseñaban en el siglo xiii la retórica, las matemáticas y la astronomía, mientras que los doctores de Bolonia y París se ocupaban en métodos y disputas puramente escolásticas; el descubrimiento de la América enlazó la comunicacion entre todos los hombres, perfeccionó la ciencia de la navegacion, abrió nuevas fuentes de la riqueza pública, hizo comunes los dones de la naturaleza esparcidos en diversas regiones, dió el último golpe de destruccion á la anarquía, y una nueva forma á la medicina, á la botánica y á la historia natural. En España se formó el primer código mercantil, y españoles fueron Monardes, Ledesma y Solano de Luque, que observando las virtudes de las plantas, descubriendo remedios para enfermedades peligrosas y casi incurables, y estableciendo un nuevo sistema de pulso, disminuyeron los dolores y flaquezas de la misera humanidad: la circulacion de la sangre, y el arte de enseñar á los mudos quizá serian todavía dos verdades ignoradas, si en España no se hubieran descubierto; Masillon, Bossuet y Bourdaloue aprendieron la elocuencia cristiana en Granada, Leon y otros ilustres españoles. La culta Europa no ha podido aún producir un digno imitador de Cervantes; Corneille y Molière no hubieran seguramente perfeccionado la poesía dramática, si Calderon, Vega y Guillen de Castro no les hubieran precedido; á España debe la música moderna su restauracion y sus progresos; Bertruguet y Herrera levantaban magníficos edificios, en que se veian reunidas la elegancia griega y la grandeza romana, cuando en Francia apenas se conocia un arquitecto mediano. Las divinas obras de Murillo, de Rivera y de Velazquez son actualmente los dones más preciosos que pueden ofrecerse á los amantes de las bellas artes: la posteridad, que ha sumergido en un profundo olvido los nombres de Regnier y Bellay, ha inmortalizado los de Boscan, Mendoza y Garcilaso, sus contemporáneos; y en fin, no hay arte ni profesion útil y agradable al hombre, que no haya sido hermoseaada entre las manos de los españoles, los cuales, no contentos con cultivarlas, han querido comunicar á las demás naciones los elementos del buen gusto en todos los ramos de la literatura, y dictarles las reglas de la verdadera filosofía. El inmortal Vives investiga profundamente las causas de la corrupcion de las artes, desentraña los discursos é invenciones de todos los sabios y de todos los siglos; establece el verdadero método de enseñar las ciencias muchos años ántes que el célebre Bacon existiera entre los hombres, y enciende una luminosa antorcha, á cuyo brillante resplandor se disiparon las densas tinieblas que oscurecian el áspero y difícil camino de la sabiduría. Y ¿Europa, sin embargo, exclama FORNER, no sólo olvida estos insignes beneficios que ha debido á España, sino que insulta á sus moradores con los vergonzosos epítetos de indolentes, de ignorantes y de bárbaros? ¿Cuál ha podido ser el origen de esta páfida ingratitud, ó quién ha inspirado á los filósofos de nuestro siglo este alto desprecio hácia la maestra y bienhechora universal de todas las naciones? ¿Acaso porque no han nacido en nuestra península los ingeniosos sistemas *de los torbellinos, de la gravitacion, de la armonia preestablecida, y del movimiento de la tierra*, deberán borrarse de los fastos de la república literaria los inmortales nombres de sus teólogos, de sus legisladores, de sus filósofos, de sus humanistas y de todos los infatigables ciudadanos que han trabajado en su felicidad? ¡Lastimosa preocupacion la de aquellos tiempos en que se prefiere la ociosa ocupacion de inventar ruidosos sistemas á los provechosos desvelos consagrados al bien de la humanidad! Grecia hubiera sido feliz sin el *materialismo* de los estóicos, sin las *cualidades* de los peripatéticos y sin los *átomos* de los epicúreos; y Europa hubiera sido dichosa sin el *optimismo* de Pope, sin las *monades* de Leibnitz, y sin algunos sueños filosóficos de Rousseau; pero ni Grecia hubiera existido largo tiempo sin las leyes de Solon y Licurgo, y sin la moral de Platon y de Sócrates, ni Europa hubiera salido del tenebroso caos de su barbarie, si las escuelas de España no hubieran restablecido las ciencias. No es, ciertamente, el exhorbitante número de libros, ni la novedad de las opiniones, ni la insaciable y vana curiosidad de explicar los impenetrables misterios de la naturaleza lo que acredita el mérito literario de una nacion, sino la

solidez de sus obras, la utilidad de sus descubrimientos, y la influencia de éstos sobre la felicidad humana. Y en estos dotes, ¿quién podrá, no ya exceder, sino igualar á los españoles? No fué español, es verdad, el célebre orador de Roma á cuya sublime elocuencia se rendian los corazones más estúpidos y rebeldes; pero fué Quintiliano, que dictó á toda su posteridad los preceptos filosóficos de este arte divino. No nació en España el glorioso dictador que, despues de sojuzgar inmensas provincias, ascendió al Capitolio por montones de cadáveres y de ruinas empapadas en la sangre de sus compatriotas; pero, sí, nació Séneca, que despues de haber enseñado á los hombres la virtud y los oficios de su naturaleza, y contenido cinco años la desenfrenada ferocidad de Neron, fué triste víctima de su crueldad. Mantuano fué el inmortal imitador de Homero, que trasladó al Lacio las bellezas de Grecia, y ensalzó majestuosamente la usurpacion y la perfidia; pero fué cordobes Lucano, que despreciando las atroces amenazas de la tiranía, procuró arrancar del corazon de los romanos la funesta inclinacion á las turbulencias y discordias civiles. No produjo nuestro suelo al sabio, al amable Carlo-Magno, restaurador de la monarquía francesa, y cuya memoria será siempre grata á los verdaderos políticos; pero dictado fué por los españoles el código del *Fuero Juzgo*, copiado en gran parte por aquel célebre legislador. Un ciudadano de Ginebra intentó separar á los hombres de las sendas de la sabiduría; pero un valenciano consiguió allanárselas, y darles una brújula, que pudiera dirigirlos en su oscura peregrinacion. Lock y Helvetius degradaron el entendimiento humano, conjeturando y persuadiendo que las sublimes operaciones del alma son propiedades de la materia; pero los dos Pedros Hispanos elevaron la razon del hombre y le dictaron reglas seguras é invariables para discurrir con rectitud. El profundo Montesquieu, en el silencioso y tranquilo retiro de su gabinete, descubrió el espíritu de las leyes antiguas, y notó las relaciones de éstas con la naturaleza y principios de cada gobierno con la religion de los pueblos y con la influencia de los climas; pero el Sabio Alfonso, entre el horroroso estruendo de las armas y las tumultuosas voces de la sedicion, formó un código admirable, acomodado á los principios y naturaleza del gobierno español, á las costumbres y religion de sus habitantes y á la situacion civil y política de su imperio. Y ¿quiénes son, de todos estos eminentes varones, los que han consagrado sus talentos á las ciencias más útiles? ¿quiénes han promovido más la felicidad pública? ¿quiénes han hecho mayores beneficios á la humanidad?.... Pero el honor y gloria de mi patria han exaltado demasiado mi imaginacion, y quizá me han inspirado un lenguaje ajeno de la sencillez histórica. Refiriendo los ilustres monumentos de la literatura española, no he podido resolverme á formar en pocas líneas el extracto de la *Oracion apologética*, cuyo imperfecto retrato he procurado exponer á vuestra vista, aunque despojado de muchas bellezas que mi mano indocta no ha sabido trasladar. Vosotros, empero, que habréis mirado con ojos de artífices el hermoso cuadro de los varones doctos de nuestra nacion, que FORNER presenta á toda Europa, sabréis apréciarlo en su justo valor y reconocer la superficialidad ó nimia delicadeza de sus censores. No intentó FORNER desacreditar el estudio de las ciencias exactas, como algunos de éstos han querido suponer, ni deprimir los inmortales nombres de Newton, Locke, Montesquieu, Leibnitz y otros sabios igualmente respetables; su ánimo fué sólo persuadir que el aprecio de las ciencias debia conformarse siempre á su importancia y utilidad relativas; y si tal vez se encuentran expresiones demasiado fuertes y genéricas, ó locuciones poco exactas (1), es necesario acordarse de que se lee una oracion, y no un discurso rigurosamente filosófico. Pero sean estas últimas, en efecto, unas ligeras faltas que la escrupulosa critica no quiera disimular..... ¿deberán, por ventura, oscurecer el mérito de una obra consagrada al honor de nuestra patria, y en que brillan la verdad y exactitud en los hechos, la solidez y profundidad en los raciocinios, la erudicion más copiosa y escogida en la historia de nuestra literatura, la pureza y cultura del estilo, la vehemencia, el fuego, la energía, el artificio oratorio, y todas las gracias de la elocuencia? (2). Juzguenlo así en buen hora aquellos genios mordaces y malignos, que sólo leen con el designio

(1) No puede negarse que uno y otro se encuentran en la oracion apologética. Pero el exigir en un orador la misma exactitud y templanza que en un filosofo, es, ó no saber las particulares reglas á que deben sujetarse los escritores segun el linaje de las obras que emprenden, ó querer confundirlas voluntariamente para deprimir el mérito de los sabios.

(2) El Ministerio conoció muy bien el mérito de la oracion apologética, y dió pruebas muy evidentes de ello, pues habiéndola FORNER presentado al Rey por mano del Conde de Floridablanca, se expidió un decreto para que se le costeara la impresion, se le cediese el producto de ella, y se le diese una gratificacion.

de ejercitar su maledicencia y destruir el crédito de los sabios; mas nosotros, tributando á sus preciosas obras los elogios merecidos, sabremos perdonar sus leves defectos con la indulgencia y benignidad que dicta la moderacion, y de que el mismo FORNER nos dió un noble ejemplo en sus *Reflexiones críticas sobre la Historia universal* de don Tomas Borrego.

Este docto español, aprovechándose con juiciosa critica de los escritores más célebres y fidedignos de cada nacion, é imitando el método de Tillemont, Fleuri y Natal Alejandro, intentó enriquecer nuestro idioma con una *Historia universal*, de que hasta entónces carecia, en que se reuniesen todos los acontecimientos notables desde la época de la era cristiana hasta el año de 1784. Nuestro sabio Ministerio, considerando á FORNER adornado de todas las cualidades necesarias para examinar una obra tan vasta y tan dilatada, le distinguió con esta honrosa contianza (1), á la cual procuró corresponder formando un análisis completo é imparcial de toda ella, en que acreditó su juicio, su crítica, su buen gusto, su erudicion en las antigüedades eclesiásticas, y sus profundos conocimientos en la historia universal de la Europa, y señaladamente en la de España. Después de haber dado una idea general de toda la obra, de su estilo, de las principales fuentes de donde el autor habia derivado sus noticias, de los modelos que habia imitado, y de los defectos que nacia de la disposicion ó método que se habia propuesto, manifestó menudamente las equivocaciones en que habia incurrido, ciñéndose sólo á las más notables y dignas de reforma. Si fuera posible reducir á pocas líneas el extracto de estas observaciones, él solo bastaria para que reconocieseis la sólida instruccion de FORNER en la historia romana (2), en la geografia antigua y moderna (3), en la numismática (4), en la cronologia (5), en la disciplina de la Iglesia (6), en las actas de los Concilios (7), en los anales políticos de la Europa, y en las antigüedades históricas de nuestra nacion (8), le oyerais discurrir con acierto y profundidad sobre las más difíciles controversias eclesiásticas y civiles, restituir á algunos monarcas españoles su honor y crédito, injustamente oscurecido por la ignorancia de nuestros cronistas (9), impugnar con monumentos auténticos y decisivos las opiniones adoptadas por los historiadores más célebres, deducir el verdadero y genuino sentido de los cánones y leyes políticas de las mismas causas que motivaron su establecimiento, y refutar vigorosamente las ridículas interpretaciones con que las habia adulterado el perverso frenesí de los comentadores. Pero no siéndome lícito descender á estas individualidades sin molestar demasiado vuestra atencion, permitidme á lo ménos que os haga notar brevisimamente la energia, fuerza y solidez con que defendió los derechos é independencia de las autoridades civiles contra las injustas pretensiones de la curia romana. Estos derechos, en que estriba la paz y tranquilidad de los imperios, y cuya ignorancia ha llenado más de una vez de horror, de desolacion y de sangre á todo el orbe cristiano, han sido continuamente combatidos por algunos fautores indiscretos de la potestad eclesiástica, que traspasando sacrilegamente los límites que le fijó el mismo Jesucristo, han introducido el desórden y la confusion en las re-

(1) Habíase presentado esta obra al señor Porlier, ministro entónces de Gracia y Justicia, solicitando su impresion; y su excelencia encargó á FORNER que la leyera y formara las reflexiones que le pareciesen convenientes.

(2) En el siglo II, § 5.º hasta el 11, deshace muchas equivocaciones de Borrego, en la relacion de la vida del emperador Adriano.

(3) En el siglo III, § 96, prueba geográficamente que Cenobia no pudo ser reina de los sarracenos, como Borrego suponía.

(4) En el siglo II, § 6.º, fija, con argumentos deducidos de las medallas, inscripciones y otros monumentos, el tiempo en que Adriano tomó el título de padre de la patria.

(5) Emendó muchos yerros cronológicos, en que habia incurrido Borrego, refiriendo los concilios celebrados en España en el siglo VI, y el tiempo en que se habian reservado á la Silla Apostólica las causas llamadas vulgarmente mayores.

(6) Las controversias de la pascua del acimo, de la traslacion de los obispos, etc., fueron examinadas por FORNER con la mayor profundidad y solidez, tratando de corregir varios errores de Borrego.

(7) El padre Borrego cayó en muchas equivocaciones refiriendo los cánones de los concilios de España celebrados en el siglo VI, y copiando al padre Mariana, atribuyó injustamente al concilio de Toledo, celebrado en tiempo de Witiza, la aprobacion de varias deshonestidades. FORNER corrigió todas estas equivocaciones.

(8) Tratando del modo con que Ataulfo adquirió el reino de España, y perdió después la vida, impugnó á Borrego, y manifestó su vasta instruccion en las antigüedades históricas de España.

(9) Hablando de las leyes relativas á los judíos, publicadas por el rey Sisebuto, corrigió los groseros errores de los historiadores más célebres de España, á quienes habia copiado Borrego.

públicas, han debilitado el poder de las leyes, han desatado los estrechos vínculos que ligan á los vasallos con sus soberanos, y han encendido la funesta llama de la discordia entre los ministros del altar y los depositarios de la autoridad divina sobre los hombres. Los progresos de la crítica y los infatigables esfuerzos de algunos varones sabios han logrado apagar este fuego voraz, pero no han podido disipar sus cenizas, ni evitar el que salgan de ellas de tiempo en tiempo algunas centellas capaces de renovar el pasado incendio; las obras de algunos historiadores y teólogos ultramontanos han reproducido frecuentemente las máximas que el tiempo y la ilustracion habian desacreditado, y han tendido á los lectores incautos los mismos lazos en que cayeron nuestros mayores. En la *Historia* de Borrego se encontraban, por desgracia, algunas de estas opiniones. La excomunion fulminada por Gregorio II contra Leon Isáurico, la deposicion de Childerico, rey de Francia, pronunciada por el pontífice Zacarias, la abdicacion de Wamba, publicada solemnemente en el Concilio de Toledo, y la convocacion de los primeros concilios generales, son unos hechos tan alterados y desfigurados en la *Historia* de Borrego, como en los libros de los más ciegos defensores de la potestad eclesiástica; la relacion de los artículos contenidos en la célebre declaracion del clero de Francia parecia dictada más bien por el espíritu de partido que por la sencillez y veracidad histórica, y en el discurso de la obra se encontraban esparcidas algunas proposiciones dirigidas á destruir el sagrado derecho de proteccion que compete á los príncipes seculares contra las opresiones y violencias de los eclesiásticos. FORNER, que conocia las perniciosas consecuencias que podian resultar á la sociedad de estas doctrinas, las rebatió fundamentalmente, añadió nueva fuerza y energía á los argumentos tantas veces alegados por Pedro de Marca, Van-Espen y Bossuet, fijó los límites de las dos potestades, y estableció su reciproca independencia sobre testimonios irrefragables. Pero esta impugnacion vigorosa de las falsas opiniones de Borrego iba acompañada de la mayor dulzura, respeto y urbanidad hácia el mismo á quien refutaba; reconocia y confesaba sinceramente el mérito de la obra, recomendaba al Gobierno su publicacion luégo que estuviese purgada de los errores en que habia incurrido, y él mismo se ofrecia voluntariamente á corregirlos; manifestando de este modo el aprecio y estimacion que se le debia, y enseñando con su ejemplo á todos los censores á unir la severidad crítica con la indulgencia y la moderacion. Esta modestia é imparcialidad de su censura le granjearon justamente la amistad y benevolencia de Borrego, Arteaga, Eximeno, y otros doctos ex-jesuitas, cuya correspondencia, conservada despues por largo tiempo, difundió sus obras y su crédito literario por Italia (1), como ántes se habian extendido en Francia por medio de su estrecho amigo Mr. de Florian. Este sabio frances, á cuyos oidos habia llegado por la primera vez el nombre de FORNER oscurecido y desfigurado por sus antagonistas, y á quien éste habia debido un concepto poco ventajoso, retractó públicamente su juicio á la faz de toda España. La franqueza y noble sencillez con que FORNER le expuso sus bien fundadas quejas, le dieron una justa idea de su carácter libre, sincero y filosófico; y la lectura de sus obras le inspiró un alto aprecio de su literatura. No contento con haberle dado una evidente prueba de su estimacion, que la malignidad hubiera quizá interpretado despues como un puro efecto de la urbanidad francesa, solicitó ansiosamente su amistad, se valió de sus luces y de su instruccion para adquirir ciertas noticias eruditas necesarias para la perfeccion de una obra en que trabajaba por aquel tiempo, y concluida ésta, le remitió el primer ejemplar, suplicándole le manifestase sencillamente los defectos que en ella notára, para reformatarlos en otra edicion, y que la trasladase al idioma español si la creia digna de ser leida. No son éstos, Señores, unos hechos oscuros ó dudosos, á quienes yo pretendo añadir mayor crédito y autoridad que la que en si tienen. Leed su correspondencia literaria, continuada por muchos años, y que yo os podré franquear cuando lo deseeis. Leed la carta de Florian, escrita en Octubre de 1789, y publicada en aquel mismo año por medio de la prensa, y leed, en fin, el breve pero expresivo elogio que Florian tributó al mérito de FORNER. «Yo he encontrado (dice en su obra de la *Restauracion de Granada*) muchas noticias individuales de los granadinos en una coleccion de romances antiguos castellanos, titulada *Romancero general*; pero á nadie he debido más señalados favores que á un literato español, llamado DON JUAN PABLO FOR-

(1) Algunos amigos antiguos de FORNER me han asegurado que tuvo mucho tiempo correspondencia muy íntima y amistosa con Borrego; y yo he leído varias cartas de Arteaga escritas á FORNER, pero ni

éstas ni las de Borrego han podido hallarse entre sus papeles; así que sólo se les debe dar á estas expresiones el crédito que merecen mis palabras y las de sus amigos.

NER, tan conocido por su exquisita erudicion como por su talento poético. Éste me ha indicado los libros que debia consultar, y me ha comunicado una gran multitud de noticias sobre este punto, y yo no puedo corresponder á esta fineza de otro modo que publicando mi agradecimiento hácia un extranjero, que no sólo me ha ilustrado con sus luces, sino que ha contribuido con sus consejos á la perfeccion de mi obra » (1).

Esta sencilla y generosa confesion de Florian es un solemne testimonio de la vasta instruccion de FORNER en los anales de España, y en el mérito y calidad de los autores que los han escrito; pero no fueron éstos los únicos conocimientos que adquirió en el estudio de la historia. Leyó atentamente todas nuestras crónicas, notó los sucesivos progresos de este arte entre los españoles, examinó con la luz de la crítica y de la filosofía, no sólo la verdad de los hechos y la autenticidad de los monumentos en que éstos se apoyaban, sino la disposicion, método y economía de los historiadores, observó los defectos en que habia incurrido cada uno de ellos, y meditando los requisitos esenciales á una verdadera *Historia general*, segun el objeto y fin que debe proponerse, reconoció que entre la inmensa multitud de volúmenes en que están depositados nuestros fastos nacionales, no se encontraba uno que fuese verdaderamente digno de este nombre, y que á la mayor parte podia aplicarse lo que decia Juvenal de los historiadores de su edad, que amontonando libros sobre libros, no servian de otra cosa que de aumentar el catálogo de los compiladores. « Es verdad que en las crónicas de nuestra primera época, contada desde Idacio Lenicense hasta don Alonso el Décimo, brillan la sencillez, el candor, la veracidad, y tal vez una especie de elocuencia histórica proporcionada á la escasa sabiduría de aquellos siglos; pero sería en vano buscar en ellas elegancia, economía artificiosa, amplitud de noticias circunstanciadas, sistemas políticos, exámen de los gobiernos, ni pinturas exactas de las costumbres y de las legislaciones. Sus autores, que, ó carecian del conocimiento de las artes, ó le omitian de propósito, trasladaron las noticias á la escritura con naturalidad, pero con desaliño; con buena fe, pero sin filosofía; y sus narraciones apenas contuvieron otra cosa que guerras, sediciones, victorias, fundaciones de monasterios, dedicaciones de templos, milagros, prisiones, castigos, pestes é inundaciones. El Monarca Sabio de Castilla, deseoso de derramar en sus pueblos el conocimiento de las ciencias, y de enriquecer la lengua castellana con las bellezas y el lustre de las artes latinas, escribió en el idioma comun de la nacion la *Crónica general*, venerable por la antigüedad y pureza del lenguaje, por su claridad, método y sencillez sublime, por la viva y enérgica expresion de los caracteres, por la exacta descripcion de los lugares y de los sucesos, por la mocion de las pasiones, por la propiedad y elocuencia de los razonamientos, y por la sábia economía de las sentencias políticas y morales. La gran sabiduría del monarca filósofo trasladó á la historia nacional la elegancia de Xenofonte, y la grande de Tácito; pero no pudo imitar la escrupulosa veracidad de Tucídides, porque el carácter de aquel siglo, inclinado á la credulidad, á los prodigios y á las aventuras caballerescas, desconocia casi enteramente la crítica, y las obras eran más bien fruto del ingenio que del estudio. La aficion á las fábulas, comunicada á Europa por los trovadores, y aumentada particularmente en España por los supersticiosos árabes, se introdujo en el país de la historia, alteró los tiempos, desfiguró las acciones, varió las circunstancias, fingió accidentes maravillosos, y oscureció la verdad de los hechos con los artificios de la poesía. No era empresa proporcionada á las fuerzas de un solo hombre el desprenderse de todas estas preocupaciones, ni adquirir toda la filosofía necesaria para escribir una historia perfecta en medio de las débiles luces de aquellos siglos; y por lo mismo se encuentran en la *Crónica* de Alfonso perturbacion en la cronología é interpolacion de cuentos y fábulas populares. La aficion á las ciencias, que heredaron de Alfonso sus sucesores en el trono de España, la creacion de los cronistas, y sobre todo los progresos de la sabiduría, mejoraron la historia nacional, y algunos de sus escritores comenzaron ya á referir las cosas con grande uso de la filosofía práctica, á pintar exactamente los genios é inclinaciones de las personas, y á insinuar por este medio las causas de los acontecimientos; pero no habiéndose propuesto otro sistema que contar las acciones personales de los Reyes y de los ricos-hombres, sus crónicas no suministran las luces suficientes para conocer el estado

(1) La historia de todo lo acaecido entre FORNER y Florian, y la ocasion con que trabaron amistad, es muy sabida de la mayor parte de los literatos de España, particularmente de los que han leído la

obrita de FORNER titulada *Suplemento al artículo Trigueros*, y la prudencia exige no referirla aquí con más claridad.

político de España en la totalidad de sus intereses y relaciones. Florian de Ocampo dió principio á la perfeccion de nuestra historia, sacándola de la rudeza y aridez que habia contraído en los siglos pasados, y ennobleciéndola con el estilo, con el artificio y con los adornos de la elocuencia; mas habiendo mezclado en sus narraciones las noticias auténticas con las fábulas fraguadas por Viterbo, se propagaron éstas de tal suerte, que Morales, Zurita y Garibay se vieron precisados á emplear todos sus trabajos en impugnarlas, y en descubrir y afianzar la verdad de los hechos pasados; y como por desgracia abundasen los fautores y defensores obstinados de estas patrañas, se alteró consiguientemente la natural índole de la historia, convirtiéndose las narraciones en exámenes, y en discusiones áridas las galas varoniles de la elocuencia histórica. Purgóse despues algun tanto de estos defectos entre las doctas manos del padre Mariana, que la escribió con excelente método y con estilo elegante; pero como este sabio jesuita no se propusiese otro objeto que reunir en una sola obra todas las noticias que se hallaban esparcidas en infinito número de volúmenes, sin detenerse en el exámen critico de cada una de ellas, refirió muchas veces sucesos conocidamente fabulosos, y sus narraciones no tuvieron aquella prolija exactitud que caracteriza una historia verdadera. Agregóse á esto la fatalidad literaria de nuestra nacion, cuyo saber degeneró en un ridiculo pedantismo, cuando los demas pueblos de Europa comenzaron á producir algunos genios sublimes, que regeneraron la filosofia moral pública de las naciones, olvidada por muchos siglos; y de esta fatalidad lamentable resultó necesariamente que los modernos cronistas, destituidos de unos conocimientos esenciales á un perfecto historiador, léjos de haber reformado los defectos de sus predecesores, los imitaron con su ejemplo. Unos y otros retrataron más bien á los individuos que á las sociedades, notaron las virtudes y vicios de los particulares, mas no la excelencia ó abusos de los gobiernos; establecieron las relaciones que unen al hombre con el hombre, pero no las que ligán entre sí á las comunidades civiles; describieron la economía doméstica de las familias, y la industria y comercio de las ciudades, pero no la administracion de las repúblicas, ni el sistema económico y mercantil de todas las provincias sujetas á una autoridad suprema; adornaron y engrandecieron sus obras con la gravedad y pureza del estilo, con la puntualidad de las descripciones, con los advertimientos políticos en la serie de los sucesos, con el enlace artificioso de la narracion, y con las bellezas de la elocuencia; pero ni investigaron las causas secretas de los acontecimientos, ni profundizaron los principios constitutivos de la monarquía, ni examinaron la naturaleza del Gobierno y el carácter de su legislacion, ni fijaron con claridad sus leyes fundamentales, ni señalaron el origen de nuestros progresos ó decadencia, ni analizaron los derechos respectivos de las jerarquías civiles, ni, últimamente, manifestaron la perpétua influencia de las leyes sobre las costumbres, y de las costumbres sobre las leyes.

Esta lastimosa omision de la parte principal de nuestra historia le inspiró á FORNER la utilísima idea de meditar los medios más proporcionados para mejorarla; bien así como la lectura de los antiguos historiadores franceses estimuló en otro tiempo al juicioso Mably á escribir sus observaciones sobre la Francia. ¿De qué nos sirven, exclamaba FORNER, las relaciones individuales de las conquistas, de los asedios y de las batallas, si no penetramos su influjo respectivo en la felicidad pública? ¿De qué el catálogo de las leyes, si no sabemos las opiniones ni el carácter de los hombres á quienes fueron dictadas, ni el fin á que se enderezaron, ni los efectos que produjeron? ¿De qué las exactas noticias de los públicos establecimientos, si ignoramos las circunstancias políticas del Estado, y las secretas causas de donde nacieron? La historia que no nos revele estos misterios importantes, no será jamas otra cosa que un dilatado índice de voces estériles y vanas, propias para fatigar la memoria, pero inútiles para ilustrar el entendimiento, porque nunca podrá conocer el sistema universal de una república el que no conozca separadamente cada una de sus partes, y el recíproco enlace que tienen todas entre sí. Apenas habrá un español que ignore el eminente grado de prosperidad á que ascendió progresivamente nuestra monarquía desde los tiempos de Fernando el Santo hasta los del emperador Carlos V, y el abatimiento en que fué decayendo con aceleracion bajo los reyes posteriores de la dinastía austriaca; pero cuando se trata de averiguar la primera causa de esta pública calamidad, es muy dificultoso hallar dos políticos que se conformen en sus opiniones (1); y esta prodigiosa diversidad no nace de otro principio

(1) Esta diversidad se nota cotejando entre sí las obras de los políticos españoles que desde el siglo

pasado han escrito sobre las causas de la decadencia de nuestra nacion, particularmente Biedma, San-

que del defecto de una historia filosófica, en cuya lectura se aprendería la continuada serie de los sucesos, y el influjo de cada uno de ellos en el bien universal de la nación. El tiempo presente, decía Leibnitz, contiene las semillas del futuro; y este axioma es tan evidente, aplicado á una verdadera historia, que la relación de la guerra del Peloponeso hecha por Tucídides envuelve en sí la ruina de la Grecia, y en la primera década de Livio se encuentra la explicación de todos los acontecimientos notables de Roma hasta el fin de la república; y esto mismo sucedería en la historia de España, si los materiales recogidos y examinados escrupulosamente por algunos cuerpos públicos se trasladasen á las manos de unos cronistas sabios, creados por los reinos, protegidos, honrados y autorizados competentemente por los príncipes, y sólidamente instruidos en todas las partes de la política y de la filosofía. «Este es, en compendio, el espíritu de la obra escrita por FORNER sobre el modo de mejorar nuestra historia, en la cual, si bien repitió algunas máximas establecidas ántes por Mably, supo empero añadir mucho de su caudal propio, particularmente en todo lo relativo á nuestros progresos históricos y á la crítica de todos nuestros cronistas, á quienes casi no conoció aquel insigne filósofo» (1).

Tales eran las materias serias y profundas á que estaba consagrado FORNER, y tales sus vehementes deseos de ver regenerado en España el arte de la historia, para que pudiera ser la maestra de los reyes y la escuela de la política. Mas estos estudios no entibieron su antigua afición á las Musas y á las bellas letras. Frecuentemente se veían salir de entre sus manos poesías fugitivas, adornadas de todas las galas y bellezas del arte (2); dramas ingeniosos y regulares en que á vueltas de algunos leves defectos encuentran los lectores inteligentes é imparciales novedad en la invención, propiedad en los caracteres, oportunidad en los episodios, simplicidad en la acción, naturalidad en el desenlace, y pureza y cultura en el estilo (3); discursos en que no sólo se explican didácticamente los preceptos fundamentales de la poesía épica, dramática y bucólica, sino

cho Moncada, Navarrete, Saavedra, Ustariz, Zavala, etc.; todos convienen en la decadencia de España, pero cada cual la atribuye á causas distintas.

(1) El mismo Mably confiesa en su obra del modo de escribir la historia que no había leído la del padre Mariana.

(2) La colección de las sátiras, odas y epigramas, que es sin duda la obra clásica de FORNER, ha quedado por desgracia inédita, y es de temer que si llega á imprimirse la desfiguren notablemente, pues yo sé que sólo á un cortísimo número de personas había él revelado cuáles eran de las que estaba él plenamente satisfecho, y cuáles se habían trabajado solamente para una diversión momentánea. Yo conozco que no tengo ningún derecho para esperar que el público se someta á mi dictámen; pero, sin embargo, lo tengo para exponerlo francamente, y por eso he dicho que esta colección es la obra clásica de FORNER. Éste no había recibido de la naturaleza una imaginación lozana, amena ni delicada, pero sí sumamente vigorosa y ardiente, de lo cual resulta que así como en las composiciones suaves y plácidas jamás pudo acercarse á la sencillez y gracia nativa de los griegos, en las que requieren un colorido fuerte y golpes de grande energía, sin líneas sutiles, ha igualado y tal vez excedido á los mejores poetas de nuestra nación. No hay más que comparar sus sátiras, epigramas y otras composiciones de esta clase con las de Argensola, Herrera, etc., y se verá que hay en FORNER más fuerza en los pensamientos, más energía en la expresión, más singularidad en las ideas, más número en el verso, más riqueza y filosofía en el lenguaje poético, y una imitación de los antiguos muy distante de la servil que

se nota con frecuencia en los poetas españoles é italianos del siglo XVI, y aún tal vez en el incomparable Boileau. Un corto número de estas composiciones de FORNER se ha publicado en el *Diario de las Musas* y en los de Sevilla y Madrid; pero yo he creído necesario manifestar mi juicio sobre todas ellas; lo cual he hecho con tanto mayor satisfacción, cuanto es conforme al de uno de los mejores poetas de nuestra nación, el cual, aunque por nuestra fatalidad apenas es conocido fuera de los muros de Sevilla, es muy apreciado en Italia, y aún en la misma Roma, donde actualmente se halla (*).

(3) Además de la comedia del *Filósofo enamorado*, que el público ha visto, y que FORNER escribió ántes de salir de Madrid, aunque no fué publicada hasta muchos años después, escribió otra titulada *La Cautiva* y una tragedia titulada *Las Vestales*. No he visto ni una ni otra; pero un amigo de FORNER, cuyo juicio es para mí de mucha autoridad, me ha asegurado que en *La Cautiva* están reunidas la ingeniosa invención de los antiguos y la regularidad del arte, y que la tragedia está llena de filosofía y tiene escenas muy robustas. Además dejó escrita otra comedia con el nombre de *Los falsos filósofos*. Ni ésta ni la del *Filósofo enamorado* están libres de defectos, y puede asegurarse que FORNER supo más bien imitar la riqueza y fuerza de Plauto que la delicadeza y finura de Terencio; pero si esto es un vicio, es por lo ménos un vicio en que han incurrido muchas veces Goldoni y Molière, sin que por esto hayan dejado de ser admirables sus comedias.

(*) Alude aquí Sotelo á don Manuel María de Arjona, que se hallaba en Roma en 1797. (Nota del Colector.)

que se examinan filosóficamente las reglas dictadas por la naturaleza, y á las que deben arreglarse sus autores si desean imitarla, y aspirar á la perfeccion (1); sátiras agudas en que ó se reprenden con severidad, ó se ridiculizan con chistoso donaire aquellos escritores ignorantes, que, usurpando tiránicamente el magisterio de la literatura, pervierten los principios del buen gusto y autorizan la corrupcion de las ciencias con su pomposa pedantería (2). Ejercitábase continuamente en la historia, en la poesía, en la critica y en la elocuencia, como quien estaba íntimamente persuadido de su absoluta necesidad para un verdadero profesor de la jurisprudencia; porque ¿cómo podrá un jurisconsulto interpretar las leyes, si no ha aprendido en la historia el espíritu con que fueron dictadas, ni las causas de donde nacieron, ni el fin á que se encaminaron? ¿Cómo podrá defender los derechos de los ciudadanos si no sabe exponerlos con vigor, con decoro y con energía? ¿Cómo podrá desenredar las tramas sutiles y artificiosas de la malignidad, sin el uso de la crítica y de la dialéctica? No son las fórmulas estériles del foro, ni la material estructura de los libelos, ni las opiniones de los comentadores, ni la astucia y sagacidad de las interpretaciones, las que constituyen á un perfecto jurisconsulto, sino la meditacion filosófica de las leyes, la sólida instruccion en la historia, el recto uso de la critica, y el estudio profundo del corazón humano, y de los secretos muelles que es necesario tocar para conmoverlo y dirigirlo. La propia experiencia le acreditó á FORNER muy en breve la necesidad de estos conocimientos para el patrocinio de las causas. Habíale confiado la ilustre casa de Altamira la defensa de sus derechos sobre el ducado y señorío de Atrisco contra la demanda interpuesta por el Conde de Motezuma (3). «Era ésta una controversia en que estaban mezclados los intereses públicos del Estado, y cuyas principales dificultades no podían resolverse sin ventilar ántes los puntos más oscuros é intrincados del derecho público antiguo de las naciones, de la historia de nuestras conquistas en América, y de los títulos en que se afianza el dominio de los monarcas españoles sobre aquella parte de la tierra; era, ademas, necesario fijar los límites y las leyes inalterables de la interpretacion, oscurecidas y perturbadas muchas veces por los pragmáticos; y era, en fin, preciso penetrar por entre un enmarañado laberinto de pruebas, de artículos y de alegaciones en que yacia sofocada y como sumergida la verdad, y buscarla con la luz de la critica y de la filosofía.» «No eran estas, en verdad, unas empresas proporcionadas á las débiles fuerzas de un misero leguleyo; pero FORNER no lo era, y aún cuando ignorase algunas voces ó fórmulas de estilo, no ignoraba los decretos de las leyes, ni la historia de su patria, ni los elementos del derecho de gentes, ni las opiniones ó sistemas políticos adoptados entre los pueblos cultos de la Europa, ni las fuentes de donde se deriva el derecho público convencional de las naciones, ni las verdaderas reglas de la interpretacion, ni el arte de discurrir con solidez y con exactitud; y por lo mismo supo hacer triunfar gloriosamente la justicia de su causa, hasta entónces ignorada ó torpemente confundida, mientras que quizá era reputado por un mero humanista entre aquellos que han intentado reducir la ciencia legal á una fastidiosa y estéril nomenclatura (4).

Mas por fortuna no se incluían en este número los sabios ministros á quienes estaba confiando el gobierno de la nacion. No creían éstos que para desempeñar dignamente los oficios de la magistratura bastaba sólo el estudio de los intérpretes; apreciaban el ingenio é ilustracion de FORNER, valíanse continuamente de sus luces en materias muy difíciles é importantes (5), reco-

(1) Tales fueron la carta de don Antonio Varas, el paralelo de las dos églogas premiadas por la Real Academia Española, y el discurso que precede á la comedia del *Filósofo enamorado*. En la primera se establecen y se explican filosóficamente las principales reglas de la poesía épica, en el segundo las de la bucólica y en el tercero las de la dramática.

(2) Tales fueron las *Demostraciones palmarias*, *El Diálogo entre el Censor, el Apologista Universal y un doctor en leyes*, *La Pedantomaquia*, y otras obritas de esta especie.

(3) En el año de 1783 se habia examinado é incorporado en el colegio de abogados de esta corte, y á poco tiempo le nombró el excelentísimo señor

Conde de Altamira por abogado é historiador de su casa.

(4) Así sucedia efectivamente. Todos los que están instruidos en la vida de FORNER lo saben, y yo podria dar pruebas muy convincentes de ello, si la prudencia no exigiera el callar algunas cosas.

(5) Por este tiempo escribió, de orden del Ministerio, la *Noticia de las aguas minerales de la fuente de Sotan de Cabras*, la *Instruccion metódica sobre los Mueres*, en que se contienen los importantes descubrimientos que habia adquirido en las fábricas extranjeras don Joaquin Manuel Fos, fabricante de sedas de Valencia; y la traduccion del tomo IV de la *Coleccion alfabética de los derechos de aduanas*.

nocian su distinguido mérito, y le contemplaban acreedor á una alta recompensa; y ved aquí la puerta por donde entró FORNER en la honrosa carrera de la toga, y el único motivo de su eleccion para fiscal del crimen de la audiencia de Sevilla. No fueron, no, los ruegos importunos y violentos, ni las recomendaciones poderosas, ni los pomposos timbres de sus antepasados, ni la esplendorosa opulencia de su fortuna, ni la baja y servil adulacion, quienes lo introdujeron en el augusto santuario de la justicia; sino su probidad, su entereza filosófica, su constante aplicacion á las letras, su talento sublime y elevado, y la profunda instruccion de que habia dado manifiestas pruebas en la dilatada serie de sus obras. Sevilla recibió en la persona de su nuevo magistrado un juez sabio, integro y laborioso, un literato sólido y ameno, y un ciudadano benéfico y amante del bien público; y como este maravilloso conjunto de virtudes no podia dejar de granjearse el aplauso y estimacion universal de todos los moradores de una ciudad ilustrada, se apresuraban éstos ansiosamente á gozar de su trato y comunicacion íntima; los jóvenes estudiosos y amantes de las letras se congregaban frecuentemente en su gabinete, y consagraban allí sus gratas conferencias en obsequio de las Musas; las academias y cuerpos científicos le adoptaban entre sus individuos, y anticipándose, si no á sus deseos, á lo ménos á sus solicitudes, acreditaban solemnemente el aprecio que hacian de su sabiduria (1), pudiéndosele entónces aplicar á FORNER lo que en otro tiempo habia dicho Plinio del emperador Trajano: «No fueron tus votos, sino los ajenos, los que te condecoraron con honores y títulos gloriosos; no tu ambicion, sino tu filosofia; no tu privada utilidad, sino la utilidad comun de los mismos que te ensalzaron.» Porque, en efecto, ¿de qué otro principio pudieron nacer estas distinciones tan honrosas y tan extraordinarias, sino de las lisonjeras esperanzas que formaron los sevillanos del talento y buen nombre de FORNER? Creyéronle capaz de proteger la felicidad pública, y de propagar con su ilustracion y su ejemplo el buen gusto en la literatura; y no queriendo desperdiciar una ocasion tan oportuna para aprovecharse de sus luces y de sus conocimientos, le dieron parte en todos los establecimientos políticos y literarios, obligándole por este medio á trabajar en la utilidad comun.

No burló FORNER estas justas esperanzas, ni correspondió con tibieza ó con desden á las honras que habia recibido. Su infatigable propension al trabajo, el amor ardiente que profesaba á la humanidad y á la filosofia, y sobre todo la tierna gratitud que excitaron en su pecho estas sinceras demostraciones de estimacion y de respeto, le estimularon á consagrar en adelante al beneficio público todo el fruto de sus desvelos. Deseoso de restituir al antiguo emporio de la cultura española el esplendor y lustre literario con que habia brillado en los pasados siglos, le manifestó el origen de su decadencia, le señala el verdadero camino de la sabiduria, y le exhorta á emprender una saludable reforma en el estudio de las ciencias. No fueron sólo máximas vagas ni principios universales sobre la corrupcion del buen gusto los que estableció FORNER en el primer discurso que pronunció en la Real Academia de Bellas Letras de Sevilla, sino observaciones exactamente acomodadas á la índole y carácter de sus habitantes y deducidas del profundo conocimiento de sus opiniones, y del estado actual de su literatura, aunque disfrazadas con el prudente artificio que exigian la urbanidad y la moderacion. ¿Y por cuántos medios no intentó promover la pública felicidad? No era ya Sevilla, como habia sido en otro tiempo, la mansion de la industria, ni el sagrado asilo de las artes. Habian ya desaparecido de su recinto los Muñillos, los Velazquez y los Herreras, gloriosos émulos de la naturaleza, y cuyas diestras manos hermozeaban sus maravillosas producciones; no salian ya de su seno numerosas flotas destinadas á derramar en regiones apartadas el sobrante de sus riquezas; no hervian sus calles ni sus plazas en inmensos enjambres de artesanos laboriosos; sus fértiles campiñas no ofrecian ya la imágen halagüeña de los venturosos Eliseos, ni sus talleres renovaban la antigua memoria de la industriosa Atenas; habia decaido lastimosamente su agricultura, yacian sus artes en misera languidez; y aunque no se habia trocado la benignidad de su clima, ni la feracidad de su suelo, ni la robustez, in-

Estas tres obras eran muy importantes por su objeto, y la última, de muy difícil ejecucion, por la mucha variedad de fórmulas, voces y cosas que no tienen equivalente en nuestros usos ni en nuestra lengua, y en que, por lo mismo, era preciso atenerse más bien al espíritu que á la letra del original.

(1) La Sociedad Patriótica de Sevilla le hizo so-

cio de mérito; la Academia de las Bellas Letras, académico de número; y las academias de Derecho Canónico é Historia Eclesiástica, establecidas entónces en el colegio mayor de Santa María de Jesus, le admitieron entre sus individuos; todo sin haberlo él solicitado.

genio y vivacidad de sus habitantes, había menguado notablemente su pasada opulencia y prosperidad. Pero FORNER, sediento de la felicidad y gloria de Sevilla, y considerando que el amor fervoroso de la patria alcanzaría á disminuir estos males, si bien no pudiese arrancar de un golpe las muchas y muy profundas raíces de donde nacían, reanimó en los corazones generosos de los sevillanos este espíritu vivificador, manantial fecundo de las virtudes sociales, con un discurso patético y vigoroso, pronunciado ante la augusta asamblea de los Amigos del País, en el solemne día en que se renovaba la memoria del ilustre monarca que libertó aquella gran metrópoli de la esclavitud sarracena.

No escucharon los sevillanos con frialdad ni con indiferencia las palabras de FORNER, ni se indignaron cual enfermos estúpidos contra el que tocaba sus llagas con el benéfico designio de aplicarles la conveniente medicina; penetrados sus ánimos con la enérgica elocuencia del orador, se conmueven, se encienden, se inflaman con el ardiente fuego del amor de la patria, meditan los medios más activos y oportunos para promover la agricultura, el comercio, las artes, y regenerar la existencia política de toda la provincia, y deseosos de encontrar un ciudadano ilustrado, cuyo talento pudiese dirigirlos, y dar un vivo impulso á sus operaciones, sus votos se reúnen unánimemente, y eligen á FORNER director de la Sociedad Económica. Y ved, aquí, Señores, el momento feliz en que el corazón de FORNER desplegó toda su beneficencia y patriotismo. Reformas saludables de las escuelas públicas, laboratorios químicos, en que se forzase á la naturaleza á revelar sus misteriosos secretos en beneficio de las artes; nuevas plantaciones para aprovechar los terrenos incultos, erección de hospicios, en que se refrenase la holgazanería y se alimentase la involuntaria mendiguez; juntas caritativas, destinadas á socorrer las urgentes necesidades del jornalero, del huérfano y de la viuda (1); suscripciones gratuitas para curar dentro de sus propios hogares á los que sufrían las inevitables dolencias de la mísera humanidad..... Tales fueron los proyectos ideados y eficazmente promovidos por este genio benéfico, y que hubiéramos visto verificados si sus facultades hubiesen correspondido á sus deseos, y si nuestra patria no hubiera estado agobiada con el enorme peso de una guerra dispendiosa. Pero si estos obstáculos insuperables no pudieron ceder á su voluntad, no por eso Sevilla olvidará jamás las rectas intenciones de este sabio magistrado, ni mientras que habite la gratitud en el pecho de sus moradores se borrará de su memoria el glorioso nombre de FORNER. Acaso llegará el venturoso día en que estas fecundas semillas produzcan el fruto deseado, y entonces, bendiciendo la mano que las sembró, reconocerán que las ideas dictadas por la razón son siempre provechosas, aunque algunas circunstancias retarden su ejecución, porque comunicando á los pueblos el conocimiento de ciertas verdades, van rectificando lentamente la opinión pública, y corrigiendo con suavidad sus errores más arraigados.

Esta máxima importante, no ménos adaptable á los vicios de la república literaria que á los de la política, estimuló á FORNER á que combatiese por todo el discurso de su vida con la mayor constancia, libertad y energía los intolerables abusos que había introducido la ignorancia en el país de la literatura, y que había autorizado despues la pedantería y presuntuosa obstinación de algunos falsos filósofos, sin que pudiese nunca retraerlo de un propósito tan generoso ni la contradicción de éstos, ni el temor de ser menospreciado por el vulgo, patrono ciego y pertinaz de las más groseras preocupaciones; porque consideraba que si este miedo servil y vergonzoso se hubiera apoderado del corazón de los verdaderos sabios, ni Sócrates hubiera confundido á los sofistas de Atenas, ni Vives hubiera regenerado las ciencias, ni Mably hubiera desacreditado la perversa y artificiosa política de la Europa, ni la humanidad, en fin, hubiera salido del hondo y tenebroso caos en que se vió sumergida en los pasados siglos. Animado, pues, de estos ilustres ejemplos, intentó impugnar y ridiculizar á todos los modernos corruptores de la literatura española en una severa sátira menipea, que bajo el título de *Exequias de la lengua castellana* contenía una censura general de los vicios introducidos en todos los ramos del saber. Pero contemplando juiciosamente que cuando los errores están altamente arraigados en el entendimiento de los hombres, no pueden éstos escuchar las verdades si no van disfrazadas con el artificio de las fábulas, se propuso hacerlo, valiéndose de una bella alegoría.

(1) El plan de juntas caritativas que FORNER trajo para Sevilla era tan sabio, que se le mandó despues por el Ministerio que lo generalizara de manera que fuese aplicable á la corte y á otras ciudades

del reino. Hizolo así efectivamente, y al tiempo de su muerte estaba este plan en el Supremo Consejo de Castilla para que allí se examinase.

Arcadio y Aminta suben al Parnaso, conducidos del inmortal Cervantes, y el primer objeto que se presentó á su vista fué un lago turbio y cenagoso, que ocupaba su falda, y en que yacian trasformados en animales ridículos y vocingleros los filósofos frívolos y superficiales, los traductores ineptos, los pragmáticos farraguistas y desaliñados, los poetas lánguidos é insípidos, los oradores rastreros é hinchados, los humanistas y filólogos pedantes, y en fin, toda la miserable caterva de escritores que han pervertido las ideas de la belleza y adulterado la majestad y hermosura de nuestro lenguaje. Ascienden despues, con el beneplácito de Apolo, hasta la cumbre del sagrado monte, en cuyo delicioso recinto encuentran á todos los sabios españoles que en los pasados tiempos cultivaron las letras y engrandecieron su idioma nativo; los cuales, en muy doctos y elegantes discursos, les refieren con escrupulosa exactitud la historia de la lengua española desde su nacimiento hasta su muerte; les descubren el origen de la corrupcion de nuestro teatro, del miserable abatimiento de la elocuencia forense, y de la universal depravacion de la literatura; y en fin, les dictan los medios más oportunos para restituirla á su antiguo estado de esplendor. Llegada la hora destinada para celebrar las exequias de la lengua castellana, se trasladan á una anchurosa plaza, en cuyo centro se veia enorme multitud de volúmenes hacinados confusamente, los cuales formaban una elevada pira, semejante á las que se fabricaban en Roma para reducir á cenizas los cuerpos de los difuntos. Eran estos libros los infelices partos de aquellos ridículos escritores, que habian violado y hecho morir desapiadadamente la lengua de su patria, y debian ser entregados al fuego juntamente con su cadáver. Precedia á toda la pompa fúnebre un numeroso coro de mujeres afligidas, que entonaban canciones tristesimas, interrumpiéndolas muchas veces con sus gemidos y llanto lastimeros; seguia inmediatamente todo el aparato de los honores y ministerios que habia obtenido la difunta, representados en várias insignias y distintivos, los cuales iban colocados en unas altas andas, que sustentaban los hombres de letras del orden medio en sus diversas clases; continuaban despues muchos cetros y coronas, apoyados sobre los cuerpos más célebres de nuestra legislacion, y otros varios símbolos de la politica, de la milicia y de la magistratura; y detras de ellos un corto número de preciosos donativos que habian hecho á la lengua española las naciones extrañas, y una multitud inmensa de libertos, que con velos blancos en las cabezas indicaban el beneficio que habian debido á nuestra lengua por haberlos sacado de la rudeza y misera esclavitud en que habian gemido muchos siglos; en pos de los libertos, iban representados en bultos de cera, algunos ascendientes ó progenitores de la difunta, á los cuales seguian Luis de Leon y Bartolomé de Argensola, capitaneando el largo y glorioso escuadron de varones sabios de España que con su talento y doctrina hermosearon y perfeccionaron la lengua de su patria, los cuales iban divididos en várias tribus y familias, segun la diversidad de sus profesiones. Encaminábase esta lucida comitiva hácia el magnífico templo de la Inmortalidad, cuyo pavimento estaba todo cubierto de lirios y ramas de fúnebre ciprés; humeaban sobre sus aras olorosos incienso, y ardian en su recinto algunas luces trémulas y mustias, á cuyo débil resplandor se descubria un blanco y elevado lecho, y sobre él el yerto cadáver de una matrona majestuosa y gallarda, á quien rodeaban virgenes hermosas y macilentas, que en el desaliño de sus cabellos, en la negligencia de su traje y en la congoja de sus rostros manifestaban la vehemencia de su dolor. Todos los circunstantes derramaban lágrimas copiosas, y el templo resonaba con el llanto y los sollozos, cuando de repente se ofreció á su vista el espectáculo más extraño y maravilloso. La lengua castellana, recobrada de su parasismo, comenzó á exhalar suspiros débiles y fatigados, y reclinada en los hombros de algunos ilustres españoles, se presentó al atónito concurso, si bien muy lánguida y desfallecida. Trocáronse al punto los pasados lamentos en festivas aclamaciones, y entregados todos á los desórdenes de un placer tan vivo y tan inesperado, crecia por momentos el júbilo y regocijo; pero el divino númen de las artes, imponiendo ántes silencio con su voz imperiosa, les dirigió á Aminta y Arcadio este breve razonamiento: «Mancebos: En el aparato que habeis visto, he representado á vuestro dolor el que sufrirán irreparablemente los doctos de España, si no tratan de refrenar el maligno ímpetu de los corruptores de su lengua. En este amago podeis prever la grandeza de la fatalidad, si llega á consumarse. Id, pues; volved á España, y publicando lo que aqui habeis visto, despertad del letargo á sus moradores, y estimuladlos para que pueblen esta region venturosa con la misma abundancia de hombres famosos que en los prósperos tiempos de su sabiduria.» Dijo, y cercado del numeroso concurso, se encaminó al sitio donde estaba levantada la pira, y mandó prender fuego á aquella hacina enorme de libros y papeles, cuyas cenizas fueron arrojadas inmediatamente al lago en que habitaban sus au-

tores. Tal fué, Señores, la idea de que FORNER se valió para ridiculizar y combatir á los pedantes y corruptores del buen gusto, y en la cual, no sólo acreditó la fecundidad y viveza de su imaginación, sino tambien sus vastos conocimientos en todos los ramos de la literatura, y señaladamente en las humanidades. Si me fuera dado examinar individualmente el mérito de esta ingeniosa obra, encontrariais en ella críticas sólidas y juiciosas sobre el mérito de nuestros escritores más célebres, invectivas severas y vehementes contra los propagadores del mal gusto, erudicion inmensa y exquisita en la historia literaria de nuestra nacion, rasgos admirables de elocuencia y poesia en sus diversos géneros, facilidad en la narracion, artificio en la disposicion, novedad en el desenlace, amenidad en las descripciones, oportunidad en los episodios, propiedad en los caracteres, pureza y elegancia en el estilo, agudeza, gracia, jocosidad y todas las bellezas propias de este género de escritos.....; pero yo abusaria demasiado de vuestra benignidad, y dejaria, por otra parte, muy imperfecto el retrato de FORNER si invirtiendo el corto tiempo que me resta que hablaros en estas prolijas observaciones, no os diese siquiera una ligera idea de otras obras suyas todavía más recomendables, y acreedoras á mayores elogios por la importancia y dignidad de sus argumentos.

Los filósofos más graves de la docta antigüedad, deseosos de promover la felicidad pública de los ciudadanos, procuraron inspirarles un amor tierno y afectuoso á la religion, considerándola sabiamente como el principal apoyo en que descansa la prosperidad de los Estados. «Si los gobernadores, decian, no graban en el pecho de sus súbditos la imagen de una suprema deidad, ni conservan el respeto y veneracion que debe tributársele, sus imperios se desplomarán, y ellos mismos perecerán entre sus ruinas.» Este profundo documento, ponderado, repetido y recomendado en todas las edades, ha sido ferozmente combatido por los audaces sofistas de nuestro siglo, que canonizando el ateismo, han minado sordamente los cimientos de la sociedad. El reconocimiento de un Sér supremo y espiritual, criador y árbitro del universo, y juez de nuestras acciones, no es otra cosa, segun ellos, que una grosera supersticion, ó una invencion politica para refrenar los pueblos. Todo es materia el mundo, y sólo una cierta combinacion de esta materia misma ha formado el inmenso número de seres que nos rodean, ha hecho girar á los astros, vegetar á las plantas, sentir á los brutos y pensar al hombre. En vano se intenta que éste sujete sus operaciones á la voluntad de un Dios fabuloso, ó á los decantados principios de la razon; el placer y el dolor son los únicos móviles que lo dirigen, y que manejados con destreza por las manos hábiles de un legislador, pueden conservarlo en el orden de su sér, y colmarle de todas las felicidades de que es capaz.

Uno de los más insignes beneficios que pudieran hacerse á la humanidad sería ceder una provincia á todos los ateos del mundo para que estableciesen en ella la soñada república de Bayle; porque de este modo quedaria preservada la restante porcion del linaje humano del ponzoñoso veneno de su doctrina, y la experiencia desacreditaria muy en breve sus proyectos impios y quiméricos. Verianse al punto brotar en el seno de esta misera república el desórden, la confusion, la turbulencia y la anarquía. El imperio de las leyes, y la inexorable severidad de los magistrados acaso evitarian algun tiempo los delitos públicos con la horrorosa memoria de los suplicios, y contendrian la ferocidad, la rapiña y el violento y desenfrenado ímpetu de las pasiones; pero jamas podrian precaver los ocultos artificios de la malicia, ni esparcir las semillas de la probidad, de la gratitud, ni de la beneficencia en los corazones de los hombres, ni formar los estrechos vínculos del amor recíproco que debe enlazarlos. Todo sería perfidias, astucias, desconfianzas, todo enemistades, rencores, persecuciones, todo, en fin, desavenencias y disturbios horrendos, en que lucharian ferozmente entre sí hasta que, cansados ó desengañados, confesáran con vergüenza que era inútil aspirar á la felicidad, ni conservar las sociedades civiles sin reconocer la existencia de un Dios testigo de nuestros pensamientos, legislador universal de la naturaleza y juez integro de nuestras acciones. FORNER, conociendo por una parte que la demostracion de esta verdad importaba al decoro de la religion y á la tranquilidad de los imperios, y compadecido, por otra, de los rápidos y extraordinarios progresos que habia hecho el ateismo en estos últimos tiempos, intentó oponer á este fatal contagio un preservativo eficaz, convenciendo con una serie de raciocinios sólidos y conexos que sin virtud no puede haber felicidad ni seguridad entre los hombres, y que la virtud no puede practicarse si no está apoyada en los inalterables principios de la religion. No escribió FORNER este discurso para los verdaderos filósofos, cuyos entendimientos, como decia Leibnitz, no pueden jamas desconocer la primera causa de donde dependen, sino para ciertos espíritus incautos y superficiales, que alucinados con la

ostentosa verbosidad de los sofistas, podían dejarse arrastrar fácilmente del torrente de sus opiniones; á éstos, y no á los incrédulos, rebeldes y pertinaces, dirigió todos sus documentos, y por eso, ceñido á un estrecho círculo de verdades sencillas y fáciles de comprender, no quiso revelarles todos los execrables misterios de la impiedad, ni engolfarlos en investigaciones profundas y superiores á la debilidad de sus lúes; contentándose sólo con persuadirles que en la religion y en la virtud estriba la observancia de las leyes, la permanencia de los Estados y la seguridad de los ciudadanos. Y ¿por qué medio más oportuno podría haberlos atraído al ejercicio de la virtud? Ésta jamás la practica el hombre sino en cuanto la considera útil á sí mismo. El hombre es sociable porque encuentra placer en la comunicacion con sus semejantes, es agradecido porque el beneficio ha aumentado su felicidad, es amante de su patria porque goza en ella de tranquilidad y de reposo; y en fin, hasta aquellas acciones extraordinarias en que parece desprenderse y áun olvidarse de sí mismo, si se contemplan atentamente, aparecen dictadas por el interes personal. El vehemente deseo de granjearse el aplauso y estimacion de sus compatriotas estimuló á Codro, Leonidas, Scévola y á todos los insignes bienhechores de la humanidad á consumir unos sacrificios tan generosos, y la gloria ha sido en todos tiempos, no sólo la recompensa, sino el único origen de las virtudes heroicas; y ved aquí, Señores, por qué todos los legisladores sabios han alentado con honores y distinciones magníficas á los ciudadanos beneméritos, por qué siempre se les han tributado solemnes homenajes de gratitud y de respeto, por qué los cronistas de todas las naciones han trasladado á la posteridad la noticia de sus hazañas, y por qué los poetas han engrandecido é inmortalizado su memoria con el lenguaje divino de la poesia. Estimular con el poderoso aliciente del interes al ejercicio de la virtud, fué sin duda el primitivo instituto de las Musas, del cual, si bien se han desviado muchas veces por la ignorancia ó malignidad de sus profesores, volvieron á recobrarlo gloriosamente cuando FORNER les hizo cantar las justas alabanzas de un ministro benéfico, «que salvando á su patria de la tribulacion y angustia en que gemia, aseguró su tranquilidad é independencia, y abrió los cimientos de la felicidad universal de todas las naciones. La revolucion política de Francia habia encendido una guerra sangrienta y porfiada entre las principales potencias de la Europa, y la España, implicada en ella por necesidad, sentia los inevitables efectos de este rigoroso azote del linaje humano.» Presentaban nuestras dilatadas campiñas la espantosa imágen de la esterilidad, el abandono de las artes derramaba la carestía y la penuria en todas las provincias; los caminos públicos, convertidos en vastas soledades, manifestaban la interrupcion del comercio; el triste silencio de las ciudades indicaba la ausencia de sus más útiles é industriosos moradores; el labrador, el mercader y el artesano habian desamparado sus hogares por acudir á la comun defensa del Estado; las numerosas tropas que cubrian nuestras fronteras inundaban con su sangre las faldas de los Pirineos, y sombraban la tierra de huesos y de cadáveres; el furor belicoso de los enemigos talaba nuestros campos, triunfaba de nuestros ejércitos, ocupaba nuestras plazas, y se derramaba cual torrente impetuoso sobre nuestras provincias, miéntras que las ciudades interiores del reino resonaban con los lamentos de los huérfanos y de las viudas, y sus tímidos habitantes llevaban impreso sobre sus frentes el sello de la congoja y del abatimiento. Tal era el doloroso estado de nuestra patria, miéntras que una nacion astuta y ambiciosa soplaba el fuego de la discordia, y se empeñaba en destrozár los estrechos vínculos que nos habian unido por mucho tiempo á nuestros aliados. Deseosa de usurpar el imperio de los mares, se aprovechaba con ardid y sagacidad de esta feliz coyuntura para destruir con sus propias armas á sus rivales más poderosos, y elevar despues sobre estas ruinas su soberbia dominacion por todo el ámbito de la tierra; bien así como Filipo, bajo el supersticioso pretexto de vengar el sacrilegio cometido por los focenses contra el templo de Delfos, dividia los ánimos y los intereses de las repúblicas griegas para sojuzgarlas más fácilmente, y extender despues sus conquistas hasta las extremidades del mundo. España y Francia eran los dos únicos pueblos capaces de refrenar el orgullo de los modernos macedonios, y de ellos pendia absolutamente, no sólo su respectiva prosperidad, sino la quietud y sosiego de toda Europa. Y si éstos se debilitaban entre sí mutuamente, y convertian uno contra otro las fuerzas que debian reservar para su comun defensa, ¿quién osaría en adelante resistir á sus numerosas escuadras, quién arrancarles el tiránico monopolio del comercio, quién abatir su altivez y contener su ambicion insaciable? «Éstas serian, sin duda, las profundas consideraciones del memorable ministro español que dictó la paz de 1793. Paz feliz y venturosa, capaz de restituir la fertilidad á nuestros campos, la industria á nuestras ciudades, la actividad á nuestro comercio, y la felicidad á nuestra nacion;

paz importante, que no sólo podía asegurar la tranquilidad de España, sino el futuro reposo de toda la Europa; paz gloriosa á nuestra patria, porque fué ella entre todos los pueblos beligerantes casi la primera que reconoció solemnemente la independencia recíproca de las naciones; paz, en fin, cuya memoria ennoblecerá perpétuamente el nombre del que la dictó; porque, detestando la falaz y artificiosa política de otros gabinetes, sacrificó generosamente las vanas y ruinosas esperanzas de engrandecimiento á los benéficos designios de la prosperidad general (1). Y si el oficio de la poesía es convidar á la gloria con la celebridad de grandes ejemplos, ¿qué mayor ejemplo podía presentarse á la posteridad que el de un bienhechor del linaje humano? ¿Por qué las Musas, tantas veces empleadas en solemnizar las guerras, los asedios y las victorias, no habian alguna vez de cantar la paz, dón precioso del cielo, y manantial inagotable de felicidades? ¿No es por ventura más digno de la gratitud pública el que conserva á los hombres que el que los destroza; y no es la beneficencia la virtud más útil, más excelsa y más recomendable á los ojos de los verdaderos filósofos? FORNER lo era, y por lo mismo la ensalzó majestuosamente en su canto de *La Paz*, en que no pueden dejar de admirarse la armonía y sonoridad de los versos, la maravillosa eleccion de las palabras, la energía, nobleza y propiedad de las locuciones, la dignidad de los pensamientos, la sublimidad de las imágenes, las gentiles imitaciones de los más célebres poetas, y todas las bellezas propias de la grandeza épica, destinada desde el origen de los siglos á inmortalizar el nombre de los héroes, y excitar á los demas hombres al ejercicio de las virtudes (2). Así es como FORNER consagraba todo el fruto de sus tareas en beneficio de la patria, y llenaba las obligaciones que habia contraído con ella como poeta, como humanista y como filósofo.

Y ¿acaso fué ménos exacto en desempeñar las que le imponia el sagrado carácter de la magistratura? Díganlo los míseros y desvalidos litigantes que experimentaron siempre su dulzura y su afabilidad; díganlo los inocentes oprimidos á quienes salvó de la persecucion y de la calumnia; díganlo los delincuentes y facinerosos en cuya correccion y exterminio trabajó con constancia infatigable; dígallo el tribunal de Sevilla, en que se oyeron muchas veces sus enérgicos discursos, dirigidos á defender los derechos de la soberanía, á sostener el imperio de las leyes y á proteger la seguridad de los ciudadanos; y díganlo, en fin, sus mismas obras, en que ventilando las controversias más célebres de nuestra jurisprudencia, acreditó á un mismo tiempo su instruccion profunda en la ciencia del derecho, y su ardiente amor á la humanidad.

Los procedimientos criminales, ó lo que es lo mismo, los medios de averiguar los delitos para imponer la pena á los verdaderos reos, son sin duda la parte más ardua y delicada de la legislación, como que en ellos están envueltos los bienes más importantes del hombre, á saber: la libertad, el honor y la vida. Así es que deben adoptarse y determinarse con tanta circunspeccion y prudencia, que ni la maldad se escape á la vigilancia de los magistrados, ni la inocencia se sienta jamas oprimida. FORNER, que habia meditado atentamente el espíritu de nuestras leyes sobre esta materia, y que habia notado los abusos introducidos en el foro, y canónizados con el nombre de costumbres, los impugnó vigorosamente, manifestando que no se derivaban de la sabia voluntad de nuestros legisladores, sino de la ignorancia de los pragmáticos.

Previenen nuestras leyes nacionales «que infamado ó acusado seyendo algun ome, lo pueda luego mandar recabdar el juez»; y estas sencillas palabras bastaron para que el antojo de los comentadores, confundiendo la custodia del acusado con su captura y encarcelacion, decidiera soberanamente que un ciudadano honesto puede ser conducido á un lóbrego calabozo por indicios frágiles, inciertos y remotísimos, tales como la deposicion de un testigo no idóneo. Las sábias

(1) La posteridad no ha sancionado este juicio poco elevado del señor Sotelo. El tratado de paz de Basilea (22 de Julio de 1795) es un monumento de imprevisión y de flaqueza.

(2) El *Poema de la Paz* es la obra poética maestra de FORNER. En ella mejoró notablemente su carácter, para lo cual lo estuvo templando muchos dias con la continua leccion de Bernardo de Valbuena, cuya abundancia y copia consiguió igualar, añadiéndole su fuerza y energía natural, de que carecia Valbuena. Las descripciones de la paz, de la guer-

ra, de los destrozos de la impiedad, etc., arrebatan el ánimo, lo conmueven y lo deleitan; y FORNER de tal suerte copió las bellezas de Valbuena, que el retrato es superior al original, como conocerá fácilmente cualquier lector inteligente é imparcial que quiera cotejarlos. Sólo aquella octava *Quedó el cielo sereno* es bastante para manifestar que el canto de la paz es una produccion de un poeta de primer orden, al cual podría tal vez faltar el esmero en el trabajo, pero no la grandeza y energía de ingenio ni la vivacidad de imaginacion.

leyes de Roma, trasladadas despues en el *Código de las Partidas*, establecieron confiscaciones contra los reos «ausentes, citados y condenados á esta pena por su rebeldía en no comparecer»; pero los intérpretes, alterando el sentido de estas leyes, y tal vez trastornando sus palabras, han enseñado con imperioso magisterio «que puesto el reo en la cárcel, debe el juez embargar todos sus bienes para evitar que se oculten y perezcan»; que vale tanto como decir que debe atentarse sacrilegamente contra el sagrado derecho de propiedad, privando de ella al aparente reo ántes de constar si es merecedor de perderla.» Estos perniciosos errores, no sólo opuestos al sosiego y libertad de los particulares, sino á las leyes inalterables de la naturaleza, y al fin de las sociedades civiles, debian ser rebatidos y desterrados por un magistrado á quien tocaba por la misma índole de su ministerio defender la seguridad de los ciudadanos y proteger los inviolables derechos de la humanidad; y ved aquí tambien el motivo que le estimuló para escribir sus nuevas consideraciones contra la tortura; materia controvertida ya de antemano por un inmenso número de escritores, y en que por lo mismo parecia inútil insistir. Pero no hay argumento, por árido y agotado que aparezca, en que no pueda adelantar y trabajar útilmente un talento profundo y elevado; y así es que en el discurso de FORNER se encuentran nuevas reflexiones y racionios, que añaden mayor peso y autoridad á la comun opinion. La vasta instruccion que habia adquirido en la historia de nuestra legislacion, y en las de las naciones más ilustres de la antigüedad, cuyas leyes ha copiado en gran parte la moderna Europa, le suministró pruebas eficaces y decisivas para demostrar prácticamente la falibilidad de la confesion arrancada en el tormento, y la desconfianza con que siempre la escucharon los mismos pueblos que adoptaron su uso; fundado en los más sanos y sólidos principios de la moral, convenció que la tortura era absolutamente incompatible con ellos, pues que no pudiendo producir más que un solo acto indiferente cuando surte el efecto á que se endereza, son innumerables los injustos, inicuos y perniciosos que de ella pueden originarse; y últimamente, habiendo meditado atentamente el espíritu de nuestra legislacion criminal, y comparado entre sí diversas leyes del *Código de las Partidas*, notó entre ellas una indisoluble contradiccion. El sabio legislador de Castilla prohibió la imposicion de la pena de muerte y de perdimiento de miembro, si el delito no estaba averiguado con testimonios ciertos, demostrativos, irrefragables y claros como la luz; confesó que el tormento sólo producía una prueba equívoca y conjetural, y quiso, con todo eso, que fuera condenado el que confesaba sus crímenes sobre el potro. Y ¿qué implicacion más manifiesta que negar la fe á un testigo idóneo, libre y desinteresado, y dar crédito á las palabras de un reo agitado y forzado con el miedo de unas angustias quizá más acerbas que la muerte misma? ¿Qué inconsecuencia más palpable que despreciar los indicios intrínsecos, nacidos de la naturaleza y circunstancias de los hechos, y autorizar una presuncion meramente extrínseca, que sólo tiene relacion con la habilidad del verdugo, con la vehemencia de los dolores, y con la sensibilidad ó fortaleza del que los padece? Pero la ley autorizó esta contradiccion, y la práctica la ha mantenido con tenacidad, prevaleciendo la pertinacia de los leguleyos á los gritos de la sabiduría, á los clamores de la razon y á los desengaños de la experiencia. Subsiste la ley, dicen, y debe observarse. Mas ¿por qué ha de observarse con tan nimia rigidez una ley evidentemente contraria á las ideas del mismo que la dictó, y destructiva de todos los principios de nuestra legislacion criminal? ¿Por qué se ha de creer obligatoria una ley cuyas sólidas y frecuentes impugnaciones están autorizadas con el sabio y expresivo silencio de nuestros humanísimos monarcas? ¿Por qué los pacíficos ministros de la justicia no han de advertir incesantemente á su clemencia y autoridad soberana las consecuencias funestas y horrosas que de ella se derivan? Son los magistrados los ojos de la soberanía; y si estos ojos no miran con atencion, no observan con vigilancia, no discernen con claridad, la justicia fluctuará perpétuamente entre la turbulenta confusion de interpretaciones versátiles, y sujetas al juicio, á la crítica y á las opiniones particulares de los jurisconsultos. No sucede en la ciencia del derecho lo que en aquellas que dependen puramente de la especulacion del entendimiento, y cuyos principios permanecen siempre inalterables. Las leyes civiles tienen una relacion tan íntima con la índole y circunstancias políticas del Gobierno, con el carácter y costumbres de los ciudadanos, y hasta con las mismas preocupaciones vulgares, que si los depositarios de la autoridad suprema no aplican una perenne vigilancia para ajustarlas y adaptarlas á la actual constitucion del Estado, léjos de promover la felicidad de los hombres, la irán aniquilando lentamente. La continua meditacion de estas relaciones pertenece casi exclusivamente á los magistrados, porque la atencion del Monarca, distraida y como anegada en el inmenso piélago de los negocios, no puede de-

dicarse á una observacion que es de suyo tan difícil y escabrosa como manifiestan los cortos progresos que ha hecho en la dilatada serie de los siglos.» Así es que habiéndose reducido á principios fijos la mayor parte de las ciencias, la legal ha permanecido casi enteramente subordinada al arbitrio de sus profesores, á pesar de los generosos esfuerzos del inmortal Montesquieu, el cual como no pudo adivinar ni prever las infinitas modificaciones de que es capaz una sociedad civil, no pudo tampoco establecer cánones universales y acomodados á todas las legislaciones posibles. V. S. Ilma. conoce estas enormes dificultades de nuestra profesion, y, para evitarlas en lo posible, meditó la formacion de unas Instituciones de Derecho español, en que se expusiesen metódicamente los elementos primordiales de donde se deriva la propagacion sucesiva de todas sus consecuencias, y se dictasen á los magistrados, á los juriscultos y á los ciudadanos reglas ciertas y seguras para aplicar, interpretar y observar religiosamente las leyes. Era éste, sin duda, un proyecto importantísimo á todas las clases y miembros del Estado, y por lo mismo debian ser todos consultados y excitados á comunicar sus luces sobre su ardua y difícil ejecucion; y en efecto, fueron convidados á esta empresa todos los sabios nacionales y extranjeros con el aliciente de un premio honorífico, y con la esperanza de la pública gratitud. No necesitaba FORNER de unos estímulos tan eficaces para trabajar gustosamente en beneficio de la patria, y deseoso de mejorar y perfeccionar el estudio de nuestro derecho, y de reducirlo á un corto número de axiomas fundamentales á que se pudiese recurrir en la decision de todas las dudas y controversias, empezó desde luego á meditar los medios más oportunos para conseguirlo; pero muy en breve se presentaron á su imaginacion una multitud de obstáculos tan graves y tan insuperables, que casi imposibilitaban de todo punto la ejecucion de sus ideas; «porque, ¿cómo podian formarse las instituciones de una ciencia que carece absolutamente de orden, regularidad y armonía, y cuyas materias no componen un cuerpo completo de doctrina? ¿Cómo podian ordenarse y exponerse con método y claridad sus principios, si éstos son dudosos, vagos, perplejos y fultos de precision y de seguridad? ¿Y no es éste por ventura el estado actual de la jurisprudencia española? Es verdad que tenemos leyes, y leyes muy abundantes y muy sábias, y muy dignas de la prudencia legislativa de los monarcas que las dictaron; pero que habiendo sido establecidas en diversos tiempos, y acomodadas á circunstancias y fines muy diferentes y aún opuestos entre sí, forman un laberinto tan intrincado y tan oscuro, que no basta á penetrarlo el ingenio más profundo y perspicaz; tenemos códigos, pero entre ellos hay unos de autoridad incierta y dudosa, otros inútiles en gran parte, otros diminutos y escasos de lo que se necesita para el presente sistema de administracion, y otros indigestos, confusos, complicados, difíciles al estudio y arduos para la pronta expedicion de las causas; ha criado España doctores y letrados en número interminable, pero en todos sus inmensos volúmenes reina con predominio absoluto el imperio de la opinion, y apenas se encuentra una verdad constantemente admitida, una máxima sin contradiccion, una decision no repugnada por otra absolutamente contraria. Á pesar, no obstante, de estas arduas dificultades, no desmayó FORNER en su propósito generoso, y prescindiendo de las nulidades intrínsecas de nuestra jurisprudencia, delineó el método que debe aplicarse para que reciba en lo posible forma de arte, y salga de la turbulencia y confusion en que se halla sumergida. Pero considerando los notables defectos de que adolece la division de los objetos del derecho adoptada por Tribonian, y copiada despues casi universalmente por los institutistas, redujo todo el sistema legislativo á estos tres principales artículos: oficios, dominio y contratos; y habló, últimamente, de los juicios como de un objeto externo y accidental, aunque necesario para que los otros subsistan. El tratado de los oficios abraza las relaciones reciprocas de todas las personas deducidas de su estado, cualidades y ministerios; en el del dominio se incluyen los modos de adquirirlo y perderlo, y los diferentes derechos que produce segun la diversidad de su naturaleza; en el de los contratos todas las solemnidades que deben observarse en su celebracion, la índole y carácter de cada uno, y las obligaciones que de ellos se derivan; y últimamente, en el de los juicios, todos los medios que han establecido las leyes para conservar los derechos de los ciudadanos, y el tiempo y requisitos con que deben usarse.»

Este plan recomendable y digno del mayor aprecio por la novedad de su organizacion, lo es todavía más por la vasta extension de materias que comprende. Contempló FORNER que el ceñir el estudio de la jurisprudencia á las simples nociones del derecho privado, era lo mismo que oscurecer el esplendor de esta ciencia sublime, convertirla en un mecanismo frívolo y mezquino, y degradar á sus profesores á la clase de rúbulas y leguleyos, que ignorando el espíritu de las le-

yes, y el enlace y armonía que éstas tienen con la constitucion pública del Estado, sepan sólo fraguar fórmulas y estratagemas cavilosos para torcerlas á su voluntad y hacerlas servir á sus preocupaciones y caprichos; y deseoso de que en las nuevas instituciones se reformase este abuso, introducido por la ignorancia y sostenido por la malignidad, estableció en su plan los elementos del derecho público universal y particular de España, y esto con tanto orden, método y claridad, que si algun dia llega á ejecutarse debidamente, él solo bastará para dar una cabal idea de todo nuestro sistema legislativo, y para que la posteridad reconozca la justa razon con que este sabio Cuerpo premió el mérito de su autor. Pero era éste tan sobresaliente, y tan notorio ya en toda la nacion, que nuestro ilustrado Gobierno lo creyó digno de más alta recompensa; y elevándole á la fiscalía del Supremo Consejo de Castilla, dió á un mismo tiempo un testimonio solemne de su justicia, y unos evidentes indicios de las esperanzas que tenía concebidas de su literatura y de su ingenio.

Conoció FORNER toda la grandeza del beneficio que acababa de recibir de la liberal mano del Monarca, y las estrechas obligaciones que habia contraído en su nuevo ministerio, y supo desempeñarlas con todo el acierto, celo y exactitud que convenian á un magistrado recto, á un jurisconsulto sabio y á un filósofo profundo. Su eficacia y actividad en la breve expedicion de las causas, la dulzura y afabilidad de su carácter, su aplicacion constante é infatigable, su amor ardiente del bien público, su energía vigorosa para defender los derechos de la soberanía, sus vehementes anhelos por la prosperidad universal del Estado, sus vastos designios para promoverla, y en fin, la extremada prudencia y sabiduría que acreditó en los negocios más difíciles y arduos, son unos hechos bien sabidos de muchos de los que me escuchan, y de que podria yo daros pruebas muy convincentes, si fuera siempre lícito revelar los secretos de la amistad. Mas ¿deberé acaso pasar en silencio los particulares motivos que harán siempre preciosa su memoria entre los individuos de este ilustre Cuerpo? Vosotros, Señores, que le elegisteis por su presidente, conociendo cuánto podia contribuir con sus luces á nuestros progresos literarios, sabeis tambien el derecho que tiene á nuestra gratitud. Vosotros le visteis asistir á nuestras juntas con toda la frecuencia y puntualidad compatible con sus inmensas ocupaciones. Vosotros le oísteis discurrir con profundidad sobre los puntos más intrincados de nuestra historia y nuestra legislacion. Vosotros recibisteis de su boca doctas instrucciones sobre el estudio de la jurisprudencia, de la política, de la elocuencia forense, y de las demas partes que constituyen á un perfecto jurisconsulto; vosotros supisteis los proyectos que meditaba para engrandecer esta Real Academia y propagar su nombre por todo el ámbito del reino; y vosotros esperábais coger muy en breve el fruto de vuestra acertada eleccion..... Pero el término de los dias de FORNER era llegado, y se acercaba ya el instante fatal que habia de burlar todos nuestros deseos, y frustrar las esperanzas de la patria. Una enfermedad peligrosa, de que habia adolecido desde su juventud (1), le acomete, le postra, y le conduce aceleradamente al sepulcro; pero él espera este momento espantoso con la tranquilidad y resignacion propias de un filósofo cristiano. Recibe con ternura y devocion los últimos sacramentos de la Iglesia, procura templar con sus palabras el desconsuelo de su desolada familia, sufre con serenidad y constancia los acerbos dolores que le atormentan, da en el último periodo de su vida un testimonio ilustre de su amor á la humanidad (2), y desaparece al fin de entre nosotros el dia 17 de Marzo, á los cuarenta y un años de su edad.

Murió FORNER, y con su muerte perdieron las Musas un discípulo insigne, las letras un profesor eminente, la filosofia un patrono fervoroso, la justicia un ministro íntegro, la patria un ciudadano benéfico, la religion un defensor acérrimo, nosotros un presidente sabio, y la nacion toda una antorcha luminosa. Murió; pero la memoria de sus virtudes y de su sabiduría será trasladada á la posteridad, y excitará su admiracion y su agradecimiento; su nombre permanecerá escrito en los fastos de nuestra literatura, y recibirá siempre los elogios merecidos; su fama triunfará gloriosamente de la envidia de sus émulos y del trascurso de los siglos; y la patria, la filosofia y la amistad llorarán amargamente su pérdida y publicarán sus alabanzas.

(1) Muchos años habia que padecia un afecto hipochondriaco, que le acometia de cuando en cuando y le causaba unas palpitaciones muy extraordinarias y molestas. Y este mismo accidente fué el que le causó la muerte, segun el dictámen de los facultativos que le asistieron,

(2) En los últimos momentos de su vida llamó á don Antonio Franseri, y le hizo observar los extraordinarios síntomas que padecia; advirtiéndole que se aprovechase de estas observaciones para otra ocasion semejante.

Y tú, varon virtuoso é ilustrado, si las débiles voces de los hombres pueden penetrar hasta la silenciosa morada de los muertos, y si sus votos merecen ser oídos de los que habitan la mansion eterna de la inmortalidad, recibe este sencillo homenaje, que te consagra nuestra gratitud y nuestro dolor; tu mérito y tu talento te han hecho digno del respeto y estimación pública, y nosotros deseamos satisfacer ántes que todos esta deuda sagrada. Reconocemos todos los beneficios de que te somos deudores, y jamas los olvidaremos. No se borrará nunca de nuestros pechos la ilustre memoria de tus virtudes; y siempre que oigamos pronunciar tu agradable nombre, «éste fué, nos diremos, nuestro Aristides, que unió á la integridad de magistrado la sencillez, el candor y el patriotismo; éste nuestro Sócrates, que, confundiendo á los audaces sofistas, fué el blanco de su rencor y de sus calumnias; y éste nuestro Anacársis, que por haber ilustrado á su patria sufrió más de una vez la persecución de los ignorantes.»

JOAQUIN MARÍA SOTERO.

POESÍAS. ⁽¹⁾

ODAS.

I.

Á DAMON (2).

Damon, ya su carrera
Dilata Febo, y en alegres días
Al campo halaga su esplendor risueño.
El encogido ceño
Huyó del tardo hielo á las nimbrias
Regiones del Trion do persevera
El lento paso del nevado Enero,
Y avaro el sol se niega á su hemisfero.
Claveles derramando,
Y alhelios y rosas en distinta
Copia el Mayo gentil por el Oriente,
Con sonrosada frente,
Y mano docta que los prados pinta,
Festivo ya y ufano va asomando:
Risueño escapa el arroyuelo al río,
Y susurra frondoso el bosque umbrío.
Y la cítara anima
Batilo, y á su voz en vago vuelo
Mil avecillas corren, que traviesas,
Saltando en las espesas
Ramas, le siguen dulces: brota el suelo
Mullida grama en abundancia opima;
Donde sentado el simple pastorcillo,
Canta las penas de su amor sencillo.
Al soplo impetuoso
Del soberbio águila no brama hinchado,
Ni azota el mar de Cádiz su alto muro;
Ya con timon seguro

La riqueza de Oriente en leño osado
Cruza sin miedo el piélago espumoso,
Y restituye el gozo á su semblante
El avaro temor del mercadante.
Ríe naturaleza
Con floreciente vida en cuanto abraza
El ancho cerco de su esfera pura.
De su vária hermosura,
Cuando paze, ó festivo se solaza,
Goza del bruto la feliz rudeza:
Goza dichoso el ámbar de las flores
Y el ardiente matiz de sus colores.
Goza el reir sonoro
Del bullicioso céfiro, y derrama
La vista por el diáfano horizonte.
Allá le ofrece el monte
Poblada cumbre, que, á la roja llama
Del sol, brilla bordada en grana y oro,
Y el líquido cristal que entre sus peñas
Mana y baja saltando por las breñas.
Acá en verde llanura
Solitaria floresta, cuya pompa
Mancha de sombras el luciente suelo.
Allí mora del cielo
La soberana paz, sin que interrompa
Su celestial sosiego la amargura
Con que, afanado en turbulencia impía,
Se aflige el ciudadano noche y día.
¡Qué ingrato, con los dones,
Damon, del cielo, á sus recreos puros
Trucea el mortal el gozo de sus viejos!
Livianos desperdicios
De su malicia son vanos ó impuros
Cuantes, preso entre miserias pasiones,
Gusta placeres en enjambre urbano,
Consigo mismo y con su bien, tirano.
La luz del nuevo día
Le llama, no á mirar del alba hermosa
La rosada venida por Oriente.
La sombra al Occidente
Su manto encoge y huye presurosa,
Y las obras de Dios con gallardía
Van ostentando su esplendor diverso
En la vaga region del universo.
De ellas no cuidadoso,
Corre á engolfarse en inquietudes locas,
A que le instiga el interés malvado.
En tropel obstinado
Suenan las calles como, en altas rocas,
Sordo murmura el ábrego rabioso;

(1) Casi todas estas poesías se conservaban inéditas en el archivo de la familia de FORNER, y han sido copiadas de los borradores autógrafos.

De estos borradores de FORNER sólo hemos suprimido algunas composiciones de la primera juventud, en las cuales, por la trivialidad del concepto y la inseguridad del estilo, se traslucen demasiado el poeta principiante. Antónces el nombre poético de FORNER solía ser *Piero*. Más adelante prevaleció el de *Aminta*. *Silvia* reemplazó asimismo á *Filena*.

Igualmente hemos suprimido, por exceso de familiaridad chocarrera, algunas composiciones cuya copia se conserva en la Biblioteca Nacional, y por insignificantes, varios fragmentos. Hay, entre éstos, algunos versos de una oda á la *Impiedad*, y de otra á la *Fortuna*, y trozos de dos poemas, *El Buen Gusto* y *La Pedagogía*.

(2) Don Pedro Metala.

Y aguijada del ansia, turba inquieta
Se derrama al afán que la sujeta.
Al templo turbulento
De Témis parte acude; infeliz parte,
Que el fraude anima ó el error desnuda.
Con máscara de duda
La discordia feroz allí reparte
Mortífera ponzoña en largo aliento,
Y luchan por el hálito inhumano
Padre con hijo, hermano con hermano.
Parte al palacio vuela,
Y el agudo temor vuela con ellos,
Compañero molesto de sus gustos:
Celos, envidias, sustos
Abrigan anchos los salones bellos,
Y la ambición, asida á la cautela,
Monstruos cria de hipócritas semblantes,
Abatidos á un tiempo y arrogantes.
Síguelos á la mesa
Después de tal delicia, y de la gula
Verás hazañas en voraz estrago:
Como en espeso lago
Cadáveres el vientre en sí acumula,
Donde es del gusto acreditada empresa
Rendir el juicio al bacanal veneno,
Y cercenar la vida en largo sueño.
Al ocaso declina
La luz, y de ella sólo en cristal breve
Usa torpe casada en ocio vano;
El adorno liviano
Del largo día la carrera embebe;
Adultera la tez, el talle afina
Para que inspire en las sobrantes horas
La mentida beldad ansias traidoras.
¿Qué debe á las ciudades,
Damon, la alma virtud? ¿Qué la inocencia?
¿Qué el honesto candor de limpios pechos?
Debajo de sus techos,
Fraudulenta ó pomposa, la insolencia
Hierva pródigamente en vanidades,
Y con ellas se goza, cual su pena
Templa el cautivo al són de la cadena.
Huye del cautiverio,
Y entrega al desahogo deleitoso
Del vario campo la oprimida mente:
En él nada te miente:
Si te agrada la pompa, en el frondo, o
Bosque te abisma, y del divino imperio
Adorará la natural grandezza,
Sin que á miedo te obligue ni á vileza.
Si las delicias amas
De espectáculo bello, con deleites
Te brinda el prado de verdad hermosa:
La violeta, la rosa
No brillan, no, con pérfidos afites:
No liba, no, de sus lucientes ramas
Sucios barnices la dorada abeja,
Ni miente fresca edad la planta vieja.
Allí nunca oprimido
De la envidia serás, porque te es dado
Crecer la gloria de tu patria un día,
No en bárbara, no en fría
Lisonja el dón celeste profanando
De orgulloso desden dure ofendido:
El cielo escuche tu sonora lira,
Que él conoce el valor de lo que inspira.

II.

No me aqueja, fortuna,
No me acongoja el mísero tormento
De tu mano importuna,
Ni dolorido acento
Mostrará que es cobarde el sufrimiento.
Al umbral pavoroso
De la dura mansion del orco oscuro,
Con plácido reposo,
Bajaré más seguro
Que tarda sombra de tirano impuro.
¿Qué pálidos temores
Mi paso detendrán? Yo ni, en dorados

Techos, tristes sudores
De súbditos postrados
Derramé en usos torpes ó malvados.
Ni de la flaca Astrea,
Sacerdote venal, órgano injusto,
La virtud hice rea;
Ni poderoso adusto
Leyó en mi ceño el infeliz su susto.
Sencilla medianía,
Dón de los dioses, al rigor me niega
De la ambición impia,
Ni otro mortal me ruega,
Ni humilde á hablarme la virtud se llega.
¡Oh pacífico techo!
Lares humildes de virtud dichosa,
En donde ni el despecho,
Ni la envidia rabiosa
La paz de mis deseos turbar osa.

III.

TRADUCCION DE LA ODA III DEL LIBRO II
DE HORACIO.

Pues presa de la muerte
Has de ser, Delio, al fin, guardar procura
En la funesta suerte,
No ménos que en la próspera, segura
De inmodesta alegría,
La mente inalterable noche y día.
Ya vivas perseguido
De importuna tristeza, ó ya risueño,
De placeres ceñido,
Hinchando el hondo vaso el halagüeño
Falerio, que conserva
La reservada cava en blanda hierba,
Te goces reclinado
Lejos de la ciudad, do á las ufanas
Ramas de un plateado
Alamo se entrelacen las lozanas
De un pino corpulento,
Y su sombra convida al fresco asiento;
Y donde alegre y viva
De arroyuelo fugaz linfa sonora
La marcha fugitiva
Serpando apresure. Aquí de Flora
Haz; ¡oh Delio! que lleven
Cuantas delicias de su copia llueven.
Haz que lleven ungientos,
Delicias del olfato; alegres vinos,
Sabrosos, no violentos;
Haláguente maticos peregrinos
De la efímera rosa,
Y haz; ¡oh Delio! tu vida deliciosa,
Mientras que lo permiten
Tus muchos bienes y tus dulces días,
Y las Parcas omiten
Cortar el hilo de tu vida; impías
Cortaránle luego
Sin que se ablanden al humilde ruego.
Y entonces la adquirida
Tierra forzado dejarás, la casa,
Y la granja lamida
Del Tiber rojo; y poseerá sin tasa
Un heredero ansioso
De tu tesoro el cúmulo asombroso.
El rey del orco horrendo
No distingue de estados; que de anciana
Progenie descendiendo,
Sus riquezas heredes, que villana
La suerte te castigue,
Y vil plebeyo á mendigar te obligue,
Bajarás al averno,
Y bajaremos todos; inviolable
Para el destierro eterno
La urna á todos nos mueve; inexorable,
Más tarde ó más temprano
A él nos lleva Caronte el inhumano.

IV.

EN LOS DÍAS DEL REY DON CARLOS IV.

Hoy es el fausto y venturoso día
En que el rápido giro de los años
Tu nombre augusto á tu naci6n renueva,
¡Oh Carlos! y hoy con pia
Veneracion al Rey omnipotente
Votos tu pueblo agradecido eleva,
Que, segura de daños,
Hagan en tí su imágen permanente.
Que en tí viva su imágen, coronando
Las virtudes tu frente, hoy que hermanadas
Cercan tu trono en la solemne pompa.
Que su divino bando
Nunca te arranque infausta desventura,
Ni su voz en tu s6lio se interrompa:
De tí siempre adoradas,
Adorado serás con mente pura.

No estrépito feroz de horrenda guerra
Labre tu gloria, ni á futuras gentes
Vaya envuelto tu nombre en mortandades.
¡Ay! desolar la tierra,
Por ánsia de ambicion facinerosa,
No es, oh deidad de Iberia, de deidades,
Ni á la muerte inclemente
Nunca un padre á sus hijos llevar osa.

Tal España venera tu ternura,
Y al padre augusto de la patria ofrece
Holocausto inmortal de fe debida.
Tu nombre así asegura
Dulce y tierna memoria en los anales
De la adorable paz, donde esculpida
Ya viva resplandece
Tu gloria, opuesta á tan funestos males.
Sirvan de alfombra á tu benigna planta
Las que en reposo próspero produce
El ancho y fértil cerco de tu imperio.
Rige el arado y canta
A tu nombre la gala el venturoso
Labrador, que enriquece tu hemisferio;
Y en su semblante luce
Del amor á su rey rayo gozoso.

Entra despues en sus felices lares,
Y allí ve la abundancia, alegre fruto
De su trabajo y de su afan paterno.
Sus hijuelos á pares
Le ciñen, y con lágrimas festivas
Los abraza, y con ellos, por tributo
De tu amable gobierno,
A tu nombre consagra tiernos vivas.

Y «viva (dice) el grande soberano
Por quien España ve su frente amena
De espigas y de frutos coronada!»
El progreso inhumano
Del impio tiempo reverente honore
Su memoria, á los siglos trasladada;
Y de respeto llena,
Siempre así vuestra voz, hijos, le adore.

La aclamacion repiten, resonando
En cristalinas grutas, ninfas bellas
Del uno y otro mar que á Iberia abarca.
Al viento desplegando
El pacífico lino, del Oriente
Conducen dones al feliz monarca,
Que con sus manos ellas
Al puerto los impelen blandamente.

Así naturaleza el justo celo
Respetas, y así pr6vida derrama
Los bienes con que brinda á los mortales;
Y así el volver del cielo
Reproduzca tu nombre, y con su gloria
De la naci6n las dichas inmortales,
De cuya amable fama
Dura siempre adorada la memoria.

(1792.)

V.

POR LA BUENA MEMORIA DE SAFO (1).

Triste coplero, que la cumbre excelsa,
No profanada de ignorante tropa,
Con cascabeles y cencerros toscos

H6rrido turbas;
Tú, que del Pindo las cavernas santas
Con eco infausto de maligno estruendo,
Haces, indocto, que retumbe ronco,
Bárbaro acento;

Huye, infeliz, á la region remota
Donde de Febo el rubicundo rayo
Niega á la tierra su benigno influjo,
Sus luces bellas.

Allí te escuchen agoreros buhos,
Ciegas lechuzas de espantable gesto,
Lúgubres cuervos, que con su graznido
Te solemnicen.

Huye, que Apolo vengativo vibra
La flecha invicta que los monstruos doma;
Huye; no llegues al sagrado Pindo,
No le profanes.

Celoso el númen de su culto puro,
Venga implacable sacrificios torpes,
Cuando á su templo la ignorancia osada
Guia su paso.

Midas lamenta, en memorable ejemplo,
Pena risible de su oreja ruda,
Ya de sus sienes la corona régia
No sube en rayos.

En rayos suben de su sien jocosa
Largas orejas, que á su pueblo ofrecen
Asno monarca; del pomposo trono
Triste ignominia.

Tú, que del Pindo destemplar osaste
La sacra lira, y el divino plectro
Con que los orbes á su acento mueve,
Manoseaste,

Teme que airado, con mayor castigo,
Siempre en tus sienes duplicados rayos,
Con que te ofrezca al español imperio
Asno poeta.

VI.

Á SU AMIGO DON PEDRO ESTALA.

No hay otro medio de agradar al cielo,
que el seguir el camino de la virtud.

En vano espera en su mortal desvelo
Bienes el hombre que promete el cielo,
Si á la lumbre divina
No vuelve el paso que al despeño inclina.
En altar inocente
No tiene precio el voto delincuente;
Ni á la deidad del orbe,
Que á su albedrio mueve,
Súplica habrá que á su justicia estorbe,
Ni ofrenda vil que á la piedad la lleve;
Que en sacrosanto templo
La víctima más santa es el ejemplo.
Goma sabéa en llama desatada
Torna tan sólo la deidad ahumada;
Intencion generosa
Tornará de airada en amorosa.
El santo simulacro
No por la goma ó por el humo es sacro.
Ni á mis ojos el cielo,
Ni á mi razon el mundo,
Debe el espacio de su inmenso velo,
Debe el vigor de su poder fecundo:
El ente, así, sin coto
No toma el sér del insolente voto.
Fiado en macedónica falange,
El Áxio deja y se abalanza al Gange

(1) Fué escrita con motivo de unos versos publicados en el *Diario de Sevilla* (1792), malamente llamados *ad3cos*. Se imprimió en el mismo *Diario* con el seudónimo *El Forastero*.

Al són de trompa ardiente
El domador de la persiana gente.
Envidia á Jove el culto,
Y él á sí propio se consagra un bulto.
De celo no diverso
Colmar sus aras trata,
O porque hace infeliz al universo,
O porque injusto á sus amigos mata;
Pidiendo sacrificios
Porque con pompa ejercitó los vicios.
Al no violado mar el peso oprime
De ingenuo tronco que al embate gime,
No ya en selva sombría,
Del viento y agua, á quien su peso fia.
Temeridad avara
En él se encierra, porque en él prepara
De lejanas regiones
Encerrar la riqueza;
Lleva á su patria los buscados dones
Que á su suelo negó naturaleza,
Y virtud apellida
Lo que es audacia á la codicia unida.
La ley, docto Damon, que nos dirige
Siendo inmortal, á su sabor corrige
Un mortal miserable;
Si no altera, corrompe lo inmutable;
Y osadamente injusto,
Da á la virtud el aire de su gusto.
Fortaleza el guerrero,
Providencia el avaro,
Llama el herir de inexorable acero,
Llama el negar á la miseria amparo,
O en injusta pelea,
O en menester, que á la piedad voces.
Próvido el cielo ó vengativo, el celo
Dejó á los hombres de entender al cielo
Infructuosamente.
Si leyes puso, la razon prudente
En cumplirlas porfia,
Y hace de la virtud sabiduría.
Pero ¡ay! que trastornada
La ciencia en muchos juicios,
La de Dios averigua reservada,
Y hace sabiduría de los vicios;
Dos veces agravado
Por ser, tras no temido, averiguado.
Aras, bultos, saber y religiosa
Pompa, con que la plebe temerosa,
Curiosa ó delincuente,
Reverencia el poder omnipotente,
Superstición es vana
Si ofende al númen con accion profana.
A la inmensa Justicia,
Que sobre todos vela,
Sólo el justo es acepto, la malicia
En vano al templo por costumbre apela;
Que sólo á Dios adora
Quien con pureza en el altar le implora.

VII.

A UN CABALLO DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
PRÍNCIPE DE LA PAZ.

Hijo del aura leve, bruto ufano,
Que generoso, en diestra bisarria,
La razon equivocas con tu instinto;
Si no del sol el carro soberano
Guias fogoso, y de esplendor distinto
No iluminas el orbe en claro día,
Tu noble gallardía
A no menor destino
Te abrió ilustre camino;
No siendo racional, serlo mereces,
Y con rayo divino
También la tierra animas y esclareces.
Tú del Apolo, que á la Iberia alumbra,
Vivo y triunfal asiento, de su imperio
Reconoces la ley para tu gloria.
La mano que á su impulso te acostumbra,
Labra tu dicha, y de inmortal memoria
Ilustra así tu dulce ministerio.

Del tocoo vituperio
Que influye la rudeza,
Saliste á la belleza,
Que hoy en tus bríos mejorada admira
Sábía naturaleza,
Obra del alto dueño que te inspira.
Por él, airoso en la espaciosa arena,
Docto animal, con huella concertada,
Al geómetra, audaz la ciencia imitas;
O más fecundo, en variedad amena,
Por la cadencia á que tu pié limitas,
Giras, cítara muda, en la estacada.
Tal vez, si arrebatada
De ti mi fantasía,
Se absorbe en tu armonía;
En el compas de tu medido paso,
La dulce poesía
Conosco, y los hechizos del Parnaso,
Y ya la majestad de la alta trompa
En tu porte diviso, cuando grave
Mides la tierra con igual reposo;
O del coturno la animada pompa,
Cuando anhelante, rápido y fogoso,
Tu altivo aliento enardecerse sabe;
De la lira suave
Los fuegos me retratas
Cuando alegre desatas
En retozo medido tu ardimiento,
Y humilde luego acatas
Del suelo hispano al inclito ornamento.
¡Oh! ¡cuán robusta en tu luciente bulto
La majestad nativa resplandece!
¡Cuánto en la forma de tu especie cabel
Y ¡oh! ¡cuánto el arte á tu vigor inculto
Supo añadir espíritu suave,
Que á superior esfera te engrandee!
Cifrada en tí, aparece
La beldad lisonjera
Del hombre y de la fiera,
Mejorada con dobles atributos;
Y así con gloria entera,
Vienes á ser el hombre de los brutos.
Envidiárate Marte, cuando ardiente
Unes á su carro la fatal cuadriga
Que de horrisono espanto puebla el mundo;
Y Apolo á su carroza refulgente
Te enlazara también, cuando fecundo
Tuesta en los campos la dorada espiga.
A una y otra fatiga,
Ya en la lid polvorosa,
Ya en la gala amorosa,
Una y otra deidad dócil halláran
Tu fuerza ya industriosa,
Y en tí el triunfo y la gala aseguráran.
Mas tú, ni de la aurora, cuando ufana
Tife de rosa el despejado cielo,
El freno envidias que tachona el oro.
Destinado á grandeza soberana,
Eres apoyo al inclito decoro
Del varon inmortal, en cuyo celo
La dicha y el consuelo
Descansan de la tierra.
Tú, de la impia guerra
No animas, no, la rabia destructiva;
Tu dueño la destierra,
Y en tí tremola la sagrada oliva.
Y tú, engreído con el peso amable
Del que ambos mundos á su rienda ajusta,
No sólo le obedeces, mas le adoras.
Si á la brida te prestas, manejable,
Y al tacto fiel, ya entibias, ya acaloras
La planta firme y la cerviz robusta;
Entonces, con angusta
Pompa majestuoso,
Parece que gozoso
Dices, ardiendo en animado brío:
«La tierra su reposo
Debe, y su fausta suerte, al dueño mio.»
Mas tu gloria también, bruto obediente,
Hija es no de tí mismo; beldad ruda,
Sin cultivo felix, rústica yace.
Tu forma limpia, tu soltura ardiente,

El cuello dulce y noble, que al enlace
De la rienda sutil los aires muda;
La bella, aunque membrada
Corpulencia ligera,
Que al impulso se altera
De la pierna, que blanda te fatiga;
Fiero todo yaciera,
Bárbaro inútil, sin la ciencia amiga.
Así, en término igual, labra la gloria
Del mortal, y la suya inmortaliza
Quien le pule al mortal sus atributos.
¡Ah! ¡que la humana dicha es transitoria,
Y valen más los hombres que los brutos!
Deidad es quien sus mentes fertiliza.
¡Oh España! ya eternisa
Tus dichas la sincera
Fe del que hoy te modera.
El logra hacer los brutos racionales,
Y á los hombres que impera,
Los acerca á los seres inmortales.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

Un misero fiscal (1), penitenciado,
Pobre de bienes, y de penas rico,
A crúeles verdugos entregado,
Y ya de ellos ahito y satisfecho,
Ansia por pasar á otro derecho,
Que su suerte enderece;
Es muy justo, señor, y lo merece.
¡No vea, señor, que fuera
Un terrible dolor que yo saliera
A medio hacer de vuestra grande mano;
De vuestra mano, en quien se ven reflejos
De Dios, que no se cifie á los bosquejos?
Bienhechor soberano
Consuma sus hechuras,
Son lo que pueden ser sus criaturas;
Y este fiscal que á vuestras plantas llega,
Ya cuando en el dosel inexorable
La víctima señala,
Ya cuando miserable
Penas devora en su privado techo.
Mal está dentro y fuera del derecho.
Vos me hicisteis fiscal; hacedme ahora
Algo más: verbi gracia, consejero,
Ministro en Persia, ó cosa que lo valga.
Y no temais que de lo justo salga
Tan alto beneficio: si me estima,
Debe así mano firme, sin perjuicio,
Pues empezó á formarme, concluirme.
Y si á pedir me aplico,
No anciano aún, tan elevado puesto,
Yo, señor, os protesto
Que ojos tengo, narices, piernas, manos,
Tales como las tienen los ancianos,
Y diz también (y que es verdad discurro)
Que el pollino, aunque viejo, es siempre burro;
Que la vejez no presta suficiencia,
Y sin talento es vana la experiencia.
Acaso vuestra gloria,
Por aliviarme, vivirá en la historia
Con duracion eterna;
Que todo pasa al fin, todo fenece,
Huye y se desvanece;
Sólo no va á la tumba del olvido
El honor al talento conocido.
La mano que gobierna
Sin protegerlo, pasa como sombra
Y se nombra en su daño, si se nombra.
.....
Esto mandó mi musa
Que os dijera; cumplilo: si difusa
Salió un tanto la arenga y bachelilla,
Obligadme á que sea la postrera.

LA FELICIDAD HUMANA.

Octava.

Dulce felicidad, plácido fruto
Del honesto trabajo y virtud pura;
Suave alivio del mortal tributo
Que el hombre paga á la guadaña dura;
Tú, que desde el olimpo el atributo
Del eterno Criador á su criatura
Propagas, hermanando en tus destinos
Con frágil duracion dones divinos;
Si ofendida tal vez, con fuga airada
Te negaste á la tierra, ó porque ímpia
Aras erige á la ambicion malvada,
Que en el ajeno mal su dicha cria;
O porque infausto en la mortal morada
El ocio engañador, torpe se fia
A su infausta delicia el pecho humano,
Que vicios bebe en su placer insano:
Revoca el vuelo, y al ardiente voto
Préstate de mi voz; tu faz divina
Descienda alegre al deleitable coto
Que á Bétis cifie la onda cristalina.
Tu templo aquí con ánimo devoto
Frecuentan almas justas, que destina
El pródigo querer del cielo sacro
A celebrar tu augusto simulacro.
Tu inspiracion, tu influjo solicitan
Cuando á que goce de tus bellos dones
Plebe sencilla, con su ejemplo incitan
En docto afán, en útiles lecciones;
Que las miserables gentes siempre imitan
De la espléndida clase las acciones,
Y si los ricos la virtud cultivan,
A su pecho los pobres la derivan.
Así cuando de Roma floreciente
Duraba el alto honor, de la loriga
Se desnudaba el consúl prepotente,
Para segar su cultivada espiga;
La robusta virtud, del eminente
Ejemplo propagada, á la fatiga
Crió los pechos que el Oriente hollaron
Y el mundo al Capitolio encadenaron.
No en vano liberal naturaleza
Con fecundo vigor los campos viste,
Y no en vano de insípida rudeza
Dota los dones con que al hombre asiste;
Sábía cuanto benigna, su largueza
A sazonar los frutos se resiste;
Para que viva el hombre el fruto envia,
Para que viva bien, toco le cria.
Que el ocio brinda al vicio, y embriagado
El mortal en su copa, degenera
Del sér excelsa, del sublime estado,
Que le hace digno de la eterna esfera.
Mientras hunde en el surco el corvo arado,
No roba, no asesina, no auditera;
Al bruto basta sin cultivo el fruto,
Porque nunca corrompe el ocio al bruto.
De este modo labró la dicha humana
El soberano Autor, á cuyo mando
Luce en rayos de nácar la mañana,
Y convida la noche al sueño blando.
Aquella, apenas lúcida y ufana
Por las puertas de Oriente va asomando,
Al hombre enseña el patrimonio augusto
Que á su virtud conviene y á su gusto.
Entonces de su esposa el casto laso
Dejando el labrador, la escarcha pisa,
Y con ánimo alegre y fuerte brazo
Al buey sujeta la cerviz sumisa.
Ni el hielo le acobarda, ni embarazo
Le opone el lobo audaz, cuando la risa
Del aura, á sus tareas lisonjera,
Sopla la arista en la trillada era.
Y entonces Baco, el que alegría imprime
Coronado de pámpanos graciosos,
Las rubias perlas de la vid exprime,
Y rebosa en los vasos espumosos.
No allí la pompa del poder sublime
Acongoja á sus rústicos dichosos;
Mas, derramados en humor festivo,

(1) FOMBA fue, primero, fiscal del crimen de la audiencia de Sevilla, y después fiscal del Consejo de Castilla.

Placer les naos de su afan activo.

Con el largo vellon barren las flores
Las cándidas ovejas ya esparcidas,
Que del redil libraron los pastores
Del rocío del alba humedecidas.
Pacen, y entre su lana los honores
Crecen de las naciones más temidas;
Al humilde telar debe su imperio
El britano terror de este hemisferio.

Por él, en las regiones de la aurora,
De Caledonia el pabellon ufano
Los espléndidos frutos que atesora
Traslada así y los goza soberano.
Bárbaro un tiempo, respetado ahora,
El de Newton feliz conciudadano,
Si al mar impera en ambiciosa quilla,
Débelo al arte que en sus manos brilla.

Tú, divino trabajo, tú acrecientas
La virtud y el poder, tú de la mente
Los pensamientos pèrdidos ahuyentas,
Tú haces al alma rígida y potente;
Tú, cuando nos abrigas y alimentas,
Multiplicado en la oficiosa gente,
La abundancia produces victoriosa
Que al imperio del orbe aspirar osea.

Tal en tiempo no antiguo, dilatando
Los cotos á la tierra sus pendones,
El austero español en breve bando
Tremoló en las antárticas regiones;
Audaz no hollados piélagos cortando,
En busca de otros cielos y naciones,
Ató entre sí los términos del mundo,
Y sus riquezas derramó fecundo.

Y el padre Bétis, del sonante remo
Agitada la espalda en sus orillas,
Vió, no de Thule, mas del nuevo extremo
Del orbe las recientes maravillas,
Ya desdénado el patrio Caridemo (1)
Y las verdes Marianas. Cuanto brillas,
Hispalis, hoy en Occidente triste,
A la proa atrevida lo debiste.

Aquí el ébano y mármol ostentaban
Su noble lustre en altos edificios,
Que la industria y la ciencia levantaban
Con los de Oriente ricos desperdicios.
Aquí á favor de la abundancia daban
De su mano inmortal doctos indicios
Cano, Murillo; ¡oh gran naturaleza!
¿Desconocés en ellos tu belleza?

No entónces asquerosa, en sôn doliente
Y atribulada voz, hería el viento
La vaga mendiguez con su elocuente
Clamor cubriendo el ocio fraudulento.
Que el robusto al inválido sustente
Virtud es; pero bárbaro portento
Querer que oficio en las ciudades sea
El de quien entre andrajos clamorea.

Sude la frente, y afanada dure
La mano del mortal; ley adorable
Le obliga á que el trabajo le asegure
De su sér la grandeza inestimable.
Quien aspira á que el ocio de figure
Su exalta dignidad, bruto insociable
Huya á las grutas, y en cerdoso bulto
Devore el alimento en bosque inculto.

Que, si inútil viviente, no vicioso
Gravámen será allí á las rudas fieras;
No á su torpeza auxilio ignominioso
Forzadas rendirán ó lisonjeras.
El bárbaro semblante y espantoso
Espurio de su sér á las groseras
Leyes se ajusten del brutal destino
Sin mutuo auxilio en su vivir mezquino.

Virtud, prosperidad, vuestras delicias
Hijas son del trabajo; así enlazados
Los hombres en union viven propicios,
Del recíproco afan necesitados;
Así exhalando amores y caricias,
Después de arar sus abundantes prados,

Honrado labrador parte le ofrece
De sus frutos al triste que perece.

Allá pròvida y fausta la opulencia,
Derramada en magníficos intentos,
Templos eleva á la divina ciencia,
Y á la piedad sagrados monumentos.
Así, si la política prudencia
Sabe guiar á justos pensamientos,
Su dicha y la comun los hombres trasan,
Y la riqueza y la virtud se abrazan.

Á ELLEA.

¡Ay! si pudiera encomendar al labio
Mis tiernas ansias con sereno aliento,
Sin que Amarillis lo tuviera á agravio;

¡Ay! si pudiera dar mi pensamiento
Libre salida á la pasión dichosa
Que de gozo me sirve y de tormento;

Entónces la pasión afectuosa,
Copiando tierna el miserable fuego
Que consume mi alma y no reposa,
Haciendo veces de humillado ruego,
Tal vez enterneciera á aquella ingrata
Arbitra de mi angustia y mi sosiego.

Ahora el silencio mis congojas ata,
Y encarceladas, ¡ay! mi pecho siente
Turbulenta opresión que le maltrata.

¡Por qué, dudoso el ánimo y doliente,
Teme la suerte inevitable y dura
De un desden que le afija eternamente!

Así vivo, anegado en amargura
De incierto amor y tímida esperanza,
Sin señal que me anuncie la ventura.

Ardientes ayes que oprimido lanza
Mi corazón, en hielo los convierte
Quien tanta parte de mi vida alcanza,

Que con estudio la atención divierte
Por no escucharlos la críel, ó ufana,
Por desprecio se goza con mi muerte.

Yo, absorto en su presencia soberana,
Fuera de mí traslado el alma mía
Al delicioso objeto que me afana,
Y ella con gracia, cuanto bella, impía,
Rurla, afectando inercédula tibieza,
La congoja mortal de mi porfía.

La sencilla verdad de mi ternura
Tiene á juguete de vulgar cuidado,
Y hace así disculpable su dureza.

Deidades santas, que miráis postrado
Mi pecho, y entre lágrimas ardientes
El fuego que me abrasa derramado,

Vosotras que sabéis los inocentes
Votos que el alma enmedio de sus males
Exhala entre deseos reverentes;

Si han de ser mis angustias inmortales,
Si al adorable bien por quien respiro
Le ofenden de mi amor tiernas señales;

Desatada en el último suspiro
Mi vida á su desden se sacrifique,
Y haced que vuele al inmortal retiro.

Segura allí de que su ardor indique
Mi amante ceguedad, no hará delito
Que en sus ansias sus penas multiplique.

Adorárela en solitario rito,
Con gozo inextinguible, sin que en tanto
Mi fe la enoje en importuno grito.

Culto inocente en inocente canto
Rendirá á su belleza mi deseo,
Suave alivio del reino del espanto,

Donde emuló feliz del blando Orfeo,
▲ la divina voz de mi cuidado,
Gustará el mismo averno del recreo.

De fúnebres cipreses coronado,
Pálida imágen de la muerte fría,
En lamentos, en ayes desatado,

Pulsando triste con fatal porfía
La cítara angustiada, ¡ay! más gozosa,
¡Ay! más alegre en más dichoso día;

Escuchára mi voz la dolorosa
Region del negro olvido, y los horrores

(1) Alude FORNER al Cabo de Gata, el *Charidemi promontorium* de los antiguos.

Suspensos de la estancia pavorosa,
 Sus tristes habitantes los rigores
 Compadeciendo de mi amor, á impíos
 Tormentos trocarán tiernos dolores.
 En lúgubre silencio los desvíos
 Lamentarán de mi deidad, agudo
 Pesar que sigue á los deseos míos;
 E interrumpido el sentimiento mudo
 Con el gemir amargo de mi acento,
 Penando aliviaré mi penar crudo.
 Allí fijo en su norte el pensamiento,
 Me ofrecerá la imagen peregrina,
 La adorada ocasión de mi lamento.
 El celestial semblante, la divina
 Gracia del labio que delicias vierte,
 Y acaso luego su favor inclina;
 El donaire gentil que así convierte
 Mi esclava voluntad, y me enajena,
 Y en sí coloca mi inviolable suerte;
 Ora esperando por la faz serena
 La encantadora risa con que halaga,
 Que luego impía me convierte en pena,
 La crencha airosa que ondeante vaga.
 Por el nevado cuello y de sus rayos
 Mi pecho enciende y los del sol apaga;
 La amorosa ternura y los desmayos
 Del gracioso mirar con que importosa
 De mil victorias apercibe ensayos;
 El levantado pecho, donde hermosa
 La copia derramó de sus delicias.
 E hizo trono de amor la blanda diosa.
 ¡Qué amables si á mi fuego más propicias
 Sus gracias, y de sí no avara tanto,
 Se apiadase á mis tímidas caricias!
 Tierno recreo del olimpo santo,
 Apacible deidad de las ternezas,
 Alma alegría del nocturno espanto,
 Vénus, madre de amor, ¡ay! las tibiezas
 Vence divina de mi bella ingrata,
 Pues inútiles luchan mis tristezas.
 Cuando el sosiego de la noche grata
 Toca sus ojos del beleño blando,
 Y en dulce sueño sus potencias ata,
 Tu soberano hijuelo revolando
 En torno entónces del tranquilo lecho,
 Tu regalado fuego insinuando,
 Inflame activo el desnudado pecho;
 Sienta la llama, y agitada aliento,
 Interrumpa su paz tierno despecho;
 Sienta la llama entónces, y presente
 Mi imagen en el plácido reposo,
 Pronuncie Aminta, Aminta, dulcemente,
 Y cuando el alba de su manto hermoso
 Desenvuelva la luz, al son festivo
 Del bando de las aves bullicioso,
 Despertando afanada, en el esquivo
 Corazon sienta Elisa (1) dulce pena
 Igual ¡oh amor! á la que en mí percibo.
 Y el alma toda, de ternura llena,
 Salga á sus ojos con afán risueño
 Y doble el cuello á la feliz cadena.
 Agrádela mandar, pues es mi dueño,
 Con imperio absoluto en mis acciones,
 No cual tirana ejercitando el ceño;
 Mas antes adorable en cuantos dones
 La ilustran, su piedad comunicando
 A quien ama vivir en sus prisiones.
 Mas, misero, yo soy el que soñando
 Finge esperanzas al fatal deseo
 Que me está sin cesar atormentando.
 Y ocupado en el dulce devaneo,
 Mientras delira el alma, ocupa Elisa
 Tal vez la suya en diferente empleo.
 Marchita siempre para mí su risa,
 Tibio el semblante, la expresión helada,
 Donde amor sus afectos no divisa;
 Siendo en todas las gracias extremada,
 ¿Por qué se muestra de mi ingrata bella
 Sin fuego y sin ternura la mirada?

Amor es brillo de luciente estrella,
 Cuya luz al influjo resplandece
 Del sol, que hierre con su rayo en ella.
 Viveza al alma y resplandor ofrece
 El rostro, Elisa, de sencillo amante,
 Cuando el sol que le anima comparece.
 Encendido de nácar el semblante,
 La llama expresa que en el alma habita;
 Llama activa, vivaz, centelleante.
 Así del pecho, que afanado agita,
 Animado el aliento, sale ansioso
 A indicar el deseo que le incita.
 Tal observa el amor el que dichoso
 Logra benigna la deidad que adora,
 Y en recíproco ardor vive gozoso.
 Yo, desdichado, cuya estrella ahora
 Cubre entre sombras á mi vista el rayo
 Que prestar puede luces á la aurora;
 Macilenta en el rostro y con desmayo
 La viveza de amor, que puede ufana
 Duplicar lozania al fértil Mayo,
 Viendo en tal hielo mi esperanza vana,
 Sólo á la muerte mi consuelo fio,
 Y ella más que mi Elisa será humana.
 Verá así obedecido su desvío,
 Y será grato mi fatal momento,
 A ella por no escuchar el llanto mío,
 Y á mí por no causarle más tormento.

AL TENIENTE GENERAL DON LUIS GODOY Y ÁLVAREZ, HERMANO DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ Y PROTECTOR DE LAS LETRAS, DEDICÁNDOLE LA COMEDIA *EL FILÓSOFO ENAMORADO*.

Epístola.

Las dulces risas y agradables juegos
 Con que en *fábula* alegre nuestros ocios
 (¡Ocios felices!) ocupó Talía,
 Hoy van á vos, y en ellos la memoria
 De las horas dichosas, fausto tiempo
 En que festiva la amistad con lazo
 De flores nuestros pechos anudaba.
 Entónces, ¡ah, cuán docto el regocijo,
 Revolando en las gratas conferencias,
 Arivaba el deleite provechoso
 De las útiles Musas! De *Mirtilo* (2)
 Allí sonó la cítara fecunda,
 Ya modulada á los heroicos sonos,
 Ya á la cómica sal, ya al delicioso
 Encanto de sus mágicas pinturas,
 Que en gracias mil y mil se derramaban.
 Y allí también satírico mi plectro
 Con áspera irrisión sonar hacia
 Las hazañas del vicio; y de sus tonos,
 Riendo vos, temblaban los malvados.
 ¡Tiempo fugaz! contigo arrebataste
 Tan suaves momentos; fenecieron
 Cual sombra leve los risueños días
 De la union venturosa, y de su nudo
 Sólo nos dejás soledades tristes,
 Recuerdo amargo y esperanza ardiente.
 Mas no, amable Luis, no en lo profundo
 Del olvido entrará de aquellas horas
 El empleo robusto, ni mezclado
 Vuestro nombre á los fútiles despojos
 De la turba vulgar, que en vano vive,
 Efímero será; tal como brilla
 Relámpago veloz en negra noche.
 No así caducan los laureles sacros
 Con que las Gracias sus guirnaldas tejen
 Al ingenio feliz. Con los destrozos
 De la muerte se abisman en eterna
 Tiniebla los inútiles desvelos
 De la ambición, de la mortal codicia,
 Frívolas pompas y placeres vanos;
 Y allí, sobrenadando en la corriente
 Rápida de los siglos, salvar saben
 Su memoria y su honor las dulces Musas,
 Las doctas artes y el divino genio.

(1) El borrador dice Silvia, pero luego nombra á Elisa: debe ser equivocación.

(2) Don Martín Fernandez de Navarrete.

También de ellas asido, entónces triunfa
Del filo de la Parca inexorable
El nombre afortunado que de apoyo
Les fuera un día y se gozó con ellas.
Vos lo fuisteis. Asilo generoso
Vuestra mansion á las errantes Gracias,
No ya seguridad, templo lograron,
Y culto, y votos, y ara permanente;
Donde en almo retiro, y al silencio
De la nocturna paz, ofrendas dignas
Nuestra mano á las diosas tributaba.
Jamás su umbral de la proterva turba
Hollado fué, ni bárbaro bullicio
De las almas estólicas osado
Entró á su penetral, ni turbar pudo
Los augustos misterios. Incorrupto
De contagio plebeyo, conservaban
Noble y decente el inspirado aliento
Del vate que al oráculo subía.
¡ Oh ! ¡ Cuánto en esto vuestro firme juicio
Lució ! ¡ Cuánto el decoro de las Musas
Dendur os fué de su esplendor durable !
Juglar lisonja ó risa truanesca
No las envileció. No mercenarias
A insipido deleite ó gusto necio
Su voz torcieron y el acento ilustre,
Vencedor de la muerte y del olvido.
El donaire gentil, la sasonada
Gracia, y el chiste y la agudeza nobles
Allí de los ridículos abusos,
Del vicio y la maldad vengar solian
A la pura virtud y ciencia ingenua,
Siempre alabadas y oprimidas siempre.
Triunfaba la razon; que sin su imperio,
¡ Qué vale el hombre ni su mente altiva !
Juguete vano á pasajeros gozos
Estéril vivirá; cual pompa frágil,
Que el otoño á los árboles desnuda.
Volved la vista á los oscuros fastos
De la próxima edad, cuando burlesco
Bajo bufon, ó campanudo númen,
Vagaba Apolo en la region nublada
Del iberio Parnaso. ¡ Cuántos genios
Del corrompido gusto arrebatados,
Cuánto espíritu grande, cuánta gloria
Percieron errando en las tinieblas,
Risa de Europa, oprobio de la patria !
Vigor inútil en espeso bosque
No así cubre de rústico ramaje
La inculta tierra, cual creció pomposa
En hórrido follaje y selva ingrata
Del genio hispano la virtud fecunda.
Tal es, claro mancebo, de las artes
La perpleja fortuna, y de su influjo
Pendientes van en lazo indestructible
La ignominia ó la gloria de los pueblos.
Ellas ilustran en edad ilustre,
Y en vil edad deshonoran y envilecen.
Y el alto ingenio, que en los faustos días
De saber y grandeza á los remotos
Siglos traslada de su gente el nombre
Envidiado y famoso; si la suerte
A ridículos tiempos le destina,
Traslada sólo, en sus conatos vanos,
Materia infausta á la irrisión futura.
Mas no, no imputa al desgraciado genio
Sus vicios y su error el limpio voto
De la posteridad. Lamenta, llora
La pérdida fatal de ilustres mentes,
Que para honor de los mortales cria
Nunca pródigo el cielo. Al inhumano
Disfavor la gran pérdida atribuye;
Y maldiciendo del poder idiota,
Indignada le silba y le escarnece.
De tal riesgo irá exenta, irá segura,
Discreto amigo, á los eternos bronces
De la inmortalidad vuestra memoria:
Y allí grabada en el metal luciente
Al lado de los ínclitos varones
Que arribaron cual vos al arduo asiento,
Lección será y estímulo animoso
Al poder venidero, al negligente

Poder, si ó yace estúpido en letargo,
O se afana sin tasa, y se desvela
Para adquirir infamia inextinguible,
Premio de la ignorancia. Ni se aparta
De vos la fama en la carrera breve
Que mide este vivir, en cuyo lustre
La perpleja opinion fiera domina.
Por vos, si cuelga en la festiva escena
De mis versos el pueblo numeroso,
Y suspenso y alegre me corona
Con larga aclamacion y aplauso ufano;
O si Mirtito en números mejores
Los abusos retrata, y de sí mismo
Hace que el pueblo á su pesar se burle,
Y adore luego el rayo que le hiere;
Por vos tal lauro nuestras frentes cifre;
Y por vos la razon no ya medrosa
Se calza el sueco, y con despejo pisa
La aun no purgada escena. Aplauso vuestro
Es nuestro aplauso; y ¡ cuál más glorioso,
Si debe un día á vuestra mano España
Limpio de horrendos monstruos su teatro,
A su lustre y honor restituidas
De la virtud la escuela deliciosa,
Y el aula de las gracias apacibles,
Que deleitando y encantando enseñan !
Crecos así vuestra gloria entre las artes
De la divina paz; y ¡ ah ! pueda tierno
Prorumpir cuando os vea el pueblo hispano:
¡ Allí va el padre, el bienhechor benigno
De las tímidas ciencias. Por él alzan
La faz gozosa, y plácidas y bellas
La virtud en su imperio restituyen,
Y el nombre de su patria inmortalizan. »

SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESÍA CASTELLANA (1).

*Suspiciens ei quis errabit sua,
Et rapies ad se quod erit commune omnium,
Sicubi nudabit antea conscientiam.*
PHARDEL, lib. III, in Prol.

Este era mi deseo: ser muy sabio,
Llevar mi fama al contrapuesto polo,
Hacer colgar los hombres de mi labio,
Robar el plectro al inflamado Apolo,
Y lograr el renombre de poeta
Más brillante que el polvo del Pactolo.
¡ A qué Tiron la adulacion no inquieta,
De la futura gloria premio vano,
Que al obstinado estudio le sujeta !
La noche apenas al desvelo humano
Brindaba con su paz, y á los mortales
Dulce apartaba del trabajo insano;
Negado al blando sueño, los umbrales
Del aposento lóbrego me hallaban,
Do puesto dí á mil nombres inmortales.
Los senos de la tierra descansaban,
En un silencio universal sumidos,
Que ni los blandos céfiro turbaban;
Y yo, en doctas vigiliat consumidos
Los momentos de paz, hasta la aurora
Dilataba el trabajo á mis sentidos.
Atónito tal vez con la sonora
Trompa del que no tiene patria cierta,
Me inflamé entre la lumbre que atesora.
Hallábala tal vez en la encubierta,
Si grave usurpacion del Mantuano (2),
Que al gentil imitar abrió la puerta.
Docto Catulo, Horacio sobrehumano,
Y el que el Ponto humano con su blandura.

(1) FORNER escribió esta sátira á los veinticinco años de edad siendo profesor de jurisprudencia en la universidad de Salamanca. Fué premiada por la *Academia Española*, en junta celebrada el 11 de Octubre de 1782.

Las notas son del mismo FORNER.

(2) Es bien sabido que Virgilio fué un admirable imitador de Homero. Macrobio empleó todo el libro v de sus *Saturnales* en manifestar la destreza de sus imitaciones.

Más dulce cuanto al bien menos cercano,
Al solícito ingenio, donde apura
Su conato el saber, más llana hacían
La del Parnaso inaccesible altura.
Las obras al deseo respondían;
Que aunque medroso, emulación y gloria
La pluma entre los dedos me ponían.
¡Y logré, por ventura, meritoria
Hacer solicitud tan desvelada,
Por más que guie á la inmortal memoria?
En números la voz aprisionada
Me lleva á la prision de la miseria,
Si mi raxon no acude apresurada;
Que, cierta ya del gusto de su Hesperia,
Me abdicó de la suerte de mi genio,
Dando á mi estudio interesal materia.
En vano fia en el favor Cilenio
La heredada pobreza hallar socorro,
Que avive el fuego en el ardiente ingenio.
Apláudese lo escrito, por el corro
Resuena la alabanza; mas ninguno
Cubre el aplauso con dorado forro;
Y el misero poeta, poco ayuno
Del viento del aplauso, lo va acaso
Del sustento á sus fuerzas oportuno.
No fué jurisperito Garcilaso,
Y oprimírale el hambre, si en sus gentes
No hallára patrimonio, ó fuera escaso.
Astrea, que huyó al cielo, hace prudentes
Por vanas imprudencias del recelo,
Que inventó los dominios diferentes;
Y aquel que obliga á descender del cielo
La inspiracion divina que le inflama,
Es en poco tenido acá en el suelo.
Detesta la maldad, la virtud ama,
Sus donces acredita, y cuidadoso
Recomienda su precio, y los derrama.
Este no es ejercicio provechoso:
Al causidico estruendo se someta,
Y esfuérce los delitos animoso;
Que si tuerce la ley cuando interpreta
Su espíritu flexible, y por la suma
Del oro abriga un vicio, no es poeta.
El irá descansado, por su pluma,
En el hinchado coche, y en sus arcas
Creceará la moneda cual la espuma.
¡Cuán poco debe á las fatales Parcas
Quien de ellas, al nacer, recibe el fuego
Del aliento, que canta á los monarcas!
Hará inmortal, en el divino pliego
Que dictaron las Musas, al magnate
Que disipa la plata en vano juego;
Y no podrá alcanzar un vil rescate
De su necesidad, del que sus perros
Regalará con indio chocolate.
Con todo, en mi sufriera yo estos hierros,
Por ver siquiera hambrienta á toda lira,
Que intima al gusto y la razon destierros.
No el cielo á muchos el fervor inspira,
Que hace divino al vate, y se descubre
A cada paso quien en sí le admira.
Cual suele sacudir el fresco Octubre
La lluvia de las hojas que desprende,
Y dellas los desnudos campos cubre,
Que si corre enojado el viento, y hiende
La esfera clara, á oscurecerla llega
La innumerable suma que desciende:
No menos abundante el orbe anega
La poética turba que le oprime,
Que á todo trance su furor despliega.
Este canta su amor, aquél le gime
Trabajos al Estado convenientes,
Con que se aumente su poder y anime.
Tal se calza coturnos eminentes,
Que ofrecen un bufon al gran concurso,
Consejero de reyes muy prudentes.
¡Pues qué el que trueca á su escritura el curso,
Y del soberbio sueco se apodera,
Para mostrar la pompa en el discurso?
Allí es ver cómo esgrime y acelera
Su lengua en la oracion régia y altiva
La airada majestad de una ramera.

II, Pa.-XVIII.

¡Oh! tú, cualquiera á quien benigna priva
La suerte del calor que nos endiosa,
Cuando la mente su agudeza aviva;
Si envidias un furor que no reposa,
Y eres tan infeliz que le deseas,
Porque en aplauso universal rebosa;
Antes forzado á pretender te veas
Con mérito y sin sombra en la gran corte,
Donde viven con hambre las tareas;
Do el prepotente empeño es fijo norte,
Que lleva al puerto á que seguro aspira
Quien sabe cuanto el adular importe;
Donde aunque insta en el trabajo, y mira
Al bien comun el rústico estudioso,
Al fin con canas y hambre se retira.
Primero, doctamente perezofo,
Por no saber ganar un grave paje,
Arcaduz del esclavo poderoso,
Sufrás llorando el inhumano ultraje
De ver á tus estudios preferido
Un charlatan, que adula con buen traje;
Antes logres renombre de sufrido
En este triste género de afrenta,
Bien por el gran Cervantes conocido,
Que hacer número intentes en la cuenta
Del bando que en forjar versos malditos
Su edad consume y su saber ostenta.
Hiciera Dios no fuesen infinitos;
Pero el arte de Apolo es insolente,
Y produce más vanos que peritos.
¡Dió crédito al aplauso indiferente
Del oficioso vulgo un don Faustino,
Que le busca ó le pide ansiosamente?
Basta así: ya su espíritu es divino,
Sus versos lo serán, y aún su lucerna
Ya á la divinidad se abre camino.
No fué la de Cleantes más eterna,
Bien ya en el Pesianacto esclareciese (1)
La ley que al hombre en el vivir gobierna.
Versos ha de escribir mal que nos pese,
Y mal que pese al arte no habrá caso
En que su voz no acuda y se atraviese.
¡De algun señor la esposa pare acaso,
Como acostumbran todas, al noveno?
Al punto sale nuestro Mevio al paso,
Y muy colmado de entusiasmo, y lleno
De sibilino ardor, nos pronostica
Que el niño tiene traza de ser bueno:
Las glorias venideras le publica,
Y si el niño se escapa al otro mundo,
Al fin valió la adulacion que aplica.
¡Oh negra musa, de saber inundo,
Que va á hacer, por medrar, sus cumplimientos
A las obras de un útero fecundo!
Pero, ¡súplico, al fin, los pensamientos?
No allí eleccion, no riguroso juicio,
Que castigue los vanos ornamentos.
Crece en los versos lujurioso el vicio,
Cual la pompa en la vid de fruto escasa,
Y pródiga del verde desperdicio;
Y aún si fuera excelente, aunque sin tasa,
La sufriera el varon contentadizo,
Que llanamente por lo bueno pasa.
Rara vez un talento satisfiso
A la oreja de Apolo: una excelencia
Menos notables los defectos hizo.
Túvulos el de Mantua en competencia
Del que formó guerreras las deidades (2),
Ridícula invencion de antigua ciencia;
Pero neutrales siempre las edades
Futuras, sus bellezas admiraron,
Sin hacer hincapié en las poquedades.
Los versos que divinos ser hallaron,

(1) Pesianacto era el nombre peculiar del Pórtico, ó Stoa, en que enseñaba Zenon, y dió nombre á su secta. Cleantes, cuya lucerna quedó en proverbio, le sucedió en la enseñanza, la cual versaba principalmente sobre la moral.

(2) Nadie niega que hay defectos en la *Enéida*, á pesar de Escaliger. Macrobio destinó un capítulo para probar que Virgilio imitó hasta los defectos de Homero, y esto es lo que indica la sentencia del terceto.

Y nombraron los siglos posteriores,
Al autor que los hizo no agradaron;
Y estima un miserable por mejores
Los suyos, y prorrumpe enfurecido,
Si con él no ven todos sus primores.
Sé que nunca un poeta he conocido
(Y he conocido muchos) que no entienda
De sí ser el más docto y entendido,
Y así salen los frutos de la hacienda,
Que adulándole el grito de la fama,
Hacer procura que su nombre extienda.
Escribe mucho, y cuanto escribe ama:
Publicalo sin tiento, y á la envidia
Luego achaca las críticas que llama.
Lidia con fieras quien con hombres lidia
Que se tienen por fértiles, mostrando
Su frente los desiertos de Numidia.
Vocean todos; que el dichoso bando
De aquellos á quien ama el docto númen.
Se deja apenas ver de cuando en cuando,
Y todos entre tanto se presumen
Destinados al bando venturoso,
Probándolo las resmas que consumen.
Proscribales un verso poco airoso
Por lánguido, vador, tardo ó duro,
El amigo censor dulce y juicioso.
Primero sobre sí llame el conjuero
De un vengativo á su venganza atento,
Que el ceño claro del poeta oscuro.
Le hará ver que es el Pindo su aposento,
Y en él juntas las Musas elocuentes
Le inspiran grave y sonoro acento.
Alegará que oyeron sus sirvientes
El reprendido verso, y le admiraron.
¡Jueces de gran razon é indiferentes!
Que dos profundas damas le aprobaron,
Doctas en el frances y en geometría,
Y que cuatro peinados ya inventaron;
Que un abate, gran hombre en geografía,
Le alabó la pureza castellana,
Citándole un frances que así escribía.
Razon completa, que la suya allana,
En tiempos que el dialecto de Toledo
Se estudia en la leyenda galicana.
¿A qué pobre censor no pondrán miedo
Testimonios tan graves y excelentes?
Cruzarás los labios con el dedo,
Y reputando así por eminentes
Sus luces nuestro ufano mentecato,
Porque le emulen las futuras gentes,
Hará que abra Carmona su retrato,
O que un lienzo avivado por Maella
Cuelgue en su habitacion junto á Torcuato.
Con tal gusto, ¡qué mucho si descuello
El arte, y de la cítara española
La perfeccion, ya consumada, sella!
De aquí aquella abundancia que enarbola
Sobre toda nacion sus estandartes,
En nuestra escena respetada y sola:
Acciones concertadas de cien partes,
Cuya unidad no pasa de mil años,
Segun requieren aprobadas artes.
¡Por qué ofenderá tanto á los extraños,
Que el arte ignoran del exacto Lope,
Nuestra traza en los cómicos engaños?
¡Tan gran pecado es que vea en Jope
Embarcarse una reina el circunstante,
Y luego luego en Tetuan la tope?
« Señor, que no ha pasado un solo instante:
En el arte son siglos bien contados.
Horacio lo repruebe: *es ignorante.*
« ¡Oh! vos, gran Calderon, si mis cansados
Discursos no tomais acaso á enojo,
Pues son tantos los vuestros venerados,
« Responded: si en el arte el grande arrojo
De escribir sin concierto se mantiene,
¡Ese arte en qué se funda? *En el antojo.*
« Lacónica respuesta, y que conviene
Bien con la autoridad de la persona,
Que asegurada ya su opinion tiene.
« Mas la naturaleza, que pregona
Sus leyes inviolables, quejaráse,

Si á su verdad la ejecucion no abona.
« *Quien tal pronuncia sin comer se pasa.*
« Oh oráculo sagrado! yo dijera
(Sufrid que á replicaros me propase)
« Que en vez de escribir mal, otro eligiera
Término á su vivir, pues que el sustento
No está solo en el fin de esa carrera.
« *El vulgo ha de tener divertimento:*
Es necio, y neciamente se divierte.
« Diviértase en buen hora: es justo intento;
« Pero no ayude yo, cuando pervierte
La opinion de la patria, á pervertilla,
Si excede un tanto á la vulgar mi suerte.
« Fuera de que, si es necia la cuadrilla
De la plebe infeliz, del sabio el cargo
Es afeár el error que la mancilla;
« No el dar por dulce lo que en sí es amargo,
Ni aumentar al doliente la dolencia
Con indulgente ó con infiel descargo.
« Pero ¡oh cuánta es del vulgo la paciencia!
Cuando con tanta ve que á su ignorancia
Se atribuye la cómica impudencia.
« Aquel que no distingue la distancia
Que hay del arte al capricho, sólo aprueba
Lo que no hace al deleite repugnancia:
« En lo agradable se embelesa y ceba:
Para él éste es el arte, otros ignora;
Aplaudirá á Terencio si le eleva,
« Y arrojará á Carcino con sonora
Salva de agudo silbo, si del templo
No ve salir el héroe que colora (1).
« Quizá más de lo justo me destemplo
En replicaros ya; pero en la Grecia
Me está llamando el memorable ejemplo;
« En cuyos espectáculos la necia
Turba, de quien acá sin luz bastante
Se cree que el arte y la razon desprecia,
« Desde que de la máscara el semblante
Esquilo hizo mejor, y heroicamente
La acompañó de espíritu elegante,
« Acostumbrada al arte, é insolente
La oreja con el juicio de su ciencia,
Mofó lo escrito mal, é impertinente.
« Tal vez suele ser útil la insolencia,
Y contra los poetas necesaria,
Y aun así se ve en ellos resistencia.
« España, en producir extraordinaria,
Dió tragedias con arte un tiempo á Roma,
Y es hoy, si ella las tiene, opinion varir.
« En la invencion sin repugnancia doma
Al resto de la tierra. ¡Por qué injusta
Tanta amplitud en disponer se toma?
« ¡Por qué, oh gran Calderon, á la robusta
Locucion y al primor del artificio
No unió sus leyes la prudencia justa?
« La diestra plebe, como en propio oficio,
A atender lo excelente acostumbrada,
Notára luego y repugnára el vicio.
« De este modo fué Grecia amañestrada,
Y fuéralo mi España tambien de éste,
Si pluguiera á una musa venerada.
« Si á la tuya indiscreta, aunque celeste,
Pluguiera, oh Lope, que corrió sin freno,
Puesto que un grado á tu opinion le cueste.
« ¡Oh! ya siquiera de tu ingenio ameno
Recibiera la patria esta ventura,
Que apartára lo propio de lo ajeno:
« Siquiera, acreditando su cultura
Como un necio imitar acreditaron,
Sigueran los demas la senda dura:
« Aquella, digo, que observando hallaron
La razon y la astuta perspicacia,
Que en cada cosa el ser investigaron.
« Prudente así, y en aplaudir reacia
La plebe, no hoy de mártires bufones
A celebrar corriera la eficacia (2);

(1) El habersele olvidado á este trágico griego hacer salir á Anfírao de un templo á vista del espectador, de donde se le suponía salir, fue causa de que se le silbase la tragedia. Tanta era la delicadeza que reinaba en el vulgo de Atenas.

(2) Poco ántes que se empezara á escribir esta *odra* se representó

«Ni aprobará los míseros centones,
Dunde extranjeras frases adulteran
La habla de los Saavedras y Leones;
«Que hay hoy ingenios que enmendar esperan
La corrupcion del arte, corrompiendo
La majestad que respetar debieran.

«Tales, tales perjuicios padeciendo
Está, ¡oh buen Calderon! por vuestro antojo,
La nacion que burlásteis escribiendo;

«Y tales sufrirá con el sonrojo
De tocar su dolencia incorregible,
Mientras que el sol se nos descubra rojo,

«Si el autor, á quien todo le es posible,
No alguno nos envía que desmiembre
Portentoso este daño irresistible.»

*Paso, rús, que no estamos en Diciembre,
Ni su celo es romano, ni el mi esclavo,
Para que impune las injurias siembre.*

*Si es justo el celo, su designio alabo;
Mas expresar con desvergüenza el celo,
Por qué ha de hacerse, de entender no acabo:*

*¿Querrá el don Delicado que al desvelo
Del poético ardor se una la flama,
Que el arte induce, comprimiendo el vuelo?*

*Pues sepa el ignorante que se extrema,
Dando en el vicio opuesto, como tonto,
Que nunca tiene el medio en su poema.*

*Cuando yo ardiente en mi hipogrifo monto,
Y le hago ir en parejas con el viento,
Aunque por sin escama, rivo y pronto,*

*¿Privaré al auditorio del contento
De ver cuál se despeña una doncella,
Por dar á toda la arte cumplimiento?*

*¿Y en dónde hay arte como ver aquella
Belleza ir de peñascos en peñascos
Rodando, sin que el golpe la haga mella?*

*¿Vestir las lagartijas de damascos (1),
Y que ocupen el monstruo cristabino
De ochenta nauez los pintados cascos?*

*Desengáñese, y crea que el camino
De acortar á agradar es el que enseña
Enredo no creíble y peregrino.*

*La imitacion de la verdad no empeña,
Ni es muestra de agudeza en tiempo, cuando
La verdad, por inútil, se desdenea.*

*La antigüedad me opono, levantando
Sus obras, y hay defectos garrafales,
No ménos en Aquiles que en Orlando.*

*Porque, como aquél duerme en sus reules
Casi hasta el fin, y en su quietud porfia,
Sin que le duelan los argivos males (2),*

*¿No hará Moreto que la tropa pia
De los siete en un punto pase y duerma
Doscientos años en la gruta fria?*

*¿Sufrirás en Homero hallar enferma
Una deidad, y deshonesto á Juno,
Dejando la ara de su Semo yerno,*

*Tramar dolos á Júpiter, y en uno
Yacer con él hasta dormirle, en tanto
Que cumple sus propósitos Neptuno (3);*

Y en mí será delito que en el manto

en Madrid con mucho aplauso la comedia de *Los Siete Durmientes*, obra de Moreto, disparatadísima. Su unidad de tiempo pasa de doscientos años, y el gracioso es uno de los siete, con nombre de Berapion.

(1) Calderon, describiendo un sitio ameno en una comedia, puso estos versos:

Baja por un peñasco
El lagarto vestido de damasco.

En lo que creen algunos que se le olvidó distinguir el color.

(2) El mayor defecto que se ha imputado á Homero es haber tenido á Aquiles encerrado en su tienda casi hasta el fin del poema, sin obrar en la mayor parte de él. Si Homero hizo esto, ¿por qué Moreto no podría hacer que su drama comprendiese doscientos años? De tales disculpas suelen valerse los que defienden la corrupcion del arte.

(3) Pitágoras solia contar á sus discípulos que habia visto en el infierno á Homero ahorcado de un árbol, en pena de las malidades que habia atribuido á los dioses. A la verdad, si en esto hubo alguna ciencia simbólica, los símbolos eran bien poco decentes. El pasaje á que se alude aquí, que está en el libro XIV de la *Iliada*, desde el verso 169, es más para leído que para copiado.

*De una frágil mortal esconda el vicio,
Que él descubrió en los inmortales tanto!*

*Reforma, pues, ó recupere el juicio,
Y entienda que en el arte del agrado
El rigor siempre sufre sacrificio.*

Triunfe, pues, el antojo: al adorado
Teólogo teatral yo respondiera,
Si á mí hubiera su arenga encaminado;

Que si de la enseñanza que pudiera
Lograrse entre el sabor del regocijo,
Se carece en la cómica quimera,

Se ve por eso, en recompensa, fijo
Mantenerse en el aire un gran palacio,
Fábrica de una maga y escondrijo.

Allí aprende la plebe, si despacio
Los maderos caminan por el viento,
O si con brevedad corren su espacio.

Hácese recto así el entendimiento,
Y no hay como expresar cuanto se afila
La virtud en lo extraño del portento.

Pues ¿qué, si perlas y esmeraldas hila
La estéril abundancia del poeta
En los hechos que finge ó recopil?

¿O si es parcial de la moderna aeta,
Ver como mete en boga un terminillo,
Que pudiera ilustrar una gaceta?

A entrar en pormenores no me humillo,
Ni he gustado jamas de hacer detalles:
Mi estilo siempre fué bajo y sencillo.

Dejo el teatro, y en diversas calles
Métome, pues, y paso á conceptista,
Ya á las cúpulas cante, ya á los valles.

Guíame el buen Gracian en la conquista
De este imperio sutil, y pido á Febo
Un ingenio velos y anatomista.

Préstame sus vestigios el Erebo;
Y por no dar su nombre á cada cosa,
Será toda metáfora mi cebo.

Tus mejillas ¡oh Silvia! serán rosa,
Y rosa que arda sobre helada nieve,
Formando amor union tan prodigiosa.

Si lloras, cantaré que el cielo llueve
Perlas de sus luceros celestiales,
Que el fuego de mí se consume y bebe.

Si te peinas, diré que los raudales
De tu castaño golfo surcan bellas
De un ebúrneo bajel puntas iguales.

Embosarán tus párpados estrellas;
Que aunque no tienen niñas, y es constante
Que excede al de este globo el bulto de ellas,

Diez mil leguas de luz clara y brillante
Bien caben en tu frente peregrina,
Que aun del orbe solar se puede Atlante.

¿Te ríes, Silvia? Pues á te que inclina
A más de seis bellezas veteranas
Habla que tan de veras desatina.

Bien sé que tú á escucharla no te allanas,
Ni tampoco por ella trocarias
La que articulan hoy bocas livianas;

Que si se han de aprobar habladurías,
A adulteradas frases no sutiles
Prefieres puras sutilezas mías.

Pero unas y otras en tu juicio viles
Comparecen, y nace, según creo,
De que son tus espíritus viriles.

Jamas tú consentiste que un deseo,
Torpe en sí, con los números disfraze
El fin á que encamina su rodeo.

Traslada al verso su malicia, y hace
Que se lea más vivo en el afeite
Lo que en sí aun sin ornato satisface.

Añade incitamentos al deleite,
Que ya incita por sí: vela, y se esmera
En guarnecer el fuego con aceite.

La arte en tanto inocente, de sincera,
Casta y grave matrona, es convertida
En infame ó adúltera ramera;

Con docta obscenidad prostituida,
Sabiamente lasciva, y de mil modos
Armando lazos á la honesta vida.

¿Por qué ya no encuadernan los beodos
Volúmenes de versos admirables,

Donde se aplaude la embriaguez á todos?

No son, no, los del Teyo despreciables;
Pero únicos al fin, y que no ofrecen
Ejemplo á inteligencias miserables.

¿Qué vale la virtud en donde crecen
Amores, celos, ruegos, esperanzas,
Tósigos que la enervan y adormecen?

Poner á las virtudes asechanzas

En público, al poeta sólo es dado,

Sin miedo de jurídicas balanzas.

Pero, por fin, que pierda enamorado
El precio de las horas en canciones,
En que cuenta que llora un gran barbado,

¿Al público qué importan sus pasiones,

Para que, por sonar bien razonadas,

Las divulgue y repita en impresiones?

Aprovechen, ocioso, en las armadas

Tus obras, cuando opriman al Britano:

Por mí serán entonces celebradas.

Por concertar un pensamiento vano

Pasarás cuatro noches en vigilia,

Del todo inútil al linaje humano;

Y porque goces tú con tu familia

Próspera paz, ¿no velarás dos horas

Con el monarca que tu bien auxilia?

O ya que involuntario te acaloras,

Sintiendo en tí el comercio de los cielos,

¿Por qué el torpe sujeto no mejoras?

Adopten una vez esos desvelos

La persuasión de la verdad, ó alaben

La gloria militar y sus anhelos;

Vibren endecasílabos, que acaben

Con el lujo servil, que nos corrompe,

Y con los vicios sus contiendas traben.

De un lado á la casada, que interrumpe

La quietud del esposo por las galas,

Que á toda costa desperdicia y rompe;

De otro acometa á las soberbias alas

De la suelta doncella, que se entona,

Porque empina el cabello á empresas salas;

De Andrómaca dirás que es la persona,

Si enmitrada la miras por la frente,

Cuando el monte de gasas la corona.

Con prohibido pelo hace eminente,

Tal vez sobre una calva venerable,

El greñudo edificio impertinente.

Quien debe al cielo inspiración afable,

Oyendo los vocablos de la moda

(Diccionario, ó risible, ó execrable),

¿A cantar sus sandeces se acomoda,

Sin que el mimico lujo le conmueva,

Que ocupa á la nación un tiempo goda?

Ea, que no..... mas sí, que nunca ceba

Su colmilluda sima, aún quando hambriento,

El lobo en otro que su especie lleva.

Si las ropas, los rizos y el ungüento

Me ofrecen un poeta femenino,

En quien el sexo de hombre está violento,

¿Cuál será de sus versos el destino,

Sino el deleite impuro, el que profano

Dilata á la lascivia el vil camino?

¿Oh entendimiento, entendimiento humano!

¿Para esto el gran vigor te es concedido,

Que al Criador inmortal te hace cercano?

De esta causa, no de otra, han procedido

Romances y sonetos á millares,

Plaga que nuestra lengua ha padecido.

Mas, por dicha, ellos son tan singulares

En amor filosófico, que dejan

Incomprensibles siempre sus lugares.

Grande ventura, que al lector aquejan,

Si entenderlos procura, tan de gana,

Que más sus manos ya no los manejan.

Es muy temible á la miseria humana

La molestia, y la evita hasta en sus gustos,

Si en sus gustos le oprime y amilana.

Leerá, si claros son, versos adustos;

Y dejará deleites tenebrosos,

En cuya oscuridad recela sustos.

Tal fin tengan por mí los amorosos,

Ya escolásticas églogas animen,

Ya celebren zagales venturosos,

Me matan dos pastores cuando esgrimen
Dialécticas ternezas, ingiriendo
Suspiros metafísicos que gimen.

Tales los hay, que pintan con horrendo

Estrepito de voces tempestadas

Que al trágico espantarán más tremendo.

Cercado de sencillas soledades,

O simple morador de ruda aldea,

Donde aún viven desnudas las verdades,

¿De quién esa elocuencia, que apedrea,

Heredaste entre gruesos alcornoques,

Patria apenas de un ave que gorjea?

No sufre, no, la abarca los retoques,

Que pulen el coturno: su oro deja

Antes, Sileno, que el desprecio toques;

Que, si notarlo quieres, no apareja

A un rústico del noble el aparato

Sin la burla del pueblo que moteja.

No es por ventura tan molesto el trato

Del que todo lo funda en antiguallas;

Aunque ¿á quién podrá ser del todo grato?

Porque ¿qué tengo yo con las murallas

De Tébas, que me obligue en todo trance

A rogar la virtud de levantallas? (1).

Tántalo ha de salir en cualquier lance

De imposible esperanza, ó devaneo,

Que al deseado objeto no dé alcance.

Mi sueño siempre al cargo de Morfeo;

Gentilico mi nombre, no cristiano,

Que el parecerlo en verso es caso feo,

Llamarme Mario, porque fué tirano,

Es caso muy honesto; ¿pero Pedro?

No es nombre de pontífice pagano.

La oliva de Minerva agobia al cedro

Del Líbano, y el hecho es tan donoso,

Que poco en fama, si lo evito, medro.

¿Oh tres y cuatro veces venturosos,

Tú, Maron, á quien nunca de Francisco

Usar el bronco nombre fué forzoso!

Títiro el zagal era de tu aprisco

En los campos de Mantua, cuando Roma

Despeñó reyes del Tarpeyo risco;

Y el mio será Títiro, aunque coma

Pan castellano, y sus cabrillas paste

Cerca del Tajo en extremeña loma.

Fábula griega en español engaste:—

Si esto solo del vulgo me retira,

Darame Ovidio el material que baste;

Que si lo que no entiendo, más admira

La ignorancia, antiquísimos dialates

Sé yo, que por saberlos no suspira.

¡Oh tú! si no mi *Píladus*, mi *Adótes*,

Ya con constancia *belerofonte*

La diva amistad sube sus quilates.

No por su bella *Andrómeda* rodea

Sobre el alado bruto de *Medusa*

El semidios á la serpiente fea

Con tanto ardor, como escondido excusa

Mi pecho tus defectos *Aragónes*,

Si bien *Discordia* de su poma usa.

Dios me libre, mi amigo, de rodeos

Tan rancios, cuando hubiere de decirte

Que tu fe no responde á mis deseos.

Esto, más que obligar, fuera inducirte

A huir de mí cien leguas asombrado,

Cual de hombre que intentase maldecirte.

Tal procuro yo hacerlo, cuando hinchado

Me acomete el que culto grecizante

Vive en su misma patria desterrado;

Que el que sobrellevar pueda un pedante,

Que, por hablar latino corrompido,

Abandona en su idioma lo elegante,

Bien merece renombre de sufrido,

Y sufrirá á un señor de nueva estofa,

A excelsa dignidad recién subido.

Tal vez se encuentra quien la causa mofa

De este decir, y á Góngora desprecia,

(1) *Dictus et Amphion Thebanus conditor arcis
Saxa morosa sono testitudinis, et prece blanda
Ducere quo vellet.*

Porque en él sia recelo filosofía.

Quien juzga así, con equidad no aprecia;
Porque ¡qué culpa tiene un yerro sabio
De que le imite la caterva necia?

¡Oh rebaño servil! ¡Por qué en mi labio
No sufres la elocuencia de Cratino,
Libre y pronta á cualquiera desagravio?

Si autoriza á algun grave desatino
El nombre de un varon, á quien la fama
Venera en sus aciertos por divino,

El siervo imitador, ciego á la llama
Que luce en el acierto, torpemente
Remeda sólo el vicio que le infama:

Y esto si acaso imita, porque hay gente
De quien se dice con loor que imita,
Cuando roba y usurpa abiertamente.

No contrahace la piedra el que la quita
De otro anillo, y al suyo la traslada,
Porque á distinto cerco la remita.

Hubo en cierta ciudad harto nombrada
Un pintor, cuya mano merecia
Más al favor que al gusto ser buscada.

(Merecen así muchos todavía;
Y si el mundo caduca, según dicen,
Tal arte de ser hábil no se enfria.)

Pues como sus amigos solemnecen
A nuestro gran pintor, y á todas gentes,
Para que acudan á su mano, atienen,

Movido de alabanzas tan frecuentes,
Le buscó en su oficina un hombre grave,
Cuyo rostro era grato á unos asientes.

Ofrecióle el pintor, en cuanto cabe,
La admirable destreza de su mano
Con parola abundante y voz suave.

Le sentó, con precepto soberano
De no mover el rostro á alguna parte,
So pena de emplear su ciencia en vano.

Dijeras que copiaba de Anaxarte
El fabuloso vulto bien diez horas,
Que obrando estuvo el retratista en su arte.

Al cabo de las cuales, con sonoras
Voces, dando de mano á sus barnices,
Y echándola á unas hojas cortadoras,

«Tened, dijo, Señor: vuestras narices
Cortaré, y pegarélas en mi obra,
Pues no pueden copiarlas mis matices.—

«Si así imitais, la habilidad os sobra»,
Respondió el retratado; y desandando
El instrumento que el honor recobra,

«Tambien yo sé copiar (añadió, dando
Con él en tierra) como vos, amigo:
Vedlo»: y dejó al pobrete vocando.

Si en esto estriba el retratar, yo digo
Que retratará así de buena gana
Al bando imitador, que aquí persigo.

Pase por fin, si el pensamiento gana,
Como en las manos del divino Lasso
Los de latina cítara ó toscana;

Que si mejora de sentido el paso,
Y en el robo aparece más amable,
Pulir lo tosco no es culpable caso.

Si un concepto vulgar bago admirable,
O le subo de punto, que me cetime
Mi lengua este favor es razonable.

Ni se hallará tal necio, que lastime,
Que acicale el menor de los Leonardos
La cruda espada que el de Aquino esgrime (1).

Mas convertir en toscos los gallardos,
Hurtar empeorando, y con ahinco
Velar para imitar versos bastardos,

¡Quién no dirá que á aqueste en todos cinco
Falta el comun sentido, y dar debiera
Desde su patria á Zaragoza un brinco?

¡Sarna de ser autor! si se apodera
Tu prurito de un seso de alcornoque,
¡Qué novedad de su invencion se espera?

No lecrá original, que no provoque
Su furia de escribir, ni obra aplaudida,

A cuya imitacion no se desboque.

¡Prestó naturaleza con debida
Templanza la viveza al gran Queredo,
Que al satírico equivoco convida?

La alabanza comun llamó el remedo
De la turba, y cundió el perverso estilo
En tanto grado, cual decir no puedo.

Lo que era gloria en el jocosio filo
De la picante sátira, ó en juego,
Que á argumento vulgar debe su hilo,

Con furor indecible pasó luego
Al teatro, á la lira: hasta las aras
Oyeron en equivocos el ruego.

Amor, celos, contentos, prendas claras,
Loores, á un vil juguete encomendados,
Con cuantas cosas en el mundo hay caras,

Pusieron en tinieblas los sagrados
Nombres que al Tajo, al Turia, al Manzanares
Cantaron sus dulcísimos cuidados.

Derribó la ignorancia los altares
De la simple belleza, que esparcia
En triste soledad tristes pesares;

Y en tanto que en el tráfigo se oia
Del tumulto civil la voz hinchada
De una turba infeliz, que se aplaudia,

La belleza, á los bosques desterrada,
Cual sombra errante en solitaria selva,
Gritaba su infortunio lastimada.

¡Qué buzo podrá haber, que desenvuelva,
Aunque al Delio socrático se apcle,
Y á empresa tan difícil se resuelva,

Metáforas inmensas, con que suele
Desmentir sus sentencias el tumulto,
Que tanto al gusto acrisolado duele?

Si á entender no te das, poeta oculto,
Di ¡para quién escribes! Si á adivinos,
Den á tu lobreguez ellos indulto.

Mis sentidos, á fe, no son tan finos;
Ni jamas fui político profeta,
Que señala á los reyes sus destinos.

El que de altos ministros interpreta
La voluntad, y por el oro alcanza
Que será suyo el puesto que le inquieta;

Quien anda cuidadoso en la tardanza
Del ajeno vivir, porque previene
Que aquella dignidad en sí afianza;

Quien adula al magnate, porque tiene
Por cierto que será así preferido
Al fiel sirviente, que á adular no viene;

El que se hace escritor, bien persuadido
Que, si no por sus letras, á lo ménos
Será por sus enlaces aplaudido;

Genios de este jaez, que así de ajenos
Sentimientos disponen, son sin duda
Para aclarar enigmas los más buenos.

Si para la virtud, á ellos acuda
Quien pretenda saberlo; que hombres tales
Traen siempre en boca la verdad desnuda.

Por mí, nací á la luz en tan fatales
Días, que aun ahora en contemplarlo vierto
El humor por los poros en raudales.

Cuanto vicio ha imitado ó descubierto
La corrupcion en tiempos diferentes,
Que en algo se apartaron del acierto;

Metáforas hinchadas, insolentes
Traslaciones, equivocos, agravios
De las leyes más simples y prudentes,

Conceptos que conservan los resabios
De la árabe dialéctica, que aplican
Al de Estagira los flamantes sabios,

Y cuantos extravíos perjudican
Al docto poeatar, en sus entrañas
Las obras de aquel tiempo multiplican.

No traman más sutiles las arañas
Sus telas, que tramaron sus sonetos
Graves coplistas de las dos Españas.

Hasta velos claustrales de discretos
Se preciaron, y votos virginales
Cantaron sus amores en cuartetos.....

Pero ¡á qué efecto renovar los males
Curados ya tal vez? Nos son, empero,
Dañosas todavía sus señales,

(1) Bartolomé Leonardo de Argensola es en muchos lugares de
estas sátiras un excelente imitador de Juvenal. Ésto fué natural de
Aquino, como él mismo lo expresa. (Sátir. III, v. 219.)

Ellas son, ellas son el asidero
Del maligno extranjero que nos odia,
Tras debernos aplauso el extranjero.
¡Quién le podrá arrancar la palinodia,
Si para hacerse fuerte en todo caso
Tiene aquellos defectos en custodia?
Tiénelos no menores su Parnaso;
Pero no es el de España, rudo suelo
De quien hacer mención no quiso el Taso.

Nuestra edad en el improbable desvelo
Del estudio no funda las noticias,
Que ilustran y eternizan un cervelo.
En breve Diccionario colecticias
Mil ciencias epilogan el trabajo,
Y son á los Narcisos más propicias.

Cuanto hay del Ganges al dorado Tajo,
O cuanto desde el austro á los triones,
Sábía naturaleza en sí contrajo,

Lo comprende en cortísimas lecciones
Un don Lindo, que emplea veinte meses
En saber ajustarse los calzones.

Allí toman su origen los reveses,
Que al salvaje español tiran y vuelven
Abates italianos muy corteses (1).

Cortan, hienden, deciden y resuelven
Como pudiera Apolo, y con tal juicio,
Que siempre nos condenan, nunca absuelven.

La invención, la prudencia, el artificio
No son dones del suelo de Trajano;
Los Sénecas ya dieron de ello indicio.

Español fué el Marini, no italiano,
Y el buen Manuel Tesauro es punto fijo
Que nació bajo el cielo castellano (2).

¡Italia producir un tan vil hijo,
Que en todo utilice vanamente,
En reiterar sofismas muy prolijo!

¡Calumnia abominable é impudente,
Cuando á su clima da la astrología
El influjo del signo más prudente!

Acá sólo domina guerra impía,
Impresión del sañudo Sagitario,
Silvestre signo de estación sombría (3).

Tras esto, si no esparce ni un diario,
Ni ostenta dictadores á manadas,
Que sojuzguen el mundo literario;

Si sus obras científicas, fundadas
Van siempre en las noticias primitivas,
No en las pedantemente alfabetadas;

Si no expone ningunas abortivas,
O espurias, ó monstruosas, como cuando,
¡Oh gran Cuadro! de trágicos le privas (4);

Si ser docto no quiere, amontonando
Colecciones de inciertas colecciones,
O en todo vagamente salpicando;

Si llenan solidísimas razones,
No leves epigramas, sus escritos,
Raciocinios, y no declamaciones;

Careciendo de tales requisitos,
El suelo que dió patria al buen Lucano,
¿Cómo tendrá poetas exquisitos?

Peligroso ejercicio y muy cercano

(1) Las contiendas que se han suscitado, y continúan en Italia, sobre la literatura española, han dado ocasión á estos tercetos. Los abates Tiraboschi y Bettinelli son los mantenedores de nuestra ignorancia.

(2) Hoy día llaman en Italia *marinisco* al estilo que peca en demasiada florides y sonsteria. El caballero Juan Bautista Martini le llevó en los versos á un punto inaccesible; pero en la prosa los nuestros, que se reputan por sutilísimos, todos juntos no equivalen á un conde Manuel Tesauro.

(3) Cuando había astrólogos en el mundo, enseñaban que el signo de Sagitario era el dominante en España, y le atribuían las cualidades de silvestre, sañudo, guerrero y otras que ellos entendían maravillosamente. Los Italianos, que atribuyen nuestra inclinación á utilitar á la naturaleza del clima, debieran averiguar si aquel signo tiene también la cualidad de utilitar.

(4) El abate Francisco Javier Cuadro, ex-jesuita, que ha escrito la *Historia universal de la poesía*, dedicando una *particela* especial del tomo III, en que trata de la tragedia, para dar noticia de las de los chinos; tragedias que, según él, no sólo no guardan regla alguna, pero ni aun tienen sucesos trágicos (*tragic events*), no se ha dignado colocar á los españoles ni aun siquiera junto á las tragedias sin sucesos trágicos de los chinos. ¡Bajo discernimiento de historiador!

Al más triste, á la fe, es el ejercicio
Que el cielo favorece con su mano;
En España, el más grande sacrificio
Que hacer puede á la patria un varón fuerte,
Si ni aun al extranjero halla propicio.
Yo el genio de hacer versos á la suerte
Debí; pero si el sabio la domina,
El genio inclinárame hasta la muerte;
Mas yo sabré enfreñar lo que me inclina.

SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS DE LA CORTÉ.

Cansado estoy de pretender, Camilo:
¿Qué haré? Tú, ya en la corte veterano,
Sabes sufrir el perdurable estilo;

Yo, bisoño y muy lánguido, me afano,
Y nada logro, aunque las horas pierdo,
Dándolas al bullicio cortesano.

Por más que de los libros no me acuerdo,
Y por más que, adulando á todo paje,
Crédito busco de entendido y cuerdo;

Por más que, docto en simular, relaje
Al engaño la boca, mi justicia
No me saca del grado de salvaje.

Me persigue sin duda la malicia,
Pues no me dan un puesto cuando adulo,
Sobre no ser mi vicio la codicia.

Visito, ruego, imploro, me atribulo,
Hago mil reverencias, aunque malas,
Que al fin nunca es muy diestro el disimulo.

Duermo, si es menester, en antecámaras
Diez horas, por lograr un buen momento;
Que Mercurio en mis piés calzó sus alas.

Y ¡ve si justamente me lamento!
Tan gran lista de méritos, amigo,
No me saca de misero y hambriento.

¡Ríete, socarrón, de lo que digo?
Me río: ¿quién lo estorba? Vos, hermano,
Tenéis traza de ser siempre un mendigo.

Trocado de escolar en cortesano,
La hilaza descubris á cada instante,
Y ostentando humildad, sois inhumano.

Vos, muy lleno de ciencia y muy pedante,
Si esperando á rogar á un poderoso
Veis que hacía un charlatan vuelve el semblante,

Como si fuera en el caso forzoso
Escuchar con agrado á un hombre sabio,
Y arredrar con desprecio á un mentiroso;

Dando otro estilo al indignado labio,
Ardiente el rostro y la cabeza inquieta,
De guerras escolásticas resabio,

Maldecís de la suerte que sujeta
El premio de la ciencia á la ignorancia,
Que prefiere á Platon una gaceta.

¿Que haré, pues? ¡oh Camilo! Tolerancia,
Y aprisionado el labio, al sufrimiento
Remitir del negocio la sustancia;

Alegar inmortal merecimiento
A quien no debe al mérito su cargo,
Es tañer dulces cítara á un jumento.

Ciencia profunda con estudio largo,
Y el grave meditar sobre las cosas
Que el alma elevan con gustoso embargo,

Producirán jaquecas peligrosas
Nada más; y yo sé que á tales frutos
Nadie aspira por sendas muy costosas.

La facultad de dar pide tributos;
Vos ¿qué tributaréis sino un consejo,
Moneda que ni aun sirve para lutos?

Los que ahora con soberbio sobrecejo
Cuando á rogarles vais, no lo tenían
Cuando solicitaban su manejo.

Adulaban, rogaban, sometían
Su voluntad á todo servilmente,
Y todo lo alababan y aplaudían.

El que ahora os habla hueco, pretendiente
Habla compungido á todo el mundo;
De allí y de aquí corría diligente.

Mostrábase en el traje casi inmundado,
Ostentación de hipócrita pobreza:
Dulce en pedir, en venerar profundo,

Movia á todas partes la cabeza,
Del interes veleta volteada,
Todo humildad, humillacion, vileza.
Ya sobre el pedestal veis levantada
Su bajeza, y ante ella igual caterva,
Idolo venerándole, postrada.

Visteis, por dicha, florecer la hierba
Sobre senda no usada, que señales
Así del piso hollado no conserva;
Y aunque ántes la trotaban animales
Y tambien la ensuciaban, hoy sus flores,
Regadas ya de líquidos cristales,

Crian con unos y otros resplandores
Grata lisonja á su abundancia verde,
Que admira con sus visos y colores.

El astro, así, de su vileza pierde
Quien en la pompa de esplendor altivo
Desdeña hasta la envidia que le muerde.

Ojo, pues, al ejemplo, y con activo
Espíritu vencer los embarazos
Con que os detiene el pundonor nativo.

La vergüenza y honor son fuertes lazos,
Que al novel pretendiente le retardan
De su reposo los ansiados plazos.

Si con fiero recuerdo os acobardan
Graves lecciones del paterno labio,
Que áun vuestras obras por su daño guardan;

Cuando lleno de celo el varon sabio
Dócil os hizo á la virtud, y atento
A establecer en vos su desagravio,

Os esforzaba al varonil intento
De no adorar jamas idolo vano,
Solo con las maldades corpulento;

Creed que chochecaba el buen anciano,
Porque viviendo en la venal España,
Os crió cual pudiera un espartano.

Ser aquí adulador es gran cucatá;
Derramad el incienso á manos llenas,
Y hallaréis que mi regla no os engaña.

Asistid á las zambraas y á las cenas,
Simple bufon de próceres idiotas,
Y arrastrad bajamente sus cadenas.

Cuando pronuncien necias pasmarotas,
O rebuznen con pompa prepotente
Y de su estolidez den altas notas,

Acudid con sonrisa diligente
A celebrar el bárbaro mugido,
Aunque allí vuestro estómago reviente.

Esté siempre dispuesto y prevenido
Ese cogote á todo movimiento,
Cual muñeco de muelles construido.

Y afirmad ó negad cual sople el viento,
Cabeceando con gentil talante,
Bañado en gozo ó bien en sentimiento.....

Nunca vuestro será vuestro semblante;
Copiadle siempre del patron, y astuto
Averiguad su gusto dominante;

Y sed bruto cabal si fuere bruto,
Y si maligno, murmurad sin tasa,
Y si gusta de chismes, sed cañuto (1).

Averiguad cuanto en el pueblo pasa,
Y arda Troya en euredos y malicias
Y turbad la quietud de toda casa;

Que si por vos llovieren injusticias,
Delator infernal, y se decretan
Destierros á personas muy propicias;

A aquellas que su labio no sujetan
A aprobar las espléndidas rapiñas
Que á la mísera plebe tanto aprietan;

Tú, que no gozas rentas ni campiñas,
Debes comer, y el chisme y la lisonja
A leguas te darán trigos y viñas.

Mercader de calumnias, pon tu lonja
Junto al alcázar del poder, y ensancha
Tu codicia y conviértela en esponja!

Y tú verás que á su favor te engancha
Un sátrapa que el vicio ha entronizado,
Y en sangre trata de lavar su mancha.

En tu patria es el único pecado
Decir verdad y no tener dinero;

Pobre y veras, ¡oh pésimo! ¡oh malvado!

Cuando colgado del fatal madro,
Veas horrible un misero aldeano,
Condenado á morir por vil ratero,
Piensa que aquel pobrete, muy lejano
De la corte, ignoró las grandes artes
De robar con imperio soberano.

Timido y asustado en todas partes,
Femenil al dogal y al vil destino
Que fortuna á los débiles reparte;

Mas si ése, ya cadáver, el camino
Supiera á que te guio, y con mejillas
De rosa y labio indómito y canino
Supiera derramar blandas risillas
Y ostentar su vigor en regio carro,
Tú le vieras haciendo maravillas.

Allí con pompa altiva y con desgarro
De osada presuncion, dictára leyes
Del Orinoco al cristalino Darro.

Halagado de reinos y de reyes,
De su estólido labio pendería
Gran multitud de racionales greyes.

A su casa el tesoro pasaría
Por virtud de su rostro y su pujanza,
Y cuanto Iberia en sus regiones cria.

¡Oh Lelio! tú eres feo, y no te alcanza
Tanta parte de dicha; á ménos suerte
Naciste; pero, amigo, confiansa;

Que no debe, no debe el varon fuerte
Desfallecer en el heróico intento.

No puedes ser adúltero, lo siento;
Feo naciste, y te privó fortuna
De arribar al supremo, al sacro asiento.
Pero ponte á alcahuste, y no importuna
Te será tu fealdad..... (2).

SILVAS.

I.

MI VENIDA Á ARANJUEZ.

Cansado, en fin, de la feroz golilla,
Y cansadas, señor, mis pobres musas
De verse entre cadenas y puñales,
Dejé los muros de la gran Sevilla,
De la ilustre ciudad donde difusas
Sus gracias derramó naturaleza
Con manos tan cabales,
Que la delicia de su fértil suelo
Cifra es dichosa del poder del cielo.
En lánguida tristeza
El misero Forner, todo postrado,
Mal estimaba los funestos dias
De su vida penosa. Ni la grata
Risa del agra que apacible mece
Con vuelo regalado
La pompa que en el Bétis se retrata,
Ni la verdura que frondosa crece
En sus fértiles vegas, donde el oro
Brilla lozano en las suaves pomas,
Y en eterno matiz arden las flores,
Ni, en fin, los esplendores,
El gallardo decoro,
La gala, el chiste, el brío,
El donaire (¡ay Dios mío!)
Con que, de amor deidades soberanas,
Resplandecen las ninfas sevillanas,
Nunca al pobre Forner comunicaron
El deleite que en tantos inspiraron.
¡Oh amor! el yugo con que dulces domas
Los pechos más cerriles
Cuando bullen los años juveniles,

(1) Cañuto. Vos anticonada : *caplon*.

(2) FORNER dejó esta sátira sin concluir. Así se halla entre sus borradores.

Logra en Sevilla su mayor imperio;
Yo solo no gocé su ministerio.
¡Infeliz! me aquejaba
La miserable humanidad, envuelta
Entre el horror de su flaqueza impía.
Y si tal vez despierta
O festiva á sus juegos me llamaba
La agradable pasión, y en los balagos
De la dulce consorte le buscaba
Alivio blando á la tristeza mía;
Pálida, yerta, fría,
La sombra de la muerte
Giraba en torno de mi triste lecho.
Allí en clamores vagos
Mis oídos hería pavorosa
La voz de la maldad, y de su suerte
Me consternaba el término espantoso.
Sonido doloroso
Del hierro infausto que al malvado oprime
Allá en la tenebrosa
Caverna, donde clama, donde gime,
Fijo duraba en mi feliz oreja,
Perseguida del llanto y de la queja.
Gemía yo también; que soy humano,
Y el de juez no es oficio de tirano.
No bien hallada en mi cruel destino
La sacra inspiración, con que sonora
Nuestras mentes Apolo diviniza,
Huye (me dijo el Dios), huye del lloro;
Deja este suelo, deja
Las márgenes que el Bétis fertiliza,
Para tí sólo amargas, sólo mistías.
El influjo divino
Que te endiosa tal vez, ¿cómo entre angustias
Desplegará su ufana lozanía?
No bien se ajusta el són de la alegría
A la cadena ronca
Que en horrisón són llama al espanto.
La sacra poesía
Hija es del dulce, del suave encanto
Que pródiga estampó naturaleza
En la vária hermosura de los seres.
De la dureza impía
Huye el encuentro con temor doliente,
Bien así como cándida ovejilla
Del lobo fiero en hórrida maleza
Huye; y traslada tu afligida mente
A la región dichosa,
Donde en mansa corriente y deleitosa
El padre Tajo besa
Del trono hispano los sagrados muros.
Allí fecunda brilla
Galana majestad, verde y frondosa,
Que á los alientos puros
Y al retozo del céfiro festivo
Ambares mil espira,
Que roba alegre el viento
Y derramando su fragancia gira
Con vuelo fugitivo.
Allí goza su asiento
La belleza nativa
En blanda calma de inmortal reposo
Sin mezcla de contagio doloroso.
Las empinadas copas
Verás que pueblan en alegres tropas
Canoros pajarillos,
Más venturosos cuanto más sencillos.
Y en tanto resonante
El quebrado raudal del hondo río
Con rumor espumante
Gifando va la soledad amena
Del antiguo vergel ancho y sombrío,
Cuyos troncos ancianos y robustos
Son de régia mansion tronos augustos.

II.

(Fué leída esta silva en la Escuela de Química de Madrid,
con motivo de los primeros ejercicios.)

¡Oh tú! lira sagrada, que pendiente
De lúgubre ciprés en bosque umbrío,

Muda quedaste cuando el ronco estruendo
Del odio irreverente
Tus sones apagó; si el poderío
Ya celebrar osaste de la eterna
Mano que mueve con reposo augusto
La máquina del orbe inexplicable,
Y el derórden horrendo
Pintas tú del mortal, y la inviolable
Ley que le liga al sempiterno trono,
Hoy la patria te llama; hoy en su abono
Pide en tí nuevamente tu armonía;
El acento robusto
Recobra audaz, y la malicia impía
Huya al oírte con furor medroso.
Léjos, léjos de tí pasiones vanas
Del misero mortal; majestuoso
El cerro de la tierra te convida,
En cuyo exámen la bajaiza olvida
De su parte inferior la absorta mente,
Y al supremo Hacedor investigando
En sus fecundos dones,
De sus beneficencias soberanas
La inesfable grandezza humilde adora.
¡Oh patria! tus regiones
¿Cuánto me anuncian su poder divino,
Y cuánto, oh grande Carlos, tu desvelo
La industria de los hombres alentando,
Hace que resplandezcan
De la divinidad las obras sábias!
No ya pródigo el cielo
Derrama en balde, por fatal destino
De dormida imprudencia,
Sus bienes en el suelo que el sol de ra
Cuando al bético mar se precipita;
No ya semblante horrible
La faz me ofrece de mi patria cara,
Ni en las hondas cavernas
De sus montes inútiles y rudos
Yacen los ricos seres que prepara
Al socorro del hombre inmensa ciencia;
El poder invisible
De las leyes eternas
Despliega ya su pompa, y templo digno
Es hoy de la deidad el clima ibero;
El dulce y lisonjero
Susurro de las aguas no ya en vano
Desciende de las cumbres, ni los valles
En vano sus alfombras fertilizan;
Ya aagos se deslizan
Anchos ríos de alegres arroyuelos,
Sujetos al humano
Dominio, su riqueza y sus venturas
Aumentando gozosos;
Los árboles frondosos,
O en bosques cultos ó en gallardas calles,
De mi patria la frente coronando,
Juntan á su hermosura
Fecundidad opima, y sus anhelos
El feliz labrador, y sus fatigas,
Cobra anegado en cándidos placeres.
Las doradas espigas
Ve ondear en los campos, agitadas
Del dulce soplo, del aliento blando
Del céfiro benigno;
Y tesoros son ya los que desiertos,
Y mansiones amenas las que un día
De hierbas mustias y peñascos yertos
Habitación medrosa y solitaria.
¡Oh cuánto así los seres
Agradecen la ansiosa tiranía
Del humano trabajo, y cuánto varia
La gran naturaleza
El yugo remunerador que la imponen!
Misero tiempo cuando,
Dejado su vigor, cubierta España
De espantable maleza,
Desconoció su bien, y las delicias
Y el inocente gozo que auxiliada
La tierra ofrece. Entonces
Negado al sabio el íntimo artificio
Del planeta que pisa, en desvarios
Cebó su mente, y maquinando mundos,

Las horas impropicias
Consumió en delirar, adulterada
Por él la Providencia,
Para ser ignorante con extraña
Porfía se afanó. Plantas, metales,
Piedras, brutos le cercan; y negado
A investigar sus usos, en su frente
Vanos seres forjó, débiles frutos
De activa inteligencia,
Que sólo sueña cuando en sí confía.
El sereno esplendor del albo día,
Y el hermoso matiz de sus colores,
Que el prado siembra de risueñas flores,
Y de luces adorna el cielo puro,
No hirió su vista; y dado ciegamente
A cavilar aéreos atributos,
La miseria y los males
Descuidó de la vida; y sabio en tanto
Se apellidaba un inventor de errores;
Todas las artes al imperio duro
Cedieron del engaño que triunfaba.
Tú, vencedor metal, á cuyo encanto
Se mueve el hombre, y la virtud á veces
Gime oprimida de tu infausto yugo,
¡Por qué el esfuerzo y la destreza brava
Del grande domador del polo opuesto,
A la extrema region del Occidente
De tus lóbregas minas
Comunicó el dominio inútilmente?
¡El dominio funesto,
Que á Europa enriqueció con nuestro daño!
El triunfo del engaño
Nuestra miseria fué..... Fatales días,
Huid de su memoria; ya renueva
Cárlas, el grande Cárlas, las edades
En que el fuerte español climas, naciones,
Visitando animoso,
De su industria no ménos tributarias
Las hizo que del golpe formidable
De su acero invencible. Victorioso
Gira ya en nuestros claros horizontes
El sincero saber, y derramando
Entre doctas verdades
Copia inmensa de bienes, grata aprueba
La deidad los desvelos del monarca
Que su vigor excita. Valles, montes
Restituyen los ecos de su gloria,
Y la nefanda envidia
Con tristes alaridos á las sombras
Huye del hondo averno,
A confundirse en el rabioso bando
De las furias nefarias
De los vicios y errores..... Y tú, ¡oh Musa!
A quien perdona la implacable Parca
Tal vez, y hoy eres con tibieza oída,
Tu inspiración esfuerza; descendida
Tu voz de la alta esfera, canto eterno
Comunica á tus valles, que inflamando
Con justo elogio los futuros siglos,
A rey tan grande imiten y veneren;
Que cuando lustre tan debido adquieren
Las artes por su mano generosa,
Por más que te rehúsa
El vulgo su favor, Musa divina,
Ea, canta animosa;
Que Cárlas nueva suerte te destina.

CARTA FAMILIAR Á LELIO.

En vano ¡oh Lelio! mi pereza animas,
Y con pluma elegante
Nota de ingrata á mi lealtad íntima.
¡Acaso de pedante
Debe preciarse un ciudadano justo,
Para alegrarse y ostentar su gusto
En el público bien, con cien dislates?
Ahorrando, Lelio mío, disparates,
Pudiera el buen Laviano,
Sin ser coplero, ser buen ciudadano
Celebrando la paz con letanías,
Adulaciones frías

¡Qué aumentan á los prósperos sucesos?
De un loco los excesos
Tal vez pueblan de llanto un regocijo,
Y cuando no hacen más, le desazonan.
Las alabanzas mías
Podrán, si necias son, al héroe sumo
Afeár; y si sinceras le abonan,
Con divino vigor, nada le añaden.
Tras esto, yo no elijo,
Aunque pobre (poeta, en fin, de España),
En tono de elogiar, ganar dineros,
Con llamar á los tiernos herederos
Géminis y otros nombres endiablados (1).
¡Qué glorias persiaden
Conceptos vanos, frívolos arrobos,
Interesado humo,
Que ofende á la deidad más que la halaga?
En versos ponderados
De grave necesidad, mil tiernos bobos,
Que de su España el esplendor estiman,
Con muy gustosa paga
Compran un romanzon, que nunca cesa
De decir que ha parido la Princesa,
Y que es muy buena, y lo serán los niños.
Perder tiempo en livianos desaliños,
Sin decir más que una verdad notoria,
No me lo manda Apolo. Turba espesa
De graznadores cuervos ya ha oprimido
El siempre augusto trono,
Que á la futura historia
Lástimas deberá por furia tanta.
Fuego sublime, de influencia santa,
Si alguno le he debido
A la mano de Jove, le recato.
Un bárbaro alegato
Tal vez mañana me dará una toga;
Y un raptó excelso, que en sonoro acento
El ardor desahoga
Con que al poeta la deidad inspira,
Me dará el descontento
De verme con los fatuos confundido,
Despreciado, y ¡quién sabe si oprimido?
Supongamos que, amiga
La ocasión, halagüeña me provoca
Al canto, y mi recelo
Y mi temor apoca.
La cítara descuelgo, que ya un día,
Festiva, al manso Tórmes suspendía
La amorosa corriente, ¡ay! y olvidada
Pende muda, indicando la tristeza
De su angustiado dueño. Desatada
En música elegante sube al cielo;
De allá con presto vuelo
Espíritu fatídico desciende,
Y de mí, en mí infundido, me enajena.
Vehemente fuego llena
Mi pecho, hierve ufano, altiva emprende
Mi voz cantar las gracias de Luisa,
El albo rostro, la suave risa,
Consuelo de su pueblo; y sobre todo,
La alma divina, que en augusto modo
Ya labra de la patria las venturas.
Las alegrías puras
De la paz, resonando en mis acentos,
A esferas y elementos
Conmueven, y risueño el ancho mundo
Su descanso celebra, y blandamente
Con proceder fecundo,
Libres de destrucción, vierte sus dones.
Amor, el dulce amor, mis expresiones
Anima, y elocuente,
Su llama, su vehemencia comunica
Al labio del poeta. Entónces grato
Llenará el aire con gallardo ornato
El nudo regío y duplicado fruto
Del heroico consorcio..... Multiplica,
Oh tú, del mundo bienhechor eterno,
En tu blanda inocencia,

(1) Alude á unos *Endecasílabos d la paz y al nacimiento de los Infantes gemelos*, de don Manuel Fermín de Laviano, fecundo autor de comedias. FORNERIA se burló con agudeza de estos *Endecasílabos* en una carta satírica que hemos encontrado entre sus papeles.

Tus bienes inefables; siempre enjuto
 El inculpable rostro, no del llanto
 Sienta la angustia; la afriesgada ciencia
 De enfrenar la malicia de los hombres,
 Con ellos crezca en la inocente cuna;
 Y las altas virtudes, de una en una,
 Dignos los hagan del supremo imperio....
 A tanto ministerio,
 Acalorado del influjo santo,
 Me dispongo, mi Lelio: cual canoro
 Cisne, ya yo de mí me ensoberbezco,
 Y admiro al orbe, y al mortal ofrezco
 Grande ejemplar de locucion divina,
 Y la excelencia de mi voz confina
 Con la sacra excelencia
 Del asunto inmortal.... En mi desdoro
 Tal vez trabajo, y con fatiga suma
 Voy á hacerme infeliz, y á ser sin falta
 Blanco importuno del saber plebeyo.
 ¡Ved (exclama un nefando leguleyo,
 Que rebosa barbarie, cual espuma
 Henchido vaso de licor hirviendo)
 Lo que España consiente!
 En mano de un poeta los litigios.
 Aquí todo se exalta
 El Atila legal, y á borbobtones
 Alega textos, leyes y opiniones
 De Menoquio, Tepola y Capibacio,
 Que ordenan que si alguno los vestigios
 Sigue del tonto Horacio,
 Y en números sonoros las acciones
 Dignas celebra, y la virtud aplaude.
 Jamas aspire, autorizando el fraude,
 A hacer mentir las leyes en su abono,
 Ni á ser pedante, para ser patrono,
 De un letrado inviolables requisitos.
 Y como son los necios infinitos,
 Crean al brutal, y el desdichado Aminta (1),
 Sufriendo la hambre docta que le aqueja,
 A la posteridad el cargo deja
 De estimar su virtud, según costumbre,
 Y dar á un vano nombre un honor vano.
 ¡Vé ahora, y la cumbre
 Vence, animoso del saber, y ufano
 Deidad hasta en la tierra.... y no la furia
 Sola espere de sucios profesores.
 Descréditos mayores
 Te prepara una turba delirante,
 Que debe á la penuria
 De su seso el afán, y la porfía
 De unir la necedad á la poesía.
 En pueblo donde un mal versificante
 Triunfa, y lleva la voz de la doctrina
 Porque el cuerpo acicala y afemina,
 Usurpando á las hembras sus ungüentos,
 Y sus versos estima por los cientos,
 Sólo un pedante puede ser poeta.
 Al docto la indiscreta
 Caterva le persigue, avasallada
 Al gusto del don Fausto. En mí el vestido
 Es abrigo y decencia; no extremada
 Cultura que entre damas ignorantes
 Me haga docto porque ate consonantes,
 Y versos mil y mil hiele en un hora.
 Veme aquí, combatido
 De un temible poder, cuya locura
 Obedece y adora
 El hombre, que se jacta de que impera.
 El mismo Maron fuera,
 Si no soy grato á Frine, pluma oscura
 Consagro á las tareas inmortales.
 De su vulva triunfal ¡qué triste sabio
 Resistirá el imperio? Más fatales
 Para mí mi verdad y mi entereza,
 Que dichoso á una adúltera su vicio;
 Porque ignora mi labio
 El arte de dar nombre de belleza
 A un semblante de cera ó bigotado,
 Y en este negro suelo,
 Menos de su maldad, de todo dudo,

¡Cándido sacrificio
 Seré de una lascivia inexorable!
 No, Lelio mío; el Cielo,
 Sin mis versos, afable
 Mirar puede á la patria, y yo sin ellos
 Rogar también eternas sus venturas.
 A los infantes bellos,
 Sin el socorro de pesadas rimas,
 Las edades futuras
 Venerarán por héroes de su Iberia.
 En ellos las opimas
 Virtudes del abuelo trasladadas,
 Del grande abuelo, y padres generosos
 De la humana miseria
 Los númenes serán. ¡Oh! acreditadas
 Los tiempos presurosos
 Mis voces vean; y la tierra un día
 De sí, por ellos, la maldad destierre.
 El Jano impio cierre
 Sus puertas para siempre, y los mortales,
 En fin, cansados de buscar sus males,
 En vínculo de paz vivan unidos.
 Vaticinios tan santos ¡oh! cumplidos
 Veamos, Lelio, y la esperanza pía
 Del bien del mundo, que suplican pocos,
 Y dejemos los versos á los locos.

Á LUCINDA, EN EL FIN DEL AÑO.

¡Qué importa que ligera
 La edad, huyendo en presuroso paso,
 Mi vida abrevie en la callada huida,
 Si cobro nueva vida
 Cuando en las llamas de tu amor me abraso,
 Y logro renacer entre su hoguera,
 Como el ave del sol (2), que vida espera?
 Amor nunca fué escaso,
 ¡Oh Lucinda amorosa!
 Y aumenta gustos en los pechos tiernos.
 Si el año tuvo fin, serán eternos
 Los que goce dichosa
 Mi dulce suerte entre tus dulces brazos,
 ¡Oh mi Lucinda hermosa!
 Brasos con tal blandura, que los lazos
 Vencerán de la Vénus peregrina.
 Cuando, suelto el cabello,
 A Marte desafia
 Y al victorioso dios vence en batalla;
 En ellos mi amor halla
 La vida, que en sus vuitas á porfía
 El sol fúlgido y bello
 Me lleva en su carrera presurosa,
 ¡Oh Lucinda amorosa!
 Y en la estación helada,
 Cuando su margen despojada enfria
 El yerto Manzanares,
 Al año despidiendo con su hielo,
 La lumbre de tu cielo
 Dará calor á la esperanza mía,
 Ajena de pesares,
 No perdida mi edad, mas renovada,
 Por más que el año huya,
 Con el calor de la esperanza tuya.
 ¡Oh! siempre acompañada
 Te goces del deseo que me anima,
 Mas años que fragantes
 Flores esparce en la húmeda ribera
 La alegre primavera;
 Y nunca el cielo oprima
 La dulce risa de tu rostro hermoso
 Con disgusto enojoso,
 Permitiendo que goce yo las flores
 (Como fiel mariposa
 O cual dorada abeja, que su aliento
 Chupa, y en ellas forma su alimento)
 De tus dulces amores,
 ¡Oh mi Lucinda hermosa!
 Y vuela el tiempo, pues su paso lento

(2) Sin duda llama así FORNER al Fénix porque esta ave fabulosa, divinidad de los egipcios, recibía culto especial en Heliópolis, la ciudad del sol.

Detiene mi contento,
 Detiene torpe su estacion tardía,
 Que tú me llames tuyo, y yo á tí mia;
 Vuele, vuele en buen hora,
 Y este año tenga fin, y juntamente
 Le tengan otros y otros; y el violento
 Curso de Febo, que la tierra dora
 Con su madeja ardiente,
 Su carrera apresure,
 Y tanto, en tanto mi ventura dure,
 Cuanto en tu pecho vea
 Reinar la llama que mi amor decesa.
 Vuelen, vuelen las horas,
 Y llévense los días y los años
 En sus vueltas traidoras,
 Y llegue el tiempo en que mi amor posea
 Tu pecho unido al amoroso mio,
 Y la suerte gozosa
 Dé fin dichoso al ruego que la envío,
 Oh Lucinda amorosa;
 Y en tanto los engaños
 De amor tengan tu pecho entretenido
 Con deseo, esperanza,
 Manjares que alimentan á Cupido.
 ¡Oh tardos días de presentes daños!
 Por vosotros alcanza
 Su fin cuanto en el mundo es comprendido.
 Pues huid, y dad fin al encendido
 Fuego en que mis deseos se alimentan;
 Mas, lográndolos luego,
 El paso diligente
 Que detengais os ruego;
 Dejad que entónces, pues que ahora cuentan
 Siglos los años, yo, mi bien gozando,
 Haga siglos los días,
 Y tanto dure en las venturas mías,
 Cuanto el alegre tiempo dar pudiera
 Estacion venturosa
 De tu edad á la hermosa primavera,
 Oh mi Lucinda hermosa.

EPISTOLAS.

I (1).

Estos días, señor, que interrumpida
 La ocupacion de la feroz Astrea,
 La balanza fatal cuelgo en su templo,
 Méenos medrosas las amables Musas
 Me asisten, y el antiguo regocijo
 Renuevan, y al retoso se desatan;
 Yo en tanto, grave, al bullicioso influjo
 Hipócrita resisto, y con gamofia
 Seriedad, de la toga reverenda
 Guardar procuro los salvajes fueros
 En torva faz y yerta catadura.
 ¡Ay! no es dado, señor, al sacerdocio
 De la justicia, en la sesuda Iberia,
 Sacrificar sobre inocentes aras
 Al placer y á las gracias. Turba adusta
 Con negro traje que al talon desciende,
 Ocupa la mansion de la alma diosa,
 Y sentada en estrado pavoroso
 Sólo se presta á oráculos ceñudos.
 ¡Oh! en edad no madura pereciera
 El ánimo brutal que de las Musas
 Manchó el primero las funciones sacras,
 Y la infamia juntó á su ministerio.
 ¡Cuánto á los hombres, á sus ciencias, cuánto
 Usurpó de delicia! Desde entónces
 Etronizada la barbarie augusta
 En el tímido foro, de su reino
 Las flores arrancó, la lozanía
 Del culto ingenio, y de silvestres cardos
 El ámbito pobló donde, en mejores

Tiempos, brilló la pompa floreciente
 Del cónsul inmortal, que á Catalina
 Rompió el furor, y preservó la patria.
 Siglo dichoso, edades venturosas,
 Cuando sólo á los hombres infamaban
 Los vicios, no el saber; cuando sentado,
 Oráculo del mundo, en alta silla,
 Soltaba el cónsul las temidas riendas
 Para empuñar la cítara sonora,
 Y bajaba del sacro Capitolio
 Para trepar á la parnasia cumbre.
 Engrandecida así la humana mente
 Con el estro de gloria, á intentos grandes
 Encaminaba su vigor robusto.
 ¡A cuánta costa en merecer me afano
 (Decir solia el domador de Oriente)
 Que en Atenas se canten mis hazañas!
 Mas nosotros, señor, prole mezquina
 De menguada enseñanza, descuidamos
 La divina poesía; ¡y cuáles hechos
 Son de su acento en nuestro siglo dignos?
 Dad que en el pecho enardecido hierva
 El sagrado furor que allá en la falda
 Del Olimpo, en presencia de mil héroes,
 A Píndaro inflamó. ¡De tanto labio
 Cuál nombre, cuál virtud merecedora
 Al vate insigne ofrecerá la patria?
 Triunfante la maldad en pompa fútil
 Y frívolo aparato, grandes somos
 Únicamente en altanerous vicios.
 La virtud en los míseros hogares
 Donde el trabajo y la templanza habitan,
 Gime escondida entre groseros paños,
 Miembros callosos y tostadas frentes.
 Allí desconocida en abatido
 Desprecio, llena los deberes santos
 Que el cielo le dictó. La nueva aurora
 Le amanece ya atado á la fatiga,
 Cuyo fecundo afán devora luego
 En ocio muelle la opulencia inútil;
 La tierra que su mano fertiliza,
 Siempre es estéril para el triste. Suda
 Y ve crecer sus fértiles esquilmos
 Cautivos ya: de rústicos manjares
 Sólo goza reliquias desabridas,
 Y aún al comerlas á su Dios bendice.
 La grandeza ya sólo en los pequeños
 Pechos reside infausta; y en los grandes
 Ratera vanidad, materia opima
 Al filo de la sátira jocosa,
 Único empleo que á las doctas Musas
 Ofrece nuestra edad. De nuestras glorias
 Sólo nos restan en sepulcros viejos
 Olvidadas cenizas. Los trofeos
 Grabados en los mármoles ilustres,
 Para acusarnos en las tumbas duran;
 Y de mustio laurel y árido mirto
 Ceñidas, con los héroes también yacen
 La victoria y la ciencia sepultadas.
 Del estólido vulgo ya buscamos
 La admiracion con mímicas grandezas,
 Vanos ornatos y esplendores huecos,
 Que en sus días famosos y felices
 Ni aún gozaron los Córdoba y Leivas.
 El fausto de la gloria, no la gloria,
 Es ya lo que aspiramos, y se engrie
 Nuestra liviana presuncion si ostenta
 Colgada á un pecho vil una alta insignia.
 Las Musas en edades ya infecundas
 De virtudes y gloria, ¿cómo pueden
 Ser estimadas si su aliento sacro
 No prostituye con juglar lisonja
 A truhanes Mecenas orejados,
 Que á Midas copian la riqueza y bienes?
 ¡De aquí su abatimiento! ¡Y cuáles hechos
 Ocuparán de la canora trompa
 El són majestuoso? ¡Cuáles héroes
 A la lira darán nombres sublimes,
 Que atónitos veneren nuestros nietos,
 Y su virtud y su grandeza emulen?
 Magnánimos varones, caras sombras,
 Por quien triunfante al ignorado polo

(1) Escribió FORNER esta carta en unas vacaciones, siendo fiscal del crimen en Sevilla, para dirigirla á don Eugenio Laguno, ministro de Gracia y Justicia; pero no llegó al caso de remitirla.

Corrió el nombre español, y de la tierra
 Dilató la opulencia y los confines;
 Si exenta del olvido á las futuras
 Gentes pasa inmortal vuestra memoria,
 Débelo sólo á las divinas artes
 Hoy en desprecio misero abatidas;
 Y ellas también á vuestros nombres deben
 Igual el santo ardor del alma genio.
 Así en lazo recíproco hermanadas
 Artes, gloria, virtud, sabiduría,
 Engrandecen los términos escasos
 De la mortalidad, y crían siglos
 Grandes en obras y en la ciencia grandes.
 Mas ved aquí, señor, que miéntras canto
 Yo con tono doliente las injurias
 Del genio que al mortal inmortaliza,
 Me escucha acaso la funesta tropa
 De la gente togada, frunce el gesto,
 Y arrugada la frente me condena,
 Y «¡Oh tiempos! (dice), desastrados tiempos,
 En que profanan ya vanos poetas
 La heroica gravedad de la golilla;
 Todo perece: del sutil Menoquío,
 Del gran Caponio y elocuente Gomez
 Ya el honor desfallece, ya pervierten
 Adúlteros ingenios nuestros dogmas,
 Y osan pensar con lógica, y se atreven
 A escribir sin barbarie y solecismos,
 Y aun la ley sin sofismas interpretan,
 Y á grandes silbos á Elizondo aplauden.
 ¡Horrenda perdición, días funestos
 De execrable desórden! Tristes días,
 En que ya las pelucas desterradas
 De las frentes jurídicas, al sólo
 De la justicia sus alumnos suben
 Con pelo natural, y á Tulio imitan.
 ¡Oh! perezca la raza abominable
 De esta prole bastarda, espúreos jueces,
 Que su cabello y sus discursos peinan,
 Penetran bien nuestros misterios, saben
 Zumar el respetable pedantismo
 Y la docta hojarasca que nos hace,
 Por no entendida, grandes á la plebe.
 Nos conocen: debemos perseguirlos,
 Perderlos, infamarlos.» Así falla
 Con delirio infernal en sus furoros
 Un rancio y maquinal jurisconsulto,
 Y así defiende los tremendos fueros
 De su estólida ciencia y gusto torpe.
 A los manes de Bártulo, el gran padre
 De sus bárbaras leyes, inmolado
 Caerá Maron en holocausto impio,
 Y los que deben al piadoso cielo
 El dón de hacer durables los instantes
 Del tiempo que las cosas va anegando
 En olvido profundo, sometidos
 Al invicto poder de la espantosa
 Barbaridad, en llanto y vilipendio
 Consumirán sus miserables días.
 La esperanza y rason de los estudios
 En vos están; de las carreras tristes
 Sólo vos conoceis el alto precio,
 Y á vos es dado sostenerlas, cuando
 Fugitivas y atónitas, cual buelen
 Al horrisono trueno blandas aves
 Correr medrosas á esconderse, inútil
 Será para ellas la gloriosa mano
 Que su lira pulsó, y el plectro de oro
 Que en cipres coronado vibrar supo.
 Vos, señor, las amais, de sus encantos
 Conoceis el vigor, los deliciosos
 Impulsos, la influencia soberana
 Con que suavizan al mortal, y arrojan
 De su pecho la rústica fiera.
 Por ellas animado el sacro fuego
 De la virtud, ó en útiles ficciones
 O en himnos graves, ó en escena viva,
 La dulce humanidad en ménos ayes
 Respira, envuelta, los alientos breves
 Que su vida conducen á la sombra
 Del sepulcro asqueroso, y ¡ah! ¡qué fuera
 Nuestro vivir, sin el deleite ingenio

De las artes suaves, que benígnas
 Al hombre estrechan en fraterno lazo?
 Es siempre bronca la ignorancia, y siempre
 Turbulenta y feroz males respira,
 Daños, sangre y fiera.
 A la lira los cielos concedieron
 Sacar amable de los bosques rudos
 Al humano linaje; y ella sabe,
 Si no extinguir de las pasiones brutas
 El ímpetu altanero, quebrantarlo,
 Enseñando ó riendo. Ya la patria,
 Nuevo Orfeo, os atiende, y cuando altivas
 Sus doctrinas salvajes alzar osan
 Contra las Musas su maligna frente,
 Llevocadla, señor, á la dulzura
 Del ameno placer; y padre entónce
 De la patria seréis, que serlo debe
 Quien hace humanos á los hombres brutos.

MADRIGAL.

LA ABEJA.

Entre un panal sabroso,
 Que mi Silvia comía,
 Una abeja cobarde se escondía
 Con el susto penoso
 De no poder librar la amada vida
 En la que fabricó dulce comida.
 Viéndola Silvia bella,
 Tuvo compasión de ella,
 Y evitándola el mal que la maltrata,
 Con sus dedos de plata
 La libró de la muerte,
 Y el susto en alegría le convierte;
 Mas, desagradaída,
 A quien le dió la vida
 La mejilla graciosa
 Quiso picar, teniéndola por rosa;
 Pero ántes que pudiera dar enojos
 De Silvia al rostro liso,
 Con los airados ojos
 Matarla pudo quien librarla quiso.

SONETOS.

I.

ALTURA EQUÍVOCA.

Espero, ese poder, esa grandesa
 Con que el hado burlon te engolosina,
 Si añagazas no son á tu ruina,
 Serán castigo á tu mortal vilena.
 Tú encenagado en súbita riqueza
 Te huelgas torpe en su engañosa mina.
 ¿A tanto el cielo tu idiotas empina?
 O la nuestra pelagra ó tu cabeza.
 No es Dios injusto, no: jamás consiente
 Gloria al malvado; ni elevado empleo
 Sin causa al necio permitir le plugo.
 Tu grandesa es patíbulo eminente;
 Si á su cima no subes como reo,
 Subes; mira qué horror! como verdugo.

II.

PROTECCION ENGAÑOSA.

Lleva, pastor, la mano más ligera
 Cuando el blanco vellón á la ovejilla
 Cortas avaro; que en su sangre brilla
 Tefida ásperamente la tijera.
 Ella en tiernos balidos de tu fiera
 Codicia se lamenta; y la sencilla
 Fe te recuerda con que á tí se humilla,
 Aunque el prado sin tí pacer pudiera.
 Si dices que del lobo la defiendes,
 Y que su lana en recompensa tomas,
 El vellón, no la oveja, se destruya.

Pues si á estilo de lobo tú la ofendes,
Y es menester que con su sangre comas,
¿Qué va á ganar en la defensa tuya?

III.

EL TRISTE PRONÓSTICO.

Ya de púrpura bañe su semblante
Bello la esquivia pastorcilla mía,
Cuando las penas que en mi pecho cria
Con voz doliente á sus umbrales cante;
Ya por el bosque, al divisarme errante,
Tímida se me esconda, y su porfía
Dare, y así críel la sombra fría
La halle y el nuevo sol siempre constante;
Adoro su dead-n, que no altanero
Precio de su beldad, sino desvío
De angélico pudor sus gracias sella.
Mas si en la corte del imperio ibero
Reside un día, ¡ay misero amor mío!
Yo huiré su encuentro, de vergüenza de ella.

IV.

Á MADRID.

Esta es la villa, Coridon, famosa,
Que bañada del breve Manzanares,
Leyes impone á los soberbios mares,
Y en otro mundo impera poderosa.
Aquí la religion, zagal, reposa,
Rica en ofrendas, fértil en altares;
En las calles los hallas á millares;
No hay portal sin imagen milagrosa.
Y por que más la devoción entiendas
De este piadoso pueblo, á cada mano
Ves presidir los santos en las tiendas.
Y dime, Coridon: ¿es buen cristiano
Pueblo que al cielo da tantas ofrendas?
Eso yo no lo sé, cabrero hermano.

V.

PEQUEÑEZ DE LAS GRANDEZAS HUMANAS.

Salgo del Bétis á la ondosa orilla
Cuando traslada el sol su nácar puro
Al polo opuesto, y en el cielo oscuro
La luna ya majestuosa brilla:

Entre la opaca luz su honor humilla
La soberbia ciudad y el roto muro
Que, al rigor de los siglos mal seguro,
Reliquia funeral, cifre á Sevilla.

Pierde en las sombras su grandesa ufana
La altiva poblacion, y sus destrozos
Lúgubres se divisan y espantables.

Fía, Licino, en la grandesa humana;
Contéplala en la noche de sus gozos,
Y los verás medrosos, miserables.

VI.

Á UNA VIEJA INMORAL.

Lúcas, esa estantigua, que desmiente
Con su verdor la injuria de los días,
A cuya traza respetable fías

Tu Elisa en amistad incantamente;
Aunque la pompa de su alcurnia ostente,
Y en sí cifre dos mil genealogías,
Noblemente sabrá con sus porfías
Hacer famosa en la ciudad tu frente.

Ya ves cuál la nobleza en los varones
Anda, Lúcas; ya ves. Muy necio eres
Si del falso oropel cegarte dejas.

Ellos viven de adúlteras traiciones;
Ellos viven así con las mujeres,
Y todas sirven, jóvenes y viejas.

VII.

Á UN PELUQUERO.

Tú, que adúlteras las divinas trazas
Del supremo Hacedor, y desfiguras

El honor de sus nobles esculturas
Cuando en formas grotescas las disfrazas;

Pues haces que á tus peines, y tenazas
Se sujeten grandezas y hermosuras,
Y al araño que encrespa tus hechuras

Deben ya autoridad las calabazas;
Crina mi frente con la rucia cola
De un pródigo rocin, que entre sus cerdas

Nutrió la majestad juriconsulta.
Crinala; que la Témis española
Sin tí no puede dar sentencias cuerlas,
Y sus dones á Dios le dificulta.

VIII.

SERVICIO INÚTIL.

Ya silba el viento en la nevada cumbre,
Y al soplo impetuoso la cabaña
Vacila del zagal, que en frágil caña
Con paja entretejió flaca techumbre.

Y Bato el mayoral sin pesadumbre,
Aunque su grey del aquilon la saña
Siente y perece, con paciencia extraña
Huelga al calor de regalada lumbre.

El misero zagal humedecido
De helada nieve, por salvar se afana
La grey no suya en el pelado ejido.

Zagal, reposa: tu fatiga es vana:
Su hacienda el mayoral tiene en olvido,
Y ni á acordarse de tu afán se humana.

IX.

LA INBOLENCIA.

Despierta, Elpin, y guarda; que al hambriento
Lobo no sirve, no, tu grey de pasto:
Tú roncas, y el zagal hace su gasto,
Devorando tus reses ciento á ciento.

De rojas pieles número cruento
Luego te entrega el desalmado Ergasto;
Y el daño apoca, aunque en ejido vasto
Pace escaso ganado y macilento.

Despierta, Elpin, y en las calladas horas,
Cuando sin luna las estrellas lucen,
Observa, espía á tus zagales fieles.

Verás cómo desuellan con traidoras
Manos tu grey, y pérdidas reducen
Tu hacienda toda á ensangrentadas pieles.

X.

DESESPERACION DEL PASTOR AMINTA.

Herido de tu amor, Silvia, ¿qué espero?
Dí qué remedio queda al penar mío?
En las ansias que sufro, á tu desvío
Atribuyo la causa de que muero.

Que soy tu Aminta fiel y verdadero,
Publiquenlo estas flores, y aquel río,
Que presencia el insano desvarío
En que me puso tu desprecio fiero.

No queda en tanto mal otro consuelo
Más que morir; entónces placentera
Me burlarás, vencido en mi porfía;

A no ser que, apiadado de mí el cielo,
Te haga llorar mi muerte; y lo quisiera,
Por ver trocada la desgracia mía.

XI.

LA NECESIDAD CARECE DE LEY.

Desciende, Apolo, y de tu sacro aliento
Comunica á mi voz parte sonora,
No aquella que al varon inclito honora
Y hace su nombre del olvido extento;

Ni aquella que consagra el escarmiento
Del vicio cuando airada se acalora,
Justa venganza que al mortal mejora,
O reprime su torpe atrevimiento.

Oh poderoso dios, si desperdicia
Craso en *sugas canoras* su dinero,
Y dura en tu laurel suerte impropicia,
¡Qué á mi la gloria, si entre angustias muero?
Ahora bien: ó has que triunfe la justicia,
O perdona; vivir es lo primero.

XII.

LA CIENCIA INÚTIL.

Pues te cansa el estudio, Olito amigo,
Señala en tu almanak por fausto el día
En que abjures la impróvida manía
De obligarte á vivir docto mendigo.
Ilustrés mentecatos, al abrigo
Del jaspe y cedro que el Oriente cria,
Te prueban que en gallarda tontería
No influye en su rigor astro enemigo.
Del liso rostro la purpúrea rosa
Enciende más y más, y ufano aspira
Ambares en el rizo y en el labio.
Si es rebelde tu tez, supla la esposa
Gentil y desenvuelta, y Olito, mira:
Trasládala á Madrid, y serás sabio.

XIII.

MEDIO SEGURO PARA ESCUDARSE CONTRA
LA ENVIDIA.

Con soplo infiel te engolfa á tu ruina
Náufraga la ambicion, incauto Floro,
Si te dicta que en mando y en tesoro
Felicidad durable te destina.
En la mansion soberbia y peregrina
Que imperio abarque y resplandesca en oro,
De ufanos vicios indomable coro
Te asaltará con furia repentina.
Tú sobrado de gustos, y la envidia
De escándalos avara, en vil combate
Tratará de usurparte el alto estado.
¡Te agrada no luchar con su perfidia?
Vuelvete á la virtud, el fausto abate,
Y no serás temido ni envidiado.

XIV.

Por cierto, Gil, con lindo patrimonio
Para hacerte lugar vas á la corte,
Ciencia modesta, la virtud por norte
Y en el labio del pecho el testimonio.
Honesto, no comprado matrimonio
Te dió, si no gallarda, fiel consorte:
Tú ignoras la baraja y ella el porte
Desenvuelto del pueblo babilonio.
No seas tonto, Gil; en tu aldehuela
Cultiva en paz groseros alcornoques,
Y más que los de acá te darán fruto;
O si resuelto estás, en nueva escuela,
Para que no del todo te sofoques,
Aprende un poco á apicararte en bruto.

XV.

Á UN POETA MANCHEGO QUE SE RETIRÓ
Á SU PATRIA.

Así siempre de pámpanos y flores,
Árida Mancha, la estacion suave
Cubra tu suelo, y su verdor acabe
Quando esparza de nuevo sus favores;
Opima copia aliente los rigores
Que sufre tu cultor, y ménos grave
El ábrego cruel no menoscabe
La esperanza feliz de sus sudores:
Si es tanta la virtud que retirados
A tí tus don Quijotes sin violencia,
Cobran el seso en nuestro mal perdido,
¡Oh! líbranos de versos endiablados.
Cleón vuelve á tu seno, su dolencia
Cure, y déñle los cielos lo que pido.

XVI.

Á LA MUERTE DE LUIS XVI.

Al corte infame de cruel cuchilla
Cae la cabeza que á las leyes santas
Órgano fué supremo, y veces tantas
Las dió á la tierra en prepotente silla.
La de Occidente augusta maravilla
Ludibrio yace de rebeldes plantas;
Estremece el ejemplo altas gargantas,
Y un tanto el ceño del poder se humilla.
Pueblo que la adoró, sin llanto ahora,
Yerta la mira derramando en hilos
Desde mano soez sangre inocente.
Así el que sirve al que le manda adora;
Contra el débil señor vibra los filos;
Si éste los vibra, sirve reverente.

XVII.

¡Vea, Lauso, desalado un vulgo impío
Correr furioso á la batalla horrenda,
Desnudo, hambriento y sin que el alma venda
A esperanzas del propio poderío?
¡Ves tolerar del fatigado estío
La ardiente lumbre al recoger la ofrenda
De las espigas con andas contienda
Tostada plebe en misero atavío?
¡Ves arrostrar los mares al arrojo
De duras almas, que salvar presumen
Vida y tesoro en frágiles maderos?
Pues, si no lo has, mi Lauso, por enojo,
Tanto afán, tantas vidas se consumen
Para que engorden fatuscos altaneros.

XVIII.

Gracias eternas á tu justa mano
Dirijo humilde, Providencia santa,
Quando la tierra contra mí levanta
Tiránico opresor, brazo inhumano.
Así de tu gobierno soberano
El orden luce en diferencia tanta,
Que á la tiniebla que al mortal espanta,
El rayo de la luz sigue cercano.
Mansion de vicios la malvada tierra
Triunfa con ellos: en region más pura
Coronas tú los ánimos sagrados.
Has ¡oh poder! á las virtudes guerra;
Que sociedad tan bárbara é impura
No es para que los justos sean premiados (1).

XIX.

Á ELISA TOCANDO EL ARPA.

Quando al impulso de tu diestra mano
Suena herida la cuerda, Elisa mía,
Alma inspiras al viento, y ella cria
Nuevos afectos en el pecho humano.
Pintora de tí misma, el soberano
Espíritu que alienta la armonía,
Copia es de tu adorable gallardía,
Que yo idolatro, y que resisto en vano.
Amor, celos, placeres y ternura
Siente el que escucha, y los afectos todos
Que copiándote expresa el aire leve.
Tú expresas, y mi alma sin ventura,
Que aborta siente por diversos modos,
A expresar su pasión ¡ay! no se atreve.

XX.

De alto nacer y excelsa catadura
Presentóse en la corte un grande abate,
Cantando á todas horas el *orate*,
Porque en éstos sus honras asegura.

(1) Este soneto está sacado de una invectiva contra Brissot y Robespierre.

Gigante ingenio á tan sublime altura
Se eleva, cuando dél las alas bate,
Que nunca puede hallársele remate,
Aunque es bien rematada su estructura.

Al padre excelso de la patria canta
En *orate* perpétuo su premio,
Y en *orate* también su lengua emboza.
Su mérito ya á todos nos espanta;
Y pues es justo que consiga premio,
Dadle, señor, prebenda en Zaragoza (1).

XXI.

EL AÑO DE 1793.

Cruje feroz el carro furibundo
Del implacable Marte, y desquiciada
La tierra, en sangre y en sudor bañada,
Puebla de horror los ámbitos del mundo.

Impia la Parca con aspecto inmundado,
No en los campos de Marte fatigada,
Destroza en prado y monte, encarnizada,
Greyes sin fin con ímpetu iracundo.

Cadáveres son hoy de hombres y brutos
Cosecha horrenda de la tierra, males
Con que esta edad su mérito señala.

Niéganse al hombre hasta los rudos frutos;
¡Ay! según lo merecen los mortales,
Así el cielo, Teodoro, los regala.

XXII.

Á LA MUERTE DE CATON (2).

Caton se mata; Séneca y Petronio
No se matan, que mueren mal su grado;
Y se mata cualquier desesperado,
Que se lleva el mismísimo demonio.

Quien se mata, ora Cayo, ora Sempronio,
No es un sabio; es un fatuo encaprichado,
Que hace un crimen proscrito y reprobado
Por toda ley, cual sabe el más bolonio.

La vida es, pues, un bien, y un mal la muerte,
Según toda moral filosofía:

Quien se mata es el débil, y no el fuerte.

Es saberse vencer sabiduría,
Y pensar sólo puede de otra suerte
Algun falso filósofo del día.

XXIII.

DEFINICION DE UNA NIÑA DE MODA.

Yo soy de poca edad, rica y bonita;
Tengo lo que llamar suelen *salero*,
Y toco, y canto, y bailo hasta el bolero,
Y ando que vuelo con la ropa alta;

Si entro en ella, revuelto una visita,
Y más si hay militar ó hay extranjero;
Voy á tertulia, y hallo peladero;

(1) Este soneto es, como se ve, uno de los ataques personales tan frecuentes en las guerras literarias del siglo XVIII.

(2) Se publicó en el *Diario de Sevilla* (10 de Noviembre de 1793), en contraposición al infeliz soneto siguiente, en que se glorifica el suicidio.

Á LA MUERTE DE CATON, SÉNeca y PETRONIO.

Soneto.

Si la vida es un bien, será la muerte
Otro bien concedido á los mortales,
Con que salen de penas y de males,
Que acabarse no pueden de otra suerte:
Búscala el sabio, la procura el fuerte,
Y los pechos más nobles y leales
Hallaron su consuelo en los puñales
Cuando mejor remedio no se advierte.
Caton se mata, Séneca y Petronio,
Por salir de una vida ignominiosa,
Que ya les debe ser aborrecida,
De sabios nos dejaron testimonio:
Porque morir así no fué otra cosa
Que acabar con los males de la vida.

E. A. D. B.

A paseo, y me llevo la palmita:
Soy marcial: hablo, y trato con despejo;
A los lindos los traigo en ejercicio,
Y dejo y tomo á mi placer cortejo;
Visto y peino con gracia y artificio....
Pues ¡qué me falta!.... Oyóla un tío viejo,
Y le dijo gruñendo: Loca, el juicio.

XXIV (3).

DEFINICION DE UN PETIMETRE.

Yo visto, ya ve usted, perfectamente;
Mis medias son sutiles y estiradas;
Las hebillas, preciosas y envidiadas;
Los calzones, estrechos sumamente:
Charretera á la corva cabalmente;
Mis muestras, de *Cabrier*, muy apreciadas,
Mis sortijas, en miles valuadas;
Sombrero de tres altos prepotente:
Sé un poco de frances y de italiano;
Pienso bien, me produzco á maravilla;
Soy marcial, á las damas muy atento:
¡Tengo, señor, razon de estar contento?
¿Qué me falta?.... No más que una cosilla:
Temor de Dios y algun entendimiento.

XXV.

Desordenado en desaliño airoso,
Al bullicioso céfiro permite
Nisa el cabello, porque no limite
Su nativo esplendor lazo industrioso.
Velo sutil sobre su pecho hermoso
Al gusto esconde lo que al gusto incite;
Ni tanto que el tesoro facilite,
Ni tanto que dél dude el ojo ansioso.
Así en traje sucinto reclinada
En alcátifa generosa yace
Su gentileza y gala peregrina;
Así la halla Cendon, y la taimada
Del necio que su pompa satisface,
Cobra el oro, y á Alexi lo destina.

XXVI.

Corone el sol con luz no presurosa,
Jóven ilustre, tu gallarda frente
Sin que lleguen jamas á su occidente
Tu edad florida, tu virtud gloriosa;
Mas ántes dulcemente perases
Siempre dure la gloria en el oriente;
Eterno apoyo á la española gente,
Que por tí ya se aclama venturosa.
Vive adorado en la memoria eterna
De la nacion feliz, cual hoy ya vives
En la presente edad reverenciado.
Y objeto siempre á la esperanza tierna,
El culto que hoy cual ídolo recibes,
No llegue á ser del odio profanado (4).

XXVII.

DICHAS DE ESPAÑA (5).

Con pompa heróica la victoria santa,
En carro de marfil y oro eminente,
Palmas tremola entre la líbera gente,
Que tiernos himnos en su aplauso canta.
La paz la sigue con serena planta,
Coronada de rosas la alma frente,
Y de cándida risa el inocente
Viste el semblante y al furor espanta.

(3) Algunos creen que este soneto y los dos anteriores son producciones de FORNER. Es probable que así sea; pero no hallamos de ello pruebas suficientes.

(4) Algunos ríngones que preceden á este soneto en el borrador de FORNER inducen á creer que está dedicado al Príncipe de la Paz, á quien debió FORNER grandes favores.

(5) Alude á la paz celebrada con la Gran Bretaña y al nacimiento de los infantes gemelos (1783).

Pomona en tanto de purpúreos frutos
Cornucopia feliz derrama activa,
Y de flores se puebla el blando suelo.
Duplicados le da regios tributos
Lilisa: el pueblo clama ¡viva, viva!
Y los votos risueño aprueba el cielo.

XXVIII.

Gozar dichoso los debidos dones
Que tributa á tus prendas justo el cielo,
Maneja generoso, y el desvelo
De tu virtud adoren las naciones.
Ora las ciencias de laurel coronas
Ennoblecendo su fecundo anhelo;
Ora, ahuyentadas de tu noble celo,
No opriman al mortal las aflicciones.
Vive feliz, y del ceñido Marte
La gloria, no el destino, floreciente
En grata duracion siga tus dias.
Sirva á que vivas de la muerte el arte;
Que á la nuestra es tu vida conveniente,
Y la gloria tan sólo á tumbas frias (1).

XXIX.

Ensancha ¡oh Bétis! tu corriente altiva
Con rápido furor, y resonante
Arrase su destrozó el vacilante
Muro que burla tu onda fugitiva.
Herencia son de la avaricia esquivada
Los campos que ahora inundas arrogante;
Los labra vulgo pobre y anhelante,
Para que en ocio la insolencia viva.
No perdonas la oliva, no de Céres
Los rubios dones, pues su copia opima
Devora en vicios la ambicion hinchada.
Ni salgas dellos, si piadoso eres;
Que al vicio quitarás que al pobre oprima,
Y al pobre eximirás de hambre afanada.

XXX.

ÚNICA INFELICIDAD DE ESPAÑA, EN SUS GRANDES FELICIDADES (2).

Con larga mano el mitigado cielo
Colma de dichas á la ibera gente;
Hinche sus naves el fecundo Oriente,
Que la paz pone salvas en su suelo;
Benigna paga al rústico desvelo
Sus tributos la tierra, más clemente;
Y al pirata africano, héroe valiente (3)
Venca, y ahuyenta el náutico recelo.
Echó el resto la dicha; el trono augusto
Aseguró en los siglos venideros,
Con dos infantes al Monarca amado.....
¡Oh, cuánto fuera de la patria el gusto,
Si una turba maldita de copleros
Tanta prosperidad no hubiera agnado!

XXXI.

A UN RAYO QUE MATÓ A UN BURRO.

Arde y suena con hórrido estampido
Jove, en la nube que iracundo inflama,
Y en la pálida lumbre que derrama,
Amagado el mortal, teme encogido.
Al trueno, horrendamente repetido,
Huye á esconderse en la apartada cama
Lloroso el niño, y tus piedades llama,
Jove, el firme varon descolorido.
Se estremece el Olimpo, y ya apercibe
Tu mano el rayo, que hasta al justo aterra,
Y, fulminado en fin, baja violento;
Y cuando en vicios opulentos vive

(1) Este soneto fué escrito en honor del Príncipe de la Paz.

(2) Alude al sinnúmero de malas poesías que, en 1783, inundaron á España, con motivo de la paz ajustada con la Gran Bretaña, el nacimiento de los Infantes gemelos y al bombardeo de Argel.

(3) El general Barcel.

El vil Ganion, asote de la tierra,
¡Se ceba tu furor en un jumento!

XXXII.

EL ÍDOLO DEL VULGO (4).

A cervelo liviano de chorlito
Añade el casco de coplista hambriento,
La lengua de escorpión duro y violento,
Y la frente al estilo de cabrito;
Cual de envidioso can, ojo maldito
De fulminante rabia, de jumento
El labio; y al pintar su pensamiento,
Copia en él la ignorancia en infinito.
Si acordar, oh pintor, quieres sus glorias,
Cifre su sien de cardos; siempre abierta
La boca, burros mil en torno giran.....
Píntele y no salí de tus memorias;
Mas ¡qué animal es éste! el grande *Huerta*.
Si éste es él, ¡qué serán los que le admiran!

ANACREÓNTICAS Y LETRILLAS.

Anacreón fué un poeta griego, de estilo facilísimo, de amenidad incomparable, de gracia y lozanía maravillosa. Parece que por su pluma se explicaban las gracias mismas, los juegos y la fertilidad de la naturaleza en el mayor grado de su hermosura. Alegre, festivo, bullicioso derramando delicias y excitándolas; fértil, en imaginaciones deleitables, admirable en la expresión, en la gala y en la suavidad de una lengua, tanto más difícil en su manejo, cuanto más fecunda y variada: tal fué *Anacreón*, y tales parece que deben ser los que se propongan imitar el dulce, elegante y festivo desembarazo de este deliciosísimo poeta.

Los que entre nosotros han pretendido copiarle con profundo conocimiento de las bellezas íntimas del original, no han creído que el simple hecho de escribir sargas de versos de siete sílabas los autorizaba para aplicar á las tales sargas el título de *Anacreónticas*. El metro es lo de ménos en la poesía. Ni basta tampoco nombrar *vino*, *copa*, *beodo*, porque los nombraba *Anacreón*. Por esta regla cualquier borracho sería también poeta como él; su grande mérito está en el *modo* con que dice las cosas; y es bien cierto que los versos lánguidos, secos, frios, insulsos; las expresiones vulgares, comunes, prosaicas; el estilo infecundo, áspero, estéril; la estrechura escabrosa, lenta y forzada, son calidades que están muy lejos de parecerse al modo *anacreóntico*, ó lo que es lo mismo, al *carácter* que imprimió en su poesía aquel célebre octogenario. Por lo tanto, y por la grande dificultad que hay en expresar bien tal carácter, han sido muy pocos los poetas de España que han cultivado con acierto esta clase de composiciones. Ni el mismo Lope se atrevió á ello, con haber sido el ingenio de mayor lozanía que ha tenido España. Estaba reservado para nuestros copleros modernos hacer ridícula la gloria de Villegas, queriendo llamarlos autores de *anacreónticas*, porque este floridísimo ingenio nos dió á conocer las bellezas del poeta Teyo. Es increíble lo que han delirado los copleros de Madrid con la furia de *anacreóntizar* en estos años últimos. He visto *anacreónticas* sobre el daño que causan las cotillas, sobre los perjuicios que ocasionan los coches en los empedrados; y esto basta para conocer que cuando se escribe á bulo y por mera noticia ó idea vaga de las cosas, no es posible dar un paso que no sea para tropezar y caer.

Entiendo medianamente la lengua en que se rió *Anacreón*; y después de haberme empapado en su espíritu (digámoslo así), estudiando al mismo tiempo en nuestros poetas de mayor amenidad la floridez y las galas que pueden equivaler en castellano á las del poeta griego, me atreví por entretenimiento á jugar con su

(4) No publicamos este soneto sino como una nueva muestra del desembrido y chocarrero estilo que hasta los hombres más cultos del siglo XVII empieban en sus áspers contiendas literarias.

lira en los metros adjuntos y en otros pocos que duran entre mis borradores. A pesar de eso, están muy léjos mis anacreónticas de expresar el espíritu del original; y sólo me precio de haberlo intentado en un tiempo en que casi generalmente está desconocido el antiguo honor de nuestra poesía (1).

I.

A MI GENIO.

Contigo, alegre genio,
Dilatando mis días,
Sazono las molestias
De la afanada vida.
Tú ni de las riquezas
Del ignorante Mídas
Deseas los cuidados,
Las ansias solícitas;
Ni en los dorados techos
Que el poder autoriza,
La adulación ajena
Compras con tus fatigas.
Que surque inciertas ondas
Dejas á la avaricia,
Cobarde en los peligros,
Y en la abundancia impia.
De la horripunda trompa,
Que á la batalla incita,
Los sonos espantosos
Repugnas y abominas.
No fundas tus cuidados
En la ajena agonía,
Ni regadas de sangre
Te agradan las conquistas.
Sabrosa paz, que gozas
En dulce medianía,
Recreos me promete
De perenal delicia.
Ni ruego, ni me ruegan,
Ni mis umbrales sitian,
La misera pobreza
O la infame rapia.
Tú pones en mis manos
La venturosa lira
Que produce festiva
Los juegos y las risas;
Coronado de rosas
A la sombra benigna
De vides, que lascivos
Los céfiros agitan.
Invoco en sacros himnos
A la virtud sencilla
Que vuelve hácia mis lares
Sus alas fugitivas.
Después al huerto ameno
Saliendo mi Dorisa,
A su frente trasladado
Las rosas de la mia.
Entonces con sus gracias
Nueva gracia te anima,
Que copias en mi acento,
Porque ella te la inspira,
Léjos de tí, mi genio,
Léjos mando y codicia,
Desvelos congojosos
Que á la ambición fatigan.
Pacíficas virtudes,
Tus versos y mi ninfa
Me bastan en la tierra
Para gozar sus dichas;
Que no, no de ellas goza,
Mi genio, quien conquista

(1) Con estas observaciones envió FORNER, en 1792, al *Diario de Sevilla*, varias anacreónticas suyas, que se publicaron en el mismo periódico, y ahora reproducimos con algunas correcciones hechas en sus borradores por el autor.

Con riesgos y congojas
Humo, pompa y cenisa.

II.

A POMONA.

Deja, Pomona, el huerto,
Deja las flores bellas,
Y atiende al tono yerto
De mis tristes querellas;
Y si te dueles de ellas,
A Silva persúade
Que su retiro añade
Al pecho un dolor cierto;
Y encubre las centellas
Que amor, piadoso niño,
Ofreció á mi carillo
Gozar eternamente.
Oye mi voz doliente,
Y en tono semejante,
Trasládala á mi ausente,
Dile qué es de su amante;
Mas si esto hacer no quieres....
Mal hayan las mujeres.

III.

A POMONA.

De cuantas bellas ninfas
Moran en estas selvas,
Solamente Dorisa
Es la que me contenta;
Diceselo, Pomona,
Haz por donde lo sepa;
Que siempre agradecido
Viviré á tu fineza.
Libra mi pecho amante
Del dolor y la pena
Que congojado sufre
Ignorándolo ella;
Y el triunfo que consigas,
Para memoria eterna,
Ofrezco consagrarte
En mi jardín ó huerta;
Si en esto me sirvieres....
Bien hayan las mujeres.

IV.

DE UN JILGUERO.

Blandamente las alas
Batiendo un jilguerillo
Desde un laurel frondoso
A mi cabeza vino.
Una rama del árbol
Presa trajo en el pico,
Y en torno de las sienes
Enlazármela quiso.
En vano sus afanes
Consume el simplecillo;
Se agita, y de mi frente
Huye el árbol invicto.
Yo, su fatiga viendo,
No te canses, le digo;
Si coronarme quieres,
Trueca el laurel en mirto (2).

V.

A LESBIA, VIEJA ENAMORADA.

Los años más floridos
De la muchacha Lesbía
Gozaron sin estorbo
De Celio las finezas;
Por él á cien amantes

(2) La escribió FORNER á los diez y seis años de edad.

Sorda cerró las puertas,
Ufana con el triunfo
De sus niñeces tiernas.
Ahora aquél la mofa,
Cuando la vejes fea
La encorva con su yugo,
Con su nieve la argenta.
¿Te quejas, Lesbía, ahora?
Pues en vano te quejas;
Que amor y canas hacen
Muy irrisible mezcla.
Si amada ser pretendes,
Gratidia vive cerca;
Pues guisa juventudes,
Busca remedio en ella;
Serás apetecida
Cuando tu tez grosera
De acicalado acero
Refleje la apariencia;
Cuando el negro colmillo
Convierta en fina perla;
Y en fin, cuando los veinte
Rebaje á tus cuarenta.

VI.

A LAS MUCHACHAS.

A la lira de Apolo
Juntemos ¡oh muchachas!
La taza de Lico,
De Mercurio la vara;
Porque ¿de qué nos sirven
Los cantos y las danzas,
Si el recelo las turba
De la discordia infausta?
El retozo de Baco
Convierten en batalla
Los inhumanos usos
Del salvaje de Tracia;
Ea, en lazos alegres
A la paz sacrosanta
Sacrificad, brindando,
Hasta apurar las tazas.
Veréis cómo beodos
No penas nos asaltan,
No tristezas, quebrantos,
Pesares ni desgracias.
Y pues la paz dichosa
Los gustos nos dilata,
Al brindis de Lico
Juntémosla, muchachas (3).

VII.

Lloró Yole, y de su llanto
Las dulces perlas vertidas,
Aunque beberlas no pudo,
Pudo sentir las su Aminta.
Desconfianzas amables,
Que el duro amor origina,
Llevaron desde su pecho
Las quejas á sus mejillas.
Miróla amor, y rióse
De ver la tierna fatiga
Con que á un corazón su esclavo
Su desconfianza indica;
Y díjola: «Niña hermosa,
Los sentimientos entibia;
Que cada lágrima de esas
Cuesta á tu amante mil vidas.
» El vive por tus ojuelos,
¿Qué hará cuando se desliza
Desde el vapor de un enojo
La lluvia que los eclipsa?
» Vuelva á tus párpados, vuelva,
La siempre agradable risa,
Con que la madre de amores
Su imperio dió á las caricias.»

(3) Escrita á la edad de diez y seis años.

VIII.

A SILVIA.

Muéstrame el blanco pecho,
Silvia, si ver deshecho
No quieres este mio.
Testigo el laurel pío
Que da sombra á esta fuente
Con su copa eminente,
Que mostrarle ofreciste;
O dame un dulce beso:
Ni éste nunca me diste,
Ni tampoco por eso
El blanco pecho he visto;
Más tiempo no resisto,
Que así el amor lo manda;
Amor, que siempre anda
Dando á los corazones
Dolorosas pasiones;
Amor, que dulce ahora
Está en mi pecho y mora;
Amor, niño querido,
Que este bien me ha ofrecido;
Ea, de ser rogada
Deja, y de dos favores
Haz uno á mis amores
De los que has prometido;
Y mi hoguera templada,
Quedarás más amada,
Y yo favorecido.

IX.

A UN JILGUERILLO.

Jilguerillo canoro,
Si escuchaste la pena
Que del pecho doliente,
Por la ninfa que adoro,
Sale continuamente
Y en mi triste voz suena,
Tu dulce canto enfrena,
Y con ligero vuelo
Camina al fértil suelo
Donde mi Silvia mora;
Mi Silvia, que á esta hora,
Libre, libre de amores,
Burlará los dolores
De mil vivos deseos.
¡Ay! deja tus gorjeos,
Y en saltos voladores
Dile al dueño que quiero
Cómo por ella muero.

X.

Coronado de yedra,
Y de vides cubierto,
A hacer fui sacrificio
Al buen padre Lieo:
En torno de mí iban
Muchos zagales diestros,
Ya en taffer presurosos,
Y ya en saltar ligeras,
De bacanales ninfas
Coro iba delantero,
Refiriendo en sus himnos
Del gran padre los hechos.
Yo, sin parar la copa,
Iba vino bebiendo,
Gustoso como tinto
Y fuerte como añejo;
Mas ántes que pudiera
Llegar de Baco al templo,
Poseído del mismo,
Midió mi cuerpo el suelo.
Dormido allí quedéme
Aun más de un día entero:
Fuéronse los pastores,
Y las ninfas se fueron;
Mas luego al otro día

Me vi en mi propio lecho,
Y hallé que el sacrificio
Sólo había sido un sueño.

XI.

Amor me ha coronado
Con guirnalda de rosas,
Y Apolo me ha hecho dueño
De su lira sonora;
Pero ¿de qué me sirven
La lira y la corona,
Si Baco no me ha dado
El dominio en su copa?

XII.

Para qué el oro sirve,
Ni para qué la plata,
Sino para el cuidado
De tenerla encerrada?
Pues, mozo, trae la copa,
Y tú, Dorila, baila;
Alternarán los brindis
Con tus ligeras danzas;
Porque ¿de qué aprovechan
Las riquezas y galas,
Si al que las tiene nunca
La alegría acompaña? (1).

XIII.

A LISARDA (2).

A tomar el aire al llano
Lisarda esta noche sale;
Para qué más aire quiere,
Si ella lleva todo el aire?
Tapada va, siendo hermosa,
De su deidad propio ultraje,
Que es blason de la hermosura
Hacer gala del desaire.
Con los robos que iba haciendo,
Ni muy difícil ni fácil,
Quiere que todos la sigan,
Mas que ninguno la alcance.
Descubrió su rostro bello,
Y yo le dije al instante:
«Para qué el sol me amanece,
Si á la luna he de quedarme?»
«No muera de haberte visto;
Deja el matar para el áspid,
Que no es gala en un rendido
Triunfar con fatalidades.»
Respondió, airosa y discreta,
Que poco sabe el amante
Que, sabiendo que lo quieren,
Manifiesta que lo sabe.

XIV.

A SU HIJO, QUE SE ENTRETENIA
EN JUGAR CON LOS LIBROS DE
HOMERO.

Oh tú, niño travieso,
Vén y recibe de mi labio un beso,
Indicio del paterno regocijo;
Vén á mis brazos, hijo, [mosa,
Graciosa imagen de tu madre her-
Delicias mías, gozo de tu casa,
Que tus gracias celebra y tus encantos!
Fortuna venturosa
Te espera: besos mil y mil sin tasa
Estamparé en tus labios carmesíes,
Y daréte otros tantos

(1) Escrita á los diez y seis años.

(2) Algunos atribuyen á FORNER esta ana-
crónica, que se publicó en el *Diario de Ser-
lla* de 2 de Octubre de 1792.

Cuando te vea, cual hiciste ahora,
Sacudiendo los tiernos picecillos,
Pisar á Homero y al varón famoso
Que avasalló con labio victorioso
Al pueblo vencedor del orbe entero.
Me miras, te sonríes,
Y conviertes los ojos picarillos
Al lugar donde yace la sonora [da,
Trompa de Homero, por tus piés pisa-
Y la fuerza de Tulio maltratada:
Triunfo de tu inocente travesura.
Los cielos este agüero [gas
Faustos te cumplan, y en pisar prosí-
Los ejemplos de inútiles fatigas;
A muy alta ventura
Tus gracias te guían y te empeñan
Pues ya el ingenio á despreciar te en
[señan.

XV.

De un laurel eminente
Se miraba pendiente
La aljaba de Cupido,
Y á éste también dormido
Al margen de una fuente.
Mi Silvia, que aspiraba
A vengar en la aljaba
Los rigores del dueño,
Valiéndose del sueño
En que embebido estaba,
Con el pié quedó y blando,
Y á Cupido mirando,
Paso á paso camina,
Y al tronco se avicina
Do el arco está colgando.
Coge el arco severo,
Y con el pié ligero
Por el bosque se aleja,
Pero despierto deja
A Cupido primero;
Y él, libre ya de sueño,
Viola, y dijo risueño:
«Silvia, tu engaño río;
Que aunque es el arco mio,
Su daño no es del dueño.»

XVI.

Dícenme mis amigos:
«¿En qué consiste, Aminta,
Que á tí más que á nosotros
Suelen mirar las niñas?»
Pero yo les respondo:
«Esto debo á mi lira,
Gustosa á sus palabras,
Afecto á sus caricias;
Por ella de Cupido
La aljaba vengativa
A sus pechos de mármol
Las flechas encamina;
Por ella son mis voces,
Los gustos y las risas
Que Venus no desdeña,
Que no ocupan la envidia;
Y así, dejad, amigos,
De dudar mis delicias;
Si queréis la experiencia,
Llegad, tocad mi lira.»

LETRILLA.

Si aunque más te adore,
Tuyo no he de ser,
Dime, idolo mio,
¿Qué tengo de hacer?
En tí sola vive,
En tí, el alma mía;
Si en vivir porfía,
Es porque recibe

Por gracia dichosa
De tu mano el ser;
Sin tí, Elisa hermosa,
¿Qué tengo de hacer?
Tu labio es mi gloria,
Tus ojos mi cielo;
En ellos su anhelo
Siga mi memoria
Bañada en delicia
De eterno placer;
Si te es impropicia
Mi fe, *¿qué he de hacer?*
El matiz ameno
Del fecundo prado
Sólo es regalado
Y brinda á su seno
Cuando tú le esmalta
Y haces florecer.
Si en él tú me faltas,
¿Qué tengo de hacer?
La pura corriente
Del tranquilo río
Lleva el llanto mio
Al mar de Occidente
Cuando de tu ceño
Blanco vengo á ser.
Si me odia mi dueño,
¿Qué tengo de hacer?
De tu gracia pende
Mi dicha y ventura.
Funesta amargura
Derrama y extiende
Sobre mí el destino;
Si de otro has de ser,
Ídolo divino,
Sin tí, *¿qué he de hacer?*
Súplicas ardientes,
En culto humillado,
Ante tí postrado,
Formó en reverentes
Deseos que influye
Mi inmortal querer.
Si tu amor me huye,
¿Qué tengo de hacer?

Á FÍLIS, ENFERMA DE LA GARGANTA.

Amor, Filis mia,
Que enojado vió
La dureza ingrata
De tu corazón,
Vibrando la flecha
Con nuevo rigor,
Herirte dispuso,
Mas ¡ay! no acertó.
Al pecho asestaba,
Y el vibrado arpon
Tocó tu garganta,
Y en mi pecho dió.
Tú libre quedaste,
Yo herido de amor;
Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!
Tu garganta airosa,
Donde de tu sol
Ondean las hebras,
Que el oro envidió,
Lastimada apenas
Del golpe veloz,
Del robusto niño
Percibió el ardor;
Percibióle sólo,
Padézcole yo,
Herido, abrasado
De impla pasión.
Tú de amor te burlas,
Yo sufro su error;
Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!
En lánguidas quejas

Expresó tu voz
La fuerza del rayo
Que á tí se vibró.
¡Ah, Filis divina!
Si causa dolor
Cuando apenas toca,
Cuando no atinó,
¿Cómo estará el pecho,
Que del ciego dios
Sufrió todo el golpe,
Golpe vengador?
Yo por tí padezco,
Por tí, daño atroz;
Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!
Timidos deseos,
Que afable animó
De tus ojos gratos
El vivo esplendor,
De estar á tu lado
Diéronme ocasión;
Momento dichoso,
Si acertára amor!
De su arco invencible
Yo el juguete soy,
Pudiendo su tiro
Doblar el traidor.
Retiró la mano,
Sin ver dónde hirió.
Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!
Ay, niña adorable,
No te enojas, no,
Si en ruegos exhalo
Mi amarga aflicción;
Que en esta venganza,
Que amor meditó,
A mí fué la herida,
Y á tí la intencion.
Amar tú debieras
Como amando estoy,
Y ya me contento
Con tu compasión.
Por mí, de Cupido
Burlas el rigor.
Oh, qué dulce hierro,
Si hiriera á los dos!

DÉCIMAS.

INEFICACIA DEL CANTO.

En tanto que amando vivo,
Sin que adolezca, el dolor,
Dictará versos amor,
Bellos por serlo el motivo.
Siento más que lo que escribo;
Y argumento á la destreza
Del canto naturaleza
No dió, pues cuanto respira
Debo de Febo á la lira
Y de Silvia á la belleza.
Versos de amor no cantára
Si Silvia hermosa no fuera,
Y si la pasión no hiciera
Que yo sus gracias amara;
Mas tanto su ardor declara
Mi corazón encendido,
Que á límites reducido,
Las cárceles del estrecho
Centro no sufre, y del pecho
Sale en voces lo escondido.
Vió el inventor soberano
De la dulce melodía
Que para Silvia sería
Mi labio rudo y profano;
Dispuso que al sobrehumano

Sujeto que humilde adoro,
En canto puro y sonoro
Digno tributo rindiera,
Y así en mi lira grosera
Extendió sus cuerdas de oro;
Y tan tiernamente suena,
Que yo, sus voces oyendo,
En un nuevo ardor me enciendo,
Que el sentido me enajena;
Por ella el giro refrena
La máquina peregrina
Que el universo ilumina;
Sólo Silvia á su lamento,
Como anciano tronco al viento,
Ni oído ni piedad inclina.
Mas quiere amor compasivo
Que sólo al favor del canto
Agradezca mi fe cuanto
Mitigue el desden altivo.
Por esto retira esquivo
De mi poder su trofeo,
Y sus gracias no poseo.
Amor, si quieres que viva,
O pierda Silvia lo esquivo,
O dame la voz de Orfeo.

LA AUSENCIA.

¡Con que, es preciso morir,
Contra lo que amor ordena!
Vivir con llanto y con pena
Es un amargo vivir.
Yo para tanto sufrir
En más estimo la muerte....
— Calla, imprudente, y advierte
Que aun cuando tu bien apoque,
La ausencia es piedra de toque,
En que amor prueba su suerte.

DANDO PARTE Á SU MECENAS DE HABERLE NACIDO UN HIJO.

Ayer me ha nacido un hijo,
Señor, y como contemplo
En vos el cura y el templo
De mi mérito prolijo,
Ni me afano ni me aflijo
Aunque en espeso monton
Me naciera un escuadron;
Porque para remediarlo
Basta á mi templo llevarlo
Y hacer la presentación.
A vos, señor, se presenta
Y en llanto se despepita
La infeliz criaturita,
Que es mia, según se cuenta;
Afligido aquí se ostenta,
Porque barrunta, aunque niño,
De su casa el pobre aliño;
Mas yo, enjugando su chorro,
Os ofrezco al triste rorro.
¡Ah, miradlo con cariño!
Ved en su rostro inocente,
Nacido apenas al mundo,
Ya impreso el sello profundo
De mi obsequio reverente;
Ved que ya muestra en su frente
La fe con que os ama el padre;
Y para que más le cuadre
El favor de vuestras manos,
Ved que con cuarenta hermanos
Le está amagando á su madre.
Criado vuestro será,
Porque he de criarlo yo,
Y la vida que logró,
Siendo mia, es vuestra ya.
Ahora el pobrecillo está
Sin saber lo que le pasa;
Mas si teneis por escasa
Mi oferta en tan grave asunto,

Si quereis, podeis al punto
Llevaroslo á vuestra casa.
Tiene lindas propiedades,
Bien lo podeis admitir;
Nunca le veréis abrir
La boca, hablar necedades;
Todo lleno de bondades,
No os mentirá, yo lo fio,
Porque al fin es hijo mio;
Ni convertido en esponja,
Tentaré con vil lisonja
Conquistar vuestro albedrío.
Aquí viene el chiquitín,
Todo ceñudo y mohino,
A quejarse del destino
De su fortuna ruín.
Llorando con retintín,
Dice en mudos desconsuelos:
«Tan mal me quieren los cielos,
Que con un padre me encastan
En cuya casa se gastan
Versos en vez de buñuelos!»
«Cuando yo pida confites,
Me dará unas *seguidillas*;
Y si pido almondiguillas,
Sobras de regios convites;
Allá de los escondites
Donde sus papeles guarda,
Sacará con mano tarda
Algun sucio cuadernillo;
Y dirá: Escucha, chiquillo,
Un soneto á Belisarda.
«Si acaso á ser esqueleto
Dios al mundo me ha enviado,
Ha sido muy bien trazado
Hijo hacerme de un discreto;
Con su toga no me meto;
Pero, segun ya barrunto,
La que hoy obtiene por junto,
Aunque á la esperanza brinde,
Me parece que nos rinde
Gran follaje y poco unto.»
Esto dice allá entre sí
El chiquillo impertinente;
Mas yo, que amo seriamente
La dignidad que hay en mí,
Procuró endulzar así
La causa de sus temores:
«Hijo, á máximas mejores
Yo acostumbraré tu seso;
Sé justo, recibe un beso,
Ama la virtud, no flores.
«En tí la virtud florece,
Crezca la sabiduría;
Que no faltará algún día
Quien, creciendo así, te acrezca;
Aunque su copa te ofrezca
El ocio en sabroso encanto,
Huye de él con espanto;
Que al benemérito, entiende,
Cuando el poder no le atiende,
Le atiende el público llanto.»

ROMANCES.

I.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE FLORIDABLANCA.

Contaros, señor, un cuento
Quiere una musa extremeña;
Porque, como en ocio vive,
Tiene ya estilos de vieja.
Si rústica os pareciere,
Pensad, señor, que os presenta
Los frutos de su provincia,
Que la industria no adultera;

Frutos nada cortesanos,
En cuya tosca apariencia
La robustez que atesoran
Sencillamente demuestran.
La patria de los Corteses,
Toda de montes cubierta,
De encinas toda erizada,
Y hecha emporio de la hierba,
No será mucho que engendre
En sus opacas malezas
De eruditos montaraces
Raza desgrefiada y fiera;
Y no extrañéis, Conde excelso,
La comparacion grotesca;
Que sin favor tierras y hombres
Quedan siempre para beatias.
Basta de prólogo; al caso:
Démonos prisa; no sea
Que á caza de mis copillitas
Ande algun crítico en vela.
Pues, señor, érase un día
En que á la hora que despliega
Su cándido manto el alba
Para encubrir las estrellas,
Del sediento Manzanares
Pisaba yo las arenas,
Muy obeso de esperanzas
Y muy flaco de pesetas.
Que se halle así no lo extraño
De quien estudiando espera:
No es mia; del buen Cervantes
Dicen que es esta sentencia.
Con asegado embeleso
Repasaba en mi mollera
Grandes casos de fortuna
Que mienten historias luengas.
Sin almorzar, cosa es clara
Que todo honrado poeta
Puede á la orilla de un río
Delirar á mente suelta.
El sonreír de la aurora,
La bulliciosa cadencia
Del agua que mansamente
Se quebraba en las guijuelas;
El regalado rocío
Que á las flores ya despiertas
Para la pompa del día
Daba guarnición de perlas;
El sol, que, al último extremo
Del rojo horizonte, ostenta
Los visos mal apagados
De su magnífica hoguera;
La matutina frescura
Del aura alegre y traviesa,
Que ya en las flores se mece,
Ya en las aguas juguetea;
La lejana perspectiva
De cumbres que el valle cercan,
Y con azuladas masas
Fingen que se transparentan;
Las festivas avejillas
Que el aire cruzan ligeras,
Cantando al sol la alborada
Con variedad halagüeña.
En fin, señor, mil objetos
En que la naturaleza
Derramó de sus delicias
Toda la ufana opulencia;
Delicias que aunque á los hombres
Se destinaron, reserva
El buen gusto de las córtés
Para los versos y aldeas;
Hiriéndome vivamente,
Pudieron con su belleza
Distracer de mi memoria
Las congojosas ideas;
Y llevándola á discursos
De erudito que no almuerza,
Enajenada mi mente,
Creí ver esta comedia.
Trasladado á antiguos siglos,
Me pareció que á las puertas

Del gran palacio de Augusto
Observaba yo á Mécenas.
Este, que, nieto de reyes,
Manejaba con el César
Del vasto imperio del orbe
Las no bien seguras riendas;
Acompañado de Horacio,
De la habitacion excelsa
Salía entónce, tratando
Del mérito de un poema.
Asaltáronle á manadas,
Luégo que le vieron fuera,
Pretendientes perdurables,
Célebres en esta ciencia.
Memoriales, quejas, ruegos
Ferozmente menudean
Sobre el infeliz valido,
Que oye con grata paciencia;
Cuando asaltándole un bruto
De aquellos que se lamentan
Porque á costa del erario
Su ineptitud no se premia;
De aquellos que el ser molestos
Por merecimiento cuentan,
Y lo que al sabio se debe,
Por importunos le pescan;
De aquellos que arrellanados
Las antesalas atestan,
Y al crujir de la mampara
Para el asalto se ordenan;
«Dios años de pretensiones
(Dijo con voz corpulenta)
No me han conseguido el puesto
Que pido por justa deuda;
«Y diez tristes versucillos
De ingenios que sólo sueñan
A los Marones y Horacios,
Han dado honores y haciendas.
«Linda justicia, por cierto,
Gastar las públicas rentas
En enriquecer á ociosos
Que sílabas encadenan!»
«Bella gloria de un ministro
De quien todo el orbe cuelga,
Meter en su gabinete
Locos, llamados poetas!»
«Política prodigiosa,
Fiar á tales cabezas
La amistad del que en sus hombros
El público bien sustenta!»
«Y yo, que te he presentado
Diez proyectos, seis empresas,
Con prolijidad copiadas
En hermosísima letra;
«Yo, que he dado cien arbitrios
Para que el erario crezca,
Trasquilando tres provincias
Con imposiciones nuevas;
«Yo, que no he desperdiciado
Mi tiempo en otras tareas
Que en ser sombra eterna tuya
Con sufrimiento de piedra;
«Yo, que frecuento arcaduces,
Y busco y corro las sendas
Por donde desde el empeño
A la adquisicion se llega;
«Yo, que á esclavos y libertos
Hago dos mil reverencias,
Y á caza de secretarios
Ando cual perro de presa;
«Yo (digo), tan revestido
De tan eminentes prendas,
Echo los bofes, y.... nada;
Nunca salgo de mi rueda.
«Con una risita zaina
Me escuchas; insto con fuerza:
Mucha blandura en tu rostro,
Y tu voluntad muy terca;
«Y con esa voz bliflua
Y esa suavidad perversa
Que el diablo puso en tu boca
Para domar impaciencias,

«Me encajas la negativa,
Tan dulce, tan placentera,
Que aun tengo que agradecerte
Que mi pretension no atiendas.
»Pues no ha de ser.....» Encendido
En cólera verdinegra,
Bañado de espuma el labio,
Aquí llegaba en su arenga;
Cuando, cansado el Ministro
De indiscrecion tan grosera,
«Nunca (dijo) me ha pesado
De escuchar palabras necias.
»El necio que calla, engaña,
O en duda su opinion deja;
Si habla el necio, le conozco
Y á despreciarle me enseña.
»Me culpas de que llamados
A mi retiro, á mi mesa
Heracio, Polion, Virgilio,
Logran lo que tú deseas;
»Y porque no te prefiero
De la divina influencia
Que inspira el cielo en los vates
Te burlas con torpe lengua.
»Mas di, misero: los triunfos,
Que al Capitolio encadenan
Provincias, reinos, regiones
Cuántas abarca la tierra,
»Qué fueran si, celebrados
De las divinas camenas,
Los ánimos no inflamaban
De la juventud guerrera?
»Estimulado á la gloria
El héroe que á serlo empieza,
Oye la trompa de Homero,
Y corre á la lid sangrienta.
»Las águilas vencedoras
Que el orbe todo venera,
Tal vez deben sus legiones
Al himno que las celebra.
»A mi lado quien me cante,
Quiero yo, glorias ajenas,
Que así á emularlas me incita
Y mi obligacion me acuerda;
»No de aduladores bajos,
Vil grey que todo lo apruebn,
Y solemnizando el vicio,
Le produce ó le acrecienta.
»Compañía abominable,
Por quien almas muy excelsas,
A acciones grandes nacidas,
En monstruos fieros se truecan.
»El hombre á quien la fortuna
O su talento le entregan
La suerte de los mortales,
Que á su voluntad moderna;
»Ejemplos á cada punto
Debe escuchar que le enciendan
A medir de las virtudes
La poco usada carrera;
»Que el poder da á los halagos
Del vicio fácil oreja,
Y no sabrá acciones grandes
Si al que las canta la cierra.
»Tal es el destino ilustre
Que el cielo mismo encomienda
A la inspiracion sagrada
Que en sí los versos hospedan.
»Así el hijo de Filipo,
De noche en la régia tienda,
Consultaba sus victorias
Con el Apolo de Grecia.
»La gran mole que habitamos,
A cuya vasta opulencia
Tributa postrado el orbe
Cuanto en su círculo engendra;
»Las doctas obras del arte,
Por cuya industria estupenda
Duran en bronce los héroes
Que fúnebre vaso encierra;
»Los obeliscos altivos,
Y la triunfal eminencia

De los arcos que al soldado
Su digna entrada le muestran;
»Las aras donde frecuentes
Las hecatombes humean,
Y en sangre empapado el mármol,
Nuestra piedad reconcentra;
»Perecerán, sí; en fragmentos
Desfigurada y deshecha,
Verán los siglos futuros
Tal pompa, tanta grandeza.
»De mi persona caduca
Será breve la existencia;
Moriré, y á mis estatuas
Igual suerte las espera.
»Sólo Maron, sólo Horacio
Vivirán edad eterna,
Y en su gloria inextinguible
Irán mi memoria envuelta.
»Entónces cuando en sus versos
Mi justa munificencia
Por ocio en tiempos remotos
Algun poderoso lea,
»Verá que el grande Octaviano
Si de la Parca funesta
Privilegió los recuerdos
Destos instantes que reina,
»No al cántabro subyugado
Lo debió, no á la cruenta
Ferocidad con que Marte
Le acompañó en sus proezas;
»Sino al pacífico amigo
Que, ya cerrada la puerta
De Jano, trajo á su Roma
La eternidad de las ciencias.
»Verá que al arte inhumano
De destrozarse con reglas,
Sustituyó leyes santas
Que vivifican y aumentan;
»Verá á nada reducido
Cuanto no existe en las letras;
Que, imágenes de la mente,
Son inmortales cual ella.
»Verá que el siglo de Augusto
Dió su lustre á la excelencia
Del hombre, haciendo que el hombre
Por su razon resplandezca.
»Y entónces quizá impelido
De la feliz competencia,
Que acciones grandes produce,
Aun sin designios de hacerlas,
»Al hombre por sus talentos
Estimará, por aquella
Participacion divina
Que al Sér supremo le acerca;
»No por oficios serviles
De interesada caterva,
Que sólo el poder adora
Porque él adorarse deja.....»
Aquí llegaba el privado,
De cuya larga respuesta
No sé si rancias historias
Igual ejemplo conservan;
»Cuando cortándole el hilo
Con amigable franqueza,
«Permíteme (dijo Horacio)
Que yo mi causa defienda.
»Bien sé que á este triste enjambre
De pretendientes postemas
Admiraré que á un ministro
Trate yo con tal llaneza;
»Yo, que, nieto de un liberto,
Desde mi humilde ascendencia,
Gran Mecénas, á tu cuna
Mido distancias inmensas.
»Pero tú, que al noble estimas
Sólo cuando se renuevan
En él las altas virtudes
De los abuelos que cuenta,
»Y que noble solamente
Llamas al que desempeña
El cargo eminente de hombre,
Que es su dignidad suprema;

»A mi honradez concediste
Tal libertad, que por nueva
Desconocen los idiotas
De cuna humilde y de régia,
»Aquéllos, porque abatidos
De la ceñuda soberbia
Del áulico, sólo viven
A merced de la vileza;
»Y éstos, porque apoderados
Del mando y la prepotencia,
Piensan que es mérito propio
La necesidad ajena.
»Y tú, pretendiente infausto,
Que has arribado á la empresa
De hacer que el que manda al mundo
Huya tu encuentro y te tema,
»Razon tienes en quejarte
De habilidad tan siniestra,
Que la virtud solemniza
Y la iniquidad aterra;
»De un arte que hémroseando
Lo que tú y otros afean,
Hace que el hombre con gusto
Sus mismos vicios rependa.
»Al númen que nos inspira,
Jamás el perverso inciensa,
Porque al llegar á sus aras,
Con escarmiento le arredra.
»¿Cómo dictara Terencio
Sus inmortales escenas,
Si del corazón humano
Gran conocedor no fuera?
»Y el que á los hombres retrata
Porque sus genios penetra,
Cual usa de ellos en burlas,
Usará dellos en véras.
»Quien sabe pintar de Ulises
La simulada cautela,
Y de magníficas tramas
Urdir sabe una tragedia,
»Sabrá, llevado al palacio,
Si no urdirías, conocerlas,
Y amigo de la justicia,
Desenredar tramas ciertas;
»Catástrofe necesaria
Donde la ambicion no cesa,
Y á golpe sordo destruye
La dicha que le es opuesta.
»En los alumnos de Apolo
Nunca la ambicion impera;
Quien con un Dios comunica,
La tierra ve muy pequeña.
»Así no corre afanado
Tras la pompa lisonjera,
Que con su oropel no paga
Lo que conservarla cuesta.
»Ceniza, polvo, ruínas
En todo ve; en todo observa
Cadáveres venideros,
Que á otros sus locuras dejan.
»Fácil y parco alimento
Le enrobustece y sustenta;
No esclavo de las delicias,
Sino de él esclavas ellas.
»Sentimientos inmortales
Su espíritu sólo llenan;
Que un arte, toda del alma,
Sombras caducas desprecia.
»Tales hombres para amigos
Siempre el poder apetezca,
Si busca en las confianzas
Veracidad y pureza.
»Ser buen amigo lo sabe
Sólo quien poco desea,
Quien la lisonja persigue,
Quien la vanidad detesta,
»Quien desengaña amargos
Hacer agradables sepa,
Y al són de la dulce lira
Grata la verdad ofrezca.
»No ha miedo que en las desgracias
Pérdida la espalda vuelva,

Porque no teme desdichas
 Quien entre dichas no medra.
 »Granjería abominable
 No hará del favor que obtenga:
 La gloria será su norte,
 Y nunca es vil quien la anhela.
 »No hay héroe que de la fama
 Justa admiración merezca,
 Que el poético heroísmo
 Su inclinación no rindiera.
 »Los héroes y los Virgilio
 No son de edades diversas:
 A un tiempo los goza el mundo;
 Jove así su unión decreta.
 »El mal está en que, engañada
 La popular inocencia,
 A todo el que versos hace
 Le mide por igual regla.
 »Los fanáticos delirios
 De una atolondrada testa,
 Que el frenesí que padece
 Juzga que es llama febea;
 »Las insulsas frialdades
 De una fantasía yerta,
 Que tiene á versos divinos
 Las sílabas que numera,
 »Con la agitación celeste
 Confunde el vulgo en su idea,
 Y por cien cabezas malas
 Son despreciadas dos buenas.
 »Feliz una y muchas veces,
 Feliz la edad que discreta
 Distingue en las profesiones
 Calidades manifiestas.
 »Tal es, Mecénas, la tuya,
 Tal es, y por serlo, empieza
 Ya á dilatar su memoria
 Por ilimitada esfera.
 »Ya veo en futuros tiempos
 ¡Ay! en destrozos disuelta
 La inmensidad deste imperio
 Desplomarse con violencia.
 »Del estrago lamentable
 Fútiles vestigios restan,
 Que apenas confusamente
 Dónde imperó Roma acuerdan.
 »Tu nombre, tu amable nombre,
 Sobreviviendo á la fuerza
 De las invictas legiones
 Que de triunfo en triunfo vuelan,
 »Más allá de las ruínas
 De Roma su permanencia
 Dilatará, y de tu siglo
 Dará las mayores señas;
 »Que eternamente las artes
 Son del hombre compañeras,
 Y tu nombre será el nombre
 De quien las artes proteja.»
 Dijo; y haciendo festivo
 Su bellaca reverencia,
 Con Mecénas mano á mano
 Pasó por toda la hilera.
 En pelotones espesos
 Se empujan y se atropellan
 Quirites y senadores
 Con ansia de que los vea.
 Unos con blanda sonrisa
 La amiga mano le aprietan,
 Y de su importante vida
 Le piden alegres nuevas.
 Otros, ménos familiares,
 Con voz sumisa ponderan
 (No tanto que no los oiga)
 Su despejada defensa.
 Éste de su última oda
 Le da mil enhorabuenas,
 Y aquél le ruega, encorvado,
 Que en su memoria le tenga.
 Mas fué de ver que en el punto
 Que dió á la esquina la vuelta,
 Tomando aquellos semblantes
 Aire torvo, atroz fiera,

DON JUAN PABLO FORNER.

Apifados en corrillos,
 Con inquietud turbulenta
 Convirtieron los aplausos
 En marmuración blasfema.
 ¡Oh córtel!—En esto sonando
 Por mi soledad amena
 Cien rebuznos espantosos
 De pollinos que allí huelgan,
 Con la música endiablada,
 Bien al revés de la egregia
 Que á Tébas dió fuertes muros,
 Dió al traste con mi novela.
 Sobresaltada mi mente
 (Porque es común experiencia
 Que donde los burros cantan
 El buen discurrir flaquea),
 Volviendo en sí de su arrobo,
 Se halló débil, macilenta,
 Revocada á la memoria
 De sus angustias y penas.
 Consideréme en mi estudio
 Al resplandor de una vela,
 Que trémula y denegrida,
 Más que ilumina, amedrenta;
 Preso entre cuatro paredes
 De una habitación caverna,
 Que si es lóbrega en verano,
 Para eso en invierno es fresca;
 Donde la benigna lumbré
 Del sol, que á todos recrea,
 Por dos rejas cerbatanas
 Se divisa allá á una legua;
 Rebujado en una capa
 Que sin jactancia pudiera
 Dar honrada celosía
 A un coro de recoletas;
 Consultando con difuntos
 Que en mis estantes se hospedan
 El modo de ser yo grande
 Cuando cual ellos me vea;
 Consideréme, repito,
 Entre tal magnificencia,
 Dictando á futuros siglos
 Tal vez gustosas tareas.
 De la patria defendida
 Tal logro la recompensa
 En edad que ya me advierte
 La ancianidad que me espera.
 En tanto que (á mi desgracia
 Permitid esta licencia,
 Señor, que en las aflicciones
 Ser suele alivio la queja),
 En tanto que cien menguados,
 De incapacidad completa,
 Con deslucir vuestras glorias
 Os pagan sus conveniencias.
 Y no recibais á injuria
 Verdad tan clara, aunque seca;
 Que vos elegís los sabios,
 Y hay mil que serlo aparentan;
 Hipócritas venturosos
 De enmascarada prudencia,
 Que amigos bien adulados
 Publican por verdadera;
 Sabios de que sus pasiones
 Las inclinaciones fuerzan,
 Miétras á subir aspiran
 Donde desplegarlas puedan.
 Yo, pues, señor, conociendo
 Que mi ineptitud extrema
 De ser docto en tales artes
 Eternamente me aleja;
 Y que el poder, combatido
 De máquinas que le cercan,
 Capitula tantas veces
 Cuantas le precisan brechas:
 Diógenes de poquito,
 En el tonel que me alberga
 Esperaré á que en muriendo
 Me reimprima la Academia.

II.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

Romance familiar.

Después, señor, que la ausencia,
 Avara de nuestras dichas,
 Arrebató en vuestras gracias
 Todo su gozo á Sevilla,
 Quedó la pobre ciudad
 Tan macilenta y marchita,
 Que en ella todos parecen
 Tocados de la itericia.
 De amarillez y dolor
 Todas las caras se pintan,
 Usurpando el sentimiento
 Su oficio á las salserillas.
 Visteis, señor, un estanque
 Que desaguado deprimió,
 En el cieno de su fondo
 Lúgubres las ranas brincan,
 Y parlando broncamente,
 Las orejas martirizan
 Al desventurado oyente,
 Que se halla forzado á oirlas;
 Tal la ciudad angustiada,
 Hoy á ranas reducida,
 Si antes de placer cantaba,
 Ya de pesadumbre chillaba,
 Y con razón; porque hablémos
 En puridad y sin cifras:
 Sin la vista del monarca
 ¿De qué nos sirve la vista?
 Después de ver sus bondades,
 Tan sabias, tan peregrinas,
 Que ni el trono las apaga,
 Ni el poder las amortigua,
 En cuyo rostro benigno
 Soberanamente brilla
 La majestad halagüeña
 Que á la adoración inclina;
 ¿Qué hemos de ver que nos llene
 El hueco de tanta dicha,
 Si aún quedan para más daños
 Las esperanzas vacías?
 Pues digo las perfecciones
 De la adorable Luisa,
 Reina á quien lo mujer basta
 Para hechizar sus provincias;
 De cuyo garbo y donaire,
 De cuya gracia atractiva,
 No hay voluntad que no quiera
 Reconocerse cautiva;
 ¿Dónde iremos á buscarlas
 En las andaluzas niñas,
 Que á guisa de mascarones
 La piel de sus rostros guisan?
 Porque es de saber, señor
 (Y el buen Montano lo diga),
 Que hembras sí, mas no mujeres,
 Se hallan en la Andalucía.
 Son hembras; porque de serlo
 Nos dan pruebas repetidas,
 Y también de aquesta prueba
 Dar podrá el Conde noticia.
 Pero mujeres no son,
 Si no mientan las boticas,
 Porque borrando sus caras,
 Siempre las llevan postizas.
 ¡Gran Luisa! ¡augusta reina!
 En vos sí que se divisa
 La pura naturaleza
 En su mayor gallardía.
 Sin el esplendor del trono,
 Vuestras prendas exquisitas
 Hacen que ídolatra el pueblo
 Doble ante vos la rodilla.
 Nos dejásteis; ¡ah, paciencia!
 Pero hago voto, á fe mía,
 Miétras que no vuelva á veros,
 De hacer vida capuchina.
 Las barbas han de crecerme
 A manera de vedijas;

Que en lo que toca á pobreza,
Ya hizo el voto mi golilla.
Y sin vos, mi Principito,
Tan de Paz, que en su alma invicta,
O no luchan las pasiones,
O postradas se apaciguan;
Cuya bizarra persona
Sin ejemplar acredita
Que caben en un sujeto
Belleza y sabiduría;
De quien atónita Europa,
La diversidad admira,
Del tino en el gabinete,
La cordura en la milicia,
La dulzura en la grandeza,
El juicio en la edad florida,
La urbanidad en el mundo,
Y en el poder la doctina.
Sin vos, ¡qué hacen estas gentes,
Sino en lluvia ó en moquita,
Por narices y por ojos,
Verter su melancolía?
Nos dejó (dicen) el joven
Que con riendas divididas,
Con una al hombre mejora,
Con otra al bruto domina.
Os echaré tanto de menos
Todos, señor, cuanto fijan
La idea en vuestras mercedes,
Y no hallan con quién suplirlas;
Los políticos profanos,
Que en las tinieblas se abismán
De los arcanos que el trono
Recata tras sus cortinas,
De Richelieu y de Cisneros
Las memorias resucitan,
Y que en vos sólo se logran,
Sus dos cabezas afirman.
Los finchados maestrantes,
Soldados de clase ambigua,
Que en las campañas de Venus
Más que en las de Marte lidian;
Cuando en sus rocines montan
Con su bella maestría,
Que sólo á correr enseñan
Mamarrachos y cañías,
Dan qué reir fieramente
A cuantos con arte digna
Os vieron del bruto noble
Manejar la fuerza activa.
Las viejas os comparaban
A Santiago de Galicia,
Cuando en las famosas Navas
Desbarató la morisma.
Las muchachas remilgadas,
Preciadas de sabidillas,
Al Cid sobre su Babieca
Pintiparado os hacian;
Y en danza de reconocimientos
Su humanidad conmovida,
El caballo que montábais
Miraban no sin envidia.
Los doctores de la escuela,
Que á manera de botijas
Con sus bonetes japones
Tapan el aire que abriga;
Por más que con colorines
De mojiganga erudita,
Espetados y serenos,
Que saben algo nos finjan,
Saben que sin hojarasca
De huecas bachillerías,
Las ciencias que ellos corrompen
Vuestro saber purifica.
Los reverendos togados,
Negra y funesta familia,
Que parece que en entierro
Llevan siempre á la justicia,
Cuyas luengas sopalandas
Colgantes de la golilla
Transforman en espantajos
A los que á Dios más imitan,

Siendo así que á las espadas
Profesan tremenda tirría,
Porque tal vez á degüello
La espada á la toga tira,
Tan de veras os respetan,
Con fe os aman tan sencilla,
Que al veros ir, á cachetes
Rompiéron dosel y sillas;
Y que en el templo de Astrea
Sois de su deidad divina
El sacerdote más puro
Que en sus aras sacrifica.
En fin, señor, vuestra ausencia,
Como quien mal despabila,
Dejó á oscuras la ciudad
Y á tantas todos caminan.
Y si así todos quedaron,
¡Cómo el fiscal quedaría,
En quien de tantos afectos
Los sentimientos se agitan?
Ya en tasca de enamorado
Abogado el pecho suspira,
Postrado el ánimo gime,
Sellado el labio no chista.
Ya del agradecimiento
Siempre la memoria viva,
Quisiera al núnmen presente
Tributar su idolatría.
Ya de su agradable mesa
Las sasonadas delicias
Amargamente el recuerdo
Le persigue y le fatiga.
Allí el lazo cariñoso,
Armas y letras unidas,
Al prudente caduceo
Lustre y apoyo ministran.
Y allí también al retozo
De la discreta alegría,
Se desataban las gracias
Con travesura festiva,
Y en descomunal batalla
De amasadas pelotillas,
Era batida del sardo
La catadura maldita.
Del sardo, en cuyo visaje
Naturaleza con risa,
De carátula de diablo
El prototipo delinea;
Cuyas piernas, á manera
De desparramada horquilla,
A trompicones sostienen
Un busto de lagartija;
Cuya cabeza, trasunto
De calabaza podrida,
En el pezon del pescuezo
Lánguidamente vacila.
¡Oh cuánto, señor, oh cuánto,
La soledad repentina
Destos dichosos momentos
Mi memoria mortifica.
Y notad que para alivio
De este mal, que me lastima,
Para manejar la horca,
Voy á deponer la lira.

III.

Que el Rey haga tesoroero
A quien sin tesoro es,
Es decir, que á sí se guarde
Quien debe guardarse bien;
En verso la enhorabuena
Os doy, señor don Manuel,
Porque siempre vuestras dichas
Echan mi juicio á perder.
Ni soy ni he sido poeta,
Ni Dios tal peste me dé,
Pero en tocando á locura,
Bueno es loquear también.
Dicen que el Rey es muy justo,
Y lograr muy justo un rey

Es para que pierda el juicio
Todo vasallo de bien.
De su rectitud amable
Mil pruebas España ve,
Las ve España y las venera
Con amor y aplauso y fiel.
Hacer felices los hombres
Sólo lo pueden hacer
Dios y los reyes; y en esto
De Carlos la gloria ved.
Dicen también que su esposa,
Grande en el régio dosel,
No le va en zaga á su Carlos
En rectitud y saber.
Heroina á la espafiola,
Sabe unir sin altivez
A la airosa gallardía
Un alma afable y cortés.
Por sus gracias peregrinas
Digna del sacro laurel,
Se acredita sabia en todo;
Bendígala Dios, amén.
Toda su España la adora,
Y no se equivoca á fe,
Que en cuanto á mérito en damas
Todo español es buen juez.
Yo también (en confianza),
Que un hielso soy desde que
A filósofo metido,
Perdí el tiempo y el placer;
Al verla tan adorable,
Tan divina, que á una vez
Se ven en ella las prendas
De deidad y de mujer,
Por Dios que no me resisto,
Y que postrado á sus piés,
La idolatro acá á mi modo
Como Dios me da á entender.
En fin, á tales monarcas
Ser tesoroero debeis;
Si los que la dan son tales,
¡Quién culpará la merced?
Quizá no faltarán gozques
Que mirándoos de traves,
Os ladrarán á la espalda
Las honras que merecis.
Y quizá lobos voraces
En nocturna lobregez,
Os rondarán las venturas
Como á la oveja en la red.
Despreciarlos y observarlos,
Siempre necesario fué
A quien acumula dichas
Que otros no debidas creen;
Porque el mayor enemigo
Del hombre grande (atended)
Es su mérito, si logra
Lucir en la esplendidez.
Entonces la avara envidia
Derrama con labio infiel,
Calumnias que le denigren,
Chismes de vieja soca.
Niega el mérito, ó le tacha,
Interpretando al revés
Hasta las heroicidades
Que admira el vulgo en tropel.
La envidia es maldita bestia:
La dicha que otro posee,
La mira cual presa suya,
Y no duerme hasta coger.
Persigue al mérito, acecha
Sus pasos con tal doblez,
Que si le ve descuidado,
¡Adios! da en tierra con él.
Y en los míscros despojos
Cebándose la criel,
Se goza en su triunfo, y goza
De su iniquidad después.
De apariencias halagüeñas
No mucho, señor, fieis;
No fieis, que muchos lobos
Visten de oveja la piel,

Vulgar es este consejo,
Pero entendido tened
Que por vulgares las cosas
Tal vez sin uso se ven.

Enmascarado de oveja,
Con el rebaño novel
Se mezcla el lobo, halagando
A la inocentilla res;

La acaricia, la festeja
Con pérdida candidez,
Ya lame á este corderillo,
Ya retoza con aquél.

Así su golpe asegura,
Así le consuma, y ¿pues?
Después de muerta la oveja,
Viene tarde el no pensó.

No basta la vigilancia
De dos ojos; cuatro, seis
Os prestarán generosos
Amigos sin interés.

Sin amigos no se afirma
La seguridad del bien;
Velen cuando el sueño os rinda,
Duerman cuando vos veáis.

Diréis aquí (cosa es clara):
Y á usted, señor mío, á usted
Quién le ha metido á golilla
Sin que el título le den?

Consejero entremetido
Descubre lo bachiller;
Yo lo soy para serviros,
Y así va mi paraben.

Ser golilla no es del caso,
Que juro á Dios lo seré
Si vos dais en que me ahorque
En argollon de papel.

Si un hablador lograr puede
Disculpa, sólo diré
Que amo tanto vuestras dichas,
Que eternas las quiero ver.

Que en amaros soy enfermo
De tan hidrópica sed,
Que en el agua de mañana
Pienso desde la de ayer.

La amistad justa y sencilla,
El bien logrado laurel,
Hará que rama no sea
Estéril en vuestra sien.

Un buen general no triunfa
Sin la ajena robustez;
Busque el poder instrumentos,
Y será eterno el poder.

Ahora bien; basta de arenga,
Si con ella os fastidió;
Todo el que ama es importuno,
Y perdonárselo es ley.

Que daros la enhorabuena
Para dos años ó tres,
Pudiendo vos vivir ciento,
Fuera un mezuño querer.

Y yo os quiero para mucho,
Para mucho, ¿lo entendéis?
Pues bien; aunque me rifáis,
Lo que os aconsejo haced.

IV (1).

Aquel guardia desdichado
Que ni aún se guarda á sí mismo,
Pues lleva en su propia panza,
Señor, su mayor peligro;

(1) Este romance es un memorial burlesco al Príncipe de la Paz, en favor de un guardia de Corps, don Francisco Bernabéu, muy amigo de FORNER, de Moratin, de Estala y de otros insignes literatos de su tiempo. En una carta suya, que se conserva entre los papeles de FORNER, habla á éste de su obesidad, de sus trece hermanos, entre ellos nueve hembras solteras, y de otras circunstancias mencionadas en el presente romance.

Aquel cuya bandolera
Diez varas tiene de tiro,
Porque desde espalda á pecho
Gira un círculo infinito;

Aquel cuyo vientre inmenso,
Con profundidad de abismo,
Es una fonda ambulante
Y un lago de menudillos;

Tal, que si un día le birla
Su vida un rocín maligno,
Para cien pastelerías
Daré material cumplido;

Aquél, pues (pecho por tierra),
Porque besarla es su oficio,
Ante vos viene á postrarse,
Por un fiscal conducido.

Y notad de sus desgracias
Los extremos inauditos;
Que á quien en horcas se ocupa,
Su protección ha pedido.

Bien sé que os será pesado,
Y éste es su mayor martirio;
Que no ser pesado un gordo,
Muy pocas veces se ha visto.

Es tan pesado, señor,
Que le pesa haber nacido,
Para molerse y moleros
Y moler á sus amigos.

Mas ¿qué ha de hacer el cuitado,
Si á su tremendo edificio,
Con no ser vanas las piernas,
Apénas pueden sufrirlo?

Seis rosas hace en su cuello
(Señor, con perdon sea dicho)
Una papada espantable
Cual nunca se vió en cochino.

Así extrañar no se debe
Que sus ruegos sean rollizos,
Sus pretensiones de plomo,
Su labia á *macha-martillo*.

Vuestra dignacion implora,
Y os suplica, arrepentido,
Que ó le rebaneis las carnes,
O le troqueis el oficio.

Cuando del clarín sonoro
Suena el eco repetido,
Que llama guardias y jacos
Al cotidiano ejercicio,

El buen Bernabéu se asusta
Y hace en su carnoso risco
Una cruz, como quien dice:
Aquí murió el pobrecito.

Al llegar á su caballo,
El animal, aturdido
De la carga que le espera,
Se lamenta con relinchos.

Cuatro fuertes compañeros
Le empujan hácia el estribo,
Y el colocarle en la silla
Les cuesta afán y suspiros.

El pobre caballo cruje,
Y agobiado y oprimido,
Antes de correr ya suda
Por todo el cuerpo hilo á hilo.

Echa á correr, ¡y aquí es ella!
Embarazado consigo,
Si en sí no manda el jinete,
¿Qué hará en el animalito?

Las riendas se le deslizan,
La pierna cuelga á su arbitrio,
Y la espada fluctuando
Le amaga tajos y chirlos;

Si batir quiere la espuela,
Para mover el tobillo
Baja la mano á la pierna,
Y con ella le da auxilio.

Ahora, señor, vuecelencia
Dígame por Jesucristo,
¿Quien pesa más que el caballo
Nació para jineteo?

Que aguante un caballo á un hom-
Es natural y aún preciso; [bre,

Mas que sufra á un elefante,
Sólo en Bernabéu se ha visto.

Dislocado está sin duda
En su carrera este niffo,
Y estará más dislocado
Si sigue en trotar caminos.

No habrá guijarro en las leguas
Que hay de Madrid á los sitios,
En que este devoto guardia
No haya estampado su hocico.

El besa y está besando
A cada paso el pedrisco,
Y de humildad tan notoria
Sólo saca lobanillos.

Su cuerpo pintiparado
Es, por lo pintimolido,
Congreso de cardenales,
Sin que llegue su escrutinio.

¡Qué es verle, señor, qué es verle,
Cuando su rocín da un brinco,
Caer todo aquel coloso,
Desplomado su equilibrio!

La tierra tiembla del golpe,
Y al formidable estampido
Corre el eco, retumbando
Por los contornos vecinos.

No queda gato ni perro,
En pueblo, aldea ó cortijo,
Que al tremendo batacazo
No responda con aullidos.

El jaco, al verse aliviado,
Alborozado y festivo,
Huye del triste jinete,
Por no volver al conflicto.

Saltando va de contento,
Mientras que el guardia tendido,
Que vengan á levantarle
Clama con lúgubres gritos.

Con palancas y maromas
Acuden muy compasivos
Doce de la comitiva
A hacer que se ponga en pino.

Lo que sudan y trabajan
Para poder conseguirlo,
Dígalos la enorme mole
Del sujeto consabido.

Le empujan, pero ¿qué importa,
Si en las botas embutido,
Bambalea á cada instante
Aquel corpachon macizo?

Así, tieso y vacilando
A modo de dominguillo,
Este honrado Franciscote
Es de la tropa el ludibrio.

Vamos al caso;

Pobre, anciano y enfermizo.

Y lo peor todavía

Es que en el tremendo sitio
Nueve hembras (¡ahí que no es nada!)
Están pidiendo marido.

Una es ciega, y esta pobre
A tientas busca su auxilio,
Mas los bultos se le escapan,
Y yace en eterno *virgo*.

Otra es tuerta, y aunque á medias,
Divisa á los moralillos;
Estos dicen que no quieren
Un matrimonio torcido.

Otra en extrañas manías
Destemplados los sentidos,
Es fea y es mentecata,
¡Mirad qué dotes tan lindos!

Las demás forman cuadrilla
De impecables apetitos;
Espanta-novios las llaman,
Por ser espantajos vivos.

En lo que toca á los machos,
Todo, señor, está dicho
Con decir que en machos tocan,
Pues nunca es hombre el *se-rico*.

Con miseria y mendigante
Aquel colegio bendito
Confía en la providencia
De este su hermano Francisco.
Y este su Francisco hermano
Nació en tan siniestro signo,
Que con tener tanta carne
No pudo darle ni un pisto;
Antes bien á cada instante
Temiendo está que asesino
Le despache á la otra vida
En posta un rocin maldito.
Y entonces (dejad, señor,
Dejadme hacer pucheritos),
¿Qué harán la ciega y la tuerta
Y la del seso podrido;
Aquel intacto colegio,
Despensa (á lo que colijo)
De rancias virginidades
Y gustos enmohecidos?
¿Qué ha de hacer solo á la sombra
De un anciano en cuyo oído
Resuena ya el *Parco mili*
Con su aparato de cirios?

Como parva de polluelos,
A quienes con ronco tiro
Privó el cazador de madre,
Se derraman fugitivos,
Y azorados y medrosos
Corren al campo sin tino,
Y al fin de fatiga y hambre
Perecen desfallecidos;
Así en este gallinero,
Si de su gallo el abrigo
Llega á faltar (no hay remedio),
Del hambre mueren al filo.

No, señor, cuando en España
Lucen vuestros beneficios,
Tanto, que hasta el rudo pueblo
Los idolatra sencillo,

Cuando de vos no se aparta
Sin socorro el desvalido,
El mérito sin su premio,
El infeliz sin alivio;

Cuando de vuestras bondades
Son tantos los desperdicios,
Que á dos mundos se derraman,
Y aun os sobra para cinco;
No se ha de ver, no por cierto,
Desamparado este hospicio,
Que á Bernabén ha fiado
El Dios de pobres y ricos.
Acomodadle, señor,
En puesto holgado y tranquilo,
Donde sentado trabaje,
Y sentado no dé brincos.
Conceded paz á sus carnes,
Y carne al bando prolijo
De la eterna parentela

Esto, señor, os suplica
Un cierto fiscal mohino,
Que si persigue á los malos,
Da á los buenos patrocinio.
Y se atreve á suplicarlo
Porque os considera digno
De que los buenos os rueguen
Y os imploren compasivos.
Nadie al diablo le suplica,
Ni él gusta sino de inicuos;
Quien ruega á un hombre de bien,
A Dios le hace parecido.

V.

Señor don Arcadio (1) mío,
A vos, el pastor del Tórres,
Que sabe cantar dulzuras
Entre escuelas y doctores;

(1) Iglesias.

A vos, que aspiráis al lauro,
Con vivir entre alcornoques;
Docto agravio de las aulas
Grave gloria de los hombres;
De aquellos, digo, que estiman
Los sentimientos más nobles,
Y aprenden sólida ciencia,
No ciencia fundada en voces;
El desventurado Aminta
Hoy vuestra paz interrumpe,
Tiene enojos y no puede
Dar más que lo que le sobre.
Después de los negros días
En que me vieron conformes,
Con mucha atención las Musas,
Poco atento en las lecciones;
Cuando empeñado en las leyes,
Aprendí en graves autores
Que si delinquen los ricos,
Se han de castigar los pobres;
Y que un leguleyo puede,
Sin que le muerdan temores,
Hacer venta de sus juicios
Y condenar los ladrones;
Por mis pasos mal contados
Vine á parar á la corte,
Donde á buscar vicios vienen
Cuantos sin ellos no comen.

Yo, cuitado, que juzgaba
Que el mérito que dispone,
Es la ciencia para el puesto,
La virtud para el informe;
Dí en ser sabio y en ser bueno,
Y al cabo de mis sudores,
Sé, por fin, que aquí el ser sabio
Equivale al ser buen hombre.

Cantar me mandaba el genio
Ya en un tiempo los furioses
Que hacen más feliz la tierra
Cuando la sangre más corre;
Y acuérdomme que en la greña
Tirándome Cintio entonces,
Me ordenó más altos fines,
Y de tal senda apartóme.

Hoy el hambre, buen Arcadio,
Es Cintio á mis pretensiones,
Que de las ciencias las huye
Y en el empeño las pone.

Saber ganar un empeño
Son letras tan superiores,
Que sólo logra los puestos
Quien su provecho conoce.
No son doctrina y modestia
Para la gloria escalones;
Dáte á conocer al mundo,
Tu fortuna asegúrese.

Dáte á conocer, mas ¿cómo?
De suerte que unidas voten
Las damas que tu peinado
Gran fondo de ciencia esconde.

El mejor jurisconsulto
Es el que viste galones:
Los más doctos, los vestidos;
Los más rectos, los olores.

Yo, ignorante, que ser sabio
Quise leyendo Platones,
Y haciendo usura en los libros
En muchas veladas noches,
Trozando en desengaños,
Notando que se componen
Mal la ciencia y desaliño,
Digo el moderado porte;

Para ser sabio vestime
Ropas de varios colores,
Y cundió mi entendimiento
Hasta los mismos talones.

Con tan profunda doctrina,
Y un amigo que socorre
La elocuencia de mis ropas
Con oportunos loores,
Espero ser en mis artes
Comparado á los mayores,

Entre rotos su Cujacio,
Y entre no lindos un Lopez.
Verdad es que dificultan
Que estos progresos se logren
Otros doctos que aquí yacen
De peinados superiores.
Poetas hay que no deben
Tanto al bipartido monte
Como al monte de su pelo,
Porque es más alto y disforme.
Pero yo, diestro en las mañas
Que aquí por méritos corren,
A varoniles cuidados
Trocaré afeminaciones;
Y muy remilgado en todo,
En mesas, en tocadores,
Pretenderé mis ascensos
A título de monote.
Rociaré de cortesías
Hasta el mismísimo Heródes,
Y más que destroce un reino,
Como á mí no me destruyen.
Estos y otros documentos
Enseña al sabio la corte;
¿Ser quierais feliz, Arcadio?
Vén y á observarlos dispuesto.

VI.

Musa, mucho hemos pecado;
Y pues que somos mortales,
Justo será que salgamos
De estado tan miserable:

Pues si el demonio te lleva
Después de tantos afanes,
Díme, ¿de qué te sirvieron
Tus gracias y tus donaires?

Tú has sido una picarona,
Antojadiza, mudable,
Y en todas tus aventuras
No halló de juicio un adarme.

Atada siempre á los libros,
Como al facistol el chanfre,
Diste en la majadería
De ser sabia á todo trance.

No quisistes ni por sueños
Tomar burla de salvaje,
Cuando era una misma cosa
Rebuznar y gradiarse.

Escapaste á la Grecia,
Y á la Italia te escapaste,
Del Pindo y del Capitolio
Callejera infatigable;

Y allí hablando con gentiles
Que hoy en los infernos arden,
Corrompiste en su comercio
Tus candores virginales.

Del señor don Marco Tulio
Pesadísimo petate,
Que es sólo pródigo en *prosa*,
Grande adobador de *frases*,

¿Qué te ha valido el comercio,
Cuando á otros ingenios valen
Más oro los solecismos
Que aquel que en la Arabia yace?

Pues de ese Platon sombrudo,
En cuyas oscuridades
Sólo se palpan ideas,
Y no el bulto ni la carne,

¿Qué fuiste á buscar, perdida?
Muy docto el bribon, muy grave,
Te amagó con la potencia,
Y chirle después le hallastes.

Pues el pícaro de Horacio,
Bufon de zaino lenguaje,
Que nos agrada y nos trinchá
Con sus dichitos puñales,

¿Qué te ha dado sino risa,
Y el sapientísimo ultraje
De que cien potrones zafios
Te birlen las dignidades?

Necia lujuria alimentas;
Simplona, ya que pecastes,
Pecaras enhoramala
Con quien te matará el hambre.

Has malgastado tus gustos,
Cuando floreciente y ágil
Pudistes vender bien caras
Tus vivezas agradables.

Dicen que tú buenos versos
Y que mejor prosa haces,
Y sé yo que tales gracias
No las profesas en balde.

Cuando el aliento de Apolo
Era entre desdichas graves,
Ya patrimonio de hospicios,
Ya vínculo de hospitales;

Cuando sus tristes alumnos,
Despilfarrados tunantes,
Daban que hacer á los legos,
Que desprecian á los pajes,

Pues de pajes y donados
El lindo y el tosco enjambre
Era en esta nacion sábia
Más que Maron respetable;

Tú, de tan lindo mancocho
Galanteada al desgaire,
Así como quien te dice:
Muchacha deja adorarte;

Tú, que en dosel prepotente
Con majestad formidable
Más allá de los poetas
Humos de Dios alcanzastes;

Tú, que puedes libremente
Maldecir, sin que te arañen,
Su barbarie á los Menoquios,
Su fealdad á los Iriartes.

Debiendo tantas venturas
A aquel mancocho afable,
Que sabe tus picardías
Y tolerante las sabe;

Humíllate, bribonaza,
No sea que al fin se cansen
Sus afectos, ofendidos
De sufrirte y esperarte.

¿En qué consiste que cuando
Ves que logra maridarse
La poesía con la pompa
De los doselces brillantes,

Tú loca, tú caprichosa,
Por tus antojos mudables,
Hagas que á la sopa vuelvan
Los talentos inmortales?

Pues cierto que en linda patria
Vives para confiarle;
Quedas desfavorecida,
Y verás lo que te vale.

En ella sólo á los legos
Es dado ser venerables.
Maron fué divino en Roma,
Acá fué un pobre Cervantes.

Si esto, pues, ruin mujerzuela,
Por propia experiencia sabes,
Y á cuánto sudor debiste
Ser musa no mendicante;

Híncate, pues, de finojos,
Baja la frente, y exhale
Tu pecho roncós gemidos,
Dándote en él golpes grandes

Y di: Buen Lúis, me pesan,
Pésanme mis disparates,
Más que á un garnacha mil hijos,
Que á un logrero año abundante.

Espero, jóven benigno,
Que me abuelvan tus bondades,
Para lo cual ser prometo
Musa honrada en adelante.—

¿De veras?—Así lo afirmo.

—Ea, hermanita, levante:
Ego te absolvo: en la mano
Dame un beso, y *vade in pace*.

VII.

EL TEMPLO DE TÉMIS.

Del sacro templo de Témis

Al augusto santuario

Penetré yo, deseoso

De adorar su simulacro.

Pensé yo que ante sus aras

El universo postrado

Por su utilidad, al númen

Votos dirigiese santos,

Y que, lleno de devotos

El edificio sagrado,

Sitio no le permitiesen

A mi sencillo holocausto.

A tan benéfico culto

¿Quién será tan insensato,

Que niegue ruegos y ofrendas,

Consigo mismo inhumano?

La paz, la abundancia alegre,

Al imperio de su labio,

La copia de sus delicias

Derraman á abierta mano.

La inocencia á sus hogares

Vuelve con seguro paso

Desde el solitario monte

Con su sudor cultivado.

Goza el labrador dichoso

La riqueza de sus campos

Pesa en los rubios haces

O en los fructíferos ramos.

Desde el apartado Oriente

Cruza hasta el mar gaditano

La opulencia en leño débil,

Sólo arriesgada al naufragio;

No ya son facinerosas

Las tinieblas, al descanso

Fía su vida y sus bienes

Sin recelo el ciudadano.

De amor los puros placeres

Gusta el hombre en nudo casto,

Sin que la ajena violencia

Disuelva ó corrompa el lazo.

Preside el gozo en la vida

Por su ministerio grato....

Quien la justicia no adora,

O es estólido ó tirano.

Entré, pues, en el recinto

De su basilica, y hallo

¡Qué dolor! casi vacío

De adoradores su espacio.

De humilde y sencilla gente

Sólo número no escaso

Desapacibles plegarias

Mezclaba con triste llanto.

Imploraban el auxilio

De la deidad, agobiados

Del interes en el foro,

Del capricho en el palacio.

Atónito yo á la vista

De abandono tan extraño,

Quise hablar á un sacerdote

Que me descifrara el caso.

De gravedad venerable,

Entonces trémulo anciano

Se acercó á mí, y «Yo (me dijo)

Puedo darte el desengaño.

»La duda que te fatiga

Leyendo estoy en tu pasmo:

La austeridad de este culto

No es acepta al mundo ingrato.

»Si buscas adoradores,

Culto donde con el fausto

Se hermane el abatimiento

De envilecidos esclavos,

»Corre al sacrilego templo

Del Interes: congregados

Idólatras infinitos

Verás allí con espanto.

»Allí verás asistida

La ara del númen bastardo

De ministros desertores,

A este templo destinados.

»Con las insignias de Témis

Gomas queman (¡oh profanos!)

Al ídolo que la infamia

Lea restituye por pago.

»El vulgo ilustre, el que ostenta

Por toda virtud el rancio

Cognombre de un héroe muerto,

Vil ocio, y un mayorazgo;

»Allí en multitud confusa

Vierte sus ofrendas, cuando

De sus vicios opresores

Titubea al peso infamato.

»Soy Solon, y aquí resido

Desde mis floridos años,

Después que á la leve Atenas

Quise hacer feliz en vano.

»La santidad de mis leyes

Cedió al impio desacato

De la ambicion ingeniosa

Que tratanizó el Estado.

»Licurgo, Caton, Alfonso,

De igual pesar fatigados,

De sus benéficos genios

Gimen el sutil trabajo.

»Estos aquí me acompañan

Con corto gremio de sabios,

Que, áun benigno con los hombres,

Destinó el cielo á mandarlos.

»Supremo ministro ahora

Témis consiguió, que el Darro

Vió ya en su márgen florida

Dar de su pureza ensayos.

»Del olivífero Bétis

Luégo al suelo trasladado,

Su talento incorruptible

Lució en asiento más alto.

»Y hoy España renovadas

Espera por su conato

Las épocas venturosas

De sus ilustres Fernandos.

»Oráculo desta diosa,

Y al trono augusto cercano,

Se espacirá al reino todo

La dicha desde sus labios.

»La Providencia así cuida

De sus hechuras, criando

Genios justos que restauren

De la maldad los estragos.»

Esto me anunció el buen viejo,

Y yo mudo y admirado

Me arrodillé, y á la diosa

Gracias di por el presagio.

VIII.

ROMANCE AMOROSO.

Bella Lucinda, en tu rostro

Colocó amor su delicia

Para que yo aventuroso

Me aventurase á seguirla.

No en vano naturaleza

Se esfuerza en sus maravillas,

Puesto que dió la belleza

Para que fuese adquirida.

Confieso que no soy digno

De pretender las caricias

Que á tu hermosura son propias

Y á mi voluntad debidas;

Mas ¡qué he de hacer, si el deseo

Se enciende y me precipita,

Cuando contemplo las gracias

Que te acompañan unidas?

Ni memoria enajenada

Allá en su centro te pinta,

Y al punto mi voluntad

Sigue la imagen divina.

Y todo mi entendimiento

Tanto en la imagen se fija,

Que borrarla es imposible,

Y mucho más despedirla.

Allégase el apetito,
Que con su fuerza me inclina
A la posesión del bien
Con que el deseo la anima.

Así sigo mi destino,
Como en las verdes orillas
Su oriental camino siguen
Las corrientes cristalinas.

Acuérdome que una noche,
Cuando con su paz tranquila
A los cansados mortales
El blando sueño convida,

Yo amoroso señalaba
Dulces fines á mi dicha,
Dando aliento á mi esperanza
Con presunciones sencillas;

Cuando, ahuyentando las sombras,
Cual si renaciera el día,
Atiendo un gallardo joven
De majestad peregrina,

El cabello suelto en hebras
Que al oro desacreditan,
La espalda majestuosa
Gallardamente encubria;

La frente, de un lauro verde
En torno mostró ceñida,
Premio de alguna victoria,
O de su poder insignia;

Mas el pie en grave coturno
Engastado aparecía,
Bajo ornamento en las plantas
De quien altas nubes pisa.

Una cítara, risueño,
Entre la siniestra asida,
Cuerdas de oro en marfil terso
Al dulce plectro ofrecía.

Acompañaban al joven
Doncellas tan peregrinas,
Cual nunca la bella Venus
Tuvo en su servicio ninfas.

Eran sus rostros asiento
Del sol que entre nubes brilla,
Depositando en sus labios
Las gracias su dulce risa.

Confuso yo del portento,
El susto mismo me priva
Las voces, cuando el mancebo
Dando al instrumento vida,

Soltó la voz prodigiosa
En concertada armonía,
Y poniendo en mí los ojos,
Así previno mi dichas:

«Tu amor tendrá fin dichoso,
Joven, si nunca retiras
La voluntad amorosa
Del centro adonde camina.

«La deidad del Manzanares,
De arenas mil guarnecida,
En sus urnas transparentes
Hará tu victoria digna.

«Verás tu fe al fin premiada,
Pagada, correspondida,
Tu amor libre de celos,
Tu voluntad de fatigas.

«Tu posesión será dulce,
Dos veces de mí aplaudida,
Porque tal belleza adoras,
Porque ella tu amor estima.

«Entre sabrosas prisiones,
Que eslabonan tus caricias,
Lograrás (favor de Venus)
La posesión que suspiras,
Y la hermosura que tus gustos guía
Verás la entre tus brazos oprimida.

«Quietud será cosegada
La que ahora guerra publicas,
Sin que el diligente tiempo
Ejecute su malicia.

«Porque yo, que de sus pasos
Gobierno la eterna prisa,
Dirigiendo las esferas
Que mi carroza ilumina,

«Moderaré la violencia,
Para que nunca, marchita,
Sea retrato de las sombras
La que es la luz de tu vista.

«Me receló tu constancia,
Y lo merecen las líneas
Que en aquel gracioso rostro
Me dan á mí mismo envidia.

«Sólo será este bien tuyo;
Si no prosigues, pelagra;
Sigue en amar, tierno joven,
Pues Febo te pronostica
Que la hermosura que tus gustos guía
Verás la entre tus brazos oprimida.»

«Apénas dió fin al canto,
Cuando de improvisó gira
Los vientos, cercado en torno
De su bella compañía.

Un rastro dejó oloroso,
Que aroma oriental respira,
Do las plantas de diamante
Paso hicieron en la huida.

Quedó yo cual suele el triste
A quien el sueño imagina
Bienes, que convierte en males
La verdad que los disipa.

Mas, satisfecho en las voces
De la que el carro me indica,
Humildes gracias, postrado,
Doy á la deidad benigna,

Y dije: «¡Oh! quiera mi suerte,
Santo amor, bella Lucinda,
Que á uno y otro gracias deba
La humilde voluntad mía.

«Besaré entónces la tierra,
Y tomaré de ella misma
Flores que cerquen mi frente,
En señal de mi alegría.

«Será eterna mi constancia
Contra la desgracia esquivá,
Si ya las vueltas del cielo
La razón no me aniquilan.

«Será, Lucinda, en tus gustos
Mi esperanza agradecida
Esclava de tu belleza,
Sierva de tu gallardía.

«Y del gozo enajenado,
Con silenciosa fatiga
Esperaré mis contentos
Hasta que amor me permita
Que la hermosura que mis gustos guía
La vea entre mis brazos oprimida.»

IX.

ROMANCE BURLESCO.

Da cuenta de su casamiento á un primer ministro (1).

Aquel fiscal implacable,
De cuya invicta dureza
Memorias inextinguibles
Leerá la edad venidera;

Aquel que arredró mil veces
Con oposicion tremenda
Del sacro monte de Apolo
Amotinadas catervas;

Aquel á cuyo apellido,
Cuando en España resuena,
Hasta el andaluz más hosco
Arruga el pescuezo y tiembla;

«Si, señor (¿quién lo diría?),
Aquel Forner, de quien cuenta
La fama espantablemente
Tan arriesgadas proezas,

Hoy, fiscal engerto en novio,
A vos muy humilde llega;

Que el ser novio ya le basta
Para que tan manso sea.

Un pícaro de un chiquillo,
Llamado Amor por más señas,
Que diz que tomó á su cargo
Poblar de gentes la tierra,

Viéndome hecho don Quijote
De literarias empresas,
Caballero solitario
Sin mi linda Dulcinea;

De mi altivez ofendido,
Me agarró de la melená
Y me hizo entrar en su cárcel,
Que quieras ó que no quieras.

«¡Valgame Dios, qué prodigios
Me sucedieron en ella!
Yo repugné sus prisiones,
Y yo me até las cadenas.

Antes de entrar me burlaba
Del chiquillo y su violencia;
Déjeme llevar con risa,
Como quien con niños juega.

Y dentro ya, estimulado
De no sé qué oculta fuerza,
Me revestí de deseos
De los pies á la cabeza.

El cuerpo se me espeluzna,
El apetito se encrespa,
Y los bultos y las sombras
Se me figuran doncellas.

En cada potro una cama
Me presentaba la idea,
Y el lecho de los tormentos
Era para mí de fiestas.

En esto, cuando bañado
De suavidades internas,
En infusión de marido
Me tuvo amor horas luengas,

Viéndome tierno y manido,
Con los descos en pena,
Hace repentinamente
Que yo á cierta niña vea.

Aquí fué Troya, señor:
Al mirar su gentileza,
Entre babas y suspiros
Hecho me quedé un babieca.

Frunciendo el carmin del labio
Con sencillez halagüeña,
Mi sed irrita á la copa
En la suavidad que muestra.

Amor, revolando en torno,
Inspira á la picaruela
Guiñaduras que me abrasan,
Sonrisas que me derrengan.

Derribóme, finalmente,
Antes de luchar. ¿Qué hiciera
Si brazo á brazo intentara
Probar conmigo sus fuerzas?

Avergonzado, corrido
De ver que una mocosuela
Con dos ojos danzarines
A todo un fiscal sujeta,

Voyme á casa, y envainando
Mi cuerpo en la ropa negra,
Que al amor y á los malvados
Es igualmente funesta;

Empuñando fieramente
Un tomo de las *Pandeclas*,
Y dando con la otra mano
Cien cachetes á una mesa,

Exclamo: «¡Yo enamorado!
¡Yo reducido á tal mengua,
Cuando soy coto de tontos
Y espantajo de badeas!

«Yo, que en estudios severos
Me formé un alma de piedra,
La ciencia de no ser manso
No he de deber á las cienoñas?

«Yo, que tengo seis mil leyes
Embutidas en la testa,
¿A la ley de una muchacha
He de rendir mi obediencia?

(1) El Príncipe de la Paz. En este romance quiso FORNER imitar el donatario desenfado de Quedo. Lo escribió mucho tiempo después de su casamiento.

» ¡Yo marido? ¡yo chiquillos
Que con balbuciente lengua
Me llamen papá en mis barbas
Y luego en cama me envuelvan?
» Yo levántame á deshora
Porque madama se queja,
Y para curarla el flato
He de quemar mi paciencia?
» — ¡Ay Juanito! yo me muero;
Haz que llamen la partera.
— Hija, no tengas cuidado,
Que eso será flatulencia.
» — No, hijo, que la criatura
Quiere ya salir de véras,
Y me da en el vientre cocas,
Que me oprimen y revientan.
» — Si hace sólo cuatro meses
Que nos casamos, tontuela,
¿Cómo quieres que sea parto
Ese dolor que te aqueja?
» Vaya procura dormirte....
Madama no se sosiega,
Y con mimos y melindres
Me afana á modo de bestia.
» Aturdo á gritos la casa,
La familia me detesta....
Y á la mañana siguiente
Ya está madama muy buena.
» Y mientras yo desempeño
Las obligaciones serias
Que en servicio de la patria
El grande Carlos me entrega,
» Madama corre festiva
Á visitar una tienda,
Donde el sueldo de dos años
En dos momentos empeña.
» Así la opinion padece,
Y esclava así de la necia
Profusion, gime oprimida
La alma justicia en la tierra.
» Eso no: con manos puras
Ministrará mi inocencia
La santidad de su culto,
Aunque me arañen mil hembras;
» Que quien por ellas, malvado,
Pone la justicia en venta,
Y porque brille una tonta,
Á Dios y á su Rey desprecia;
» Malhechor forrado en necio,
Merece por su simpleza
Que le emplumen la golilla,
Porque la puso á alcahueta.
» Ahora bien; si las coquillas
Con que el amor me retienta
Me han de borrar en el alma
Las generosas ideas;
» Y si, rufian de mi esposa,
Porque con lujo aparezca,
He de exponerme á la infamia
De que ella mi oficio venda;
» Váyase muy noramala
El chiquillo de las flechas,
Y respete en mí la toga
Que todo un reino respeta.
» Respétela, que esta insignia,
Reflejo de la grandeza
Del siempre augusto monarca
Que en ambos mundos impera,
» Cuando emula sus virtudes
Es cuando su honor sustenta;
Y solo es prenda de Carlos
Cuando su candor conserva. »
Así hablaba yo á mi mismo
Por desenoviar á secas,
Temeroso en las rapiñas
De una mujer indiscreta;
Pero amor, que es un diablillo
De tan maldita ralea,
Que cuanto más le sacuden,
Tanto más urge y se pega,
Viene, y toma, y muy mansito
Pone su boca en mi oreja,

Y como á toro en el Coso
Me lidia con esta arenga:
» Oigame, señor Licurgo;
Pues con tanta pompa ostenta
Su celo por la justicia,
Su rectitud y entereza;
» ¡Con qué alma, diga, hermano,
Dígame, con qué conciencia,
De una muchacha inocente
Desacredita las prendas?
» ¡Qué ha visto en la hermosa Cár-
Que desconfiarle pueda? [men,
Si porque es mujer, es mala,
Malo es el hombre para ellas.
» Á la opresión de su mando
Cuando se sienten sujetas,
Murmuran del hombre, y luego
Sin él no duermen contentas.
» La vida es todo trabajos,
Todo pesadumbre inmensa;
Ménos pesado es el fardo
Cuando dos le sobrellevan.
» Una muchacha graciosa,
Que cuenta entre sus finezas
Derramarlas todas, todas,
En el esposo que acepta,
» Créame que es gran bocado;
La misma naturaleza
Le aderezó en la oficina
De su creación primera;
» Y le dejó tan sabroso,
Y de dulzura tan llena,
Que nunca de él se vió harto
Ningun viviente en su mesa.
» Á la mujer halla mala
Quien á la mala se acerca;
Saber elegir lo bueno,
Sobre gusto, es conveniencia.
» El temor que le acobarda
En el lujo que recela,
Peligro donde la frente
De tanto bruto tropieza;
» Negándole á un justo nudo,
Le entregará á las torpezas
De meretrices infames
Que con su toga merezcan.
» La sacrosanta balanza
Que el pueblo humilde venera,
Porque librada en su peso,
Goza su vida y hacienda,
» Pendiente en las sucias manos
De abominables rameras,
Pesará siempre hácia el lado
Que más por el peso ofrezca.
» Presa de arpias soeces
Será la angustia excelencia
De la virtud con que el suelo
Más al cielo se semeja.
» Vuelva en sí de sus temores,
Y pues es letrado, advierta
Que no se ajusta al derecho
Quien no se liga á derechas.
» En dos varas de hermosura,
Un alma, su amada encierra,
Que puede apostar á juicio
Con la más fina Lucrecia.
» La pobreza no la espanta,
Si acrisola la pobreza
La gloria de las virtudes
Que el pecho justo alimenta.
» Gozando en ellas placeres
Que la humanidad desea,
Le apartarán de buscarios
En compradas impurezas.
» Así durará su fama,
Pura, inalterable, ilesa,
Idolatrado en su patria....
Y ¿qué mayor recompensa?
» Fuera de que, si os afligen
Repetidas experiencias,
Del riesgo que corre un puesto
De igual lustre que miseria,

» Un Manuel hay en el mundo (1),
Que cuando la mano os presta,
Con un tirón solamente
Hará vuestras dichas ciertas.
» Lloradle, haced pucheritos;
Que él tiene el alma muy tierna,
Y sabe que no se avienen
Bien el hambre y la decencia.
» Haced que la novia acuda,
Y con gracia andaluzeña
Le diga: *Padrino mio,
Dios bendiga á su excelencia.*
» *Aquí me tiene á sus pies
Postradita toda entera;
Zu ahijada soy, y de zerlo
Estoy tan pomposa y hueca.*
» *Fuerezca á mi marido,
Así Dios lo favorezca;
Ea, vaya, que es muy guapo,
Y soy yo la medianera.*
» Veréis al jóven gallardo
Con inclinación risueña
Continuarnos esas dichas,
De que ya os dió tantas pruebas.
» Él hará que madre aprisca
Quien sólo funda sus medras
En las fatigas gloriosas
Que el Cielo y el Rey aprueban.»
Esto dicho, voló el niño,
Dejándose en la mollera
La imagen de estas verdades
Indeleblemente impresas.
Me persuado, ¿quién lo duda?
Estaba ya la materia
Aun para menores chispas
(Gracias al amor) muy yesca.
Juraré sobre las aras
Ser marido; sólo resta
Que con dobles bendiciones
Se haga mi función completa.
Caigan, señor, sobre mí
La del párroco y la vuestra:
Esta para lo del mundo,
Para lo del cielo aquélla.

X.

Nueva relación y curioso romance, en que se cuenta muy á la larga cómo el valiente caballero Antíoro de Arcadia venció por sí y ante sí á un ejército entero de follores trasquilados (2).

PRIMERA PARTE.

Cese ya el clarín sonoro
De la fama vocinglera,
Mientras que mi cuerno entona
De Antíoro las proezas;
Monstruo de ingenio y pujanza,
A cuya voz se esperezan
De las pirináicas cumbres
Las erguidas eminencias.
Cese; y vague el ronco estruendo
De mi retumbante vena
Por el anchuroso espacio
De las certéas esferas;
Y ya que justa la fama

(1) Don Manuel Godoy, príncipe de la Paz.

(2) La primera parte de este romance satírico contra Huerta ha sido atribuida á Jovellanos, y publicada entre las obras de este escritor insigne en la presente BIBLIOTECA. Tal vez sea muy en efecto; pero debemos manifestar que esta parte se halla, como de FORNER, en el tomo III del ejemplar manuscrito de las Obras de este ilustre magistrado, que el mismo regaló al Príncipe de la Paz, y ha sido adquirido, no há muchos años, por la Biblioteca Nacional. La segunda parte, que aquí publicamos, es en un todo diferente de la impresa entre las obras de Jovellanos.

Supo encaramar sobre ellas
El rumor de sus victorias,
Tan grandes como estupendas,
Lleven ahora del mundo
Por las partes descubiertas
Sus nuevos heroicos triunfos
Los ecos de mi corneta.
Llévenlos, y vuele el nombre
De este fénix de la esfera
Desde la tórrida Angola
Hasta la helada Noruega;
Que no al magnífico vate
Han de dar siempre materia
Los fieros botes de lanza
Con que el númen de la guerra
Bate de las altas torres
Las titubantes almenas;
Ni siempre del ciego niño
Las mal seguras terneras
Se han de publicar en breves
Y alimbaradas endechas.
Venga, pues, el estro hinchado
Del dios rubicundo, venga
A ahuecar mi voz, y á henchir
El nombre y timbres de Huerta.
Y dime tú, musa mía,
Qué dios tremendo á su excelsa
Vencedora pluma dió
Tan desconunales fuerzas;
Fuerzas que abatir lograron
Las arrogancias tiféas
De los necios botarates,
Cimbrios, lombardos y celtas.
Di cómo la heroica fama
De este paladin poeta,
Desde la Puerta del Sol,
A cuya chorreante alberca
Pudo agotar los raudales,
Fue llevada en diligencia
De las regiones de Arcadia
Hasta las ignotas tierras;
Y cómo arrancó á los vates
Que las ilustran y pueblan,
Los altisonantes nombres
Que impresos en gordas letras
Antioras y aletoplas (1)
Su furibunda cabeza.
Di la destemplada trompa
Con que cantó las proezas
De aquel rayo de Neptuno,
De aquel capitán Tempesta,
A cuya vista temblaron
Con más miedo que vergüenza
Las inhospitables playas
De la Numidia altanera,
Y hasta los viejos escombros
De las ruinas tagastéas (2).
Di la horrenda tirotona
De Aleto, Crónos, y aquella
Peste de sacres nautantes,
Los rayos, Vesubios, Etnas,
Los tremendos estallidos,
Y el humo, el polvo y la gresca
De demonios coronados
Que ennegrecieron tu esfera.
Di tú.... Pero nada digas;
Que para tamaña empresa
No basta, ¿qué digo un cuerno?
Mas ni cuatro mil trompetas;
Pero si en cantar insistes,
Fídele prestado á Huerta
El ronco fagot con que
Sus jácara pedorra,

Y con él á fuego y sangre
Guerra, inexorable guerra
Puedes declarar á cuantos
Malandrines y badeas
Del antihortense partido
Siguen las rotas banderas.
Declárala á aquel pobrete (3)
Que en discordantes corcheas
Solfeó las maravillas
Del arte de las cadencias;
Al que en cien metros, medidos
Sin cartabon y sin regla,
Fue por más de cinco días
Mimi-Esopo de las letras,
Hasta que un tunante, envuelto
En jironadas bayetas,
Le hizo fábula del Prado
Con rebuzno y con orejas (4).
Ni te arredre el tal sopista,
Que, calada otra visera,
Quiso desfacer, Quijote,
Los entuerzos de Minerva,
Y echando por esos trigos,
Se desnucó en la Academia (5).
Declárala al andaluz (6)
Que con su porraza inhiesta,
Para disfrazar la suya,
Va magullando moleras.
Ni aquel gavilan garnacha (7),
Archibufon de la legua,
Perdone que ande adobando
Sus navajas y lancetas;
Aquel que en lánguidos versos,
Zurcidos á la violeta,
Quitó el crédito á Celinda
Y el buen nombre al mal profeta;
Ni al otro culto prosista (8)
Lagrimaniaco en melena,
Que autorizó el desafío
Contra las Musas y Astrea;
Pero sobre todo, acosa,
Hasta en las hondas cavernas
Del Báratro, á aquel follon
Que con su azote y palmeta
Fabulizó una doctrina
Digna de niños de escuela (9);
Aquel Momo vascongado,
Que al compas de su vihuela,
Calado el yelmo y cubierto
Con máscara aragonesa,
Supo epistolar sus pallas
Y encartar sus cuchufetas;
Y, en fin, despues que tendido
Hubieres en la palestra
A tanto ruin endriago,
Y que con sus calaveras
Alfombrada y deslucida
Dejares la ilustre arena,
Haz que en volandas te lleven
Hasta la orilla del Sena,
Y allí las gálicas huestes
Reta á más cruda pelca;
Rétalas, y no te asusten
En tan peligrosa escena,
Ni la boriada Sorbona,
Ni los temidos Cuarenta,
Ni los doce de la Fama,
Ni toda la vil caterva
De futres y de gabachos
Que con nevadas cabezas,

Ya en los Tejares (10) cabriolan,
Ya en el Luxemburg (11) gallean.
Querrán, ya se ve, asustarte
Con las sombras lastimeras
De aquellos que, maridando
Consonantes machos y hembras,
Dieron á luz no sé cuántas
Trivialísimas tragedias,
Y querrán que humilde inclines
La inhumillable cabeza
Al catequista de *Xayra* (12)
O al adúltero de Fedra (13);
Pero tú, tiesa y finchada
Cual matrona portuguesa,
Ni á uno ni á otro espantajo
Rendirás la erguida cresta;
Antes por broquel tomando
El carton de taracea,
Que salpicado y repleto
Por toda su vara y media
De diámetro, de rimbombos,
Azafran y unciales letras (14),
Fue en la imprenta real blason
Digno del valle de Ruesga.
Embrázale, y denodado
Brincando por la palestra,
Para en él los sesgos botes
Con que las picas francesas
Para herirte en la tetilla
Se enristrarán á docenas;
Y si por suerte flaquease
Tan tremebunda rodela,
Para más fortificarla
Clava el retrato de Huerta,
A guisa de ombligo, en medio,
Y pon debajo esta letra:
«Dióme cuna Zafra, abuelos
Me dió Castilla la Vieja,
Dióme fama Oran, y dióme
Carnicero (15) vida eterna.
Quam mihi et vobis. Amen.»
Verás cuál la vil caterva,
Estupefacta á la vista
De su frente medusea,
Huye de tanto conjuro
Con el rabo entre las piernas.
Entónces sí que triunfante
Con más de veinte carretas;
¿Qué es veinte! más de cien mil,
De entremeses, de comedias,
Tragedias, sainetes, follas,
Autos, loas y zarzuelas,
Podrás entrar sin embozo
Por las calles de Lutecia (16),
Donde si acaso topares
Con aquel joven badea
Que, presumido, su bolsa
Prestó á un loco, y con afrenta
De la razon y el buen seso
Se hizo aprendiz de Mecénas,
Empobreciendo su fama
Por enriquecer á Huerta,
Dile.... Pero, musa, ¿qué
Le dirás que bien le venga!
Dile.... Salve, ¡oh patroncito
De las musas jacereras!
Salve, limosnero andante
De las Piéridas iberias,

(1) Huerta, entre los *Fuertes* de Roma, se llamaba ANTONIO, y, entre los *Arcades*, ALBERTO DELLADRE. (Nota del Colector.)

(2) Aludido al romance heroico que escribió Huerta *Al Bombardeo de Argel por las armas españolas* al mando del *teniente general de la arm. ita.*, don Antonio Barceló. (Nota del Colector.)

(3) Iriarte.

(4) FORNER, autor de este romance y de *El Asno Erudito*. (Nota del manuscrito de la Biblioteca Nacional.)

(5) Alusión á la reprimenda oficial que recibió FORNER con motivo de las diatribas que dirigió á la Academia Española en la crítica que hizo de *La Riada de Trigueros*.

(6) Ayala.

(7) Nuñez.

(8) Jovellanos.

(9) Samaniego.

(10) El autor quiere sin duda designar aquí el palacio de las Tullerías; en frances *Tuileries* (Tejares).

(11) Palacio de París construido en el siglo XVII por Jacques Desbrosses, á imitación del palacio Pitti de Florencia. En 1795 se estableció en él el *Directorio*.

(12) Voltaire, autor de *Zaire*.

(13) Racine, autor de *Phédre*.

(14) *Uncial*, cierto género de escritura de la antigüedad, en el cual las letras eran siempre mayúsculas y de gran tamaño.

(15) Hizo un retrato de Huerta.

(16) París.

Por quien España con H (1)
Alcanzó tan estupendas
Victorias como hoy publican
Los eruditos horteras
Parientes de *Mariblanca* (2)
Por el lado de las tiendas
Salve, nata; salve, espuma;
Salve, flor, y salve, estrella
Del Parnaso, á quien, repleto
De entusiasmo, los poetas
Hambrientos, vida y dulzura
Llaman, y esperanza nuestra.
Salve, y plegue á Dios que llegue
Hasta sus tataranietas
La inmortal dedicatoria
Que al ver la bolsaza abierta,
Contra tí y contra tu casta
Lanzó la musa Huertesa.
Salve, salve, y plegue al cielo
Que algun día el mundo sepa,
Cuando el teatro español
Tu nombre, por él extienda,
Que no pudo haber en toda
La redondez de la tierra,
Desde Augusto acá, tal obra,
Tal autor, ni tal Mecenas.
Dile.... Pero, musa, basta;
Toma aliento, y ménos fiera,
Para la segunda parte
Ve limpiando tu corneta.

SEGUNDA PARTE.

Ya que limpia mi corneta,
Puede, emulando á la trompa,
Seguir del grande Antíoro
La siempre durable historia;
De aquel paladin flamante,
Cuya impávida persona,
Idólatra de fantasmas,
El bachiller vulgo adora;
Ea, musa, á las andadas
Vuelve tan grave y heroica,
Que á la grandeza del héroe,
Digna, tu voz corresponda.
Sobre el horrído tumulto
De aquella maldita tropa,
Que, de la *Móris* (3) inspirada,
Tu altisonancia inficiona,
De tanto chillón poeta
Cuya coplera modorra
Sueña delirios, que pare
Su mal concertada cholla,
Cruza otra vez de las auras
Las regiones vagorosas
Desde la Oranina playa
Hasta la Thule remota.
Crúzalas, y de la guerra
El clarín bastardo rompa
Los aires, que tantas veces
Con voz destemplada y ronca
Desgarró el labio tronante
De este héroe que nos agobia,
A cuyo estrépito horrible
Asustadas y medrosas,
Mas de una vez tiritaron
(Tanto Antíoro ocasiona)
Del húmedo Manzanarés
Las dríadas amorosas.
Y tú, Dios barbipotente,
Cuya potestad intona
Da á Antíoro el fiero entusiasmo
De reventarnos á coplas;
Tú, que caldeando mollaras,

Produces en pocas horas,
Si cuervos que nos aturden,
Zánganos que nos corrompan;
Y espiritando la mente
Del que en la Hispalense forja (4)
Númenes como metralla
Fabricó, la pepitoria
De sus dioses arlequines (5)
Pudiste inspirar con sorna;
Vuelve acá, deidad geringa,
Que ayudas cuando acaloras,
Y zurce del gran combate
La narración portentosa.
Zúrcela, y, al estampido,
La trisca, la tabaola
De tan horrenda batalla,
Has que ciegas, si no sordas,
Queden del manchego andante
Las Cervantinas memorias.
Que héroe ya de mayor fama,
Lanza en ristre, cuello en gola,
Segundo Orlando furioso,
Al misero manco acosa.
No ya aquí antiguas hazafías
Que el tiempo envidioso borra,
Recordará el estro santo
Que sus prodigios entona.
Cuando capitán valiente,
En las playas arenosas
Del grande Oran, ordenando
Bereberes sin zozobra (6),
Las líbicas alimañas
Pudo espantar con sus loas (7).
Allí, con recios bramidos,
Cual ardiente los arroja
Toro marido que advierte
Que otro la vaca le sopla,
Y retirado en el valle,
Muge, bufá, escarba, asombra,
La media luna esgrimiendo,
Y al fin sufre y se acomoda,
Tal sacudiendo Antíoro
Su media luna (garzota
Que en el morrion por timbre
Colocó su furia loca),
Bufidos cantó admirables
Porque la feroz discordia,
Dándole el cuerno Amalteo,
Le privó en él de la copia (8).
Felices una y mil veces,
Si, afortunadas vosotras,
Aguas del mar africano,
Cuyas encrespadas ondas,
Sufriendo el egregio peso
De tan insigne persona,
Del bajel que le condujo
Besar lograsteis la proa.
Esculpa el padre Neptuno
En sus profundas alcobas
Tanto honor, y el gran pasaje
Celebre España con pompa,
Que si tornado á la patria,
Por señas de sus victorias,
Con andrajos por vestidos,
Le gozó otra vez Europa;
Ganando en soberbias lides,
Con caballeros de monta,
Nuevas armas, ménos asco
Da ya á los que con él chocan,
Entre ellos (¡oh gran proeza!)
Por la altivez que discorda
A los jayanes robustos
Que ven con odio la sombra
Que otro les hace, y delito

Juzgan las ajenas glorias,
La ruina del Mimi-Esopo
Por su hazafia más heroica
Grabará en bronce la fama,
Aquella fama habladora
Que siempre de los Quijotes
Eternizó la memoria.
Era la estación ardiente
En que los rayos que agostan
La verde pompa á los prados,
Con igual fuerza ocasionan
Deliquios en las *oseras*
De los copleros de moda;
Cuando todo pensativo,
Allá Antíoro á sus solas
Grandes designios revuelve,
Que le afanan y acongojan.
Cásale al héroe cuidado
Ver que acreditada tropa
De caballeros donceles,
Muchos hijos de Belona,
Por oscurecer sus hechos
Le retan y le provocan.
¿Qué es esto? (dice, arrojando
Chispas por ojos y boca);
¿Qué es de mi valor antiguo?
¿Qué de aquella edad gloriosa
En que, mascando asonantes
Como pudiera bellotas,
Gané aplausos, que libraba
En mil formidables obras?
Raquel, mi *Raquel* divina (9),
¿No publica, no pregona
Que puede mi suficiencia
Hacer con són de sambomba,
De una lámia, una heroína,
Y de un rey, un papamoscas?
Regístrense mis romances;
Allí hay galas, allí hay cosas
Que ni las hará el demonio
Aunque de véras se ponga.
¿Qué abundancia no me debe
La parvulez de mi idioma,
Si, arquitectónico vate,
Le doy tan grandes mejoras?
Persiguenme envidiosuelos,
Y con voces *licorosas*,
Porque me ven sin camisa,
Coplero en pena me nombran;
¿Y qué varones tan grandes
Son éstos, que así se arrojan
A aniquilarme? Muñecos
Ignorantuelos, chismosos,
Sabandijas, poetuelas;
Turba rára y mocosa,
Que en los úteros maternos
Tal vez yacía á la hora
Que desde Orán ya sonaba
Mi habilidad prodigiosa.
Pues voto á Dios, que es ya infamia
Tal sufrir; acabe toda
Esta canalla. Da un grito,
Y á su escudero convoca
Sobre una mesa caduca,
En cuya tabla asquerosa
Confusamente mezclados
Se ven un peine, la prosa
De un prólogo de comedias
Y una jicara, de moscas
Manchada, con tinta y plumas;
Una cartera, harto rota,
Que guarda veinte mil cartas,
Que al divino dueño elogian;
Sobre tan rico bufete
Echase de bruces; toma
Papel, y un cartel escribe
De cláusulas perentorias.
«Veisla ahí, dice á Pedancio (10).
Parte con furia animosa,

(1) Huerta, según su sistema ortográfico, escribía *España* y *español* con *h*.

(2) La estatua que había en la antigua fuente de la *Puerta del Sol*, en Madrid.

(3) FORNER escribió contra Huerta un poema burlesco titulado *El Morion*. Tal vez llamaba *Móris* á la musa, ninfa inspiradora del mismo Huerta.

(4) *Forja*, esto es, *fragua*.

(5) El autor de *La Riada*.

(6) Alude FORNER á una obra de Huerta titulada *LOS BEREBERES, epílogo africano*.

(7) Alude á los elogios que allí escribió, y también á una loa.

(8) La palabra *copia* está usada aquí en el sentido de *abundancia*.

(9) La célebre tragedia de Huerta.

(10) El administrador del *Mecenas*.

De Copinzuelo (1) á las puertas
Clava ese reto y coloca.
Verémos quién es el héroe
De España, quién las lisonjas
Ha de deber á la fama
Que estos inicuos me roban.
Á armarme voy entre tanto
Que vuelves; corre, conozcan
Que lo que tardo en armarme
Es lo que vivir prolongan.
Visteis, en noche apacible
De Agosto, rasgar las sombras.
Exhalacion fugitiva,
Que en claridad vagorosa
Brevemente iluminando
La esfera, rápida y pronta
Desaparece á la vista,
Que apenas de su luz goza?
Tal, presuroso Pedancio,
De allí escurriendo la bola,
Aguija, y al punto llega;
Tercia la capa y se enfosca.
Y blandiendo un venablo,
En cuya punta lustrosa
Clavado el cartel se ostenta,
Con brazo fuerte le arroja.
Clávase, y temblando el asta
Gime vibrada, y asombra.
Turba espesa de pedantes
Que van á prometer obras
A aquel sitio, á murmurarse,
Á explicarse en jeringonza,
De la novedad llamados
Para leer se amontonan
Tanto, que el triste Longino,
Aquel traductor bambolla (2),
Que engalicando la lengua
Da robustez á su bolsa,
Derribada la peluca,
Entre el tropel que le ahoga
Huyó en calva á refugiarse
En una tienda de aloja.
Pámanse de la osadía
Del héroe, que en letras gordas
Reta á singular batalla
A cuantos su honor apocan;
Uno á uno los espera
Desde que en madeja roja
Esparza Febo sus rayos
Hasta la siguiente aurora,
En que sediento de perlas
De ella el prado la recoja.
Vuela la hazafia inaudita
En la diligente posta
De la fama; y asaltando
La tranquilidad ociosa
De aquel varon, que hacer supo
Sabios de burros y zorras (3);
Chisméale la insolencia,
Representale la docta
Primacia arrebatada
Por las arrogancias locas
De un descamisado orate;
Suda, brama, se acongoja,
Inquiétase, se pasea,
Con planta airada las losas
Hiere, en el techo la vista
Clava; y expresando en prosa
Su furor (porque en el verso
Siempre es frialdad tiritona)
Al digno Eleuterio Geta
Su escudero semimona,
Que en jactancia y versos debe
A su amo instruccion notoria,
Llama con grito espantable
Que por las cuadras rimbomba.
Acude y armame, dice,
Armame; sirvan de cota

Cartones impenetrables,
Que con engrudada cola
Forme de cuatro mil resmas
Que vió estancadas mi solfa.
Por defensa en la cabeza
(Débil miembro en mí) acomoda
Un millon de versucillos,
Que, pues mi cabeza propia
Los dió, y son ellos mi seso,
Defiendan mi seso ahora.
Las alimañas diversas
De mis fábulas disponga
Tu industria por espaldares,
Que un justo ejército importa
Su número, y de sus pieles
Si dejas colgar las colas,
Sacudiéndolas en giro,
Cual sus vejigas burlonas
El matachin, solas ellas
Bastan para Antítoro, solas;
Prevenme el noble pollino (4)
Que un tiempo ¡ay Dios! mil congojas
Debió á un morcón endiablado:
Brille su piel, gruesas borlas
Y cascabeles sonoros,
Cuyos sonos á las notas
De mi música se ajusten,
De los jaeces que le adornan,
Tremulos y airosos pendan.
Todo se ejecuta; monta,
Síguele Geta con armas,
Y en la palestra se embocan.
No vió la olímpica arena
En su turba numerosa,
Si más espeso concurso,
Más científica corona,
Cefido el circo de sabios,
Que ellos, que lo son pregonan.
Traductores, sainetistas,
Copleros que á las cotorras
La locuacidad usurpan;
Malditos cómicos que honran (5)
Con cruces á vinateros,
Y hacen con vergüenza poca
Reyes más brutos que ellos,
En farsas indecorosas.
Escritorcillos de charla;
Rudos copiantes, que abortan
Los extranjeros engendros
Con insulsez hedionda;
Filósofos de prestado,
Que saben como de gorra,
Y porque no ignoran algo,
Presumen que nada ignoran;
Comerciantes de delirios,
Que la razon acogotan,
Y que á pesar de Lampillas,
Todo nuestro saber forman;
Compiladores que venden
El humo de las lisonjas (6),
Y traficantes de pluma,
Sólo al que dar puede abonar;
Censores de obras ajenas,
Que hacen perversas las propias,
Y dando paso á sandeces,
Lo que es provechoso estorban;
Bachilleres, charlatanes,
A presenciar la espantosa
Lucha asisten; digno teatro
De héroes de tan alta estofa.
Allí el panzudo Botelio (7)
Hipando, y allá en la honda
Barriga hirviendo espumante
El rojo Baco, rebosa
Un turbion de adulaciones
Que hacía el poder desemboca;
En tanto que con la panza
Moviéndola á la redonda,

A veinte de los contiguos
O bien arredra ó sufoca.
Un zalamero Tersites (8),
Figura de ceremonias,
Que á todos adula y muerde,
Hiere en un punto y elogia,
De oráculo revestido,
Como quien no dice cosa,
En tono de cumplimento
Murmura cuanto allí nota.
Esperábase en la turba
A Macro-Longo (9), persona
Que de estatura y de versos
Tuvo siempre lo que sobra;
Mas escapóse sin duda
Á algún sagrado, que esconda
Su languidez, y entre incienso
Viva exenta de la mofa.
Perpendicular al centro
De la palestra, globosa
Máquina de densas nubes
Hiende el aire, donde apoya,
Arrogantemente hinchada,
Su pié la divina *Móris*.
Su grata munificencia,
De ambos héroes protectora,
Neutral allí sólo asiste
A autorizar la victoria,
Porque de láuricas augustas
Cargada, y de vividoras
Ramas, honor de altos héroes,
La muchedumbre chillona,
De sus danzarines genios
Ostenta el premio, que aboga
Por el valor, y en los pechos
La ánsia del triunfo acalora.
Sordo susurro, nacido
De la espectacion dudosa
De la faccion, se escuchaba,
Cuando hétele aquí que asoma
En otro pollino Antítoro,
Montado en heroica forma;
Armado de romanzones,
Que nunca al golpe se abollan,
Consistencia empedernida
Que debe á su misma chola,
Vertiendo ya espumarajos,
Alza los ojos é implora
La deidad de la locura,
Que es la que en él siempre obra.
«Oh tú, la dice, en mis cuitas
Mi fiel, mi única señora,
A cuya ley he ajustado
Siempre mis acciones todas;
Tú, á quien debo la ventura
De que rian á mi costa
Mil socarrones malditos,
Porque en las plazas y fondas
Por oráculo me vendo,
Y como á tal clamo me oigan,
Acórreme en este trance,
Acude, alientame; aromas
Fragantes luego en tus aras
Quemaré, con que responda
Mi gratitud al auxilio
Si logro que me socorras.»
Miranse de mal talante
Los dos campeones; trota
El asno de Mimi-Esopo,
Y Antítoro con briosa
Carrera á encontrarle vuela.
Horrisonamente chocan,
Bicn así como arrancadas
De opuestas cimas dos rocas
Al enfurecido embate
Del austro, que horrendo sopla,
En la rápida caída
Encontrándose furiosas,
Recíprocas se resisten

(1) Alude FORNER al librero Copin, que tenía su tienda en Madrid.

(2) Nifo.

(3) Lirarte.

(4) El autor de *El Asno erudito*.

(5) Valladares Moncin.

(6) Sampero y Guarinos.

(7) Ortega.

(8) Ayala.

(9) Rejon de Silva.

Y mutuas se desmoronan.
Sendos coplones por lanzas
Enristran, que allí transforman
En instrumentos de muerte
(Que esto son las malas coplas),
Se buscan, húrtese, vuelven
A los encuentros; remotas
Cumbres resurten al eco
De los golpes en sus hondas
Cavernas; suena en el circo
La gritería espantosa
De la turba, que los aires
Atruena. Las armas rotas
Primeras, á papelasos
Se hieren y (¡oh dolorosa
Suerte de partos sublimes!)
El furor ciego destroza
Los escritos más divinos
Que á la escasa España honoran.
Zumbando en la vaga esfera
Raquel y *Jomeli* en forma
De guijarros disparados,
Tan pesados se desploman
Sobre los dos, que sudando,
Vierten la fatiga en gotas;
Indecisa largo rato
La lid, al fin la traidora
Suerte y el hado enemigo,
Que el paso á las dichas corta,
Dirigiendo un papelote
De pestilencia asquerosa
(Armas propias de Antíoro,
Que por no conocer otras,
Y darlas el mejor temple,
Por casa en letrinas mora),
Dió en las narices al aseo;
El fiero hedor le atolondra,
Desamándose, menudea
Corcovos, brinca, galopa,
Disparase; poco firme
El finete, en fin, le arroja
A la miserable arena
Que le hiere y le sonroja.
No suele el águila altiva
Sobre la ya temerosa
Garza caer más impía,
Que inexorable desmonta
El tremebundo Antíoro
A dar cabo á la victoria.
Cébase en el vencimiento,
Y por trofeo, deshoja
Cuantos escritos divinos
Al vencido jayan toma.
Allí el doliente alarido
Del concurso, aunque provoca
A lástima, más inflama
Al héroe que desenoja.
Porque diz que el jactancioso
(Si no mienten las historias)
Es entre todos los brutos
La bestia menos piadosa.
Condiciones sanguinarias
Pone á su triunfo, que adopta
El desmayado paciente:
Que humilde le reconozca
Por el más bravo coplero
Que el furor sacro endemonia;
Que á escribir versos no vuelva,
Y en el momento deponga
El renombre de poeta,
Que á pesar de Apolo logra.
Que dejando vanidades,
A buen pensar se recoja,
Ni ser arlequin profese
En los bailes, que alborota.
A todo, con voz doliente,
El misero se acomoda;
Dale por libre, y gimiendo
El triste Geta sin honra,
Sin gloria al amo y al burro
Saca desechado, y llora.
Entonces, ya por la esfera

Cencerros sonando, y roncadas
Cornetas, que el himno animan
Y los geniezuelos tocan,
En rápido giro baja
La grave deidad, arrostra
Al héroe y dale un abrazo;
En tanto en torno retozan
De su frente, revolando,
Bichos, que de zanahorias,
Berzas y cardos y paja
Tejida guirnalda, en pompa
Magnífica le presentan,
Y con ella le coronan.
Hínchase el héroe famoso,
Vuela el númen, él invoca
Perpetuamente su auxilio,
Ser siempre su esclavo vota;
Cumple el voto, y en el templo
De la sandez jactanciosa
Fué tanto su ofrenda accepta,
Que aunque las cabezas tontas
Son tantas, la de Antíoro
Es la que aventaja á todas.

XI.

Cansada la bella Filis
De amarme, si acaso amó
Quien puede tan fácilmente
Echar de sí una pasión;
Que la abandone me intima,
Como ella me abandonó,
Como si fueran iguales
El suyo y mi corazón.
Amor, que mira la injuria,
Rendido á la compasión
Llora el injusto abandono,
Lamenta el fiero rigor.
Labrando aborrecimientos,
Que inspira tan dura acción,
Quiere que pague con ellos
A quien así me pagó.
Mas ¡ay! que no fácilmente
Se apaga un vehemente ardor,
Ni borra el alma las huellas
De una hechicera pasión.
Si goza su dulce imagen
De mi alma la posesión,
¿Cómo arrojar de mí mismo
Lo que es á mí superior?
Aborézcame mi Filis,
Y ámela constante yo,
Que amarla está en mi dominio,
Pero que ella me ame no.
Gozoso sin esperanza,
Mi fina contemplación
Hallará, sin los deseos,
Los gustos puros de amor;
Y acreditará, inocente,
Mi fe qué deidad amó,
Aun cuando de sus castigos
Me aflija la ejecución;
Que, por más que de sus iras
Se experimente el furor,
Adorar á las deidades
Es humana obligación.

XII.

ROMANCE CONTRA AYALA
Y HUERTA.

Al proto-pedante Huerta
Y al mitro-pángloto Ayala
Salud muy cumplida envía
Un bachiller sin sotana.
Dícenme, buenos señores,
Que por esas calles andan
En tono de misioneros
Amenasando al buen Varas (1),
(1) Don Antonio Varas, pseudónimo de
FORNER.

En tanto que él muy tranquilo,
Riéndose á carcajadas,
Paga en socarrón desprecio
Las furias de la ignorancia.
Que no le defiendan, dicen,
En la tremebunda casa
Que *pone en boga* el enojo
De una pedantesca farsa.
Y en buena fe que es muy justo
Que nadie saque la cara
Por un *zarramplín* perverso,
Que nunca temió á fantasmas.
Si echar quieren los pulmones
Gritando en calles y plazas,
Catequizando jumentos
Que le impugnen á patadas,
Harán bellísimamente,
Y celebrarán su gracia
Desde el lacayo más grave
A la mondonga más sábia.
¿Qué se dijera de un Huerta,
De aquel poetazo rana,
Que por no hallar quien le alabe,
Sus mismos elogios garta,
De aquel ingenio de culo,
Que ventoseando exhala
Pedos y versos (2), que todo
Es uno en los que él dispara;
Del que á la infeliz hebrea
Cantó con voz de guitarra,
Y cual barbero bisofio,
La fué desangrando á pausas?
¿Qué de un Ayala divino;
De aquel fúribundo Ayala,
Que hizo á una deidad cornuda
Hacer papel en las tablas;
Del que diez mil numantinos
Degolló con mano franca
En una pobre tragedia,
En que hay por héroes murallas;
Del que censura comedias
Con mano tan acertada,
Que si reprueba las buenas,
Da paso libre á las malas?
¿Qué se dijera, repito,
De estos doctazos de marca,
Si en las literarias lides
No vencieran con marañas?
Generosamente humanos,
Al pobre Varas arrastran
En fórmulas judiciales
A dar razon de sus cartas.
¡Oh respuestas victoriosas,
En donde sin duda gana,
Si no el honor de las letras,
De los letrados la rabia!

EPIGRAMAS.

I.

VIUDA APARENTE.

Murió Fermín, y su esposa
Tan presto á Simón se unió,
Que se duda si envidió;
Tanto adoró al que reposa.
Tan acelerada union
Bien da á entender, á fe mía,
Que cuando Fermín vivía
Ya era marido Simón.

(2) Alude á cierta poesía de estilo familiar que Huerta tuvo el mal gusto de publicar al título de *El Peto diapasador*.

II.

COPLERO IMITADOR.

Que á Horacio y Anacreon
Imita porque odas hace,
Pregonando se deshace
En las gacetas, Cleon.

No es, por cierto, desatino;
Que al fin, aunque no parejas,
Puede, por tener orejas,
Llamarse Horacio un pollino.

III.

NUEVOS TRABAJOS DE JOB.

Después de tantas miserias,
Lepra, injurias, fuego, muerte,
¿Aun te faltaba, oh buen Job,
Que Arroyal te tradujese!

IV.

Tú finges que no me quieres,
Y yo finjo que te adoro;
Tú, Lelia, eres rica en oro,
Y en años también lo eres.

Déjate de dengues ya;
Que si en pobreza nos vemos,
Ni tú ni yo fingiremos,
Y entonces ¿quién perderá?

V.

De que te ha nacido un hijo
Me pides la enhorabuena;
Cornelio, con tus amigos
Ya desempeñé esa deuda.

VI.

EL IMPERIO DEL HAMBRE.

«Venid á comer conmigo,
Me dijo don Peranton,
Que hay perdicillas, amigo,
Y un sonetito en borron,
Que á que os agrade me obligo.»

«Comí, leyóme el soneto;
¿Qué tal?...» Los dientes aprieto,
Pero alabé; ¡oh barrigal
Por tí, implacable enemiga,
Pasa por blanco lo prieto.

VII.

LINAJUDA ESTÉRIL.

Es mayorazga y viciosa,
Y estólida y vana Ines,
Y también estéril es,
Por más que al marido acosa.

De tamaño desconsuelo
Pide al cielo la preserve;
¡Oh! es muy justo que conserve
Raza tan ilustre el cielo.

VIII.

Á UN MALISIN.

De lobos está plagado
El mundo, ¡y te despeluznas,
Fraudelio, tú, que rebuznas,
Porque en satírico he dado?

Con rebuznos no se espantan
Los lobos; Fraudelio ruin,
Míjame ser buen mastin,
Que ser mal amo te aguantan.

II. Pá. XVIII.

EPIGRAMAS.

IX.

Á UN DEVOTO.

Tanto rezar, Sulpicio,
¿Es, por ventura, devoción ó vicio?
Tu rezo murmurando,
Estás la ajena devoción turbando
Noche, tarde y mañana.
En tanto dicen que tu esposa gana
En la tienda el sustento
Que tú, á Dios alabando,
Devoras muy contento;
Si no trabajas por vivir rezando,
Reza cuanto quisieres;
Mas ¡santo! juro á Dios que no lo eres.

X.

EPITAFIO.

Aquí yace Jazmin, gozque mezqui-
Que sólo al mundo vino [no,
Para abrigarse en la caliente falda
De madama Crisalda,
Tomar chocolatito,
Bizcochos y confites
El pobre animalito;
Desazonar visitas y convites,
Alzando la patita
Y orinando las capas y las medias
Con audacia maldita;
Ladran rabiosamente
Al yente y al viniente,
Ir en coche á pascos y comedias
Y ser martirio eterno de criados,
Por él ó despedidos ó injuriados
Con furor infernal y grito horrendo:
Si inútil fué y aborrecible bicho,
Y petulante y puerco y disoluto,
Culpas no fueron suyas, era bruto;
Eduquéle el capricho
De delicia soez con estupendo
Horror de la razón: naturaleza
No le enseñó tan bárbara impureza.
Los que en la tierra al Hacedor retra-
[tan,
Sus hechuras divinas desbaratan,
Corrompen y adulteran:
Los vicios de Jazmin, de su ama eran.

XI.

Que siempre lastime y hiera
Mi estilo en prosa y en verso
Culpas, Lupo; mas espera:
Si tú no fueras perverso,
Dí, ¡satírico yo fuera?
Hablar bien de tu codicia,
Disolución y malicia,
Fuera calumnia mortal;
Hablar mal del que obra mal,
Lupo, es hacerle justicia.

XII.

LA DAMA HACENDOSA.

Cuatro horas gasta en peinar
La graciosísima Ines,
En ataviarse tres,
Y cuatro en beber y hartarse.
Nadie le culpe en rigor
De su odioso proceder;
Lo que ella tiene que hacer,
De noche se hace mejor.

XIII.

En casa, en palacio, en calles,
Cual sombra tuya, oh Seyano,

Te sigue y te adula Hircano
Para que á mano le halles:
¿Te fatiga? no batallas
Sobre qué medio darás
Para no verle jamas:
Deja, Seyano, tu puesto;
De él te librarás bien presto,
Y de tí nos librarás.

XIV.

Á UN AGONIZANTE, AUTOR
DE UNA OBRA MUY LÁNGUIDA.

Cuando de formar trataste
Libro tan fúnebre y triste,
A un tiempo le concebiste,
Paulino, y le agonizaste.
Pudo no impreso vivir,
Mas luego que á luz salió,
Todo el mundo conoció
Que le ayudaste á morir.

XV.

AMANTE CURIOSO.

Era Ines de Gil querida,
Y ella le dió una manzana,
En lo exterior bella y sana,
En lo interior muy podrida.
Partióla y dijo: «Ines, di,
Desengáñame por Dios:
Si nos casamos los dos,
¿Te tengo de hallar así?

XVI.

LA CIENCIA EN DUDA.

No dudo, Gil, que eres sabio
Y que en tu cabeza hueca
Se hospeda una biblioteca,
Y un Calepino en tu labio.
De confesarlo no huyo,
Pero aquecos lucimientos
Son de otros entendimientos;
Sepamos cuál es el tuyo.

XVII.

Á UN COPLERO IGNORANTE QUE DIÓ
EN SER SATÍRICO.

Contra los semieruditos
Sátiras hace Cleon,
Gastando en la reprehensión
Trescientos versos malditos.
Cuanto es pródiga de más
Su caridad, ved aquí:
Deja de curarse á sí
Por curar á los demás.

XVIII.

Á UN AVARO.

Murió Espurio el avariento,
Y aun en la muerte mezquino,
A un ruinísimo sobrino
Dejó el tesoro opulento.
La muerte misma quedó
Vencida en ardid tan raro;
Pudo matar al avaro,
Pero á la avaricia no.

XIX.

RESPECTO HUERO.

Con hinchada autoridad,
Muy lleno de sí y ufano,

Corre las calles Seyano,
Ídolo de vanidad.

Cortesías en turbion
Llueven sobre su grandeza,
Y él, muy tieso de cabeza,
Dice: «Debidas me son.»

Con el respeto aparente
Se sustenta el animal;
Porque puedes hacer mal,
Necio, te acata la gente.

XX.

NOBLEZA DE ARCADUZ.

Que puede probar Lindoro
Que es más noble que Tarquino,
Se lo reza un pergamino,
Suyo por virtud del oro.

Que es noble se le concede,
Su honor nació del ajeno;
Que él pueda probar que es bueno
Es lo que el oro no puede.

XXI.

Todo vestido de lana,
Con pellejos de carnero,
Salió el marido sincero
De la adúltera Mariana.

De la cabeza á los pies
Miróle uno, y á la gente
Alto dijo: *Este no miente,*
Porque dice lo que es.

XXII.

Ese bullicio que halaga
En tus ojuelos, chiquilla,
Ante los extraños brilla,
Ante tu esposo se apaga.

Si yo no padezco engaños,
Chiquilla, en ese contraste
Bien se ve que te casaste
Sólo para los extraños.

XXIII.

HONOR POSTIZO.

Que eres marqués la *Jaceta*
Nos lo contó, Juan Borrego:
Ni yo tal título niego
A tu estrujada gabeta.

Mas, como borrego churro
Te conocí en mis niñeces,
Siempre churro me pareces,
Y al Juan Borrego me escuro.

XXIV.

LITERATO AL USO.

Por la ganancia traduce
Devocionarios Cleon,
Y su gloria y su opinion
A cuentos vanos reduce.

Su virtud é ingenio fino
Ved en intento tan sano,
Para honrarse lo profano,
Para ganar lo divino.

XXV.

Con Juan hablé mal de Pablo,
Con éste hablé mal de Juan:
Sábenlo, y conmigo están
Por esto dados al diablo.

Con gusto Pablo me oía,

DON JUAN PABLO FORNER.

Con gusto Juan me escuchaba,
Y uno y otro me incitaba;
¿En qué, pues, los ofendía?

XXVI.

A un muchacho que ignoraba
A quién por padre tenía,
Y que piedras cierto día
A muchos hombres tiraba,
Uno le dijo: «No quieras
Tan malvado, niño, ser,
Porque puede suceder
Que á tu padre entre ellos hieras.»

XXVII.

Un grande pastel Anton
Comiendo estaba con gana
Cuando su querida Juana
Llegó á tan feliz sazón.
Antes desdichosa era
Con él, mas ahora con pío
Acento dice: «Anton mío,
¿Quién habrá que no te quiera?»

XXVIII.

Quien conseguir en su amor
Dicha quiera, oro aperciba,
Oro el que quiera que viva,
Haya muerto ó no, su honor.

Hoy por el poder del oro
Se alcanza cuanto se intente
Este verdaderamente
Sí que es el siglo de oro.

XXIX.

Sintiendo su menoscabo
Una mujer, no se daba
A un hombre porque faltaba
A lo que pidió un ochavo.
Uno que oyó tal escena,
Abriendo la bolsa, dijo:
«¡Ahí está el ochavo, hijo;
No te detengas por eso.»

XXX.

Convidóme á mcrender
Doña Juana el otro día,
Púsome ensalada fría,
Agua pura y necio hablar.
Mostróme despues el lecho,
Y dijo: «Si usted ahora.....
—Voy á pasear, señora,
Porque estoy muy satisfecho.»

XXXI.

LA JUSTA ECONOMÍA.

Belisa, ¿por qué ocultas
Con velo infiel el relevado pecho,
Si no le dificultas
Ni con la gasa á la ambiciosa vista,
Ni con el ceño á la atrevida mano?
No vive satisfecho
De tí el pudor con el cendal liviano,
Ni gustas que resista
Al disoluto osar de los mozuolos.
Belisa, no seas pródiga de velos;
Dos ó tres te destroza cada día
Con la prisa su hidrópica porfía.
Superflua en gastar eres
Lo que ni cubre ni que cubra quieras.

Excusa, pues, un gasto tan perdido,
Y haz bien siquiera en esto á tu mari-
[do.

XXXII.

HACERLA UNO Y PAGARLA OTRO.

Por vengarte de Juliano,
Casas, luca, con Simon;
Este queda en tu prision,
De tí aquél libre y ufano.
Que gran venganza no dudo;
Y si ahora yo que tú fuera,
Para venganza más fiera,
Hiciera á Simon cornudo.

XXXIII.

DE DOS MURMURADORAS.

Que Paul debe un vestido
Le cuenta Lidia á su hermana,
Y ambas á aquél muy de gana
Se lo cortan muy cumplido.
En este momento entró
Un sastré á quien no pagaban,
Y porque le trampeaban,
Los sayos les embargó.

XXXIV.

Al oír la voz maldita
De una ronca cantatriz
Que arroja por la nariz
La música con que irrita,
De tal modo el placer quita
A todos y desconsuela,
Que cada cual allí apela
A escapar con furia tal,
Que por evitar el mal
El que ménos corre vuela.

XXXV.

EL REGALO DE LA FORTUNA.

Hallóse Cosme un tesoro
En cierto albañal cavando,
Y dijo: «Vamos triunfando,
Que para esto sirve el oro.»
Visitó varias tabernas,
Y convirtiéndose en mosquito;
De ella salió el pobrecito
Con gran columpio de piernas.
Por fin de narices dio
En un sucio lodazal;
Pasó un ladrón por su mal,
Y en cueritos le dejó.
Despabiló el rocío.
Y hallóse sin sus doblones,
Sin camisa, sin calzones
Y hecho de basofia un río.
Miróse con compasion,
Y dijo, arrugando el gesto:
«Fortunilla, ¿para esto
Me diste aquel alegrón?»

XXXVI.

EL MAL GANADERO.

Bato, si cuando procuras
Socorrerte te destruyes,
Díme de qué daño huyes
Si en el socorro le apuras.
Trasquilaste tu rebaño
Tan á raíz, Bato, ya,
Que acaso más no dará
Lana buena ningún año.
Tijeretazo cruel

Sus cuerpos acribillaba,
Y la sangre que mauaba
Dejó inundada la piel.
Tu riqueza, mentecato,
En la lana consistía,
Y si la piel no la cria,
¿De qué viviremos, Bato?

XXXVII.

En todas las diversiones
Trisca, retoza, loquea,
Y á pellizcos y estrujones,
No deja apetito Andrea
Pacífico en los varones.
Al lascivo esparcimiento
Alma de las huelgas llama,
Y porque animarlas ama,
Dice que finge de intento
Los bullicios que derrama.
Si sólo en la diversion
Usa tan linda ficción,
Que son para ella, recelo,
Huelga la misa y sermon.

XXXVIII.

NOYTO DE MAL AGÜERO.

Casada con don Fermin,
Doña Ines á tí te amaba,
Simon, y á su esposa odiaba
Porque era marido al fin.
Cómplice tú en el misterio
De su traicion, con Ines
Te casas; necio, ¿no ves
Que amaba en tí el adulterio?

XXXIX.

FÁBULA.

EL BOLSILLO PERDIDO.

Perdió el bolsillo un arriero,
Y le mandó pregonar;
Hombre sin duda sincero,
Cuando pensaba encontrar
De aquel modo su dinero.
Dícenle que ha parecido,
Pues la justicia ha cogido
Con él á quien le robó;
Mas él exclama afligido:
«Ahora sí que se ha perdido.»
Dícen que fué grande exceso,
Que á la justicia ofendia;
Pero no fué nada de eso,
Que el buen hombre lo diría
Por las costas del proceso.

XL.

Á UN MAL POETA ADULADOR.

Tan grandes son las acciones,
Y tan miserables son
Los versos con que Cleon
Los rebuzna en sus canciones,
Que al verte, Conde, sus dones
Admitir tan placentero,
O que no los lees infero,
O que entra en tu heroicidad
La heroísimas bondad
De que te elogie un coplero.

XLI.

Á UN MAL EPIGRAMÁTICO.

Extrañas que tan críeles
Sean los frios este invierno;
No ves que en él de Cleon
Los epigramas salieron?

XLII.

Que en las gacetas publique
Cleon su saber, no extraña;
Que el que es sólo una gaceta,
Sólo en gacetas es sabio.

XLIII.

«Vive, le dije á Damon,
En paz; la guerra abomina.»
Oyó un bravo maton,
Y dijo: «¿Linda dotrina!
Si cunde, ¡pobre nacion!
»—Señor mio, estoy al cabo,
Dije; si la paz alabo,
A todos Damones quiero:
Damon sea el mundo entero,
Y entónces ¡qué valdrá un bravo!»

XLIV.

A que vaya á convertir
Los cafres, Opas, me incitas;
«Que cuando mal pueda ir
(Dices), tu celo acreditas,
Y mártir logras morir.»
Pero tú en muelle carroza
Paseas, comes sobrado,
Y abundante y regalado,
Todo placer te retoza,
Que gozas muy descansado.
Yo he vestido estrechamente,
Opas, y harto penitente;
Mejor á tí te estará
El martirio, pues que ya
Te holgaste bastante.

XLV.

EL SEÑOR REGALON.

Coma yo, y vive sobrado,
Y mi familia que ladre:
Yo, que soy el amo y padre,
Debo vivir regalado.
Si ella sufre hambre y sudores
Para que yo huelgue y coma,
Es cosa muy justa; ¡toma!
¿Para qué somos señores?

XLVI.

LA FÁCIL CARIDAD.

«Has bien á tus hermanos,
Me dijo fray Simplicio;
Que la ley nos obliga al beneficio,
Y sin la caridad no se va al cielo.
»Tus puertas y tus manos [tas.]
Al pobre siempre las tendrás abier-
Abriles, pues, las manos y las puertas
Con sencillez y celo.
Empobrecí; pesares
Y penas me cercaron á millares;
En mis hermanos procuré el consuelo,
Y sus manos y puertas vi cerradas.
Con lágrimas cansadas
Acudí á fray Simplicio en tal desvío,
Y dijo: *Dios te ampare, hermano mio.*
¡Pobre de mí! cuán tarde me recelo
Que fué sólo añagaza lo del cielo.

XLVII.

DEVOCION INDEVOTA.

Que vas, niña, al jubileo
Ese rosario me indica;

Mas tu garbo significa
Que vas, niña, de burco.
¿Por qué tan profana vas
A la santidad del templo?
Mas ¡qué sandez! ya contemplo
Que allí de burco irás.

XLVIII.

¿Qué dirá la grave historia
De nuestros famosos tiempos?
Que á un magistrado da mil,
Y á un capon doce mil pesos.

XLIX.

SABIDURÍA DE LA MUJER.

¿Por qué Rita, que es tan sábia,
Ama á Babio, mal poeta,
Y siendo en todo discreta,
En esto su juicio agravia?
Floro, corta es tu experiencia;
Aunque más sábias las vieres,
Nunca llega en las mujeres,
Hasta la cama la ciencia.

L.

Cuando eras pobre, Sulpicio,
Tu mérito se estimaba,
Y todo el mundo, á su juicio,
No digno te reputaba
De estado tan impropicio.
Al parecer, por su parte,
El mundo quiso salvarte
De fortuna tan ingrata.
Ya eres rico; y ¿de qué trata
Ahora el mundo? de arruinarte.

LI.

Por ahorrar, deja perder
Sus posesiones Octavio.
¿Qué economista tan sabio!
Ahorra para perecer.

LII.

Porque servirme yo sé,
Y no muelo á mis criados,
Sospechan genios menguados
Que inepto al mando seré.
Mis criados me bendicen,
Y rabian si no les mando;
Los suyos siempre rabiando
Hacen mal, y peor dicen.
¡Tontos amos! no mereca
Saber su fiero desden
Que sólo obedece Lien
Quien piensa que no obedece.

LIII.

AL RETRATO DE UN TUERTO
FEÍSIMO.

Tú, que miras mi retrato,
Sabe, porque excusas yerro,
Que soy un alma de perro,
Aunque con facha de gato,
Bien que mi vil mordaz trato
Mi propio gesto declara,
Pues cual quiera, si repara,
Infiere en juicios derechos
Que no valen más mis hechos
Que mi abominable cara.

LIV.

LA CONVENCIÓN.

¿Querásme decir, Damon
(Ya conoces mi ignorancia),
Qué quisicosa es en Francia
Lo que llaman *convención*?
De sus sabios la opinión
Es que la comunidad
Forma civil sociedad
Cuando, *convénidos* todos
En las cosas y en los modos,
Reina la unanimidad.
Allí se infaman, se ultrajan,
Se calumnian, se acriminan,
Se destruyen, se asesinan,
Hienden, hunden, cortan, rajan,
Leyes y cultos barajan
Discordes, con furia impía;
Dime, ¿en la filosofía
(Pues yo la ignoro, Damon),
La palabra *convención*
Indica *piratería*?

LV.

GLORIA PÓSTUMA DE BRISSOT.

Refiere, Gil, la gaceta
Que Brissot el charlatan
No comerá ya más pan.
Oye, que es linda historieta:
Refiérenos, pues, hermano,
Que este pobre botarate
A costa de su garsnate
Quiso ser republicano.
Refiere también, Gil mío,
Que cuando un rey le mandaba,
Vida y libertad gozaba.....
Fué bobo el rey, yo lo fio.
Dice más: dice que el tal
Brutísimo bachiller
Quiso gustar del placer
De trocar el bien por mal.
Dice otrosí: que de un trono
Trastornó las santas leyes,
Y blasfemó de los reyes
El tal brutísimo mono.
Una república luégo
Diz que fundó su asnedad
Por gozar de libertad,
De igualdad y de sosiego.
Su república bendita,
Para premiarle el trabajo,
Le rebanó, zas, de un tajo
La chola, y no está contrita.
Ahora dime, Gil honrado,
¿No fué extraña habilidad
El fundar la libertad
Para morir degollado?

LVI.

Ines y Gil concertaron
El juntarse en casamiento,
Y de los dos el intento
En los templos pregonaron.
Pobre Gil, un sacrificio
Hoy en tu persona pasa;
Quien con pregones se casa,
¿Dónde va, sino al suplicio?

LVII.

Antes que nadie las vea,
Sus obras á Gil dan gusto:
No privarle dél es justo;
Dejémosle que él las lea.

LVIII.

Cuando te nace un hijo
Tú te alegras, Anton, y yo me adijo.

Tú, muy celoso de tu raza, quieres
De tí dejar memoria, ya que mueras.
Cuánto mejor para tu nombre fuera
Que contigo tu raza pereciera!

LIX.

Ansiosa por hijos Ana,
Porque es mayorazga rica,
A san Antonio suplica
Que se le cumpla la gana.
Ved un raro testimonio
De devoción singular:
Pide al señor san Antonio
Lo que el marido ha de dar.

LX.

DIÁLOGO ENTRE EL POETA Y SU MUJER.

POETA. Fco soy, pero bonita
El alma, hija mía, tengo.
Que ha de gustarte prevengo;
Que un alma es cosa exquisita.
MUJER. ¡Ay, Juan! no lo ignoro, no;
Pero en las horas no acuerdas
Tú de mi cuerpo te acuerdas,
De tu alma me olvido yo.
POETA. Siento, niña, tu disgusto,
Y aún yo disgustado quedo.
MUJER. Juanito, no tengas miedo;
Que el gusto malo es mi gusto.

LXI.

No seas tonto, Gil: en tu aldehuela
Cultiva en paz groseros alcornoques,
Y más que los de acá te darán fruto.
Mas, pues quieres entrar en nueva escuela,
Antes que el grano de la corte toques,
Sé bellaco; no importa que seas bruto.

LXII.

EPITAFIO BURLESCO.

Esta breve pizarra en hoyo poco
Albo esqueleto encierra,
No de varon que, armado de diamante,
En mortifera guerra
Apresuró el imperio de la muerte
Del Tajo al Orinoco,
Porque supo matar, nombre triunfante
Del tiempo y del olvido.
Ni yace aquí, á basura reducido,
El encanto de amor, la rosa, el oro
Que en lascivo cabello
Almas aprisionó con lazo fuerte,
Y á quien rindieron el cautivo cuello,
Por antojo de fácil hermosura,
La verdad y justicia,
Avasallando su inclito decoro
De una ramera al imperioso ceño.
Ni aquí la sombra oscura
Ennegrece los huesos formidables
De un animado lodo,
Para cuya codicia,
Segun creyera su insaciable dueño,
Se creó el universo todo, todo,
Y quiso Dios que fuesen miserables,
En obsequio de un fatuo prepotente,
Los animales que se llaman hombres.
Ni sella (no te asombres)
Esta losa á un devoto, que cantando
Himnos al Hacedor en compungido
Tono y clamor doliente,
Pálido, cabizbajo y penitente
Dejaba el templo, y sus dineros sacros
Derramaba en profanos simulacros,
Mientras el pobre transido

Recibía á sus puertas
 (A la ambicion y al aparato abiertas)
 Vil ochavillo ó tísica piltrafa:
 En fin, no aquí la estaba
 Yace disuelta en polvo y podredumbre,
 Ni la ambicion impía,
 Congoja y pesadumbre
 Del humano linaje; ni es ya fría
 Ceniza en esta huesa
 La linajuda vanidad de un necio
 Que en la ajena virtud puso su precio,
 Y siendo abominable
 De todo vicio escandalosa presa,
 Se juzgó ente sublime y adorable,
 Porque serie de culpas conocidas
 Del mundo le arrojaron,
 No locos devaneos que llenaron
 Las regiones del orbe divididas,
 De terror con el oro ó con el hierro.
 Aquí descansa, oh caminante, un perro
 De quien jamas el mundo tuvo quejas.
 Defendió de los lobos las ovejas
 Con robusto vigor y ágiles zancas.
 Sus dientes y carlangas
 Fueron defensa al tímido rebafío,
 Y atronando los vagos horizontes
 Con fiel ladrido en las nocturnas horas,
 Ahuyentó de los montes
 Las bestias carniceras,
 Y los hombres, más fieros que las fieras.
 Hizo bien á su grey, á nadie daño
 Con intento maligno.
 Agradeció leal parco sustento,
 Y vigilante, á su deber atento,
 No á ambicion, no á interes, no á gloria vana,
 No á delicia liviana,
 Se ajustó, mas á sola la obediencia
 De obrar cual le dictó la Providencia.
 Bien tan gran perro de epitafio es digno,
 Y si no lo confiesas, caminante,
 Búscale entre los héroes semeiante.

LXIII.

Que no soy hombre de bien
 Dices; y si bien se alcanza
 Que es gracejo de la chanza,
 Por cierto tu dicho ten.

De la risible fortuna
 Nunca á mí la dicha llega;
 A mi austeridad la niega,
 Porque jamas la importuna.

No adulo, y siento el poder
 Lo fuerte de mi entereza:
 Por ser firme mi cabeza,
 Cerca está de no lo ser.

No vendo por precio ruin
 La eternidad de mi mente:
 Si el premio busca al que miente,
 Soy grande pícaro en fin.

Los premios que animan, verlos
 Para otros, nunca me apocan;
 Y, pues á mí no me tocan,
 No debo de merecerlos.

Trabajo de noche y día
 En el comun beneficio:
 Tan descabellado vicio
 Debe infamarme á fe mía.

El premio y merecimiento
 Recíprocos deben ser;
 Y pues me olvida el poder,
 Que soy pícaro consiento.

El ocio y vicio se ven
 Ensalzados; yo vacío:
 Para esta edad, Fabio mío,
 Yo no soy hombre de bien.

FRAGMENTOS.

Entre los borradores autógrafos de FORNER hallamos muchas composiciones poéticas incompletas, otras meramente empezadas, y tambien pensamientos sencillos trasladados al papel apresuradamente, sin lima y como en embrión. De estos fragmentos juzgamos que merecen ser conservados los siguientes:

FRAGMENTO PRIMERO.

FORNER tenía poquísima afición á las doctrinas de los filósofos franceses del siglo XVIII. Para combatirlas, como doctrinas perturbadoras, ideó un poema satírico en verso y prosa, del cual sólo encontramos entre sus papeles lo siguiente:

PLAN GENERAL DEL POEMA.

«Se ha de describir una sociedad pura y virtuosa, digna por las luces de su razon. Cómo establecieron leyes recíprocas, una religion, etc. Arriban despues á ella varios filósofos y sabios, que van desterrados en una nave, creyéndola, en efecto, isla desierta. Los dejan en ella, entran, conocen aquella sociedad, empiezan á introducir en ella los filósofos sus sistemas, los juristas sus enredos, etc., y la hacen discorde é infeliz.»

POEMA.

Allá en la edad que recibió del oro
 El título halagüeño en tiempo cuando
 Fué más escudriñado su tesoro;

En aquel bello siglo, en que matando
 Los hombres á los hombres que podían
 Con libre imperio y voluntario mando,
 Sus leyes naturales mantenían
 (Segun Hobbes lo vió), y en robo y muertes,
 Estado entónces natural, vivían.

Cuando privilegiaba á los más fuertes
 La corrupta despues naturaleza,
 Y en la rapiña colocó sus suertes;

O cuando manteniendo la entereza
 Que á un racional compete, conservaba
 De bruto la ignorancia y la fuerza;

Y siendo racional no razonaba,
 Y con entendimiento no entendía,
 Que así su sér el hombre ejercitaba.
 (Rousseau lo afirma, que lo vió, á fe mía,
 Y trató á dos salvajes que le hablaron,
 Aunque él dice que nadie hablar sabía).

Entónces, pues, porque ocasion hallaron,
 Dos brutos de dos piés, sin plumas ni alas,
 A una desierta isla se pasaron.

Si arribaron por puertos ó por calas
 No lo dice la historia: sólo expresa
 Que eran hombre y mujer, dos bestias malas.

Jóven él, y ella jóven y traviesa,
 Considere el lector cándido y pío,
 Solos qué harán allí, si no le pesa.

Deliciosa mansion: bosque sombrío,
 Sabrosas frutas, rústicas y sanas;
 Limpios arroyos, sosegado río;

Suelo exento de fieras inhumanas,
 Temple benigno y despejado cielo,
 Tierras del robo y la maldad lejanas;

Dieran, si no ambicion, gusto y consuelo
 A cualquier poderoso derribado,
 Cuanto más á salvajes sin recelo.

En fin, ó por antojo, ó por necesidad, nuestras dos bestias racionales pasaron á la isla, y habiéndola registrado bien, y reconociéndola muy á propósito para pasar la vida, no sólo con comodidad, pero con profusion salvaje, la eligieron en su pensamiento por morada y habitacion perpétua, suya y de la dilatada posteridad que se prometían.—Es de saber, ante todas cosas, que en aquel siglo, que cayó en tiempos muy anteriores á la creacion del mundo, segun los cómputos del

exactísimo cronógrafo Voltaire, los animales que se llaman hombres, no tenían todavía conocimiento ni uso del lenguaje. Gravísimos filósofos lo dicen así, y pues lo dicen, sabido se lo tendrán; empero los dos héroes de nuestra historia lograron (no sé cómo) la rara felicidad de leer la segunda parte del *Ensayo sobre los conocimientos humanos*, del señor abate de Condillac; y brindados con la excelencia de un sistema tan prodigioso, procuraron reducir á práctica las observaciones del *monsieur l'Abbé*, y se salieron con crear un idioma tan claro, fecundo y expresivo, que rióme de la algarabía de Babel y del Diccionario de la Academia.—El lector (ya le veo venir) me hace aquí mil reconvenciones, y yo estoy de humor de satisfacerlas. Me pregunta primeramente que de dónde les viene á aquellos gravísimos filósofos el saber que los hombres fueron brutos en los tiempos de antaño, siendo así que no nos exhiben el privilegio de adivinar que debe de habérseles concedido. A esta pregunta digo que todo filósofo (especialmente si es de nuestro felicísimo siglo) debe ser creído sobre su palabra; y es temeridad sumamente criminal pedirle razón de sus decisiones. Todo ha sido, es y será como ellos lo dicen, lo quieren y lo des....

FRAGMENTO II.

LA CALLE DE LA REINA.

Octavas.

Donde en mansa corriente al sacro río
Que sus limpias arenas mezcla al oro,
Humilde besa el alto señorío
Del moro hispano en natural decoro;
Allí donde con doble poderío,
Añadido un tesoro á otro tesoro,
Despliega su vigor naturaleza,
Y brilla de dos mundos la riqueza;
Dilatada se ve calle frondosa
De anciana majestad, bella y sombría,
Que al inculto vergel sirve pomposa
De verde umbral con docta simetría.
Jamás del sol la fuerza luminosa
Pudo vencer su espesa lozanía;
Dora las copas su encendido rayo,
Y en el centro se goza su desmayo.
Silba suave el cefirillo tierno,
Que retoza en las hojas blandamente;
Y eterno Mayo con placer eterno
En su aliento agradable el alma siente;
La rigidez del aterido invierno,
O la siente templada, ó no la siente;
Allí sentó la alegre primavera
De sus delicias la atención primera.

Los dulces pajarillos revolando
Fugitivos retozan por el viento;
Al són canoro del festivo bando
Responde el aura con susurro lento;
Y ronco allá á lo lejos resonando
Quebrado el río en curso más violento,
Su són mezcla al del aura y de las aves,
Que mezclados resultan más suaves.

Allí tiene su trono, allí su imperio,
La madre del amor, Vénus divina,
La que en no resistido cautiverio
Más se idolatra cuanto más domina.
Allí al culto feliz de su misterio
Todo mortal el corazón inclina;
Que ella, encubierta entre las altas copas,
Vierte su ardor en las incantadas tropas.

Y allí volando el jugueteo Cupido,
Riendo el traidorcillo de su juego,
En fulminar sus rayos divertido,
Los pechos llena de inflamado fuego.
De ninfas mil el escuadrón lucido
Le acompaña al fatal desasosiego;
El las enseña á manejar sus risas,

Y ellas le son allí sacerdotisas.

Ya cuando el sol en esplendor remiso
Su carroza declina al Occidente,
Y con rayo á dos luces indeciso
Ilumina la calle opacamente,
Con pié veloz, al delicioso piso
Corre animosa la mezclada gente,
Y en varios modos y en aspectos varios
Todos van de Cupido tributarios.

¡Oh! ¡cuánto brío en su despejo airoso
Openta el sexo á quien el hombre adora!
Y ¡oh! ¡cuánto en su donaire bullicioso
Brilla de amor la gracia encantadora!
¡Oh mujer! ¡oh embeleso poderoso,
Que en sí todos los gustos atesora!
¡Por qué, tal vez, con bárbaro delirio
Tu gloria nos conviertes en martirio?

FRAGMENTO III.

LA PEDANTIADA.

El vate excelso en cuya voz divina
Del sacro Olimpo el soberano coro
La fuerza puso que á adorarle inclina,
Dando á su plectro el resonar sonoro;
Aquel que vió de Túnez la riina
Con el César feliz, pavor del moro,
Cuya gloria, que tanto le animaba,
Con la espada y la pluma duplicaba.
Emulo blando del cantor de Delo,
Cuando en números tristes, inmortales,
Llevó su llanto hasta el suspenso cielo,
Honores de su Elísa funerales;
El que del Tajo el desatado hielo
Aumentaba dulcísimo en sus males,
Y dió á su Iberia en juveniles años
La envidia y el terror de los extraños.

En una palabra, el blando, el amoroso, el ameno, el elegante Garcilaso se me apareció, yo no sé cómo, no há muchos días, y me dijo que era preciso me fuese con él á la república de los poetas. «Íré, señor (le repliqué yo): ¡república de poetas! ¡irémos sin duda á observar un gobierno admirable! Pero, en fin, ¿á qué efecto un viaje tan poco útil y tan expuesto?»

Al país de los poetas,
Señor García el gentil,
Sólo van los que pretenden
Ser mofa de su país.

Copleros desatinados
Hallaréis doscientos mil,
Con quien la bárbara turba
Confunde el genio feliz.

La general ignorancia
El mismo precio da así
A la epopeya de un Lope
Que al romance de un Moncín (1).

La ciencia todo lo aclara;
Pero las ciencias aquí
Sólo entienden que trafican,
Sujetas al precio vil.

Cada sabio sabe sólo
Cómo conviene exprimir
A un miserable doliente
O á un litigante infeliz.
Entre tanto los Virgilio,
O yacen en su confin,
O por no morir de hambrientos,
Su núnen ahogan en sí.

«Vos amigo (me dijo Garcilaso), si no ahogais esa mordacidad maldita que se os viene como á la mano, sin querer ser poeta, seréis miserable. La buena sátira, donde triunfa el pedantismo, no hace más que hacer memorable por la persecución al que la ejercita. Dáos pacíficamente á las ganancias de vuestra profesión, y

(1) Autor dramático del siglo XVIII, tan fecundo como infeliz.

relos de los hombres, que, á la verdad, son bien dignos de risa.» Con esto, que quieras que no quieras, me hizo tomar el camino.

No he andado yo ninguno más áspero ni más peligroso, siendo así que anduve algunos de España, allá cuando tenía precisión de ir á aprender á gritar á las universidades. ¡Quién había de esperar no pisar más que abrojos y quiebras ásperas en el camino de la poesía! Esto seguramente no lo creará la turba de los copleadores: sería de desear que entrasen en el camino para que lo creyesen. Tal vez entonces

Su locura conocieran
Con discreción obediente;
Y cantarían solamente
Los que cantar merecieran.

«Eso es cierto, dijo Garcilaso. La naturaleza, el arte y la sabiduría son el camino real de los grandes poetas.

*»Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad á la alta cumbre,
De nunca arriba quien de aquí declina.*

»Y por esta regla, vuestros poetas presentes no deben de ser muy aficionados á la inmortalidad. ¡Quién diablos les ha metido en la cabeza que el flujo de consonante y encadenar sílabas es bastante para escribir versos!—¡Oh! ¡oh! ése es demasiado rigor, señor mío (le repliqué yo). ¡Qué han de hacer los pobretes, si no se les alcanza otra cosa? ¡Os parece que perdería poco entretenimiento la nación si se le prohibiera escribir versos de garapiña, con el título altisonante de *oda pindárica*, á Nifo, estupenda fábrica de sus apóstrofes, y á Valladares el formidable parto de sus monstri-comedias? No todo puede ser igualmente bueno en una república, y en la de las letras debe de estar decretado, para que la mayor parte de los individuos sea la peor.»

A poco trecho nos salieron al paso las ciencias, presididas del genio.—¡Qué gente es ésta! (pregunté yo, desconociéndolas).—¡Ahora estamos ahí! (replicó Garcilaso). ¡No conoces las ciencias, y te atreves á escribir versos!—¡Bella rapazada! (repuse yo). ¡Qué tiene que ver la poesía de vuestro siglo con la de ahora? Vosotros para escribir seis versucillos muy redondeados y muy atusados y muy miraditos en el concepto, en la sentencia y en la propiedad, tenéis la majadería de derretiros ántes los sesos en las artes filosóficas, en la erudición y en todo género de sabiduría, como si para encadenar sílabas fuese menester acaso el candil de Epicteto. Tras esto, con daca Aristóteles, y torna Aristóteles, andábais siempre como albañil con plomada, midiendo los géneros de las obras; y con *esta locucion no es poética, este pensamiento es bajo, aquél es hinchado, el otro vano y sofisticado; tal epíteto viene bien, este pasaje está débil, la égloga se ha de hacer así, la epopeya así*, y otras sandeces de igual calibre, os rompíais la cabeza para evitar locuras; siendo así que el oficio del poeta es enloquecer y decir en el fuego del entusiasmo cuantos delirios se le vengan á la mollera. Aristóteles (si creemos á los enormes sabios de nuestros siglos) fué un pobre ignorante; y basta que lo diga cualquiera sábelo-todo moderno para que lo creamos, porque ya, gracias á Dios, estamos en el felicísimo siglo en que todos hablan como oráculos, y se les ha de creer por su linda cara cuantas majaderías tienen á bien vendernos con el tremendo nombre de filosofía. ¡Su poética! ¡Qué necesidad tiene de ella el gran *Microfólo*! (1).

(1) Trigueros.

FRAGMENTO IV.

EL MORION (2).

La rabia canto del varon famoso
Que á Mantua un tiempo copleando vino,
Hueco en cabeza, en cuerpo proceroso (3).
En versos rana, en ciencia Calepino.
Fiero espíritu, horrendo y tenebroso,
Por quien el genio hinchado gongorino
Renació ufano, con desseo ardiente
De aniquilar á Apolo brevemente.

Musas, huid, que el fantasmon terrible,
Por deidad infernal sólo inspirado,
Habías vomita con aspecto horrible
Cuando oye vuestro acento regalado.
De la cítara docta el apacible
Sonido, á asuntos dignos consagrado,
No aquí se escuche lisonjero, en tanto
Que el hinchado *Morion* suena en mi canto.

Tú sola, tú, Locura, núnmen solo
Que en su cerebro turbulento inspiras;
Tú, diosa de este y del opuesto polo,
Si bien no enciendan á tu culto piras,
Pues eres de *Morion* único Apolo,
Y es el héroe en quien pones más tus miras,
Préstame tu favor siquiera un rato,
Y aplauda la demencia á un mentecato.

Era del año la estación florida,
Que en vario esmalte y gracia lisonjera,
De flores y de pámpanos ceñida

FRAGMENTO V.

(DE UNA SÁTIRA.)

O el nombre cumple, Babilio, ó deja el nombre
Que con vana apariencia
Robas á la veraz filosofía.
¡Qué importará la ciencia
En el fecundo labio, si á porfía
No te acreditan hombre
Pasiones grandes que en afán violento
A sí arrastran tu flaco pensamiento?
¡Oh, qué dura experiencia!
(Dices si á Aristo en antesala impía
Ves negociar con la paciencia un puesto),
¡Yo adular al poder? ¡Yo su indigesto
Ceño sufrir, los dones humillando
De la esencia inmortal que en mí se hospeda,
A un necio venturoso que burlando
Puso en alto la pérdida fortuna?
Y en tanto en veloz rueda
Pasa Seyano entre molduras de oro,
Y con prisa importuna
Sumisiones tu pecho menudea,
Ansiando ciegamente que las vea....

FRAGMENTO VI.

Deliciosa mansion, bosque sombrío,
Que mece blando el cé ro sonoro,
Los ambáres que espiras derramando;
Y retratado en el ondoso río
Que sus limpias arenas mezcla al oro
Vas tus pomposas ramas duplicando.
A la sonibra cantando
De tu verdor eterno,
Un pastorcillo tierno
Enmudeció de las cantoras aves
Los acentos suaves
Con dulce sán de su dichosa suerte,
Que ya de penas graves
Libre respira, y triunfa de la muerte.

(2) No hemos encontrado entre los papeles de FORNER más que este trozo de *El Morion*, poema burlesco, que escribió contra Huerta. Tal vez rasgaria el autor mismo, como hizo Moratin con su *Huerteida*.

(3) *Proceroso*, lozano, vigoroso.

Todo abismado en soledad amena,
Goza de su deleite y su frescura,
Y del vario matiz que la colora;
Entre las altas copas ve serena
En retazos azules la luz pura
Del alto cielo, que sencillo adora;
La copia que atesora

.....
A tí, Bétis, suave, sosegado,
De fructífera pompa coronado,
Consagra alegre las serenas luces
De la encantada y dulce primavera,
Y en el vago horizonte
De tu opulenta orilla,
No los cargados leños que conduces
Al muelle codicioso
Regocijado espera;
Ni al lejano monte
Que en auríferas venas rico brilla
El despojo precioso.

FRAGMENTO VII.

EPÍSTOLA.

A MIRTILO (1).

¿Que replique, Mirtilo, me aconsejas
De Morion (2) á la hinchada algarabía
Martirio de lectores y de orejas?
¿Tanto te pesa la ventura mía,
Que así tu enojo de mi musa santa
Y de su dulce culto me desvia,
Y porque el fiero *Prólogo* (3) te espanta,
En mí tu pena trasladar pretendes,
Pidiendo que devore sandez tanta?
Tu amor injurias y mi juicio ofendes;
Que á inmortales congojas me convida
Esa lucha fatal á que me enciendes.
Númida airado ó sármata homicida
Esperará sangriento mi combate,
Si no le es cara á tu amistad mi vida.
Antes que, opuesto á tanto disparate,
Su honor defendiendo á la española musa,
Ni tan áspero celo me arrebate.
El ocio grato que el rumor me excusa
De airada turba que en el seso tiene,
Si no el saber, la vanidad infusa,
En tareas pacíficas detiene
Al genio, no sin tiempo escarmentado,
Que á empresas más seguras se previene;
Viva (¿qué importa!) el escuadrón hinchado,
Que inspira angusta la divina Moria,
Contra la sana mente conjurado.
Si hay quien coloca en la sandez su gloria,
¿Para qué perturbarle en su ventura?

FRAGMENTO VIII.

EPÍSTOLA.

Señor don Juan, no siempre el docto Apolo
Su ciencia esconde en el prudente pecho,
Ni sabio quiere ser para sí solo.
El río que entre márgenes va estrecho
Cuando ya con las nieves desatadas
Camina más henchido y satisfecho,
Ocupando las vegas dilatadas,
Las hierbas y las flores humedece,
Que ántes de humano pié fueron pisadas.
¿Qué aprovecha el saber, si cuando crece
La ciencia, su virtud no comunica,
Y sola en su retiro resplandece?
Sus letras, no su gloria, multiplica

(1) Don Martín Fernández Navarrete.

(2) Huerta.

(3) *Prólogo del Teatro español*, publicado por Huerta.

El que aprende y no enseña, el que ya sabio
Su saber al ajeno no dedica.

De los gloriosos nombres el resabio
Que conserva oficiosa la memoria,
No menos que á sus hechos, á su labio
Debe el discurso de la eterna historia,
Que nos mueve á emular con su noticia
De los hombres pasados la alta gloria.

El jóven que su hacienda desperdicia,
Pródigo de los bienes que ha debido
Al paterno deavelo ó injusticia;

La venal hermosura que al perdido
Cuidado de dos mil que arden por ella,
Si ya no entrega el cuerpo, da el oído;

El fino cortesano que atropella
La verdad por lograr sus esperanzas,
Y en el vil adular pone su estrella;

El que viendo en la playa las bonanzas,
Arroja su ambición entre los marcos,
Negado á lo que amagan sus mudanzas;

Que éstos, sin atender los ejemplares
De los que hallaron venturoso el vicio,
En número y en suerte singulares;

Que éstos, digo, templando el desperdicio
Con la opuesta virtud, escasamente
Den lo que no redundan en beneficio,

Justo será, no sólo conveniente;
Mas la ciencia, señor, ¿quién della avaro
Será sin que la fama le escarmiente?

Ea, pródigo ahuyente el juicio claro
De sí la repugnancia que le enfrena
Y con la utilidad venza el reparo.

Cobardemente á la prision condena
Del olvido sus partos más dichosos
La encendida razón que los ordena.

No para caducar, los prodigiosos
Vuelos induce el inflamado genio,
Ni así viven talentos generosos.

Que sí, á despecho del favor cilenio,
Sordo se opone á la valiente empresa
Del bando modernál languido ingenio,
Jamás hizo en la garza el ganso presa,
Ni al flemático bucy, de juicio lleno,
La mosca del timon pudo dar priesa.

Dura constante en su poder sereno
De la razón el inmortal semblante,
De sombras libre y de temor ajeno;

Que en su ara, sustentada de diamante,
Así admite del sabio la alabanza
Como burla la envidia del pedante.

Fuera ya disculpable la tardanza,
Si el delito de ser grande poeta
Hubiera de cortar vuestra esperanza.

No sabéis vos, amigo, cuánto inquieta
A un poderoso.....

FRAGMENTO IX.

CONTRA LA FALSA SABIDURÍA.

Sátira 1.ª de un filósofo solitario.

Ejemplo ingrato á tu prudencia ofrezco,
Floro, y no me lo oculta tu franqueza:

Tan gran favor á tu amistad merezco.

¿Teneis ya más segura la cabeza?

Me dices; ¿ó eficaces los bahidos

No permiten alivio á la tristeza?

¿Os sueñan ya á ladrillos los ladrillos?

¿No os dan enojo solitarios cerros,

Techos de paja en troncos sostenidos?

¡Oh, qué blanda armonía cien cencerros

Os harán en las horas del reposo,

Lúgubres bubos, importunos perros!

El paso de la noche perezosa,

Los disgustos del día propagando,

Os hará con vos mismo fastidioso.

La aurora no su nácar desplegando,

Mas opaco esplendor y macilento,

Melancólicos soles anunciando,

Agravará el enojo al pensamiento,

El cual si busca objeto que le anime,

Hallará un cerdo torpe ó vil jumento,

¿Quién será el que esta suerte no lastime?
 La piedad torna luego á su ejercicio
 Y hace que vuestro intento desestime.
 Venero ¡oh Flor! tu admirable juicio;
 Te criaste en la corte, no es extraño
 Que obre en tu labio la razón su oficio.
 Quien bebió en ella el servicial engaño,
 Que con voz de sirena lazos tiende,
 El daño labra, desmintiendo el daño.
 Si en ella á veces la equidad se vende,
 Y en traje de curiales mil bandidos
 Roban al que sus máquinas no entiende;
 Si en calles y plazuelas repartidos,
 Andan á una agentes, delatores,
 Rameras, escritores y maridos;
 Lunares tan menudos con mayores
 Virtudes recompensan mercaderes
 Que altares hacen ya sus mostradores.
 Venerado entre cintas y alfileres,
 ¿No allí preside un santo milagroso,
 Convidando á rezar á las mujeres?
 Templo es ya cada tienda, con piadoso
 Tráfico ya se roba y se perjura,
 Efecto de virtud bien portentoso!
 Así el cielo un logrero se asegura;
 ¿Qué importa que en los hurtos se ejercite,
 Si á Dios sirve alumbando á una pintura?
 Mas, pues lo debo á tu amistad, permite,
 Permíteme, Flor, ...

Hé aquí los frutos del estudio largo:
 Débil salud, pobreza vinculada,
 Gusto ninguno, y cuando alguno, amargo.
 ¿Qué estrella miserable y desastrada
 De la barbarie me negó el camino,
 Cuando en mí la razón tuvo su entrada?
 ¿Por qué á la ciencia me inclinó el destino,
 Si en llanto eterno la verdad suspira,
 Y siempre logra más el más pollino?
 Indocto en dar asiento á la mentira,
 Mi labio en una patria de embusteros,
 No bien habla, ya dicen que delira.
 ¿Qué discursos tan frívolos y austeros!
 Dicen si de Dios nuestro la existencia,
 Y al hombre sus oficios verdaderos.
 Ya se ve: donde es vana la conciencia,
 Y no son sus preceptos conocidos,
 ¿Qué utilidad producirá tal ciencia?
 ¿Religion? gran vocablo: compungidos
 Mil devotos, basando el pavimento,
 Las basílicas hinchén de gemidos.
 Y cuando espero dador un portento
 Que avergüence á la incrédula caterva
 Y de su fe levante el fundamento,
 Con gesto ardiente y pertinacia acerba
 Vocelos perjurando á grandes gritos,
 Y acumulando usuras sin reserva.
 Quizá ya no se oponen los delitos
 Al servicio de Dios, y tal vez éste
 Pide en la religion sólo los ritos.
 Si no, ¿cómo es posible que se acueste
 En paz, porque una súplica murmura
 Un juez de su república la peste?
 Así un logrero suspender procura
 Los rayos del Criador: dos velas bastan;
 ¿Roba? para eso alumbra á una pintura....

CARTA DEL TONTO DE LA DUQUESA DE ALBA A UN AMIGO SUYO DE AMÉRICA (1).

Amigo mío: Puede usted dar infinitas gracias á Dios de hallarse en el otro mundo, porque así ha tenido la no corta suerte de librarse del granizo enorme de co-

(1) FORNER, mozo todavía, escribió esta y otras sátiras contra el embargo de malos poetas que celebraron indignamente el bombardeo de Argel, la paz con Inglaterra y el nacimiento de los infantes gemelos; acontecimientos que en 1783 despertaron el entusiasmo público en España. Publicamos la presente carta, porque tanto ella como el romance que contiene, anuncian ya el espíritu independiente y severo que reinó siempre en los escritos de FORNER.

pleros que nos ha destruido por acá la fertilidad del campo poético. ¿Qué estilo es éste para un tonto? (dirá usted); y yo digo que donde escriba en verso tanto insensato, no será extraño que escriba uno en prosa. La diferencia que hay entre ellos y yo, es que yo me conozco, y sé que soy un fatuo; mas ellos se hallan á ciegos en el conocimiento de lo que hacen y de sí mismos: á tales términos los ha traído la execrable hambre de sacar dinero á costa de los augustos niños y de esta paz, que ha suscitado una guerra más cruel al buen gusto y á la sabiduría. ¡Pobre Barceló! ¡Quién diría que habían de encarnizarse primero en tí los copleros que los argelinos? Dígame, héroe admirable, que si no te ha matado el disparo ó metralla de una cruel canción y un romanzon enorme, que te han echado encima el buen padre Cano y el rimbombante Cuadrado, me atreveré á creer que eres más invulnerable que el mismo Aquiles. Tú estás fatigándote tílmente en guerrear segunda vez á los argelinos, sin haberte acordado de guerrear en el tiempo intermedio á los frios versificadores y coplistas insulsos. Esta empresa te hubiera sido tan gloriosa como la de Argel, porque, ademas de salvarte á tí, hubieras limpiado á tu amada nación de esta casta de piratas, no menos perjudiciales á la literatura que lo son los argelinos á la libertad del mar.

¿Quién había de creer, amigo mío, que un tonto cual yo soy había de conocer los delirios de estos celebrados escritores? ¡Ahí verá usted cuáles son ellos! Romanzon hay en que andan revueltos como en menestra Neptuno, Proteo, Leucotea, Apolo, Berecynthia con la Virgen María, la torre Ebúrnea, Gedeon, Judit, Jabel y la Fe católica. ¿Y si fuera esto solo? porque yo he oído por ahí que un tal *Acoto Sincero* hizo otro tanto, ni más ni menos, en un asunto más delicado; bien que el tal Sincero cometió un desatino, digan lo que quieran los patronos de las majaderías gentílicas. Pero en el tal romanzon (dejando á un lado los serios y magníficos disparates que contiene en materia de poesía) se dice que la empresa de Argel se ejecuta,

Porque la fe católica se ensaia;

causa que podía ser buena para el tiempo de las cruzadas; pero que no pasará hoy entre los que tienen el bien de penetrar y observar el espíritu del Evangelio. Hay hoy, amigo mío, entre los países extranjeros, muchos picarones que se bañan en agua rosada cuando en un libro católico leen una de estas proposiciones, para cargarnos al instante con lo *fanático*, y por lo mismo, aunque soy un pobre trompeta, no deja de alcanzárseme que no habiendo Jesucristo ni sus apóstoles predicado guerras, ni introducido la religion con la espada en la mano, ni exhortado á destruir á nadie, es una bárbara necedad atribuir ineptamente á fines de religion lo que nace de una política finísima y utilísima; dando lugar así á que los kakósofos modernos, según su admirable lógica, atribuyan á defecto de toda la religion las necedades de algunos majaderos que la profanan.

Verdad es que no se podía esperar otra cosa de un hombre que ha escrito los versos siguientes:

Símbolo es el marfil de fortaleza,
 Y su virtud, según los naturales
 (Que aun por eso le tienen los alciones
 En sus nidos), la de aplacar los mares:
 ¿Pues cómo ha de temer el fiel devoto
 De María sus furias ni contrastes,
 Siendo la *Ebúrnea torre* poderosa
 Como la de David, y respetable?

¡Oh, qué lindo, qué bueno! Los naturales dicen que la virtud del marfil es la de aplacar el mar: ¡bravo! ¿Qué dósis será menester para cada uno de los aplacamientos? ¿Se pesará por dracmas ó por onzas? Pero al caso: el marfil aplaca el mar, María es torre de marfil, Barceló es devoto de esta torre; luego no puede padecer tormentas. Vén acá, hombre de los demonios (perdónemelo Dios): si no puede padecer tormentas, ¿cómo dices tú mismo que se retiró cuerdamente por conocer el complicado trastorno elemental, según tu lenguaje de algarabía? Y en cuanto al pensamiento, dime, *inocentísimo versificador*: ¿qué tiene que ver el marfil material, el colmillo de un bruto, con una torre simbólica, en que la piedad ha querido representar á la Virgen María? El marfil aplaca el mar; luego porque en la letanía se apellida torre *Ebúrnea* la Virgen, ha de aplacarle también, no por la virtud de su intercesión, sino precisamente porque se intitula torre *Ebúrnea*! Dígoles á usted, amigo, que diera de buena gana el magnífico sayo con que ando en mojiganga de cardenal, por poder ser tonto hasta con los copleros; mas la providencia ha querido darme juicio para con ellos solos, así como ellos le tienen también sólo para los insensatos.

Como ya, á Dios gracias, estamos en un siglo en que los más tontos dan en presumir de más sabios, yo, si bien el menor de los tontos que andan por aquí (aunque parezca el mayor en las apariencias), me pido también un poco de reflexivo; y por lo tanto, me he puesto infinitas veces á considerar qué causa puede haber para que en España no haya de prevalecer un gusto universal en las artes y ciencias. Es una mengua ver que al lado de una égloga de Melendez, de una sátira de FORNER y de una epopeya de Moratin, hayan de comparecer todavía romancillos entretejidos de latín bárbaro, con equivoquillos, retruécanos, antitesias y demas sandeces de Gerardo Lobo y los de su secta. Y estamos aún tan á oscuras en esto de distinguir lo sólido y bello de lo falso y ridículo, que los mismos que se dan á sí el nombre de sabios, si se les pregunta su parecer sobre el mérito de las obras, como no hayan oído ántes á algun inteligente, ó votan á favor de lo malo, ó las igualan todas para no errar.

Yo oigo hablar del buen gusto frecuentemente, y no he visto todavía uno que sepa en qué consiste este buen gusto tan cacareado. La prueba evidente es que en todas las profesiones son los menos los que le observan. España ha sido siempre abundante en poetas, pero jamás ha sido tan abundante en versificadores como en nuestra edad. Algunos lo son por vanidad; la mayor parte por ignorancia. Miserablemente se han encaprichado algunos ingenios de taracea en creer que son sabios porque saben leer los *Mercurios*, y en reputarse hombres eminentes porque tienen en la memoria cien mil menudencias de algunas artes, que no sirven de otra cosa que de rociar una maravillosa languidez fría é insulsa en cuanto escriben: su principal cuidado es ver, por ejemplo, si *vigornia*, tiene consonante; y cuando dan con *California*, y le aplican, baten las manos y celebran su fecundidad consonantal, como si hubieran hecho algun gran servicio á la patria. Esta gente infeliz debe de creer que la rima es algun gran sacramento en la poesía; y juro á tantos, que si por mí fuera, habia de multar inviolablemente al poeta pedante que emplease rimas difíciles, porque esto es lo mismo que querer obligarse á decir disparates, ó á decir más de lo que se debe, ó de otro modo del que se debe. Despues de esto han dado en traer en boca (y aún

en pluma) una maldita *exacititud*, con la cual me tienen jorobada la paciencia; y sin saber que la *exacititud* poética está á mil leguas de distancia de la *exacititud* prosaica (porque su estudio se encamina todo á la vanidad, y no á la sabiduría), usan de ésta en los versos, y nos van poniendo nuestro idioma poético en estado de no volver á levantar cabeza; porque, como siempre lo peor es lo más fácil de imitar, el vil rebafío de los ingenios alcornoqueños, que no aciertan á pensar ni obrar sino á la cola de otros, remedando la insipidez de aquel estilo, compáranle con el de los autorcillos franceses, y como si la pesadez de la lengua de Paria tuviese algo que ver con nuestro dialecto poético, hacen unos paralelos desatinados, dignos á la verdad de que ellos mismos se satisfagan y aplaudan con ellos.

La otra casta de versificadores, no sé si de peor calibre, es la de los que conservan el resabio de los falsos conceptos, sofistería y vanidades de la elocución. Dádole han en que hemos de ser ridículos por fuerza, y en que hemos de hablar de modo que no nos entendamos. La nación va sacudiendo perezosamente el yugo de la pasada barbarie, y la causa está en que, ó los que se criaron en ella, ó la han aprendido de éstos, ceñidos á la esfera de su instruccion, creen que no hay más que saber que lo que ellos saben, ni otro método que aquel con que ellos cursaron. De aquí nace el estropeo con que se tratan las ciencias, el poco adelantamiento de las artes.... y qué sé yo qué otras mil cosas, que á otro le harían volverse loco, y á mí me hacen volverme cuerdo, y reflexionar consecuentemente, ni más ni menos que á Juvenal le inspiraba buenos versos la indignacion.

Usted, amigo mio (vuelvo á decirlo), extrañará en mí este modo de discretear; pero le repito que, habiéndose apoderado de los disparates y las sandeces los que hacen profesion de cuerdos, es muy pucsto en razon que se oigan en los tontos las discrecciones. Mas le digo: que voy á desafiar á versos á toda la turba coplista, y á manifestar palpablemente que un sandio basta para aterrarlos y hacerles conocer su ineptitud. Allá va, sea lo que fuere, y Apolo ponga tiento en mi pluma.

Augustísima Luisa,
 Vos, á quien gozoso el Ebro,
 Si una diadema os ofrece,
 Os pide justo el imperio;
 Yo, el menor de los poetas
 Que hacen profesion de necios,
 Por no dejar de ser tonto,
 Os dirijo en fin mis versos.
 Filósofo impertinente,
 Que debe á su encogimiento,
 Si grandes muestras de juicio,
 Pocos adarmes de ingenio.
 Dejando á los aturdidos
 Aquel entusiasmo intenso
 Que nunca en los versos hallo,
 Y hallo en los ofrecimientos;
 Llanamente en pocas líneas
 Os diré muchos deseos,
 Sin meterme en profecías
 Con que me dé chasco el tiempo.
 Al enano Manzanares
 Pudiera yo sin tropiezo
 ¿Quién lo duda? aparecerle (1)
 Muy anciano y muy contento.
 Sentado en mojada urna,
 Tridente ebúrneo oprimiendo,
 Con que domina en las ondas
 De sus caudales soberbios,

(1) *Aparecerle*. Aquí este verbo neutro está usado como activo: Quiere decir: *hacerle aparecer*. FORNER usa á veces de esta inadmisible licencia poética.

Hablára á las bellas ninfas
Que en su raudal siempre terso
Dejan, jabonando trapos,
Los humores madrileños.
Aquí, sí, que levantando
Mi grandilocuencia el vuelo,
En tono de adivinanzas
Hiciera hablar al buen viejo;
Rascando la húmeda barba,
Como emboscado el aliento,
A las ya atónitas ninfas
Dijera, mirando al cielo:
«Sabed, hermanas, que ya
Verterán leche los cerros,
Panales los alcornoques,
Y claveles los camuesos;
»De hierbas, sin duda alguna,
Se ha de cubrir todo el suelo
Cuando la tierra las brote
Hacia fines de Febrero.
»Las rosas de sus botones
Desplegarán con despejo
Las hojas cuando su turno
Les llegue, como al pimiento.
»Y para mayor prodigio,
Se ha de ver en estos tiempos
Que las ovejas dan lana,
Y no cebada el centeno.
»El cumplimiento admirable
De estos extraños sucesos
Se deberá á dos mellizos
Que parará un vientre régio.
»Porque está ya decretado
Que solamente por esto
Trueque la naturaleza
El orden del universo.
»Y si no queréis creerme,
Presto escucharéis á cientos
Poetas que os lo aseguren
En anuncios harto serios.» -
Al divino vaticinio
Del númen, festivos ecos
De las ninfas responderían
Por no anegarle en silencio.
Que aunque la hundosa corriente
No tiene de agua tres dedos,
Hundiérase el dios en ella,
Porque así lo pide el cuento.
Léjos de mí estas quimeras,
Y este anunciar, prometiendo
Dones que tal vez el hado
Nos niega al mismo momento.
Y ceñido á la esperanza
De bienes que al ministerio
De los dioses de la tierra
Fió el que domina en ellos,
Vida feliz, virtud grande,
Magníficos sentimientos,
Tales, que nunca sonrojen
Las excelencias del cetro,
Rogaré yo ansiosamente
A los dos infantes bellos,
Y escuche el cielo mis votos,
Si ama vuestro nombre el cielo,
Que un noble parto, gran Luisa,
Dió Nerones, dió Tiberios,
Injuria eterna del mundo
E infamia de augustos lechos.
La abominable memoria
De tan infaustos ejemplos
Mortifica en los prudentes
El gusto de un nacimiento;
Porque amorosa la madre,
Tal vez en el niño tierno
Halaga un ánimo impío,
Congoja del universo.
La posteridad, ya libre,
Rasga á la lisonja el velo
Y reparte inexorable
Aplausos y vituperios.
Su voto á lograr aspiren
Vuestros hijos, y el recuerdo

De su nombre en todos siglos
Amor excite y deseo.
La edad que de ellos carezca,
Que al fin mortales nacieron,
Y la heroicidad, si ilustra,
No evita el fatal momento,
Con veneracion amable
Los bendiga, y por modelos
Los recomiende aunque logre
Justificado el imperio.
Deba á su virtud el mundo
Más gracias que debe miedos
A la sanguinaria gloria
De un conquistador sediento.
Con gusto, á su voz la frente
Doblen los honrados pueblos;
Llevando á bien el dominio,
Sin murmuracion ni ceño,
Y ellos dispensando sabios
El ejercicio molesto
Que entro la púrpura esconde
Cuidados siempre violentos,
Pues una nacion es sólo
Lo que es del príncipe el celo:
Lánguida si le halla débil,
Robusta si muestra esfuerzo.
Su amor por el mundo extiendan,
No su dominio; ¡á qué efecto
Sacrificar los vasallos
Para acrecentarse el peso?
Regir bien el reino propio,
Sin usurpar el ajeno,
Si no es política usada,
Es la inculpable á lo ménos.
Una y mil veces mal haya
Aquel instante funesto
Que unió á la crueldad la gloria,
Y héroes llamó á impíos pechos.
La pompa de los combates,
En cuyo horror turbulento
Ven grandezas los mortales
Que en la virtud nunca vieron,
Incitativo, animoso,
De la ambicion lisonjero,
Hizo el furor á los hombres,
Y autorizó lo perverso.
Eviten, si no la guerra,
Aquellos vanos pretextos
Que la política falsa
Busca en su engrandecimiento;
Y la prudencia imitando
Del grande, del justo abuelo,
Duros sean solamente
Cuando haya justicia en serlo.
Estas artes en sus obras
Justificando el gobierno,
Ni culpados ni envidiosos,
Harán sus nombres perpetuos.
Vivan así, y así escuchen
Desde sus años más tiernos,
En vez de impuras lisonjas,
Venerables documentos.
Que entónces yo, gran señora,
Con vaticinios más ciertos
Que os disparó el fiero númen
De tanto profeta hambriento,
Aunque en versos medio malos,
Bien á anunciaros me atrevo
Que será España dichosa,
Y su vigor duradero.
Y bendiciendo á porfía
Vuestras entrañas, inquieto
El gozo de los vasallos
Que os destinó el santo cielo,
Viva (exclamarán llorando
Con la ternura) aquel seno
Que único, de una vez pudo
Darnos dos príncipes buenos.

Yo creo que este último es el mayor elogio á que puede aspirar la singular fecundidad de la gran Luisa,

Parir un Augusto, un Tito, un Fernando, es gloria bien sobresaliente para una madre. ¡A qué punto de felicidad no llegará la que pára de una vez dos Augustos?

La Providencia cumpla estos votos, y libre, por su infinita misericordia, á las personas reales de la tropellía de los malos poetas.

Soy siempre de vuestra merced, *El tonto que ama más ser tonto que coplista*, AMINTA.

PROFECÍA DE BÁNCES DE CANDAMO (1).

Un anciano (Bánces Candamo), vestido á la antigua española, que vi salir de una de aquellas cuevas..... me preguntó el estado de nuestra monarquía y literatura. «Estudiamos poco, le respondí, y decimos que sabemos mucho. Ya nos son ociosos el ingenio y el juicio, pues toda nuestra ciencia consiste en saber lo que otros hicieron ó dijeron; y con saber varias anécdotas francesas y los nombres de todos los autores de esta nación, tenemos toda la ciencia necesaria para lucir en cafés, fondas, librerías, tertulias y paseos, que son ahora nuestras academias. Hay, no obstante, muchos verdaderos sabios en todas las ciencias y artes, gracias á los desvelos y proteccion de nuestro augusto monarca Carlos III y sábias providencias de sus ministros; y los que sobresalen en cualquier ramo de literatura, industria ó cosa útil á la patria, sin más empeño ni recomendacion que su mérito, logran pensiones, premios y recompensas honoríficas.» Como un niño lloraba mi buen viejo al oír esto, y luego que se lo permitieron las lágrimas, exclamó:

¡Con que, en fin, el gran Dios de las venganzas
Miró aplacado nuestro hesperio suelo,
Dando al trono su paz y su justicia,
Unidas en el gran Carlos Tercero?
¡Siglo feliz! mortales venturosos
Los que lograis en tan glorioso imperio,
De un benéfico Dios en tal monarca
Conocer el retrato más perfecto!
No es nueva para mí su grata historia;
Con ella consolé mis tristes tiempos,
Cuando la entera ruina amenazaba
A la Iberia, de Dios justo decreto.
Súplica del divino Teodidacto,
A quien dado le fué del alto cielo
Conocer en proféticas señales
El suceder del tiempo venidero.
Lloraba yo los males de la patria,
Que á su ocaso llegaba en presto vuelo;
Y él, para consolarme, así decía:
«Enfrena el llanto amargo, hijo querido,
Pon fin al triste y misero lamento;
Que el siglo venidero á España trae
Dichas que los mortales nunca vieron.
Ya á la estirpe Borbonia ha trasladado
La sábia Providencia el cetro iberio:
¡Oh, qué serie divina de monarcas
En tu trono feliz, Hesperia, veo;
Pero entre todos el heroico Carlos,
Pío, felice, de virtud modelo,
La frente en lauro coronada eleva,
Cual entre humildes mirtos alto cedro.
¡El gran Carlos! resuene el nombre augusto
En cuanto baña el resplandor febeo:
¡Oh padre de la patria! ¡oh de la Hesperia

Dulce honor, del gran Padre grande aumento!
No en la desolacion y servidumbre
De los vasallos fundará su imperio,
Sino en hacer felices á los hombres,
Siendo tutelar númen de sus pueblos.
En blanda paz entónces los mortales
Los frutos gozarán de los desvelos
Del augusto monarca, y sus ministros,
Columnas fuertes á tan grave peso,
Aliviándole en parte, harán florezcan
Las artes y las ciencias en el reino,
Restituyendo á Ceres y á Minerva
Su lustre antiguo y su esplendor primero.
Mas si el furor impío, quebrantando
Las cadenas, saliere del averno
Esparciendo discordia, furia y guerra
En toda la extension del universo,
Entónces armará su invicto brazo
La justicia del duro y fuerte acero:
Temblad, temblad, naciones enemigas,
Que en vano vuestra ruina vais huyendo.
Sus beligeros leños el undoso
Piélago cubrirán; espanto horrendo
Llevarán sus escuadras vencedoras
Desde la última Thule á otro hemisferio.
Cuando vea la selva Caledonia
Su mar poblado de españoles leños,
Del yugo de Borbon el anglo adusto
Verá oprimido su indomable cuello.
Carlos, el grande Carlos, el amigo
De los hombres, el padre de sus pueblos,
La mano amiga alargará al britano,
Envainando el invicto y duro acero.
Volverá á sus vasallos la abundancia,
Unida con la paz en lazo estrecho;
Minerva con Astréa darán leyes,
Floreecerán las artes y el comercio.
Su amistad á porfía los monarcas
Pretenderán; el mauritano fiero
Y el indómito turco á pretenderla
Se humillarán con inaudito ejemplo.
Tú solo, oprobio del linaje humano,
Vul pirata, terror del mar terreno,
Pues del bravo leon de España irritas
La cólera, verás tu mar cubierto
De fulminantes máquinas de Carlos,
Que harán de tu ciudad un Mongivelo.
Y ¡ay de tí si no aplacas sus furoras!
Tal quedarás, que diga el pasajero,
Viendo humear tus campos desolados:
«Aquí fué Argel; temed, temed, soberbios,
Mas tu felicidad no fuera tanta,
Vanos serian todos sus trofeos,
Dichosa Iberia, si una excelsa Luisa
No diera á tantas dichas complemento.
En vano el verde lauro coronára
La frente del intrépido guerrero,
Que en breve girar de años debería
Humillarse á un incógnito extranjero;
En vano de los senos de la aurora
Y el último occidente, el veloz leño
Tráseria á tus puertos el tesoro
Que te tributa el hemisferio opuesto;
En vano el Labrador envolveria
El rubio grano en tu feras terreno,
Cobrándole despues multiplicado,
Y llenando sus trojes y graneros;
En vano, pues, faltando al régio trono
De la virtud paterna un heredero
Que felices hiciese sus fatigas,
Del gran Carlos siguiendo el alto ejemplo,
Verian con dolor que sus sudores
Premio serian de monarca ajeno,
Que aspirando á imperar, con guerra impía
Desolára el trabajo de mil pechos.
Levantáran al cielo ambas las manos,
Con los ojos de lágrimas cubiertos,
«Y ved, dirian, para quién los frutos
Son de nuestras fatigas y desvelos.»
Pero la heroica Luisa, incomparable,
De tus votos el término excediendo,
Con duplicado fruto hará perpétuas

(1) Se refiere á los faustos acontecimientos de la paz con Inglaterra y del nacimiento de los infantes gemelos (1783).

Uno de los escritos satíricos que mencionamos en la nota puesta á la carta del *Tonto de la Duquesa de Alba*, es un viaje burlesco al Parnaso. El manuscrito no es autógrafa de FORNER, pero contiene correcciones de su mano, y todo nos induce á creer que es obra suya, como asimismo *La profecía de Bánces Candamo*, que aquí publicamos y se halla al fin del citado viaje burlesco.

Tus dichas, disipando tus recelos.
Verás en la dorada régia cuna
De su fecundidad el gran portento
En uno y otro infante; un agradable
Error á padres y al heróico abuelo.
Creced, dulce esperanza de la Iberia,
Creced para defensa y honor nuestro;
Que el siglo de la paz en vos empieza,
Y por siempre acabó la edad de hierro.»

LA PAZ.

CANTO HERÓICO (1).

No canto, no, con inhumano aliento,
Al ronco són de la sangrienta trompa,
Del fiero Marte el destrozador violento,
Ni de sus triunfos la funesta pompa;
Negro, horrible esplendor, que turbulento,
Para que el hombre su bondad corrompa,
Inspiró, en sus enconos siempre eterno,
El espantoso rey del hondo averno.

Yo canto de la paz los dulces dones,
Y las delicias que su influjo inspira,
Plegados ya los bárbaros pendones
Insignias de la muerte y de la ira.
Se escucharán en mis alegres sonos
(Nuevo argumento á la templada lira)
Las glorias de la paz, no de la guerra,
Prosperidad, no azote de la tierra.

Tú, á quien ciñe la sien de eterna oliva
La venturosa rama, joven bello,
A cuyo oelo, á cuya mente activa
Dobla la envidia el ponsoñoso cuello;
Tú, á quien la fama en oblacion votiva,
A grandeza mayor poniendo el sello,
Consagrará memorias respetadas,
No en cadáveres yertos apoyadas;

En quien descansa el peso lisonjero
Del imperio español, cuando su Atlante,
No agobiado le alterna, mas sincero
Le fia al celo de tu fe constante;
Pues por tí floreciente y duradero
Girará sin que el tiempo le quebrante,
Oye tus glorias en mi aliento infusas;
Tuya es la paz, y cópiala mis musas.

Después que rota la ambición impía
Del Caledonio audaz, sus pabellones
Sufrió menos soberbios la onda fría
Postrados ya á las lises y leones;
Y quebrantado el yugo que oprimía
Al mar en las británicas prisiones,
Vió el sol en el antártico hemisferio
Nacer de poca sangre libre imperio;

Gozaba, en fin, la turbulenta Europa
De plácido sosiego, ya ocupada,
No en regarla de sangre feroz tropa,
Mas en fértil afan tropa templada;
Parte al Oriente sin temor la popa,
Sólo del vago viento contrastada;
Rie naturaleza, y su fecundo
Tesoro ofrece á la quietud del mundo.

Bien así como labra susurrante
Plebe de abejas su licor sabroso,
Unas liban al prado humor fragante,
Construyen otras el panal lustroso,
Y al solícito afan en abundante
Colmo responde el vaso delicioso
Rebosando la miel, que vierte ufana
La aurora al rayo de su luz temprana;

Del pródigo sudor premio felice
Gozaba Europa en su tranquila gente;
Hierve el trabajo, el cielo le bendice,
Y hasta el mar le respeta mansamente;
Si tal vez la estación le contradice
En colérica nube ó sol ardiente,
La industria suple al disponer del cielo,

Y le es próspero al hombre su desvelo.
Tronos robustos sobre el firme asiento
De la paz su vigor reconcentraban,
Y á las útiles artes dando aumento,
A su esplendor y á su poder le daban.
Vano de sí el humano entendimiento,
Porque regios impulsos le animaban,
Llenó la Europa de famosos nombres,
Y logró hacer más hombres á sus hombres.

Hermanados los tronos con los tronos,
Y por ellos las súbditas ciudades,
O depuestos ó tibios los enconos,
Ataban entre sí las voluntades;
Cual de único canton quietos colonos
Eran naciones, pueblos, potestades;
Con recíproco amor toda se auxilia
La gran region, y forma una familia.

Así en la infancia del linaje humano,
Derramada en porciones diferentes
La sucesión de un patriarca anciano,
De una gente crió diversas gentes;
Y no disuelto el nudo soberano
Que al padre las ataba reverentes,
El afecto fraterno vivo ardía,
Y el suelo, no el amor, las dividía.

Siglo dichoso, edad afortunada,
Cuando apagada la ambición sangrienta,
A su sed no cayó despedazada
La raza humana en víctima violenta.
De flores y de frutos coronada
La tierra más y más su copia aumenta,
Más y más sus vivientes multiplica;
No para sí, mas para el hombre rica.

Empero así arredradas al horrendo
Seno infernal las implacables furias,
De su ocio no esperado maldiciendo,
En el gozo común ven sus injurias.
Desesperada Aleto, retorciendo
En la crizada frente las espurias
Sierpes, corona de su triunfo impío,
«¡ Así (dice) desamaya el furor mío!

» ¡ Así hermanas (y silba dolorida
La crin viviente en la feroz cabeza)
Yace en torpe letargo adormecida,
Viendo á Europa feliz, nuestra fiera?

La afeminada paz mal admitida
Ya el llanto destruyó, ya la tristeza;
Ya el gozo alivia los humanos males,
Y son casi divinos los mortales.

» Ya la rabia y horror que del averno
Subieron á la tierra y la infestaron,
Y á su amargura y su dolor eterno
La necia humanidad esclavizaron;
Al blando halago, al sentimiento tierno
De la virtud sin gloria se humillaron,
Y ya sólo el infierno ya la tierra,
Y no imita al infierno ya la tierra.

» Ved los pueblos alegres, y en serenos
Días gozar la serie de los años,
Monarcas justos, ciudadanos buenos,
Leyes fecundas, ignorados daños;
Ved la dorada edad en los amenos
Campos que labra sin furor ni engaños
La inocencia en pacíficos mortales
Que ¡ oh rabia! ya ser quieren racionales.

» Mas no á tanta ventura los destina
Su miserable ser, que vacilante
Siempre entre sombras á su fin camina,
Atento al vicio, á la virtud errante;
Feroz consigo á la crueldad declina
De la raza brutal, que devorante
Con degolladas víctimas se goza,
Y no puede vivir si no destroza.

» De nuestra misma rabia usurpadores,
Multiplicaron los voraces fuegos
Del hacha que yo vibro, y sus dolores
Ciegos arrostran y propagan ciegos;
De lo mismo que labran destructores,
No perdonando á los humildes ruegos,
El hierro con que el campo fertilizan,
Con el mismo después le esterilizan.

» Mirad sus pechos donde impuras hierven

(1) Dió motivo á este poema la paz ajustada con la república francesa en 1795. El autor lo dedicó á su protector el Príncipe de la Paz. Don Alberto Lista escribió acertadas observaciones acerca de este poema, comparando su estilo con el de Valbuena.

Ánsias violentas de inflamados vicios,
Sin que respeto á la razon conserven,
Postrada en delinquentes sacrificios;
Pocos hay que su espíritu reserven
Del fuego criminal. Nunca propicios
Los halló la virtud en sus altares;
Mirad la tierra, examinad los mares.
»Aquí y allá de la codicia impía,
De la atroz ambicion, de la inhumana
Vanidad la mortífera porfía
Delinque, y más en delinquir se afana.
La inocencia entre llantos huye el día;
La maldad entre púrpuras se ufana;
La razon que del cielo recibieron
Contra sí y contra el cielo convirtieron.
»Y osará consumir nuestro desdoro
Este indócil linaje, raza altiva,
Que ni al cielo ni á sí guarda decoro,
Y él á sí mismo de su bien se priva?
Cuántas veces bañado en grana y oro
El sol siguió á la sombra fugitiva,
Los vió, perpetuamente variables,
Trabajar para hacerse miserables.
»Ser deben infelices, pues injustos
A sí llaman el mal y le desean,
Y en el solo dañar ponen sus gustos,
Y cuanto dañan más, más se recrean;
Ellos en su razon labran los sustos,
Divino dón que pérdidas afean;
Pues la corrompen con traidor delirio,
Della misma reciban su martirio.
»Yo haré que desta paz, en cuyos brazos
Pueblo rebelde en libertad reposa,
Y rotos ya de América los lazos
Fijó allá independencia contagiosa;
Yo haré que de su aliento, en breves plazos
Animada la llama sediciosa,
Incendio funeral nazca y se inflame
Que corra irresistible y se derrame.
»Infausto ejemplo en su interior abriga
Esta lúgubre paz, que al vulgo vário
Ya al desenfreno con furor le instiga,
Y en la quietud le engendra temerario.
Romperá el doble nudo que le liga
Al cetro justo, al sacro santuario;
Y con manos sacrilegas é impuras
Harán guerra al Criador sus criaturas.
»De su misma ambicion triste escarmiento
Será el trono imprudente, que al lejano
Polo llevó socorro fraudulento,
Y al britano apoyó contra el britano.
De su necia política el intento
Al vulgo enseñará á hacerse tirano.
Sólo faltan mortíferas doctrinas,
Que aceleren el golpe y las ruinas.
»Alto pues; tú, feroz sofistería,
Del indómito error madre y señora,
A quien postrada la razon sombrea,
Crédula atiende y humillada adora;
Pues siempre fuiste á los mortales guía,
Sube, sube á la tierra, y con traidora
Ciencia irritando al vulgo inexorable,
Hazte á altares y cetros formidable.
»Tus pasos seguirá fiera y ceñuda
De hierro y fuego la discordia armada,
Que los lazos fraternos desanuda,
Vengativa, críel, desconfiada;
La adusta envidia, y la avaricia ruda,
Y la ambicion soberbia y arrojada
Tremolarán sus negros estandartes,
Y te darán favor en todas partes.
»Y encendida de nuevo guerra horrenda,
Dilatará el imperio de la muerte,
Y hará que la impiedad su rabia extienda
Y las dichas humanas desconcierte;
Florida juventud en triste ofrenda
Caerá rendida á la perpleja suerte;
Y la que escape á la crueldad triunfante,
Quedará emponzoñada y delirante.
»Sube, pues, que los hombres á su daño
Temerarios se arrojan y le siguen,
Y esclavos siempre de su propio engaño,

Cuando buscan el bien, más le persiguen.
No así hallarás devorador rebaño
De fieras que se afanen y fatiguen
Por degollarse en los espesos montes,
Y de sangre humear sus horizontes.
»Por el bien se destrozan, se degüellan,
Se abrasan, y entre llantos, ira y susto,
En espantables turbas atropellan
Con furor infernal su sér augusto;
Por el bien son perversos, por él sellan
Su ciega iniquidad, su error injusto.
Así se aplicarán; sube segura,
Que fué siempre su dueño la impostura» (1).
Dijo; y al ronco acento resonaron
En fiero aplauso las ardientes simas,
Los sobrepuestos montes vacilaron,
Y el Etna ardió las azufrosas cimas;
A la tierra despues se fulminaron
Desde el horror de los tartáreos climas
La madre del error páfida y vana,
La vil codicia y la ambicion tirana.
Y el dios feroz de la homicida guerra
Viene á su encuentro en rechinante carro,
Y el gozo horrible que en su pecho cierra
Sale á sus ojos en ardor bizarro;
Su paso abrasador la fértil tierra
Quema y resuelve en polvoroso barro,
Y descuaja los troncos, y la espiga
Destronca en flor la bárbara cuadriga.
Hacen cortejo á la deidad funesta
La callada traicion que cauta oculta
El lazo vil que á la inocencia apresta,
Y en blando aspecto su crueldad sepulta;
El osado furor, que manifiesta
En torva frente y cabellera inculca
La colérica rabia que le enciende,
Y sus venganzas sin cautela emprende;
El odio ímpto, el erizado espanto,
La hambre impaciente, que del hurto vive;
La triste enfermedad, que en débil llanto
Desvancece el aliento que recibe;
Y la páfida muerte en negro manto,
Que el término á los seres circunscribe,
A destrozo inmaduro se preparan,
Y en su rencor su júbilo declaran.
Y unido así á mortíferas empresas
El infausto escuadron, vuela ominoso
A la Galia voluble, y en espesas
Nieblas envuelve su recinto hermoso.
La discordia derrama sus pavesas,
Que el sofisticado error sopla furioso.
Busca la plebe la verdad, se agita,
Y aspirando á su bien, se precipita.
De las ondas así, y del fiero viento
Entre el horror del trueno repetido,
Ya juguete en el líquido elemento,
Pierde la nave el rumbo apetecido;
Y el piloto al furioso movimiento,
Suelto el timon, el ánimo caído,
A la estólida chusma le confia,
Que acelera el naufragio que temia.
»Oh pequeñez de la mortal prudencia,
Trémula luz que turbia resplandece,
A quien pródiga en vano la experiencia,
Fértil en escarmientos, esclarece!
Cuando de la fatal magnificencia
El encanto pomposo la adormece,
Riesgos no teme entre sus ciegos gozos,
Y el tiempo ¡ay! va volando á los destrozos.
Tú, respetado trono, á quien el Sena
Bañó glorioso, y con poder extenso
Lograste eslabonar á tu cadena
De la atónita tierra el precio inmenso;
Tú de tu eeguedad sufres la pena
Cuando vulgo servil, áspero y denso,
Derribó tu esplendor, y glorias tantas
Hizo despojo de sus viles plantaa.
Al arrullo fatal de tu grandeza

(1) Esta octava y otras tres que publicamos más adelante, fueron suprimidas en la edicion que de este poema se hizo en 1796. Probablemente las tachó la censura.

Frio letargo aprisionó al monarca,
Que así postrado en tímida pereza,
Victima fué de ignominiosa Parca;
Idolatrada un tiempo su cabeza
Del ancho cerco que sonoro abarca
El uno y otro mar, quieta dormía
En fe de la dudosa idolatría.

Mas ¡cuál viento, qué mar así mudable
En ráfagas y en ondas borascosas
Al vulgo, siempre vário, siempre instable,
Igualó en sus mudanzas espantosas?
Hoy al ídolo adora, manejable;
Y alterado sin causa, en sediciosas
Turbas despues con insolentes brazos
Le abate y pisa, y quema sus pedazos.

Un error, un engaño, una esperanza
De mentido interes, que vierte astuta
La malicia, á la presa le abalanza,
Y ciego mata y su region enluta.
Así feroz en pertinaz matanza
Su misma sangre á su idiotez tributa.
Engañado se altera, y engañado
Al fin siempre se aquieta esclavizado.

Tal la herencia del grande Clodoveo,
En humo, en sangre, en mortandad envuelta,
De plebeyo furor lúgubre empleo,
Yace en horrenda sedicion disuelta.
La infiel sofistería su trofeo
Allí usó levantar; allí resuelta
Con vil cautela, con halagos vanos
En tiranos trocó los ciudadanos.

¡Oh pueblo! ¿dónde misero te arroja
Tu incauta sencillez? el hierro esgrimes
Incierto de tu suerte, y tu congoja
Crece, y sólo conoces que te oprimen.
Libre llamas la tierra en sangre roja;
Libre á tí, porque matas, porque gimes;
Buscas la libertad entre cenizas;
Y libre, tú á tí mismo te esclavizas.

Que no, no ha visto el sol desde que ufano
Los anchos horizontes pinta y dora,
Fueblo que á sí se mande soberano,
Aunque afecte potencia engañadora.
No bien se ajusta á la inexperta mano
Arduo timon de corpulenta prora,
Fantástico poder tal vez le engrie,
Y ensalza á un Sila, que le oprime y rie.

Cayó la ilustre pompa de Occidente
En el alto dosel, que de su gloria
Llenó, adorada de remota gente,
Del Cuarto Enrique la inmortal memoria;
Derribado su sòlio infamemente
Yace deshecho en lamentable escoria,
Y el incendio voraz que le consume
Aun el solio de Dios tiznar presume.

Sus aras profanó plebe engañada,
Plebe infeliz, que fraudulenta agita
La atroz sofistería, más malvada
Porque así sus maldades facilita.
Quiere en la mente del mortal borrada
La adorable virtud que le limita,
Y quírela borrada, porque quiere
Que entre malvados el mayor impere (1).

Templos, aras, misterios venerables,
Basas á la virtud, cotos al vicio,
Turbas contra sí mismas implacables
Destruyeron en vago desperdicio.
Manos ¡ay! impiamente abominables
Trocaron en perversos sacrificios
Los que con mente agradecida y pura
Tributaba al Criador su criatura.

Y desquiciados en igual ruina
Trono y altar, palacio y santuario,
En ciego laberinto desatina
De un vulgo necio el pensamiento vário.
La luz que á los mortales encamina
Sacrilego apagó, y osa nefario,
Trastornado el apoyo de las leyes,
Dechado hacerse á las humanas greyes (2).

¡Ay, que la hoguera fúnebre en que arde
La triste Francia y su potencia augusta,
Aunque al principio tímida y cobarde,
Se dilata veloz y á Europa asusta!
¡Ay, que acudiendo á detenerla tarde
La prudencia política, robusta
Crece; y no detenida, corre horrenda,
Y no hay region que della se defienda!

Al hierro destructor ya es sólo dado
Contener la violencia de la llama,
Y en confusa caterva vulgo armado
A refrenar su curso se derrama.
El linaje mortal, todo afañado,
Corre al peligro y turbulento brama;
Gime la tierra al peso furibundo,
Y en crueldad inhumana hierve el mundo.

Discorde el Galo en su disuelto suelo,
Anegado de leyes sin ley cierta,
Lucha entre sí con porfiado anhelo,
Y sólo á degollarse (¡ah triste!) acierta;
Y en tanto, estimulado su recelo
De extranjera opresion, deja desierta
La patria infausta en su perpleja suerte,
Y á la ajena region lleva la muerte.

Destroza sus entrañas, y destroza,
En enjambres feroces desatada,
Francia críel la tierra, y se alborozza
Porque en sangre la ve toda empapada.
¡Ilustre gloria con sus triunfos goza!
Ella contra sí misma encarnizada,
Fulminando inhumanas proscriciones,
Y hecha esclava de pérdidas facciones (3).

Pero dura en sus males, y lejana
La calma á sus deseos lenta espira;
Porque no sólo allí rige tirana
La discordia, ni allí sólo conspira;
En los tronos amigos inhumana
Su tósigo vertió; de ellos retira
La mutua fe; y en intereses varios
Con aparente union obran contrarios.

Que no para la paz, no porque el mundo
Próspero reflorezca, le destruyen
Córtes avaras, de consejo inmundo,
Que del ajeno mal su bien construyen.
Sólo en dañar su espíritu fecundo,
Del propio bien el general excluyen.
Lazos son sus discordes alianzas,
Pero lazos de caza y asechanzas.

«Creceará tu poder si, empobrecida
La diadema vecina, su riqueza
A tu hidrópico fisco sometida
Feudataria se añade á tu grandeza;
Tu mano existirá rica y temida,
Si el resto de la tierra en vil pobreza.»
Así á un monarca la ambicion adula,
Y así el mundo despuebla y atribula.

Y así en guerras eternas fluctuando
La pompa del poder incierta y vaga,
De nacion en nacion va transmigrando,
Y allí ilumina cuando aquí se apaga.
Tefido en sangre el suspirado mando
Si con glorias efímeras halaga,
Cual rayo abrasador las córtes gira,
Y sólo deja el rastro de su ira.

¡Ambicion! ¡avaricia! estrago, peste,
Que igual desola alcázares ufanos
Y cabañas humildes, donde agreste
Mora el candor en corazones sanos;
De vuestras ansias la nefanda hueste
Inspirada en vulgares soberanos,
Con velo de amistad cubre su envidia,
Para que obre segura la perfidia.

Tú, España, sola tú, de fe inviolable
Alto blason, ejemplo inextinguible,
Por ella en todos tiempos memorable,
Y por ella quizá ménos terrible;
Si fulminas el bronce formidable
Llevada de destino irresistible,
Generosa lealtad tus armas guía,
Y sólo por justicia eres impía.

(1) Esta octava fué suprimida en la edición de 1796.

(2) Octava suprimida en la edición de 1796.

(3) Octava suprimida en la edición de 1796.

Así vió desplegados tus pendones
El alto Pirineo, y con su vida
Sustentar tus robustos escuadrones
La fe á cortés infieles prometida.
Al bien universal de las naciones
Tu sangre en sacrificio fué vertida;
Y ellas con velo de aliado Marte
Tentaban á tu mal sacrificarte.

Merced al genio que en tempranos rayos,
De benéfica luz tu suelo ilustra,
Y en los que ha dado ya doctos ensayos,
Nombres famosos en mandar deslustra;
No ya más llevaráte á los desmayos
La britana ambición; sus tiros frustra
Cortando el lazo á la amistad dolosa,
Y alzando el ramo de la paz dichosa.

¡Oh Musas! dadme rosas, dadme flores
De las que alegre en las lozanas faldas
Del Pindo, con sus luces y esplendores
Matiza el nuevo sol entre esmeraldas;
Y tejida la mezcla de colores
En círculo de nítidas guirnaldas,
Corone Apolo la gallarda frente
Al tutelar de la española gente (1).

Que por él ya de Páles y de Flora
La fértil copia en abundancia rica
Los sazonados frutos que atscora,
Grata al sudor del hombre multiplica;
Y al apuntar la nacarada aurora,
No la trompa á las madres mortifica;
Mas soñolienta cada cual barrunta
Cantando el hijo al enlazar la yunta;

O, despierta al estrépito sonoro
Del martillo industrial, ve festiva
En refulgentes ascuas vivo al oro
Dócil ceder á la tarea activa;
O en el telar, con alternado coro,
Al són de lanzadera fugitiva,
Cantando, ya garzones, ya doncellas,
Crecer la pompa en las estofas bellas.

Oráculo feliz al grande, al pío,
Augusto padre del hispano imperio,
A la voz de su fausto poderío
Postró el furor su infausto ministerio,
Cual suele el sol con alto señorio,
Cuando nace dorando el hemisferio,
Barrer las sombras, y con quejas graves
Huir entre ellas las nocturnas aves;

Tal la turba de monstruos pavorosa
Que atravesó los escabrosos vados
Del hondo Bidasoa, y sediciosa
Del Ebro emponzoñó los ricos prados,
La paz mifundo que despliega hermosa
Por el vago horizonte los sagrados
Armiños de su angelica pureza,
Atónita se hiela en vil torpeza.

Y despues apiñada en torbellino
Lóbrego, como nube densa y parda
Que al turquí de los cielos cristalino
Niega que ufano de sus brillos arda,
Aullando horrendamente sin destino
Aquella plaga bárbara y bastarda,
Revolando se choca y se estremece,
Y al fin buye, y veloz desaparece.

Quedó el cielo sereno; su luz pura
En vivos rayos encendió la esfera,
Y de la paz la celestial figura
Alma divina de sus lumbres era;
Cercada como el iris su hermosura
De guarnicion de visos placentera
Ilumina la tierra en sus colores,
Y desata despues lluvia de flores.

Y dice: «¿Venci pues? ¡Y el trono ibero,
Que dos mundos sujeta á su coyunda,
Colgado ya de Marte el crudo acero,
Reposa alegre en mi quietud fecunda?
¡Y del contagio pestilente y fiero
Con que á Europa asió la plaga inmunda,
Purificado el ancho imperio veo

Que alumbra más el esplendor febeo?

»¡Oh! en edad juvenil prudencia cana
Del indóito mancocho, cuya gloria,
No en láminas de bronce (pompa vana)
Sujeta quedará á fragil memoria.
Al tutelar de la ventura humana
Los mismos hombres servirán de historia.
Ser feliz quiere el hombre; y si es felice,
Eternamente al bienhechor bendice.

»Propagaránse á término remoto,
Con la especie mortal, regeneradas,
Su piedad, su grandeza, nunca roto
El hilo de sus glorias veneradas.
Su grande nombre en obsequioso voto,
Las mejillas en lágrimas bañadas,
Trasladará al festivo nietezuelo,
Cuando le halague, el venerable abuelo.

»Y bien á su prudencia peregrina
Puro tributo de alabanza eterna
Debe España rendir, si ya no inclina
La faz doliente á la ambición externa.
El lazo desató de la ruina
Que el britano voraz cauto gobierna,
Salvándola del yugo que prepara
Al orbe todo su crueldad avara.

»Ya el estrago cesó; ya alegre pueda
La juventud, de espigas coronada,
Lograr el fruto que á su afán concede
La tierra por sus manos cultivada.
Mortales, ya la muerte retrocede,
Que fué por vuestra furia anticipada;
Y ya no esgrime en la dichosa España
Por mano de los hombres su guadaña.

»No es ya asesino el hombre; no pagado
Corre en hórridas turbas sin enojo
A matar ó á morir despedazado,
Dando á las fieras racional despojo.
De calientes cadáveres sembrado
(Fruto execrable del humano arrojo)
No el campo humeará, ni al monte umbrío
Servirá humana sangre de rocío.

»Escarchará las hierbas y las flores
Galana el alba al despuntar el día,
Y en el cuajado humor mil resplandores
Brillarán cual en rica pedrería,
Cuando al carmin trocados los albores
Que á anunciar su venida el sol envía,
Aparezca en Oriente claro y terso
A animar con su llama el universo.

»Madrugará risueño á la ancha tierra
Para verla, no de humo obscurecida,
Cuando al conflicto de la horrenda guerra
Su luz cárdena hiere y denegrida,
La prolífica fuerza que en sí encierra,
En serenos reflejos esparcida,
Procréará tesoros diferentes
En metales, en plantas, en vivientes.

»Y á esta riqueza os destinó, oh mortales,
El alto cielo, á vuestro ser benigno;
No á estragos, no á gemidos funerales,
De vuestra iniquidad fruto maligno.
Enlazad ¡ah! los pechos fraternales;
Y pues de tanto bien fué el hombre digno,
Amándoos prosperad; prosperad justos,
Y vivid, no al horror, sino á los gustos.

»Amor, el dulce amor, alma, delicia,
Consuelo de la vida trabajosa,
Os cupo en suerte, y de su fe propicia
Inefable placer siempre rebosa.
Sólo de amaros inmortal codicia
Inflame vuestras almas. Venturosa
La vida así en período inocente
Gozará de la tierra floreciente.

»En este campo hondarán lozanas,
Agitadas del aura, las espigas,
Sin temor de catervas inhumanas
Que le talen al dueño sus fatigas.
En aquél más pomposas y galanas
Con reciproca union vides amigas,
Asidas de los pámpanos lascivos,
Enseñarán de amor los atractivos.

»Aquí en bosque fructífero, al copioso

(1) Aquí, como al principio y al fin del poema, alude FORNER al Principio de la Paz.

Ramo mezcladas las doradas pomas,
De variado matiz dosel frondoso
Tejerán al cultor en frescas lomas.
Allí en mayor esmalte el deleitoso
Prado, espirando rico sus aromas,
Al ganado dará pasto abundante,
Y al seguro sagal lecho fragante.
»Las hondas venas donde crece bronco
El metal en las áridas montañas;
No cavadas serán para que ronco
Llueva rayos el plomo en las campañas;
Ni del trofeo en el funesto tronco,
Para honor de mortíferas hazañas,
Entre esqueletos blancos levantado,
Hará pavor el hierro ensangrentado.
»Será auxilio, no muerte, á la flaqueza
Del linaje mortal el limpio acero;
Y justo el oro, y grata su riqueza,
Si no se busca en el combate fiero.
Cuanto sábia crió naturaleza
Y anima el sol con fuego lisonjero,
Lo crió fértilmente compasiva
Para que el hombre sin congojas viva.
»Gozad ¡ah! de sus bienes en los lazos
Del benéfico amor; y á que se aumenten
Obren robustos los humanos brazos,
Y en tal grandesa el heroísmo ostenten.
Si vistió de rudeza y de embarazos
Los seres todos que el influjo sienten
De la madre comun, la eterna ciencia,
Y al trabajo hermanó la conveniencia;
»Y de áspero ramaje, y desabrida
Frondosidad en selva impenetrable
Pobló la tierra, ahogada, embrutecida
De su misma abundancia inagotable;
Y en los fragosos montes escondida
La masa, ya á los hombres adorable,
Al humano sudor sólo se rinde,
Y no hay fruto sin él, que al gusto brinde.
»Grata ley ha ordenado á la ventura
De la raza mortal, que así oficios
Con el útil trabajo se asegura
Contra la ociosidad facinorosa.
Mientras el brazo en la fatiga dura,
Y vela á la tarea codiciosa
En el campo, en el mar, en las ciudades,
No vaca, no, al furor ni á las maldades.
»Sudad, para que dulce y opulenta
Naturaleza en sus incultos dones
Os aumente el placer cuando acrecienta
La industria sus selvajes producciones.
Al ocio sólo amarga y avarienta,
Rústica yace en rústicas regiones.
Sólo en el seno de la paz florece,
Si la paz á la industria favorece.
»Y émula entónces de poder divino,
Despliega docta su vigor la mente,
Ya inspirando con arte peregrino
Al rudo mármol vida que no siente,
O ya mezclando en el bruido pino
De animado matiz tinta luciente,
Que ciñe á breve tabla en bulto vano
Las obras todas de la eterna mano;
»O arrancados los jaspes de las cumbres
Suben con arte en edificios graves
A sustentar magníficas techumbres,
Que viste el oro en regios arquitrabes;
O labradas las toscas pesadumbres
Del haya audas en poderosas naves,
Señora de los mares se corona,
Y la tierra entre sí toda eslabona.
»Criadora es la criatura que al dominio
De tierra y mar dispuso el Autor sumo;
Y despues con tiránico exterminio
Sus mismas obras desvanecen en humo.
¡Oh de la guerra infausto latrocinio,
Arte feroz de bárbaro consumo!
Sus delicias al hombre le aniquila,
Y el hombre mismo la cuchilla afila.
»Desplómanse las bóvedas sagradas,
Los alcázares altos, las mansiones
Del vasallo inocente, contrastadas

II, Pa.-XVIII,

Del escupido hierro en mil cañones;
Y en ruina espantosa barajadas
Tejas, paredes, vigas ya tizonas,
Caen entre horrendas llamas y alaridos,
El hombre y sus milagros destruidos.
»Sola es la paz, mortales, criadora,
Y ella conserva cuanto forma y cria
Esa luz racional, que al mundo honora,
Y hoy de su angusto centro se desvia;
Ella la suerte del mortal mejora,
La abundancia enlazando á la alegría.
La guerra iguala al hombre con la fiera;
En la paz ser divino reverbera.
»No anticipeis al tiempo sus rigores,
Pues basta al día su malicia, humanos;
Y pues sois de la tierra habitadores,
En mejorarla ejercitad las manos.
Bastante al mar sus olas y fueros,
Con que hinchado se eleva en montes canos,
Sin que al rencor de los mortales ceños
Náufragos ardan los quillados leños.
»Vosotros, en quien libra su sosiego,
Su ventura y su union la especie humana,
Y en alto sólio al humillado ruego
Decretais ley austera y soberana,
No en el horror del fulminante fuego
Cifreis la autoridad que impera ufana;
Que no el mundo regís para asolarlo,
Mas para florecerlo y prosperarlo.
»La cándida amistad una, sencilla,
Con recíproco amor vuestros deseos,
Y asistan sólo en la suprema silla
De la paz los benéficos empleos.
El cetro de oro, que imperioso brilla,
No de inicuá ambicion os haga reos.
Pastores sois, ó príncipes, ó reyes;
Las vuestras no violad, ni ajenas greyes.
»Que ellas tambien, la mano respetando
Que en próspera quietud las alimento,
Con sumiso placer al dulce mando
Doblarán la cerviz siempre obediente.
Nunca vacila cuando impera blando
El poder; en la dicha de su gente
Su duracion la púrpura asegura,
Porque siempre el feliz serlo procura.
»Scráló España, en cuyo fértil seno
La paz con sábias leyes animada,
A la extraña ambicion poniendo freno,
Durará incontestable y respetada.
Del Cuarto Carlos, el amable, el bueno,
Pasará la prudencia idolatrada
A recuerdo inmortal, y con su nombre,
Del gran ministro el inclito renombre
»Del inclito Godoy, que de la muerte
Triunfante ya, magnánimo enarbola
Mi alegre rama, y pródigo convierte
A fecundo sudor la fe española.
Del crudo Marte á la perpleja suerte
No racionales víctimas inmoló.
Dudoso el hierro en la campaña lidia,
Y tal vez ciñe el lauro á la perfidia.
»Pero en las artes de la paz riqueñas
Siempre se gozan los placeres ciertos,
Y benignas al hombre y halagüeñas
Siempre tesoros mil le dan abiertos.
Hace la paz fructíferas las breñas;
De poblados la guerra hace desiertos....
Héroes funestos del combate impio,
Vuestra gloria humillad al héroe mio.
»Sus timbres son el gozo, los placeres,
Las delicias del orbe, y el sagrado
Aliento de las gracias, que en los seres
Su bullicio insinúan regalado.
Intacta gloria á tu grandeza adquieres,
Oh jóven venturoso. Destrozado
Gime, no canta el orbe los afanes
Siempre horrendos de invictos capitanes.
»Y de fúnebre pompa y largo llanto
Siempre asistida por error la fama,
Son vulgo ya los héroes del espanto,
Vulgar tambien la victoriosa rama.
Desusada grandeza al alto canto

Del Apolíneo coro, ardiente inflama
Su voz; y arrebatado en rauda vuelo,
Anuncia fausta gloria al ancho suelo.

»Anuncia de la paz el glorioso
Blason, que en ti flamante resplandeca
Con puro lampo y lustre generoso
Que pla heroicidad al mundo ofrece.
Harto ya de Mavorte el espantoso
Honor, que á precio de impiedades crece,
Solemnizado fué; los humos sacros
No honren ya más medrosos simulacros.

»Mas ornada la frente de jasmínes,
De ardiente rosa y lirios virginales,
Sube, venciendo los mortales fines,
Oh jóven, á las cumbres inmortales;
Y de cándida luz y de carmines
Luminosos allí cercos iguales
Orlen tu vulto en el eterno templo,
De sublime piedad único ejemplo.

»Héroes de paz, tú solo en las memorias
Del esquivo poder serás oído
Con tierno amor, y sólo de tus glorias
Será siempre el apoyo apetecido.
Por ti el ronco rumor de las victorias
No heroico sonará, no engrandecido;
Y el mundo, asido á mis fecundos ramos,
Héroes de paz (dirá) necesitamos.

»Héroes, que al hombre aprovechando, obliguen
Su vida á más placer, y á más tributo
La inagotable tierra, y la fatiguen
Sólo á que brote en duplicado fruto.
Héroes, no de dolor, mas que mitiguen
En culto suelo, y de su sangre enjuto,
El áspero destino de la vida,
Que, aun sin guerras, alienta dolorida.

»Emulad la piedad, héroes futuros,
Al memorable, al inclito mancebo,
Que, nuevo Jano, en sus consejos puros
Construye al heroismo templo nuevo.
No desolados y tiznados muros,
Huesos desnudos, y á las fieras cebo
Mutilados cadáveres, horrible
Darán basa á su imagen apacible.

»Antes, alfombra de sus piés, luciente
Rebosará y madura, la abundancia,
Ya en la sason de Céreres floreciente,
Ya de Flora en la espléndida fragancia.
Y, oh tú, de Iberia afortunada gente,
Pródiga de virtud y de constancia,
Entra animosa en el feliz camino
Que anuncia á tu poder alto destino.

»¡Ah! vive para tí; y allá espumante
Con sangre humana al mar se precipite
Purpúreo el Rhin, ó avaro y anhelante
Nuevos estragos Albion medite.
Tú en torno al carro de la paz triunfante
Deja que mi vigor te felicite,
Y traerás, sin estrago, á tus prisiones
Sujetas las beligeras naciones.

»Tú crecerás en mi abundosa calma;
Y ellas menguantes en su furia impía,
De su atroz ambición la ansiada palma
Vendrá, por su flaqueza, á hacerse mia;
Y entónces yo, de los imperios alma,
A tí atrayendo cuanto el orbe cria,
Te haré desde el Arturo hasta la Aurora
Arbitra de las gentes y señora.»

Dijo la amable vírgen, y empapando
De ámbares deliciosos la aura leve,
Vuela, y, nuevos deleites anunciando,
Segundas flores sobre España llueve.
Mas luego ufana, con impulso blando
A la régia mansion las alas mueve,
Y del ramo gentil que Pálas tiñe
Al inmortal Godoy la frente ciñe.

DISCURSOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL HOMBRE (1).

*Disciteque, o miseri, et causas cognoscite rerum,
Quid sumus, aut quidnam victuri gignimur, ordo
Quis datus.*
(PERS., SATYR. III, v. 66.)

DEDICATORIA AL VARON VIRTUOSO.

Virtud, alma virtud, tus dones canto:
Espíritu divino
A tí convierte mi inspirado acento.
Desde el celeste asiento
A mí tu voz desciende en eco santo,
Cuando al ciego mortal de tu destino
Muestro el grato camino.
Huya el profano de tu templo sacro
Mientras copio tu augusto simulacro.
Y de azucenas cándidas ceñida
La pacífica frente,
Sólo me asista á tanto ministerio
El varon que á tu imperio
Sujeta alegre su apacible vida
Con dócil cuello y ánimo obediente.
Allí yo reverente
Los dones de tu númen soberanos
Pondré, y tu imagen, en sus justas manos.
Que él solo tus misterios incéfables
Penetra, y de tus bienes
El solo gusta los placeres puros.
Los términos seguros
Que pusiste á la vida, y las amables
Riendas que al hombre indómito previenes,
Con que en tí le contienen,
El ama solo; y en su oído sólo
Tu voz ahuyenta al fabuloso Apolo.
No corrompido por profana lira,
Huye de su torpeza,
Y se acoge á tus aras sonrojado.
De tu celo inflamado,
No escucha la ambición, la horrenda ira,
Con que envilece su inmortal grandeza
La racional nobleza.
Entónces oye el sonoro infujo,
Cuando el cielo sus números produce.
A tí, pues, van los mios, virtuoso
Varon, que afable un día
Quiso dictarme tu adorable númen.
A tí, en quien no consumen
Los vicios el vigor majestuoso
De la luz inmortal que al bien nos guía.
A tí, en quien la porfía
De las tercas pasiones se quebranta,
Cayendo mustias á besar tu planta.
Por esto tú de la verdad divina
El resplandor entero
Miras y gozas en gloriosa suerte;
A tí solo convierte
La alta Deidad su lumbré peregrina,
Descubriendo á tus ojos su hemisfero,
En donde, no severo,
Mas risueño, su angélico semblante,
Su ley enseña en tabla de diamante.
Y trasladada á tí su copia bella,
Lo humano desconoces,
Y la Divinidad llena tu pecho.
La tierra ámbito estrecho

(1) Podríamos en rigor dispensarnos de reproducir aquí esta obra de FORNER, que la posteridad ha olvidado, y que está fuera del objeto principal de nuestra Colección. La publicamos, sin embargo, no sólo como homenaje al esclarecido escritor, sino también como muestra del espíritu de análisis filosófico que llegó á ser moda imperiosa en la segunda mitad del último siglo. Sentimos que su mucha extensión no nos consienta publicar las *Ilustraciones* que FORNER imprimió á continuación de sus *Discursos filosóficos*. Las *Ilustraciones* valen más que el poema, escrito en la primera juventud, y dan idea clara del principal talento de FORNER, esto es, el de razonador incisivo y profundo.

Es á la senda que tu paso huella,
 Es á la majestad que en tí conoca.
 Las celestiales voces
 Dictan tus obras con saber profundo,
 Para que aprenda en tu justicia el mundo.
 Constante en tu propósito, no el duro
 Tormento del tirano
 Te asusta, si desórdenes te ordena.
 Al filo ó la cadena,
 Antes que á la maldad abono impuro,
 Darás gozoso la garganta ó mano.
 El interes humano
 Jamas impera en la virtud sencilla,
 Aun cuando yugo bárbaro la humilla.
 Y no porque rebelde á la diadema
 Justa, y á las coronas,
 Las culpe de sangrienta tiranía.
 Vana filosofía,
 Esto es propio de tí cuando se extrema
 Tu soberbia en sofismas que eslabonas.
 El poder que destronas
 Sustenta la virtud obedeciendo,
 Tu soñar con sus obras destruyendo.
 Por él domada la mortal fiera,
 Á horribles impiedades
 Niega su furia y turbulencia insana,
 La codicia inhumana
 Sus manos encogió, y de su torpeza
 Corrida, en sí sofoca sus maldades.
 Poblados, soledades
 Prestan sagrado á la virtud propicio,
 Y anda asustado y macilento el vicio.
 Por él en holocaustos sacrosantos
 Su voluntad ofrecen
 Al Todopoderoso sus criaturas,
 Agradecidas, puras.
 Por él logran alivio los quebrantos,
 Y su ser los mortales ennoblecen.
 Los dones fortalecen
 De la justicia hasta en la misma guerra,
 Y no da asilo á la maldad la tierra.
 En ella, varon justo, ciudadano
 De tu patria y del mundo,
 Á aquélla y éste tu virtud dedicas.
 Ya las regiones ricas
 De la fragante Arabia, ó el cercano
 Yerto Trion visitas vagabundo;
 Espléndido ó inmundo,
 Café rudo ó britano mercadante,
 Siempre en el hombre ves tu semejanse.
 Y siempre en tí su auxilio el desconsuelo
 Halla del infelice
 Que debió á su nacer ménos ventura.
 Tus dones, tu ternura
 ¡Cuántas veces logró? ¡Cuántas al cielo
 Sus votos dirigió porque eternice
 Tu nombre, que bendice,
 Cuando oprimido de fortuna impía,
 El yugo le aliviaste en que gemía?
 Numen celeste, asísteme; te imploro,
 Y sea tu elocuencia
 De tan gloriosa accion digno instrumento.
 ¡Ay! que entregarla siento
 Á eterno olvido, con fatal desdoro
 De la virtud, si falta tu influencia;
 Que en su beneficencia
 Puro el justo varon; para ostentarle
 No hace el bien, y trabaja en ocultarle.
 Yo le vi, sí, le vi tierno mil veces
 Enjugar condolido
 Lágrimas congojosas en silencio.
 Aborto reverencio
 Tu grandeza, oh piedad que le enterneces,
 De verle yo tambien enternecido.
 Exclamo embebecido;
 Convoco el pueblo á la admirable escena;
 Y huye á la admiracion que me enajena.
 Porque nada á su pecho satisface
 La opinion, é igualmente
 La alabanza desprecia y vituperio.
 Tal ves injusto imperio
 La malicia sagaz, que contrahace

La virtud, logra, y gime el inocente
 Cual torpe delincuente.
 Quien al vago rumor su gloria fia,
 Bástale, sin virtud, la hipocresía.
 Bástale astuto cautelar sus vicios,
 Y aparentando celo
 Del comun interes, tratar del suyo.
 Este no es arte tuyo,
 Virtuoso varon. Los beneficios
 Dádivas son en tí. Dones del cielo
 El público desvelo,
 Ó el privado candor que en tí se admira.
 No es en tus obras la virtud mentira.
 Así tu propio ser reverenciando,
 La verdad y justicia
 Con amistad eterna te acompañan.
 Del suelo las extrañan
 La envidia vil y el interes nefando,
 Ciega lisonja á la mortal malicia.
 Del cielo tu propicia
 Voz descender las hace, á las dos grata;
 Por tí aun asisten en la tierra ingrata.
 En tí logran su templo; su almo culto
 La verdad en tu labio,
 Y su ara la justicia en tu entereza.
 Detestas la vileza
 De la venal lisonja, y nunca el bulto
 De ídolo indigno incienensas en agravio
 De tu consejo sabio.
 Sale tu mente á tu sencilla boca,
 Si inexcusable caso la provoca.
 ¡Qué vale el oro ni el inquieto mando
 Para que por su precio
 La integridad el hombre desestime?
 Aduló; subió; gime
 Timido; le acomete espeso bando
 De sobresaltos, ¡ay! verdugo recio
 Que él mismo buscó necio.
 El vicio le allanó la infiel subida,
 Y sin dicha y con él sufre la vida.
 ¡Ah! que sabrosa paz é inextinguible
 La sola virtud cria,
 Sea en despreciado albergue ó alto trono.
 El porfiado encono
 Ignora del pesar, y en apacible
 Reposo, ni le turba suerte impía,
 Ni su paso desvia
 Si desgajado el orbe le oprimiera;
 Inmóvil le esperará, y pereciera.
 Que es la constancia en su vivir cimiento
 Que á la virtud sustenta,
 Y no injuria el poder de la fortuna.
 No el oro le importuna;
 No la avara esperanza el sentimiento
 Turba de su candor, que insana ahuyenta
 La ambicion fraudulenta.
 Oro, favor, amigos, esperanzas
 ¡Qué son, sino halagüeñas asechanzas?
 Suaves asechanzas, que á lo justo
 Pone el hambre execrable
 Del dominio voraz que nos instiga.
 Fraudulencia enemiga
 Es ya la amistad santa, y en su angusto
 Nombre un tráfico reina abominable.
 Mérito miserable,
 Dilo tú; dilo tú, Thémis llorosa.....
 Mas ¡ah! que ni aun quejarse su voz osa.
 Sólo á tí vuelven su esperanza amarga,
 A tí, varon glorioso,
 Ante quien huye el interes astuto.
 No dádiva, tributo
 Es en tí la justicia: ni aletarga
 Su vigor el gemido doloroso,
 Sagaz ó temeroso,
 Del reo que execró naturaleza;
 Sentenciarás su pena y tu tristeza.
 ¡Oh cruenta maldad! ¡Oh desenfreno
 Del mando prepotente,
 Del feroz dominar de las pasiones!
 Pavorosas mansiones,
 Cárcelas negras en su horrible seno
 Animos aprisionan, cuya mente

Copia al Omnipotente.

¡Gran Dios! el torpe error que los abisma
Hace cruel á la clemencia misma.

Dulce, incorrupto amigo, tú, que subes
Con suelto pensamiento

Á la eterna region que al cielo honora,

Donde humillado adora

El universo, entre doradas nubes,

Al Dios que hace temblar su firmamento;

Pues su estrellado asiento

Abierto está á tu mente, y sobrehumanos

Á tí se hacen patentes sus arcanos;

Declara á la locuaz filosofía

Las altas voluntades

Del dueño de los hombres y los mundos;

Los decretos profundos

Del eterno saber, y cómo envía,

Cercada de virtudes y verdades,

No grey vil de deidades,

Mas pura religion al hombre impuro,

Norte y camino á su vivir seguro.

Ella precede á la razon incierta

Con antorcha brillante,

Sus pasos aclarando y dirigiendo.

Ella el ímpetu horrendo

Quiebra de la malicia, y desconcierta

La furia á los deseos, delirante,

Rebelde y repugnante.

¡A su Autor cuándo el hombre conociera,

Si á su turbado juicio se atuviera?

En su regazo la virtud reclina

El rostro, y el cuidado

La fia de esparcir sus justas leyes.

El poder de los reyes

Súbdito aquí se torna; aquí declina

Á adorar el mortal que es adorado:

Atónito, asustado,

Armada ve del rayo diestra eterna,

Y cae despavorido y se prosterna.

De aquí, cándido amigo, la justicia

Á tu seno descende,

Con la prudencia y la constancia unida;

No á que emule tu vida

La del héroe pomposo, que desquicia

La humanidad que sojuzgar pretende,

Mas ántes á que enmiende,

Justa ó piadosa, en obras inmortales,

Del heroísmo atroz los tristes males.

Mas ántes á que próspera detenga

Los bienes fugitivos

Que la humana locura de sí arroja,

El ceño desnoja

Á la airada virtud, y por tí tenga

Á su mando los ánimos cautivos.

No lánguidos, activos

Sacrificios la imploren en su templo;

Y en tí la religion dicte el ejemplo.

DISCURSO PRIMERO.

Ciencia del hombre.

¡Qué es el hombre (1), Damon? Naturaleza

Cierra el camino á la razon, oscura

Siempre que en busca va de su grandeza.

Tiene el hombre en sí mismo la ventura

Que hasta los cielos mismos le levanta,

Excelso sobre toda criatura;

Y ni á sí se comprende, ni quebranta

La ley que un tardo cuerpo le prescribe;

Peso forzoso que en su sér agnanta.

Aquella union del alma, por quien vive,

Con la materia vil, que en sí la encierra,

¡Quién, puesto que la advierta, la concibe!

Produce fértil la espaciosa tierra

Sujetos mil, que la razon alcanza

Cuando las sombras del error destierra;

Ya si en sabrosos frutos afianza

(1) Ningun estudio más fructuoso que el del hombre. (Esta nota y las siguientes son de FORNER.)

Á la vida, en la fértil primavera,

Del aterido invierno la esperanza;

Ya si allá en sus entrañas, no grosera,

Mas artifice diestra, labra y cuce

Del oro altivo la abundancia fiera;

Ya si con la república que ofrece

Sobre la hermosa faz de ocultas flores

El humano deleite favorece;

Y fácil respondiendo á los sudores

Del desvelo científico, no veda

Que entienda y goce el hombre sus favores.

Penetra la experiencia y desenreda

El ciego laberinto de las cosas

Que lleva el tiempo en la veloce rueda;

Y á las que son eternas, tenebrosas

Sombras han de cercar, que nos impidan

La luz de mil vigiliass laboriosas!

Los materiales entes que se anidan

En la mansion del mundo, y que oficiosos

Los simples elementos consolidan,

Nos harán con su ciencia venturosos,

En tanto que se ignora el que comprende

Íntiles arcanos, si gloriosos?

El ánimo inmortal, aquel (2) que hiende

De todo lo criado el artificio,

Entendiéndolo todo, no se entiende;

Porque ni de su sér el beneficio

Cultiva (3) cuanto debe, ni señala

Las leyes con que mueve su edificio.

El á la eternidad su esencia iguala,

Y obra como mortal en sus acciones,

Confundiendo la buena con la mala.

Tras esto, docto en enlazar razones,

Distingue las criaturas, y resuelve

De su sér por sus várias distinciones;

Y en tanto (4), ciego en sí, no desenvuelve

Las leyes de su esencia, que en acerba

Y tenebrosa sombra él mismo envuelve.

Posible es que ha de ser tanto prátava

Nuestra misera suerte, que ignoremos

La del mismo vigor que nos conserva?

No (5): dentro de nosotros conocemos

Que podemos obrar, y juntamente

Porque así ó de otro modo obrar podemos.

Se condena á sí mismo el delincuente

Recorriendo el proceso de su vida;

Mas con ella se goza el inocente.

Siente, concibe, piensa, con debida

Proporcion cuenta el hombre sus potencias,

Y un móvil reconoce de su vida.

Distingue en sus acciones diferencias,

Que deriva de orígenes contrarios,

De su obrar deduciendo sus esencias.

Compone, inventa, inquiere, y de tan varios

Ejercicios su mente el fin percibe,

Sin salir de sus medios ordinarios.

El árbol crece, fructifica, vivo;

Mas ni sabe que vive y fructifica,

Ni gobierna sus obras ó apercibe.

Pesadumbre ó placer el bruto indica

Si es objeto doliente ó deleitable

El que el sentido á su interior aplica;

Pero nunca se juzga miserable,

Ni dichoso se juzga, y ciego sigue

En su modo de obrar uno y durable.

Sólo el hombre, Damon, sólo consigue

Obrando comprender la accion que intenta,

Sin que á un constante obrar se ate ó obligue.

¡Cuál será nuestro mal? (6). ¡Quién nos ausenta

Tanto de nuestro sér, que nos extraña

De aquello que en nosotros se aposenta?

¡Quién nos lleva al error? ¡Quién nos engaña!

El hombre á sí se ignora, y entre tanto

Sabe el fin que á sus obras acompaña!

(2) El ánimo entiende mejor las cosas exteriores que su naturaleza misma.

(3) Primera causa de esto: el poco cuidado en cultivarse.

(4) Segunda, la oscuridad de las leyes ó modos con que obra.

(5) Con todo eso, no le falta el conocimiento de lo que necesita para obrar según su naturaleza.

(6) Teniendo este conocimiento, ¿en qué consiste que el hombre se engaña tan fácilmente en lo que toca á sí?

De un inútil saber el dulce encanto (1),
Robando el tiempo á la verdad sincera,
Su edad envuelve en tenebroso espanto.

El sabio entendimiento, que pudiera
Descubrir las verdades convenientes;
Si á ellas sus luces y vigor volviera;

Divertido en discursos imprudentes,
Se aleja de sí mismo, y ¡ay! se priva
De sus bienes más puros y excelentes.

La opinion le complace, y donde estriba
La verdad le es austero y enojoso:
A ella se niega, y el error le aviva.

Busquemos nuestro fin. Cuando dichoso
Logre medir la rutilante esfera
Suspensa en el espacio prodigioso;

Cuando, al lado del padre que modera
Lo que él mismo crió, formarse el mundo,
Tomar las cosas sus asientos viera;

Cuando fijo el planeta rubicundo
Dilatar desde el centro su madeja,
Ó dar en torno su esplendor fecundo;

¿Qué me puede servir? Allá se queja
Con profundo gemido el sentimiento,
Que por tornarse á su interés forceja;

Y dígame: ¿Cuál es tu pensamiento?
Te harán dueño del cielo sus medidas?
¿Darán en él el suspirado asiento,

Sus inmensas esferas reducidas
A tu cálculo fiel, ó al devaneo
De leyes á tu antojo preñadas?

Forastero en su patria, da el deseo
Rienda á la inquisición de otras razones,
Que sirven, no á tu bien, á tu recreo.

La industria con que mueves y dispones
La máquina del mundo á tu albedrío,
Cuando en tu pensamiento la compones;

El orden que en él ves, do el señorío
Luce de su Criador, acomodado
De tu ingenio soberbio al extravío,

¿Qué te sirve saberle, si olvidado
Del orden que te toca, en el ajeno
Pierdes la estimación de tu cuidado?

El universo todo no más bueno
Será porque averigües la constancia
Con que procede, de excelencia lleno.

No pende su valor de tu arrogancia:
Mano más poderosa le mantiene,
Que no debe su imperio á tu ignorancia.

Tu orden cuelga de tí: tu mano tiene
Aquí su imperio todo; aquí la torna;
No ya más de su oficio se enajene.

El falso gusto á la razón soborna,
Y la saca de sí: vuelva al destino,
Y ¡oh! estima la alta esencia que te adorna.

¿De un sér inmaterial, puro, divino
Gozas la posesión, y le abandonas
Por seguir la materia en su camino?

Mides el trecho de las cinco zonas
Que mudar no te es dado: en la cadena
De los entes creados te aprisionas,

Empeñado en seguir con docta pena
Un progreso inmutable, definido,
Que alterar puede solo el que le ordena;

¿Y el orden inmortal, que es concedido
En tu ánimo á tu imperio, no te mueve?
¿Cuándo el hombre del mando ha rehuído?

Allá Newton en su atracción se cebe,
Mientras tu en la virtud. ¿A sus colores
La humanidad qué beneficio debe?

No ilustran la virtud los resplandores
Del manto de la luz que se dilata
Del mayor á los orbes inferiores.

Al Señor que las cosas cria y ata,
Deja que las dirija. Tú á tí mismo:
Sin tí, tu orden se tuerce ó se desata.

En tanto, no curioso (2) en el abismo

(1) En que ponemos más cuidado en saber y averiguar lo que no nos importa que lo que puede hacernos felices.

(2) Aunque el hombre debe preferir el estudio de sí al de las cosas exteriores, no por eso debe averiguar en sí lo que no le puede ser útil, ó lo que es inavergüable por su constitución.

De tus misterios entres: tal codicia

Te dará de uno en otro barbarismo.

Convidó la ambición de la noticia

Á mil sabios ociosos, que perdieron

El tiempo, que él por sí se desperdicia.

En vana ocupación le consumieron

Por saber lo imposible: así mudables

Se apartaron en sectas, y opusieron.

Con torpe vanidad los miserables

La verdad invocaban en su abono,

Que yacía en sus senos inviolables;

Y inflamado en los bandos el encono,

Por mantener el odio ya heredado,

El mayor desatino halló patrono.

Lo que debe saber no lo ha ocultado (3)

Del súbdito mortal la Providencia,

Ni á su especulación juntó el cuidado.

Grita al rústico y sabio la conciencia

Con tono igual en lo interior del pecho,

Doctrina no fundada en experiencia.

Allá y acá en sus obras satisfecho,

El feroz africano, el europeo

Se encomienda á la paz, ó ya al despecho.

Más declina á las veces el deseo (4).

La ocupación del hombre aquí se encierra;

Aquí su ciencia toda, aquí su empleo.

¿Serás tú parte de la oscura tierra,

Por más que, en ella morador visible,

Reconozcas que su ámbito te cierra?

¿Aquel lazo común (5), lazo invisible,

Que liga el universo, y mudamente

Sus partes lleva en giro irresistible,

Ataráte también, puesto que atrente

Tal ley tu libertad? Si aniquilára

Tu sér el brazo eterno omnipotente,

¿El inmenso edificio vacilará,

Ó cayera en pedazos dividido,

Suelta la trabazón que le juntára?

No así agravies tu sér; no sin sentido,

Cual estoico fatal, tu servidumbre

Defiendas, doctamente envilecido.

Sacude la terrena pesadumbre,

Y llámate inmortal. Por tí contiene (6)

Sus dones este globo, el sol su lumbré.

El universo todo algún fin tiene,

Y este fin se halla en tí: tuyo es el uso;

La razón te le muestra cual conviene.

Quita al hombre del orbe: no confuso,

Más inútil véralle: sus esferas

Carecerán del fin que las dispuso.

¿Suplirán tu lugar las rudas fieras,

Materia organizada, parte viva

Del orden que en el todo consideras?

Más si entran en el orden, él las priva

Del uso. No en aquél tiene su asiento

Quien éste logra en la potencia activa.

No parte, habitador tu entendimiento

Del universo es. Dé á su grandeza,

Cuanto darle es debido, el pensamiento.

La madre universal, naturaleza (7),

No al ánimo sus leyes comunica,

Ni él tiene en sus enlaces su entereza.

Por sí vive y se mueve: multiplica

Sus obras voluntario, ó las reprime,

Y él mismo á sus decretos las aplica.

Arbitro de sí propio (8), ora deprime

Su grande dignidad, ó la levanta,

Segun la nota que en su obrar imprime.

Guardar un orden debe, y le quebranta.

¿Cuándo el sol de su eclíptica desierta?

¿Cuándo dió muestras de sentir la planta?

¿El bruto cuándo habló? ¿Cuándo despierta

(3) La Providencia ha hecho fáciles de saber las cosas que debemos saber.

(4) Pero ¿en qué consiste que, sabiendo todos los hombres cómo deben obrar, no obran siempre como saben que deben? El corregir esta contradicción debe ser el único y gran estudio del hombre.

(5) El hombre no es parte del universo en que existe.

(6) El mundo creado para uso del hombre.

(7) La naturaleza racional del hombre no está enlazada con la universal del mundo.

(8) De aquí le viene el ser ente libre.

La insípida materia vió en sus obras
Principio libre de constancia incierta?

Oh tú, alma libertad, cuando recobras
Al hombre de la esfera de los brutos,
Y en uno faltas, si en el otro sobras,
¿Habrá quien, al contar sus atributos,
Te ignore en sí, filósofo salvaje (1),
Sordo á sus interiores estatutos?

Escondáre en los montes: torpe baje
Hacia la tierra el rostro, y rumie el heno,
Y en vello trueque el adoptado traje.

Por tí el mortal de su grandeza lleno (2)
Su dignidad respeta; ó la corrompe,
No sin pesar que le remuerde el seno.

El tropiezo detesta que interrumpe
El orden de su sér, y le detesta
Por más que libre y sabidor le rompe.

¡Tanto ofender su dignidad le cuesta!
Mas tú eres, libertad, tú la que infamas
El error que por tí se manifiesta.

Grandes acciones en el pecho inflamas
Más rústico y servil: entorpecido,
A su estado primero le reclamas.

No para viles obras producido
Fué el ánimo inmortal; de su excelencia
No es propia la miseria en que ha caído.

No entretiene á una eterna inteligencia,
Sin degradar su sér, el torpe oficio
Que ofusca la memoria de su esencia.

¡De la sutil razon digno ejercicio
Vendrá á ser halagar en vil cocina
La gula del que compra su servicio!

El que en el orbe sublunar domina
En rizar un cabello afeminado
Su fuerza ocupará casi divina?

¡Para esto el sér eterno nos es dado,
La razon que se eleva, vuela y pasa
La inmensidad que abraza lo criado?

¡Sociedad, sociedad! (3), la justa tasa
Que aplicaste al discurso de la vida,
Con su altura tal vez no se compasa.

Cara seguridad en tu acogida
Compra el hombre, si el tímido recelo
A oprimir su grandeza le convida.

¡Oh cuántas grandes almas sobre el suelo
Empujan el arado, y rudamente
Yacen esclavas del civil desvelo!

Y ¡oh cuántas que autoriza el eminente
Grado, si se consulta al de Estagira,
Mostrar el clavo deben en la frente!

Mas la culpa es del hombre (4): él se retira
De su bien, y se labra sus prisiones:
El contra su igualdad trama y conspira.

Con virtud me le da (5): los eslabones
De la civil union sueltos quedaron;
Inútiles sus leyes é invenciones.

Los vicios, no los hombres, sujetaron
Los que á vida civil los redujeron,
Y á una ley y á un poder los obligaron.

Rey á los vicios, no á los hombres, dieron:
Juntáronlos en pueblos las maldades,
Donde á obrar concertadas acudieron.

Las cúpulas que elevan las ciudades
Susténtalas la iniquidad; sin ella
Nos llaman hacia sí las soledades.

Donde segura la virtud descuella,
Desatada y gozosa, y libremente
Políticas prisiones atropella.

Trocóse en negocioso el inocente
Camino del vivir; y hasta en el vicio
Añadió la invencion traje aparente.

La virtud (6) no conoce el artificio,

Y se avergüenza, como va desnuda,
De parecer en el civil oficio.

¡Quién es el hombre que su sér ayuda
Hasta llevarle á su perfecto extremo,
Sin que ántes bien á degradarle acuda?

Fatigase en mover el grave remo (7)
De la vida, y trabaja sin descanso
Por ser ladrón, adúltero ó blasfemo.

¡Por obrar con maldad tanto me canso?
¡Trabajosa malicia me es más grata
Que un justo proceder tranquilo y manso!

Filósofos divinos, á quien trata
Benigna la razon, la gran potencia
Que el alto sér del Hacedor retrata;

Si hay entre el hombre y bruto diferencia,
Y en el hombre algun orden, y este acaso
Consiste en la virtud y su excelencia,

Responded (8): ¡por qué siempre tuerce el paso
De su orden el mortal, y en las virtudes,
Si no falta, á lo ménos anda escaso?

Traicion, hurto, avaricia, ingratitudes,
Falsedades, engaños, guerra, y cuantas
Ejerce la maldad solicitudes,

No debiendo ser una, ¡por qué tantas
Serán, pues no en el hombre se nivelan
Al sér á que, oh gran Ente, le levantas?

Para errar torpemente se desvelan (9),
Mientras que ménos tiempo yo consumo
En creer lo que del cielo me revelan.

No es saber con verdad, cuando presumo
Que puede ser así: fúndase en esto
La humana ciencia, y se resuelve en humo.

Sólo sé que conozco descompuesto (10)
Mi sér, y obscurecida su alta esencia;
Y está en mi arbitrio el dirigirla puesto.

Si á la virtud me llama la conciencia,
Y la debo oponer á las maldades,
Esta es del hombre la sublime ciencia;
Las demas, vanidad de vanidades.

DISCURSO II.

Imposibilidad en que se halla el entendimiento de alcanzar
la verdadera noticia y culto de Dios.

Oh tú, santa verdad, verdad divina,
Excelso bien, que la miseria humana
Conduces sola al inmortal descanso;
Tú, que mueves el flaco entendimiento,
Y haces que el hombre de su sér mantenga
La augusta dignidad, que en él contiene;
Pues por tí, sacudiendo el torpe sueño,
La razon ejerce, así mostrando
Cuando inquiere las causas de las cosas,
Que es ella de su sér el distintivo:
Desciende ya de la mansion etérea,
Que esconde tu valor á los mortales,
Y tu vigor en ellos comunica:
Desciende ya, y las alas encogidas
Despliega por la esfera transparente,
Y tu vuelo á los hombres se encamina,
Por más que de su vista te distraiga
Haber sido una vez ya despedida.
Bate, bate las alas prestamente,
Y sella con la planta de diamante
Este oscuro edificio que habitamos,
Oscuro por tu ausencia. Sus tinieblas
Desharás; y esparciendo tus reflejos
De lumbré perdurable, hasta el abismo,
Santa verdad, arrojarás las sombras
Que á la esencia del hombre contradicen.

Su labio invoca tu Deidad airada
Cuando en el vano sacrificio pierde
Los humos con que anubla tus altares.

(1) Se igualan á los brutos los que niegan la libertad.
(2) La gran dignidad del sér racional consiste principalmente en esta potencia.

(3) El abuso de la sociedad civil ha degradado mucho al sér del hombre.

(4) Pero la culpa ha estado en él.

(5) Haya en el mundo una virtud universal, y no habrá sociedades civiles.

(6) Pero ha llegado á tanto el mal que la virtud cede á las invenciones de los vicios.

(7) Ocupaciones miserables del hombre.

(8) No siendo los vicios conformes al orden del hombre, ¿por qué se ejercitan tantos?

(9) La razon no puede por sí alcanzar la causa de esto. Debe sujetarse á un oráculo más seguro.

(10) Sabiendo el hombre que está depravado, y que tiene libertad para mejorarse, sin introducirse en los arcanos impenetrables del Criador, su estado debe reducirse á mejorar su sér,

Oyes el ruego, y á los ruegos sorda,
 Gozándote en tí misma, ni te inclinas
 Los votos, ni los humos reverentes
 Que del saqueo aroma se levantan
 A llamarte en espesos remolinos,
 Atraen tu presencia desde el cielo,
 Do en quieta paz tu posesion obtienes.
 Mas vén, santa verdad; que no son todos
 Malvados en la tierra. Pechos justos
 Su ruego envían á tu sorda oreja
 Con puro labio y con deseos puros.
 Ellos son los que llegan á las causas
 De los prodigios que en el mundo admiran,
 Con docto miedo y reverente paso.
 Ellos son los que nunca á Dios usurpan
 El poder, á su antojo fabricando
 Vanos mundos, ó atando á sus discursos
 Las leyes con que dura el universo.
 Ellos son los que, tímidos, no tocan
 Los misterios al hombre inaccesibles,
 Y sólo aspiran á saber aquello
 Que el justo cielo á la razón permite.
 Ellos son los que estudian en sí mismos
 Hasta dónde su espíritu se alarga,
 Y nunca niegan porque nunca alcancen
 El ser ó la razón de lo que inquieren.
 ¿Y á éstos se niega la verdad? ¡Ah! «En vano
 »Pródiga al hombre dió naturaleza
 »Estímulo al saber, y entendimiento
 »Que á lo íntimo penetre de las cosas,
 »Si nunca en ellas la verdad se muestra.»
 Mas ¿quién á la Deidad omnipotente
 Las causas pide de la ley que impone?
 Este ser le debemos, que pudiera
 Negarnos, reduciendo nuestra esencia
 A no parecer nunca entre las cosas;
 Y razón de sus obras todavía
 Al árbitro pedimos de las nuestras?
 Atento el hombre á su miseria un tiempo (1),
 Con diestra mano y reflexión aguda
 Socorros sólo á su vivir buscaba,
 Que al frecuente peligro se opusiesen.
 Del veneno el antídoto formando,
 Contra el tiempo y las fieras, en las fieras
 Defensa halló y abrigo juntamente.
 Sembrados mil groseros edificios
 Por el campo espacioso, como brillan
 Engastados los fúlgidos luceros
 Por el cerúleo cielo en clara noche;
 No á la soberbia ostentación, ó á aquella
 Que en la urbana ambición halló disculpa.
 Civil magnificencia dedicados;
 Mas sólo al beneficio de la vida,
 A mil familias inocentes daban
 Mansion á su inocencia conveniente,
 Domesticar el rústico novillo;
 Romper la frente á la fecunda tierra,
 Para que, más fecunda, de sus dones
 Hiciese alarde en el enjuto estío;
 Acostumbrar las simples ovejuetas
 A la voz del zagal; torcer la margen
 Al risueño arroyuelo, y con sus aguas
 Fecundar las hidrópicas legumbres;
 Ciencias fueron, si bien no muy sutiles,
 Que hicieron por lo ménos venturosos
 A los que en sus progresos se ocupaban.
 Poder vivir exentos del peligro (2)
 Fué la ciencia primera de los hombres.
 Halladas las defensas, y seguros
 Ya del riesgo continuo, sin tardanza
 Tornáronse á buscar lo que ofreciera,
 No ya seguridad, sino regalo
 Y deleite tal vez, que compensase
 Los males compañeros de la vida.
 La docta poesía, entonces presta
 Su esfera celestial desamparando,
 En traje, no pomposo, mas sucinto,
 Y tal que delineaba de sus miembros

La hermosa proporción y compostura,
 Bajó á la tierra en encendidas alas,
 Y esparciendo su lumbre prodigiosa
 Por los tranquilos pechos, inflamados
 Prorumpieron en himnos, que á las aves
 El canto no aprendido interrumpían.
 ¡Ay! ¡y cuán presto convirtió en desgracias
 Sus venturas el hombre. (3) Aquel deseo
 Que á hacerle venturoso le llevaba,
 Vino á hacerle infeliz. Introducida
 La mísera discordia en sus moradas,
 Enajenó los ánimos unidos,
 Y abrió el camino á la sangrienta guerra.
 Los que ántes aguzaban el ingenio
 Para alargar la edad, y mantenerla
 Exenta de molestias y peligros;
 Vueltos ya contra sí, buscaban artes
 Con que acabar la edad, ó reducirla
 A caducar en juveniles días.
 Entre el estruendo del clarín agudo
 Corrió el tiempo, pisando, en vez de selvas
 Habitadas con paz y regocijo,
 Corvos escudos, sanguinosas mallas
 Y carros rechinantes: cual de Marte
 La corrida feroz nos representa
 La mítica creencia del griego,
 Cuando blandiendo la fornida lanza,
 Y ceñida la cota de diamante
 En la cruda batalla se embravece.
 Sus cúpulas alzaron las ciudades,
 Y los soberbios montes trasladados
 Subieron en los grandes edificios,
 Que levantaron la ambición y el arte.
 Entonces fué (4) cuando aspiró el deseo
 A saber lo imposible. En la abundancia
 Reinó el ocio; y el ocio no contento
 Buscó solicitud, que alimentase
 La inquietud con que el ánimo nos mueve.
 Oh tú, necesidad, ¡por qué cesaste
 De aguijar el conato de los hombres! (5).
 Tú de las artes útiles maestra,
 Sin enredarnos entre oscuras dudas,
 Nos dejaste preceptos, que conservan
 Y deleitan la edad que nos es dada.
 Cesaste de afigirnos; y el que un tiempo
 En la verdad, abierta á sus sentidos,
 Halló remedio y ciencia juntamente,
 Falto de ocupación, su entendimiento
 Convirtió á mil objetos reservados,
 Y de sabio que fué, se hizo adivino.
 La verdad, fugitiva, acostumbrada
 A morar en los pechos laboriosos,
 Visto el trastorno del mortal desvelo
 Que á la curiosidad todo se daba,
 Subióse al cielo, y nos dejó en castigo
 La ambición de saber. Livianas sombras,
 Que su traza y figura representan,
 Esparció por la esfera que nos cife,
 Las cuales, discurriendo por las cosas,
 Prestasen pasto á la razón soberbia.
 Pacífica en su reino, desde el sállo
 Que goza allá en las célicas regiones,
 Vió con risa á los doctos de la tierra
 Cazar ansiosamente sombras vanas,
 Y afirmar su verdad muy satisfechos.
 Los dividió el engaño (6): desde entonces
 Ahuyentada la paz, que escasamente
 Su lugar en la tierra mantenía,
 Sucedió la discordia, y todo el orbe
 Fué con sangre y disputas inundado.
 La defensa del límite adquirido
 Dió el acero á la mano; y la codicia
 De igualarse al Autor que entiende solo
 Las causas de las cosas que produjo,
 Al labio dió el sofístico ejercicio:
 Cedió la paz, cedió la verdad santa,

(3) El deseo de hacerse feliz hizo infeliz al hombre.

(4) En este punto fué cuando nacieron las ciencias de conjeturar.

(5) Convertidos á inquirir lo inabarcable, los hombres se imposibilitaron de hallar más verdades.

(6) El inquirir lo inabarcable fué la causa de la diferencia de opiniones; y ésta, de las disputas.

(1) Primera ciencia de los hombres: asegurarse del peligro.
 (2) De la reputación del peligro se pasó á la inquisición de la comodidad y regalo.

Y obstinándose más en sus contiendas
El linaje mortal, al fin se hicieron
La guerra y la opinion reinas del mundo.

De una y otra el tiránico dominio
Siente la religion (1). Cuando la guerra
El fuego aplica á las paredes sacras,
Y hace que de los templos las columnas
Tiemblen, y caigan entre espesos humos
Los techos desquiciados, oprimiendo
Con su peso los santos simulacros
Del Señor, por quien somos lo que somos.
Cuando iracunda, con sangrienta mano
Derriba de las aras venerables
Y destruye en livianos desperdicios
Las imágenes mismas del que vela
Sobre nuestra entereza, y la mantiene,
La opinion insolente con altiva
Cerviz, cual si se abrieran á sus ojos
Las íntimas entrañas de las cosas,
O cual si á sus decretos inclinára
Su torno el mundo, ó se rasgáran leves
Los velos celestiales á su vista,
Con ella hasta el retrete penetrando
Donde tienen las causas su principio,
Libre pronuncia, y sin temor decide
Cuanto el antojo á su invencion ofrece.
Repartida en los juicios de los hombres,
Con furor filosófico en algunos
A su ley las eternas sujetando,
Se atreve á la Deidad, y de su esencia
Describe el modo y la razon, no ménos
Que si Dios de su sér deudor le fuera.
Aquí á las aras se abalanza, y de ellas
Arroja las ofrendas que tributa
La criatura al Criador: enfierecida
Con la razon prestada, al Ente mismo,
Que prestársela quiso, desconoce.
Allí, desvaneciendo las noticias
Que al juicio de las gentes son comunes,
En la virtud y en la maldad deshace
Su intrínseco valor, y las iguala:
Cual si al hombre, el mejor de los vivientes,
Faltára un orden, cuando en sí le muestran
La fiera, el ave, el árbol, la torpeza
De lo mismo insensible, y en sus giros
La esfera rutilante, do anegados
Los nunca errantes astros, mudamente
Obedecen la ley que recibieron.
¡Siquiera aquellos, deteniendo el curso (2)
De sus vueltas durables, no traxeran
Consigo el tiempo en que á la luz nacimos!
La piedad otro tiempo combatida
Por el amor á las costumbres viejas,
Lo es hoy por la malicia. Como suelen
Con súbita presteza y á menudo
Nacer vanas ampollas en el agua,
Cuando rompe violenta sobre piedra
Que enfrena su corriente y la resiste;
Así por todas partes discurriendo
La opinion, en la piedra tropezando
Donde el ara divina se sustenta,
Que el Dios ungido levantó y defiende,
Ampollas filosóficas engendra
Que combaten el ara: mueren unas,
Y otras suceden, y otras; pero el ara
Erguida y firme, cual sagrado Olimpo,
Alza sobre ellas la serena cima.
Siglo infeliz, ¡la gloria de tus letras
Estriba sólo (3) en que los hombres nieguen
Que el Ente más feliz á sus criaturas
No hacer felices quiso! Un culto pueblo
Dejará de ser culto porque ignore
Que la Deidad que el universo mueve (4),
Es el mismo universo, transformada
La materia en figuras diferentes?

(1) La religion, no ménos perseguida por las opiniones que por la guerra.

(2) Nuestra edad, más insolente que otra alguna en este linaje de persecucion.

(3) Los que niegan ó no admiten la revelacion; esto es, los deístas antiscriturarios.

(4) Los materialistas.

El rústico hotentote, el rudo scita,
El que del hombre en cautiverio habido,
Hombre él abominable, hace alimento,
Perderá su rudeza cuando alcance
Que es necesario el mal (5); que los mortales,
Aprisionados en fatal cadena,
Matan, roban, engañan sin su culpa,
Puesto que Dios en la eleccion primera
Elegió el más perfecto de los mundos,
Y es necesario el mal en lo perfecto?
Admirable sofista, tú, que gritas
Tu celo por el bien de los humanos;
Por vida tuya, cuando agudo empleas
La intencion de tu espíritu en mostrarnos
Que es de su religion árbitro el hombre,
En qué máquina, dínos, descendida,
Vino á hacerte partícipe dichoso
De sus designios la Deidad eterna?
«La razon diligente, que descubre
»Los grados de las cosas, me amonesta
»Que hay un Dios, y á ese sólo adorar debo» (6).

Mas, ¿cuál es ese Dios? Platon divino,
Sutil Estagirita, respondedme.
Tú, rígido Zenon; tú, de un vil huerto
Ocioso agricultor, donde el deleite
Se levantó á opinion, de torpe vicio;
Venerables filósofos, vosotros
A quien no puso miedo el rayo ardiente
Del Jove tronador, ni en quien el hijo
Vengó jamas con la sacra airada
La burla de los pithicos furoros
En el mímico oráculo de Delfos;
Ea, pues la razon fué vuestro norte,
Y, conducidos de ella, el universo
Desentrañasteis todo, señalando
Las leyes inmutables en que libra
Su duracion; si pueden vuestros juicios
Convenirse una vez, decidme todos:
Yo debo un culto á una Deidad suprema,
¿Cuál es esa Deidad? ¿qué culto pide?
¿Os dividís? ¿Ninguno así conviene
Con el sentir del otro? Conocemos
En fin que sois filósofos (7). Si es dada
Al hombre la razon para que alcance
Lo que más á su sér es conveniente;
Si á todos es comun, si todos piensan,
Si raciocinan todos, ¿por qué causa
No todos de una suerte raciocinan?
¿Podrá, por cierto, el hombre en sus conflictos
Implorar el favor, más que de Jove,
Del oscuro (8) Egemonico del mundo?
¿Los inútiles entes (9), que dormidos
Allá en los intermundios tenebrosos,
En ocio yacen, sentirán sin duda,
Cuando Apolo sus víctimas usurpe,
Que á ellos sus votos el mortal no envíe
Para que nunca en su cuidado entiendan?
¿Vendrán mejor las aras al esclavo (10)
De la suerte inviolable, al que obedece
Al Hado á quien las cosas obedecen,
Que al que sobre la concha el mar gobierna
Con húmedo tridente y voz hinchada?
Y tú, Platon (11), ¿qué dios nos determinas
Entre la muchedumbre de tus dioses?
Mas, ¿qué busco en vosotros, si buscando
Tambien cual yo, dudais lo que no dudo?
Conocisteis el bárbaro ejercicio
Del torpe Sacrificio (12); el incienso
Negásteis á los bultos impudentes
Del ídólata ciego; y entre tanto,
Queriendo hollar la incomprendible senda

(5) Los optimistas.

(6) La razon suficiente para conocer y adorar á Dios, segun la vana filosofia.

(7) Los filósofos jamas se han conventido en señalar la naturaleza de la Deidad.

(8) Deidad estóica.

(9) Dioses epistóicos.

(10) Dios peripatético.

(11) Platon, gran fabricante de deidades.

(12) Conocieron la ridiculidad de los dioses gentílicos, y sustituyeron otros tan ridiculos por lo ménos.

De conocer á Dios, nos enseñasteis
Dioses más torpes que los torpes bultos :
Ved la deidad que la razón descubre.
Más temeraria, y disculpable ménos,
Hoy en sus yerros la razón se aplaude (1),
Fácil creyendo que su fuerza eleva.
Pudo en su Estoa, en su Academo, un sabio
Destituido de la voz divina
Resbalar al error, cuando sujeto
Al engaño común, á los vulgares
Doctos errores, de verdades falto,
Sustituir en su enseñanza quiso.
«El Dios supremo (Jenofon decia),
«Que mueve todo, y poderoso rige
«El esclavo universo, declarado
«Bien en sus obras su poder descubre :
«La forma, el sér, de oscuridad ceñido,
«Se niega á los mortales.» Por ventura
Será ninguno tu saber, si el juicio
De lo que el cielo te reserva apartas ?
Pero es soberbio el hombre. Ni le vencen
Claros estorbos que en sus luces toca,
Ni crédito da á Dios, si de otra suerte
Áspera ménos su ignorancia instruye.
Cuanto me admira que en la Grecia un tiempo
No fuese el seno de los sabios todos
La escuela de Pirrón, tanto me admira
Que se hallen hoy celebros que antepongan
A firmes dogmas opiniones vanas.
Vino ya el tiempo, ¡ ah ! vino, en que del cielo
Recibimos la voz. El dueño, el padre
De los hombres, benéfico, los hombres
Trasladó á la verdad. «No es Dios el mundo,
Dijo; no el fuego artificioso y sabio
Insinuado en él. Torpes ideas,
Ciegos errores, que inventais deidades
Aun al hombre inferiores, resumidos
En humo, en nada, el miserable suelo
Descargad de vosotros; y hermanadas
Las gentes una vez, desde la plaga (2)
Que el austro hiela, al círculo contrario,
Sólo mi nombre, el verdadero, reine.»
Corrió á la voz la docta muchedumbre
Que en la esperanza de mejores dogmas
Herédó al cierto Sócrates. Eterno,
Inmenso, inmaterial, omnipotente
Desde aquel punto, indubitable, á todos
Compareció el gran Númen; cualidades
Que ántes dudaba ó disputaba el docto.
¿Qué pretendéis, filósofos impuros,
Que así de esto os burlais? Id en buena hora
Id y adorad vuestras ideas vagas
Y caducos sistemas. Pero en tanto
No á la verdad atribuyais abusos,
Que el instrumento por quien obra, causa.
Víctima el hombre de su esencia, humilde
Sirve á sus leyes. La razón (no hay duda)
Sólo en la tierra pasajera alcanza (3)
Cuanto es en sí la adoración que debe.
¿Qué importará que un misero Teodoro
La Deidad desconozca, si humillado
Desmiente el mundo su impiedad risible?
Incita al pueblo á la piedad el labio
De un Hérmes, de un Ion : sin resistencia
Levantán aras al oculto númen
Que adoran y no ven, y que pervierten
Por causa triste de mortal flaqueza.
Al cielo elevan reverentes templos,
Monumentos soberbios que atestiguan
Su encogida humildad, donde hermanados,
No añadir gloria al que de toda es padre,
Dueño y dispensador; mas ántes sólo
Con voto unido á agradecer acuden
El sér que deben al que darle quiso.
Los hombres mismos que de Dios admiten
Fáciles la creencia, el culto, instados

(1) Los antiguos, más disculpables que los modernos en sus errores de religión.

(2) FORMER usa aquí la voz *plaga* en la acepción geográfica de zona. (Nota del Colector.)

(3) Los hombres alcanzan, por la razón, que deben adorar á un Dios; esto es, tienen la idea de la religión.

Del Hérmes, del Ion ; sordos al mando
De su voz cuando excita las virtudes,
Objeto sabio de sus sabias leyes,
Repugnan duros, y obatinados huyen
El santo freno, ó con furor le rompen.
¿No me dirá del inmortal Lucrecio
La elocuencia mortífera qué causa
(Pues tanto en ellas su desvelo pierde)
Hace que el hombre á la piedad se rinda,
Y niegue á la virtud? Si de las altas
Regiones asomaba amenazando
La religión ceñida á los mortales,
¿Por qué no huyeron el aspecto horrible,
Cual el de cruda y carnícera peste?
Desatinó el sofístico poeta.....
Mas ¿cuándo no un poeta y un sofista?
La religión, si entre el etéreo velo
De la suma región tal vez al mundo
Descubrió su semblante, no ceñida,
Mas dulce y blanda, á la mortal flaqueza,
Que escuchaba en los hombres, clamaria :
«Mercenaria familia, siervos libres,
Entes creados, pues de serlo habita
La noticia en vosotros, por decreto
Del que en la grande sucesión de cosas
Con la *razón* y *voluntad* de cuantas
Pueblan el suelo os distinguió benigno.
Pues conocéis que la existencia vuestra,
Generosa entre todas, de otra mano
Procede y la debeis, reconocedlo.
Restituid al cielo el beneficio
En digna ostentación de sus bondades.
Ni ya sin ellas el aliento vuestro
Respira con la vida : atados siempre
Al arbitrio supremo, el sér camina
Que vivís obediente al Sér inmenso.
El os mantiene, os continúa, en tanto
Que os espera en su trono, por la tierra
Derramados llenando sus designios.
Si os dió razón, para formaros dignos
De gozarle os la dió. La tierra, el orbe,
La milagrosa y enlazada á un tiempo
Variedad con que puebla sus espacios
El hermoso universo, no á prestaros
Noticia del gran Ente se dirigen :
El con carácter indeleble en todos
La grabó, cuando os vió la luz primera;
Mas en la unión del admirable mundo,
Que mantuviérais pretendió, admirando
Su infinito poder, alta memoria
De su existencia y dependencia vuestra.
Llenad la tierra de su gloria. Cifnan
Cóncavos templos los doctos santos
Enviados al cielo : simulacros,
Araas, ofrendas, y del pueblo electa
Y pura parte en ministerio justo
Muestrén que sois agradecidos cuanto
Que lo seais el Criador requiere.
¡Oh voz mal escuchada! ensordecida,
El eco acaso entre las gentes sólo
Duro, ofuscada la razón primera (4).
Porque esparcido, y á confines ciertos
Reducido el linaje de los hombres,
Bien que obediente á la impresión, del cielo
Venerase el poder; de la alta esencia
Así trocó la puntal noticia,
Que respetando el natural impulso,
A objetos viles consagró los votos
Al Ente inmenso y su virtud debidos.
¿Fueron exentos del error frecuente
Los que en el hondo meditar libraron
Su crédito perpétuo? En mil escuelas
Mil dioses. ¿Ni en qué modo al cierto Númen
Grato sería el ofrecido obsequio
A imaginarios númenes? Crisipo,
¿Cuál es tu dios? El Ether invisible,
Empero material, que ardiente ocupa
Y vivifica el universo todo.
Mas si es diversa del que el orbe rige

(4) Pero la razón no alcanza á conocer cuál es, y cómo, el Dios que debe adorar.

La esencia, la virtud, ¿tú por ventura
Le adoras? No en el nombre solamente.
Se funda la piedad. Si reverencias
A Dios, cual es reverenciarle debes:
De otra manera, á tu celebro adoras.

Ved el poder de la razon. De dioses
Inundada la tierra. De principios
Llenas las sectas: divididas todas
En señalar la potestad del Ente,
Su término, su sér. Esto ¿qué indica?
Inclina al hombre la virtud: de gozo
Baña su frente en téatral engaño
Si el virtuoso, aunque fingido, triunfa.
Ve la malicia su malicia en otros,
Y los murmura. La conciencia admite
El sentimiento á su ejercicio impuesto.
En tanto el hombre, la virtud loando,
Vive en los vicios. Á su hermano engaña
El que se enoja si á engañarle llegan.
Roba el ladrón, y mata vengativo
Al compañero que sus hurtos roba.

Sofista oscuro, tu soberbia humilla,
Y retratada en mil varones sabios
Ve tu fragilidad: si reconoces
En ellos tu razon, los extravíos
Que van con ella; á la piedad traslada
(Si de ella sabes) el succeso mismo.
Inclina al hombre el sentimiento santo (1)
Que á la sublime adoracion le guía:
Sigue el impulso, erige los altares:
Pero en el punto de poner sobre ellos
De una deidad el bulto ó simulacro,
Tuerce el destino, y en la basa apoya,
En vez de un dios, una serpiente inmundada,
Un rudo bucy ó un vil facineroso.

Sócrates, tú el resuelto, el que igualmente
A los supersticiosos perseguiste,
Que á los sofistas y habladores vanos,
Responde: en juicio al Areopago (2) arrastra
Tu persona Melito. Las deidades
En quien sus esperanzas deposita
La ciudad, mofa Sócrates, y á solas
A extraños lares en su casa incienso:
De impío le acuso. Satisfaga al cargo,
O sin tardanza la cicuta beba.
¿Cuál es tu excusa? «La Deidad, oh jueces,
Aunque una sola, en semejanzas varias
Al culto humano presentarse puede;
Mas no, alterada su inefable esencia,
En ridículos entes colocarse.
El cierto culto, pues á Dios se ofrece,
Negocio es suyo el prescribirle. Cosas
A Dios pertenecientes, á él tan sólo,
Que en sí las tiene, declarar es dado.
¿Por medio cuál comprenderá á lo inmenso
Lo limitado en cárceles caducas?
Mi genio,....» A la cicuta: al pueblo niega
La potestad de reprobar los dioses
O aprobarlos al culto. La malicia
Triunfó en fin. Murió Sócrates á instancia
De la supersticion. Pero si el cielo
Segunda vez en nuestro siglo el sabio
Restituyera al mundo; si resuelto,
Si doctamente sincero, cual ántes,
Ante algun Gorgias de la edad presente
Lo que ante el Areopago disputara;
Si á Dios fiara la noticia cierta
De lo que es su deidad, esperanzado
De saberlo por él, bien convencido
De la angostura de su juicio; ¿pobre,
Pobre Sócrates! presto á la cicuta
Le llevarán incrédulos Voltaires,
Cual crédulos Melitos en su tiempo.

(1) Ni ménos el culto verdadero.

(2) Los que se llaman filósofos, no ménos fanáticos en sostener
sus opiniones que el vulgo sus creencias vanas.

DISCURSO III.

Corrupcion del hombre.

¡Oh vosotros, espíritus agudos,
De atinada razon y juicio entero,
Profetas enviados á la tierra
Para enseñarla y reformarla en todo!
Vuestro iniciado soy, catequizadme.
Hé aquí ya desechados los despojos
De mi primera educacion: al templo
De la razon me acojo, suspendiendo,
Con voto á la verdad, en sus columnas
Sentencias y opiniones adquiridas
En el falso comercio de los hombres.
Yo debo el sér á otro poder, y debo
Sujetarme á las leyes que conpíen
Al órden que me dió la excelsa mano.
La bestia solitaria, las que imitan
La humana sociedad en sus cattervas,
La ave que rompe el invisible velo
Del líquido elemento que nos ciñe,
Los entes todos que á formar conspiran
La enlazada república del mundo,
Diversos todos en obrar, mantienen
El órden singular que les es dado
Constantemente, y como el ciego sigue
La senda de la mano que le guía.
Si yo tambien entre los entes tengo
Asiento señalado, y mis acciones
Conspiran á algun fin, aquí os invoco:
¿Cuál es el órden de mi esencia? ¿cuáles
Las leyes que á mi término me llevan?

«Ejerce la virtud, y á un Dios adora.
Mas ¿quién me guiará? Mas ¿por qué causa,
Si es mi órden la virtud, quebranto ó tuerzo
Tan fácilmente el proceder de mi órden?
¿Qué os dice la razon? Yo, miserable,
Traigo conmigo á la cansada vida
La persuasion de la virtud impresa
En las íntimas tónicas del alma;
Y siendo ésta mi ley, causa ligera
Opono á su observancia las pasiones
Que trastornan mi estado, y al delito
Me inclinan ó me arrastran, cual si fueran
El órden de mi esencia las maldades.

¿De dónde en mí la inclinacion al vicio?
¿De dónde en mí que involuntaria casi
Resbale á la maldad súbitamente
La fácil voluntad, como pudiera
En deleznable hielo incauto niño?
¿Será que Dios, el justo, el bueno, el sabio,
Dar quiso sér á un ente en quien la fuerza
Que induce á quebrantar la ley prescrita
Avasallase al infeliz principio
Que á la observancia de la ley induco?
¿Tiránica creacion! Y predicando
Tal deidad los sofistas, ¿decir osan
Que un tirano en su Dios el fiel anuncia?
¿Miserable razon! si se dirige
Por tu trémula luz el pensamiento,
Nada se arroja á establecer del órden
Que impuso el Hacedor en sus criaturas,
Sin que, ó no Dios, ó injusto, le presente.

Confusa tropa de ignorantes sabios
Ansiosa acude; con ardiente ahinco,
Por socorrer mi indecision, furiosos
Asen de mí, y á la region me llevan
Donde en su trono la opinion reside.
Lóbr: ga sombra en tenebrosa noche (3),
Cuando, cubierto de preñadas nubes,
Lúgubre esconde su semblante el cielo,
No es comparable á la en que eternamente
Aquel triste lugar está sumido.
Espeso bulto de cerrada niebla
Del centro se levanta, que á los ojos
Dudosamente su apariencia envia;
Del cual cercado y ofuscado el trono,
Desde él, señora la matrona vana,
Con soberano ceño á sus esclavos
En equívoca voz sus leyes dicta.

(3) Region de la opinion.

Cerca del trono abominable tienen
 Perpetuo asiento la Arrogancia hinchada,
 La fúaca Envidia, y el Desprecio adusto;
 Y en torno dél con alas nunca ciertas
 Vuelan en forma de malignos genios
 Los falsos Pensamientos, prontos siempre
 A inspirar la erección de los sistemas:
 Fieles ministros de su reina, al gusto
 De ella se ajustan y en sus siervos obran
 Efectos á su oficio semejantes.
 Ella, celosa de su imperio, á todos
 Por la verdad se vende; y ellos, ciegos
 Por la verdad, con sumisión la adoran.
 Pusiéronme á su vista, y dirigiendo
 Á mí su voz, « Mancebo, los mortales
 Por mí (dijo) su nombre inmortalizan.
 La ciencia en mí reside; mis decretos
 Sagrados son; el misero que pruebe
 Refutar su verdad, como execrable,
 Sufrirá la venganza de los mios.
 Yo sé que en tí con ánsia el gran deseo
 De hacer tu gloria perdurable asiste,
 Y que á este fin elegirás ufano
 Medios valientes, que el heróico pecho
 Del vulgo aparten y tu gloria afirman.
 Fia de mí. El tumulto de las gentes
 De su ignorancia en los civiles partos
 Se ocupa firme, y cuanto así dispone,
 O al cielo lo atribuye, ó de su esencia
 A la seguridad que en todo busca.
 Búrlate de él; y aniquilando estilos
 Vulgares en la tierra, mis decretos
 Propaga audaz, si á mi favor aspiras. »
 Calló. Yo, simple, persuadido espero
 Recibir el oráculo. A este punto
 Vuelvo la vista á la region oscura,
 Y en torno la rodeo; y afanado
 Trasveo por la sombra un gran tumulto,
 No bien distinto á la ofuscada vista,
 Que busca la verdad entre tinieblas.
 En este instante desde el pardo trono
 Se oyó la voz de la matrona. Todos
 A ella se vuelven en tropel confuso;
 Faltos de luz, acelerando el paso,
 Unos en otros tropezando, caen,
 Y no por eso la arrogancia pierden.
 Suspensio todo; la opinion entónces,
 « Hijos (les dice), deshacer errores,
 Sin que á un error deshecho sustituya
 Nueva verdad el creador ingenio,
 No es obra de talentos generosos.
 Si os persuadís que os ligan otras leyes
 Que las que os dicta la razon, en vano
 Os divorciáis del popular tumulto.
 Pasad la vista por la tierra: varia
 En estilos, en usos, de mil gentes
 De opuesto proceder veréisla llena.
 El genio excelso que concibe cuanto
 Debe á su sér, á la ignorancia deja
 Seguir los usos que introdujo, y sólo
 Se forma un mundo en que él habite y siga.
 La ley que su razon le señalaré.
 Id, pues: formadle, que en la edad futura
 Será premiada la fatiga, cuando
 Suene con reverencia vuestro nombre. »
 Todos, su industria previniendo, parten
 A levantar el edificio á una
 Con nueva fuerza y regocijo..... Pero
 Apenas juntos á tratar comienzan
 De la ley general que ha de imponerse,
 ¡ Eterno Dios! ¡ qué voz será bastante
 Para expresar la division horrible,
 La discordia feroz que entre ellos hubo?
 Bien como cuando en popular estado
 Plebea gente, á su negocio atenta,
 Del bien comun á conferir se junta,
 Que hácia el propio interes encaminando
 Cada individuo el general, discordes
 Juzgan que á todos extenderse debe
 La ley que á sí se aplica cada uno:
 Crece el calor de la disputa, y puesta
 Ya en su punto la cólera, soberbios

Gritan y esfuerzan su opinion, y al cabo
 Sin formar ley alguna se separan,
 Y cada miembro á su albedrío sigue
 La que más á su objeto es conveniente:
 Así avivando la arrogancia el fuego,
 Del desprecio ayudada y de la envidia,
 En aquellos esclavos miserables
 Se encendió la discordia y bravo enojo.
 De aquí y de allí á una voz se oyen clamores
 Que entre sí se confunden, y á la oreja
 Sólo un ruido atronador ofrecen.
 Declaman, ponen, contradicen, fundan,
 Derriban; y el discurso enardecido
 En injurias prorrumpe, con que airados
 Mutuamente se hieren y motejan.
 Yo atónito miraba y admiraba
 La civil desunion; y revolviendo
 En lo íntimo del pecho con angustia
 Lo que presente via; vuelto al cielo,
 ¡ Oh Dios! (exclamo), si una ley me obliga,
 Impuesta en mí para agradarte, ¿ de éstas
 Cuál seguir debo? En esto, cual si fuera
 Digno mi ruego de un prodigio, el cielo
 Rasga su velo, y de su seno lanza
 Un cúmulo de luces esplendentes,
 Que hicieron clara la region oscura
 Aun más que cuando con cabellos de oro
 Tranquilo el sol de sus reflejos dora,
 Sin embarazo, la serena esfera.
 Graciosa virgen luego sustentada
 De nácar y oro en transparentes nubes,
 El aire hiende hácia nosotros. Alza
 Su rostro á ella la opinion, y al verla,
 Súbita huye, repitiendo ronca:
 « ¡ Oh Verdad! ¡ oh Verdad! » Al gran portento
 Cesa el tumulto; y fué de ver que apenas,
 O sospecharon, ó entreoyeron que era
 La Verdad la que á ellos descendía,
 Trocada en lazo estrecho la discordia,
 Se unen amigos, y conformes niegan
 Que aquélla sea la Verdad. La miran,
 Y heridos de su luz, la desconocen,
 Porque verla no pueden. Votan todos
 Que es apariencia, ó concertada máquina
 De artifice fanático, que tienta
 Aparentar milagros en su abono.
 Rien y aplauden su advertencia aguda
 Y gran discernimiento; y desatados
 En donaires y juego, de la virgen
 Se burlan, y se gozan con su triunfo.
 Ella, tranquila, de piedad risueña
 Bañadas las angélicas mejillas,
 La ciega turba con desden miraba,
 En la cándida frente delineando
 Compasion y desprecio. Silenciosa
 A sí me llama, y á la esfera suma
 Arrebatando el presuroso vuelo,
 A su lado me lleva; y mis sofistas,
 Segunda vez entre tinieblas, tornan
 A desunirse y disfamarse; y sueltos,
 Cada uno parte á fabricar su mundo.
 Yo, embelesado con mi dicha, apenas
 Crédito daba á mis sentidos; subo,
 Y no pienso en que subo. A gran distancia
 Detuvo en fin su ascenso, y desplegando
 Los dulcísimos labios, en la mia
 Puesta su vista, hablome de esta suerte:
 « Si ya las dudas en que ociosa vela
 La liviandad de los altivos sabios,
 Que á Dios corregir quieren, mi designio
 Fuera aquí declarararte sin reserva,
 Contigo hollando las esferas todas,
 Y el diáfano espacio penetrando
 Por donde siguen su carrera cierta
 Esos orbes inmensos que á tu vista
 Sólo blancas vislumbres aparecen,
 Te pusiera en el centro del empuero,
 Y al lado del Artífice supremo
 Sus leyes y destinos alcanzarás;
 Yo sé que entónces juzgarías vanos
 Y de ningún momento los esfuerzos
 Que tanto allá en tu mundo se celebran,

Cuando sin freno alguno los mortales
 Al gran Dios sus quimeras atribuyen.
 • Vieras el universo cual formado
 Fué por su mano excelsa; no cual ellos,
 Con viles leyes, de su mente indignas,
 Ignorantes artífices le forman.
 Burláras los pomposos atributos
 Del divino *Newton*, del gran *Cartesio*,
 Con que se honoran porque al fin consiguieron
 Errar con agudeza entre ignorantes.
 Pero no es éste tu destino. ¡Juzgas
 Que Dios, el justo Dios, te negaría
 Este conocimiento, si tu esencia
 Por medio dél lograra mejorarse?
 No léjos de la luna, en este espacio
 Medio entre ella y tu globo, parar debes
 Tú, que fuiste á su esfera destinado.»
 ¡Ah! (dije yo), pues la ocasión convida,
 Y fácil no es que la verdad dos veces
 A un misero mortal busque y visite,
 Haced, haced, señora, que mis dudas
 Tengan fin. Conducidme donde note
 Cómo el sol sobre su eje se rodea,
 Cómo dilata de la luz los rayos
 Su benéfica lumbre y raudo fuego:
 Si arrebatados hácia el centro, oponen
 Su íntima fuerza los menores globos,
 Y de la oposicion nacen sus giros;
 Si hasta las *fixas* la materia cunde
 De la lumbre solar, y tienen de ella
 El brillo que en sus haces resplandece;
 O si es para ellas nuestro sol lo que ellas
 Para nosotros son, y siempre ardiendo,
 Bañan de luz innumerables orbes;
 Si con sus soles á extinguirse llegan
 Algunos mundos, y renacen otros,
 Que el grande espacio sucesivos pueblen;
 Porqué á Saturno iluminado anillo
 Cíñe, y sobre él en concertado torno
 Le siguen cinco lunas; dónde moran
 Los rápidos cometas, y qué causa
 Los trae y lleva por el vago espacio;
 Si.... «¡Oh simple! (entonces la Verdad, riendo,
 Me interrumpió), ¡por qué severamente
 No á Dios te quejas de que en ti no ceda
 El gobierno del orbe? Inocentillo,
 Candor curioso en tus potencias obra
 Lo que obra en otros la malicia. Inquieran
 Causas al Todo-Sabio reservadas;
 Y nunca dando con lo cierto, arguyen
 Que nada hay cierto, y á su esencia misma
 Alargando sus dudas, la trastornan.
 Oyeme atento: la inocencia tuya,
 Que por la duda á la verdad camina,
 No á la tímida gloria y vano nombre,
 Digna es de un desengaño. La jactancia,
 Llena de sí, no es de él merecedora.
 «El que hoy lamenta su miseria y males,
 Congojoso mortal, no de esta suerte
 Salíó á luz de la mano poderosa
 Del pródigo Señor que el sér le diera.
 El universo edificado apenas,
 Llenó el espacio, y al imperio docto
 Del Dueño omnipotente, cada cosa
 Tomó sér y lugar; el movimiento
 Impreso en ellas descubrió el enlace
 Con que una en otra eslabonadas giran;
 Ya obraban todas cuando el hombre, exento
 Del enlace comun, la vez primera
 Nació á la vida. Posterior al orden
 Del todo universal Dios le produjo,
 Porque en él Dios no quiso que él entrara:
 Quiso libre, y le eximió por eso
 De la inmensa cadena destinada
 A obrar siempre de un modo irrevocable.
 ¡Cuánto á la ciencia del Criador benigno
 Debíó entonces el hombre! Enriqueciendo
 A la ingrata criatura, perfecciones
 Puso en él, si no inmensas é infinitas
 Cual lo son en su esencia, semejantes,
 Empero, en el obrar á las que encierra
 La inmensidad de su vigor oculto.

Si entiende Dios, entendimiento al hombre
 Concedió; si reside en su sustancia
 Potestad de querer, el hombre gosa
 De potestad así; si libre y suelto
 Elige y ejecuta en sus designios
 El ente de los entes, en los suyos
 Elige y ejecuta su criatura.
 ¡Oh desperdicio de inmortales dones.
 A nefandos abusos convertidos!
 ¡Juzgas acaso que tan alta fuerza,
 Vigor tan eminente, te fué dado
 Para que no en las obras imitáras
 Al que eres en potencias semejante?
 Si en el vigor á tu Criador imitas,
 Tus efectos en todo parecidos
 Serlo á los suyos deben. Ahora esfuerza
 Tu razon, y examina de qué modo
 Dios y el mortal de sus potencias usan.
 La integridad de la razon suprema,
 ¡Por ventura al engaño algunas veces
 Incliné su saber? El todo Justo,
 El todo Bueno, el Verdadero todo,
 O, lo que es más decente, la Justicia,
 La Bondad, la Verdad, la Ciencia, el centro
 Único indivisible que contiene
 En sí cuantas no caben perfecciones
 En la clausura de tu angosto juicio,
 Y es solo en cada una, y en él todas,
 ¡Acaso en sus efectos contradice
 Al sér que tiene en sí? ¡Dónde el abuso
 Ves de su libertad, de aquella fuerza
 Con que le es dado aniquilar á una
 El universo entero, á las estrellas
 Asociar el abismo, y de su centro
 Arrancar las columnas de diamante,
 Y el nudo disolver que el orbe afirman?
 Antes veneras su bondad. Del mundo
 Corriendo en cerco la region poblada,
 Su afable y liberal beneficencia
 Impresa en todo ves: de largos bienes
 Colmadas las criaturas, ora faltas
 De sentimiento, reposadas obren
 Por impulso exterior, ora en su seno
 El estímulo lleven de sus obras.
 ¡Oh cuánto, cuánto en proceder desdican
 De su sér los mortales! ¡cuánto, injustos,
 Por alejarse de su Autor trabajan!
 Desde que el manto de la luz despliega
 La risueña mañana, hasta que el velo
 De la noche se espesce y le retira,
 Hierven afanes de malicia insana
 En el pecho del hombre. En las tinieblas,
 Cuando del sueño la quietud benigna
 Con el blando letargo sus afanes
 Pudiera interrumpir, ellos ¡ah tristes!
 Duermen velando, á los cuidados torpes
 Atentos, que el vivir desasosiegan.
 Cuenta el avaro en el austero lecho
 Sus males embebidos en el oro
 Que guarda aún de sí mismo. El vengativo
 Sueña la injuria, y de la viva imagen
 Arrebatado, á la venganza corre,
 Y hiere y mata, y en matando duerme;
 Sus tropas sueña el infeliz monarca,
 Y al imperio vecino en ellas lleva
 La muerte y la hambre, de la sed pendientes
 En que arde su ambicion. En tales obras,
 ¡Hallas que el hombre á su Criador imita?
 No fué su intento embarasar la tierra
 Con vivientes avaros ó ambiciosos,
 Homicidas ó adúlteros. Los vicios
 ¿Cómo nacer de la virtud pudieran,
 De la inmensa virtud? Sabios profanos,
 Que al hombre hoy considerais perfecto,
 Estable en su orden, y existiendo, en suma
 Cual conviene á su sér, ¡qué deidad triste
 Predicais, miserables! Mata el hombre:
 Sirve á su sér; la mano, segun eso,
 Del Criador no es del todo omnipotente,
 Pues obligada á permitir estuvo
 Almas malvadas, á matar dispuestas,
 Y si en lo bueno limitais la eterna,

La sola Omnipotencia, ¿á cuál angustia
 Reducís sus restantes atributos?
 La bondad sin poder, ¿de qué manera
 Será suma, infinita? La justicia
 ¿Cómo obrará con disculpable enojo,
 Castigando delitos necesarios?
 ¡Execrable saber, horrible ciencia,
 Que ella por sí la corrupcion humana,
 Que pretende salvar, muestra y descubre!
 Ciegos sofistas, si el mortal tuviera
 Consigo hoy la bondad que le era propia,
 No os cansaríais en probar que es bueno.
 Compara el hombre á su Hacedor. Las artes
 Allá en tu mundo su esplendor reciben
 De la mano valiente. De un Velazquez
 Indican bien las elegantes tintas,
 Del artífice diestro la excelencia.
 Menos descuidos en el lienzo nota
 El fastidioso gusto; más levanta
 Del pintor el talento: viles obras
 De vulgar interés, ya las suscriba
 Célebre nombre, por ajenas rayas,
 Y niega que á tal nombre pertenezcan.
 ¿Juzgas que el hombre, cual procede y vive,
 Obra es digna de un Dios? Donde en los males
 Que traza y sufre; en la cruel discordia
 Que alimenta y instiga, tan constante,
 Que nunca el sol por el rosado oriente
 Puro y gallardo amaneció á la tierra
 Sin ver su suelo con la sangre tinto
 De horribles combates; ¿dónde en esto
 La bondad infinita resplandece?
 Cuando inclinada á la sentencia inicua
 Por el oro elocuente la balanza
 De juez civil, en tribunal vendible
 Oprime la inocencia desvalida,
 ¿Dirás que luce, permitiendo injustos,
 La justicia inmutable, eterna, inmensa?

Sólo, en un bosque, un pequeñuelo niño
 Abandona á su suerte: si el descuido
 De las fieras la vida le permite,
 Crecerá embrutecido, y todo ajeno
 De su sér, nuevo miedo de los montes,
 Más que á los hombres se unirá á las fieras.
 ¿Por qué le deja la razon? Al tierno,
 Al simple jilguerillo, que aún sin pluma
 Travieso joven de su nido aleja
 Y cria en su mansion, ¿cuándo el instinto
 Concedido á su sér le desampara?
 Déjele libre: partirá á la selva
 Gozoso y diligente; á sus iguales
 Juntaráse, y mezclando sus gozajos
 Con los festivos de la tropa amiga,
 Elegirá consorte, y negocioso,
 Con maña no olvidada en sauce espeso
 Fabricará para los dos su nido.
 Si es distintivo la razon del hombre,
 ¿Por qué perderla puede? ¡Oh! duraría
 En él sin decadencia si guardara
 Su vigor ella y primitivo estado.
 El bruto y la ave su vigor conservan,
 Porque no han decaído: ve si el hombre
 Ha, pues no le conserva, decaído;
 O si un Dios justo á su mejor criatura
 Más flaca esencia concedió que á un ave.

No, no los hombres trabajaron tanto
 Para hacerse perfectos, si perfectos
 Cual requiere su sér permanecieran;
 No á las naciones separarán leyes
 Y costumbres opuestas ó distintas.
 Sola tu especie en el vivir procede
 Inconstante, sin norma, en tantos usos
 Partida cuantos son los individuos:
 Avaro el uno, liberal el otro;
 Este homicida, aquél de sus iguales
 Pródigo defensor; socorre, usurpa,
 Regala, roba, engaña, desengaña....
 ¿Por qué á su instinto una brutal especie
 Obedece constante, y los mortales
 No á la razon constantes obedecen?
 Sus mismas obras su delito gritan,
 Y su caída triste. Ellos unidos

En pensar, en obrar, quietos, dichosos
 Vivieran si del Ente soberano
 Cumplieran la intencion con imitarle.
 El bruto, el árbol, la rudeza informe
 De los cuerpos no vivos, el fecundo
 Procrear de la tierra, el refulgente
 Circulo de los orbes; cuanto abarca
 La limitada inmensidad, humilde
 Al arbitrio supremo, todo, todo
 Sus leyes guarda en inviolable curso:
 El hombre solo, él solo, cual hoy dura (1),
 Su orden quebranta, y si en su obrar maligno
 Socorro portentoso no le enfrena,
 Perpetuamente acciones (no lo dudes)
 Producirá contrarias á sus leyes.
 ¡Oh primitiva edad, edad sagrada,
 Tiempo no poseído! Allá en tu suelo
 ¿Por qué hay quien ose defender que el hombre
 Nunca ser bueno ni dichoso pudo?
 Pudo ser bueno y ser dichoso; entónces
 Yo, compañera de su dicha, á todos,
 Consagrada á su bien, de mis misterios
 Partícipes hiciera. Embelesados
 En el progreso de las cosas, claro
 Y abierto á su razon, reverenciáran
 El sólo núnem anunciado en ellas;
 Y obedeciendo las sencillas leyes
 Que en sí mismos notáran; divididos
 En regiones diversas, no diversa
 Fuera la voluntad, y en obras unos,
 En las de un hombre las de todos vieras.
 Ahora discordes, en continua guerra
 Consigo mismos, en su pecho sienten
 Aspera acusacion que los agrava,
 Y, alimento del miedo, á cada instante
 Culpa sus hechos congojoso el juicio.

¿Quieres la imagen de tu sér? Arranca
 De la tierra los vicios. Los mortales
 Se amarán entre sí, y un soberano
 Conocerán en la virtud tan sólo.
 Mas ¿quién de ella arrancar podrá los vicios?
 ¿Quién hará bueno al hombre, á esta criatura
 Creada para ser buena? Alarga, alarga
 La vista hácia tu mundo y examina
 La has de su redondez: verás que abundan
 Más los inventos que los vicios dictan,
 Que los que dicta la virtud, sobre ella.
 Riscos valientes, pesadumbres toscas,
 Por defensa industriosa contornadas
 En muros defensores; la dureza
 Del bronce en instrumentos convertida
 De fulminante estrago, á cuyo impulso
 Ceden á una la morada humilde
 Y la gigante cúpula; en los mares
 No ya el hórrido estruendo de las olas
 Cuando soberbio las azota el austro,
 El de las nubes á emular se atreve.
 Pues si al bullicio de la union urbana
 Te vuelves, y en silencio le examinas,
 ¿Qué empresas! ¿qué designios! robos, fraudes,
 Tiránica ambicion, lujuria ardiente,
 Malicia injusta, la inocencia al cielo
 Levantando los ojos oprimida
 Del púrfido poder; tramas, traiciones,
 Obras que apenas el civil desvelo
 De las leyes reprime y escarmienta.
 Hasta en las cosas que á su Autor consagran
 Mezclan los hombres su maldad! Pervertien
 La inocente piedad; y figurando
 Dioses injustos, en nefandos votos
 Su auxilio imploran, ó por medios torpes
 A venerar su Omnipotencia acuden.
 Ve tu miseria. Mas ¿en ella acaso
 Irreparablemente un Dios benigno
 Dejara á sus criaturas? Existiendo
 En su pureza propia, fuera en todos
 Una la religion, las leyes unas,
 Por su razon no equivocada dictadas.
 Perdió su oficio la razon: al punto
 Desconoció á su Dios, y los deberes

(1) Dura por existe.

Alteró primitivos. El dominio
Inventó leyes nuevas, dioses nuevos.
Atiende al vulgo; del que impera adora
El Dios, no el que él descubre. En sectas varias
Dividida la tierra, sólo en una
Verás que la introdujo un varón justo.
Dios pide un culto; y la razón, dudosa,
Si el mismo Dios no le revela, nunca
Sabrá por sí cuál le será más grato.
Integro el hombre, sin tropiezo ó duda
Conocía su Dios y sus deberes.
Pues fuera entónces una sobre el suelo
La religion, por la razón dictada:
Arguye de esto que, corrupto el hombre,
La religion también debe ser una,
Y que, impotente la razón, Dios solo
Puede dictar lo que ella ya no dicta.
Dijo; y rasgando la región etérea
Con ala vagarosa, hácia el empíreo
Su vuelo dirigió ceñida en torno
De un rosado esplendor que despedía.
A mí una nube á la angustiada tierra
Me descendió; y ya en ella, con ahínco
Torno á oír los filósofos, y al cabo
Llego á entender que en ellos nunca se oye
La habla que oír en la verdad yo pude.

DISCURSO IV.

Fin del hombre; de aquí deducida la inmortalidad del alma,
y de ella la existencia de Dios.

Nacido al mundo racional criatura,
Ente corpóreo, y de los entes todos
Arbitro y dueño en mi obediente suelo,
¿A qué fin vivo? (1). ¿Inútil en el mundo
Será de mi razón el ejercicio?
Graves sofistas, que gritais que el hombre,
Materia sólo organizada, mueve
Sus miembros y potencias, cual sus giros
La máquina constante que del tiempo
Los espacios divide y los señala;
Si de sus ruedas el servil oficio
Se dirige á algún fin, y cuanto inventa
Y cuanto forma el pensamiento humano
Con fijo y cierto fin lo inventa y forma,
¿Con qué designio un ente todo sabio
Puso el entendimiento en los mortales?
Si muere el hombre cuando el cuerpo muere,
¿Para qué la razón? Oh tú, de todos
Arbitro soberano, Padre excelso;
Tú, cuya mano omnipotente y justa
Leyes impuso á los creados entes,
Que á llenar sus destinos los llevasen
Con inviolable curso y obras ciertas;
Yo, capaz sólo de admirar tus leyes,
Capaz de hacer que en mi provecho giran
Cuando, ó torciendo su destino, trueco
El rostro á la natura, ó bien contando
Sus constantes períodos los sigo,
Para que por mi mano socorrida
Dilate más y más sus producciones;
Yo, excelso Dios, que conocerte puedo,
¿Viviré para el suelo, sin que nada
Me aproveche el poder de conocerte?
Inútil es mi entendimiento. Gentes,
Oid vuestros destinos. Desde el solio
De la arrogancia la opinion os habla
Por la boca de oscuros adivinos,
De soberbios filósofos: creedlos
Si no quereis que os culpen agriamente,
Haciéndoos cargo del atroz delito
De que adorais á un Dios con mente pura
Vosotros, que elevais el pensamiento
Hasta la causa de las causas todas;
Los que leyendo en la interior conciencia,
Conoceis los decretos sacrosantos
Con que á su trono el Hacedor os liga;
Los que en el corazón sentís impresa
La obligación de la virtud, y fijos

(1) La razón no se ha concedido inútilmente al hombre.

Los dones admirables que os levantan,
Y á un Dios bastan á haceros semejantes.
Vosotros, que imitais, si vuestras obras
Sirven á la virtud, la augusta esencia
De la Divinidad, y el imitarla
En que querais consiste, ¿por ventura
Os dardéis á entender que aquel Dios mismo
Que aquel que os dió poder para imitarle,
Con tal fin os le dió? Necios humanos,
No es vuestra suerte la virtud. ¿Felices
Ser quereis? ¿Os adula la esperanza
De vuestro cierto y primitivo estado?
Id, id á los desiertos: en los bosques,
Hospedaje comun, os echan menos
Vuestros hermanos los feroces brutos.

Fué un tiempo (dicen) cuando el hombre, falto
De entendimiento y locucion (2), vivía
Dichosamente en cavernosos montes,
Cual viven ora los rapaces lobos.
Asperas ramas de agobiada encina
Techo abrigado y liberal sustento
Al desnudo mortal daban sin tasa,
Cuando, ó por falta de caverna amiga,
O, por escaso en el cazar, al fruto
Y al resguardo del árbol acudía.
No entre los hombres amistad, no el lazo
De saludables leyes. Vagabundos,
Huéspedes rudos de confusos bosques,
Al sol, al aire, á la inclemencia expuestos,
Sin más razón que el natural instinto,
Y con fuerza robusta, siendo fieras,
Al ser de racionales no aspiraban.
¿Oh estado digno del que al cielo cuenta
Los movimientos, y al Motor conoce!
¿Quién por la dicha de imitar á un oso
En la rudeza y robustez, no trueca
El miserable estado en que las gentes,
A un Dios y á un sumo imperio obedeciendo,
No ejercen libremente las maldades?
Canósese, empero, el hombre de su dicha,
Y empalagóse (como en todo suele)
De su estado feliz. La libre Venus
Y el libre robo, privilegios grandes
Y excelsa ocupacion del hombre bruto,
Le fueron enojosos. Á las crímenes
Y ensortijada barba neciamente
Trocar quiso el abrigo y la decencia.
Substituyó á las rústicas moradas
O al techo de azulados horizontes,
Sólidos techos de labradas vigas,
En robustas paredes sustentadas;
Y ciegamente en su infortunio diestro,
Cuanto más, inventando nuevas artes,
La majestad del hombre descubría,
Tanto más se apartaba (según dicen)
Del estado á que el hombre fué creado.
Halló el discurso los sagrados medios
De hacer seguras del insulto inicuo
La posesion y la salud. Cifrada
En una sola fuerza la de muchos,
Nació apoyada de las santas leyes
La alma seguridad, que en los mortales
Estrechando la union, risueña y dulce
La paz y la quietud les prometía,
Que ellos sin fuerza mantener debieran,
Si ellos vivir pudieran sin maldades.
La voz de un pueblo epilogada en uno,
Depositario del comun cuidado
Y defensor del concordado pueblo,
Impuso penas, señaló castigos
Y refrenó la universal malicia.
No ya fué el robo impune; no la mano
Alzó sin miedo el sanguinario hierro
Contra la débil inocencia. El hombre,
Para obrar bien creado, con la fuerza
Fué obligado á obrar bien; y ¡oh triste tiempo,
Tiempo infeliz, cuando los hombres mismos,
Estableciendo leyes, se obligaron
A ser forzosamente virtuosos!
Entónces fué cuando arrojaron léjos

(2) Sistema extravagante de Bousseno.

La pureza de sí: su esencia entónces
Debió al desvelo de querer con ansia
Perfeccionar de su razon los dones,
La vil depravacion que en sí percibe.
Vino el hombre á ser hombre finalmente,
Y salió del estado que le toca.

Si no miente el gran genio de Ginebra.
De la razon que en su vigor se fia,
Tales son las groseras invenciones.
Hacernos brutos para hacernos buenos,
Y reducir el hombre á que posea
Sin uso la que engendra sus virtudes,
Dueño de un alma inútil; ¿con qué labio
Osa dar la impudencia á los delirios
Título de sagas filosofía?

Ved aquel árbol, que en su verde pompa
La dignidad de su destino ostenta
Fornido y bello en la estacion amiga (1);
Con arte oculta, que el desvelo burla
Del atónito físico, del suelo
Donde engastada su raíz se esconde
Atrae el alimento, que, ó mantiene,
O engrandece su hermosa corpulencia;
Sube y penetra los extremos todos
Del sano vegetal; hinchas las ramas,
Rompe su piel, y de pimpollos tiernos
Cria las hojas que las ramas visten.
Tras esto, en punto señalado y fijo
A aparecer entre la pompa empiezan
Las encogidas flores; abren luego
Las copas olorosas, cuyo centro,
Seno del fruto imperceptible entónces,
Al fin descuelga en inviolable forma
Dones preciosos, que en su seno guardan
La duracion constante de su especie.
Id ahora, sofistas, id, y al árbol
Decidle seriamente: «Tronco altivo,
Soberbio habitador de un globo obscuro,
¿Con qué razon ¿oh vill! te ensorberbeces?
La produccion de tu sabroso fruto
No es propia de tu sér; tú abandonaste,
Por tu desgracia, y depravaste el órden
A que Dios te crió, cuando robando
Tu substancia á la tierra, á la grandeza
Con ella de tus partos acudiste.
Depon la pompa, y á tu estado vuelve
De rústica aridez; no ya colorea
El sol tus frutos, ni tu planta á ellos
Dulce substancia y saludable envíe.
Naciste para estorbo de la tierra,
No para dar al animal sustento.

Triunfe nuestra razon (2). Si nos fué dada,
Para usarla fué dada. ¿Por ventura
Cabe en un Dios la creación inútil
De un ente generoso? Démos, démos
Título de ignorantes la arrogancia,
Porque ser no queremos arrogantes.
Sirva una vez á la verdad la ciencia,
Puesto que tantas, oprimida, sirve
Al pérdida interés. No aquí el deseo
De hacer que suene celebrado el nombre,
Entre el liviano número de aquellos
Que tienen sólo el alma en las orejas.
No aquí la astucia de ostentar doctrinas
Que á un ignorante poderoso engañen,
Para que el fruto del engaño sea
Premiar á otro ignorante. No la gloria
De enlazar desatinos, que deslumbren
Con nombre impertinente de sistemas.

De mi destino el encubierto objeto
Acongoja mi espíritu (3). Nacido
A un mundo, patria de infinitos entes,
Obrar los veo, y en sus obras hallo
Que á su principio el mio no semeja.
Si tengo un cuerpo que á los brutos hace
Semejante mi sér (4), bien examine

Su mecánica forma, bien el modo
Con que dirige sus funciones varias;
Si esclavo de él, de sus potencias sufro
El imperio forzoso, cuando atentas
A la existencia de la vida, abrazan
El bien, involuntarias, ó el mal huyen.
Pasando luego á superior esfera,
Olvidado del cuerpo (5), en mí percibo
Un alto sentimiento que del suelo
Me destierra y al cielo me levanta.
Con él, sin tasa, en mi interior poseo
Cuanto encierran los orbes. Claramente
Allá en el seno de mi frente miro
Seguir su curso en silencioso paso
El coro de los astros, y cuál ruedan
En círculo inmutable sobre un punto.
Mido del tiempo la constancia fija;
Vuelvo á la tierra, y penetrando libro
Sus sólidas entrañas, de sus partos
La causa, el sér, la duracion inquiere:
Tal vez, si al cielo reservadas sólo
Las primitivas causas, arrogante,
De su noticia á la certeza aspiro;
Emulo débil del Criador, á falta
De verdades ocultas, no sin gloria,
A efectos ciertos inventadas causas
Acomoda mi espíritu; y resuelto
Hace mover el universo todo,
Cual otro Dios, por meditaciones leyes.

Pues él ha puesto inteligencia tanta (6),
Sólo en mí entre los entes, ¿por ventura
La puso sin objeto? ¿ah! no; sin causa
Nunca obra un Hacedor. Con ciertos fines
Nos hizo inteligentes; ni mis obras,
Que tanto distan del brutal instinto,
Deben su origen al instinto rudo.
Efectos que en su esencia son diversos,
Causas diversas en esencia indican.
No por la fuerza con que el bruto siente,
Fructifica la planta (7), ni en el hombre
Causan las obras de su especie propias
La misma fuerza que á la bestia anima.

Docta la mano del Criador eterno (8)
Separó sus criaturas, señalando
En cada especie un singular carácter.
Leyes distintas en distintos entes
Mueven el Orbe (9). Los diversos fines
En cada especie peculiar componen
Un órden que le mueve y diferencia.
¿Crece mi cuerpo? (10). De la planta imito
La ciega potestad. ¿Siento, apetezco? (11).
Semejo al bruto. ¿Invento, raciocino (12),
Corro la esfera, hasta el empleo subo,
Adoro un Dios, en mi interior conozco
Leyes que rijan mis acciones? Este
El órden es que me distingue. En vano
Un insolente charlatan me grita
Que el interés es la virtud del hombre.
Dotó el Criador á la materia ruda
De leyes inviolables, ¿y dejara
Ajeno al hombre de inviolables leyes? (13).
Sigue uniforme en su progreso un cuerpo
Dócil esclavo de la ley que tiene;
¿Y fuera un alma del antojo esclava,
Sin ley, versátil, y en su obrar opuesta?
El docto insecto, que en dorados hilos
Cuaja el humor que á sus entrañas debe,

(5) También reconozco una facultad ó fuerza sublime, que me desprende de la parte corpórea.

(6) ¿A qué fin me concedió el Criador esta potestad ó fuerza inteligente? A alguno sin duda.

(7) No al de los brutos, porque mis obras son diferentísimas; y consiguientemente, debe serlo el principio de ellas.

(8) Reflexionemos pues.

(9) El órden del universo se compone de los órdenes de las especies de los entes.

(10) ¿Cresco? soy planta.

(11) ¿Siento? soy animal.

(12) ¿Raciocino? éste es mi órden; pues esta facultad no se halla en otro ente que en mí.

(13) Todos los entes tienen órden peculiar en su especie; ¿por qué no le ha de tener el hombre en la suya? Helvetius enseñó este desatino, con nombre de interés personal.

(1) Un ente insensible no tiene ninguna facultad inútil: ¿y dirémos que las ha de tener un racional?

(2) ¿Pudo Dios darnos la razon para que no uniésemos de ella?

(3) Voy á averiguar mi fin ó destino.

(4) Si reconozco en mí un cuerpo, que me hace semejante á los brutos.

Diestro arquitecto de su tumba, nunca
 De ella ó altera ó descomponen el orden.
 La simple abeja, en su afanar continuo,
 Jamas aumenta á la celdilla rica
 El número de lados, ni hace amargo
 El pródigo depósito. ¡Y el hombre,
 Y sólo el hombre, sin decretos ciertos,
 Sin ley, sin orden, de oponerse en todo
 La miserable facultad tuviera?
 Hoy es virtud el adulterio, el hurto (1)
 Mañana lo será, si las acciones
 Del interes la cualidad reciben;
 Porque ¡cuál es el hombre, que en los vicios
 No, más que en las virtudes, se interesa?
 Viera ya el mundo sus maldades todas
 Canonizadas (su ejercicio tanto
 Nos inclina y adula), si las voces
 De un importuno acusador, perennes
 No allá en el pecho del mortal clamáran.
 Ión, Solon, justificado Minos (2),
 Licurgo fiel, Dracon inexorable,
 Justos varones, que al unido pueblo
 Interpretásteis y observar hicisteis
 Las leyes de su esencia; aquí, aquí juntos
 Lidiad por la verdad. ¡Por qué á los vicios
 Penas pusisteis, á despecho á veces
 Del civil beneficio? ¡Por qué nunca
 Premios abristeis á la acción malvada?
 Os conducía la razon; y hallando
 Que de la vuestra á la de todos era
 Llano el comercio, despertásteis doctos
 La razon de las gentes con la vuestra,
 Despierta ya; y reverenciar hicisteis
 A la ajena conciencia los decretos
 Que en sí la vuestra ya reverenciaba.

Sin duda al hombre los preceptos ligán
 De un orden peculiar (3); ama, aborrece,
 Socorre, engaña, usurpa, restituye,
 Prevé los fines, los motivos juzga,
 Resuelve en fin; y en sus acciones muestra
 Que otros designios que el vivir le mueven.
 Si en ellas él la cualidad distingue
 De delito ó virtud, no sin objeto
 La facultad de distinguirla tiene (4).
 ¡Será la vida, su sosiego, el logro
 De su comodidad, cual en la bestia,
 El fin de un dón para vivir inútil?
 Viven sin él aquéllas: ¡ni en qué suerte
 Puede en un cuerpo el raciocinio agudo
 Tener influjo, ó la conciencia justa?
 El bruto vive sin conciencia (5); el hombre,
 Pues la conoce en sí, para otros fines
 La conoce en verdad; ni al cuerpo toca
 Lo que no á su existencia contribuye.

Ahora aquí vosotros, que jactando
 Tanto vuestra razon, al fin con ella
 Venís á haceros á un jumento iguales;
 Los que hermanaros á las fieras rudas
 Preferís á la próspera esperanza
 De un inmortal y venturoso estado;
 Crasos materialistas (6), si al apoyo
 De la vida mortal no se encaminan
 Aquellas obras con que excelso el hombre
 Del bruto se divide y diferencia;
 ¡No me diréis (pues de alcanzarlo todo
 Ostentais el poder) cuál el objeto
 De aquellas obras es? Si alguno tienen
 (Y sin duda le tienen, porque, en suma,
 Sin fin, ¡á qué son dadas?), si le tienen,
 ¡Cuál es, si no es la vida? ¡Visionario

Me llamais? ¡Bautizáisme con el nombre
 De fanático vil? (7). ¡Tales respuestas
 Convienen, cierto, á la pregunta mía!
 ¡Lógica aguda! ¡y quién entre vosotros
 No, usando de ésta, los apuros vence?
 Oid, empero, una respuesta simple,
 Cual yo mismo la oí: si no os agradan
 El tiempo, el modo, la ocasion; la culpa
 Dad, si queréis, á la verdad del caso,
 No al que le cuenta; y á mí fe que en esto
 No haréis traicion á las costumbres vuestras.

Util vigilia es la del docto. En una,
 Yo, que, sin serlo, sus estilos amo,
 Toqué el provecho que al estudio sigue.
 Cuando, embargado del comun descanso,
 Yacia el pu. blo una callada noche,
 Blando reparo á la fatiga, absorto
 Yo en mi Platon, al pensamiento débil
 Grato vigor con su lectura daba;
 Del mundo allí la creación primera (8)
 Contemplaba con él; error de un hombre,
 Pero sublime error. Del Demiurgo
 La omnipotente engendradora mano;
 Formado el mundo á imitacion visible
 De otro invisible é inteligente mundo;
 La gran substancia que en su medio habita
 Y sus partes anima; el tiempo, el curso
 De sus años creado en suplemento
 Del eterno ejemplar de la existencia;
 Los dioses, las celestes criaturas
 Obedecer la voz del Padre excelso,
 Formadas á su mando. En este punto
 Cesando ya la mano omnipotente
 Del supremo Arquitecto, de los dioses
 Veo un congreso reverente oyendo
 Al Dios de todos, que los junta y dice:
 «Entes celestes, de quien soy el padre
 Yo y el único dueño: atentos todos
 Oid mi voz. Cuanto hasta aquí he creado
 Será insoluble, porque así lo quiero.
 Puesto que expuesto á disolverse quede
 Cuanto se enlaza, el existir perpétuo
 Es el dón de mis obras. Si se sigue
 La destruccion á lo compuesto, efectos
 Vosotros de mi mano, eternamente
 Fuerza es que dure la existencia vuestra:
 Eternos sois. Pero escuchad ahora
 Lo que os ordeno. Mi absoluto imperio
 Dió ya su sér á los diversos entes
 Que han de ser inmortales. Resta sólo
 La creación de los caducos. Esta
 Vuestra será, que imitaréis el modo
 Con que yo os he formado. A los vivientes
 Prestad así su efímera existencia,
 Sin que de mí la eternidad reciban.
 Pero del hombre (9), del mejor viviente,
 De aquel que siendo á semejanza hecho
 De todo otro animal, el nombre y fuerza
 Poscerá de divino, y en su suelo
 Príncipe, sólo á la justicia santa
 Servirá, y á vosotros dará culto;
 De este viviente la esencial semilla
 Yo labraré; vosotros lo restante
 Añadiréis á la excelente obra;
 Así las nuestras hermanando, sólo
 Será caduco é inmortal á un tiempo.»
 Poeta ya la antigüedad perita
 Llamó á Platon: confieso que en mí mismo
 Vi confirmado el parecer antiguo,
 Porque á la fuerza del estilo grave
 Y heroico razonar del Dios de dioses,
 Mi mente arrebatada, de su estado
 Saliendo, de tal suerte en lo profundo
 De los consejos del Criador eterno
 Se introdujo, que de ellos ocupado,
 Cual espíritu solo, no sentía

(1) Inconvenientes que se seguirían de no haber orden en el hombre.

(2) Los legisladores no hicieron más que despertar en las gentes la idea de este orden.

(3) Hay, pues, orden en el hombre.

(4) Distingue en sus acciones la virtud y el vicio; esto es, sabe, ó que se conforma con el orden, ó que le quebranta.

(5) Es la facultad de distinguir el vicio y la virtud no sirve para vivir; por consiguiente, no es la vida su fin.

(6) Digamos, pues, los materialistas: si las acciones de la parte racional del hombre no aprovechan para la vida (pues los brutos viven sin ellas), ¿cuál es el fin á que se dirigen?

(7) Los sofistas suelen responder con dictarios cuando se les acusa con una dificultad insoluble.

(8) Creacion del universo, platónica. Todo esto está tomado literalmente del Timeo.

(9) Formacion del hombre, segun Platon.

Sobre mí la terrena pesadumbre.
 El Dios, principio de los dioses, suya
 Hizo la esencia del mortal ingrato?
 El para sí la reservó, estimando
 Producirla inmortal? Platon lo afirma,
 Y lo niega un sofista? Harto con eso
 Se manifiesta la verdad, si impuro
 A ella se opone un corrompido juicio,
 Mientras el docto que la alcanza, humilde
 Al cielo rinde por el dón las gracias.
 Oh tú, gran Diniurgo, eterna fuente
 Del vigor que fecunda el universo,
 Para que agraven tu poder quisiste
 Prestar ánimo eterno á los sofistas?
 Así exclamaba enajenado, cuando
 (Caso no extraño) enflaquecerse siento
 Mi espíritu cansado, y como ajena
 De sí, suspensa la razon quedarse.
 Plácido sueño ó éxtasis benigno
 Bañó mis miembros con su paz tranquila,
 No sin gozo interior; porque abultadas
 Imágenes vivientes en el seno
 De mi imaginacion, cual si presentes
 Conmigo hablaran, su verdad yo mismo,
 Aunque admirado, á mí me persuadía.
 Era un espacio de esplendor dudoso
 Iluminado apenas (1): clara sombra,
 U oscura claridad, cual tibio pasa
 Amortiguado entre celajes pardos
 El brillo de la luna en turbia noche,
 Casi indecisos, á la vista daban
 Menos despierta, personajes varios.
 De ellos gallarda una doncella hermosa
 De vivos ojos, aunque frente grave,
 Que descollaba en estatura noble
 Entre cuantos había, á mí viniendo,
 Yo soy, me dice, tu razon; el sitio
 Que ocupo aquí tu entendimiento imita (2).
 Los que acompañan mi persona, atentos
 A darme siempre en qué entender, potencias
 De tu espíritu son. Aquella débil
 Y macilenta virgen, que en las sombras
 Busca lo cierto, y sólo sombras palpa,
 Tu inteligencia es (3). Aquel mancebo
 Despierto, activo, de traviesos modos
 Y agilísimo vuelo, que impaciente,
 Sin esperar á averiguar verdades,
 Él las inventa y á su gusto labra,
 Tales, que con aquéllas se equivocan,
 Tu ingenio es (4). Conocerás tu juicio (5)
 En el otro varon, que con severa
 Y grave compostura, del ingenio
 Pesa las obras y examina inmóvil:
 Tal vez le cansa el pereoso examen,
 Y levanta la mano tan perdido,
 Que del ingenio conducirse deja,
 Y acá y allá con él se precipita.
 Yo, destinada á decidir en cuanto (6)
 Me ofrecen ellos, como juez á todo
 Doy su valor y verdadero precio:
 Noto el error, lo cierto determino;
 Aquí hay verdad; disimulado oculta
 Allí el engaño su falaz semblante;
 Y si tal vez en la balanza justa
 Pesan á una extremos desiguales
 Con igual gravedad, suspensa entónces,
 Nada decido, y en la duda paro.
 Llegas acaso á discernir inquieta
 Una doncella, de resueltos miembros
 Y no tímido rostro, entre una turba
 De temerarias y rebeldes gentes,
 Que, asiendo de ella, en su favor la instigan,
 Y la alejan de mí? Pues mira en ella
 Tu voluntad (7), y en la bastarda tropa

Tus rebeldes pasiones (8). La sojuzgan,
 Debiendo encaminarla; y ella, simple,
 Cual ves se deja dominar, y alegre,
 Creyéndose felice, me abandona,
 Y órgano se hace de pasiones viles.
 Aquí gozosa, en cándida simpleza
 Bañada, con extraña valentía
 Tu libertad su facultad ejerce (9).
 Ni escándalos atroces que ejecuta
 Entristecen su rostro; ni en su estado
 Venturas grandes mutacion imprimen;
 Mas sola en sí nuestras acciones manda,
 Sin que por eso en sí se ensoberbecza.
 Sin ella yo ni resolver pudiera,
 Ni el juicio examinar, ni el suelto ingenio
 Combinar los objetos, ni aún la tonta
 Voluntad, que á las veces á su arbitrio
 La impera y determina, sus antojos
 Ejerciera sin ella. Mas lejanos,
 Allí apartados de nosotros, yacen
 Los corpóreos sentidos (10), tropa ruda
 Y familia brutal, al uso sólo
 De la vida aplicados.—Yo aquí, atento
 A desasirme de importunas dudas,
 Si esos (11), la digo, de la vida obtienen
 Las funciones, y de ella encomendados,
 En conservarla su atencion ocupan,
 Tú, mi razon, para la vida inútil
 Vienes al mundo?—¿Y quién negarlo puede?
 Me respondió. Y no, cierto, porque de ella
 Descuide yo del todo (12). Encarcelada
 Dentro en tu cuerpo, cuanto en él reside,
 Venido exteriormente, no está exento
 De mi jurisdiccion. Si los sentidos
 Sirven al bruto en el desvelo firme
 De conservar y propagar la vida,
 Una impresion y un solo movimiento
 Bastan al uso. A un individuo atiende,
 Y todos ya los viste. Yo en el hombre,
 Tanto en las cosas que percibe el bruto,
 Como en aquellas que al instinto debe,
 Mi vigor ejercito; y de las artes
 Hé aquí el único origen. Sonoroso
 Canta el instinto en el jilguero; dulce,
 Mas semejante á sí (13); yo, socorrida
 Del ingenio, los soncos diferencio
 Para unirlos despues y entrelazarlos
 De mil y mil maneras. Su casilla
 Labra suspensa, ó en anciano tronco,
 O en techumbre de cóncavo peñasco,
 Golondrina inocente; á la simpleza
 De su ciego artificio yo juntando
 Mi reflexion, columnas, arquitecturas,
 Bóvedas alzo y cúpulas gallardas,
 Mansiones nobles que mi fuerza indican,
 Si bien humilde su principio sea.
 Mas no son éstos mis oficios propios
 Y ocupacion primera (14). Sin columnas,
 Sin música, vivieran los mortales
 Atados á un instinto, á semejanza
 De todo otro viviente. Y pues habito
 Yo en el hombre, y conmigo las potencias
 Que á conocer te dí; si sus acciones,
 Aquellas digo que derechas tocan
 A su órden singular, vicios, virtudes (15),
 No la vital conservacion del hombre
 Tienen por fin, ni de la vida cuidan;
 Otro fin tienen, que á la vida deja (16)

(8) Las pasiones: llámolas *bastardas*, porque realmente no pertenecen al entendimiento.

(9) La libertad.

(10) Sentidos ó facultades corpóreas.

(11) Si tenemos facultades para vivir, ¿de qué nos sirven las potencias intelectuales?

(12) Aunque estas potencias no son necesarias para vivir, influyen y aumentan maravillosamente todo lo que pertenece al uso de la vida.

(13) De aquí nace el aventajarnos á los brutos en las mismas obras que nacen del principio brutal.

(14) Con todo eso, no es éste el oficio principal del entendimiento.

(15) No siendo éste su oficio, no es su fin la vida.

(16) No siendo la vida su fin, es preciso que esté el tal fin más allá de la vida.

(1) Imágen de nuestro entendimiento ó parte racional.

(2) Enumeracion de las facultades del hombre.

(3) La inteligencia ó apercepcion.

(4) El ingenio.

(5) El juicio.

(6) La razon.

(7) La voluntad.

Detras de sí, pues no á lograrle vienen
En ella, que perece y se disipa.
¡Quién, según esto, estúpido ó pegado
A su ruda materia, si lo nota,
A la sustancia en que residir puede (1)
Negar ya lo inmortal? Mas allá pasa
De la vida su fin; que exista es fuerza
Mas allá de la vida. Y pues existe,
Incapaz es de destrucción, sustancia
Sin partes separables (2): una, en suma,
Sin dimensión que divisible la haga.
Pero ¿cuál es su fin? ¿Cuál el objeto
Por quien ejerce sus funciones propias
Tu sustancia inmortal? (3). Oyeme atento.
Si sus funciones de inmortal principio
Proceden, lo es el fin. Si tu sustancia -
Es creada, increado eternamente
El fin fuerza es que sea (4): de otro modo,
Sustancias á su fin anticipadas
Existieran tal vez. Si la materia
No da la esencia á tu principio (5), en ella
No la del fin consiste: fuera entonces
Superior á él el hombre. No creado,
Eterno (6) entre los entes; él de todos
Sería el criador omnipotente,
Pues del todo depende, como causa (7)
Del existir de todo. Si se nombra
Dios aquella sustancia indefinible (8)
A quien aquellas cualidades cuadran,
Dios es el fin de la que en ti reside.—
¡Suéño suave! ¡suspensión benigna
Del trabajo mortal! Tú, que el descanso
Turbas también, y con quimeras vanas
Haces al hombre en su quietud inquieto;
Si á tanto llega tu virtud, que envuelta
En el letargo de tu tarda vida,
Sábida discurre la razón, y entiendo
Verdades al desvelo inaccesibles,
¡Oh! toca, toca con tus blandas alas
Mis párpados sin tasa, y en mis miembros
Derrama siempre la pereza grata
Que de sí á los mortales enajena.

DISCURSO V.

Perveras inclinaciones de la razón. Sistema del hombre, y leyes que debe observar según los designios de la Providencia, que atiende á los remedios de las necesidades humanas.

Vive el mortal de la apariencia vana (9),
Batido, y con la insana
Locura que le incita,
Por hacerse mayor, su sér limita.
¿Qué hallarás en el hombre,
Si hombre se llama el racional? El nombre.
No ya la esencia humana
Consiste en la razón: el ejercicio,
O canoniza el vicio,
O desatadamente
La vil inclinación que nos gobierna
En el alma le influye,
Que ciega y torpe, de su esencia huye.
La razón eminente,
El dón más grande de la ciencia eterna,
Dirás que lo fué dado
Al mísero mortal para que sea
Docto en fraguar maldades.
¡Y su razón voces (10)

(1) Luego la sustancia en que reside mi entendimiento ó racionalidad es inmortal.

(2) É inmortal; porque, si no, no podría pasar más allá de la vida.

(3) ¿Cuál es, pues, su fin?

(4) Es preciso que sea increado; porque, de no, habría sustancias anticipadas á su fin.

(5) Si la sustancia racional es inmortal, su fin debe serlo.

(6) Eterno.

(7) Causa única.

(8) Dios, en suma, es el fin de la sustancia intelectual.

(9) El hombre, por querer mejorarse, se ha pervertido.

(10) La razón, en vez de contener los delitos, los aviva. Los filósofos que se fían de lo que dicta una tal razón son bien ridículos.

Satisfecho el filósofo insolente,
Vendiendo por verdades
Decretos que deriva
De una potencia que el delito aviva;
De tronco lastimado,
O por injuria de estación maligna,
O por golpe severo
De cortador acero,
La mustia rama, ¿cuándo
Produjo fruto en el otoño blando
De sazonado gusto,
Grato á la vista, en lo interior robusto?
Festivo serpeando
El risueño arroyuelo,
Gozo del prado en desatado hielo,
Retrata cristalino
Las flores que deleitan su camino,
Si debe á puro suelo
Su primero nacer; si boca oscura
De adulterada tierra
Cuna le presta, en lastimero pasac
Confuso se apresura,
Y con líquido lodo que arrebató,
Más que halaga los prados, los maltrata.
¡Oh perdurable guerra
Del caduco mortal mientras el vaso
Que su espíritu cifie le limita!
Sus obras facilita
La pasión, que al engaño le dirige.
¿Cuándo austera corrige
Sus yerros la razón? (11). Se precipita
Fácil al mal, que tanto le complace,
Que aun le juzga virtud cuando le hace.
Guerrera trompa en lo interior resuena
Del sacro Capitolio:
Túrbase el pueblo; la ambición, vertiendo
Su ponzoña mortífera, condena
Al llanto la ciudad; desde su sállo
Instiga á César, á Pompeyo inflama;
Su discordia derrama
En pechos rudos, que á morir se arrojan,
Sin saber por qué mueren ó se enojan.
Miseros, ¿qué emprendéis? El fuego horrendo
Que hará á la patria en trágicas pavesas
Desperdicio liviano
De hidrópica ambición, ¿tanto os adula,
Que héroe aclamais al que con fiera mano
Le alimenta y os hiere; al que á la gula
Y ansia de dominar justos suspiros
De la patria pospone,
Y os lleva á combatir para esprimirlos?
Id, infelices, id; y cuando opone
La fuerza á la razón, al grande César
Alzad estatuas, consagrad altares (12).
¡Errores peculiares
Del linaje mortal! La pompa activa,
Bien que viciosa, á la virtud prefiere
Tímida en su humildad. Si, menos viva
La violencia en la escuela, no el sosiego
Conturba de la patria; nunca espere
Gloria presente el moderado sabio (13).
Con la pluma ó el labio
Fábulas labre, errores apadrine;
Dispute, finja, incline
La doctrina á la fama; al nombre y gloria,
No á la verdad ó al pródigo ejercicio,
Su saber encamine:
Él será sabio en la moderna historia.
¡Oh sociedad benigna! ¿por qué el vicio
Adulteró insolente
Tu puro nudo, tus enlaces santos?
¿No bastan los quebrantos
Que inquietan tu reposo en el tumulto,
Sin que de sabios vanos
Padezcas la inquietud? ¡Jamás prudente
Verán los hombres al que agudo enseña

(11) La razón, no sólo asiente á los vicios, sino que hace pasar por virtudes los más perjudiciales.

(12) La tiranía canonizada.

(13) Le hien de la ambición colocada en novedades vanas y apariencias místicas.

De la prudencia el sér? Mérito oculto
Sin estímulo vive: así desdeña
Un sabio hinchado el solitario empleo
Del que en cuantas doctrinas atesora,
Sólo al Dios busca que humillado adora.
¡Ah! perezca el desco
Que la verdad á la ambicion sujeta.
Las leyes que decreta
El Artífice eterno, ¡las sabrémos
Sólo para ostentar que las sabemos?
El niño apenas llora (1)
La miseria á que nace, simplecillo,
Ya bebe engaños que en su frente imprime;
Sus pesadumbres gime,
Y debiera gemir, si él lo alcanzara,
Las que el civil comercio le prepara;
Inocente, sencillo,
La educacion su inclinacion oprime;
Nació para ser hombre, y halla, en suma,
Con dones eminentes,
Que es hechura civil de sus parientes.
Así no ya consume
Varon juicioso sus esfuerzos todos
En hermanar con la virtud la ciencia
Por sola su conciencia.
La vanidad y el interes los modos
Son que le circunscriben y limitan:
Inútil viene al negocioso mundo
Si, rústico Caton, Zenon profundo,
No en ostentar se afana
Virtud interesada ó ciencia vana.
Tú, mi Batilo, cuando ardientes gritan
Las feroces escuelas, sosegado,
En blanda paz bañado,
De sus contiendas los motivos ríes.
No es la verdad quien su coraje mueve.
Permites que se cebe
Enhorabuena en lóbregos sofismas
La vanidad del desbocado sabio:
En tanto tú con humildad te abismas
En investigaciones misteriosas,
A la vida y al juicio provechosas.
Porque, ¡quién en el labio
De las sectas recientes no percibe
El hinchado resabio
Del desco, que á Empédocles buscada (2),
Dió en el Etna, y bien digna, sepultura?
Vive admirado, y descontento vive
De la presente fama que le admira.
Veneracion futura,
Debida á un Dios, á su vejez cansada,
Que mortal le publica, sólo place:
Del voraz fuego entrégase á la ira,
En el cráter horrendo,
Y por Dios pasar quiere pereciendo.
Pues tanto satisface
La gloria á los sofistas que le abonan;
Ojalá, ó los sofismas moderáran,
O ser como él gloriosos procuráran.
Ahora obstinados el orgullo enconan,
Y, peso impertinente de la tierra,
De opiniones cubriéndola, la ofuscan,
Y engañándola más, más gloria buscan.
Indocto el que no yerra (3),
Rudo el que al cielo su razon somete,
Trofeo la verdad de torpes juicios,
Cede á las agudezas de los vicios.
Y en fin, ¡qué excelsos bienes nos promete
La parlara doctrina
Del jactancioso sabio? (4). Aquí declina
La virtud en mil pechos, generosos
Quizá si, menos simples, despreciáran
Discursos engañosos.

(1) La niñez bebe en la educacion las falsas ideas que se han ido propagando de mano en mano, y así el mundo se ve imposibilitado de mejorarse.

(2) La vanidad, objeto en todos los siglos de la profesion de la sabiduria.

(3) Los que conocen el verdadero uso de la sabiduria son despreciados por lo comun.

(4) En ninguna cosa se conoce más la corrupcion y ridicules de la razon no bien dirigida, que en los sistemas de los sofistas.

Allí brutales al vivir preparan
Desusados caminos,
Por vivir en su patria peregrinos.
Autorizada la razon viciosa,
Oráculo servil de las pasiones,
Todo lo emprende y osa:
De partos monstruosos
Hecha instrumento, lo que dictan ellas
Vende por ricos dones:
Nuevos mundos daráte en las estrellas;
Igualaráte á los feroces brutos;
Los santos atributos
Del ánimo inmortal, los que penetran
Las cóncavas esferas, y en su cima
La posesion del Hacedor impetran,
Verás que desestima
Depravada razon, que eterna nace,
Y con ser material se satisface.
La que á tanto se anima,
Y así su suerte próspera envilece,
¡Qué autoridad, Batilo,
Logrará en tu prudencia recatada?
Tú adviertes trastornada
Por ella, en opiniones que establece,
La faz de la ancha tierra. Anciano estilo,
Aprobado por doctos escarmientos,
Des crédito es del hombre. Altares, reyes,
Dogmas, costumbres, leyes
De nuevos pensamientos
Nueva forma reciben..... Mas permite,
Permite á su poder la gran reforma:
Encomienda á un sofista el universo;
Tú le verás en todo más perverso.
¡Oh excelsa Providencia! quien compite (5)
Contigo en la virtud que te engrandece,
¡Cuánto de sus fatigas desmerece!
Tu inexorable norma,
Ley no caduca de infalible ciencia,
¡Quién podrá comprenderla y admirarla,
Cuanto más en sus obras reformarla?
En el silencio de tu paso llevas
Tras tí los entes que á tu arbitrio ríes,
Destruyes y renuevas,
La ambicion del filósofo burlando,
Que te sigue, aun tu fuerza averiguando.
Sosegada diriges
El obrar de las cosas, que atraidas
A llenar tus decretos por tu mano,
Desde el simple gusano
Hasta el ángel que canta tus locres,
Contentas con servirte te obedecen:
Olvidan los rigores
De tu inviolable ley sabios ociosos,
Que en destruir tu autoridad trabajan
Cuando á tanto relajan,
Por su mal, los discursos animosos;
De tí triunfan gozosos,
Y miseros no advierten que su labio
Sirve á tu disponer aun en tu agravio.
Así en la tierra el movimiento sigue
Del duplicado giro á que se entrega
Astrónomo obstinado que le niega,
Así cuando persigue
La civil sociedad mente atrevida,
Cumple en ella las leyes de la vida.
Ignora adónde llega
Su razon el mortal, y por subirla
Se divierte ó se cansa en deprimirla.
De la naturaleza (6)
Los impulsos abona
El humano linaje; él, que á ella debe
El sofisticó error con que razona.
Tras esto, ¡quién se llega á la certeza
De lo que oculta mueve
En su ciego y confuso laberinto?

(5) Los sofistas no conocen que impugnan á la Providencia porque ella misma lo permite, estando decretado así en los inexorables designios de Dios.

(6) La naturaleza humana, guiada por la razon, ha caído en mil errores; y con todo eso, hay sofistas que ponen nuestra felicidad en seguir los impulsos naturales.

Lejana antorcha en tenebrosa cumbre (1)
 Al caminante que la senda pierde,
 Sólo el círculo muestra que ilumina;
 Su brillo, aunque distinto,
 No la senda le enseña: tal la lumbre
 De su naturaleza á los mortales
 En su camino guía:
 De sí solo ver deja las señales;
 Mas no hace clara la perdida vía,
 ¡Será tiempo que acuerde
 De su letargo la engañada turba
 Que hácia su fin camina?
 ¡Oh, cuánto los conturba,
 Cuánto pagan la gloria de su ciencia!
 Al fin del ser humano caminando,
 Por adalid llevando la conciencia,
 Búscanle, se extravían,
 Lejana luz les da naturaleza (2);
 Mas, dividido el bando,
 Como ella no le aclara,
 Más del cierto camino se desvían:
 Este cae, tropieza
 Aquél, vacila el otro, en la maraña
 De espeso bosque el otro se confunde,
 Le inquiera, le rodea,
 Sin hallar la salida que desea,
 Y más y más en confusión se hunde.
 ¡Oh ceguedad extraña
 De ridículos juicios,
 Buscar á tanta costa precipicios!
 ¡Ah! neguemos, neguemos
 Una vez al amor que nos engaña
 La inclinación oculta
 Que el paso á la verdad nos dificulta.
 De frágiles extremos
 Huyá resuelta la razón, y el hombre (3)
 Restituya al asiento que la mente
 Del Criador le dispuso,
 De augusta majestad y preeminente,
 Si en lastimeros males nos sepulta
 De la vida el abuso,
 Y, máquinas civiles, limitamos
 El espíritu noble
 Cuando á arbitrarios usos le aplicamos,
 Libre levante la razón su vuelo,
 Y de humanas prisiones desatada,
 Desde el ínfimo suelo
 Hasta la alta región do, rodeada
 De luz inagotable que despidie,
 La eterna potestad el mundo mueve
 Desde el glorioso trono en que reside,
 Del universo todo (4)
 El consorcio visite, y de sus partes
 El destino contemple, el uso, el modo;
 Las portentosas artes
 Con que á un nudo reduce
 Indisoluble, entero,
 El Criador las criaturas que produce;
 De causas y de efectos sucesivos
 La alternación perene,
 Y el siempre duradero
 Progreso que las ata y encadena;
 La mano omnipotente que en sí tiene
 De la gran trabazón el solo extremo,
 Que sola rige con poder supremo.
 De gozo entonces llena,
 Conocerá el destino de sus dones,
 En la naturaleza
 Verá el poder de Dios, á cuyas obras,
 Sujetas á un prescrito movimiento,
 Aquel nombre se aplica (5). Y la grandeza
 De su ser ya alcanzando,

Hallará que el humano entendimiento,
 A diverso progreso sometido,
 No es eslabón del orbe en que ha nacido,
 De inmensas producciones,
 Efecto de perpétua Omnipotencia,
 Convidado, ceñido,
 Entre ellas peregrino se detiene
 El tiempo que hasta el término conviena.
 Tal en la contingencia
 Del inconstante mar quien se avecina
 A las rojas entrañas del Oriente,
 No es parte de la nave en que camina,
 Por más que el ceño de las olas sienta.
 Tal habita presente
 (Si es lícito del Ente soberano
 A la de un triate humano
 Trasladar la existencia) en todo el orbe
 El Señor que le rige y le recrea,
 Sin que miembro del orbe ó parte sea.
 ¡Qué importa que le estorbe (6)
 La material unión que le encadena
 El suelto raptó adonde ardiente anela.
 Si libre y poderoso
 Puede hacerse con ella venturoso?
 Mérito es nuestra vida,
 O acusación eterna: á este fin goza
 El hombre en cuanto abarca el universo (7)
 Orden suyo y diverso,
 Desatado del Todo que le ciñe.
 Si llora, si solloza,
 Si de males, le aflige, combatida
 Ver su parte caduca, deje el nombre:
 Los padece cual bruto, no cual hombre.
 ¡Ignorante! constriñe
 Su ser en breve límite, pegado
 Al trabajo mortal que le acobarda,
 Negado al bien eterno que le aguarda.
 ¡Oh! ya desengañado,
 De su gran dignidad el eminente
 Término reconozca; y cuando sólo
 Procede en cuanto abrazan
 Este y el otro polo,
 No quebrante los pródigos confines,
 Y al círculo se abrevie de sus fines,
 Leyes que le embarazan (8),
 Grillos son que le honoran y engrandecen.
 Los árboles que crecen,
 Los brutos que caminan y perciben,
 Los astros que no viven,
 Mas con vida exterior que representan,
 Al tiempo los períodos le cuentan,
 Con paso igual é irrevocable modo
 Se enderezan al orden del gran Todo,
 Constantemente estables:
 Las leyes de su fin nunca traspasan.
 El orden de tu espíritu, Batilo,
 No á componer el Todo destinado,
 Pero á fines más altos y durables,
 Leyes tiene también que á ellos le guían (9),
 Si de ellas se desvían
 Apocados espíritus, que turban (10)
 El orden de su esencia, no por eso
 La ordenación universal perturbán,
 Constante en su progreso:
 Argumento eficaz que te demuestra
 Que ignora el orbe la existencia nuestra.
 Yerran, yerran sin duda
 Los que cuando su espíritu examinan,
 Del gran Todo una parte
 Consideran en él. En vano suda
 En conformar su estado

(1) Estado actual de nuestra naturaleza, semejante á una antorcha que luce de noche en un monte.

(2) No de otra causa han nacido los muchos sistemas de moral; porque, si nuestra naturaleza nos supiera guiar, no habria diversidad de opiniones en lo que pertenece á ella.

(3) La razón debe procurar restituir al hombre á su verdadero estado.

(4) Para hallar este estado debe examinar el mundo.

(5) Y examinándole, hallará que no pertenece á él.

(6) El hombre tiene cuerpo para poder vivir en la tierra; si ésta es miserable, se recompensa con que con ella puede hacerse eternamente feliz.

(7) Y hé aquí por qué el hombre tiene un orden peculiar suyo: un orden que le proporcione esta felicidad eterna.

(8) Este orden consiste en las leyes de nuestra racionalidad.

(9) Y es preciso que haya estas leyes, porque sin ellas no habria orden.

(10) Las obras repugnantes de los hombres no turban el orden del universo: prueba cierta de que su parte racional no pertenece á este orden.

Con las leyes que el mundo determina (1),
 El que no para el mundo fué creado.
 ¿Pretendes sujetarte
 A la intencion de Dios? Entra en tí mismo:
 Abandona el abismo
 Del orden exterior, y su belleza
 Solamente admirando,
 Cumple tu peculiar naturaleza.
 Tu juicio, acreditando
 Su vigor generoso,
 A la sencilla voluntad unido,
 En reciproca union (2) dará á la vida
 La senda que conviene á su reposo.
 Ventura ya perdida,
 Primera creacion, benigno origen
 Del estado del hombre (3), ¿dónde ahora
 Te hallarán las que afligen
 Miserias á los tímidos mortales,
 Asiento ya forzoso de mil males?
 ¿Adónde tu paz mora,
 Tu apacible salud, aquel sosiego
 De la simple pureza que infuías?
 ¡Oh no gozados dias!
 ¡Oh teatro del mundo, convertido,
 De morada benigna,
 En calabozo crudo y abatido!
 Inclination maligna,
 Libertad temeraria, juicio insano,
 Entendimiento ciego,
 ¿A cuánta confusion nos entregasteis
 Cuando el orden primero abandonásteis?
 Entónces el humano
 Linaje (4), á los decretos obediente
 Que estudiaba en su frente
 Sin largo meditar, puro duraba,
 Y no en perfeccionarse se cansaba.
 El nombre de virtud en sus acciones
 Desconocido era (5),
 No ménos que en la blanda primavera
 Ardiente flor ignora
 Si es virtud el color con que enamora:
 Falto de imperfecciones,
 La virtud en su obrar no fué excelencia (6),
 Mas sólo un conformarse con su esencia,
 En estado tranquilo,
 Sin alterar su sér, cual van los entes
 Sensibles ó vivientes,
 De la razon se acomodaba al mando,
 A su fin detras de ella caminando.
 Díosela Dios por regla é instrumento
 De su felicidad (7); y porque atento
 La perfeccion más fácil mantuviera
 De su orden singular, del santo cielo
 Le indicó los secretos (8), é inclinado
 Le formó á que el deavolo
 De aspirar á la patria en él mandára.
 Tras esto en nudo justo
 De libre sociedad, que conformára
 En un solo querer los hombres todos,
 Ató las diferentes voluntades (9)
 Sin reyes, sin edictos, sin ciudades,
 Sin el imperio adusto
 De potestad á la injusticia expuesta,
 A las gentes funesta
 Tal vez más que benéfica tutora.
 Así las intenciones
 Convinieron entre sí, nadie oprimía
 Por el bien de que nadie carecía.

(1) O, lo que es lo mismo, las leyes de la racionalidad no tienen nada que ver con las del universo.

(2) Y de ahí proviene el que haya en el hombre una facultad de elegir; esto es, la voluntad.

(3) El hombre no está en su verdadero estado.

(4) Verdadero estado para que nació el hombre.

(5) No se conocía el nombre de virtud, porque no había vicio.

(6) No era mérito la virtud, sino vivir según su sér.

(7) Concedíase al hombre la razon como instrumento de su felicidad.

(8) Y porque supiese cuál era esta felicidad, le inspiró Dios la idea de la religion.

(9) Para que pudiesen ejercitar la razon y la religion, hizo Dios á los hombres sociables.

¡Oh! cuánto, cuánto llora
 Quien sabe meditar, los altos dones
 Que en pérdida fatal desperdiciaron
 Los que nuestra miseria ocasionaron.
 Los ojos á las gentes (10)
 Volvamos, oh Batilo, que hoy se afligen
 En la circunferencia de la tierra,
 En climas diferentes
 Lamentará tu llanto (11)
 Ver castigos atroces que corrigen
 La maldad nunca bien escarmentada.
 Si en templos infinitos (12),
 Que la piedad levanta depravada,
 Con temeroso y santo
 Respeto á los altares te avecinas,
 De ámbares exquisitos,
 Arabes gomas y fragantes humos
 Regalado verás el simulacro
 De una sierpe, de un vil facineroso,
 O de un númen quimérico, asqueroso.
 Perfecciones divinas,
 Verdad del solo Dios omnipotente
 Que reside presente (13)
 En cuanto el rayo del autor del día
 Ilustra, si no dora;
 En cuanto vaga en el inmenso espacio
 A humana comprension no permitido,
 Y la region del universo honora;
 ¿Adónde se desvia
 Vuestra presencia, que, presente en todo,
 Se oculta á mil naciones que en su mano,
 Que en sí llevan el Ente soberano?
 ¿Razon un Dios á su criatura diera
 Para que conocerte no pudiera?
 ¿Y á qué inclinado á le adorar crearme,
 Si de sí la noticia ha de negarme?
 No tal error, no, al cielo le atribuyas
 Por disculpar imperfecciones tuyas (14),
 Delitos de tu mente,
 Y de la libertad que tuya era.
 Si de la verdadera
 Noticia de su númen los mortales
 Carecen, más decente
 Es achacarlo á la flaqueza mia
 Que á una inmensa inmortal Sabiduría.
 Mi ignorancia, mis males,
 De mí y mis semejantes procedieron:
 Ellos las leyes de su Autor rompieron,
 Rebeldemente osados.
 Y dime: desatados
 Los afectos brutales en el pecho (15),
 Derrotado, deshecho
 De la razon por ellos el dominio,
 ¿Qué pudo dar de sí tal exterminio?
 ¿Qué fuera si al estrecho
 De vivir siempre súbditos serviles (16)
 De bestiales pasiones
 Un justo Criador nos redujera,
 Ya que adoptó su furia lisonjera
 La humana sinrazon á su albedrío?
 Mas, ¡oh inefable, oh pío
 Efecto de bondad; y oh sinrazones
 Continuas del mortal terco é ingrato!
 Apenas el mal trato
 Ve el Criador, y mortíferas señales
 De los ya embrutecidos racionales:
 Discordias (17), muertes, guerras,
 Labrar murallas, inventar en tierras
 Dominios exclusivos,
 Vivir para hacer presa de los vivos,

(10) Su estado actual.

(11) Delitos.

(12) Supersticiones.

(13) ¿En qué consiste que los hombres, estando Dios presente en todo, teniéndole en sí mismos, no le conocen? ¡Efecto miserable de nuestra depravacion!

(14) No debemos imputar á Dios nuestra decadencia, sino á nuestra libertad.

(15) Y á nuestras pasiones.

(16) Debemos agradecer á Dios que no nos haya dejado entregados siempre á la maldad furiosa.

(17) Efectos con que empezó á dejarse ver la depravacion.

A viles servidumbres
 El hierro sujetar á los que iguales
 Nacieron para el uso de las cosas,
 De perversas costumbres
 Hacer gala, achacosas
 Las luces del sagaz entendimiento
 Desconocer su Dios, el fundamento
 Y fin que dió ocasion á su existencia
 Entónces la clemencia
 De su Autor desplegó con valentía
 El cuidado que un vil no merecía.
 Primero su influencia
 Inspiró la razon de los imperios (1),
 Civiles ministerios
 Por quien una caterva moderada (2)
 Viviese en sociedad modificada.
 Animos superiores
 A la tierra envió, que congregando
 Las tropas divididas,
 Con robusta elocuencia al seno blando
 De la union sus discordias atrajeran.
 A las, ó ya borradas, ó tenidas
 En poco ó nada naturales leyes,
 Autorizando reyes,
 Substituyó decretos positivos,
 Que expuestos á la vista, más activos
 Su observancia imprimieran;
 Y por este camino,
 Cual suele en todo su saber divino,
 De entre el desórden mismo un órden nuevo
 Dedujo á la malicia conveniente
 Que por toda la tierra dominaba.
 Y si en esto mostraba
 Majestuosamente
 Aquella singular beneficencia
 Con que atiende de un modo
 Al ángel y al insecto imperceptible,
 ¡Qué voz (bien ya su Febo,
 En cítara sonante cuerdas de oro
 Hiriendo heroicamente,
 Nos ofrezca la Grecia fabulosa,
 Cantando en el Olimpo al sacro coro
 De dioses á su acento suspendidos)
 Enérgica la ciencia (3),
 Dirá inmensa, amorosa,
 Con que de sí noticia á los mortales (4)
 Torno á dar, convertidos
 A torpe adoracion, sucia y nefanda?
 El hombre se desmanda
 Y á cultos desiguales
 Sus suplicas retuerce; desfigura
 De su fin y ventura el instrumento;
 Y entónces, á él atento
 No ménos que en su origen, Dios apura
 Pródigo su bondad, y del profundo
 Le saca de su yerro voluntario,
 Y le guía al celeste santuario
 Por no equivoca senda.
 ¡Qué rebelde, qué inundo
 Sofista aquí relajará la rienda
 A su inicua razon, y cuando nota
 La certeza de Dios casi extrañada
 Del orbe de la tierra, enferma ó rota
 La santa inclinacion al culto cierto,
 ¡Osará reprobar que un Dios benigno
 El culto de sí digno
 Repita y le declare, cual conviene
 Al que para adorarle al mundo viene?
 Su mismo desacierto
 De tormento les sirva, y desatados
 Vivan (5), bien lo merecen, de las santas
 Leyes que no á sofistas se destinan,
 Cuando pertinazmente desatinan.
 Tú si en tanto, Batilo, los callados
 D-signos de tu Dios atento observas
 En el retiramiento de tu pecho,

(1) Primer remedio que aplicó Dios á nuestra depravacion.

(2) Las sociedades civiles, ó estados.

(3) Segundo remedio.

(4) La revelacion.

(5) Los sofistas, que combaten una y otra institucion, tienen bastante castigo con no vivir sujetos á ellas.

Y el ánimo levantas
 A agradecer los modos inefables
 Con que la Providencia á sí te llama,
 Ardiente del estrecho
 Sal de las siempre acerbas
 Clausuras con que el hombre se disfama,
 Limitando á invenciones execrables
 Los estados que hoy goza en su destino.
 Constante en tu camino (6),
 Al imperio obediente,
 Al cielo reverente,
 De impiedad y de vicios
 Exento; á los prescritos sacrificios
 Del cielo y de la patria no con lento
 Paso acudiendo siempre, quizá hambriento
 Vivirás; mas sin tales atributos
 No esperes ser más bueno que los brutos.

CARTA DE DON JUAN PABLO FORNER,

ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS, Á DON IG-
 NACIO LOPEZ DE AYALA, CATEDRÁTICO DE
 POESÍA EN EL COLEGIO DE SAN ISIDRO DE ESTA
 CORTE; SOBRE HABERLE DESAPROBADO SU DRAMA
 INTITULADO LA CAUTIVA ESPAÑOLA, AÑO DE
 1784 (7).

Muy señor mío: La franca y sincera declaracion que me hizo Vd. sobre el mérito de mi *Cautiva*, hallándola no digna del teatro español, esto es, del teatro donde se consienten los delirios de Pedro Bayalarte y las sandeces de Marta la Romorantina; y la feroz censura que Vd. ha dado de ella, de la que he tenido la fortuna de lograr una copia, me ha puesto en ganas de comunicarle unas cuantas reflexiones que se me han ocurrido en el asunto. Mi genio peca un poco por lo resuelto en materia de verdad literaria. Vd. perdonará esta libertad á un hombre que entró en la carrera de las letras con el designio de ser útil á ellas, y no de que ellas le sean útiles. Mi nacion no perderá quizá porque mantenga en su seno un literato veraz, y suelto de todo interes: éste es el modo de ocasionar en los abusos una correccion saludable. La condescendencia es un síntoma mortal para la literatura. Vamos al asunto, y antes de entrar en la censura de Vd., permítame hacer las siguientes reflexiones.

¿En qué estado se halla hoy el teatro español? Confesémoslo de buena fe, y no nos engañemos. Si quiere darse nombre de dramas regulares á un amontonamiento de indecencias inverosímiles, de lanceos caballerescos, de oráculos disparatados, de razonamientos sofisticos, de máquinas absurdas, es indisputable que nuestro teatro es el mejor de toda la Europa: ninguno podrá oponernos mayor número de dramas de esta especie. Pero, ¿son éstas las más conformes á la razon? Vd., que enseña poética, podrá y sabrá decidirlo.

Nuestros poetas dramáticos fueron en la mayor parte genios agudísimos y extraordinarios; no hay duda. Pero, ¿qué culpa tenemos los que hoy vivimos de que estos genios extraordinarios escribiesen delirios, ó por culpa del siglo, ó por falta de estudio? A grandes voces se está publicando que nuestro teatro necesita de correccion. Yo intento hacerla en la parte que puedo; presento un drama, si no del todo bueno, algo mejor que

(6) El que quiera hoy vivir racionalmente, debe acomodarse á la pureza de estas instituciones, desprendiéndose de los abusos que se han introducido en una y otra.

(7) Como curiosidad literaria de la época, no indiferente para la historia del teatro español, publicamos esta carta, dirigida al celoso autor de la *Numancia destruida*. La hemos hallado entre los papeles de FORNER.

machos de los que se representan, y Vd. me lo reprueba. Buen modo de dar á entender á M. Masson de Morvilliers (1) que procuramos nuestros adelantamientos.

El *Cato* de Addison tiene defectos harto visibles, pero no cayó en ninguna de las extravagancias de Shakespeare. ¿Qué diríamos de los ingleses si no hubieran permitido la representación de aquella tragedia, por el motivo que tiene algunos defectos? Diríamos, y con razón, que eran amantes de su barbarie; excuso la aplicación: Vd., que enseña poética, podrá hacerla.

El *Cid*, de Corneille, es un drama bien defectuoso en muchas partes; y esto lo conocen los mismos franceses, por muy celosos que sean de las glorias de su teatro. Demos que Corneille hubiera sido español, y corrigiendo las muchas impropiedades de aquella tragedia, hubiera intentado hacer representar su drama en Madrid. Por la regla censoria de vuestra merced, el *Cid*, de Corneille, por tener defectos, debería quedar excluido; y Guillen de Castro, que los tiene mucho mayores y más visibles, debería quedar triunfando en la escena. ¡Oh qué modo tan lindo de mirar por nuestros progresos!

Aunque Vd. cree que su *Numancia* es un drama admirable, yo creo, y otros conmigo, que no es más que un cúmulo de diálogos sangrientos sobre la ruina de una ciudad. Allí no hay héroes, si no es que lo sean los muros de Numancia. El episodio impertinente de Olvia es una ridícula imitación de la *Clorinda* del Tasso, que en la *Jerusalén* viene que ni pintado, pero en una tragedia hace un efecto malísimo. La comparecencia de Mancino es un incidente que no debiera representarse: bastaba referirlo, cuando se quisiera hacer uso de él, sin cargar la fábula: aquella persona es extraña á la acción: la escena de Megara y el niño, en una ocasión tan turbulenta y feroz, es impropiísima; muy semejante á la fiera que gastan unos asesinos en cierta tragedia, en sumo grado inverosímil, en lances tan atropellados. La *Numancia*, con todo eso, se representó; y Vd. tuviera mucha razón de quejarse á habérselo impedido; porque, al fin, si no es drama del todo bueno, es algo mejor que los *Siete Durmientes* y los *Doce Paras de Francia*.

Querer que la corrección del teatro empiece por dramas del todo excelentes, es querer que nunca se verifique la corrección. Corneille, el gran Corneille, el padre del teatro francés, escribió más escenas buenas que tragedias buenas. Abrió el camino á Racine, que perfeccionó lo que empezó el otro.

No há mucho que se representó una comedia disparatada de Moncin, en que un ejército de roncalesas salían á caballo en yeguas, en són de mogiganga, para urdir á los moros una estratagema obscenamente ridícula y estrafalaria (2). Mayor conjunto de delirios no le he visto en mi vida. Mi *Cautiva* está ceñida á una acción, á un lugar, á doce horas, sin delirios, sin absurdos, sin mogigangas. ¡Vd. tal vez fué el aprobante de las *Montañesas*, y ha sido el reprobante de la *Cautiva*! Cosa que muestra ciertamente una imparcialidad! Pero si acaso Vd. no fué el aprobador de aquellos delirios, ¿por qué ha de ser el reprobador de la regularidad, y no permite siquiera oponer algo bueno á lo absolutamente malo?

¿Quién se atreverá á intentar la corrección del teatro en España, si por algunos defectos se ha de embar-

zar la representación de lo que es mejor que lo que comúnmente se representa? Triunfe, pues, Moncin; triunfe la extravagancia; triunfe la asquerosa costumbre de repetir en la escena nuestras antiguas impropiedades, ó de dar traducciones todavía más hediondas; y no se eche la culpa de que esto triunfe á los buenos ingenios de España, sino á la malignidad de los que censuran.

Vd. tiene por un gran drama á los *Menestrales*, y yo, y otros muchos, le tenemos por unos razonamientos didácticos, en que la instrucción se da en discursos morales á los escolásticos, contra la ley fundamental de los poemas activos. Tal vez habrá algunos que á este tenor tendrán por buena mi *Cautiva*, aunque Vd. la tenga por mala. Pero, con todo esto, esta diversidad de opinar no debe servir de esorbo para poner los dramas arreglados sobre el teatro. Si así fuera, jamás se representaría drama ninguno. Los censores de España se toman hoy más derecho del que les pertenece. Por fuerza hemos de pensar todos como ellos piensan. Cada censor se cree con facultad para reprobar cosas que él tal vez no es capaz de hacer, porque no se compadecen con su antojo ó particular gusto. Si da en durar este despotismo censorio, los extranjeros tendrán sobradísima razón para decir que acá no se permite pensar. Con que, porque á Vd. se le antoje llamar sermones á los razonamientos apasionados de mi *Cautiva*, ¿no ha de ser digna de representarse? Con que, porque Vd. halle inverosímil una de las cosas que se ven más comúnmente en el mundo, esto es, que un viejo se enamora furiosamente de una joven, ¿ha de quedar excluida del teatro mi pobre *Isabela*? Hablemos claro, señor censor público: ¿Vd. censuró con el entendimiento ó con la voluntad? La obligación de Vd. está ceñida á las reglas fundamentales: en saliendo de aquí, censura ya, no por el arte, sino por su gusto; y yo, así Dios me ayude, no creo más en su gusto que en el Alcorán.

¿Cuáles son las reglas fundamentales? Las unidades, la verosimilitud, el decoro, los caracteres, las costumbres, la dición; lo demás, señor censor, pende del arbitrio ó gusto de cada uno.

Las unidades son visibles en mi *Cautiva*. Vd. me dijo boca á boca que no es verosímil que un viejo renegado obligue á renegar á un manco que tiene en su poder, para imposibilitarle el amor de *Isabela*, y hacerla él suya. Pero ¿es esto algún prodigio? ¿Es algún vuelo de Vayalarde, algún puñal fatídico del Tetrarca de Jerusalem, ó la muerte de Olvia, ejecutada con las circunstancias más repugnantes que pudieran imaginarse? ¿Las fuerzas del amor no llegan mucho más allá? Fuera de esto, si aquel apoyo, digámoslo así, da ocasión á una variedad de escenas vivas, al juego de la fábula, al contraste de las pasiones, y lo que es mucho más, á manifestar hasta qué especie de perversidades se entrega un hombre que abandona una religión santa (que es la moral íntima de mi acción), ¿por qué no se ha de tratar con benignidad aquella particilla defectuosa, en beneficio y mayor perfección del todo, caso que realmente hubiera defecto? Bueno, á fe! Reparar en esto cuando diariamente estamos viendo, en los teatros, bufones en conversaciones bestiales con los reyes; chocarreros enfriando las escenas más vehementes y vivas; batallas campales en cuatro palmas de tierra; viajes de dos mil leguas hechos en menos de dos minutos; hablarse á gritos dos amantes sin conocerse, sólo porque están á oscuras, siendo así que entónces se debían conocer mejor; y qué sé yo qué otra infinidad de impertinencias que se están consintiendo, con vergüen-

(1) Poeta y geógrafo francés del siglo XVIII. Escribió un *Tratado de geografía de España y Portugal*. (Nota del Colector.)

(2) Alude á la comedia titulada *El triunfo de las Roncalesas*. (I. 12.)

za de nuestro crédito, al mismo tiempo, señor censor mio, que Vd. reprueba lo que es absolutamente verosímil. Yo creía que sólo el hecho de no presentar aquellas ridiculices en el teatro era algún mérito, visto lo estragado que se halla el vulgo; pero ya voy viendo que los censores no quieren que el vulgo pierda de vista los objetos frívolos que le estragan.

No quiere Vd. tampoco que un vicjo se enamore de una jóven; y porque al fin del drama se descubre que es su hija esta jóven, dice con cándida sencillez que es contra el pudor que un padre esté enamorado de una hija. El señor censor debía estar pensando en otra historia de Gibraltar cuando leí mi drama. Dígame, señor mio: ¿ese padre continúa en solicitar á su hija luego que lo sabe que lo es? No: nada; al contrario, aquel reconocimiento trastorna de un golpe todos los designios de padre, y excita en él los sentimientos puros de la naturaleza, haciendo un hombre de un monstruo que era. Pues ¿qué quiere el señor censor? ¿Es contra el pudor que Edipo reconozca á su madre en Yocasta, á quien tenía por mujer, y se entregue al dolor y remordimiento, que precisamente trae consigo un reconocimiento tan inesperado!

Aristóteles dice que los reconocimientos mejores son aquellos que engendran por un enlace necesario la peripecia, y pone por ejemplo el de Edipo, y yo le digo al señor censor que el reconocimiento y peripecia del quinto acto de mi *Cautiva* son iguales á los de Edipo, y, por consiguiente, no truco mi solo quinto acto por cien *Numancias*. Es imposible (diga Vd. lo que quiera) que pueda dejar de agradar en el teatro aquel reconocimiento súbito de marido y mujer, que causa una mutacion naturalísima en los intereses de los personajes principales del drama. ¿Qué asombro en Edipo hallar á su madre en la que tenía por mujer, y qué admiracion en mi renegado hallar á su hija en la que solicitaba por amiga! Ó Vd., señor solo don Ignacio, se ha olvidado de la poética, ó, lo que sería peor, quiere dar á entender que hace tráfico de su juicio.

En las satisfacciones (bien inútiles) que Vd. anda dando por esas calles y cafés á cuantos encuentra, se inculca principalmente en la escena tierna y afectuosa en que Isabela, viendo que su amante acaba de renegar, se empeña en disuadirle y restituirle á su primera religion; y para sobreponer un color ridículo á aquel fuerte razonamiento, le da nombre de *sermon*. ¿Qué bien entiende el señor censor el genio de las situaciones teatrales! La situacion en que se halla Isabela en aquel momento es la siguiente: Un renegado, enamorado de una jóven cautiva que tiene en su casa, sabiendo que esta cautiva, y otro cautivo jóven que tiene en su casa tambien (con título de hijo sin serlo), se aman tiernamente, intenta hacer renegar al jóven cautivo para separarle del amor de la cautiva, y facilitar así los designios de conseguirla. Hácele á este fin pasar cuatro años de trabajos violentos y viles, le martiriza de mil modos, y á fuerza de atormentarle, logra, por último, que desesperado el jóven, vacilante y como fuera de sí, abandone su religion un dia (que es en el que empieza la accion del drama) y se acomode al gusto del renegado, que, sin ser su padre, le habia dado á entender que lo era desde su niñez. Ve la cautiva vestido de moro á su amante, se sobresalta, preguntale qué es aquello, y decláraselo el amante con una especie de desesperacion encogida. Ahora bien; diga el señor catedrático de poética: ¿una mujer de sentimientos puros, de una virtud constante, y que ama á un jóven porque ve en él una inclinacion igual á la virtud

viéndole abandonar su religion, y viendo con esto perdidas todas sus esperanzas, y lo que es sobre todo, entregado á una religion abominable el objeto de su amor, ¿qué deberá hacer y decir? La razon dicta que le deberá disuadir, que se valdrá de cuanta eficacia le sea dable, de cuantas razones le suministre su entendimiento, movido con los sentimientos de la religion y del amor, que son las pasiones que entónces dominan en su pecho, para doblar el ánimo de su amante, y reducirle á la virtud, que habia abandonado. En efecto, Isabela lo hace así por un efecto preciso de la situacion en que se halla. Y ¿á esto llama *sermon* el señor censor? Con que, una mujer que se ve en la necesidad de restituir á su amante á una religion que ha abandonado, ¿no ha de poder hablarle del mérito de la religion que abandona? *Evvia il carissimo signor censore*. ¿De qué le habia de hablar en aquel lance, señor catedrático! ¿De las porradas de Gil Porras, ó de la historia de Gibraltar? Pobre Lusitan y pobre Nerestan en la *Zaira*: si hubierais caído bajo las manos del doctor de poética de San Isidro, jamas hubierais podido inducir, el uno á su hija, y el otro á su hermana, á recibir el bautismo y á reducirse á la religion de Jesucristo, que habia olvidado. Vuestros razonamientos no son más que unos sermones, segun el idioma del señor doctor, y aunque las situaciones en que os veis, los piden por necesidad, el señor catedrático, como tan piadoso, tiene para sí que en un drama de religion no se debe nombrar la religion.

Con todo eso, el autor de la *Zaira* y yo nos contentáremos con habernos acomodado á las reglas de la necesidad dramática, sin dársenos mucho cuidado de no haber seguido los antojos del catedrático de San Isidro.

Pero lo demas, señor censor, yo creo que el verdadero fabricante de sermones lo es Vd. con más propiedad. Se me ha asegurado que en el vestuario del Príncipe hizo una furiosa mision al autor Martinez, diciéndole, con la eficacia que Vd. sule, que se iba á desacreditar si permitia representar mi *Cautiva* en su teatro. Esta sí que es *trama mal ordenada*. Martinez, cuya compañía representa dramas absurdos y disparatados en la mayor parte, ¿se habia de desacreditar por la representacion de un drama regular y de un fondo moral sanísimo? ¡Ah! buen predicador de caminos: ¿dónde tenía Vd. en aquella ocasion las reglas de la lógica?

Insensiblemente he satisfecho parte de los tremendos cargos que hace á mi drama la censura de Vd. Dice en ella que no halla en mi *Cautiva* ni *trama bien ordenada*, ni lenguaje, ni verosimilitud, ni buen ejemplo. La *Cautiva*, pues, es un drama absurdo, bárbaro, disparatado. Yo creía á fe que estos privilegios estaban sólo reservados para la *Numancia*. Si Vd. ha sido el aprobante de algunas comedias que de algunos años á esta parte se han representado con el dictado de *nuevas*, no extrañaré que tenga por *inverosimilitud* á lo verosímil, por lenguaje á la barbarie, y por buen ejemplo al escándalo. Dramas con estas bellas cualidades se han puesto y se ponen libremente á la vista del público; y habiendo sido y siendo aprobados por Vd., de creer es que reprobó el mio porque carece de ellas.

Hablé ya ántes de la verosimilitud. En cuanto á la trama, ¿en dónde está lo mal ordenado de ella? El público sabio lo juzgará mejor cuando salga á luz la *Cautiva*; entre tanto, ¿ha encontrado Vd. en ella algunas escenas que no estén atadas con las anteriores, que no pendan unas de otras entre sí, y en que los sucesos posteriores no nazcan naturalmente de los que antecedieron? Artificio de que carece la *Numancia* absolutamente. El señor censor da muestras de no saber ló-

gica; y si la sabe, ignora el modo de aplicarla á la poesia. Dar nombre de *mal ordenado* á un todo en donde nada, ó muy poco, hay ocioso; en donde hay un principio, un medio, un fin; en donde no hay episodio alguno ajeno de la fábula; en donde los acontecimientos caminan con un encadenamiento más perceptible tal vez de lo que convendría. Es, á la verdad, cerrar los ojos á la evidencia, y querer dar á entender que se reprobaba descaradamente y sin disimulo, por antojo, envidia ó empeño.

Todavía me ha caído más en gracia el fallo magistral de que no hay *lenguaje* en mi drama; ¡buen Dios! El autor de la *Numancia*, de la oda á Mahon, de la elegía á la Academia de San Fernando, ¿osa juzgar sobre el lenguaje poético? Ya se ve: ¿cómo ha de aprobar dramas elegantes, puros, cultos, enérgicos, el que está acostumbrado á aprobar dramas bárbaros y á escribirlos? Un poeta que dice *rendir conatos* (1), *raros moribundos vivientes* (2), *dulce union de afecto* (3), *pacando que os dejasen* (4), *tus acentos esparcen nublados en mi pecho* (5), y otras locuciones de igual energía, creo yo que no es muy á propósito para decidir en asuntos de propiedad y elegancia. ¿En qué lugares de la *Cautiva* ha hallado el señor censor un lenguaje que dediga de las personas y de la naturaleza del drama? Pues mientras no los señale, no puedo satisfacerle. Interin, me contentaré con decirle que el autor de la *Cautiva* tiene un testimonio público, dado por la Academia Española, de que su estilo es propio, y al señor censor le han notado públicamente de que no sabe hablar, y yo, si me enfado, lo haré ver tambien con ménos de dos horas de trabajo.

Ni aún halla *buen ejemplo* en la *Cautiva* el señor censor. Un drama donde se están manifestando prácticamente las maldades á que se abandona un hombre que deja la mejor de las religiones; un drama en que los delitos van siempre acompañados de la acusacion interior y de los remordimientos; un drama en donde para dar contraste á los vicios, sobresale el carácter de una mujer resueltamente virtuosa; no es drama de buen ejemplo para el señor catedrático de poética. ¿Sabe el señor censor el modo de persuadir dramático? Bien pocas señas da de ello.

No estoy para cansarme más por ahora. Yo no tengo interes en que se represente mi *Cautiva*. Al contrario, me avergonzaría de que saliese como mia á una escena donde salen santos bufones, príncipes tontos, lacayos políticos, caballeros duelistas, reyes bestiales, damas filósofas, princesas enamoradas de jardineros, y otras galanterías de igual calibre. Pero tengo un particularísimo interés en que los extranjeros sepan que hay en España jóvenes que trabajan en desterrar aquellas sandeces, sustituyendo alguna cosa más regular. Esto se puede lograr de un modo muy llano, y es haciendo imprimir mi drama, acompañándole de un prologoito, en que cotejando la composicion de mi *Cautiva* con cuatro ó seis comedias de las que diariamente se representan, se deduzca del paralelo cuál era más digna de comparecer en el teatro. Despues haré insertar en los diarios de Europa el siguiente artículo:

«El teatro de España ha logrado todavía pocas mejoras en lo que toca al arte y á la propiedad. Se ven aún en la escena aquellas extravagancias absurdas que han

desacreditado los dramas de España, en medio de su prodigiosa abundancia. Los sabios españoles conocen esta infelicidad, y la lloran; pero la reforma se va imposibilitando de dia en dia; y tal vez no llegará nunca, si ya por casualidad no nace algun Corneille español, que sabiendo agradar con el arte al vulgo, se resuelva á vivir pobre en beneficio de su país. Aún en este caso hallaría tropiezos que le embarazarían su resolucion. Escriben de Madrid la siguiente anécdota, que así como muestra que hay en España quien desea contribuir á la mejora del teatro, hay tambien genios ridículos, que la imposibilitan. Monsieur Ayala está encargado de censurar los dramas que han de representarse. Un jóven, que fué premiado por la Academia Española el año de 1782, presentó á censurar una comedia, que, si no es buena del todo, es infinitamente mejor que las mogigangas que se ven sobre la escena todos los dias. El arte está observado con toda la escrupulosidad que puede aplicarse á una accion complicada. El designio del autor ha sido, segun parece, unir á la regularidad la complicacion del enredo, muy grata todavia á los españoles, para insinuarles el buen gusto, sin descontentarlos con la sencillez, que no pueden sufrir. A la verdad, no puede darse mejor medio para dar principio á la resolucion que se desea; porque con gusto del público, satisfaciéndole en lo que á él le agrada, podrán irse desterrando las impropiedades absurdas. Fué este drama á la censura de Monsieur Ayala, y por intereses privados (segun se dice públicamente) lo reprobó. El autor, compadeciéndose de estas tramas menudas, en que suelen andar mezcladas la venganza y la envidia, satisfizo al censor con una carta particular, en que le convenció de injusto: ha dado su drama á luz para que el pueblo decida la controversia; y ha abandonado el designio de escribir más para el teatro, dejándolo buenamente en la posesion de los corruptores. Hé aquí cómo, por un frívolo interes, no llegan á veces á colmo las mayores empresas. El jóven autor, empezando por un drama, no del todo bueno, podia haber acabado su carrera con dramas excelentes, así como Racine acabó con su *Atalia*, habiendo empezado con *Los Hermanos enemigos*. Los españoles culpan á los extranjeros de enemigos de su nacion; pero, en vista de esto, no será extraño decir que los españoles son los únicos enemigos de sí mismos.»

Esto para los extranjeros. Para los de acá bastará decir que escribí la *Cautiva* del modo que hoy se halla, para satisfacer á un amigo que deseaba dar á una actriz una pieza nueva, y por no hallarse él con tiempo para poderla escribir, se valió de mí; que la escribí arbatadamente, porque se me encargaba la ligereza; que iba entregando los borradores así como se iban escribiendo los actos; que pedí no sonase mi nombre, respecto de que no escribia para mi crédito, sino para servir á los ruegos de la amistad; que procuré, sin embargo, observar las leyes principales del arte dramático, uniéndolas á una accion enredosa, que yo mismo inventé, por acomodarme en parte á los estilos de nuestro teatro y al gusto vulgar. Todo esto indica que no tuviera motivo para llevar á empeño la defensa de un drama que yo mismo miro como un aborto mio, y del cual he hecho bien poco caso, si no conociera que Vd., señor censor, la reprobó por malignidad, no siendo yo hombre que sufra injusticias patentes, ni me dejo cargar de quien conosco que no obra de buena fe. Vd., en esta ocasion, ni ha sabido censurar, ni ha sabido vengarse; porque, dejándose llevar de la pasion, dió una censura injusta, descubriendo el espíritu de

(1) *Numancia*, pág. 2.

(2) Pág. 3.

(3) Pág. 12.

(4) Pág. 21.

(5) Pág. 16.

vinganza que le movia; con lo cual cayó en mayor descrédito del que le podian suscitar las impugnaciones de *Antonio Varas*. Creo que Vd. me entienda; y, entre tanto, viva feliz, y seguro de que su censura y venganza ratera, lejos de disgustarme, me ha dado ocasion para divertirme á su costa más de dos ratos con cuatro amigos. Adios, señor catedrático, y mande á su atento servidor.—JUAN PABLO FORNER.—Sr. D. Ignacio Lopes de Ayala.

EXEQUIAS
DE LA
LENGUA CASTELLANA.
SÁTIRA MENIPEA,
POR EL LICENCIADO
DON PABLO IGNOCAUSTO (1).

ORACION FÚNEBRE.

Quando se representa en mi imaginacion la grandeza á que llegó la lengua de mi patria en su mejor edad, y veo el miserable y lamentable estado á que la han reducido la vana inconsideracion, la barbarie y la ignorancia temeraria y audaz de los escritores de estos últimos tiempos; trocado el impulso de los afectos que deben conducirme en la presente coyuntura, dejándome llevar, antes que de la lástima, del enojo, mudaría las cláusulas del panegirico en las de la sátira, y arrebatado involuntariamente, prorrumpiria en expresiones no del todo dignas del decoro de los que me escuchan, pero muy correspondientes al furioso atrevimiento de los corruptores. El ardor, la vehemencia, la contencion del espíritu, las sentencias vivas y penetrantes, serian la única materia de mis locuciones, consagradas esta vez á vengar á la patria de sus mismos patricios, por que en fin no han sido los vándalos, los godos, ni los árabes los que en esta ocasion han hecho guerra á la elocuencia de España, oscureciéndola con el bárbaro idioma de sus países. Los españoles, los mismos españoles, la han perseguido y aniquilado traidoramente. De ellos ha recibido su lengua una injuria que no recibió jamas de las naciones más rudas y feroces. Pero las circunstancias me obligan á mudar de estilo.

Levantemos un monumento á la inmortalidad de esta lengua, ya que la ignorancia no ha permitido que ella sea inmortal; y perpetuemos, cuanto nos sea dable, las excelencias que tuvo en sí, para que la posteridad española cuente entre las grandes hazañas que se atribuyen á este siglo filosófico, la de haberla defraudado

(1) Las varias composiciones poéticas que contiene esta obra inédita de FORNER, y señaladamente la *Sátira contra la literatura chapucera*, su mérito intrínseco y su peculiar carácter, nos han inducido á publicarla en la presente coleccion. El exámen, ya crítico, ya doctrinal, ya matricio, de la historia de la lengua y de las letras españolas, formado por un escritor tan competente y acreditado del siglo XVIII, no puede dejar de ser considerado como un monumento del estado literario de nuestra patria en aquellos dias. FORNER, no satisfecho con caracterizar y comparar las épocas principales de esplendor y decadencia, levanta el velo que encubria los vicios literarios de su tiempo, señala con donaireo desembarazo los autores principales, y á veces juzga sus obras con atinada, si bien áspera, critica. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la publicacion de este escrito singular, que derrama tanta luz, así sobre el carácter literario de la segunda mitad del siglo último, como sobre la índole y el ingenio satírico de uno de sus más esclarecidos escritores.

de la magnificencia de su idioma, del mayor y mejor instrumento que conocia la Europa para expresar los pensamientos con majestad, con propiedad, con sencillez, con gala, con donaire y con energía. Sí, señores: propiedades son éstas que se hallaban en alto grado en ese cadáver, que yace ya destituido de todas ellas porque no ha habido quien haya sabido sustentarlás, ó por mejor decir, porque una casualidad, felicísima para la España considerada por una parte, ha hecho por otra que los españoles trastornasen todas las ideas del saber, convirtiéndose á imitar á una nacion sabia en aquello en que no debiera ser imitada.

NOTICIA

DEL LICENCIADO PABLO IGNOCAUSTO (FORNER),
Y RAZON DE LA OBRA, TODO EN UNA PIEZA (2).

El licenciado *don Pablo Ignocasto*, señor lector, fué un hombre que nació de mujer, á tantos de tal mes, de aquel año famoso en que el sol entró por invierno en el signo de Capricornio, y produjo la tierra gran cantidad de hongos y calabazas. No dicen las historias contemporáneas si su nacimiento fué efecto de aquella fertilidad admirable. Lo que se sabe de cierto es, que al tiempo que él fué dado á luz, lo fueron igualmente infinitas calabazas y hongos, en muchedumbre prodigiosa; y obligado todo el tiempo que vivió á mantenerse de alimentos fútiles y baratos; propagados estos frutos extraordinariamente, hizo de ellos su manjar predilecto, y los devoró en tanta cantidad, que sus amigos creyeron más de una vez que no tanto trataba de comerlos como de extinguirlos.

Los estudios de este grande hombre fueron muy propios de la categoria de un licenciado ambiguo, que abroquelado con un tremendo título de pergamino, escrito en un latín macarrónico y de botica, se servia de él para pasar por sabio entre los idiotas, y se reia fieramente de lo licenciado cuando consultaba sus dudas con *Ciceron* ó con un tal *Horacio*, el cual diz que fué un gran coplero allá de tiempos antiguos, y que escribió décimas y ovilejos á tente bonete. Fué cruel socaron el tal *Pablo Ignocasto*. En los bancos de la universidad se arrellanaba como un padre conscripto, y calado un bonete de media fanega, y bien cerrado el puño á modo de quien se arma de cachetina, voceaba con tal fuerza, que cuantos le oian le calificaban de sapientísimo entre todos los sabios, y más si soltaba la maldita, y comenzaba á chorrrear no sé qué algarabía por aquellos labios infatigables, que no parece sino que algun diablo bachiller le inspiraba vocablos espantosos y sutilezas endemoniadas, que no habia quien se las entendiese. A pesar de esto, dicen que no sé en qué ocasion tropezó con unas calabazas. Su mala estrella le condenó desde edad muy temprana á andar siempre á vueltas con ellas, y este primer tropiezo fué como el anuncio del destino á que habia nacido.

Acaso hubo rason justa para no calificarle de inepto. Quando jóven, entregado al estudio de la jurisprudencia, se encaprichó en que no habia de aprender el arte de embrollar pleitos, y que de las leyes no habia de saber más de lo que dicen las leyes, ayudadas del estudio de las letras humanas y de la buena filosofía. ¡Miren qué talle de letrado! Leia mucho á un tal *Bacon*; y en el sonido que hace este nombre monstruoso, se puede

(2) FORNER escribió esta especie de prólogo á las *Exequias de la lengua castellana* poco tiempo antes de su muerte.

echar de ver la calidad del libro y la extravagancia de su estudio. No se le caían de las manos las historias de España, porque decía y porfiaba que en el conocimiento de la historia estriba la interpretación de las leyes, por cuanto en la noticia de los tiempos antiguos están las semillas de los presentes. De la razón con que él decía esto, yo no puedo dar otra, sino que me parece un grandísimo disparate que para defender ó votar una *causa* sea preciso saber si el caballo del *Cid* se llamaba *Babieca*, y si eran tercianas ó cuartanas las que padeció el rey *Enrique el Enfermo*. Lo cierto es que, asido á estas opiniones ridículas, jamás se pudo acabar con él que leyese una hoja siquiera del inmortal *Bartolo*, llegando á tanto extremo en esta manía, que cuando alguna vez le forzaban á que devorase algunas líneas, se tapaba las narices, y ponía la mano en el estómago, como para confortarle y evitar la náusea; y en razón de estos escritores decía ser recia cosa que para hallar un grano de trigo quisiesen obligar á un cristiano á que escarbase todo un muladar. Sobre todo, estaba á matar con ciertos autores regnicolas (él los llamaba rancíolos) que habiéndose propuesto interpretar las leyes de España, escritas en buen romance, las deslieron en un latín macarrónico, para estropear la lengua de los *Secuolas*, *Celos* y *Papinianos*; y solía, no sin chiste, llamar á aquellos autorasos, *moriscos de la jurisprudencia*, porque, sobre haber querido acomodar á las leyes de España los dogmas de los jurisconsultos gentiles, mal aplicados por los cristianos del siglo decimocuarto, gastaban tal algarabía de frasca, que sólo los podría entender quien fuese tan morisco como ellos. Yo refiero lo que él pensaba, por no faltar á las puntualidades de historiador exactísimo. Si tenía ó no razón en ello, no es de mi incumbencia ventilarlo y determinarlo.....

Después de la historia, con todos sus adminículos y zarandajas de crítica, cronología, política, y no sé qué otras fruslerías de este jaez, daba el primer lugar á la filosofía para la interpretación de las leyes, y en esto se ve también la extravagancia de sus opiniones. Los amigos trabajaron infatigablemente en apartarle de este estudio fútil y peligroso, poniéndole por delante la infamia y los silbos con que suelen ser cencerreados *Sócrates*, *Platon*, *Zenon*, *Ciceron*, *Séneca*, *Vives*, *Gasendo* y la demás turba de esta familia estrafalaria, que quieren medir como con compas el entendimiento de los hombres, y nivelar su voluntad á la plumada de sus imaginaciones fantásticas. «Venid acá, pecador de mí, le solía yo decir una que otra vez, ¿en qué estudio de letrado habeis visto á *Platon*, á *Séneca* ni á *Ciceron*? Pues creer que los letrados ignoran lo que conviene al buen despacho de los negocios sería majadería tremenda, porque ellos tienen bien atestados sus estantes con abundancia formidable de volúmenes de á dos en carga, y no hay botica así provista de botes, redomas, emulsorios y cajoncitos embutidos de ponzoñas y materiales de espantable nomenclatura, como lo están las paredes de un estudio de letrado con autores de nombres enrevesados y apellidos diabólicos, que manifiestan desde luego la portada de las doctrinas que atesoran. ¿Cuál letrado ha dicho hasta ahora que se necesita un escríptulo de *Ciceron*, ni media dragma de *Séneca*, ni dos cuartos de emplasto de *Gasendo* para curar la hidropesía de un pleito, ó para aplicar una vixima á un litigante condenado en costas, dolencia más fatal que si rodara una escalera y se hiciese una fractura en la rodilla? Para estos males, y otros infinitos que abundan en el foro, tienen ellos los polvos de la *opinión común*, las hojas de *Cópula* y *Macardo*, el espíritu de la sofistería,

y sobre todo, untos admirables, que saben aplicar con oportunidad. Y si no, decidme: *Ciceron* ¿en qué parte trata de las *excepciones dilatorias*, tan necesarias para que un pleito, que no debía durar más que veinte días, dure diez años, que es la obra causídica de mayor habilidad, lucro y lucimiento? *Séneca* ¿dónde enseña la materia de los *otaco recursos*, ni siquiera lo de *foro competentí*? *Platon* ¿dictó jamás un modelo de *demandas de excepción* ó de interrogatorio, con todos los ápices, requisitos y puntualidades abstrusas y profundas que requieren estas grandes operaciones forenses? Usted, señor mío, estudió su *Goudin* como Dios le dió á entender, el primer curso que fué á la universidad, y estudiándole así, cumplió con el estatuto, y ésta es la filosofía que se pide, y lo demás son gullerías de apetito relajado y goloso, y es querer singularizarse por caminos no hollados de nadie. Todo esto le decía yo, abrasado en celo de amistad, y solicito por el crédito de mi amigo; pero, sí, á buena parte llegaba. Cerrado de campifia en la impertinencia de su error, se me subía allá por esas filosofías de Dios, en discursos tan incomprensibles para mí, que era menester darle la razón y dejarle en paz con su tema. Sólo, sí, le vi hacer diferencia entre filosofías y filosofías, y condenar y abominar unas, y estimar y venerar otras. Á la que condenaba, llamaba corrupción del entendimiento, y á la que aprobaba, arte de perfeccionar al hombre solo ó en sociedad; y como creía que este mismísimo es el ministerio de las leyes, infería allá, en sus consecuencias extravagantes, que no hará buenas leyes, ni aplicará bien las ya hechas, quien no sepa el arte de perfeccionar al hombre, ya solo, ya en la unión ó congregación civil.

Mas no paró aquí su locura. No se contentó con adular el estudio de la jurisprudencia, acompañándole con la historia, sino que se echó de brazos sobre la elocuencia y la poesía, y dió en el último disparate de afirmar que sin la práctica de la una y sin la especulación de la otra, cuanto escriban y hablen los hombres de letras se distinguirá muy poco de los vulgares y comunes discursos. Jamas se habrá oído delirio más gracioso. Sin embargo, yo no sé cómo él lo componía, que al parecer probaba la cosa y la metía por los ojos. Decía que la elocuencia viene á ser así á la manera del guiso en la comida, y que la poesía era el último punto de sazón en las cocinas del ingenio. Decía también que esto que se llama belleza no se halla sólo en las mujeres, sino que en esta parte tienen también los libros y los razonamientos sus accidentes de *bello sexo* (*Garcilaso* sea sordo); y añadía que esta belleza de los razonamientos y de los libros era parto legítimo y natural de las señoras Elocuencia y Poesía. Pero valga la verdad; ¿no es esto, en substancia, afeminar las ciencias y hacerlas remilgadas y salameras? Ademas querria yo se me dijese qué tienen que ver las coplas con una demanda de esponsales; qué conexión puede haber entre la figura sinécdoque y otras tales, y la revision de un testamento *in scriptis*.....

Pero entre una gran parte de letrados famosos que fatigan los estantes de las bibliotecas jurídicas, ¿cuál de ellos se ha acordado? ¿qué es acordarse? ¿cuál de ellos no ha hecho estudio formal de enemistar sus cláusulas con la elocuencia? ¿No aparece en todos ellos aquella respetable horrida, aquella robusta suciedad, aquella tosquedad greñuda, aquella borra ensortijada, que manifiesta desde luego la fortaleza y masculinidad del discurso? Y no hay que decir que esto lo han hecho por ahí algunos letradillos de guardilla, que pillan seis reales en una pasantía, y van á medias con el procu-

rador que les engancha tal cual penitente. Los oráculos del foro, los hierofantas de estos altísimos misterios, han dado sus respuestas en este tan sucio y desaliñado estilo.

Pero lo que hay de cierto es, que, con extravagancia ó sin ella, nuestro licenciado así amasaba una alegación caudica, como hacia un soneto ó una canción, y tanto forjaba una *diatriba* filosófica, como empuñaba la clava crítica y aporreaba á diestro y siniestro á cuantos espantajos literarios se le ponían por delante; y de la misma suerte templaba el estilo al tono de los números declamatorios que á los puntos de la solfa poética; pero sin poner en esto más merito que el de obedecer á su inclinación, materialmente antojadiza, bulliciosa y amiga de variar los intentos y las ocupaciones. ¿Qué podría resultar de esto, sino que los letrados de mazacote le abominasen, y los eruditos pelones le royesen las frases y las noticias y el ingenio? Aquéllos decían, arugando la frente y frunciendo el hocico con desden cejudo y despreciador, que por darse á los estudios fútiles, tales como la filosofía, la historia, las antigüedades nacionales, la crítica y la elocuencia, desconocía la solidez magistral de su profesión, en que tan grandes y maravillosos progresos hicieron los famosos intérpretes que explicaron las leyes sin filosofía, sin historia, sin antigüedades, sin crítica y sin otras pataratas de este jaez; y los otros se desgañaban en los cafés y en las tertulias, que á buena hora trataba de entremeterse en el país del buen gusto un literato mostrenco, criado entre las telarañas de la universidad. Es verdad que él respondía á unos y á otros alegando ejemplos notables, que en la apariencia justificaban de algun modo su conducta. Pero ¡qué disparate hay, por descomunal que sea, que no haya caído en gracia á alguno de los innumerables mentecatos que pueblan la region de la sabiduría! Por ejemplo, él citaba en su abono á *Alciato*, á *Cujacio*, á los hermanos *Gobetas*, á *Bernabé Brisorio*, á *Antonio Agustín*, á *Benedicto XIV*, á *Ramos del Manzano*, á don *Nicolas Antonio*, á don *Diego de Saavedra*, y otra lechigada de hombres oscuros, que fueron á un mismo tiempo letrados insignes, según él decía, y exquisitísimos en la doctrina, en el estilo y en el ingenio, grandes políticos, críticos atinados, elocuentes sobremanera, consumados en la erudición sagrada y profana; aptos, en una palabra, para saber las cosas como es debido, y para expresarlas con propiedad y dignidad. A estos ejemplos añadía otras razones de pié de banco. Decía que en un congreso ó dieta, en que se tratase, por ejemplo, de pacificar la Europa y sostener los derechos de los príncipes, no pueden intervenir sino letrados de consumada erudición y de elocuencia consumada; y una nación donde no haya letrados de esta especie, no sólo hará muy mal papel en tales congresos, sino que por falta de la ciencia conveniente en los que vayan destinados á sostener sus intereses y derechos, se pondrá á riesgo de buscar provecho y sacar daño. Ahora: estos letrados no se pueden fabricar en los talleres de la Rabulería; y tan imposible es que todos los pragmáticos juntos, alambicados por cien resortes, den un *Antonio Agustín*, un *Bernabé Brisorio* ó un *Benedicto XIV*, como el extraer espíritu de rosas de un cardo; y á este propósito citaba casos muy ignominiosos.

Por lo que toca á los eruditos mondos, y políticos moltones, cuya esencia se cifra en materias vagas y cuatro aforismos mascarados en la cartilla de *Maquiavelo*, afirmaba que, por el estilo contrario, eran no ménos ineptos que los rábulas, porque no hay ni puede haber nación cuyo edificio civil no cargue sobre sus leyes funda-

mentales, en las cuales consiste la solidez de sus intereses internos y externos; y á esto llamaba el *Caton de la Política*, y clamaba como un poseído que sin el estudio profundo y bien dirigido de este caton, no habrá hombre público que acierte á promover la prosperidad del Estado, ya aplicando las leyes en los negocios internos, ya negociando en el conflicto de intereses con que las naciones se amagan unas á otras. Boberías, hojarasca, todo bambolla y cháchara de literato de nueva fábrica. Lo que se ha visto evidéntisimamente es, que España caminó á paso largo al mayor punto de grandeza y prosperidad, desde que la legislación y la política se empezaron á estudiar en *Antonio Gomez Sando*, *Giurba*, *Escacio*, *Monacho*, *Furinao*, *Morla*, *Maranta* y *Julio Capon*. Y es positivo, y fuera de toda duda, que el señor *Covarrubias* hubiera sido mucho mayor juriconsulto, si hubiese ignorado la lengua griega, si hubiese barbarizado un poco más en la latina, si hubiese desechado de todo punto el estudio crítico, admitiendo y tragándose las patrañas de todo calibre, y por último, si ya que adoptó en parte el estilo pragmático, no le hubiese violado y corrompido á cada paso con erudiciones y alifios sutiles, contagio que se le pegó en las aulas del *Comendador griego* (1), pedante impertinentísimo entre los más impertinentes.

Bien se deja entender que un hombre embutido de opiniones tan insustanciales, y dotado, por otra parte, de un genio firme, resuelto, inflexible, incapaz de desmentirse, habia de tropezar forzosamente con tal cual pesadumbre en la comunicacion necesaria de la vida civil. Y en efecto, tuvo algunas y no flojas. Mas no conviene disimular que él llamó sobre sí estas persecuciones, por el uso ménos prudente que hizo de una cierta franqueza y veracidad, á que irresistible le arrastraba su natural. Jamas se le pudo reducir á que no llamase mal poeta á un mal poeta, crítico desatinado á un desatinado crítico, y sofista perverso á un perverso sofista, *et sic de reliquis*. Cuando éstos añadían el orgullo y la vanidad á la miseria de sus copillias, de sus críticas, de sus sofisterías, aullaba nuestro hombre, montaba en cólera, y arrebatando papel y pluma, escribiorroteaba sus sentimientos lisos y llanos, como se los inspiraba el diablo de su indignación, y sin reparar en barras, ni acordarse de que sus cascos no eran de bronce, echaba á volar sus papelesos crítico-rabiosos, y caiga el que cayere. Ya se ve; era preciso que fuese él el caído, aunque no fuera sino porque tenía razon. ¡Qué! ¡es poca necedad ésta de entrarse de rondón á limpiar el establo de la literatura un licenciado á secas, falto de protección y de campanillas, sin reparar en las coces, mordiscos y topetadas que le podían regalar los inquilinos de tal establo? Fuera de que, yo he oído decir á los mismos interesados que era intolerable la majadería del hombre encaprichado en ser asota-tontos, como si el verdadero tonto no lo fuera él; porque, hablemos con puridad: de todo lo que va dicho en esta puntual historia, se colige harto claramente que sus opiniones y estudios eran rotundamente ridículos y extrafalarlos; y como él media la ciencia ajena por la vara de sus principios, habia de resultar, por necesidad, lo contrario de lo que él pensaba y juzgaba; así es que cuando afirmaba que un letrado debe ser filósofo, orador, crítico y humanista, pronunciaba una badajada estúpida, y los letrados que no saben filosofía, crítica,

(1) Fernán Nuñez de Guzman, llamado *El Comendador griego* y también *Fernán Nuñez Placiano*. Es el célebre glosador de las obras de Juan de Mena, y autor, además, de una obra titulada *Refranes y proverbios glosados*. (Nota del Colector.)

ni humanidades, hacian muy bien en acoocerle. Cuando gritaba que los versos frios, prosáicos, insulsos, ó bien los hinchados, hidrópicos y mentecatos no pertenecian á la poesia, vomitaba un desatino insufrible, y así hacian muy bien los poetas frios, insulsos, hidrópicos y mentecatos en acusarle para exterminar bestia tan dañina, que queria por su antojo obligar á los poetas á tener juicio y meter los letrados en la prensa de la critica y de la oratoria.

Él, pues, se tuvo la culpa de sus pesadumbres, ó por mejor decir, fué fatalidad á que le guió la invencible fuerza de su estrella, si es que las estrellas tienen fuerza. Sirvale de disculpa, ya que no de alabanza, que en los últimos años reconoció su insensatez, á modo de Don Quijote, cobró el juicio y dejó en paz á los malandrines. Desde entonces quedó como un mar en leche la república de la literatura grotesca, y ni él se acordó de nadie, ni nadie de él. Empero (es terminillo oratorio), ¿quién lo creyera? á pesar de sus extravagancias, opiniones y absurdos, logró protectores, y grandes y sabios y poderosos protectores. Yo le vi en un tris, más de dos veces, de arribar á cumbres muy empinadas, y le vi, por fin, salir triunfante de entre el torbellino de sus persecuciones. Pero todo desapareció luego que puso el pié en el saguán de la prosperidad. Murió para la literatura en lo más floreciente de sus años. Téngale Dios en su santa gloria. Debió la proteccion á su modestia y á la aplicacion infatigable de su estudio. Era hidrópico de libros, rara vez se le veia sino leyendo ó escribiendo, y no por eso hacia grande caudal de sus letras, conociendo que aunque su aplicacion era intensa, no respondia el campo al cultivo; y acaso, por lo mismo que no desconocia la vanidad, le ofendia extraordinariamente en los mentecatos. Habiéndole yo merecido la confianza de dejarme por legatario de sus papeles, hallé en ellos muchedumbre increíble de escritos ya formados y de materiales para otros que meditaba; pero en todos, generalmente, estampado el carácter de su genialidad. Se distrajo á todos los asuntos imaginables; trató la jurisprudencia como filósofo, la filosofia como humanista y como político, y las humanidades como filósofo y como letrado.

Las obras pertenecientes á la critica son infinitas, y á esta clase corresponde la presente, que es de las más insulsas. Su argumento es pueril y digno de un dómíne. Se propuso en él manifestar las fuentes del buen gusto en el uso de la lengua castellana, declarando la guerra á sus corruptores antiguos y modernos; porque estaba imbuido de aquel error descomunal, de que ya hemos hablado, á saber: que sin la elocuencia no hay belleza en lo que se habla ni en lo que se escribe. Dió en la necesidad de opinar que nunca una nacion arribará á poseer las ciencias en su verdadero punto y sazón, si sus profesores no aprenden á pensar y hablar como conviene á cada cosa. Echará de ver el lector que para dar algun colorido de probabilidad á un despropósito de tanto bullo, bien era menester poner en movimiento todas las máquinas del ingenio y de la doctrina; fecundo aquél en sofisterías, y traída ésta por las greñas en abono de las sofisterías mismas; y ve aquí la cifra, el compendio, el epílogo, la abreviatura de lo que en lenguas páginas y diálogos exorbitantes contiene esta obra que escribió (pienso que aún muy jóven) con el título de *Funerál de la Lengua castellana*. En ella investiga las causas y orígenes del que él llama mal gusto en la *literatura española*; hace alarde y reseña de los escritores más famosos que han cultivado ó han pervertido nuestra lengua; descubre las raíces del mal, mete la tintera en la llama

oorta y trincha desapiadadamente, y nada escapa de su pluma, sin elogio si lo cree bueno, y sin rechifla si lo cree malo. El argumento ya se ve que es harto despreciable, porque en efecto, si es cierto lo que afirman algunos, ninguna nacion debe escribir en su lengua sino coplas y gacetas, y lo demas todo en latin, en beneficio de la instruccion pública. Si pues, segun esta preciosísima opinion, el cultivo de la lengua nativa debe sólo pertenecer á los ciegos y á los gaceteros, claro está que *Pablo Ignoausto* disparó inútilmente su pólvora, y ciertamente los doctores tabacosos no dejarán de pensarlo así, y yo ya me prometo de su mucha prudencia que, sin hacer caso de bachillerías de este más que bachiller, continuarán intrépidamente manteniéndose en la loable costumbre de despreciar la elocuencia, las buenas letras y el buen gusto en el ejercicio de aquellas graves profesiones que dan honra y dinero, sin necesidad de perfilarlas con tantos repulgos y gullerías.

Por lo que toca á la invencion de la fábula, el mismo *Ignoausto* dice, en el final de ella, lo que basta para conocer su total demérito. Llamóla *Sátira Menipea*, porque dice que en la Grecia hubo un tal *Menipo*, primer padre de estas invenciones monstruosas, que mezclan la prosa con el verso, y emplean el verso y la prosa en zumbarse de las majaderías humanas, y que un pedante del *Lacio*, llamado *Marco Varren*, íntimo amigo del charlatan *Tulio*, habia escrito tambien mucho en este estilo; y con esto damos á entender lo bastante el corto mérito que debe tener una obra por patronos tan desatinados. Ya oigo que el lector me dice aquí con ceño hosco y amohinado: «Pues si la obra es tan inicua como la pintas, ¿á qué propósito la imprimes y nos la vendes? ¿Faltan por ventura libros ruines que nos estén chasqueando cada año, cada mes, cada semana, sino que con pleno conocimiento te nos vienes con esa nueva mercancía pestilencial, como si no estuviese ya bien apesada nuestra literatura? ¿No nos bastan tantas traducciones inicuas, tantas novelas paralíticas, tantos copleros sin poesia, tantos romancistas sin romance, sino que aún nos echas encima la hojarasca de un sueño portentoso, y tan inútil y tan ridiculo como muestra su título? ¿*Exequias de la Lengua castellana*?..... ¿Quién te ha dicho que ha muerto esta lengua, perverso? Pregúntaselo á C..... á V..... á N..... á F..... á J..... á M..... y al innumerable alfabeto de tanto traductor, zurcidor, remendon y maulero de los que tienen el imperio de nuestra lengua?..... En ellos la verás floreciente, fresca, y aún helada si me apuras; la verás á veces convertida en una verdadera energúmena. Pues ¿qué más quieres, bergante? Si nuestros escritores modernos han arribado á la alta empresa de hacer que su lengua hable como poscida y como si tuviera una legion de diablos en el cuerpo, ¿á qué viene esta ridícula invencion de fingirla muerta y celebrar su funeral?»

Vuestra merced, señor lector, lo ha tomado muy alto, y aunque no carece de razon en mucho de lo que regaña, no por eso quiero dársela en cuanto á que esta obra no logre aceptacion. Los libros pésimos que se publican, ¿se publicarian si no hubiese compradores? Usted crea que en esto de paladares hay mucho en que entender, y que lo que no agrada á unos, se lo tragan otros; y hombre habrá de tan destemplado gusto, que hará ascos (vea usted qué delirio) á un manual de práctica forense, escrito con docta, redundante y desgrefiada pesades, y celebrará estas *Exequias*, juzgándolas dignas de durar grabadas en cedro. Y vea usted aquí el motivo que me ha determinado á publicarlas, valgan por lo que valieren. Gócelas, pues, con gusto ó sin él, el

pío ó avinagrado lector, y sepa, por conclusion de esta fama póstuma, que es siempre suyo el legatario de los papeles de *don Pablo Ignocasto*.

EXEQUIAS DE LA LENGUA CASTELLANA.

SÁTIRA MENIPEA.

Habia yo oído muchas veces en mi niñez que el viaje al Parnaso era empresa árdua y difícil, así por lo estrecho y áspero del camino, como por lo escarpado é inaccesible de la cumbre. Con todo eso, la edad, que crecía en mí, y con ella las fuerzas, me hicieron concebir esperanzas de poder arribar algun día, bien fuese á costa de rodeos y trabajos; porque, en fin, ¿qué empresa hay que parezca árdua á un mancebo que sabe hacer versos? El ejemplo, gran maestro de designios desatinados, me encendía maravillosamente en el deseo de emprender el viaje, y tanto más, cuanto no me tenía yo por inferior á ninguno de los que le habían emprendido en los tiempos pasados; porque ¿cuál es el mal poeta que no cree de sí ser el mejor de todos los buenos poetas? Era cosa graciosa ver del modo que me representaba la imaginación el acogimiento que había de hallar en los números de la poesía.

Apénas á la cumbre
Del deseado Pindo
Suba yo, y goce el aura
De su ambiente divino;
Las vírgenes graciosas
Que en el alto recinto
Reparten de los versos
El influjo benigno,
A recibirme ufanas
Saldrán en peregrino
Coro, que en dulce canto
Muestren su regocijo.
Las vagorosas aves
En travieso bullicio
Unirán sus gorjeos
Al cántico festivo.
Tras esto el padre excelso,
Cuyo blando dominio
Reduce á su obediencia
Los pechos más esquivos;
Aquel á quien los hombres
Adoran sin sentido,
Detiene al ave el vuelo,
Enfrena el curso al río;
Con majestad risueña,
Cual la del padre al hijo,
Recibirá en sus brazos
El débil pecho mío,
Y diráme: «Mancebo,
Prosperense benignos
Los dioses, que gobiernan
El torno de los siglos.»
De doctos compañeros
Mi séquito lucido
Recibirá en su gremio
Su ejercitado juicio.
Recíbanse, y su frente
O bien corone el mirtó
O de inmortales lauros,
Dón negado á infinitos,
Guarnéscanse tus sienes,
En tanto que encendido
Con vos digna de dioses
Cantas su poderío.
Salve, diránme todos;

Y yo con labio amigo,
Humilde entre el aplauso,
Y en la altura sencillo,
Doblada la rodilla,
Veneraré á *Salicio* (1),
Honor del grave Tajo,
De las Musas hechizo.

Ante los dos *Leonardos* (2)
Pronunciaré encogido
Palabras con que entiendan
Cuánto á los dos admiro.
Y si á dicha en la tropa
A *Villegas* percibo,
Negado á ostentaciones
De civiles oficios,
Por más que retozando
Se ocupe sin peligros
Con el viejo *Anacréon*,
Trocando al viejo en niño,
Romperé por la turba,
Y de su cuello asido,
Daréle un dulce beso,
Sin que él pueda impedirlo.

¡Qué vana es la imaginación de un poeta! Lo peor es que este maldito acogimiento tan honorífico y lisonjero que me figuraba yo, y daba por muy cierto con sencillísima credulidad, me confirmaba más y más en mi pensamiento, hasta resolverme é inducirme á preparar las provisiones para el viaje.

Mi principal cuidado fué buscar un valedor que recomendase á *Apolo* mis buenas cualidades, aunque yo no tuviese ninguna buena. Mi amor propio era bastante para que yo confiase en mí; pero como mi amor propio no podía hacer que otros viessen en mí las cualidades buenas que yo veía, quise echar mano del valimiento, microscopio admirable en las córtes, por donde se mira el mérito de cada uno, y se representa á la vista como un elefante el que, mirado en sí, no es mayor que una pulga. Echémle, pues, en busca de empeños, y en esta facción me sucedieron cosas graciosas; porque ¿quién creará que para hallar uno que me recomendase á *Apolo*, me fué preciso buscar ántes cuarenta, por donde fui subiendo como por escala para arribar al que debía de serlo en realidad? De manera que más trabajo me costó ponerme en proporción de adquirir una carta de ceremonia, que les pudo costar á *Newton* ó á *Aristóteles* todo el hallazgo de su filosofía. Lo mejor del caso fué, que después de haber sudado mucho y de mala gana, vinimos á parar en que el tal señor no tenía confianza ni familiaridad con *Apolo*, suficiente para molestarle con recomendaciones, y que tenía por muy cierto que en estos días no había en España uno que pudiese jactarse de merecer la amistad de aquel dios. Si fué heladísima la frialdad con que me quedé, el lector lo puede considerar sin necesidad de comentario.

Oh centro oscuro de inmortal congoja,
Córte falas, morada de aparatos,
Quien sólo en la verdad funda sus tratos,
¿Por qué de tu recinto no se arroja?
Vela el docto, y del sueño se despoja
Por ser útil á mil y mil ingratos,
Pide que premien sus cansados ratos,
Y el ocioso poder de ello se enoja.
Finó el estudio, y la lisonja vana
Sólo, y el interés, son venturosos;
¡A qué aplaudir los sabios que murieron?
Tal es el juicio de la corte insana:
Los vivos, porque son, le son odiosos;
Los muertos agradables porque fueron.

(1) Garcilaso.

(2) Los Argensolas.

Cualquiera que sepa lo que es pr. tender, no lograr, y saber hacer versos, disculpará el mal humor de este epigrama, que escribí al vuelo sin saber cómo, nada más que por no haber conseguido una bagitela, que tal vez se me negaba con justa razon. Pero ¡los poetas se paran alguna vez á considerar si se les niega, con ella ó sin ella? Bien que, hablando las cosas en conciencia, en esta parte tienen los poetas muchos hermanos y compañeros.

Muy embelesado estaba yo con mi epigrama, y muy satisfecho de que me habia vengado con él á todo mi sabor, cuando héte aquí á mi amigo *Arcadio* (1), antiguo comiliton mio en la universidad, socarron de primer orden, y hombre que diría una pulla en verso al mismo *Apelo* en sus doradísimas barbas. «A buen tiempo, le dije en el instante que le vi; oíd un soneto que acabo de escribir, y á fe á fe, que tiene, si no me engaño, toda la bondad posible.—Prestemos paciencia (respondió él con aire bellaco y desdofioso): los poetas no piensan que hacen cosa buena si, después de molerse á sí, no muelen á todo el mundo. Por vida de nuestra amistad, que le leais sin hacer gestos y sin repetirle.» Yo le obedecí de tan buena manera, que á cada verso arqueaba tres veces las cejas y redondeaba cuatro la boca, y los leí todos con tantos hipóboles de sobrecejo, que mi amigo, sin estar en su mano, soltó la risa y me aplaudió la habilidad con media docena de carcajadas. Enfojéme, esforcé la risa, encendíome el rostro, y me encará, diciéndome en tono chusco y agitanado:

Oiga usted, señor poeta,
¡A qué tanto imaginar,
Si imaginaciones vanas
Dejan su juicio en agas?
Darse todo á pensamientos
Que atraigan la voluntad,
Si son falsos ó caducos,
¡De qué, en fin, le servirán?
Piense bien y piense á tiempo.
Esta es la ley principal;
Que para hacer versos malos
Siempre le queda lugar.
A todo trance su musa
Halla en todo qué cantar;
Cante bien en una cosa,
Los doctos le aplaudirán.
En bagatelas sonoras
Su vigor desperdiciar,
Es burlarse de los dones
Que debe á un ente inmortal.
Escriba lo que en sí lleve
Deleite y utilidad,
Que de inútiles autores
Bien hartó está el mundo ya.
Mas, si mi consejo estima,
Dispóngase á sofocar
De ese desdichado genio
Esa inclinacion fatal.
Eternizarse en los metros
Es su desdicha buscar;
Si canta bien, no se premia;
No se lee, si canta mal.

Venid acá, hombres de los diablos, continuó; que más de cuatro mil carguen, y Dios me lo perdone, con el bergante que os ha metido en la cabeza que vuestros versos pueden hacer honor á la patria; venid acá: ¡cuántas veces os he predicado que abandoneis la poesía enteramente? ¡Qué utilidad esperais de esa profesion, que han dado en llamar divina los pícaros, á quienes rompería yo de buena gana la cabeza, por la bellaquería de atribuir á los poetas la comunicacion con los dioses,

cuando no la tienen siquiera con los hombres más miserables de la república, que en viendo á uno gritan: *Guarda el poeta*, como si viesen algun oco ó lobo suelto de la jaula? No, sino andáos á hacer versos y sustentáos con humo. Pues bien; supongamos (lo que nunca Dios lo permita) que vos sois un poeton consumadísimo; que *Apelo* os comunica por arrobas sus influencias; que cada una de las Musas os pone en las manos su instrumento músico; que las Gracias os prestan todo el hechizo de su buen gusto; todo esto teneis: ¡qué hemos adelantado? Ponéos á escribir un poema épico, sonoro, magnífico, grave, que se lleve de calle á cuantos se han escrito desde *Homero* acá; ¡juzgáis que las gentes del dia gusten de bagatelas? ¡Y qué mayor bagatela que un poema épico? Compondréis diez ó doce mil versos, cuajados de caracteres nobles, de acontecimientos heróicos para el ejemplo, de sentencias políticas de una moral pura, varonil y robusta; y ¡qué bienes nos vienen con esa gracia? Nada de eso sirve para matar enfermos, para embrollar pleitos ni para malbaratar rentas, y lo que no sirve para esto, para maldita la cosa sirve.

Pues hé aquí que quereis ser un trágico ó un cómico (que para muchos lo mismo es uno que otro); un trágico, digo, más truculento, más feroz y más llorén que el mismo *Sófocles*; ó un cómico más risueño, más salado y más festivo que el mismo *Plauto*. En realidad de verdad seréis un trágico ó un cómico verdadero: trágico porque tendréis mucho que llorar, cómico porque daréis muchísimo que reir. ¡A nuestros modernísimos os quereis venir con reglitas modernas, que nacieron con las olimpiadas, y con unidades, y con caracteres, y con costumbres, y con fábulas simples é implexas, y con todas las ridículas menudencias del pobrete *Aristóteles*? Brava majadería: el fomentar á los grandes trágicos y excelentes cómicos era bueno para los tiempos de Maricastaña, cuando se usaban aquellos famosos juegos olímpicos, en que se premiaban públicamente la virtud y el talento.

Pero, sús: *Molpomens* baja volando desde la cima derecha del Parnaso y os entrega la lira que ha robado á *Pindaro* para regalárosia. Ea, os hierve el cerebro, os sentis lleno de la divinidad, os rebosa el furor por los ojos, os enajenáis en un arrobo inquieto y sublime; todo inflamado, rompeis el silencio y parís un himno *pinátrico* en elogio de.... ¡de quién diré yo? Quien admita el himno no faltará; quien recompense la habilidad de hacerlo, ahí está el diantre. Y á la verdad con mucha razon, porque, aquí para entre los dos, los héroes que se usan hoy no valen el trabajo de que se escriban odas en su alabanza, y así obran con gran consecuencia en no proteger á los que no saben alabar digna y decorosamente, sin lisonjas ni adulaciones viles.

¡Abandonais todas estas ocupaciones inútiles, y os metéis á satírico? *Juvenal* os presta su cólera, su donaire *Horacio*, y *Argensola* su magisterio. Antes os vea yo plagado de sarna que de la habilidad de reprender; ¡os parece que es poco negocio andar siempre á remoquetes con los malos poetas, gramáticos pedantes, políticos ambiciosos, juecos infucos, mujeres fantásticas, mancebos lascivos, papelistas desatinados, escritores de máquina, y con la demas caterva de personas ridículas ó malvadas, que dando ellas lugar con sus acciones á la maledicencia, persiguen de muerte al que osa ridiculizar en buenos versos sus costumbres infucas? Fuera de eso, ¡qué enmienda advertís en el mundo después de las gracias de *Horacio*, las severidades de *Persio*, la maestría de *Argensola* y la siempre picante jocundidad de *Quevedo*? ¡Han dejado por eso de ser ambí-

(1) Iglecias.

ciosos los cortesanos, arrogantes los gramáticos, frívolas las mujeres, jactanciosos los malos poetas, maldicientes y pedantes los papelistas, y en suma, ridículos casi todos los hombres? Nada ménos; con que, cansaros para no enmendar nada, y para labrar enemistades que os arruinen para siempre, faltándoos, como os faltaría, la proteccion que lograron felizmente *Horacio* y *Despréaux*, es una sandez muy despropositada.

Una flauta pastoril oigo cerca de aquí; ¿no es bueno que se me antoja que percibo validos de oveja? Que me maten si no tenemos en campaña la musa bucólica. Ello por ello. La acompaña *Tóberito*, que os viene á entregar su cayado; pero ¿vais á tomarle? ¡Simple! ¿Pastor os queréis hacer? Vos pasaréis por un buen samarito. ¡Sencilleces rústicas, virtud no contaminada en la soledad, candor sincero, costumbres simplemente virtuosas, intentais cantar á los ciudadanos? ¿Qué tiene todo eso que ver con el artificio de los pretendientes, los tratos adulterinos de las casadas, la descovoltura de las solteras, la imperiosidad de los poderosos, el disimulo de los jueces, la infame condescendencia de los maridos, la negociosidad de los curiales, la avaricia, el engaño, la apariencia, la ambicion, que domina en los grandes pueblos? Hacéos á las mañas, y dejad, con mil diablos, las sampofías para los que fabrican quesos y requesones. Vos teneis que fabricar vuestra fortuna, y ésta no se logra con églogas, aunque inspiren candor y virtud.

Que cum ita sint, señor y amigo mio, resulta solamente que

Perezca triste el poderoso genio
Que inflama al vate y la virtud eleva
Cuando se llena del furor *oileño*.

El vicio triunfe, pues el vicio aprueba
La caterva mortal, y en sombras vanas
Sus gustos fija, sus deleites ceba.

Ciencias venales, con el oro ufanas,
Reinen tan sólo, y al ganar atento,
Las letras convertid en inhumanas.

Al sublime inmortal entendimiento
Hacedle negociante y que trafique,
Trocando por el oro el pensamiento.

Ajuste el precio, su avaricia indique,
Y porque encierra en sí textos sin tasa,
El precio por los textos multiplique.

Sea vuestro *Fébo* la ambicion que abraza
Al rudo litigante, y de su hacienda
Que pase la mitad á vuestra casa.

Logre el pulmon, en la civil contienda,
Lo que nunca de *Pindaro* la lira,
Por más que en fuego celestial se encienda.

El padre Manzanares, el que inspira
Blando acento en los cisnes mantúanos,
Le desprecia, no sólo no le admira.

Los causídicos gritos, más cercanos
Á su agostada márgen, le embelcan;
Son ya los abogados sus silvanos.

Cesa el cultivo en la razon, y cesan
Los honestos ejemplos á la vida;
Poco las glorias del ingenio pesan.

Mas, pues la patria, á su capricho asida,
Compra tan cara su miseria, y sólo
El vendible saber premia y convida.

Acabe de una en vuestro juicio *Apolo*,
Y formándoos tratante en alegatos,
Llamad á vos la arena del Pactolo,
Y den lustre á la patria los ingratos.

«Demasiadamente convencido estoy yo (le repliqué luego que cerró la arenga) de esas verdades que acabais de exponerme y me habeis expuesto mil y quinientas veces. Pero así dejaré yo de entretenerme á todo mi sabor con las delicias de la poesía, como ahora llueven pepinos. Mi ánimo está muy lejos del interes, y yo creo que un ente espiritual, destinado á la inmortalidad, se envi-

lece cuando se hace vendible. Si la necesidad de vivir civilmente ha hecho comerciante á la razon, y se venden sus producciones, como los zapatos y las lechugas, los ánimos nobles, que conocen la grandeza y dignidad de su origen, admiten el galardón, pero no le buscan; se resignan con la miseria, y la saben sufrir á vista de la opulencia injusta. Es verdad que yo no tomo las cosas tan en cerro, que crea absolutamente que aquella arte no tenga acogida. En nuestros dias hemos visto algun ejemplar, que nos ha admirado y consolado (1). En resolucion, señor mio, sea como fuere, yo he de ver á *Apolo* en su misma apoloidad, le he de hacer mis ofrendas, y le he de suplicar de lo íntimo de mi corazon que, ya que me ha hecho versificador, tenga á bien hacerme poeta; creedme que esta romería y esta súplica son bien raras entre los cofrades del ritmo, los cuales plegue á Dios que no crean de sí que pueden prestar influencias á *Apolo* sin que les haga falta, cuanto más rogarle que él se las preste. Tengo prevenidas todas mis provisiones; voy á marchar nada ménos que al Pindo. Holgaríame infinito que me acompañáseis: y ¿qué ratos tan buenos hablamos de pasar! Vaya, resolvéos, y....—¿Estais loco, hombre de los diablos! me replicó: por vida de *Arcadio*, que voy á traer en el momento tres obregonas, que os aten y lleven al hospital.»

No bien habia acabado de pronunciar esta amenaza tremebunda, cuando se encará á nosotros un viejo de humanidad bien proporcionada, aguileño, frente espaciosa, risueño, los ojos vivaces y retorzones, el semblante blando y apacible, en cuyas mejillas no habia aún podido borrar la edad los lineamentos del donaire y del regocijo; pero cubierto de extraños atavíos, porque sobre un vestido á la antigua, que ni el que lo llevaba podia acordarse de qué tela era, atravesaba una banda roja, y sobre ella, pendiente del cuello, descansaba una gran cadena de oro, al parecer de muchos, gruesos y bien labrados eslabones. Acercóse á nosotros y quitóse el sombrero; creí que nos iba á pedir limosna, y dijele secamente: *Hermano, Dios nos dé que dar*. «Todos responden eso (me dijo riéndose), pero rara vez da nadie cuando llega á tener. La catadura y talante de usted, señor licenciado, me da barruntos de que vuesa merced es un tal *Aminta* (2), conocido con este nombre entre cierta casta de pájaros, que merecian, cuando ménos, estar en el Nuncio de Toledo.—Hermano viejo, le respondí, no sin enfado, ¿quién le mete en camisa ajena? Apostaré que es mandon de casa de señor, ó casamentero.—Dió en el hito por vida mia, replicó él, y se le conoce que es un vate estupendo. Desafarde vuesa merced esa persona de esa capa perpétua en que anda sumido, y lea esa carta.» Toméla, y vi que decia el sobrescrito: *El íntero Apolo á Aminta*. La novedad me embargó todos los movimientos; tomó mi compañero la carta, abríola y leyó así:

«Hijo *Aminta*: Desde que naciste inspiré en tí la inclinacion á la poesía; y de tal manera la inspiré, que he cuidado siempre de conducirte por el buen camino. En mis dominios acontece una extraña novedad, y es, que una multitud de escritorcillos de tu país ha dado muerte á mi querida hija, la Lengua castellana, despues de haberla desflorado perversa y abominablemente. Como sé que tú eres un bravo amante y defensor de ella, he resuelto que presencias su entierro y honores fúnebres con firme propósito de que te quedes en mi compañía porque ninguna necesidad hay que te veas precisada

(1) El poema de la música.

(2) Nombre poético que adoptó FORNER.

doblar el cuello á mi enemiga la jerigonza. El viaje, pues, que estabas tanto tiempo ha meditando, debes ponerlo por obra al punto; y para que lo hagas sin extravío, *Miguel de Cervántes*, privado mio y dador de ésta, proporcionará el medio que facilite el presto arribo, como tan cursado en caminar acá.»

¿Quién podrá referir dignamente mi angustia, por una parte, con la funesta nueva, y mi gusto, por otra, con tener presente á mi embeleso, á mi recreo, á aquel en cuya pluma pusieron las Gracias sus delicias y amenidad?

Miréle atento, y como suele el hijo
Abrasar á la madre cariñoso,
Cuando, volviendo á la paterna casa,
Su amor indica en desatado goz
Ceñile el cuello, y á su pecho el mio
Uniendo estrechamente, desahogo
En llanto alegre el sentimiento tierno
Que su presencia ocasionó en mis ojos.

«Oh ingenio riquísimo! venturoso sólo en la posteridad, cuyas obras son hoy el mayor descrédito de los poderosos de nuestro tiempo. ¿Qué traje es éste? ¿qué vestidura? ¿qué mezcla de opulencia y miseria?—Amigo, me respondió, me duran aún los humos de soldado español. El vestido bien puede estar caduco y destefido, gracias á la curiosidad con que le cuidábamos en Lepanto, y á las grandes rentas con que me socorrieron los poderosos contemporáneos míos! Pero una banda de carmesí y un cademon de alquimia eran la honra de todo buen veterano. Con este distintivo perdí una mano en la Naval, y con él me ladoo hoy en el Parnaso con los Garcilaso, Mendosas y Rebolledos, los cuales me aventajaron en la fortuna, no en el valor.....»

Tuvimos, con esto, un coloquio no ménos largo que festivo y sabio, en el que Cervántes, segun la costumbre de todo buen viejo, se extendió en alabanzas de sus tiempos, y nosotros en críticas y áun sátiras de los nuestros, hasta que, por fin, más cansado él de hablar que nosotros de oírle, pues estábamos pendientes de aquel su pico de oro, dijo: «Despachémos, por Dios, y vamos de aquí.—¿Habrá inconveniente, le dijo Arcadio, en que vaya con vos un camarada más? Dígolo porque el extraño acaecimiento que va á ver mi amigo, ha picado mi curiosidad, y estimaría sobre manera hallarme presente.—Ningun inconveniente hay en ello, le respondió, con tal que seas de la buena secta; esto es:

«Si nunca habeis traducido
Algun librito de Francia,
Copiando gálicas frases
Con españolas palabras;
«Si no habeis hecho tragedias
De prosa que mal se inflama,
En que el héroe Cismontano,
Antes que muera, nos mata;
«Si porque en París se encuentran
Fábulas en abundancia,
No enfabuláis el idioma
Con frialdades imitadas;
«Si de un *esprit* que está en boga
Nunca espiritáis el habla,
Haciendo que bogue y reme
La majestad castellana;
«Si no escribís taraceas
Cual de estructura mosaica,
Y por mostraros pantojo,
No publicais mescolanzas;
«Enhorabuena al Parnaso
Venid, donde las mudanzas
No llegan, y eternamente
Su sér el buen gusto guarda.
«Allí veréis nuestra lengua,
Si bien muerta, despojada

II. Ps.-XVIII.

De bárbaros ornamentos,
Con que se huyó de su patria.
«Veréla en yerto cadáver,
Mustia sí, pero gallarda;
Pálida, pero robusta;
Severa, aunque desflorada.
«La magnificencia griega
Llora, y de ella no se aparta.
Perdió, con su muerte, el resto
Que de ella el mundo áun gosaba.
«Acompañemos su llanto,
Venid, y los que la ultrajan,
Duren siempre en la barbarie,
Sirvan siempre á la ignorancia.»

Esto dijo, y como le aseguramos era un buen español, nos pusimos en viaje sin más ni más. Es regular que el lector esté esperando aquí una gran muestra de geografía, y que, con motivo de referir mi viaje, le haga una narracion puntual y exacta del camino, las naciones, pueblos, rios y mares que atravesamos; las costumbres y usos de las gentes; las producciones naturales, y sobre todo, los rostros y carácter de las mujeres, y si son feas ó bonitas. En verdad, todo esto sería muy bueno y muy deleitable, pero no vendría al caso, y ya ve usted, señor lector, que esto de ser impropiente es un vicio que, aunque le evitan pocos, le reprenden todos. Y críticos conozco yo que, siendo ellos los más impertinentes del mundo, me reñirían muy formalmente si copiase aquí algunas cláusulas de Estrabon, Plinio ó Pomponio Mela para comprobar mis observaciones; y áun añadirían que ya que me habia puesto á *geografíaar*, no debia haberme valido de los antiguos, sino de los diccionarios modernos, que sin duda son excelentes en equivocar las noticias, los sitios y las distancias. Tengan los críticos paciencia por esta vez, y agárrense de lo que puedan, y no les faltará de qué agarrarse, porque para el que no lee con otro intento que con el de hablar mal, lo mismo es la geografía que las coplas de Calainos.

Sea como fuere, nosotros pisamos la falda del Parnaso una mañana serena y apacible. La verdad sea dicha: cuando levanté los ojos para registrar la altura de las cumbres, que se dejaban ver distintamente con la claridad del sol, no me parecieron ni tan ásperas ni tan inaccesibles como yo me las habia figurado. La infinita muchedumbre de laureles, mirtos y rosales, que descollaban entre las breñas, y ocupaban las cuevas hasta las extremidades del monte, representaban blanda subida, convidando á ella; pero aquí estaba el daño, porque las copas de los árboles, frondosas siempre, y caparcidas con larga y pomposa losanía, disimulaban las quiebras y ocultaban las asperezas de los caminos, que se escondían y se perdían entre los troncos. Lo primero que se nos ofreció á la vista al pié del mismo monte, fué una gran laguna turbia y macilenta, cubierta de ovas verdinegras y ceñida de un légamo feamente espeso y asqueroso. La templanza y diafanidad del día habia sacado á las márgenes una innumerable república de ranas, que estaban dando pesadumbre al aire con un continuo y fastidioso charlar, capaces de arredrar de allí al genio más fleumático y alcornoqueño. «¡Extraño agüero es éste, dijo Arcadio á Cervántes, para los que emprenden subir al Parnaso! Ir al país de los poetas y tropezar con ranas..... ¿Qué se yo qué infiera de esto? Si ya no es que esté simbolizado aquí lo que me ha sucedido á mí más de cuatro veces allí en nuestra patria.—En todas partes sucede lo mismo, respondió Cervántes; mas no creais que porque veis ranas, no son poetas los que veis; y no sólo poetas, sino otras infinitas castas de escritores,

que naciendo hombres, vienen por fin á parar en anfibios, vocingleros y charlatanes. ¡Cuántos conocidos vuestros habitan ya, y han de venir presto á habitar esta laguna!—¡Conocidos míos! dijo Arcadio, como admirado.—Éste es un misterio, continuó Cervantes, que le sabemos sólo los que moramos en estas provincias. Muchos de los que son hoy tenidos en España por poetones estupendos, oradores celeberrimos y escritores cacareados, tienen ya prevenido un sitio muy honorífico en esta laguna, donde ejerzan el oficio de ranas con gran dignidad y magisterio. El caudal de ella se forma del sobrante de Helicona; y Apolo, que tiene dón particular para las transformaciones, hace que se conviertan en ranas, y vivan encenagados en ella los escritores estafalarios de todos los países.

«Ahí andan raneando y hablando innumerables de ellos, que no supieron más que hablar de todo á Dios y á ventura, decir mal de muchas obras, que eran incapaces de escribir, y esparcir en sus patrias una sabiduría superficial y corrillera. Ahí están ahora, mordiéndose reciprocamente y enfadándose á puros chillidos, cuantos filosofastros ha engendrado la impiedad de este último tiempo; ¡quién lo diría, amigos, que habian de parar en ranas! Pero las bachillerías y el *del esprit* no componen mérito entre las deidades. El estilo y la ingeniosidad son las cortezas de las obras, en las cuales, si falta el juicio y la solides, que es el alma de ellas, los autores no se reputan acá más que por unas ranas algo más despejadas y sagaces; mas al fin siempre ranas. Ahí están consumiéndose en una murria ranalmente eterna casi todos los traductores de libritos franceses, que han corrompido el habla de nuestra patria, y puéstola en el extremo que lloran los buenos, por servir al hambre y al interés sordido. Pues ¡qué diré de los abogados! Raros, de los que han escrito algo, desde Justiniano acá, que no esté ahí recorriendo textos y empujándolos en forma del ronco y desagradable acento que nos aturde. Apolo tiene mucho que reir con ellos cuando vienen á presentárselo, y en particular con algunos juristas, que alegando una ley escrita en castellano puro y castizo, la cargan de un comentario latino-bárbaro, con pretexto de que se honra el escrito con el latín, como si la barbarie fuese capaz de honrar á ningún escrito. Perversos, les dice Apolo, si las leyes se escriben para el uso común de la vida, y con este fin cada nación las publica y debe publicar en su idioma propio, ¡qué ridícula vanidad es la vuestra en ponerlos á oscurecer en lenguaje bárbaro y grosero lo que toda nación tiene derecho de entender clara y abiertamente! ¡Temeis que se descubran vuestras contradicciones y esas tenebrosísimas opiniones, que llamais comunes, con que habeis enredado la ciencia que debiera ser más clara y sencilla, en una inmensa maraña de sutilezas extravagantes! La ignorancia del derecho no excusa á nadie, decís en vuestros axiomas; vosotros mismos no entendéis el derecho, y lo confesáis. Tal es el estado en que le habeis puesto. Y siendo esto así, ¡con qué cara osais imputar la ignorancia de él á un triste ciudadano, que no tiene ó lugar ó talento para registrar vuestras fastidiosísimas bibliotecas! ¡Con qué cara osais, digo, imputársela cuando vosotros mismos sois causa de ella, ya interpretando las leyes en idioma ajeno y salvaje, ya poniéndolo todo en controversia y opinión, ya valiéndose de las leyes romanas, que ningún ciudadano tiene obligación de entender, y más del modo con que vosotros las explicais, y ya haciendo que pasen por leyes los antojos de los juristas, que son á veces abortos bastardos ó del interés ó de la vanidad, y gana de parecer sabios más que

deseos del beneficio público! Ea, á la laguna sin que nadie me replique, y recreaos allí con la memoria de vuestros alegatos insulsos, toscos, rudos, sin asomo de gusto que los haga tolerables sino á los que no comen otro manjar que cardos silvestres. De esta sentencia escapan muy pocos; y es gusto ver una multitud de rábulas, convertidos en ranas, andar bachillereando de aquí para allí, y molestando con su locuacidad bronca á los restantes moradores de la laguna; porque, en fin, éstos no cantan sino en días serenos; pero los abogados-ranas en serenos y en turbios, en frios y calorosos, en enjutos y en húmedos; en todos tiempos, en todos los días, meses y años, garlan y más garlan, jamas lo dejan. Solamente los malos poetas se equivocan á veces con ellos, y especialmente los de Francia, que son eminentes en el arte de propagar el estambre de la hablaturia. Distínguese, con todo eso, en que, como conservan el resabio de la lengua que hablaron, entonan un canto gangoso y obscuro, que no parece sino que sale de una congregación de viejas tabacosas. Éstos son las heces de la literatura de su país, glorioso igualmente en hombres sabios que en ranas literarias. Las de Italia, si bien más dulces, puján á todas en la hinchazón. Italiano hay aquí, transformado en anfibio, que pensaba de sí, y se lo decía á Apolo con mucha seriedad, haber sido maestro de nuestra nación por haberla enseñado que un soneto consta de catorce versos; y no paró aquí, sino que se esforzó en probar que sin esta noticia no era posible que hubiera dado de sí España grandes teólogos, médicos y juristas. Por lo que toca á nuestros españoles, ellos se dan bien á conocer por el boato y pompa de su acento. Pecan por sobra de genio, y es cosa graciosa verlos romper un canto inflamado, hueco y armonioso en lo que cabe, para anunciar la caída de una piedrecuela en la laguna, ó cosa tal. Esto se entiende con mis contemporáneos y posteriores hasta este siglo; que los de él harto rateros y miserables son; en fin, órganos serviles de una lengua inferior, que disponiéndose á imitar el arte, imitan el estilo, y escriben versos cuya locura no la sufría la prosa más lánguida de mi siglo. Pero de los que hay aquí una muchedumbre, incapaz de reducirse á cálculo, es de humanistas y de filósofos. Dice Apolo que el perantismo nació en los que debieran desterrarle, esto es, entre los humanistas; y por lo mismo castiga severísimamente á los que caen en él. Rana hay entre éstas que ha escrito volúmenes enormes de comentarios, anotaciones, enmendaciones, prefacios y epístolas; suerte infeliz de un entendimiento criado para hallar verdades y disponerlas agradablemente de modo que convienen á la voluntad y la inclinen al ejercicio de lo bueno, consumirse en averiguar si la obscenidad se percibe con elegancia en un poeta lascivo, y en otros ejercicios de este jaez; atado siempre á lo que otros han querido pensar, no á lo que él pudiera y debiera. El mismo defecto, poco más ó ménos, hunde aquí á los filósofos; después del primer escolástico que se convirtió en rana por sentencia de Apolo, se han convertido todos los demás ellos por sí, sin necesidad de más sentencias. Y no hay que admirarse, porque, visto un escolástico, están vistos todos. Son otros tantos espejos en que se multiplica la figura de un solo hombre; bien que esta nota es común á todos los filósofos, escolásticos y no escolásticos. Se repiten eternamente, y no sirven de más que de aumentar el número de los estantes en las bibliotecas. No es éste el vicio de los más modernos; la novedad es su gran negocio, y lo que sucede es, que por mucho inventar vienen á caer en la laguna, así como otros por no inventar nada. Hablan de todo con magisterio, y se creen

filósofos porque reflexionan, como si el reflexionar fuese dote concedido sólo á los que se dan á sí mismos el nombre de filósofos. El defecto de genio para mejorar los establecimientos de la vida civil hace que se conviertan á trastornarlos, fundando su gloria en destruir, no en edificar; y si tal vez edifican, es con tal desproporcion, que sus edificios pasaran por bárbaros entre los mismos árabes. Es gente somera é impaciente de la fatiga, pero en sumo grado ostentadora y jactanciosa. Ensayos, diccionarios, pensamientos sueltos, discursos, misceláneas, hé aquí los pasajeros monumentos de su literatura; pasajeros, porque se escribieron para su siglo, no para todos. Entretuvieron ligeramente el ocio de sus contemporáneos, y caerán en las tinieblas de un olvido perpétuo cuando la humana inestabilidad mude las formas del saber y dé otro aire á las fábulas que se atribuyen inicuasmente á la sabiduría. En fin, esta laguna es el paradero de todos los escritores, ó inútiles, ó pedantes, ó fantásticos (1) ó perversos.

«Aquí se aunan en tropel confuso
Cuantos, de gusto ó de razon escasos,
Han mezclado en las ciencias el abuso;
«Los que apoyaron en ajenos pasos
El pié servil, su libertad cedieron,
Útil tal vez á los humanos casos;
«Los que con ansia á la ambicion corrieron,
Y por ella opiniones rebozaron,
La sencilla verdad desconocieron;
«Los que sólo en espinas colocando
El severo saber, groseramente
Entregan de él á la barbarie el mando;
«Los que, feroces en su ceño ardiente,
Protegiendo livianas fruslerías,
Causan enojo al que sin ellas siente.
«Venas enjutas, influencias frias,
Erudiciones sin sazón y vanas,
Largo vivir en frívolas porfías.
«De genios tales las ociosas ranas
Resultan que aquí veis, que nada haciendo,
Andan de que hacen mucho muy ufanas.»

Confieso que me atemorizó el maldito tropiezo de la laguna, y cargando la consideracion en el razonamiento de nuestro conductor, dije entre mí: Peligrosa ocupacion, y empleo de dudoso éxito es el de la sabiduría, para cuya exposicion no basta la profundidad del saber ni la abundancia de las noticias, si no asiste el juicio con sana rectitud á la formacion de las obras. ¡Qué miserable ejercicio es éste, en que el mérito no se mide por el trabajo impropio y sagaz, si á la sagacidad y á la constancia de él no acompaña el sabor de este que se llama buen gusto; sabor más nombrado que conocido, enajenado tal vez de los mismos que creen poseerle! Sobremanera me entristeció esta reflexion; y Cervantes, como si adivinara lo que pasaba en mí, ató el discurso, y..... «Negocio desesperado, dijo, sería el desvelo que se pone en escribir obras que se destinan al público, si el demérito literario acompañase siempre á los desfavores de la fortuna. Vos, que sois jóven, tened impreso siempre en la memoria este consejo de un hombre aguerrido y veterano en la ocupacion de escribir: si deseais lograr mando y poder en la vida civil, á pesar del cierto conocimiento de que habeis, en fin, de venir á parar en rana, escribid y publicad *farragos* y tomos gordos, en que, á fuerza de recopilar y unir indigestamente innumerables decisiones, resolvais en estilo bárbaro cuestiones y casos ridículos, irreducibles á los elementos de las ciencias; para el que carece de favores externos, ó no quiere someterse á la adulacion, éste es el más llano modo de

medrar. Si, empero, anteponéis las glorias del entendimiento al penoso, amargo y fugaz gusto de mandar, y tenéis en más ser honor de vuestra nacion en lo venidero, que rana vocinglera, despues de haber sufrido los sinsabores que trae consigo el mando, despachaos generosamente, y dad soltura á la inclinacion de vuestro talento, llevándole siempre por la senda del buen gusto y de la razon.....»

No es decible lo embelesados que íbamos con los discursos del buen viejo, que, como experimentado, hablaba recio y sin disimulo; y fué tanto nuestro embeleso, que entre éstas y estotras, cuando volvimos en nosotros nos vimos en la cima de una de las montañas, sin poder decir cuál ni cómo era el camino por donde habíamos subido. Venía á ser la cima, no puntiaguda, como se representaba á la vista, mirada desde la falda, sino una ancha y espaciosa llanura, sembrada á trechos de algunos edificios magníficos, y universalmente de lozanos y pomposos árboles, que se apiñaban más en los bordes del monte, cuyas sombras caian en una continua alfombra de hierbas y flores amenísimas y de bellísima lozanía. Respiraba blandura y suavidad cuanto se veía allí, y hubiéramos detenido largo rato la agradable suspension que causaba en nosotros aquella hermosa variedad y natural escultura, á no haber oido entre la espesura de un bosquecillo contiguo un ruido como de gente que disputaba con calor. Encaminámonos allá, y vimos que en aquel mismo punto, seguido de muchos y varios personajes, se acercaba á una pequeña tropa de gentes azoradas é inquietas un mancebo gallardo, en cuyo rostro aparecian la majestad y el agrado con una naturalidad casi divina. «¿Qué inquietud es ésta? preguntó á un hombre feroz é impaciente, que halló en ademán de arrojar del monte á aquella tímida y perturbada tropa.—Señor, respondió todo encolerizado, estos miserables que veis aquí han descubierto no sé qué senda desconocida, y sabiendo sin resistencia, vencieron la cumbre á traicion, é iban á mezclarse con los que habitamos esta mansion con vuestro beneplácito. Advertílo, y quise dar con ellos del monte abajo; porque, sabedlo sin rodeo, todos ellos son puros noticieros y habladores de marca, hipócritas de la sabiduría, que adquiriendo en una lectura vaga una ciencia de pepitoria, hablan de lo que leen, no de lo que meditan, y pasan por estupendos sabios entre los que tienen la razon á oscuras y mohoso el entendimiento.—¡Buena gente!», dijo el mancebo; y llamando á uno de ellos, «Venid acá, ¿cuál es vuestra habilidad, amigo? le preguntó.—Señor, respondió él, yo, para servir á vuestra serenidad, hago coplas, que llamo versos; y como Garcilaso hacia versos también, no sé qué razon ha de haber para que se me arroje de donde él habita. ¿La poesia acaso se reduce á otra cosa que á formar décimas, seguidillas, liras, octavas reales y romances de arte mayor y menor? Yo tengo en la uña al Rengifo, y sin tenerle, sé contar las sílabas y los pies con tanta facilidad como la miamísima *monja de Méjico* (2). Pues si por erudicion va, según la opinion de algunos hombres descontentadizos, que creen que sin gran caudal de doctrina no puede haber buena poesia, yo he aprendido, en los cafés, la ciencia del mundo, que es la principal, y de las especulativas sé pronunciar física, matemáticas, *lógica*, *dragmática*, y sé muy bien que Virgilio compuso las *Enéidas*, Ovidio un poema sobre el *fausto* (3). Ciceron fué muy buen gramático, según dicen los dómines, y entiendo medianamente

(2) La famosa poetisa sor Juana Ines de la Cruz.

(3) Alude á los *Faustos* de Ovidio, como es fácil adivinar. (Nota del Colector.)

(1) *Fantásticos* está aquí usado en la acepcion de presuntuosos.

los himnos del Breviario. Con que, ¿qué no hay en mí que pueda haber en los poetas más sublimes?—Muy bien, dijo el manco. ¿Y cuál es la vuestra? preguntó á otro, que daba muestras de ánimo insolentísimo, pero que decayó en bajísimo abatimiento á la presencia de Apolo.—Señor, respondió, yo no pretendo entrar aquí sin vuestro beneplácito; pero defendiendo que este beneplácito se debe de justicia á la mucha gloria que de mi estudio ha redundado á mi patria. Yo soy mejor filósofo que Cornelio Nepote, mejor historiador que Horacio, mejor crítico que Homero y mejor satírico que Dictis Cretense (1). Con estas calidades he trabajado en tejer coronas á los sabios de España con tal acierto, y tan á satisfacción mía, que habiendo criticado cruelmente á los pobres y elogiado demasadamente á los ricos, no he contentado á ninguno sino á mí mismo. Los maldicientes se desataron contra mí, silbándome la adulación y comparándome á Marco Antonio, que coronó en público á Julio César, para llegar á término de descabezar á Ciceron, y apoderarse él de la república. Para vengarme de tamaña impostura, he levantado yo garrafalísimas á mis adversarios; porque, puesta en peligro mi opinion, todo debe ceder á la obligacion de sustentarme. Muera el enemigo, y sea como fuere.—¡Bella moral! exclamó Apolo, dignísima de una república de piratas.—Lo son todos los aduladores, dijo otro que vertía hieles por los ojos, y en el gesto manifestaba un alma nadando en vinagre. Yo, por no dar en vicio tan vil, tomé el rumbo de no hablar bien de nada ni de nadie, sino de mí y los míos.... —¿Que no pueda yo, dijo otro estirado y tieso como baqueta de fusil, romper las narices á este canalla, y alejarlo de mí para siempre? Señor, señor, dijo encarrado al manco, este semioso es un deshonra-buenos, alquilador de su pluma, esclavo de sus odios, envidia y vanidades, que no habla bien de nadie, sino de sí. ¡Pues el bergante no ha dado en desacreditar unas novelas agudísimas que yo he escrito, en las cuales las bestias enseñan á los filósofos los más recónditos y profundos arcanos de las ciencias y de las artes! Y lo peor es que, cuando vivíamos en nuestra patria, en mi presencia, porque me necesitaba, me adulaba, me ponía en las nubes, pero á mi espalda me desollaba, me infamaba vilmente el malvado.» Iba á continuar, si no lo impidiera una gresca y batahola endiablada que se levantó entre la demás turba. Impacientes todos por referir sus méritos y estudios, alsaban el grito y se despepitaban á carrillos llenos.—Aquí tengo yo, decía uno, mi relacion de méritos y mi bonete con borla, que me costó doce mil reales el adquirirlo. Exámínese mi relacion, y véase si no consta en ella en letras de molde que tengo el mérito de haber nacido en Parla, ocho años de gramática, uno de filosofía, tres de facultad mayor, cuatro actos mayores, seis menores y cinco mil patadas que me han costado, y tengo bien contadas una sobre otra.—Aquí están, clamaba otro, mis títulos. Soy académico de las Bellas Letras, de la Lengua, de las Antigüedades, y si no he publicado cosa alguna sobre estas materias, ha sido porque mi designio no era aprender ni buen gusto, ni á hablar, ni antigüallas, sino cargarme de títulos, porque convenia así á mis pretensiones. En lo demás, tan académico soy como cualquiera, y voto á tantos, que si Apolo no me recibe, he de quejarme á mis academias para que no le reciban á él en ellas.—Las academias sean sordas, saltó á esta sazón un cojo carludondo, que iba entre el acompañamiento del

manco; y alzando la voz, les dijo desahoradamente: «Bellacos, pensais que tratais aquí con aquellos babiecas, que, porque os oyen bachillerear y hacer pompa de esos títulos, que son en vosotros de mogiganga, os engullen por hombres, no siendo vosotros más que pollos con campanillas? Los méritos no han de acreditarse en la relacion, sino en el entendimiento, y la ambicion os hace ser majaderos, que escribis toda vuestra capacidad en un medio pliego de papel, dando á entender que no os queda de los estudios otra ciencia que la de decir que habeis estudiado. Pues el otro bribon, que se nos vende por muy académico, como si él y sus semejantes no fuesen las masas de sus congregaciones, que van siempre á la cola de lo que dicen otros y dando que reir á los prudentes y sabios, ocasionan la mofa y burla con que hieren algunos al común de los cuerpos. Seó académico, las academias no hacen al hombre, sino los hombres á las academias; y con todo eso, cuando este pobrete se despidió de la vida, le elogiarian con una magnífica oracion, en que no pudiendo representarle ni como historiador, ni como orador, ni como poeta, ni como crítico, porque nada de esto supo, con ser académico, de todo esto diria el elogiante que su héroe tuvo un empleo en tal cosa, que manejó con grande puntualidad, y tal, y sí señor; y se quedaria muy satisfecho de su trabajo, y aún solicitaria que se imprimiese el panegirico. Pues ¿qué el escritor de coplas y el escritor de sátiras, y el escritor de cuentos de literatura? Baladrones. ¿Qué utilidad traen al mundo versucillos de garapiña y discursos huecos? Sobre todo, este cuentista es un bausan desmelenado, que no sabe lo que se cuenta. Ha querido aplicar sus invenciones estrafalarias á la literatura, y es tan manco de ojos, que no ve que los carpinteros y albañiles pueden decirle en sus barbas que aquellos cuentos se han fabricado para ellos, y no para otros, y que si á cuentos va, escribirian ellos tomos enteros de apólogos, en que se enseñen los elementos de sus oficios, etc., etc. Yo soy aquí vuestro fiscal, mentecatos, y sois más ridículos y más dignos de que os enranen que los pedantes y mostrenos; porque vosotros pudisteis haber sido útiles y honrosos á la patria, sino que la ambicion y la vanagloria, el deseo de ostentar y la maldita vanidad os heló en vuestros principios y os cuajó en puros charlatanes.» Asintió el manco á esta proposicion,

Y en alta voz diciendo «á la laguna,
De la imperiosa voz obra el encanto.
Un repentino espanto
Sobrecoge á la turba; ya trabadas
Las lenguas, no importuna
Charla articulan, mas en ronco acento
El sonido ranal sólo despiden.
Súbitos luego miden
Con largo y blando vientre el verde asiento
Que ocupaban sus piés cuando hombres eran.
Los miembros allí alteran
Su primitiva forma, agudo crece
El semblante reptil, desaparece
La garganta, atraída la cabeza
A la ya verde espalda, en quien unida
Sin division desde ella se dilata.
De la humana grandesa
La columna gentil, la pierna grave
En zanca resumida,
Frágil y enjuta al salto se acomoda,
Movimiento á su especie destinado.
Tras esto, arrebatado
El indolento tumulto, se derrumba
Por las ásperas cuevas y sonoras
Tanto cual ronco zumba
De tábanos enjambre peroso,
Académicas ranas y escritoras

(1) Se le atribuye una *Historia de la guerra de Troya*, que fue publicada en latín poco después de la invencion de la imprenta. La última edición ha sido hecha en Bonn, 1838. (*Nota del Colector.*)

Bajan al lago, en porfiado estruendo
 Su ciencia todavía engrandeciendo.
 ¡Oh juicio prodigioso
 De prudente deidad! digo; y el jóven
 Te admira, dices, tu ignorancia; en esto
 Mi poder manifiesto
 No obra prodigio alguno; ranas eran,
 En traje de mortales, los que viste.
 Cayó el diafanas aquí, do no adulteran
 Las apariencias de la ciencia el precio
 La forma en que ahora existe,
 Entre el tumulto necio,
 Aquella turba ruda y vocinglera,
 Siempre ha sido su forma verdadera.

Y continuando en hablarme, «Escarmienta en cabeza ajena, me dijo, y cuida de que no se apodere de tu aplicación este pernicioso modo de saber, que, ó lo tuere todo á la utilidad propia, ó se ladea á la ejecución de obras que no aciertan jamás á ser útiles. Con valentía se han ocupado ya entendimientos grandes en obras de puro deleite. Perdoné á éstos la flaqueza porque eran grandes. De hoy más no hay otra grandesa para mí que el acierto en componer lo deleitable con lo útil. Sé cuál es tu inclinación y tu modo de pensar y aun por eso he querido que vengas á presenciar lo que te servirá de dolor y aprovechamiento. Y pues vuestro arribo ha sido feliz, vén en buen hora, y no falte de tu lado el mismo que te ha conducido, que con él no te extrañarás.» Extremadamente me agradó el humanísimo recibimiento de la Deidad. Y, ¡oh poderosos del mundo! dije yo para mí; ¡quién tuviera poder para traerlos aquí de la melena á aprender el modo de tratar á los que os son inferiores en las riquezas casuales, y superiores tal vez en los dones del entendimiento.

No la riqueza, la prudencia sana
 Sola es del hombre el verdadero precio;
 ¡Qué es en la patria un poderoso necio,
 Sino una ampolla vana?

Peso no leve á su paterno suelo,
 Le oprime, no le sirve; sólo es hombre
 Quien cumple justo el excelente nombre
 Con su propio desvelo.

Mas, ¡oh felicidad del hombre escasa,
 En la unión civil, prision equiva!
 Para que un ignorante ocioso viva,
 Trabajan mil sin tasa.

Pero ese discurso, repetido millones de veces, y no oído otras tantas, no impidió que yo me acordase del magnífico recibimiento que esperaba hallar á mi entrada en aquel país; y confieso mi culpa: cuando noté que no se aparecía por allí ninguna ninfa que me orlase la frente con una gran coronaza de laurel; que las Musas debían estarse en sus labores muy quieta y descansadamente, y que ni siquiera salía un desgrefiado sátiro á darme la bien venida, se me cayeron las alas del corazón; y, ¡oh amor propio, dije entre mí; ridiculo fabricante de esperanzas vanas y pensamientos desvanecidos! pues tu imperio en el hombre es forzoso é inseparable de su constitución, ¡por qué no te convertirás á amar lo que nos mejora y levanta, y no lo que es inútil y tal vez abominable! Mientras yo estaba muy embelesado en estas reflexiones, útiles si supiera aprovecharme de ellas en la ocasión, Arcadio (1) se presentó á Apolo, recomendado por nuestro guía; y fué recibido mejor que lo fuera en su patria en casa de un título recién titulado. «Encomálnalos, dijo el dios á Cervantes, al templo de la inmortalidad, y fuése con su acompañamiento.

(1) *Iglesias.*

Condújonos, pues, al templo, el cual no describiré yo aquí por cuanto hay en el mundo; porque, aunque sé los nombres de los cinco órdenes, y tengo á mano un ensayo de arquitectura y la Enciclopedia, no entiendo palabra de este arte. ¡Qué poco esperaba el lector esta confesión de uno que hace profesión de erudito! Advertimos ántes de entrar, que á un lado de él se hallaba una confusa turba de hombres tristes y macilentos, que razonaban entre sí, como con recelo de ser escuchados. «Éstos, dijo Arcadio, serán varios doctos de España, destinados al duelo delfuneral.—Todo lo contrario, respondió Cervantes; y iba á informarnos de la naturaleza de aquella gente, cuando vimos que acercándose á ella un grave anciano, preguntó si estaban allí los que en algún tiempo habían sido diaristas españoles. «Yo soy uno de ellos (respondió desembarazadamente uno de los de la turba), y vos me conocéis muy bien, señor *Veranio* (2).—Así es, replicó el anciano. Vos sois el que tuvo á bien confundirme, en las tal vez justas críticas de vuestro diario, con la caterva miserable de proletarios que infestaban la literatura en nuestra edad; y no sólo tuvisteis á bien el confundirme con ellos, sino que me tratasteis peor que á todos.—Si lo hice así, respondió el otro, tuve mucha razón para ello, y confesad vuestra culpa; vuestro desmedido amor propio deslució imprudentemente lo infatigable de vuestra aplicación, y por pintaros vos mismo como superior á todos, disteis á vuestros contrarios una disculpa harto robusta para perseguirlos (3).—Lo conozco, lo confieso, y harto arrepentido estoy de ello, dijo el anciano, pero ¡mi defecto personal quitaba, por ventura, el mérito á mis escritos! Aman los hombres la tolerancia en todo, y cada uno de por sí es un perseguidor de los que aborrece ó le enfadan. Yo procuré mantener y propagar la propiedad y pureza de nuestra lengua en un tiempo en que no se hablaba sino algarabía. Alabéme tal vez á mí mismo; dí en ojos á muchos, en quienes había quizá más defectos y peores que en mí, y ocasionaron mi descrédito en donde menos debían, que es en España. Sé muy bien que se hace hoy en ella poco uso de mis escritos, y yo tengo la culpa, que no tuve habilidad para afrancesarlos; que, á haber dado yo en esta treta, ellos competirían en reimpresiones con el *Teatro crítico*. Yo escribí una *Retórica castellana*, en que, en lugar de proponer ejemplos de autores franceses, para mostrar la elegancia de nuestro idioma, incurrí en la necesidad de valerme de ejemplos de autores españoles, puros, castizos y elegantes. Mi intención fué rectísima, pero es menester confesarlo: erré los medios. Sabía yo que cuando Cicerón tradujo las dos célebres oraciones de Demóstenes y de Esquines en la causa de Ctesifonte, puso en buen latín lo que aquéllos habían orado en buen griego, para dar un ejemplo del modo con que debían valerse los oradores romanos de la elocuencia ática. Sabía también que el autor de los libros de Herennio (4) no alegó ejemplos griegos para enseñar la retórica á los romanos, y hé aquí mi necesidad. Parecíame á mí que en los escritos de una

(2) Don Plácido Veranio, seudónimo de don Gregorio Mayans. (*Nota del Colector.*)

(3) Alude sin duda á la polémica suscitada entre Mayans y el célebre *Diario de los Literatos*. Hizo éste, de los *Orígenes de la lengua castellana*, publicados por Mayans, una crítica cuerda y templada, que no por eso dejó de lastimar su amor propio. Con el citado seudónimo publicó Mayans una defensa de sus doctrinas, titulada *Conversación sobre el Diario de los Literatos* (1737). El *Diario* no se dió por vencido, y replicó duramente, poniendo de manifiesto la vanidad literaria del sabio escritor valenciano. (*Id. id.*)

(4) Se refiere á los tratados de la *Invencción oratoria* y de la *Retórica*, dedicados á Cayo Herennio. El primero es obra de Cicerón al segundo se le atribuye con bastante fundamento. (*Id. id.*)

lengua distinta no se debe observar más que el método y modo de pintar, cuando sean dignos de observación; no el estilo, las locuciones, el color y lo demás que penda del carácter y genio de la lengua, y por esto clamaba y gritaba sin cesar que se leyese nuestros buenos autores, para que, logrado en su lectura el uso de hablar bien, pudiésemos, sin miedo de corromper el habla, copiar de los extranjeros lo perteneciente al modo de disponer y pensar. Esta mi persuasión, bien expresada en mi *Orador cristiano* y en todas mis obras castellanas, fué causa de que vos, gravísimo é inexorable diarista, reprendiéseis mi estilo, notándome de poco elocuente y de hombre de blando cerebro. ¿Y en dónde esto! En un extracto en que reinan de un cabo á otro la oscuridad, el barbarismo, la inconsecuencia y la confusión. ¡Triste de mí, que no acerté á imitaros en estas perfecciones para que mi nombre sonase hoy en España á par de los de vuestros encubiertos ayudantes! Demas de esto, yo no me precié nunca de epigramatario en prosa, á imitación de los ultramontanos; porque sabía bien que las agudezas sin tiempo son frialdades ineptísimas, y que llevar los asuntos históricos, filosóficos, políticos y sagrados sobre los filos del epigrama, y no sobre los estribos de la prudencia, es lo mismo que si Virgilio hubiera escrito su *Eneida* en el estilo de Marcial. Enfadábame sobremanera que se hiciese ostentación del ingenio sin juicio alguno, porque preveía lo que ha sucedido después, esto es, que se plagaría el mundo de bufones, que tratarían la historia con agudezas, la poesía con agudezas, con agudezas la filosofía, con ellas la política, y todo, en fin, lo convertirían en agudo y picante, con pérdida inevitable del carácter y genio de cada obra. El no haber practicado esto fué un horrible delito en mí. Más ¿para quién es? Para los que creen que el buen gusto reside en los libros extranjeros, y no en la naturaleza de las cosas. Pero esto es una creencia ridícula. Los preceptos de las artes son universales, las aplicaciones pueden ser infinitas. Si para escribir yo una historia, en lugar de imitar la destreza de la aplicación que se percibe en una historia ajena, me pongo á contrahacer el giro, orden ó constitución, que dió á su obra aquel artífice, ¿qué otra cosa seré sino un esclavo de la ajena invención, sujeto á caer en sus defectos ó descuidos? Y si esto es reprehensible en los escritores de una misma nación ó lengua, ¿cuánto más lo será cuando se pretende imitar el modo de escribir de los extranjeros? Cada nación, cada gente tiene su carácter particular. Los escritos se acomodan á este carácter como el agua al vaso; que no por otro motivo expresaban los atenienses y los ródios una misma cosa, aquéllos con concisión y fuerza, y éstos con amena, aunque lánguida, profusión. Un buen historiador, ródio ó ateniense, no dejaría de ser bueno, aunque el uno fuese parco, y abundante el otro. El toque está en aplicar el buen gusto á la abundancia y á la parsimonia; y esto es lo que se debe aprender en los buenos escritores, no ya de sola la Francia, sino de todo el mundo, porque esto no pende del genio de las naciones, sino de la perspicacia de los talentos que lo ejecutaron. Abandonar, pues, esta observación, y ocuparse en trasladar la forma exterior de los escritos extranjeros, es querer formar el carácter de todo un país, y caer en el mismo vicio en que cayeron los italianos en tiempo de Leon X, cuya corte parecía más bien, en esta parte, la Roma gentil que la mansión de un pontífice de la Iglesia.

»He dicho todo esto porque, ya que una desgraciada casualidad ha hecho que nos juntemos en este sitio, conviene á mi reputación que cuando éstos tornen á Es-

paña (y señálónos á *Arcadio* y á mí) refieran cuáles fueron mis fines y designios en cuanto escribí de nuestra lengua; que detesto altamente el buen gusto que creen introducir los literatos actuales, trasladándole, no de los consejos de la razón sana y sagaz, sino de la imitación de los escritos de una lengua distinta, y que en los buenos libros, franceses, italianos, alemanes, rusos, romanos, griegos, árabes y chinos, se puede aprender á pensar bien; pero á hablar con elegancia y propiedad en ninguno, sino en los nuestros de los dos siglos anteriores. Y diciendo esto, volvió las espaldas, sin esperar respuesta del entonado diarista, que daba muestras de querer dársele.

«Este anciano, nos dijo Cervantes, se queja con razón; trabajó infatigablemente en restituir las letras de España á su esplendor antiguo. Tres diaristas, de los cuales el uno dejó por testimonio de su grande ingenio dos tomos de *Memorias literarias*, esto es, dos cuerpecillos de noticias copiadas tumultuariamente, otro, una historia enajada de fábulas y cuentos de viejas, y el tercero nada, se empeñaron en desacreditarle, y si no lo consiguieron, faltó muy poco. Culpábasele por haber escrito que en España *pauca colunt literas, ceteri barbariem*; y los buenos de los diaristas, que persiguieron de muerte á todos los escritores de su tiempo; que no dejaron libro sano á ninguno, tratándolos de bárbaros, de pedantes, de rudos; que llegaron á proferir con no menor arrogancia que la que culpaban en aquel varón docto, que se avergonzaban de suscribir su nombre en cualquiera de los escritos que se habían publicado en este siglo hasta sus días, le hicieron un cargo horrible porque publicaba lo que ellos mismos publicaban. ¡Rara condición de hombres, pero ejemplo no raro del poder de este desventurado amor propio, que nos hace ver con odio en los demás aquellos mismos vicios que los demás reprenden en nosotros! Yo sé que su aplicación era digna de otra consideración en este sitio; pero, como vendieron á veces el juicio en obsequio de la parcialidad, y cargaron sus críticas de resentimientos personales, que aceleraron sin duda la ruina de una obra que hubiera sido utilísima manejada con más comedimiento y moderación. Apolo los ha expuesto al común escarmiento, destinándolos á maestros de esgrima en el Parnaso, y no sin bizarría en la justicia; porque de sus extractos hizo colocar en la *Biblioteca Delfica* los útiles, doctos é imparciales, remitiendo los demás al ministerio que se ha dado aquí á los malos libros (1).

»—Cosas suceden en el Parnaso, dijo Arcadio, que pronunciadas allá entre los hombres, bastarían para desacreditar al que las pronunciase. ¿Cuántos idolillos literarios habrá en los pueblos de Europa, que serán aquí ó convertidos en ranas ó hechos juguetes de otros doctos, que, por serlo verdaderamente, no acertaron á poner en práctica las artes de que se vale el charlatanismo para apoderarse de la estimación pública? La ignorancia del mayor número forma casi siempre la sabiduría del que se empeña en pasar por sabio. Por poco que se-

(1) FORNER no juega aquí con tino, ni con crítica justa y elevada, al famoso *Diario de los Literatos*, padron glorioso de sensates y de energía. Olvida lo que fueron las letras españolas en el primer tercio del siglo XVIII; y en cuanto al comedimiento y moderación del estilo, bien puede asegurarse que el tono de los artículos de Saavedra, de Puig, de don Juan de Iriarte, de Jorje Pallas, y de los demás ilustres colaboradores de aquella memorable revista, no llega nunca á la forma agresiva y violenta que suele emplear el mismo FORNER en sus escritos. Véase el capítulo VI del *Bosquejo histórico crítico* publicado al frente del tomo primero de esta colección. (Nota del Colector.)

pa un charlatan, siempre sabe algo más que el vulgo; oyele éste con admiración estúpida cosas que nunca ha oído; aquél, despreciando á los verdaderos doctos, alabándose á sí y haciendo magnífica é infatigable ostentación de sus fruslerías, logra sobreponerse al sabio entre los que leen sólo para divertirse, los cuales, empalagados con la obscura profundidad de la verdadera ciencia, votan siempre contra lo que no entienden. Pero, en fin, sea de esto lo que quiera, ¿no nos diréis qué hace aquí esta tropa?—Son, respondió Cervantes, los *bustuarios* (1). Si me hallára en Madrid, yo me guardaría bien de dar á entender que ignoro la significación de esa voz. La noticia correría presto de pedante en pedante, y héteme aquí calificado de idiota generalmente, por ignorar una cosa que, á mi parecer, importará poco que se ignore. Gracias á vos, me halló en parte donde cada uno sabe lo que debe, y confiesa que ignora lo que no pudo, ó no quiso, ó no le convino saber. ¿Qué son, pues, esos bustuarios?—Vos, hermano, le dijo Cervantes, tendréis pocos amigos en vuestra patria si usais en ella ese mismo estilo. La antigua Roma daba ese nombre á los gladiadores que se destrozaban al rededor de la hoguera en tanto que ardian en ella los cadáveres. Apolo ha decretado ahora este castigo á los asesinos de nuestra lengua, y de ellos ha elegido con especialidad á los semigalos por incorregibles y porque han ocasionado la muerte á la respetable matrona con la enfermedad más sucia y hedionda. Hicieron impetu en ella con furiosa desesperación, y viéndose debilitada, ya con la horrible persecución que la suscitaban casi en mi tiempo los culteranos, ya con innumerables martirios que recibí de los equivoquistas y conceptistas posteriores, ya con la inmensa y extravagante carga de adornos con que, creyendo hermosearla, la abrumaron, y faltó poco para que la ahogasen los predicadores y novelistas de este vuestro siglo; sin defensores, sin padrinos que le valiesen, resistió vanamente los insultos de la caterva engalicada, y contrajo al fin la enfermedad que le comunicaron. La dolencia llegó á su extremo; y acosada cada vez más del furor de los corruptores, huyendo de su país, llegó aquí, donde murió en las manos de aquel respetable anciano que visteis poco há, el cual, así como fué en su patria el último y solo defensor de ella, así ha sido aquí el que recibió en sus labios el último aliento de aquella alma grande y generosa. Tiempo es de que la veais. Venid y lamentad vuestra desgracia en la suya, viéndoos privados del mejor instrumento de vuestras idcas.»

Entramos en el templo, y vimos el espectáculo más triste y doloroso que pueden ver ojos españoles.

Frio cadáver sobre blanco lecho
De gallarda matrona, en paz sosiega;
Véle el Dolor, y en lágrimas deshecho,
Á la piedad y compasión se entrega.
Clavada allí la vista largo trecho,
Al párpado veloz su oficio niega,
El pálido semblante contemplando,
Y en él la ilustre pérdida llorando.

De lúgubre ciprés ramas oscuras
Cubren el suelo entre morados lirios,
Y de árabes aromas ascuas puras
En humo arrojan los incienso sirios.
Relevados en raras esculturas
Ordenados blandones, blancos cirios
Sustentan vivos, cuya muda llama
Trémula por el templo se derrama.

Un sordo lamentar de triste gente

Interrumpe el silencio temeroso,
Como si el pecho, en su pasión doliente,
Quisiera, sin poder, guardar reposo.
El cadáver, los humos, el frecuente
Gemido, el macilento y tembloroso
Lucir, pavor añaden al quebranto,
Y en el ánimo imprimen miedo santo.

Suelto el cabello y descuidado el traje,
El cadáver dos vírgenes guardaban,
Ceñudas tanto cuanto el vil ultraje
Más de cerca y más suyo contemplaban.
Dejan que al llanto su dolor relaje
El curso fugitivo: se quejaban.....
Y, ¿quién de ver así se admiraría
Á la Elocuencia y docta Poesía?

¡Ay! Cierta advierten su fatal estrago
En la yerta matrona, y le adivinan.
¡Tanto ocasiona un pensamiento vago!
¡Tanto mil locos que á escribir se inclinan!
Recelaron un tiempo ya el amago,
Y al eterno sepulcro hoy encaminan
Á su lengua mejor, que deja yerta
En su tumba, á las dos fúnebre puerta.

Lástima tierna de mi pecho en tanto
Se apodera, y destila un sudor frío
Mi acongojada frente; amor, espanto,
Dolor, todo conjura en daño mío.
Rompo el silencio, y sin que pueda el santo
Pavor tanto conmigo, cuanto el pío
Sentimiento, que el alma no resiste,
Atónito me acerco al lecho triste,

Y digo: En paz descanse, egregia gloria
Del ibero inmortal, cuando en su labio
Pura sonaba su feliz memoria,
Sabie en hablar, y en discurrir más sabio.
Asunto sólo á la durable historia
Quedaste ya en el mundo; ella tu agravio
Trasladará á las gentes venideras
Con voces, ya bastardas, ya extranjerías.

¿Qué es de tu majestad? ¿Qué de la gracia
Que tu genio en las frases infundía?
Por ti al cantor que acreditó á la Tracia
Nada envidió tu dulce poesía.
Robusta y noble, ¡oh! pese á la desgracia,
Cuando el camino á la virtud abría
Tu decir, al de Atenas disputaba
La fuerza, y ¿qué sé yo si la ofuscaba?

Cayó tu imperio, y te oprimió violenta
Tu elevada y fornida pesadumbre;
Fábrica así á las veces corpulenta
Cede al largo oprimir de su techumbre.
Si menos fuera tu excelencia, exenta
De injurias temerarias, á la cumbre
De la gloria los tuyos te elevarán,
Y en vez de aniquilarte, te ensalzaran.
Tierno Batilo, delicioso Aminta,
Ya no os convida la rosada Aurora,
Ni el grato prado, que el verano pinta,
Pide á la voz la cláusula sonora.
Diverso canto, locución distinta
Escucharán las aves, y á la hora
Los horribles acentos extrañando,
Huirán, su desventura lamentando.

Almas heroicas, que á la patria atentas
El tributo fatal anticipasteis
Á la rígida muerte, en las sangrientas
Fatigas, do moristeis y triunfasteis;
Si llegan por ventura las afrentas
Á la suma region, y allá llevasteis
El amor de la patria, al nimen santo
Pedid que venga atrevimiento tanto.
Elocuencia no igual á vuestra gloria
Osará maltratarla en vuestra injuria,
Y hará que sirva la inmortal memoria
Á bárbara dición, baja y espuria.
Lánguida y débil la gentil historia,
Reducida á tan mísera penuria,
Obscureciendo los ilustres nombres,
De ejemplos grandes privará á los hombres.

(1) Gladiadores que lidiaban junto á la pira de los romanos difuntos. (Nota del Colector.)

Difícil es que deje el lamento un ánimo verdaderamente conmovido, si no le distraen el consuelo ó la

necesidad. Las cosas que revolvia yo en mi interior, las consecuencias que me inspiraba el funesto espectáculo que tenía presente, el instrumento noble y augusto de que veía privados á mis españoles por su antojo, por su descuido, ó, lo que es más cierto, por su ignorancia, de tal suerte oprimían mi espíritu y le acongojaban, que, á no estorbarlo la compasiva prevencion de Cervántes, dilatára las quejas hasta que, debilitado el ánimo, diera él mismo treguas á mi desconsuelo. Por una parte se me representaba derribada de su sólio la majestad de la historia, afcada su magnificencia y revolcándose con flojo y despreciable desalifo, sin arte, sin decoro, sin dignidad, en la inmundicia de la barbarie y de la torpeza, mendigando frases de las extrañas, pobre de sentencias, tarda y amortiguada en el discurso, escasa en la prudencia civil y desenlazada en sus miembros, sin más artificio que el de un capricho inexperto y vulgar, y sin más cultura que la que ocasiona una ánsia desatinada y sordida de afean con estilo bajo los grandes hechos. Parecíame, por otra parte, que la tragedia, más llorosa por verse entregada á ingenios rudos que por los infortunios de sus héroes, yacía descaecida y débil en las angustias de un estilo prosáico, sin nervio, sin vehemencia, sin aquel grande idioma de las pasiones grandes, único y peculiar de nuestra lengua entre las modernas, cuando en medio de los desarreglos del arte levantaba el vuelo y se elevaba con ardor siempre enérgico, siempre sublime, á disputar la grandeza de la locucion á los Eurípides y á los Sófocles. En esta parte era particularísimo mi sentimiento, porque sabiendo yo que si á algún poema pertenece con especialidad la locucion poética, es singularmente á la tragedia, como miembro muy principal del poema épico, con dificultad me contenía en los límites del comedimiento al considerar que una perversa envidia de imitar lo que no es envidiable por ningún término, nos ha reducido á arrojar del todo el estilo poético de la tragedia, nada más que porque en Francia, cuya lengua carece de aquel estilo, las disponen en prosa rimada, siendo ésta su única poesía. ¿Cuándo acabaremos de conocer que nos defraudamos de nuestras riquezas por comprar con risible descrédito la pobreza de los extraños? ¿Acaso el arte trágico consiste sólo en las unidades y en los caracteres, y en no dejar las escenas vacías y en sacar las personas al teatro con motivo sensible? Bueno, y aún necesario, es todo esto; pero si á ello podemos juntar nosotros, en competencia de la pompa griega, un lenguaje sublimemente poético, una locucion majestuosa, divina, que inflame el espíritu y le enajene, llenándole de una excelsa magnificencia, de un vigor robusto, de una vehemencia inquieta y arrebatada, ¿qué miseria es la nuestra en desposeernos de aquello en que ninguna nacion se acerca á competirnos?

Tales, y otras semejantes á éstas, eran mis quejas, cuando, compadecido Cervántes de mi afliccion, ó desoso de dar algún descanso á las fatigas del camino (que aunque no referido, no por eso dejó de ser penoso y molesto), nos sacó del templo, y nos condujo á la margen de un alegre arroyuelo, alfombrado de variedad de hermosas florecillas, donde, sentados á la sombra de muchos frondosos laureles que le guarnecían, conversaban entre sí con rosegada afabilidad algunos personajes, parte jóvenes, parte ya de edad madura. Saludólos Cervántes; saludáronle; y curiosos de saber la causa de su ausencia, señalándonos él con el dedo, les dijo: «Estos mancebos españoles han merecido la estimacion de Apolo y han venido de España para presenciar las exequias de su lengua, que se han de celebrar maña-

na.—¿Españoles éstos? dijo con admiracion uno de los ancianos. No conozco el traje, ni aún los semblantes. Mucho deben haberse mudado las cosas en su patria. No se vestía así cuando yo escribía mis *Éroticas*.» ¡Santo Dios! ¡Cuál fué mi conmocion interior al oír estas palabras! «Pobre, devalido, émulo del dulce Anacreonte, del fácil y blando Ovidio, del sublime y juicioso..... ¡Qué! ¿vos sois!.....» Y arrojándome precipitadamente á sus brazos, estampé tres veces mis labios en las venerables arrugas de su rostro. «Veis aquí (dijo él, despues de apaciguados los primeros momentos de alborozo y habiéndonos sentado en torno de él); veis aquí lo que se llama gloria del ingenio, miseria en la vida, gloria cuando ya no existe, durable gloria á la verdad y halagüeña para los que llevan sus pensamientos más allá del término de lo que viven; pero comprada á bien cara costa, si se pone en cuenta la penuria de las comodidades. El mundo está lleno de contradicciones, y ésta es una de las más injuriosas á la política. Quizá estarán hoy muy jactanciosos los españoles de que tuvieron en mí un buen poeta, y mientras viví valí ménos que algunos miserables copleros, que es cuanto se puede ponderar. ¿Me quejaré por eso? No, de ningún modo. Poetas hubo muy ricos mientras fui yo pobre. Al mérito de la poesía supieron otros juntar el de la negociacion, que es ordinariamente la distribuidora de las riquezas en las córtes y palacios. Es raro el siglo que busca el mérito por mérito. Las inclinaciones de los que gobiernan tienen tambien grande influjo en el mayor ó menor aprecio de las artes; tiénele tambien el mayor ó menor saber de los poderosos. Por turnos sucesivos van así prevaleciendo las profesiones, segun la educacion que domina. El que nace poeta en tiempo en que no se conoce el precio de la poesía, renuncie á su genio, ó resuélvase á sustentarse de la mendiguez. Esto lo que prueba es que los hombres saben rara vez dar su justo valor á todas las cosas, y que por más que aparenten celo, amor á la felicidad pública, desean del bien comun, no fomentan casi nunca sino lo que les agrada ó lo que, con limitada capacidad, tienen ellos por bueno y útil. El conocimiento de la indole y poquedad humana cura estos males con el antidoto de una alegre resignacion. Á buena cuenta, algunos de los poderosos que me desatendieron son hoy nombres execrables ó despreciables entre los que viven; yo, sentado á la sombra de estos laureles, gozando de la apacibilidad de esta mansion amena, coronado de rosas, cual me veis, alegre por haber carecido de los peligros de la riqueza, digo las alabanzas de mi ingenio, mezcladas con una tierna compasion por mi infelicidad, converso con un Dios, sin que las cenizas de los poderosos de mi tiempo sean de mejor calidad que las mías, y sin que sus dias hayan sido mucho más durables, más tranquilos ni más justos que los que pasaron por mí.

Adorada en la tierra,
Frivola vanidad, pompa liviana,
Con el labio destierra
Tus vicios el mortal; altiva, insana,
Te nombra, te acrimina,
Y en busca tuya sin cesar camina.
¿Con qué lazos la vida
Oprimiste, cruel? No ya del cielo
La ciencia descendida
Su premio logra en su inflamado cielo;
Desnuda de apariencias,
Yace abatida en irrision la ciencia.
Tímido el genio sabio
Si le humilla el deaden de la fortuna,
Sólo al trémulo labio
Voz inspira al poder siempre importuna,

Y en mísero lamento
 Su vigor desperdicia alto talento.
 Del execrable abismo
 Aborto horrendo, vanidad hinchada,
 Al hombre de sí mismo
 Sacaste, y con razon adulterada,
 En casuales dones
 Pones la estimacion, la dicha pones.

El semblante del poeta quedó, al acabar estas estancias, lleno de un resplandor casi divino, que indicaba bien la vehemencia del espíritu que le encendía. Vuelto en sí, torció su conversacion á otro intento, y nos preguntó: «¿Qué se escribe y publica hoy en España?—Traducciones, malas imitaciones, respondió *Arcadio* con agudeza súbita.—Ya, replicó *Villegas*, se escribe lo que se puede.—Por eso se escriben discursillos, repuso *Arcadio*. Vos no encontraréis en España autores que compitan con vuestros contemporáneos, con aquellos que, grandes y excelentes en sus profesiones, escribían de lo que sabían; pero, en cambio, hallaréis hombres así, así, que, sin saberse hacia dónde les caen los estudios, han inventado el nuevo oficio de escribir de todo; de suerte que si nos atenemos á lo que se imprime, jamás ha producido España mayor número de talentos universales. Política, filosofía, teología, jurisprudencia, agricultura, economía, poesía, elocuencia, crítica, todas las ciencias y todas las artes entran en la jurisdicción de estos inmortales escritores de á pliego, y en dos ó tres tomos, compuestos de discursillos, que se publicaron para satisfacer el hambre ó la vanidad del que los escribió, hallaréis una biblioteca completa de todas las cosas, y otras muchas más.—Escribir un pliego sobre cualquiera cosa, dijo entonces uno de los que allí estaban, no prueba más que la habilidad de pintar las letras. Todo el que sabe escribir puede ser escritor de esa especie, con tal que no quiera tener otro oficio que el de trasladar al papel aquellas conversaciones en que se juzga de todo en los corrillos, en las fondas y en las librerías. Un talento universal es un cuento semejante al del fénix; pero el dedicarse á escribir de todo, es negocio de cortísima dificultad. Se ve comunmente en el trato civil que los idiotas juzgan de todo cuanto se hace y de cuanto se escribe con tanta confianza como si estuvieran instruidos en todo profundamente. Así también en la república literaria el que nada sabe con profundidad, todo lo abarca y en todo se mete, por lo mismo que no hay en él ciencia ó arte determinada en que pueda sobresalir; por lo mismo que ignora lo difícil que es tratar con dignidad una ciencia ó arte, cuanto más todas. He leído algunos de esos papelejos que abortan hoy en tanto número las prensas de España, y en ellos me han disgustado dos cosas notablemente: la una, que á título de reformar abusos, confundiendo las cosas por malignidad ó por ignorancia, que es lo más cierto, murmuran de lo que no debieran; otra, que siendo su oficio reformar, en vez de restablecer las reliquias de la lengua, la han acabado de destruir del todo. Su estilo es vulgar, bárbaro, balbuciente, imitación lánguida de los libros franceses, que leen y copian, ó razonamientos insulsos de entendimientos que se explican del modo que piensan, esto es, tarda y desconcertadamente.... ¡Pobre lengua española!», exclamó *Villegas*. Y no sin compasión nuestra le vimos enternecerse y acompañar con algunas lágrimas su triste y dolorida exclamación. Enjugóselas, y siguió diciendo: «Mancebos, á vuestro estudio ha flado Apolo la empresa de mantener en lo posible la memoria de la lengua que hablamos *Garcilaso* y yo. Engrandecieron-

la hombres eminentes en diversas épocas. Perfeccionada con adquisiciones sucesivas, la recibieron los escritores de *Carlos II*. Oídme atentamente, y fijad bien en la memoria lo que voy á decir, para que acerteis en el camino que os ha de guiar á la grande empresa. Sojuzgada y frecuentada España por distintas naciones en diversos tiempos, formó su lengua de las ruinas de las que hablaban estas naciones. Esto contribuyó maravillosamente á su abundancia; y como algunas de aquellas lenguas eran nobles, sonoras y majestuosas, adquirió también la nobleza, armonía y majestad que la ha distinguido entre todas las que se hablan; sus progresos, no obstante, fueron lentos en los primeros siglos. Dos ó tres cuerpos legales, una serie de crónicas, gran número de coplas sencillas y algunas novelas y traducciones componen la biblioteca española de aquellos tiempos. Vense en estas obras las costumbres de nuestros mayores, mucha sencillez y mucha grandeza de ánimo. Faltábales el conocimiento erudito de las artes, y escribían más por talento que por reglas. Se entrevé en sus escritos una lengua que iba creciendo y puliéndose poco á poco. Introdujose la erudición griega en España en la feliz edad de *Fernando el Católico*: las artes se hicieron cultas; supiéronse sus preceptos, y procurando ajustarse á ellos los escritores, dieron principio al empeño de perfeccionar la lengua, conservando en ella la propiedad de las palabras, introduciendo en ella la redondez y armonía de los períodos, vistiéndola con las galas de la elocuencia y dilatándola con las licencias resueltas de la poesía. *Boscan*, *Garcilaso*, *Mendoza*, apartándose de la simplicidad de las coplas castellanas, y valiéndose diestramente de los tesoros de la poesía latina y griega, formaron el estilo poético, á cuya formación ayudó admirablemente la docilidad y genio mismo de la lengua, que sin repugnancia admite variedad infinita de locuciones enérgicas y hermosas en la poesía, y absolutamente para la prosa. Guiados asimismo del conocimiento de la antigüedad, empezaron á imitarla y á copiarla los historiadores. *Hernando del Pulgar*, *Alfonso de Ocampo*, su continuador *Ambrosio de Morales*, *Jerónimo de Zurita*, *Estéban de Garibay* y algunos otros hombres eruditos y grandemente doctos en las letras humanas suavizaron y engrandecieron la lengua, uniendo en ella la majestad, la robustez y la dulzura con increíble naturalidad. Sus escritos retrataban la grandeza de la época en que escribieron, no de otro modo que en los de *Cicerón*, *Salustio* y *Livio* comparece la magnificencia de un pueblo que acababa de sojuzgar al orbe. Entonces también *Alejo Venegas*, *Fernán Pérez de Oliva*, *Luis de Granada*, *Hernando del Castillo*, *Antonio de Guevara*, *Jorge de Montemayor* y otros muchos, tratando variedad de asuntos, ya sagrados, ya familiares, ya filosóficos, ya doctrinales, ya amenos y entretenidos, no tanto enriquecieron la lengua, cuanto dieron á conocer las riquezas de ella, que, abandonada en los siglos anteriores y desafiada de los que se llamaban sabios, yacía sin brillo como el diamante en la rudeza de la mina; porque el pulimento del habla es el uso que hacen de ella los hombres doctos en las obras que escriben; y lengua en que se escriba poco, por más que sea excelente en sí, jamás resplandecerá. El reinado de *Felipe III*, aunque infeliz en la administración de los negocios públicos, no fué sino felicísimo para nuestra habla. *Herrera*, *Leon* y *Rioja* añadieron á la majestad, que ya lograba en sus versos, la grandilocuencia y sublimidad, que no se había dejado aún ver en la estructura de sus períodos. Los dos *Argensolas* juntaron con talento admirable las galas de una poesía va-

ronil á la gravedad de la moral. *Cervantes*, ese soldado andrajoso que veis ahí, creó el estilo jocosos y dió intimitables ejemplos de narración fácil y amena, del diálogo urbano y elegante, del árduo modo de expresar con las frases la ridiculez de los hombres. Su pluma fué un pincel en cuanto escribió, y su *Quijote* es un ejemplar ó idea de los estilos más agradables. Entónces yo (permitid esta libertad á mis canas), salido apenas de la edad pueril, traduciendo y imitando al dulce y alegre *Anacreo*, dí, si no me engaña mi amor propio, el primer ejemplo de aquella lozanía que no conocia aún nuestra lengua, y que con excesiva prodigalidad se dejó después ver en los escritos de los reinados posteriores. *Lope*, redundante en todo, llenó sus versos y prosas de descripciones amenas, de metáforas ricas, trasladando desde su imaginación al papel cuantas imágenes le ofrecia la portentosa variedad de ideas que depositaba en ella. En este tiempo fué cuando la lengua empezó á tomar diverso semblante del que habia tenido en el tiempo anterior. Los escritos que dieron de sí los reinados de *Fernando el Católico*, *Carlos V* y *Felipe II* manifiestan un carácter grave, robusto, natural; las cláusulas caminan con una especie de reposo severo, la estructura de los periodos es lenta y noble; tal vez poco sonora, aunque muy suave é ingenua. Desde mi época en adelante, facilitándose más y más el uso de la lengua con el lujo y esplendor elegante de la corte de *Felipe IV*, empezó á comparecer rápida, lozana, viva, sonora, jovial, galante, florida, deliciosa; cuyos caracteres se perciben distintamente en los escritos de *Quevedo*, de *Ulloa*, del *Príncipe de Esquilache*, de *Saavedra*, de *Calderon* y de *Solís*. Comparad los escritos de éstos con los de *Berrera*, *Leon*, *Garcilaso*, *Granada*, *Mariana* y *Morales*, y hallaréis una diferencia tan notable en la expresion de unos y de otros, cual se halla, con igual motivo é iguales causas, entre los de *Lucrecio*, *Torrenio*, *César*, *Salustio* y *Livio*, y los de *Séneca*, *Petrone*, *Floro*, *Tacito* y *Curcio*, etc., etc. Las lenguas siguen la suerte y costumbres de los imperios. Los asuntos á que se aplican, y el modo de pensar que domina en distintos tiempos, las visten de semblantes diversos con una variedad infinita. Los doctos que escriben cuando las lenguas han pasado por algunas de estas variedades, las reciben riquísimas, y dejarlas entónces perder es la mayor indiscrecion que puede cometer un pueblo culto; mas, por desgracia, esto es lo que acaece casi siempre. La amenidad de nuestra lengua decayó bien presto en adornos desmesurados: su facilidad para las metáforas degeneró en hinchazon, extravagancia y afectación insolente; su jovialidad paró en truhanismo, sus delicias en desatinada profusion, su armonía se hizo toda uniforme; todo hueco, todo campanudo, ora cantase un zagal, ora hablase un héroe, ora razonase un filósofo. Así la recibieron nuestros padres desde los últimos dias del infeliz *Carlos II*; mas vosotros, ¿cómo la habeis recibido? Lánguida, afeada con nueva barbarie, corrupta y enteramente cargada de vicios propios y ajenos, que es el último extremo de corrupcion á que puede llegar el uso de un idioma. En una palabra, cuando vosotros nacisteis estaba ya moribunda la lengua española, y hoy venís á presenciar aquí la fúnebre ostentacion de su entierro. ¿Habrá algun remedio para este mal, que parece ya irremediable? Lo tengo por imposible. Los franceses, labrando sus glorias sobre las ruinas de la nuestra, han sabido escribir tan vicia y abundantemente de todo, que aunque ni sus ingenios son inventores, ni su lengua á propósito para competir con la nuestra, han conseguido derramar copia inmensa de

libros por todas las provincias de Europa, por el mismo caso de haber hecho á su lengua depositaria de cuanto se sabe y de cuantos modos de agradar puede hallar el ingenio humano. Así, casi todas las lenguas de Europa se resienten ya del idioma y gusto frances, y hasta la misma Italia ha olvidado las riquezas del *Tasso*, la sublimidad de *Chiabrera*, la pureza de *Annibal Caro*, la rigidez de *La Crusca* (1), por la afición al ridículo filosofismo con que ha caracterizado sus obras la última raza de escritores franceses. Los españoles, dados, como toda Europa, á la lectura de los libros de esta nacion impetuosa, debiendo sólo aprender en ellos las cosas, el método y el artificio, convierten las locuciones francesas en castellanas, y esto por dos motivos: el primero, porque, no habiendo hecho estudio radical de su idioma, ignoran las equivalencias de las frases; el segundo, porque, no leyendo nuestros buenos libros, se ha olvidado el uso de nuestros modismos, se ha perdido el verdadero carácter poético, se ha desconocido la abundancia y fertilidad de la lengua, sin que hayan bastado los conatos y clamores de algunos genios sobresalientes para reprimir la furia de los traductores hambrientos y charlatanes ambiciosos, que á viento y marca han llevado adelante la corrupcion. Empeñarse en destruir este ejército, sería temeridad inútil. Las escuadras de la ignorancia han sido siempre invencibles. La novedad, que lo mejora todo y lo corrompe todo, capitaneando tropas de gentes frívolas y superficiales, destruye por sí misma las lenguas, las ciencias y las artes, después de haberlas perfeccionado; porque, como el mayor número se deja conducir más del deleite que de la razon, siéndole agradable todo lo nuevo, por la misma causa que sacude la barbarie antigua y se entrega ansioso á la sabiduría nueva, se entrega tambien á la barbarie nueva, abandonando la sabiduría antigua, que le es ya empalagosa. Alternativamente se suceden así el buen gusto y la extravagancia, la ciencia culta y el bárbaro charlatanismo. ¿Qué os toca, pues, hacer á vosotros? Aunque el mal parece enteramente desesperado, juntad vuestras fuerzas, y sobreponiéndos á las bachelierías de la turba con obras y escritos que llamen á sí la atención del público, manifestad prácticamente la diferencia que hay entre los que saben bien el uso de su lengua y los que corrompen este uso. La imitación, ó por mejor decir, el estudio de las obras españolas de los siglos pasados, debe ser vuestro norte para arribar al colmo de esta empresa. Mas no sea servil esta imitación, no sea mecánica ni de pura copia. Estudiad las frases de la lengua, no las de los autores. Buscad en ellos la abundancia y la propiedad, no el giro ó semblante que dió cada escritor á su escrito. El vuestro, como el de todos, debe ajustarse á vuestro genio ó índole. Aquel á quien domine el juicio, trabajará inútilmente en querer remedar la travesura, siempre fecunda, de *Quevedo*, ó la elegancia florida de *Solís*; aquel en quien domine el ingenio, aunque lo solicite, no podrá ceñirse jamás á la severidad lacónica de *Mariana* ó á la naturalidad sencilla de *Zurita*. La falta de esta advertencia ha producido imitaciones muy inspidas y frialdades intolerables en las obras de éstos que, sin ser nada por naturaleza, quieren serlo todo por vanidad ó codicia. Sin haber recibido gracia alguna para la gracia, se han empeñado en seguir las huellas de los verdaderamente graciosos; y han llenado el mundo de vulgaridades sucias ó de saudeces desabridas. De la

(1) La célebre *Academia della Crusca*, fundada en Florencia, en 1582. (Nota del Colector.)

imitacion servil resulta tambien otro daño, y es, que como la habla castellana ha comparecido con dos distintos semblantes en los siglos XVI y XVII, si os staís sólo á la locucion del primero, pareceréis un tanto anticuados; si sólo á los del segundo, os privaréis de una gran parte de la abundancia de vuestra lengua.»

Llegaba aquí Villégas en su razonamiento, cuando nos asaltó de repente una extraña grita y bullicio que se percibía no lejos del sitio donde nos hallábamos. Pusímonos en pié, y acercándose cada vez más el ruido, oímos multitud de voces que repetían: «Guarda el loco, guarda el loco. — Todo es prodigios aquí, dijo Arcadio. ¿Quién podía esperar hallar locos en la mansion de la sabiduría? — ¡Esto extrañais! le replicó Villégas; *Lucrecio* y el *Tasso*, que lo fueron verdaderamente, quedan muy atras en locura á otros muchos sabios, y muy sabios, que con grandísima racionalidad han sido delirantes grandísimos. Visitad la extension de esta region de doctos, y yo os prometo que os risáis muy de veras de las ocupaciones y discursos y aún de la conducta de muchos de esos que os admiran tanto despues que han cesado de vivir entre vosotros. ¿Quién sabe si alguno de éstos habrá parado en frenético, y figurándose que él sabe más que *Apolo*, y que es capaz de corregir sus obras para hacerlas de nuevo, ha empezado á querer destruir las que existen, y con esta idea ha emprendido á golpes con cuantos se le ponen delante? Veamos pues.» Y saliendo de nuestro recinto, vimos en un prado contiguo gran tropel de gente, que, ya huyendo de un furioso, ya siguiéndole con grita, risa y algazara alegre, hacían fiesta suya la desgracia del miserable. «¿Qué es esto? preguntamos al primero que tropezamos. — Es, dijo riéndose, un crítico que se ha soltado de la jaula, y siguiendo en su manía de que él sabe más que todo el mundo, cree que son doctos cuantos encuentra, y da sobre ellos á coes y mordiscos con tal furor, que ya ha desollado á tres ó cuatro, y ha acocorado á más de treinta. — Ved aquí en este infeliz, dijo *Corredates*, el retrato fiel de todos los hombres. Inventan las artes para su alivio, y al punto las convierten en dolencias destempladas y peligrosas. Desdicha es de la humanidad, sujeta al ciego impetu de las pasiones, que debiendo dirigirlas al bien, nos precipitan miserablemente. Este pobre frenético concurría en su edad con talentos superiores al suyo. Mirálos á mal ojo, creyendo que, ofuscándole, le usurpaban la gloria ó las conveniencias. Abrasariase en envidia, y las resultas no podían ser otras que parir en crítico desatinado. La crítica, como todas las artes, ha salido de sus límites entre las manos de los hombres, ineptos siempre para mantener el debido temperamento en las cosas. Las obras todas merecen crítica, porque ninguna se ha escrito hasta ahora sin defectos, ni se escribirá mientras esté la pluma entre los dedos de la limitacion humana. En muchas de ellas hay excelencias casi dignas de veneracion, al lado de defectos que deben perdonarse á la fragilidad de nuestra naturaleza. El crítico de bien debiera notar los defectos para ayudar á la entera perfeccion de las obras. Pero, ¿quién es el que se mueve á criticar con fin tan generoso? La primera intencion del crítico es siempre desacreditar la obra ajena, para deprimir el mérito ajeno; la segunda, dar á entender al público que él sabe más que aquellos cuyas obras merecen estimacion universal, pues prueba, á su parecer, que no valen nada. Con estos fines suelen mezclarse muy de ordinario pasiones y designios más indecentes: la envidia, el odio, la venganza, y de aquí las calumnias, los dictorios, la infame maledicencia y todos los vicios que

abortan la destemplanza y malignidad de ánimos perversos.» Yo, pobre de mí, que estaba escuchando con atencion, absorto y como fuera de mí, estas reflexiones, cuando ménos me lo pensé, vi dar sobre mi cabeza una reama de papelotes con tal furia, que á no tenerla tan dura, gracias á Dios, y tan á prueba de bombas críticas, hubiera dado conmigo en tierra irremediamente. Fué el caso, que el diablo del loco, habiéndose acercado á unas grandísimas parvas de libros de todas clases y tamaños que había amontonados en medio de aquel prado, ó por arredrar de sí la persecucion de los que trabajaban para asirle, ó por añadir estas armas á las de sus dientes, puños y piés, comenzó á coger libros y dispararlos con tanta valentía, que hallándonos no á corta distancia de él, cayeron sobre mí los que he dicho. Lo que fué sobresalto para *Corredates* y Villégas, fué risa para Arcadio y aún para mí, que, agachando la frente, dije con viveza: «Mientras mis libros no sean armas de locos, vengan sobre mí cuantos pueda disparar la locura.» Y diciendo y haciendo, como por mis pecados he sido autor, y eran libros los que habían caído á mis piés, por ver si era alguno de los míos, levanté dos, y Arcadio hizo lo mismo con los demas. «Salvados estamos, dijo Arcadio. Lo que hay aquí es un legajo de *Censores*, otro de *Corresponsales*, y á modo de masacote un folleto llamado *Centones*. — Hombre, le repliqué, aquí todo es prodigios. Las que yo he cogido son las *Cartas críticas* del de París; y cuando este enorme trozo del hiello empedernido no me ha levantado un chichón, digo que puedo apostárselas á cabeza con el coloso de Ródas. Señores (continué, volviéndome hácia los que nos acompañaban), ¿qué hacen en el Parnaso unos papeles que en mi patria andan ya honrando las especerías? Esta region, ¿da entrada acaso á las críticas ineptas, vulgares, frias, desproporcionadas, y lo que aún es más, escritas como para hacer la guerra á la pobre lengua castellana? Porque en ese caso á cada buen libro deberán corresponder aquí ocho carretadas de desatinos, y yo estaba en la persuasion de que la biblioteca del Parnaso no admitía sino lo excelente.» Sonrióse *Corredates*, y díjome: «Libros que aquí están expuestos á que los peloteen los locos, en mala hora nacieron, menguados padres los engendraron. Pues ya han logrado asir á aquel infeliz, y ha quedado quieto este sitio, acerquémonos á aquellos montones, y observaréis lo que os causará gusto y admiracion, y en todo caso traed con vosotros esos folletos, que podrán hacer falta.»

Era aquel recinto una ancha y capaciísima plaza, ceñida de muchos, varios y espesos árboles, grandemente frondosos; ámbito en que la naturaleza quiso manifestar la preferencia de su hermoso desaliño á la sequedad simétrica con que la debilita el arte muchas veces. Interrumpíalos á un lado la fachada de un suntuoso edificio, en que competían el buen gusto y la magnificencia, concurriendo estatuas, columnas y adornos á formar una de aquellas obras que indican en quien las inventa una como participacion de divinidad. Fuímonos acercando al centro de la plaza, y vimos que un enjambre de ganapanes iba sacando en banastas, por una de las puertas del edificio, gran cantidad de libros, que, amontonados en el suelo, pasaban á las manos de otros hombres, los cuales ordenaban y levantaban con ellos una grande y empinada pira, semeiante á las que en la antigua Roma se fabricaban con leños para reducir á cenizas los cadáveres. Arcadio, discretísimo maliciador, conjeturó al instante lo que podía ser aquello; y «que me maten, dijo, si no van á chamuscarse aquí con el cadáver de nuestra lengua los desastrados partos de los

mismos que la han hecho morir. Gracias á Dios, no he caído hasta ahora en la liviandad de ser autor; mas, dado que fuera así, consentiría de buena gana que me quemasen en la estatua de un libro, siquiera por ver lucir en tan digna solemnidad ese inmenso número de librotos y libretos, papelotes y papelejos, versos lánguidos, traducciones bárbaras, discursos insípidos, historietas ridículas, faramalla enorme con que nos ha inundado el pedantismo hambriento en toda la continuación de este siglo. Aquí, con poca ó ninguna luz, darán muchísimo humo esos informes, frutos de ingenios de alcornoque, verificando materialmente los efectos que ocasionan tales escritos, en la república de las letras; escritos que no dan más que humo de todos modos; humo porque son sólo niebla sin solidos; superficie ancha y oscura derramada en el aire; humo, porque sirven sólo para ofuscar al inocente público; humo, porque hacen llorar el malogro del tiempo y del dinero á los que los leen; humo, porque llenan de vanidad á los que los suroen y publican; humo, porque impiden el paso de la luz ó la debilitan y afean.—Próvidamente ha ordenado *Apolo*, dijo *Villégas*, que sirvan de pira á nuestra lengua los libros que la han hecho perecer. Dos utilidades se siguen de esta agudísima providencia: una, que como será tanto y tan espeso el humo que arrojarán estos corchos, impedirán, con el tenebroso nubarrón, que se vea la crueldad del fuego en la destrucción del cadáver; y ese horror ménos hallará el dolor de los que presencien el miserable espectáculo; otra, que un mismo acto sea honor fúnebre á la inocencia y castigo justo á la pedantería. ¡Oh *Aminta*! éste es el lugar de donde el loco crítico tomó los papelones que volaron á tu cabeza, y sin darte cayeron á tus pies; reemplazados otra vez tú y tu amigo á esos montones; que, en verdad, aunque hay mucha leña, no será ésa la ménos útil para arder, por lo seca, quebradiza y abellanada; y de paso notad, para vuestro aprovechamiento, el fin de las críticas insulsas, mezquinas y mal intencionadas, y áun de todas las críticas. Innumerables son las obras que mueren á poco ó mucho tiempo de su publicacion; pero si el no ser leída más que la primera vez es suerte de toda obra desabrida ó inútil, en las críticas de obras ajenas es ésta como una suerte fatal ó inevitable, áun cuando de ingenios excelentes. Si la crítica recae sobre una obra mala, crítica y obra van á parar al pozo del olvido; si recae sobre una obra buena, la crítica da materia á las conversaciones de doce dias, entretiene los corrillos de los ociosos, disputan, gritan, pedantean, échanla á un desvan despues, y la obra de mérito pasa tranquilamente á la posteridad. Con que, de cualquiera modo, la crítica es siempre la vencida en estas batallas. Verdad es que los críticos suelen infinitas veces tener en poco esta reflexion, áun cuando la provean; porque, á fuer de soldados raseos, tratan sólo de matar el crédito del contrario, sin cuidarse de la gloria póstuma ni dárselos un comino de que sus nombres suenen, ó no, entre los venideros. Para contener la furia de estos homicidas de créditos, hay dos arbitrios eficacísimos: uno, huir el cuerpo á sus arremetidas, y sin hacer caso de su furor, seguir el camino del estudio útil, despreciándolos; el público se cansa hasta de la malignidad que recae sobre un solo objeto; la variedad es el cebo de la curiosidad, y si la murmuración hubiera de estar ceñida siempre á las acciones de una sola persona, no habria murmuración en el mundo. Otro arbitrio es (y siempre feliz) hacer ridiculos á los críticos, alimentando á costa de ellos el entretenimiento de la gente culta y discreta. Entonces se

consiguen dos bienes de un golpe: castigar la malignidad y aumentar el crédito y la gloria propia á costa de los mismos críticos; porque la buena sátira no ménos immortaliza los talentos que cualquiera otro género de composicion ingeniosa.

Llegó á este momento uno de los ganapanes y descargó una banasta de libros de diversos tamaños. Alzó *Arcadio* uno de ellos, y abriéndole, vió que era de versos y que estaba impreso en papel de estraza. Acudió á la hoja y leyó..... ¡No es bueno que se me ha olvidado el título! Sólo, sí, me acuerdo que al leerle exclamó *Arcadio*, todo admirado: «¡Qué asombro! ¡Esta obra en papel de estraza! Estoy viéndolo y no acabo de persuadirme; porque.....—*Apolo* es muy justiciero (le dijo entonces *Cervantes*, conociendo el motivo de su admiracion). Notó que la excelente impresion de este libro tenia asco de estar empleada en una fria serie de malas prosas en consonantes, llamadas poema sólo porque martillean la oreja con el golpe de la rima. Hizoselle cargo de conciencia que en un mismo cuerpo anduviesen juntas dos obras maestras, una en elegancia y otra en ridicules, y en un momento vimos, no sin maravilla, que la excelencia tipográfica pasó á honrarse con las sátiras de *Bartolomé de Argensola*, y que este poema septentrional quedó impreso en estrazones; y áun parece que se avergüenzan éstos de tenerle en sí cuando se acuerdan de haber sido depositarios por largo tiempo de las obras más excelentes que ha dado de sí España.—¡Oh juicios siempre justos de la Divinidad! tornó á exclamar *Arcadio*. Esa obra, materia aquí de desprecio y risa, fué en nuestra patria por más de un mes el Alcoran literario de muchos que se tienen por eruditos.—No sin razon, replicó *Cervantes*, porque tal anda la poesía hoy en España. Murió la lengua, acabóse la poesia. En el siglo pasado todo fué exceso; en éste todo es miseria. Antes la rima era lo de ménos en los poetas. Hoy no hay poeta si se le desnuda de la rima. Los ingenios fogosos del tiempo de *Felipe IV* se excedieron en el uso de las figuras y locuciones poéticas; los del presente, olvidadas locuciones y figuras poéticas, encadenan una prosa corrupta en el número de unos versos lánguidos, que son versos sólo porque tienen medida. No parece sino que la naturaleza, cansada de desperdiciar ingenio en los poetas del siglo de *Lope* y *Cáldera*, ha retirado la mano, negándole del todo á los del presente. ¿Dónde está aquella fecundidad de imaginacion tan pródiga, que, pasando los términos de lo conveniente, á modo de rio que sale de madre por la abundancia del caudal, hacia á la poesia más poética de lo que debía ser? ¿Dónde está aquella locucion energética, que en los versos sonaba divinamente, y era intolerable cuando se queria desatar en prosa, no de otro modo que acaese en todo idioma que posee lenguaje poético!.....—Señor, adónde vais á parar con vuestras preguntas? le dijo *Arcadio*. Hacer versos hoy en España equivale á encadenar dicciones y cláusulas medio francesas: con decir esto está dicho todo. Á título de que nuestros poetas del siglo pasado fueron inexactos, se ha introducido ahora una maldita exactitud con que la poesia ha parado en un mecanismo gramatical, como si la gramática de la poesia no fuese diversísima de la prosaica, y como si las leyes del entusiasmo y de la belleza poética no se burlasen á cada paso de las menudencias de los pedagogos. El genio dicta á los grandes poetas las locuciones convenientes á las imágenes que retratan con el verso; sin estudio particular dicen lo que deben decir cuando, acalorada la fantasia, producen involuntariamente aquellas expresiones vivas

con que nos arrebatan. Hay en ellas una falta gramatical: id á decir á los versificadores que aquella falta es allí una belleza; que la construcción poética, aunque sea irregular, suele á veces expresar una vivísima imagen con aquella irregularidad misma. Nada adelantaráis: asidos á sus reglillas, formarán un proceso á *Horacio*, y nuevos *Scioppios* (1), acusarán á *Virgilio* de solecista. La prosa francesa ha corrompido la castellana; trasladan á los versos esta prosa corrupta ingenios lánguidos, helados, secos, estériles, y ved aquí el estado general de nuestra poesía al presente. El vulgo, acostumbrado muchos años há á leer tal prosa y tales versos en la enorme copia de traducciones que han abortado el hambre y la ignorancia, ¿cómo ha de discernir ya la poesía castellana de la semifrancesa? Se ha perdido la amenidad de nuestro lenguaje, se han perdido las frases y modismos poéticos, se han perdido las gracias de nuestra locución jocosa, se han perdido los giros y construcciones vivas y enérgicas, se ha perdido la facilidad de las traslaciones, se ha perdido la armonía, la grandilocuencia, la abundancia, la propiedad; todo se ha perdido en los versos y prosas de la mayor parte de los que hoy escriben. Yo he visto églogas escritas en tono de declamación, he visto poemas didácticos escritos en tono de églogas, he visto comedias que hacen llorar, tragedias que hacen reír, innumerables sonetos, compuestos de catorce versos medidos y nada más, cantos épicos fundados en sueños, odas que hacen titilar al infeliz que las lee, y todo, todo, no sólo sin alma, pero sin cuerpo castellano, si es lícito explicarme así. Os digo de verdad que, conociendo yo muy bien cuánto se extraviaron del buen gusto muchos poetas de los tiempos de *Felipe IV* y *Carlos II*, prefiero sus sofismas, metáforas insolentes y vuelos inconsiderados á la sequedad helada y semi-bárbara del mayor número de los que poetizan hoy en España; porque, al fin, en los desaciertos de aquéllos veo y admiro la riqueza y fecundidad de mi lengua, que pudo servir de instrumento á frases é imágenes tan extraordinarias; pero en éstos no veo más que penuria, hambre de ingenio, y lenguaje bajo y balbuciente. Los primeros se me representan como un campo fertilísimo, cuya fuerza para producir ofusca sus producciones con la excesiva pompa y prodigalidad de ellas. En los segundos creo ver un erial árido, vestido de arena y de peñascos pelados, y en que de largo tiempo en largo trecho se deja ver un cardo mustio y tal cual césped de grama agostada, cabizbaja y rociada de polvo. No en vano, dijo *Villégas*, está la poesía al lado del cadáver de nuestra lengua, afligida, llorosa, atribulada, lamentando su pérdida en la de tan excelente madre. ¡Oh! que, bien usada esta lengua, diga lo que quiera el frances *Bohours*, era el mejor instrumento que conocía Europa para verter dignamente los pensamientos dignos.»

Sonámbula daba de continuar, á no impedirlo el estruendo que hicieron veinte ganapanes que llegaron de una vez á descargar otras tantas banastas. Hizo la casualidad que al volcar los libros de una quedó abierto un tomo harto fornido, que mostró ser manuscrito, circunstancia que llamó nuestra curiosidad y obligó á *Arcadio* á levantarle para ver cuál fuese su contenido. Hojeóle, y sin hablar palabra, bañando sólo el rostro con una ligera sonrisa, le cerró y le restituyó al montón. «¿Qué misterio es ése? le dije; ¿contiene aquel libro

cosas que no podamos saber?—Contiene, me respondió, escritos que pueden sólo estar sujetos á la crítica de una deidad, como lo es *Apolo*; escritos que adoran los pueblos, y de cuyo estilo suelen reírse en silencio y allá para su coleteo los sabios, los humanistas y alguna vez también los gramáticos. No se pueden manosear sin peligro las cosas que autoriza el sello del poder; y aun aquí, en el Parnaso, me llena de veneración, no sólo la voz, pero el eco de los oráculos de la vida civil.» Percibió á este tiempo *Coredantes* un tomo de la *Historia literaria de España*, y díjoles: «¿Habeis leído aquel libro?, señalándole. «Por mi desgracia, respondió *Arcadio*.—¿Y al *bachiller Gil Porras*?—También.—Dígoos que si habeis tenido tanta paciencia, os pueden llamar, mejor que á *Maros Cutos*, devorador de libros. ¿Qué juzgan de estas obras los españoles?—Señor, respondió *Arcadio*, eso se cuenta de muchos modos. En España, y especialmente en la corte, no es buena ni mala una obra porque ella lo sea en sí, sino por la casualidad de que la critiquen ó no. La mayor parte de los juicios son de reata; para ellos el último que escribe es el que tiene razón. Los que, sin principios, leen por pura curiosidad, no pueden juzgar de otro modo, bien lo sabéis; porque en saliendo de hechos donde son palpables las demostraciones, en lo que toca á raciocinios, propiedad y excelencias del arte, caminan siempre á oscuras; y ved aquí por qué se toleran en el teatro, y aun se aplauden muchas veces, los despropósitos más groseros y ridículos, y por qué en la infinita variedad de juicios que se hacen de cada obra son poquísimos los que atinan á la primera, é innumerables los que van mudando de parecer segun corre el viento de la crítica. En España han sido siempre más bien vistos los noticieros que los entendimientos originales. Un erudito, que con una locución baja, tosca y desaliñada llene una ó dos resmas de noticias entresacadas de dos, tres ó cuatro mil libros, por más que sea repetidor, pesado, fastidioso; por más que ignore los rudimentos más simples del buen gusto; por más que no tenga capacidad para vestir con un ligero adorno el farrago indigesto de sus noticias, será tenido por un oráculo; y el grande historiador, el orador eminente, el divino poeta, los genios inmortales que emulan el artificio de la naturaleza, y crean, como ella, bellezas y excelencias nuevas, que ni aun son capaces de comprender los catúpidos hacinadores, serán desdeñados, ó cuando más, celebrados como hombres de placer y gente nacida para el entretenimiento de los fatuos. Ello es cierto que es infinitamente más fácil ser noticiero que historiador, rábula que orador, farragista que poeta, copiador de especies sueltas que inventor de verdades ó verosimilitudes; y esta misma facilidad ha hecho que, siendo infinito el número de los primeros, se hayan levantado con el imperio de la estimación pública á fuerza de maldecir de los talentos inventores; no de otro modo que los barberos de un lugar, apoderados del privilegio de matar solos, se rebelan contra el médico recién admitido, y le desacreditan por fin entre los idiotas del vecindario. Ello es cierto que Atenas y Roma son célebres por sus oradores, poetas, historiadores y filósofos; que en aquellas ciudades se estimaban en alto grado las artes de imaginación; que esta estimación les hizo maestros de la tierra, y que si no hubieran tenido más que sofistas, juriconsultos consultes, hacinadores pragmáticos, en una palabra, sabios de carga, su nombre no sobrepujaría en gloria á la que obtiene hoy España entre los extranjeros. Los noticieros, hacinadores pragmáticos, no forman los libros clásicos de las na-

(1) *Scioppius* es el nombre latino del famoso filólogo alemán *Gasper Schopp*, que residió algún tiempo en España, en la primera mitad del siglo XVII, y escribió, en latín, *Grammatica Philoosophica*, *De arte critica*, y otros libros de polémica religiosa y literaria. (Nota del Colector.)

ciones; quiero decir, aquellos libros que son útiles en todas las edades y llevan en sí admirables pruebas del vigor, grandesa y amplitud de la mente humana. Estos libros propagan las lenguas, doctrinan los pueblos, y andando en las manos de todos, siembran y multiplican en todos tiempos las ideas de lo mejor en la literatura. Pero para que en una nación se conozca, se estime, se fomente y se agradezca la construcción de esta casta de libros, es menester antes derramar cierta especie de instrucción en el pueblo, es menester que sepa siquiera distinguir de colores, es menester que haya en él un número de nociones fundamentales, suficientes para que acierte á discernir lo regular de lo monstruoso, lo natural de lo ridículo, lo gracioso de lo truhan, lo sublime de lo hinchado, lo verosímil de lo desatinadamente portentoso, lo sencillo de lo frío, y á este tenor otras ideas generalísimas, que son como el catecismo del buen gusto, y sin las cuales es absolutamente imposible que el comun de un pueblo ó nación acierte nunca á conocer, ni por la superficie, el mérito de las excelentes obras, como le conocía el vulgo de Atenas, acostumbrado á decidir en las competencias de los que hoy nos sirven de maestros en la historia, en la oratoria, en la poesía y en todas las artes. — ¿Qué me dice? le interrumpió uno de los que allí había. ¿España no ha dado en este siglo libro alguno clásico, ni en el púlpito, ni en el foro, ni en la historia, ni en el teatro, ni en los demás géneros de poesía, ni en la filosofía?.... — No os molesteis, le replicó *Aradío*; no creo se haya pensado aún en España que una nación no puede ser gloriosa ni admirada, ni aún tenida en alguna consideración, sin esta especie de libros, que sirven á todos los hombres, que se leen en todas las edades y que mantienen la gloria de los pueblos cuando éstos no existen ya. Preguntaréisme que da qué nace esto. Os responderé francamente que nace de que el escribir buenas historias, buenos poemas, libros elocuentes, ingeniosos, admirables, no es oficio, no redditá.

»En algun tiempo las plajas de cronistas daban asilo á los talentos eminentes, y no hay duda mantuvieron estas plajas la afición á las artes de ingenio, y las sustentaron honradamente mientras duraron. Se extinguieron, y se extinguieron con ellas la sucesión de nuestros grandes hombres y la serie de nuestros buenos libros. La historia, especialmente, pereció del todo. Ahí teneis el ejemplo, en esa que ha dado motivo á mis reflexiones. Cuando en España eran leídos *Herodoto*, *Tucidides*, *Xenofonte*, *Livio*, *Salustio* y *Túcito*, ¿hubiera pasado por historia un fárrago enorme de noticias mal digeridas, una mescolanza monstruosa de asuntos inconexos, una eterna obra de investigaciones pesadísimas sobre puntos de ninguna importancia al linaje humano? Dos gruesos tomos se emplean para decir que no se sabe qué se supo en España antes del imperio de Augusto. Jamas se ha visto fertilidad más estéril. Y con todo eso, considerado bien el estado presente de las letras en mi nación, nadie compadece ni disculpa más que yo á los autores; viven donde ya son nada las glorias del ingenio y la imaginación, y donde el gran mérito en la composición de los libros está en amontonar á trompa y talega cuanto se ha leído sobre cuanto hay que leer. Una historia escrita con elocuencia y maravilloso artificio, cual la de *Mariana*, estoy por decir que sería hoy recibida en España con harta indiferencia. Los ojos de los españoles no son hoy lo que en vuestro siglo. Las edades estériles en buenos libros y en escritores grandes pierden del todo el discernimiento hasta en las bellezas más óbvias; esta esterilidad es el primer paso que dan

los pueblos hácia la barbarie, ó lo que es peor, hácia el pedantismo sofístico y desatinado. Mientras en España no vuelva á cobrar vuelo el ingenio de modo que produzca en todas líneas libros admirables por la invención, disposición y elocuencia, me reiré de este bullicio afanado con que parece que hierve la sabiduría por todas partes, como deseosa de derramarse á borbotones. *Augusto*, *Leon X* y *Luis XIV* acalararon á los hombres de ingenio, y éstos fueron el instrumento de la cultura general. Los progresos de la sabiduría son sucesivos, nunca se ejecutan de un golpe, y la semilla que da origen á estos progresos ha sido en todos tiempos el fomento de las artes que enseñan deleitando; porque estas artes contienen la verdadera práctica del buen gusto.... — No hay duda (dijo entonces *Cervantes*): la propiedad en las obras es el primer paso de la cultura; propiedad en las palabras, propiedad en el estilo, propiedad en el método, orden ó artificio, propiedad en los ornatos, propiedad en los raciocinios, propiedad en las sentencias, propiedad en la elección de materias; sin este cuidado, cuyo conocimiento se adquiere en el estudio de las artes instrumentales, que los griegos llamaban órganos, no hay, ni puede haber, obra tolerable. Donde se ignore esto, todo irá al revés ó se confundirá pedantescamente. La poesía dará á sus poemas semblantes monstruosos, trocándolos entre sí; la elocuencia admitirá cuantas extravagancias y caprichos sea capaz de producir la ignorancia de lo verdaderamente bello; la historia se escribirá á modo de disertación escolástica. Cada obra será un monstruoso compuesto de las propiedades de distintas especies de obras, y esto cuando no se componga de calidades absolutamente viciosas y ajenas de toda propiedad. Pocas cláusulas que leamos en esa historia, nos ofrecerán ejemplos muy propios para aclarar esta observación....» Y diciendo y haciendo, echó mano á un tomo, abríóle, y al querer leer, conoció que se había equivocado, tomando, en vez del que buscaba, un libro de sermones mal traducidos.... «¡Válgame el diablo por traductores (dijo, arrojando el libro y arrugando la frente), que no se han contentado con infestar las letras humanas, sino que se han atrevido á inficionar la santidad de los púlpitos! ¿Qué espíritu infernal ha metido en la cabeza á algunos de vuestros predicadores hacer hablar al Espíritu Santo en lenguaje semifrances? Predican la moda, no la virtud; y siendo así, ¿con qué cara osan reprender la inconstante profanidad de la gente mundana? Estos infelices, estando obligados á reformar el siglo, se dejan llevar de la corriente de la corrupción; y aplicándose al oficio de persuadir, persuaden, ya que no pueden la verdad, la incapacidad propia. Sea enhorabuena excelente, alta, maravillosa la predicación de *Bossuet*, *Massillon*, *Bourdoulou*, ¿qué obrará esto en el genio de un rudo y ocioso imitador? Desencajará de ellos cláusulas á bulto para remendar una oración mendiga; para trasladar el alma de las sentencias, copiará la juntura ó disposición misma de los periodos, y pensando hacer una oración de igual mérito que las que copia, formará un razonamiento bárbaro, desmayado, y tal vez monstruoso. No es otro el trabajo de estos traductores y de los oradores que los imitan. Creen que mejoran el gusto de la predicación, y corrompen, con la majestad y pureza de la lengua, la verdadera idea del arte de persuadir, el cual no se funda en copias serviles ó imitaciones mecánicas, sino en la aptitud y disposición del talento, en el estudio y ejercicio del bien hablar, en el íntimo conocimiento del hombre, en la ciencia de mover las pasiones que lo arrebatan á la parte que más conduce en la

grande habilidad de trastornar el interior humano y obligarle á amar lo que ántes aborrecía ó aborrecer lo que ántes amaba; y finalmente, en ser sabio en lo que es debido, circunstancia que creen tener todos y se ve en muy pocas. Saber imitar bien, es obra sólo de los grandes hombres. Para expresar la sublimidad de un *Homero*, es menester no ménos que la grandeza de un *Virgilio*. Solamente *Ciceron* podrá copiar dignamente á un *Demóstenes*. El que no sepa por sí hacer cosas grandes, no espere imitar jamas grandemente. ¿Quién sino un *Vilazquez* trasladará bien un lienzo de *Rafael*? Porque es cosa ciertísima que para delinear con perfeccion unas mismas figuras es menester una misma destreza. Muchos siglos há que se ha advertido que los entendimientos comunes, imposibilitados de percibir y penetrar los primores delicadísimos de las obras originales, cuando se ponen á imitar, imitan lo que está llano á la comprension de los indoctos y rudos, es decir, los defectos, porque, en testimonio de la humana fragilidad, no hay obra de hombre, por bella y admirable que sea, en que no se tropiecen algunos, que perdonan los sabios y remedan los que no lo son. Pero esta advertencia, aunque repetida millones de veces, no logrará nunca su efecto ni fructificará; y es que los mismos que toman á su cargo la obligacion de predicar la humildad no suelen pensar muy humildemente de sus entendimientos; así, cada uno aplica á su prójimo, y esto por caridad, la enmienda que debería ejecutar en sí; y se quedan todos con una estupidísima satisfaccion de sí mismos, incitando de bonísima fe la compasion ó risa de los prudentes. Cuando hablo de esto salgo de mis casillas, no puedo reprimirme, porque.....» Dióle aquí tos á *Cerrantes*, paróse á escupir; y asíéndose *Arcadio* de este momento, «Vos, señor, dijo, pretendéis trasladaros á alguna república imaginaria. Yo estaba en la persuasion de que el formar estados de viento era bueno para ciertos varones sublimes, que han logrado cansarse admirablemente la mollera para escribir lo que ni es posible ni debido se ejecute. Verdad es que no acontece así en lo que decís, y ojalá se verificara ello tanto como es posible y como es debido. Pero en la práctica, ¿lo será? No á fe, mientras no arranqueis el interes y la vanidad del pecho de los que suben al púlpito á declamar contra la vanidad y el interes.

»En tiempo de *Felipe IV* estaba en uso en los estrados, visitas y conversaciones un ente quimérico y extravagante, que bautizaban con nombre de *discrecion*, no habiendo en el mundo cosa más indiscreta. Reduciase á salpicar la conversacion de equivoquillos y antítesis afectadas, gastar gran cantidad de sentencias agudas con falsa novedad, que llamaban conceptos; envolver los pensamientos más claros en rodeos metafísicos, que los retirasen de la inteligencia obvia, y convirtiesen en adivinos á los oyentes; florear el estilo con metáforas y traslaciones muy ajenas y muy violentas, alusiones continuas, frases rodadas, y en fin, hacer de modo que, hablando muchísimo, no hubiese sustancia en el follaje pródigo con que se hablaba. Diéronse á entender entónces los predicadores que, para enseñar y mover al pueblo, sería más útil predicar sermones sin substancia; y echando mano de la vana verbosidad, que se aplaudia en las concurrencias profanas, consiguieron, con grandísima fatiga del ingenio, perder el juicio para ostentarse elocuentes. Usábanse, en vez de la verdad, agudezas falsas; en vez de las virtudes, equívocos y discreciones pueriles. El lenguaje del cielo, la voz de Dios, se aplicaba, no á confirmar enseñanzas altas y divinas, no á asegurar la tranquilidad en los justos y la afliccion eterna de los malva-

dos, sino al indecente juego de los conceptillos, que atraian la aclamacion de un auditorio que iba tal vez á aprenderlos en los sermones para derramarlos despues en las visitas de galanterías. Las costumbres han tomado otro rumbo, ó por mejor decir, otro precipicio; porque en este mundo las costumbres, vístense con esta ó con la otra apariencia, son siempre unas, es decir, ridículas y extravagantes en la mayor parte. Comunicósenos por los Pirineos un nuevo modo de saber; participaba éste de malo y de bueno, como todo lo que da de sí este magnífico animal que se llama hombre; pero como el vulgo literario está muchos años há en la posesion, y goza el privilegio de tomar únicamente lo malo que va mezclado con lo bueno, dejando la afectada discrecion de la edad pasada, y la barbarie horrible en que paró al fin esta discrecion, adoptó una barbarie indiscreta, que no mejoró, sino trocó sólo el semblante al vicio. La agudeza se ha convertido en frialdad, el ornato en desnudez, la sutileza en vulgaridad, la cultura de estilo en infancia y desaseo, la sofistería en verdades de *Pero-Grullo*, las imágenes atrevidas en humildad servil, los vuelos insolentes en abatimientos, el exceso de invencion en copias é imitaciones rateras, en suma, la demasía de elocuencia se ha mudado en penuria, pasando el abuso del extremo de la prodigalidad al de la miseria.—¿Qué remedio á este mal? le dije, repitiendo unos versos que á este mismo propósito escribí en una ocasion en que me vinieron ganas de ser infeliz.

»La inevitable rueda
Del presuroso tiempo
No alienta de las artes
El abatido aspecto;
Y aunadas en su trono
Con varonil imperio,
No rigen por sí mismas
Sus providos efectos.
Siervo de los errores
El flaco entendimiento,
No ménos que á los suyos,
Servirá á los ajenos.
Veránle congojoso,
Con pasos macilentos,
Seguir triunfantes pompas
De nombres extranjeros.
Prisiones rigurosas
Encogerán su yuelo,
Que un tiempo traspasaba
Los espacios aéreos,
Cuando dando á sus alas
Enseches sin recelo,
De la region inmensa
Penetró los secretos.
Entónces, á su arbitrio,
De sus acciones dueño,
Los dones registrando
Del Artífice eterno,
Fecundo en sus hallazgos
Y pródigo con ellos,
De doctas invenciones
Fertilizaba el suelo.
Primero de la esfera
Visitando los senos,
Siguió por sus carriles
Sus giros nunca inciertos.
Del ámbito anchuroso
Colocado en el centro,
Los mundos que en sí hospeda
Numeraba suspensos.
Así verdades tantas
Ateó el resuelto,
Cuantos la eterna mano
Le presentó portentos.
Con ellos á la tierra,
Más rico, descendiendo,
Que el pirata de Oriente,
Retorna al patrio suelo.

Tras sí las doctas artes
 Condujo lisonjero,
 No ménos á sus usos
 Que á su delicia atento.
 Desplegó la Sûada (1)
 Sus labios halagüeños,
 Los ánimos feroces
 Al cultivo atrayendo.
 Por ella en pocos días
 Admirables talentos
 Domaron blandamente
 Embrutecidos pueblos;
 Porque ni de la cruda
 Protervia los esfuerzos,
 Ni el tiránico enojo
 De los vicios soberbios,
 D' la esforzada virgen
 El inspirado aliento
 Helaron con la injuria,
 Cortaron con el miedo.
 Tutora de los hombres,
 Desbarató en sus pechos
 El odio sanguinario,
 Los torpes sentimientos.
 Por fuerza á las virtudes
 Restituyó su precio,
 Trocando en reverencia
 Bárbaros sacrilegios.
 Y esto porque, gallarda,
 Llevaba en sus empeños,
 Para atraer la gracia,
 Para vencer el nervio.

»Este género de elocuencia nativa procuraría yo renovar en una nacion cuando la viese necesitada de algunas mejoras en esta parte, cuidando sólo de examinar de qué modo los grandes oradores de todas las naciones trasladaron á la práctica las primitivas reglas que inspiraron la naturaleza y la necesidad. Los varones más elocuentes lo han sido por este camino; y no sólo en la oratoria, pero en todas las artes, es observacion constante y cierta que los que, siguiendo el impulso de su natural, dieron origen á algun género de composicion, se aventajaron de tal modo en él, que lograron hacerse inimitables, y consiguientemente únicos ó los mayores en la línea. Esto mismo acontece en una determinada arte cuando los entendimientos obran por sí ó por prevision ó por altanería generosa. Quien lea el libro de *Ciceron*, intitulado *Bruto*, hallará un buen número de oradores desemejantes entre sí; pero laudables los más de ellos en la diversidad misma de los caracteres de su elocuencia, aun cuando Roma se desafiaba de ser discípula de Grecia. El arte, no la imitacion, es el que auxilia á la naturaleza, la encamina ó mejora.

»Mas ya que el giro de los siglos ha hecho que el presente sea en España el siglo del remedo, para contener la ruina que amenaza al arte infaliblemente, sería muy del caso que los remedadores entendiesen cuál es y en qué consiste la buena imitacion, y la practicasen uniéndolo á su estudio el de los preceptos fundamentales, porque sin éstos sería tan inútil la lectura de los buenos dechados como el exámen del cuerpo humano al que no entendiese palabra de anatomía. Cosas distintas son la copia y la emulacion de las excelencias ajenas. El que copia es esclavo; el que emula es competidor. Así se aventajó *Platon* á *Cratilo*, así *Ciceron* á *Craso*, así *Virgilio* á *Henrio*, *Lucrecio* y *Horacio*. El copiante nunca sale de las huellas de su original, y por lo mismo nunca le debe su arte un paso más en su práctica. El émulo, ó llamémosle imitador, se pone al lado de aquellos á quienes desea emular, y siguiéndolos á la par por la

misma senda, tal vez los deja atras, ó por lo ménos procura no ser vencido en la carrera.

»Cierto es que requiere esto gran perspicacia, largo ejercicio, pertinaz estudio, meditacion profunda, erudicion vária y exquisita, circunstancias todas poco á propósito para que la predicacion fructifique con la celeridad sacrilega que apetecen muchos (haylos, por nuestros pecados) que toman por oficio tan sacrosanto ministerio. Pero ¡qué se perderá en que los prelados no fuesen prodigos en permitir el gran cargo sino á los que reconociesen dignos y muy dignos? Porque, segun mi modo de pensar, la religion no se descontentaría de que no abundase el número de los que hacen tráfico en los templos con una elocuencia que no influye en la mejora de las costumbres ó influye muchísimo en el descrédito de las letras. Dadme talentos aptos, que prefieran la gloria de hacer bien á los intereses del mundo, y veréis prodigios. La imitacion será como debe, nadie se humillará á la servil ocupacion de copiante, la primera diligencia será buscar los medios para persuadir, no para salir de cualquier modo del paso; la esclavitud se convertirá en emulacion, no ya de expresar á un determinado orador, que esto es imposible, sino de recopilar en sí las perfecciones de los más excelentes de todas las naciones y siglos. La observacion y conocimiento de estas perfecciones allanará el modo de ejecutarlas, porque no está muy léjos de poder ejecutar lo bueno quien conoce su mecanismo y estructura; y la imitacion no consistirá en desflorar la superficie de las oraciones ajenas, trasladando de ellas una imagen aérea, semejante á las que decía *Epicuro* que se evaporan de los cuerpos, sino en tomar la eficacia en el probar del uno, la destreza del proponer en el otro, de éste la elocuencia y gallardia, de aquél la grata y robusta majestad, y á este tenor, sin atarse á lo que cada uno tuvo que decir en la ocasion, decir en la suya lo que convenga y como convenga.

»Entiendo, dijo *Cervantes*; distingui bien el traslado de la imitacion. Estas voces suelen confundirse, pienso que para honestar los robos y hacerlos, no sólo disculpables, pero laudables. Decir en castellano lo que dijo otro en frances es propiamente trasladar, y con ser esto cosa tan fácil, rara vez se ejecuta sin desacierto. Una sentencia, un argumento, una reflexion fundan su mérito las más veces en el modo con que se colocan; y cuántos copiantes conocéis vos dotados de bastante penetracion y estudio para distinguir y trasladar estas bellezas artificiales, en las cuales consiste mucha parte del mérito de los oradores? Entre éstos hay tambien algunos que son amables por sus defectos, cual sabemos que lo fué, y lo es aún, *Séneca* el filósofo. El copiante rudo, reputando por bueno todo lo que produce agrado, trasladada á bulto y hace que comparezca del todo malo lo que en el original gustaba por la singularidad, por la viveza, por lo nuevo de la expresion ó por algun otro género de artificio poco ordinario. Á las vicios halagüeños de *Séneca*, mal copiados por la juventud romana, atribuye *Quintiliano*, no sé si con razon, la corrupcion y estrago de la elocuencia. Esto sucede siempre. El talento inferior no puede copiar del grande sino los defectos. La imitacion, segun vos la queréis, no trae consigo tantos peligros.

»Pero es más áspera y trabajosa, replicó *Arcadio*, y su desempeño no es obra de los entendimientos vulgares. Ya lo he dicho: para mí, la verdadera imitacion consiste en procurar adquirir las excelencias ajenas con los mismos medios y por el mismo camino que las consiguieron los poseedores de ellas; ¿Cuánto no se necesi-

(1) *Suada*, diona de la persuasion y de la elocuencia. (Nota del Censor.)

ta sudas para conseguir esto? En primer lugar, la educacion ha de inspirar desde la edad pueril ideas rectas de las artes para que se entienda su uso y aplicacion. Separaria yo eternamente de algunas de las escuelas de España al que aspirase á la alabanza de la elocuencia. Las ideas que en ellas se toman de algunas artes son harto humildes, cuando no adulterinas. En vez de amaestrar á la juventud en hablar la lengua patria con propiedad, pureza y elegancia, la hacen hablar un latin bárbaro y pedantesco, con lo cual causan dos perjuicios gravísimos: uno, que ninguno de los que salen de las escuelas sepa explicar las ciencias y artes en buen castellano; y de ahí ha nacido, y nacerá siempre si no se remedia, aquel lenguaje afectado, estrafalario y ridículo que usan los profesores cuando se ven precisados á hacer uso de la lengua nativa. Cosa vergonzosa para los que se llaman sabios, hablar con ménos cultura que una mujer de mediana educacion. Otro, que el idioma nativo permanezca estéril y como mudo en la parte principal y más noble de su uso, que es la aplicacion y enseñanza de las artes y ciencias; por consiguiente, que no haya abundancia de libros doctos en la lengua patria y que en suplemento de estas faltas se nos enseñen las doctrinas en un latin bárbaro, bueno sólo para que las naciones cultas no lean ni una sola línea de nuestras obras, que tal vez contienen pensamientos excelentes entre la rudeza del estilo, como se está viendo con especialidad en los enormes volúmenes del vulgo de nuestros juriscónsultos; volúmenes muchos de ellos tan monstruosos, que sólo quien los haya hojeado puede conocer bien su monstruosidad increíble. ¡Quién, al ver esto, no dirá que en nuestras escuelas es el principal estatuto exterminar la elocuencia, tanto latina como española?

» Pues pasemos á la filosofía. Yo me acuerdo haber leído en un diálogo atribuido á *Tólcito* que el conocimiento de los sistemas filosóficos es de grande auxilio al orador para la perfeccion del decir. ¡Quién ignora que los dos mayores oradores que ha habido en el mundo sacaron su facundia de los documentos de la Academia? Era sentencia recibida y comun que la majestad y alteza se adquiria en los libros de los platónicos; la invencion y nervio en los peripatéticos; y en los estoicos, si bien poco convenientes para la parte de la locucion, la sutileza en el disputar, por la suma travesura de su dialéctica. Ni los antiguos escritores eclesiásticos se desdafiaron de manosear los libros de los filósofos, no tanto á veces para contradecirlos, como para tomar de ellos sóbriamente el modo recto de contradecir y las demas artes que engrandecen el ánimo, le adornan é ilustran. ¡Cómo hubiera *Lactancio* impugnado tan elocuentemente la filosofía de *Ciceron*, sin haber ántes estudiado muy de propósito la elocuencia de los libros filosóficos de *Ciceron*? Y ved aquí lo que no quieren acabar de entender nuestros oradores. Sus oficios son persuadir y mover, y creen candidísimamente que para ejercitarlos no hay necesidad de saber cómo se mueve y persuade. Aquello pende de la parte moral de la filosofía, esto de la lógica; y si les preguntais por los rudimentos de estas artes, sin las cuales estoy por decir que no hay verdadera racionalidad en los hombres, os responderán que allá, cuando eran muchachos, decoraron (1) algo de las *Simulas*, de *Goudin*, y la moral en el prontuario de *Laraga*. Quien ignora los elementos, ¿cómo tendrá aquel gusto general de filosofía que dirige al entendimiento para discernir la verdad y la belleza en todo?

» No porque me satisfaga mucho esta rabia de filosofar, que logra hoy tanta aprobacion, más con desdoro que con lustre de la sabiduría. Porque la capacidad humana pierde tanto por no investigar como por querer investigarlo todo. Del primer modo, no alargándose á la línea de la racionalidad, permanece ruda y estúpida, y del segundo, por traspasar la línea, deja de ser racional y pára en delirante. Mas en el que se destina para orador, preferiria yo el exceso especulativo á la ignorancia total ó suma; y digo exceso especulativo, porque cuanto es útil la exploracion y conocimiento de la verdad y de la belleza para la práctica de todas las artes, es fastidiosa y ridícula la ostentacion afectada de la filosofía en las artes de imitacion, cuyo fin no es argumentar ni examinar secamente, sino pintar ó emular las obras de la naturaleza; razon que hace frigidísima para mí, muy cansada y muy árida, la moderna elocuencia de los franceses, al modo que lo eran para los romanos las declamaciones de *Atulcio*, por su importuno é intempestivo filosofar. Un juicio recto temple la extremidad de estos abusos, acá disputan todavia entre sí sobre si es lícito, ó no, hablar bien. Cuánto influya esta tenacidad en la languidez y adormecimiento que se observa en los ingenios españoles, lo conocen bien los que saben cuán opuesto es el comun método de enseñar á la amenidad y gentileza de las artes. ¡Qué buen orador puede dar de sí aquella escolástica rigidez y seco desaliño, con que no ya se cultivan, sino se enmarañan, en nuestras escuelas las ciencias que se llaman mayores? Estudian lo que deben persuadir con un método repugnante á la persuasion. De las partes de la oratoria no sacan de allí sino lo perteneciente á la robustez y uso de la voz....»

¡Qué lástima que este razonamiento se interrumpiera! Causó la llegada de un personaje respetablemente halagüeño, el cual ó llamar conde, con grande admiracion mia de que pudiera haber gentes de título en un lugar donde no habia ocio y habia sabios. Supe despues que ademas de este conde, habitaban allí tambien unos cuatro ó cinco monarcas y algunos pocos príncipes y próceres, que, ó cultivaron las letras por sí, ó fomentaron sus adelantamientos.

El Conde, pues, se acercó á *Cervantes* para decirle que el funeral no podia efectuarse tan presto como se esperaba. Preguntándole *Cervantes* la causa de esta dilacion, respondió que entre el fenicio *Sanchoiathon* (1) y el vizcaíno *Larramendi* se habia levantado una gran disputa sobre cuál de las dos lenguas, fenicia ó vizcaína, habia de llevar la preferencia en el funeral; porque como éste se hacia á estilo romano, era preciso que fuesen llevadas delante del cadáver las imágenes de sus progenitores. Añadió que *Apolo* pasaria presto á la biblioteca á oír solemnemente las razones de ambos para resolver en justicia. Esta nueva nos arrancó de allí y dió con nosotros en la biblioteca, con el deseo de presenciar un acto tan solemne y de tan poca importancia, para que se vea que tambien en el santuario del buen gusto se tratan con pompa y empeño asuntos de estu-penda futilidad.

Despues de atravesar un gran patio, en cuyo pavimento estaban amontonados desordenadamente algu-

(1) Decorar está usado aquí en la acepcion de aprender de coro ó de memoria. (Nota del Colector.)

(1) Historiador y jeroftanta, de Tiro, que escribió, doce ó más siglos ántes de Jesucristo, una *Historia fenicia* y un tratado de la *Física de Hermés*. (Nota del Colector.)

nos millares de libros, entramos en la pieza principal de la librería, la cual es un salón, si no tan poblado de libros como yo me lo había figurado, por lo menos tan capaz y espacioso, que aunque hablasen en él á un tiempo muchos corrillos de sabios de café y de escritores de mescolanzas, no se embarazarían, con tener estas gentes el dón gratuito de embarazarlo y confundirlo todo. No lo puedo negar; la contemplación de aquel ámbito, donde vi estrechadas las fatigas más ilustres y recomendables de la naturaleza humana, derramó en mí un encogimiento, mezclado de veneración, que me hizo inclinar la frente y levantar el espíritu á la contemplación de la dignidad del hombre.

¡Oh de la humana gloria
Depósito inmortal! Altos desvelos,
Que emulan de los cielos
La fuerza inextinguible! Transitoria
La vida tu grandeza solemniza
Y labrando su muerte, se eterniza.
¡Del hombre quién no admira
La excelsa potestad! En trecho breve
Su mente ordena y mueve
Cuanto en lo inmenso del espacio gira;
Soles, planetas, mundos, al Dios mismo
Cifra en sus senos el mental abismo.
¡Su incertidumbre acusa,
Su ignorancia también, sofista injusto!
¡Por qué su sér augusto
En sus errores conocer rehusas,
Cuando á Dios le sondea sus secretos,
Y emula, si no acierta, sus decretos!

No he visto yo solicito enjambre de abejas más afanado en acudir á la fábrica de su miel, que lo estaba en el gran salón un buen número de personajes, codiciosamente ocupados en hojear libros y arrancar de ellos con severa impiedad hojas y cuadernos enteros. El fervor, silencio y embeleso con que atendían á su ocupación era maravilla, y ofrecía un espectáculo verdaderamente extraño, del cual gozamos algunos momentos, sin atrevernos á interrumpirle, ni áun con nuestra conversación recíproca, hasta que alteró aquel mudo afán un varón vestido de ropas doctorales, que habiendo acabado de leer, según parecía, un libro que tenía en la mano, se resistía á colocarlo en los estantes de la biblioteca, por más que trabajaba para persuadirse un hombrón entonado, tieso, erguido, sobremañera tosco en el hablar, y sumamente audaz, vano y jactancioso en sus expresiones.

« Señor mío, le decía el doctor, sin tener yo gran concepto de mi capacidad y letras, creo, no obstante, que habiéndome elegido *Apolo* para censor de los libros que deben admitirse, ó no, en este santuario de la sabiduría y del buen gusto, me hallo más capaz que vos para conocer lo que debe hacerse en tan árduo encargo. ¿Pensáis que aquí se censura como en algunas partes de Europa, donde va todo por contemplaciones y comparaciones?— ¡Y qué puede entender un doctor, le replicó, de estas materias, en que se reúnen el sentimiento y el tacto filosófico, en que se habla al corazón por el órgano de la sensibilidad, y en que se forma al hombre elocuente sobre el gusto de los grandes modelos y de la filosofía? Vos, cuyo traje gótico hace despertar las ideas de unos siglos nada luminosos ni interesantes; vos, digo yo, cuya barbarie escolástica no os hace capaz de ser herido del sentimiento, ni os conduce al espíritu de discusión que exigen la belleza y la filosofía para operar el bien de la humanidad, sois demasíadamente ciego de razón para que por vuestro solo sufragio haya de ser condenado un libro que lleva consigo un gran ca-

rácter.— ¡Dios mío! exclamó el censor, entre risueño é indignado, ¡qué fatal algarabía es ésta á que me condenais sin merecerlo? Filósofo infernal, nacido, como otros menguados de tu infeliz patria, para convertir su literatura en un monstruo horrible. ¡Qué filosofía, qué sensibilidad, qué belleza y qué discusiones son éstas con que te me vienes? ¡Maldito lenguaje, introducido en España para imposibilitar los progresos de su saber! ¡Belleza, sensibilidad, filosofía, humanidad! Secreto profundo para que todo mentecato, todo hablador, todo mendigo de literatura casi francesa pueda ensartar necedades sin consuelo. Lo peor es que esta caterva de bachilleres á la moderna, á fuerza de repetir estas voces, buenas en sí y de profunda significación, las han hecho ridículas en tales términos, que un docto verdadero no puede usarlas ya sin peligro de dar que reír á los lectores de ciencia y prudencia.

«— ¡Blasfemia acreedora á la indignación de los *bélicos espíritus*, exclamó el figurón con voz tan hueca, que retumbó por toda la bóveda de la sala. ¡Vos osáis maldecir á la filosofía!— Sí, señor, maldigo y maldeciré de la filosofía que gastais vos y vuestros semejantes. La filosofía, señor don *Ridículo*, es la ciencia de la verdad y de la virtud. Y como la verdad es difícil de hallar, y la virtud no es fácil de practicar, la filosofía enseña á examinar y meditar mucho y á hablar poco; á obrar bien antes de reprender en otros las malas obras. La filosofía es la perfección del entendimiento, y el insolente, el impostor, el jactancioso, el charlatan, no serán nunca filósofos hasta que hayan logrado persuadir al mundo que la insolencia, la impostura, la jactancia y el charlatanismo son los instrumentos que perfeccionan la mente humana. La filosofía es la perfección de la voluntad, y el maligno, el detractor, el envidioso, el delator, el malsin y el enemigo capital de las tareas ó felicidades ajenas no pueden pasar por filósofos sino entre sí mismos, y áun por eso son ellos los que se aplican á sí mismos este venerable renombre, desacreditado miserablemente por el abuso que han hecho de él tales sabandijas. La filosofía es la modestia, la decencia, la desconfianza, el decoro, la propiedad, el examen profundo de las cosas, la larga y escrupulosa experiencia, la rectitud del raciocinio; todo esto y muchísimo más es la filosofía, sí, señor; y ¡hacia qué parte les caen estas prendas á estos pobres que están pronunciando á cada momento y haciendo corcovos y aspavientos dignos del teatro de Italia, esta misera y desgraciada voz?

» En suma ahorremos de palabras. En este sitio no se consienten supercherías ni absurdos que no procedan de la fuerza extraordinaria de un talento grande é inimitable hasta en sus errores. No conozco al autor de este libro; y si le conociera, hubiera remitido su censura á otro de mis compañeros. Su objeto fué unir la filosofía con la elocuencia, y la parte filósofa la empieza á desempeñar levantando un montón de testimonios á los oradores de Grecia y Roma, y la parte oratoria la desempeña corrompiendo casi á cada cláusula el idioma en que escribe. Sin embargo, no me atrevo á resolver que este libro vaya á acompañar á los que se van amontonando en el patio para que sirvan á la construcción de la pira. Tomadle, volvedos á España con él, y que le depositen allá en sus magníficas bibliotecas los filósofos que necesitan ripio para completar el diccionario filósofo-hispano-galo-ridículo.»

Y dejándole el libro en las manos, volvió los espaldas al fantasma, con lo que saliendo éste de la sala refunfuñando, se renovó la ocupación que había cesado.

¡Oh, qué de hombres ví allí, que deshacían en pocos

momentos escritos en que se habían ocupado años! Allí *Ferreras*, refundiendo su historia, confesaba ingenuamente á *Mariana*, con quien consultaba sus correcciones, que su obra no era más que un esqueleto de hechos; y aún alargaba á tanto su desconfianza, que levantando á veces la pluma del papel, suspiraba y clamaba que no había en él ingenio ni natural para formar un bello y magnífico cuadro con los materiales mismos en cuya coleccion y eleccion había empleado tanto estudio.

« La historia, amigo mio, le decia *Mariana*, no consiste en referir hechos desenlazados, sino en retratar hombres, naciones y siglos. Las acciones de los hombres públicos están íntimamente enlazadas con el estado de los pueblos y de su república, y ved aquí el oficio de la historia, poner patentes estos enlaces y manifestar de qué modo el mayor número de los mortales es feliz ó infeliz por el modo de obrar del menor número. Á este grande objeto deben acompañar los lineamientos y coloridos correspondientes. Vuestra historia carece, no hay duda, de aquellas admirables calidades que aseguran la inmortalidad de los talentos; pero, aunque escasa en la parte del ingenio, es, no obstante, digna de particular estimacion, por la escrupulosidad, juicio y pulso con que procurasteis ajustar los hechos á la medida de la verdad, ó acorcarlos á los límites de la mayor verisimilitud, no pasando por ninguna de las patrañas, ni aún de las preocupaciones nacionales, de las cuales son muy raros los que aciertan á desprenderse.

Apartó nuestra atencion de estos utilísimos documentos un veterano español, que á otro lado de la biblioteca comenzó á desgarrar coléricamente unos cuadernos que, al parecer, había estado leyendo hasta entónces. « Advertid, nos dijo *Cerdañes*, que vais á hablar con el célebre *Cañizares*, el mejor escritor cómico de vuestro siglo.....— ¡Pesia á tal! estaba diciendo cuando llegamos á él, ¡pesia á tal con el maldito arte, y á qué tiempo ha venido á desengañarme de mis desbarros! ¡Cuán desgraciado es el talento que sale á la luz del mundo cuando en su patria se hallan pervertidas las artes! Trabaja infatigablemente para hacerse glorioso, y tanto desvelo no le sirve sino para hacerle despreciable en la posteridad.— ¡Con quién es tanta ira, señor teniente? (1), le dijo el Conde.— ¡Con quién ha de ser, voto á Satanas, sino con la fatalidad de mi destino! Hallábame yo muy en la persuasion de que mis comedias hacían un papel medianamente honrado entre las que se tienen por buenas en las naciones cultas. Confirmábanme en esta vana credulidad los continuos aplausos que han logrado constantemente en las representaciones; remachaban el clavo de mi vanidad los elogios que han merecido á algunos varones habidos y reputados por sabios, no sólo en España, pero en Europa; y al fin y al cabo, habiéndome obligado, luego que vine aquí, á cotejarlas con las de la docta antigüedad, y con la puntualidad de los preceptos que sirven para evitar los delitos en la composicion, he venido á conocer ¡pecador de mí que, habiendo yo nacido para aumentar el escaso número de las buenas comedias, por haber vivido en una edad estragada absolutamente en el conocimiento y práctica del buen gusto, no hice más que disparatar con seso y ganar nombre, de grande ingenio sí, pero de desatinado escritor.— Sin embargo, le dijo el Conde, debeis consolaros con que en la labor confusa de vuestros dramas engastais á veces ciertas escenas que

harán disculpables vuestros desaciertos; porque ellas fueron hijas de la grandeza de vuestro ingenio, y éstos procedieron de la oscuridad y depravacion del siglo en que florecisteis.— ¡Ah señor! le replicó el despechado veterano; la resistencia que hacia mi vanidad á los desengaños de mi razon, ya instruida, me había ya sugerido ese lenitivo; que al fin soy hombre, y sobre hombre, escritor, en los cuales no sé qué fatal dominio tiene la altanería, que rara vez se resuelven á reconocer sus errores ó su ineptitud; pero es tal mi desgracia, que ni aún ha permitido ese flaco consuelo á los sinsabores de mi amor propio. Revolviendo este estante, donde se hallan colocadas varias obras concernientes al teatro de España, tropecé con este papel (y lo tomé de encima de la mesa), que estaba atado en un pequeño legajo de manuscritos; leílo, y fué tanta la cólera en que me encendí contra mí mismo, que hice pedazos cuantas comedias mías pude asir hasta que me interrumpisteis. Y para que veais que tengo razon, voy á leerosle, pues por su brevedad no os molestará y sus observaciones merecen ser meditadas con cuidado. Escuchad :

REFLEXIONES SOBRE EL TEATRO DE ESPAÑA.

» El teatro no puede ser mirado con indiferencia en cualquiera nacion donde se desee que el pueblo adquiera una instruccion que desvaste las ideas groseras de la educacion plebeya, y florezcan las artes de imitacion, que son las que ensalzan é inmortalizan á las naciones y las hacen respetables en todos tiempos. No ha habido ni hay pueblo sabio, cuyos primeros pasos hacia la sabiduria no hayan empezado por la poesia dramática. Esta proposicion pareciera paradógica si no estuviera fundada en los testimonios más verídicos de la historia. *Aristóteles* no redujo á arte la poesia en Grecia hasta mucho despues que se vieron en los teatros de Atenas las inmortales obras de *Sófocles*, *Eurípides* y *Menandro*; *Plauto* y *Torencio* abrieron el camino á la cultura romana. El *Trissino*, *Ariosto*, *Maquiavelo*, el *Tasso* y otros talentos sobresalientes, que hicieron tan célebre el siglo de *Leon X* (2), ofrecieron en el teatro á este benéfico pontífice la imagen de la antigua magnificencia griega, despues de siete siglos de tinieblas y de barbarie. Francia no empezó á ser sabia hasta despues que vió representar el *Cid*. Las artes que juntan el recreo á la utilidad son las que inspiran suavemente en los pueblos el conocimiento de lo mejor, y derraman y propagan el buen gusto de las doctrinas. Y entre estas artes es indisputable que es la principal la dramática, por ser como un centro ó punto de concurrencia en donde se unen todas las artes amenas para instruir y mejorar á los hombres con los halagos de la imitacion.

» No injustamente se ha disputado en España muchas veces sobre la licitud ó ilicitud del teatro. Para representar al pueblo y ofrecerle monstruosidades, vicios y groserías, ciertamente valdria más que no existiesen los teatros. El fin de éstos es enseñar y corregir deleitando, y en España se puede decir con verdad que su fin ha sido hasta aquí corromper deleitando, ó producir con la representacion un deleite bárbaro y escandaloso. ¿Qué importa que nuestros escritores dramáticos hayan sido eminentes poetas, hombres de fecunda y maravillosa invencion, si rara vez no nos han ofrecido sino grandes extravagancias, sostenidas con toda

(2) El *Tasso* no pertenece en verdad al siglo de *Leon X*. El *Tasso* nació 23 años despues de la muerte de aquel glorioso pontífice, ocurrida en 1521. No terminó su famoso poema *Gerusalemme liberata* hasta el año de 1574. (Nota del Colector.)

(1) Llama *Teniente* á *Cañizares* porque, en efecto, fué este ilustre actor dramático teniente de capitán de Caballos-Corazas. (Nota del Colector.)

la pompa de la poesía, ó acciones y tramas indecorosas, animadas con la travesura de los lances y con la viveza elegante y rápida del diálogo, que hace agradable lo que presentado en su desnudez sería horrible? Se ven en nuestros dramas, pintados con el colorido más deleitable, las solicitudes más deshonestas, los engaños, los artificios, las perfidias, fugas de doncellas, escalamientos de casas nobles, resistencias á la justicia, duelos y desafíos temerarios fundados en un falso y ridículo pundonor, robos autorizados, violencias intentadas y ejecutadas, bufones insolentes, criados y criadas haciendo gala y ganancia de sus tercerías infames; y todo esto, no para hacerlo odioso, como debía ser, sino para embelesar á los espectadores, teniéndolos colgados de la suspension de sus lances, hasta que al fin dos ó tres casamientos honestan los atrevimientos de los galanes y desenvolturas de las damas; quedando así sin el debido escarmiento las acciones viciosas, y los oyentes instruidos en el arte de galantear, sin miramiento al honor, á la justicia, ni al respeto que se merecen las costumbres públicas.

»No son ménos perversas, miradas á la luz del arte y de la razon, las comedias en que se introducen reyes, príncipes y personajes heroicos. En estos monstruos del arte teatral no parece sino que nuestros escritores han puesto todo su estudio en degradar el carácter de los héroes, no presentándolos jamas sino con las costumbres de los plebeyos más desenfrenados. ¿Qué utilidad puede dar de sí la representacion pública de estas ficciones, en que no se trata de exponer el peligro de las grandezas humanas, pintando los funestos errores ó males á que está sujeto el poder, sino de convertir á las personas heroicas en otros tantos pisaverdes y damiselas, rondando calles, persiguiendo hermosuras, trazando estupros y adulterios, despachando billetes, buscando tercerías, y practicando cuanto dicta el desenfreno de la juventud á los que no conocen otra ley que su gusto? Así, no sin razon se echan ménos en estas tramas mezquinas y abatidas, caracteres, costumbres, propiedad, verosimilitud, moral, y las demas calidades que constituyen el verdadero mérito de los dramas. Nada de esto puede haber donde se arranca y desencaja de su quicio la naturaleza de las personas y acciones. Porque creer que los reyes, príncipes y personas de alta dignidad no deben servir en la representacion para más que para lo que podrían servir personas plebeyas ó galancillos particulares y simples ciudadanos, sería persuadirme que los estados son todos indiferentes, y unos mismos para los efectos del teatro, y que para dirigir la trama de un amorío desatinado, tanto monta un don Juan como un rey de Chipre. Son innumerables las comedias nuestras en que los reyes y príncipes no hacen otro papel que el que pudieran hacer un don Luis, ó un don Diego, y en que las reinas y princesas no son más que unas Leonores y Violantes. Mudando los nombres y quitando las alusiones á la autoridad real, estas comedias pasarán por verdaderos dramas de los que llaman de capa y espada, porque entre éstos no hay más diferencia que la de los nombres de las personas. Hágase la prueba con la famosísima de *El desden con el desden* y con cuantas no van fundadas en algun hecho histórico. Los mismos lances, los mismos fines, los mismos pensamientos, las mismas bufonadas, la misma complicacion de sucesos y de personas.

»El fin de la representacion teatral ha sido, desde su mismo origen, corregir y enseñar. Los vicios del pueblo se corrigen haciéndolos ridiculos; los de las personas altas con la atrocidad de los escarmientos ó con la

fatalidad inconstante de esto que se llama fortuna, siendo el principal objeto de este arte presentar ejemplos que obliguen á huir el vicio ó á fiarse poco de las grandezas. Si estos ejemplos no son pinturas ó retratos fieles de la vida, serán inútiles, vanos ó viciosos, porque lo imposible y lo raro no es aplicable á lo posible y comun. De esta regla fundamental se derivan naturalmente cuantas comprende el arte de componer dramas. Éstos no son, ni deben ser, más que unas parábolas puestas en accion, ejemplos naturales de la vida humana, desengaños vivos que mejoren la sociedad, pintando con verosimilitud lo que pasa en ella realmente. Deben copiarse los genios, los designios, las inclinaciones, los pensamientos, los modos de obrar, y los efectos mismos que se experimentan en el trato, en los estados y en las ocupaciones de los hombres. Si no se hace así, el teatro no será más que lo que es hoy comunmente en España, una region imaginaria, donde, sin más objeto que embelesar y hacer reir de cualquier modo, se presentan indistintamente personas de todas clases y especies á recitar largos trozos de versos campanudos. á decir delirios y bufonadas, y á ejecutar acciones que ni aun pasarían por sueños si los contase un hombre enfermo. Los daños que resultan de aquí son tan visibles, que no hay ya quien no los conozca entre los que procuran cultivar algun tanto su entendimiento. El vulgo, adherido por costumbre á lo extravagante y extraordinariamente portentoso, ve con ceño las obras de los que saben retratar la simplicidad de la naturaleza. Los grandes talentos se retraen de la ocupacion de escribir lo bueno, por no ponerse á riesgo de competir con los que proveen de farsas á la escena. Éstos, achacando sus delirios á la depravacion del gusto popular, incapaces de imitar las excelencias de nuestros antiguos dramáticos, imitan y recargan sus defectos, llegando el trastorno á tal estado, que en las comedias que se han escrito para los teatros de medio siglo acá ya no se ven sino absurdos, delirios y disparates enormes é intolerables, en que no hay ni sombra de las bellezas de *Lope* ó *Calderon*, y se ven acumulados cuantos sucesos y lances inverosímiles, violentos, prodigiosos y desatinados se hallan esparcidos en la multitud de aquellas comedias nuestras que pasan por más cargadas de despropósitos. En suma, en nuestro teatro ha sucedido lo que en todas las cosas humanas cuando llegan á cierto grado. Ingenios muy grandes, cuales lo fueron casi todos los dramáticos de los dos siglos anteriores, descargándose de todas las rigideces del arte, y extraviándose del camino recto de la imitacion, alma de la poesía, escribieron dramas que, en medio de su desarreglo, contenian escenas, situaciones y lances excelentes. Su estilo, cuando no querian remontarse, era elegante, puro, halagüeño, suave, rápido, armonioso; muchas veces pintaron admirablemente caracteres y costumbres muy vivas y muy propias; hay comedias suyas que no deben nada á las más célebres de las extranjeras. Pasó la época de estos grandes hombres; hicieron amables sus defectos, porque tal es el privilegio de los entendimientos superiores. Vinieron despues de ellos copleros míseros, que continuaron la depravacion, aumentándola cada vez más, creyendo desatinadamente que en ella consistía la belleza dramática. Acabóse del todo la raza de los ingenios eminentes, que á sus vicios juntaban bellezas originales; y quedaron por sucesores suyos los que no pueden más que imitar los vicios; siguiéndose de aquí que el teatro haya llegado al último extremo de depravacion, viéndose en él solo delirios y ninguna belleza....

¿Qué os parecen?—Paréceme, dijo *Correñtos*, que si nos atenemos á los dramas que con título de nuevos han parecido estos últimos años sobre los teatros de España, es menester creer que allí se tiene en igual estimación una farsa estafalaria y una acción propia y bien conducida. Mientras no aparezca un talento tan grande como el de *Calderon*, que juntando la regularidad á las bellezas de la imaginación, se apodere de la opinión pública y ponga en descrédito los absurdos, las cosas permanecerán en el mismo estado de depravación y ruina; porque el arte por sí no basta para producir obras excelentes, y al contrario, hacen grandísimo perjuicio á los progresos del buen gusto aquellos entendimientos secos, lánguidos y frios, que no pueden dar de sí más que la observancia de los preceptos; porque esa observancia por sí sola no forma más que cadáveres, y el pueblo quiere más ver un monstruo vivo, alegre y juguetón, que un cadáver pálido y postrado, por más que conserve la regularidad correspondiente á su naturaleza. Una rosa marchita conserva la figura de rosa; en cualquiera planta sucede lo mismo. Pero, despojadas de sus colores, de su fragancia, de su lozanía, de su espíritu y viveza, las plantas más bien figuradas dejan de ser agradables, porque los sentidos no hallan ya en ellas ni uso ni deleite. Con el arte se formará una estatua muy correcta, pero muy muerta; será propiamente una piedra en figura humana. No es esto lo que se estima, porque para hacer esto bastan manos y reglas. Lo que sólo se pide á un escultor es que inspire vida á los mármoles, que dé aliento á los troncos, que sea antes del alma que de la mano su habilidad. Vos, amigo mío, labrásteis monstruos, pero monstruos muy agradables y muy llenos de vida, y ved aquí por qué el pueblo prefiere vuestra vivísima irregularidad á la regularidad cadavérica de algunos de los que hoy se jactan de reformadores.—Sin embargo, replicó *Cañizares*, nadie debe obstinarse en defender que lo malo es bueno. Voy á seguir en el examen de mis comedias, y creed que no me desdefiaré en corregir ó borrar en ellas cuanto me parezca ajeno de la perfección que pide este género de obras. Méns dócil se manifestaba en una mesa inmediata un varón despierto de acciones y entonado de frente, que revolviendo ya un tomo, ya otro, de doce ó trece que traía entre manos, con dificultad se resolvía á aligerarlos á imitación de los demás. Notólo el Conde, y díjole con franqueza de poderoso: «Acábase de resolver, reverendísimo, y reconozca que no están ya sus obras en parte donde prohiban el impugnarlas. ¿Qué detención es ésta? ¡Mide este tiempo por el de sus aplausos! La posteridad docta condena ya en él muchas cosas que celebró en sus días la parcialidad. Sus dos tomos de correcciones corrigieron citas y equivocaciones en las noticias; y siendo en los escritos lo menos útil la erudición, dejó intactas las ideas falsas ó diminutas de las artes y asuntos científicos en que tropezó, parte por amor á la novedad, y parte por la calidad de los tiempos.»

Sonrojóse el reverendo, é inclinando la frente, atendió con más solicitud á la enmienda de sus discursos. *Feijóo*, nos dijo el Conde, que es este á quien he hablado, impugnó en muchos lugares de sus obras, en vez de errores, verdades comunes, y en lugar de ellas quiso introducir sus errores particulares. Cuando vino aquí hubo muchos trabajos para que Apolo le perdonase los enormes absurdos que dejó impresos en materias de poética, oratoria y métodos antiguos. *Quintiliano* y *Herennio* (1) le abrieron la guerra, comenzando á zum-

barse de su latin. Dábanle una vaya cruel, porque, siendo tan infeliz en el uso de esta lengua, y conociéndose en sus escritos que no había saludado cuanto la antigüedad docta nos dejó para el estudio y ejercicio de la elocuencia artificial, ó, lo que es lo mismo, de la facundia natural, ayudada del arte, pronunció contra éste un discurso falso, pueril, no por otro motivo, sino porque *Feijóo* creía de sí mismo ser elocuente sin haber estudiado el arte; como si, aunque esto fuese verdad, pudiera trasladarse á todos el ejemplo de uno, siendo tan varios y tan desiguales los talentos humanos. Probábanle que los principios de todas las artes están envueltos en la constitución del hombre, y que si por esto no hubieran de suplicarse auxilios á la influencia natural, vanamente se cansarían los poetas en estudiar los preceptos de los poemas, puesto que la inclinación inspira la formación de los versos igualmente á un *Garcilaso* que á un *Montoro*; vanamente los músicos en la admirable mecánica de la armonía, puesto que cualquier gañán sabe naturalmente combinar sonidos; y vanamente los filósofos en observar y establecer las reglas lógicas que dirigen al entendimiento en la averiguación y exposición de la verdad, puesto que no hay barbero ni escritor periódico que no ratiocine bien á veces, sin lógica artificial ni cosa que lo valga. Decíanle que estos auxilios artificiales son los que ponen á la antigüedad sábia muchos escalones más arriba del mérito de los modernos, por haber abierto así el camino á la investigación de las cosas y facilitando las operaciones del entendimiento humano en los fines que se propone ó le inclinan; y esto no porque el entendimiento tenga necesidad de tales auxilios para ejercitar sus operaciones, sino para ejercitarlas bien; esto es, de tal modo, que con facilidad y seguridad proceda en el discurso de lo que ejecute. De ahí el origen de la aritmética, de ahí el de la geometría, de ahí el de la retórica, el de la poética, el de la música, y de ahí el de las artes analítica y tópica del grande *Aristóteles*; artes despreciadas soberbiamente por algunos modernos, que en su lugar nos han dado una confusa miscelánea, con nombre de lógicas, en que de todo se trata menos de facilitar el recto uso de las operaciones mentales. Y es lo más gracioso, que estos modernísimos Zóilos de los venerables inventores de las ciencias que hoy poseemos, colman de pomposos elogios el *Nuevo Órgano* del canciller *Bacon*, y son de discernimiento tan perspicaz, que, detestando fieramente los *Tópicos* del viejo Estagirita, no echan de ver que el tal *Nuevo Órgano* no es más que un arte tópico particular ó un agregado de lugares comunes, que señalan las sendas por donde se debe ir al examen de la naturaleza, así como la *Tópica* de *Aristóteles* es un conjunto de notas ó asientos generales para hallar pruebas en la confirmación de los argumentos, donde no tiene cabida la demostración evidente, y que si aquel buen viejo no se hubiera tomado el trabajo de inventar el artificio y uso de los tópicos, es muy probable que no existiese hoy este *Nuevo Órgano*, que tanto ruido ha hecho (2). Para convencerle prácticamente de la verdad de estas reflexiones, se pusieron muy de propósito á examinar el estilo del *Teatro crítico*, donde su autor quiso principalmente explicarse con elocuencia. La primera cosa que con-

to en claro quién sea este Herennio, á quien el gran orador romano dedicó algunas de sus obras. (Nota del Colector.)

(2) Sabido es que *Aristóteles* tituló *Organon* el conjunto de sus tratados de lógica; y que el gran canciller *Bacon* se propuso en su *Nuevo Organon* sustituir una nueva lógica á la antigua del gran filósofo de Macedonia. (Id. id.)

(1) FORMER cita aquí á *Herennio* por *Ciceron*. Aun no se ha pue-

denaron en él fué haber caído frecuentísimamente en versos octosílabos, que llevan su oración como cojeando sobre las muletas de la mensuración poética. Bien es verdad que esta reprensión pareció, no sólo injusta, pero ridícula al perspicacísimo *Juan Luis Vives*, que, poco satisfecho de este dogma retórico de la antigüedad, procuró persuadir que la introducción de los versos en la oración suelta, lejos de afearla, la hermosea y adorna. Pero ¿quién lo creerá? El juicio de los oídos, razón única en que fundó aquella regla la antigüedad, pudo más que los agudos razonamientos del sabio valenciano; y es que como las reglas de las artes han debido su origen, no al arbitrario antojo de los hombres, sino á aquel gusto universalísimo que induce en todos la aprobación de una misma cosa, éste, llamémosle instinto racional, en sus decisiones no da otra razón que la de la observancia constante, naciendo de ahí que los elementos fundamentales de las artes sean unos mismos entre todas las gentes donde se cultivan, y las formas y modificaciones diferentísimas. Tal es el fundamento principal que hubo en los antiguos para desterrar del número oratorio la versificación poética; bien que no es difícil señalar la razón de esta ley que inspiró el instinto en esta materia. Evitar versos en la prosa es negocio imposible; no pide esto el rigor retórico. Evitar versos que hagan sonido completo ó terminen la redondez de los períodos, muy fácil y muy á propósito para lo natural y corriente de la oración: ved ahí lo que se pide, y ved aquí por qué se pide. Cuando los versos van seguidos unos tras otros, la sonoridad es continua, uniforme, de una misma especie, mesurada siempre con igualdad, y por lo mismo es armoniosa; pero cuando á un período redondeado con número legítimo de verso antecedente, sigue otro suelto y sin determinado número, ó, por mejor decir, con número indeterminado y vago, la desproporción es palpable, y de la desproporción resulta la disonancia; no de otro modo que si en una composición poética se ingriesen de cuando en cuando algunos períodos prosaicos. La armonía de nuestra lengua es muy delicada, y así como ninguna de las que hoy se hablan es capaz de ordenar su oración con un número más sonoro, más lleno ni más vario, así también se hacen más sensibles las disonancias. La del *Teatro crítico* es frecuentísima por este defecto; se resiente además, en muchos lugares, de la hinchazón y verbosidad retumbante que estaba en uso en los tiempos de la juventud de su autor; fué también el primero que afrancesó nuestras locuciones, y en una palabra, los que llamaron á juicio su estilo, confesando la utilidad de sus escritos para el tiempo en que se publicaron, decidieron que es mejor para que le lea el vulgo que para que le estudien los hombres ingeniosos.

Á esta sazón percibimos olor de humo como de papel que se quemaba; y volviendo la vista á buscar el sitio de donde salía, notamos que un grave magistrado, con serenidad severa, se ocupaba en quemar gruesos cuadernos en un brasero colocado de intento en el hueco de una ventana para evitar la ofensa del humo. Acudimos allí, y saludándonos concisamente, procuró acelerar la ejecución del fuego para que no quedase ni señal de lo que aquellos papeles habían sido.

«Bellamente, señor fiscal, le dijo el Conde. Ojalá fuese tan feliz España, que viese en el mismo tranco á todos los intérpretes de su derecho.—Quizá esa medicina, replicó el magistrado, sería peor que la dolencia. El estado y calidad de nuestra legislación hacen necesarias las interpretaciones.—Pues ¿á qué quemar

vuestras obras? repuso el Conde.—No quemo sino sus accidentes, respondió. En ese pequeño volumen (y señaló uno que estaba sobre una mesa) he resumido las doctrinas que por su importancia ó novedad merecen conservarse, y despues he quemado las obras para quemar su método, su estilo y sus adornos.—Páreceme, dijo entonces *Cervantes*, que os manifestais demasiado fiscal con vos mismo; porque, si bien no hallo en vuestras alegaciones aquella elocuencia varonil, vehemente y fogosa, que principalmente se necesita en las controversias del foro, todavía vuestra manera de escribir es juiciosa y guiada por buen camino.—Está bien, respondió el magistrado, para que yo pase por el jurista más culto y de mejor gusto que hasta ahora ha gozado la lengua castellana; pero vos mismo conocéis que desde mi modo de escribir en derecho hasta el de *Demóstenes* y *Cicerón* hay distancia inmensa; y alegatos jurídicos escritos sin elocuencia son tan débiles en el foro como en la batalla un soldado sin armas bien acondicionadas.—Segun eso, dijo entonces *Arcoadio*, nuestros abogados deben haber peleado siempre á cachetes; porque buscar en ellos ni sombra siquiera del modo de contender que se necesitaba en los tribunales de Atenas y Roma, sería lo mismo que buscar gorjeos en un mastín.» Sonrióse el magistrado al oír la endiablada reflexión, y dijo: «Desde que la autoridad de los intérpretes se levantó con el imperio de la judicatura; quiero decir, desde que para sentenciar pleitos se creyó que era bastante el estudio de los intérpretes, el conato todo de la abogacía se puso en el uso de las autoridades; y como para este uso era inútil la elocuencia, no es de extrañar que los abogados la desestimases, mayormente viendo que, no sólo no la estimaban, pero que se burlaban de ella ó la despreciaban con desapacible atención los árbitros y dispensadores de la justicia. No negaré que á esta ruina contribuyó mucho el método y calidad de los estudios adoptados en nuestras escuelas. La incultura escolástica se fijó principalmente en las profesiones prácticas; y por esto fueron éstas las más infecundas, las más sofisticas, y las que ménos admitieron el ornato de las buenas letras. Si en España no ha florecido la elocuencia forense, no hay que achacarlo á su constitución monárquica ni á los estilos de nuestro foro. Yerran los que creen que la elocuencia no puede prosperar en las monarquías; del mismo modo se litiga en éstas que en las repúblicas. Los hombres en todas partes viven encontrados, en todas delinquen y en todas tienen necesidad de persuadir, de acusar y de defender. Confieso que aquella especie de elocuencia que versa sobre los asuntos públicos se desconoce por necesidad en los estados monárquicos; pero no todas las oraciones de *Demóstenes* y *Cicerón* se emplearon en asuntos públicos. Muchas de ellas se pronunciaron en tribunales muy semejantes á los nuestros, y algunas se destinaron á convencer á un solo juez.—Permitidme que os ponga algunas dificultades, dijo aquí *Arcoadio*, no tanto para destruir lo que acabais de decir, cuanto para dar motivo á que amplifiquéis vuestras reflexiones. Atendidas las mutaciones que ha padecido el foro en Europa, ¿no podríamos derivar de más alto origen el abandono de la elocuencia en los tribunales? Yo no estoy dos dedos de creer que los oradores desaparecieron luego que los jurisconsultos se apoderaron de la facultad de abogar, estancándola con su profesión; porque vos sabeis muy bien que hasta los tiempos de *Justiniano*, ó poco despues, las profesiones de orador y jurisconsulto estaban separadas. Á los juristas tocaba responder en derecho, instruir las acciones y dirigir los pleitos, y á los oradores escribir y pronunciar las

defensas ó acusaciones en la palestra, quiero decir, en el tribunal. Esta separacion mantuvo en pié necesariamente el ejercicio de la elocuencia; y así es que en el cuerpo legislativo de *Justiniano* se hallan todavía las prerrogativas á los retores ó maestros de la oratoria, por ser sus escuelas las en que se criaban los patronos, cuya autoridad había sido inmensa hasta que la mudanza de la república en la monarquía despótica dió más valor á las cavilaciones de los jurisconsultos, y recayó en ellos el peso de la administracion subalterna. Mandóse, por último, que sólo ellos pudiesen abogar, y entonces, como cesó la raza de los oradores y como los jurisconsultos creyeron que bastaban las cavilaciones para persuadir á los jueces, se contentaron con la seca sutileza de sus interpretaciones, descuidando enteramente las galas del estilo, la inversion de los argumentos, su artificio, su disposicion, la mocion de los afectos; en una palabra, la belleza y fuerza del decir. Las naciones bárbaras del Norte, cuando se apoderaron de las provincias del imperio romano, no hallaron ya elocuencia en sus tribunales; y así su influjo en esta parte sirvió sólo para que la infacundia se expresase bárbara y pedantesca; esto es, para que á la sequedad del decir se juntase la barbarie del lenguaje y el gusto pésimo.

» Tal creo yo que era el estado de la abogacía cuando nacieron las lenguas vulgares, en las cuales continuaron aquellos vicios con más ó ménos duracion, segun la mucha, poca ó ninguna prisa que se han dado las naciones para sacudir la enseñanza salvaje de los siglos medios. Por desgracia, en España ha durado constantemente la persuasión de que para abogar basta el simple estudio legal, sin más aditamento ni auxilio que el que se busca en la insignie barbarie de *Paz*, *Gomez* y la demás turba de la escuela pragmática. En estas fuentes bebe la juventud que se consagra al foro las ideas de su profesion, con la fatalidad de que cuando se entrega al estudio práctico, tiene que olvidar la mayor parte de lo que aprendió en la universidad, lo cual no sería acaso fortuna corta, si el nuevo estudio que se emprende fuese de mejor condicion que la doctrina que se olvida. Pero la lástima es que en esta lucha la impertinencia cede á la barbarie, y..... »

Oyóse á esta sason en un ángulo inmediato mucha gritería, como de gente que, acalorada en alguna disputa, voceaba á un tiempo, sin darse lugar á oír unos á otros. Volvimos allá la atencion, y sabida la causa, eran *Isócrates*, *Lycias*, *Equinas*, *Hortensio*, *Plinio el menor* y otros oradores griegos y romanos, que habiendo oído parte de las anteriores reflexiones, y viendo allí cerca á *Luis Antonio Muratori* (1), le dijeron de antubion y sin más preámbulo que en todo admiraban la exquisita profundidad de su juicio, ménos en el que hizo sobre la elocuencia de Grecia y Roma, y acerca de la inutilidad de su uso en los tribunales modernos. Decíanle, á lo que pude entender, que había confundido sofisticamente el recto uso con el abuso, y que había hecho demasiada merced á los rúbulas y leguleyos, creyéndolos más aptos para el patrocinio de las causas que á *Portoles*, *Doméstones*, *Ciceron*, *César* y á los que entre los modernos han trabajado para desterrar de los tribunales la farfallea de los pragmáticos. *Hortensio* especialmente, esforzando la voz, juraba por la fe de los dioses y de los hombres, que no cesaría hasta que *Muratori* se arrepintiese del vilipendio con que había tratado á la flor de

la sabiduría romana, esto es, á sus oradores, haciéndolos semejantes á los sofistas, que en tiempo de *Sócrates* profesaban el arte de dar valor á los embelecos y embolismos. *Muratori*, acosado de tantos á un tiempo, y sólo para defenderse (porque los jurisconsultos son rarísimos en el Parnaso, y de los abogados que agradaban á *Muratori* aún no ha entrado uno), huyó hácia nosotros, poniéndose las manos en las orejas, y pidiéndonos apaciguásemos aquella bebelría, ó á lo ménos le salvásemos de su persecucion. Contentálos el magistrado á duras penas, y deseo de conciliar entre sí entendimientos tan dignos de ser amigos, « De un hombre como *Muratori*, dijo, no se puede creer que argumentase sofisticamente en cosa tan llana. Su intento fué sin duda, si yo no me engaño, alejar la elocuencia del peligro de contaminarse en la corrupcion del foro, cuya venalidad hace que se empleen muchas veces en apoyo de la injusticia los instrumentos mismos inventados para descubrirla y aniquilarla. Al mismo *Ciceron* le oí yo una vez, conversando con *Marco Bruto* acerca de las calidades del orador, que los filósofos habían dejado á las musas agrestes el tratamiento de la oratoria del foro, por parecerles que la verdadera elocuencia, aquella que tiene á su cargo la persuasión y patrocinio de la virtud, no debía ponerse en manos de quien adulterase su pureza. Las causas se sentencian con leyes, y con ellas deben patrocinarse.—Es verdad, replicó *Plinio*; pero *Muratori* no supo lo que se dijo (y permítame esta libertad) cuando habló afirmando que en el modo moderno de abogar, esto es, en los informes pedantescos, cavilosos y embutidos y guarnecidos de textos y autoridades impertinentes, y hablados ó escritos con estilo salvaje y grosero, corre ménos riesgo el descubrimiento de la justicia que en el artificio y aparato de la elocuencia que nosotros usábamos. Los doctores no han dejado cosa cierta en los derechos de los hombres; todo lo han hecho opinable; lo blanco y lo negro logran igual valor en sus almacenes; á ellos puede acudir la injusticia igualmente que la justicia para armarse, salir descaradamente á la lid y vencer sin mucho trabajo. Nuestra elocuencia no podría autorizar las injusticias con tanta seguridad. El arte era patente á todos, y sólo con que los jueces supiesen el tratado de los *Elementos* (2) ó argumentos sofisticos, tenían bastante para cancelarse contra las máquinas de los oradores. En el modo moderno de tratar las causas es menester que los jueces sean doctísimos en la interminable maraña de las opiniones jurídicas; que estén estudiando sin cesar, combinando, pensando, desenredando un laberinto en que se han perdido muchos y grandes talentos. Y ¿es fácil hallar jueces de este temple? En una palabra, nuestra elocuencia no era más que una dialéctica usada con ornato, y el modo de abogar de los modernos no es más que el uso de una autoridad intrusa, ilegítima, bastarda, expresada con desalifio, por no decir con grosería. En mi tiempo defendían los oradores las buenas y las malas causas, como las defendían también ahora los abogados; porque del conflicto entre lo justo y lo injusto resultan los pleitos; pero afirmo que era más seguro el triunfo de la justicia con las armas de nuestra elocuencia, que lo es con la espantosa perplejidad de las opiniones y cavilaciones de los jurisconsultos. Ahora un abogado puede ser perverso, excusándose con la autoridad respetable de las leyes, corrempidas por la depravada interpretacion de un ejército de doctores..... »

(2) Esta palabra, tomada de la voz griega δειγμός, se usaba en la filosofía escolástica para expresar cierta especie de sofisma; (*Nota del Colector*.)

(1) Sabio historiador italiano de la primera mitad del siglo XVIII. (*Nota del Colector*.)

Plinio no pudo continuar. Lo impidió *Apolo*, que cercado de un numeroso séquito, atravesó la biblioteca y caminó derecho á ocupar un trono de nobilísima simplicidad, colocado en el testero de la sala. Tomaron puestos convenientes los que le acompañaban, y quedó todo en alto silencio. Las Musas no le asistían; y extrañándolo yo, supe despues que como el acto que se iba á celebrar caía sobre asunto ridículo, tuvieron por cosa de ménos valer el ennoblecerle con su concurrencia. *Sanconiaton* y *Larramendi* se presentaron en medio del círculo que formó el concurso, en ademán de aprontarse para la disputa, aquél con fiema y desden oriental, éste con risueño y bullicioso desenfado, y entónces el alma dios de la imaginación, dirigiendo la palabra á los dos combatientes, que manifestaban gran deseo de venir á las manos, les dijo con majestad enérgica: «Almas menguadas, ¡qué delirio es el vuestro en la miserable disputa con que, siendo ella tan funesta, habeis funestado la solemnidad que debería ocupar toda vuestra atención! ¿Es el Parnaso, por ventura, la mansión de aquellas máquinas en figura de hombres, que ponen el valor de su mérito en formidables impertinencias, invenciones risibles de la ambición con que de todos modos solicitan dominarse y oprimirse unos á otros? Y ¡qué utilidad redundará al cadáver de la lengua española de que se sepa si su rebisabuela nació en la boca de montañeses toscos y feroces ó entre el tráfico de unos ialeños audaces y codiciosos! He tolerado ya con demasiada indulgencia innumerables disputas de este jaez, en que muchos de mis alumnos desperdiciaron con lastimosa pérdida gran parte del espíritu que les comuniqué para mayores y más dignos empeños, cuyas fátiles investigaciones perdoné con piedad en gracia de la excelencia con que en obras de otra especie comunicaron al mundo la fuerza de mi inspiración. El buen gusto, aquel genio gallardo y resplandeciente que os mira con ceño, instruyendo en los misterios de nuestra legislación á todos los que logran poner el pié en estos montes, desde el mismo punto en que entran en ellos, les impone inviolable silencio sobre todo asunto que no junte en sí las calidades de bondad, de verdad y de belleza. ¿Habeis olvidado el documento, ó, mal hallados en la deliciosa paz de las conferencias provechosas, solictais desautorizar vuestro estudio hasta en la region donde halla su única recompensa el ingenio, que es la gloria inmarcesible? Allí, en vuestro mundo, se vive con guerra continua, porque la ambición y el interés no pueden tolerar en otros las medras que desean para sí. De la opresión de los unos resulta el engrandecimiento de los otros, y el vencedor no es siempre el que pelea por la causa justa. La ignorancia, el capricho, la parcialidad determinan allí comunmente el aprecio de los talentos; el engaño domina, y el varón más benemérito es de ordinario el más desatendido. En mi imperio es conocido sin equivocación el valor de cada talento, y sus jerarquías están distribuidas con orden fijo é inalterable. Aquí no tiene lugar la ambición, ni cabida la vanidad, porque siendo imposible engañarme, todos saben que no pueden aspirar á más que á lo que merecen. ¡Queréis vosotros granjear con esta disputa nueva celebridad, en presencia de quien sabe lo que valeis, y en una region donde no se conoce la prepotencia, ni se consiente la rapiña de las conveniencias y honores! Que si, disfrazados con la máscara del celo por la gloria de vuestras gentes, pretendéis honestar la vanidad de la disputa, yo os anuncio que la verdadera gloria consiste en que obren bien los que viven, para cuyo estímulo es de poquísimo provecho el aparato estéril de una rancia, pero inútil

progenie. El noble que cuenta por generaciones los grados de su venida al mundo, debe sólo conservar los bultos y nombres de los ascendientes suyos que vivieron útiles al linaje humano; porque, ¡qué nobleza pueden comunicar los facinerosos, los disolutos, los envejecidos y envilecidos con los vicios que ocasiona el perverso uso de la riqueza? Dejad, pues, las disputas de genealogía para aquellas regiones donde la antigüedad de la raza da derecho para que un mentecato, fatuo ó malvado goce amplísimas conveniencias, distinciones y poder, mientras la virtud y sabiduría mendigan con sudor congojoso el sustento y abrigo á las puertas de la linajuda estolidez.» Dijo, y levantándose, salió de la biblioteca, y enderezó hácia el templo, llevándose consigo cuantos españoles allí habia.

Apénas la deidad del sacro Pindo
Pisa el umbral del pavoroso templo,
Retumba toda en alarido triste
Su bóveda eminente, y dilatado
El funesto rumor por largo trecho,
Conduce el aura fúnebres gemidos.
Las ninfas bellas del undoso Tajo
Y las que el Bétis en la grata margen
De fértiles olivas, y el Guadiana
Y el manso Turia entre violetas crian,
Allí, del caso misero llevadas,
Con vena amarga de abundante llanto
Solemnizan el vale postrimero
Que ya previenen al cadáver frío.
Cercan al dios, y entre ellas macilento
Al férreto se acerca, donde unidos
Inclitos genios de mi España, al cielo
De triste soledad quejas envían.
Allí, depuesta la soberbia pompa
Del aparato regio, el sabio *Alfonso*,
Augusto padre de la España, y de ella
Docto legislador, culto maestro,
Con vestido sucinto, su corona
Cifre en la sien á la matrona yerta;
Y «en su pira (exclamó) la misma llama
Consuma las cenizas lamentables
De mi lengua y la insignia de mi imperio.
El héroe grande á quien por dón divino
Debí la vida y la dichosa herencia
De un reino, y la memoria inextinguible
De altas virtudes, que la tierra adora,
Al trance inevitable ya cercano,
Mi mano asiendo con ternura, «*Alfonso*,
Me dijo, afanes tristes de la guerra
Ocuparon mi edad; el yugo infansto
Con que, en castigo de brutales obras,
Oprimió el africano nuestras gentes,
La atención toda convirtió á las armas
De los que en *Covadonga* al gran *Pelayo*
Nuestro imperio debimos. Ya tremolán,
Merced del cielo, las cristianas cruces
En los adarves que salpica el Bétis
En Córdoba y Sevilla. Unida y vasta
Monarquía te dejo, al orbe casi
Dilatada que el godo poseyera.
Recobrada á pedazos, la justicia
No pudo á todas extender su celo
Con la union conveniente. A tí reserva
La empresa el cielo. De las leyes santas
Haz que florezca el venerable mando,
Unas mismas á todos; en tus pueblos
Una sea su voz, si solictas
Que conspire á su bien con lazo estrecho
El cuerpo del Estado. Pero atiende:
Fia á la lengua de Castilla leyes
Que Castilla obedezca: no defraudes
De este lustre á sus cláusulas robustas.
Y al magnífico acento con que sabe
Declarar imperiosa los supremos
Oráculos del trono. Tú procura
Cultivar su excelencia, y á tus hijos,
A los que el cielo te entregó en tutela
Con nombre de vasallos, provechosos,

Benéfico serás, cuanto, con sábias
Doctrinas mejorada su obediencia,
Los deberes sabrán, que á Dios, al trono
Y recíprocamente á sí los ligan.
España goza los opimos frutos
De este precepto que selló en mi mente
El varón inmortal, Majestuosa
Su lengua impera, desde el alto Calpe
Hasta el confin de la apartada China,
Cuanto visita el sol; y en anchas naves
Pasan sus leyes al opuesto polo,
Su culto y su doctrina, que reciben
Atónitas las gentes de la Aurora.
¡Ay! Tal grandeza reducida yace
A pálido cadáver, sombra yerta
De lo que fué en edades más felices.
Llorad, genios ilustres, los que el Ebro
Oyó cantando en su espumosa márgen
Las glorias de la patria, los que el Tórces,
Los que el Henáres con mejor cultura
En sus doctos liceos educaron.»
Así dijo; y entonces el aire animan
Segunda vez los tristes alaridos
Y el doloroso lamentar. Mesaba
Las crespas hebras del lustroso pelo
Con impio afán, entre sollozos roncós,
La angustiada elocuencia. El alma pecho
Donde hierve cen ímpetu sagrado
El Apolíneo aliento, inconsolable
Hiere en crudo dolor la Poésia.
Las ninfas luego con piadoso oficio
Vierten copia de flores en la tumba,
De sus lágrimas ¡ay! humedecidas,
Y con trémula mano. En voz doliente
Suenan por fin la aclamación postrera:
«Ya fué entregada al perdurable olvido
La lengua castellana»; y paso á paso,
Melancólica marcha hacia la pira
La pompa funeral; piadosa pompa,
Do el amor y el respeto la acompañan.

Para formar, pues, el acompañamiento fúnebre, tomaron hachas encendidas cuantos allí había, no llevados de la curiosidad, sino del afecto y de la obligación. Á las puertas del templo esperaban, puestas por su orden, las insignias de los honores y cargos que había obtenido la difunta, los donativos hechos á su grandeza, los despojos de las naciones vencidas y tributarias, las glorias gentilicias, y todo el magnífico aparato de lo que en el mundo indica poder y majestad. Salió del templo, para preceder á todos, un coro lúgubre, en que al són de trompas solas, que tocaban varios músicos, entonaba una canción tristísima cierta mujer, á quien, de cuando en cuando, solían interrumpir otras con gemidos y llanto lastimero. *Praxias* oí llamar á estas mujeres (1); *Arcadio* las llamó *plañideras*, y añadió: «Lo que va cantando aquella mujer llamaban *nenia* los romanos.» Me sonó muy bien la tal *nenia*, y pude conseguir un traslado, que decía así:

La pompa gloriosa
Que respeta el mundo,
Más que de los hombres,
De la muerte es triunfo.

Para ella se afanan,
Entre inquietos sustos,
Los vanos cuidados
Del mortal caduco.

La Parca implacable,
Con imperio mudo,
Borra en un momento
Memorables lustrós.

Tus glorias, oh España,
Que labró robusto

De varones grandes
El unido impulso;
Tus quillas audaces,
Que en perplejo curso,
Giraron en busca
De ignorados mundos;
Donde el celo osado
De un soldado tuyo
Los dos hemisferios
Ató á un mismo yugo;
Tus armas invictas,
Que en opuestos rumbos,
De toda la tierra
Cobraron tributo;
La Europa, obediente
Siempre á tus influjos,
Medrosa al amago
De tu imperio justo;
Del último Oriente
Los preciados frutos,
Que altivo á su márgen
El Bétis condujo;
El moro, arrojado
De los patrios muros,
Dejando en la fuga
Cautivos los suyos;
Regiones inmensas,
Piélagos profundos.....
El orbe pendiente
De tu cetro augustó,
Glorias son que el tiempo
Disipó, cual humo
El soplo sonante
De Aquilon sañudo.
De heroicos destrozos
Cúmulo confuso;
Lúgubre escarmiento
Del humano orgullo!
Entre ellos, vencida
De contagio inmundó,
Tu famosa lengua
Desciende al sepulcro.
La lengua famosa,
Cuyo acento supo
Convertir en hombres
Racionales brutos.
La piedad, por ella,
Del Hacedor sumo,
Respetan del orbe
Los extremos rudos.
No ya en holocaustos
De sangriento culto
Despedazan hombres
Bárbaros, ilusos,
Ni voz imperiosa
De tirano adusto
Juega con las vidas
De inocente vulgo.
La virtud divina,
En dichoso anuncio,
Derramó sin miedo
Sus decretos puros.
La humilde cabaña
Y el trono absoluto
Ser templos quisieron
De su amable culto.
Así la opulencia
Del polo fecundo,
Que á pueblos groseros
Por destino cupo,
General tesoro
Ya de ánimos cultos,
A quien le merece
Comunicó el uso.
Por ella, triunfando
Del olvido oscuro,
Glorias y escarmientos
Del mortal estudio,
Aquellas engendran
Heróicos alumnos,
Que al vicio orgulloso
Quiebran sus insultos,

(1) *Praxias* llamaban los romanos á la mujer (*llorona* ó *plañidera*) que se alquilaba para llorar en los funerales, ó cantar alabanzas al difunto. (Nota del Colector.)

Éstos, con la pena
De malvados muchos,
Al género humano
Libran de verdugos,
Imperios soberbios,
Que creyó seguros,
Vana confianza
Del poder injusto,
Ya al ejemplo solo
Duran en el duro,
Miserable estrago
De infame infortunio.
Por ella, en ficciones
Con que imita agudo
El hombre del hombre
Obras y discursos,
Escucha la Europa
Del zueco y coturno
Las lecciones sábias
Que ceban el gusto.
Delectable espejo,
Donde ve desnudos
Sus vicios la plebe
Con risa ó con susto.
Escuela agradable
Con que Europa pudo
Del honor de Atenas
Hacer noble hurto.
Entonces las artes,
Exentas de abusos,
Limpiaron las manchas
De su aspecto sucio;
Y resplandecientes
Gozan los concursos
Su fuerza gallarda,
Su decir facundo.
Del coro febéo
El aliento infuso,
Que atónico escucha
Ya el tosco Danubio,
Desde que del Tajo
Resurtió su influjo
Al nublado Sena,
Al Támesis turbio,
Le deben sus vates
A los cisnes tuyos,
Oh España, canoros
Cuando moribundos.
A su dulce acento,
Del letargo místico
Volviéron las ciencias
Que cortó su curso;
Y ya, no ofuscadas
En vanos disturbios,
Sirven á la vida,
No, á sabios ceñudos.
A extrañas naciones
Tus bienes traspuso
De tus hijos necios
El fatal descuido;
Y cuando allí logran
Las artes refugio,
Tú lloras, oh Iberia,
Su vigor difunto.
Llorad, españoles,
Lamentad hoy juntos
Infinitos males
Cifrados en uno.
Murió vuestra lengua,
Y en sus atributos
Se extinguieron gracias
De esplendor difuso.
De su madre Roma
Pereció el trasunto;
Majestad sublime
Que heredó y mantuvo.
Progenie de Grecia,
La que á sí tradujo
Abundancia amena
De decir maduro.
Marchita, postrada,
De decir insulto

Sufrió en su agonía
Hórrido murmurio.
Cuervos agoreros,
Espantables buhos,
Su lecho cercaron
Con furor intruso.
Al gresido infansto,
Su vigor depuso,
Ya cierta del daño
Que previó futuro.
Ni el templo, ni el trono,
Ni liceo alguno,
Con tales angustias,
En su auxilio tuvo.
Murió vuestra lengua,
Y en sus atributos
Se extinguieron gracias
De esplendor difuso.
Llorad, españoles,
Lamentad hoy juntos
Infinitos daños
Cifrados en uno.

Seguia á las plañideras todo el aparato de los honores y ministerios que en diez siglos habia obtenido la difunta; iban éstos representados en las insignias y distintivos que ha establecido el mundo para indicar la nobleza y la autoridad, colocadas en altas andas, que sustentaban hombres de letras del orden medio en sus diversas clases. Aparecia en primer lugar el bonete doctoral de la teología, en cuyo magisterio habia sido incomparable la facundia energética y dulcísima de la matrona. Descansaba el bonete sobre las obras castellanas de Luis de Granada, Luis de Leon y Teresa de Jesus. «Mucho, dije yo á Arcadio, tendrían que reir aquí ciertos filósofos si vieran esto.—Con reirse de ellos, replicó, se les pagan á igual precio las carcajadas. Esos libros, continuó, son los que justifican aquel célebre apotegma de Cárlos V, á saber, que la lengua castellana es, entre las modernas, la más á propósito para hablar con el Hacedor y supremo Árbitro del universo. Esos libros enseñan al hombre á humillarse y á reconocerse por átomo despreciable ante la presencia de la Divinidad, y esto es lo que no quiere, no la filosofía, sino la arrogancia inflada de ciertos charlatanes, que se llaman filósofos porque llenan de desvergüenzas al género humano; esos libros en un estilo grave, majestuoso, adornado con galas propias de la santidad del objeto, y animado con pasiones afectuosas, pero varoniles, enseñan á adorar al Omnipotente en espíritu de verdad y justicia; enseñan al hombre la beneficencia inefable de su Criador, que hizo inseparables entre sí la felicidad humana y el cumplimiento de las leyes divinas; y si sus documentos fuesen tan obedecidos en la tierra como es admirable la claridad elocuente con que desennuelven los misterios profundísimos, yo os prometo que no habria necesidad en el mundo de filósofos, ni aún de legisladores. En ellos no hay más que un sistema, que es de amar las criaturas á su Hacedor, y amarse ellas entre sí, de modo que nunca se hagan mal, y siempre se hagan todo el bien que puedan. Poned al lado de esta simplicidad santísima los orgullosos sistemas de los filósofos, y veréis que ó vienen á parar á la sencillez de estos preceptos, ó si se apartan de ellos, dan en desvarios lastimosos, que los obligan al furor de disputas interminables, porque aquellos preceptos son el quicio de la parte moral del hombre, y en descajándole de allí, no da un paso que no sea para precipitarse. La lástima es que los españoles, aunque aficionadísimos á esta clase de libros, no han sabido estimar cuanto debieran las riquezas que depositaron en su estilo los principales maestros de la

ciencia de la religion. La sublimidad de ésta imprimió tal grandesa, tal majestad y tal abundancia de imágenes magníficas, tanta copia y variedad de afectos, tal pureza, propiedad y valentía en sus voces y en sus expresiones, que en estos libros fué donde descubrió nuestra lengua su maravillosa disposicion para que las cosas grandes no aparezcan pequeñas en sus frases y en la estructura de sus períodos. ¿Y qué se hicieron estas riquezas? En los libretes místicos que en casi todo este siglo ha abortado el tráfico de los impresores, comparece la adorable y tremenda majestad del Altísimo con aquel colorido de divinidad que necesitan los ojos del hombre para postrarse, no con servil abatimiento, sino con filial ternura y amor ante un Padre que los llama á sí, para que, cumpliendo sus leyes, sean felices en la peregrinacion de la vida, y lo sean despues en la region de la inmortalidad.....»

Arcadio hablaba así, y al mismo tiempo iban pasando cetros y coronas (símbolo de la legislacion y del imperio), apoyadas sobre los cuerpos legislativos más célebres de la nacion. El *Fuero Juzgo*, dado á Córdoba en lengua castellana por el inmortal conquistador de Sevilla; el *Fuero Real*, que ordenó su hijo, el sabio don Alonso, para tentar la prudentísima empresa de reducir á unas mismas leyes la obediencia de todos sus pueblos; las Siete Partidas, venerable esfuerzo con que procuró consumir aquella grande empresa, que le frustró la violencia de los próceres; el *Ordenamiento de Alcalá*, primer código nacional que obedecieron unidos los dos reinos de Leon y Castilla, y en que la gran prudencia de D. Alonso XI determinó, por primera vez, el orden de la autoridad pública en el ejercicio del foro; el *Fuero Viejo*, mejorado y ampliado por el desgraciado D. Pedro I de Castilla, severísimo celador de las leyes, monarca no faltar de prudencia civil y buenos deseos, y á quien pudo hacer *Cruel*, no tanto el genio como la perversidad del tiempo que alcanzó. En un grueso volumen iban las *Pragmáticas* de los Reyes Católicos, depósito de admirables determinaciones para la administracion económica del Estado, y en último lugar las dos *Recopilaciones de Castilla é Indias*, puestas sobre las dos *Políticas* de los magistrados Bobadilla y Solórzano, únicas obras de jurisprudencia pragmática que han merecido entrar en la biblioteca del Parnaso.... Al ver tantos y tan gruesos códigos legislativos, no pudo menos de admirarse un forastero que estaba allí á nuestro lado, y dijo, arqueando las cejas: «Tanto número de leyes no pueden servir sino para que no se observe ninguna.» Sonríese *Arcadio*, mirándole de hito en hito; y él, conociendo la causa, añadió: «No me retracto, y si no, ¿cuánto apostais á que en los tribunales de España más veces se sentencia por arbitrio que por leyes, con poseer tantas como se da á entender en esos volúmenes?...» Mejor para los jueces, repuso *Arcadio*.—¡Pobres ciudadanos!», volvió á exclamar el forastero; y cesó la plática por no desviar la atencion de los objetos que allí la convidaban principalmente. Seguía á la *Legislacion la Política*, representada en un caduceo, que descansaba sobre el *Gobernador*, de Marques; las *Empresas*, de Saavedra; la *Restauracion de España*, del doctor Moncada; y otros libros que no pude distinguir. El símbolo del caduceo nos pareció muy oportuno, porque la paz y la abundancia son los polos de la buena política, y á ellos se dirigen todos los rumbos del gobierno cuando maneja su timon, no la ambicion personal de los principes, sino el deseo de la felicidad pública; iban en pos, en unas mismas andas, las insignias de la milicia y de la magistratura, fasces, bastones, estandartes, atam-

bores, espadas, bandas, mantos y divisas, mezclado todo y atado con unas mismas ligaduras, y entre las magníficas baratijas la *Señal militar y política*, del conde de Rebolledo; el *Consejo y Consejeros del Principe*, de Fadrique Furió Ceriol; la *Conservacion de monarquías*, del canónigo Navarrete, expurgada de la pedantería de los textos latinos, que hacen escabroso su estilo y redundante la doctrina; y las *Reflexiones militares*, del Marqués de Santa Cruz, también corregidas en el estilo y en la erudicion.

«¡Gran determinacion! dijo *Arcadio*; la ley y la fuerza influyen con igual impulso en la administracion de las sociedades políticas; una sin otra no pueden subsistir, ni la república sin el concurso de ambas; muelles son que obran con igual impulso en la máquina del Gobierno....» ¿Y de estos libros qué os parece? le pregunté. —En el de Rebolledo, dijo, estimo la doctrina y el lenguaje; no le llameis poema, y no repugnaréis su composicion. En los otros amo más las cosas que las cláusulas, sin que por esto me desagraden éstas. Generalmente son estimables para mí todos los libros castellanos que se escribieron antes que apareciese la plaga de los traductores de obras francesas. Si son malos por el argumento, por el método y por el estilo, hallo en ellos al menos la pureza y propiedad de la lengua; en los doctrinales, escritos con desnudes, consigo el mismo provecho junto con la utilidad de las cosas. Vedlo cuando querais esos libros filosóficos que van ahí con la insignia de la filosofía. No busqueis grande aparato de elocuencia en los dos Mejías, Juan de Huarte, Alejo de Venegas, Antonio Lopez de Vega. Llanamente, pero con propiedad culta, explican las obras de la naturaleza y los documentos de la virtud; ricos en el uso de las voces, y nada solícitos en enfurecerse con declamaciones y figuras intempestivas. El estilo doctrinal toma sólo de la oratoria lo que basta para que la desnudes no sea fea ni repugnante. Un libro didáctico, creo yo que debe ser como el desnudo en la pintura y escultura; un desnudo amable, deleitable, bello; la naturaleza, expresada en sí, en sus mejores formas y caracteres. Así escribian Roma y Grecia, y así será también bueno que escriban nuestros españoles cuando se acuerden de tratar en su lengua toda la extension de la filosofía del modo que es menester para que los doctores no sean pedantes y el vulgo no sea salvaje.»

Con grande atencion habia estado oyendo estas reflexiones un personaje que, con vestir el traje de abate romano en su mayor grado de elegancia, llevaba lengua barba, cabelluda en extremo, negra y lustrosa, como pudiera el más vigoroso capuchino. La extraña figura habia ya despertado en nosotros los primeros movimientos de la irrision que excitan siempre los objetos ridículos, por ley esencial de nuestra naturaleza. Pero como la ley de la urbanidad exige que los movimientos naturales del hombre padezcan en la sociedad la misma opresion que las obras de su voluntad, hubimos de ahogar las cosquillas con que nos retozaba la risa, procurando retirar de él la vista para excusar la tentacion de reirnos. No nos valió el arbitrio, porque volviéndose á nosotros majestuosamente, nos preguntó con ponderacion enfática: «¿De cuándo acá es dignidad en España la profesion de la filosofía?—Tal dignidad (respondió *Arcadio*) no creo yo que se haya conocido en otra nacion ni entre otra gente que en la antigua Grecia. Deberia serlo en todas, y esto es, por ventura, lo que Apolo habrá querido dar á entender en esta insignia.— ¡Oh! (replicó el barbudo), si no lo desmintiera la geografía, se pudiera creer que España, en materia de filo-

sofía, es una de las regiones del interior del África. Cuando no ha abierto los ojos á los golpes de luz con que la alumbra en mi *Verdadero método de estudiar*, tengo ya por incurables sus cataratas filosóficas. Por aquí caímos en la cuenta de que el extraño personaje era el célebre Luis Antonio de Verney, que (según después supimos) iba engerto de capuchino y abate, porque Apolo hace que en el Parnaso lleven los escritores anónimos las máscaras con que se desfiguraron. Después, observando con más cuidado, nos alegramos de esta graciosísima providencia, y vimos tales visiones, que si los gobiernos la pusiesen en práctica acá en nuestras provincias, presto conseguirían que menguase en muchos millares el número de los maldicientes. Arcadio rió mucho entre sí del orgullo con que presumía de su *Método* el buen portugués. Para bajarle el toldo le trajo á la memoria no sé qué cosas de la *Historia de fray Gerundio*, y fué tanto lo que se encolerizó, que si hubiéramos de creer cuanto allí vomitó contra este famosísimo libro, debía merecer á los hombres de sano y verdadero gusto mayor execración y más anatemas que las que llovieron sobre él la plebe de los predicadores de estampido y follaje; dijo que su estilo era bufonesco, de botarga y cascabelon, sin asomo de aquella urbanidad ática, de aquella sal exquisita, de aquella jocosidad ingeniosa, de aquella decente y festiva gracia que recrea el ánimo y arranca la risa, sin peligro de producir asco en la gente de buena crianza; que la obra era más bien chocarrera que graciosa, sus imágenes y expresiones eran producciones del truhanismo, y no de la agudeza. Añadió que en el uso del lenguaje era negligente, ocioso, con resabios de traductor de libros franceses, y muy inferior en la pureza, propiedad y fertilidad á la desenfadada facundia del astrólogo Torres (1). En la invención notó también mucha vulgaridad, y poquísimo ó ningún artificio en la disposición ó economía. «Por último (concluyó), la sátira que impertinentísimamente ingirió contra mí, y algunas de las que con más disimulo sembró en el contexto de la obra, fueron detracciones rabiosas, que dictó el rencor, el odio y encono contra los que se resistían á adorar con reverencia servil el instituto que profesaba el autor. Con esta sola propiedad, la obra más ingeniosa no puede menos de ser abominable en la estimación de los hombres de juicio. ¿Qué será cuando á la malignidad se acumulan los despropósitos del ingenio?» Dijo, y volvió la espalda, murmurando todavía entre dientes. Su censura nos pareció justificable en algunos puntos, y muy apasionada en el todo. Hay pedazos admirables en el *Gerundio*, y á su autor no se le puede negar acaso el primer lugar entre los escritores burlescos, y uno muy distinguido entre los verdaderamente graciosos. Mientras duró esta conversación habían ido pasando muchas insignias, que no observamos con cuidado, y cuando le restituimos á la pompa fúnebre, vimos que estaban ya en frente de nosotros los donativos que á la lengua española hicieron en sus mejores días las naciones extrañas. Estos donativos eran menos de lo que correspondía á la grandezza y dominación que aquella supo conseguir en sus buenos tiempos. Reducíanse á un escaso número de traducciones, entre las cuales sobresalían en lugar preeminente las de Gracian, Huerta, Manero Perez, Velasco, Villégas, Abril, Coloma, Pellicer, y no tanto por su exactitud, cuanto por la soltura y propiedad con que expresaron en castellano la sentencia de sus originales, bien así como si no

fuesen traducciones. Iban también algunas modernas de escritores griegos, cuyos intérpretes, por haber acudido á las primitivas fuentes del buen gusto, acertaron á salvarse de la corrupción universal que se desató de los muladaros hispano-galos y extinguió el lustre de nuestra lengua. Como ésta debió á las traducciones mucha parte de su cultura y abundancia, se manifestaban allí también los monumentos de este beneficio. Don Alonso el Sabio, obediente siempre á la educación y consejos de su inmortal padre, D. Fernando III, no contento con hacer que hablase en castellano la legislación de Castilla, quiso también trasladar á su idioma toda la sabiduría del Oriente, donde, ahuyentadas de Europa, se habían refugiado las ciencias y las musas. Para este efecto hizo traducir multitud grande de libros, que desde luego, salida apenas de su infancia, engrandecieron maravillosamente la lengua castellana, no sólo con los ornatos de las artes, pero, lo que es más, con abundancia de voces y frases científicas, que sirvieron como de barbechos para que en los tiempos más sabios se prestase sin violencia al cultivo de la sabiduría en toda su extensión. Allí, pues, en manifestación de esta utilidad, iba una serie de traducciones en nuestro lenguaje antiguo, contando desde el *Fuero Juzgo* castellano hasta el *Plutarco* de Alonso de Palencia. ¡Ojalá las gozase España en una colección, como muchas de ellas las gozan el polvo y la polilla en unos escondrijos incommunicables llamados archivos! Se divisaban con especialidad las de don Enrique de Aragón y Pero López de Ayala, cuyos códices he manoseado yo en los solitarios estantes de una iglesia y de un monasterio. No creo que llegaban á cuatro las traducciones de obras francesas que iban allí; noté, por su bulto, las *Memorias* del señor de Argenson (2), si no expresadas con todo el candor nativo del original, á lo menos con dicción pura y verdaderamente castellana. Y no pude menos de lamentarme entonces de la pobreza grande que en este género de estudio ha padecido España, porque de la antigüedad es muy poco lo que goza, y las traducciones modernas no han servido sino para destruirlo. Esto del traducir no es ocupación para traficantes de papel impreso; éstos, librando el buen despacho de sus mercaderías en la popularidad de los asuntos que eligen, se contentan con darlos á entender de cualquier modo, bien ciertos de que lo que se ha de buscar en ellos es la materia, y no las excelencias de la locución. Así, á la sombra de obras muy bien escritas en frances, han vendido al simple vulgo una barbaridad española, que ha trascendido al lenguaje familiar, y ha debilitado enteramente la fuerza y viveza de nuestras conversaciones. Traducir una obra es expresar su carácter hasta en los accidentes más menudos. ¿Y cómo hará esto quien carece de talento, no ya para copiar, pero para percibir las bellezas que manosea? Cicerón dijo de sí que se propuso traducir las dos famosas oraciones de Esquines y Demóstenes, no como intérprete, sino como orador, y esto es á lo que debe aspirar todo traductor, señaladamente cuando traslada obras de ingenio, obras que son admirables, no menos por su estilo y carácter que por su argumento y materia. Sin embargo, es tanta nuestra miseria en esta parte, que ya daríamos por bien empleada la falta de esta ardua y exquisita puntualidad en las copias, con tal que se atendiese siquiera á que la frase fuese genuina y no bastarda, ó más bien mentirosa ó adulterina, con la mon-

(1) Este astrólogo Torres es el doctor de Salamanca don Diego de Torres y Villarreal. (Nota del Colector.)

(2) Muchos escritores de este nombre ha habido en Francia; pero FORNER alude aquí indudablemente á René-Louis Feyer, marqués de Argenson, condiscípulo y amigo de Voltaire, y ministro de Negocios Extranjeros hacia mediados del siglo XVIII. (Nota del Colector.)

trucez mezcla de dos genios entre sí repugnantisimos, aunque derivados de un mismo origen. Los pésimos traductores, á su imitacion, han copiado retales franceses para venderlos por obras propias, no se han contentado con usurpar esta ó la otra voz francesa cuando no han hallado á mano la equivalente castellana. En esto no habría gran daño, si se hubiera hecho con sobriedad y en casos precisos. El mal está en que, siendo el mecanismo de nuestra lengua infinitamente más bello, más elocuente, más suelto, más vário, más flexible que el del exactísimo y por lo mismo sequísimo, indocilísimo y monotonísimo dialecto frances (vaya esta voz para la comprension de los galicistas), han trasladado sus locuciones y modismos, unos por ignorancia, otros por novedad servil, pareciéndoles que para la elocuencia basta la grandeza ó excelencia de las cosas que se dicen, y no la expresion con que se dicen.

Pasó á este tiempo la larga familia de libertos, que, con velos blancos en las cabezas, indicaban el beneficio que habian merecido á nuestra lengua, sacándolos de la rudeza que por largos siglos los oprimió en dura y lastimosa esclavitud. Allí iban los descendientes de aquellos que en Méjico sacrificaban anualmente millares de sus hermanos en horribles víctimas á unos ídolos de monstruosa y abominable catadura. Allí los de *Urabé*, cuyos antepasados castraban y engordaban pjaras de muchachos para servirse de ellos como nosotros de los puercos. Allí los que en el Perú habian visto honrar los manes de sus Incas con la sangre de inocentes niños, que degollaban en sus espantosas exequias. Allí los que en toda la vastísima extension del nuevo orbe vieron hacer la guerra á sus antiguos indigenas sólo para ejercer el pillaje, para cautivar hombres que sirviesen de sacrificio y de manjar, viviendo propianente en el feroz estado de una caza humana, tratándose unos á otros como animales de contraria especie y enemistados por natural antipatía. Esta porcion de la comitiva del funeral (lo supe despues) habia padecido grandísima oposicion de parte de *Bartolomé de las Casas*, cuyo genio ardiente, activo, inflexible, no contento con haber alborotado las córtes de Carlos V y Felipe II, sobre la que él llamaba injusticia de las conquistas del Nuevo Mundo, quiso tambien perturbar el Parnaso, clamando que tal acompañamiento ántes sería ignominioso que honroso á España, cuya gloria padecia un borron feísimo é indeleble por las crueldades inauditas que en la conquista se habian usado con aquellas simples y miserables naciones. Hízole frente allí tambien, como en España, la gran doctrina y elocuencia de *Juan Ginés de Sepúlveda*; y renovándose la disputa con ardor, se dividió en bandos toda la flor de los filósofos del Parnaso, impugnando y defendiendo la conquista cada uno por los principios del sistema que habia jurado. Á *Sepúlveda* se arrimaron *Platon*, *Aristóteles*, *Senon*, *Grocio*, *Locke*, *Barbeyrac*; á *Casas*, *Melchor Cano*, *Francisco de Victoria*, *José de Acosta*, *Robertson*, *Raynal* y otra turba de modernos, especialmente franceses, que exagerando las cosas para salirse con su porfía, inventaron patrañas y calumnias portentosas en odio de los españoles, á cuyas fatigas (sin iguales en la historia de la ambicion humana, que es la historia de todos los imperios) debe ahora esta mitad del globo el conocimiento y participacion de la otra mitad. Me aseguraron que *Raynal*, furioso y con ímpetu de bacanal, brotando fuego por los ojos y espumarajos por la boca, y mintiendo desvergonzadamente, hizo salvajes á los españoles, y á los americanos cultísimos y de costumbres irrepreensibles, para cargar sobre aquellos la abominacion, y sobre éstos la lástima, en

controversia de tanta perplejidad. Sus calumnias llegaron á tal término, que, enfadado *Quevedo* con la insolencia del insensato *declamador*, instó á *Apolo* para que, supuesto que ponderaba tanto las instituciones de aquellos antiguos salvajes, le diese el gusto de enviarle á establecer una cátedra de filosofía entre los caribes, con la obligacion de enseñarla en cueros y de salir á casa de europeos para proveer su despensa. *Quevedo*, *Fernandez de Oviedo*, *Lopez de Gomara*, *Zárate* y el valeroso *Bernal Diaz* dijeron que de ningun modo pasarían por tamaña maldad como que un soñador frances, que no conocia el mundo sino en el mapa, y que vino á él tres siglos despues de los acontecimientos, tuviese la osadía de desmentir á gente tan honrada como eran ellos, y que habian escrito lo que habian visto, sin disimular los excesos de los españoles, refiriéndolos con tanta desnudez y pureza, que, á no ser por sus historias, no existirían memorias auténticas para reproducirlos. En especial, el buen *Bernal Diaz*, con aquella tosca dureza de soldado que habia combatido en ciento diez y nueve batallas con los americanos, juraba que habia de enseñar al francesillo á tratar verdad y á respetar la memoria de unos hombres que murieron casi todos en la demanda de la conquista, la mayor parte de ellos sacrificados á los horribles ídolos, muchos en los combates, y poquísimos en el descanso de la paz, despues de sosegada la tierra. Añadió que á duras penas llegarían á tres mil hombres los primitivos y verdaderos conquistadores de ambas Américas; que desde que *Cortés* entró en la Tierra firme hasta que él escribió su historia, pasaron cuarenta años, y á este tiempo vivían ya sólo cinco de sus antiguos camaradas, y en el Perú quizás no quedaria ninguno; que él y estos cinco camaradas vivían pobres, desacomodados, olvidados y desfavorecidos en vejez miserable. «Ahora bien (dicen que decia), el señor calculista *Raynal*, ¿con cuáles reglas de proporcion me querrá demostrar que tres mil hombres escasos, ocupados afanadísimamente en navegar, descubrir tierras, penetrar bosques plagados de fieras y bestias ponzoñosas, viajar, pelear, formar colonias, atrincherarse, vencer montañas inaccesibles, registrar rios caudalosos y desconocidos, padecer y arrostrar trabajos y peligros, que sólo oírlos espanta, pudieron hacer tantas atrocidades á sangre fria, como las que soñó el buen padre *Casas*, y han repetido á su grupa los ecos de su celo exagerativo? La conquista fué como han sido y serán todas las conquistas: matando, quemando, destruyendo, robando; pero en esta parte nada se vió en América que no se haya visto y vea en la humanísima Europa, donde, de muchos siglos acá, no habrá pasado un año sin que el hierro y el fuego hayan hecho casi diariamente lo que por última vez vió la América española en los pocos años de su debelacion. Las regiones donde yo combatí, han durado desde entónces en paz profunda; en Europa se ha peleado sin cesar, se pelea y se peleará con encarnizamiento feroz por los mismos fines y con los mismos accidentes que se peleó en Otumba y se asoló Méjico. ¿Á qué, pues, estos bachilleres de filosofía van á desenterrar nuestros huesos despues de tres siglos, para saciar en ellos su rabia de maldecir, teniendo tan á mano guerras perennes en la doctísima y cultísima Europa, acompañadas de los mismos destrozos, esclavitudes, rapifias, desolaciones, atentados y atrocidades que nos achacan? Pues en cuanto á las causas justas para hacer la guerra, yo quisiera que me dijeran estos politicones si hay más justicia en que por el insulto hecho á un barco cargado de zarzaparrilla mueran ochenta ó cien mil europeos, arrancados á los campos, á los talleres, á los hogares y aun familias, que la

hubo en sojuzgar gentes que apenas vivían para otro fin que para comerse unos á otros. Quisiera que me dijeran si el género humano ha logrado más ventajas con las guerras de Europa que con la conquista de América; si es más perjudicial aniquilar la barbarie que degollarse hombres no bárbaros por servir á la ambición, al interés ó á la vanidad, que han sido por lo común el derecho de gentes de Europa.»

Oír hablar así á *Bernal Díaz* no causó admiración en el Parnaso, porque allí la comunicación con tanto hombre sabio da lustre á los talentos cuando ellos en sí tienen apta disposición: tal es la fuerza del trato con los buenos. *Casas*, inflexible, según su costumbre, declaró de nuevo contra el repartimiento de los indios en encomiendas, y cargó sobre este punto todo el peso de sus exclamaciones, por haber sido, á su entender, la causa fundamental que ocasionó la despoblación de América, y la que dió motivo á las extorsiones y crueldades que se usaron con aquellas desdichadas criaturas. Pero saliéndole al encuentro un jurisconsulto tudesco, le dijo que mientras hubiese feudos y barones en Alemania y compra de negros en Inglaterra, era menester no chistar sobre las encomiendas de América, y después, derramándose en profusa erudición, tejió punto por punto la historia de la esclavitud, mostrando que sus mayores fautores fueron los austerísimos espartanos, los magníficos macedonios, los cultísimos atenienses y los generosísimos romanos, cuyas leyes convirtieron en bestias á los hombres, al revés de lo que sucedió con la esclavitud entablada en América, la cual convirtió en hombres á los brutos. *Quevedo* apretó entonces los puños de su agudeza, é hizo una solemne rechiffa de Raynal y su comitiva, diciéndoles que ciertamente las desengañadas doctrinas del siglo XVIII habían acarreado el secreto especialísimo de hacer la guerra sin matar, quemar ni esclavizar, y dígalos el inmortal *Federico*, aquel monarca filósofo, que en beneficio de la humanidad, después de escribir contra Maquiavelo, estuvo siete años continuos derramando sangre humana, para probar con las bayonetas que tenía derecho á esclavizar á los moradores de una pequeñísima parte de la parte más pequeña de las cuatro en que está dividida la tierra; es verdad que esta guerra, dirigida á dominar en treinta leguas de la deliciosa Alemania, duró más años que los que se tardó en subyugar el Nuevo Mundo, y lo es también que costó, por lo ménos, tanta carnicería como la conquista de dos vastísimos imperios, fuentes inagotables de la riqueza mayor que ha conocido la avaricia ó la necesidad de los soberanos; pero *Federico* era filósofo y poscía salvo-conducto para que en él fuese gloriosa la inhumanidad. Riendo unos y arguyendo otros, la disputa se convirtió en algazara, y fué preciso que Apolo los hiciese callar, resolviendo por sí la contienda con esta brevísima decisión.

«Europa es hoy culta, porque los romanos, degollando y esclavizando á sus antiguos salvajes, trasladaron á ella las ciencias, las artes y la suavidad de costumbres que ellos habían ya adquirido por el trato con Grecia y sus conquistas de Oriente. Mejorar la especie racional siempre es laudable, aunque sea á costa de afigirla por algún tiempo. Obligar al bárbaro á que no lo sea, cuando su barbarie es perniciosa ó ignominiosa al linaje humano, nadie, sino quien ame la barbaridad, lo tendrá por delito. La ley principal de la naturaleza del hombre, que es su conservación en el orden debido física y moralmente, no se cumpliría, no se observaría en la tierra si no fuese lícito sacar de su error á los que han degenerado de su especie, con daño de sus semejantes. La su-

prema obligación de los soberanos está en cejar que las leyes de la naturaleza no padescan detrimento entre los hombres; éste fué el escalon primero que los subió á la soberanía; y su potestad, en los primeros impulsos, sólo á este fin empuñó el cetro y ciñó la espada. De hombre á hombre corría este derecho en el estado anterior á las autoridades civiles. En ellas quedó depositado el derecho de los individuos, y á ellas incumbe hoy el cuidado de que ninguna nación ose quebrantar las leyes de la naturaleza humana, porque á ellas se encomendó la potestad de hacer que los hombres no vivan como fieras.»

Con esta resolución quedaron cortados los debates, y los americanos concurrieron á la pompa de las exequias, no forzados, ni á guisa de galeotes, sino contentísimos y rebosando agradecimiento, porque cada uno de ellos se consideraba ya exento del riesgo de que le arrancasen el corazón ante un ídolo horrendo, ó de ser casado para servir de manjar á un rancho de caníbales.

Representados en bultos de cera, iban en pos de los libertos algunos ascendientes ó progenitores de la difunta. Apolo no quiso que fueran todos, porque no en todos hubo méritos para que se honrara con ellos su posteridad. Sobresalian las lenguas griega, latina y árabe, y nadie echó de ménos á la goda, al revés de lo que sucedió en el entierro de Junia, hermana de Bruto y mujer de Casio, que toda la ciudad fijó la atención en estos dos célebres republicanos, por lo mismo que no los vió entre las imágenes de la familia. El tipo ó fondo de nuestra lengua es latino-gótico; de las demás no heredó sino voces y armonía; pero Apolo dijo que la mezcla del carácter gótico destruyó la energía, variedad y fecundidad latina; endureció sus períodos, y pegó á las lenguas modernas la esterilidad que era consiguiente á la selvaticidad de las gentes del Norte, no de otro modo que desfiguró la belleza de las artes y la civilidad de las costumbres. Notamos allí que habiendo en el Parnaso no poca nobleza española, no hubo ni siquiera un hidalgo montañés que saliese á la defensa de la nación goda. Debíó de consistir en que, como los nobles que hay allí son sabios, ninguno debía pensar tan neciamente que creyese haber debido á su genealogía las calidades de su espíritu, ni haber arribado á la inmortalidad por continuar en sí la raza de una gente facinerosa.

Aparecieron después *fray Luis de Leon* y *Bartolomé de Argensola*, capitaneando la dilatada procesion de varones sabios de España, que con su talento y doctrina habían cultivado, hermozeado y perfeccionado la lengua de su patria. Como en el Parnaso no se conoce otra etiqueta que la que resulta de la utilidad de las artes, del influjo que éstas tienen en las mejoras del entendimiento, y de la mayor ó menor excelencia con que las han tratado sus profesores; el orden con que caminaba aquella comitiva presentaba un verdadero árbol científico, ó lo que es lo mismo, la progresión de las letras en España y los grados de su perfección.

Antecedían los poetas, porque en España, así como en todas las naciones que han cultivado las potencias del ánimo, fué la poesía la que abrió el camino á los progresos de la sabiduría; y de los poetas iban en primer lugar los que habían cantado las alabanzas del Criador y las doctrinas morales; porque el hombre ha nacido primero para la virtud que para los institutos de su conveniencia y recreo; y hermanando entre sí esta primera obligación con las bellezas del ingenio, se consigue de una vez hacer á los hombres cultos y virtuosos, lo cual es propiamente procurar que floresca en ellos la constitución de su racionalidad y que no degeneren.... Pasamos revista allí á

aquella serie de hombres respetables, por quien es hoy gloriosa España, más que por las inútiles mortandades de sus conquistas. *Luis de Leon*, magnífico, noble, sublime, igualmente grande en los números, en las galas y en los argumentos. *Fernando de Herrera*, grandilocuo, levantado, fogoso, fértil en imágenes sublimes y en locuciones hermosas. *Bartolomé de Argensola*, grave, severo, maduro, admirable en la fantasía y en la doctrina. *Francisco de Rioja*, ameno, ufano, sonoro, animado, facundísimo en la expresión poética, imitador de *Herrera*, y á veces superior á su original. *Francisco de Quevedo*, rápido, fecundo, pródigo en cosas y en modos de decir, agudo, conceptuoso, y tan versátil, que habiendo escrito en todos estilos, pareció nacido para cada uno. El *Príncipe de Esquilache*, florido, galano, aliñado, pero cándido y suave; más rico en atavíos que en cosas. *Vicente Espinel*, puro y templado, y diestrimo en el artificio de la versificación. El *Dr. Tjada*, lleno, numeroso, diligente en excusar palabras vulgares y en usar las más cultas y escogidas. *Pedro Espinosa*, gran pintor de la naturaleza. *Jáuregui*, fluido, lozano, frondoso, si puede decirse así, gran músico en la poesía, deleitable cuanto puede pedirse. El festivo y flegon *Artemidoro* (1), cuya naturalidad y gracias desenfadadas agradan por el mismo caso que carecen de estudio y de ornamentos buscados con sudor; *Juan de Arguijo*, digno alumno de la escuela de *Herrera*. Era dilatadísima esta tropa, y sería nunca acabar si nos detuviésemos á hacerle ella especial enumeración. Con ellos iban *Fernán Pérez de Guzmán*, el *Marqués de Santillana*, *Cristóbal de Castillejo* y cuantos metrificaron desde el rey don Alonso el Sabio hasta *Garcilaso de la Vega*, desaliñados, simples, escasos en la imaginación; pero los más de ellos robustos y nerviosos.

Seguían á éstos los poetas dramáticos por el mismo orden. *Lope* y *Calderón* guiaban la comarsa, pomposos, desenvueltos, ágiles, llenos de espíritu y de vida, y haciendo gala de la fecundidad de su imaginación, con desprecio de las puntualidades del arte. Pisaban sus huellas *Mira de Améscoa*, *Guillen de Castro*, *Vález de Guercara*, *Montalvan*, *Rojas*, *Moreto*, *Solís*, *Hot*, *Zamora* y la demás turba de los que dramatizaron desde la época de *Lope* hasta la de *Calizares*, en cuyas obras goza la lengua castellana un tesoro riquísimo de su propiedad y variedad elocuente para todo género de estilos y asuntos. A quien sepa leerlos con discernimiento crítico, no le faltará ni qué aprender ni qué admirar en la estuenda fertilidad de sus invenciones y locuciones. *Bartolomé de Torres Naharro*, *Lope de Rueda* y otros más antiguos seguían á esta tropa, y en pos de ellos los trágicos *Fernán Pérez de Oliva*, *Jerónimo Bermúdez*, *Cristóbal de Virues*, *Juan de la Cueva* y *Tanco de Fregenal* (2), que venían á rematar en el autor y en el continuador de *Celestina*.

Hizo aquí una pausa la procesion, y advirtió *Arcadio* que estos graves varones caminaban llorosos y abismados en profundísima melancolía. Persuadido á que tal congoja procedería, ó del convencimiento de las fatalidades humanas por la costumbre de expresarlas en sus tragedias, ó de la ocasión que los llevaba allí, quiso consolarlos, acordándoles la inevitable vicisitud de las cosas caducas, cuya ruina debe influir ménos en el corazón del sabio, por lo mismo que conoce las leyes con que la Providencia gobierna y mantiene el mundo. Pe-

ro volviéndose hácia él el maestro *Oliva*, y mirándole con severidad fiera y casi espantosa, « Con lágrimas de sangre (dijo) debierais vos llorar sobre vuestra patria, al ver que no pasamos de seis los poetas trágicos que ha educado en los tres siglos de su mayor esplendor. Mengua es que la escuela de los reyes y de los próceres haya sufrido el abandono lamentable que se deja ver en los que vamos aquí. ¿Qué diréis de una nación avara de lecciones y de escarmientos para aquellos en quienes son más peligrosos los vicios y los atentados? Nuestros bosquejos sirvieron sólo para indicar que la lengua española podía sola por sí consolar al teatro trágico de la pérdida que hizo en la extincion de los idiomas romano y griego; porque en sola ella cabe la majestad de diccion que demanda la magnificencia de los dioses de la tierra. Pero ¡oh dolor! de nuestros conatos triunfó la monstruosidad de ingenios licenciosos, y las composiciones en que más resplandece el encanto de la poesía son, no sólo mal vistas, pero despreciables en el depravado juicio de nuestra ridícula posteridad. »

Anduvo á este punto el entierro, y aparecieron los poetas bucólicos, presididos del dulcísimo *Garcilaso*, cuyo candor, cuya ternura, cuya simplicidad, cuya rusticidad elegante, dudo yo que tenga igual en ninguna lengua de las que hoy se hablan, porque no sé de cierto si en alguna de ellas hay tanta disposición como en la nuestra para tratar con elegancia el estilo pastoril y campestre, sin que por la cultura pierda el sabor de la rusticidad. *Sad de Miranda*, duro y toscó más de lo conveniente, y *Soto de Rojas*, demasadamente afeitado, y aún afectado (y por lo mismo uno y otro ménos bucólicos que *Garcilaso*, porque el primero no perfeccionó el estilo rústico, dejándole casi en su grosería, y el segundo le engalanó con exceso), iban detras de *Francisco de Figueroa* y del misterioso *Francisco de la Torre*, cuyos epigramas pastoriles serán siempre en su clase la mayor gloria de la poesía, por no haber en ninguna lengua cosa igual que pueda comparárseles, y en cuyas canciones, odas y églogas revivió el espíritu de *Mosco* y *Tócorito* y la mejor emulacion de los bucólicos antiguos, sin agravio de *Figueroa*, admirable también por la candidez y pureza de sus idilios.

Caminaban despues los épicos precedidos de *Valbuena*, *Ariosto* de España, y semejantísimo á él en la prodigalidad de ingenio y fantasía, pudiéndose decir de su *Bernardo* que es más bien una mina de poesía que un poema. Como *Lope*, *Virues* y *Cueva* iban entre los dramáticos, no pudimos notar el grado que gozan en el Parnaso en calidad de poetas épicos. *Zárate* llevaba á su derecha á *Cristóbal de Mesa*, y á este modo pasó otro buen número de ellos, de cuyos poemas se puede hacer el mismo juicio que de nuestras comedias, á saber, que sin haber acertado á construir una buena epopeya, han acumulado profusamente todas las riquezas de la poesía heroica; de modo que nada se hallará en *Homero*, nada en *Virgilio*, nada en *el Tasso*, que no se halle en ellos con igual grandeza, sublimidad y expresión; coligiéndose de aquí que no nos falta poesía épica, sino poema épico.

Alonso de Ercilla y *Juan Rufo* presidían á los históricos; aquél, majestuoso, noble, vivísimo en las pinturas y descripciones, maravilloso en los afectos, y pocas veces inferior á la grandeza de la trompa; éste, grave, natural, aliñado, más elocuente que poeta.

Así caminaban también los didácticos, guiados del Conde de *Rebolledo*; los epigramáticos, de *Góngora*; una y otra clase en escaso número; y por último, cerrando este gramio, los escritores del arte *Fernando López*

(1) Seudónimo de *Micer Rey de Artieda*. (Nota del Colector.)

(2) El verdadero nombre de este poeta dramático, natural de la villa de Fregenal, es *Vasco Dias Tanco*. (Id. id.)

Pinciano (1), *Francisco Cascales*, *Josepe Antonio Gonzalez de Salas*, y *don Ignacio de Luzan*, todos ellos mejores en sus poéticas que en sus poemas.

En peloton confuso dentro de las filas se dejaban ver los cultos *Villamediana*, *Silveira* y sus conmilítones en la tenebrosidad *gongorina*, pero ufanos del sudor grande que les debió de costar la fatiga de hacerse ridículos entre sus venideros. No iban para honor, sino para escarmiento; no para gloria de la difunta, sino para ignominia propia. Comenzó en ellos la hidropeía de nuestra lengua y la destrucción de su robusto temperamento. Palabras peregrinas, frases huecas, períodos rimbombantes, metáforas desmesuradas, rodeos afectados, traslaciones violentas, balumbo de adornos impertinentes, conceptos falsos, ponderaciones gigantescas, fueron las pocimas con que destruyeron su salud á título de hermosearla.

¡Oh! ¡Cuánto diera yo porque nuestros cuidadosos versificadores hubieran presenciado este alarde de la poesía española! Allí se nos presentó de un golpe el precio y estimación de nuestros poetas; y lamentamos allí á su vista la yerba esterilidad del siglo en que la Providencia nos ha desterrado al mundo, viendo que no pasaban de cuatro los modernos que lograron ir en compañía de aquellos varones insignes.

Seguían los prosistas elocuentes, distribuidos en diversas clases. Precedían los oradores sagrados, ascéticos y declamadores, por ser su materia aquella en que, con mayor utilidad se emplean las artes de la persuasión. Pocos conocí de los que iban allí, aunque no era escaso el número. *Juan de Ávila*, *Luis de Leon*, *Luis de Granada*, *Bautista de Lanuza* (2), *Fonseca* (3), *Alfonso de Cabrera* (4), caminando con majestuosa y austera gravedad, retrataban en la misma compostura exterior el sagrado genio de su elocuencia. Sólo el verlos era una acusación muda para las disoluciones del mundo. Pintado en sus semblantes el celo que brotó por sus labios en las solemnidades religiosas, decía él por sí que aquellos hombres no subieron al púlpito para darse en espectáculo, sino para confundir los vicios y dilatar el santo imperio de la virtud. No en ellos verdores y lozanías inmodestas, no discreciones y retruecanillos de estrado, no follaje estéril, á propósito sólo para causar estrépito como en inútil selva, no sutilezas caviladas con artificio, no estilo afeminado y teatral, no frases simétricas y colocadas con afectación pueril, no metáforas, no alegorías, no figuras hacinadas con estudio insolente para embelesar necios y negociar su aplauso con la horrenda profanación de la enseñanza del Altísimo. En ellos habló la elocuencia con divina expresión por la conformidad grande que supieron acomodar entre la altura de sus asuntos y la manera de persuadirlos.

Iba á lo último el famoso *Hortensio Paravicino*, caídos los ojos, marchito el semblante, tímidos y avergon-

zados los movimientos; y no sin razón, porque, desviándose de la sublime simplicidad que debió aprender en los textos mismos sobre que predicaba, subió al púlpito las destempladas novedades de *Góngora* con futilidad tan infeliz, que vinculó en su imitación, para más de un siglo, la extravagancia y el desoñimiento de la retórica. Se le trató sin consideración á la grandeza de su ingenio, porque en ningún estilo dejó cosas imitables, y principalmente porque se obstinó en sus abusos. El testimonio de su conciencia, que le gritaba haber sido padre de la corrupción, era torcedor implacable, que no le permitía gozar con aliento desahogado las glorias de su celebridad. En efecto, las metáforas hinchadas, violentas, remotas; la dislocada colocación de las palabras en su frase ó dición, dura, áspera, escabrosa, y lo que es peor, oscura y muchas veces incomprensible, no ya á la razón, pero á la misma gramática; la prodigalidad en derramar flores, amenidades, lozanías, brillos, oropeles y relumbrones sin discernimiento, sin elección, sin oportunidad; la intolerable afectación de envolverlo todo en rodeos y perifrasis buscados de intento para evitar la expresión natural y sencilla; los conceptos agudos, fundados en alusiones ó semejanzas vagas, que, puestas al yunque de la razón, se desvanecían en sofismas ridículos; las interpretaciones forzadas de los textos santos, trayéndolos por fiadores de bachillerías frívolas; todos estos, en fin, fueron defectos en *Hortensio*, que, aumentados con furiosa monstruosidad en los desatinados émulo de su estilo, produjeron la bárbara y desastrosa vanilocuencia, que leemos con risa, cuando no con abominación, en el *Florilegio* y los demás monumentos del gerundismo.

Conviene leer estos libros, pero con la misma intención que observan las almas devotas los cuadros del infierno ó las tentaciones de San Anton, arqueando las cejas y los cabellos espeluzados. En ellos se acumularon todos los vicios del hablar, que por algún tiempo anduvieron separados en distintas sectas. La de los *conceptistas* era diversa de la de los *cultos* en la primera mitad del siglo pasado: Uniéronse despues, agregándose, para mayor belleza, la erudición impertinente y farraginosas de las *poliantecas*, el martilleo uniforme y cadencioso de las terminaciones de los períodos, y á veces la misma mensuración poética, con lo cual se logró á lo ménos la ventaja grandísima de que con no leer la mayor parte de los libros de este siglo, se acierte con el camino que lleva al verdadero término de la propiedad y elegancia castellana.

Apareció despues la historia en dilatada familia de escritores, sin cuyo trabajo serian para nosotros los tiempos pasados como si no hubieran existido. El arte de la elocuencia robusta y la generalidad del argumento dieron el primer lugar á *Juan de Mariana*, el cual llevaba á su diestra mano á *Jerónimo de Zurita*, más sencillo, más natural, de menor artificio en el decir y en el disponer; pero diligente, exacto, ingenuo, y más atento á la substancia de las cosas que á los accidentes del arte, que descuidó á pesar de las instancias de su íntimo amigo y censor *don Antonio Agustín*. Seguíanlos *Ambrosio de Morales* y *don Prudencio de Sandoval*: aquél, grave, maduro, noble, pero embarazada frecuentemente su facundia con los exámenes y discusiones críticas y cronológicas á que le obligó la confusión grande que halló en los hechos de España, cuando trató de reducirlos á narración segura y puntual; éste, puro, blando, templado en el estilo, pero feliz investigador y relator no del todo desaliñado. Estéban *de Garibay*, diestro compilador, y *Florián de Ocampo*, restaurador elegante de nuestra historia, pi-

(1) Fernando llama en efecto al *Pinciano* el autógrafo de FORNER que tenemos á la vista. Pero es equivocación evidente. FORNER alude indudablemente al médico *Alonso Lopez*, llamado vulgarmente el *Pinciano*, autor de la *Filosofía antigua poética*. (Nota del Colector.)

(2) Este escritor ascético es, sin duda, *fray Jerónimo Bautista de Lanuza*, autor de unas *Homilías sobre los Evangelios*, muy celebradas en su tiempo, y traducidas en varias lenguas. (Id. id.)

(3) Este *Fonseca* es indudablemente *fray Cristóbal de Fonseca*, docto y elocuente teólogo del siglo XVI, que escribió *La vida de Cristo* y un tratado, en dos partes, *Del amor de Dios*. (Id. id.)

(4) Es aquel insigne orador sagrado que disfrutó de alto renombre por la maravillosa fuerza persuasiva de su elocuencia, por la pureza de su dición y hasta por el mal limpio y simpático de su voz. Predicó en las exequias de Felipe II, celebradas en Santo Domingo el Real de Madrid (Octubre de 1598). Escribió algunos libros acerca de los Evangelios, y un tratado *De los escrúpulos, y de sus remedios*. (Id. id.)

saban las huellas de los anteriores, y á sus espaldas caminaban don José Pellicer de Ossau y D. Juan de Ferreras; y extrañando yo tal mezcla y perturbacion en el orden de precedencias, pude saber despues que Ocampo fué, digámoslo así, la media tinta de la arte histórica en España, porque, sacando la narracion del desaliño y simplicidad con que la habian tratado los cronistas anteriores al reinado de don Fernando el V y doña Isabel, tentaron ennoblecerla y subirla de punto con los ornatos oratorios, cuanto podia permitirlo la infancia en que duraban entónces las buenas letras. Por otra parte, Pellicer y Ferreras fueron los más consumados en el estudio critico aplicado á la historia, pero abandonaron enteramente las galas de la narracion, y por lo mismo en la inmediacion con que caminaban á los historiadores elocuentes, se daba á entender que la critica y el ingenio deben concurrir con igual esfuerzo para construir historias dignas de este nombre.

Pasaron despues los antiguos coronistas, y despues de ellos los historiadores particulares de los reinos, provincias, ciudades, héroes, familias, cuerpos y acontecimientos singulares en grandísimo número. Detras de ellos, los que trataron la critica histórica, presididos del Marqués de Mondéjar, don Nicolas Antonio, fray Hermenegildo de San Pablo (1) y don Gregorio Mayans. Despues, los que escribieron las cosas de naciones extranjeras, y por último Jerónimo de San José, autor del *Genio de la Historia* (2) y Luis Cabrera de Córdoba, diligente en los preceptos y no infeliz en la ejecucion de ellos. Seria preciso tejer una historia casi tan dilatada como la de España si hubiéramos de referir por menudo las calidades de cada uno de los historiadores para manifestar la razon del lugar que cada uno ocupaba. Bastará decir que en cada clase antecedian á los demas los que habian acertado á unir la verdad y la utilidad con la elegancia, las bellezas del ingenio con el provecho y puntualidad de las cosas; pero cuando habia conflicto entre estas calidades, siempre eran preferidos los escritores veraces y útiles, aunque careciesen de ornatos y aun de cultura.

La revista que pasamos de estos hombres tan beneméritos de las excelencias de nuestra lengua, avivó en nosotros el dolor de su pérdida, porque allí se siente más la fatalidad de una ruina, donde fué mayor la grandeza de lo destruido.

La historia fué el campo donde nuestra lengua hizo alarde de sus riquezas é inexhausta fecundidad en todos los géneros del bien decir; fué el teatro donde representó, con deleitable propiedad, cuantos caracteres caben en la imitacion expresiva de las palabras. En Mariana se ve su gravedad severa y concisa; en Zurita, su naturalidad noble y abundante; en Morales, su magisterio para los exámenes; en Mendoza, su laconismo majestuoso; en Solís, su fertilísima amenidad; en Muñoz (3), la dulzura, suavidad y ternura de sus locuciones; en Fuenmayor (4), su nervio y vehemencia; en

Sigüenza, su despejo y gracia nativa; en Saavedra la pompa y magnificencia de sus periodos, y en estos y en todos nuestros historiadores, sin excluir los medianos, su energía vivísima para pintar y representar los objetos con la misma evidencia que existen en la verdad de la naturaleza; de suerte que si en la antigua Roma el oficio de la gramática se empleaba principalmente en explicar á los muchachos la propiedad y diversos caracteres del lenguaje en los poetas, oradores é historiadores, para que con este conocimiento supiesen acomodar el estilo á las cosas, y dar á cada una el conveniente colorido, estoy yo por decir que en solos nuestros historiadores pudiera la juventud de España lograr la extensa variedad de este estudio; porque entre ellos no hay uno en quien no hable la lengua con su pureza y propiedad genuina, libre de afectaciones y adornos tenebrosos; y en los más excelentes campea la fecundidad vária de sus galas, colores y atavíos con hermosísima diversidad y esplendor.

No sucede en ellos lo que en los oradores sagrados. El ministerio de éstos se corrompió miserablemente por las extravagancias de genios noveleros. El contagio se propagó más de lo que convenia, y el buen gusto de la elocuencia padeció mortales parasismos en las escrituras ingeniosas del siglo pasado y buena parte del presente. Sola la historia desechó de sí la impertinente afectacion y mantuvo la castidad del idioma sana, incontaminada, limpia. Á esta excelencia se juntaron las bellezas del ingenio en los que quisieron producir algo más que narraciones escritas con pureza y propiedad de palabras. Los objetos tambien, nuevos en gran parte y desconocidos de la antigüedad, proporcionaron campo vastísimo para variar los caracteres del estilo. Las producciones y costumbres del Nuevo-Mundo ampliaron los términos de la elocuencia histórica y ofrecieron inesperadas imágenes á la fantasia, nuevas combinaciones al ingenio, nuevas observaciones al juicio, nuevas reflexiones á la razon. En suma, la elocuencia española, aquella que consiste en la propiedad de las palabras, en la gravedad de las sentencias, en el escogido de las locuciones, en la llenura y armonía de los periodos, en la viveza y fuerza de las imágenes, en el decoro y facilidad de la narracion, en la naturalidad de los adornos, y por último, en no decir sino lo que se debe y como se debe. Esta elocuencia, vuelto á decir, se goza de lleno en nuestros historiadores desde que Florian de Ocampo mostró el camino por donde debia caminar la historia.

Á su espalda caminaban los novelistas, capitaneados del insigne Cervantes; y despues que, en la reseña de sus diversas clases, reflexionamos sobre las riquezas que aumentaron á nuestra lengua en el estilo bucólico, en el moral, en el narrativo, en el descriptivo, en el jocoso, riquezas abundantísimas y muy dignas de muy particular estudio, advertimos, cuando acababan de pasar, que dentro del templo se gritaba como en tono de aclamacion festiva, y que, atropellándose hácia sus puertas multitud confusa de los mismos que iban en el funeral, se desconcertó el orden de su pompa. Sin reparar en los riesgos de la tropelia, movidos de la curiosidad, que era allí nuestra principal pasion, acudimos apresurados adonde se afanaba por entrar el golpe de la gente; y

Diaz de Fuenmayor dejó manuscrita una obra importante, que cita Argote de Molina, titulada *Anotaciones sobre todas las Historias de España*. Pero nos inclinamos á creer que FORNER se refiere á don Antonio Fuenmayor, autor del siglo XVI, que escribió con pureza y vigor *Vida y hechos de Pío V, pontífice romano, con algunos notables sucesos de la cristiandad*. (Nota del Colector.)

(1) Fray Hermenegildo de San Pablo es un monje de San Jerónimo que, á mediados del siglo XVII, escribió notables libros de polémica histórica en defensa de su orden. (Nota del Colector.)

(2) Fray Jerónimo de San José, carmelita aragonés, escritor de vasta instruccion y agudo ingenio. Ademas del *Genio de la Historia*, escribió *Vida del venerable padre fray Juan de la Cruz* y otras obras. (Id. id.)

(3) El licenciado Luis Muñoz. Se distinguió notablemente como autor de vidas de hombres y mujeres célebres. Escribió, entre otras varias, las de *El maestro Juan de Acila*, *Fray Bartolomé de los Mártires*, *San Carlos Borromeo* y *Fray Luis de Granada*. (Id. id.)

(4) No sabemos á cuál de los dos escritores insignes que llevaron el apellido de Fuenmayor alude aquí FORNER. El Comendador Juan

envueltos en un peloton, nos metió en el templo nuestra temeridad misma.

¡Qué prodigio! Sostenida de los dos *Alfonso*, *X* y *XI*, del *príncipe Carlos de Viana* y de *don Juan Manuel*, personajes destinados para llevar en sus hombros el féretro, vimos en pie la lengua castellana, la cabeza lánguidamente derribada sobre el pecho, exhalando suspiros débiles y fatigados, el rostro pálido, aunque ya no cadavérico, las manos caídas, la actitud postrada y desfallecida.

El ámbito todo del templo resonaba en aplausos, vivas, aclamaciones; hervía el gozo y el regocijo en la multitud de los concurrentes; abrazábanse, saltaban, palmeaban; todo era fiesta, alborozo, todo desórdenes del placer que se había apoderado de aquella turba, cual si fuese mal comicial ó locura epidémica. Duró el bullicio hasta que *Apolo* con un grito imperioso, formidable, impuso silencio y restituyó el sosiego; y alargando la mano y sacudiéndola majestuosamente, mandó así que nos acercásemos al lugar de la escena. Obedecimos, abriéndonos calle la turba, instada de su misma curiosidad, y entonces, enderezando á nosotros la palabra, dijo el númen de las artes:

«Mancebos: en el aparato que habeis visto, he representado á vuestro dolor el que sufrirán irreparablemente los doctos de España, si no tratan de refrenar el maligno ímpetu de los corruptores de su lengua. Ésta no yacia muerta; en la suspensión de un parasismo aparentó los accidentes de la muerte por disposición mia, para manifestaros con la vista de tanto hombre insigne lo mucho que va á perder España si dejan perecer el instrumento de sus glorias. En este amago podeis prever la grandezza de la fatalidad, si llega á consumarse; porque, tenedlo entendido, las lenguas entónces tocan al más alto grado de perfeccion cuando las cultivan ingenios eminentes en todas líneas; ellos las usan del modo que deben usarse; descubren sus riquezas; las labran, las pulen, les dan aquel temple y vária configuracion de que son capaces para que sus explicaciones ó representaciones correspondan fielmente á la calidad vária de los objetos en su infinita semejanza. Poseéis una lengua de exquisita docilidad y aptitud para que, en sus modos de retratar los seres, no los desconozca la naturaleza misma que los produjo; y esta propiedad admirable, hija del estudio de vuestros mayores, perecerá del todo si, ingratos al docto afán de tantos y tan grandes varones, preferís la impura barbaridad de vuestros hambrientos traductores y centonistas á la copia riquísima que aquellos depositaron en los monumentos de su gloria. Poseéis, repito, una lengua majestuosa para las cosas grandes; concisa para las sublimes; pomposa y sonante en extremo para las magníficas y de grande aparato; tierna, blanda y suave para las amorosas; expresiva y eficaz para las agudezas; rápida é impetuosa para las imágenes y afectos vivos y vehementes; losana, desenvuelta y ágil para las risas, los juegos y los solaces; sencilla, cándida y noblemente rústica para los objetos campestres. Su naturalidad para las gracias y donaires, su gravedad para las cosas serias, y su amenidad para las floridas y deliciosas son incomparables; y de esta variedad de caracteres, que no está, no, en las cosas que se dicen, sino en las palabras, locuciones y modulaciones de que está enriquecido el genio mismo de la lengua, procede aquella abundancia que tanto han ponderado y recomendado los que con mayor ingenio y estudio procuraron apurar y desentrañar las excelencias de su mecanismo. Ahí estan, ahí los veis, esos hombres respetables, en quienes podeis y debeis

aprender esta copia enérgica, que imprime en la construcción de las voces las propiedades mismas que existen en la realidad de las cosas.

»Ellos hicieron en España lo que *Homero*, *Demóstenes*, *Platon*, *Tucídides*, *Sófocles*, *Menandro*, *Pindaro* y *Tesócrito* en Grecia; lo que *Lucrecio*, *Torencio*, *Ciceron*, *Salustio*, *Livio*, *Horacio* y *Virgilio* en Roma. La elocuencia griega no pudo pasar más allá de los términos adonde la llevaron *Homero*, *Platon* y *Demóstenes*; la latina más allá de adonde la dilataron *Ciceron*, *Livio*, *Horacio* y *Virgilio*. En la castellana nadie hará más de lo que produjo la facundia estudiosa de ese escudron de sabios que he ofrecido á vuestra admiracion, reflexion y ejemplo. Mientras no se restanre en vuestra patria la juiciosa emulacion de sus estilos, la lengua yacerá en el estado que la veis, desmayada, postrada, marchita; enferma, finalmente, y en ricago de fallecer, para eterno oprobio de vuestro descuido. Id, pues, volved á España, y publicando cuanto aquí habeis visto, observado y reflexionado, despertad con estas noticias el letargo de vuestros ingenios, y estimulad sus conatos para que pueblen esta region con la misma abundancia de hombres insignes que en los buenos tiempos de su literatura.

»Pero ántes venid, y presenciareis, no ya en solemnidad fúnebre, sino en castigo merecido, el que deben sufrir los detestables abortos de la barbarie.» Dicho esto, mandó conducir la débil lengua adonde se cuidase de su salud; y saliendo del templo, seguido de todo el concurso, se encaminó al sitio donde estaba levantada la pira. Llegados á ella, y ceseada del inmenso gentío, ordenó que se encendiesen mechas y con ellas pusiesen fuego á aquella hacina enorme de libros y papeles.

Por hallarme en proporcion para ello, pude observar hasta las más mínimas menudencias de lo que pasó en esta ejecucion, solemnizada allí con extraño júbilo. Un ganapan hizo mecha de unas *Reflexiones sobre la poesia*, de un tal *Filoleteias*, juntándolas, para aumentar el material, con el pobre *La Fontaine*, estropeado miserablemente en unos versos, que no parece sino que se habian fabricado por el molde de la barbaridad *Filoleteia*, ó más bien *Filofrenética*. Mayor consonancia entre poética disparatada y poesia insulsa y carrasqueña no se hallará ni entre la epopeya de *Maron* y los preceptos épicos de *Aristóteles*. ¡Tan seguro es que en los desaciertos se arriba más fácilmente á la eminencia de la perfeccion! Otro así de las obras de *madama de Genlis*, que ardieron con celeridad prodigiosa. ¡Tan inflamable debía de estar la materia! Con horrible impiedad arrolló otro en forma de torcida, descuartizándolo ántes, un rollizo tomo de versos alejandrinos en frigidísimo y barbarísimo romance, cuyo autor tuvo la moderacion de apellidarse *poeta filósofo* (1); porque claro está que para ser poeta y para ser filósofo no es menester más que bautizarse uno á sí mismo con la friolerilla de los dos títulos. La rancia novedad de la poesia alejandrina mereció solemnísimos silbos de la mosquetería del Parnaso, viendo que los cuatro martillazos que á unas mismas distancias, en cada dos versos, descarga la tal poesia sobre la pobre oreja española, destruián en ella la vária y fecunda armonía de nuestra lengua, que hasta ahora no ha necesitado tomar lecciones de las fraguas ni de los batanes para construir sus versos; y desde luego convinieron en que un poeta filósofo, que desempeñaba su título echando por tierra la gala, soltura y belleza de nuestros números, debía tener una filosofía orejada y una poesia muy machacona, seme-

(1) Trigueros.

jante al ruido que hace un mulo de Arévalo, ó sea de la Laponia, cuando camina lentamente, bien cargado de barras de plomo, por una calzada. Lecciones de física y de química, anécdotas, historietas de los monarcas del Norte, novelas, moralidades, devocionarios, proyectos y obras predicables y místicas, hacían allí el oficio de la peza y del alquitran, con tal brío, que en un momento ardió por todas partes la alta pira, en cuyo incendio quedaron reducidas á cenizas, de las cuatro partes de los escritores españoles de este siglo, las tres y media por lo menos. ¡Quién se lo diría á los cuitados! Bien que si las obras reeditaron á su codicia ó necesidad las ganancias que buscaron en tal granjería, poco dolor les causaría á ellos mismos la ignominiosa ejecución del fuego. ¡Al negociante qué le importa la gloria?

Concluida esta solemnidad, ordenó *Apolo* que, en vez de los juegos gladiatorios, los que estaban señalados para lidiaren ellos, recogiesen, no en urnas, sino en capachas y espuelas, las cenizas que resultaron del incendio, y fuesen á arrojarlas á la laguna de los charlatanes. Hiciéronlo así con harta aflicción, seguidos del numeroso concurso y del mismo *Apolo*, que, ofendido implacablemente de las injurias de nuestra lengua, quería por sí mismo dirigir y efectuar sus desagrazos con venganzas terribles, que mostraban bien lo profundo de su indignación. Llegados, pues, al borde del risco ó derrumbadero que domina á la laguna, mandó hacer alto y que se formasen en medio círculo los concurrentes, dejando en el extremo del borde á los melancólicos esportilleros. Todo quedó en maravilloso silencio. Llamóme entonces, y poniéndome en las manos un cuaderno, «No es razón, dijo, que quede desautorizada tanta función por falta de discurso fúnebre. Sube á aquella peña, que la naturaleza ha levantado allí como para púlpito de este teatro, y desde ella lee esos versos, modulándolos y sintiéndolos de modo que los oigan y entiendan bien los conductores de las cenizas.»

Obedecí, y abriendo el cuaderno, me quedé atónito de ver en mis manos, desde las de *Apolo*, unos tercetos míos, que yo había escondido cuidadosamente á la curiosidad, ya por la poca estimación en que siempre he tenido mi poesía, ya por ahorrarme á la ignorancia el afán de trabajar en mi persecución, después que escarmentados me habían enseñado á no fiar mi seguridad en la razón de mi justicia. Conoció *Apolo* lo que pasaba en mi interior, y sonriéndose, dijo: «No te envanezcas por haber visto tus metros en mi poder; apruebo en ellos la materia y la justa indignación, y esto es lo que basta á la oportunidad del caso presente. Tú, en esa sátira, diste con lo cierto de las causas que han destruido en España su lengua y la celebrada solidez de sus sabios. Los males son profundos y peligrosos, y su remedio no está en disimularlos, sino en ofrecerlos á la irrisión del mundo. Lee, pues.» Incliné la frente, y leí lo que sigue.

SÁTIRA

CONTRA LA LITERATURA CHÁPUCERA DE ESTOS TIEMPOS (1).

Aunque me exponga á vuestros necios tiros,
Pedantes, perdonadme; que mi musa
Ni puede ya sufrir ni sufrir.
Y pues ya el maldecir tanto se usa,
Permitidme que siga vuestro ejemplo,

(1) FORNER hizo muchas correcciones en el texto primitivo de esta sátira. Las más nos parecen acertadas, y las hemos admitido en el texto que ahora publicamos. Sin embargo, nos ha parecido oportuno consignar algunas variantes. (Nota del Colector.)

Si no en calumnia, en sátira difusa.

¡Oh! Cuánto labio contra mí contemplo
Forjar habillitas de malicia borrenda,
Porque al són de sus vicios no me templa.

Sé bien lo que me anuncia la contienda,
Gritos, calumnias, lluvia abominable
De dictérios, que á mí y al juicio ofenda.

¡Pero qué? Cuando logren miserable
Hacer mi vida entre pobreza dura,
Daño más que sus obras tolerable,

¡Mejorará por eso la basura
De sus fétidos pliegos, ni á mi mente
Podrán vedar que silbe su locura?

En tranquilo retiro, en inocente
Penuria, las riquezas despreciando,
Mofaré al charlatan impertinente;

Y, azote eterno del pedante bando,
Por el gustazo solo de silbarle,
Renunciaré al favor, al oro, al mando.

Cuando *Faustino* en sus corrillos garle,
Desenvainando un papelon sangriento,
Que su ciego furor supo dictarle,

En que todo rabioso y fraudulento
Glose algun hecho de mi oscura vida
Para infamar mi justo atrevimiento,

Yo, en mi alegre tugurio, en la guarida
Grata de mi pobreza, su coraje
Riendo, y su sanchez mal escondida,

Escribiré: «*Faustino* es un salvaje,
Deje la pluma y póngase á albardero,
O, si quiere medrar, hágase paje;

»Y aun su labio versátil y embustero
Su vocación allí con mejor tino
Cumplirá, ya abatido, ya altanero.»

En fin, pues ya es comercio el desatino,
También yo he de vender esta semana
Seis cuartos de discurso censorino.

¡Acaso no habrá en mí ignorancia ufana
Para ser escritor? ¡No habrá insolencia,
Presunción, hambre fiera, ambición vana?

¡No sabré destrozar la ajena ciencia?
¡Llamar á todo el mundo mentecato?
Autor soy, si no miente mi conciencia.

Cual si fuera de becas, pondré trato
De traducciones, y por cada pliego
Dictaré mi arancel, y no barato.

A adular con descaro no me niego,
Ya sea alfabetando nuestros sabios,
Ya en discursillos de argumento lego.

Haré á la ciencia y la virtud agravios;
Mas, ¿qué importa? Esto vale, esto enriquece,
Y mi elogio remitilo á mis labios.

¡Faltarán el acierto, cuando ofrece
Ejemplos á millares cada esquina,
Que de autores de esquina se guarnece?

Allí el liceo está, donde canina
Me enseña el hambre, en el locuas *Ninfas* (2)
A hallar en la barbarie fértil mina.

Allí, en su tarabilla y manoteo,
La fatuidad me dicta sus lecciones
Y el arte de ser rico sin empleo.

En torno de él, en varios pelotones,
La ambición, la avaricia, el pedantismo,
La astucia, y todas juntas las pasiones,

Con máscara de autores, el abismo
Me descifran que encierra y deposita
La ciencia que nos vende su idiotismo.

¡Por amor al saber, quién solicita
Ser sabio, cuando el ocio delincuente
Es ya quien al trabajo nos incita?

Por beber el domingo largamente
En zambra obscena, en sucia mancebía,
O en prado donde el jarro esté presente,

Ansioso el oficial de noche y día
Alquilando sus manos, las ajenas
Ricas hace con misera porfía.

¡Veis al triste *Lupino* (3) con mil penas
Abortando misiones semanales,
Atado á ser autor cual con cadenas?

(2) Nifo.

(3) Nifo.

Dale, dale á su sed rentas iguales,
Verásle *aristípeo* (1), desmintiendo
Lo estampado en sus pláticas morales.
Tal es su fin; por esto un odio horrendo
Contra toda otra gloria le encarniza,
Con el ajeno bien su mal temiendo.
¡Persiguen á algun docto! Solemniza
La calumnia, y unido á la pira
Sopla el embuste, y sin cesar le atiza.
Su ciencia es su ambicion; así declara
Guerra implacable al docto venturoso,
Que estorbo juzga á su esperanza avara.
Allí tambien, hinchado y jactancioso,
Su insolencia *Vulpeyo*regonando,
Se cree por ella un genio portentoso.
Sabe disparatar, siempre clamando
Que la verdad le asiste; ufano sabe
Someter los monarcas á su mando.
No fia á ajena pluma que le alabe,
Por buena él mismo da su suficiencia,
Y ved aquí á un filósofo muy grave.
La modestia y decoro no son ciencia;
Encogido en sus leyes, ¡qué adelanta
Quien se llega al saber con reverencia?
Mejor nuestro *Caton*, con firme planta,
Con entonada frente, en plazas, calles,
Busca el dedo vulgar que le levanta.
¡Qué gloria dan los solitarios valles,
Ni tras ella qué puestos, aunque oculto
El odio evites y la envidia acalles?
La astucia triunfa sólo en el tumulto;
No ser sabio, ostentarlo es lo que importa,
Idolo en soledad no logra culto.
Mi vientre, pues, mi vanidad me exhorta
Á fascinar al público con pliegos
De grande faranalla y ciencia corta.
Pregonará mi nombre el que de *Ciegos*
Correo fué (2), y á ciegos se encamina,
Comprando tanto honor con viles ruegos.
Después, entapizando toda esquina
Con un pliego de marca, atiborrado
De horrible titulon y hambre canina;
O bien á guisa de infeliz ahorcado,
Anunciando en tablilla, á los umbrales
De librero en buen sitio colocado,
Gritaré á los que pasan: «Animales,
Venid á mantenerme; aquí se truecan
Mis delirios impresos por reales.
»Con viento interesado aquí se ahuecan
Cabezas inocentes; no soy solo:
Mil de la propia suerte os embelecen.»
Así, aunque avaro escasease *Apolo*
Sus dones á mi testa, y quiera ingrato
Formarme hecho y derecho un pobre bolo,
Escribiendo á animales, en mi trato
No habrá esterilidad: son éstos muchos,
Y el mentecato agrada al mentecato.
¡Oh! que paran al fin en cucuruchos
Los fútiles dislates, pena impía,
Inevitable á viles papeluchos.
Y ¡qué será de la paciencia mía,
Si me veo engendrar para cartones
De la triste *Riada* (3) en compañía?
Pero á mí, traficante de centones,
¡Qué me importa la fama y que no llegue
De la rosada aurora á las regiones?
El ancho golfo intrépido navegue
Por la gloria Colon, y al cetro ibero
Nuevos imperios con audacia agregue.
Yo sólo aspiro al índico dinero;
Él descubra, yo gane las riquezas
Que él halló en el antártico hemisfero.
El templo de la gloria de proezas
Abunda y de andrajosos macilentos,
Ricos sólo de viento en las cabezas.
Allí, por los rincones, en lamentos

Se deshace la gloria pordiosera,
Acusando al poder sabios á cientos.
¡Oh! qué es verla desnuda y altanera
Comprar la mendiguez con la memoria,
Que cuando ya no sirve persevera.
El que tiene dinero tendrá gloria,
Honor, fama, virtud, si comprar quiere
Seis pliegos de inmortal dedicatoria;
Inmortal tanto tiempo cuanto fuere
Rico el héroe, ó con mano póderosa
Puestos lucrosos repartir pudiere.
Ser útil escritor es dura cosa;
Mostrar ingenio grande, ó grande ciencia,
Es subir á una cumbre peligrosa,
De cuya cima, horrible turbulencia
De vulgo sin doctrina y sin ingenio,
Fugna por arrojarle con violencia.
¡Venturoso *Escartin*, á quien *Clenio*
Negó su inspiracion, é impunemente
Puede vender los hongos de su genio!
Sin que el odio le muerda, ó se ensangrienta
Contra él la envidia, cobra rosegado
De su *Pouget* el rédito inocente.
El docto en tanto, flaco y afanado,
Cual si fucra pestífero trapero
De la raza perruna siempre odiado,
Sale á la calle, y todo basurero
Gorques vomita, que ladrando al triste,
Le acosan sin piedad en tropel fiero.
Ea, ya eché la suerte, así resiste
El juicio mis discursos chabacanos,
Y el buen gusto jamas, jamas me asiste.
Pues son tantos en esto mis hermanos,
Aplaudiéndolos yo, mi aplauso es fijo,
Y fuera autores griegos y romanos.
Aquí de la barbarie, que prolijo
Me dicte un comediion, monstruo nefando
De ineptias y patrañas amasijo.
Te imploro, languidez; vén á mí cuando
Prolongar un poema se me antoje,
Que á un tal *Rejon* (4) le deje litando.
El vulgo idiota la idiotiez acoge:
Tal es mi regla; los delirios vivan,
Y siquiera el honor rabie ó se enoje;
Que cuando airados contra mí conciban
Los sabios aquel odio intolerable
Con que los partos del pedante esquivan,
Yo en un muro de vulgo impenetrable,
A la ignorancia uniendo la cautela,
Mostraré que es su juicio despreciable.
¡Faltará un poderoso de mi escuela,
Tan sabio como yo, á quien persuada
Que la envidia en mi daño se desvela?
Así, pues, mi victoria asegurada,
Seré fátuo feliz, pues lo son tantos,
Y ya hay más de un autor en tal manada.
Hoy he de averiguar de cuáles santos
No corre aún el rezo traducido..... (5)
Mas ¡quién turba mi mente con espantos!
¿Dónde estoy? ¿Cómo así, todo embebido
En designios hipócritas, fallece
La virtud en mi pecho adormecido?
¡Qué espíritu diabólico le ofrece
Sacrílegos intentos á mi pluma,
Que así como energúmena enloquece?
¡Lo que puede el contagio! ¡Nos abrama
Tanto la plaga de escritores zorros,
Que ya el estrago á la razon consuma!
¡Triste de mí! Pegóseme en los corros
De aventureros sabios la dolencia,
Y el juicio me resiste sus socorros.
¡Oh! No permita Dios que de su ciencia
Usurpe yo el comercio al gran *Ninfeo*,
Ni le haga en traducciones competencia.
No quiera Dios que el cómico trofeo
Robe yo al siempre excelso *Valladares*,
Vendiendo un *Tabernero* al coliseo.
¡Ah! ¡qué fuera de mí si de millares

(1) Esto es, de la secta de *Aristipo*, filósofo griego, que relajó en sus doctrinas la moral que habia profesado en la escuela de su maestro *Sócrates*. (Nota del Colector.)

(2) Alude al *Correo de los Ciegos*, periódico muy acreditado, que empezó á publicarse en Madrid, el año 1786. (Id.)

(3) La *Riada*, poema de Trigueros.

(4) Rejon de Silva, autor del poema *La Pintura*.

(5) Alude á los varios poetas que se dedicaban por aquel tiempo á traducir en verso y prosa obras religiosas.

De heridas traspasado *Caracotole* (1),
 Aullando ¡ay, ay! á fuerza de pesares,
 Saliese de su tumba cuando *Apolo*
 Nos retira su lumbré, y entre sueños
 Me acometiese á mí, que duermo solo!
 Airado me dijera: «Tus despeños,
 Traductor miserable, mi reposo
 Han convertido en inmortales ceños.
 » ¡Por qué tu patria te consiente ocioso
 Propagar la barbarie á costa mía
 Y ese trato á sus letras pernicioso!
 » ¡A tanto llega la paciencia fría
 De su ciega política, que aguanta
 Que haya oficio de bárbara osadía?
 » Y en tanto, órgano haciendo tu garganta
 De quejas y lamentos maldicientes
 (¡Tal es tu arrojo y tu jactancia tanta!),
 » Tratarás los ministros de indolentes
 Y que olvidan la ciencia, porque olvidan
 Compensar faramallas indecentes.
 » ¡Cuántos aquí se ofrecen y convidan
 A que los premien por los altos dones
 Con que ilustran la patria y consolidan? (2).
 » Sabios se creen los míseros trazones,
 Porque el molde sus sueños multiplica,
 Aunque pasen del molde á los rincones.
 » ¡Halla *Babio*, sirviendo en la botica
 De vainas al ungüento sus escritos,
 Cuando *Atiena* muertes notifica? (3).
 » Dirá con grave ceño: inruditos,
 En España los hombres populares
 Partos aman, no frutos exquisitos.
 » Hacinado en no muchos ejemplares,
 Duermes *Vives*, y vende un mal poeta
 Traducido el *Concilio* á centenares.
 » A tales chascos su razón sujeta
 Quien á su patria sirve, y por lo tanto,
 Ver mi estudio entre ungüentos no me inquieta.
 » Así el clavo remachan al encanto
 De su avara filancia (4), y si no pillan,
 Reniegan, ya con rabia, ya con llanto.
 » En tiendas de libreros se agavillan
 A destrozár la aplicación ajena,
 Y cuanto ella es mayor, más la acuchillan.
 » Reconócete fatuo, y de la pena
 Sácame en que me tienes, y al Tonante
 Rogaré ponga en tí mente más buena.
 » Si no, sombra á tu vista siempre errante,
 Te seguiré, importuno, á todas horas,
 Pedante apellidándote, pedante.»
 ¡Oh! vosotras, Piérides canoras,
 Y tú, espléndido padre de los días,
 Que á *Mevio* nunca inflamais ni acalorais;
 Pues conocéis las timideces mías,
 No con tales visiones graves muertos
 Salgan por mí de sus cavernas frías;
 Que si díen tan risibles desaciertos,
 Reconocido, ya los abomino
 Y los cedo á tratantes más expertos.
 Generosa verdad, rayo divino,
 Que el sér humano ilustras y entobleces,
 A su bien allanándole el camino;
 Tu ignorancia, tus puras candideces
 Trocára yo al afán desatinado
 De comerciar en pérdidas sandeces.
 ¡Yo esclavo de la astucia, encadenado
 A vanas apariencias, que acrediten
 Ciencia que el justo cielo me ha negado?
 ¡Yo hacer que más y más se debiliten

Los juicios en mi patria, porque á ello
 La vanidad y el interés me inciten?
 ¡Yo, cual mienten los sabios, del camello
 He de enturbiar, para beberla, el agua,
 Y ofuscar el horror de espalda y cuello?
 Eso no; que si turbio se desagua
 Cenagoso albañal de obras malditas,
 Que turba necia entre tinieblas fragua,
 Pues piadosa, ¡oh verdad! me facilitas
 De tí el conocimiento soberano,
 Contra la tropa bárbara me irritas;
 Que al rayo de tu luz, aunque lejano,
 Veo clara la impura turbulencia,
 Y horror me causa su progreso insano.
 ¡Dónde estás, dónde estás, sencilla ciencia,
 Que no te veo en tanta barahunda,
 Y ni aun tu superficie ó apariencia?
 Todo es locuacidad necia é inmunda,
 Discursillos, infaustas traducciones
 Y crítica feros, que el orbe inunda.
 Armada de furor, no de razones,
 Con bravo enojo la ignorancia hinchada
 Guía sus pedantescos escuadrones;
 Y la insolencia á la sandez mezclada
 Con dictérios no sólo, á garrotazos
 Defiende ya su hacienda desastrosa.
 Va de historia: dos grandes talentos,
 De estos que viven de cansar las prensas,
 Y la barbarie venden á retazos,
 Por causas graves, de contar extensas,
 En sábia enemistad se destrozaban
 Con calumnias y sátiras inmensas.
 En folletos continuos predicaban
 Juicio y virtud los dos semanalmente,
 Y los dos mutuamente se infamaban.
 Que del ser escritor no es consiguiente
 Obrar los documentos que se escriben,
 Y el vender del obrar es diferente.
 Venganzas, pues, crüentas aperciben;
 Primero con las plumas se acometen,
 Dictando injurias que el encono aviven.
 Mas como hazañas raras (5) nos prometen
 Las luces de este siglo, en que ni errores
 Ni delitos se escuchan ni cometen,
 Cuando en su punto estaban los hervores
 Del odio docto de los dos soldados
 Que *Apolo*, en zumba, enmascaró de autores,
 Un diablo socarrón, por impensados
 Giros, en una calle me los junta,
 Y ved mis campeones ya alterados.
 Con majestad severa, una pregunta,
 No sin hiel, endereza el uno de ellos
 Al otro, que el espíritu barrunta.
 Escúcele, y replica que á desuellos
 No da satisfacción..... ¡cómo se entiende!
 Y ya amagan las uñas á los cuelllos.
 Cada cual ser más docto allí pretende,
 Y fiando á los puños la doctrina,
 La refriega diabólica se enciende.
 Entre los dientes el furor rechina,
 Éste arremete, fiero, aquél forceja,
 Y al otro sábias coces encamina.
 ¡Quién lo diría! Una inocente reja,
 Bien ajena de verse combatida
 Del ariete robusto, arma tan vieja,
 Del rigor de los años no ofendida,
 No se pudo salvar de literatos,
 Por ellos, como todo, destruida.
 Porque, entre los furores y rebatos,
 Impelido á la reja fieramente
 Uno de los atletas (6) mentecatos,
 Topando en ella la fornida frente,
 Los hierros dislocó, torció las barras,
 Y el bravo literato nada siente.
 Apelan luego á las cortantes garraas,
 Y entónces, si, la sangre ya chorrea,
 Sin que echen menos turcas cimitarraas.
 Y como la frenética pelea
 No era de noche ni en desierto mudo,

(1) Alude á las muchas obras del Marqués de Caracotolo, traducidas por Nifo. (Nota del Colector.)

(2) Variante. En un principio escribió FORNER, en lugar de este terceto, este otro:

De estos insectos por desgracia anidan
 Muchos aquí que en necios papelones
 Méritos fundan con que ardientes pidan. (Id.)

(3) Variante. En vez de este terceto, escribió FORNER en un principio este otro:

¿Qué importa tope *Babio* en la botica,
 Convertidos en vainas sus escritos
 De armas que la receta notifica? (Id.)

(4) *Filancia*, voz anticuada: *engreimiento*, (Id.)

(5) *Hazañas raras*. Variante: *acciones altas*.

(6) *De los atletas*. Variante: *de los dos sabios*.

Gran turba el espectáculo acarrea.

De mil muchachos el concurso rudo,
Lluvia seca de tronchos disparando,
Acrecienta la lid con silbo agudo.

Y azuzados del vulgo, como cuando
Se traban perros, crece la algazara
A cada golpe en el plebeyo bando (1);
Que en el circo dinero le costará

Ver burlada del toro la fiera,
Y allí logra de balde lucha rara.

Pero como no hay rayo que en prestesa
Exceda á un alguacil, y es su destino
Aguar de tales héroes la braveza,

Uno allí se aparece repentino,
Que asiendo (Dios nos libre) de los sabios,
Del tirac me los planta en el camino.

¡Oh Apolo! tú me inspira, tú á mis labios
Traslada de tu cítara sonante

El grave són que iguale á estos agravios;

Que sin tu aliento, ¡quién será el que cante
De los dos nuevos Sócrates la pompa,
La majestad en su prision triunfante?

Pues si bien ni clarín, ni heróica trompa
Guió su marcha á la mazmorra impía,
Ni hay patron que sus males interrompa,

Por lo ménos sonora gritería
De pillos, mujercillas y yes-ros
La marcha acompañó, no sin porfía.

Era de ver los continentes fieros
Y angusta seriedad con que caminan,
Despreñando infortunios tan groseros;

Que al sabio, ni los fuegos que fulminan
Soberbias las esferas, le estremecen,
Ni ruínas del orbe le arruinan.

En fin, porque el cielo que ya crecen
Importunos los rasgos de mi historia,
Aunque tan altas cosas la ennoblecen (2),

Sin formar en proceso ejecutoria,
Un juez me los despacha bien multados,
Pena que de los dos colmó la gloria.

Salen, y de su celo arrebatados,
Vanse á escribir discursos inmortales,
Que ilustren y mejoren los estados.

Pintan del odio los funestos males,
Predican la modestia y tolerancia,
Y que es la paz el bien de los mortales.

Combaten la soberbia, la arrogancia,
La avaricia, la envidia vengativa,
Y en la virtud encargan la constancia.

Y porque horror al vicio se conciba (3),
También á los viciosos escarmentan,
Esgimiendo la rápida (4) invectiva.

Apostaré yo ahora á que me cuentan
Aquí algunos lectores crítics
Entre los que de cuentos se alimentan,

Y con grupo mortal de erudiciones
Disputan que mi fábula es hurtada,
Y que *Agelio* lo indica en sus *Centones*.

Mas ¡ojalá lo fuera! Acreditada
La ciencia en sus alumnos, no gimiera
Cual gime, escarnecida y despreciada.

El hambre abominable, y la altanera
Vanidad las tareas convirtieron
Del sabio en profesion baja y rastrera.

Entonces todos juntos acudieron
Los vicios, condicion de almas vendibles
Á los que del saber tráfico hicieron.

De aquí el furor y el odio infectibles
Entre los más pedantes combatiendo,
Sobre quíenes serán más irrisibles.

De aquí el horror inicuo y estupendo
Con que al sabio de véras mortifican,
Aullando siempre, siempre maldiciendo.

(1) Variante de este terceto:

Y por la vaga esfera resonando,
No tamborea, mas ríe y alanza-za,
Hácese fiesta del plebeyo bando;

(2) Variante:

Aunque otros rasgos al ejemplo ofrecen,

(3) Variante:

Y porque el vicio entre los hombres priva,

(4) la rápida. Variante: la rápida.

Portentosas ofertas que publican,
Anzuelos son á tontos compradores,
Ciertos de que son muchos los que pican.

En suma, los científicos honores
Que un tiempo *Atenas* consagró pomposas,
No ingrata á los talentos superiores;

Cuando llena de sí la generosa
Descendencia de *Sócrates*, pospuso
Al saber la ambición facinerosa.

Hoy, por un vulgo en el saber intruso,
Si no olvidados, abatidos yacen;
Que el desprecio es hermano del abuso.

¡Filósofos! A gritos se deshacen
Innumerable de ellos en corrillos,
Que exhortan al revés de lo que hacen (5).

Espeso nubarrón de papelillos
Nos atestiguan su doctrina y celo,
A pesar de ligeros pecadillos.

Su fin es mejorar el patrio suelo:
Por esto á los ministros los presentan
Para ayudar en algo su desvelo.

Nada, nada pretenden, nada ostentan,
Que si en la covachuela distribuyen
Los partos que sin término acrecientan,

Conocemos que es sólo porque influyen
En la nación las altas oficinas,
Y sus hondos discursos las instruyen.

Desde el supremo trono á las cortinas
Que tapan, sucias, lóbregos portales,
Donde, ¡oh Baco plebeyo! tú dominas

Reyes, grandes, ministros, generales,
Albañiles, autores, carpinteros,
Payos, y altos y bajos oficiales,

La república, en fin, si á los esmeros
De tan grandes varones no se ajusta,
¡Adios, dicha; adios, bienes verdaderos!

Y aunque la antigüedad grave y adusta
La ciencia colocó en las obras buenas
Y en abrazarse á la virtud robusta,

Gracias á Dios, costumbres más amenas
Snavezaron el duro documento,
Y ya ser un *Caton* (6) no cuesta penas.

Gracias á Dios, ya logra su cimiento
La dicha del mortal, ¡oh lujo amable!
En tu brillo, en tu halago, en tu ornamento.

Que afantes á un casado miserable,
Provedor de una infiel que le aniquila
Por hacerse á otros ojos agradable;

Que un juez, cuya mujer coser no estila,
Lleve siempre tu peso en la balanza,
Por el cual hasta el íntegro vacila;

Que debilites la pueril crianza,
La honestidad vendiendo á la delicia,
Y al adorno superfluo la templanza;

Y con la ufana pompa que codicia
Por ejemplos fatales la doncella,
No reprimas, alimiente la malicia,

Cuando en concurso frívolo descuella,
Inspirando deseos indecentes
Al jóven que arde á la menor centella;

Que el pudor viendo y la modestia ausentes,
Creyendo que es convite el bello adorno,
Se atreva á peticiones insolentes;

Y ella, que lo desea, sin bochorno
Oiga el caliente ruego, y le conceda
Una blanda sonrisa por retorno,

Con lo cual franca ya la senda queda
Al trato adulterino, cuando esposa,
Si ya espera á que el vínculo preceda;

Que devore en la mesa deliciosa
El sudor de sus pueblos un magnate,
Y ellos mendiguen mientras el rebosa,

O entre torpes rameras malbarate
La hacienda que sus incultos abuelos
Le adquirieron venciendo en el combate;

Que los hombres oprimas, que los cielos
Te detesten, ¡oh lujo! importa nada;
Ya la ciencia es benigna á los mozueros;

(5) Variante:

Que á la bárbara patria felix hacen.

(6) un *Caton*. Variante: un *Senon*.

No como cuando aceda y desalmada

Riféndoles severa é importuna,
Les dictaba una vida refrenada.

Ya los blandos arrullos de la cuna

Preparan con letrillas no sucintas

Conducta á la república oportuna.

Lo que á un pueblo le importa es gastar cintas,

Pomadas, relumbrones, no virtudes,

Modas, modas costosas y distintas,

Que produzcan afán, sollicitudes,

Trampas, disoluciones, embriagueces,

Infamias, adulterios, inquietudes....

Santa filosofía, ¿te estremeces?

¿Tuerces el rostro á la pintura horrible?

¿Con tristes alaridos me ensordeces?

¡Oh! chocheas sin duda; de irrisible

Ceño armada, cual vieja regañona,

Todo ya te es molesto y reprensible.

¿Olvidas (vieja al fin) que nos abona

Tu nombre esa lindísima doctrina,

Que por tuya se vende y se pregona! (1);

¿O quizá, cual moneda adulterina,

La marcan con tu sello venerable

Para que logre curso á la sordina?

¿Te enfureces de nuevo, despreciable?

Mendiga quieres ver siempre á mi España,

Estúpida, andrajosa, miserable?

Desah la oscura niebla que la empaña,

Y pues sobran no tímidos talentos,

Su celo y sus designios acompaña.

Antéganos en sueños opulentos;

Castillos en el aire se fabriquen;

Llámesse docto al forjador de cuentos;

Delirios de delirios multipliquen

En la árida península; esto es ciencia,

Por más que cien fanáticos repliquen.

Gritar: ¡Humanidad! Beneficiencia!

Hace rico un estado en dos minutos,

Y no: pecado, caridad, conciencia.

Llama á mis españoles bestias, brutos,

Y apódamelos bien de teologotes,

El más bajo entre necios atribuyen.

Verás á borbotones los Quijotes

Salir enarbolando gruesas plumas,

No distintas de mazas y garrotes.

Y cual se esponjan leves las espumas

En lago apaleado, que levanta

De ampollas huecas infinitas sumas;

Que al ver tanta hermosura nos espanta

En los cándidos grupos, y aire vano

Son para el que á palparlos se adelanta;

Así bien sacudido el lago hispano,

Agrupará científicas ampollas,

Y, aunque con viento, ostentárase ufano.

Tal, divino *Censor* (2), tú nos arrollas,

Y con nudosa clava nos demuestras

Que un estado no es sabio sin bambollas.

Te imitan otras plumas á un más diestras

En cargarnos de palos y más palos,

Labrándose á su gusto las palestras.

Diréis que todos son Sardanapalos

En la misera España, según llueven

Catones, que ellos solos no son malos;

Que á no ser por decirse que se mueven

A ladrar porque el vientre les instiga

Y hacen bien en buscar con que le ceben,

Desterrado de tí, patria enemiga,

Preferiera á tu suelo los desiertos

Que en la arenosa Arabia el sol castiga;

Donde abrasado entre peñascos yertos,

De tanto bachiller fiscalizante

No entendiera los crudos desconciertos;

Donde en clima de fieras abundante

Escucharía silbos de culebras,

No aullidos de una turba delirante.

En fin, porque van largas ya las hebras

Que Talía me hila, y ser pesado

Un lánguido escritor, tiene sus quiebras;

Y yo, vulgar ingenio, no he pensado

En formar colección de versucillos

Con precio en suscripciones mendigado,

Ahorrando frases de afectados brillos,

De una vez mi atrevido pensamiento

Diré en términos claros y sencillos:

Por libros se nos venden humo y viento,

Bambolla, faramalla, disparates,

Vaga locuacidad sin fundamento.

Llaman filosofía á los dislates,

A la audacia, al orgullo, á la locura,

Y á oráculos se meten los orates.

Comercio, industria, fábricas, cultura,

Legislación, costumbres, ciencias, artes,

Civil economía, agricultura;

Corre, suena, retumba en todas partes

Este lenguaje, en libros, en folletos,

Enhebrando magníficos ensartes.

Embutidos así los mamotretos,

La piadosa nación celo presume

Lo que es cebo á lectores indiscretos.

Porque ¿en qué tanta bulla se resume?

En que coma una industria pedantesca,

Que plata, tiempo y juicio nos consume.

Hierve afanada la tremenda gresca,

Y revolviendo el río de mil modos,

Es el mejor autor el que más pesca.

Éste es el norte que dirige á todos;

Y el que aspira á ganancia más segura,

Va y se mete en la mística de codos.

Un mozalvete (3) de gentil figura,

Que respira del mundo el aire vano,

Que adultera tal vez, bebe y perjura,

Reimprime un *Ejercicio cotidiano*,

Y á costa de las almas compungidas

Gana con que ser frívolo y liviano.

Las ciencias, ofuscadas, oprimidas

De la vaga y burlesca taboala,

Yacen mustias, cobardes, escondidas.

Así nada se labra ni acrisola.

Tu arte, ¿dónde está, grave *Mariana*?

¿Dónde el vuestro, *Leon, Liso, Argensola*?

Viese, ¿quién hoy te sigue! (4) ¿quién allana

Contigo del saber la sacra senda,

Desviando el error que la profana?

¿Dónde está la magnífica contienda

Que, á Atenas emulando, á la gran Roma

Hace que eterna su doctrina extienda?

La rica erudición, ¿dónde se asoma?

¿Dónde tu estilo, Adán de los poetas,

Que el extranjero gusto vence y doma?

En fin las obras sábias, las discretas,

Que, vacilando el español imperio,

Dió fértil en edades más inquietas,

De sonrojo nos sirven, de impropio,

Hoy que brinda la paz á intentos (5) grandes

Y no vive el ingenio en cautiverio;

Hoy que no nos usurpa altiva Flandes

El premio de los doctos, ni se aguanta,

Hipócrita-ambición, que te desmanda.

Mas si yace el honor, ¿qué nos espanta

Que inunde á España, porque al cielo plugo,

De grajos tantos turbulencia tanta?

Quien se somete al vergonzoso yugo

De la venalidad, busca en su mente

Sólo al comercio acomodado yugo (6).

Asunto elegirá que le presente

Réditos prontos, infalibles, gruesos,

Y seguirá al vulgacho la corriente.

No busca en la doctrina los excesos;

Búscalos en la venta, y por la venta

Sólo estudia en vulgares embelesos;

Y con materia baja y fraudulenta,

Traicion hace mil veces á su juicio,

Si alguno tiene quien así le afrenta.

(3) Un mozalvete. Variante: Un pisaverde.

(4) Variante: Viese, ¿quién hoy te imita?

(5) d intentos. Variante: d empresas.

(6) Variante de este terceto:

El que apronta ganancia, mueve el yugo;

Labra sin fuerza, araña solamente,

Y la más crece lánguida y sin jugo.

(1) Alude á las doctrinas de los enciclopedistas franceses. (Nota del Colector.)

(2) Periódico de aquel tiempo. (Id.)

¡Oh patria! Tu padeces el perjuicio
De esta turba voraz de pedantona,
Que hacen de tu paciencia beneficio.
¡Que eternos monumentos, que blasones
Trasladara Minerva á nuestros nietos
De esta edad tan fecunda en impresiones!
¡De Merio el *Apréton* (1) y los sonetos,
La prosa de sus versos, fría y seca,
Buena para recetas y secretos!
¡De Guarinos la infesta *Biblioteca* (2),
Tablado donde España comparece
A hacer ostentación de lo que peca:
Celo tonto, que piensa que ennoblece,
Y en la calle nos pone nuestros trapos (3)
Y á la irrisión del mundo los ofrece!
En suma, los desechos, los harapos
Que arroja Francia, y nuestra ciencia visten,
Cual muñeca, de andrajos y guifapos;
Así destinados en dañarle insisten
Genios yertos, estériles, mezquinos,
Que á incantadas bolsas y al poder embisten.
De la razón críeles asesinos,
Piumas traidoras, que por precio mastan,
Y después piden premios peregrinos.
Y tú, cuando forzada te arrebatan,
¡Qué dices! Que á otro siglo más dieloso
Tus tristes esperanzas se dilatan (4).
Cuando compre la gloria el ambicioso
Al precio noble de virtud altiva,
Y en su vicio aparezca virtuoso;
Cuando escriba á los hombres el que escriba,
No al oro de los hombres, que es grosera
Su ciencia, y fiera la razón esquiva;
Cuando el que premios y fortuna adquiera,
Digno sea de premios y fortuna,
Y no usurpadores, merecerlos quiera;
Cuando á las letras la virtud se una....
Esto difícil es.... pero á lo menos
No hagan alarde de vileza alguna;
Ni de arrogancia y de avaricia llenos,
La eterna fama del honor marchiten,
Secos de juicio y de decoro ajenos.
Harás que se enfurezcan, que se irriten
Contra este avaro siglo los futuros,
Para que no imitarlo soliciten.
Y les dirás: «Si cándidos, si puros
Aspirais á que el hombre se ennoblezca (5)
Con sabios documentos, con seguros,
» No á que siempre de males adolesca,
Ni la llaga en el bálsamo nutrida (6),
Cuanto más racional, más se envilezca.
» De la especulación sea la vida
Práctico ejemplo, y obre la enseñanza,
Y la acción á la pluma vaya unida.
» Santa amistad, estrecha semejanza
Haya entre labio y pecho; la alta cumbre
De la inmortalidad así se alcanza.»
Así, inflamado con celeste lumbre,
Se desata el ingenio fervoroso
De la baja y terrena pesadumbre.
Y corriendo los orbes animoso,
Sus misterios y leyes investiga,
Y los pinta con placido reposo;
O ciñendo su sien la yedra amiga
O el eterno laurel, con plectro de oro
Las molestias del ánimo mitiga,
Cuando, emulando del Olimpo el coro,
Canta del alba la amorosa risa
O de un héroe eterniza el gran decoro.
Su voz, no acobardada ni remisa,

A las lóbregas urnas penetrando,
Donde la Parca las grandezas pisa,
La ya enterrada gloria restaurando,
A la luz sus ejemplos restituye,
Y hace inmortal de la virtud el mando.
Rápido vuela el tiempo, y cuando huye
Triunfante con trofeos de la muerte,
Trofeos que también lima y destruye,
El ingenio feliz con mano fuerte
Sale al encuentro á la fatal huida,
Sin pavor que su fuerza desconcierte;
Y de entre los despojos de la vida
Al tiempo arranca los angustios hechos,
Que abrazados se lleva el homicida.
Inmortaliza así los dignos pechos
El docto ingenio, y triunfan del olvido
Varones en ceniza ya deshechos.
De Atenas el honor ya demolido,
Ni sombra suya en la región conserva
Donde fué el gran *Demóstenes* oído.
Cabañas rudas entre mustia hierba
Se ven hoy donde un tiempo el *Arcepsago*
á *Platon* escuchó con frente acerba.
Templos, estatuas, foros al estrago
Se rindieron, y mármoles divinos
Apénas duran en destrozado vago.
No hallan, cuando allí van los peregrinos,
A Atenas en Atenas, y dolientes
Gimen ¡ay! el rigor de los destinos.
Porque acordando nombres eminentes,
Buscando van el Pórtico, el Liceo
Entre malvas y zarzas inclementes.
La gloria del ingenio su trofeo
Allá solo mantiene levantado feo,
Triste ornamento del desierto feo.
Tal poder contra el tiempo ha reservado
Próvido el cielo á la excelencia humana,
Que así indica su origen encumbrado.
Con él burla á la muerte, con él gana
No, vendiendo la mente, precios viles,
Mas gloria, en las edades soberana (7).
Gloria negada á espíritus serviles;
Gloria que hace de enseñanzas fieles,
Justo premio de genios varoniles;
Gloria que no procede de oropelos,
Ni limita al café su ministerio (8),
Cual tú, esponjado *Poncio*, hacerlo sueles.
Gloria que de la envidia el vituperio
Ve caer á sus pies, y en su constancia
Quiebra humillada su rabioso imperio (9).
Tiempo fué cuando hinchada la arrogancia
Ofuscó en vuestros padres la grandesa,
Dilatando al engaño la distancia....
Mas ya que el juicio á recobrarse empieza,
La infamia abominada de tales artes;
Acompañe á la ciencia la pureza (10),
Y admirados seréis en todas partes.

Dijo, y al punto, ¡qué prodigio! transformándose
repentinamente en ranas una gran cantidad de los pen-
nitenciados, se derrocaron con fiero estrépito ellos y las
espuertas al pestilente cenagal, y á los que se salvaron
de la risible metamorfosis los mandó expeler del Parna-
so, cargados con los capachos, diciendo que los había
reservado para que, inspirados de saludable arrepenti-
miento y escarmentados en cabeza propia, diesen fe á
los corruptores presentes del fin y premio que los espe-
ra para término de sus desatinadas tareas....

Aquí llegaba, cuando siento estremecerse mi cuerpo
extraordinariamente, y derramarse por todos mis miem-
bros un frío pavor, bien así como cuando aprendemos

(1) Alude á la composición que escribió Iriarte con este título.
(Nota del Colector.)

(2) Ensayo de una biblioteca española del reinado de Carlos III,
por don Juan Sempere y Guarinos. (Id. id.)

(3) Variante:

Y nos moca á la calle nuestros trapos,

(4) Variante:

Apelas del rigor con que te tratan.

(5) Variante:

Pretendais que la mente se ennoblezca.

(6) Variante:

Ni que, hinchada de ciencia envilecida,

(7) Variante:

Mas gloria, de los siglos soberana.

(8) su ministerio. Variante: su magisterio.

(9) Variante de este terceto:

Gloria que del pedante el vituperio

Ve caer á sus pies, y en su constancia

Quiebra la envidia su rabioso imperio,

(10) la pureza. Variante: la nobelia,

que nos amenaza alguna grande fatalidad.....—¡Ay Dios!
 ¡Si me convertiré yo tambien en rana?... La vehemencia de esta aprension me obligó á querer dar un salto como para alejarme del maldito derrumbadero. Inténtolo, y siento que me tienen asido de un brazo; vuelvo la cabeza, y veo á *Arcadio*, que me dice riéndose: «Si yo tuviera mejor opinion de vos, ésta era la tarde en que os creia santo hecho y derecho. Tres ó cuatro horas há que os han visto aquí inmóvil, sentado en la silla, reclinada la frente sobre la mesa, clavados los codos en su tabla, y cogida la cabeza con ambas manos. La tarde, lluviosa y melancólica, hizo creer á vuestra familia que os hablais dormido con pesadex profunda; pero viendo que iba largo el sueño, han entrado de propósito á alborotaros varias veces, y en ellas nada han conseguido sino veros de cuando en cuando reir muy de gana, ya suspirar, ya hablar; vengo á buscaros, y la pobre familia, creyendoos extático y arrobado en algun raptó extraordinario, me encarga que os observe con atencion. Entro, y os hallo en la misma postura; muevo la silla, y nada; tiros de un brazo, y vos, asustado, vais á huir precipitadamente. ¿Qué es esto, hombre del diantre? ¿Habeis estado meditando alguna oda pindárica en elogio del inmortal *Frigerion* (1), ó algun poema épico en que la ninfa *Gerinda* ayude á la diosa *Girapliega* para que en las cavernas de la region *Antropia* exciten saludable tempestad que exima al númen *Ventriculo* de las graves aflicciones en que lo han puesto las malignas ninfas *Castañas* ó los malandrines *Nabos*?».... Miré entónces con atencion á todas partes, y me hallé, en efecto, en mi estudio, sentado junto á una mesa. Levantéme, y dije á mi amigo: «*Arcadio* mio, he tenido esta tarde el rato de mayor entretenimiento que pienso lograr en toda mi vida. Vos sabeis que no duermo siesta jamas. Despues de comer, por engañar la melancolía del tiempo, me senté aquí y solté las riendas á la imaginacion, para que á su arbitrio fuese por donde más le viniese en voluntad. Ella, que se vió libre de las trabas á que la sujetan de ordinario las obligaciones de la vida, tuvo tan lindo gusto, que me ha presentado una comedia divertidísima, y tanto, que, enfrascado en la variedad de sus escenas, no he sabido de mí hasta que llegásteis á perturbar mi embeleso; y punto por punto le conté cuanto va refiriendo. ni más ni menos que me lo habia figurado mi fantasía en aquella agradable suspension.... «Alto, pues, dijo *Arcadio*, acabado el cuento; no os dejaré de la mano hasta que todo eso lo trasladéis al papel, y despues á la imprenta. No puede expiarse con menos desagravio el desacato horrible con que los ganapanes de la literatura han violado la castidad hermosa de nuestra lengua. Manos, pues, á la obra ántes que se enfrie el hervor de la imaginacion....—¿Estais loco?—Estélo ó no, lo dicho dicho; más locos están los que han dado ocasion para delirar con tanto concierto y provecho....—Y qué dirá el público de verme metido á gracioso con todas las reverendas de?...—¡Bella simpleza! El público dirá que no envilecen al hombre los chistes, sino las costumbres pésimas. Y si hay alguna austeridad tan enemiga de las gracias, que ose reprobar vuestra jovialidad, decidle á su dueño que si él quiere semejarse más

á las bestias, viviendo grave y extático, que manifestar que es hombre, riendo cuando lo piden la ocasion, las cosas y las personas, vos no estais de ese humor, ni debéis estarlo mientras la naturaleza no destruya los objetos ridiculos, y no os haga saber, por medio de algun anuncio extraordinario, que, despues de haberos dado la facultad de reir, es su positiva y deliberada voluntad que no os risais. Decidle que *Ciceron* no dejó de ser el mayor cónsul de Roma por haber sido zumbon y decididor acérrimo. Decidle que *Augusto* escribió *Fescenninos* (2), y si nos sabe qué son *Fescenninos*, como es muy de crecer, enviadle el almacen de *Ambrosio* para que le dé parte de su carabina. Decidle que *Adriano* fué el emperador más bufon y más sabio que se sentó en el trono de los Césares, de suerte que ninguno de cuantos ciñen la banda imperial le aventajó en donaires y en gobernar bien. Decidle que el rígido y ceñudo *Séneca*, cuya filosofía no parece sino que se amasó en salsa de mostaza y hortigas, se zumbó atrozmente nada ménos que de todo un *Claudio*, transformándole en calabaza y haciéndole la befa y juguete del Olimpo. Y si todavia se tiene en sus trece de majadero, echadle á las barbas el *Misopogon* de *Juliano* (3), atado á la sarta de sus *Césares*, y dejadle que reviente de estrado como vegiga de botarga, mientras vos confeccionais vuestro estilo del modo más conveniente al fin que os proponeis, que es la verdadera brújula para las navegaciones literarias....

»Escribid vos, y dejad de mi cuenta vuestra apologia, cuando haya algun genio tan vinagre que se duela porque vos os reis de lo que, no sólo es digno de risa, sino de silbos y cencerros....—Aun me queda un escrupulillo. ¿Paréceos que podrá agradar una invencion en que el asunto principal aparece, allá casi al fin de ella, anegado en una multitud de episodios, que poco ó nada tienen que ver con él? ¿Una invencion quimérica, cuya cabeza no dice con el cuerpo, y en éste se ven sembradas plumas?...—Vaya, excusad la pedantería de repetirme el documento de *Horacio*....—Pero, ¿no es de bulto el reparo?—Eso; pero en estas obras, ¿quién os ha de pedir los rigores y puntualidades de una fábula épica ó dramática? Estos escritos, que se llaman *satiricones*, corren y saltan libremente en campo ilimitado, y en la pequeñez de los sermones del mismo *Horacio* hallaréis frecuentes ejemplos del genio licencioso y lascivante, si es lícito decirlo así, de esta casta de obras. La sátira es retozona, y no gusta de reducirse á la clausura de un círculo. *Luciano*, *Apuleyo*, *Capella* y sus imitadores modernos os darán cuanta metralalla necesais para rociar á los reparones. ¿Digo algo?

»—Ahora, sús, voy á escribir, y para que todo sea extraño, he de trasladar esta misma conversacion, que servirá de retaguardia á la obrilla, y á Dios y á dicha, será la primera que lleve el prólogo á la cola, y con esto, en vez de *Galeato*, podrá llamarse *Ocrato*, ó más bien prólogo á la grupa ó *Postfuccion*....—Lindamente, dijo *Arcadio*....» Y ve aquí cumplida mi promesa.

(2) *Fescennini versus*. Llamábanse así unas coplas satíricas y obscenas que cantaban los romanos, especialmente en las bodas. (Nota del Colector.)

(3) El emperador *Juliano* escribió, entre otros libros, la *Sátira de los emperadores romanos*, y la obra burlesca el *Misopogon*, esto es, el *Enemigo de la barba*. Estas y otras obras de *Juliano el Apóstata* fueron publicadas en Leipzig, el año de 1696. (Id.)

(1) *Trigueros*.

CONDE DE NOROÑA

(EXCMO. SR. D. GASPAR MARÍA DE NAVA ÁLVAREZ DE NOROÑA).

NOTICIA BIOGRAFICA.

Nació en la villa de Castellon de la Plana, el 6 de Mayo de 1760. En el año de 1766 fué nombrado caballero paje del Rey; en 1778 capitán de dragones del regimiento de Lusitania. Se distinguió notablemente en el sitio de Gibraltar, y estuvo á pique de perder la vida en el navio *Paula*, que se colocó en primera fila en el combate llamado *de los empalletados*.

Hecha la paz con Inglaterra, le nombró el Rey su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la corte de San Petersburgo.

En 1792, época de la guerra de España con la República francesa, volvió al servicio de las armas. Dotado de excelentes prendas militares, llegó al alto grado de teniente general, y, como tal, mandó una parte del ejército español en Galicia durante la guerra de la *Independencia*. Alcanzó sobre los franceses la victoria del puente de San Payo.

Murió el CONDE DE NOROÑA en Madrid, á principios del año de 1815.

Las tareas militares y diplomáticas no apartaron nunca al CONDE del cultivo de las letras, que eran su principal recreo. Escribió una tragedia en verso, titulada *Madama Gonzalez*, y dos comedias en prosa: *El Hombre marcial* y *El Cortejo enredador*.

Publicó sus *Poetas* en 1799 (Madrid, imprenta de Vega y Compañía; dos tomos en 8.^o), y su poema *Ommiada* en 1816 (Madrid, en la imprenta Real; dos tomos en 8.^o).

Escribió un *Análisis* del poema del P. Hojeda *La Cristiada* (MS.).

Tradujo del inglés varias poesías árabes, persas y turcas, que con el título de *Poetas asiáticas*, fueron publicadas en París, muchos años despues de su muerte (en 1833, en la imprenta de *Jules Didot*).

POESÍAS.

ANACREÓNTICAS.

AL LECTOR.

Estas mis tiernas odas,
En la niñez nacidas,
Que expresan de mi pecho,
Ya rabia, ya alegría;
En donde á cada paso
Retratados se miran
El fuego de Cupido,
De Liéo la risa;
A tí, lector amado,
Dedico, no por mias,
Sino porque son copia
De las pasiones vivas.
Sin ellas nunca Apolo
Me templára la lira,
Ni versos me dictára
La docta poesía.

No al lírico teyano,
No á las musas latinas
Que el amor celebraron
De Lesbia, Delia y Cintia;
No al muchacho Villégas
En sus tiernas *Delicias*;
No á Moratin, Cadalso,
No á muchos que le imitan,
Ni ménos á Melendez,
Que es la dulzura misma,
Con arrogancia vana
A competir aspiran.
Dejan que éstos su frente
De lauro inmortal ciñan,
Mientras la Fama al mundo
Su mérito publica.
Ellas, como se precian
De humildes y sencillas,
Si agradan, han llegado
Al colmo de su dicha;
Que amores y placeres

Casi siempre fastidian
A quien no está agitado
De las pasiones vivas.

CHASCO CRUEL.

Entre sueños anoche
Me figuraba un prado
En donde unas muchachas
Un baile concertaron;
Saltaban y reían,
Hacia yo otro tanto,
Cuando de pronto miro
A Lisis á mi lado;
Al verla tan hermosa,
Suspensos nos quedamos,
Como si nos hiriera
Júpiter con su rayo.
Vuelvo del susto, busco
La causa de mi pasmo,

La encuentro, y la alegría
Retozaba en mis labios;
Voy á dar á mi Lísis
Mil besos, mil abrazos;
Despierto, y con el lecho
Encuéntrome abrazado.

EXCELENCIA DE LÍISIS.

Mandó la diosa Vénus
Á un pintor afamado
Que un retrato tan bello
La formase en un cuadro,
Que sólo con mi Lísis
Pudieran compararlo;
Y aunque se halló confuso
Con empeño tan árduo,
Juntó, para que fuese
Perfecto y acabado,
Cuántas doncellas eran
En hermosa pantofo.
De Ina pintó la frente;
Los ojos como rayos
De Clorinda; de Elisa
Los encendidos labios;
La nariz de Amarilis;
Los cabellos dorados
De Filida; de Nise
Las torneadas manos;
De Anarda la cintura;
De Dórida los brazos,
Y de la gran Florinda
El pecho levantado.
Pero viendo que Lísis
Sobresalía tanto
Como los fuertes robles
Sobre zarzales bajos,
Arrojó los pinceles,
Haciendo mil pedazos
La pintura, y la dijo:
Absorto con tal caso:
«Ni hay belleza en la tierra
Para hacer el retrato
Que me pides, ni es obra
De entendimiento humano.
Sola tú, Vénus, puedes
Ser comparada en algo
A Lísis; pero de otra,
Es locura pensarlo.»

DE CUPIDO Y LÍISIS.

En el jardín de Lísis
Cogiendo está Cupido
Mil flores, que deshace,
Jugando como un niño;
Salta una mariposa,
Alarga sus deditos,
Y por pillarla, deja
Sus armas con descuido.
Lísis, que así le mira,
Se acerca de improviso,
Le toma las saetas
Y el arco vengativo;
Menea la cabeza,
Mofándole infinito;
Mas él dice sereno,
Con un blando sorriso:
«Por qué tomas mis armas,
Si tus ojos divinos
Son dardos, que atraviesan
Mucho más que los míos?»

Á UNA PALOMA.

Dulce paloma mía,
Vuela, vuela al momento,
Y, buscando á mi Amira,
Colócate en su pecho,

Tú llevas mis poderes,
Y en ellos mis deseos;
Y así, llora si llora;
Si se rie, haz lo mismo;
Si se muestra enojada,
Con sùaves requiebros
Serena su semblante,
Alegra sus ojuelos;
Si cantar pretendiere,
Con un arrullo tierno
Acompaña su canto,
Más dulce que el de Orfeo;
Si duerme, te suplico
Que la guardes el sueño,
La cubras con tus alas
Y defiendas de Febo;
Si escucha, da con pompa
En torno mil paseos,
Si hinchando tu garganta,
Dila cuánto la quiero;
Mas si de este mensaje
Ella hiciere desprecio,
No vuelvas; que tu vista
Me diera más tormento.

Á UNA MOSCA.

Oh mosca, que revuelas
En torno de mi Amira,
Que siempre la acompañas,
Que sus secretos miras;
Tú, que el sueño la robas
Cuando está más dormida,
Con tus sutiles alas
Haciéndola cosquillas;
Tú, que su mano tocas;
Tú, que su pecho picas,
Que en su cabello juegas,
Que besas sus mejillas,
Y que chupas ansiosa
El dulcísimo almibar
De sus rosados labios,
Donde el amor habita;
¡Ay! si tuvieras mi alma,
¡Cuánta fuera tu dicha!
Y si yo tu licencia,
¡Qué de cosas no haría!

Á UN PAJARILLO.

¡Oh tierno pajarillo,
No tengas, no, cuidado,
Ni tampoco te asustes
Por verte entre sus manos;
Porque ese cautiverio,
Si lo juzgas amargo,
Otros lo apetecerán
Por premio á sus trabajos.
¡Así el cielo quisiera
Quitarme el gesto humano,
Y trasformado en ave,
Entregarme á quien amo!
Si sus dedos hermosos
Me apretáran, ufano
Despreciara del mundo
Las riquezas y faustos.
Si acaso me soltara,
Iria revolando
En torno de su pecho,
Donde haría descanso.
Allí me detendría,
Su blancura admirando,
O atrevido tocara
Con mi pico sus labios.
¡Cuánto mejor es esto
Que buscar por los campos,
A costa de mil riesgos,
De las mieses los granos!
Allí los cazadores
Os están acechando,

Y al rigor de su astucia
Pereceis como incantos.
Mas tú escuchar no quieres
Estos consejos sabios,
Y anhelas con ahínco
Abandonar su lado.
Pues el cielo permita
Que el nido derribando,
En sus manos te coja
Algun críel muchacho,
Que ate á tu pierna un hilo
Y que de él tire cuando
Quieras dar algun vuelo,
Riendo de tu dafío,
Y que despues que te halles
Medio perniquebrado,
Te entreguen por juguete
A las uñas de un gato,
Porque aguantar no quieras
Por un tan breve espacio
De unos dedos tan bellos
El delicioso tacto.

LA DONCELLA ALDEANA.

¡Qué linda que parece
La rústica doncella
Con la saya de paño,
Mantilla de bayeta,
Un sombrero de paja
Cubriendo su cabeza,
Y á su redondo pecho
Un pañuelo de seda;
Su anchurosa garganta
Rodeada de perlas,
Y muchos relicarios
Que con gracia le cuelgan;
Sus cabellos, cogidos
Con una gran peineta
De plata, y una cinta
De colores diversas;
La camisa más blanca
Que la nieve, y en ella
Mil flores, mil dibujos,
Formados con destreza!
De esta suerte adornada,
Y llena de modestia,
Que á veces su semblante
Se enciende y colorea
Porque alguno la mira
Más de lo que debiera,
O porque ante las gentes
Sin rubor la requiebran,
Es mejor á mis ojos
Que todas las bellezas
Que en medio de la corte
Su vanidad ostentan.

UN BORRACHO.

Coronado de yedra,
El rostro abotargado,
Los ojos encendidos,
Espumosos los labios,
El habla balbuciente,
Desiguales los pasos,
Desabrochado el pecho
Y trémulas sus manos,
Llevando en la derecha
Un anchuroso vaso,
Tan colmado de vino,
Que lo va derramando,
Se acerca hácia nosotros
Filogeno el borracho.
¡Oh qué extraña figura!
¡Qué lástima está dandol!
¡Ay Dios, cómo tropieza!
¡Cuál rien los muchachos!
Éste le tira un troncho,
Aquél le vierte un jarro;

¡Que se halle entre los hombres
 Quien se exponga, insensato,
 Por un vicio tan feo,
 A un general escarnio!
 Callad, responde él mismo;
 Que cuando el padre Baco
 En mis entrañas bulle
 Y me acalora el casco,
 No sé qué son tristezas
 Ni á qué llaman cuidados,
 Ni se me da que todos
 Se rían de mi estado.
 En calma está mi pecho,
 Mil dulzuras gozando,
 Ignoradas de aquellos
 Aun más afortunados;
 Y así al punto apuremos
 El vino: ea, bebamos,
 Y de lo que otros digan
 No se nos dé un ocharo.
 Y en su dulce bebida
 Ambos ojos fijando,
 Hasta la última gota
 Deja el vaso apurado.

Á UNOS CELOS.

Extiende con firmeza,
 Oh Júpiter, el brazo,
 Despidiendo al momento
 Tu penetrante rayo.
 Cielos, dejad que venga;
 Nubes, abrid el paso;
 Aires, impulso dadle,
 Y fuegos, inflamadlo,
 Para que me divida
 El pecho desdichado,
 Y consuma allá dentro
 Unos celos amargos
 Que no puedo extinguirlos....
 Vamos, Júpiter, vamos;
 Pero tente, que puedes
 Destruir el retrato
 De aquella que los causa,
 Que allí también lo guardo;
 Y entónces, por vengarme,
 Me hicieras mayor daño.

Á DRUSILA.

¡Por qué cuentas tus años,
 Drusila, tantas veces?
 Los futuros no existen,
 Los pasados no vuelven.
 Si volaron las gracias
 De la edad inocente,
 Aun brilla tu cabello
 Sobre las tersas sienes.
 Es otra tu hermosura;
 Porque en ella se advierte
 Actividad que atrae,
 Dulzura que detiene.
 No eres niña que ignora
 Si es bueno lo que quiere,
 Ni tampoco apagado
 El fuego de amor tienes.
 Tus años son los propios
 Para gozar placeres,
 Pues no llegan á treinta
 Y pasan de los veinte;
 En esta edad el pecho
 Con más ardor se enciende;
 Se sabe qué es cariño,
 Porque mejor se siente;
 La Cipria á manos llenas
 Sobre nosotros vierte
 Los gustos más continuos,
 Más llenos de deleites.
 Y así, deja á los años,
 Que se van y se vienen;

Porque sólo se goza
 El instante presente.

Á CUPIDO.

Quita, que me has herido,
 ¡Mal hayan tales juegos,
 Cupido! ¡Que tus chanzas
 Siempre paren en esto!
 ¡Quiéres desenojarme?
 Pues haz que me dé un beso
 Amira; que á tal daño
 No encuentre otro remedio.

DE UNA MUCHACHA.

Al lado de una fuente,
 De envidia, mi pastora
 Deshace entre las palmas
 Las flores más hermosas;
 Que se mire en las aguas,
 Y allí verá la tonta
 Que ellas son las que deben
 Estar de ella envidiosas.

DEL AMOR.

Las ninfas, por vengarse
 Del muchacho de Vénus,
 Cuando incauto dormía,
 Ansiosas le prendieron;
 Cuál ata con guirnaldas
 Su delicado cuerpo,
 Cuál á un tronco le amarra,
 Cuál le echa un lazo al cuello,
 Cuál hace mil pedazos
 Sus arpones tremendos,
 Y cuál le arroja flores,
 Diciéndole dennestos.
 Mas él se burla y ríe,
 Y con dulce gracejo
 Exclama: «Bobas, bobas,
 ¡Qué pretendéis con esto?
 Yo soy sólo la imagen
 Que retrata el espejo;
 El amor, que la causa,
 Existe en vuestros pechos;
 Nace cuando vosotras,
 Se aumenta al mismo tiempo,
 Y sólo con los años
 Viene su fuerza á ménos.
 Y así, en tanto que bulle
 La juventud, es necio
 Quien sujetar pretende
 El amoroso fuego.

SILVAS.

Á CUPIDO.

Apaga el hacha ardiente,
 Muchacho veleidoso;
 Rompe al instante el arco poderoso
 Y las flechas agudas, con que herías
 A todos fieramente,
 Y con las que abatías
 Al que de tu potencia se burlaba.
 ¡Esa venda, esas alas, esa aljaba,
 Qué bien que te caían! ¡Tu hermosura
 Con ellas qué realce no tomaba
 En los dichosos días
 Que era dulce tu ardor, tu risa pura,
 Suaves tus cadenas!
 Mas ahora todo es llanto, todo penas.
 Silvia, que con semblante

Hermoso y halagüeño.
Mantiene un corazón como el diamante,
Sedujo el mío con amante empeño;
Pero de tal manera,
Que no era el mismo que otros tiempos era;
Pues fué tal su atractivo,
Que me vi, más que amante, su cautivo.
A Silvia hallaba yo por donde quiera:
En la mesa, en la calle, en el paseo;
Como si allí estuviera,
Solía presentármela el deseo;
Cuando al lecho llegaba,
La imagen de mi Silvia me asaltaba;
Al sueño al fin cedía,
Y á Silvia en él veía;
Y al despertar, con Silvia me encontraba;
Silvia era todo cuanto
A percibir llegaban mis sentidos;
Y esta Silvia, olvidada de mi llanto,
De mis tiernos gemidos,
Cual viento se ha mudado,
Y de mi amor ardiente se ha cansado.
Las olorosas flores, que tejieron
Los dedos de tu madre, rotas fueron;
Ajadas y esparcidas
Las he visto por esas mismas manos
Hermosas y atrevidas,
Que, para destrucción de los humanos,
Fueron dulce depósito del fuego
Que ablanda mucho más que el mayor ruego.
De cuanto tú dejaste, nada existe:
Silvia lo destruyó; no más tu imperio.
¡Feliz el que resiste
Tan duro cautiverio,
Y huyendo de tu trato fraudulento,
La amable libertad goza contento!

Á UN CLAVEL.

Encendido clavel, clavel hermoso,
Más que todas las flores oloroso,
Pues tus hojas con pompa desplegando,
Llenas el aura de un olor tan blando
Y tan puro, que al hombre le mitigas
En parte sus pesares y fatigas;
Tú, que honras el verano, con él vienes,
Que anuncias con tu vista tantos bienes,
Adornas los jardines y las salas,
Retozas en el pelo y en las galas
De las graciosas ninfas, y al fin eres
Testigo fiel de todos sus placeres;
¿Qué tienes? ¿qué te pasa? ¿qué te afige?
Ya lo veo: bien claro se colige.
Tú vienes á mi mano con despecho,
Porque antes, colocado en aquel pecho,
Donde Vénus anida su hermosura,
En medio de su fuego y su blancura
Gozabas de un deleite no explicado,
Y eras de los amantes envidiado,
Y sientes que te arrojen de su seno
Cuando de él disfrutabas más sereno.
Si es esto, no desmayes, vén conmigo
Porque la misma suerte que tú sigo;
Que también ese pecho poscía,
Y por feliz me tuve en algún día;
Y ahora, de mi trono repellido,
Me angustia el pensar sólo lo que he sido.
Vén, y en mi corazón, clavel, reposa;
Séame tu fragancia deliciosa;
Y pues el mismo sinsabor tenemos,
Mutuamente los dos nos consolemos.

Á LELIO.

Como, Lelio, te encuentras adulado
De Fortuna, que siempre está á tu lado,
Por quien tus trojes ves de mieses llenas,
Y un crecido ganado,
Que ocupa las campiñas más amenas
O hace desaparecer las altas sierras,

Por lo que en tus arcones
Continuamente encierras;
Talegos á millones;
Ahora, confiado en tu ventura,
Piensas que has de rendir esa hermosura,
Que, de mi ardiente llama penetrada,
El oro, el mando, todo estima en nada.
¡Cuánto te engañas! El metal precioso,
De que está un servil pecho codicioso,
No puede corromper el amor puro;
Con éste más seguro
Estuviera el honor de la doncella
Dánae que con el muro
De robusto metal; una centella
De este fuego no más fuera bastante
A resistir constante
Al mismo Jove, en oro convertido.
¡Y habías tú creído
Que al punto destrózara
Mi imagen, de su pecho me arrojará,
Y tú en el trono, que ántes poseía,
Habías de gozar de la que es mía?
¡Qué error, Lelio! ¡No ves que los altares
De Vénus y del hijo soberano
Incienso por mi mano
Con sabéos aromas singulares,
Y cada día ofrezco dos pichones
De sexo diferente,
Más blancos que la nieve, retozones,
Que ya sienten de amor la sed ardiente,
Que admiten mis ofrendas con cariño,
Y que el potente niño
Con sus flechas rechaza los amantes,
Mientras ella con voces insinuantes
A mi Silvia mantiene en la firmeza,
Pagando de este modo con largueza
Mis tiernas oblacones?
Huye, Lelio, y conserva tus doblones
Para una mujer torpe y corrompida;
Que donde la virtud tiene su asiento,
Y en donde con tan firme fundamento
El dulce amor se anida,
No puede tu metal tener cabida.

LA VENIDA DE LA PRIMAVERA.

Á NERINA.

El invierno enojoso,
De nubes rodeado,
Marchóse presuroso
A ejercer su rigor al Norte helado;
En tanto se presenta
La dulce precursora del verano,
Derramando mil flores
Con generosa mano,
Que embalsaman el aire con olores.
Los céfiros suaves,
Libres y exentos de las nieblas graves,
En torno la rodean,
Halagan y recrean
Los pechos aquejados;
Los arroyos, que atados
Con prisiones de hielo
No podían regar el verde suelo,
Ahora sueltos, del monte
Con risa bulliciosa se despeñan;
Corren serpenteando
Por el ameno valle y van regando
Las plantas á porfía;
Renace la alegría
Del rústico, que en la era
Espeas haces hacinar espesa;
Los troncos corpulentos,
Que resistieron con vigor constante
A los bravosos vientos,
Con risueño semblante
Al cielo elevan sus crecidas ramas,
Cubriéndolas con hojas al instante;
Los pájaros canoros
Forman diversos coros,
Canciones entonando,

Ora en los verdes ramos escondidos,
 Ora al aire esparcidos,
 Acá y allá con gracia revolando;
 El sol se muestra claro y luminoso,
 Ni ofende con sus rayos,
 Cual suele en el estío,
 Ni escasca sus luces perezoso,
 Como cuando á la tierra oprime el frío.
 ¡ Oh dulce primavera !
 ¡ Oh juventud del año ! persevera
 Entre nosotros siempre;
 Deten el veloz paso;
 Mas ¡ ay ! que extiendes las purpúreas alas,
 Sin querer hacer caso
 De mi amoroso ruego,
 Y de mis ojos ¡ ay ! te alejas luego.
 ¡ Temes que te marche la hermosura
 El serco estío con su ardiente fuego ?
 ¡ Temes perder, al verte, tu frescura ?
 ¡ Que se sequen tus labios olorosos ?
 Pues véte ; que no quiero
 Que sientas los ardores rigurosos
 Del tiempo venidero ;
 Huye, si, huye : tus pasos acelera ;
 Que un amargo dolor me causa el verte,
 Porque eres verdadera
 Imágen de mi suerte ;
 Pues cuando contemplaba
 A mi dulce Nerina
 Más amorosa y fina,
 Y que el tierno Cupido se esmeraba
 En derramar sus gustos indecibles
 Sobre dos corazones tan sensibles,
 Se ausentó de mi vista, y he quedado
 Cual suele el caminante en noche oscura,
 Al verse deslumbrado
 De un relámpago activo no esperado,
 Que, lleno de amargura,
 Con ánsia espera que se acerque el día ;
 Así mi amante pecho,
 En lágrimas deshecho,
 De continuo á los ojos las envía,
 Hasta que los aclare la luz mía.

CANCIONES.

LÍDIS SOBRE TODAS LAS SATISFACCIONES.

Agitado mi triste pensamiento,
 Revuelvo mil ideas lisonjeras
 Para buscar en ellas al gría:
 Ya me figuro plácidas praderas,
 Donde inmensos rebaños apaciento,
 Que triscan y retozan á porfía;
 La leche, finas lanas y la cría
 Me dan lo suficiente
 Para vivir decente,
 Pues lejos de los vanos resplandores
 Y aparentes honores,
 Desfruto de una vida sossegada,
 Sin envidia de nada;
 Esto mismo me oprime, me atormenta,
 Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
 Ya pienso en un arroyo, dividido
 En dos brazos que corren diferentes,
 Cercado de menuda y fresca arena:
 El uno lleva alegre sus corrientes
 Por un prado de flores revestido,
 Y con su orilla, de frutales llena,
 Hace su vista mucho más amena;
 El otro de una roca,
 Que casi al cielo toca,
 Se despeña ruidoso, y acompaña
 Con armonía extraña
 Al coro de las aves. Tal contento
 Al alma da contento;
 Mas si lo escucho, mi pesar se aumenta,

Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
 A veces imagino que, corriendo
 En un caballo bético fogoso
 Tras la cuitada liebre por un prado,
 La afijo con mis perros y la acoso;
 Que, las riendas al bruto revolviendo,
 No dejo mata, cerca, ni vallado
 Que no salte en pos de ella acelerado;
 Que se agacha, y ligera
 Aviva la carrera;
 Que, saltando mis galgos, al momento
 La dejan sin aliento;
 Que gasto en ejercicio tan honesto,
 Del día todo el resto;
 Ningun gusto á mi pecho se presenta,
 Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
 Las músicas, las cenas, los saraos
 Procuran asaltar mi fantasía,
 Donde encuentro placeres á millares;
 Ya desfruto una grata melodía;
 El alma, oprimida en tenebroso cáos,
 Al escuchar sus tonos singulares
 Arroja de su seno los pesares,
 Se absorbe y enajena;
 Ya gozo de una cena,
 En donde el vino de Jerez afieja
 Nos quita el sobrecejo,
 Y son luego con danzas concertadas
 Mil dichas apuradas;
 Esto ningun placer en mí fomenta,
 Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
 Otras veces me juego coronado
 De laurel y de gloria esclarecida,
 Cercado de infinitos prisioneros;
 Que tengo una provincia sometida,
 O bajo el duro yugo un pueblo osado;
 Que á mis plantas se encuentran los aceros
 Que gané á mis contrarios altaneros
 En sangrienta batalla;
 Que su soberbia calla
 Al ver al vencedor en su presencia;
 Que la mayor potencia
 Cede al fin á mis brazos victoriosos;
 Trofeos tan honrosos
 No tienen para mí valor ni cuenta,
 Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
 Que Fortuna con mano generosa
 Hame dotado de preciosos dones
 Creo otras veces con altanería;
 Que poseo monedas á millones;
 Que la tierra y el mar no tienen cosa
 Que á fuerza de poder no sea mía;
 Que el comercio del mundo y granjería
 Deben á mi riqueza
 Su poder y nobleza;
 Pero estos pensamientos desvariados,
 Estos gustos son dados
 A los que siempre buscan el dinero;
 Que por mí no le quiero,
 Ni mi gusto en tenerle se acrecienta,
 Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
 Que Apolo, descendiendo del Parnaso
 Con sus dulces hermanas, ha vertido
 En mi pecho la fuente de Helicón
 Me persuado tal vez; y aunque, subido
 Sobre la espalda del veloz Pegaso,
 El orbe calla si mi voz entona;
 Que el dios absorto al punto me corona;
 Y el Tiempo, derribando
 El busto venerando
 Del inmortal Homero, pone el mío
 Con fiero poderío
 En aquel pedestal, do, como justo,
 Lo colocó el Buen-gusto;
 Tal locura me causa sólo afrenta,
 Y Lísis, sola Lísis me contenta.

EL AMOR POR UNAS LÁGRIMAS.

Ahora quiero, Amor, que con tus alas
 Me cerques y me agites de manera,

Que sólo amor respire el blando acento.
Tú, que una vez y ciento
En mi pecho clavaste tu asta fiera,
Y en ágrías peñas y graciosas salas
Hiciste que se oyese mi armonía,
Por tus vivos impulsos excitada,
Haz que con voz más dulce, más templada,
Pueda cantar la gloria de aquel día,
En que vi de dolor mi luz hermosa
Poco á poco apagarse,
Y de su faz, envidia de la rosa,
El matiz alejarse

Por la lluvia de lágrimas ardientes
Que enviaban sus ojos refulgentes.
Cual suele aparecer el sol luciente,
De mil nubes espesas coronado,
En el florido Abril por la mañana,
Bordando de oro y grana
El manto de la aurora delicado,
Y con su clara luz resplandeciente
Las réunidas nieblas desatando,
Rasgar activo el tenebroso velo,
Haciendo que reciba el seco suelo,
Que ansioso espera, su rocío blando,
Tal mi luz, en celajes escondida,
Apareció primero;
Rompió en llanto la niebla denegrida;
Y un gozo verdadero
Recibió entonces mi alma enamorada,
Que ansiaba de tal lluvia ser bañada.

No de fortuna tal merecedores
Fueron los campos que la pura lumbre
Del rubio Febo de continuo dora,
Ni aquellos en que mora
De justos la escogida muchedumbre,
Libres ya de esta vida y sus dolores.
Lágrimas tan hermosas y excelentes
No las forjó el Amor para este suelo.
Tales fueron aquellas con que el duelo
De su pecho mostró, viéndolo presentes
Las gracias de su Adónis marchitadas
La blanca Citerea;
Tales fueron por ella derramadas,
Cuando se halló cual rea
En el Olimpo sacro escarnecida,
De amor ardiendo y en la red prendida.

Las perlas delicadas que en el seno
De la sidonia concha se producen
En el lejano y oloroso Oriente,
Brillo tan esplendente
No tienen, ni entre el nácar más relucen,
Que este rocío celestial y ameno,
Por el cándido rostro derramado,
Y los colores de purpúrea rosa,
Que el rostro camaltan de mi luz llorosa.
¿Por quién, Páris, hubieras sentenciado
Si tal hubieras visto la alta Juno
O á Pálas Athena?
Mas ¡ay! que rostro cual mi luz alguno
Es imposible sea,
Y más si en llanto del amor se baña
Y el amargo suspiro la acompaña.

Sobre el enhiesto cuello, que en blancura
Atras deja las cumbres de Pirene,
Y han las Gracias con arte torneado,
Sin orden, derramado
El oro, que el Ofir igual no tiene,
Lascivo vaga por la nieve pura;
Las hebras, unas en la tersa frente
El viento manso orea; réunidas
Otras con lazos, y otras divididas
Se rizan y se enredan dulcemente;
Mas al golpe del llanto doloroso
Confusas se amontonan
Y cubren el semblante lastimoso;
Tal las flores coronan
Un lozano jardín; y en un momento
Su pompa rinde el proceloso viento.

Cuando la reja dura desenvuelve
Los áridos terrones, y á su paso
Encuentra con la flor que Vénus ama
Entre la verde grama,

No hace daño mayor; el cuello laso
Inclina, el rostro mustio á tierra vuelve,
Marchítanse las hojas, el brillante
Resplandor se amortigua, y desmayada
Causa lástima ver á la que nada
Igualaba en belleza rozagante;
Mi Luz así, cual linda y tierna rosa,
Cayó desfallecida,
Robada la color, y congojosa,
La voz interrumpida,
Apagado su lustre, y con el llanto
Mostrando, sin querer, su gran quebranto.

Las lágrimas preciosas inundaban
El pecho de marfil, y los suspiros
Tras ellas se salían presurosos.
¡Oh momentos dichosos!
¿Por qué quisisteis ¡ay de mí! partiros
Con tanta ligereza, si encontraban,
En verlas derramar, mis pensamientos
La prueba del amor más acendrado?
Corristeis con un vuelo arrebatado,
Corristeis sin parar, dulces momentos;
Mas no podréis quitar á la memoria
Que siempre me presente
Esta tan triste lamentable historia.
Para que amante cuente
El día de mi lúgubre partida
Por el más venturoso de mi vida.

Veré continuo, con angustia grave,
El pecho donde Vénus y Cupido
Ateoran sus dones inmortales,
Con ansias desiguales
Y amante sobresalto conmovido;
Veré pararse cual viola suave
El rosado color del rostro bello;
Veré unos con otros encontrarse
Los amargos sollozos, y agitarse
Sin orden ni artificio su cabello;
Veré mi clara luz amortiguada
Contra mi ardiente seno;
Veré la densa niebla desatada,
Y cual rocío ameno
Mi ánimo regalar; tal me creía
Cuando con tanto amor me despedía.

Tú, sacro amor, que rindes prestamente
Al yugo de tu ley los más osados;
Tanto, que Jove en el celeste asiento
No está del fuego exento
Que producen tus dardos aguzados;
Tú, que haces resonar de gente en gente
El vigor de tu brazo formidable,
Extendiendo tus alas vagarosas
Por donde giran las heladas osas
Y por do Febo con calor estable
Tiene el orbe igualmente dividido,
En mi socorro acude;
No que me apagues mi pasión te pido,
Sino que el tiempo mude,
Impelido de tí, mi amargo estado,
Pues vivo ausente, triste, enamorado.
No en mil cerros el oro recogido
Y con graciosos nudos relazado,
No aquellos vivos relumbrantes ojos,
Más que los rayos, rojos,
Que esparce en derredor el sol dorado;
No el carmin sobre leche desteñido,
No el conjunto de gracias que natura
Quiso depositar en un sujeto,
Son las que causan mi amoroso efeto;
Sino el llanto abundante, la ternura
De aquel sensible pecho lastimoso.
Si quieres sujetarme,
Dulce amor, con un lazo poderoso,
Procura presentarme
Siempre en mis brazos á mi Luz llorando,
Y entonces me será tu yugo blando.

Á UN NUEVO TURPIAN DE LAURA.

¡Oh tú, nuevo Turpian, que has conseguido
La esclavitud más dulce, más honrosa,

Pues Laura te ha el gido
 Para aplacar su pena congojosa,
 Si su mano oficiosa
 Te balaga, no te ufanes ni te engrías;
 Que no posan en tí sus pensamientos;
 Renueva con tu vista los contentos
 Que tuvo en otros más felices días,
 Y eres ¡oh desdichado!
 Sólo recuerdo de su bien pasado.
 Mas no por eso el corazón doliente
 Consumas ora en misera tristeza;
 Porque el tiempo potente
 Abate el muro de mayor alteza;
 La ardiente gentileza
 Con su impulso cual humo desaparece,
 Y todo queda á su rigor trocado;
 Hasta el cariño puro y acendrado
 Se deshace al instante y desvanece
 Cual surco de la nave,
 O anda que, al volar, señala el ave.
 Así, cobra valor; espera, espera
 Que la memoria del Turpian difunto,
 Cual él, en Laura muera,
 Y que, llena de amor por su trasunto,
 Lo adore al mismo punto
 Que á la tierna aveculia desdichada;
 Que en tí encuentre el alivio que en aquella,
 Y que llame feliz la dulce estrella
 Que una prenda le dió tan deseada;
 Mas guarda; todavía
 No es, Turpian, éste el venturoso día.
 Conoce la prisión á que has venido;
 No te engañe la jaula primorosa,
 Ni mirarte servido
 Por su mano suave y deliciosa;
 Porque ella, cual la rosa,
 Esparce en derredor su esencia pura
 Con alma liberal; pero cercada
 De agudas puntas, se presenta airada
 Al que intenta gozar de su hermosura;
 Que flor tan soberana
 Sólo á un influjo superior se humana.
 En tanto, desplegando la librea
 De tus pomposas plumas, con agrado
 Su corazón recorra
 Revolando del uno al otro lado;
 De tu pico nevado
 Vuelen las gracias, brote la armonía
 En trinadas dulcísimas canciones,
 Bastantes á mover los corazones
 Y á conseguir renazca la alegría
 En los ojos de Laura:
 Revuela y canta, y su placer restaura.
 Restaura con afán aquella risa
 Que envidiaban los dioses inmortales;
 Restaura á toda prisa
 Aquella chanza, antídoto á los males;
 Restaura aquellas sales
 Que percibirse, no imitarse, pueden;
 Restaura..... Sí, Turpian; sólo al constante
 Corazón la fe pura, al pecho amante
 Los premios, las coronas se conceden:
 No desmayes; alienta;
 Que, al gre el tiempo, el lauro te presenta.
 Ya veo cómo Laura se deshace
 En hacerte cariños desusados,
 Y cómo se complace
 En tus vivaces juegos continuados;
 Sus ojos, animados
 Con un brillo clarísimo, esplendente,
 Demuestran de su pecho la alegría;
 Y su canora voz con melodía
 Así expresa gozosa lo que siente:
 «Logré mi bien perdido:
 Con el Turpian el gusto ha renacido.»
 Cupidos, retozad; Gracias hermosas,
 Cercad á Laura con festivo anhelo;
 De mirtos y de rosas
 Orlad su frente: del impíreo cielo
 Haced bajar al suelo
 Los Placeres, y en torno la festejen;
 Nada se vea que dolor indique

Por todo su recinto se publique
 Que los Cuidados rápidos se alejen;
 Que en tan precioso nido
 Con el Turpian el gusto ha renacido.

Á VÉNUS.

Oh Vénus, madre del placer sabroso,
 Que en torno giras, con lascivo vuelo,
 De los pechos del dulce amor tocados,
 Esparciendo tu néctar oloroso:
 Á Páfos deja y del impíreo cielo
 Los salones dorados;
 Vén, vén á dar alivio á mis cuidados;
 Vén, deidad cariñosa, y en tu seno,
 Morada de los gustos,
 Permite busque paz quien se ve lleno
 De males tan adustos,
 Que, si esperanza en tu favor no hubiera,
 Há tiempo que en el mundo no existiera.
 Tú, que conoces del amor la llama
 Que el pecho agita, el ánimo enardece,
 Y tras sí lleva cuanto encuentra al paso
 A modo de torrente, pues quien ama
 Todo peligro corto le parece,
 Y miras que me abraso,
 ¿Por qué de mi tormento no haces caso?
 ¿Quién en tí imaginára tal dureza!
 ¿Quién que Vénus amable
 Dejára perecer en la tristeza
 A un hombre miserable
 Que ornó siempre con mano cuidadosa
 Su delicioso altar de mirto y rosa!
 Vuelve tus ojos con benigno agrado
 Á quien tus leyes con ardor abraza;
 Su hermosa luz, su brillo refulgente
 Echen del corazón enamorado
 El monstruo que su fibra despedaza,
 Y, huyendo prestamente,
 Deje que un triste en su pesar aliente.
 Salga ya de una vez del pecho mío
 Esta desconfianza
 Que ha conseguido en él tal poderío,
 Que la dulce esperanza
 No se atreve á llegar á sus umbrales,
 Temiendo, en vez de bienes, causar males.
 No, madre, me repliques, ni con ceño
 Apartes mis ofrendas amorosas;
 Confíesote que Lesbia ha merecido
 Que tú la adores con ardiente empeño;
 Que tu mano mil gracias deliciosas
 En su rostro ha esparcido,
 Y tu hijo posa allí como en su nido:
 Confieso que adorarla es adorarte;
 Que te hallas complacida
 Viendo á los hijos del horrendo Marte
 Doblar la frente erguida
 Ante sus dulces plantas, pues te agrada
 Toda ofrenda en sus aras dedicada.
 Pero ¿por qué te olvidas, madre mía,
 De las santas promesas que me hiciste!
 ¿Por qué permites que en tu Lesbia vea
 Entre nubes cubierta la alegría;
 El gozo á veces con semblante triste;
 Y ofuscada mi idea,
 No sepa qué esperar ó lo que crea?
 ¿Por qué no pones en su pecho hermoso
 Esa amable franqueza
 Con que el tuyo ha salido victorioso
 Más que con la belleza;
 Pues quien une á lo franco la dulzura,
 Hasta los imposibles se asegura?
 ¿Por qué no arrancas el cruel recelo
 Que su pecho devora y que deshace
 Del amor las profundas impresiones?
 ¿Por qué no rompes el espeso velo
 Que mi pasión la oculta, ofusca y hace
 Que mis tiernas acciones
 Las tenga por engaños y ficciones?
 ¿Por qué, dulce deidad, no la aseguras
 Que es mi pecho sensible,

Mi amor ardiente, mis finezas puras?
Házlo, diosa apacible;
Así te vea de placer cercada
En brazos de otro Adoni abandonada.

—
Á LESBIA ENOJADA.

La fiebre cuando estaba
En mis huesos metida,
Llamando con ardor la Parca fiera;
Cuando en torno miraba
Mi familia afligida,
Y al marchitarse ya mi primavera,
No tan terrible me era,
Ni á mi pecho tan dura,
Como ver enfadada mi luz pura.
El fuego estrepitoso
Que consumió las naves
Contra el enhiesto Calpe dirigidas,
Ni el ruido belicoso,
Ni los lamentos graves,
Ni el humo de maderas encendidas,
Ni el ver perder mil vidas,
Me causaron tal pena
Como mirar mi lumbre de ira llena.
Las francesas banderas
Al aire desplegadas;
Tronando la furiosa artillería;
Ni las balas ligeras,
Ni puntas aceradas,
Ni ataques, ni escaladas á porfía,
Me dieron la agonía
Que experimento ahora,
Viendo enfadada mi graciosa aurora.
La espantosa caída
De los montes de nieve
Que el viento arranca del Pirene adusto
Cuando, como aterida,
Su falda se conmueve
Y retiembla el peñasco más robusto,
No me dió tanto susto
Como ¡ay triste! me ha dado
El hallar á mi bien tan irritado.
Depon tu justo ceño,
Oh Lesbía de mis ojos,
Y no emplees tu saña en un rendido:
Pues detesto el empeño
Que causó tus enojos,
Y á tus plantas me pongo ya abatido,
Séame concedido
Con dulce agrado verte;
Si no, más grata me será la muerte.

—
EN ALABANZA DE LESBIA.

Levanta, blanca aurora,
La purpurada frente,
Y esparce por el mundo tu rocío;
Abra su pensil Flora,
Ria la fresca fuente,
Llénese de armonía el bosque umbrío,
Ya sacudido el frío
Y la tiniebla oscura,
Se muestre claro el día;
Pues la dulce luz mía
Sale al campo, ostentando su hermosura,
Y al mirarla, parece
Que hasta mostrar su rostro no amaneca.
Rojo sol, coronado
De rayos rutilantes,
Asoma por las puertas del Oriente;
Deja el Indo abrasado
Y las tierras distantes,
Y tu luz nos esparce prestamente;
Otra más esplendente
Te espera en este suelo;
Tú te verás vencido
Si su rostro florido
Muestra sus gracias á la tierra y cielo.
Ven, sol; que es cosa dura

II, Ps.-XVIII.

Que retenga tal bien la noche oscura,
Luna pálida y fría,
Que por el firmamento
Giras entre el silencio y la tristeza;
Cuando se acerca el día
Debes dejar tu asiento
Para que ostente al orbe su belleza;
Si tú desde tu altcza
Vieras este lucero,
A Endimion no adorarás,
De otra luz te adornarás
Más viva, y de esplendor más duradero;
Nunca ya anoheciera,
Que el sol contigo el día dividiera.
Tú, Bétis caudaloso,
Que del monte Segura
Bajas para aumentar al mar sus ondas,
No corras presuroso,
Ni en tu corriente pura
La olivífera frente adusto escondas;
No es justo correspondas
Con disgustado ceño
Al cielo, que te ha dado,
Para ser celebrado,
El más digno, más raro y dulce dueño;
Eleva tu cabeza,
Mira, y admira absorto su belleza.
Ninfas, que estáis triscando
En su profundo seno,
Cortad las aguas y salid afuera;
Que otra ninfa esperando
Está en el prado ameno,
Dando honor á la bética ribera;
Cada cual placentera
Orne su blanca frente
De rubicundas rosas,
De perlas primorosas,
De ámbra sálave y oro refulgente,
Como á reina y señora
De cuanto la mar baña y el sol dora.
Y tú, Lesbía, ornamento
De Hesperia y lumbre mía,
En cuyo fuego el corazón consumo,
Oye mi tenue acento,
Que elevarse querría
Para ensalzar tu nombre hasta lo sumo;
Pero yo no presumo
La carroza febea
Regir con pecho osado,
Temiendo que abrasado
Del rayo ardiente, cual Faeton, me vea;
Sólo mostrarte quiero
Cuán sencillo es mi amor, cuán verdadero.
Otros cisnes canoros,
Que cortan la corriente
De este fértil, ondoso y claro río,
En tonos más sonoros
Lleven de gente en gente
Tu nombre, pues llevarlo desconfío;
Que del humilde río
El impulso es tan leve
Cual de Céfito, cuando,
Las alas agitando,
Apénas la hoja de las flores mueve.
Mas si es grato á tu oído,
Diré que Apolo el puesto me ha cedido.

—
DICHAS SOÑADAS.

En la márgen florida
Del sacro rey de ríos, Bétis claro,
Me encontré con un bosque delicioso;
La rama entretrejida
De los rayos del sol era reparo,
Y lo hacía tan fresco como umbrío;
Convidóme al reposo
Su augusta soledad, su dulce calma,
Que de placeres inundando el alma,
Parece que en silencio me decía
Que en su ámbito hallaría
Lo que con vivas ansias deseaba;

Y en la hierba mi cuerpo reclinaba.
 Cuando del centro espeso
 Veo venir á Venus, rodeada
 De infinitos Cupidos retozones;
 Cual con vuelo travieso
 Su crencha agita al viento encomendada;
 Cual va tirando en derredor arpones;
 Cual prepara prisiones
 De lirio, rosa y arrayan florido;
 Cual corre persiguiendo divertido
 Las siempre revolantes mariposas,
 Y cual con oficiosas
 Manos el carro de coral marino
 Dirige por el aire cristalino;
 Al artullo lascivo
 De las blancas palomas que conducen
 A la madre inmortal de la hermosura,
 En mi pecho percibo
 Mil ansias que sus ecos me producen,
 Llenando mis sentidos de amargura.
 Entonces, con dulzura
 Asiéndome la mano Citera,
 Con óculos suaves me recrea
 Y me afirma que viene solamente
 Para que experimente
 Hasta dónde su amor llega conmigo,
 Y «vén, me dice, vén»; callo y la sigo.
 Penetro la espesura,
 Y un nuevo encanto ofrécame el sentido
 En una hermosa gruta, fabricada
 Con tan extraña hechura,
 Que no la iguala aquella donde Dido
 Vió su fe conyugal rota y manchada,
 Ni la tan celebrada
 De la diosa Calipso, pues excede
 A cuanto el labio humano decir puede.
 Hierbas, flores, maderas olorosas,
 Y todas cuantas cosas
 Tiene natura de más precio, estaban
 En la gruta, y sin orden se mezclaban.
 De esto mismo nacia
 Una cierta belleza inimitable,
 Que la vista y agrado variaba;
 El sol no se atrevia
 A introducir sus luces, ni era dable;
 Que una sùave oscuridad reinaba.
 Atento lo miraba,
 Cuando advierto salir del hondo de ella
 Mi dulce lumbré, mi radiante estrella,
 Dando á las flores y á las plantas vida,
 No tan bien recibida
 Es la aurora tras noche tenebrosa
 Como de mílo fué mi Lésbia hermosa.
 Con los brazos la hubiera
 Mostrado mi placer; pero mi anhelo
 Contuve por respeto de la diosa.
 Al fin, de esta manera
 Mi afán la dije, libre de recelo:
 «Mármol de Páros, purpurada rosa,
 Esencia deliciosa,
 Aljófar nacarado, rubí ardiente,
 Cercos preciosos de ébano luciente,
 Rayas vibrantes, gracia seductora,
 Mi vida, mi señora,
 Solamente se llena mi deseo
 Cuando á mi lado y con amor os veo.»
 La vista vergonzosa
 Alzó, miróme; mas la voz turbada
 No la dejó expresar su sentimiento:
 Conociólo la diosa,
 Y á la gruta llevónos preparada
 Para acabar allí nuestro tormento.
 Al punto por el viento
 Los Cupidos cruzaron revolando,
 Hácia la estancia del placer guiando.
 Abriéronse de par en par las puertas,
 De flores mil cubiertas,
 Y, en su recinto penetrando ufano,
 Conduje á Lésbia asida de la mano.
 Las Gracias, desceñidas
 Y de oscuras violas coronadas,
 Estaban afanosas trabajando,

Con almohadas mullidas,
 Fines encajes, telas delicadas
 Un támo nupcial aderezando;
 Y cual rocío blando,
 Encima derramaban con aseo
 El sudor de Pancaya, y el saheo,
 Y del Hibia las flores olorosas.
 Quedaron silenciosas,
 Esperando los dulces desposados,
 Y de su afán nosotros admirados.
 Cuando acercarse veo
 Con pié ligero un jóven agraciado,
 Cual nunca presentóseme á la mente,
 El alado Himeneo,
 Con el rubio cabello destrenzado,
 Y en la mano una antorcha reluciente
 Ardido dulcemente;
 Y cuando en derredor la sacudia,
 Tal fragancia en la gruta se esparcia,
 Que el sentido en amor se embriagaba.
 Lésbia lo contemplaba
 Con alma absorta, pecho palpitante
 Y cubierto de rosas su semblante.
 El mancebo gracioso
 Las manos nos unió. «Basta, nos dijo;
 Respiren vuestros tiernos corazones;
 Porque un fin delicioso
 Con mis coyundas al afán, prefijo,
 Que os causan las amantes sensaciones.
 —Echad los eslabones,
 Cupidos, y cerrad las recias puertas,
 No para el vulgo vil queden abiertas,
 Que ve mis santos ritos con sonrisa;
 Y caminad aprisa
 A detener á Febo; que no es justo
 Nos venga á interrumpir su ceño adusto.
 Salieron los Cupidos,
 Y revolviendo el eje poderoso,
 Las puertas al cerrarse resonaron.
 Mis miembros, sacudidos
 Con el golpe, perdieron el reposo,
 Y mis cansados ojos despertaron;
 El lecho rodearon,
 Y ya nada encontré de cuanto habia.
 Así suele mi ardiente fantasía
 Presentarme los gustos con empeño,
 Y cual ligero sueño
 Huirse de mi vista acelerados.
 ¡Ay gustos, para mí siempre soñados!

EL FESTIN DE ALEJANDRO, Ó EL PODER DE LA MÚSICA.

Traducción libre de la oda que al mismo asunto compuso en inglés
 Mr. Dryden.

En el festin real á la conquista
 De Persia por el hijo esclarecido
 Del macedón Filipo, colocado
 En su solio imperial y trono erguido,
 El héroe estaba con risueña vista,
 De orgullo, pompa y majestad cercado;
 En torno rodeado
 De sus magnates ínclitos guerreros,
 Orlando rosas y arrayan sus frentes,
 Premio bien merecido á los valientes
 Que esgrimieron constantes sus aceros
 En los ataques fieros.
 La amable Tháís ocupó el asiento
 Inmediato al monarca, como esposa
 Rozagante oriental, pues relucía
 Cual sol brillante en la mitad del día
 Ó flor temprana en la estación graciosa,
 Y la recibe el vencedor contento;
 Que sólo, solamente al belicoso
 Gozar es dado de un objeto hermoso.
 Timoteo, descollando
 Sobre el armonioso coro
 Y tomando el plectro de oro,
 La lira empieza á tañer;
 Va los puntos afinando,
 Sube el tono al firmamento,

Inspirando con su acento
Un dulcísimo placer.

Empieza el canto por el gran Tonante,
Que el alcázar supremo abandonando,
Donde ejerce su imperio eternamente,
En pos camina de un sorriso blando.
¡Tal es la fuerza del amor, que amante
Se olvida Jove de su sér potente
Y su forma desmiente!
Pues en dragon brillante convertido,
Baja volando de la sacra esfera
Y de la hermosa Olimpia se apodera,
Cual fiero gavilán de implume nido;
Y en el aire subido,
De orbe en orbe se eleva, se sublima,
Taladrando, cual rayo el firmamento,
Y en el último cielo se reposa;
Allí la estrecha, como á tierna esposa,
Con gozo celestial, dulce contento,
Hasta que logra con vigor se imprima
Su imagen en su seno, y que fecundo
En sí alimento al vencedor del mundo.

El concurso absorto admira
Lo sublime del sonido,
Y con trasportado oído
Está el Rey sin respirar.
Los techos mira y remira,
Y la frente sacudiendo,
Dios se cree, que está haciendo
Los firmes cielos temblar.

Entonces con más dulce melodía
De Baco canta el músico la gloria;
De Baco, siempre joven, siempre hermoso
El dios va celebrando su victoria
En medio de una alegre compañía
Que vencedor lo aclama y poderoso;
Beuena el horroroso
Eco del parche, y el feroz sonido
De la bética trompa rompe el viento;
Marcha, marcha jovial, marcha contento
Y con rostro cual púrpura encendido,
Pero siempre florido,
A sus huéspedes ordena eterno gozo:
El turbio grano del racimo exprime,
Y en anchas tazas su licor presenta;
La turba bebe con ardor contenta,
Con este néctar el pesar oprime
Y en sus ojos resalta el alborozo;
Bien dulce, placer grato, alegre gusto
Es al héroe beber pasado el susto.

Con el són lisonjeado,
El monarca se envanece,
Y presente le parece
De la guerra el fiero horror.
Y tres veces denodado,
A todos á tierra abate,
Y tres veces el combate
Lo renueva con furor.

El sonoro maestro ve pintada
En sus rodantes ojos la locura,
Y encendida su faz cual brasa ardiente;
Muda la mano, y contener procura
Su arrogancia feroz, desenfrenada,
Que á la tierra y los cielos hace frente;
Su musa, ya doliente,
Con tristes tonos, con acento blando,
Piedad infunde en su ardoroso seno.
Canta á Dario poderoso y bueno,
Del alto trono súbito rodando,
Cayendo, revolcando
Sus miembros en la sangre que ha vertido;
En su mayor conflicto abandonado
De aquellos que sus gracias obtuvieron;
Todos, cual humo, de su vista huyeron,
Y desnudo en la arena lo han dejado;
Al fin espira pobre, desvalido,
Sin un amigo que sus ojos cierre,
Ni quien bajo la tierra el cuerpo encierra.

El vencedor, abatida
La vista y el pensamiento,
Considera que en su asiento
En el mundo nada está.

En el pecho triste anida
Con violencia la congoja;
Ya un ¡ay! y otro al aire arroja;
Lágrimas derrama ya.

Se sonríe el maestro poderoso
Al mirar al amor tan inmediato,
Y que para excitarle ya no resta
Sino un sonido semejante y grato,
Pues la piedad al pecho más furioso
Halaga, ablanda y para amar lo apresta;
Mueve su mano diestra,
Y el ánimo exaltado dulcemente
Con las medidas lidias acaricia;
Infunde en su interior blanda delicia
Y le despeja la arrugada frente,
Cantando así elocuente:
«La guerra es sólo horror, rabia, agonía,
Y el honor vana pompa y humo denso;
Siempre emprendiendo, nunca terminando,
Lidiando siempre, siempre aniquilando.
Si es el ganar un mundo bien inmenso,
Es bien inmenso darse á la alegría:
Mira á tu Thäia, mírala á tu lado;
Goza esta dicha; el cielo te la ha dado.»

No puede ocultar su pena;
Su vista fija en la hermosa,
Gime, mira y no reposa;
Mira y gime con ardor.
El vino al fin lo enajena,
El amor lo determina,
Y en su pecho se reclina
El vencido vencedor.

Hiere la lira cada vez más fuerte,
El sueño con su impulso deshaciendo,
Como tronante horrisono estampido
Suenan en su corazón el rudo estruendo;
Creyendo despertar para la muerte,
Gira en torno los ojos aturrido;
Timoteo encendido
Grita: «Venganza, sí, venganza; mira,
Mira las Furias sierpes agitando,
Con cuello erguido, con furor silbando;
Su vista rutilante, y cuál respira
El pecho un volcán de ira,
Con antorchas en una y otra mano.
Almas de griegos son, que en el combate
Murieron, y quedaron insepultos
Y sujetos á bárbaros insultos.
Venga tus huéspedes, al contrario abate.
Cual sacuden, observa, el fuego insano;
Cual las perlas moradas te señalan
Y los templos que en mole al cielo igualan.

Todos con gozo ferino
Aplauden; el Rey se altera,
De una antorcha se apodera,
Se quiere al punto vengar.
Thäis le enseña el camino,
Su patria á muerte condena,
Y emprende, segunda Helena,
Segunda Troya abrasar.

ODAS.

VÉNUS JUNTO Á AMIRA DORMIDA.

Cuando de Amira se apodera el sueño,
Detiene Febo sus ardientes rayos,
Y los encubre con espesas nubes

Muy presuroso;
El ave calla con silencio sumo;
El río pára su corriente rauda,
Y hasta los aires orear no quieren
Las verdes hojas.

El fresco prado, derramando aromas
Y flores tiernas de colores varios,
Que forman visos y labores raras,
Mudo parece.

Los corderillos, en la grama echados,
Junto á sus madres, con las frentes bajas,
Apénas quieren menearse un punto
Por no estorbarla.

La diosa Vénus, olvidando á Páfos,
A sus vergeles y famosos templos,
En pos de aquella que la adora tanto,
Veloza camina.

Mil Cupidillos de graciosas caras,
Tirando flechas por el aire vago,
Con saltos, juegos y donosas danzas
Cercanla alegres.

Ella va en medio cual ciprés erguido,
Que al cielo eleva su crecida copa
Sobre las salvas, los delgados mimbres
Y las retamas.

No con vestidos de la grana tibia,
No con las perlas que el Oriente cria,
No con el oro de la Nueva-España

Se acerca Vénus;

Antes se acerca de la suerte cuando
Bajó corriendo presurosa y triste,
Porque á su Adónis con sangrienta saña
Se lo mataban.

Y, desplegando sus celestes gracias,
Con dulce risa, con que al mundo alegra,
Sentado al lado de mi dulce Amira,
Guarda su sueño;

Y á sus hijuelos, que la están mirando
Casi abobados de mirar su extremo,
Y del cuidado que en la ninfa pone,
Así les dice:

«Miradla atentos, Cupidillos míos,
Que vuestras flechas para herir no sirven,
Después que el cielo demostró á la tierra
Esta belleza.

Ella es la sola que á los hombres rinde;
Pues ella sola, sin mentido adorno,
Sin artificio ni cautelas falsas,

Rindió á Feniso.

Rindió á Feniso, que con frente erguida
Menospreciaba mi poder supremo;
Y este servicio con amor tan grande
Me hace quererla.»

EL CORDERO PERDIDO.

Decid, pastores, respondedme presto,
Así los cielos abundantes crías,
Selvas umbrías y delgadas aguas

Os den en pago,

¿Visteis acaso por el verde prado,
O entre las matas escondido, ó muerto
(Que ando, por cierto, detrás de él cansado),
Mi corderillo?

Yo le criaba con cuidado sumo,
Con hierbas tiernas y con pan sabroso,
Para que hermoso, regalado y grueso

Se mantuviera;

Porque pensaba por ofrenda darlo
En aquel día que nació mi Amira,
La que suspira por tenerle, y quiero

No disgustarla.

Ella ya tiene prevenidas cintas
Finas, hermosas y de mil colores,
Y con primores por sus dedos hechos

Graciosos lazos;

Porque en los lomos, en la frente y cola,
Pienso ponerlos por adorno y gala,
A ver si iguala su belleza suma

Otro ninguno.

Pensais acaso que mintiendo vengo,
Tratando engaños; no por cierto, amigos,
Pues por testigos que me abonen traigo

Estas sus señas:

Tiene su lana cual la pura leche
Que sale hirviendo de la hinchada teta
Cuando la aprieta el zagalejo y cae
Dentro del cuenco.

El cuerpo es chico, bien formado y limpio;
Frente redonda con los ojos vivos,

Y tan activos, que parece arrojan
Ardientes chispas.

Las manos cortas, extendida cola,
Y un lunar negro, que parece estrella,
Su boca sella, y en su frente hermosa
Otro lo mismo.

Y es tan mansito, que agarrar se deja
De todo el mundo que le halaga y toca
El cuerpo y boca, sin moverse en tanto
Que le acarician.

Y si es acaso que le habeis vosotros,
Soltañle al punto, que vendrá corriendo
En conociendo que con vos amante
Su amo le llama.

A DON FRANCISCO JAVIER VENÉGAS DE SAAVEDRA.

Venégas, ¿de qué sirve con afanes
Seguir á Marte fiero,
Ver ondear al céfiro ligero,
Del monarca español los tafetanes,
Relumbrar los fusiles,

Y arder los campeonos como Aquiles?

¿La juventud, que el cielo, siempre justo,

Adornó de mil dones,

Ha de ser desgastada entre legiones,

Y mirando al Furor con rostro adusto

Cuando se ensoberbece,

Y á sus gritos la tierra se estremece?

¿El rumor del combate denodado,

El cañon horroroso,

El bridon de la Bética fogoso

Que relincha, la rabia del soldado,

Y las duras espadas

Han de ocupar su mente y sus miradas?

¿Por un aplauso vano, ó por la fama,

Cosas todas de viento,

Hemos de abandonar aquel contento

Y aquellos dulces gustos que derrama

Sobre nuestras cabezas

La diosa tutelar de las bellezas?

No, Venégas: mi Amira y tu Belisa,

Con semblante halagüeño,

Nos convidan á huir tan fiero caño

Y á buscar con ardor su dulce risa;

Que en sus labios hermosos

Hallaremos combates más graciosos.

Á CUPIDO.

Si es tu patria, Cupido,

El Olimpo, si es Júpiter tu padre,

Si es Citeres tu madre,

Si eres dios y de dioses asistido,

El delicado néctar y ambrosia

Son tu bebida y pasto cada día,

¿Por qué siempre en el suelo

Habitas con nosotros, olvidado

De quien el sér te ha dado,

De tu alto padre y del supremo cielo?

¿Por qué con nuestras lágrimas y muerte

Se mitiga tu sed y tu hambre fuerte?

Crüel, yo considero

Que el Averno es tu patria verdadera;

Que tu madre es Megera,

Tu padre el Orco, y que el volcan más fiero

De continuo te sirve de alimento,

Pues tú nunca nos das más que tormento.

Á UN PAJARILLO.

¿De dónde vienes, pajarillo mío,

Juntas las alas y latiendo el pecho?

¿Te abrasa fuego? ¿Te lastima frío?

Di, ¿qué te han hecho?

¿Tu nido acaso destrozado y yermo,

Huyes temblando del halcon furioso?

¿Estás herido, maltratado, enfermo,

O estás celoso?

¡Bajas los ojos, y al hermoso cielo
Los subes luego con gemidos roncós?
¡Vas revolando por el seco suelo
Y rotos troncos?
¡Paras y vuelves con presteza suma
A dar al viento las tendidas alas!
¡Tu pecho rompes y nevada pluma,
Y llanto exhalas?
¡Qué tienes? Dilo; que me affige el verte.—
Ardo de amores.—¡Pobre pajarillo!
Ni á tí te libra del amor la suerte
Por ser sencillo.

Á UN AMIGO DESGRACIADO.

No siempre aterra al tímido ganado
El trueno resonante,
Ni divide los aires inflamado
El rayo del Tonante,
Ni el invierno con lluvias continuadas
Las tiernas flores deja marchitadas;
Que despues de pasada la tormenta
Serénanse los cielos;
Su dulce amenidad nos representa
Soberanos consuelos;
En pos viene la dulce primavera,
Y refflorece el monte y la pradera.
De la fortuna te hallas perseguido
Con mano despiadada,
Y aunque infortunios siempre te han seguido,
Ellos harán parada;
Tiempo vendrá en que el gusto les suceda,
Porque es voluble el eje de su rueda.
Como al mostrarse la rosada aurora
Se descubre al Oriente
Su hermosura, que todo lo colora
De una luz esplendente,
Huyendo de sus rayos celestiales
La sombra que amedrenta á los mortales;
Así de léjos desterrar yo veo
El contento á tus penas;
Y Amalteas, cumpliendo con su empleo,
Estar á manos llenas
Sobre tí con semblante y gesto blando,
Su rica cornucopia derramando.
Alza al punto, Miguel, la triste frente,
Que tienes inclinada
Sobre tu pecho mísero doliente,
Y ve la cascada
Dicha que te prepara el justo cielo,
Y cuál huye el pesar con raudó vuelo.

Á DON JUAN ANTONIO CABALLERO.

Corilo amado, cuando con dulzura
Celebras á Filena,
O mitigar intentas la amargura
De mi terrible pena,
Refrena el fiero mar su movimiento,
El río su corriente,
Su crecido furor el ronco viento,
Y sus aguas la fuente;
El árbol á tu música se inclina,
La flor se eleva y crece,
Calla el jilguero, el ruiseñor no trina,
Y el pardillo enmudece;
Abandona la hierba el corderillo,
La cabra la retama,
Las abejas no liban el tomillo,
Y el becerro no brama;
Dejan á sus zagalas los pastores,
Sus cantares no entonan,
Que al escucharte, todos sus amores
Y gustos abandonan.
Salen las ninfas de su estancia fria,
Y en el prado triscando,
Con gran destreza danzan á porfía,
Tu primor celebrando;
Apolo del Parnaso, presuroso,

Baja al oír tu acento,
Y las Musas le cercan con gracioso
Ademan y contento;
Una templa su lira, la otra entona
Tus hermosas canciones,
Otra alaba tu ingenio y tu persona,
Otra imita tus sonas.
Otra corta laureles, y oficiosa,
Sobre su rica falda
Los teje con jaxmin, con mirto y rosa,
Y forma una guirnalda;
La toma el dios; las vírgenes convoca;
Y haciéndolas patente
Lo dulce de tus versos, la coloca
Sobre tu jóven frente.
Y la Fama, con trompa resonante,
Por el ligero viento
Publica á todo el orbe en el instante
Tu singular talento.
Prosigue sin cesar, amigo mio,
Tu canto concertado,
Pues del que en Pindo tiene señorío,
Estás ya coronado.

Á DON FERNANDO CAJIGAL.

Cuando la lira del crinado Apolo
En el Olimpo sacro resonaba
En alabanza de la gran victoria
De Dodoneo;
Cuando sus cuerdas, con primor pulsadas,
De la Tritonia Pálas y Mavorte
La armada diestra y el impulso fuerte
Engrandecían;
Cuando de verde lauro coronadas
Sus blancas sienes y cabellos de oro,
Con ecos dulces y armoniosos trinos
Su voz sonaba;
Su arrebatado curso paró el cielo,
El mar instable refrenó su furia,
Los raudos vientos fueron halagados
Con su cadencia.
Sísifo libre del peñasco vióse,
Que de los hombros le rodó al instante;
Estremeciése, con el golpe horrendo,
El Aqueronte.
Detuvo el buitre su encorvado pico,
Dejó de Ticio las entrañas duras;
Tocó las aguas Tántalo; paróse
De Ixion la rueda.
El can trifauce suspendió el ladrido,
Y las culebras que á las tres hermanas
De crencha sirven y de adorno infausto,
Se adormecieron.
El gran senado de los altos dioses
Oye gustoso su apacible acento,
Y le rodean con silencio aumo
Las diosas bellas.
Allí está Vénus con Cupido al lado,
Allí Minerva, de armas revestida,
Allí está Juno con real corona,
Allí están todas.
También los dioses, que en los claros rios,
En las floridas y enramadas selvas,
O en las montañas su palacio tienen,
Oyen atentos.
Y cuando todos con murmurio dulce
Están batiendo las divinas palmas
Por el contento que les causa el canto
Del rubio Cintio,
El dips del Duero, que lo escucha todo,
Del rico asiento con viveza salta,
Y al punto, en medio de la junta excelsa,
En pié se pone.
Del cuello aparta su húmedo cabello,
Entretejido de espadañas y ovas,
Y aquel rocío que continuo mana,
El suelo riega.
Muestra la barba, venerable en canas,
Con ojos vivos lo rodea todo;
Atencion pide con la mano y boca

Una y mil veces.
Y como el trueno, que en cavernas hondas
Va resonando con furioso estruendo,
Su voz empieza, y al momento todo
Suspense queda.
Hijo glorioso de la gran Latona,
Con tu canora música admirable
Al cielo y tierra y al Averno oscuro
Has suspendido.
Y, despojado de su ceño Marte,
La lanza arrima con que activo supo
Rasgar el pecho vedijado y fuerte
De Oromedonte.
El que llenaba de pavor y espanto
A los gigantes, se apacigua ahora
A tus acentos con mayor presteza
Que á los de Venus;
Mas aunque sean tus divinos cantos
Un iman dulce de los corazones,
Y aunque merezcan retenerse siempre
En la memoria,
Vendrá algún día que no sean tales,
Si los comparas con los de aquel jóven,
Que en las orillas de un manso río
Irá cantando;
Aquel Fernando Cajigal, guerrero,
Honor de España, de Vizcaya lustre,
Del Pindo asombro, cuya voz cadente
Te dará envidia.
Yo veo, Apolo, que las duras fieras
Lamen sus manos y sus plantas besan,
Veo inclinarse de árboles erguidos
Las altas copas;
Veo á la Cipria, que al oírle salta
Del carro de oro, que los cisnes deja,
Y con abrazos amorosos ciñe
Su blanco cuello;
Veo á las ninfas que le arrojan flores
A manos llenas, y á las Musas veo
Que le coronan, y de tu cabeza
El lauro arrancan;
Veo á la Fama preparar su trompa,
Veo á los vientos extender sus alas,
Y encima de ellas por el mar y tierra
Llevar su nombre.
Haced, oh cielos, que se acerque y venga
Ese felice deseado tiempo,
Haced los años caminad veloces;
Hacedlo, oh cielos.
Óyelo, Jove, su razon afirma,
Retiembla el techo del celeste alcázar,
Y Pitio, lleno de rubor y espanto,
Su faz oculta.

Á BELISA.

Belisa, ¡cuán hermoso
Es ver de rubias micas coronado
Un terreno espacioso,
De arbustos rodeado
Y flores olorosas esmaltado!
¡Cuán dulce el arroyuelo,
Que con curso apacible retorcido
Riega el ameno suelo,
Y halagando el oído,
Convida al sueño con su lento ruido!
¡Cuán gracioso parece
El pájaro en el árbol ir saltando,
Que en la rama se mece,
Y que está requiebrando
A su amada, canciones entonando!
¡Cuán grato es ver hinchadas
Las velas de un convoy muy numeroso,
Y que las aceradas
Proas al mar furioso
Dividen con un surco prodigioso!
Pero más lisonjero
Que el campo, que el arroyo, más que el ave,
Más que el convoy ligero,
Y á mi alma más suave,
Es gozar de tu pecho, que amar sabe,

Y en tus brazos preciosos
Hallar todos los gustos reünidos;
Esos gustos sabrosos,
Y tan apetecidos,
Que adormecen al punto los sentidos.

Á DRUSILA, POETISA.

«¿Qué mortal con acento delicado
Y bien templada lira
Tan dulcemente su pasión suspira,
Que penetra su voz el estrellado,
Y hace que se suspenda
Toda esta compañía y que la atienda?
»Dioses, ¿por qué dejais las anchas copas,
Y así el néctar vertido?
¿Quién de la excelsa silla os ha movido?
¿Por qué, agitadas las lucientes ropas,
Correis á los balcones,
De donde se ven todas las naciones?
»¿Qué oís? Decid, ¡qué délica armonía
Encanta vuestro oído!
¿Qué verso singular desconocido
Se entona allá en la tierra en este día,
Para que arrebatados
Os dejeis los manjares comensados?
»La cítara de Aníon y la de Orfeo,
Pulsadas con destreza,
Amansaron del Ponto la fiera
Y la mansion horrible, donde el roo
Gime en dura cadena
Y sufre por su crimen justa pena.
»Pero nunca pudieron los acentos
De miseros mortales
Agitar las techumbres celestiales;
Ni causar tan activos movimientos
En la región dichosa
Donde nunca hay pesar, la paz reposa.
»Ni Homero con su trompa resonante,
Ni Píndaro elevado,
Ni Virgilio con canto arrebatado,
Ni Horacio grave, ni Nason amante
Lograron tal ventura.
¿Pues quién es tan felice criatura?
Así Júpiter habla; se levanta
De la celeste mesa;
Mas ¡qué extraña emoción y qué sorpresa
Tan grande! ¿Qué, deidades, os espanta?
¿De qué es ese asombro nuevo?
¿Quién os inquieta? ¿Qué os presenta Febo?
El rubio Febo en las etéreas salas,
De resplandor cercado,
Entra, y Drusila le acompaña al lado,
Que en vez de ricas y pomposas galas,
Su lira lleva sólo,
A la que envidia tiene el mismo Apolo.
Entre los inmortales eminentes
Toma seguro asiento,
Y estando á sus razones todo atento,
Empieza: «Dioses, ved aquí patentes
Las gracias que han tenido
A todo el sacro alcázar suspendido.
»Esta jóven, que el Darro en su ribera
Arrulló cariñoso,
Que el claro Manzanares vió goso
Crecer en hermosura, en la pradera
Que baña el Nise estaba,
Y su cantar en torno resonaba.
»Al escuchar su acento sobrehumano,
Del Parnaso descendiendo,
Y el blanco cuello con amor ciñiendo,
Orlo sus sienes por mi propia mano
De laurel escogido,
Con oloroso mirto entretejido.
»Las Musas, que lo vieron, se llenaron
De admiración y celos;
Pero, mirando atentas mis desvelos,
Su mérito y mi afán luego ensalzaron
Con mil tonos diversos,
Acompañando sus graciosos versos.
»Con ellas vino Anacreonte anciano,

Que tierno la abrazaba,
Y con trémulos dedos la alargaba,
Ya el vaso, ya la lira, cortésano;
Ella el licor bebía,
Y con él en el canto competía.
» Sobre todo, si acaso de Feniso
Pintaba los amores;
Si expresaba del pecho los ardores,
O mostraba el afán con que le quiso;
Porque ella solamente
Puede explicar de amor la llama ardiente.»
Calla Febo, y Minerva al punto exclama:
« Oh Drusila querida,
En quien la gracia y el candor se anida,
Mi fino corazón te admira y ama,
Porque, de error exenta,
El trato de los sabios te contenta.»
Poniéndose en pie Marte de repente,
Grita: « Ninguno puede
Quererte como yo, nadie me excede;
Porque sólo á mis hijos dignamente
Aprecias, y sólo ellos
A tus pies rinden con placer los cuellos.»
Mas Vénus, imprimiendo los rosados
Labios en su alba frente,
« Hija mía, la dice, no consientes
Mi amor que otros quieran obstinados
Llevar la preferencia,
Porque estimas las armas y la ciencia.
¿ A quién, Drusila, debes ese fuego
Que lanzas por los ojos?
¿ Por quién son tan continuos los despojos?
¿ Por quién de tanto amante oyes el ruego?
¿ Quién el pecho te inspira,
Y por quién pulsas con primor la lira?
Ese verso, á los juegos destinado
Que tu voz dulce entona,
No te lo dió la fuente de Helicón;
Solamente mi afecto te lo ha dado,
Cuando, de amor tocada,
Te hallaste de entusiasmo penetrada.
Quien entra por mi mano en el Parnaso
Consigue eterna vida;
No logra el tiempo verla consumida,
Que Apolo la defiende en todo caso;
Porque en el verdadero
Poeta ha de vivir amor primero.
Aprueba su razón Cintio al momento;
En las mesas sagradas
Las suaves viandas preparadas
Siguen gustando, llenos de contento,
Y brindan á la musa,
La que ni el cáliz ni el manjar rehúsa.
Y probando aquel néctar soberano,
Se inflama su garganta;
Su dicha celestial en verso canta
Con recio soplo, estilo más que humano,
Y devuelve su acento
La bóveda inmortal del firmamento.
Prosigue, pues, Drusila, coronada
Del dios que manda en Delo;
Alza cada vez más tu presto vuelo
Para ser de los hombres admirada,
Y que tu patria tenga
En tí quien su saber y honor mantenga.
Prosigue, que las Musas algún día,
De tu voz penetradas,
Te llevarán con gusto á sus moradas,
Y como en todas logras primacía,
Serás de ellas cabeza;
Que hasta Febo te cede en la destreza.

ILUSIONES DE UN ENAMORADO.

Cuando la aurora con risueña cara
Abre las puertas del dorado Oriente,
Y prestamente de su luz se ahuyentan
Las densas sombras,
El prado y monte su verdor demuestran,
Crian mil viscosas pintadas flores,
Dan mil olores las fragantes plantas

Al aire puro.
La fuente ríe, los corderos saltan,
Braman los toros, del amor instados,
Y en los copados árboles entonan
Las avecillas.
Todo lo miro, lo comparo todo
A los placeres que mi pecho siente
Cuando presente tu hermosura tengo,
Dulce Drusila.
Y tan diversos de los míos se hallan
Los que en el campo derramó natura,
Como en figura y en gracejo el alba
De tí diñere.
Mas cuando llega con horrible rostro
La negra noche, que terror infunde,
Cuando confunde con su oscuro manto
Al rico y pobre,
Entonces viene tu adorada imagen,
Y ocupa toda mi atención, pues veo
Cuanto el deseo y el deleite ofrecen
Al que es sensible.
Con tus palabras regaladas llenas
De un gozo puro mi constante pecho,
Y con estrecho y amoroso lazo
Mi cuello ciñes.
Pues, ¿ qué fortuna con la mía iguala?
Ni ¿ qué delicias se han de hallar mayores,
Si mis amores sin zozobra gozo
Mañana y noche?
Mas, ¡ ay! que luégo mi ilusión se borra;
Huyen los gustos que gozar pensaba;
Todo se acaba, y al mirar mi engaño,
En llanto rompo.

Á UNA INGRATA.

Con el duro martillo
Sus fraguas hace resonar Vulcano;
El ciclope amarillo
Con la nerviosa mano
Ase el hierro que labra el dios ufano.
Crece el fuego, y arroja
Chispas al soplo del robusto herrero,
Rociándole, y cual roja
Brasa pone el acero,
Que, templándole así, queda ligero.
Trabaja, porque quiere
Forjar al punto un rayo penetrante.
¡ Infeliz del que fuere
La víctima! Al instante
Será en ceniza vuelto cual Mimanto.
¿ Acaso contra el cielo
Van montes sobre montes colocando
Los hombres con anhelo,
Y con furor infando
La titánica locura renovando?
No armar quiere su diestra
El supremo Tonante, que amoroso
Su rostro al orbe muestra;
Cupido es quien furioso
Pretende perturbar nuestro reposo.
Sus flechas ha deshecho,
Y este rayo previene enardecido
Contra un ingrato pecho,
Que el lazo ha destruido
Que atado le tenía y sometido.
¿ Si contra tí su furia
Se dirige? ¿ Si acaso querrá ahora
Vengarse de tu injuria?
Sí, porque una traidora
Mueve de un dios la mano vengadora.

RESPUESTA Á UN ELOGIO.

Oh tú, que pulsas con marfil agudo
La cítara sonante, y cual Orfeo
Suspendes la corriente del Leteo,
Y cuanto arrebatas su dicha pudo,
Tal dulzura en tí veo,
¿ Por qué la gracia por Apolo dada,

Y á pocos de los hombres concedida,
 La empleas de esta suerte sin medida
 En una criatura desmedrada,
 De nadie conocida?
 ¡Qué merece Feniso, un pastorcillo
 Que al campo da su voz con blanda avena,
 Que sólo gustos, sólo amor resuena,
 Y es todo cuanto dice tan sencillo
 Como su alma serena?
 Ese tono grandioso, esos loores,
 Con que al cielo levantas tu armonía,
 Asustan á la humilde musa mía,
 Que, como sólo trata de las flores,
 Del lauro desconfia.
 Vuelve, vuelve tu acento soberano
 A asuntos más sublimes y gloriosos;
 A los héroes celebra victoriosos,
 Que aumentan el honor del suelo hispano
 Con sus hechos famosos.
 Panzacola rendida, la altanera
 Mahon por los cimientos derribada,
 La soberbia de Argel tan humillada,
 Que de rodillas ya la paz espera,
 Que ántes fué despreciada;
 La sangre generosa que vertieron
 Los iberos en ellas, su ardimiento,
 Su fama, que se eleva al firmamento,
 Cuanto sus corazones emprendieron
 Con desusado aliento,
 Es sólo lo que debe ser cantado
 Por tu voz sonora, porque Homero
 Para Aquiles nació; sólo al guerrero
 Loar puede el poeta consumado
 Con tono duradero.
 Mas si quieres que Apolo preste oído
 A tus métricos sonos, canta, canta
 Al jóven que del suelo se levanta
 Con un tono hasta ahora no aprendido,
 Y á todos se adelanta.
 Canta, pues, de Batilo, cuyos labios
 Destilan miel y leche, y cuya lira
 Celebra hazañas y de amor suspira,
 Y á los hombres más grandes y más sabios
 Con sus versos admira.
 Mas ¡qué mucho si Febo le concede
 El asiento más alto del Parnaso,
 Anacreon le brinda con su vaso,
 Tibulo con su flauta, y cuanto puede
 Le estrecha Garcilaso!
 Pues ¡qué mortal tan necio, tan osado,
 Empleará su voz en quien no sea
 El sabroso Batilo? No se crea
 Que no estás de su acento penetrado,
 Y muda ya de idea.
 No alabes los humildes; tu instrumento
 Con nombres generosos haz que suene;
 Que sólo á voz que tanta gracia tiene,
 Y á plectro manejado con tal tiento,
 Lo grande le conviene.

LA INCONSTANCIA.

Á UN AMIGO.

Baja la nieve fría
 Del alto monte, en agua desatada,
 El verde suelo cria
 Flores, y embalsamada
 Deja la aura su esencia delicada.
 El céfiro suave
 Se mece entre las hojas blandamente,
 Suelta su voz el ave,
 Y la parlara fuente,
 Susurrando, apresura su corriente.
 La madre Citeres,
 Cercada de las ninfas más hermosas,
 Danzando se recrea;
 Mas ántes oficiosas
 Orlan sus sienes de arrayan y rosas.
 Diana, fatigada
 De la caza, se mete en la espesura,
 Y despues de bañada

En una fuente pura,
 Al ciervo vividor matar procura.
 Así la primavera
 Viene, y así se acerca el seco estío,
 Y con planta ligera
 Llega el invierno frío,
 Que también se nos huye con desvío.
 Todo pasa; firmeza
 No se puede encontrar en cosa alguna;
 A Febo con presteza
 Sigue la opaca luna,
 Y la adversa á la próspera fortuna.
 Pero en esta inconstancia
 Tiene Naturaleza colocada
 Aquella consonancia,
 Que al hombre tanto agrada,
 Porque está de mil modos expresada.
 Aquí un monte elevado,
 Un hondo valle allí, y allí una vega;
 Más allá, desatado,
 Un arroyo la riega,
 La flor salpica y con las guijas juega.
 En otra parte un río
 Con espantoso ruido se despeña,
 En otra un bosque umbrío,
 O una desnuda peña,
 Que del fruto de Cérés se deadeña.
 Adelante aparecen
 Inmensos llanos, tierras arenosas,
 En donde, cuando crecen
 Las olas espumosas,
 Muchas leguas se meten presurosas;
 Pero una dura roca
 Detiene aquí el furor del mar airado.
 ¡Cuán en vano la choca!
 ¡Cuál gime alborotado!
 ¡Y cuán inútil es todo su enfado!
 Así naturaleza,
 Que ha fijado el deleite lisonjero
 En la acción y viveza,
 Con incansable esmero
 Diversificó sábia el orbe entero.
 La mayor hermosura,
 El sonido más dulce y armonioso,
 La fragancia más pura,
 El manjar más sabroso
 Y el tacto más suave y delicioso,
 Si siempre permanece
 De una suerte, si en nada se varía,
 La fibra se entorpece,
 El deseo se enfria,
 Y el objeto mejor fastidio cria.
 Porque en el movimiento
 Y en un continuo remudar de idea
 Se halla aquel sentimiento,
 Que gustos acarrea
 Más que frutos el cuerno de Amaltea.
 Pues no de otra manera
 Sucede, Filemon, con la constancia
 Del amor; persevera,
 Prosigue con instancia,
 Y vuélvete en lo firme otra Numancia;
 Verás qué displicencia
 En tu interior percibes, si primero,
 Falto de resistencia,
 El mismo paradero
 No buscas que aquel pueblo noble y fiero.
 Mas si continuamente
 Truecas de objeto, mudas de ternura,
 Será tu amor ardiente,
 Tendrá delicadeza,
 Y no caerá nunca en la tibieza.
 Corre en pos de la activa,
 No dejes la de lánguido semblante,
 Préndate de la esquivia,
 Adora á la arrogante,
 Con ninguna te pares; sé inconstante.
 Si de diversas suertes,
 De las más delicadas impresiones
 Pases á las más fuertes,
 Y así las contraponas,
 Lograrás agradables sensaciones,

Feliz tú si al momento
La copa del placer gustar procuras,
Y con labio sediento
Sus ansias dulzuras
Con inconstante corazón apuras.

LA AMISTAD.

Á DON ANDRÉS DE MENDOZA.

Cuando en infausto día
El hombre abrió la caja de Pandora,
Así cual se desvía
Del arco la saeta voladora,
Se esparcieron los males
Para afligir á todos los mortales.
Entonces de los dientes,
Por el gran hijo de Agenor sembrados,
Salieron combatientes
Sobre la haz de la tierra denodados,
Y en sangre la bañaron,
Que de sus propias venas derramaron.
Seguros no estuvieron
Los padres de los hijos, ni tampoco
Estos les mantuvieron
El amor paternal; dígallo el loco
Furor del duro Orésteo
Y el banquete horroroso de Trésteo.
Por la anchurosa tierra
Se iban las desventuras propagando,
Y en continuada guerra
Los hombres mutuamente destrozando,
Cuando en el firmamento
Se oyó de tanto misero el lamento.
La amistad (que con lazos
Suaves cual la esencia de la rosa,
Añudaba los brazos
De Juno altiva y de la Cipria hermosa,
Haciendo que olvidadas
Las iras por la poma suscitadas,
Alegres se brindasen
Con un fragante néctar escogido,
Y, después que apurasen
La copa muchas veces, adormido
El cuello reclináran,
Y en brazos de Morfeo se quedáran),
Ante el trono eminente
Del supremo Tonante arrodillada,
Le pide humildemente
Que la deje bajar acelerada,
Para que por su mano
Reciba alivios el linaje humano.
«Yo, yo, la Amistad dice,
Pondré freno á la furia de Belona,
Y habrá quien por felice
Se tenga con la muerte, si corona
Con ella la fe ardiente
Que á su amigo mostró constantemente.
» Las agudas dolencias
Que el arte de Esculapio no disipa,
Las duras inclemencias
Que el rigoroso invierno multiplica,
Los golpes que, importuna,
Descarga de continuo la fortuna,
» Serán aniquilados
Á los ojos de aquellos que me sigan,
Porque con mis cuidados
Todas las pesadumbres se mitigan,
Y no hay delicia pura
Si mi dulce candor no la asegura.»
Si: Jove le permite
Que fije entre los hombres su morada;
Pero nadie la admite;
Es de todos con mofa despreciada.
Mas ¡ay! sin duda al cielo
Volverá, huyendo del ingrato suelo,
No: tu sensible pecho
La alberga carifoso; en tí, Mendoza,
Vive con lazo estrecho,
Porque en tí la virtud también se goza;
Que sólo reunida
Con ésta se halla la amistad cumplida,

EL LUJO.

Á DON JUAN PABLO RIQUELME.

Riquelme, ¿cómo quieres
Que nuestra juventud, debilitada
Con indios placeres,
Se presente á la lid con frente alzada,
Ni que sea domada
La bélica osadía
Del bruto corredor que el Bétis cria?
El grave arnés no puede
Sostenerse en sus hombros vacilantes;
La débil mano cede
Al peso de las armas fulminantes;
Cargada de diamantes
Y asiáticos olores,
Tiembra y desmaya al són de los tambores.
Los que hasta el Capitolio
Con su constancia estremecer hicieron;
Los que un eterno sálto
Sobre montes de cuerpos construyeron;
Los que al fin deshicieron
La bárbara cadena
Labrada por la furia sarracena,
Con seda relumbrante
Sus vigorosos miembros no adornaban,
Ni de tierra distante
Con su riqueza al lujo convidaban,
Porque sólo brillaban
Con mucha más belleza
En ellos la virtud y fortaleza.
Sus mesas no se vieron
De tabasca pimienta salpicadas,
Ni jamás trascendieron
Con maluco girofle; que ignoradas
Eran las celebradas
Salsas con que el dinero
Y el cuerpo nos consume el extranjero.
Tampoco la olorosa
Canela de Ceilan se introducía
En la pasta sabrosa
Del árbol caraqueño (1), como hoy día;
Nada, pues, se sabía
De estos frutos, que han sido
Los que nuestra salud han destruido.
Su estómago robusto
Con jugoso jamón se contentaba;
El ajo daba el gusto,
Y la sana cebolla lo excitaba;
Su sed se apaciguaba
Con un tan virgen vino
Como el que para sí Noé previno.
Mas nosotros, perdido
Todo el vigor, y el ánimo apagado
(Que otro tiempo, encendido
Un mundo á nuestros pies puso postrado),
Veremos destrozado
Con duro desconsuelo
Por manos más robustas nuestro suelo.
¡Ay Dios! No permitamos
Que la patria se vea de esta suerte;
Con ardor destruyamos
La vil gula, que enerva el pecho fuerte;
Y lancemos la muerte
Allende de los mares,
Volviendo á nuestros rústicos manjares.

Á LA ABERTURA DE UNA SOCIEDAD DE AMIGOS PARA APRENDER LA HISTORIA DE ESPAÑA EN JEREZ DE LA FRONTERA.

¡Ay! Si Apolo me hubiera
La cítara lesbiana concedido
Y en el pecho sintiera
Hervir con llama ardiente
El pítico furor, ¡cuán atrevido

(1) ¡Cosa singular! El CONDE DE NOBONA, que á veces lleva la llaneza del estilo hasta el más vulgar prosaísmo, no se atreve aquí á llamar el *chocolate* por su nombre, y prefiere emplear un apotado circunloquio. (Nota del Colector.)

Con descubierta frente
 Mi débil voz alzára
 Para que en ambos polos resonara
 Y, esforzando el acento,
 El eco hasta el Olimpo llegaría;
 Dejára el sacro asiento
 Por escuchar mis sonos
 El coro de los dioses; de alegría
 Bafiadas sus mansiones,
 Y todos admirados
 De versos de un mortal al cielo alzados.
 Cantára cómo unida
 Cual bélico escuadron esta asamblea,
 Ha dejado vencida
 A la osada ignorancia
 Que, llena de furor, gime y patea,
 Queriendo con instancia
 Traspasar estas puertas,
 Que para tantos sabios mira abiertas.
 Y cómo descendiendo
 Minerva de la cumbre del Parnaso,
 Y un sordo ruido haciendo
 Con su fuerte armadura -
 Al tiempo de moverse, agita el paso,
 Y con pujanza dura
 Quebranta su fiereza,
 Humillando á sus plantas su cabeza.
 Esparce por la sala
 Un olor de ambrosia que conforta
 El ánimo y regala;
 Al estudio, á la ciencia
 A todos sus alumnos los exhorta
 Con férvida elocuencia,
 Al rayo semejante,
 Que cuanto toca abrasa en el instante.
 Se encamina cual viento
 Al palacio del Tiempo codicioso;
 Impele con el cuento
 De su robusta lanza
 Las puertas y su quicio poderoso,
 Y descubre la estancia
 De las preciosidades
 Que su dueña ha robado á las edades.
 «Aquí, hijos generosos
 De Asta-Regia, teneis, dice la diosa,
 Los hechos más gloriosos
 De vuestro patrio nido,
 Que en polvo infame, en noche tenebrosa
 Los ha el tiempo sumido;
 Porque sabe que el hado
 Librarlos de su acero ha decretado.
 »Con diligente mano
 Arrancad de las suyas un tesoro
 Tan rico y soberano,
 Libre de la carcoma
 Haced que resplandezca como el oro;
 Que ya el día se asoma
 En que adore á la España
 Cuanto Febo calienta, la mar bafia.
 »Y en tanto que se llega
 Este precioso tiempo, que adivino,
 Que sus alas despliega
 La voladora fama,
 La trompa al labio aplica, y són divino
 Por el orbe derrama
 En prez, en alabanza
 De nacion que renombre tal alcanza.
 »Descubrid quiénes fueron
 Los que, de su hermosura enamorados,
 Primero aquí vinieron:
 Si fué el celta aterido,
 Los de Tiro, al comercio dedicados,
 O el griego fementido
 Despues de aquella guerra
 Que á la opulenta Troya puso en tierra.
 »De la falsa Cartago,
 De la soberbia Roma los ardides,
 El mentiroso halago
 Al mundo haced patentes;
 Mas tambien referid las fieras lides,
 Los combates frecuentes
 Que sufrieron primero

Que echasen la cadena al fuerte ibero.
 »A Sagunto y Numancia
 Veo arrollar inmensos escuadrones.
 ¡Ay! ¡Qué heroica constancia!
 ¡Qué horrible vocería
 Sube al cielo! ¡Qué ardientes campeones!
 ¡El humo cubre el día?
 Si : libertad amada
 Quema sus muros, los reduce á nada.
 »Decid cómo inundaron
 Enjambres de naciones esta tierra:
 Que los godos llegaron,
 Por su faz se extendieron,
 Y despues los alumnos de la guerra
 Con ímpetu salieron
 De su arsenal ardiente
 A sojuzgar la reina del Poniente.
 »¡Cuánta dura fatiga!
 ¡Cuánto amargo dolor se presentaba
 Al de fuerte loriga,
 Al de arnés tresdoblado,
 Al que pica ó espada manejaba!
 En su sangre bañado
 Continuo se veia,
 Y en la lid le encontraba siempre el día.
 »Hasta que el gran Fernando,
 Las barras y castillos reuniendo,
 Y el poder quebrantando
 Del africano duro,
 Fué á la España féras restituyendo
 Aquel resplandor puro
 Que tanto enamoraba
 Al que su rostro atento contemplaba.
 »Ciencias y artes, serenas
 A la sombra del trono se sentaron;
 Derramó á manos llenas
 Sus frutos Amaltea;
 Los hechos del hispano traspasaron
 A toda humana idæa,
 Y aun siendo tan fecundo
 Su suelo, estrecho en él, buscó otro mundo.
 »Mil mares sujetados,
 Potencias derrocadas por el suelo,
 Monarcas ahrojados,
 Hicieron que la Gloria
 Lo llevase á su templo con anhelo,
 Para eterna memoria;
 La Europa retemblára,
 Y la Envidia sus dientes aguzára.
 »¡Ay! Nada en un sér dura.
 Al leon de la España no vencido
 Vence una calentura,
 Y la horrosa muerte
 Le va ya á sepultar en el olvido.
 Echada está la suerte....
 Mas no, que el cielo justo
 Restaura su salud, le borra el susto.
 »Levántase y respira;
 Siente aumentar su fuerza y se envanece;
 La vista en torno gira,
 Ve que bajo su planta
 El árbol sacro de la gloria crece,
 Y al éter se levanta;
 Y de suerte se alienta,
 Que con su antiguo orgullo se presenta.
 »Si : la España camina
 A su dicha con paso agigantado;
 Mi espíritu adivina
 La gloria venidera....
 Y vosotros, que habeis hoy empezado
 Tan plausible carrera,
 Tejed á esa matrona
 Para su hermosa frente la corona.
 »No el lauro se confia
 Al que de la lid fiera se retrae,
 Sino á aquel que porfia
 Por alcanzar victoria;
 Que el ánimo esforzado no decae.
 Y así seguid la historia
 Estudiad con instancia,
 Sus lecciones tomad, tened constancia.»

A DON FRANCISCO DE PAULA PERALTA.

Infunde al pecho mío,
Caliope, tu vigor, dale tu aliento,
Esparce tu rocío,
Dulcifica mi acento;
Que jamás alcé tanto el pensamiento.
No el carro pavoroso
Del homicida Marte, en sangre tinto,
Ni el eco estrepitoso
De la lid, ni el ya extinto
Héroe, ni el humo, ni el furor yo pinto.

Plácido tono quiero;
Versos que exhalen, cual la miel, olores,
Que en alas del ligero
Céfiro, sin temores

Vayan, como la esencia de las flores.

Cuando llega lascivo,
Abre su copa, de su aliento bebe;
Con un vuelito activo

De una en otra se mueve,
Y agita á todas con impulso leve.

Mas ¡ay! que el pecho siento
Vivamente inflamado; por mis venas
Corre el fuego; al momento
Las hincha, y ya, de llenas,
Ni alentar ni moverme puedo apenas.

Venga la sacra lira;
El plectro de marfil las cuerdas hiera,
Que ya el númen me inspira,
Me enardece, me altera,
Y la voz lucha por salirse afuera.

Mas ¡á quién dirigido
Irá mi canto, sino á tí, Peralta,
A tí, á quien revestido
De la virtud más alta,
El trono no hace sombra, el oro falta!

A tí, que la escabrosa
Senda, que al templo del saber conduce,
Huellas con animosa
Planta; á tí, en quien reluce
La luz, que el vivo manantial produce.

A tí, que te descuestras
Sobre toda la inmensa muchedumbre
De sabios, y que enhiestas
En la difícil cumbre
Tu cerviz con no vista dulcedumbre.

Pues cual vena abundante
De claras aguas, que al salir revoca
Con ruido resonante,
Cae desde una roca,
Llega al suelo y fecunda lo que toca.

La ciencia se derrama
De tu elocuente labio; corre, prende
Con refulgente llama;
Los ánimos enciende,
Y el que te escucha arcanos mil aprende.

Sigue, pues; mas traslada
Lo que te infunde, favorable, Febo;
Tu ciencia delicada,
Tu dulce estilo, cebo

Para aquel que en las letras es aún nuevo;
Pues no es razón que el cano
Tiempo, tanto saber con su hoz destruya.

No seas, no, inhumano
Con cosa que es tan tuya,
Aunque tu gran modestia lo rehuya.

Que yo te admiro en tanto,
Como garza que al cielo se acelera....
Mas cese el débil canto;
Que en tan velos carrera,
Alcansarte mi vos jamás pudiera.

AL CORONEL DEL REGIMIENTO
DE LA POSMA (1).

¡Felix aquel que, lejos de cuidados
Y pleitos enfadosos,

Aborrece los ecos horriblos
De la trompa que anima á los soldados,
Y con sencillo pecho
Nunca quiere moverse de su lecho!
Que detesta los puestos, los honores
Y la gloria mundana;
Que por nada se agita ni se afana,
Ni le cuesta pesares ni sudores,
Y como caballero,
Es en todas las cosas el postrero;
Que en su silla-poltrona con cuidado
Y despacio se sienta;
Alza los ojos y las vigas cuenta,
Los brazos pone en uno y otro lado,
Inclina la cabeza,
Estornuda, se estira y se espereza;
Que no tiene cuidado en si es estío,
Invierno ó primavera;
Si el cielo con relámpagos se altera
O se apocan las gentes con el frío;
Pues mientras truena ó llueve
Come, bostea, duerme y no se mueve;
Ni de Tiro la grana, ni de Oriente
Las perlas delicadas,
Ni las telas de Flándes afamadas
Mueven su corazón, llenan su mente,
Porque son sus vestidos
Chinelas, bata y gorro envejecidos;
Que si comienza á hablar, no finaliza,
Y si callar le toca,
No abrirá nunca su cerrada boca,
Aunque vuelvan sus miembros en ceniza,
Y, amante de su suerte,
Ni le importa la vida ni la muerte.

Pero más feliz aún y venturoso
¡Oh tú! que has emprendido
Recoger ese gremio esclarecido
De *posmas* en un cuerpo numeroso,
Señalando coronas
Y empleos á sus almas dormilonas.
Tú, cuyo imperio ilustre y dilatado
A todo el orbe abarca,
Siendo muy débil el mayor monarca,
A tu gran poderío comparado;
Porque tu reino encierra
Los hombres más pesados de la tierra.
Escucha este mi canto, que humillado
Ahora te presento;
Pues yo que sea de tu gusto cuento
Por lo mucho que tiene de pesado;
Que si agrada á tu oído,
Me tendré por premiado y complacido.

AL MISMO.

Descanso pide con ferviente voto
El lasso marinero
En el golfo de Yeguas, donde fiero
Azota el mar y brama el negro Noto,
Cuando la nube espesa
Entre el cielo y la nave se atraviesa;

Descanso pide el duro moscovita,
De matar fatigado;
Suspira el turco, de Ismail echado,
Por el paterno techo, donde habita,
Cuando la odiosa guerra
En la morada de Pluton se encierra.

Piden descanso, que no compra el oro
Ni las piedras preciosas;
Que no vive en las mesas suntuosas,
Bajo rico artesón de sabio moro,
Por los jaspes lucientes,
Ni entre la turba vil de los sirvientes.
No el hinchado portero, ni el escudo

de su carácter chancero alcanzó un éxito extremado, y tuvo eco aplauso en la sociedad más culta y hasta en el palacio de los reyes. « Trovadores del mejor númen, dios un biógrafo, cantaron en honor del *Cuerpo Poemático*. El Conde de Ureña compuso, con este motivo, el gracioso poema *La Posmodia*. El Conde de Noroña dedicó al Coronel dos odas, arregladas á las ordenanzas que el jefe había dado. » (Nota del Colector.)

(1) El Marqués de Méritos, para ridiculizar á la gente apática y achasada, inventó el imaginario empleo de *Coronel del Regimiento de la Posma*, que se aplicaba á sí mismo. Esta creación fantástica

Con arte timbreado
 La entrada impiden al crüel cuidado,
 Que busca los palacios á menudo,
 Y por las salas gira
 Donde el pincel y el múrice se admira.
 Es el tiempo fugas, y gran locura
 Gastar sus breves horas
 Entre las tempestades tronadoras;
 Pues no arredra al pesar la inmensa altura
 Del vaso de tres puentes,
 Ni el furor de las tropas impacientes.
 Hasta en la choza pastoril se sienta,
 En los pechos se infunde,
 Al pobre, al rico, todo lo confunde;
 Ni con edad ni sexo tiene cuenta;
 Sólo en tu regimiento
 No ha podido encontrar acogimiento.
 Sobre un mórbido lecho recostado,
 En la Holanda sumido,
 Derramados los brazos, extendido
 El cuerpo, con sopor, desmadejado,
 Por nada se contrista
 El héroe que una vez en él se alista.
 Dormir á pierna suelta con sosiego
 Son sus evoluciones;
 Atronar con ronquidos los salones,
 El ejercicio general de fuego;
 Su volar tras la fama,
 Pasar días enteros en la cama.
 No voltean las penas enojosas
 En torno su cabeza;
 Aquí se halla en su trono la Pereza;
 Porque están las pasiones tan ociosas,
 Que sus tardos sentidos
 No son por cosa humana conmovidos.
 Vengan, pues, el guerrero ensangrentado,
 El mercader sediento,
 El palaciego astuto aquí al momento,
 Y verán el descanso suspirado
 En una alcoba oscura,
 Donde el ruido jamas entrar procura.
 Vengan, pues; y tú, jefe esclarecido,
 Hazles ver que la trompa
 Y el estéril laurel, y el oro y pompa
 No pueden producir gusto cumplido;
 Pues la paz verdadera
 Sólo se enouentra bajo tu bandera.

IMPRECACION CONTRA LA GUERRA.

Á DON FERNANDO CAJIGAL.

Cuando miro, Fernando, congregadas
 Las huestes sobre el llano; que tremolan
 Las bélicas banderas; que el infante
 Aprieta en la robusta mano el arma;
 Que el jinete impaciente arde y suspira
 Por aflojar la rienda al brido suelto,
 Que tascando el bocado se consume,
 Y que, por otra parte, los cañones
 Estremecen los montes convecinos;
 Cuando veo, por fin, saltar ligera
 A la muerte feroz sobre su carro,
 Y resonar sus ruedas pavorosas
 Sobre nuestras cabezas, arrastrando
 Tras sí sus espantosos compañeros,
 El pálido Temor, la no saciable
 Mortandad, los relámpagos, el trueno,
 Y que, empuñando en la derecha el hierro,
 Y el fuego en la otra mano, se salpica
 El eje con la sangre de los hombres,
 Y su carro se cubre de ceniza
 De las obras y esfuerzos de las artes,
 Que el tiempo mismo respetado habia;
 Cuando encuentro á la Guerra en sus estragos;
 Cuando contemplo á César coronado
 De sangrientos laureles, y que el triunfo
 De Aníbal, de Scipion, del grande Tito,
 Sobre fuego, sobre humo, sobre nada
 Se eleva y engrandece, me enardece
 Y de lo hondo del pecho saco fuera
 Estas palabras, en furor envueltas;

«Maldito una y mil veces el primero
 Que, destrozando las sagradas leyes
 De la naturaleza, quiso, osado,
 Elevar su cabeza con orgullo
 Sobre todos los otros sus iguales,
 Y, deshaciendo los estrechos lazos
 Con que estaban los hombres reünidos,
 Dió á la Discordia entrada, y á la Guerra
 Revistió con el traje de la Gloria,
 Para que, deslumbrados los mortales,
 Por diosa del honor la diesen culto.
 Maldito, digo, quien así del orbe
 Desterró para siempre la Paz dulce;
 La Paz, único bien que el hombre debe
 Estrechar en su seno y con su boca
 Cubrir de ardientes amorosos besos.
 Maldito, vuelvo á repetir airado,
 Su nombre horrible; para siempre sea
 Cubierto de ignominia, ó confundido
 En los abismos hondos del Averno.»

Á LA BATALLA DE TRULLÁS (1).

¡Ay! Veo renovar sobre la tierra
 El andas ardimiento
 Con que osaron subir al firmamento
 Los gigantes, haciendo á Jove guerra,
 En sus brazos fiados,
 Y en los montes con ellos arrancados.
 Hay, pues, otros Encélados sañosos,
 Que arrojen troncos duros
 Con mano impla á los celestes muros;
 Hay otros Alcioneos poderosos,
 Cuya sangre vertida
 Les dé nuevo vigor y nueva vida.
 Y Porfirios disformes, y Mimantes,
 Y Gíges y Lifecos,
 De un ardor indomable en sus deseos
 Más llenos de teson, más arrogantes;
 Mas nunca el furor puso,
 Como en el cielo, aquí temor confuso.
 No como aquellos dioses que, oprimidos
 Del terrígeno asalto,
 Dejaron su mansion con sobresalto,
 En muy distintas formas convertidos.
 El hispano constante
 O mudanza ó pavor muestra un instante.
 Cual la fúndosa encina, ya arraigada
 En un ágrío repecho,
 Que la hacha aguda ni el robusto pecho
 Logran verla en el suelo derribada,
 Pues siempre, siempre crece
 Y á pesar de los golpes reflorace,
 Resiste el impetuoso ataque horrendo
 Del galo en las trincheras;
 Detiene su furor, y sus banderas
 Valiente arroja, y el cañon tremendo
 En la alta cumbre suena,
 Y sus haces persigue y desordena.
 Retírase el frances; pero, cobrando
 De su misma caída
 Mayor orgullo, su destroz olvida,
 Y en contra vuelve del iberio bando;
 Sus huestes le presenta,
 Y aunque ya sin vigor, ánimo ostenta.
 Segunda vez atruena el bronce herido
 Los montes cavernosos;
 Levántanse clamores horribles,
 Mézclase el vencedor con el vencido,
 Y la Muerte, cansada,
 Desea que se envaine ya la espada.
 Como cuando las nubes, congregadas
 En la region del viento,
 Oscurecen el claro firmamento,
 Y, en rápidos torrentes desatadas,
 Anegan el sembrado,
 La miés ahogan, matan el ganado,

(1) *Trullás*, en el Rosellon. Se refiere á la gloriosísima victoria alcanzada por el general don Antonio Ricardos, sobre el de la república francesa Dagobert, el 22 de Setiembre de 1792. (Véase del Colector.)

Más, del Norte con ímpetu saliendo
 El aguillon furioso,
 El escuadron deshace proceloso;
 Despeja el cielo, que otra vez riendo
 Su luz al suelo envía;
 Renace el gusto, vuelve la alegría....
 ¡Oh llanos de Trullás! Decid si acaso
 Ricardos de otra suerte
 Arrastró al hierro duro de la muerte
 Al galo altivo, de consejo escaso,
 Sin saber cuál más parte
 Tuvo en su corazon, Pálas ó Marte.
 O si los marathónios campos fueron
 En más sangre empapados;
 Si más valor mostraron los soldados
 Que en Salamina á Jérges destruyeron,
 O si acaso retumba
 Con más ecos de triunfo el val de Otumba.
 Como ellos españoles, como aquellos
 Que á Roma consternaron,
 En sus mismas ciudades se abrasaron,
 Y el yugo sacudieron de sus cuellos,
 Venciendo al africano,
 Muestran que no hay valor como el hispano.
 Del fuerte el fuerte nace; en el novillo
 Que mantiene el Jarama
 Y libre en su espaciosa orilla brama,
 Y en el gracioso jugueton potrillo,
 Se ve la fortaleza
 Que á sus padres prestó naturaleza.
 ¡Cuándo engendraron águila rapante
 Ni lobo carnívero
 Mansa paloma, tímido cordero?
 Pues tan difícil es, tan repugnante,
 Que de español osado
 Nazca un hombre cobarde y desmayado.
 Sobre todo, decid cómo, sonando
 El clarín belicoso,
 Sale el caballo bético fogoso,
 Obedeciendo el poderoso mando,
 Y ardiendo en ira luego,
 Corre y se mete entre el humoso fuego.
 Cuál se arroja velos, cuál acomete
 Las puntas aceradas,
 Y cómo, enrojeciendo las espadas,
 Se apremian el infante y el jinete;
 Pero aquél luego cede;
 Que á tanto impulso resistir no puede.
 No gama, herida de mortal saeta,
 Huye de los sabuesos
 Por los collados ásperos y espesos,
 Del más pequeño ruido tan inquieta,
 Que á todas partes gira,
 Y en cada paso ya su muerte mira,
 Como el contrario á la fragosa cumbre
 Se acoge desmayado
 Al verse del ibero destrozado
 A pesar de su inmensa muchedumbre;
 Y su furia atrevida
 En polvo, en humo, en nada convertida.
 Y tú, Ricardos, que en tan fausto día
 Con sereno semblante,
 Al poderoso Jove semejante,
 Confundiste del galo la osadía,
 Cuando el rayo lanzabas
 O los fuertes ataques ordenabas;
 Tú, que renuevas los ilustres nombres
 De Leiva y de Toledo,
 La gloria de Aguilar, el gran denuedo
 De aquellos siempre inimitables hombres,
 Que el Ponto despreciaron
 Y á España nuevos reinos conquistaron,
 No por pobres desdelfes mis loores;
 Mejor la sal y farro
 Y las estatuas de madera ó barro
 Movieron á los dioses superiores,
 Que en soberbios altares
 Víctimas degolladas á millares.
 Kra el dón más precioso un alma pura;
 Esta te ofrezco ahora,
 En tanto que una trompa más sonora
 Tu nombre eleva á la celeste altura;

Que tu ánimo guerrero
 Merece, como Aquiles, otro Homero.

Á LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA.

AÑO DE 1795.

La Discordia levanta su cabeza,
 De víboras crinada;
 Las mueve, las sacude, y agitada
 Retiembla la mansión de la triesteza;
 La turbia Estigia crece,
 Y el tenebroso Averno se estremece.
 Á su voz, semejante al despedido
 Trueno de parda nube,
 La muerte horrible con presteza sube
 En su carro fatal, y conducido
 Por la espantosa guerra,
 Hace gemir los polos de la tierra.
 En pos de ella caminan la Hambre fiera,
 La Miseria afanosa,
 La devorante Fiebre, la ambiciosa
 Gloria, el Furor y Rabia carnívera,
 Y todos cuantos males
 Comprimen con la Guerra á los mortales.
 Enmedio eleva su orgullosa frente,
 Deánuda y descarnada,
 De fuego y hierro la derecha armada;
 La mueve en derredor rápidamente,
 Y las riendas tomando,
 A sus negros caballos va incitando.
 Tascan el freno, y con rabiosa espuma
 Bañan el ancho pecho;
 Tiran, se afanan, corren con despecho,
 Que el látigo sonante los abruma;
 Su intrépida carrera
 Enciende el eje, cual si arista fuera.
 Todo es fuego y furor, todo se llena
 De horrorosa matanza;
 Ya en medio de la Galia se abalanza,
 Con sangre humana enrojeciendo el Sena;
 Ya en su centro se irrita,
 Desploma el templo, el trono precipita.
 Ya revuelve su carro fulminante
 Hacia el belga animoso;
 No le deja un momento de reposo,
 Le estrecha, apremia, oprime, y arrogante
 Le arranca en solo un día
 Lo que antes en cien años no podía.
 Ya de la altiva Albion derriba al suelo
 Las huestes sanguinosas,
 Que, ganando las playas arenosas,
 Al mar se arrojan con medroso anhelo,
 Y en sus naves veleras
 Abandonan confusas sus riberas.
 Ya los muros de hielo, que á su paso
 El bátao le opone,
 Osado pisa, y en su suelo pone
 El victorioso pié; su cuello laso
 El holandés inclina;
 Le abate, y hacia el Rhin veloz camina.
 Allí, como un torrente impetuoso,
 Cuanto encuentra arrebata,
 Y tala y quema y desordena y mata,
 El robusto alemán y el belicoso
 Prusiano se retiran,
 Tiemblan al verla, con rubor se admiran.
 Y los Alpes tambien al grave peso
 Bajan la erguida cima;
 Pasa la presta Muerte por encima,
 Envuelta en polvo, en sangre, en humo espeso,
 Y queda sin aliento
 El sardo á tan altivo movimiento.
 Así el frances guerrero, conducido
 Por la tremenda muerte,
 Aterra al animoso, rinde al fuerte,
 Y sumerge en el seno del olvido
 Todas cuantas victorias
 Al griego y al romano dieron glorias.
 Y tú, España valiente, que infundiste
 Terror al Lacio Imperio;
 Tú, que del sarraceno cautiverio

La pesada cadena destruiste,
Y con ardor guerrero
Humillaste á tus piés otro hemisfero;
Tú, que te viste del frances triunfante,
Y con marcha atrevida,
Ya del Tec refrenaste la corrida,
Ya diste espanto al Canigó gigante,
Mil laureles cogiendo
Cuando la Europa toda estaba huyendo;
¿Tú palida y errante? ¿Tú aterrada (1)
Sueñas la fuerte espada?
¿Del contrario te ves atropellada,
El ropaje pisado, desceñida,
Destrenzado el cabello,
Rotas las joyas del hermoso cuello?
¿Qué tienes! Di, ¿levantas á los cielos
Tus ojos lagrimosos?
¿Exhalas mil suspiros dolorosos?
¿No encuentras ¡ay! alivio á tus desvelos?
¿Tuerces las blancas manos?
¿Tus males son tan fuertes, tan tiranos?
«Lo son tanto..... ¿No miras ya la cumbre
Del nevado Pirene,
Por el galo ocupada; cómo viene,
Bajando con inmensa muchedumbre,
Que el polvo roba al día,
Y ensordece su horrenda gritería?
»No miras que á su impulso el fuerte muro
Cede, se abre, le abriga?
¿No ves la hambre, la sed y la fatiga?
¿No ves que no hay asilo ya seguro,
Y que el Ebro, espantado,
No opone diques al frances osado?
»¿No ves la reja dura abandonada
En los surcos primeros?
¿Sin pastores balando los corderos,
Los talleres desiertos, profanada
La estancia de las Musas,
Y á ellas girando en rededor confusas?
»¿No ves ya solos los paternos lares,
Los techos humeando,
Los caminos, las sendas ocupando
Ancianos y mujeres á millares,
Que huyen horrorizados
Del sangriento furor de los soldados?
»El tierno niño de la veste asiendo
De su madre azorada,
La detiene en su fuga acelerada
Y sus brazos con llanto está pidiendo;
Mas ella no le escucha;
Que el tiempo es corto y la congoja mucha.
»Las virgenes honestas y encogidas,
Rompiendo la clausura,
Exponen su recato y hermosura,
Andando acá y allá despavoridas;
Que la flor delicada,
Expuesta al cierzo, en breve se ve ajada.
»¿Qué! ¿Serán otra vez los templos santos
Con rabia destruidos?
¿Mis hijos á cadenas reducidos?
¿Volverán á mi seno los quebrantos?
»Y Dios, para castigo,
Renovará los tiempos de Rodrigo?
»No, España, no te afanes, y serena
El turbado semblante;
El cielo justo con amor constante
Te quiere y te protege, mira llena
El aura de alegría,
Mira la paz amable que te envía.
»Mira cuál viene de esplendor cercada,
Y ninfas que oficiosas
En torno esparcen arrayan y rosas;
Repara su cabeza, coronada
De los frutos de Ceres,
Y en pos de ella corriendo los placeres.
»Abre tus brazos que los suyos tiende
Con amoroso exceso;
Recoge de su boca el dulce beso

(1) *Aterrada*, por *aterrada*, es una de las varias palabras que NOROÑA creaba sin escrúpulo, cuando le apremiaban la medida ó la rima. Tal vez la consideraba como una contracción de la voz antiquada *aterrecida* (*amedrentada*). (Nota del Colector.)

Con que ese tu dolor borrar pretende,
Y en su seno acostada,
Disfruta de la dicha deseada.
»Disfrútala en buen hora, que aún el trueno
Resuena en el oído,
Aun se escucha el beligeró alarido,
Aun el suelo se ve de sangre lleno,
Y tú, ya alegre en tanto,
En risa vuelves el pasado llanto.
»Nace el día en los brazos de la aurora;
Asoma en el Oriente
Un destello de luz, rápidamente
Se extiende, el cerco de las nubes dora,
Y el tenebroso velo
Rasgado cae desde el alto cielo.
»Así la Paz se esparce por la tierra:
El carro de la Muerte
Estalla, vuelca, y con impulso fuerte
Lanza lejos de sí la horrenda Guerra,
Que por el aire vago
Rodando, se despeña al negro lago.
»Al golpe, con revueltos remolinos,
Las ondas se levantan,
Los eternos cerrojos se quebrantan,
Se conmueven los muros diamantinos,
Y queda el monstruo airado
En su profundo abismo sepultado.»

CONTRA LA CORRUPCION DEL SIGLO.

Este suelo lozano,
Do su riqueza derramó natura,
¡Ay! extranjera mano
Cuidó de su cultura,
Cuando yacía el español en dura
Y amarga servidumbre;
Y el que el esfuerzo resistió constante
De Roma, y á la cumbre,
Templo del gran Tonante,
Retemblar hizo, y demudó el semblante
Del hijo de Quirino,
Cercado de cadenas, vió aislada
Su patria, y de un ferino
Furor amancillada
La esposa fiel, la virgen consagrada.
Sus lágrimas bañaron
Con riego estéril los paternos lares,
Que en ellos se cebaron
Árabes á millares,
Convirtiendo en establos los altares.
Como el Vesubio ardiente,
Cuando vomita con horrible estruendo
Su rápido torrente,
Va los montes hendiendo,
Y pueblos en su curso destruyendo;
Cual Pompeya, Herculano,
Y otros que yacen en eterno olvido
Por su furor insano,
Así fué destruido
El godo imperio, el reino más florido.
Constantes saguntinos,
Soldados de Viriato valerosos,
Soberbios numantinos,
Compañeros gloriosos
De Sertorio, españoles belicosos,
¿Adónde arrebatados
Guais la planta, de temor dudosa?
Los hechos esforzados,
La sangre generosa
Que anima el corazón, ni la famosa
Remembranza de aquellos,
Que jamas bajo el yugo colocaron
Sus indomables cuellos,
Ni tantos que ensalzaron
La patria y con su muerte la libraron,
¿Alentarnos ya puede?
Como al lobo los tímidos corderos,
Vuestra potencia cede
A los árabes fieros?
Vergüenza da, y espanto y rabia veros.
¿Qué mucho! Sumergidos

En ocio y á los vicios entregados,
 Torpes ya los sentidos,
 Los brazos enervados
 Y los ánimos fuertes apagados,
 Opusieron en vano
 Su desmayada hueste al golpe duro
 Del robusto africano;
 Nadie quedó seguro,
 Ni á pecho abierto, ni detras del muro.
 Y vosotros, Pelayos,
 Sanchos, Alfonsos, Dávilas, Gusmanes,
 Que como ardientes rayos
 Y sabios capitanes,
 Desplegando los rojos tafetanes,
 Blandisteis la cuchilla
 En los montes de Astúrias escabrosos,
 Llanuras de Castilla,
 Y en donde los medrosos
 Godos huyeron, no, no estéis gososos.
 Vuestros hijos no imitan
 Vuestra ilustre virtud, vuestras acciones;
 Sus fuerzas no ejercitan
 Con pesados barrones,
 Ni al sol revuelven áridos terrones;
 Ni al caballo fogoso
 Hacen que tasque de oprimido el freno,
 Y suba presuroso
 El áspero terreno,
 De polvo, de sudor, de sangre lleno;
 No los juegos marciales,
 En que el brío se muestra y la destreza,
 Usan con sus iguales,
 Sino infame torpeza,
 En que gime de horror naturaleza.
 Canciones habaneras,
 Bailes, en que los miembros, agitados
 Con mudanzas ligeras,
 Dejan de ardor tocados
 Los ánimos más fríos y apagados,
 La doncellita aprende
 Desde su tierna edad y se ejercita;
 La llama que así enciende,
 Sus deseos irrita,
 Y al fin la venda del rubor se quita.
 En un ruinoso juego
 El varón, ó en la crápula sumido,
 Permite con sosiego
 Que el virginal oído
 Sea con desenfreno corrompido;
 Y luego muy gozoso
 En su lecho la admite, á fin que osada
 Se burle de su esposo,
 Y quede destrozada
 Del tálamo nupcial la fe sagrada.
 ¿Qué esperanza nos resta
 Con progenie tan torpe, tan viciosa,
 Si acaso viene presta,
 Y destruímos esa
 Otra nacion robusta y belicosa?

Á LA BUENA MEMORIA

DE DON ANTONIO VERDEJO, CANÓNIGO DE TARRAGONA.

Una voz resonante,
 Que en la mansion etérea penetrára,
 Y á Júpiter tonante
 El rayo de la diestra derribára,
 Antonio, deséára
 Para librar tu nombre esclarecido
 Del tiempo avaro y del oscuro olvido.
 ¿Y qué menos debiera
 Hacer por mi maestro, luz y guía?
 ¡Ay! si cantar pudiera
 Cual anhelo, pintára yo aquel día
 Que con sábia osadía
 Mi espíritu abatido levantaste,
 Y á la falda del Pindo me llevaste.
 De su escabrosa altura
 Aberto, volví atras el pié dudoso;
 Pero tú, con dulzura
 Serenando mi pecho congojoso,

Me dijiste animoso:
 «Quien no se afana en el combate ardiente,
 Nunca de lauro ceñirá su frente.»
 Y mi mano tomando,
 Arrastraste mis piés por la aspereza;
 Seguíate anhelando,
 Y volviendo á lo llano la cabeza,
 Crecía mi torpeza
 Al paso del cansancio; me paraba,
 Mas tu nervioso brazo me ayudaba.
 Cual virgen encogida,
 Que al nombre de himeneo se demuda,
 Al verse conducida
 Al altar, llora y acercarse duda,
 Y cuando desafiada
 La zona el dios, de pasmo queda helada,
 A su intenso dolor abandonada;
 Mas luego que en el pecho
 Arde la llama del amor, y vierte
 Sus gustos, el despecho
 En dulce complacencia se convierte,
 Pues de esta misma suerte,
 Cuando vencí la cumbre, en alegría
 Cambió su desconsuelo el alma mia.
 Tú entónces me ensefiaste
 Los secretos del monte delicioso;
 Tú mi frente bafiaste
 En el raudal que corre tortuoso
 En su bosque espacioso;
 Tú en el templo de Febo entrar me hiciste,
 Y tú su amparo para mí pediste.
 Tú al venerable Homero
 Me diste á conocer. ¡Oh qué armonía,
 Qué fuego duradero,
 Qué gracia en la expresion, cuánta energía
 En su trato sentía!
 Yo estaba con su acento embelesado,
 Días enteros sin dejar su lado.
 Conocí al grave Horacio,
 Dulce Ovidio, Virgilio altisonoro,
 Y á cuantos en el Lacio
 Amaba Febo y el castalio coro;
 De su acento canoro
 Animado, tomé la lesbia lira,
 Que blando canto y blando amor inspira.
 Advertí que las fieras
 Siaves á mis ecos se volvian,
 Ví las aves parieras
 Que atentas escuchando enmudecian,
 Miré que se salian
 Las hierbas, que las flores se exhalaban,
 Y su copa los troncos inclinaban.
 «No, no es mi melodía
 La que produce efectos tan no usados,
 Confuso repetía,
 Sino los dulces metros acordados,
 Por éstos inspirados;
 Suyo es mi canto, mi destreza es suya,
 Razon es que este dón les restituya.»
 Pero Febo, apartando
 Los rojos rayos de su clara frente,
 Dijo con tono blando:
 «Esos versos que cantas tiernamente,
 Que halagan la corriente,
 Y en su ala lleva plácido el Favonio,
 Sólo los debes al profundo Antonio.
 »Todo cuanto cantares,
 Todo es suyo, todo obra de sus manos,
 Ora fieros pesares
 Publiques, ó contentos soberanos,
 Ora de los tiranos
 Celos pintar pretendas la inclemencia,
 O del hijo de Vénus la potencia;
 »Ora los dulces nudos
 De la santa amistad risueño entones,
 Ora de los membrudos
 Atletas ó los bélicos varones
 Celebres las acciones,
 O ya discantes con estilo grave
 Los gratos bienes de la paz suave;
 »Ora la pluma esgrimas
 Contra el infame vicio y desenfreno,

Ora pausado exprimas
De la filosofía el trato ameno,
Y en su cándido seno
Recostado, demuestras con voz fuerte
Que al justo es dulce la temida muerte.
»En fin, cualquiera cosa
Que tu voz atrevida cantar quiera,
Por nueva y escabrosa,
Lo mismo es que si Antonio lo dijera;
Si él en tí no vertiera
El raudal de su ciencia, nunca osado
Tales versos hubieras entonado.»
Dijo, y con tierno halago
Me reclinó en tu pecho cariñoso;
Mas ¡ay! que el fiero estrago
Con que el orbe destruye el tiempo ansioso,
Robóme presuroso
Tu trato, tu saber, mi único arrimo,
Y en balde ¡ay! mi dolor llorando exprimo.
¡Tu decir elocuente,
Tu fuego, tu entusiasmo, qué se hicieron!
¡Tu pensar eminente
Dónde está! ¡Tus virtudes dónde fueron!
Todos desaparecieron;
Al sacro empleo rápidos volaron,
Y polvo y luto y pena nos dejaron.
Y tú, alma afortunada,
Que de lazos mortales desprendida,
En la eterna morada
Gozas perpétua bienhadada vida,
Si mi voz dolorida
Penetra donde estás, oye mi canto,
Que hoy hasta el cielo en tu loor levanto.
Y del amor movido,
Que en el mundo tuvísteme algún día,
Deja el sagrado nido,
Y vén á hacerme grata compañía;
Así la musa mia
Hará ver con un claro testimonio
Que en el seno nació del sabio Antonio.

Á UNA ROSA YA MARCHITA.

¡Cuán triste y desmayada
Te presentas á mí, fragante rosa!
Tú, que en el Mayo con la frente alzada,
Esparciendo tu esencia deliciosa,
Y mostrando con pompa tus colores,
Por reina te aclamaste de las flores;
Tú, que en las sacras mesas
Derramas los placeres con tu aliento;
Tú, que conservas en tu copa impresas
Como el más singular bello ornamento
Las gotas que brotaron del pie hermoso,
Que agitaba de Adoni el eco ansioso;
¡Tú, tan mustia, abatida,
Amarillas las hojas, destrozada,
La verde veste á polvo reducida,
Casi entrando en el reino de la nada!
«Pasó la Muerte, hirióme, y sólo sombra
Soy que hasta al pecho que me quiso asombra.
»Estos débiles restos
Arrójalos, que el tiempo los consume,
Otros capullos plácidos, enhiestos,
Sobre quienes Amor bate su pluma,
Te causen un deleite regalado,
Y no un sér por la Muerte aniquilado.»
¡Qué! Muere el avariento
Que una provincia al hambre ha reducido,
Y se le eleva un rico monumento,
Con mármoles de Páros construido
Y ornado con pesadas inscripciones,
Que desmienten sus pérdidas acciones;
Fallece el poderoso,
Que virtudes y ciencias ha ultrajado,
Y corre al templo el pueblo presuroso,
Se atropa en torno el túmulo elevado,
Al Eterno por él ferviente implora,
Y con el orador se aflige y llora;
Rinde el alma el guerrero,
No harto de sangre, asolador del mundo,

Y gime por su muerte el bronce fiero;
Se llenan todos de dolor profundo,
Y erigen mil estatuas en memoria
Del que de oprobio cubrirá la historia,
¡Y tú, que siempre has sido
Delicia de los pechos agitados,
Has de entrar en el seno del olvido,
Ojalá los míseros siervos aherrojados,
Y entre seres deshechos confundida,
No ha de quedar vestigio de tu vida!
¡Tú, que ministro fuiste
Del aligerio dios, y el sacrificio
Más puro, más ardiente presidiste,
Cuando, á mis votos el Amor propicio,
El corazón de Lesbia me entregaba,
Que entre tiernos suspiros se exhalaba!
¡Tú, que alegre á mi mano,
Del trono de su frente descendida,
Viniste como gaje soberano
De la fe con tal ánsia prometida
En el punto fatal, que divididos
Eran los dos amantes más unidos!
No, compañera afable,
Recuerdo de mis dichas malogradas,
Lustre del Mayo, flor incomparable,
Bien de las almas del amor tocadas,
No temas de las otras la ventura;
Tú existirás, mi pecho lo asegura.
Deshecha, deshojada,
En átomos sutiles convertida,
En mi seno estarás siempre abrigada,
Su fuego te dará de nuevo vida,
Y cobrarán su esencia tus despojos
Con el humor ardiente de mis ojos.
Vén, agradable rosa;
Sobre mi corazón tu tumba sea;
Con paz tranquila, con placer reposa,
Y el orbe todo en este ejemplo vea
Que no hay templo ni asilo más honroso
Que un corazón sencillo y amoroso.

Á LA MARQUESA VIUDA DE ROSEN,

POR LA MUERTE DE SU ESPOSO.

¡Quién no estará pasmado, sorprendido
Y cubierto de susto
Con la fatal ausencia de aquel justo,
Que como pocos en el mundo ha sido!
¡Quién habrá que no ceda
Al dolor, y su llanto no conceda?
¡Sonando acaso la torcida trompa,
Rasgará mi eco el viento!
¡Pintaréle ardoroso y sin aliento
En pos de un lauro seco ó vana pompa,
Después de haber dejado
El suelo en sangre y lágrimas bañado!
No, Enrique, no merece tu dulzura
Recuerdos tan funestos;
Tú no naciste para el mal cual éstos,
No presidió tu luz la Parca dura,
No el dón tuviste fiero
De asolar por la fama el orbe entero.
La paz, la dulce paz, la paz tranquila
Escogió por morada
Tu seno, en donde nunca tuvo entrada
El crimen, que á los otros aniquila,
Pues en tu labio puro
El hombre reposó, se vió seguro.
Mira, mira á los Vicios, que, elevando
Su orgullosa cabeza,
Las crudas palmas baten con fiera,
Tu dolorosa muerte celebrando,
Tales cosas diciendo
Entre maligna risa y ronco estruendo:
«Ya murió aquel que activo la cadena
A nuestro cuello echaba,
Ya la Paz, que en su pecho se gosaba,
Huyó, de espanto y amargura llena;
Ya mostrarnos podemos;
Salgamos y á los pueblos alteremos.»
No, monstruos de la Stigia sanguinosos;

Es vano vuestro intento.
 Enrique desde el alto firmamento
 Nos contempla con ojos amorosos,
 Y desde allá procura
 Mantener la quietud angusta y pura.
 En torno de nosotros vaguando,
 Su sombra será escudo
 Contra vuestro rencor y afán sañudo,
 Los venenosos tiros rechazando,
 Y haciendo que al Averno
 Volvais rabiando con pesar eterno.
 Y tú, ilustre y sensible compañera
 De un varón tan amado,
 No así te quejes del rigor del Hado;
 Suspende tu lamento y firme espera;
 Que nunca el justo cielo
 Dejó á los virtuosos sin consuelo.
 Si la inflexible Parca no igualara
 Con el techo indigente
 El palacio real, y si clemente
 Con alguno su rostro se mostrara,
 La muerte entónces fuera
 Una desgracia atroz y verdadera.
 Mas una noche nos espera á todos;
 Todos tomar debemos
 La senda del sepulcro; no volvemos
 A pisarla segunda vez; ni hay modos
 De alejar este instante,
 Aunque armemos el pecho de diamante.
 A unos conduce al eterno desmayo
 Mavorte furibundo,
 A otros sorbe en su seno el mar profundo,
 A éstos abrasa el resonante rayo,
 Devora la hambre á aquéllos,
 Y estotros doblan al dolor los cuellos.
 Pues ¿qué resta del hombre? La memoria
 De sus grandes virtudes.
 Esto queda de Enrique, no lo dudes;
 Logra esta eterna merecida gloria;
 No el tiempo enfurecido
 Podrá sumirle en el eterno olvido.

ELOGIO Á UNA SEÑORA

QUE EN UNA FUNCION PARTICULAR DE TEATRO HIZO
 EN LA OPERETA DE *La Criada señora* EL PAPEL
 DE SERPINA.

La suma padrona

El cedro poderoso
 En el Líbano eleva su cabeza,
 Recorre el sol hermoso
 El ámbito del cielo,
 Ostentando su brío y gentileza;
 Así quien con un vuelo
 Pindárico discanta,
 A todos los poetas se adelanta.
 Musa, toma la lira
 Del tchano cantor, y són ferviente
 En el pecho me inspira.
 Cual de Etna cavernoso
 Se desprende la rápida corriente
 Con bramido espantoso,
 Mi canto se difunda,
 Y horror y susto y turbacion infunda.
 Mas ¡ay! que no resuena
 Con dórico furor la cuerda herida,
 Y el aire no se llena
 De bélico estampido,
 No es en cóncavos montes repetida
 Mi voz con ronco ruido,
 Sino en el aura leve;
 Que Amor mis labios y mi pecho mueve.
 También Amor es guerra;
 Cuando cimbras el arco resonante,
 Muda tiembla la tierra,
 Amor me inflama, y crece
 En mi pecho el ardor. Mi musa cante;
 Que en la lid aparece
 Una nueva heroína:
 La hermosa y dulce, la jovial Serpina.
 Hizo sonar Cupido
 La beligerá trompa, y á su estruendo,

II, Ps.-XVIII,

Uberto enardecido,
 Se presenta al combate,
 De su cuerpo gentil alarde haciendo;
 El dios las palmas bate
 De contento, y envía
 Quien humille su pompa y bizarría.
 ¿Quién pondrá confiado
 Su pecho en contra con audaz denuedo?
 ¿Quién de Uberto esforzado
 Haber podrá victoria?
 ¿De Uberto, que al ataque marcha ledo,
 Se corona de gloria,
 Y con marcial acento
 Para los ríos, encadena el viento?
 La preciosa Serpina,
 A quien las Gracias cercan lisonjeras,
 A quien Vénus se inclina,
 Y cuya voz sonora
 Penetra blandamente las esferas,
 Al Olimpo enamora
 Y á Júpiter suspende,
 Que olvida el cetro y su cantar atiende.
 Pues ¿cómo tú presides
 Estas contiendas, hijo de Citéres?
 Léjos de ti las lides,
 Los ecos horrosos;
 A ti sólo competen los placeres,
 Y los tonos sabrosos
 De la grata armonía
 Son de Apolo y su casta compañera.
 Mas ¡ay! que amor es todo;
 Amor en todo manda, en todo entiende,
 Centra el Amor no hay modo,
 No hay adarga templada,
 Nada lo evita, nada lo defiende,
 Pues sea celebrada
 Su grandiosa victoria,
 Y en su templo la fije la Memoria.
 Uberto, que su pecho
 Ve de atroces heridas traspasado,
 Procura con despecho
 Oponer los enojos
 Al torrente de fuego arrebatado
 De sus voraces ojos,
 Y con aspecto grave
 Demostrarla desden, mas ¡ay! no sabe;
 Que Serpina graciosa
 Con vigor le resiste, y entonando
 Una queja amorosa
 Con eco penetrante,
 Va todas sus defensas derrotando;
 De suerte que ya amante
 Rinde su ánimo fiero,
 Y en cera vuelve el corazón de acero.
 Oye de la cadena
 Agitarse los recios eslabones,
 Se afra, se enajena,
 Y arrojar determina
 De su pecho oprimido las pasiones.
 Al templo se encamina
 De la gloriosa Fama,
 Que allá en su cumbre con ardor le llama.
 El sanguinoso Marte
 Con su arnés tresdoblado le convida,
 Alegre Uberto parte.
 ¿Adónde confiado
 Vuelas, Uberto? Tu preciosa vida,
 Contra el querer del Hado,
 Ofreces á la muerte,
 Y á Serpina abandonas de esa suerte?
 Amor no la abandona;
 Un escuadrón le envía impetuoso,
 Que su empresa corona;
 El Terror macilento,
 Los celos inhumanos, el furioso
 Rencor, y aquel tormento
 Que el corazón padece
 Cuando un ansiado bien se desvanece.
 No al jabalí valiente
 Se arrojan los lebreles tan furiosos,
 Como al joven ardiente
 Las crüeles pasiones,

Excitándole afectos horrorosos.
 En tanto las prisiones
 Va tejiendo Serpina
 Con trinos dulces y expresion divina.
 ¡Cuán en vano á la entena
 El precavido Ulises se amarrara,
 Si hubiera una sirena
 En la playa arenosa
 Que tonos tan suaves modulára !
 Con rabia generosa
 Sus lazos deshiciera,
 Y hácia sus brazos con afán corriera.
 Cual otro Timoteo,
 Que el alma de Alejandro conmovia
 A par de su daseo,
 Serpina la de Uberto
 Mueve con su canora melodía,
 Con tal gracia y concierto,
 Que no hay pasión altiva
 Que de ella el movimiento no reciba.
 El joven desdichado,
 Ya tiembla, ya desmaya, ya se agita,
 Ya todo trastornado
 Se confiesa cautivo,
 Y con ansia á sus piés se precipita.
 Mirale compasivo
 Amor, le da un abrazo,
 Y con Serpina le une en dulce lazo.
 Serpina, ya has vencido;
 Ya el Amor tu victoria ha coronado;
 Uberto, conmovido
 Al encanto suave
 De tu halagüeña voz, se ha desarmado.
 Pues, si fingiendo sabe
 Vencer de esa manera,
 Si cantase verdad, ¡ay Dios! qué hiciera!

LA QUICÁIDA, POEMA HERÓICO-CÓMICO.

CANTO PRIMERO.

Canto el enojo y el cruel despecho
 Que produjo una rosa de cien hojas
 En el sensible pecho
 De la graciosa Quica; sus congojas,
 Sus guerras y su triunfo, y muy de veras
 En tono grave canto frioleras.
 Oh Musa, que á los pechos aquejados
 Pones delante la agradable risa,
 Y lanzas al Averno á toda prisa
 Los negros melancólicos cuidados,
 Mi tibio pecho inflama,
 Y en mi labio derrama
 Con abundancia tanta tus gracejos,
 Que se estiren los tristes sobrecejos
 Al escuchar mi canto,
 Del modo que lo hicieron
 Los que á Villaviciosa y Tomé (1) oyeron.
 Declárame entre tanto
 Cuál fué el principio y los motivos graves
 De guerra tan funesta,
 Pues Briseida, arrancada de las naves,
 No ocasionó, cual esta
 Infausta flor, á griegos y troyanos
 Llantos tan tristes, males tan tiranos.
 ¡Qué! ¡Pechos femeniles
 Abrigan iras cual la tuvo Aquiles?
 El de la hermosa Quica generoso
 No puede hallar reposo
 Desde el punto que vido
 Lo mismo que juzgó jamás vería.
 Sobre un sofá mullido,
 Envidia del monarca de Turquía,

Su fatigado cuerpo recostaba
 Con lánguido abandono,
 Y echada como estaba,
 Quejóse al aire así con triste tono:
 «¿Qué es esto, Quica? ¡Qué feroz destino
 Ahora te persigue, te atormenta?
 Tu imperio á tierra vino;
 Como sombra fugaz de tí se ahuyenta
 La pompa que tenías
 En más felices días;
 Ya todo se ha trocado;
 ¡Ese rostro, de todos alabado,
 Esa rara destreza inimitable
 En el antiguo amable,
 Páspie majestuoso,
 Fandango bullicioso,
 Y en el rey de los bailes, el ligero,
 El agitado, el rápido bolero;
 Tu gracia en el vestir, tu garbo y aire;
 Tu fino gusto en la invención de modas,
 Con asombro de todas;
 Tu cantar con donaire
 E infatigable pecho,
 Y tantos dones juntos qué se han hecho?
 Una muchacha extraña, una insolente
 Todas estas mis prendas ha colapsado;
 Ella me arranca el cetro fieramente,
 Que con tanta razón tuve empuñado,
 Con la invención más rara que se ha visto.
 ¡Y yo lo veo, cielos, y resisto!
 Ahora, que los vientos irritados
 Roban de los jardines y los prados
 El color y frescura,
 Esa vil criatura
 En medio de Jerez con una rosa,
 Que al mayo diera lustre, se pasea,
 Estráscase y pompea,
 Y á todos se la muestra jactanciosa.
 Al verla en el invierno así adornada,
 Quién por Venus la tiene, quién por Flora,
 Quién la dice una cosa regalada,
 Quién con chistes agudos la enamora,
 Quién se humilla, quién muestra el pecho blando,
 Y yo mientras estoy aquí rabiendo.
 La vana Presuncion que, rodeada
 De vientos y fantásticas visiones,
 Suele hacer gran morada
 En casa de los míseros mandones,
 A los ricos visita,
 Con el fingido literato habita,
 Ama al adonis, á los nobles quiere,
 Y sobre todo á la mujer prefiere,
 Pues nunca abandonó su compañía,
 Oye el triste clamor que Quica envía;
 Y al punto va volando,
 Cual leona feroz, que el grito escucha
 De los cachorros que la están robando.
 Cubre su frente enorme
 De largas tocas y monjil capucha,
 Su cuerpo achica al de mujer conforme,
 Y pone su semblante
 En todo semejante
 A la antigua criada Rosalía,
 Que en la casa vivía
 Mucho antes que la abuela
 De Quica se casara;
 Por eso en su crianza se desvela.
 Entra la diosa, y al entrar repara
 El magnífico adorno
 Que resplandece en torno,
 Y exclama, rebotando de alegría:
 «Bien reconozco que eres,
 En tu casa, tus galas y placeres,
 Digna de que te llamen hija mía.»
 A esta postrera voz tan halagüeña,
 Su cabeza levanta, y enclavando
 Sus ojos en los suyos, «Oh tú, dueña,
 La dice sollozando,
 A quien unida estoy desde la cuna
 Testigo de mi fama y mi fortuna
 Mirame derribada
 Desde los altos cuernos de la luna

(1) Parece ocioso advertir que aquí alude Noroña á los dos famosos poemas burlescos de Villavicio a y Tomé de Burguillos (Lope de Vega), *La Moquéa* y *La Gatomáquia*. (Nota del Colector.)

Hasta la misma nada.
 Una niña, una rosa....
 —Basta, responde, basta;
 Ya sé cuál es tu llaga dolorosa.
 Pero dime, ¿qué cosa
 Un pecho generoso no contrasta?
 Mas ántes, porque veas cuán ligera
 Te entregas al dolor, deja ese blando
 Y perzoso asiento,
 Donde estás con molicie reposando;
 Levántate, los pasos acelera.»
 Dice, la ayuda, anima, y al momento
 Le presenta un gran campo de batalla.
 Empieza Rosalía, y Quica calla:
 «Ese escuadron primero
 Que miras ahí frontero,
 Mil vasos lo componen,
 De las entrañas del Perú formados
 Y con destreza y gusto cincelados;
 Allí en unidas filas se disponen
 Enjambres de alfileres aguzados,
 Cintas de mil colores,
 Ya en el Sena anchuroso,
 Ya en el revuelto Támesis nacidas,
 Esencias de las flores
 Aun más fragantes que en el Mayo hermoso,
 Gasas de Flandes ó de Leon traídas.
 Allí se muestran firmes combatientes
 De plumas y garzotas diferentes,
 A este lado repara que á millares
 Están polvos, pomadas y lunares,
 Al otro la copiosa artillería
 Que rica Ormuz envía;
 Aquí se halla el diamante poderoso,
 El ardiente rubí, verde esmeralda,
 El topacio amarillo cual la gualda,
 Zafiro jactancioso,
 Purpurado jacinto,
 Todos en escuadron no bien distinto,
 Cual campeones fieros
 Hacen brillar los bárbaros aceros,
 A cuya altiva vista
 No hay pecho tan feroz que se resista.
 Todas estas valientes huestes, Quica,
 Están á tus mandatos siempre atentas;
 Ordena pues, dispon, preven, indica,
 Verás cómo al combate van contentas.
 Ni tremendo cañon, ni aguda pica
 Detendrán su vigor; porque, sedientas
 De laurel inmortal, de eterna gloria,
 Te darán sin remedio la victoria.
 Cuál será Atlante del batido pelo,
 Cuál ornarle con cien mil labores,
 Cuál como estrella brillará en tu cielo,
 Y cuál, para inspirar dulces amores,
 En tu rostro, en tu pecho, con anhelo
 Pondrá reclamos, formará primores,
 De modo que se rinda el más osado,
 ¡Y aun tu espíritu se halla desmayado?»
 Dijo, y siguióse un rato de silencio;
 Mas Quica, con larguísimo suspiro,
 «Tu dictámen, responde, reverencio;
 Ese ejército admiro;
 Mas fáltame el campeón por quien deliro,
 Fáltame aquella rosa....—
 ¿Serás con ella acaso más hermosa?»,
 Llena de rabia, la deidad replica.
 Estremeciéndose Quica.
 Entónces la fingida Rosalía
 Descorre el claro velo,
 Que el luciente cristal les encubría.
 ¡Cuál fué la admiración, cuál el consuelo
 Que tuvo la heroína
 Al ver su rostro al vivo retratado!
 Admira la tez fina,
 El color entre leche sonrosado,
 La lumbre de sus ojos centellante,
 Su boca reducida,
 Que al más cobarde con ardor convida
 A robos amorosos al instante.
 Quédase sorprendida y admirada;
 Mas volviendo del éxtasis, «de nada

Me sirve, Rosalía, exclama ¡ay triste!
 Hermosura fatal, que no resiste
 Al poderoso encanto de una rosa;
 Pues la pena de verse así vencida
 Se aumenta á proporcion de ser hermosa.
 Si el hijo de Priámo no excediera
 A griegos y troyanos
 En valor y en esfuerzo, fueran vanos
 Los trofeos que Aquiles consiguiera;
 Así Tirsa consigue mayor gloria
 Y tiene mayor triunfo en su victoria,
 Pues quita, quiebra, rompe, despedaza
 Las macetas, las rosas que conserva,
 A ninguna reserva.»
 Esto dice. La diosa llega, abraza
 A la afligida Quica, dala un beso,
 Y luego se convierte en humo espeso.
 Sintióse, con su tacto, trastornada
 La heroína, hasta entónces envidiada,
 Y que, hinchándose el cuerpo por momentos,
 Ni en sí ni en su aposento ya cabía.
 Conoció la deidad, y cuando huía
 Dirigióla estos míseros lamentos:
 «¿También tú eres conmigo rigurosa?
 ¿Te burlas de mis males,
 Tomando una apariencia mentirosa?
 ¿Huyes de mí, me dejas,
 Como suele el comun de los mortales,
 Entregada á mis quejas?
 ¿Por qué no quieres, diosa,
 Cual madre cariñosa,
 Desahogue en tu pecho su amargura
 Una hija que te adora con ternura?»
 La deidad, con su llanto conmovida,
 Aunque estaba resuelta en aire vano,
 Esparcíó con dulzura y franca mano
 En torno el corazón de su querida
 Un suave rocío,
 Para que nunca su constante brío
 En ella desmayara,
 Aunque la tarda senectud llegara.
 No quedó don Quijote tan ufano
 Cuando se vió por mano
 Del socarrón ventero
 Armado en un instante caballero,
 Porque emprender proezas ya podía,
 Y dar cabo al proyecto que tenía,
 De hacer resucitar en toda España
 La andante feudal caballería;
 Como Quica al pensar la traza extraña
 Que para su consuelo dió la diosa.
 Pensaba en una empresa tan gloriosa,
 Y, no sabiendo á quién fiar la hazaña,
 Sorprendióla la noche tenebrosa.
 Ya estaban los magníficos salones
 De su inmenso palacio
 Con tanta claridad como de día;
 Gentes de todos sexos y naciones
 Ocupaban su espacio,
 Y esta graciosa diferencia hacia
 De mil modos variar las diversiones.
 Unos, mil vueltas dando á la *Gaceta*,
 Discurren del estado de la Europa
 Y las nuevas que trajo la estafeta;
 Del nervio de la tropa,
 La marina, el comercio y el dinero;
 Otros, en un estilo más ligero,
 Tratan de modas, cintas y colores;
 Estos, no gustan sino hablar de amores;
 Aquéllos, dos á dos apareados,
 Y á las esquinas de un altar sentados,
 Ofrecen incesantes sacrificios
 A las deidades que Bilhan compuso,
 Madres horrendas de funestos vicios.
 Cuatro naciones entre sí dispuso,
 Tan fieras, tan airadas,
 Que nunca entre ellas hay paz ni concordia;
 Hay agudas espadas,
 Oros corrompedores,
 Copas ardientes y robustos bastos,
 Perpetuo manantial de la discordia,
 ¡Qué de guerras y horrores,

Qué de afanes y gastos
 Nos conserva la historia
 Que esta maldita casta ha motivado!
 No obstante, con un modo sosegado
 Riñen ahora sin causarse grima,
 Cual suelen los que juegan á la esgrima.
 A la otra parte jóvenes festivos
 Explican con cantares expresivos
 Cuanto el corazon siente,
 Tocando la vihuela diestramente,
 Como pudiera Orfeo;
 En este del placer dulce museo,
 Cada cual contentar su humor procura;
 Cuál rie, cuál discurre, cuál murmura.
 En tanto la matrona, que un instante
 Del corazon no aparta su tormento,
 Que cavila en la rosa, y el momento
 En que ha de verse con honor triunfante,
 Las anchurosas salas rodeando
 Con sus ojos ardientes,
 Nota y señala del inmenso bando
 Los bravos combatientes,
 Capaces de acabar tan alta empresa,
 Y entre la turba espesa
 Elige á Nuño, Mendo y Pardo, iguales
 En edad, condicion y hazañas tales,
 Por lo cual se promete
 Salir con bien del hecho que acomete.
 Llámalos la amazona, y dividiendo
 Dos puertas de cristal, los introduce
 Paso tras paso, sin causar estruendo,
 A un lindo gabinete, donde luce
 El fino gusto á par de la riqueza.
 Cierra, callan, atienden, y ella empieza:
 « Ilustres campeones,
 No pretendo moveros con razones
 Ni elocuencia estudiada;
 Una mujer os habla, y agraviada.
 Su sexo, vuestro honor y el alto hecho,
 Digno de heroico pecho,
 Encenderá mejor el fuerte brío
 Que aguardo ahora para alivio mio.....»
 Los tres estaban sin chistar oyendo
 Aquel exordio extraño y estupendo;
 Pero con la venida
 De Clara, la oracion fué interrumpida.
 Clara, sacerdotisa, cuyo oficio
 Era á tal hora hacer un sacrificio
 Sobre una ara preciosa,
 Cubierta de manteles alemanes,
 Deposita la ofrenda deliciosa
 Con puros reverentes ademanes;
 Aquí pone oficiosa
 Tazas de China en oro perfiladas;
 Allí un grande monton de retanadas
 Sutiles en extremo,
 Pero muy bien tostadas;
 Más allá se levanta,
 Tal como el promontorio Caridemo (1),
 Otro mejor de belgica manteca;
 No se vió copia tanta
 De peregrinos desde Ceca á Meca,
 Como aquí de vasijas é instrumentos.
 Pero en medio se eleva por momentos
 Un celeste vapor, que derramado
 En torno, da vigor al más postrado.
 ¿Quién, pues, será este agente poderoso,
 Que sorprende al senado
 Con un modo tan raro y delicioso?
 ¿Quién, sino el chino té, cuya dulzura
 Al estómago débil asegura,
 La sangre purifica
 Y el corazon caído fortifica?
 Llenan las tazas del licor sagrado,
 Las vacian de contado;
 Mas haciendo, con una, Quica pausa,
 « Escuchad, exclamó, cuál es la causa
 De haberos en tal sitio réunido.
 Hasta ahora he tenido
 El imperio entre todas las mujeres.

(1) El cabo de Gata.

¡Qué gustos, qué placeres,
 Qué ofrendas, qué oblacones
 No debí á los humanos corazones!
 Mas ¡ay! que ya mis glorias se acabaron,
 Mis dias ya pasaron;
 Si por acaso hubiera
 Robado mi vigor la vejez fria,
 O mi semblante demudado viera,
 Por cierto entónces no me quejaria;
 Pues tengo un corazon bastante fuerte
 Para arrostrar los años y aun la muerte.
 Pero una niña astuta, una insolente,
 Orinando el pecho altivo con la rosa
 Más fresca, más hermosa
 Que en jardin se crió con dulce ambiente,
 Encantada sin duda,
 Mi erguido trono á su aposento muda,
 Donde acuden enjambres numerosos
 De jóvenes que á mí dieron incienso;
 En vosotros, que siempre valerosos
 Seguísteis mis banderas,
 Remedio á mis pesares hallar pienso,
 Curando mis heridas lastimernas.
 No os acobarde el hecho que medito;
 Para subir al templo de la Fama
 Hay trabajo infinito,
 Y héroe sólo se llama
 El que arrostra peligros, como Alcides,
 Saliendo vencedor de todas lides.
 Esta noche, fortísimos varones,
 Armados de valor y sufrimiento,
 Quisiera que asaltáseis los balcones
 De esa Tirsa, arrancando de cimiento
 Cuantas rosas mantiene en sus macetas.
 Cual fieros masajetas (2),
 Que, despues de ganar una victoria,
 Tronzan, destruyen, rompen desbaratan,
 Hieren, mutilan, atropellan, matan
 Con crueldad notoria,
 Y nada se ve exento de su furia;
 Así, para vengar mi grave injuria,
 Quiero en vosotros un igual coraje;
 Cada cual quiebre y con furor desgañe
 Los capullos, renuevos y botones.
 Esto una dama os ruega, campeones.»
 Dijo; y tomando Nuño en la robusta
 Mano una taza, con vigor exclama:
 « Por este soberano té divino,
 Que tanto fortalece al que le gusta,
 Por aquella olorosa sacra llama,
 Que en derredor se eleva de continuo
 Cuando para beberlo se prepara,
 Hermosa Quica, juro
 Con el ardor más puro,
 Que ha de ser mi venganza la más rara.
 Tú serás esta noche complicita;
 Rosa ni tallo quedará con vida.»
 Dijo; y haciendo con la propia tasa
 Una pequeña libacion, la entrega
 A sus dos compañeros,
 Y así que la gustaron,
 Del mismo modo en el altar juraron.
 Con votos tan ardientes, tan sinceros,
 Quedó Quica bañada de alegría.
 Ya entónces se sentia
 Del látigo sonoro el estallido,
 El parar las carrozas, con el ruido
 De pajes impacientes,
 En buscar á sus amas diligentes,
 Dando prisa por irse.
 Empieza cada cual á despedirse
 Con rancio fastidioso cumplimiento,
 Y vacian el palacio en un momento.

CANTO II.

La oscura noche á todo andar corria,
 Y á todos los vivientes sumergia
 En un pesado sueño,

(2) Pueblo oriundo de la Escitia, y de costumbres bárbaras, como los godos, los hunos y los vándalos. (Nota del Colector.)

Cuando los tres, constantes en su empeño,
Parten para la empresa proyectada,
Y haciendo una parada
En medio de una plaza, convectiva
De la calle do el hado los destina,
El locuaz Nuño, como si no hubiera
Otra cosa que hacer, de esta manera
Discurre con sus caros compañeros:
«¿Quién sabe si en los siglos venideros,
Haciéndose famosa nuestra historia
Y digna de tenerse en la memoria,
El autor encargado
De cantar una hazaña tan gloriosa,
En dulces versos ó acendrada prosa
Dirá con un estilo levantado:
Era de noche, y en profundo sueño
Los fatigados cuerpos reposaban;
Las selvas, llenas del antiguo leño,
Y los inquietos mares descansaban;
En un deliquio blando y halagüeño
Hombres, aves y fieras se encontraban;
Huían de la mente los cuidados
Y estaban los trabajos olvidados,
Cuando los tres valientes campeones,
En fe de su promesa y juramento,
Olvidando los mórbidos colchones,
Salieron presurosos á su intento;
Asaltando de Tírsia los balcones,
Las rosas y renuevos al momento
Con manos atrevidas arrancaron,
Complacieron á Quica, la vengaron.
¡Dichosa edad! ¡Oh siglo venturoso,
En que saldrán á luz tales hazañas,
Dignas de que un Homero sonoro
Las cante á las naciones más extrañas!
Yo preveo este día tan glorioso.
Tienes, Nuño, razón; no, no te engañas;
No el rapto violador de las Sabinas
Se igualará jamás al que imaginas.»
Calló Nuño, sin duda satisfecho
De su larga oración, de su elocuencia;
Pero Mendo no pudo con paciencia
Retener en su pecho
La risa, con sus frases excitada,
Y soltó una tremenda carcajada.
Cual suele resonar el seco trueno
En techo embovedado,
Haciendo estremecer todo el terreno,
Retumbó aquel reír inmoderado
Por los ángulos todos de la plaza,
Sin que para acabar hubiese traza.
El venenoso Chisme, que yacía
En los toscos umbrales
De una bien inmediata escribanía,
Despertó á risas tales,
Y escuchó á su sabor cuanto decía
La hueste de las rosas destructora.
Con planta voladora
Encaminase en busca del Desvelo.
Halla un palacio que parece al cielo
Escalar con su mole suntuosa;
Entre gruesas columnas granadinas,
De terso jaspe y en color sanguíneas,
Se revuelve la puerta poderosa,
Cubierta y tachonada
De aromático cedro y bronce duro;
Esta, cual fuerte muro,
Impidiendo la entrada
A toda alma viviente,
Un augusto silencio allí conserva.
El Chisme, que lo observa,
Métese prestamente
Por los resquicios breves de sus juntas;
Que no hay espadas con agudas puntas,
Ni cañón, ni muralla, ni ancho foso,
Que detengan al Chisme venenoso.
Penetra los salones interiores,
Donde admira riquezas y primores,
Griegas estatuas, láminas, pinturas
De los más celebrados profesores,
Flamencas colgaduras,
Alfombras turcas, cómodos asientos,

Con plumas mejicanas rellenos;
Espejos en la Granja trabajados,
Y otros muchos portentos;
Sigue con pasos lentos
Hasta hallar una alcoba retirada,
Del aire, el sol y el ruido resguardada:
En medio se levanta un rico lecho,
Sin duda de algún hombre de provecho,
Mullido, terso, holgado,
De pomposas cortinas rodeado.
«Aquí, aquí, dice el Chisme, está el Desvelo.»
Va á pisar el umbral, y da en el suelo.
«¿Quién se interpone aquí? ¿Quién, atrevido,
Me impide el paso?», exclama enfurecido.
La Indolencia, la puerta atravesando,
Yacía allí roncando.
Con el fatal tropiezo
Sacude el sueño blando
Con un perezosísimo bostezo,
Y entreabriendo sus ojos adormidos,
Al Chisme presta oídos,
E informada del fin de su venida,
Le dice así con voz desfallecida:
«¿También tú, alucinado
Por las acaloradas descripciones
De los poetas pobres, has juzgado
Que en soberbios salones,
Entre el rico artesón y el estucado,
Habitan el Desvelo y el Cuidado?
¡Qué error! ¡Qué desatino!
Solo yo reino aquí. Mi dulce trono
Está aquí de continuo.
Aquí vivo, aquí mando, aquí doy tono,
Y nada se hace aquí sin mi atención.
Esta es la casa, en fin, de la Indolencia.
¡Qué le importa al señor que, sumergido
En la triste indigencia,
Carezca de sustento el desvalido,
Si mantiene una mesa en que á millares
Se sirven los manjares
Por el arte variados
Y con nombres extraños bautizados;
Ni que la sed ardiente
Al jornalero aqueje y atormente,
Si, ajeno de pesares y sudores,
Le envían sus vífeedos, liberales,
Mil fragantes licores,
Que apagan sus ardores
En medio de las cenas bacanales?
Su casa, sus alhajas, su vestido,
Su mueblaje fastoso,
Su coche primoroso,
En Londres construido,
Al estilo de China charolado
Y de recios frisones arrastrado;
Sus banquetes, su lujo, sus placeres,
Dando envidia á los hombres
Y excitando el deseo á las mujeres,
Es sólo lo que llena sus ideas.
No le deleitan los gloriosos nombres
Que se adquieren en bárbaras peleas,
Ni al mundo todo estima en una paja,
Ni nada le desvela;
Por el ajeno bien jamás anhela,
Ni aun para sí trabaja;
Que el egoísmo fino de que abunda,
Hace que goce de una paz profunda.
Así, no vengas con falaz estilo
Y susurro insinuante, malicioso,
Ahora á perturbar el dulce asilo
Del eternal reposo.
Busca, busca al Desvelo
En casa de un mortal meditabundo,
Que con ardiente celo
Trabaje en hacer bien á todo el mundo;
Cuyo color caído y macilento
Te haga ver al momento
Que sólo le consuela.
La dicha de los otros; y así, pasa
El día con afán, la noche en vela.
Y al instante te marcha de esta casa;
Pues éste es un hablar demasiado

En contra de lo usado
 Por mí y por mis secuaces indolentes.»
 Quedóse la voz entre los dientes,
 É inclinando de pronto la cabeza,
 Suspira, se espereza,
 Se recuesta, se duerme y da un ronquido.
 Desengañado el Chisme y aturdido,
 Sálese del palacio suntuoso,
 Y busca presuroso
 Al Desvelo en estancia ménos rica.
 Corre las calles y el oído aplica,
 Mas todo se halla en sueño sepultado;
 Y cuando, ya cansado,
 Desesperando va de tal empresa,
 Al encuentro le sale á toda priesa
 El ansiado Desvelo;
 El gusto y pasmo lo volvió de hielo.
 Lleva el Dios la cabeza coronada
 De cien brillantes ojos veladores,
 Que adormecer no puede jamas nada;
 Antes bien con sus puros resplandores
 Deshace la pereza, y disipada
 En átomos sutiles y vapores,
 Da á la imaginación gran movimiento,
 Sin dejarla parar sólo un momento;
 «¿Qué me quieres? le dice; aquí me tienes.»
 El Chisme entonces: «Uno de los bienes
 Más grandes que jamas he deseado.
 Veo marchar con paso acelerado
 Tres guerreros robustos
 En contra de placeres y de gustos.
 No vomitó el Averno tenebroso
 Nunca monstruos mayores.
 Son nada los horrores,
 Que sufrieron con pecho valeroso
 Y admirable constancia
 Troya, Astapa (1), Sagunto
 Y la inmortal Numancia,
 Con aquellos que ahora yo barrunto.
 ¡Con qué extraña algazara,
 Con qué alegría marchan y alborozol
 Cada cual se prepara
 A que exceda á los otros su destrezo.
 ¡Oh pérdidas Sinones (2),
 De noche ejecutais vuestras traiciones!
 Una pobre inocente está durmiendo,
 Bien ajena por cierto del tremendo
 Escuadron que á su casa se encamina;
 Y en tanto, meditando su ruína,
 Previénense asechanzas,
 Largas escalas, hierros belicosos,
 Asaltos, robos, bárbaras venganzas,
 Y un sin fin de pesares horriblos;
 Llenaráse la triste de quebranto.
 ¡Qué rabias, qué chillidos y qué llanto!
 Apurará sus frases mujerieles,
 Y las angustias contaránse á miles.
 Yo acabo de escucharlo,
 Acabo de mirar la hueste altiva;
 No tienes que dudarlo.
 Si no lo estorbas tú con mano activa,
 Esta noche será, por desastrada,
 En los fastos del mundo señalada.»
 Escuchaba el Desvelo embebecido
 Sin menear los ojos, aunque atento,
 Ni apartar el oído
 Al empezado cuento;
 Y viendo no acababa,
 Con voz le dijo amenazante y brava:
 «O acabas, ó despierto
 De su largo letargo á los mortales,
 Para que lleguen á saber de cierto
 Que eres el más horrible de los males.»

(1) *Astapa*, nombre romano de *Estepa*, en la provincia de Sevilla. Como los seguntinos, los habitantes de *Astapa*, cercados por Lucio Marcio, perecieron todos abrasados en una hoguera, por no rendirse al general romano. (Nota del Colector.)

(2) *Sinon*, aquel guerrero griego que, fingiéndose perseguido por sus compatriotas, persuadió á los troyanos á que introdujeran en la ciudad el famoso caballo de madera, cuyas puertas abrió durante la noche. El nombre de *Sinon* se hizo proverbial como prototipo de la perfidia. (Id. id.)

El Chisme, al escuchar esta sentencia,
 Á temblar empezó con la violencia
 Con que suele agitarse el desdichado
 Que en las minas de azogue ha trabajado.
 Y así el tema siguió con voz sumisa:
 «Tu persona ¡oh Desvelo! me es precisa,
 Porque robar intentan unas rosas,
 Que nunca las he visto más hermosas.
 Despierta á la ofendida,
 Y la trama será desvanecida.»
 El Desvelo, más blando y mesurado,
 Conviene de contado,
 Y, transformados ambos en moequitos,
 Vuelan en busca del dorado lecho
 En que Tirsa descansa dulcemente.
 El Silencio, con pasos muy quitidos,
 Se acerca, y oye el hecho
 Por estos turbadores meditado;
 Se agita extrañamente,
 Porque teme que al grito destemplado
 De Tirsa, será al punto desterrado,
 Ocupando su trono,
 El confuso Rumor con alto tono;
 Y vuelto hácia la Noche,
 Que entre nubes guiaba el tardo coche,
 «Y permítes, le dice, que el Desvelo,
 Tu enemigo mayor, mueva una guerra
 Que cause espanto al suelo
 Y cubra de cadáveres la tierra?
 Acude, acorre, aguija
 Tus caballos valientes; que el azote
 Del látigo sonante los alija;
 No los lleses al trote,
 Sino al escape, con doblada rienda,
 Como escuadrones que entran en contienda.»
 Esto dijo el Silencio, resentido,
 Y sólo de la Noche tenebrosa
 Fué su lamento oído,
 Cual hijo de su madre cariñosa.
 Detuvo el fuerte carro, y contemplando
 Desde su regio asiento
 El fiero encono de uno y otro bando,
 Revolvió el agitado pensamiento,
 Y temió con razon que, interrumpido
 Su tranquilo sosiego,
 Se renovase el ardimiento griego
 Cuando el sagrado Ilión fué destruido.
 Por una parte mira á los guerreros,
 Que caminan ligeros
 A la empresa feros, cuya osadía
 Causará espanto al venidero día.
 Contempla á Nuño y Parlo, que animosos,
 Sostienen en sus hombros poderosos,
 Sin la menor señal de sobresalto,
 La escalera fatal para el asalto,
 Y que Mendo, su jefe, como experto,
 Los conduce con orden y concierto.
 Favor la hueste infunde, y con su peso
 Treme la tierra, gime el aire espeso,
 Pues en sus rostros, gestos y ademanes
 Brilla el fuego interior que los anima
 Por llegar á la cima
 Donde arriban tan pocos capitanes.
 Por otra parte ve cómo el Desvelo,
 Con resonante vuelo,
 Va á causar una alarma estrepitosa.
 Tirsa en su lecho con quietud reposa,
 Pues juzgando de todos ser amada,
 Sin sustos se inclinó sobre la almohada.
 Un sueño delicioso, un sueño blando
 Está sus finos miembros regalando;
 Contempla su placer, siente su pena,
 Y aunque un pesar terrible se le ordena,
 Lo juzga por menor que despertarla,
 No sólo por privarla
 De la dicha que goza dulcemente,
 Sino por el furor y rabia ardiente
 De que será animada
 En viendo su ventana profanada,
 Y porque, siendo al punto descubiertos
 Los fieros campeones,
 Habrá quien quiera enderezar entuertos,

Y desmudo saliendo á los balcones,
 Con broncos ecos y ademán horrible,
 Los llenará de injurias y baldones.
 Es la noche bondosa y apacible,
 Amiga del sosiego,
 Sumamente callada;
 Ella del amador oculta el fuego,
 Y por ella jamás se sabe nada;
 Sobre todo al honor guarda en extremo,
 Como el dón más supremo
 Del hombre, y no permite
 Que ninguno á ninguno se lo quite;
 Y así todos en ella se confían,
 Su mente revolvan
 Estas tan delicadas reflexiones;
 Mas al fin determina
 Favorecer los fieros campeones;
 Deja el carro de plomo á sus bridones,
 Más negros que la endrina;
 Encarga lo dirijan por el cielo,
 Y, extendiendo sus alas horrosas,
 Con firme y presto vuelo
 En busca se encamina
 De la más altanera de las diosas;
 Encuéntrala metida
 En el cerebro reducido y vano
 De Quica, su querida:
 Allí trabaja con ardor insano
 En formar un precioso microscopio
 De un viento muy sutil, y el amor propio
 Que en su concavidad hay esparcido.
 Este, luego que sea construido,
 Servirá á las bellezas
 Que quieran contemplarse,
 Para que, anarcisadas sus cabezas,
 A fuerza de mirarse
 Se envanezcan de modo
 Que llenen de fastidio el mundo todo.
 Interrumpió la Noche su cuidado;
 Contóle de su gente
 El peligro inminente,
 Y ambas parten con vuelo apresurado
 A la casa de Tirsa, su contraria,
 Teatro de la guerra sanguinaria.
 Ya cerca se escuchaban los mosquitos,
 Y el eco de sus trompas resonantes
 Crecía por instantes,
 Produciéndoles sustos infinitos;
 Ya entre las densas sombras divisaban
 Las armadas cabezas y las zancas,
 Á trechos negras y á pedazos blancas.
 De su proximidad casi temblaban,
 Cuando la Presuncion los escuadrones
 Convoca de fantásticas visiones,
 Y que cerquen la casa al punto ordena.
 No de otro modo un general refrena
 A la activa veloz caballería
 Cuando se echa con ánimo impetuoso.
 Reune presuroso
 Sus huestes, las encubre
 Con la más valerosa infantería;
 La fiera artillería
 Los ángulos y puntos flacos cubre,
 Y cuando le acomete
 El ardiente jinete,
 Halla un muro erizado
 De picas, bayonetas y cañones;
 Por uno y otro lado
 Revuelve los bridones,
 Por si encuentra algun flanco descubierto.
 Pero, viendo de cierto
 Su empresa ya frustrada,
 A su campo, corrida, da la vuelta
 Con batiente talon y rienda suelta.
 Las visiones así cubren la entrada
 De aquellos monstruos fieros,
 Que volaban ligeros
 En derredor la casa, no encontrando
 Ni puerta, ni ventana, ni resquicio
 Por donde cometer el hecho infando;
 Pues con maña sutil, con artificio,
 Todo estaba por ellas trastrocado,

El escuadron alado,
 Perdida la paciencia y la esperanza,
 Retírase enfadado;
 Mas jura la venganza.
 Por la primera vez á boca llena
 La presuncion rióse,
 «¿Y habrá, dijo, quien ose
 Con pecho altivo ni con faz serena
 A competir conmigo?
 ¿Quién puede declararse mi enemigo,
 Sin que sea al instante
 Víctima de un desco tan gigante?»
 Con estas reflexiones
 Hinchábase y crecía;
 La amable Noche oía,
 Sin dar respuesta alguna á sus razones.
 Y así, hablando aquélla sin concierto,
 Y ésta sin desplegar los secos labios,
 Huyeron los mosquitos como sabios,
 Y llegaron los tres al dulce puerto;
 Y, al ver ya comenzar la horrible guerra,
 Paróse el aire, se asombró la tierra,
 El cielo se quedó sin movimiento,
 Y estuvo todo á la batalla atento.

CANTO III.

«Hagamos alto», el fuerte Mendo dijo.
 Y, llenos de placer y regocijo,
 De sus valientes hombres derribaron
 La poderosa carga que tomaron.
 Largo espacio ocupaba
 La tremenda escalera;
 A par de ella gozosos se sentaron;
 Cada cual esperaba
 Que hablase el capitán; de esta manera
 Habló á la hueste valerosa y fiera:
 «Generosos amigos, compañeros
 De todas mis empresas juveniles,
 ¡Qué gusto me da veros
 Tan arrogantes como el mismo Aquiles!
 Mas temo que desmaye el ardimiento
 Por falta de calor ó de sustento;
 No os engañe el espíritu inflamado.
 Quien no frecuenta el trato delicado
 De Cérce y de Baco, no pelea.
 No me ocurre la idea
 De que no hayais cenado
 Con el fuerte apetito acostumbrado.
 Mas no basta; es preciso que apuremos
 En honor del gran Baco belicoso,
 Por el peligro enorme en que nos vemos,
 El licor de Marsella generoso.»
 El discurso aprobó la compañía
 Con general aplauso y alegría;
 Entonces Mendo saca del bolsillo
 Uno y otro frasquillo
 De rosoli fragante y aceitoso;
 Reparte vasos y el licor destila
 Gota á gota en su seno delicioso.
 Al punto despabila
 La trínca alegre frascos y más frascos
 Que moros despachó, rompiendo cascos,
 Diego Perez de Vargas,
 Con el fudoso ramo de una encina;
 Por cuya fuerte hazaña peregrina
 Nombráronle Machuca en adelante.
 Así allí perecieron al instante
 De anís, canela, clavo, cinamomo,
 De nuez, naranja, de limon y amomo,
 Un sinfin de frasquillos marselleses.
 Ya aquellos campeones esforzados,
 Con tal fuego inflamados,
 Desprecian los reverses
 De la falaz fortuna;
 Ya sus ojos brillantes y animosos
 Demuestran que no temen cosa alguna;
 Ya piden el combate, ya furiosos
 Esgrimen cortadores instrumentos
 En contra de las rosas y macetas.
 ¡Tanto de gloria y fama están sedientos!
 Viendo Mendo sus tropas tan inquietas,

Dió la ansiada señal de acometida.
 Al punto fué traída
 La escala prodigiosa;
 Arrimase á los muros, presurosa
 La hueste se abalanza,
 Todos quieren subir, con la esperanza
 De señalar su brazo en el asalto;
 Pero Mendo les dice: «Amigos, alto;
 Tened más sangre fría, más paciencia;
 No por falta de ardor los generales
 Sufrieron las derrotas más fatales;
 Por falta, sí, de juicio y de prudencia.
 No podeis subir todos.
 En las batallas por diversos modos
 Se adquiere eterna gloria:
 Lo mismo contribuye á la victoria
 El que mantiene un puesto interesante,
 Que el que pelea con furor violento.
 Echemos suertes, que yo estoy contento
 Con ser de vuestro honor participante,
 Aunque la mia sea la tercera
 Y me toque teneros la escalera.»
 Dijo; y tomando con vigor del suelo
 Una paja de avena, allí traída
 Sin duda por el cielo,
 Y en partes desiguales dividida,
 Presentóla á los dos; ellos sacaron
 La suya cada cual con mano tardá;
 Que teme y tiembla quien su dicha aguarda.
 Las pajas al momento examinaron;
 A Pardo le tocó la primer suerte;
 Todos lo celebraron,
 Pues era Pardo fuerte,
 Su color á su nombre semejante,
 Y con un corazon como el diamante.
 Ni baile de candil ni broma alguna
 De aquellas que aún no ve la opaca luna,
 Se forjaron jamas sin su asistencia;
 A todas las honró con su presencia,
 En ellas se le halló siempre el primero,
 Y sólo al retirarse fué el postrero.
 La segunda de Mendo fué, y por poco
 El inmenso placer lo vuelve loco;
 Pues á pesar del juicio que mostraba,
 Y prudencia que tanto aconsejaba,
 Más que nadie era osado y atrevido.
 Sólo Nuño quedó triste, abatido,
 Baja la vista, con rubor la cara,
 Por serle la fortuna tan avara.
 Reconcentró el dolor dentro del pecho,
 Tomó la escala, la apoyó en el muro,
 Apartóla algun trecho
 Y púsola en seguro,
 Y en tanto que en silencio la tenía,
 El gran Pardo subía,
 Y á muy corta distancia
 El formidable Mendo le seguía,
 Mostrando en los semblantes su arrogancia.
 Los escalones últimos pisaban,
 Y al balcon descado no llegaban;
 El arte colocó á tal altura,
 Que intentarlo alcanzar era locura.
 En tanto aprieto, Pardo, vuelto al cielo,
 Exclamó con dolor y desconsuelo:
 «Oh deidad que inspiraste á la gran Quica
 Este descomunal horrible intento,
 Tu dulce oído aplica.
 Escucha mi dolor, ve mi tormento,
 E inspíranos un medio que bastante
 Sea para salir con la victoria,
 Que con esfuerzo y ánimo constante
 Emprendimos, llevados de la gloria;
 Si no, Deidad, te juro.....»
 La Presuncion oyó su triste queja
 Desde la cima de la postrer teja
 De la casa de Tirsa, que allí estaba,
 Que otro puesto más alto no encontraba;
 Móviola el corazon, y más que todo,
 El fuerte juramento, pues temía
 Que excediese en el modo
 Al que hacer por la Estigia se solía.
 Bajó por un momento, rodeóla,

Y el remedio inspiróle
 Para la fiera angustia que tenía.
 Pardo al punto deslía
 La gran faja que cife su cintura,
 De aquellas que en Granada se trabajan;
 Toma una punta Mendo, la asegura,
 La otra al aire la tiran, y la encajan
 Entre los hierros del balcon, de suerte
 Que pasa y baja sin pararse un punto,
 Y Pardo, que lo advierte,
 Siente animarse el corazon difunto,
 La coge, la da á Mendo,
 Y le dice: «En tus manos encomiendo
 El principio de empresa tan osada.»
 Mendo, que nunca se aterró de nada,
 Reune los dos cabos, con presteza
 Por ellos se encarama, como suele
 El ágil gurumete cuando empieza
 Con fuertes golpes á cambiarse el viento,
 Y al navío compele
 A un peligroso extraño movimiento,
 Que iza las velas, los juanetes muda,
 Tira, recoge, pliega, envuelve, afuda.
 Pardo le sigue con igual soltura,
 Y al momento se encuentran en la altura.
 Entonces Pardo el pedernal hiriendo
 Con el fuerte eslabon, chispas saltaron;
 El balcon á sus luces registraron
 Con presta vista, sin causar estruendo.
 Contemplan colocados en hilera
 Tiestos de Talavera,
 Blancos y azules, sobre todo finos,
 Muy semejantes á los vasos chinos,
 Y que encima con gracia descollaban
 Las prodigiosas rosas que buscaban.
 A su vista encendióse su ardimiento,
 Y sacando cuchillos cortadores,
 Empiezan al momento
 A ejercer sus furoras,
 Como cuando el valiente don Quijote
 Acometió al retablo, enfurecido,
 Al mirar que á Gaiféros más que á troto
 Perseguian los moros, con gran ruido
 De añafles, dulzainas y tambores,
 Mezclados de alaridos y clamores;
 Y soberbio, y colérico, y rabioso,
 En medio de la bárbara canalla
 Arroja con impetu furioso,
 Trabando desde luego la batalla
 Con la espada feroz, que parecia
 Un rayo que del cielo descendía,
 Y á diestro y á siniestro repartiendo
 Golpes, reverses, tajos, cuchilladas,
 Caian los contrarios con estruendo
 En diversas figuras mutiladas,
 Quién sin piés, quién sin ojos, quién hendido,
 Y quién en varios trozos dividido.
 No de otro modo con feroz denuedo
 Rompen los tallos de las frescas rosas;
 No les causa pavor, no infunden miedo
 A sus terribles almas belicosas
 Ni las hondas raíces poderosas,
 Ni los pinchos agudos
 Que en torno las defienden y rodean,
 Pues sus brazos membrudos
 Troncan y arrancan, rajan y pelean.
 Yace aquí por el suelo destrozada
 Una rosa en extremo delicada,
 Con las pintadas hojas esparcidas,
 Que el aire agita con impulso leve;
 Allí están en pedazos divididas,
 Tanto que á lloro su desgracia mueve,
 Mil reinas de las flores,
 Ajudos sus colores,
 Perdida su fragancia
 Y humillada ya toda su arrogancia.
 Más allá cien capullos, separados
 De sus vástagos tiernos todavia
 Y sin sazón cortados;
 Ufano cada cual se prometia
 Desplegar con el tiempo su hermosura,
 Y con pompa ostentando su frescura,

Sus matices variados y exquisitos,
 Conseguir dar envidias á infinitos
 Por verse colocado en algun pecho
 De Amor querido y por las Gracias hecho;
 Mas ¡ay Dios! que la mano destructora
 De Pardo tan osados pensamientos
 Desbarató en un hora,
 Y dispersaos sus débiles fragmentos,
 Sólo causan ahora
 Un profundo dolor, triste agonía,
 Más adelante roto se veía
 Un poderoso arbusto,
 Que él sólo se creía
 Resistir al ejército robusto;
 Sus punzantes espinas oponía;
 Ya los dos campeones desmayaban,
 Ya la sangre caliente
 Que de sus fuertes dedos derramaban,
 Empazaba á enfriar su ánimo ardiente,
 Cuando Mendo, los brazos levantados,
 Estas palabras dirigió á los cielos:
 «Este fin reservado á mis anhelos
 Estaba por los hados?
 ¿Por que me disteis ánimo atrevido,
 Si por un enemigo tan pequeño
 Debía ser vencido?
 Dadme vigor; si no, romped el sueño
 De Tirsa, haciendo vea los despojos;
 Que más vale morir en este caso
 Al relámpago activo de sus ojos,
 Que no mirarme de vigor escaso
 Y salir con vergüenza de una empresa
 Que creí terminada bien apriesa.»
 Dijo, y sintióse el afligido pecho
 Con un divino ardor fortalecido;
 Arrójase al contrario, en lazo estrecho
 Lo mantiene gran trecho
 Por el vástago asido;
 Mas, de tanto tardar desesperado,
 En alto levantando la maceta,
 A la calle la tira sin cuidado.
 ¡Pobre Nuño! Si un poco se descuida,
 Esta es la postrer noche de su vida.
 En tanto que esto pasa,
 Andan en torno el Chisme y el Desvelo
 En busca de la casa,
 Mas no pueden lograr su ardiente anhelo
 Por el cerco que tiene de visiones,
 Por lo cual los valientes campeones
 Llevan á cabo la tremenda hazaña
 Con una prontitud jamas oída.
 Revienta el Chisme de despecho y saña,
 Y el Desvelo ya mira por perdida
 La empresa proyectada,
 Pues no encuentran la alcoba deseada.
 Mas ocúrrele al Chisme un pensamiento,
 Que le da nuevo ardor y nuevo aliento.
 Dice, pues, al Desvelo:
 «No todo se ha perdido; aún quiere el cielo
 Que esta noche alcancemos la victoria.
 La senda de la gloria
 Es estrecha y difícil de subirse;
 No hay, amigo Desvelo, que afligirse.
 ¡Conoces á Berardo,
 Aquel jóven gallardo
 De ronca voz y corazón devoto,
 Que por un santo y fervoroso voto
 Tiene encargo y gobierno
 Del piadoso rosario de la Aurora,
 Despertador eterno
 De los que asisten en aquella hora?
 Pues mira en ése el fris, que nos muestra
 El cielo favorable
 Para la empresa nuestra.
 Mejor ninguno para el caso es dable.
 Vamos luego á buscarle; que confío
 Salga adelante el pensamiento mio.»
 Dijo, y batiendo las sonantes alas,
 Él y el Desvelo parten como balas,
 Y despues de mil vueltas y rodeos
 Encuentran el alivio á sus deseos,
 La casa de Berardo; allí reposa

En un lecho modesto
 Al lado de su esposa,
 No imaginando despertar tan presto.
 Pero la hueste voladora y brava
 Una sangrienta lid horrenda traba
 Contra el pobre dormido,
 Y él, del fuerte aguijon viéndose herido,
 Sacude el tardo sueño
 Con disgustado ceño;
 Arrójase del lecho, y aturrido,
 Creyendo que ya es tiempo del rosario,
 Agarra la molesta
 Campana, sale, y á moler se apresta
 A todo el soñoliento vecindario.
 Su destemplada voz, su ronco acento,
 De un continuo repique acompañados,
 Alteran muchos pechos aseados
 E interrumpen tal vez algun contento;
 Y alguna alma *pacata*
 De encogida doncella ó de beata,
 Al bronco són del áspero instrumento,
 Cree ver mil visiones,
 Como brujas, encantos, procesiones;
 Pero Berardo, activo y fervoroso,
 Alza la voz y con furor repica;
 Ni calle, ni calleja, arco, ni coso,
 Ni puerta grande ó chica
 Hubo que sus endechas no escuchase.
 El Desvelo quería que llegase
 A la casa de Tirsa, y descubriendo
 El hurto de las rosas estupendo,
 Toda la vecindad se despertase,
 Y así guía sus pasos hácia donde
 La Presuncion se esconde.
 Descuidados estaban los valientes,
 Y ufanos del honor de la victoria,
 Cantaban ya la gloria,
 Y á bajarse empezaban diligentes,
 Cuando la escasa luz de la linterna
 Que Berardo gobierna,
 Hierde sus ojos y su pecho agita;
 Nuño del muro la escalera quita,
 Colócala en el suelo
 Tan pronto, que por poco precipita
 A Mendo, de la suerte
 Que el jóven que encendió la tierra y cielo,
 Por querer gobernar con mano osada
 La carroza inflamada
 Que trae y lleva el día.
 Hubiéranle llorado
 Mil muchachas graciosas,
 Y en los futuros siglos se diría
 A Mendo *Factante de las rosas*;
 Mas no le tiene el hado
 Un tan fatal renombre destinado.
 En su pecho animoso
 Tal vigor se conserva,
 Que de todo peligro le reserva,
 Por terrible que sea y horroroso;
 Y así, al faltarle el pié, no se desmaya,
 Pues de mil modos su vigor ensaya;
 Ya firme del balcon los hierros tiene,
 Y colgado en el aire se sostiene,
 Cual suele descolgarse por su peso
 Entre las hojas el racimo espeso,
 Sin que el pezon delgado
 Sea roto por él ó quebrantado;
 Ya cual la verde yedra,
 Que en duro tronco ó piedra
 Se afirma estrechamente,
 Con piernas y con brazos el valiente
 Se ase, se agarra, se une y se asegura.
 Pardo le imita, y esconder procura
 Su cuerpo cada cual del enemigo.
 A ser iba Berardo ya testigo
 De aquel robo fatal, ya se acercaba,
 Y la horrenda campana retumbaba
 Con temeroso són en los oídos
 De los tres agachados y escondidos;
 Y á pesar del valor, del gran denuesto
 Que mostraban en todas ocasiones,
 Temblaban los varones,

Empezando á saber lo que era miedo.
La noche, que lo vió, compadecida,
Con una ala cubrió los campeones,
Y dióles nueva vida.
En tanto el gran Berardo,
Libre de susto y con la faz serena,
Aguja el paso tardo,
Y con la hueca voz el barrio atruena,
Y por la misma casa
Casi rozando pasa,
Sin que él, el fino Chisme, ni el Desvelo
Descubran la escalera,
Que yace por el suelo,
Ni la victoria fiera
Contra las frescas rosas alcanzada,
Ni la temblante hueste agazapada.
Pasó el negro nublado,
Que tuvo al escuadrón tan aterrado;
Respira, baja, coge los despojos
Con manos listas, con ansiosos ojos,
Y al verlos tan hermosos, tan opimos,
El gran Mendo exclamó: «Por fin vencimos.»

CANTO IV.

Ya Febo en su carrera, fatigado,
Habíase parado,
En dos partes el día dividiendo,
Ya con extraño estruendo
Las calles y plazuelas resonaban
Con los coches entrantes y vinientes,
Y con la bulla de infinitas gentes;
Y aún cerrados estaban
Los dorados balcones
De Tirsa, que entre mórbidos colchones
Yacía en blando sueño sepultada.
Ya en la alcoba callada
Sus graciosos perrillos impacientes,
Ansiando las caricias de su mano,
Por tres veces en vano
Habían arrastrado con los dientes
Sus chinelas, metiendo mucho ruido;
Ya habían sacudido
Tres veces los sonantes cascabeles,
Y revuelto, jugando, los papeles,
Que en torno adornan el costoso estrado,
Alhajado de moda,
Y ya tres veces Cachafás, de toda
La faldera caterva el más amado,
Con sus pequeñas uñas delicadas,
Había hecho rumor en las almohadas,
Gruñido con ardor, con impaciencia,
Deseoso de igual correspondencia;
Al fin se arroja en su precioso seno,
De amor, de celos y despecho lleno,
Y la hace sin cesar dulces halagos,
Huyen con prontitud los sueños vagos,
Y Tirsa, ya despierta,
Ni á darle besos ni á dejarlo acierta,
Pues se halla tan turbada,
Que hasta su dulce Cachafás le enfada.
Grita, llama, y al eco doloroso,
La soñolienta casa se desvela;
Con paso presuroso
Al lecho acude su leal Marcela;
Marcela, que en servirla diligente,
Es criada y amiga juntamente.
«¿Qué teneis, ama mía?
La dice. ¿Quién perturba la alegría
De vuestra faz serena?
¿Qué susto, qué rumor, qué amarga pena
Os hace despertar tan de mañana?
Decid, pues, ¿qué os agita, qué os afana?
—¡Ay Marcela querida!
Responde con la voz interrumpida.
Compadecé mi suerte; un sueño aciago
Me anuncia un gran dolor, un fiero estrago;
Escúchame, y verás si mi lamento
Carece de razón y fundamento.
En medio de mi sueño ver creía
Un jóven que á mi lecho se venía,
Tan galán, tan gracioso,

Que á mí nunca otro igual se ha presentado;
Mas ¡ay, qué triste estaba y lastimoso!
Tenía el blanco cuerpo trasapado
Con heridas atroces, el cabello
En su sangre empapado,
Robado el nácar de su rostro bello,
La lumbre de sus ojos apagada,
El paso incierto, la habla perturbada.
¿Qué tienes, jóven? díjale piadosa,
¿Qué pecho tan cruel, qué mano odiosa
Afeó de ese modo
Una faz tan donosa?
Dímelo, jóven, dímelo ya todo,
Pues no sé qué secreto impulso siento
Que á quererte me mueve; me parece
Que mi pecho á tu vista desfallece,
Que es mío más que tuyo tu tormento.
Con un largo suspiro sollozando.
Mi mano toma, bésala llorando;
¡Ay! no extraño, replica, Tirsa amada,
Que así me desconozcas, pues airada,
Hame la suerte infiel desfigurado.
Yo soy Ornato, que otro tiempo al lado
De la soberbia Juno
Conseguí sus favores cual ninguno.
Siempre que al gran Tonante visitaba,
Consigno me llevaba,
Conmigo más hermosa parecía,
La vengadora diestra desarmaba
Conmigo, y cuanto ansiosa pretendía,
Sólo con mi asistencia lo alcanzaba.
Mas ¡ay! que yo, olvidando sus favores,
A la reina serví de los amores.
Para que fuese con rubor vencida,
¿Te acuerdas que en el Ida,
Juno, Vénus y Pálas al troyano
Pusieron en la mano
La dorada manzana,
Premio de la que fuese más hermosa?
Entonces Vénus, de sí misma ufana,
Persuadióme insidiosa
Que á Juno abandonára,
Y desnuda en la lid se presentara.
Hicelo así; la hermana del Tonante,
Al mirar ya perdida la victoria,
Con enojo y despecho fué al instante
Al alcázar supremo de la gloria;
Hallóme acompañando
A otras diosas menores;
No pudo contenerse; arrebataando
El rayo á Jove: Prueba mis furoras,
Dijo, pues tu perfidia yo he probado.....
Cai del alto cielo despeñado,
En humo envuelto, sin vigor, sin vida;
Vénus, que oyó la misera caída,
Dejando á Chipre y al empuero cielo,
Buscóme por el mundo con anhelo,
Y encontréme en Lucania (1) junto á Pesto;
Mas ¡cómo me encontré! Mi dulce gesto,
Que á la celeste corte enamoraba,
Negro, sangriento, destrozado estaba,
Esparcido el cabello, ensortijado,
No como cuando con el sol dorado
En ondas vagueantes competía,
Sino como el que cria
El tostado africano de Guinea.
Miróme atenta la sensible dea,
Y llorando con lúgubre lamento
La rabia vengativa
De la Saturnia altiva,
Mis heridas atroces al momento
Con sus perlas hermosas hinche y bafia;
Colro así nuevo aliento,
Aunque con forma de mí sé extraña.
Mis pies tórnase un vástago crecido
De punzantes espinas guarnecido;
Mi roja sangre, flor cual rubí ardiente;
Mi destrenzada crin, follaje airoso,

(1) Lucania. Territorio de la Italia meridional, sobre el golfo de Tarento, donde estaba situada la ciudad de Sibaria. (Nota del Corrector.)

Y como nube densa prestamente
 Esparzo en torno el néctar oloroso
 Con que habia mis hojas rociado;
 Con ambiente tan dulce y regalado
 Partiéronse contentos
 Los retozones vientos,
 Haciendo florecer el seco prado.
 Vénus, ufana del reciente hecho,
 Colócame en su pecho
 Como primer adorno
 De un tierno corazón enamorado,
 Que á su querida ofrece igual retorno;
 Entregóme también el principado
 De todas cuantas flores
 Produce la fecunda primavera,
 Y con risa graciosa y placentera
 Mil ósculos me dieron los Amores.
 Mas ¡ay de mí! la cólera del cielo
 No se halla satisfecha todavía,
 Pues del Averno envía
 Tropas que me destruyan con anhelo.
 Ya me ves otra vez ensangrentado,
 Triste, abatido, mustio, destrozado.
 Los hados ¡ay! me ordenan que me aleje
 De este mi antiguo sitio y que te deje.
 Adios, querida Tirsa, adios; mi llanto
 Te muestre adónde llega mi quebranto;
 Adios..... Y suspendido de mi cuello,
 Revuelto con el suyo mi cabello,
 En sus amantes brazos me enlazaba,
 Y mi rostro con lágrimas bañaba;
 Yo con él juntamente me affigia,
 Y cuando me creia
 Estar con él llorando y abrazada,
 Me desperté aturrida y congojosa,
 Y al punto como sombra vaporosa
 Esta amable ilusión fué disipada.»
 Calla, y sus ojos dicen lo restante,
 Pues en llanto abundante
 Rompieron, inundando el rostro hermoso.
 Marcela se entenece, y con gracioso
 Semblante su temor quitar procura.
 «¿Dar fe á sueños? la dice. ¡Qué locura!
 Pues son efectos de un vapor que sube,
 Como á los cielos la cargada nube,
 Y agitada del viento,
 Hombres, caballos, águilas figura;
 Los deshace al momento,
 Otros de nuevo forma,
 Y nunca en su sér fijo se conforma.»
 Que era la tal Marcela muy sabida,
 En casa de un canónigo nacida,
 Y despues educada
 En la de un abogado de Granada.
 Con disgusto la escucha la affigida,
 Que toda chanza á su dolor enfada.
 Deja la pluma ociosa,
 Y en el suelo se pone presurosa,
 Sin que reciba de Marcela ayuda.
 Y así medio desnuda,
 Movida del recelo que la afana,
 Sus pasos encamina á la ventana.
 Oh musa, que inspiraste
 Al cantor esmirneo
 La ira cruel del hijo de Peleo,
 Que estuvo para dar con todo al traste
 Por la imprudencia del divino Atreo,
 Ayuda á mi deséo,
 Y á mi cansada voz aliento presta
 Para cantar la cólera funesta
 Que agitó el consternado
 Altivo corazón de Tirsa, viendo
 Con ludibrio y escándalo estupendo
 Su vistoso balcón desmantelado,
 Y en el suelo deshechos sus rosales.
 No fueron nunca tales
 Los alaridos, ni mayor la pena
 De Hécula por su amada Polixena,
 Y el niño Polidoro,
 A quienes inmolaron
 Amor de Aquiles y la sed del oro,
 Como los que la pena demostraron

De Tirsa al contemplar los tristes restos
 De su pasada gloria,
 Hechos afícos sus graciosos tiestos,
 Y del contrario la feroz victoria.
 Quedó pálida, atónita, pasmada,
 Y en brazos de Marcela desmayada,
 Mostróse viva imagen de la muerte.
 Pero su pena fuerte,
 Prestándola vigor y movimiento,
 Mil desatinos hace en un momento;
 Sus manos tuerce, del semblante blando
 Aja las rosas con rabioso anhelo,
 Y las rubias madejas arrancando,
 De oro entapiza el suelo;
 Ya tiembla, ya se alienta, ya furiosa
 No halla en la sala cosa
 Ni limpia, ni con orden colocada,
 Ya riñe con furor á la criada,
 Ya un profundo silencio se apodera
 De su affligido tétrico semblante,
 Y ya con flaca voz titubeante
 Explica su dolor de esta manera:
 «¿Lo ves, Marcela? ¿Ves cómo no ha sido
 Por un vapor mi sueño producido,
 Sino aviso del cielo?
 ¿Ves ya cierta mi pena y desconsuelo?
 ¿Cuál ¡ay! será la mano robadora
 Que vino así á deshora
 A turbar mis contentos?
 ¡Ay, que no estamos ni en el lecho exentos
 De insultos, de venganzas, de traiciones!
 ¿Que no hubiera sentido á los ladrones
 De mis amadas rosas!
 ¿Que no tuviera fuerzas poderosas
 Para dar fin á vidas
 Tan fieras y homicidas!
 ¿Yo sin mis rosas? ¡sin mi dulce ornato!
 ¿Yo sin aquel encanto delicioso,
 Que á todos fué tan grato,
 Y me daba un lugar tan ventajoso
 Sobre mi sexo débil y envidioso?
 Los que así me han robado
 Habránlas presentado
 A quien, con pompa y arrogancia vana,
 Mostrándose con ellas más galana,
 Venceráme sin duda. ¡Oh pensamiento,
 Qué horrible es tu tormento!
 ¿Vencida yo? ¿Yo de otra avasallada?
 Más vale en un convento
 Morir desconocida y encerrada.
 Adios, blondas, enenjes, gasas, telas.
 Adios, joyas preciosas y brillantes;
 Pues se arman contra mi tantas cautelas,
 Para aquietar mi mal no sois bastantes;
 Adios..... Mas ¡ay! en tanto mi contraria
 Gozará con descanso la victoria,
 Y del mundo borrada mi memoria,
 En vano lloraré mi suerte varia.
 Mas ¡qué puedo yo hacer? ¿Adónde triste
 Acudiré llorando?
 ¿Quién oirá la pena que me asiste?
 ¿Quién á mi angustia mostraráse blando?
 ¿Adónde encontraré lo que deseo?
 ¡Ay Marcela! Si pronto no lo veo,
 Es mi dolor tan fuerte,
 Que al instante será mi triste muerte.»
 Calla, gime, y cerrando la vidriera
 Con impetu violento,
 De sus miembros el pismo se apodera,
 Y con gran sobrealiento
 En un sofá mullido toma asiento.
 «¿Oh desgraciada joven! ¡Oh infelices!
 Con extraño estupor Marcela dice.
 No merece tal trato tu persona.
 Mas, señora..... ninguno se corona
 De lauro hasta acabada la batalla;
 El héroe no se rinde ni avasalla
 Si hay esperanza alguna;
 Que es inconstante y varia la fortuna.
 No temas, que si acaso á saber llego
 Los fieros robadores
 Que han talado el balcón á sangre y fuego,

Les juro..... Pero vale á los dolores
 Dar vado lo primero,
 Que despues vengarme como quiero.
 Venid conmigo, que ántes de una hora
 Estaréis ya, señora,
 Del todo sosegada.»
 La hermosa Tírsa, sin chistar á nada,
 Con un velo cubriendo su cabeza,
 A su socia obedece con presteza.
 Por dos hileras de árboles frondosos,
 En donde los graciosos
 Pajarillos su música entonaban,
 Las dos jóvenes bellas caminaban.
 Una casa á su vista al fin se ofrece,
 Cual la suelen pintar en sus consejas,
 Cerca del fuego, las parleras viejas,
 Cuando la noche con el frío crece,
 Humilde, pobre, estrecha y aseada,
 De un extendido bosque rodeada.
 El fúnebre ciprés, la erguida palma,
 El adusto silencio, y una calma
 Pavorosa que en torno difundia,
 Todo todo oprimia
 El corazón de Tírsa, y ya resuelta
 Estaba en dar la vuelta;
 Pero Marcela su temor disipa,
 Y con osado paso
 A la afligida Tírsa se anticipa;
 Llega á la puerta, toca,
 Pica, repica, grita; no hacen caso
 De los esfuerzos de su mano y boca;
 Se enfada y arrempuja.
 O fuese auxilio de benigna bruja,
 Que allí contigua estaba,
 O fuerza mujeril, pues la hay tan brava,
 Lo cierto es que el postigo de repente
 Se abrió y la casa se mostró patente.
 ¡Qué emblemas, qué figuras espantosas!
 ¡Qué de espectros miraron, qué de cosas!
 Discurrían los largos corredores,
 Y llenas de temblores
 Estaban al oír que sólo el eco
 De su voz resonaba
 En aquel sitio solitario y hueco;
 La una temía, la otra recelaba,
 Y ya no osaban penetrar adentro,
 Cuando con tardo pié y aire afectado
 Sáleslas al encuentro
 La admirable Léoncia, que ha logrado
 Por su grande virtud la digna suerte
 De ver su apoteosis
 Aun ántes de la muerte.
 Sus tocas reverendas, que tapando
 El rostro confundían sus facciones,
 El color macilento, sus acciones,
 El triste suspirar de cuando en cuando,
 Sus ojos enclavados en el suelo,
 Y el tono de su voz de llanto y duelo,
 A Tírsa la tenían trastornada;
 Mas ella, entre medrosa y animada,
 «¡Qué hado feliz, exclama, qué fortuna
 Se me entra por las puertas de mi casa,
 Que una señora de tan noble cuna
 Busque una humilde de favor escasa?
 ¡Cuándo lo grande fué tras lo pequeño?
 ¡Es verdad lo que miro? ¡Acaso sueño?»
 Dijo Léoncia; y la sagaz Marcela,
 «Todas las cosas la virtud nivela,
 Responde con sereno continente.
 El sabio más humilde y abatido
 Merece levantar su ilustre frente
 A par del que contento ha recibido
 Una suerte feliz cuando nacia.
 Así, Léoncia, la señora mia
 Tu ciencia estima, tu virtud adora
 Y tu benigna protección implora.»
 No virgen encogida y retirada,
 Al oír su tratado casamiento,
 Más suspensa quedó, más perturbada,
 Revolviendo en su mente cosas cíclicas,
 Y matizando su semblante hermoso
 Con un carmin suave y vergonzoso,

Que Léoncia escuchando su alabanza.
 «¡Qué puede hacer, replica, ni qué alcanza
 Un reptil como yo tan despreciable?
 Sólo la ciencia es dable
 Al que, á grandes estudios entregado,
 Su vida entre los libros ha gastado;
 La virtud no es comun, apenas uno
 Este nombre merece
 De cuantos con el rostro triste, ayuno,
 La vil hipocresía nos ofrece.
 Yo, ménos sábia, ménos virtuosa
 Que cuantos viven sobre la haz del mundo,
 Me arredro, me acobardo, me confundo
 De que penseis tal cosa.»
 Tírsa, que estaba oyendo sus razones
 Suspensa y admirada,
 Al contemplar virtud tan acendrada,
 Estuvo por dejar sus pretensiones;
 Mas tal era el deseo de la rosa,
 Que al fin dijo con lengua fervorosa:
 «¡Ay madre! La humildad que en vos advierto,
 Más que todo me anima
 Para que mi dolor intenso exprima
 Ante quien me parece ya de cierto
 Será para mí pena dulce puerto.
 En tanto recibid, Léoncia mia,
 Mis cortas oblacones
 (Y Léoncia con mano humilde y pia
 Recogió los doblones);
 Y decid: ¡quién robóme mi alegría?
 ¡Quién rompió mis macetas delicadas?
 ¡Por quién mis rosas fueron destrozadas,
 Y quién conserva osado los despojos,
 Patente haciendo todo ante mis ojos?»
 La sábia atenta oyó sus tristes quejas,
 Frunció los labios, enarcó las cejas,
 Volvió la vista con desden al cielo,
 Rodeóla espantosa por el suelo,
 Y cual en otro tiempo, arrebatada
 La délfica sibila de entusiasmo,
 Causaba á todos panto
 Con su faz encendida y demudada,
 Erizado el cabello,
 Los ojos con furor, hinchado el cuello,
 Y su tremenda voz como torrente
 Que entre las rocas resonando baja;
 Así Léoncia con ardor trabaja,
 Y este oráculo dice finalmente:
 «La que tenga la rosa
 La palma llevará de más hermosa;
 Guerras, horribles guerras veo en tanto,
 Y el sexo femenino sumido en llanto.»
 Calla, la mira, y con sangrienta boca
 A rabia y fiero encono la provoca,
 Y al punto de su vista desaparece.
 Así como acontece
 Llenarse el aire vano
 De luz en una noche de verano
 Por una exhalación, que corre presta
 Hácia la parte opuesta,
 Y el que está descuidado,
 Al nuevo resplandor queda asombrado,
 Huye Léoncia con activo vuelo,
 Causando asombro, dando desconsuelo.
 Conoce entonces Tírsa á la Venganza,
 Que en traje humilde se mostró vestida;
 Teme su furia, teme su pujanza,
 Y así se postra triste y abatida.
 «Oh diosa, dice, si mi ruego alcanza
 Ser de tí en este lance socorrida,
 Vengame del ultraje que me han hecho;
 Las rosas vuelve á mi desierto pecho.
 Tu altar soberbio del humor sabeo
 Se verá de continuo rociado,
 Cuanto existe en el mundo á tu deseo
 Será con prontitud sacrificado;
 Con tal de conseguir este trofeo,
 Te ofrezco, oh diosa, mi perrillo amado;
 Mi Cachafas, que tanto me complace,
 En tus manos pondré, si es que te place.»
 Leoncia, no Leoncia ya, que había
 Descubierta su faz y sér divino,

Por el azul etéreo se subía,
Y ya llegaba al cielo cristalino,
Mirando el sobresalto que tenía,
Llenó su pecho de vigor ferino,
De modo que cuanto ella pronunciaba
Una fiera venganza respiraba.

CANTO V.

En tanto, sacudiendo el torpe sueño,
Ligero se levanta el valeroso
Ardiente capitán, Mendo famoso,
Y con adusto ceño
Interrumpe á los suyos el reposo.
¡Hasta cuándo, les dice, entorpecidos
Habeis de prestar gusto á los sentidos?
El descanso, el sosiego, los colchones
Desdicoen de los inclitos varones.
El campo de batalla sanguinoso,
Las duras armas, el cañon tremendo,
El clarín penetrante, el sonoro
Farche, la sangre, el fiero estruendo
Convienen sólo al corazón valiente,
Y no dormir suave y dulcemente.

Después de conseguir una victoria
De inmarcesible gloria,
Y que el tiempo fugaz ni el tardo olvido
Arrancarán jamás de la memoria,
¡Mi ejército dormido
Veo, de sus trofeos olvidado?
¡Qué rabia! ¡qué desdolor!
¡Quién hubiera pensado
En vosotros hallar tal apatía?
¡Quién que explicara con amargo lloro
Lo que nunca en vosotros me creía?
Levantad esos cuerpos soñolientos,
Sacudid la pereza,
Recoged, pues, los bélicos fragmentos
Y llevadlos á Quica con presteza.
Ella os espera con ardiente anhelo,
Y, al mirarse vengada tan aprisa,
Dará con dulce y agraciada risa,
A vosotros placer, á ella consuelo.»
Como suele una tropa fatigada
De un combate tenaz quedar rendida,
Y en un profundo sueño sepultada,
Reparar en la noche tenebrosa
Sus extenuadas fuerzas, mas oída
La música horrorosa
De la presta alarmante general,
Sacudir el letargo, y al instante
Oponer al acero y á la bala
Desnudo el pecho con jovial semblante;
No de otro modo Pardo y Nuño olvidan
La pluma perezosa,
Y á otros nuevos asaltos se convidan
Con pecho fuerte y alma fervorosa.
Y mientras en pañuelos delicados,
Por manos primorosas festonados,
Colocan los despojos de la guerra,
Y el capitán encierra
Bajo el manto un rosal fresco y entero,
Único en la batalla prisionero,
El mismo que arrojado
Por Mendo con esfuerzo arrebatado,
Hace á Nuño por poco un mal servicio;
Con rostro afable y ademán propicio
Prosigue su discurso de este modo:
«Ya el trabajo mayor está vencido,
O, por mejor decir, ya se halla todo
Con valor concluido:
Sólo falta sacarlo del olvido.
¡De qué sirven acciones señaladas
Si quedan en silencio sepultadas?
El deseo de fama
Es lo que al corazón valiente inflama.
A Quica la primera
De los despojos demos
Los más aventajados, los que quiera;
Mas también con las rosas adornemos
Los pechos generosos
De nuestras Dulcineas.

Al verlos con adornos tan graciosos,
Y al ver desbaratadas las ideas
De Tirsa, que ser única quería
En semejante ornato,
A todo el sexo le será muy grato
Nuestra gallarda acción y bizarría;
Creciendo nuestro nombre
Tanto, que al mundo y al empiéreo asombre.»
Calla, y prosiguen; el palacio encuentran
Y en los salones presurosos entran.

La generosa Quica, que apercibe
La vencedora hueste, la recibe
Con tal demostración, tal alborozo,
Que por poco en sus brazos los estrecha.
Contempla, llena de indecible gozo,
Desbaratado su enemigo encanto.
Y de puro contenta y satisfecha,
Sus ojos se expresaron con un llanto
Tan dulce, tan precioso
Como el que vierte la rosada aurora.
«¡Oh día para mí muy venturoso!
¡Oh noche singular! ¡oh feliz hora!
Exclama Quica, en tono de alegría;
Ya me veo de Tirsa vencedora,
Ya se ha logrado la ventura mía.
Y vosotros, valientes campeones,
Cuyas grandes acciones
Enmudecen los ecos resonantes
Con que la Fama alaba
Los griegos y romanos arrogantes
(Sólo mejores porque fueron ántes),
Mi corazón no acaba,
Como es obligación, de agradeceros
Semejante fineza.
¡En qué puede una dama complacerse?
Pedid, pedid; veréis con qué presteza
Os sirvo agradecida,
Y os doy, si es menester, la misma vida.»
Mendo entonces declara el pensamiento,
Y Quica se turbó por un momento;
Como tan orgullosa, ella quisiera
Ser única entre todas, no primera;
Mas tuvo que ceder, porque temía
Á una hueste triunfante, que podía,
Si al partido contrario se pasaba,
Quitarla la victoria,
Que á su favor estaba.
¡Lo que puede el deseo de la gloria!
Entonces desatando
Los hinchados pañuelos, descubrieron
El bello contrabando,
Y en tierra lo extendieron,
Con un cierto desorden en las flores,
Que daba más realce á sus colores.
Al punto repartieron los despojos
Del modo que se había decretado.
La grande Amira, de lucientes ojos;
La agraciada Belisa,
De airoso cuerpo y pecho levantado;
La delicada Anarda,
Amante de los juegos y la risa;
La robusta blanquísima Berarda;
La muchacha Drusila bien hablada,
De Marte, Apolo y Vénus estimada;
La alegre Silvia, de dorada frente;
Ina, de corazón dulce y ardiente;
Sensible Filis, singular Nerina,
En cuerpo, en canto y en talento fina,
Y otras deidades que mi labio calla
Porque mi musa no halla
Voces para alabarlas cual quisiera.
Fueron nombradas por la hueste fiera
Para el repartimiento de las rosas.
Y dando las más frescas, más hermosas
A Quica, las restantes regalaron.
¡Cuán contentos quedaron
Al contemplar las rosas ya robadas,
A su gran protectora complacida,
Y la preciosa presa repartida
Entre sus Dulcineas adoradas!
«¡Y qué! Quica exclamó. ¡Tan sólo un día
Tendrá de duración la gloria mía?

¡Como las rosas frágil, he de verla
Nacer y marchitarse en un momento!
Más pesar me ocasiona ya perderla
Que cuando la alcancé tuve contento.
No lo he de permitir de modo alguno.
Ese rosal, librado
Del combate importuno
Y de grasienta tierra rodeado.
Debe ser colocado
En una ancha maceta
De las que adornan el jardín vecino.»
Ni más ligero tiro de escopeta,
Ni más veloz revuelto torbellino,
Ni más vivo el humano pensamiento
Fueron jamás, que al nuevo y raro intento
Los fuertes campeones obedientes.
Salieron diligentes
Por una dilatada galería;
El depósito Quica conducía
Con reverente pompa y á sus lados
Marchaban Nuño y Pardo mesurados;
Mendo detras su paso encaminaba,
Y en sus robustos brazos sustentaba
Un instrumento de cavar pequeño.
Llegaron con risueño
Y apacible semblante,
Y al contemplar delante
La dichosa maceta, destinada
Para ser en su seno perpetuada
La agradable memoria
De tan completa singular victoria,
Hinchóse el aire de algazara y gozo,
Concedióse lugar al alborozo,
Los oprimidos pechos se explayaron,
Y en seguida callaron
Para escuchar á Quica atentamente,
Que así dijo con dulce continente:
« Cuando contemplo el éxito dichoso,
El secreto y el modo prodigioso
Con que tan alta empresa se ha acabado,
Creo que el mismo cielo, penetrado
De mi gran sentimiento,
Quiere premiar mi afán, darme contento.
Las rosas están todas destrozadas,
Las damas con honor desagraciadas,
Mi contraria abatida,
Y su altiva arrogancia confundida.
Yo en extremo contenta y satisfecha,
Porque miro deshecha
La causa principal de mi desvelo.
Ya voy con anhelo
Los hombres desertar de sus banderas;
Ya no estarán, como antes, deslumbados
Con vanas apariencias lisonjeras.
Ya no más, engañados
Con graciosos adornos seductores,
Juzgarán por primores
Lo que era un artificio solamente;
Ya mirarán patente
Mi cándida hermosura,
Y verán que á la suya sobresale,
Como el día esplendente
Sobre la noche oscura.
No habrá conquistador que á mí se iguale
En tener prisioneros.
¡Cuántos, ay, y cuán fieros!
¡Cuántos ilustres, cuántos poderosos,
Y todos en servirme presurosos!
Y vosotros, guerreros
Fortísimos, valientes y atrevidos,
¡Oh qué gloria inmortal habeis ganado!
Por todos los nacidos
Será vuestro alto nombre respetado,
Sonando en los oídos
Lo mismo que el de Alcides ó Teseo;
Que si ellos libertaron
La tierra y mar de tanto monstruo feo,
Vuestras heroicas manos arrancaron
Unas flores más fieras y dañinas,
Envidia y comezon de damas finas;
En tanto yo, oficiosa,
Cuidaré de esta linda y fresca rosa.

Apénas por las puertas del Oriente
Muestre su luz el sol resplandeciente,
En el risueño abrasador verano,
Será regada por mi activa mano;
Cuando en el medio esté de su carrera,
Cubriréla con sombra placentera;
Porque pudieran sus ardientes rayos
Borrar su lustre, ocasionar desmayos.
Y cuando el frío invierno contra el suelo
Blancos copos arroje ó duro hielo,
Con cristales cubierta, y animada
Con estufas calientes,
Será de sus rigores preservada.
Mis manos diligentes
En todo tiempo cortarán las ramas
En que se vean las ardientes llamas
Que animan su hermosura ya apagarse,
Para que nunca llegue á marchitarse,
Y con cuidados nuevos
Trasplantaré constante sus renuevos,
A fin de que, aumentando
Su progeñe graciosa,
Se vaya con los siglos perpetuando.
Mi familia, eficaz y cuidadosa,
Repetirá con ánsia mis anhelos,
Y cuando quieran los eternos cielos,
Después de una feliz vejez tardía,
Llevar al hoyo la hermosura mía,
Este afán de la rosa, este cuidado
Quedará entre mis bienes vinculado.
Otro fuego de Vesta inextinguible
Será el rosal (memoria duradera
De un corazón sensible,
Que hasta alcanzarlo tuvo pena fiera)
Aquel sólo que muestre ardiente celo
En conservar las flores con desvelo,
Dueño será del rico patrimonio
Que en el día poseo.
Daré así al mundo eterno testimonio
De vuestra bizarría y mi deseo.
Sí, valientes guerreros, sí; yo creo
Que dure vuestra fama merecida
Tanto como esta rosa tenga vida.»
Dice; callan. ¡Ay Dios! nunca completa
Fue la dicha del hombre;
Ni cuando gana nombre
Al són de la trompeta,
Ni cuando duerme en regalado lecho;
Siempre pesares hay contra su pecho.
Pues en medio del triunfo se levanta
Un revuelto huracán con fuerza tanta,
Que, sacudiendo la agraciada rosa
Que en sus nevadas manos
Llevaba la guerrera jactanciosa,
Empieza á dar vaivenes inhumanos;
De suerte que por poco cae en tierra
El bello fruto de la horrenda guerra.
Mas, del impulso fuerte meneadas
Algunas tiernas hojas destrozadas,
En el pecho de Quica se abrigaron,
Y algunos duros pinchos se enredaron
En el rico finísimo pañuelo
Que otras rosas encubre y otro cielo.
Fue á quitárselos Quica, y al instante
«Sintióse mal herida
Por uno penetrante;
La sangre, de sus dedos despedida,
Manchó á los campeones;
Temblaron sus valientes corazones
Con semejante agüero,
Señal de estrago sanguinoso y fiero.
Pero, no dando oídos
A los tristes avisos repetidos
Del cielo disgustado,
Con valor denodado
Una hermosa maceta rodearon;
Nuño y Pardo cavaron,
Sostuvo el rosal Quica, y con su apoyo
El presto Mendo púsole en el hoyo.
Los tres al punto con ligeras manos
Elevándola ufanas,
La colocan con aire respetuoso

Sobre un pilar grandioso
 En medio de una doble encrucijada,
 Para que, siendo vista y admirada
 Desde cualquiera punto, aunque distante
 Quedaran al instante
 Todos bien informados
 Del valor de sus pechos esforzados.
 Mas ellos al momento,
 O advirtiendo tal vez en las señales
 Que veían fatales,
 O de algun interior presentimiento
 De súbito movidos,
 O de su misma acción arrepentidos
 En amargo silencio pavoroso
 Quedaron sumergidos;
 Nadie alaba la vista, temeroso
 De perturbar el serio continente
 De la augusta asamblea,
 Que empezaba á pensar profundamente
 Los males que acarrea
 Para el mismo agresor una acción fea.
 Mas unos huevos moles,
 Por Quica fabricados,
 Borraron de la mente los cuidados
 De aquellos arrogantes españoles.
 Clara llamólos con su voz graciosa,
 Y la valiente hueste victoriosa,
 Como tan consumada
 En las estrechas leyes y ordenanzas
 De la caballería,
 Siguióla apresurada
 Con noble gallardía
 A henchir de dulces las hambrientas panzas,
 Que es al doble mejor que romper lanzas.
 Entran en el salón, y ven hinchados
 Los moles, cual las olas combatidas
 Por vientos encontrados;
 Ven muchos instrumentos
 En contra preparados,
 Furiosos huevícidas,
 Que estánlos esperando por momentos;
 Pero, mirando la anchurosa frente
 Y el dorado color resplandeciente
 De la mole sustancia,
 Fierden el brío, para su arrogancia.
 Así, cual suele el jabalí cerdoso,
 Al mirar que le sigue presuroso
 El escuadrón ladrante de sabuesos
 Por los montes espesos,
 Arrimándose á un tronco,
 Con un gruñido ronco
 Revolver sus colmillos aguzados
 Con terrible furor por todos lados,
 Y la caterva espesa amedrentada
 Quedar mirando sin hacerle nada,
 Todos los cuatro quedan deslumbrados
 Sin que nadie se atreva
 A hacer en ellos de su fuerza prueba.
 Mas Nuño, levantando
 La luciente cuchara,
 Las cejas enarcando
 Y haciendo mil visajes con la cara,
 Exclama enardecido:
 «Siempre yace en olvido
 Quien vuelve las espaldas vergonzoso
 A las arduas empresas importantes:
 No se diga jamás que, temeroso,
 Con manos vacilantes,
 Desdije mi valor acreditado
 A vista de enemigo tan menguado.»
 Dice; y metiendo la cuchara dentro
 De la profunda fuente hasta su centro,
 Sácala tan colmada,
 Que en hilos prolongados
 Derramándose va por los costados.
 Con ejemplo tan noble, ya animada
 La hueste valerosa,
 Menea las cucharas presurosas,
 Cual suelen ir ligeros los batanes
 En un molino de papel florete;
 Así los moles rápida acomete,
 Como si fueran bárbaros titanes,

Y en un un instante deja tan vacía
 Y tan limpia la fuente como el día
 Que salió de las manos del artista;
 Tan valiente la hueste fué y tan lista;
 Y así, para perpétua y alta gloria,
 Celebraron los cuatro la victoria.

CANTO VI.

Este triunfo jovial fué presenciado
 Sólo por Clara y el galán Paulino,
 De todos los criados el más fino,
 Que de Quica ocupaba siempre el lado
 En el coche, en la calle y en el templo.
 Este, de travesura y vicio ejemplo,
 Estaba de Marcela enamorado,
 Y para ser su esposa le faltaba
 La santa bendición únicamente.
 Pero no era Paulino el que presente
 A la algaraz estaba;
 Era el agudo Chisme, que, tomando
 Su figura y talante,
 De todo el hecho estúvose informando.
 Parte el Chisme al instante
 Y á la incauta Marcela
 El secreto revela;
 Grita la jóven con amargo tono,
 Y asustada refiere á su señora
 El furor, el encono
 De Quica y de la hueste robadora.
 Estaba Tirsa al tocador, poniendo
 Sobre la rubia frente varias flores;
 Pero fueron tan grandes los temblores,
 La novedad oyendo,
 Que tres veces llevó desde la falda
 Al encrespado pelo
 Una linda guirnalda,
 Y tres veces cayósele en el suelo.
 La mano vaciló, toda turbada
 Sobre el fragante bote de pomada,
 Y fué algun rizo en punto tan funesto
 Por sus trémulos dedos descompuesto.
 Miró á Marcela; un ¡ay! lanzó profundo;
 Estúvose gran rato silenciosa;
 Mas luego, con semblante furibundo,
 Exclama: «¡Qué, Marcela! ¡Jactanciosa
 Ha de estar de su triunfo mi enemiga?
 ¡Sin afán, sin trabajo, sin fatiga
 Conseguirá abatir mi fiero orgullo!
 ¡Destruir tantas rosas, sin dejarme
 Ni siquiera de lástima un capullo?
 ¡Lo tengo de sufrir y no vengarme!
 No; al instante declárese la guerra
 Contra Quica, estremézcase la tierra,
 Y vea el fin funesto que se alcanza»
 Moviendo á una mujer á la venganza.»
 Marcela su dictámen desaprueba
 Con dulces amorosas expresiones;
 «¡Ay señora! la dice, nunca os mueva
 El ansia de imitar á los varones.
 Naturaleza sabia ha señalado
 Los límites del sexo y del estado:
 El hombre corpulento,
 De miembros reformidos, debe ufano
 Manejar con nudosa y firme mano
 El bélico instrumento;
 Pasar al sol, al aire, á la intemperie
 Aquella horrible serie
 De trabajos que al templo de la Fama
 Le lleva como Alcides;
 Pero de una muchacha, de una dama,
 Otras las penas son, otras las lides,
 Y más cuando no está, como la yedra,
 Al fuerte muro asida.
 En tanto recatada y recogida
 Todo le da temblor, todo la arredra:
 La insinuación, la gracia, la dulzura
 Deben acompañar á la hermosura,
 Cuando rendir intenta
 A un contrario que altivo se presenta;
 Pero cuando á la vista se recata,
 Cuando perfidias y cautelas trata,

Se debe pelear del mismo modo.
 Creed mi parecer: ya veis que en todo
 Procuro vuestra gloria y vuestro gusto;
 Desechad el pesar, borrad el susto;
 Y apenas de la noche el negro manto
 A unos cause placer, á otros espanto,
 Irémos juntas al palacio en donde
 Vuestra alegría la traicion esconde,
 Y siendo por segunda vez robada,
 Quedaréis con su hallazgo consolada.»
 Hiciéronla tal fuerza sus acentos,
 Que se fué asestando por momentos
 Y tranquila esperó la feliz hora
 Que debía sacarla vencedora.
 En fin, la hora llegó tan deseada,
 Y Tirsa, apresurada,
 Con Marcela á la casa se dirige,
 Donde se halla el trofeo ya erigido
 De la victoria que á su pecho afige;
 Cuando á lo léjos siente un ronco ruido,
 Que el corazón le deja comprimido.
 «¡Ay Marcela! exclamó, ¡Marcela mía!
 ¡Cómo la suerte impía
 En angustiar mi pecho se complace,
 Y todos los placeres me desahace!
 ¡No adviertes el sonido estrepitoso
 Que por la angosta calle se difunde!
 ¡No te arredra y confunde
 El eco pavoroso
 Que se va por las plazas derramando!
 Como negra tormenta,
 Que viene de los polos retronando,
 Resuena en los oídos....
 Ya el estruendo se aumenta
 Y también de mi pecho los latidos....
 El suelo se estremece,
 Se agitan las vidrieras y ventanas,
 El són horrendo crece.
 No soplan las violentas tramontanas
 A la falda del cano Pirineo
 Con impetu mayor. Pero ¡qué veo?
 ¡Qué resplandor activo, qué vehemente
 Las casas ilumina!
 La luz resplandeciente
 Por puntos, por momentos se avecina.
 ¡Qué será? ¡Qué pavor! Yo tiemblo y temo
 Que mis males ya tocan al extremo.
 Mas ¡ay Dios! ¡será cierto lo que miro!
 Es hijo, no deliro;
 Aquélla es ¡ay Marcela! la carroza
 Con que la altiva Quica se alborosa,
 Aquellos los caballos espumosos
 Que de las aguas béticas sonantes
 Tomaron los alientos generosos;
 Aquéllas las libreas rozagantes.
 Allí va; mira, mira cuán ufana
 Está del triunfo; mirala qué vana.
 No sin razón el ruido
 Ha causado en mi pecho sobresalto.
 No te adelantes más, hagamos alto;
 Si nos descubre, todo se ha perdido.
 ¡Oh diosa que pusiste á tu cuidado
 La empresa que medito vengadora,
 Mira mi amargo estado,
 Y sácame, señora,
 Del conflicto que tiene mi alma ahora.»
 Dijo; y con una nube la circuye
 La Venganza al momento,
 El triste Temor huye,
 Y la afligida Tirsa cobra aliento;
 En fin, prosigue, pasa, casi rosa
 La brillante carroza,
 Sin que nadie repare en las guerreras,
 Que llegaron ligeras
 Y alegres á la casa deseada
 Con una protección tan declarada.
 Paulino, el de la blonda cabellera,
 O el Chisme en su figura,
 A recibirlas sale á la escalera,
 Y un éxito feliz les asegura,
 Y guiando sus pasos, las conduce
 Adonde el triunfo está de la victoria;

Su presencia en las jóvenes produce
 Una tierna amarguísima memoria.
 A los ojos de Tirsa se asomaron
 Mil lágrimas ardientes,
 Y sus brillantes luces eclipsaron.
 Miró la rosa, y contempló presentes
 Los gustos que le había producido
 Este adorno sencillo y delicioso;
 Y cómo todo el sexo, codicioso,
 Había igual fortuna apetecido,
 Que ella sola gozaba en más felices
 Tiempos de sus matices,
 Y sólo su fragancia regalaba
 Su seno altivo, en donde se abrigaba
 Como en su propia cuna;
 Mas ¡qué inconstante le era la fortuna!
 En estas reflexiones abismada
 Estaba Tirsa, sin moverse á nada,
 Cuando exclama Paulino:
 «El Tiempo, como presto torbellino,
 Arrebata las horas.
 Y vosotras, señoras,
 Dejais pasar instantes tan preciosos
 Mirando con semblantes dolorosos
 Las glorias ya pasadas.
 Si pretendéis vengaros, no paradas
 Gasteis el tiempo en tristes reflexiones,
 Imitad á los fuertes campeones
 Que en el silencio de la noche oscura
 Causaron vuestra pena y su ventura.
 Arrancad esa rosa;
 Vos, Tirsa, demostradla jactanciosa
 A vuestros enemigos, porque vean
 Que en vano todos contra vos pelean.
 Pero primero tú, Marcela mía,
 Que sabes dar fomento á los placeres,
 Señálale entre todas las mujeres
 Por tu ardiente valor y gallardía,
 Y así en todo serás la más completa.
 Ni este palacio ni el jardín respeta,
 Has doscientos pedazos
 La encantada maceta,
 Y vuela luégo á mis amantes brazos,
 Que en premio de una hazafia tan gloriosa
 Te esperan cual si fueras ya mi esposa.»
 Dijo; y Marcela, que de amor herida,
 Con delicioso encanto le escuchaba,
 Nacer siente una fuerza horrible y brava
 En medio de su pecho, y conmovida
 Del deseo de gloria y de venganza,
 A la hermosa maceta se abalanza.
 En vano su furor parar procura,
 En vano los alegres robadores
 Pusieron á la reina de las flores
 Encima de un pilar de inmensa altura,
 Y en vano prometió la altiva diosa
 Que á Quica ampara, con la faz graciosa,
 Su vida defender constantemente;
 Pues Marcela, con mano diligente,
 La ase, la agita, y á su ardor violento
 No puede resistir; pierde su asiento,
 Tiembla, vacila y cae despeñada.
 Cual suele reventar mina preñada
 De salitre, carbon y azufre unidos,
 Que los robustos muros sacudidos
 A tierra vienen con horrible estruendo,
 Acá y allá esparciendo
 Los deshechos sillares,
 No de otra suerte cascos á millares
 De la rota maceta, derramados,
 Con lástima declaran
 El rigor de los hados,
 Que en rosas y macetas no reparan.
 Al no esperado ruido,
 Vuelve en sí la afligida
 Del éxtasi en que estaba sumergida.
 «¡Qué es esto?», exclama en tono dolorido.
 «¡Qué ha de ser! la responde vigorosa
 La triunfante Marcela.
 Volveros vuestra rosa,
 Destruir del contrario la cautela,
 Arrancar de sus manos la victoria

Y coronaros de perpétua gloria.
 Aquí teneis la flor tan suspirada;
 Ya estáis asegurada
 De tener el imperio soberano
 De todas las mujeres,
 Ya os veréis sumergida en los placeres,
 Pues se halla en vuestra mano
 Este moderno Paladion troyano.
 Ya el oráculo sabio se ha cumplido,
 Y los cielos por vos se han decidido.
 Tomadla, y presentaos con audacia
 Ante la altiva Quica;
 Mostrad vuestra hermosura, vuestra gracia,
 Y esta presea delicada y rica;
 Ella brille á sus ojos
 Y padesca, al mirarla, mil enojos;
 Mas venid: no conviene á quien alcanza
 Victoria tan cumplida,
 Digna de una continua remembranza,
 Ir sin la pompa á su valor debida.
 El tocador afable,
 Ese amigo constante y carifoso;
 Ese, que os sirve ansioso
 Con prontitud y gusto incalculable;
 Ese, que siempre vuestro puerto ha sido
 En todos los reveses de fortuna,
 Que tanto vuestro afán ha complacido,
 Ahora os llama, os insta, os importuna,
 Pues tiene preparadas
 Mil esencias, mil polvos, mil pomadas,
 Que á vuestra gloria ofrece.
 Venid, Tírsa, venid, pues me parece
 Que algun núnen, bullendo en mis entrañas,
 Me dicta las acciones más extrañas,
 Y que, teniendo el ánimo agitado,
 Tengo de *improvisaros* un peinado.
 En él expresaré con todo esmero
 Vuestro pesar primero,
 Y luego vuestro triunfo prodigioso
 De un modo singular, pero gracioso.
 Las rosas se verán caer rodando
 Desde la cumbre de su sólio augusto,
 Botas, marchitas, lánguidas, causando
 Llanto á los ojos, á los pechos susto.
 Pero cual suele la fecunda clueca
 Cuando cae un turbion, que el cuerpo ahueca,
 Las anchas alas tiende,
 Y del agua defiende
 A la caterva inmensa de polluelos,
 Con la misma actitud, tales anhelos,
 Una rosa estará sobre el batido.
 Allí, como en su nido,
 Extenderá sus hojas numerosas
 Sobre las que se abaten presurosas
 Con misera caída.
 Dando á las muertas con su sombra vida,
 Demostrará bien claro
 Que vuelve á renacer bajo su amparo
 Vuestra gloria pasada,
 Que cayó, cual las flores, despeñada
 De la más alta cumbre.
 Y á fin de que dealumbra
 Más y más al contrario ya vencido,
 Se encuentra prevenido
 El escuadron de hierros tortuosos,
 El brasero, los peines, *papillotes*;
 Mis dedos primorosos
 Pondrán mil letras, formarán mil motes
 En rízos diferentes,
 Que estos triunfos al mundo hagan patentes,
 No me contento sólo con peinaros;
 Quiero, Tírsa, también, quiero adornaros
 Segun mi fantasía.
 El vestido denote la alegría
 Que reina interiormente.
 El pecho altivo la victoria ostente;
 En medio de su fuego colocada
 La rosa verdadera, libertada
 Del duro cautiverio,
 Muestre su gala, deje ver su imperio.
 No haya en torno colores
 Que puedan eclipsar sus resplandores.

II, PS-XVIII.

Brille en el pecho, cual el sol luciente
 En los cielos ostenta su luz clara,
 Que á su fulgor activo cara á cara
 No puede resistir ningún viviente.
 Así, al verla en un trono tan precioso,
 Todo pecho envidioso
 Interiormente sea consumido,
 Y haga así vuestro triunfo más cumplido.»
 Dijo; entrególa con gracioso gesto
 La rosa de cien hojas,
 La rosa origen del ardor funesto,
 De las penas acerbos y congojas
 Del sexo delicado.
 Tomóla Tírsa con jovial semblante,
 Haciéndola cariños al instante.
 Cual madre que advirtió precipitado
 Caer al agua el hijo pequeñuelo,
 Se llena de opresion y desconuelo,
 Creyéndole en las ondas anegado;
 Mas al verle volver alegre y bueno,
 Le estrecha dulcemente
 Al amoroso seno,
 Le besa y le rebesa,
 Y su contento expresa
 Con silencio elocuente,
 Que siempre calla quien de véras siente;
 Así Tírsa, callando,
 Su extremado placer está mostrando;
 Ya la acerca, y recrea
 Con su esencia el olfato;
 Ya la contempla un rato;
 Ya, mudando de idea,
 Entre sus blancos dedos la coloca;
 Ya la llega á la boca
 Y con besos suaves repetidos
 Regala al alma, agrada á los sentidos.
 Haciendo estos extremos de alegría,
 Se sale la contenta compañía
 En pos de su destino,
 Cuando el blondo Paulino
 Bate las palmas en tan alto tono
 Y con tal algazara,
 Que una y otra se para
 Absortas de aquel raro desentono;
 Mas al volver la cara,
 Al conductor no encuentran de la empresa;
 Sólo una nube espesa
 De polvo, con revueltos torbellinos,
 Advierten, como suele en el verano,
 Al recio soplo de huracan insano,
 Levantarse en las plazas y caminos.
 «¿Lo veis? Marcela exclama alborozada.
 ¡Mirais ya vuestra gloria asegurada!
 Sin duda una deidad fué quien, piadosa,
 En la figura del hermoso paje
 Quiso vengaros del atroz ultraje,
 Conduciendo esta empresa prodigiosa.»
 Dice; y ambas, postradas
 En tierra con postura reverente,
 Las manos á los cielos levantadas,
 Al incógnito Dios, al Dios clemente,
 Rinden gracias, ofrecen oblaciones
 Con humildes y alegres corazones.

CANTO VII.

¡Oh musa, que, benigna, te has dignado
 Inspirar en mi pecho
 Las causas y progresos de aquel hecho,
 Que tanto al sexo hermoso ha trastornado!
 Mirame ya cansado,
 Que apenas puedo con pesado aliento
 Un asunto seguir de tal momento;
 Y así, tu influjo bondadoso presta
 Para cantar lo poco que me resta,
 El ánimo inflamando;
 A fin que pueda yo de cuando en cuando
 Tronar furioso, como hacia Homero;
 Que no es ménos feroz lo que refiero.
 Cual suele en una noche de verano,
 Cuando la turba está de los vivientes
 En plácido reposo sumergida,

Llenarse el aire vano
De aromas diferentes,
Que consuelen el alma afligida,
Sin que allí sea oída
Ni bronca voz, ni acento
Que interrumpa el silencio ni el contento;
Así el grande salón de Otondo estaba,
Otondo, que sociable en él juntaba
Tertulia tan amena y numerosa,
Que jamás otra igual se vió en la corte;
Como estaba gozosa,
Y cada cual seguía tras su norte,
Se advertía una calma,
Que de un gusto interior llenaba el alma,
Cuando Tirsa soberbia se presenta
En medio del concurso, y á sus ojos
La linda rosa con placer ostenta,
Para dar á las otras mil enojos.
No suelen, trabajando en la colmena,
Susurrar las abejas diligentes
Con murmullo más ronco, que las damas,
Pasadas de dolor, llenas de pena,
Regañando entre dientes,
Al ver deshechas sus astutas tramas;
Y poco á poco el ruido fué creciendo
Con tan horrible estruendo,
Que el orden que al principio se advertía,
Se volvió confusión y algarabía.
Sobre todas furiosa
Estaba Quica hermosa,
Por mirar cuán en vano
La destructora mano
De sus tres campeones
Desmanteló de Tirsa los balcones.
Miróla airada con torcido gesto,
Y arrancando de presto
Para salir afuera,
Con la bata voicó (¡quién lo creyera!)
Un juego de ajedrez ya adelantado.
Hallábase apremiado
El rey por un alfil con furia brava,
Que á la mano derecha le enfilaba;
Un caballo saltando
Ardoroso le estaba amenazando,
Y estrechando una torre poderosa;
Ya la gente de á pié por todos lados.
Cercábase animosa;
Ya estaban destrozados
Los fuertes batallones;
Ya no había oficiales ni peones;
Ya la reina contraria,
Viendo la suerte varia
A su favor, cansada del combate,
Le daba un jaque mate,
Y ya el rey inclinaba su cabeza
Tanto á su brio como á su belleza;
Ella iba á laurear su hermosa frente,
Cuando, cual terremoto, de repente
El campo de batalla se conmueve
Con el porrazo alevé
Que al pasar le dió Quica con la bata.
La lid se desbarata,
Y se miran postrados juntamente
Réguas coronas y plebeya gente,
Y los soldados de los dos partidos
Mezclados, confundidos,
De suerte que aquel día
Al lado se veía
Del humilde peon el caballero,
Y del ya vencedor el prisionero.
Los dos, que la batalla dirigiendo
Con el talento y mano, marcialmente
Se estaban divirtiendo,
Con aquel accidente
Inmóviles quedaron de repente.
Quica sale entre tanto,
Y por Clara pregunta á toda prisa;
Hé aquí á Clara vertiendo amargo llanto,
Que con trémulo pié la sala pisa,
Y con la voz turbada á su señora
Estas razones dice:
«La rabia de los cielos vengadora

Se acaba de mostrar á una infelice.
Ya todo se ha perdido.
¡Cuánto mejor nos fuera no haber sido
Un tiempo afortunadas,
Para vernos ahora desgraciadas!
Fué un tiempo venturoso,
Que sobre el sexo hermoso
Tuvisteis el imperio más cumplido;
Fué el gusto, fué el obsequio, y fué de Quica
La joya más preciosa, la más rica;
Pero en el día es polvo, es humo, es viento
Lo que era entónces el mayor contento;
Ya en el jardín no existe aquella rosa,
Aquella que servía de trofeo
A la hazaña más grande y más gloriosa.
Siento ruido, me alarmo, corro y veo.....
¡Cómo podré sin lágrimas decirlo,
Ni vos tampoco sin pesar oírlo!»
Clara aquí se detuvo, y enjugando
Sus rosadas mejillas, «¡Cuándo, cuándo,
Exclama con el rostro enardecido,
Hubiera yo creído
Que el cielo tan en contra se mostrara!
¡Oh fortuna cruel, fortuna avara!
Yo, yo misma, señora, por mis ojos
He visto su abandono, sus enojos.
La maceta, que erguida descollaba
Sobre todos los cuadros recortados,
Hecha pedazos con dolor estaba,
Y sus preciosos tiestos derramados.
Quedéme muda á vista de un suceso
Que nunca imaginé..... Súbitamente
Me faltaron las fuerzas, lo confieso;
Volví del susto, y con afán ardiente
Busqué la rosa, en vano; que los cielos,
Para darnos furiosos desconuelos,
Su robo decretaron,
Y quizá á los ladrones ayudaron.»
Calla Clara, y ardiendo en rabia Quica,
Con torvo ceño su furor explica,
Mudando cada instante
De color y de gesto su semblante.
Así un rato callando permanece,
Y la graciosa Clara se estremece;
«En fin, la dica, vamos, pues lo quiere,
Ni gracia ni favores de mí espere.
Mas antes, Clara, juro
(Y éste es un juramento firme y duro),
Juro por mi abanico que, apartado
Del diente elefantino poderoso,
No crecerá ya más, ni codiciado
Será del africano belicoso,
Pues en manos del diestro inglés ha sido
En muy distinta forma convertido;
Juro, digo otra vez, por este escudo,
Esta arma, esta defensa, este portento,
Que nos suele servir en todo evento,
Y sólo un sabio producirlo pudo
(Y ya ves que una dama no es posible
Que encuentre juramento más terrible),
Que con Tirsa jamás haré las paces;
Veréla abandonada
De todos sus secuaces,
Y de mí no tendrá consuelo alguno.
Y algún día vendrá que el importuno
Aguilón su peinado descomponga;
No hay miedo que la mano en él yo ponga;
Dejaré que el cabello á su albedrío
Ondee por los hombros y la frente,
No compondré algún pliegue impertinente,
No pondréle alfiler; auxilio mío
Ni jamás se lo piense ni lo intente.»
Dijo, y entrando en el salón, repara
A Tirsa, que del uno al otro lado
Con paso mesurado
Y gallardía rara
Anda, vuelve, se para,
Cual gallo jactancioso que ha logrado
Con un combate sanguinoso y fiero
Al contrario arrojar del gallinero,
En medio del serrallo se pasea,
Se goza, engrie, ufana.

Y en una y otra juvenil sultana
 Su vista pone, su afición emplea.
 Igual en la soberbia, no en los hechos
 (Que nunca son capaces
 De amores tan fugaces
 Los generosos pechos),
 Tirsa á todos con aire afectuoso
 Y semblante sereno
 Demuestra el dón precioso
 Que por trono logró su ardiente seno.
 A vista de un lugar tan distinguido,
 De una flor tan hermosa, del vestido
 Que el triunfo realzaba,
 Y del nuevo peinado que llevaba,
 Cada cual á porfía
 A la triunfante Tirsa repetía
 Requebros y gracejos con dulzura.
 Oyelo Quica, y, llena de amargura,
 Maldice interiormente
 Su bárbara ventura;
 Mas luego, con furioso continente,
 Se encara á Tirsa y dice: «Turbadora
 De todo mi contento,
 ¡Imaginas que ahora
 Con esa nueva especie de tormento
 Abates mi valor! ¡Cuán engañada!
 ¡Qué mal conoces la terrible furia
 De una mujer airada!
 Jamas perdona la pasada injuria,
 Y no la estorba nada
 Hasta encontrarse á su sabor vengada.
 Así, si eres tan fuerte como altiva,
 Prepárate al combate, yo te reto.»
 Tirsa responde al punto: «Yo lo aceto.»
 Y resuena la sala: «Viva, viva.»
 Esta fué la señal de un choque ardiente;
 A las armas acuden prestamente;
 Cruje la seda, el abanico suena,
 Hecha pedazos salta la ballena,
 Ríese la tertulia á carcajadas,
 Retumban las palmadas
 Con un estruendo enorme estrepitoso;
 Enciéndese la lid, y con furioso
 Impetu se entremezclan los partidos.
 ¡Cuántos jóvenes fueron mal heridos
 Por una risa, un toque, una mirada!
 Ardiendo en ira Tirsa y agitada,
 Se encuentra con los fieros combatientes
 Que sus rosas robaron,
 Atónitos quedaron
 Al contemplar sus prendas excelentes,
 Y á una sola mirada se rindieron.
 ¡Cuánto los tres sintieron
 Haberla ocasionado tanta pena!
 Mas Quica, que los vió, de furia llena,
 «Cobardes, dice, ¡con vileza tanta
 Os dejais arrancar de vuestra frente
 El lauro que ganásteis altamente?
 ¿Una mujer tan débil os espanta?
 ¿Adónde está el valor tan ponderado?
 ¿Acaso vuestro esfuerzo limitado
 Está á robos nocturnos? ¡Por ventura
 Temeis más que al rigor á la dulzura?
 Me avergüenzo de verlo. Vamos, vamos;
 Lo una vez emprendido prosigamos.»
 Calló Quica, y los inclitos varones,
 A tan fuertes razones,
 Cubiertos de rubor, en sí volvieron;
 Mendo y Pardo siguieron
 Sus consejos y huellas al instante,
 Mas Nuño, vacilante
 Entre el honor y Tirsa, se detuvo.
 Embelesado estuvo
 Contemplando su rostro placentero,
 Y al fin se declaró su prisionero.
 Pasa Quica adelante
 Y se encuentra á Balbino, que arrogante
 Pretende disputarle la victoria;
 Balbino, que, nacido
 Entre el lujo y molicea,
 Merece un puesto clásico en la historia
 Por haber recorrido

Toda la superficie
 De Europa cual balija de correo,
 Haciendo del talento digno empleo,
 Pues se viste de Holanda y á la inglesa,
 Fuma á lo turco, come á la francesa,
 Baila en polaco, canta en italiano,
 Llorra en dinamarques, ríe en prusiano,
 Se enfada á lo alemán, grita á lo ruso,
 De cada parte admite el mejor uso,
 Y tal es su manía y embeleco,
 Que hasta echarse á dormir lo hace á lo sueco.
 Acércase con aire desdichoso,
 Clava los ojos en la hermosa Quica,
 Y hablando con reposo,
 De esta manera su elocuencia explica.
 «¿Por qué es esa cuestión? ¿Por una rosa?
 ¿Por tan pequeña cosa?
 No merece el enfado de una dama.
 Dejad ya vuestra pena,
 Y que Tirsa la goce enhorabuena;
 Qué á mayor lauro la fortuna os llama.
 ¿No lo conocéis ya? Pues aseguro
 Que nunca yo me he visto en tanto apuro.
 Bien claro lo demuestra mi semblante.
 Inferid vos, señora, lo restante.»
 Dijo y se sonrió, y echando mano
 A la hueca corbata, se la estira,
 La ordena, la compone, la da gracia.
 Al verlo tan ufano,
 Quica se enciende en ira,
 Y no pudiendo soportar su audacia,
 Le mira con furor, le aterra, abate,
 Y al fin le pone fuera de combate.
 No ménos atrevido se presenta
 El muchacho Florindo,
 Como las Gracias, como Adónis lindo,
 Que apenas veinte primaveras cuenta,
 El luciente cabello ensortijado
 Onde por la frente deliciosa,
 La leche pura y la encendida rosa
 Se mezclan en su rostro con agrado,
 Sus ojos fuego arrojan, y su boca
 A la vírgen más tímida provoca.
 Como naturaleza
 A manos llenas le otorgó belleza,
 No cuida del ornato y compostura,
 Y así encanta su mórbida figura
 Como aquellas estatuas griegas, donde
 Ninguna gracia natural se esconde.
 En sí propio Florindo confiado,
 Al combate con Quica se prepara,
 Y con aire risueño y desenfadado
 Por enemigo suyo se declara.
 «Yo, yo, la dios, vengo pecho á pecho
 A probar que tu robo fué mal hecho.»
 Dice, y aguarda, y el salón resuena
 Como cuando algún río, derrocado
 De un peñasco elevado,
 En torno todo con su ruido atruena.
 Al uno y otro lado
 Se dividen los fuertes combatientes
 Que ocupan la tertulia, y ya pendientes
 De la pugna trabada,
 Bajan sus armas, fijan sus escudos,
 Están atentos, se mantienen mudos,
 Y al fin y al cabo no consiguen nada;
 Porque Quica, irritada
 De tener por contrario un tierno mozo,
 Que al labio superior no adorna el bozo.
 Al modo de un mastín, cuando embestido
 Se mira de perrillos indecentes,
 Que no hace caso del sutil ladrillo,
 De sus saltos y esfuerzos impotentes,
 Sigue con paso lento y comedido;
 Mas si ve que se jactan insolentes
 De que el triunfo por ellos se declara,
 Alza el anca, los moja y no se para;
 Ella, sin agitar su grave paso,
 Le mira con desden, no le hace caso.
 Corrido el jóven, del desprecio llora,
 Y en un rincón se mete sin consuelo;
 Las damas, que lo advierten, forman duelo,

(Tanto un rostro enamora
Si en él se pinta la cruel angustia);
Le cercan todas con la cara mustia,
Le consuelan, le halagan, le recrean,
Que darle gusto con ardor desean.
Tiene, empero, tal fuerza la lisonja,
Que en sí vuelve, se ensancha cual la esponja,
Y girando los ojos con agrado,
Hace resucitar todo el estrado.
En tanto Amira abate á Fenisardo,
De cuerpo airoso y corazon gallardo;
Belisa á Félix, á German Drusila,
Silvia toda una fila
Desbarata de ilustres combatientes,
Que á sus plantas imploran la clemencia;
Filis hace proezas excelentes,
Nerina ve rendir en su presencia
Las armas y el sosiego á los soldados,
Que están de su osadía más preciados;
Ina y Berardia, con igual ventaja,
Cada cual por su lado rompe y raja.
Mas á la parte opuesta se advertía
Que los hombres llevaban la victoria.
Por el gran Filemon Cloe gemía,
Que la supo vencer con tanta gloria;
Salicio extremos de valor hacía,
Dignos de conservarse en la memoria,
Rindiendo á Clori, á Marcia y á Lidora
Con su dulce elocuencia encantadora.
Cantaba Paco, y á su blando acento
Venían las muchachas como á Tébas
Las piedras que formaron su cimiento,
O como se salían de las cuevas
Las duras fieras admiradas cuando
Anfion y Orfeo estaban entonando.
Su modulada voz, su dulce gracia
En tocar la vihuela sonora,
Su gesto complaciente, su eficacia,
Hacían la armonía más gustosa.
¡Qué de cosas cantó! No hubo *tirana*
Halagüeña, saltante y abatida
Que no fuese tres veces repetida;
Cantó la *malagueña* y *sevillana*,
El *fandango* de Cádiz punteado
Con nuevo tono en cada diferencia;
La *jota* bulliciosa de Valencia,
El quejumbroso *polo* agitanado,
Seguidillas, *manchegas* placenteras,
Y de Murcia las rápidas *boleras*.
A cada cosa nueva que cantaba,
El furioso Tristan se levantaba
Con el rostro encendido,
Ojos desencajados,
El ropaje al desgair y desceñido,
Los brazos levantados
A guisa de macetro de capilla,
Y poniéndose en pie sobre una silla,
«Bomba, bomba», clamaba; y en profundo
Silencio le atendía todo el mundo.
Entonces, con la lengua balbuciente,
Diez versos enhilaba de repente,
Alabando al cantor y echando flores
A las damas, que oían embobadas;
El techo retumbaba á las palmadas,
El piso retumbaba á los clamores;
Y estos dos reunidos,
A fuerza de cantares y epigramas,
Tenían á los hombres aturridos,
Quitando muchas ramas
Del laurel inmortal de la victoria,
Que con tanto trabajo y tanta gloria
Estaban adquiriendo las guerreras,
Agitando el salón por frioleras.

CANTO VIII.

Indeciso el combate se mostraba
Cuando Lucinda hermosa se aparece;
Sobre toda la gente descollaba
Como un roble que erguido al lado crece
De la abatida desmedrada planta,
Y á todos los más altos se adelanta.

Era Lucinda la más fiel amiga
De Quica, y era toda su esperanza;
Tembló al mirarla Tirsa, su enemiga,
Y Quica se llenó de confianza.
Entra en combate, y con volver los ojos
Vence, avasalla, desordena y mata;
Todos sus armas rinden por despojos,
Y las fuerzas de todos desbarata,
Y aunque por sus rigores todos mueren,
Ser sus esclavos sus vencidos quieren.
El primero de todos fué Faustino,
Siempre callado, pero siempre fino,
Que eterna lealtad juró al punto;
Rindió Emilio después su erguido cuello,
Aquel raro conjunto
De amargo y dulce, de deforme y bello;
El tercero fué Alonso, deslumbrado
De su inmensa blancura,
Más que la leche mantecosa y pura,
Quedó á sus plantas con rubor postrado.
De esta suerte abatiendo á los varones
Con sus raras acciones,
La victoria por ella se declara,
Y sin embargo, su furor no para.
No de otro modo el Xanto vorticoso
Vió correr sus orillas presuroso
Al formidable Aquiles,
Desbaratando á miles
Los cobardes atónitos troyanos
Que daban en sus manos,
Y hollar á los caballos espumantes
Escudos de diamantes,
Los cuerpos moribundos destrozando,
Cuya sangre, saltando,
Las ruedas y los ejes salpicaba,
Y su cara manchaba,
Sin dar de compasión señal alguna.
Así, de su fortuna
Lucinda satisfecha, se pasea
Con pompa y majestad; así pelea,
Cuando un guerrero con ardor se opone
Y á singular combate se dispone.
¡Qué nuevo Héctor es éste que, atrevido,
Quiere arrancarla el lauro merecido!
Decid, Musas, su nombre; haced patentes
Su rostro, su estatura,
Su vigor y sus prendas eminentes,
Pues tuvo sobre todos tal ventura.
Mas ¡ah Tiempo crítico! Tú, que has querido
Preservar del olvido
Á Sinón, á Tersites, á Erostrato
Y á tantos otros célebres bribones,
Te has mostrado mezquino, y aún ingrato,
Con la nata, la flor de los varones,
Borrando para siempre el nombre augusto
Del guerrero robusto
Que, con aire sereno,
Sin artificio alguno, y con el seno
Descubierto, preséntase á Lucinda;
La gran Lucinda, siempre vencedora,
Que á ninguno se opone que no rinda,
Y juzga ser de todos ya señora.
Mas ¡ay! que en el momento que le mira,
Se estremece y suspira,
Y dando un paso atrás, medio difunta
Cae en los brazos de Elia, que allí junta
Estaba, y la recibe con espanto.
Bañada entonces con amargo llanto,
La valiente amazona exclama: «¡Ah! muero»,
Y en un sofá sentóse desmayada.
Quica, que ve el estrago del guerrero,
Y por él la victoria declarada,
Se aturde y palidece;
Pero más su pesar y rabia crece
Cuando ve que el contrario toma aliento
Y que la fiera Tirsa en un momento
Consigue mil ventajas prodigiosas,
Haciendo gestos y diciendo cosas,
En señal de alegría
Del triunfo que consigue en aquel día;
Pues todos los guerreros concurrentes
La aplauden de mil modos diferentes,

La cercan y la escuchan con tal pasmo
Que el gusto se convierte en entusiasmo.
Entónces sus balanzas de oro toma
El padre de los dioses y los hombres;
Pone en un lado los soberbios nombres
Que lustre dieron á la Grecia y Roma;
Puso allí su valor, puso su gloria
Y sus hechos más dignos de memoria,
Y en el otro el furor de las guerreras;
Y ésta, cayendo con su peso al suelo,
Eleva la primera sobre el cielo.
Pone luego las causas verdaderas
De esta guerra fatal contra la rosa.
¡Oh fuerza prodigiosa
De esta flor delicada!
Apénas la tocó, que derribada
La balanza quedó, cual si tuviera
El peso más enorme.
«Preciso es que al destino me conforme,
Dijo el padre, con cara placentera.
Llama á la Presuncion y á la Venganza;
Marchad, marchad, les dice, sin tardanza;
A Quica y Tírsa dadles vuestro amparo;
Por mí teneis licencia;
Mas tambien os declaro
Que no he de permitir vuestra presencia
En esta lid horrenda, sino en tanto
Que de la rosa exista el dulce encanto.»
Parten; la Presuncion, hinchada y vana,
Espectros y visiones lleva en torno;
La Venganza, con cólera inhumana,
Viboras venenosas por adorno
En su frente coloca,
Y rayos centellantes
Arroja por los ojos y la boca.
Corren ganando instantes;
Llegan y pisan el salon, y al peso
De la fiera Venganza se estremece;
Pero la Presuncion, cual humo espeso,
Las calientes molleras oseurece.
Se acerca la Venganza, y ve á Lucinda
En un mórbido asiento desmayada;
Ve sus ojos de fuego, su tez linda,
Los unos sin su luz, la otra manchada
De un cárdeno color como el de muerte,
Y exclama, al contemplarla de esta suerte:
«¡Oh vil ociosidad, oh indigno estado
De un pecho belicoso y esforzado,
Que se deja arrastrar de la congoja!»
Y arrancando con rabia de su frente
Una víbora ardiente,
La da al aire tres vueltas, y la arroja.
En el pecho de mármol cae, y luego
Por medio de la gasa se desliza.
Recorre lo interior con vário juego,
La nieve apremia, y el coral atiza;
Donde más hielo encuentra, pone fuego,
Y el corazon suave volcaniza;
Ella arde, gime, llénase de enojos,
Venganza esparce por la boca y ojos.
Levántase con aire de despecho
Del persiano sofá, busca al instante
Al guerrero triunfante,
Que tantos dafios con su vista ha hecho;
Mas no son sus esfuerzos de provecho,
Que el glorioso adalid al otro lado
Con ánimo esforzado
Prosigue, consiguiendo mil trofeos,
Que halagan sus beligeros deseos.
Vélo Lucinda, ve que su contrario
De lauro cífie la orgullosa frente,
Contempla su valor extraordinario
Y llora su desdicha amargamente;
Se le desprenden lágrimas pesadas,
Sin querer, de sus ojos; y arrojando
Un suspiro cruel de cuando en cuando,
Produce estas palabras mal formadas:
«¡Y qué! Veréme con rubor vencida?
Veré que mi contrario, ya triunfante,
No aprecia la victoria conseguida,
No estima un corazon tierno y amante?
¡Con este fin ¡ay Dios! me ha sojuzgado!

¡Oh libertad hermosa! ¡Oh libre estado!
El, cual abeja en medio de las flores,
A todas liba y en ninguna pára,
Y yo le doy, en cambio de rigores,
Por templo el pecho, el corazon por ara.
¡Qué vergüenza! ¡Qué rabia! Sin tardanza
Vengüemos el agravio. Sí, ¡venganza!
Y «venganza», repite la tertulia.
En el hueco salon «venganza» suena,
Y el eco de «venganza» el aire llena.
Lucinda, cual leona de Getulia,
Parte, prosigue, y logra mil despejos,
Girando en torno sus hêrmosos ojos.
Mas la fiera Venganza, no contenta
Con el encono de ésta todavía,
Nuevos combates con furor fomenta,
Y nuevas huestes á la lid envía.
A Quica y Tírsa busca, y con su aliento
Les infunde su rabia y ardimiento.
Al modo de dos vientos encontrados,
Partiendo de dos sierras diferentes,
Que derriban los troncos elevados
Y derrocan las peñas eminentes,
Llegan, chocan, retruenan, y espantados
De los continuos rayos refulgentes,
Los pastores recobran su cabaña
Con medroso temblor y prisa extraña.
Quica y Tírsa, cada una por su parte,
Tremolando de amor el estandarte,
De victoria en victoria se adelanta;
Donde ponen la planta
Un lauro erguido crece,
El concurso á su vista se estremece,
Y teme los efectos de su furia;
Mas ellas, siempre atentas á su injuria,
A fuerza de rendir jóvenes necios,
A fuerza de desdenes y desprecios
Y á fuerza de rigor se abren camino;
Se avistan, palidecen, y sin tino
Corren, vuelan, se avanzan, y ya, cuando
Se llegan á juntar, la lid se para.
Tírsa entónces, tomando
La linda rosa, con risueña cara
A Quica la presenta.
«Toma, toma, la dice; estoy contenta
En que te la coloques en el pecho:
El mio, satisfecho
Con los humos, incienso y oblacones
Que debo á los varones,
No necesita adornos extranjeros.
Tú, que armaste, feroz, á tres guerreros
Para que mis balcones asaltáran
Y mis graciosos tiestos destrozáran
A fin de parecer al mundo hermosa,
Necesitas sin duda de la rosa.
Tómala, te la cedo;
Que ni aun con ella me ocasionas miedo.»
Como suele un mastin valiente, asido
Á la recia cadena,
Regañar entre dientes, si atrevido
Alguno le provoca,
Así la hermosa Quica se enajena,
Y arroja espesa espuma por la boca,
Y con la voz turbada
Replica á su enemiga afortunada:
«Ni cuando las macetas poseías,
Y á ninguno sus rosas regalabas
(Prueba del grande miedo que tenías),
Ni cuando los aplausos disfrutabas,
En más dichosos días,
De aquellos insensatos
Que en tu obsequio empleaban muchos rates,
Ni el contemplarte ahora
Como reina y señora
De la más linda rosa que vió el mundo,
Me produjo jamas pesar profundo;
Sólo, sí, he pretendido
Abatir ese orgullo desmedido
Con que ultrajar pretendes todas cuantas
Damas hermosas en el pueblo brillan,
Poniéndolas rendidas á tus plantas.
Mujeres como yo nunca se humillan,

Nunca ceden la palma de más bellas:
 Esta es la causa, al fin, de mis querellas.
 Así no pienses disfrutar serena
 De esa rosa, ni dar con ella pena;
 Que para unos ultrajes tan villanos
 Tengo yo atrevimiento, tengo manos.»
 Dijo; y haciendo, con furor se arroja
 Sobre la hermosa flor, se la arrebató;
 Con el golpe terrible la maltrata,
 La rompe, la marchita, la deshoja.
 Como los copos densos de la nieve
 Cubren los montes en el Norte helado,
 Así las hojas, al porrazo alevé,
 Descienden y entapizan el estrado.
 Mas ¡oh caso estupendo y espantoso!
 Todas las rosas con que el sexo hermoso
 Adornaba su pecho rozagante,
 Cayeron destrozadas al instante
 Que la rosa de Tírsa fué abatida.
 Con esta general triste caída
 El salón y tertulia conmovióse;
 Pero en ninguna vides
 Más señas de furor, más arrebató
 Que en Tírsa desgraciada;
 Estuvo grande rato
 A su intenso dolor abandonada.
 La vana Presunción, que vió cumplidos
 Los decretos del padre soberano,
 Deshecha ya la rosa, y aturridos
 A todos los guerreros y guerreras,
 Tomando á la Venganza de la mano,
 «Vámonos, dice, vámonos ligeras;
 Dejemos descansar, pues es preciso,
 Los corazones tú, yo las mollerías.»
 Sigue su sabio aviso
 La furibunda diosa;
 Parten, y calma la inquietud rabiosa.
 Vuelve Tírsa por fin; se irrita, llama
 A su socorro á la Venganza horrenda;
 Mas ésta ya se huyó, y en vano clama;
 No hay nadie que la ayude ni la atiende.
 Mas entónces Ótondo, compelido
 De la graciosa paz (que al ronco ruido
 De la empezada guerra
 Abandonó el extremo de la tierra,
 En donde se encontraba desterrada),
 Púsose en medio de la lid trabada,
 Y para sosegar sus corazones
 Les dijo estas dulcísimas razones:
 «¡Oh graciosas mujeres, destinadas
 Para inspirar dulzura al sér humano,
 Cuán erradas vivís, qué equivocadas,
 Si pensáis que un adorno endeble y vano
 Os da realce para ser amadas!
 ¡Y qué dolor tan grande, que, al tirano
 Imperio de la moda sometidas,
 Gasteis en ella las preciosas vidas!
 Nosotros aplaudimos, lisonjeros,
 Un peinado con gusto concebido,
 La gracia de las cintas y plumeros
 Y el primoroso corte de un vestido;
 Mas, justos en los juicios, y severos,
 No es jamas nuestro voto concedido
 Sino á la más hermosa, más galana,
 Aunque se muestre envuelta en toca lana.
 Y á veces en extremo nos agrada
 Encontrar en el bosque ó la maleza
 Una flor olorosa y agraciada,
 Porque excede infinito su belleza
 A la que en un jardín, como forzada
 Nos suele producir naturaleza,
 Que, á pesar de los gastos y cuidados,
 Son sus engendros siempre desmedrados.
 Si, penetradas de verdad tan pura,
 Pusiérais cuidadosos vuestro esmero
 En asuntos más nobles, de más dura,
 Vuestro triunfo sería verdadero,
 Y al punto detestada la locura
 De hacer por un objeto tan ligero
 Una guerra tan fuerte y horrorosa;
 Pues ¡qué vale un adorno? ¡Qué una rosa!
 ¡Oh triste condicion de los mortales,

Que por nada se agitan, que una avena
 Los enciende en las guerras más fatales,
 Y el orbe todo con su furia truenal
 Y andando el hombre siempre tras los males,
 Nunca en pos de la dicha se enajena;
 De aquella dicha que la paz infunde
 Y nunca con el vicio se confunde.
 Mas dejemos al mundo que prosiga
 Con sus vueltas cual loco desatado,
 Y pongamos ya fin á la fatiga
 Que sin razon la rosa os ha causado.
 Ambas podeis, con amistosa liga,
 Obtener de lo hermoso el principado,
 Y unidas vuestras fuerzas poderosas,
 Quedar en todo evento victoriosas.
 La causa de la guerra, aniquilada
 Está por permision del justo cielo;
 No existiendo las rosas, excusada
 Es ya toda contienda, todo anhelo.
 Esta asamblea os pide arrodillada
 Que la volvais al punto su consuelo;
 Pues su mayor contento consistia
 En vuestra antigua risa y alegría.»

Dijo; y postrados á sus piés ya todos
 Las palabras confirman
 Del grande Ótondo por diversos modos,
 Y en sus ruegos se afirman.
 Una y otra guerrera
 Sus esplendentes ojos rodearon,
 Y á una vista tan dulce y lisonjera
 Inmóviles quedaron;
 Mas luego mutuamente se arrojaron
 Con ímpetu á sus cuellos, derramando
 Un torrente de lágrimas preciosas,
 Con ellas demostrando
 Aquellas sensaciones deliciosas
 Que tiene una alma noble, arrepentida
 De una accion no debida.
 Estuvieron un rato así abrazadas,
 Perdiendo con el gusto los sentidos;
 Resonaba el salón con las palmadas,
 Con los vivas y aplausos repetidos,
 Y todo lo que un tiempo imprimió susto
 Daba entónces placer, causaba gusto.
 ¡Oh vosotros, amantes!
 Si teneis todavía en la memoria
 Los felices instantes
 Bañados de placer, llenos de gloria,
 En que, despues de tiempo de enfadados,
 Volvisteis otra vez, reconciliados,
 A los brazos hermosos
 Que os causaban deliquios deliciosos,
 Conoceréis la fuerza del contento
 Que sintieron las dos en el momento
 De arrojar de sus nobles corazones
 Las pasadas injustas sinrazones,
 Excediendo su heroico vencimiento
 A todas las acciones
 De Alejandro, de César y de cuantos
 Sólo causaron con su espada llantos.

POESÍAS ASIÁTICAS.

..... *Carmine non prius*
Audita.....
Virginitus puerique cantu.
 HORATIUS.

ADVERTENCIA.

Siéndome forzoso, para otra obra que estaba trabajando, el consultar los usos y costumbres de los orientales, encontré en mi camino estas flores de la poesía asiática, las que he ido recogiendo para formar un ramo y presentarle á los amigos de las Musas. En este mi trabajo he procurado mostrarlas cuales son, de suerte

que, aunque en diverso traje, no las desconozcan sus paisanos, pues conservan su tono nacional y sus maneras. En ninguna de las traducciones se echará de ver mejor que en las *gacelas* u odas de Hafiz, en las que, en casi todas las que la tienen, he retenido la repetición de la palabra. Verdad es que esto sólo se puede hacer en castellano, en donde los romances de todos metros facilitan estas repeticiones, que entre nosotros es una gracia y en las demás lenguas europeas una dificultad casi invencible á causa de la precisión de la rima. Al principio hice mis traducciones en *verso suelto*, porque para mí es el más *generoso*, según la expresión de Argensola, y porque en él se pueden trasladar todas las bellezas del original sin alterarlo en lo más mínimo. Sin embargo, para contentar á los que miran con ceño esta metrificacion, he hecho con rima ó con asonantes las posteriores; pero no he podido menos de dejar como estaban las primeras. Me prometo que los amantes de la verdadera poesía distinguirán estas composiciones llenas de fuego é imágenes pintorescas, de las insulsas filosóficas prosas rimadas que nos han venido de algun tiempo acá de allende de los Pirineos, vendiéndonoslas como buena mercancía. Los genios españoles, que tanto han brillado por su fecunda y hermosa imaginación, deben abandonar esas gállicas frialdades, y no desafiarse de leer los poetas del Oriente, en quienes todo es calor y entusiasmo, y entre los cuales suenan con honor algunos hispanos, cuyas obras yacen sepultadas en el Escorial.

EL CONDE DE NORONA.

Á MI ESPOSA.

Mitad del alma mía,
Ahora que la guerra,
Con sus gritos, de Europa
A los cisnes ahuyenta,
Vén conmigo á los campos
De la Arabia y la Persia
A escuchar de sus musas
Las gratas cantinelas.
Son como tú sencillas,
Son como tú halagüeñas,
Y están, como tu pecho,
De dulce fuego llenas.
Y no porque se expliquen
En otro idioma, temas
Que sus nativas gracias
Su colorido pierdan;
Las musas orientales
Son tu imagen perfecta;
Tú con cualquiera traje
Pareces siempre bella.
En tu precioso seno
Acógelas risueñas,
Como el olmo recibe
La desmedrada yedra;
Para que se desplieguen
Con tu arrimo, florezcan,
Y de amenos vergeles
Pomposo adorno sean.

POESÍAS ÁRABES.

AL DESIERTO DE MITATA,

POR LEBID BEN RABIAT AL AMARI (1).

Ya Mitata no existe: derrocadas
Sus casas, templos y su muro hermoso,

(1) *Lebid* es uno de los siete poetas, pléyade antigua de Arabia, que escribieron los idilios llamados *Muallakat*. Llamábanse los otros seis: *Amraikis*, *Tharrafah*, *Zohair*, *Antarah*, *Amri*, *Hareth*.

(Estas notas y las siguientes de estas *Poesías asiáticas* son del mismo NORONA.)

Sólo ruinas se ven, piedras gastadas,
Y un desierto extendido y pavoroso.
Los cauces del Riana, ya cegados,
Ningun vestigio de su forma ofrecen;
Como en piedra caracteres grabados,
Que al rigor de la edad desaparecen.
¡Cuántos años corrieron desde el día
Que tus lindas muchachas recatadas
Admitieron gustosas la fe mía
Y fueron sus promesas aceptadas!
¡Cuántas veces rocío regalado
Primavera vertió sobre tu frentel
Y cuántas el tonante cielo el prado
Pulsó (2) con grueso rápido torrente,
Lanzando de las nubes tenebrosas
De la tarde, la noche y la mañana,
Repetiendo en las rocas cavernosas
Su voz el trueno con porfía insana!
Sobre el ántes lozano verde suelo
Las ramas de la ortiga agora ondean,
Y en la margen del río, sin recelo
El avestruz y antilope vaguean.
La gacela, de grandes ojos, mora
Aquí con sus hijuelos, les demuestra
El uso de su planta voladora,
Y en su anchuroso campo los adiestra.
A veces la corriente procelosa
Edificios descubre destruidos,
Como la pluma en mano artificiosa
Escritos restituye ya perdidos,
O cual diestro punzon (3), que derramando
El glasto por las manos delicadas,
Con finísimas tintas va marcando
En la nieve las venas azuladas.
Me paro á preguntar: ¡oh, cuán ociosas
Son todas mis palabras y cuestiones!
No hay penas que me escuchen amorosas,
Y el viento desvanece mis razones.
Piso su campo abierto y espacioso,
Como ántes, cuando toda mi alegría
En él estaba, y ¡ay! renuevo ansioso
Aquel amargo desgraciado día
En que ellas al primer albor partieron,
Y en que las de su tribu presurosas
En sus fuertes camellos las siguieron
Cubiertas de sombrillas envidiosas (4).
Y veo del baston pender en torno
Espesos redoblados velamentos,
De variado color, con rico adorno,
Siempre agitados por lascivos vientos.
La suelta cabra del riscoso *Tuda*
Con ojo atento las observa y mira;
La antilope del *Veyra*, absorta y muda,
Sus dulces gracias y belleza admira.
Sus huellas sigo yo por los senosos
Tornos que forman los cortados ríos,
Y vapores espesos (5) vagarosos
Las arrebatan de los ojos míos.
Cuanto memoria á mi constante pecho
Renueva del *Novara*, ya ha pasado;
Mas todavía no, no se han deshecho
Los lazos firmes con que estuve atado.

(2) El verbo *pulsar* está usado aquí en la acepción de *acudir ó golpear*. (Nota del Colector.)

(3) O cual diestro punzon. Tienen las mujeres árabes la costumbre de hacer unas picaduras ligerísimas sobre las venas de las manos y brazos, y frotar sobre las incisiones un polvo azul, extraído de la hierba llamada *glasto*, para darles una apariencia más brillante, las que renuevan luego que empiezan á borrarse.

(4) *Sombrillas envidiosas*. Las mujeres en el Oriente, cuando viajan en sus camellos, llevan unos grandes quitasoles, de los que penden en derredor estofas de algodón de varios colores, con las que ocultan el rostro y todo el cuerpo, como se descubre en la estancia siguiente.

(5) *Vapores espesos*. El vapor de que se habla aquí se llama *asrab* por los árabes; es casi lo mismo (y probablemente procede de una causa semejante) que aquellas neblinas que á veces se levantan sobre la superficie de un río, una tarde de verano, después de un día caluroso. Son muy frecuentes en las llanuras ardientes de la Arabia; y cuando se ven á cierta distancia parecen un anchuroso lago; pero según se va acercando el sediento caminante, percibe su engaño. En la poesía árabe el *asrab* es el emblema común de una esperanza frustrada.

AL SEPULCRO DE MAÁN,

POR HASSAN AL ASSADY.

Acercaos á do Maán reposa,
Amigos, y decid de esta manera:
« La nube matinal sus dulces riegos
Derrame sobre tan augusta huesa.
» Oh tumba de Maán! tú eres, de todas
Cuántas hay en el mundo, la primera
Que ha sido destinada para lecho
De la alma angelical beneficencia.
» Oh tumba de Maán! ¿cómo ocultaste
La liberalidad del que con ella
Hinchó los anchos mares otro tiempo
Y ocupó los confines de la tierra?
» Esta dulce virtud, cierto, en tí cupo;
Mas ¿de qué suerte? Sin aliento, muerta;
Porque, á estar viva, en torno tú estalláras,
Hecha pedazos mil, de puro opresas.
» Este jóven, por su alma generosa
Logra despues de muerto vida nueva,
Cual prado que, despues de la avenida,
Con naciente verdura se hermosa.
» Pero muerto Maán, murió igualmente
La generosidad más halagüeña;
Y su eminente cima derrocada,
Cayó en el polvo con horror deshecha. »

AL SEPULCRO DE ZAYDE,

POR ABD AL MALIK AL HARITHI (1).

¡Felices los que yacen en la tumba!
¡Oh cuánta envidia de su suerte tengo,
Pues con Zayde dividen las tinieblas
Que giran en los tristes cementerios!
Perdile cuando en torno me cercaron
Con rabia ardiente mis contrarios fieros,
Siendo la firme y única esperanza
Que á mi fiel corazón prestaba aliento.
Quedéme como aquel que, desarmado
Por el impulso del velos acero,
Siente que el brazo vengador redobla
Sobre él los golpes con ardiente anhelo.
Visito su mansion, y hasta la hartura
Del pesar más amargo me alimento,
Y de una angustia tan cruel é insana,
Que me devora con ardor el pecho.
Conmigo vuelve mi anhelar continuo,
Arraigado en el alma, y, con el riego
De mis acerbas lágrimas y el aire
De mis ayes ardientes, toma aumento.
Todo con Zayde fué; nada ha quedado
En derredor de él, sino el recuerdo
De sus cuantiosos liberales dones
Y sus heroicos virtuosos hechos.
Mudo silencio en su sepulcro reina;
Mas parece que en él repite el eco:
« ¡Qué elocuente orador! Callando excede
Al más sublime cultivado ingenio. »

LOS VERDADEROS PLACERES.

Vino y festín sabroso (2),
Y el dulce retosar de la camella,
Que firme el suelo huella (3),
A la que el amo ansioso
Recuesta en lo interior del bosque umbrroso;
Muchachas agraciadas,
Que en torno nos rodean, con vestidos
De oro y seda tejidos,
Y las frentes veladas,
Cual ebúrneas estatuas delicadas;
Abundancia y sosiego
Y el ¡ay! suave de la cuerda herida

(1) Abd Al Malek era natural de la Arabia Feliz.

(2) Esta composición, tomada del libro *Homases*, colección miscelánea de poesías ya antiguas, hecha en el segundo siglo de la Hegira, no cede á las celebradas de los griegos y latinos.

(3) La camella, que firme el suelo huella, es aquí la jóven adulta y entregada ya al amor.

Hacen felis la vida;
Y el hombre sigue ciego
De la fortuna el inconstante juego.
El caso adverso y fuerte,
Y la dicha apacible y la riqueza,
Y la amarga pobreza,
Tienen la misma suerte;
Que cuanto vive está sujeto á muerte.

A LA MUERTE DE SU DAMA,

POR ABU SAHET AL HEDHILY.

Si despues de la muerte, todavía
Se encuentran nuestras voces dolorosas,
Y bajo las heladas duras losas,
Abrasa al pecho el fuego que solia,
Prosiga el eco de la angustia mia;
Y las verdes colinas, que envidiosas
Dividen nuestras tumbas silenciosas,
Le aumenten y repitan á porfía;
Para que sea al punto conducido
A Leyla en alas del piadoso viento,
Hiriendo con amor su tierno oído.
Así tendré al morir este contento,
Que aunque me halle ya á polvo reducido,
Se goce Leyla con mi triste acento.

A LA BATALLA DE SEHBAL,

POR JAAFER BEN ABLA (4).

¡Ah valle de Sehbál! absorto viste
Cómo contra nosotros se agitaron
Varones y mujeres, y tú oíste
Cuántas injurias éstas abortaron.
« Haced vuestra elección, dicen los vanos;
Solamente teneis dos condiciones:
O que opriman cadenas vuestras manos,
O agudas lanzas vuestros corazones. »
Les replicamos: « Éstas, atrevidos,
Para vosotros en la lid rabiosa,
Y levantarse nunca los vencidos
Logren de su caída vergonzosa;
» Y ¡quién sabe si acaso nos espera
En la pugna la muerte destructora,
Si ha de ser nuestra vida duradera,
O cuándo de su fin será la hora?
» Y en pos todo su campo recorrimos
Con pié firme, sus filas deshaciendo,
Y rojo el suelo con la sangre vimos
Que iba la espada en derredor vertiendo.
» Ya veis nuestra elección bien pronunciada,
Gritamos, pues dejó el combate fiero,
En nuestra mano el pomo de la espada,
En vuestro corazón el duro acero. »

A UNA TRIBU ÁNTES AMIGA,

AL ROMPER UNA CON OTRA; POR AL FADHEL IBN AL ABAS.

Amigos, poco á poco, ¿Adónde os guía
Vuestra loca pasión desenfadada?
No hagais que vuelva á ver la luz del día
La discordia, que estaba sepultada.
¿Cómo queréis, decidnos, que os honremos,
Oyendo de vosotros tanta injuria?
¿Cómo dejaros sin lesión podrémos,
Despues de maltratarnos con tal furia?
Contened vuestro labio; no ensañados
Denostéis nuestra tribu esclarecida,
Y marchad, no con piés arrebatados,
Mas, cual ántes, con orden y medida.
En verdad, Dios lo sabe, no os amamos;
Que así pensamos todos de consuno;
Mas tampoco nosotros nos quejamos
De que no nos ameis de modo alguno.

(4) Este poema y el siguiente se han tomado ambos del *Homases*, y son un curioso ejemplo de la animosidad que prevalecía entre varias familias árabes, y del rencor con que, una vez refididas, mutuamente se perseguían.

Que á cada cual su libertad el cielo
Para querer u odiar ha concedido;
Y el hombre, en tanto que lo sufre el suelo,
Aborreciendo está y aborrecido.

SÁTIRA

SACADA DEL LIBRO DE LOS AMORES DE ANTAR
Y ABLA (1).

Abandona ya el amor
De las muchachuelas blandas,
Y á las vírgenes hermosas
Déjalas en paz, *Amara*;

Que no es tu mano la que
Al enemigo rechaza,
Ni eres tú fuerte jinete
El día de la batalla.

No desees con ahinco
Poner los ojos en *Abia*,
Pues solamente verías
Del fiero leon las garras.

No quiere que se le acerquen
Las espadas aun intactas,
Ni, por más que metan ruido,
Las no conocidas lanzas;

Porque *Abia* es una gacela,
Que sólo el leon la caza;
Con ojuelos adormidos,
Pero ardientes como brisas.

Tú te entregas á tu amor
Con sobrada confianza,
Y clamores y querellas
Por todas partes derramas.

Deja, pues, de perseguirla;
Porque á no, tu vital planta
Con el vaso de la muerte
Será por *Antar* regada.

Firme siempre detras de ella,
Sin duda para agradarla,
Tus vestidos rozagantes
De armaduras sobrecargas;

Las muchachas, al mirarte,
Dan alegres risotadas,
Y en los valles y collados
Repite eco su algarazas.

Por el día, por la noche,
A la tarde y la mañana,
Te has hecho fábula y mofa
De todos cuantos te tratan.

Con un manto hácia nosotras
Te acercas con grave marcha,
Y nosotras nos reímos,
Tonteando por tu causa.

Si otra vez vienes, acaso
Saldrá, derramando rabia,
El leon á quien los fuertes
Leones del valle acatan.

No quedando más de toda
Esa tu vana arrogancia
Que el desprecio que tú llevas,
Y el odio que en todos causas.

Abatido y humillado
Te verá *Abia* y las muchachas
Tan lindas como graciosas
Que continuo la acompañan.

Pues *Antar*, el gran guerrero,
Leon es cuando se enfada,
Y más que es la mar profunda
Tiene generosa el alma.

Nosotras asemejamos
Á flores tiernas y blancas,

Fragantes cual violetas,
Esplendentes como caltas (2).
Abia descuellla entre todas,
Como del *Ban* la alta rama (3),
Que la alba luna corona
Y el sol matutino halaga.
Tú eres el más despreciable
De cuantos yeguas cabalgan,
Y, entre los mismos avaros,
De una codicia extremada.
Sin razon y con descaro
Quieres obtener sus gracias,
Siendo más vil que los perros (4)
Que en los muladares ladran.
Muérete, pues, de tristeza
Ó vive lleno de infamia;
Que no hay ninguno que borre
Esta mi sátira amarga.

DE SUS AMIGOS,

Y DE LA CONFIANZA QUE DEBEN TENER EN ÉL,
POR MESKIN AL DARAMY.

De fieles compañeros rodeado,
Sus arcanos en mí hallan abrigo;
Pero á ninguno de ellos jamas digo
El secreto que el otro me ha fiado.

Siempre en mi corazon hay preparado
Un seguro lugar para un amigo;
Y nadie de él consiga ser testigo:
Tan oculto está á todos, tan cerrado.

Se alejaron de mí, se dividieron
Cada cual á terreno diferente;
Y, al partir, su pensar me trasmitieron.
No tienen que temer seguramente;

Pues á guardar tan rica joya dieron
A un peñon que desmaya al más valiente.

DE LA JUVENTUD Y LA VEJEZ,

POR NABEGAT BEN JAID.

No hay bien en la juventud,
Si le falta aquel valor
Que conserva su esplendor
Con toda su plenitud;

Ni se encuentra en la vejez,
Si no tiene pecho fuerte,
Que arrostre la adversa suerte
Con generosa altivez.

CANTO DE MAYSUNA (5).

El grosero vestido,
Del color mismo que le dió natura,
Y sin arte tejido,
Me causa más dulzura
Que la veste con rica bordadura.

(2) *Caltas*, planta de la familia de los ranunculos, que produce bellísimas flores. (Nota del Colector.)

(3) *Ban* es el árbol que los griegos y nosotros llamamos *Mirabolano*, y los latinos *Glans unguentaria*.

(4) *Más vil que los perros*. Los mahometanos tienen en horror á los perros, pues los cuentan entre los animales inmundos, y así cualquiera que los toca tiene que purificarse.

(5) *Maysuna* era hija de la tribu de Calab, la cual, segun Abulfeida, era notable por la pureza de su dialecto y por el número de poetas que habia producido. Estuvo casada, cuando muy jóven, con el califa Moavia; pero esta eminente situación de ningún modo se avenia con la inclinacion de *Maysuna*, y en medio de la pompa y esplendor de la corte de Damasco suspiraba por los simples placeres de su desierto natal.

Esta pasión dió origen á las presentes sencillas estancias, que ella tenía gran placer en cantar cuando podia á solas entregarse libremente á la melancolía. Ella fué, de graciadamente, oida un día por Moavia, que, como era natural, se ofendió no poco con este descubrimiento de los afectos de su mujer, y en castigo de su falta, mandó que dejase la corte. *Maysuna* obedeció al instante, y llevándose consigo su hijo Yesid, se retiró al Yemen, y no volvió á Damasco hasta despues de la muerte de Moavia, cuando Yesid subió al trono.

(1) Así se explica Jones, en sus *Comentarios latinos sobre la poesía asiática*: «Solamente he visto el volúmen XIV de este libro; nada hay de elocuente y magnífico que me parezca faltar en él; y es á la verdad tan delicado en su estilo, tan vario, tan remontado, que no tengo reparo en contarle entre los poemas perfectísimos. El héroe finste que en él se alaba es el mismo *Antar*, que compuso el quinto de los poemas llamados *Moallacat*, y *Abia* fué una hermosísima hija de un rey, á quien él amó con pasión. Esta admirable sátira dice que la cantó una esclava de *Abia*, en vituperio de *Amara*, que también la quería.»

La tienda construida
De tocas pieles, y del rauda viento
Con silbos combatida,
Me da mayor contento
Que el palacio de firme fundamento.
Los jumentos, cargados
De sencillas jamugas, que ligeros
Corren y alborozados,
Me son más lisonjeros
Que ebúrneos carros con caballos fieros.
El ladrar penetrante
Del can alerta, si acercarse vido
Acaso un caminante,
Halaga más mi oído
Que de la trompa bélica el sonido.
Su familia inocente,
Libre, aunque pobre, sin cultura alguna,
Siempre un afecto ardiente
Excitará en Maysuna,
Más que tú, infiel, con toda tu fortuna.

AL CAPRICHIO DE LA SUERTE,
POR EL IMAN SHAFAY MOHAMMED BEN IDRIS (1).

No siempre la suerte buena
Es al vigor consiguiente;
Que roe el buitre valiente
El cadáver con la arena.
Ni la fortuna cruel
Siempre en el flaco se ocupa;
Que la débil mosca chupa
En regío plato la miel.

LA MANZANA,
POR ABU NAVAS (2).

Á trechos azucena
Parece la manzana,
Anémone por partes
O flor de la granada,
Como cuando amor junta,
Después de ausencia larga,
El rostro del amante
A la faz de su amada.

Á LA INAUGURACION DE AL RASHID
Y EXALTACION DE JAHYA, SU VISIR; POR ISAAC
AL MUSELY (3).

El sol, con languidez desconhortado,
En la noche escondió su lumbré pura;
Mas aparece Harun, y, ya animado,
Sus rayos va esparciendo con dulzura;
Y el mundo en torno mirase adornado
Con un manto de célica hermosura,
Porque sobre él *Harun* el cetro tiene,
Y *Jahya* con su brazo le sostiene.

SOBRE LA RUINA DE LOS BARMECIDAS.

Familia de *Barmec* (4), mientras el hado
No abatió tu eminencia prodigiosa,

(1) *Shafay*, el fundador de una de las cuatro sectas ortodoxas en que están divididos los mahometanos.

(2) *Hasan Ben Abdelaal ben Asi Al Hakmi* nació en Basora, el año de la Hégira 145, de J. C. 762. Fue sobrenombrado *Abu-Navas* (padre de los cabellos), por dos tufos de pelo que le caían sobre los hombros.

(3) *Isaac Al Musely* es considerado por los orientales como el músico más célebre que ha florecido en el mundo. Nació en Persia.

Harun, que era apasionadamente amante de la música, no podía menos de estar encantado del talento de *Al Musely*, el cual acompañaba al califa en todas sus partidas de regocijo, y se le representaba, como otro Timoteo, capaz de excitar ó aplacar, á su grado, las pasiones de su dueño con los sonos de su laúd.

Está pieza esta tomada del *Mostatras*, miscelánea árabe en prosa y verso, publicada por Mohammed Ben Ahmed, el año 800 de la Hégira.

(4) La familia de *Barmec* era una de las más ilustres del Oriente; descendía de los antiguos reyes de Persia.

Táyote el mundo por su dulce esposa;
Mas, faltándole tú, viudo ha quedado.

EL ADIOS DE ABU MOHAMMED (5).

Hasta que en la mar undosa
El grito de leva oí,
La fuerza no conocí
De su mirada amorosa.
Vuela hacia mí desolada,
Y llorando se retira;
Abre sus labios, y espira
La voz antes de formada.
Quiere beberme el aliento,
Y entre mis brazos se arroja,
Para estrecharme cual hoja
Que en derredor ciñe el viento;
Mas se pára, y un gemido
Lleno de amargura da,
Y en pos exclama: «¡Ojalá
No te hubiera conocido!»

A SU DAMA,
QUE LE REPRENDIA POR SU PRODIGALIDAD;
POR ABU TEMAN HABIB (6).

Confiesa, pues he quedado
Por liberal y esplendente
En tan miserable estado,
Que siempre arroja el torrente
Lo más noble y encumbrado.

DEL VINO Y UNA MUCHACHA,
POR ABD AL SALAM BEN RAGBAN (7).

Ea, súa, la ancha copa
Alarga á toda prisa;
El vino suyo solo
Mi ansiosa sed excita:
Porque al ir á mezclarlo
La escanciadora mia,
Le traslada el ardiente
Color de su mejilla.

A UNA MUCHACHA LLORANDO,

POR EBN AL RUMÍ (8).

Cual la viola del huerto,
Cuyas suaves hojas
Brillan con el rocío
Que derrama la aurora,
Parece la flor mia,
Cuando á la angustia brotan
De sus ojos azules
Mil perlas deliciosas.

A UN AMIGO, EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS.

Naciendo, el llanto humedeció tus ojos,
Y reímos en torno de tu cuna.
¡Ojalá rías al perder tus luces,
Mereciendo te floren en la tumba!

(5) Esta piecécita fué cantada por *Abu Mohammed*, músico de Bagdad, ante el califa Wathek, como una muestra de su talento músico, é hizo tal efecto en el Califa, que inmediatamente mostró su aprobación, arrojándole él mismo un manto sobre los hombros, y mandándole dar cien mil deshemas.

(6) *Abu Teman* es tenido por el más excelente de todos los poetas árabes, y es sensible no poder dar una muestra más adecuada de su talento.

(7) *Abd Al Salam* fué un poeta más conocido por su habilidad que por su moral. Podemos formar una idea de sus composiciones por el sobrenombre que adquirió entre sus contemporáneos, *Dik Al Gai, Gallo de los gentes malos*. Murió el año de la Hégira 236, de cerca de ochenta años de edad.

(8) *Al Rumí* se ejercitó con éxito en todas las especies de poesía, no mereciendo menos elogios por haber sido el autor favorito del célebre Avicena, que empleó gran parte de sus horas vacantes en escribir un comentario sobre las obras de *Ebn Al Rumí*.

AL VISIR ABUL CASEM,
A LA MUERTE DE UN HIJO SUYO; POR ALÍ BEN AHMED
BEN MANSUR (1).

Perdiste un hijo de virtud colmado,
Otro lleno de vicios te ha quedado;
Te hace doble infeliz la adversa suerte
Con esta vida, con aquella muerte.

A UNA GATA (2),
QUE FUE MUERTA AL IR Á ROBAR UN PALOMAR;
POR IBN AL ALAF AL NAHARVANY.

¡Oh gata! te partiste
Con prestisima planta,
Para no volver más
Ante quien te adoraba.
Tus idas y venidas,
¡Qué de sustos me daban!
Y mientras tú, sin miedo,
Corrias por la casa.

Al palomar derecha
Vas al fin, y agarbada
Acechas los pichones
Que anhela tu garganta.
Tus astutos contrarios
Todos tus pasos marcan;
Que de la cazadora
Pretenden hacer casa.

Pero tú no desistes,
Pues quisieras con ansia
A todas las palomas,
Al aspirar, tragarias.

Tiernos pichones buscas,
Y muerte cruel hallas.
¡Contentárate, necia,
Con tu vianda ordinaria!

Maldito el manjar sea
Que el apetito halaga,
Si en el plato escondida
Está nuestra desgracia!

A UNA MUCHACHA
QUE SE SONROJABA CUANDO LA MIRABAN;
POR EL CALIFA RADHÍ BILLÁH (3).

Mi rostro se empalidece
Cuando á Leyla miro atento;
Y el de Leyla en el momento
Con el rubor se enrojece.

Como si la sangre ansiosa
De mi corazón huyera,
Y á depositarse fuera
En su mejilla preciosa.

SOBRE LAS VICISITUDES DE LA VIDA,
POR EL MISMO.

Al cabo su fuente impura
Muestra el más dulce placer,
Y la dicha de más dura
Llega al cabo, mal segura,
A vacilar ó caer.

Vosotros, los que pisais
El campo de la esperanza,
¡Qué mieas sabrosa aguardáis!

¡Y cómo, decidme, hallais
En su risa confianza?
Otros jóvenes creyeron
Que jamas desvanecido
Fuera el gozo que eligieron,
Hasta que envuelto lo vieron
En la sombra del olvido.
Y ¡cómo ha de conocer
Cuando se halla en su vigor
El hombre su frágil ser?
¡Ay! los años le harán ver
Que él es hijo del dolor.

A UNA TÓRTOLA,
POR SERAGE AL WARAK.

La tórtola, que el sueño
Con sus quejas me quita,
Como yo el pecho tiene
Ardiendo en llamas vivas.

Ella su amor lamenta,
Yo oculto mi fatiga,
Pero el secreto ¡ay triste!
Mi llanto patentiza.
Que entre los dos la angustia
Se encuentra dividida:
De ella son los suspiros,
Las lágrimas son mías.

SOLEDAD EN LA TRISTEZA,
DE UN POETA DE BAGDAD.

Tórtolas y palomas,
Que en los frondosos ramos
De la selva *Eracina*
Os estais lamentando,
Viudedad os aqueja,
Mas unis vuestros llantos;
Que á estar, como yo, solas,
Murierais de contado.

A UNAS TÓRTOLAS,
EN LA AUSENCIA DE UNOS AMIGOS.

Tórtolas solitarias,
De la *Eracina* selva,
¡Por quién vuestros gemidos,
Por quién son vuestras quejas?
También á nuestros pechos
Despedaza la pena,
Y lágrimas los ojos
Derraman de tristeza.
Dios las culpas castiga
Con angustias acerbas;
¡Ay! de nuestros amigos
Lamentamos la ausencia.
Vuestra dicha anhelamos,
Anhelad, pues, la nuestra;
Que sólo con el triste
El triste se consuela.

A SU FAVORITA,
VIÉNDOSE EN LA PRECISION DE ALEJARLA DE SÍ POR
LOS FURIOSOS CELOS DE LAS DEMAS SULTANAS; POR
SAIF ADDAULET, SULTAN DE ALEPO.

¡Cuál con ojos celosos acechando
Estan todos mis gestos y miradas!
Veo tu pecho de pavor temblando,
Y en mi alma tus angustias retratadas;
En vano nuestro amor con dolo infando
Procuran destruir desesperadas;
Su mirar mismo mi temor despierta,
Y hácenme estar en continuada alerta.

Por eso quiero separarte ansioso
De mis brazos á tierra tan distante,
Y en mi triste retiro silencioso
Conservarte mi amor, siempre constante;

(1) *Alí Ben Ahmed* se distinguió tanto en prosa como en verso, es autor de una obra histórica de gran reputación, que aún existe.

(2) La causa de esta extraña composición, y su verdadero objeto, cuentan con variedad.

Pero la opinión más generalmente recibida es que estos versos son una alegoría del hecho siguiente:

Un amigo del autor estaba enamorado de una esclava favorita al visir *Alí Ben Isa*, y era igualmente correspondido de ella. Su amor estuvo oculto algun tiempo; pero habiendo sido, desgraciadamente, sorprendidos juntos los dos amantes por el celoso visir, los urtió á ambos, sobre la marcha, á su furor.

(3) *Radhí Billáh*, hijo de *Moctader*, fué el vigésimo califa de la casa de *Abbas*.

Que el ausentarse á veces es forzoso;
No haya ausencia mayor en adelante,
Y el dividirse de su amante tierna,
Por miedo de una division eterna.

EL AMANTE FELIZ,

POR SAIF ADDAULET.

¡Oh noche! tu dulzura
No olvidaré jamas, pues me has mostrado
Adó se extiende la alegría pura.
Se acostó, me acosté, y á nuestro lado
Se acostó el tierno amor, hasta que el sueño
Fué por la blanca aurora disipado,
Y con amargo ceño
Díjeme «adios» á mi querido dueño.

A LA FORTUNA,

POR EL SULTAN SHEMS AL MAALI CABIES (1).

Dile al que se halla quejoso
Del proceder de fortuna,
Que ella tan sólo importuna
Al rico y al poderoso.

Mira al cadáver nadar
Sobre la llanura ondosa,
Y estarse la perla hermosa
En lo profundo del mar.

Cuando los bravos vientos
De sus cuevas se desatan,
No combaten ni maltratan
Sino árboles corpulentos.

¡Y cuántos hay que verdean!
¡Cuántos secos y agostados!
Y á los de fruto cargados
Únicamente apedrean.

Con refulgente arbol
Miles de astros resplandecen,
Y sólo eclipses padecen
La blanca luna y el sol.

SOBRE LA VIDA.

Son los hombres cual hato que gozoso
El pasto busca al alba en la pradera,
Do oculto aguarda el lobo cauteloso,
Y es el lobo voraz la muerte fiera:
Aquél tras éste se apresura ansioso,
El uno en pos del otro se acelera,
Y todos, de esta suerte caminando,
El mundo van al último dejando.

A UNA MUCHACHA.

Tendiste la red de amor,
En ella me has cautivado,
Y á mi corazón cuitado
Abandonaste al dolor.

Tu mano preso me tiene,
Cual ave que un niño cria,
Que sufre fiera agonía
En tanto que él se entretiene.

El, si reflexion tuviera,
La tratara con cariño;
Y ella, si valor, del niño
Con prestas alas huyera.

A LA MODERACION EN NUESTROS PLACERES,

POR ABU AL CASSIM EBN TABATABA (2).

Está en gozar el placer;
Mas la precipitacion

(1) La historia puede presentar pocos príncipes tan excelentes y tan desgraciados como Shems Al Maali Cabies. Subió al trono de Georgia el año 866 de la Hegira. Protegió á los poetas y á los sabios, especialmente á Avicena. Murió cruelmente asesinado.

(2) Tabataba compuso estos versos sobre Ali Ben Abu Taleb y Fatima, hermana de Mahoma.

De la ardorosa pasión
Suele el bien en mal volver;
Pues en todo debe haber
Orden, medida y asiento:
El aceite, que alimento
Da á la llama, si arrojado
Es con golpe inmoderado,
La sofoca en un momento.

LA INCOMPATIBILIDAD DEL ORGULLO

Y LA VERDADERA GLORIA, POR ABU AL OLA (3).

Gloria ilustre y altives
Dos cosas contrarias son,
Con la misma oposición
Que juventud y vejez;
Pues ésta crece á porfía
Cuando aquélla desalienta;
Como la noche se aumenta
Al paso que amengua el día.

DE UNA PALOMA,

POR ABU AL OLA.

Un collar negro tiene
Mi paloma, y tan corto
El pico, que echar fuera
No puede los sollozos:
Se irrita, y con las ansias
Hincha su cuello hermoso,
Tanto, que el collar queda
Al vivo impulso roto,

A LA MUERTE DE NEDHAM AL MOLK (4).

POR SHEBAL ADDAULET.

Era Nedham Al Molke perla pura,
De lo más noble por Alláh formada;
Brilló, y no siendo cual debió estimada,
A su concha volvióla con dulzura.

A UNOS JÓVENES

QUE MOSTRABAN ESTAR ENAMORADOS DE ELLA Y DE
SUS COMPAÑERAS; POR VALADATA (5).

Nuestras tímidas miradas
Vuestro corazón hirieron,
Y con las vuestras osadas
Nuestras mejillas bañadas
En pura sangre se vieron.

Troquemos herida á herida;
Pero no, que la esculpida
En la faz se desvanece,
Y con mil angustias crece
La que en el pecho se anida.

SOBRE LA NECESIDAD DE TOMAR CONSEJO.

Consulta con otro tú
Al ir á deliberar;
Que ocultas no están á dos
La justicia y la verdad.
Sólo el rostro á la mujer

(3) Abu Al Ola ha sido tenido siempre por uno de los más excelentes poetas árabes: nació ciego, ó á lo ménos perdió la vista en una edad muy tierna.

(4) Nedham en árabe significa un hilo de perlas.

(5) Casiri, en su *Biblioteca hispano-escorialense*, da la siguiente noticia del carácter de Valadata:

«Valadata, hija de Mohammed Al Mostakfi Billáh, califa de España, nació en Córdoba. No fué ménos hermosa que entendida; entregó enteramente al estudio de la retórica y la poesía. Cultivó la amistad de los poetas más insignes de su siglo, y se deleitaba en finito en frecuentar su trato: tuvo mucha sal y gracia en escribir como lo da á entender este epigrama.»

Almostakfi fué el último califa de la casa de Omnia que tuvo alguna autoridad en España.

Le representa un cristal;
Mas dos le hacen descubrir
Lo que en pos del cuello está.

DE LA JUVENTUD, EN SU VEJEZ,

FOR EBN AL RABIA.

Huyó de mí con paso presuroso
La fresca juventud, y me he quedado
Como, al impulso del invierno helado,
Sin su lozana pompa el bosque hojoso.
Le rogué prolongase su manida
Con lágrimas ardientes y gemidos;
Mas, los ojos cerrando y los oídos,
Apresuré, inflexible, su partida.
Aunque de mí se aleja con presura,
Yo haré vuelva su edad ante mi mente;
Hablaré de aquel tiempo, y, cual presente,
Mi pecho bañará con su dulzura.

SOBRE EL AMOR,

FOR ABU ALI EL MATEMÁTICO (1).

Cuantas veo me gustan;
Dividirme no puedo;
A todas las adoro,
A ninguna prefiero.
El círculo son ellas,
Mi corazón el centro,
Y los radios iguales,
El amor que les tengo.

A UNA MUJER

QUE DECIA ESTAR APASIONADA DE ÉL EN SU VEJEZ,
FOR EL CALIFA AL MOKTOFY LIAMRILTAH (2).

Me dices que me adoras, embustera;
Así se halaga al juvenil deseo;
Di: «te aborrezco», y te diré: «lo creo»;
Que al viejo no hay ninguno que lo quiera.

RECUERDOS DE UN AUSENTE,

DE EBN AL FAREDH (3).

¡Un relámpago activo resplandece
Coloreando el valle, ó su semblante
Al aire *Leila* sin su velo ofrece!
¡Arde el *ghada* (4) con fuego relumbrante,
Porque está allí *Solima*, ó una llama
Sus vivos ojos lanzan devorante?
¡El aura con el nardo se embalsama
Y la esencia de *Hager*, ó el blando aliento
De *Aza*, la linda, en torno se derrama!
¡Ay mí! Supiera yo si halla contento
Solima en frecuentar el valle umbroso
Donde llora el amante su tormento;
Si resuena con eco temeroso
En el *Lalcio* el trueno, y si le inunda
El torrente de lluvia proceloso;
Si otra vez la agua del *Azib* fecunda
Beberé, cuando rasgue el denso velo
De la noche la aurora rubicunda;
Si enhiestos sobre el arenisco suelo
Los collados verdean; si los días
Que en ellos disfruté volverá el cielo;

(1) *Abu Ali* floreció en Egipto, por el año 530, y fué igualmente celebrado como matemático que como poeta.
En esta composición parece haber reunido estos dos discordantes caracteres.

(2) *Al Moktofy* fué el califa XXXI de la casa de Abbas, y el único que poseyó alguna autoridad real despues del reinado de Radhl.

(3) *Ebn Al Faredh* es uno de los más célebres poetas árabes; era originario de Hamáh, en Siria; pero nació en el Cairo, el año de la Hegira 577, y murió el 632. Dejó, á más de un *Divan*, ó coleccion de canciones, un poema intitulado *Tuiah*, en alabanza de los sofás ó reliquias musulmanas.

(4) *Ghada*, árbol semejante al tamaris; crece en los arenales y desiertos.

Si en las colinas plácidas sombrías
Del *Tuda* y del *Nased* el fuego ardiente
De amor se canta y duras agonías;
Si del amante, en el *Cadema* ausente,
Allá en *Salay* se acuerdan los pastores,
Diciendo: «¿Qué hizo de él amor potente?»
Si los mirtos se rien con sus flores
Y en la region de *Hagiaz* esparce ufano
El loto su ramaje y sus olores;
Si el humilde taray crece lozano
Y léjos de los hondos carrizales
Duermen los ojos del destino insano;
Si son con ojos bajos aún leales
Las muchachas de *Alisa*, ó los rodean
Con impudencia y giros desiguales;
Si en *Rakimarein* aún se pompean
Los ciervos y en sus huertos abundosos,
Sin miedo de monteros, travesean;
Si á *Noama* en sus bosques fresco-umbrosos
Retozar con las vírgenes ligera
Veré otra vez, ¡oh bosques deliciosos!
Si existe del *Darisa* en la ribera
Aquel almez sombrero, que regado
Con mis lágrimas fué sobremanera;
Si está el valle de *Amera* cultivado
En mi ausencia, y si es por los amantes
Del modo que solía frecuentado;
Si al *Cadba* (5) se acercan anhelantes
Los jovencillos árabes que han sido
Con alma pura en mi amistad constantes;
Si descender (6) del *Arafat* erguido
Se ve, los ritos nuestros desplegando,
Al de caldeos escuadron lucido;
Si se van las camellas atropando
En la áspera angostura convectiva,
Sus blancas torrecillas agitando;
Si *Solima* saluda la divina
Piedra (7) donde un amor juróme eterno,
Y la toca su mano peregrina.
Mis amigos quizá tendrán un tierno
Reuerdo en Meca de mi bien amado,
Y aplacarán así su fuego interno.
Yo espero que al amante despechado
Vuelvan aquellas noches deliciosas
De alegre trisca, de risueño agrado;
Que se alejen las ansias congojosas;
Que viva el que de amor se encuentra herido,
Y en dulce soledad mil amorosas
Expresiones le halaguen el oído.

A LA MUERTE DE SU AMADA,

FOR IBNI ZIATI.

El visitar la tumba de mi amada
Me daban mis amigos por consuelo;
Mas yo les repliqué: «¿Tiene ella acaso
Otro sepulcro que mi amante pecho?»

SOBRE EL VIAJAR.

Mira la tierra, mira el firmamento;
En la primera su quietud advierte,
En éste su continuo movimiento.
El viajar anima al varon fuerte,
Le adquiere honor, su dignidad mejora,
Y es un tesoro en la contraria suerte.
Si al árbol fuese dado á cualquier hora
Cambiar de asiento, remudar de tierra,
Ni sentiria la aguzada sierra,
Ni los golpes de la hacha cortadora.

(5) *Cadba*, el templo cuadrado de Meca.
(6) *Si descender*. En esta estancia, la anterior y subiguiente hace relacion el poeta á las peregrinaciones al santuario de Meca.
(7) *La divina piedra*. Es una piedra cuadrada, negra, embebida en el muro exterior del *Cadba*, sobre el pozo *Zemzem*, á la cual besan con mucha devocion todos los peregrinos, despues de beber las aguas de éste.

DEL HUERTO DISTIGER,

POR MOHAMMED ABDALLA AL DAWI.

¡Acaso no te agrada,
Distiger, aquel huerto semejante
A collares de perlas deliciosas,
O á seda rozagante,
O á la veste pintada?
En él voltean por el aura pura,
Cual blancas y encarnadas mariposas,
Las hojas de las rosas
Que en torno esparce el viento con dulzura.

A UNA NEGRA VIRTUOSA,

POR EBN CALANIS AL ESKANDELI.

Una negra es más blanca, muchas veces,
Por sus costumbres, que las blancas mismas;
Y hay en un cuerpo como almizcle oscuro,
La candidez del alcanfor más puro.
Entonces se asemeja
Su tez á la pupila de los ojos,
Que negra nos parece,
Y es una luz que viva resplandece.

AL MEZCLAR EL AGUA CON EL VINO,

POR EBNI'L FIADH.

Mientras la dulce flauta
Y la cítara oímos,
Levántate y nos trae,
Lleno de regocijo,
Aquel vaso, á quien, viendo
Tan cercado de amigos,
La alma alegría dice:
«Súa, que va á ser unido,
Como lo anuncia el canto
Y tan graves testigos,
Con la hija de las nubes
El hijo del racimo.»

A UNA MUCHACHA

QUE ESTABA TRISTE, AL IR Á MEZCLAR EL VINO CON EL AGUA; DEL LIBRO HELLARU'L COMEIT.

Hoy es día de gozo,
Que en lazo estrecho se unen
El hijo de las uvas
Y la hija de las nubes.
Fuera, fuera cuidados,
Que se halla mal la dulce
Copa en manos de aquella
Que de tristeza cubre
Su semblante, y recata
Los dientes que relucen
Más que las perlas mismas
Con blanquísimo lustre.

EL VINO.

Rojo ántes de mezclarse,
Bermejo cuando mixto,
Teniendo los colores
De anémone y narciso,
Puro, copia del rostro
De la alegría el brillo;
Con agua, del amante
El color decaído.

EL NARCISO.

¡No le ves, al doblarle
Con blando soplo el aura,
Cual azafran, que sobre
Blanco alcanfor descansa?
¡Ay! te muestra bien claro
Con su hermosura vária

Cómo la luz y el fuego
Dulcemente se cansan.

LA ROSA,

POR EBNI'L MOTEZZ.

La efusión de las nubes
El tierno vergel riega,
A su impulso la rosa
Sacude el sueño, y muestra
Su faz, cual rubí ardiente
Sobre esmeralda tersa,
Que encima, por adorno,
Un ramo de oro lleva.

LA ROSA,

POR EBNI'L MOTEZZ.

Cuando la tierra ostenta
Su matizada veste,
¡Cria una flor acaso
Cual la rosa esplendente,
Cuyo aroma suave
Es tan puro, que un leve
Almizcle por sus hojas
Derramarse parece,
Y su color el mismo
Que mi muchacha tiene
Cuando alegre me acoge
En sus brazos ardientes!

LA LLUVIA Y LAS FLORES,

POR EBN TAMIM.

Entramos en el huerto
En aquel punto mismo
Que esmaltaba su veste
Con perlas de rocío;
Y entonces de los dedos
De sus ramos, anillos
De flores olorosas
Caerse en tierra vimos.

LA FLOR DEL ALMENDRO,

POR EBN TAMIM.

Eres, flor del almendro,
En llegar la primera,
Y eres para nosotros
De las flores la reina;
Pues logras de fortuna
Que te envíe á la tierra
A esparcir en su boca
La risa placentera.

LAS FLORES,

POR EBNI ALI HAGELAH.

Ea, vamos, ¡no miras
La primavera alegre
Y las graciosas flores
Que en torno de ella vienen?
¡El narciso y margarita,
Que ambos á dos parecen,
El ojos brilladores,
Ella cándidos dientes;
El jazmín un amante
Decaído y ausente;
La anémone una niña
Con bombicina veste;
La aroma, cuya esencia
En derredor trasciende;
La viola alimentada
Con la lluvia celeste;
La murta, como el vello
Que en la mejilla crece
Del cervato, engruesado

Con hierba fresca y verde;
Y la rosa, cercada
De su ejército fuerte,
Que, en olor y hermosura
A todas juntas vence?

DESCRIPCION DE UNA MUCHACHA,

FRAGMENTO DEL MOALLAKAH DE AMRALKEIS.

Delicada muchacha, refulgente,
De cuerpo enhiesto, pecho relevado,
Como líquida plata (1) rebrunido;
Se aparta, y vuelve su apacible rostro,
Mirando tiernamente, como suele
La recelosa madre del cervato;
Su cuello, ornado en torno de collares,
Al de hermosa gacela se parece
Cuando ufana pompea por el prado;
Sus cabellos, adorno de sus hombros,
Son negros, son negrísimo y espesos,
Cual los densos racimos de la palma (2);
Su cintura un cordón en lo delgado,
Su pierna como ramo de palmera
Regado de continuo por el agua,
Esclarece las sombras de la noche,
Cual la sagrada lámpara esplendente
De oculto vigilante solitario;
Su faz, como la perla roji-blanca,
Alimentada en aguas cristalinas,
No turbadas jamás de viajantes.

DESCRIPCION DE UNA MUCHACHA.

FRAGMENTO DE UN POEMA DE CAAB KH ZOHREH.

¡Ay! Soada se fué; lleno de angustia
Dejó mi corazón, de amor herido,
Y con terribles vínculos atado,
Que no hay manera alguna de romperlos.
Creí ver en Soada, la mañana
Que de nosotros se ausentó ligera,
Un cervatillo con la voz aguda,
Con faz modesta y con negros ojos.
Cuando se sonreía demostraba
Unos dientes espléndidos, al modo
De un vaso de cristal, en donde el vino
Con agua dulcemente está templado.
Agua de fuente en escondido valle,
Helada, pura, limpia, y por el viento
De suerte acariciada, que sus auras
Todas sus impurezas disiparon;
Sobre la cual blanquísima ampollas
Del rocío nocturno resplandecen.

DE LOS AMANTES.

FRAGMENTO DEL POEMA BORDAH, DE SCHERFEDDIN
AL BOSSIRI (3).

¡Se imagina el amante que encubierto
Puede tener su amor, cuando patente
Lo pone el llanto acerbo que derrama,
Y de su corazón el fuego activo?
Si acaso tú no amases, ¡llorarías
Sobre los edificios derrocados,
Y el sueño te alejaron los recuerdos
Del Ban florido y del collado hermoso?
¡Cómo negarlo puedes, cuando en contra
Tienes unos testigos tan veraces

En el palor del rostro, y el torrente
Que se desprende de tus tristes ojos?

DESCRIPCION DEL VALLE DE MAVAZAN,

POE ABU'L HASSEN ALÍ EBNI'L HUSSEIN.

Cuando te hagan mención de los placeres
Del alma Paraíso, tú el hermoso
Valle de *Mavazan* al punto busca;
Encontrarás un valle que disipa
Las penas enojosas, un retiro
Que de todo negocio te liberta,
Y un fragante jardín do es el murmullo
De las fuentes, más dulce que la lira
Y los acordes todos de la flauta,
Y do cantan las aves entre frutos
A perlas y rubíes semejantes.
¡Cuán dulce este retiro me sería,
Si no echase de menos mis amigos
Que allá en *Darvizafran* están ausentes!

ELOGIO DE UN PRÍNCIPE.

FRAGMENTO DE UNA ELEGÍA DE ARABSHAH (4).

Hizo llover los dones de su diestra
Y la beneficencia vertió como
La espesa lluvia que el Nordeste envía,
A fin de que los árboles frondosos
Que á sus orillas la justicia tiene,
Reverdezcan regados con las aguas
De largueza y amor, y que las flores
Del rosál de su imperio con las gotas
De su inmensa dulzura reverdezcan.

DESCRIPCION DE UN JARDIN,

POE ARABSHAH.

Cuando llega la dulce primavera,
Y el cervato fugaz ha desplegado
Todas sus fuerzas ya; cuando el arribo
De las rosas el céfiro en los huertos
Con su lascivo aliento anuncia, rien
Con murmullo suave los arroyos,
Las ramas con respeto se doblegan,
Y al vergel concurrirnos, que enamora
Con sus bellezas á natura misma.
Las elevadas nubes que lo entoldan
Por doquiera derraman sus raudales;
Pero en él su cristal hermosas perlas
Esparce sobre el bombacino suelo,
Donde las copas son como rubíes (5),
Los dientes jaspes (6) con graciosa risa,
Ojos cual plata (7), vivos, amorosos
Y ramas que, al pasar, pequeños numos (8)
Con impulso travieso nos arrojan.
Sus aves en los troncos ó volando
Cantan sonoras, y al bajar trasciende
Su cuerpo á almizcle, y se enrarece el aura
Cuando por sus colinas atraviesa.
Este es el paraíso donde luce
Con todo su esplendor la luna mia,
Y el jardín del Eden, donde con gusto
La inmensa eternidad hace su asiento.
¡Oh, cuánto de alegría en él se encuentra!
¡Y cuántos ésta regocijos causa!
Pues no se ve en su seno más que abrazos,
Besos, caricias, rebozadas copas,
Canto amoroso, plácido sosiego.
Si vinieran aquí los solitarios,
Perderían su olor, y de sus votos
Les quedaría sólo la pobreza.

(1) Como *Nquida plata*. Pudiera decirse *espejo*, *cristal* ó cosa semejante; pero ésta es la expresión del original.

(2) *Cual los densos racimos de la palma*. De la misma comparación se sirvió Salomón.

(3) *Bordah*, poema en alabanza de Mahoma, por el cual se vanagloriaba el autor de haber sido curado en sueños. Todos los consonantes de este poema acaban en *M*, que es la primera letra del nombre del Profeta. Véase aquí de dónde provienen nuestros acrósticos: si se examina con cuidado, se hallaría tal vez que las fuentes de nuestra poesía son absolutamente arábigas, y sería ocupación por cierto digna de una pluma versada en la literatura oriental el poner en claro este punto de nuestra historia literaria.

(4) *Arabshah* es el célebre autor de la *Historia de Timur*, á la cual, por su levantado estilo ó ingeniosa invención, no duda W. Jones en colocarla entre los poemas épicos.

(5) *Rubíes*, rosas.

(6) *Jaspes*, tulipas.

(7) *Plata*, narcisos.

(8) *Numos*, gotas.

Vamos, muchacho, dame (pues no es tiempo
De tristezas) el vaso de alegría;
Desliemos en él con su templanza
Los adversos acasos de la suerte;
Y dame vino y agua, todo junto,
Y vigor varonil y lindo rostro.
No digas nada de esto á los censores,
Que, preñados de orgullo, se figuran
Con enfático tono alucinarnos;
Y ninguna expresion se te deslice
Que á la nuestra amistad en algo ofenda.

A LA MUERTE DE UNOS JÓVENES;

DE EBN ARABSHAH.

¡Do están aquellos jóvenes dichosos,
Llenos de dignidad y de prudencia,
Como el libro sagrado relucientes,
Cuya modestia ruboró la luna
Y sacó de sus límites los mares!
El viento de la muerte dispersólos,
Como dispersa el céfiro la arena.
¿Dónde los jovencillos, y dó aquellos
Gozo del corazón y luz suave!
Cuando ellos demostraron á la tierra
Su faz hermosa sin estorbo alguno,
El orbe relumbró, cual si saliese
De un tenebroso encapotado velo,
Y brillaron también con su presencia
Los cervatillos de encendidos ojos,
Y las cabrillas que á las *Áuroras* vencen.
La hermosura vistiólos con un manto
De sabrosos placeres y alegría;
Y el varonil esfuerzo superiores
Los hizo á los reverses de la suerte.
Do ellos estaban se encontraba el gozo;
Furron ojos del rostro de la tierra
Y lumbre de los ojos, y jardines
De los prados, y flores de los huertos.
Cuando gozaban de su fuerza y brío
Y la liviana juventud ardía
En la flor de su edad, cuando Fortuna
Les presentaba sus hermosos dones,
Hétele aquí el copero de la muerte
Con el vaso mortífero en la mano;
Riega con él los huertos de sus vidas,
Y á todos á la nada los reduce.
Quedan anchos palacios convertidos
En sepulcros antiguos; en su copa
Suministra la muerte á sus amigos,
Oprimos de dolor, ajeno amargo:
Rasgan sus vestiduras, y sus pechos
Golpean crudamente de tristeza.
Si valieran los dones, si los votos
Acaso fueran útiles, no hay duda,
Ellos los redimieran, consej vاران
Y custodiáran con afán cuidadoso;
Mas yacen bajo tierra; perecieron
Las ciencias y delicias, se apacienta
En ellos el gusano de la muerte,
Y oriel los devora, cual si fueran
Rocas al sacrificio destinadas.
Aniquilados bajo tierra yacen,
Y hasta el juicio final allí reposan.
El amigo se acerca para hablarles,
De continuo visita su sepulcro,
Llora, y se queja con acerba angustia
Cabe la tumba do el olvido mora;
Mancha su rostro, semejante á perlas,
Con polvo, y clama, y nadie le replica
Sino el eco confuso de los montes.

A LA MUERTE DE UN PRÍNCIPE,

POR ABU BECR AL DANI.

Después que nos dejaste, no reposa
En su cerco la luna, ni se rie
En la mitad del día el sol brillante;
Sus ropas despedazan por tu causa,
Las lluvias y los vientos, y repiten

Tu conocido nombre retronando;
El relámpago rasga su alba veste,
El Mediodía cúbrese de rayos,
Y las estrellas forman en el cielo
Una triste y llorosa compañía.
La lechuzza repite con sôn ronco
Su lúgubre lamento, y le responden
Las aves melancólicas que el aire
Con estrépito cruzan, cual si hubieran
Sus consortes perdido, y detestasen
Todo concurso alegre y numeroso.

DEL SÉR SUPREMO,

CONTEMPLANDO LA VENIDA DE LA PRIMAVERA.

¡No percibes el aura deliciosa
Y su fragante aliento, que ora gime,
Ora exhala su olor, como la cierva
Cuando recobra su perdido hijuelo!
Los nublados en lluvia se deshacen,
La inconsolable tortolilla llora,
Agítanse las ramas y se quejan.
La roja aurora brilla, resplandece
La blanca camamila, y se disipan
Con truenos y relámpagos las nubes;
Viene el verano, derramando gracias,
Y la pintada rosa las anuncia.
Para tí todo y por tu bien es hecho,
Incrédulo mortal, y todo, todo
A Dios recuerda, y sírvole y le alaba
Y tributa loor, y cada cosa
Es un signo que muestra su potencia.

DESCRIPCION DE UNA NUBE Y UNA LLUVIA;

EXTRACTADA DEL LIBRO HAMASA.

Estuve desvelado, pues la noche
La prolongó una nube refulgente,
Preñada de relámpagos activos,
Y dividió los aires, aumentando
Su densa oscuridad á cada instante.
Nube tímida, oscura, que á la tierra,
Estéril hasta entonces é infecunda,
Le dió fertilidad en su camino.
Murmuraba la serie de las nubes
Cuando por el desierto atravesaba,
Como á veces murmurán los camellos.
Cual la cumbre del Líbano, se erguía
La blanca cima do la espesa nube,
Y como él era en torno dilatada.
Vientos suaves, de Hadramut venidos,
Este nublado horrible dispersaron.
Cayó una lluvia ténue gota á gota,
Dejando una agua cristalina y pura,
Como de leche virginal formada,
Y regó las raíces, ya reseca
Por la aridez del tiempo, y por las matas
Saladas y espinosas, que, creciendo
En derredor, su jugo consumían.
Así la hórrida nube con dulzura
Fué el agua descargando, como suele
El camello, agobiado por el peso
Y lleno de fatiga, recostarse
Con gran dificultad sobre la arena.

DESCRIPCION PATÉTICA (1),

POR UN POETA ÁRABE ANTIGUO.

En los horrendos antros de las rocas
Penetro, adonde el avestruz se oculta
Y las fantasmas y los trasgos silban,
Y en una noche lóbrega, cargada
De espesas nieblas, cual las negras sombras
Del Seyan, apiñadas y tenaces,
Los paso miéntas en sopor profundo
Mis compañeros yacen por el suelo,

(1) Estos versos los trae *Relake* en sus notas al *Mocallabá de Ti re/ah*, como de un autor antiguo.

Como los ramos de *Ámirid* (1) cargados.
A pesar de cercarme las tinieblas,
Como un oscuro mar, y una espantosa
Inmensurable soledad adusta,
En la que marcha el conductor á tientas,
Lúgubrenmente la lechuza canta
Y el caminante atónito se asombra.

DESCRIPCION DE UNA MUCHACHA.

Lo juro por el arco de sus cejas,
Por su graciosa union, por los arpones
Con que su hechizo en derredor esparce;
Por la molicie de su lindo cuerpo,
Por su agudo mirar y albor brillante
De su frente y lo negro de su crencha;
Por su gracioso ceño con que espanta
El sueño de mis ojos, y obra siempre
Sin razon contra mí, vede ó conceda;
Por las ardientes víboras (2), que lanzan
Sus rizos empapados en veneno
Para matar los pérfidos amantes;
Por las rosas que esmaltan sus mejillas,
El mirto de su boso, los risueños
Rubies y las perlas de sus dientes;
Por su olor agradable, por su acento,
Que cual gotas de miel y leche sale
Con destilz delicioso de su boca;
Por su cuello y el ramo delicado
En que enhiesto reposa, y las granadas
Que firmes en su pecho se mantienen,
Ora la espalda con impulso leve
Se agite, y ora su quietud recobre
Con un balance y ademan donoso;
Por su tacto, á la seda semejante,
Por su hálito suavísimo y por cuantas
Especies de hermosura en sí reúne;
Por su indole benévola, y la pura
Expresion de su lengua; por su ilustre
Nacimiento y alteza poderosa;
Que el precioso perfume del almizcle
No es otro que su olor, y que el aliento
Del aura con su aliento se embalsama;
Que el sol, al verla, su hermosura esconde,
Y á vista de sus luces aparece
Deforme, opaca, la esplendente luna.

DESCRIPCION DEL VALLE SERUGE,

POR HARIRI.

Es mi suelo natal *Seruge*, donde
Tantas veces vagué; país ameno,
De todos los placeres abundante.
Sus manantiales son fuentes divinas;
Sus campiñas, praderas deliciosas;
Sus casas y edificios resplandecen
Cual estrellas ó signos del Zodíaco.
Nos recrea con su aura perfumada
Y su vista esplendente, y con las flores
Que esmaltan sus bellísimas colinas
Cuando se encuentran libres de las nieves.
Todos cuantos le ven, dicen: «*Seruge*
Es la misma mansion del paraíso.»

DESCRIPCION DE UN SITIO DELICIOSO,

POR DHAHER EL HADDAD.

¡Cuán plácida la vida aquí te fuera,
Donde verías, sin sentir, entrarse
En lo hondo de tu pecho la alegría!
Jardín ornado de semblante verde
Con dulces arroyuelos dividido.

(1) *Ámirid* es en árabe el fruto de la planta llamada *Palma Christi*.

(2) *Víboras*. El original dice escorpiones, y de la misma similitud usaron los griegos, llamando á los cabellos rizados de los muchachos *scorpius*; pero me parece que, sin quitar fuerza alguna ni alterar la imagen, he podido sustituir la palabra *víboras*, como más adecuada á nuestros oídos.

Al que matiza con frescor el viento,
Y palmas á manera de muchachas,
Que sus tiernas gargantas con collares
De sus frutos lindísimos adornan.

DESCRIPCION DE UN JARDIN,

POR ABU DHAHER BEN AL KHIRUZI.

El jardín, adornado de rocío,
En donde, cual estrellas relucientes,
Resplandecen las flores, Primavera
Lo vistió por su mano de una ropa
Brillante, y con mil gotas matizada.
Sus anémonas son en parte como
Los mantos verdes que sus lados cubren;
Y en parte cual los ojos, cuyos párpados
Con el acerbo llanto se enrojecen.

SOBRE LA VIDA.

¡Oh corazón! léjos, léjos
De esta vida trabajosa,
Huye del cielo mudable
Los vaivenes y zozobras.
Los negocios de esta vida
Al sensato nada importan;
Alerta vive, y despierto
Evita toda congoja.
Y en el mar de la tristeza
No, como el buzo, te escondas,
Humedecidos los ojos,
En pos la nacárea concha.

EL ALIENTO DE ALZAUURA,

POR EBN AL FAREDH.

Al despuntar el día
Un céfiro fragante envía Alzaura;
Su delicado aliento
El ánimo restaura,
Y, disperso en el aura,
A ambar trasciende en derredor del viento.

SOBRE LA VIDA.

A mar de cocodrilos infestada
Nuestra vida fugaz es semejante;
Los sabios la ven ir apresurada
Con sereno semblante
Echados á la orilla;
Pues no debe en tal grado ser amada
Que al débil corazón cause manilla.
Si tú del sabio anhelas el reposo,
Guárdate de obrar mal, sé virtuoso.

POESÍAS PERSAS.

FRAGMENTOS DEL SHAH-NAMÊH, DE FERDUSI (3).

I.

INTRODUCCION DEL POEMA

DE RUSTAN Y ASFENDIAR.

El vino generoso
Bebamos, que está el monte perfumado
Con almizcle oloroso;
De rayadas tulipas el collado
Y jacintos cubierto,

(3) *Abul Casem Mansour* (ó *Mansour*) *Ferdusi*, el más famoso de los poetas persas. Floreció en el último tercio del siglo x. Por su gigantesco poema *El Shah-Namêh*, ó Historia de los reyes de Persia (120.000 versos), mereció el nombre de *el Homero de la Persia*. Ha sido traducido al inglés por Mr. Atkinson (1881), y al francés por M. Jules Mohl (1838-1860). (Nota del Colector.)

Y de rosas bellísimas el huerto.
 El huerto do lamenta
 El ruiseñor sonoro, y á la rosa
 El blando sueño ahuyenta;
 El se rie en la noche tenebrosa,
 Y ella se estrecha y ata
 Con el viento fugaz y lluvia grata.
 Percibo el dulce ambiente
 Que viene de la nube, y veo en tanto
 Al ruiseñor doliente.
 ¿Qué será? Sin embargo, pára el llanto
 En el huerto, y gorjea,
 Y sentado en la rosa se recrea.
 ¿Qué será lo que dice
 El triste ruiseñor, y qué en la rosa
 Inquieta el infelice
 Aspirando su esencia deliciosa?
 Espera la mañana
 Y la cantiga le oírás persiana.
 De Asfendiar malhadado
 Lloro el duro catástrofe, diciendo:
 «Me lo han arrebatado:
 Ya la canción del ruiseñor entiendo,
 Que cantarse solía
 Por nuestros ascendientes algun día.»

II.

ELOGIO DE MAHMUD, REY DE PERSIA.

Mahmud, dominador y rey potente,
 A cuyas aguas á beber se acercan
 El lobo y el cordero mano á mano,
 A quien los reyes sin cesar alaban,
 Desde Cashmir hasta el Catay fragante.
 Cuando la madre con su leche baña
 La boca al niño que en la cuna mece,
 Al punto el nombre de *Mahmud* pronuncia.
 En los festines liberal y franco;
 En la guerra leon y altiva sierpe,
 Por su munificencia el orbe todo
 A un vergel de verano le asmeja;
 El aire lleno de humedad se mira;
 El suelo con mil flores matizado,
 Y á las nubes con mano sábia en torno
 Esparcir su rocío de manera
 Que del huerto de *Irem* la tierra es copia.

III (1).

BARZÚ SALIENDO AL COMBATE.

Apercibe Barzú los diez jinetes,
 Y lleno de ira, cual leon hambriento,
 Sale osado, y la túnica radiante
 Se viste, y ciñe el tahalí dorado;
 Coloca el casco griego en su cabeza,
 Y las saetas de la aljaba extrae:
 Ya sobre el lomo del caballo salta,
 Ya se mueve y enhiesta como un monte,
 Ya, cual nube de invierno, se apresura,
 Alta la asta y espada diamantina.
 Dijeras: «¡Es la lumbre, el día, el cielo,
 O algun turbion de lluvias veraniegas!»
 Dijeras: «Arbol es de fino acero,
 Y cual ramos de plátano sus brazos.»

IV.

DESCRIPCION DEL REY FERIDUN.

Dijo el embajador: «Nunca vió el puro
 Verano, ni verá rey semejante.
 Estío alegre sus jardines gozan,
 La tierra de ámbar es, de oro las piedras;
 Es su palacio y su morada un cielo,
 Un paraíso su risueño rostro;

Su morada es más alta que los montes,
 Más ancho que los huertos su palacio;
 Cuando llegué á su alcázar suntuoso,
 Su mente consultaba las estrellas;
 Halléle entre leones y elefantes,
 Siendo escabelo de su planta el orbe;
 Un elefante, pié del trono de oro;
 Con crines de diamantes los leones.
 A aquel excelso rey llegué gozoso,
 Y vi el sállo formado de turquesas,
 Y en él el rey, brillante cual la luna,
 Con corona esplendente de rubíes,
 La crencha de alcanfor, de rosa el rostro,
 Paz en su corazon, miel en su lengua.

V.

DESCRIPCION DE UN VALLE.

Mira allí la llanura verdi-roja,
 Que hinche de gozo al corason valiente,
 Llena de aguas, de bosques, de jardines,
 Morada de famosos héroes digna;
 Tierra cual seda, con almizcle el aura,
 Agua de rosa sus vergeles riega,
 Se dobla el lirio por su mismo peso,
 El bosque á rosa en derredor trasciende,
 El faisán se pompea entre las flores,
 Y en el ciprés el ruiseñor discanta.
 Nunca marchitos sus pensiles, siempre
 Serán del bosque del Eden imágen.
 En el prado y colinas, reclinadas
 Verás doncellas, cual las hadas lindas;
 Aquí *Maniza*, de *Afrasiab* hermana,
 Como sol, el jardín en fuego enciende;
Sitara, su segunda, como reina
 Radiante en gloria, en medio de sus ninfas;
 Orna este llano tan amable jóven,
 Y su rostro al jazmín y rosa vence:
 En denso velo turoas mil la cercan,
 Con cuerpo cual ciprés, crencha de almizcle,
 Su faz con rosas, con sapor sus ojos
 Y con vino aromático sus labios.
 Si fuéramos nosotros á aquel bosque,
 Y un día le cercáramos en torno,
 Podríamos prender algunas ninfas
 Y presentarlas al ilustre Oiro.

VI.

VICTORIA DE SAMO.

Cuando en su trono de marfil, radiante
 Con azuladas piedras y rubíes,
 Y ceñida á su frente la corona
Samo vió al grande rey, besó la tierra
 Y aceleró los pasos. *Manuquero*
 En pié le recibió; bajo su sállo
 Mandóle en pos sentar al lado suyo,
 Hizole con anhelo mil preguntas
 Sobre sus compañeros, sus acciones
 Y los fieros gigantes de la Hircania;
 Y el héroe satisfizo de esta suerte:
 «Seas siempre feliz ¡oh rey! y nunca
 Tu corazon alteren los malvados.
 A la ciudad llegué de los gigantes;
 Mas ¡qué gigantes! Son más atrevidos
 Que sañosos leones desenvueltos,
 Que prestisimos árabes bridones
 Y que guerreros persas animosos.
 Sus huestes, que *seccaras* (2) llaman, tigres
 Descoscos de guerra las componen.
 Apenas el rumor de mi venida
 Penetró en la ciudad, que enloquecieron,
 Y, recorriendo con furor las calles,
 De agudos alaridos las llenaban.
 Pero sus huestes, anublando el día,

(1) Este y los dos fragmentos siguientes están traducidos en el mismo número de versos que el original, y aun de sílabas, pues son epicedasílabos todos los versos de los poemas que contiene el *Shah-Naméh*.

(2) Que *seccaras* llaman. Secar ó kaysar, título de soberano, de Salm ó Salmó; es lo mismo que si dijéramos tropas centreas, tropas reales. Véase Herbelot en la palabra *Feridun*, y su crítica en el suplemento de la *Biblioteca oriental*.

Unas en los collados se apostaron,
Y se esparcieron por los valles otras.
Se apoderó el temor de mis legiones,
Y á mi rostro salió mi interna angustia,
Por ver que no los golpes repetidos
De mi nudosa clava conseguían
Mover á mis soldados al combate;
Pero golpeé tanto sus cabezas,
Que volví feos sus hermosos rostros;
Y á la postre salí con mis intentos.
Kerkavi, nieto del monarca *Salmo*,
Y de *Zohar* por madre descendiente,
Ante las haces como lobo andaba,
Y un ciprés parecía en la estatura.
Los más valientes de sus tropas eran,
Comparados con él, misero polvo.
Al ver la espesa nube que formaban
Las huestes enemigas, el soldado
Tendió de tetra amarillez el rostro;
Entonces con un golpe de mi clava,
Abríme paso en las contrarias filas.
Cual elefante acometió violento
Mi bridon, y la tierra fué agitada,
Como cuando al Egipto inunda el Nilo:
Recobraron el ánimo mis tropas,
Y todos emprendieron la batalla.
Kerkavi oyó mi voz y el ruido horrendo
De mi clava, de cascotes hendidora,
Y vino á mí ganoso de peleas,
A manera de indómito elefante,
Un retorcido lazo volteando.
Cuando lo vi acercarse de esta suerte,
Conocí mi peligro, y al momento
Tomé el arco *cayano* (1) y en la cuerda
Apoyé las saetas emplumadas,
De álamo fuerte con ferrada punta;
Cual águilas volaron, y encendieron
Con su violenta rapidez el aire.
Creí que el almohar (2) habían roto
Que cubre su cabeza bajo el casco;
Pero lo ví lanzarse impetuoso
En medio del espeso torbellino,
Como un ebrio elefante desbocado,
Vibrando con ardor la índica espada,
Y hasta los altos montes parecíame
Que al fuerte impulso de pavor temblaron.
Se iba llegando así, pero dudoso;
Yo tranquilo sus pasos contemplaba;
Mas cuando junto á mí miré al guerrero,
De encima del bridon alargué el brazo
Y con la mano así su talabarte
Por do se cifie al cuerpo; con violencia,
Cual león, arranquéle de la silla;
Cual furioso elefante, contra tierra
Con rabia lo arrojé, y en pos la aguda
Espada le escondí dentro del cuerpo.
Apénas espiró, todas sus huestes
Dieron la espalda al campo de batalla;
Valles y cerros, montes y llanuras
Sus deshechas cohortes recibieron;
Doce mil caballeros y peones
Quedaron extendidos en el campo.
Trescientos mil mandaba el rey ilustre
Y jinete y guerrero; mas ¡qué pueden
Los malvados que envidian tu fortuna
Contra los que defienden tu corona?
Dijo; y el Rey, absorto y satisfecho,
Ensalzó hasta la luna sus acciones,
Que así afirmaban su potente sólo
Y arrojaban del mundo los perversos;
Y en pos hizo traer el dulce vino
Y preparar banquetes, celebrando
Con placer bullicioso la victoria.

(1) *Arco cayano*, arco real, fuerte, perfecto. Véase Herbelot en la palabra *Cayan*.

(2) *El Almohar*. Es una especie de redicella ó casquete que se ponía á raíz de la cabeza, bajo el casco, para que éste no la dañase.

VII.

EPIGRAMA DE FERDUSI,

AL VER QUE EL SULTAN MAHMUD NO PREMIABA EL
TRABAJO QUE HABIA TENIDO EN COMPONER EL
SHAH-NAMÉH DE ÓRDEN SUYA.

Es Ma'mud Zabelí mar generoso,
Ni fondo ni ribera en él se advierte;
Sumérgime en su seno y no hallé perlas:
No es la culpa del mar, es de mi suerte.

VIII.

SÁTIRA DE FERDUSI

CONTRA EL SULTAN MAHMUD, POR HABERLE ENVIADO
UN REGALO MEZQUINO EN VEZ DEL CUANTIOSO
QUE LE HABIA OFRECIDO POR EL SHAH-NAMÉH.

¿Has visto de este rey Mahmud mezquino
La generosidad que te esperabas?
Tiempo es de hablar; á la verdad se debe
El tributo del habla, y fuera crimen
El ocultarla ahora, no mostrando
Al mundo tan torpísima miseria.
Nada hay como él tan vil, pues no conoce
Ni religion, ni leyes ni costumbres,
Falto de entendimiento, y con un alma
A la beneficencia en todo opuesta.
El hijo de un esclavo (3), aunque consiga
De poderosos príncipes ser padre,
No puede producir ilustres obras.
Elevar de la nada á los malvados
Es lo mismo que echar polvo á los ojos.
El hilo destorcerse de la vida
O criar culebrones en el seno.
El árbol que de suyo fuere amargo,
Aunque en el paraíso lo coloques
A la ribera de eternas aguas,
Y lo riegues con miel y leche pura,
Al fin su natural vendrá á mostrarse
Y dará frutos en extremo acerbos.
Si á la corneja tenebrosa quitas
Un huevo y bajo del pavon lo pones,
Del pavon que en el cielo se pompa,
Y cuando sale el pollo, con los granos
De los higos celestes le alimenta;
Si de la fuente sensabil el agua
Le da siempre á beber, y sobre el huevo
Gabriel arroja su hálito suave,
Al fin y al cabo el huevo una corneja
Producirá tan sólo, haciendo inútil
Todo el trabajo del pavon celeste.
Si tomas una víbora del campo,
Y la haces reposar entre las rosas,
En cuanto se la antoja la complaces,
Y la fuente inmortal haces que beba,
No lograrás hacerla amiga tuya,
Y al fin te lanzará su atroz veneno.
Si un pollo de lechuza un hortelano
Coge y de noche en rosas lo reclina,
Y á la mañana en medio de jacintos,
El día que sus alas mover pueda,
Volará á los rincones solitarios.
Con muy justa razon dijo el profeta:
«A la naturaleza vuelve todo.»
Si al lado de una tienda de ámbar pasas,
A ámbar trasciendo luego tu vestido;
Y si vas á la fragua de un herrero,
Te llenarás el rostro de tiznones.
No es de maravillar que se produzca
La maldad de los pechos perversos;
Nadie la ocurrencia quita á la noche.
Del malo la virtud jamás se espere,
El etiope no es blanco por lavarse.
¡Oh tú, dominador de tantos pueblos!
Si en tí hubiera un carácter apacible,
La vida de la ciencia conocieras

(3) *Sebectighin*, padre de *Mahmud*, fué esclavo de *Aipteghin*, que en el reinado de *Núti Samani* mandó el ejército persa.

Y cuánta dignidad la poesía
Alcanzó por los usos de los reyes
Y las antiguas cándidas costumbres.
No así tú destruyeras mi fortuna,
Y apreciáras mis obras de otro modo.
¡Oh rey Mahmud, expugnador osado!
Ya que á mi no me temas, á Dios teme.
¡Por qué excitaste mi mordaz ingenio?
¡Qué! esta espada sangrienta, ¡no te espanta!

IX.

LA GOTA DE AGUA.

FÁBULA POR SADI (1).

Bajaba, de las nubes desprendida,
Una gota á la mar; estremecida,
«¡Cuánta agua! exclama. ¡Qué extension! Soy nada,
Con esta enorme masa comparada.»
En tanto que ella con rubor se encoge,
Una concha en su seno la recoge,
La abriga, la alimenta de tal suerte,
Que en una hermosa perla se convierte,
Y ora brilla en la frente de un rey puesta.
¡Tal premio consiguió por ser modesta!

X.

LA GREDA OLOROSA.

FÁBULA POR SADI.

Al entrar al baño un día
Me puso un hombre en la mano
Una greda, que tenía
Un aroma soberano (2).
Toméla y díjela: «¡Estás
De almizcle ó ámbar formada?
Que me encantas por demas
Con tu esencia delicada.
» — Tosco terror ántes era,
Bepuso; mas tuve yo
La rosa por compañera
Y este grato olor me dió.
» Así cual parezco ser,
Tan sólo un barro sería
Muy despreciable, á no haber
Tenido tal compañía.»

XI.

ELOGIO Á MAHOMA,

AL PRINCIPIO DEL BOSTAN DE SADI.

El cual, ilustremente conducido,
Montó encima del éter una noche,
Adó llegar los ángeles no pueden;
Y tanto en este divinal viaje
Se adelantó, que donde Gabriel posa
No quiso detenerse; pero dijo
El Señor del mecánico templo al ángel:
«Oh tú, que los oráculos conduces,
Acércate hácia mí. ¡Por qué, si logras
Poseer mi amistad, pones un freno
A nuestros cordialísimos coloquios?
— No puedo ir adelante, respondióle;
Donde cesa la fuerza de mis plumas
Allí me quedo yo: si me elevára
Un poco más, mis alas derretiera
El brillo refulgente de tu gloria.

(1) Sadi nació A. C. 1175. Sus principales obras son el *Quilatan*, el *Bostan* y el *Molameat*, y un *Díwan* de poesías varias.

Se le atribuye una obra obscena, titulada *El libro de las impurezas*, de la que parece se arrepintió en la edad madura, y por la que, según las noticias que hay de ella, se puede decir de él, como de Petronio, que escribió las cosas más impuras con el lenguaje más puro.

(2) Una greda, que tenía en aroma. El original *ghiti kashbui*, una especie de greda untuosa que los persas perfuman con esencia de rosa, y de la que usan en los baños en vez de jabón.

XII.

CONSEJOS DE NUSHIRVAN (3) MORIBUNDO
Á SU HIJO ORMUZ, EXTRACTO DEL BOSTAN DE SADI.

Cuando vió el rey Nushirvan
Su postrer hora ya cerca,
Llamó á su hijo Ormuz al lecho
Y le habló de esta manera:
«Del pobre, del infelice,
Sé, hijo, guarda, y no pretendas
Confinarte en las pesadas
Cadenas de tu indolencia.
» Nadie en tu dominio puede
Gozar de abundancia, mientras
No cuides de tu reposo,
Diciendo: «Esto me contenta.»
» Ni el sabio nunca aprobar
Que el pastor tranquilo duerma
En tanto que el lobo astuto
El redil con ansia cerca.
» Hijo, vé, al mísero pueblo
Con tu protección alienta;
Que es de él el rey desde el punto
Que se ciñe la diadema.
» Las raíces son el pueblo,
Y el tronco el rey; considera
Que de las raíces saca
El árbol toda su fuerza.»

XIII.

Á UNA AUSENCIA,
POR GELALEDDIN RALKI.

Salve, Amor, tú, que el pecho
Con suavidad abrasas;
Tú, que nuestras dolencias
Del corazón arrancas.
Oh, todo nuestro auxilio,
Remedio y confianza;
Tú, médico y maestro
De nuestro cuerpo y alma.
Por el amor, la tierra
A ser un cielo pasa,
Salta ligero el monte,
Y al momento se para.
Si pudiera mi labio
Unirlo al de mi amada,
Produciría acentos
Cual la sonora flauta.
El que de su querida
Compañera se aparta,
Aunque cien lenguas tenga,
Al punto pierde el habla.
Cuando se va la rosa
Y el hielo al vergel aja,
Las dulces cantinelas
Del ruiseñor se acaban.
Pues ¡cómo en parte alguna
Puedo gozar de calma
Si en parte alguna brilla
La luz de mi muchacha?
Que el amante privado
De ver lo que bien ama,
Es semejante al ave
Que libertad le falta.

XIV.

FRAGMENTO (4) DEL POEMA DE JAMI,
INTITULADO MESHUN Y LEYLA.

La virgen, bajo el velo defendida
De las miradas del amor profano,
Es á una tierna rosa parecida,

(3) Nushirvan ben Cobad, llamado por los árabes *Kisra*, y por los persas *Kosra*, es *Cosroes I*, hijo de Cobades, su predecesor, rey de la cuarta dinastía de Persia, llamada de los Sasanidas, ó de *Cosroes*.

(4) Este pasaje de Jami se encuentra con aquel del gracioso epitalámico de Catulo que saben de memoria todos los hombres de buen gusto, y que haría creer que lo había imitado, si la literatura

Que no ha su tierno cáliz desplegado;
En toda su pureza
Crece á la sombra del vergel amigo
Y contra todo ultraje tiene abrigo;
Mas cuando ya descubre el rojo seno,
Y los besos recibe
Del ruiseñor inocuo, separada
De la rama materna,
Y á hierbas despreciables asociada,
Al primer pasajero
En las públicas plazas se ve expuesta
Y por manos impuras marchitada;
De suerte que es en vano
Buscar en ella ni la esencia pura,
Ni la primera cándida frescura.

XV.

DE LA MALA ÍNDOLM.

En un pecho enemigo
Nunca la amistad nace,
Y en derredor la acacia
Espinass duras trae.
De su contrario el sabio
No espera fe constante;
Que de hierbas amargas
No brotan las suaves.
Para formar alfombras
No usó de cañas nadie.
Contra naturalesa
No hay trabajo que baste.
Así, de aquel que tiene
Un maligno carácter,
No se esperen más frutos
Que perfidias y fraudes.

ODA DE FERDUSI,

TRADUCIDA CON LA MISMA MEDIDA DE VERSOS, NÚ-
MERO Y CONSONANTES, PARA DAR UNA IDEA DE LA
GACELA PERSA (1).

Si una noche en tu pecho reposara,
El alto empuje con mi sien tocara,
Rompiera al Sagitario sus saetas,
La corona á la luna arrebatará,
Me subiera velos al nono cielo,
Y el orbe con soberbio pié pisara.
Entonces, si tuviera tu hermosura,
O en tu lugar entonces me encontraría,
Para los sin favor fuera piadoso,
Benigno con los tristes me mostrara.

GACELA PERSA,

CON LA MISMA ESTRUCTURA QUE LAS DE HAFIZ, EN
ALABANZA DE ESTE GRAN POETA DE SIRAZ.

La alba deshace la tiniebla fría
Y la rosa derrama la alegría;
El ruiseñor en torno revolando,
La salud con dulce melodía.
Pues cómo, escanciadora, en este tiempo

latina hubiera penetrado en Persia. Copio, pues, los versos latinos
para que se palpe la identidad de los pensamientos :

*Ut flos in septis secretis nascitur hortis
Ignotus pecori, nullo contusus aratro,
Quem mulcent aura, firmat sol, educat imber,
Nulli illum pueri, nullae, optaverunt puella:
Idem cum tenui carptus defloruit ungui.
Nulli illum pueri, nullae optaverunt puella.
Sic virgo dum intacta manet, tum cara suis: sed
Cum castum amictu polluto corpora forem,
Nec pueris jucunda manet, nec cara puellis.*

(1) La *gacela* persa es una especie de oda anacreontica, cuyo nombre ha tomado del animal que sirve á los árabes y peras de comparación para celebrar una hermosura, como es entre nosotros la paloma. Es una de las leyes de este poemita que los dos versos primeros sean consonantes entre sí, y después todos los pares.... Creo que la construcción de la *gacela* ha sido el origen de nuestros romances y letrillas.

Tienes la taza matinal vacía?

Tómala y llena, y en su centro vea
Tu mejilla copiada, ánima mía;
Den al licor tus ojos nuevo brillo,
Y olor la aroma que tu boca envía;
La copa hierva con bullente vino,
Y se aumenten los brindis á porfía,
Celebrando á la luz de la mañana
Al que alabarla con ardor solía,
Al gran poeta de Siraz, al dulce
Hafiz, honor del alma poesía;
Cántale, y goza de este tiempo, Nava;
Mira que vuele, y ¡ay! no torna el día.

MOHAMMED SHEMS-EDDIN (ALIAS) HAFIZ (2).

GACELA PRIMERA.

Vierte el vino, muchacho, vamos, ea;
Dame la taza, porque dentro siente
El pecho al fiero amor, de quien idea
Formé tan inocente.
El olor de una gota (3), que el más leve
Viento desprende del cabello undoso,
¡Ay cuánta sangre arranca, y cuánta bebe
El corazón ansioso!
Mancha el tapete (4) con purpúreo vino
Si al sabio director (5) así le agrada;
Que el viajero sabe del camino
El tiempo y la posada.
Mas ¿cómo podrá estar mi alma tranquila
Entre el joven gentil y la muchacha.
Si muy en breve me dirá la esquila (6):
«Toma el fardo, despacha»!
Por mar hinchado voy, pronto á sumirme
En negra noche, cuando ya debiera,
Cansado de naufragios, divertirme
Serenamente en la ribera.
Ciego en mi error (7) prosigo sin cordura;
En las calles me mofa el pueblo y grita,
Y en las mesas descubro la locura
Que mi interior agita.
Si el corazón, Hafiz, la paz te pide,
Y tú con ansia conseguirla quieres,
Únete á lo que adoras, y despide
Los mundanos placeres.

(2) Esta *gacela* y las trece siguientes son las catorce primeras del *divan* (colección alfabética) de Hafiz. Nació este poeta lírico (uno de los más célebres de Persia) en los primeros años del siglo XIV. Sus versos son de carácter alegre, tierno y sensual. Ha sido llamado por los doctos el *Anacreonte de Persia*. La colección de sus poesías (571 *gacelas*) fué publicada, en Calcuta, el año de 1791, en folio. Han sido traducidas al inglés, al alemán y al francés. (Nota del Colector.)

(3) *El olor de una gota*. Se debe entender de almizcle, que es con lo que ungen ó perfuman los orientales sus cabellos.

(4) *Mancha el tapete*. Los musulmanes son escrupulosamente observantes de la limpieza en materia de religión, de suerte que no pueden arrodillarse, para hacer sus preces, en ningún paraje inmundado.

(5) *Si al sabio director*. El original dice *Pert-Mughan*. *Mugh*, en persa, significa *mago*, *sabio*, y *Pert-Mughan*, el más sabio ó superior de los adoradores del fuego, ó sacerdote de los *Guebros*. Pero cuando los mahometanos llevaron con sus armas su religión á la Persia, searon de este epíteto como una expresión de desprecio para designar los príncipes de la Iglesia cristiana. Y en adelante, por irritación para distinguir los amos de las tabernas, baños y caravanseras, ó mesones de las caravanas.

(6) *Si muy en breve me dirá la esquila*. Esta metáfora está tomada de las cuadrillas de peregrinos, que llaman *caravanas*, los que, cuando reposan en medio del campo, se levantan y empiezan á cargar los camellos al son de un esquilon, que les avisa ser ya hora de partir.

El pensamiento de esta estancia es igual al de Horacio en la oda XV del libro III:

*Mature propior desine funeri
Inter ludere virgines.*

(7) *Ciego en mi error*. También en esta estancia coincide Hafiz con Horacio en los siguientes versos de la oda XI de los *Epodos*:

*Hec me per urbem, nam pudet tanti mali
Fabula quanta fuit; contritorum et pantiet,
In queis amantem et languor et silentium
Arguit, et latere petius imo spiritus,*

GACELA II.

Si aquel hermoso de Siras (1) me amara
Con una fe sencilla,
A toda Samarcanda (2) y á Bokara (3)
Al punto yo trocará
Por el negro lunar (4) de su mejilla.
El vino todo, escanciador, apura;
Que allá en el Paraíso
Ni del Mosela (5) encontrarás la oscura
Sombra, ni la verdura
Que riega el Roknabad (6) con dulce riso.
Estos, que traen todo alborotado
Con sus lascivos fuegos,
Han de mi alma la paz arrebatado,
Como despoja osado (7)
La mesa el turco en los marciales juegos.
Para ostentar mi amigo su hermosura
Mi amor no necesita.
Ni ¿qué ningún afeite ó compostura?
Su preciosa figura
Por sí sola placer y asombro excita.
Trata sólo de amor, de canto y vino,
Y no quieras del hado
Los arcanos sabor (8); nadie adivino,
Ni, con estro divino,
A ser de sus enigmas ha llegado.
¡Cuán claro veo yo que si imprudente
Zelica (9) contemplára
Del Josef mio la beldad creciente,
Al punto ciegamente
El velo del pudor despedazára!
Aprecia los avisos que te he dado,
Mi dulce bien gracioso,
Pues todo jóven de bondad dotado
Escucha con agrado
Del anciano el consejo provechoso.
Hablaste mal de mí; no, es increíble.
¡Ay mi! Bien has hablado;
Que palabras de hiel, voz irascible,

(1) *Siras*. Esta ciudad es la patria de nuestro poeta, en la provincia de Farsistán.

(2) *Samarcanda*, la capital de la Tartaria Usbeca, era una ciudad célebre por su riqueza, y la residencia imperial del famoso Tímur ó Tamerlán.

(3) *Bokara*. Este es un pueblo rico, sobre el Oro ó Fihun, que desemboca en el mar Caspio, dividiendo la Persia de la Tartaria.

(4) *El negro lunar*. Los lunares en las mejillas, principalmente los negros, son muy estimados entre los orientales, como una perfección de hermosura, y por eso los celebran los poetas; cuya idea parece ser común á todas las naciones. Cicerón habla en el libro primero de la *Naturalaleza de los dioses* el lunar de Alceo.

(5) *Mosela*. Era, en tiempo de Hafiz, un bosque delicioso, en una situación sumamente agradable y pintoresca, en donde después de su muerte construyó una capilla y un monumento Mohammed Mímál, preceptor del sultán Baber, conquistador de Persia.

(6) *Roknabad*. Es el nombre de un riachuelo sumamente claro, que baña la capilla llamada Mosela, cerca de Si az, adonde los poetas y filósofos de aquella ciudad acuden para reposar y componer sus obras, el cual no es ménos celebrado por sus esculturas que el Ilíaco y Odiseo de los Atenienses.

(7) *Despoja la mesa*. El original dice: ¡Ay! que estos *Lulos* lascivos, blandos, excitadores de alborotos en la ciudad, del mismo modo *hgn* arrebatado la paz de mi corazón que los turcos el *Khaniyegma*.—*Lulos* son unos habitantes de la Persia, llamados así porque para expresar su alegría gritan: *Lulú, Lulú*. Son muy hermosos, dotados de grandes ojos negros, y al mismo tiempo cruces; por translación dan los poetas este nombre á las muchachas y muchachos lindos, especialmente si son desdichados. Esta alusión, que en el mismo país será una gracia, en la traducción sería insignificante, y por eso la he suprimido. *Khaniyegma*, que significa *despoja de la mesa*, y cuya expresión conservo, es un bárbaro instituto turco, para mantener en la milicia el espíritu de robar.

(8) *Y no quieras del hado los arcanos saber*. Seméjante á ésta es la expresión de Horacio en la oda xi del libro ii:

*Tu ne queraris, acire nefas, quem mihi quem tibi
Finem Di dederint.... vina liques....*

(9) *Zelica y Josef*. Zelica es el nombre de la mujer de Putifar, según el Sura ó capítulo del Alcorán que contiene la historia de Josef, el cual sobrepasa en elegancia á todos los demás del libro del Profeta. Sobre la pasión de Zelica ha escrito el célebre poeta persa Nóraddin Jamí un poema intitulado *Josef y Zelica*, que pasa por el más fino y acendrado en su género.

La hermosura de Josef es tan celebrada como los orientales, que sus poetas dan este nombre á sus hermosos, como nosotros á los nuestros el de Adónis y Narciso,

Que salgan no es posible

Por un labio de rosa en miel bañado.

Tus versos engarzaste (10), *Hafiz* canoro,
Cual perlas del Oriente:

Entón el canto con tu boca de oro;

Que el puro etéreo coro (11)

Derrama sobre tí su luz fulgente.

GACELA III.

Vuelve la juventud (12) y la hermosura

Al año nuevo la estación florida;

Y el ruiseñor anuncia (13) con dulzura

De la fragante rosa la venida.

Aura, si mueves la ala presurosa

Por el ameno prado renaciente,

Al ciprés, á la albacá y á la rosa

Saluda de mi parte tiernamente.

Si mi gracioso escanciador de vino

Una expresión igual á mí me hiciera,

De la casa do mora de continuo,

El umbral con mis cejas yo barrera (14).

Estos, que al vernos retozar beodos,

Sueltan con mofa la maligna risa,

Toda su religion, sus votos todos

Sumergen en la copa (15) á toda prisa.

Huye del templo de falaz Fortuna,

No implores á sus puertas el sustento;

Que á todos á que lleguen importuna,

Y á todos los degüella en el momento.

Si ha de hacerse la alcoba postrimera (16)

Con dos puños de tierra solamente,

¡A qué fin elevar hasta la esfera

Ricos palacios con afán ardiente?

Reina en Egipto luna cananea (17).

En torno de su tierra resplandece;

Rompe ya tu prision infame y fea,

El trono es tuyo, el reino te lo ofrece.

No sé qué yo descubro de ominoso (18)

(10) *Tus versos engarzaste*. Es expresión puramente oriental: á los versos llaman perlas, y á una composición en verso, *perlas enredadas*.

(11) *Etéreo coro*. Las *Pléyades*.

(12) *Vuelve la juventud*. Los poetas de todos los países y de todos los siglos han celebrado la vuelta de la primavera. Esta primera estancia de Hafiz se parece á aquel principio de una de las poesías de Guarini en el *Pastor Fido*:

*O primavera, gioventù del anno,
Bella madre del fior,
D'erbe novelle et de novelle amori!*

(13) *Y el ruiseñor anuncia*. Como en el Asia se deleitan los ruiseñores de una manera increíble con el olor de las rosas, y continuamente revelan sobre ellas, hasta que, embriagados con la suavidad de su esencia, que en aquellos países es transcendental á lo sano, afojan las alas y se caen; y como cuando florecen las rosas es cuando suelen cantar estas aves en sus arbustos con más melodia, dice en el Oriente que el ruiseñor está enamorado de la rosa; de cuya fábula usan constantemente los poetas, llamándose á sí propios ruiseñores, y rosas á sus queridas. Con esta advertencia se puede comprender muchas de las alusiones que á cada paso se encuentran en nuestro poeta.

(14) *El umbral con mis cejas yo barrera*. Es una salutación por postración, como usan los asiáticos, y también nuestros cartujos en prueba de agradecimiento del placer que les causa una tan cariñosa expresión. El original dice que *barrera las puertas de la taberna*. La casa donde mora de continuo el escanciador de vino es la taberna.

(15) *Sumergen en la copa*. El original dice que *gastan su religión en el deseo de las cosas de la taberna*.

(16) *Si ha de hacerse la alcoba postrimera*. Alude á la ceremonia de los mahometanos, en sus funerales, de tomar un puñado de tierra en cada mano, y arrojarle sobre el cadáver ya en la fosa, antes de cubrirle con la losa sepulcral. Conviene el poeta con aquellos versos de Horacio de la oda xviii del libro ii:

*Tu secunda marmora
Locas sub ipsum funus: et sepulchri
Immemor, stratis domos.*

(17) *Luna cananea*. Los asiáticos llaman al patriarca Josef luna ó Canaan, y dicen que fué el más hermoso de los mortales. En esta estancia el poeta llama Josef á su querido, y Egipto á su propio corazón, le convida á reinar en él, y aplica metafóricamente á esta pensamiento la historia del hijo de Jacob, que desde la cárcel subió casi al trono de Egipto.

(18) *De ominoso en tu creencia*. Entre todas las naciones antiguas

En tu crencha, de fino almizcle ungida,
Que el céfiro la agita presuroso
Y está toda revuelta y esparcida.

Sobre tu frente, cual la luna clara,
Descansa el arco (1), como el ámbar puro,
Y contra un tierno corazon dispara,
Que se halla ya rendido, el golpe duro.

Bebe, Hafiz, cuanto quieras; los placeres
Disfruta y goza sin ningún quebranto;
Pero no andas hipócrita adulterea
Las palabras del libro sacrosanto (2).

GACELA IV.

Llégate, ¡oh sófi! (3) y este vaso mira,
Espejo cristalino,
Donde el dulce placer se ve y admira
Del rubicundo vino.

El velo descorrer de lo futuro (4)
A los ébrios es dado;
No es éste, no, negocio para el puro
Asceta macerado.

Prender con red y cauteloso engaño
Al Enka (5) es vano intento,
Retira ya la tuya, pues ogaño
Sólo cogerá viento.

Gozar del bien presente con prudencia;
Porque Adan, confiado
En el bien que esperaba de la ciencia,
Del Eden fué arrojado.

Bebe uno que otro vaso en el banquete
Del mundo, y te retira;
Pues quien placer estable se promete,
Ciertamente delira.

Pasó la verde edad; la única rosa
Que te resta recoge,
Y antes de ajarase, la virtud preciosa
Con tierno amor acoge.

Ansia la copa Hafiz; Céfiro blando
Busca á Giami (6) corriendo,
Y mi carifio le recuerda cuando
Veas que está bebiendo.

GACELA V.

Anoche nuestro superior (7), saliendo
Del templo sacrosanto,

A la casa del vino fué corriendo.

¡Ay! ¡Qué senda entre tanto

Nos queda que seguir, hermanos míos,

Con tales no esperados extravíos!

¡Cómo, ¡ay! tristes discípulos, tendremos

principalmente las orientales, se ha tenido por mal agiero la demasiada descomposición del cabello. El poeta saca de esta circunstancia, que advierte en su amado, un presagio funesto de su amor.

(1) *Descansa el arco*. El original dice: *Sobre tu luna (frente) nuevas el chocan (maso curvo de un juego de bolas) de dímbar puro, para darme un golpe, á mí, que estoy aturrido con el dolor.*

(2) *Libro sacrosanto*. El original el *Alcoran*. *Al-coran* significa *el libro*; lo mismo significa *Biblia*; así que decir *Alcoran* entre los mahometanos, ó *Biblia* entre los cristianos, es decir, *el libro*, y por antonomasia *el mejor de los libros, el libro sacrosanto*.

(3) *Sófi*. Significa monje, anacoreta, varón dedicado á la vida penitente y contemplativa.

(4) *El velo descorrer de lo futuro*. Algunos comentadores pretenden que esto arcano, oculto con el velo del hado (que es propiamente la expresión del original), se debe entender del amor.

(5) *Enka*. Es una ave fabulosa, única en su especie, de la cual todos hablan y nadie ha visto, y dicen habita en el maravilloso monte Caf (hoy día el Cáucaso), morada de todos los gigantes, duendes, trastos y magas de la mitología arabio-pera; en realidad es el fénix oriental, la imagen de lo más raro y casi imposible.

(6) *Busca á Giami*. La traducción de este distico debe ser así: *Hafiz anda la copa de vino: marcha, Céfiro, y saluda de mi parte al doctor La-Copa*. Porque juega el poeta con la palabra *Giam*, que significa copa, y es la patria de su amigo Nozamo. En castellano se pudiera decir *el doctor de Cuba*, porque Cuba es el nombre de un país y de una vasija de vino; pero, de todos modos, se puede asegurar que es intraducible, como todos los equívocos.

(7) *Anoche nuestro superior*. Los orientalistas dicen que estas tres primeras estancias hacen alusión á cierto apólogo muy estimado entre los orientales,

Virtud bastante fuerte,
Y hácia la Meca (8) el rostro volveremos,
Cuando el suyo convierte
Hácia do bulle el vino y gozo infando
Nuestro padre y maestro venerando?

Vamos, pues, convencidos do derrama
Sus placeres el vino,
Y encendamos el pecho con su llama.
¡Quizá nuestro destino
Es gozar el deleite con agrado
Y está desde abeterno decretado!

El aura con sus juegos descompuso
Tu crencha (9) deliciosa,
Y al punto nieblas en mis ojos puso.
Ni otro premio, otra cosa
Jamás mi pobre pecho ha conseguido
De estar de tu cabello suspendido.

La quietud, cual en red nudosa asida,
Hizo un breve momento
En mi sensible corazon manida:
Tú ante el lascivo viento
Tus fragantes cabellos deslizaste
Y al punto la quietud de mí ahuyentaste.
Si pudiera sentir la mente humana
El placer que del nudo
De tu crencha en el pecho ansioso mana,
El sabio más ceñudo
La austeridad y juicio perdería,
Y tan dulces cadenas ansiaría.

Tu labio nos mostró con tono sabio
En qué la gracia estaba;
Y vertióla al decirlo el mismo labio;
Mi pecho la aspiraba;
Y desde entónces mi sonora lira
Gracias produce y blando amor respira.

Mi abrasador suspiro, entre la oscura
Vigilia derramado,
No ablanda ¡ay! ese corazon de dura
Roca alpestre formado;
Y mi pecho la noche toda siente
Consumirse con fuego activo ardiente.

Como dardos, *Hafiz*, van tus gemidos
Derechos á los cielos (10),
Pues tú quisieras verlos condolidos.
¡Qué inútiles anhelos!
Calla, sufre, no arrojes dardos tales,
Que pueden ellos aumentar tus males.

GACELA VI.

Dulce copero del bullente vino
El vaso en torno con su llama alumbra;
Y ya que el hado mi deseo halaga

Músico canta:

«Vimos el rostro del gracioso jóven
Dentro del cáliz retratado al vivo.
¡Oh qué infelices los que el gusto ignoran
Del grato brindis!

»Y ¡oh, cuán hermosos (11) los ojuelos ebrios
De mi tirano vencedor parecen!
Por eso yo á la beodex con ansia
La rienda aflojo.

»Darán placeres los de esbelta talla

(8) *Y hácia la Meca*. Es precepto de la ley de Mahoma el volver, al tiempo de la oración, el rostro hácia la Meca, porque está allí el Caaba ó templo cuadrado, fabricado por Ismael, hijo de Abraham y de Agar, cuyo santuario es el objeto de sus famosas peregrinaciones.

(9) *El aura.... descompuso tu crencha*. Es preciso no olvidar que entre los orientales se tiene á mal agüero el que el viento descomponga el cabello de sus muchachas ó muchachos; y á esto alude esta estrofa.

(10) *Derechos á los cielos*. Aquí los cielos se entiende su amada ó amado, y teme que el dirigirlle sus suspiros sólo sirva para aumentar su desden.

(11) *Y oh, cuán hermosos*. La embriaguez en los ojos de los objetos amados, por la dulce languidez que causan, ha sido siempre alabada de los poetas: por eso dice Ostilio, casi con las mismas palabras que nuestro poeta, en su cantinela 43, v. 11:

*Et dulcis pueri ebrios ocellos
Illo purpureo ore suaviata,*

Hasta que entre ellos el ciprés parezca (1),
Que, como pino cimbreante y recto,
Sabe mecerse.

» Si el pecho que arde con amante fuego
No muere nunca, ni su ardor se acaba,
Sin duda el libro de la vida tiene
Mi nombre escrito.

» Dudo que el día que el sepulcro arroje
Su oscura presa, preferido sea
El pan acerbo del asceta al rojo
Vino riente.

» Si tú, suave Céfiro, atraviesas
De mis amigos el vergel fragante,
Ante el que adoro, como nuncio mío,
Muéstrate ledo.

» Diles no quieran destruir mi imagen
De su alma tierna; que por sí aquel día
Vendrá en que borre nuestro nombre el tiempo
De la memoria.

» La mar del cielo, por do va girando,
Cual presta nave, la esplendente luna,
Se encuentra henchida de los ricos dones
De Hagi-Kovamo (2).

» ¡Oh Hafiz! Derrama relumbrantes perlas
De los tus ojos al llorar tus cuitas;
Quizá de cebo servirán, y el ave
Vendrá á las redes.»

GACELA VII.

A mi cervato (3), Céfiro, con blando
Acento dile que, de amor herido,
El monte, el valle, el bosque fagagando,
Iré tras él perdido.

El que en torno derrama la dulzura (4)
(El cielo con amor vele en su vida),
¿Del que hacer de ella su manjar procura,
De este modo se olvida?

¡Oh rosa! ¡Tu hermosa y esplendente
Follaje te envanece de manera
Que por el ruiseñor, de amor demente,
No preguntas siquiera?

¡Por qué en rostros brillantes cual la luna,
Cuerpos esbeltos y renegros ojos
No podemos hallar señal alguna
De amorosos antojos?

No veo en tí lunar; eres hermoso
Cuanto lo puedes ser; mas descárra
Que constancia y amor en tu precioso
Semblante se encontrara.

Para el ave sagaz, redes nudozas
Y astutos lazos son desprecio y risa;
Al sabio con acciones virtuosas
Se caza más aprisa.

(1) *El ciprés parezca*. Los poetas persas comparan frecuentemente los muchachos, por su gracia y estatura, al pino y al ciprés, de cuyo lindo simil usa también en la égloga VII, v. 68, P. Virgilio Maron, y después de él infinitos, de esta manera:

Præsumus in silvis cedat tibi, pinus in hortis.

(2) *Hagi-Kovamo*, ó Hagi-Kovam Ed-din, Iné visir de Hazam El-kani y de su hijo Sheich Avis, sultanes de Persia en tiempo de Hafiz, y otro Mecenas por su liberalidad y conocida protección para con los literatos: como á tal le alaba frecuentemente nuestro poeta en sus canciones.

(3) *Céfiro con blando acento dile*. El céfiro es el constante mensajero del amor entre los poetas persas, como se ha visto en la gacela anterior; cuya idea es bastante común en los europeos; así Menage:

*Les jeunes zéphirs,
Fidèles messagers des amoureux desirs.*

(4) *Derrama la dulzura*. El poeta, en la primera estancia compara á su amado á un cervato, en la segunda á un mercader de azúcar ó conífero por la dulzura de su voz y sus gracias, y en la tercera á una rosa; y á sí propio, en la segunda, á un papagayo que ama mucho el azúcar, y comiéndola suaviza su acento, y en la tercera á un ruiseñor, comparación común entre los poetas orientales, cuando á sus amados y amadas las comparan con las rosas. La primera y tercera estancia no ofrecen dificultad en su traducción. La segunda, trasladada literalmente, dice: *¡El mercader de azúcar (rica muchos años) así se olvida del papagayo que se mantiene de azúcar!* Esta voz papagayo nunca sonaría bien en la poesía castellana; por lo que he traducido el pensamiento, no la imagen.

¿Qué mucho que Zoráh (5) bailes graciosos
Mueva en el cielo (6) con festivo encanto,
Si de los dulces versos amorosos
De Hafiz usa en el canto?

GACELA VIII.

Desde que halló el amante
Esperanza halagüeña en tu semblante,
Se ceban mil en tus lunares bellos
Y caen en la red de tus cabellos.

Cuanto sea el tormento
De estar lejos de tí sólo un momento,
Díganlo aquellos que acogió la tierra
Allá en Kerbelá (7) con sangrienta guerra.

Si al amor y bebida
Mi muchacho se entrega sin medida,
Diré «adiós» al pudor con frente osada,
Y huirá mi templanza desechada.

Llenemos este día (8),
Que lo es de los placeres y alegría.
Si cinco más me añades, ¿qué más quiero?
Gocé mi tiempo con sabor entero.

Hafiz, si tan dichoso
Erras con un beso déas en su pié hermoso (9),
Puedes decir que en uno y otro mundo
Un honor has logrado sin segundo.

GACELA IX.

Levántate, copero;
La taza alargá con jovial presteza;
Porque sepultar quiero
El pesar y tristeza

De nuestra edad presente
En medio del licor rojo bullente.

Añade vino á vino,
Y hagan los brindis olvidar los males
Que nos trac el destino;
Porque muchos mortales,
Por no acordarse de esto,
No alejaron de sí su hado funesto.

El ancho vaso lleno
Todo de vino, pon sobre mi palma;
Y agotado en el seno
Enloquezca el alma;
Que así del hombro al suelo
Caerá ese manto de color de cielo (10).

Murmuren mis acciones
Enhorabuena ancianos y prudentes,
Y rían los varones;
Para mí indiferentes
Fueron siempre los vanos

(5) *Zoráh*. Es el planeta Venus, el patrono, según los orientales, de los músicos y cantores.

(6) *Mueva en el cielo*. El original dice: «Escribe al Mesías á la danza.» No es en realidad falta de respeto al Mesías, cuya santa cantidad reconocen los musulmanes; aquí quiere decir que sus versos son capaces de hacer bailar hasta lo más grave y majestuoso, hasta el Mesías. Pero yo he mudado la comparación sin apartarme de la idea, siguiendo el ejemplo del sabio Kewizki, para no ofender los oídos delicados.

(7) *Kerbelá*. Campos de Asia, en la Persia, al lado del Eufrates, en donde fué muerto el imán Hussein, hijo de Ali y nieto de Mahoma, peleando contra el ejército de Yesid, hijo de Moavia, que le disputaba el califado. Sudi, intérprete turco de las obras de Hafiz, dice que en sus días se veían en aquel sitio mismo el sepulcro de Hussein y los de los setenta varones que perecieron con él, y añade que murieron de sed, á cuyo tormento parece que alude el poeta.

(8) *Llenemos este día*. Este pensamiento es de todos los poetas babilónicos. Gocemos el tiempo de los placeres, esto es, de la juventud, que pasa muy aprisa. En los cinco días de á entender el poeta el completo del poco tiempo que falta para acabarse.

(9) *Un beso déas en su pié*. Los orientales llaman su rey á su amante, y bajo esta alusión está concebido este pensamiento, cuya explicación se debe tener presente en otras odas en que se hace igual uso de este epíteto y sus atributos.

(10) *Manto de color de cielo*. Parece que era de ese color el manto ó hábito de los sofís ó monjes musulmanes, cuya profesión había abrazado Hafiz tan en contra de su voluntad, como lo demuestra muy á menudo sus canciones. Aunque en el fondo se ve que había mal y se burla solamente de los hipócritas, que, bajo el manto de la virtud, ocultan una conducta desarreglada.

Renombres que apetecen los humanos.

Si el humo caldeado
Que del volcán arroyo de mi pecho,
Al suyo duro, helado,
Llegase, ¡ay! ó deshecho
Al punto se quedara,
O como yo suspiros exhalara.
A ninguno confío
El venturoso singular secreto
Que guarda el pecho mío;
Pues no hallo asaz discreto
Al que en puro oro bebe,
Ni al de la humilde silenciosa plebe.
Sumamente contento
Estoy con el dominio de la hermosa
Que supo con violento
Impulso y con graciosa
Astucia aprisionarme,
Y en pos del alma la quietud robarme.
No los altos cipreses
Que de ornamento sirven á los prados
Y coronan las mieses
Serán más alabados
Cuando aquél se presente,
De forma argéntica, recto y eminente.
Hafiz, sufre constante (1)
Tus agudos pesares noche y día;
Así verás delante
La anhelada alegría,
Y tu gusto cumplido
Antes de lo que te hayas prometido.

GACELA X.

Nos separamos (2), ¡ay! y al punto viste
Mi corazón con ansias afligido.
¿Cuándo hará, y cómo, mi fortuna triste
Que sea mi viaje fenecido?
¿En cuántas partes los contrarios cielos
Desterrado me hicieron ir vagando!
Sin duda de mi amor tuvieron celos
Nuestro trato dulcísimo envidiando.
Las plantas bañaré (3) con abundosas
Lágrimas derramadas de alegría,
Del mortal que tus luces deliciosas
Me conceda adorar como solía.
Mis votos son por tí; tú alza al instante
También las palmas á la inmensa idea;
Le pido que tu fe guarde constante
Y que benigna nuestro amparo sea.
Si se halla el mundo contra mí irritado,
O alguna injuria contra tí fomenta,
Debe estar nuestro pecho sosegado;
Que el Jues supremo vengará esa afrenta.
Lo juro por tí misma; si á mi frente
Asestar mil y mil espadas viera,

(1) *Sufre constante*. Horacio da este mismo consejo al fin de la oda xxiv del libro I:

*Durum: sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas.*

(2) *Nos separamos*. Ésta es una oda de despedida que envió Hafiz á su amada ó amado cuando partió á la corte del Rey de Yezid.

(3) *Las plantas bañaré*. Este distico ó estancia es imposible traducirle con las alusiones del original; suena así literalmente: *Con la asperion de mis pestañas, que están al modo de tus cabellos, arrojare oro á los pies del que me proporciona saludarte*. Aquí hay un cúmulo de ideas y alusiones que es preciso desembrollar para entender bien este pensamiento, sumamente oscuro. Primero, la *asperion de las pestañas*, esto es, el derramamiento de las lágrimas, la compara á las monedas que se arrojan al pueblo en los bautismos y festividades en señal de alegría; porque estas lágrimas las vierte de sumo gozo. Segundo, dice que esta moneda no es de un valor despreciable, como la que se arroja al pueblo, sino de grande estima, de oro, con lo que expresa su puro y excesivo gozo; y que de esta preciosa moneda, ó de estas lágrimas de oro, están cargadas las pestañas de sus ojos, como los cabellos de su amada; porque los orientales acostumbra entretejer los cabellos de los muchachos y de las vírgenes con hilos y diges de oro; y así dice: que *arrojare oro*, esto es, bañará con lágrimas de un gozo puro los pies del que le procure tamaño bien. Pensamiento sumamente sencillo en sí, y que hacen sumamente difícil las alusiones á costumbres y adornos orientales, que nunca se pueden expresar con claridad en una lengua europea.

De este tu corazón mi amor ardiente

Todo el orbe arrancar jamás pudiera.

Mi ánima ansiosa y presaga me dice

Que pronto llegará de verte el día.

¡Oh día para mí dulce y felice,

Colmo de mis deseos y alegría!

Cuando Hafiz con su pluma deliciosa

Retrata tus mejillas encendidas,

Se ruboran las hojas (4) de la rosa,

De las del libro encantador vencidas.

GACELA XI.

Aquí moran las virtudes;

En mí vicios y pasiones.

¿Cuán diferentes caminos!

Y cómo han de unirse! ¿adónde?

La bondad y abstinencia,

¿Quién las vió jamás acordes,

Ni entonar con dulces flautas

Santos himnos! ¿cuándo? ¿adónde?

Aborrezco el triste claustro,

Odio el hábito de monje,

¿Adónde están los banquetes?

¿El alegre vino ¿adónde?

Pasó el tiempo delicioso (5)

De mis felices amores.

¿Adónde están los carifios?

¿Las blandas quejas ¿adónde?

Van tras la luz de mi amado

Mis émulos; reflexionen.

¿Dónde está su mecha extinta?

¿La hacha de mi sol ¿adónde?

Siendo alcohol de mis ojos (6)

El polvo que á tu umbral cogen (7),

Donde tú estás, estoy yo;

Si te mudas, dime ¿adónde.

Guarte, no mires su barba;

Anima mía, te expones,

Porque es hoyo en el camino.

¿Dó vas tan aprisa? ¿adónde?

Ni constancia ni paciencia

Pidáis á Hafiz. ¡Vanas voces!

¿Dónde hay paciencia y constancia

Y tranquilo sueño? ¿adónde?

GACELA XII.

¿Quién hará que mis ruegos fervorosos

Penetren el oído

De los que cercan á mi rey (8) ansiosos,

Porque al fin, conmovido,

De su regio carácter se revista,

Y no intente arrojarme de su vista?

Contra el maligno embate y la impostura

De mi émulo malvado,

A mi númen me acojo (9) y su dulzura;

(4) *Se ruboran las hojas*. Aunque hay aquí un equívoco que en rigor no se puede permitir en una obra de buen gusto, sin embargo, me parece bastante bien manejado, y que se le puede disimular de buena gana.

(5) *Pasó el tiempo delicioso*. Parece que copió los siguientes versos de Horacio, lib. IV, oda XIII:

*Quo fugit, Venus? heu! quos color? decens
Quo motus? Quid habes illius, illius,
Qua spirabat amores,
Qua me surperat mihi.*

(6) *Alcohol de mis ojos*. La voz *cohol* del original está trasladada á nuestra lengua con el artículo *al*, formando de las dos una sola voz y significando lo mismo. Esto me hace ver que no es exacta la traducción latina de esta voz hecha por Revizky.

(7) *El polvo que á tu umbral cogen*. Esta metáfora está tomada del modo oriental de saludar á los príncipes y grandes señores, que siempre es por prostración, poniendo la frente en tierra; por lo cual para decir saludar, venerar, usan frecuentemente de esta frase: *Postar la faz en el polvo de los pies*.

(8) *A mi rey*. Llama a rey á su amado, y espera que por la generosidad propia de su carácter no le separe de su vista.

(9) *A mi númen me acojo*. Aquí le llama su dios y se acoge á su amparo para que la defensa de sus enemigos.

Que el astro aquel dorado (1),
Que el cielo enciende con su lumbre bella,
Será el amparo de esta oscura estrella.
¡Qué bulla, ruido ó confusión es ésta
Que tú ahora excitaste
Mostrando tu figura hermosa enhiesta!
¡A cuántos aterraste
Con un tiró no más! ¡Cuál el secreto
De tanta muerte y triunfo tan completo!
Cuando esas tus mejillas con brillantes
Colores sonrosean,
Se enciende el corazón de los amantes;
Y de que todos sean
Así abrasados con ardor insano,
¡Qué utilidades sacas, inhumano?
Si tus renegras cejas con un fiero
Movimiento imperioso
Decretaron crímel mi fin postrero;
Teme el giro engañoso
De tus luces, y evita la atroz pena
A que tu culpa enorme (2) te condena.
Con los prestigios de tus dulces ojos
El corazón doliente
Sangre espumante brota. Los despojos
Ve, joven excelente,
De tu victoria, y mira de qué suerte
Conduces tus esclavos á la muerte.
Las horas de la noche silenciosa
Las gasto yo esperando
Que el aura matutina, con graciosa
Risa y acento blando,
Me traiga alguna nueva que al sediento
Corazón refrigere y le dé aliento.
Si el corazón de *Hafiz*, de sangre hinchado,
Se encuentra comprimido,
Por verse de tus ojos separado,
¡Cuál será su latido,
Su dulce agitación, cuando sus brazos
Te estrechen otra vez con tiernos lazos!

GACELA XIII (3).

El corazón doliente
Del pecho se me escapa arrebatado;
Vosotros, que la mente
Tranquila manteneis, el tan guardado
Secreto haced no sea
¡Ay! propalado en pública asamblea.
En la playa arenosa
Nuestra nave encalló, siendo impelida
De tempestad rabiosa;
Viento, sopla al revés, y la querida
Tierra le dará abrigo
Y el ver el rostro de su caro amigo.
Diez días de contento
A nadie la fortuna ha concedido;
Que su favor es viento;
Y así disfruta con placer cumplido
El momento presente;
Que ¡quién está seguro del siguiente!
En la espesa enramada,
Do con la vid la rosa se pompea,
Esta noche pasada
Cantó así el ruiseñor: «Ea, sús, ea;
Que el albor matutino,
Os brinda, amigos, con el fresco vino.»
Aquella áspera cosa (4)
Por nuestro gran Legislador (5) llamada,

(1) *Astro aquel adorado*. Aquí llama á su querido *estrella de primer tamaño*, y á sí propio, por humildad, *estrella oscura, pequeña*.

(2) *Tu culpa enorme*. Tal es condenar á muerte á quien no lo merece, á un inocente; quizás porque tus ojos te engañaron; así no te fies de ellos; está alerta contra su falacia.

(3) Ésta es una de aquellas odas más verdaderamente bélicas, hechas en medio del confuso estruendo de los brindis. Figúrese el lector que son tres los convidados, todos poetas, y el principal un monje, y que se ponen á brindar uno en pos de otro, y no extrañará que, según su genio, cada uno diga una cosa diversa, aunque todas análogas al objeto del convite.

(4) *Áspera cosa*. El vino.

(5) *Legislador*. Mahoma: así llamaba al vino,

A fin de hacerla odiosa,
Madre de los perversos, más me agrada
Y más mi sed provoca
Que el dulce beso de virgínea boca.
Es el vaso de vino
Aquel espejo de Alejandro (6), donde
Escrito está el destino;
Consúltale y verás cuál te responde,
Y hace ver de qué suerte
Subió Darío y tuvo infausta suerte.
Si te oprime la impía
Pobreza, arroja su tenaz cuidado
Con vino y alegría;
Que el infeliz, con ellos, aunque el hado
Se le muestre importuno,
Puede llegar á ser otro Caruno.
Si quieres ser dichoso
En uno y otro mundo, esta sentencia:
Aprende cuidadoso,
Que en dos letras no más está su ciencia:
Trata afable á tu amigo,
Y con circunspección á tu enemigo.
No me fué concedido
En cas de la Virtud hacer parada,
Ni el que sea extendido
Mi nombre con honor; si no te agrada
El mirarme entregado
Al vino y al placer, enmienda el hado.
Tú, que eres soberano
De las Gracias (7), pues todas van á una
A posar en tu mano,
Por tu misma benéfica fortuna
Que te muestres te pido
Favorable con este desvalido.

Los muchachos hermosos,
Cuando el lenguaje pérsico modulan,
Son dulces, son graciosos,
Y el placer sus acentos estimulan;
Mas tú corre, copero,
Y da estas nuevas al asceta austero.
No seas inconstante;
Que de celos, cual has de rama hojosa,
Te abrasará al instante
Aquel joven ilustre, cuya hermosa
Palma tal fuego anida,
Que como cera el pedernal líquida.
Este manto de grado
No se lo puso *Hafiz*, ni por su culpa
Fué con vino manchado;
¡Oh Superior purísimo! disculpa
Nuestro obrar voluptuoso
Mereced de tu pecho bondadoso.

GACELA XIV.

Muchacha, el claro brillo de la luna
Es el reflejo de tu linda barba;
Y en ese hoyuelo con placer se anidan
Los lascivos anhelos y las gracias.
¡Cuándo hará Dios (8) se cumpla mi deseo
De ver á un tiempo al aire desatadas
De tus cabellos las onduladas trenzas

(6) *Espejo de Alejandro*. De este espejo dice Sudi, comentarista turco de *Hafiz*: «Es fama que Darío disputando el reino con Alejandro por medio de las armas, hizo uso de un espejo maravilloso, que volvía contra su contrario sus propias tretas y astucias, y cuentan que se atuvo á su voto todo el tiempo que con él rechazó de sí las insidias de Alejandro; lo que, sabido por este príncipe, consultó á los filósofos y sabios que llevaba consigo, excitándoles á pensar algún artificio con el cual en cualquiera tiempo pudiese ver por sí mismo el estado de los negocios del rey Darío; á cuyo mandato accediendo los filósofos de Alejandría, erigieron sobre una grandísima columna un espejo mágico, en el cual se veía cuanto pasaba en los siete climas del mundo.»

(7) *Soberano de las Gracias*. El mismo Sudi dice que esta estrofa se dirige á *Karan-eddis Hasan*. Pudiera ser también al objeto de su amor, y entonces la oda tendría más unidad.

(8) *Cuándo hará Dios*. Aquí hay una figura retórica, peculiar á los orientales, llamada *Isht/hami-inkhari* (interrogación por petición); porque la respuesta á esta pregunta es: «Nunca, por no ser posible que yo vea desatadas tus cabellos, y que mi ánimo se recija; esto es, que no se excite con amorosos deseos.»

Y mi ánimo cobrar su antigua calma?
 Para verte mejor, para adorarte,
 Mi alma á los labios se asomó (1) con ansia;
 Está suspensa en ellos, de tí sola
 Pende se vuelva, ó que del todo salga.
 Mi corason enfermo desfallece;
 Sépalo aquella que el dolor me causa;
 Y vosotros, amigos, sed más cantos;
 Que no son diferentes nuestras almas.
 Al pasar los umbrales de mi puerta,
 La refulgente túnica levanta;
 Que está empapado el pavimento en sangre
 De víctimas á tí sacrificadas.
 De mirar tu mejilla y poner freno
 Al ardiente deseo, ¡qué se saca?
 ¿No vale más que nadie ante tus ojos
 Se jacte, osado, de virtud tan rara?
 Mi fortuna dormida quizá el sueño
 Arrojará de sí; porque bañada
 Se verá de la luz que tus brillantes
 Ojos en torno sin cesar derraman.
 Algunas flores de tus siempre frescas
 Mejillas, haz que el céfiro nos traiga;
 Así podremos aspirar la esencia
 Que ese tu encantador vergel exhala....
 Este es de *Hafiz* (2) el anhelante voto;
 Oyelo y di que sí, mi dulce amada,
 Que á mí me toque en suerte aquel almíbar
 Que tu labio destila y amor labra.

GACELA XV.

Un músico esta noche
 Mi oído regalaba
 Con amorosos tonos
 De su canora flauta.
 Sentí al punto, al oírle,
 En mi pecho mil ansias:
 Tal impresion me hacían
 Sus dulces consonancias.
 Un copero, con frente
 Como el Diciembre blanca,
 Y con risos cual soles,
 A mi lado se hallaba;
 Al verme trastornado,
 Vino con abundancia
 Vertió en mi copa. Absorto
 A una acción tan hidalga,
 Grité: « De mi existencia
 Tú me alivias la carga
 Cuando así con el vino
 Me rebosas la taza.
 »Librete Dios del fiero
 Pesar de la inconstancia
 Y en uno y otro mundo

(1) *A los labios se asomó.* Hipérbole del asombro que causó la vista de la hermosura.

(2) *Este es de Hafiz.* Antecedian á este distico otros cuatro, tan sumamente inconexos, que me ha parecido suprimirlos para no echar á perder esta hermosa cantinela. Pero para satisfacer la curiosidad de los que quisieran verla íntegra, cual la compuso su autor, traslado aquí este trozo:

Gosad de los banquetes largo tiempo
 Vosotros, comensales del Monarca;
 Que yo nunca, infelice, vi en sus días
 Mi pobre copa de licor colmada.
 Dirás á los de Yendi de mi parte,
 Céfiro amigo: « Cerquen las desgracias
 A los que ingratos con vosotros sean,
 Cual bolas de chocor (a), que nunca paran. »
 Aunque me hallo muy lejos de vosotros,
 Mi ansiosa voluntad está cercana;
 De vuestro rey esclavo ser deseo,
 Y que logreis eterna lustré fama.
 Oh rey, astro luciente y poderoso,
 Te pido con mil ruegos esta gracia:
 Que permitas que selle con mi frente
 Los celestes umbrales de tu alcázar.

(a) *Chocor.* Véase en la gacela III la nota. Dicesen al chocor. Tal vez del vocablo de este mano y de su uso ha provénido nuestro verbo chocar.

Te dé dichas colmadas.
 »Cuando *Hafiz* está alegre,
 ¿Qué le importan tiaras,
 Ni Kaus, ni Kis (3), ni Persias?
 Poco ménos que nada.

GACELA XVI (4).

Velada la cabeza
 De rosas la alba sale;
 El brindis matutino
 Al punto, al punto dadme.
 El rocío en el rostro
 De la tulipa eae;
 Llegad el vaso, el vaso,
 Compafieros amables.
 Un divinal ambiente
 En el jardín se esparce;
 Bebed el vino puro
 Con anhelo incesante.
 Su trono de esmeralda
 La rosa extiende al aire;
 Venga el licor que brilla
 Cual rubí centellante.
 En la sala encerrados
 Están aún, aún no salen;
 Oh tú, portero, al punto
 Ambos batientes abre.
 En estacion tan dulce
 Es raro, extravagante,
 Que el templo de los brindis
 Patente no se halle.
 Tú, que en amor padeces,
 La copa al labio trae,
 Y vosotros, oh sabios,
 Alegando el semblante,
 Con *Hafiz* sorbed besos,
 Más que el vino suave,
 De la faz del copero
 Hermoso como un ángel.

GACELA XVII.

Ora las trenzas la temprana rosa
 Adorna, ora la diestra ocupa el vaso,
 Y al lado de la hermosa
 Virgen ora contemplo con desprecio
 De los monarcas el orgullo necio.
 Quita la tea trémula al instante.
 ¿De qué sus tibias luces esta noche,
 Que su candor brillante
 Depositó la luna en la rosada
 Fresca mejilla de mi dulce amada?
 Léjos de este mi umbral los deliciosos
 Aromas y los bálsamos de Siria;
 Que olores mil preciosos
 Ha derramado en derredor aquella
 Ungida crencha de mi joven bella.
 No el grato jugo de la hesperia caña
 Ni otra azúcar suavísima me alabe
 Con elocuencia extraña;
 Que el labio de mi niña con dulzura
 Un panal vierte de la miel más pura.
 Los vinos, á los otros prohibidos
 Por la severa ley, son á mis fieles
 Amigos concedidos;

(3) *Kaus y Kis.* Kaus y Ki fueron dos antiguos poderosos reyes de la Persia.

(4) En esta oda celebra el poeta la venida de la primavera, en cuyo tiempo, segun su doctrina, es preciso entregarse al amor, al vino y á los placeres de los festines. La escena es al amanecer, al frente de una taberna, fonda ó casa de festin, cuya puerta está cerrada; en lo interior los camaradas, y en lo exterior dos, uno que anuncia el momento del amanecer, y otro que hace la aplicacion de las ideas que éste produce. Las primeras cinco coplas se cantan alternadas; la sexta parece un dúo, á cuyos acentos se abre la puerta de la sala, en donde aparecen los compafieros, y *Hafiz* en las dos últimas convida, tanto á los enamorados como á los sabios, á entregarse á la voluptuosidad, siendo hasta en el amor á su Batlle semejante al lirico de Toya.

Y si estás tú presente, oh lumbre mía,
 Disculpa encontrará nuestra osadía.
 Mas si la suerte con rigor me mira,
 Y robando mi amor, de mí tu rostro
 Con desden se retira,
 Buscaré los lugares escondidos
 Para arrojar en ellos mis gemidos.
 ¿Para qué de la fama resonante
 Los falsos y pomposos atractivos
 Me pones tú delante?
 Nada me mueven los renombres huecos
 Ni del aplauso popular los ecos.
 A mí sólo el cantor me causa agrado,
 El tono de la cítara sonora,
 El ver apresurado
 Correr el vaso en torno, y con excesos
 Coger del labio virginal los besos.
 Lascivo, audaz, beodo y descarado
 En robar los placeres, lo confieso,
 Lo soy en sumo grado;
 Mas si hallas uno en la ciudad diverso,
 Dedico al punto á su loor mi verso.
 Guárdate, empero, de contar al duro
 Superior mis deslices inocentes;
 Aunque no es él muy puro,
 Pues á menudo con licor suave
 Se suele perturbar su rostro grave.
Hafiz, el vino y ansias amorosas
 Interrumpiolas la estacion helada;
 Mas ora que las rosas
 Con purpurado resplandor parecen,
 Los años otra vez rejuvenecen.

GACELA XVIII.

Céfiro, si la estancia
 De mi amiga atraviesas,
 De sus fragantes rizos
 Arrebata la esencia.
 ¡Ah! si tú me trajeres
 De su albo pecho nuevas,
 Mi corazon bañaras
 De una dulzura inmensa.
 Pero si la fortuna
 Este placer te niega,
 Al menos trae el polvo
 Que en su estancia revuela.
 ¿Qué infeliz soy en tanto
 Que deseo su vuelta!
 ¿Cuándo ¡ay! ante mis ojos
 Veré su imagen bella?
 Mi corazon doliente
 Como el sauce retiembra,
 Con la ansia de mi amiga,
 Cual pino hermosa y recta.
 Aunque ella no me amara,
 El orbe de la tierra
 Trocára por un solo
 Cabello de su crencha (1).
 ¿De qué sirve que el dulce
Hafiz una alma tenga
 Tan libre, si su esclavo
 Es forzoso que sea?

GACELA XIX (2).

Quando por el oriente de la copa
 Con majestad se eleva el sol del vino,
 En el jardín del rostro del copero
 Mil tulipas arrojan dulces brillos.

(1) *Cabello de su crencha*. A cualquiera parecerá, al leer estos versos, que *Hafiz* tuvo presente estos otros de Horacio en la oda XII del libro II:

*Num tu, quæ tenui dices Achæmenes
 Aut pinguis Phrygiæ Mygdontas opes
 Permutare velis crine Lycymnia
 Plenas aut Arabum domos....*

(2) Es preciso advertir que *Hafiz* habla en toda la oda consigo mismo, y que se queja de la ausencia de su Batilo.

El aura, perfumada con la esencia
 Que sube de su plácido recinto,
 Sobre el rosado pecho esparce en torno
 Sus cabellos, oscuros cual jacintos.
 Cuando nos dividió la noche amarga,
 Fué con tantos lamentos y suspiros,
 Que para retratar este momento
 No bastan, no, mil plumas, mil escritas.
 Con la firme paciencia que el profeta
 Noé vió desatarse los abismos,
 Se obtendrán nuestros fervidos deseos,
 Nuestras angustias hallarán alivio.
 La esperanza que abrigas en tu pecho
 Nada aislada vale (3); darle auxilio
 Es menester á fin de que se logre;
 Que empresa sin auxilios es delirio.
 No ocupe tu deseo la avaricia,
 Ni la fortuna te fascine el juicio.
 Con poco el hombre vive, y ese poco
 Lograrlo puede sin trabajo asiduo.
 La aura que sobre tu sepulcro juega,
Hafiz, traiga el aroma de sus rizos;
 Con ella cobrará tu polvo vida
 Y volverá á tu voz el verso extinto.

GACELA XX.

Lloro y lamento sin cesar tu ausencia;
 Mas ¿de qué sirve mi anhelar continuo,
 Si á tus oídos Céfiro rehusa
 Llevar mis ayes?
 La noche, el día en la aflicción consumo;
 Algun alivio conseguir debiera;
 Mas, de ti léjos, ¿cómo estar tranquila
 El alma puede?
 Tan sólo puedo suspirar en vano;
 Que es mi tormento tan cruel, que ansiara
 Que mi enemigo más atroz se viera
 Cual yo me veo.
 Desde que el eco de mi voz no escuchas,
 Está en la pena el corazon sumido,
 Y á los mis ojos ardorosas fuentes
 De sangre envia.
 Cuando suspiros por tu ausencia lanza
 Mi pobre pecho, gotas mil de sangre
 A cada golpe de mis ojos brotan
 Rápidamente.
 En tu partida meditando siempre,
Hafiz, ausente, trastornado yace.
 ¿Cuándo tu risa deliciosa aliento
 Dará á tu esclavo?

GACELA XXI.

Nada podrá arrancar del alma mía
 De mi jóven gentil la imagen grata.
 Ni la memoria del ciprés pomposo
 De mi pecho jamas será borrada.
 No lograrán el hado enfurecido
 Ni la fortuna con rigor voltaria
 Que la miel de tus rojos labios sea
 De mi sediento corazon borrada.
 Enredado en tu negra ondosa crencha
 Está mi corazon desde la infancia;
 Hasta la muerte, union tan agradable
 No será ni deshecha ni borrada.
 Arrebatarme las pasiones fieras
 Lo pueden todo con ardientes ansias;
 Sólo no pueden de mi amante pecho
 Esta agradable llama ver borrada.
 Mi violenta pasión con tal impulso
 Ha sido impresa en lo interior del alma,
 Que aunque mi cuello dividido sea,
 Jamas esta impresion será borrada.
 Si en sus amores mi alma mostré exceso,
 Es preciso, no obstante, disculparla;

(3) *Nada aislada vale*. Quiere decir que de nada sirve su esperanza aislada; que necesita que su amado le auxilie con otra tal de su parte; porque, si no, es un delirio creer que se logren sus deseos.

Está enferma; la fiebre que la agita
Quisiera ¡ay triste! al punto ver borrada.
El que no quiera, como *Hafiz*, mirarse
Lleno de frenesi, de angustia amarga,
Hasta la idea del hermoso sexo
Tenga del débil corazón borrada.

GACELA XXII.

Rosa que el bel semblante
De mi bien no traslada,
No vale nada.
Primavera radiante
Sin vino purpurado,
No causa agrado.
Bosque en sendas tortuosas,
Jardín con anchurosas
Calles hojosas,
Sin el cantar sobroso
Del ruiseñor penado,
No dan agrado.
Cipres que el aire mece,
Flor, del campo ornamento,
Que ondea el viento,
Sin la faz que parece
Tulipán jaspeado,
No dan agrado.
Labio cual miel fragante,
Índole deliciosa
Como la rosa,
Sin la trisca incesante
Y el beso enamorado,
No dan agrado.
Vinos con dulce esencia,
Vergeles olorosos
Son deliciosos;
Pero sin la presencia
De mi dueño adorado,
No dan agrado.
Encantos y primores
Del arte y de natura
En la pintura,
Sin los vivos colores
De aquel rostro extremado,
No dan agrado.
Y ¡qué es, *Hafiz*, tu vida?
Moneda de nonada (1),
Que sólo echada,
En la fiesta lucida,
Al pueblo alborozado,
Produce agrado.

GACELA XXIII.

Ahora que al jardín vuelve la rosa
Con nueva vida, con recientes gracias,
La viola, acatándola cual reina,
Pone su faz debajo de sus plantas.
Al compás del adufe y de la lira
Bebe del brindis matinal la taza,
Y á las muchachas las cervices besa.
Al compás del adufe y de la flauta.
De Zerdusti (2) renueva el sacro rito
En medio de la plácida enramada,
Ora que el fuego de Nemrod (3) las hojas

(1) *Moneda de nonada*. Alude al uso que tienen los orientales de arrojar grandes puñados de una pequeña moneda, llamada *Nisar*, al populacho en las grandes fiestas y otras ocasiones de regocijo, como casamientos, procesiones u otras cosas semejantes; y el pueblo, anícoo, extiende sus mantos y vestidos, para recoger las que caen. Hay algunos tan económicos, que hacen anticipadamente provision de esta mala moneda para semejantes casos. ¡Quién puede dudar que hemos tomado semejante costumbre de los orientales en los bautismos y funciones públicas?

En esta estancia final hace ver el poeta que su vida ha sido tan triste y contrariada (tal vez por sus pasiones), que sólo causa agrado la relación de sus sucesos cuando los canta en medio de la bulla y alborozo.

(2) *Zerdusti*. Es Zoroástras, el primero que introdujo en el Oriente la adoración del fuego.

(3) *Nemrod*. Uno de los principales adoradores del fuego.

Del jaspeado tulipán abrasa.
Del jóven con aliento de Mesías (4)
Y mejilla brillante cual la plata,
Toma la copa; y la terrible historin
De Ade y Themude (5) del oído aparta.
Cuando vienen las rosas y los lirios,
El orbe como el fresco Eden se pára;
¡Por qué la eternidad, al contemplarle,
Fijar en él no quiere su morada?
Cuando la rosa por el éter puro
Cual Salomón ligera se encarama (6),
El ave matinal sus dulces tonos
Con el acento de David (7) discanta.
No estés en tanto que las rosas brillan (8),
Sin lira, sin amigo, sin amada;
Que el tiempo de las flores delicioso
En un momento imperceptible pasa.
Un ancho vaso con herviente vino,
Para brindar á Emededin (9), alarga
A este moderno Asaf (10), cuyo prudente
Consejo el mismo Salomón tomara.
En este tiempo suyo la alegría
Sea perpétua y pura en nuestras almas,
Y llene todo el cerco de la tierra,
Cual densa sombra, su condigna fama.
Venga vino á dos manos, vengan copas,
Que el hervoroso *Hafiz* nunca se cansa
De pedirlo á los cielos, y confía
Que benignos le otorguen esta gracia.

GACELA XXIV.

Ea, copero, el vaso
Lleno de vino dame;
Un vaso, y otro y otro
De vino puro trae.
El remedio de todos
Los amorosos males
Y la gran medicina
Del viejo débil trae.
El rojo sol es vino,
La blanca luna cáliz;
En medio de la luna
El sol ardiente trae.
Aquel líquido fuego
A mano llena esparce;
Aquel fuego, te digo,
Que es como el agua, trae.
Pues la rosa esplendente
Tan pronto se deshace,
Un vino que parezca
Agua de rosa, trae.
Ya que no oigo el susurro (11)
Del ruiseñor amante,
Para excitar el ruido

(4) *El aliento de Mesías*. Denota un espíritu leve, suave, que puede resucitar un muerto.

(5) *Ade y Themude*. Ad y Themud son los nombres de dos tribus antiguas de la Arabia, las cuales perecieron desgraciadamente, según dice el Alcorán, por no haber hecho caso de las amonestaciones del profeta Saleh.

(6) *Cual Salomón ligera se encarama*. Fingen los asiáticos que Salomón tenía un tapiz tan maravilloso, que puesto sobre él, caminaba por el aire.

(7) *El acento de David*. Los asiáticos estiman y alaban mucho los versos y la lira de David.

(8) *En tanto que las rosas brillan*. Parece este pensamiento copiado de aquellos tan célebres é imitados versos de Ausonio en su idilio de las rosas *Ver erat et blando*, etc.:

*Collige virgo rosas, dum flos novus, et nova pubes
Et memor esse avum sic properare tuum.*

(9) *Emededin*. Emededin Mahmud era un visir de Persia, de grandes virtudes.

(10) *A este moderno Asaf*. Asaf, si se ha de creer á los asiáticos, fué visir ó ministro de Salomón, cuyo nombre se antepone á uno que otro salmo.

(11) *Fa que no oigo el susurro*. Esta estancia es sumamente imitativa en el original; el primer verso es éste: *Gulguil bulbul ar remanad roas*. La palabra *gulguil* se aplica igualmente al ruiseñor (*bulbul*) y á la botella; significa voz, clamor y ruido, y designa perfectamente el estrépito que hace el vino cuando se derrama de repente de una botella. Estas bellezas no se pueden traducir; á lo más se pueden imitar algo para dar una idea, aunque débil.

Copas y copas *trae*.
 A fin de que la suerte
 Tristeza no nos cause,
 La cítara y la flauta
 De tanto en tanto *trae*.
 Pues gozo sólo en sueños
 Sus abrazos suaves,
 Aquella pocion dulce
 Que infunde sueño, *trae*.
 Si ébrio est. y, ¿qué remedio?
 Para que al punto acabe
 De perder el sentido
 Un ancho vaso *trae*.
 Y otro y otro, y mil otros
 A *Hafiz* luego, al instante,
 Y sea permitido
 O no lo sea (1), *trae*.

GACELA XXV.

Sufrió de amor la angustia,
 Y también de la ausencia
 El veneno he sufrido;
 Mas por quién, *no lo inquietas*.
 Por el mundo he vagado,
 Y al fin una halagüeña
 Muchacha yo he elegido;
 Mas quién es, *no lo inquietas*.
 El randal de mis ojos
 Baña sus dulces huellas;
 Pero el modo y la causa
 Del llanto *no lo inquietas*.
 Palabras de su boca
 Oí anoche; y en ellas
 Lo que su pecho amante
 Me expresó *no lo inquietas*.
 ¿Me provoca tu labio,
 Y mi secreto anhela?
 Besé, sí, un labio ardiente;
 Pero cuál, *no lo inquietas*.
 En mi triste cabaña
 Solo, y ausente de ella,
 Un tormento me affige,
 Que, por Dios, *no lo inquietas*.
 ¡Ay! yo, *Hafiz*, he llegado
 En la amorosa senda
 A un punto, que te ruego,
 Te ruego *no lo inquietas*.

GACELA XXVI.

Todas tus formas, ¡ay! ¡qué delicadas!
 Donde estás tú, ¡qué sitio tan suave!
 Mi corazón de puro gozo llenas
 Con tu trato meliflúo y *agradable*.
 Como las hojas tiernas de la rosa,
 Tienes blando y dulcísimo carácter;
 Y eres, como el ciprés del paraíso,
 En todos los sentidos *agradable*.
 Tu desden y caprichos ¡qué halagüeños!
 ¡Qué graciosos tu bozo y tus lunares!
 Tus ojos y tus cejas ¡qué lucientes!
 Tu prócera estatura ¡qué *agradable*!
 Se matiza el vergel de mis ideas
 De pinturas y adornos al mirarte,
 Y, cual tu crencha, el corazón exhala
 Un olor de jazmines *agradable*.
 En la vía de amor es imposible
 Evitar el torrente de los ayes,
 Pero el apoyo de tu puro afecto
 Me lo hará delicioso y *agradable*.
 Ante tus ojos brilladores muero;
 Mas este amargo temeroso instante
 Una sonrisa de tus dulces labios
 Es capaz de volvérmelo *agradable*.
 Aunque buscarte en medio del desierto

(1) Y sea permitido ó no lo sea. Como hombre abandonado á los placeres, parece el poeta despreciar aquí la doctrina de su profeta, que prohibe el uso del vino.

Muestra dificultad y riesgos grandes,
 Entrar en lo más hondo en busca tuya
 Para el mísero *Hafiz* será *agradable*.

GACELA XXVII.

Ese ídolo (2), de ricas joyas lleno
 Y de mármoreo corazón dotado,
 Me tiene absorto, de mí mismo ajeno,
 Y me ha la fuerza y la razón robado.
 Con su activo mirar, con su alba frente,
 Con su hechicera angélica hermosura,
 Con su brillo cual luna refulgente
 Y con su veste rozagante y pura.
 Arde mi pecho con amor violento,
 Y mi alma con su fuego está inflamada,
 Y hierve y bulle en hórrido fermento,
 Cual vasija entre brasas colocada.
 ¡Oh si en mis brazos estrechar pudiera
 Su cuerpo, cual le cifo su vestido!
 ¡Como la interior túnica quisiera
 Estar mi corazón con ella unido!
 Al fin mis huesos se verán un día
 A polvo reducidos en la fosa;
 Mas no podrá jamás el alma mía (3)
 Borrar una pasión tan poderosa.
 Su alto pecho, sus hombros extendidos
 A mis ojos ansiosos se ofrecieron,
 Y juicio y religión y alma y sentidos
 Al punto, en el momento destruyeron.
 Ya no tienes, *Hafiz*, otro cuidado
 Que su meliflúo labio delicioso;
 Su labio, cual rubí, todo abrazado;
 Su labio, cual lo anhelas, amoroso.

GACELA XXVIII.

Llega, que siento el aura
 Que tu rostro acaricia,
 Y en mi pecho la imagen
 Que imprime tu *mejilla*.
 Las gracias que atribuyen
 A las celestes ninfas (4),
 Por prototipo tienen
 Tu brillante *mejilla*.
 Su almizcle de tu crencha
 Hurta la cabra china;
 La agua de rosa extrae
 Su olor de tu *mejilla*.
 El ciprés á tu talla
 Su erguida copa inclina;
 La rosa, avergonzada,
 Se abate á tu *mejilla*.
 Pálido el jazmin queda
 Cuando tu albor admira;
 Vierte el argovan (5) sangre
 Mirando tu *mejilla*.
 Con rubor en las ondas
 El sol se precipita,
 Y la luna contempla
 Absorta tu *mejilla*.

(2) Ese ídolo. Contempla al principio á su querida como un ídolo, cargado de joyas y adornos brillantes, y á él, como su adorador, y sin apartarse del todo de esta metáfora, explica el ardor de su pasión y sus deseos.

(3) El alma mía. Los antiguos persas creían que el alma era capaz de existir por sí sola separada del cuerpo, y que retenía sus amores y afecciones después de la disolución de la forma humana. Y como ellos sostenían que todas las almas y los elementos de todo cuerpo, cualquiera que fuese, eran creados, co-existentes y co-eternos con la divinidad, la eternidad del alma precisamente debía ser uno de sus dogmas.

(4) A las celestes ninfas. Estas son las huris ó vírgenes de ojos negros que Mahoma promete en el paraíso á los bienaventurados.

(5) El argovan. Es el árbol de Judá, que se cubre enteramente de flores de color de púrpura. Antes de arrojar sus hojas. Se llama así, porque se supone que este traidor se ahorcó en él después de haber vendido á su divino Maestro; que el árbol, en consecuencia, fué bañado con su sangre, de la cual quedaron teñidas sus flores, conservando hasta el día de hoy este mismo color para perpetua memoria del horrible fin de aquel malvado.

Agua inmortal los dulces
Versos de *Hafiz* destilan,
Como sangre su pecho
Quando ve tu mejilla.

GACELA XXIX.

Trae, copero, vino,
Que ya las rosas brotan,
Y rompamos los votos
Sobre lechos de rosas.
Al vergel descendamos
Con algazara y broma,
Como los ruiseñores
A los nidos de rosas.
En su seno apuremos
Dulces fragantes copas;
Que el placer corre al punto
A la voz de las rosas.

Con rosas brilla el huerto;
Y pues nos huyen prontas,
Busca un amigo, el vino
Y el palacio de rosas.

Hafiz, las rosas ansias
Cual ruiseñor; y adoras
Hasta el polvo que pisa
El guarda de las rosas.

GACELA XXX.

Llegó la rosa, amigos;
Vengan, vengan los juegos;
Esto mismo aconsejan
Los venerandos viejos.

No hay tristeza ora en nadie;
Pero ¡ay! que vuela el tiempo (1);
Pues bebamos con ansia
Mas que el tapiz manchemos.

Dulce el aura es, da gozo;
Mas yo apurar prefiero
El rojo vino al lado
De un semblante halagüeño.

Venga la lira; adversa
Es la suerte á los buenos,
Para evitar su angustia,
¿Por qué no enloquecemos?

¡Cómo brilla la rosa!
Agua y vino (2), que el fuego
De amor, que me consume,
Quiero apagar con ellos.

Hafiz, ruiseñor eres;
Pues ¿cómo tú al aspecto
De las rosas pudieras
Mantenerte en silencio?

GACELA XXXI.

Juegos de amor suaves,
Edad fresca y lozana,
Vino, cual rubí ardiente,
Convites, camaradas,
Apuradores todos
De rebozadas tazas.

Escanciador de boca
Cual la miel, y con gracia
Indecible en el canto,
Amigo, amigo de alma,
Y en banquetes y brindis
De fama acreditada.

Jóven, cándida y pura
Cual las eternas aguas (3),

Robando los sentidos
Con su hermosura y talla,
Y émula de la luna
Quando más llena y clara.
Si tú para festines
Alegre como la alta
Cumbre del paraíso,
Y en medio de él sembradas
Rosas cual las del huerto
Donde la Paz descansa;
Compañeros amables,
De una unión extremada
Y en fiestas ingeniosas
Amigos, fieles guardas
De secretos, y socios
De bulla y algazara;
Zumo rosado, seco,
De vigor, mas de grata
Sensación, presentado
En relumbrantes tazas;
Y hacer boca (4) con rojos
Labios de una muchacha;
Miradas de doncellas,
Más agudas que espadas;
Cabellos esplendentes
De hermosas aún intactas,
Extendidos con arte,
Como lazos de caza;

Pasar horas enteras
Oyendo dulces hablas,
Cual las de *Hafiz* sonoro,
O las lecciones sábias
De *Hagi Kavan*, del orbe
Consuelo y luminaria;
Estas, sí, son delicias,
Y aquel á quien no agradan
Da muestras de mal gusto
Y en no querer gozarlas
Quando le brindan ellas,
Que es un cuerpo sin alma.

GACELA XXXII.

El verano y la rosa el gozo excitan;
Hacen se olviden los austeros votos;
Y arranca el ansia de raíz del pecho
El mirar de la alegre rosa el rostro.

Vino el céfiro; el cáliz de la rosa
Descompuso, jugando, con sus soplos (5);
Y ella, por ir en pos, despedazada
Dejó la veste que la cubre en torno.

Al impulso del Céfiro travieso,
Vi de la rosa los cabellos de oro,
Y reclinarse los suyos el jacinto
En la faz del jazmín con dulce apoyo.

De su apacible risa, cual esposa,
La tierna rosa se engalana sólo;
Y el corazón y el axo en el momento
Nos trastorna su aspecto delicioso.

que alude á las aguas del paraíso, sino á la fuente de la inmortalidad, que estaba en el monte Cáf ó Cáucaso, cuyas aguas al que las bebía le hacían inmortal, y de cuyas maravillas están llenos todos los antiguos romances orientales.

(4) *Y hacer boca*. Acostumbran los asiáticos en sus bebidas comer de cuando en cuando algunas golosinas para hacer más sabrosos los vinos, así como nosotros usamos de queso, salchichón, anchoas, etc.; cuya verdadera expresión es *hacer boca*. El poeta, al uso de su país, quiere hacerla con una cosa dulce, y no encuentra otra que lo sea más que los rojos labios de una muchacha.

(5) *Descompuso, jugando, con sus soplos*. La misma idea y espíritu se ve en *Hafiz* que en los siguientes versos del *Pervigilio de Venus*:

*Mane virgines papillas
Solvis herenti poplo:
Ipsa jussit, mane ut uide
Virgines nubant rosas.
Facta Cypridis cruore,
Atque Amoris osculo,
Facta gemmis, atque flammis,
Atque solis purpura,
Cras ruborem, qui latet
Veste lectus, igneum
Invidio, marita, nodo
Non pudebis solvere,*

(1) *Pero ¡ay! que vuela el tiempo*. Los poetas de todas las naciones, principalmente los voluptuosos, aconsejan á los hombres que se aprovechen del momento presente. El *carpe diem* de Horacio es su máxima favorita.

(2) *Agua y vino*. Los asiáticos, así como los antiguos griegos y romanos, no beben el vino absolutamente puro, sino que le añaden una pequeña porción de agua para diluirle, tal vez porque no han sabido clarificarle como nosotros.

(3) *Cual las eternas aguas*. Aquí, según el original, no parece

Del ruiseñor amante se oye el canto,
Y el rebullir del colorín sonoro;
Porque la rosa en tan felice día
La dura cárcel de la angustia (1) ha roto.
Corazón, la verdad es clara y pura
Cual la agua cristalina del arroyo;
Y la justicia y libertad tan rectas
Cual los cipreses del vergel hermoso.
Por eso *Hafiz* se burla con el vaso
De cuanto de fortuna fingen otros,
Mientras su canto el músico modula,
Y sus sentencias amplifica el docto.

GACELA XXXIII.

Músico, con voz dulce
Entona un aire nuevo;
Pide, para alegrarnos,
Un vino *fresco, fresco*.
Huye los ojos linceas,
Sea tu amor tu fuego,
Y un beso á cada lance
Húrtale *fresco, fresco*.
Sin el brindis, ¿qué vale
El mejor alimento?
Para alargar la vida
Venga uno *fresco, fresco*.
Argentipédo (2) jóven,
Encantador copero,
El vaso dame, y otro
Bebamos *fresco, fresco*.
Ángel del alma mía,
Para mi frente y cuerpo
Haz vistosos adornos
Con olor *fresco, fresco*.
Céfiro, cuando vayas
De mi hada al aposento,
De *Hafiz* di, susurrando,
El canto *fresco, fresco*.

GACELA XXXIV.

Trae vino, que es fiesta
Y estación de las rosas.
¿Quién está en este tiempo
Sin licor en la copa?
Mi corazón se encoge
Con la templanza hipócrita;
Para que se dilate,
De vino el vaso colma.
El que ayer predicaba
Al jóven con faz torva,
Hoy, ya beodo, al aire
Su austeridad arroja.
Rosas hurta estos días,
Y las nocturnas horas
Con hermosas muchachas
Deleites de amor goza.
¡Ay, la rosa ha partido!
Y ¡os estaréis ahora
Sin flauta, amiga y vino,
Sumidos en congojas!
Bien sabéis cuánto el brindis
Nuestra fiesta alborosa,
Cuando en el vino el rostro
Del copero se copia.
Si á la lira unir quieras
Tu voz, músico, entonces
Estas, al festín regio
De *Hafiz*, dulces estrofas.

GACELA XXXV.

Aura, cual mi muchacho
En derredor trasciendes;
De él has arrebatado
Tu virtud suave-oliente.
Guarte; ¡por qué la mano
Para robar extiendes?
¿Qué tienes que ver, aura,
Con su crencha esplendente?
Rosa, ¡con su albo rostro
A competir te atreves!
Él es blando y melífico,
Tú espinosa y agreste.
¿Qué tú, fragante albaca,
Con su bozo naciente?
Tú luego te marchitas,
Él lozano florece.
A vista de sus ojos,
Narciso, ¿qué pretendes?
Son voluptuosos, ébrios,
Tú lánguido y doliente.
¡Oh ciprés! tú, en el huerto
Cuán hermoso pareces
Porque la talla esbelta
De mi muchacho tienes!
¡Oh ánima! si aun pudieras
Elegir libremente,
¿Elegirías cosa
Que este mi amor no fuese?
Si no puedes un día
De *Hafiz* estar ausente,
¿Por qué, dime, á sus brazos
Al momento no vienes?

GACELA XXXVI.

Copero, vén aprisa,
Que está lleno de vino
El vaso cristalino
Del fresco tulipán;
Cobra la alegre risa,
Desarruga la ceja,
Los escrúpulos deja
Que royéndote están.
Caprichos ni desdenes
Ocupen tu memoria;
Lee la antigua historia,
Verás con gran terror
Sin corona las sienas
De César arrogante,
Sin diadema brillante
A Ciro (3) vencedor.
No seas indolente.
¿No ves enloquecida
Con la estación garrida
El ave matinal?
Goza el tiempo presente,
Que, en torno á tí girando,
Tu frente amenazando
Está el sueño eternal.
¿Qué gracia y señorío,
Planta de primavera,
Muestras, si lisonjera
La aura te hace mover!
¡Jamás el soplo frío
Del arrugado invierno
Resaque el tallo tierno
Que empieza en tí á crecer!
¿Quién de Fortuna fia,
Ni en su risa engañosa,
Ni un momento reposa
En su frágil favor?
¡Ay de quien se creía
Hallar en ella amparo,
Que le cuesta bien caro
Su desgraciado error!

(1) *Cárcel de la angustia*. Entiende el poeta el invierno: ha roto su cárcel, ha salido á luz con la venida de la primavera.

(2) *Argentipédo*. El original dice *Simi-Sak*: sim, plata; sak, pló: éste es el mismo epíteto que da Homero á Tétis, y me parece que no se puede traducir de otro modo en castellano, conservando toda su fuerza.

(3) Ciro ó Kí, como le llama *Hafiz* en esta estancia; este es monarca, es Kí Cosró, el tercero de la familia Cayana; fue mirán por los sálatcos como el gran modelo de la gloria militar.

Me brindarán mañana
Con las huris (1) y fuente
Del Cúter (2) transparente
Que adornan el Eden;
Mas la joven lozana
Cual la luna brillante,
Y la copa espumante,
Gocemos hoy también.

Nos recuerda amoroso
El matutino ambiente (3)
La mañana esplendente
De nuestra juventud.
Muchacho, presuroso
Trae un vino tan hecho,
Que refrigere el pecho,
Que ahuyente la inquietud.

No el pomposo ornamento
Admires de la rosa,
Ni á su color preciosa
Tanta alabanza des:
Que en un instante el viento
Su veste hoja por hoja
Deshace, esparce, arroja
Con mofa á nuestros piés.

Con el licor más puro
A Hatem Ti (4) generoso
Brindemos, cual precioso
Tesoro singular,
Y nunca el libro (5) oscuro
En donde están sentados
Los de pechos menguados,
Dejemos desdoblarse.

El vino que derrama
Su color encendido
So el argovan florido,
También con viva acción
Comunica su llama
A la faz de mi amado,
Y en pos precipitado
Le enciende el corazón.

Ya empiezan su concierto
Los alegres cantores
De los bosques y flores
Con garganta veloz.
¡Cuál unen con acierto
De la arpa la armonía
Con la alma melodía
De la flauta y la voz!

Trae el sofá: inclinada
Tiene el ciprés su frente
Ante tí, cual sirviente
Al ver á su señor;
Y también realizada (6)

(1) *Huris*. Las ninfas celestes.

(2) *Cúter*. Es uno de los ríos del paraíso, que á más de las excelentes calidades comunes á los otros ríos de este jardín, tiene la que es que el que una vez bebe sus aguas, apaga para siempre su sed; no es, extingue enteramente todos los deseos mundanos.

(3) *El matutino ambiente*. En el original hay un juego entre las palabras *seba* (ambiente de la mañana; y *sebi* (juventud). Dice: «La ma recuerda la otra.»

(4) *Hatem Ti*. Era un jefe árabe que vivió muy poco antes de la divulgación del mahometismo. Ha sido célebre en el Oriente por su generosidad; tanto, que hasta el día de hoy el mayor elogio que se puede dar á un hombre generoso, es decir que es tan liberal como Hatem Ti.

Hatem era también poeta.

(5) *Nunca el libro..... dejemos desdoblarse*. Prescindiendo de otro ego de palabras que hay en el original sobre la voz *Ti*, me parece entender algo más este pensamiento en prosa para mayor claridad; sea, por más que he trabajado, no creo que tenga en el verso la suficiente; tal es la oscuridad del original. Quiero decir, pues: «Bevamos á la salud de este hombre generoso; pero aquellos mezquinos que no tienen espíritu para ofrecer una copa á sus amigos, bórname de nuestra lista; jamás desdoblamos el libro que contiene los nombres de éstos, jamás la leamos.»

(6) *Realizada es hínica*. Esta es una expresión sumamente elegante, que no puede ménos de echar de ver todo lector de buen gusto, amén de un colorido, que es en extremo hermoso, y de la perfección, que es á un mismo tiempo nueva y sublime. Dice el poeta: «Los más amables y graciosos adornos del jardín están en tí, como esclavos, aguardando el momento de darte gusto; el cielo te inclina la cabeza en señal de obediencia, y la caña tiene ya lista su veste á la cintura para estar más lista en tu servicio.»

La caña siempre hojosa
Su túnica vistosa
Con verde ceñidor.
El sentido enajena,
Hafiz, tu dulce canto,
Que excede en el encanto
A todos cuantos hay;
Y tu fama resuena
Desde Rom (7), luz del mundo,
Y desde Ri fecundo
Hasta Mers y Catay (8).

POESÍAS TURCAS.

A LA PRIMAVERA,
POR MESIHI.

¡Al ruiseñor no escuchas
Decir con dulce trino:
«La primavera vino»?
La primavera forma
En todos los vergeles
Mil vistosos doseles;
Sus flores argentadas
El almendro lozano
En torno esparce con profusa mano.

*Juguemos, bebamos;
Que la primavera
Se marcha al instante
Nos huye ligera.*

Otra vez los jardines,
Los prados, los alcores
Se revisten de flores;
Su pabellón brillante,
De agradarnos ansiosas,
Desarrollan las rosas.
¡Quién sabe si nosotros
Gozaremos la vida
Cuando se acabe la estación florida?

Juguemos, bebamos, etc.

¡Cuál de su centro lanza
El bosque de rosas
Mil luces deliciosas!
Y ¡cómo las tulipas
Que en derredor florecen,
Activas resplandecen!
Animo, compañeros,
Que ya el tiempo ha llegado
A los risueños gustos dedicado.

Juguemos, bebamos, etc.

En la copa del lirio
El rocío pendiente
Da una luz esplendente;
Las gotas por el aura
Atraviesan gozosas,
Y paran en las rosas.
Si buscas los placeres
Con un gusto cumplido,
A mí solo, á mí solo presta oído.

Juguemos, bebamos, etc.

Son las frescas mejillas
De las niñas hermosas
Azucenas y rosas,
Y gotas de rocío
Las perlas relucientes
Que llevan por pendientes;

Anacreonte, el *Hafiz* de los griegos, en la oda IV tiene cabalmente un pasaje muy hermoso, que expresa la misma idea, y el *puer alle cinctus* de Horacio es una imagen que encontramos á cada paso en las historias sagrada y profana.

(7) *Rom* y *Ri*. *Rom* es la antigua *Natolia* de los romanos, aquellas provincias turcas, separadas de Constantinopla por el Bósforo Tracio que produjo algunas de las más brillantes luminarias de la literatura antigua. *Ri* es una ciudad también famosa por haber dado nacimiento á varios grandes hombres; está situada en la parte más septentrional del Irac pérsico, ó Chihistan, la cual era la antigua *Parthia*.

(8) *Mers* y *Catay*. El Egipto y la China.

Y así no creas, necio,
Que sea de gran dura
De estas tiernas muchachas la hermosura.

Juguemos, bebamos, etc.

De anémonas, tulipas,
De rosas y jazmines
Se llenan los jardines;
Y los rayos solares,
La blanda lluvia, el viento
Les dan color y aliento;
Tú, cual varón prudente,
Goza con alegría,
Rodeado de amigos, este día.

Juguemos, bebamos, etc.

Ya ha pasado aquel tiempo
En que estaba tendida
La hierba, dolorida,
Y el cáliz de la rosa
Se veía reclinado
En su seno agostado;
Pues ora las colinas
Y las rosas enhiestas
Están de flores, por doquier cubiertas.

Juguemos, bebamos, etc.

Al aurora, las nubes
Vierten con mil amores
Perlas sobre las flores;
Y cual tártaro almizcle
En derredor se siente
Trascender el ambiente.
No seas perezoso
Ni te apegues á vida,
Que pasa, cual las flores, de corrida.

Juguemos, bebamos, etc.

Los rosales al aire,
Cuando su olor derraman,
De tal suerte embalsaman,
Que aun antes que el rocío
Toque la tierra ansiosa,
Se vuelve agua de rosa,
Y el éter los nublados
Como toldos extiende,

Y los jardines del calor defiende.

Juguemos, bebamos, etc.

¡Qué destrozos causaron
Los vientos otoñales
En los tiernos rosales!
Mas ya el rey de la tierra
Con equidad derrama
En derredor su llama,
Y al bebedor, en tanto
Que la áurea lumbre crece,
La vid su jugo delicioso ofrece.

Juguemos, bebamos, etc.

Con mi canto este valle
Espero que algun día
Logrará nombradía:
Convidados, muchachas,
Esta halagüeña idea
Prueba de mi amor sea.
¡Ay! Tú ruiseñor eres
Masíhi cuando posas
Entre niñas purpúreas como rosas
*Juguemos, bebamos;
Que la primavera
Se marcha al instante,
Nos huye ligera.*

SOBRE LOS INCIERTOS PLACERES DE LA VIDA

¡Hay estado que esté libre
De la horrorosa tristeza!

¡A quién no roba la sangre
De la mejilla la pena?

Mi alma el vergel de esta vida

Contempló con faz atenta.

Y no encontró rosa alguna

Sin espina que la hiriera.

¡Cuántos años he vagado

En torno de las tabernas,

Y no he gustado yo vino

Que no cause borrachera!

DON MANUEL MARÍA DE ARJONA

NOTICIA BIOGRAFICA (1).

DON MANUEL MARÍA DE ARJONA nació en la villa de Osuna, el 12 de Junio de 1771. Fueron sus padres don Zoilo de Arjona, natural de la villa de Olvera, obispado de Málaga, y doña Andrea de Cubas, natural de la villa de la Campana, ambos de familias acomodadas. Parece que no manifestó en su niñez aquellas disposiciones precoces que tanto suelen celebrarse en los que las descubren, pues hemos entendido que llegó á la edad de diez ú once años sin saber los rudimentos de las primeras letras. Estudió filosofía en la universidad de su patria, y despues en la de Sevilla derecho civil y canónico, facultades en que recibió la borla de doctor. Desde muy jóven se aficionó á la literatura, y estando aún en Osuna, para contrastar la oposicion de aquella universidad á los estudios literarios, estableció una academia, á que dió el título de *Silé*, la cual celebraba sus sesiones en una heredad nombrada *del Cipres*, situada á una legua de Osuna, propia del gobernador del ducado, don N. Ayllon, el cual tenía un sobrino, prebendado de la iglesia colegial, que era individuo de la Academia. Grabaron el nombre de *Silé* en el tronco de un corpulento árbol inmediato á aquella heredad, y á la despedida solian cantar, á la vista del árbol, los individuos de la Academia un himno que empezaba de este modo:

Prospera, árbol dichoso,
Del cielo tan amado,
Que del *Silé* en tí ha puesto
El nombre sacrosanto;
Aquel dichoso nombre
Que durará entre tanto
Que el sol salga en Oriente
Y expire en el Ocaso.

Del Sena, el Pó y el Bétis,
Del Támesis nublado,
Vendrán en gruesas tropas
Los moradores sabios.
Dejará sus arenas
El árabe tostado,
Por quemar á tu tronco
Sus aromas preciados; etc. (2)

Por los años de 1789 formó en la biblioteca de San Acacio, de Sevilla, una Academia poética, con el objeto de excitar la actividad de la de *Buenas Letras*, que por entonces yacía en la mayor inaccion. Concluida su carrera, entró de colegial en el Colegio Mayor de Santa María de Jesus. Allí perfeccionó sus conocimientos en las lenguas sábias y en las humanidades y literatura, que tanto nombre le granjearon despues. Aello contribuyó el establecimiento de otra academia de Letras humanas é Historia eclesiástica, que celebró sus juntas, primero en el colegio, y despues en las casas de don Francisco Toledano y de don José Maria Blanco; siendo sus primeros discípulos don Eduardo Vazquez, don Alberto Lista, don José de Mora, el mismo Blanco, don Félix José Reinoso y otros varios. Esta sociedad fué, en los primeros tiempos, objeto de inectivas y de desprecio de parte de muchos sujetos tenidos por sabios; pero sus individuos, admitidos años despues en la Academia de Buenas Letras, llegaron á distinguirse y á ser honor de su patria. Eligió la nueva Academia por su patrono á san Juan Crisóstomo, y en su día y en algunos otros se daba

(1) Esta noticia vió ya la luz pública en 1844. Ahora ha sido, á ruego nuestro, corregida y aumentada con nuevos datos biográficos por su ilustrado y laborioso autor. (*Nota del Colector*).

(2) Entre las *Cantilenas* de ARJONA, puede verse este himno, que fué reformado por el autor. (*Nota del Colector*.)

á cada individuo una empanada y una taza de ponche, y á la despedida, sin duda para despicarse de las críticas, se cantaba el siguiente himno :

De densa y oscura niebla
Cubre á España infausto velo,
Y á su sombra la ignorancia
Extiende su hórrido cetro;
Mas las luces triunfadoras
Brillan ya del claro Febo,
Y la turba desdichada
Se precipita al Averno.
Barbarie augusta,
Tu trono excelsa
En vil escoria
Va á ser deshecho.

Tímido el coro sagrado
Pasó el alto Pirineo,
Y sólo la dura egida
Dió Minerva á nuestro imperio.
Mas volved, amables Musas;
Que ya el síleciano (1) esfuerzo,
Las cadenas quebrantando,
Triunfo os prepara soberbio.
Barbarie augusta,
Tu trono excelsa
En vil escoria
Va á ser deshecho.

Fué poco despues rector de su colegio de Santa María de Jesus, en cuyo tiempo contrajo intimas relaciones de amistad con Forner, Sotelo, Fernandez de Navarrete (don Martin), y otros literatos que residian en Sevilla ó pasaban allí temporadas. Su amistad con Navarrete fué tan íntima y afectuosa, que cuando tuvo este último que marchar á hacer la guerra contra la república francesa, en 1793, compuso ARJONA una dulce y sentida anacreóntica, que principia :

Llorad, ninfas del Bétis,
El infausto destino
Que de vuestras riberas
Separa ya á Mirtilo.....

La cual fué contestacion á otra del mismo Navarrete (*Mirtilo*), en la cual están expresados con sencillez los tiernos sentimientos de la más sincera y afectuosa amistad.

Siendo rector de Santa María de Jesus, formó el propósito de escribir la historia de Osuna, su patria, conocida en tiempo de los romanos con los nombres de *Ursaon* y *Gemina Urbanorum*, para lo cual reunió copiosos materiales. Ignoramos si llevó á cabo esta obra; pero sabemos que por aquel tiempo compuso varias poesías, que se publicaron en los diarios de Sevilla, así como la *Crónica científica y literaria de Madrid*.

La marcha de sus amigos Navarrete, Sotelo y Forner, á quien un nuevo empleo obligó á salir de Sevilla, contribuyó á la conclusion de sus sociedades científicas y literarias.

Continuó ARJONA en Sevilla, sin entibiarse en sus estudios, y en 1797, á la edad de veinte y seis años, era doctoral de la capilla real de San Fernando de la misma ciudad, y acompañó al arzobispo de ésta, don Antonio Despuig y Dameto, en su viaje á Roma, donde desde luego dió á conocer su gran instruccion, y fué nombrado por la santidad del papa Pío VI su capellan secreto supernumerario. Restituido á España, continuó en Sevilla hasta que en 1801 pasó á Córdoba, á hacer oposicion á la canongía penitenciaria, que ganó, habiendo tenido por contrincantes á muchos sujetos de distinguido mérito, entre ellos á los doctores don Antonio Naranjo, don Blas Timoteo de Chiclana, canónigo magistral de Guadix; don Juan Antonio Jimenez, canónigo del Sacro-Monte de Granada; don José Calvo de Vida, doctoral de la real iglesia colegial de San Hipólito de Córdoba; don Vicente Ramos García, etc. En 1808 pasó á Madrid, y se hallaba en aquella capital cuando entraron en ella las tropas de Napoleon. Al punto emprendió en posta su viaje para Córdoba, temeroso de alguna crueldad vandálica, como él mismo dice en cierto escrito (2), porque sabia ya cómo se portaban los ejércitos franceses, y los habia visto asolar á Italia bajo el nombre especioso de proteccion y de hermandad. Dejó en Madrid todos sus libros y papeles, que contenian la mayor parte de las obras literarias que habia trabajado hasta entónces, y que no sabemos si recobró despues, y el 19 de Abril salió de la corte; mas le sirvió de poco su fuga, porque, apoderado de Córdoba Dupont, ARJONA padeció el saqueo, las violencias y malos tratamientos que todos los cordobeses.

(1) *Sileciano* dice, ó porque esta Academia se reputaba continuacion de la del *Silé*, ó porque adoptaria este himno, que habia sido de ella.

(2) Manifiesto á la nacion sobre su conducta política.

En el tiempo que corrió desde esta época hasta que los franceses invadieron segunda vez la Andalucía, se empleó en responder á varias consultas importantes del Gobierno, y entónces compuso tambien una Memoria, bastante extensa, sobre el modo de celebrar Cortes con arreglo á las antiguas leyes de España; escrito que mereció de tal modo la aprobacion del Obispo y Cabildo, que la enviaron por respuesta á la consulta que en 1809 les hizo sobre esta materia la Junta Central.

En 1810, apoderados los franceses de Córdoba, trató de emigrar ARJONA, temeroso de ellos, cuando supiesen los servicios que habia hecho á la causa nacional; pero no pudo llevar á efecto su intento, y hubo de quedarse en Córdoba.

Habiendo llegado á esta ciudad José Napoleon á fines de Enero de 1810, el Cabildo eclesiástico nombró tres capitulares, entre ellos á ARJONA, para que visitasen al monarca usurpador y á sus generales. En la comitiva del nuevo rey venian muchos sujetos que habian conocido á ARJONA en Madrid, y que apreciaban como era justo sus conocimientos literarios. Estos sujetos creyeron que la adquisicion de una persona como el penitenciario ARJONA era muy ventajosa para su partido, y así procuraron hacerse de ella; y ARJONA formó desde luégo el designio de aprovecharse del concepto y aprecio que de él se hacia, en beneficio de sus conciudadanos. Constantemente, dice él mismo, se acordaba de aquella máxima: *Dolus an virtus, quis in hoste requirat?* y siempre procuró no apartarse de ella. Mas las fatigas y agitaciones que esta pugna le producía, le causaron una enfermedad, que duró cinco meses.

Llegó á noticia del rey José que ARJONA habia compuesto una oda celebrando á los vencedores de Bailén (1), y el Ministro de Policía le exigió otra, para indemnizacion de aquélla, en obsequio del intruso. No se hallaba en disposicion de ejecutar este trabajo, á causa de su debilidad, consecuencia de la enfermedad pasada, y así le ocurrió el pensamiento de refundir como fuese posible otra oda que habia compuesto con motivo de la venida de Carlos III á Andalucía en 1796, y áun este ligero trabajo tuvo que encargarlo al célebre abate don José Marchena, á quien cabalmente tenía alojado en su casa. De este modo salió ARJONA de su compromiso; mas habiendo visto la oda don Juan Melendez Valdés, ministro del intruso, notó bien que su autor se habia esmerado poco en aquella composicion, de la cual se tiraron tan pocos ejemplares, que será rarísimo el que haya quedado, si es que existe alguno (2).

Es indecible lo que en aquella época desventurada trabajó ARJONA de varias maneras en favor del público y de todos los oprimidos. El general Godinot, por medio del coronel don Carlos Velasco, que estaba al servicio del rey intruso, previno repetidas veces á ARJONA, como director que era de la Sociedad Económica, que la cerrase; golpe que era de mucho perjuicio para el público, y Godinot no toleraba ni áun la menor dilacion en el cumplimiento de sus órdenes. ARJONA trató de evitar este mal, y hé aquí cómo lo hizo. Habia oficiado el Prefecto á la Sociedad para que celebrase una sesion solemne en obsequio de José Napoleon, que ARJONA trató de llevar á efecto; y para ello, el mismo Prefecto distribuyó los papeles que habian de representarse aquel dia, y al penitenciario, como director, le encargó el elogio con que debia concluirse la funcion. Asistió á ella Godinot; y desarmado con este obsequio tributado al Rey, desistió del intento de cerrar la Sociedad, como habia resuelto.

Valiéndose del concepto en que lo tenían los franceses, y tambien de sus conocimientos, llegaron á cerca de sesenta las víctimas que con sus continuas y eficaces gestiones, ya judiciales, ya extrajudiciales, logró arrebatar al furor y á la venganza de aquéllos. Por su conducto recibian los generales que defendian la causa nacional, datos muy seguros de las operaciones de los franceses; muchos oficiales del ejército español se comunicaban con sus familias; y finalmente, no perdía ocasion alguna de auxiliar á los que padecian en tan aciagos tiempos.

El gobierno frances le encargó dos comisiones importantes: una, la de reunir los hospitales de Córdoba; otra, la de verificar la extincion del tribunal del Santo Oficio. Para llevar á efecto la primera, formó un plan, que no llegó á ponerse en ejecucion, y que creemos seria muy análogo al que despues se ha planteado; pero llevó á cabo la segunda de la manera más conveniente y acertada.

(1) Esta composicion no se halla entre los papeles de ARJONA. Acaso se haga aquí alusion al *Himno guerrero* que ahora publicamos, cuyo objeto fué sin duda enardecer contra los franceses el ánimo de los españoles. (Nota del Colector.)

(2) Aunque es harto escaso el mérito de esta oda, como curiosidad de historia literaria, la publicamos entre las poesías de ARJONA. (Nota del Colector.)

Aconsejábanle los empleados del rey José, unos que todos los papeles, indistintamente, se quemasen; otros que se hiciese de ellos una biblioteca curiosa, para pública diversion y ludibrio de aquel tribunal; otros, en fin, que se separasen todas las causas, y que á los que aún vivían se les entregasen las suyas; consejos que ARJONA juzgó á cual más insensato. Éste dividió los papeles en tres clases: en la primera puso las causas célebres conducentes para la historia literaria, las cuales se conservaron, formando de ellas inventario particular; en la segunda colocó las pruebas de limpieza, que se guardaron, como útiles á muchas familias; y finalmente, en la tercera comprendió las causas ya inútiles, que se quemaron con la debida reserva.

Don Mariano Luis de Urquijo y don Pedro Estala, que tenían de ARJONA relevante concepto, encargaron á éste la redaccion de un periódico que salía en Córdoba, titulado *Correo político y militar*, la que dejó muy pronto por no querer tolerar la censura previa de las autoridades, ni publicar en él las imposturas y falsedades que al gobierno intruso le acomodaba propalar.

Llegó, al fin, el tiempo en que, lanzados los franceses, estalló el odio, reprimido hasta entónces, contra los que habían tomado partido con ellos ó les habían sido afectos, y ARJONA fué victima de la injusticia y de las arrebatadas pasiones de la época. A pesar de sus eminentes servicios prestados á la causa nacional, fué encausado, despues de restablecido el gobierno legítimo, por lo cual sufrió disgustos, vejaciones y molestias de toda especie. El tal proceso principió del modo siguiente:

Aconsejaron á ARJONA varios patriotas que pasase á Cádiz; y accediendo éste, se dispuso el viaje, que contemplaron útil para ellos, para el penitenciario, y aún para los intereses de la nacion. Salió de Córdoba el día 2 ó 3 de Setiembre de 1812, cuando esta ciudad aún estaba por las tropas francesas; mas en Écija fué arrestado por el Corregidor, que se condujo con él de la manera más violenta y despótica, y aquella misma noche comunicó á Sevilla la prision, dando por motivo ser notorio que DON MANUEL MARÍA DE ARJONA había sido redactor de la *Gaceta de Córdoba*. Se le encontraron en la maleta cartas de recomendacion para varios sujetos de los pueblos del tránsito, para algunos respetables empleados de Cádiz, y aún para uno de los regentes del reino; pero las ocultaron el Corregidor y los patriotas de Écija, porque podían ser favorables á ARJONA; creyendo sin duda que era un mérito para con la patria hacer que se castigase á los *afrancesados*, como los llamaban, por cualesquiera medios que fuese posible. Era jefe político de Sevilla don Manuel Fernando Ruiz de Burgo, el cual contestó al Corregidor de Écija aprobando el arresto y mandando que tuviese á ARJONA á disposicion del comisario régio de Córdoba.

Era éste don Manuel Gutierrez de Bustillo, por cuya orden, despues de la más aflictiva prision, que sufrió incomunicado y hasta con centinelas de vista, salió para Córdoba bajo la custodia del alcaide de la cárcel de Écija y seis soldados; y cuatro con un oficial salieron á recibirle á una legua de Córdoba, los que le condujeron inmediatamente al depósito de presos, que era el convento de San Pablo, donde se le señaló por aposento una pieza que había servido de carnicería por el tiempo no interrumpido de dos años. Un disperso de la chusma, que custodiaba el depósito, se apropió los caballos que traía, y eran de la propiedad de ARJONA, con sus arreos; desafiando nada extraño en aquellas circunstancias.

Tales procedimientos aturdieron y abrumaron su espíritu, y segun él dice, le parecia verse trasladado á los siglos de la Edad Media, y haber dado con uno de aquellos castillos, cuyos dueños, sin sujecion á ninguna ley, se hacian árbitros de la vida y bienes de cuantos caían en su poder.

El 24 de Setiembre se le hizo cargo de su causa por el Juez de primera instancia, se le confiscaron los bienes por el Intendente, y le dejaron allí incomunicado, sin embargo de lo malsano de la pieza que habitaba, y de que se le habían hinchado las piernas. En 17 de Octubre, despues de mes y medio de arresto, se le recibió una declaracion indagatoria, de que resultó que no había sido el editor de la *Gaceta de Córdoba*, que fué lo que en Écija dió motivo á su prision; mas no se le permitió el arresto en su casa hasta el 24 de Diciembre, y despues, el 5 de Febrero, se le amplió á la ciudad y arrabales.

Para hacer ver la rectitud de su conducta, y fidelidad á la causa de la nacion durante el gobierno intruso, publicó en el mismo año de 1814 un manifiesto, en el cual, despues de haber respondido á todos los cargos que se le hacian, y de haber manifestado cuántos habían sido sus servicios y cuánto excedían á las faltas que injustamente se le imputaban, se expresa así: «Yo me ofrezco, pues, á tu vista, oh patria, buscando la balanza de tu justicia..... Te presento mis propios intereses abandonados por seguir tu causa; mi constante aversion á extraviar la opinion de tus

hijos; tus males aliviados haciendo conferir los encargos de gobierno á los que no abusasen de ellos; tus generales instruidos de las miras de los enemigos; tus fervorosos partidarios protegidos con astucia y correnegria; tus predilectos hijos, que derramaban por tí su sangre en los campos del honor, aliviados en sus indigencias, rescatados de sus prisiones y armados en tu defensa; mis luces dedicadas, y mis conocimientos consagrados todos á mejorar mi nacion, sin temer el furor de los tiranos, enemigos siempre de la ilustracion; tus legítimos magistrados fortalecidos en tu causa, sin respeto á las amenazas de los satélites del gran déspota; tus inocentes ciudadanos libertados de la afliccion y arrancados del mismo pié del suplicio..... Finalmente, fué sentenciada su causa en grado de revista, y absuelto, declarando su prision ilegal, y le reservaron su derecho para que usase de él contra quien viese convenirle; lo que no hizo, contento sólo con haber vindicado su conducta, que tan injusta y vilmente habian acriminado.

A fines del año 1818, ó principios del siguiente, pasó ARJONA á Madrid, y en Enero de este año leyó á la Academia Latina, siendo su secretario, un elogio fúnebre en latin, que despues publicó con la traduccion castellana, de la reina doña María Isabel de Braganza. En este tiempo se introdujo en palacio y logró el aprecio de Fernando VII, que, para conferenciar con él, lo solia llamar algunas veces. En una de éstas, parece habló poco favorablemente de los conocimientos del ministro de Gracia y Justicia, Lozano Torres, de cuyas resultas, segun se cree, recibió á poco tiempo inesperadamente una real orden, en que se le mandaba alejarse cincuenta leguas de Madrid y Sitios reales; lo que le causó una sorpresa, que alteró notablemente su salud. Restituyóse á Córdoba, donde permaneció algun tiempo, entre tanto que su hermano, don José Manuel de Arjona, que despues fué asistente de Sevilla, conseguia se le levantase tal prohibicion. Hallábase en aquella ciudad por Marzo de 1820, cuando se juró en ella la Constitucion. Entonces compuso una Memoria titulada: *Necesidades de la España que deben remediarse en las próximas Córtes*. Despues volvió á Madrid, donde se ocupaba, como siempre, en cultivar las letras y tratar con literatos, cuando fué acometido de su última enfermedad, durante la cual manifestó la mayor docilidad á los preceptos de los facultativos, y una gran resignacion cuando entendió el estado desesperado de su salud; y así, recibidos los Santos Sacramentos, llegó hasta las siete y media de la tarde del 25 de Julio de 1820, en que falleció, á los cuarenta y nueve años de su edad.

Era DON MANUEL MARÍA DE ARJONA de buena estatura y de medianas carnes; sus facciones bien proporcionadas y su color blanco, el pelo muy negro y cerrado de barba, los ojos grandes, prominentes, la vista torcida. En su trato era llano, atento, afable, jovial y á veces picante y satírico; descuidado y negligente en orden al porte y aseo de su persona; su conversacion amena é instructiva.

De la beneficencia y de la caridad que siempre resplandecieron en él, dió en todas ocasiones señaladas pruebas. En la epidemia de Sevilla de 1800 se ocupó en el estudio de la medicina para hacer más fructuosa su continua asistencia á los enfermos; y era tan sensible á la desgracia y padecer ajenos, que enjugaba las lágrimas de un niño con la misma afabilidad é interes que solia emplear en el consuelo de los graves infortunios á que otras edades están sujetas. Aunque disfrutaba una renta de 60 á 70.000 rs., era tan desprendido y vivió tan entregado á su familia, que nunca manejaba ni tenia dinero. Siempre repartió sus bienes con los necesitados, y el año fatal de 1812, en que se experimentó gran carestia en Córdoba y otras muchas partes, se redujo á una escasa sustentacion, no permitiéndose gozar lo más mínimo superfluo, cuando tantos perecian por carecer de lo necesario. Si no tenia que dar, daba consejos, favorecia con su influencia, y comunicaba sus luces. Su ocupacion más frecuente era reconciliar disensiones, favorecer pretendientes, promover proyectos de fomento, y ejercer de todos modos la liberalidad.

Su única distraccion y desahogo era el estudio, la asistencia á las Sociedades Económicas y literarias, y la conversacion con personas de instruccion y talento. Para satisfacer su gusto é inclinacion á cultivar las letras, fundó la Academia general de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, elevando á tal la seccion literaria de la Sociedad Económica. Aun en su casa solia tener academia de varias ciencias, á que concurrían las personas estudiosas de la ciudad.

Fué DON MANUEL MARÍA DE ARJONA excelente humanista, filósofo, jurista civil y canónico, teólogo muy versado en los escritos de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, y en la historia civil y eclesiástica, y ademas poseia las lenguas sábias y muchas de las vulgares. No le adornaban dotes externas de orador, pero sus discursos eran en sí mismos elocuentes y sublimes, y su lenguaje puro y castizo. Cultivó la poesia, empleando en ella su elevado ingenio y lozana imagina-

cion, de que son fruto las pocas composiciones que han salido á luz, ora sueltas, ora en periódicos, ó bien en la última edicion de poesías selectas castellanas de don Manuel José Quintana; habiendo quedado inéditas muchas más (1).

Inventó ARJONA la estructura de las estrofas de su oda titulada *La Diosa del bosque*, las cuales agradan mucho por su novedad y aún por su extrañeza, formando de ocho versos, ó sea de dos estrofas, un periodo poético completo, que fué elogiado por Quintana. Principia así:

Oh, si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la cédica hermosura
Que vi algun día do inmortal dulzura
Este bosque bañar.

Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza.
Deja, pues, diosa, que mi grato incenso
Arda sobre tu altar.

Inspirado ARJONA de la grandeza y majestad de los restos que aún duran de la ciudad señora del mundo, compuso un poema lírico didáctico, titulado *Las ruinas de Roma*, que imprimió, á la vuelta de su viaje de aquella capital, en 1808.

Dejó ademas inéditas muchas memorias académicas sobre humanidades, historia eclesiástica y derecho canónico; una *Historia de la Iglesia bética*, y finalmente, una *Defensa é ilustracion latina del concilio Iliberitano*. Todas estas obras, cuyos manuscritos, segun parece, conservaba su hermano, don José Manuel de Arjona, sería de desear viesan la luz pública, en beneficio de la literatura nacional.

LUIS MARÍA RAMÍREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS DE DON MANUEL MARÍA DE ARJONA.

Defensa é ilustracion latina del Concilio Iliberitano.

Historia de la Iglesia bética.

Discurso sobre el mérito particular de Demóstenes.

Idem sobre el mérito de Virgilio y del Tasso, como poetas épicos.

Idem titulado: Necesidades de la España que deben remediarse en las próximas Córtes (las de 1820).

Idem sobre la Constancia.

Idem sobre la correccion del teatro para hacerlo útil en las presentes circunstancias de la nacion.

Idem sobre la oda de fray Luis de Leon á la Ascension, con otra oda al mismo asunto.

Idem sobre cuándo convendrá que se aplique á España el método de elegir jueces entre los romanos.

Idem sobre si para elevar altares á Osio, se requiera permiso de la Silla Apostólica.

Idem sobre el mejor modo de hablar la lengua castellana.

Idem sobre el libro iv de Luis Vives, *De causis corruptarum artium*.

Idem sobre el modo de suplir la falta de numerario, si en alguna ocasion se verifica.

Idem sobre la necesidad de establecer academias en España, como el único medio de adelantar la literatura.

Idem sobre el modo de celebrar Córtes con arreglo á las antiguas leyes de España.

Idem en que se resuelve por qué la oratoria sagrada ha hecho tan pocos progresos en España.

Meditacion sobre la libertad de los pueblos primitivos.

Teoremas de economía política.

Reflexiones sobre los decretos de las Córtes de 11 de Agosto, 21 de Setiembre y 14 de Noviembre de 1813.

Plan para una historia filosófica de la poesía española.

Elogio en latin y castellano de la reina doña Isabel de Braganza.

Plan de estudios para el Seminario conciliar de San Pelagio de Córdoba.

Sermon predicado el día 2 de Mayo de 1818 en San Isidro de Madrid, asistiendo el rey Fernando VII.

Manifiesto de su conducta política á la nacion española, en 1814.

Traduccion del tratado de economía política de Pedro Verri.

Idem de la obra sobre el placer y el dolor, del mismo autor.

Noticia histórica de la Real Sociedad Económica de Córdoba.

Actas abreviadas de la Academia general de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

(1) Son las que ahora damos á la estampa por primera vez. Las he mes copiado de los manuscritos autógrafos que nos ha franqueado bondadosamente el Sr. D. Antonio de Arjona, hijo del Señor

D. José Manuel de Arjona, á quien conocimos, en los albores de nuestra adolescencia, cuando era Asistente de Sevilla. (*Nota del Colector.*)

POESÍAS ⁽¹⁾.

SONETOS.

I.

A CICERON.

Pende en el foro, triunfo de un malvado,
 La cabeza de aquel que la ruína
 Evitó á Roma, muerto Catilina,
 Y padre de la patria fué aclamado.
 La ve el pueblo en los Rostros conturbado,
 Y un mudo horror los ánimos domina;
 En los Rostros, do aquella voz divina
 Fué de la libertad muro sagrado.
 ¡Oh Ciceron! si tantos beneficios
 Paga tu ingrata patria de esta suerte,
 ¿Cómo espera magnánimos patricios?.....
 Mas ¡qué importa el morir! Témante, oh muerte,
 Los viles siervos del poder y vicios;
 Pero al sabio, ¿qué tiene que temerte?

II.

AL AMOR.

Sufre las nieves, sin temer al frío,
 El labrador, que ocioso no pudiera
 De la dorada mies cubrir su era
 A la llegada del ardiente estío.
 No recela el furor del noto impio,
 Ni la saña del ponto considera
 El mercader, que á la vejez espera
 Descanso lisonjero, aunque tardío.
 Mujer, hijos y hogar deja, y cubierto
 El soldado de sangre, en suelo extraño,
 El honor de su afán contempla cierto.
 Solo yo, crudo amor, busco mi daño,
 Sin esperar más fruto, honor, ni puerto
 Que un costoso y estéril desencanto.

III.

EL AUTOR A SÍ MISMO.

Cansada nunca de tu vano intento,
 Corres, barquilla, el piélagos espumoso,
 Y tu piloto sufre, temeroso,
 Del Aquilon el impetu violento.
 Neptuno te presenta, fraudulento,
 Mansas las iras de su reino undoso,
 ¡Quitada! porque dejes tu reposo,
 Y juego llores del instable viento.
 Al mar no vuelvas, misera barquilla;
 Acógete por fin, escarmentada,
 Al ocio dulce de la quieta orilla.

(1) No habríamos debido tal vez, mirando sólo á la gloria del poeta, sacar del olvido algunas de las composiciones que hoy publicamos, escritas acaso en las mocedades del autor, cuando su entendimiento y su estilo estaban todavía distantes de la madurez. Pero fué ARJONA tan celebrado entre los poetas andaluces de la última era: se han buscado sus poesías, aunque sin fruto hasta ahora, con tanto desvelo y tanto afán, que no hemos podido resolvernos á privar al público literario de las poesías completas del ilustre canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba. Sólo hemos suprimido algunas traducciones de escaso mérito, ó algunas producciones insignificantes, en que asoma demasiado la inexperiencia del escritor. Aprovechamos gustosos esta ocasión para dar sinceras gracias al señor brigadier don Antonio de Arjona, sobrino del autor, que con bondad suma ha tenido á bien franquearnos todos los manuscritos autógrafos del esclarecido poeta. (Nota del Colector.)

Que si á nave Real, de horror cargada,
 Neptuno la orgullosa frente humilla,
 ¡Ay! tú serás por burla destrozada.

IV.

A UNA SEÑORA QUE, RECIEN VIUDA, FUÉ A MORAR EN SANLÚCAR DE BARRAMEDA.

Fortunada ciudad, que reverente
 Besa del Bétis la corriente undosa,
 Cuando, de Tétis émula gloriosa,
 Entra ufana en los mares de Occidente;
 No más el bronce por tu honor ostente
 La sacra efigie de la cipria diosa,
 Coronada en esfera luminosa
 De hermosos rayos la divina frente.
 Graba la nueva Vénus de la España,
 Del infausto ciprés la sien ceñida,
 Y al amor, que enlutado la acompaña;
 Y por ella serás más conocida
 Que por el mar que tus orillas baña,
 Que por la diosa de tu mar nacida.

V.

A CATON.

Alivio el uticense virtuoso
 En tí busca, Platon, cuando turbado
 Mira que el Capitolio esclavizado,
 Ya se humilla ante César victorioso;
 Y cuando pintas el feliz reposo
 A que en la muerte el justo es trasladado,
 De súbita esperanza arrebatado,
 Suspira por lugar tan venturoso.
 Al pecho aplica la cuchilla fiera,
 Y al alma, honor de la virtud romana,
 Vena de ilustre sangre lanza fuera.
 Aunque la gran promesa fuese vana,
 Antes Caton mil muertes escogiera,
 Que ver su pueblo en opresion tirana.

VI.

A UN MAL POEMA QUE SE PUBLICÓ EN SEVILL, TITULADO LA RIADA (2).

¡Por qué Bétis con impetu tan fiero
 Tu onda el ancho confín Tartesio baña,
 Y dominando toda la campaña,
 Con Neptuno compites altanero?
 ¡Acaso Jove, á la maldad severo,
 La edad de Pirro volverá, en su saña
 Y de escombros en hórrida montaña
 Convertirá el honor del cetro ibero?
 Hispalis, tu temor ya se ha cumplido.....
 Mas ya la ira del Bétis es pasada;
 Que el cielo tantos males no ha querido.
 Ni temas otra vez ser anegada;
 Que Jove á Febo así lo ha prometido,
 Porque no se publique otra Riada.

VII.

A LA ACADEMIA DE NOBLES ARTES DE SEVILLA.

Triunfante un tiempo el coro delicioso
 Que en admirable emulacion imita

(2) De Trigueros.

La que el orbé formó, mente infinita,
Su trono fija en el Tartesio hermoso.

Hado despues maligno entre horroroso
Polvo nubla su gloria, y ya marchita,
Del gran Murillo la guirnalda incita
Del pasajero el llanto ignominioso.

Mas ya de entre magníficos fragmentos
Tu honor, Sevilla, á renacer empieza.....

Hijos suyos, cobrad altos alientos.
Vencer debe Sevilla en la grandeza
De vuestros elevados pensamientos,
Cual ella vence en natural belleza.

VIII.

ASTÉRIE Á LA MEMORIA DE SU PADRE.

Cuando mi padre Anfrisio, ya postrado,
El término fatal llegarse via

En que á los filos de la Parca impta
Inmola al hombre inexorable el hado,

« No de grandes riquezas abastado,
Feliz podré dejarte, me decia;

Que ni en fértiles campos, hija mia,
Ni abundante jamas me vi en ganado.

» Mas júrame vivir en la inocencia,
Y así mi vida acabará gozosa

De darte, Astéric, la mejor herencia. »

Yo lo juré; y ¡oh sombra venturosa!
En vano gime Argiria, en su opulencia,
Por la felicidad que en mí reposa.

IX.

AL AMOR.

¡Así, amor, á tu duro cautiverio

Los mortales sujetas inclemente,

Del reino de la aurora al Occidente,

Del Bóreas al antártico hemisferio,

Y no contento con tan vasto imperio,

Al cielo elevas la atrevida frente,

Y el padre del Olimpo omnipotente,

Sufre por tí del orbé el vituperio!

No hay cetro que á tu cetro no se abata,

Y cual torrente, en furia turbulenta,

Tu fuego en cuanto vive se dilata.

Quien te resiste, resistir intenta

Al rayo, que las torres desbarata;

Al mar, que de sus cárceles revienta.

X.

EL AUTOR Á SU FORTUNA.

Del ingrato Melecio abandonada,

Arroja el plectro Fílida graciosa,

Suspirando del hado querellosa,

Al ver la vil Corina más amada.

Y ante el ara por ella levantada,

Así al délfico dios clama llorosa:

« ¡Gran Febo! ¿por qué en otras venturosa,

Y en mí sola es tu lira desgraciada? »

Oyóla el dios, y al rústico Melecio

Atroz castigo dió su ira divina,

Pues Fílida lo ve ya con desprecio.

Luégo en brazos lo entrega de Corina;

Que no hay venganza como dar al necio

Libertad de buscarse su ruína.

XI.

Á LA MUERTE DE DON PEDRO DE ARJONA,
ABUELO DEL AUTOR.

Si tu adorada tumba noche y día

Bañan mis tristes ojos, padre amado,

El bien mayor la muerte ¡ay! me ha robado

Que el mundo todo para mí tenía.

Ni cesa mi dolor por más que pía

Una deidad risueña me ha mostrado

El triunfo en que, de glorias coronado,

Gozas sin fin la cálida alegría.

Y la misma deidad, piadosa en vano,

Me arrebató otra vez, y á mi presencia

Tu urna cifló de lauro soberano;

Y grabó de oro eterno la sentencia

De tu destino así su ebúrnea mano:

No muera el justo más que en la apariencia.

XII.

Á ALBINO.

Hallar piedad con llantos lastimeros

Entre los hombres Aríon intenta,

Y le es más fácil que un delfín la sienta

Que no los despiadados marineros;

Pues rendido á sus trinos lisonjeros,

Benigno el pez al jóven se presenta,

Y en su espalda la noble carga ostenta,

Que arrojaron sus necios compañeros.

¡Ay! Albino, cóncelo algun día,

Ni más el plectro con gemidos vanos

Intente ya domar la turba impta.

No se vencen así pechos humanos;

Busquemos en los tigres compañía,

Y verás que nos son ménos tiranos.

XIII.

Triste cosa es gemir entre cadenas,

Sufriendo á un dueño bárbaro y tirano;

Triste cosa sulcar el Océano

Cuando quebranta mástiles y cntenas;

Triste el pisar las líbicas arenas,

Y el patrio nido recordar lejano;

Y aún es más triste suspirar en vano,

Sembrando el aire de perdidas penas.

Mas ni dura prision, ni ola espantosa,

Ni destierro en el Níger encendido,

Ni sin fin esperanza fatigosa,

Es ¡oh cielos! el mal de mí temido;

La pena más atroz, más horrorosa,

Es de véras amar, sin ser creído.

XIV.

Á ITALIA, EN LAS GUERRAS DEL PRINCIPIO
DEL SIGLO XVIII (1).

Italia, Italia, ¡oh tú, á quien dió la suerte:

Hermosura infeliz, sólo premiada

Con dote de la angustia, que pintada

Sobre tu faz por su rigor se advierte!

Fueses tú ¡ah! ménos bella, ó bien más fuerte;

Que más temida, ó bien ménos amada

Fueras del que parece que se agrada

De tu balago, y despues te da la muerte.

No armados yo en torrentes bajar viera

Del Alpe, ó que el franco del Po teñida

La agua en tu sangre á sus caballos diern;

Ni de espada no tuya á tí ceñida

Prestar tu brazo á guerra forastera,

Esclava, ya venciendo, ó ya vencida.

ODAS.

I.

A LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Si alguna vez del cielo

Mi espíritu encendió llama sagrada,

Y giró en presto vuelo

Mi mento sobre el viento arrebatada,

Hoy aliento más pío

Baña en celeste ardor el pecho mío.

(1) Traducción de un soneto italiano de Vincenzo Filicaja.

No tu númen imploro,
 Moradora profana de Helicon,
 La que en celeste coro
 Cíñe de estrellas inmortal corona,
 Amorosa ya inspira
 Divino fuego á mi templada lira.
 Por la anchurosa tierra
 El eco vuela de mi alegre canto
 A quien vence sin guerra,
 Y al orco lanza el congojoso llanto.
 Del ocaso al oriente
 Su triunfo aplauda la cautiva gente.
 Ved, mortales, la aurora
 De ventura y salud, que sin mancilla
 Nace ya, precursora
 Del sol divino: como al Indo brilla
 Tierna luz, centelles
 En las floridas cumbres de Judea.
 Cual mísero piloto
 Que, cercado de horror, en noche oscura
 Al ímpetu del Noto
 Juzgó su vida y nave mal segura,
 Con gozo repentino
 Ve quieto el mar y el cielo cristalino,
 Tal os nace gloriosa
 La que el excelso formador del cielo
 Escogió por esposa
 Cuando bordaba el estrellado velo,
 Y en eterna armonía
 La fábrica del orbe disponía.
 Cuando al sol adornaba
 Los vívíficos rayos, y el lindero
 Su diestra señalaba
 A las hinchadas olas del mar fiero,
 Ya su présaga mente
 En ella se gozaba dulcemente.
 Por su reina la aclaman,
 Formándole diadema, las estrellas,
 Y de su luz se inflaman,
 Despidiendo de amor blandas centellas;
 Raudales de contento
 Inundan el lumbroso firmamento;
 Y dimanando al mundo
 Grato destello del celeste gozo,
 Yace en placer profundo
 El mortal, soñoliento de alborozo,
 Que en gozar embebido,
 De sí mismo reposa en el olvido.
 Tal plácido arroyuelo
 Se desliza entre cándidas arenas,
 Dando frescor al suelo;
 Y con luces que al sol copia serenas,
 Brilla graciosamente
 El oro en su pacífica corriente.
 Sus furoras mitiga
 El alterado golfo, y su riqueza
 Largamente prodiga
 Con más fecundidad naturaleza,
 Y manan los collados,
 En arroyos de néctar desatados.
 Rie el prado, y de flores
 Súbito en bella pompa se enriquece;
 A sus tiernos olores
 El aura en dulces besos se enardece,
 Y muestran á porfía
 Cielos, mares y tierra su alegría.
 Sólo el rey del averno
 Serpentea con hórridos bramidos;
 Que del dolor eterno
 Rotos ve ya los vínculos temidos,
 Y al fuerte impulso abiertas
 De horrendo bronce las inmensas puertas.
 Y más, al mirar, gime,
 Patente ya la célica morada,
 Y que airado no esgrime
 El serafín flamígero la espada;
 Que nuevo eden de vida
 A delicias sin término convida.
 Mas ¿dónde, lira mía,
 Dónde tu dulce admiración te lleva?
 Deja ya la osadía,
 Que á extraña de un mortal region te eleva,

Y en humilde reposo
 De amor goza el silencio deleitoso.

II.

LA DIOSA DEL BOSQUE (1).

¡Oh si bajo estos árboles frondosos
 Se mostrase la cénica hermosa
 Que vi algún día de inmortal dulzura
 Este bosque bañar!
 Del cielo tu benéfico descenso
 Sin duda ha sido, lúcida belleza;
 Deja, pues, diosa, que mi grato incienso
 Arda sobre tu altar.
 Que no es amor mi tímido alborozo,
 Y me acobarda el rígido escarmiento
 Que ¡oh Piritóo! condenó tu intento,
 Y tu intento Ixíon.
 Léjos de mí sacrílega osadía;
 Bástame que con plácido semblante
 Aceptes, diosa, en tus altares, pía,
 Mi ardiente adoración.
 Mi adoración, y el cántico de gloria
 Que de mí el Pindo atónito ya espera;
 Baja tú á oírme de la sacra esfera,
 ¡Oh radiante deidad!
 Y tu mirar más nítido y suave
 He de cantar, que fulgido lucero,
 Y el limpio cuento que infundirnos sabe
 Tu dulce majestad.
 De pureza jactándose natura,
 Te ha formado del cándido rocío
 Que sobre el nardo al apuntar de estío
 La aurora derramó;
 Y excelsamente lánguida retrata
 El rosicler pacífico de Mayo
 Tu alma; Favonio su frescura grata
 A tu hablar trasladó.
 ¡Oh imagen perfectísima del orden
 Que liga en lazos fáciles el mundo!
 Sólo en las brazos de la paz fecundo,
 Sólo amable en la paz!
 En vano con espléndido aparato
 Finge el arte solícito grandezas;
 Natura vence con sencillo ornato
 Tan altivo disfraz.
 Monarcas, que los pérsicos tesoros
 Ostentais con magnífica porfía,
 Copiad el brillo de un sereno día
 Sobre el azul del mar;
 O copie estudio de émula hermosura
 De mi deidad el mágico descuido;
 Antes verémos la estrellada altura
 Los hombres escalar.
 Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento
 Ya las alas del céfiro recibe,
 Y al pecho ilustre en que tu númen vive,
 Vuela, vuela veloz.
 Y en los erguidos álamos ufana
 Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
 Que ya á sus ecos hermosura humana
 No ha de ensalzar mi voz.

III.

Á LA MUERTE DE SAN FERNANDO.

Vuelas en fin, Fernando victorioso,
 Postrado el sarraceno,
 Y de todos los bienes abundoso
 Por tí el Tartesio ameno.
 La muerte, que tu ley obedecía,
 Hoy de tí se apodera;
 Mas tiembla al esgrimir la espada ímpta,
 Y tu virtud venera.

(1) Quintana aplaude el artificio métrico de estas estrofas, inventado por el autor. Está formado con un esdrújulo el hemistiquio de los dos versos primeros, el tercero es un sáfico, el cuarto un verso corto y agudo. El segundo miembro de la estrofa tiene la misma cadencia. (Nota del Colector.)

Y « Oh tú, clama, gran rey, no á mis furoros
Me juzgues entregada;
Que á vibrar de mi acero los rigores
En tí llevo forzada.

» No bastan ya los reinos de la tierra
A coronar tu celo;
Immortal triunfador en doble guerra,
Vuelve á tu patrio suelo.

» Vuelve á tu patria, que en el cielo mismo
Fué tu dichosa cuna;
Que él te dió por esclavos el abismo
Y la inestable fortuna.

» Así Aquilon cuando furioso agita
Toda la alta montaña,
No más veloz al polvo precipita
La movediza caña,

» Que tú al hijo de Agar en un momento
Del cetro despojaste,
Y la insignia de eterno vencimiento
Sobre su trono alzaste.

» Mas no tu gloria, portentoso rey,
Bétis fué en sangre rojo,
Ni temblando aguardar de tí la ley
El africano arrojó.

» La inconstante fortuna, que gemía
Porque tu esclava fuera,
En la copa falaz de la alegría
Envenenarte espera.

» Cual suele ufano caudaloso río
Dominar la ancha vega,
Que las ondas extiende á su albedrío
O á su lugar repliega,

» Tu imperio siempre fué: camina atenta
La victoria á tu lado;
Llanas las altas cumbres te presenta
Y prisionero al hado.

» A tí vuelve los ojos vigilante,
Y tus señas espera;
Y si te agrada, detendrá al instante
Al sol en su carrera.

» Por tí esmalta el Agosto el prado ameno,
Como florido Mayo;
Vístese el cielo del azul sereno,
O lanza airado rayo.

» El pueblo conquistado te respeta,
El vencedor te adora;
La religion, que altares te decreta,
Apresura la hora.

» ¡Númen mortal! el orbe se prosterna,
A tu luz eclipsado;
Pero tú adoras la virtud eterna
Al verte así adorado.

» Fortuna, tu veneno delicioso
Fué salud á Fernando;
Sólo es mayor que el corazón grandioso
La gloria en que va entrando.

» Dijo; y con golpe plácido divide
Al alma generosa
El sutil velo, que la vista impide,
En que inmortal reposa.

Venciste, rey, en fin, la seductora
Fuerza de feliz suerte;
Tales los héroes son que el cielo honora
Y que ensalza la muerte.

IV.

A LA NOBLEZA ESPAÑOLA.

Si mi dolor, ¡oh patria! si mi llanto
Tu perdido poder bastará á darte,
Cefida luego del laurel de Marte
Te contemplará el orbe con espanto.
Mas, si negado fué tal poderío
Al triste llanto mío,
Dame siquiera ¡oh númen de la gloria!
Renovar altamente la memoria
Del claro honor que iluminó algún día
Los venturosos fastos de la España.
Quizá el áureo (1) esplendor de tanta hazafia

(1) Quintana, en el *Tesoro del Parnaso español*, imprimió clara.
El autógrafo que tenemos á la vista dice *dureza*.

Deshaga el hielo vil, que la osadía
De los hijos del Ebro ya aprisiona,
Nacidos para asombro de Belona.

Belona, cuyo templo aún adornado
¡Oh grande Hesperia! ves de tus blasones;
Cuyos muros aún muestran los pendones
Que el orbe todo veneró postrado;
Aun ves de tus dos mares las arenas
De mil rotas antenas
Cubrir, al soplo airado de los vientos,
Lanzados por el golfo los fragmentos;
Y del furor de nuestros padres vivo
Sólo el nombre restar de dos Scipiones;
Y cuando en el valor de sus legiones
Plegar se jacta el Capitolio altivo
A sus leyes el mundo, su arrogancia
Y su ejército muere ante Numancia.

¡Oh patria! Yo te admiro cuando en vano
Cifó seis veces el ardiente acero,
Y postrado yació de un bandolero
En tus campañas el poder romano;
O ya cuando aterró con propio estrago
Al héroe de Cartago,
De Roma la aliada más gloriosa;
O cuando el gran Pompeyo apenas osa
Contener al proscrito que te guía.
Después de cuantos lutos, oh Senado,
Tarde el laurel por el ciprés trocado,
Por tí Octavio clamara: « ¡Iberia es mía!
La primera provincia á mí agregada,
La postrera de todas subyugada. »

Y á tí, de Agar altivo descendiente,
Que, la arenosa cuna abandonando,
Tu dominio y tu error vas igualando
Al giro de los mares de occidente:
¡Ay, á España te llama fácil Marte
¡Incauto! por burlarte,
Do las Navas caer tus fuertes vean,
Que con sus rotos huesos aún blanquean;
Y en sangre rojo el campo del Salado,
De tu ignominia eterno monumento,
Ya cercano te anuncie el vencimiento,
Sólo por tantos siglos dilatado,
Para que en Asia y África pregonen
De la España los inclitos varones.

Y digas cómo el fulgido estandarte
De la victoria enarboló Pelayo,
Y la nube que encierra el fiero rayo
De los montes empieza á amenazarte.
Y cómo de las árabes cuchillas
Ya libres las Castillas,
Son sus muros los montes Maríanos;
Hasta que entregas las cautivas manos
Al héroe santo que vencido adoras,
Aunque por él los fértiles collados
De Turdetania arrebataste lloras,
Y tu postrer anhélito en Granada
De otro Fernando falleció á la espada.

Entonces ¡oh virtud! del alto cielo
Con mano liberal tus sacros dones
Derramaste en los claros campeones,
Ultima gloria del hispano suelo.
Se estremeció la Europa, y casi esclava,
Sus pueblos ya enviaba
Bajo el yugo español; mas al domarlos,
Faltó á Filipo el ánimo de Carlos.
Entonces un Dios en ignorado mundo
A Pizarro y Cortés rindió sus puertas,
Y la luz viste, América; y abiertas
Las hondas venas, que en ardor fecundo
De preciado metal adorna Febo,
Reinó en dos mundos quien reinó en el nuevo.

Tú, Belgio funeral, region de espanto,
Tumba fuiste á tan alto poderío;
En tu campo ¡oh dolor! se apagó el brío
Que elevó al español á imperio tanto.
¿Dónde está tu altivez, oh patria amada,
Que otro tiempo, cercada
De aquella siempre indómita nobleza,
Cual desde muro de inmortal fiereza,
Burlabas los contrarios escuadrones?
Entonces sólo sin vergüenza pudo,

Rojo en sangre enemiga el fuerte escudo,
Del valor ostentar los galardones;
Y eterna execración fué prometida
Al que no supo despreciar la vida.

Ya tú, nobleza, al lujo abandonada,
Fiera de un vano honor, de oro sedienta,
Cual mercenaria á Marte se presenta,
Con laurel otra vez sólo premiada.
Sangre del vencedor de Garellano,
Y del que sobrehumano
Dió acero contra el hijo! arde, y derrama
En tu progenie del honor la llama.
Así el león altivo breve injuria
Tal vez la selva vió sufrir; mas luego
Sacude el cuello, ruge, vivo fuego
Lanza la atroz mirada, y en su furia
El bosque reconoce amedrentado,
De su rey el valor nunca postrado.

Arde por gloria, gremio esclarecido;
Buscad, jóvenes claros, los combates,
Y el pueblo os seguirá, que á los magnates
En vicio y en virtud siempre ha seguido.
Así el que rige el fulminante carro,
Competidor bizarro
De los rayos del rey del firmamento;
Y el que agita al brido, hijo del viento;
Y el infante que en orden arrojado
Da y recibe la muerte; y el que humilla
Al ponto airado en victoriosa quilla,
Te harán preciada al Támesis nublado,
Te harán temido al Ródano profundo,
Te harán ¡oh patria! adoración del mundo.

Vosotras ¡oh! por el solar hispano
Sombras heroicas, encended el brío
Que el fuerte macedon en mármol frío
Inspirar supo al dictador romano.
Amor de gloria al español se canto
En la cuna ondeante;
Amor de gloria, que llevó algún día
El terror de su augusta monarquía,
Lance la esposa de su dulce gremio
A quien de amor cobarde pida el premio,
Desguarnecida de laurel la frente.
Heredero de un nombre de victoria,
¡Oh, vuélvele, español, su antigua gloria!

V.

A LA MEMORIA.

Hija del cielo, bella Mnemosina,
Que de Jove fecunda,
Diste la vida á Clio en la colina
Que eterna fuente inunda:

Si ya algún día te adoré en el ara
Que el pincel sobrehumano
Del vencedor de Apéles te elevára
En el jardín Albano,

Báñame, oh diosa, en tu esplendor risueño,
Que abrasa y no devora,
Y, rico de tu dón, mire con ceño
Cuanto Creso atesora.

Tú, diosa, de purísimos placeres
Aurora eres divina,
Tú en las desgracias y tristezas eres
Celeste medicina.

Por tí se goza el adalid dichoso
En su pasada gloria,
Y bajo sus laureles orgulloso
Ve durar su victoria.

Por tí el amor sus triunfos eterniza,
Y en lazo permanente
Aprisiona el placer que se desliza
Cual rápido torrente.

Por tí á los campos vuelo de la aurora,
Y el Indo nacer miro,
Y á par de la cuadriga voladora
Por cielo y tierra giro.

Tú, la muerte venciendo y las edades,
Reengendras las acciones,
Y nuevo lustre al esplendor añades
De gloriosos varones.

Tú á los llanos de Egipto me arrebatas,
Del saber clara fuente,
Y sus altas pirámides retratas
A mi atónita mente.

Allá tu gloria, Salamina, veo;
Tu campo allá se ufana
¡Oh Maratón! con el feliz trofeo
De la fuerza persiana.

Ya escucho al vencedor de Trasimena
Y á tí, por quien Cartago
Vió trasladar á la africana arena
De Cánas el estrago.

Ilustres héroes, de mi patria gloria,
Aun habláis, y al oíros,
Del pecho lanza vuestra fiel memoria
Tristísimos suspiros.

Has que mi nombre, al número glorioso
Eternamente unido,
En ecos de la fama victorioso
Burlé el innoble olvido,
Y brille ¡oh diosa! en tu mármreo templo,
Donde mi Elísio brilla;
Elísio, á todos celestial ejemplo
De virtud sin mancilla.

¡Ah! Si por dicha en la ribera ardiente
Yo del Níger me viera,
Sonar tu nombre, Elísio, eternamente
Sobre mi lira biciera.

Y allí fuera feliz; que si temores
Siempre al inicio oprimen,
Sabes, diosa, colmar con tus favores
A un corazón sin crimen.

VI.

A LA CONCEPCION INMACULADA
DE NUESTRA SEÑORA.

Ya victoriosa la ciudad que un día
Vió estremecer su imperio,
Cuando en los tres hermanos Alba fía
Los lazos quebrantar del cautiverio,
Por cuanto el mar rodea y Febo dora
Feliz se ufana universal señora.

Desde el Indo abundoso hasta do Bétis
Ve desceñirse á Apolo
Del manto ardiente, y á correr de Tétis
Las ninfas á templarlo, se oye sólo,
Sólo resuena el eco de la Fama,
Que eterna á Roma en su poder aclama.

El que el Danubio bebe, y el britano
Vanamente aguerrido,
El ibero feroz y el mauritano,
Que aún los manes agitan de su Dido,
En las cadenas del romano gime
Y al dictador adora que lo oprime.

Hija ilustre de Venus y de Marte,
Clama el orbe postrado,
Vivas en siglos mil sin marchitarte
Bárbaro esfuerzo de contrario hado,
Y, émula del Olimpo, por tu asiento
Trueque Jove tal vez su firmamento.

Así Roma su claro señorío
Alta difundia,
Como más refulgente en el estío
Brilla el autor del ardoroso día,
Y el rey del cielo, en su feliz carrera,
Ni mengua teme ni crecer espera.

Mas entre tanto, del supremo sólo
El padre omnipotente
Miró el alto y soberbio Capitolio,
De humo profano y fuego impuro ardiente;
Mirólo, y en su ceño ya fulmina,
Triste Roma, el decreto á tu ruína.

Que ante su augusta vista ya aparece
Tu reino de grandezas
Leve nube que esmalta y enriquece
Apolo al tramontar de mil bellezas;
Languidece en un punto, y vil juguete
Es ya del aquilon que la acomete.

Y «No, dice el Eterno, no mi gloria
Aun el humano entiende:

Tú, alado coro, canta la victoria
A la alta hazaña que mi brazo emprende;
Canta, oh Querub y Serafin flamante;
Tiempo habrá que con vos el hombre cante. »
Dijo; y todo el empuje se enmudece,
Prostrado á su mando;
En su seno amoroso la luz crece,
Y la va por los tronos dilatando;
Arde y brilla el amor, y el coro santo
El fin espera en delicioso espanto.
Cuando sobre los montes de Judea
La vista Dios inclina,
Siente el Jordan su influjo, y se hermosea,
Transformada en eden, la Palestina,
Y aun cuando al barro derramó su aliento,
No lo admiraba el ángel tan atento.
Maravilla mayor su excelsa diestra
En orden nuevo traza
De su inmenso poder inmensa muestra,
En que portentos mil y mil abraza;
De David una hija el templo ha sido
Que para sus prodigios ha escogido.
Mas ya del seno divino desprende,
Y al seno de Ana envía
La alma fulgente que al pasar enciende
La turba celestial que la atendia;
Los ángeles la ven, si verla pueden,
Y, velando sus facas, retroceden.
Tal el rayo del sol sobre Anfitrite
Gallardo reverbera,
Y ardiente el golfo con la luz compite
De la frente de luces placentera:
Cielo y tierra, miradla; ya es María;
Ya hay de Dios temporal sabiduría.
Mas al salir de su inflamado pecho,
Quedó al cielo patente,
Y el eternal arcano ya deshecho
Que en algun tiempo vió la humana gente.
Vélo ya el serafín, y se recrea
De contemplarlo en la infinita idea.
Ve que el Autor á cuya voz el mundo
Pareció de repente,
Hora el misterio de su amor profundo
Descubrirá por ella, descendiente
Del padre de la fe, que Dios bendijo,
Porque esperó progenie, aun muerto el hijo.
Vélo humillado, vélo sacrificio
Del general pecado,
Y la infausta divisa del suplicio,
Sobre el mortal orgullo derrocado,
Erigirse triunfante, y que abatida
Roma sola se precia de vencida.
Así en los siglos triunfará amoroso
El que la carne pura
Vistió de esta doncella, en el dichoso
Número que arrebató su hermosura,
Y desprecia con ceño la vileza
Del arabio metal y su grandeza.
Hasta que al fin del tiempo, desplomado,
El orbe se arruine,
Tornando al caos, de do fué formado,
Y, mal su grado, la impia turba incline
El cuello enhiesto, y en su angustia pruebe
Que su dicha fió del viento leve.

VII.

EN LA MUERTE DE CARLOS III.

¡Adónde ¡oh musal de tu soplo ardiente
Inflamada la mente
Arrebatarme siento
En furor soberano?
Léjos, vulgo profano;
Que ya en mí espira el celestial aliento
Del que, crinado
De oro cendrado,
En más fogosa luz los cielos dora
Que la luz de la aurora.
Ya de Helicon á la elevada cima
Mi vuelo se sublima;
Ya del fulgor divino

El ánimo asaltado,
El arcano sagrado
Va á penetrar del eternal destino
Sobre la altura
De Cinosura,
Llevado en raudas alas me remonto,
Sin recelo del Ponto.
Contra la avara fuerza del Leteo
Mi nombre ilustre veo,
Que los siglos trasciendo;
Tú, pues, celeste Clío,
Del monarca más pio
En verso digno la alabanza emprende.
Y vos, ¡oh bellas
Piérras doncellas!
Mis acentos guiad; que ya deshecho
Arde en furor el pecho.
Así en Delfos la sacra Pitonisa
Tal vez rogada pisa
La tripode dorada,
Y del rayo potente
Herir turbado siente
El pecho virginal, cuando inflamada
Del vivo fuego
No halla sosiego,
Y en torva vista y ronca voz pronuncia
Lo que Febo le anuncia.
No me engaña el gran númen: de él llevado,
Penetro, arrobado,
Las célicas esferas,
Donde á Jove tremendo
En su trono estoy viendo
De los dioses cercado, y placenteras
Todas las diosas
Brillar hermosas
Y resonar, en torno el alto polo,
La cítara de Apolo.
Del claro Apolo, que, de luz ardiente
En veste refulgente,
El sacro triunfo canta
De Cárlos, que al ibero
Deja digno heredero,
Y del empuje con gloriosa planta
Huella la cumbre
Do con la lumbre
De sus virtudes tanto resplandece,
Que á Titan escurece.
« Salve ¡oh tú! dice, que al Olimpo alzado,
Mereces fortunado
Del rey á quien honora
El alto firmamento,
Que en celestial contento
Se goce el cielo cuando España llora.
Salve, y radiante
La sien triunfante
Orna feliz, en la region suprema,
De más régia diadema.
» Ya se adelanta tu celeste esposa,
De hallarte desocosa,
Que de nietos ceñida,
Y el que á anunciarle vino
Tu próximo destino,
Tardo te llama, de tu amor ardida.
En más estrecho
Lazo su pecho
Al tuyo se unirá, sin que de Cloto
Tema ser nunca roto.
» Mas vuelve en tanto paternal mirada
A Hesperia desolada;
Hesperia, cuyo duelo
El gozo apenas templa,
Cuando ya te contempla
En mejor sállo trasladado al cielo.
Alzar las manos
Ve á los hispanos;
Cuál hasta Olimpo su gemir levanta,
Y cuál tu gloria canta.
» El tiempo se apresura en que, invocado
Sobre altar elevado
Nuevo númen de España,
Cante el himno de vida
El que ora en tu partida

Con tierno lloro su sepulcro bafia.

El peregrino

Largo camino

Vence por tí, y el que en Egipto mora,

Y el que Libia colora.

» Con más vivo esplendor tu gloria entónces

Entallarán los broncea.

Ya cuando de diamante

El pecho guarnecido,

Todo en sangre teñido,

Mavorte vió tu brazo fulminante,

Blandió su acero

Miéntras severo

Los desbocados potros agitaba,

Que Tesifon guiaba,

» Y tremolada al viento la bandera,

Tronó su trompa fiera,

Y la implacable guerra

Que al germano movia,

Sus odios extendia

Por el turbado giro de la tierra,

Cuando á su saña

Opone España,

Bajo sus rojas cruces, escuadrones

De intrépidos leones.

» Viérate allí, la diestra levantada,

Vibrar la ardiente espada

Italia temerosa,

Ya en Palermo triunfando,

Ya el golfo dominando

A quien Cayeta nombre dió gloriosa,

Cual caña leve

Cuando conmueve

Euro los montes de su eterno asiento,

Rendido en un momento.

» O ya cuando por áspero camino

Las nieves de Apénino

Nuevo arnés te labraron;

O en el asalto horrendo

Do, no desfalleciendo

Cuando Marte y Belona te olvidaron,

Al enemigo

Duro castigo

Diste en Veletri, que en infame huida

Vió su astucia abatida.

» O en el carro de Marte glorioso,

Cuando, ya victorioso,

Te dió el cetro negado

Parténope rendida,

O cuando en tu partida

Voz de dolor el pueblo conturbado

Al cielo envía,

Y en su porfía,

Ciego de amor, contrarestar quisiera

Del hado la carrera.

» Y dilatando tu feliz imperio

A uno y otro hemisferio,

De Jano el templo santo

Cerraste. La sagrada

Frente luego cercada

De oliva y rosas, y de blanco manto

La paz vestida,

Restablecida

Entónces fuera á tu imperioso acento

En su turbado asiento.

» O bien cuando las selvas trasladadas

A las ondas airadas,

Triunfadoras domaron

Los reinos del potente

Señor del gran tridente,

Y al Caledonio déspota enfrenaron.

El mercaderante

Desde Levante

Libre goza el camino hasta do mora

Quien fiel al sol adora.

» Y el labrador que á Cérés ya no clama,

Y en su altar no derrama

La leche, miel y vino,

Ni á su imagen amiga

Ciñe dorada espiga,

El recental á tu favor divino

De su rebaño

Dará cada año,

El tiempo refiriendo en que ensalzado

Por tí fué el corvo arado.

» Del Permeso las sacras moradoras

Con cítaras sonoras

Por tí restituido

Su imperio en todas partes

Dirán, y ciencias y artes

A tí el honor darán, por tí adquirido,

Y cada día

Nueva alegría

Recibirá en tu gloria el firmamento

De tenerte en tu asiento.»

Dijo; y brilló de nuevo más lumbroso;

Al mortal venturoso

El padre omnipotente

De sagrada ambrosía

El cabello rocía,

Y afirmando el anuncio, la alta frente

Suave inclina,

Y su divina

Fuerza el Olimpo atónito sintiendo,

Tembló con fuerte estruendo.

VIII.

EN HONOR DE DON JUAN BAUTISTA

ARRIAZA (1).

Salve, mi amigo, de las Musas gloria:

Tus dulces versos por el orbe todo

Hará inmortales el glorioso siempre

Febo divino;

Que á tu cabeza de purpúreas rosas

Y verde lauro la corona ciñe,

Y á par de Horacio te levanta luego,

Y de Tibulo.

Las bellas ninfas del undoso Tajo,

Cuando tus cantos agradables oyen,

Del sacro albergue saltan, y las palmas

Baten festivas;

Y desceñidas con pudor las Gracias,

Mil bellos bailes en tu cerco forman,

Y, voladores, el festejo siguen

Tiernos amores.

¿Quién te ha inspirado tan graciosos versos?

¿Quién tu dulzura cantará y tu fuerza?

¿Cuál de tu lengua voz suave fluye

Melodiosa!

Pues cuando cantas en tu dulce lira,

Náyade bella de las aguas huye;

Tu voz el coro de las nueve hermanas

Luego repite.

Y si celebras al caudillo hispano,

Varon en guerra y en la paz ilustre,

Cuyos desvelos á su patria ofrecen

Bienes y glorias,

Várido, elegante, cual Horacio hermoso

Cantas entónces, y á mis ojos brillas

Grave, sublime y grandioso como

Pindaro mismo.

¡Oh, si me diese de suaves versos

Un dón Apolo que emulase al tuyo,

Con que tus metros ensalzar pudiera

Digna mi lira!

Mas pues que débil se atreviera en vano

Mi voz humilde á remedar la tuya,

Salve, mi amigo, de las Musas gloria;

Salve mil veces!

IX.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO DESPUIG, CON MOTIVO DE SU EXALTACION Á LA SANTA IGLE- SIA METROPOLITANA DE SEVILLA (2).

El Pontífice eterno, que del sólio

De lumbre inaccesible y gloria inmensa,

(1) Esta oda es traducción de la que escribió en griego don Benito Pardo. (Nota del Colector.)

(2) Esta poesía fué impresa en Sevilla en 1796. La publicamos

Cual otra vez sobre el Siná, dispensa
Ya su luz sobre el sacro Capitolio,
En tu florida edad, ¡oh gran prelado!
Al pié de su gran trono te dió parte,
Para que, de su espíritu animado,
Pudiese trasladarte
Donde los puros rayos que bebieses
En benéfica esfera difundieses.
Ni otro primer teatro bastaría
Al que para la silla disponía
Que á aquella comun madre venerada
Mejor en serie y perfeccion traslada;
Pues si el tirano dictador, que doma
A su ambicion altiva
En Farsalia las águilas de Roma,
Copia llamó expresiva (1)
En pomposa riqueza
A tu ciudad de su inclita grandeza,
No es, oh ilustre prelado, más romana
Idólatra Sevilla que cristiana (2).

Desde que el gran pastor á quien el mando
De su redil dió Cristo, hasta el distante
Océano su celo propagando,
La fe en los siete montes ya triunfante,
Con las columnas de Hércules termina (3);
Su potestad divina,
Ministro siempre fiel, Geroncio hereda,
Y el renombre cristiano
Por su desvelo queda
Dominando en la patria de Trajano (4).

Ya en el Tartesio todo arde el incienso
Sobre las nuevas aras del Inmenso.
Hispalis honra la deidad suprema,
Y el busto infame de la Siria quema (5).
Triunfo de vuestra sangre fué inocente,
Oh víctimas, que tiernas (6)

Trasladó el impio acero
De Daciano inclemente
A delicias eternas;
Y triunfo vuestro fué, si el lastimero
Llanto en reposo vuestro pueblo vino
A trocar en los brazos de Sabino (7);
Reposo, Hispalis, triste y pasajero.
Ya el vándalo la incendia, y el romano
En ella sacia su furor insano;
Respira un poco, y gime ya de nuevo
Bajo el cetro terrible del suevo;
Cuando el godo arriano
Sus coligadas huestes desbarata
Y el mando en ella y el error dilata.

Mas entre tanto, religion divina,
En sόlo de tu gloria permanente,
Sacro pastor, que riges tú, domina (8);
Y del negro torrente

El vapor desterrado pestilente,
Dos héroes tuyos con ilustre celo
El rebaño ya cándido te entregan (9);
Por tí sus nombres con ligero vuelo
Hasta el Oriente llegan;
Por tí amantes sosiegan
De tu Señor en ellos los vicarios,
Y por tí de las llaves sacrosantas

ahora con las muchas correcciones autógrafas que hizo en ella su autor, y tenemos á la vista. (Nota del Colector.)

(1) Julio César, de su nombre y el de Roma, dió á Sevilla el de *Julia Romula*, segun el testimonio de san Isidoro. (Nota del Autor.)

(2) Quien haya leído la historia eclesiástica de Sevilla, verá ciertos rasgos de semejanza y muy estrecha comunicacion, especialmente en los tiempos antiguos, con la de Roma. (Idem.)

(3) Los apostólicos, que casi todos predicaron en la Bética, fueron enviados por san Pedro y san Pablo. (Idem.)

(4) San Geroncio fué discípulo de los apóstoles, ó al menos de los apostólicos. Predicó en Itálica para fundar la iglesia de Sevilla, segun la costumbre de los apostólicos, que las establecieron primero en los pueblos más cortos, para mayor seguridad. (Idem.)

(5) En la Bética habia un rito de la Siria en obsequio de Vénus, bajo el nombre de *Salambo*, en memoria de su llanto por Adónis. (Idem.)

(6) Las santas Justa y Rufina. (Idem.)

(7) Este famoso prelado fué uno de los que asistieron al concilio de Iliberi. (Idem.)

(8) Sólo hay un obispo intruso, llamado *Epifanio*. (Idem.)

(9) Así consta por las mismas cartas de los pontífices romanos. (Idem.)

Se ven depositarios (10);
Y á Laureano, del error vencido
Por premio, en Roma tú al honor levantas
Antes á Policarpo concedido (11);
Mas ¡qué espíritu nuevo y poderoso
Siento elevarme? impulso más grandioso
El ánimo estremece,
Y á mi vista otra esfera ya se ofrece.
Nombres que de oro en láminas gloriosas
Del Dios que áun defendeís, al par durables
Grabó la eternidad con justa mano.
¡Ah! cómo entre guirnalda victoriosa
Los filos de la Parca inexorables
Desprecias desde el sόlio soberano!
Yo el tiempo veo domado,
Tras vuestro carro triunfador atado,
Y una luz que al sol vence y que os inflama,
Y que contempla atónita la Fama.

Alza la vista; ya se te presenta
De Leandro ¡oh prelado! la encumbrada
Gloria; ve la sangrienta
Hidra á sus piés postrada.

Como nocturnas aves, cuando ufano
Despliega Febo el rayo soberano,
A los cóncavos troncos se retiran,
Y el odiado esplendor turbadas miran,
Tal la caterva del error insana
Se precipita rauda á su presencia;
Osado quiebra la prision tirana,
Y la Iglesia abre al godo su clemencia.
Nueva luz aparece, y en Toledo
Feliz triunfa Leandro en Recaredo (12).

Gregorio ante él su corazon derrama,
Y se goza al halago de su fama (13),
Y el ornato preciado,

De la ambicion en vano suspirado (14),
Orna sus hombros.... Pero ya la aurora
Que en bellas lumbres alegró la esfera,
Cede á la muerte, porque goce el día
Del astro augusto que los cielos dora.
Igual triunfante sol que reverbera
Los vivos rayos sobre la onda fria,
Que con reflejos tremulos compite
De su iluminador la gallardía,
Sin que el rey de la luz tema el intento
De que esplendor hurtado al suyo imite (15);
Astro más claro al del firmamento,
Brilla Isidoro, mientras que ilumina
Su escuela al orbe en celestial doctrina;

Y el eco de su voz con noble acento
En su iglesia resuena,
Hasta que, en sus destrozos, ya sublima
Se ostenta la bandera sarracena.
¡Oh amargos días! Mira cómo gime,
Oh prelado, en la misera cadena
Tu pueblo, y cómo esgrime
El despiadado alarbe la cuchilla
Con que el suelo ensangrienta á tu Sevilla.
Ve cómo apenas osa,
Atónito el cristiano, la llorosa
Faz levantar al cielo.

Ve cómo entre su amor y su recelo
No halla dónde ofrecer, sin ser manchada,
La sangre de la victima sagrada;
Tal tímido robo,
Llover mirando de la nube el ruego,
Inmóvil resta y sufre mayor daño.

(10) *Salustio* y *Zenón* fueron hechos delegados pontificios por los papas Félix III y Hormisdas, y la primera iglesia de España que obtuvo esta distincion fué la de Sevilla. (Nota del Autor.)

(11) El Papa, segun las actas, concedió á san Laureano el episcopado de los pontificales en Roma, honor grande en la antigüedad. (Idem.)

(12) Cuanto hizo el Rey en el concilio de Toledo fué obra de san Leandro. (Idem.)

(13) Así y áun más expresivamente habla san Gregorio á san Leandro en sus cartas. (Idem.)

(14) El *pau*, que se concedió tan raras veces y á costa sólo de repetidas réplicas antiguamente, lo envió espontáneamente san Gregorio al prelado de Sevilla. (Idem.)

(15) Esto alude á que todos los discípulos de san Isidoro, como San Ildefonso de Toledo y Braulio de Zaragoza, fueron muy superiores á él. (Idem.)

Mas de Isidoro el amoroso ruego
La diestra armada del Señor detiene,
Y, roca incontrastable,
La fe siempre gloriosa se sostiene
Contra el furor del piélago alterable (1),
Hasta que, las prisiones desatando,
Hizo inmolar Fernando
El eterno cordero
Donde Leandro lo inmoló primero (2).
La piedra estable, y de la Iglesia amparo,
Así tu silla en duración retrata,
Y así de santo honor comercio caro
En dulces lazos de piedad las ata;
Lazos que desde el tiempo más remoto
La turbadora envidia nunca ha róto,
Y en premio de la púrpura romana
En los más de sus inclitos pastores
Tu ilustre iglesia se engrandece ufana,
Y aun présaga se goza en tus honores;
Que el curso luminoso de tu gloria,
Del sol siguiendo la feliz carrera,
Término hará de su region primera.

Poco es esto á tu honor: de tí la historia
Más se promete; que tu ilustre pecho
De tanto claro hecho
De tus antepasados (3)
Imágen ha de ser, y en tí inspirados
Los alientos del alto Vaticano,
Vida serán del pueblo sevillano.

Mas sobre todos el castallio coro
Vibra el plectro sonoro,
Y « ¡oh dulce (clama) venturoso instantel
A nuestro gremio, de temor errante,
Que ya la triste turba de Helicon
Del oprobio mortal desaprisiona.

Cumple sus votos, ¡oh prelado! El Tíbre
Mire á tu Bétis trasladar su gloria;
Vuele el ingenio por tu mano libre,
Y de Híspalis renazca la memoria.

Sobre los héroes que en clarín sonante
Celebra el monstruo alado
Te verás elevado,
Y tu renombre, de la edad triunfante,
En el templo de Pálas colocado;
Y la posteridad, al ver las aras
En que su culto eternizar preparas,
Repetirá tus glorias, de amor llena,
Mientras derrama el sol su luz serena.

X.

AL FELIZ CUMPLEAÑOS DEL REY
DON CARLOS IV.

Del alto Olimpo, soberana Clío,
Desciende pronta, y á mi pecho inspira
El sacro aliento de tu heroico brío,
Y dulce acento á mi templada lira;
Y cantaré la gloria
De este felice día,
Cuya grata memoria
Será eterna alegría
Del español imperio
Mientras que Apolo dore su hemisferio.
Cantaré el triunfo con que al templo augusto
Donde la religion su trono ostenta,
Llega el monarca que, piadoso y justo,
Víctima sacra á la deidad presenta:
Dos orbes que, gozosos
Con su imperio sagrado,
Contra esfuerzos furiosos
Del error coligado
A un poder insolente,

A sus piés va á ofrecerle reverente.

Vedlo ya entrar en el inmenso templo,
Do las sacras imágenes admira
De los ilustres héroes, claro ejemplo
Del que á la cumbre de virtud aspira.
Allí, ¡oh Pablo! allí estaba
Tu estatua, ¡oh Agustino!
Y la que te copiaba,
Jerónimo divino;
Allí el prelado sabio
A quien dió nombre su elocuente labio.

Magnífica y sencilla arquitectura
De suspensión á Carlos tiene lleno:
Mira la copia, mira la hermosura
De las riquezas del indiano seno.
La angélica armonía
De genios celestiales
Lo inunda en alegría;
Ya de las inmortales
Glorias ve resplandores;
Que no da religion premios menores.

Ve las virtudes todas, que, obsequiosas
Unas sostienen encendidas teas,
Y otras cargan las auras deliciosas
De las fragancias indias y sabeas.

Las unas al elemento
Rey mil votos repiten,
Las otras mutuamente
En su elogio compiten;
Por fin al sitio llega
Donde á la religion su ofrenda entrega.

En áureo trono la sagrada diosa
Sentada está con majestad amable,
En claridad bañado luminosa
Su rostro, á un tiempo dulce y adorable;
La corona es de ardiente
Rubí y el soberano
Cetro que airoosamente
Tiene en la ebúrnea mano;
¡Ah! ¡quién no se rindiera,
Religion amorosa, si te viera!

A cuya vista Carlos, trasportado,
Arrodillóse respetosamente,
Consagrando con ánimo humillado
Su corazón y reinos juntamente.
« La víctima no es digna,
Dice, ¡oh sagrada diosa!
Mas tú, deidad benigna,
Recíbelas piadosa.
¡Ojalá yo pudiera,
Que el mundo todo á tu poder trajera!»

Así oró Carlos, y del alto trono
Descendiendo la diosa prontamente,
« De esta suerte, mortales, yo coronó
Al honrador del Padre omnipotente »,
Dijo; y de su cabera
La diadema quitando,
¡Oh divina fineza!
Y á Carlos coronando,
Lo dejó más glorioso
Que el vencedor de Dario sanguinoso.

Y « Oh monarca, siguió, los altos cielos
Cumplirán pronto tus rendidas preces,
Si en copiar de tus inclitos abuelos
Las gloriosas virtudes permaneces:
Las figuras sagradas
De Luis y Fernando
Mira allí colocadas:
Dános un tiempo cuando
Haga yo que la tuya
En el ilustre número se incluya.

« Siempre te acuerde, Carlos, este día
Aquel en que, naciendo, yo en mis brazos
Te consagré al Eterno amante y pia,
Y procura estrechar tan santos lazos. »
Dale su cetro al punto,
Y en un excelso asiento
Lo coloca á sí junto;
Una vez de contento
El ancho templo llena,
Y el nombre amado con placer resuena.
Levanta, pues, tu vista venturosa,

(1) Aunque algunos autores dudaron que en Sevilla se conservase la fe bajo el cautiverio, el hecho está ya fuera de toda controversia, pues constan los nombres de los prelados que hubo bajo la dominación de los árabes. (Nota del Autor.)

(2) La antigua catedral fué convertida en mezquita, y ésta, en la conquista, otra vez en catedral; de suerte que la Iglesia actual está en el mismo sitio que la antiquísima. (Idem.)

(3) Son notorios los servicios que la casa de Despaign ha hecho á la Iglesia, especialmente en la Orden de San Juan. (Idem.)

Y gózate en tu rey, feliz España:
Llega á tal trono, llega presurosa,
Y con alegre llanto sus piés baña.
¡Oh padre poderoso!
Por larga edad prospera
Monarca tan piadoso;
Y hasta que su carrera
La de Nestor termine,
Su pacífico cetro nos domine.

XI.

AL PUEBLO HEBREO,
EN LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Levanta hácia los cielos la doliente,
Mas otro tiempo vista bienhadada,
¡Oh reina del Oriente!
Mira la esfera arder iluminada
Al resplandor de majestad que espira
El rostro de tu Rey bañado en ira.
No ya triste Sion lágrimas vierte,
Tu grandeza previendo derrocada,
Sobre tu infausta suerte;
Vélo ceñir la gloria despojada,
Y que triunfo sin fin es decretado
Al que su vida pródigo te ha dado.
Ya una nube lumbrosa lo levanta,
Y atónito el Olimpo á su hermosura,
Eterno *hosanna* canta.
¡Ah! Vuela ya, Señor, hácia tu altura,
Y al pueblo ingrato á abandonar empieza,
Indigno de tu vista y tu ternura.
Y en el seno del Padre glorioso,
De rayos inmortales coronado,
Goza tú almo reposo,
Ni más los ojos de divino agrado,
Ojos que esparcen lumbré regalada,
Vuelvas, amante, á tu infeliz morada.
Sufra el reo linaje, y de su pena
Arrastre, infame, con mortal quebranto
La misera cadena;
Goce en herencia eterna inútil llanto,
Y de tu vil suplicio lo atormente
Vivo cual furia el crimen en su mente.
Partes en fin, te muestras Dios, y oprime
A tu ciudad, que la burló propicia,
Tu majestad sublime;
Y en tus ojos ardiendo la justicia,
Desde el trono de nubes soberano
El rayo vibras en la airada mano.
Lo vibras, y amenazas el gran día
Que has de lanzarlo, de terror cercado,
A la caterva impia;
Aplácalo, Sion, contra tí armado.....
Mas ¡ay! que ya á tu vista se ocultó,
Y tu esperanza desapareció.

XII.

Á LA DECADENCIA DE LA GLORIA DE SEVILLA.

ODA LEIDA EN LA JUNTA GENERAL DE LA SOCIEDAD
PATRIÓTICA DE SEVILLA, EL 23 DE NOVIEMBRE DE
1796, ANIVERSARIO DE LA CONQUISTA.

Hoy, de Muza ya rotas las cadenas,
¡Oh reina del Tartesio dolorida!
Dejas el luto de tus largas penas,
Y á cánticos de gozo te convida
El cielo, que, tus quejas escuchando,
Al poder te entregó de san Fernando.
No ejércitos triunfales
Te hacen llorar destrozos inmortales,
Ni ves correr tus lágrimas mezcladas
A la sangre enemiga en sus espaldas.
Tu augusto vencedor te abraza tierno,
Y de piedad brillándole el semblante,
Descanso te promete y gozo eterno
Y paz festiva, en dichas abundante.
No es la espada el honor de su corona,
Y apenas ha vencido, la abandona;

Que ¡oh gran modelo de los sabios reyes!
Cercado de naciones enemigas,
No entre las lanzas tu poder abrigas;
Mas ciencias, artes, leyes
Son la excelsa muralla de diamante
Con que ciñes tu trono vacilante.
Hispalis, de envidiar ya el tiempo deja
En que ansiaron las venas Marianas
Las naciones del orbe más lejanas,
Y en que, obstinada la fecunda reja,
Coronó de su dueño los sudores
Con mil y mil placeres,
Envidiando su dicha Baco y Ceres.
Ni sujeta á ambiciosos destructores
Tímida probarás tu incierto gozo,
Oyendo rechinar el carro airado
En que amenace Marte tu destroz;
Mas sin recelo al paternal cuidado
De un pueblo te confías,
Que en paz gozosa sus tranquilos días
A la sombra diafruta de las aras
De un númen amoroso,
A quien las dichas del mortal son caras,
Y abundancia entre cándido reposo
En prenda les concede de la herencia
Que sin fin les destina su clemencia.
Fernando es el autor de tu ventura,
Fernando el árbol de tu gloria planta,
Que en nudosas raíces se asegura
Y firme hasta los cielos se levanta.
Todo es bien de Fernando, y á él le debes
Los siglos venideros
En que á domar la América te atreves;
Por él colmados gozas tus graneros,
Por él dichosa tu progenie augusta
Rica te hace en juventud robusta,
Y el néctar de abundancia, que á porfía
Ves derramar los dioses en tu seno,
El alto esfuerzo de tus hijos cria,
Con que, olvidando tu confin ameno,
Lleven sobre el gran mar en tus entenas
Al opuesto hemisferio las cadenas.
Ni de Agosto los dones,
Cuando al sol brilla la dorada espiga,
Tanto cerca en tropel la avara hormiga,
Ni tanto en laboriosos escuadrones
Enjambre hibleo entre susurro grato
Con sediento conato
Solicito atesora
El dulce llanto que vertió la aurora,
Como de Grecia y de la fértil tierra,
Que, de todo saber primera fuente,
Ya sólo escombros de su gloria encierra,
Y del campo que alegra el sol naciente,
Y de la Arabia ardiente,
Y de do Febo las entrañas dora
De la honda tierra con su luz criadora.
Por tí los pueblos con afán inquieto
Surcan el mar en agitada prora,
Y á tu imperio sujeto
El dios del gran tridente,
A sus naves manda que las naves,
Que peligrarán de riqueza graves,
Hacia el Bétis empujen blandamente,
Evitando con arte
El escollo traidor del balliarte,
Con que, envidiosa en otro tiempo Tétis,
Sus reinos quiso separar del Bétis.
Muchas veces Neptuno se acercaba
En su cerúleo carro hasta tus muros,
Y tu opulenta margen contemplaba,
Do los afanes duros
Del labrador recompensados vía
Cuando Amaltea el cuerno derramaba,
O al murmurio fecundo en alegría
De tu pueblo gozabase, que altivo,
Ni conoció el rigor de adversos hados,
Ni del ocio el mortífero atractivo;
Y después, hermanos
El labrador y artífice en tu orilla,
Trasladaban sus frutos
A recibir en la volante quilla

De las remotas playas los tributos,
Y aún les promete el mismo dios, contento,
En premio darles no esperado aumento.
Ni abandonar tus márgenes podía
Alegre el rey del Ponto en tu opulencia,
Admirando en tus hijos la osadía,
Que emula del Criador la omnipotencia,
Y extiende nuevos cielos estrellados
Y alza al Olimpo fértiles collados,
Y abre valles profundos
Con el pincel engendrador de mundos;
Y al mármol yerto comunica vida,
Que al varón sabio y fuerte,
A pesar de la Parca enfurecida,
Segunda vez redime de la muerte;
O aquel poder divino
Que de los senos de la nada forma
Los prodigios del cielo cristalino,
A sus obras elige excelsa norma
Del arte soberano con que Herrera
Ennoblecíó tu plácida ribera.
En tanto que á region más elevada
Sublimado el humano entendimiento,
Corrió los giros del celeste asiento,
Bajó á la tierra de metal preñada,
Vió las fuentes y el orden de la vida,
Y la nublada antigüedad vencida,
Los siglos reprodujo y las hazañas
Ocultas del sepulcro en las entrañas,
Y con noble porfía
Al Infinito conocer intenta
En cuantas obras al mortal presenta,
Y en su misma eternal sabiduría,
Gózate ufana; gózate, Sevilla,
En tanto lauro que en tu frente brilla;
Gózate en tus grandezas y placeres;
Mas al cielo las manos levantando,
Clama grata: «Tú solo ¡oh gran Fernando!
Los cinco siglos de mis dichas eres.»
Mas ¡qué maligna nube

Desde Aquilon, con hórrido bramido,
Por tu horizonte tenebroso sube
Y á tí dirige su rigor temido?
El despiadoso enojo del Tonante
Encierra viva en el sulfúreo seno,
Y en penas y destrozos fulminante,
Sobre tí lanza mares de veneno.
Todo es en tí desolacion y muerte,
Y el hado, que ya envidia tu grandeza,
En pálidas cenizas te convierte.
Llantos de sangre manchan tu belleza,
Y al ver que ya tu pueblo en tí no hallas,
Lo buscas, y al mirarlo te estremeces,
Sin vida, al rededor de tus murallas.
¡Miser! El cielo desechó tus preces,
Y al decreto funesto,
En fin, gran hija de Hércules, pereces,
Y Atropos, para honor de sus crueldades,
Apénas de tu gloria un débil resto,
Triste ejemplar conserva á las edades.
Pero á mayor castigo
Númen fatal te abandonó enemigo,
Cuando la ociosidad en regio asiento
Avasalló tus inclitos hogares,
Y, de placeres ébria, en un momento
El cetro de los mares,
Fruto de largos siglos, torpemente
De sus manos caer miró indolente.
Murió ya ¡oh patria! tu altivez primera,
Y en ignominia el ánimo abatido,
El hombre es para sí toda la esfera,
Y el anchuroso mundo considera
Cual leve rayo de esplendor fingido.
Pajizo techo de infeliz cabafia
Así basta al pastor, contento sólo
Con evitar del aquilon la saña,
Ni cuida si otro polo
Al suyo hay contrapuesto, ni si envia
El hielo Bóreas ó arde la Etiopía.
¡En qué ¡oh dioses! el Bétis ha faltado,
Que así el trono perdió, porque algún día
Ardió el Mosa de celos abrasado?

Llegará un tiempo ¡tiempo venturoso!
Gremio inflamado de fecundo celo,
Que tu vista dilates victorioso
Por ese que ahora mustio y yermo suelo,
Está de tus esfuerzos esperando
Que la edad le renazca de Fernando,
Y estrechados en brazos fraternales
El poder y la ciencia,
Te brindarán delicias inmortales.
En tanto, oh celestial beneficencia,
Templa tu noble sed, cuando presides
Esta á tu honor sagrada competencia,
Donde de Astrea en la balanza mides
Sencillos premios que de tí son gratos
De la industria á los fértiles conatos;
Que así los héroes Elide formaba
Entre el pomposo juego,
Y el laurel que las sienes adornaba,
Hizo al Asia temblar del nombre griego.
Tu amante ardor inspíranos, ¡oh diosa!
Ardor inspira á tu escogido gremio,
Que no desmaye al dilatarse el premio;
Que el que planta la palma victoriosa
No goza de su fruto;
Mas á su afán dulcísimo tributo
Es sin cesar la imagen lisonjera
Del bien que hace á la prole venidera.
Ni se marchita el ánimo orgulloso
Del fiero persa porque cifra el giro
De Babilonia muro inexpugnable,
Y el Eufrates inmenso sea su foso;
Su esfuerzo dobla el obstinado Ciro,
Y mente invicta y mano infatigable
Leyes dan al Eufrates, que, obediente,
Su mar en lagos dividir consiente,
Y Babilonia cede, ya cautiva,
Al sordo cerco que desprecia altiva.

XIII.

Arbitro excelso, á cuya voz el mundo
Nacer la serie de los siglos mira,
Y en trono inmóvil las mudanzas todas
Sólo dispones;

Si á los clamores de piadosos pechos
Los giros templas de la edad voluble,
Y amansar sueles el rigor del cetro
Omnipotente;

El sol, que en nunca fatigado carro
Su angusta lumbre por doquier derrama,
Gloria no mire que á la hispana gloria
Émula eclipse.

XIV.

LA GRATITUD.

No es justo, Lide, que tan dulce día
Muera en las sombras del ingrato olvido.
Gloria á la reina del Idalio pia,

Gloria á Cupido;

Y gloria á Apolo, cuya lira pudo
Vencer, oh Lide, tu constancia altiva;
No te avergüences en el bello nudo,

Nueva cautiva.

Hoy, que de Febo medio giro falta,
Y otras dos vueltas porque espire Mayo,
¡Quieres ver cuánto, victoriosa, exalta
Vénus su rayo?

Vén, y entraremos al jardín que tifie
De mil colores la feraz Pomona,
Para grandeza del que Augusto cifie
Doble corona.

No ya las fieras de la Arabia inculta,
No las serpientes que la Libia infaman,
Ni solo el mundo que Neptuno oculta,
Diosa la aclaman;

¡No ves, bien mio, las purpúreas flores
Sentir las leyes á que tú has cedido?
Aun esos troncos desmayar de amores
Hace Cupido.

Amor es alma de que el orbe vive;
 Autor celeste del ardor fecundo
 En que las auras de su sér recibe
 Plácido el mundo.

Id, oh guerreros, desolad la tierra,
 Pródigos monstruos de la humana vida,
 Y á Roma acabe ciudadana guerra,
 Y estremecida.

El Asia ceda al Macedonio fiero,
 Que sus dominios inmóvil á su gloria;
 Yo en tanto, Lide, de tu pecho quiero
 Dulce victoria;

Que no laureles de feros caudillo,
 No gloria emulo de virtud tirana;
 No de diamantes el ardiente brillo,
 Lide, me afana.

Dulce inocencia, y mi dorada lira,
 Y tus amores mis delicias sean.
 ¡Ay! cómo al fuego que el amor te inspira,
 Ya centellean.

¡Oh! Lide mía, tus festivos ojos
 Y á tus mejillas las lascivas flores
 Van trasladando los esmaltes rojos
 De sus colores.

Siéntate, amada, y en la sombra bella
 Por ese prado que de amor suspira,
 Tu vista, imagen de riente estrella,
 Lánguida gira.

¡Cual yo tus glorias grabaré en mi mente,
 Año festivo, en que del cetro ibero
 Al cuarto Cárlos la española gente
 Jura heredero!

XV.

Entre todos tus genios sobrehumanos,
 Sacra filosofía,
 ¿Cómo podrás negar la primacía
 A tu gran hijo Táles? Los arcanos
 De tus divinas fuentes
 Al noble observador fueron patentes,
 Cuando dijo que el agua es de este mundo,
 Si no el primero sér, un dios segundo.
 ¡Agua, celeste dón! Tú eres del cielo
 El néctar y ambrosía;
 Tú, con las nieves preservadas fría,
 Eres la copa de inmortal consuelo
 Que al padre omnipotente
 Ministra el rubio jóven. Solamente
 Tú eres la sangre plácida y hermosa
 Que, herida de mortal, vertió la diosa.
 ¿A qué elemento cupo igual fortuna?

En tus claros licores
 La suave deidad de los amores
 Tuvo su bella y deliciosa cuna,
 Dejando en tus cristales
 Embebidas sus gracias celestiales.
 ¡Oh, pues, cuna de Vénus y retrato,
 Quien no te adora es un mortal ingrato!

Todos el himno repetir debemos
 En que tus glorias muestra
 El cantor de la olímpica palestra:
 «A Júpiter por rey reconocemos
 Del sacro eterno coro;
 El rey de los metales es el oro;
 Rey es el sol del estrellado cielo,
 Y reina el agua del terrestre suelo.»
 Al repartir el alto poderío
 De cielos y de tierra,
 El fiero rayo, que al mortal aterra,
 Tocó al supremo Jove; el mundo umbrío
 Tocó al dios que domina
 Los reinos de la negra Proserpina;
 Y de las aguas del imperio hormoso
 A ti tocó, Neptuno venturoso.

XVI.

AL NATALICIO DE LA REINA.

No siempre lanza el enojado cielo
 El fiero rayo de la nube horrenda,
 Ni el Ponto siempre de espumosos montes
 Brama encrespado.

Cuando amenazan los eternos ejes
 Saltar, y el orbe abandonar al caos,
 Súbito el aire de risueña lumbre
 Todo se anima.

Infantas horas, que de horror y sangre
 Mares y tierras funestais impías,
 Volad ¡ay! prestas, y en los yertos polos
 Id á fijaros.

Y si ya el trueno del sangriento azote
 Sonó de Marte en la estrellada cumbre,
 Vén ya, paz alma, y á tu blando influjo
 Nazca la dicha.

Nazca ya, ¡oh cielo! y el natal festivo
 De la que el trono de Isabel ocupa,
 De tus piedades el natal, oh cielo,
 Has amoroso;

Ya que tus gracias de piedad celeste
 Son bella imagen, adorada reina,
 Que del diadema á tu nativo brillo
 Cede la gloria;

Y de tu pueblo si el amor se queja
 Del alto solio que de ti lo aparta,
 Luego, más sabio, de mayor corona
 Rica te quiere.

Y eleva al cielo agradecidos himnos,
 Que cuanto bella te formó fecunda
 De augusta prole, que la lis borbónica
 Inmortalice.

¡Oh infante regio, en las doradas alas
 Hayas venido de inmortal ventura!
 ¡Présaga estrella de mejores días
 Para la Iberia;

Y para el mundo, si ordenára Jove
 Que los ya todos vacilantes tronos
 Afirme Cárlos, y la herencia sean
 De tus hermanos!

Y el sol de España en los menores astros
 Su luz refleje, y á su gloria vuelto,
 Por ti lo goce, oh Cíbela nueva,
 Madre de reyes.

XVII.

AL REY INTRUSO JOSÉ NAPOLEON,
 CUANDO ENTRÓ EN CÓRDOBA EN 1810 (1).

*Omnibus laxis nostris militibus oras
 Intret rex noster.*

De rosas y de mirto coronadas,
 Canten del Bétis las festivas drias
 Al sol benigno, que de luces pías
 Viene á dorar sus márgenes sagradas.
 Sol de más dulce encanto
 Que al que de luz fulgente
 Visten las bellas horas áureo manto,
 Y al grato rayo de su ardor elemento
 La hermosa turba, en danzas extendida,
 Nuevo amor las inflame y nueva vida.

Venció de Aleto la infernal caterva,
 Y de Pirene hasta el hercúleo estrecho
 Ardío en su llama el español deshecho.
 Nada á la muerte á su furor reserva;
 Yaces, misera España,
 Desolada al combate
 De la propia opresión y de la extraña;
 Mas de la doble muerte que te abate,
 Tu rey, astro de vida, te rescata
 Y el bien por tu ancho término dilata.

(1) DON MANUEL MARÍA DE ARJONA compuso esta oda cuando llegó á Andalucía el rey don Carlos IV en 1796, y la refun-
 dió el abate don José Marchena para obsequiar á José Napoleón,
 no pudiendo hacerlo por sí mismo, por estar enfermo á la sazón del
 M. M. de ARJONA. Esta composición fué el cargo principal que se
 hizo á éste en la causa de infidencia que se le formó en 1814. (Véase
 del señor don Luis María Ramírez y de las Casas-Daza.)

Tal, esplendor benéfico sembrando,
De entre las ondas del rosado Oriente
Nace del día el padre refulgente,
Los plácidos celajes matizando;
Y del Indo distante
Esparce el almo aliento
En el carro de nítido diamante,
Al orbe mustio, de su luz sediento;
Hasta que la cuadriga voladora
Pisa otra vez los reinos de la Aurora.
Así el Bétis te admira cuando goza,
A tu influjo, el descanso lisonjero,
Al tiempo que de Marte el impio acero
Aun al rebelde catalán destroza.
La paz que en tu semblante
Y que en tu pecho mora,
Nos fué presagio del feliz instante,
Término de la Parca destructora.
Gózale grata, en fin, oh patria mía,
Y honra á tu rey en himnos de alegría.

No el despótico error más inhumano
Te oprimirá en ignoble cautiverio,
Ni negará el laurel que en el imperio
Del primer Carlos pretendiste en vano;
Aurora sepultada
En nublado día
Fué aquella tu esperanza malograda;
Mas ya suelta la férrea tiranía,
No clames, Bétis, en tu orilla amena
Por las glorias del Tamesis y el Sena.

Reinará la abundancia, y en su seno
Verás domar al piélagos tus robles,
Y no quebrados tus intentos nobles,
Tu nombre antiguo gozarás de lleno;
Dos siglos son pasados,
Oh España, que no existes,
Cuando á impulso de genios elevados
Te ves nacer de entre fragmentos tristes,
Por tanta hazafia, oh Pálas, ya previenes
El más digno laurel de régias sienes.

Y así, ¡oh gran rey! á su region te llama
En que sólo ser puedes coronado;
Donde el Bétis, del Tíber envidiado,
Por los tartesios campos se derrama;
Que antigüedad sagrada
Aquí al árbol dió asiento
Que es de la dulce paz insignia amada,
Y del culto de Pálas ornamento;
Y aquí, de ciencia y paz doble corona,
Hoy el coro ha de darte de Helicon.

Aquí el Eliseo campo venturoso
Pintó el cantor de la venganza argiva,
Y Argantonio y Gerion copia festiva
Aquí gozaron en feliz reposo.
Aquí naturaleza
Prodigó sus delicias,
Porque del mar vencieran la aspereza
Púnicas proras, griegas y fenicias,
Hasta que la fortuna dió al romano
El confín del incauto turdetano.

Fébo de luz, más pródigo, le baña;
Vos dadle luz de amor más encendida;
Que él es, Señor, delicia de la vida,
Como vos sois delicia de la España;
Ni recuerda memorias
Más de Minerva ó Marte,
Que, despreciando sus antiguas glorias,
Ya su gloria mayor pone en amarte:
Gozad, gozad su amor, y eternamente
Orne su verde oliva vuestra frente.

XVIII.

AL REY, NUESTRO SEÑOR, DON FERNANDO VII
DE BORBON, CON MOTIVO DEL LABORIOSO PRIMER
ALUMBRAMIENTO DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA,
DOÑA ISABEL DE BRAGANZA.

Cuando á las auras de la vida vienen
Los míseros mortales,
A cada cual sus términos previenen
Las leyes celestiales;

Leyes que el impio quebrantar intenta,
Y á que el sabio tranquilo se presenta.

No bien en brazos de la tierna cuna,
Oh Fernando, yaciste,
Cuando un ángel predice tu fortuna,
Ya próspera, ya triste;
Y «Yo soy, clama, el que ordené los días
De David y de Job y de Tobias.

» Yo soy quien, de los ínclitos varones
El rey de vida y muerte,
A dirigir destina las acciones
Y el orden de la suerte.
Yo hago á David temer de un rey tirano,
Y yo lo elevo al sío soberano.

» A este, españoles, que en la cuna gime
Recien nacido infante,
Veréis que fiera la fortuna oprime
Y que él triunfa constante:
Serán, Fernando, siempre tus contentos
Premios de horrendas penas y tormentos.

» Penas, tormentos, ansias y dolores
Son tu herencia, oh Fernando;
¡Ay! la fortuna todos sus rigores
Miro en tí ya probando.

¡Qué nube atroz te cubre! ¡Cómo España
La noble sangre de tus hijos baña!

» Desde el Tajo y el Ebro al Guadalete
Muerte y cadenas mira;
Teme aún el mar al impio que acomete,
Ya su furor retira

El cielo de su España, y su gemido
Se pierde entre las nubes no atendido.

» No, empero, ilustre príncipe, al desmayo
Tu corazón se humille;

Invierno asolador hace que en Mayo

Más grato el cielo brille:

Toma este escudo, que el Señor te envía,
Y en él solo reposa, en él confía.»

Dice; y cubriendo al Príncipe el escudo,

Del cielo justo premio,
Dejó oprimido de un espanto mudo

Al escogido gremio

A quien ver tal portento fuera dado

Del tiempo, fiel intérprete, explicado.

Así, madre de sabios, tu maestra

La adversidad ha sido;

Así, ceñida de virtud tu diestra,

Gran rey, te ha esclarecido;

Así, por tus dolores educado,

Serás de insignes príncipes dechado.

Mas tú, que pruebas del mortal la fuerza,

Árbitro del destino,

No dejas, no, que abandonado tuerza

De virtud el camino:

Tú le asistes amante, y le sostienes

Para que, justo, goce de tus bienes.

Tú á Fernando esforzaste en los momentos

De dolor y amargura,

Cuando entregada á todos los tormentos

De la aflicción más dura

Vió á su régia consorte, y con el velo

Ya de la muerte oscurecerse el cielo.

Negras sombras en torno discurrían

Del real aposento,

Que cruzar por los techos parecían

Con un sordo lamento,

Y devorar con súbita mudanza

De España y de Fernando la esperanza.

Ya con su mano rígida de hielo

El aire congelaba,

Hijo fiero del norte, el desconuelo;

Ya su ceño mostraba,

Vuelto el cielo de bronce.... pero ¡cuándo

¡Oh Dios! tú desamparas á Fernando?

Cual ya rendido á tempestad furiosa

Misero navegante,

De la muerte la imágen espantosa

Sólo mira delante,

Y cuando está de su desgracia cierto,

Sin esperarlo, arriba al caro puerto;

Tal con su rey querido ¡oh cielo santo!

Dulce mudanza hiciste;

De inesperado gozo amable llanto
Sucede al llanto triste;
La esfera del horror desaparece,
Y la aurora de júbilo amanece.

Desde el Olimpo precipita el vuelo

La cándida alegría,
Y con el almo néctar del consuelo
Dulcemente rocía
El pecho de Fernando y de Isabela,
Y á reanimar despues á todos vuela.

No ménos que rey bueno, digno esposo,
¡Qué suave arrebató

Te bañó en el placer más delicioso
Cuando el vivo retrato
Viste nacer de tu adorada esposa,
Y duplicar tu sér la infanta hermosa!

Así cuando al zenit la luna llega,

Tan pura se retrata

En el cristal marino, que desplega

Doble el rayo de plata,

Y el copiado esplendor al marinero

No es ménos que su fuente lisonjero.

Mas por toda la tierra venturosa,

Que uno y otro mar baña,

Ya ha volado la fama presurosa;

Ya de toda tu España

Es dolor tu dolor, como en placeres

El placer solo de tus pueblos eres.

Un cuerpo es toda España, que ¡oh Fernando!

Por tí y para tí vive,

Tu bien sólo, tu dicha sólo amando.

Benigno, pues, recibe

El homenaje que ofrecerte debo:

Es de mi patria el voto, que á tí elevó.

XIX.

ESPAÑA RESTAURADA EN CÁDIZ.

ODA DEDICADA Á LA MEMORIA DE JUAN DE PADILLA (1).

Sal del sepulcro, deja tu mancilla,
Revístete de luz y de grandeza,
Oh sombra gloriosa de Padilla,
Que grata España á venerar empieza.

La España, que á un patíbulo afrentoso
(¡Gime, oh patria!) la vida vío entregada
Del ciudadano fiero y generoso
Por quien Castilla fuera reengendrada.

Vuela al cadalso el águila insoiente,
De su triunfo ufánándose inhumano,
Y la corona arranca de la frente
Del héroe más ilustre castellano.

Murió tu libertad, oh patria mía;
La Austria altiva te ciñe las cadenas;
Vengad, cielos, vengad su tiranía;
Oh vencedor, tú á muerte te condenas.

Tiembla, tirano; á tu pesar, del cielo
Baja al suplicio la virtud llorosa,
Y al héroe moribundo rasga el velo
En que se encubre edad más venturosa.

«Muere, le dice, con heroico aliento;
Tu sangre será el fuego que algún día
Llegando España hasta el postrer momento,
La vuelva á su primera valentía.

» ¡No ves dó quiebra la ira poderosa
El Atlántico mar, una luz grata
Que crece poco á poco, y victoriosa
Por los dos hemisferios se dilata?

» Ya las columnas de Hércules altares
Son de la libertad; allí la España
Une, á pesar de los inmensos mares,
Sus hijos, que gozosa en llanto baña;

» Y á su seno estrechándolos piadosa,
Sus manos lleva á la sagrada pira,
Que á la de Mucio emula, y orgullosa
Odio eterno á tiranos les inspira.

» ¡Jurais, les dice, libres y atrevidos

Lavar la mancha que imprimió en mi frente
La austriaca tiranía, y sometidos
Nunca veros á déspota insolente?

» ¡Jurais que á ese tirano, cuyo imperio
Medrosos reinos con infamia humilla,
No sufriréis que en torpe cautiverio
Incline vuestra madre la rodilla?

» — ¡Juramos», claman: agitado el viento
Lleva en vuelo los gritos hasta el Sena;
Y del libre español el noble intento
Del esclavo frances es mengua y pena.

Así gozoso el inmortal Padilla
Miró las glorias de su patria amada,
Al tiempo que la bárbara cuchilla
Sobre su cuello descendiera airada.

Mas de su espada, que aún gloriosa vive,
Ármate, España, y al tirano aterra;
Y en tu naciente libertad recibe
Nuevo valor para tu honrosa guerra.

Así Roma triunfó cuando su asiento
El Janículo daba al Rey de Etruria;
Así cuando del galo fraudulento
Quiso con oro redimir la injuria.

Dada la gloria que á Camilo sca
A tí ley sacrosanta (2), por tí España
No otro laurel ni triunfo ya desea
Que eternizar en paz tan alta hazaña.

XX.

TRADUCCION DE HORACIO.

*Otium Divos rogat in patenti
Pressus Aqueo, ...
Oda xvi, lib. II.*

Ocio á los dioses en el ancho Egeo
Pide el piloto cuando negras nubes
Cubren la luna, y las estrellas vibran
Luces dudosas.

Ocio la Tracia, enfurecida en guerras;
Ocio los Medos, en sacas claros (3),
Que ni las perlas, ni el purpúreo manto
Compra, ni el oro.

No la riqueza ni el lictor del cónsul
Del alma apartan los tumultos tristes,
Ni los cuidados que el dorado techo
Cruzan errantes.

Bien vive, oh Grosfo, quien brillantes mira
Sobre la mesa las paternas copas,
Ni el leve sueño la avaricia ó miedo
Torpes le quitan.

» Por qué lanzamos á futuros días
El pensamiento, y otro sol buscamos
En nuevas tierras, de su patria huyendo,
Quien de sí huye?

Sube el cuidado á las ferradas naves,
Sigue al jinete en las fugaces turbas
Más que los ciervos, más veloz que el Éuro,
Dueño del Ponto.

Contento el pecho en lo presente, olvide
Lo venidero, y con tranquila risa
Temple lo amargo. ¡Quién halló en el mundo
Dicha completa?

En flor á Aquiles arrancó la muerte,
A Títon lenta senectud marchita;
Y á tí te niegan lo que darne acaso
Quieren las horas.

(2) Ley sacrosanta es una correccion que hizo ARJONA en el texto primitivo. Éste decía, según se ve en el borrador autógrafo: *A ti Wellington sabio.* (Nota del Colector.)

(3) Notable por su concisión y elegancia es la presente traducción, hecha en el mismo número de estrofas que el original, y en forma análoga á la empleada por Horacio en su bella oda. Pero el atildamiento y la rapidez del estilo hacen incurrir á ARJONA en oscuridad en esta frase en *sacas claros*, que sólo de una manera harto alambicada podría significar lo que Horacio quiere expresar en este verso

Otium Medi pharetra decori;

esto es: descanso piden los medos de brillante aljaba. (Nota del Colector.)

(1) Esta oda fué publicada por don Isidoro Antillón, en *El Pícolo* (8 de Enero 1814). (Nota del Colector.)

Rebaños ciento y sicilianas yacas
Para tí mugen, para tí relinchan
Yeguas dispuestas á cuadriga; en doble
Púrpura tintas

Te visten lanas; mas pequeños campos
Y un corto aliento de la griega musa
Me dió la Parca, y despreciar al vulgo,
Siempre maligno.

SÁTIRAS.

A FORNER.

Caro Forner, á quien jamas escaso
Fué el Cintio de favores, ni reserva
Sus ocultos misterios el Parnaso,
Aunque tan léjos de vulgar caterva,
Lugar entre los héroes te prepara,
Y á su trono el más próximo Minerva,
Sin duda que aún ignoras la más rara
Revolucion que nunca en él ha habido,
Y ni esperar jamas mortal osara.
Las Musas dolorosas la han gemido,
Y quieren que tus versos la libráren
De las oscuras sombras del olvido.
¡Oh! cómo luego el grito levántaran
Los cuervos de Aganipe, que graznando
A España en papelajos infestarán.
Después que la gran Híspalis dejando,
Memorias renové del patrio nido,
La tuya siempre á todas enlazando,
De mi fatal estrella ya aburrido,
Pues más de siete veces tenté en vano
El núnen despertar entorpecido;
Desesperado con furor insano,
Arrojé con despecho el plectro y lira,
Y maldije al de Delfos, dios tirano.
Que en lugar de mostrar aquella ira
Con que al necio flautista dió la muerte,
Que osado á competir con él aspira,
Arrebatarme de un impulso fuerte,
Súbito vi, y, al Pindo trasladado,
Al dios lumbroso hablarme de esta suerte:
«¿Por qué conmigo tan injusto enfado?
¿Cuándo yo te olvidé? ¿Cuándo contigo
Mi favor soberano he recatado?
«Cuando el partido gótico enemigo
Abatirte intentaba, yo de Midas
Retraté en sus orejas el castigo.
«Sus fuerzas aún de nuevo recogidas,
De este monte las sacras moradoras
Con risa las dejaron confundidas.
«Que al público las Musas burladoras
Del Tagarete (1) el sucio coro dieron,
Con zampoñas por cítaras sonoras.
«Si tus súplicas ahora no tuvieron
El suspirado fin, Fileno mio,
¡Oh! ¡qué dichosas, qué dichosas fueron!
«¿Cuánto ha perdido ya mi señorío!
¡Ah! decretos altísimos son éstos
Del que modera el mundo á su albedrío.»
Yo un poco reportado, «¿Qué funestos
Mandatos, dije, tanto ya han osado?
¿Ya están los cielos á mudanza expuestos?.....
«—No, jóven, toques velo tan sagrado.....
—Mas mi amor, oh gran Dios, me hace atrevido;
El amor con que siempre te he adorado.
«Desde mi tierna edad yo te he erigido
Continuamente altares, y piadoso
Mil santos holocaustos ofrecido.
«Y sabes que un partido numeroso
He atraído á tus aras, de clientes,
Que adorasen tu núnen poderoso.
«Pues si de dioses es el ser clementes,
¿Por qué á un amante alumno no confías
Tus secretos y tristes accidentes?»

(1) Arroyo inmuado que había en Sevilla.

Da un profundo suspiro, y «Tus porfías
Me han vencido, responde; oye el suceso
De las amargas desventuras mías.
«De la sabrosa lira el embeleso,
A aumentar el del vicio convertido,
¿Qué no manchó con su insolente exceso?
«Su santo honor el Pindo vió perdido,
Su crédito las Musas profanado,
Mi culto yo del mundo aborrecido;
«Y el coro de los dioses convocado
Ante el trono del Padre Omnipotente,
Contra mí su furor miré animado.
«Cuando más que entre ejércitos, ardiente
Minerva prorumpió: «Padre querido,
¿Mi nombre dejas perecer vilmente?
«Mis dominios Apolo ha pervertido,
Sus vates la maldad preconizado,
Y tu cetro su insania no ha evadido.
«Bastante tiempo el mundo han dominado;
¿Triunfará siempre la maldad felice?
¿Siempre ha de verse el vicio sublimado?
«Haz que tan santa raza se eternice,
Y del sólio descende, en que te adoro,
Porque en él la licencia se entronice.
«El que á Dánae venció con lluvia de oro,
Y por rendir á Europa fraudulento,
No la figura desdeñó de toro,
«Mostró en su rostro enojo tan sangriento,
Que de sentir su cólera sagrada
Tembló todo el excelso firmamento.
«La turba celestial arrebatada,
Clama, de igual furor; que la torpeza
Del vicio (el vicio no) les desagrada.
«El más inicuo muestra más fiereza,
Y Vénus ¡santa diosa! con gran furia
Los peligros pintó de la pureza.
«La luz que hizo patente su lujuria,
Aun más que la cadena vergonzosa,
Es en su pecho sempiterna injuria.
«El supremo Senado tan piadosa
Súplica atiende, y justo determina
Cubrir de infamia mi mansion honrosa.
«No se escucha mi voz, ni los inclina
El amor de lo recto á la venganza,
Sino un reo temor, que los domina.
«De un sabio medio ya no hay esperanza,
Y tanto es su rencor, que se arrepiente
Minerva de su incauta destemplanza.
«Ella el golpe fatal primero siente,
Y su imperio, le mandan, pueblo luego
Hórrida chusma de mezquina gente.
«Contra mí vuelve al punto su odio ciego,
En abatirme tan desenfadado,
Que mi divinidad en vano alego.
«Tanto, que el sumo Júpiter, airado,
Queriendo castigar en mí el descuido
Por el rigor de su inscrutable hado,
«Aunque inmortal, á penas sometido
Por el tiempo me hizo que su imperio
En sus arcanos tiene establecido.
«Ves, jóven, ya el recóndito misterio;
Y por qué, como á tantos, mi invocación
Favor no quise hacer tu vituperio;
«Que, en mi ira vengativa, he prodigado,
Para que logre Bivio (2) despreciable
El asiento á Virgilio destinado.
«Fué este trueque á los dioses agradable,
Porque así el estro noble gemiría
En opresión más dura y miserable.
«Y fuélo más á mí, que preveía
Cansado el mundo á necesidades tales,
Que sufrirlas más tiempo no podría.
«Al fin astuto acomodé mis males,
Y la raza abortó, que notar debe
Con negra piedra España en sus anales.
«El uno hinchado y tímido promueve
Las demencias del siglo gongorino,
Porque Endimion más duro sueño pruebe.

(2) Bivio, mal poeta romano. De él dijo Virgilio:

Qui Bavius non edit, amet tua carmina, Mavi.....
(Nota del Colector.)

»Miserio de él cuando á invocarme vino,
Una violenta fiebre me encendia,
Que al cuitado sacó fuera de tino.

»De estómago crudeza padecia,
Y otro llega, que náuseas generales
Mueve despues con su filosofía.

»Más á sí mismo que á sus *Menestrales*
Hace risibles, y las *Majas* canta (1),
Sujeto aún alto mucho á veros tales.

»De su saber profundo aún él se espanta;
Píndaro, Anacreón y Mosco hollados,
Con pacer mira, de su ilustre planta.

»En lazquidez fatal aprisionados
Los miembros todos, casi ya sentia
Mis espíritus sacros apagados,

»Cuando con ostentosa gallardía,
Otro ufano me pide la influencia
A un tiempo para música y poesía (2);

»Y tomóse despues tanta licencia,
Que Virgilio y Horacio á mí vinieron
Lastimados, llorando su insolencia.

»¿Qué más? los campos desechados vieron
El arado y la hoz, y los pendones
De Marte sin secuas se estuvieron,

»En tanto que con odas y canciones
Las orillas del Taio alborotaban
Cuadrillas de poéticos bribones.

»Las españolas prensas se cansaban,
Y las informes partos á luz dados,
Lengua, ingenios, costumbres depravaban.

»Miráronse sus héroes deshonrado:
Gimió al ver sus bajeles, que algun día
Cortés con tanto gozo vió quemados (3).

»El claro nombre hesperio fenecía,
Y tu afligida patria sus clamores
Has a el trono inmortal subir hacia.

»De nuevo yo aumentaba mis rigores,
Y faltó poco para ver la tierra
A todo delirar sus moradores,

»Pues no cuantos vécenos Colco encierra
Tanto daño á los hombres han traído,
Ni la hambre, ni la peste ni la guerra.

»Si acaso alguna vez robustecido
Hallaba mi vigor, lo repartia
A un número de alumnos escogido.

»Dichoso se llamaba al que cabia
Convaleciente afuera, que ya el griego
Llanto de Edipo trasladar podia.

»Que el acendrado aliento sólo entrego
A Norfrio (4), á Menandro y á Batilo,
Do pleno habita mi divino fuego.

»Ya el Padre celestial mirar tranquilo
Tal desórden no puede, y la ignorancia
Lo avergüenza, que en él ostenta asilo.

»Ahora otra vez la soberana estancia
Los dioses junta, y juzgo en tal apuro
Que su rubor corrija su arrogancia.

»Si no criar más Trigueros, te aseguro,
Que helados copos el Enero envia,
Y aún por la Estigia tal crueldad te juro.

»Apénas esto Apolo proferia,
Cuando el nuncio de dioses elocuente,
Más bello apareció que el claro día.

»Descansa, dijo, Cintio, eternamente;
Ya aquel reposo te concede el hado,
Debido á tu deidad tan justamente.

»Con tu dolencia el mundo se ha turbado,
Y el escuadron inútil de copleros,
En deshonor de Jove se ha aumentado.

»Que de nuevo, con términos severos,
A los hombres librar de tantos daños
Te ordena en sus decretos justicieros.

»Y, dios de Delfos, dice, largos años
Adorarán tu sacro poderio
Los países del orbe más extraños,

»Si mis mandatos observando pío,
La causa quitas de tan graves males,
Y cesa el contagioso desvario.

»Ni más sus necedades inmortales
Quieran hacer jamas ya los Comellas,
Valladares, Zabulas y Arroyales.

»No es justo malograr tus Musas bellas
Tantos influjos de tan alto precio,
Con eterno desdoro de ellas y ellas.

»Con rendimiento Apolo y con aprecio
Aceptó el mandamiento.... ¡ay! ¿Forner miol
¿Con qué podrá comer ya tanto necio?

»Unos irán á ejercitar su brío
Contra el frances ardiente, miéntas tanto
Que otros vayan en pos del buey tardío.

»Pero, señor fiscal, un gran quebranto
Mis gozos turba, cuando considero
Si todo ha sido soñoliento encanto.

»Mucho tiene el suceso verdadero;
Y ¿por qué han de negarme que un dios pene,
Cuando á Venus herida pinta Homero?

»Mas, sea sueño ó verdad, ello contiene
Justísimas sentencias, y mejores
Que cuantas aquel gran mimico (5) tiene.

»Y si á los exactísimos censores
Les parecen delirios de un desvelo,
Igualmente contigo en sus rigores,
Y á ellos y á mí nos quede este consuelo.

II.

Á SILVIO.

Ya de tus triunfos y hasañosos hechos
El momento ha llegado, y ya la dulce
Madre de los amores teje en Gnido
De mirto y rosas plácida corona
Con que tus sienas ciña y más te ensalce
Que el laurel que ornó á Píndaro y á Homero.

¡Vanos nombres y necios simulacros!
Si la posteridad en vuestras aras
Tributo ofrece de obsequios incienso,
Antiguo error ha sido, que ya el hombre
Abjurar debe, de tinieblas libre.

Tú sigue ¡oh Silvio! la feliz carrera
Que los hados te allanan. No te mezcle
Con la turba ignorada un vil retiro,
Donde á la luz que dementó á Epitecto
La ceguedad de los mortales Mores
Y tu lozana juventud marchites.

Ni más, Silvio, tus gracias, tus talentos
A la estéril Minerva ya consagres;
Que si el supremo Jove el fiero rayo
A mis manos traslada, yo, yo mismo
El fuego he de lanzar que te destruya;
Que te destruya á tí y á los que tratan
De cargar sobre el hombre desdichado
De virtud las inútiles fatigas
Que más presto lo lleven á podrirse
En los horrores del sepulcro eterno.
Muda, muda de intento; fin más digno
Fortuna ofrece á tus sublimes prendas.

»No ves á Laida, cuyos pies adora
De aduladores la rendida turba?
¡Laida, tan altanera como rica,
Que minas guarda del metal preciado
En los ferrados cofres, y del polvo,
A quien le place sobre el sólio elevar!
Pues Laida tu despojo y tu trofeo
Será más presto que cabaña frágil
Lo es de Aquilon, cuando del alto monte
Los arraigados álamos arranca.
Que, á pesar de tu ingenio y tus virtudes,
Te dió el cielo belleza, y en tus labios
Las gracias moran y el placer festivo.
Tu rostro brilla con el dulce tinte
Que ostenta Venus cuando á Jove encanta,
Y una serena luz baña tus ojos,
Que á quien los ve, de gozo y paz inunda:

(1) Alude á *El Poeta Aldeano*, á la comedia *Los Menestrales* y á *Las Majas*, de Trigueros. (Nota del Colector.)

(2) Alude á don Tomas de Irlarte, autor del poema *La Música*. (Idem.)

(3) Alude á los muchos perversos poemas que se escribieron por aquel tiempo á *Las naves de Corrida*. (Idem.)

(4) Nombre poético de Forner.

(5) *Mimico* está usado aquí en el sentido general de *apetido imitativo* que puede darse por extensión á esta palabra. (Nota del Colector.)

A tu lado continuo el dios flechero
Asiste fiel, y el arco poderoso
A tu precepto vibra tan rendido,
Que de celos á Venus encendiera
Si más que el hijo Venus no te amara.
Mucho te sobra; la que amó á Learco,
¿Podrá no amarte? Créeme; Laida es tuya.
Mas ya me miras, Silvio, horrorizado,
Y mi consejo llamas vil proyecto
De ambicion, de malicia y de falacia,
Que la virtud proscribó. Triste Silvio,
¿Qué es la virtud? Desde mis tiernos años
Yo su efígie busqué, mas siempre en balde;
En fin, aunque sin verla, ya me atrevo
A retratarla. Pálida la frente,
Cárdenas las mejillas, sus oídos
El eco del placer jamás admiten
Y en gemidos y en quejas se complacen.
Sus ojos pavorosos se deleitan
En la sangre vertida, en los destrozos
De miserables ciudades, de su boca
Sólo salen oráculos terribles
De muertes y de horrores, que su mano
Confirma furibunda, revolviendo
La fulminante espada; su vestido
Es voraz fuego, y el mortal que llega
Por desgracia á mirarla, devorado
De súbitas fatigas, allí mismo
Muere entre horror y miserables lamentos.
¿Qué! ¿Te enfadas, mi Silvio? ¿Te estremeces?
Con las manos te oprimas la cabeza
Como á estallido de imprevisto trueno?
Yo no la he visto, es cierto; mas el odio
Con que en el mundo todo es detestada
Cual hidrófobo can, me ha persuadido
Que es tan deformes tu adorada diosa,
Si no lo es más, pues de su voz se espantan,
Y aun de su nombre los mortales tiemblan.
Y ¿quién tal vez la adora? Algun cuitado
Que en dura esclavitud la vida acaba,
Bendiciendo á su núnen que lo oprime;
Mas los que llegan al sublime asiento
Son más sabios, y lejos de adorarla,
Jamás entrada á tan perverso monstruo
En sus palacios ni en sus córtés dejan.
¿No te avergüenzas, Silvio? De tu diosa
Contempla bien los miserables secueles.
Ajusta turba, que sus gustos cifra
En amargar de los demás humanos
Los más vivos placeres; cuyo rostro
Su misántropa rabia está vertiendo;
Que en las doctas vigilias su juicio
Y su salud consumen, ó han fingido
Tan adversa deidad, ó son los solos
Que sus aras veneran. ¡Oh qué diosa!
Que á sus alumnos pobres, abatidos,
Cubiertos de su infamia, y provocando
Del orbe la irrisión, desde su templo
(Si es que tal templo existe), ó desdeñosa
Ve padecer, ó socorrer no puede.
¿Para qué tanto afán? O ¿cuál acaso
Será vuestra esperanza, miserables?
«La aprobación del sabio es la corona
A que sólo aspiramos.» Silvio mío,
Perdona que á la risa me abandone,
Cual otra vez el pueblo de Tarento.
¿Deliran esos tristes, y con ellos
Tú deliras también? ¿Qué! ¿no has leído
Los fastos de tu patria? Hubo virtudes
Cuando bárbaros fueron nuestros padres.
Míralos; que aun sus bustos amedrentan
Con su grosero ceño. ¿Quién por sabios
Alabarán tan tétricos espectros,
Con casacas atacadas, con golilla,
Cortados los cabellos, y humeados
De mustia seriedad? A ellos tocaba
Espantar con los mágicos sonidos
De honor, fidelidad, y cuantos forman
De la virtud el código erizado.
Ya son otros tus hijos; ya, mi Hesperia,
Te amanecieron más felices días,
Y ya, dejando adoraciones vanas

A sonoros engaños, de las cosas
El precio sabes, fruto de tu ciencia,
Y así ¡oh virtud! te quedas adornando
De nuestros padres las pomposas tumbas.

Profeta soy de Apolo..... venideras
Edades, escuchad mi sacro anuncio.....
Llegará un tiempo que en olvido ponga
Al siglo de oro; gozarán los hombres
De perpétuo placer; honor y gloria,
Nombres odiosos, morirán. Felices,
Ya no veréis, mortales, por las ciencias
Languidecer la juventud, ni el carro
De Marte ostentará sangrientos héroes,
De su sangre teñidos y la ajena.
Será dichoso el hombre cuando llegue
Del todo á no pensar. Esta es, mortales,
Esta la edad que dijo la Cumea.

Silvio, á la voz del desengaño atiende;
De Plutarco, de Séneca, y de cuantos
En delirar su vida consumieron,
A llama digna entregará las obras.
Recibe, en fin, oh reina de Cítère,
Víctimas tanto tiempo á tí debidas.
Bastantes siglos del feroz ingenio
Sufrió tu imperio formidable guerra.
Llegó ya el fausto y venturoso instante
Que el padre de los hombres y los dioses
Para tus glorias señalado había.
Los dominios de Marte y de Minerva
Al tuyo cederán; tú ya Solones,
Tú Césares criarás, y tú á mi Silvio,
Si á tu feliz inspiración se entrega,
Llevarás al dosel. Si, Silvio mío,
Rompe los grillos, que tu paso ligan,
De rancia educación: tu anciano padre
En la escuela aprendió de los de Gaula.
Sigue á Venus, mi Silvio, y no receles
De funesto reves. ¿Qué cobardía
Del hospital ascenderás al adlio,
Y cuando en él, de pompa rodeado,
Mires, desde tu altura, que me llevo
A tus pies temeroso, tú, benigno,
Bajarás, y estrechándome en tus brazos,
Osculos de respeto en esta frente
Imprimirás, cuyo prudente aviso
Tu oprobio redimió, y á gloria tanta
Desde tu abatimiento te ha elevado.
Tu primer consejero me harás luego;
De mi prudencia gozaré los frutos;
En carroza triunfal á los magnates
Me mostraré ceñido; reverente
Se inclinará ante mí la humilde turba,
Y en la posteridad será dechado
De lo que es un consejo dado á tiempo.

III.

TRADUCCION DE LA SÁTIRA PRIMERA
DE HORACIO CONTRA LOS AVARIENTOS.

¿Qué será que ninguno aquel estado
Juzgó bueno, Mecénas, do la muerte
O la propia elección lo ha colocado?
¿Y si acaso la vista á otro convierte,
No ve más que un descanso apetecido,
En que felicidades sólo advierte?
«¡Dichoso el mercader!», clama afligido
El misero soldado, que se mira
Del trabajo y vejez desfallecido;
Mas cuando de Aquilon siente la ira,
Próximo á perecer, el mercader
«¡Oh soldado feliz! triste suspira;
»Se trabó la batalla, y al instante
O es de una pronta muerte arrebatado,
O, lleno de placer, se ve triunfante.»
Cuando al alba interrumpe al abogado
El sueño la imprudencia del cliente,
Bendice al labrador por descansado;
Y el labrador, que á Roma casualmente
Va para el vadiimonio (1), considera

(1) Vadiimonio, vocablo castellанизado del latino vadiimonium,

Feliz al ciudadano solamente.

De cosas á este género pudiera
Tantas contar, que aún Fabio se cansara
Si á referirlas todas se pusiera.

Vamos, pues, al asunto. Si escuchara
Algun dios vuestros votos, y al instante,
«Voy á cumplirlos, os aseguraré,
»Tú, que has sido soldado, mercaderante
Te has de hacer desde luego, y tú, letrado,
Labrador has de ser en adelante.»

Hecho está el cambio.... vaya.... ¿en qué parado
Ninguno está? ¿por qué ya se mantiene
En el antiguo aborrecido estado?

La licencia de ser feliz ya tiene....

No quiere.... pues ¿no han puesto ya en su mano
Lo que tanto anheló? ¿qué lo detiene?

¡Oh! ¿Queréis que por vuestro porte insano,
En justis.ma cólera encendido

El padre de los dioses soberano,
Diga que ya, en castigo merecido,
No experimentaréis más sus piedadades,
Ni á vuestros ruegos nunca dará oídos?

Mas, porque nadie piense que verdades
De tanta gravedad estoy tratando
Cual pudiera tratar trivialidades

(Aunque quién ha quitado que burlando
Se diga la verdad, como, prudente,
Algun dulce el maestro al niño dando,

Lo lleva así á estudiar más fácilmente?);
No obstante, el juego aparte ahora dejado,
Hablemos de lo serio seriamente.

El que con el molesto y duro arado
La tierra labra, el péfido ventero,
El cansado y solícito soldado,

El audaz y afanado marinero,
Todos convienen en que solamente
Trabajan por mirar lo venidero.

Y cuando la vejez llegue inclemente,
Puedan de lo adquirido, sin fatiga
Pasar la vida sosegadamente;

Como suele juntar la cauta hormiga,
En tiempo de verano, á su granero
Cuantos granos robar puede á la espiga;

Mas luego que el Acuario en el Enero
El cielo turba, gasta lo allegado,
Y no vuelve á salir de su agujero.

Pero á tí, ni frío invierno, ni abrasado
Agosto, mar, ni hierro te intimida,
Porque otro no haya más acaudalado.

Y ¿qué sirve que tengas escondida
En la tierra cavada ocultamente
De oro y de plata cantidad crecida?

¡Oh amigo! si lo gasto prontamente,
Sin blanca me hallaré.... Y en el dinero,
Si no es así, ¿qué gusto, di, se siente?

Tu asombrosa cosecha tanta quiero
Suponer, que al fin logres del estío
Cien mil fanegas ver en tu granero.

¿Cabrás más á tu estómago que al mío?
Si entre otros siervos tú el costal llevaras,
Que más porción no comerás, te fio.

Al que vive sin sustos ni pesares,
Y con tener lo natural reposa,
¿Qué sirve arar yugadas á millares?

¡Ah! tomar de un montón es dulce cosa....
Pues si tanto me da mi saco escaso,
¿Qué importa tu granero que rebosa?

Si sediento estuvieses por acaso,
¿No fueras un gran fatuo si dijeras:
«Yo en un río beber quiero, no en vaso»?

¡Qué! ¿Enajenado en ver su copia, esperas
Que te arrebate el Añudo (1) violento
Cuando tras sí se lleve las riberas?

Mas quien con lo preciso está contento,
Ni bebe el agua turbia y enlodada,
Ni se expone á morir sin miramiento.

Pero de sus codicias engañada
La mayor parte, nunca se conviene

A que basta la plata ya allegada.

«Tanto vale uno, dice, cuanto tiene....»
Con tal necio ¿qué hacer? En las cadenas
Que él mismo se labró misero penc.

Como un sórdido rico, que en Atenas,
«Me silba, decía, el pueblo.... y ¿qué cuidado?
Yo me aplaudo al mirar mis arcas llenas.»

Tántalo, de los mares (2) rodeado,
Cuando beber, ansioso, solicita,
Húyete el agua y déjalo burlado.

¿Qué! ¿te ríes? si el nombre se le quita,
Habla el cuento contigo cabalmente
A quien sed de oro sin cesar agita.

De él tus sacos rellenas finalmente,
Duermes entre ellos, y tu respetosa
Avaricia tocarlos no consiente.

¿Cómo? Si los veneras como cosa
Santa, que gozas solo, cual pudieras
De una pintura disfrutar hermosa.

Mas ¿qué uso en la moneda consideras?
Compra legumbres, vino, pan y cuanto
Para pasarlo sin fatiga quieras.

¿Te es más sabroso siempre con quebranto
Estar noches y días receloso,
Sin que te atrevas á dormir de espanto?

¿O ya al incendio ó ya al ladrón mañoso,
O ya temiendo al disfrazado amigo,
O al siervo que, al huir, robe alevoso?

¿Son éstas tus riquezas? Pues te digo
Con verdad toda que en riquezas tales
Siempre quisiera ser el más mendigo.

Mas si algun dolor grave, ó de los males
Otro alguno, en el lecho te pusiere,
Que suelen afligir á los mortales,

Ya tendrás quien te asista, quien se esmere
En darte los fomentos, quien le pida
Al médico pensar cuanto pudiere;

Pues de tu adversidad compadecida
La turba de tus hijos, tus dolores
Gime con tus parientes afligida....

Mas ni ama tu mujer que te mejores,
Ni el hijo, ni el vecino, ni el pariente,
Ni muchachos, ni iguales, ni mayores;

Que todos te aborrecen justamente;
Pues si tu has más que todo el oro amado,
Que nadie á tí te ame es conaiguente.

Que si de los parientes que te ha dado
Sin gasto alguno la naturaleza,
Sin gasto quieres tú ser estimado,

Querrás que un asno corra con destreza,
Enseñado á llevar un freno puesto....
Ea, deja de buscar vana riqueza,

Y con la que poseas, ya el molesto
Trabajo deja, y más de la indigencia
Recelando no estés reves funesto.

Ni hagas lo que un Umidio (con paciencia
Oye, que es corto el cuento), el cual tenía
Caudal tan asombroso y opulencia,

Que el oro no contaba, mas media;
Pero tan miserable, que el más bajo
Esclavo mejor que él se vestiria.

Morir temia de hambre; mas de un tajo
Su liberta, Tindáride gloriosa,
Partiólo, y lo libró de tal trabajo....

¿Qué quieres, pues, de mí? ¿que en ostentosa
Vida, cual Menio, gaste mis caudales,
O, como Nomentano, lujuriosa?

No extremes te aconsejo irracionales....
Ni avaro verte quiero, ni un deshecho
Gastador entregado á excesos tales.

Del suegro de Vitelio, todo hecho
De la horrenda hernia enorme masa,
A Tánais espadon hay grande trecho.

Hay en las cosas cierto modo y tasa

(2) *Mares* no es la voz adecuada para el presente caso. Además, la traducción no es aquí fiel. Horacio dice:

*Tantalus a labris sitiens fugientia caput
Flumina.... quid videt?*

Flumen, corriente de agua, río, torrente, etc., debe aquí traducirse de un modo que exprese la idea del agua dulce, la más propia para aplacar la sed. (Nota del Colector.)

que significa: obligación de comparecer en juicio. (Nota del Colector.)

(1) El Añudo, hoy el Oñato, río del reino de Nápoles. (Idem.)

Ciertos límites hay á que no atento
Yerra siempre el que falta ó el que pasa.

Vuelvo á lo que empecé. ¡Que el avariento,
A favor del ajeno persuadido,
Nunca en su estado ha de vivir contento!

Y si acaso á ver llega que ha excedido
En leche la ubre de la cabra ajena,
Ha de morir de envidia consumido!

Ni al ver á otros más pobres se serena
(Y es número mayor), sino que ansioso
Vencer, ya á éste, ya á aquél, toda es su pena.

Así nunca el avaro halla reposo;

Pues se pone delante y lo desvela

Siempre alguno más rico y poderoso.

Tal, luego que del puesto suelta vuela

Veloz quadriga, agitada incessante

El certador, que siempre más se anhela;

Y despreciando al que pasó triunfante,

Afanado vencer al otro aspira

Cuyo carro feliz corre delante.

Llamarle á nadie, así, feliz se mira,

Que muera confesándose dichoso,

Cual convidado que harto se retira.

Basta; y porque no pienses que enfadoso

Copiar quiero á Crispino, el legafioso,

Seguro está que ya mis labios abra,

Ni que añada siquiera una palabra.

ELEGÍAS.

I.

Á NISE.

¡A quién convertiré ya mis suspiros,
Cuando el hado severo en mí desgracia
Ostenta sus rigores, y buscando
El término al humano sufrimiento,
¡Oh Ni-el te ha apartado de mis ojos;
De mis ojos, que en noche tenebrosa,
Ausentes de tu sol, vagan errantes?
¡Hispalis bella! tus felices muros
Los de Tébas vencer me parecían,
Y no el Eliseo campo más dichoso
Que tus confines placidos juzgaba.
En tu seno los dioses inmortales
Derramaban placeres. Vénus misma,
A Páfos y Citéres ya olvidando,
Trasladaba al Tartesio (¡regio trono;
Mas no así en presto vuelo Iris oculta
Los varios esplendores, que la vista
Del labrador atónito halagaban,
Como en la ausencia de mi Nise hermosa,
Robarte airado el enemigo cielo
Tu claro honor he visto. Tus riberas
La dulce Filomena ya no habita;
Tus márgenes ya Bétis enojado
Con desden mira, y sequedad funesta
Tus campiñas abate; el mismo Apolo
Ya el alma rayo con rigor te niega;
Un confuso y horrísono murmurio
Por los opacos aires se derrama,
Y tú misma entre llantos pavorosos
Y sordos ayes tu dolor publicas.
A los incultos montes Marianos,
Mansion un tiempo de sangrientas fieras,
Nise, y con ella tu hermosura y gloria,
Se trasladó, ¡ay de tí! Las áureas venas
Que la codicia púnica llamaron,
Exhaustas ya, con su sagrada vista,
Que inspira fuego y alma, nuevamente
Se dilatan fecundas, y Saturno
Allí renueva sus dorados tiempos.
¡Oh, en tus leyes críel naturaleza!
Que á la vil ave con ligeras alas
Sulcar veloz la esfera concediste,
Y al alma excelsa, que del orbe todo
El ámbito domina, sujetaste
A la horrenda prisión de un cuerpo torpe,

Para que revolviendo se consuma,
Cual sierpe airada en su tirana cárcel!
Algun mal dios un sér desventurado
Quiso en su ira formar, y formó al hombre,
Máxime, que á las fatigas sólo,
Sólo al dolor nacido reconoces,
Que vives sólo en que la pena sientes;
Miserio sér é infausto, ¡por qué el cielo
Te hace castigo eterno de tí mismo?
Si del amor se niega al dulce encanto,
Desanparo funesto entenebrece
El triste corazón; y si á su grata
Inspiración se entrega, no las ondas
Así del Adria concitadas vibran,
Como en trémulo y fiero movimiento,
Afanosos pesares lo destronan....
¡Dioses! ¡qué senda emprenderá seguro
El cuitado mortal? Mas si mis votos,
Y el sacro incienso que mi humilde mano
Tributa á vuestras aras, mover pueden
Vuestra eterna piedad (si es que en el cielo
Jamás piedad hallaron los amantes),
No, en premio de mi llanto, verme libre
Quiero de mi dolor; que viva Nise,
Viva Nise feliz, á quien el hado,
Si no en eternidad, en hermosura
Formó igual á vosotros; que ella goce
Dicha debida á su inocente pecho;
No siempre la virtud delito sea
Para vivir feliz; mirad por Nise,
Que yo no temo ya vuestros rigores,
Ni es la muerte castigo á un desgraciado.

II.

Á LA MUERTE DE BATILO (1).

No ya te invoco, Euterpe quejumbrosa,
Para llorar mi suerte; ¡ay! mi tormento
No ha menester tu inspiración, ¡oh diosa!
¡Quién te deslumbra, humano pensamiento,
Para juzgar estable una ventura
Más inconstante y rápida que el viento?
Búrlase sin piedad la Parca dura
De los tristes mortales, y convierte
Nuestra dicha mayor en amargura.
Por triunfos miras, despiadada muerte,
A tus pies los diademas soberanas;
Y ¡no pueden ¡críel! satisfacerse!
Y ¡enemiga feroz de los humanos,
Ni aun la virtud les dejas por asilo,
Contra el furor de tus sangrientas manos!
Vibra ya ¡oh monstruo! contra mí tu filo,
Víbrale, que aun destila la inocent
Sangre.... ¡ay de mí! la sangre de Batilo.
Muerto yaces, Batilo; eternamente
Haré sonar al soto en mis clamores,
Y al mismo Pindo que tu ausencia siente.
Llorad, ninfas, llorad; llorad, pastores;
Y su tumba regad, Musas sagradas,
Juntamente de lágrimas y flores.
Llorad mirando pálidas y heladas
Las mejillas graciosas, que aun ya frías
De la inocencia brillan esmaltadas.
Lloren ¡oh Bétis! sin cesar tus Drias
El claro jóven á tu gloria hurtado,
Por quien tu antiguo nombre gozarías.
¡Cuál es el dios dominador del hado?
El aborrece al hombre, el envidioso
Sus esperanzas corta apresurado.
El de la vida arranca al virtuoso
En inmaturos años, y le agrada
Eternizar al crimen victorioso.
Tu carrera ¡ah Batilo! acelerada
No contó veinte abríles, y ya cuenta
Ciento el vil Oelío, y en delicios nada.
Exhalación, que súbita se ausenta,
Y entre el nocturno horror al caminante

(1) Oceloso parece advertir que este Batilo no es Meléndez Valdés. Esta elegía fué escrita en las mocedades del autor, como lo indica claramente su mismo estilo. (Nota del Colector.)

Con fugas brillo alumbra y amedrenta,
Fuiste, Batilo mio; y el instante
Que lució tu esplendor, vestigio deja
Que ilumine al mortal y que lo espante.
Tu mismo dios de la region te aleja
En que su errante pueblo congregáras,
Y se ofende despues de nuestra queja.
Yacen en trozos tus divinas aras,
Y al que por erigirlas se fatiga,
De enmedio de su afán, gran Dios, reparas.
Próspera así la turba tu enemiga,
Con risa impune tu mansion abate,
Hasta que verla al suelo igual consiga.
Y ¡quién no temerá que se dilate!
Poco el plazo á su pérfido consuelo,
Cuando tu mano en su favor combate?
Mas tú, Batilo, sobre el claro cielo
Ya la justicia adoras infinita,
Que á nosotros oculta angustio velo.
¡Oh! ¡feliz tú mil veces! pues te quita
Una distancia inmensa á los gemidos
Del tartáreo dolor que al orbe agita.
No ya á la iniquidad verás vendidos
Los premios de virtud; no á la insolencia
Triunfar sobre los pueblos abatidos;
Ni ya, filosofía, tu alta ciencia,
Ciencia de execración, hacer de humanos,
Fieras de más que líbica inclemencia;
Y de su sangre colorar insanos
El Mosa, Escalda, Támesis y Sena,
Para mudar el nombre á los tiranos.
Aunque en region de tantas dichas llena
No habitáras, Batilo, venturoso
Fueras sólo en dejar tan vil cadena.
Sombra triunfante, gosa tu reposo,
En tanto que con tímida carrera
Entrar en parte de tus lauros oso.
Dame tus alas, oh virtud sincera;
Tus alas, que á mi amigo han elevado
Con dulces rapides á la alta esfera.
¡Feliz urnal! ¡feliz! pues se ha mostrado
Hoy el cielo contigo tan piadoso,
Que tan caras cenizas te ha fiado.
Osténtate con aire grandioso,
Y al pasajero di: vén, que reposa
En mí el joven más sabio y virtuoso.
Hirióle de la Parca rigurosa,
En su florida edad, el golpe crudo;
Mas de Vénus la flecha ponzoñosa
Herir su firme pecho nunca pudo.

EPÍSTOLAS.

I.

EL AMOR Y LA AMISTAD.

Á EULALIA.

¡Qué fiero es el amor! y ¡qué tranquila,
Qué dulce la amistad! En nuestros gozos,
Más suaves que el aura del estío,
Adviértelo, mi Eulalia, no fué Vénus
La que mi corazón al tuyo uniera
Entre falsas delicias; más sublimes
Nuestros vínculos son, mi cara amiga.
Del mismo cielo descendió amorosa,
De luz consoladora hermozeada,
La amistad que así enlaza nuestros pechos;
Y léjos ¡ah! de que el ardor bastardo
De la adúltera diosa nuestros nudos
Se atreva á mancillar, son mis afanes
Cultivar la virtud, que por mi mano
El cielo en tí ha sembrado, á cuya vista
Siento crecer la mia. Tal de Vénus
Un tiempo el orden fué, porque creciese
Su pequeño Cupido; que otro hermano
Le dió por compañero, y al instante

Sólo á mutuas miradas los dos niños
Cuerpos de edad perfecta consiguieron.

Tú, que otra vez de la funesta copa
El veneno probaste, ¡cime, amiga,
Si esta llama á la antigua se asemeja,
Y es ilusión de un corazón viciado
Tan celestial comercio. No, no es sombra
Que entre espléndido engaño á amor culte,
Sino un sagrado nudo, un puro encuentro
De dos almas que aspiran á los gozos
De la virtud pacífica. Y ¡ah, cuánto
Dista este ardor del que sembró en mi seno
La belad de Dorila! Me horrorizo
A su recuerdo sólo, aunque felice
Error, que me ha curado para siempre.

¡Qué tiempo, dulce amiga! tú me viste,
Eulalia, todo arder; voraces llamas
Inflamaban mis venas; no hay serpiente
Cuyo veneno iguale al que en mi pecho
Hervía sin piedad; las furias todas,
Las furias del Averno en mis entrañas
A su placer reinaron. Mas ¡qué furias
Del reino de Pluton son tan crueles
Como un amor ardiente? El negro río
Que en las sulfúreas olas, revolviendo
Derretidos peñascos, mustia lumbre
Exhala por las lóbregas cavernas
De Minos gobernadas, son escasas
Copia de tanto hervor. ¡Ay! cuántas veces,
Dulce amiga, lloraste al ver el llanto
En encendida lluvia mis mejillas
Abrasar, y mezclaste con las mias,
Con mis indignas lágrimas las tuyas!
Tú, de horror yerta, de la atroz venganza
Centellear mi corazón, mis ojos,
Mis labios admiraste; tú á Aletino
Ya más no conocías; tú temiste
Que por fatal decreto, Vénus misma,
Más furiosa que Aleto, poseyese
Mis entrañas, mi alma y mi ser todo.

Negros horrores, al nativo suelo
Al fin volvisteis, y la horrenda estancia
Ya ocupais del abismo que os dió cuna;
No más, no más amor, no más furores;
Mas tú, pura amistad; tú, dulce encanto
Del Eliseo feliz; tú, del Olimpo
Destello soberano; tú, más grata
Que el virginal rocío de la aurora
Y que los brillos de su luz templada,
Reina en mi alma sola. Sin temores,
Sin inquietudes del indigno fuego
Vivan unidos, mi querida amiga,
Siempre nuestros sencillos corazones;
Unidos vivan siempre, dulce Eulalia;
Y la sacra virtud, que nuestros lazos
Inocentes formó, no ya á la muerte
Permitirá que nuestra union desate;
Que, exentos de su imperio, cuando llegue
La hora grabada en el inmóvil arcano,
Se unirán más Eulalia y Aletino.

II.

Á NORFERIO (1).

Venció por fin los vados del Cocito,
Y la común region hórrida infesta
La vil caterva, que en su negra furia
El tenebroso rey del hondo averno
Contra las Musas vomitó, y del Tajo
Hasta el hercúleo mar, sordo murmurio,
Caro Norferio, contra tí derrama
Turba plebea de nocturnas aves.
Mas tú, que á la guirnalda aspirar debes,
Con que las sienas brillan del gran vate,
Que al hijo canta del piadoso Anquises,
No la mezquina grey de tus furores
Ya digna juzgues más. No vibra Apolo
El arco poderoso y sacra flecha
Contra serpiente cuya muerte oscura

(1) Fornax.

No merezca que Grecia la eternice
En el pithico juego; y, sacerdote
Tú de sus aras, el divino dardo
No manches en vil sangre. Te aborrecen
Los que á Elísio aborrecen y á Rosauco;
Los que tal vez de vuestro nombre escuchan
Los ecos en la boca de Talía;
Si tanto les es dado; mas la gloria,
Que os circunda de lumbres celestiales,
No han visto, no; y ¡oh! cuánto se encendiera
Su furor viperino si la vieses!
Mas no la han visto, no; que á impuros ojos
Es negado mirar el regio asiento,
En que sobre el Parnaso resplandecen
Las claras almas de inolitos varones,
Y ni aún permite Jove que de estéril
Admiración disfruten; corto gremio,
Que Febo escoge, solamente puede
Apacentar la vista venturosa
De las luces benéficas que esparcen,
A cuyo influjo, con maligno vuelo,
La audaz envidia se interpone en vano.
Tal el autor del luminoso día
Brillante gira con augusto curso,
Y tierra y cielo su esplendor alegría;
Mas de su mismo ardor contraria nube
Tal vez engendra, que al sagrado rayo
Se opone ingrata, y altanera extiende
Lóbregas alas por el aire claro;
Pero la tierra entónces más amante
La bella lumbre anhela, que se oculta;
Hasta que ó por el viento desaparece
Disuelto en humo el despiadado velo,
O el fuego activo, que estorbar ha osado,
Su seno enciende, que inflamado estalla
Con muerte estrepitosa, que el castigo
De la ambición señale, ó desatada
Baja en lluvia mortífera á las mieses,

Y al universo todo, si el aliento
Del almo rayo no le diera vida.
Mas no entre tanto su feliz carrera
Febo interrumpe, ni en el mar más tarde
Baña la ardiente rueda, ni apresura
El llanto de la esposa desgraciada.
Así la España, cuyo humilde ruego
Ha impetrado de Cintio, que una parte
De su antiguo saber en tí renasca,
Gime al mirar que la tartárea niebla
Oscurezca tu luz, y que tú pares
El vuelo victorioso, detenido
En quemar alas, que ni al Ponto nombre
Derretidas darán, ni al Pindo gloria.
Será su fin más alto, que á la antigua
Region, de do ha salido, desterrada,
Dé esa turba infeliz, con sus graznidos,
A las miserables almas que sujeta
Con el cetro de hierro Proserpina,
Más tormentos que á Sisifo el peñasco.
Mientras que tú de la romana toga
La grave majestad con la festiva
Amenidad del galo seasonando,
Número nuevo á la española prosa
Intentes dar, ó á la dorada lira
Nuevas cuerdas añadas, con que venza
La griega en armonía, si á su acento,
Alto y siempre escogido, mezclar logras
La variedad nativa, que del Tajo
La ribera otra vez oyó encantada;
Y en fin, osado, á la sublime trompa
El labio apliques, á Cortés sonando,
Y la inmortal guirnalda que de Clío
La sacrosanta mano tejó en balde
Desde que el español puso la lanza,
Y á cantar le emperó, por fin un día
A tu padre y á tí corone á un tiempo.

CANTILENAS.

I.

Gran vate de Sulmona,
Tus artes abomino,
Y derribar tu estatua
Prometo en tu castigo.
Ausencia y tiempo dices,
Maestro fementido,
Que son remedio cierto
Al fuego más activo.
Maldígate la tierra,
Maldígate el Olimpo,
Maldígate los dioses
Del tenebroso abismo,
Ni el tiempo, ni la ausencia
Borrar de mí han podido
La deliciosa imagen
Del bello ídolo mío.
Tú reinas en mi pecho
Con el imperio mismo,
Dorila, que reinaste
En tu primer dominio.
Del hado irresistible
Tal el decreto ha sido;
Dorila siempre sea
La diosa de Aletino.
Estos ardientes ayes,
Estos fieles suspiros,
Que el gaditano estrecho
Me escucha compasivo,
De amor inextinguible
Son míseros testigos;
De amor, que más infausto
El sol jamás ha visto.
Mortales, os engaña
Quien ame persuadiros
Que atienden vuestras quejas
Los númenes propicios.

Ni hay en los cielos dioses,
Si de los cielos vino
Que tú, mi vida, gimas
En lazos tan indignos;
Mas una diestra airada
Ordena los destinos
De los que no son fuertes
A quebrantar sus grillos.
Así, crúel, decretas
Mis penas, hado inicuo,
Y sufriré mi suerte
Como el león cautivo.
Yo llevaré tus hierros;
Pero mi pecho invicto,
Al arrastrarlos, muestre
Su enfurecido brío.

II.

A ANARDA.

Envidia tuvo Vénus
De mi gentil zagala,
Y quiere que Cupido
Se apreste á la venganza.
Al punto el dios flechero
Bate las prestas alas,
Y el aire centellea
Al fuego que derraman.
El arco poderoso
Le suena á las espaldas;
El arco, que los cielos
Enciende en nuevas llamas.
Al pié de un bello mirto
Dormida encuentra á Anarda,
Y, más veloz que el rayo,
Desciende á castigarla.
Ya sobre el arco fiero
Flecha crúel prepara,
Y ya la cuerda encoge
Y ya la mano aparta,

Cuando del blando sueño
La ninfa se desata
Y abre los bellos ojos,
Que el bosque todo inflaman.
Atónito Cupido,
Dejó caer la aljaba,
Y largo tiempo incierto
Mirándola se para.
Al fin vuela atrevido,
Y á la pastora abraza,
Y en ojos, boca y pecho
Sus labios embalsama;
Y del materno mirto
Tejiendo una guirnalda,
Las sienes hermosas
De la pastora ufana.
¿Es éste, dios altivo,
Tu enojo contra Anarda?
¿Tus iras y furoras
Una beldad desarma?
Si así tus bellos ojos
Al mismo amor encantan,
¿Qué harán, zagala mía,
Que harán ¡ay! en mi alma?

III.

HIMNO Á LA SANTÍSIMA
VIRGEN MARÍA.

Virgen, cuyo nombre
Al infierno aterra,
A quien el emperio
Aclama su reina,
Desde el alto sòlio,
Madre de clemencia,
Desciende á ampararme
En mi lucha horrenda.
De muerte las sombras
Mi espíritu cercan,
Que el abismo abierto

A mis piés presentan.
 Son ¡ay! mis pecados
 Más que las arenas
 Que el mar extendido
 Bate en sus riberas.
 Contra mí indignada
 La justicia eterna,
 El rayo ya vibra
 En la airada diestra;
 Mas ¡cuando en los siglos
 Se oyó que perezca
 Quien te implora ¡oh Virgen!
 Por su medianera?
 Si, Madre: mi alma,
 De angustias exenta,
 Vestirse ya siente
 De celeste fuerza.

A tu solo nombre
 La serpiente fiera,
 Cual del rayo herida,
 Huyó á sus cavernas.
 Ya mi dulce esposo,
 Las iras depuestas,
 En su amante mano
 El laurel me muestra.
 ¡Qué pura alegría!
 ¡Qué santa ternera,
 Redentor benigno,
 El alma enajena!
 Adios, mundo inicuo,
 Que al justo desprecias;
 Donde el vicio triunfa
 Contra la inocencia;
 Adios para siempre,
 Execrable tierra,
 Que el sagrado nombre
 De mi Dios blasfemas.
 A tí voy, oh patria,
 Mansion de pureza,
 Que en perpetuos himnos
 A Jesús celebras.
 Pronto veré ¡oh cielo!
 Tus escuadras bellas,
 Y á Jesús cifando
 La corona régia.
 Rompe ya, alma mia,
 Rompe esas cadenas,
 Y al divino seno
 De tu amado vuela.
 ¡Abrirse no miras
 Las eternas puertas,
 Y en luz inundada
 La region suprema?
 ¡Corazon sagrado!
 En tu amor me incendia;
 Abrasa mi alma,
 Deidad sempiterna.

IV.

AL APÓSTOL SANTIAGO.

Si las medias lunas
 Pendones levantan,
 Si pérsico alfange
 Perturba á la España,
 El terror y el miedo
 Y el estrago asaltan;
 Mas luego que advierte
 Patron de sus armas
 Al hijo del trueno,
 Al rayo con alma,
 En voces alegres
 Y vítores clama:
 «¡Viva Santiago,
 Defensor de España!»
 Cuando á nuestros campos
 La gente otomana
 Sus tropas dirige
 Y acude á las armas,
 En nuestra defensa
 Desnuda la espada

Santiago el Grande
 La hueste comanda.
 A marchar, soldados,
 A vencer, escuadras;
 Que con tal caudillo,
 El triunfo es de España.
 De agarenas huestes,
 De lunas menguadas,
 De corvos alfanges
 Y de cimitarras
 Cubrirse han los campos
 Cuando fiero salga
 Para defendernos
 El Patron de España.
 A marchar, soldados,
 A vencer, escuadras;
 Que con tal caudillo
 El triunfo es de España.

V.

FLÉRIDA.

Por el espeso bosque
 Flérída discurría,
 De la casta Diana
 Siguiendo las fatigas.
 Mas ¡ay! que de repente
 Una víbora impia
 En la nevada planta
 Horrenda muerte inspira.
 Vuelan á su socorro
 Las asustadas ninfas;
 Mas no se halla en el bosque
 Antídoto á su herida.
 Solo encontró una de ellas
 Con el sagal Amintas,
 Discípulo de Apolo
 En canto y medicina;
 Amintas, que, abrasado,
 Por Flérída suspira,
 Y, su rigor temiendo,
 El fuego oculto abriga.
 Préstale amor sus alas,
 Y ante los piés se humilla
 De la zagala hermosa,
 Hermosa cuanto esquivia,
 Y al dios que en Délos reina,
 «Si de los dos (decía)
 Ha de morir alguno,
 Que mi adorada viva,
 »Y que el veneno pase
 Al pecho de su Amintas,
 Que con mayor veneno
 Callado amor fatiga.»
 Dice; y el labio amante
 Al pié llagado aplica,
 Por más que, horrorizada,
 Flérída le retira;
 Mas cuando hácia su albergue
 Ya sana se encamina,
 De más crúel dolencia
 Se siente acometida.
 Del atrevido jóven
 Se acuerda compasiva,
 Se duele generosa,
 Se prenda agradecida.
 Por su dudosa suerte
 Se inquieta noche y día,
 Y ya morir le agrada
 Por quien le dió la vida.
 El vive, y por Crisea,
 De Flérída la amiga,
 El fortunado anuncio
 Recibe de su dicha.
 Amantes venturosos,
 Que ya Himeneo liga
 Con lazos de contento,
 Gozáos en mil caricias.
 Y tú, Flérída, sabe
 Lo que áun ignora Amintas,
 Que de víbora falsa

Gemiste acometida.
 Amor, amor ha sido
 El que tu pié lastima,
 En forma disfrazado
 De fiera sierpecilla.
 Amor, que allá en el soto
 De tu querido Amintas,
 Llorando tu dureza,
 Oyó sonar la lira,
 Y tanto le agradára
 La plácida armonía,
 Que le juró en su pecho
 Tan rápida conquista.
 Amad, jóvenes bellas,
 Amad, amad la lira,
 Pues áun Cupido mismo
 Se rinde á sus delicias.

VI.

Á FÍLIDA.

Viendo el amor los males
 Que sus heridas causan (1),
 Airado más que pio,
 Tira el arco y la aljaba.
 Detras de unos rosales
 Fílida lo repara,
 Y luego se apodera
 De las divinas armas;
 Fílida, que se atreve,
 Altiya de sus gracias,
 A disputar á Venus
 El imperio y la fama.
 El yerro Amor advierte
 De su piedad incauta,
 Y ser él mismo espera
 Víctima desgraciada,
 Y sólo algun remedio
 A sus temores halla
 Estableciendo un pacto
 Con la gentil zagala:
 Que ella el arco volviese;
 Pero que Amor quedára
 A Fílida sujeto,
 Su nueva soberana.
 Fílida, pues su reina
 Amor ya te declara,
 Por diosa yo te adoro,
 Rendido ante tus aras,
 Serás Venus del Bétis,
 Retrato de la Idalia,
 Pues la beldad te sobra,
 Si la piedad te falta.

VII.

EL AMOR NOBLE.

Quien en tu semblante hermoso
 Quien en tu noble mirada
 Con respeto no se agrada,
 No sabe lo que es amar.
 Noble y bella como el cielo,
 Como el arroyo y encantas;
 No son perfecciones tantas
 Para un amador vulgar.
 Engendra el prado florido
 Emociones deliciosas
 Cuando de lirios y rosas
 Se corona su verdor;
 Pero la altiva montaña,
 De erguidos cedros vestida,
 Con mayor placer convida
 Al suspenso espectador.
 Así, Aurelia, tu hermosura
 Mis afectos señorea,
 Y mi corazon se emplea
 Solamente en respetar.

(1) Que su renombre infaman, dice ARJONA en uno de sus manuscritos. (Nota del Coleccionista)

En sí mi amor satisfecho,
No anhela por otra suerte
Que la de adorarte y verte,
Y de inmortal en tu altar.

Yo á desafiarme me atrevo,
A una seña tuya sólo,
La eterna nieve del Polo
Y el fuego del Ecuador.
Al golfo más irritado,
A la borrasca más fiera,
Por servirte no temiera;
Que á nada teme el amor.
¡Oh, si me fuera posible
Hurtar el néctar sagrado,
Que el bello joven robado
Ministra al rey celestial!
¡Cuál, osando arrebatarte,
En tus labios le pusiera,
Y *Aurelia mía*, dijera,
Por mí serás inmortal!

VIII.

AL NACIMIENTO DE UNA NIÑA
EN 1807.

Levanta de las ondas,
La frente, ¡oh Manzanares!
Y deja de tus ninfas
Los cantos y los bailes,
En tanto que te anuncio,
De Apolo dulce vate,
La aurora refulgente
Que á tus orillas nace;
La aurora de las glorias,
Que lloverá á tu margen,
A ruego de su Pálas,
El soberano padre.

Tus candidas Napeas
Al canto se consagren
De la que honor un día
Será de nuestros lares.

En fin, el hado quiso
Que Polion traslade
En la feliz Corila
Su venturosa imagen.

Mírala tú, oh Lucina,
Con plácido semblante,
Que en ella victorioso
Tu Apolo ha de gloriarse.

Por ella es dispada
La nube impenetrable
Que en la atigida Iberia
Perpetuo horror espasme;

Por ella las alturas
Ya vence de los Alpes
Erato fugitiva
Al bosque de Soracte;

Por ella al alto genio
Sus hojas rinde Dafne,
Y luce sobre todas
Su estrella más brillante.

¡Oh tiempo! alegre cuando
En luchas agradables
Las liras españolas
Tus gracias mil ensalcen,

Y más que Filomena,
Corila, tú suave,
Del Pindo á la alta cima
El ánimo arrebatas.

Volad precipitados,
Volad, volad, instantes;
Que lejos ¡ay! os miro,
Momentos celestiales.

Y tú, Corila sabia,
Corila, á Jove amable,
Cuando al dulce himeneo
El cuello sujetares,

No des á los ministros
Del pavoroso Marte
La bella mano en premio
De horrores y desastres.

Que Marte en las legiones
Mortal furor derrame,
De sangre enrojecido
El eje fulminante.

Ni admitas á tus gracias
De Témis los secuaces,
Por más que de sus leyes
Los reinos se levanten (1).

A Minos entre hierros
Tú deja que retraten,
Y á tí prision más digna
Dulce virtud te enlace.

Alumna de Minerva,
Sus glorias solas ames;
Sus glorias, del Olimpo
Delicias inmortales.

Cantores de Aganipe (2),
No ya guirnalda frágil,
Corila misma es premio
De quien mejor la cante.

Siquiera, avaras parcas,
Mi débil hilo alcance
A ver los dulces días
Que el hado ya nos trae.

Yo cantaré á Corila,
Cantor divino Trace,
Tan bien, que te venciera,
Y á Lino si cantase.

Tan bien, que al dios de Arcadia
Venciera en el certámen,
Si ya la Arcadia misma
Las luchas sentenciase.

Sí, Polion; que Febo
No inspira ardor que iguale
La llama que en Corila
Me inspirará tu imagen.

IX.

Pastorcito del alma,
No me abandones;
Que cercan mi camino
Mil salteadores.

Esta selva vecina
Llena está de leones,
Y sus fieros rugidos
Estremecen los bosques.

¡Ay! qué difícil,
¡Ay! qué intrincada
Es esta senda toda,
Pastor del alma.

Fatigada y rendida,
Quiero sentarme,
Pero temo traiciones
Por todas partes.

Ay de mí, desdichada,
Miseria pastorcilla,
Que mi amante me deja
Entregada á mí misma.

Sufro cuitada
Mi cruda suerte,
Y sólo gozo ¡ay tristes!
Sombras de muerte.

Ni aun la cumbre del monte
Donde tú habitas,
Las lágrimas me dejan
Que yo perciba.

¡Me volveré á mi patria
Y al olvidado suelo!
Mas ni tú, amante, quieres,
Ni yo puedo, ni quiero.

(1) Variante de esta cuarteta:

Ni de Témis austera
Admitas los secuaces,
De las amenas Muses
Tiranos indomables.

(2) Variante:

Discípulos de Apolo.

Sigue constante,
Triste pastora;
Que en tan dichosa empresa
Morir es gloria.

Y si el tigre te asalta,
Si el oso fiero,
Si el dragon sanguinario,
No tengas miedo.

De tu amor en las alas
Lograrás sublimarte,
Y sus necios furoros
Despreciarás triunfante.

¡Ay amor mío!
Sin luz ni guía,
Me bastarán las armas
De mi osadía.

X.

Á CORILA.

¡No ves, Corila mía,
Cómo aquel pajarillo
Busca el ramo más bello
Para su nido?

Pues sábet que al árbol
Que lo albergó benigno,
Robará de sus frutos
Lo más florido.

La turba que te cerca
De amadores fingidos
Te acuerde el hospedaje
Del pajarillo.

XI.

Á LICINO.

Ansioso á un ciervo herido
Yo vi buscar la fuente;
¡Miserol y en sus aguas
Halló la muerte.

Teme, Licino mío,
Sediento de placeres,
Que imite la del ciervo
Tu triste suerte.

XII.

EL DESENGAÑO.

Á DORILA.

¡Cuán en vano evitar quieren
Los mortales su destino!
No torcerán, no, el camino
Que el hado les señaló.

De tu amor, Dorila, libre
Juzgué verme á duras penas,
Y ya adoro las cadenas
Que mi altivez desdeñó.

De la montaña descende
El río precipitado;
Párase un poco en el prado,
Y empieza á serpentear.

Mas ¡qué vale que rebelde
Dé un paso y otro torcido,
Si para el mar es nacido,
Y ha de morir en el mar?

¡Oh, feliz la suerte mía!
Que ya conozco mi estrella,
Y necio pugnar con ella
De nuevo no intentaré;
Si bien de Néstor los años
El cielo me concediera,
Cuál de toda mi carrera
Será el término, ya sé.

Yo te juro, vida mía,
Olvidar todo cuidado,

Y altamente abandonado
Entregarme á mi pasión.
No más forzarle yo mismo
A ser de otra Delia amante,
Y llegar como triunfante
A engañar mi corazón.

¡Cuántas veces yo me acuerdo
Que mi embriagué procuraba,
Y por el aire volaba,
De mí huyendo, la embriagues!
No se manda en los afectos,
Es la lección que he aprendido,
Pero á precio tan subido,
Que no la quiero otra vez.

Delia, Nise y Adelaida,
Para mí nombres vacíos,
De mis torpes desvaríos
El tributo os pagué ya.
Burlaos, y mil que fueron
De mis yerros compañeras;
De mí nadie más de veras
Que yo burlarse podrá.

Gozando vuestros halagos,
A mí mismo me decía:
«Ya no soy de aquella impía,
Ya está libre mi razón;
»Esta, sí, es amante dulce....
—*Pero Dorila no es ésta*»,
Era toda la respuesta
Que me daba el corazón.

Después mis yerros á Eulalia
Conté filósofo grave,
Y de la amistad suave
Las delicias le pinté.
Ya á un dios casi no envidiaba
Mi vida sabia y tranquila,
Y una letra de Dorila
(Que sólo una letra fué);

Una letra de ella sólo
Renovó toda mi llama,
Que sólo una vez se ama;
Y es fingido lo demás.
¡Oh amor! con tal desengaño
Serán mis horas serenas,
Bañando las cadenas
Que no se rompen jamás.

XIII.

EL AMOR VERDADERO.

Desde que te vi, Roselia,
Vertiste en mis venas luego
Un tranquilo y blando fuego,
Que pudo llamarse amor.

Deslizábanse mis horas
Dulcemente en tu presencia,
Aunque llevaba tu ausencia
Sin afanoso dolor.

Érame tu voz amable,
Sin inspirarme arrebató;
Érame tu aspecto grato,
Sin llegarme á enardecer.
Sin inquietud enojosa,
Sin delirante alegría,
Seguro de mí, bebía
En la copa del placer.

Tal Favonio lentamente
Bate la selva enramada,
Y el tenue murmurio agrada
Al sereno espectáculo.

Tal con pacífica lumbre
Brilla la triforme diosa,
Y tal de Triton la esposa
Despliega su leve albor.

Pero después que has pasado
Los trabajos de Lucina,
(tro afecto me domina
En que es más noble el gozar.
Parece que mi ser todo
Al tuyo se ha transferido,
Y que en él se ha confundido,
Como la lluvia en el mar.

Solicito por tu vida,
Por tu salud y reposo,
Con un cuidado sabroso
Sin cesar busco tu bien.
De mi pecho los afanes
Son afanes de tu pecho,
Y en el cambio más estrecho
Tu dicha es mía también.

Cada pena que tú sufres
Te hace más cara á mi vista,
Y es una nueva conquista
Que te cede mi razón.
Y cuando endulzar consigo
Algún dolor que te aqueja,
En mí tu gozo refleja,
Y enciende mi corazón.

La imagen por él formada
Mira el pintor encantado,
Porque en ella ha colocado
Su trabajo y su saber;
Y el agricultor se alegra
Mirando la rubia espiga,
Porque en ella su fatiga
Coronada llega á ver.

Éstas ¡oh Roselia mía!
Son las leyes verdaderas,
Que el que crió las esferas
Dictó para nuestra paz.
Ni es más el brillo lumbroso
De una pasión exaltada,
Que esa nube matizada
Por un reflejo fugaz.

Cuando en sus iris galanos
El ciego joven se engaña,
Verá su necia alegría
El viento desvanecer;
Mas nuestro fuego, suave
Como el fuego de la vida,
Sin aparato convida
A no fingido placer.

El amor que sirve al orden
No recela las mudanzas,
Que engañadas esperanzas
Quieren en vano evitar.

Sereno al mar Bétis lleva
Su raudal indeficiente,
Mas el rápido torrente
Debe al momento faltar.

Gocemos en tierno lazo
Los instantes fugitivos,
Y de afectos más activos
No envidiemos la ilusión.
Primavera eterna harémos,
Sin que temamos contrario,
Ni con su hielo al Acuario,
Ni con su fuego al León.

XIV.

Si tú me quisieras,
Mi adorado bien,
Verías mi alma
Nadar en placer.
Tu mirada amable,
Tu noble desden,
Tienen dulcemente

Cautivo mi ser.
¡Ay! ¡si á tí enlazado
Me viera una vez,
Cual la amante hiedra
Se cifie al laurel!
¡Ay! ¡si yo tu aliento
Pudiera beber,
De tus labios rojos
Cogiendo la miel!
Ya siento en mi alma
La grata embriagues
De aromas, que rico
Hacen tu vergel.
La azucena y rosa
Mezcladas se ven
Al lirio y al nardo,
Al mirto y clavel.
De tan dulce encanto
Gocemos, mi bien;
Gocemos, que el tiempo
No vuelve después.

XV.

EL AMOR IMPLACABLE.

Volando viene de Gnido
El más fiero cazador,
Buscando donde vibre
El arco triunfador.
Sobre la orilla del Bétis
Suspende el vuelo á la voz
De Elisio, que aún ignora
La fuerza de su arpon.
Tranquilo estaba cantando
El inocente pastor
Oprobios y amenazas
Contra el tirano dios,
Cuando el alado flechero
Llega, y con ceño feroz,
«Zagal, le dice, prueba
Si es cierta tu canción.»
Dispara el arco dorado,
Traspásale el corazón,
Y Elisio siente luego
Un desusado ardor.
La bella imagen de Emilia,
Entre divino esplendor,
Lo enciende en vivas llamas
De un despiadado amor.
Zagalejos, no insulteis
A tan presto vengador;
Ved castigado á Elisio
Con eterno dolor.
Suspira, gime, y con llantos
Quiere aplacar el rigor
Del número en quien nadie
Jamás piedad halló.
Suspire, gima y sus llantos
Mire la noche y el sol;
Mas, hecha ya la herida,
No hay medicina, no.
Llora, Elisio, y los zagales
Aprendan de tu aflicción
Que oprobios y amenazas
No valen contra amor.

XVI.

EL RECELO.

En la carrera larga
De amor desengañado,
Juzgué que era imposible
Sujetarme otra vez á tal tirano;
Pero recelo mucho
En sus terribles lazos
Enredarme de nuevo,
Y perder el reposo suspirado.
¡Cielo clemente! aparta
De sobre mí tal rayo;
Mas ya oír me parece

El estallido présago de estragos.
¡Oh! tú, de enfermedades
Deidad sabia, Esculapio,
Dime si por las señas
Está de mí el amor apoderado.

Cuando á Delia veo
Me siento turbado,
Y mis manos baña
Un sudor helado.
Dime, deidad sabia,
¿Indica esto algo?

Cuando á hablarle voy
Se hielan mis labios,
Y lo que he de hablarle
Busco con cuidado.
Dime, etc.

Cuanto me gustaba
Me va fastidiando,
Y pienso en mil cosas,
Y en nada me paro.
Dime, etc.

Cuando hacía su casa
Me voy acercando,
Sin saber por qué,
Se traban mis pasos.
Dime, etc.

Me acuerdo de ella
Sin yo procurarlo,
Y sus movimientos
Tengo retratados.
Dime, etc.

Brilla su nobleza
En todo su trato,
Y aunque dulce siempre,
Con temor le hablo.
Dime, etc.

Sus ojos y frente
Contemplo pasmado,
Y el gracioso torno
De sus lindos brazos.
Dime, etc.

Cuanto pasa en mí
No puedo explicarlo.
Si para tí bastan
Estos cortos rasgos,
Dime, etc.

XVII.

HIMNO Á VÉNUS.

*Hominum, dicumque voluptas,
Áima Venus... rerum naturam sola gubernas.
Te sociam studio scribendis versibus esse.
Locanctio.*

También á tí en estos sitios
Elevaremos altares,
Reina de tierras y mares,
Dulce madre del amor.

No ya nuestro incienso humee
Al intonso Febo solo;
Y cuando honremos á Apolo,
A Vénus demos honor.

No aplaudida ni invocada,
Se adelanta á nuestro ruego,
Y nos hace de su fuego
Gustar el celestial bien.

Y por su mandado el hijo
Las doradas alas bate
Y en nuestro favor combate
Contra el femenil deuden.

Recibe, pues, bella diosa,
De tu ardor los nobles frutos,
Que son los santos tributos
Con que se honra tu deidad.

Primicias porque ya espera
De nuestro fecundo celo
La Colonia de Marcelo
Su antigua prosperidad.

II. Ps.-XVIII.

Germinal un pueblo inmenso
Ya estoy viendo en mi presencia,
Que de su dulce existencia
Quiere el origen hallar.

Con ansia curiosa en vano
De su sér busca las fuentes;
Que sólo pueden patentes
Nuestros fastos presentar.

Aquí encontrará gozoso
A un tiempo origen y ejemplo,
Y de Vénus en el templo
Dulces himnos cantará.
Y de las hermosas ninfas
Que honran la clara corriente
Del gran río de Occidente,
El coro le seguirá.

Ya mi espíritu lanzarse
A la edad futura veo,
Y que dulce corifeo
De estos cultos debo ser.

Escucha, pues, caro enjambre,
Sobre la lira gozosa
El himno que á la gran diosa
De continuo has de ofrecer.

AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo,
De hombres y dioses vida,
Inunda nuestras almas
En tus delicias.

CORO DE MANCEBOS.

La juventud sin Vénus
Es juventud perdida,
Cual rosa abandonada,
Que seca se marchita.

Los días que se gastan
En vuestro amor, ¡oh ninfas!
Deben llamarse solos
De nuestro sér los días.

AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.

CORO DE DONCELLAS.

La joven que no goza
De un joven las caricias
Es en el alto golfo
Desamparada isla.

No, Vesta, no tu rito
Verá ya más cantivas,
Que en nuestras almas reina
Deidad más compasiva.

AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.

CORO DE MANCEBOS.

Ya la clemente diosa
Se muestra, ¡oh caras ninfas!
Ya en vuestros pechos luchan
El gozo y cobardía;

Y nuestro ardiente coro,
Que vuestra voz hechiza,
Ya la orgullosa frente
A vuestros piés inclina.

AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.

CORO DE DONCELLAS.

La diosa en vuestra ayuda,
En alas de la dicha,
Mas rápida que el rayo
Desciende á su conquista.

Triunfó; mas no tememos
A tu dominio, ¡oh Cipria!
A las injurias sólo
Tememos de Lucina.

AMBOS COROS.

Reina de tierra y cielo, etc.
Y celebremos todos

Tu ley divina,
Que en nuestros pechos
Resalta escrita.

CORO PRIMERO.

Tu ley, que en dulces lazos
El universo liga.

CORO SEGUNDO.

Tu ley, con que las flores
Su bella tez matizan.

CORO PRIMERO.

Tu ley, que el pez adora
Entre las ondas frías.

CORO SEGUNDO.

Tu ley, con que los astros
La luz se comunican.

LOS DOS.

Y aun sobre el alto Olimpo
Tu grata ley domina,
Y el padre omnipotente
A tu poder se humilla.

LOS DOS.

Pues ya el mejor aroma
Que Arabia envía
Nuestros votos envuelva
Sobre tu pira.
Reina de tierra y cielo,
Del mundo vida,
Que inundas nuestras almas
En mil delicias.

CORO PRIMERO.

Fijo tan dulce raptó
Siempre en vosotras viva,
Como el mayor planeta
El mundo siempre anima.

CORO SEGUNDO.

Y cual constante el Atlas
Eleva la alta cima,
Constante vuestro pecho
A nuestro amor se rinda.

LOS DOS.

Gloria á la diosa
De las delicias,
Cuya guirnalda bella
Ya en nuestras sienas victoriosa bri-
[lla.
Y que las gracias
Siempre nos rian,
Y en siempre frescas rosas
El venturoso tálamo nos cifian.

XVIII.

LA HORTELANA,

EN TRES PARTES.

PRIMERA.

EL DESPOSORIO.

Al huerto delicioso
Que eterna primavera
Lozanamente borda
De lirios y azucenas;

Do amor vital aspira,
Y amor perpétuo reina,
Y amor las aves cantan,
Y amor el prado alegra;
Baja el mejor esposo,
Que vírgenes mil cercan;
¡Oh cielos! admiraos
De ver su gentileza.

En tu feliz aurora,
¡Oh cándida inocencia!
No del Geon gozaron
Tal dicha las riberas.

Sal al encuentro pronta,
Felice jardinera,

Que el pecho de tu esposo
De amores centellea.

Los ojos apacibles
Inclina á la floresta,
Y nunca vistas rosas
Brotó de amor la tierra.

Ambar de eterna vida
Fragancia al aura presta,
Y á su presencia nacen
Deleites y bellezas.

Mas ¡ah! ya acompañada,
Cual tímida doncella,
De amigos del esposo,
La esposa se le acerca.

Corre el esposo amante,
La majestad depuesta,
Y en los robustos brazos
Al corazón la estrecha;
Al corazón, que vence
En lumbre al sol y estrellas,
Y amor ardiente y puro
La inflama y la embelesa.

Amor en holocausto
La sacrifica, y, presta,
De amores engañosos
La turba vil se ausenta.

Ya ni el deleite vano,
Ni la falaz riqueza,
Ni la ambición hinchada
Su corazón inquietan.

«En tu cerrado huerto
Mansion haré perpétua,
Oh esposo que me sobras
Por cuanto el orbe ofrezca.»

Clama; con dulce risa
Acepta el Rey la ofrenda;
Cantan los serafines
De amor tanta proeza.

SEGUNDA.

LAS ARRAS.

El bello jardinero,
Que esposo has elegido,
Monarca es de la tierra,
Arbitro del emperio.

Que de la régia gloria
Por tí se ha desceñido,
Para que en traje humilde
Disfrutes sus carifios.

Cual ya de Magdalena
Verse dejó en el sitio
Que rompió de la muerte
Los despiadados grillos.

Pastorcilla inocente,
Su esposa hacerte quiso,
Y reinarás un día
Sobre su trono mismo.

En tanto, pues, zagala,
Con amoroso oído
Escucha las grandezas
Que te destina pío.

De sesenta guerreros
Su lecho está ceñido,
Entre los fuertes todos
De Israel escogidos.

El tálamo, de cedros
Del Líbano exquisitos,
Esmaltan la esmeralda,
El topacio y zafiro.

Las columnas de plata,
De oro cendrado hizo;
El trono y los tapices,
De púrpura de Tiro.

El cetro omnipotente
Es de rubí encendido,
Y la corona encima
De espléndido ametisto.

Todo es, zagala, tuyo,
Y ensancha el pecho altivo,
Que rica has de gozarte
De dones más subidos.

¡Ves cómo, al deslizarse
Arroyo en el estío,
Sobre la blanda arena.

Con sosegado giro,
Retrata el sol sus rayos
En el cristal tan vivos,
Que arderse mira el agua

Con animado brillo?
Así, esposa, en tu alma
El gran rey de los siglos
Retratará de lleno

Su esplendor infinito.
Y en prenda te da el nombre,
Terror de los abismos,
Impreso por su mano

En tu nupcial anillo.
Entona, pues, alegre
Mil amorosos himnos,
Y siempre el bosque suena,

Tórtola, en tus gemidos.
Y á tu suave arrullo
Tu esposo adormecido,
El arco de justicia

Deponga compasivo.
Su majestad oculta,
Para que en sus dominios
Reinar, esposa, puedas

Con ánimo atrevido.
Ama, zagala, y arde
De amor en sacrificio,
Y de tu amor el orbe

Conozca el poderío.
Desde tu humilde choza
Gocen tus beneficios
Las islas que aun la prora

Hender el mar no han visto.
¡Qué mucho, si el esposo
Que amante te ha elegido,
Monarca es de la tierra

Y árbitro del emperio?

TERCERA.

LA AUSENCIA.

En una fresca siesta,
Que hicieron á porfía
La sombra, el aura y aves
De mil deleites ricas,

Al lado del esposo,
Blando sueño oprimía
A la zagala amante,
Segura de su dicha.

Despierta, y de repente
Las flores ve marchitas,
Arido el prado, y secas
Las fuentes cristalinas.

El aire tenebroso
Le roba el claro día;
Truena, y airado el cielo
Su perdición fulmina.

Sombra horrenda de muerte
La cerca y la fatiga;
Sin color cielo y tierra
Sus tristes ojos miran.

¡Qué hará en tanto conflicto?
Gime, llora, suspira,
Y en busca de su esposo
Por el vergel se agita.

¡Misera! ¡cuán en balde?
No, no hallará tu vista
Sino recuerdos tristes,
Que más y más te aflijan;

Que en tierras apartadas
Tu amado esposo habita,
Y de tu desventura,
Y aun de tu amor, se olvida....

Mas ¡ay! ¡no ves de pronto
Volar por la colina
Que ante tu huerto se alza
Una nube encendida?

Trono es, en que se muestra
La religión propicia,

Para fortalecerse
En tantas agonías.

Mas no suaves dones,
No halagos y caricias,
Sino en amargo cáliz
Pena y dolor te brinda.

Y al ausentarse deja
La alta cruz erigida,
Que á tu mente la imagen
De tu amado repita.

Tal como en otro tiempo
Del Gólgota en la cima
Sufrió, víctima tuya,
De su padre las iras;

De su padre, que en sólio
De estrellas despedía
El rayo, del gran hijo
A la preciosa vida.

Al pié del árbol sacro
Vive feliz cautiva,
Y en llanto no agotable
Inúndalo afligida.

Y junta, triste esposa,
Hacecillos de mirra,
Y á siempre nuevas penas
Tu pecho fortifica.

Quizá de tus dolores
Volando la noticia,
Alguna vez de nuevo
Tu amante á tí se rinda....

¡Lloras!..... ¡El llanto ardiente
Que abrasa sus mejillas,
¡Ah! del mejor esposo,
Cielos, piedad consiga!

Vén ya, céfiro blando,
Suavemente espira,
Esparce el alma soplo,
Y el mustio huerto anima.

Vén.... ya de nuevas flores
El prado se matiza,
Corren las fuentes claras
Y el aire se ilumina.

Todo en vital aliento
Hinche fresca alegría;
De tu amor todo anuncia,
Zagala, la venida.

Largo rigor ostenta
Y á instantes lo termina;
Su amor verte no sufre
Gemir por sus delicias.

Oyelo ya á tus puertas:
«Abreme, esposa mía,
Mi amorosa paloma,
Mi ardiente y dulce amiga.

«No de rigor me acuses,
Si con crueldad fingida,
Para mayor guirnalda
Tus lágrimas queria.»

XIX.

No siempre, amada mía,
El cielo está nublado,
Ni siempre despiadado
Sus olas alza el mar.

Que tenga, pues, que tenga
Su fin ya tu desvío,
Y el tierno llanto mío
Te empuje ya á ablandar.

Mitad del alma mía,
Mi vida, mi recreo,
Admite mi deseo,
Mitiga mi dolor,

Y tus hermosos brazos
Me infundan, dulce dueño,
El embriagado sueño
De un satisfecho amor.

En fin, amor, vencimos;
¡Qué dulce, qué tranquila
Depone ya Dorila
Su ceño y su altivez!

¡Momento inesperado!
Ya el himno, agradecido,
Te entonaré, Cupido,
Por la primera vez.

XX.

A BARINA.

Si la voz halagüeña
De Mirtilo te engríe,
Acuérdate, Barina,
De Jove vuelto en cisne.
Escarmienta de Leda,
Y guárdate, infelice,
De que por tí en el cielo
Nuevos luceros brillen.

XXI.

A LA AUSENCIA DE MIRTILO (1).

Llorad, ninfas del Bétis,
Llorad el hado esquivo
Que de vuestras riberas
Separa ya á *Mirtilo*.
Mirtilo, cuya lira,
Honor del sacro Pindo,
Cantaba vuestras glorias
En amorosos himnos.
Contra las fieras ondas
Del ponto embravecido,
¡Ay! una frágil tabla
Va á ser su único asilo.
¡Así, amistad sagrada,
Permites que el destino
Separe á los que unieron
Tus vínculos divinos?
Como festiva madre
Al inocente niño
Suele mostrar del frís
Los matizados brillos,
Que súbito apagados
Por huracán impío,
En llanto le convierten
Su encanto fugitivo (2);
Así, *Mirtilo* amable,
La suerte me ha vendido
Un gozo pasajero
Por mil y mil suspiros.
Oh dios del gran tridente,
Que en tu feliz dominio
Sustentarás glorioso
A mi adorado amigo,

(1) Hemos hallado este apunte entre los papeles del célebre escritor don Martín Fernandez de Navarrete:

«El doctor DON MANUEL DE ARJONA, rector del colegio Mayor, llamado de Maese-Rodrigo, en Sevilla, escribió esta anacronética á mi ausencia de Sevilla, en 1798, al ir á embarcarme en Cádiz para la guerra con la República francesa.—M. F. DE NAVARRETE.»

Publicamos ahora esta anacronética, no cual se encuentra en los papeles de Navarrete, sino algun tanto modificada por las correcciones que hizo en ella el mismo ARJONA. (Nota del Colector.)

(2) Así escribió ARJONA en un principio estas tres últimas estrofas:

Santa amistad, ¡para esto
Tus vínculos divinos
Han nuestros corazones
Tan dulcemente unido?
Cual la festiva madre
Al inocente niño
Suele mostrar del prisma
El vario hermoso brillo;
Velos despues lo aparta,
Y el misero infantil
Convierte en llanto amargo
Su encanto fugitivo.....

(Nota del Colector.)

No permitas que Eolo
Turbe tu mar tranquilo:
Allá en sus grutas reine,
A tu mandar sumiso;
Y si prision no sufre
El aquilon altivo,
Y son sus tributarios
Tus reinos cristalinos,
Sólo francesas naves
Sumerja vengativo;
Y la ambicion confunda
Que al orbe ha confundido.

Por ella Marte agita,
De loriga vestido,
Sus desbocados potros,
De Alecto conducidos.
Despide el fiero bronce,
De estragos mil seguido,
Envuelto en nube horrenda
El espantoso tiro.

Caen bellas ciudades,
Y el romano artificio,
Fruto de largos años,
A polvo es reducido.
Corre funesto el Mosa,
En sangre humana tinto;
Apénas Cloto puede
Cortar ya tantos hilos.
Reinan en toda Europa
Dolor, llanto y gemido,
Y á su Fileno deja
El amable *Mirtilo*!

XXII (3).

Prospera, árbol felice,
Y al cielo ensalza grato,
Que en tí de Eufidia puso
El nombre respetado;
Aquel glorioso nombre
Que te honrará entre tanto
Que nazca el sol á Oriente
Y espire en el Ocaso.
Ya al mirto de Citere
No busca amante mano,
Y la oliva de Pálas
Se avergüenza á tu lado.
¿Qué mucho? Dafne misma
Humilla á tí sus brazos,
Y á tí solo respetan
De Júpiter los rayos.

Ya sólo de tus hojas
Teje Uránia los ramos
Con que los claros vates
De Apolo son ornados;
Y el gran rey del Olimpo
Un tiempo ha señalado
En que tu nombre adoren
Los polos apartados.
Apénas á tus cultos
Será bastante espacio
Un templo más soberbio
Que el que abrasó Erostrato.

Ya deja sus arenas
El árabe tostado
Y quema sus aromas
En tus grandiosos átrios.
Del Tiber y del Sena,
Del Támesis nublado,
En gruesas tropas vienen
Los moradores sabios;
Y á su patria volviendo
Quien, por sus hechos altos,
De tus divinas hojas
Se ufana coronado,
En caja más preciosa
Que la que halló Alejandro,
Al envidioso pueblo
Ostentará su lauro;

(1) Para una academia á la cual se dió por insignia un álamo.

Y del ardiente gozo
Vertiendo alegre llanto,
«Hijos, dirá, guardadla,
Mis glorias emulando.
»Si no, no conserveis
Depósito tan santo,
Que de él saldrán un día
Llamas para abrasaros.....»
Instantes tan gloriosos,
Cielos, apresurados;
Que Iberia ya suspira
Ansiosa por gozarlos;
Y á tí no tanto nombre
De Alcides ser el árbol
Como la gran Eufidia
Hoy, álamo, te ha dado;
Que él de monstruos la tierra
Con la clava purgando,
De nuestra heroica empresa
Ni aun fué leve dechado.

XXIII.

La púnica avaricia
En vuestro rico seno
¡Oh montes Marianos!
Halló su vil contento;
Pero, aunque vil, bastante
A inspirar nuevo esfuerzo
Al belicoso cónsul,
Más que fuerte avariento.
Tinto el Bétis de sangre,
Llevó pálidos cuerpos
Al reino de Anfitrío
Para sepulcro eterno.
Desoladas las mieses,
Encadenado el pueblo,
Las mismas yertas rocas
Su destrucción gimieron.
¡Oh avaricia, cuán bajos
Son tus altos proyectos!
¡Oh! por leves placeres
Pides muy caro precio.
Mas yo tranquilamente
En tu dichoso seno
Hallé, felice monte,
Mi gloria y mi recreo:
La discrecion de Pálas,
La hermosura de Vénus,
La grandeza de Juno
Sin contienda ni riesgo.
Como el pastor del Ida,
Por cuyo juicio vieron
Los crüeles Atridas
Al Ilíon ardiendo;
Pues todo lo he encontrado
En tu feliz encuentro,
Dulce pastora mia,
Amor de Jove excelso.
¡Oh! ¡cómo tú aventajas
A cuanto con estruendo
Emprendieron altivos
Los romanos y griegos!
¡Ah! seas tú mi bien solo,
Y todo el oro cedo
De este monte á quien tenga
En él su vil contento.

XXIV.

AL PENSAMIENTO
DEL HOMBRE.

¡Para qué fin, Licino,
El Hacedor supremo,
Arbitro de él, al hombre
En este mundo ha puesto?
Para que piense sólo;
Para que el pensamiento
Conforme únicamente
A su sabio precepto;

Mas ¡ay! que la riqueza,
La ambicion, el imperio,
Sus reglas trastornando,
Son ¡oh mortali! tu empleo.
Pensamiento admirable,
Imágen del Excelso,
¡Quién así desfigura
En tí el divino sello?
¡Admiracion inspiras
Y confusion á un tiempo!
¡Qué grande en tí aparezcas!
¡Qué bajo en tus defectos!
¡Por qué, pues, ¡oh Licino!
Busca el mortal soberbio
De los demas mortales
El no debido obsequio?
Si no es que sus maldades
Le den este derecho,
O es muy necio en pensarlo,
O es injusto en quererlo.
Si sabio el hombre y justo
Naciera, no á él propenso
Naciera; lo nace,
Pues nace inicuo y necio.
De sus propios amores
El es el solo objeto,
Y fuera dél no encuentra
Quien pueda merecerlos.
No la sabiduría
Lo eleva del Eterno;
No á contemplar se entrega
Su hermosa suspenso;
No la beneficencia
En tiernos sentimientos
Su corazon liquida,
Convierte sus afectos.
Es más que al recibirlo,
Dulce el bien al hacerlo;
Verdad impenetrable
A su insensible pecho.
Licino, este es el hombre;
Este el hombre que, ciego,
O á su Criador ignora,
O infama con desprecio.
Pensamiento admirable,
Vil y grande en tus yerros,
¡Quién así desfigura
En tí el divino sello?

XXV.

A DON JUAN PABLO FORNER,
FISCAL DEL CRÍMEN DE LA REAL
AUDIENCIA DE SEVILLA.

Del hispalense polvo
Cubierta está la lira,
Y al mirarla Minerva,
Dolorosa suspira.
» ¡Cómo, Norferio mio,
Así, dice, me olvidas,
Y al forense tumulto
Te entregas noche y día?
» De mi halagüeño coro
Ya truecas las delicias
Por delitos atroces,
Por crueldades impías?
Y las hermanas nueve,
Consternadas de oírlo
(Yo las vi), en llanto amargo
Su hermosa marcha iban.
Y los cóncavos valles
De Helicon repetían
Sus lastimeras voces,
Que entre quejas decían:
« ¡Oh! mal haya la patria
Que al premio no sublima,
Al que de nuestro seno
Primero no retira. »
.

XXVI.
A LA VIRTUD.

De nuestra frágil vida
Las glorias desaparecen,
Más ténues ¡oh Licino!
Que el vienteillo leve.
Desde las régias aulas,
Cubiertas de doseles,
Que el pérsico tesoro
Ornó soberbiamente,
Hasta la humilde choza,
Do apenas pobre césped
Del Orion lluvioso
Al labrador defiende,
Cuando el feroz acero
La cruda Parca mueve,
¡Cuál, míseros mortales,
Cuál ¡ay! todo fenecer!
De qué sirve que, oh Nilo,
Pirámides elevas,
Que al cabo desplomadas
Del tiempo el triunfo ostenten?
Ni ¡cómo esperó Caria
Que el tiempo no ofendiese
Portentos del orgullo,
Sus altos capiteles,
Y vida hallar eterna
Porque ocultaba reyes
De cuyo excelso nombre
Se olvidaron las gentes?
¡Oh muros de la Asiria!
Colosos eminentes,
Asombros de la fama,
Y de la edad juguetes,
¡Adónde, adónde hallaros
El caminante puede,
Si ni en polvo y ruinas
Os conservó la suerte?
Y tú, por quien no en vano
La Grecia se conmueve,
Y á las retéas (1) playas
Sus linos mil extiende,
Después que con la sangre
Los céfiros conceden
De la doncella argiva
Sus soplos ya clementes,
¡Ay! ¡qué te dió de vida,
Glorioso hijo de Tétis,
A tu furor deshecha,
De Asaraco la hueste?
Ni ¡qué haber debelado
Los trances insolentes,
Y al campeon troyano
Atado al carro ardiente?
El Simois, que en su sangre
Colora la corriente,
También á tu osadía
Sepulcro ya previene.
En la ribera Estigia
Tus miembros robusteces,
Incauta madre, y dejas
El pié libre á la muerte.
Bastante para el arco
Del robador aleve;
Bastante á quien la ayuda
De Febo airado tiene.
El vencedor, que ufano
Para Micénas vuelve,
No de la atroz venganza
Dulce memoria prueba:
Y mientras aún la llama
De Ilion el aire enciende,
Corte adúltera mano
Su vida y sus laureles.
Ni cuando la en sus naves
República potente
El africano cónsul
Intrepido domelle,

(1) Retéas, troyanas.

Tú, altivo Capitolio,
Al júbilo te entregues;
Que ya envidioso el hado
Cadenas te promete.
De tus marchitas fiores
Harán bárbaras gentes
Guirnalda, transformando
En duelo tus circenses.
¡Ay! que los raudos ciervos
Del tiempo vuelan siempre,
Y filos la tijera
De Cloto nunca pierde.
Alzad soberbias moles,
Buscad nombre perenne,
Y yo, mortales, viva
En ignorado albergue.
Hogar humilde mio,
Que de Pomona y Ceres
Con fáciles afanes
Los dones enriquecen.
La bella luz te alumbra
De virtud inocente,
Y nunca altivo fausto
A mis umbrales llegue.
Que tú, virtud divina,
Los siglos sola vences,
Y sola, hija del cielo,
Su eternidad concedes.

XXVII.
LA AMBICION.

Ambicion execrable,
Tu venenoso pecho
Todo el horror encierra
Del despiadado Averno.
Por gradas de delitos
Subes al sólio régio,
Y leyes das que llevan
La muerte al universo.
Vuela ¡oh mísera! en alas
De tu sublime intento
Sobre la faz del orbe
Para admirar tus hechos.
Allá una triste turba
Mira arrastrar, gimiendo,
Por gustos de un tirano,
Ignominiosos hierros.
Allí ve un ancho río
Pasar con fiero estruendo,
La onda roja de sangre,
Sobre hacinados yelmos;
Y en su manchada márgen
Amarillar funestos
Los campos de aún no frios
Cadáveres cubiertos.
Ve desde Oriente á Ocaso
Abandonar el puerto,
Y al piélago entregarse
Los ambiciosos pueblos;
Cual sumergen las olas,
Cual el furor del éuro,
Cual la humeante nube
Envuelve entre sus fuegos,
¡Oh mar! no bien domado
Jamás del frágil leño
Que el yugo vergonzoso
Redimas altanero,
Muestra tu horrenda alfombra
De oro, naves y cuerpos....
¡Oh Ambicion! ¡te complaces!
Estos son tus trofeos.
Y con el mar compiten
Los campos, que, desiertos,
Aun lloran los destrozos
De tu mortal veneno.
Ve del grandioso egipcio,
Ve allí del sabio griego
Y del romano fuerte
Los miserables restos.
Tu inspiracion, que altiva

Se elevó al imperio,
Del conjurado mundo
Se entregó al despecho,
Y estas las almas altas
Son, y los héroes éstos
Que á la fama dan nombre
Para adornar su templo!
Ya los mortales honran
Con reverente incienso
A los que de su sangre
La tierra y mar tiñeron;
Y de siglos en siglos
La gloria va creciendo
Del crüel que á la muerte
Llevó á nuestros abuelos.
Y entre tanto en las sombras
Yace de vil silencio
El hombre que abre al hombre
Las fuentes del consuelo.
Pasa ignorado Licio
Entre el vulgo, que necio
A un magnate señala
Con respetoso dedo.

Yo, Licio, yo te he visto,
Con más que humano esfuerzo,
Destrozando de la muerte
El victorioso acro;

Y á mi adorada Clori
Arrancar de su gremio,
Que entre sus brazos daba
Ya el postrimer aliento.

Naturaleza jura
Que te serán en premio
De par en par patentes
Sus misteriosos senos;

Y tú de los mortales
Al beneficio atento,
Nuevas auras de vida
Inspiras al enfermo.

Y aún tu divina ciencia
No basta al ancho cerco
A que extenderse anhela
Tu corazón inmenso.

Y tú ignorado pasas
Entre el vulgo, que necio
A un magnate señala
Con respetoso dedo.

¿Por qué acusais, mortales,
De vuestro mal al cielo,
Si de vuestras saetas
Armaís al hado adverso?

Mirais al que os consuela
Con desdenoso ceño,
Y adorais los autores
De vuestro vilipendio.

XXVIII.

Quien en unos bellos ojos
Y en una tierna mirada
Por solamente se agrada,
Va á arrepentirse de amar.

De la que parezca un cielo
Si neciamente te encantas,
Vrás que, como otras tantas,
Tene un alma muy vulgar.

¿Ves ese tinte florido,
Esas carnes deliciosas?
Teme el olor de esas rosas,
Y de ese prado el verdor.
Porque entre esa pompa excelsa,
De tantas galas vestida,
La sierpe está que convida
Con muerte al espectador.

¡Ayl triste á quien la hermosura
Fraudulenta señorea;
Ella en cautivar se emplea,
Y él tan sólo en respetar.
El vive de sí contento,

Ni mira su triste suerte,
¡Oh infeliz! que vas á verte
Hostia de un infame altar!

Yo á apostar por él me atrevo
Que estuviera mejor solo,
Sufriendo el frío del polo
O el fuego del ecuador.

Y que al mar más rebelado
Y á la más sangrienta fiera,
Si él se estima, no temiera
Por escapar de su amor.

¿Cómo tener te es posible
Por un objeto sagrado
A la que así te ha robado
Todo el fuego celestial?
¿Quién tu ilusión te quitara,
Y cual es te la pusiera
A la vista, y te dijera:
«¿Esta es la ninfa inmortal?»!

XXIX.

AL REY, NUESTRO SEÑOR,
EN 28 DE ABRIL DE 1814.

Vén, oh deseado
Príncipe clemente,
Llena el voto ardiente
Del pueblo español.
Tras de los terrores
De feroz tormenta,
Sus rayos ostenta
Más gallardo el sol.

Vén, abraza al pueblo
Que por tí se inmola,
Ve en sangre española
Los rios brillar.

De escombros cubiertas
Ve las dos Españas;
Ve yermas campañas
De uno al otro mar.

Los inclitos huesos
De los esforzados
¡Ayl mira sembrados
Por tu libertad.

Huérfanos y viudas
En torno te claman,
Y padre te llaman
En su soledad.

Ve la España vuelta,
Desde que te fuiste,
En sepulcro triste,
De lo que ántes fué.
No hay remota aldea
Que, por rescatarte,
Del carro de Marte
Hollada no esté.

Sólo tu palabra,
Oh dulce Fernando,
Ve de tí esperando
A tu pueblo ya.
De tus labios pende
Darle nueva vida,
Y España abatida
Luégo brillará.

Y de las cadenas
De tu cautiverio
Saldrá un nuevo imperio
Cual jamas se vió.
Y su nueva vida
Será más dichosa
Que cuando gloriosa
Dos orbes domó.

Digno de dar eres
Un bien tan preciado,

Príncipe educado
Por la adversidad.
En la escuela dura
De tu desconsuelo
Te ha enseñado el cielo
A odiar la maldad.

De todos los monstruos
Sabés que un tirano
Es el más insano,
Es el más traidor.
A su torpe aliento
Mueren con presteza
Glorias y riqueza,
Virtudes y honor.

Padre de la patria
Serás, oh Fernando,
Eterna afianzando
Su felicidad.
Que en la edad futura
No puedan los reyes
Romper de tus leyes
La estabilidad.

De siglos en siglos
Tu gloria eclipsando
Del tercer Fernando
Irás el esplendor;
Y serás en los pechos
De tu pueblo grato
Eterno el retrato
De su rey mejor.

XXX.

Á JESUS.

¿Dónde, amado mío,
Dónde fuiste, amado,
Que así me dejaste
A mí abandonado?
Unico consuelo,
Mi solo descanso,
Luz del alma mía,
Mi amor, mi regalo.
Entre tanta vientos,
Triste y desolado,
Ya me vi en la margen
De un fatal naufragio.
Hasta mi alma el agua
Había penetrado,
Y un mar tenebroso
Me estaba esperando.
Pero tus piedades
Invoqué humillado,
Y en mí ya conozco
Tu divino rayo.

Bondad infinita,
Sí, me has escuchado;
¡Ayl que ya me siento
De tu ardor tocado.

¡Buen Jesús! ya siento
Que me has recreado
Con la luz que ilustra
Corazones mansos.

Resplandor inmenso,
Mi mente ocupando,
Me hace, aunque á lo lejos,
Tus misterios claros.

Eterno, infinito,
Feliz, soberano,
Misericordioso,
Poderoso, sabio,
Grande, justo, bueno,
Patente y arcano,
¡Cómo tu hermosura
Me tiene encantado!
¡Ay amor! yo espiro;
Mi pecho inflamado
De su mismo incendio
Arde enamorado,

Sublimes secretos
Ya voy penetrando,
Y mi luz perdiendo,
Más alta luz hallo.
Me parece verte,
Padre no engendrado,
Principio fecundo,
Que produces cuanto
Puedes y cuanto eres,
A tí en tí mirando,
Con que el Verbo engendras,
Tu eterno traslado.
Gloria de tu gloria,
Donde está sellado,
Como está en tí mismo,
Tu sér sacrosanto.
Imágen querida,
Por quien has formado
Todas las grandezas
De tu excelsa mano.
Tu sabiduría,
Tu Hijo muy amado,
Sin cesar en todo
Tu igual dimanando.
Tu sustancia misma,
Tan vivo retrato,
Que, sino el ser padre,
Todo te le has dado.
Te amas, y el amor
En él trasladando,
Mutuo amor, procedes
A E-spiritu Santo;
De único principio,
Aunque el esperar
Ser de dos personas,
El mismo ha enseñado.
Mas el Padre al Hijo
Le ha comunicado
La virtud, que es una
De esta suerte en ambos.
Pero ¡qué delicias
No me inundan cuando
¡Oh lumbre del Padre!
Te adoro humano?
De tu excelso sólio
Al seno sagrado
De la misma gracia
Tu amor te ha bajado.
Decid, serafines,
Decid, coros santos,
¿No tenéis envidia
De favor tan alto?
Mi naturaleza
Ya se ha sublimado
Tanto, que Dios mismo
Es Dios encarnado.
A mí semejante
Es ya ¡oh dulce pasmol
El que es semejanza
Del Padre increado.
Jesus amoroso,
Mi querido hermano
(Sí, que tú este nombre
Tú mismo me has dado),
Vida de mi vida,
Mi norte y dechado,
Mi gracia y mi gloria,
Mi esposo y mi amparo,
Mi amor y mi todo.....
¡Que ha de haber ingratos
A ese inmenso incendio
De necios humanos!
¿Quién pudiera amarte
Por cuantos insanos
De tu amor, Dios bueno,
Viven olvidados?
Si mi propia sangre
Pudiera ablandarlos,
¡Qué pronto, bien mío,
Se vieran mudados!
¡Ah! ¡si el universo
Todo ardiera amando

A Dios que su sangre
Vertió por librarlo!
Al que su grandeza
Y gloria ocultando,
Su sagrada carne
Nos da en dulce pasto.
¡Ay! ¡alma dichosa!
¡Qué tie no bocadol
¡Qué santas delicias!
¡Qué amoroso encantol
Entrad en mi pecho,
¡Oh mi Esposo castol
Todo ya os lo ofrezco;
Entrad, y aceptadlo.
Tú en mí y yo en tí vivo;
Mi alma en tierno lazo
A tí vive unida,
Sólo á tí aspirando.
Como tú en tu Padre,
Que á mí te ha enviado,
Vives, yo en tí vivo,
En tí transformado.
Palabras que admiran,
Mas que me han dictado
¡Oh Verdad eternal
Tus divinos labios,
¡Ay amor! etc.
Mi alma desfallece,
Y está suspirando
Por verse estrechada
De tus dulces brazos.
¡Oh criaturas todas!
Venid á ensalzarlo,
Y decid conmigo
A mi Esposo amado:
«Dichoso mil veces
Quien ánsia gozaros,
Pues de su esperanza
No será frustrado.»

XXXI.

LA AMAPOLA (1).

Aquella primavera
Que fué al pastor Dalmiro
Invierno tenebroso
De llantos y suspiros,
Enfrente de la choza
De Dóris, su martirio,
Una amapola bella
Brotó el estéril risco,
En cuyas rojas tintas
Miraba enternecido
La imágen del incendio
Que abrasa sus sentidos;
Como la fiera roca
Lo era del ceño esquivo
Que hallaba en su zagala
Su amor enardecido;
Su amor, que en otro tiempo
Ya Dóris satisfizo
De la triunfal guirnalda
Y el victorioso anillo.
La cual, al tiempo que hace
El sol mayor su giro,
Le dió á Damon la mano
Que desechó á Dalmiro;
Que así tal vez desecha
El delicioso lirio
Quien de la torpe adelfa
Halló en la flor su hechizo.
O así tal vez dispone
Algun fugaz capricho
O algun error volante
De todos nuestros hilos.
Dalmiro, consternado,
Más que del cambio inicuo,
Del mal de su adorada,

(1) ARJONA dejó esta cantilena sin concluir.

Dejó el paterno nido,
Y á los remotos climas
Llevó su dardo fijo,
En vano ¡triste! en vano
Huyendo de sí mismo;
Que no hay remedio alguno
Contra el dolor impío
Que alma segunda al alma
El sér dejó cautivo.
El sol corrió seis veces
Por los celestes signos,
Cuando volvió, buscando
A su tormento alivio,
Y trajo á sus hogares
Un corazón marchito;
Pero su amor más fuerte
Y su dolor más vivo.
Y al tiempo que la noche
En velo denegrido
La tierra y cielo enluta,
A Vénus tiempo amigo,
De su cruel pastora
Buscó el umbral querido,
En lágrimas ardientes
Bañando el mármol frío.
«Dóris, ingrata Dóris,
Siquiera mis suspiros
Penetren hasta el lecho
Do triunfa mi enemigo;
Siquiera que te turbe
Un sueño no tranquilo
En que mi imágen rompa
Tu sempiterno olvido.»
Dijo. Vénus escuchó
Su acento dolorido,
Y la venganza fia
A su feroz ministro.
Armase de la aljaba
El vengador Cupido,

.....

ROMANCES.

I.

EL SEPULCRO DE MESALIO.

Vamos, Elisio, esta noche
A visitar las cenizas
De nuestro amigo Mesalio,
Que toda virtud inspiran.
Bajáremos á la gruta
Donde el mudo horror domina,
Y un sobresalto esforzado
El espíritu sublima.
Allí las paredes toscas,
De verde musgo teñidas,
De los techos laceados
El vano esplendor eclipsan.
En todo el ámbito vasto
Ningun ornato se admira,
Y en medio el sepulcro yace
De una piedra mal bruñida.
Otro busto, otro trofeo
No divierte allí la vista;
Sólo la espada del héroe
Sobre la tumba está fija.
Pero ¡ah! para mí ha sido
La más halagüeña dicha
Que Mesalio á mí la llave
De esta humilde cueva fia.
Pues cuando la negra noche
A los mortales convida
Entre los brazos del sueño
A mitigar sus fatigas,
Yo á la tumba de Mesalio
Bajo á cobrar nueva vida,

Y el amor á los mortales
Allí se me comunica.

Ya mis lágrimas diez años
Han bañado su urna fría,
Pero de mi llanto nace
El esfuerzo que me anima.

Allí á libertar aprendo
La humanidad oprimida,
Y á socorrer con mi brazo
El débil de la justicia.

Allí lo excelsa y lo bajo
Tienen la misma medida,
Y la púrpura los vicios
No cubre, sino publica.

¡Ay! ¡Si allí me fuera dado
Arrancar la espada invicta
Con que en su trono los vicios
Mesalio temblar hacían!

¡Ah opresores! vuestra sangre,
En justa pena vertida,
El sepulcro colorará
Do yace la virtud misma.

Vamos, Elísio, bajemos
A visitar las cenizas
En que, disuelto Mesalio,
Las virtudes nos inspira.

II.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA (1).

Gran reina, que de las playas
Del Brasil habéis venido
A ser de los españoles
El consuelo y regocijo;

Vos, en cuyo amable rostro
Despliegan todo su brillo
De la majestad el fausto,
De la belleza el hechizo,

Oíd los humildes ruegos
Que os elevan, afligidos,
Los alumnos de Talía,
De Melpomene los hijos,

Deidades ambas de Aténas,
Á que aromas arder hizo,
Prosternado ante sus aras,
El grande poder latino,

Y arder los hizo en Italia,
Desde que el albor benigno
De la aurora de las ciencias
Renaciera en su recinto.

Desde el sacro Capitolio,
De tres coronas ceñido,
A estas deidades errantes
Abrió un Médicis (2) asilos.

Honráronlas desde entónces
Grandes reyes, pueblos ricos;
Luís (3) las honró en el Louvre,
Y Fernando (4) en el Retiro.

Y ¡por qué no! Una, severa (5),
Muestra al malo el precipicio,
Y otra (6) se burla graciosa
De los humanos caprichos.

Del Cid el lumbroso ejemplo
Inspira al cobarde bríos,
Y heroísmo á las matronas
La que destronó á Tarquino.

Mas, señora, los halagos
Con que endulzamos festivos
Los desvelos de un monarca,
Los cuidados de un ministro,

Nos son, en vez de premiados,
Fieramente reprendidos,
Y las alas del ingenio
Cargadas de torpes grillos.

En vano, señora, en vano
Nuestro rey esclarecido
Querrá que su España emule
Del gran Pericles el siglo;
En vano querrá que monte
El español atrevido,

Con envidia de Racine,
Sobre el coturno de Esquilo;
Y que las gracias que ornaron
Las riberas del Iliso,

Y trasladó á las del Tiber
El que á Cartago (1) deshizo;
Copiadas de nuevos Lopes,
Castiguen con risa el vicio,

Y enmienden al destemplado,
Al avaro y al altivo,
Si la espada que debiera
Vibrarse contra el inicuo,

Contra los Roscios (2) y Talmas
Ostenta sólo sus filos.
Así el deshonor exhala
Sus influjos corrompidos,

Y espiran las dulces artes
Entre su vapor maligno.
¡Tan inmaculada y pura
Es la edad en que vivimos,

Que recela aún el contagio
De un teatro corregido?
¡De un teatro que en persona
Honra el monarca benigno,

Por cuyo rescate el Tajo
Su raudal vió en sangre tinto?
Monarca que es el dechado
De la virtud escogido,

Y cuya piedad eclipsa
A Teodosio y Constantino.
Y en los españoles pechos
Cabe levantar el grito,

Cual si abatir intentaran
Los templos del paganismo,
Contra espectáculo honrado
Por aquel rey que es caudillo

De sus pueblos en virtudes,
Aun más que en armas y en juicios?
Dijo un sabio (3) que es teatro
Todo el mundo; quien sumiso

Muestra adorar á su rey,
Tal vez se adora á sí mismo.
Que sentado en alto trono,
Es del orbe corrompido

El amor propio el tirano
Que al mundo envió el abismo.
No así vos, justa Isabela,
De la que al Fernando Quinto

Y á la España hizo felice,
Fiel copia, retrato digno.
Mas vos, en quien las matronas
De los maternos oficios

Aprenden el santo empleo
Y el más que humano destino;
Vos, que sin el régio cetro
Reinarais, pues el dominio

De la virtud y hermosura
Es imperial por sí mismo;
Vos de la española escena
Animais al ejercicio,

Y vuestro ejemplo responde
A mil sangrientos escritos.
A nada grande se elevan
Espíritus abatidos;

Haya en el mundo Mécenas,
Y no faltarán Virgilio.
De la virtud y el talento
El honor es el rocío,

Como el oprobio es la escarcha
Que abraza el germen más vivo.

(1) Hemos encontrado este romance entre los manuscritos de Arjona; pero no está escrito de su mano. (Nota del Colector.)

(2) Leon X.

(3) Luis XIV.

(4) Fernando VI.

(5) Melpomene, en la tragedia.

(6) Talía, en la comedia.

(1) Fué fama en Roma que las comedias de Terencio eran en gran parte obra de Scipion el Africano.

(2) Actor de Roma, gran amigo de Ciceron y de todos los mayores personajes de su tiempo.

(3) Sentencia de Epicteto.

Honor, dulce soberana,
Honor tan sólo os pedimos,
Y brotarán prontamente
Los frutos apetecidos.
Tal del amor venturoso,
Con que vuestro Real cariño
Paga el mejor de los reyes,
Nos prometemos rendidos.
Un día vendrá, sin duda,
En que eleven al Olimpo
Las Musas vuestro renombre
Victorioso del olvido.
¡Oh! llegue luego este día,
Y todos agradecidos
Cantáremos, oh gran Reina,
Vuestros altos beneficios.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

LAS RUINAS DE ROMA (1).

POEMA LÍRICO-DIDÁCTICO (2).

*Suis..... ipse Roma viribus ruit.....
Barbarus, heu, clauces insidit victor et urbem,
Equos sonante verberabit ungula.
Horat., Epod., od. XVI.*

Salve, suelo glorioso; eternamente
La nave voladora que á adorarte
Me ha conducido fiel, guarde clemente
El dios del gran tridente.
Salve, gran Roma; salve, ija de Marte.
¡Cuál mi mente sublimas,
Oh honor del universo, al contemplarte
Ann desatada en polvo! Me parece
Que en esta noche silenciosa animas
Los siglos muertos, y de nuevo crece
De entre esas piedras tu perdida gloria,
Y á ser vuelves metrópoli del orbe.
Aquel monte, de escombros erizado,
Sobre mi patria espera otra victoria,
Y quiere que otra vez el mundo encorve
Bajo tu yugo el cuello esclavizado.
Aquel hogar soberbio, aunque postrado,
Del domador del África es la cuna;
Y al tímido reflejo de la luna
Miro sobre estos incógnitos fragmentos
Augustas mil brillar sombras triunfales,
Que, de tu gloria al ver los monumentos
Rotos yacer, con lúgubres lamentos
¡Oh ciudad infeliz! lloran tus males.
¡Así cayó el imperio que, afirmado,
Sobre más hondo asiento se elevaba
Que la estrellada cumbre del Atlántel
No fué, no, ¡oh Roma! por favor del hado

(1) El presente poema fué impreso en Madrid en 1808 (Imprenta de Repullés), y más adelante en Londres. En 1837 fué reimpresso en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla, con la siguiente nota:

«Esta composición, casi desconocida de los amantes de las letras, es acaso, por su importancia y mérito artístico, la más notable de cuantas nos ha legado el señor DON MANUEL MARÍA DE ARJONA, doctísimo canónico penitenciario de la catedral de Córdoba. El ilustre fundador y presidente de la academia *Horaciana* y de la de *Letras Humanas* de Sevilla, á que pertenecieron y en que se formaron los Núñez, Roldanos, Blancos y Llistas, lumbreras de nuestro moderno Parnaso y restauradores de la olvidada y sabia escuela de los Mal-laras y Girones, demuestra desde luego en tan acabado trabajo su gran talento, su vasta erudición, sus relevantes dotes para la poesía y su exquisito gusto.» (Nota del Colector.)

(2) Algunos han extrañado que yo haya intitulado esta composición *poema lírico-didáctico*; mas las composiciones de alguna extensión se llaman *poemas*; las que tienen el vuelo y giro atrevidos, *líricas*; y las que enseñan alguna cosa, como fin peculiar de su lectura, *didácticas*. En cuanto á lo primero, no me parece muy corta esta obra; por lo que mira á lo segundo, he querido que su vuelo sea lírico; y por lo que toca al tercer punto, me he propuesto demostrar que Roma, como to los imperios, *suis ipsa viribus ruit*; demostración realizada sólo, por motivos no difíciles de adivinar, con los hechos que constan de los escritores antiguos. (Nota del Autor.)

Toda la tierra de tu cetro esclava;
Tú, sabia, tú, constante (3),
Fuiste tus hados sola. ¡Cuántas veces,
Con furor obstinada en tu ruina,
Tiró al fin la Fortuna su guadaña,
Y clamó con espanto: «Tu escarneces,
¡Oh gran ciudad! mi potestad divina
Y yo cedo admirando tanta hazaña!»
Vencer así la diosa tus furores
Te ve, cuando á las bárbaras cuchillas
Se ofrecen tus inermes senadores
Con triunfal toga en las curules sillas (4).
Del cielo entonces descendió piadosa
La alma virtud, que reengendrarte pudo
De tu ceniza funeral, y armado
Tu brazo deja de invencible escudo:
¡Cuánto ¡ay! debes guardarlo respetosa!
El tu vida será, cuando arrojado (5)
El gran hijo de Amílcar te amenace
Impia desolacion. Ya en Trásmena,
Ya en Trévia y Cánna tu poder deshace;
Ya desde la alta almena
Llora al ver la matrona estremecida
La africana bandera,
Y los tostados rostros considera
Del fuerte ibero y del veloz numida:
Ya la Italia en tu muerte se conjura,
El mundo te desprecia ántes domado,
Cuando tú sola, en tu virtud segura,
Del campo por Aníbal ocupado,
Cual, ya rendida el África, dispones
Y mandas, atrevida, que al remedio
Vuelen de las Españas tus legiones,
Sin respetar el animoso asedio.
Mas ¡qué tome la patria (6), que enriquecen,
En los riesgos, más pródigas las manos
De sus todos amantes ciudadanos?
¡Oh Aníbal! Si los Alpes te obedecen,
Roma, que armada de virtud te espera,
Más firme es que los Alpes y más fiera.
Y de tus hijos, Roma, siempre amada,
Los vieras siempre intrépidos soldados,
Siempre al fragor de la trompeta osada
Ardiera en gloria tu guerrero fuerte,
Que mirara su pérdida en perderle;
Ni cuándo de un Atila amedrentados
Cedieran sus invictos escuadrones,
Si ántes por tí no fueran desarmados?
¡Quién ¡ay! rompió los sacros eslabones
De tu justicia? El hizo nombre vano
El nombre de la patria, y por la gloria
De Roma no se inflama ya el romano.
Tú, que al vulgo vedaste de la historia
El velo penetrar, núnem divino,
Tus misterios descubre ante mis ojos
Y de mal tanto muéstrame el origen.....
Ya miro el Capitolio y Aventino (7)
En vuestra sangre generosa rojos,
¡Oh Gracos desgraciados!
Ya mi turbado corazón afigen
Los clamores al cielo levantados
De la plebe: infeliz. ¡Dioses! ¡Qué furia
Tartáreos fuegos en la curia vierte?
¡Qué! infieles senadores, ¡ya os injuria
Quien las antiguas leyes os recuerda?
¡Leyes santas, que así templar la suerte (8)

(3) Tú sabia, tú constante, etc.

Véase la introducción de Livio. (Nota del Autor.)

(4) Con triunfal toga en las curules sillas.

Puede verse la guerra de los galos en el libro V de Livio. (Idem.)

(5) El tu vida será cuando arrojado, etc.

Liv., lib. XXVI. (Idem.)

(6) Mas ¡qué tome la patria, etc.

Liv., libros XXIV, XXVI y XXXI. (Idem.)

(7) Ya miro el Capitolio y Aventino, etc.

Entre las diversas opiniones de los mismos escritores antiguos acerca de los Gracos, hemos escogido y seguido en todo lo de Plutarco, *De vir. illust.* (Idem.)

(8) Leyes santas, que así templar la suerte, etc.

La división de tierras propuesta por los Gracos era muy conforme á las leyes romanas, establecidas desde los antiguos tiempos, y siempre repetidas; por lo cual la propuesta de Tiberio fué aprobada por los hombres más célebres de Roma, como refiere Plutarco. De esta

De sus hijos quisieron, que ni el pobre
La romana altívez postrado pierda,
Ni fuerza tanta el poderoso cobre
Que de la ley burlar pueda el imperio!
¡Leyes que la virtud dictó algún día
Cuando á vuestros decretos presidia!
Ya por ellas escucho de Tiberio
La voz ardiente con que al rayo imita,
Que el roble abate, aterra la montaña,
Y, en todo, incendio general excita;
Y vuestros pechos pérdidas y avaros
Quemarse miro de traidora saña,
Oyéndole, invencible, así clamoros:
«Las fieras por los montes esparcidas (1)
Tienen ¡oh senadores! sus guaridas;
Mas ¡qué disfruta el ciudadano fuerte
Que corre por nosotros á la muerte?
Sólo el aire y el sol le es permitido,
Que los ricos robarle no han podido.
Sin hogar, sin asilo, anda vagando,
Y mustia su familia lo acompaña,
Un mesquino sustento mendigando.
¡Cuán sin pudor su general lo engaña
Cuando á arrostrar le exhorta los combates
Por su patrio sepulcro y sus penas,
Si ni altar propio ni sepulcro goza
El ciudadano ya, si ante sus ojos
El arado del rico le destroza
De su padre los míseros despojos!
Si los horrores sufre de la guerra,
¿Por quién lo hace? ¡Infeliz!... Pueblo romano,
¿Rey te llamas del mundo, cuando en vano
Una yugada pides en la tierra?»
Así la Fama, con clarín triunfante,
A los siglos y gentes ha llevado
Tus palabras, Tiberio, que espantado
Aun oye resonar el caminante
Del Capitolio sobre la alta cima,
Inspirando rencor y horror eterno
Contra todo tiránico gobierno.
¿Y el senado sacrilego se atreve
A derramar tu sangre sobre el suelo
Que á tus virtudes debe
Veinte mil ciudadanos, cuando airada
Sólo por tí Numancia se apiada
Y á tu patria perdona tanto duelo?
¡Así la gratitud, fiero senado,
Así las leyes burlas? ¡Qué! ¡sujeto
Ya está el tribuno á tu puñal airado?
Y ¡esta es la libertad y éste el respeto
Que á los sacros tribunos has jurado?
Ya, triste Roma, por la vez primera
Decidieron las armas en tu foro,
Principio infausto de tu eterno lloro,
Que ya, ya el Tiber asustado espera;
El Tiber, que á sus ondas fieramente
El cuerpo de Tiberio ve arrojado,
Y parando su rápida corriente,
Lo abraza, en tiernas lágrimas bañado;
Y al cielo alzando el rostro venerable,
Es fama que clamó: «Ya ¡oh cielo! escrita
Miro en tí la sentencia irrevocable
Que á Roma de su sállo precipita.»
La precipita, y ella de su cumbre
Con ímpetu violento se desprende,
Cual peñasco de horrenda pesadumbre
Por entre rotos árboles desciende,
Y cayendo en el mar con golpe grave,
De nuevas ondas crespa el Océano,
Que hacen vibrar á la remota nave.
¡Ah! que tu esfuerzo generoso es vano;
No evitarás, oh Cayo, la ruina
Que á Roma avara Júpiter fulmina;
Ni emules más á tu glorioso hermano;
Que si de tus benéficos intentos

Ornan la Italia ilustres monumentos
Y á esfera digna elevas al romano,
El orgullo patricio no se doma
Con tus armas de paz, y el solo fruto
Será aumentar los crímenes de Roma.
¡Oh! ¡cuán acerbo luto
Dejas á tu familia conturbada!
Mira la angustia que Licinia muestra (2),
Sobre su rostro exánime pintada;
Mírala en el umbral arrodillada,
Con una mano contener tu diestra,
Y sujetar con la otra la infelice
Prenda de vuestra union, y «¿adónde armado
Vas de sola virtud ¡oh esposo! (dice)
Cuando el sangriento Opimio y el Senado
Bajo la toga esconden las espadas?
No esperes ya en las leyes despreciadas,
Ni en los dioses, que vieron indolentes
Perecer á tu hermano. ¡Oh! ¡si siquiera
Muerte gloriosa entre enemigas gentes
Armado ballases; que Numancia fiera
De Tiberio el cadáver no ciedera;
Y Roma lo negó. ¡Ah! ¡Y yo á los mares
Iré á pedir el tuyo? ¡Desgraciado!
Ya que en mi desventura no repares,
Ten piedad de tu hijo, abandonado
Al furor y venganza del Senado.»
Dice; y tu firme pecho se estremece
Cual los senos de Lipari encendidos
Cuando truenan con horribles bramidos;
Pero su imagen lagrimsosa ofrece
A tu vista la patria, que te llama
A socorrerla en su conflicto triste
Y morir en los brazos de la Fama.
Fuego sagrado el corazón te inflama,
Y á la naciente compasión resiste,
Cual firme roca al ímpetu marino.
Cae Licinia en tierra sin aliento,
Y tú, guiado del fatal destino,
Te arrojas con intrépido ardimiento
Ante el fuego que effie al Aventino.
Renueva ¡oh sacro Tiber! tu lamento;
Ya otra vez ¡ay de tí! la sangre y gloria
De los claros Scipiones se profana (3),
Y de un heroico padre la memoria,
Que á los triunfos y fasces consulares
Nombre menor debió que á su justicia;
Y tú, oh modelo de virtud romana
Y premio de virtud, si á la avaricia
Tus hijos recordares
Torpemente inmolados, no los llores;
No los llores, Cornelia, que no tarde
Roma los llorará; Roma, cobarde,
Que á Opimio absuelve (4); Roma, que entre hor-
De sangre de sus hijos en torrentes [rores
Lo ve aumentar del Tiber las corrientes;
Roma, que de sus fuertes defensores
Mira tres mil sobre las ondas muertos;
Y tú también los lloras, que, indignada,
Tus templos dejas ¡oh virtud! desiertos,
Y buscas, fugitiva, otra morada.
Huye, pasa los Alpes, é ilumina
Naciones ignoradas; huye, ¡oh diosa!
Que Roma sólo te prepara insultos.
Ya há tiempo que, atrevida y codiciosa,

(2) Mira la angustia que Licinia muestra, etc.

Algunos sujetos, cuyo inicio aprecio, han juzgado inútil y de pequeña consideración en este poema el personaje de Licinia y su arenga á Cayo, aunque referida por Plutarco. Pero cuanto más lo he meditado, más me he apartado de su opinión. Si el personaje de Cayo no es inútil después del de Tiberio porque hace ver más y más la obstinada corrupción de Roma, ¿cómo se tendrán por ociosas las persuasiones de Licinia, que hacen resaltar tan gloriosamente las virtudes de su marido y aumentarse el odio á sus perseguidores? (Nota del Autor.)

(3) la sangre y gloria

De los claros Scipiones se profana, etc.

Acercas de las virtudes de Graco y de su casamiento con Cornelia en premio de ellas, ademas de Plutarco, puede verse á Livio, lib. xxxviii, y siguientes. (Idem.)

(4) Roma cobarde,

Que á Opimio absuelve.

Floro, lib. lxi. (Idem.)

leyes había frecuentemente Livio en todo el curso de su historia. (Nota del Autor.)

(1) Las fieras por los montes esparcidas, etc.

En un poema directamente didáctico no hemos creído tener libertad para añadir ni quitar á la arenga de Tiberio, referida por Plutarco, más de lo que precisamente requería la índole de una obra poética. (Idem.)

Tus leyes abomina,
Y despreciando tus severos cultos,
Entrada, incauta, diera al blando vicio,
Que ahora la arrastra fiero al precipicio.
¡Oh Roma! presagiarlo así debías
Desde que el freno rígido abandonas (1),
Y de Catón permites que en tu foro
Triunfe la vanidad de las matronas.
Ya á competencia templos al decoro (2)
No elevan las plebeyas y patricias;
Que el dios á quien se postran es el oro.
Ya en la copa mortal de las delicias
Tu muelle juventud sedienta bebe,
Y los padres se enervan y la plebe.
En hora infausta al Asia conquistáras (3),
Que el venenoso vaso te propina;
Tú de ella triunfas, y ella te domina;
Perceces, y en tu muerte no reparas.
Ya tu dominio es grave al forastero (4),
Y tu feroz codicia despedaza
Los pueblos que te infaman en tu plaza.
Acuérdate que el héroe de Cartago (5)
Cisme te fué, al morir, de triste agüero,
Que á tu virtud vaticinó el estrago.
Y bien vengar sus indignados manes
El África verá, cuando profanes
Tanto tu sacro honor, que osadamente
Un rey numida cual venal te afrente (6),
Y digno llegue á ser de tus afanes;
Que ya tu ruda y firme fortaleza,
Entre duras costumbres engendrada,
Al halago traidor de la riqueza
Fallece dulcemente emponzoñada.
Tal mar que fiero contra escollos truena,
Y al cielo espumas con furor levanta,
Lentamente su cólera quebranta
Sobre la blanda arena.
Mas si del enemigo tu vil mano
Tiembra, ¡oh codicial! victoriosa esgrime
El puñal contra el débil ciudadano;
Y, ya sin freno, tu ardimiento insano
Rompe la ley, al magistrado oprime,
Y ante tu trono, diosa enfurecida,
Muere el honor, que en tus coyundas gime,
Muere la patria, que el honor olvida.
¡Virtud amable! Cuando fué tu imperio
Alma de Roma en sus mejores días,
Y la riqueza á límites ceñías,
Que ni el rico comprar el cautiverio
Del triste pueblo y de la patria osara (7),
Ni por el hambre, torpe consejera,
El pobre pervertido, al poderoso
Su brazo y vos vendiera,
Era Roma á sus hijos madre cara,
Madre imparcial, que sólo al virtuoso
Ofreciera el favor de sus comicios.
Fueron á Roma entonces sacro ejemplo
Los pobres y magnánimos patricios (8),

(1) Desde que el freno rígido abandonas, etc.
Liv., lib. xxxiv, al principio, donde trata de la abrogación de la ley Oppia; aunque, como han observado hombres muy sabios, quizá la única reflexión errada de Livio en toda su historia haya sido la de tener esta contienda por de poca consideración. (Nota del Autor.)

(2) Ya á competencia templos al decoro, etc.
Liv., lib. x. (Idem.)

(3) En hora infausta al Asia conquistáras.
Liv., lib. xxxix. (Idem.)

(4) Ya tu dominio es grave al forastero.
Liv., lib. xlii; Floro, lib. xlvii. (Idem.)

(5) Acuérdate que el héroe de Cartago, etc.
Liv., lib. xxxix.

(6) Un rey numida cual venal te afrente.
Floro, lib. lxi. (Idem.)

(7) Del triste pueblo y de la patria osara, etc.
Puede verse en Livio que ésta era ley fundamental de Roma; por lo cual se inculca segunda vez su importancia en este poema. (Idem.)

(8) Los pobres y magnánimos patricios, etc.
De Agripa trata Livio, lib. ii; de Cincinato, lib. iii; de Camilo, libros v, vi y vii; de Régulo, libros xvii y xviii; de Scipión Asiático, Livio, lib. xxxviii, al fin; de Curio Dentato, Floro, libros xi y xiv, y de su pobreza, Orosio, en el *Catón Mayor*; de L. Emilio Paulo, Floro, lib. xlv, aunque este compendiador omite el hecho (por otra parte muy constante) de haber llevado jóvenes de las naciones gobernadas por Paulo, de las cuales fué la España, su cadáver á la hoguera, en señal de reconocimiento á sus virtudes. (Idem.)

Cuya gloria eternizas en tu templo.
Allí del tierno Agripa resplandece
El sepulcro, y tu arado, ¡oh Cincinato!
Allí, cual palma victoriosa, crece
El nombre de Camilo, que conquista
Por virtud sola, y de su pueblo ingrato
Es única salud; allí, á mi vista,
Cartago, á tu pesar Régulo vive,
Y en suma, que no goza, condenado
El vencedor del Asia se ve al lado
Brillar de Curio. Y tú también recibe
De mis versos ¡oh Paulo! algún tributo,
Que del grato español te acuerde el luto.

Vosotros, claros héroes, despreciando
De virtuosas leyes al influjo
La vil tranquilidad del ocio blando
Y la ignominia espléndida del lujo,
Amásteis sólo estériles honores;
Inflamásteis la plebe, y la contienda
Que inspiráras tal vez breves furores,
Con duradero bien su daño enmienda.
Que, como el astro rey del firmamento
La luna de sus rayos enriquece,
Así en émula gloria resplandece (9)
La plebe, que en Duilio el escarmiento
De tiranos da á Roma, y el dechado
De templada equidad; que al consulado
Honrar mira sus inclitos varones;
Que ve triunfar su dictador primero
Del Etrusco y de Roma; y las legiones,
Víctimas ya del enemigo acero,
Salvar sus Decios, hostias voluntarias;
Y cuando vuela Aníbal sin recelo
De Roma ya postrada, el gran Marcelo
Cortar sus esperanzas temerarias.
De tan clara virtud copias felices
Roma muchas gozó, sagrado fruto
De la altivez que al pueblo inspira Bruto.
Y cuando á tus patricios contradices,
Dos veces triunfas, plebe virtuosa,
Que el imperio les cedes generosa,
Después que á tus magnánimas porfías
Aspirar á las fajas ya podías.
¿Qué más? Cuando tres veces refugiada,
A tu mismo furor sólo temías,
Huyendo de victoria ensangrentada,
¡Oh confusión! senado, no es la plebe
La que la guerra asoladora mueve;
La centella que incendios ha sembrado
Contra Roma, ha partido de tu seno,
Y de la atroz discordia está enrañado
Por tí en los siete montes ya el veneno.
Volcanes ¡ay! serán tus siete cumbres,
Que sobre tí desolador incendio
Ya abortar miro ¡oh Roma!... Tus costumbres,
Tus avaras costumbres ya recibes
¡Oh senado cruel! digno estupidio.
Ve morir tu ciudad: horror, espanto
Ya sus calles sombrea, y se perciben
En los Alpes los ecos de su llanto.
Ya Sila, rayo de orfandad, abrasa
Los restos que perdona el brutal Mario,
Y á cuantos no lo adoren sanguinario.
César, resuelto, el Rubicon ya pasa;
Los héroes abandona el pueblo ingrato,
Que lo redimen de opresor injusto;
Ya en Bruto pierde la virtud su asilo
Y gime bajo el fiero triunvirato;
Arde la guerra desde España al Nilo,
Y victorioso Augusto,
Esclava Roma la piedad pregona
Del que, sin enemigos, ya perdona.
Ya, infiel senado, el nombre de Tiberio (10),

(9) En émula gloria resplandece
la plebe.

Acero de Duilio véase á Livio, lib. iii; de Marcelo, primer dictador plebeyo, habla el mismo historiador, libros viii y x; de Marcelo, lib. xxiii y siguientes; y las reflexiones que siguen hasta el verso *oh confusión, Senado!* son también del mismo. (Nota del Autor.)

(10) Ya, infiel Senado, el nombre de Tiberio.
Algun amigo instruido me notó de pueril esta alusión de nombres; mas cuando de una cosa pequeña se toma ocasión para una

Por rigor de los cielos ofendidos,
Es nombre para tí de vituperio.
Doblad los cuellos otra vez erguidos,
Sufrid el yugo, viles senadores,
Y al morir entre oprobios y rigores
Del tirano que bárbaro os denuesta
Cuando el puñal en vuestra sangre baña,
De aquel Tiberio recordad la muerte.

¡Ay! De su sangre la expiacion es ésta,
Esta de vuestros padres fué la hazaña.

Ya, misera ciudad, sobre tu suerte,
De horror se cierra tímida mi vista,
Anegada en los negros horizontes
En que tu gloria á deshacerse vuela.
¡Ah! que rápida vuele, y de los montes
Corra bárbara gente á tu conquista,
Y la tierra infeliz ménos se duela
Bajo el cetro del vándalo, aunque odioso,
Que bajo el de esas fieras insolentes
Que tú del orbe disponer consientes.

Si bien feroz, al fin ménos vicioso,
Triunfará de un imperio corrompido:
Sí, triunfará; que ese poder, que sacro
Llama atónito el orbe sometido,
No es ya más que un brillante simulacro;
Y decretando el cielo exterminarte,

A tus emperadores más piadosos
De hacer el bien eterno negó el arte.
No reinas ya por lazos poderosos,
Que sola puede la justicia darte,
Sino porque en el orbe envilecido
La virtud y el valor has extinguido.
Reinas hasta que guerra te presente
La primera que venga altiva gente.

Así tal vez magnífico edificio,
Disueltos ya los vínculos seguros
Con que entre sí de los enormes muros
La firmeza anudó sabio artificio,
Sólo en su inmensa mole se sostiene,
Y llegar suele á ver siglo remoto
A merced del acaso, hasta que viene
Súbito á combatirlo el terremoto;
Que, de su peso entónces más vencido,
Da en tierra con horrisono estampido,
Y en fragmentos disuelto en un instante,
Memoria es ya que al pasajero espante.

Tal eres tú á mis ojos, y del seno
¡Oh ciudad infeliz! de estas ruinas,
Mi mente en sacras luces ilumina.
¡Oh si fuese mi voz la voz del trueno,
Y en alas gloriosas de la Fama
Volando, al lecho penetrase ¡oh reyes!
En que libres yacéis en esta hora
Del cerco horrendo que incansable os trama
La adulacion traidora!

Oid, dijera, dioses de las leyes,
Mi voz oid; que por mi labio os clama
Desde Roma arruinada la justicia.
Ella los pueblos sostendrá propicia,
Que vagarán, de su favor desiertos,
Desalentados siempre, siempre inciertos.

No la depravacion os amedrente;
Leyes que inspiren la virtud y liguén
La virtud y la fuerza estrechamente,
Triunfo veloz de la maldad consiguen.

Asilo un tiempo vil de malhechores,
Esta muerta ciudad la vió á su frente
En héroes transformar sus moradores.
Si renaciése así, no la domára

Ni Africa inerte, ni Asia envilecida,
Ni América servil, ni Europa avara.

¡Reyes! pensad en Roma destruida,
Y esta noche os será noche de vida.

Mas si mi ardor con débiles lamentos
Fatiga en vano los callados vientos,
Por lo ménos, intrépidos hermanos,

Reciban vuestras sombras mis gemidos,
Que, en nombre de los siglos, son debidos
Al horror inmortal de los tiranos.
Y vosotros, del Erebo nacidos
Para norma de infieles magistrados,
¡Oh Nasica y Opimio! destinados
Por el hado inclemente á la ruína
De la grandeza y la virtud romana,
Si el cielo la venganza soberana
En el yerto sepulcro no termina,
Que esclavizados á infernal cadena
Sobre ese anfiteatro lastimoso,
En llanto eterno humedezcáis su arena,
Y os acuerden las Furias sin reposo
Que os atrevisteis á romper críeles
Para siempre de Roma los laureles;
Y al ver el pasajero esta ceniza,
Que el cielo en vuestro oprobio inmortaliza,
Os excre cual yo, y en vuestro nombre,
A cuantos quieran degradar al hombre.

II.

VERSION DE UN FRAGMENTO DE *IL PASTOR FIDO*, DE GUARINI.

¡Oh Mirtilo, Mirtilo, vida mia!
Si vieses, por ventura,
Cómo palpita el corazon ardiente
Que llamas roca dura,
Tú lo compadecieras,
Y no piedad rendido le pidieras.
¡Oh, cuánto somos desgraciados, cuánto!
¡Qué dicha el ser amado te daria?
¡Qué bien supremo ser tan tierno amante?
¡Por qué, fortuna impia,
Separas tú los que el amor constante
Debiera unir? Y tú, ¿para qué juntas,
Ciega pasion, los que apartó el destino?
¡Oh dichosos aquellos
A quienes señaló naturaleza
Por ley sola de amor, amor divino!
Ley humana implacable,
Que das por pena del amor la muerte!
Si es el pecar tan dulce
Y el abstenerse tal virtud, amable
No eres, naturaleza, ni perfecta,
Pues repugnas su ley. ¡Oh ley odiosa,
Que tanto te lastima al reprimirla!
Mas ¡qué! no la amorosa
Pasion inflama al que la muerte huye.
Pluguiese al cielo que la muerte sola
Fuera á mi falta la debida pena.
Honestidad santísima, cadena
Que un alma bien nacida
Respeto siempre, cual sagrado númer,
Esta pasion querida
Que he destrozado con el duro acero
De tu rigor, á tí yo la consagro,
Del corazon despojo lastimero.
Tú, Mirtilo, perdona, vida mia,
A quien sólo es críel cuando piadosa
No puede ser; perdona á la que es tuya
En las palabras enemiga impia,
Mas en su blando pecho oculta amante.
¡Quieres venganza? Ya la tienes. Ese
Fiero dolor que sientes penetrante
Es, más que tuyo, mio. Tú mi vida
Formas, tú eres mi aliento,
Aunque contrasten nuestro amor la tierra
Y el alto firmamento;
Así, siempre que lloras tu quebranto,
Esas lágrimas tuyas son mi sangre,
Tus suspiros mi alma, y esas tristes
Penas que gimes tanto
No son tormentos tuyos, que son mios,
Y á mí me despedazan más impios.

grande, junto que está muy lejos este defecto; y así Bonnet, en su *Historia universal*, parte II, toma ocasion de aquel demente llamado Jesus, que fué muerto en el asedio de Jerusalem, para uno de los más elocuentes pasajes de su inmortal obra, muy libre de pensamientos pueriles. (Nota del Autor.)

III. IDILIO.

EL ARA DE ROSELIA.

Al tiempo que la aurora rubicunda,
En busca del esposo malhadado
En argentadas lágrimas inunda
El alto monte y el humilde prado,
Roselia hermosa, en soledad profunda
El rostro de tristeza marchitado,
En llanto con la aurora competía
Y en llanto y en belleza la vencía.

Mueve el aura ligera sus cabellos,
Sin orden por los hombros esparcidos,
Y á la amargura de sus ojos bellos
Responde el sordo bosque con gemidos;
Bajan los lirios los altivos cuellos,
Del pesar de su ninfa doloridos,
Y asiendo el cefidior, que suelto ondea,
Mírala Amor, y en verla se recrea.

Y aquel de dura piedra dios formado,
Ó de madre cruel más cruel hijo,
Viendo el tinte de rosa desmayado
Al lento embate del dolor prolijo,
Por la primera vez lloró apiadado,
Y á la pastora sollozando dijo:

«¿Por qué lloras, Roselia? ¿Quién, aleve,
Tu tierno pecho á maltratar se atreve?

»Yo no te he herido, hermosa; que mi mano
A golpe tan atroz no se ha atrevido;
Mas si fué tan dichoso algun humano,
Que de tu amor triunfara sin Cupido,
No lloras más, oh pastorcilla, en vano;
Que luego aquí te invocará rendido,
Y al fuego de tu amor nuevas centellas
Haré verter al sol y á las estrellas.»

A cuya compasion inesperada
La vista inclina la zagala hermosa,
Y lanzando una lánguida mirada,
De Amor la mano estrecha temerosa,
Y «No (le dice) de tu arpon tocada
Me ves, divino niño, así llorosa;
Mas el rigor del inclemente hado
De toda mi ventura me ha privado.

»Cual un rayo ¡infeliz! del crudo averno
Salió la muerte y me robó en un día
Un caro padre y un hermano tierno,
Sola familia y esperanza mía;
Y pues ya condenada á llanto eterno
Me tiene en tal rigor la parca implia,
Mísera, desolada y sin arrimo,
Mi suerte cumplo y sin consuelo gimo.

»—Pastorcilla inocente, Amor le dice,
¡Qué pronto curaré tu desventura!
Antes que el sol al declinar matice
Las nubes de su vária bordadura,
De Licon en el tálamo felice
Te inundará, zagala, la dulzura;
De Licon, que en riqueza y gallardía
Goza de este confin la primacía.»

Dice; y resplandeciendo en lumbre viva,
Sublime vuela entre la tierra y cielo,
Como tal vez exhalacion estiva,
Que en roja y blanca luz borda su vuelo:
Ya sobre el soto de Licon arriba,
Que cazando vagaba sin recelo,
Y un dardo envuelto en fuego le dispara,
Que al brillo del relámpago igualara.

Subito á la memoria se presenta
Del bello jóven la infeliz pastora,
Y una inquieta piedad experimenta,
De amor más dulce dulce precursora:
Crece la oculta llama, más violenta
Cuando la causa del ardor se ignora;
Y sin saber que amor ya le domina,
En busca de su amada se encamina.

Guía el amor sus pasos, y qué ciertos
Los pasos siempre son que el amor guía
Camina alegre, y los vecinos huertos
Con miradas solícitas espía;
Luego le finge engaños encubiertos
Su trémula y bullente fantasía;

En fin, mira á su amada y se retira,
Y otra vez vuelve y otra vez la mira.

Mira el desmayo del semblante hermoso,
Y la desgracia en él mira pintada,
Y la centella de su amor piadoso
Ya brota en claras llamas exaltada;
Ya se conoce amante, y victorioso
Amor le hace postrarse ante su amada,
Y del amor brillándole el semblante,
Sólo dijo: «Roselia, soy tu amante.»

Ella, más admirada que amorosa,
La vista en él fijó, cuando Cupido
Un beso imprime en la garganta hermosa,
Que de ligero fuego va embebido;
Torna al labio el carmin, la leve rosa
A las mustias mejillas; ya encendido
Se le dilata el pecho, y son ya estrellas
Las dos ántes nublosas luces bellas.

Venciste, Amor, y en brazos de Himeneo
Roselia con Licon se goza unida.
Vuelan las negras penas al Leteo,
Y alza un ara al amor, do el dios de vida
Ciñe en lazo de rosas por trofeo
Un mundo, y esta letra allí esculpida:
«Amor es sólo, oh miseros mortales,
Sólo Amor es remedio á vuestros males!» (1).

IV.

FANTASÍA MÍSTICA.

¡Qué es el hombre ¡gran Dios! cuando, indignado,
A sí mismo lo entregas? Cual la nube
Que el sol, al tramontar, de mil reflejos
Lozanamente adorna, ó como el arco
Que, de siete colores matizado,
La vista encanta del suspensio pueblo,
Cuando la luz que las bellezas cria
En el mar se ocultó, pálida sombra
Solamente aparecen, para presa
Del primer huracán que los combata;
Así del hombre la belleza ilustre,
Que tu esplendor formaba, al ausentarte,
Tan fiera noche como el mismo Averno
Se torna al punto. Los horrores negros,
Que el reino de Pluton encierra torpe,
Son ya su esmalte. De tan crudo golpe
Defiende ¡oh Dios! al pueblo que te adora,
Defiende á tu Aletino.... Dulce amigo,
Los remos mira y destrozados troncos
Que el mar infaman, de naufragios tristes
Tristes insignias. ¿Ves aquella onda
Que el mástil lleva en que fió Teofrasto?
Memoria horrible! la venganza eterna
Parece que en las olas se ha sellado
De este alterado mar. ¿Quién lo esperará?
¿Quién de Teofrasto el triunfo no creyera
Cierto como el de Ambrosio ó Agustino?
Tronó, Señor, tu indignacion sagrada
Sobre el cedro del Líbano; del rayo
La furia abrasadora sus medulas
En cenizas deshizo; por el suelo
Ignoblemente yace el árbol sacro
Que á las reales águilas dió nido.
¡Oh Teofrasto! Las palmas victoriosas
Que tus sienes ceñían, son ya adorno
Del carro vencedor, en que se ufana
El rey de la malicia. Tan instable
Todo lo que no eres es, ¡Dios mío!
Mas no desmayes, Aletino amado.
No es vencido el que cae, si el socorro
De Aquel implora cuyo excelsio brazo
Lo puede levantar. ¿Lo ves? parece
Que despues de tan tristes pensamientos
Me siento trasportar sobre la cima
Del Gólgota, en que encuentra el alma mia
El perdido valor. Allí, amoroso,
Por mí clama el que debe ser oído.
Desde el sálido de nubes el Eterno

(1) Variante:

Remedio cierto á todos vuestros males.

Sobre él el rayo lanza, y desarmadas
Quedan sus iras. La inocente sangre
Borra de mi ruina el ya firmado,
Ya sellado decreto. Ya á un bandido
Se abren los cielos, á Abraham cerrados.
Tres horas breves las maldades limpian
De los pasados siglos y futuros;
Y el que entre cielo y tierra está pendiente
Para satisfacer por los delitos,
Ya espira, y en su muerte las cadenas
Y las puertas de bronce, y los cerrojos
De diamante, y los grillos acerados
En polvo se deshacen, cual la arena
Al aquilon violento se disipa.....
Mortales, esperanza: no desmaye
El vencido; de nuevo al campo torne,
Por el combate el cielo. ¡Ayl inestable
Todo lo que no eres es, Dios mio,
Ni es vencido el que cae, si te invoca.

V.

IDILIO.

PARA LA RENOVACION

DE UNA ACADEMIA DE LETRAS HUMANAS EN 1795.

¡Oh! en las dulces vigiliás
Antiguos compañeros,
Ilustres amadores
Del apolíneo plectro;
Oid lo que me inspira
El dios que mora en Délfos,
Y de la sábia Pálas
Los suaves preceptos.
Del caudaloso Bétis
Yo vi los placenteros
Márgenes de celeste
Resplandor todos llenos.
El aire claro henchian
Armónicos acentos
De sonoras liras
Y cantos lisonjeros.
La aura espiraba grata,
Y aromas del Sabeo
Causaban al olfato
Dulcísimo embeleso.
«Tu gloria es hoy, ¡oh Bétis!
(Cantaba un geniezuelo
Cuyo nombre en dichas
Edades será eterno).
»Hoy Apolo y Minerva
En el feliz Tartesio
Contigo á tratar, bajan,
De restaurar sus templos.»
Los atrios admiraba
De aquel palacio régio
Do Bétis poderoso
Goza divino obsequio.
Estaba el dios marino
En su cerúleo asiento,
De verdes esmeraldas
Cuajado el áureo cetro.
Con majestad augusta
Ornaba el aposento
El árabe tesoro
En artes mil dispuesto.
Y de tus sabios hijos
Allí en dibujo diestro,
Hispális, Filodoce
Pintó los altos hechos.
Del oro recamados
Los argentados techos,
La vista deslumbraban
Con trémulos reflejos.
Ocupaban sus lados
Los númenes supremos,
Celestiales delicias
Al ánimo infundiendo.
Se via en la gran diosa,
No aquel ardiente ceño
Con que inflamaba argivos
Furores contra el Trucro;

Sino una blanda risa,
Un agrado halagüeño,
Y el esplendor hermoso
De su virgíneo aspecto;
Mas de dorado manto
Ceñido el dios de Délos,
Del laurel coronado
Y el árbol sacro á Vénus,
En la izquierda tenia,
Insignia de su imperio,
La concha de áureas cuerdas,
Admiracion del ciclo.
Con festivo semblante
Me llaman y «¡Oh Fileno!
Ingrato, con un dulce
Enojo me dijeron:
»Tú tambien, á vulgares
Impulsos ya cediendo,
Desiertas del Parnaso
Los bosques siempre amenos?
»—Deidades adoradas,
Perdonad, dije, os ruego,
De un jóven aun imberbe
El inconstante esfuerzo.
»Dejando los encantos
De mi nativo suelo,
Hado benigno, Bétis,
Me trasladó á tu seno.
»Tu márgen figuréme
Continuo repitiendo
De cisnes agradables
Los plácidos concentos.
»Mas ¡ay! nocturnos buhos
Vi sólo que en tus bellos
Pobos mansion hacian,
De tus orillas dueños.
»Cuando de tus clientes
Un número pequeño,
¡Oh Apolo! las fatales
Cadenas sacudieron,
»Sabes si generoso
Acaso, no el primero
Los insolentes golpes
Sufrí del monstruo fiero;
»Y si la docta lira
Desamparé algun tiempo,
No al desden vil y torpe
Entrada di en mi pecho;
»Y ¡cuántas veces, dioses,
Mis penas entretengo
En su sonoro halago
Con no impune desco?
»Que en la ciudad de Alcides
Es sólo noble objeto
Del andaluz caballo
El generoso aliento;
»Y más las sienes honra
El bátao ornamento
Que todas tus sagradas
Coronas, ¡oh Timbreol
»Rizar como una Táis
El preciado caballo;
Y despues rociarlo
Del parisíense ungüento;
»En galon argentado
La lis por sobrepuesto,
De la infanzona estirpe
Muzárabe argumento;
»Este es, dioses, el arte,
Este el sublime empleo
Que á los hombres corona
De gloria y lucimiento.
»No veis cuántas estatuas
Del romano y del griego
De ilustres potentados
Ornan atrios soberbios?
»Las aras consagradas
A Píndaro y Homero,
Y á las graciosas Musas
Siempre ardiendo el incienso?
»Do deliciosas flores
Tantas artes nacieron,

Hoy ya silvestre acanto
El ámbito ha cubierto;
» Y la patria de Herrera
Escucha el són horrendo
Con que Cleon las drias
Ahuyenta á sus desiertos.
» Mas, bella hija de Jove,
Tu altar, que ya en fragmentos
Miseros destrozado
Profana polvo obsceno,
» Por tu sagrado padre
Restaurar te prometo,
Ni de la inculta turba
Temer el fatal eco.»
Gozoso el viejo Bétis,
Los brazos me echó al cuello,
Y su favor los dioses
Amantes me ofrecieron.
Pues ea, ya el infame
Letargo desechemos,
Cuando el Olimpo trata
De ensalzar el ingenio;
Y si Pálas alcanza
De Júpiter excelsio
Premio á la dulce lira,
Por él luégo anhelemos.
Y si no, ¡oh noble gloria!
Á la alta region, léjos
De plebeya caterva,
Alzad osado vuelo;
Que al mérito algun día
Tributará respetos,
Posteridad, tu juicio,
Tan libre como cierto.

VI.

CÁNTICO DE LA EUFIDIA.

*Barbaris augusta,
Tu trono excelsio
En vil escoria
Va á ser deshecho.*
De tinieblas horribles
Cubre á Hesperia triste velo,
Y el negro error, á su abrigo,
Propaga el pérfido cetro.
Mas la antorcha triunfadora
Amanece ya de Febo,
Y la turba envenenada
Se precipita al averno.
Barbaris augusta, etc.
Tímido el coro sagrado
Pasó el alto Pirineo,
Y sólo su dura Egida
Dió Minerva á nuestro imperio.
Mas volved, amables Musas;
Que ya el eufidiano esfuerzo,
Las cadenas quebrantando,
Triunfo os prepara soberbio.
Barbaris augusta, etc.

VII.

LA FORTUNA JUSTA.

JUEGO DRAMÁTICO.

POR LA ELECCION DEL SEÑOR DON DIEGO ANTONIO
NAVARRO MARTIN DE VILLODRES, CANÓNIGO DE
CÓRDOBA, PARA EL OBISPADO DE LA CONCEPCION
DE CHILE.

INTERLOCUTORES.

BUEN GUSTO. *Tenor.*
FILOSOFÍA. *Contralto.*
BARBARISMO. *Bajo.*
RELIGION. *Tple.*

Amicum perdere est damnum maximum.
PUBLIO SIRO, Sentencias.

BUEN GUSTO.

¿Lo pudieras creer, Filosofía?
Después de aquellos tiempos tenebrosos,

¿Pudiera yo esperar tan claro día?
Ya llegan los instantes venturosos
En que el augusto pastoral cayado
De las tímidas Musas es amado,
Que ahora encuentran un sabio valimiento
Donde ántes sólo hallaban escarmiento.

FILOSOFÍA.

¿Tanto, amigo, llevarte el gozo pudo,
Que mi triunfo no ves y mi alegría?
Hermanadas serán en dulce nudo
La Religión y la Filosofía,
Y después de pasar los Pirineos,
Se verán en los Andes mis trofeos.

BUEN GUSTO.

Las Musas, lagrimosas,
A Júpiter pidieron
Que en los llanos de Chile
Restableciese su abatido imperio.
Sola pender se via
En el bosque de Rengo
La trompa con que Ercilla
Cantó del gran Caupolicán los hechos.
Si la espada y la lira
Unirse entónces vieron,
La lira más amables
De la voz del pastor hará los ecos.
La gloria de Aganipe
Gozará Biobio (1) presto,
Como ya sus arenas
Las del claro Pactolo oscurecieron.

FILOSOFÍA.

Nueva aurora amanece
De Tucapel al suelo,
E Ilíberi á la Mocha (2)
Trasmite de sus frutos lo más bello.
A los hombres feroces
Domar no pudo el hierro,
Y los domó Mercurio;
Que es divina la fuerza del ingenio.
Así, Arauco dichoso,
Doblegarás tu cuello
A unas manos inermes
Cuando las tuyas héroes deshicieron.
Ondearán las insignias
Del Dios en la cruz muerto
Entre los altos riscos
Que argentan el Cariboro y Duqueco.

BUEN GUSTO.

Pasa, Talía,
Al claro reino
En donde baña
Su carro el sol.

FILOSOFÍA.

Y pues de Atenas
Yace el Liceo,
Escoge Urania
La Concepcion.

LOS DOS.

Y que compitan,
En artes émulo,
De Grecia y Chiloe
Las archipiélagos.

BARBARISMO.

Pues por cierto, señores,
Que esta eleccion á mí no me complace.
Yo el Barbarismo soy, que mis pendones
Tremolo entre mis fieros patagones,
Y aun conservo en España todavía
La prole de mi antigua algarabía.
Un obispo: que estudie el *Ritual*,
Regula clerici y el *Pontifical*.
¿Qué tiene que saber si el viejo Homero
Es en sus descripciones verdadero,
Si Terencio fué griego ó africano,

(1) Biobio, río de Chile. (Nota del Colector.)

(2) La Mocha, nombre dado á la ciudad de La Concepcion, de Chile. (Idem.)

Y Virgilio fué sármata ó romano?
 Vuestro obispo ha aprendido cinco lenguas,
 Sabe lo que pasaba en Grecia y Roma,
 Lo que estudian los chinos y japones,
 Lo que se hacía en tiempo de San Bráulio,
 Y mil cosas que no le han ayudado
 En las dos ocasiones
 Que la iglesia de Córdoba ha mandado.
 Lo que le habrá servido
 Es estudiar los libros *Colosales*,
 El gran *Decretum* y las *Decretales*.
 Que pase á Patagonia en hora buena
 Una fragata de estos libros llena,
 Y, si quiere, la puede rellenar
 De Goudin, de Gonet, de Billuart;
 Pero ¡no ha de llevarme á mí el demonio
 Si miro en el imperio Patagonio
 Ediciones de griegos y romanos
Ad usum serenissimi Delphini,
 Y el Catulo en la imprenta de Violini?
 ¡Ojalá que á mis votos
 En el cabo de Hornos se mostrara
 El espectro que á Vasco en el opuesto (1),
 Y todos estos libros devorara.
 Por lo demas, vuestro prelado es bueno,
 Tan bueno y justo cual si fuera mío;
 Pero por este lado no lo fio.

Lleve el diablo
 Tan malos libros;
 Que en pasta fina
 Buena doctrina
 No puede haber.
 Son invenciones
 De Heresiarcas;
 Libro en octavo
 Sólo con rabo
 Se puede hacer.

BUEN GUSTO.

¿Te ríes?

FILOSOFÍA.

Risa y rabia al mismo tiempo
 Inspiran sus estóltidos furoros;
 Pero más bien á llanto me provocan,
 Pues, aunque en necio dichas, son historias
 Las que está refiriendo de sus glorias.

BARBARISMO.

Siempre, amigos, habeis por mí sudado,
 Y contra vuestros limpios escuadrones
 Triunfan frecuentemente mis ramplones.
 Este obispado
 Está mal dado.

BUEN GUSTO Y FILOSOFÍA.

Un obispado
 No hay mejor dado.

BARBARISMO.

Rabio de ira
 Contra el autor.

BUEN GUSTO Y FILOSOFÍA.

Rabio de ira
 Contra el autor.

BARBARISMO.

No aprobará por cierto
 Tal elección
 La Religion.

BUEN GUSTO Y FILOSOFÍA.

Aprobará por cierto
 Tal elección
 La Religion.

RELIGION.

Calla, necio. Tú, dulce hermano mío,
 Y tú, mi cara hermana, luz del mundo,
 Que unísteis á los míos vuestros brazos

En tiempo de Cipriano y de Agustino,
 Hasta que un golpe de fatal destino
 Rompió la santa union de nuestros lazos;
 Venid, venid á celebrar conmigo
 A vuestro dulce alumno y nuestro amigo.
 El solo Autor de la sabiduría
 Padre es de vuestra luz y de la mía;
 Renovemos los tiempos bienhadados
 Que, en grillos de diamantes estrechados,
 De la vida mostramos el camino
 Contra el error de Celso y de Plotino.
 Y tú, monstruo, que sólo
 Entre el polvo del aula te engrandeces,
 Y para combatir de armas carceces,
 Con nosotros ahora, en justa pena,
 El triunfo cantarás que te condena.

Á CUATRO.

Cansada la fortuna
 De su misma injusticia,
 En tí, por fin, propicia
 El mérito premió.

Ya te miré en la cuna
 Con plácido semblante;
 ¡Ojalá en adelante
 Te ame como te amó!

LICENCIA.

Por fin, de tus amigos
 Vas, prelado, á ausentarte;
 De tus tiernos amigos
 Tiernos como constantes.
 Dejas tu amada iglesia,
 Que no podrá olvidarse
 De quien su guía ha sido
 En todos sus afanes.
 Que te sea propicia
 La diosa de los mares,
 Y empujen sus neréidas
 La venturosa nave.
 Que apenas Quirigisma
 Te ofrezca el homenaje,
 La iglesia del gran Osio
 A su silla te llame.

Si Fortuna su curso no tuerce,
 Y del bien se arrepiente mudable,
 Envidiosos, oh Carlos, no estemos
 Mucho tiempo del Máipo y del Máule (1).

Por dos veces el Bétis gozoso,
 Sometido á su mando agradable,
 Gime y llora de ver que su dicha
 Se traslada al Biobio distante.

Si á los votos de tiernos afectos
 Sus decretos el cielo prestase,
 Fuera amago la dicha del Laja,
 Nuestro llanto cesara al instante.
 Entre tanto la dulce esperanza,
 Que mitiga las penas más graves,
 Será alivio de tantos amigos,
 Para quienes un año es muy tarde.

VIII.

A JESUS EN EL SEPULCRO.

Himno.

¡Oh serafines!
 ¡Oh coro excelso!
 Cantad victorias
 A Jesus muerto!
 Goce mi amado
 Triunfos eternos,
 Pues destruido
 Deja el averno.
 De amor herido
 Yace mi dueño,
 Y amor espira
 Cadáver muerto.

(1) Alude á la aparicion del gigante *Adamas* á Vasco de Gama en el cabo de Bueno-Esperanza, que refiere el mismo Vasco al Rey de Melinde, en el canto v de *La Lusitana*, de Luis de Camoens. (Nota del Colector.)

(1) Ríos de Chile. (Nota del Colector.)

Venciste, ¡oh muertel
 Por tu desgracia;
 Porque ese golpe
 Rompió tu espada.
 Murió el pecado,
 Pues por tu causa
 Fué á la inocencia
 La muerte dada.
 Y murió ¡oh padre!
 Ya tu venganza,
 Pues en el Justo
 Quedó saciada.

Junto á tu huesa,
 Redentor mio,
 Súbito nacen
 Rosas y lirios.
 ¡Oh, qué halagüeño,
 Oh, qué benigno
 Tornas al Padre,
 De gloria henchido!
 Y en el sepulcro
 Pálido y frío
 Eres la vida
 Del cielo mismo.

IX.

A LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Himno.

Ensalcemos al Rey que glorioso
 De la muerte rompió las cadenas,
 Y cantemos, divina María,
 Al que os hizo del cielo la reina.

El os hizo su madre amorosa,
 Su morada régia,
 Su esposa escogida,
 Su amiga perfecta,
 Su lecho florido,
 De su gloria muestra,
 Su eterno recreo,
 Toda la belleza.

El os hizo su luna graciosa,
 Del Norte la estrella,
 Su huerto cerrado,
 Su blanca azucena;
 Refugio de tristes,
 Gloria de la tierra,
 Fuente de la gracia,
 Mar de la pureza.

El os hizo su torre murada,
 Su Judit guerrera,
 Su Débora invicta,
 Su Esther predilecta,
 Su dulce paloma,
 Vaso de la ciencia,
 Mansion de la vida,
 Alma de su Iglesia.

¡Oh María! la vista amorosa
 A este valle volved de miserias,
 Y alcanzad de Jesús á su grey
 Puro amor que la vida fenezca.
 Por tu ruego á la patria subamos,
 Y los coros angélicos vean
 Por tí llenas las sillas dichosas
 Que vacías dejó la soberbia.

X.

LA CONCORDIA.

AL REY, NUESTRO SEÑOR, Y Á SU HERMANO EL INFANTE DON CARLOS, CON MOTIVO DEL NACIMIENTO DEL HIJO PRIMOGÉNITO DE SU ALTEZA.

CANTATA.

Cual en los bosques árbol generoso
 Por la tierra difunde sus raíces,
 Y mientras más y más las multiplica,
 Más gallardo se ostenta y más grandioso,

Y á los verdes espléndidos matices
 Más lozana la vida comunica,
 Llegando á ser, con prodigioso aumento,
 Rey de la selva sin temor del viento;

Así tu régia estirpe
 ¡Oh España! se afianza,
 Sin miedo á la mudanza
 Del hado asolador.
 Bajo su sombra augusta,
 Patria feliz, reposa,
 Y entónale gozosa
 El himno del amor.

¡Oh amor! Tú eres solo
 La vida del mundo,
 Y tu ardor fecundo
 Es todo su bien.
 Los campos inmensos
 Que Tétis domina
 Tu llama divina
 Abrasa también.

Ni ménos que al huésped
 De las ondas frías
 Tus rayos envías
 Al fuerte león.
 Por tí el mudo tronco
 De verdor se viste,
 Por tí solo existe
 La humana mansion.

Tú esmaltas el prado
 De galanas flores,
 Tú das los colores
 Al lirio y carmin;
 De tí su fragancia
 La azucena toma,
 Tuyo es el aroma
 Que esparce el jazmin.

Tú das á las aves
 Los vivos deseos
 Que en dulces gorjeos
 Canta el ruiseñor;
 Y el jilguero dice
 En sus blandos trinos:
*Tus rayos divinos
 Me alientan, amor.*

Ese azul tranquilo
 Que el alma arrebatada
 Y en su luz retrata
 Luz más celestial,
 Imágen es viva
 De la paz profunda
 En que amor inunda
 Un pecho leal.

Ese cielo hermoso,
 De soles sembrado,
 Tan sólo es guiado
 Por la ley de amor;
 Y ánn el sacro Olimpo
 Dichoso se llama
 Porque amor derrama
 En él su esplendor.

Amor, tú del cielo
 Bajaste á la tierra
 Y la cruda guerra
 Hiciste cesar;
 Liga al pueblo todo
 En tu lazo blando:
 Carlos y Fernando
 Son el ejemplar.

Comunes sus penas,
 Sus gozos comunes;
 Que, amor, tú los unes
 En un mismo sér.
 La infanta perdida
 Recobra Fernando,
 De Carlos mirando
 El hijo nacer.

Concordia felice,
 Oh celeste diosa,
 Que ocupas gloriosa
 El trono español,
 A toda la España
 Tus rayos envía:

La eterna armonía
Es obra del sol.
Y tú, ¡oh gran padre del linaje humano!
Sobre la España extiende tus piedades;
Oye nuestro clamor, y el cetro hispano
Eterno admiren todas las edades;
Y de Borbon el trono soberano
Así pueda vencer las variedades
De la fortuna infiel, que inmóvil more
Mientras que el sol sus hemisferios dore.
Y que la rama de Fernando augusto
En un príncipe luego se dilate,
Donde del padre bondadoso y justo
La bondad y justicia se retrate;
Así llegará á ser cumplido el gusto
De Carlos y Francisca, que en combate
De nuestro amor hoy ven, participando
De su gozo á Isabela y á Fernando.
Pues el orbe en el fuego suave
Va á animarse de la primavera,
Al monarca que España venera
Baje ¡oh cielo! tu justo favor.
De los bienes que pródiga ofrece
Derramar tu benéfica mano,
Será el bien y el placer soberano
Que á Isabela fecunde tu amor.

XI.

HIMNO EPITALÁMICO.

Á ELISA, SEÑORA ILUSTRE Y POCO AGAUDALADA.

*Vén, Himeneo,
Deidad benigna,
Y ardan tus hachas
Ya por mi Elisa.*

Mil veces ya el aroma
Mejor que Arabia cría,
Mis votos envolviendo,
Ardió sobre tu pira.
Conduélete de verla
En sus floridos días,
De pálida tristeza
La bella faz teñida.
Cual yace en alto golfo
Desahabitada isla,
Que insultan libremente
Del fiero mar las iras,
Y á las opuestas playas
Sordo clamor envía,
A lástima moviendo
Sus plácidas orillas,
Así su dulce pecho,
Soledad enemiga,
A las ondas entrega
De su amargura impía.

*Vén, Himeneo,
Dios de delicias,
Y ardan tus teas
Ya por mi Elisa.*

Desde do el llanto empieza
La esposa dolorida,
Hasta do Febo baña
La rápida cuadriga,
De los felices campos
Que Bétis fertiliza,
Exceden en tus cultos
Las amorosas ninfas.
Mas tú, dios inolemente,
De su clamor te olvidas,
Y en vano tus altares
Sus lágrimas fatigan.
¡Oh! que si Elisa sufre
Fortuna tan esquivá,
Verás que á un dios impío
Otra deidad castiga.
Que ya de tus festejos
Me prometió Talía
Quitar, si no me escuchas,
Sus gracias y sus risas.

II. Ps.-XVIII.

*Vén, Himeneo,
Rey de delicias,
Y arda tu fuego
Ya por mi Elisa.*

De Vesta ya en los ritos
La vi gemir cautiva,
Y al fiero altar de bronce
Ceder ya sus caricias.
Y en tanto te invocaba
Deidad más compasiva,
Y en su inocente pecho
Tu ley miraba escrita;
Tu ley, que en dulces lazos
El universo liga;
Tu ley, que el pez adora
Entre las ondas frías;
Tu ley, con que las flores
La fresca tez matizan;
Tu ley, con que los astros
La luz se comunican;
Y aun sobre el alto Olimpo
Tu grata ley domina,
Y el Padre omnipotente
A su poder se humilla.

*Vén, Himeneo,
Deidad propicia,
Y arda tu fuego
Ya por mi Elisa.*

¡Oh Elisa! ¡quién pudiera
La gloria darte antigua,
Con que brilló algún tiempo
Tu gente esclarecida?
Lograras los tesoros,
Del Bétis honra un día,
Que dispó del fausto
La pompa parricida.
Nuevo Anfion, quisiera
Volver yo tus ruínas
En otra augusta Tébas,
Prodigio de mi lira.
Mas Venus te dió en cambio
Belleza y gallardía,
Y en más sublimes dones
Minerva te hizo rica.
Vuela, ¡oh Cupido! vuela;
El arco invicto vibra,
Y víctima conduce
De tantas gracias digna.

*Venga Himeneo,
Dios de delicias,
Y ardan las teas
Ya por mi Elisa.*

Volaste, dios flechero,
En alas de la dicha,
Y tornas más que el rayo
Veloz de tu conquista.
Llegas y rinde Alcimo
El vasallaje á Elisa,
Y la orgullosa frente
Ante sus piés inclina.
El oro de la Arabia,
Que en tus paredes brilla,
De Elisa no merece
Ni aun la indignada vista.
Conocéalo, sí, Alcino;
Que sólo así suspiras,
No indigno, por la mano
Que á Jove honrar podría.
Amor, amor te inflama,
Y de sus llamas vivas
Al resplandor, fortuna
Descubres tu justicia.

*Vén, Himeneo,
Dios de delicias,
Y ardan las teas
Ya por mi Elisa.*

Ya viene el dios benigno,
Ya viene, Elisa mía,
Ya todo bien te anuncia,
Todo placer te brinda.
De espanto tú ligada,
El gozo y cobardía

En agradable lucha
Sobre tu rostro pintas.
Tal viendo el mercadante
Su nave, que impelida
Del éuro inesperado,
Súbite al puerto arriba,
Lo que pedir al cielo
Apénas osaría,
Gozado de repente,
Más que disfruta, admira.
Fijo tan dulce rapto
Siempre en tu pecho viva,
Como el mayor planeta
El mundo siempre anima.

*Gloria á Himeneo,
Dios de delicias,
Pues de sus claras teas
Gozó ya Elisa;
Y que las gracias
Siempre le rian,
Y en siempre frescas rosas
Su lecho ciñan;
Y que tus hijos
Copia sean viva
De tu ingenio y belleza,
Elisa mía.*

XII.

A UN MAGNATE.

OCTAVAS (1).

Entre el tumulto que confuso inquieta
Tu atención, ¡oh señor! Febo me inspira
Un noble ardor de su virtud secreta,
Con que á tí llegue el eco de mi lira;
¿Qué no es dado al arrojo de un poeta
Cuando en sí el fuego de Helicon mira?
Traspasaré las célicas regiones
Y á Jove mismo arrancará los dones.
Gime á tus puertas la ambición hinchada
Por tus favores con afán penoso,
Mientras yace una turba desvelada
De quien otro sospecha más dichoso;
Y cuando veinte veces no adornada
Vió á Flora de su manto delicioso,
Un jóven llega á tí con osadía,
Pues te ruega por él tu amor, Talía.
Que, señor, este amor digno te aclama
De la esfera á que Júpiter destina
A los que sienten la gloriosa llama
Que hacia la eternidad sola camina.
Vive inmortal, prodigio de la fama,
Un grande emperador, no si domina
Su corona del orbe el ancho espacio,
Sino si él sabe coronar á Horacio.
Ni el pomo de Fortuna agradaría
A quien, de clara estirpe procreando,
Sólo gusta en su néctar la alegría
De verlo por sí en otros derivado:
Que ama el león su fiera compañía,
Ama la suya el tigre despiadado,
Ama los llantos el que triste gime,
Y ama el ajeno el mérito sublime.
Mas ved, señor, que sobre frágil leño
Hay quien del Ponto á la inquietud se entrega,
Y, arrebatado del audaz empeño,
Ya sólo mar y cielo á mirar llega;
Sin saber si de Noto el fiero ceño
Preso lo hará de su codicia ciega,
O del rubio metal tierra abundosa
Le ofrecerá su seno, generosa.
Así, de un dulce halago conducido,
De la segura orilla me desvía,
Y un mar me hace sulcar desconocido
La poco experta navecilla mía.
Pronto ¡ah misera! el puerto apetecido
O de Scila verás la turba impta;

Que justos con, mas tardos, tus temores,
Y ya te esperan burlas ó favores.
Pero, señor, si, misero Zoilo,
La raza aumento que mi patria oprime,
No temas, no, que tu benigno asilo
Grave delito en Helicon se estime;
Que siempre, á tu pesar, Midas tranquilo
Ley dictará desde el dosel sublime,
Y tu edad venturosa tanta sea
Cuantos reinos su cetro señorea.
Mas si por elección del alto cielo,
En mí funda esperanzas el Parnaso,
Y el excelso lugar á mí desvelo
De la inmortalidad concede acaso,
Posteridad, ya viendo estoy tu celo
Contra el hado, en justicia siempre escaso,
Y de inútiles lágrimas, mas pías,
Pagar tributo á mis cenizas frías.
Entónces ya, cuando mis huesos yertos
En hórrido monton yazcan confusos,
Los más sabios varones mis aciertos
Mostrarán en análisis difusos;
Otro Selma creará de entre los muertos
Mi nuevo rostro para doctos usos,
Y me harán, patria, altar tus academias;
Que al que vivo mataras, muerto premias.

XIII.

ENDECHAS.

Desde este triste albergue,
Cuyos muros sombríos
Imágen sin cesar me son funesta
De mi negra fortuna y cruel destino,
Estas dolientes letras,
Oh Aletino, te envío,
Aunque sin esperanzas de que hallen
La menor compasión á mi suplicio.
Incauto tú el veneno
En mi pecho sencillo
Lanzaste un día, y con enjutos ojos
Me ves gemir en mi mortal delirio.
¡Oh mi bien! Si no amante,
Al ménos compasivo,
De tu Adelaida acuérdate, y su nombre
Pronuncia alguna vez entre suspiros;
De la triste Adelaida,
Que llorando ha esculpido
En todos los cipreses las palabras
Que la encantan en boca de Aletino.
Desde que el sol empieza
A derramar su brillo,
Hasta que, desmayado, de la noche
Se sumerge en los lóbregos dominios,
De fieras tempestades
Oigo los crudos silbos,
Que en el mortal silencio de las sombras
Aumentan más y más su atroz prestigio.
Cielo, benigno cielo,
Mira mi desvarío;
¡Ay! socórreme y vuélveme mi alma:
Que aún la región ignoro donde habito.
Dame el alma, que triste
De mí se ha desprendido,
Y me ha dejado que, cual sombra errante,
Incierta vague en mi cruel retiro.
Dudo si todo es sueño,
Dudo si muero ó vivo.....
¡Oh Aletino, mi bien! vén, y piadoso
Sácame de las dudas en que gimo.
Con sola tu presencia,
El astro matutino
Jugo ver, que disipa, amaneciendo,
Las nieblas de mi pecho dolorido.
Tu alma sobrehumana,
Tu corazón divino
(Oh el mortal más amable, que en sus dones
El cielo liberal ha ennoblecido)
¡Dejarán que Adelaida,
De su dolor continuo
Tan temprano á la tumba conducida,

1) Tenía ARJONA veinte y un años cuando escribió estas octavas
(Nota del Colector.)

Aun gima inquieta en el sepulcro mismo?
 ¡Ah! no: del cielo imagen
 Es tu alma, bien mío:
 Tu compasion imploro; tuya soy;
 ¿Cerrarás á mis quejas los oídos?

XIV.

Á DELIA.

AMOR FELIZ.

Como en serena noche
 Su pacífica luz la luna siembra,
 Y en sus rayos de plata
 Se engalanan los mares y las selvas,
 Así, con grato imperio,
 En mí tu lumbré deleitosa reina,
 Y una llama de vida
 Se extiende blandamente por mis venas.
 ¡Oh! reina eternamente,
 Reina en mi pecho, deliciosa Delia,
 Eterna como el astro
 Que en suavidad imitas y en belleza.
 Por fin, amor, un día
 Alegres himnos entonar me dieras,
 Ya mi votiva tabla
 Es justo, Vénus, que en tu templo penda;
 Porque murió el dominio
 Que en mí diste á Dorila, la altanera,
 Y en justo desagravio,
 Por tí herida, he burlado su soberbia.
 Gracias á tus halagos
 Ya, Delia, he roto tan cruel cadena,
 Y tu triunfal carroza
 Ha de seguir Dorila prisionera.
 Tu carroza triunfante
 Con que la diosa tus piedades premia,
 Y en que sus blancos cisnes
 Te elevarán brillando por la esfera.
 En tu sublime vuelo
 Mi adoracion recibes, y halagüenia
 A inundarme descendes
 En las delicias que tu carro anegan.
 Y entre tantos favores
 Divina ante mis ojos te presentas:
 Así á la cipria diosa
 Amado el padre veneró de Enéas.
 ¡Ay Delia! sin el fuego
 Que á los amantes tristes atormenta
 Ardo, y mi ardor mitigas
 En un torrente cándido de néctar.
 Tu amor me es más suave
 Que lenta lluvia á la abrasada tierra,
 Y que el mar cuando manso
 Bate plácidamente las riberas,
 Que el aire que entre flores
 Con mil lascivos giros juguetea,
 Y arroyuelo que limpio
 Al brillo de la aurora reverbera.
 ¡Oh! ¡cuán tranquilamente,
 Diosa mía, mi espíritu enajenas,
 Y el enojo me infundes
 De cuanto bien el universo alberga!
 El dios que en blanco cisne
 Por el amor se trasformó de Leda,
 Sus gozos cambiara
 Por mí, cuando tus brazos me rodean.
 A envidia entónces nuevo
 A los hombres, los brutos y las piedras,
 Y el dios de los amores,
 Viéndome, á Páfos envidioso vuela.
 En invicto espacio
 Mi alma se pierde, de delicias ébria,
 Y al ver que Delia es mía,
 De mí me olvido y de la misma Delia.

XV.

ALETINO Á ADELAIDA.

ENDECHAS.

Luchar contra el destino
 Demencia es, Adelaida;
 Que el río impetuoso
 Quebrantará los remos y la barca.
 Cautivo que gimiendo
 Las cadenas arrastra,
 Aumenta sus dolores;
 Y alivia sus fatigas el que canta.
 Inclemente me juzgas;
 ¡Ah si vieras la llama
 Que devora incesante
 Los más íntimos senos de mi alma!
 Mas ¡para qué descubre
 Mi compasion incauta
 Un amor que debiera
 Sepultarse del Lete entre las aguas?
 Menti..... yo no te amo;
 Te aborresco, Adelaida,
 No..... mas ¡ay! nunca fuera
 La triste hora en que admiré tus gracias.
 Más duro es que la muerte,
 Amor sin esperanza.....
 ¡Oh infeliz á quien niegan
 Escogerse la suerte que le agrada!
 Si yo, Adelaida mía,
 Entre fieras borrascas,
 Aun viendo á todas horas
 De la muerte la bárbara guadaña,
 Conducirte pudiera
 Á una tierra ignorada
 Donde en dulces delicias
 Nuestras almas amantes se anudáran,
 Vieras que los peligros
 Intrépido arrostrara,
 Dominando los mares,
 De mí arrojado amor sobre las alas.
 Vieras que el golfo en vano
 Las ondas encrespára;
 Que contra amor no hay fuerza,
 Ni teme los escollos el que ama.
 Mas entre tanto mira,
 ¡Oh Adelaida adorada!
 Mira el muro de bronce
 Que por siempre invencible nos separa.
 De crímenes se miran
 Tus sendas circundadas;
 ¡Cielos! mi amor no manche
 Al dulce objeto de mis tiernas ansias.
 Mi corazón ya has visto;
 No quieras, Adelaida,
 Dando rienda á tus penas,
 Probar una virtud que ya desmaya.

XVI.

EPIGRAMA Á DELIA.

Hércules en la cuna
 Dos serpientes mató;
 Presagio que dió el cielo
 De su invicto valor.
 Tal es, recién nacido,
 Delia, tu nuevo amor;
 Que aun no cuenta tres días,
 Y á los dos mas venció.

XVII.

EL DUENDE.

*Madre mia, murió el duende;
 Ya no tenemos con que
 Poder asombrar al niño:
 Cuando rabiáre, ¿qué haré?
 Se asomaba al postiguillo
 Y los dientes le enseñaba
 Y le sacaba la lengua,*

Y el niño al punto callaba.
Pero ahora, madre mía, etc.
 Otras veces se vestía
 De fraile ó de sacristan,
 Y el pobre niño pensaba
 Que lo iban á enterrar.
Pero ahora, madre mía, etc.
 También yo estaba contenta,
 Porque el duende era mi amigo,
 Y nunca á mí me asombraba,
 Sino me hacía cariños.
 Mire usted, los tales duendes
 A los hombres intimidan;
 Mas para nosotras, todos
 Son de mercocha y almíbar.

XVIII.

A LA MEMORIA.

¡Cuán divino es el dón de la memoria!
 Por ella se engrandece el sér humano
 Y llega á hacerse el hombre ciudadano
 Del anchuroso imperio de la historia.
 Vence siglos y edades, y escogiendo
 El tiempo que le agrada,
 Hace en él su morada.
 Así mortales límites trasciendo,
 Y, de mi fuerza y libertad unidas,
 De una vida fugaz formo mil vidas.

XIX.

A UN MÉDICO.

¡Oh tú, que en otro tiempo de Esculapio
 Ejercitaste la gloriosa senda,
 Y con malditos récipes echaste
 A tantos infelices á la tierra!
 Ora, siguiendo en pos del crudo Marte,
 La muerte, osado, en los contrarios siembras,
 Haciendo huir en vergonzosa fuga
 A los muy pocos que con vida dejas.
 Ya esgrimas, como médico ó soldado,
 O la espada ó la pluma en las rectas,
 Los campos-santos guardan tus trofeos,
 Y las campanas tus victorias cuentan.

XX.

AL CATECISMO DE ESTADO,
DEL DOCTOR VILLANUEVA.

Epigrama.

Para la gente vulgar
 Escribes tu Catecismo;
 No te lo pienso negar,
 Pues ya estaba yo en lo mismo.
 Toda España de tí siente
 Ser tu piedad tan sublime,
 Que es cuanto por tí se imprime
 Catecismo solamente.

XXI.

AL MISMO ASUNTO.

Epigrama.

De tus obras afirmé
 Que eran catecismo puro;
 Lo confirmo, aunque aseguro
 Que hay mucho que no es de fe.

XXII.

A ISIDORO MAIQUEZ.

La oscura noche de la escena hispana
 Cedid ya al resplandor del nuevo día;
 Nuevos lauros, que el odio no profana,
 A Melpomene adornan y á Talía.
 Naturaleza, de su triunfo ufana,
 Al genio vencedor su imperio fia,
 Y dice al entregarle el cetro de oro:
 « Mi imagen eres tú, triunfa Isidoro. »

XXIII.

JÁCARA.

Junto al gran Guadalquivir,
 En la patria de Lucano,
 Se tuvo el baile gitano
 Que ahora voy á describir.
 Graciosas hijas de Mémfis,
 Hoy, que es noche de San Juan,
 Sigamos la antigua usanza
 Y vamos á retozar.
 Vamos corriendo, Juanilla,
 Eche el pandero el compas,
 Y hasta hacerse una jalea
 No dejemos de saltar.

¡Bueno! Guapa va la danza;
 Dieguillo, un paso hácia atrás,
 Que haces que Chuca recule
 Y no luzca el delantal.

¡Cotal! ¡Qué lindas chinelas!
 Se conoce que tu Blas
 Echó el resto en esa media
 Tan luciente y tan igual.

Esa guitarra, Cacharro,
 Se ha empezado á destemprar;
 Eaos palillos, Andrea;
 Ese moño, Nicolas.

Ya se ha bailado una hora,
 Y es tiempo de descansar.
 Ea, divino Montillano,
 Tú nuestro gozo serás.

Vamos, cada cual su vaso
 Hasta arriba ha de llenar,
 Y sin dejarle golilla,
 Que ha de venir ras con ras.

Ya estamos todos armados....
 Pues, hijitos, escuchad:
 Ha de ir trago por vaso,
 Y el que cayera, caerá.

Sólo os advierto, muchachas,
 Que no caigais hácia atrás,
 Que en damas tan principales
 Esa caída es mortal.

Pecho firme, que despues
 Al baile se ha de tornar,
 Y es menester que los cuerpos
 Guarden su elasticidad.

Primer brindis: por el Rey.
 Su Divina Majestad
 Le dé más años de vida
 Que arenas tiene la mar,

Y de una reina más linda
 Que la que en descanso está,
 Tenga, dentro de diez años,
 Más hijos que un colmenar.

Cayó todo el vaso entero....
 Pues volvamos á cargar,
 Y que un vaso solo caiga
 Por la familia real.

Se apuró.... Vamos, que falta
 Un trago muy principal
 Por aquel amigo mío
 Que nos tiene que amparar.

¡ Os acordais de quién hablo ?
 — ¡ No nos hemos de acordar,
 Si no puede ser por otro
 Que por el señor don Juan!

Usted mismo nos ha dicho
Que nos las puede apostar
A todos nosotros juntos
Y á otros cuatrocientos más.
Ese es, hijos; que mis ojos
Lo vean de cardenal;
Que bien con lo blanco y rubio
Lo encarnado pegará.
Que á los que tengan envidia
Los envíe á pescar,
Y el que no pueda, reviente,
Que muchos reventarán.
Que Dios le dé más pesetas
Que á un judío en Gibraltar;
Que en esa parte, hijos míos,
Poco aprovechado está.
Que pueda cuanto quisiere,
Y que quiera hasta no más;
Y en cuanto ponga la mano
Salga con prosperidad.
Y que el ángel de mi guarda
No lo deje descansar
Hasta que todos logremos
Lo que á todos nos valdrá.....
Viva, padrino, que viva.
¡Oh con cuánta suavidad
Se nos coló todo el vaso,
Todo sin pestañear!
Pues me parece, muchachos,
Que ésa es muy buena señal:
Repitamos el agüero,
Que es digno de averiguar.
Lo mismo se ha dealizado
El vaso sin tropezar,
Y cuantos vasos se pongan,
Sin derramarse entrarán.
Pues volvamos á la danza;
Que pronto va á madrugár,
Y en la Virgen del Amparo
A misa tocando están.
Vamos á pedirle á Dios,
Que es quien las cosas nos da;
Que sin su divino auxilio
Es un cuento lo demás.
No nos paremos; que si uno
La cama llega á tomar,
No despierta en todo el día,
Aunque lo mande San Juan.

XXIV.

APÓLOGO.

Una zorra, golosa por extremo,
Vió abandonado un tierno corderillo,
De piés y manos preso. Como un rayo
Al cautivo se arroja, cuando, aun antes
De ejercitar el codicioso diente,
Salta la artificiosa y fiera trampa,
De cuyos hierros escapó la hambrienta,
A costa de una mano y de la cola.
Después de no gran tiempo, vió amarrado
Otro lindo cordero, á cuya vista
Presta escapó, cual de feroz moloso,
Y sin osar volver atrás la vista.
Dice que al compás de su cojera
Esta sábia lección iba gruñendo:
«Caer la primera vez fué inexperiencia;
Caer otra vez estupidez sería.»

XXV.

HIMNO GUERRERO (1).

Suene, suene la trompa guerrera,
Cuyos ecos alegran la España;

El león ya recobra su saña
Y amedrenta al tirano opresor.
Tal el rayo entre nubes oscuras
Aparece del todo apagado,
Cuando súbito rompe el nublado
Y arde todo á su altivo furor.

Con grata memoria,
Jóvenes altivos,
Renovad la gloria
Que á España ilustró.
Mil veces la arena
Que pisais ahora
La sangre agarena
Vertida tiñó.

Dieron nuestros reyes
A toda la Europa
Soberanas leyes
En guerra y en paz.
Quien, por su fortuna,
Nació en la España,
Cantaba su cuna
Del mundo á la faz.

Del valor guerrero,
Del saber glorioso,
Un orbe fué entero
Premio al español.
Y llevó la España
En triunfo su nombre
Por cuanto el mar baña,
Cuanto dora el sol.

¡Quién de las altas cumbres de tu imperio
A tanto abatimiento te ha arrastrado?
Yace tu excelso cetro destrozado,
Y tú cercana á un triste cautiverio.
El tirano sagaz del Mediodía
De tu degradación valeroso intenta,
¡Cómo sufres ¡oh España! tanta afrenta?
¡Cómo así te abandonas, patria mía?

Suene, suene la trompa guerrera, etc.

Si eres, España, el suelo
De la feroz Numancia,
No sufras, no, de Francia
Al pérfido opresor.
Dénnos vuestros sepulcros
¡Oh reyes de Castilla!
Vuestra inmortal cuchilla,
Del árabe terror.

Con grata memoria, etc.

¡Oh de Córdoba honor, que eterno brillas,
Como del cielo el astro soberano!
Gonzalo ilustre, que nombrado humillas
No ménos al francés que al italiano;
Hoy de tu Bétis gocen las orillas
Triunfo que emule al tuyo en Garellano,
Y tu gloriosa sombra el númen sea
Que intimide al francés en la pelea.

Suene, suene la trompa guerrera, etc.

XXVI.

HIMNO SACRO.

Del dragon la cabeza orgullosa
Con tu espada, Miguel, quebrantaste,
Y proteges con lúcido escudo
A la Iglesia del fiero combate.
¡Serafín sublime!
Desciende á la tierra
Y oye los clamores
De nuestras miserias,
Y volando después al alcázar
Donde tiene su trono el Eterno,
Nuestros votos humildes presenta,
En los tuyos ardientes envueltos.

Contra Dios la soberbia se erige,
Y Luzbel, las legiones sagradas
Usurpar al Señor intentando,
Una parte de tres arrebató.
Mas tú, en celo ardiendo,
«¡Quién como Dios!», dices

(1) Pertenece á una tragedia en tres actos, titulada *Córdoba guerrera*. Sólo hemos hallado el primer acto entre los papeles autógrafos de ARJONA. El asunto de la tragedia se refiere á la guerra de la Independencia.

Con voz que los cielos
Temblaron de oírte.
La humildad y el amor, en fin, triunfan
En el cielo, cual triunfa en la tierra;
Triunfe amor y humildad de nosotros,
Que el vencido es quien vence esta guerra.

De Moisés sobre el cuerpo se opuso
Satanas al divino decreto,
Y su furia domaste clamando,
« Dios te manda, dragón altanero. »
¡Oh Miguel glorioso!
Al pueblo cristiano
Con amor repite
Tan dulce mandato.
Dios nos manda, ¡qué dicha es oírlo!

Dios nos manda, ¡qué amable precepto!
Corazones humanos, rendíos;
Mande Dios en la tierra y el cielo.

Del hebreo tú fuiste al amparo,
Tú también lo serás de la Iglesia,
Cual á orilla del Tigris fué dicho
De Sion al benigno profeta.
Los tiempos infaustos,
Miguel, se aproximan;
De Abrahán ya salva
Las tristes reliquias.
Ya la piedra angular entrelace
Los dos pueblos en gracia perenne,
Y en edades de paz perdurable
De Jesús el imperio se eleve.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON MANUEL MARÍA DE ARJONA.

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DEL SEÑOR DON MANUEL RAMAJO (1).

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO nació, en Enero de 1764, en el lugar de Moríñigo, provincia de Salamanca.

A la edad de doce años fué á estudiar á la universidad de Salamanca, y admitido, en el año de 1779, en el seminario conciliar de aquella ciudad, á la época de la abertura de este establecimiento, estudió en él los principios de retórica y poética, despues de la lengua latina, y con su aplicacion, adquirió cabal inteligencia de los buenos modelos de la antigüedad, eligiendo entre nuestros autores los que más de cerca siguieron á aquéllos.

Desde entónces tomó SANCHEZ gran afición á la poesía, empleando, á pesar de sus directores, más tiempo en la lectura de Virgilio y Horacio que en la de los teólogos escolásticos, que quisieron manejase despues del estudio de la filosofia.

En ésta no habia librado mal para aquellos tiempos, pues ademas de los elementos de las matemáticas, le habian puesto en las manos una fisica exacta y una filosofia moral, no despreciable. Pero como su pasion dominante era la poesía, se dedicaba sólo á aquellos estudios que, á su parecer, podian contribuir á perfeccionarle en el arte que hacia sus delicias.

Era entónces la época del vigor de los Melendez é Iglesias, á quienes SANCHEZ buscó, y presentó sus primeros ensayos, que no desaprobaron, ántes bien le alentaron á proseguir, dirigiéndole con sus consejos.

*Balbutire novus cœpi nova carmina vates
Non secus infans edere verba solet.....
At labor at tempus, studiumque et faustus Apollo
Ingeniū vincunt non sine laude moras.*

Así se expresa en una hermosa oda que compuso en su destierro de la Libia, añadiendo luégo:

Curia dat sedem; novi, coluique poetas.

En 1788. llegado ya al término de su carrera teológica, y sin embargo de no haber desagrado en el ejercicio para el grado de bachiller, que recibió, como el de la filosofia, por la universidad, se resolvió á abandonar una profesion poco conforme á su índole y sentimientos.

(1) Este apunte biográfico, con las más de las poesías inéditas de SANCHEZ BARBERO que ahora publicamos, fué entregado, muchos años há, por el señor Ramajo á nuestro querido amigo el insigne escritor don Ramon de Mesonero Romanos. El señor Ramajo fué constante amigo de SANCHEZ BARBERO; redactó con él, con Gallardo y con otros hombres notables de aquel tiempo, el célebre *Conciso*, de Cádiz. Fué asimismo compañero de desventuras de SANCHEZ, y, como él, perseguido, y confinado en Melilla por sus ideas liberales,

Recientemente, nuestro distinguido amigo el señor D. Julian Sanchez Ruano, diputado y literato salmantino, prematuramente arrebatado por la muerte en 20 de Agosto del presente año (1871), nos franqueó todas las poesías castellanas, autógrafas, que poseia de su ilustre antepasado D. FRANCISCO SANCHEZ BARBERO. Estos autógrafos, que tenemos á la vista, han servido para rectificar y completar la coleccion entregada en otro tiempo por el señor Ramajo al señor de Mesonero Romanos, (Nota del Colector.)

Dejó el seminario, sin contar con otro recurso que el de su ingenio, y salió de Salamanca para Madrid.

En la capital se dió á conocer muy en breve por su talento poético, tanto en el idioma vulgar como en el latino, y en el último sobresalió, posteriormente, del modo más extraordinario. Una oda en verso castellano, á la muerte de la excelentísima señora Duquesa de Alba, puso á SANCHEZ entre nuestros mejores poetas, y en breve entró en la academia de los *Árcades*, de Roma, con el sobrenombre de *Floralbo Corintio*.

Confirmó SANCHEZ la alta idea que de él habia formado el público, al dar á luz los *Principios de retórica y poética*, en un tomo en 8.º, en la imprenta de la administracion del Real Arbitrio de Beneficencia; Madrid, 1805. Obra digna del mayor aprecio, y que el Gobierno propuso por modelo en el plan de estudios de 1825. De ella se dijo en la *Gaceta de Madrid*, en Octubre de 1827, y con razon, que «no hay libro alguno que en tan pepueño volúmen abrace todos los géneros de escritos, y que, á pesar de su concision, exponga las reglas elementales con igual tino y filosofía. Los ejemplos tomados de los escritores de várias lenguas, y muy particularmente de los españoles, son muy escogidos.»

Sólo faltó á SANCHEZ un estímulo y un Mecénas para dar á conocer más y más hasta qué grado podia llegar su talento poético. No dejó, sin embargo, de trabajar mucho, mas por desgracia una parte de sus tareas se perdieron, y otras yacen en el polvo de los archivos.

A la época de la guerra de la Independencia fué SANCHEZ objeto del furor de los invasores, pues como posteriormente dijo:

*Galus predator adest, me carere torquet
Et procul à patria maestas et exul eo.*

Y en efecto le llevaban á Francia; pero llegados á Pamplona, pudo fugarse, despues de haberle robado sus trabajos literarios.

*Carmina rapta tulit, subito periere labores
Quas multa incubuit noxque diesque vigil.*

Estos trabajos robados fueron siete tragedias, una comedia, un poema de las cuatro edades del hombre, comparadas con las cuatro estaciones del año, várias poesías líricas y algunos escritos en prosa.

Fugado SANCHEZ de Pamplona, se dirigió á Cádiz, en donde estaba el Gobierno legitimo, adonde llegó tardando casi medio año, evitando á los enemigos, y viéndose precisado á atravesar tierras, atajos, vericuetos, etc. En Cádiz fué al punto admitido como uno de los colaboradores del periódico titulado *El Conciso*.

Allí dió SANCHEZ nuevas pruebas de su talento poético en la musa castellana y latina, señalándose en muchas composiciones sueltas, y particularmente en una oda latina al lord Wellington.

Libre ya Madrid de los invasores, volvió SANCHEZ á esta capital en 1813, y empezó á publicar otro periódico (1), y la Regencia del Reino, que conocia muy bien el talento de este hombre extraordinario, le dió el destino que le convenia, para que se viese en estado de honrar á la nacion española con sus producciones; le nombró bibliotecario de San Isidro y censor de los teatros.

A la venida del Rey de su cautiverio en Francia, fué envuelto SANCHEZ en el torbellino desastroso de aquella época, y arrojado en una cárcel, como tantos otros. Una célebre oda á la apertura de la cátedra de Constitucion, en San Isidro, y sus opiniones como editor de los mencionados periódicos, le atrajeron la persecucion, el resentimiento y la venganza de los agraviados de aquellos tiempos.

Diez y nueve meses pasó SANCHEZ en la cárcel de Corte, donde se aprovechó del ocio que da una prision, para perfeccionar una gramática latina muy singular, que desde su encierro presentó al Gobierno; pero no se hizo de ella el menor caso. Compuso allí tambien otras obras, y entre ellas una ópera, que mereció los mayores aplausos en el teatro.

Por orden del Rey el señor don Fernando VII, fué SANCHEZ sacado de la cárcel en la noche

(1) *El Ciudadano constitucional*,

del 17 al 18 de Diciembre de 1815, puesto en una galera, y llevado al presidio de Melilla por diez años y retencion, y pena de la vida si quebrantaba el arresto.

Sufrió SANCHEZ con resignacion este inesperado golpe de la voluntad del Rey, y llegó á Melilla en 4 de Enero de 1816. En su destierro de la Libia fué donde su ingenio poético tomó el vuelo más sublime y extraordinario. Allí parecia más bien habitar entre las *nueve hermanas* que entre 700 foragidos, asesinos, ladrones, etc.; y allí fué donde la musa castellana le inspiró versos estimables, y la latina poesías que algun dia serán las admiracion de los inteligentes.

Entre las composiciones poéticas castellanas que formó en su destierro, son muy notables: una epístola á Ovidio, curiosísima, en que le echa en cara que era un lloron, y le pinta el estado de Melilla comparado con el del Ponto; la traduccion de la oda 14 de Horacio en igual número de versos; un diálogo entre un esclavo y un señor; oda á la muerte del excelentísimo señor Duque de Fernandina, conde de Niebla, discípulo suyo é hijo de los excelentísimos señores marqueses de Villafranca; *Un Casamiento*, ópera original; otra ópera sin título, y *La Isla deshabitada*, traducida de una pieza de Metastasio, en muy pocas horas, para representarse en Melilla, como se verificó, y refundida despues como ópera.

Pero en lo que SANCHEZ puso todo su conato y vanagloria fué en imitar á los clásicos latinos, y en especial á Horacio, Ovidio, Marcial, Catulo, Tibulo, Propercio, etc., no reduciéndose su biblioteca más que á estas obras: *Ovidio* y *Gradus ad Parnasum*. Así que dejó estos libros tan manoseados, que manifestaban bien el continuo uso que de ellos hacia.

No es para darse la idea exacta de las tareas de SANCHEZ en la imitacion de tan famosos modelos. Puede asegurarse, valiéndose de la expresion vulgar, que los tenía en la uña; y esta inmemoria, tan poco comun, le facilitaba mucho el camino para seguirlos. Llegó á tal punto su deseo de imitarlos, que recorrió el Horacio, componiendo en todo género de versos de este célebre poeta, y poniendo, por ejemplo, al fin: *De esta clase hizo Horacio cuarenta y dos versos; yo cuarenta y seis*. En otras composiciones se leía: *Acabado á las dos de la madrugada*; en otras: *Vacaciones*.

El hacer exámetros y pentámetros era para SANCHEZ un juguete: en conversacion podia ir haciéndolos sobre cualquiera materia.

Bien puede afirmarse que la Europa contemporánea no era capaz de presentar otro individuo igual á SANCHEZ para la poesia latina. Era este hombre extraordinario una margarita cual no se verá otra en siglos. Sus composiciones latinas, parto de la Libia, serán el asombro de la posteridad, si llegan á salir á luz, poniendo á SANCHEZ al par de los más célebres poetas de la antigüedad, y á la España inmortalizada con el nombre de SANCHEZ.

La publicacion de sus poesías latinas podria hacerse en dos partes, que comprenderian un tomo de diez á doce pliegos: la primera, de poesías serias, aunque entre ellas muchas satíricas, contra las circunstancias y los acontecimientos políticos; la segunda, por el estilo de Marcial y Catulo.

SANCHEZ, víctima sólo de sus opiniones políticas, era digno de mejor suerte, y de ser custodiado en un palacio, rodeado de libros y disfrutando todo género de comodidades, que para él se reducian á una parca comida y fumar. De este modo habria sido el honor del nombre español, la gloria de la musa latina y la admiracion de los literatos.

Apénas habia entrado en Melilla, cuando compuso los dos siguientes versos:

*Hic ego sum clausus. Pro te tibi natus oportet
Oh patria! ut peream? victima causa cadam.*

En esto parecia ya formar su epitafio, presintiendo que allí habia de acabar sus dias.

Ya á principios de verano del 1819 se quejaba de pesadez é incomodidad en el pecho, y en Octubre del mismo año; cierto dia, á las diez de la mañana, se puso desazonado, y á los cinco cuartos de hora espiró, diciendo á su compañero de desgracia, el señor Calatrava: *Adios*, y señalándole con el dedo el sitio en que tenia sus poesías. Segun se vió despues, se le habia formado una postema en el pecho, y ésta acabó sus dias.

«Murió SANCHEZ como poeta», dijo uno al saber que sólo dejó seis cuartos sobre su mesa, único caudal que poseia; pero, estimado del clero de Melilla, de la oficialidad de la guarnicion y de cuantos le conocian, hallaba SANCHEZ quien le socorriera en sus necesidades, aunque esto no bastó para que, á causa de la rareza de su genio, no muriese y viviese casi siempre en la miseria, tal vez con desdoro de la nacion, que no le supo apreciar como merecia.

Toda Melilla honró la memoria del malhadado SANCHEZ, acompañando su funeral; las cofradías se prestaron gustosas á lo mismo, sin que ellas ni el clero quisiesen admitir la menor cosa de lo que les pertenecía por sus derechos parroquiales.

Se pensó en ponerle una lápida que recordase á la posteridad la pérdida tan grande que experimentaba la España literaria, y aún puede decirse que el mundo civilizado; pero las circunstancias políticas no dieron lugar á su ejecución.

Bien merecía esta desgraciada víctima de las turbulencias políticas que su nombre pasase á la posteridad de un modo más decoroso á la gloria nacional, y que en su tumba se leyese algunos de los versos que quisieron ponerle, ú otros que honrasen su memoria.

*Hic jacet Iberiæ fulgor; jacet alter Apollo
Victima vindictæ..... Lector amicos, tace.....*

II.

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON ÁLVARO GIL SANZ.

«Tenía una habilidad especial para la poesía latina. Es quizá, de todos nuestros poetas, el que ha compuesto versos en una y otra lengua con mejor éxito.» Esto dice don Manuel José Quintana.

«SANCHEZ BARBERO, sin estar tan contagiado del moderno gongorismo como Cienfuegos, fué su segunda parte en cuanto á las extravagancias, que uno y otro equivocaban con los raptos verdaderamente líricos.» Esto don José Gomez Hermosilla.

Juicios tan opuestos no pueden ménos de llamar la atención sobre el poeta que los ocasiona. Su vida, azotada por la adversidad, merece también que se la recuerde.

Fueron sus padres unos honrados labradores de Morínigo, pueblecillo de corto vecindario, á dos leguas de Salamanca. A los nueve años entró en el seminario conciliar de esta ciudad, donde contrajo amistad íntima con otro jóven, después eclesiástico, tan digno como sabio y modesto, á quien se debe la conservación de las poesías latinas y castellanas que *Floralbo Corintio* compuso durante los tristes ocios de Melilla (1). En el aislamiento del colegio se dedicó con ahínco á los estudios literarios, puestos en boga y perfeccionados por Cadalso, Meléndez y tantos otros, que, en pos de ellos, formaron y acreditaron justamente la escuela salmantina. SANCHEZ BARBERO salió á estudiar jurisprudencia, marchando después á Madrid, donde ejerció con aplauso la abogacía, sin olvidar nunca sus tareas favoritas. Entonces se relacionó con Moratin, á quien es probable leyese la tragedia de *Coriolano*, que menciona en los *Orígenes del teatro español*, y que no sabemos haya sido impresa. La brillante composición *En la muerte de la Duquesa de Alba*; el melodrama sacro *Saul*, cuyos versos rebotan de estro lírico; los *Principios de retórica y poética*, en que á breves y claras reglas se une el ejemplo del estilo, y que han servido más á la juventud que el pomposo farrago de otros preceptistas; y las tres *Odas al combate de Trafalgar*, corrieron por el público impresas, y levantaron la fama del vate, muy apreciado ya en el círculo de literatos que de cerca le conocían.

Por este tiempo ocurrió la invasión de los franceses. SANCHEZ BARBERO, patriota de corazón y de indomable carácter, lejos de imitar á los que siguieron el bando del que iba yenciendo, lanzó algunos versos contra los invasores y su emperador. Por esto le llevaron á la cárcel en 1809, y confinaron á Francia, conduciéndole entre bayonetas. En Pamplona permaneció veinte y cuatro días encerrado en la ciudadela; se le permitió por fin bajar al pueblo, pero llevando proviamente la amenaza (que le intimó el general Dagoult) de ser fusilado si intentaba escaparse. Á pesar de ella, logró evadirse, y al cabo de medio año de peligros llegó á Cádiz, pocos días antes de ins-

(1) El jóven á que alude aquí el autor de esta noticia biográfica es el doctor don Pedro Antonio Márquez, discípulo de Estala, insigne teólogo y aventajado helenista, que falleció siendo cura de la villa

de Casar de Talamanca, en 1838, oscurecido por su carácter sencillo y su invencible modestia. (*Nota del Colector.*)

talarse las Cortes. En medio de todos estos conflictos sufrió la pérdida irreparable de siete tragedias, una comedia, el poema de *Las cuatro Edades del hombre* comparadas con las estaciones del año, varias poesías líricas y algunos escritos prosáicos (1). En Cádiz no permaneció ocioso; se dedicó también á sus estudios predilectos, y reducó *El Conciso*, periódico célebre, que fué luego uno de los *delitos* que le imputaron. Concluyóse por último la guerra, y SANCHEZ regresó á Madrid, lleno de júbilo y esperanzas (pronto desmentidas), ocupándose en el desempeño de sus plazas de oficial de la biblioteca de San Isidro y de censor de teatros, y en la publicación de *El Ciudadano*. ¿A qué hemos de referir la sabida historia de los sucesos que siguieron á la vuelta del *Rey deseado*?..... Basta á nuestro propósito recordar que algunos traficantes de juramentos batieron palmas, mientras otros (la posteridad los califica de *mejores*) fueron á recibir en las cárceles el premio de su saber y sus trabajos. Entre éstos se contó á SANCHEZ BARBERO. Las cárceles no bastaban para las víctimas, y también las acogieron en sus recintos el cuartel de San Nicolás, el de Guardias, los conventos de San Martín, San Juan de Dios y San Cayetano. Sangre chorreaban las hojas del *Procurador* y del *Atalaya*; sangre pedían también algunas voces desde la cátedra del Redentor, y por un refinamiento de odio, cuidaron de ahuyentar los consuelos de la amistad, propagando la noticia de que disfrazados espías se deslizaban entre los infelices presos. Excusada es la pintura de tamañas vejaciones. ¿No las hemos visto semejantes despues de 1815?..... El estudio fué allí, como en todas partes, fiel compañero de SANCHEZ; y mientras que la venganza y la ingratitud cuajaban la tormenta que iba á estallar sobre su cabeza; mientras tenía que comparecer ante una comision especial de jueces enemigos, y responder á las capciosas preguntas en que le hacian cargo de su puro españolismo, y acusaban por el crimen..... *del pensamiento*, él, con tranquilo ánimo, componia su aún no bien apreciada gramática latina, traducia una ópera de Metastasio y daba lecciones á un jóven. La gramática, concebida bajo un plan filosófico, con perfecto conocimiento del genio de la lengua, y despejada del monton de reglas que abruman y fastidian á los principiantes, ha tropezado con la resistencia de los talentos rutinarios. Hé aquí lo que acerca de ella escribió su autor en el diálogo titulado *Los Gramáticos*:

En los horrores de la negra cárcel,
De crímenes abismo,
Cuando con el temor, con el quebranto
El varonil espíritu zozobra,
En aquella guarida del espanto,
Y sólo al pro de la niñez atento,
Esta tan útil obra
Pudo sereno trabajar.....
..... La Matritense
Sociedad Económica la aprueba.

Á su consocio mísero aplaudiendo,
Á la suprema autoridad la lleva,
Que la enseñe á los jóvenes pidiendo;
Pero la negra suerte
Su afán tan lejos de premiar estuvo,
Que, sin darle lugar á que cerrára
Su pobre maletilla,
Moviendo un huracán con soplo fuerte
Arrojóle al presidio de Melilla.

« Mi gramatiquilla (decia en 1807 á un amigo) se está en el ministerio de Estado, y tal vez *in æternum clauduntur lumina noctem*. La considero ahogada y reventada por los innumerables legajos que habrán caído sobre su alma. ¡Pobrecilla! engendrada en la cárcel, sigue la suerte de su padre. » En efecto, no salió á luz hasta 1829 (y eso por los cuidados de un particular), llevando al frente dos epístolas latinas y el favorable dictámen de la Sociedad Económica.

Llegó, por último, la terminacion de la causa, y usando el Rey de piedad, condenó á nuestro poeta á diez años de presidio, con retencion, en Melilla. Sus papeles fueron quemados públicamente por mano del verdugo, en la plazuela de la Cebada, al pié de la horca. Al amanecer el 18 de Diciembre de 1815 salieron de la cárcel, y fondearon al cabo juntos en Melilla, Argüelles y Álvarez Guerra, destinados á Ceuta; García Herreros y Zorraquin, á Allucemas; Martínez de la Rosa al peñon de la Gomera; y Calatrava, Ramajo y SANCHEZ BARBERO, que quedaron en Melilla.

(1) *Sed Gallus prædator adest: me carcere torquet
Et procul à patria moestus et exul eo.
Carmina rapta tulit: subito periire labores
Queis multa incubuit nox vigilatque dies.*
(Ep. ad D. M. M.)

Entónces empezó una nueva serie de sufrimientos, que terminaron la vida del ilustre deportado, sin que un solo momento flaquease su constancia. Nadie puede describirlos mejor que él mismo. «Esta situacion, decia, es mucho más lamentable que la del escita Jeremias, por-» que al cabo comia carne y *frusta meri*. Aquí este género es contrabando..... Comemos muy mal: he gastado cuanto los amigos me han dado, y no alcanza. He tenido que dejar el vino: ya no me desayuno; y dentro de poco, si continúa tan fea situacion, trataré de averiguar si puede el hombre *camaleonizarse*. Este mal ha engendrado otro no ménos atroz, á saber: la desnudez. Así es que ando á sombra de noche, como el ladrón. Y no se crea que ponedero; ántes bien, á ley de presidario, protesto que me quedo muy zaguero.» Ésta es la descripción prosáica y positiva de sus padecimientos; la poética se lee en los hermosos versos latinos de la epístola á su íntimo amigo D. P. P., de cuya belleza apenas puede formarse juicio por la siguiente descolorida traduccion: «..... No es fácil señalar un solo instante de placer en todo el día; faltan los mantenimientos del cuerpo, y la razon no encuentra ejercicio:.... Las disparadas balas nos silban al rededor, amenazando nuestras cabezas con la muerte que en sí traen en vuelta. Habita en ella gente española de la más criminal, y más bárbara que los mismos moros. Afabilidad cariñosa aquí no hay que buscarla; es terreno desamorado..... No asoma á él Vénus sino con semblante horrible, dura y despeluznada, con las greñas ensortijadas.....», etc.

Pensando en su infortunio, y lamentando acaso más el de la España, compuso en los tres largos años de destierro, sin libros y sin consejeros (1), muchas poesías latinas y no pocas castellanas. Pasan de ciento sesenta las que liemos visto de las primeras, escritas en diferentes géneros de metros. Exceptuando algunos epigramas, en que de una manera chistosa y picante á veces, ridiculiza con preferencia las reglas y estilos pedantescos de los que llamaba *gramáticos*, las demas composiciones versan sobre asuntos graves y filosóficos, relacionados por lo general con su suerte. Apenas hay una en que no haga mencion del presidio; pero sin entregarse á pueriles quejas, ni ménos á las feas adulaciones que denigran el nombre de Ovidio. Martínez de la Rosa, Quintana, Argüelles, Álvarez Guerra y otros amigos son los personajes á quienes dirige sus odas.

Ménos numerosas, y acaso ménos notables, fueron las composiciones castellanas, lo cual puede atribuirse, no sólo á la satisfaccion que sentia al superar las dificultades de la métrica latina, sino tambien á que en ese idioma podia dar más rienda á sus sentimientos, sin temer el espionaje de torpes carceleros. Se conservan varios romances, letrillas y cantatas, dos odas en la muerte del Duque de Fernandina, otra á sus compañeros, otras dos á Belinda, una epístola á Ovidio, en la que, dice, «dirigiéndole más de seiscientos versos sueltos, le zahiero sus hiposos lloriqueos, y su adulacion arrastrada al *númen*, *Dios piadoso, justo*, que le deportó al Euxino Ponto.....», y con mis desgracias pongo en paragon las suyas » (2); otras dos epístolas, una ópera original, sin título, y otra que lleva el de *Un casamiento*; y nueve diálogos, en que, ya censura vicios contemporáneos, ya elogia instituciones barridas por el viento de la reaccion, en un estilo castizo y sabroso, y aún pudiera decirse *horaciano*. Hizo, además, una traduccion de *La Isla deshabitada* de Metastasio, con dos prólogos y una loa, y varias apuntaciones sobre la gramática latina; se ignora el paradero de esto. El carácter de dichas obras, faltas de lima en lo general, varia mucho, y se resiente de las circunstancias poco propicias que rodeaban al poeta. Decia á este propósito:

Segun el argumento
Procede variándose mi estilo,
Como procede el mar segun el viento,
Una vez deslizándose tranquilo,
Otra vez revolviéndose violento.

En Octubre de 1819 sucumbió, envuelto en miseria, y sin el consuelo de descansar en la tierra que tanto amaba (3).

(1) *Melilla scripsi, doctis neque fulctus amicis
Nec libris; gratum sit tibi, lector, opus.*

(2) Carta á un amigo.

(3) Los efectos que SANCHEZ BARBERO dejó al mo-

rir valian 390 reales. Consistían en prendas de ropa usada, y la mejor era una levita de paño azul, tasada en 160 rs. El documento que nos suministra esta noticia concluye así: «La suma que expresa la re-

Rasgueados los tristes acontecimientos de la vida de SANCHEZ BARBERO, nos parece oportuno decir algo acerca del mérito de sus obras, escogiendo entre los dos contrapuestos juicios que al empezar enunciamos, el que más ajustado á la razon parezca. Si hubiésemos de considerar solamente las autoridades de que emanan, no vacilaríamos en decidirnos por la del autor del *Pelayo*, porque, tratándose de apreciar versos, nos parece su voto de más peso que el del señor Hermosilla. Inspira, en verdad, alguna desconfianza el crítico que por muestras de su talento versificador nos ha dejado la traduccion de Homero, tan fiel y concienzuda como se quiera, pero no ménos prosáica é insoportable, que con su exagerada teoría sobre los pensamientos verdaderos y falsos ha puesto el corazon inaccesible á ciertas bellezas,—que en el *Arte de hablar en prosa y verso*, apenas se acuerda de nuestros grandes poetas más que para censurarlos,—y á cuyo oído, por fin, los romances españoles suenan como las coplas del *Santo Cristo de la Luz*, y de *Caballo mio careto*.

La censura que al final del tomo segundo de su *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, hace de la oda en la muerte de la Duquesa de Alba, *composicion (á su parecer) tan disparatada en su clase, y tan soberanamente ridícula*, que desafía á que se presente otra igual, justifica la rigidez de las anteriores frases. Lo que sí es muy ridiculo, es la parodia que, con ínfulas de chistoso, hizo de aquella oda. Nada hay que no pueda disfrazarse burlescamente; parodiadas hemos visto las mejores escenas del *Otelo*, del *Cid* y del libro de *Job*; pero no se critica así con lealtad. Si no temiéramos pasar por maliciosos, habíamos de decir que en la animosidad con que trata á SANCHEZ y Cienfuegos, va envuelta no leve dosis de odio á los principios que sustentaban; el *panfilismo* (como llamaba á las ideas liberales) era, tal vez, lo que le dolia hallar en aquellos versos. Lunares tienen los de la oda á que vamos haciendo referencia; pero son manchas pequeñas, que no deslucen el conjunto. ¿Quién reconocerá la primera estrofa en la trasmutacion que hace el señor Hermosilla? «Murió la Duquesa de Alba, y sus amigos la lloran.» Esto es prosa, y muy rastrera; pero como no es lo que escribió SANCHEZ BARBERO, no quita que sus versos sean buenos y las imágenes bellas. Ahorrando inútiles digresiones, nos contentaremos con citar la manera que tiene de referir la conclusion de la oda. «El niño (dice) queda enterado (del *sermon* de la Duquesa) y se retira; la tia le dice *adios*, calla, se vuelve á tender á la barto-la, cae la losa del sepulcro, y dichas estas palabras, desaparecieron las visiones.» ¿Se parece esto á la siguiente estrofa?

El niño siente
En la virtud su espíritu inflamarse,
Y Silvas y Toledos animarse
Todos en él. Con paso reverente

Sale; y entónces ella,
De su tan digno sucesor gozosa,
Diciéndole otro *adios*, eternamente
Enmudeció, se hundió, cayó la losa.

Verdad es que tambien el crítico pierde la paciencia cuando el sucesor de la Duquesa salta del lecho,

Toca ignorante
Unas bronceadas puertas,
Y al impulso menor, hélas abiertas.

«Pues ¿cómo (exclama) pudo á oscuras salir de su alcoba....., bajar la escalera, y salir á la calle á la media noche, sin que ni el ayo ni los criados le sintiesen? ¿Y quién le abrió la puerta de la calle?» ¡Desventurada poesía, si hubieras tenido que seguirle alzando los picaportes y pidiendo las llaves al portero!..... Poco nos placen tambien *las visiones*, pero es cuando poetas de mal temple las emplean para embutir el vacío que deja su propia carencia de ideas y de sentimientos. El señor Hermosilla tiene un mérito innegable, y por eso es más de lamentar que no haya sido justo en sus juicios; por eso, y porque su *arte* es uno de los escogidos para ilustrar la juventud, hemos querido vindicar á SANCHEZ BARBERO de los durísimos golpes que le asesta.

lacion que antecede, firmada del capitan de la compañía de don FRANCISCO SANCHEZ BARBERO (q. D. g.), se invirtió en misas por su alma, aplicadas por don Juan de Campos Infantes, cura propio y vicario

interino de esta plaza, y por mí, el capellan auxiliar del real hospital de esta plaza de Melilla, á 6 de Noviembre de 1819.—FRAY PEDRO CABELLO.»

En nuestra opinion, es el que *sin quizá* ha compuesto en España mejores versos latinos; pero no debe lamentar hasta cierto punto nuestra literatura esa misma afición que le arrastraba á cas preferir aquel idioma? Sin ella, las ciento sesenta composiciones latinas que escribió en el presidio serian otras tantas joyas de la musa castellana; agotó los asuntos más dignos en que su número hubiera campeado, y hasta sospechamos que, á causa de semejante preferencia, fué ménos esmerado en la corrección de los versos españoles.

En cuanto á éstos, no es arriesgado decir que, si no son de los *mejores*, son sí de los *buenos*. Por desgracia carecemos de los primeros trabajos del poeta; — de sus tragedias, de su poema, de las piezas sueltas que escribió cuando su genio medraba vigorosamente, cuando su vida era sosegada y su porvenir magnífico, cuando no le habia comprimido la mano de hierro de las persecuciones. El presidio es un mal Parnaso; el hambre y la desnudez son malas musas. Sin embargo nos quedan para honrar su nombre las odas al combate de Trafalgar, la leida al abrirse la cátedra de Constitucion, y la tan agriamente censurada por el traductor de la *Iliada*. El *Saul* hace sentir más la pérdida de las tragedias; los versos son valientes, dulcísimas las arias, y los coros especialmente el final del acto primero, llenos de animación. Las dos óperas que compuso en Melilla son inferiores á ésta; los argumentos no tienen grande interés dramático, aunque no faltan situaciones y versos buenos. Su objeto fué desenvolver un pensamiento moral, ó más bien político; así, en la titulada *Un casamiento* amplifica la sentencia de Juvenal: *Nobilitas sola est atque unica virtus*. Hay allí una duquesa bastante infatuada con su antigua alcurnia, y empeñada en preferir para esposo de su hija á cierto noble sin méritos personales, en competencia con un militar ennoblecido por sus hechos. En el siguiente diálogo se halla comprendido el argumento:

— Á Trifon glorioso ampara
El fulgor de sus blasones.
— Á Guzman las sus acciones,
Que brillando están por sí.

— Si no cedes, fiel compara
Con la mía tu nobleza.
— Esa tuya por tí empieza.
— Esa tuya acaba en tí.

El asunto no está fuera del campo de la poesía, porque deber de ella es abarcar y difundir las grandes cuestiones que agitan á los pueblos. Sin eso no sería la expresión de sus hábitos, aprensiones, ideas y esperanzas; sería una poesía muerta, incapaz de interesar á los contemporáneos, porque al hombre sólo le interesa lo que hace vibrar las fibras de su corazón, lo que armoniza con las ideas que hierven en su mente; SANCHEZ BARBERO lo conoció así; y sus óperas no se resienten tanto de la naturaleza del argumento, como de la abstracción con que lo trató, y que produjo cierta especie de languidez que no agrada en la escena.

Los *diálogos* son, como ya hemos dicho, muy dignos de aprecio. Lo que se observa en cuanto compuso durante aquella temporada es alguna falta de corrección, pues hay defectos que con la mayor facilidad hubiera hecho desaparecer.

Disculpa suficiente son las penas físicas y los quebrantos del alma. Dos son, de todos modos, las coronas que tiene derecho á reclamar SANCHEZ BARBERO: una como poeta; como mártir otra.

III.

DEL SEÑOR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

En la muerte de la Duquesa de Alba.—(*Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*; 1803.)

No parece que el gusto se halla tan estragado entre nosotros, ni que hay tanta escasez de talentos como quieren persuadirlo algunos hombres descontentadizos. Tal vez la composición presente hallará gracia á sus ojos, ya por lo interesante del objeto, ya por su noble y sencilla disposición, sus bellos versos y su estilo fluido y animado; dotes que manifiestan en el autor un alumno de la buena escuela, y una de las esperanzas de nuestra poesía.

El poema presenta tres cuadros principales, en que se hallan juiciosamente distribuidos los

incidentes menores, los efectos y las sentencias. En el primero aparece la dama en el momento que espira, y sus amigos, que al redor del lecho la llaman y gimen, la miran y se estremecen :

Cargada de tan inclitos despojos,
Y el desmedido triunfo contemplando,
La muerte, en tanto, con serenos ojos,
En los cerrados párpados descansa
De su víctima hermosa;
Y fiera y orgullosa,
Se está regocijando
De ver el orbe ante sus pies temblando.

Murió, murió; tan débiles acentos
De labio en labio vagan,
Veloces se propagan
De Madrid por los senos anchurosos.
Los encendidos vientos
Sus ecos lastimosos
Por la ancha Iberia, aligeros, difunden.

Más allá está toda la familia de la difunta, devorando su dolor en silencio ó exhalándole en ayes :

Yo también, ¡ay! á quien piadoso el cielo
Dió que mi madre y mi esperanza fuese,
Y mi único consuelo,
La lloro, por mi mal, arrebatada

En su más lleno día;
La lloro, y siento, al contemplar su muerte,
En la suya llorar también la mía.

Si estos versos no son los más brillantes de la composicion, son seguramente los más tiernos y en los que el autor se muestra más interesante. En ellos, no sólo satisface á su justo agradecimiento, sino que también se hace el eco de todos los desvalidos, á quienes aquella mujer singular amparaba sin cansarse; de todos los artistas, á quienes tan generosamente protegía; de todos sus amigos, que cada día recuerdan con lágrimas aquel carácter noble, delicado y bondadoso. Así es que esta composicion, no sólo es una buena obra de poesia, mas también una buena accion.

El segundo cuadro representa la ceremonia de conducir el cadáver al sepulcro, el efecto que hace la horrible alteracion de sus formas, y la leccion que mudamente da á los magnates que le contemplan; leccion que el poeta extiende en una declamacion elocuente.

En el tercero se pinta al sucesor, que, impelido de una inspiracion secreta, marcha á reconocer la tumba :

..... Del terror vencido,
Por volver hácia atras dos veces lucha,
Y dos veces á entrar es impelido.
Con plantas desmayadas
Va trémulo bajando;
La lóbrega mansion, las abultadas

Sombras, la augusta majestad, el ruido
De sus pies en las bóvedas sonando,
Mayor entre el silencio comprimido,
Y el eco por los túmulos vagando,
Hielan su alma medrosa.

¡Qué poesia! El sepulcro se abre, la difunta se incorpora, y él, asombrado, se detiene :

Acércate, le dice, y se estremece;
Una voz cariñosa,
Otra voz imperiosa,
Acércate; le grita, y obedece.

La Duquesa entónces anuncia á su sucesor que la muerte destroza los títulos y los honores; que sólo respeta á la virtud, y que él debe seguir los ejemplos que le han dado sus ascendientes :

Imítalos, y adios..... El niño siente
En la virtud su espíritu inflamarse,
Y Silvas y Toledos animarse
Todos en él. Con paso reverente

Sale; y entónces ella,
De su tan digno sucesor gozosa,
Diciéndole otro *adios*, eternamente
Enmudeció, se hundió, cayó la losa.

La severidad de la critica podría reparar tal vez en alguna expresion ménos noble, en el mal efecto que resulta á veces de encerrar el sentido en dos versos pareados y aislados, y en la unifor-

midad que se advierte en la prosopopeya y en la declamacion anterior. Pero á nuestros ojos estas ligeras faltas se hallan desvanecidas con las muchas bellezas que contiene la obra, y sólo nos queda el placer de haberla leído, y el deseo de que el autor siga empleando un talento tan feliz con gloria suya y de nuestra poesia.

IV.

DEL SEÑOR DON JOSÉ MARÍA DE CARNERERO.

Composiciones poéticas sobre el combate naval del dia 21 de Octubre de 1805.—(*Memorial Literario*; 1806.)

Despues de hacer el señor Carnerero un extracto analítico de las composiciones, dice así:

«Por lo que respecta al orden de los incidentes en las tres composiciones, el autor no ha seguido la verdad; pues en la primera describe la tempestad ántes de trabarse el combate, siendo así que fué posterior; y áun el poeta, cuando tiene derecho para inventar los sucesos que trata de narrar, ó para añadirlos, dado que sean ciertos otros nuevos, no es, sin embargo, tan ámplia esta licencia, que pueda trastornar tan considerablemente los puntos históricos, mucho ménos cuando no es absolutamente necesario para el objeto que se propuso. Parécenos tambien que interesaria más la descripcion de la tempestad despues de haber pintado la heroicidad de los marinos en la batalla; pues cuando el lector piensa que ya llegó el término de los desastres, halla que hasta los elementos se conjuran en la ruina de los sujetos que llaman su atencion. Y esto mismo da un nuevo colorido al asunto, y le hace más interesante; de suerte que en este caso la realidad del hecho se presta á la sublimidad de la poesia. Esta razon nos parece la más poderosa para desaprobare el que el autor haya invertido el orden de los sucesos, cuando esto mismo perjudica á la belleza del cuadro que presenta á nuestros ojos. Lo mismo observariamos respecto de algunas otras proposiciones que se hallan esparcidas en las tres composiciones; pero no siendo tan dignas de consideracion como la que acabamos de indicar, juzgamos oportuno examinar otros puntos de más interes.

Así como es hermoso todo el pasaje que hallamos en la composicion segunda, que principia:

El náutico alarido
Se ensancha por el reino de Neptuno, etc.

hasta el otro párrafo, que comienza:

Héroes sublimes de la patria mia,

nos parece poco noble la descripcion de la muerte de Nélon, perseguido por los manes de sus victimas. En buen hora se denigren las perfidias del gabinete inglés, y se declame justamente contra su sistema destructor; pero no se insulte la memoria de un héroe, que cumple con la orden de su gobierno y que sabe morir lidiando. Tanto más innoble nos parece esta pintura, cuanto sería más brillante la gloria de los españoles, manifestando el heroismo de Nélon, su furor en el combate, y su ardiente anhelo por destruir al enemigo. Cuantos más escollos tengan que vencer los iberos, tanto más espléndido es su honor. Esta descripcion hubiera sido más propia y más digna de la poesia, que ho la acriminacion de un general, que no es el móvil principal de los disturbios que agitan la Europa, y cuyo valor pasará á la posteridad, honrando el nombre español. Estas observaciones, que nos ocurrieron al leer las dos primeras composiciones, nos fueron tanto más sensibles, cuanto en ellas encontramos imágenes muy bellas y trozos de la más escogida poesia. Detengámonos ahora en la tercera, que es, sin disputa, la de más mérito y en la que más luce el entusiasmo del autor. Es muy sensible y patética la descripcion de los resultados del combate; posteriormente, cuando el autor anuncia que, áun no saciados los britanos de mortandades, quieren renovar la infanda lucha, nos describe la aparicion de Alcides. Examinando el motivo por que se aparece, es muy buena imagen.

Despues de reprender á los ingleses sus iniquidades, para que vean el fruto de sus preten-

siones, manda al mar que se abra. Esta imágen es verdaderamente poética. ¿Qué modo más propio para pintar los resultados de las guerras marítimas, que descubrir en el seno del mar los deplorables restos de sus estragos? ¿Y qué maravillas no puede prestar al arte encantador de la poesía semejante espectáculo? El señor Sanchez hace una pintura bastante enérgica, y recorre rápidamente todos los objetos que en aquel punto se ofrecieron á la vista de los espectadores. Y en esta rapidez encontramos un artificio muy atinado. Sería ridiculo que el autor se detuviese en la descripción de los pormenores de cada objeto; la imaginación corre en un momento todas las maravillas que excitan su curiosidad: otra Cádiz, la Atlántida, mil rios, monstruos sin fin, portentos, raras producciones, innumerables tesoros..... todo esto la ocupa y la conduce de curiosidad en curiosidad..... pero llega el momento en que la vista se fije en la sumergida armada y en los ínclitos guerreros devorados por los voracísimos peces..... Los espectadores no pueden sufrir tanto horror, y se retiran llorando y maldiciendo á los ingleses y á la guerra. Esta graduación está hecha con bastante acierto y concluye felizmente. Unicamente notamos alguna baja en el modo de expresar la imágen consagrada á pintarnos á los guerreros comidos por los peces. Aun cuando su fin sea realmente éste, la poesía no debe presentar ideas tan poco halagüeñas y tan poco dignas de ella. Olvidese el poeta, en semejante ocasión, de la verdad del hecho, y válgase de los medios que le suministren la ficción y el entusiasmo. Ofrezca imágenes más grandiosas, y después de haberle ocurrido la de abrirse el mar, que produce un efecto tan maravilloso, no decaiga del fuego que le animaba, y no amortigüe el enajenamiento del lector, haciéndole pasar del más soberbio espectáculo á otro tan débil y tan poco expresivo. El discurso último de Alcides, que ya hemos copiado anteriormente, es muy animado y dulce al mismo tiempo.

El nombre del autor, y el retardar la publicación de sus composiciones hasta dejarlas ser las últimas, nos hizo esperar más; porque, ó callar, ó tratando de hacer una obra maestra, vistas ya las de Inarco Celenio y el señor Quintana, excederlas. Ni hay en éstas lo que debe entenderse por verdadera energía poética, ni aquella combinación feliz y nueva, favorecida con el acierto de encerrar la mayor extensión de ideas en la mayor precisión de palabras, como en la sombra de Nelson; ni hay tampoco aquella marcha noble y nueva de la oda del señor Quintana. Los lugares comunes son frecuentes; y en efecto, hablar de Neptuno; decir que las madres se abrazan á sus hijos, y las esposas á sus maridos moribundos; hacer que se aparezcan espectros ó cosa que lo valga, etc., todo esto se ha dicho ya; y quien lloró tan dignamente la muerte de la Duquesa de Alba no debió repetir lo que ya estábamos cansados de oír. Se hallan también algunos rípios, que manifiestan trabajo en encontrar el sonsonete del consonante; y esto es tanto peor, cuanto el autor no tenía necesidad ninguna de buscarle, puesto que ha escrito en silva; se dejan ver también ciertas voces mal traídas, sin más adorno que el de una extremada rimbombancia en sus sonidos, y.....

Pero el fin es laudable: la hazaña que se canta grande y digna de mucho respeto, y basta para no seguir en estos ligeros reparos, tanto más, cuanto el señor Sanchez merece nuestra estimación, y nosotros nos la merecemos á nosotros mismos, lo que basta á lo ménos para vivir satisfechos de que nadie nos hará la injusticia de no creer que nuestras reflexiones son hijas de la más recta imparcialidad (1).

(1) Este artículo dió motivo á una vigorosa controversia, sostenida, en cartas literarias, entre los señores don M. B. García Suelto y don José María de Carnerero, las cuales fueron publicadas en varios números del *Memorial Literario*. Aquél sólo veía

perfecciones en las obras poéticas de Sanchez Barbero; éste, más imparcial y más atinado, señalaba en ellas graves lunares. La posteridad ha confirmado la opinión de Carnerero. (*Nota del Colector.*)

V.

DEL SEÑOR DON JOSÉ MARÍA CALATRAVA.

Carta á la señora doña María Manuela Prieto, sobre la muerte de SANCHEZ BARBERO (1).

Melilla, 10 de Noviembre de 1819.

Mi venerada amiga y señora: Me es muy sensible tener que dar á usted una noticia que no podrá ménos de causarle pesadumbre; pero no es culpa mia que admita usted en su amistad á desgraciados á quienes no ocurren más que males. SANCHEZ ha muerto casi repentinamente, el día 24 de Octubre último, y hay que añadir esta nueva víctima á tantas otras como van ya sacrificadas.

Hace algunos meses que se quejaba de una especie de ahogúo cuando andaba más de lo ordinario, y especialmente cuando subia alguna cuesta; pero con un corto descanso cesaba casi siempre su fatiga; y así él como el médico y los demas lo atribuíamos á su método de vida sedentaria, falta de ejercicio, pasiones de ánimo y efecto del clima. Fuera de una ocasion en que, por Junio, le atacó más fuertemente el mal, aunque cesó con remedios sencillos á muy pocas horas, no tuvo más que accesos momentáneos, sin hacer cama nunca y conservando siempre su humor y buen apetito, y la mayor regularidad en todas sus funciones; tanto, que engañados todos por estas apariencias, creíamos que muchas veces se quejaba de aprension, y solíamos zumbarle sobre esto. Así prosiguió hasta el día de su muerte.

El anterior 23 no se quejó, ni se notó en él novedad alguna. Hizo algunos versos aquella mañana, pasó el día con algunos amigos, y con ellos y conmigo cenó de muy buen humor y con mejor apetito. Durmió perfectamente; oyó misa á las ocho de la mañana siguiente, y al volverse festivo á su casa, subió una corta cuesta que media, sin sentir la incomodidad que otras veces, como lo advirtió él mismo á quien le acompañaba; pero á pocos pasos de haberla subido, le acometió la fatiga, y no cesando, aunque se sentó el paciente en la misma calle, se le subió á su habitacion en una silla. Llamado el médico, le recetó una bebida y un pediluvio caliente, y no dió importancia al mal; otros que le visitaron despues, tampoco se la dieron, y él mismo, contando con que su incomodidad pasaria pronto, no nos avisó ni hizo cama, y aún á cosa de las once permitió que el sirviente le dejase solo. Pero apenas lo habia quedado, sintió una fatiga más fuerte, bajó hasta el primer descanso de la escalera, donde hay otra habitacion, para pedir más agua caliente á fin de darse otro baño, y allí mismo se agravó en términos que no pudo entrar. Acuden al momento algunos conocidos; viene el médico, lo reconoce en la propia escalera, y poniendo mal gesto, le dice que es menester confesarse; cosa que sorprendió al enfermo. Subiósele en brazos de los circunstantes, y la fatiga fué creciendo cada vez más, con grandes conatos al vómito. SANCHEZ no podia parar ni sentado ni paseándose: no pudo tomar un caldo; ni podia tampoco confesarse, como lo dijo. En este estado se me avisó, y en seguida sucedió á aquellos

(1) Esta carta fué publicada en la *Revista de España, de Indias y del Extranjero* (1848), por nuestro ilustre amigo el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, con la siguiente nota biográfica:

«En 19 de Abril de 1847 ha fallecido en Madrid, á la edad de 68 años, la señora doña María Manuela Prieto, una de las cuatro que en el año 1820 presentaron al desgraciado don Rafael del Riego aquella corona cívica que tres años despues vino á trocarse en la del martirio. La amabilidad, el talento, la gallardía de rostro y ánimo, y singulares prendas de esta señora le granjearon, casi desde la infancia, el aprecio y cariño de cuantos la conocieron, distinguiéndose en el número de sus amigos personas muy notables en la carrera literaria y política. DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO, don José María Calatrava, don Tomas García Suelto, traductor de

El Cid, de Corneille, y don Teodoro de la Calle, traductor del *Otelo*, de Ducis, emigrados unos y en presidio otros, escribieron á esta señora cartas que dan muy alta idea de su carácter y virtudes. En una de ellas (la que aquí publicamos) le refiere Calatrava, con todas sus circunstancias, la muerte de SANCHEZ, ocurrida en Melilla.

Fueron padres de doña Manuela don Antonio Prieto, médico de fama en Madrid, y doña Benita Baupillar. Nació en Talavera de la Reina. Se refugió en Cádiz en el año de 1808, viéndose allí reducida á tener que lavar y planchar para ganarse el sustento. En circunstancias más felices amparó y socorrió mil veces á los liberales perseguidos. Fué ella tambien, viendo su casa allanada con frecuencia por el grave delito de favorecer á sus amigos políticos.»

conatos un vómito copiosísimo, que postró considerablemente sus fuerzas. Corro con aquella primera noticia, y le hallo con un semblante cadavérico, sentado en su cama, medio vestido y bañado en sudor, arrojando todavía, y diciendo que se ahogaba; quise animarle, y no me contestó sino que ya no había remedio; pónense unos sinapismos, y dice que ya no alcanzaban. Un eclesiástico amigo, que estaba allí, me advierte entónces que la muerte parecía muy próxima; hacemos salir á los circunstantes precipitadamente para si podia confesarse el enfermo; dígoles yo mismo que es menester aprovechar el momento, y diciéndoselo y repitiéndole el vómito, cae, se levanta, y vuelve á caer atravesado en la cama, sin poder ya más que decirme *adios* con una voz casi inarticulada, y recibir la absolución, apretando la mano al eclesiástico. No volvió á hacer movimiento ni á manifestar fatiga alguna. Al punto se le administró la Extrema-Unction, y pocos momentos despues espiró, en la misma actitud en que habia caído, á las doce y cuarto de la mañana, poco más ó ménos. Algunos amigos que al recibir la primera noticia corrieron á visitarle, no vieron ya más que su cadáver.

En la mañana del 25 le hicimos las exequias y entierro más decentes que caben en esta plaza, con asistencia de los jefes y de todas las personas visibiles de ella, y la oficialidad de la guarnicion. Todos nos han favorecido tanto en este caso, que los individuos de la parroquia y hermandades, que asistieron todas, han hecho el obsequio de no admitir derechos ni gratificacion alguna, á pesar de todas nuestras instancias.

Recogimos al punto los borradores que tenía, y se hizo inventario de sus ropas y cortos efectos, lo cual se ha vendido para sufragios, por disposicion de los jefes y del cura. Los borradores existen en nuestro poder: casi todos están bastante confusos; pero luégo que salgamos del correo, nos ocuparémos en irlos descifrando: los hay de poesías castellanas y latinas, y de adiciones ó reformas en la gramática que compuso ántes de su venida. Creo que esta gramática se halla en poder de las señoras de Prieto, á quienes escribo para que la conserven con todo cuidado, por si conviniere publicarla á su tiempo, con lo añadido aquí. Tambien les hablo de que hagan avisar, si tienen medio, al hermano único del difunto, que le oimos existia en Setúbal; porque me parece que á él es á quien corresponden los borradores originales. Si no se sabe de tal hermano, ó no se cree oportuno avisarle y aguardar su determinacion, deseamos proceder de acuerdo con los principales amigos de SANCHEZ acerca del destino que debemos dar á estos papeles, de los cuales no nos consideramos sino unos meros depositarios. Ruego á usted, pues, que se sirva decirme si merecen su aprobacion estas disposiciones, y comunicarme lo demas que le parezca oportuno. Si usted quiere, le enviaré ó reservaré copias de lo que vayamos sacando en limpio; bajo el concepto de que, por los antecedentes qué tengo, valen poco casi todas las poesías castellanas. El autor mismo no estaba satisfecho sino de las latinas.

Deseo que haya usted descansado del largo viaje que acaba de hacer, segun he oido, y que pueda darme alguna buena noticia acerca de la situacion de nuestro Eug....., pues nunca puedo ménos de tomar un interes muy vivo en sus cuitas, por mil títulos. Consérvese usted buena, y tan feliz como apetezco, y disponga como puede de su afectísimo y cada vez más reconocido amigo.
Q. B. S. P.

JOSÉ MARÍA CALATRAVA.

P. D. 28 de Diciembre. Escribi esta carta aguardando, de un día á otro, conductor que la llevase, y no lo ha habido hasta ahora. En el intermedio he reconocido todos los borradores de poesías, y ya tenemos en limpio las latinas. Me afirmo más y más en mi primer juicio, si me es lícito formarlas en la materia. Son pocas, á mi parecer, las castellanas que corresponden á lo que se podia esperar del autor, y hay algunas que le desfavorecen y que nunca deben ver la luz. Las mejores son dos odas y una cantata que usted ha visto, y algunas otras composiciones ligeras. Las latinas en la mayor parte son excelentes; pero hay muchas muy lúbricas, y algunas peligrosas en las circunstancias actuales. Espero, pues, las órdenes de usted, y que, en el caso de que quiera desde luégo algunas copias, tenga la bondad de decirme si debo aventurarlas por el correo, ó hacer que Paz las envíe por conducto más seguro. Entre lo castellano, hay tambien dos operetas originales; pero no me gustan leídas, y me parece que se las recibiria mal en el teatro.

POESÍAS.

ODAS.

I.

A LA BATALLA DE TRAFALGAR (1).

I.

Quis fuit horrendos primus qui protulit enses?

*At nihil ille miser meruit: nos ad mala nostra
Vertimus, in saxa quod dedit ille feras.
Divitis hoc vitium est auri.*

TIBULO, elegía x.

¡Cuán corta y suspirada
Fué en nuestro seno tu mansion risueña,
Oh del fulgente Olimpo descendida,
Del suelo desterrada,
Fecunda paz! Apenas de la vida
El aura dulce á respirar volvimos,
Volvimos á penar con la pesada
Cadena de los males;
Y en nuestra sangre bárbaros tefimos
Las mismas armas que otorgara el cielo
Para seguridad de los mortales.

Nosotros, más que fieras inhumanos,
A la voz halagüeña resistimos
De fraternal concordia;
El fuego y la discordia
Con que asolados fuimos,
Contra nosotros atizando insanos,
Y enemigos haciéndonos de hermanos.

Con ala arrebatada
Huiste á nuestra vista,
¡Oh paz, dorada paz! y nuestro gozo
Así voló como liviana arista,
Por el astro flamígero tostada,
En quien su saña el aquilon emplea.
Levántala del suelo,
Y en remolino rápido voltea.

Tú, de la santa humanidad desdoro,
¡Oh tétrica Albión! Tú, de la tierra
Execrada por siempre, á precio de oro
Conquistas la maldad; en dura guerra
Al hombre contra el hombre precipitas,
Y la cólera irritas

Del cielo sufridor; tú en cautiverio
Anhelas sola encadenar los mares;
Sola extender el insaciable imperio
De tu codicia atroz; á las regiones
Tributarias hacer.... «A mi albedrío
El comercio y el mar sujetos sean.»—
«El comercio y el mar libres se vean»,
Responden las naciones,
«Del vano y usurpado señorío
Con que Albión injusta las oprime.
Lo que es del orbe, el orbe
Disfrute á su placer, y nuestra saña
Pruebe cualquiera que, voraz, absorba
La propiedad comun....» Rabiosa gime,
Y hombres y naves á la lid apresta.
Hombres y naves á la lid funesta
Dispone de consuno con España
El galo triunfador. Cádiz al cielo
Confusa gritaría
Alza asustada; con horrible vuelo

(1) Esta oda se imprimió en Madrid, en 1806, con una dedicación al Duque de Berwick y de Alba, en cuya casa estaba empleado SÁNCHEZ BARBERO. (Nota del Colector.)

Gira el pálido espanto,
Robando la alegría,
Llenando á todos de aflicción y llanto.
Neptuno, al ver la formidable armada,
Y su espalda agobiada

Al peso enorme de los buques, grita:
«Eolo, vén; á tu oprimido hermano
Acude velocísimo.» Del cielo
Mueve el poder; excita
Las tempestades; de la nube el velo
Los apolíneos rayos oscurece;
Arde la esfera, suenan
Los aguaceros, sumban
Todos los vientos, cruje

El polo al ronco estruendo
Con que los truenos sin cesar retumban.

Brama el ponto y revuélvese; á las naves
Montañas de olas con furor embisten,
Y á estrellarlas, hundirlas, dispersarlas,
El viento, el mar, el ciclo se conjuran;
Mas vanamente su pujanza apuran,
Que hombres y naves su furor resisten
Y al hado inevitable se abandonan.

«¡Guerra, guerra!», pregonan
Con no visto ardimiento
Los soldados impávidos, gritando
En ellos el honor, todo tu aliento
Consigno ¡oh patria! cada cual llevando,
Y toda tu esperanza,
Toda tu gloria y próspera bonanza.
Ordenan sus navíos y los vuelven
Del enemigo en faz; acá se mudan,
Y allá precipitados se revuelven;
Unos con otros á encontrarse vuelan,
Unos á otros con valor se escudan,
Unos á otros por rendir anhelan.
Con su tea fatal la mecha enciende
Belona; el duro, el implacable Marte,
De muertes coronado,
Tremolando en los aires su estandarte,
Aguja, acosa al infeliz soldado,
Desnudo el pecho, á despreciar la bala;
Y en feroz complacencia,
¡Ay! con sangre las víctimas señala
Que inmoladas serán á su demencia.

II.

*Bella, horrida bella.
VIRGILIO.*

¡Quién es bastante á contener el llanto
Al ver la más atroz carnicería
De hombres contra hombres, el clamor y espanto
Tan cruel, la enconada
Barbarie, la fiera
De los que en lazo del amor fraterno
Unió naturaleza?
¡Ay! llora, musa mía,
Llora conmigo, humanidad sagrada,
Cuando la encapotada
Noche la oscuridad al mundo envía,
Y cuando alegre con su luz le dora
La lámpara febea.
Llora, mi musa, llora,
Y acento de dolor tu canto sea.
El tirano del mar con su *Victoria* (2)
Las filas rompe audaz; pero Gravina,

(2) Navio que montaba Néison. (Nota del Colector.)

De Hesperia y Francia dulce honor y gloria;

Intrépido camina

Su torrente á atajar..... Vuela, ¡oh navío!

Tú, que el augusto nombre

Llevas de aquel á cuya voz un día

Se inclinarán dos mundos (1);

Vuela, lidia, deshaz la altanería

Del insular..... No ufano

El triunfo ostentes, campeón furioso;

Que vive, vive el español glorioso

Por quien será tu sangre derramada.

Sobre tu cuello alzada

Ya veo, ya, la vengadora mano,

Y ¡oh si de tu nación el poderío,

Como el tuyo será, fuera tan vano!

Tan noble empresa el inmortal Gravina

Va acaudillando; denodado brío

Le sigue de los otros combatientes,

Y á Nelson los britanos inclementes.

La lid se trava; el ciego

Furor, por donde quiera,

Y la turbada confusión se extiende.

Dos mil volcanes de rabioso fuego

A un tiempo en cada hilería

Estallan; dos mil truenos pavorosos

Se escuchan á la vez; arden, humean

Los vientos nebulosos,

El piélago se hiende,

Las naves en el Tártaro sumiendo;

Encontradas pelean

Las olas, en sus hombros sosteniendo

Los bajeles al cielo levantados;

Estremécense Gádes,

Y sus altivas torres bambolean.

Doce mil muertes sin parar rodean

A los hijos de Marte enardecidos,

Que en sangre propia y en sudor se bañan;

Doce mil orfandades acompañan,

A su lado, la pálida indigencia,

¡Ay! los males prolijos

De esposas, madres y de tiernos hijos.

Ni ceden: el despecho,

La desesperación y la sangrienta

Venganza que respiran,

Son la deidad que su acerado pecho

Implora; la deidad que los alienta,

Deidad suprema, que presente miran.

Al último combate se provocan,

Su gloria está en morir, morir matando,

Que en su valor estriba

La nacional fortuna,

Y su salud en no esperar ninguna.

Más que nunca se aviva

El furor; naves contra naves chocan,

Ya de costado, ya de frente dando.

Esta se rinde, aquella

Se abre anchamente, y á la mar salada

Concede franca vía.

La otra, miseramente abandonada

Al poder de los vientos, se desvía

Y en los peñascos con fragor se estrella.

A ésta el velámen, el mesana falta

A la de más allá; por la otra sube

El fuego asolador, y al aire salta

Con hórrido estampido,

De humo y de llamas entre densa nube.

El náutico alarido

Se ensancha por el reino de Neptuno,

En la región nubífera se esconde,

Y resuena de lleno

En tierra el eco asombrador; responde

El promontorio consagrado á Juno,

Responden Calpe y el corense seno (2);

Responden con clamores triplicados,

Sobre el mar agolpados,

Los habitantes de la hermosa Gádes,

De tantas mortandades

Testigos dolorosos.

El hijo perecer la madre mira;

La triste amante de su amado escucha

El largo *adieu*: con ojos cariñosos

Hacia su patria vuelto el fuerte jóven,

Salúdala y espira.

Contra las olas lucha

El tierno esposo, el agitado acento

De sus hijos oyendo y de su esposa;

Los ve, se acerca, alarga

La mano..... ¡Oh Dios! su aliento

No puede; desfallece

Al embate de la ola temerosa,

Que viene, sobre él carga,

Y oyéndolos y viéndolos perece.

Héroes sublimes de la patria mía,

Que en su defensa ufanos

La sangre prodigasteis, de sus manos

La espléndida corona

Recibid. Será un día

Que vuestros hijos, en edad creciendo,

Tantas hazañas asombrados lean,

Y el vigor en sus almas renaciendo,

De vuestro ardor se llenen,

Honor y escudo de la patria sean,

Y á par de vuestras inclitas acciones,

Las tuyas grandes por el mundo suenen.

En ellos viviréis; su noble aliento

El vuestro infundirá; vuestra la gloria

Será de su heroísmo;

Vosotros su memoria

Llevaréis al Olimpo refulgente,

Adonde el generoso patriotismo

En el más alto asiento

De la florida eternidad preside,

Y donde en lauro vividor la frente

Corona de sus hijos;

Donde la paz reside,

Residen los celestes regocijos

Y todo es bienandanza,

Todo placeres y deleites puros,

Que nunca en pecho terrenal cupieron,

Ni humana mente á concebir alcanza.....

Mas ¡qué voz melancólica ensordece

Del piélago la indómita pujanza!

En luto se ennegrece

Del general britano

El alcázar soberbio. ¡Ay, ay! al viento

Con general lamento

Sale desde su nave coronada,

Nelson, Nelson murió..... ¡Mano sagrada,

Que del héroe más bárbaro y tirano

Los mares libertó! ¡Sagrada mano,

Que la venganza fiera

De tantos inocentes

Supo tomar! Sus lágrimas ardientes

La congojada humanidad modera,

Y los manes sangrientos,

Víctimas tristes de su rabia impía,

Hé aquí que en su agonía

Ya todos se presentan,

Le acosan, le horrorizan, y en su alma

Los rabiosos tormentos

Premio de su maldad, sin fin aumentan.

Yace en silencio helado

El furor á su lado;

Respira el mar, y su bravura calma.

Entre tanto las sombras de la noche

El cielo y tierra y el comun estrago

De Marte insano y de Neptuno envuelven,

Y á sus seguros puertos

Los combatientes, en matarse expertos,

Ni vencedores ni vencidos vuelven;

A tí, Cádiz hermosa, á tí quedando,

A vista de tan míseros despojos,

Luto en el corazón, llanto en los ojos.

III.

Eos autem subitum atque oculis mirabile monstrum.

Del piélago profundo

El sol con majestad su hermosa frente

Va poco á poco alzando,

(1) Llamábase *El Príncipe de Asturias* el navío que montaba el almirante Gravina. (Nota del Colector.)

(2) *Corense*; esto es, de la Bética, al Este de Cádiz. (Idem.)

En las cavernas lóbregas lanzando
La noche, de fantasmas rodeada.
Con su presencia el mundo
De luz y de placer henchirse sienta,
Y la onda sosegada
Mil soles reverbera
En la arenosa trémula ribera.
Dejan su lecho al punto
De Cádiz los llorosos moradores,
Y todos de tropel á la muralla
Solicitos ascienden.
Por el inmenso mar la vista tienden,
Y ven ¡qué horror! de la cruel batalla
Los destrozos sin fin y los furiosos.
Navios estrellados,
Navios sin velámen junto al puerto,
Hendidos y varados;
Orgullosos el Océano, cubierto
De triunfos y despojos, las riquezas,
El afán y sudor de las naciones
Acá y allá con lentitud llevando,
De ondas y vientos al impulso blando;
Cadáveres deshechos
Meciéndose en la márgen espumosa....
Aquí otra vez en lágrimas se inundan
Sus ojos; otra vez sus corazones
De pena congojosa
En mil partes y mil se despedazan.
Aquí las madres con dolor abrazan
A sus hijos, la guerra detestando;
Allí, casi espirando,
En su cándido seno palpitante
Estrecha muda al malogrado esposo
La que su esposa se llamó, y apenas
Con canto delicioso
Al dulce lecho conyugal saluda,
Cuando á los cielos se lamenta viuda.
Y más allá una amante
A su querido exánime volando,
El cabello ondeante
Se mesa insana, y el furor provoca
Del cielo contra sí; boca con boca
Aprieta, con su aliento
A la vida volverle imaginando.
Llama al amor desconsolada y mustia,
Y amor la entrega á su mortal angustia.
Toda es luto y lamento
La triste Cádiz; por sus calles suenan
Gritos continuos, que la opuesta orilla
Repite, pueblan la region del viento,
Y las comarcas próximas atruenan.
¡Oh guerra despiadada,
Acá contra los débiles humanos
Por la celeste cólera lanzada!
Y ¡oh de la compasión al tierno acento
Indóviles britanos,
Que de muertes y sangre y destrucciones
Aun no saciados, á la lucha infanda
Tornais; los corazones
Con cercos triplicados
De bronce endureceis, y despechados,
Allá correis donde el furor os manda!
¡Ay patria mía! Ya volver los siento,
Las ondas ceden al pasar, las velas
Espande en popa el vagoroso viento.
¡Oh núnem tutelar, que atento velas
En la grandeza del emporio hispano!
¡Alcides soberano,
De Carteya (1) famosa
Excelso fundador! Si aquí te plugo
Morar, si el gaditano,
En tu honor, reverente
Ara y templo te erigió; si, amable,
Sus víctimas y ruegos acogiste;
Tú, que armado de clava formidable
Con brazo omnipotente
Los monstruos destruiste;
Tú, que de Avila á Calpe separaste,
El Estrecho rasgaste
Y un mar con otro uniste,

(1) Ciudad de la Bética, junto á Calpe. (Nota del Colector.)

A estos perjurios con tu voz confunde,
Dispérsalos, en guerra
Has que entre sí se despedacen fieros
O á todos juntos en el mar los hunde....
¡Oh prodigio! La tierra
En derredor se mueve; compelido
El golfo por divinas
Fuerzas, á su pesar las crespas olas
Contra las naos rebela enfurecido.
El arte falta; atónito se espanta
El marinero inglés. De entre las ruinas
De la antigua Carteya
Hé aquí que de improvisó se levanta
Alcides soberano,
Y extendiendo la mano,
Y la clava nudosa
Sobre una y otra nave revolviendo,
Con ímpetu tremendo
Esta voz sale de su boca: «¡Aleves!
Tened; vuestra terrible
Cólera cese; al español defiende,
Y él en mi núnem protector reposa.
Yo soy el invencible
Alcides; esa undosa
Llanura inmensa á mi placer se calma,
A mi placer airada se embravece.
¡Desdichado de aquel que no obedece
Mi incontrastable voluntad! Piratas
Mayores que en los bárbaros han sido,
Decidme, ¡qué regiones
Habeis, por el comercio, respetado?
¿Qué derechos guardado?
¿Qué palabras cumplido?
Y ¡cuántas sediciones,
Qué de guerras y crímenes vosotros
No habeis entre los hombres esparcido!
¿Cuáles son las naciones
Que vuestro yugo pérfido no sientan,
Y de vuestra amistad no se arrepientan?
» Desde Albion umbría
Arribais á los piélagos hispanos,
De la negra traición sobre las alas;
De aquí, extendiendo las avaras manos,
Al Oriente alcanzáis y al Mediodía.
Y ¡aun no estais satisfechos
De oro, de sangre, de maldad, impíos!
¿Ver deseais la mortandad y estrago
Comun, y el fruto cierto
De vuestras pretensiones, de los navios
Que buscáis, y de Marte el desconcierto?
Mirad: ¡Abrete, oh mar!....» Y el mar fué abierto
Largo espacio en redondo.
Las ondas, replegándose veloces,
Murmuran sordamente contra el fondo.
Hércules dijo; y luego, los atroces
Ojos fijando en el inglés medroso,
Calló, contuvo de su furia brava
El ímpetu fogoso,
Y apoyado quedó sobre su clava.
Entónces de ver era
Los pueblos comarcanos
Solicitos correr á la ribera,
Atónitos quedarse al prodigioso
Nunca visto espectáculo ni oído
Desde que el mar tendido
Busca el astro lunar, y se levanta
A besar tierno su argentada planta.
Por la primera vez el sol radiante
Penetra el reino de Neptuno inmenso
Y sus profundas simas esclarece.
Descúbrese otra Cádiz; la famosa
Atlántida (2) aparece;

(2) La Atlántida es aquella tierra ó isla extraordinaria, que, según refiere Platon, por haberlo oído á su abuelo Critias, habia existido en el Océano, en remotos tiempos, más allá de las Columnas de Hércules. Aquella tierra fué en un principio «hermosa y santa.» Corrompido después sus habitantes, fué, por disposición divina, destruída por terremotos y volcanes, y sepultada en el mar. Esta noticia peregrina, que acaso sea una ficción parabólica del filósofo griego, ha dado motivo á interesantes conjeturas de parte de varios historiadores críticos, especialmente el profesor sueco Olaus Rudbeck y el sabio jesuita alemán el padre Kirober. (Nota del Colector.)

Mil rios con estrépito sonante
Corren por bajo; mil raudales manan
De las ocultas venas, y se afanan
Por desahacerse en fuego centellante
Volcanes estruendosos.
¡Qué de monstruos sin fin! ¡Qué de portentos!
¡Qué raras producciones!
¡Qué de tesoros en su seno encierra
El imperio del mar, y cuán costosos
Al hombre audaz! Aquí los avarientos
Pagaron su tributo, aquí la tierra
De continuo es tragada.
¡Gran Dios!..... Allí la sumergida armada
Se ve, y allí en los inclitos guerreros
Mil pecca, apañados, á portía
Se ceban voracísimos. ¡Oh fieros
Hombres! ¡Oh guerra impial!.....
No pueden resistir; huyen llorando,
A los ingleses y á la guerra odiando.
«¡Veis, dice entonces el glorioso Alcides
Con voz espantadora,
El fruto de las lides?
¡Veis, ¡oh ciegos mortales! veis ahora
Lo que vencer y dominar se llama?
¡Lo que desea vuestro pecho ardiente?
¡Lo que á la gloria y al honor le inflama?
No hay gloria, no hay honor sin la indulgente
Humanidad. La humanidad os guie,
Ella sola os encienda,
Ella su imperio por el orbe extienda.»
Cerróse el mar. Alcides
Entre las ruinas de Carteya luégo
Ocultóse con plácido sosiego.

II.

EL PATRIOTISMO.

A LA NUEVA CONSTITUCION (1).

¡Quién es bastante á reprimir el llanto,
Y quién á contener en su hondo pecho
El oprobio y despecho,
Si contempla al furioso despotismo
Que, cercado de ruinas y de espanto,
Y de muertes y horror no satisfecho,
Por tantos siglos humillarnos pudo?
Con semblante sañudo
Por el hispano imperio
El sangriento pendon al aire dando,
Error y esclavitud le acompañaban;
Error y esclavitud nos perseguían,
Procaces dominaban,
Y en densa ceguedad nos envolvían.
A su carro opresor en cautiverio
Gimió amarrada la verdad. En vano
Sus fervidos clamores
Los celestes alcázaros hirieron,
En vano, que sus dignos defensoras,
¡Dios! á tu nombre ¡qué impiedad! en sangre,
Llamas, oprobio sepultados fueron.
¡Hasta cuándo tus hijos?..... Y le plugo
Que sublimes alzásemos la frente,
Sacudiendo con ánimo valiente
El afrentoso yugo.
La suspirada aurora
Amaneció por fin; la triunfadora
Verdad, exenta del enorme peso
Del fanático error, ufana vuela,
Vuela la libertad, las leyes mandan,
Y ¡gloria y prez al español congreso!
Del uno al otro sol su imperio agrandan.
Entonces fuera cuando,
Entre el ronco tronar de los cañones,
Su augusta voz imperturbable alzando,

Hablára así la majestad hispana:
La española nación es soberana.

(Un grito horrible el despotismo dando,
Sus negras alas volador agita,
Y á vengarle feros al galo incita.)
¡Soberana! responde el más distante
Confin del cerco hesperio,
¡Soberana! las últimas regiones
Que por siempre cortó de este hemisferio
La inmensidad del piélago sonante;
¡Soberana!..... Estrémecese el tirano;
Sus bárbaras legiones
En miedo cambian el valor y encono;
Se estremece, y con él su infame trono.
¡Qué español, si de serlo se gloria,
Al oír este acento,
Qué español, al nombrar *Soberanía*,
Inflamarse no siente, engrandecerse,
En patriotismo arder, en ardimiento
Aventajarse, y en rencor temible,
Contra el vil opresor del Continente?
No se llame español si no lo siente.

Salga, vuele; ¡qué tarda! La fragura
Traspase del nevoso Pirineo;
Allá incline su frente,
Y la cadena dura
En perennal empleo
Arrastre, y gima, y su dolor aumente.
Allá marcada su deshonra vea;
Vuele, y esclavo del *esclavo* sea.
Que aquí nosotros los sagrados dones
De independencia y libertad gozamos,
Y monarca, no despota, juramos.
¡Gloria y honor al español congreso!
Indócil hombre, que al querer expreso
De la nación frenético te opones,
Ante ella te provoco,
Y el presto rayo que la ley despidе
Contra tu cuello criminal invoco.
Ni solo te persigo,
¡Oh parricidal que á una voz conmigo
Tu sangre España pide.....
¡Oyes? «Con sangre la traición expia:
Muere; lo decretó la patria mia.»
Esta patria, que libre, independiente,
A par su amor que su poder ostenta,
Y al prócer no consiente
Con opresión violenta
Al plebeyo agobiar; que todos, todos,
Españoles leales,
En religión y ley somos iguales.
Nuestra seguridad..... si antes se viera
Triste ludibrio del poder tirano,
Cual nave sin timón entre la fiera
Borrasca, y á merced del viento insano,
Quieta en el seno de la ley reposa;
Bien así, de cerviz majestuosa
Cual peña agigantada,
Que al volver de los tiempos desafia,
En sus bases inmóvil afirmada.
¡Qué español, si de serlo se gloria,
No bendice la mano protectora
Que tantos bienes pródigo le envía?
Y, ¿cuál código santo,
Cuál código atesora
Tan gran felicidad, riqueza tanta?
En pindárico canto
A la inmortal *Constitución* levanta,
Bienhadado español; tú, que el renombre
Por ella ya de ciudadano adquieres;
Por ella libre y hombre,
Hombre, no siervo de tiranos eres.
¡Hijos de España, juventud dichosa!
Si en aqueste liceo (2)
El grito retumbó del despotismo,
En aqueste, con fuerza victoriosa
Derrocado su altar, el patriotismo
Levanta su magnífico trofeo;
El fanático error vencido cede,

(1) El señor de Mesonero Romanos ha tenido la bondad de comunicarnos esta oda, cuyas copias se han hecho raras, con la siguiente nota: «Va escrita de mi mano; la he conservado en la memoria cincuenta y siete años.»

Fue leída por el autor, en los Estudios de San Isidro de Madrid, en el acto de apertura de la cátedra de Constitución Política de la monarquía española, el 25 de Febrero de 1814. (Nota del Colector.)

(2) Los Estudios de San Isidro. Celebrábase la solemnidad en la capilla llamada de los Redondos. (Nota del Colector.)

Y la sin par *Constitucion* sucede,
Constitucion rescuena
 Doquiera ya; *Constitucion* inflama
 Los españoles pechos,
 Y contra el crimen espantosa truena.
 Vén, vén, ¡oh juventud! Ella te llama
 Tus sagrados derechos
 A revelarte fiel. ¡Cómo desdeña
 Al déspota y tirano!
 ¡Cómo á ser ciudadano
 Y á conocer enseña
 Tu excelsa dignidad y poderío!
 Las ominosas trabas
 Con que hasta aquí, de la opresion esclavas,
 Sus agraviadas artes lamentaron,
 Con invencible brío
 Desbarata y destroza
 Y en la comun felicidad se goza.
 ¡Oh jóvenes! venid y el ornamento
 De nuestra patria sed; la patria os llama,
 Y ya en vuestro saber y heroico aliento
 Su gloria y su baluarte
 Mirando está; mirando
 En cada cual un denodado Marte,
 Y al tirano y al déspota doblando
 A vuestros piés sus trémulas rodillas,
 Y animarse en vosotros
 A los Lanuzas ve y á los Padillas.

III.

LA INVASION FRANCESA EN 1808.

I.

DE BONAPARTE.

El español sopló: rasgóse el velo
 De la maldad hipócrita, las nieblas
 Que su sólio fantástico ceñían,
 Ahuyéntanse. Patentes
 A la tierra y al cielo
 Los hechos esplendentes
 Del tirano comun, que en las tinieblas
 De la encantada ceguedad, espanto,
 Pavor, silencio, admiracion ponian,
 Mortales, ved; su trono
 Trono es de esclavitud, trono de llanto;
 Iniquidad sus glorias,
 Crueldad su proteccion, robo la guerra,
 Robo la paz y robo la alianza
 Con que asolar la tierra
 Y destruir la libertad alcanza.
 El águila rapante,
 Coronada de sórdidas victorias,
 Allá donde con soplo retumbante
 Y majestad altiva
 Desbrava Bóreas su furor hinchado,
 El vuelo arrebatado
 Aquí recoge, del leon cautiva;
 Y evitando su intrépido denuedo,
 Acude á la traicion; traicion implora,
 Cambiada su altivez en torpe miedo;
 Traicion es su deidad, traicion su Marte,
 Y por traicion de crédulos señora.
 A Ulm así rendiste,
 Así fué tremolado tu estandarte;
 ¡Conquistador mezquino!
 Del imperio frances y del latino
 La corona real así ceñiste;
 Del mundo y su destino
 Regulador así te apellidaste,
 Con el brazo de Dios omnipotente
 El tuyo sin vigor medir creyendo,
 Y superior á Dios ser presumiendo.
 Así á España en tu mente dominaste,
 Y en su trono vendido
 Un hermano ensalzar, ladron, intentas.
 Entró, mofado fué, tembló azorado,
 Cobarde huyó, acoosado
 De las garras sangrientas
 Del hispano leon, que desde léjos
 Le estremeció con su mortal rugido,

De nuestros brazos á Fernando arrancas,
 ¡Oh padron de falsias!
 A Fernando, por Dios acá enviado,
 Para lustre y honor de monarquias,
 Para nuestra salud y regocijo.
 ¡Fel aliado te pragonas, hijo
 Le llamas, y el puñal bajo tu manto
 Atroz revuelves. Mitigar sus penas
 Juras ¡ay! y en su pérdida te afanas;
 Tu trono asegurar, y las Castillas
 Avido asaltas, tu delito infando
 A merced de un ridículo congreso,
 Usurpador aleve, sancionando.
 Y despues en sus pálidas mejillas
 El beso ¡oh Judas! paternal imprimes,
 Con falsas esperanzas le mantienes,
 Con halagos sus lágrimas reprimes,
 De sus hijos y patria le enajenas,
 Y á esclavitud y sempiterno llanto
 ¡Oh el más vil de los monstruos! le condenas.

Doscientos mil y más ejecutores
 De tus designios bárbaros, en tanto,
 Furiosos por la España se derraman,
 Validos de un traidor: traidor los fuertes
 Ocupas; las ciudades populosas
 Avasallas traidor. *Libertadores*
 De nuestra patria, los incantos claman,
 Y á sus hogares con placer los llaman.
 Y todos á porfía
 De la amistad los bienes
 Les dan gozar. El armonioso canto
 De sol á sol en su alabanza suena.
 «El gran Napoleon á España admira,
 El gran Napoleon á España llena;
 A España, que circunda
 De vivar lauro tus infames sienas;
 Y en galardón el áspera coyunda
 Del cautiverio ¡oh vándalo! provienes
 Al fácil español: en recompensa
 Destruccion y maldad tu mente gira,
 Destruccion y maldad á España mandas,
 Y en la maldad y destruccion te agrandas.
 «Quemad, robad, matad: grillos, esposas
 Al español opriman,
 Y bajo de mi cetro no doblado
 Con ansias espantosas
 Niñez, vejez, adolescencia giman.»
 Lo decretaste; tu escuadron, armado
 De criminal pujanza,
 El pendon del terror al aire tiende,
 Y cual feroz torrente despeñado,
 En nosotros cólerico se lanza,
 En nosotros cólerico se enciende.
 No hay ceder; ¿qué linaje
 De delitos su espíritu contenta?
 Allá corre al pillaje,
 Acá el decoro virginal violenta,
 Y acá y allá y aquí, jamas saciado,
 En nuestra vida y sangre se apacienta.
 Del dios de los ejércitos se rie,
 Profanador; destroza,
 Tala, atropella, con el mal se engrie,
 Y orgulloso, emulándose, se goza.

Nuestro gran aliado,
 Españoles, mirad; «aquel que, armado,
 Protege la virtud; el que asegura
 Nuestra ley, religion y posesiones,
 Honor y libertad; aquel que infunde
 En nuestros agitados corazones
 El bálsamo de paz y de ventura;
 El que á nuevo vivir nos regenera.»
 El siglo de oro por doquier difunde,
 Y segunda deidad al orbe impera.
 ¡Ay! ¡y nosotros la feliz bonanza
 En su poder libráramos, insanos!
 Nosotros á los cielos soberanos
 Demandamos su sólida alianza
 Con el iris de un plácido himeneo!
 ¡Oh cielos! perdonad de los mortales
 El inocente error y devaneo.
 De nuestra aletargada confianza
 Harto expiamos los funestos males,

Que aún en nuestras cervices centellea
La afilada segur; la sangre humea,
En arroyos corriendo,
Y todavía mis oídos rompe
Del pérfido cañon el ronco estruendo.

¡Oh día dos de Mayo,
Día de horror! Jamas, jamas la lumbre
Del padre de las luces te amanezca;
Maldígate el mortal y se estremezca;
Maldígate el que mora
Del quieto empleo la estrellada cumbre,
Y á tí con él, *Murat*, y cuantos fueron
Presa de tu perfidia destructora.

¡Oh de la patria mia
Impertérritos mártires! gloriosos
En el seno morad de bienandanza
Que Dios ya..... No hay tardanza;
Voló la chispa eléctrica; se armaron
Las provincias, y « ¡Guerra, eterna guerra
Contra el frances! », unánimes gritaron.
¡Guerra! arrasada quede
Esa servil nacion asoladora,
De arpías y asesinos alevosos
Fecunda engendradora;
Y guerra á tí, opresor: el suelo alfombré
Tu sangre, y de los fastos
Rayado sea tu execrable nombre.

II.

VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES SOBRE LOS FRANCESES.

¡Ay de tí, destructor! de iniquidades
Océano fecundo,
Ayer admiración de los vivientes,
Hoy fábula, hoy escándalo del mundo!
¿Qué fueron las hazafías sorprendentes
Con que el ala veloz de las edades
Creíste suspender? Tu vasto imperio
Allá las hiperbóreas soledades
Redujo á cautiverio.

Sobre rígidos hielos se aplanaron
Tus insaciables águilas; los soles
Tus victorias jamas solemnizaron;
Invicto atleta por insidias fuiste.
Hoy temeraria tu altivez embiste
A los nunca domados españoles.

¡El brazo vengador alzado al viento,
Y deshacer no miras

Tu imperio de quimeras y mentiras!

¡Ay, ay de tí, Napoleón! Ya siento

Derrocado caer tu orgullo insano

Hasta el profundo abismo

Al denodado aliento

Del escuadron hispano,

Que impertérrito manda el patriotismo.

¡Oyes? Sobre tus sienes titubea

La usurpada corona mal segura.

¡Oyes? ¡Cuál de temor amarillea

Tu desmayada faja! la ardiente espada

Desenvaina; de acero la armadura

Al cuerpo ciñe; el morrion plumado

En tu cabeza trémulo se agite,

Y tu presencia excite

El valor del beligeró soldado,

Si es que tu imperio con honor sostienes

Y si el trono á invadir de España vienes.

¿Qué tardas? lo juraste; vén, sacude

La pereza..... Ni viene ni responde;

Antes, cual corzo tímido se esconde,

Y, cual raposa, al artificio acude.

Sus combatientes bravos

En medio de la paz á España envía;

A España, que yacía

(¡Oh traidor, que de horror al mundo llenas!)

Inerte, desarmada,

Sin gobierno..... « Traédme los esclavos,

Aquí están las cadenas,

Los españoles amarrados queden,

Lo mando yo; que su infortunio giman,

Y que mi carro, cual vosotros, rueden. »

Dice; despierta España;

De su gran aliado

Las imposturas ve, se escandaliza,

Revuélvese, su saña

Rompe, da chispas, arde,

Y súbito se eriza

Contra el falaz Napoleón cobarde.

¡Esclavos! Vil, ¿ignoras

Que la nacion que libre vivir quiere,

Jamas, jamas tiranizada muere?

Libres son nuestras almas,

Libres sobre tu sòlio se subliman.

De tu fiera opresion palmas y palmas

A nuestra libertad gloriosas nacen;

Palmas que á un tiempo tu opresion intiman.

Esos intentos, baladí, cróteles,

Que con escarnio confundidos yacen,

Intrepidez nos dan y vencimiento,

Triunfo tus grillos, y tu ardid laureles.

Mengua tus armas son, y son vilceja;

Las nuestras el valor. Con fingimiento

Lidias, artero rey; con fingimiento

Vences al enemigo deslumbreado:

Nosotros con valor y con nobleza.

Asesinos, salid; de España al nombre,

Asesinos, temblad, y un fuerte muro

Ved en cada soldado;

Un triple baliarte,

En cuyo pecho, de temor seguro,

Arde el furor del acerado Marte;

Y en cada tercio que animoso parte

Los vuestros á rendir, toda Numancia,

Toda Sagunto va. Su invicto aliento

La patria á sus ejércitos infunde;

La patria, que al violento

Musulman derrotó, montes y valles

Sembrados de cadáveres dejando;

La patria, que confunde

Al gran conquistador en Roncesvalles,

Y otro sol, otro mundo

Encadenó á su mando;

La patria, en cuyos ámbitos retumba

Victoria al orbe atónito; ¿qué temes?

Temes, Napoleón, y en ella miras

De tu ambicion la inevitable tumba.

A muerte, esclavitud y robos toca

El escuadron de foragidos cacos,

Franceses, mamelucos y polacos,

Y cuantos en mal día

Lanzára de sus senos el cocito.

Al arma le provoca

Con sin igual ardor y bizarría

El hispano, en los célicos anales

Por el dedo de Dios su nombre escrito;

De Dios, que incontrastable le defiende,

Y el ardor en sus ánimos enciende.

Dispónense á la lid: en un momento

Valencia y Aragon, Andalucía

Y toda España al vagaroso viento

Tremolan sus pendones á porfía.

De innumerable tropa

Se cubren las llanuras; á la intensa

Bullidora inquietud y gritería

Está en expectacion el ancha Europa

Entre los dos ejércitos suspensa.

Escúchase el clarín; el pavoroso

Cañon del viento la region liviana

Con el rimbombo asorda y estremece;

Asustada enmudece

Del revoltoso mar la furia insana;

Sacúdense en su centro cavernoso

La agigantada sierra,

Del mundo trabazon; en polvo, en humo

Envuélvese la tierra.....

Guerra otra vez. Aquí la alevosía

Ni la encubierta falsedad presiden;

El acero y valor aquí deciden.

Cual tigre encarnizada

Vase al frances el español derecho;

Trábase pié con pié, pecho con pecho,

Espada con espada.

Huye, acósale, hiérele, fallece,

Y, mordiéndolo el terror, yerto fenecce.

¡Victoria al español! Avasallada,

Ved aquí la sacrilega gaviila.
Ruge el leon, se humilla
El águila rapas; cual fuego á estopa,
Deshácela feroz bajo su planta,
Y atónita la Europa
Tan alto triunfo enardecida canta.
Gloria á la patria mia,
Gloria, nombre inmortal en las naciones;
Y gloria á los insignes campeones
Que en la marcial porfía
Del tirano comun la libertaron;
Que, con espanto del altivo Sena,
Los trofeos espléndidos hollaron
De Marengo, Austerlitz, Friedland y Jena.
¡Qué esperas ya, Napoleon, qué esperas?
De tu imperio las sólidas columnas
Al denudedo español desmoronadas
En un punto se ven: mustios, llorosos
Tus generales van, con fuertes lazos
Aprisionados por detras sus brazos.
Tus *inictas* banderas
El torpe suelo barren dealustradas;
Tus haces, que á las nuestras se opusieron
Orgullosas y fieras,
Polvo, sombra fugaz y nada fueron.
¡Qué esperas ya, Napoleon, qué esperas?
Tus pèrdidos designios se frustraron.
Con implacable saña
Toda, toda la España
Te provoca feroz en las fronteras.
¡Qué esperas ya, Napoleon, qué esperas?
Caneóse la fortuna; aquí su clavo
Fijó, no hay más *allá*; vencido fuiste,
Y será tu señor quien fué tu esclavo.
Innoble morirás. Si andas ahora
Con heroico valor, con brazo fuerte
El término forzoso no aceleras
De tu vecina muerte,
¡Qué esperas ya, Napoleon, qué esperas?

III.

ENTRADA DE NUESTRAS TROPAS EN MADRID.

Venid ya, suspirados campeones,
Gloria de España, de la Francia espanto;
Venid, y vuestras inclitas acciones
De gente en gente publicadas sean.
Mirad, mirad los habitantes fieles
Del pueblo de Madrid correr ansiosos,
En patriotismo arder sus corazones,
Abrazaros, con llanto
Regar vuestros laureles.
/ *Viva, viva* / los jóvenes resuenan,
/ *Viva, viva* / las vírgenes responden,
Del viento la region los vivas llenan,
Los huecos los esconden,
Las ecos los replican,
Y los traidores de la patria, ocultos
En el lóbrego asilo de sus techos,
Angustiados su muerte pronostican.
Entre los populares regocijos,
Contra sus castos abundosos pechos
Las madres á sus hijos
Estrechan fuertemente,
Y « Ved aquí, les dicen,
De la patria los bravos defensores,
Que nuestros labios sin cesar bendicen.
Vivid, creced; que un día,
Cual éstos, vencedores
Volvais á nuestros brazos,
Cubierta de laurel la hermosa frente;
Cual éstos, acrezcais el alegría,
Y cual éstos, los públicos loores.
Nosotras lo veamos,
Nosotras aplaudamos
Vuestro heroico valor y bizarria,
Y despues venturosas
Entre vuestros laureles fenezcamos. »
Dicen; el llanto expláyase: riendo
La patria complacida
Las maternales súplicas aprueba,
Y en su dócil espíritu infundiendo.

El nacional ardor, *¡Ayos* los llama
Y al santuario del honor los lleva.
En ellos la extinguida
Alianza británica renueva,
Odio y rencor contra el frances derrama;
Contra el frances violento
Odio y rencor su corazon inflama,
Odio y rencor su amortiguado aliento.
¡Perversos! A esta tierra
Fingiend paz llegaron;
Con amigable paz los acogimos,
Y hallamos ¡ay! escandalosa guerra.
Hospedaje imperiosos demandaron;
En nuestros patrios lares
Hospedaje benéfico les dimos,
Y de nuestros hogares,
Despóticos señores, nos lanzaron.
La rosa de la tímida belleza
Brutales destruyeron.
Virtud, honor, humanidad, riqueza
En su imperio tiránico cayeron.
Deshechos sus altares,
Hollada, escarnecida
La religion lamenta, estremecida,
Lamenta tan sacrilegos horrores;
Y el que á su voz enfrena
La altivez de los mares,
De los vientos el impetu serena,
Engalana los páramos de flores,
Los cielos de brillantes luminas
Y á su voz van á deshacerse en nada,
Este Dios sacrosanto
Desalojado está de su morada.
A tanta iniquidad nos opusimos;
La ley enmudeció, nos desarmaron,
Y de su esclavitud esclavos fuimos.
¡Llorais! Mezclad al religioso llanto
Nuestras piadosas lágrimas. Aquesta
Espaciosa llanura,
De fuentes vistosísimas regada
Y de árboles lujosos entoldada,
Del público recreo
La estancia fué: funesta
Estancia luégo, miserable empleo
A su caballería.
Pomposa aquí ostentóse su parada,
Aquí su formidable batería;
Aquí Vulcano el horno
Dispuso; de sus golpes al estruendo
Marchito el Prado estremecióse en torno.
Aquel monton de tierra,
De tierra en sangre cálida empapada,
Los míseros cadáveres encierra
De tantos inocentes
Que á la traidora espada
Del bárbaro frances su cuello dieron.
Murieron, sí, murieron,
Mas sus dolientes voces
Venganza sin cesar, venganza gritan.
Hasta el empuero llega
El agudo clamor: á Dios irritan
Los crímenes atroces.
De llamas rodeada
Vuelve la faz, sacude
Su cabeza indignada,
El furor desprendido se despliega,
Y á su justa venganza los entrega.
Tended en leve giro
La vista más allá; la primavera,
Donde su rico manto
Embellece de rosas y de flores,
Y mora placentera
La madre del amor y los amores,
Y despues, hermosísimo Retiro,
Fuiste mansion del sanguinoso Marte;
Mansion de luto, de dolor y espanto.
En esta, en esta parte
El pabellon estaba
Del pèrdido Murat; aquí acampaba
Su ejército críel, allí se hacían
Zanjas, minas y fosos;
Acullá terraplen; en este lado

La aguda empalizada se crizaba;
 ¡Ay! en el otro ardian
 Las mechas de cañones estruendosos
 Para arrasar la corte ya, ya prestos;
 Y estábamos nosotros esforzados
 Entre las ruinas á morir dispuestos.
 Iban..... De vuestras inclitas acciones
 Extiéndese el rumor; desalentados
 Se hielan de temor sus corazones.
 Os acercáis, huyeron;
 Entrais, y la irrisión del mundo fueron.
 Y nosotros ¡oh diál
 El yugo sacudimos
 Que nuestro cuello entre la tierra hundia.
 Libres, libres vivimos,
 Libres, el aire libre respiramos,
 Y al cielo refulgente
 Libres alzamos la gloriosa frente.
 Heróicos defensores
 De la patria, venid; de los tiranos,
 Venid, jamas vencidos, vencedores;
 Que la patria de lauros inmortales
 Os corona felix por nuestras manos.
 La patria pide más; jurad leales
 La total extincion de los tiranos,
 Y paz, eterna paz á los britanos.

IV.

PROCLAMACION Á FERNANDO VII.

¡Qué espíritu atrevido
 Sobre el trono flamígero del día,
 Su magnífico vuelo remontando,
 Cantar el alegría
 Pudiera enardecido
 Del pueblo de Madrid, á tí, Fernando,
 Rey del indico mundo,
 Rey del héspero suelo proclamando?
 Plácida reina de la noche umbría,
 Que en silencio profundo
 Nuestros aplausos encantada oiste;
 Tu eterno giro de apacible lumbre
 Por otra esfera guía,
 Y abandonando la celeste cumbre,
 Con rayo brillador la estancia embiste,
 La oscura estancia del mejor monarca
 Que al cielo con sus quejas importuna.
 Vuela, piadosa luna,
 Y su afición con nuestro amor consuela;
 Muévate mi rogar, y rauda vuela.
 Mas, en vez de escucharme, poderosa
 El disco hermoso en esplendor extiendes,
 Y á gozar de las salvas embebidas
 Con que Madrid á su señor aclama,
 Acudes presurosa
 Y la regencia de la noche olvidas.
 En majestad pomposa
 Atónita suspendes
 Tu carroza de luz; en luz se inflama
 El aire en derredor; en luz la extensa
 Llanura de la mar, y en mudo pasmo
 Dilatándote inmensa,
 Nuestra ventura sin igual admiras;
 Exaltada despues en entusiasmo,
 Globos de luz sobre nosotros giras.
 Admira, oh luna, y en placer dilata
 Tu corazon divino,
 En tanto que el camino
 Recorro infatigable
 Por donde enloquecido me arrebató
 De Madrid el revuelto torbellino.
 Héme ya dentro dél. Por donde quiera
 Gozoso movimiento,
 Un impulso con otro se engrandece,
 Y el que es aquí corona,
 Es allá del que sigue, nacimiento.
 Tal del Olimpo en el sublime asiento
 Una agitada esfera
 Con otra se eslabona,
 Y es animada sin cesar y anima;
 De polo á polo el movimiento crece,
 La atracción se sublima,

Y en trémulos fulgores
 La inmensidad etérea se embellece.
 En cambio, aquí se ostentan
 Con todo su esplendor la asiana pompa,
 El lujo sin igual: los resplandores
 Léjos, léjos de sí la noche avientan.
 La Fama, con su trompa
 Los aires velocísima cortando,
 Tan grande agitacion, riqueza tanta
 Anuncia lisonjera
 Al infeliz, al inclito Fernando,
 Que ávido escucha y su dolor quebranta.
 ¡Oh si estrechado con nosotros fuera!
 Entonces ¡ay! veria
 Cercado de celeste regocijo
 Y en paternales lágrimas deshecho,
 En cada cual un hijo,
 El valor y lealtad en cada pecho,
 En toda la española monarquía,
 Igual, comun en todos la alegría.
 En este, en este pueblo bullicioso,
 Al inocente júbilo entregado,
 El vuestro afortunado,
 Bosques elíscos, ved; vuestro armonioso
 Cantar aquí. Las tiernas alabanzas
 Por su adorado rey el aire hieden,
 Hundén el suelo las festivas danzas,
 Y á los astros las súplicas ascienden.
 ¡Qué noche tan distante
 De aquel menguado día
 En que un intruso á coronarse entrará!
 Con él la vil usurpacion, delante
 El despotismo tétrico venía,
 De falaces ofertas rodeado.
 Al uno y otro lado
 El oculto terror, con férrea vara
 Al leal español estremeciendo,
 Y grillos y y cadenas previniendo,
 En sangre salpicado.
 Por las calles desiertas
 Oscura soledad se espaciaba,
 Y luto los balcones,
 Luto cubria las cerradas puertas;
 En todos los hispanos corazones
 La despechada indignacion bramaba,
 Y anchamente vagaba
 Silencio aterrador..... De la memoria
 Borrado sea tan funesto día,
 Y llene mi agitada fantasía
 De nuestro rey la aclamacion y gloria.
 Ahora más que nunca se renueva;
 Su plácido retrato
 Por el Prado sombrío
 Entre mil danzas y cantares lleva
 Inúmero gentío
 (Tambien yo) con magnífico aparato.
 «¿Dónde vais?», exclamé; se detuvieron.
 «Seguidme»; silenciosos me siguieron.
 A par de los cadáveres coloco
 La imagen de Fernando carifiosa,
 Y con voz animosa
 Así su dura cólera provoqué:
 «Del ardiente gritar y aclamaciones
 Baste, españoles, ya: desde esta hora
 Anime nuestros bravos corazones
 Venganza nada más: asoladora
 Venganza contra el galo aquí resuena
 Del centro de la tierra conmovido.
 Un lúgubre gemido
 Estos lugares en redondo llena
 De horror, dolor, espanto.
 Los árboles que visteis ambiciosos
 Con sus brazos pomposos
 Los aires dominar, ya por el suelo,
 Oprimido su honor, de amargo llanto
 Cubiertos son y de enlutado duelo.
 ¡Percibís los clamores dolorosos
 Qué guerra dicen y feroz venganza?
 ¡Qué pensáis, españoles! Sin tardanza
 A la guerra valientes caminemos,
 Y venganza feroz y eterna guerra
 A los impíos franceses alevosos,

Que nuestro mal causaron,
 Sobre aqueste retrato venerable,
 Sobre aquestos cadáveres juramos.»
Sobre ellos guerra y destrucción juraron.
 «Corramos, sú, y que tornar se vede
 Hasta que Francia un páramo espantable
 Y á nuestras plantas el tirano quede.
 —Corramos, á una voz todos dijeron,
 Las armas prevenid.» *Á prevenir las*
Y á guerrear coléricos partieron.

V.

MARCHA DE NUESTROS EJÉRCITOS CONTRA LOS
FRANCESES.

*Guerra, guerra sin fin al tirano;
 A la guerra, feliz juventud;
 Toda Francia redúscase á llano,
 Gocé el mundo por ti la quietud.*

Patricios, la gloria
 Brilló de la España;
 Volemos con saña,
 Con gozo á vencer.
 Victoria, victoria,
 Plausible resuena,
 Victoria nos llena
 De inmenso placer.

Guerra, guerra, etc.

Los grillos tenaces
 Que vil, engañoso,
 Feroz, ambicioso,
 Nos puso el frances,
 Rompimos audaces;
 Audaces corramos,
 Los grillos pongamos
 Con furia á sus pies.

Guerra, guerra, etc.

Á guerra nos llama
 La patria en despecho,
 Y guerra en el pecho
 Comienza á gritar.
 En guerra se inflama
 El valle, la sierra,
 Los vientos en guerra,
 En guerra la mar.

Guerra, guerra, etc.

Mirad á la Francia;
 ¡Qué ufana, arrogante!
 En ella se plante
 De España el pendon.
 Allí está la estancia
 De infames ladrones,
 Allí las traiciones
 De Napoleon.

Guerra, guerra, etc.

¡Oís unas voces
 Que dicen: «Volando
 Venid, á Fernando
 Valientes salvad!»
 Corramos veloces
 A darle sosiego;
 París arda en fuego
 Por su libertad.

Guerra, guerra, etc.

«Venid, hijos míos;
 Valedme, que muero
 Al bárbaro acero
 Del déspota infiel.»
 España, tus bríos
 Concentra en Fernando,
 Y muera rabiando
 El monstruo críel.

Guerra, guerra, etc.

Que muera su nombre,
 Que caiga su tropa;
 Extinga la Europa
 La raza servil.
 Maldito aquel hombre
 Que no los persiga;
 Que fiero no diga
 Mil veces y mil:

Guerra, guerra sin fin al tirano;

*A la guerra, feliz juventud;
 Toda Francia redúscase á llano,
 Gocé el mundo por ti la quietud.*

IV.

Á MIS COMPAÑEROS (1816).

Figúrase la escena de esta oda en la bodega del Fuerte-Bonete, del
 de donde, en días despejados, se divisa Sierra-Nevada.

Vuestro anhelo es Granada;
 Granada vuestro afán y regocijo;
 Y mientras el espíritu curioso
 A su placer os lleva poderoso,
 Elévase mi mente, recreada,
 Un hijo suyo, un hijo,
 Sus delicias y gloria, contemplando.
 Granada..... Al pronunciar tan alto nombre,
 Saluda el labio su fecundo suelo
 Y reverente la cerviz se humilla.....

Reparad la Puntilla.....

Por ella en adelante
 Con vista voladora,
 Dulces amigos, empezad, salvando
 La inmensidad del piélago sonante.
 Cual matrona de sí señoreada,
 Yace acullá sentada,
 Bajo esta playa del Olimpo oscura,
 En cuya extremidad el mundo gira
 Sobre su quicio eterno.
 Su hermosa luz Hiperión retira,
 Y con cetro glacial manda las nieves
 El aterido invierno.

¡No veís el horizonte,
 Donde la mar hinchada
 Parece que, rugiendo destructora,
 Acomete, se estrella
 Y torna desbravada?
 Entre aquellos espesos remolinos,
 De niebla encapotados,
 Con orgullosa majestad descucilla
 Un prodigioso monte,
 De raudos torbellinos
 Ceñido en derredor, y de nublados.
 En su aérea cerviz y altiva frente
 La nieve persevera,
 La nieve allí, que vió la vez primera
 El género naciente.
 Con soplo bramador Bóreas impera,
 Quien, así que se enciende
 Su formidable saña,
 Se lleva estrepitoso las encinas:
 A su caída oprimen
 La espalda de las próximas colinas,
 Que al golpe enorme estremecidas gimen.

Allí el alado rayo se desprende,
 Rompiendo atroz la cavidad interna,
 Y el pavoroso trueno,
 Que, con violencia extraña,
 Se escapa de su seno,
 De montaña en montaña va saltando,
 De caverna en caverna retumbando.

Allí de linfa pura
 Los ríos se abastecen,
 Y á cada paso los arroyos saltan;
 Arroyos que á porfía
 ¡Oh Pálas! te enriquecen,
 Y á tí, padre, dador del alegría;
 A tí de mías componen la corona,
 Alma Ceres; con plácida verdura,
 Con fruta, rosa y flor la vuestra esmaltan.
 Oh Vertumno feliz, feliz Pomona.
 Esposos envidiados,
 Que al dulce amor rendidos,
 Morais entre los cámenes floridos,
 Morais en los vergeles encantados,
 Con que *Sierra-Nevada*
 A su ciudad amada,
 Fausta ciudad que en su regazo abriga,
 Regala poderosa
 Y de bienes sin limite la llena.....

COBO.

Salve, ciudad amena;
Salve, ciudad famosa.

REBOTADO.

De tí el vital aliento,
De tí el saber maduro,
Para ser el espléndido ornamento
Para ser de la patria firme muro,
Recibió en alba luz mi tierno *Rosa* (1),
A quien el hado fiero,
Cual á nosotros, sin piedad acosa.

COBO.

¡Ay! Salve, compasero,
Por siempre salve, Ilíberi gloriosa.

*Hos, Roma, versículos, quo tu correptus eodem
Turbine, composui. Dulcis amice, vale.*

ELEGÍAS.

I.

EN LA MUERTE DE LA DUQUESA DE ALBA.

La Duquesa murió. La luz brillante
Del astro de Alba entre ofuscadas nieblas
Se esconde; su semblante
Las gracias halagüeñas abandonan,
Y en torno la coronan
Sin fin amarillez, sin fin tinieblas.
Un ¡ay! continuo por su helado lecho
Va fúnebre sonando;
Y sus tiernos amigos,
Cubierto de dolor el triste pecho
Y á golpe tal atónitos quedando,
Con lúgubre silencio le rodean,
Con encendido llanto le humedecen.
Vanamente el espíritu desean
A su amiga volver: desconsolados
La llaman, no responde, y enmudecen;
Míranla, y desmayados
Su faz llorosa contra el lecho oprimen;
Otra vez vuelven á llamarla, y gimen;
Otra vez á mirarla, y desfallecen.
Cargada de tan inólitos despojos,
Y el desmedido triunfo contemplando,
La muerte en tanto con serenos ojos
En los cerrados párpados descansa
De su víctima hermosa;
Y fiera y orgullosa
Se está regocijando
De ver el orbe ante sus pies temblando.

Murió, murió; tan débiles acentos
De labio en labio vagan;
Veloces se propagan
De Madrid por los senos anchurosos;
Los encendidos vientos
Sus ecos lastimosos
Por la ancha Iberia aligeros difunden.
Todos á un tiempo de dolor se llenan
Cuando las voces de su muerte suenan.

Así cuando una nube tormentosa
En el Oriente cárdeno aparece,
Al recio soplo de los vientos crece,
Ensanchando su cerco pavorosa;
El trueno rueda; sin cesar serpea
El rayo, la febea
Antorcha se oscurece,
Rásgase en fin, y embravecida envía
Rayos, desolacion y caudalosos
Torrentes, que á porfía
Chozas, rebañes, vegas arrebatán.....
Entonces los mortales
No hallan alivio en sus acerbos males.
Vuestra madre benéfica perdida,

¿Qué será de vosotros, oh leales
Vasallos! Vuestra vida
¿Quién asegurará! ¿Quién vuestros hijos
Defenderá! La paz y regocijos
De quién esperaréis! Ella viviendo,
La abundancia corria
Para adormir vuestras dolientes penas,
Para colmar de próspera alegría
Vuestra canosa edad. Ella viviendo,
Aherrojada en cadenas
En sus estados la opresion bramaba.
El huérfano adigido
Su madre la llamaba,
Su amparo el desvalido,
Su gloria el español; y cual si fuera
Su diosa tutelar, la agricultura
Sus dones imploraba,
Y enriquecida con sus dones era.

No menos dolerosa
Imágen se presenta
En su amante familia desolada.
Por donde quiera que la vista ansiosa,
Por donde quiera que la planta lleve,
Todo es luto y dolor. Aquí, violenta
Agitación; allí, silencio horrible.
El ciego porvenir allá atormenta,
Y más allá se mueve
Confusa gritería,
Que se extiende y aumenta
Entre las sombras de la noche umbría.
Yo también, ¡ay! á quien piadoso el cielo
Dió que mi madre y mi esperanza fuese,
Y mi único consuelo,
La lloro, por mi mal arrebatada
En su más lleno día;
La lloro, y siento, al contemplar su muerte,
En la suya llorar la muerte mía.....

La hora llegó: con dolorido y fuerte
Són la campana á la mansion la llama
Del sempiterno olvido.
Aquí el llanto y gemido,
Aquí el dolor se inflama;
Clamores y querellas
Se alzan á las olímpicas estrellas.
Mustios, en esto, y en silencio grave
Entrando van en la temida estancia
Los que innúmeros pueblos señorean;
El llanto en abundancia
Corre sobre el cadáver, que rodean.
Se bajan, lo descubren,
Y al ver el rostro que encantó algun día
Por su vivacidad y su atractivo
Ora horroroso, y que al mirarlo aterra,
Gimiendo, el suyo con las manos cubren.

« ¡Oh grandes de la tierra,
A cuya elevacion el orbe estrecho
Parece; á cuyo nombre
Tiembla y se abate en su miseria el hombre!
En esa ya deshecho
Cadáver, de la hispana
Region un tiempo admiracion y gloria;
En esa vuestra hermana,
Grande, grande también, que á confundirse
Va con el polvo en el sepulcro frío,
Contemplad vuestro sér y poderío.

» Sus altos timbres, su pomposo fasto
Y su fama admirada,
Que del ámbito hesperio
Más allá vuela y más allá retumba,
A ser vinieron miserable pasto
De la muerte feroz. Todo á su imperio
Invencible llevó; todo consigo
Cayó por siempre en la insaciable tumba.
» Tiempo será que á tan fatal abrigo
Llagueis, adonde eternamente se hunden
Los grandes potentados,
Y donde en lazo fraternal guardados
Señores y vasallos se confunden.
Ni brillo, ni exencion, ni habrá grandeza
Que nuestra paz inalterable rompa.....
No hay tardanza, escuchad: la ronca trompa
Os llama con presteza,

(1) Don Francisco Martínez de la Hoya.

¿Veis á la muerte cómo bate el ala
Y con pálida mano
A vosotros sus víctimas señala?
Aquí ese nombre vano,
Aquí ¡tristes! dejad esos blasones:
No son vuestros, no son; tan solamente
Es vuestra la virtud que allá se premia,
Y vuestras las espléndidas acciones.»
Temblaron á esta voz, desaparecieron,
Y sombra y nada en su grandeza vieron.
La quieta noche su enlutado velo
Dejó caer. Gozaba
El fatigado suelo,
Exento de pesar, el sueño blando.
El viento su ala recogido había,
Y en brazos de su amor tranquilo estaba
El bienhadado esposo reposando.
Sólo el Albano sucesor velaba
En su tierna agitada fantasía,
Mil fúnebres ideas revolviendo,
Y en todas partes viendo
A la infeliz Duquesa. De repente
Más que nunca se exalta;
De una deidad arrebatarse siente,
Y de su lecho salta.
Animoso, anhelante,
Sigue donde le guía
El celestial poder; toca, ignorante,
Unas bronceadas puertas,
Y al impulso menor hélas abiertas.
Se para, mira, escucha
Lo que él se finge, del temor vencido;
Por volverse hácia atrás dos veces lucha,
Y dos veces á entrar es impelido.
Con plantas desmayadas
Va trémulo bajando:
La lóbrega mansion, las abultadas
Sombras, la angusta majestad, el ruido
De sus piés, en las bóvedas sonando
Mayor entre el silencio comprimido,
Y el eco por los túmulos vagando,
Hielan su alma medrosa.
De una pálida luz á los reflejos
Sigue, y alzarse una pesada losa,
Y luego incorporarse
A la Duquesa de Alba ve de lejos.
Asómbrase, el cabello se le eriza,
Ni hablar puede, ni huir, ni adelantarse.
Una voz cariñosa,
Acércate, le dice, y se estremece;
Otra voz imperiosa,
Acércate, le grita, y obedece.
Le toma de la mano, y ¡oh portento!
Empieza así con apacible acento:
«Atiende ¡oh sucesor de la que el mundo
Duquesa de Alba todavía nombra,
Y es sólo en este cóncavo profundo
Un nombre vano y fugitiva sombra!
Los sepulcros que miras,
Del feliz desengaño
La escuela son. Lo que en la tierra admiras,
Tantas armas y títulos pomposos,
Que tu ascendencia y mi renombre oncumbra,
Son fuegos engañosos
Que nuestra vista y corazón deslumbran;
En humo se disuelven,
Y, oscurecidos, á la nada vuelven.
» Dime, ¿qué me aprovecha
De mi engrandecimiento
El vuelo asombrador? ¿Qué mi fortuna
Y el ser de reyes mi gloriosa cuna,
Si al fin caí de mi elevado asiento
En esta tumba estrecha,
Donde por siempre las cenizas mías
Sepultadas están; donde descansan
Las de tu padre ya; donde las tuyas
Vendrán á reposar, en terminando
La rápida carrera de tus días,
Que ojalá vayas de virtud sembrando?
» ¿Saber deseas los heroicos timbres
De tus predecesores?
¿Los entronques? ¿Los árboles altivos

De tu genealogía? ¿Los colores
Que en campos de oro tus blasones cuentan?
Jamás en los recónditos archivos
Los busques; ni en palacios suntuosos,
Que pilares de mármoles sustentan
Y adornan geroglíficos inciertos:
Aquí los hallarás entre los muertos.
» Repara en esos mudos
Epitafios, repara en los escudos
Que los velados túmulos coronan;
Ellos tu origen y tu fin pregonan.
A ellos ¡oh niño! sin cesar pregunta;
Aquí el vivir por el morir se estima,
Y aquí el principio con el fin se junta.
» La muerte se sublima,
Con arrogante planta
Veneras y blasones destrozando,
Y su temible mando
De nuestras ruinas sin piedad levanta.
Lo que es y fué, lo que será, su imperio
Todo absorbe y sujeta;
Todo; mas todo á la virtud respeta.
» ¡La virtud! ¡la virtud! Tu patria amada,
La religion sagrada,
La humanidad doliente,
Las ciencias y artes, del felix reposo
Inagotable fuente,
En tí su generoso
Amigo, en tí su padre,
En tí su escudo y su columna vean;
Esta tu gloria y tus blasones sean.
» Encenderán tu alma
La serie esclarecida y numerosa
De *Silvas* y *Toledos*,
Ilustres con la palma
De la paz venturosa;
Ilustres en los bélicos denuevos.
Imitalos, y adios.....»
El niño siente
En la virtud su espíritu inflamarse,
Y *Silvas* y *Toledos* animarse
Todos en él. Con paso reverente
Sale, y entónces ella,
De su tan digno sucesor gozosa,
Diciéndole otro *adiós*, eternamente
Enmudeció, se hundió, cayó la losa.

II.

EN LA MUERTE DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE FERNANDINA, CONDE DE NIEBLA, HIJO PRIMOGÉNITO DE LOS EXCELENTÍSIMOS SEÑORES MARQUESSES DE VILLAFRANCA, ETC., Y DISCÍPULO MIO (1816).

«Al fin la parca impía,
Y el hado, de las glorias envidioso.
Mi próspera fortuna arrebataron,
Mis hechos, que asombraron
Desde do nace el día
Hasta donde su carro presuroso
Desata enardecido
El padre de la luz, todos cayeron,
Todos envueltos en la tumba fueron
Del grande *Fernandina*,
Mi digno sucesor. Reproducido
En él, en él mi prez y confianza
Depositó feliz: murió; termina
Mi dicha y esperanza,
Termina mi carrera triunfadora,
Y á su voraz imperio nos entrega
Airada Libitina.
» Sí, ya murió: despliega
Tu rabia destructora,
Estúpida nación (1). ¿En quién contraíte
Hallará tu venganza?
¿En quién poder que baste
A confundir tu desmedido orgullo?
Por donde fué tu infame cautiverio,
Ufana puedes levantar ahora
Un espléndido imperio,
Y de vil tributaria ser señora.

(1) Los marroquíes.

» Neptuno, que espumoso
De Calpe á Rusader (1) tu seno agrandas,
Encréspace furioso,
Con remolino y bramador estruendo;
Encréspace, en las playas españolas
Tus altaneras olas
Soberbio revolviendo.
Ruge; al cielo amenaza, al mundo atruena;
Hervidor y voraz abre tus simas;
Que rota la cadena
Que yo te puse, soberano mandas,
Mandas exento y libre
De que otra vez aprisionado gimas.
A quien propicia suerte
Dió tu furia domar, víctima yace,
Víctima triste de la fiera muerte,
Y yo con él.....» Es fama que en hablando
Así *Guzman el Bueno*,
Cayó en la tumba, del doliente seno
Un ¡ay! prolongadísimo lanzando.

III.

AL MISMO ASUNTO.

Yaces ¡ay! oh discípulo querido,
En el sepulcro yaces ¡ay! postrado,
Así cual derribado
Por la saña de Bóreas inclemente
Arbol tierno de Pálas,
Cuando no bien sus galas,
No bien ostenta su pomposa frente,
Y agradecido al bienhechor, empieza
A premiar el solícito cuidado.....
¡Ingenio malogrado,
Que en la risueña aurora de tus días,
De saber y virtud opimo fruto
En esperanza dicras,
Y de tus padres el encanto fueras,
Y fueras parte de las glorias mías!
Encanto y glorias que por fiel tributo
Lágrimas piden y dolor y luto.
¡Oh cuántas veces, cuántas,
Tu perspicaz razón desenvolviendo,
Vi que con tiernas plantas
Hollaste generoso
El fausto y el estruendo,
Y de prócer el título pomposo,
Que el ignorante con asombro admira,
Que á tus iguales seductor deslumbra,
Y de su vanidad en torno gira!
Y dije: «Aquí se encumbra
El ibérico honor; aquí se inflama
La vivífica llama
Que la patria en el pecho
Infundió de Guzman; aquí animado
El venerable Palafox respira;
Respira satisfecho,
Y en su más alto punto,
El paternal candor jamás turbado:
Este, abuela, el traslado,
Este, madre, el trasunto
Fué de vuestra virtud, fué del talento,
Que la Fama llevando por el orbe
Sobre las alas va del raudo viento,
Ya ni le sobras (2) tú, ni tú le alcanzas.....»
¡Hermosas esperanzas,
Que cual etérea exhalación lucieron,
Y muy más que relámpagos veloces
Para nunca tornar desaparecieron!
¡Y vive larga edad el delincuente
Gozándose en sus crímenes atroces!
¡Y en sublimado asiento
Vive para tormento
Del justo, para oprobio
De la sagrada humanidad doliente!
¡Vive, y el cielo su vivir consiente!
¡Quién, al ver los mortales

Esclavos, abatidos
A la tirana voz de sus pasiones,
No esquivá lo terreno,
No eleva los sentidos,
No gime por las célicas mansiones,
Mansiones eternas,
Donde, ahuyentada la ficción, de lleno
Esplende la verdad! Francisco, el mundo
No fué digno de tí; su falso brillo
Tu corazón sencillo
Desdeñó; desdeñáronle tus ojos,
Y dejando alentado
De la carne los miseros despojos,
Con vuelo arrebatado,
Allá te alzaste donde
En estable bonanza
Quietud y bienandanza
Y santo gozo de consuno habitan;
Do ni pasiones penetrar pudieron,
Ni el mundano jamás; te alzaste donde
Sin fin las puras almas
Rebosan de placer, de amor palpitan,
Y la virtud á la virtud responde.
¡Mil veces, bienhadado
Francisco, tú, que en la estrellada altura,
De tus progenitores rodeado,
Gozas de su presencia en paz segura!
Y ¡ellos también dichosos,
Que con la amable tuya se recrean!
Solícitos, ansiosos,
Después que complacidos
De su larga progeñe se informaron,
Del bajo mundo conocer desean
Los hechos por la fama ennoblecidos;
Los hechos que á sus ínclitos autores
Del olvido y la muerte libertaron.
¡Ay, cuánto desconcierto! ¡Qué de horrores
Les contarás! ¡Qué males!
Los miseros mortales
Por innumeras vías agitados:
De la prostitución al carro atados
Unos; otros hinchándose engraidos
Al soplo del favor; allá pugnando
Por sostener la libertad amada,
Y á su opresor, para oprimir, vendidos;
La horrible tiranía
Sobre Pirenealzada,
La bélica bandera tremolando,
Y unas con otras en mortal porfía
A las naciones todas concitando;
En guerra y destrucción todas ardiendo;
En el augusto trono
De la verdad y la virtud, sentada
Con su hermano el error, la hipocresía;
En implacable encono
La envidia contra el mérito ensañada,
Doquiera amenazando,
Doquiera persiguiendo,
En sangre tinta y en horror hirviendo.
Por último, la suerte desgraciada
De tu maestro amado.....
¡Oh tú, que, coronado
De estrellas refulgentes,
Con ánimo sereno
Bramar la tempestad, rodar el trueno
Bajo tu planta sientes!
A par de tí nuestra mansion prepara,
Que de esta sociedad tan corrompida,
De todo bien avara,
Bien pronto romperemos
Los vínculos y lasos,
Y á tus amables brazos
Con alas agilizísimas iremos,
Allá do, en compañía
De tus progenitores,
Léjos del mundo infiel y sus errores,
Eterna primavera, eterno día
En paz inalterable gozaremos,
Nuestra ventura sin cesar cantando,
Y con sus ecos el celeste alcázar
Nuestra ventura sin cesar sonando.

(1) Antonino en su *Itinerario* llama á Melilla *Rusader*; Plinio, *Rusadir*; Tolomeo, *Rusadyr*.—Calpe es Gibraltar.

(2) Sobras está usado aquí en el sentido de *sobrepajas* ó *aventajas*.
(Nota del Colector.)

IV.

Á M. S. D. G. P. (1).

Ya por tercera vez Abril pomposo
 Cubre con verde manto las campiñas,
 Y Flora con sus dones, sin que tengan
 Alivio ni esperanza mis desdichas.
 Sólo en mi queda el bien, que nunca, nunca
 Arrancarme podrá la tiranía
 De un alma libre y pura: tal tesoro
 Que el justo aprecia, y que la vil malicia
 Burla orgullosa en su sangriento triunfo,
 Mis ayes templá, mi pesar suaviza.
 Sí, amiga, mi alma es libre: allí no alcanza
 Del opresor la saña, ni domina
 De infiel soldado el mercenario acero,
 De juez venal la lengua corrompida,
 Traidor halago de opulento esclavo,
 Vano terror de infame hipocresía.
 Ella en recreo mi prision convierte;
 Ella mi padecer trueca en delicias;
 Ella también, al áspero sonido
 Que, incesante, mi oído martiriza,
 De martillos, cadenas, grillos, yunques,
 Su horror ahuyenta y su dureza quita.
 Ella el escaso y misero alimento
 Con que sostengo la cansada vida,
 Vuelve en manjar sabroso, sin que pueda
 Del magnate envidiar la mesa opima.
 Ella mis soledades acompaña,
 Y de ella espero aliento, si algún día
 Se embravece la suerte, y es forzoso
 Tender el cuello á la servil cuchilla.
 Mas ¡ay! que al fin soy hombre, soy sensible,
 Y mil tristes ideas atosigan
 El espíritu á ratos; pues si dócil
 A sus propias desgracias se resigna,
 Desmaya, cae, sucumbe, repasando
 Los perdidos desvelos, las fatigas
 Con que los padres de la incanta España
 Darla esplendor y libertad querían.
 Y ¡qué pecho de bronce no se aflige,
 Qué ojos habrá que el llanto no derrita,
 Qué estóico corazón no se estremece,
 Qué cabello en la frente no se eriza,
 Cuando la acerba reflexión asalta
 Qué es hoy la España, y lo que ser podría?
 Sabia, apacible, respetada, fuerte,
 De amigos protectora; sostenida
 En el cimiento de las leyes justas
 Mi engañado deseo me la pinta.....
 Y luego..... ¡oh Dios!..... ¡qué veol..... Con sus manos
 Abre furiosa sus entrañas mismas.
 ¡Qué ciego frenesí! ¡contra quién vuelves
 Tu infernal rabia! ¿Quién te precipita
 A clamar por la gótica cadena?
 ¿Quién de tu propio bien te hace enemiga?
 ¿Cómo contemplas con sereno rostro
 Los negros calabozos en que abisma
 La tiranía á tu senado augusto?
 ¿Qué te aprovecha, si esforzada evitas
 Del verdugo de Córcoga el azote,
 Si siempre fué tu afán vivir cautiva?
 ¡Desventurada España!..... En vano vuelves
 Al bien perdido la turbada vista,
 Y tu cadena muerdes; pues redobla
 Su duro peso tu inquietud tardía:
 Tal la robusta fiera, que en las selvas
 Libre vagaba, si su cuello liga
 Al fuerte lazo, que atrevida mano
 Del cazador armó; por más que en ira
 Ardiendo ruge, y el desierto aterra,

(1) Entre algunas copias de poesías conocidas de SANCHEZ BARBERO, hechas de mano de su amigo el doctor don Pedro Antonio Márquez, se halla la presente elegía. Esta circunstancia, unida á la de hallarse estas copias entre los manuscritos poéticos de SANCHEZ BARBERO que tuvo la bondad de franquearnos su malogrado pariente el señor don Julian Sanchez Ruano, nos parece fundado indicio de que esta obra, que no conocíamos, sea parto del célebre humanista salmantino. Por eso no titubamos en darla á la estampa en este lugar. (Nota del Colector.)

Más estrecha el dogal que la asesina.

Así la patria á veces contemplando,
 Miro en su seno: luego se desvía
 Mi mente á meditar que su potencia
 Padece en lo exterior igual caída;
 Que es compasión de las naciones grandes,
 De su industria y sus artes granjería;
 De sus plumas ludibrio; y más que todo,
 De la avara Albión desprecio y risa.

En las terribles horas que este enadro
 Mi alma perturba y mi poder agita,
 Aléjase de mí toda esperanza,
 Y estúpido pavor me petrifica.
 Mas no creas por eso que, insensible
 Y apático mi pecho desestima
 Lo que en mi alivio á su amistad ardiente
 El deseo del bien piadoso dicta.
 Tu bondad me es preciosa: ella derrama
 Bálsamo puro en mi mortal herida;
 Eterna fama tu virtud corone;
 Y si la edad presente sólo abraza
 Delitos, sólo á la perfidia ensalza,
 Y á la lealtad con insolencia humilla,
 Otra sucederá que á las virtudes
 La verdad inmortal haga justicia.
 En ella el nombre hermoso de G.....
 Que hoy escondido en la memoria gira
 De los que en grillos abatidos yacen,
 Sea un objeto de gloriosa envidia:
 El patriótico labio con deleite
 Le pronuncie; la amable poesía
 Le haga sonar, y su armonioso metro,
 Llenando el aire de gozosos vivas,
 De la belleza las sonoras lenguas
 Al oído español siempre repitan.

SILVAS.

I.

AL SOL,

CON MOTIVO DE LOS DIAS DE MI BELINDA (1816).

Vuelves, ¡oh padre de la luz! el día
 De mi adorada amante
 En tu carro brillante,
 Trayéndome otra vez: el alegría
 Difunde por doquier tu rico manto,
 Y al júbilo se entrega
 El espacioso mundo.....
 No soy lo que solía;
 Del horror, del quebranto
 Héme deshecho, misero; yo solo
 Mis mejillas en lágrimas inundo.
 A mi tu fausto resplandor me ciega,
 Y en vez de saludarte enajenado,
 Tu presencia, tu luz, gentil Apolo,
 Maldigo despechado.
 Si tu giro antial, si tu hermosura
 Otro tiempo solícito esperaba,
 Y ledo te cantaba
 Al dulce són de mi templada lira,
 ¡Oh Febo! ya me ofendes;
 Tu carrera apresura,
 Léjos, léjos de mí tu luz retira,
 Con que agravas mi mal, mi pena enciendes.
 Allá tus espumantes
 Caballos voladores
 Dirige, donde gocen los amantes
 En plena libertad de sus amores.
 Ellos con inquietud tu vuelta aguardan,
 Ellos tu vista con placer admiran.
 Allí detén tu vuelo;
 Dáles que en paz su anhelo
 Y entre sus brazos la pasión halaguen;
 Que renueven su amor, amor respiren,
 Y que en amores ardan;
 Que más y más se llaguen

Con plácidas caricias,
Y cuando alacorno de su fuego lleguen,
En un mar de delicias,
Cual tú con Clície, sin temor se aneguen.
Ellos ¡oh sol! tu gloria,
La encantadora citara pulsando,
En himnos suávisimos levanten,
Su dulce fuego canten,
Canten de amor la espléndida victoria.
Y en tanto que horroroso,
Que bárbaro me aqueja
Mi destino, en presidio pavoroso
Mis penas aumentando,
Brillante Febo, deja
Que tu luz esquivando,
Mi pasión en tinieblas me devore,
Y mi perdido amor, perdido lloro.

II.

DE BELINDA.

PLEGARIA A LA LUNA.

Entre los altos muros
De la breve Melilla aprisionado,
Por la mar estrechado,
Con pasos mal seguros,
De los traidores mauritanos tiros
Huyendo amedrentado,
¿Quién á Belinda llevará clemente
Los débiles suspiros
Que en tu porfía ardiente
¡Oh corazón! exhalas?
Amor, amor, que iguales
A todos en tu pira; amor, no huyas,
Si fuiste la deidad de mi deseo,
Ni de cobarde mi pasión arguyas.
Para volar á mi adorada amante
¡Ay! préstame tus alas,
O las tuyas, Perseo,
O, Dédalo, las tuyas.
Nadie me escucha; sólo
En la extensión del mar y de la tierra,
En despechada guerra
De mi constante amor favorecido,
Contra todos peleo,
Y contra mí también. El yerto polo,
Por mi amor encendido,
Amores brotará; tu dulce nombre,
Oh sin igual Belinda,
Tiempo será que al mundo
De admiración asombre;
Será que con profundo
Respeto exclame: «¡Venturoso fuego!
¡Venturoso el mortal á quien se rinda!
«Yo soy, responderé; mi amor corona,
Arde por mí: la cautivé; cautivo
Yo de su amante corazón y ciego,
Por ella moriré, por ella vivo,
Y alegre Citerca
Nuestra pasión abona.
Ella la pena mía
Suave lisonjea,
Mi compañera siendo,
Mi luz, solaz y guía.
De mi presidio horrendo,
Sin que el terror lo vede,
Me saca poderosa,
Me lleva á su mansión, y cariñosa
Gozar de sus amores me concede
En plena libertad.....» Benigna luna,
Que de apacible luz al mundo llenas,
Las sombras ahuyentando,
Y con tu rayo blando
Los vientos adormeces,
El suelo animas y la mar serenas:
Si no fuere mi súplica importuna,
Si mi afán, compasiva, favoreces,
Tú, que viéndolo estás, mi fe, mis penas
¡Ay! con un rayo de tu luz dirige
A la querida mía,

II. Ps.-XVIII.

Y á mí la dura angustia
Que su agitado corazón afige,
Sus lágrimas y amor, hermosa Febe,
Con otro rayo de tu luz envía.
Mira mi faz descolorida y mustia,
Mira mi rostro, de llorar surcado.
Acuérdate, Latonia, cuando amabas,
Y en tu carroza leve,
En Látnos encumbrado,
Fogosa descendías,
Al tévalo pastor adormecías,
Y en tiernos besos de su amor gozabas.
Endimion, apiadado,
Conmigo, Cintia, tu favor implora.
¿Y negarte podrás?... Tu númen siento,
¡Deidad consoladora!
Que en éxtasis glorioso
Mi fatigado espíritu recrea.
¡Oh, salve! Y al momento
El rayo más lustroso,
El rayo más veloz, de mi embajada
El fiel ministro sea,
El fiel ministro que mi amor envía.
¡Ah si lo fuera yo, Belinda mía!
Serénala agitada
Y su dolor consuele....
¿Qué tardas, oh deidad? Tu rayo envía,
Y á mi prisión con la respuesta vuela.

EPÍSTOLAS.

I.

CONTESTACION A LOS VERSOS DEL NÚMERO 4
DE *El Concierto* (30 DE AGOSTO).

Aun doloridas de correr mis plantas,
Y mi toco sayal enjuto apenas
Del hálito del piélago espumoso,
¿Quieres que torne á la apolínea arena?
¿Quieres que temple la sonora lira,
Que un tiempo allá en sus márgenes risueñas
Propicio Manzanares escuchaba,
Escuchaban los ámbitos de Hesperia,
Y que los héroes de mi patria cante?
¡Ay, apacible amigo, qué diversas
De las pasadas son aquestas horas!
La soledad callada, la serena
Concordia, la adorada medianía,
Y la amistad, de adulación exenta,
Mi musa á los cantares excitaban,
Mi humilde musa, embebecida en ellas.
Aquel tiempo voló; sobre mi frente
La tempestad de la opresión horrenda
Rompe; avaros satélites me asaltan,
Ensangrentados sables me rodean.
«Prisión», grita una voz, voz que aún ahora
En mis oídos con espanto suena.
Entré donde tu rayo rubicundo
Jamás ¡oh padre de la luz! penetra.
El continuo batir de los c rojos,
El encono, el terror, la macilenta
Sañuda faz del sórdido *Satini* (1),
El cadalso á mi espíritu presentan.
¿El tuyo acongojado se estremece?
Aun esto es poco; en la mansión estrecha
Donde acaban t'restres esperanzas,
Nueve infelices á morir se encierran.
Yo sus cortados trémulos sollozos
Trémulo percibí. ¡Qué ruido! Llegan
Los ministros de Dios, consoladores,
Que abren del cielo las angustas puertas.
«Muerte, perdón, pequé», son los acentos
Que, unidos al crujir de las cadenas,
Por el recinto del dolor retumban,
Retumban ¡ay! y de pavor me hielan.
Parten. «El cielo vuestro esfuerzo aliente,

(1) Comisario de policía de Madrid.

Que tal vez en la aurora venidera
Con vosotros allá....» Mi llanto corre,
Corre, y la pluma á voltear se niega.
Dispóngome á morir. ¡Oh patria de héroes!
Tuyo soy, tuyo fui; la voz postrera
Que de mis labios moribundos salga,
Tu nombre y odio á los tiranos sea.
«¡Dichoso yo, que por tu amor espirol
¡Dichoso el que á los débiles alienta,
Viene empapado en enemiga sangre,
Torna á empaparse con furor en ella!
¡Dichoso á quien la patria, complacida,
Con laurel inmortal su sien refrecsa,
Hijo le llama, y en su amante premio
Le da posar.....!» Mi espíritu se eleva,
Provoco á los sayones inhumanos,
Que, alegres, el patíbulo me muestran.
Altivos gritan, su altivez humillo,
Y en mi constancia su crueldad se estrella.
Ceden por fin: *¡felicidad!* sin tasa
Con halagüeño acento me presentan.
Me opongo, vuelven, con valor despunto
De la traición las disparadas flechas,
Preso al Retiro me arrebatan, preso
A Francia entre lucientes bayonetas,
Conduciéndome van; preso, Pamplona,
Me viste: preso, fuerte ciudadela.
El báquico Dagoult feroz me llama,
Feroz me intima la fatal sentencia
Si con la fuga mi salud rescato.
Y ¿qué vale el vivir si se me niega
La dulce libertad, la dulce patria,
La patria de que, airados, me enajenan?
¿Pereceré? ¿qué importa, vil esclavo,
Con tal que libre y español perezca?
Por entre dos patibulos alzados,
Que un vasto campo en derredor aterran,
De mis hermanos en la sangre tinto,
Pruebo á salir; á las voraces fieras
Disputo la guarida; las honduras
Aquí, y allá las tortuosas quiebras
Seguridad me ofrecen; trepo osado
Por montes, que en las nubes su cabeza
Esconden orgullosos; por mil giros
Salvando voy una escarpada sierra,
La venzo, sigo, y erizarse veo
De otra más agria la espantosa cresta,
La nieve, el Aquilon desesperado,
Y Júpiter, deshecho en lluvia-inmensa;
Contra mí de consuno se conjuran,
La oscuridad y las flotantes nieblas.
¿Desfallecer? Jamas; que España toda
Hierve en mi pecho y su valor me presta.
¿Quién las fatigas, los crueles riesgos
Del camino sin término, las vueltas,
El cansancio, la sed, el hambre esquiva,
El asco y desnudez contar pudiera?
Encomiéndome al mar, saludo á Gádes,
Y aquí mis ojos á la España encuentran;
Mas, privado del bien que yo gozaba,
Sin asilo ni hogar, ludibrio y presa
Del infortunio, ¿á celebrar me animas
De nuestros héroes la sagrada empresa,
Y que á Fernando, al infeliz Fernando,
Lamente en melancólicas endechas,
Increpe el deshonor de los monarcas
Que humildes giran de opresión las ruedas?
Evóhse cuando Horacio repetía,
No ayuno estaba. Si mi suerte adversa
Acosára al cantor del bravo Aquiles,
De Aquiles el cantor enmudeciera.
Mi destino es llorar; canten á quienes
Honores, bienes y quietud rodean.
Ni los envidio; en la común ruina
Viva yo oscuro, envuelto en mi pobreza;
Tiempo será que su gloriosa frente
Mi patria alzando, de laurel cubierta,
«Eres, diga, español; con mi caída
Caíste; de medrar constante huyeras,
Tuyo mi llanto fué, tuya mi suerte;
Venci, la patria con su amor te premia.»

Cádiz, 2 de Setiembre.

II.

A MI AMIGO LEON (1816) (1).

*Melillas scripsit, doctis neque fultus amico,
Nec libris: grata perlege mente, Leo.*

Al recibir el epistolio mio
Desde el sediento mauritano imperio,
¡Por ventura, Leon, con palpitante
Pecho, con mano trémula, con ojos
Avidos á la par que en llanto turbios,
A devorar su contenido empiezas?
No leas desde aquí sin que primero
Depongas el temor desalentado,
Y la feliz serenidad recobres.
Tu Sanchez vive: con afán heroico
Al avieso destino desafía;
Que de Catón los invencibles manes,
En torno del solícito girando,
Le prestan su vigor: en su firmeza
Fácil, riente la virtud se goza,
Y en el materno cariñoso gremio
Le da posar, adormecer sus cuitas,
Cubrir de flores la mansion del crimen,
Las pasiones romper, y libremente
Contigo conversar, estar contigo,
Con vosotros hablar, Mannel, Antonio (2),
Que con mucho sobraís la fe Tesea,
Le da su dulce poderosa musa.
Tú, con planta veloz y esquivos ojos,
El cortesano tráfigo dejando,
En la campestre soledad perdido
Buscas la grata paz, que de ambiciosos
El iluso escuadron jamas gozará,
Y jamas el tropel del ciego vulgo.
Allí la tierna flor, que su recinto
Con plena libertad ensiforea,
Y al rayo de la aurora matutina
Abre el capuz, erguida se levanta,
Y su follaje en derredor despliega,
A la campiña y rústicos vivientes
Con su color y bálsamo alegrando,
Adormece tu alada fantasía,
Llena tu pecho, tu ambicion corona,
Sagaz observador. ¡Plugiuese al cielo
Que á las flores y rosas tu fecundo
Talento perspicaz no limitaras!
Témis, escucha tus clamores, Témis
Reclámate, Leon; austera Témis,
Que al nacer te adoptara, blando abrigo
En su seno te dió; dulce alimento
En su doctrina, derramando, leda,
Por tu soplo vital su hermosa llama.
¿Podrás ingrato ser á sus favores,
Indócil á su voz, infiel, perjuro
A tus ofertas? ¡Débil retrocedes,
Te apartas con desprez de tu carrera,
Y tu alto nombre, tu saber profundo
Entre la vil oscuridad escondes?
Yerras, Leon, si por ventura juzgas
Que sólo para tí nacido fuiste.
Y ¿posible será que ya olvidaste
Quién eres, dónde estás, qué puesto llenas,
A los demas qué vínculos te ligan?
Y este de patria regalado nombre,
Que tan heroicas victimas produjo,
¿Nombre vano será, será delirio
A tu imaginación? No, no es posible.
Antes, cual siempre, con valor resuelto
A darte en holocausto.... ¿Por ventura
Denodado volar en su defensa
No te miré, y al pérfido contrario,
Intrepido león, abalanzarte?
¡Dulces recuerdos que mi faz ahora
En deliciosas lágrimas inundan,
Y el dón supremo de amistad afirman!
Mas, por dicha, la patria rescatada,
No terminaron, no, tus relaciones.
A la patria te debes, entre tanto

(1) Escribí esta composición al entrar en Melilla. (Nota del Autor.)

(2) En el autógrafo hay aquí una nota marginal que dice: *Mano, Prieto, etc.*

Que de vida el espíritu sustentas.
 ¡Por qué, pues, en los campos vagaroso
 A ti solo te das, cual si del orbe
 Fuera aislado ser, ó solitario
 Por sus extensos ámbitos erraras?
 ¡Por qué de Témis el altar dejaste,
 Negado al pro común? Y ¡qué disculpa
 Algarás que tu sentir abone?
 ¡Acaso que los crímenes tu pecho,
 A joviales escenas avezado,
 Hincen de negro horror, y le estremecen
 Al pronunciar patíbulo y sangre?
 «No es mío oír el desolado grito
 De la viuda infeliz, el abandono
 Del parvulito huérfano.....» ¡Y es tuyo
 Dejar impune el crimen? ¡Y por eso,
 Cauto, la madre sociedad rehuyes
 Y sustraerte á su poder intentas,
 La independiente libertad ansiando,
 Cual ave entre los hierros estrechada?
 Doy que la toga salpicada en sangre
 Horrorizado y trémulo abandones;
 Empero si cumplir cual ciudadano,
 Si cual hombre de bien apetecieres,
 Por otras vías á la patria sirve:
 Que mientras su individuo te publicas,
 Mientras su angusta protección poseas,
 Della dependes y servirla debes.
 ¡No es lástima otrogi que tu talento
 En indolencia mohecido yaza?
 ¡Y que huyendo los crímenes atroces
 Que en la confusa población se anidan,
 En otro crimen ¡oh Leon! resbales?
 Y criminal te llamo, si á la patria
 Con tus oficios fiel no correspondest,
 Cual ella á ti. Qué pródiga natura
 El mutuo amor del animal sublime
 En su honda mente decretado habiendo,
 «Pláceme, dijo, que ninguno pueda
 A sí propio bastarse: mas presentes
 Entre todos munifica reparto.
 Lo que unos necesitan, de los otros
 Recauden; unos de los otros pendan,
 Con oficios oficios compensando,
 Y en suma, cambio sea, cambio todo,
 Y en él encuentre su ventura el hombre.»
 Y grandiosa nació la patria entónces,
 Y fué la sociedad: y los mortales,
 De la cruel necesidad sintiendo
 El punzante aguijón, de producirse
 El delicioso estímulo, del alma
 El benévolo impulso, la suave
 Conmoción filantrópica, que sólo
 A sus iguales van y allí reposan.....
 Con atracción recíproca se unieron,
 Y poblaciones por doquier alzaron
 En que el cuerpo social se subdivide.
 ¡Y la gran sociedad? En ella miro
 La cosa comunal y compañía,
 Donde todos los hombres contribuyen
 Con industria, con brazos, con ingenio
 Y cada cual á proporcion recibe
 De lo que allí depositó. ¡Recibe
 Y no depositó? Ladrón usurpa
 De los contribuyentes la sustancia,
 Cual zánganos la miel de las abejas;
 Y así como por éstas son aquéllos
 Con implacable cólera lanzados
 De su comunidad; no de otra guisa
 Lanzados deben ser y perseguidos
 Los que de haber ajeno se mantienen,
 Y las costumbres, haraganes, vician.
 Contra los vagos mi sermón termino.
 ¡Quién me diera, Leon, que tus virtudes,
 Aplicación y luces emuláran
 Cuantos el nombre de español se arrojan,
 Y son la triste perdición?..... Entónces
 ¡Veces mil venturosa patria mía!
 En aquesta mansion de criminales
 Que al bárbaro destino darne plago,
 No sin grave dolor al vago veo
 Salir aun mucho más de como entrara.

Cual torrente salir enriquecido
 Con el nuevo caudal de las lecciones
 Que de sus camaradas recibiera.
 ¡Qué remedio, dirás, á mal tamaño,
 Cuando la educación yaz olvidada?
 Aquesta ley, legislador, daría:
 «El vago con oficio á sus labores
 Por la justicia compelido sea,
 Y responsable su conducta cele.
 Depórtese á presidio non le habiendo
 (Porque á la sociedad no pertencece),
 Y so pena mayor en un oficio
 Allí se adiestre: á libertad non salga
 Hasta que pruebas de arreglada vida,
 Aplicación y habilidad presente.»
 Adios: el cielo tu vivir prolongue
 Para ornamento de la patria mia,
 Y librete piadoso de Melillas.

*Vite, vale: siquid novisti rectius istis,
 Candidus imperti; si non, his utere moxum.*
 (HORAT.)

III.

A OVIDIO.

Segun el argumento,
 Procede, variándose mi estilo,
 Como procede el mar, egun el viento:
 Una vez desahándose tranquilo,
 Otra vez revolviéndose violento.

A vos, poeta célebre latino,
 rubio Ovidio Nason, otro poeta
 De solar español, salud envia.
 Si bien á entrambos con desnuda espada
 La negra suerte sin cesar acosa;
 Pero no dudes, inferior la tuya
 Es, cuanto al mío superior tu ingenio.
 Tú desde Roma deportado fuiste
 Allí donde la cóliquida Medea
 Los delicados fraternales miembros
 Apedazó cruel. Allí tus cuitas
 En fallecientes élegos (1) llorando,
 Así cual flagelado parvulito,
 Sándio robaste las nocturnas horas
 Al sueño y al placer: tu cantinela,
 Hiperion ó por Oriente asome,
 O brille alzado en la celeste cumbre,
 O sus caballos en la mar esconda,
 Escucha sin querer, lloron de Tomo (2),
 Siempre la misma; y ¡cuál de tus amigos
 Imploras el favor! á *misereres*
 Rompes, y á *parces*, la mollera augusta,
 Y, encargador, á tu mujer fastidias.
 Te compadecen unos, otros rien,
 Otros exclaman, ¡oh collon! bien hecho;
 Y tus jeremiadas importunas
 A náuseas me provocan. Por tu vida,
 ¡Qué conseguistes, narigudo vate?
 Desprecio general. ¡No aciertas cómo,
 Siendo feliz transformador de tantas,
 Nunca tu suerte transformar pudiste?
 Yo sí; porque ser hombre no supiste.
 Y ya si con el término forzoso
 De tu vivir en la callada tumba
 Tus sollozos y lágrimas cayeran,
 ¡Oh pléyade (3) Nason! al fin diría:
 Como sombra pasaron, solamente
 A sus contemporáneos corrompiendo.
 Mas esto de llegar á nuestros padres,

(1) SANCHEZ BARRERO quiere expresar sin duda con esta palabra *diegos* la voz griega *ἔλεγος*, que significa lamentación. (Nota del Colector.)

(2) Tomo, ciudad del Ponto Euxino, dicha así porque en aquel lugar despedazó Medea á su hermano Abando.

*Inde Tomus dictus locus hic, quia fertur in illo
 Membra soror fratris consecuisse sui.*

TRIST., lib. III, eleg. IX.

Tomo, del griego *τομῆς*, cortar, dividir; de aquí *atomus*, átomo indivisible.

(3) *Lloron*, véase la fábula de las Pléyades ó Vergillas.

A sus hijos correr, y de sus hijos
A la posteridad, bien cual herencia
Por abolenga sucesion seguida,
En lo más vivo de mi aquel encarna.
¡Quién másculo valor y quién aguante
En el mundo tendrá para sufrirlos
Tanto, tanto plañir? No retrocedo,
No me arrepiento: pronunció la lengua
Lo que veraz el corazón dictara.
¡Y eres romano tú! ¡No te confunde
El nombre solo del excelso Bruto,
De Scévola, de Cócles y de tantos
Que tu patrio esplendor esclarecieron?
«Blando, sensible corazón me dieron,
(Oigo que dices) las suaves Musas,
Penetrable de amor á las saetas,
Y el poderoso dios del armonía,
Su lira y nùmen y divino canto.»
Y yo, Nason, la pródigo riqueza,
La fluidez, facilidad, dulzura....
Con que naturaleza prodigiosa
Ornó tu creadora fantasía,
Arrebatado y reverente adoro.
Adórote, enemigo de Mavorte,
Y amarrado á la concha de Citéres,
Tiernísimo cantor de los placeres.
Muy bien que Cócles ni que Bruto seas;
Pero ¡llorón!.... Por más que á defenderte
Apercibido estés, tu débil culpa
Confesarás al fin. ¡Acaso ignoras
Que entre el esfuerzo colosal de aquéllos
Y tu debilidad desalentada
Median mil grados, que ni allá te suban
Ni te bajen acá? De hombre yo busco
En tí la dignidad; en tí de fembra
El abatido suspirar encuentro.
Altamente mi honor ofenderías
Si tus quejosas humillantes preces
Con mi silencio comparar quisieras.
Yo soy, á no dudarlo, soy hispano;
Y tú..... degeneraste de romano.
Para que deslumbrado no porfies,
De los dos oye la fatal historia.
Los ojos (dóyte crédito) y el *Arte
De amar* (de seducir mejor dirías)
De tus desgracias el origen fueron.
Error, no crimen: por error no juzgo
Que César, á quien *justo, Dios, elemento*,
A dos carrillos sin vergüenza llamas,
Al Ponto deportado te lanzase.
¡Inadvertencia fué? ¡por qué publicas
Que su divina cólera irritastes,
Que su divino nùmen ofendistes,
Que su clemencia tus delitos vencen,
Y que la pena con razon te alcanza?
¡Y aquello, Publio, que tenaz entregas
Al silencio eterno!..... ¡Qué tal sería,
Qué tal tu confusion, cuando tú mismo,
Tan fértil en fingir, y las ajenas
Culpas en propagar tan suelto y fácil,
De decirlo solícito rehuyes!
¡En qué contradicción te precipitas
Al referir tus lamentables cuitas!
Y bien, esos delitos aparentes,
¡Qué judiciales trámites corrieron?
¡En qué prisiones tú, Nason, gemiste?
¡Qué esbirro te insultó? ¡Qué juez furioso
Acrecentó tu mal? ¡Fuiste la burla
Del siervo? ¡Fuiste del grosero alcaide
Tratado sin piedad? Al fin quedaste
Estremecido al ver su rostro informe,
Su ceño matador..... ¡Ah, cuál envidio
Tus privilegios, infeliz Ovidio!
Llegó, llegó de tu fatal ausencia
La maldicida aurora. Desfalloceas
Postrado; quedas de tu vida incierto,
Cual si tocado por el rayo fueras.
En el acceso del dolor, olvidas
Lo que llevar al prófugo conviene.
Preséntase tu esposa, desgreñada,
Enrédase en tus brazos como hiedra;
Las lágrimas, los ayes se confunden,

Dolientes gritos por la casa giran,
Como si Troya ardiese..... Marchas, tornas,
Clávase en el umbral tu pié tardío.....
Es forzoso partir: gimoteando
Arrancas; cadavérico en la nave
Ascienes, niegas á la luz tus ojos;
Recibete colérico Neptuno,
Salta la tempestad, el viento ruga.
¡Qué temblor! y ¡cuál dios no fatigaste
Con votos, con plegarias! Entre getas
Gimiendo estás en el Euxino Ponto;
Pero *non erui*; que tu Dios excelsos,
Volviéndote, benéfico, los bienes,
Así dijo: «Nason, el nombre augusto,
El derecho también de ciudadano,
Yo quiero que entre sármatas y getas,
Para solaz, tu corazón abrigue.....»
Tu historia referí; la mía sigue.

Después que el revoltoso de la Europa;
Con pretexto de paz y de alianza,
Introdujo en mi patria combatida
Sus bélicas falanges engañosas,
Tamaña sinrazon y alevosía
Vengar los españoles deseando,
Parte abandonan sus queridos lares,
Y mientras unos en las áridas breñas,
Do nunca fué la libertad hollada,
Dispónense á la lid desesperados,
Otros, buscando el gaditano asilo,
Vieron la patria renacer, y alzarse
Vieron al fin el español gobierno.

Las Cortes, instalándose, declaran
Nuestros derechos, que con grave pompa
En presencia de Dios omnipotente
Alegre jura mi nación. Al punto,
Altamente sintiéndome inflamado,
A mi patria deudor, en amigable
Sociedad de tres sabios patriotas (1),
Afanoso divulgo mis ideas,
Las suyas ellos; *El Concio* nace;
Así nuestro papel apellidamos.....
De su celebridad, ¡ay! ¡quién diría
Que mi funesta perdición vendría!

Después del más atroz dudoso Marte,
La espléndida victoria nos halaga,
Y del suelo español, horrible, inculto,
De ruinas, de cadáveres cubierto,
Lanzamos con valor los asesinos.
Luego, luego á Madrid, hispana corte,
Patria comun, con el triunfante lauro
Volvemos; ¡con qué plácida alegría
Nuestros hermanos fieles nos abrazan!
Allí las Cortes van, allí el Gobierno
Con indecibles vitorios y aplausos.
Nosotros escribiendo proseguimos (2),
Y nuestra ruina próxima no vimos.

En esto de las Galias se presenta
Nuestro cautivo rey, el cual, entrando
Con guerreras innúmeras legiones,
Todo, todo colérico destruye.
Viérase entónces (con dolor prosigo)
A no pocos sacrílegos mofarse
Del juramento que prestado habian,
Al interes estúpido venderse,
Contra una piedra ensangrentarse, locos,
Y con más frenesí, más inhumano,
El tiempo renovarse de Seyano.

Todo es horror y confusion. Ninguno
Seguridad encuentra; las pesquisas
Agolpanse; sangrientas delaciones

(1) Los franceses me tuvieron preso en la cárcel de Corte, año de 1809, por no querer seguir su partido y por unos versos que di á luz contra ellos y su emperador; confináronme á Francia, para donde fui desde el Retiro entre bayonetas. Encerráronme en un pabellón de la ciudad de Pamplona, y á lo veinte y cuatro días conseguí bajar á la ciudad en calidad de preso ó prisionero de Estado. De allí me escapé con otros, habiéndonos antes intimado la pena capital si, fugados, fuésemos aprehendidos. Medio año tardé en llegar á Cádiz, por las dificultades del camino, y mes y medio antes de la instalación de las Cortes. Esto lo tengo escrito en unos versos impresos en Cádiz.

(2) En Madrid fui coeditor del periódico *El Ciudadano*. No tengo yo parte en *El Concio* publicado en la corte, y sí en el de Cádiz.

Acometen; los odios ¡ay! reviven;
La venganza, con alas espantosas,
Va persiguiendo, persiguiendo vuelve,
Sin saciarse jamas; hablar, delito:
Sospechoso, mirar; del hijo el padre,
Del amigo el amigo desconfía.....
¡Oh vil degradación! Por donde quiera
Escúchase «Prision»; «Prision» la casa,
«Prision» la gruta cóncava responde;
Todo hierve en prision. De malhadados
Las anchurosas cárceles se llenan,
Y no bastan (1). Sepúltame la cárcel,
En el furioso torbellino envuelto.
Y aunque víctimas somos de la chusma,
Su rabioso rencor no se mitiga.

Antes bien con el éxito orgulloso,
Cobran nuevo vigor y nueva audacia,
Cual Vulcano en las áridas aristas,
Sobre las alas de Aquilon volando.
Herejes y judíos y traidores,
Del altar enemigos y del trono,
Con grita que los vientos estremece,
En las calles y templos nos pregonan (2),
Y en las calles y templos de consuno,
En los sagrados templos, á presencia
Del Dios que paz, fraternidad, concordia
Y reconciliación, perdon de injurias.....
A los ungidos, á los Cristos manda;
Sangre fulminan y espantoso fuego.
Por manera que plazas, templos, calles
Transformados se ven como á porfía
En bárbara y atroz carnicería.

Y sigue la crueldad. Para quitarnos
El auxilio y solaz de los amigos,
La voz temible por Madrid extienden
Que so pretexto de amistad sincera,
De tierna compasión, en las prisiones
Escurrense los pérfidos capías,
Cual serpiente letal por entre rosas,
Y algunos, so color de criminales,
Con nosotros están encarcelados.
Entonces, de temor sobreecogidos,
Aquéstos las visitas escasean,
Aquéllos, cual de peste reclusos,
Nuestro comercio débiles evitan,
Y no faltó, amistad, quien te negase.
Cátame en triste soledad y mudo,
Y de mis compañeros fugitivo.
De horrores por dos años molesto,
Resisto audaz, con varonil pujanza,
De vendidos espías rodeado.

Mas ¡oh favor del poderoso cielo!
El delicado sexo, las bellezas
Impávidas rompiendo las prisiones,
Espías y peligros afrontando,
Con sus amables gracias y ternura,
Con su plácida vista nos recrean,
Consoladoras el pesar acallan.....
Y fué la negra cárcel de improvisio
Convertida en celeste paraíso.

Si al rápido volver del tiempo avaro,
Que voraz todo en el olvido esconde,
Pluguere perdonar los versos míos,
Abrazado mi nombre con el vuestro,
De siglo en siglo volarán perennes,
¡Oh sexo encantador! y las tardías
Edades, al venir, vuestras virtudes,
Vuestro sensible corazón excelso
Respetarán atónitas. Placientes,
Afables recibid el testimonio
De mi sincera gratitud en tanto,
En este fiel y delicioso llanto.

No, si cien lenguas de metal robusto
Dadas me fueran, referir podría

(1) Habilitaron por cárceles (hinchidas ya las de Villa, Corte y Corona) el cuartel de San Nicolás, el de Guardias de Corps, los conventos de San Martín, San Juan de Dios y San Cayetano. Varios estuvieron a reclusos en sus casas. En la cárcel de Corte escribí una gramática latina por un nuevo método, muy sencillo y breve.

(2) Los ciegos y los periódicos *Atalaya* y *Procurador*.

Lo que sufrí de la soez canalla,
Negados á piedad, en oprimirnos
Constantes. En las cárceles (3) presiden
Ingratitud, perfidias, intratable
Rigor, el insensable despotismo,
Las insaciabiles ávidas arpías,
Peste, negro baldon de los humanos,
De que eximido por ventura fuiste;
Pero yo de sus garras infernales
Conservo todavia las señales.

¡Qué diré de los jueces, del sañudo
Mirar, la sed hidrópica y ardiente
De preguntar, reconvenir capciosos,
Para sacar al inocente reo,
Y sus palabras de amargura llenas?
¡Qué de la chusma innúmera de escribas,
Sobre el pobre caudal abalanzados?
¡Y del voraz procurador y agente,
Que á la santa justicia escarneciendo,
Su augusto nombre sin pudor usurpan?
¡Qué de la espúria comisión (4), armada
Del sangriento puñal, contra nosotros
Cadalsos y presidios decretando,
Y sorda á los punzantes alaridos
Del hijo, de la esposa desolada,
De la atidida humanidad?..... ¡Oh días
De luto, horror, terror! Se buscan reos,
Resuena el nombre de la ley, el nombre;
Y el vano simulacro de defensa
Déjase ver. El infeliz letrado
Tiembra; si esfuerza la razón, perece:
Indefensos quedamos. Ya pronuncian:
Imperturbables el fallar oímos,
Imperturbables nuestra ruina vemos,
Y en la santa inocencia resignados,
Sin replicar, sin maldecir la suerte,
Sin acudir al femenino lloro,
Al ruego humillador, que á tus escritos
Y á tí degradan, oh Nason, dispuestos
Estamos á partir..... La vista, dices,
Tu culpa fué. La mía el pensamiento.
Por ver te condenaron, me condenan
Por opinar cuando pensar podía.
Tú relegado vas; voy á presidio
(A guisa de las Gíaras Egeas) (5);
De ciudadano el envidiable nombre
Contigo llevas, llevas sus derechos,
Y con ellos á Roma; yo, ¡cuitado!
Sin empleo, sin bienes, sin el nombre
De ciudadano voy. ¡Es, por ventura,
La culpa que del Lacio te enajena
A la mia inferior, mayor tu pena!.....

Era Diciembre; deslunada noche,
Cargado el éter de pluviosas nubes,
De cerrojos y grillos descansaba
El rechinante són: los malhechores
Su misterioso dolorido canto
Suspense al fin, al carcelario sueño
Los veladores párpados rendían.
Hé aquí que con estrépito ruidoso
De mi estrechada reclusión la puerta

(3) Me limito á las de España.

(4) Espúria por ser ilegal; sus individuos, por supuesto, de la opinión contraria y enemigos. Hubo varias.

(5) *Gíaras Egeas*. En el mar Egeo, cerca de la isla de Creta, había otra pequeñita, estéril y triste, llamada *Gíaros*, y *Gíara* (hoy *Gíarda*): á ésta enviaban los romanos á los malhechores, como entre nosotros al Peñón, Melilla, etc.; sin embargo, poéticamente puede usarse en plural. Juvenal dijo:

*Aude aliquid brevibus Gyartís et carcere dignum
Si vis esse aliquid.....*

Que significa, traducido libre y poéticamente:

«Comete, ¡oh Fábilo! acciones,
Si pretendes medrar en nuestros días,
Dignas de las Carracas y Pelonas.»

Y así, está bien dicho como nuestro poeta lo ha puesto; porque en poesía es lícito y frecuentísimo el singular por el plural y al contrario. Yo puedo decir:

«Si tu cerviz ante el poder no humillas,
Visítalas Carracas y Melillas.»

Súbito impelen.... *Sís*, al compañero (1)
Y á mí nos gritan: *sin tardar, al punto*
El lecho desechad..... Atropellados
Bajamos; con su séquito aparece
El enlutado escriba. « El Rey (me dice
Con imperiosa voz), el Rey, usando
De su piedad, al África te arroja,
Melilla tu mansion » (2). Y me arrebatan
Sin equipaje, sin poder, *amigos*,
Adios, adios, decir. Salgo, y empieza
El árido pulmon á refrescarse.
Cubren las avenidas los caballos,
Humo de sus narices despidiendo,
Y fuego de sus piés. Las bayonetas,
Al trémulo fulgor de los faroles,
Multiplicar su número parecen.
Los carrúajes..... En aquel momento
Suben también los de la causa mia.
Ya, ya la escolta preparada cierra
A los que el mismo rumbo nos conduce (3).
Con los ojos enjutos, alentados
Marchamos en quietud por el camino
Que plugo en sus decretos al destino.
La fama, en tanto, la noticia anuncia
A los pueblos del tránsito. ¡Mudela!
¡Astigis!..... (4). ¡Ah! Si el débil canto mio
Del orbe por la faz se dilata,
Vuestros obsequios y veras acento
De boca en boca resonando fueran.
En nuestro amor y corazón sensible
Grabados vivirán. No, no me es dado
¡Oh Málaga! cantar tus alabanzas.
¡Con qué tierna expresión, con qué dulzura
A los cuitados huérfanos miraste!
¡Con qué cariño y paz nos admitiste!
¡Qué ofertas y franqueza! ¡cuánto esmero
En consolarnos! Gratitud y gozo,
Dolor y compasión, entrelazados
En fraternales vínculos andaban.
Vivir entre vosotros, ¡qué ventural!....
No es dado más. Adios; nos llama el viento;
El mar, movido, su vigor aumenta,
Y nos aguarda el África sedienta.
El espacioso campo de Neptuno
Con apacible rapidez surcamos.
El cabo de Tresforch (5), eterno guarda
Del golfo, do la proa dirigimos,
Inclinando su frente peñascosa
Nos da pasar. Avístase Melilla,
Melilla, de castillos erizada,
Del ponto bramador, del estruendoso
Viento, del implacable mauritano
Batida sin cesar. Al huecopino
Con su diente tenaz el ancla aferra,
Y vemos ¡ay! la maldecida tierra.
De nuestros apreciables compañeros
(Otros presidios á buscar forzados)

(1) Don Miguel de Santa María, excelente mozo, tanto por su bello carácter como por sus costumbres, instrucción y talento. Se halló desterrado para Cádiz.

(2) Por diez años con retención, y pena de la vida á quebranto el presidio. También fueron quemados mis papeles, públicamente, por mano del verdugo, en la plaza de la Cobada, al pie de la horca.

(3) En aquella noche me parece que la del 17, ó puede ser la del 18) y mañana siguiente de Diciembre de 1815, entre doce y una de la madrugada, notificaron, y salimos al amanecer, confinados á distintos pañales casi todos los de la misma causa. Hasta el fondeadero de Melilla llegamos juntos Argüelles (don Agustín), diputado, y Álvarez Guerra, ministro de la Gobernación, destinados á Ceuta. García Herreros, diputado, después ministro de Gracia y Justicia, Y Zorraquín, diputado, luego oficial de la secretaría del ministerio anterior, á Alhucemas; Martínez de la Rosa, diputado, al Peñón de la Gomera; á Melilla el diputado Calatrava, Ramajo, oficial de la *Gaceta* y coeditor del *Conciso*, y yo, coeditor del mismo periódico en Cádiz, oficial de la biblioteca de San Isidro y censor de los teatros de la corte. Nos pagaron los carruajes (dos coches y un carro ca'alan), nos dieron alojamiento, de que no usamos, y doce reales diarios durante el viaje. Se nos prohibió escribir en el camino. Doy gracias á los señores oficiales de la escolta y al comandante de la plaza con todos sus subalternos, por el obsequio, aprecio y distinción que les merecimos.

(4) *Écija*.

(5) Es el cabo de *Tres-Forcas*, en la costa de Marruecos. (*Nota del Colector.*)

Con acerbo dolor nos despedimos,
Y la adusta ciudad de criminales
En su breve recinto nos cobija.
Allí el Gobernador..... nos mira atento
Y con ceñido agrado nos recibe,
Y con senil acento nos saluda,
Y en un fuerte castillo nos encierra.
Ocho días en él perseveramos,
Y á la ciudad, nuestra mansion, bajamos.

De Madrid en las públicas prisiones,
Si otra vez, los motivos ignorando,
En denegrida reclusión gemimos,
Sin trato, sin amable compaña,
Sin compasión;..... si fulminado fuera
De no escribir el rígido decreto
Hasta tocar el término de Yuba (6);
Otro aquí más infando nos persigue,
Y reclusión á reclusión sucede.
¡Oh confianza pública, sigilo
Epistolar, del mundo respetado
Y de la sociedad estrecho nudo!
Desbaratada estás. Amor dichoso,
Apacible amistad, debilidades,
Franqueza, honor, virtud..... al enemigo
Todo se da; política mañosa,
De compasiva faz enmascarada,
Sus puñales hipócrita escondiendo,
En el labio rastrera se insinúa,
Por sondear y descubrir traidora
Del pensar el más íntimo repliegue....
Dime, te ruego, ¿semejante guerra
Oyera allá la tomitana tierra? (7).

¡Podrás tampoco asegurar que vencen
En barbarie tus getas á mis moros?
¡Vencen ¡oh Publio! sus volantes dardos,
Aunque las puntas aguzadas vayan
De veneno mortífero teñidas,
Al tronante cañon, que fuego, muertes,
Estragos lanza? Me dirás que nunca
Tan formidable táctica supiste.
Estúpidos alcaldes de Melilla,
Que morais en las ínfimas regiones,
Si por ventura os deja (que lo dudo)
El subido licor del aguardiente,
Explicádselo vos, á vos lo ruego,
Estúpidos alcaldes de Melilla.
Basta de digresion, y prosigamos;
Pues es bien acabar lo que empezamos.

A los árticos frios, que ponderas,
Llamas ablandan y lanudas pieles.
Hiélase el Istro, ¿qué te importa? Nada.
¿Es machorra la tierra?—De Melilla
El frondoso verdor también se ausenta,
Y es machorra la mar y sus deidades.
Aquí sin sociedad, aquí sin trato.....
¿Qué trato aquí ni sociedad amable
Puedes hallar, aquí de las cadenas,
Aquí de las angustias veladoras,
Aquí de foragidos el asiento?
¿Qué sociedad entre dolientes *ánimas*,
Rabiosos alaridos, despechados
Furores y tormentos y blasfemias
Hambre, nuder?..... Horrorizada, *Vénus*
Con sus gracias huyó, con sus amores;
¿Qué trato con apáticas doncellas
(Siéndolo), feas, asquerosas, flacas,
Con ojos avizores vigilando
En prender al incanto que, mañosas,
Por hambre le sitiaron y desvíos,
Para amarrarle con servil coyunda
Al yugo pesadísimo, insufrible
Del dios nupcial? Huir, huir conviene,
Su contacto evitar, siquier Cupido
Brame..... Bárbaro soy, porque ninguno
Me entiende, y mofador, la lengua mia
Escarnece el estúpido getaza.....
Pues aquí ni científicos liceos,
Ni hay academias, ni el saber se aprecia;

(6) Territorio del África oriental. (*Nota del Colector.*)

(7) Variante:

Oiste nunca mauritana tierra?

Todos son africanos con peluca (1).
¡Suerte cruel! Si el cambio se lograra,
Yo te juro, Nason, que, arrepentido,
A tus getas bien pronto volverías.
De la calamidad al *non plus ultra*
Te pareció llegar, y te equivocas
En verdad. Porque crédito me prestes,
Escucha atento, gemebundo Ovidio,
Otro poquito más de mi presidio.

Salamanquesas, culebrones, ratas,
Y trompeteros cinifes y chinches,
Mis compañeros son y mis vecinos.
Pero las pulgas ¡y qué pulgas! andan
En cerrado escuadrón, luchando alevés,
Sin jamás concedernos armisticio,
Contra muslos y brazos y pescuezo,
Saltando por los platos en la mesa,
Y ahora, ahora en el papel que escribo.
¡Qué táctica la suya! ¡Quién creyera
Su invención sin igual y su talento!
Agrúpanse á manera de pelotas,
Y al ir las á coger, sin saber cómo,
Cada cual por su lado se dispersa,
Y alguna pierna en retirada pilla;
Las pulgas son los sabios de Melilla.

Así como los niños en la calle
En caballos de caña se pasean,
Y, uniformados de papel, figuran
Una marcial acción, del mismo modo
Viene á ser un remedo de comida
Lo que manjares y comida dicen.
¡Ni comemos, Nason! á lo poeta
Comemos, oh Nason, en simulacro.
Fabas, arroz, judías, agua y agua,
Viento, no quilo, dan: bien lo pregonan
Las revoltosas y rugientes tripas,
Acartonada piel, y este esqueleto,
Que al más mínimo soplo se pandea,
Como en columpio péndulo. Ya puedes,
¡Oh tú, huero filósofo de Sámos! (2),
Alzar aquí de vegetal doctrina
La suspirada cátedra. ¡Mendigo
Diógenes, Antístenes, caterva
De ladradores cínicos, frugales,
Si vos en cuerpo transmitáis el alma,
Nosotros, que al pináculo llegamos,
El cuerpo en alma transmigrar logramos.

No por tí, por alguno que me lea
En el comercio de Melilla ducho,
Aquí dos puntos ilustrar conviene,
Y su boca tapiar á cal y canto.
«Vacas alguna vez, gallinas, huevos (3),
Y otros efectos de menor valía
Los moros.....» Es verdad; y ¡quién los compra!
El alcaide, después sus parciales,
Sin que razones en contrario valgan,
Porque vale poder, y no justicia.
Y ¡guay de aquel que á la igualdad apele!
Un gazapon, cien palos fuera poco
Para lavar tan atrevida culpa.
El verlos nada más y suspirarlos
Por su innata piedad se nos concede.
Ya que su vientre engullidor hincharon,
Ávidos tratan de animar la bolsa
Con la plata del prójimo querido.
Cuando al hambre feroz ladrar escuchan
En el caído pálido semblante,

(1) Aquí, como estamos aislados, carecemos de frecuente correspondencia, de distracciones de gentes literatas, de aficionados á las artes..... Todas las conversaciones se reducen á chinchorrerías y murmuraciones: á hablar de viveres que faltan, del viento que sopla, del día en que se espera barco..... si han venido con comestibles los moros, que desde el mismo día nos escopeteaban cruelmente y tienen estropeados algunos fuertes á pedradas. ¡Mala vergüenza! En tiempo de otros gobernadores no pasaban del alcanico del cañón, y para cultivar el campo que está bajo de él pagaban contribución. Reconvenido este gobernador, sale con que tiene órdenes reservadas para no hacer nada: podrán ser ciertas; pero ninguno las cree.

(2) Alude á Pitágoras. (Nota del Colector.)

(3) Carneros, pasas, higos, melones, uvas, dátiles, cebollas, almendras, miel, cera, hilo, babuchas, jálques, alfombras..... pero ya no vienen por acá.

Entonces ¡caridad maravillosa!
Empiezan á sacar sus mercancías.
Postores, vendedores, cobradores,
En una pieza son: venden y roban,
Roban y venden, y sajando impunes,
Impunes vuelven á sajar. El pobre,
A las negras arpias maldiciendo,
Así clama del íntimo: «Cadenas
Y palos para mí, porque mis manos
Una vez ¡ay! la caridad perdieron,
Una vez nada más; porque las suyas
Impenitentes son á todas horas,
Imperio, orgullo, consentido crimen,
En premio se les da. ¡Qué disonancia!
¡Rabiosa condición de presidarios!»
Y torna á las ventíferas judías;
Al verlo, crecen las angustias mías,
«Sin distinción de crímenes
El Rey á todos la ración otorga»;
Y nunca fiel al confinado viene.
Almacenes vastísimos engullen
Lo que en nuestro poder estar debiera;
El máximo rector de la *taquilla* (4)
Su palacio-almacen, con cetro en mano,
Sañuda majestad, cuando le place (5),
Cuando se digna, por menor reparte;
Y por su voluntad..... á quién rebaja,
A quién, pródigo, aumenta, á quién suspende,
De nuestro haber dominador tirano,
Disponedor y despota africano.

Sus cortesanos en la flor se ceban;
Desechos viles, descarnados huesos
Al desvalido dan: su poderío
Tan alto raya, tanto se remontan
Los venturosos súbditos que manda,
Que al nacer un infante le saludan
Con esta inaugural oracioncilla:
«¡Que Dios te haga oficial de la *taquilla*!»

Cuando á sus bienhechoras intenciones
(A los ojos del vulgo inexcusables)
El ejercicio suspender agrada
De la su *taquilla* soberana,
Se cierra el almacén. ¡Ay compañeros!
Ya la media ración se nos decreta
De lo que place dar. Una semana
No espira, sin que ya los corredores
Vender ofrezcan á subidos precios
Lo mismo que faltará aseguraron,
Lo mismo que á nosotros pertenece.
En abundancia ¡tristes! parecemos,
Así cual en las aguas cristalinas
De sed rabiosa Tántalo se abrasa.
Con nosotros comercian, á nosotros
Lo nuestro venden, y á provecho suyo
Nuestra costosa propiedad acrece (6).

(4) El factor; su sueldo anual, 3.000 reales. Mantien: por lo menos á diez personas, y en un proceso que le formaron por ciertos trapicheos como los que describo, gastó hace poco en Málaga 70.000 reales según fama, con lo que se libró del presidio á que estaba condenado, y volvió al mismo destino para hacer otro tanto.

(5) Variante:

Cuando es servido,

(6) Estos mismos géneros que venden, salen del almacén destinado para nosotros; ¿cómo es que se venden y no se nos dan á ellos? El precio del vino en las almacenas es de 30 reales arroba; del tocino, 92; de harina, 29; de aceite, 63. A este precio los paga el Rey ó la nación, á éste nos cuesta si lo sacamos del almacén, lo que frecuentemente sucede por no ser la ración muy abundante ni completa. Digo que á provecho suyo nuestra costosa propiedad acrece. Las razones: porque cuando nos privan de alguno de estos géneros (y no es rara vez) nos dan abonar para cobrarlos en la veeduría de Málaga; allí nos pagan el vino (parece increíble), no á razón de 30 reales arroba, como debía ser, sino á razón de 9; el tocino á 30; la harina á 14; el aceite á 40. Esta enorme diferencia, que en justicia se nos debe abonar, porque es nuestro el género, otro se la lleva; de consiguiente acrece á su provecho en detrimento del nuestro y entre tanto carecemos de artículos tan necesarios á la vida. Esta *taquilla* es un misterio y origen de males incalculables. ¡Qué agitaciones, trapicheos y manejos en ella! Qué de veces se ha visto la plaza en apuros por carecer de ciertos racionones, y salir de aquí para Málaga! Mientras no calga (varias veces se ha intentado su ruina, pero en vano) ó no vayan sus operaciones expuestas con toda claridad y buena fe, y alveadas por la justicia, la miel de los desvalidos confinados será el peculio de unos cuantos sanguinos.....

Se vos non vobis mellificatis apes,

Sic vos non robis el meloso néctar
Elaborais, abejas industriosas;
Sic vos non robis, ovejuelas mansas,
Llevais ufanas el vellon lanudo;
Sic vos non robis, sufridores bueyes,
Andais uncidos al arado corvo;
Sic vos non robis, inocentes aves,
Non robis anidais. Así Melilla
En lenguaje no ménos expresivo
Nos llama su plantel, sus piés de olivo.
¿En quién, dime, Nason, la suerte esquivá
Con más braveza su rigor aviva?

Con todo, pudo ser que con el tiempo,
Vedados á escucharte mis oídos,
Tus quejas indulgente condonara.
Al fin sufriste, del hogar privado
Y de las caras prendas de tu vida.
Empero ¡por temor contradecirte!
Eso, Publio, jamas; la villanía
El generoso pecho no consiente.
¡A tí mi-mo negarte! ¡de tu oprobio
Ser el autor! La potestad me otorgas
Para llamarte *ruin*, y *ruines* llamo,
Y *ruines* llamaré, sin que ninguno
Audaz mi lengua reprimir consiga,
A cuantos, mi doctrina profesando,
Por sacudir la tempestad horrible
Que conmigo á los mios anegára,
Cantaron sin pudor la palinodia.
Canalla ruin, mi corazon os odia.

Ni te perdono, Publio, la menguada
Servil adoracion con que tu musa,
Con trémula rodilla, con la frente
En el polvo soez, los piés inmundos
Del ausonio opresor profana lame;
Del opresor, «que sólo con su vista
Abate y alza tu fecundo genio»;
Del «celeste varon, por quien, piadoso,
Incensos odoríferos quemaste»,
Y «Mis votos escucha, le dijiste,
¡Oh máximo dios César!» por lo ménos
«Tan grande como el mundo que moderas.»
¿Qué puede haber sin tí, que despreciable,
Que vil no sea? Nada se te oculta
De cuanto pasa en el extenso mundo,
Y, dios, todo lo sabes, lo ves todo,
Todo preves..... » ¡A!, Nason, habláras,
Dime, si de tus inclitos mayores
La sangre por tus venas circulase?
Escuchándote César, fué tan bajo,
Tan débil como tú. Si ahora mismo
Dado me fuera castigar tu culpa,
¡Rastrero adulador! miéntras el aura
Tu espíritu servil vivificase,
Para escarmiento de poetas patrios
Tan viles como tú, yo te mandára,
Publio Nason, con triplicados hierros,
Atado el pié, desnuda la rodilla,
Morar en el presidio de Melilla.

CANTATAS.

I.

LA VÉNUS DE MELILLA METIDA Á PESCADORA (1816).

Viendo la Vénus morena
Del recinto melillense
Que de tantas pescadoras
Se están burlando los peces.
Que van y tornan,
Tornan y vuelven,
Y nada, nada
Miseras prenden,
Por más que opops,
Por más que redes,
Cañas, anzuelos,
Cebo les echen,

A vengar tamaña injuria
Ella sola se previene,
Y guerra declara, guerra,
A los ecúóreos vivientes.

¡Pobrecitos
Peccitos!
Esta orilla,
Sús, dejad;
Pues avanza
Y os alcanza
De Melilla
La deidad.

Y mirándose el semblante
En el espejo inciente,
De su belleza satisfecha,
Canta ufana de tal suerte:

«¡Quién, mágica hermosura,
Habrá que te resista,
Y quién de tu conquista
Se puede libertar?
¡Oh sin igual ventura,
Llamaros mis cautivos,
Ya muertos ó ya vivos,
Nadantes de la mar!

La belleza que al mundo somete,
Y á Neptuno triunfante acomete,
Os pondrá por trofeo á mis piés.

¡Qué más cebo, destreza, y anzuelos
Que mis vivos flechantes ojuelos,
El chubasco pasando del mes?

¡Os flais en el cuero y escamas!
Desperdicio seréis de mis llamas,
Desperdicio la verde region.

Ni en el fondo escondidos yaciendo,
Ni de mares en mares huyendo,
Nunca, nunca tendréis salvacion.

Y ya la caña ondeante
Sobre sus hombros revuelve,
Mirando al cielo orgullosa
Y la tierra hollando leve.

Entrase en la Florentina,
La perdición de los peces,
Que, descuidados, el seno
Del hondo piélago hienden.

Sobre una peña se sienta,
Y la vaga vista tiende
Por las hondas apacibles
Que sus plantas humedecen.

La lienza arroja..... ¡qué dicha!
Pisó el pez; primera muerte;
La doblada caña apenas
El peso fausto sostiene.

Será la doblada,
Hembrilla, dorada,
Cornuda, delfín.
Ya, ya se divisa;
El es..... ¡Ay qué risa!
Un roto botín.

Entónces en ira ardiendo,
Cual provocada serpiente,
Deja el sitio pateando
Y maldiciendo su suerte.

De abajo á arriba se rasga
El guardapiés transparente,
Y las moriscas babuchas
De los piés se le desprenden.

Una súbita oleada
En el fondo las sumerge,
Para ser un día pesca
De otra Vénus melillense.

Ella descansa, desnuda,
Sin pesca, sin atreverse
A mirar, avergonzada,
Por donde vino se vuelve.

¡Melilla! Tu Vénus ahora
Desnuda por ser pescadora,
Que sea tu vivo ejemplar.
Desnuda jamas te miráras
Si en ocio la edad no pasáras
En vez de coser y fregar.

II.

LUCHA ENTRE LA LEY Y EL DERECHO

favorecido por el amor, y el duelo sostenido por el honor ó la opinión y Marte.

La ley reprueba el reto
Y le defiende honor;
¿Qué hacer en tal aprieto?
¿A cuál me inclinaré?
¿Será que su rigor
Mi flaco aliento venza?
¡Oh Dios! ¿de qué vergüenza
Cubierto me verá!

Después, por otra parte,
Esquívale mi amor;
El belicoso Marte
Bramando en ira está.
Con Marte vas, honor;
Amor, con el derecho.....
¿A cuál, á cuál mi pecho,
Decid, se rendirá?

Me incita,
Me inflama
La llama
De amor.

Me grita
El acento
Sangriento
De honor.

Lloroso,
Ni puedes,
Ni cedes,
Amor.

Furioso
Me elevas,
Me llevas,
Honor.

Placiente
Me ablandas.....
Tú mandas,
Amor.

Valiente
Me agrandas.....
Tú mandas,
Honor.

Rendiste
Mi pecho,
Derecho
Y amor.

Asiste
Con su arte,
Dios Marte
Y Honor.

Mi sien plácido corona
Con tu lauro, honor triunfante,
Y á mi amante
Ansias tantas
Con él premia, y tanto ardor.

Mi adorado bien, perdona,
Entre tanto que gozoso
Y amoroso
A tñs plantas
Llega Marte y el honor.

III.

AL CASAMIENTO DE DOÑA TERESA ÁLVAREZ
DE GUZMAN, PALAFOX, ETC.

Tu benéfica luz, padre del día,
Almo sol, apresura,
Y con ella la pura,
La plácida alegría,
Gustada nunca del mortal profano;
Descienda al corazón de dos amantes
El fuego soberano,
El fuego que, en suspiros anhelantes,
Su corazón despide,
Y recreada la virtud preside,

Oyóme..... ¡cómo gira
Con ala vagarosa
Ufano Amor en torno de la hermosa!
Ya, ya oficioso llega,
Y cortés la retira
Del seno maternal, y á su querido
En premio se la entrega
De la constante fe. Compadecido
De su largo penar y su deseo,
Genial himeneo
Las teas entre cánticos inflama,
Las puertas abre y al altar los llama.

Venid, venid, esposos,
De amor, de honor dechado,
Al término fijado
Por vuestro corazón.

Los fuegos venturosos
Desháganse en delicias;
Que el cielo entre caricias
Os da su bendición.

No bien el Himeneo terminado
Su ministerio había,
Ya la Fecundidad aparecía,
Llamando á los esposos vigilante.
Matrona augusta, de gentil semblante,
La sien de mirto y arrayan cercada,
En su diestra reposa
El inmutable cetro de los mundos,
Que puebla portentosa.

«¡Oh hijo de la noble Celtiberia!
Escucha la voz mía;
Escúchala, Teresa bienhadada,
De aquellos derivada
Que en la marcial porfía
Al atroz agareno domeñaron,
Y al África lanzaron
Al imperioso horror y tiranía;
A mi reino venís. Yo, poderosa,
Mi virtud os imprimo,
Y á padres os sublimo.»

En diciendo, los besa cariñosa
Y el tálamo les muestra; complaciente
A la virgen la túnica descifre,
Y el velo misteriosa
Levanta. Satisfecho
Amor entónce, con su arpon dorado
Traspásales el pecho,
El fervido se agita,
Ella también y de pudor palpita;
Palpita, y luego siente
Por su faz sonrosada
El virgíneo color de la viola,
Que da á los suyos la modestia sola.

¡Oh felice cautiverio,
Cuyos lazos
Vuestros brazos
En estable paz serán!
¡Oh de amor benigno imperio,
De amor casto,
Que os enciende,
Que defiende vuestro afán!

La suprema deidad, alborozada
Del insigne ornamento
Añadido á su imperio soberano,
Les toma de la mano,
Así cantando con amigo acento:

«De vuestra union sagrada,
Que al cielo aplice tanto,
Ya veo el fuego santo
De Thémis renacer;
»De Thémis, que, si armada,
El crimen abomina,
Al justo patrocina
Con todo su poder.

»De foragidos ávidos,
Contra los choques duros,
Inexpugnables muros
La patria ve salir.
»Espíritus impávidos,
Robustos baliartes,
Por quienes ciencia y artes

Podrán su cuello eruir.
 » Aquesta gloria
 Y regocijos
 A vuestros hijos
 Se deberán.
 » Tanta victoria,
 Tan altos bienes,
 De vuestras sienes
 Orla serán.
 » Que ya en ellos á vuestros mayores,
 Del hogar de la ley defensores,
 Viendo estoy con alegre inquietud.
 » Palafox y Montijo reviven,
 Y Guzman y el de Niebla reciben
 Nuevo lauro de prez y virtud;
 » Cuyo nombre será que la Fama
 Lleve fiel de region en region,
 A la par publicando que rama
 De tan ínclito vástago son.
 Dijo, y partió con sonreír afable.
 ¡Oh, plegue al cielo, Teresita amable,
 Al cielo plegue, generoso jóven,
 Que vaticinio tal cumplido sea,
 Y plegue á su poder que yo lo vea!
 Cual risueño arroyo
 Entre blandas flores
 Pase vuestra edad.
 Huyan las dolencias,
 Huyan los rigores
 De la adversidad.
 Vivid, gozad,
 Y en vuestro seno
 Brille de lleno
 La humanidad.
 Vivid, gozad,
 Vivid, gozad.

IV.

LA VIUDA DEL SOLDADO (1).

¡Ay Dios! ¿qué se hicieron
 La paz, las caricias
 Y tantas delicias
 Y tanto placer?
 Veloces huyeron
 Cual sombra liviana,
 Cual rosa temprana
 Que muere al nacer.
 Cuando halagada con mi amor vivía
 En union deliciosa,
 Esta comarca resonar solía
 Pacíficos cantares. Venturosa
 Ayer mil veces con mi amante esposo,
 Hoy desolada viuda,
 ¿Adó me acogere? ¿quién en mi muda
 Soledad me valdrá? ¿Quién mi enojoso
 Pesar adormirá? ¿De cuya boca
 Oiré de esposa el regalado nombre?
 ¿Oiré las quejas de mi angustia dadas?
 ¿Oiré las inflamadas
 Caricias del amor? ¡Ay qué serenas
 Horas aquéllas fueron! ¿Qué enlutadas
 ¡Ay! éstas son, y de orfandad cuán llenas!
 En el Abril hermoso
 De mis floridos días
 Me arrebataron á mi tierno esposo
 Del casto lecho y de las glorias mías.
 Amor, amor apenas
 La dulce copa del placer sabroso
 En lazo delicioso
 Nos dió á gustar; en vano imaginando
 Que no hay poder que nuestra dicha rompa,
 Cuando la airada trompa
 De la guerra feroz llama á la guerra.
 En derredor la sierra
 Toda se turba; el corazón se oprime
 Estremecido; gime,

Gimo, y dícame «adios» en vos doliente.
 Tente; tu amante,
 Tente, tu esposa
 Ni un solo instante
 Sin tí estará.
 Contigo muera,
 Contigo viva,
 Y donde quiera
 Contigo irá.
 ¿Qué pronuncias? ¡Oh cielos! ¿Y tú puedes,
 De tu esposa los brazos esquivando,
 Ir á morir matando?
 ¿Ves mi amarga viuded? ¿Ves cuál me dejas
 Al llanto y soledad abandonada?
 Héme de luto y de temor cercada.
 No, no; en los brazos de tu amante viva....
 Y oigo otra vez el pavoroso estruendo
 De la trompa mil veces maldecida.
 «Adios, adios te queda,
 Mi único bien, adios....» Así diciendo
 En mis brazos se enreda;
 Caigo en los suyos sin aliento y vida.
 Entónces ¡ay! el beso regalado
 Quedó en los labios de los dos helado.
 ¡Ay! ¿dónde está, dónde,
 Mi plácido dueño,
 Que un tiempo, halagüeño,
 Mi amor inflamó?
 Un grito responde,
 Que toda me aterra:
 «Tu esposo en la guerra,
 Tu esposo murió.»

ROMANCE.

A BELINDA (1816).

Bien puede, Belinda hermosa.
 El rigor del hado avieso
 Implacable perseguirme,
 De sangre y sangre sediento;
 Ensayar contra mi vida
 Los más ásperos tormentos
 En los hórridos abismos
 De los líbicos encierros;
 Mas no puede, vida mía,
 Sujetar el pensamiento,
 Que ni á despotas se dobla,
 Ni reconoce su imperio.
 Él se burla, poderoso,
 De los humanos esfuerzos,
 Y deshace, denodado,
 Como polvo sus proyectos;
 Él, penetrando los fuertes
 Y las cadenas rompiendo,
 Más velos que rayo, cruza
 La extension del universo.
 El mio, sin par Belinda,
 Agitado con el fuego
 De la pasión que me abrasa;
 Allí se anida en tu seno;
 En tu seno, palpitante
 De amor y dolor á un tiempo,
 Por mi vuelta suspirando,
 Por mi ausencia falleciendo.
 ¡El tus plegarias escucha,
 Él escucha tus lamentos,
 Que á los astros rutilantes
 Van en lágrimas envueltos.
 Él doquiera te acompaña,
 En la casa, en el paseo,
 Y los parajes frecuente
 De amor hermosos trofeos.
 Allí la fe de ser mía,
 Allí tú los juramentos
 Me renuevas, por testigos
 A las estrellas trayendo.
 Entre mis brazos entónces

(1) Hablando de esta cantata, dicen las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes* (tomo III, 1808): «No dudamos en citarla por modelo á par de las del célebre Metastasio.» (Nota del Colector.)

Añudado tu albo cuello,
Con tus besos inflamados
Encontrándose mis besos.....
Durarán mientras domine
Amor, tan gratos recuerdos,
En mi corazon grabados
Con caracteres de fuego.
En tu amor, en tu belleza
Embebido el pensamiento,
El presidio me parece
De flor y rosas cubierto.
Halagos en vez de penas;
En vez de horrores, encuentro
Una mansión encantada
Por tu mágico embeloso.
En mi memoria presente
Por todas partes te llevo,
Y das principio á mis obras,
Y das fin á mis deseos.
Contigo sueño de noche,
Contigo de día velo,
Sola te nombra mi labio,
Sola á tí, mi solo dueño.
Tú, mi Píeride, templeas
El desusado instrumento,
Y me dictas los cantares
Inflamados con tu incendio.
Así el tiempo se desliza
Y mis penas entretengo,
Así la negra desdicha
Á mi albedrío sujeto;
Hasta que al fin, ya mudada
Y á mis votos sonriendo,
Me dé volar á tus brazos,
Para recibirme abiertos.
El aura que tú respiras
Me dé respirar en ellos;
Me dé con tu pecho amante
Palpitar mi amante pecho.
¡Oh! Llegue de nuestra dicha
El suspirado momento,
Y el amor con nuevas ansias
En estable union gocemos.

*Te loquor abernitem, te rex mea nominat unam
Nulla venit sine te nox mihi nulla dies.*
OVID.....

CANTILENAS.

I.

MIS VOTOS.

Dejáme Pandora
La caja do están
Los bienes que busca
Con ansia el mortal.
Riquezas no quiero,
Ni quiero brillar
En letras, honores,
En guerra ni en paz.
Desdeño del vulgo
El mísero afán,
Desdeño del prócer
El humo fugaz.
Ya puedes, Pandora,
Tu caja llevar:
Que más encumbrados
Mis ímpetus van.
Si todo cediera,
Ahora no más,
Sumiso al imperio
De mi voluntad,
Ahora, Pírene,
Lanzárame allá
Do tocas los astros
Con frente inmortal.
Señor absoluto

De mi voluntad,
En mi órbita puesto
Cual un luminar,
En ella girará
Del polo glacial,
Adonde domina
Vulcano voraz,
Y viera los rayos
Mi planta besar,
Tenderse en alfombra
Feroz tempestad,
Cuajarse la nieve,
Y el trueno rodar;
Porque sube Tétis,
Se hunde, viene, va.
Formarse vería
Con ojo sagas
El rico minero
Del globo terral.
Alzarse la planta
Al rayo solar.....
Y el grande portento
Del reino animal.
Y luego mirara
Con triste piedad
En sangre del hombre
Teñida su faz.
Al trueno estallante
Mandárale hablar,
Así reprendiendo
Su brutalidad:
«Y tienes á gloria
Furioso clavar
En pechos iguales
El recio puñal?
» ¡A gloria el invento
Del arte fatal;
Con él de tu hermano
La vida abreviar?
» ¡Perdiéndole, clamás
Amor, hermandad?
Mentira, mentira
De un labio falaz.
» ¡Por qué?... de decirlo
Vergüenza me da.
» Y tú, tú te llamas
El sér racional?
» Y ¡altívol! ¿no temes
Con lengua procaz
Las otras especies
De brutos tratar?
» ¡En cuál tu barbarie
Notarás? ¿en cuál
Tu orgullo, tu hinchada
Servil vanidad?
» Y ¡quién tu miseria
¡Oh hombre! dirá,
Ridículo juego
De contrariedad?
» Al cielo tan pronto
Alado te vas,
Insano creyendo
Los astros mandar;
» En tierra tan pronto
Estúpido das,
El polvo ensuciando
Tu trémula faz.
» Por nada lloroso,
Por nada volcán;
Solicito siempre,
Contento jamas,
» Mezquinas pasiones,
Sin nunca cesar
Te traen y te llevan
Aquí y acullá.
» ¡Oh sér despreciable!
¿Acaso eres más
Que trompo azotado
Por fuerte ramal?
» ¡Y es ésta la alteza
De tu dignidad?
» Por esto blasonas

De sér racional?
» ¡Cuándo fué tu pauta,
Ni cuándo será
La razon que tanto
Pregonando estás?
» Los brutos no rompen
La ley natural;
Y tú la quebrantas
Con ímpetu audaz.....
» ¡Oh musa parlara!
Ya déjalo, ya;
Que, en tu órbita entrando,
El resto dirás.

II.

AL SIGLO XIX.

Mis votos importunos
Por tu venida cesen;
Que al fin aparecieras,
¡Oh siglo diez y nueve!
El respetoso labio
Salúdetes mil veces,
Y el afligido pecho
A serenarse empiece.
Desde el instante mismo
Que tu gallarda frente
Al mundo descubriste,
Que á tu poder sometes,
El justo se consuela;
Y en cambio, se estremecen
Los que en el mal ajeno
Libran su bien, alegres.
Ellos te miran místicos,
Las dilatadas sienes
Ornadas con la pompa
Triunfante de sus muertes.
Y como del cabello
Sus funerales penden,
Por eso te apellidan
Sépulcro de vivientes.
Los que contigo nacen,
En tu girar envuelven,
Y los que vivos hallas,
De súbito sorprendes.
No hay paso que contigo
Millares no te lleves,
Poblados que no enlutes,
Ventura que no siegues.
Pues ¿qué, cuando á la fuerza
De tu carrera llegues,
O caigas en los brazos
Del siglo que te vence?
Y ¡qué si por la tierra
Mavorte se embravece,
Gritando sangre, en sangre
Teñiendo sus laureles?
» Si luego al par sus alas
Mortíferas extienden
El hambre asoladora,
La no saciada peste?
A todos á la huesa
Inexorable impelles,
Sin respetar el cetro
De los temidos reyes.
Todos contigo, todos
Corremos. ¡Qué deleite:
Saber que los perversos
Al fin el polvo muerden!
» Saber que, sin que tornen
Sus ímpetus, perecen
Hollados, execrados,
Malditos para siempre!
En su inocencia envuelto,
Tranquilo el justo muere.....
No muere, no; que vive
Mientras el orbe rueda.
Las lágrimas piadosas
Su tumba le humedecen,
Le animan sus virtudes,
Sus hechos le engrandecen.

Que los gloriosos hechos
Oscurecer no pueden
Ni tú ni tus hermanos,
¡Oh siglo diez y nueve!

III.

AL AÑO NUEVO (1816).

Pues la deidad biforme,
Con su dorada llave
Del año silencioso
Las anchas puertas abre,
Léjos del foro, amigos,
Los gárrulos debates,
Y cesen las rencillas,
Y el afanar descanse.
Entre ocio y entre juegos
El pecho se dilate,
Y Vesta cuidadosa
Anime los hogares.
La cítara se pulse
Con cánticos suaves,
Derritanse las nieves,
Enciéndanse los aires,
Y sin cesar Lieo
De labio en labio vague,
Saltando entre las copas,
Alegre y espumante.
La noche con el día
Festivos entrelacen
Banquetes abundosos,
Enloquecidos bailes (1).
Sus tímidos desvíos
Depongan los amantes,
Amor los acaricie
Y la victoria canten....
Aleja de nosotros
¡Oh Jano! los pesares,
Y siga con mil dichas
El año que empezaste.
Tú las aéreas nubes,
La tierra y mar sonante
Con tu poder inmenso,
Ya cierras, ya los abres.
Patuleio así te llaman
¡Oh Jano! las edades (2);
¡Qué dios la primacía
Fudiera disputarte?
Presides con las Horas
Las puertas celestiales,
Y el mundo reconoce
Tus dones tutelares.
Por tí la paz fecunda
Entre las mieses nace,
Y gira con los polos,
Y vuela con los mares.
Por tí aherrojado brama
El furibundo Marte,
Gritando vanamente
Desolacion y sangre.
Por tí.... mas continúe
La paz, benigno padre,
Y el año que nos dieras,
Feliz y ledó acabe.

IV.

PROPÓSITOS BURLADOS (1816).

Iba á cantar ufano
Con cítara dorada
Vuestra sin par belleza,
Vuestras picantes gracias,
Madrileñitas mías
Y mías gaditanas,

(1) Variante:

Las danzas triscadoras,
Los pródigos manjares.

(2) *Patuleio* (que abre), *Cituro* (que cierra),
sobrenombres de Jano. (Nota del Colector.)

En cuyo seno viven
Mis amorosas ansias,
Mas ¡ay! que, altiva, sólo,
Sólo cantar me manda
Las niñas melillenses,
Dione mauritana.
Con la meónia trompa,
Que el corazón inflama,
A celebrar empiezo
Los héroes de mi patria,
Y el líbico Mavorte,
Lanzando horror y llamas:
« Detente, yo presido
En las gétulas playas.
Ensalza de los moros
Las bélicas hazañas. »
Dice, feroz me mira,
Y los escritos rasga.
Al dios de los vífedos,
Que regocija el alma,
Mi cítara consagro,
Con su licor templada.
« ¡Al enemigo mío,
Oh mi enemigo, ensalzas,
Y mis tremendas olas
Tu pecho no acobarlan? »
Moviendo su tridente,
Así Neptuno exclama,
Y prestas á tragarme,
Las tempestades braman.
Pues todas las deidades
De la mauricia banda
Mi intento de consuno
Con ímpetu rechazan;
Mientras que mi destino
Su cólera desbrava
En la región sedienta
Del Africa tostada,
¡Oh cítara morisca!
Olvida de la España
Los tonos, y tus sonos
A lo morisco ensaya.
Del mauritano vale
Baco su fiera saña
Desvie, la desvien
Los héroes de mi patria.
Perdon, ¡oh madrileñas!
Perdon, ¡oh gaditanas!
En cuyo seno viven
Mis amorosas ansias.

V.

LA VÉNUS DE GRECIA
Y LAS DE MELILLA (1816).

¡Quién el furor amansa
Del despota soberbio
Cuando de sangre tñe
Su formidable cetro?
¡Y quién al hombre-fiera
Sacando de los yermos,
Derrite poderoso
El diamantino pecho?
Y ¡quién á Marte embota
La espada, en flaco miedo
Trasforma su bravura,
Sus lides en sosiego?
¡Beldad encantadora!
De tu divino aliento
Amor nació, y se estrechan
En blanda union los sexos.
De sercs animaste
Por ella el universo,
Sin fin los reproduces,
Reproducida en ellos.
Entonces los humanos,
Tu gran poder sintiendo,
Rindiéronse á tu ímpetu
Con ímpetus diversos.
Por tí furiosos vagan,
Por tí suspiran tiernos,

Y humildes, á tí sola
Dirigen los obsequios.
Deidad te declararon,
Altars te erigieron,
Y Vénus, escuchaste
Sus amorosos ruegos.
Venérate la Grecia
En suntuosos templos,
Con víctimas hermosas,
Con bálsamo sabeo.
Ni sólo señoreas
Al orbe; que su cuello
A tu presencia doblan
Los númenes del cielo.
El dios que de su soplo
Lleva pendiente el trueno,
El rayo de su diestra,
La suerte de su ceño,
Al verte, sus furores
Desahácese al momento,
Y con el trueno y rayo
Es de tus piés trofeo.
¡Frodita (1) de la Grecia,
Que en nombres halagüeños
Extiendes por el orbe
Tu venturoso imperio!
Ora *naiguda* (2) vengas
Y fácil á mi acento,
O las *turgentes pomas*
Acá y allá moviendo;
Permite que bosqueje
Las melillenses Vénus
Que el Africa produce
En su tostado seno.
De léjos y de cerca
Curioso las observo....
¡Dó están sus gracias? ¡dónde
Su morbidez y fuego?
Si formas elegantes
Y si jugosos miembros
A dulce union provocan
Llamando los deseos,
¡A quién mover podrian
Sus talles esquelctos,
De piel amarillenta,
De crujidores huesos,
Merced al agua pura,
Merced á su alimento
De arroz, caragilates,
Fabas y pan de perros,
Así cuitadas ruan,
Consigo conduciendo
Bonanza por afuera,
Ventisca por adentro.
¡Ah caragilatotas
Fabi-arrozadas Vénus!
¡A vos adoraciones
Rendir un madrileño?
Adórelas el simple,
Celébre las el necio;
Que á vos tan sólo adoro,
Tan sólo á vos celebro,
¡Oh lindas madrileñas!
¡Oh gaditanas cuerpos,
De la greciana Cípris
Espléndido ornamento!
¡Ay, cuándo será el día
Que pose en vuestro seno,
Dejando para siempre
Las melillenses Vénus!

(1) Usando de una *aféresis*, en verdad poco
digna de imitación, convierte aquí el poeta
en *Frodita* el sobrenombre de *Afroditas* dado
á Vénus en la Grecia antigua. (Nota del Co-
lector.)

(2) En Grecia había Vénus *naiguda*, *tu-
da*, etc. (Nota del Autor.)

VI.
VATICINIO.

En noche asaz oscura,
Posando yo dormido
Al hórrido estampido
Del indignado mar,
Me llama una figura.
—«¿Quién va? ¿quién es? ¿qué pide?»
—Quien tu vivir preside,
Tu genio tutelar.

» Estréchate Melilla
En duro cautiverio;
Melilla, que el imperio
Del Afro sujetó.
» Pues ¡sú! y tú la humilla,
Intímale su suerte.
¿Qué harías? Con mi fuerte
Poder te amparo yo.

» Bien es que tu fortuna
Será de tus amigos;
Los cielos son testigos..... »
Mis votos atended.

¡Oh mares! á la luna
Subid, y semejante
A la region de Atlante (1)
La melillense haced.

Arenas movedizas,
Que las cambiseas galas (2)
Cubristeis, en las alas
Venid del huracan;
Y lluevan las cenizas
Que, con furor insano,
Mandará al Herculano
El ávido volcan.

Mayor diluvio vuelva,
Salvándonos la barca,
Cual otro tiempo el arca
Al plantador Noé.
O el fuego se la envuelva,
Y nadie la socorra,
Y sea cual Gomorra
Y cual Sodoma fué.

Cualquiera viento envasen
Las bárbaras *cabilas* (3),
Bajando cual Atilas
Del áspero *Gurgur* (4);
Y lo que quede arrasen,
Al grito del Nordeste,
El hacha de la peste,
Del hambre la segur.

El Báratro te entierre,
Ciudad abominada,
De déspotas morada,
De crímenes padron;
O el huracan te cierre,
Formándose debajo,
Y llévete de cuajo
Del Austro al Aquilon.

GENIO.

«Oye, Melilla; asiento
Do la maldad se encierra,
Te anuncio que sin tierra
Un día quedarás.
» A voluntad del viento,

(1) Alude, no al célebre monte Atlante, sino á la Atlántida, isla inmensa que tragó el mar.

(2) Alude á los hermosos ejércitos de Camíbices, sepultados bajo las arenas movedizas de la Libia.

(3) Partidas de moros, al mando de un cabo.

(4) Sierra ó monte del África, á la vista de Melilla.

De acá, de allá soplando,
De mar en mar nadando,
Cual Délos andarás.»

VII.

La diosa Citéres (5)
En un bosque espeso
Me dió un dulce beso,
Diciéndome así:
«¿Deseas placeres?
Vénus es contigo
Si haces lo que digo.»
Respondió: Sí, sí.

«¿Ves cuánta hermosura
Me cerca anhelante
Y ofrécame, amante,
Su fiel corazon?
» El paso apresura,
Los brazos extiende,
Y sacia y enciende
Sin fin tu pasión.

» Mas nunca te rindas
A ciertos ojuelos,
Que tierra, que cielos
Ya van á abrazar.
» Estas, estas lindas
Del bosque frondoso
Vendrán tu fogoso
Cuidado á templar.

» ¡Ay, ay! una ingrata
Que en su margen fría
Manzanares cria
Me hace estremecer;
» Ella me arrebató
Mi imperio, orgullosa;
Mi imperio, y la diosa
No soy del placer.

» Por ella ha quedado
Mi Gnido desierto,
Y yerto y cubierto
Por ella de horror;
» Por ella inflamado
Pregunta, y tras ella
Con rápida huella
Marchóse al amor.

» Y sin humillarse,
Mi fuerza no adora
La infiel. Ciega ignora
Que al mundo rendí.

» Mira transformarse
A Jove en un toro
Mugidor, y en oro
Líquido por mí.

» A Troya humeando
Caer, trastornada
España, angustiada
La tierra y el mar.....
» ¿Qué vale, si un blando
Mirar de la esquivo
Mi trono derriba,
Destruye mi altar?

» ¡Oh padre tonante!
Tú, que del alado
Rayo siempre armado,
Del trueno á la voz,
» En un solo instante
Las cumbres arrasas,
Los mares abrasas
Con fuego veloz,

(5) Esta composición y las tres siguientes fueron publicadas en la revista titulada *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes* (1895).

» Abrasa, devora,
Destruye, confunde,
O en el mar la hunde.
¿Su orgullo no ves?
» Mas ¡ay! que si ahora
Su padre la viera,
Su rayo cayera,
Corriera á sus pies....

» Ya viene..... Animoso
Resiste; arde el viento;
Su llama en violento
Randal se extendió.
» Ya el dios poderoso
Se echó en su regazo,
Y amor en un lazo
También se enredó.

» ¿Qué alma no se siente
De amor abrasada
Cuando una mirada
Dulcísima da!
» Aquí de repente
Mil víctimas quedan,
Otras allí ruedan,
Mil otras allá.

» ¡Feliz quien su huella
Besa, quien su aliento
Bebe, y un momento
Su encanto gozó!
» ¡Feliz por quien ella
Suspira y placiente
Le mira, y ardiente
Su afán coronó!

» *Belinda* se llama.... »
—Adios, ¡oh Citéres!
Toma tus placeres,
Ya corro á mi bien.
» *Belinda* me inflama,
Belinda es mi amante,
La adoro constante,
Me adora también.

Morenita bella,
Si con tus ojuelos
La tierra, los cielos
Arrastras así,
¿Cuál será mi estrella?
Que siempre yo viva
Cautivo, cautiva
Tú siempre de mí.

VIII.

LA TRENZA DE PELO (6).

¡Oh trenza querida
Del ídolo mio,
Que allá con la vida
Llevó mi albedrío!
¡Ay! Salve, oh tesoro
De mi única diosa,
Que beso, que adoro
Con alma amorosa!
¡Oh plácido hechizo
Que estoy contemplando!
Llorando te rizo, •
Te aprieto llorando.
De amor el más bello
¡Oh rica presea!
Adorna mi cuello
Y en él te recrea.
¿Cuál siento agitarse
Mi fiel corazon,

(6) «Admiran más las gracias de esta composición cuando se sabe que fué hecha casi de repente.» (Nota de los redactores de la mencionada revista *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*.)

Saltar y gozarse
 Con tal galardón!.....
 ¿Qué quieres? ¿Cefirte
 Con él y arrearte?
 ¿Con él aplaudirte?
 ¿Con él inflamarte?
Belinda descas,
 Tu amante, tu linda;
Belinda voces,
Belinda, *Belinda*.
 Pues toma la prenda
 De tantos amores,
 Que sola te encienda,
 Que sola tú adores.
 Mas dime, oh cabello
 Que un tiempo la ornaste,
 Y en seno y en cuello
 Travieso jugaste;
 ¡Ay! dime tú, dime
 Si por mí palpita,
 Si llora, si gime,
 Si me ama y se agita.
 Dime si la aqueja
 Mi dolor agudo
 Y al cielo se queja,
 Llamándole crudo.
 ¿Suspira al nombrarme?
 ¿Desea que vaya
 Con ella á anudarme
 Del.... en la playa?
 ¿Se duerme conmigo?
 Conmigo despierta.....
 «¡Oh sueño, testigo
 De mi dicha cierta!
 » Su párpado hermoso
 Tú cierra placiente,
 Y ponle oficioso
 Mi imagen presente.
 » Las tiernas caricias
 Que aquí nos unieran,
 Las tiernas delicias
 Que allá nos esperan.
 » Imprimele un fuego
 Tan vivo y constante
 Que no halle sosiego
 Sino con su amante.»
 Solo regocijo
 En la angustia mía.
 Dime, ¿qué te dijo
 Quien á mí te envía?
 Belinda adorable,
 ¿Me quieres?.... ¿Qué oí!
 ¡Oh dicha inefable!
Te quiere, sí, sí.

IX.

IMPERIO DEL AMOR.

Yo soy aquel valiente
 Que á Vénus esquivaba,
 Porque á Minerva daba
 La rosa de mi edad.
 El solo afan ardiente
 De mis delicias era
 Correr con faz severa
 En pos de una verdad.
 En ella embebecido,
 Casi de mí olvidado,
 Me vía el sol rosado
 En su albo amanecer;
 Me vía sin sentido
 La noche silenciosa,
 Su rueda perzosa
 Girando hasta caer;
 Mas Amor, envidioso
 De mi feliz contento,
 Arde, y arder el viento
 Se siente en derredor.
 Las armas, espantoso,

Apresta sin tardanza;
 Consigo la venganza,
 Delante va el terror.

Del seno regalado
 Se escapa de la diosa,
 Y cual flecha rabiosa
 Se lanza sobre mí.
 El corazón helado,
 A un soplo suyo leve,
 Derrítese cual nieve,
 Y como llama ardi.

Atónito á sus plantas
 Caí, y él, más humano,
 Me coge de la mano,
 Así empezando á hablar:
 «¡Con esquivaces tantas
 Compensas mis bondades!
 Al dios de las deidades
 ¿Quién puede avasallar?

» ¿Ves del inmenso cielo
 Los dioses que le habitan?
 Todos por mí se agitan
 Y sienten mi furor.
 Pues mira al ancho suelo
 Solicito anhelando
 Amor, amor buscando,
 Muriendo por amor.

» ¿Qué cuello á mi coyunda
 No cayó? ¿Qué arrogante
 A mi carro triunfante
 Amarrado no vá?
 » Cuando en su andar circunda
 El sol, cuanto el mar baña,
 Todo á mi fuerza extraña,
 Todo rendido está.

» Nada sin mí: ¿qué fuera
 El hombre? ¿Qué la amable
 Sociedad? ¿Qué la estable
 Feliz reproducción?
 » A su nada volviera
 El mundo. Su perenne
 Estar Amor sostiene,
 Amor su firme unión....

» ¡Oh cuántos y qué abrazos
 Tan dulces! ¿Qué caricias
 Tan tiernas! ¿Qué delicias
 Desde hoy apurarás!
 » En tan estrechos lazos
 Con que feliz te ligo,
 ¡Vivir, morir conmigo
 Alegre no querrás?

» Las ciencias abandona,
 Tal es el gusto mío,
 Y llena el gran vacío
 De tu alma con mi ardor.»
 Y luego me corona
 De rosas, y travieso
 Me imprime un blando beso,
 Y libo al mismo Amor.

Prosigue: «Yo te entrego
 A la sin par Belinda.....»
 Acepta, oh niña linda,
 Mi amor y libertad.
 » Esta será tu fuego;
 Mi ardiente lanza os vibro;
 A mi poder os libro;
 Yo os favorezco, amad.

» Te quiere y tú la quieres.....
 Pues ya desde esta hora
 Señor de tu señora
 Serás.» Y lo juró.
 Gozar de sus placeres
 Nos da; y en blando estruendo,

Las alas sacudiendo,
 A su madre voló,

X.

PLEGARIA Á LA NOCHE.

¡Oh noche pavorosa!
 Noche de horror cubierta,
 Detente: silenciosa,
 ¿Dó vuelas tan fugas?
 » No ves, no ves que yerta
 Mi alma en dolor va á hundirse,
 ¡Oh noche! y á extinguirse
 Contigo mi solas?

Espera que otro instante
 Contemple embebecido
 Este misero amante
 Tu angusta lóbregas.
 Otro instante, afligido,
 No más te ruego; olvida,
 Oh noche enlutada,
 Tu infausta rapidez.

Tú sabes con qué encanto
 Te miran los amantes
 Cuando tu negro manto
 Tiendes por la ancha faz.
 Inquietos y anhelantes
 Entónces, y animados,
 Sus penas y cuidados
 Publican sin distras.

Tu imperio tenebroso
 Al orbe en pas sustenta:
 Sueño, placer, reposo
 Se goza en plenitud.
 Un lecho ¡oh Dios! fomenta,
 Amante á amante asido;
 Yo solo voy perdido,
 Turbando tu quietud.

¡Oh reina deliciosa
 De los sociales lazos!
 Extiende, poderosa,
 Tu núnem protector;
 Y dame que en los brazos
 De aquella que me inflama
 Con su adorada llama,
 Me enlace sin temor.

¿Qué haré! No está; la hora
 Llegó..... ¡Mi Fili!.... Enfrena
 Tu rueda voladora
 Por un instante más.
 » Fili!..... Su voz no suena;
 » Fili!..... y no responde.
 Yo solo aquí; tú, ¿dónde,
 Dónde, mi Fili, estás?

¡Oh noche deslunada!
 Que, en tempestad deshecho
 El éter, breme airada
 Tu alta deidad aquí;
 Que en torno de su lecho
 Un trueno horrendo rueda,
 Y atónita se quede,
 Y acuérdesse de mí.

No, no; con grata mano
 En su alma fiel imprime
 Mi amor, mi fuego insano,
 Mi inmensa agitación;
 Que gima, como gime
 Su amante; que sostenga
 Mi vida; que arda y venga,
 Y halague mi pasión....

¿Me engaño, ó su amorosa
 Voz oigo? ¿Cuál se agita!
 ¿Qué triste y afanosa

Busca á su dulce bien!
Me llama..... ya se irrita.
¡Filia? ¡Oh noche! al suelo
Cubre con doble velo,
Y tu volar deten.

LETRILLAS.

I.

A MI MUSA.

Del enemigo
Hado horroroso
Es el rabioso
Golpe de más;
Porque conmigo
Por donde quiera,
Fiel compañera,
Mi musa, vaa.
Tú, tú mi llanto
Plácida extrañas,
Y en risa bañas
El corazón;
Y mi quebranto
Tú desconciertas,
Tú me libertas
De la prision.
¡Las torres tocas
Al cielo alzadas?
Desmoronadas
Las siento hundir;
¡Hieres las bocas
De trueno y fuego!
Se empiezan luego
A derretir.
Los crujidores
Grillos tenaces
Fácil deshaces
Entre mis pies;
Y voladores
Van por los vientos
Mis pensamientos
Donde los ves.
Enloqueciendo,
¡Oh madreleñas!
¡Oh malagueñas!
Ora con vos;
Con vos no siendo
Mis ansias vanas,
¡Oh gaditanas!
Igual á un Dios.
Ya conversando
Con mis amigos
En los abrigos
De libertad,
O á vos cantando
Con mil placeres,
Baco, Cíteres,
Tierna amistad;
Ya en el ameno
Bosque sonante
Yo con mi amante
Y sin temor;
Seno con seno,
A tus caricias,
A tus delicias
Dados, amor.
En las prisiones,
¡Oh musa mía!
¡Cuánta alegría
Goza por tí!
No me abandones
Entre estos moros
Y con tus coros
Habita aquí....

II.

A MIS GALLINITAS (1816).

Venid, gallinitas
De Maura nacion,
A ser compañeras
De un pobre español.
Aquí viviremos
En fácil union,
Conmigo vosotras,
Con vosotras yo.
(Gallinas:) ¡Cio! ¡Cio!
Ni fiero cuchillo,
Ni fiera opresion
Temed, ni los golpes
Del árido boj,
Ni el hambre que sufro,
Ventiscas y sol....
Que para mi alivio
Mi mano os compró.
¡Cio! ¡Cio!
El hombre á su hermano
Persigue traidor,
Tendiendo sus redes
La vil delacion;
No sabeis vosotras
Tales artes, no;
Por esto mi pecho
Con ansia os buscó.
¡Cio! ¡Cio!
Perfidias rebosan
De su corazón;
De vos la inocencia,
De vos el candor.
Con ellos yo more,
Y el hombre feroz
Al hombre persiga
Que hermano llamó.
¡Cio! ¡Cio!
Rastreras lisonjas,
Cubierto rencor,
Falsías y ventas
Su táctica son.
Ejérase en ellos,
En tanto que vos
Me dais lo que el hombre
Falaz me negó.
¡Cio! ¡Cio!
En mi parca mesa,
De carne la voz
Jamás, avechitas,
Jamás se mentó.
Pasadas legumbres,
Desechos de arroz
Me acaban; con éstos
Nutrios he yo
¡Cio! ¡Cio! (1).
Un gallo arriscado,
De ardiente vigor,
De vuestro cariño
Será galardón....
¡Por qué la desdicha
Mi plácido amor
¡Ay! ¡ay! de mis brazos
Críel arrancó?
¡Cio! ¡Cio!
Vagad, compañeras,
Vagad sin temor,
Y engordad, hermosas,
Con mi bendicion;
Que el hado conmigo,
Dejando el rigor,
Se porte así como
Con vosotras yo.
¡Cio! ¡Cio! ¡Cio! ¡Cio!

(1) En el autógrafo que tenemos á la vista, sigue aquí una estrofa bastante trivial, borrada por el mismo SANCHEZ. Hemos creído no deber reproducirla. (Nota del Colector.)

III.

EL GALLO PITÁGORAS (1816).

Gallito, que fueras
Enforbo gentil (2),
Soldado hazañoso
De Troya en la lid,
Y luego de Sámos
El sabio sutil,
¡Querrás ilustrarme?
Respóndeme, di.
(Gallo:) Quiquiriqui.
¡Es cierto que muchos
Que austero vivir
Por fuera profesan
A lo serafín,
Y al mundo dijeron
«Reniego de tí»,
Por cielos recaudan
Los bienes de aquí?
Quiquiriqui.
¡Que alientan y ocultau
Con réprobo ardid
A cien los simones (3),
Los vicios á mil,
Y todo queriendo
Tirar para sí,
Nudez y trabajos
Recetan á mí?
Quiquiriqui.
¡Que quien nunca vido
Las balas venir,
O fué de las ciencias
Un cafre cerril,
Honores y bienes
Consigue feliz
Y al mérito manda
A ser marroquí?
Quiquiriqui.
¡Que muchos á Témis
Jurando servir,
Con su misma vara
La azotan sin fin,
Pues faldas son triunfos
Y el áureo deslíz
Del unto de allende
Que yo nunca vi?
Quiquiriqui.
¡Escribas, letrados
Y olor corchetil
Barrer convendría
De nuestro confin,
Pues paz entre fieles
No es dado adquirir
Con trápala gente,
De bolsas zahorí?
Quiquiriqui.
¡Siguiendo en reata
Por un otrosí
Beatos (4) tahures....
Linaje ruin;
Y para farlos
Así sin sentir,
De torpes Galenos
La grey baladí?
Quiquiriqui.
¡Y el zurdo maestro,
Que, en vez de instruir,
El juicio trabuca
Del pobre aprendiz;
Y corran Abriles
Y venga monís,
Que yo de tal guisa
La ciencia bebi?
Quiquiriqui.
¡Y el coro que en coplas

(2) Pitágoras, para sostener su doctrina de la metempsicosis, afirmaba haber sido Enforbo, aquel guerrero troyano que hirió á Patroclo, y fué muerto por Menelao. (Nota del Colector.)

(3) Las simonías.

(4) Habla de los hipócritas ó falsos Leontes.

Rebuzna en Madrid,
Del régio palacio
Rompiendo el pretil?.....
Su inédita musa
Allá en la cerviz,
Que grazne, que ladre
Del árduo Monjuí?
Quiquiriquí.
Ya basta, gallito,
Euforbo gentil,
Que bien me ilustrará
Tu genio adalid.
Empero ¡en lo dicho
Podrás, sin mentir,
Audaz afirmarte?
Respóndeme, dí.
Quiquiriquí.
Quiquiricujus,
Quiquiricuí.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

PRÓLOGO DE MIS POESÍAS
ESCRITAS EN ÁFRICA. AÑO DE 1816.

Suene el parche en toque vario,
Y dispóngase Melilla
A escuchar la taravilla
De un ingenio presidario.
La Victoria (1) y el Rosario (2),
La Puntila (3) y Farallones (4)
A nuestros sonos
Su cerviz abatirán.
Tramparrantran,
Trampran,
Trantran.

II.

COPLAS SATÍRICAS.

A UNA SEÑORA (1816).

Sin llevar cabeza rasa,
Sin cubrirme penitente
Burdo paño,
Considérame, Tomasa,
Desde el talon á la frente
Ermitaño.
En la Tebáida no lloro,
Ni me acaba del desierto
El fastidio;
Pero, en cambio, triste moro,
Para mundo y carne muerto,
En presidio.
Ya, si fueran mis pecados
Contra el quinto pelear,
Cosa clara,
Con anzuelos aguzados
Y rastillos de cardar
Me sajara.
Si no es verdad, ni en Sevilla
Mi sien Hipócrates orla,
¡Oh destino!
¡Por qué me dan en Melilla
Por tibi *quoque* la borla
De asesino?
¡Conjugarme (5) en este puesto
Con quien es tundido al raso!
Digo, fué.

(1) y 2) Fuertes.
(3) Cabo.
(4) Peñascos en el mar, á la vista de Melilla.
(5) O conjugarme, es decir, juntarse, confundirse con un azotado y común asesino, como expresa la estrofa anterior.

A mí, que jamas el sexto (6)
Ni cuarto (7) ni aun quinto (8) caso
Decliné.

Ese bicho original.....
Es la gaita, que me atruena
De mil modos.
Y replico: ¡por qué igual
No se reparte la pena
Entre todos?

Quien á la cética altura,
Insta, *quisiere encumbrarse,*
Pene, pene.

Y repongo: «¡Por ventura
A mi prójimo salvarse
No conviene?»

Yo sé, Tomasa del alma,
Lo que me tiene más cuenta,
Sin ser cuento.
Largo vivir, santa calma,
Libertad, amigos, renta.....
Y no miento.

Esta vocacion me sigue
Desde que soy; yo la aceto
Con amor.

Ésta pido que me ligue,
Por no frustrar el decreto
Del Señor.

Pero no; ser un esclavo,
Llevar la vida de perros.
¡Ay qué dote!
Temer que un bárbaro cabo
Me regale con encierros
Y garrote.

No hay aguante, no hay espera,
Mi compañero diría
De chiscon (9).
¡Y si mi talante viera!.....
Sigo diciendo, María,
Mi sermón.

Es mi vientre, que batalla
En los últimos combates,
Sepultura
De arroz, garbanzos-metralla,
Judías, caragilates (10),
Onda pura.

¡Eremiticos varones!
Aquí no sirven ramales
Ni cilicios.
¡A qué mortificaciones,
Pues sin carne no hay carnales
Estropicios?

Si, Jerónimo, te hallaras
De semejantes Melillas
En los brazos,
A fe mía que excusaras
Deshacerte las ternillas
A peñazos.

Que los demonios intenten
Con bellezas cautivarne
Y embelesos,
¡Habrás por dónde me tienen,
Si ya no es dado tentarme
Sino huesos?

No me topo si me busco;
Si me llamo, no es humana
La voz mía.
Al hogar no me chamusco;
Es decir que soy liviana
Fantasia.

(6) Ablativo, es decir, que no robé.
(7) Acusativo, que á nadie acusé, delaté, etc.
(8) Vocativo, que á nadie llamé, cité, etc.
(9) Elegancias de las conjugaciones y declinaciones gramaticales.
(10) De encierro.
(11) Llaman así á los frijoles en Cataluña.

A las playas españolas
Volaré, como Persco,
Por atajos,
Sin temer las bravas olas
Ni el colmilludo volteo
De marrajos (11).

Presentaréme en tu casa.....
La voz de Sanchez me nombra,
Clamarás
El lento..... en vano, Tomasa,
Que con tu lente mi sombra
No verás.

Si tan indómita suerte
Brazo hercúleo no derrumba,
Ni la humilla,
Al primer levante fuerte
Cata tu amigo en la tumba
De Melilla.

GUINDILLAS PRESIDARIAS
(1817).

I.

Ya puedo, por la bula,
En mi presidio
¡Vival! ¡vival! llenarme
De lacticiños;
Mas es el cuento,
Que me falta la bula
Para tenerlos.

II.

Unos días de viénes,
Otros de carne,
Se mandan por la bula:
Dios se lo pague.....
Y ¡qué se manda
Al que carne, pescado
Y todo falta?

III.

Es regla que ayunemos
En la Cuarema:
Melilla no conviene
Con esta regla;
Pues no se ajusta
Con aquel que en su vida
Se desayuna (12).

(11) *Marrajos* está usado aquí en la acepción de *tiburones*. (Nota del Colector.)

(12) Hemos sacado estas tres seguidillas de un cuaderno autógráfo de versos epigramáticos (casi todos latinos) que conservaba en su poder el señor Sanchez Ruano. Hay en él alguna otra *guindilla* castellana, no desprovista de ingenio, que no reproducimos por no consentirle su excesivo familiar desenfado.

Tampoco creemos deber publicar aquí algunos versos medianos que en 1806 se imprimieron en el *Memorial Literario* con el nombre de CHEZANS, anagrama de SANCHEZ, y que, por esta sola razón, han sido atribuidos al célebre filólogo salmantino. A nosotros no nos parecen obra suya. El estilo de estos versos difiere grandemente del de SANCHEZ BARBERO; y además, no es verosímil que éste los enviase á una Revista que más de una vez se había mostrado poco admiradora de sus producciones poéticas.

Lo que en verdad sentimos no poder dar á luz entre las poesías de SANCHEZ BARBERO, es su oda *A la expedición de Colón*, mencionada por Quintana en la primera edición de sus poesías. Ha sido buscada afanosamente por los más distinguidos bibliógrafos en Madrid, en Salamanca y en Sevilla. Pero en balde: ni impresa ni manuscrita se halla esta obra en las principales bibliotecas públicas y particulares. Don Julian San hez Ruano, cansado de infructuosas investigaciones, opinaba que su ilustre antepasado no escribió la oda por completo, sino algunos trozos que enseñó á su amigo Quintana. (Idem.)

PARALELO ENTRE CORNEILLE Y RACINE.

Traducido del poema latino *Templum Tragediarum*, del abate Francisco Maria Marry.

Con vuelo nobilísimo remonta
La majestad al gran Corneille, su frente
Al cielo sublimándose gloriosa;
Y en larga serie de fulgentes trabeas
Los magnánimos héroes revestidos,
En torno dél están: el esforzado
Cid y Seleuco, Polieucto, Cinna
Y *Horacio*, el rostro venerable arado
Con hondas rugas.....

De Racine en torno
Amor revuela con festivas alas;
Y triunfa, y mil floríferas cadenas
Por las escenas oficioso esparce.
Recógelas el genio, y va con ellas
A los dóciles héroes enlazando.
Titos, Pirros, Hipólitos, Aquiles,
A la amorosa esclavitud sucumben
Todos sin resistir; todos la mano
Fáciles dan y á la cadena doblan.
El grandioso Corneille sus sentimientos,
Y la vida y espíritu, y la llama
Que su elevado corazón enciende,
En sus héroes impávidos derrama;
Robusta voz y varonil acento:
Nada mortal. Devuélvese su vena
Con ímpetu agilísimo volando,
Devuélvese, y al rápido torrente
De Sófocles llegó.....

Racine, más blando,
Tiernísimos amores introdujo,
Cuales nunca el insigne coliseo
Resonó de París. Y aunque Agripina
Elevados y nobles sentimientos
Revuelva en su interior, Afranio ostente
De un romano la indómita firmeza,
Y en Poro brille el generoso orgullo,
Empero tú al amor y á la ternura
Nacido le crearás. ¡Con qué armonía
Su voz melosa el sentimiento exprime!
¡Qué delicada y tierna su energía!

No ya violenta convulsion imprime
Al apenado corazón; mas ántes,
Por sus ocultos senos deslizado,
Penétrole sagaz; fácil le gana;
Seductor le cautiva: agita, hierce,
Blandísimo halagándole: constante,
Fácil, igual y luminoso corre.
No siempre con estrépito sonante

Rápidas olas atrevido alzando.
Procede, sí, con rosegado curso:
Tal un arroyo la mullida hierba
Manso lamiendo va: luego sus ondas
En la pradera floreal rodando,
Por la menuda arena reluciente
Deslízase fugaz: la margen pura
De flores se engalana: aquí de amantes
El triste vulgo á suspirar acude:
Mustio llora, y sus lágrimas ardientes
Cayendo acrecen las corrientes aguas,
Que repitiendo van y redoblando
Su amargo sollozar, y sus gemidos
Con susurro adormido remediando.

DIÁLOGOS SATÍRICOS.

I (1816).

Dedicado á los comprendidos en la lista que se halla al fin de él.

BRUJAS.

LA MADRE JICA.—FLORALBO.

Prólogo. — Invocacion.

FLORALBO.

En presencia del orbe, que me escucha,
Provoco, desafío, cito, aplazo

II. Ps.-XVIII.

A su reverendísima Feijona
Con toda la caterva de sectarios,
Pretéritos, presentes y futuros,
Que, con lengua procaz y sin recato,
La existencia real y verdadera
De brujas niegan, nieguen y negaron.
Existen, yo lo digo; si no basta
Mi dicho, pronto estoy para probarlo
Con razones, con armas, como quieran,
En calles, plazas, cátedras y campos.
Si son hombres, el guante les arrojo
Y en la capaz arena los aguardo.
No me arredra su innúmero guarismo;
Yo solo contra todos me declaro.
Salid, canalla ruin; salid, follones,
Salid al reto..... Por demas me canso;
Ni vienen ni vendrán. Depongo el yelmo,
Dejo el escudo, la gúmia envaino.
Esto supuesto, fortunadas brujas
De género cualquiera, fемbras, machos,
Hermafroditas..... voladoras aves
Por unciones y mágicos ensalmos:
Vos, que á placer en las nocturnas horas
Del éter acudís por los espacios
A las doncellas que, de amor ardiendo,
Por no serlo una vez están bramando;
Vos, que al útil empleo consagradas
De traer cartas y llevar encargos,
Alentadoras de esperanzas..... nunca
Supisteis á la súplica negaros;
Si yo, con más razon que todos juntos,
Vuestro poder invoco sobrehumano,
¿Podréis abandonarme? ¿Seré solo,
Solo de vos el infeliz escarnio?
En el África estoy; desde Melilla
Vuestro sabio poder á gritos llamo;
Desde aquí, donde nunca los conjuros
De la que diz Inquisición llegaron,
En derredor la oscuridad se tiende,
El Bóreas recogió su vuelo rauda,
Silencio por doquier; los compañeros
De Morfeo cayeron en los brazos.
Venid, ¡ay! oh murciélagas chuponas,
Y los suspiros acoged amargos
De vuestro defensor, vuestro creyente,
Vuestro poeta..... iluso no me engaño,
Que de las alas el crujido siento.
Descórrese el corrojo voluntario,
Las puertas..... ellas son. Dadme, plácemes,
En vuestras plantas estampar mi labio.

JICA.

(Viene acompañada de varias brujas; ella canta estos versos, baila, y bailan con ella al rededor de Floralbo las demas brujas, tocando pandorretas con sonajus, etcétera. Todas usan antiparras y tabaco de polvo; son ademas gangosnas.)

¡Oh pobrecito
Brujo poeta!
¡Qué mal te aprieta!
Dimelo, di.
Tu mustio grito
Y tu porfía,
Defensa mia,
Leda senti.

De tus temores
Cuéntate salvo,
Mi buen Floralbo,
Honra bruja!
De mis favores
Toma la llave
Con el suave
Nombre filial.

A tu albedrío
Los elementos
De sus cimientos
Desquiciará.
Y (yo lo fio)
Con estos untos

A los difuntos
Animarás.

FLORALBO. (*Canta.*)

Pues que me cedas
Con alegría
La regalía
De tu poder,
Con menos puedes
Mi turbia pena
En paz serena,
Mamá, volver.
Eame vedado
Volverme brujo;
Así tu influjo
Busca mi amor.

JICA.

Ya de contado
La madre Jica
Todo lo aplica
En tu favor.

FLORALBO.

¡Oh Jica, pres de la brujal caterva
Que por los aires andal
¿Quién tus hechos no sabe, que pregona
La vocinglera fama?
¿Cuál infante marcado no se mira
Por tus agudas garras?
Tú les chupas la sangre, tú la leche
A las rollizas amas.
¡Guay de aquel á quien vas, y de su cuna
Intrepida arrebatas!
En un amén tu vibradora lengua
Le sorbe las entrañas.
En vano el infeliz, con sus vagidos,
Presto socorro clama;
Que ya, cuando solicita la madre
Acude y aterrada,
Mira, ¡oh dolor! sus cárdenas mejillas
Con garfios arañadas.
Su flaqueza harto bien, sus espantosas
Ojeras lo declaran,
Y el color á las hojas semejante
Que el nuevo invierno daña.

JICA.

¡Tú tambien, Floralbo mio,
Prestas fe (no lo pensara)
A tan groseros embustes
Y ridículas patrañas?
Si las artes empleamos
Del ciego vulgo ignoradas
Para zurcir voluntades,
Unir cuerpos, arder almas,
¿No fuera, pobre petate,
Contradiccion bien marcada
Hacer lo que de escucharlo
Mi pecho en iras abrasa?

FLORALBO.

Pues Ovidio así lo dice.

JICA.

Vaya Ovidio noramala:
Así nuestra profesion
Yace vilmente ultrajada.

FLORALBO.

¡Y yo, yo toleraria
Mengua tal y tal infamia!
Estoy, madre, convencido;
Mas escucha dos palabras:
¡Y las artes hechiceras
De la masllica (1) maga,
De Medea, de Canidia,
Que los poetas ensalzan,
Y de otras mil que no cuento
Por ser la lista muy larga?

JICA.

¿Qué predicán sus mercedes?

FLORALBO.

¡Tantas cosas, tan extrañas!
Que de los hondos sepulcros
A los cadáveres alzan;
Las estaciones trastornan;
Llevan volando las casas;
Hacen correr á los rios
Hacia atras; la luna paran
Con inauditos brevaes
Exprimidos de las plantas;
Con hipománes, con huesos
Que en su botica machacan,
Mezclan, y versos murmuran....
¡Qué horror!

JICA.

Compréndote: basta,
Todo es falso.

FLORALBO.

¿No dijiste....

JICA.

Porque lo dice la fama
No más, y las artes mias
Tan sólo de brujas hablan.
Si no, ¿por qué nos llamaste
Con tanto afán? Tus plegarias
¿A qué fines dirigiste?
¿Qué solicitan tus ansias?
Estas son, y no son otras....

FLORALBO.

En tus razones descansa
Mi corazon, que ya siento
Animarse con tu gracia.

JICA. (*Canta.*)

(*Baile de Brujas al rededor de Floralbo.*)

Queridito,
Que del alma
Dulce calma
Logras ya,
Lo que quieras,
Sús, explica;
Que la Jica
Te valdrá.

Pero adviérto que los ojos
Hacia mis niñas diriges,
¿Qué te sorprende, Floralbo?
¿O son amantes repiques?

FLORALBO.

Me sorprende, madre mia,
Ver los hábitos monjiles
Que esas brujas reverendas
Con tanto recato visten.

JICA.

No te asombre; son novicias.
(Esos ojos más humildes; (*A ellas.*)
Que aún el día no es llegado
De que en el alto se fijen.)
Ellas en mis embajadas
Inseparables me siguen,
Porque quiero que su ciencia
Con la práctica se afirme.

FLORALBO.

Y las otras, que parece
De sí mismas engreirse,
Que tan plácidas me miran
Y tan lúbricas me miden,
¿Pertenecen á otra casta?

JICA.

Son profesas.... ne repliques;
Profesas, y no me admiro
Que de escucharlo te admira.
La religion de las brujas
Es al principio muy triste,
Y ¡desdichada de aquella
Que tanto así prevarique!
Mas despues que profesaron,
¿Qué represas ni qué diques
Contrastarán su capricho?
Enteramente son libres.

(1) *Masllica* ó *Masliliana*, de *Massilia*, nombre antiguo de *Mar-
sella*. (*Nota del Colector.*)

Las ordenanzas brujales
A todas, todas exigen
Recorrer las caravanas
Por tres completos abriles;
Y despues de concluidas,
Si las hojas no lo impiden
De sus servicios.....

FLORALBO.

¡Jesu! (*Desaparecen.*)

¡Qué demonios tan sutiles!
¡Calla! Pues ya se amoscaron.....
¡Buena, Floralbo, la hiciste!
De qué sirven tus plegarias,
Y su favor de qué sirve?
Pero ¡por qué volarían!..... (*Pausa.*)
¡Ah! ya caigo. ¡Error insigne
Cometi! Delante de ellas
Ninguno los santos cite.
Tornad, doncellas lechuzas,
Que rayais en cuatro quinceas.
No volveré..... lo prometo
Por el anillo de Gíges. (*Vuelven.*)

JICA.

Está bien; jamas quebrantes
Lo que sabio prometiste.

FLORALBO.

Por bisofio me perdona
Las maneras inciviles.

JICA.

Si te parece ya tiempo,
Pronta estoy para servirte.
La causa expon, y desecha
Cumplimenteros melindres (1).

FLORALBO.

Mi corazon angustiado
Con fuertes vuelcos me dice
Que mis tiernos compaños,
Para calmarse, visite.
Y despues á las amigas
Que en los encierros horribles
De Madrid me conhortáran,
Siempre afables, siempre firmes;
Y á los amigos que francos
Me dijeron: «toma, vive.....»
Y dispuse de sus bienes
Movedizos y raices;
Y á los demas que supieron
De mis penas afligirse;
Y á mi adorada Belinda,
Que mi negra suerte gime.
Para lo cual te conjuro
Que me subas lanza en ristre (2)
Por los aires vagareos,
Cabalgado en tus narices;
Con que así, los aparejos
Para el viaje apercibe,
Mientras que yo las espuelas
Calso impertérito.

JICA.

¡Simple!
Tal sandes no pronunciáras
Si supieras lo que pides.
En tu ignorancia, es forzoso
Que de mi ciencia te fies.
¡Pasad por brujo consientes
En los héspedes confines?

FLORALBO.

A mi suerte denegrida
Ventura tanta resiste.

JICA.

Y Inégo, si ciertos nombres
Inadvertido repites,
Que á las brujas desembrujan
Y sus mejunjes derriten,

¡Pobre de tí, de nosotras,
Sin apoyo, sin esquifes!
Bajariamos rodando,
Hechas ícaros brujiles.

FLORALBO.

Eso sí que me conviene.

¡Jes.....

JICA.

Calla, lengua; ¡no dije!.....

Los signos.....

(*Le da un bofetón porque empieza á santiguarse.*)

FLORALBO.

¡Ay, ay!

JICA.

Más vale
Que así tu barba santigüe.

FLORALBO.

Ya me faltan los recursos
Que mis pesares alivien.

JICA.

Conmigo estás. ¿De qué temes?
A Jica todo se rinde.

FLORALBO.

Pues Jica del alma mía,
De más que de régia estirpe,
Para mi contentamiento
La enorme pujanza esgrime.

JICA.

Vengan los nombres de todos,
Con las señas infalibles.

FLORALBO.

Cata aquí las listas.

JICA.

¡Bravo!
Tú mis votos previniste. (*Toma las listas.*)
Irán, tornarán volando
Por los páramos y sirtes,
Por los mares y las nubes.
¿Hay más que á Jica supliques?

FLORALBO.

Encargar que las firmáran.

JICA.

Haré que todos las firmen.

FLORALBO.

Nada más; estoy contento;
Dispon el viaje.

JICA.

¿Oisteis? (*A las brujas.*)
Lo que ruega, yo lo mando,
Vigilantes alguaciles.

(*Reparte las listas entre las profesas caravaneras.*)

Cada cual á su destino;
Vos seguid á quien previne;

(*A las novicias, para que cada cual acompañe á su profes.*)

Esperadme en Chafarinas.
Partid, aladas esfinges, (*Vase.*)
Verás con cuánta presteza
Lo que te falta recibes.

(*Cantan y bailan á dúo.*)

JICA.

Mas tú, Floralbo mio,
Al no creyente estruja,
Y que la raza bruja
Existe juraras.
Pues cuando el poderío
Archi-brujesco implorés,
De Jica los favores
Ufano gozarás. (*Vase.*)

FLORALBO.

El aire, dueño mio,
Con tu revuelo cruja,
Y de mi musa bruja
Solita dispondrás;
Pues cuando el poderío
Vati-brujesco implorés,
¡Oh Jica! tus loores
Ufana escucharás.

NOTA.

No me engañó; á los tres días encontré bajo la almohada las cinco listas entregadas á Jica y firmadas de todos á quienes iban dirigidas; bien es verdad que llegaron borrados algunos nombres, á

(1) Variante: Los cumplimientos serviles.
(2) Variante: Que me remontes sublimes.

causa de estar empapadas en agua, ó por los vapores del mar ó por haber llovido mucho, ó por lo mucho que sudaron mis señoras brujas.

Listas firmadas.

- 1.ª De los compañeros.
 - 2.ª De señoras que me visitaron en la cárcel de Corte de Madrid.
 - 3.ª De amigos que me socorrieron.
 - 4.ª Visitas de otros, y cartas.
 - 5.ª De Belinda y mi hermano.
- A su tiempo se pondrán los nombres.

II (1817).

PRESIDARIOS. — Primera parte.

Dedicada á los santos Inocentes.

AUTÓLICO. — SIMPLICIO.

AUTÓLICO.

¡Simplicio! ¡Simplicio! (*Llamándole.*)

SIMPLICIO.

¡Yo!

AUTÓLICO.

¡No eres Simplicio del valle!

SIMPLICIO.

¡Calla..... Autólico!..... (*Se abrazan.*)

¡Qué vientos

Por estos mundos te traen!

AUTÓLICO.

Sin poner y sin quitar,
Los mismísimos que sabes.

SIMPLICIO.

Y van dos.

AUTÓLICO.

Irán doscientas.

Así con fortuna escape
Del cordel escurridizo,
Gargantilla de las fauces.
Pues los hombres, ¿me comprendes?
De mi aquel y cualidades,
O no son hombres, ó deben
Morir, Simplicio, en el arte,
Ni más ni menos cabal
Como los curas y frailes.

SIMPLICIO.

No es mala la comparación
Que enjergas (1), ¡voto va sanes!

AUTÓLICO.

¡Toma! pues qué, ¿no confiesan,
Dicen misa en sus misales,
Predican, ajoyan (2), casan,
Bautizan y cosas tales
Para dar un alegrón
A su bolsillo y gacznate?

SIMPLICIO.

¡Hombre! no.....

AUTÓLICO.

¡Que no! pues vaya;
Yo les digo: « Santos padres,
La pitanza, *Volaverunt,*
Verbi gratia: Dios os guarde. »
Confiesen, muy bueno y santo;
Prediquen, entierran, casen.....
Pero entiendan sus mercedes
Que todo es *amore y grátis.*
Y verás que de contado
Ni cantan, bailan ni tañen;
Es decir..... ¡qué gaita es esto
De no poder explicarse
Un hombreco de pro!
Pues ¡quién te dice, compadre,
Que si hubiera yo estudiado
Como un cura, en libros grandes,
No fuera, donde me ves,

Un demonio, un Alfarahe (3)
Para la Iglesia de Dios
En latines y romances?
Y cuidado que lo digo
Sin el aquel de jactarme;
Pues, como reza el refrán,
Nenguno es mejor que naide.
¡Me explico!

SIMPLICIO.

¡Vaya un doctor,
Como se dice, de ijares!

AUTÓLICO.

¡Viva! Desde hoy te protejo
Con mi tino y mis arranques.
Que te echen roncás..... bonito
Soy yo..... sí.....

SIMPLICIO.

¡Dios te lo pague!

AUTÓLICO.

Como que ya están mis puños
Baillando porque se enzarce
Una camorra de aquellas
Que dan brinco en el aire,
Y con cabezas y todo
Andar jugando al volante.

SIMPLICIO.

Mira, ¿sabes lo que digo?

AUTÓLICO.

¡Qué!

SIMPLICIO.

Pues no te emberragues.

AUTÓLICO.

No, por san Cosme.

SIMPLICIO.

Decía

Mejor es que no se enfraque;
Pues si los cántaros somos,
Y ellos son los pedernales.....

AUTÓLICO.

Dices bien; y Dios los libre
Que alguna vez los atrape
Allá, por Sierra-Morena;
¡Pobres! A bien que no es tarde.

SIMPLICIO.

Lo de la enmienda me gusta.

AUTÓLICO.

¡Cómo es eso de enmendarme!
¡Enmendarme en los presidios!
Hombre, por Dios, no desbarra.

SIMPLICIO.

Ya se ve..... mas no se corra,
Y allá abajo te agazapen.

AUTÓLICO.

Ello bien pudiera ser;
Porque al fin somos mortales;
Pero ¡pobre del que venga
Y que mis uñas enganchen!

SIMPLICIO.

¡Qué harías?

AUTÓLICO.

Nada, Simplicio;
Morcillitas de su sangre.

SIMPLICIO.

¡Y te quieres comparar
Con los menistros de altares!

AUTÓLICO.

¡Ah! Sí; ya no me acordaba;
Y digo, porque me cales:
Aquellos santos varones
En espíritu y en carne
(Cuidado, que soy cristiano,

(1) Variante:

Que ensartas.....

(2) *Ajoyan* por *ajoyan* (entierren).

(3) Variantes:

1.ª Un demonio, un gerifalte.

2.ª Un demonio, un Durandarte.

Y sobre eso el mundo calle)
Por dinero gorgorean
Y hacen mil habilidades.
Si no, ¿por qué el cura simple
Anhela por calonzarse (1),
Por obispar el calonge,
Subiendo así?

SIMPLICIO.

Cosa fácil;

Por vocacion.

AUTÓLICO.

Yo dispongo

De las rentas clericales
Y al revés me las amaso.
¿Quién habrá que á dignidades
Melancólico no suba
Y que dansando no baje?

SIMPLICIO.

Tambien será vocacion.

AUTÓLICO.

De dinero, no te cansas (2);
Y por el mismo yo robo,
Sin perdonar á mi padre.
Por dinero baila el perro;
¿Lo que son los animales!
Por dinero el mercader
Corre las tierras y mares;
El dinero ablanda, rinde
La beldad más arrogante;
Desmorona los castillos
Y es señor de las ciudades.
Todo venoo y atropella,
Todo se lleva de calles.
El dinero da talento,
Virtud, honor, y más; hace
Que, la inocencia oprimida,
La maldad ufana campe.
En fin, Simplicio, el dinero
Es una ganzúa llave
Que á todas las puertas viene
Y todas las puertas abre (3).
Mas el pobre..... no hay un perro
Que de léjos no le ladre.
Y ¿quieres que yo no robe?
Y ¿quieres que no me alampe
Por oro, y con piés y plumas
No le vaya á los alcances?
Con que, en el fin convenimos.

SIMPLICIO.

Pero no en los medios.

AUTÓLICO.

¡Dale!

Cada cual de su talento
Como Dios quiere se vale.

SIMPLICIO.

¿Y el pecado?

AUTÓLICO.

¿Quién no peca,

Siendo de barro tan frágil?
Todos somos pecadores
Por diversos andurriales.
Unos juran, otros roban,
Otros calumnian infames,
Otros al sextó acometen
Con más pujanza que Marte....
Pecan los reyes, los papas,
Los canónigos y abades,
Las beatas, las monjitas,

Los macastros y oficiales....
¿Quieres más? hócica el santo;
¿Qué mucho que yo me atasque? (4).
Quitenme el robo, y entonces
Seré, sin dudar, un ángel.
Lo mismo piensan toicos,
Que digamos, de mi clase;
Y en saliendo, tiemble el orbe
Con sus puertas y arrabales.

SIMPLICIO.

¿Qué escuchó! ¡Jesus mil veces!
¿Señor Dios que nos dejaste!.....
¿Cuánto me alegro no ser
De tal casta de pardales!

AUTÓLICO.

Segun tu relato, no eres,
Y lo siento, mi cofrade.

SIMPLICIO.

¡Jesus! no.

AUTÓLICO.

¿Qué fechorías,
Dime, Simplicio del Valle,
Desde Cuenca te trajeron
Al país de los alarbes?

SIMPLICIO.

Una falsa delacion.

AUTÓLICO.

¡Hola! ¿Qué pronto el lenguaje
Del confinado aprendiste!
Neguilla, y trampa adelante.

SIMPLICIO.

No lo sé, por vida mía.

AUTÓLICO.

¿De véras?

SIMPLICIO.

De véras.

AUTÓLICO.

Baste.

SIMPLICIO.

Y bien quisiera aprendelle,
Para saber gobernarme.

AUTÓLICO.

Leccion: Agnántese el reo,
Bien le sepulte la cárcel,
Bien el presidio le engulla,
Y no diga las verdades;
Que la pena, respetando
A los que niegan audaces,
Embravecida persigue
Los confesores cobardes.

SIMPLICIO.

¿Y el juramento?

AUTÓLICO.

¿Y la jorca

Si confesas?

SIMPLICIO.

¡Duro trance!

AUTÓLICO.

Dios no manda, ni por pienso,
Ni habrá leyes que lo manden,
Que yo á mí mismo me acuse
Y que por mí me acogajén.
Yo verdugo de mí propio!
Ni el demonio que lo alabe.

SIMPLICIO.

Pues los jueces....

AUTÓLICO.

Si, los jueces....

¡Dios de sus uñas nos saque!
Los jueces, como otras tantas
Haciendo están. ¡Mala landre!

(4) Variante:

¿Quieres más? y hócica el justo;

¿Qué extraño que yo me atasque!

(1) Calonzarse, hacerse calonzaje, esto es, canónigo. (Nota del Colector.)

(2) Variante:

SIMPLICIO.

Entonces....

AUTÓLICO.

Fuera tapujos:

Dinerito: no te cansas.

(3) Variante:

Que á todas las cerraduras
Viene de molde y las abre.

Quando ellos se descarrían,
A fe que no son capaces
Ni diez yuntas de que el crimen
En su perjuicio declaren,
Aunque juren y perjuren,
Y si no, que me la claven.
Entre bobos anda el juego.....
¿Confesor? no, sino mártir.

SIMPLICIO.

Que salgan, que salgan guapos,
Y tus pláticas amainen;
Ni el cura; que vengan curas;
No hay temor de que te ladren (1).

AUTÓLICO.

¿Pusieras por mí?

SIMPLICIO.

Pusiera
Hasta mis veinte sanjuanés.

AUTÓLICO.

Júntate con buenos y.....

SIMPLICIO.

¡Ya, ya!

AUTÓLICO.

Dando dos apartes
Por ahora á las lecciones....

SIMPLICIO.

¿Cuánto el alma las aplaude!

AUTÓLICO.

En puridad y conciencia,
Di de qué pié cojeaste.

SIMPLICIO.

Lo dicho; soy inocente.

AUTÓLICO.

Te considero inculpable;
Mas el corazón me anuncia.....
Dime, no hay que avergonzarte:
¿Tienes mujer?

SIMPLICIO.

¿Y qué guapa!
Dos luceros celestiales
Son sus ojos, y más negros
Que el hollín y el azabache.
Es la diosa de las hembras;
Mal comparada, una imágen.

AUTÓLICO.

¿Jóven?

SIMPLICIO.

Días y nueve mayos.

AUTÓLICO.

¿Válame Dios, qué jarabe
Para mí mal!..... ¿Y te quiere?

SIMPLICIO.

Por artobas y quintales.
Dios la bendiga..... ¡hija mía!
¿Cuándo vendrán los instantes
En que, pegado á tu cama,
Pueda mi gloria llamarte! (*Llora.*)

AUTÓLICO.

Ya vendrán, y pecho al agua;
Fuera llantos y pesares.

SIMPLICIO.

¡Ay Bastiana de mi vida!

AUTÓLICO.

Y algún caballero andante,
De poder y travesura,
No la usmea en los corrales,
Si ya no es el escribano,
Letrado, alguacil, alcalde.....?

SIMPLICIO.

Tantos hay, si ella quisiera.....
Pero ¡qué! todo es en balde.

AUTÓLICO.

Por supuesto; pero alguno.
De los dichos....

SIMPLICIO.

Te quemaste.

AUTÓLICO.

Y ¿cuál fué la delación?

SIMPLICIO.

¿Cuál? una muerte achacarme;
Y más, que aquel que la hizo
Huyó lo mismo que el ave.

AUTÓLICO.

Amiguito, no preguntes
De qué mal murió tu padre;
Ni eras solo quien padece
Tan puntiguados desastres.
Ese que ves con cadena (2),
Ese podrá consolarte.
Y no creas que en el sexto
Se contienen los enjuagues.
¡Qué renchillas! ¡Qué venganzas!
¡Despíques! ¡insoportables
Tiranías!..... Yo me asombro,
Con ser Autólico; casi
Casi me dan tentaciones,
Como soy, de *morunarme*.

SIMPLICIO.

¡Hombre!

AUTÓLICO.

Déjame, Simplicio;
Déjame, que no hay aguante.

SIMPLICIO.

La religion.....

AUTÓLICO.

Ella sola
De ser santón me retrae.
Pues si no, ya lo luciera
En mis costillas el jáique,
El desmoche ó la chapoda
Ni me asusta, ni me abate.

SIMPLICIO.

¿De qué poda estás hablando?
¿De las viñas?

AUTÓLICO.

No, salvaje.
Al cristiano que reniega
Córtañe, salvo la parte,
Tanto así.

SIMPLICIO.

¿Por aquí mismo?

AUTÓLICO.

Sí.

SIMPLICIO.

¿Cuánto?

AUTÓLICO.

Dos dedos.

SIMPLICIO.

¿Zape!
No, Bastiana de mi vida.

AUTÓLICO.

Pues ¡no es cosa del diantre
Que á nosotros, si robamos,
Nos zurren los cordobanes,
Y ellos, siendo más ladrones,
Pomposos y libres anden?
Y ¡qué robamos en suma?
No más que ciertos metales.
Y ¡á quiénes? A ladronasas,
Que, según autores graves,
Es virtud. ¿Qué roban ellos?
Quisiera aquí degollarme.
Roban fama, roban honra,
Las joyas de más quilates.

(1) Variante:

No hay temor que te romanguen.

(2) Variante:

..... con el grillo,

¡En qué día tan menguado
Tu vifedito plantaste!
Un ladrón te le vendimía
Y á tí deja los agraces.....
No llores, que Dios es Dios,
Y sabrá muy bien vengarte.
Ademas, Simplicio, mira
Que este mundo es miserable
Y que todo te conviene

SIMPLICIO.

¿Para qué?

AUTÓLICO.

Para salvarte.

SIMPLICIO.

Sí, sí.....

AUTÓLICO.

Sigamos; mi santa
Curiosidad satisface.
¡Cuántos años te emplumaron,
Sin un minuto callarme,
En honor de tu Bastiana,
Que entre tanto en paz descanses!

SIMPLICIO.

Diez.

AUTÓLICO.

¡Bomba!

SIMPLICIO.

¡Si chansa fuera!.....

AUTÓLICO.

Pero, en fin, no acongojarse;
Porque has de saber, Simplicio,
Que los años presidiales
Van por cómputos diversos
Y diversos almanagues.
Años hay de meses ocho,
De seis, de cuatro cabales;
De dos..... según las rebajas
Que los méritos empalmen.
Y si un desertor cogieres,
O ya si un moro matares,
Indulgencia, remisión
Y libertad te ganaste.

SIMPLICIO.

¿Y si no?

AUTÓLICO.

También hay bulas
Que de aquí te desenganchen (1).
En primer lugar, dinero,
Cuya virtud escuchaste,
Oro y plata en el segundo,
Y en todos oro flamante.
Es excusado advertirte
Que no circulan los vales,
Sino que todo ha de ser
En metálico sonante.
Con él, estando en tu cama
Sosegado, que me empalen,
Si un desertor no cogiste,
O un morazo no guindaste;
Y aunque trajeras la R (2),
Te dirían *vade in pace*.

SIMPLICIO.

Es el caso que la traigo.

AUTÓLICO.

¡Acabaras de explicarte!
Pues aplica la receta.

SIMPLICIO.

Sin din.....

AUTÓLICO.

Entonces, ahorcarse.

SIMPLICIO.

Moriré desesperado.

AUTÓLICO.

¡Oh severos tribunales
(Ya no puedo contenerme),
Más crueles que los cafres!
¡En la piedad cicateros,
En el castigo insaciables!
¡En dónde están esas leyes
Tan feroces y voraces?
¡Ignorais que contradicen
A su sagrado carácter
Vuestras penas arbitrarias (!),
Baldon de cultas edades?
Vos haceis que en el despecho
Su vida infeliz acaben
Los que un día arrepentidos
Tal vez fueran ejemplares
De sana virtud. Vosotros
Haceis que al moro se pasen,
Y de nuestra fe renieguen.
¡Cuántos ¡ay! ávidos arden
Por degollar un cristiano
Y á Mahomet sacrificarle!
No en vano Carlos Tercero,
Del procomún vigilante,
Cortar ansioso anhelando
De raíz tamaños males,
Abolió las retenciones (3),
Que por vosotros renacen.....
Esto dijo un abogado,
Si bien me acuerdo, en Infantes.
Por esta cruz yo te juro
Que después del desembarque,
Ha de ser para tu alivio
Lo primero que agenciare.

SIMPLICIO.

Dios, Autólico, á tu empresa
Buena fortuna depare.
Entre tanto que consigas
De mis penas el remate,
Y á mi enemigo la coja
Y contra un poste lo estampe,
¡Cuál, dime, será mi empleo?

AUTÓLICO.

Acarrear materiales
Para las públicas obras,
Limpiar las plazas y calles,
Y servir en las brigadas.....
En fin, aquello que manden.

SIMPLICIO.

Y ¡trabajan también esos
Con pantalones y fraques?

AUTÓLICO.

¡Qué!

SIMPLICIO.

¿Quiénes son?

AUTÓLICO.

Los Don-Guindos (4)
Que en dos bandas se reparten,
Unos son afrancesados,
Y son otros liberales.

SIMPLICIO.

¿En qué los días ocupan?

AUTÓLICO.

En hablar y pasearse;
También libretos escriben
Y dibujan con donaire;
Enseñan latín y cosas
Que yo no acierto á explicarte;
Caracoles, conchas cogen (5),
A las niñas semejantes,
Que con muñecas y embustes,

(3) Son penas arbitrarias; de consiguiente, los jueces que así sentencias se erigen en legisladores y en déspotas.

(4) Existe la orden en esta veeduría.

(5) Así nos llaman; el señor Gobernador nos bautizó presidialmente con este nombre. Dios se lo pague.

(6) Variante:

Y recogen caracoles,

(1) Variante:

..... te desencantan,

(2) Así llaman á la retención.

Sin comer pasan la tarde (1).

SIMPLICIO.

¡Con que, son tan escabidos!

AUTÓLICO.

Ya ves; universidades
Empezaron á instruirles
Desque andaban en pañales.

SIMPLICIO.

Dios les dé lo que convenga
Y su Santísima Madre.
Y tú perdona, y responde
A mis simples necesidades:
¿Qué castigos suelen dar
A los de nuestro pelaje?

AUTÓLICO.

Conforme: grillete, palos (2),
Gazapon, descomunales
Vergajazos, echar agua
En el *huerto de la Sangre*.

SIMPLICIO.

¡Oigan! ¡qué nombre tan raro!

AUTÓLICO.

Pero muy significativo.
El señor Gobernador,
Que otros dicen el alcaide,
Tiene un huerto..... ¡vaya un huerto!
Con sus árboles frutales,
Parras, verde..... porque es justo
Que su mercé se solace.

SIMPLICIO.

Cosa clara.

AUTÓLICO.

En este huerto,
Como una huebra de grande,
Ni siquiera hay una gota.

SIMPLICIO.

Malo es que el agua le falte.

AUTÓLICO.

¡Y tan malo! Como digo,
De castigos infernales
El más cruel es llevar
El agua para regarle.
Pues supón al confinado
Devorado por el hambre
Con media ración ó ménos,
Cadavérico y exangüe,
Desnudo, hirviendo de lepra.....
Dos docenas de viajes
Hacer al día, llevando
Una cubeta gigante
Sobre sus débiles hombros,
Cuesta arriba, de distante
Trecho, con grillos.... verás
Del pecho y pulmon quejarse;
Sus costillas quebrantadas..... (3).
Ya se ve, con tal achaque
Muere el pobre reventado,
Sin que remedio le alcance.
Como son tantos (la fama
Tales noticias esparce)
Que así perecen, por caso
Dicen el *huerto de la Sangre*.

SIMPLICIO.

Perdona que descarado
Tu palabra honrada ataje.
No habrá muchos, me parece,
Que tal rodancha (4) se traguen;
Y es á justicia conforme
Que á su mercé desagravie,

(1) Es decir, que escogemos conchas y caracoles por mero pasatiempo, no por estudio; pues no los caracterizamos ni clasificamos según los naturalistas.

(2) Variante:

..... cadenas, palos,

(3) No se habla de la injusticia, crueldad y tiranía, porque se saltan á los ojos de cualquiera.

(4) *Rodancha* ó *rodancho*, palabra de gitanos y ladrones: broquel. (Nota del Colector.)

Desmintiendo á boca llena
Tan maldicientes ultrajes.

AUTÓLICO.

¡Por qué?

SIMPLICIO.

¿No es el huerto suyo?
¿Lo que crece y lo que nace,
Para su propio regalo?
Pues venid acá, vinagres,
Les diré: «¡la utilidad
No corre á par del gravámen?
¿No es justicia que si manda
Cultivar sus heredades,
De cuyo fruto es el dueño,
Satisfaga los jornales?
¿Por ventura el presidiario,
Para cosas concejales
No viene? ¿Somos sus siervos?
No puede ser que me engañe;
Si no somos, ciertamente
El pagar es indudable.

AUTÓLICO.

¿Tú buscas aquí justicia?
Eres un pobre petate.
Mas, amigo, ya es forzoso
A mi casa retirarme.
Mañana á la misma hora
Te espero en este paraje;
Porque, puesto que he empezado,
Quiero acabar de ilustrarte.
Hasta mañana, Simplicio.

SIMPLICIO.

Adios; cuidado que faltes.

III.

PRESIDARIOS. — Segunda parte.

Dedicada al rucio de Sancho Panza.

AUTÓLICO.—SIMPLICIO.

SIMPLICIO.

¿Cómo, Autólico, me gusta
Ver un hombre de palabra!

AUTÓLICO.

Cuando Autólico promete
Una cosa, punto y raya;
Y no hay tío pase el río,
Aunque el lucero del alba
Con el cielo que regenta
En resistir se aferrara.

¿Cuándo viniste?

SIMPLICIO.

Ya rato

Aquí esperándote estaba,
Porque quiero que me endilgues
Por el camino de gracia
En este nuevo destino,
Que no poco me empalaga.

AUTÓLICO.

Yo te anuncio la victoria
De las tremendas batallas
Que en este campo execrable
Más de una vez te amenazan,
Si en tu mente mis lecciones
A macha-martillo clavas.

SIMPLICIO.

Yo te protesto que nunca
Hablarás á humo de pajas,
Ni echarás en saco roto
El honor de tu enseñanza.
En lo poco que me tiene
En esta maldita plaza
El tribunal enemigo,
Que mil diablos le llevarán,
O que amarrado viniera
A pagar sus muchas faltas,
Yo no sé, mas se me antoja

Que un monton de telarañas
En los ojos se me ponen,
Que la vista me enmarañan;
Que en las orejas me zumba
Un sonsonete de cajas;
Y que en vez de andar derecho,
¡Será verdad? ando á gatas;

(Autólico le oye con admiracion y sorpresa.)

Nada entiendo ni percibo,
Todo al revés se me planta;
Huyo trémulo del hombre,
Como animal de otra casta;
Y al escuchar un rebuzno,
De rebuznar me dan ganas.
¡Será cierto lo que dicen
Las leyendas impresasas
(¡No ha de ser, si están de molde,
Como los Pares de Francia?),
Que los hombres se convierten
En gallos, asnos y cabras?
Siendo así, mi vocacion
A ser borrico me llama.
Mi abuela me lo predijo,
Que fué una bruja beata.
¡Ojalá que borricarme
En el instante lograra!

AUTÓLICO.

¡Qué jerigonza, Simplicio,
Sin tón ni sin són ensartas?

SIMPLICIO.

¡Jerigonza? Yo me entiendo
Con mi gramática parda.
Pregunta, si no, y entónces
Verás quién á quién escalda.

AUTÓLICO.

Ajumadillo te tienen
Los vapores de las parras.

SIMPLICIO.

¡A mí? lo dicho; pregunta,
Que á lo meleno y panarra,
Puede ser que trasquilado
Tornes, viniendo por lana.

AUTÓLICO.

¡Qué podrás á mis razones
Oponer con tus lilallais?

SIMPLICIO.

- Sabe el rocin cómo, cuándo,
En dónde y por qué se rasca.

AUTÓLICO.

¡Pues del hombre la nobleza?....

SIMPLICIO.

¡La nobleza! patarata.

AUTÓLICO.

Mas, al fin, ¡qué sacarías
Con ser rabudo?

SIMPLICIO.

No es nada.

¡Fuera entónces presidario?
¡En la cárcel me zampáran?
¡Temiera del juez la furia
Y la sentencia arbitraria?
¡Temiera que el hombre infame
En embrollos me enredara,
Y que ninguno mirase
Codicioso á mi Bastiana?
Las traiciones, las falsías,
¡Quién las hace? ¡quién las traza?
El hombre, el hombre perverso,
Que de su sér se degrada.
¡En quién está la inocencia
Y la conducta reglada,
El silencio del cartujo,
Del trapés la tolerancia,
Circunspeccion, obediencia,
Humildad y vista mansa?
En el asno, siempre el mismo,
Aunque los cielos se caigan,

¡No te edifican y hechizan
Su andar á compas, la pausa,
La gravedad reverenda....

AUTÓLICO.

¡Te chancoas?

SIMPLICIO.

No son chanzas.

AUTÓLICO.

Desde que tengo colmillos,
Una aprension tan extraña
Jamás of.... Según eso,
¡Mi doctrina será vana?

SIMPLICIO.

Empieza, Autólico, empieza,
Y perdona mis bobadas;
Ni extrañes si alguna vez
Mi caletre se desmanda.

AUTÓLICO.

¡Desde qué tiempo maleas?

SIMPLICIO.

Desde la sentencia aciaga.
Empieza pues; por ahora
Desvaneciósse la basca.

AUTÓLICO.

Los lúcidos intervalos.

SIMPLICIO.

Sí, sí; mi atencion te aguarda.

AUTÓLICO.

Al pié de la letra sigue
La doctrina presidaria,
Por un confinado escrita,
Catedrático de playa.
El presidario que quiera
Mitigar su suerte infausta,
Ponga en obra mis lecciones,
Y por mis caminos vaya.
Si aplica el oído, escuche
Como si nada escuchara.
Ciego sea en lo que viere,
Y su lengua pierda el habla.
Si los magnates se apropian,
Como es costumbre y usanza,
De su racion lo florido,
Hágase el tonto de Pravia.
Si vino, tocino, aceite
O cosa tal de pitanza,
Que para sus alimentos
El erario le señala,
Se le hiciere eterna noche
En su desainada panza,
Considere de este mundo
La gloria frágil y vária.
Y si aquello que le toca,
Y so pretexto de falta
Le niegan, por cierto ensalmo
Viene de venta en las casas,
¡Oh dichosos los ayunos,
Exclame bañado en agua,
Que los cuerpos destierrenan
Y en espíritus los cambian!
Cuando el látigo rabioso
En sus costillas estalla,
Y le dobla, ¡mal pecado!
Porque al cómitre le agrada,
Páre mientes reflexivo
En las hermosas guinaldas
Que de mártires al coro
Los verdugos entrelazan.
Si los géneros morunos
Ellos solos arrebatan,
Cuando las órdenes régias
Sin distincion nos igualan,
Y despues á precio triple,
Por caridad ordenada,
Los deshechos amenguados
En contante le traspasan,
«No es mi reino de este mundo»,
Diga entónces con fe santa,

Y haga un acto fervoroso
De caridad y esperanza.
Si la pesca, que es comun,
Ellos ávidos atrapan,
Y me dejan con sus cuartos
Al pobre tocando tablas,
Se figura que compró,
Comió..... la boca se enjuaga
Y aplica por mondadientes
Un recio espigon (1) de estaca.
Si, de pierna y pié desnudo,
Sin camisilla y sin bragas,
Una estera, cual salvaje
Taparabo, se lo tapa;
Esperando noche y día
Por San Miguel y por Pascuas,
Por un año y el siguiente
El capote de ordenanza (2);
Hasta el principio del mundo
Vuele con ágiles alas,
A par de Adán se coloque,
Y habrá otro Adán sin bragas.
O bien transpórtese en cueros
A la hermosa edad dorada
Que los divinos poetas
En sus cantares ensalzan.
¡Oh siglo, inocente siglo
Aquel, ¡ay! en que triscaban
Con los desnudos pastores
Las desnudas aldeanas!
Do los árboles copudos
Fácil albergue les daban,
O las grutas silenciosas,
Del follaje sombreadas;
La pradera con sus flores
Muelle alfombra, muelle cama,
Leche los ríos, y mieles
Las encinas y las zarzas!
La fe pura, los amores
Y la pacífica holganza,
Y la sencilla franqueza
Su corazón animaban.
La codicia, los engaños,
Las traiciones.....

SIMPLICIO.

Hombre, basta;
Ese autor también parece
Ser tocado de la rabia.

AUTÓLICO.

También se le fué la mula
Por esos trigos de marras.
Pero ¿quién no se deleita
Y al mismo tiempo se exalta
Contemplando las delicias,
Si tan de véras halagan?
¿Quién no suspira afligido
Por aquello que le falta,
Y le da más de mil vueltas
Con fervor y vivas ansias? (3).

SIMPLICIO.

Castillitos en los aires,
¿Quién habrá que no los haga?

AUTÓLICO.

Pero dime, en tu conciencia,
Sin lisonja y alabanza,
¿Te parece su doctrina
Al caso, clarita y sábia?

SIMPLICIO.

Tanto, que aprender pudiera
Un doctor de Salamanca;
Además, que las costumbres
De mis pollinos retrata.

(1) Variante: Un recio astillon.....

(2) Variante: El cabriolé de ordenanza;

(3) Estos ocho últimos versos no se hallan en el autógrafo que tenemos a la vista. Están en la copia hecha por el señor Ramajo, y es muy probable que fueran añadidos por el mismo SANCHEZ BARBERO. (Nota del Colector.)

AUTÓLICO.

No puede ser.

SIMPLICIO.

¿No? ¡mal ajo!

AUTÓLICO.

Es locura.

SIMPLICIO.

¡Vaya, vaya!

Que escuche, que vea y calle
Propone.

AUTÓLICO.

Cosa palmaria,

SIMPLICIO.

Y ¿qué otra cosa mis burros
Hacen? Oyen, ven y callan.
La desnudez, que nos pinta
Con chansonetas amargas,
En el estado burral
Es totalmente ignorada.
¡Oh borrico venturoso,
Descendiente de la Arcadia!
Al nacer, la piel te viste
Y la pezuña te calza;
Toda la tierra es tu lecho;
Ni las sábanas de Holanda
Ni los mullidos colchones
Has menester ni los gastas.
Las herbosas praderías
Y las selváticas plantas
En donde quiera florecen,
En donde quiera te ensanchan.
Naturaleza te guisa,
El hambre es sola tu salsa,
El sueño venda tus ojos
En los campos y las tapias.
Ni conoces comadrones,
Ni las médicas patrañas,
Que recetan, en boticas,
El clamor de las campanas.
Si te viene en apetito
Un jolgorio con madama,
A la luz del claro día (4)
A tu placer te solazas.
El hombre, el hombre tirano
En su provecho te carga,
Y despiadado te oprime
Con la cincha, con albarda.....

AUTÓLICO.

¿Hasta cuándo charlarás?

SIMPLICIO.

Por mí, jamás acabará
Este trocito de arenga.
Tú dirás si buena ó mala.
En elogio de su rucio,
La compuso Sancho Panza.
Si la burral excelencia
Con esa tuya comparas,
Por tu vida, que sentencias
En cuál están las ventajas.

AUTÓLICO.

Si te vuelve la manía,
De asueto estás y de baja.

SIMPLICIO.

Prosigue, Autólico mío,
Ya me parece que tardas;
Pero sabe que mentando
Cosa que huele á burradas,
Yo no sé..... me descompongo
Y tras ellas vase el alma.

AUTÓLICO.

En mi vida ni en mi muerte
Pienso oír cosa más rara.
El cuartel donde te alojas
Y la cadena que arrastras.....

(4) Variante: Sin reserva ni melindres.

SIMPLICIO.

Yo no sé qué me daría
Por dejalle y por dejalla.

AUTÓLICO.

Echa, compadre, esos cinco;
Hecho está: desde mañana
Vas á ser en una pieza
Hombre y mujer de una casa.
Porque aquí los confinados,
Si los informes amparan,
Beneficio tanto logran,
Sin que pierdan su rebaja.
Hablé, dijéronme ¡bravo!
Con tal que su mercé salga
Por su honrades (1).... Es más limpia
Que el hocico de una gata,
Respondí. Me alegre, venga;
Con que el petate prepara.

SIMPLICIO.

¿Sabes cuál es mi ejercicio?

AUTÓLICO.

Si por cierto: la labranza....
Nada importa, que aquí todos
En un día se adelgazan.

SIMPLICIO.

Será lo que tú quisieres
Mas hombre y mujer.... ¡polainas!

AUTÓLICO.

Cuando Autólico se empeña,
Nadie súbase á sus barbas;
Porque diciendo allá voy,
Todo lo lleva la trampa.

SIMPLICIO.

No lo decía por tanto.
¡Ofenderte! Tú me agravias.

AUTÓLICO.

Bien, y ¿qué más?

SIMPLICIO.

Yo quería
Que los cargos y las cargas
Me explicases, ce por be,
Con claridad y cachaza.

AUTÓLICO.

Los confinados que logran
Para servir una plaza,
Fajes son, gentiles hombres,
Camareras, dueñas, damas,
En el acto; cocineras,
Lavanderas; friegan, planchan,
Barren, limpian, leña parten,
Van al aljive y amasan;
Al gate y perrito expulgan,
Ponen las ligas al ama....
Con otras mil cosicosas (2)
Que á nuestra vista resaltan.

SIMPLICIO.

¡Oh dichosas melillenses,
Que hallais tan grande cucaña!

AUTÓLICO.

Y ¡más dichoso Simplicio,
Que profesando en España
Una habilidad tan sola,
Allá te vuelves con tantas!
Esto sí que es granjería
Y segurita ganancia.

SIMPLICIO.

Mi curiosidad pregunta:
¿Qué hacen ellas? ó trabajan....

AUTÓLICO.

Chicos á pote, y se quejan
De que el mozo no los pára.

SIMPLICIO.

Por remate de funcion,
Este oficio nos faltaba;
¿Con qué sueldo?

AUTÓLICO.

Blasfemasti;

El sueldo es cosa vedada.

SIMPLICIO.

Y ¿comer?

AUTÓLICO.

De san Macario
En la historia se detalla.

SIMPLICIO.

¿Hacen tambien de nodrizas?

AUTÓLICO.

¿Por qué lo dices?

SIMPLICIO.

Repara

Ese mozo, que la cría
Lleva pegada á la mama.

AUTÓLICO.

Se me olvidó: son niferas
Tambien, y tambien son ayas.
¿No edifica ver á un Júdas,

(Señalando al patilludo que lleva el niño.)

Que tan sólo con su fama
Estremeció los caminos,
Y que trae por arracadas
Muertes y muertes, el rorro
Hacer, limpiarle la caca
Con esas manos de lija,
Que el trabuco manejaban;
Y llevarle á su maestro,
Y en la doctrina cristiana
Leccionarle, y de costumbres
Ser el dechado y la pauta?....
¿Tuerces el gesto? De gozo
A mí se me cae la baba.

SIMPLICIO.

Y ¿se valen de sirvientes
Para conquistas galanas?

AUTÓLICO.

¡Feliz mil veces y más
Quien toca cumbre tan alta!
No hay cosa que te honre como
El empleo de embajadas.

SIMPLICIO.

Con que, ¿quien vino por malo,
Peor se torna á su patria?

AUTÓLICO.

Ya ves tú la concurrencia
De tan bendita comparsa,
Que mutuamente se ilustran
Y en las maldades se ensayan.
Asesinos, ladronazos,
Pérfidos, vagos, en trampas
Envueltos, en fulleras,
En escándalos, mohatras....
De cohecho convencidos
Y de acciones inhumanas;
Sonacadores, rufianes,
Encubridores ó capas,
Postizos curas, falsarios,
Logreros, bigamos....

SIMPLICIO.

Canda

Tu labio.... ¡Jesús! *Per signum,*
Valedme, santos y santas.

(Saca un rosario con muchas medallas.)

AUTÓLICO.

Desahollinantes furiosos
De inocentitas muchachas....

(1) Variante:
Por su conducta....

(2) Variante:
Con otras mil fíjulas,

SIMPLICIO.

Santa Bárbara bendita (1),
Virgo potens, veneranda.

AUTÓLICO.

Execrables bujarrones,
Amancebados de estatuas..... (2).

SIMPLICIO.

Toda la corte del cielo,

(Descubre un escapulario arrugado, sudado y mugriento.
Habla como fuera de sí.)

El calendario, la epacta,
El misal, de san Benito
La regla..... *fugite, Sátan*;
Porque, si no, ya me llevan
Los demonios en volandas.
¿Es posible que los hombres
Den en culpas tan bellacas?
A mis borricos me atengo,
Que ni son malos ni maulas.

AUTÓLICO.

Todos éstos, como digo,
Y más que dentro me escarban,
Aquí viven compadros
En dulce amor y compañía.

SIMPLICIO.

¿Qué rosarios y novenas
Sus bocas dirán! ¡Canallas!
¿No fuera mejor vivitos
Embocállos en las ascuas?

AUTÓLICO.

No señor, y no se meta
En camisa de once varas.

SIMPLICIO.

¿Y tú?

AUTÓLICO.

Soy inocentazo
Ladron; mis manos no matan.

SIMPLICIO.

Ojalá que arrepentido....

AUTÓLICO.

Con gusto, si Dios me llama....

SIMPLICIO.

¿Que se digne convertirte,
Por la cruz de Caravaca! (3).
¿Y hacen éstos de sirvientes,
Que los dos sexos abarcan?

AUTÓLICO.

¿Por qué no, si de sus amos
El mismo honor y las mafias
Profesan? De paso advierte
Que a los siervos los igualan (4),
Anda el palo en sus costillas,
Y frecuentemente en cara
Los mismos vicios les echan
Que su vida tanto infaman.

SIMPLICIO.

¿Qué país, y qué costumbres
Tan no vistas ni pensadas! (5).

AUTÓLICO.

Hay también otros delitos,
O que por tales achacan,
Que, verdaderos ó falsos,
Jamás el crédito manchan.

(1) Variante: Serafines, querubines,

(2) Variante: Enamorados de estatuas....

(3) Variante: ¿Que convertirte le cumplo,
Por la Virgen de Pedrías!

(4) Variante: Profesan?..... y los aplauden
Esperando la revancha.

(5) Estos ocho últimos versos no existen en el autógrafo de SANCHEZ BARBERO que tenemos á la vista. Están en la autorizada copia del señor Ramajo. (Nota del Colector.)

Amorios, barriguitas,
Una muerte, verbi-gracia,
En el calor producida
De una pasión; temerarias
Expresiones; beodeces
Y.... ¿qué sé yo? me los zampan
De un voleo en el presidio;
Mucho más si las venganzas,
Poder, influjo ó engaños
Contra el pobre se desatan.

SIMPLICIO.

También, Autólico, añade
La belleza de Bastianas.
Y muchos que ya cumplieron,
¿Por qué no se van?

AUTÓLICO.

La causa
Es, si bien lo reflexionas,
Tan natural como clara.
¿Adónde irán estos hombres,
Sin que consigo la infamia
Y sus crímenes horribles
A són de tambor no vayan?
¿Quién buscará su comercio,
Ni con sitial en su sala
Les brindará? Saludarlos,
¿Quién? Mirarlos á la cara,
¿Quién podrá? Con su vileza
Los poblados desamparan (6),
Y á los robos se aperceben
En las ásperas montañas,
Hasta que, al fin, el suplicio
Sus desórdenes acaba.
No todos así; que muchos
Su iniquidad despechada
Entre las quiebras ocultan
De la moruna comarca.
Otros, empero, más cuerdos,
En el presidio se estancan,
Do conducen, si casados,
Su familia desgraciada;
Y ai celiébs, ejercen
Matrimonial alianza
Con las hijas cuyos padres
Abrigan iguales manchas.
Ellos con ellos se asocian,
Ellas con ellos se encastan,
Y comercian y barbean
Con las gentes no lacradas;
Y despreciando, insensibles,
Del baldón la negra marca,
Por hombres de pro se tienen,
Como hombres de pro se tratan (7).
Aquel que ves tan pomposo
Dió al verdugo sus espaldas;
Las baquetas estallaron
Sobre aquel que le acompañaba.

SIMPLICIO.

¿Y sus hijos?

AUTÓLICO.

Si los vieras,
Infansones los llamarás.

SIMPLICIO.

¿Y sus hijas?

AUTÓLICO.

Señoritas,
En el melindre criadas,
Para uncirse al santo yugo
De otro pecado.

SIMPLICIO.

Bizarra,
Por fuerza, su educación.

(6) Variante: De los poblados se extrañan,

(7) Variante: Por gente honrada se tienen,
Con gente honrada se tratan.

AUTÓLICO.

Ésa es otra que bien baila;
Qualis pater, talis filius.
 ¡Ojalá que fuera nada!
 Además, en un presidio,
 El ejemplo..... sobre todo
 La crasísima ignorancia,
 La ociosidad y la lengua
 De tres filos.

SIMPLICIO.

¡Dios! ¡qué raza (1)
 Tan igual, tan envidiable
 Y tan bien condecorada.

AUTÓLICO.

¡Qué diré de los que en sogas
 Rodearon su garganta,
 Para mirar el cumpio
 De sus dignos camaradas?

SIMPLICIO.

El cabello se me eriza;
 No más, Autólico.

AUTÓLICO.

Cata
 Los más insignes poblantes (2)
 De la ciudad africana,
 Que con gesto furibundo
 En su interior nos enjaula.

SIMPLICIO.

Hacen bien: si bien se mira,
 ¡Adónde irán que más valgan?
 ¡Con qué gloria á los hijitos
 Referirán sus hazañas,
 Los lances en que se vieron,
 Las precipitadas marchas,
 Los repentinos asaltos,
 Las prudentes emboscadas
 Y el rico botín, debido
 Al empuje de sus armas,
 Las cicatrices mostrando
 En la región de las nalgas!
 ¡Ilustrísimos blasones
 Para toda su prosapia!
 Mas volviendo á nuestro cuento,
 El destino que me encargas,
 ¿Es con alguno famoso
 Por penca y no por espada?

AUTÓLICO.

Algo.

SIMPLICIO.

Pues sabe que nunca
 Su lustre amengua ni empafia
 Este Simplicio del Valle,
 Cuyo linaje realzan
 La reja honrosa y el corvo (3)
 Arado, mieses y parvas.
 ¡Yo servir á quien sirviera
 Al verdugo con sus ancas!
 ¡Qué dirían mis parientes!.....
 ¡Jesus, qué acción tan villana!

AUTÓLICO.

Haces bien; con otro oficio
 Mi personita te agracia.

SIMPLICIO.

¡Tú! ¿quién eres?

AUTÓLICO.

Inspector
 De la bural regalada.

SIMPLICIO.

¡De los burros alojados
 En el su palacio-cuadra?

AUTÓLICO.

Si; vamos, pues.

SIMPLICIO.

¡Ay qué gusto!
 ¡Aprisa! el paso adelanta;
 Por ellos á los pencados
 Hago tres cortes de manga.

(*Vanse corriendo.*)

IV (1816).

LOS VIAJERILLOS (4).

Dedicado al ganado lanar trashumante.

ANDANTE.—ESTANTE.

ESTANTE. (Sale.)

No cabe más, p ntado.....
 No hay duda ni falencia.....
 De abajo, arriba, por detras, delante,
 De frente, de costado,
 Registrote curioso..... ¡qué presencia!
 ¡Qué señorial mirar y qué talante!
 El gesto, ¡qué expresivo y animado!
 ¡Qué noble la sonrisa!
 ¡Qué moverse á compas! y ¡cómo pisa
 Tu pié delicadísimo! Examino
 Cada miembro por sí? ¡qué gracia! ¡qué aire!
 ¿A la vez todos? ¡qué gentil donaire!
 El sexo femenino,
 Quiero decir, *el bello*,
 En tí su amable perdición encuentra,
 Como en la luz hermosa
 La incauta mariposa.
 ¡Guay de la esquivia que en tus ojos entra!
 Ya postrada la veo, demandando
 Piedad, piedad; y al sacudir las puras
 Hebritas de tu dédalo cabello,
 A milces saltarán las hermosuras,
 De amores requiriéndote rendidas,
 Amores suspirando,
 Deshechas en amor y derretidas;
 Pero tú, de prendido de su falda,
 Siquiera las esferas encendidas
 De su pasión erótica se llenen (5),
 Volviéndoles la espalda,
 Dirás con majestad: «No, no, que penen.»
 ¡Oh bien venido, caballero andante!

ANDANTE.

Monsieur.

ESTANTE.

En castellano.

ANDANTE.

Es lenguaje vulgar y chabacano;
 Y vos un pobre estante.
 ¡*Parbleu!* no lo dijeras,
 Si en Dresde y en Berlin morado hubieras.

ESTANTE.

Perdóneme monsieur el trashumante.....
 Nuestra lengua voló.

ANDANTE.

Desde el principio:

Por allá no está en moda
 Una lengua formada
 De mil heterogéneos elementos,
 En parte gutural amorunada,
 Parte semilatina, parte goda,
 Llena de rustiquez, follaje y ripio.

(4) El presente diálogo es una pintura exacta, al par que chistosisima, de las costumbres de ciertos viajeros que, ignorando lo bueno que hay en su país, salen de él para estudiar sólo lo malo que hay en otros, y regresan á su patria henchidos de petulancia y vacíos de seso.

Esta producción inédita es obra de uno de nuestros más célebres poetas (DON FRANCISCO SANCHEZ, entre los Arcades de Roma, *Floralio Corinto*), y las sales en que abunda, su estilo florido y demás dotes que le recomiendan, le dan un lugar muy señalado entre las obras de aquel célebre ingenio. (Nota de don José María de Cárnera, escrita en 1833.)

(5) Variante:

De su quejar erótico se llenen,

(1) Estos últimos diez versos están tomados de la copia del señor Ramajo. No se hallan en el autógrafo. (Nota d-I Colutor.)

(2) También la poblaron las guarniciones y los empleados.

(3) Variante:

La reja inciente, el corvo

A los míos y á mí nos acomoda
La nasal expresion y los acentos,
Y los..... ¡cómo decís!..... ¡ah!..... los matices,

ESTANTE.

En resumidas cuentas,
Tú prefieres hablar con las narices.

ANDANTE.

Cabal; así es más bello.

ESTANTE.

Con tu saber flamante,
Mi prodigiosa admiracion aumentas,
¡Oh tú, que cuño y sello
De testuz á talon impreso tienes
De caballero errante,
Y en otro sér organizado vienes!
No en vano á visitarte me dirijo.
Es el caso, milord, que Dios un hijo
Me concedió.

ANDANTE.

Viaje,
Si con primor desarrollarle quieres,
Y que una fina educacion emprenda,
Sobre todo, maneras y ropaje;
Lo suyo olvide, lo extranjero aprenda,
Desprecie lo de acá.

ESTANTE.

¡Con qué placeres
Escucho tus profundas reflexiones!

ANDANTE.

Pues bien; en las tertulias siempre saque
De París, del Mogol conversaciones,
Es decir.....

ESTANTE.

Lo comprendo;
De Stralsund, de San-Peters, Londres, Riga....

ANDANTE.

Eso; que siempre en lo extranjero vague,
En lo de España el distraído haciendo;
Y cuando entre las damas
Alguna cosa gire
De lances ó de tramas,
O de amorosa intriga,
Modesto, afable, con dulzor las mire,
Tienda el paño y las diga:
« Cuando yo fui en Roma,
Sucedió, presencié, conmigo mismo
Pasó..... » Y el caso cuenta
Con cierto ribetill de extranjerismo.
¡Qué admiracion entónces y qué asombro!
Ya se ve, se dirán; ha viajado,
Como pudiera hacer una paloma,
Del uno al otro lado.
Le mirarán, se tocarán al hombro,
Quisiéranle mamar. Y los presentes,
Que nunca por países anduvieron,
De envidia, de sorpresa
Apretarán los dientes;
Avergonzados soltarán la presa,
Cuando ya entre sus uñas la creyeron,
Porque con más poder y gallardía
El predilecto viajador avanza.
¡Qué diré de la danza?
¡Quién podrá resistir al poderío
Del movimiento mio?
Mirad el armonía
De manos, piés, cabeza....

(Hace varios movimientos.)

ESTANTE.

¡Qué gracia, qué *svelltura*,
Que heroica robustez y qué nobleza!

ANDANTE.

¡Un tanto de su centro se desvia
Mi cerviz en columpios y vaivenes?

(Hace lo que expresan los versos.)

Llora, cuitada, llora los desdenes.
¡Enfrente de sus ojos

Se dobla con velos desasosiego?
¡Habla el temor, el encogido ruego
Con suave inflexion! tiernos amores.
¡Húrtome á su mirar? iras, enojos.
¡Torno, me paro, luego
Embistola con pasos saltadores!
Conciliacion. ¡Álargo los brazos?
Amor canta victoria.
¡Enrédame en sus lasos?
Elévome á la cumbre de la gloria.
Pasemos á los celos;
Miradme de hito en hito,
Aquesta undulacion....

ESTANTE.

En paz la historia

Suspende de la danza;
Que fuera proceder al infinito.
La más sutil mudanza,
De cualquiera pasion indica un grado.
Mas los rápidos vuelos,
Las árduas contorsiones,
El correr azorado,
El súbito volver, el encontrado
Violentísimo choque, y de repente
Quedar en suspension como adormido....
Son el lenguaje fiel de las pasiones;
Poético lenguaje, cual si Dido
Expresara su amor, su furia ardiente
El hijo de Peleo....
Y ¡quién, saber deseo,
Te dió la filosófica doctrina
De tan sublime ciencia?

ANDANTE.

Un monje del Cister, allá, en Florencia,
Que moró largos años en la China,
Respetable varon. Cerca de Prusia
Encuéntrole despues, y nos unimos;
Pasamos á Berlin, juntos vivimos,
Me perfecciono allí; muere, le lloro.
A la escarchada Rusia
Llego; la voz, habilidad y fama
Del español se extiende:
Quién atónito admira mi decoro,
Quién por billete á su mansion me llama,
Y al verme se sorprende.
Esta me busca, aquélla me convida,
Encontradiza aquélla se me hace....
Festin... bailo... rendida....

ESTANTE.

Basta; no más estrago.
¡Pobres! ¡no miras que llorando ciegan?
¡Piedad!

ANDANTE.

Así me place.

ESTANTE.

¡Qué deaden tan atroz y tan sangriento!

ANDANTE.

Por fin, compadecido, las halago
Y á discrecion se entregan.

ESTANTE.

¡Albricias! ¡de qué susto me sacaste!
Gracias á Dios, aliento;
Y pues ya las conquistas
En rasguño sinóptico contaste,
Y tu sin par destreza bailadora,
Pido que vuelvas tu atencion ahora,
Y con tu ciencia corretill asistas
Al tierno padre, que educar intenta
A quien su flaca senectud sustenta,
Cual báculo de pino,
Y tu bondad sin límites implora.

ANDANTE.

Habla, conmigo cuenta.

ESTANTE.

Perdona, Ganimédes peregrino,
Para cargar con Jove soberano
Mejor que no el troyano;
Perdona si mi crasa boberia

Tus orejas finísimas ofende (1);
Que por no viajar....

ANDANTE.

Ya ves el duende
Que á los de vuestra clase
Al precipicio guía.
Este precepto machacado y fijo
En su memoria sea :
Viajar es la base
Del humano saber. Que le repase
Y que empapado sea
Todo en esta lección tu dócil hijo.

ESTANTE.

Todo; y será deudor; el padre fía
A tu sin par *maestranza*.

ANDANTE.

Merci. Pregunta.

ESTANTE.

Preguntar queria,
Antes de entrar en la gloriosa andanza
De regiones incógnitas : ¿podria
Siquiera una tintura
Tomar de su país? ¿alguna cosa
De artes y ciencias aprender, y luego
Con principios, ya ves....

ANDANTE.

¿Bah, bah! ¿locura!
Se aprende allá; sobre mi fe reposa.

ESTANTE.

Dime, pues, yo te ruego :
El que sin vista va, ¿no torna ciego?

ANDANTE.

Repito, *añá* la ceguedad se cura.

ESTANTE.

¿Cómo, pues, comparar, si nada sabe,
Notar los vicios de las cosas nuestras,
Mejoras proponer, si nuestras cosas
No vió? yo soy un zote.

ANDANTE.

Bien lo muestras :

Viajar es la clave
Del humano saber.... Y ¿todavía
Sobre mi fe y palabra no reposas?

ESTANTE.

Pues ¿qué demonios con viajar se aprende?

ANDANTE.

De no viajar descende
Tu pertinaz porfía.

ESTANTE.

¿En qué consiste? Yo me vuelvo loco.

ANDANTE.

En no no viajar, ¿catáis? catad el coco.

ESTANTE.

En vano mi rason la causa busca.

ANDANTE.

Por no viajar se ofusca.

ESTANTE.

¿Qué has aprendido, pues?

ANDANTE.

¿Pues! cosa nueva.

ESTANTE.

¿Comercio?

ANDANTE.

¿Soy ni he sido comerciante?

ESTANTE.

¿Fábricas?

ANDANTE.

¿Es mi aquel de fabricante?

ESTANTE.

¿Agricultura?

(1) En lugar de estos cinco versos, hay en el autógrafo estos tres :
Perdóname, monacho peregrino,
Si algún craso desliza de boberia
Tus oídos finísimos ofende,

ANDANTE.

La pesada esteva,
Creedme, no nació para mis manos,
Sino lo blando y tierno.

ESTANTE.

¿Acertaré una vez? ¿Será gobierno?

ANDANTE.

¿Ministro! ¿Yo ministro! ¿qué locura!
Mi objeto no es quietud, es andadura.

ESTANTE.

¿Genio sutil! ¿legislación?

ANDANTE.

¿En dónde
Cabe pregunta tal y tan grosera?
Mi frac y gallardía
En voces no confusas te responde.
¿Hay más?

ESTANTE.

¿Economía?

ANDANTE.

Si gastador despilfarrado fuera,
De molde la pregunta cuadraría.

ESTANTE.

¿Costumbres?

ANDANTE.

Poco á poco
En eso de costumbres; que mi vida
Ni escandalosa fué ni corrompida.

ESTANTE.

No es eso.... ¿Dios me valga!
¿Política?

ANDANTE.

Repórtese su lengua,
Si un *golpe de baston* probar no quiera.
¿Impolítico yo! tan grave mengua
No puedo tolerar.... usted es loco.

ESTANTE.

Como no he viajado....

ANDANTE.

Verdad es; ya mi cólera revoco,
Y más blando que miel y más que el alga
Me tienes.

ESTANTE.

¿Estadística?

ANDANTE.

Repíte.

ESTANTE.

¿Estadística?

ANDANTE.

Fiero
Debe ser animal tan revesado,
Fiero también el que á lidiar le incito.
Mi condicion es paz, y no bravura.

ESTANTE.

Pues entonces será literatura.

ANDANTE.

¿Dale bola!

ESTANTE.

¿Las ciencias naturales?

ANDANTE.

Su estudio no le estimo necesario.
Por ejemplo, botánica; no quiero
Que me insulte soez un herbolario,
Como si todos fuéramos iguales.
Estudie los metales
El pobre ganapan de latonero,
Y las tierras estudie el alfarero.
¿Qué tengo yo que ver con sus oficios,
Sus mejoras ó vicios?
Oriéntese mejor en sus preguntas;
Que tanto y tanto replicar enfada.

ESTANTE.

¿Hay más que á todas juntas
Responder de una vez diciendo *nada*?

ANDANTE.
¡Nada! ¿Y es nada este vestir sin lastre?
ESTANTE.
¡Con que, allá fuiste por buscar un saetre?

ANDANTE.
El gusto, la finura,
El presentarse, ver de otra manera,
El baile, el conquistar una hermosura....
¡Que! jamas acabára
Si mis progresos referir quisiera.

ESTANTE.
¡Qué ganará la sociedad con esto!

ANDANTE.
Yo viajé, *monieur*, para mí solo.

ESTANTE.
Para la sociedad serás un bolo.

ANDANTE.
Muéveme á compasion tu manifiesto.
¡Lo que hace no viajar! Yo bien presumo
Que mis progresos admirado alabas,
Bien que de un tanto frívolo me trates.

ESTANTE.
Si lo creiste así, ¡cómo te clavás!
Si viajado hubieras cual Homero,
Antenor, el escita
Anachárgis, Pitágoras.... entonces,
Con respeto, encogido,
Besára yo la tierra,
La tierra hollada por tus piés.

ANDANTE.
Irrita
Charlar tan vocinglero....
Ni por eso mis ánimos abates
Ni tu gesto satírico me aterra,
Pobrete seducido,
Porque aquí ves....

ESTANTE.
Insustancial sonido
Que, como viento al humo,
Disipa la razon.

ANDANTE.
¡Oh corvas almas,
Llenas de errores, de saber vacías!

ESTANTE.
Si á tu faz el apóstrofe torciera,
Una verdad por último dirías.

ANDANTE.
Chocobeces y quimeras.

ESTANTE.
Dócil escucha las verdades mías.

ANDANTE.
Y se me pone de uñas.
Dis *donc*....

ESTANTE.
Sin discrepar en un pelito
Hicisteis el viaje
Los caballos y vos y el carruaje.

ANDANTE.
¡Solemne majadero! (*Enfadado*.)

ESTANTE.
En vano extravagante refunfuñas.

ANDANTE.
¡Ah *le mairé*!

ESTANTE.
Ni le busco ni le evito,
Señor botaratísimo. Corriste
Por acá, por allá, desatinado,
Rocinante no más de aquí saliendo,
Y rocin fatilísimo volviste,
De nadas atestado,
De tí, de todos el escarnio siendo.
¡Y qué otra cosa, corredor, hiciste,
Que ver hombres y casas,
Ejercer las funciones naturales,

Cual hacen, sin viajar, los animales?
Responde.

ANDANTE.
Estoy en brasas.
ESTANTE.
Y de tu necesidad avergonzado.
Adios, *monsieur corronie*;
Esta leccion os dejo
Para pagáros, fino,
La docta relacion de su camino,
El coste de caballos y maletas.
Tenedla muy presente,
Aunque á todos no punsan mis saetas.

(*Vase cantando: «Animalia ibant, animalia revertentur. Ibant animalia, revertentur animalia.»*)

ANDANTE.
¡Lucido en mis viajes he quedado!
El demonio del viejo,
¡Con qué gasmoñas tretas
En buen romance me llamó pollino!
¡Y cómo va cantando!.... Mas no importan (1)
Sus débiles saetas:
Viajes han de ser y tijeretas.

V (1816).

ENTRE UN ESCLAVO Y SU SEÑOR.

Dedicado á los castrs hotantotes. Comercio de negros.

SILVIO y DAVO.

DAVO. (*A la puerta del cuarto de Silvio.*)
El más envilecido de los seres
Que iluminára el sol de Oriente á Ocaso,
Para entrar, vuestras órdenes espera,
Y por la dulce union felicitaros
Con Hortensia, esplendor del sexo amable,
De vuestros dias apacible encanto.

SILVIO.
Entra.... depon el encogido miedo.
Tu encorvada cerviz al cielo claro
Levanta audaz.

DAVO.
El despreciable polvo,
El cieno vil de los inmundos lagos
Es la mansion que á mi fortuna plugo
Destinar y los hondos subterráneos;
Mientras que libre vos de la cadena,
De la cadena que en mí mal arrastro,
Y del yugo tiránico, sublime
Podeis mirar los rutilantes astros,
Y... yo no debo proseguir.

SILVIO.
No temas
En mi presencia desplegar tu labio.
Y ¡quién te veda levantar la vista
Hasta el trono del sol?

DAVO.
Favor tan alto
A los hombres no más es concedido.

SILVIO.
¡A los hombres! ¡y tú....

DAVO.
Yo soy esclavo.

SILVIO.

DAVO.
Cosa, no persona,
Cual jumento á la carga condenado,
Sin propia voluntad, y de continuo
El implacable látigo estallando
Por un capricho del señor, por gusto,
En estos miembros cárdenos y flacos....

(1) Variante:
Y que lleva razon.... Mas nada importan

Para nosotros el glorioso nombre
De tierna humanidad es nombre vano,
Vana la compasión que dulcemente
Alberga el bruto..... ¡Bruto le llamamos
Porque el imperio de natura sigue,
Jamás necesidades inventando,
Para hacerse infeliz, como vosotros,
Y acortar de la vida el corto plazo!
¡Bruto porque jamas, de orgullo henchido,
Dijo, cual vos: «El mundo es mi vasallo,
Y es hecho para mí desde el insecto
Escondido en el seno solitario
De la tierra, hasta el sér imperceptible
Que gira con Saturno; á vos, en tanto,
La mesquina pasión os señorea,
De lo que es y no es tiranizado,
De vos mismo ridículo juguete!
¡Porque noble, pechero, siervos, amos
No conocíó jamas! ¡Porque los mares
Por avaricia no forzó, por fasto
El lujo no inventará!.....

SILVIO.

Ya comprendo

Lo que puedes decir; inmenso campo
A tu raciocinar abrirse miro.
Me avergüenzo; mas pláceme escucharlo;
Prosigue.

DAVO.

Porque anhela sustraerse
A la opresión del hombre temerario;
Porque presidios, cárceles, tormentos,
Ni para sí forjó ni para extraños (1);
Porque no supo de engañar el arte,
Ni los vicios y crímenes infandos
Enmascarar hipócrita..... Vosotros,
Con impudencia la razón hollando,
El derecho, la ley desconociendo,
A despecho de Dios y de su rayo,
Sobre los seres que los orbes pueblan
Os arrogais el título de humanos,
De racionales.....

SILVIO.

¡Lástima de siervo!

DAVO.

Y siervo, siervo soy de tus caballos,
Que vagan por las fértiles praderas,
Y despues en magníficos establos
Por ostentosa vanidad regalas;
Sumergido en placer al contemplarlos
Cuán altivos están con los arreos
Lustrosos y robustos y lozanos.
Mas yo..... miradme exánime, desnudo,
Y su suerte y sus dichas envidiando.
Si la dolencia á su rigor los riude,
Oh Silvio, entónces referir no es dado
Cómo tú mismo de dolor te postras.
Crúzanse las visitas: epidaurios (2)
Van, vienen, tornan; por su bien apuran
El arte y hierbas. Súplicas, encargos,
Preceptos..... nada por demas parece;
Fomento, afán, contemplación, halagos.
Pero á mí, si la pálida dolencia
De recio carga con airada mano,
Por lecho ¡qué me dan? ¡Quién me socorre,
Me cura, me consueta? Triste clamo,
Y mis clamores por el sordo viento
Perdidos van, ó en rígidos peñascos
Se quiebran, y ¡feliz si el dueño mio
No dobla con injurias mi quebranto,
No agrava con su látigo mis males!
¡Oh miserable condicion de esclavos!
¡Sin patria, sin hogar, y sin que puedan
Los empleos repúblicos y cargos
Honrosos ejercer! Viles oficios,

(1) Var ante:

Porque en Nides fué rudo y en tormentos
Para tiranizar á sus hermanos;

(2) Sin duda llama Sanchez Barbero *epidaurios* á los médicos, por
el fervor singular con que se celebraba el culto de Esculapio en
Epidaurio, ciudad del Peloponeso, en la cual tenía el dios de la me-
dicina un templo famoso. (Nota del Colector.)

II, Pa.-XVIII,

Viles artes no más, ¡ay! y privados
De los derechos de hombre, que los hombres
Con violenta crueldad arrebataron (3).
Respondedme, ¿sí, flor, quién es el bruto?
¡El animal que pace por los campos,
Al natural instinto siempre acorde,
O quien, el fuero racional gozando,
Obra contra razón? ¡Quién es el justo,
El pacífico? ¡quién el sanguinario?
Por vida tuya y de tu tierna amante
Mi estupidez sufoca, porque Davo,
No Edipo, soy.

SILVIO.

Mil veces ¡ah! mal haya

El monstruo que primero tal agravio
Hizo á la humanidad! ¡Tráfico infame!
¡Comercio que da horror! En el mercado
Entre el paciente buey, la mansa oveja,
El cerdoso animal..... ¡Cielos! ¡Tal cambio,
Y tal degradación cubija el mundo!
¡Hombres hombres vender! ¡Hombres comprarlos!
Y, ¿cuál es la razón? ¡Me escandalizo!
Porque atezados son (4); nosotros blancos,
Y el ingenio candor su pecho adorna,
No violencias, no pérfidos engaños.
¡Oh Davo, Davo! Con bondad disculpa
Mi delito quizás involuntario (5);
Que en aqueste momento venturoso
Tu desgraciada pérdida rescato,
Y á la usurpada dignidad te vuelvo
De hombre cual yo. Si de los lares patrios
Te arrebató el amor, en paz camina;
Camina, que no irás de auxilio falto.
¡Con nosotros aquí morar te place!
Fiel mi amistad á tu amistad consagro.

DAVO.

Permíteme, señor, besar tus plantas, (*Se arrodilla.*)
Bañarlas con mis lágrimas.....

SILVIO. (*Levantándole.*)

Aplando

La efusión de tu pecho agradecido,
Para lo cual..... mejores son mis brazos. (*Le abraza.*)

DAVO.

¡Habrá placer al mio semejante!

SILVIO.

El mio. La cadena en mil pedazos (*Quitándosela.*)
Destrócse; los hábitos serviles
A las voraces llamas entregados
Serán sin dilación, y lo que pueda
Tan sólo recordar que fuiste esclavo.

DAVO.

Muy bien; por lo demas, vivir contigo,
Por tí, Silvio, morir mil veces ansio,
Por la divina Hortensia, á quien el cielo
Sus favores otorgue soberanos;
Que padre te haga de una hermosa prole,
Y que los dos veais regocijados
De los hijos y nietos el enjambre
En honor y virtudes igualaros.

SILVIO.

A comer: nuestra dicha celebremos
Con Hortensia.

(3) Variante:

Estos seis últimos versos están escritos de este modo en el autó-
grafo:

Sin patria, sin hogar, ¡ay! excluidos
De toda sociedad y de sus cargos.
Artes, oficios que apellidan *viles*,
Viles nos fuerzan á seguir, lanzados
De los derechos de hombre, que los hombres,
Oh Silvio, como tú, nos arrancaron.

(4) Aquí comprendo los negros tambien.

(5) Variante de estos últimos seis versos:

Y ¿por qué tan alevé tiranía?
¿Es en ellos delito no ser blancos?
¿Delito su candor? ¿Virtud heroica
Nuestras violencias y doblez?..... ¡Oh Davo,
Más bien Edipo! Con bondad disculpa,
¡Ah! disculpa mi error involuntario;

DAYO.
¡Señor!
SILVIO.
Lo ruego; vamos.
(*Le toma del brazo y se van.*)

VI (1816).
GRAMÁTICOS.

Dedicado á los herradores, en cuanto á la doctrina del dómíne Garabato.

DÓMINE CRISPIN GARABATO.—PAIDÓFILO.—
después URBANO.

PAIDÓFILO.
Si la señal es cierta,
Aquí alojarse debe
El celebrado preceptor latino.
El rótulo..... aquí está sobre la puerta:
Habitaculum domini Crispino
Garabat..... epigrama puro, breve.
Llamo.

GARABATO.
Quis pulsat?

PAIDÓFILO.
¿Entro?
(*Abre la puerta y se detiene.*)
¡Qué ridículo está!..... Cálome dentro.
Y sin mirar, meditabundo escribe.
¿Qué será? ¿Qué diré?..... De vuestra ciencia,
Si para ver el sol, franca licencia
Mi estupefacta admiración recibe.....

GARABATO.
Non dixi nudius tertius, obliuiose (Sin mirar.)
Cum aliquis intraret
Ad me videndum, diceret latine.....
(*Supple quod noster domine Crispino*
Inter, vel ante Dominos famose,
Licet mihi per te? Post salutarer
Os (oris) tuum? Vapularis certe
Ut Dominus appeller Garabato;
Nec vale valet. Intra, vel intrato.
Quid vis?

PAIDÓFILO.
Perdon, si espíritu de verte
Con su curiosa comezon me abrasa.....

GARABATO.
De buena se libró. (*Mirando.*)

PAIDÓFILO.
Mi pensamiento
No fué cortar el prepotente curso
De tus lucubraciones,
En que, por contumaz, ya fuera incorreo.
Tu fama famosísima, que el viento
Llena, con mucho pasa
A cuantos de tus hábitos se visten (1),
Y asombra las naciones.....
Las alas dominales
Me puse en los talones,
Y dije, voy allá.

GARABATO.
Sis bene ventus.
Ut, vel quomodo valet?

PAIDÓFILO.
Perlinditer et animo pacato (2),
Et quia vidi te, valde contentus
Dominissime, Domine Crispini.....
Pero vuestro apellido,
¿Cómo diré en el quinto?

GARABATO.
Garabato.

(1) Variante:

A cuantos de tu título se visten,

(2) Variante:

Perlinditer et animo pergrato,

PAIDÓFILO.
Quo pacto declinabitur latine?
Permíteme el hablarte castellano,
Porque seguir no puedo
Tu chorrifloa dón ciceroniano (3).

GARABATO.
¿Declárate vencido?

PAIDÓFILO.
Con cien leguas y más.
GARABATO.

Desisto, cedo.
Por *sermo* se declina;
Su genitivo ¿cuál?

PAIDÓFILO.
En mi conciencia,
Y según la gramática latina
Nebriense, *sermonis*.

GARABATO.
Muy bien; por consecuencia,
Garabato será *Garabatonis*.
¿Y Cícero?

PAIDÓFILO.
Sin duda *Ciceronis*.
GARABATO.

Declinatio cognominum nostrorum
Difficultatem habet
Et licet illis timidus non faveat,
Manipulus puristarum latinorum,
Ego contrarium dico; quin me fallam,
Et sentio, fingi posse; nam leporum
Affert multum et latius
Et diutius facit idioma; palam
Sanchoetius, Alcaretius, Fernandetius..... (4)
Et cetera secundum analogiam
Vel certe ethymologiam
Docebo; et hæc ut possumus videre.....
Autoribus aliquibus famatis
Dilecta sunt, fuerunt vel fuere.

PAIDÓFILO.

¡Bomba! no más latín.

GARABATO.
Latini satis.
PAIDÓFILO.

Si te parece ahora, si te agrada
Suspender con garrucha
(Válgame la metáfora brillante)
El costal anchuroso
De vuestra erudición empaquetada,
Con oído bondoso
Mi reverente legación escucha.

GARABATO.
Dio (olim dice) dicito, vel dios.

PAIDÓFILO.
Yo soy un estudiante,
Y bien que pecador, de vuestro gremio
Dominico aprendís.

GARABATO.
Según indicas,
Pretendes el honor de mi pasante.

PAIDÓFILO.
¡Ah! si no fuera de saber abstémio,
Mi dicha sin igual celebraría,
Optando la vacante
De la garabatona pasantía.

GARABATO.
¿Sabes bien oraciones?

(3) Variante:

Tu corriente sermon ciceroniano.

(4) No son menos elegantes, sonoro y gracioso, los apellidos que se ponen en ablativo; v. gr., Juan de Encinas, de Robles, de Peñaranda, del Pozo, de Dueñas..... *Joannes à Quercubus, à Roboribus, à Rupe-aranda, à Pulco, à Vetulis puellarum custodibus, Bonifactus à Castis vel magalibus* (Cabañas), *Andren ab Equite, vel eques* (Caballero). Y los que conciertan con el nombre propio; v. gr., *Franciscus Comis vel Urbanus* (Cortés)..... y en fin, todos los que se latinizan.

¡Partes altas y bajas
En simples y compuestos aventajas?
¡En géneros, pretéritos, *praesertim*
En las imperceptibles excepciones?
¡Gramáticas alhajas
Abundè, largè, ubertim
Et satis inquiridas,
At parum fore minimè sabidas?

PAIDÓFILO.

Tal cual estoy impuesto.

GARABATO.

¡Y las reglitas?

PAIDÓFILO.

Sin faltar un punto

Las sé de carretilla.

GARABATO.

Segun esto,

En latin volverás cualquier asunto.

PAIDÓFILO.

Sin duda.

GARABATO.

¡Conjugar?

PAIDÓFILO.

Nadie me iguala.

Conjugaré una esquina.

GARABATO.

¡Declinar?

PAIDÓFILO.

Al revés y de costado,

Aunque me pongan diez y seis con *carot*,
Revueltos con lentejas en un cesto.

GARABATO.

La gramática gala
Aprendiste, gramático compuesto,
Con docta presunción de consumado;
Porque, segun el texto,
El que conjuga bien y bien declina,
Bien sabe la gramática latina.

PAIDÓFILO.

Pero ¡ay de mí!

GARABATO.

¡Qué tienes?

PAIDÓFILO.

Un serpentón de dudas me destroza.

GARABATO.

¡Dudas, *vicente me!* *Blasphemavisti.*

PAIDÓFILO.

El rubor no me deja.

GARABATO.

Jubetur tibi, ut animo serenes.

PAIDÓFILO.

Mi pesadez.

GARABATO.

Aleja

Todo temor, pregunta, *disce*, goza
De mi sabiduría.

PAIDÓFILO.

Preguntarte, mi domine, quería,
En dónde los gramáticos primores
Encontraré, los clásicos autores
Cuáles son; acertado
Quién procede, quién peca,
Quién es en demasía prolongado,
Cojo, confuso.....

GARABATO.

Te comprendo, basta.

En mi voluminosa biblioteca
Del gramático rezo
Hallarás toda casta,
Et quidquid illis desit, Garabato
Supplebit.

PAIDÓFILO.

No lo dudo,

Y con creces. Empiezo:
¡Quién es este *Cejudo* (*Registra los libros.*)
Con cejas y nariz de maragato?

GARABATO.

Para expositos hijos
Escritor.

PAIDÓFILO.

Adelante.... ¡*Florilegio!*

GARABATO.

¡Ese! Bien puede ser maestro régio,
Y en un candil arder sus acertijos,
Como *Domino lanas*;
Ego aqua et vino. Matulas..... los versos
Por el mismo demonio fabricados,
Tan limpios y tan tersos,
Que á derecha y revers lo mismo dicen,
Sin que en métrica regla se deslicen.

PAIDÓFILO.

¡Demonios! ¡Fueron hembras ó varones?

¡*Súcubos, ó debajo*, con enaguas;

¡*Incubos*, ó bien *sobre*, con calzones?

¡Hiciéronlos tal vez en el invierno,

Atizando las fraguas?.....

GARABATO.

De la ciencia terral es ignorado.

PAIDÓFILO.

¡Con que, domines hay en el infierno?

GARABATO.

¡Por qué no?

PAIDÓFILO.

¡Santa Bárbara bendita!

Yo no quiero latin, si son latinos.....

¡Dónde está la garita,

Para echar en latin los intestinos?

GARABATO.

Mírame sosegado.

PAIDÓFILO.

Tranquilo estoy..... ¡Jesús! *Arto explicado*,

Si eres algun demonio, te exorcizo.

Y éste, ¿qué tal?

GARABATO.

Un poco cicatero;

Es decir, remangado,

Con algo qué de condicion de erizo.

PAIDÓFILO.

¡En suma?

GARABATO.

Pasadero.

At meliorem nullum

Invenies hoc, qui manibus paucorum

Ambulat (1).

PAIDÓFILO.

Y ¿quién es? *Grammaticorum*

(*Leyendo el rótulo.*)

Specta..... ¿qué?..... *Specta*.....

GARABATO.

Culum.

PAIDÓFILO.

Y ¿por qué está enmendado?

GARABATO.

Añíjome de verlo sincopado.

PAIDÓFILO.

Si *speculum* espejo significa.....

GARABATO.

¡Para qué es el espejo?

PAIDÓFILO.

Para verse.

GARABATO.

Lo mismo *specta* indica.

PAIDÓFILO.

¡Y el pobrecito *culum*?

GARABATO.

Hasta ahora

Ninguno dió en el hito.

(1) Variante:

Attentur.

Admira del autor ¡oh principiante!
El magistral despejo,
Y la mente *undequaque* previsora.
Decir quiere el amplísimo distrito
De nuestra potestad, ó la suprema
Jurisdicción, *magistri-flagellante*
Vel ratio nobis Dominis extrema.

PAIDÓFILO.

¡Qué moral en tus sábias reflexiones
Empiezo á descubrir! ¡Qué naturales,
Altísimas, hondísimas, sencillas!

GARABATO.

Valde lector.

PAIDÓFILO.

¡Qué casta de animales....
Veamos. *Lara*, aquél; *Anrelio*, aquéste;
Turricula.... ¡ya! ¡ya! Si no me engaño,
Tratados son de *vaxumanda pesto*.

GARABATO.

No, sino de *oraciones*,
Llamadas *platiquillas*,
Para formar con método seguro,
Por un mes, por un año....
En activa, pasiva, subjuntivo,
Participio, gerundio, infinitivo,
Supino, *en rus* futuro,
Y mil otras cosillas (1),
Quod vocamus sabbaticas quartillas.

PAIDÓFILO.

Paréceme, señor, muy poco extenso
Cada volúmen.

GARABATO.

¡Vitor! me calaste;

Lo mismo que yo pienso,
Idem ad pedem litteræ pensaste.
Y para subvenir á mal tamaño,
Compuse ¡ves! la *Explicacion del arte*,
Particulas, mejor *particulones*,
Platiquillas, que yo *platiquillones*,
Después de bien maduro
Exámen, trato de llamar, y sirven
Para el siglo presente y el futuro.

PAIDÓFILO.

¡Tres tomos nada más?

GARABATO.

Primera Parte,

Las tres que faltan, al caer el año
Saldrán, mediante Dios. Absorto el mundo,
Disecadas verá y en esqueleto
Las Partes de los dómínes vulgares
Y las mías, ¡verdad! tan abultadas,
Que en público, en secreto,
En ciudades, y villas y lugares (2)
Serán (todito de placer me inundo)
Buscadas con codicia, manejadas
Con sumision.... ¡Me fundo!
Y todas (ojo aquí).... *cum privilegio*
Pontificalli et regio.

PAIDÓFILO.

Y muerto, bien que el sabio nunca muere,
Un epitafio te pondrán, que diga
Con letras bien doradas,
Que coja desde el crin hasta el zapato,
Cifiendo la barriga:
Hic jacet Garabato, crispo orine,
Grammatices latinas
Præceptor, lucidator abeque fine,
Potis tota grammatica potiundi,
Docundi stultos, doctos confundundi.
¡Veh grande *Hesperia decus, stupor mundi:*
Obiit.... las Calendas, Nonas, Idus,
Anno.... tal; el que sea.

(1) Variante de estos cuatro últimos versos:

En activa, pasiva, participio,
Gerundio, en *rus* futuro,
Supino.... y otras mil y mil cosillas,

(2) Variante:

En cortés y lugares

GARABATO.

Epitafio asombroso:
Antiquitate aspernus! El que lea
Que un dominal coloso
He sido, ¡qué dirá!

PAIDÓFILO.

Con grave duelo

Dirá que te conviene;
Y trinarán los dómínes en pelo.

GARABATO.

Como que gana de morir me viene....
Hecho está, no vacilo;
Ponerle mandaré por codicilo....
Academia Latino-Matritense.
Vale.

PAIDÓFILO.

¡Por qué pretericion hidiste
Del Abril, del Brocense,
Condillac, Gábelin (3), Tracy....

GARABATO.

Non legi

Nec in notitiam pervenere meam
Sed poterunt, opinor, à me regi.

PAIDÓFILO.

¡Y estas obras con torcos tan horiendos?

GARABATO.

Autores construyendos.

PAIDÓFILO.

Concilio.... San Jerónimo.... San Pío,
Kémpia.... Breviario.... ¡mucho!
¡Dónde Virgilio está, Cornelio dónde,
Salustio, Ciceron (4)....?

GARABATO.

¡Puf! Señor mío,

Nosotros los cristianos
Huimos con la cruz de los paganos,
En quienes con palabras repulidas
La corrupcion se esconde,
Como entre flor y rosa
Serpiente ponsoñosa,
Y en traje de humildad los homicidas.
Con ellas vame bien, con ellas medro,
Y en ménos de años cinco
A mis docendos plátolos de un brinco
En la moral.... ¡Ah! sí: se me olvidaba;
Disminuyen por fábulas de *Phedro*.
¡Quién mi latin no alaba?
Con él, y sin entrar en más honduras,
Llevo sacados diez y siete curas
Con preciso rigor de oposiciones,
Y ciento trece mil con siete setes,
De todas religiones,
Con tantas campanillas
Y tantos y tantísimos mofetes.
¡Oh! bendígalos Dios.... Y ¡qué sermones
Cuando la barba de sudor salpican!
¡Qué tono y ejemplitos! ¡Qué bolecos!
¡Qué dulces textear! ¡Cómo manejan
Sus gracias y arcangélicos piquitos!
Piquitos celestiales,
Que á cancel y sitiales,
A púlpito y paredes edifican;
A los demonios con valor alejan (5),
Y á las personas.... inmóviles dejan.
Así son mis discípulos benditos;
Así los eduqué. La literaria

(3) Este escritor, poco conocido hoy día, es *Court de Gébelle* (Antonio), filólogo francés del siglo XVII, que escribió una *Gramática universal*, la *Historia de la palabra*, y otras obras en su tiempo muy celebradas. (Nota del Colector.)

(4) Variante:

Concilio.... San Jerónimo.... San Pío....
¡Dónde Virgilio está, Cornelio dónde,
Salustio, Livio, Horacio....?

GARABATO.

Señor mío,

(5) Este verso no está en el autógrafo de SANCHEZ BARBERO; pero sí en la copia de Ramajo. Fue sin duda adición del autor. (Nota del Colector.)

Latinidad de Tulios y Marones,
¡Para la salvacion es necesaria!
Azotes ademas, y tornisocones
Y coces..... éstos fueron mis convites;
Al dómíne cuartitos y confites.
En estas dos recetas
Contiéndose la dómína elegancia;
¡Atencion!!! A más años, más ganancia.
¡Atencion!!! A más moros, más pesetas.

PAIDÓFILO.

¡Y traducir!

GARABATO.

Reglitas, oraciones,
Conversar, escribir latinamente,
Y reírse, cual yo, de traducciones.

PAIDÓFILO.

¡Hablar sin traducir!

GARABATO.

¡Inconveniente!

Yo soy el ejemplar, que, como viste,
Sin preciarne de vano,
Mejor hablo latin que castellano:
*Non plus ultra viator; grossum sista
Ut dixit unus Dominus de vestris;
Campestribus volentibus studere
Ratificat grammatica campestris,
Et montanos montaniter docere.*
Empero, si otro método latino
Cumplierete saber, y otra finura.....

PAIDÓFILO.

Me place.

GARABATO.

Por ventura

Domí, vel domo mea
Encontrarás el norte,
Que tu fatal curiosidad desea.

PAIDÓFILO.

¡Y quién?

GARABATO.

Un condiscípulo que vino

No há mucho de la corte,
Y májame los sesos cada instante
Con una muy sencilla, compendiosa
Gramática flamante,
Para mi peligrosa.....
Estaba por decir que del infierno.

PAIDÓFILO.

¡Por qué?

GARABATO.

Porque asegura

Que su autor es gramático moderno.

PAIDÓFILO.

Llámale, por tu vida, Garabato;
No temas que vacile mi fe pura.

GARABATO.

Y mientras, á esta Virgen milagrosa
Píde (quiero decir, á su retrato),
Con súplicas internas
Favor contra la peste venenosa
Que crían las gramáticas modernas. (Vase.)

PAIDÓFILO.

¡Oh Madre poderosa!
¡Oh Madre pacientísima sin tasa,
Y liberal en repartir los bienes!
Pues habitar en tan humilde casa
Te plugo, en compañía
De un dómíne cerril, y le mantienes
Con carne, pan y vino,
Cuando comer debía
Heno, afrecho, maíz en un establo,
Y andar en cuatro piés como pollino,
Con albarda, con cincha apretadora.....
Suplicote, Señora,
No me abandones dura;
Porque ya la paciencia se me apura.
Un bálsamo me envía,
Para cerrar del tímpano las llagas
Que sus latines góticos abrieron,

Si mi curiosidad, si mis chufletas
De tantos males el origen fueron,
Por Dios, te satisfagas,
Y evites los venablos y saetas (1)
Que asestarme energúmeno pretende
Otra vez este dómíne ó diablo.
Propicia, fácil, mi rogar atiende,
Infúndeme consejo.
En fe de ser verdad lo que te hablo,
Ofrézcode, si salgo con pellejo,
Sacarte de mansion tan denegrida,
Y devoto ponerte en un retablo.....
Ya vuelve..... ¡Virgen santa!
De su garfio librárame enterneceda.
Amén, amén.

URBANO.

¡Paidófilo!

PAIDÓFILO.

¡Qué veol!

¡Urbano! ¡Aquí también? Ventura tanta
Celebro alborozado,
¡Llegaste tan cabal á mi deseo!
Préstame tu socorro,
Porque muero, si no, descoyuntado
Al gramatense chorro
Del gran garabatónico torrente,
Que en infernal estilo,
Con más bocas que el Nilo,
Los géneros arroja á celemines,
Reglitas á talegas,
A cántaros latines,
Insulsas oraciones á fanegas,
Para tornar los hombres en mastines.
Tan cascajoso río
Pasar no puedo solo,
Que fallecer me siento,
Y ni descubro puente
Ni vado; la corriente
Arrástrame con ímpetu violento;
Sálvame con tu brío,
Porque yo soy un bolo,
Y mi padre serás, mi dios Apolo.

URBANO.

¡Tú sabes lo que hiciste?
¡Oh mal aconsejado!
¡Pelear con un dómíne Briareo,
En dómíne forrado!
¡En qué berengenal tu pié metiste!

PAIDÓFILO.

Favor, favor; el hilo,
Ariadna, ¡qué tardas! á Tesoo,
Que el Minotauro llega.....

(Viendo llegar á Garabato.)

URBANO.

Yo te concedo asilo.

PAIDÓFILO.

Ahora, ahora tu poder despliega.

GARABATO.

*Ecco Palemon quem videre optabas,
Et amplecti quam primum anhelabas
Tu loquere, vel loquitur, Urbano,
De praecepta grammatica latina,
Qua laceretur á rabioso cane,
Vel á subdito suo
Et uratur supina,
Sub roborum siocorum magna strus,
Ut nos solvamus á corrupta lue,
Luctumque dominale
Sequatur nos per tempus otornale.
Tuarit Optimus Deus,
Quod toto corde petit vultus meus.
Dixi.*

URBANO.

Con dos palabras que te diga,
Quedarás de su método enterado.

(1) Variante:

Y evites las mortíferas saetas

La gramática propia
Aprender á los párvulos obliga.

GARABATO.

Jamas el tamaño disparate.
*¡Oh maxima pauperies aut inopia!
Qua de ratione discere coguntur
Linguam vel idioma quod loquuntur?*

PAIDÓFILO.

Y ¡en cuántos años listo
Puede, *ad summum*, quedar el muchachuelo?

URBANO.

En uno y aun en ménos.

GARABATO.

¡Jesucristo!

Dios con un rayo abrasador le mate.
Nugaris?

URBANO.

Si me burlo, que sin pelo
Aquí se quede, cual melon, Urbano.
Que lo diga Paidófilo.

PAIDÓFILO.

Sin duda;

Con un método llano,
Sin la gazofia dominal velluda,
Sin el terror umbrío.....

GARABATO.

¡Puede ser más lucifero que el mio?

URBANO.

Proscribe los azotes (1),
Y todos los castigos dominales.

GARABATO.

¡Ésas tenemos? Venturosos azotes,
Andad, sed animales.
¡Qué mejor beneficio!

PAIDÓFILO.

Y más beneficiados quedarian
Si un arte, si un oficio,
Al paso que gramática, aprendieran.

GARABATO.

¡Lucidos estarian,
Si con *Dominus Domini* pegados
Tirapiés, lesnas y cerote fueran!
Con *sum* los estofados,
El *duo substantiva* con rellenos,
Y con un peluquin los *epicenos*;
Los *compuestos* con pez se derritieran,
Botanas los *pretéritos* echáran,
Los *adverbios* sopláran,
De los fuelles en vez, con torreones.....

URBANO.

¡Acabará?... y lo prescribe.

GARABATO.

¡Viva!

Mas no derribará las oraciones;
Se guardará muy bien.

URBANO.

Pues las derriba.

PAIDÓFILO.

Y derribarias debe.
Me place.

GARABATO.

¡Cómo! *Vobis, illi, cunctis
Separatis et junctis
Sic anathema, sit;* y luego al punto
Por esos aires Barrabas os lleve.
¡Arrebatan mi amor los picarones,
Y asufre y fuego celestial no llueve!
Estoy como difunto.

PAIDÓFILO.

A fe que el epitafo.....

GARABATO.

A mí sin oraciones

De las de *habiendo de y estando para*.....

URBANO.

*Comer unas ciruelas,
Cayóse la mampara,
Y abríome la cadaza con la llave.*
Vén acá, pecador, ¡será posible
Que componga latin quien no lo sabe? (2).
Dócil responda, su razon despeje.

GARABATO.

Que me saquen los ojos y las muelas,
Antes que á vos ¡oh cuartillitas! deje.

URBANO.

Y el estilo flexible,
Segun la situacion ó las pasiones;
El orden, construccion y la pureza,
Giro, armonía, genio.....

GARABATO.

¡San Melenio!

¡La lengua tiene genio?

URBANO.

¡Y su espíritu?

GARABATO.

Herético rabudo;

Decid, ¡hay más espíritu que el alma,
El Padre, el Hijo, Espíritu divino!

URBANO.

¡Y espíritu de vino?

GARABATO.

Reviento si no sudo.

¡Incomprensible Dios, tres veces santo!

URBANO.

Recobre, amigo, la perdida calma.

GARABATO.

Bajo tu amparo y manto (*Vuelto á la Virgen.*)
*Succurre, Virgo Virginum, cadenti;
Virgo potens, et clemens, et fidelis;
Absterge, Mater, lacrimas lugenti.
Si facis, quod ostenditur in labris
Illuminabo te cum candelabris.
Va! Quis inter haereticos securus
Consebitur, sit licet
Integer vita, scelerisque purus?
Ut vestra magis, atque magis micet
Praeclara virtus, consulendo boni,
Precor, aderte jam Garabatemi.*

PAIDÓFILO.

Aun falta. De su mano
Téngate Dios. A las preguntas mías
Con desahogo responded, hermano.
¡Las reglas?

URBANO.

¡Son tan pocas!

GARABATO.

¡Pocas?

URBANO.

Casi ninguna.

PAIDÓFILO.

¡La traduccion?

URBANO.

Empieza á los tres días.

GARABATO.

Te burlas y mi cólera provocas.

PAIDÓFILO.

¡Qué puntilloso está! ¡cómo se escama!

GARABATO.

Consuélame el refrán.....

PAIDÓFILO.

Di, Garabato.

GARABATO.

El que no tiene cama

(1) 1.º, Por la indecencia; 2.º, porque los dómines se encarnisan demasiado; 3.º, porque los niños toman aversion á los libros; 4.º, porque se hacen tímidos, falaces, hipócritas, dobles; 5.º, porque deben ser conducidos por el honor.

(2) Mucho más careciendo de ideas.

Acuéstase á la luna.

URBANO.

¡Oigan la aplicacion! Ni admirar debe
A vista de su método sensato.

PAIDÓFILO.

¡Y en cuánto al estudiar?

URBANO.

Con hojas nueve

Y otras nueve no más, en este punto
Terminan las gramáticas tareas
Y el embrolloso dominal asunto.

PAIDÓFILO.

Convienen con las tuyas mis ideas.

GARABATO.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué fiat!....

URBANO.

Y un escritor moderno
Acaba de extender....

GARABATO.

En el infierno

Allá con ellas y con él te veas.

PAIDÓFILO.

¡Cuánto va que es él mismo?

URBANO.

En los horrores de una negra cárcel,
De crímenes abismo,
Cuando con el temor, con el quebranto,
El varonil espíritu sozobra,
En aquella guarida del espanto,
Y sólo al pro de la niñez atento,
Esta tan útil obra
Pudo sereno trabajar....

GARABATO.

¡No digo?

¡Quién había de ser?

URBANO.

¡Quién? Un amigo
De la tierna niñez.

GARABATO.

Un judíazo.

Si quemado no está, mucho lo siento.

PAIDÓFILO.

¡Cristiana caridad!

GARABATO.

Con un buen mano

Se lo diría yo.

URBANO.

La Matritense

Sociedad Económica la aprueba,
A su consocio misero aplaudiendo;
A la suprema autoridad la lleva,
Que la enseñe á los jóvenes pidiendo.
Pero la negra suerte
Su afán tan lejos de premiar estuvo,
Que, sin darle lugar á que cerrára
Su pobre maletilla,
Moviendo un huracán, con soplo fuerte
Arrojóle al presidio de Melilla.

PAIDÓFILO.

¡Sanchez! ¡Sanchez!

URBANO.

Tu labio lo declara.

GARABATO.

¡Y por qué fin tan desastrado tuvo?
Sus hechos criminales
A los más corrompidos corazones
Es fuerza que horroricen.

PAIDÓFILO.

Opiniones.

GARABATO.

¡Nada más?

URBANO.

Opiniones liberales,

De su constante honor yo fui testigo.

PAIDÓFILO.

Paidófilo también, su fiel amigo.

GARABATO.

¡Amigo?

PAIDÓFILO.

¡Te estremeces?

GARABATO.

Segun eso, estaréis en competencia
Del Monarca, de Dios y de los jueces.

URBANO.

¡Feliz garabatonta consecucencia!

GARABATO.

¡Qué otros son los deseos?....

¡Dónde estoy? ¡Qué me pasa?

¡Entre judíos yo?.... Salid al punto,

Herejes, ateístas, amorreos....

Siento las llamas.... Arde la casa....

Salid á latigazos, (*Toma las disciplinas.*)

Calvinistas, andad, y judiazos....

No consiento.... marchad.... en el abismo

Con los demonios.... ¡Virgen poderosa!

Libradme de gramáticos modernos,

Libradme.

URBANO.

¡Qué mansion más horrorosa,

Más terror, más infiernos

Que donde está hermanado el barbarismo

Con la rabia feroz del fanatismo?

(*Vanse.*)

GARABATO.

Si contactu peccavi, Mater Dei,

Inscius feci, miserere mei.

—

VII (1816).

POETAS.

Dedicado á los batanes y martillos de herreros, en cuanto á la parte
de criticados.

POESÍA, FLORALBO.

POESÍA.

Salve, Floralbo fiel, no desdefiado
De las dulces ausónidas caméguas,
Ni del coro animado
De las hespéricas musas;
Coro entónces genial y venerado,
Cuando Delio (1) inflamaba
Y fácil asistía
A los divinos vates, invocado.

FLORALBO.

Cesa; ¡quién eres, que cruel acusas
Los dulces vates que mi suelo cria,
Y con mil bocas el renombre alaba
Por donde nace el sol y muere el día?....
Injustos son, perdona
Tus gárrulos acentos;
Injusta la corona
De lauro vividor y de azucenas,
Con que mi sien hermosear pretendes,
¡Oh de belleza sin igual dotada,
Tú, que en la negra, siempre abominada,
Mansion de las cadenas
Mi acongojado corazón serenas
Y en dulce amor enciendes!
Mas ella, deshojada (2)
Camina por los vientos,
Para ser en las áridas arenas
Del Afro sepultada.
¡Ignoras que en Melilla,
En Melilla tus plantas imprimiste?
¡Ay! vuelve, cuitadilla,
A la feliz region de do viniste,

(1) Sobrenombre de Apolo.

(2) Es decir, la corona.

Vuelve; mi afán consuela,
Muévate mi rogar, y rauda vuela.

POESÍA.

Es vana tu porfía;
Con vuelo acelerado,
Desde la corte vengo
A consolar tu espíritu agitado;
Y tú, ¿no calmarás la pena mía?
Apenas me sostengo;
¡Ay de mí!....

FLORALBO.

¿Qué te aqueja?

Dime quién eres, y tu llanto deja.

POESÍA.

Yo soy.... ¿No me conoces?
Repara mi semblante;
Este mirar, el gesto....

FLORALBO.

No te conozco, y tu beldad me encanta,
Y el pecho mío tu dolor quebranta.

POESÍA.

Floralbo, tal del escuadrón pedante
Los golpes repetidos y feroces
A tus delicias y tu amor han puesto;
Yo soy la Poesía....

FLORALBO.

Inclino á tu beldad la frente mía.
¿Cómo vienes así, tan derrotada,
Tú, que los mundos creas,
Haces salir de la insondable nada
Dichosos pobladores
Que pródiga hermo seas,
Que lo insensible animas,
Al alma cuerpo das, das alma al cuerpo,
Das movimiento, amores?
Tú, que fecundas las áridas ¡intimas
Al opresor la muerte,
Derrocas al tirano,
Del tiempo paras el volar?.... La suerte
Del mortal en tu mano,
En tu voz imperiosa
Lo que es, lo que será, lo que ya fuera
Llevas.... Al adigido
Recreas con la paz; al hombre-fiera
De la selva espantosa,
A la concorde sociedad conduces,
De tu voz al armónico sonido,
Y su intratable rusticidad suavizas.
Todo es tuyo; virtud, costumbres, luces,
Que en los célebres fastos eternizas....
¿Cómo vienes así, tan derrotada,
A la horrenda mansión de los delitos,
Donde nunca jamás hubiste entrada?
¿Quién, dime, te destierra,
Tus lastimeros gritos
Ultrajador causando?

POESÍA.

Guerra, bárbara guerra
Movíome de copleros
El gárrulo, procas, eunuco bando.
Resisto; sus aceros
Airados me dividen:
Mi honor y prez insultan,
Despójame crueles de mi gloria,
Y en el inmundo cieno la sepultan,
Cantando la victoria;
La tierra ufanos con su cola miden,
Y del héspero suelo me despiden.

FLORALBO.

Entonces, ¿qué se hicieron
Los fuertes partidarios,
Que respetosos tu deidad adoran?

POESÍA.

Al mirar los innúmeros contrarios
Que sobre mí frenéticos cayeron,
De pálido temblor enmudecieron,
Y en mi desgracia su desgracia lloran,

FLORALBO.

¿Qué? ¿Tan temibles fueron
Sus armas espantosas?

POESÍA.

Jamas las encontré más poderosas,
Ni cuando con ejércitos armados
De décimas y glosas,
Sonetos coleados,
Serventesios, sextinas,
Acrosticos.... salidos
Del báratro infernal, acaudillados
Del gusto de sentinas (1),
Y con la triple malla
Cubiertos del Error, enfurecidos
Me presentaron la campal batalla;
Y por poco no quedo
Cautiva de la estúpida canalla.

FLORALBO.

Respirar, de dolor, apenas puedo.
Si conocer los nombres
De nuestros enemigos literarios
Es lícito, mi fervida impaciencia....

POESÍA.

Si, sí, porque te asombres,
En éstos, mengua del saber, Diarios,
Repáralos escritos.

FLORALBO.

Escritos, ¡qué impudencia!

POESÍA.

Y del mundo á la faz.... están precitos.
Aquí tienes....

(*Lo de los diarios de Madrid de 1814 y 1815.*)

FLORALBO.

¿Qué ve! (*Los registra.*)

Escarlati.... Garnier.... también Goveo....
Rabadan.... No más, no; su nombre basta
Para saber la casta
De los más impotentes campeones
Que España vió jamás.... aquí notillas.... (*Las lee.*)
Insignes vaciedades
Para ilustrar á las nodrizas godas,
Y abastecer á las inmundas sillas
De sus paternidades.
¿Qué otra cosa merecen los agravios
De Mévios y de Bavios?

POESÍA.

Aquí vienen las odas. (*Las lee.*)

FLORALBO.

Desiguales renglones,
Que pudieran ladrar á Patagones.

POESÍA.

Aquí versos latinos. (*Los lee.*)

FLORALBO.

Aquí, mas en Ausonia castellanos.

POESÍA.

Aquí....

FLORALBO.

No más, por Dios, que no es posible
Abarcar en dos manos
Tan gruesos desatinos (2).

POESÍA.

¿Qué diré de sus dramas infernales?

FLORALBO.

¡Ah! no acrecientes mis acerbos males,
Ni quieras, insensible,
Mi vida terminar con su lectura.
¿No ves mi palidez y calentura?
¿Insistes?.... ¿Cometer un vaticidio (3)
No temes, inhumana?

(1) Variante: Del depravado gusto,

(2) Variante: Tamaños desatinos.

(3) Variante: Cometer un parricidio

Por no ser algun dia
De su contagio destrozada presa,
Mis cenizas acoge mauritana
Region; ¡y salve, salve mi presidio,
Que de su formidable tiranía
Me pones á cubierto!
Pláceme aquí vivir, aquí ser muerto.

POESÍA.

Cunde el mal, y las márgenes estrechas
Rompiendo de Madrid, temo que corra
Hasta el ártico polo,
Dilatándose así como la llama,
Del Noto sacudida,
Por el campo feras de seca grama.

FLORALBO.

De Minerva, ¿qué fué? ¿Qué fué de Apolo?
Sus mortíferas flechas,
Con fuerza desmedida
¿Por qué no disparó?

POESÍA.

Se despuntaron,

Y rotas y deshechas
Ante sus plantas, sin honor quedaron.
En tantos desvarios,
En tantas sinrazones,
Acójome á vosotros, hijos míos;
Vengadme, sed ejemplo
A todas las naciones.
Entre vosotros mi sublime templo
Traslado, entre vosotros mis altares.
Los dioses tutelares
Invocados vendrán; la poesía
En las arenas líbicas resuene,
Y sus ámbitos llene
La mágica armonía.
Los páramos desiertos
De mies y flor engalanados brillen,
Ardan á vuestra voz los montes yertos,
Y su cerviz los Númidas humillen,
Y su bravura dóciles amansen.
El eternal silencio rompa Dido,
Y con vuestros cantares recreada,
Sus amorosos impetus descansen;
Y que tambien movido
El rígido Catón, de su morada
Impávido saliendo,
Su palabra renueve,
En alta voz diciendo,
Suspensas las edades:
« Si á vosotras ¡oh célicas deidades!
Os agradó el partido
De César vencedor, á mí el vencido.»

FLORALBO.

¡Oh si mi voz, desalentada y flaca,
Al eco de tus sonos placenteros
Hasta los robles animar pudiera!

POESÍA.

Mas di: ¿tus compañeros.....
¿La-Calle? (1).....

FLORALBO.

La Carraca

En sus estrechos ámbitos confina
Corazon tan acórrimo.

POESÍA.

¿La Rosa? (2).....

FLORALBO.

Impávido reposa
En el breve Peñon de Parietina,
Ahora de Gomera.

POESÍA.

¿Quintana?.....

FLORALBO.

Imperturbable persevera

En el famoso fuerte
De la gran Pompeyópolis.

POESÍA.

¿Gallegos? (3).....

FLORALBO.

En la fecunda Bética entre legos.

POESÍA.

¡Ay dignos hijos de apacible suerte!
¡Hijos amables, que mi pecho adora!
Entre vosotros mora
Mi espléndido decoro,
Que bastardos con bárbara porfía
Amancillar quisieron.
Vosotros detened mi largo lloro;
Volvedme la pacífica alegría
Y el plácido consuelo
Que en otras partes por demas anhelo.

FLORALBO.

¡En nosotros depende, madre mía?
Derribados serán los enemigos
Que tu templo, sacrílegos, hundieron
Y en tu amargo dolor se complacieron.
Vengarte ya juramos
De la chusma que al mundo escandaliza;
Guerra, guerra sin treguas declaramos
Hasta que el suelo polvoroso muerdan,
Y, vueltos en ceniza,
En los vientos aligeros se pierdan.
Asístanos el coro de las Musas;
Apolo nos inflame,
En nuestro corazon introducido;
El viento, conmovido,
Por los remotos ámbitos derrame
De nuestra lira el acordado acento:
Por su deidad te aclame
La tierra, el aire, el ponto
Y de las sombras el profundo asiento,

POESÍA.

De amor y paz el ósculo recibe:
Volando me remonto
Para ver tus ilustres compañeros,
Que á la árdua cumbre de mi templo arriban.

FLORALBO.

En nuestro corazon eterna vive,
Y de su amigo la salud reciban.

VIII (1816).

ABOGADOS.

Dedicado al laberinto de Greta, á la torre de Babel y á la Osa
de la moneda.

BÁRTULO.—INGENUO.

BÁRTULO.

Gracias á Dios le remató.

INGENUO.

¿Qué cosa?

BÁRTULO.

Folios uno, dos, tres..... y cuatro, siete,
De letra asaz piojosa;
Ainda mais, el ribete
De dos, tres *otras*. ¡Qué contento
Será para mi parte!
¡Qué pena y amargura
Para el contrario, cuando
Se sacie del papel en la lectura,
Y admire confundido
El gran genio de Bártulo y el arte!
De Bártulo, que, airoso, desnudando
El alfange temido
De la muy más que túlica elocuencia,
Del uno baltarte
Es, y del otro perdicion y ruina.
La fama, con aligera jactancia,
Tanto mi nombre empuña,
Que en el forense estrado se padece.....

(1) Don Teodoro de la Calle, poeta lírico y traductor de las tragedias *Otelo*, *Macbeth*, y *Blanca y Moncada*. (Nota del Colector.)
(2) Don Francisco Martínez de la Rosa. (Id.)

(3) D. Juan Nicasio Gallego. — SANCHEZ BARRERO añade aquí equivocadamente una *s* al apellido del ilustre poeta zamorano. (Nota del Colector.)

INGENUO.

No te puedo seguir, Belerofonte,
Si por las nubes volador te encumbra;
Yo no soy Fierabras ni Faetonte;
Mas, lo que importa: ¿descubriste mina?

BÁRTULO.

En plural abundancia:
Publíquelo, si no, la plata y oro
Que en mi bolsillo sin parar chorrea.

INGENUO.

¡Oh bienhadado, que la piedra hallaste
Filosofal!

BÁRTULO.

Y más; endurecidas
Piedras, que manejándolas desbaste,
Verás las un riquísimo tesoro.

INGENUO.

¡Salve, segundo Mídas!

BÁRTULO.

¿Quién fué Mídas?

INGENUO.

Un moro

Tentónico-frances, según Ovidio,
Que cuanto con sus dedos visitaba,
En sonante metálico mudaba.

BÁRTULO.

Correremos parejas.

INGENUO.

Las correas en ingenio y en orejas.

BÁRTULO.

Mi suerte envidiarás.

INGENUO.

No, no la envidio.

BÁRTULO.

Pero confiesa, Ingenio, que mi pluma....

INGENUO.

Es mayor que el pináculo de Gata,
Y de tu profesión eres la nata.

BÁRTULO.

¿Te burlas?

INGENUO.

¿Qué burlar? Eres la espuma,

La sal y regodeo;
Eres la flor y rosa,
Eres el archi, en suma,
De la enmarañadora cofradía,
De la que Dios, por su poder, me guarde.

BÁRTULO.

¿Cómo temes!.... ¿No vamos á paseo?

INGENUO.

¿Estás en tí? La tarde....

Asómate.

BÁRTULO.

Muy fría,

Revolta y nebulosa.

El viento, jira de Dios, y cómo bufal

INGENUO.

¿No es mejor que á la estufa,
Sobre aqueste sofá repantigados,
En amigable conversar cerremos
Los puntos indicados?

BÁRTULO.

Ya vuelves. ¿Qué manía

Quereme siempre hablar de abogacía!

INGENUO.

Con que, empezar podemos....

Hormiguelo de escrúpulos escarba

De tal manera la conciencia mía,

Que al verlos sobre mí tan agolpados,

Me tiembla, amigo Bártulo, la barba.

BÁRTULO.

Pues así tu rencor se satisface,

¿Orte hablar y responder me place;

Y sabrás que letrados

De mi suposición y jerarquía.

No rehuyen la lid acobardados.

INGENUO.

Primer punto: letrados.

BÁRTULO.

Y mucho; ¿qué te asombra,

Si el pueblo, con razon, así nos nombra?

INGENUO.

¿Con razon? ¿no es locura

Llamar al pobre rico,

Al de cerdoso hocico,

Agraciado decir, y de hermosa

El epíteto dar al monstruo horrendo

Con ouello de avestruz, nariz de mico

Y....

BÁRTULO.

Verdad es.

INGENUO.

Entiendo

Que así son vuestras letras portentosas,

Y que cambiáis el nombre de las cosas;

A no ser que letrado

Por la figura *antifrasi* llamemos

Cual decimos pelon al despelado

Y médico al artístico asesino.

BÁRTULO.

Por razon del destino....

INGENUO.

Espera: entre paréntesis queria

Un punto doctrinal, como por vía

De digresion....

BÁRTULO.

Explana el pensamiento.

INGENUO.

Un códice muy raro,

De antigüedad precioso monumento,

Non medicus, at merdicus escribe.

BÁRTULO.

¿Y lo deriva!....

INGENUO.

Es claro,

Si falsa prevencion en tí no vive.

En el Rastro (1) un librote carcomido

Encontré felizmente,

Que la voz y sentido

Con no vulgar erudicion explica.

Así dice el intérprete elocuente:

A merda dicebatur

Qui nuno medicus, merdicus....

BÁRTULO.

¡Gracioso!

INGENUO.

Nam si nuno ager nascitur per pulsum,

Antiquitus per merdam nascebatur.

El baston primoroso

Que en la mano bendita

El moderno galénico maneja

Cual sabio general, una varita

Fué....

BÁRTULO.

¿Para qué?

INGENUO.

Quò, dice sin disputa,

Per virgulam substantia revoluta,

Ad oculos navesque traheretur

Morbus, et morbi causa inspiceretur.

BÁRTULO.

Jal! jal! jal! jal!

INGENUO.

¿Te ries? Pues no es cuento.

(1) Alude á la famosa *Plazuela del Rastro*, de Madrid, mercado de libros viejos, cachivaches, ropas usadas, y retales con que trafican los manuileros. (*Nota del Colector.*)

BARTULO.

Si entre sus uñas á cogerte llegan....
No lo digas, Ingenuo; por mi parte
Y por la parte que tambien me toca,
Con cien candados cerraré mi boca.

INGENUO.

Será por el deseo de agradarte,
No por temor.... Tomemos
El hilo de la plática empujada.

BARTULO.

No me acuerdo á fe mia....

INGENUO.

Lo de letrado....

BARTULO.

Caigo: te decía
Que, en rason del destino,
Dictado tan espléndido tenemos.

INGENUO.

Es decir, si un pollino
En nuestro gremio abogadil entrara,
Ipo facto letrado se llamará.

BARTULO.

Por imposible lo hallo;
Y así es lo mismo que azotar al viento.

INGENUO.

Precioso Bartulin, retira el fallo;
Que allá en Roma ya fué reconocido
Por senador, no miento,
Un caballo.

BARTULO.

¡Caballo?

INGENUO.

Muy caballo.

¡Con que á la grave profesion ceñido
Lo de letrado va? ¡Ciencia dichosa,
A la que todo, Bartulo, te entregas.
Y las demas, ¡se vestirán de legas?

BARTULO.

Pues físico y doctor tambien se aclama
Al médico rampion.

INGENUO.

¡Maldita gula!

Llamen tambien á la sirviente dama,
O bien á su señora,
Madama la doctora,
Y física á su mula;
Y á tu polvoso estante,
Que rechina, abrumado
Con doscientos volúmenes de coro,
Puedes nombrar, y con rason, letrado.

BARTULO.

Y ademas, mi tesoro;
Bien que su forma irregular espante.

INGENUO.

Escucha esta verdad: aunque de seda
La mona se atavie....

BARTULO.

Mona queda:.

No me amosco: será lo que quisieras.

INGENUO.

¡Y ese enorme conjunto
De libros?

BARTULO.

¡Ahí es nada!

Contienen las consultas, pareceres
De letrados, las glosas,
El *porqué* de las cosas,
Objecion, solucion de todo asunto....

INGENUO.

¡Es así?

BARTULO.

¡Cómo no?

INGENUO.

Segundo punto,

Un meleno salvaje,
A quien un pleito destructor enreda,
Preséntase sumiso
A tu sobajadísima persona,
Pidiendo en su lenguaje
Aguces la tizona
En pro de la justicia que le asiste.

BARTULO.

Defenderle es preciso,
Y más si la moneda
En el feliz traspaso
De su bolsillo al mio no resiste.

INGENUO.

¿Cá por *be* y *a* por *a* te cuenta el caso;
Revuelves los autores,
Uno sobre otro en el bufeta montas,
Regístralos, apuntas y confrontas;
Después de meditar, con mil amores
Exclamas: ¡Viva! te portaste cuerdo;
El derecho es clarísimo: venciste:
Con costas yo aseguro que le ganas.
El te responde: Segun eso, pierdo,
Y en mi defensa por demas te afanas.—
Al revés. ¡Devaneas? ¡Estás loco?
Le ganas.—No señor. ¡Habrá tal tema?

BARTULO.

¡Pardies, qué temerario!
No es posible.

INGENUO.

¡Qué, qué? Poquito á poco.
Déjale concluir.

BARTULO.

¡Y qué diría?

INGENUO.

Esto: Le pierdo, con perdon de usía,
Pues la historia conté de mi contrario.

BARTULO.

¡Sagaz estratagema!
¿Tra jamás oí que se le iguale.

INGENUO.

Después que aquesto oyeres
Del pobre cuitadillo
Que tu letrada majestad apoca (1),
¡No me dirás, señor, por dónde sale
Tu ciencia?

BARTULO.

Muy sencillo:

Con otros pareceres
Le taparé la boca.

INGENUO.

Pero el tuyo ¿cuál es?

BARTULO.

¡Cuál? A fe mia,

Ninguno; y aun añado
Que, sin gravar el alma,
Con gran quietud y calma,
Lo contrario tambien defendería:
Para todo hay padrinos;
Y cuando oscuras son ó cuando callan
Las leyes, en los clásicos autores
Los abogados finos
El *pro* y el *contra* de los casos hallan.

INGENUO.

¡Y si clara la ley....

BARTULO.

Si clara fuera,

De todos entendida,
De todos altamente defendida;
Si en hábito de ciego
La rason, la justicia no anduviera;
Si el uno por aquí no la trajera,
El otro por allá no la llevara....
Si éste, aquél, uno y otro
(Sin que su querellar los horrorice)

(1) Variante:
Que tu onetrada majestad apoca,

No la alzasen verdugos en el potro (1),
 Forzándola á decir lo que no dice.....
 Si todos los intérpretes en fuego
 Fuesen de peloton purificados,
 En mar los trapacistas abogados,
 Y quien su causa sostener porfia
 Por faldas, por metal, por los embudos
 Que yo de numerarlos me corriera.....
 Adios, abogacía:
 Mi labio enmudeciera.
 Dado el caso, de Bártulo no esperes
 Consultas ni fundados pareceres.

INGENUO.

Con que, por evidente consecuencia,
 Hablando en cortesía,
 Sobre defectos gira vuestra ciencia,
 Y que, arrancado de raíz el vicio,
 No hay más entónces que buscar oficio.
 ¡Ah cuántas veces, cuántas, te decía:
 Tu noble profesion es engañosa,
 Perjudicial..... y vive con los males!

BÁRTULO.

En las leyes penales
 Todavía, según yo me barrunto,
 Parece otra cosa.

INGENUO.

Escucharte me place. Tercer punto.

BÁRTULO.

Si á un gran ladrón, supongo,
 Un hórrido asesino,
 Un monedero falso,
 Defender en estrados me propongo;
 Y apurando el caudal de mi elocuencia,
 Consigo libertarle del cadalso,
 Detener su destino,
 O cambiar de los jueces la sentencia,
 ¡Qué gloria para Bártulo más alta?
 ¡Mayor satisfaccion para el cuitado?
 ¡De más sublime agrado
 Para la triste humanidad?

INGENUO.

Deliras,

¡Oh deslumbrado amigo!

BÁRTULO.

Déjame proseguir.

INGENUO.

Prosigue.

BÁRTULO.

Digo:

Para la triste humanidad..... Advierto
 Que así como burlándote me miras.

INGENUO.

Explicate: ¿por qué?

BÁRTULO.

Porque liberto

Un hijo suyo de la fiera muerte;
 Al maternal regazo
 Le vuelvo, le conhorto
 Y sus acerbos lágrimas enjugo.

INGENUO.

¡Bravísimo! ¡Bravazo!

En espacio tan corto,
 ¡Oh cuánto leguleyo solecismo
 Y cuánto filantrópico porraso!
 De lea humanidad te hiciste reo;
 Y si no te avergüenzas de tí mismo;
 Si, tenaz, todavía
 Ideas tan erradas alimentas.....

BÁRTULO.

¡Erradas!..... En su error me lisonjeo,
 Pláceme repetirías, y me plugo.

INGENUO.

Pues yo te probaría

En las mil y quinientas (2),
 Que de esa humanidad, que fiel intentas
 Consolar, defender á su despecho,
 No solamente criminal te has hecho,
 Mas también ferocísimo verdugo.

BÁRTULO.

Hombre de Dios, escucha;
 En oyéndome, falla.

INGENUO.

Concedido.

BÁRTULO.

Declamo; mi elocuencia cual torrente
 Corre; triunfante lucha,
 Y persuadiendo mata.
 Suspenso el auditorio, conmovido
 El juez, le capta, luego le arrebató,
 Trastorna y desbarata.....
 Liberto al reo, la victoria canto,
 Este me mira con envidia, el hombre
 Tócame aquél con apacible llanto;
 Con delicioso asombro
 A Tulio y á Demóstenes me igualan;
 Y de cerca y de lejos,
 Procurador, agente,
 Escribe y demas que en los consejos
 Llevan el tono y voz, por su letrado
 (Mal que te pese el nombre) me señalan.
 ¿Quieres más?

INGENUO.

Y tal gente

De los sabios el mérito gradúa,
 Añade, quita, da, reprueba, aprueba?
 ¡Y el colegio ilustrísimo consiente
 Tan menguadora marca!

BÁRTULO.

¡Feliz y felicísimo si lleva
Nemine discrepante
 Sus votos por delante
 Tu amigo! No te asombre
 Si en ellos busca aprobacion y nombre;
 Porque ellos son la universal gánzúa
 Del oro de la tierra,
 Que en lóbregas masmortas
 Con tres manos encierra
 La avaricia infernal, sobre él sentada,
 Sin conceder al sueño
 Sus veladores ojos.

INGENUO.

Me place que burlada
 Su vigilancia sea;
 Y pláceme que, siendo los cerrojos
 Por sus astutas artes destrozados,
 Gozar la luz febea
 Logre por fin, pasar de dueño en dueño,
 Circular por el mundo..... ¡gran castigo!
 Acábase tal casta.....
 Mas de episodio basta;
 Sigamos nuestra plática. ¡Dichoso
 Si tus errores destruir consigo!
 Respóndeme.

BÁRTULO.

Pregunta.

INGENUO.

Cuántas veces

En tus ciceronianas oraciones
 Con estilo pomposo
 Declamas en presencia de los jueces,
 ¿Cuál es tu intento, di, qué te propones?

BÁRTULO.

Manejar á mi grado las pasiones,
 Moverlos, atraer á mi partido
 Al que desecha mi opinion, reáccio,
 Y despues.....

(1) Variante:

No la alzasen orfices en el potro,

(2) Alude á la Sala del Consejo Supremo llamada de mil y quinientas, porque en ella se ventilaba el recurso de segunda suplicacion, bajo fianza de 1,500 doblas. (Nota del Colector.)

INGENUO.

Vamos, Bártulo, despacio.
Si al recto jueces de la equidad ladear,
Por tu mágica arenga seducido,
¿No acoges la maldad? ¿no lisonjeas
El crimen? ¿no apadrinas
Al que la ley derrumba? ¿satisfecho
No clavas tu puñal en las entrañas,
No divides el pecho
Del gran cuerpo social? ¡Oh parricidal
Tú la muerte le das cuando le engañas
Con esa tu elocuencia fementida,
Que el corrompido mundanal adora.
Si el arte seductora
En los muros del rígido espartano (1)
¡Oh Bártulo! ejercieras,
De la misma que ahora
Ensalsas tan ufano,
Desventurada víctima cayeras.
En el silencio de la noche oscura,
Sin que al vecino divisar pudieras,
Sin pompa ni retórica figura,
Sin estrépito vano,
Sin ese tuyo declamar molesto.....
Uniforme, constante, igual corrieras
Desde el principio al fin. Oculta el gesto,
Oculta el accionar, que tu lenguaje,
Desnudo del ropaje
De la ficción, desnudo de atavíos,
Templado sea, natural, modesto,
Claro, sin maliciosos extravíos..... (2).
Verás entonces, Bártulo, cuál brilla
La verdad, por sí sola dominando;
Cuál aparece sin disfras, sencilla,
Con su beldad amable cautivando.
Del morador de Esparta (3)
Cata aquí la verdad; así la busca,
Así la ofrece en pública palestra,
Y no como la vuestra,
Que brillante ofusca,
Hipócrita seduce enmascarada,
Y solamente su ficción agrada.

BÁRTULO.

Atónito me dejas,
Y veo que tus quejas
Son justas y legítimas. No en vano,
Amado Ingenuo, con teson porfiar.

INGENUO.

¿Qué foro, sin mentir, elegirías?

BÁRTULO.

¿Sin mentir? Sin mentir: el espartano (4),
Aunque cayesen las arengas mías,
Y el oro, cual aquí, no chorreará.
Pero ¡válame Dios! ó me equivoco,
O el arte abogadil de muerte hieres.....
Arreglemos el foro como quieres:
¿Necesarios no fueran los escritos?

INGENUO.

¿Para qué? cosa clara.

BÁRTULO.

¿Ni el hablar en estrados?

INGENUO.

Mucho menos.

BÁRTULO.

¿Tampoco

La ilustre profesión de los letrados?

INGENUO.

De ninguna manera.

BÁRTULO.

¿De ninguna! ¿Qué hacer?

(1) Variante:

En el foro ateneo (el Areopago)

(2) Variante:

Corriente sea, natural, modesto,
Sin fraude ni extravíos.....

(3) Variante:

Del recto areopagita

(4) Variante:

¿Sin mentir? Sin mentir: el ateniense,

INGENUO.

Es fácil: esto.....

BÁRTULO.

INGENUO.

Préstame atención.

BÁRTULO.

Ya te la presto.

INGENUO.

Mas ¿sabes lo que digo?

BÁRTULO.

¿Cómo lo he de saber?

INGENUO.

Mejor sería

De paseo salir.

BÁRTULO.

Ingenuo amigo,
No será, no será, por vida mía;
Esto me importa más; por esto solo
Quince tardes alegre perdería.

INGENUO.

Pues antes.....

BÁRTULO.

Es despues; lo dicho, empieza.
Mis atentos oídos enarboló.

INGENUO.

Enojarte es preciso.

BÁRTULO.

¿Qué sacarás al fin? ¿Qué lindesal
¡Qué lindesal!
Pero desde el instante
Que tu elocuente labio
Sobre mi necedad victoria cante,
Entre mis camaradas por un sabio
Me tendré; ya el orgullo me retienta.

INGENUO.

Bártulo dócil, con el triunfo cuenta;
Porque contigo lido.
De tu cándido pecho
¡Cuánto la franca sencillez envidio!

BÁRTULO.

Tratemos ya de un caso,
O llámese delito.

INGENUO.

A los jueces del hecho
Acude.

BÁRTULO.

Lindo paso;
Agrádame los jueces infinito.

INGENUO.

Sin fórmulas, sin dimes ni dirétes,
Sin que vayan y vengan los corchetes.
Enrede el escribano con su pluma,
Enrede el traviesísimo letrado
Con este pedimento que ahora embute,
Y luego aquel traslado,
El otro! despues, y el otro escrito,
Que al menos llega de los pies al odo.....
Aquel charlar sin modo,
Que hasta el mismo sitial desorganiza,
El pulmon desecoyunta, que resiste.....

BÁRTULO.

Déjale ya.

INGENUO.

Si existe, si no existe
El caso, se discute.

BÁRTULO.

No existe.

INGENUO.

La tarea finaliza.

BÁRTULO.

Existe.

INGENUO.

¿Qué te falta?

BARTULO.

La sentencia.

INGENUO.

¿La dudas? Es no más que la existencia.

BARTULO.

¿Y este fallo despues?

INGENUO.

Despues le pasan
A los llamados jueces de derecho;
Jueces que sólo con la ley se casan;
No la arbitrariedad, la ley impera,
La augusta ley ¡oh Bartulo! preside,
La ley, no los intérpretes, decide;
La ley y nada más.

BARTULO.

¿De qué manera?

INGENUO.

Al caso que se dió la ley aplican.

BARTULO.

Tu novicio discípulo no entiende
Lo que tales palabras significan,
Si mejor no se aclaran.

INGENUO.

Es decirte: declaran
Que en tal ley se comprende
Aquel caso, aquel hecho....

BARTULO.

Tu discípulo queda satisfecho.

INGENUO.

Y luego, sin demora ni disputa,
Sin dar lugar al pérfido cohecho,
A letrados, escritos, ni marañas,
La ley no interpretada se ejecuta.

BARTULO.

Si fuera así, muy bien; pero te engañas;
Porque al dar la justísima sentencia,
Con sumisión astuta
Y cual por no esperada carambola,
Se ingiere lo que dicen *competencia*.
Otro incidente luego se interpola,
Se ataca de costado, se entorpece
La ejecucion, la causa se oscurece;
Oscurecida, con calor se enreda;
Enredada, se pierde ó tablas queda.
Por este medio la verdad castiza,
Mucho más clara que la luz de Febo,
He visto con la mancha de mestiza;
Y por milagro nuevo,
Tan sólo de nosotros entendido,
De este fantasmagórico barranco
Al vencedor vencido
Salir, lo prieto blanco....
Teme sus juntas, sus embrollos teme.
¿Y qué? cuando rehusa
Satisfacer al infeliz el prócer,
Perece el infeliz, al otro excusa
Para nunca pagar, para enredarse
Con ánimo sereno
En deudas, y gosarse
Con el sudor ajeno?....

INGENUO.

¿*Moratorias?*.... tu espíritu no tema (1),
Porque en este sistema,
Que al parecer abonas,
La ley á todos por igual nos trata,
Sin admitir jamás los privilegios (2),
Sin acopcion de clases ni personas,
Y es una para todos.

BARTULO.

Esta duda,

Ingenuo, me desata:
El código de leyes que gobierna,

(1) Variante:

Aquítese tu espíritu y no tema,

(2) En el autógrafo no se halla este verso. (Nota del Colector.)

¿Cual nosotros se muda,
O duracion eterna
Contra la humana condicion consigue?

INGENUO.

Nuestra mudansa sigue.
Las leyes nacen, crecen; enervadas
Estas, empiezan á caer, y mueren;
Las otras se varían;
Algunas, que mortíferas nos hieren,
Nuestra defensa fueron;
Algunas, que otro tiempo nos guiaron,
En la presente edad nos extravian.
Su sér de las costumbres recibieron;
Mudadas las costumbres, se mudaron;
Envilecidas, en despres cayeron.
Ya las ves, además, reguladoras.
¿La ilustracion domina,
O domina la bárbara dureza?
Hijas aquéllas son de la doctrina,
Estas de la rudez y la fiera.
Así son, si las épocas estudias,
En pueblo agricultor, agricultoras;
En pueblo belicoso, destructoras;
En Atenas, espléndidas, humanas;
En Lacedemon, rígidas, austeras;
Entre tiranos, con horror tiranas;
Entre godos, selváticas y fieras.
Y así de lo demas. En suma, digo:
A proporcion que las costumbres mudan,
Deben las leyes variar; por esto,
Cuando discordes entre sí pelean,
Aquéllas sefiorean,
Y en las segundas su poder imprimen (3).
A cuál sus fieros ímpetus reprimen,
A cuál desconcertada
Dejan, á cuál sin vida,
A cuál escarnecida,
A cuál en torpe olvido sepultada.

BARTULO.

Caro amigo, de Bartulo triunfante;
A tu doctrina mi cerviz humillo.

INGENUO.

En lenguaje sencillo
Conseguí recordar lo que estudiaste.

BARTULO.

No me avergüences más, Ingenuo, basta,
Y la carrera literaria escucha
De mis últimos años y primeros;
Carrera de desprecio, no de gloria.
En Bartulo la historia
Verás de sus ilustres compañeros.
Un domine tirano,
De corrompido gusto,
Enseñóme latin; ¿latin? ¿qué digo?
El así lo decia;
Empero ni latin ni castellano
Te juro que sabía.
Con hábitos flotantes
En Salamanca sigo
Los cursos que el saber de la ordenanza
Calcula, dicta, pide,
Y ¿digna de alabanza!
Por fechas terminantes (4)

(3) La educacion y las costumbres dan las leyes, y éstas jamás producen la educacion ó las costumbres. *Quid leges sine moribus vanae proficiunt?* Así es que cuando están en contradiccion, vencen las costumbres. Ejemplos: el duelo, prohibido por la ley, la educacion lo autoriza y triunfa. El infanticidio está prohibido por la ley; ésta graduó de infame á la mujer honrada que tuviera un delito, y ella, para librarse de la afrenta, mata al hijo. Quitese la infamia por la educacion, y cesará el infanticidio. Entre los romanos, etc., era tan inviolable el juramento, que se prefería la muerte á su infraccion: testigo Régulo; tal era la educacion de aquellos tiempos. En los nuestros dominan otras costumbres; de aquí proviene que el que ante Dios juró una cosa, se hace perjuro ante el mismo; testigos los militares que juraron....—Por lo que se llama honor perdian la vida los antiguos españoles, y nada cometían que les deshonrase; ahora están en la lengua las costumbres ó educacion, que antes se hallaban en lengua, corazon, armas, etc.

(4) Hablo de la certificacion que se da de la asistencia, cursos y aprovechamiento, por San Juan.

Lo que son creces, sanjuaniega mide.

Lecciones académicas conmigo

Mil otros estudiantes

Frecuentaron: bolero, contradanza,

Los bailes de candil, tan celebrados,

Paseos, extravíos,

Y juegos y amorsos....

Así la edad corria;

Para estudiar faltaba noche y día.

¡Oh tiempos envidiados!

¡Oh si pudiera Bártulo volveros!

Así, pues, con tan prósperos agüeros,

Y sin saber por dónde,

Encuéntrome ¡qué dicha! laureado

¡Oh Roma! en tu civil jurisprudencia,

De allá cuando naciones dominabas,

En aprender la mia descuidado.

De tan inútil ciencia,

Aunque á remolque, por el mar camino;

A barlovento inclino

Mi proa; viro, y en la hermosa corte,

Por mi ventosa vanidad llevado,

Después de bordear, quedé varado.

En cortesano porte

El hábito escolar gozoso mudo,

Y al bufete de un célebre abogado

Anclado me quedé; copiando sudo,

A babor y á estribor pedimienteo,

Los escritores leo,

Intérpretes pedantes,

Que nuestras leyes sin rubor afean

Y en *barbara, celantes*,

Fresismorum, cesare solfean.

Recíbome por fin, y de repente

Cátame ya sin letras un letrado,

Jurisconsulto regio,

Individuo del inclito colegio,

En ciencias ¡y qué ciencias! eminente,

Præsertim in dineribus ganandia,

Con amplia facultad en todas partes.

Yo jamás saludé las bellas artes,

Legislación jamás, economía,

Historia, geografía,

Política, comercio; yo ni abstractas

Ciencias libé jamás, ni las exactas,

Ni las que el nombre dan de naturales.

Cánatas ¡oh dolor! de varios modos

Un sin fin de togados animales.

INGENUO.

Sosíégate; no todos,

Sin excepcion, ¡oh Bártulo querido!

Que los hay....

BÁRTULO.

Yo me alegro

Que á celebrarlos tu rigor emiece;

Y serán como negro

Cisne, cual cuervo por doquier nevado.

INGENUO.

Mas ya, si te parece,

Demos fin á la plática sabrosa.

Al café nos convida

La noche tenebrosa,

De aguacero y ventisca cortejada.

Sús, levántate, vamos;

Ya siento la ponchada

Descender por el árido garguero

A tardos sorbos.... Bártulo, partamos.

¡Llaman?

BÁRTULO.

¡Válgame Dios! Un litigante.

INGENUO.

Despáchale.

BÁRTULO.

Camina tú delante;

Que con mucho salero....

Ingenuo, ¡estás?

INGENUO.

En el café te espero.

IX (1816).

EL MAL JUEZ.

Dedicado á la fantasmagoría.

SINCERO (1).

Entre.—Sincero soy, por quien preguntas.—

¡Quién eres? Por el traje manifestas

Ser juez ó cosa tal.—Si no hay tal cosa,

Será juez.—Señor Juez, enhorabuena;

No traté de picarle.—Irás, yo fio,

Conteste á la pregunta la respuesta;

Mas pregunta legal; de lo contrario,

Ante quien y en la forma que compete

Protestaré; que nada me intimidan

Esos crujientes hábitos que cercan

A modo de fantasma tu persona,

Y en su negro color la muerte llevan;

Esa fingida gravedad que impone,

Esa moderacion tan circunspecta,

Ese mirarme de traves.... en suma,

Esa faz, melancólica y severa,

Que al atrevido criminal confunde,

Al inocente y apocado aterra,

Cual si de Thémis la balanza justa

Del dios batallador la espada fuera.

¡Es más que dar á cada cual lo suyo

Lo que justicia llaman? ¡La inocencia

Proteger, espantar á los delitos,

Como la ley declara, como expresa

La razon? Por su medio en armonía

Vive la sociedad, la fe se alienta,

Propágase el comercio, todo el mundo

Es ¡qué placer! una familia extensa;

Todos los hombres ¡qué placer! hermanos,

Y su espaciosa habitacion la tierra.

Yo te pregunto, señor Juez, ahora,

Y te ruego me digas en conciencia,

Aquí para los dos, ¡hallaste nunca

Otra cosa mejor, más halagüeña,

Más útil, conveniente, necesaria,

Más natural?—Me place que convengas.—

Pues ¡por qué la justicia, tan amable,

Tan necesaria siendo, tan risueña

Y tan apetecible, sus ministros,

Al tiempo que proceden á ejercerla,

De sañudo león, ó como dicen,

Se cubren con la máscara de suegra?

¡Por qué en su auxilio y en su nombre llaman

Al que de cultivarla se desdella,

Y la befó denostador?— Los mismos

Esos son los que la afrentan;

Que se dicen justicia y son injustos;

Que debiendo ser presos, encarcelan;

Que su oficio mecánico dejaron,

A la culpable ociosidad se entregan,

Y al pillaje se dan. ¡En cuál notaste

Decoro, educacion, honor, sincera

Compasion?—Los habrá; mas tan contados,

Que á negativa cantidad se acercan.—

Tambien las armas del insigne foro

Un tiempo manejé, y en la palestra

Honrado fui con vitores y vivas....—

¡Que calle? bien.—La casa que me alberga,

Y lo que en torno ves, me pertenece

Por legítimo título de herencia.—

¡Quién es el atrevido que demanda

Plantó de propiedad ó pertenencia?....

Si ninguno, ¡á qué alude la pregunta?

¡Es delincuente? ¡Conducirla presa

Quieres? ¡Oh recto juez!—¡Hola! ¡de embargo

El auto vas á dar sin que preceda

Delito?—¡Por las costas del proceso

Será el proceso que formar intentas!

Si resulto inocente, ¡quién entonces

Me volverá, decid, lo que se llevan

Procurador, escribas y letrados,

Aves de corvas uñas, que la presa

(1) Supónese que Sincero habla con un juez: por lo que dice se viene en conocimiento de lo que aquél hablaría si existiese. Las rayas indican las partes del diálogo.

De muy lejos famélicas atibaban
Y cáenes de reposo? ¡Qué más fiata
Para ochar su desatinado vientre
Y la bolsa embutir con la moneda
Que adquirió mi sudor y mi trabajo
Y mis hijos reclaman!—¡El que pierda?
Pues páguelo despues el que perdiera.—
Entiendo; su trabajo, y las dietas....
Quien mandó trabajar, ése las pague.—
¡No me incumbe y es mio?—Calla, lengua.—
¡En mi casa abrigar un delincuente!
Calumnia.—¡Muy verdad? ¡Legal blasfemia!
¡Sabes acaso quien oculto? ¡Bebes
Si oído fué, si recayó sentencia
De competente juez?—Si nada, nada,
¡Por qué llamarla criminal? Debieras
La opinion respetar del ciudadano,
En tanto que la ley no le condena.—
¡Con que, á la cárcel? ¡Arrancarle fiero!
Su libertad! ¡Cargarle de cadenas!
No es eso, no, seguridad; castigo
Íntimas, y tal vez á la inocencia.
¡Qué más, qué más con un convicto reo
Podrás hacer?—No basta, no; sospechas
No son delito; donde no hay delito
Castigo no se da por consecuencia.—
Yo no me opongo, la verdad se opona.—
¡Que lo dicen los códigos? Espera.

(Vase, y vuelve con códigos legales de á folio, sacudiéndoles el polvo. Entre tanto el juez se pasea.)

Si bien, oh Juez, colérico te agitas
Con la tenaz oposicion que encuentras,
No creo que termine la venganza
Lo que el derecho y la razon empieza.
Si sucediere así, sabe que jueces
Hay para el juez que su camino pierda.
Contra verdad ¿qué réplica? en tu mano
Los códigos están que nos gobiernan;
Cuando las leyes soberanas hablan,
Con sumision el subdito enmudezca.—
¡Interpretarlas tú! ¡tú! ¡pues ignoras
Que sólo quien las dió las interpreta?—
¡Te atreves á negarlo todavía?
Escucha: supongamos que así sea;
Veremos cómo sales. Abro el libro:
Esta ley que á mis ojos se presenta,
No es fácil de entender; aunque no creo
Que fuerza ni vigor de ley obtenga
Lo que con nombre tal guardar se manda.—
Si no es lo que manda, lo que veda,
¿Qué tengo de observar? ¿Cómo es posible
Que, ciego estando, los objetos vea?
Y aunque mi vista zahori se nombre,
Sin luz.....—¡Ya, ya por esto se interpretan!
¿Y quiénes?—¡Los casuísticos!—Y ¿cuáles
Merecen tan honrosa preeminencia?
¡Los que en sandez estúpida reboan,
Más pagados de sí que un tiempo Aténas
Lo fuera con Solon, y con Licurgo
La paciente Laconia? ¡Los que inciensan
Con sus elogios el voluble pueblo,
Y en gárrula farándula campean?
¡Los que con ella al infeliz embáucan,
Y con su ruina lamentable medran?—
Y si aquellos que el público renombre
Distingue de la zábula caterva,
Encontrados están en opiniones
Sobre la gentilina inteligencia
De una ley, ¿á cuál, di, nos atendremos?—
¡Lo que mejor nuestra razon aprecia?
Otra opinion: ¡y si otro la repugna,
Imaginando ser mejor la opuesta?
Acabóse la ley en este caso.
En su lugar las opiniones entran,
Arbitrarias de suyo, variables....
¡En dónde, entónces, la segura regla
Tendremos? Que sin este requisito
Las leyes nada son: sin él, eterna
La estrepitosa contencion sería,
Y todos camináramos á ciegas.
Vengamos al propósito indicado

De aquellos que su espíritu comentan,
De aquellos que, tenidos en valía,
En opinion y autoridad descuellan,
El saber á los suyos repartiendo,
Como Febo la luz á sus estrellas.
Cuando el sentido de las leyes fijan
Y resuelven no más por sus ideas;
Cuando le adopta el leguleyo incanto
De sus pobres clientes en defensa,
Y á su tenor el magistrado falla,
Condenando, absolviendo.... ¿quién condena?
¿Quién absuelve? ¿La ley? Ni meditada,
Ni vista fué por la farsa de secta.—
Ese, el comentador, tú lo dijiste;
Ese á legislador ó juez se eleva;
A ley su decision, tal vez contraria
A lo que el texto literal enseña;
Ese la grave majestad usurpa,
Y vosotros correis á su bandera.
De aquí el perpétuo cavar, enredos,
Fraudes y sancadillas leguleyas.
Las causas ya no son lo que al principio;
El punto capital dormido queda;
Absórbesse el proceso un incidente
Que con astucia péfida atraviesan.
El abrumante cúmulo socorre
De fórmulas; en fórmulas tropiezan
Los rivales; en fórmulas se aplanan;
En intrincadas fórmulas se enredan.
Si en laberinto igual Teseo entrase,
No le sacáras, Ariadna bella.
Escribe, escribe, escribe el abogado,
Charla sin modo, su pulmon esfuereza;
El sitial removido se estremece,
El aire viene y va, que manotea;
Retumban los salones espaciosos,
Y el foro con estrépito resuena.
La enormidad se tasa del proceso,
Y los derechos su cerviz enhiestan (1).
Sobre vencido y vencedor al punto,
Cayendo en escudron, la chusma cierra.
Por todas partes los embiste, y abre
En su bolsillo despiadada brecha;
Salta, se dan á discrecion.... saqueo;
Cástralos, y castrados los desuella.
Y al ver que en un instante se quedaron
De su largo afanar sin la cosecha,
Y de sus hijos el amado enjambre
Cubriese de nudes y de miseria;
De sí mismos, del pleito, jueces, leyes,
Curia, curiales, defensor, reniegan.—
Si ambigua, al que la dió compete sólo
Aclararla. Supon que tus ideas
La tenebrosa confusion envuelve;
¿A quién se pedirá que desenvuelva
De tus palabras el sentido?—Cierito,
A tí no más.—Si al procomun adversa,
Abolirla y al fuego; si concisa,
Extiéndala; cercénela, si extensa;
Y si en choque fatal está con otras,
Haga que todas entre sí convengan;
Que todas estrechándose, hermanadas,
Mutuamente se animen y protejan.—
Con encendidas lágrimas escucho
Tu sabio razonar; ¡mala vergüenza,
Dices bien, que tan bárbara ignorancia,
En asunto que á todos interesa,
Domine al español entendimiento!
Aquí, por lo comun, como una bestia
Se nace y muere; lo que llaman vulgo,
Envuelto en idiotas, ni ve ni piensa.
Si vas uno por uno preguntando
Qué es sociedad, y qué lugar en ella
Ocupa, sus derechos y deberes,
Lo que hacer, evitar la ley ordena....
Hasta los nombres causarán espanto;
Empero las ridículas leyendas
De vestiglos y mágicos portentos,
Espectros terroríficos, horrendas

(1) Variante:

Y los derechos hácese mil pellas.

Visiones, milagrosas vaciedades,
Superstición, ágiles y consejas,
Que en el cándido albor de su mañana,
Con ávidos anhelos aprenderían,
Con el mismo calor, el mismo asombro
Cien veces lo dirán; con la sorpresa
Que su infantil espíritu agitará,
Sin discrepar un ápice siquiera,
Cien veces volverán á decorarlo.
Tal es ¡oh juez! la educación primera;
¿Qué será de esperar en adelante?
Que se arraigue el error y las tinieblas,
Grosero error, estupidez.... aciago
Origen ¡ay! de las desgracias nuestras. —
Sí, también á los padres y á tí culpa,
Por más que el gesto furibundo tuerzas. —
Repito que observar es imposible
La ley de que jamás tuvimos ciencia. —
¿Cómo puede obligar lo que se ignora? —
¿En qué parte residen las escuelas,
En donde, con solícito cuidado,
Sus derechos los jóvenes aprendan? —
No por otra razón en la milicia,
Al infeliz soldado que procesan,
Como por punto primordial preguntan,
Antes que cargos á formar procedan:
«¿Te fué, dime, leída la ordenanza?
¿Sabes tu obligación? ¿Sabes las penas
Que sin excusa al infractor imponen?....»
¡Oh! ¡qué disposición tan justa y cuerda,
Que á todas clases comprender debía!
Los delitos entonces no se vieran
Que la ignorancia da. ¿Por cuál desgracia
Estos de aquéllos sin razón discrepan? —
A cada paso inúmeros encuentro
Con canas blanqueada la cabeza,
Y con arrugas el semblante arado,
Sin que ¡oh dolor! el silabario sepan. —
¿Fácil? Tanto peor si no lo saben. —
¿Y cómo digerir tan indigesta
Mole de leyes, retener....? ¿Qué digo
De retener y digerir? Leerlas
Tan solamente.... ni lograrlo pueden
Los que el gran arte de embrollar profesan,
Y en los embrollos su pitanza libran,
Honores, además, y conveniencias. —
Desde el instante mismo que los hombres
De su letargo vergonzoso vuelvan,
Abogacía, abur; abur, letrados. —
Jamás oí tan frívola respuesta. —
Si con derecho, por ser juez, te juzgas
Para insultar impune, ¿cómo yerras! — (1);
A tí te digo que la ley quebrantas,
Cuando porñas, necio, que la observas.
Atenido á su espíritu, persigues
Al vil insultador, y el anatema
De la justicia con desnuda espada,
Sin admitir apelación, le asestas.
Y tú, que en nombre suyo la ministras,
¿Por qué no te fulminas la sentencia
Que, en igual caso, á los domas aplicas?
¡Insultarme tú á mí!.... ¡Tal insolencia
En un juez! ¡Ah! por vida de Sincero,
Que de ninguno toleró la mengua....
Si tienes más que preguntar, prosigue;
Clara y sencilla tu pregunta sea:
Ni tortuosa, ni capciosa admito,
Ni admito las espléndidas ofertas,
Ni la velada seducción, que alevos
A perder al incauto se enderezan
Con nombre de piedad y de justicia.
Tal idioma con razón desecha
La augusta majestad de nuestras leyes. —
Verdad es que oculto aquí se encierra
Uno que vino mi favor buscando.
Mi compasión al verle se despliega,
Ofrezco mi casa generoso,
Y mi cariño su temor aleja;

(1) Variante:

Si porque eres un juez, autorizado
Te creas para insultar, ¡oh, cómo yerras!

II. PS.-XVIII.

Implora protección, con mano amiga (2)
Mi protección le doy. — Fuera vileza
Entregarle; jamás: de mi palabra
Fiado, se calmó. ¿Tú mismo hicieras
Lo que de mí pretendes? No lo creo,
Si sentimiento de honrades conservas,
Y si de un semejante las desgracias
Ese tu hidalgo corazón penetran. —
Yo no le entrego: fué retado; admite,
Porque su honor y la opinión le empeñan;
Porque las leyes su vigor perdieron. —
Y sin educación, ¿de qué aprovechan
Las leyes? Estas por aquella viven. —
¿Al revés? Me parece que no aciertas
Cuando así fallas. — Con valor constante
Los males sufriré que sobrevengan. —
¿Amenazarme tú? Las amenazas,
¿Con qué aprobada facultad emplicas?
¿Qué ley lo manda? Muéstrala; ninguna.
Muy al contrario, con rigor lo vedan. —
¿Como particular? ¿A qué viniste?
¿Quién te otorgara, para entrar, licencia?
¿Y quién la libertad de amenazarme
En mi casa? Sincero te respeta
Mientras ¡oh juez! el ministerio augusto
De hacer justicia según ley ejerzas;
Como particular no te conozco. —
¿El escribano? Cuando gustes, venga. *(Se despide.)*
¿Qué desabrido juez, y qué desgracia
Que la espléndida toga se oscurezca
Con el tétrico humor del que la viste!
Verdad es que no todos se asemejan.

ÓPERAS.

I.

UN CASAMIENTO.

ÓPERA EN UN ACTO.

PERSONAS.

MATILDE.	TRIFON.
PAULINA.	GUZMAN.

ESCENA PRIMERA.

La escena se figura en la casa-palacio de Matilde.

MATILDE.

(Se pasa en silencio, esperando á su mayordomo, y dice al verle, pero sin presentarse en el teatro:)

MATILDE.

Entrad, no se detenga
El mayordomo mio.
Orden: así que venga
Guzman, se cuidará de que no salga.
Y si, para burlar á mi albedrío,
A la amenaza ó súplica acudiere,
Ni amenaza ni súplica le valga.
La fuerza con la fuerza,
Si necesario fuere,
Repélate; yo quiero
Que nadie, nadie mi decreto tuerza.
¿Estais? también os mando
Que en día tan feliz y placentero
El inúmero bando
De todos mis sirvientes,
Doncellas, dependientes,
De gala se atavien.
Con majestad pomposa;

(2) Variante:

Y le consuelo en su fortuna avieso,
Alejo su temor; con mano amiga

Adórnese el palacio,
Porque hoy, así lo anunciareis, se esposa
El sin igual Trifon con mi Paulina,
Y así mi voluntad lo determina.

(Como que se va el mayordomo.)

Veremos cuál el Noble de estos días
Con su triunfante acero
Resiste altivo las empresas mías. (Canta.)

A tus lides,
A tus glorias y victorias,
Mis ardidés
Y mi esfuerzo fatal rendirán;
Tus enojos
Y tu espada no domada
Los despojos
De mis plantas en breve serán.
De Paulina
Bien que implores los amores,
Triste ruina
Ella y ellos por mí sentirán.

ESCENA II.

MATILDE, TRIFON.

MATILDE.

Las órdenes se dieron;
Y ese Noble del día
Verá la diferencia
Que va de su ascendencia
A la progenie mía.

Los que sus padres son, los míos fueron.
(Cómo voy á gozar regocijada
De su insolente vanidad ajada!
¡Atreverse el insano
De la hija del Duque de Corinto
A pretender la mano!
El pensarlo no más de horror me llena
Y mi grandiosa celsitud ofende,
Ofende mi adorable jerarquía....
Pague el procaz la merecida pena
Que le prepara la venganza mía.

TRIFON.

Y la mía también á par enciende
Su temerario arrojo.
Si por el dios guerrero
Fué tu espada mortífera impelida,
Destrozada y vencida
Por mi valiente acero
Será; será despojo
Y trofeo á tus plantas de tu enojo,
Y la víctima humilde.
Si Marte es la deidad en quien confía,
Mayor es mi deidad, la gran Matilde.

MATILDE.

Ya conozco, Trifon, que por tus venas
Hierve la sangre mía.

TRIFON.

Del que se llama de Paulina primo,
Duque, columna y esplendor de Atenas.

MATILDE.

Por eso mi cariño te destina
Para ser el esposo de Paulina.

TRIFON.

Dechado de belleza, por quien gimo
Hasta lograr su mano.

MATILDE.

Dentro ya de brevísimos momentos
Tendrás, por mí lo juro,
Su dulce posesión y señorío;
Y gozoso verás, verás seguro,
El suspirado fin de tus tormentos.

TRIFON.

¡Ah! si Guzman ufano
Su tierno corazón no cautivara!

MATILDE.

¡Y qué! ¡Mi poderío
Tan poco vale! ¡Qué! ¡Tan presto olvidas

Lo que soy! Si te ampara
Matilde, ¡por qué, tímido, recelas!
¡Qué más, qué más anhelas!
Expónmelo, declara....

TRIFON.

No más.

MATILDE.

Pues yo te mando,
Si deseas gozar de mis favores,
Que tus desconfianzas y temores,
Que sin rason anidas,
Y mi orgullo ultrajando
Y mi poder están, Trifon, despidas.

TRIFON.

Perdóname: de tí por un instante
Olvídame; ¡oh dolor! de pena muero,
En mi Paulina y en su amor pensando.

MATILDE.

Pues Matilde es primero,
Primero que tu amor y que tu amante.
Por esta vez tan desleal ofensa
Munífica perdono.
Ahora sólo en tu fortuna piensa,
Ahora en complacer agradecido
A mi terrible encono.
Si ese loco atrevido
Que, con necia altives, el claro lustre
Ofuscar intentó de mi grandesa,
A mis pies humillado
No demanda perdon....

TRIFON.

A mi cuidado,
A mi pujanza tan glorioso empeño
Resérvaselo por tí; por tí lo juro,
Que me das de Paulina ser el dueño,
Y á todos me prefieres.

MATILDE.

Probarás mi rigor si no lo hicieres.

TRIFON. (Canta.)

El ardor de aquesta espada,
Por mi brazo manejada,
Hará que humilde

A Matilde

Guzman doble la cerviz.
La grandesa de la tierra,
Dirá, toda en vos se encierra;
Y dirá humilde:

Sin Matilde

Nadie puede ser feliz.

Nadie feliz

Sin Matilde,

Dirá humilde,

Cuando, cuando por mi espada

Doble, doble la cerviz.

MATILDE.

Mas Paulina allí viene.
Parte, vuelve despues. Hablarla á solas
Por mi decoro, por tu bien conviene.

ESCENA III.

MATILDE, PAULINA.

MATILDE.

Este plausible día,
Por mí tan deseado,
Mudanza de costumbres y deseos
Requiere. ¡Fuera ya los devaneos!

PAULINA.

¿Cuáles son, madre mía?

MATILDE.

Con ese nuevo estado
Que á tomar vas ahora,
Felizmente de hija á madre pasas,
De súbdita á señora.
Hija fui, como tú; las distracciones
Mi juvenil espritu movieran,
Y prender corazones,

Esquivarlos despues, mis glorias eran.
Mas luégo que Himeneo
A su coyunda mi cerviz atára,
Otro fué de mis horas el empleo,
Otra tambien mi vida.
De pródiga en avara
Mudéme, de vivaz en ocontentida.
Y qué, cuando á mis súplicas ardientes
El cielo apiádado,
Me concediera un hijo?
¡Ay! este regocijo,
¡Cuán súbito cambiado
Le noté por afanes diferentes!
El inquieto temor de malograrle,
El ánsia de educarle,
Hacer que ni en costumbres ni carrera,
Modales ni doctrina,
De sus progenitores desdijera.....
Si tú supieras, si supieras cuánto
Me cuestas, ¡oh Paulina!
Tú duermes descuidada,
De juego en juego vuela
Tu fantasía sin cesar: en tanto
Tu madre, acongojada,
Por tu ventura sin reposo vela.
Lo mismo vas á ser; desde este dia
No vives para tí; para tu esposo,
Para tus hijos ¡oh Paulina! vives.
Ya es fuerza que abandones
Tus locos galanteos
Y á los amantes con rigor esquivés.

PAULINA.

¡Cuáles son, por tu vida, mis pasiones
Y aquellos devancos
Que con faz enojosa
Á reprobár, ¡oh madre! comenzaste?

MATILDE.

Ese Guzman, Guzman, á quien tu pecho,
En demasía dócil, entregaste.....
¡Inexperta!

PAULINA.

Me quiere por esposa
Y vive en mi palabra satisfecho.

MATILDE.

¡Palabra!

PAULINA.

Sí.

MATILDE.

¡Qué has hecho?
Un rayo me confunda.....
¡Oh madre desgraciada sin segunda!
¡De tus progenitores
Así degeneraste!
¡Así con pensamientos tan villanos
Los claros resplandores
De la casa mayor amancillaste!
¡Para esto fué vivir? ¡oh soberanos
Cielos! ¡para esto mi afanar contino?
¡Para ver mi desdoro?
¡Así, críel, así me recompensas
Cuidados tan acerbos, tan inmensas
Fatigas y el amor con que te adoré?
¡Mezclar la sangre mia
Con la de un militar no más que honrado,
A quien siguió la próspera fortuna
En la marcial porfía?

PAULINA.

Y ¿quién fué el primer rey? Otro soldado,
Y soldado el primero que tu casa
Ennoblecíó.

MATILDE.

¡Mi cuna
Podrá nunca poner en competencia?

PAULINA.

En la cuna? En las inclitas acciones
Y en la virtud está la diferencia.

MATILDE.

¡Oh Guzman! Ya conozco tu doctrina.
Si con un *Noble nuevo*
Mi estirpe se entrelaza, ¿qué te debo,
Oh bárbaro destino?

PAULINA.

De otro igual, madre mia,
Nuestro linaje y esplendor provino.

MATILDE.

¡Oh Guzman! ¡Oh Guzman! Ya lo temía!
¡Y sin el maternal consentimiento!

PAULINA.

¡Aun no es llegado el dia.

MATILDE.

¡Sin elegirle yo!

PAULINA.

¡Vos! Á mí toca.

MATILDE.

Soy tu madre, tu madre soberana.

PAULINA.

Mi madre, no tirana.

¡Y si yo no consiento?

MATILDE.

Te obligaré.

PAULINA.

No puedes; que no es tuyo
Mi corazón, ni tuyo mi albedrío.
Tuyo el consejo; lo demas es mio.

MATILDE.

¡Oh Guzman! Tú me abatea.

PAULINA.

¿Qué dices?

MATILDE.

Que jamas, jamas le trates,
Le veas, ni repugnes obstinada
Mi suma voluntad y mis furoros.
A Trifon, olvidada
De Guzman, los amores,
A tu esposo Trifon de hoy más aplica.....

PAULINA.

Mi madre á su furor me sacrifica....
Héme tu vil desecho.

MATILDE.

Tu mano..... es..... de Trifon.

PAULINA.

Mas no mi pecho,

MATILDE.

Empleza con su amor á complacerte.

PAULINA.

Antes elijo que su amor, la muerte.

MATILDE.

En las hermosas alas
De la pasión se acerca: su deseo
Ya viene á coronar el Himeneo.
¡Si tu padre viviera!

PAULINA.

Paulina entónces infeliz no fuera.

MATILDE.

Corre, dispon las galas,
Y déte el cielo venturoso fruto.

PAULINA.

Esas galas serán mi eterno luto. (*Canta.*)
Horror y luto eterno
Serán las negras galas
En quienes me señalas
Mi vil esclavitud.
Tu voz el hondo Averno
Por mi mansion indica,
Trifon, Trifon fabrica
Mi fúnebre ataud.

(A duo.)

MATILDE.

Tu madre
Sólo en tu bien entiende;
Tu madre, que pretende
Tu dicha con afán,
Pues busco tu alegría,
Tu gloria, tu reposo,
No dudo que tu esposo
Será Trifon.

PAULINA.

La que es mía,
Sólo á mi bien atiende;
Mi madre no me vende
A quienes humo dan.
Si busca mi alegría,
Mi gloria, mi reposo,
No dudo que mi esposo
Será Guzman.

MATILDE.

Mira, Trifon, la esposa, (*Viendo á Trifon.*)
La que tu amante corazón cautiva.

TRIFON.

¡Oh mi Paulina hermosa! (*Acercándose.*)

MATILDE.

Y mucho más esquivas. (*Vase.*)

ESCENA IV.

TRIFON, PAULINA.

TRIFON.

¡Con qué impaciencia espero
De nuestra union el suspirado instante!
Más gloria yo no quiero,
No quiero más ventura
Que sin fin en tu cándida hermosura
Ardiendo estar, correspondido amante;
Por tu vivir el mío
Pródigo dar; y cuando
A su imperio espantoso
Impélame sañuda Libitina,
En el seno amoroso,
En el seno morir de mi Paulina.
Respóndeme, deidad de mi albedrío.

PAULINA.

Extraño que tu suerte
Con lengua tan suave ponderando,
Mezcles, Trifon, las fúnebres ideas,
Que al más valiente espíritu contristan.

TRIFON.

Sí, contigo la muerte
Tan grata me será cuando tus gracias
Solicitas me asistan,
Cuando añudada con mis brazos seas.

PAULINA.

Jamas oí tan lúbricas ideas,
Que afligen la virtud estremecida.
Canda tu labio, canda,
Si probar de mi cólera no quieres
La pena merecida.
Allá, Trifon, las manda
Donde la infiel Citóres,
Donde la corrupcion su imperio agranda,
Y al más perdido abona.
Aquí la honestidad, aquí domina
La virtud y recato,
Compañeros y amigos de Paulina.

TRIFON.

Generosa perdona
Mi necio desacato,
Duquesa gloriosísima de Aténas.

PAULINA.

¡Tienes más que decir?

TRIFON.

Oye indulgente,
¡Oh tú, que sola de placer le llenas!
Lo que tu esposo fortunado siente. (*Canta.*)
Con tan bello enlace,
En hijos fecundo,
La casa renace
Más grande del mundo.
Así mis mayores,
Que en ellos reviven,
Y en tus resplandores

Más brillo reciben,
¡Feliz! ¡Peregrina
Mujer! clamarán;
Mi esposa Paulina,
Mis labios dirán.
La que vuestros hechos
Ilustra y extiende,
Cautiva los pechos,
Los héroes enciende.
¡Con qué regocijos,
Con cuánto placer
Veréis vuestros hijos
De vos descender!
¡Y á vos semejantes,
A sus descendientes,
En guerra triunfantes,
En paz prepotentes!
Tan alto destino
Tú sola, tú llenas,
Encanto divino,
Duquesa de Aténas.

ESCENA V.

LOS DOS y GUZMAN.

TRIFON.

De parte de Matilde os aguardaba.

GUZMAN.

Sus órdenes cumpliste.

TRIFON.

Jamas las contravengo.

GUZMAN.

¡Y bien?

TRIFON.

Que hablaros tengo.

GUZMAN.

Habla.

TRIFON.

Más es preciso,
Por complacer, Guzman, á su grandeza,
Solo con solo razonar.

(*Vase Paulina.*)

GUZMAN.

Empieza.

ESCENA VI.

GUZMAN, TRIFON.

TRIFON.

¡Sabes quién soy, Guzman?

GUZMAN.

Si no me engaña

Esa voz y semblante,
Diría que eres hombre
A los demas en todo semejante.
¡Pregunta bien extraña!

TRIFON.

Por tal no la tuviera
Si el oculto sentido comprendieras.
¡Acaso ignoras que Trifon descende....

GUZMAN.

De un hombre, como yo.

TRIFON.

¡Qué diferencia

Entre los dos!

GUZMAN.

No más que aquesta advierto:

Tú ignoble, yo con nombre.
Para la patria mía
Yo vivo; mas tú muerto.
Defiéndela mi brazo valeroso
Contra la hostil porfía,
La sangre prodigando,
Y en campo descubierto,
Pecho con pecho, faz con faz pugnando.

Trifon no la defiende,
Entregado al estúpido reposo,
Y diría mejor: Trifon la vende.
Estando yo delante del contrario,
Temblar te ví; te ví con piés veloces
Abandonar del estruendoso Marte
Los impetus atroces,
Y entre débiles hembras ocultarte.
Allí fuera, Trifon, tu santuario.
Allí, Trifon, tu asilo.
Mientras en turbacion ardió la tierra,
Allí ledo viviste, allí tranquilo,
Bravo en la paz, pacífico en la guerra,
Tu lengua conquistando,
Tu espada el suelo sin honor surcando;
Y pides que la patria te corone,
Pides que, liberal, te galardone,
Al heroico valor haciendo agravio?

TRIFON.

A tanta demasia
Satisfaccion pidiera,
Si la envidia no hablase por tu labio,
Y mi elevada condicion pudiera
Medir el limpio acero
Con noble desigual.

GUZMAN.

¡Oh cobardía,

Cómo te encubres!

TRIFON.

La demanda mía,

Puesto que mi fulgor no lo consiente,
Tomará mi escudero.

GUZMAN.

Aplando tu cordura;
Porque esa noble espada
Que sólo llevas por blason pendiente,
Trifon, de la cintura,
Nunca los rayos de la luz febea
Con sus reflejos aumentó. Tampoco
En la aspereza y rigidez se emplea
Tu mano delicada;
Y ese esforzado aliento
En las guerras de amor y de Cíteres
Se ostenta con impávido ardimiento.
No me preguntes ya quién soy, quién eres.

TRIFON.

Pero mi nacimiento.....

GUZMAN.

¡Tuviste parte en él? ¡De otra manera
Que yo, que todos los demas, naciste?....

TRIFON.

Las acciones espléndidas, gloriosas,
De mis antepasados.....

GUZMAN.

Suyas, Trifon; que tú no las hiciste.
Los nobles ellos y los grandes fueron,
No tú. Muéstrame, muestra
Los hechos inmortales, encumbrados,
De tus virtudes, tu saber, tu diestra,
Que á la querida patria engrandecieron,
Y atónito diré: ¡Loor y gloria
Al excelso Trifon!

TRIFON.

¡Y las acciones

De los tuyos?

GUZMAN.

Aquí la ejecutoria, (*Saca la espada.*)
Mis padres aquí están y mis blasones.

TRIFON.

¡Segun eso, Guzman, de la nobleza
Con que tu estirpe á levantarse empieza,
Tú fuiste el fundador?

GUZMAN.

¡Qué más ventura?

TRIFON.

Cinco siglos y diez generaciones
Más y más la añanzan.

GUZMAN.

La antigüedad oscura
Al mérito y virtud ni da ni quita.

TRIFON.

Le da veneracion, le da hermosura.
Los que felicidad tan rara alcanzan
De la gloria tocaron á la cumbre.

GUZMAN.

¡Y aquel que por sus hechos amenguados
Deshójala y marchita,
Y extingue la belleza de su lumbre?
¡Cuál es el noble? ¡aquel que la nobleza
Fundó por sus acciones y doctrina,
O quien, cobarde y criminal, la arruina?
¡Quien la acaba, Trifon, ó quien la empieza?

TRIFON.

Quien la hereda; nosotros, que contamos
Tan larga sucesion, por ley constante
El contacto, prudentes, evitamos
Con los que son de nacimiento humilde:
Esto te dice por mi voz Matilde.
Y así, Guzman, no tanto se levanto
Tu mente codiciosa;
Hacia otra esfera tu valor inclina,
Porque la gran Paulina
Ser puede sólo de Trifon esposa.

GUZMAN.

¡Eso te dijo?

TRIFON.

Y eso te aconseja,
Tu perdicion amenazando, airada.
Deja la seduccion, de hablarla deja,
Y entre la gente popular honrada
Una belleza conveniente busca;
Porque Paulina con su luz te ofusca.

(Á duo.)

TRIFON.

GUZMAN.

Si Faeton al firmamento
Te remonta deslumbrado,
Llegarás precipitado
En el piélago á caer.
Tu orgulloso pensamiento
¡Oh Guzman, Guzman! mo-
[dera,
O no pases de la esfera
Que pluguiera á tu nacer.

En el mérito y talento
Fuertemente asegurado,
No vendré precipitado
En el piélago á caer.
Mi atrevido pensamiento
¡Oh Trifon, Trifon! modera
La virtud, que su alta esfera
Me quisiera conceder.

TRIFON.

A Trifon glorioso ampara
El fulgor de sus blasones.

GUZMAN.

A Guzman las sus acciones,
Que brillando están por sí.

LOS DOS.

Si no cedes, fiel compara
Con la mia tu nobleza.

TRIFON.

Esa tuya por tí empieza.

GUZMAN.

Esa tuya acaba en tí.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, MATILDE, con un niño; PAULINA,
CBIADOS ARMADOS.

MATILDE.

Escuchad. El instante
De aquietar mi deseo
Llegó por fin. El plácido himeneo
De mi Paulina con Trifon ilustre,
En nobleza á ninguno semejante,
Y ella en beldad de nadie aventajada,
Publico alborozada,
Desde tan fausto día,
Que con luces serenas
Y lleno de alegría

En su carroza celestial desciende,
Gran duquesa de Atenas,
Inferior á ninguna,
De mil y mil vasallos acatada.....
Tan excelsa fortuna,
Que el humano saber no bien comprende,
Grandiosa, igual á tolerar aprende.
Si mucho, empero, tan feliz enlace
Al mi materno corazon agrada,
Mucho más ¡oh Guzman! le satisface
Ver á mis pies tu vanidad hollada.
¡Y presumiste, altivo,
Honrar tu sangre con la sangre mia,
En mi rama buscar el ornamento,
Que de la tuya se retira esquivo!
¡Y pudo, pudo tan audaz intento
Caber en tu demente fantasía!
¡Vive Matilde!..... mi nobleza clama,
Para antiguo blason, antigua rama.
De mi resolucion testigo ahora
Vas á ser, ¡oh Guzman!

GUZMAN.

¿De qué, señora?

MATILDE.

De que á Trifon su mano
Entrega mi Paulina,
Dando fe con tu firma el escribano.

GUZMAN.

¿Y lo decreta?

MATILDE.

Yo, yo lo decreto.

GUZMAN.

¿Para ajar mi decoro?

MATILDE.

Si.

GUZMAN.

¡Pérdicion, ruína,
Estrago al causador de mi desdoro!

MATILDE.

El resistir es vano.

GUZMAN.

Te perderé el respeto
Si contra el mio tu poder se obstina.
¡Infelice Paulina!
¡Madre infeliz!

TRIFON.

Tan lúgubres ideas,
Que en tu furor compones,
Pláceme oír.

GUZMAN.

Responde..... ¿Quién ha visto
De tímidos corderos
Engendrarse bravísimos leones?

TRIFON.

¿Con que, yo.....

MATILDE.

Basta ya; de grado ó fuerza

Harálo así.

GUZMAN.

Ninguno
Hará en el mundo que Guzman se tuerza.

MATILDE.

¡Hola! Cercadle todos.

(*Lo cercan armados.*)

GUZMAN.

Ruín canalla,
Si no temiera mancillar mi acero...

(*En acto de acometer.*)

MATILDE.

Empléale, Guzman, en la batalla;
Esto mando, esto quiero,
Esto ha de ser.

GUZMAN.

¡Oh rabia!

MATILDE.

En el instante;

Y témplese á mi faz tu saña fiera.
¿Quién valerte podrá?

GUZMAN.

¿Quién? Este infante

Me basta.

MATILDE.

¿Cómo pues?

GUZMAN.

De esta manera.

(*Le arrebató y amenaza con la espada.*)

(*Canta.*) Infantito, que la ofensa
De tu injusta madre miras;
Que mi fuego, que mis iras
Halagando, tierno, estás;
Tú mi escudo, mi defensa,
Tú decides de mi suerte;
Con la vida, con la muerte
A tu madre volverás. (*Empieza á salir.*)

MATILDE.

¿Qué os deteneis? Corred, volad, libradle,
Y el corazon del pérfido traedme.

GUZMAN. (*Canta.*)

Con la vida, con la muerte,
A tu madre volverás.

MATILDE.

No, no; volved, dejadle.

(*Se retiran, y vase Guzman á un extremo con el niño.*)

ESCENA VIII.

TODOs ménos GUZMAN.

MATILDE.

¡Oh furor! ¡Yo vencida
Desistir! ¡Yo mi orgullo ver postrado
Por un noble comun!..... ¿No soy Matilde?
¿No soy yo la duquesa de Corinto?
¡Hijo del alma!

PAULINA.

Suplicar rendida

Por hijo tan amado
Convience.

MATILDE.

¡Cómo! ¡Yo sus pies humilde
Humedecer! ¡Pedir! Esto faltaba,
Esto no más quisiera.....
No, no.....

PAULINA.

¿Y es justo que tu furia brava
Cause la muerte?

MATILDE.

Muera

Primero que desista del intento.

PAULINA.

¡Oh parricida acento!

¿Ni te mueve mi llanto?

MATILDE.

No.

PAULINA.

Pues toma,

(*Quita la espada á Trifon y la presenta á su madre.*)

Y de un golpe con él conmigo acaba;
Que más quiero morir que ser esclava.

MATILDE.

Vosotros, ¡oh cobarde
Chusma! ¿por qué al momento.....

(*Empiezan á andar.*)

El hijo libertad; volved, es tarde.

(*Vuelven á su sitio.*)

No sé qué hacer.

PAULINA.

Yo sí; con tu permiso.

MATILDE.

Manda,

PAULINA.

Trifon, al inocente hermano
Rescatar es preciso.
Con esta condición te doy la mano.
(*Le da la espada.*)

MATILDE.

Si, sí, ¿qué tardas? Vuela.
¡Ay! A su madre y á tu amor consuella.
Nosotras lo veamos,
Nosotras de laurel tu sien ciflamos;
Esto te colmará de eterna gloria.

TRIFON.

Pues lo mandas, amor, al desafío
Provócale contento;
Y mía es la victoria,
Porque para vencer me das tu aliento.

ESCENA IX.

DICHOS y GUZMAN.

GUZMAN.

Admito el desafío.
Hace tiempo, Trifon, que deseaba
Medir tu bravo acero con el mío.

TRIFON.

El mismo ardor mi espíritu agitaba.
(*Se acercan uno á otro.*)

GUZMAN.

Venciéndome conquistas una mano;
Pero sabe que á bien tan soberano
Con mi valor aspiro.
¡Paulina te da aliento venturoso?
A mí también; igual deidad la miro.

TRIFON.

Cuando quisieres.

GUZMAN.

Sin parar empieza,
Y en tu favor invoca
(*Vienen á las manos. Silencio algunos instantes.*)
La rancia antigüedad de tu nobleza.
Resbalaste.....

MATILDE.

¡Gran Dios!

PAULINA.

Es generoso;

No temas, madre mía.

GUZMAN.

Al caído jamás, jamás provoca
Mi fulminante espada.....
Levántate, animoso.
(*Le ayuda á levantar y le da la espada.*)

No receles, Matilde acongojada;
Porque no es de Guzman la felonía.
Impávido resiste..... (*A Trifon.*)
Con ímpetu acomete,
Porque Guzman con ímpetu te embiste.
(*Riñen. Silencio.*)

La mano pierdes, ¡oh Trifon! la mano.....

TRIFON.

No será.

GUZMAN.

Si este golpe no repara.....
(*Cae Trifon.*)

Ya lo veis: á Trifon Guzman somete.

TRIFON.

Vencísteme, Guzman, rendido cedo;
Y pues eres humano
Y jamás al humilde desamparas,
Demándote la vida.

GUZMAN.

La concedo, (*Le alza.*)
Aunque sé que conmigo no lo harías.
Marcha, infeliz; entre las hembras halles

Solas á tus cobardes agonías.

(*Le vuelve la espalda para irse.*)

PAULINA.

¡Huye, Guzman!

GUZMAN.

¿Qué has hecho?

(*Vuelve á él, que le acometía á traición.*)

¡Traidor Trifon! Si atravesarte el pecho, (*Le sujeta.*)
Si en tu sangre teñir mi diestra honrada
No tuviera á desprez, no vivirías.....
Eres indigno de ceñir espada.

(*Quítale la espada, la rompe, la tira.*)

Visteis ya sus acciones;

(*Trifon se incorpora.*)

Sus insignias mirad y sus escudos:
Aquestos, de su infame cobardía
Dan públicos pregonos;
Los otros..... están mudos. (*Vase.*)

ESCENA X.

TODOS menos GUZMAN.

PAULINA.

¡Indigno de mi mano!
¡Yo, yo, la hija de Matilde augusta,
Con un aleve dividir mi lecho!
De imaginario el corazón se asusta.
¡Yo las tiernas caricias, los amores
Al hombre ruin, villano,
Pudiera dispensar! ¡Qué horror! ¡Pudiera
Paulina virtuosa
De un cobarde traidor llamarse esposa!
¡Y cobardes sus hijos y traidores!
¡Oh madre! Si así fuera,
Tú, tú misma el baldon y tú el ultraje
De nuestros nobilísimos mayores,
Amenguándolos, vil, acarrearás,
Y todo tu linaje,
Contigo, con tus hijos, infamarás.
Querida madre mía;
Si afable escuchas mi clamor, empieza
A ser justa una vez: la villanía
Es en Trifon la sólida nobleza;
En Guzman la virtud y la franqueza.
Elige..... mas ya veo
Que el nombre solo de Trifon te ofende,
Y Guzman generoso,
Que en casto amor mi corazón enciende,
Será en fiel himeneo,
Conmigo venturosa, venturoso.....
Corona con un sí nuestro deseo. (*Canta.*)

En tus labios, en tus labios
El desprez ó los honores
De tus dignos sucesores,
Madre mía, madre, están;
El desprez y los agravios
En Trifon Trifon lamentan;
Su virtud, su honor aumentan
Las proezas de Guzman.

MATILDE.

Cesa ya: de mí propia avergonzada
Estoy. ¡Qué loca presunción la mía!
¡Enmudezca, Trifon! Trifon, defiende
La causa de los dos: ahora, ahora
Esfuerza tus razones.....
¡Oh Dios! la palidez desalentada
En tu semblante mora,
Y por tus venas el temblor se extiende.
Confíesate rendido,
Repárote agitado,
En el horror de tu deshonra hundido,
Y por tu bastardía devorado.
Mas Guzman con el hijo.....

PAULINA.

Con mi hermano Guzman..... ¡Qué regocijo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y GUZMAN con el niño.

GUZMAN.

Ya que, Matilde, por la fuerte diestra
De Guzman valeroso,
Vencido su rival en la palestra (*Mirándole.*)
Huyera vergonzoso,
A la palabra que empeñó faltando,
Su virtud y nobleza
Vendiendo, el lustre de su honor manchando,
Vil, traidor, alevoso,
A vuestras plantas reverente llevo,
Y el apreciable niño, (*Vuelto á Matilde.*)
Que costó tantas lágrimas, entrego
Al maternal cariño.
Si por su vida crédula temiste,
Porque frustré de tu críel encono
Las graves sinrazones,
En lo más vivo del honor heriste
Al inclito Guzman..... yo te perdono;
Y advierte que no soy de los Trifones.
¡Oh! ¡Plegue al cielo, peregrino infante,
Que la virtud tu corazon anime!
Que en la paz, en la guerra
Te muestres superior á tus mayores,
Y que la fama alentadora cante
Tus hechos triunfadores!
Contra los vicios el acero esgrime,
Del triste desvalido
La suerte infausta liberal inclina,
Las artes y las ciencias patrocina
Y el mérito sublime.
Al enemigo de la patria aterra,
A su opresor oprime,
Y que se goce en tu virtud la tierra. (*Le da el niño.*)

PAULINA.

Si la virtud tu corazon enciende,
Lo que es nobleza, de Guzman aprende.

MATILDE.

Ya, Paulina, aunque tarde,
Mi razon, entre nieblas ofuscada,
Ve la verdad de lleno,
Y con sus llamas arde,
Contra el error estúpido indignada.
Oigo su voz, acógela mi seno,
¡Oh joven sin igual! Tú confundiste
Mi loca altanería:
Tú con dulce bondad y complacencia
Mi vanidad hinchada deshiciste,
Como á la noche el resplandor del día.
¡Cuánto ¡ay! se diferencia
De tu nobleza la nobleza mía!
Yo pensé, deslumbrada,
Y éstas son las lecciones que me dieron.....
Confiésoles, Guzman, avergonzada;
Y es justo que te asombres;
Que mi excelsa nobleza
Tan sólo consistía
En mirar con desden y como nada
A los plebeyos hombres,
Que para mí nacieron
Cual gente de inferior naturaleza;
Que para mí la ley enmudecía,
Y que á otra sociedad pertenecía;
¡Qué más? Y que en la cénica morada
Noble mansion nos era preparada.
Así nos educaron,
Entre nobles y nobles distinguiendo;
Así se deslizaron,
Con los errores á la par creciendo,
Mis juveniles días;
Así vinieron mis canosos años,
Orlando la corona,
Para mí de oropeles primacías,
De vanidad, estupidez, engaños;
Para los otros..... Con bondad perdona
Mi disculpable error. Y pues tu ciencia
Y tu virtud heroica le disuelve,

Jóven feliz, á tu amistad me vuelve.

GUZMAN.

¡Oh noble con verdad!

MATILDE.

A tu indulgencia,

Si yo, Guzman, merezco.....

GUZMAN.

En serviros, señora, me engrandezco.....
Falta no más que la intencion me muestres;
Manda pues.

MATILDE.

Que á este infante tiernecito

En la nobleza verdadera adiestres,

GUZMAN.

Encargo de amistad, y tan honroso,
Aunque á mis fuerzas superior, admito.

MATILDE.

Tú sabes que en blasones (*Á Trifon.*)

Y brillo estrepitoso

Con los tuyos magníficos compito.

TRIFON.

Verdad es.

MATILDE.

Y que espléndidas acciones,

Benéficas virtudes necesito.

Cobardía, traiciones,

Ninguna educacion, crasa ignorancia

Por distintivo llevas;

Altivez, vanidad, nobleza rancia,

Groseras sinrazones

En decir, en hacer, en ademanar.....

¡Qué diferente de Guzman! Guzmanes

Elijo, no Trifones;

Pues la sola virtud es la nobleza,

Triunfe. Paulina hermosa,

A ser noble ya empiezo,

Siendo, cual eres, de Guzman esposa.

PAULINA.

Vencimos; ¡qué alegrial

MATILDE.

Mis brazos.....

GUZMAN.

Me confunde

Tanta bondad. Permite, madre mía,

Que tus pies con mis lágrimas inunde.

(*Cantan. — Final.*)

MATILDE.

Hijos desea

La patria mía,

Hijos que un día

Le den honor.

TODOS.

Y yo los vea

En paz brillantes,

En lid triunfantes

Por su valor.

PAULINA.

El enemigo

Huya á su vista,

Y no resista

Su faz críel.

TODOS.

Y yo testigo

Su ardor abone,

Yo los corone

Con el laurel.

GUZMAN.

Bien cual árboles hermosos

Cada cual erguido crezca,

Y por ellos refozeca

La comun prosperidad.

TODOS.

Invencibles y gloriosos,

Y por Témis encumbrados,

Desagravien, alentados,
La ultrajada humanidad.

LAS DOS.

Éste sea su afán, su nobleza,
Esto llame su intrépido aliento.

GUZMAN.

Virtud, patria, saber y talento,
De las artes tenaz proteccion.

LOS TRES. (Repiten los dos versos.)

Virtud, patria, saber y talento,
De las artes tenaz proteccion.

MATILDE y PAULINA.

Viuda, huérfano, vén con presteza,
Desvalido, tu apoyo recibe;
Que en Guzman, en Paulina revive
De los nobles el alto blason.

SAUL,

MELODRAMA SACRO EN DOS ACTOS (1).

*Sulphur in hunc, et turbo ruent, vibratus et ignis
Desuper: haec merces impietatis erit.*
IONSTON

ADVERTENCIA.

Varios trozos de las primeras escenas, fuera de las arias, están sacados del *Saul*, tragedia de Alfieri, porque mi intento fué traducirla: despues me retrajeron de él algunas circunstancias, que nada importa referir aquí. Por cuyo motivo me vi estrechado á continuar escribiendo originalmente mi *Saul*, con la condicion de haberle de componer en ocho dias, para ser ejecutado por solas cinco personas.

El drama se acaba con la muerte de Saul: lo que sigue se ha puesto únicamente para cantar, y por causa del espectáculo: cosa nada rara de verse aún en las óperas más acreditadas y de mayor extension. Yo habia pensado introducir, en vez del coro de filisteos, uno de israelitas, lamentando la desgraciada muerte de su rey y la pérdida de la batalla; pero ya no tuve tiempo para ello.

Si alguno objetáre que desde la muerte del héroe hasta el coro de los filisteos todo pasa casi sumultáneamente, sepa que no es culpa mia. Yo considero al último coro como otro acto; así, deberia correrse el telon, ó en su defecto tocarse una sinfonia alusiva á la situacion presente.

Doy al público de Madrid las más cumplidas gracias por el agrado y benignidad con que ha acogido mi composicion, puesta en música por el maestro don Estéban Cristianí.

No son míos los versos ni los hemistiquios que llevan comas al principio y fin de ellos.

FRANCISCO SANCHEZ (2).

Personajes.	Actores.
SAUL.	Sr. Vicente García.
DAVID.	Sr. Manuel García.
MICOL.	Sra. María Lopez.
JONATÁS.	Sr. Juan Pau.
ABNER.	Sr. Eusebio Fernandez.
SOLDADOS.	

(1) Se representó por primera vez en el coliseo de los Caños del Peral el día 6 de Marzo de 1806.

(2) Esta advertencia fué publicada en la edicion que se hizo del melodrama el año mismo de su primera representacion. (Nota del Colector.)

La escena pasa en el campo de los israelitas, en Gélboe, y empieza la accion poco ántes de salir el sol.
El ejército de los filisteos está acampado en un monte, y el de los israelitas en el de Gélboe: á un lado de éste habrá una gruta entre árboles espesos.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE ISRAELITAS.

*Gran Dios de Israel,
Escucha clemente
La súplica ardiente
De tu pueblo fiel.
Da á tu pueblo invencible valor,
De Filiste no quede memoria,
Tuyo el lauro, la gloria y victoria,
Nuestra sea la paz y loor.*

ESCENA II.

DAVID, vestido de pieles, con una lanza en la mano.

DAVID.

De Saul perseguido, desechado
Del filisteo ejército vilmente,
De mi patria ahuyentado,
Y de mi esposa tierna
Por última desdicha careciendo;
De caverna en caverna
Por libertar mi vida recorriendo,
¿Quieres ¡oh Dios! que á la carrera mia
Aquí término ponga? Aquí, obediente,
A mi enemigo esperaré. ¡Dichoso
Si el término tambien de mis molestos
Pesares viera aquí!... De Gélboe aquí
Los montes son, y de Israel el campo.
Enfrente están las filisteas huestes,
Opresion y venganza
Amenazando. ¡Oh! ¡Quién me diera ahora
A la acerada punta
Morir aquí de la enemiga lanza!
De tí la esperaré, Saul ingrato,
Yo que tu escudo fui, tu confianza,
Yo que tu afecto merecí glorioso,
Y de tu hija Micol ser el esposo.
Pero él está de Dios abandonado,
Y de un maligno espíritu agitado.

ABIA.

*Si tu brazo omnipotente
De nosotros se retira,
El más rico, el más valiente
Al abismo va veloz.*

*Al incendio de tu ira
El helado mar se abrasa,
La montaña cae, se arrasa,
Sólo al eco de tu voz.*

*Si tu brazo incontrastable
Al más débil le da aliento,
¡Oh gigante formidable!
Al más débil cede en lid.*

*Nada vale que en el viento
Tu cerviz, Goliath, se esconda,
Si á postrarte basta una honda
Y una piedra y un David.*

(Empieza á aclarar.)

¿Qué hará Micol? ¿Si de su amante esposo
Se acordará? Mi pecho,
De pesar congojoso,
Gime agobiado, y por su vista ansioso.
Estos valles solian
Fieles testigos ser de sus halagos:
Los ecos sus amores repetian,
Los aires se inflamaban,
De region en region su dulce fuego
Y á par el nombre de David llevaban.
Todo en silencio yace: mi alma siente
Arderse en el amor que su alma inspira,

Y mi agitado pecho
El aire respirar que ella respira.

ESCENA III.

DICHO y MICOL, *sin versos uno á otro.*

(Sale el sol.)

(A duo.)

DAVID.
*El plácido día
Del carro dorado
Ya baja del sol;
Y á su dueño amado
No ve el alma mía.
¡Micol!
Despierta del sueño,
Las voces atiende
De tu esposo fiel.*

MICOL.
*El plácido día
Del carro dorado
Ya baja del sol;
Y á su dueño amado
No ve el alma mía.
¡David!
Despierta del sueño,
Las voces atiende
De tu esposa fiel.*

LOS DOS.

*Mi pena se enciendo.....
¡Qué veo! Mi dueño.....*

(Se ven.)

DAVID.

¡Ella es!

MICOL.

¡Es él!

LOS DOS. (Abrazados.)

*¡Oh qué instante, qué inmenso alborozo
Vuelvo en mi alma por fin á nacer!
Con tu vista ya vivo, ya gozo
En tus brazos de amor el placer.*

MICOL.

*¡Qué, yo te veo al fin, oh tierno esposo!
Mi pena se acabó. Dios poderoso,
Ya libremente tus loores puedo
Cantar con mi David, que tú elegiste
Para reinar en tu Israel querida,
Cuando en Betlen por tu profeta santo
Le llamaste, le ungiste,
Y hasta los cielos se elevó su canto.*

DAVID.

*¡Ojalá, esposa mía,
Que aquella aurora sempiterna fuera!
Reinó entonces la paz y la alegría;
Ya de mí desaparece, y donde quiera
Que los inciertos pasos encamine,
Me acosa la inquietud. Mas yo bendigo
Al supremo Hacedor del universo,
Ora sus rayos sobre mí fulmine,
Ora me salve y favorezca amigo.
Si el término forzoso de mi vida
Se acerca aquí; si de Saul la lanza,
Por su mano colérica impelida,
Contra mi seno se dirige, al menos
Mi tierna esposa cerrará mis ojos,
Y entre los montes de Israel sombríos
Su llanto regará los huesos míos.*

MICOL.

*Si Dios del justo en la defensa vela,
En vano de Saul David recela.
No temas, no..... pero ¡por qué te cubre
Esa rústica piel? ¡Por qué te miro
Sin la pompa real, sin aquel manto
De magnífica púrpura, que un día
Tu tierna esposa para tí tejía!*

DAVID.

*De batalla en el campo, donde estamos,
Aspero sayo y afilada lanza
Son la pompa mayor. Hoy de la sangre
Del filisteo púrpura más nueva
Sacar intento, si de Dios el fuerte
Brazo se digna desviar mi muerte.*

MICOL.

*Esperemos en él..... Oye, á esta hora
Aquí suele venir el padre mio,*

Ocultate, David.

DAVID.

Entre la turba

De los guerreros á ocultarme corro.

MICOL.

*¡Qué mal entre ellos mi David se esconde!
¡Quién no distinguirá tu gallardía?
¡Qué voz como la tuya así enajena?
¡Qué brazo al tuyo se asemeja? ¡Dónde
Habrá una lanza así? ¡Quién así suena
Las armas? No, David, mejor te esconde
Hasta que vuelva, para nunca, nunca
Separarme de tí..... ¡Ves en el fondo
De aquesta selva una espaciosa gruta?
Allí, del mundo entero retirada,
En tí pienso, te llamo,
Suspiro congojada, y los peñascos
Con mis ardientes lágrimas rocío.
Allí te oculta..... Vienen.*

DAVID.

A tí sola

Me entrego, y sólo en el Señor confío. (Vase.)

ESCENA IV.

MICOL, y luego JONATÁS, *que ella cree ser Saul.*

(Canta.)

*Con planta velocísima
De su ira molestísima
Libértate, mi amor.
Las luces oscurecéame
Y todos estremécame
De súbito pavor.*

*Te sigue, te alcanza,
Blandea su lanza,
Te amaga, te da.*

*Detente; su escudo
Mi pecho demudo
Opuesto ves ya.*

(Sale Jonatás.)

*En vano á mi esposo
Perrigues furioso.*

JONATÁS.

Atónita está.

MICOL.

Con planta velocísima, etc.

JONATÁS.

*Tu hermano y amigo,
Tu amparo y abrigo
A armarse ya va.*

MICOL.

Detente, su escudo, etc.

JONATÁS.

*Defiendo á tu esposo
Valiente, animoso:
¡En dónde, di, está?*

MICOL.

*Hermano, ¡qué acento
Me vuelvo el contento,
Me vuelvo la paz!
Corramos, volemos,
Volemos, marchemos;
Oculto allí está.*

LOS DOS.

*Volemos; su } esposa
Le } consolará.
} defenderá.*

ESCENA V.

Tabellon magnífico de Saul.

SAUL, ABNER y SOLDADOS.

SAUL.

¡Dios de Israel! ¡qué tenebroso día!

A mi alma cubre de terror su velo.
Jamás tembló Saul, y en este instante,
Abner, se paaman de temor mis miembros.
Al brazo del Altísimo invencible
Los mortales sus débiles esfuerzos
En vano oponen : á su voz tremenda,
Que estremece al atónito universo,
Arrebatados van, cual seco polvo
Al recio soplo del sañudo viento.
Dios dijo : « Vé, Saul, combate, asola
Al dealeal amalecita pueblo;
Nada perdonas, ni al anciano débil,
Ni al fuerte joven, ni al infante tierno. »
Desobediente fui, y El me reprueba,
Y de su indignacion el triste trueno
Sin cesar á mi espíritu acobarda
Y sin cesar me despedaza el pecho.
Muere, muere, Saul, oigo, y reparo
Una espada pender sobre mi cuello.
Las filisteas huestes me rodean,
Y desfallece mi triunfante aliento.
¡Ah, si conmigo la invencible diestra
Fuese de Dios, ó si conmigo al menos
Fuese David!

ABNER.

¡Y sin David acaso
Vencer al enemigo no podremos?
David, la causa de tu mal....

SAUL.

Te engañas,
Abner; la causa de mi mal acerbo
« De él no proviene. » ¡Ah, si no fuera padre!
Ya la victoria y el brillante reino
Mirara con desden, y ya mi vida
Rendido hubiera al enemigo acero.
¡Qué aprovecha vivir entre pesares,
Víctima siempre de un atroz tormento?
Mis tiernos hijos al furor me mueven
Con sus caricias.... Impaciente y fiero,
Me aborrezco á mi mismo : en paz la guerra,
En la guerra la paz hacer deseo.
Cuanto toco en ponzoña se convierte,
Y en cada amigo un enemigo encuentro.
¡Quién lo creyera? la guerrera trompa
Infúndeme terror, terror los sueños.

ABNER.

¡Y el vencedor Saul así se abate
Porque Samuel, un ambicioso viejo,
Envidioso del trono en que te sientas,
Ungió á David?

SAUL.

¡David!.... Yo le aborrezco;
Pero mi hija Micol, que por consorte
De sus altas proezas le di en premio;
Pero la voz que en la callada noche,
Muere, muere, Saul, me grita dentro....
Esta voz me persigue en todas partes,
Y de Samuel el venerable aspecto.
Yo en la eminente cima de una cumbre
Sentado y lleno de esplendor le veo,
Y en David, á sus piés arrodillado,
Con una mano el sacrosanto ungüento
Derrama del Señor; con otra mano
Arrebatarme la corona siento
Y ceñirla á David.... Mas ¿lo creerás?
David piadoso, con humilde acento,
Se niega á recibirla : grita, llora,
Y me la cede.... ¡Oh generoso yerno!
¡Y tu súbdito fiel? ¡Y todavía
Eres hijo y amigo!.... ¡Y ese ciego
Samuel se atreve de la frente mía
La corona á arrancar? No lo consiento.
Que muera, que perezca.... ¡Oh desgraciado!
Mi razon me abandona, y todo tiemblo.

ABNER.

David solo perezca, y de visiones
Y de desgracias te verás exento,

ESCENA VI.

DICHOS, MICOL y JONATÁS.

JONATÁS.

Paz con el Rey.

MICOL.

Y con mi padre sea

Dios de Israel.

SAUL.

« En nada hallo consuelo. »

JONATÁS.

Hoy se pelee, y en servidumbre gima
Filiste infiel del israelita pueblo.
Espera, ¡oh padre!

SAUL.

La esperanza mía
Deshízose cual niebla del desierto.

JONATÁS.

Correré, venceré, dejando el campo
De enemigos cadáveres cubierto.

MICOL.

Y entónces, de laureles rodeado,
Enjugarás mis lágrimas, volviendo
A mi esposo David.

SAUL.

¡Qué dicces? Marcha;
Déjame, y teme mi furor violento.

MICOL.

¡Y me vedas llorar, tú que mis males
Tan sólo causas?

ABNER.

Su importuno aspecto
Redobra tus angustias. ¡No conoces
Que tu pena y dolor se aumenta al verlos?

MICOL.

¡Quién, nosotros, sus hijos? Ni un instante
A nuestro padre abandonar queremos.

JONATÁS.

¡A su lado estar solo tú pretendes?
Jamás, jamás lo alcanzarás, perverso.

SAUL.

¡Tal osadía, Abner, contra mis hijos,
Mi propia sangre!....

JONATÁS.

Que por tí daremos,
A derramarla en tu defensa prontos.

MICOL.

No escucho ¡oh padre! mi amoroso fuego
Cuando á David te pido. Al más valiente
Defensor de Israel, al más funesto
Terror de los ejércitos contrarios,
Al más dócil te pido, al más modesto
Que la patria admiró, que es en amarte
Mucho más fino que tus hijos fueron.
Cuando en las horas de mortal espanto
Te fué la vida insoportable peso,
El cantaba, y tus males despedía,
De su celeste canto al embeleso.

(Canta.)

*Y se animaba
En el instante
De tu semblante
La languidez.
Tu alma gozaba
La paz del cielo,
Mirando al suelo
Con esquivos.*

¡Te acuerdas?

ABNER.

Mas, Saul, para que sepas
Quién es David....

ESCENA VII.

DICHOS y DAVID.

DAVID.

Yo soy.

SAUL.

¡Qué es lo que veo!

JONATÁS.

¡Qué hiciste?

ABNER.

¡Audaz!

MICOL.

Éste es mi esposo, el mismo

Que tú me diste y que bendijo el cielo.

DAVID.

¡Oh rey Saul! pues mi cabeza pides,
A tus pies obediente la presento.
Hierre, tuya es.

SAUL.

¡A qué has venido? dime.

DAVID.

A morir, por tu gloria combatiendo.

ABNER.

Es rebelde, es traidor, y la discordia
Viene á sembrar en los soldados nuestros.

DAVID.

¡Yo traidor? ¡Ah! te engañas: ni es posible
Que hayas tan presto mis gloriosos hechos
Entregado al olvido, las hazañas
Que en tu defensa obré. Los filisteos,
De mi ardor asombrados, las publican,
Y las cumbres vecinas y el ameno
Collado Terebintio. Aquí el Gigante,
Que á tus huellas y á ti llenó de miedo,
Cayó al impulso de mi fuerte diestra.
Al caer resonaron los excelsos
Montes de Aceca, de Judá y de Soco;
Los contrarios atónitos huyeron,
Y tuya fué la espléndida victoria.

SAUL.

¡Qué más? Y de su rey en menosprecio,
Las de Jerusalem vírgenes bellas
Iban al rededor de ti tañendo,
Con danzas y con júbilo cantando:
Mi Saul, y David diez mil ha muerto.
Recompensado estás.

DAVID.

Me perseguiste
De ciudad en ciudad, de yermo en yermo,
Ansioso de mi sangre, y yo la vida
Del ungido de Dios con noble aliento
Defendí, perdoné. Me perseguiste
De Mahon en los páramos inmensos,
Y en una gruta del desierto Engaddi
Pude librarme á tu furor sangriento.
En ella te acogiste mientras tanto
Que dentro estaba yo con mis seiscientos
Combatientes oculto. Y porque creas
Que no te quise asesinar, pudiendo,
Repara en este borde de tu manto;
Yo le corté, mas perdoné tu cuello.
Admítelo, Saul, en prenda cierta
De mi fidelidad.

SAUL.

¡Oh noble pecho!

ABNER.

Sus lisonjas te engañan.

DAVID.

Tú le engañas
Con las tuyas, Abner; y tú durmiendo
En su real le dejas sin custodia;
Incauto general, déjase expuesto
A morir.

ABNER.

¡Impostor! ¿dónde?

DAVID.

¡Te acuerdas
Que descubierto fui por dos ziferos
Del Aquila en el áspero collado
Cuando ibas á matarme?

ABNER.

Bien me acuerdo.

DAVID.

En la tienda del Rey aquella noche
Entré: la calma de un profundo sueño
Gozabas tú, y Saul, y los soldados.

ABNER.

¡Qué pronuncias, falaz!

DAVID.

Sigo, me acerco
Hasta tocar del Rey la cabecera,
Y llévome esta lanza. *(Se la da á Saul.)*

SAUL.

¡Oh Dios, qué veo!

Ella ca... mi lanza....

ABNER.

¡Oh confusion!

DAVID.

Al punto

Me retiro, doy voces, os despierto,
Y tu descuido, Abner, acuso.

ABNER.

¡Infame!

Tu rencorosa enemistad comprendo.
Quisiste que obediencia te prestase
Como á rey de Israel, y yo repruebo
Tu perversa ambicion, repruebo el falso
Lenguaje de Samuel. *(Canta.)*

*Lo repruebo, y los dos al instante
Gritan, juran, y van despechados
Tu cabeza, Saul, á cortar.*

*Veo alzada la espada brillante,
Y me opongo, y so oponen airados;
Vuelven, vuelvo tu vida á salvar.*

DAVID.

¿Dónde? ¿En qué tiempo?

ABNER.

¡Ignoras ¡oh Saul! sus intenciones?
¡Olvidaste los perdidos proyectos
De asenararte, de usurpar tu trono,
Y en nuestra patria dominar soberbio?
Esto segundo completar le falta,
Y lo conseguirá, si en el momento
A sus falsas caricias los oídos
No cierras, y á sus lágrimas el pecho.

SAUL.

Dices bien, caro Abner. ¿Por qué alevoso,
Cuando Saul el soberano imperio
Obtiene de Israel, su rey te á lam...
Y á ungirte vas?

DAVID.

El celestial decreto....

SAUL.

¡Y mi reino, David? Del ciclo vino.

DAVID.

Es verdad.

SAUL.

¿Cómo, pues, venir del cielo
Dos encontradas órdenes? Ni cuándo
Se desmintió el Señor? Ni cuándo fueron
Sus providencias temerarias? ¿Cuándo
Sus juicios parecidos á los nuestros?
Ni Dios mentir ni contrariarse puede,
Ni ambos mandar en Israel á un tiempo.
Tiembla, impostor, y tu cabeza sea
De tan infames crimenes el premio.
Abner, mis guardias á tu mando sirvan,
Y mi enemigo á tu justicia entrego. *(Vase.)*

ESCENA ULTIMA.

DICHOS menos SAUL.— Final.

ABNER.

*Cogedle, llevadle,
Prendedle, mataadle,
Soldados, volad.*

MICOL.

Salvadle.

ABNER.

Prendedle.

JONATÁS.

Valientes, valedle.

DAVID.

Soldados, piedad.

CORO.

*Es ungido, valeroso,
Y el honor de la nacion;
Que David haya reposo,
Haya paz, haya perdon.*

OTROS.

*Es ungido el valeroso
Saul, rey de la nacion;
Que David no haya reposo,
No haya paz, no haya perdon.*

MICOL.

*Está de Dios formado
Segun el corazon.*

ABNER.

Corred, marchad.

MICOL Y JONATÁS.

*Maltrado,
Verás tu destruccion.*

DAVID.

*Yo no quiero la vida deberte,
Yo no quiero de ti la piedad;
¡Oh soldados! Ya dadme la muerte,
Las espadas furiosos alzad.*

MICOL.

*Mas primero que bárbaro y fuerte
En su sangre te sacies, crúel,
En su esposa tan misera suerte
Ejecuta con ánimo infiel.*

JONATÁS.

*Mas si en ellos tan misera suerte
Ejecutas con ánimo infiel,
Yo te juro con ánimo fuerte
En tu sangre saciarme crúel.*

ABNER.

Su prision es mi placer.

JONATÁS.

Nunca tú la lograrás.

ABNER.

Os lo manda el mismo Abner.

(A los soldados.)

JONATÁS.

Os lo estorba Jonatás.

ABNER.

*¿Quién obedece
A mi venganza?*

Alce su lanza,

Véngase aquí.

JONATÁS.

*¿Quién apetece
Alta alabanza?*

Alce su lanza,

Véngase aquí.

UNOS.

Yo por Abner.

OTROS.

Yo por David.

(Al decir este verso, parte de los soldados desamparan á Abner, se pasan al bando de David, le rodean y desfilenden.)

TODOS.

Muera el infame,

Muera en la lid.

ABNER Y LOS DE SU PARTIDO.

*Suene, suene el guerrero tambor,
Israelitas, mirad vuestro amigo,
Presto, presto salvad á David.*

JONATÁS Y LOS SUYOS.

*Cese, cese el guerrero tambor,
Israelitas, ved vuestro enemigo,
Presto, presto venid, combatid.*

(Salen peleando.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MICOL sola. — (Recitado.)

MICOL.

*¡Qué dolorido acento
Me despedaza el corazon! Mi esposo,
En cuya vida aliento,
En quien se libra mi feliz reposo,
A perecer camina,
Y el padre mio su morir fulmina.
¡Oh bárbaro tormento!
Tu venganza suspende,
Y en tu hija violento
Descarga el golpe que en David descende....
¡No quieres, no, crúel! ¡mi lastimera
Voz tu insensible corazon no toca!
Tu cólera provoca,
Y en los dos arrojándose ligera,
Yo con él, y él conmigo á un tiempo muera.
Amantes ¡ay! vivimos,
Amantes morirémos,
Amantes una suerte,
Una tumba y un fin ambos tendremos.
Y ¡oh tierno esposo! á tus cenizas frias
Por siempre amantes, se unirán las mias.*

ARIA.

*Tiernas almas desgraciadas,
Que plañis enamoradas
Sin alivio y sin aliento,
Condoledme por piedad.
Y mi bárbaro tormento
Con el vuestro comparando,
Vuestras ansias olvidando,
¡Ay! las mias lamentad.*

(Despues anda de un lado para otro azorada, hasta que, oyendo ruido de cadenas y de armas, sale precipitada y la detiene Jonatás.)

ESCENA II.

DICHA y JONATÁS.

JONATÁS.

*¿Adónde presurosa te encaminas,
Triste Micol?*

MICOL.

A defender valiente

A David, ó morir entre sus brazos.

JONATÁS.

*Calma, te ruego, ese furor ardiente;
Todo es demas; que entre cadenas gime;
Gime ¡oh dolor! cercado
Por todas partes de contrarias lanzas,
Y de Abner á la cólera entregado.*

MICOL.

¡Y habrémos de sufrir que el inocente

Con el perverso confundido sea?
¡Oh! no, jamás, jamás.

JONATÁS.

Micol, detente.
No es tiempo todavía. ¡Por ventura
Ese Dios de Israel que desde el cielo
Gobierna al hombre, y con razón el justo
Y el Dios de las venganzas se apellida,
Impune dejará tal insolencia,
Y burlado el clamor de la inocencia?
No, no lo creas; la maldad del hombre
Provócale, y él calla;
Vuélvele á provocar, y la violencia
De su furor reconcentrado entonces
Sobre su frente estalla,
Y le consume, sin dejar memoria
De lo que fué su fugitiva gloria. *(Canta.)*

*El volcan, aunque reprima
De su rabia la impaciencia,
Rompe luego con violencia,
Con horrisono temblor.
Hierve el fondo, arde la cima,
Todo es humo el horizonte,
En cenizas vuella el monte
Y las aguas en vapor.*

(Vanse.)

ESCENA III.

SAUL solo.

SAUL.

Déjame, sombra de Samuel odiosa;
Déjame ¡oh Dios! de perseguir airado
Mi vida. Caiga en mi cerviz tu espada,
Y de tu furia el vengativo rayo
Arda en mi frente: de una vez me libra
De mi existencia, que aborresco tanto.
«¡Oh si yo consiguiese mi venganza!»

Y con tu alto poder medir mi brazo.
Pequé, es verdad, y mi delito enorme
No es por haber tus aras profanado,
Tiéndolas, sacrilego y furioso,
En la sangre infeliz de mis hermanos.
A Agag la vida conservé; «mas esto
Te debiera tener ménos airado.»

.....
DAVID. *(Canta desde la torre.)*

*¡Oh blasfemo, impío acento!
Pues Saul á Dios se atreve,
Y en David su furia mueve,
Pague, pague su maldad.
Arda el rayo, brame el viento,
Ruede el trueno por la esfera,
Dios lo manda, Saul muera,
Rayos, truenos, ya bajad. *(Tempestad.)**

SAUL.

Piedad; pequé, Señor, el trueno cese;
Cese, gran Dios, de tu furor el rayo.
Tuyo soy; hijo tuyo..... ¡Oh padre mío!
Vuelve á tu hijo al paternal regazo.....
¿Dónde me ocultaré de su presencia?
Todo es fuego y pavor y sobresalto.
Húndeme, ¡oh tierra! en tu profundo seno;
Cumbres de Gélboe, sobre mí aplomaos.....

(Corriendo de una parte á otra.)

En aquella caverna..... No, que gira
El trueno estrépitoso resonando.....
Detras de aquellas puntas escarpadas
Me acogeré..... los rígidos peñascos
Y donde quiera que la vista tiendo,
Todo es humo y ardor, humo y espanto.
Sobre mi frente atónita cruzarse
Veo mil globos con estruendo infausto.....
Debajo de mis plantas se estremece
La tierra..... ¡Jonatás! ¡Micol! ¿amparo

(Los llama.)

A vuestro padre dad..... Saul espira,
De la clemencia del Señor lanzado.

ESCENA IV.

DICHO, MICOL y JONATÁS.

SAUL.

Ocultadme. *(Poniéndose entre ellos.)*

MICOL.

¿Qué es esto, padre mío?

JONATÁS.

Mas ¡qué desolacion en todo el campo!

SAUL.

Ocultadme: la cólera del cielo
Toda cayó sobre mi aliento flaco.
Dios me reprueba; el trueno le obedece.
El viento brama, se desprende el rayo,
Y todos á perderme se conjuran.
¡Oh, hijos míos! del Señor airado
Libradme y ocultadme; su indignada
Furia calma y mi rabioso espanto.

MICOL y JONATÁS. *(Cantan.)*

(A duo.)

*¡Oh gran Dios, gran Dios clemente,
Que á tu imagen nos hiciste,
Y piadoso nos abriste
Los tesoros de tu amor!
A mi padre delincente
Mira tierno y apiadado,
A mi padre extraviado
Por la senda del error.*

SAUL.

¡Oh hijos! Abrazad á vuestro padre,
Y á Dios temed y bendecid..... ¿Me engaño?
La tempestad desvanecerse siento,
Y volver el pacífico descanso
A mi alma atribulada. ¡Venturosos
Los que al Señor de corazón amaron!
¡Los que jamás por los senderos fueron
De pestilencia y de maldad sembrados!

MICOL.

Padre mío, David, mi esposo, gime
En la oscura prision encadenado,
De ese pérfido Abner por las astucias.
Es inocente y fiel: bañada en llanto,
Su amable vida y libertad te imploro.

JONATÁS.

Yo lo ruego tambien.

SAUL.

Y yo lo mando.
Que parta, que se aleje, y en mi vida
No acumule el poder del cielo airado.

LOS DOS.

Permite que á tus plantas nos postremos.

SAUL.

Aquí se acerca Abner con los soldados.

ESCENA V.

DICHOS, ABNER y SOLDADOS.

SAUL.

Escucha, Abner, mis órdenes augustas.
Yo perdono á David, si fué culpado.

MICOL.

Es inocente.

ABNER.

¡Es inocente!

MICOL.

Nunca

Moró en su pecho la maldad y engaño
Como en el tuyo, que envidioso y duro
Lanzarle intenta con ardides falsos
Del amor que á mi padre le merece,
Del amor que en mi pecho está grabado.

JONATÁS.

Avergüénzate y tiembla. Yo te acuso

De pérfido y traidor. ¿En qué ha pecado
El valiente David? ¿Sobre su vida
No extiende Dios su poderoso brazo?
¿Sobre su vida, que críel persigues,
No derrama sus dones sacrosantos?
Si no es que á Dios sobreponerte quieres,
Reprendiendo sus juicios soberanos....

ABNER.

Nada quiero : á mi rey sólo obedezco.

SAUL.

Basta, no más : traédmele, soldados;
Si inocente, le vuelvo á su inocencia;
Le perdono, si ha sido temerario.

ABNER.

Es tu enemigo.

SAUL.

Abner, yo le perdono.
¿Qué hacer, si el mismo Dios armó su brazo
Del rayo, y le defiende omnipotente?

ABNER.

¿Y tú duermes, señor, y descuidado
A inútiles razones das oídos,
Mientras que los ejércitos contrarios
A tu pomposo pabellón se acercan,
Tu pérdida y su triunfo publicando?

SAUL.

¿Qué dices?

ABNER.

La verdad : tiende la vista
Por esos montes y espaciosos campos.
¿No escuchas de los tuyos los clamores?
¿No ves su sangre enrojecer los llanos?
¿No los ves, ¡oh Saul! no los ves todos
De israelitas cadáveres poblados?
¿Y en David y en su esposa te recreas,
Perdiendo, ocioso, la victoria en tanto?

SAUL.

¿Será posible que los triunfos míos
Desaparezcan de esta vez? Veamos.

(Registrando el campo de batalla.)

Nubes de polvo en remolino se alzan,
Al claro día su esplendor robando.
La trabada contienda allí se enciende....
¿Oh cuánta mortandad! ¿Qué fiero estrago!
¿En confuso tropel los nuestros huyen!
A su defensa intrépidos corramos:
Nuestra infame deshonra así evitemos.

(En acto de andar.)

ABNER.

¿Y si yo venzo?

SAUL.

De Saul el mando
A tu obediencia ofrezco, y la cabeza
Del proscrito David.

ABNER.

Acepto y parto. (Vase.)

SAUL.

Todo es perdido; no hay salud.... mi esfuerzo....
A andar se niega el vacilante paso.

(Queriendo andar.)

¿Qué es esto? ¿Quién mis pies en tierra fija?
Yo no puedo.... ¡oh furor! Dios mi adversario
Se opone..... me detiene....

JONATÁS.

¿Padre mío!

SAUL.

«Jamás piedad le pediré mi labio!» (Desesperado.)

LOS DOS.

¿Qué horror!

ESCENA VI.

DICHOS y DAVID.

SAUL.

Corre, David, vuela atrevido,
Pon á la patria y á su rey en salvo.

DAVID.

Dios me veda salir á la pelea,
Y á tí también, oh desleal gusano,
Que sobre el mismo Dios alzarte intentas.

SAUL.

¿Y qué!....

DAVID.

¿No ves precipitarse el rayo,
Víctima ser de su justicia, y presa
Del infernal espíritu?

MICOL.

¡Dios santo!

(Saul empieza á temblar.)

(Cantan.)

DAVID.

Si el clamor ardiente
De la humanidad
Sube ¡oh Dios elemental!
Hasta donde estás,
Contra el rey Saul,
Nuestro padre, aplaca
Tu oriel rigor.

LOS TRES.

Compasion, Señor.

MICOL.

¿Qué feliz sería
Si en aquesto día
Yo tu paz lograra,
Tú su bendición!
Pide á Dios perdón,
El perdón tendrás,
Y en quietud verás
Vuelto tu furor.

LOS TRES.

Compasion, Señor.

JONATÁS.

El contento siento
Ya bañar su faz.
Cobra, padre, aliento,
La quietud y paz.
Clama, grita, llora,
A tu Dios implora,
Que se vuelva amor
Su oriel rigor.

LOS TRES.

Compasion, Señor.

MICOL.

¿Sientes, oh padre, á la tristeza tuya
Algún alivio?

SAUL.

No; sólo el descanso
De mis fatigas en la muerte espero;
En la muerte, Micol, que ese tu amado
David y Dios me dan, de mi cabeza
La corona real arrebatando.
La arrebatara críel, ¡y yo lo veo!

DAVID.

Escucha, pues, el misterioso arcano
Que en profético tono yo te anuncio.
En este instante Dios abre mi labio,
Y te habla : Vencerán los filisteos;
Tú morirás furioso y despedido,
Porque al Señor, que te crió, desprecias,
Su cólera, atrevido, provocando.
De tu frente á la mia la corona
Pasará de Israel. ¡Oh desdichado!
Esta es su voluntad.

MICOL.

Tiembo y le adoro.

JONATÁS.

A tu palabra confundido caigo.
Señor..... Señor, piedad del padre mío.

SAUL.

Temblad, viles, temblad, y como esclavos
El látigo sufrid de vuestro dueño;

Que yo solo, impertérrito, contraste
 Tu cólera y poder; yo solo, solo
 Turbo tu paz, me opongo, y me complazco
 En sustraerme á tu dominio. El viento
 Tu majestad anuncie, los nublados
 Tu soplo sean, á tu voz la tierra
 Liquida corra, el éter arda en rayos,
 El mar se esconda en sus profundas simas,
 Y tiemble el mundo, á tu poder atado;
 Que yo, entre el general abatimiento,
 Mi frente libre y sin temor levanto,
 Solo, invencible..... y ¡ojalá mil lenguas
 Dadas me fueran!..... ¡Oh furor! en vano.....

(*Saul se pone muy agitado, andando de un lado para otro furioso, hasta que se calma cantando David.*)

MICOL.

¡Yo me horrorizo!

DAVID.

Ved lo que es el hombre

A su debilidad abandonado.

MICOL.

Yo te suplico que su furia temples,
 Como otras veces, con tu dulce canto.

JONATÁS.

Adormece su mal, ó mudo quede.

DAVID.

Os obedezco. ¡El arpa!

MICOL.

Está en tu mano. (*Se la da.*)

DAVID. (*Toca y canta.*)

¡Oh cuánta alegría,
 Qué placida calma
 Recibo aquella alma
 Que adora al Señor!
 La noche y el día,
 Las lluvias y vientos
 Concurren contentos
 A darle vigor.

SAUL.

A la vida ¡oh prodigio! volver siento
 Y poco á poco recobrar mi aliento.

DAVID. (*Canta.*)

El sueño tranquilo
 Le pinta animado
 La dicha, el agrado,
 La paz celestial.
 En Dios halla asilo,
 En Dios se serena,
 En Dios se enajena
 Sin riesgo de mal.

SAUL.

¡Oh voz suave, que mi amarga pena
 Lanza, y de gozo celestial me llenal

DAVID. (*Canta.*)

Mas ved al injusto
 De sí horrorizarse,
 Odiarse, excitarse
 Y arder en furor.
 Su vida es un susto,
 Su paz guerra dura,
 Su gozo amargura,
 Su gloria dolor.

ESCENA VII.

DICHOS y ABNER.

ABNER.

Ya no hay paz, no hay salud; vencidos somos:
 Fué Israel, fué su gloria y su grandeza.
 Entre los alaridos de los nuestros
 Las canciones oíd que el aire pueblan.

SAUL.

¡Las canciones? ¡de quién?

ABNER.

De los triunfantes

Filisteos.

SAUL.

¡Oh golpe! sólo resta
 Desgracia tal para colmar mis males.

JONATÁS.

Huyamos, vienen.

ABNER.

Su venganza fiera
 Contra tí se dirige, y como esclavo
 Atarte al carro de su triunfo anhelan.
 Escucha, ya te llaman, aquí vienen,
 Oigo los hierros, la carroza rueda. (*Canta.*)

Huye, corre, vuela, vuela,
 Vienen, llegan, instan, claman,
 A tí buscan, á tí llaman,
 En tí avivan su crueldad.
 Huye, sálvate, consueta
 A tu amigo cariñoso,
 Y rescata, valeroso,
 Vida, imperio y libertad. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DICHOS menos ABNER.

MICOL.

¡Padre!

SAUL.

Dejadme : á mi deshonra nunca
 Podré sobrevivir; mi fin se llega.
 Ya con su mano pálida la muerte
 Impéleme á las lóbregas cavernas
 Del abismo voraz, donde el suplicio,
 Donde habita el horror en noche eterna.

DAVID.

Vamos : dichosos los que en Dios confían
 Y los imperios con su planta huellan.

MICOL.

¡Y mi padre, David?

DAVID.

Dios es tu padre.

TERCETO.

MICOL.

Acompañarle quiero,
 Sus párpados cerrar,
 Y á su destino fiero
 Algun alivio dar.

JONATÁS.

En su destino quiero
 Sus párpados cerrar, etc.

DAVID.

No iréis.

MICOL y JONATÁS.

Si, si, yo quiero
 Sus párpados cerrar,
 Y á su destino fiero
 Algun alivio dar.

DAVID.

Su párpado á cerrar,
 Ni á su destino fiero
 Algun alivio dar.

El polvo denso el día
 Empieza ya á nublar;
 Oíd la gritería,
 ¡Ay! ¡ay! vedlos llegar.
 No iréis.

MICOL y JONATÁS.

Si, si, yo quiero
 Sus párpados cerrar, etc.

DAVID.

Su párpado á cerrar, etc.
 Tu esposo y Dios severo
 Os manda retirar.

MICOL y JONATÁS.

Espera.

DAVID.

*Yo no espero
Su cólera á irritar.*

TODOS.

*Perdon, ¡oh padre amado!
Que Dios junto á tu lado
Prohíbenos estar.*

*Prohíbenos, severo,
Tus párpados cerrar,
Y á tu destino fiero
Algun alivio dar.*

(*Vanse.*)

ESCENA IX.

SAUL solo.

(*Al oír este verso que gritan dentro: «Muere, muere,
Saul, perverso, tiembala», dice:»*)

¡Muere, muere, Saul, tiembala, perverso!
De Dios es ésta la fatal sentencia.
Mis hijos huyen, y me dejan solo,
Cercado de pavor y de tinieblas..... (*Tempestad.*)
Crece la tempestad..... ¡Ya no hay remedio!
Sobre mí veo la terrible diestra
Aplomarse de Dios. El trueno, el rayo,
Pendientes de su voz, su voz esperan
Para aterrarme y reducirme á polvo. (*Silencio.*)
¿A qué aguarda tu cólera funesta?

«Desesperado.....» ¡Qué espantoso trueno
Retumba en mis oídos! Las esferas
Rásganse y arden. Este campo en torno
Todo es ya fuego..... El pabellon humea.....
¡Más rayos! ¡más aún!..... Huir no puedo.....
Las llamas en mi manto se alimentan.....
Me abraso, me consumo devorado:
Todo el rabioso infierno se apodera
De mí..... «¡Oh qué furor! tan sólo siento
»Que el inicuo David con mi diadema
»Ensalzado va á ser. ¡Y yo no puedo
»(¡Qué desesperación!) de su soberbia
»Tomar venganza en mi postrera hora!
»Aun más que las angustias que me cercan
»Eso siente mi pecho..... Ya ¿qué espero?
»La muerte acabe mi infeliz carrera.»
.....

(*A este tiempo se aumenta la tempestad con más rayos y truenos. Saul se pasa el pecho con su lanza y se arroja en las llamas.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Plaza magnífica de Filiste.

*Carro triunfal, donde irá el REY y varios FILISTEOS;
otros muchos á los lados y PUEBLO.*

CORO FINAL.

*Alabemos á Dios en sus juicios,
Que al delito persigue inclemente:
Cielos, tierra, su nombre load.
Aterrados se escondan los vicios,
Y Filiste triunfante se aliente,
Pues prostró de Israel la maldad.*

UNO.

*¡Oh Rey victorioso!
Tu pueblo te adora
Y humilde te implora.*

CORO.

Clemencia y piedad.

OTRO.

*Clemencia y reposo
Por siempre florezcan
Y á par de tí crezcan.....*

CORO.

Amor y hermandad.

OTRO.

*Con fieros desvíos
Al vicio desecha,
Y acoge y estrecha.....*

CORO.

Justicia y verdad.

REY.

*Sed, pues, hijos míos,
A Dios obedientes,
Y á Dios reverentes
Conmigo alabad.*

CORO.

Alabemos á Dios en sus juicios, etc.

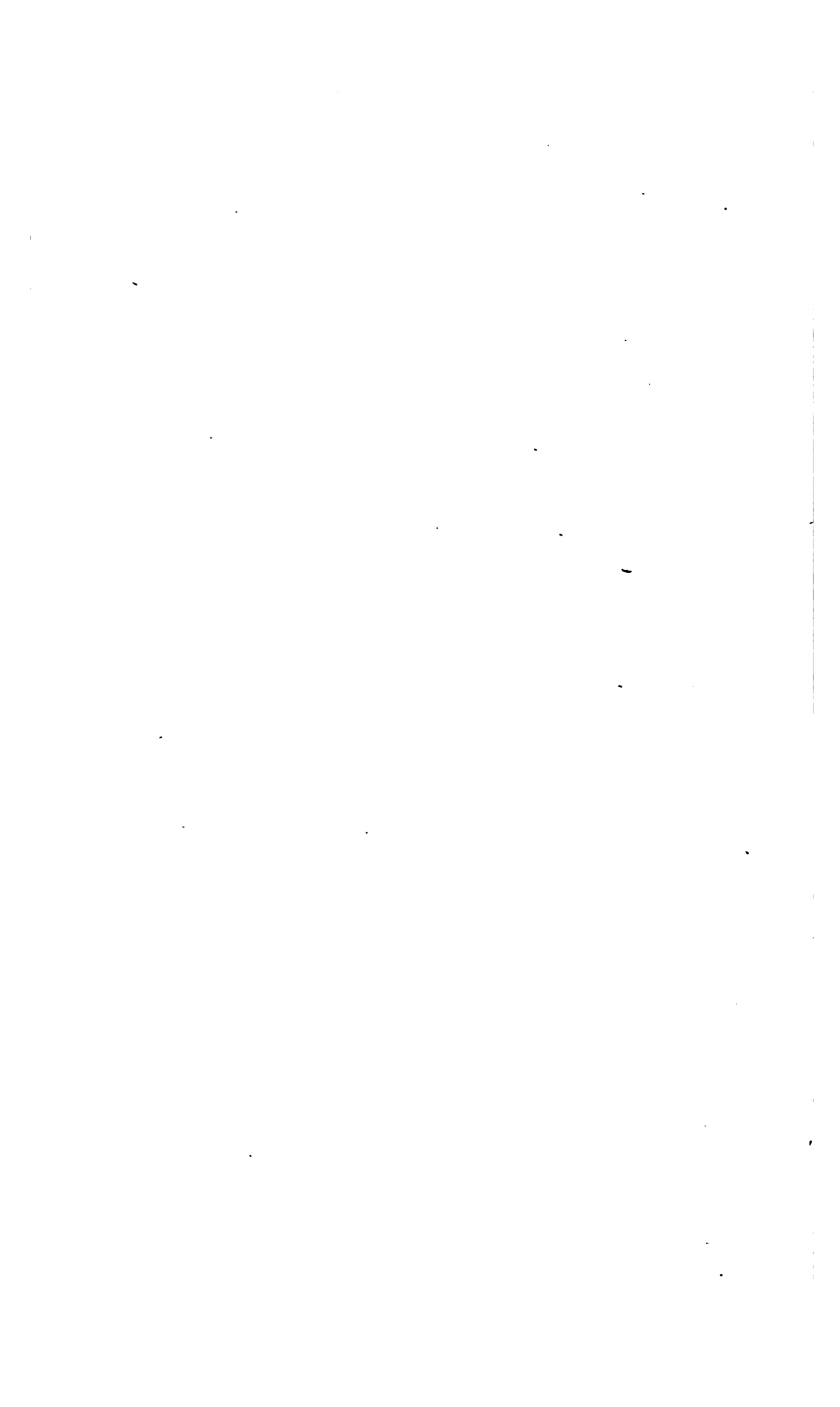
ADICION Á LA NOTA DE LA PÁGINA 576.

La duda que hemos expresado acerca de si es ó no obra de SANCHEZ BARBERO la elegía que empieza

Ya por tercera vez Ábril pomposo.....,

se ha aumentado en nuestro ánimo, en vista de datos adquiridos con posterioridad. No hemos encontrado prueba alguna de que aquella composicion no sea del ilustre poeta salmantino; pero ciertas analogías de estilo, y la circunstancia de hallarse entre las copias poéticas que poseía el señor Sanchez Ruano hechas de mano del doctor Marcos, alguna otra poesia de don Teodoro de la Calle, nos inducen á conjeturar que pudiera dicha elegía ser obra de este amigo de SANCHEZ BARBERO.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO,
Y DEL TOMO SEGUNDO DE POESÍAS LÍRICAS DEL SIGLO XVIII.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
DON TOMAS DE IRIARTE.		CONDE DE NOROÑA.	
Noticias biográficas y juicios críticos.	1	Noticia biográfica.	436
Poesías.	5	Poesías.	Id.
DON JUAN MELLENDEZ VALDÉS.		DON MANUEL MARÍA DE ARJONA.	
Noticias biográficas y juicios críticos.	67	Noticia biográfica.	499
Poesías.	92	Poesías.	505
DON JUAN PAULO FORNER.		DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO.	
Noticia biográfica, juicio crítico y elogios.	263	Noticias biográficas y juicios críticos.	551
Poesías.	297	Poesías.	564

PC

DAY USE
DESK FROM WHICH BOR

U. C. BERKELEY LIBRARIES



C041604960

